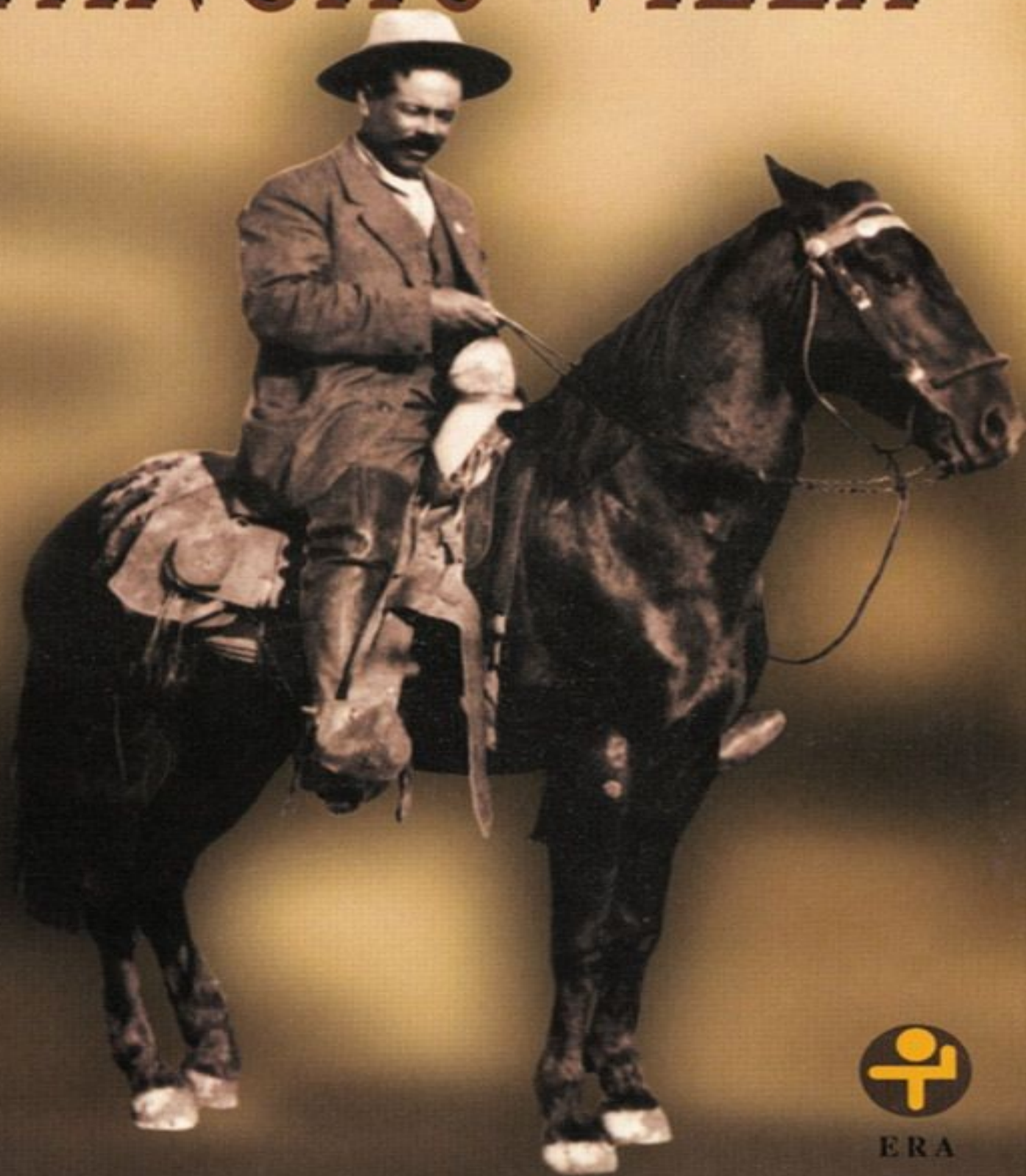


FRIEDRICH KATZ

PANCHO VILLA



ERA

Friedrich Katz

• **PANCHO VILLA** •

Traducción de Paloma Villegas



Ediciones Era



La traducción de esta obra fue posible gracias al apoyo del Fideicomiso para la Cultura México-Estados Unidos, una iniciativa del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, la Fundación Cultural Bancomer y The Rockefeller Foundation.

Título original: *The Life and Times of Pancho Villa*

Primera edición en español: 1998

Segunda edición (ampliada): 2000

ISBN: 978-968-411-481-4

Edición digital, 2013

eISBN: 978-607-445-134-4

DR © 2013, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Calle del Trabajo 31, 14269 México, D. F.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

*This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.*

www.edicionesera.com.mx

•
A Jana, Jackie y Leo
•

Índice

Prefacio

Prólogo

Los primeros años: las leyendas; La leyenda blanca; La leyenda negra; La leyenda épica

I. DE FORAJIDO A REVOLUCIONARIO

1. De la frontera con los indios al lindero con Estados Unidos

El ascenso de Luis Terrazas; Las semillas de la revolución: la ofensiva contra los pueblos libres de Chihuahua; Las primeras revueltas en el campo chihuahuense; La revuelta que sacudió a Chihuahua; La ofensiva final contra los habitantes de los pueblos de Chihuahua; Las vacilaciones del gobierno federal; La contraofensiva de Creel; La última victoria de Creel; Creel y la clase media de Chihuahua; La oposición radical en Chihuahua; La oposición moderada en Chihuahua; La crisis de 1908-1910; El robo al Banco Minero; El surgimiento de Francisco Madero; Sublevarse o no sublevarse: el dilema de los revolucionarios mexicanos

2. La revolución que no esperaban ni su dirigente ni sus opositores:

Chihuahua, 1910-1911, y el papel de Pancho Villa

La aparición de Pascual Orozco y Pancho Villa; Pancho Villa en Chihuahua; El gobierno de Díaz y la revolución de Chihuahua; El colapso de la estrategia de Terrazas; El fracaso de la opción militar; Fallidos intentos de encontrar una solución política; La estrategia guerrillera y la incompetencia federal; Francisco Madero y los revolucionarios de Chihuahua: la problemática del mando; De la revuelta a la revolución: el ascenso maderista; El nacimiento de una relación ambigua: Madero y Villa;

La decisión de Ciudad Juárez; La rebelión de los jefes militares contra Madero; Los frutos de la revolución y la escena nacional

3. Decepción y contrarrevolución: Chihuahua, 1912-1913

Abraham González y la oligarquía; La decepción creciente de las clases bajas de Chihuahua; La revuelta de Orozco

4. Un amor no correspondido: Villa y Madero, 1912-1913

Villa ingresa en la vida civil; La resistencia solitaria de Pancho Villa; El sitio de Parral; De la gloria a la cárcel; La fuga de Villa

II. DE REVOLUCIONARIO A DIRIGENTE NACIONAL

5. De exiliado a gobernador de Chihuahua: el ascenso de Villa, 1913

La caída de Madero y el ascenso de Huerta; La revolución constitucionalista; La revolución de 1913 en Chihuahua y el regreso de Pancho Villa; La formación de la División del Norte y la primera toma de Torreón; La toma de Ciudad Juárez y la ocupación de Chihuahua

6. Cuatro semanas que estremecieron a Chihuahua: la breve pero trascendental gubernatura de Pancho Villa

La estrategia reformista de Villa; Pancho Villa y las clases medias de Chihuahua; Villa y Terrazas; La renuncia de Villa como gobernador y el balance de su breve administración

7. Los jefes villistas

Pancho Villa el administrador; Pancho Villa en la intimidad; Los dirigentes villistas; La llegada de Felipe Ángeles; Villa y los intelectuales

8. La División del Norte

La batalla de Torreón

9. El surgimiento de Pancho Villa como dirigente nacional: sus relaciones con Estados Unidos y su conflicto con Carranza

Pancho Villa y Estados Unidos; Pancho Villa y la izquierda estadounidense; Pancho Villa y los medios de comunicación estadounidenses; Pancho Villa y Hollywood; El *affair* Benton; Pancho Villa y Venustiano Carranza: de la luna de miel al enfrentamiento; Pancho Villa y la invasión estadounidense de Veracruz; Pancho Villa y los zapatistas; Pancho Villa y Sonora; De la

rivalidad secreta a la ruptura abierta; La batalla de Zacatecas

10. La difícil búsqueda de la paz

Las consecuencias de la batalla de Zacatecas; La contraofensiva política y militar de Villa; Un enfrentamiento dramático: Pancho Villa y Álvaro Obregón; La iniciativa de los generales: nuevos intentos de reconciliación; La convención carrancista; La convención revolucionaria de Aguascalientes; De qué se trataba: la controversia Villa-Carranza en perspectiva

11. El villismo en la práctica: Chihuahua bajo Pancho Villa, 1913-1915

Pancho Villa y la reforma agraria; El villismo y el agrarismo: planes y decretos; Pancho Villa y los radicales de Chihuahua; Pancho Villa y los propietarios de minas extranjeros; La educación, panacea de Pancho Villa para México; La vida cotidiana en el Chihuahua villista; La propaganda villista; La policía secreta de Villa; El Chihuahua villista: una panorámica

12. La nueva guerra civil: el villismo a la ofensiva

El encuentro de Pancho Villa y emiliano zapata; La alianza convencionista: ¿condenada desde el principio?; Una alianza frágil y heterogénea; Pancho Villa y las fuerzas del antiguo régimen; Una alianza desgarrada por divisiones crecientes; La coalición carrancista; Decadencia y caída del movimiento convencionista; La guerra propagandística; La política agraria carrancista y villista; La guerra entre revolucionarios; La campaña de Ángeles en el norte y la toma de Monterrey

13. Cómo arrebatar la derrota de entre las fauces de la victoria

El derrumbe de Pancho Villa en 1915; La derrota de Pancho Villa: un análisis; De Sir Galahad a bandido: la tormentosa relación entre Pancho Villa y Estados Unidos; El derrumbe; El último grito de guerra de la División del Norte; El eclipse del villismo: un análisis

III. DE DIRIGENTE NACIONAL A GUERRILLERO

14. Venustiano Carranza en el poder

Chihuahua bajo los carrancistas; Una nueva dirección para el villismo; La masacre de Santa Isabel; El ataque de Pancho Villa a Columbus; La nueva invasión de México: la expedición punitiva; La retirada de Pancho Villa; La decisión de quedarse o no quedarse; La “invasión” de Chihuahua por los

carrancistas

15. El resurgimiento de Pancho Villa en 1916-1917

La nueva ofensiva de Pancho Villa; Las conflictivas tácticas de Pancho Villa; El desorden en el alto mando carrancista; La ocupación de Chihuahua por Pancho Villa; Pershing y Villa; Juicio y ejecución o encarcelamiento de los atacantes de Columbus capturados; ¿Envenenar a Pancho Villa?; Las consecuencias de la expedición punitiva

16. Los años más oscuros: la sangrienta lucha guerrillera en Chihuahua, 1917-1920

México 1917-1920; La devolución de las haciendas confiscadas; La fase más oscura: la guerra civil en Chihuahua, 1917-1920; La última campaña victoriosa de Pancho Villa; La nueva declinación de Pancho Villa; El punto más bajo de la carrera revolucionaria de Pancho Villa; Las defensas sociales; Los hacendados regresan a Chihuahua

17. Pancho Villa y el mundo exterior

Los contrabandistas y los estafadores; Los servicios de inteligencia; Los empresarios estadounidenses; El mundo de los exiliados

18. La tentativa de crear un villismo con rostro humano: el regreso de Felipe Ángeles

La evolución ideológica de Felipe Ángeles; Las actividades políticas de Felipe Ángeles; Felipe Ángeles y los petroleros; El retorno de Sherburne Hopkins al escenario político y la liberación de Felix Sommerfeld; Pancho Villa y Felipe Ángeles; El regreso de Felipe Ángeles a México y la última gran campaña de Pancho Villa; La derrota de Pancho Villa en Ciudad Juárez; Captura, juicio y ejecución de Felipe Ángeles

IV. RECONCILIACIÓN, PAZ Y MUERTE

19. De guerrillero a hacendado

La rendición; México bajo Álvaro Obregón; Pancho Villa en Canutillo; La vida íntima de Pancho Villa en Canutillo; Pancho Villa en Canutillo: ¿hacendado o dirigente popular?; Pancho Villa y el imperio de Terrazas; Pancho Villa y la política

20. Muerte y supervivencia de Pancho Villa

El asesinato; Pancho Villa y la prensa mundial; Los asesinos; El último levantamiento villista; La guerra de las viudas; Los restos de Pancho Villa; Pancho Villa en el mito, la leyenda, la literatura, la historia y el cine

Conclusión

¿Por qué Chihuahua?; El villismo: bandolerismo o revolución; La División del Norte; Pancho Villa y Estados Unidos; Pancho Villa: el hombre;
Sumario

Sobre el rastro de Pancho Villa en los archivos

Fuentes de archivo

Agradecimientos

Anexo

Notas

Bibliografía

Índice onomástico

Prefacio

Junto con Moctezuma y Benito Juárez, Pancho Villa es probablemente el personaje mexicano más conocido en todo el mundo. Las leyendas sobre Villa no sólo abundan en México, sino también en Estados Unidos y aun en otros países. Existen no sólo en la mentalidad, la tradición y las canciones populares, sino en el cine tanto mexicano como hollywoodense. Hay leyendas de Villa el Robin Hood, Villa el Napoleón mexicano, Villa el asesino despiadado, Villa el mujeriego y Villa como el único extranjero que atacó el territorio continental de Estados Unidos desde la guerra de 1812 y salió indemne. Sean correctas o incorrectas, exageradas o verídicas, uno de los resultados de estas leyendas es que el dirigente ha opacado al movimiento y los mitos han opacado al dirigente. Tanta atención se ha centrado en Villa el hombre que las características de su movimiento –que, en muchos sentidos, lo hicieron único en América Latina y, en otros, único dentro de la gama de las revoluciones del siglo XX– han quedado olvidadas o nunca se han estudiado. La División del Norte que Villa comandó fue probablemente el mayor ejército revolucionario que haya surgido jamás en América Latina. La revolución que Villa encabezó fue la única verdadera revolución social que jamás haya tenido lugar en la frontera misma de Estados Unidos. También fue una de las pocas revoluciones auténticas que se han producido en lo que podría describirse como una región fronteriza del continente americano. Tal vez sea aún más excepcional el hecho de que fue uno de los pocos movimientos revolucionarios con los que un gobierno estadounidense trató no sólo de llegar a un acuerdo, sino incluso de forjar una alianza. Igualmente excepcional es que el movimiento de Villa forme parte de una de las pocas revoluciones del siglo XX que aún disfruta de una enorme legitimidad a los ojos de su propio pueblo. Mientras en Rusia Leningrado ha sido rebautizado como San Petersburgo y en China los estudiantes cuestionan la revolución de

Mao en la plaza Tiananmén, nadie en México piensa en rebautizar las calles que llevan los nombres de Villa y de otros héroes revolucionarios. De hecho, no sólo el partido gubernamental oficial, sino también el principal partido de oposición y el nuevo movimiento guerrillero surgido en Chiapas se proclaman herederos legítimos de los revolucionarios de 1910-1920, entre los que el movimiento de Villa constituyó una fuerza decisiva.

Finalmente, Villa, al igual que el dirigente del movimiento popular más fuerte en el sur de México, Emiliano Zapata, eran distintos en varios aspectos importantes de los dirigentes revolucionarios que surgieron en otros lugares durante el siglo XX. En contraste con hombres como Lenin, Mao Tsé-tung, Ho Chi Minh o Fidel Castro, todos ellos intelectuales instruidos que encabezaron movimientos políticos bien organizados, Villa y Zapata procedían de las clases más bajas de la sociedad, tenían escasa educación y no organizaron partidos políticos. Este libro se centrará en esas características del movimiento de Villa así como en la personalidad de su dirigente. Procurará examinar la composición social del movimiento, en torno al cual existe tanta polémica como acerca de su líder. Mientras para algunos fue un movimiento campesino auténtico, otros lo ven como una revolución dominada por los malvivientes que poblaban la frontera: ladrones de ganado, bandidos, hombres sin raíces ni ideología. Esta última interpretación se ha visto muy reforzada por la personalidad de algunos de sus dirigentes, que lograron pasar de la historia a la leyenda, como Rodolfo Fierro, “el Asesino”, y Tomás Urbina, “el Bandido”. ¿Eran estos hombres realmente característicos de la dirección del movimiento villista? Aún no se ha realizado ningún estudio sobre la vasta gama de dirigentes secundarios de todo tipo que se congregaron en el movimiento de Villa, ni sobre la composición social de su ejército y la base social que lo apoyaba.

Uno de los criterios más importantes para valorar a un dirigente revolucionario, o por lo demás a cualquier figura política, es lo que hizo cuando estuvo en el poder. Villa controló Chihuahua durante dos años, pero poco se han estudiado, no sólo el programa que diseñó para el estado, sino los cambios que realmente llevó a cabo.

Encontré dos dificultades principales al escribir este libro. La primera, mucho menos importante que la segunda, es el hecho de que Villa, a diferencia de otras importantes figuras revolucionarias de México, como Zapata, Carranza u Obregón, no dejó ningún archivo, y los archivos estatales de Chihuahua fueron destruidos por el fuego en 1940. Lo que en gran medida me ayudó a superar este problema fue que mientras estaba terminando este libro, se volvieron

consultables otras fuentes de archivo que durante años habían sido inaccesibles para los investigadores. Entre ellas se cuentan los expedientes de la Secretaría de la Defensa Nacional de México, los registros de la Sección de Terrenos Nacionales del Archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria, y archivos estadounidenses como el de Inteligencia Militar y el del FBI, así como los papeles de muchos colaboradores de Villa.

La dificultad más grave que enfrenté fue la de extraer la verdad histórica de las multifacéticas capas de leyenda y mito que rodean a Villa debido, por una parte, a que él estaba enamorado de sus propios mitos e hizo cuanto pudo para bordar sobre ellos. Por otra parte, no existe uno solo, sino toda una serie de mitos en torno a Villa y su movimiento: los que se expresan en las canciones populares, el que urdieron los vencedores, que durante muchos años presentaron una historiografía oficial hostil sobre él, y el de Hollywood, a su vez muy contradictorio, para nombrar sólo unos cuantos. Estos mitos contaminan muchos de los miles de artículos y memorias escritas en torno a Villa. Por esta razón, he intentado en la medida de lo posible apoyarme en documentos contemporáneos, mucho menos teñidos y afectados por la leyenda.

El libro comprende cuatro partes principales ordenadas cronológicamente, que representan cuatro grandes fases tanto en la vida de Villa como en la historia de México. La primera parte se ocupa de los primeros años de Villa como forajido y su aparición como dirigente de segunda fila en la revolución mexicana, hasta principios de 1913. También describe las condiciones especiales que transformaron a Chihuahua en un foco principal de la revolución y sitúa el papel excepcional que ese estado desempeñó, tanto en 1910-1911, como en 1912 dentro de una historia más amplia de la revolución mexicana.

La segunda parte comprende el periodo en que Villa surge como dirigente nacional y Chihuahua, una vez más, se convierte en una zona central de la revolución. Empieza con el impresionante ascenso de Villa a la escena nacional en 1913 y termina con sus desastrosas derrotas militares a fines de 1915. Busca definir la naturaleza de su movimiento revolucionario en comparación con los otros grandes movimientos que surgieron al mismo tiempo en México. También trata de medir el impacto del villismo como ideología y como movimiento social y sus efectos prácticos en el estado de Chihuahua, en México en su conjunto y, por último, pero no menos importante, en Estados Unidos. Éste es el periodo de la vida de Villa que ha sido más intensamente estudiado y ha dado origen a las mayores controversias sobre su personalidad y su movimiento.

La tercera parte del libro se ocupa de los años 1915 a 1920: la guerra de guerrillas que libró Villa en ese tiempo, el ataque a la población de Columbus, Nuevo México, y sus muy paradójicos resultados, el resurgimiento del villismo como fuerza nacional en 1916-1917 y su subsecuente declinación.

La última parte describe la rendición de Villa, su vida como hacendado, su asesinato y las consecuencias que acarreó, y la evolución de su leyenda. Por último, el capítulo final busca valorar qué conclusiones se pueden alcanzar acerca de la personalidad de Villa y el carácter e impacto de su movimiento. Dicha conclusión también intenta mostrar en qué puntos quedan, en mi opinión, preguntas sin responder, discrepancias persistentes y bases legítimas para continuar el debate.

Este libro no es en modo alguno el primero que se ha escrito sobre Villa. Ya existían obras notables como las *Memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán (que se describen y comentan en el capítulo dedicado a las [fuentes](#)). Sin embargo esos libros tendían a centrarse en el hombre más que en su movimiento, y muchas de las fuentes que yo pude utilizar fueron inaccesibles para sus autores.

No pretendo dar una respuesta final a los muchos problemas que Villa y su movimiento han planteado ni resolver las controversias que han suscitado. No cabe duda de que aparecerán nuevos documentos y nuevas interpretaciones sobre uno y otro. Además, como ha ocurrido con Danton, Robespierre y otras grandes figuras revolucionarias (y Villa, se piense de él lo que se piense, fue una gran figura revolucionaria), cada generación lo verá desde una perspectiva diferente, de manera que se seguirá discutiendo el tema aún durante mucho tiempo. Espero haber contribuido a poner en claro los parámetros de esa discusión.

Prólogo

A él le hubiera encantado la escena. A pesar del frío que hacía aquel día ventoso de noviembre de 1976, el gentío colmaba las calles de la vieja ciudad de Parral. Habían oído que los restos de Pancho Villa, enterrados allí, iban a ser trasladados, por decreto presidencial, al Monumento a la Revolución, en la ciudad de México. Era el tardío reconocimiento de sus méritos revolucionarios por un gobierno mexicano.

Al aparecer el féretro de Villa flanqueado por miembros de su familia, la multitud estalló en aplausos y aclamaciones. Muchos lanzaron el viejo grito de guerra: “¡Viva Villa!”¹ Lo que más lo habría impresionado era que prácticamente ninguno de esos espectadores entusiastas lo conoció nunca, dado que más de cincuenta años habían pasado desde que fue asesinado y ni siquiera los padres de muchos de los que ahora colmaban las calles de Parral, para verlo partir a reunirse con sus enemigos en el mausoleo de los héroes revolucionarios en la capital, lo vieron ni lo oyeron, ni lo conocieron. El hecho de que tantos años después de su muerte miles de personas vinieran a aclamarlo daba la medida de la influencia que aún ejercía en su estado adoptivo. Otra expresión de las emociones que su memoria despertaba era que también varios miles de personas, por su parte, se habían negado a salir a la calle, muchas habían enviado duras cartas de protesta a los periódicos y algunas leían ávidamente libros como el recientemente publicado *Francisco Villa, el quinto jinete del apocalipsis*.²

Tal vez no le hubiera sorprendido a Villa la mezcla de amor y odio, respeto y desprecio que suscitaba en México, pero no le habría parecido tan previsible la forma en que se manifestaba esa misma mezcla al norte de la frontera, en un país por el que alimentó en los últimos años de su vida un aborrecimiento cada vez mayor: Estados Unidos. En noviembre de 1979 se erigió en Tucson, Arizona, una estatua suya que despertó emociones por lo menos tan fuertes como las que

se expresaban en México, y fue recibida con una combinación similar de odio y amor, respeto y desprecio.³

Esas reacciones encontradas reflejan las contradicciones del hombre mismo y las contradicciones que se esconden en las muchas leyendas acerca de él.

LOS PRIMEROS AÑOS: LAS LEYENDAS

Los primeros años de la vida de Villa permanecen envueltos en el misterio. Esto se debe en parte a que, a diferencia de las otras figuras principales de la revolución, Villa fue durante muchos años un forajido y como tal recorrió vastas zonas del norte de México.

Ese simple hecho es un obstáculo importante para cualquiera que se proponga conocer a fondo esa primera etapa, en especial porque tendrá que abrirse camino a través de las muchas leyendas forjadas por amigos y enemigos.

Existen básicamente tres versiones de esos primeros años, a las que llamaré la leyenda blanca, la leyenda negra y la leyenda épica. La leyenda blanca, basada en gran parte en los recuerdos del propio Villa, lo retrata como una víctima del sistema social y económico del México porfiriano, a quien las autoridades impidieron, a pesar de sus esfuerzos, llevar una vida tranquila y obediente de la ley. La leyenda negra lo describe como un malvado asesino, sin ninguna cualidad redentora. La leyenda épica, basada en buena medida en las canciones y tradiciones populares que al parecer surgieron sobre todo durante la revolución, pinta a Villa como una personalidad mucho más importante en el Chihuahua prerrevolucionario que su propia versión o que la leyenda negra. Lo que las tres leyendas tienen en común es que no se basan en documentos contemporáneos, sino más bien en reminiscencias, canciones populares, rumores, memorias y testimonios de oídas. También tienen en común que ninguna de ellas es enteramente coherente consigo misma.

La leyenda blanca se basa ante todo en la autobiografía que Villa le dictó a uno de sus secretarios, Manuel Bauche Alcalde, en el momento culminante de su carrera, en 1914. Estas memorias fueron a parar a manos de uno de los mayores novelistas de México, Martín Luis Guzmán, quien tras reescribirlas y editarlas las publicó como primera parte de un libro llamado *Memorias de Pancho Villa*.⁴ Para este libro, me he basado en las memorias originales de Villa, que la familia de Martín Luis Guzmán me permitió generosamente consultar.

Uno de los pocos aspectos de la vida de Villa sobre el cual todos están de acuerdo es que nació en 1878, en el Rancho de la Coyotada, que formaba parte

de una de las haciendas más grandes del estado de Durango, propiedad de la familia López Negrete. Sus padres, Agustín Arango y Micaela Arámbula, eran aparceros de la hacienda. El niño fue bautizado con el nombre de Doroteo Arango. (Existen opiniones divergentes sobre su verdadero nombre.) Su padre murió joven y su madre se quedó con cinco hijos que mantener.

A partir de este punto las leyendas blanca, negra y épica se separan.

LA LEYENDA BLANCA

“La tragedia de mi vida empieza el 22 de septiembre de 1894, cuando yo tenía dieciséis años”, refiere Villa en sus memorias. Trabajaba como aparcerero en la Hacienda de Gogojito y tras la muerte de su padre se había convertido en cabeza de su familia, constituida por su madre, sus hermanos Antonio e Hipólito, y dos hermanas: Marianita, de quince años, y Martina, de doce. Ese día, al llegar a su casa de regreso del trabajo, encontró al dueño de la hacienda, don Agustín López Negrete, “el Amo, el dueño de la vida y la honra de nosotros los pobres”, parado frente a su madre que le decía: “¡Váyase de mi casa! ¿Por qué quiere llevarse a mi hija?”

Al oír estas palabras, Villa se puso tan furioso que corrió a casa de su primo Romualdo Franco, tomó el rifle de éste y le disparó a López Negrete en un pie.

López Negrete empezó a pedir ayuda a gritos, aparecieron cinco de sus criados armados con rifles, y se dispusieron a disparar contra Villa. “¡No maten a ese muchacho!”, les gritó López Negrete. “Llévenme a mi casa...”

El joven Arango se dio cuenta de que aunque el hacendado había impedido que lo mataran, bien podía hacerlo arrestar.

Cuando en mi azoramiento me vi libre [...] monté en mi caballo, y sin pensar más que en alejarme, me fui a buscar refugio entre las soledades de la Sierra de la Silla, que está frente a la hacienda de Gogojito.

Mi conciencia me gritaba que yo había hecho bien. El amo, con cinco hombres armados, con todo el aparato de su poderío, había intentado imponer a mi hogar una contribución forzosa a la honra. No le bastaba el sudor de sus siervos, el trabajo de sus siervos, nuestras fatigas incesantes para enriquecerle a él, el amo, el dueño de las tierras que por nuestro esfuerzo eran productivas y fecundas; necesitaba también de nuestras hembras, de sus siervas, llevando su despotismo hasta la profanación de nuestros hogares.⁵

A partir de ese momento, Villa vivió como un forajido en las montañas de Durango, constantemente perseguido por las autoridades. Él cuenta cómo, con una habilidad casi sobrenatural, a los dieciséis y diecisiete años, logró una y otra vez burlar o derrotar a sus perseguidores.

Pocos meses después de su fuga a las montañas, lo detuvieron tres hombres que lo llevaron a la cárcel de San Juan del Río; el joven Arango estaba convencido de que en poco rato lo fusilarían. “A eso de las diez de la mañana del día siguiente, me sacaron de mi encierro para que moliera un barril de nixtamal.”⁶ Con la mano del metate Villa golpeó al guardia que tenía más cerca, huyó de la prisión y logró escapar a las montañas de Los Remedios, situadas en las cercanías.

Unos meses más tarde, en octubre de 1895, fue apresado de nuevo. Esta vez logró fugarse de una manera aún más espectacular. Siete guardias rurales lo hallaron dormido y lo conminaron a rendirse. Villa no se resistió, pero sugirió a sus captores que tostaran unos elotes antes de llevarlo a la cárcel de la ciudad. Tenían hambre, eran siete y no tenían por qué temer al muchacho que habían capturado, así que accedieron.

Lo que no sabían era que Villa tenía una pistola escondida bajo su cobija y un caballo pastando ahí cerca. Mientras dos de ellos iban a cortar las mazorcas y otros dos a recoger leña, Villa sacó su pistola, empezó a disparar contra los tres guardias restantes, corrió a su caballo y escapó.⁷

Con orgullo relata Villa en qué forma, sólo unos meses después, derrotó a otra partida enviada para capturarlo. En esa ocasión, condujo a los rurales a una emboscada y mató a tres de ellos.⁸

Finalmente Villa empezó a sentir que la vida que llevaba era demasiado peligrosa y decidió tomar nuevas medidas para eludir a sus perseguidores y facilitar su vida de proscrito. Primero decidió cambiar de nombre. Su padre, escribe, había sido hijo ilegítimo de Jesús Villa, y por esta razón el joven Doroteo Arango decidió llamarse Francisco Villa. Se convenció de que sobrevivir solo era demasiado difícil y se unió a otros bandidos que actuaban en los alrededores, Ignacio Parra y Refugio Alvarado. Antes de aceptarlo en su compañía, éstos le dijeron:

“Oiga, güerito, si quiere usted andar con nosotros, es necesario que haga todo lo que nosotros le mandamos. Nosotros sabemos matar y robar. Se lo advertimos para que no se asuste.” Las palabras crudas, claras y precisas como un martillazo, no me estremecían [...] También los hombres que se titulan

pomposamente honrados matan y roban. En nombre de una ley que aplican en beneficio y protección de los “pocos” y en amenaza y sacrificio de los “muchos”, las altas autoridades del pueblo roban y matan, con la impunidad más grande.⁹

Una vida nueva y mucho más agradable empezó entonces para Villa. De ser un fugitivo al que tratan de dar caza y que apenas logra sobrevivir, se convirtió en un hábil bandido, que cosechaba los frutos de sus robos y asaltos. Sólo una semana después de unirse a la banda, la parte que le tocaba en el botín era ya de más de tres mil pesos, es decir, más de diez veces el salario anual de un trabajador agrícola en el Chihuahua de la época. Pero no era más que el principio. Poco tiempo después, la banda robó ciento cincuenta mil pesos a un rico minero, y Villa dejó a la pandilla por un tiempo, con cincuenta mil pesos en el bolsillo. En esa época, tal cantidad constituía una fortuna; pero a los once meses la había gastado entera, sobre todo porque regalaba el dinero. En sus memorias, Villa afirma con orgullo: “Lo repartí a los pobres”. Su madre recibió cinco mil pesos; cuatro mil fueron entregados a otros parientes. A un anciano llamado Antonio Retana, que tenía mucha familia, no veía bien y era extremadamente pobre, le dio los medios para poner una sastrería y tomar un empleado que se encargara de ella. “En el término de unos ocho a diez meses, había yo reintegrado a los pobres el dinero que en formas tan variadas de latrocinio les habían arrebatado los ricos.”¹⁰

Una vez gastado todo el dinero, Villa regresó con la banda y recommenzó su vida de bandido, pero rompió con sus socios cuando uno de ellos asesinó cruelmente a un viejo que se había negado a venderle pan. Villa continuó vagando por las montañas de Durango, cometió unos cuantos asaltos, encontró nuevos socios y tuvo varios enfrentamientos a tiros con las autoridades. Finalmente, se hartó de vivir como un maleante. “En esa época le dije yo a Luis [Orozco]: ‘Hombre, en ninguna parte podemos vivir. Vámonos al estado de Chihuahua a ver si podemos poner algún trabajo por allá’. Nos vinimos a Parral como un mes después.”¹¹

Allí, Villa tuvo gran variedad de ocupaciones, pero una y otra vez se vio forzado a dejar todo y huir cuando las autoridades descubrían su identidad. Su primer trabajo fue de minero, pero tuvo que dejarlo porque se lastimó un pie. Luego trabajó con un maestro albañil, haciendo ladrillos. Cuando descubrieron quién era, huyó y empezó a robar ganado para venderlo en el mercado de carne de Chihuahua. Esta actividad resultó poco remunerativa porque los que

controlaban el negocio de la carne no le daban acceso al matadero, de manera que volvió a trabajar de minero, aunque por poco tiempo porque, de nuevo debido a la persecución de las autoridades, tuvo que regresar a su vida de forajido.

A pesar de la constante persecución, compró una casa en la ciudad de Chihuahua y decidió asentarse en ella. Fue allí donde, en algún momento de 1910, conoció a Abraham González,

el noble mártir de la democracia [...] invitándome a vindicar por medio de la Revolución los Derechos del Pueblo ultrajados por la Tiranía [...] Allí vine a comprender, por primera vez, que todas las amarguras, todos los odios, todas las rebeldías acumuladas en mi alma, en tanto año de sufrir y de luchar, me habían dado una convicción, una fortaleza, una energía y una voluntad tan claras que debería yo ofrecérselas a mi patria [...] para liberarla de tantas víboras que [...] le devoraban impietosamente [sic] las entrañas.¹²

Villa se describe a sí mismo como una víctima, tanto del despotismo de los hacendados como de las arbitrariedades de las autoridades porfirianas. Un hombre con honor y dignidad no podía tomar otro camino que el que él había tomado atacando al hacendado que se había propasado con su hermana. Los funcionarios sin escrúpulos vinculados con el gobierno de Durango o con el clan Creel-Terrazas en Chihuahua habían frustrado todos sus intentos por dejar la ilegalidad.

La imagen que Villa pinta de sí mismo no es totalmente halagüeña: les robaba principalmente a los ricos, aunque no siempre, y a veces, aunque con menor frecuencia, les daba a los pobres. Dice que su madre le decía: “Hijito de mi vida, ¿de dónde traes tú este dinero? Estos hombres que andan contigo te van a llevar a la perdición pues ustedes andan robando y es un crimen el que llevo yo en mi conciencia si no te hago yo comprender”.¹³

Según su propia descripción, si se había convertido en un malhechor, no fue completamente contra su voluntad. Poco después de juntarse con Ignacio Parra, éste le dio tres mil pesos para que se equipara y comprara un caballo. En cambio, Villa prefirió guardar el dinero y robar el caballo de uno que pasaba.¹⁴ También podía haber empleado los cincuenta mil pesos que obtuvo en uno de sus primeros robos para establecerse e iniciar más pronto y con mayor facilidad una vida diferente.

Otro aspecto de esos primeros años que Villa destacaba era su gran astucia como hombre de pelea. Siendo un muchacho de dieciséis o diecisiete años, cuatro veces logró engañar a sus perseguidores, y mató en ese proceso a un buen número de hombres. Veía su lucha contra las autoridades como vinculada en algún sentido con la revolución, pero no pretendía haber participado de ningún modo en los muchos levantamientos, protestas y movilizaciones políticas que tuvieron lugar en Chihuahua antes de la insurrección.

Sin embargo, Villa insistía en que, aunque había matado a muchos hombres, no era un asesino a sangre fría: lo había hecho porque estaba forzado a defenderse o bien porque lo habían traicionado.

LA LEYENDA NEGRA

Si bien se puede considerar a la autobiografía de Villa como una “leyenda blanca”, circulaban sobre él en Chihuahua historias de un tipo muy diferente, que se pueden designar inversamente con el término de “leyenda negra”. Algunas fueron recogidas en 1914 por los agentes de inteligencia de Estados Unidos que procuraban trazar el perfil biográfico de Villa. El informe enviado por John Biddle, coronel del Estado Mayor estadounidense, al jefe de su Estado Mayor, presentaba una imagen de Villa mucho más sanguinaria que la que ofrece su autobiografía.

Según una historia, el alguacil del condado se fugó con la hermana de Villa y huyó a las montañas. Villa lo persiguió con algunos hombres enardecidos, capturó a la pareja, forzó al hombre a casarse en una improvisada ceremonia, lo obligó a cavar su propia tumba, lo mató y empujó su cuerpo dentro de la fosa. Según una versión, fue encarcelado a los catorce años por robar ganado y, unos pocos meses después de salir libre, cayó de nuevo preso por homicidio en Guanavací, Chihuahua.¹⁵

En otro informe enviado a la Inteligencia Militar estadounidense, el doctor Carlos Husk, un médico que trabajaba en México para la American Smelting and Refining Company y que conocía bien a Villa, escribía:

En sus tiempos de bandido, su fama estaba tan extendida que casi cualquier delito que no pudiera resolverse en el norte de México se le imputaba a él, y aunque no hay duda de que participó en muchos de ellos, era físicamente

imposible que llevara a cabo todo lo que sus enemigos lo acusaban de haber hecho y él, desde luego, dice que nunca cometió un asesinato a sangre fría, y que sólo mató para defenderse.¹⁶

La versión más amplia y sistemática de la leyenda negra fue escrita por Celia Herrera, miembro de una familia que llegó a tener una enemistad clánica contra Villa y a muchos de cuyos integrantes mató.¹⁷

Celia Herrera lo pinta como un hombre sediento de sangre y un asesino sin escrúpulos, sin el menor rasgo favorable. Según ella, Villa se convirtió en malhechor no por haber vengado el honor de su hermana, sino porque mató a otro muchacho, amigo suyo, con quien tuvo un altercado. Ése habría sido el preludio de un torrente de asesinatos que fueron aumentando año con año en alcance, intensidad y horror. En 1900, Villa mató a Claro Reza, antiguo compañero, un carnicero que le debía dinero y se negó a pagarle. En 1902, se unió a una gavilla de criminales encabezada por un malhechor llamado José Beltrán. Atacaron la casa de un hombre llamado Inocencio Chávez y golpearon a su esposa con la pistola porque se negó a decirles dónde escondía el dinero su marido. En 1904, intentaron matar a un ganadero llamado Amaya y saquear su casa. La llegada de un policía les impidió llevar a cabo el robo planeado, con lo que se pusieron tan furiosos que asesinaron a dos de los vaqueros de Amaya que se encontraron en la calle. En 1908, la banda se metió a la casa de Alejandro Muñoz, en la ciudad de San Isidro. Exigieron una gran suma de dinero a manera de rescate y, como él no la entregó, lo torturaron, cortándole pedazos de los pies. Luego lo apuñalaron hasta matarlo. El 13 de octubre de 1910, atacaron la hacienda de Talamantes, donde sólo encontraron a la más joven de las hijas del dueño, Josefa Sota: como se negó a entregarles dinero, la enterraron viva.

Según esta versión de los hechos, Abraham González nunca le pidió a Villa que participara en la revolución. De hecho, si Villa se incorporó, fue sólo por una coincidencia: estaba visitando a una novia en un pequeño rancho cuando una fuerza federal, creyendo que algunos revolucionarios se hallaban escondidos allí, lo atacó. Villa, convencido de que lo perseguían a él, devolvió los disparos y huyó. Entonces decidió unirse a Pascual Orozco junto con sus hombres. Orozco lo rechazó al principio, porque no lo consideraba más que un bandido. Pero cuando estaban negociando, las tropas federales atacaron y Villa se sumó a los hombres de Orozco, el cual no pudo sino aceptarlo a regañadientes en su ejército. Se arrepentiría de esta decisión, ya que más tarde Villa se robó la paga destinada a las tropas revolucionarias.

No hace falta decir que, según Celia Herrera, Villa nunca intentó establecerse y llevar una vida más pacífica y legal en Chihuahua.

LA LEYENDA ÉPICA

La leyenda negra y la leyenda blanca tienen en común que no atribuyen a Villa ninguna importancia política o social antes del estallido de la revolución mexicana. En cambio la leyenda épica afirma que, ya en sus años de bandido, se había convertido en ídolo del campesinado de Chihuahua y azote de Terrazas. Nadie ha descrito mejor la leyenda épica que el corresponsal estadounidense John Reed.

Un inmenso cuerpo de leyendas populares creció entre los peones en torno a su nombre. Hay muchas canciones y baladas tradicionales que celebran sus hazañas; se puede oír cantar a los pastores alrededor de sus fogatas en la noche, repitiendo versos que les legaron sus padres o componiendo otros extemporáneamente. Por ejemplo, cuentan la historia de cómo Villa, encolerizado al oír hablar de la miseria que padecían los peones de la hacienda de Los Álamos, reunió a un pequeño ejército y cayó sobre la casa grande, la saqueó y distribuyó el botín entre los pobres. Sacó miles de cabezas de ganado del rancho de Terrazas y las llevó al otro lado de la frontera. Caía de pronto sobre una mina próspera y se apoderaba del oro. Cuando necesitaba maíz, asaltaba un granero perteneciente a algún rico. Reclutaba hombres casi abiertamente en los pueblos, lejos de los caminos transitados y de las vías del ferrocarril, y organizaba a los forajidos de las montañas.¹⁸

La leyenda épica no sólo pintaba a Villa como una figura con más influencia de la que él mismo se atribuyó en sus memorias, sino también como un hombre más generoso. Una versión de esta leyenda llegó hasta el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson. En una conversación con el embajador británico, Wilson describió a Villa como “una especie de Robin Hood [que] ha llevado una vida azarosa robando a los ricos para dar a los pobres. Incluso llegó a poner una carnicería, para distribuir a los pobres lo que obtenía en sus innumerables robos de ganado”.¹⁹

Es extremadamente difícil separar la verdad de la leyenda, determinar la veracidad de estos relatos contradictorios, porque existen muy pocos documentos sobre ese primer periodo de la vida de Villa. Ni la versión de Villa

sobre su propia vida, ni las acusaciones de sus enemigos, ni los corridos que forman la base de la leyenda épica pueden ser corroborados en documentos contemporáneos. La autobiografía de Villa se basa exclusivamente en sus memorias, mientras que Celia Herrera sólo cita un documento relativo a la vida de Villa antes del estallido de la revolución: el informe de un jefe político local, según el cual, en 1907, Villa y algunos acompañantes robaron veintidós cabezas de ganado y mulas.²⁰

Distinguir los hechos de la ficción y la verdad de la leyenda en relación con los primeros años de Villa requiere no sólo un examen de todos los documentos contemporáneos y una evaluación crítica tanto de las memorias de Villa como de las de sus contemporáneos, sino entender el ambiente en que vivió antes de la revolución, el de la frontera norte de México, y sobre todo el del estado de Chihuahua. Aquella región tenía una historia muy distinta en muchos sentidos de la del resto de México; allí el heroísmo y la crueldad sanguinaria se mezclaban de modo inextricable y violento.

• I •

De forajido a
revolucionario

[illegible]

Chihuahua

· 1 ·

De la frontera con los indios al lindero con Estados Unidos

Hay una enorme animosidad contra la hacienda que no puedo explicarme y que me hubiera parecido increíble a no ser porque la palpo a cada momento. Muchos de los sirvientes a quienes hemos creído fieles nos han dado sendos desengaños, y es que las promesas hechas por los revolucionarios de que les serían repartidas las tierras los han engolosinado, y ahora no piensan más que en ver realizado tan hermoso sueño. Varios de los que deben a la hacienda señalados servicios son los que se muestran más deseosos del reparto, no por el daño ajeno, sino por el propio provecho.

El administrador de la hacienda de Santa Catalina a notsu propietario¹

En vísperas de la conquista española, el actual estado de Chihuahua no formaba parte del imperio azteca ni de la compleja civilización que conocemos como Mesoamérica y que incluye a los habitantes del centro y sur de México. En contraste con esa civilización, Chihuahua no tenía grandes ciudades, ni una densa población que viviera de la agricultura intensiva ni grupos sociales altamente estratificados. Estaba escasamente poblada por cazadores, recolectores y algunos agricultores, agrupados, sin una organización compleja, en diferentes tribus. Los aztecas no tuvieron ningún interés en conquistar a esta población nómada a la que se referían colectivamente de la manera más burlesca como “chichimecas”: hijos de los perros.

No es sorprendente la falta de interés de los aztecas. El enorme estado de Chihuahua está constituido principalmente por desiertos e inhóspitas cadenas montañosas. Gran parte de la región central está ocupada por los médanos cubiertos de arena de Samalayuca, mientras que en el sureste se sitúa el Bolsón de Mapimí, aún más árido. En su mayor parte, las enormes montañas de la Sierra

Madre, al oeste, son igualmente inhóspitas. La agricultura sólo se podía practicar en las limitadas zonas que están irrigadas por ríos y lagos, principalmente en la región noroccidental del estado y, en menor grado, al este, cerca del río Conchos. Algunos de los recursos más importantes de Chihuahua no tenían interés para los aztecas: no había ganado en los fértiles pastizales de la parte central del estado, ni los aztecas tenían la tecnología necesaria para extraer sus ricos minerales, ni podían hacer uso de sus grandes recursos madereros.

Inicialmente, los españoles tampoco se interesaron por la región. Su actitud cambió a fines del siglo XVI y principios del XVII, cuando se descubrieron enormes minas de plata cerca de las actuales ciudades de Chihuahua y Parral. Pronto se crearon allí poblados de colonos españoles y a su alrededor surgieron haciendas, para abastecer de alimentos a los mineros y para beneficiarse de la riqueza que generaban las minas. Dado que era difícil atraer trabajadores o inmigrantes del México central o de España a esta vasta región subdesarrollada y peligrosa, los españoles intentaron esclavizar a la población local, gran parte de la cual era tarahumara y cuyo modo de vida era predominantemente nómada. Cuando esclavizar a los indios se volvió a la vez arduo (muchos esclavos huyeron a las remotas vastedades de la Sierra Madre) e ilegal (la Corona española pronto prohibió la esclavitud de los nativos), se intentaron nuevos métodos para influir sobre ellos.

Los jesuitas y los franciscanos intentaron establecerlos en misiones. Temporalmente sometidos, los tarahumaras se sublevaron repetidas veces y la mayoría de ellos terminó desapareciendo en las cadenas montañosas de la Sierra Madre, donde los españoles difícilmente podían localizarlos y donde reanudaron su vida nómada.²

La población de Chihuahua creció gradualmente conforme se abrían más minas, se creaban nuevas haciendas y llegaban más inmigrantes. Esa expansión se detuvo claramente a mediados del siglo XVIII. En ese momento, las incursiones de los apaches se volvieron frecuentes. Hasta entonces habían vivido muy al norte de Chihuahua, pero en el siglo XVIII se vieron empujados hacia el sur por los comanches, mucho más fuertes, y empezaron a atacar las colonias españolas. Los pocos cientos de soldados que España había estacionado en la frontera eran incapaces de ofrecer una resistencia eficaz y los hacendados españoles y sus mineros huyeron hacia el sur o a las escasas ciudades grandes.³ Ante la posibilidad de perder esta provincia potencialmente rica, la Corona española decidió crear una serie de asentamientos fortificados, habitados por rancheros armados. Los inmigrantes procedentes de España y del centro de

México, así como los indios nativos que estaban dispuestos a establecerse en estas colonias militares, obtenían privilegios extraordinarios. Se les otorgaban grandes cantidades de tierras y estaban exentos del pago de impuestos por diez años. Los indios de las colonias militares, en contraste con los campesinos indígenas del centro de México que eran considerados pupilos de la Corona, obtenían la plena ciudadanía española.⁴ Para fines del siglo XVIII, estos colonos empezaron a formar una fuerza guerrera capaz de resistir a las incursiones apaches. Cuando la Corona española enarboló, junto al garrote representado por estas colonias militares, la zanahoria bajo la forma de una oferta de abastecer con comida, ropa y alcohol a todos los apaches que se establecieran cerca de las poblaciones españolas, muchos de los depredadores nómadas se volvieron sedentarios. Aunque nunca completamente pacificada, la región entró en una etapa más tranquila. Por primera vez, los rancheros pudieron disfrutar plenamente los frutos de su tierra y su trabajo, con el reconocimiento de la Corona. Como resultado, cuando estalló la guerra de independencia en 1810, los colonos militares a todo lo largo de la frontera norte de la Nueva España no sólo no se unieron a los revolucionarios del centro y el sur de México, sino que muchos de ellos decidieron pelear del lado de España.⁵ Un siglo más tarde, en 1910, después de que el gobierno mexicano hubo pacificado de nuevo la frontera, los descendientes de esos colonos militares adoptaron una actitud completamente diferente y pelearon en la primera línea de la revolución mexicana. La causa de ese cambio de actitud se encuentra en el desarrollo de Chihuahua durante el siglo XIX.

La paz que la Corona española trajo a la frontera no sobrevivió al dominio colonial. Para 1830, las incursiones de los apaches habían recommenzado. Los débiles gobiernos mexicanos, repetidamente derrocados al año o a los dos años por golpes militares o por facciones políticas rivales, nunca tuvieron los medios ni la voluntad de combatir a los apaches. Los pagos en alimentos y en especie que habían mantenido a los apaches en paz fueron cancelados precisamente en el momento en que empezaban a percibir la debilidad militar del nuevo gobierno. El ejército mexicano era mucho más proclive a dar golpes de estado en la ciudad de México que a luchar contra los apaches. Los ataques contra las haciendas se hicieron hasta tal punto frecuentes que para mediados del siglo XIX la mayoría de los hacendados habían abandonado sus propiedades. En cambio, los colonos militares, que no tenían adónde ir, se quedaron y pelearon.⁶

Al describir esta etapa, los habitantes de la antigua colonia militar de Namiquipa escribirían orgullosamente en una solicitud, a fines del siglo XIX,

que “todas las haciendas vecinas [...] agobiadas por las constantes amenazas y agresiones de los bárbaros, estuvieron abandonadas desde el año de 1832 hasta el de 1860; sólo Namiquipa sostuvo esa lucha asoladora siendo el único baluarte de la civilización en aquellas apartadas regiones”.⁷ Lo mismo podía decirse de muchas otras colonias militares y pueblos libres en gran parte del estado. En esos años, crearon lo que en muchos sentidos era un tipo de sociedad único en México, limitado al norte de Chihuahua y a unas pocas regiones que eran víctimas de los ataques apaches, en la que se combinaban de manera excepcional el salvajismo y la democracia. El primero era característico de ambos bandos en conflicto: así como los apaches solían matar y torturar a sus prisioneros, incluidos mujeres y niños, las autoridades mexicanas ofrecían recompensa por los cueros cabelludos de los apaches, también incluidos los de las mujeres y los niños. A veces las víctimas de ese salvajismo eran los indios tarahumaras, que no asaltaban las colonias mexicanas pero con frecuencia perdían sus tierras y sus propiedades a manos de los colonos blancos y mestizos.⁸

Por otra parte, esta sociedad chihuahuense de rancheros libres tal vez correspondía más al tipo de sociedad característico de la frontera estadounidense, pintada en vivos colores por el historiador Frederick Jackson Turner. La hipótesis de Turner, que cautivó a varias generaciones de estadounidenses, suponía que la frontera de Estados Unidos creaba un tipo único de granjero autónomo, independiente, autosuficiente. Estos granjeros, según Turner, estaban libres de las diferencias de clase y las estructuras de poder propias del este de Estados Unidos. Allí el estado era débil, las familias ricas tradicionales no iban al oeste y, así, se creó en el oeste un tipo de sociedad igualitaria y autosuficiente, que en gran medida conformó la mentalidad estadounidense.

En los años recientes, esta hipótesis ha suscitado mucha polémica en la historiografía estadounidense.⁹ Algunos historiadores sostienen que los especuladores de tierras, los terratenientes ricos y los banqueros estaban muy presentes en la colonización de lo que en general se considera como la frontera estadounidense y que también lo estuvo el estado en la conformación del ejército.

En gran parte de Chihuahua y algunas partes del norte de México, ocurrió lo contrario en el periodo que va de alrededor de 1830 a la década de 1860. El estado que, representado por las autoridades coloniales españolas, el ejército, los terratenientes acaudalados y la iglesia, había presenciado la génesis de la frontera norte de México en los siglos XVI, XVII y XVIII, para la década de

1830 casi se había desvanecido en el noroeste de Chihuahua. Muchas de las misiones que los jesuitas habían creado desaparecieron al final del periodo colonial, cuando los miembros de esa orden fueron expulsados de Nueva España, y las misiones restantes quedaron casi totalmente abandonadas al producirse la independencia. Los mineros y hacendados ricos huyeron ante el avance de los apaches, y los banqueros y especuladores no daban valor alguno a unas tierras que eran constantemente blanco de los ataques de los nómadas. El gobierno federal mexicano y el ejército federal eran demasiado débiles y estaban demasiado desgarrados por disputas internas para tener una presencia significativa en Chihuahua y en el norte de México, y así los rancheros quedaron librados a sus propios recursos. La sociedad que ellos crearon era pobre pero considerablemente igualitaria y autosuficiente, y ponían un fiero orgullo en ser capaces de resistir frente a tanta adversidad. A partir de la década de 1860 esa sociedad se transformaría de nuevo con el retorno a Chihuahua del estado y de los hacendados. El hombre que en mayor grado colaboró a hacer posible ese regreso fue una de las figuras más importantes, llamativas y memorables del estado: Luis Terrazas.

EL ASCENSO DE LUIS TERRAZAS

En la década de 1860, después de que México derrotó a los invasores franceses y puso fin al imperio de Maximiliano, se impuso un gobierno más estable. Temiendo que si no se ponía a Chihuahua bajo firme control mexicano el estado sería anexado por Estados Unidos, el gobierno central hizo cuanto pudo para combatir a los apaches: se crearon nuevas colonias militares; los colonos que estaban dispuestos a pelear contra los indios recibieron tierras y, sobre todo, se indujo a los hacendados a regresar. El principal responsable de esta nueva política fue Luis Terrazas. Hijo de un carnicero acomodado, la suya no se contaba entre las familias gobernantes de Chihuahua, aunque pronto se casó con una joven descendiente de una de ellas. Ingresó al Partido Liberal en Chihuahua, llegó a ser uno de sus dirigentes y, en el curso de las guerras civiles entre liberales y conservadores, llegó a gobernador liberal del estado en 1859.¹⁰ Pronto adquirió popularidad porque se mostró más dispuesto que sus predecesores a hacerles frente a los apaches. Su éxito no se debió solamente a su talento organizativo. La principal innovación que introdujo fue la de desviar ingresos fiscales destinados al gobierno federal de la ciudad de México con el fin de crear milicias para luchar contra los indios. Aunque esta práctica no era bien

vista en la capital, le ganó a Terrazas prestigio y apoyo entre muchos sectores de la población de Chihuahua, incluidos sus colonos militares, que consideraban a las autoridades centrales como inútiles explotadoras y parásitas. Pero Terrazas no dedicó todas sus energías a combatir a los apaches. También utilizó la gubernatura para adquirir algunas de las haciendas más grandes del estado. Adquirió la mayor de sus propiedades expropiando a otro hacendado, Pablo Martínez del Río, que había tenido el infortunio de elegir el bando equivocado en la guerra contra los franceses. Obtuvo otras propiedades comprándoselas a bajo precio a los hacendados que las habían abandonado y no veían manera de volver a colonizarlas. Dado que era gobernador del estado, Terrazas controlaba la milicia y podía llevar a trabajar en sus tierras a muchos trabajadores que habían huido del campo, ya que podía ofrecerles mayor protección que los demás hacendados. No hay pruebas de que cuando empezó a formar su imperio, en la década de 1860, Terrazas expropiara tierras a los rancheros de las colonias militares. Había suficientes tierras abandonadas para colmar sus ambiciones, y necesitaba el apoyo de esas colonias. Mientras Terrazas fue gobernador del estado, su primo Joaquín Terrazas mandaba las unidades de la milicia compuesta por rancheros, que eran mucho más eficaces en el combate contra los apaches que las escasas tropas federales acantonadas en Chihuahua. Las actividades de este primo acrecentaron la popularidad de Luis Terrazas en su estado natal.

En 1876, la situación tanto de Luis Terrazas como de México se modificó profundamente cuando Porfirio Díaz, uno de los héroes de la lucha por la independencia contra Napoleón III, llevó a cabo un golpe militar y asumió el poder. Era el principio de la dictadura más larga de la historia de México. Con excepción de los cuatro años que van de 1880 a 1884 en que un aliado de Díaz, Manuel González, asumió la presidencia, Díaz gobernó México hasta 1911, cuando fue derrocado por un levantamiento popular. En muchos aspectos, el régimen de Díaz cumplió las más caras esperanzas de los hombres más ricos del país, como Luis Terrazas.

En términos económicos, México tuvo un crecimiento sin precedentes. Líneas ferroviarias de nueva construcción vincularon la capital con los puertos y con Estados Unidos. El resultado fue un formidable aumento de la inversión extranjera y un crecimiento espectacular. Entre 1884 y 1900, inundaron el país alrededor de mil doscientos millones de dólares del exterior, y el producto nacional bruto aumentó a una tasa de ocho por ciento. México gozó de una era de estabilidad política también sin precedentes. Los levantamientos de los miembros de la élite y los militares, que habían sido la característica de la

historia independiente del país, cesaron. Esto no se debió solamente al poder del estado, cuyos ingresos aumentaron significativamente gracias al crecimiento y la inversión extranjera, sino también a que los miembros de la élite se convirtieron en los mejores intermediarios para los inversionistas del exterior y, por tanto, tenían mayor interés en mantener la estabilidad política que era el requisito de esa inversión. El creciente poder del estado y la existencia de los ferrocarriles, que aumentaron la movilidad de las tropas del gobierno, permitieron al régimen aplastar los alzamientos populares y de clase media dondequiera que ocurrieran. Las posibilidades de inestabilidad política eran drásticamente reducidas mediante la realización de elecciones fraudulentas que tuvieron por resultado un congreso aquiescente que Díaz controlaba enteramente. El resultado del crecimiento económico y la estabilidad política fue que la clase alta pudo acumular enormes riquezas, no sólo como intermediaria de los inversionistas extranjeros sino por la posibilidad, gracias a la revolución de las comunicaciones que tuvo lugar en México, de exportar grandes cantidades de mercancías a Estados Unidos y a Europa. La política porfiriana de reprimir las protestas populares, amordazar a la prensa de oposición, impedir la formación de sindicatos y no permitir las huelgas contribuyó en mucho a ese enriquecimiento. También colaboró otro aspecto de la política de Díaz consistente en hacer masivas expropiaciones de tierras de las comunidades.

En contraste con otros miembros de la clase gobernante mexicana, Luis Terrazas no se benefició sin más con la llegada al poder de Díaz. En 1876, su intuición política le falló y, en vez de alinearse con Díaz, apoyó a su rival, el presidente Sebastián Lerdo de Tejada. Por ello, los partidarios de Terrazas quedaron excluidos de la gubernatura de Chihuahua, que fue ocupada por un poderoso rival de Terrazas, Ángel Trías. Esto fue para Terrazas un obstáculo, pero no una derrota decisiva. La política de Díaz no fue matar o exterminar a los miembros de la élite que se le habían opuesto, sino apartarlos del poder permitiéndoles enriquecerse por todos los medios a su disposición, con la esperanza de disuadirlos de embarcarse en costosos y desestabilizadores levantamientos. Gracias a las nuevas líneas ferroviarias, Terrazas pudo exportar enormes cantidades de ganado a Estados Unidos. Su familia controlaba también la mayor institución bancaria de Chihuahua, el Banco Minero, y desempeñaba un papel importante como intermediaria o incluso socia de empresarios extranjeros que invirtieron en el estado.

Terrazas se benefició también de otro aspecto de la “modernización” porfiriana que tendría un papel fundamental en su caída y la de Díaz en 1911: las

cuantiosas confiscaciones de tierras pertenecientes a los pueblos comunales o los pequeños propietarios. Pero el hecho de haberse convertido en uno de los hombres más ricos del país no satisfizo a Terrazas. Quería recuperar el poder en su estado natal. En 1879, lo logró por un breve tiempo. Ese año Ángel Trías sufrió una aguda pérdida de popularidad porque aumentó los impuestos para combatir a los apaches, pero obtuvo escaso éxito en esa empresa. Los hombres del campo del oeste chihuahuense se sublevaron y forzaron a Trías a renunciar en favor de Terrazas. Díaz, que estaba entonces a punto de entregar el poder a su sucesor temporal, Manuel González, no quiso intervenir, y González no puso obstáculos a que Terrazas ocupara la gubernatura de Chihuahua. En 1884, cuando Díaz volvió a la presidencia, Terrazas perdió de nuevo el control de su estado y le tomaría dieciocho años, hasta 1902, recuperarlo. Entre tanto, sin embargo, se convirtió en el hombre más rico de México.

Dos hechos ocurrieron en 1884 que contribuyeron mucho a que Terrazas acumulara nuevas riquezas pero tuvieron devastadoras consecuencias para los rancheros de Chihuahua. En 1885, las tropas estadounidenses capturaron al último de los grandes jefes apaches, Gerónimo, y las incursiones apaches en México prácticamente terminaron. El mismo año, Chihuahua quedó vinculado por ferrocarril al centro de México y a Estados Unidos.

Todo ello tuvo por resultado un enorme auge económico. Los mineros y los ganaderos de Chihuahua pudieron vender sus productos al otro lado de la frontera, y los inversionistas estadounidenses descubrieron que podían obtener en Chihuahua muy altos rendimientos. El precio de la tierra aumentó y la situación de los pequeños propietarios sufrió un cambio dramático.

LAS SEMILLAS DE LA REVOLUCIÓN: LA OFENSIVA CONTRA LOS PUEBLOS LIBRES DE CHIHUAHUA

Durante años, los colonos militares que habían peleado contra los apaches fueron considerados como los héroes de Chihuahua. Los corridos cantaban sus hazañas, marchaban en triunfo por las calles de la capital y los gobernadores encomiaban sus hechos. Los habitantes de los pueblos libres se veían a sí mismos como “el único baluarte de la civilización en aquellas apartadas regiones”.¹¹ Irónicamente, la destrucción de sus enemigos, los apaches, anunció su propia eliminación como clase social. Los gobernantes de México y de Chihuahua ya no necesitaban sus capacidades guerreras ni su espíritu de lucha: lo que ahora querían era su tierra.

En contraste con lo que había sucedido un siglo antes, cuando la paz entre los españoles y los apaches les dio a los pueblos libres de Chihuahua la posibilidad de disfrutar sus tierras y derechos y los convirtió en agradecidos partidarios del gobierno colonial español, a fines del siglo XIX, al lograrse la paz, una situación muy distinta se presentó en Chihuahua.

Entre 1884 y 1910, los rancheros del estado perdieron gran parte de sus tierras y sus derechos tradicionales, y sintieron atacado su sentido de la dignidad, que se basaba en su libertad frente a cualquier injerencia exterior y su independencia económica.

Estas tendencias afectaron no sólo a los antiguos colonos militares, sino a todos los pequeños propietarios agrícolas de Chihuahua. La composición de esa población no era en absoluto homogénea. Abarcaba por lo menos a cinco grupos.

En la cima –en cierto sentido, como aristocracia de los pueblos libres de Chihuahua– estaban los habitantes de las primeras cinco colonias militares que estableció el virrey Teodoro de Croix en 1776: Namiquipa, Cruces, Casas Grandes, Janos y Galeana. Dichas colonias habían recibido una enorme cantidad de tierra: 112 359 hectáreas cada una.¹²

El segundo grupo estaba formado por colonias como San Andrés o Cuchillo Parado, que fueron fundadas más tarde por la administración colonial española o por el gobierno mexicano, y cuyos miembros habían recibido menos tierras que las cinco colonias originales. Aunque parte de las tierras de estas comunidades era de propiedad individual y podía ser vendida tanto a habitantes de esos pueblos y ciudades, como a los forasteros que quisieran establecerse allí, una gran parte de ellas era comunal y se utilizaba colectivamente –era el caso de las tierras de pastura– o era alquilada a miembros individuales de la comunidad.

El tercer grupo de habitantes de los pueblos estaba constituido por los indios, principalmente tarahumaras. Habían obtenido sus tierras de dos fuentes distintas. Algunos las recibían de las autoridades coloniales bajo las mismas condiciones en que los pueblos indios podían poseer sus tierras comunales en el centro y el sur de México: las tierras pertenecían a la comunidad, no podían ser vendidas y su tamaño era mucho menor que el de las otorgadas a las colonias militares. El segundo grupo de indios no tenía originalmente tierras propias, pero se había establecido en las misiones que oficialmente pertenecían a la orden de los jesuitas. Tras la expulsión de éstos por la Corona española, en 1767, algunos recibieron el mismo estatus que los pueblos indios dependientes de la Corona. Muchos pronto perdieron sus tierras, dado que los jesuitas no estaban ahí para protegerlas. A la expulsión de algunos indios de las propiedades de los jesuitas

siguió, en el siglo XIX, un proceso más masivo, por el que mestizos y blancos – que venían ya fuera de otras partes de Chihuahua, de otras partes de México o, después de 1848, de los territorios anexados por Estados Unidos– se apoderaron de muchas de las tierras que originalmente habían pertenecido a los indios. Muchos fueron empujados hacia zonas marginales o recónditas regiones montañosas, en la Sierra Madre. Sin embargo, un buen número de pueblos indios aún logró conservar tierras propias.

El cuarto grupo estaba formado por comunidades habitadas principalmente por pobladores que habían ocupado terrenos nacionales o haciendas abandonadas, a veces con la aprobación tácita de los dueños, quienes de esta manera contaban con más hombres para defender sus propiedades de las incursiones apaches.

Finalmente, estaban los habitantes de los pueblos que no tenían tierras pero sí tenían ganado, que pastaba en terrenos nacionales.¹³

La expropiación y el sometimiento de los rancheros de Chihuahua no se llevaron a cabo sin tropiezos. No sólo estaban armados, sino que tenían una larga tradición guerrera. Después de todo, los apaches, contra quienes habían luchado durante más de un siglo, eran considerados por algunos observadores como los mejores guerrilleros del mundo.

El resentimiento y el escándalo que produjeron en los pequeños propietarios agrícolas de Chihuahua los ataques del gobierno federal, el gobierno estatal y los hacendados contra sus tierras y sus derechos serían mayores dado que, a diferencia de lo que ocurría en el centro y el sur de México, fueron en gran medida inesperados.

En el centro y el sur del país, los conflictos por la tierra entre hacendados y pueblos libres tenían una larga tradición que se remontaba a la época colonial y quizá incluso más atrás. Aunque estos conflictos no estaban ausentes en el norte, hasta la década de 1880 tendieron a quedar opacados por el interés común de terratenientes y rancheros ante los ataques apaches. El valor de la tierra fue bajo mientras duraron las guerras indias y esto también contribuyó a reducir los conflictos. En la década de 1860, bajo la gubernatura de Terrazas, y a iniciativa del presidente Benito Juárez, se otorgaron tierras a nuevos colonos militares y a veteranos de la guerra contra los franceses.¹⁴

La primera manifestación del cambio de actitud del gobierno central y del estatal para con estos colonos, en la década de 1880, fue su nueva política respecto de los terrenos nacionales en los que, tradicionalmente, cualquiera podía llevar a pastar su ganado o recoger madera. Gran parte del estado

pertenecía a ese tipo de tierras no reclamadas, propiedad del gobierno central. Para disponer de ellas, el gobierno tenía dos opciones. La primera era hacer lo que había hecho el gobierno de Estados Unidos después de la Guerra Civil: proclamar una ley de protección a las tierras de colonización, un *Homestead Act*, para abrir las tierras a los granjeros y pequeños rancheros.¹⁵ Esa legislación habría contribuido, como lo hizo en Estados Unidos, a aliviar las tensiones sociales y a crear una especie de válvula de escape para los campesinos sin tierra procedentes del centro de México. No habría creado una clase predominante de pequeños propietarios en Chihuahua, dado que una gran parte de los terrenos nacionales era inapropiada para la agricultura en pequeña escala, pero habría ayudado a estabilizar la situación social en el estado. En cambio, el gobierno mexicano optó por una política muy diferente, factor fundamental del estallido de la revolución mexicana veinticinco años después. En vez de quedar abiertos o ser vendidos a los pequeños colonos, los terrenos nacionales se entregaron o vendieron en forma de latifundios. Las compañías deslindadoras fueron encargadas de medir la tierra y, en compensación por su trabajo, se les permitió conservar una tercera parte de los terrenos nacionales que delimitaban. Los otros dos tercios fueron vendidos por el gobierno a los hacendados o a empresarios extranjeros, con el vago entendimiento de que a cambio traerían colonos europeos.

El trabajo a gran escala de las compañías deslindadoras se inició en 1884, y los rancheros de Chihuahua sintieron muy pronto los efectos. Con la aprobación del gobierno federal, las compañías atacaron por primera vez a las cinco colonias militares originales y más grandes, a cada una de las cuales las autoridades coloniales españolas habían adjudicado 112 359 hectáreas. Desconocieron sus propiedades e intentaron (no siempre con éxito) limitar las posesiones colectivas de esas cinco colonias militares a 28 080 hectáreas.

Otras comunidades se vieron afectadas de un modo más indirecto. Los pastos que habían sido parte del dominio público, y por tanto eran accesibles, se cerraron repentinamente. El ganado salvaje y la caza, que cualquiera podía cobrar a voluntad mientras la tierra en que se hallaba fuera de propiedad pública, quedaron vedados. Los habitantes de los pueblos perdieron también el derecho de explotar la madera y otros recursos de los que habían disfrutado libremente.¹⁶

Las actividades de las compañías deslindadoras, entre 1884 y 1892, debilitaron pero no destruyeron la base económica de los rancheros.¹⁷ Los terratenientes de Chihuahua conocían las capacidades guerreras de quienes habían sido sus aliados. Temían provocarlos, dado que la serie de medidas del

gobierno federal y estatal que atentaban contra la independencia y libertad que disfrutaron durante la mayor parte del siglo XIX ya había despertado la cólera de los rancheros. Una ley promulgada en 1884 establecía que los jefes políticos, es decir, las autoridades distritales, ya no serían elegidos, sino que serían nombrados por el gobierno estatal. Al mismo tiempo, su poder sobre los pueblos se fortalecía notablemente. En muchos casos, los vecinos no podían llevar demandas ante los tribunales sin la aprobación previa de los nuevos jefes políticos.¹⁸

En 1891, el gobierno estatal asestó otro golpe a la autonomía tradicional de los habitantes de Chihuahua. Se promulgó un decreto por el que las capitales distritales no podían elegir a sus presidentes municipales, con lo cual estos funcionarios también serían nombrados por el gobernador del estado. Aunque estas medidas generaron descontento entre los rancheros de Chihuahua, no habían conducido, con escasas excepciones, a reacciones violentas. En los primeros años tras su puesta en práctica, algunos hombres del campo obtuvieron compensaciones por las pérdidas que habían sufrido. Muchos fueron a trabajar en las minas recién abiertas o en la construcción del ferrocarril. Otros utilizaron las vías férreas para encontrar trabajo al otro lado de la frontera, en Estados Unidos. Entre 1890 y 1893, sin embargo, la paz porfiriana se vino abajo y el estado se vio sacudido por una serie de levantamientos.

LAS PRIMERAS REVUELTAS EN EL CAMPO CHIHUAHUENSE

Varios factores contribuyeron a transformar el profundo descontento en disturbios violentos. A principios de 1891, muchas minas de Chihuahua cerraron o redujeron drásticamente su número de empleados, ya fuera por una crisis económica cíclica o por las nuevas tarifas impuestas por Estados Unidos. Al mismo tiempo, debido a las malas cosechas, subió el precio de los alimentos.¹⁹

Los hacendados de Chihuahua habían sido cautelosos en sus pretensiones sobre las tierras de los pueblos. Uno de los más ricos del estado, Enrique Muller, por ejemplo, aún no había empleado la coerción para forzar a los habitantes de Namiquipa a salir de las tierras que reclamaba como suyas.²⁰ Pero algunos forasteros actuaron con menos contención. Entre ellos se encontraban los hermanos Limantour, uno de los cuales, José Yves, era para entonces uno de los hombres más poderosos del gobierno de Díaz. Su padre, también llamado José Yves Limantour, un financiero excelente, considerado por muchos de sus contemporáneos como un pillo genial, había emigrado de Francia a California en

la década de 1840 y había establecido íntimos vínculos personales con el gobernador mexicano de esa provincia, Micheltorena. Adquirió grandes cantidades de tierras, tanto en lo que luego se convertiría en la parte estadounidense de California, como en la Baja California, que siguió perteneciendo a México. En la década de 1850, se decía dueño de buena parte de la Bahía de San Francisco, así como del actual Los Ángeles. Los tribunales estadounidenses desestimaron sus pretensiones afirmando que sus certificados de propiedad eran falsificados.²¹

En cambio, las autoridades mexicanas reconocieron sus pretensiones sobre tierras situadas en México, y el valor de sus propiedades se acrecentó mucho cuando, en los años de 1850 y 1860, compró al estado grandes terrenos que habían sido propiedad de la iglesia. Después de su muerte, sus hijos llegaron a un acuerdo con el gobierno mexicano. Cambiaron las tierras de su padre, dispersas en distintas partes del país, por una enorme porción de tierras públicas situadas en la región montañosa del oeste de Chihuahua. Los hermanos Limantour no se esforzaron por respetar los derechos de los campesinos que ya vivían en esas tierras, y como resultado, según sus abogados, “la guerra con los indígenas que ocupan gran parte de la localidad en que están situados los terrenos impidió que desde luego se tomara posesión”.²²

Los levantamientos que tuvieron lugar en las propiedades de los Limantour fueron parte de una oleada más general de revueltas en la región montañosa del oeste de Chihuahua entre 1889 y 1893, resultado no sólo del descontento de los habitantes de los pueblos, sino también de que éstos estaban firmemente convencidos de contar con el apoyo de su tradicional patrono y aliado, Luis Terrazas, y por tanto, creían tener auténticas posibilidades de triunfar.

A pesar de haber sido removido del poder político en 1884, a Terrazas no le había ido mal en los años siguientes. Su imperio económico había crecido a grandes saltos. La demanda de ganado mexicano había aumentado rápidamente en Estados Unidos y Terrazas se convirtió en el principal exportador chihuahuense. Al mismo tiempo, obtuvo una concesión para la creación del Banco Minero, que se convertiría en el banco más grande del estado. No satisfecho con el éxito puramente económico, empezó a complotar para recuperar el control de su estado natal. En esa decisión probablemente pesaron mucho las consideraciones económicas, dado que, conforme el capital extranjero empezaba a fluir hacia Chihuahua, se le presentaba a la élite política que dominaba el estado una oportunidad única de aprovecharse actuando como intermediaria. Recuperar el poder político no era empresa fácil. Para evitar que

Terrazas acumulara demasiado poder, Díaz había nombrado a un rival suyo, Lauro Carrillo, como gobernador del estado. Carrillo terminaba en el cargo en 1891, fecha en que debían celebrarse nuevas elecciones, y había anunciado su candidatura para un nuevo periodo.

Terrazas conocía las reglas del juego político propio del México porfiriano. Los votos contaban muy poco y no bastaban para llevar a un gobernador al poder. Si quería derrotar a su rival, Terrazas tenía que convencer a Porfirio Díaz de que Carrillo era incapaz de mantener la paz en Chihuahua. Esa posibilidad se vio fortalecida en marzo de 1891, ya que el protector de Carrillo, Carlos Pacheco, influyente ministro del gobierno de Díaz, perdió su puesto en el gabinete y murió pocas semanas más tarde. Decidido a probar que el gobernador Carrillo no podía mantener el orden en el estado, alentó subrepticamente las rebeliones y cuando éstas estallaban les recomendaba resistir a todos los esfuerzos por suprimirlas.²³

Carrillo no ignoraba los planes de Terrazas. Por una parte, se daba cuenta de lo que se hallaba en juego y estaba decidido a alcanzar un arreglo pacífico con los habitantes rebeldes de los pueblos. Por otra parte, aunque estaba dispuesto a hacer algunas concesiones, no podía permitirse que Díaz y la clase alta del estado lo tildaran de débil. Este dilema se expresa claramente en la forma en que hizo frente a una serie de sublevaciones campesinas. No realizó el tipo de operaciones de persecución y destrucción tan características de la guerra que había librado el gobierno de Díaz contra los yaquis rebeldes de la vecina Sonora. Los prisioneros no fueron fusilados, la población civil no fue diezmada o encarcelada y los pueblos no fueron arrasados. Carrillo ofreció a la mayoría de los rebeldes una amnistía si dejaban las armas, pero en general no accedió a sus demandas. En algunos casos excepcionales, sin embargo, se mostró flexible. En Temosachic, por ejemplo, destituyó al presidente municipal contra el que los vecinos se habían rebelado.²⁴

En conjunto, las tácticas de Carrillo rindieron buenos resultados. Su oferta de amnistía convenció a muchos rebeldes que habían huido a las montañas para emprender la lucha guerrillera y que se sentían aislados porque otros rancheros y habitantes de los pueblos no se les habían unido. Gracias a que no atacó a la población civil y no llevó a cabo represalias masivas, Carrillo evitó el tipo de escalada de violencia y contraviolencia que caracteriza a tantas luchas guerrilleras. Pero hubo una excepción a esta evolución generalmente pacífica. Ocurrió en el pequeño poblado de Tomóchic, en las montañas del oeste de Chihuahua. La revuelta de Tomóchic condujo a la caída de Carrillo, después de

que sus habitantes infligieron al ejército porfiriano su mayor derrota antes del estallido de la revolución mexicana de 1910-1911. En muchos sentidos, la revuelta de Tomóchic preparó a la gente del campo de Chihuahua para el levantamiento revolucionario que habría de tener lugar veinte años más tarde.

LA REVUELTA QUE SACUDIÓ A CHIHUAHUA

Tomóchic no era una colonia militar famosa y prestigiada como Namiquipa, Cruces o Janos, sino un oscuro pueblo de escasos doscientos habitantes, situado en un pequeño valle del montañoso Distrito Guerrero, en el occidente del estado. Los agravios económicos y sociales de sus habitantes no eran distintos de los que habían llevado a otros pueblos a levantarse. Un hombre fuerte de la región, Joaquín Chávez, había nombrado presidente municipal a un forastero pariente suyo, Juan Ignacio Chávez. El descontento de los habitantes del pueblo ante esta imposición se vio reforzado por el comportamiento del nuevo presidente. Llevaba a pastar su ganado en los terrenos del pueblo sin pagar alquiler ni pedir permiso; forzaba a los vecinos a trabajar para él o para los Limantour a salarios muy bajos y, cuando unos pocos jóvenes se fueron a trabajar a una mina cercana donde les pagaban mejor, los amenazó con la leva, es decir la conscripción en el ejército, que muchos consideraban semejante a la esclavitud o la deportación. Como los habitantes siguieron protestando, el cacique regional Joaquín Chávez les infligió una profunda humillación. Modificó el itinerario del transporte anual de la plata, la Conducta, que pasaba regularmente por Tomóchic en su camino de la mina de Pinos Altos a la capital de Chihuahua. Esto era un insulto, porque daba a entender que los habitantes de Tomóchic eran ladrones y malhechores, y que no se podía confiar en que respetaran el derecho a la propiedad.²⁵ Los habitantes del pueblo reaccionaron a la ofensa con una ruidosa manifestación frente a la oficina del presidente municipal. Éste envió a su superior un alarmante informe, en el que afirmaba que los vecinos se estaban rebelando contra el gobierno federal y querían apoderarse del transporte de la plata, y solicitaba tropas federales para sojuzgarlos. No existe ninguna prueba de que los habitantes del pueblo atacaran nunca el transporte o tuvieran siquiera la intención de hacerlo. Se trataba de una astuta táctica de Chávez ya que no era probable que el gobierno enviara tropas federales para reprimir una disputa entre el presidente municipal y los habitantes de un pequeño pueblo: con toda probabilidad, habría quedado desacreditado por provocar descontento. Pero si el gobierno se convencía de que estaban amenazados las minas y el capital

extranjeros, la situación cambiaba completamente. Díaz aprobó la decisión del gobernador de enviar tropas a Tomóchic cuanto antes, para que no sufriera la reputación de México en el exterior.²⁶ Un destacamento de cincuenta soldados llegó a Tomóchic, se produjo una escaramuza, hubo algunos muertos y la mayoría de los hombres del pueblo se retiró a las montañas. El gobernador Carrillo envió un mensaje triunfal a Díaz diciendo que la rebelión había sido sofocada y, aunque algunos de los participantes habían huido al campo, muchos se estaban rindiendo. Díaz felicitó al gobernador por este éxito.²⁷ Pero el gobernador estaba equivocado. Aquel pueblito iba a resultar uno de los mayores desafíos que enfrentaría el régimen de Díaz en su larga permanencia en el poder.

Hasta ese momento, el comportamiento de los habitantes de Tomóchic había sido similar al de las demás comunidades rebeldes; pero desde el instante que salieron del pueblo, estuvieron guiados por otras consideraciones y reaccionaron de manera distinta. Su rebelión estaba inspirada no sólo por causas sociales y económicas, sino también por factores y convicciones religiosos.

Al parecer, en el curso del siglo XIX, la influencia de la iglesia católica sufrió un proceso de erosión en la región de las montañas occidentales de Chihuahua. En el periodo colonial, los misioneros jesuitas y franciscanos habían tenido intensa actividad en esa parte de la Nueva España. De hecho, un misionero se estableció durante muchos años en el propio Tomóchic y convirtió a los indios tarahumaras que vivían allí originalmente. Dado que los indios se mezclaron por matrimonio con los españoles, las raíces del catolicismo parecían firmes e inquebrantables. Pero la expulsión de los jesuitas por las autoridades coloniales y el debilitamiento de la iglesia en el México independiente modificaron ese estado de cosas. En muchos pueblos como Tomóchic no había un cura residente. Tras la expulsión de los jesuitas, los sacerdotes sólo iban a Tomóchic en ocasiones excepcionales, a decir misa y oficiar en las muertes, las bodas y los entierros. El debilitamiento del catolicismo se reflejaba en las conversiones al protestantismo y la aparición de religiones autónomas. En San Isidro, por ejemplo, algunas de las familias más destacadas, como la de los Orozco, aceptaron las enseñanzas de los misioneros estadounidenses y se convirtieron al protestantismo.²⁸

En Tomóchic, para el momento de la rebelión, se había desarrollado una especie disidente de catolicismo con raíces populares. La mayoría de los habitantes eran seguidores del culto surgido en torno a una muchacha de dieciocho años en Sonora: Teresita, conocida como la santa de Cabora²⁹ (por el pueblo en que vivió). Teresita tenía visiones de Cristo, predicaba un credo

humanista y se decía que realizaba milagros y curas. Por entonces no llamaba a la rebelión ni a la revuelta social. La interpretación que le dieron a sus enseñanzas los habitantes de Tomóchic se debió más a su dirigente y vocero, Cruz Chávez (sin relación con el hombre fuerte regional ni con el presidente municipal), que a la propia santa de Cabora. Chávez, que tenía treinta y cuatro años en 1891, era un líder nato. Como dice un testigo que lo conoció, era “de agradable presencia y amable en el trato [...] mas cuando de dar órdenes se trataba se revelaba en él marcadamente su innato don de mando que le era característico, sus ojos se tornaban en aceradas saetas cuya mirada nadie podía sostener, haciéndose obedecer muchas veces con sólo la fuerza de ellas”.³⁰ Chávez fue quien declaró, en nombre de la mayoría de los habitantes del pueblo, que después de su conflicto con el presidente municipal no reconocerían otra autoridad que la ley de Dios, y él fue quien convenció a sus seguidores de que Teresita legitimaba su resistencia a la autoridad. Con el fin de confirmar esta opinión y renovar su fe, cuando se fueron de Tomóchic decidieron ir en peregrinación a Cabora, para ver a la santa.

El viaje estuvo lleno de incidencias. Los persiguieron tropas de Chihuahua y otras, movilizadas por el gobernador del vecino estado de Sonora, intentaron interceptarlos. En una batalla, los hombres de Tomóchic derrotaron a un contingente de sonorenses, eludieron a otro y finalmente llegaron a Cabora sólo para descubrir que Teresita no estaba allí. Sin embargo se sintieron reforzados en su fe religiosa con la emocionante misa que celebró Cruz Chávez en la capilla de la santa. A continuación, los hombres de Tomóchic regresaron a su pueblo por la misma y ardua ruta por la que habían venido, cruzando la cadena montañosa de la Sierra Madre Occidental y eludiendo de nuevo a las tropas sonorenses y a las de Chihuahua. El viaje los confirmó en su resistencia al gobierno federal. Paradójicamente, el hecho de que no encontraran a la santa en Cabora tal vez consolidó su decisión, ya que si la hubieran visto habría podido surgir otra interpretación de sus enseñanzas; como esto no sucedió, los puntos de vista de Cruz Chávez continuaron prevaleciendo.

También el hecho de haber derrotado o eludido a las tropas enviadas para perseguirlos debió contribuir a su convicción de que Dios y la santa de Cabora estaban de su parte y los protegerían. Esas esperanzas parecieron cobrar realidad durante varios meses después de su regreso a Tomóchic. El gobierno, que había retirado su guarnición del pueblo, los dejó en paz. El gobernador Carrillo, que había sufrido una considerable pérdida de prestigio y poder por su incapacidad para resolver el conflicto, envió un emisario al pueblo con el fin de llegar a un

acuerdo. Les ofreció la amnistía y garantizar sus vidas si dejaban las armas y reconocían la legitimidad de las autoridades municipales y regionales. Los habitantes de Tomóchic se negaron. Su odio por el antiguo presidente municipal era demasiado intenso para permitirles aceptar su retorno. Cruz Chávez los había convencido no sólo de que Dios estaba de su parte, sino de que eran invencibles. Además, es posible que Luis Terrazas, seguro de que un conflicto duradero en Tomóchic debilitaría a su rival, el gobernador Carrillo, los alentara secretamente a resistir.³¹

Las expectativas de Terrazas resultaron justificadas. Porfirio Díaz, temiendo que se exacerbara más el conflicto en Chihuahua, destituyó al gobernador Carrillo (quien como consuelo fue nominado para una curul en el senado) y nombró a un candidato de compromiso, aceptable para las dos facciones rivales: Miguel Ahumada. El nuevo gobernador decidió aplastar la rebelión de Tomóchic de una vez por todas. A sus ojos, Tomóchic se había convertido en una herida infectada. Los rebeldes de otras localidades empezaban a congregarse allí, y su ejemplo inspiraba a otras poblaciones.

El gobernador pensaba que no debía ser muy difícil someter a un pueblo de menos de cien hombres en armas. El general Rangel, comandante federal enviado a Tomóchic con ese objeto, encabezaba a un batallón del ejército regular acompañado por fuerzas auxiliares, y confiaba tanto en la superioridad de sus soldados que ni siquiera esperó a las tropas adicionales que estaban en camino para lanzar el ataque frontal contra el pueblo. Sus fuerzas no sólo fueron derrotadas, sino puestas en fuga. Los hombres de Tomóchic, muchos de ellos veteranos de las guerras contra los apaches, mataron a la mayoría de los oficiales de Rangel y diezmaron a sus tropas en retirada. Su inferioridad numérica quedó más que compensada por la superioridad de su moral y su equipamiento: estaban armados con rifles Winchester de repetición, frente a los rifles de un solo disparo de las tropas federales. Rangel fue derrotado, informó el comandante de las tropas federales en Chihuahua, “por su desprecio del enemigo y por la traición de muchas personas de esta ciudad y de Chihuahua que detentan cargos importantes”.³² Además, en el momento decisivo de la batalla, las fuerzas auxiliares procedentes de Chihuahua se negaron a apoyar a las tropas federales. Su comandante, Santana Pérez, y muchos de sus miembros habían combatido junto a Cruz Chávez y los hombres de Tomóchic en las milicias campesinas que organizó Joaquín Terrazas contra los apaches; no estaban dispuestos a pelear contra sus antiguos compañeros y tal vez algunos incluso se pasaron al bando contrario.³³

La derrota de Rangel fortaleció la convicción de los habitantes de Tomóchic de que Dios y la santa de Cabora realmente los protegían. La experiencia de la siguiente expedición que el gobierno envió para someterlos sin duda colaboró a reforzar esa creencia. Tras su derrota, el general Rangel fue relevado del mando y un amigo personal de Porfirio Díaz, el general Cruz, fue enviado a la cabeza de un destacamento de caballería para doblegar a Tomóchic. Cruz nunca llegó al pueblo. Tras dos días de camino durante los cuales consumió incontables botellas de licor, Cruz alcanzó finalmente tal estado de estupor alcohólico que confundió una milpa con los habitantes de Tomóchic. Como don Quijote en su asalto contra los molinos de viento, Cruz arremetió contra el sembrado a la cabeza de sus tropas, segando el maíz a golpes de sable. Luego regresó a Chihuahua y escribió un espectacular informe a sus superiores de la ciudad de México, en que decía que había sometido finalmente al pueblo de Tomóchic.³⁴

El ridículo que sufrió el gobierno cuando se conoció este episodio en Chihuahua fue uno de los motivos que decidieron tanto a Díaz como al gobernador Ahumada a acabar con Tomóchic de una vez por todas. La oposición crecía en muchas partes de México. Habían estallado rebeliones locales en los estados de México, Yucatán y Guerrero, y Díaz temía que Tomóchic se convirtiera en núcleo de una revolución nacional.³⁵ Esta vez se enviaron desde Chihuahua y Sonora mil doscientos hombres, muchos de ellos veteranos de la campaña contra los yaquis. Para los habitantes del pueblo, que pronto se enteraron de que se acercaba esa enorme expedición, sólo había una salida racional: retirarse a las montañas y adoptar tácticas guerrilleras. Pero Cruz Chávez, convencido de que Dios estaba con él, decidió esperar en el pueblo mismo. Las tropas venían en dos contingentes separados, por ambos lados de la población: la mitad de ellas de Sonora, comandadas por un veterano de las guerras contra los indios, Lorenzo Torres; la otra mitad, de Chihuahua, bajo el mando del general Rangel, que a toda costa quería vengar la derrota sufrida. Cruz Chávez rechazó cualquier sugerencia de atacar separadamente a los dos contingentes y decidió enfrentar a los dos juntos. Dios y la santa de Cabora los protegían, repetía, e iban a triunfar. Casi lo lograron. Las tropas federales fueron presa de una especie de terror supersticioso. Heriberto Frías, uno de los grandes escritores de México, que tomó parte como soldado en esa expedición, describe vívidamente los sentimientos de los soldados federales: “todos convenían en que, sin ninguna exageración, cada rebelde valía por diez”.³⁶

Poco después de llegar los soldados a Tomóchic, les salieron al encuentro treinta mujeres vestidas de negro, que avanzaban lentamente hacia ellos. Antes

de que el comandante pudiera decidir cómo reaccionar ante esta manifestación inesperada y cuando estuvieron lo bastante cerca de las tropas, las “mujeres” se deshicieron repentinamente de sus rebozos negros y resultaron ser hombres que inmediatamente abrieron fuego con sus rifles Winchester de repetición. Este ataque sorpresa pareció confirmar los temores supersticiosos de los soldados y estuvo a punto de provocar su desbandada. Con gran dificultad, los oficiales los forzaron a volver al combate. A pesar de que el ejército federal tenía un cañón y catorce veces más hombres que los del pueblo, la batalla duró casi dos semanas, y las tropas del gobierno sufrieron cientos de bajas. Cuando sólo quedaba un puñado de habitantes del pueblo, el general Rangel les envió un emisario para prometerles respetar sus vidas si se rendían. Pero rehusaron. Entonces envió otro emisario con la oferta de que podían retirarse a las montañas y sus tropas no les estorbarían, si salían de Tomóchic por su propia voluntad. Chávez de nuevo rechazó la oferta. Las tropas del gobierno finalmente tomaron la casa de Chávez, el último bastión donde aún se atrincheraban los sobrevivientes. Capturaron allí a siete hombres, entre ellos al propio dirigente. Les ofrecieron cigarrillos y los mataron a sangre fría. La forma “como se concluyó la cuestión de Tomóchic [...]”, escribió el comandante de las fuerzas federales en Chihuahua a Díaz, “verdaderamente es, mi General, de horrorizarse”.³⁷

La victoria presentaba todos los rasgos de una derrota. Para ocultarla, el gobierno calificó de “triunfo heroico” esa destrucción de un oscuro pueblo de menos de doscientos habitantes por más de mil doscientos soldados. A pesar de la rígida censura, Heriberto Frías escribió, gracias a su privilegiada situación como participante, una novela bajo nombre supuesto en la que describe la campaña militar de Tomóchic. En las cadenas montañosas de Chihuahua, innumerables corridos relataban la lucha de los rebeldes. “La valentía de los tomochis, que supieron morir bajo una lluvia de balas, en defensa de su casa y su tierra”, era el tema de los muchos corridos que Tomóchic inspiró.³⁸ La historia de Tomóchic se conoció en todo México. Tuvo un profundo efecto en la gente del campo y sobre todo en los habitantes de las montañas del occidente chihuahuense. La convicción de que cada uno de ellos valía por diez soldados federales los sostendría cuando, veinte años después, en los primeros meses de la revolución, enfrentaron casi solos el poderío y la fuerza del ejército federal.

Los alzamientos tuvieron también consecuencias más inmediatas. Sin duda el 30 de marzo de 1893, cuando Celso Anaya y Simón Amaya se alzaron en Santo Tomás y convocaron a derrocar a Porfirio Díaz, lo hicieron inspirados en la resistencia de Tomóchic. Su movimiento fue aplastado por las tropas

gubernamentales. Algunos de los sobrevivientes lograron refugiarse en Estados Unidos. Desde ahí movilizaron a nuevos grupos de simpatizantes y pocos meses después cruzaron de nuevo a México y ocuparon la población fronteriza de Palomas, donde publicaron un manifiesto contra el gobierno en el que llamaban a la insurrección y que terminaba con las palabras “¡Viva Tomóchic!” La gesta de Tomóchic al parecer influyó también sobre otro grupo de hombres que, en 1893, ocupó el pueblo de El Mulato. Los encabezaba una “Hermana María”, que se proclamaba santa. Las tropas del gobierno aplastaron el movimiento antes de que pudiera suscitar mayor apoyo.³⁹

Aunque en toda la región montañosa del oeste de Chihuahua se produjeron levantamientos locales esporádicos en la década de 1880 y principios de la de 1890, la revuelta generalizada que temía el gobierno nunca se materializó. En gran medida esto se debió a que los pueblos permanecían aislados del resto de la sociedad de Chihuahua en su violenta oposición tanto al gobierno del estado como al de Díaz. Los patrones ricos y los caudillos tradicionales, sobre todo Luis Terrazas que los había respaldado en las primeras etapas de su revuelta, dejaron de apoyarlos cuando lograron su objetivo principal, que era derrocar a Carrillo. Las nuevas clases sociales que se desarrollaron con rápido ritmo en el estado a partir de 1884, las clases medias y la clase obrera industrial, no tenían ningún deseo de sublevarse. Las clases medias no sólo se beneficiaron con el restablecimiento de la paz y el subsecuente auge económico, sino también con las estructuras políticas que Díaz instauró en Chihuahua. Aunque a escala nacional el gobierno de Díaz se iba volviendo más y más dictatorial, paradójicamente en Chihuahua surgió una especie de verdadero sistema bipartidista. Tanto Terrazas como sus rivales buscaban el apoyo de las nuevas clases medias emergentes y estaban dispuestos a hacer concesiones sustanciales para procurárselo. El auge económico de Chihuahua, la creciente demanda de mano de obra para las minas de reciente apertura, las plantas industriales y la construcción del ferrocarril hicieron que se elevaran mucho los salarios. En consecuencia, los obreros no veían razón para rebelarse, ni siquiera cuando la recesión de 1892-1894 dejó a muchos de ellos en la miseria.

En 1903 tuvo lugar en Chihuahua un profundo cambio político. Ese año, Porfirio Díaz, consciente de cuán poderosos se habían vuelto algunos de sus antiguos rivales como Terrazas, decidió cooptarlos. Se dio cuenta de que los temores que había abrigado al principio de su régimen, de que esos hombres fuertes regionales pudieran alzarse contra él, ya no tenían base alguna. Estos caudillos se habían vuelto tan dependientes de la inversión extranjera que

cualquier tipo de levantamiento y la inestabilidad resultante pondrían fin a esa gran fuente de ingresos. En 1903, con la aprobación de Díaz, Luis Terrazas asumió de nuevo el cargo de gobernador de Chihuahua.

LA OFENSIVA FINAL CONTRA LOS HABITANTES DE LOS PUEBLOS DE CHIHUAHUA

Para muchos de los habitantes de los pueblos y los antiguos colonos militares de Chihuahua, especialmente en el oeste del estado, el 3 de junio de 1903 fue un día de esperanza y tal vez incluso de regocijo. Ese día, su patrono y protector de muchos años, el hombre bajo cuya dirección habían luchado contra los apaches y por el que se habían levantado en 1879, Luis Terrazas, asumió la gubernatura de Chihuahua. Muchos habitantes de los pueblos pensaron que ahora que estaba de nuevo en el poder después de veinte años, Terrazas haría lo que había hecho antes: mantener sus derechos tradicionales y servirles de escudo frente a la creciente intromisión del gobierno federal en sus libertades y sus tierras. No se dieron cuenta de que las condiciones de alianza que habían existido entre ellos y Terrazas un cuarto de siglo atrás habían desaparecido.

En otros tiempos, Terrazas había necesitado la ayuda de los habitantes de los pueblos para defender el estado frente a los ataques de los apaches, para contrarrestar la influencia del gobierno federal y para defenderse contra otros partícipes del poder, rivales suyos, dentro de Chihuahua. Pero para 1903 ya no había apaches, el gobierno federal se había convertido en su mejor aliado y la élite de Chihuahua estaba vinculada a su familia por múltiples lazos económicos, familiares y políticos. Luis Terrazas se había vuelto contra sus antiguos aliados, los habitantes de los pueblos, mucho antes de convertirse en gobernador. Las compañías deslindadoras controladas por el clan Terrazas participaron en la expropiación de terrenos nacionales.⁴⁰ Con frecuencia, Terrazas atropelló el derecho tradicional de las comunidades a llevar su ganado a pastar en sus tierras. Además, tras haber alentado a los habitantes de Tomóchic a resistir, los abandonó a su suerte. Aunque esto no lo sabían en los pueblos de las montañas occidentales de Chihuahua. Su compañía deslindadora había concentrado sus actividades en otras zonas; las restricciones que impuso al derecho de pasto no afectaban a todos los habitantes del estado, y su participación en Tomóchic era casi totalmente desconocida.

Las esperanzas que depositaban en Terrazas los habitantes de los pueblos de Chihuahua se expresaron en el diluvio de solicitudes y peticiones de justicia que le dirigieron. Terrazas estaba dispuesto a acceder a muchas de estas demandas.

Cuando Heliodoro Arias Olea le escribió en nombre de los habitantes de Bachíniva para protestar por los abusos de los caciques locales, Comadurán y Baray, Terrazas organizó nuevas elecciones libres, en las que Arias Olea fue elegido presidente municipal.⁴¹ El gobernador también accedió a las demandas de ciento cincuenta indios tarahumaras del pueblo de Nonoava, que se quejaron de que durante cuarenta años los dueños de la hacienda vecina, los Ochoa, habían ocupado sus tierras. Terrazas consideró que las pretensiones de los indios sobre esas tierras estaban justificadas y pidió a los Ochoa que las devolvieran.⁴²

La actitud de Terrazas se debía en parte a astucia política. Comadurán había sido su enemigo político y al retirarlo del poder no sólo eliminaba a un enemigo potencial, sino que se atraía el apoyo de los habitantes de Bachíniva. Sin embargo, ésta tal vez no fuera la única consideración que movía al gobernador. Hasta cierto punto, es posible que quisiera mantener las reglas del juego vigentes durante tanto tiempo. En sus muchos años como caudillo de Chihuahua, Terrazas había pedido ayuda repetidamente a los habitantes de los pueblos, y había acumulado así innumerables obligaciones que los rancheros se estaban cobrando ahora. Pero Terrazas no había querido ser gobernador para defender los derechos de los pueblos. Había una forma conveniente de desatender sus obligaciones sin abandonar el poder: consistía en renunciar al cargo y hacer que otro miembro de la familia, que no tuviera esa carga de deudas políticas, asumiera el control de Chihuahua. Aparte de su avanzada edad, ésta puede haber sido una de las razones por las que Terrazas, tras servir como gobernador de 1903 a 1904, nombró a su yerno Enrique Creel como gobernador interino y le permitió gobernar el estado. A los ojos del clan familiar Terrazas, era borrón y cuenta nueva. Una vez que el jefe del clan hubo abandonado el cargo, ya no tenían obligaciones de ningún tipo con sus antiguos aliados. Incluso todo lo contrario: Creel, que nunca había sido un caudillo tradicional, no tenía vínculos con los habitantes de los pueblos de Chihuahua. Darwinista social convencido, los despreciaba y actuó contra ellos con una crueldad sin paralelo en la historia del estado. Siete años más tarde, las medidas políticas de Enrique Creel provocarían uno de los levantamientos rurales más profundos de la historia de México. Sin embargo, a corto plazo, resultaron sorprendentemente eficaces.

El ataque del nuevo gobernador contra los habitantes de los pueblos se debió en parte a que, ahora que él y el clan familiar controlaban el estado, querían aprovechar las magníficas oportunidades que presentaba la combinación de poder político y económico. Tenía también motivos más concretos. A partir de 1904, dos compañías ferroviarias, la Mexican Northwestern y la Kansas Orient

and Pacific Railroad, estaban planeando y empezando a construir nuevas líneas hacia la parte occidental de Chihuahua. Como resultado, el precio de la tierra subió de nuevo y esto constituyó un incentivo para expropiarla.⁴³

Dos leyes que la legislatura del estado aprobó a instancias del gobernador proporcionaron las bases legales para su ofensiva. La primera fue una ley de 1904 según la cual funcionarios nombrados por el gobierno del estado sustituirían a los presidentes municipales elegidos. El motivo de este decreto es fácil de entender. Los presidentes municipales elegidos con frecuencia eran la primera línea de defensa de los pueblos y comunidades contra las expropiaciones de tierras y otros abusos del gobierno estatal. Solían protestar contra las medidas que perjudicaban a sus comunidades e incluso a veces se negaban a ponerlas en práctica. Al nombrar a sus propios hombres, que a menudo no serían nativos del lugar, Creel eliminaba ese obstáculo.⁴⁴ Además, el control estatal sobre el gobierno municipal era necesario si Creel quería poner en práctica la segunda ley que la legislatura aprobó a iniciativa suya en 1905.

¿Por qué hacer una nueva ley agraria? Después de todo, las Leyes de Reforma de 1857 habían bastado en la mayor parte de México como base legal para realizar expropiaciones a gran escala de las tierras de los pueblos y para destruir económicamente las comunidades. Sin embargo, esas leyes contenían algunas restricciones que Creel deseaba eliminar. Dejaban al gobierno federal como árbitro supremo en gran número de cuestiones agrarias. La nueva ley sustituía a las autoridades federales por el gobierno estatal, es decir por el de Enrique Creel. Según las Leyes de Reforma, las tierras de las comunidades serían vendidas en lotes individuales a miembros de las mismas comunidades. La ley agraria de Creel dejaba abierta la venta de las propiedades comunales a forasteros. Las viejas leyes habían protegido de la expropiación algunas tierras municipales; la nueva ley de Creel eliminaba todas esas restricciones,⁴⁵ y tuvo un impacto catastrófico sobre los pueblos de Chihuahua. Las anteriores expropiaciones ya habían transformado a buen número de sus habitantes, de rancheros relativamente acomodados o que tenían suficientes tierras para convertirse en prósperos granjeros, en campesinos pobres que practicaban la agricultura de subsistencia y que obtenían apenas para vivir de manera precaria con parcelas relativamente pequeñas. La nueva ley transformó a muchos en jornaleros sin tierras, forzados a buscar trabajo fuera de sus pueblos para sobrevivir. Ésta puede haber sido una de las razones por las que Creel adoptó estas leyes, ya que en tiempos de auge faltaba mano de obra en Chihuahua.

Las medidas de Creel suscitaron mucho descontento entre los rancheros de Chihuahua, pero no condujeron de inmediato a la resistencia armada. Al principio, los vecinos de los pueblos buscaron medios pacíficos de solucionar las cosas. Enviaron innumerables solicitudes y cartas de protesta a la Secretaría de Fomento en la ciudad de México y al propio Porfirio Díaz. Estos documentos se enviaban invariablemente a la misma sección de la Secretaría de Fomento que, prácticamente en todos los casos, daba la misma respuesta, lo que se convertía en una especie de juego de ping-pong con los rancheros. Cuando éstos protestaban por los abusos de las autoridades locales, se les decía que dirigieran sus quejas al gobernador. Cuando decían que era por iniciativa del gobernador o por lo menos con su apoyo que las autoridades locales estaban procediendo contra ellos, se les decía que acudieran a los tribunales. Cuando replicaban que los jueces habían sido nombrados por el gobernador y eran corruptos y parciales, se les repetía que no tenían otro recurso que apelar a esos mismos tribunales o al propio gobernador. La Secretaría actuaba así incluso en los casos en que sus propios funcionarios opinaron, en documentos internos, que las quejas de los rancheros estaban justificadas: nunca se les dijo eso a los propios solicitantes. Como resultado, se creaba un círculo vicioso del que no había más salida para los rancheros que la capitulación completa o la revolución.⁴⁶

Para tratar con los rancheros de Chihuahua, Creel adoptó lo que se podría llamar una estrategia acumulativa. Tanto él como sus aliados concentraron sus primeros esfuerzos contra las comunidades pequeñas y contra los indios tarahumaras, que eran los elementos más pobres, menos educados y por tanto más vulnerables de la sociedad chihuahuense. No sólo constituían los sectores más pobres de los rancheros, sino que la mayoría era analfabeta y muchos no hablaban español. En mayo de 1904, quince habitantes del pueblo de Temeychic enviaron una carta urgente al gobierno federal para protestar porque Alberto Terrazas, hijo de Luis Terrazas, y Felipe Terrazas, otro pariente, estaban vendiendo tierras que les pertenecían a ellos. Escribieron que habían intentado entregar un acta de protesta al deslindador que estaba midiendo sus tierras, pero que éste no la había aceptado. La Secretaría ni siquiera consideró que valiera la pena examinar el caso y decidió que no era de su competencia.⁴⁷

Esa actitud era característica de la política que siguió la Secretaría de Fomento con los rancheros de Chihuahua hasta 1908. En nombre de trescientos indios tarahumaras, José Vega envió una colérica solicitud al gobierno federal en junio de 1905. Una compañía encabezada por un señor Sandoval, a la que la gente del poblado llamaba “una sociedad de verdugos”, había forzado a los indios a

trabajar sin paga y luego los había echado de sus tierras por la fuerza.⁴⁸ La respuesta de la Secretaría fue breve y brutal. Decía que sus tierras ya habían sido cedidas a Sandoval en 1884. Si querían, decía la Secretaría, los indios podían ciertamente comprárselas de vuelta. Cuando los indios insistieron en su derecho a esas tierras y demandaron que fueran repartidas entre ellos, la Secretaría les indicó que se dirigieran al gobernador, quien, como cabía esperar, se negó a atender sus reclamaciones.

Un vocero de los campesinos indígenas de Monterde y Arremoyo, Feliciano Ochoa, protestó por la venta de las tierras que el pueblo había poseído desde “tiempo inmemorial”. La queja de Ochoa llegó a la Secretaría al mismo tiempo que una carta del gobernador Creel, según la cual un míster Rufus Bragg de la compañía deslindadora de Monterde quería comprar esa tierra y los indios que protestaban en realidad no se oponían a la venta de sus propiedades. “No han faltado algunos especuladores”, decía Creel, “que, tomando el nombre de los indios, hayan prestado oposición, con la esperanza de que a los indios se adjudique, y pase en seguida a la propiedad de los que dirigen la maniobra, para después venderlo a precio muy alto a la Monterde Mining Co.” La Secretaría apoyó plenamente la postura de Creel, determinó que la venta era legal y sólo incluyó una vaga declaración según la cual los “legítimos derechos” de los indios no debían ser violados. Sin embargo, el gobierno federal no estaba dispuesto a actuar para proteger esos “legítimos derechos”. De nuevo se les dijo a los indios que recurrieran al gobernador, que era uno de sus principales contrincantes.⁴⁹

La forma en que el gobierno de Creel lograba expropiar las propiedades de los pueblos indios sin tener que vencer mucha resistencia condujo a los hacendados y las autoridades a adoptar medidas que le dieron una dimensión distinta al problema agrario de Chihuahua. Las autoridades ya no se limitaron a atacar a los indios de las regiones más remotas, sino que iniciaron una ofensiva frontal contra lo que se podría llamar el corazón del campo de Chihuahua: algunas de las más importantes y antiguas colonias militares del estado. Por una parte, estos ataques tomaron la forma de la ruptura o suspensión de lo que podríamos llamar acuerdos no escritos, que a menudo tenían siglos de existencia. Al mismo tiempo, se cancelaron garantías que sí tenían una base en la ley escrita. La instancia principal del primer tipo de ataque fue la abolición del derecho de las comunidades de llevar a pastar su ganado en las tierras de las haciendas. Cuando la exportación de ganado no existía, los pastos abundaban y los habitantes de los pueblos eran necesarios para combatir a los apaches, los hacendados no pusieron

objeción a esa costumbre. Pero todo cambió cuando la exportación de ganado adquirió gran importancia para la economía de la hacienda. En ocasiones, los hacendados cercaron con alambre de púas sus tierras; otras veces, adoptaron medidas más drásticas, como confiscar los animales que se introducían en ellas. Para los habitantes de los pueblos esto se añadió a la presión de las compañías deslindadoras sobre los terrenos nacionales. La segunda parte de la ofensiva contra ellos consistió en un ataque directo contra su propiedad de la tierra.

Con la misma terquedad y el mismo aguante con que habían luchado contra los apaches, los colonos militares recurrieron a todos los medios legales posibles para resistir el asalto contra sus tierras y su autonomía. Enviaron protestas al gobernador, a la Secretaría de Fomento de la ciudad de México y a Porfirio Díaz. A veces incluso contrataron abogados caros y litigaron en los tribunales. Escribieron cartas de protesta a los periódicos e hicieron manifestaciones en la ciudad de Chihuahua. Dado que todo esto resultó inútil, finalmente se sublevaron y contribuyeron decisivamente a derrocar al gobierno estatal y al federal.

Una de las primeras colonias militares en sufrir el ataque de Creel fue la antigua y prestigiosa de San Andrés. Para muchos habitantes de Chihuahua, San Andrés, situada en los márgenes de las montañas occidentales, era el epítome del concepto de colonia militar. Leer las memorias de Joaquín Terrazas, el mayor luchador contra los apaches de todo Chihuahua, es como leer la historia de San Andrés.⁵⁰ Rara fue la campaña contra los indios en que estos fusileros, reputados como los mejores tiradores de Chihuahua, no participaron. Sin embargo, pocos años después de la derrota de los apaches, los parientes de Joaquín Terrazas decidieron realizar lo que los apaches nunca lograron: la destrucción económica de una parte importante de los rancheros de San Andrés. En 1904, en nombre de ciento veinte indígenas de esa colonia, su vocero, Macario Nieto, escribió al gobierno estatal de Chihuahua y pidió que les fueran repartidas las tierras municipales que les pertenecían. El gobernador interino Cortázar accedió y prometió que cada uno de los indios del pueblo recibiría tres hectáreas. Esa decisión les daría a los indios cierta seguridad y aseguraría sus necesidades más urgentes. Sin embargo, pocos meses más tarde, el gobernador cambió de parecer y envió un mensaje a San Andrés diciendo que los deslindadores habían descubierto que no había tierra suficiente para realizar el reparto planeado.⁵¹

Nieto respondió a este argumento diciendo que en realidad las autoridades municipales “sostienen proteger a los ricos con los terrenos que han podido usurparse y dejan a los miserables de nuestra raza” sin tierras.⁵² Añadía que el

peor enemigo de los habitantes del pueblo era su propio presidente municipal, Lucas Murga, cuya familia era propietaria de la vecina hacienda de San Juan Guadalupe. No sólo el presidente municipal se había apropiado de gran parte de las tierras comunales, sino que para impedir que la gente del pueblo le pusiera pleito, había robado sus títulos de propiedad y se negaba a devolverlos. De nada sirvieron las protestas de los indios de San Andrés ante el gobernador del estado. Cuando apelaron al gobierno federal, obtuvieron la respuesta típica: que era una cuestión que el gobernador debía decidir.

Los habitantes del pueblo pensaban sin embargo que podían echar mano a otro recurso. Casi dos siglos antes, en 1735, los propietarios de la vecina hacienda de San Juan Guadalupe, constantemente sitiados por los apaches, habían pedido ayuda a los habitantes de San Andrés para la defensa de la hacienda. Éstos obligaron a los apaches a retirarse y el agradecido hacendado les escrituró una gran extensión de tierra. La gente ocupó la tierra, pero no estaba en posesión de la escritura. No está claro si la perdieron o si el hacendado, a propósito o no, olvidó dárselas. En 1904, cuando un funcionario fue a medir las tierras de San Andrés, los habitantes le pidieron que respetara la propiedad que habían recibido de la hacienda. Dado que no podían presentar ninguna escritura o título de propiedad, el funcionario se negó a atender su demanda. Ingenuamente, le pidieron a la familia Murga, que había adquirido la hacienda de San Juan Guadalupe, que les diera copia de la escritura. Como cabía esperar, los dueños de la hacienda se negaron. Nieto escribió entonces a la Secretaría de Fomento de la ciudad de México, pidiéndole que solicitara una copia de su título de propiedad al Archivo Nacional. El gobierno federal fue tan inútil en este asunto como lo había sido respecto de las tierras comunales del pueblo. Rehusó a pedir la escritura al Archivo Nacional y les sugirió a los interesados en qué otros archivos (por ejemplo, el Archivo Notarial de Chihuahua) podrían encontrarla. La correspondencia entre el vocero del pueblo y el gobierno federal se prolongó durante tres años, de 1904 a 1907. No produjo resultados para los habitantes de San Andrés, con una excepción. El propio Nieto recibió algo de tierra: obviamente el gobierno intentó sobornarlo, pero él no se vendió. En 1907, los vecinos presentaron su última solicitud al gobierno federal. Con el paso del tiempo, abandonaron cualquier esperanza de que la solución pudiera venir de la ciudad de México. Tres años más tarde, los fusileros de San Andrés fueron de los primeros hombres que se unieron a las fuerzas del líder revolucionario que operaba cerca del pueblo, Pancho Villa.

Envalentonado por el éxito de sus campañas contra los pequeños rancheros, Enrique Creel se sintió lo bastante fuerte para enfrentar a una de las colonias militares más testarudas y recalcitrantes del estado: Namiquipa. Durante muchos años, los habitantes de esta prestigiosa colonia habían podido conservar sus tierras a pesar de las pretensiones descomunales de uno de los hacendados más ricos de Chihuahua, Enrique Muller, socio de Luis Terrazas, quien se había apoderado de escrituras falsas de propiedades situadas en Namiquipa y Galeana, en 1865, pero halló grandes dificultades para forzar a los habitantes de la colonia militar a que las entregaran. A pesar de la ofensiva de Muller y sus herederos, los habitantes de la colonia todavía conservaban algunas de sus tierras; sin embargo, con Creel en el poder, su derrota final se aproximaba. Aplicando su propia ley de 1905, Creel procedió a vender grandes extensiones de la propiedad municipal que quedaba. En una carta a Porfirio Díaz, ciento veinte habitantes de Namiquipa escribían en julio de 1908 que “el ejecutivo del estado [ha vendido lotes] llevando su falta de consideración hacia nosotros hasta despojarnos de muchos temporales, pastales y bosques que ocupábamos con nuestras siembras y ganados”.⁵³

Una vez más, como tantas veces en épocas anteriores, los habitantes de Namiquipa narraban la larga y heroica historia de su poblado. Habían pagado cada parcela de tierra con la sangre de sus ancestros. “Todas las haciendas vecinas, agobiadas por las constantes amenazas y agresiones de los bárbaros, estuvieron abandonadas desde el año 1832 hasta el de 1860; sólo Namiquipa sostuvo esa lucha asoladora siendo el único baluarte de la civilización en aquellas apartadas regiones.” Insistían en que el mérito de sus antepasados no había consistido nada más en luchar contra los apaches, sino en el apoyo que habían dado a los liberales, y especialmente a Luis Terrazas, en sus campañas contra los conservadores y los franceses. Su carta a Díaz era una petición de ayuda, un llamado al presidente para que respetara la promesa que les había hecho, en 1889, de salvaguardar sus tierras. Concluía diciendo, “si usted no nos da su protección, tendremos que dejar nuestros hogares y emigrar para poder sobrevivir”. Lo que queda claro en esta solicitud es que los pobladores no sólo eran víctimas de la ley agraria de Creel, sino también de la reorganización que éste había hecho del gobierno estatal. Las anteriores solicitudes de los pueblos habían estado firmadas por sus autoridades municipales, pero Creel había eliminado a los funcionarios electos y nombrado a sus propios hombres en los cargos municipales, y los habitantes de los pueblos ya no podían contar con su ayuda.

Un portavoz de los habitantes de Namiquipa, Delfino Ochoa de Bocoyna, y muchos otros dirigentes locales escribieron cartas en las que describían los ataques que estaban sufriendo y pedían solución al periódico de Silvestre Terrazas, *El Correo de Chihuahua*, que las publicó todas. A continuación, cincuenta habitantes de Namiquipa hicieron una manifestación de protesta en Chihuahua. Sin resultados.⁵⁴

Lo notable de la resistencia de los rancheros en los años que van de 1905 a 1908 no es su surgimiento, sino su limitado alcance en comparación con la ola de levantamientos que sacudió a Chihuahua entre 1891 y 1895. Este contraste resulta más sorprendente dado que los ataques contra la autonomía y las tierras de los pequeños rancheros fueron mayores y mucho más brutales a partir de 1905 que nunca antes. En la década de 1890 sólo algunos pueblos perdieron su autonomía municipal, en cambio, las leyes de Creel afectaron a todos los pueblos del estado. Sin embargo, la reacción inmediata de sus habitantes frente a estas duras medidas fue mucho más contenida que su reacción violenta contra las medidas relativamente suaves que se habían puesto en práctica en la década anterior.

Esto se debía en parte a que la situación económica era muy diferente. Los años de 1891-1895 habían sido de recesión y malas cosechas, pero hubo un gran auge económico entre 1905 y 1907. La demanda de mano de obra rebasó la oferta y los salarios estaban subiendo. Los rancheros expropiados podían hallar trabajo en las minas vecinas, en los campos de algodón de La Laguna, en la cercana Coahuila, o empleos aún mejor pagados al otro lado de la frontera, en Estados Unidos.

En 1891-1895, la oligarquía de Chihuahua se había dividido y uno de sus principales representantes, Luis Terrazas, patrono tradicional de los pequeños rancheros del occidente de Chihuahua, incluso había apoyado subrepticamente su rebelión. Entre 1905 y 1907, los rancheros se enfrentaban a una oligarquía unida y sus patronos tradicionales se habían vuelto contra ellos. Tal vez una explicación más importante de su relativa pasividad fuera el hecho de que las medidas políticas y económicas de Creel lograron menoscabar la solidaridad interna de los pueblos y ahondaron las divisiones. Ése fue uno de los efectos de que los funcionarios municipales fueran ahora nombrados por Creel. La ley agraria municipal de 1905, de la que se beneficiaron no sólo los hacendados, sino los habitantes más ricos de los pueblos, exacerbó aún más las divisiones. San Andrés no fue en modo alguno el único pueblo donde se produjo una polarización entre los más pobres y los más ricos, y en el que estos últimos

controlaban la municipalidad y se beneficiaban con los bienes expropiados a los más pobres. De manera similar, Enrique Creel logró dividir la antaño unida comunidad de Cuchillo Parado, de cuyas tierras quería apoderarse un socio cercano de Luis Terrazas, Carlos Muñoz.⁵⁵

En 1903, cuando crearon la Asociación de los Habitantes de Cuchillo Parado para protegerse del ataque de Muñoz contra sus tierras, eligieron a dos hombres como dirigentes y representantes: Toribio Ortega y Ezequiel Montes. Ortega estaba predestinado en varios sentidos a convertirse en dirigente de su pueblo. Pertenecía a una de las treinta y un familias a las que Benito Juárez entregó tierras originalmente, en 1865. A su inteligencia natural y sus cualidades de líder se sumaban un nivel de educación y de conocimiento del mundo exterior relativamente superiores. En 1884, Ortega había dejado su hogar para ser aprendiz en una tienda departamental de la ciudad de Chihuahua. Dos años después, regresó a Cuchillo Parado y puso su propia tienda. Ésta pronto quebró, tal vez debido a que un hacendado expropió las tierras de los habitantes del pueblo⁵⁶ y en consecuencia éstos perdieron poder adquisitivo. Ortega emigró a Estados Unidos, trabajó allí durante un año como jornalero, ahorró algo de dinero y regresó a Cuchillo Parado para comprar tierras y establecerse relativamente bien, ya reconocido como dirigente por muchos miembros de la comunidad.

Su autoridad pronto se vio desafiada por un forastero que vino a residir en el pueblo: Ezequiel Montes. Según un cronista local, era un “gitano sin patria”.⁵⁷ Llegó al pueblo en 1890 como vendedor de bebidas alcohólicas “que tocaba aburridas canciones populares en un arpa vieja para entretener a los jornaleros que venían a comprar su licor”. Pronto se instaló en el pueblo y como era un hombre de “inteligencia poco común y refinada hipocresía”, así como excelente orador que podía muy bien “encender las pasiones de la gente”, pronto se convirtió en líder. En 1903 fue elegido junto con Toribio Ortega para encabezar la Asociación de Habitantes de Cuchillo Parado, cuya meta principal era defenderse de los intentos del hacendado Muñoz por apoderarse de las tierras del pueblo. La unidad entre los dos hombres se quebró cuando Creel cooptó a Montes, nombrándolo presidente municipal. Montes se convirtió en el típico cacique, utilizó su recién estrenado poder y el apoyo oficial contra los miembros de la comunidad, y empezó a expropiar sus tierras.⁵⁸

Aunque Creel era un maestro en manipular para sus propios fines las divisiones internas de los pueblos, raras veces las creaba; más bien utilizaba las que ya existían. A diferencia de las comunidades indias del centro y el sur de

México, las colonias militares de Chihuahua nunca habían sido igualitarias. En los ejidos del corazón del país, antes de la promulgación de las Leyes de Reforma en la década de 1850, las tierras eran de propiedad comunal y no podían venderse ni comprarse; en cambio, en el norte, las tierras se comercializaban más libremente, aunque existían ciertas restricciones y las parcelas de algunas comunidades no se podían vender. Como resultado, las diferencias sociales en las comunidades nortenas eran mucho mayores que entre los campesinos del resto de México. Tal era claramente el caso en Namiquipa. En 1892, cuando sus habitantes solicitaron que Porfirio Díaz repartiera entre ellos las tierras que hasta entonces habían pertenecido a la comunidad, no pedían un reparto igualitario. Las distintas familias controlaban diferentes cantidades de tierra, que querían que Díaz les adjudicara, y cada una contribuyó con una suma que era proporcional a la tierra que ocupaba para pagar los honorarios del abogado, quien finalmente obtuvo la aprobación de Díaz a su petición en 1893.⁵⁹ La división entre ricos y pobres, sin embargo, no era más que una de las muchas brechas que caracterizaban al poblado.

Poco después del fin de las guerras apaches, nuevos inmigrantes llegaron al pueblo. En 1889, 32 de las 195 familias eran inmigrantes recientes. Para 1900, su número había aumentado a 111. Las divisiones entre los habitantes se habían hecho tan hondas que el presidente municipal no sabía cómo manejarlas y pidió consejo al gobierno federal. Una vez repartidas las tierras municipales, preguntaba el presidente, ¿debían también recibir tierras estos recién llegados? El presidente municipal había puesto el dedo en un problema real, pero sus peticiones de consejo al gobierno federal o al estatal eran más que ingenuas. Ni uno ni otro lo aconsejaron, ya que ninguno de los dos tenía la menor intención de repartir las tierras de Namiquipa entre sus habitantes.⁶⁰

LAS VACILACIONES DEL GOBIERNO FEDERAL

A los ojos de las autoridades estatales la carta del presidente municipal de Namiquipa sólo subrayaba la ilegitimidad de muchas de las pretensiones de los habitantes y revelaba las posibilidades que ofrecían las divisiones internas para atacar las estructuras y derechos tradicionales del pueblo. En 1908 la actitud del gobierno estatal y la del gobierno federal respecto de los habitantes de los pueblos de Chihuahua empezaron a divergir. Conforme el descontento con el gobierno de Díaz aumentaba en gran parte del país, algunos funcionarios del centro empezaron a preocuparse por un posible levantamiento en Chihuahua. No

olvidaban que los cien hombres de Tomóchic habían logrado mantener a raya a un millar de soldados federales. Las autoridades federales y Creel se planteaban dos estrategias muy distintas para contener el creciente descontento rural. El gobierno federal parecía dispuesto a hacer concesiones limitadas a los habitantes de los pueblos: cesarían las expropiaciones de tierras y se conservaría el status quo. Creel, por su parte, consideraba que cualquier concesión sólo daría ánimos a los habitantes de los pueblos, haciéndolos más recalcitrantes y rebeldes y defendía una política de absoluta inflexibilidad.

Esta divergencia de opiniones se expresó claramente cuando se produjo el primer choque grave entre el gobierno estatal y el federal respecto de la cuestión agraria, en 1908. El motivo inmediato fue la queja de una de las colonias militares más antiguas de Chihuahua, el pueblo de Janos, en el distrito de Galeana.

En agosto de 1908, los habitantes de Janos enviaron a su vocero y dirigente, Porfirio Talamantes, a la ciudad de México para que presentara una protesta ante el gobierno federal por la actuación del gobernador. Habían solicitado que les fueran repartidas las tierras de la comunidad. En lugar de eso, el presidente municipal nombrado por Creel estaba vendiendo la mayor parte de las tierras a forasteros y a algunos ricos del pueblo. En su vehemente protesta, Talamantes pedía al gobierno federal que remediara la situación. Insistía en que el reparto de las tierras comunales era responsabilidad federal, y demandaba que este último se ocupara de que fueran los habitantes del pueblo y no forasteros quienes se beneficiaran con ese reparto. “Nosotros a quienes no se nos dará terreno a ningún título”, concluía,

porque siempre serán preferidos extraños al pueblo y aun extranjeros, nosotros no hacemos sino pedir el cumplimiento de las leyes federales emanadas de la Ley de 25 de junio de 1856. A dos leguas de Janos, se encuentra la próspera colonia “Fernández Leal”, cuyos dueños [que eran estadounidenses y habían comprado tierras en Chihuahua] viven con toda comodidad en los Estados Unidos, mientras nosotros, que hemos sufrido con las invasiones de los bárbaros a los que nuestros padres desterraron, no podemos obtener ni terreno.⁶¹

Primero la Secretaría de Fomento, que era la dependencia del gobierno federal encargada de los terrenos nacionales, se inclinó a desatender la cuestión. Había consultado a Creel, quien escribió a los funcionarios de la ciudad de México que

Talamantes era un “perturbador del orden público” que había sido castigado por sus desmanes. Estas “fechorías” consistían en enviar al gobernador una solicitud que acusaba al presidente municipal de Janos de ser un “cobarde [...] amante de ejercer ruines venganzas [que forzaba a la gente a] confesar ya con promesas ya con medios inquisitoriales”. Como resultado, le habían impuesto a Talamantes una multa de treinta pesos por “la falta de respeto” a las autoridades. Además, escribió Creel, Talamantes no representaba a los habitantes de Janos, que estaban de acuerdo con el reparto de sus tierras municipales.⁶² La Secretaría comunicó a Talamantes que no podía atender sus demandas dado que no hablaba en nombre de los habitantes de su pueblo, quienes aceptaban el reparto que se estaba llevando a cabo.

Pocos días después, la Secretaría recibió una carta de protesta firmada por más de cien habitantes de Janos. Decían que lo que Creel sostenía –que sus tierras estaban siendo repartidas entre ellos y que ellos estaban de acuerdo– era mentira. No había reparto agrario; el presidente municipal simplemente estaba apropiándose de las mejores tierras del pueblo. Protestaban por la expropiación, insistían en que Talamantes era su auténtico representante y en que la ley estatal aplicada a su pueblo era ilegal y sólo el gobierno federal tenía autoridad para disponer de la propiedad comunal.⁶³

Esta vez el gobierno federal sí actuó. Pidió a Creel una copia de la ley agraria del estado diciendo que las autoridades federales no conocían su existencia (un argumento más bien extraño, dado que habían pasado cuatro años desde que la ley fuera firmada y adoptada por la legislatura chihuahuense e innumerables protestas contra su aplicación habían sido enviadas a la ciudad de México). Tras estudiar la ley, la Secretaría llegó a una conclusión que, en el contexto porfiriano, puede ser considerada revolucionaria. El subsecretario, Andrés Aldasoro, escribió a Creel en marzo de 1909 que su ley agraria municipal de 1905 era “anticonstitucional, pues la reducción a propiedad privada de todos los bienes pertenecientes a corporaciones civiles es de competencia federal”.⁶⁴ A continuación, Aldasoro afirmaba que todos los títulos de propiedad basados en la ley de 1905 eran ilegales y que la aplicación de dicha ley a Janos era altamente irregular. Se le pedía a Creel que tomara medidas para corregir las irregularidades que su gobierno había cometido. Un mes después, la Secretaría instruyó a uno de sus funcionarios, el ingeniero López Moctezuma, para que fuera a Janos a examinar la situación del pueblo. A los habitantes de Janos se les informó de esta decisión, aunque el mensaje en que Aldasoro le decía a Creel que su ley agraria era anticonstitucional se mantuvo en secreto. Talamantes y los

demás vecinos estaban jubilosos, pensando que finalmente habían obtenido una victoria en su larga y difícil lucha.

Tildar la ley de Creel de anticonstitucional y enviar a un funcionario federal a revocar su decisión era una bofetada en la cara de uno de los hombres más poderosos de México. No hay explicación clara de por qué la Secretaría de Fomento actuó así. Había esperado más de cuatro años antes de examinar la ley. Cabe dudar que el jefe de Aldasoro, Olegario Molina, secretario de Fomento, obedeciera a una objeción de principio contra las expropiaciones de tierras. Molina, el cacique más poderoso del estado suroriental de Yucatán, era él mismo uno de los grandes expropiadores de las tierras de los pueblos de su región nativa. ¿Eran los ataques contra Creel simplemente expresión de la constante lucha de grupos rivales por el poder en México? ¿Le preocupaba genuinamente al gobierno del presidente Díaz que los ataques contra los pueblos de Chihuahua condujeran a otro Tomóchic? Pareciera que Díaz intervino de alguna manera en la cuestión dado que, en su respuesta a la carta de Aldasoro, Creel hacía referencia a las indicaciones del “Señor Presidente”.

LA CONTRAOFENSIVA DE CREEL

Al principio la respuesta de Creel fue moderada, incluso humilde y obsequiosa. Dijo que la carta de Aldasoro le preocupaba, que estaba consultando a sus abogados y que haría lo que fuera necesario para cambiar y adaptar la ley a la constitución mexicana. Pero al final de su respuesta, por debajo de esa obsequiosidad, planteaba una clara amenaza. Decía que todos los títulos de propiedad de Chihuahua se basaban en los mismos principios que la ley de 1905. “Esta circunstancia”, escribía, “le hará comprender a usted toda la gravedad del asunto y el tino con que debe tratarse para buscarle alguna solución que no venga a ocasionar perturbaciones serias y perjuicios muy grandes”, dado que aproximadamente diez mil personas se habían beneficiado de esa ley.⁶⁵ Envuelta en un lenguaje diplomático y deferente, Creel formulaba una advertencia que el gobierno federal entendió demasiado bien. Poco después de recibir esa respuesta, Aldasoro capituló. En una carta privada dirigida a Creel, Aldasoro le agradecía su “buena voluntad”, le informaba que se iba de viaje a Europa y ofrecía traerle lo que pidiera de cualquiera de los países que iba a visitar.⁶⁶ Aunque el gobernador sólo había prometido examinar qué posibilidades legales había de cambiar sus leyes, la Secretaría no volvió a impugnarlas. López Moctezuma, el funcionario que debía ir a Janos para escuchar los agravios de sus habitantes, fue

primero a ver a Creel y le preguntó si debía proceder. Creel le dijo, según López Moctezuma informó a la Secretaría, “que no juzgaba conveniente que yo fuera al pueblo, porque desde el momento en que los quejosos a quienes representa el señor Talamantes vieran que el gobierno les impartía alguna ayuda, en el hecho de que a petición suya, esta Secretaría enviaba a un comisionado, eso sólo bastaba para que tomaran mayor incremento sus pretensiones, pudiendo coaccionar esto un trastorno en la localidad, que por mil motivos era conveniente evitar”.⁶⁷ La Secretaría ni siquiera notificó a los habitantes de Janos que se había cancelado la visita de López Moctezuma, en la que tantas esperanzas cifraban.

Tanto Creel como el presidente municipal consideraban que ahora debían mostrarle a la gente de Janos, de una vez por todas, quién era el amo de Chihuahua y cuán caro pagarían quien protestaran. En una carta fechada casi un año después, en mayo de 1910, los habitantes del pueblo escribían que el presidente municipal, “un funcionario sin corazón humano, injusto y cruel con sus desafectos, sobre quien pesan terribles acusaciones, y que a pesar de eso, aún existe en nuestro arruinado pueblo”, les estaba cortando el agua, y les cobraba por utilizar los pastos y la madera que durante un siglo habían podido obtener gratis. “En 1910”, concluían, “que va a tener ya cien años nuestra independencia nacional, se nos da en este pueblo el trato más burdo que cuando existían virreyes en nuestro suelo”.⁶⁸

Una vez que el gobierno federal se rindió a sus exigencias, Creel se sintió libre de proceder aún con mayor dureza contra cualquier pueblo rebelde.

En 1908, cuando empezó a cuestionar la conducta de Creel en Janos, el gobierno federal expresó dudas similares sobre su actuación en Namiquipa. Las autoridades federales no emprendieron el habitual juego de ping-pong con las protestas de la gente de Namiquipa contra la confiscación de sus tierras ni les dijeron que sometieran sus reclamaciones a los tribunales o al gobernador. Por el contrario, la Secretaría de Fomento le escribió a Creel y le pidió una explicación de lo ocurrido en esa población. El gobernador no respondió, y la Secretaría se volvió insistente y le recordó una y otra vez que requería su opinión.⁶⁹

Las vacilaciones de Creel en el caso de Namiquipa no eran casuales. No sólo la comunidad era una de las colonias militares más antiguas y prestigiosas de Chihuahua, con títulos documentados que se remontaban al periodo colonial, además era uno de los pocos casos, si no el único, en que Porfirio Díaz había ratificado los títulos de un pueblo en 1893. Sin embargo, tras la rendición de Aldasoro, Creel consideró que había llegado el momento de poner fin a las demandas de Namiquipa y envió un largo memorándum de catorce páginas al

gobierno federal. Contenía una larga lista de las “faltas” que los habitantes de Namiquipa habían cometido durante varios años al negarse a entregar gran parte de sus tierras a Enrique Muller. Creel consideraba “monstruoso” que los habitantes del pueblo reclamaran semejante extensión de tierra. Solucionaba el espinoso problema del reconocimiento dado por Díaz a los derechos del pueblo negando que tal reconocimiento hubiera tenido lugar. La Secretaría le había escrito que había enviado de vuelta todos los documentos de Namiquipa al gobierno del estado, y Creel decía que no podía encontrar registro alguno de la resolución de 1893 en los archivos de Chihuahua. Aun si tales registros existieran, dudaba que los actuales habitantes del pueblo pudieran pretender ser los descendientes de los colonos militares originales.

El argumento principal de Creel era que, aunque los abogados aún podían examinar la legalidad de las pretensiones del pueblo, el gobierno federal debía hacer cuanto pudiera para desalentarlas. “El gobierno de mi cargo se permite suplicar atentamente a esa Secretaría”, decía, “[...] que no se tome ninguna providencia que pueda estimular a los dichos habitantes de Namiquipa para seguir en el camino de quejas y protestas que hasta hoy han elevado con frecuencia y para confirmarse en la creencia de que tienen derechos de propiedad absoluta sobre los sesenta y cuatro sitios que reclaman.”⁷⁰

Los últimos documentos que se encuentran en los archivos de Namiquipa y de Janos son cartas de la Secretaría, escritas en enero de 1911 –cuando la mayor parte de Chihuahua se hallaba en plena revolución y el ejército de Madero estaba a punto de obtener la victoria decisiva–, que plantean realizar nuevos deslindes de tierras en ambos pueblos.⁷¹ Se trataba de un reconocimiento tardío y ya inútil de que las demandas de los habitantes tenían alguna justificación. Entre tanto, ambas poblaciones se habían convertido en semilleros de la rebelión, y Talamantes en uno de los dirigentes revolucionarios locales.

LA ÚLTIMA VICTORIA DE CREEL

En teoría el gobierno federal no había capitulado ante el gobernador. No había modificado su opinión de que la ley de Creel era anticonstitucional, de que las tierras del pueblo debían ser repartidas entre sus habitantes y no vendidas, y de que la autoridad suprema en la toma de decisiones sobre las tierras de los pueblos era el gobierno federal y no las autoridades estatales. Pero en la práctica, se guardaba sus reservas sobre la ley agraria de Creel y, a los más afectados, los habitantes de los pueblos, nunca se les dijo que el gobierno federal desaprobaba

ni siquiera levemente la forma en que estaban siendo tratados por Creel y su administración. Una vez que el gobierno federal le dejó, de hecho, manos libres, los implacables ataques de Creel contra los pueblos de Chihuahua se hicieron todavía más virulentos, especialmente allí donde estaban implicados sus intereses personales. Las dos viejas colonias militares situadas en la parte nororiental de Chihuahua, San Carlos y San Antonio, habían utilizado durante casi un siglo los pastizales que Creel, dueño de la enorme hacienda vecina de Los Orientales, reclamaba como propios. En 1908, sin advertencia previa, los administradores de la hacienda de Creel informaron a los habitantes del pueblo que ya no podrían entrar en esos pastos.

Más de cien colonos de San Carlos y San Antonio enviaron una furiosa carta de protesta al gobierno federal.⁷² Como los otros antiguos colonos militares de Chihuahua, insistían en que se habían ganado con sangre el derecho a las tierras. San Carlos las había recibido del gobierno del estado en 1829 y San Antonio en 1852. Su obligación a cambio de ellas había sido pelear contra los apaches y esto lo habían hecho con celo y energía. Relataban la existencia llena de peligros que llevaron sus antepasados, enfrentando casi a diario la posibilidad de un ataque de los indios. En 1872 y de nuevo en 1879 capturaron a más de cien “bárbaros”, los cuales entregaron a las fuerzas armadas del gobierno que habían venido a pelear contra los apaches. No sólo pedían solución y protección frente a los administradores de la hacienda de Creel; también solicitaban que el gobierno les diera el título de propiedad de las tierras.

La reacción de Creel fue rápida. El presidente municipal nombrado por él escribió al jefe político, también nombrado por Creel, quien a su vez escribió a las autoridades federales que en su opinión ningún habitante del pueblo había protestado nunca por no poder acceder a los pastos. Al mismo tiempo, Creel envió deslindadores para aplicar su ley de 1905 y vender las tierras del pueblo.

A diferencia de otros colonos militares, los de San Carlos y San Antonio decidieron que trabajarían desde dentro del sistema. Enviaron a la ciudad de México una delegación de tres hombres, los cuales emplearon a un costoso abogado, el general Manuel F. Loera, que tenía buenas conexiones con el secretario de Fomento, Olegario Molina. En contraste con otros abogados que cobraban y después no hacían nada, Loera estaba dispuesto a ganarse sus honorarios. Envío una súplica personal a Molina, presentó la petición de los colonos⁷³ a la Secretaría y mandó a un agrimensor a ambos pueblos para proponerle al gobierno un plan de acción concreto. El agrimensor fue a San Carlos y San Antonio, elaboró un plan de reparto de las tierras según los deseos

de los colonos y además sugirió que los terrenos nacionales cercanos a San Antonio se les repartieran a doscientas veintiocho familias sin tierras que vivían en los alrededores.⁷⁴

La Secretaría, que acababa de capitular ante Creel, no estaba dispuesta a reiniciar la lucha para defender el destino de dos oscuras poblaciones. Los funcionarios le escribieron a Loera que el plan de su agrimensor no se podía aceptar, que no tenía autoridad para enviar a nadie a Chihuahua y que los colonos debían entenderse con el gobernador.⁷⁵ Nunca se les dijo ni a Loera ni a los colonos que las autoridades federales consideraban que las medidas de Creel eran ilegales. Sólo en agosto de 1910 se le dijo en una nota al gobernador que, en opinión de Porfirio Díaz, las tierras del pueblo debían ser repartidas en vez de vendidas.⁷⁶ Creel ni siquiera respondió a la carta de la Secretaría. Con la misma saña demostrada en el caso de Janos, tomó venganza contra los habitantes de San Antonio y San Carlos que habían protestado.

Con el deslindador que Creel envió para llevar a cabo la expropiación de la mayor parte de las tierras de los pueblos, según un informe enviado a Porfirio Díaz, “fueron también operarios para cercar con alambre la línea que fuera trazando el ingeniero”. Además, Creel sustituyó al presidente municipal de San Carlos, que había tomado el partido de los colonos.⁷⁷

A pesar de todos estos esfuerzos, los hombres de Creel encontraron tan fuerte resistencia que no pudieron llevar a la práctica su plan; viendo que los tribunales no los ayudarían, los colonos se armaron y les dijeron a los invasores que se fueran por donde habían venido. Por prudencia, Creel decidió tolerar esa actitud por el momento. Procedió entonces en otro nivel. Durante años, el ganado de los colonos había pastado en tierras que le pertenecían, y el suyo en las de los colonos. De la noche a la mañana, les quitó ese derecho y, como los colonos continuaban enviando parte de su ganado a pastar, “puso preso al jefe de aquellos desobedientes, les quitó sus vacas sin pagarles ni un centavo, y al cabecilla le dio su libertad después de muy buenos sermones y más de un mes de cárcel, alegando entre otros muchos derechos que le asistían, el de poseer cien veces más terreno que ellos, siendo éstos los obligados a cercar sus propiedades para evitar conflictos”. En 1910, decía un informe enviado a Porfirio Díaz, aquel “cabecilla” se convirtió en dirigente de la revolución en esos dos pueblos.⁷⁸

El acoso de Creel contra los habitantes de los pueblos de Chihuahua no se debió sólo a su codicia. También pesaba el concepto de orden y progreso que Creel compartía con la pequeña oligarquía de “científicos” cuya influencia fue decisiva en el México porfiriano. A sus ojos, “progreso” significaba mejorar la

educación, introducir la tecnología más nueva, por ejemplo electricidad, tranvías, etcétera, otorgar vacaciones pagadas a los trabajadores del estado para mejorar su eficiencia y otras reformas positivistas. Implicaba asimismo eliminar lo que Creel consideraba grupos ineficaces y antimodernos, por ejemplo, los colonos. En su opinión, sólo las grandes propiedades y los ranchos de mediano tamaño eran productores efectivos y eficaces. Esto explica el extraño arranque emocional poco común que hay en su carta al gobierno federal sobre las demandas de los habitantes de Namiquipa, las cuales consideraba “monstruosas”. Obviamente pensaba que los ineficaces campesinos no tenían derecho a poseer tan grandes recursos.⁷⁹

CREEL Y LA CLASE MEDIA DE CHIHUAHUA

Si bien la mayoría de los habitantes de los pueblos sufrió continuos ataques a partir de 1884, significativos segmentos de otros grupos sociales de Chihuahua, aparte de la oligarquía gobernante, se beneficiaron de los cambios que se produjeron en el estado durante la era porfiriana. Así ocurrió con gran parte de lo que, a falta de un término mejor, podríamos llamar la clase media. Ésta comprendía grupos tan heterogéneos como los pequeños comerciantes, los pequeños rancheros con propiedades más grandes que las de los campesinos orientados al cultivo de subsistencia, los artesanos, los mineros, los maestros y los empleados bien pagados de corporaciones nacionales y extranjeras. Conforme la economía se desarrollaba, esa clase creció en número y probablemente también aumentaron sus ingresos. Setenta y cinco por ciento de las pequeñas industrias y talleres artesanales en tres de los principales distritos de Chihuahua se fundaron entre 1898 y 1907.⁸⁰ En la ciudad de Chihuahua, ochenta y siete por ciento de esos establecimientos se crearon entre 1898 y 1906.⁸¹ El número de trabajadores industriales (incluidos los mineros) aumentó, de 13 566 en 1895, a 24 333 en 1910, mientras que el número de empleados pasó de 501 en 1895, a 4 399 en 1910.

Las clases medias ciertamente se beneficiaron con la “modernización” que tuvo lugar en muchas partes de Chihuahua, proceso en el que Enrique Creel desempeñó un papel importante. Sus manifestaciones eran aparentes en todo el estado: se instalaron líneas telegráficas y se llevó la luz eléctrica a las principales ciudades. En la capital se podían ver modernas construcciones, y la institución educativa más destacada del estado, el Instituto Literario y Científico, admitió un mayor número de alumnos y amplió su plan de estudios. En Chihuahua la

educación primaria se desarrolló más rápido que en otros lugares de México. A fines de la era porfiriana, la tasa de alfabetismo había saltado de diecinueve a veintiocho por ciento.⁸²

En los pueblos de Chihuahua, parte de la clase media compartía con la oligarquía las ganancias derivadas de los bienes expropiados a los antiguos colonos militares. Sus miembros también podían adquirir las tierras que los habitantes empobrecidos se veían forzados a vender.

Sin embargo, incluso durante el periodo de auge de la economía, un sector no insignificante de las clases medias del estado presentó una vigorosa oposición.

Algunos de los opositores más encarnizados del régimen eran hombres que podríamos designar como notables de pueblo, que gracias a una mayor riqueza, mayor instrucción o simple prestigio personal, habían sido elegidos por sus comunidades para dirigir sus asuntos. Cuando Creel abolió la autonomía municipal fueron reemplazados por hombres que el propio gobernador nombraba.

Uno de esos dirigentes de pueblo que se convirtió en un irreconciliable enemigo del gobierno estatal, al que finalmente colaboró a derrocar, fue Heliodoro Arias Olea, del pueblo de Bachíniva. Antes de que Terrazas y Creel asumieran la gubernatura de Chihuahua, Arias Olea había sido desplazado de su posición como presidente municipal por el hacendado vecino, Luis J. Comadurán. Cuando Terrazas llegó a gobernador, Arias Olea envió una carta de protesta a la administración del estado en nombre de los habitantes de Bachíniva en la que describía cómo el presidente municipal, junto con un aliado, Pedro Baray, disponían “la vida y la muerte” de los habitantes del pueblo. Las solicitudes acusaban a Comadurán y Baray de haber tomado el control de las instalaciones de riego de Bachíniva. Cuando una hacienda vecina reclamó unas tierras del pueblo conocidas como Rancho Viejo, el presidente municipal dijo a los habitantes que protegería sus derechos. Para hacerlo les pidió y recibió de los habitantes de la comunidad todos los documentos y escrituras que constituían la prueba de que Bachíniva poseía esas tierras. Pero pronto los documentos al cuidado de Comadurán desaparecieron, la hacienda se apoderó de Rancho Viejo y el presidente municipal obtuvo un buen soborno. Además, los habitantes acusaban a las autoridades municipales de quedarse con todos los ingresos del pueblo, de modo que no había dinero para una escuela.⁸³ Los opositores de Comadurán y Baray fueron intimidados y en ocasiones asesinados por sirvientes de la finca de Comadurán, la Hacienda del Carmen, o por cuatro “bandidos” que vivían en el pueblo.

Dado que Heliodoro Arias Olea había sido seguidor de Luis Terrazas durante la lucha del caudillo chihuahuense por la supremacía en el estado, éste permitió en 1904 que se celebraran nuevas elecciones, y Arias Olea volvió a ser presidente municipal de Bachíniva. Su administración no duró mucho. Creel no se sentía obligado con el antiguo aliado de Terrazas; pasó por alto los resultados electorales y devolvió el poder a Comadurán y Baray. Así, Arias Olea encabezó de nuevo la oposición del pueblo contra el gobierno. Y lo hizo de una manera que enfureció particularmente al gobernador Creel. Arias Olea era un poeta aficionado y en una reunión pública recitó un poema contra Porfirio Díaz y Enrique Creel. Tras elogiar a los héroes nacionales de México –Hidalgo, Morelos y Juárez–, escribió:

La Carta Fundamental Constitución,
que sellásteis con sangre en el martirio,
está despedazada cual un lirio
que azota el huracán sin compasión.

Ya no hay garantías individuales;
la justicia no existe ni en fragmentos;
ella se vende ya en los Tribunales
como en la Iglesia los Santos Sacramentos.

Cometen miles de arbitrariedades,
para ellos son un mito vuestras leyes,
hacen y deshacen en pueblos y ciudades,
y toda la baraja está convertida en reyes.

En Chihuahua es peor el resultado
porque sin la farsa de elecciones,
Enrique Creel debido a sus millones
en el gobierno se nos ha plantado.

Tan luego que el destino recibió,
comenzaron en juego sus maldades.⁸⁴

Pronto oyó Creel hablar del poema. Heliodoro Arias Olea fue arrestado y sentenciado a pasar un año en la prisión más terrible de México, los calabozos subterráneos de San Juan de Ulúa, frente al puerto de Veracruz. Con el espíritu

indemne, Arias Olea escribió desde la cárcel un nuevo poema contra el gobernador Creel y el gobierno porfiriano.⁸⁵

Los guardias de la prisión escucharon el poema y, al día siguiente, llevaron a Arias Olea a una celda especial diciendo que estaba loco y que iban a curarlo. Durante semanas, fue sometido a diversos tipos de tortura. Lo encerraron por horas en una pequeña habitación donde habían instalado cuatro hornos humeantes de modo que el humo casi lo ahogaba. Luego lo llevaron a otro cuarto, donde le impidieron dormir durante varios días y donde habían tirado cemento en el suelo; conectaron electrodos en el asiento del excusado para que sufriera descargas eléctricas al sentarse; intentaron envenenar su comida; el cuarto en que dormía fue convertido en letrina de los prisioneros, para que el hedor se hiciera insostenible. Aún así Heliodoro Arias Olea se mantuvo firme. Cuando por fin fue liberado, al expirar la sentencia, dijo a una comisión de cinco funcionarios que vinieron a sacarlo de la prisión: “Podré estar por morir, pero no soy un gusano”. Los impresionó tanto que lo ovacionaron de pie. Una enorme multitud lo recibió a su regreso, en Bachíniva. El mismo día, Creel le expresaba a un amigo la esperanza de haber logrado quebrarlo: “¿Finalmente se arrepiente de sus difamaciones?”, le preguntaba. Tres años más tarde, Arias Olea contestó esta pregunta encabezando la revolución en Bachíniva junto con otros dirigentes.⁸⁶

Algunos de los opositores más encarnizados del gobierno pertenecían a un grupo social generalmente poco proclive a las simpatías revolucionarias: los tenderos. El retoño de una de las familias de hacendados más ricas de México, Pablo Martínez del Río, llegó al punto de caracterizar la revolución como un movimiento de campesinos independientes conducidos por tenderos.⁸⁷ Ésta era una exageración, pero no hay duda de que muchos comerciantes de México tenían razones para ser hostiles al gobierno. Los tenderos de pueblo, como Toribio Ortega en Cuchillo Parado, a menudo se arruinaban cuando sus clientes perdían sus tierras y con ellas su poder de compra. Otros comerciantes no podían prosperar porque los peones de las haciendas e incluso los trabajadores industriales a menudo recibían su paga en un vale sólo utilizable en las tiendas de raya. Los que se establecían en las grandes ciudades tenían que competir con los tenderos extranjeros, en muchos casos exentos de impuestos.

Los maestros constituían otro grupo de “clase media”, el cual se benefició más que ninguno con las reformas y la expansión del sistema escolar del estado que Creel favoreció. Sin embargo produjo algunos de los más capaces dirigentes de

la revolución. Una de las razones fue que los maestros resentían profundamente la falta de libertad que impuso el gobierno de Creel.

Antes de que Terrazas y Creel tomaran el poder, muchos notables locales se habían visto favorecidos por algunos aspectos del sistema político que Díaz había instaurado en Chihuahua. Como dijimos, al remover a Terrazas y recurrir a una camarilla rival, Díaz había provocado la aparición de facto de una especie de sistema bipartidista. Ambas partes, Terrazas y sus rivales, procuraban obtener el apoyo político de estos notables y estaban dispuestos a hacer concesiones para lograrlo. Cuando Creel llegó a gobernador y abolió las elecciones municipales, los notables locales prácticamente perdieron toda capacidad de negociación. El control de Creel sobre el sistema judicial hacía muy difícil que cualquiera que no estuviera relacionado con su gobierno ganara un caso en los tribunales, y que los abogados que no formaban parte de una camarilla llamada “el Universal” operaran con algún éxito.⁸⁸

Aparte de sus agravios económicos y políticos, dos tendencias ideológicas alimentaron al parecer la oposición de las clases medias tanto contra la administración de Creel a nivel local, como contra la de Díaz a nivel nacional. La primera era la nostalgia por las instituciones democráticas que de hecho existieron durante el apogeo de la frontera en Chihuahua. La otra era el nacionalismo económico. En un informe al Departamento de Estado enviado en 1910 por el cónsul estadounidense en Chihuahua, éste estimaba que “el sentimiento antiestadounidense es general en el estado, particularmente en las ciudades y a lo largo de las vías férreas”.⁸⁹ Existían muchas causas ostensibles, entre ellas, la enorme influencia económica de las empresas estadounidenses en Chihuahua, los privilegios que disfrutaban los extranjeros y la discriminación que sufrían los mexicanos cuando buscaban trabajo en las empresas de propiedad estadounidense y cuando cruzaban la frontera hacia Estados Unidos. El sentimiento antiestadounidense era especialmente intenso en el distrito de Galeana, donde se habían instalado colonos mormones y había surgido antagonismo contra su religión y su modo de vida.⁹⁰ Sin embargo, el nacionalismo antiestadounidense no se expresaba en manifestaciones de xenofobia, como ocurrió durante la rebelión de los bóxers en China. Había aspectos de la vida estadounidense que los mexicanos que cruzaban la frontera tendían a admirar: su gran riqueza económica y sus instituciones democráticas.

La oposición de grandes sectores de las clases medias de Chihuahua al gobierno de Terrazas y de Creel se correspondía con una oposición similar de la clase obrera industrial, cuyo número se había triplicado entre 1895 y 1910. Más

que ningún otro grupo social de Chihuahua, los obreros reaccionaban favorablemente a la propaganda radical del Partido Liberal Mexicano, y las sociedades de ayuda mutua, el único tipo de organización que podían formar (los sindicatos no estaban permitidos), pronto se radicalizaron.

Entre esos trabajadores industriales, dos grupos desempeñarían un papel particularmente importante durante la revolución mexicana: los mineros, que constituían alrededor de un tercio de la fuerza de trabajo industrial de Chihuahua, y los ferrocarrileros del estado. Aunque estos dos grupos compartían los motivos de queja que tenían todos los trabajadores industriales –desacuerdo con la represión de los sindicatos, indignación por los salarios más altos de los trabajadores extranjeros y auge correspondiente del nacionalismo–, unos y otros tenían quejas específicas. Los mineros estaban descontentos porque muchos de ellos fueron despedidos durante la crisis económica de 1907 y 1908. Los ferrocarrileros se vieron menos afectados por el desempleo, pero más por los privilegios de que disfrutaban los empleados estadounidenses de los ferrocarriles, quienes con frecuencia ni siquiera hablaban español, pero recibían salarios superiores a los de los mexicanos y tenían acceso a puestos más altos dentro del sistema ferroviario.

LA OPOSICIÓN RADICAL EN CHIHUAHUA

Antes de 1907, la oposición política en Chihuahua se expresó de dos maneras muy diferentes. La primera consistió en actividades revolucionarias que no tuvieron éxito y cuyo centro era la única formación política de oposición existente, aunque ilegal: el Partido Liberal Mexicano o PLM.⁹¹ La otra fue una manifestación mucho más difusa de oposición política en torno al periódico *El Correo de Chihuahua*.

El PLM fue fundado en 1901 por un grupo de intelectuales decepcionados por las íntimas relaciones que estableció Porfirio Díaz con el clero mexicano y su gradual abandono de las posturas anticlericales originales del movimiento liberal mexicano. El partido, bajo la dirección de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, pronto se volvió mucho más radical de lo que los liberales juaristas nunca fueron. Proponía prohibir la reelección del presidente y reducir el periodo presidencial a cuatro años. Exigía que se limitara radicalmente la influencia de los extranjeros obligando a los que invertían en México a convertirse en ciudadanos mexicanos. Defendía la jornada de ocho horas y un salario de ocho pesos diarios para los trabajadores industriales. También

proponía una amplia reforma agraria y el reparto de los latifundios. El periódico del PLM, *Regeneración*, pronto fue suprimido por el gobierno. Los hermanos Flores Magón huyeron a Estados Unidos, donde continuaron publicándolo e introduciéndolo en México clandestinamente. Ya en 1905-1906, el partido proponía el derrocamiento revolucionario de la administración de Díaz y planeó una serie de levantamientos. En Chihuahua, tenía fuerte influencia entre los obreros industriales y la clase media, pero mucho menor impacto en la población del campo. De hecho, Chihuahua se convirtió en uno de los blancos principales de la estrategia revolucionaria del PLM.

Los Flores Magón planearon una serie de ataques simultáneos de los simpatizantes mexicanos del movimiento liberal que vivían en Estados Unidos y de sus seguidores en México sobre la fronteriza Ciudad Juárez, en Chihuahua. Ricardo Flores Magón fue a la frontera a coordinar la operación. Los dirigentes liberales no sabían que Enrique Creel había creado toda una red de informantes estadounidenses y mexicanos que habían infiltrado sus filas y tenían conocimiento exacto de lo que pretendían hacer.⁹² Muchos conspiradores fueron arrestados por orden de Creel en Chihuahua, y la policía estadounidense persiguió y más tarde llevó a juicio a los Flores Magón bajo el cargo de violar las leyes de neutralidad de Estados Unidos. Un plan posterior para un ataque de los magonistas sobre la ciudad de Casas Grandes, Chihuahua, también fue delatado a las autoridades por informantes infiltrados; fracasó y su dirigente, Juan Sarabia, cayó en manos del gobierno.

El encarcelamiento de sus líderes no le impidió al PLM continuar ejerciendo una fuerte influencia en Chihuahua. A pesar de las restricciones gubernamentales, el control del correo, etcétera, *Regeneración* continuó circulando por todo el estado y se sostuvo mediante las contribuciones monetarias de personas cuyo compromiso no sólo enfurecía, sino que dejaba perplejo a Enrique Creel, quien comentaba enojado:

Si hubieran tenido que pagar 25 centavos de impuestos al gobierno [...] habrían clamado al cielo, pero muchos de ellos han privado a sus hijos del pan para mandarle cinco pesos a Flores Magón. Este fenómeno social y político es digno de estudio por el efecto que ha producido sobre ciertas clases de la sociedad.⁹³

A pesar del apoyo que tenían entre los trabajadores industriales y parte de las clases medias de Chihuahua, los magonistas no lograron provocar el estallido de

una revolución. Las razones más obvias del fracaso de los liberales fueron la infiltración de su movimiento por agentes del gobierno y la persecución que sufrieron a ambos lados de la frontera por parte de las autoridades tanto mexicanas como estadounidenses. Pero esa explicación no es suficiente. En parte, sus llamados a la revolución llegaron en un momento inadecuado: 1905 era todavía un año de auge económico, y para muchos trabajadores industriales, así como para muchos miembros descontentos de las clases medias, las oportunidades económicas disminuían el impacto negativo de las medidas políticas y económicas de Creel.

Tal vez una explicación aún más importante del fracaso de la táctica liberal fue su fe en los alzamientos espontáneos. Aunque *Regeneración* sí realizaba agitación política, los liberales no esperaron el tipo de despertar político popular y la politización generalizada que suele preceder a cualquier revolución genuina. El partido político que fundaron, con dirigentes intelectuales, periódicos y clubes secretos, estaba más a tono con las tradiciones europeas que con las mexicanas. Los trabajadores industriales constituían una clase nueva en la historia de México y no tenían dificultades para aceptar esas formas nuevas de organización. Pero grandes sectores de las clases medias, y sobre todo el campesinado, estaban acostumbrados a un tipo diferente de organización política que tenía su origen en el siglo XIX y que requería el liderazgo de algún carismático caudillo local más que de intelectuales. Además, las revoluciones suelen ir precedidas por profundas divisiones en la cúspide, que para 1905 todavía no se habían producido en México. La revolución estallaría cuando todas esas condiciones se cumplieran finalmente, en 1910; pero no sería encabezada por los intelectuales del PLM, sino por un caudillo en la antigua tradición decimonónica de México. Su arribo fue preparado por lo que podría llamarse el ala moderada de la oposición chihuahuense.

LA OPOSICIÓN MODERADA EN CHIHUAHUA

Los puntos de vista de los miembros más moderados de la oposición de clase media eran recogidos por Silvestre Terrazas, en su periódico *El Correo de Chihuahua*. Terrazas,⁹⁴ que para 1908 coincidía en muchos puntos con los liberales, venía de lo que podría considerarse el otro extremo del espectro político. Los magonistas iniciaron su carrera política con el anticlericalismo como planteamiento central; Silvestre Terrazas inició la suya a la edad de veintiún años, en 1891, como secretario de José de Jesús Ortiz, obispo de

Chihuahua. Éste pronto adquirió tal confianza en Terrazas que lo nombró director del periódico de la arquidiócesis, la *Revista Católica*. Poco después de la llegada de Díaz al poder, se produjo una reconciliación entre su gobierno y la iglesia. Como resultado, las publicaciones y las personalidades oficiales eclesiásticas rara vez criticaban a Díaz o a sus colaboradores más importantes (situación que empezó a cambiar en los años finales del Porfiriato). Sin embargo, los dirigentes de la iglesia tenían varios puntos de desacuerdo con el régimen, que expresaban abiertamente y que parecen haber conformado muchas de las actitudes de Silvestre Terrazas. Aunque la iglesia no se oponía en principio a las inversiones extranjeras, era muy crítica de la penetración estadounidense en México.⁹⁵

La *Revista Católica*, bajo la dirección de Silvestre Terrazas, atacaba a los misioneros protestantes estadounidenses y a los mormones que se estaban introduciendo en Chihuahua. Se oponía al liberalismo inherente a la sociedad en Estados Unidos y también a los que consideraba sus monopolios, que controlaban gran parte de la economía mexicana. Al mismo tiempo, algunos sectores de la iglesia criticaban, si bien moderadamente, algunas estructuras agrarias del país. Aunque la iglesia apoyaba en general la existencia de grandes propiedades en México, su apoyo era mucho más restringido que a principios del siglo XIX, cuando ella misma era uno de los mayores terratenientes. Habiendo perdido la mayor parte de sus bienes raíces y sus especiales vínculos con los hacendados (vínculos que a principios del siglo XIX consistían, como en tiempos coloniales, en ser el principal acreedor de muchos de ellos), la iglesia adoptó una actitud más crítica. Se oponía fuertemente al peonaje por deudas, a que los terratenientes vendieran bebidas alcohólicas a los campesinos en las tiendas de raya, y demandaba que de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia, los campesinos no fueran obligados a trabajar los domingos. Estas ideas influyeron también en Silvestre Terrazas. En 1901 fundó *El Correo de Chihuahua*. El diario, que absorbió a la *Revista Católica*, no se desvió mucho al principio de las opiniones políticas de su predecesora. Hasta 1905, apoyó tanto a Porfirio Díaz como a Luis Terrazas y sólo rara vez criticó a Enrique Creel.

En 1906, se produjo un cambio radical en la actitud de Silvestre Terrazas y su periódico. El motivo fue una cuestión “técnica”, pero su significado rebasó con mucho el de un simple tecnicismo. En 1903, antes de terminar su periodo como gobernador de Chihuahua, Miguel Ahumada había renunciado a su puesto para convertirse en gobernador del estado de Jalisco. Se celebraron entonces nuevas elecciones y Luis Terrazas se convirtió en gobernador por un periodo de cuatro

años, que la legislatura había establecido hasta 1907. Silvestre Terrazas planteó en su diario la cuestión de si el periodo de Luis Terrazas no debía expirar un año antes, es decir, cuando el de Ahumada habría debido acabar. Las consecuencias de su argumento, de haber sido aceptado, habrían sido todo menos simplemente técnicas. Creel, a quien Luis Terrazas había nombrado gobernador interino, estaría ocupando el cargo ilegalmente. La oposición implícita que estas preguntas reflejaban se transformó en oposición abierta cuando *El Correo* se opuso, por motivos legales, a la elección de Creel para la gubernatura, en 1907. La ley mexicana y la de Chihuahua establecían que sólo un ciudadano mexicano por nacimiento cuyos padres también fueran ciudadanos mexicanos podía ser gobernador de un estado. Dado que el padre de Creel, Reuben W. Creel, no sólo había sido ciudadano estadounidense, sino cónsul de su país en Chihuahua, Silvestre Terrazas sostenía que Creel carecía de las calificaciones legales necesarias para el cargo.

Al mismo tiempo que atacaba tanto al gobierno de Luis Terrazas como al de Enrique Creel sobre bases legales, Silvestre Terrazas expresaba su apoyo a los movimientos populares de oposición no sólo de Chihuahua, sino también de otros sitios. En 1906, *El Correo* protestó enérgicamente por la masacre de los mineros en huelga de Cananea, en la vecina Sonora. Protestó aún más contra la presencia de un destacamento armado de voluntarios estadounidenses que fueron a Cananea para ayudar a aplastar la huelga.

Más tarde, Terrazas apoyó con parecida vehemencia la huelga de los mecánicos ferrocarrileros de Chihuahua, que exigían derechos iguales, paga igual e iguales condiciones de trabajo que los de los empleados del vecino país en los ferrocarriles. Para 1907 y 1908, *El Correo* se había convertido en un foro donde podían airearse agravios de todo tipo contra el gobierno del estado. Allí se publicaron las cartas de los vecinos de Namiquipa y de Cruces, que protestaban por la expropiación de sus tierras. Los residentes de ciudades como Ciudad Juárez, Jiménez o Namiquipa escribían al periódico denunciando los abusos cometidos por los jefes políticos y los presidentes municipales.

No está claro cuál fue la causa de esta evolución de Silvestre Terrazas. ¿Se debió a un cambio personal de opinión o reflejaba una nueva política de la iglesia católica a la que Silvestre Terrazas había estado tan íntimamente ligado y que nunca lo condenó? Aunque la mayor parte del clero continuaba apoyando el régimen de Porfirio Díaz, que había levantado tantas de las restricciones impuestas a la iglesia por Juárez y sus liberales, su actitud hacia Enrique Creel parecía más negativa. La jerarquía puede haber considerado que el gobernador

no tomaba medidas suficientes contra la penetración de los misioneros protestantes estadounidenses en Chihuahua, los cuales de hecho cada vez tenían más seguidores. Creel no hizo nada para impedir su propaganda e incluso, en realidad, dio subrepticamente contribuciones monetarias a las iglesias protestantes.⁹⁶

Como resultado de su oposición al régimen político del estado, Silvestre Terrazas y su diario empezaron a ser objeto de represión y persecución.

En abril de 1907, en el momento culminante de su campaña contra Creel, Silvestre Terrazas fue encarcelado por primera vez. Más detenciones seguirían en 1909 y 1910. La razón aparente de su encarcelamiento de 1907 fue una demanda por difamación presentada por un presidente municipal al que *El Correo* había acusado de realizar registros ilegalmente. Silvestre Terrazas pasó dos semanas en la cárcel, tras de lo cual un juez le otorgó un amparo y fue puesto en libertad.

También se ejercieron sobre él presiones económicas. El Banco Minero de Creel retiró sus anuncios de *El Correo*, al igual que otras empresas vinculadas con el clan. Cuando se publicó un número particularmente irritante, el gobernador puso hombres alrededor de las oficinas de *El Correo* para que compraran todos los ejemplares disponibles e impidieran su circulación.⁹⁷

Lo notable de esta represión no es que se produjera —eso era previsible en una dictadura como la de Porfirio Díaz—, sino su carácter relativamente suave. En una dictadura latinoamericana del siglo XX, Silvestre Terrazas probablemente habría sido asesinado o por lo menos torturado, su casa y sus oficinas habrían desaparecido entre las llamas, su personal habría sido arrestado, y su familia tal vez desaparecido. El tratamiento relativamente benigno que sufrió Silvestre Terrazas no constituye una excepción total en México. Díaz podía ser despiadado y cruel con los opositores de las clases inferiores de la sociedad (más o menos en la época en que Silvestre Terrazas fue arrestado, docenas de trabajadores en huelga de las minas de Cananea o de la fábrica textil de Río Blanco fueron masacrados), pero era más cauto en su tratamiento de las clases medias. Los periodistas de oposición eran encarcelados y a veces torturados, pero rara vez asesinados. Filomeno Mata, tal vez el opositor más famoso de Díaz entre los periodistas, fue encarcelado treinta y cuatro veces, lo cual significa que salió de prisión treinta y tres veces, cosa improbable en una dictadura militar de la América Latina actual. Algunos gobernadores eran más despiadados que Díaz, pero Creel seguía las políticas cautelosas del dictador, tal vez porque él mismo no era un hombre sanguinario y también porque temía que perseguir demasiado

a Silvestre Terrazas le atraería el antagonismo de ciertos grupos dentro de la iglesia católica.

A diferencia de los magonistas, Silvestre Terrazas nunca planteó una revolución para derrocar al régimen, aunque en 1910 simpatizó mucho con la de Madero. Sin embargo, su periódico, debido a que era legal y tenía una circulación amplia y creciente en Chihuahua, desempeñó un papel más importante como incitador de la oposición al régimen que los Flores Magón y *Regeneración*. De hecho, en 1910, Luis Terrazas atribuyó en gran medida la paternidad de la revolución a la agitación realizada por su primo lejano.⁹⁸

LA CRISIS DE 1908-1910

La transformación del descontento con el régimen existente en fervor revolucionario se vincula a tres fenómenos claramente diferenciados: la destrucción a gran escala de la base económica de los pueblos por Creel y Terrazas, la gran depresión de 1908, que pareció afectar a Chihuahua más que al resto del país, y una crisis política a nivel nacional y regional. A estos fenómenos internos hay que añadir la evolución de la situación al norte de la frontera.

La crisis económica de 1908-1910 fue la más grave que sufrió el México porfiriano. Afectó a todo el país pero se sintió con más intensidad en los estados norteños cuya economía estaba muy íntimamente vinculada a la de Estados Unidos. La baja de los precios de la plata y el cobre junto con la recesión y el pánico financiero en Estados Unidos condujeron al cierre de muchas minas del norte de México. Una de las mayores compañías mineras estadounidenses que trabajaban en México, la American Smelting and Refining Company (ASARCO), cerró sus minas de Santa Eulalia y Santa Bárbara, en Chihuahua, dejando sin trabajo a más de mil personas. La mayoría de las minas del centro minero más importante del estado, Hidalgo del Parral, también cerró. El imperio económico de William C. Green, un gran empresario estadounidense que poseía numerosas minas, la mayoría en Sonora, y había creado grandes centros madereros en el occidente de Chihuahua, se hundió, con lo que se incrementó el número de desempleados, especialmente en esa región occidental del estado.⁹⁹

Muchos habitantes de los pueblos que trabajaban por temporadas en las minas o las madereras se vieron afectados. En ocasiones anteriores, cuando las empresas cerraban en Chihuahua, los trabajadores encontraban empleo en otro lado. Podían ir a los vecinos estados de Sonora y Coahuila o cruzar la frontera a Estados Unidos. Pero ahora Sonora y Coahuila sufrían la misma crisis que

afectaba a Chihuahua y los trabajadores mexicanos eran despedidos por miles en el suroeste estadounidense. Estados Unidos prohibió la inmigración de mexicanos y a más de dos mil de ellos sus patrones les dieron boletos de ferrocarril para El Paso, de donde los forzaron a cruzar hacia Chihuahua, para engrosar aún más las filas ya colmadas de los desempleados.

Como último recurso, algunos volvían a sus pueblos natales para vivir del producto de los campos de la familia mientras durara la crisis. Pero muchos descubrían que sus familias habían perdido sus tierras debido a la ley agraria de Creel. Y quienes todavía las tenían sufrieron sequías en 1908 y de nuevo en 1909.

No sólo los desempleados, sino incluso los trabajadores que lograban conservar su empleo padecían profundamente la crisis. Sus salarios se redujeron drásticamente en un momento en que los precios de los alimentos aumentaban a causa de las malas cosechas. “La situación económica ha sido particularmente mala”, informaba el cónsul alemán en Chihuahua en 1909, “debido a los aumentos en el costo de los alimentos básicos y los frijoles. La mayoría de los precios de los alimentos se ha duplicado y los frijoles han pasado de 6 a 15 pesos por hectolitro. El poder de compra del público se ha reducido de manera muy seria [...] El consumo de la población se limita a los alimentos más esenciales. Los ingresos de los trabajadores han decrecido todavía más y los salarios han caído a entre \$ 0.75 y un peso diario.”¹⁰⁰ Esto significa que los aumentos de precios de entre doscientos y trescientos por ciento fueron acompañados de reducciones en los salarios.

Las clases medias del estado se vieron particularmente afectadas por la crisis. Numerosas pequeñas empresas quebraron. Habían perdido a muchos de sus clientes, cuyo poder de compra había desaparecido al quedar desempleados, y los comerciantes que intentaron obtener préstamos para sortear la tormenta descubrieron que o no había fondos o su costo era prohibitivo. “Aunque los bancos han sido un poco más liberales en sus préstamos”, escribía el cónsul alemán en 1909, “el costo del dinero sigue siendo muy alto y hace difícil la inversión. Ni siquiera las compañías más fuertes consiguen obtener fondos a menos de 10 por ciento mientras que las tasas de los bancos son de 12 por ciento y las de los prestamistas privados van de 18 a 24 por ciento.”¹⁰¹ Los bancos prácticamente no daban créditos más que a las compañías de la oligarquía, y en el momento de la crisis demandaron el pago de los préstamos pendientes y cerraron el crédito a los pequeños propietarios que no podían pagar. En otras partes de México, los hombres fuertes regionales, preocupados por las posibles

consecuencias sociales de la crisis, intentaron obtener ayuda federal para aliviarlas o incluso ayudaron ellos mismos a los desempleados. En la vecina Coahuila, uno de los hombres más ricos del estado, Evaristo Madero, pidió a Porfirio Díaz que destinara fondos a auxiliar a los hambrientos y los pobres.¹⁰² Su nieto, Francisco Madero, utilizó parte de los ingresos que le daban sus propiedades para alimentar a los menesterosos, independientemente de que trabajaran en sus haciendas o no.¹⁰³

Pero Enrique Creel no se preocupaba de tales cosas. En noviembre de 1908 escribía a Díaz que debido a las heladas prematuras

las cosechas de frijol se han perdido por completo y la de maíz se ha reducido a la mitad. Como consecuencia, el precio de estos artículos de primera necesidad es muy alto y perjudica a las clases pobres.

El bajo precio de la plata también está perjudicando mucho a la minería del estado y varias negociaciones han paralizado los trabajos de sus minas, lo cual influye para que en algunos distritos mineros se comience a sentir la falta de trabajo y de actividad en los negocios.

En general, la perspectiva económica para el año próximo no es buena.

A diferencia de Evaristo Madero, Creel no menciona siquiera en su carta la ayuda para los necesitados. En cambio, concluye, “estoy tomando desde ahora las precauciones prudentes y necesarias para evitar el desequilibrio en las rentas públicas. Con ese objeto estoy reduciendo los presupuestos de todos los municipios del estado a los gastos más precisos, dentro de los ingresos probables”.¹⁰⁴

Ésta fue la única consecuencia práctica que Creel se dignó sacar de la crisis. Equilibrar el presupuesto significaba no sólo reducir los gastos sino aumentar los ingresos, es decir los impuestos. Dado que las grandes compañías extranjeras y las empresas que pertenecían a la oligarquía estaban prácticamente exentas de impuestos, Creel aumentó la carga fiscal de las clases bajas y medias de la sociedad, y lo hizo precisamente en el momento más crudo de la recesión, cuando esos sectores menos podían pagar.

“Por el alza de las contribuciones y otros actos [los funcionarios de la pasada administración]”, escribía el último gobernador porfirista de Chihuahua, Miguel Ahumada, a Porfirio Díaz en 1911, “habían sembrado un malestar y una desconfianza tan grandes, que si el señor ministro de Relaciones [Creel] viniera aquí en estos momentos correría peligro su vida.”¹⁰⁵

Como resultado de la crisis de 1908 y las medidas tomadas por Creel y Terrazas, se creó en Chihuahua una unidad sin precedentes entre la oposición tanto al gobierno estatal como federal. Empezó a haber colaboración entre las clases medias urbanas, los trabajadores industriales y los habitantes de los pueblos.

Esa unidad se vio reforzada por un suceso extraño que contribuyó a menoscabar la legitimidad de Creel a los ojos de muchos habitantes de Chihuahua. Se trata del caso del robo al Banco Minero, que tal vez, si hubiera ocurrido en el periodo de auge de la economía, cuando la prosperidad parecía en ascenso, no habría tenido tantas repercusiones.

EL ROBO AL BANCO MINERO

El caso sigue siendo, en muchos aspectos, un misterio sin resolver. El 1 de marzo de 1908, fueron sustraídos trescientos mil pesos del Banco Minero, cuyos propietarios eran Enrique Creel y su hermano Juan y en cuyo edificio se hallaba también la residencia del gobernador. El robo no sólo mermó la fortuna del gobernador, sino también su prestigio.

Se produjo una intensa actividad policiaca. Docenas de sospechosos fueron arrestados, a menudo sin órdenes judiciales, y permanecieron incomunicados. Se trajeron detectives de Estados Unidos para ayudar a la policía. A las tres semanas, esta intensa actividad de las agencias encargadas de aplicar la ley pareció rendir resultados. Una mujer confesó que sabía quiénes eran los ladrones y dijo que le habían pagado cinco mil pesos para que ocultara su identidad. Cinco sospechosos, entre ellos algunos empleados del banco, fueron arrestados, y uno de ellos pronto confesó.¹⁰⁶ Aunque el dinero no fue recuperado, el gobierno ganó en credibilidad gracias a este rápido “éxito” de la policía.

Pero a los pocos días, Silvestre Terrazas y su periódico entraron en acción; la tesis del gobierno empezó a desmoronarse y el gobernador se vio personalmente envuelto en una nube de sospechas. El 21 de marzo, *El Correo de Chihuahua* sostenía que el día en que había tenido lugar el robo uno de los acusados había sido visto por muchas personas, incluido el jefe político de Chihuahua, en el puente Chuviscar. Al mismo tiempo, otros testigos habían visto a otro de los supuestos ladrones como espectador en una corrida de toros. Al crecer la suspicacia contra las autoridades, el caso se convirtió en asunto político. La circulación de *El Correo* aumentó enormemente y el periódico se agotaba con frecuencia en pocas horas. A partir de ese momento, organizaciones no políticas

como las sociedades de Ayuda Mutua de los Trabajadores, que habían sido fundadas con el consentimiento del gobernador para proporcionar seguros a los trabajadores en tiempos de necesidad, empezaron a hacer colectas para los acusados. La hipótesis del gobierno pareció venirse abajo totalmente cuando Silvestre Terrazas recibió una carta anónima firmada “CAG” en la que quien escribía afirmaba que era el verdadero autor del robo y como prueba incluía cien billetes de mil pesos partidos en cuartos. La versión del gobierno quedó aún más desacreditada cuando surgieron rumores de que los acusados habían sido amenazados, torturados y sometidos a simulacros de ejecución. Estos rumores fueron confirmados tras la victoria de la revolución, cuando los detenidos hicieron aterradores relatos sobre cómo habían sido colocados junto a fosas abiertas con un pelotón de fusilamiento apuntando sus rifles contra ellos, para forzarlos a confesar. Ocho meses después, los presos fueron por fin liberados. Sus sufrimientos habían despertado una ola de simpatía. La esposa de uno de ellos, que también había sido arrestada, se había vuelto loca y otra había dado a luz prematuramente en la cárcel.

Durante un breve lapso, el gobierno pareció recuperar algo del prestigio perdido cuando tres nuevos sospechosos fueron detenidos y confesaron. Uno de ellos dijo haber escrito la carta anónima a Silvestre Terrazas. De nuevo, fue este último quien le daría el golpe de gracia al gobierno. Publicó la correspondencia entre los acusados y su abogado, en la que se decía que Creel les había prometido dinero y condiciones de privilegio en la cárcel si confesaban haber cometido el robo. Los ladrones no negaban su parte en el delito pero ahora pedían que Creel mantuviera su palabra. Silvestre Terrazas probablemente conocía la existencia de una carta más, que los acusados enviaron a continuación a Porfirio Díaz diciendo que el robo había sido en realidad iniciativa del hermano de Enrique, Juan Creel, quien los había invitado a su casa cuatro semanas antes del asalto y les había prometido una gran suma de dinero si entraban en el banco, pero nunca la publicó. A pesar de que esa carta no salió a la luz antes de la revolución, empezaron a circular rumores en el mismo sentido, es decir, que Juan Creel, posiblemente con la complicidad del gobernador, había organizado el robo de su propio banco.

Lo que pensaban muchos en Chihuahua fue muy claramente expresado por Abraham González, gobernador revolucionario de Chihuahua de 1910 a 1911, en una conversación con un amigo estadounidense. “Parece que después de que Enrique [Creel] salió para Washington, Juan [Creel] se puso a jugar a la bolsa y perdió doscientos mil pesos propiedad del banco. Para cubrir el faltante, hizo

venir a un hombre de El Paso para que abriera un boquete en la bóveda. Luego arrestó a los dos empleados. Por casualidad, el hombre que empleó el soplete en la bóveda del banco murió *accidentalmente* al día siguiente.”¹⁰⁷

La subsecuente detención de Silvestre Terrazas en 1908 (un jefe político lo demandó por difamación porque *El Correo* había publicado las acusaciones de un ciudadano descontento) alimentó las sospechas de que el gobernador intentaba ocultar la verdad amordazando a la prensa de oposición. Dos semanas más tarde, el periodista fue puesto en libertad y reemprendió sus ataques contra la administración Creel.

A pesar de que durante años después de la revolución los tribunales siguieron ocupándose del caso, sus aspectos más extravagantes aún desconciertan a los investigadores: ¿Robó realmente Juan Creel su propio banco? ¿Contenían algo de verdad los rumores de que había robado el dinero para pagar sus deudas de juego? ¿Se trataba de cobrar un seguro? ¿Quería engañar a su propio hermano y a los demás propietarios del banco? ¿Estaba implicado de alguna manera Enrique Creel? ¿Por qué los ladrones le enviaron cien mil pesos a Silvestre Terrazas? Aunque tal vez nunca se sepa la respuesta final a estas preguntas, no hay duda de que el caso tuvo un poderoso impacto sobre la opinión pública de Chihuahua en los años inmediatamente anteriores a la revolución, contribuyó a deteriorar la legitimidad del dominio de Creel y de Terrazas en Chihuahua, y a unificar contra ellos a una oposición extremadamente heterogénea.

Lo que hizo que esa crisis interna de Chihuahua resultara tan peligrosa para el gobierno de Porfirio Díaz fue que coincidió con la crisis política nacional que se produjo entre 1908 y 1910, vinculó a la oposición chihuahuense con los movimientos de oposición del resto del país y le dio una dirección muy clara.

EL SURGIMIENTO DE FRANCISCO MADERO

La crisis nacional se inició, como suelen las crisis prerrevolucionarias, con un conflicto interno de la clase alta del país. Las nuevas elecciones presidenciales debían tener lugar en 1910, y aunque la mayoría de la gente esperaba que Díaz fuera candidato a la reelección, existía la posibilidad de que no sobreviviera a su periodo en el cargo, debido a su avanzada edad. En la élite mexicana, dos grupos se disputaban el control de la sucesión, cada uno con la esperanza de que Díaz nombrara a su candidato como vicepresidente (que sucedería al dictador en caso de muerte). El primer grupo era la élite financiera de México, los llamados “científicos”, designación que se basaba en su adhesión a los principios

supuestamente científicos del positivismo y el darwinismo social. Su candidato a vicepresidente era un político nada popular procedente del norteno estado de Sonora, Ramón Corral. El segundo grupo incluía a parte de la élite económica nortena, así como a importantes sectores del ejército. Su líder y candidato a la vicepresidencia era uno de los generales más poderosos de México, Bernardo Reyes.

Por un breve lapso, en 1908 y 1909, Reyes se había convertido en el centro de la oposición de clase media contra Díaz.¹⁰⁸ Temiendo que lo derrocaria, Díaz había enviado al general al exilio. Para debilitar a la oposición que él encabezaba, Díaz estaba dispuesto a tolerar las actividades de otros grupos que consideraba inofensivos. Incluso los alentó concediendo una entrevista a un periodista estadounidense llamado James Creelman, en la que dijo que no competiría por la presidencia en 1910 y que consideraría bienvenidos a cualesquiera grupos de oposición que pudieran formarse en México. Un hombre que de inmediato se valió de esa oportunidad fue el retoño de una de las familias más ricas del estado nororiental de Coahuila, Francisco I. Madero.

Ni Díaz ni la familia Madero se lo tomaron en serio. Parecía a primera vista la absoluta antítesis de un caudillo revolucionario. Era un hombre de baja estatura y voz aguda, espiritista y abstemio, lleno de buenas intenciones. En 1909 publicó un libro, *La sucesión presidencial*, en el cual, a la vez que reconocía los méritos de Díaz, defendía una reforma que sólo le permitiría al presidente permanecer en el cargo por un periodo. Para asombro de Díaz, de sus “científicos” consejeros y de la propia familia Madero, los miembros descontentos de la clase media así como de las clases bajas de México sí lo tomaron en serio, y pronto miles de personas acudían a escuchar sus discursos y a participar en su campaña. Su partido antirreeleccionista creció de una manera impresionante cuando Reyes hubo partido al exilio.

En enero de 1910, Madero hizo una breve visita de campaña al estado de Chihuahua. Aunque miles de personas acudieron a oír sus discursos en las principales ciudades del estado –Ciudad Juárez, Chihuahua e Hidalgo del Parral–, su campaña allí parecía a primera vista menos exitosa que en los vecinos estados de Coahuila y Sonora, donde los miembros de la clase alta que habían apoyado a Reyes, hombres como Venustiano Carranza en Coahuila y José María Maytorena en Sonora, se incorporaron a su causa. El reyismo nunca fue fuerte en Chihuahua y ningún miembro de la clase alta de ese estado se unió al movimiento de Madero. Ésta puede haber sido una de las razones por las que Creel subestimó el impacto que tendría en su estado, y escribió al vicepresidente

Ramón Corral que a los mítines de Madero sólo habían asistido “los curiosos, que [hacen cola] para la exhibición de un raro animal o alguna compañía de payasos”.¹⁰⁹

Creel obviamente estaba tan convencido como Porfirio Díaz de que ninguna revolución podía triunfar en el país sin el apoyo de miembros disidentes de la clase alta. Estaba equivocado. La dirección de clase media del partido antirreeleccionista, encabezada por Abraham González, hijo de una familia venida a menos, constituiría una oposición mucho más formidable que la mayoría de los disidentes de clase alta.

Cerca ya de las elecciones, cuando Díaz reconoció que Madero era más peligroso de lo que había creído al principio, lo hizo encarcelar y llevó a cabo unas elecciones fraudulentas en las que, oficialmente, el candidato de oposición obtuvo en total 183 votos. Sin embargo, Díaz continuó subestimando a Madero y, en respuesta a las súplicas de su familia, lo dejó libre. Madero escapó inmediatamente al exilio en Estados Unidos, donde lanzó una proclama revolucionaria, llamada Plan de San Luis Potosí por la última ciudad en que se había detenido antes de cruzar la frontera: Madero asumía la presidencia provisional de México y llamaba a un levantamiento general contra Porfirio Díaz, que debía iniciarse el 20 de noviembre. El objetivo principal del plan era obtener el apoyo de los opositores de clase media y alta. Pedía reformas políticas: no reelección del presidente y de otros funcionarios poderosos, elecciones verdaderamente libres, libertad de prensa y poder judicial independiente. Contenía pocas cláusulas relativas a reformas sociales. Nada se decía sobre los obreros y sólo un párrafo se refería al campesinado. Planteaba que las tierras que se les habían quitado a los campesinos por ser consideradas baldíos debían ser devueltas a sus antiguos dueños o, si entre tanto habían sido vendidas a un tercero, los propietarios originales debían ser indemnizados por ellas.

Este párrafo era de un alcance muy limitado, ya que sólo una parte del campesinado había perdido sus propiedades por la Ley Federal de Terrenos Baldíos. El plan también resultaba vago en cuanto a la modalidad de la devolución de los bienes expropiados. Sin embargo su vaga promesa fue suficiente para provocar el mayor levantamiento rural de la historia de México desde la revolución de independencia, en 1810. Esto no era lo que Madero quería o esperaba. Pensaba que otras fuerzas muy diferentes constituirían los pilares de su movimiento. Esperaba, por una parte, que las mismas fuerzas que apoyaban a Reyes –partes del ejército, las clases medias y miembros disidentes

de las clases superiores— le transferirían su apoyo, y por otra, la ayuda de los partidarios, clientes y amigos que tenía en su nativo estado de Coahuila.

El 20 de noviembre de 1910, no se sublevó ninguna de las fuerzas en que Madero había confiado. Con una significativa excepción, sólo hubo unos pocos levantamientos esporádicos, en general de pequeños grupos de hombres, en diversas partes de México. La única rebelión seria que tuvo lugar en noviembre y diciembre de 1910, cuando la mayor parte del país estaba aún tranquilo y en paz, sucedió en el estado de Chihuahua. Pero lo que en efecto ocurrió allí fue algo más que un simple movimiento armado o un alzamiento. Fue una verdadera insurrección de las masas.

SUBLEVARSE O NO SUBLEVARSE: EL DILEMA DE LOS REVOLUCIONARIOS MEXICANOS

Cuando Francisco Madero lanzó su llamado, pudo equivocarse en su evaluación de las fuerzas que constituirían el núcleo de la revolución, pero acertó en esencia al juzgar que México estaba maduro para un levantamiento revolucionario. Todas las revoluciones de la historia son diferentes y sus resultados son aún más diversos; sin embargo, en vísperas de un levantamiento revolucionario ciertas condiciones comunes tienden a presentarse.

En vísperas de una revolución tiene que existir un muy difundido descontento ante las condiciones políticas, económicas y sociales que afectan, no sólo a un sector o clase de la población, sino a una amplia variedad de clases y grupos sociales. Tal era el caso en 1910.

Aunque la expropiación de las tierras campesinas puede no haber sido tan generalizada y amplia en todo México como se ha supuesto, fue sin embargo lo suficientemente significativa para suscitar el resentimiento y la insatisfacción de los campesinos en muchas zonas claves del país. Aunque la tenencia de la tierra no hubiera sido afectada, el fin de los pastizales abiertos, la pérdida de autonomía, con la centralización y la interferencia crecientes del gobierno central, habían afectado a amplios sectores del campesinado. Sus agravios no eran nuevos, aunque habían aumentado mucho en la última parte de la dictadura porfiriana. En la década de 1890, los campesinos se alzaron contra el gobierno en muchas partes de México, pero sus rebeliones fueron aplastadas, ya que ningún otro grupo social excepto unos pocos caudillos las apoyaron. Para 1910, en cambio, el descontento reinaba también entre las clases medias y entre los obreros.

La falta de democracia, que significaba falta de acceso al poder político y subordinación a una burocracia estatal todopoderosa, los crecidos impuestos y el enojo por los privilegios acordados a los extranjeros, además de un conflicto generacional, habían producido una profunda insatisfacción de las clases medias. Mientras en la década de 1890 los obreros, muchos de los cuales habían sido peones de hacienda, comparaban favorablemente las condiciones laborales que hallaban en la industria con la forma en que habían vivido en el campo, la nueva generación de trabajadores industriales partía de otros puntos de comparación: las condiciones de vida de los obreros de Estados Unidos o los derechos acordados a los trabajadores extranjeros, que recibían salarios más altos por un trabajo similar. Sin embargo, el descontento por sí solo está lejos de ser suficiente para producir un clima revolucionario.

Otra precondition para la revolución es una amplia politización del pueblo. La politización en este contexto significa no sólo la conciencia de que las condiciones existentes deben cambiar y de que gran número de personas comparten esa opinión, sino también una gran movilización en que gente hasta entonces ajena o no interesada en la política súbitamente está dispuesta a participar en un proceso político. Esto puede producirse de muy diferentes maneras. En algunas ocasiones, la causa es la guerra: tal fue el caso tras la derrota de Rusia a manos de Japón en 1905 y de nuevo en Rusia en febrero de 1917 cuando, después de tres años de guerra mundial que costaron millones de vidas, el problema de la paz empezó a dominar el pensamiento de la gente. Otras veces, ocurre cuando un gobierno dictatorial abre repentinamente espacios políticos. Éste fue el caso en Francia en 1789, cuando el gobierno permitió las elecciones para los Estados Generales y que el pueblo expresara sus agravios abiertamente. Un proceso semejante ocurrió en la Unión Soviética dos siglos más tarde, cuando las medidas de la *glasnost* de Gorbachov abrieron súbitamente un nuevo espacio político a los pueblos de la URSS. También sucedió en el México porfiriano: la entrevista de Díaz con Creelman y su tolerancia, aunque limitada, ante el movimiento de Madero, crearon ese espacio político, y la campaña de Madero politizó a cientos de miles de personas.

Una tercera precondition de la revolución es que un número creciente de personas tengan la impresión de la ilegitimidad del gobierno existente. Esa impresión de ilegitimidad recibe un fuerte impulso al abrirse el proceso político. Los agravios pueden expresarse más abiertamente y los aspectos negativos del régimen se pueden exponer de manera que antes no era posible. Como nunca hasta entonces, los oradores de los mítines del Partido Antirreeleccionista de

Madero, al igual que los periódicos de oposición, desnudaron muchas de las injusticias del gobierno porfiriano. La percepción pública de la ilegitimidad del sistema político existente tiende a alcanzar su clímax cuando el gobierno, al notar las consecuencias negativas de la forma en que ha abierto el proceso político, trata de cerrarlo de nuevo. El pueblo de París se levantó el 14 de julio de 1789 cuando empezaron a difundirse rumores de que el rey traía tropas a París para disolver la Asamblea Nacional y poner fin a la apertura política que se había producido en Francia. El intento de los militares conservadores encabezados por el general Kornilov de tomar el poder en Rusia, en julio de 1917, radicalizó a grandes sectores de la población rusa y ayudó a los bolcheviques a tomar el poder en octubre de ese año. La tentativa de golpe de los conservadores del Partido Comunista en agosto de 1991 puso fin a cualquier tipo de legitimidad que los comunistas pudieran tener a los ojos de la mayoría del pueblo soviético. La manipulación que hizo Díaz de las elecciones de 1910 fue tan flagrante que gran parte del país se convenció de que su gobierno carecía de legitimidad.

Una cuarta y decisiva precondition que puede transformar un levantamiento en una revolución es la aparición de una clara alternativa al régimen existente. En 1910, Madero fue considerado como esa alternativa por la mayoría de la población de México.

Sin embargo, otra precondition para que se produzca una revolución que es frecuentemente citada, la percepción de que el gobierno es débil e indeciso, parecía ausente en el México de 1910, aunque se había dado durante un tiempo. Las divisiones en la clase alta entre los seguidores de Reyes y los “científicos” habían creado, quizá por primera vez desde que Díaz asumió el poder, la impresión de que el gobierno no era un todo fuerte y monolítico. La entrevista Creelman y la tolerancia de Díaz ante el movimiento de oposición de Madero en 1909-1910 pueden haber fortalecido la impresión de que el gobierno no era lo bastante fuerte para imponer su dominio. A los ojos de mucha gente, sin embargo, Díaz logró que se disipara esa sensación de debilidad e indecisión en la segunda mitad de 1910. Cuando desterró a Reyes, detuvo a Madero y falsificó las elecciones sin encontrar oposición activa, muchos seguidores y opositores de Díaz se convencieron de que había recuperado el control del país. Las festividades que tuvieron lugar el 15 y el 16 de septiembre, con ocasión del centenario de la independencia, realzaron la imagen de un gobierno fuerte y estable que disfrutaba de reconocimiento internacional. El desfile de las tropas de élite por las calles de diversas ciudades dio una impresión de fuerza, al mismo

tiempo que la llegada de delegaciones de todo el mundo parecía darle a Díaz legitimidad internacional.

. 2 .

La revolución que no esperaban ni su dirigente ni sus opositores: Chihuahua, 1910-1911, y el papel de Pancho Villa

Camino real de Durango
adornado con nopales;
huye Doroteo Arango,
lo persiguen los rurales.

Lo siguen por un delito
para llevarlo a prisión;
en el rancho Gogojito
herido dejó al patrón.

El patrón quería mujer
con intenciones malsanas;
entonces pensó escoger
entre una de sus hermanas.¹

En noviembre de 1910, Porfirio Díaz parecía controlar muy firmemente el país y muchos de los futuros rebeldes aún se resistían a sublevarse. Esperaban un signo de debilidad por parte del régimen o que algún grupo revolucionario se le enfrentara con éxito. Así, se creó un círculo vicioso en el que casi todos esperaban a que los demás dieran el primer paso. El único movimiento revolucionario que lo rompió, que puso al descubierto la debilidad del gobierno y que, por fin, desencadenó rebeliones en todo México tuvo su centro en el estado de Chihuahua. A este respecto, Chihuahua desempeñaría un papel similar al de Boston en la revolución estadounidense de 1776, París en la revolución

francesa de 1789, Petrogrado en la revolución rusa de febrero de 1917, y Moscú y Leningrado en la derrota del golpe conservador de 1991.

Estas comparaciones no se pueden llevar demasiado lejos. París, Petrogrado y Moscú se convirtieron en centro ideológico de la revolución respectiva, lo cual nunca sucedió con Chihuahua. Lo que los revolucionarios chihuahuenses tienen en común con la gente que tomó la Bastilla en París, el 14 de julio de 1789, o con los manifestantes que se opusieron al golpe de Moscú, en agosto de 1991, es que lograron mostrar que el gobierno era más débil de lo que nadie se atrevía a pensar. La relativa facilidad con que los rebeldes de París se apoderaron de la Bastilla contribuyó a que se produjeran revueltas campesinas en toda Francia. El hecho de que quienes habían planeado el golpe de Moscú no lograran dispersar a los manifestantes reunidos frente al parlamento ruso fue un factor decisivo de su derrota. De la misma manera, la incapacidad del gobierno de Díaz para poner fin a la rebelión de Chihuahua provocó levantamientos en muchos lugares de México.

No es fácil explicar el papel excepcional que desempeñó Chihuahua en 1910-1911 y de nuevo en 1913 como catalizador de la revolución mexicana. Ciertos factores que suscitaron alzamientos revolucionarios en otras partes del mundo apenas estaban presentes. Aunque Chihuahua era uno de los estados que recibía mayor inversión extranjera, y sobre todo estadounidense, pocos datos sugieren que el nacionalismo tuviera una importancia decisiva en el estallido de la revolución de 1910-1911. Si bien los colonos mormones fueron objeto no tanto de ataques como de expropiaciones de bienes por los revolucionarios, casi no se causó daño allí a las haciendas o a las minas estadounidenses en la primera fase de la revolución. Esto es especialmente significativo, dado que durante los primeros meses ninguna autoridad central ejerció un control claro sobre los rebeldes y, por tanto, si hubiera existido una xenofobia fuerte y espontánea, nadie les habría podido impedir que atacaran las propiedades de los extranjeros. Aunque sin duda su conducta estuvo determinada por cierto temor a las represalias estadounidenses, también influía el hecho de que los inversionistas extranjeros, especialmente los hacendados, se habían visto forzados, para conseguir trabajadores, a ofrecer salarios altos, mejores condiciones, pago en efectivo y no en vales, y plena libertad de movimientos. La mayoría de los hacendados mexicanos, y particularmente los Terrazas, negaban a sus peones tales privilegios.

No se puede decir tampoco que los gobernantes de Chihuahua fueran forasteros sin raíces en el estado, como ocurría en otras partes de México. Nadie

tenía raíces más profundas en Chihuahua que los Terrazas. Tampoco apareció ningún líder carismático que unificara a su alrededor a todos los elementos inconformes. Pancho Villa desempeñó ese papel en una fase posterior de la revolución, pero no en 1910-1911. Pascual Orozco, el líder militar más importante durante el estadio inicial de la revolución en Chihuahua, nunca tuvo ese grado de influencia. No hay duda de que Madero sí era un dirigente carismático, pero su poder de convocatoria fue nacional: no procedía de Chihuahua y no explica el papel excepcional del estado en esa fase. Tampoco se puede decir que la administración del estado estuviera desorganizada o mostrara signos de debilidad en vísperas de la revolución. Terrazas y Creel, sostenidos por sus íntimos vínculos con Díaz, parecían más poderosos que nunca.

Los factores favorables a la revolución eran de otro tipo. Un elemento que contribuyó a crear unidad entre grupos sociales heterogéneos fue el grado de poder económico, social y político –poco común incluso para criterios mexicanos– que Terrazas y Creel habían acumulado. Como resultado de esa concentración, los más diversos segmentos de la sociedad se unieron contra ellos.

Chihuahua también había sido más afectado por la crisis económica cíclica de 1907-1910 que la mayoría de los demás estados, en parte debido a la cantidad de inversión extranjera, que dependía más de las fluctuaciones económicas internacionales que otras empresas de México, pero ante todo a que esa crisis coincidió con tres años de sequía y malas cosechas que hicieron que se dispararan los precios de los alimentos y empobrecieron a grandes sectores en el campo, los cuales buscaban en vano trabajo en la industria y las minas que habían cerrado. El regreso de miles de trabajadores migratorios que habían perdido su empleo al norte de la frontera agudizó esta crisis. Una característica importante del movimiento revolucionario de Chihuahua es que fue el único en todo el norte de México cuyos dirigentes no pertenecían a las clases altas. Terrazas y Creel habían logrado arruinar o cooptar a todos los hacendados que en otros tiempos se habían opuesto a ellos. Los terratenientes disidentes de otros estados, como Venustiano Carranza en Coahuila o José María Maytorena en Sonora, no se decidían a tomar las armas contra el gobierno de Díaz y lo hicieron en un estadio relativamente tardío de la revolución, en cambio los dirigentes de clase media de la revolución chihuahuense no tenían esos escrúpulos.

De importancia decisiva para todos los movimientos revolucionarios del norte fue la proximidad de Estados Unidos y la posibilidad de adquirir armas allí, ya

fuera legal o ilegalmente, y contrabandearlas a través de la mal guardada frontera.

Sin embargo el elemento más importante para explicar el estallido de la revolución en Chihuahua es la capacidad de lucha y la confianza en sí mismos que tenían sus habitantes. Habían vencido a los apaches y en Tomóchic habían derrotado repetidamente a una fuerza gubernamental muy superior en número y armamento.

Una ventaja de esos antiguos colonos militares era que estaban más cerca de la clase media urbana que muchos habitantes de los pueblos de otras partes de México. Compartían un origen étnico común. La mayoría de los antiguos colonos militares eran mestizos o blancos. Los indios tarahumaras, el grupo indígena más grande de Chihuahua, sólo participaron marginalmente en la revolución. Los colonos militares y la clase media urbana también tenían un origen social semejante. Antes de perder sus tierras, los colonos habían sido rancheros de clase media, sin las tradiciones de organización comunal indígena que predominaban en el centro y el sur del país. Además, durante los años de las guerras apaches, habían sido héroes populares cuyas hazañas se cantaban en todo Chihuahua y eran recibidos en triunfo en la ciudad capital del estado después de cada campaña victoriosa; las simpatías de que gozaban en todo el estado fortalecían su moral.

LA APARICIÓN DE PASCUAL OROZCO Y PANCHO VILLA

La revolución que estalló en Chihuahua fue resultado del odio exacerbado que los habitantes de los pueblos, principalmente, habían acumulado contra el clan de Terrazas y Creel, y contra los funcionarios locales que éstos habían nombrado. Pero, a pesar de esos odios profundos, el alzamiento fue en sus primeras fases una revolución blanda. No hay semejanza entre la revolución chihuahuense y las clásicas *jacqueries* de Francia, rebeliones locales en que los campesinos franceses de la Edad Media expresaban el odio contra sus señores asesinando al amo, a su familia y sus criados, e incendiando la casa señorial hasta convertirla en cenizas. Con escasas excepciones, los revolucionarios chihuahuenses de 1910 no ejecutaron a terratenientes o funcionarios, ni quemaron casas o haciendas, ni causaron destrucciones graves. Lo que se produjo fue una rebelión masiva de la sociedad civil contra un régimen que había llegado a ser considerado intolerable por la mayoría.

El primer alzamiento revolucionario del país ocurrió en el pequeño pueblo de Cuchillo Parado, en el noreste de Chihuahua. Toribio Ortega, que en 1903 había conducido a los habitantes del pueblo en un intento por recuperar sus tierras, se había convertido en dirigente del Partido Antirreeleccionista en Cuchillo Parado.² Su antiguo colega y posterior rival, Ezequiel Montes, que se le unió en 1903 pero luego se pasó del lado del gobierno y fue nombrado por Creel presidente municipal del pueblo, intentó intimidar a Ortega encarcelando a su sobrino. Como esa represalia no tuvo efecto, Montes intentó confiscar las boletas emitidas el día de la elección presidencial y sustituirlas por otras. Ortega se convenció de que no había otra salida para él ni para los demás vecinos del pueblo que la revolución, y le prometió todo su apoyo a Abraham González cuando éste llamó a un levantamiento general en apoyo a Madero. Ortega y sus seguidores habían planeado rebelarse el 20 de noviembre, pero una semana antes, la noche del 13 de noviembre, les llegó la noticia de que las autoridades se habían enterado de su plan. Había órdenes de arrestar a Ortega el 14 de noviembre; éste decidió tomar la iniciativa. Como recordaba un cronista del pueblo,

Toribio Ortega [...] al frente de sesenta hombres, en su mayoría desarmados, arrojó el guante del desafío a la cara del dictador [...] La mañana del acontecimiento, Ezequiel Montes, el malvado e hipócrita cacique, poseído de un pánico indescriptible, huyó despavorido del pueblo. Llevando el río alguna agua, lo pasó vestido y hubo quien lo viera en una labor cercana, lleno de lodo, sin sombrero, y temblando en el paroxismo del pavor [...] Ortega pudo haberlo hecho prisionero; pero dotado de una alma generosa y magnánima, lo dejó ir echando al olvido sus grandes villanías.³

Pronto se unieron a los hombres de Toribio Ortega los habitantes de San Antonio y San Carlos, que tan desesperadamente habían probado todos los medios a su alcance para salvar sus tierras. En la población minera de Parral, Guillermo Baca, rico comerciante, seguido de cuarenta hombres, atacó la residencia del jefe político. Al poco tiempo, se le incorporaron espontáneamente más de trescientos hombres, muchos de ellos desarmados. Aunque no podían vencer a la bien disciplinada policía de la ciudad, tampoco era posible derrotarlos a ellos. Más de cien hombres se unieron a Baca cuando se retiró a las colinas para continuar la guerrilla contra las autoridades porfirianas.

La insurrección se extendió por todas las antiguas colonias militares y pueblos mineros tanto al oeste como al sur de Chihuahua. En Namiquipa, el 20 de noviembre, los revolucionarios locales se reunieron temprano en la mañana. “Ha llegado el momento de lanzarnos a la revolución”, les dijo su líder, “es intolerable nuestra situación, son sólo atropellos a nuestros sagrados derechos, tenemos un enemigo poderoso, ¡pero no importa! Las buenas causas nunca se pierden.” Como recuerda un veterano de ese levantamiento, el discurso tuvo una respuesta entusiasta: “¡A la revolución! ¡Viva Madero! ¡Muera Porfirio Díaz!”⁴

Los revolucionarios procedieron a atacar una guarnición de veinticinco soldados que las autoridades habían enviado a Namiquipa ante los rumores de que se avecinaba un levantamiento. El tiroteo duró todo el día, pero los revolucionarios no pudieron penetrar la bien atrincherada guarnición y suspendieron el asalto al anochecer. El jefe de policía local, Félix Merino, estaba tan seguro de haber acabado con la rebelión que decidió irse a descansar. Acompañado sólo por uno de sus hombres, se fue a su casa, situada a más de tres millas del cuartel general. Los revolucionarios lo estaban esperando y lo mataron en el trayecto. En ese momento, las fuerzas que defendían al gobierno se desintegraron, los soldados de Merino tiraron sus armas y los revolucionarios se hicieron con el control del pueblo.⁵

En la vecina Bachíniva, la victoria se produjo con mayor facilidad. El presidente municipal oyó decir que había estallado una revuelta en un pueblo cercano; tomó consigo a los hombres leales y salió de Bachíniva la noche anterior al 20 de noviembre. Al día siguiente, bajo la dirección de Heliodoro Arias Olea, los revolucionarios ocuparon el palacio municipal y eligieron nuevas autoridades. Arias Olea fue elegido tanto presidente municipal como comandante militar, y la población proclamó su lealtad a Francisco Madero y a la no reelección.⁶

Ni en Namiquipa ni en Bachíniva hubo represalias de consideración contra los defensores del régimen, y no hubo saqueo ni se quemaron casas. A continuación estallaron rebeliones locales semejantes por todas las montañas del oeste de Chihuahua. Tal como habían hecho sus predecesores en la década de 1890, casi veinte años antes, los pueblos rebeldes intentaron ocupar sus comunidades y sustituir a las impopulares autoridades locales. Si esas autoridades oponían fuerte resistencia o si había tropas del gobierno en la zona, los rebeldes desaparecían en las montañas y hacían desde allí ataques guerrilleros.

Sin embargo, surgieron diferencias decisivas entre la táctica de los rebeldes de los años 1890 y la de los revolucionarios de 1910. La ola de levantamientos

rurales que recorrió Chihuahua veinte años antes había estado descoordinada. Esta vez fue distinto: los revolucionarios se agruparon en torno a cabecillas regionales y mantuvieron una ofensiva incesante contra las tropas del gobierno.

Los dos hombres que surgieron como principales dirigentes militares de la revolución en el occidente de Chihuahua, Pascual Orozco y Francisco Villa, habían sido reclutados por el dirigente estatal del Partido Antirreeleccionista, Abraham González, quien tenía la intención de asignarles funciones subordinadas en la jerarquía militar de la revolución. Los dos hombres que en su opinión debían encabezar el movimiento revolucionario eran los dirigentes políticos más destacados del Partido Antirreeleccionista: Albino Frías, un hombre de negocios y ranchero de la ciudad de San Isidro, y Cástulo Herrera, dirigente del sindicato de caldereros. Frías y Herrera eran organizadores políticos de primera, pero conforme la revolución progresaba resultaron ineptos en términos militares, de modo que el mando pronto pasó a manos de sus subordinados, Pascual Orozco y Francisco Villa.

Orozco, alto y flaco, con veintiocho años de edad, descendiente de una de las familias más antiguas de la región, vivía en San Isidro. Era miembro de una clase media en ascenso, emprendedora y segura de sí. Su padre, también llamado Pascual Orozco, fue descrito por un misionero protestante que lo visitó poco después del estallido de la revolución como “no precisamente rico, aunque posee ganado, tierras y varias casas”.⁷ El hijo empezó a trabajar en la tienda familiar, tras acabar la primaria en la escuela local. Pronto decidió independizarse, y eligió una profesión a la vez peligrosa, lucrativa y prestigiada: organizaba y conducía convoyes para el transporte de metales preciosos a través de las regiones montañosas del occidente. Los talentos necesarios para llevar a cabo ese tipo de trabajo, así como las capacidades que adquirió, lo convirtieron en un dirigente natural para un movimiento revolucionario: conocía todos los recovecos y escondrijos de las montañas; constantemente tenía que estar alerta al peligro; no sólo debía ser un buen jinete y un buen tirador, sino también capaz de mandar sobre hombres extremadamente duros. Había establecido contactos en todo el occidente de Chihuahua. El dinero que había acumulado en esta profesión –en un informe a Porfirio Díaz se calculaba que su fortuna ascendía a cien mil pesos– le daba un poder y un prestigio adicionales.⁸

La población en que nació Orozco, San Isidro, tenía una larga historia de conflicto con los hacendados vecinos y con el cacique y comandante militar de la región, el capitán Joaquín Chávez.⁹ Era el hombre cuyo tiránico dominio había provocado el levantamiento de Tomóchic veinte años antes, y gobernaba la

región con mano de hierro. No hay indicios de que Orozco participara en la lucha de San Isidro contra Chávez, pero obviamente compartía el odio de los habitantes del pueblo por su cacique y mostraba gran interés por las ideas rebeldes de los Flores Magón; en 1907, las autoridades locales informaron que Orozco leía literatura subversiva. Su descontento debe haber llegado a un punto culminante poco después del estallido de la revolución: Chávez, que estaba también en el negocio del transporte de metales preciosos, le quitó un lucrativo contrato. Asimismo, pudo influir en Orozco el ministro protestante de la capital regional de Ciudad Guerrero. Veinticuatro años antes del estallido de la revolución, la familia Orozco se había convertido al protestantismo. El misionero estadounidense que los bautizó, Cyrus Eaton, no era ningún revolucionario. En realidad mantenía muy buenas relaciones con Enrique Creel, quien incluso le dio dinero para difundir el protestantismo en Chihuahua. Pero el pastor mexicano que residía en Ciudad Guerrero, en cambio, era un revolucionario convencido que se unió a la revolución en cuanto empezó. Su ideología, que propagaba desde mucho antes, se expresa claramente en una carta enviada a Eaton: “Hermano, diré con certidumbre y con franqueza que si Dios en Su amor viniera al mundo para pacificarlo, no lo lograría [...] Tú mismo sabes que nos hemos esforzado por medio de la ley, la justicia, la humildad, el bien, la democracia, etcétera, y hemos sufrido vejaciones, insultos, burlas, prisión, muerte [...] No nos queda más que la guerra”.¹⁰

La oposición a la estructura de poder existente y el resentimiento por las pérdidas personales que había sufrido no eran los únicos motivos que impelieron a Orozco a rebelarse. Pronto empezó a abrigar ambiciones políticas. Gracias a su capacidad como organizador y jefe militar transformó a los heterogéneos grupos rebeldes que se le unieron en una fuerza militar coherente y eficaz. De hecho, al día siguiente de sublevarse, puso sitio a la capital distrital de Ciudad Guerrero.

Al mismo tiempo que Orozco y sus hombres empezaban su movimiento en San Isidro, un segundo grupo de revolucionarios se reunió en un pequeño rancho llamado La Cueva Pinta, en las montañas de la Sierra Azul, no lejos de la ciudad de Chihuahua. Como recordaba un testigo dos años más tarde: “En la madrugada del 20 de noviembre de 1910, varios grupos de hombres armados se hallaban sentados en torno a sus fogatas en la plaza principal de La Cueva Pinta. Tan pronto como despuntó la luz a través de la oscuridad de la noche, todos los participantes formaron un gran círculo”. La reunión había sido organizada por el Partido Antirreeleccionista. Antonio Ruiz, miembro local de ese partido y autor de estas memorias, empezó a leerles el Plan de San Luis:

A medida que avanzaba la lectura de aquellos vibrantes conceptos, dibujábase en el tostado rostro de los sencillos campesinos que escuchaban, una satisfacción inmensa y un entusiasmo sin límites. Unos, que en toda su vida sólo habían sentido el egoísmo del amo, para escatimarles hasta el último centavo de su trabajo; otros, pequeños propietarios siendo víctimas eternas del despotismo de las autoridades, cuando se trataba de pagar las enormes contribuciones conque sus insignificantes predios estaban gravados; otros, que habían visto pasar sus pequeñas heredades a manos de los poderosos con la plena sanción del gobierno; otros, perseguidos toda su vida por haber vengado el honor de sus hermanas o esposas, cobardemente mancillado por los ricos o autoridades venales y sin conciencia; y por fin, todos, que durante nuestra existencia habíamos soportado el infamante yugo de un gobierno despótico y cruel.

Cada una de aquellas hermosas frases del mencionado plan revolucionario; engendraba en nuestro corazón un cúmulo de esperanzas y reivindicaciones, al mismo tiempo que despertaba el espíritu guerrero y heroico de nuestros antepasados. De esta manera, al concluir la lectura, un grito unánime y formidable repercutió por algunos minutos en las montañas que nos rodeaban; todos en general, con las armas y sombreros en alto gritábamos desesperadamente: ¡Abajo el tirano! ¡Viva la libertad de los hombres! ¡Viva Francisco I. Madero!, y locos de entusiasmo nos abrazábamos jurando morir antes que abandonar nuestra empresa.

A continuación los participantes procedieron a elegir a sus jefes militares.

Cástulo Herrera, líder del sindicato de caldereros de Chihuahua, que había encabezado el Partido Antirreeleccionista en la capital del estado, fue elegido para dirigir el grupo “por ser el más conocido de la gente”. Después de que fueron designados otros dos miembros del partido para que compartieran el poder con él, el grupo procedió a elegir a los dirigentes de segundo nivel, que debían encabezar las cuatro compañías en que los hombres habían sido divididos. La primera compañía estaba constituida por el “comandante Francisco Villa, el teniente Eleuterio Armendáriz y seis cabos con cuatro hombres cada uno”.¹¹

Así, Pancho Villa entró en la historia de la revolución mexicana como un jefe menor, al mando de veinticuatro hombres, pero también como alguien que había sido elegido para ese puesto de mando por activistas revolucionarios serios. Es poco probable que nadie en aquella asamblea revolucionaria que se reunió en La

Cueva Pinta, incluido el propio Villa, sospechara el papel que en poco tiempo estaría llamado a desempeñar.

Esa descripción contemporánea (fue escrita en noviembre de 1912, sólo dos años después del estallido de la revolución) pone en duda algunos de los principales aspectos de las tres leyendas sobre Villa: la leyenda negra, la leyenda épica y la leyenda blanca.

Si Villa hubiera sido en verdad el vulgar bandido y múltiple asesino que describe la leyenda negra, es difícil imaginar que una asamblea de ciudadanos responsables lo eligiera para un puesto directivo del movimiento revolucionario. El hecho de que ese puesto fuera de naturaleza subordinada –se hallaba bajo el mando de Cástulo Herrera y sólo encabezaba a veinticuatro hombres, que constituían una cuarta parte de los revolucionarios reunidos– indica que tampoco era el ídolo y reconocido cabecilla de miles de campesinos, azote del imperio de Terrazas. Esa versión también refuta la descripción que hace el propio Villa de sus actividades, su insistencia en que no dependía de nadie más que de González y Madero, y su pretensión de haber sido uno de los principales jefes desde el inicio de la revolución.

Si se examina cuidadosamente la vida que llevó Villa antes de 1910, también vemos que difiere considerablemente de lo que las tres leyendas afirman que fue.

No hay duda de que Villa nació el 5 de junio de 1878, como Doroteo Arango, en el rancho de la Coyotada, perteneciente a la hacienda de la familia López Negrete en Durango. Durante mucho tiempo, su acta de nacimiento fue prácticamente el único documento contemporáneo acerca de él anterior a que se uniera a la revolución de Madero en 1910. Aunque en su autobiografía se identifica a sí mismo como aparcero, en otro relato escrito por uno de sus partidarios se le describe, incluso a temprana edad, como una especie de joven emprendedor que intentaba complementar sus ingresos como aparcero vendiendo y comprando mercancías.¹²

La primera referencia de las autoridades porfirianas a Doroteo Arango se produce cuando él tenía veintiún años, el 1 de noviembre de 1899. Ese día el jefe político de San Juan del Río, Manuel Díaz Couder, informó al gobierno que en su distrito habían visto a unos bandidos, dos de los cuales eran Estanislao Mendía y Doroteo Arango, los cuales “tomaron el rumbo de Guagojito [sic], donde Arango y Mendía tienen familia”.¹³

Menos de un año y medio más tarde, en enero de 1901, Arango fue capturado por las autoridades porfirianas. El delito de que fue acusado no era muy grave: había robado dos burros y las mercancías que éstos cargaban. Sin embargo, las

autoridades del estado ordenaron al funcionario de Canatlán, a cargo del prisionero, que lo entregara a Octaviano Meraz, jefe de la policía montada de Durango, quien tenía una sólida reputación de eficacia en el combate al bandolerismo, pero también fama de ejecutar sin juicio a los delincuentes y disidentes aplicándoles la ley fuga.¹⁴

Entonces tuvo lugar un suceso hasta cierto punto infrecuente en tiempos porfirianos. Un juez local amparó a Arango para que Meraz no pudiera intervenir, y le ordenó al funcionario local que lo devolviera a Canatlán. El funcionario se quejó amargamente por el comportamiento del juez. “Al poner a Arango a disposición de Meraz, cumplía órdenes del gobierno y nunca obraba arbitrariamente, pero este señor licenciado ha manifestado mucho disgusto con mi proceder, habiendo manifestado el señor juez que me iba a procesar caso que el reo no hubiera vuelto.”¹⁵ El hombre que con toda probabilidad indujo al juez a salvarle la vida a Villa fue el cacique local Pablo Valenzuela, con quien el acusado tenía algunos tratos de negocios y a quien tal vez le vendía ganado robado.¹⁶

Dos meses más tarde, el juez puso a Arango en libertad por falta de pruebas.¹⁷ Un indignado funcionario porfiriano decía que “Arango es de malísima conducta y uno de los que ha formado parte en la cuadrilla del bandido Estanislao Mendía, antecedentes que le son perfectamente conocidos a don Octaviano Meraz; y como el individuo a que me refiero, saliendo libre, es indudable que seguirá observando la misma conducta, que tal vez corregiría ingresando al Servicio de las Armas”.¹⁸

Cuatro días después, el 8 de marzo, Arango fue arrestado de nuevo, esta vez por haber asaltado a Ramón Reyes y haberle robado los dos rifles que llevaba. Las autoridades lo reclutaron en el ejército, donde al parecer sirvió durante un año, pero era un hombre demasiado independiente para seguir indefinidamente en el ejército de Porfirio Díaz. El 22 de marzo de 1902, el jefe político de San Juan del Río informaba al gobernador que Doroteo Arango se había “fugado del cuartel del 2o. Regimiento [...] me dirijo a las autoridades de este partido, encomendándoles procuren con empeño la captura de dicho individuo”. Llamaba a Arango “bandido de peligro”.¹⁹ Villa había pasado un año en el ejército y la experiencia que allí obtuvo, aunque limitada a la del soldado raso, le serviría en sus días de revolucionario, lo que les sucedió también a otros dirigentes populares de la revolución como Emiliano Zapata y Calixto Contreras.

El relato contemporáneo sobre la vida de Villa como forajido en Durango suscita nuevas dudas acerca de las tres leyendas relativas a sus primeros años.

¿Había herido realmente a López Negrete y matado a varios rurales, como dice en sus memorias, o había llevado a cabo todos los asesinatos que le imputa la leyenda negra? Tales hechos habrían salido a la luz cuando las autoridades lo capturaron y un juez local examinó su caso. En cambio, los únicos delitos de que se le acusaba eran de importancia menor. No hay datos tampoco de que tuviera gran respaldo entre las clases bajas de Durango, como sugiere la leyenda épica. Parece haber sido un forajido no muy famoso que rondaba por el campo duranguense.

Aunque esta versión contradice el relato de Villa, según el cual hirió de gravedad al hacendado López Negrete y hubo orden de aprehensión contra él, no necesariamente invalida su afirmación de que lo hizo para defender el honor de su hermana. Las violaciones de las mujeres de los peones por los hacendados eran frecuentes y es posible que Villa tuviera un altercado con el patrón y, a partir de ese momento, considerara que la vida en la hacienda era imposible. Por otra parte, durante siglos, los forajidos han justificado su rebelión diciendo que, si querían mantener su código de honor, no tenían más opción que romper las leyes existentes. La historia de Robin Hood no es sino la más conocida de muchas instancias en que el bandolerismo no sólo es explicado sino justificado en tales términos. Esos relatos con frecuencia son ciertos, pero también con frecuencia son creados por los forajidos para justificar sus actos.

También suscitan dudas sobre la narración de Villa las discrepancias entre las memorias que le dictó a Bauche Alcalde y las versiones que dio del mismo episodio a otras personas que lo conocían bien. Para algunos, el culpable no era el hacendado sino su hijo; para otros, era el administrador de la hacienda, y, según otros más, era un alguacil o bien otro trabajador de la hacienda.²⁰

Muchas otras razones podían llevar a un joven muy inteligente, con mentalidad emprendedora, independiente y a menudo violento, como Doroteo Arango, a convertirse en un forajido. En 1892, el jefe político de San Juan del Río hablaba de un considerable aumento en el número de presos “con motivo de la general miseria que hay en este partido”.²¹ Igualmente importante era la leva, reclutamiento forzado que duraba muchos años e implicaba la virtual esclavitud. En teoría, debía tener lugar un sorteo que determinaría quién sería reclutado. En la práctica, las cosas eran muy distintas. En 1907, Pedro Marín, abogado que se ocupaba en Durango de hombres reclutados por el ejército, escribía al gobernador que el sorteo era en realidad una farsa: “En realidad, los sorteos son mero pretexto para deshacer a personas de influencia de hombres que no les agradan y contra quienes se ejercen ruines venganzas”.²² La misma opinión

expresaba el jefe político de San Juan del Río, quien decía que “los hacendados [...] suelen recomendar como perniciosos a individuos que no lo son, sólo por mala voluntad que les tienen”.²³ Muchos de esos hombres preferían la vida de bandido a la de soldado, y huían a las montañas antes de ser reclutados o desertaban después.

Además, las autoridades de San Juan del Río, y las de Durango en general tenían muy escasa legitimidad a los ojos de su gente. En abril de 1911, el cónsul británico en Durango pintaba un cuadro devastador de la situación en el estado:

El gobernador ha sido nombrado desde México; él a su vez ha nombrado a los jefes políticos, hombres que, por decir lo menos, nunca podrían ser elegidos. Éstos, malpagados y con un poder absoluto, han creado un “caciquismo” tradicional; la administración de justicia es muy insatisfactoria y lenta y la incidencia de imposición fiscal muy desigual, ya que recae fuertemente en los mineros y los pequeños comerciantes y de manera muy ligera en las grandes propiedades y haciendas. Los diputados, tanto estatales como federales, son nombrados, no elegidos, y dudo que un uno por ciento de la población conozca sus nombres.²⁴

Esas condiciones prevalecieron durante todo el periodo porfiriano. Pablo Soto, que había sido presidente municipal de Canatlán y luego jefe de la Acordada, la fuerza policiaca de la población, era un ebrio consuetudinario varias veces acusado de asesinato. En una ocasión, el gobernador intentó destituirlo. Pero el jefe político alegó que Soto era el más eficaz de sus policías y la orden fue cancelada.²⁵

Un factor muy distinto que también llevaba a los hombres al bandolerismo en Durango era el éxito mismo que tenían los bandidos. Un ejemplo notorio fue Heraclio Bernal, que pasó diez años alternando entre la rebelión política, los atracos a las diligencias y los asaltos contra las minas, hasta que finalmente lo mató la policía estatal encabezada por Octaviano Meraz.²⁶ En 1883, se le unieron a Bernal los cinco hermanos Parra, uno de los cuales, Ignacio Parra, se hizo tan famoso en Durango como había sido Bernal y logró sobrevivir por más tiempo, hasta que él también murió a manos de Octaviano Meraz, en la década de 1890.²⁷ Lo que permitía a estos malhechores sobrevivir durante años sin ser capturados era que lograban establecer buenas relaciones con las clases más bajas de la sociedad y a la vez con importantes personalidades de la región. En el

territorio en que residía, Bernal tenía buen cuidado de pagar todo lo que tomaba y nunca molestó a los habitantes de la región.²⁸

Ignacio Parra mantenía buenas relaciones con Guillermo Brinck, que representaba a los campesinos de Yerba Buena,²⁹ pero también vivió durante varios meses en casa de Pablo Soto, el jefe de policía encargado de perseguir a los bandidos. Parra había llegado a un acuerdo con un hombre cercano al gobernador, el rico hacendado Antonio Bracho, que le otorgó su protección durante un tiempo.³⁰ Las relaciones de ese tipo eran frecuentes. En 1892, el secretario del juzgado de San Juan del Río fue acusado de favorecer a los bandidos y dejarlos libres.³¹ Los funcionarios porfirianos se quejaban a menudo de la indulgencia con que los jueces trataban a los bandidos, tal vez por temor a posibles represalias.³² Así pues, no es sorprendente que, tras varios meses de vida solitaria, precaria y pobre en las montañas de Durango, con sólo la ayuda ocasional de algunos miembros de su familia, Villa decidiera unirse a Ignacio Parra. Esa decisión le significó un rápido cambio de fortuna, y pronto acumuló la enorme suma de cincuenta mil pesos. Villa insiste en que gastó el dinero manteniendo a su familia y a algunos amigos y conocidos pobres. El único caso que destaca es el de Antonio Retana, a quien le puso una pequeña sastrería. Once meses más tarde, se había gastado todo el dinero y volvió a su vida de forajido. La versión de Villa no es improbable. En los años siguientes, quienes lo conocían insistirían en su generosidad, que en este caso no era completamente desinteresada. Probablemente aprendió de la experiencia tanto de Bernal como de Parra cuán importante es contar con una base popular. De hecho le resultó muy útil, pues más tarde pudo esconderse algún tiempo en casa de Retana.³³ También aprendió otra lección de los bandidos más famosos de Durango: la necesidad de encontrar protectores poderosos. Pronto estableció relaciones cordiales con el influyente comerciante Pablo Valenzuela, a quien, como vimos, probablemente había vendido ganado robado y que le salvó la vida cuando fue arrestado.

Las relaciones con Parra, aunque provechosas, no eran muy cordiales, y Villa pronto se separó de él. En sus memorias, sostiene que el principal motivo de esta ruptura fue que Parra le permitió a uno de sus subordinados matar a un viejo indefenso que se había negado a venderles pan.³⁴ Cualesquiera que hubieran sido las causas de la ruptura, fue una sabia decisión por parte de Villa, ya que gracias a ella no estaba presente cuando Octaviano Meraz finalmente encontró a Parra y le dio muerte.

No hay información sobre Estanislao Mendiá a cuya banda, según las autoridades de San Juan del Río, se unió Villa tras romper con Parra. El hecho de que dejara tan escasas huellas parece indicar que no era un forajido muy destacado.

PANCHO VILLA EN CHIHUAHUA

Probablemente fue tras desertar del ejército en 1902 cuando Villa decidió que vivir en Durango se había vuelto demasiado peligroso y huyó a Chihuahua. Sin embargo, no quiso alejarse demasiado de su tierra natal y se estableció en Parral, que se encuentra cerca de la frontera con Durango.

Para Villa, el traslado a Chihuahua significaba un nuevo y difícil comienzo. No conocía la región. No tenía familia allí. Carecía de la infraestructura de amigos que tan cuidadosamente se había construido en Durango y de la protección de los poderosos. Además en Chihuahua la actitud de la población frente a los bandidos era al parecer mucho más negativa.

La versión de Villa, según la cual empezó su vida en Chihuahua en circunstancias muy modestas, como albañil, trabajando para un empresario local, Santos Vega, no es en modo alguno inverosímil. Dice que habría continuado en ese tipo de trabajo si no se hubiera visto forzado a huir de nuevo, cuando la policía de Durango le siguió el rastro hasta Parral. Si tal fue el caso, ésa sería la última vez que lo identificaban como Doroteo Arango, ya que pronto cambió su nombre por el de Francisco Villa. El motivo principal fue probablemente escapar tanto del ejército federal que lo buscaba por desertor, como de las autoridades de Durango. La razón por la que escogió el nombre de Francisco Villa todavía es tema de acaloradas discusiones. Según una versión, Arango tomó el nombre de un bandido famoso, Francisco Villa, que actuaba principalmente en el estado de Coahuila. Ese hombre existió realmente y operaba efectivamente en Coahuila y también en Durango. En sus memorias, Villa da una versión mucho más sencilla: que su padre era hijo ilegítimo de un hombre rico llamado Jesús Villa, y que él simplemente adoptó el apellido de su abuelo. Esta versión contribuiría a explicar por qué sus hermanos también adoptaron ese apellido.³⁵

En este punto de la vida de Villa surge una fuerte discrepancia entre los documentos contemporáneos, por una parte, y la autobiografía y las tres leyendas acerca de él, por otra. Todas ellas dicen que era un forajido constantemente perseguido y que tenía que huir sin cesar de una región de Chihuahua a otra. Los enemigos de Villa y él mismo concuerdan en que era uno

de los hombres más buscados del estado y con un alto precio puesto a su cabeza, aunque uno y otros por supuesto dan muy diferentes motivos para esa persecución. El documento más revelador que contradice estas leyendas es un breve informe que se encuentra en el archivo de la capital distrital de Guerrero, Chihuahua, que durante muchos años fue prácticamente desconocido e inaccesible. El 29 de junio de 1910, un oscuro funcionario de la pequeña población de Madera, llamado Eduardo Castillo, escribió al jefe político de Ciudad Guerrero:

Tengo la honra de referirme al mensaje de esa superioridad de fecha 24 del actual, en que se sirve pedirme informe respecto de una queja que Francisco Villa ha presentado ante usted, y cumpliendo con sus órdenes, paso a exponerle lo siguiente: la noche del 23 el velador de la estación del ferrocarril, José María García, condujo a la cárcel al expresado Villa, por faltas que le cometió. Como una hora después, poco más o menos, fue puesto en libertad, habiéndosele entregado el dinero que se le había recogido \$ 225.00, doscientos veinticinco pesos, en billetes de banco, y \$ 27.00 en dinero; al día siguiente le fue igualmente devuelta la pistola que se le había quitado, sin imponerle pena alguna, atendiendo a las circunstancias que mediaron. Por consecuencia no sé en qué funde su queja dicho Villa, pues lo he tratado con demasiadas consideraciones.³⁶

Aunque el documento no indica por qué fue arrestado Villa, sólo puede haber sido por una falta sin importancia. Lo que el documento revela es que en junio de 1910, Villa no era un hombre buscado en Chihuahua. A los hombres buscados por la justicia no se les libera ni se les devuelve su pistola. Aunque es concebible que el funcionario menor que lo arrestó no supiera que Villa estaba en la lista de los buscados o que éste lo sobornara o intimidara, lo último que él habría hecho, de haber sabido que las autoridades lo estaban buscando, hubiera sido quejarse al jefe político, un importante funcionario porfiriano que tenía acceso a toda la información relevante. Todavía es menos probable, si Villa hubiera estado perseguido, que el jefe político transmitiera su queja a un funcionario de escasa jerarquía, en vez de hacerlo arrestar.

En cualquier caso, este informe indica que Villa, en junio de 1910, disfrutaba de algún tipo de estatus legal en Chihuahua, y no era buscado por las autoridades a causa de múltiples homicidios y otros delitos.

También es difícil de imaginar que Abraham González, quien no sólo era un hombre honrado, sino que tenía un conocimiento profundo del occidente de Chihuahua, reclutara en las filas del ejército revolucionario a un hombre conocido como asesino.

Hay indicios de que, aparte de los actos de bandolerismo que sin duda cometió, Villa llevó una existencia legal, más notoria que la que le atribuyen las leyendas negra, blanca o épica. Nada dice de ella en sus memorias, pero al parecer consistía sobre todo en trabajar como empleado de algunas personas y corporaciones extranjeras en México. Esto no era casualidad. Los extranjeros solían pagar mejores salarios que los empresarios mexicanos, ya que tenían que competir por una mano de obra escasa. Además, Villa tal vez quería repetir lo que había hecho con éxito en Durango, es decir, quedar protegido frente a la ley gracias a la ayuda de personas influyentes. La estructura interna de poder en Chihuahua, dominada por Creel y Terrazas, estaba cerrada para él, pero incluso si así no hubiera sido, desde los tiempos de la hacienda de López Negrete, Villa había adquirido un odio profundo contra los hacendados. Así pues, no sería casual que concentrara sus esfuerzos en obtener empleo con las compañías extranjeras, las cuales pronto reconocieron sus múltiples talentos como líder y que era completamente digno de confianza una vez que había dado su palabra. Cuando Villa fue encarcelado e interrogado por un juez, en 1912, sostuvo: “En más de una ocasión tuve tesoros como son: \$ 700 000.00 (setecientos mil pesos) de los pagadores de las minas y del Ferrocarril del Noreste, y en otra ocasión una conducta de 36 barras de plata y 6 de oro, sin que en ninguna de estas ocasiones haya tomado ni un solo centavo”.³⁷

Estas declaraciones de Villa están respaldadas por muchos extranjeros que recordaron haberlo empleado y estaban satisfechos de su trabajo. Un acaudalado inglés, Furber, empleó a Villa en los años anteriores a la revolución.

Conozco a Villa personalmente. Trabajó para mí hace varios años y estuvo a cargo de una recua de mulas durante unos dieciocho meses. Es un peón mexicano, con lo que eso implica para cualquiera que conozca el verdadero carácter del peón mexicano, que es muy malo. El trabajo que hacía para mí exigía a un hombre duro, ya que había que hacerlo en una región dura e, incluso en tiempos del presidente Díaz, conocida como una de las partes malas del país. En consecuencia, cuando lo escogí para que se hiciera cargo, tenía que elegir a un hombre conocido por su dureza.³⁸

Furber era un empresario inglés que había adquirido grandes minas de plata en Durango. “Los vagones que llevaban los concentrados por el largo y arduo camino de Durango eran tirados por mulas”, relata Furber en sus memorias. “Yo necesitaba a un buen hombre que se encargara de las cuadrillas y los arrieros en el camino. Con bueno quiero decir bueno para pelear en caso de que los arrieros se pelearan o en caso de que los vagones fueran asaltados. Elegí a un ejemplar rudo que dijo llamarse Pancho Villa.”³⁹

El magnate estadounidense Arthur Stilwell, que construyó una línea de ferrocarril en Chihuahua, escribió que “Pancho Villa [...] fue uno de mis contratistas. Tenía doce cuadrillas. Yo le dejaba una milla o dos de trabajo y cuando terminaba le dejaba otra milla o dos”.⁴⁰

Un hombre de negocios estadounidense llamado Burkhead, que dirigía una agencia de coches Cadillac y además criaba gallos de pelea, conoció a Villa en 1909, en El Paso. Quedó tan impresionado con sus conocimientos sobre gallos y peleas que lo empleó en sus corrales. “Villa conocía a muchos promotores en México y pronto me consiguió listas de posibles clientes. Formamos un gran negocio para surtir gallos de pelea al sur de la frontera.”⁴¹

Lo que tienen en común los testimonios de los extranjeros que emplearon a Villa (con la posible excepción de Burkhead), es que reconocían su don de mando y lo emplearon principalmente por esa razón. Y ninguno de ellos lo acusa de haber roto su palabra o haberles robado mientras estuvo empleado.

Una de las grandes ambiciones de Villa en ese tiempo era al parecer poner una carnicería y llevar una vida legal como pequeño comerciante en la ciudad de Chihuahua. De hecho puso una pequeña tienda, pero pronto descubrió que sacrificar ganado en el matadero que poseían y controlaban los Terrazas era prácticamente imposible. Villa insistía en que estaba “matando ganado honradamente” aunque no dice de dónde venía el ganado.⁴² Estaba muy descontento porque los dos hombres encargados del matadero siempre alegaban que sus animales no tenían los hierros correctos u otros defectos que él consideraba pretextos. Tras rehusarle el permiso para sacrificar a sus propios animales, le ofrecieron venderle carne, para que la revendiera en su tienda. Villa entonces desistió de poner una carnicería en Chihuahua, pero no de su interés por el ganado.

El hecho de que en junio de 1910 Villa no estuviera en la lista de hombres buscados por las autoridades chihuahuenses no significa que hubiera abandonado totalmente su vida de forajido. Más bien pasó, al parecer, de los atracos a una actividad menos impopular en Chihuahua: el abigeato. Esto

tampoco fue casual. El bandolerismo en Chihuahua, con excepción del robo de ganado, estaba menos difundido y menos rodeado de nimbos románticos que en el vecino Durango. Mientras en este último estado había bandidos como Heraclio Bernal que se convertían en figuras populares cuyas hazañas se cantaban en baladas y corridos, no había una figura semejante en la historia de Chihuahua. En parte, esto puede haberse debido, como hemos dicho, a que, como Chihuahua está situada más al norte que Durango, se hallaba más expuesta a las incursiones de los indios nómadas y, por tanto, incluso los bandidos encontraban demasiado peligroso vagar por el campo. También, si se acepta la idea propuesta por Eric Hobsbawm⁴³ de que el bandolerismo social es una forma de protesta prepolítica, Chihuahua tenía una larga historia de verdaderos levantamientos populares, protestas que eran cualquier cosa menos prepolíticas. La actitud negativa de muchos miembros de las clases bajas de Chihuahua frente a los bandidos se manifestó tal vez en el enojo de los habitantes de Tomóchic cuando el presidente municipal los tildó de bandidos e impidió que un cargamento de plata pasara por su pueblo. En cambio, el robo de ganado era un asunto muy distinto y contaba con amplia aprobación social. Durante casi dos siglos, los terrenos nacionales del estado habían sido un coto abierto, y cualquiera que quisiera tomarse el trabajo podía matar, cazar o apropiarse el ganado cerril que pastaba en ellos. Cuando los Terrazas y los demás grandes terratenientes de Chihuahua se apoderaron tanto de ese coto abierto como de dicho ganado, estaban violando, en opinión de grandes sectores de la población del estado, costumbres tradicional y profundamente arraigadas. Robarles animales a esos hacendados no era pues considerado como un delito, sino más bien como la restauración de derechos tradicionales. Es posible que por ello Villa no fuera denunciado a las autoridades porfirianas ni mal visto entre las clases populares de Chihuahua. “Cómo cree usted, señor ingeniero, que había yo de respetar como de Terrazas lo que él ni conocía, ni cuidaba, lo que nacía cerrero”, le dijo Villa a Elías Torres, que vino a entrevistarlo en los años veinte. “Él mismo mandaba cada año a muchísimos peones recoger por las sierras lo que había nacido para ponerle su fierro y declararse dueño [...] el mismo derecho teníamos yo y mis hermanitos, tanto los que me seguían como los que vivían pobres, de recoger lo que pudieran y marcarlos con el sello de su propiedad, ¿por qué nomás el viejo rico?”⁴⁴

Después, Villa se hizo socio de Manuel Baca Valles, un rancharo y hombre de negocios un tanto dudoso, vecino de la ciudad de Parral, que tenía un rancho y una carnicería, y allí se vendía la carne del ganado robado. Esto, así como la

proximidad de Parral a su nativo Durango, puede explicar por qué Villa concentró una gran parte de sus actividades en la parte sur de Chihuahua. Sin embargo, Villa nunca se quedaba en una sola región. Aunque tenía su base en el sur, al parecer vagaba por todo Chihuahua y había establecido una red de contactos que le fue muy útil cuando se incorporó a la revolución.

A mediados de 1910 Villa no era ni el muy buscado asesino que sus enemigos inventaron, ni un legendario Robin Hood, ídolo de los campesinos y terror de los hacendados, como quiere el retrato de algunos de sus admiradores. A diferencia de otros dirigentes de la revolución mexicana, antes de 1910 Villa no había participado en ninguna de las revueltas, rebeliones o movimientos de protesta que se produjeron en Chihuahua durante la era porfiriana. Tampoco estaba vinculado con las comunidades que luchaban por sus tierras, como fue el caso de Emiliano Zapata, Toribio Ortega o Calixto Contreras.

Uno de los mayores misterios sobre los primeros años de Villa es la extraña coexistencia de actividades legales e ilegales. ¿Por qué las autoridades no lo arrestaban? ¿Cómo podía estar tan seguro de sí que incluso se quejaba de maltrato ante los altos funcionarios, obviamente convencido de que no lo arrestarían? Algunas de las explicaciones que surgen de primera intención se pueden descartar de inmediato. Ciertamente no hay que concluir que Villa siempre fue un ciudadano pacífico y obediente de la ley que nunca cometió ningún acto de bandolerismo. Él mismo confirma lo contrario, no sólo en sus memorias, sino en las muchas entrevistas que concedió a reporteros, periodistas y amigos. A pesar de que solía utilizar nombres falsos, no se puede suponer que las autoridades no sabían nada de sus actividades. Circulaban demasiadas historias sobre él, muchas de ellas exageradas. No es posible tampoco comparar el Chihuahua de 1910 con el Chicago de los años veinte, donde Al Capone asoló las calles impunemente durante años gracias a que las autoridades no podían reunir pruebas suficientes contra él para conseguir que un jurado lo condenara. Las autoridades porfirianas no observaban tales lindezas legales. Si querían arrestar a alguien, especialmente por bandolerismo, lo hacían. Los jueces de Creel no habrían tenido escrúpulos en prescindir de pruebas legales, e incluso si las hubieran respetado, el gobierno tenía otros medios a su alcance. Por lo menos, podría haber forzado a Villa a incorporarse al ejército, como se hizo en Durango, o si eso no se consideraba pena suficiente, se le podría haber aplicado la ley fuga, y pocos hubieran dudado de que realmente estaba tratando de escapar cuando lo mataron. El hecho de que todo esto no sucediera y de que Villa, a pesar de todas sus infracciones a la ley, llevara una existencia legal en

Chihuahua demuestra que se había hecho con el único medio que podía evitarle a uno el arresto en el México porfiriano: vínculos con protectores poderosos. Los más poderosos que uno podía tener en Chihuahua eran obviamente las familias Terrazas y Creel. No hay pruebas de que Villa tuviera vínculos con ellos y el odio que sintió durante años por estas familias indica lo contrario. Los protectores de Villa eran probablemente aquéllos para quienes trabajó mucho tiempo y que le confiaban grandes sumas de dinero: las compañías extranjeras de Chihuahua. Éstas eran lo bastante influyentes para obtener la impunidad de uno de sus empleados mientras los delitos que éste cometiera quedaran dentro de ciertos límites. Tal pudo ser el caso de Villa. Sus relaciones con las compañías extranjeras y la protección que le dieron puede también explicar la actitud positiva que mantuvo respecto de los estadounidenses hasta 1915 y su actitud negativa respecto de los magonistas y la IWW, que trataban de organizar a los trabajadores de esas empresas extranjeras. En la larga lista de delitos que cometió antes de 1910 y que el propio Villa menciona en su autobiografía o que sus enemigos le atribuyen, no aparece un solo asalto contra compañías o personas extranjeras.

Una segunda explicación posible de por qué Villa no fue más eficazmente perseguido por las autoridades de Chihuahua, es una tradición del México porfiriano que persiste en la actualidad. Dada la desconfianza de las clases bajas hacia la policía y los jueces, los pobres tendían a solucionar los conflictos entre ellos mismos. A veces dejaban que tomaran las decisiones los dirigentes locales de su confianza; a veces, recurrían a la violencia. Las clases altas y las autoridades no solían interesarse mucho por aclarar esos conflictos ni los asesinatos que pudieran resultar de ellos, mientras no afectaran a la élite. Tal vez no mostraron interés por las muertes que Villa probablemente causó.

El 24 de junio de 1910, un día después de que Villa fue liberado por las autoridades del distrito de Guerrero, en otra parte del estado, el distrito de Hidalgo, se giró una orden de aprehensión contra él. Estaba acusado de haber robado veintiocho cabezas de ganado del rancho de Santa Rita, que pertenecía a la señora Guadalupe Prieto, haberlas llevado al matadero de Santa Bárbara y haber utilizado el nombre de Antonio Flores. Las autoridades encontraron un recibo por ese ganado firmado por Francisco Villa, y comparando los dos documentos llegaron a la conclusión de que Flores no era más que un seudónimo de Villa. El 24 de junio se giró la orden de aprehensión en que se le describía como un hombre “de estatura regular, grueso de cuerpo, color blanco, pelo y cejas de color castaño oscuro, ojos claros grandes, [...] usa bigote, color huerdo

[sic], casado, como de veintiocho años de edad”.⁴⁵ No hay indicios de que se invirtiera gran energía en capturar a Villa, por lo menos al principio, pero el talante de las autoridades pronto cambió. Para la segunda mitad de 1910, Villa se convirtió en objeto de una persecución incesante. A final de año, ya era famoso como forajido y como revolucionario. No está totalmente claro si los dos tipos de actividad estuvieron relacionados en ese momento inicial.

Dos sucesos parecen haber colocado a Villa en la lista de los más buscados. El primero fue el asesinato de Claro Reza, un hombre que según el gobernador del estado había sido miembro de su policía secreta.⁴⁶ Reza había sido compañero de Villa cuando éste era bandolero. Tras ser capturado por la policía de Chihuahua, no sólo se convirtió en informante, sino que dio un paso más e ingresó en la policía secreta de Creel. Informó a las autoridades de los planes de Villa y de su paradero, y encabezó sin éxito una expedición para capturar a su antiguo amigo. El tipo de información que dio a las autoridades y, por tanto, las razones inmediatas de su asesinato, todavía son materia de disputas. Los enemigos de Villa sostienen que Reza delataba sus robos de ganado, pero aquél da en sus memorias una explicación muy distinta. Reza detectaba las reuniones secretas que tenía con Abraham González e incluso vigilaba la casa de Villa cuando sabía que iban a verse. Así, el asesinato habría tenido motivaciones políticas.

Aunque nunca sabremos con certeza cuál fue su causa, el hecho mismo está bien documentado y se ha convertido en parte integrante de la leyenda de Villa. Todas las versiones parecen concordar en que Villa entró a caballo y a paso lento en la ciudad de Chihuahua para buscar a Reza. Algunas incluyen el detalle de que primero se compró un gran helado y que se lo estaba comiendo cuando Reza salió de la cantina que frecuentaba, Las Quince Leguas. Villa le disparó y luego, siempre a paso lento, salió de la ciudad sin que nadie se atreviera a seguirlo.⁴⁷

El segundo suceso que alarmó grandemente a las autoridades de Chihuahua fue el asalto realizado por veintidós hombres contra la hacienda de Talamantes, en el cual participó Villa. El jefe político del distrito de Jiménez estaba convencido de que Villa y un pequeño ranchero de Parral, Miguel Baca, estaban conectados con el asalto. Decía que Alfredo Villa, Francisco Villa y Abelardo Prieto “son los que forman parte de la gavilla de bandidos que recorren el distrito Benito Juárez, las municipalidades de Balleza, Olivos y el Tule, y se internan en el vecino estado de Durango cometiendo robos y asaltos”.⁴⁸

No está claro si estos hechos fueron simples actos de bandolerismo o si ya formaban parte de la actividad revolucionaria de Villa. Poco después o poco

antes de este suceso fue reclutado por Abraham González,⁴⁹ a quien impresionaron poderosamente las circunstancias de su primer encuentro, como más tarde le diría a Silvestre Terrazas. Había contactado a Villa y habían acordado reunirse en una fecha específica, después del anochecer, en el local del Partido Antirreeleccionista de la ciudad de Chihuahua. Cuando González llegó a su oficina, se encontró a dos hombres, Villa y un acompañante, Feliciano Domínguez, los rostros cubiertos con sarapes, que lo esperaban en la oscuridad.

—¡Buenas noches, señores! (fue el saludo de él)

—Buenas noches le dé Dios, don Abraham...

—Pasen ustedes...

Sin darse la mano siquiera unos y otros, aquél hizo ademán para sacar de la bolsa trasera la llave del cuarto, y a la vez los cerillos para encender la lámpara de petróleo colocada en la mesa del centro.

Ese ademán hacia la bolsa del pantalón, aunque hecho en la oscuridad, no pasó inadvertido para Villa y el “Tuerto” Domínguez (Feliciano), y un simple codazo los hizo prevenir sus pistolas a espaldas del invitante.

Al encender el cerillo e intentar poner luz en la mecha, al ver de reojo, se encontró don Abraham con las dos pistolas apuntándole a la cabeza, y sin inmutarse en lo más mínimo, con pulso perfectamente sereno completó su maniobra, poniendo calmamente la bombilla en su lugar, y entre sonriente y bromista no pudo menos que decirles:

—¡Están ustedes muy listos...! ¡Pueden enfundar sus pistolas, pues absolutamente nada hay que temer...!

Esas frases y su actitud excepcionalmente calmada, sin titubeos, sin el más mínimo temblor ni nada que denotara miedo, impresionaron de tal modo a Villa, que años después lo relataba aún con admiración, reconociendo que esa serenidad lo había cautivado por completo, aumentando la confianza que tuviera en aquel hombre, pleno de sinceridad y buena fe, que le ganó su afecto para toda la vida.⁵⁰

En esa reunión, González le dio a Villa una breve lección de historia de México, le explicó los fines del Partido Antirreeleccionista y de Madero, y le pidió que se uniera a la revolución planeada. Villa estuvo de acuerdo y a partir de ese momento empezó a reclutar hombres para el levantamiento. No es seguro qué indujo a González a convocar a Villa. Por un tiempo se supuso que lo consideraba uno de los principales dirigentes de los habitantes de los pueblos de

Chihuahua, y por tanto pensó que lo necesitaba para obtener el apoyo popular. Pero si Villa no era un destacado dirigente campesino antes de la revolución, como este libro intenta mostrar, ¿qué llevó a González a reclutarlo? La cuestión es todavía más interesante dado que Villa fue el único forajido a quien el líder revolucionario pidió que tomara parte en su movimiento. La explicación más probable es que los dos hombres se conocían con anterioridad. Durante un tiempo González había intentado exportar ganado, y es muy posible que Villa fuera una de las personas con las que trató. No hay indicios de que González se comprometiera a nada, pero posiblemente prometió que si la revolución triunfaba no se seguiría ningún tipo de causa criminal contra Villa, quien tenía por lo menos dos razones para desear una amnistía. La primera era el cargo de desertión del ejército federal que pendía sobre él, y la segunda era la muerte de Reza, sobre todo si lo había matado por razones personales, y no porque estuviera traicionando su participación en la revolución. Si no fue así, los motivos de Villa se vuelven más difíciles de explicar.

A diferencia de Pascual Orozco, Villa no tenía entonces ambiciones políticas. A diferencia de Toribio Ortega o Emiliano Zapata, no había sido dirigente campesino ni de ninguna comunidad y los intereses de ese tipo de grupos no eran determinantes para él, aunque sus acciones tipo Robin Hood, antes de 1910, y sus repartos masivos de mercancías después de 1910, prueban que la suerte de los pobres no le era en absoluto indiferente. Los bandidos a veces se incorporan a los movimientos revolucionarios en busca de botín, pero, aunque llegó a producirse algún saqueo, la mayoría de los observadores quedaron impresionados por la extraordinaria disciplina que guardaban los hombres de Villa. Su motivo más fuerte para participar en la revolución fue probablemente un elemento que desempeñaría un papel clave en toda su vida: el odio y el deseo de venganza. Aunque a mediados de 1910 no era un fugitivo perseguido, había tenido muchos conflictos, tanto con los hacendados, como con las autoridades porfirianas.

La familia López Negrete tenía fama de despiadada. Su expropiación de las tierras de los indios ocuiltecos, en vísperas de la revolución, fue un verdadero despliegue de brutalidad incluso para el México porfiriano y suscitó la mayor revuelta social del estado de Durango. Incluso si la hacienda hubiera tenido dueños mejor dispuestos hacia sus trabajadores que los López Negrete, los aparceros de las grandes haciendas del norte que cultivaban tierras marginales eran su elemento más rebelde. Nadie ha descrito mejor esto que Patrick O’Hea,

él mismo administrador de una gran propiedad de Durango no lejana a aquella en que creció Villa:

En las tierras altas a las que no podía llegar el riego, había sembradíos dispersos de maíz y frijol, cultivos precarios sembrados con las lluvias de verano, allí donde la corriente del agua sobre la tierra podía desviarse mejor a través de los campos [...] Era particularmente al exigir, como representante de los dueños de la hacienda, sus derechos sobre estas tierras marginales de temporal, cuando percibía el resentimiento del trabajador por tenerle que entregar a otro una parte cualquiera de su producto, sólo porque ese otro tenía un documento de propiedad [...] Nunca invoqué contra ellos el poder civil ni utilicé métodos despóticos, pero en otras haciendas hombres como aquéllos, ocupantes tradicionales e ilegales, eran cruelmente perseguidos hasta provocar una lenta y sombría incubación del odio vengador que por fin estalla en revolución. Entonces su lucha era sangrienta y temeraria, y golpeaban a ciegas para romper sus grilletes y acabar con el poder del terrateniente y su ley.⁵¹

La revolución le ofreció a Villa una oportunidad de venganza. Por lo demás, él no era indiferente a las dificultades de los habitantes de los pueblos. Aunque nunca fue un dirigente campesino, al parecer mantuvo estrecho contacto con San Andrés, una de las colonias militares más antiguas del estado, y, en el curso de la revolución, se casaría con una muchacha de esa población, Luz Corral. San Andrés había sido escenario del movimiento campesino de Macario Nieto (ver [capítulo 1](#)) y de una gran revuelta contra los impuestos en 1909. Aunque Villa no participó en estos movimientos, probablemente no sólo supo de ellos, sino que compartía el odio de los habitantes contra las autoridades porfirianas. Fue en San Andrés donde Villa reclutó inicialmente un número considerable de revolucionarios. Quizás también influyó en él la tradición duranguense de que los bandidos participaran en política: así lo hizo el más famoso de ellos, Heraclio Bernal. Parra había formado parte de la banda de Bernal y a su vez había aceptado a Villa en la suya.

En 1910, cuando se unió a las filas del movimiento de Madero, Villa tenía treinta y dos años, estaba en la flor de la vida. “En su apariencia personal, tiene unos cinco pies y diez pulgadas de altura”, informó a la Inteligencia Militar de Estados Unidos un doctor estadounidense que lo conocía bien:

Pesa alrededor de ciento setenta libras, está bien desarrollado y es musculoso; tiene una mandíbula inferior fuerte y protuberante y los dientes muy

manchados; lleva un bigote moderadamente pesado y un tanto relamido, tipo villano fuerte; pelo negro crespo y rizado, generalmente despeinado. Tiene el par de ojos cafés y saltones más notables que yo haya visto jamás. Parecen ver a través de uno; habla con ellos, y todas sus expresiones son primero anunciadas y dominadas por ellos, y cuando está encolerizado o trata de enfatizar algún punto en particular, parecen arder, y disparan rayos y centellas entre los párpados de trazo grueso, estrechos y casi cerrados.

Es un jinete notable, se sienta en el caballo con la facilidad y la gracia de un vaquero, cabalga erguido y con las piernas tiesas, al estilo mexicano, y sólo usa silla mexicana. Adora a su caballo, es muy considerado con él, probablemente debido a que los caballos lo han ayudado tantas veces a escapar de situaciones difíciles. A menudo ha cabalgado más de cien millas en veinticuatro horas por los más arduos senderos de montaña. Es incansable a caballo y presume de que generalmente se encuentra al amanecer más lejos de lo que sus perseguidores calculan.

Se viste de manera muy corriente, no tiene en absoluto el deseo latino de lujo espectacular, y nunca es tan feliz como cuando ejecuta acrobacias ecuestres o asiste a una pelea de gallos, una de sus diversiones preferidas.⁵²

Villa tenía también fama de ser uno de los mejores tiradores de México. “Para Villa era más necesaria la pistola que el comer y dormir”, escribió Silvestre Terrazas. “Era un complemento de su persona, indispensable donde quiera que anduviese, aun en plenas reuniones sociales, y puede decirse que fueron contadísimas las ocasiones en que no la llevara al cinto o la tuviera al alcance de su mano.”⁵³

Un día, el autor de esta descripción, dio un paseo con Villa hasta las afueras de la ciudad de Chihuahua:

A larga distancia, mayor de cien metros, quizá doscientos, se veía flotar, solitario, un trozo de rama escueto [...] y parecía puesto allí expresamente para probar la puntería del general Villa, como se me ocurrió indicárselo:

—A ver, general, yo nunca lo he visto disparar su pistola, y según su fama, apenas si tiene usted algún competidor. Allá tiene un pedazo de rama —y se lo indiqué—, y buen tirador ha de ser usted si le da a ese blanco...

El general Villa, sin decirme una palabra, sacó calmadamente su pistola, con ademán perfectísimo, alzando el cañón hacia el cenit, y bajándolo poco a poco, apuntando instantáneamente contra el diminuto blanco disparó con tanta

seguridad, con pulso tan firme [...] que dividió la pequeña ramita en dos pedazos, exactamente.⁵⁴

Villa no fumaba, ni bebía, ni tomaba drogas. Podía ser enormemente generoso y llorar en público cuando la emoción lo dominaba. Cuando la cólera se apoderaba de él, también era capaz de actos de gran crueldad. Era leal a los hombres que respetaba, pero si se sentía traicionado, se volvía implacable en su odio, que con frecuencia se extendía a la familia de sus víctimas. Era un amante apasionado, y tuvo hijos con muchas novias y esposas en todo Chihuahua. No sentía culpa alguna por estar casado con varias mujeres al mismo tiempo, y algunos han especulado que tal vez influyeron en él los colonos mormones que se establecieron en Chihuahua para escapar a las leyes estadounidenses contra la poligamia. Incluso tras dejar a las mujeres con las que vivió, las mantenía y reconocía y se preocupaba por sus muchos hijos.

Tenía escasa educación, y aún es tema de polémica si sabía leer y escribir en el momento en que estalló la revolución. Tal vez por esa razón, sentía hondo respeto por la educación y, durante el breve tiempo en que ejerció el poder en Chihuahua, años después, se gastaron en escuelas cantidades de dinero sin precedentes.

Amigos y enemigos coinciden en que poseía una inteligencia aguda y penetrante, que sólo se oscurecía cuando se apoderaba de él uno de sus arrebatos de furia.

En opinión de González y los dirigentes del Partido Antirreeleccionista, Villa fue una adquisición valiosa como guerrillero, pero es improbable que creyeran que podía ser algo más que un líder subordinado en la revolución. Su falta de educación, su bajo origen social, su inexperiencia política y su reputación de bandido parecían obstáculos formidables para alcanzar un lugar de primera importancia en las filas del movimiento revolucionario. Sin embargo, pocos meses más tarde surgiría como uno de los jefes militares más importantes de la revolución mexicana en cuanto a poder e influencia, sólo superado en Chihuahua por Pascual Orozco. Tenía cualidades que compensaban con creces sus debilidades: era un dinamo viviente, imbuido de inagotable energía. Constantemente intentaba acciones ofensivas, a menudo con éxito, y solía tomar la iniciativa en las operaciones militares.

Su prestigio entre los revolucionarios de Chihuahua creció enormemente tras el estallido de la revolución, ya que fue el primero de sus dirigentes que participó en un choque armado con las tropas del gobierno y el primero que les

infligió una derrota. El 17 de noviembre, tres días antes de unirse al grupo de hombres armados que comandaba Cástulo Herrera, Villa y un grupo de catorce hombres que había reclutado, principalmente entre quienes habían sido sus socios cuando se dedicaba al abigeato, atacaron la hacienda de Chavarría para obtener dinero, caballos y víveres. Para entrar en la hacienda tuvieron que abrirse paso a balazos y matar a su administrador, Pedro Domínguez, que intentó presentar resistencia.⁵⁵

El 21 de noviembre, Herrera, Villa y sus hombres ocuparon la antigua colonia militar de San Andrés sin hallar oposición activa. Ese mismo día, a Villa le llegó la noticia de que un tren que transportaba tropas federales se dirigía al pueblo. Con un pequeño grupo de hombres, Villa se atrincheró en la estación y, cuando los soldados empezaban a descender del tren, los revolucionarios abrieron fuego. El capitán Yépez, que comandaba las tropas federales, cayó muerto, al igual que varios de sus hombres, y los supervivientes se retiraron.

En términos militares, fue un choque de menor importancia, pero su impacto psicológico fue enorme. Por primera vez los revolucionarios se habían enfrentado a los federales y los habían obligado a retirarse. Cientos de voluntarios, principalmente de San Andrés, pero también de los pueblos circundantes, se unieron al ejército revolucionario. El contingente de Herrera y Villa pronto llegó a los trescientos veinticinco hombres. En teoría, Herrera era su comandante. En la práctica, Villa asumía cada vez más funciones de jefe. Herrera había sido un buen político, pero no era un jefe militar y se mostró incapaz de controlar a sus hombres. Cuando su contingente entró en San Andrés, los hombres empezaron a celebrar su victoria disparando las armas al aire. No sólo esa ruidosa balacera asustaba a la población civil, sino que era un desperdicio de municiones. Villa intentó persuadir a su jefe de que ordenara detenerla. Pero tal vez por inseguridad, Herrera rehusó. Y fue Villa quien tuvo que ordenar que cesaran los disparos y disciplinar a la tropa.⁵⁶ Así empezó a trasladarse la autoridad de Herrera a él.

En los primeros días de cualquier revolución hay una oleada de incontrolable exuberancia, optimismo sin límites, la sensación de que, con un mínimo de sacrificio, todo es posible. Los revolucionarios de Chihuahua no fueron la excepción. Habían tomado sus primeros pueblos prácticamente sin lucha y habían rechazado el primer ataque de las tropas federales. ¿Por qué no atacar la capital del estado y así obtener el triunfo decisivo de una vez por todas? Era un plan loco y estuvo a punto de conducir a Villa y sus hombres al desastre total. Ya con quinientos rebeldes en sus filas, marcharon sobre la ciudad de Chihuahua.

Acamparon a pocas millas de ella y Herrera envió a cuarenta hombres en misión de reconocimiento bajo el mando de Villa quien los dividió en dos pequeños grupos. Los treinta revolucionarios que integraban el primero de ellos llegaron a la cima de El Tecolote, donde vieron a setecientos soldados federales que avanzaban contra ellos. En vez de regresar para unirse al contingente principal, decidieron presentar batalla. Era un combate desigual y media hora más tarde se vieron forzados a retroceder. Pero mediante un astuto ardid lograron retrasar la persecución de los federales. Colocaron en la cima de la montaña una hilera de sombreros, y los soldados creyeron que había un revolucionario debajo de cada uno de ellos, de manera que avanzaron muy cautelosamente, disparando todas sus municiones contra los ficticios contrincantes.⁵⁷ Mientras los treinta revolucionarios se retiraban así, sin haber sufrido bajas, Villa y los diez hombres restantes entraron en escena y atacaron a los setecientos soldados federales. Fue un acto de valor pero, tal como Villa más tarde relató, absolutamente absurdo, y él y sus hombres estaban cerca de perecer cuando el grupo que se retiraba regresó y contraatacó.

Tras mantener a los federales a raya por casi una hora, lograron escapar. Las tropas federales no podían concebir que sólo cuarenta hombres los hubieran atacado. Villa y sus hombres resistieron todo ese tiempo contra fuerzas muy superiores, con la esperanza de que Herrera y los suyos se les unirían y que desde la situación de ventaja de la cima podrían impedir que las tropas federales avanzaran hacia las montañas del oeste de Chihuahua, donde se concentraban las fuerzas revolucionarias. Pero Herrera no se movió. Como resultado, empezó a crecer un encono mutuo entre Villa y él.⁵⁸

EL GOBIERNO DE DÍAZ Y LA REVOLUCIÓN DE CHIHUAHUA

Cuando comenzaron los alzamientos en Chihuahua, Díaz estaba seguro de poder aplastarlos y resolvió hacerlo sin medias tintas, reforzado su optimismo por ciertos signos de desaliento que presentaban los revolucionarios. Para muchos, esos primeros días de diciembre no sólo fueron momentos de triunfo, sino también de decepción. Empezaron a darse cuenta de que estaban prácticamente solos, ya que únicamente se habían producido fuera de Chihuahua unas pocas escaramuzas locales. Madero todavía estaba en Estados Unidos y no lograba entrar en México. Todo el poderío del gobierno federal se concentraba contra la gente de Chihuahua. Al mismo tiempo, el éxito de los revolucionarios había hecho comprender a una parte de la élite del estado (aunque no a los Terrazas)

que no estaba tratando con unos pocos bandidos aislados, sino con un auténtico levantamiento popular. Un grupo de chihuahuenses destacados (no está claro si actuaron con el apoyo tácito o la tolerancia del gobierno estatal o del federal) empezó a negociar con los revolucionarios. Villa y algunos otros dirigentes estaban dispuestos por lo menos a considerar la posibilidad de una tregua de cuatro semanas. Los miembros de la élite que hicieron la propuesta tenían la esperanza de que las negociaciones pusieran fin a la revolución; de que, al ver que tras cuatro semanas el resto del país no se levantaba, los revolucionarios depondrían finalmente las armas. Por su parte, éstos calculaban que en cuatro semanas surgirían nuevos movimientos en otros puntos del país y que al reemprender las operaciones ya no tendrían que llevar solos toda la carga de la lucha.

Pero los dirigentes revolucionarios de Chihuahua no podían firmar tal acuerdo por sí mismos. Decidieron enviar a Cástulo Herrera a Estados Unidos para averiguar si González y Madero aceptaban el armisticio. Antes de que éstos pudieran tomar una decisión, Porfirio Díaz rechazó la idea de cualquier tipo de arreglo.⁵⁹ Las noticias de la revolución en Chihuahua habían llegado a las primeras planas del mundo entero y habían menoscabado la confianza de los financieros y los bancos en la estabilidad del gobierno mexicano. El secretario de Hacienda, José Yves Limantour, que había viajado a Europa a negociar una reconversión de la deuda mexicana, escribía que las condiciones de pago que exigían los bancos y otras instituciones financieras se habían endurecido como resultado de las noticias sobre los levantamientos y la inquietud social en México.⁶⁰ Díaz consideró que se requería una victoria decisiva para que los mercados financieros recuperaran la confianza en su gobierno. Para someter a las principales fuerzas revolucionarias, concentradas en Chihuahua, eligió una estrategia doble. Envío refuerzos de más de cinco mil soldados federales, bajo el mando de un antiguo colaborador en el que confiaba mucho, el general Juan Hernández, que había estado destacado en Chihuahua durante muchos años y tenía un amplio conocimiento del terreno y las condiciones locales. Al mismo tiempo, Díaz decidió utilizar cuantos recursos pudieran movilizar los Terrazas para combatir a la revolución. Le llegaban rumores de que el clan volvía a emplear el viejo juego de duplicidades que le había dado tan buenos resultados en 1879 y 1892: apoyar subrepticamente a los revolucionarios para obtener más concesiones del gobierno. Pensó que la forma de forzarles la mano a los Terrazas era nombrar a un miembro destacado de la familia como gobernador de

Chihuahua. El 6 de diciembre, José María Sánchez, el gobernador nombrado por Creel, fue sustituido por Alberto Terrazas.

Nadie podía estar más cerca de Luis Terrazas y de Enrique Creel que Alberto Terrazas. Era hijo de Luis y se había casado con una nieta de éste, hija de Creel, de manera que su esposa era también su sobrina.⁶¹

Este nombramiento fue un grave error por el que Díaz pagaría un alto precio. Aun sin ser gobernador del estado uno de los suyos, el clan Terrazas y Creel habría luchado con todos sus recursos contra los revolucionarios, ya que tenían todo que perder y nada que ganar con una victoria rebelde. Se daban cuenta de que la revolución se dirigía principalmente contra ellos. Al identificarse completamente con los Terrazas, Díaz echó más leña al fuego.

Sin embargo, a primera vista, las esperanzas y los cálculos del presidente de México parecían razonables. El número de revolucionarios que había en Chihuahua a principios de diciembre se calculaba en unos mil quinientos hombres. Escasa actividad revolucionaria se había producido en el resto del país. Parecía fácil aplastar a los rebeldes con la combinación de cinco mil soldados federales y los enormes recursos del imperio de los Terrazas. Podía esperarse que la mejor organización, el mejor armamento y entrenamiento, y la superioridad numérica del ejército federal le permitirían derrotar a los revolucionarios en las batallas regulares. Los Terrazas, por su parte, al movilizar a sus servidores, clientes, peones y partidarios, tanto de las haciendas como de las pequeñas ciudades, aislarían a los revolucionarios restantes, les cortarían cualquier tipo de abastecimiento y les impedirían sobrevivir como guerrilleros.

Durante varias semanas, Díaz pudo creer que su estrategia estaba dando resultado. Las tropas federales penetraron en las montañas del occidente de Chihuahua y ocuparon las poblaciones de mayor tamaño que los revolucionarios habían tomado brevemente: Ciudad Guerrero y San Andrés. En diciembre, derrotaron a Orozco en la batalla de Cerro Prieto e impidieron que los revolucionarios del este de Chihuahua ocuparan la población de Ojinaga. Díaz recibía un constante flujo de informes optimistas del gobernador Alberto Terrazas. El 14 de diciembre, Terrazas escribía que había logrado “cambiar la opinión en algunos de los puntos invadidos por las ideas sediciosas” y que sus agentes habían entrado en algunos de los distritos donde se habían producido actividades revolucionarias y habían “regresado llenos de esperanzas, muy fundadas, para por medio de su propaganda evitar que el cáncer de la revolución siga cundiendo”.⁶² El 7 de enero de 1911, Juan Terrazas, hermano del gobernador, escribió a Díaz que había organizado una reunión en Ciudad

Camargo en la que todos los participantes habían declarado su adhesión al régimen. Hablaba de crear grupos de voluntarios en varios pueblos de ese distrito.⁶³

Al día siguiente, el gobernador informó que uno de los dirigentes rebeldes, Apolonio Rodríguez, quería rendirse a las tropas de Terrazas y que estaba seguro de que otros revolucionarios seguirían su ejemplo.⁶⁴ A los dos días, el optimismo del gobernador era aún mayor y comunicaba a Díaz que Pascual Orozco estaba a punto de deponer las armas.⁶⁵

A pesar de que, sólo dos días después de su optimista informe, quedó totalmente claro que Orozco no tenía la menor intención de rendirse, el gobernador expresaba la esperanza y la convicción de que tan pronto como ocuparan aquellas partes de la región montañosa occidental de Chihuahua que aún dominaban los rebeldes, las tropas del gobierno podrían contar con el apoyo de amplias masas populares. A fines de enero, el optimismo del gobernador se hizo menos ruidoso, ya que se vio obligado a informar sobre un número cada vez mayor de ataques rebeldes, y el “ilimitado entusiasmo” de sus propios seguidores, que había descrito con tanto detalle en otras cartas, desapareció repentinamente de sus informes.

EL COLAPSO DE LA ESTRATEGIA DE TERRAZAS

No sólo Alberto Terrazas sino también su padre y Enrique Creel tuvieron que darse cuenta muy pronto de que la estrategia que habían elegido para defender su poder y sus intereses estaba al borde del colapso. Esa estrategia descansaba en cuatro columnas: las autoridades estatales y municipales que ellos habían nombrado; los miles de peones de sus haciendas a quienes pensaban armar para defender sus intereses; los hombres que podían contratar para que pelearan por ellos, principalmente miembros de aquellas facciones de los pueblos y las colonias militares a quienes Terrazas había favorecido o que se habían beneficiado con la ley agraria de 1905, y, finalmente, los hacendados del estado, todos ellos vinculados por matrimonio o económicamente con el clan. La primera de esas columnas resultó extremadamente débil; las otras tres se vinieron abajo.

Aunque unos pocos funcionarios estatales y municipales, como el presidente municipal de Namiquipa, presentaron pelea, la mayoría simplemente huyó. “Desde el principio de la situación estoy haciendo esfuerzos por armar gente de mis haciendas”, escribía con tristeza Terrazas a Creel el 20 de enero de 1911,

sólo ocho semanas después del estallido de la revolución, “pero con franqueza vuelvo a manifestar a usted que los mismos sirvientes están muy contaminados, y solamente se cuenta con un reducidísimo número que son leales. Armar a los desleales, como usted percibirá, sería enteramente contraproducente, porque se pasarían al enemigo armados y equipados.”⁶⁶

La esperanza que tenía Terrazas de reclutar mercenarios y voluntarios, sobre todo en aquellas facciones de los pueblos y las colonias militares favorecidas por las medidas de Creel, resultó igualmente vana. “Ni ofreciendo pagar a la gente dos pesos diarios, y montarla y armarla por mi cuenta, he podido conseguirla”, se quejaba Terrazas. Aquellos que sí se unieron a las fuerzas auxiliares terracistas –Alberto Terrazas informaba con satisfacción en enero de 1911 que había reclutado a mil ciento setenta y cinco hombres– en el momento de la verdad rehusaron pelear.⁶⁷ Terrazas se quejaba de que cuando un comandante rebelde, Práxedes Guerrero, atacó la ciudad de Janos con sólo veintisiete hombres, el presidente municipal y unos cuantos leales tuvieron que luchar solos contra ellos ya que ni la gente de la población ni los miembros de la policía local participaron en la defensa.⁶⁸ Ni siquiera los demás miembros de la oligarquía estatal, especialmente los hacendados, tan íntimamente vinculados con los Terrazas por lazos familiares y financieros, vinieron en su defensa. Amargamente, Creel se quejaba de “un egoísmo increíble entre los hacendados”. El gobierno del estado les había pedido armar a algunos de los sirvientes de sus haciendas para protegerlas, y había ofrecido sufragar el costo. Pero los hacendados se negaron, temiendo que los revolucionarios tomaran represalias contra ellos, “matando a sus semovientes y destruyendo sus haciendas”. Con gran indignación, Creel escribía que “ante este temor, por remoto que aparezca, se mueren los sentimientos de patriotismo y los de dignidad personal [...] y dejan de comprender estas pobres gentes que con esa actitud indiferente están contribuyendo directamente para la destrucción de lo que constituye su ideal o sea su fortuna”.⁶⁹ La pasividad de los hacendados reflejaba ante todo su esperanza de que, si no se les oponían activamente, los revolucionarios concentrarían su odio en Terrazas y Creel.

No hay una explicación única del repentino desplome de la resistencia terracista. Los peones de Terrazas tendían a rebelarse en parte debido a que éste, en contraste con la mayoría de los hacendados extranjeros, había mantenido en sus haciendas el sistema de peonaje por deudas. La poca disposición del viejo caudillo a romper con las formas tradicionales de servidumbre se combinaba con su capacidad para no hacerlo: gracias a su enorme poder económico y político,

tenía medios que pocos hacendados del norte poseían para imponer ese sistema cada vez más impopular. Los peones de Terrazas comparaban su situación no sólo con la de los que trabajaban en las haciendas de propiedad extranjera, sino también con los ranchos del otro lado de la frontera. Además, los vínculos patriarcales tradicionales que habían existido en esas haciendas por muchos años estaban empezando a romperse. Y no porque no se hicieran esfuerzos por mantenerlos. Luis Terrazas insistía en visitar cada una de sus haciendas por lo menos una vez al año. En esas ocasiones, se declaraba día de fiesta y los peones se ponían en fila para recibirlo y esperar los regalos que traía; él se esforzaba por recordar el nombre y la historia de cada uno.

Pero la transformación que había sufrido su imperio volvía vanos tales esfuerzos. Primero, la tradicional relación patriarcal resentía el crecimiento de las propiedades de Terrazas y otros barones del norte, que les hacía cada vez más difícil establecer relaciones personales con sus peones. En segundo lugar, esa relación patriarcal perdió gran parte de su significado con la derrota de los apaches en 1884. Hasta entonces, el hacendado, al igual que el señor medieval europeo, ofrecía protección ante cualquier ataque, un refugio seguro en el casco fortificado (la residencia central de la hacienda que en el norte de México se construía como una fortaleza) y enviaba grupos de hombres a combatir a las bandas errantes de indios. Con el fin de las guerras apaches, esa protección ya no era necesaria y los hacendados empezaron a perder la legitimidad que habían tenido entre sus peones.

A primera vista es más difícil explicar por qué aquellos habitantes de los pueblos libres, muchos de ellos procedentes de las viejas colonias militares, cuyo apoyo Creel se había procurado, ya fuera otorgándoles poder político o beneficiándolos a través de la ley agraria de 1905, prefirieron no luchar y permanecer lo más pasivos que les fuera posible. Algunos, intuyendo la debilidad de Terrazas y la fuerza del movimiento revolucionario, no quisieron involucrarse en el conflicto. Otros estaban cada vez más resentidos, porque pensaban que Creel les había quitado con una mano lo que les había dado con la otra. En el caso de San Andrés, incluso aquellos que se beneficiaron de las ocupaciones de tierras eran víctimas del enorme aumento en las contribuciones que la administración estatal impuso en 1908 y 1909. Como resultado, ambas partes del conflicto se unieron en una rebelión fiscal contra el gobierno.

El fracaso de la estrategia de Terrazas fue desastroso para los intentos del gobierno federal por acabar con la revolución de Chihuahua.

Tradicionalmente, cuando se producía un levantamiento local, Díaz empleaba una combinación de tropas federales y auxiliares locales. Los nativos conocían el terreno, tenían buen conocimiento de los rebeldes de la zona y sus escondites, podían contar con por lo menos algún grado de apoyo local y constituían una eficaz fuerza contraguerrillera. Pero al fracasar la estrategia de Terrazas, Díaz tuvo que confiar solamente en las tropas federales. Las pocas tácticas contraguerrilleras que Díaz ensayó desde territorio estadounidense no tuvieron éxito.⁷⁰ Las tropas federales no conocían el terreno y a menudo eran impopulares en Chihuahua. Pero, sobre todo, eran demasiado escasas.

García Cuéllar, uno de los comandantes más importantes de Díaz en Chihuahua, había llegado a la conclusión de que “esta revolución es idéntica a la insurrección bóer e Inglaterra no la dominó hasta que mandó diez soldados por cada bóer. Esto que parecerá risible a algunos es la verdad, y para allá vamos”.⁷¹

Sólo había entre cinco y diez mil soldados federales en Chihuahua. El ejército federal contaba en total con alrededor de treinta mil, pero Díaz no podía concentrar más tropas en Chihuahua en un momento en que amenazaban con estallar levantamientos en otras partes del país.

La primera solución que se le ocurrió a Díaz fue aumentar rápidamente el tamaño del ejército. Pero se dio cuenta de que era una tarea imposible. Ése era el tema de los informes que sus gobernadores le enviaban de todo México. En Campeche, el gobernador, aunque expresaba su pleno apoyo a Díaz, no veía cómo satisfacer sus instrucciones de reclutar cien hombres para la guarnición de su capital “dada la general aversión que el pueblo acusa por el servicio militar, principalmente en las actuales circunstancias, pues todo llamamiento para ese servicio se interpreta y comenta como si se tratara de enviar a los llamados a él para fuera del estado”.⁷² En tono semejante, el gobernador de Zacatecas informaba de las dificultades que tenían sus funcionarios para hallar voluntarios.⁷³ El gobernador de Durango fue todavía más explícito: “Hace días que estoy arreglando el establecimiento de unas guerrillas, que emprendan activa persecución contra las partidas de revoltosos que han invadido el estado; esto me está costando algunas dificultades, porque no hay ya mucha gente que de buena voluntad preste sus servicios en este sentido”.⁷⁴

Algunos de los gobernadores de Díaz se hallaban en aprietos para explicar la falta de entusiasmo popular por defender al régimen, ya que no querían admitir que los habitantes de sus estados pudieran estar descontentos con éste, o con

ellos, y por eso buscaban otra manera de justificar la falta de reclutas. “La causa de esto”, escribía el gobernador del estado de Tamaulipas, tras describir sus dificultades para hallar voluntarios,

estriba, señor, en la índole actual de nuestro pueblo, que sólo se afana en trabajar, vivir en familia y disfrutar de los beneficios de la paz. Cuando se consigna a alguno, viene luego la deserción de los demás que, al ausentarse, encuentran trabajo en otro pueblo o ranchería, que solicita brazos para las faenas del campo [...] Esto se palpa con más evidencia en la frontera, pasándose la gente al lado americano, lo que viene a originar así disminución de número de habitantes.⁷⁵

El gobernador de Querétaro halló una excusa particularmente original. La gente de su estado era demasiado “tímida” para pelear.⁷⁶ El de Puebla atribuía el problema a que los hombres temían ser enviados fuera del estado, especialmente a Chihuahua o a Yucatán.⁷⁷ Otros gobernadores eran más honrados y claros. “Con el mayor respeto y con pena”, escribía el gobernador de Sonora, “amplíe mi telegrama para repetir lo que ya he manifestado a usted, y es que de día a día crece el número del enemigo y decrece el de nuestras tropas, así como crece el sentimiento revolucionario en todo el estado.”⁷⁸

Las dificultades para encontrar voluntarios se complicaban con las dificultades aún mayores para cubrir las bajas. El método que consistía en forzar a los disidentes, los enemigos personales de los funcionarios locales o miembros de los sectores más pobres de la sociedad a ingresar en el ejército era tan impopular que el gobierno, dándose cuenta de que era una de las causas principales del estallido de la revolución, se resistía a usarla. Pero no contaba con ningún otro método. Cuando aplicó en efecto la leva, los resultados fueron a menudo catastróficos. En la ciudad de Tula, en el estado de Hidalgo, la policía rural, que los funcionarios trataron de movilizar, prefirió abrirse paso a balazos para salir de la ciudad antes que enfrentarse a los revolucionarios.⁷⁹

El gobernador de Campeche casi causó una sublevación en su estado cuando intentó alistar por la fuerza a veintiocho hombres. “Estas medidas causaron gran descontento y alarma entre la población de este estado. Muchos habitantes de los pueblos, hombres en edad de prestar el servicio militar, se ocultaron, mientras que otros emigraron a Yucatán, Quintana Roo o Tabasco para no ser sometidos a la conscripción. En algunos pueblos hubo signos evidentes de rebelión y temí que estallara un grave conflicto.”⁸⁰ El gobernador suspendió el reclutamiento.⁸¹

En Yucatán, el gobernador informaba que los hombres alistados para servir en la guardia nacional se escondían. “La organización de tales guardias nacionales ha dado ocasión a que en algunas poblaciones se subleven los llamados a formarlas y a que en otras desobedezcan sin recurrir a vías de hecho a mano armada, pero sí retirándose a las afueras de la población en actitud amenazante.”⁸²

Algunos gobernadores se plantearon entonces estrategias desesperadas. El de Yucatán consideró la posibilidad de reclutar indios de la Huasteca, que habían sido contratados para trabajar en los campos de sisal. Estaba convencido de que preferirían el servicio militar, que sólo duraría seis meses, con el retorno a casa garantizado, antes que seguir trabajando como jornaleros en las plantaciones.⁸³ El general José María de la Vega, en León, Guanajuato, le sugirió a Díaz que se ofreciera a los posibles soldados un pago adelantado para atraerlos a las oficinas de reclutamiento y, una vez allí, “no dejarlos salir y destinarlos luego” al ejército.⁸⁴ En conjunto, estas estrategias tuvieron escaso efecto y, conforme avanzaba la revolución, fue imposible incrementar sustancialmente el número de tropas a disposición del gobierno.

En Chihuahua, el fracaso de la estrategia de Terrazas y la incapacidad de Díaz para engrosar las filas federales llevaron a sus comandantes, y particularmente al hombre que había designado para aplastar el levantamiento, el general Juan Hernández, a defender una política de compromiso y conciliación.

Cuando llegó a Chihuahua, Hernández se sentía optimista. Hablaba de enviar tropas a Ciudad Guerrero, que era el centro de la rebelión. Estaba convencido de que “si logramos exterminar a estos revoltosos [en Ciudad Guerrero], seguramente que vendrá la desmoralización de los demás” y la revuelta terminaría.⁸⁵ Una semana más tarde estaba aún más esperanzado, porque había infligido a los revolucionarios una derrota menor. Pensaba que el fin de la revolución estaba cerca: “De los informes que he recogido se desprende que ha causado honda impresión entre los revoltosos la derrota que acaban de sufrir y que muchos se han convencido de que no pueden luchar con las fuerzas del gobierno, resolviéndose, por lo mismo, a abandonar su mala causa”.⁸⁶

Conforme el movimiento revolucionario, a pesar de las derrotas temporales, cobraba más y más impulso, Hernández empezó a cambiar de opinión. Le impresionó mucho que, en la ciudad de Carretas, “trece revolucionarios saquearon la ciudad, que tiene dos mil habitantes, y nadie les opuso resistencia”. Se daba cuenta “de que los revoltosos tienen muchos simpatizantes entre la gente de aquí que habla con gran fervor del triunfo de su causa”.⁸⁷

Pocos días más tarde, Hernández era todavía más explícito.

Creo mi deber informar a usted de un modo claro que las cuestiones que aquí se han suscitado y que tanta sangre están constando no reconocen otro origen que el descontento general que existe en los habitantes del estado desde que el gobierno está en poder de personas de la familia Terrazas, familia a quien aborrecen, y como se cree que estos gobernantes sólo pueden sostenerse con el apoyo de usted, a usted lo hacen responsable de esta situación.⁸⁸

Un informe anónimo, que Hernández retransmitió a Díaz, equivalía a una devastadora acusación contra los Terrazas y un sombrío pronóstico de las consecuencias que tendría la revolución para el régimen si no se realizaban cambios rápidamente. Las causas principales de la revolución, en opinión del anónimo autor, eran “antiguos disgustos por distribución de terrenos vecinales, frecuentes desapariciones de ganados no herrados, presión excesiva de prefectos o presidentes municipales de escasa ilustración y contribuciones multiplicadas que gravan en demasía los pequeños negocios, con más la contribución individual”. Madero no hacía más que utilizar para sus propios fines el descontento de la población de Chihuahua, dirigida principalmente contra “el general don Luis Terrazas, siendo el hombre más rico en Chihuahua y teniendo el ‘control’ de todas las empresas grandes y aun de muchas pequeñas y aun mezquinas, como la de mingitorios públicos”. Había un sentimiento generalizado de que los Terrazas “acabarían por absorber todo lo que Chihuahua representa de capital y de energía”.⁸⁹

FALLIDOS INTENTOS DE ENCONTRAR UNA SOLUCIÓN POLÍTICA

El general Hernández fue una excepción notable entre los militares porfirianos, porque defendía una solución política y social en vez de una salida puramente militar. Sus ideas también diferían de las de los políticos porfirianos que, en una etapa posterior de la revolución, llegaron a defender una solución política que consistiera solamente en negociar con los dirigentes de clase alta del movimiento maderista. Hernández estaba a favor de una negociación con las clases bajas de Chihuahua que se estaban sublevando, porque tenía la esperanza de evitar así que se unieran a Madero.

Esto no significa que Hernández se opusiera a la represión. El 19 de enero de 1911, describió las medidas que consideraba necesarias en una carta a Porfirio

Díaz: “De nuevo tengo que decir a usted”, escribió,

que todo el estado simpatiza con la revuelta actual y que se necesita trabajar mucho para cambiar la situación; trabajar moral y materialmente. Se necesita el convencimiento para unos, la energía para otros y la inflexibilidad para los más rebeldes. Para muchos, no es eficaz la consignación que de ellos se ha estado haciendo al Juzgado de Distrito; sería mucho más práctico y de resultados más positivos mandarlos a Yucatán, o más bien dicho, al territorio Quintana Roo, en la misma forma que lo hicimos con los perniciosos de Oaxaca y Puebla. Si usted se dignara autorizarme, nos quitaríamos de aquí muchos sediciosos que desde su prisión están ayudando a los revolucionarios.⁹⁰

En una orden enviada a su subordinado, el general Navarro, que avanzaba con tropas federales sobre el distrito de Guerrero, Hernández lo exhortaba a combatir “a esas chusmas, a esa gente malvada que ha venido desconociendo, como buenos canallas e ingratos, cuánto debemos a nuestro Presidente de la República... Deseo con vehemencia que actives tus operaciones para no darles más tiempo a esos bandidos asesinos a que hagan más gente y algo se organicen; bátelos... hasta conseguir su completa destrucción”.⁹¹ Navarro al parecer entendió correctamente las instrucciones de su jefe: empezó a realizar ejecuciones masivas de los prisioneros, y Hernández nunca le puso restricciones ni le recomendó desistir de tales matanzas.⁹²

Los términos en que Hernández defendía la represión no eran sustancialmente diferentes de la petición que Alberto Terrazas dirigió a Díaz para que castigara masivamente a los revolucionarios, ni de la sugerencia de Luis Medina Barrón, comandante federal enviado a Chihuahua por el jefe de las fuerzas federales del vecino Sonora, quien en diciembre de 1910 propuso la declaración del estado de sitio en el distrito rebelde de Guerrero y ejecuciones masivas de revolucionarios.⁹³ Lo que distinguía a Hernández era que defendía la reforma y una negociación limitada. A sus ojos, dos hombres podían ser útiles para implementar la nueva política: el antiguo gobernador Miguel Ahumada y el periodista disidente Silvestre Terrazas.

No resulta sorprendente que Hernández pensara en Miguel Ahumada como el mejor candidato para sustituir a Alberto Terrazas y para llegar a alguna clase de pacto con los revolucionarios. Ahumada, que servía como gobernador de Jalisco en ese momento, era un leal político porfirista. Había sido gobernador de 1892 a

1903, antes de que Luis Terrazas reasumiera el poder político en Chihuahua. Por entonces, su gubernatura había sido motivo de controversias (fue él quien aplastó sin piedad el levantamiento de Tomóchic). Sin embargo, su imagen fue mejorando por comparación con lo que vino después, y muchos chihuahuenses pensaban que había sido “un buen gobernador”. Aunque durante su mandato se habían producido despojos, fueron de mucho menor escala que la destrucción de la propiedad ranchera durante los gobiernos de Terrazas y Creel. Aunque Ahumada les había dado a éstos libertad de acción, aún permitió a otros grupos conservar cierto grado de poder político y económico. Había intentado conciliar a las clases medias y, a pesar de su dureza contra los rebeldes de Tomóchic, en general prefería la mediación a la confrontación.

Más extraño resulta el interés de Hernández por Silvestre Terrazas, el periodista disidente y editor del periódico de oposición. Cuando estalló la revolución, el periódico de Silvestre Terrazas, *El Correo de Chihuahua*, publicó largos y detallados reportajes sobre los movimientos rebeldes que tenían lugar en el estado, con lo cual alentaba indirectamente la rebelión. El gobernador José María Sánchez le había advertido que dejara de publicar ese tipo de información. Terrazas rehusó y fue arrestado y enviado a prisión en la ciudad de México; acusaba a Creel de ser el verdadero responsable de su arresto,⁹⁴ y tenía razón.

Es posible imaginar por qué Silvestre Terrazas era una figura tan importante a los ojos de Hernández. Gozaba de enorme prestigio en Chihuahua gracias a su ya larga oposición a Creel y Terrazas, y ese prestigio se hizo aún mayor cuando fue detenido y enviado a la capital. Al mismo tiempo, Hernández pensaba que Silvestre Terrazas sólo se proponía acabar con la dinastía de Terrazas y Creel, y no le interesaban tanto la política nacional ni el derrocamiento de Díaz. Silvestre Terrazas mantenía relaciones muy amistosas con Ahumada, y el obispo de Chihuahua intercedió por él, lo que debe haber convencido a Hernández de que podía ser un intermediario en el que confiarían ambos bandos para restablecer la paz.

Díaz respondió positivamente a las sugerencias de Hernández. A fines de enero, Alberto Terrazas fue removido de su cargo y sustituido por Miguel Ahumada. En una carta a su suegro Luis Terrazas, Creel escribía, enojado, el 24 de enero: “Las noticias que de diversas fuentes le han llegado sobre la opinión pública, que en casi todo el estado favorece a la revolución, le han causado grande alarma [a Porfirio Díaz]. Se le ha hecho entender que un cambio de administración podría suavizar la situación tirante”.⁹⁵

Pocos días más tarde, a petición de Hernández, Silvestre Terrazas no sólo fue liberado, sino que se le concedió una larga entrevista con Porfirio Díaz en la que éste le aseguró que quería la paz, aunque no está claro si sugirió algún tipo de negociación.⁹⁶

A pesar de las medidas que tomó, cabe dudar que Porfirio Díaz realmente entendiera la revolución que se estaba produciendo contra él. En otra larga entrevista, esta vez con un representante británico, en febrero de 1911, Díaz dijo: “el problema en el norte fue realmente muy difícil de suprimir, debido a la naturaleza del país; favoreció a los rebeldes la excelente raza de los caballos de Chihuahua, que conseguían fácilmente mediante el robo o por otros medios”. Los revolucionarios, en opinión de Díaz, “eran simples hombres armados, que no luchaban bajo banderas políticas; eran meros desesperados que tenían todo que ganar y nada que perder con el desorden, pero la raíz de todo era el estímulo que les daba Madero”.⁹⁷

Pocos días después de que Ahumada ocupara el cargo de gobernador, Hernández le escribió a Díaz un informe optimista, en el que decía que la situación tomaba un giro diferente y que el fin de la revolución estaba a la vista: “Desde que el señor Ahumada se hizo cargo del gobierno de este estado la situación ha cambiado totalmente, al menos en la capital, y es de creerse que lo mismo sucederá en los distritos”.⁹⁸

Hernández se equivocaba. En febrero de 1911, cualesquiera posibilidades de negociación que existieran antes, habían desaparecido. En los meses transcurridos, el ejército revolucionario había duplicado su tamaño. Ya no estaban aislados; la revolución se extendía por todo el país. Sobre todo, el 14 de febrero Madero había entrado en México desde Estados Unidos para asumir personalmente el mando de la revolución. Ésta adquiría así una dimensión nueva.

En términos militares, la situación entre el estallido de la revolución y la llegada de Madero a Chihuahua, en febrero de 1911, se puede resumir diciendo que el ejército federal estaba ganando la mayoría de las batallas y los revolucionarios estaban ganando la guerra. Tras sufrir una serie de derrotas iniciales –entre ellas la batalla de Pedernales, donde un contingente federal fue diezmado por las tropas de Orozco, y la batalla de Malpaso, donde perdió la vida el jefe de las tropas federales, coronel Martín Luis Guzmán, y sus tropas fueron forzadas a retirarse–, el ejército federal resultó más eficaz en los encuentros con grandes contingentes de revolucionarios. Los derrotó en la batalla de Cerro Prieto, recapturó las poblaciones de mayor tamaño, como Ciudad Guerrero, e

impidió que los rebeldes lograran ocupar algunas de las ciudades del estado, como Ojinaga, Ciudad Juárez y la capital. Sin embargo, estas derrotas no impidieron a los revolucionarios crecer constantemente en número e importancia. Mientras las tropas federales tomaban las ciudades, los revolucionarios circulaban por el campo prácticamente por todas partes y lo controlaban casi por completo.

El odio universal contra Terrazas y Creel no es el único factor que explica la persistencia y el crecimiento del movimiento revolucionario. La naturaleza del terreno en Chihuahua facilitaba que los revolucionarios se retiraran a las zonas montañosas, donde sus adversarios no podían encontrarlos y perseguirlos. Gracias a la cercanía de la frontera estadounidense, constantemente podían llegarles armas de contrabando, en gran medida gracias a la labor de Abraham González. Los voluntarios mexicanos del otro lado de la frontera se unían a las filas rebeldes. Todavía más importante era la enorme riqueza de las grandes haciendas pertenecientes a la oligarquía. Los revolucionarios simplemente incursionaban en ellas y confiscaban caballos, alimentos, armas y dinero. Los hacendados les daban lo que querían sin oponer resistencia, ya que el ejército federal no podía estacionar tropas en todas las haciendas y los peones no estaban dispuestos a defender a sus amos.

Las tropas federales no estaban bien equipadas para librar una eficaz campaña contraguerrillera. Muchos de los soldados eran reclutas incorporados al ejército a la fuerza y no muy dispuestos a pelear. Poco tiempo después de asumir el mando de las fuerzas militares en Chihuahua, Hernández le escribió a Díaz: “Casi todo el 6o. Batallón está compuesto de reclutas que no tienen más de dos meses de servicios, y éstos, que aún no le tienen amor a la carrera, buscarían la manera de desertarse si salieran de aquí a pie”.⁹⁹ Muchos de los generales de Díaz, como Juan Navarro, uno de los comandantes de Chihuahua, eran viejos y carecían de iniciativa. “He estado excitando a Juan [Navarro]”, informaba Hernández,

para que active la persecución de los revoltosos que tuvieron su centro de operaciones en el distrito de Guerrero, lo excito como amigo, como hermano y como jefe, según se habrá usted dignado verlo por las instrucciones que le envié en cartas y en telegramas, de cuyos documentos me permití enviar a usted copia. Pero como a esas excitativas respondió Juan con indiferencia, pensé en tomar otra determinación [...] Me explico esa indiferencia de Juan por el cansancio natural de su edad, pues pocos son los hombres que como usted conservan siempre su vigor y actividad.¹⁰⁰

En otros casos, los oficiales corruptos inflaban la nómina y utilizaban para sus propios fines el dinero destinado a equipar soldados. El mayor Mauricio Cavazos, confidente personal de Díaz que había sido enviado a Ciudad Juárez para asumir el mando de la guardia fronteriza, se quejaba amargamente de que “hay celadores montados que disfrutan del haber sin tener caballo, montura ni armas, y por estas condiciones no me inspiran confianza”.¹⁰¹

Las tropas federales tenían enormes dificultades para enfrentar el tipo de ataques guerrilleros que empleaban los revolucionarios. Algunas de las estrategias que éstos utilizaban están descritas en una carta interceptada por las autoridades, escrita en San Antonio, Texas, por un hombre llamado Andrés, y dirigida a Mariano López Ortiz, un revolucionario de Coahuila, a quien llamaba con el pseudónimo “Papacito”.

De la carta se infiere que “Papacito” operaba en el estado de Tamaulipas y que Andrés le proporcionaba municiones. Andrés tenía contactos con dirigentes del movimiento de Madero: menciona un encuentro con Alfonso Madero y con

Francisco Vázquez Gómez. No sólo le escribía a “Papacito” sobre las municiones y las armas que iba a pasarle de contrabando, sino que le daba instrucciones detalladas: le pedía que volara puentes, destruyera vías de ferrocarril y líneas de telégrafo y teléfono, y que interrumpiera las comunicaciones ferroviarias entre Torreón y Chihuahua. “Por supuesto que todo esto debe hacerse a escondidas y sin tener que tirotearse con ninguna persona, esto es mejor hacerlo durante la noche.”

Andrés también pedía que “Papacito” enviara gente a las haciendas para dotarse de dinero, armas y municiones. Sus hombres debían “aprehender antes que todo al dueño de la hacienda o al administrador y llevarlo prisionero hasta que dé lo más que pueda por su rescate; en ningún caso es bueno matarlo, sino tratarlo bien; lo mismo que respetar a los extranjeros y a las familias”. “Papacito” debía permanecer en su campamento y destacar guardias a entre setecientos y mil metros de éste para que nunca los sorprendiera el enemigo. “Hay que procurar”, le decía,

no cansar a la gente y tenerla lo más contenta que sea posible, para cuyo efecto hay que permitirles ciertas libertades cuando los mande a tomar haciendas; pero sin que abusen mucho. En todas las operaciones hay que evitar lo más que sea posible los tiroteos, salvo cuando no hubiera más remedio; pero que nunca ataquen a gente parapetada y lista o en mayor número, sino que se batan a larga distancia en retirada llevando al enemigo a donde a uno le conviene.

Finalmente, Andrés advertía a “Papacito” que no se expusiera al fuego enemigo ni corriera riesgos, sino que esperara hasta tener suficientes hombres, armas y municiones.¹⁰² Un comandante federal describe en una carta enviada al secretario de Díaz la eficacia de esta estrategia. “Esta revuelta en Chihuahua”, le escribía a su amigo,

tiene más importancia que la que se le da en México [...] El sistema actual de combatir esta revuelta es malo en su base. Las columnas de infantería no pueden destruir a este enemigo, ligero, escurridizo, que sólo da combate cuando está en posiciones inexpugnables, desde donde nos causa muchas pérdidas. Las columnas de infantería el único beneficio que hacen en la actualidad es no dejarlos tomar pueblos y ciudades y echarlos de ellas; pero destruirlos o acabar con ellos, nunca. El único medio de destruirlos, de perseguirlos, es con caballería y no la caballería del ejército, que por el miedo

que tienen a su departamento y a sus circulares, van cargando por donde quiera sus caballos flacos y cansados, porque si los abandonan los pagan, que no se atreven a tomar caballos de refresco en las haciendas porque no están autorizados.

El oficial pedía más libertad para que los comandantes de los batallones pudieran proporcionar a sus hombres caballos frescos y abasto. Daba un ejemplo revelador de la ineficacia burocrática. Las mulas de su batallón sólo tenían destinados treinta centavos al día de pienso. Consideraba que cuarenta centavos era el mínimo necesario para dar de comer decentemente a las mulas. Envío una solicitud por los cuarenta centavos a la Tesorería y un mes después le pidieron un detallado informe sobre por qué se necesitaban cuarenta centavos por mula. “¿No es esto para descorazonar a jefes que, como yo, andan aquí por puro patriotismo y deseos de servir al gobierno?”, preguntaba.¹⁰³

FRANCISCO MADERO Y LOS REVOLUCIONARIOS DE CHIHUAHUA: LA PROBLEMÁTICA DEL MANDO

El 14 de febrero de 1911 la revolución adquirió un nuevo giro. Francisco Madero, que hasta entonces había permanecido en Texas, cruzó finalmente la frontera y entró en Chihuahua para asumir el mando de la revolución. Durante varios meses había dudado si debía hacerlo, y sólo se decidió cuando las autoridades estadounidenses giraron orden de aprehensión contra él, acusándolo de violar la neutralidad de Estados Unidos. Sus vacilaciones no se debían en modo alguno a la cobardía, sino a que esperaba entrar en México por un territorio más familiar y en condiciones más convenientes. El 20 de noviembre, planeaba penetrar a través de su propio estado natal de Coahuila, donde tenía innumerables parientes, amigos y relaciones clientelares. Era un estado que conocía muy bien y donde todos lo conocían. Su tío, Catarino Benavides, le había prometido que varios cientos de hombres estarían esperándolo cuando llegara a la frontera, pero sólo se presentaron siete y Madero regresó a San Antonio. Después al parecer tuvo durante un tiempo la esperanza de entrar al país a la cabeza de los sectores rebeldes del ejército nacional, a los que había dirigido una proclama aparte. Gran parte del ejército había estado a favor de Reyes, y Madero esperaba que los militares reyistas se incorporarían a su causa como lo habían hecho los civiles partidarios de Reyes. Se equivocaba: los militares consideraban que Reyes, que era general, era uno de los suyos; pero

Madero era un civil y como tal lo despreciaban. Ni siquiera cuando llegó a ser presidente le fueron fieles: por el contrario, en última instancia, serían ellos quienes lo destruirían.

Otro plan de Madero para entrar en México por mar desde Nueva Orleans al puerto de Veracruz tampoco pudo ponerse en práctica, porque no se produjo un estallido revolucionario importante en el estado de Veracruz.

Hay un curioso contraste entre esos planes poco realistas y la resistencia de Madero a presentarse en la región donde sí había estallado verdaderamente un gran movimiento revolucionario contra el régimen de Díaz: el estado de Chihuahua. Las razones no están enteramente claras. En parte, se debía probablemente al hecho de que no se trataba de su estado natal y a que, excepto por Abraham González, con quien mantenía íntimas relaciones, no conocía personalmente a casi ninguno de los líderes de la revolución. Además, no aceptaba del todo el tipo de revolución social que se estaba produciendo allí y probablemente consideraba que muchos de los objetivos de los sublevados eran demasiado radicales. Sin embargo, es posible que la razón principal fuera que quería resolver de antemano el problema central que enfrentaría en Chihuahua: en realidad ejercía un grado muy limitado de control sobre las fuerzas revolucionarias que estaban barriendo el estado más nortero y más grande de México.

Esto se debía en parte a la naturaleza fragmentaria del movimiento, que se hallaba escindido por profundas divisiones ideológicas, regionales y personales. Una sustancial minoría de revolucionarios seguía al PLM dirigido por los hermanos Flores Magón, quienes se negaban a reconocer el liderazgo de Madero. En el distrito de Galeana, al occidente de Chihuahua, el PLM había logrado ampliar su influencia entre su tradicional base de mineros y trabajadores industriales y empezaba a tener considerable apoyo en las comunidades libres de la región. Los habitantes del distrito se habían vuelto más radicales que los de otras partes de Chihuahua, incluido el distrito de Guerrero, que era el centro de la revolución. A diferencia del resto de Chihuahua y de casi todo el resto de México, había en la región buen número de colonos estadounidenses. Si puede aplicarse una regla fija a los países coloniales y dependientes, es que los colonos siempre son considerados por la población local con más hostilidad que los capitalistas o inversionistas extranjeros. Esto ocurrió en Argel, Rodesia y Sudáfrica, y también ocurrió en Chihuahua. Los capitalistas extranjeros son menos visibles que los colonos; no desplazan a los nativos como lo hacen éstos y, aunque lo hagan, sus vínculos con este proceso son menos visibles; no

introducen una cultura extraña en forma masiva como lo hacen los colonos. Aquellos que se asentaron en el distrito de Galeana eran principalmente granjeros mormones que habían salido de Utah cuando las autoridades estadounidenses forzaron a la iglesia mormona a prohibir la poligamia.¹⁰⁴ Bien organizados, bien dotados de capital, muy industriosos, habían empezado a desplazar tanto a los rancheros como a los comerciantes locales.¹⁰⁵

En el distrito de Galeana, a diferencia del resto de Chihuahua, los mormones – y no los miembros de la oligarquía– fueron los principales beneficiarios de la expropiación de las tierras de los pueblos derivada de las leyes agrarias promulgadas por Creel en 1905. En Casas Grandes, la mayor ciudad del distrito, controlaban la mayoría de las empresas medianas y grandes. Cinco de siete madereras estaban en sus manos, así como la mayoría de las procesadoras de alimentos. En 1900, cinco de los siete molinos de harina del distrito pertenecían a mexicanos; para 1905, cinco de esos molinos eran de estadounidenses, cuatro de ellos empresarios mormones. Los conflictos económicos junto con las tensiones culturales, religiosas y nacionalistas, contribuyeron a la hostilidad contra los mormones.

Paradójicamente, muchos de los habitantes de Galeana habían adquirido su ideología radical al otro lado de la frontera, en el suroeste de Estados Unidos, donde trabajaban como jornaleros temporales y recibieron la influencia de la Industrial Workers of the World (IWW), con la que el PLM estaba íntimamente relacionado. Sus dirigentes, los hermanos Flores Magón, llamaron a sus seguidores a sublevarse en 1910 al mismo tiempo que Madero, pero lo denunciaron como un rico capitalista que quería utilizar la revolución para sus propios fines, y recomendaban a sus seguidores que no aceptaran su dirección.¹⁰⁶

Esta escisión ideológica no era la única causa de la fragmentación del movimiento revolucionario. Las divisiones regionales y locales eran igualmente importantes. Aunque reconocían la dirección suprema de Madero, muchos habitantes de los pueblos eran ante todo y sobre todo leales a los hombres que habían elegido para encabezarlos. Algunos de ellos, como Toribio Ortega, eran representantes y dirigentes políticos tradicionales. Otros eran hombres cuyas cualidades de liderazgo sólo se manifestaron en la batalla, cuando resultaron ser los mejores jefes militares. La mayoría tenía estrechos vínculos familiares con sus seguidores. Algunos se negaban a subordinar sus fuerzas a los caudillos regionales; otros lo hacían pero en sus propios términos. Se unían a un caudillo regional durante un tiempo limitado, pero lo abandonaban si no era

suficientemente exitoso, si no podía proporcionarles armas suficientes, si sus propios pueblos se veían amenazados o incluso si se les necesitaba en su lugar de origen para recoger la cosecha.

Sólo un hombre aparecía ya como un dirigente de nivel estatal con un arrastre relativamente grande: Pascual Orozco. Su autoridad tradicional había crecido gracias al apoyo de sus numerosos familiares, diseminados por todo el distrito de Guerrero, y de sus muchos amigos. Preocupado, uno de los generales de Díaz lo describía, en una carta al secretario del presidente, como “muy popular y muy conocido por estos rumbos, era una especie de comisionista [...] tenía que ver mucho con todos los americanos del ferrocarril y de las minas. Es un gran tirador de carabina”.¹⁰⁷ El hecho de haber sido el jefe militar más capaz y exitoso en la primera fase de la revolución acrecentaba su popularidad y poder. Fueron sus tropas las que capturaron la primera ciudad del estado que cayó en manos revolucionarias, Ciudad Guerrero. Aunque no pudo conservarla indefinidamente, había derrotado una y otra vez a las tropas del gobierno. A pesar de estos éxitos y de su prestigio, y a pesar de que comandaba la mayor fuerza rebelde de Chihuahua, Orozco no controlaba de ninguna manera a todos los revolucionarios del estado. Otros dirigentes como Pancho Villa podían colaborar con él temporalmente en acciones conjuntas, pero no se doblegaban a su autoridad. Él, por su parte, tenía ambiciones políticas propias y no estaba para nada dispuesto a obedecer incondicionalmente a Madero.

Madero no controlaba efectivamente las fuerzas que se alzaron en su nombre, no sólo por haber estado ausente de México, sino también porque no podía poner recursos económicos a disposición de ellas. Aunque algunas armas se introdujeron desde Estados Unidos, fue en cantidad reducida, y ciertamente insuficiente para equipar a los muchos hombres que habían respondido al llamado de Madero.

En enero y a principios de febrero de 1911, Madero creyó que por fin había dado con la estrategia que le permitiría asumir la dirección efectiva de las fuerzas revolucionarias y hacer un regreso triunfal a México. Ordenó a todos los revolucionarios del estado que se dirigieran al norte de Chihuahua para capturar la fronteriza Ciudad Juárez. Sin embargo, el plan falló porque no había armas suficientes para llevarlo a cabo.

Además, muchos rebeldes se desmoralizaron al oír que estaban llegando a Ciudad Juárez refuerzos federales en gran número. También hay indicios de que Orozco perdió entusiasmo por el plan cuando se enteró de que Madero quería que él y sus fuerzas se subordinaran al comandante en jefe que había nombrado:

José de la Luz Soto. Madero envió una delegación para convencer a Orozco de que entregara el mando de sus hombres. Un testigo de la reunión describe gráficamente la reacción del cabecilla:

Orozco nos esperaba de pie, su delgada figura recortada contra la luz baja de la fogata. Nos recibió con cortesía y nos ofreció café a todos, pero yo podía percibir la hostilidad latina en sus maneras. Intercambiamos noticias. Nos puso al corriente de las condiciones reinantes en el interior de Chihuahua, y nosotros le dimos información sobre los planes de la junta de Madero; mientras hablábamos pareció ablandarse un tanto, pero cuando llegó el momento de que Eduardo Hay, que actuaba como portavoz nuestro, le pidiera que acatara nuestras órdenes, de nuevo mostró desconfianza. Sus oficiales se habían acercado para oír nuestra plática, y me di cuenta de que a ellos tampoco les gustaba renunciar a su libertad de acción.

Tal vez, pensé, esta actitud era simplemente una expresión del espíritu libre de la revuelta. Siendo montañeses y hombres de las llanuras, les desagradaba ponerse bajo el control de dirigentes de la ciudad. Somos el tipo de hombres bajo los cuales ellos han sufrido durante tantos años.

Orozco nos dio su respuesta: “Sí, vamos a luchar por la causa común hasta el fin, la causa del pueblo. Pero vamos a luchar a nuestra manera”. Y volviéndose hacia sus hombres, dijo: “Yo no tengo nada que ver con estos señores”.

Un murmullo de aprobación acogió esa declaración y, sin otra palabra, montaron en sus caballos y desaparecieron en la oscuridad.¹⁰⁸

Poco después de ese fracasado encuentro, Orozco y sus hombres se retiraron de la frontera y regresaron a su distrito montañoso de Guerrero. No está claro si esa retirada se debió al descontento de Orozco ante los esfuerzos de Madero por quitarle el mando o a que sus soldados se desmoralizaron por falta de armas y alimentos, y por las noticias de que estaban llegando a Ciudad Juárez refuerzos federales.

Así pues, no es de extrañar que, cuando el 14 de febrero de 1911 Madero cruzó finalmente la frontera para penetrar en Chihuahua, sólo encontrara esperándolo una pequeña fracción del ejército revolucionario. Muchos de los pocos cientos que acudieron representaban a los elementos en los que Madero menos podía confiar. Un número sustancial estaba bajo el mando de Prisciliano Silva, un comandante liberal que se declaraba ante todo leal a los hermanos

Flores Magón. Las tensiones entre Madero y los revolucionarios con quienes se reunió en la frontera se debían a las simpatías magonistas de algunos de ellos y a su resentimiento nacionalista contra algunos de los voluntarios que Madero había traído con él de Estados Unidos. La mitad de los aproximadamente cien hombres que lo acompañaban eran estadounidenses, y el militar en quien más confiaba era un italiano, Giuseppe Garibaldi, nieto del famoso revolucionario italiano. Sin embargo Madero no se arredró ante el número relativamente pequeño de quienes lo recibieron ni porque algunos rehusaran reconocer su autoridad. Cuando Silva declaró que no reconocía su liderazgo, Madero arengó a los soldados, quienes procedieron a desarmar a su comandante junto con algunos de sus leales seguidores y lo forzaron a huir a Estados Unidos.¹⁰⁹

A pesar de que contaba con pocos hombres y carecía por completo de experiencia militar, Madero decidió emprender una campaña por su cuenta, en vez de esperar a Orozco, Villa o cualquier otro de los jefes revolucionarios más experimentados. Atacó la ciudad de Casas Grandes con la intención de anotarse una victoria y de instalar su gobierno en un escenario urbano. El ataque fue un sonado fracaso. A pesar de que sus tropas mostraron gran valor al asaltar la población fuertemente resguardada, Madero no se dio cuenta de la llegada de refuerzos federales que lo atacaron desde la retaguardia y pusieron en fuga a sus hombres. Pero Madero los impresionó por su valor físico. De hecho fue el último en retirarse. “Me dije que este hombre o bien no sabe que las balas matan o es extremadamente valeroso”, escribió acerca de él su guardaespaldas, Máximo Castillo.¹¹⁰ Por fortuna para Madero el fervor revolucionario de sus soldados era tal que no desertaron tras la derrota, y obedecieron sus órdenes de retirarse a la hacienda de Bustillos adonde, por razones no del todo claras, el ejército federal no se decidió a seguirlos.

Díaz y sus partidarios tuvieron durante un tiempo la esperanza de que la derrota de Madero revertiría la marea, impediría que los revolucionarios de Chihuahua se le unieran y haría desistir a los posibles rebeldes de otras regiones. Además, confiaban en que los cambios políticos que habían llevado a cabo satisfacerían la demanda de que el clan Terrazas fuera removido del poder político.

Pocas semanas más tarde pudieron comprobar cuán infundadas eran esas esperanzas. La llegada de Madero había desatado una fuerza revolucionaria que ya nadie podía contener. A escala nacional, la información gubernamental sobre la derrota de Casas Grandes fue ignorada y en muchos casos ni siquiera creída, pero la noticia de que Madero estaba en México inspiró nuevos alzamientos. Para marzo de 1911 lo que ocurría en Chihuahua había dejado de ser excepción.

Las sublevaciones que para entonces se producían en todo el país eran diferentes en su tamaño, su composición social y el grado de control que la dirección maderista ejercía sobre ellas. En algunos estados sólo surgieron pequeños grupos guerrilleros, pero incluso éstos eran peligrosos para el gobierno dado que solían contar con un amplio apoyo popular y requerían el empleo de un número mucho mayor de soldados federales. En otros estados, como Morelos, se aglutinaron ejércitos revolucionarios de varios miles de hombres.

También su conducción y su base social diferían. En Morelos había surgido un verdadero líder campesino en la persona de Emiliano Zapata, mientras que en los dos estados norteños adyacentes a Chihuahua, Sonora y Coahuila, los movimientos revolucionarios estaban encabezados en buena parte por hacendados que se oponían a Porfirio Díaz. En conjunto, Madero tenía más control sobre los revolucionarios del norte que sobre los del sur, quienes, aunque nominalmente maderistas, seguían en gran medida sus propias estrategias y sus propios planteamientos políticos. Los intentos de Díaz por contener estos movimientos, tanto por medios militares como prometiendo reformas, fracasaron estrepitosamente. En gran parte del país, sus tropas apenas lograban conservar las grandes ciudades, mientras los revolucionarios controlaban zonas cada vez mayores del campo.

Las promesas de reforma dieron comienzo el 1 de abril de 1911. En su informe anual a la nación, Díaz dijo que no habría más reelección ni del presidente ni de otros funcionarios de su gobierno. Se haría una reforma agraria para repartir las grandes propiedades entre los campesinos. Se devolvería la autonomía a las ciudades y los pueblos. Díaz acompañó estos ofrecimientos con una serie de medidas concretas: fueron destituidos muchos gobernadores y jefes políticos impopulares, y se modificó el gabinete. Aunque Limantour permaneció como secretario de Hacienda, fueron destituidas varias figuras íntimamente vinculadas con los científicos. El 12 de abril, el impopular vicepresidente Ramón Corral fue persuadido de dejar el país. Pero estas promesas y cambios no frenaron a los revolucionarios; por el contrario, muchos mexicanos los vieron como signos de debilidad, expresión de que el régimen de Díaz se venía abajo.

Así ocurrió ciertamente en Chihuahua, donde los comandantes federales pronto se dieron cuenta de que su política de “reforma” había sido un completo fracaso. Poco después de que Madero cruzó la frontera hacia México, Hernández escribía desde Chihuahua:

Las noticias que se tienen y que predominan en esta capital son: que el pueblo en general, y aun parte de la clase mediana, no sólo simpatizan con los sediciosos, sino que están en contacto con ellos, cuando se aproximen o entren a esta plaza, dominando la idea de que han de acabar con la familia Terrazas y con la de Creel, con sus fincas e intereses y con el Banco Minero. Además de esto, los instigadores han ofrecido a sus partidarios que al tomar esta ciudad concederán un día, dos o más, de saqueo general; por esto, el pueblo espera ansioso el día del robo.

Hernández describía a continuación un episodio que en su opinión expresaba “el sentir de estos habitantes”. Se había producido un tiroteo en la penitenciaría estatal. Los presos se apoderaron de las armas y se abrieron paso a balazos para escapar; se reunió una muchedumbre frente a la penitenciaría y, cuando llegaron los soldados, “al gritar muertas a los federales, gritaban ‘¡Viva Madero!’”

Había toros, y al circular en la plaza la noticia del tiroteo, aquel pueblo gritó también vivas a Madero y muertas a Creel. De todo esto se deduce que el pueblo espera sólo el momento oportuno para levantarse en masa y unirse a las filas de bandidos que capitanea Madero.

El conocimiento que tengo de esta situación hace que conserve en la plaza una fuerza regular para hacerle frente, y hay que convenir en que si estos bandoleros intentan atacar la plaza, tendremos que matar mucha gente. Debo decir a usted, señor presidente, que da gusto ver el brío de nuestras tropas, siempre deseosas de batirse con esas chusmas.¹¹¹

Muy pronto, tanto Hernández como el gobernador Ahumada entendieron que sus esperanzas de que la derrota de Casas Grandes revirtiera el curso de la revolución eran vanas. Casi todos los comandantes revolucionarios, incluido Orozco, acudieron a ver a Madero en la hacienda de Bustillos, donde había establecido su cuartel general, y lo reconocieron como comandante en jefe. Para el 21 de marzo, menos de dos semanas después de la derrota de Madero en Casas Grandes, Hernández le escribió a Díaz que el ejército federal estaba en abierta retirada. “La acción del gobierno”, decía Hernández reconociendo de hecho su derrota, “está circunscrita al radio que ocupan las fuerzas federales; donde faltan éstas, no hay autoridades. Los distritos de Guerrero y Benito Juárez están ocupados en su mayor parte por revoltosos [...] Del distrito de Galeana sólo Casas Grandes no ha sido ocupada por ellos”.¹¹² En efecto, las tropas federales se habían retirado a unas pocas ciudades grandes y habían dejado el campo en

poder de los revolucionarios; su estrategia, que había sido ofensiva pocas semanas antes, era ya puramente defensiva. En vista de los levantamientos que estallaban por todo México, el gobierno no podía enviar más refuerzos a Chihuahua y el número de soldados destacados allí había descendido a cuatro mil.¹¹³ Un factor de importancia aún mayor era la creciente oposición popular al régimen.

El general Villar, que había sido enviado para sustituir al infortunado Hernández, le informaba a Díaz: “Dice el señor general Hernández que no mandó atacar a Madero en Bustillos porque esta ciudad tiene ochenta y cinco por ciento de maderistas, y así también lo dice el señor gobernador, y temía que al salir fuerza a atacar se levantara el populacho de esta capital y se echara sobre la guarnición que quedaría débil con la salida de la fuerza”.¹¹⁴ Como resultado de esa retirada federal, Madero no sólo dominó gran parte del estado de Chihuahua, sino que pudo proceder a transformar su variopinta conjunción de guerrillas en una fuerza de combate bien disciplinada. Era una tarea formidable y problemática. No había entre sus hombres soldados profesionales. Su armamento variaba: algunos tenían rifles, otros sólo pistolas, algunos sólo poseían machetes. No estaban acostumbrados a la disciplina militar. Muchos consideraban que podían irse a su casa en cualquier momento. Aunque reconocían la dirección de Madero, los voluntarios sólo obedecían a sus superiores locales e inmediatos. Los seguidores del PLM rechazaban de plano la autoridad de Madero. Todavía más preocupante para éste era la estructura de mando. De los comandantes militares, el hombre en quien al parecer más confiaba y a quien invistió con la mayor autoridad militar fue Giuseppe Garibaldi. En un país tan nacionalista como México, un extranjero tenía poca oportunidad de suscitar el tipo de reconocimiento que requiere el caudillo de unas tropas revolucionarias. Para complicar el problema, Garibaldi simplemente no poseía las capacidades técnicas ni el tipo de personalidad característica de los escasos líderes revolucionarios extranjeros que, como su abuelo en Uruguay o el Che Guevara en Cuba, han logrado tener ese tipo de autoridad en América Latina. Garibaldi no poseía ningún talento militar digno de mención y además era engreído y vanidoso. Cada vez eran más los jefes locales que rechazaban su autoridad. Por otra parte, Madero no tenía plena confianza en Pascual Orozco, el dirigente revolucionario más capaz y popular, y a cuya autoridad la mayoría de los comandantes estaban dispuestos a someterse, pero que tenía ambiciones políticas propias, y sólo unas semanas antes se había negado a subordinar sus tropas a un comandante nombrado por Madero.

A pesar de todas estas dificultades, Madero pronto se dio cuenta de que los guerrilleros chihuahuenses tenían una gran ventaja sobre muchos revolucionarios del centro y el sur del país: poseían una rica tradición de combate; sus abuelos no sólo habían peleado contra los franceses (como el resto del país), sino también, durante largos años, contra los apaches.

Inicialmente, Madero había tenido la esperanza de convertir a estos voluntarios en algo parecido al ejército regular mexicano. Con ese fin, había llamado a sus filas a tres antiguos oficiales federales. El más destacado de ellos, Rafael Aguilar, propuso dividir al ejército en compañías de treinta hombres, que a su vez se dividirían en escuadras, y designar a militares competentes para encabezarlas. Madero pronto comprendió que sus voluntarios nunca aceptarían esa estructura. Querían quedarse con sus compañías originales, con frecuencia formadas por amigos y parientes procedentes del mismo pueblo, y querían como jefes a los hombres que ellos habían elegido.

Tras algunas vacilaciones iniciales, Madero se mostró flexible. Despidió a Aguilar y reconoció a todos los oficiales existentes. Su grado dentro del ejército dependería del número de hombres que habían sido capaces de reunir. Las compañías originales se conservaron intactas, y Madero incluso reconoció el derecho de todos los soldados a abandonar el ejército siempre que no hubiera una batalla en curso y que devolvieran el caballo y las armas que se les habían dado. Sólo si partían durante una batalla se les consideraría desertores. Se establecieron incentivos adicionales: todos los soldados cobrarían un peso diario y se les aseguraba que, en caso de morir, su viuda obtendría una pensión. Cuando terminara la revolución, todos los antiguos soldados recibirían concesiones de terrenos nacionales propiedad del gobierno. Se establecieron tribunales disciplinarios para juzgar a los hombres acusados de indisciplina, pillaje o desertión. Sin embargo, sólo se dictaron unas pocas sentencias, la mayoría de las cuales fueron silenciosamente revocadas, y se permitió a los prisioneros que se reincorporaran al ejército en el momento del combate. Sólo hubo un caso claro en que se fusiló a un desertor: se trataba del bandido Juan Carrasco, que se había unido a Toribio Ortega y José de la Luz Blanco y había intentado desertar durante el sitio de Ojinaga. Fue juzgado, sentenciado y ejecutado.¹¹⁵

El prestigio personal de Madero, las historias que se contaban sobre el valor que había mostrado en Casas Grandes y el hecho de que lograra armar y pagar a sus tropas acrecentaron su autoridad, de manera que resultaba difícil para los jefes subordinados desafiarla. La excepción eran las tropas que sólo reconocían

el liderazgo de los hermanos Flores Magón y que no aceptaron unirse al ejército de Madero ni su jefatura. Al tratar con los magonistas, Madero pudo percibir también los límites de la autoridad que tenía sobre sus propios hombres ya que cuando ordenó a Orozco que desarmara a los magonistas si no se disciplinaban, éste se negó.¹¹⁶ Una vez más, el control de Madero sobre su ejército pareció dudoso. Pocos días después, esta situación se modificó drásticamente cuando Pancho Villa, con setecientos hombres bien disciplinados, se le unió en su campamento de Bustillos.

EL NACIMIENTO DE UNA RELACIÓN AMBIGUA: MADERO Y VILLA

En los meses transcurridos entre el estallido de la revolución, en noviembre, y el momento en que se unió a Madero, en marzo de 1911, Villa se había convertido en comandante de una fuerza guerrillera sólo inferior en número a la de Orozco, lo cual resulta aún más notable y en cierta forma desconcertante si se toma en cuenta que su historial militar era inferior, y que no había logrado ninguna brillante victoria comparable con las que le darían fama mundial en los años por venir. En realidad, eran más sus derrotas que sus triunfos.

Tras una pelea con Orozco,¹¹⁷ Villa se retiró del pueblo de San Andrés, desde el cual pensaba emboscar a un convoy federal que llevaba municiones y que supuestamente debía pasar cerca de allí. Como la mayoría de sus hombres eran de San Andrés, les dio unas horas de permiso para reunirse con sus familias y desatendió un aviso de que se acercaban tropas federales, pensando que se trataba del esperado convoy de municiones. Así, una fuerza de choque federal atacó por sorpresa, y las tropas de Villa, dispersas por todo el pueblo, no pudieron oponer una resistencia eficaz. Con unos pocos, Villa se atrincheró en la estación de ferrocarril y resistió hasta la noche, cuando logró escapar a las montañas con lo que quedaba de sus fuerzas. Había perdido casi todos sus caballos y bastimentos.¹¹⁸ A pesar de esa derrota y del clima helado de las montañas, muchos de sus hombres se reunieron con él y nuevos reclutas se incorporaron a sus filas. Tomó más de cuatrocientos caballos de una hacienda vecina, que pertenecía a uno de los miembros más ricos de la oligarquía del estado y, antes de proceder a su siguiente acción militar, ocupó la hacienda de Santa Gertrudis donde obtuvo grandes cantidades de dinero, armas y comida. Luego, entró en la población minera de Naica, donde el gerente de la compañía también puso a su disposición alimentos y dinero.

Esta actitud “amistosa” de los hacendados, administradores o propietarios de minas hacia los revolucionarios no se debía generalmente a la simpatía. Según el administrador de una gran hacienda de Durango, Gómez Palacio, los hacendados simplemente no tenían opción. Al principio, cuando la revolución empezaba y parecía relativamente débil, Gómez Palacio había convocado a los hacendados para “que nos reunamos [y] con la sanción del gobierno o sin ella levantemos fuerzas capaces de hacer frente a los revoltosos”. Sin embargo esas fuerzas para la defensa de sus propiedades, escribió, se podían “sostener solamente mientras la revolución se mantenga en las proporciones que tiene hasta ahora; pero si por desgracia se llegase a extender más, ya no será posible, y aunque lo fuera no sería prudente contener su avance por nosotros los particulares”.¹¹⁹

Villa se sentía ahora suficientemente fuerte para atacar Ciudad Camargo, una de las mayores poblaciones de Chihuahua. Durante horas, las tropas villistas asediaron la ciudad. Cuando estaban a punto de ocupar los últimos reductos de la población, desde los cuales los defensores aún disparaban, llegaron refuerzos federales, y tuvieron que replegarse una vez más. Tampoco tuvo éxito en su intento de ocupar la población de El Valle de Zaragoza, que no se decidió a atacar en vista de las fortificaciones que sus defensores habían levantado. Tras convocar vanamente a los federales a que salieran y pelearan con él en campo abierto, se retiró de nuevo.

Esta falta de resultados no disuadió a Villa, sino que, por el contrario, se planteó a continuación objetivos más altos. Decidió intentar la toma de una de las mayores ciudades de Chihuahua, Parral, donde había vivido durante muchos años y por la que tenía especial predilección. Para preparar el ataque, emprendió una acción poco sensata en todos los sentidos. Junto con otro oficial bajo su mando, Albino Frías, decidió entrar él mismo en Parral para reconocer sus defensas. Era un paso arriesgado, porque docenas de personas lo conocían en la ciudad. De hecho fue identificado por un antiguo enemigo que alertó a la guarnición. En vez de huir, se refugió en el rancho de un amigo y allí, según sus memorias, fue atacado por ciento cincuenta soldados.¹²⁰ Su descripción de la forma en que Frías y él se abrieron paso a balazos a través del cerco de ciento cincuenta hombres haría las delicias de cualquier productor de Hollywood. Tal vez el relato sea exagerado, pero los dos lograron en efecto escapar, cada uno por su lado. Cuando Villa por fin llegó al campamento donde había ordenado que sus tropas lo esperaran, lo halló desierto. En el pueblo siguiente, localizó a algunos de sus soldados y oficiales quienes le dijeron que Frías lo había dado por muerto, y ellos habían decidido entonces abandonar la revolución e irse a sus casas. Al

enterarse de que Villa estaba vivo, se reunieron rápidamente con él y poco después estaba encabezando una fuerza aún mayor que la que tenía antes de su incursión en Parral: según algunas versiones, constaba en aquel momento de setecientos hombres. Villa logró entonces su primera victoria desde su retirada de San Andrés. En La Piedra derrotó a una fuerza de ciento cincuenta soldados federales que lo perseguían, y se apoderó de gran parte de su equipo y sus armas.¹²¹ En marzo de 1911, se dirigió a Bustillos para ponerse junto con sus hombres a disposición de Madero.

Su falta de éxito militar se reflejaba en la escasa atención que le prestaban el gobierno mexicano, los cónsules estadounidenses que informaban sobre la revolución y los medios noticiosos estadounidenses, que buscaban ávidamente datos sobre los alzamientos que se sucedían en México. En los informes de civiles y militares que le llegaron a Porfirio Díaz, Villa sólo es mencionado dos veces, y brevemente. Alberto Terrazas decía en uno de sus informes que el “bandido Villa” se había unido a la revolución, y un oficial anónimo del estado de Zacatecas expresaba el temor de que el “formidable bandido, Francisco Villa”, pudiera entrar en su estado y causar disturbios.¹²² No era a él sino a Orozco a quien se mencionaba constantemente en todos los informes y artículos de periódico como el alma y corazón de la revolución, y al que se referían como el jefe militar más capaz que ésta había producido.

Resulta a primera vista inexplicable por qué Villa, a pesar de todo, pudo levantar una fuerza sólo inferior a la de Orozco. Para que los dirigentes militares que pierden batallas logren, aun así, retener a sus seguidores es necesario que sean ideólogos o bien posean un atractivo religioso. Esto podía decirse de Madero pero ciertamente no de Villa. Una hipótesis puede ser que Villa seguía siendo un bandido y que sus hombres permanecían con él porque les permitía saquear a placer. Hay algunos indicios de que, al principio mismo de la revolución, cuando mandaba pocos hombres y entre ellos había un número desproporcionado de compañeros de sus días de bandolero, se cometió algún pillaje. Un dirigente revolucionario que participó en el ataque de las tropas maderistas a la ciudad de Santa Isabel dice que los hombres de Villa saquearon una tienda tras otra.¹²³ Pero, al parecer, conforme el contingente crecía, Villa modificó drásticamente su política: no sólo ya no hallamos informes sobre saqueos y pillaje, sino que la mayoría de los observadores contemporáneos sostienen que sus tropas eran las más disciplinadas del ejército de Madero.

Una de las primeras descripciones contemporáneas sobre Villa en esa temprana etapa de su carrera revolucionaria es la de Ignacio Herrerías, un

corresponsal de *El Tiempo*, periódico que se publicaba en la ciudad de México cuando el régimen de Díaz todavía mantenía firme control sobre la capital. “Este don Francisco Villa”, escribió Herrerías,

es el hombre más respetado entre los revolucionarios, que si quieren y obedecen ciegamente a Orozco, temen más a Villa porque saben que no se tiente el corazón para hacerse respetar.

Se le atribuyen muchos delitos antes de haberse lanzado a la revolución, pero se asegura que desde que está en ella es el más honrado y el más recto, sobre todo impidiendo que su gente cometa abusos de ninguna clase.¹²⁴

Decir que Villa era un líder nato, una personalidad carismática que arrastraba a la gente, es decir mucho y nada al mismo tiempo. Tales definiciones no muestran qué era lo que inspiraba a sus hombres a seguirlo y aceptarlo con una especie de incuestionada lealtad que pocos dirigentes revolucionarios suscitaron. Un elemento importante de ese atractivo era sin duda la audacia. Con pocas excepciones, como la vez en que fue sorprendido por el enemigo en San Andrés, siempre era él quien tomaba la iniciativa. No temía arriesgarse aun con las probabilidades en su contra, como cuando atacó a una fuerza federal numéricamente superior, con sólo unos pocos hombres, en la batalla de Tecolote.

Aunque tales acciones no resultaban siempre bien, especialmente no en esta primera fase de la carrera de Villa, tampoco eran muy costosas en vidas humanas. En contraste con las futuras campañas de Villa, durante la revolución maderista las bajas fueron relativamente escasas entre sus hombres, gracias en parte al factor sorpresa que empleaba en la mayoría de sus acciones, y a su conducción. Su puntería y su valor personal también suscitaban admiración.

El ataque a una fuerza federal muy superior en Las Escobas y el hecho de que la mayoría de sus hombres salieron de ella indemnes, así como la osadía de entrar en Parral, donde era grande el peligro de que lo reconocieran, parecían confirmar los cuentos y leyendas que estaban empezando a circular acerca de él. Además, procuraba siempre establecer una relación personal con sus hombres. Desiderio Madrid Carrasco, un soldado que se le unió en 1913, narra la impresión que le causó la forma en que Villa lo trataba a él y a los demás soldados. Carrasco se unió primero a un jefe local, Porfirio Ornelas, que tenía pocos medios y no podía equipar a sus hombres, por lo que decidió unirse a Villa y ponerse bajo su mando. La descripción que hace Carrasco de su encuentro con el jefe revolucionario es característica del trato de Villa con sus soldados. “El

general tenía a su tropa bien formadita [...] Personalmente nos saludó de mano uno por uno al tiempo que nos preguntaba: ¿qué tal muchacho?, ¿cómo te llamas?, ¿de dónde eres?, ¿tienes familia? Luego mandó que nos repartieran comida, ropa, armas y municiones.” Antes de cada batalla, Villa solía incursionar en las grandes haciendas de los alrededores. Pagar bien a sus soldados y atender sus necesidades eran las piedras de toque de su política. Así lo deja ver Carrasco: “Cada semana el general Villa nos mandaba pagar quince pesos en moneditas de oro, yo ni conocía las oncitas de oro [...] Después de los combates hacía juntas para ver a quiénes habían matado o estaban heridos, ver quiénes faltaban, atendía a los que necesitaban algo y les repartía más parque. A veces pagaba personalmente.”¹²⁵

Para estrechar los vínculos con sus hombres y tal vez para evitar que lo envenenara algún cocinero, a menudo Villa se acercaba a alguna fogata, donde sus hombres estaban comiendo, y les pedía permiso para compartir su comida. Pero al prestigio, la amabilidad y el cuidado se sumaba una estricta disciplina: Villa ejecutaba sin piedad a cualquiera que desobedeciera.

No hay duda de que la autoridad que tenía sobre sus hombres y la disciplina que mantenía impresionaron a Madero y fortalecieron su convicción de que podía ser el único caudillo revolucionario que a la vez tenía mucho arrastre en Chihuahua y en quien se podía confiar para cumplir las órdenes recibidas. Pronto hubo de ponerlo a prueba. Poco después de la llegada de Villa al campamento, las relaciones de Madero con los magonistas llegaron a un punto de ruptura: ordenó a los dirigentes magonistas que lo apoyaran en un ataque sobre Ciudad Juárez, y ellos lo desafiaron abiertamente diciendo que sólo participarían en el ataque si, después de obtenida la victoria, permitía a las tropas saquear la ciudad durante tres días. La autoridad de Madero quedó más gravemente en entredicho cuando Orozco se negó a obedecer sus órdenes de desarmar a los insubordinados. La actitud de Orozco se debía probablemente no sólo a las tradicionales simpatías y vínculos que tenía con los magonistas, sino a su deseo de debilitar la figura de Madero. Parecía que no había nadie más a quien éste pudiese recurrir para imponer su autoridad. Giuseppe Garibaldi, que tenía el mismo rango que Orozco y que no habría puesto reparos políticos para proceder contra los magonistas, carecía del prestigio y el poder necesarios. En ese momento, Madero no vio más que una salida: recurrir a Pancho Villa. Le pidió que desarmara a los magonistas, pero sin derramamiento de sangre, no sólo por un sentimiento humanitario, sino porque se daba cuenta de que una

confrontación sangrienta entre revolucionarios colaboraría a desacreditarlo y sería muy útil para la propaganda porfirista.

En ese momento Villa probó su lealtad a Madero y a la vez demostró su ingenio. Con lujo de espectacularidad, embarcó a sus tropas en una estación de ferrocarril, operación que distrajo la atención de los oficiales y soldados magonistas, curiosos y desconcertados ante esa conducta. A una señal acordada, los soldados de Villa saltaron sobre los magonistas, que no llevaban armas, y con ayuda de los puños, sin matar a un solo hombre, lograron someterlos.¹²⁶

Si a diferencia de todos los demás líderes revolucionarios, Villa accedió a proceder contra los magonistas, fue por dos motivos. Uno era la admiración y fascinación que sintió por Madero desde su primer encuentro. Una y otra vez, Villa reiteraría esa primera impresión.

Este hombre es un rico que pelea por el bien de los pobres. Yo lo veo chico de cuerpo, pero creo que es muy grande su alma. Si fueran como él todos los ricos y poderosos de México nadie tendría que pelear y los sufrimientos de los pobres no existirían, pues entonces todos estaríamos cumpliendo nuestro deber. Porque ¿cuál ha de ser la ocupación de los ricos si no trabajan por sacar de su miseria a los pobres?¹²⁷

Madero poseía varias cualidades que Villa admiraba: era un hombre con educación, y Villa siempre tuvo un gran respeto por la gente ilustrada y un complejo de inferioridad porque su educación era tan escasa. Esto lo hacía particularmente sensible a la arrogancia de quienes sabían más que él. Por ello la sencillez de Madero –“Él contestaba a todos mis soldados con amables saludos de cariño”– le resultó especialmente notable. Además, lo consideraba escrupulosamente honesto, y admiraba el valor físico de que el hombre bajito había dado pruebas en la batalla de Casas Grandes.

Otra razón por la que Villa estuvo dispuesto a obedecer las órdenes de Madero fue que, a diferencia de Orozco y de la mayoría de los jefes militares del movimiento maderista de Chihuahua, nunca había participado en la política de oposición antes de 1910. Todos aquellos que de una u otra forma habían luchado contra Creel y Terrazas antes de 1910 habían establecido alguna forma de colaboración con los magonistas y se resistían a proceder contra ellos.

A la larga, haberlo hecho le costó la oposición de muchos radicales mexicanos y luego estadounidenses. Pero, a corto plazo, convenció a Madero de que no sólo

era un comandante militar de primer orden, sino que podía también servir de eficaz contrapeso para Orozco.

Uno de los primeros decretos que Madero firmó como presidente provisional del país fue para nombrar a Villa mayor de su ejército. A las pocas semanas, lo promovió a coronel. Para no indisponer a Orozco, Madero se aseguró de que siempre se hallara un rango por encima de Villa: cuando éste fue nombrado mayor, Orozco se convirtió en coronel y, cuando Villa llegó a coronel, Orozco fue promovido a general. El gobierno había tildado a los revolucionarios de bandidos, forajidos y rebeldes. El alto grado otorgado a Villa alimentaba el fuego de la propaganda gubernamental. Para contrarrestarla, Madero envió una carta a *El Paso Morning Times* diciendo que Villa nunca había sido en realidad un bandido, sino que se había visto forzado a vivir fuera de la ley debido a las políticas represivas del gobierno porfiriano.¹²⁸

Esta carta era a la vez una justificación, ante la opinión pública mexicana y estadounidense, por haber aceptado a Villa en sus filas y una promesa implícita de indulto para el caudillo revolucionario. También señala la difusión de la leyenda de Villa más allá de los estrechos confines de ciertas regiones de Chihuahua. Al presentarlo como un Robin Hood, la carta contribuyó al proceso por el que atraería el interés de la prensa estadounidense y mexicana.

Gracias en gran medida a la ayuda de Villa, Madero había logrado, en las pocas semanas que permaneció en Bustillos, imponer su autoridad y crear un ejército unificado y disciplinado a partir de las heterogéneas fuerzas guerrilleras que se le habían unido en aquel lugar. Charles C. Harris era un fotógrafo estadounidense que pasó algún tiempo con las tropas revolucionarias y luego comunicó sus observaciones al cónsul de Estados Unidos en Chihuahua. Le habían impresionado el armamento de los revolucionarios, su disciplina y su ideología.

En cuanto a armas y equipo, los rebeldes estaban aparentemente muy bien provistos [...]

En cuanto a disciplina y moral, el señor Harris dijo que un orden estricto reinaba en todo el campo y que los hombres parecían contentos y en general en buena condición. Madero mantenía un cuerpo de policía militar, uno de cuyos principales deberes era ver que ningún tipo de licor entrara en el campamento. El señor Madero le dijo a mi informante que le había costado mucho trabajo eliminar a los indeseables. En relación con esto, dijo que a

veces había tenido que hacer matar a un hombre, y que muchos otros habían sido licenciados. Estos últimos no corrían peligro de ser arrestados.

Lo que más impresionó al fotógrafo fue la ideología de los revolucionarios.

El señor Harris expresó cuán notables le parecían el buen orden del campamento y la ordenada apariencia general de los individuos con quienes en ocasiones conversaba. Los jefes hablaban con esperanza de la situación y del triunfo final de las ideas por las que luchaban y que, según decían, eran la oportunidad de poseer tierras, la abolición del sistema del jefe político y la destrucción de otros métodos parecidos de gobierno que no corresponden a las garantías de la Constitución mexicana, así como cambios en el funcionamiento de las leyes electorales.¹²⁹

Una de las razones por las que Madero logró disciplinar a sus hombres era que la mayoría de ellos, a diferencia de los que integrarían los futuros ejércitos revolucionarios en México, eran maduros jefes de familia, con una clara conciencia de por qué luchaban. Este hecho fue registrado por el primer y único corresponsal procedente del México central, Ignacio Herrerías, a quien se le permitió visitar el cuartel de Madero y escribir sobre él cuando Díaz era aún presidente. “Detalle curioso que observé”, informó, “es el de que la mayoría de los revolucionarios son hombres de treinta y cinco años en adelante. Pocos jóvenes hay, y me lo explicaron diciendo que la gente de estos rumbos respeta mucho a los padres y que éstos dejan a los hijos el cuidado de sus terrenos y de la familia y se lanzan a la pelea. Hombres de más de cuarenta años se cuentan por centenares.”¹³⁰ La impresión que Herrerías quería comunicar sin decirlo era que no se trataba de una revuelta de delincuentes, bandidos o marginales, sino de respetables jefes de familia.

A primera vista no es fácil explicar por qué esos dignos padres de familia tendrían en tanto respeto a un hombre que antes de la revolución había “cometido muchos delitos”. Pero cuatro factores pudieron pesar en ese sentido. El primero fue sin duda la audacia y la ausencia de temor que mostró Villa durante la campaña militar. Esto era algo que podían apreciar muchos de sus hombres, descendientes de los que pelearon contra los apaches y que conocían el valor de una capacidad de lucha poco común. El segundo elemento fue que, para contrarrestar su imagen de forajido, mantuvo una disciplina más estricta y un mayor control sobre sus hombres que ningún otro de los comandantes revolucionarios. También influyeron la confianza que Madero puso en él y su

origen humilde, que tal vez hacía pensar a muchos de los revolucionarios que no se volvería contra ellos después de la victoria.

Pancho Villa aparecía como uno de los cuatro principales jefes militares del ejército revolucionario, junto con Orozco, Giuseppe Garibaldi y José de la Luz Blanco. En la práctica, su prestigio y su poder dentro del ejército sólo eran inferiores a los de Orozco. A los ojos de Terrazas, se había convertido en el dirigente revolucionario más peligroso de Chihuahua. “Aunque Francisco Madero admita algún compromiso [...]”, escribía Luis Terrazas hijo a su padre, “Villa no se sometería a él.”¹³¹

LA DECISIÓN DE CIUDAD JUÁREZ

En abril de 1911, con renovada confianza ante las noticias sobre los alzamientos que se estaban produciendo en todo México, Madero decidió pasar a la ofensiva y capturar Ciudad Juárez. La toma de esta población, la segunda de Chihuahua, no sólo daría a los revolucionarios un gran apoyo psicológico, sino que les permitiría controlar el tráfico hacia y desde Estados Unidos. En consecuencia, podían esperar ser reconocidos por ese país como beligerantes y así tener libre acceso a la compra de armas estadounidenses. En pocos días, el ejército revolucionario puso sitio a la ciudad y aisló a su guarnición de setecientos hombres del resto de México, aunque no de El Paso, situada al otro lado del río Bravo.

En algunos aspectos, las acciones militares de los revolucionarios parecían corresponder a los deseos de los comandantes federales, que habían expresado la frustración que les producían las estrategias guerrilleras. Por primera vez los revolucionarios se constituían en un ejército regular dispuesto a presentar batalla frontal a las fuerzas federales. Pero, en vez de encarar este desafío y avanzar sobre Ciudad Juárez, donde podían capturar a los rebeldes en un movimiento de pinzas entre la bien fortificada guarnición y una fuerza procedente del sur, las tropas del gobierno decidieron permanecer inactivas en la capital de Chihuahua. El temor del gobernador y los comandantes de que se produjera un levantamiento popular en esta ciudad fue un poderoso motivo para no abandonarla. Otro pudo ser la gradual desmoralización de las tropas.

El 7 de abril de 1911, el ejército de Madero inició su marcha hacia el norte. Estaba encabezado por dos columnas de quinientos jinetes cada una, la primera comandada por Pascual Orozco y la segunda por Pancho Villa. Detrás de ellas venían mil quinientos jinetes al mando de Madero. Hasta su llegada a Ciudad

Juárez hallaron escasa resistencia federal y su avance parecía una marcha triunfal.

Los revolucionarios entraron en Temosachic sin disparar un solo tiro y fueron recibidos por una población jubilosa. Casas Grandes, escenario de su mayor derrota sólo unas semanas antes, fue ocupada sin mayor resistencia. En Bauche, a veinte kilómetros de Ciudad Juárez, una guarnición federal intentó resistir pero, tras un sangriento combate, fue también sometida. Al día siguiente, el ejército de Madero inició el sitio a Ciudad Juárez rodeándola por tres lados, de modo que quedó sin comunicación con el resto de México, y su único puente con el mundo exterior era El Paso, en Estados Unidos. Madero solicitó la rendición al comandante federal de la guarnición de Ciudad Juárez, el general Navarro, que se negó, creyendo tal vez que las fortificaciones que había levantado les permitirían a sus setecientos hombres resistir la embestida revolucionaria, pero sobre todo, confiando en que Madero y sus tropas no se decidirían a llevar a cabo un ataque en gran escala, en vista de la posibilidad de que algunas balas perdidas cruzaran la frontera y pusieran en peligro vidas estadounidenses, con riesgo de provocar la intervención de Estados Unidos. Éste fue uno de los dos factores que transformaron el entusiasmo inicial de Madero por la captura de Ciudad Juárez en vacilación y renuencia. El segundo factor fue una hábil “ofensiva de paz” que lanzó el gobierno de Díaz con el apoyo de destacados miembros de la familia Madero.

El súbito deseo del gobierno de Díaz de negociar con los revolucionarios se debía en buena medida al miedo, en ciertos casos verdadero pánico, que se apoderó de los hacendados y de la élite financiera de México ante la aparición de alzamientos revolucionarios grandes y pequeños en todo el país. Nadie ha expresado mejor la actitud de la clase alta mexicana que un miembro de su “ala reformista”, Jorge Vera Estañol, a quien Díaz nombró secretario de Educación con el fin de hacer más aceptable su gabinete a los ojos de la oposición. En un memorándum al secretario de Relaciones Exteriores, Vera Estañol escribía que, en su opinión, dos tipos de revoluciones se estaban produciendo en México.

Una era la que él llamaba una revolución política, que sólo existía en los estados norteros de Sonora, Chihuahua, Durango, Sinaloa y Zacatecas. Su principal demanda, sostenía, era el cumplimiento de los principios de la no reelección y sufragio efectivo. El gobierno debía intentar hacer la paz con esos revolucionarios aceptando esos principios, permitiendo que se celebraran elecciones genuinamente libres y pagándoles alguna compensación monetaria. Vera Estañol creía que tales concesiones, junto con una amnistía, serían

suficientes para lograr la paz con ellos. No consideraba necesario darles puestos en el gabinete o entregarles gubernaturas, y la renuncia de Díaz estaba fuera de cuestión. Pensaba que tal acuerdo era absolutamente imprescindible dada la necesidad de aplastar con la mayor energía la revolución que se producía en el resto del país y que él designaba con el nombre general de “anarquía”.

Todos los días aparecen en los periódicos noticias de bandas rebeldes que de la noche a la mañana se organizan en diferentes puntos del país [...] En esta situación se entregan al pillaje y al asesinato: levantan rieles de ferrocarril, destruyen las comunicaciones telegráficas y telefónicas, se apoderan de sumas de dinero y artículos de primera necesidad de los poblados, y de caballos, armas y otros pertrechos en las propiedades rurales.

Esas bandas, advertía, estaban proliferando rápidamente y, a menos que se aumentara drásticamente la fuerza del ejército, pronto dominarían en el campo, y el gobierno sólo controlaría las grandes ciudades. En tal caso, “puede decirse que en el país está dominando la anarquía. No es preciso decir lo que significa la anarquía: equivale a la destrucción de la riqueza nacional preparada y conseguida con tanto esfuerzo y con tanto sacrificio durante el último cuarto de siglo; significa la inseguridad personal, o sea, un periodo de verdadera barbarie en medio de la civilización”. Esa situación, por su parte, llevaría inevitablemente a la intervención de las potencias extranjeras que encabezaría Estados Unidos.

La anarquía no se domina con proclamas, con reformas o con planes de gobierno; la anarquía se domina sólo por la fuerza y empleando los procedimientos más radicales de aniquilamiento [...] Eso quiere decir que todos los esfuerzos del gobierno deben encaminarse a aumentar sus fuerzas efectivas militares, a costa de cualquier sacrificio. Esto, a su vez, sólo se puede lograr si el gobierno es capaz de hacer la paz con los revolucionarios políticos y concentra todos sus esfuerzos en destruir a la anarquía.¹³²

Lo que Vera Estañol defendía y la mayoría en las clases altas mexicanas deseaba era la reconciliación de esas clases altas, la cooptación de por lo menos parte de la clase media disidente y un esfuerzo conjunto para aplastar los alzamientos populares, principalmente campesinos, que ocurrían en todo el país y que quedaban subsumidos en el término de “anarquía”. El objetivo básico era mantener el ejército federal y la mayor parte de la estructura de lo que podemos llamar el estado porfiriano.

Dentro de la administración de Díaz, el principal abogado del posible acuerdo con los revolucionarios era el secretario de Hacienda, José Yves Limantour, y quienes más vigorosamente se oponían eran los jefes militares de Díaz, y sobre todo el general Victoriano Huerta, uno de los más destacados.¹³³ Desde su exilio en París, Bernardo Reyes coincidía con ellos y, según informaba Limantour a Díaz, “tiene la secreta esperanza de ser llamado para sofocar el movimiento revolucionario, cosa que él considera relativamente fácil hacer [...] En su concepto, la represión debe hacerse con suma energía, castigando sin piedad a los que fuesen aprehendidos con las armas en la mano”.¹³⁴

Estas diferencias de opinión no eran casuales. Los financieros a quienes Limantour representaba temían que una continuación de la revolución y la guerra civil dañara irreparablemente el crédito internacional de México. Los hacendados, que compartían la opinión conciliadora de Limantour, querían un acuerdo a toda costa, ya que el ejército federal se mostraba incapaz de protegerlos. La alta jerarquía militar, por su parte, estaba profundamente preocupada por la posibilidad de que, en caso de que se llegara a alguna forma de conciliación con los revolucionarios, éstos integraran fuerzas armadas que serían poderosos rivales y menoscabarían su poder. Además, cualquier pacto con los revolucionarios sería un golpe al orgullo del ejército, tanto como reconocer que había sido derrotado.

Es notable el contraste entre el optimismo del mando militar y el pesimismo de los comandantes que se hallaban en el campo, como Hernández y Lauro Villar. En el caso de Reyes, que vivía en Francia y no tenía acceso a los informes de esos comandantes, el optimismo excesivo es comprensible. Pero no en el caso de Victoriano Huerta, que sí estaba informado de cómo se desarrollaban realmente los combates.

La actitud de Huerta y de otros miembros del alto mando federal se debía tal vez en parte a la arrogancia. Después de todo, habían derrotado todas las insurrecciones populares durante más de treinta años de dictadura porfiriana y confiaban en que podían hacer lo mismo con el actual levantamiento. Además, algunos pensaban que podían aprovechar el nacionalismo mexicano, gracias a que Estados Unidos dio en ese momento un paso dramático que parecía ofrecerles la oportunidad para ello.

En marzo de 1911, los crecientes problemas internos de Porfirio Díaz se complicaron con las nuevas y peligrosas presiones de Estados Unidos. El 8 de marzo de 1911, el presidente William Howard Taft envió veinte mil soldados a la frontera y barcos estadounidenses a patrullar las costas mexicanas. Sin embargo,

le aseguró al embajador mexicano León de la Barra, “con gran energía y en un intento por mostrar la sinceridad de su gobierno”, que la finalidad de esta movilización era “mostrar la eficacia y el buen estado de alerta del ejército estadounidense [...] para ayudar moralmente a nuestro gobierno y para hacer más efectiva la vigilancia de la frontera, y evitar el contrabando de armas [e] intimidar a los aventureros malintencionados”. El embajador, tras una larga plática con Taft, informó al presidente Díaz y comentó que él se inclinaba a aceptar sus explicaciones, aunque le preocupaba la movilización emprendida. “A pesar de mi convicción [de que dicha movilización no estaba dirigida contra México] creo que es absolutamente necesario observar muy de cerca los acontecimientos en este país, ya que creo que las medidas tomadas por el presidente Taft pueden tener muy serias consecuencias, ya que alientan a los *jingoes*, que tanto abundan en Estados Unidos.”¹³⁵

A los civiles que rodeaban a Díaz, y sobre todo a Limantour, les preocuparon mucho estas medidas de Taft que daban la impresión de que México no podía mantener su casa en orden y disminuían su crédito. Además, al parecer, temían verdaderamente una intervención estadounidense. Algunos de los jefes militares, en cambio, descartaban esa posibilidad, pero pensaban utilizar la movilización de las tropas estadounidenses para avivar las llamas del nacionalismo. “No debemos temer una intervención yanqui”, escribía el general Gerónimo Treviño a Porfirio Díaz el 22 de abril, seis semanas después de la movilización de las tropas, durante las cuales nada había sucedido, “ya que sigo creyendo que esa intervención no ocurrirá a menos que suceda algo muy inesperado. Sin embargo sería útil propagar la idea de que esa intervención es posible, para despertar el patriotismo de los mexicanos y utilizar esa impresión en defensa del gobierno.”¹³⁶

Con todo, Díaz rechazó las medidas que proponían sus jefes militares y optó por seguir el consejo de Limantour: envió emisarios a Ciudad Juárez para negociar con los revolucionarios.

La división entre civiles y militares que existía en el gobierno también había surgido al parecer entre los revolucionarios. Madero estaba más dispuesto a llegar a un acuerdo que sus jefes militares. Era un humanista a quien horrorizaba el derramamiento de sangre, los elementos conservadores de su familia lo presionaban y compartía, por lo menos en parte, el miedo de las clases altas a la anarquía, que Vera Estañol había expresado. Como mostraría su futura actitud ante Emiliano Zapata, a él también le preocupaba que los movimientos campesinos del centro y el sur del país, que oficialmente hablaban en su nombre

pero a los cuales en realidad no controlaba, pudieran desembocar en la anarquía. Y como gran parte de la clase política de México temía una intervención estadounidense. Sus jefes militares de clase media y baja no sentían tales temores, pero sí el de que el ejército federal, si lograba conservarse, se volviera después contra ellos para intentar exterminarlos, como de hecho ocurriría algún tiempo después.

Madero desatendió al principio la opinión de los militares y, ante la gran insistencia de su familia, accedió a un cese al fuego temporal y a no atacar Ciudad Juárez. Al mismo tiempo, parecía dispuesto a aceptar un acuerdo que habría conservado en el poder no sólo al ejército federal y a grandes sectores del estado porfiriano, sino al propio Díaz, todo a cambio de que el gobierno aceptara el principio de la no reelección, concediera catorce gubernaturas y cuatro puestos en el gabinete a los revolucionarios, y evacuara a las fuerzas federales de los estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila. La renuncia de Díaz no estaba incluida en estas condiciones.¹³⁷

La demora en atacar Ciudad Juárez, el cese al fuego, las negociaciones de Madero con los representantes del gobierno, y la posibilidad de que aceptara condiciones que habrían conservado a Díaz en el poder suscitaron inquietud entre los jefes militares de la revolución y entre sus tropas, cuya moral había tenido un ascenso sin precedentes sólo unos pocos días antes. Madero no hizo público su acuerdo con el emisario de Díaz, pero los rumores de que ese acuerdo existía se filtraron a la prensa estadounidense de El Paso, que seguía muy de cerca lo que ocurría al otro lado de la frontera. El cese al fuego, que Madero no pudo explicar convincentemente, estimuló esos rumores y empezó a producir desmoralización en el ejército revolucionario. Conforme éste avanzaba de Bustillos a Ciudad Juárez, había cobrado un nuevo tipo de legitimidad a los ojos de la gran mayoría de la población de Chihuahua. Ya no era un conjunto heterogéneo de bandas guerrilleras sino un cuerpo regular, bien organizado y bien armado, conducido por un hombre que contaba con un apoyo popular mayor que cualquier mexicano desde Benito Juárez. Podía desplazarse libremente por el estado de Chihuahua y parecía llevado por un impulso irresistible hacia la victoria, mientras el ejército federal se retiraba de grandes zonas de Chihuahua. Reinaba la sensación de que una victoria importante se aproximaba y de que el régimen de Díaz estaba condenado. A lo largo de todo el camino hacia Juárez, más y más hombres se incorporaban.

Este optimismo y esta efervescencia sufrieron una aguda caída con el cese al fuego y durante días las tropas fueron presa de la incertidumbre y la inactividad.

La falta de comida y bastimentos suficientes, así como el retraso de la paga prometida, deprimieron aún más los ánimos. Preocupado por esta situación, Juan Sánchez Azcona, uno de los más cercanos colaboradores de Madero, envió un telegrama al candidato a vicepresidente Francisco Vázquez Gómez, que se encontraba en ese momento en Washington: “Urge venga luego para contrarrestar influencias contrarias. Peligroso mucha prolongación armisticio, pues gente impaciente desertándose”.¹³⁸

Un indicio más de la inquietud que despertó el aplazamiento del ataque sobre Ciudad Juárez es la decisión de los tres principales jefes de las fuerzas revolucionarias, Pascual Orozco, José de la Luz Blanco y Francisco Villa, de enviarle una carta al editor del periódico *El Paso del Norte*, que se publicaba en el lado estadounidense de la frontera. Decía:

Nos ha llamado la atención que cierto periódico publicado en inglés en esa ciudad ha dado impreso en sus columnas la falsedad de que ha habido insubordinación en las filas de las tropas que están al mando del presidente provisional de la República Mexicana, el señor Francisco Madero, debido a la demora del ataque a Juárez [...] los abajo firmantes, que son comandantes de las diversas unidades que operan bajo el mando del señor Madero, consideran necesario hacer público que no ha tenido ni tendrá lugar ninguna insubordinación en ese sentido, ya que todos los hombres bajo nuestro mando obedecen las instrucciones y órdenes del señor Madero, con toda la debida obediencia, y nosotros somos los primeros en hacer otro tanto.¹³⁹

El hecho de que los jefes militares hallaran necesario negar tan vehementemente la versión, así como el de que sólo unos días más tarde llevaran a cabo, en efecto, dicha insubordinación, indica que los rumores que hablaban de descontento ante la actitud de Madero dentro de su ejército tenían bases ciertas.

La carta también indica que para entonces Pancho Villa se había convertido en uno de los tres principales comandantes del ejército revolucionario. Su posición ascendente quedó demostrada el 30 de abril y el 1 de mayo de 1911, cuando, junto con otros once hombres, incluidos otros dos jefes militares, fue invitado a participar en una reunión de “los miembros más prominentes del Partido Antirreeleccionista”, para decidir sobre una disputa que había surgido entre Francisco Madero y algunos miembros de su familia, por una parte, y el candidato a vicepresidente Francisco Vázquez Gómez y miembros destacados de la dirección antirreeleccionista, por la otra. La cuestión en disputa era si los

revolucionarios debían aceptar la paz según los términos acordados por Madero y los representantes de Limantour el 22 de abril, que no incluían la inmediata renuncia de Porfirio Díaz. Durante la reunión, Madero sostuvo que había aceptado eliminar la cláusula relativa porque le habían dicho confidencialmente que Díaz renunciaría de todas maneras. Vázquez Gómez, cuya posición representaba la de la mayoría de los dirigentes tanto políticos como militares del movimiento revolucionario, insistió en que no era posible aceptar tales condiciones, e indicó el peligro de que “parte de las fuerzas insurgentes no quisieran someterse a los nuevos tratados si no los encontraban satisfactorios”. Los reunidos prácticamente forzaron a Madero a cambiar de postura.¹⁴⁰ La opinión de Vázquez Gómez indica una oposición militar particularmente fuerte al pacto propuesto por Madero. Probablemente esa oposición vino menos de Orozco que de Villa y Blanco. Sólo un día más tarde, mientras discutía privadamente otros asuntos con su candidato a la vicepresidencia, Madero llamó a Orozco para pedir su opinión sobre si la renuncia de Díaz debía ser una precondition para la paz. “Señor, a mí no me consulte estas cosas”, replicó Orozco, “porque no entiendo de ellas; díganme que por alguna parte viene el enemigo y yo veré qué hago; pero de esto no sé, ustedes saben lo que hacen.”¹⁴¹

Cuando Madero le dijo al representante gubernamental Francisco Carvajal – que había venido a encontrarse con Madero y a firmar el acuerdo de paz según los lineamientos propuestos por Limantour– que requería la renuncia de Díaz, las negociaciones de paz se rompieron y el 7 de mayo terminó el armisticio. Madero estaba ahora en libertad para atacar Ciudad Juárez, pero se negó a hacerlo, aparentemente porque los dos representantes de Díaz lo convencieron de que iba a suscitar una intervención estadounidense. Estos representantes tenían buenas razones para hacer cuanto estuviera en sus manos para demorar el ataque. Las fortificaciones de Ciudad Juárez eran insuficientes y su guarnición estaba desmoralizada ante el poderío del ejército revolucionario, la falta de municiones y abastos, y porque se les había cortado el suministro de agua. Orozco y Villa decidieron esta vez que había llegado el momento de insubordinarse. Consideraban que un repliegue hacia el sur revitalizaría moralmente al gobierno y desmoralizaría a sus propias fuerzas. Decidieron atacar Ciudad Juárez sin informarle a Madero y fingieron que había surgido conflicto espontáneo e incontrolado entre las tropas federales y el ejército revolucionario. Una vez iniciado, creían, Madero no tendría más opción que lanzar todas sus fuerzas contra la ciudad fronteriza. Y eso fue precisamente lo que sucedió.¹⁴²

Por instrucciones tanto de Orozco como de Villa, un oficial del ejército revolucionario, Reyes Robinson, ordenó a sus hombres que dispararan contra las tropas federales. Éstos respondieron y pronto se generalizó el fuego. Madero intentó desesperadamente detener el combate; envió un mensaje al comandante federal, general Navarro, pidiéndole que ordenara a sus hombres un alto al fuego. Navarro, que se hallaba en una situación muy comprometida, accedió, y sus hombres en efecto dejaron de disparar. Pero no así los revolucionarios: siguieron avanzando sobre la ciudad y no atendieron la orden de cese al fuego de un emisario que Madero envió con una bandera blanca. El combate se entabló de nuevo, más y más rebeldes se incorporaron a él y los hombres de Navarro empezaron a disparar de nuevo.

Por la tarde, Madero hizo un último intento de detener la lucha y envió a Cástulo Herrera de nuevo con una bandera blanca. Como a los anteriores mensajeros, nadie le hizo caso. Según algunas versiones, Villa y Orozco habían cruzado la frontera hacia El Paso, para que Madero no pudiera comunicarse con ellos durante las primeras horas del combate ni forzarlos a detener el fuego, ya que no querían romper abiertamente con él. Cuando Orozco fue por fin a ver al presidente provisional, le dijo que el combate había alcanzado un punto tal que era imposible pararlo, y que la mejor decisión que podía tomar era ordenar un ataque generalizado sobre la ciudad. También le aseguró que en pocas horas Ciudad Juárez estaría ocupada por sus tropas. La convicción de que la victoria era inminente y de que había hecho cuanto estaba en su mano, así como el hecho de que a pesar del intenso fuego no se había producido ninguna intervención estadounidense llevaron a Madero a aceptar la sugerencia de Orozco.

Temerosos de herir a los miles de estadounidenses que se alineaban en la frontera para observar el combate como si asistieran a un juego de fútbol, los revolucionarios atacaron la ciudad a lo largo del río que corría paralelo a El Paso, sin disparar en dirección a Estados Unidos. Mientras Orozco y sus hombres entraban en la ciudad desde el norte, los hombres de Villa la atacaban por el sur. El combate fue intenso y hubo muchas bajas en ambos bandos, pero pronto se vio claramente que los revolucionarios estaban ganando. Las tácticas militares poco convencionales que empleaban impresionaron a Timothy Turner, un corresponsal estadounidense que había cruzado a Ciudad Juárez para ver el combate.

Permanecimos sentados en la colina y veíamos entre las encinas del río innumerables insurrectos que entraban en Juárez. No avanzaban en ningún

tipo de formación, sino que era una corriente irregular, siluetas de hombres y rifles.

Empezaron a entrar y salir por ese camino durante toda la batalla. Peleaban un rato, regresaban a descansar, dormir y comer, y volvían de nuevo frescos al frente.

Los soldados entrenados a la europea se enfurecían ante esto, trataban de hacerlos regresar, de hacer que todos pelearan a la vez. Pero así no funcionaba con esos tipos de Chihuahua. Ellos sabían su asunto y lo sabían bien.

Esta forma de luchar, creo, más que ninguna otra cosa, fue lo que les permitió tomar Juárez. Porque de ese modo los insurrectos siempre estaban frescos y con buen espíritu, mientras los pequeños federales cafés, que no dormían y apenas comían o bebían, seguidos por sus oficiales siempre con la pistola dispuesta para dispararle al que se retirara, pronto perdieron la moral.¹⁴³

Para contrarrestar el intenso fuego de ametralladora, los revolucionarios habían inventado una táctica nueva y original que sorprendió a Turner, cuando descendió de lo alto de la colina para unirse a las tropas en su asalto sobre las posiciones de los federales.

Oí que alguien me llamaba, y en el umbral estaba un oficial insurrecto que yo conocía, un antiguo maestro de primaria de la capital, y corrí a donde él estaba y luego a la casa. Se hallaba con varios hombres que llevaban hachas y barras de metal en las manos y los rifles colgados a la espalda, y vi lo que pensaban hacer. Se estaban abriendo paso de una casa a otra, cortando a través de las paredes de adobe que separaban cada edificación. De esa forma, se podía avanzar una cuadra completa sin salir nunca a cielo abierto.

Éste era un modo bastante seguro de moverse a través del centro de la ciudad, excepto, desde luego, cuando había que cruzar corriendo al descubierto hasta la siguiente manzana. Nadie tenía ninguna prisa.¹⁴⁴

El combate continuó hasta el 10 de mayo. A media mañana de ese día, la situación de Navarro se había vuelto desesperada. Las tropas que le quedaban se hallaban concentradas en unos pocos edificios y sin agua. Como lo expresó Madero pocos meses después cuando se realizó una encuesta del ejército federal sobre la conducta de Navarro durante el sitio, “las fuerzas del general Navarro habían estado dos días sin beber agua, era imposible que pudieran resistir más tiempo, además de que la situación era insostenible, pues a la proximidad que

habían logrado acercarse mis tropas, las bombas de mano eran más efectivas que los cañones, las ametralladoras y los máusers”.¹⁴⁵

LA REBELIÓN DE LOS JEFES MILITARES CONTRA MADERO

A las 2:30 del 10 de mayo de 1911, Navarro se rindió, y los insurrectos lograron su mayor y más decisiva victoria. Aunque este triunfo era el resultado de un acto consciente de insubordinación por parte de los jefes militares contra Madero, habían intentado evitar que ello los llevara a una confrontación abierta con el dirigente inmensamente popular que era Madero. Pero tres días más tarde se produjo otra insubordinación que sí tuvo como consecuencia ese enfrentamiento. No está aún totalmente claro si los jefes militares simplemente intentaron ejercer presión sobre Madero para obtener objetivos militares o si se trató de un paso más sustancial para controlar o por lo menos vetar las acciones del mando civil, o incluso tal vez de un genuino intento de golpe para eliminar a Madero política o físicamente. Hay desacuerdos entre los observadores contemporáneos y los historiadores, aunque existe un alto grado de consenso acerca de los motivos por los que Villa participó en el hecho.

El general Juan Navarro era el jefe militar federal que había despertado mayor furia y odio entre los revolucionarios, porque había ordenado matar a bayonetazos a los prisioneros que tomó tras la batalla de Cerro Prieto. Lo que enfurecía a los insurrectos no era sólo la ejecución de sus camaradas o la manera brutal en que ésta se realizó, sino que esa forma de proceder estaba en abierto contraste con el trato que ellos daban a los prisioneros federales, cuyas vidas eran casi invariablemente respetadas. Una de las consignas que los observadores oyeron gritar una y otra vez a las tropas revolucionarias cuando entraron en Ciudad Juárez era “¡Muera Navarro!” Todos estaban convencidos de que era legítimo demandar la pena de muerte para Navarro, dado que el Plan de San Luis Potosí sostenía que los comandantes federales que violaran las leyes de la guerra y ejecutaran prisioneros serían juzgados y ejecutados.

En vez de acceder a las exigencias de sus soldados y convocar un consejo de guerra, Madero declaró inequívocamente que protegería la vida de Navarro, y de hecho más tarde lo escoltó personalmente a través de la frontera, hasta El Paso. Muchos soldados del ejército revolucionario se encolerizaron y renegaron de la dirección de Madero a causa de esa indulgencia suya, y también porque no se les había pagado durante muchas semanas y los bastimentos empezaban a escasear.

Cuando Orozco fue a ver a Villa y sugirió que juntos forzaran al presidente a entregarles a Navarro, lo encontró muy bien dispuesto. Decidieron ir a ver a Madero a las diez de la mañana del 11 de mayo. “A la hora indicada, me presenté en el cuartel general con cincuenta hombres”, dice Villa en sus memorias,

Ya Orozco estaba allí con toda su gente [...] Entonces Orozco me llama aparte para hablarme a solas. Me dice él:

–Voy a pedir ahora mismo que nos entreguen a Navarro para fusilarlo. Si me contestan que no, usted desarma en seguida la guardia del señor presidente.

Yo le respondí:

–Está bien.¹⁴⁶

Las versiones sobre lo que sucedió a continuación son altamente contradictorias. Según el relato del propio Villa, esperó afuera mientras Orozco entraba para hablar con Madero.

Y Pascual regresó al lado del señor Madero.

Después de un momento, asomándose por la puerta, me grita:

–Desármelos.

O sea, que yo comprendí que el señor Madero se oponía al fusilamiento de Navarro, y según lo convenido no tuve ningún reparo en cumplir mi palabra: sin más, ordené el desarme de la guardia del señor presidente, y así se hizo.

Acabando apenas mi gente de consumir aquella operación, salió precipitadamente el señor Madero y se enteró de mi actitud.

Me dijo él:

–¡Cómo, Pancho! ¿También tú estás en mi contra?

Yo no contesté, pues esperaba que Orozco, por ser iniciador de aquel fusilamiento, diera sus órdenes para ejecutarlas yo en seguida. Pero lo que sucedió fue que entonces lo vi salir a él detrás del señor presidente, al cual le decía estas palabras:

–No, señor, vámonos entendiendo.

Y siguieron hablando los dos, aunque sin poder yo oír lo que trataban, pues era mucho el murmullo de la tropa. Vi que terminaron por darse un abrazo, y aunque aquello, como es natural, me sorprendió al principio, luego me hizo comprender que una de dos cosas tenía que haber pasado: o a Orozco le había faltado el valor para llevar adelante el fusilamiento de Navarro oponiéndose el señor presidente, o el señor Madero, con muy poderosas razones, había

convencido a Orozco de que al referido jefe no se le debía fusilar. Y como tanto en un caso como en otro Orozco tendría que darme una explicación, armé de nuevo la guardia del señor presidente y luego me retiré hacia mi cuartel.¹⁴⁷

La mayoría de las versiones difieren de ésta. Dicen que Villa y Orozco entraron juntos en el cuartel general de Madero y que Orozco planteó tres cuestiones específicas: pidió que Navarro fuera sometido a un consejo de guerra, lo que de hecho habría sido el procedimiento legal de acuerdo con el Plan de San Luis, y que se pagara a sus tropas; además, expresó su inconformidad por el nombramiento, como secretario de Guerra, del civil Venustiano Carranza, que había sido partidario destacado de Reyes y senador porfirista, y se había incorporado a la revolución en fecha relativamente tardía. Como Madero se negó a acceder a sus solicitudes, Orozco le puso una pistola en el pecho y le dijo que estaba arrestado. Uno de los colaboradores del presidente sacó una pistola y amenazó a Orozco con ella. Entonces, Villa salió corriendo a llamar a sus cincuenta hombres. Madero corrió afuera también, pasando ante Orozco que no utilizó su pistola, y rozando a Villa, quien, según la versión de un oficial federal, lo amenazó en términos obscenos. Madero saltó sobre un coche y empezó a arengar a los soldados de Villa y de Orozco, que estaban estacionados afuera y no tenían una idea clara de lo que sucedía. Tras escucharlo unos minutos, los soldados empezaron a vitorearlo. En ese momento, Orozco se dio por vencido, los dos hombres se dieron la mano y, según algunas versiones, Villa hizo lo mismo.¹⁴⁸ Otros describen a Villa llorando públicamente y suplicándole su perdón a Madero. Éste escoltó personalmente a Navarro hasta El Paso. Había salido como claro vencedor de esta confrontación, y había rechazado las dos principales demandas de los amotinados acerca de Navarro y del nombramiento de Carranza. La única concesión que estuvo dispuesto a hacer fue retirar dinero de un banco de El Paso para pagar a los soldados de Orozco.

No hay mucha polémica entre los historiadores y los testigos presenciales en relación con los motivos de Villa. La ejecución de Navarro era su principal preocupación. Siempre había tenido un fuerte deseo de venganza contra quienes consideraba que lo habían traicionado o habían violado lo que él consideraba normas básicas de comportamiento. Eso era lo que Navarro había hecho al ejecutar a sus prisioneros. Probablemente Villa estaba expresando también la exasperación que le producía la disposición de Madero a pactar con las fuerzas de Díaz. Sin embargo, la ambición política no estaba entre sus motivaciones. No

puede decirse lo mismo de Orozco. Él tenía marcadas ambiciones y tal vez esperaba ser nombrado secretario de Guerra en el gobierno revolucionario, ya que era el comandante militar de mayor rango y mayores éxitos. El hecho de que un civil relativamente desconocido, Venustiano Carranza, cuyas credenciales revolucionarias no eran en modo alguno impecables, se convirtiera en su superior nominal sin duda lo irritaba mucho. Su enfrentamiento con Madero pudo muy bien haber tenido por objeto obtener un puesto importante en el gabinete. Existe una interpretación mucho más maquiavélica de la conducta de Orozco, y Villa llegó a tomarla por verdadera. “Conocí la negra historia”, escribió en sus memorias:

Supé por gente de mi confianza las más negras verdades de aquel suceso. Orozco, esperando recibir cierto dinero de algunas personas enviadas por don Porfirio para tratar de la paz, se había comprometido con ellas a consumir el asesinato del señor presidente; y [...] estimaba ése el mejor camino para desconocer al presidente y para tenerme a mí propicio al desarrollarse los hechos.

Porque en verdad que era desconocer al señor Madero no acatar una orden suya. Y si yo, no habiéndola acatado, quedaba ya de parte de quienes lo desconocían, luego tendría que imitar la conducta de los demás, o tropezaría al menos con grandes embarazos para proceder de otro modo. Entonces lo comprendí.

[...] Que a Orozco le faltó a última hora valor para cumplir en persona su compromiso, o para cumplirlo en todas sus partes, y que conociendo mi carácter arrebatado, y cuanto de mi carácter se puede esperar, concibió que hiciera yo el desarme de la guardia para que el señor Madero se imaginara que yo era el principal promotor del fusilamiento, y para que yo, mirando que nos negaba nuestros deseos y que venía a enfrentarse conmigo, disparara sobre él, con lo cual se consumaría su muerte y todo quedaría hecho. Pascual Orozco, de ese modo, saldría limpio de toda culpa, y yo, Pancho Villa, aparecería como el verdadero y único asesino.

Fue aquella una trama muy perversa y muy sombría.¹⁴⁹

Estas imputaciones no se pueden probar, pero no carecen totalmente de bases. Entre el momento en que Ciudad Juárez fue capturada y la discusión con Madero, Orozco se reunió al menos cuatro veces con los representantes de Porfirio Díaz, Óscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón. El propio Madero

hablaba en una carta de que Orozco estaba bajo influencias.¹⁵⁰ Sin embargo, es improbable que los motivos de Orozco fueran fundamentalmente financieros, como dice Villa. Aun si fuera verdad que quiso eliminar a Madero, Orozco tenía objetivos más altos que obtener una suma de dinero. No sólo era el jefe militar más exitoso que había producido la revolución, sino su figura más popular después de Madero. Desaparecido el presidente, era muy posible que Orozco sustituyera en el favor popular al sucesor designado, Abraham González, desconocido fuera de Chihuahua, o al candidato a vicepresidente, Francisco Vázquez Gómez, que había permanecido fuera de México durante gran parte de la revolución. Pero si ése era su objetivo, apresar o matar a Madero habría sido contraproducente. Si lo hubiera apresado, sus partidarios lo habrían liberado muy pronto. Si lo hubiera matado, eso habría destruido tanto el prestigio como la legitimidad de Orozco. Por otra parte, si Villa, un hombre con reputación de antiguo bandido, cometía el asesinato, las cosas podían ser diferentes. Las tropas de Orozco no habrían vacilado en matar a Villa. Éste habría aparecido como un asesino y Orozco como el hombre que, a pesar de sus desacuerdos personales con Madero, había vengado la muerte de su líder. También debió darse cuenta de que la única cuestión que podía enfurecer a Villa suficientemente para quebrantar la lealtad que Madero demostraba hasta entonces era tratar de salvarle la vida a Navarro. Tal vez por eso la demanda central de Orozco fue la ejecución o el consejo de guerra para Navarro.

El motivo por el que Madero fue tan generoso con el derrotado comandante federal no está enteramente claro. Es obvio que no podía simplemente hacerlo ejecutar, en el caso de que quisiera hacerlo, porque ello habría destruido su credibilidad como representante de un orden más humano y respetuoso del aspecto legal. En cambio, llevar a Navarro a un consejo de guerra habría estado de acuerdo con su propio Plan de San Luis y con la Convención de Ginebra, que proscribía la ejecución de prisioneros desarmados.

Una vez que los militares le presentaron la demanda, quizás el deseo de afirmar su autoridad le impidió satisfacerla, incluso estando de acuerdo. Sin embargo todos los indicios apuntan a que simplemente no quería someter a Navarro a juicio. Su sentido personal de la humanidad –Madero siempre tendió a respetar las vidas de quienes lucharon contra él– puede ciertamente explicar su conducta. Otro motivo pudo ser que creía, y tal vez sabía, que pronto se llegaría a un acuerdo de paz, y que entonces necesitaría confiar en el ejército federal. Al salvarle la vida a Navarro probablemente esperaba asegurarse esa lealtad.

De hecho, una de las principales cláusulas del acuerdo de paz firmado por Madero y la administración de Díaz el 9 de mayo de 1911 fue la conservación del ejército federal bajo los mismos mandos. Los Tratados de Ciudad Juárez, como se llamó el acuerdo, estipulaban que tanto Díaz como su vicepresidente Ramón Corral renunciarían y serían sustituidos por el secretario de Relaciones Exteriores de Díaz, Francisco León de la Barra, quien asumiría la presidencia interina y realizaría elecciones libres a los pocos meses. Madero y su gente obtenían alguna influencia en el gobierno: debían aprobar el gabinete y nombrar a catorce gobernadores provisionales; pero el estado porfiriano permanecería prácticamente intacto. Mientras las tropas revolucionarias debían ser desmovilizadas lo antes posible, el ejército federal seguiría siendo la principal fuerza armada de México. Los jueces, presidentes municipales, policías y cuerpos “elegidos”, como las legislaturas estatales, debían permanecer en sus cargos. La única concesión al ejército revolucionario contenida en los tratados era que algunos de sus miembros podían solicitar su ingreso en la fuerza de policía rural, los llamados “rurales”. Al mismo tiempo, se tomaban providencias para dar pensiones a las viudas y los huérfanos de los soldados muertos en batalla. No se mencionaba ninguna reforma social inmediata.¹⁵¹

Es notable el parecido entre las cláusulas de los Tratados de Ciudad Juárez y el memorándum que Vera Estañol redactó en 1911, que decía que el principal objetivo del gobierno debía ser llegar a algún acuerdo de paz con los revolucionarios “políticos” del norte para concentrar todas sus fuerzas en la lucha contra la “anarquía” en el resto del país. Aunque esta finalidad no se mencionaba específicamente en el tratado, era su resultado objetivo. En el norte, el gobierno federal hacía concesiones bien delimitadas a los revolucionarios. El ejército federal debía retirarse de algunos de los estados norteros, lo que implícitamente significaba que los antiguos insurrectos permanecerían armados y que se les confiaría la tarea de mantener la ley y el orden en el norte. Por otra parte, nada se decía de retirar al ejército federal del resto del país o de mantener a las fuerzas armadas surgidas de la revolución en otras regiones. Los Tratados de Ciudad Juárez implicaban que si los revolucionarios del sur y el centro no dejaban las armas, el ejército federal los forzaría a hacerlo.

La similitud entre las cláusulas del acuerdo y las ideas de Vera Estañol no significa que éste se hubiera convertido en una personalidad influyente y que el gobierno o Madero hubieran adoptado sus puntos de vista. Más bien significan que Vera Estañol reflejaba un consenso común tanto a las autoridades federales como a Madero. La élite porfiriana y la élite revolucionaria compartían el miedo

a la “anarquía”, que para ellos implicaba algo parecido a la revolución popular de un siglo atrás, cuando el padre Hidalgo perdió el control de sus fuerzas, y éstas empezaron a masacrar a todos los españoles que encontraban a su paso. El miedo a una revuelta india había aumentado tras la guerra de castas de Yucatán, en 1847, cuando los indios mayas se alzaron contra todos los no indígenas y amenazaron con matarlos o expulsarlos de la península. Esos temores se reflejaban tal vez de manera más clara en la forma en que la élite mexicana reaccionó a la revuelta zapatista. En la prensa gubernamental, Zapata era llamado el “Atila del Sur”; sus soldados eran tildados de “hordas” indias y se decía que acababan con todos los no indios que encontraban.

Al parecer, Madero compartía hasta cierto punto esas opiniones. Resulta a primera vista desconcertante que confiara tan plenamente en el ejército federal, ninguno de cuyos miembros había dado el menor indicio de querer sumarse a la revolución. Tal vez se inspiraba en el ejemplo de lo que había hecho Porfirio Díaz treinta y cinco años antes, tras el golpe de estado que lo llevó al poder en 1876. Aunque la mayoría del ejército federal permaneció leal al presidente Lerdo, una vez alcanzada la victoria, Díaz no lo disolvió, sino que lo integró a sus propias fuerzas, y consiguió que le siguiera siendo fiel hasta su caída en 1911. ¿Por qué no esperar el mismo tipo de lealtad? Lo que Madero no percibió fue la diferencia fundamental entre el movimiento armado que llevó a Díaz al poder en 1876 y el que le permitió triunfar a él en 1911. Aunque en aquel momento algunos campesinos siguieron a Díaz, su base de apoyo eran los soldados que habían peleado con él durante la guerra contra los franceses y los caudillos que se movilizaron para llevarlo al poder y que no inspiraban temor alguno a la élite mexicana como la atemorizaban los revolucionarios campesinos de 1910. Además, si Madero realmente se inspiró en el ejemplo del Porfirio Díaz de 1876, no aprendió la lección completa. Díaz se había asegurado el apoyo de varios tipos de fuerzas armadas: como contrapeso al ejército, creó los “rurales”, la policía rural que dependía de la Secretaría de Gobernación y era independiente de la de Guerra. También creó múltiples fuerzas locales subordinadas a los jefes políticos y a los gobernadores que en su mayoría eran nombrados por él. En cambio, el objetivo de Madero era desarmar a todas las fuerzas revolucionarias excepto las del norte, y depender exclusivamente del ejército federal. Fue un error fatal. No sólo ese ejército lo derrocaría y asesinaría dos años después, en febrero de 1913, sino que sus jefes ya se oponían a los Tratados de Ciudad Juárez.

Poco después de la caída de la ciudad fronteriza, tuvo lugar una dramática confrontación, en la residencia de Díaz, entre el secretario de Hacienda, Limantour, y dos altos mandos militares, el general Victoriano Huerta y el secretario de Guerra, González Cosío. Ambos bandos trataban de convencer a Díaz, que sufría un fuerte dolor de muelas y que oía con dificultad incluso cuando el dolor cedía. Cuando Huerta llegó, Limantour le preguntó muy agitado qué pensaba del “decisivo acontecimiento”, refiriéndose a la caída de Ciudad Juárez. Huerta no le contestó directamente, sino que se acercó a Díaz y le gritó al oído que en su opinión la captura de Ciudad Juárez era irrelevante; los insurrectos habían tomado antes otra ciudad fronteriza, Agua Prieta, y habían sido desalojados de ella, y lo mismo se haría fácilmente ahora. Había que enviar varias columnas a Chihuahua para expulsarlos de Ciudad Juárez, “para perseguirlos y exterminarlos”. Limantour dijo que el gobierno simplemente no tenía los soldados y los medios para emprender una campaña de esa envergadura, y Huerta le preguntó a cuánto ascendían las reservas financieras del gobierno. Cuando Limantour contestó: “El tesoro tiene un excedente de setenta y dos millones de pesos”, Huerta respondió: “Eso es mucho dinero para cosa tan pequeña”. Limantour, cada vez más nervioso, expresó su temor de que si todas las tropas eran enviadas al norte, los revolucionarios del sur tomarían la capital, y Huerta, apoyado por el secretario de Guerra, dijo que ese riesgo era desdeñable: con mil quinientos hombres podía contener a los rebeldes del sur y con dos mil jinetes exterminaría a los de Chihuahua. Díaz se dejó convencer al principio por esos argumentos y le dio a Huerta instrucciones de iniciar una campaña de exterminio en el sur. Pero antes de que Huerta pudiera obedecer, Díaz cambió de idea, accedió a renunciar y aceptó el pacto que se había firmado en Ciudad Juárez.¹⁵² La oposición de Huerta y de González Cosío se basaba en una apreciación poco realista de las fuerzas enfrentadas. Huerta jamás habría podido exterminar a los insurrectos del norte con dos mil soldados de caballería, como presumió aquel día. Tanto la actitud de Limantour como la disposición de Díaz a escuchar su consejo se debían, por otra parte, a un temor exagerado a una intervención estadounidense, pero también a una apreciación realista de la situación militar de Chihuahua y sus consecuencias sociales y políticas.

Precisamente porque comprendían esa situación muchos dirigentes revolucionarios se oponían a los Tratados de Ciudad Juárez, que les parecían innecesarios. Para mediados de mayo de 1911, los rebeldes controlaban no sólo casi todo el campo mexicano, sino que habían ocupado Cuernavaca, Chilpancingo, Durango y otras ciudades grandes. Pensaban que el ejército

federal estaba a punto del colapso y que en unas semanas más de combate tendrían el control total del país. Dejar al estado porfiriano prácticamente intacto y permitir que controlara la revolución un presidente provisional hostil a ella sería sentenciarla. Venustiano Carranza le dijo a Madero que “estaba entregando a los reaccionarios una revolución muerta por la que sería necesario combatir de nuevo”.¹⁵³

Entre los jefes militares de la revolución, el que más fuertemente se opuso al tratado fue Pancho Villa. Pero lo hizo en una forma con la que no podían estar de acuerdo ni siquiera los miembros de la clase alta que se oponían a Madero dentro del movimiento revolucionario. Según la versión que dio muchos años después, Villa le profetizó a Madero que el tratado lo llevaría a su muerte. Esto ocurrió durante un banquete que se celebró en la aduana de Ciudad Juárez en 1911. “Asistí porque él me lo pidió, pero yo ya sentía odio a muerte por todos esos perfumados elegantes”, ese montón de políticos. Habían empezado con sus

“espiches” y hablaban interminablemente. Entonces Madero me dijo: “Y usted, Pancho, ¿qué piensa? La guerra ha terminado. ¿No está contento? Díganos unas palabras”. Yo no quería decir nada, pero Gustavo Madero, que estaba junto a mí, me dio con el codo, diciendo: “Ande, jefe, diga algo”. Así que me levanté y le dije a Francisco Madero: “Usted, señor, ha destruido la revolución”. Quiso saber por qué, así que le contesté: “Es simple: este montón de perfumados lo han hecho tonto y esto al final nos costará el pellejo, el suyo incluido”. Madero siguió preguntándome. “Bueno, Pancho. Pero dígame, ¿qué cree usted que había que hacer?” Le respondí: “Dejarme colgar a todos los perfumados que hay en este cuarto y luego dejar que la revolución continúe”. Bueno, viendo el asombro en los rostros de aquellos elegantes seguidores, Madero replicó: “Es usted un bárbaro, Pancho. Siéntese, siéntese”.¹⁵⁴

Ya sea que este episodio ocurriera tal como Villa lo cuenta o no (ninguna otra fuente lo confirma), no hay duda de que se opuso cuanto pudo a la firma del acuerdo. El 18 de mayo, tres días antes de que se firmara, cuando las propuestas de Madero fueron conocidas por el público, el *New York Times* informó que Villa era al parecer el único jefe militar de Chihuahua que tenía esa opinión. El corresponsal decía que “el propio Orozco dice que está satisfecho con los términos en que ahora se está negociando la paz”; por lo que tocaba a Blanco, “no parece haber razón para dudar de su lealtad a Madero”. “En cuanto a Villa, el jefe militar más impulsivo [...] parece no estar conforme con nada.” Ese

mismo día, el *New York Times* informaba que “el propio Madero anunció esta tarde que Villa había abandonado el ejército insurrecto”.

¿Renunció Villa voluntariamente o lo obligó Madero? En sus memorias dice que estaba tan avergonzado por el intento fallido de detener al presidente, el 13 de mayo en Ciudad Juárez, que él ofreció la renuncia. Ésta fue inmediatamente aceptada, lo que demuestra que, por decir lo menos, Madero no se sentía descontento con que Villa saliera del ejército. Le ofreció a manera de recompensa veinticinco mil pesos.

Mas como yo le respondiera que no había defendido la causa por interés de dinero –escribe Villa–, sino sólo para conseguir con el triunfo las garantías que nos negaban a los pobres, o sea, que yo me retiraba a vivir de mi trabajo si las dichas garantías me las ofrecía él, puesto que la revolución ya había triunfado [Madero dijo]: “Pancho, esas garantías las tendrás tú, como va a tenerlas todo el pueblo. Yo te las prometo y yo te las cumpliré. Pero si no quieres tomar todo el dinero que te ofrezco, acepta a lo menos una pequeña cantidad. Voy a darte una orden para que te entreguen diez mil pesos”.

Villa aceptó esa suma, “en obediencia a las últimas palabras del señor presidente”.¹⁵⁵

El descontento de Villa al parecer obedecía a dos causas. La primera era que no confiaba ni en el ejército ni en la burocracia federal y creía, con razón, como se vería más tarde, que traicionarían a la revolución y a Madero. Expresó la segunda razón unos años más tarde, en una irónica carta a uno de los hacendados más ricos de Chihuahua, en la que sostenía que la cosa más estúpida que pudo hacer la clase gobernante de México fue volverse contra Madero.

Buscaban un escalón para derrocar el [gobierno] del pueblo, que era el de Maderito, y por eso cuando lo asesinaron, todos ustedes estuvieron muy contentos, pero nunca llegaron a comprender, ustedes que son inteligentes [...] ni comprendieron tampoco que ese gobierno no les estorbaba para que hubieran ustedes seguido siendo los amos, porque la familia de Maderito y él mismo tenían ligas entre todos los de la alta aristocracia, y todas esas ligas los venían a colocar a ustedes casi donde estaban.¹⁵⁶

Como manifestó en las semanas siguientes, también estaba molesto porque en los Tratados de Ciudad Juárez no se decía nada sobre las medidas que se tomarían contra Terrazas y Creel. Posiblemente tampoco aceptaba que no se

hablara de la reforma agraria, especialmente del reparto de tierras para sus soldados. Aproximadamente por entonces, fue a ver a Abraham González para exigir que se cumplieran las expectativas de los soldados de la revolución y se les otorgaran tierras.¹⁵⁷ Finalmente, en términos personales, debía resentir el escaso reconocimiento que obtuvo su importante contribución a la revolución. Si hay que creerle al *New York Times*, el enojo y la frustración de Villa por ese motivo se expresaron de un modo un tanto extraño.

Armado con dos pistolas, Villa cruzó de Ciudad Juárez a El Paso en busca de Giuseppe Garibaldi. Los dos hombres habían chocado sólo tres días antes cuando Villa, por razones que no están claras, desarmó a los voluntarios estadounidenses de Garibaldi. Madero lo obligó a devolverles las armas y a pedir disculpas. Según el *Times*, Villa estaba celoso de la fama de Garibaldi como el hombre que en realidad había vencido a Navarro en Ciudad Juárez y que había recibido su espada como prenda de la rendición. Garibaldi dijo repetidamente que tanto Orozco como Villa eran cobardes, que no habían participado para nada en el combate. Según su relato de la batalla, había tomado él solo con sus hombres la ciudad, a pesar de la cobardía de Orozco y de Villa.¹⁵⁸

Para la prensa estadounidense, Garibaldi se había convertido, así, en el vencedor de Ciudad Juárez:

Eran cerca de la 1:30 de esta tarde cuando Villa, acompañado de dos hombres, apareció en el Hotel Sheldon de la ciudad. Estaba vestido sencillamente. Muchos notaron el brillo colérico que había en sus ojos. Se estuvo pavoneando, en busca de alguien, y sus gestos llamaron la atención de los agentes secretos federales.

En un rincón apartado estaba el mayor Roque González Garza, que había sido designado historiador de la Batalla de Juárez y, por razones como las que hoy proporcionó Villa, está ansioso de perder el empleo. Villa lo vio y a falta de caza mayor se dirigió a él. Quería saber si obtendría el crédito adecuado por su parte en la captura de la ciudad. También dejó muy claro que no le gustaría que el relato le diera demasiado crédito a Garibaldi. Sentado frente a Villa, mientras éste le decía a Garza cómo escribir la historia de la batalla, se hallaba uno de los agentes del servicio secreto. Pronto se dieron cuenta de que Villa tenía dos pistolas y estaba buscando a Garibaldi [...] Garibaldi, que había salido a tomar fotografías, entró en el hotel con su habitual paso desenvuelto y la cámara colgando de sus hombros. Aunque un hombre del servicio secreto le había advertido del peligro, sonrió y saludó a sus amigos.

En el instante en que se llegaba al centro del vestíbulo, Villa salía del restaurante con Gustavo Madero.

Cuando Villa divisó la espalda de Garibaldi, su rostro se convirtió en la imagen misma de la ira. Pero, al mismo tiempo, encontró la mirada de tres agentes del servicio secreto y comprendió que no era el momento para intentar ninguna travesura. Gustavo Madero entendió la situación de un solo vistazo, empujó a Villa al elevador y lo subió a su cuarto.

Cuando, minutos más tarde, Villa reapareció con Gustavo Madero en el vestíbulo del hotel, el alcalde de El Paso decidió expulsarlo de la ciudad. “Villa”, dijo el alcalde, “había decidido encerrarlo a usted, pero por buenas y suficientes razones he resuelto enviarlo de regreso a Juárez. He dado órdenes de que no le sea permitido cruzar el río de nuevo si viene usted armado. Si lo hace, lo encarcelaré y los tribunales estadounidenses harán el resto. Ahora se va usted a Juárez. Vamos.”

Villa fue puesto en un coche que lo dejó en medio del puente internacional. Los hombres del servicio secreto le dijeron que saliera, y así lo hizo. Estaba furioso y así lo manifestaba, pero daba la cara al sur, y en esa dirección partió.¹⁵⁹

En opinión del *New York Times*, el episodio era lo bastante importante para merecer un editorial. El autor dudaba de que Villa realmente quisiera matar a Garibaldi.

Que el coronel Villa fue de Juárez a El Paso sediento de la sangre de su hermano de armas adoptado o adoptivo, el coronel Garibaldi, resulta un tanto dudoso debido a dos hechos; primero, que su propósito nominal estaba tan bien anunciado que podía confiar en que contaría con interferencias eficaces, y segundo, que no mató a nadie, aunque la interferencia que se le presentó no fue tal que realmente pudiera impedirle a un hombre decidido intentar al menos disparar.¹⁶⁰

El motivo del interés del *Times* por Villa quedaba claramente expresado en el mismo editorial en que se advertía a los dirigentes de la revolución que debían tener cuidado si reclutaban hombres como Villa. “En cuanto al propio coronel Villa, es una de las peligrosas armas que los dirigentes de las revoluciones tan a menudo se consideran forzados a utilizar, tolerando sus faltas en la hora de necesidad y haciendo lo que pueden cuando esa hora ha pasado, para minimizar las consecuencias de tener seguidores tan difíciles de controlar.”

A pesar de su descontento y su personal frustración, Villa no se enfrentó pública y abiertamente al presidente mexicano. De hecho, menos de un año después, cuando la mayoría de los jefes militares de la revolución chihuahuense se volvieron contra Madero y se levantaron en armas, Villa fue el único jefe importante entre ellos que permaneció leal y tomó las armas en su defensa. Entre tanto, se retiró de la vida pública, libre de toda obligación militar, para hacer uso de su nueva condición legal, del dinero que había recibido de Madero y del prestigio y poder que había adquirido en el curso de la revolución, para convertirse en un próspero hombre de negocios.

En conjunto, puede decirse que la contribución de Villa a la victoria de las fuerzas de Madero fue más importante desde el punto de vista político que desde el militar. Los setecientos hombres que comandaba, alrededor de doce por ciento de las fuerzas revolucionarias de Chihuahua, ciertamente desempeñaron un papel destacado pero no decisivo durante la revolución. Los logros militares de Villa quedaron opacados por los de Orozco. En términos políticos, sin embargo, su papel fue clave, porque, al someter a los magonistas, ayudó a Madero a adquirir control sobre su ejército en un momento en que su autoridad se tambaleaba. También fue al parecer Villa, más que Orozco, quien se opuso a los primeros intentos de reconciliación con las fuerzas de Díaz, y probablemente presionó más que nadie para iniciar el ataque sobre Ciudad Juárez, a pesar de la resistencia de Madero, lo cual fue decisivo para lograr la única victoria que revirtió la marea en Chihuahua.

Cualesquiera que hayan sido las actividades y el estilo de vida de Villa antes de la revolución, su conducta durante el levantamiento no delató en modo alguno el pasado ni la conciencia de un bandido. Su conducta fue la de un revolucionario radical, que exigía que se pusiera fin a la estructura de poder existente, pero que también mantenía una estricta disciplina entre su tropa. Tal vez más que ningún otro de los principales jefes militares nortños, se había convertido en el portavoz de las demandas, las preocupaciones y las expectativas de sus soldados.

LOS FRUTOS DE LA REVOLUCIÓN Y LA ESCENA NACIONAL

Como muchos otros reformadores moderados que han llamado al pueblo a rebelarse antes y después que él, Madero pronto se dio cuenta de que no podía controlar todas las fuerzas que había puesto en movimiento. Alcanzó sus mayores éxitos entre sectores de las clases medias, muchos de cuyos miembros

recibieron con entusiasmo sus reformas políticas, que les daban nuevo acceso al poder en el nivel nacional, regional y local. También los trabajadores industriales lo apoyaban o por lo menos no se oponían a él porque, si bien no les era abiertamente favorable, les permitía formar sindicatos y toleraba las huelgas.

Fue en el campo donde el antiguo orden quedó roto de una manera que Madero no había deseado ni previsto, y en grandes zonas de México surgió una situación que no podía controlar. La expresión más conocida de la desaparición del antiguo orden fue el alzamiento en Morelos de Emiliano Zapata, que se decepcionó cuando Madero rehusó devolver a los pueblos las tierras confiscadas y permitir a los zapatistas que ejercieran influencia política.

Además, se habían producido otros levantamientos más pequeños. Pero incluso allí donde no tuvieron lugar grandes revueltas se produjo una especie de transformación cultural y política de los campesinos libres y también de los peones de las haciendas, tradicionalmente los más dóciles entre los trabajadores rurales, la cual afectó a las regiones que habían estado en el centro de la revolución maderista e incluso a aquéllas donde sólo hubo pequeños alzamientos armados. Así sucedió en el estado suroriental de Oaxaca: pocos campesinos habían participado, pero su actitud cambió cuando los revolucionarios triunfaron. Un caso que resulta típico de la situación reinante en gran parte del México rural es el de la Hacienda de Dos Bocas, en Oaxaca. Unos cuantos peones de la hacienda, que pertenecía al inglés Woodhouse, fueron a ver la entrada triunfal de los insurrectos en la vecina ciudad y expresaron su simpatía por ellos, por lo que Woodhouse le disparó a uno de ellos y los amenazó con expulsarlos de su hacienda. Antes de la revolución, su control sobre los peones había sido casi absoluto, pero esta vez se rebelaron y lo sacaron de la hacienda. Woodhouse no logró persuadir a las autoridades de que tomaran medidas radicales contra los peones ya que, como le dijo un comisionado del gobierno al embajador británico, quien intervino en favor del hacendado, “los problemas de que se queja el señor Woodhouse son más o menos crónicos en todas las haciendas de todo el estado”.¹⁶¹

Al otro extremo de México, en la hacienda de Santa Catalina, estado de Durango, los peones que habían sido gobernados con mano de hierro por su administrador, Gómez Palacio, iniciaron una huelga sin precedentes. Exigían un aumento salarial de treinta y siete centavos a un peso, la abolición de la tienda de raya, pago en moneda y no en especie, y una jornada laboral más breve que durara del amanecer a las dos de la tarde.¹⁶²

Movimientos de ese tipo se estaban produciendo en todo México y creaban una sensación de pánico entre los terratenientes, así mexicanos como extranjeros, que se expresaban con odio virulento hacia Madero. “Nosotros los católicos sabemos que ciertos fenómenos espiritistas como las relaciones con los espíritus son sólo una expresión de los contactos con el diablo”, escribía Antonio Castro Solórzano, el administrador de las haciendas de Mazaquiahuac, El Rosario y El Moral, a su primo en Roma tras enterarse de la muerte de Madero.

Pensé desde el principio de la revolución que Madero y sus seguidores eran agentes del demonio, y que los sucesos que hemos visto no se pueden explicar racionalmente, sino que tienen que ser vistos como resultado de una influencia suprahumana de inteligencia superior, la del demonio [...] El último conflicto en que el expresidente y el exvicepresidente perdieron la vida, ya fuera un intento real o simulado de salvarlos, aunque pueda parecer inhumano, fue un acontecimiento maravilloso para la paz de la nación.¹⁶³

Un odio semejante, aunque inspirado por prejuicios culturales distintos, se expresaba en la carta que más de veinte estadounidenses residentes en México le enviaron al presidente Woodrow Wilson a principios de 1913, tras el asesinato de Madero. Después de describir a los peones de México como infrahumanos a la vez que irracionales, decían acerca del presidente muerto que

un hombre que ha de iniciar una rebelión, entre los peones, es mil veces más un bribón o un tonto que uno que fuma cigarrillos en una fábrica de pólvora o hace una fogata en un bosque agostado por la sequía. Eso es exactamente lo que hizo Madero, ofreciendo a los peones el voto y la distribución gratuita de tierras.

Supongamos que un hombre rico de Alabama empezara a armar a los negros pocos años después de la guerra, ofreciendo a cada uno una democracia pura, cuarenta acres y una mula, si lo hacen gobernador. ¿Cuánto tiempo dudarían los blancos inteligentes en colgarlo del primer poste de telégrafos, especialmente si los negros superaran a los blancos por tres a uno?

Y si, supongamos, las condiciones fueran tales que ese hombre tuviera éxito, se sentara erguido en su silla de gobernador, mientras su cohorte de negros sigue robando las granjas, ultrajando a las mujeres, arruinando los trenes y paralizando los negocios, y que cuando la gente acudiera a él exigiéndole algún tipo de intervención, respondiera con ligereza: “Bueno, si aún no tienen ustedes paz, sí tienen libertad, ¿no es así?” ¿Cuánto tiempo

pospondría el comité de vigilancia de caballeros sureños su linchamiento? Éste es el paralelo exacto de las condiciones reinantes aquí debido a la desencaminada y criminal actuación de Madero.

Y ¿se negaría el presidente de Estados Unidos a reconocer la situación y a ayudar a detener la rapiña y el latrocinio, porque el gobernador sucesor de Alabama fuera sospechoso de pertenecer al comité de linchamiento y en cualquier caso hubiera obtenido su puesto “por la fuerza”? ¿Pediría un armisticio y una elección plena y “libre”? ¿Hay una mujer en el sur que no apruebe las actuaciones legales del Ku Klux Klan? De igual manera, si existe en esta parte de México, fuera de la familia Madero, una buena mujer de cualquier nacionalidad que no haya respirado con alivio cuando se supo la muerte de Madero, es que ignora la verdadera situación o es políticamente ciega.¹⁶⁴

La clase alta mexicana pensó que si Madero no lograba poner fin al levantamiento de Zapata ni aplacar la creciente inquietud campesina era por incapacidad (la mayoría pensaba que era demasiado débil, la minoría que era demasiado humano) o por falta de voluntad (corrían rumores sobre un pacto secreto entre Madero y Zapata).¹⁶⁵ Sus sospechas crecieron cuando Madero puso coto a las duras tácticas de represión que utilizaba Juvencio Robles, general nombrado por el gobierno provisional para someter a Zapata. Robles había practicado una política de terror sistemático: había quemado los pueblos rebeldes, deportado a sus habitantes, realizado fusilamientos y ejecuciones masivas. Madero lo destituyó y nombró en su lugar a Felipe Ángeles, oficial de artillería y director del Colegio Militar y uno de los muy pocos oficiales federales que simpatizaban con el presidente revolucionario. Ángeles llevó a cabo lo que podría llamarse una “guerra de caballero” y suspendió casi todas las represalias contra la población civil. Los prisioneros eran bien tratados y no ejecutados. Este tipo de campaña restringida, consideraba la mayoría de la clase alta, no lograría la victoria. Lo que no querían ver era que la táctica que ellos defendían, y que Robles había utilizado mientras estuvo al mando, no sólo no había triunfado, sino que había fortalecido al movimiento de Zapata. El resentimiento y el miedo ante las medidas de Robles habían llevado a unirse a Zapata a miles de campesinos que de otro modo no lo habrían hecho. Las medidas moderadas de Ángeles de hecho convencieron a muchos de dejar las armas, ya que no tenían que temer ninguna represalia.¹⁶⁶ Observadores más agudos, como el embajador español, y aquellos sectores de las clases altas

mexicanas cuyos puntos de vista él representaba, aunque compartían el descontento de los hacendados por las revueltas campesinas y por el sentimiento de rebeldía que surgía en todo México, pensaban que Madero no tenía opción, ya que el estado mexicano simplemente era demasiado débil para ejercer la mano dura que defendían los conservadores. Así, el cónsul británico en Torreón, Cunard Cummins, defendía la política de contención del hermano de Francisco Madero, Emilio, que mandaba a las tropas revolucionarias en la región lagunera y había advertido que una actitud demasiado intransigente por parte del gobierno “conduciría a la violencia de los ‘pobres’ armados contra los ‘ricos’ indefensos, sin importar la nacionalidad”.

Cummins coincidía con ese punto de vista:

Los críticos más acerbos del señor Madero expresan la opinión de que con un hombre fuerte la situación mejoraría; por otra parte, la política seguida aquí por el señor Madero tiene muchos partidarios, ya que se afirma con razón que sin un conocimiento interno de toda la situación es en general injusto criticar tajantemente la acción de las autoridades, que el actual estado de ánimo de los que se inclinan a la revuelta no los predispone a tolerar una extrema dureza en este momento y que, bien puede argüirse, las medidas severas agravarían la situación ya delicada y, además, tal vez, colaborarían a darle mayor impulso revolucionario a la piedra de amolar, con lo que otros podrían entregarse a nuevos actos sediciosos.

El tratamiento, para ser eficaz y no producir potencialmente una situación peor, tendría que ser aplastante en la fuerza y aplicado con decisión.

Los hombres más firmes entre los maderistas no pueden ser puestos a prueba, sin peligro, contra sus actuales o recientes hermanos de armas.¹⁶⁷

La clase alta mexicana no pudo ni quiso darse cuenta de que el poderoso estado que Porfirio Díaz había construido tan laboriosamente se estaba desintegrando y de que nadie, ni Madero ni ningún otro, podía restaurar a corto plazo su capacidad represiva.

El régimen de Díaz nunca llegó a tener el tipo de policía secreta todopoderosa que surgió en muchos países en el siglo XX. Sus órganos represivos constituían una especie de pirámide de muchas capas. La base estaba formada por los hacendados y las autoridades locales: presidentes municipales, jueces y jefes políticos, que se ocupaban en primera instancia de la disidencia en pequeña escala. Contaban con los policías locales, los rurales estatales, los sirvientes

armados, las guardias privadas de los hacendados y con la Acordada, cuerpo paramilitar en gran medida financiado por los terratenientes. Las rebeliones en pequeña escala eran aplacadas en el nivel local, ya fuera enrolando a sus participantes en el ejército (mediante la leva), deportándolos a Yucatán o a otras regiones tropicales del país y, en casos más graves, encerrándolos en los calabozos de San Juan de Ulúa o aplicándoles la ley fuga. De las rebeliones más grandes se encargaba un nivel más alto de la pirámide: el ejército y los rurales nacionales, tal vez la fuerza policiaca mejor entrenada de México, que sólo contaba con tres mil hombres, pero rara vez actuaba sola porque generalmente las fuerzas locales se movilizaban para apoyarla. Con la excepción del ejército nacional, la revolución maderista había minado todas las capas de la represión. Muchos presidentes municipales y jefes políticos habían sido destituidos y remplazados por simpatizantes de la revolución. Incluso cuando no era así, los funcionarios que antes habían podido ejercer la represión sin arriesgarse en lo más mínimo, ahora se sentían intimidados y no se atrevían a poner en práctica el tipo de medidas severas que antes solían aplicar. Otro tanto ocurría con el poder judicial, aunque contenía más remanentes del periodo porfiriano que los sectores administrativos del gobierno. En algunas partes del país, la Acordada había desaparecido y los rurales, tanto estatales como nacionales, habían perdido eficacia porque miles de revolucionarios se habían incorporado a sus filas.

Sólo el ejército federal permaneció en buena medida intacto. Pocos de sus oficiales simpatizaban con la revolución y pocos revolucionarios, si es que alguno, se habían incorporado a él. Sin embargo, también su eficacia había disminuido. En gran parte del país, la leva había sido abolida y había pocos voluntarios dispuestos a enrolarse. Algunas de las unidades estaban desmoralizadas por las derrotas sufridas. Cuando tuvo en efecto que llevar a cabo funciones represivas, durante la época de Madero, el ejército se encontró solo, sin la ayuda de sus tradicionales auxiliares, los voluntarios que movilizaban los jefes políticos y los presidentes municipales.

Los hacendados reaccionaban de diversas maneras ante la ola de rebeldía campesina y el simultáneo debilitamiento del estado central, regional y local. En el sur de México, especialmente en los estados de Chiapas, Tabasco y Yucatán, donde la revolución maderista había sido relativamente débil, casi lograron mantener el statu quo, con la ayuda de tropas federales. Los hacendados aún controlaban algunos gobiernos estatales mediante testaferros que durante años habían empleado la coerción contra los peones de las haciendas y los habían reducido a un peonaje por deudas próximo a la semiesclavitud.

En el México central, había surgido una situación muy diferente. Allí el poder de los hacendados descansaba en una base mucho más frágil. El alzamiento de Zapata no sólo afectó a Morelos, sino que empezaba a extenderse a los estados circunvecinos, y muchos hacendados habían huido de sus fincas. Incluso cuando no había ocurrido así, ante las noticias de los crecientes movimientos zapatistas, un nuevo espíritu de autoafirmación se manifestaba no sólo en las comunidades, sino entre los peones de las haciendas situadas en regiones no directamente afectadas por el zapatismo. En muchos casos, los hacendados se vieron forzados a hacer concesiones. Conforme su situación empeoraba, pusieron más y más sus esperanzas en la única fuerza que en su sentir podía restaurar el antiguo statu quo: el ejército federal.

En el estado de Tlaxcala, donde también se había producido un levantamiento campesino, la situación era un tanto distinta. Allí los dirigentes campesinos intentaron trabajar dentro del sistema y de hecho lograron que fuera elegido como gobernador un hombre favorable a sus intereses. Pero los hacendados crearon una organización política propia y, con ayuda federal, pronto consiguieron derrocarlo y sustituirlo por otro más cercano a ellos.¹⁶⁸

En ambos estados, como en todo el centro y el sur del país, los hacendados podían contar en última instancia con la ayuda de las tropas federales. En el norte, enfrentaban una situación muy diferente. Tras la revolución maderista, las tropas federales se habían retirado o, en el mejor de los casos, tenían una débil presencia. Por tanto los terratenientes se vieron forzados a negociar con los revolucionarios, cosa que resultó más fácil en Sonora y Coahuila, donde quienes habían asumido el poder eran hacendados revolucionarios. A pesar de las diferencias entre terratenientes conservadores y revolucionarios respecto a la forma de disfrutar los beneficios del poder, otorgar concesiones a las clases medias o a los trabajadores industriales, todos coincidían en la necesidad de contener la rebeldía campesina. Cuando los indios yaquis de Sonora, que se habían sumado a la revolución maderista para recuperar sus tierras, intentaron forzar al gobernador revolucionario José María Maytorena a cumplir con sus expectativas, éste envió tropas contra ellos.¹⁶⁹

En los estados de Durango y Chihuahua, donde habían surgido en 1910-1911 fuertes movimientos revolucionarios que no controlaban, los hacendados tuvieron mayores dificultades. En Durango intentaron en vano sobornar y subvertir a uno de los principales dirigentes revolucionarios del estado, Calixto Contreras.¹⁷⁰ Aun si lo hubieran logrado, cabe dudar de los resultados, ya que

ningún dirigente de Durango quedó como jefe supremo de las fuerzas revolucionarias.

A pesar de las grandes diferencias regionales, la mayoría de los hacendados de México tenía una actitud y una estrategia en común: en última instancia su salvación vendría del ejército federal que, estaban seguros, más tarde o más temprano derrocaría a Madero y restablecería el viejo orden. Para cualquiera de ellos alinearse con los antiguos revolucionarios contra el ejército federal era la última posibilidad.

Un estado fue la excepción a esta regla, como había sido excepción durante la revolución de 1910. Allí los hacendados sí se aliaron con los revolucionarios e intentaron luchar, a la vez, contra el gobierno federal y contra el ejército federal. Ese estado fue el de Chihuahua. Como en 1910, lo que allí sucedió afectó a todo México. Esa condición excepcional era resultado de una larga tradición histórica, de lo que algunos llaman la arrogancia y otros, más favorablemente, la osadía del clan Terrazas-Creel y de las medidas adoptadas por el gobernador revolucionario Abraham González.

. 3 .

Decepción y contrarrevolución: Chihuahua, 1912-1913

No creo en nada más que en el reparto de tierras a la gente que nos prometió Madero. Esperé dos meses, tres meses, seis meses. Vi el peonaje atar con cadenas cada vez más profundas a mi pueblo. Con dolor en el corazón, reuní a mi vieja banda y, el 2 de febrero de 1912, me hallaba de nuevo en el campo de batalla.

Entrevista del exmaderista Máximo Castillo sobre sus razones para unirse a la revuelta de Orozco.¹

ABRAHAM GONZÁLEZ Y LA OLIGARQUÍA

Entre los muchos alzamientos maderistas que se produjeron en casi todo México, el movimiento chihuahuense siguió siendo único. Era la fuerza militar más fuerte y mejor disciplinada, y también era excepcional su composición social. A diferencia del otro gran movimiento popular que surgió en 1911, la revuelta zapatista de Morelos, su influencia no se limitaba al campesinado. A diferencia de sus equivalentes en los estados de Coahuila y Sonora, ningún miembro de la clase alta, excepto el propio Madero, desempeñó un papel importante en su dirección. Sin embargo, muy poco después del triunfo de la revolución, la unidad multclasista que le había permitido alcanzar la victoria se vendría abajo. Como Madero, Abraham González estaría sujeto a la presión creciente de ambos extremos del espectro social: la oligarquía por una parte y los campesinos por la otra. Pero su incapacidad para mantener la alianza que lo había llevado al poder no se debió, como en el caso de Madero, a que albergara ilusiones sobre las clases superiores de México o a que tuviera vínculos familiares con ellos (no

tenía tales vínculos); González sería víctima de su lealtad a su jefe, que a cada paso le impediría llevar a cabo las políticas sociales radicales que le habrían permitido conservar el apoyo de las clases populares.

Durante su mandato, Madero siguió la política del mal menor. Tras la inicial transformación de la estructura política, es decir tras instituir la democracia política más amplia que el país hubiera conocido hasta entonces, su objetivo principal fue contener la revolución social que él mismo había iniciado en 1910. En muchos sentidos, este objetivo era idéntico al que perseguían las clases altas pero, en contraste con ellas, Madero no quería establecer para lograrlo una dictadura ni recurrir a la pura represión. Más bien atemperó sus medidas con concesiones, aunque dirigidas principalmente a las clases medias y a la clase obrera urbana. En muchos aspectos, González parece una réplica local de Madero, lo cual no es casual, ya que existía una gran cercanía entre ambos. Poco después de la batalla de Casas Grandes, Madero eligió a González como su sucesor en caso de que lo mataran y, a fines de 1911, le dio el cargo tal vez más importante del gabinete revolucionario: la Secretaría de Gobernación.

Las similitudes eran notables: ambos venían del norte y compartían una concepción del progreso y la modernización cuyos modelos eran Estados Unidos y Europa occidental, ambos habían pasado muchos años al norte de la frontera, ambos creían que uno de los principales errores de Díaz había sido no abrir el proceso político a la clase media en ascenso, y ambos estaban decididos sinceramente a modificar ese aspecto de la política de Díaz. Ambos estaban dispuestos a hacer concesiones a la clase obrera urbana y trataban con cautela a las clases inferiores de la sociedad rural. Estaban convencidos de que la “anarquía” de las clases bajas obstaculizaría seriamente la inversión extranjera, de cuya importancia estaban claramente convencidos. Una vez firmados los Tratados de Ciudad Juárez, se dispusieron a desmovilizar y desarmar a los campesinos que habían desempeñado tan decisivo papel en la revolución. Y, al final, ambos pagarían un alto precio por esta decisión.

Aunque eran muy diferentes, físicamente tenían un rasgo en común: no concordaban con el estereotipo machista del revolucionario o caudillo mexicano, cosa que utilizaron sus opositores conservadores para ridiculizarlos. Madero era un hombre bajo, de voz aguda; González era alto, de buen porte, la encarnación de la respetabilidad de clase media. Sin embargo, las apariencias eran engañosas: aunque ninguno de los dos era militar, ambos poseían un extraordinario valor físico. Eran profundamente humanos y su confianza en la humanidad de sus opositores los llevaría a la muerte. Ambos tendrían que librar una guerra en dos

frentes, contra los radicales y contra los conservadores, pero en este punto las diferencias se harían más y más pronunciadas y, con el tiempo, acabarían por manifestarse. Desde el momento en que firmó el tratado de paz con el gobierno federal hasta el día en que fue derrocado por un golpe militar, Madero consideró a los radicales, y especialmente a los revolucionarios campesinos, como el enemigo principal. Creía que los conservadores que, como Bernardo Reyes y Félix Díaz, intentaron sin éxito derrocarlo, eran menos peligrosos, porque, después de todo, no tenían apoyo popular. O bien no podía o no quería ver cuáles eran sus verdaderas bases: las clases altas y el ejército. Creyó hasta el final que estas fuerzas permanecerían leales a su régimen, actitud que no se debía tanto a su ingenuidad como a su origen social de hacendado. Si alguna vez olvidó dicho origen, los muchos miembros conservadores de su familia se encargaron de recordarle que estaban vinculados por matrimonio con algunas de las familias terratenientes más importantes de México, incluidos los Terrazas.

Abraham González no compartía la debilidad de Madero para con las clases altas tradicionales y el ejército federal, en parte porque su origen social era distinto. Venía de la clase media y no tenía vínculos personales o familiares con la oligarquía. Mucho antes de que empezara la revolución, fue víctima del clan Terrazas, luchó contra sus miembros en la revolución y sufrió su irreductible oposición, hasta que lo mataron. Sabía que no era posible ninguna negociación con ellos porque nunca se resignarían a la idea de que pudiera gobernar Chihuahua alguien que no estaba bajo su control: habían forzado a hombres tan poderosos como Benito Juárez y Porfirio Díaz a aceptar su dominio sobre el estado.

En parte, las diferencias de actitud entre los dos revolucionarios derivaban de que al incorporarse a la revolución se habían planteado objetivos diferentes. Madero consideraba a Porfirio Díaz como su enemigo principal y, cuando él se fue, pensó que podía dedicar sus energías a combatir a los radicales. Para González, el enemigo principal había sido el grupo Terrazas-Creel, que seguía muy presente en Chihuahua.

A pesar de que las medidas de González para desmovilizar al ejército revolucionario coincidían con los intereses del clan Terrazas-Creel, no le conquistaron la gratitud de la oligarquía chihuahuense, que siguió resistiendo hasta que fue asesinado. Esto contribuyó a que el punto de vista de González se fuera modificando: aunque continuó peleando en los dos frentes, como Madero, dirigió sus principales ataques no contra los radicales, sino contra los

conservadores. Finalmente se le presentó una situación única en México: algunos de los radicales se unieron a los conservadores contra él.

Las diferencias de enfoque entre Madero y González eran a veces sutiles, pero otras veces eran tajantes. Ambos estaban firmemente convencidos de que una de las tareas más importantes que la revolución debía cumplir para estabilizar el país era incluir a la clase media en el proceso político, y consideraban que una causa principal de la derrota de Díaz fue no haberlo hecho. Pero Madero creía básicamente que la reforma política, que le daría a la clase media más voz en los asuntos del gobierno y más libertad, bastaría para asegurar el apoyo de esa clase y la situaría como eficaz contrapeso de la oposición tanto conservadora como radical, y González pensaba que había que tomar medidas más activas contra los conservadores.

A diferencia del presidente, que conservó en su gobierno muchos residuos del de Díaz, González sustituyó por revolucionarios a tantos funcionarios del periodo Terrazas-Creel como pudo. Se propuso también eliminar uno de los tipos más odiados de funcionario, el jefe político. Otra medida que tomó iba encaminada a moderar la influencia de los extranjeros: abolió el derecho de las compañías mayoritariamente extranjeras a nombrar a los funcionarios de aquellas comunidades situadas en las tierras que les habían sido otorgadas en concesión, y permitió que dichas comunidades eligieran a sus propias autoridades.²

Las diferencias de enfoque entre González y Madero eran aún mayores en lo que respecta a las clases más bajas. Cuando estalló una oleada de huelgas, siendo ya presidente Madero, éste las permitió y legalizó los sindicatos, pero no mostró ninguna simpatía por los obreros. González en cambio les dio su apoyo abiertamente, forzó a las compañías a aceptar como obligatorio el arbitraje de un comité compuesto por un representante de los trabajadores, uno de los propietarios y uno del estado. Las decisiones se tomaban por mayoría de votos, y en general los representantes de González favorecían a los obreros.³

Las mayores diferencias entre Madero y González estaban vinculadas, ya fuera directa o indirectamente, con la cuestión agraria y con la actitud hostil que tomaría González hacia la oligarquía terrateniente tradicional de su estado. Por principio manifestó que se oponía a cualquier tipo de peonaje por deudas o de detención forzada de los peones en las haciendas. “Don Pánfilo Rodríguez, que trabajaba como jornalero en la hacienda ‘El Sauz’, me dijo que después de dejar la hacienda trató de llevarse a su familia de ahí pero don Guillermo Terrazas se lo impidió, diciéndole que no permitiría que su familia se fuera de la hacienda.

Por esta razón le pido”, escribió a un hacendado, “que utilice su influencia con don Guillermo para que permita a la familia de Rodríguez irse de la hacienda.”⁴

Aunque no promulgó leyes ni decretos para devolver las tierras confiscadas a sus antiguos dueños, había elaborado un plan que vinculaba los impuestos con la reforma agraria y que en otros países podía parecer tibiamente reformista, pero en el contexto mexicano de entonces resultaba revolucionario. Dicho plan fue una de las principales causas del levantamiento contrarrevolucionario en Chihuahua.

En contraste con Madero, cuyos proyectos de reforma agraria eran limitados y vagos, y no habrían dañado a la oligarquía (pensaba comprar algunas grandes haciendas para vendérselas a plazos mensuales a los campesinos pobres, y hacer lo mismo con la mayoría de los terrenos nacionales que todavía eran propiedad del gobierno), el plan de Abraham González era más peligroso y perjudicial para la oligarquía. “Muy poco después de ocupar el cargo”, informaba el cónsul estadounidense en Chihuahua, “[González] anunció que iba a encargarse de que se aprobara una ley que fijaría impuestos progresivos para los grandes latifundios, de modo que uno no pudiera permitirse tener más de 20 mil, 30 mil acres.” Aunque esas medidas sólo tendrían efecto a largo plazo, y aunque les parecían insuficientes a los campesinos despojados que querían la devolución inmediata de sus propiedades así como a los jornaleros sin tierras que necesitaban acceso inmediato a ellas, la oligarquía no las aceptó. “Es fácil de entender”, continuaba el cónsul, “que esa medida no le atraerá el apoyo de personas que poseen un millón o más de acres, como ocurre con varios ricos individuos del estado.”⁵

El plan habría beneficiado principalmente a la clase media agraria, que tenía los medios financieros para comprar parcelas. Las medidas que González en realidad tomó contra la oligarquía fueron menos radicales de lo que hacían esperar sus primeros pronunciamientos, pero fueron con todo suficientes para suscitar una ola de odio contra él. En vez de aumentar la tasa fiscal, González simplemente llevó a cabo una apreciación más realista del valor fiscal de las haciendas, aunque sin llegar a su verdadero valor. “Sus propiedades de Luis Terrazas, en su justa valorización”, escribió González a Madero, “fluctúan ente cincuenta y cien millones de pesos, y el estado actualmente se las tiene calificadas en \$ 9 156 610.80, que como usted ve es mucho menos que la quinta parte de su justo valor. Antes del triunfo de la revolución de 1910, estaban calificadas sus propiedades en la suma de \$ 1 702 438.00.”⁶

Abraham González pensaba que en realidad había hecho una gran concesión a Luis Terrazas al no revaluar totalmente y de inmediato sus propiedades, y sólo aumentarle un tanto los impuestos. Pero Terrazas y los demás miembros del clan que se vieron afectados consideraban que esas modificaciones fiscales sólo eran el principio de una campaña a largo plazo para acabar con su supremacía, de modo que procedieron a resistir con incansable energía. Primero intentaron impedir que González asumiera la gubernatura de Chihuahua; luego, procuraron sobornarlo; después, trataron de derrocarlo con ayuda de fuerzas extranjeras y locales. Al final, desesperados, intentaron aliarse con los revolucionarios de clase baja, aunque muchos de ellos proponían reformas agrarias que eran anatema para los oligarcas.

Los medios de que disponían para lograr sus objetivos eran considerables. Aunque Luis Terrazas y Enrique Creel habían emigrado, sus hijos y muchos de sus testaferros seguían allí. Su organización política no se había disuelto en absoluto, y su enorme imperio económico, aunque con pérdidas, había sobrevivido. Grandes segmentos de las clases altas de Chihuahua que se habían dissociado de ellos durante la fase armada de la revolución ahora se les unían de nuevo en su lucha contra Madero. Como dijo sucintamente González:

En cuanto a las clases altas, cuento con parte de ellas y si sus principales miembros forman el vacío a mi alrededor no es porque yo los trate mal ni porque no les atienda, sino porque desgraciadamente las más de las veces que se me han acercado ha sido para pedirme cosas contrarias a la ley y a mi conciencia, y como naturalmente no se las he concedido se han alejado censurando mi conducta.⁷

Los intentos de la oligarquía por procurarse apoyo extranjero –principalmente estadounidense– alcanzaron un éxito limitado apenas a fines de 1912: sólo respondieron los empresarios, hombres de negocios y terratenientes estadounidenses íntimamente vinculados con la oligarquía por tratos personales y financieros. El caso más destacado fue el de un hombre que había heredado grandes extensiones de tierra en Chihuahua al casarse con la hija del inversionista estadounidense William C. G. Greene. Se trataba del senador por Nuevo México, Albert Bacon Fall, también abogado de los Terrazas-Creel, que resultaría uno de los más vociferantes defensores de la intervención de Estados Unidos en los asuntos internos de México.⁸ En cambio, muchos otros estadounidenses que habían invertido dinero en Chihuahua no compartían en ese

momento los puntos de vista de la oligarquía local. Habían obtenido generosas exenciones fiscales que González no intentó siquiera cancelar.

Con habilidad y penetración, la oligarquía intentó explotar las contradicciones, rivalidades, insuficiencias y defectos de los revolucionarios. Uno de sus apoyos más importantes –a veces indirecto, a veces directo– fue el propio Madero, cuya política nacional y cuya interferencia en los asuntos de Chihuahua planteaban para González obstáculos cada vez más difíciles de superar.

En su ansiedad por reconciliarse con la clase alta tradicional, Francisco Madero permitió que sobrevivieran las legislaturas estatales nombradas por Díaz hasta que se celebraran nuevas elecciones nacionales. La primera consecuencia que esto tuvo en Chihuahua fue que la legislatura estatal se negó a pedirle la renuncia al gobernador porfirista Ahumada para nombrar a Abraham González como gobernador provisional. Sólo cuando las tropas revolucionarias empezaron a marchar sobre Chihuahua, Ahumada renunció y el congreso nombró al nuevo gobernador. Pero las fuerzas porfiristas no se resignaron; iban a seguir utilizando las concesiones de Madero para sus propios fines, aunque de otra manera. El principio básico de la revolución había sido la no reelección. Por eso Madero había renunciado como presidente provisional y entregado el cargo a León de la Barra, un residuo del porfiriato, hasta las nuevas elecciones que se celebrarían a fin de año. Sobre la base del principio de no reelección, que ellos mismos jamás habían observado, y del ejemplo de Madero, los conservadores que dominaban el congreso local esperaban llevar a González a un dilema insoluble: o bien renunciaba como gobernador provisional, y entonces la legislatura nombraría a uno de los suyos, lo que les daría por lo menos un respiro y desmoralizaría aún más a los revolucionarios, o permanecía como gobernador provisional con lo que no podría convertirse en candidato. Durante un breve tiempo, González pensó poder obedecer las reglas establecidas por los revolucionarios y forzar a los legisladores a nombrar un gobernador salido de sus filas. Pero cuando ellos se negaron, decidió que no se sometería: permanecería como gobernador provisional y a pesar de ello sería candidato a gobernador. Finalmente, fue elegido para ese cargo en agosto de 1911.

Las actividades de los legisladores conservadores no eran más que una especie de acción de retaguardia. Probablemente no creían que González renunciaría al poder, pero con sus maniobras buscaban desacreditarlo, lo cual, esperaban, redundaría en beneficio de un hombre cuya vanidad y ambiciones habían empezado a alimentar, un hombre que había desempeñado un papel militar

decisivo en la victoria de la revolución: Pascual Orozco. “Fue asiduamente cultivado desde el momento en que vino a Chihuahua tras la caída de Ciudad Juárez”, informaba el cónsul estadounidense en Chihuahua. “Sus nuevos amigos lo alentaban a contender por la gubernatura contra Abraham González.”⁹ Esos nuevos amigos eran miembros de las familias Creel y Terrazas. Durante un breve periodo, Orozco pensó en efecto postularse, pero antes de que la elección tuviera lugar desautorizó los rumores sobre su candidatura. Lo hizo en parte porque legalmente no podía ser candidato, ya que no tenía treinta años, la edad mínima para gobernador. Además se daba cuenta de que aún no tenía la fuerza y la popularidad para llegar a esa posición y probablemente esperaba que, con el tiempo, González quedara desacreditado por no poder cumplir sus promesas, y entonces él podría sustituirlo.

Cuando la oligarquía comprendió que sus esfuerzos por impedir que González tomara posesión estaban destinados al fracaso, empezaron a pensar cada vez más en una solución “nacional”.

Su odio y resentimiento contra la revolución se expresan tal vez mejor que en ningún otro texto en una carta que Creel le envió en septiembre de 1911 a Porfirio Díaz, entonces exiliado en París.

No puedo resignarme a la gran desgracia que ha sufrido nuestro país, a la ingratitud del pueblo mexicano, a la enorme injusticia, a la deslealtad de algunos hombres y a tantas cosas que han pasado en este país, tan inexplicables, tan inesperadas, tan inútiles y perturbadoras, como un terremoto que en un instante destruye el trabajo de muchos años [...] La situación general del país es muy mala, no hay respeto a la Constitución, a la propiedad privada, a los derechos políticos y al libre sufragio, sino que tenemos más bien el gobierno de la fuerza bruta de las clases bajas armadas con rifles, llenas de pasión, con ideas comunistas y llenas de odio contra las clases superiores. Se siguen produciendo levantamientos en muchos estados [...] Muchas haciendas están en poder de los revoltosos.

Creel decía que la sociedad estaba dividida en dos clases:

La primera, muy numerosa, compuesta del pueblo bajo, de obreros y empleados, favorece a Madero, está fanatizada, ciega y obcecada. Esta clase es la *activa* y la que llevará a Madero a la presidencia [...] La otra clase es la del capital, la de los intelectuales y de las capas superiores de la sociedad. Todos estos elementos, que deberían ser muy poderosos, no harán nada,

porque no tienen organización, ni tienen valor civil, y el instinto de conservación y el egoísmo norman todos sus actos. Esta clase simpatiza con el general Reyes, a quien considera capaz de darle garantías, pero como es una clase *pasiva*, no ha de entrar como elemento activo a la lucha electoral y aunque quisiera hacerlo no lo permitiría el maderismo.

Creel no pensaba que Reyes podía triunfar en una elección contra Madero. Decía que “la situación del general Reyes es desesperante, porque se le ha injuriado públicamente, hasta el grado de apedrearlo en la avenida Juárez y decirle por la prensa que es un cobarde y un asesino”.¹⁰

Sin embargo, Reyes estaba convencido de que podía llevar a cabo un golpe contra Madero y de que el ejército y las clases altas lo apoyarían. Creel compartía al parecer ambas esperanzas, ya que según agentes del Buró de Investigación de Estados Unidos (predecesor del FBI) Reyes le dijo a un informante que Creel le estaba dando financiamiento.¹¹

Si realmente puso sus esperanzas en Reyes, significa que la capacidad de análisis de Creel seguía siendo tan falible como en vísperas de la revolución de 1910. La revuelta literalmente se desinfló antes de empezar. Reyes cruzó la frontera a fines de 1911, llamando a la gente a sublevarse con él, pero nadie respondió y fue capturado por las tropas federales junto con los pocos hombres que lo acompañaban. Afortunadamente para él, Madero no era Porfirio Díaz.¹² Lo hizo encarcelar en una celda confortable, donde se le permitía recibir amigos, parientes y seguidores, y planear una nueva revolución, con considerable libertad.

Si la clase alta y el ejército no podían restaurar la ley y el orden, ¿por qué no intentar que se encargara de ello Estados Unidos? Para fines de 1911, algunos sectores de las clases altas de México y miembros de la oligarquía de Chihuahua tenían sus esperanzas puestas en una intervención.

En septiembre de 1911, el secretario de Guerra estadounidense, Stimson, envió a dos agentes secretos del estado mayor del Departamento de Guerra, los capitanes Charles D. Rhodes y Paul B. Malone, disfrazados como corresponsales del *Washington Times*, para que averiguaran qué posibilidades había de que fuera necesario intervenir. Llevaban cartas de presentación para los diplomáticos estadounidenses, quienes hablaron confiada y abiertamente con ellos. El cónsul estadounidense en Chihuahua, Marion Letcher, les dijo que tanto la mayoría de los estadounidenses que había en Chihuahua, como la mayoría de la población

estaban en contra de una intervención de Estados Unidos, pero había excepciones. Éstas eran:

1. Un pequeño grupo de “científicos”* (partidarios de Díaz que disfrutaban de concesiones y otros privilegios en el antiguo régimen), que solicitarían la anexión para acabar con el actual gobierno. 2. Posiblemente la jerarquía católica de Chihuahua debido a su posición actual, muy subordinada, y al hecho de que la plataforma de Madero planteaba una separación aún mayor entre el estado y la iglesia. El obispo de Chihuahua ha dicho confidencialmente a un amigo que le gustaría la anexión a Estados Unidos, como un paso hacia el mejoramiento de la situación de su iglesia en México.¹³

Pocos meses después, en febrero de 1912, otros agentes del Buró de Investigación de Estados Unidos informaron que Terrazas estaba haciendo todo lo posible por provocar una intervención.¹⁴

Cuando perdió las esperanzas en una victoria de Reyes o una intervención de Estados Unidos, el clan Terrazas-Creel no se dio por vencido. Sus integrantes tenían una larga tradición, en la que siempre habían salido triunfantes confiando en sus propias fuerzas.

Su primer paso, muy sencillo, fue probar el medio que con tanta frecuencia les había resultado enormemente eficaz en el pasado: comprar y sobornar a sus oponentes así como a los principales funcionarios. ¿Por qué no hacer lo mismo con Abraham González? Hicieron su tentativa poco después de que el gobierno estatal de Chihuahua decretó un aumento de impuestos a Terrazas. “Pretendió el señor general cohecharme”, escribió González a Madero, “valiéndose para ello de uno de sus abogados de más confianza y que en aquella época era amigo mío y quien, haciéndome ver algo de lo que realmente pasó después, llegó a ofrecerme una regular suma de dinero, siempre que se rebajaran las contribuciones del señor Terrazas.”¹⁵ La negativa de González llevó a los miembros del clan a adoptar un plan más ambicioso: una revuelta para derrocar no sólo a González, sino también a Madero.

Una de las razones por las que Terrazas y Creel pueden haber pensado que podían sobornar a González era que creían que la fuerza del gobernador se había ido debilitando una vez pasado el momento culminante de la revolución maderista. Y así era en efecto. La capacidad de González para resistir los crecientes ataques contra su administración se hallaba minada, en parte como resultado de las maniobras y maquinaciones de Terrazas-Creel, pero sobre todo a

consecuencia de las medidas tomadas por Madero en todo el país en general y específicamente en Chihuahua. González había perdido algunas simpatías en las clases bajas debido a la decisión de Madero de desmovilizar rápidamente al ejército revolucionario y al mismo tiempo frenar la satisfacción de las demandas campesinas de tierras. Otros resultados de la política seguida por Madero también habían sido dañinos para González. En los Tratados de Ciudad Juárez, Madero había reconocido implícitamente la legalidad de la legislatura estatal, que tanto él mismo como el Partido Antirreeleccionista habían siempre considerado ilegítima porque sus miembros nunca habían sido elegidos en unas elecciones verdaderamente libres. Para todos los fines prácticos, habían sido nombrados por la administración de Creel. Sin embargo, esta asamblea patentemente ilegítima y derrotada era la que, como resultado de la revolución, conservaba el derecho de nombrar al gobernador.

Abraham González no se arredró ante esos obstáculos, porque creía contar con el arma necesaria para asestar en cualquier momento un golpe decisivo al líder reconocido y miembro más inteligente del clan: el propio Enrique Creel. Se trataba del escándalo del Banco Minero que había estremecido a Chihuahua sólo unos pocos años antes, se había convertido en *cause célèbre* y había menoscabado la legitimidad del gobierno de Creel. El asunto se había silenciado gracias a las íntimas conexiones del clan con el gobierno central y con las autoridades judiciales de Chihuahua. Ahora, si se retomaba el tema, no sólo acabaría con el poco prestigio que le quedaba a Creel, sino que también debilitaría el poder económico de su clan y tal vez incluso conduciría a su encarcelamiento o por lo menos a una sentencia. Para desesperación de González, el propio Madero le quitó el suelo de los pies al darle instrucciones de suspender cualquier tipo de investigación sobre el asunto. Esta actitud de Madero se debía a consideraciones personales, sociales y políticas. Aunque lo combatieron paso a paso, los Terrazas y los Creel no tenían empacho en utilizar para sus propios fines las relaciones familiares y de negocios que tenían con él, así como el obvio deseo de Madero de reconciliarse con las clases altas. Creel fue a verlo para pedirle que interviniera en el asunto del Banco Minero y Madero le envió una larga carta a González en la que expresaba su convicción de que era inocente. “Es imposible atribuir al señor Creel o a alguno de ellos la culpa, pues las cuatro quintas partes del capital es precisamente de ellos y es ilógico que se fueran a robar a sí mismos con tanto escándalo.”¹⁶ Aunque no le daba a González una orden directa, decía que Creel lo había convencido de que el juez a cargo del caso –uno de los pocos que no se habían doblegado ante el clan– era

parcial; deseaba sustituirlo por otro juez federal.¹⁷ Para González, la carta de Madero era de hecho una orden y un golpe severo. No sólo lo privaba del arma para enfrentarse a los Terrazas, sino que debilitaba la confianza popular en su gobierno. Una de las demandas principales del Partido Antirreeleccionista había sido que hubiera jueces honestos que no atendieran al poder y la riqueza de los afectados. El escándalo del Banco Minero, pensaban muchos chihuahuenses, era una oportunidad para probar si era posible un proceso judicial honesto en Chihuahua. González accedió a la petición de Madero para evitar un rompimiento y porque le tenía profundo respeto, pero publicó su carta en la prensa para declinar toda responsabilidad.

Madero seguiría asestándole golpe tras golpe inconscientemente. Más o menos al mismo tiempo que se desplomaba su popularidad en Chihuahua, como resultado de su intervención en el asunto del Banco Minero, Madero se indispuso con muchos de sus antiguos partidarios al cambiar de candidato a vicepresidente para las elecciones de noviembre de 1911. Durante la campaña contra Porfirio Díaz, el candidato a la vicepresidencia antirreeleccionista había sido un médico, Francisco Vázquez Gómez, con el que Madero tuvo crecientes diferencias durante la revolución, pero que disfrutaba de una gran popularidad en Chihuahua, de modo que cuando eligió como nuevo candidato a Pino Suárez, un político de Yucatán, la indignación contra él aumentó. Al intentar que los antirreeleccionistas de Chihuahua aceptaran la nueva candidatura, González pudo percibir las repercusiones de esa decisión de Madero en las divisiones y el debilitamiento del partido político que lo había llevado al poder.

LA DECEPCIÓN CRECIENTE DE LAS CLASES BAJAS DE CHIHUAHUA

Abraham González todavía no se había recuperado de estos golpes cuando la propia confianza de Madero y su amistad contribuyeron a debilitar todavía más su posición en Chihuahua. En noviembre de 1911, el presidente logró convencerlo de que se incorporara al gabinete como secretario de Gobernación. Como no quería abandonar la gubernatura de Chihuahua, González pidió y obtuvo una licencia de la legislatura estatal. Fue un grave error: ese tipo de medida era altamente impopular en Chihuahua debido a los precedentes habidos durante las gubernaturas de Creel y Terrazas, quienes, tras haber sido elegidos, habían gozado de prolongadas licencias y dejado el cargo a subordinados mucho menos competentes, incapaces de tomar decisiones de consideración. Peor aún: el sustituto temporal, Aureliano González, que no era pariente del gobernador,

carecía de la iniciativa y la popularidad de éste, así como de sus contactos personales con los dirigentes populares del estado. Entre noviembre de 1911 y febrero de 1912, mientras el gobierno del estado permanecía pasivo, el clan Terrazas-Creel pudo recuperarse de sus pérdidas y atraerse a la segunda figura más popular del estado, Pascual Orozco, con cuya ayuda pensaban poner en marcha la contrarrevolución. El gobernador de Chihuahua se encontró al final en una situación paradójica. Sus planes a largo plazo respecto a la cuestión agraria habían puesto en su contra a las clases superiores del estado. Y su negativa a hacer cambios drásticos a corto plazo lo habían indisputado con gran parte de los habitantes de los pueblos libres y de los peones de las haciendas.

Los revolucionarios chihuahuenses se habían alzado en un momento en que la mayor parte de México consideraba que su empresa era en el mejor de los casos una utopía y, en el peor, una loca ilusión. Durante casi dos meses, se habían enfrentado casi solos al que era generalmente considerado uno de los estados más fuertes de América Latina. Habían llevado el peso del combate en esos primeros meses, y habían exhibido la debilidad del régimen ante todo México y el mundo. Aun cuando el resto del país empezó a seguir sus pasos, fueron ellos quienes alcanzaron la victoria decisiva que forzó al dictador a renunciar. La conciencia de esta hazaña llevó a miles de habitantes de la ciudad de Chihuahua a darles una bienvenida triunfal en junio de 1911. Para la mayoría de los soldados del ejército revolucionario, ése sería el último triunfo y el último reconocimiento de que disfrutarían en largo tiempo. Sólo unos días más tarde, tanto Madero como el recién nombrado gobernador González pusieron en marcha un programa masivo de desmovilización y desarme de las tropas revolucionarias. Aunque mantuvieron unos cuantos contingentes como rurales estatales, la gran mayoría de los soldados revolucionarios recibieron un bono de cincuenta pesos, veinticinco más si entregaban su rifle, el derecho de conservar su caballo y un boleto de ferrocarril hasta su pueblo o ciudad, y se les envió a casa.¹⁸ Las autoridades les dieron las gracias y tomaron unas cuantas medidas para atender a las viudas y huérfanos de los que habían muerto en batalla y a los soldados heridos o discapacitados. La realidad que hallaron al volver, aunque no idéntica a la que habían dejado, estaba lejos de cumplir las expectativas con que habían marchado a la revolución. En la mayoría de los casos, ya no estaba en el cargo el presidente municipal cuyo gobierno autocrático odiaban. También en la mayoría de los casos, otro tanto había ocurrido con el jefe político, y si no, su autoridad había quedado muy limitada. Pero muchas otras autoridades estatales, como los jueces, seguían en sus puestos. Lo más molesto de todo era que las

haciendas permanecían en gran medida intactas y su enorme poder y riqueza seguían a disposición de sus dueños.

Pero esos soldados que habían peleado y derrotado a la oligarquía en el nivel nacional y en el estatal, no estaban dispuestos a aceptar el antiguo orden en el nivel local. Como en el resto de México, amplios sectores de las clases hasta entonces excluidas del poder político y económico estaban adquiriendo conciencia de su fuerza y una nueva rebeldía. Es extraño que, en contraste con otras regiones donde se habían producido grandes insurrecciones rurales, en Chihuahua fueron los sectores urbanos de la población, mucho más que los rurales, los que se enfrentaron a las autoridades tradicionales en los primeros meses tras la firma de la paz. Las clases medias –maestros, médicos, abogados, pequeños empresarios– empezaron a afirmar su poder apoderándose de cada vez más cargos de elección y de nombramiento, en el nivel local y en el regional, arrebatándoselos a los miembros y partidarios de la oligarquía tradicional. Al mismo tiempo, se instituyó una reforma que trasladaba la mayor carga fiscal de los pequeños empresarios a las grandes empresas. Y la clase media chihuahuense apreciaba y ejercía una libertad de prensa mayor que nunca en la historia.

Los obreros industriales también se enfrentaron al antiguo orden. Sacudió al estado una ola de huelgas de los trabajadores tranviarios, mineros, ferrocarrileros y empleados de las empacadoras de carne y, por primera vez en muchos años, obtuvieron victorias importantes y lograron grandes aumentos salariales.¹⁹

Durante un tiempo, la gente del campo chihuahuense pareció menos rebelde que la de Morelos, o incluso Durango. Aunque hasta agosto de 1911 los revolucionarios y exrevolucionarios siguieron confiscando y matando el ganado de Terrazas, hay escasos datos sobre ocupaciones o invasiones de tierras comparables a las que tenían lugar en Morelos o en las haciendas administradas por Gómez Palacio en Durango. En Namiquipa y Cuchillo Parado, y probablemente en varias otras poblaciones, los vecinos sí recuperaron algunas de las tierras que habían perdido como resultado de la ley agraria de 1905.²⁰ Pero ocuparon principalmente las que les habían quitado otros habitantes, protegidos de Creel, o los caciques locales, y no las que les habían arrebatado las haciendas. Esta imagen de pasividad rural frente a los terratenientes puede ser errónea y deberse sólo a que falta el tipo de información confiable que sí poseemos para otros estados. Sin embargo, en una serie de cartas a Madero, Terrazas se quejaba enojado porque le robaban de sus haciendas ganado, dinero y otros objetos, pero nunca mencionó ocupaciones de tierras, y la prensa libre de Chihuahua no informaba sobre sucesos de ese tipo, lo que parece indicar que en todo caso

serían poco frecuentes. Esto resulta difícil de explicar. ¿Por qué quienes tan vehementemente se habían quejado, en vísperas de la revolución, de que las grandes haciendas les quitaban tierras que consideraban suyas y, en gran medida, habían tomado las armas para recuperarlas, no las ocupaban ahora como estaban haciendo los campesinos de Zapata y los del distrito Cuencamé, en Durango? ¿Se debía al respeto de la gente del campo chihuahuense ante el enorme poder de la oligarquía? No es factible, ya que la habían derrotado. Más probablemente, puesto que los hombres que los habían guiado a la revolución, Abraham González y Pascual Orozco, habían asumido respectivamente la dirección política y la dirección militar del estado, los habitantes de los pueblos confiaban en que se cumplirían sus promesas y esperaban que se tomaran las medidas necesarias para concederles sus reivindicaciones.

Muchos hombres del campo estaban dispuestos a darle tiempo al gobierno gracias a que algunos de los beneficios que obtuvieron la clase media urbana y los obreros industriales se filtraban hasta ellos, aunque en un grado muy distinto. Si bien todos se beneficiaban por el hecho de poder elegir a sus propias autoridades municipales, sólo aquellos que tenían propiedades se vieron favorecidos sustancialmente con las reducciones fiscales que había decretado el gobierno, y sólo a los habitantes del campo que trabajaban por temporadas en la industria les aprovecharon los aumentos salariales que obtuvieron los sindicatos recién fundados. Pero el número de estos beneficiarios era importante, y muchos de ellos siguieron apoyando al gobierno estatal. Otro elemento que pudo contribuir a la pasividad de la gente del campo fueron las divisiones que existían dentro de él.

La principal oposición popular procedía del distrito que había sido la base tradicional del PLM: el distrito de Galeana, donde se habían establecido los mormones. Dado que su demanda de que fueran expulsados los colonos extranjeros no tuvo eco en el gobierno estatal, muchos de los habitantes de Galeana atendieron el llamado de Flores Magón a continuar la guerra revolucionaria.

Su descontento pronto tuvo respuesta entre los miembros del único grupo social que prácticamente no se había beneficiado de la revolución: los peones de las grandes haciendas del estado. En las propiedades de Terrazas, el tiempo parecía detenido. En octubre de 1911, un periódico informaba que los peones todavía recibían sólo cincuenta centavos diarios, que no les eran pagados en dinero sino en papel, sólo redimible en la tienda de raya.²¹

Aunque la situación de punto muerto entre hacendados y peones reinó en el periodo que va de junio hasta aproximadamente octubre de 1911, ya no se mantenía a finales de 1911 y principios de 1912. Alentados por la creciente impopularidad del gobierno estatal y su falta de prestigio, debida no sólo al incumplimiento de sus promesas sociales, sino a la ausencia de Abraham González, los hacendados consideraron que había llegado la hora de emprender la contraofensiva contra aquellos peones de sus haciendas que habían participado en la revolución. El 20 de noviembre de 1911, un año después de su estallido, los habitantes de la hacienda de Humboldt protestaron amargamente de que “estamos sufriendo diariamente atropellos y vejaciones por parte del alemán Pablo Hoffman [...] en vista de que no se nos ha prestado ninguna protección, reiteramos nuestra súplica y pedimos JUSTICIA, pues creemos que no estamos en la época de la pasada administración, la cual amparaba cuanta fechoría se cometía con los mexicanos”.²²

Todavía más furiosas y encendidas eran las protestas de los habitantes de seis haciendas cuyo vocero era Cástulo Herrera, antiguo jefe de Villa y uno de los primeros que tomaron las armas en Chihuahua. “Que siendo objeto de vejaciones y malos tratamientos por los propietarios de las mencionadas haciendas [...] porque algunos nos lanzamos a la revolución para derrocar a la tiranía”, escribían, los hacendados querían forzarlos a pagar los daños que habían producido los combates. Sólo se había recogido parte de la cosecha de ese año, y los hacendados trataban de forzar a sus peones a entregarles casi todo, con lo que los privaban del mínimo necesario para sobrevivir.

Teniendo la más firme convicción de que, al inaugurarse el gobierno emanado de la revolución, se pondrá desde luego en práctica la cláusula del Plan de San Luis Potosí, consistente en la *repartición agraria* a pequeños terratenientes, muchos de los que fueron despojados por el gobierno usurpador de Porfirio Díaz así como los que ya estamos cansados de que los mencionados propietarios o hacendados nos absorban todas nuestras energías sin tener siquiera la recompensa de un buen tratamiento, no abrigamos otra esperanza que usted, con la rectitud y justicia que le son características, tome en consideración nuestras razones y se sirva dictar las medidas convenientes para aliviar en algo nuestra precaria situación.²³

En la hacienda de San Felipe se produjo una huelga sin precedentes, que duró dos meses, porque el administrador pedía a los aparceros que le entregaran una

parte mayor de la cosecha.²⁴ Los Terrazas, en lo más mínimo intimidados por el éxito de los revolucionarios, trataron de recuperar las pérdidas sufridas durante la revolución a costa de los campesinos a quienes rentaban pastizales. El alquiler de los pastos en las cercanías de la ciudad de Chihuahua aumentó de un peso por año a seis, medida que suscitó una vehemente denuncia en *El Correo de Chihuahua*.²⁵

El descontento empezó a extenderse incluso a algunas de las colonias militares que habían sido la columna vertebral de la revolución maderista. Porfirio Talamantes, el dirigente de Janos que durante la dictadura de Díaz había luchado con tanta determinación –y sin éxito– por la autonomía municipal y por la devolución de las tierras que había perdido el pueblo, escribía ahora a *El Correo de Chihuahua*: “Aquí estamos peor que antes, que el caciquismo nomás ha cambiado de nombre”. Pacheco, el hombre que había nombrado presidente municipal el nuevo jefe político, “con los revolucionarios era revolucionario y con los federales era federal”; se había robado la harina que el gobierno del estado envió para que fuera repartida entre los habitantes de Janos. “A mí y a otras personas se nos están perdiendo nuestras milpas porque no nos ha querido dar agua para regarlas.”²⁶

Digo esto sintiendo no sé qué desesperación, al ver que ya dos veces me he quejado en contra de la autoridad de Janos y sin embargo de que el C. Gobernador don Abraham González me dio consoladoras esperanzas al exponer mis razones, aún no puedo ver lucir ni un rayo de ventura acerca de los fines que persigo.

Me pregunto en sí yo mismo ¿por qué será esto? y al querer dar contestación a mi pregunta acallo en silencio la melancolía de mi corazón, porque todavía no pierdo la fe de que tarde o temprano serán escuchadas mis frases.²⁷

Talamantes obtuvo finalmente lo que quería. Unas semanas más tarde, el gobernador ordenó al jefe político del distrito de Galeana que destituyera al presidente municipal. Aunque logró así disipar el descontento en Janos, éste siguió en cambio latente en la colonia militar que había sido una de las cunas de la revolución de 1910, el pueblo donde Pancho Villa había reclutado a la mayoría de sus seguidores originales: San Andrés. En febrero de 1912, *El Correo de Chihuahua* informaba que el descontento porque Madero no había cumplido sus promesas era tal que muchos “preferirían mejor la dictadura

porfiriana, pues aquélla siquiera procuraba ‘dorar la píldora’ [...] los favoritismos comienzan a dejarse sentir nuevamente”.²⁸

El estado de ánimo de muchos habitantes de los pueblos de Chihuahua queda tal vez expresado en la reveladora entrevista que en 1914 concedió a *El Paso Morning Times* Máximo Castillo, dirigente que había encabezado el destacamento encargado de la seguridad personal de Madero durante la revolución. Máximo Castillo, escribió el reportero que lo entrevistó,

tiene una figura encogida, rostro enjuto y arrugado, el bigote y la barba casi blancos. Es instruido, ha leído mucho para un rancho mexicano y tiene maneras amables y cordiales. Castillo dice que tiene más de sesenta años. “No creo en nada más que en el reparto de la tierra entre el pueblo como nos prometió Madero”, declaró a *El Paso Morning Times*. “No soy socialista. No sé nada de eso. Soy uno de los pocos rancheros independientes que quedan en el estado de Chihuahua. Tengo un pequeño rancho en San Nicolás de Carretas, que fue de mi padre, y del padre de mi padre antes de él. Esa vida feliz es todo lo que quiero en este mundo. Pero no podía quedarme sentado y ver cómo saqueaban a mis camaradas bajo la ley agraria criminal de Porfirio Díaz, cómo les quitaban sus casas y ellos mismos eran encuerados en las calles por los soldados federales, y que sus miserables parcelitas fueran a acrecentar las grandes haciendas de don Luis Terrazas.”

Cuando estalló la revolución de Madero, Castillo se entusiasmó con su promesa de reforma agraria. Tras la victoria, volvió a casa con la esperanza de que Madero finalmente cumpliera lo que tan elocuentemente había prometido. “Esperé dos meses, tres meses, seis meses. Vi al peonaje atar las cadenas más y más profundamente sobre mi pueblo. Con dolor de corazón, reuní a mi vieja banda, y el 2 de febrero de 1912, me lancé de nuevo al campo.”²⁹

LA REVUELTA DE OROZCO

Ante las noticias que llegaban de Chihuahua sobre el creciente descontento y nuevos levantamientos y revueltas, Abraham González decidió que no podía continuar en la ciudad de México. Renunció a su cargo como secretario de Gobernación y retomó sus deberes como gobernador del estado, dispuesto a hacer cuanto estuviera en sus manos para evitar la nueva insurrección que parecía a la vuelta de la esquina. Para entonces, se había dado cuenta de cuál era

la raíz de la creciente insatisfacción de sus antiguos partidarios en el estado. “La solución del problema agrario, *que está en el fondo del descontento sano*”, escribió en una carta abierta a los ciudadanos de Chihuahua, “os aseguro que el gobierno procurará solucionarlo en el menor tiempo posible.”³⁰

A instancias de Abraham González, la legislatura del estado promulgó una ley por la que se apropiaba seis millones de pesos destinados a obras de irrigación y a la compra de haciendas, para redistribuir algunas tierras.³¹ González también pidió fondos al gobierno federal para deslindar terrenos nacionales y tierras de los pueblos. Una vez más, el gobierno central sabotó sus esfuerzos diciendo que no había dinero disponible para ese fin.³² En cualquier caso, eran medidas a largo plazo, y en el campo sintieron sus resultados demasiado poco y demasiado tarde.

En febrero de 1912, estallaron en Chihuahua una serie de motines y revueltas locales. El movimiento adquirió un carácter nuevo cuando, el 27 de febrero, la guarnición de Ciudad Juárez, integrada por exrevolucionarios, se sublevó y tomó la ciudad. Algunos de ellos eran miembros del PLM, unos pocos se autodenominaban zapatistas, pero la mayoría consideraba como su dirigente a Emilio Vázquez Gómez, una personalidad curiosa y en ciertos aspectos contradictoria en la historia de la revolución mexicana. Era hermano de Francisco Vázquez Gómez, que fue candidato de Madero a la vicepresidencia durante su primera campaña contra Díaz. Emilio, alto funcionario en el Partido Antirreeleccionista, cobró renombre cuando Madero forzó al presidente provisional, León de la Barra, a incluirlo en su gabinete, como representante de los revolucionarios, en el cargo de secretario de Gobernación. Rápidamente se ganó la simpatía de muchos de los partidarios armados de Madero porque procuró impedir que el presidente provisional los desmovilizara. Finalmente, en 1911, renunció en protesta por la masacre que cometieron en Puebla las tropas federales contra veteranos de la revolución, y con ello adquirió una popularidad mayor.³³

Sin embargo, Orozco aún tenía más prestigio entre los nuevos revolucionarios, que lo consideraban uno de los suyos y le indicaron que lo seguirían si se unía a su revolución, pero si no, lo repudiarían. Era una alternativa difícil para Orozco: no había iniciado esta sublevación, y no estaba seguro de su oportunidad, pero si no se le unía perdería toda influencia y perdería la posibilidad de encabezar una revolución triunfante.

Madero aún tenía esperanzas de conservar su lealtad y hay indicios de que estaba dispuesto a ofrecerle la gubernatura de Chihuahua, lo que le habría dado a

Orozco la oportunidad de llevar a cabo una reforma agraria radical, si tal hubiera sido su deseo.³⁴ Sin embargo, rechazó la oferta de Madero, por razones que aún se discuten. Algunos historiadores creen que se debió a sus íntimos vínculos con la oligarquía de Chihuahua, que lo empujaba a asumir la dirección de la revuelta. Otros consideran que respondió más bien a la presión de sus hombres. Una minoría cree que estaba genuinamente interesado en la reforma y convencido de que bajo la dirección de Madero tales reformas no eran posibles. Cualesquiera que fueran sus motivos, cuando Madero le ordenó que recuperara Ciudad Juárez y restableciera la autoridad gubernamental en el estado, Orozco renunció a su puesto como comandante de los rurales estatales y, el 2 de marzo de 1912, se declaró en favor de la revolución.³⁵

Aunque inicialmente buscó llegar a algún tipo de acuerdo con Emilio Vázquez Gómez, exiliado en Estados Unidos, pronto rompió con él y asumió la dirección del movimiento. En el Plan de la Empacadora, publicado unos días más tarde, Orozco llamaba al pueblo de México a sublevarse de nuevo. Acusaba a Madero de haber roto todas las promesas de su convocatoria original y de haber instaurado una dictadura corrupta que no tenía intención de llevar a cabo ninguna de las reformas sociales por las que tantos revolucionarios habían combatido en 1910 y 1911. Exigía reformas profundas, tanto para los trabajadores industriales como para los campesinos, salarios más altos, abolición de las tiendas de raya, reconocimiento de los sindicatos. Sobre todo insistía en la necesidad de una reforma agraria: la tierra ilegalmente arrebatada a los campesinos les sería devuelta y el estado expropiaría, aunque pagando indemnizaciones, todas las tierras de las grandes propiedades que no estaban siendo cultivadas.³⁶ Era un programa radical que le procuró el apoyo del PLM en el norte y el de Zapata en el sur (quien ya había declarado en noviembre de 1911, en su Plan de Ayala, que Orozco era el hombre de su elección para encabezar un nuevo levantamiento).

El 6 de marzo, seis días después de que Orozco decidió sublevarse, Juan Sarabia, uno de los dirigentes del PLM, acudió en una misión de investigación a la ciudad de Chihuahua. Junto con otros líderes de su movimiento, Orozco lo recibió efusivamente e hizo una nueva proclama, en la que afirmaba: “hemos nutrido nuestro espíritu en las enseñanzas del Partido Liberal, y no tenemos otros ideales que los de ese gran Partido lleno de glorias y grandezas”.³⁷ Sarabia quedó impresionado y le otorgó una especie de bendición oficial de su partido al declarar que “el actual movimiento armado [...] es [...] netamente liberal”.³⁸

En su proclama y sus planes, Orozco asumía el papel de un revolucionario radical, una figura en muchos sentidos afín a Zapata, una especie de Zapata del norte. La reacción de grandes sectores de las clases bajas y de las clases altas del estado fue, sin embargo, muy diferente de la que tuvieron esos mismos grupos sociales ante Zapata, en el sur de México. En Morelos, apoyaba a Zapata la gran mayoría de los campesinos, especialmente los antiguos habitantes de los pueblos libres, mientras que la oligarquía solicitaba desesperadamente ayuda federal para contener la marea revolucionaria. En cambio en Chihuahua, aunque los habitantes de los pueblos enclavados en el distrito de Galeana, que eran miembros del PLM, siguieron masivamente a Orozco, no ocurrió otro tanto con su propia gente del distrito de Guerrero. Esta región de las montañas occidentales de Chihuahua, donde Orozco había reclutado y encabezado a la mayoría de los revolucionarios que finalmente derrotaron a Díaz y que era como si dijéramos su cancha, se mantuvo casi totalmente tranquila. En febrero de 1912, Abraham González le escribió a Madero que “todo el distrito de Guerrero permanece leal, esto es muy significativo y creo poder sacar de allí magníficos elementos para mantenimiento Gobierno”.³⁹ De hecho, voluntarios de Ciudad Guerrero se unieron a las filas del gobierno para luchar contra el mismo hombre que sólo unos meses atrás parecía la encarnación viva de su revuelta. Su actitud se debía en parte a que confiaban en González, que era uno de los suyos: se habían beneficiado con las reformas limitadas que ya había llevado a cabo y estaban dispuestos a creer en su promesa de que finalmente resolvería el problema agrario. Su apoyo al gobierno también se debía a la postura que estaba asumiendo la oligarquía. Mientras en Morelos, donde Zapata se sublevó, los hacendados huían de sus fincas y pedían ayuda urgente a las autoridades de la ciudad de México, los hacendados de Chihuahua acudieron en apoyo de Orozco. Crearon una legislatura de retacería, compuesta por sus partidarios, que le otorgó su apoyo incondicional al movimiento. Al mismo tiempo, reunieron para él 1 millón 200 mil pesos.⁴⁰

Existe acuerdo general en que Orozco estaba vinculado a dicha oligarquía. Hay claras pruebas del apoyo financiero, diplomático, social y político que recibió del grupo Terrazas-Creel y de otros miembros de ella. Pero dos problemas intrigaron a los observadores contemporáneos y siguen intrigando a los estudiosos e historiadores. ¿Por qué Orozco se alineó con la oligarquía de Chihuahua e, inversamente, por qué la oligarquía de Chihuahua estuvo dispuesta a correr el riesgo de aliarse con un movimiento en que los habitantes de los pueblos revolucionarios desempeñaban un papel destacado? ¿Era Orozco un

auténtico reformador social que esperaba utilizar los recursos de la oligarquía para sus propios fines? ¿O bien, como acusaban sus enemigos, se vendió a la clase gobernante de Chihuahua?

Existen en Chihuahua una larga historia y muchos antecedentes de habitantes de los pueblos que se aliaron con miembros de la oligarquía, cada bando convencido de que podría usar al otro para sus propios propósitos. La última instancia fue la propia revolución de 1910-1911, cuando la gente del campo siguió al rico hacendado Francisco Madero. ¿No podía ser considerada en esa misma vena la alianza de Orozco con la clase gobernante del estado?

No fue ésa la opinión del cónsul estadounidense en Chihuahua, Marion Letcher, ni de un partidario inicialmente entusiasta de Orozco, el revolucionario agrario radical Máximo Castillo. Al describir el origen de la sublevación de Orozco, Letcher informaba al Departamento de Estado, en abril de 1912:

Los primeros pasos para menoscabar la influencia de Madero sobre la gente fueron la circulación de informes sobre la corrupción de los hermanos Madero y un cuidadoso cultivo del sentimiento de que se estaban incumpliendo las promesas. Hay que señalar que los que se hicieron cargo de esa propaganda no querían ver cumplida ninguna de las promesas de Madero, ni esperaban que lo fueran. La semilla de descontento fue sembrada con mano cuidadosa por políticos maestros, expertos intrigantes de los viejos tiempos [...] Me parecía, a la vez, que habían hecho creer a Orozco que sería presidente. Ya no lo creo así. Creo que él se conformaba con la consideración monetaria [...]

Para resumir las circunstancias presentes: la revolución es el resultado de la intriga pura y simple, y se aprovecha de la ignorancia del pueblo. Es impulsada y respaldada por los hombres más ricos del estado. El cumplimiento o incumplimiento de las promesas de Madero no tiene nada que ver con ella. Han sido meros accidentes empleados por la propaganda para desacreditarlo ante las masas.⁴¹

Máximo Castillo fue incluso más explícito respecto de Orozco. Debido a sus credenciales como revolucionario agrario, Madero había enviado a Castillo junto con varios otros delegados a Morelos, a negociar con Zapata. Esa visita influyó enormemente en Castillo. Al respecto escribió: “Allí vi mis sueños cumplidos. Dos grandes estados, Morelos y Guerrero, tras más de tres años de continua revolución, están construyendo en su centro una república agrícola. Vi cómo Zapata repartía las grandes propiedades en parcelas pequeñas y las daba a gentes

que eran a la vez agricultores y guerreros que se habían levantado para proteger su tierra”.

Ése era el ideal que Castillo perseguía para Chihuahua y que pensó que por fin podría realizarse cuando Orozco proclamó su revolución.

Vi una copia del Plan de Tacubaya [de Orozco] y me llenó de inmenso entusiasmo. Prometía el reparto de la tierra [...] En la estación Gallego, uní mis fuerzas a las de Salazar y nos reunimos con Pascual Orozco cerca de Chihuahua. Allí juramos solemnemente defender el Plan de San Luis Potosí. Para marzo marchábamos hacia el sur, una verdadera revuelta campesina. Tomamos Chihuahua.

Pero Orozco lo decepcionó como lo había decepcionado Madero.

Llegó el tiempo más amargo de mi vida. Descubrí que Orozco era un traidor, un cobarde que había sido comprado por los ricos. En todas partes la gente de dinero le ofrecía bailes y banquetes. Se volvió un héroe de la buena sociedad. Aceptaba presentes en dinero de los mismos ladrones que habían dejado a los pobres sin un pedazo de tierra que pudieran llamar suyo. Un día me dijo que no creía del todo en el reparto de la tierra. Salazar, Rojas y yo inmediatamente lo abandonamos, tras denunciarlo públicamente ante todo el ejército.⁴²

La impresión que tenía Castillo se confirmó cuando, dos semanas después de unirse a la revolución, Orozco dio órdenes, según informantes del Buró de Investigación de Estados Unidos, de que no se tocaran las propiedades de Luis Terrazas bajo ninguna circunstancia.⁴³ La administración que el partido de Orozco nombró para gobernar Chihuahua fue más allá, y redujo los impuestos de Terrazas a cincuenta por ciento de lo que estaba pagando con Abraham González. Ésa fue, según este último, la razón principal que tuvo Terrazas para apoyar la sublevación de Orozco.⁴⁴

Una de las más sucintas caracterizaciones de la revuelta de Orozco fue la que proporcionó un agente del Buró de Investigación de Estados Unidos en marzo de 1912: “Todos los empresarios de Chihuahua apoyan la política de Orozco y de los científicos de desarmar a todo México y emplear mano de hierro, como Díaz, para cazar a los rebeldes”.⁴⁵

Sin embargo, la idea de que Orozco “se vendió” simplifica una situación en realidad mucho más compleja. El término “venderse” implicaría que en algún momento fue un dirigente campesino, y que luego se pasó al otro lado. Pero no

fue así. Como ya dijimos, Orozco venía de una familia relativamente acomodada que poseía tierras y un próspero negocio de transporte: propiedades cuyo valor era de entre cincuenta y cien mil pesos.⁴⁶ Antes de 1910, Orozco nunca había mostrado interés alguno en las cuestiones agrarias y no era un dirigente campesino, aunque en cierto momento declarara que uno de sus objetivos era la reforma agraria. Más bien concordaba con el modelo general del cacique mexicano, que, al enfrentarse a sus rivales o al gobierno central, podía aliarse alternativamente con las clases bajas de la sociedad o con otros caciques. Ésa fue precisamente la política que siguió entre 1910 y 1912. En 1910 había tomado el partido de los habitantes de los pueblos; en 1912 tomó el de la oligarquía, con el objetivo constante de acrecentar su propio poder.

Una explicación de por qué los partidarios radicales de Orozco se alinearon con la oligarquía de Chihuahua es que en algunos casos no conocían la relación de Orozco con Terrazas y Creel y, cuando la descubrieron, como ocurrió con Máximo Castillo, rompieron con él. En otros casos, pudieron pensar que estaban simplemente utilizando a las clases altas en su provecho, del mismo modo que se habían alineado con Madero, en 1910-1911. Tal pudo ser la ideología de otro dirigente radical, Salazar, cuyas tropas incendiaron la sucursal del Banco Minero, propiedad de Creel, cuando ocuparon Parral, con lo que quedó muy claro que aunque hubiera recibido ayuda de la oligarquía, no estaba dispuesto a hacer concesiones a cambio. Otros tal vez estaban tan vinculados personalmente a Orozco que lo habrían seguido en cualquier empresa.

Un problema más arduo es entender por qué la oligarquía chihuahuense se alió con un movimiento en el que participaban sus enemigos jurados. ¿Por qué fue prácticamente el único grupo importante dentro de la oligarquía mexicana que hizo eso?

La explicación más obvia es que ellos no iniciaron la revuelta. De hecho, cabe dudar que hubieran tomado por sí solos esa iniciativa. Los hombres que primero se sublevaron –Antonio Rojas, Salazar y el profesor Braulio Hernández– eran al parecer auténticos radicales. Existía la posibilidad de que se volvieran contra la oligarquía. En cambio, si Orozco, con quien la oligarquía tenía en realidad una íntima relación, asumía la dirección del movimiento, podría controlar a los radicales. Había precedentes históricos que justificaban tal optimismo. En 1879 y 1892-1893, el clan Terrazas había utilizado las revueltas de los pueblos en su beneficio. En 1910-1911, Madero había logrado someter a los magonistas sin demasiadas dificultades. ¿Por qué no podía Orozco hacer otro tanto?

Aunque la oligarquía creía que la dirección de Orozco disminuiría los riesgos potenciales que el movimiento representaba para sus intereses, probablemente también estaba convencida de que el costo de su apoyo subrepticio a la rebelión sería mínimo.

La revuelta presentaba varios escenarios posibles, cualquiera de los cuales, de un modo u otro, resultaba favorable a los intereses de la oligarquía. El primero y más improbable era una victoria directa de Orozco, que derrotaría a las tropas federales y conquistaría la ciudad de México. En tal caso, tomaría el poder nacional el hombre al que ahora la oligarquía consideraba favorable a sus intereses. En vista de la naturaleza regional de la revuelta y de la fuerza del ejército federal, esto parecía muy poco factible. Era más probable que el ejército federal, que no sentía simpatía por Madero, utilizara el levantamiento para sublevarse a su vez, tomar el poder y luego llegar a algún tipo de pacto con Orozco. Ese escenario permitiría a la oligarquía llevar a cabo su verdadero objetivo, que, según el cónsul Letcher, era sustituir a Madero, no con Orozco, sino con Francisco León de la Barra, el antiguo secretario de Relaciones Exteriores de Porfirio Díaz, que había sido presidente provisional tras la revolución y había demostrado su parcialidad por las clases altas.⁴⁷ Un tercer escenario podía ser un empate en el que el movimiento de Orozco controlaría el norte, o por lo menos Chihuahua, mientras el gobierno federal conservaría casi todo el resto del país. En este caso, se podía llegar a una negociación, o mejor aún, a un pacto, como el que alcanzaron Díaz y la oligarquía en 1891-1892 tras el levantamiento de Tomóchic. El gobierno federal aceptaría destituir a González como gobernador y sustituirlo por alguien más cercano a la oligarquía, que no pondría objeción a que las tropas federales entraran en Chihuahua y, tal vez con el apoyo de Terrazas y Creel, barrieran con los rebeldes. Un cuarto escenario, la derrota del movimiento de Orozco por las tropas federales, no tendría tampoco un impacto negativo sobre la oligarquía. Significaría el regreso a Chihuahua de las tropas federales, mucho más conservadoras que los exrevolucionarios que ahora integraban las guarniciones. Un quinto escenario, más improbable pero no imposible, la intervención de Estados Unidos y la ocupación de Chihuahua, en caso de producirse atentados contra las propiedades de los estadounidenses, habría sido, según los informantes del Buró de Investigación, bien recibida por Luis Terrazas.⁴⁸ No fue casual que durante toda la revuelta de Orozco, el senador Fall urgiera constantemente al gobierno de Estados Unidos, tanto a apoyar el levantamiento de Orozco, como a intervenir en México. A fin de cuentas, cualquiera que fuera el resultado final de la sublevación, había un efecto del que

la oligarquía estaba segura de alegrarse: quienes caerían en combate serían los antiguos revolucionarios.

A pesar de todo, participar en un levantamiento que incluía a campesinos radicales implicaba una serie de riesgos. El primero, que no se consideraba muy grave, era la posibilidad de que el gobierno de Madero o el de González tomaran represalias contra ellos o sus propiedades. Pero los Terrazas tenían amplia y exitosa experiencia en el manejo de este tipo de peligro. Luis Terrazas nunca se había visto directamente implicado cuando se produjeron en Chihuahua revueltas en favor suyo o subrepticamente financiadas por él, en 1879 y 1891. Aunque Porfirio Díaz conocía su participación, no se decidió a ejercer acciones directas contra uno de los hombres más ricos y poderosos de México en la medida en que no tomó partido directa y abiertamente por los revolucionarios. Igualmente podía esperarse que Madero, relacionado como estaba con la familia Terrazas, tampoco procedería contra ninguno de los miembros del clan.

No queda claro si Luis Terrazas y Enrique Creel estuvieron directamente implicados en la sublevación o si la iniciativa vino de los miembros más jóvenes de la familia.⁴⁹ En opinión de Abraham González no había duda de la culpabilidad de Terrazas. Según le escribió a Madero:

tengo la seguridad de que el señor general Terrazas no es amigo del gobierno y hubiera visto con gusto el triunfo de la revuelta, no tanto porque persiguiera en ello fines políticos, sino únicamente por ver si lograba llevar al gobierno de este estado a uno de sus adeptos; no sólo para eludir, como lo había hecho en épocas anteriores, el pago de las contribuciones [...], sino también para medrar con concesiones, contratos, etcétera, en una palabra, para gobernar dicha casa, por medio de interpósita persona.

Aunque González no afirma que Terrazas interviniera directamente en la rebelión, sí menciona que un nieto peleó en las filas de Orozco, mientras un hijo, que primero se alistó de voluntario para hacer otro tanto y en el último momento se retiró, ofreció a cambio una gran contribución financiera. Otro hijo, escribía González,

sirvió varias veces, dando su fianza a los que eran acusados por violar las Leyes de Neutralidad, y aquí en Chihuahua, todos los representantes del señor general, los que no tomaron parte activa en el movimiento armado, eran incansables propagandistas de las ideas de la revuelta y creo que lejos de buscar la difusión de ideas socialistas, trabajaban abiertamente por una franca

reacción científico-porfirista, que sirviera a sus intereses, consiguiendo cuando menos un cambio en el gobierno local, para así burlar la calificación que tenían hecha, tanto sobre sus propiedades rústicas como urbanas.⁵⁰

“El señor Luis Terrazas padre, durante el periodo de tiempo comprendido entre 1910 y 1915, obró por conducto de sus hijos, guardando así un aparente alejamiento de los asuntos públicos”, informaba Andrés Ortiz, que fue gobernador de Chihuahua en 1918 y que había sido encargado por el gobierno mexicano para investigar las actividades de Terrazas durante la revolución. Después de que Orozco se sublevó en 1912, según Ortiz, su movimiento procedió a recolectar una contribución voluntaria de un millón doscientos mil pesos. “Una gran parte de los bonos fueron tomados por los señores Terrazas (\$ 500 000.00) y por los bancos locales controlados por ellos casi en su totalidad.”⁵¹

La oligarquía no se equivocaba al confiar en la buena voluntad de Madero. Éste nunca tomó represalias contra ellos y, en noviembre de 1912, recomendó a Abraham González que le permitiera a Luis Terrazas, exiliado en Los Ángeles, volver a Chihuahua, con lo que tendría pleno control sobre su vasto imperio económico.⁵²

Un segundo peligro potencial, más grave, que afrontaba la oligarquía era que el movimiento revolucionario se saliera de control y se volviera contra ella. Hasta cierto punto, así ocurrió en efecto cuando los hombres de Salazar quemaron las oficinas del Banco Minero tras la toma de Parral, ya fuera porque él perdió el control sobre sus tropas, o bien porque les ordenó que lo hicieran. Mucho más peligrosos para la oligarquía eran los planteamientos radicales de Máximo Castillo. Sin embargo, en la primera fase del movimiento, las acciones de éste y el incendio del banco al parecer fueron la excepción más que la regla. La oligarquía intentaba controlar el movimiento de Orozco con una estrecha supervisión de sus finanzas: para ello designó a uno de sus hombres, Gonzalo Enrile, como su representante dentro de la dirección del movimiento.⁵³

Ese control sobre las finanzas de los rebeldes era útil también en otro sentido: permitía reclutar mercenarios a quienes pagaban dos pesos diarios, lo que se consideraba un salario muy alto en ese tiempo. Estos hombres no estaban interesados en la reforma agraria; entregaban su lealtad a quien les pagaba. Como decía González, los orozquistas “paralizaron las principales industrias y, a raíz de ello, ofrecieron pagar el halagador sueldo de \$ 2.00 diarios a los que se

alistaron en sus filas; muchos lo hicieron obligados por la necesidad, y otros, inconscientemente”.⁵⁴

En conjunto, la oligarquía no corrió mayor riesgo de perder el control del movimiento en las primeras semanas, mientras parecía victorioso. Pero cuando, en el verano de 1912, fue vencido, sus integrantes se dividieron. Algunos de ellos, bajo la dirección de Máximo Castillo, se convirtieron en reformadores agrarios radicales y repartieron las tierras de seis haciendas de Terrazas entre sus trabajadores.⁵⁵ Otros, al parecer, se convirtieron en bandoleros y empezaron a atacar indiscriminadamente a los ricos de Chihuahua, incluidos aquellos que los habían apoyado.

El mayor riesgo para la oligarquía era que el movimiento fuera derrotado antes de despegar, no por el ejército federal, sino por fuerzas locales leales a González que podían ejercer represalias contra las clases altas sin pedirle permiso a Madero. Y sólo un revolucionario de Chihuahua tenía la fuerza, el prestigio y la capacidad militar para enfrentarse a Orozco y derrotarlo sin la ayuda federal: Pancho Villa.

. 4 .

Un amor no correspondido: Villa y Madero, 1912-1913

En Santiago Tlatelolco
lo metieron tras las rejas,
como el tiempo no fue poco
ahí conoció las letras...

Francisco Villa se pela
de la prisión militar,
pasa frente al centinela
que ni lo llega a notar.

VILLA INGRESA EN LA VIDA CIVIL

Uno de los principales resultados de la revolución maderista fue el ingreso en la clase política mexicana de hombres procedentes de los peldaños más bajos de la sociedad, aunque pocos llegaron hasta los escalones superiores de la vida política, que siguieron siendo dominio de la clase alta. Un buen número de los recién llegados se convirtieron en jefes locales de las unidades del ejército revolucionario que no habían sido desmovilizadas, y adquirieron algún tipo de poder local o regional. Así ocurrió con hombres como Calixto Contreras en Durango. Otros, como Toribio Ortega, se convirtieron en presidentes municipales de sus localidades. Otros aún, como Emiliano Zapata, siguieron luchando contra el gobierno. Pancho Villa, en cambio, no adquirió poder político ni militar, sino que ingresó en las filas de la clase media. Según Luz Corral, que de sus muchas esposas es quien mejor se expresa, la carrera de Villa fue una clásica historia de ascenso de la miseria a la riqueza. El antiguo bandolero se

convirtió en respetable miembro de la clase media, y pilar de la sociedad. Se casó con la muchacha de su elección, estableció su hogar en la ciudad de Chihuahua, se volvió un próspero hombre de negocios que contaba con el respeto y el apoyo del gobernador González y del presidente Madero.¹ Sus únicas actividades políticas eran las misiones que le encomendaba Madero.

Según sus enemigos, todo esto era una fachada legal para continuar con sus actividades de bandido. El ladrón y asesino de poca monta se había convertido en un gángster de ciudad grande.²

Por diferentes y opuestas que sean estas dos versiones, tienen una cosa en común: concuerdan en que la principal preocupación de Villa en ese tiempo era hacer dinero, en un caso legal, en el otro ilegalmente. Proyectan la imagen de un hombre que no se identificaba con las esperanzas frustradas de las clases bajas de la sociedad ni disentía de las políticas sociales conservadoras de Madero.

Pero la realidad era más compleja. No hay razón para poner en duda el relato de Luz Corral sobre el breve cortejo de Villa y su boda, aunque aún no es seguro que el matrimonio fuera válido. Se habían conocido en los días tormentosos que siguieron al estallido de la revolución maderista. Luz Corral vivía con su madre viuda en la población de San Andrés, donde Villa estableció por un tiempo su cuartel general. Pasaban por graves dificultades económicas, por lo que la madre se puso muy nerviosa cuando el jefe del Partido Antirreeleccionista en San Andrés le pidió una contribución “voluntaria” a la causa de la revolución. Temerosa de que la tildaran de contrarrevolucionaria, pero incapaz de pagar la suma que le fijaron, la señora Corral fue a ver al dirigente revolucionario que ejercía la autoridad suprema en San Andrés, Pancho Villa. Contra sus temores (había oído hablar del asesinato de Reza y se lo imaginaba como un hombre brutal), resultó muy bondadoso y comprensivo. Visitó la casa, constató por sí mismo la pobreza en que vivía la señora Corral y estuvo de acuerdo en que sólo diera algo de café, maíz y tabaco para sus hombres. Ella instruyó a su hija Luz, asustada, tímida y atractiva, para que tomara de los estantes de la tiendita los artículos que debían entregar. Villa, según relata Luz Corral con orgullo, no podía apartar los ojos de ella. Al día siguiente vino a verla, y le dijo que la conocía desde hacía mucho y que lo había cautivado desde que vio un retrato de ella que colgaba en la casa de uno de los habitantes de San Andrés. Luego fue derecho al grano: le preguntó a Luz si, al triunfar la revolución, estaría dispuesta a convertirse en su esposa y fundar un nuevo hogar. Luz aceptó; no hubo largo cortejo, no hubo guitarras sonando en la calle ni serenatas. La señora Corral no estaba de acuerdo, aunque al parecer tenía miedo de expresar abiertamente su

oposición; creyó que finalmente había hallado un medio de impedir el matrimonio cuando Villa volvió al día siguiente y le pidió a Luz que le hiciera una camisa. Obviamente no quería nada más una mujer atractiva, sino una buena ama de casa y costurera. La madre hizo entonces cuanto pudo para que Luz, que no sabía nada de costura, reprobara la prueba, y le negó su ayuda con la esperanza de que la camisa mal cortada disuadiera a Villa. Sin embargo sus criterios no eran los de la *haute couture* de París: la camisa al parecer le quedó bien y sus sentimientos hacia Luz Corral no variaron.³

La madre albergaba esperanzas de que Villa encontrara a alguna muchacha en otra población, en lo que estaba muy justificada, ya que a pesar de las penalidades de la campaña revolucionaria, Villa había prometido matrimonio a montones de muchachas por todo Chihuahua. Sin embargo, volvió por Luz Corral, y poco después de la firma de los Tratados de Ciudad Juárez se llevó a cabo una elaborada ceremonia nupcial en una iglesia católica. Hubo un pequeño tropiezo la víspera de la boda, cuando el cura que debía officiar al día siguiente le preguntó al novio si se confesaría antes de la ceremonia. “Mire”, le dijo Villa, “para confesarme, necesita usted no menos de ocho días y, como usted ve, está todo arreglado para que la boda sea mañana.”⁴ Convenció al cura de que pasar ocho días o incluso ocho minutos con él no sería la perspectiva más agradable. Al día siguiente, casó a la pareja en una gran ceremonia a la que asistieron los jefes militares villistas y un representante del gobernador.

Luz Corral pronto descubrió que Villa tenía un gran corazón, porque cuando se instalaron en Chihuahua empezaron a llegar a la casa docenas de cartas de las muchachas a las que les había propuesto matrimonio. En sus memorias, relata estos hechos con considerable orgullo; después de todo, ella había sido elegida como esposa entre todas. El tono es menos alegre cuando se refiere a los años posteriores, cuando Villa contrajo matrimonio con otras mujeres sin haberse divorciado. Sin embargo, ella se consideraba como la primera y por tanto la única esposa legal. Tal vez se equivocaba, ya que hay indicios de que pocos años antes, en Parral, Villa había raptado a otra mujer, Petra Espinoza, y se había casado con ella.⁵ Sin embargo, Luz Corral fue tal vez la única, de las muchas mujeres que hubo en su vida, que tuvo algún papel en su carrera política.

La boda eclesiástica no fue sino una de las señas de la respetabilidad de clase media que Villa asumió entonces. Hizo restaurar y ampliar una casa más bien pequeña que había comprado antes de la revolución. Trajo a sus hermanos, Antonio e Hipólito, a la ciudad de Chihuahua, y estableció con ellos un próspero negocio de carne. Compró en Estados Unidos equipo de refrigeración moderno,

y a las pocas semanas abrió cuatro carnicerías que abastecían a buena parte de la ciudad.⁶ Le iba bastante bien, como indica una carta que le escribió a Madero en 1912 y en la que describe las propiedades que Orozco le confiscó en 1912. Entre ellas se hallaban doscientos caballos, doscientas reses, ciento quince mulas y mil setecientos pesos, así como gran cantidad de maíz y frijol.⁷

¿Nos dice esta imagen de joven empresario que adopta los valores de la clase media todo cuanto puede decirse sobre Villa en esa época? ¿Dejó en realidad la política en manos del gobernador y el presidente, para concentrarse exclusivamente en su propia vida y su propia carrera? ¿Se identificaba de alguna forma con los grupos sociales de Chihuahua que creían que la revolución no había logrado sus objetivos? ¿Había vuelto a sus viejas prácticas de robo de ganado? ¿Era ésa la razón de su éxito empresarial? La primera pregunta es fácil de responder. En grado considerable, Villa conservó la manera de pensar que había adoptado durante la revolución. Las mismas razones que lo habían llevado a oponerse a Madero en Ciudad Juárez, en mayo de 1911, lo llevaban ahora a criticar tanto al presidente como a González. Había estado a punto de sublevarse en mayo de 1911, debido a lo que él consideraba indulgencia de Madero hacia los dirigentes del viejo régimen, es decir, por su negativa a someter al general Navarro a un consejo de guerra, veía con los mismos ojos la intervención de Madero ante Abraham González para impedir que Enrique Creel fuera juzgado por su participación en el robo del Banco Minero. En una carta de tono fuerte, Villa se dirigió a Madero para “recordarle, una vez más, las promesas que nos hizo a todos sus partidarios durante la revolución”. Villa insistía en que

ahora que ha tomado usted posesión del poder supremo de la República esperamos que, tomando en cuenta que una de las principales causas por que se combatió fue la falta de garantías y la opresión que gravitaba sobre el pueblo chihuahuense, con los desmanes y atropellos de que fuimos víctimas por parte de la dinastía Creel, haga usted todo lo posible, dentro de sus altas atribuciones, por que resplandezca la justicia en el escandaloso asunto del robo al Banco Minero.

Sostenía que mientras los tres hombres que habían sido condenados por el robo estaban aún en prisión, los auténticos responsables disfrutaban todavía de libertad; pedía que los tres presos fueran liberados y “que caiga todo el peso de la ley sobre los verdaderos culpables, sin distinción de personas ni de condiciones”.⁸

Otro motivo de la inconformidad de Villa, en mayo de 1911, había sido que sus soldados no habían recibido la paga que les correspondía. Ese problema lo llevó a enfrentarse, aunque de manera suave, al hombre por el que sentía el mayor respeto y afecto dentro de la dirección revolucionaria: Abraham González. Poco después de la firma del armisticio en Ciudad Juárez, algunos de los hombres de Villa se presentaron ante el gobernador y le pidieron la tierra que esperaban obtener tras la victoria de la revolución. González les dijo que habría que promulgar leyes a ese efecto y que tomaría algún tiempo implementar el reparto agrario. Insatisfechos con esta respuesta, los soldados fueron a ver a Villa, quien asistió a una nueva reunión con González y le preguntó qué iba a pasar con la tierra. El gobernador de nuevo les pidió a los soldados que fueran pacientes. Tras insistir en recordar las promesas empeñadas, Villa apoyó la petición de paciencia e intentó hallar otras formas de retribuir a sus hombres.⁹

Durante el curso de la revolución, los soldados habían subsanado sus necesidades incautando productos de las grandes propiedades de la oligarquía, especialmente de las de Terrazas. A pesar de los Tratados de Ciudad Juárez, que claramente establecían que las condiciones debían volver a la “normalidad” y las confiscaciones debían parar, los revolucionarios se resistían a volver al statu quo prerrevolucionario y, en particular, a respetar los bienes de Terrazas, quien en su opinión era su enemigo y la causa principal de la revolución. En una carta a Madero, Terrazas decía con enojo que había esperado que

una vez que ésta hubiera terminado, las cosas volverían con más o menos dificultades a su estado normal, y que al firmarse los tratados de paz los exrevolucionarios, consecuentes con los principios sostenidos, respetarían los derechos de propiedad.

Mis esperanzas han quedado en parte frustradas pues, si es verdad que así lo han hecho algunos de ellos, es igualmente cierto que otros no han respetado dichos tratados, y constituyendo verdaderos feudos disponen a su antojo de mis propiedades, desobedecen las órdenes de las autoridades, y en algunas ocasiones llegan hasta a desconocerlas.¹⁰

Terrazas señala a Villa como uno de los principales culpables y lo acusa de llevarse sesenta mulas de su hacienda de El Torreón. Villa obviamente consideraba que tales expropiaciones estaban justificadas. En sus memorias, narra que tras su regreso a San Andrés, “muchas esposas y viudas de los soldados que me habían acompañado en toda la campaña se me presentaron

manifestándome su miseria, por lo que en el mismo tren mandé traer a la hacienda de Ojos Azules mil quinientos hectolitros de maíz que repartí entre toda la gente del pueblo”.¹¹

Dado que tanto Madero como González criticaban cada vez con mayor severidad esos actos de despojo, Villa se vio forzado a presionar al gobierno para pagar a sus hombres. En agosto de 1911 fue a la ciudad de México “formulando diversas reclamaciones en favor de su gente”, escribió el secretario de Gobernación a González; “pudieron pagársele algunas por estar debidamente comprobadas”. El secretario envió otras a Abraham González para que fueran ratificadas y se pagara finalmente a los hombres de Villa.¹² Sin embargo, algún tiempo después Villa informó a Madero que él mismo estaba manteniendo a tres familias de revolucionarios que habían muerto en batalla, ya que el gobierno se negaba a hacerlo.¹³ La lealtad hacia sus hombres fue una característica constante durante toda su vida. Pocas semanas después de firmado el tratado de paz de Ciudad Juárez, lo demostró de manera menos polémica. Fue al escenario de una de sus primeras batallas, en El Tecolote, a recuperar los cuerpos de los hombres que no había podido enterrar entonces. “Villa nos trajo la triste nueva”, informó *El Correo de Chihuahua*, “de que todos los muertos se los habían llevado.”¹⁴

El conflicto más grave pero también más ambiguo que tuvo Villa con las autoridades chihuahuenses, aunque sólo implicaba marginalmente a Abraham González y a Madero, tenía también íntima relación, tanto con el destino, como con las actividades de sus hombres. Tras los Tratados de Ciudad Juárez, muchos de ellos se negaron a aceptar que los hacendados volvieran a controlar las enormes riquezas que habían acumulado. Algunos eran ladrones de ganado y simplemente reemprendieron sus antiguas actividades, mientras que otros se habían convencido en la revolución que tenían derecho de apoderarse de los bienes de la clase alta. De distintas partes de Chihuahua empezaron a llegar quejas de que los antiguos soldados de Villa no respetaban la propiedad privada. En septiembre de 1911, un funcionario de Satevó escribió a González que

es ya escandaloso el bandolerismo y principalmente abigeatos en esta municipalidad de mi cargo, debido al apoyo que Villa imparte a toda clase de gente insubordinada y amante de vivir de lo ajeno y a la muy mal fundada razón que muchos exponen de que prestaron sus servicios a la revolución y que con este motivo pueden disponer de haciendas que no les pertenecen.

La mayoría se rehúsa a respetar a las autoridades y a caminar de acuerdo con ellas; no quieren sujetarse a las leyes, sino a su voluntad.¹⁵

La actitud de estos hombres podría haber sido diferente si Madero le hubiera dado a Villa el mismo trato que a otros dirigentes revolucionarios locales y regionales, la mayoría de los cuales habían obtenido algún tipo de poder militar o político, y podían, por tanto, cuidar de sus hombres. Villa, que había comandado una de las mayores unidades revolucionarias, no tenía ese poder y, en consecuencia, tampoco tenía ninguna posibilidad legal de ayudarles ni de mantenerlos. No es sorprendente que chocara con las autoridades locales al intentar hacerlo. Ése fue ante todo el caso de Parral, una ciudad muy cercana a su corazón, donde había residido muchos años y donde tenía muchos amigos y partidarios. Villa entró en un conflicto cada vez más violento con el caudillo revolucionario que se había convertido en comandante militar de la ciudad y que lo consideraba un rival potencial peligroso. Se trataba de José de la Luz Soto, un hombre de edad que había peleado contra los franceses en la década de 1860, se había unido a Porfirio Díaz en su levantamiento de 1876 y se había vuelto contra su antiguo jefe por considerar que se había vuelto un dictador. Como prácticamente todos los jefes militares de mayor edad que habían participado en la revolución maderista del norte, en 1910-1911, se convirtió en comandante de las tropas estatales, y desconfiaba de la popularidad que tenía Villa entre muchos de los habitantes de Parral.

El conflicto estalló abiertamente cuando Soto hizo matar a varios de los hombres de Villa a los que acusaba de haber cometido actos de bandolerismo. Dos murieron al resistirse a ser arrestados, y otro al intentar escapar de la prisión en Parral.¹⁶

González se vio atrapado entre los dos caudillos. Al parecer, inicialmente favoreció a Villa y como resultado recibió una violenta carta de Soto que manifestaba una falta de respeto poco frecuente. Decía que había recibido una carta del secretario del gobernador en que se le informaba que “el joven Pancho Villa” iba a ir a Parral por asuntos privados y se le pedía que lo ayudara. Había oído que el propio Villa presumía de que iba a Parral por órdenes del gobernador para restablecer la paz en la región. Estos rumores, decía, habían suscitado indignación en la ciudad y la gente le decía:

Usted repetidas veces y en todos los tonos nos ha dicho que, sin temor a equivocarse, el señor gobernador es una persona inmaculada, proba y justiciera, es decir, como si estuviera pasado por el crisol; y la verdad no se puede creer que una persona que la adornan tantas cualidades descienda al grado de poner la iglesia en manos de Lutero; más claro, no se puede creer

que ponga a la sociedad a disposición del que, con actos verdaderamente vandálicos, no hace un año que azotaba estas comarcas. Entonces ¿cuáles son las garantías que nos trajo la revolución? Quitarnos los ladrones de levita y substituirlos con ladrones bandidos.

Acusaba al gobernador de favoritismo y le recordaba que él, Soto, “nunca [...] he robado ni asesinado [...] Que yo nunca le he tendido la mano de amigo a un bandido, ni me he codeado con él”.¹⁷ Tras acusar a González de “falta de lealtad”, le decía: “no he tenido la intención de lastimar a usted; pero si usted cree que lo ofendo con eso, le repito, estoy listo para comparecer ante el supremo tribunal de la opinión pública”. Tal vez debido a esta carta, y más probablemente porque los hombres de Villa estaban creando inestabilidad, González cambió de actitud. Tomó el partido de Soto, y le escribió a Madero que “por los informes que he tomado de personas imparciales a quienes creo verídicas, se me ha asegurado que esos homicidios estuvieron justificados por exigirlos así las circunstancias”.¹⁸

Para González, la disputa entre Villa y Soto resultaba particularmente incómoda, ya que necesitaba el apoyo de ambos. Nada hacía prever, sin embargo, una próxima conciliación: por el contrario, el conflicto se intensificó cuando Soto intentó encarcelar a un compadre de Villa, el mayor Agustín Moreno.¹⁹ Al descubrir que González no estaba dispuesto a ponerse de su parte, Villa apeló directamente a Madero. Comparaba el comportamiento de Soto con las “arbitrariedades de algunos caciques en el estado de Chihuahua, quienes todavía siguen los procedimientos reprobados del antiguo régimen”.²⁰ El momento en que Villa escribía su carta era especialmente difícil para los gobiernos de Madero y de González. Se había producido en Chihuahua el primer levantamiento de exrevolucionarios, y ambos tenían fuertes razones para dudar de la lealtad de Orozco, que acababa de renunciar a su puesto al mando de los rurales estatales. En esas circunstancias, la lealtad de Villa cobraba la mayor importancia. Por otra parte, también querían conservar el apoyo de Soto.

Madero intentó apaciguar a Villa dando instrucciones a su secretario, Sánchez Azcona, para que respondiera a su queja con una carta larga y amistosa, pero sin comprometerse. El secretario escribió que el presidente había tomado nota de las “supuestas arbitrariedades” de algunos caciques de Chihuahua y había ordenado una investigación. Junto con seguridades de que Madero iba “a poner todo su empeño para que se realicen los propósitos salvadores de la revolución”, había una petición directa: “espera el señor presidente contar en esta tarea con la

cooperación decidida de todos aquellos que supieron ser sus compañeros de armas y de ideales en la pasada revolución, entre los que usted ocupa lugar distinguido”.²¹

En otra carta fechada el mismo día y dirigida a Abraham González, Sánchez Azcona expresaba su preocupación por el significado de la misiva de Villa. “Algo conozco a Villa y creo que en los actuales momentos hay alguien que le sopla tras de la oreja, y como esto pudiera resultar peligroso a la larga, he creído conveniente que usted conozca esa carta, para que, con su proverbial prudencia, obre como lo juzgue conveniente.”²² Villa no se apaciguó, y unas semanas después hizo lo que nunca antes había hecho: recurrió a la prensa y aireó sus agravios en público, aunque de forma velada y sin mencionar nombres. El 15 de febrero de 1912, *El Correo de Chihuahua* publicó una carta abierta al pueblo de Chihuahua, fechada el 10. En ella decía: “nuestra querida república, nuestra querida patria, se encuentra en la adolescencia de una larga y penosa enfermedad, y eso es deplorable que sufra tanto, ¿la causa cuál es? ¿Qué acaso la falta de garantías son causa por ambiciones personales, olvidándose del pueblo? Creemos muy necesario, por ser de interés público, manifestar que con motivo de no tener garantías ese pueblo en toda la República Mexicana salí con disposición de reunir nuestras tropas”.²³ Villa señalaba que no había garantías en el estado de Chihuahua y que “no es justo que por unos cuantos ambiciosos sufra el pueblo y carezca de esas garantías que justamente le pertenecen [...] Si hay alguno que con la máscara que se pone el hipócrita para cubrir las apariencias trata de engañar al pueblo, ¡es un infame! ¡Es un miserable! ¡Es un traidor a la patria!”²⁴

Para el lector de *El Correo* y para el ciudadano medio de Chihuahua, esta proclama debió resultar vaga y ambigua. Villa no explicó el tipo de garantías a que se refería, ni nombró a los hombres ambiciosos que atacaba. Sin embargo, no hay duda de que se refería a Soto y tal vez acusaba también al gobierno de González y Madero de estar dándoles mano libre en el estado a caciques como él.

En vista de su queja ante Madero y de su carta abierta al pueblo de Chihuahua, no es sorprendente que el gobernador y el presidente abrigaran crecientes dudas sobre la lealtad de Villa. Los rumores según los cuales Villa podría alzarse contra el gobierno ya habían llegado a los agentes del Buró de Investigación de Estados Unidos en el verano de 1911.²⁵ González probablemente había oído hablar de las negociaciones secretas entre Villa y Orozco (que aún no se había sublevado, pero cuya lealtad parecía cada vez más dudosa). Esas negociaciones habían

tenido lugar en efecto, aunque Villa y sus enemigos dieron versiones completamente diferentes de lo sucedido. “No olvide usted”, escribiría Villa a Madero en julio de 1912, “que a mí no me ha seducido el dinero que hasta mi campo de campaña me fue a ofrecer el padre de Orozco, y esto lo sabe mucha gente.”²⁶

Los historiadores hostiles a Villa, tanto contemporáneos como posteriores, tienen una visión distinta, según la cual intentó unirse a Orozco y éste rechazó su apoyo porque lo consideraba un bandido.²⁷ Esta versión es más bien improbable dada la falta de simpatías de Villa hacia Orozco y porque muchos meses después, cuando tenía más razones para rebelarse contra Madero que a principios de 1912, tampoco lo hizo. Además, Orozco nunca discriminó a nadie porque tuviera reputación de bandido o de indisciplinado.

Por tanto no es de extrañar que González se hallara en un dilema cuando estalló la rebelión de Orozco a principios de 1912. ¿Debía confiarle a Villa el mando de las milicias que estaba reclutando para combatir la rebelión? Por una parte, las armas y el dinero que le diera a Villa podrían ser utilizadas contra el gobierno. Por otra, si no lo apoyaba, podría empujarlo a unirse a la oposición y perder el apoyo de uno de los mejores y más influyentes jefes de la revolución en Chihuahua. González expresó sus dudas en un telegrama al subsecretario de Gobernación, Federico González Garza: “Contesto telegrama de usted de ayer en que me comunica que se libró orden de pago para organizar hasta novecientos hombres. Según acuerdo del señor presidente, nombré jefe al coronel Francisco Villa, quien recibió mil quinientos pesos; pero corren rumores de que aunque salió, no cumplirá, y que engrosará las filas [de los] sublevados”. Finalmente decidió continuar apoyando a Villa pero le ordenó “por razones obvias”, como le escribió a Madero, “que redujera su fuerza a doscientos cincuenta hombres”.²⁸

Al final, González se convenció de que Villa permanecería leal al gobierno. “Él le jura adhesión al gobierno y la vez personal”, escribió en un telegrama a Madero el 16 de febrero.²⁹ Tenía razón. Pocos días después, el 29 de febrero, Villa escribió otra carta abierta, esta vez condenando la rebelión en Chihuahua. Estaba dirigida al profesor Braulio Hernández, alto funcionario del gobierno de González que se había convertido en uno de los dirigentes del levantamiento de Vázquez Gómez: “¿Considera usted que no hay otro medio más adecuado para hacer que se cumplan las promesas del Plan de San Luis que una asonada a mano armada?”, le preguntaba. “¿Las viudas y huérfanos que quedaron por la revolución pasada necesitan que haya más seres que lamenten la pérdida de sus esposos, padres o hijos para tener un consuelo? ¿Para ser patriotas necesitamos

estarnos matando cada vez que se le antoja a cualquier ambicioso que quiera subir al poder?” Acusaba a Hernández no sólo de guiarse únicamente por ambiciones personales, sino también de corrupción y, finalmente, de haber recibido dinero de los estadounidenses. “Cuando, por cuenta del gobierno fue usted a [...] Madera, para el arreglo de ciertos terrenos, ¿por qué en vez de ayudar a la colonia mexicana, apoyó a la americana? Se dijo en esa época que hubo algo así como una especie de propina de unos cuantos miles de pesos que los americanos soltaron para que no se les expropiaran los terrenos que ocupaban y ocupan actualmente.”³⁰

¿Por qué, a pesar de todas las diferencias de opinión e incluso conflictos que tenía con Madero y González, Villa decidió finalmente tomar las armas en su favor? Por una parte, no hay duda de que seguía albergando sentimientos de admiración y lealtad, tanto hacia González como hacia Madero, que expresaría una y otra vez durante el resto de su vida, a pesar de las muchas dudas que abrigaba sobre sus decisiones políticas. Además, debe haberle resultado claro que no podía permanecer neutral en una confrontación armada que tenía lugar en Chihuahua. Si no se unía a los rebeldes, éstos sospecharían de él, incluso si no apoyaba al gobierno, y bien podrían proceder en su contra. Por añadidura, odiaba a Terrazas y a Creel, y sus relaciones con Orozco habían sido tensas desde que Villa se convenció de que lo había engañado para que se rebelara contra Madero en Ciudad Juárez. Estaba en malos términos con las fuerzas principales que se habían sublevado en Chihuahua. Sus relaciones con los magonistas radicales, que detonaron inicialmente la sublevación contra Madero, seguían siendo difíciles desde que se enfrentó a ellos a petición de Madero. Por otra parte, si el gobierno triunfaba con su ayuda, aparecería como el líder militar más importante del estado. Inversamente, si no respondía al llamado del gobierno y éste ganaba, su situación en Chihuahua sería precaria.

Las dos cartas abiertas poseen una elocuencia nueva en Villa. Durante la revolución maderista, nunca había escrito cartas ni proclamas, ni siquiera había hablado con los reporteros. Cuando Herrerías, un periodista de la ciudad de México, llegó al campamento de Madero en 1911, Villa fue el único de los grandes dirigentes revolucionarios que se negó a hablar con él. Tampoco concedió entrevistas a los reporteros estadounidenses que inundaron el campamento revolucionario durante el sitio de Ciudad Juárez. El cambio era signo de una nueva confianza en sí mismo y una nueva afirmación de sí, que reflejaban el hecho de que se había convertido en el principal dirigente militar del gobierno en el norte de México. Para mediados de febrero de 1912, aunque

Orozco aún no se incorporaba a la revuelta, cada vez era más evidente que en Chihuahua crecía el impulso revolucionario. Incluso la gente que no se oponía al gobierno y que no se sublevaría vacilaba en apoyar a González o a Madero, ya que pensaba que todo apuntaba hacia una nueva revolución y que podía quedar en el bando perdedor. Villa consideró que había llegado el momento de quebrar ese impulso y de mostrar que en Chihuahua no sólo había fuerzas leales al gobierno, sino que podían ser muy eficaces. A fines de febrero, marchó con sus hombres sobre la región montañosa del oeste, cuyos habitantes habían sido el corazón de las fuerzas revolucionarias que derrocaron a la dictadura de Díaz.

El corresponsal de *El Correo de Chihuahua* que lo siguió informaba que las dudas iniciales sobre su lealtad pronto se disiparon. “Las personas que lo conocían a fondo, desde luego aseguraban que apoyaría al gobierno, pues decían, ‘Villa podrá ser todo lo que gusten, pero es hombre leal, y aprecia su palabra de honor, no es traidor’”, comentaba el periodista, impresionado por la recepción que ofrecieron a Villa los habitantes de la zona y por la disciplina de sus tropas.

Los pacíficos habitantes de aquella región en él cifran todas sus esperanzas, y creen que es ahorita el más capaz de dominar la situación y de dar garantías al pueblo. Prueba de esto es el entusiasmo y buena voluntad que le muestran en todos los lugares por donde ha pasado. Lo que más le ayuda a conquistarse simpatías e inspirar la confianza entre los habitantes de aquellos pueblos y rancherías es el orden que reina entre su gente. Están muy bien organizados [...]

Una y otra vez el corresponsal insiste en la disciplina de los hombres de Villa, divididos en grupos de cien, con oficiales y suboficiales. Había también un cajero, un jefe de intendencia, secretarios y demás. “Al lugar que llegan mandan cerrar las cantinas, prohibiendo estrictamente la venta de licor. Cada mayor acuartela a su gente en el lugar que el coronel designó; recibe provisiones del proveedor general; las reses que matan son reseñadas e inmediatamente pagadas a sus dueños.” Villa también demostraba ser buen propagandista.

El domingo último permaneció el coronel Villa en San Andrés [...] En la tarde ordenó se trajese la música para que tocara en el kiosco de la plaza. Habiendo recibido en esos momentos el último manifiesto del C. Gobernador don Abraham González, ordenó se reuniera su gente en rededor del kiosco y se le diese lectura a dicho manifiesto. Éste fue escuchado con atención siendo muy bien recibido por los soldados y vecinos del pueblo, quienes prorrumpieron en

vivas para el C. Gobernador, el gobierno constituido, y el coronel Francisco Villa.

Ésta fue al parecer una de las primeras ocasiones en que se oyó el grito que marcaría a la revolución mexicana durante muchos años por venir. Villa empezaba claramente a abrigar ambiciones militares. “Hay que señalar”, escribe el corresponsal, “que la fuerza ha acordado por unanimidad llamar general al señor Villa y pedir ante el gobierno se le dé este grado [...] Es notable la confianza y simpatías que tiene el señor Villa entre los moradores de esa región, por lo que le ha sido fácil levantar el número de hombres que ahora trae bajo sus órdenes.”³¹

Pocos días después de que este reportaje apareció en *El Correo de Chihuahua*, la fortuna de Villa sufrió un revés. Orozco, al que el gobierno había llamado para combatir a los insurgentes de Vázquez Gómez que habían tomado la fronteriza Ciudad Juárez, se negó a obedecer y renunció a su cargo. Era claro que pronto se uniría a la revuelta. Dado que no había tropas federales en la ciudad de Chihuahua, y la mayoría de los antiguos revolucionarios que aún estaban en armas eran hombres elegidos por Orozco y leales a él, González, con el fin de tener tropas leales a su disposición, llamó urgentemente a Villa para que entrara en la ciudad. Su llegada inminente le proporcionó a Orozco el pretexto que necesitaba para cambiar de bando: pidió a los habitantes de Chihuahua que se movilizaran para impedir que Villa entrara a la ciudad y la saqueara. La leyenda negra sobre Villa fue revivida, tanto con detalles genuinos sobre su anterior vida de bandido, como con rumores no comprobados acerca de sus fechorías. Las tropas de Orozco, con ayuda de voluntarios que temían el saqueo de la capital, obligaron a Villa a retroceder. Se retiró al valle de Zaragoza y, excepto por una breve escaramuza con los orozquistas, permaneció al margen hasta fines de marzo. En ese mes la sublevación de Orozco llegó a su momento culminante y se extendió de Chihuahua a otras partes del norte, especialmente a la región lagunera de Durango y Coahuila. Se le unieron muchos revolucionarios decepcionados, encabezados por antiguos dirigentes maderistas como Benjamín Argumedo, un sastre que había sido uno de los militares más eficaces de la revolución maderista, y Emilio Campa, con miles de hombres veteranos de los combates contra el ejército federal en 1910-1911.

El gobierno de Madero intentó suprimir el levantamiento antes de que ganara impulso. El secretario de Guerra, González Salas, pariente de Madero, asumió el mando personal de las tropas que pudo reunir, y salió hacia el norte. Los dos

ejércitos se enfrentaron en la pequeña población de Rellano, en el estado de Chihuahua. Tras varias horas de escaramuzas y combates indecisos, el general Campa tuvo una idea brillante. Cargó una locomotora de dinamita y la lanzó contra el tren de las tropas federales. La subsecuente explosión no sólo mató a cientos de soldados, sino que creó tal pánico que las tropas del gobierno se retiraron en enloquecido desorden. El impacto de la derrota fue aún mayor cuando se supo que González Salas, incapaz de enfrentar las consecuencias de su fracaso, se había quitado la vida.

Los partidarios de Orozco le pedían ahora que marchara sobre la ciudad de México. Nuevos voluntarios colmaban las filas de su ejército día con día. Algunos eran maderistas decepcionados que pensaban que había llegado la hora de pedir cuentas. Otros saltaban sobre lo que parecía un carro triunfal. Para los desempleados, el atractivo de la paga de dos pesos diarios parecía irresistible. Con excepción de unos pocos pueblos dispersos donde aún resistían dirigentes como Toribio Ortega, y de la ciudad de Parral, que seguía siendo leal a Madero, Orozco controlaba todo Chihuahua y sus bandas se extendían por todo el norte. Para entonces, había roto con Vázquez Gómez, pero su improbable coalición de revolucionarios radicales y oligarcas, aunque cada vez más frágil, se mantenía todavía gracias al magnetismo de la victoria. Sin embargo, un obstáculo le impedía explotar plenamente el impulso adquirido y marchar al sur hacia la ciudad de México: el embargo sobre la venta de municiones y armas impuesto a los revolucionarios por el gobierno de Taft.³²

En Estados Unidos, había un fuerte cabildeo en favor de Orozco, compuesto principalmente por hombres que poseían grandes propiedades en Chihuahua, entre ellos, el magnate periodístico William Randolph Hearst, dueño de la enorme hacienda de Babícora, y el recién elegido senador por Nuevo México, Fall.³³ Sin embargo, no lograron persuadir al gobierno de Taft de que la nueva revolución no desestabilizaría la economía del país, no dañaría a los inversionistas estadounidenses ni crearía condiciones que hicieran necesaria una intervención militar de Estados Unidos, cosa que Taft definitivamente no quería. Aunque a corto plazo la escasez de armas y municiones causada por el embargo fue solamente uno más entre los factores que le impidió a Orozco marchar sobre la ciudad de México, a largo plazo sería decisivo entre las circunstancias que produjeron su derrota.

Sin embargo, a principios de 1912, Orozco tuvo la oportunidad de superar parcialmente esa dificultad capitalizando plenamente sus triunfos y la desmoralización del ejército federal. Se propuso ocupar la rica ciudad de

Torreón, Coahuila, que le habría proporcionado nuevas fuentes de ingresos, así como algunas armas y municiones que estaban almacenadas allí. Dado el apoyo que tenía entre los campesinos de los alrededores de la ciudad y la desmoralización de las tropas federales allí acantonadas –tomó varias semanas enviar refuerzos a la nortea ciudad–, Orozco tenía buenas posibilidades de lograr la que habría sido una victoria fundamental, tanto en términos financieros como psicológicos. Era incluso posible que el ejército federal, cuya lealtad hacia Madero era en el mejor de los casos superficial, cambiara de bando.

El obstáculo decisivo e inesperado que le impidió a Orozco alcanzar el triunfo fue Pancho Villa. Hasta ese momento sus actividades habían constituido más un riesgo que una ventaja para el gobierno de Madero. Había sido derrotado en su intento de tomar la ciudad de Chihuahua y el miedo que inspiraba su nombre había contribuido a que grandes sectores de la clase media se pasaran a las filas de Orozco. No realizó otras acciones militares contra los rebeldes, probablemente porque sufrió graves desertiones. Para fines de marzo, sólo tenía bajo su mando a sesenta hombres. En ese momento ni Orozco ni el gobierno federal, ni ningún observador imparcial habría podido creer que seguía siendo una fuerza digna de consideración. Sin embargo, a lo largo de toda su carrera revolucionaria, este hombre mostraría una capacidad increíble para llevar a cabo cosas inesperadas. Con igual facilidad arrancaba una victoria de las fauces de la derrota, que una derrota de las fauces de la victoria. Era menos peligroso para sus adversarios cuando había ganado, y más cuando parecía al borde del aniquilamiento. Ningún otro dirigente de la revolución mexicana poseía su capacidad para renacer de las cenizas. En marzo de 1912, cuando sus fuerzas se hallaban reducidas casi a la nada, logró una de esas recuperaciones espectaculares.

LA RESISTENCIA SOLITARIA DE PANCHO VILLA

Para fines de marzo de 1912, Parral era la única ciudad de Chihuahua que aún permanecía leal a Madero. La gran mayoría de su población apoyaba tanto al presidente como a González, y esa actitud fue lo que impidió al archirrival de Villa y comandante militar de la ciudad, José de la Luz Soto, pasarse abiertamente al bando orozquista. Durante varias semanas titubeó, pero como Orozco parecía estar ganando y había tomado el control de casi todo el estado, Soto finalmente decidió apoyarlo. No todos los exrevolucionarios acantonados en la guarnición de la ciudad estuvieron de acuerdo: un importante contingente

encabezado por un joven ranchero, Maclovio Herrera, mantuvo su lealtad a Madero. Villa se enteró de que existían tales divisiones, y consideró que tenía una oportunidad de recuperar sus fuerzas y dar un golpe decisivo a la vez a Soto y a Orozco. En términos militares, un ataque sobre Parral podía demorar la toma de Torreón y darle al gobierno un valioso respiro. También le permitiría enrolar nuevos voluntarios y, sobre todo, obtener pertrechos y dinero para pagarles, en una ciudad que hasta entonces había permanecido intacta en medio del torbellino de la rebelión orozquista. Villa y sus sesenta hombres entraron subrepticamente en Parral y pronto se le unieron Maclovio Herrera y quienes aún eran leales al gobierno. Casi sin combate, los hombres de Soto fueron desarmados y él mismo capturado.

EL SITIO DE PARRAL

Todos en Parral esperaban que Villa matara a Soto de inmediato, en vista de su pleito con él, y de su deslealtad hacia el gobierno. En lugar de eso, Villa lo envió con una escolta armada a la ciudad de México, donde Madero lo hizo encarcelar. Como informaba un representante alemán que se hallaba en Parral, la gente quedó agradablemente sorprendida con esa conducta.

Cuando Villa entró en Parral, todo el mundo temblaba y creía que había llegado su última hora ya que los informes de la prensa sobre él y sus hombres habían suscitado mucho temor.

En honor a la verdad debo decir que se comportó muy correctamente con los extranjeros. Forzó a los mexicanos, no siempre de la manera más amable, a darle armas, caballos y dinero. Pero no los molestó ni ofendió en ningún otro sentido. A los extranjeros no les quitó nada, y si sus hombres por su cuenta les confiscaban alguna propiedad, una breve conversación con él era suficiente para lograr la devolución de lo robado. Las tropas conservaron un orden perfecto y no hubo absolutamente ningún saqueo.³⁴

Villa confiscó cuantas armas y municiones pudo encontrar y forzó a los hombres más ricos de la ciudad a darle ciento cincuenta mil pesos. Con una sola excepción, actuó como él y otros dirigentes habían actuado durante la revolución maderista: extendió recibos por el dinero que tomaba, y les aseguró a los ciudadanos acaudalados de Parral que tenía la plena autoridad del gobernador para tomar esos préstamos forzosos y que el gobierno federal devolvería el

dinero en cuanto hubiera ganado. Conocía bien Parral, y había elaborado una lista de ciudadanos ricos con la suma que cada uno debía pagar. Los más recalcitrantes fueron encarcelados, hasta que accedieron a pagar. Todos lo hicieron. Unos meses más tarde, cuando Villa fue llevado a juicio por el gobierno federal, algunos de ellos se quejaron de que los había tenido sin comida hasta que se sometieron a sus exigencias.

Pero hubo un caso en que Villa abandonó la norma de dar recibos, una instancia en que consideró que el dinero de ninguna manera debía ser devuelto: la sucursal que tenía en Parral el Banco Minero, propiedad de Enrique Creel y de su hermano Juan. Obviamente consideraba que si Creel y Terrazas estaban tras la sublevación de Orozco, él tenía el derecho legítimo de tomar sus propiedades. En los recibos que extendió al gerente del banco a cambio de los cincuenta mil pesos que tomó, escribió que consideraba ese dinero como “botín de guerra”. También procedió con una dureza mucho mayor contra el gerente del banco que contra el resto de los habitantes de la ciudad. “Villa vino a nuestro banco”, escribió Chávez Domínguez, el gerente,

en la caja encontró únicamente la cantidad de tres mil quinientos pesos; que al ver esto Villa, manifestó que no podía comprender que un banco tuviera únicamente tres mil quinientos pesos en su caja y que como comprendió que el declarante le ocultaba el dinero, que lo acompañara al cuartel a donde se daría sus mañas para averiguar dónde estaba el dinero; que igualmente pretendió llevarse al cajero, lo que por instancias del que habla no se llevó a efecto, pero a dos hijos del declarante, llamados Miguel y Antonio, de los cuales Miguel se encuentra en éste, les dijo: “Ustedes vienen también para que sepan lo a gusto que se muere en compañía de un padre”, que junto el que habla con sus dos hijos caminaron para el cuartel escoltados por Villa y sus soldados que éste había llevado al banco atravesando las mismas calles por que antes habían pasado; que ya en el cuartel fueron puestos en un departamento en calidad de presos y con centinelas de vista; que allí personalmente Villa le dijo al que declara: que ni él ni sus hijos saldrían de ese lugar hasta que no le entregaran la cantidad de cincuenta mil pesos, y de no hacerlo así, al día siguiente saldrían en primera fila para combatir el enemigo que estaba amagando la población; que el que habla dijo a Villa: que no obstante sus amagos, él no podía entregar la suma que le pedía [...]

Obviamente la intimidación fue eficaz, porque Chávez Domínguez finalmente accedió a pagar los cincuenta mil pesos que se le pedían.³⁵

No sólo se habían incorporado a las fuerzas de Villa varios cientos de hombres, sino que también se había hecho de armas, caballos, equipo y dinero confiscados en la ciudad. Pero el Parral maderista seguía siendo una isla en el mar orozquista. Una fuerza muy superior, comandada por el general José Inés Salazar, se dispuso a atacar la ciudad, y Villa debió optar entre resistir en condiciones de enorme inferioridad o retirarse, ya fuera para emprender la guerra de guerrillas, o para unirse a las fuerzas del gobierno más al sur. Decidió quedarse y presentar combate. Durante un tiempo, su resistencia fue sorprendentemente eficaz e infligió una inesperada derrota a las tropas de avance de Salazar. Como muchos de los habitantes de la ciudad, Carlos Roth, el representante alemán en Parral, presenció la batalla que se libraba a las afueras.

Nos despertó alrededor de las cuatro de la mañana del 2 de abril un fuerte cañoneo: Orozco había enviado mil hombres, dos ametralladoras y un cañón, pensando que les sería fácil tomar la ciudad. Sin embargo, la guarnición de la ciudad presentó una resistencia desesperada e intentó concentrar el fuego tan lejos como era posible, en las afueras de la población, para que las familias y los civiles no fueran víctimas del combate.

A las ocho parecía que los orozquistas estaban a punto de alcanzar la victoria. Seis mulas con su cañón iban a la mitad de la montaña que domina la ciudad, y probablemente se proponían bombardearla cuando una ametralladora de los rurales manejada por un americano llamado Tom Fountain empezó a disparar con mortíferos resultados. Fountain concentró toda su atención en el cañón y debía tener muy buena puntería porque cuando cesó el fuego, las seis mulas estaban muertas, y el oficial de artillería tenía una herida en la cabeza y yacía junto al cañón que sus hombres habían dejado abandonado.

Los habitantes de Parral, que presenciaban el combate desde los techos de las casas con gemelos de campaña, sintieron gran alivio cuando vieron que el cañón se detenía repentinamente, antes de llegar a la cima de la montaña; estaba claro para todos que si los orozquistas hubieran bombardeado la ciudad desde allí (el Cerro de la Cruz), no habría quedado gran cosa de Parral [...] En la mañana, los orozquistas empezaron a retirarse. La mayoría de ellos lo hizo de manera ordenada, hacia Jiménez, mientras algunos grupos que quedaron separados de la columna principal tuvieron que abrirse paso como pudieron.

Se oían disparos aún a las seis de la tarde, aunque cada vez más lejos de la ciudad.

Parral había sobrevivido a esta batalla, pero todos temían las consecuencias de la victoria [...]

Sabían que Orozco tenía que tomar Parral por fuerza antes de marchar al sur [...] Los días que siguieron a la batalla del 2 de abril fueron los más tristes que he visto. La mayoría de las tiendas estaban cerradas. Nadie se atrevía a salir a la calle. Todos los que tenían algo que perder temían por sus bienes, por su vida y por su familia; circulaban en la ciudad los más terribles rumores sobre la forma en que Orozco se vengaría de Parral.

En la tarde del 4 de abril, dos mil quinientos orozquistas sitiaban la ciudad, y Villa no pudo resistir más. Tras defenderse toda la tarde, “Villa y sus hombres, muy inferiores en número, no podían enfrentarse a los dos mil quinientos orozquistas y tras la llegada de la oscuridad, abandonaron la ciudad a su suerte”.

Se produjo un agudo contraste entre la ordenada ocupación de la ciudad por las tropas de Villa, aunque combinada con la violencia selectiva hacia la clase alta, y el terrorismo generalizado y sin dirección que ejercieron los orozquistas. Su llegada dio inicio a los dos días más aterradores de la historia de Parral. Según Roth,

como hormigas, los orozquistas entraron en la ciudad disparando sin cesar sus armas a pesar de que no había un solo enemigo a la vista. Todos los que habían opuesto resistencia habían huido y sólo quedaban ciudadanos y familias inermes.

Una vez que entraron, los orozquistas se dividieron en pequeños grupos que corrían, gritando, disparando constantemente, por toda la ciudad. Su primera labor de destrucción consistió en penetrar en todas las tiendas en que creían que podían hallar alcohol, y cuando estuvieron ebrios, las cosas empezaron realmente a calentarse.

Eran alrededor de las diez. Estábamos en nuestro apartamento, que está un poco lejos de la zona del centro y donde afortunadamente no hay tiendas. Las campanas de la iglesia sonaban. Todos sentíamos pánico porque circulaban rumores de que Orozco, para vengarse de la anterior derrota, iba a incendiar Parral [...]

Las campanas siguieron tocando de un modo espeluznante toda la noche. Las calles estaban oscuras porque la mayoría de los cables de electricidad

habían sido cortados durante el combate. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, no había luz en ninguna casa. A veces, se oía sonar aún el cañón: los orozquistas disparaban contra el enemigo que huía, desde las montañas. Y desde el centro de la ciudad, llegaban los gritos y la algazara de los soldados hasta nuestra casa, como si se hubieran desatado todos los demonios. Se oían cientos de balazos y, al mismo tiempo, explosiones de granadas de mano y bombas de dinamita.

Los orozquistas se habían apoderado del centro. A las once de la noche, no había una sola tienda mexicana en la que no hubieran entrado. La sucursal del Banco Minero estaba en llamas; disparaban contra la torre de la iglesia [...] porque creían que ahí se escondían los hombres de Villa. Pronto empezaron a entrar en las casas pidiendo dinero, armas, joyas, alcohol; destruían los muebles y causaban pánico en las familias. Para hacer oír sus exigencias, los hombres borrachos entraban en las salas de las casas con los rifles sin seguro [...] Sin vacilar, los orozquistas forzaron a muchos mexicanos ricos a arrodillarse en sus propias casas, en presencia de sus familias, y les decían que los matarían porque eran amigos del gobierno. Finalmente, los liberaban si pagaban cierta suma de dinero. Hubo casos en que el dinero no sirvió de nada. A unos hermanos adinerados, llamados Martínez, los arrastraron por las calles y los mataron a balazos, como perros.

Al día siguiente, la ciudad parecía barrida por un huracán. La Plaza Hidalgo, donde se encuentra el Palacio Municipal, se hallaba en un estado lamentable. Nada estaba en su sitio ni entero; las tiendas situadas en las plazas habían sido totalmente saqueadas, todas sus puertas y ventanas rotas y había pedazos de muebles regados en las calles [...] En el cemento de la plaza las manchas de vino tinto parecían de sangre.³⁶

Cuando Roth fue a ver al general Salazar, el comandante de las tropas de Orozco en Parral, le confió que en realidad había perdido el control de sus hombres. Esto tendría un efecto de boomerang contra Orozco. En cuanto las noticias sobre el saqueo de Parral corrieron por Chihuahua, su popularidad empezó a tambalearse. Lo ocurrido lo perjudicó también en otro sentido: fortaleció la hostilidad del gobierno estadounidense en contra suya –a pesar de los esfuerzos que realizaban sus partidarios en Estados Unidos, particularmente Hearst y Fall–, y más aún cuando los orozquistas ejecutaron sumariamente al estadounidense Thomas Fountain, el mercenario que había contribuido a su derrota unos días antes. Según Roth, Fountain no tuvo tiempo de huir con Villa.

Cuando los orozquistas entraron en Parral, “se escondió en una farmacia que tenía una puerta que daba a las montañas, esperando el momento oportuno para huir. Cuando el dueño de la farmacia acudió, el domingo en la mañana, lo encontró medio muerto de hambre. El pobre hombre no había comido nada en tres días. El dueño informó sin tardanza a Salazar, que envió a un grupo de soldados a capturar a Fountain”. El estadounidense se rindió, pero sus captores “lo fusilaron de inmediato, sin vacilar.”³⁷

Los combates de Parral resultaron tan desastrosos para sus habitantes que, según Roth, una cuarta parte de la población huyó de la ciudad en los días siguientes. Lo que allí sucedió también fue una bendición para el gobierno: Villa había logrado demorar a los orozquistas en un momento crucial.

“Sus trabajos [de Villa] fueron de trascendentales resultados”, escribió González a Madero. “Quiero recordar que si a raíz de la retirada del señor general Trucy Aubert, Villa no hubiera llamado la atención en el Parral derrotando a Campa y distrayendo después a Salazar con más de dos mil rebeldes, éstos se hubieran aprovechado del éxito que tuvieron al principio, marchando incontinenti sobre Torreón, cuando aún el gobierno no había tenido tiempo de acumular suficientes elementos para detenerlos.”³⁸

DE LA GLORIA A LA CÁRCEL

Madero quedó impresionado tanto por la lealtad de Villa como por su inesperado éxito militar que, así fuera provisional, fue la primera victoria de las fuerzas del gobierno sobre Orozco. Le envió a Villa una carta de felicitación en la que elogiaba su lealtad y le decía que se había comportado “como un hombre”: “Estoy verdaderamente satisfecho de tu conducta y te aseguro que además de la legítima satisfacción que has de sentir de servir una causa justa y de ser leal conmigo, haré de modo de recompensar debidamente los servicios que has prestado a la República”.

La carta muestra que el presidente mexicano compartía el respeto de Abraham González por la capacidad militar de Villa. También muestra, sin embargo, que había diferencia en la forma que cada uno tenía de asegurarse su lealtad. Cuando lo despidió del ejército revolucionario, Madero le ofreció diez mil pesos, esperando mantenerlo así tranquilo e impedir que se volviera a sublevar. Esta vez de nuevo le prometía algún tipo de recompensa si se limitaba a pelear contra Orozco. En cambio González nunca mencionó, ni en sus cartas a Villa ni en su amplia correspondencia con Madero acerca de él, recompensas monetarias. La

lealtad de Villa, en su opinión, no sería resultado de ninguna oferta de dinero, sino de la obediencia absoluta a un código, tradicional en la frontera, de lealtad y reciprocidad. Comprendía mucho mejor que Madero sus motivaciones y su psicología. En la medida en que sintiera que era bien correspondido, permanecería tan leal a sus superiores como a sus subordinados.

La carta de Madero no fue solamente para darle las gracias a Villa por su apoyo al gobierno, sino que tenía un objetivo más concreto: le pedía que abandonara su considerable independencia militar –aunque nominalmente subordinado a Abraham González, en realidad no estaba bajo las órdenes de ningún comandante militar– y se uniera al ejército federal bajo las órdenes de Victoriano Huerta, que se preparaba para marchar a Chihuahua y combatir a Orozco. “Tu ayuda va a ser muy importante y muy eficaz, tanto por el valor tuyo y el de tus soldados, como por el conocimiento que tienes del terreno”, escribió Madero.³⁹

La petición de que peleara junto al ejército federal era parte de una política más amplia. Se daba cuenta de que si sólo enviaba contra Orozco al ejército federal, se encontraría con los mismos obstáculos insuperables que había enfrentado Porfirio Díaz en 1910-1911: había perdido el norte en buena medida porque no tenía auxilio local para llevar a cabo una campaña contraguerrillera. Para tener esa fuerza, Madero decidió recurrir a los exrevolucionarios, lo que comportaba graves riesgos. Muchos de los partidarios de Madero estaban decepcionados por sus moderadas medidas sociales y podían tomar represalias contra las clases altas. Aún más peligrosa era la posibilidad de que el ejército federal se volviera contra él, por considerar que les estaba dando demasiado apoyo a los exrevolucionarios. Para desactivar ambos peligros, Madero resolvió colocar a sus antiguos partidarios bajo el estricto control del ejército.

Esta decisión provocó intenso resentimiento entre los revolucionarios. Habían derrotado al ejército de Porfirio Díaz y ahora eran puestos bajo las órdenes de sus comandantes, en quienes no confiaban ni tenían razón para confiar y que aprovechaban todas las oportunidades para atacarlos: no se habían tentado el corazón, tras haber firmado la paz en Ciudad Juárez, para masacrar zapatistas o, a escala más pequeña, para hacer una matanza de revolucionarios en un estadio deportivo de Puebla.⁴⁰ En la “campaña conjunta” contra Orozco, hacían cuanto podían para debilitar a los contingentes de antiguos revolucionarios. En algunos casos intentaron disolver sus unidades, integrando a sus hombres individualmente en el ejército federal; en otros, los enviaban a las puntos más peligrosos, para mantener a salvo a sus propias tropas.

Entre los comandantes federales que abrigaban un odio virulento contra los exrevolucionarios destacaba Victoriano Huerta. Había sido uno de los generales más eficaces de Díaz, y había colaborado a aplastar a los mayas rebeldes de la península de Yucatán a principios del siglo XX. Como el lector recordará, en una reunión con Díaz, poco antes de su renuncia, Huerta había expresado su desprecio por los revolucionarios de Chihuahua diciendo que con dos mil hombres él podía derrotarlos. Fue él quien, contra los deseos de Madero, provocó un enfrentamiento armado con los zapatistas. Además, tenía una agenda política propia, opuesta a la de Madero: quería una reconciliación con la oligarquía y consideraba que había que destituir a González.⁴¹ Así pues, no es extraño que pronto entrara en conflicto con Villa, quien sin embargo no se dio cuenta de la trampa en que se estaba metiendo cuando se le unió con sus hombres.

Las relaciones entre ambos fueron cordiales al principio. A los ojos de Huerta, Villa era un bandido, y había aprendido de Porfirio Díaz que uno siempre puede comprar a los bandidos. ¿Por qué no comprar la lealtad de Villa? Con ese fin, decidió halagar su ego. A sugerencia suya, Madero lo nombró general honorario. Pero la medida resultó contraproducente, porque los comandantes de Huerta aprovechaban cualquier ocasión para demostrarle su desprecio y burlarse de él.

Años más tarde, aún con amargura, Villa le relataría lo ocurrido a uno de sus más cercanos colaboradores, el general Felipe Ángeles.

Cómo le había ordenado se mandara hacer su uniforme de general, para darlo a reconocer con todas las formalidades legales, y cómo los oficiales del estado mayor de Huerta se reían y miraban entre sí. Y después decía cómo se presentó cohibido, con su uniforme nuevo, ante la impertinente hostilidad de sus compañeros de armas, mejor nacidos, más afortunados, salidos de las escuelas y crueles en su hostilidad contra aquel pobre desheredado de la fortuna.

“Mire usted, mi general”, dice Ángeles que le contó Villa,

yo hubiera querido ser amigo de aquellos muchachos; pero ellos mismos no me dejaban [...] Sólo Rábago tenía algo de afecto para mí. Yo comprendía que no valían nada y que no tenían ninguna razón para conducirse mal conmigo. Veía claramente que estaban contra mí, sin saber ellos mismos por qué y que acabarían por aniquilarme, por matarme, no sabía yo cómo, pero allá iban.⁴²

Resentía todavía más la actitud de los oficiales porque estaba fascinado por la tecnología militar y tenía la esperanza de aprender de ellos. El desprecio hacia él no era sino una de las manifestaciones de la hostilidad entre el ejército federal y los revolucionarios, que habían luchado unos contra otros un año antes y volverían a hacerlo aún con mayor ferocidad un año después. Esa hostilidad alcanzó su culminación a principios de mayo, cuando Huerta ordenó el arresto de uno de los lugartenientes de Villa, Tomás Urbina. La razón probable de la detención fue que Urbina había violado no sólo las normas del ejército federal, sino también las del ejército revolucionario al ocupar y saquear una gran hacienda de propiedad extranjera, perteneciente a la anglo-estadounidense Compañía Tlahualilo. Había tomado algunos caballos, incautado algunas armas y amenazado con matar a uno de los empleados de la compañía si no se le pagaba un rescate de mil quinientos pesos.⁴³

Aunque la Compañía Tlahualilo era principalmente propiedad británica y el embajador británico en México no presentó ninguna protesta ante el gobierno mexicano, el embajador estadounidense Henry Lane Wilson, que odiaba a Madero y a todos los exrevolucionarios, decidió intervenir. Envío una fuerte protesta a Huerta, quien prometió ejecutar a Urbina inmediatamente.⁴⁴

Hizo detener a Urbina pero no pudo llevar a cabo la ejecución planeada porque Villa y otros jefes de las unidades de voluntarios que peleaban en las filas de la División del Norte, dentro del ejército federal, protestaron y amenazaron con abandonar la campaña militar si lo fusilaban.⁴⁵ Huerta se dio por vencido y lo dejó en libertad, pero no olvidaría pronto la afrenta.

El choque entre Villa y Huerta fue algo más que un conflicto de personalidades. Se trataba de una lucha por la jurisdicción y, sobre todo, en torno al poder y la autoridad del ejército federal. Los exrevolucionarios se consideraban soldados temporales y no miembros permanentes de esa institución, pero Huerta y los demás comandantes federales no lo aceptaban así. Esa diferencia produciría conflictos, no sólo en Chihuahua, sino en todo el norte, donde exrevolucionarios y oficiales federales colaboraban, en frágil conjunción, contra los orozquistas. Huerta consideraba que la conducta de Villa era un desafío a su autoridad que sólo toleró porque necesitaba el apoyo de los exrevolucionarios para vencer a Orozco, pero con la firme resolución de obtener revancha.

Aprovechaba cualquier oportunidad de hostigar a Villa. A propósito de un altercado de importancia menor en torno a un caballo que éste había incautado y que un oficial federal quería para sí, el conflicto entre los dos hombres estalló. El

3 de junio Villa le envió un telegrama a Huerta diciendo que él y sus hombres no continuarían luchando bajo su mando y que abandonarían la División del Norte.⁴⁶ Según las normas del ejército maderista de 1910-1911, esa conducta no constituía un acto de desertión, dado que los contingentes revolucionarios sólo debían permanecer con el ejército durante el curso de una determinada batalla. En cualquier otro momento eran libres de retirarse.⁴⁷ Villa probablemente consideraba también que su presencia ya no era necesaria, puesto que en mayo las tropas de Orozco habían sido derrotadas por la División del Norte al mando de Huerta, con su plena participación y la de sus hombres en dos batallas decisivas.

Huerta había estado buscando desde hacía tiempo un pretexto para eliminar a Villa. La decisión de abandonar la División del Norte le vino como caída del cielo: la convirtió en un acto de rebelión; le dijo a su subordinado Rubio Navarrete que Villa planeaba rebelarse y, sin hacer el menor intento por comprobar la acusación, le ordenó que lo matara junto con todos sus hombres. “He tenido informes de que Villa quiere sublevarse. [...] Tome usted la fuerza necesaria, ametralle el cuartel de este hombre y no me deje de él ni astillas.”⁴⁸

Por fortuna para Villa, Rubio Navarrete no era un asesino ni enemigo suyo. Cuando sus tropas rodearon el cuartel general de Villa, esperando encontrar fuerte resistencia, halló a todos profundamente dormidos y no vio signo alguno de una inminente insurrección. Pensó que en tales circunstancias no estaba justificado atacar y regresó a pedir nuevas instrucciones a Huerta. Para éste, la ejecución de varios cientos de hombres era un asunto tan rutinario que se había ido a dormir sin siquiera esperar los resultados de sus órdenes.⁴⁹

Cuando Villa se despertó al día siguiente y vio que las tropas federales rodeaban su campamento, no intentó armar a sus hombres ni se preparó para combatir. Su reacción fue dirigirse al cuartel general de Huerta donde estaba situada la oficina de telégrafos del ejército y enviarle un telegrama a Madero diciéndole que no quería continuar bajo el mando de Huerta y que “quería operar solo o entregar las armas a quien se lo ordenara”.⁵⁰ Se había metido en la boca del lobo sin escolta ni protección. Huerta lo hizo arrestar y, sin intentar hablar con él ni someterlo a consejo de guerra, ordenó su inmediata ejecución.

Una vez más fue Rubio Navarrete quien le salvó la vida cuando el pelotón de fusilamiento estaba a punto de disparar.

[Encontré] a Villa hincado y llorando, suplicando en voz alta que no se le fusilara, que se le permitiera ver al general Huerta. Estaba de rodillas teniendo

cogido de una pierna al coronel O'Horan, y detrás del grupo que formaban estos dos y el coronel Castro, estaba el pelotón de ejecución con sus armas descansadas. Sin hablar con nadie me dirigí velozmente al cuartel general para ver al general Huerta, pero al voltear la cara antes de dar vuelta al edificio, vi que la situación se había modificado, pues Villa estaba ya de pie frente a la pared, el pelotón con las armas terciadas [...] Regresé violentamente y di orden de suspenderla sacando a Villa del cuadro y llevándolo del brazo al cuartel general.⁵¹

Huerta primero amenazó a Rubio Navarrete con fusilarlo en el acto por haber violado sus órdenes. Su actitud empezó a cambiar cuando su subordinado le explicó que no había hallado ningún indicio o signo de que Villa planeara rebelarse.⁵² Tal vez desistió de ejecutar a Villa no tanto por esta intervención, sino por los telegramas –probablemente entre ellos uno de Madero– en que se le pedía que le perdonara la vida.⁵³ Decidió enviarlo, bajo escolta militar, para ser encarcelado en la ciudad de México y, al mismo tiempo, disolvió su unidad y obligó a sus hombres a enrolarse en su ejército. En un largo telegrama le explicó su conducta a Madero. Acusó a Villa de robo y rebelión. El robo consistía en haberle quitado dos caballos a su dueño; cuando Huerta le pidió que los devolviera “vino a su cuartel que está situado a doscientos metros del cuartel general y armó a toda la fuerza de su mando advirtiéndole a sus soldados que estuvieran preparados para desobedecer las órdenes de este cuartel general que consistían en órdenes de marcha hacia Santa Rosalía”.⁵⁴ La afirmación de que Villa había armado a sus hombres y se preparaba a resistir contradice lo observado por Rubio Navarrete, pero era la única forma en que Huerta podía justificar su decisión de fusilarlo en el acto.

Huerta concluía su mensaje a Madero diciendo que no sentía ninguna hostilidad hacia el revolucionario. “Personalmente estimo a Villa y es un hombre sumamente útil, pero como general en jefe de la División de mi mando creo que es un hombre peligroso a la División que a cada paso tiende a relajar la disciplina, cosa que es altamente perjudicial a la División.”⁵⁵ Esta carta no era al parecer más que una cortina de humo. Sabía que había conseguido en Villa a un enemigo mortal y estaba decidido a no dejarlo llegar vivo a la ciudad de México, de modo que dio instrucciones para que se le aplicara la ley fuga. En el caso de Villa, con su temperamento violento tan conocido, la artimaña incluso podía resultar verosímil. Por desgracia para Huerta, su plan fracasó. Primero ordenó al jefe de la guarnición de Torreón, Justiniano Gómez, que ejecutara a Villa, pero

cuando Gómez consultó a su superior inmediato, el general federal Gerónimo Treviño, recibió contraorden. Huerta no se dio por vencido: telegrafió al jefe de la guarnición de San Luis Potosí, adonde el tren que transportaba a Villa se dirigió desde Torreón, para que llevara a cabo la ejecución. Pero este comandante consultó a su vez al cuartel general en la ciudad de México, y recibió órdenes de enviar a Villa a la capital.

Villa nunca conoció este segundo intento fracasado de matarlo, pero llegó muy humillado a la ciudad de México. Se había arrodillado frente a los oficiales federales y había suplicado por su vida. En sus memorias, Villa trató de racionalizar ese acto:

No pude continuar porque las lágrimas se me rodaban de los ojos, no sé si del sentimiento de verme tratado de aquella manera sin merecerlo, o quizás de cobardía, como han gritado tanto mis enemigos cuando me han huido. Yo dejo que el mundo juzgue de mis lágrimas en aquellos supremos momentos y [ilegible] si la cobardía las hizo brotar, o la desesperación de ver que me iban a matar sin que yo supiera por qué.⁵⁶

Otro hecho humillante a los ojos de Villa era que lo habían tomado desprevenido. Siempre se habíapreciado de su capacidad para abrirse paso a tiros en caso de peligro, incluso estando en notoria inferioridad de condiciones. En 1911, él y un compañero habían logrado escapar de una casa de Parral que estaba sitiada por docenas de soldados federales. Pero esta vez, en medio de varios cientos de sus propios hombres armados, se había dejado capturar sin oponer la menor resistencia.

Sin embargo, cuando su tren entraba a la ciudad de México, se sentía optimista. Había tomado las armas en favor de Madero y claramente esperaba, como mostrarían sus cartas, que él correspondería a su lealtad y lo liberaría rápidamente. Se equivocaba: Madero no iba a hacer el menor esfuerzo por ponerlo en libertad. Sobre él se ejercían muchas presiones para que mantuviera a Villa en prisión: de Huerta, que no sólo estaba consciente de que había conseguido convertir a Villa en un enemigo mortal, sino que lo consideraba un obstáculo potencial en su intento de pactar con la oligarquía chihuahuense y deponer al gobernador Abraham González; pero también del embajador estadounidense Henry Lane Wilson y de la oligarquía de Chihuahua.

El embajador de Estados Unidos también hizo cuanto pudo para que Villa siguiera en prisión y hasta intentó hacerlo ejecutar. Esa hostilidad le mereció

incluso una reprimenda del Departamento de Estado en Washington. Según sus memorias (no siempre confiables), tras el ataque de Urbina contra la hacienda de Tlahualilo, fue a ver a Madero y le exigió que hiciera arrestar a Villa. “Él [Madero] cuestionó la confiabilidad de mi información, diciendo que Villa ‘era un patriota y un caballero honorable’.” Wilson realizó otra investigación y una vez más fue a ver a Madero. “Para mi sorpresa, de nuevo impugnó el carácter del testimonio que me habían dado y pareció inclinado a mantener su posición; entonces, tranquila pero formalmente, le solicité que de nuevo ‘arrestara a Villa y lo sometiera a consejo de guerra’”, y decidió emplear la amenaza de una intervención militar.

Como puso reparos a mi petición, le dije que me estaba forzando al desagradable expediente de pedir a mi propio gobierno que enviara tropas, para dar a los ciudadanos estadounidenses la protección que él renunciaba a darles. El presidente observó entonces que eso significaría la guerra. Le dije que “cuando soldados que portan el uniforme del gobierno atacan a las personas y propiedades de un gobierno amigo, y el gobierno ofensor niega reparación, se está cometiendo un acto de guerra”. Conforme yo enunciaba esta máxima, un cambio perceptible tuvo lugar en sus maneras y dijo: “Muy bien, señor embajador. Haré arrestar y juzgar al hombre”. Esto fue prometido y cumplido. Villa fue detenido y juzgado en un consejo de guerra presidido por el general Huerta. Fue hallado culpable de los delitos denunciados y sentenciado a ser fusilado al amanecer del día siguiente. Sin embargo, Madero intervino y conmutó la sentencia por la de prisión en la penitenciaría militar de la ciudad de México.⁵⁷

No hay pruebas de que Villa fuera arrestado por órdenes de Madero ni de que se haya celebrado un consejo de guerra contra él. Pero no cabe duda de que Wilson intervino ante las autoridades mexicanas y de que ello tuvo algún efecto. El 6 de mayo de 1912, el embajador estadounidense había enviado una carta a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México en que solicitaba la detención y el juicio de Villa. Sólo un día después de la aprehensión, el 5 de junio, el secretario de Relaciones Exteriores le dijo a Wilson que tenía una información agradable que darle y le comunicó que en efecto lo habían detenido.

“Al parecer”, informó un funcionario de la embajada de Estados Unidos al Departamento de Estado,

al recibir la nota del embajador al secretario [...] se inició de inmediato una

investigación sobre la conducta de Francisco Villa en el momento del ataque contra la hacienda de Tlahualilo.

Esa investigación pronto demostró que no sólo las acciones de Villa en relación con el asunto de Tlahualilo habían sido atestiguadas en la nota del embajador, sino que Villa había cometido numerosos actos de bandidaje y salvajismo contra intereses extranjeros.⁵⁸

De hecho, estas acusaciones eran muy exageradas, porque Villa ni siquiera estaba presente en Tlahualilo. Ésa fue probablemente la razón por la que el embajador británico en México, cuyos ciudadanos eran los principales afectados, se abstuvo de protestar ante la Secretaría de Relaciones Exteriores. Cuando Wilson siguió adelante por su cuenta, el Departamento de Estado criticó su gestión, que consideró “apresurada”, ya que no se había puesto de acuerdo con el embajador británico. Con característica arrogancia, Wilson refutó las objeciones del Departamento de Estado diciendo que “el embajador británico es una persona de hábitos muy relajados y parece incapaz de tomar la iniciativa en una situación que requiere acciones inmediatas y vigorosas” e insistió en que “el bandido Villa, que sólo de nombre es un soldado federal”, amenazaba vidas estadounidenses.⁵⁹

Resulta notable la persistencia de Wilson en su intento de hacer arrestar a Villa, y que haya llegado al extremo de mencionar una intervención militar, amenaza que claramente no era respaldada por sus superiores en el Departamento de Estado. Se trataba de una manifestación de su implacable hostilidad contra Madero. El encarcelamiento de Villa debilitaría la postura de éste ante las clases populares y, a la vez, el juicio mostraría al mundo que sólo lo apoyaban bandidos y gentuza.

Villa nunca se dio cuenta de la magnitud de las presiones que sufría Madero. Aunque sospechaba que tanto Huerta como la oligarquía procuraban influir en él, parece que nunca fue informado del papel que desempeñó la embajada estadounidense. De hecho, en las primeras semanas tras su detención, pensaba que tenía razones para estar optimista. Su primer abogado defensor, Adrián Aguirre Benavides, era partidario de la revolución y pariente lejano de Madero. El hermano de Francisco Madero, Gustavo, quería mantenerse en contacto con Villa y enviaba regularmente a su secretario, Luis Aguirre Benavides, a visitarlo en la prisión.⁶⁰ Todo esto parecía indicar una disposición favorable por parte de la familia Madero.

Pero sobre todo, Abraham González le había enviado una carta de apoyo en que expresaba la esperanza de que pronto saldría libre. Además, Villa consideraba que le sería fácil probar que las acusaciones contra él eran falsas.

No tardó en darse cuenta de que, aunque los fiscales militares no podían probar nada, el ejército no estaba dispuesto a dejarlo libre. La única persona que podía intervenir en su favor, Francisco Madero, rehusaba hacerlo. No sólo lo mantenía en prisión, sino que lo dejaba a merced del ejército federal, lo que en su opinión era más grave.

Durante los siguientes siete meses Villa siguió en la cárcel, mientras Madero se negaba a intervenir en su favor y González trataba de ayudarlo sin ningún resultado. Entre tanto, los militares preparaban las pruebas contra él sin darse ninguna prisa. En una serie de audiencias que tuvieron lugar entre junio y septiembre de 1912, los fiscales militares de la Secretaría de Guerra confrontaron repetidamente a Villa con los cargos de Huerta y le permitieron responder a las denuncias formuladas contra él por una serie de testigos hostiles. La investigación se arrastraba a un ritmo lentísimo, porque Huerta no respondía a ninguno de los cuestionarios que los fiscales le enviaron.⁶¹ Probablemente, se trataba de una actitud deliberada. En parte, tal vez no tenía información suficiente para sostener los cargos; en parte debía resultarle conveniente mantener el statu quo, ya que el proceso habría puesto en cuestión su propia credibilidad; Villa podía ser declarado inocente e, incluso si esto no sucedía, Madero podía amnistiario. En cambio, mientras durara la instrucción, nada de esto podía ocurrir. Además, tal vez pensaba que Madero caería tarde o temprano y entonces podría disponer de Villa a su antojo, sin los riesgos que implicaba un juicio.

La acusación más grave de Huerta contra Villa fue la de desobediencia y rebelión. Según las posteriores declaraciones de Rubio Navarrete, esos cargos eran falsos;⁶² no es de extrañar que los fiscales militares tuvieran dificultades para probarlos. Villa negó haber armado a sus hombres con el fin de oponer resistencia a la orden de devolver un caballo y otras propiedades. El asunto del caballo, declaró, no tenía importancia. Uno de sus asistentes le había dicho que lo habían traído a su campamento desde Jiménez y que un oficial federal se lo había llevado; consideraba que nadie podía llevarse nada de su campamento sin su permiso, y envió a algunos hombres a traer el caballo de regreso. No había movilizadado a sus soldados para resistir ni les había ordenado desobedecer las instrucciones de Huerta de trasladarse al día siguiente a Santa Rosalía.⁶³

La fiscalía sufrió un revés cuando dos de sus propios testigos, Encarnación Márquez y Blas Flores, que habían sido soldados de Villa y que habían sido conducidos a la ciudad de México para atestiguar contra él en otro aspecto del caso, confirmaron la versión de su comandante: declararon que les había dicho que al día siguiente sus unidades marcharían junto con toda la División del Norte a Santa Rosalía, y que nunca lo oyeron dar contraorden.⁶⁴

La única prueba de la supuesta insubordinación era la declaración del propio Villa, según la cual el 3 de junio, un día antes de ser arrestado, había enviado un telegrama a Huerta para decirle que no continuaría sirviendo bajo su mando, y un día más tarde había enviado otro telegrama a Madero pidiéndole que lo relevara de su cargo. De un simple caso de insubordinación el asunto se convertía en un problema político: el gobierno tendría que decidir y especificar hasta qué punto y en qué medida las tropas irregulares estaban subordinadas al mando militar y a las leyes de la guerra.

En vista de esto, los fiscales se concentraron en el único terreno en que las cosas podían resultarles fáciles gracias a la reputación de Villa como bandido: la acusación de robo, que se basaba en tres puntos: había tomado ciento cincuenta mil pesos de un hombre rico de Parral; para obtenerlos había recurrido a amenazas y violencia, y había empleado el dinero para enriquecerse y no para financiar su campaña militar.⁶⁵ Para probarlo, los fiscales obtuvieron declaraciones de varios habitantes de Parral a los que Villa había forzado a entregar dinero y que lo acusaban de haberlos amenazado con una posible ejecución o con mantenerlos prisioneros en su cuartel hasta que pagaran. El gerente del Banco Minero, que había tenido que pagar la cantidad mayor y había sido el más maltratado, acudió personalmente a la ciudad de México para testificar.⁶⁶ Describió la forma en que Villa lo había amenazado con enviarlo junto con su hijo a la primera línea de fuego a menos que pagara inmediatamente. Los fiscales también confrontaron a Villa con los dos oficiales mencionados, quienes declararon que no pagaba regularmente a sus soldados, sino sólo cuando se lo pedían, lo que implicaba que estaba usando las sumas confiscadas para fines personales.⁶⁷

Villa negó todos los cargos: declaró que había confiscado dinero y armas en Parral con el conocimiento y el consentimiento de las autoridades estatales; no había empleado amenazas para obtener el dinero, y había pagado a sus tropas regularmente, ya que sólo los oficiales y los más cercanos a él recibían su paga a intervalos irregulares. Insistió en que no era un ladrón. Dijo que él personalmente entregaba a cada soldado un peso con cincuenta centavos al día, y

que llevaba una lista de las personas a las que había pagado con los fondos que no había utilizado para abastecerse o para sus tropas. Pero les dio una salida a los fiscales: “como no quiere aparecer como ladrón manifiesta que en la sierra de Santa Bárbara hay un lugar que el declarante conoce pero que no puede identificar por una descripción, en que enterró cinco mil pesos en plata, los enterró antes del combate con Orozco en Parral”.⁶⁸

Los fiscales intentaron ampliar el caso localizando cualesquiera acusaciones de comportamiento criminal que existieran contra Villa en cualquier parte de México. Para ello, contaron con todo el apoyo de la prensa conservadora de oposición, que pintaba a Villa como un bandido y un criminal al que Madero había amnistiado a pesar de que existían órdenes de aprehensión contra él en varios estados. En una carta a Madero,* Villa negaba tener cuentas con la justicia:

Ahora voy a referirme a lo que dicen los periódicos [...] que yo tengo causas pendientes en el Archivo de Zacatecas, pues yo no tengo causas pendientes en ninguna parte de la República, y donde tenga que se presenten. Yo no quiero que digan que usted ni los jueces se lavan las manos, como dicen, a mi favor. Yo he obrado legalmente y no hay quien me conozca capital de lo ajeno. Todos estos periodistas que hablan en esos términos son un atajo de pícaros.⁶⁹

Al parecer no se equivocaba, pues ni los jueces ni los periódicos pudieron probar que se hubiera iniciado ningún proceso contra él por conducta criminal en ningún estado de la República.

Los actos de que se le acusaba, y aquellos que a los ojos de los jueces eran delitos, habían constituido en realidad la norma de conducta de los revolucionarios durante la etapa maderista de 1910-1911. La obtención de préstamos forzosos para financiar la revolución había sido una práctica constante. Como vimos, en su carta a “Papacito”, “Andrés” recomendaba intimidar a los partidarios del viejo régimen para conseguir que pagaran los costos de la revolución que se hacía contra ellos.⁷⁰ Aunque se pedía que los dirigentes armaran y alimentaran a sus hombres, nunca se les exigió una contabilidad detallada. Era normal que dieran recibos por las sumas obtenidas. En caso de desacuerdo entre los soldados y los jefes, o entre los dirigentes locales y regionales, también era normal y permitido que unos u otros abandonaran el ejército revolucionario, a menos que estuviera en curso una batalla o ésta fuera inminente.

Así, de nuevo, el problema de la culpabilidad o la inocencia de Villa era más político que judicial. Si se le juzgaba con los criterios de la revolución de 1910-1911, no había base para presentar demandas contra él. Si se empleaban los criterios del ejército federal, era culpable y podía ser condenado a muerte.

En última instancia, la decisión de qué norma judicial aplicar estaba en manos de Madero. Por lo demás, a los ojos de Villa, no había justificación para someter su caso a la jurisdicción de un tribunal militar federal, ya que la mayoría de las acciones de que se le acusaba –todas ellas relacionadas con la ocupación de Parral– las habría cometido cuando no era miembro ni subordinado del ejército federal, sino del gobernador de Chihuahua. De hecho, la propia burocracia federal le dio a Villa pruebas de que no formaba parte del ejército mexicano y que, por tanto, no quedaba dentro de su jurisdicción. Poco después de ser arrestado, pidió que, ya que había sido nombrado general honorario, le dieran la paga correspondiente mientras estuviera oficialmente en el ejército. Los funcionarios de la Secretaría de la Defensa respondieron diciendo que no tenían ningún registro de que hubiera sido nombrado general honorario ni de que tuviera ningún cargo militar. Como señaló en una carta sarcástica a Madero, en ese caso no estaba sujeto a ningún tipo de disciplina militar y ningún tribunal militar tenía autoridad para juzgarlo.⁷¹

Aunque no desatendió ni boicoteó el proceso judicial que se seguía contra él, Villa se daba cuenta claramente de que su problema era político y por ello pidió ayuda tanto a González como a Madero. Después de todo, había tomado las armas en 1912 para apoyarlos y ellos, que habían dirigido la revolución de 1910-1911, sabían muy bien qué normas se aplicaban entonces. Esperaba que anularan las acusaciones contra él, o por lo menos le otorgaran la libertad bajo fianza.

González y Madero reaccionaron de muy diferentes maneras. El primero empleó todos los medios a su disposición para ayudarlo. “Vuelvo a insistir sobre el asunto de Villa”, le escribió al presidente, “a fin de que en lo posible sea graciado con la indulgencia del gobierno”. Afirmaba que la campaña de Villa había logrado “trascendentales resultados”. Si no hubiera derrotado a los orozquistas y a las fuerzas de Campa, y distraído a las de Salazar, éstos habrían atacado y tomado la ciudad de Torreón. Insistía en que las confiscaciones que había hecho en Parral estaban justificadas, dado que los recursos que había tomado “fueron elementos que se restaron al enemigo”, y subrayaba que había hecho grandes sacrificios para apoyar al gobierno: las cuatro carnicerías que tenía habían sufrido daños, y dos de sus hermanos habían sido arrestados por las fuerzas de Orozco. Argüía también que la lealtad de Villa hacia él y hacia

Madero había quedado demostrada en febrero de 1912, cuando el padre de Orozco lo había visitado para sugerirle que se uniera a la sublevación, a lo que él se había negado. Con todo, no pedía que fueran anuladas todas las acusaciones contra Villa: “Sería un mal precedente no pedir a Villa cuenta de los préstamos que exigió en Parral, y por lo mismo, sólo pido indulgencia en lo que sea compatible con los servicios prestados al gobierno”.⁷²

Ésta fue la única referencia crítica que hizo jamás González a la conducta de Villa. Con el paso del tiempo, su apoyo se hizo más y más sólido. En respuesta a una petición de ayuda, le escribió una carta que empezaba con las palabras: “Muy estimado amigo”, en la que decía que había intervenido varias veces a su favor ante Madero y confirmaba su declaración en el sentido de que había actuado en defensa del gobernador y por órdenes de éste al pedir préstamos forzosos en Parral. Especificaba que la única limitación que le había impuesto era no requerir contribuciones de los extranjeros. Cerraba diciendo: “estoy dispuesto a ayudar a usted en todo aquello que esté a mi alcance. Deseando que cuanto antes terminen sus penalidades, me es grato repetirme como su atento y seguro servidor”.⁷³

González escribió su carta el mismo día en que Villa le enviaba una segunda misiva, que era una solicitud desesperada de ayuda:

Saludo con el cariño que le profeso y que ha de ser el que le he de tener hasta la tumba, y espero que al arribo de ésta Dios lo conserve con felicidad [...] mientras a ver si yo consigo mi libertad, lo que he de agradecer a usted porque esta guerra nos ha dejado en la miseria. Yo tengo que trabajar para hacerme vivir, pues como usted sabe, a mí no me dominó ni el hambre ni el interés para ser sincero con mi patria y lo que hice lo debe hacer todo hombre sincero, porque yo no soy hombre que estoy cultivado, pero en el fondo de mi corazón quiero a mis amigos y a mi patria, no les dejo más que cariño y gratitud. Ya no le digo más porque me pongo a contemplar las injusticias de la vida. Reciba el sincero cariño que le guardo en el fondo de mi corazón.⁷⁴

Cuando el defensor de Villa le pidió que testificara, el gobernador no sólo accedió, sino que envió una carta en la que de nuevo declaraba que Villa había actuado en defensa del gobierno y por órdenes suyas, así como por las del gobernador interino, Aureliano González, cuando confiscó bienes en Parral. Terminaba diciendo que en su testimonio “seré más explícito sobre esos puntos,

haciéndole justicia a Villa, quien en mi concepto debe salir bien librado del proceso que se le instruye”.⁷⁵

Desafortunadamente para Villa, la decisión final sobre él no le correspondía a González sino a Madero, quien no estaba tan bien dispuesto. Villa le dirigió tres peticiones, todas ellas denegadas. Primero le pidió que lo liberara, ya fuese bajo fianza o permanentemente, y se ofreció de voluntario para combatir contra los enemigos del presidente que éste quisiera, incluido Emiliano Zapata. Cuando esta oferta fue rechazada, pidió que se le liberara del fuero militar. Al obtener una nueva negativa, solicitó finalmente que se le enviara al exilio en otro país, de preferencia España. Ante esta solicitud, Madero sí vaciló, aunque finalmente rehusó de nuevo. Sin embargo, su actitud hacia Villa mejoró un tanto en las últimas semanas del encarcelamiento. Hasta noviembre de 1912, se negó a intervenir de ninguna forma, no le concedió audiencia, no respondió a la mayoría de sus cartas y, en los dos casos en que sí respondió, lo hizo de una manera fría e impersonal. A pesar de ello, Villa continuó escribiéndole con la mayor calidez, aunque a veces sus cartas estaban teñidas de desesperación y resentimiento. Como demostraría después de fugarse, en enero de 1913, sus sentimientos de lealtad no eran fingidos.

Esta correspondencia casi unilateral empezó pocas semanas después del ingreso de Villa en prisión, en julio de 1912. Su primera carta, del 11 de julio, dice que no tiene cuentas pendientes con la justicia y que las notas periodísticas que se las atribuyen son falsas. Insistía en su lealtad a Madero. “Yo no he sido más que un amigo fiel del gobierno”, concluye, “y juro que yo siempre diré a usted verdad porque yo no soy de dos caras como nuestro buen amigo Orozco. Adiós señor.”⁷⁶

Al día siguiente, escribió de nuevo a Madero insistiendo en su lealtad:

Yo soy uno de sus amigos que le imploro felicidad, aunque no sé cuánto le hayan puesto mal de mí, pero yo juro que seré fiel [...] Y nunca tendrá de mí adulaciones, porque el hombre de convicciones firmes sufre como yo, pero sufre en el fondo del corazón. No me quejo con usted de mis sufrimientos porque los sufrimientos se hicieron para los hombres.⁷⁷

Tal vez al no obtener respuesta de Madero, Villa pensó que tenía que ofrecer pruebas más concretas de su lealtad. “No olvide usted”, escribe unos días más tarde,

que a mí no me ha seducido el dinero que hasta mi campo de campaña me fue

a ofrecer el padre de Orozco, y esto lo sabe mucha gente, y a mí nunca me ha seducido el tesoro. Hay personas que hablan de mí, pero están muy lejos de comprender los sentimientos de mi corazón. Yo soy hombre de convicciones firmes y si no las han comprendido hay que sufrir.⁷⁸

No hubo respuesta de Madero, y el 30 de julio, Villa le pidió una breve entrevista. La solicitud le parecía muy justificada, porque, estando Huerta de visita en la ciudad de México, pensaba que había llegado el momento de aclarar las acusaciones que había contra él.

Pido a usted en nombre de la justicia que me conceda tres minutos de audiencia ahora que está mi general Huerta aquí. Yo no tengo que pedir a usted y al señor general más que justicia y espero de usted que me resuelva lo que a bien tenga. Yo soy víctima de la ingratitud en esta cárcel. Adiós señor.⁷⁹

A principios de agosto, Villa recibió la primera respuesta de Madero, una fría negativa, ni siquiera escrita de propia mano, sino por su secretario, Juan Sánchez Azcona:

Me encarga el señor presidente diga a usted en contestación a su atenta fecha 30 del mes próximo pasado que, como fue preciso que el señor general Huerta saliera inmediatamente a hacerse cargo de la campaña del Norte, no le fue posible acceder a los deseos de usted de conferenciar con dicho jefe y con el mismo primer magistrado; pero que habló detenidamente de usted con el general Huerta, y que debe estar seguro de que se le impartirá plena justicia, pues sabe bien que el señor presidente tiene positivo empeño en que la ley, y sólo la ley, se cumpla en todos los casos en el nuevo régimen y bajo la acción de los tribunales.⁸⁰

Ese apelar a “la ley y sólo la ley” tenía dos significados. Por una parte, Madero estaba diciendo que no se dejaría influir por consideraciones externas, pero lo más importante para Villa era que le daba a entender que no intervendría, y que los tribunales, es decir, en este caso un tribunal militar, decidirían finalmente sobre su destino. Villa reaccionó con una nueva profesión de lealtad que contenía un intento de contrarrestar los comentarios negativos que pudiera haber hecho Huerta acerca de él. “Yo no sé qué le diría mi general de mí, pero si es persona de conciencia justa, juzgo que no le habrá dicho mal de mí, pues para mí fuera un gusto que le dieran el telegrama que yo le dirigí a usted de Jiménez

[Villa se refiere al telegrama de renuncia que envió a Madero, en que le ofrecía seguir combatiendo en su defensa por cuenta propia], pero creo que no lo harán.” Insistía en su lealtad hacia Madero y decía que no quería criticar a Huerta. “Ni en cartas y ni en presencia de usted hablaré yo mal del general porque Dios no me echó en este mundo para eso.”⁸¹

La desesperación de Villa se hizo más profunda en los meses siguientes, cuando recibió noticias de que sus hermanos –que primero habían sido detenidos por los orozquistas y sacados de la ciudad de Chihuahua–, tras su regreso a la capital del estado (no está claro si se escaparon de los orozquistas o si fueron liberados), habían sido detenidos de nuevo por la policía estatal. “Ahora voy a suplicar a usted”, le escribió a Madero,

por qué se comenten tantos abusos con nosotros, que la policía reservada me agarró a mi hermano y me lo quieren hacer orozquista, pues después que Orozco los tuvo casi cinco meses presos, ahora me los apresan los empleados del gobierno, pues ¿qué será de nosotros? Contemplo que seremos mártires. Yo pienso que yo no se lo he servido así al gobierno y espero de la bondad de usted que se duela de mi hermano, que por lo más sagrado de su familia me lo ponga en libertad, para que vaya a hacer vivir a aquellas familias, la mía y dos que mantengo de la revolución pasada, que son de una familia tres señoritas y la mamá, y la otra cuatro de familia y la mamá. Ya me despido de usted. Ofrezco a usted mi sinceridad y respeto.⁸²

No está claro por qué fueron arrestados los hermanos de Villa. El 24 de julio, el periódico *El Correo de Chihuahua* había informado que los dos hermanos de Villa, detenidos por los orozquistas “[con] el deseo de vengarse del entonces coronel [Villa], por no haber simpatizado con Orozco y levantar gente en favor del gobierno constituido [...] llegaron a [Chihuahua] procedentes de Casas Grandes de donde lograron fugarse”. No se sabe por órdenes de quién los arrestaron las autoridades chihuahuenses, pero en cualquier caso debieron ser liberados pronto, porque el 18 de septiembre el mismo periódico informaba que Hipólito Villa iba de viaje a la ciudad de México para visitar a su hermano.

A pesar de que Madero le había rehusado una audiencia, Villa siguió esperando que interviniera en su favor y continuó escribiéndole cartas en que profesaba su lealtad y recordaba los servicios que había prestado al gobierno. Insistía en que si él no hubiera combatido a Orozco, éste habría tomado Torreón y

sacan más de un millón de pesos y muchos elementos de guerra y se habrían hecho muy poderosos [...] pues para la toma de Parral se quedó sin parque y se quedó sin la toma de Torreón, porque en las dos guerras que yo sostuve le di tiempo al gobierno para que se organizara tropa en Torreón.⁸³

Como mencionamos, en su urgencia por demostrar su lealtad, Villa fue un paso más allá del simple recordatorio de sus méritos pasados. Dijo que estaba de nuevo dispuesto a pelear, no sólo en Chihuahua, sino también en Morelos. Que Villa estuviera dispuesto a enfrentarse a Zapata, con quien tanto llegó a identificarse en años posteriores, no es del todo sorprendente, porque Zapata había reconocido a su mayor enemigo, Orozco, como supremo líder de la revolución.

Madero finalmente respondió a las cartas de Villa, pero en el mismo tono frío e impersonal de antes, sin prometerle interceder por él. “El C. Presidente de la República se ha enterado con detenimiento de lo que sirve usted exponer en su atenta carta fecha 7 del corriente [...] contesto a usted manifestándole: que no debe usted tener temor alguno, pues se hará en su causa, como en todas, una justicia amplia y debida.”⁸⁴

Aunque este mensaje no decía nada nuevo, al parecer el simple hecho de obtener respuesta hizo que Villa se volviera más y más insistente. El 6 de septiembre, por primera vez, le explicó a Madero lo que había hecho en Parral, diciendo que no sólo tenía instrucciones del gobierno estatal para imponer préstamos forzosos para abastecer a sus tropas, sino que las víctimas principales de esos préstamos forzosos habían sido enemigos del gobierno, como el Banco Minero perteneciente a Juan Creel y Cástulo Baca. Sostenía que él no era el único jefe que confiscaba propiedades en nombre del gobierno e informaba que por órdenes de Huerta había confiscado, para beneficio del ejército, seiscientas cabezas de ganado pertenecientes a particulares.⁸⁵

Villa perdió finalmente la esperanza de que Madero interviniera cuando, el 24 de septiembre, el tribunal militar rechazó la petición de su abogado de desistirse de los cargos de robo, a pesar de que González hubiera confirmado que, al imponer préstamos forzosos, actuaba por órdenes del gobierno.⁸⁶

Es más fácil entender la actitud de Abraham González que la frialdad y la renuencia de Madero. Las intervenciones del primero estaban inspiradas no sólo por la amistad y por la convicción de que Villa era un hombre en quien podía confiar, sino también por su propia situación cada vez más precaria. A primera vista, parecería que esa situación era un tanto mejor en el verano de 1912, ya que

en junio de ese año, las fuerzas de Orozco sufrieron una derrota decisiva en la batalla de Bachimba, y a partir de entonces ya no pudieron actuar como un ejército unitario y coherente. Los revolucionarios agrarios como Máximo Castillo abandonaron a Orozco para pelear por su cuenta, mientras que otros miembros de su ejército huyeron a Estados Unidos y escribieron furiosas proclamas en las que sostenían que los había traicionado. Declararon que les habían dicho que todo México se estaba levantando contra Madero, “que no se nos haría resistencia en nuestra marcha sobre la ciudad de México, la que caería en nuestro poder el día 7 de marzo”. Miles de soldados morían en los combates contra el ejército federal, “mientras que nuestro general se entregaba a orgías y borracheras a bordo de su carro especial, siempre a diez kilómetros de la línea de fuego”; acusaban a Orozco de haber depositado quinientos mil pesos en un banco de El Paso, mientras sus familias pasaban hambre, y llamaban a quienes aún combatían a dejar las armas.⁸⁷

Otros oroquistas se dispersaron en pequeños grupos guerrilleros; a menudo atacaban a la población civil, y empezaron a perder el apoyo con que contaban en el estado.⁸⁸ En agosto de 1912, el último baluarte de importancia oroquista, la fronteriza Ciudad Juárez, cayó en manos del gobierno. Nominalmente, González controlaba de nuevo todo el estado de Chihuahua.

En realidad, Orozco había sido derrotado, pero no la oligarquía. Los Terrazas estaban a punto de convertir la derrota en victoria, como habían hecho siempre. Tenían para entonces, en el estado, un aliado más poderoso de lo que Orozco habría podido llegar a ser: el ejército federal. En efecto, Huerta se disponía a llevar a cabo lo que Orozco había intentado sin éxito: la destitución de Abraham González como gobernador de Chihuahua. Para ese fin, recurrió a la ayuda del tío conservador de Madero, Rafael Hernández, secretario de Hacienda en el gobierno federal, quien escribió a su sobrino para decirle que creía, como Huerta, que sólo podría restablecerse la paz en Chihuahua si el gobernador era destituido.⁸⁹ Aunque Madero se negó a sacrificar a su viejo amigo y compañero, aceptó virtualmente todas las otras demandas de la oligarquía, y fue así socavando cada vez más la posición de González. Lo forzó a aceptar una amplia amnistía para los rebeldes oroquistas, que Huerta exigía y que fue tan generosa que les permitía reemprender sus actividades políticas con impunidad e incluso tomar represalias contra los revolucionarios leales al gobernador.

En el pueblo de Santo Tomás, informaba González a Madero, sus propios partidarios eran perseguidos por antiguos oroquistas que se habían acogido a la amnistía. Al regresar al pueblo, superaban en número a los hombres leales, la

mayoría de los cuales todavía estaba ocupada en dispersar a las restantes bandas orozquistas. Periodistas y editores que habían apoyado a Orozco, tras aceptar la amnistía, emprendían feroces ataques contra el gobierno.⁹⁰

Madero forzó al gobernador a permitir que el patriarca de la dinastía Terrazas, Luis Terrazas padre, regresara de su exilio en Estados Unidos –adonde había partido cuando estalló la revuelta–, y retomara el control de su vasto imperio económico, aunque González le había informado de sus simpatías por Orozco y de que muchos miembros de su familia lo habían apoyado activamente.⁹¹

Los ataques más fuertes contra el poder y la autoridad de Abraham González venían del ejército federal. Sus soldados y oficiales declaraban abiertamente su oposición al gobierno revolucionario. Según el cónsul estadounidense en Chihuahua, se negaban a perseguir a las bandas orozquistas e incluso establecieron negociaciones secretas con ellos.⁹²

Todo esto menoscababa la autoridad de González, no sólo en términos militares, sino porque impedía la recuperación económica de Chihuahua, y al mismo tiempo les daba pretexto a las tropas federales para permanecer en el estado. Las milicias estatales que había reclutado González, y que eran leales a la revolución y estaban dispuestas a combatir contra los orozquistas, sufrían una constante discriminación y a veces persecución. Además, Madero se negó a otorgar fondos para pagarlas, con lo que su número se redujo drásticamente.⁹³ Abraham González llegó a enviar a la ciudad de México al más importante de sus funcionarios, Isidro Fabela, para tratar de convencer al presidente de que modificara su postura y diera más dinero para mantener a las fuerzas estatales en Chihuahua.⁹⁴ En términos sociales, el gobierno federal también obstaculizaba los intentos de reforma del gobernador.

En esa situación cada vez más desesperada, Villa habría resultado una ayuda considerable para González. Ninguno de los comandantes de la milicia estatal tenía su prestigio, su autoridad, ni sus capacidades militares. Las acusaciones formuladas por los periódicos conservadores de que González deseaba el regreso de Villa a Chihuahua para encabezar la lucha contra los rebeldes orozquistas eran probablemente ciertas. Por la misma razón, tanto el comandante federal Huerta, como la oligarquía ejercieron considerable presión sobre Madero para impedir que Villa volviera a Chihuahua. Y lo lograron.

El contraste entre la actitud positiva de González y la actitud negativa de Madero respecto al revolucionario norteno es a primera vista sorprendente. Después de todo, Madero estaba consciente del papel que Villa había desempeñado en la campaña contra Orozco y le había escrito una cálida carta de

felicitación tras la batalla de Parral. Su hombre en Chihuahua, su más cercano colaborador, Abraham González, pedía clemencia. Y sin embargo Madero se mantuvo inflexible. Podría creerse que, como genuino demócrata, se resistía a interferir en el proceso judicial inminente. Pero en el caso de algunos de sus enemigos, cuyas faltas eran más graves, no había dudado en influir sobre el proceso judicial: así había ocurrido con el general Navarro y con el juicio contra Creel, su inveterado enemigo y cercano colaborador de Porfirio Díaz. No hay indicios de que su resistencia se debiera al temor de que Villa pudiera unirse a los insurgentes. Al parecer compartía la convicción de González de que eso era algo que Villa no haría jamás. Y finalmente, sí pensó en realidad intervenir en el proceso contra Villa, pero sólo en los meses posteriores, cuando le pareció políticamente factible y práctico hacerlo.

Las actitudes divergentes del presidente y su gobernador tenían raíces más profundas, de naturaleza tanto personal como social. Al parecer, Madero no compartía en su fuero interno la simpatía y la confianza de González en Villa, lo cual podía deberse a su conato de insubordinación tras el ataque contra Ciudad Juárez. Como ya vimos, tendía a tratar a Villa como un mercenario, ofreciéndole recompensas monetarias. Pero la disposición personal de Madero hacia Villa no es la principal explicación de su conducta, al parecer vinculada más bien a su relación con Huerta, con el ejército federal y con la oligarquía de Chihuahua.

Aunque es posible que Madero interviniera para salvarle la vida a Villa y evitar que fuera fusilado por Huerta, todo indica que después subordinó sus decisiones al deseo de congraciarse con él. Inmediatamente después del encarcelamiento de Villa, emitió un comunicado de prensa en el que decía que no había desacuerdo al respecto entre él y Huerta.⁹⁵ Sólo respondió a las cartas de Villa a partir de la visita de Huerta a la ciudad de México, en julio de 1912. Hasta entonces, Madero había abrigado dudas crecientes sobre el general por su lenta conducción de la guerra, los rumores de que intrigaba contra él y de que quería destituir a González.⁹⁶ Después de su reunión de julio, o bien estas dudas se disiparon, o bien Madero consideró que quedaban compensadas por las capacidades militares de Huerta, quien volvió a Chihuahua como comandante militar. La permanencia de Villa en prisión fue al parecer un precio que Madero estuvo dispuesto a pagar. Después de la visita, envió su primera y fría carta, en la que se negaba a recibir a Villa en audiencia o a colaborar en modo alguno para liberarlo. Sólo cuando cambió su opinión respecto a Huerta y finalmente lo destituyó, en octubre de 1912, debido a sus continuas intrigas contra el

gobierno,⁹⁷ consideró seriamente la posibilidad de intervenir en el proceso contra Villa y sustituir la prisión por el exilio.⁹⁸

Por desgracia para Villa, la actitud del presidente respecto a él no sólo se vinculaba a sus relaciones con Huerta, sino a un conflicto más profundo que enfrentaba a los gobernadores revolucionarios del norte con el ejército federal. Madero se encontraba entre dos fuegos, pero tendía a favorecer al ejército.

La rebelión de Orozco fue a la vez una oportunidad y un riesgo para el estamento militar federal, cada vez más conservador. Como resultado de la revolución de 1910-1911, la mayoría de los contingentes federales había sido retirada de los tres estados del norte que se alzaron destacadamente contra Díaz. El control de esos estados había sido asumido por las fuerzas paramilitares compuestas por soldados revolucionarios, que se hallaban entonces subordinadas a los nuevos gobernadores. En consecuencia, antes de la revuelta de Orozco, el ejército federal no podía implementar en el norte las mismas políticas que había empezado a aplicar con éxito en el sur y el centro de México, y cuyo objetivo principal había sido desarmar a los revolucionarios, o por lo menos someterlos a su control. Esto había provocado un conflicto con Zapata, inicialmente contra los deseos de Madero; y en Puebla las tropas federales habían masacrado a un contingente de revolucionarios. En ambos casos, Madero, tras algunas vacilaciones, aceptó la actuación del ejército. La rebelión de Orozco les daba a las tropas federales una oportunidad única de regresar al norte. También era un peligro para ellas, ya que los gobernadores del norte estaban reclutando milicias propias, sólo subordinadas a ellos. Los comandantes federales estaban decididos a controlar o destruir a esas milicias recién fundadas, para constituirse firmemente como la principal fuerza militar en el norte. A este respecto, Huerta no fue sino el más radical de ellos, al arrestar a Villa, forzar a sus voluntarios a alistarse en el ejército e incluso intrigar para que el gobernador Abraham González fuera destituido.

LA FUGA DE VILLA

Villa probablemente nunca se dio cuenta de todas las implicaciones políticas y sociales de su caso, pero después de que el tribunal militar negó el sobreseimiento de su proceso, en septiembre de 1912, comprendió que González no podía y Madero no quería liberarlo. La desesperación y el resentimiento que se apoderaron de él en ese momento son evidentes en una carta que le escribió a Madero tras conocer la decisión del tribunal y en la que por única vez lo atacó e

incluso lo amenazó. Tras insistir en su adhesión (“yo he sido fiel con usted y soy, pues a mí no me ha dominado [...] el dinero”) y recordar la importancia de sus servicios en la campaña contra Orozco (“sin la campaña que yo desempeñé al gobierno le hubiera costado medio millón de pesos”), se quejaba de que era víctima de la ingratitud y, en tono áspero y enojado, decía:

Yo no sé por qué permite usted esto. Pido a usted justicia. Ya me canso de hacerlo, y si usted no puede hacerlo pido en nombre de la justicia una junta de ministros para que se sepa quién tiene razón. Una parte de mi mala suerte [es] que sea yo hombre sin cultivo y no sé defender mi derecho. Pido justicia señor, ya me despido de usted con el cariño y el respeto de siempre. Adiós señor.

Esa expresión de afecto se contradice con la posdata, que contiene una amenaza velada. “Si usted no quiere que yo lo deshonoré, concédame cinco minutos de audiencia por teléfono de aquí.”⁹⁹

Otra expresión de la desesperación de Villa fue su fracasado intento de fuga en los mismos días. Incluso antes de que el tribunal diera su sentencia adversa, ya había contemplado la posibilidad de escapar de prisión. El problema más inmediato que se le presentaba era el aislamiento en que lo habían mantenido durante varios meses las autoridades de la prisión. Mientras creyó que Madero pronto lo liberaría, se comportó como un prisionero modelo. Pero ahora sentía que había llegado el momento de actuar. Un día, cuando lo devolvían a la celda tras una audiencia con el juez de instrucción, llevó a cabo lo que posiblemente fue el único acto de resistencia pasiva de toda su vida. Se negó a volver a la celda diciendo: “Yo quiero ver en qué ley, en qué reglamento, en qué principio legal se basan los administradores de esta cárcel para tener rigurosamente incomunicado, por más de tres meses, a un hombre cuyo proceso se transita y que a todas luces es inocente”.¹⁰⁰ No cedió cuando el carcelero trajo refuerzos y lo amenazaron con conducirlo por la fuerza a su celda. Las autoridades no querían provocar un conflicto abierto con él; tal vez les preocupaba que aumentara la presión del público para que fuera liberado o que Madero mismo se sintiera obligado a ayudarlo. De modo que le permitieron circular más libremente y relacionarse con otros presos. Gracias a su carismática personalidad, a las leyendas que lo rodeaban y a su generosidad con el dinero, no tardó en hacerse popular entre los delincuentes comunes y entre los carceleros. Pero sabía que si quería ayuda para escapar, los compañeros más confiables

serían los presos políticos retenidos en la misma sección que él. Pronto hizo amistad con dos de ellos, ambos zapatistas. Uno era Gildardo Magaña, un joven intelectual de la ciudad de México que se había unido a Zapata y que en dos años se convertiría en uno de sus consejeros intelectuales más importantes y general de su ejército, y lo sucedería en 1919, tras su asesinato. El otro era Abraham Martínez, un comandante de las fuerzas revolucionarias de Puebla, que había chocado con el ejército federal en 1911, convencido de que planeaban asesinar a Madero. Había sido encarcelado porque en la retirada sus hombres habían matado a tres empleados alemanes de una fábrica textil que aparentemente les habían disparado.¹⁰¹

Un indicio de la exasperación que se había apoderado de Villa es que a pesar de todos los planes que habían hecho, el único intento que él y Magaña hicieron para escapar tenía todas las características de una aventura desesperada y, según el zapatista, mal planeada por Villa. Éste había conseguido duplicados de las llaves de algunas celdas y le dijo a Magaña que había comprado la voluntad de los carceleros, para que se hicieran los desentendidos cuando ellos intentaran escapar. Los presos abrieron sus celdas y lograron llegar hasta el cuarto adyacente, normalmente ocupado por los guardias y que se suponía que estaría vacío. Pero no lo estaba. En el último momento, los presos consiguieron regresar a sus celdas sin ser notados. “Hasta entonces nos dimos cuenta del peligro que habíamos corrido”, escribió Magaña,¹⁰² quien perdió la confianza en los planes de fuga de Villa y no participó en sus posteriores esfuerzos por escapar.

En ese mal momento de su vida, cuando Villa sentía que sus amigos lo habían dejado a merced de sus enemigos, pudo tentarle alguna oferta de ayuda procedente de personas que había considerado enemigas y de quienes nada esperaba: las fuerzas conservadoras que intentaban derrocar a Madero. El interés de los conservadores por él se manifestó a las pocas semanas de su detención. El primer defensor de Villa había sido un destacado abogado, íntimamente vinculado a la revolución y a la familia de Madero, Adrián Aguirre Benavides. A las pocas semanas otros dos hombres empezaron a intervenir en la defensa, mientras Aguirre Benavides se distanciaba. Uno era un abogado de apellido Castillo, sobre el que poco se sabe, y el otro se llamaba Antonio Castellanos, que era nativo de Durango como Villa y había sido miembro de la policía secreta de Porfirio Díaz; tras apoyar el fracasado golpe de Bernardo Reyes en 1912, había establecido vínculos con Félix Díaz. Aunque se hacía llamar licenciado, al parecer nunca obtuvo realmente ese título.¹⁰³

En septiembre de 1912, el interés de los conservadores por Villa aumentó de modo notable. Precisamente cuando el tribunal militar rechazaba su demanda de libertad, se incorporó al equipo de la defensa José Bonales Sandoval, otro abogado íntimamente relacionado con Félix Díaz, quien estaba a punto de intentar un golpe de estado contra Madero. No había razones claras para que Villa tomara un tercer abogado, y por lo demás, sabemos que Bonales Sandoval no se hizo cargo de su defensa por razones financieras: en una carta al secretario de Madero, Villa lo elogiaba por prestarle sus servicios “de una manera filantrópica”, sin obtener nada con ello.¹⁰⁴

Pero el interés de Bonales Sandoval era cualquier cosa menos filantrópico. Probablemente era político, y se relacionaba con las intenciones golpistas de Félix Díaz. Lo más sospechoso es que no participó en el proceso de Villa ante los jueces militares, que quedó totalmente en manos de Castillo. En cambio, intervino en dos ocasiones a su favor, ambas vinculadas aparentemente a las actividades de Félix Díaz. Primero intentó que Villa saliera libre bajo fianza pocas semanas antes de que Félix Díaz ocupara la ciudad de Veracruz y llamara al ejército y al pueblo a rebelarse contra Madero. Con Villa libre bajo fianza y el proceso pendiente colgando sobre su cabeza como una espada de Damocles, Félix Díaz habría podido ofrecerle la amnistía a cambio de que se uniera a la insurrección. Bonales Sandoval pensaba tal vez que, en Chihuahua, Villa podría revivir el agonizante levantamiento orozquista y causarle serios problemas a Madero. A los ojos de los conservadores, no era más que un bandido y no veían por qué los incentivos financieros, y la oferta de amnistía, no habrían de hacerlo cambiar de bando, más aún habiendo sido tan maltratado por Madero. Existían antecedentes de tales cambios de chaqueta: una gran parte de los famosos rurales de Porfirio Díaz eran antiguos bandidos. El propio Orozco había mudado lealtades con rapidez. Aunque no hay pruebas claras de que ése fuera el objetivo de Bonales Sandoval en septiembre, sus posteriores actividades lo confirman. Cuando intervino de nuevo en favor de Villa, en noviembre, la situación de Félix Díaz había cambiado drásticamente: el golpe en Veracruz se había desinflado y Díaz había sido capturado por las tropas federales.

Aunque muchos partidarios de Madero opinaban que debía ejecutar a Díaz, el presidente mostró un grado inhabitual de generosidad hacia su enemigo, que fue enviado a la prisión militar de Santiago Tlatelolco. Allí se hallaba también Reyes con quien rápidamente estableció contacto y los dos prepararon un nuevo complot. A diferencia de los conservadores de Chihuahua, que querían a Villa en prisión a cualquier precio, Reyes y Díaz pensaban que, si lo ayudaban a escapar,

podía serles de enorme utilidad en el norte. Bonales Sandoval, que se había mantenido en la sombra durante el levantamiento de Díaz, solicitó entonces a Madero transferir a Villa a la prisión militar de Santiago Tlatelolco.¹⁰⁵

Esta solicitud fue presentada con plena aquiescencia de Villa, quien pocas semanas antes había hecho una petición similar. El 7 de octubre había solicitado a Madero ser transferido de la penitenciaría a la prisión militar “por causas muy poderosísimas, que a su tiempo explicaré”.¹⁰⁶ En ese mensaje, sólo tres días posterior a su carta colérica y amenazante del 4 de octubre, no hay mención de ella y la furia prácticamente ha desaparecido. ¿Había escrito la carta anterior en uno de esos momentos de furor por los que sería famoso más tarde? ¿Comprendió que no estaba en posición de amenazar? ¿O lo convenció Bonales Sandoval de que la única forma de obtener ayuda de los conservadores consistía en ser lo más amable posible, y lograr el traslado?

Es significativo que entre el 7 de octubre, cuando pidió por primera vez que lo transfirieran, y noviembre del mismo año, cuando Bonales Sandoval reiteró la petición, la cuestión no se mencionó. Puede pensarse que esto no fue casual, porque en octubre se presentó de nuevo la posibilidad de que Madero pusiera a Villa en libertad cuando destituyó a su mayor enemigo, Victoriano Huerta, como comandante de las fuerzas federales en Chihuahua. El 24 de octubre, Villa le escribió a Madero para felicitarlo por haber derrotado el intento de golpe de estado de Félix Díaz; empleaba las mismas expresiones de simpatía y afecto que había reiterado en todas sus comunicaciones con Madero antes de que el tribunal emitiera su juicio: “Aunque yo sufra injusticias, no por eso dejo de apreciarlo si usted no cumple con ser leal conmigo”.

De nuevo le expresaba su afecto y le pedía que preguntara

al señor director de esta cárcel lo que yo me expreso de usted y las palabras y baldones que recibo de los contrarios del gobierno. Pero si Dios me echó en el mundo para sufrir, hay que sufrir. Pero me queda el consuelo que no fui hoy de un partido y mañana de otro. Si usted no cumple con su deber, Dios que lo ayude. Ya me despido de usted. Con el cariño y respeto de siempre. Adiós señor. Su amigo que lo aprecia, Francisco Villa.¹⁰⁷

Esta misiva era una especie de preludio a una nueva petición:

En vista de la triste situación por que atravieso debido al colmo de las intrigas y calumnias de que he sido blanco por parte de gente sin sentimientos, recurro a usted señor presidente para pedirle me conceda trasladarme a España hasta

que se lleve a efecto la pacificación del país, ya que mis humildes servicios prestados trajeron disgustos y malestar para ciertos elementos elevados.¹⁰⁸

A pesar del tono relativamente amargo de la carta de Villa, la respuesta del presidente fue mucho más favorable. En su carta anterior, Madero simplemente decía que se haría justicia. Esta vez, por instrucciones suyas, el secretario Sánchez Azcona escribió: “Me encarga el señor presidente diga a usted en contestación que mucho le agradece las nuevas seguridades de adhesión y afecto [...] y que puede estar seguro de que siempre ha sabido que usted es un leal amigo suyo”; decía que el juicio pronto tendría lugar y que, entre tanto, se satisfaría su petición de ser transferido a la prisión militar.¹⁰⁹ Dos días más tarde, Madero fue un paso más allá y le comunicó: “Se estudia la manera de que, dentro de los procedimientos, [...] pueda usted ser trasladado a España, obsequiando así los deseos que usted manifiesta”.¹¹⁰

Madero nunca dio ninguna explicación de su súbito cambio, pero seguramente estaba relacionado con la destitución de Huerta. También es probable que interviniera el hermano de Madero, Gustavo, que ejercía una fuerte influencia en el presidente. Era más realista que su hermano y desconfiaba más del ejército federal. Tal vez por esa razón se había propuesto visitar a Villa frecuentemente en la prisión y enviarle a su secretario, Luis Aguirre Benavides, cuando no podía acudir él mismo.¹¹¹

Quizá Madero también se daba cuenta de la discrepancia entre la forma en que trataba a Villa, por una parte, y, por otra, a los rebeldes orozquistas y a la oligarquía chihuahuense. Había otorgado una amplia amnistía a la mayoría de los orozquistas. Había sido muy indulgente con destacados miembros de la oligarquía, incluido Luis Terrazas, a pesar de la insistencia de González en que habían apoyado por lo menos tácitamente la rebelión de Orozco. La idea de que estaba recompensando a sus enemigos y castigando a sus amigos probablemente influyó en su decisión. Sin embargo, no fue consistente, y las expresiones de alegría y gratitud por parte de Villa resultaron prematuras. Madero no volvió a responder a su demanda de ser enviado a otro país, y no le dio ninguna explicación.

La principal razón de este nuevo cambio pudo ser el miedo a la reacción de la oligarquía de Chihuahua. Sólo dos días después de decirle a Villa que estaba contemplando la posibilidad de enviarlo al extranjero, su hermano Emilio, que comandaba un gran contingente de tropas revolucionarias en el norte, le envió una carta de advertencia:

Me acaban de escribir de Chihuahua diciéndome que se dice que van a poner en libertad a Francisco Villa y que esto causará una impresión desastrosa en todo el estado y me aseguran que hay personas que están decididas a levantarse en armas contra el gobierno constituido en caso de que esto llegara a suceder.¹¹²

Aunque Emilio Madero nunca menciona a los insurgentes potenciales a que se refiere, sin duda se trata principalmente de los orozquistas y de los partidarios, deudos y servidores de Terrazas y Creel. Madero seguramente tomó muy en serio esta advertencia porque estaba intentando reconciliarse con Terrazas y le había escrito que estaba dispuesto a ofrecerle todas las garantías posibles tanto a él como a sus propiedades si regresaba a Chihuahua.¹¹³ Hizo ofertas similares a Sánchez, el gobernador nombrado por Creel cuando estalló la revolución de 1910.¹¹⁴ En ambos casos, Madero presionó a González para que les permitiera volver a Chihuahua y no tomara represalias contra ellos. Esta política de reconciliación con el ejército federal y los orozquistas resultó estéril. Madero no obtuvo la lealtad de ninguno de ellos ni de sus partidarios, ni logró siquiera su neutralidad. Pocas semanas después, el ejército lo derrocaría y asesinaría, con la gozosa aclamación de la oligarquía de Chihuahua y de los orozquistas.

Lo que sí logró la política de Madero fue alienarse cada vez más a sus adeptos revolucionarios. Probablemente contribuyó a convencer a Villa de que tenía poco que esperar de él y de que su única posibilidad de salir vivo de la prisión era escapar. Dado que todos los intentos de fuga de la penitenciaría habían fallado, probablemente pensaba que una nueva prisión le proporcionaría mejores oportunidades y por eso instruyó a su abogado Bonales Sandoval para que le solicitara a Madero por segunda vez su traslado. De sus muchas súplicas, ésta fue la única a la que el presidente accedió, y Villa llegó a la prisión militar de Santiago Tlatelolco en noviembre.

Poco después, empezó a organizar la fuga. Hizo amistad con Carlos Jáuregui, un joven oficinista empleado en el tribunal militar. Lo colmó de regalos y atenciones, y le prometió abundantes recompensas si lo ayudaba a escapar. Jáuregui resultó un auxiliar leal e inventivo. Para permitir que Villa se fugara de su celda, cuyas ventanas estaban protegidas con barrotes de hierro, Jáuregui le llevó una segueta; mientras una banda del barrio tocaba canciones populares para ahogar el ruido, el preso pudo aserrar los barrotes.

Aún mientras preparaba la fuga, Villa mantenía la esperanza de evitar tan arriesgada empresa persuadiendo a Madero de devolverle su libertad. Con ese

fin, intentó primero influir en la opinión pública. El 11 de diciembre de 1912, dos semanas antes de escaparse, concedió una entrevista a un gran periódico de la ciudad de México, *El País*. Su comportamiento impresionó al entrevistador: “Villa viste un traje negro, está tranquilo y en su hablar pausado no hay nada que indique al feroz revolucionario de que nos hablaban en 1910”. Villa insistió en que no tenía ambiciones militares y en que el título de “general” le había sido conferido por Madero, pero él no se consideraba tal. Incluso le quitó importancia a su antiguo rango de coronel. “Yo recibí en 1910 el nombre de coronel por las gentes que tenía a mi mando, y ese grado era para que hubiera una cabeza, que, por lo demás, a la hora de la lucha, todos éramos iguales; mis muchachos me quieren mucho.”

Negó haber cometido acto de insubordinación alguno. “Todo ha sido una nube negra que ha caído sobre mí. Yo he respetado siempre al señor general Huerta, a quien admiro por su valor y su saber.” Habló de la ingratitud que se le había demostrado; “hace memoria de sus campañas pasadas y señalando un libro de apuntes exclama: ‘Allí están mis campañas, de nada me han servido, ya ve usted, estoy en la cárcel alejado de mi familia y de mis muchachos a los que quiero mucho; pelean como buenos, señor’”. Insistió en que había obtenido los ciento cincuenta mil pesos de préstamos forzosos de los mexicanos ricos de Parral por instrucciones del gobernador de Chihuahua y en que había empleado ese dinero para abastecer a sus soldados. Terminó la entrevista diciéndole al reportero: “Tengo tranquilidad y espero que se me haga justicia, no soy el Francisco Villa que muchos suponen, sé ser humano y es lástima que mis palabras no me ayuden”.¹¹⁵

Dos días antes de escapar, Villa le escribió por última vez a Madero una carta que podemos considerar como una súplica desesperada de ayuda, un intento final de reconciliación, una prueba de lealtad en caso de que lograra escapar y un testamento político en caso de que muriera durante la huida:

Muy respetable señor presidente: El que a vos se dirige, desde el antro de esta prisión, conserva todavía las mismas ideas y los mismos principios, para defender al gobierno de su digno cargo.

Presiento que mis enemigos quieran influenciarlo para que permanezca sufriendo los duros embates del infortunio, pero no lo querrá así porque confío en la grandeza de su alma y en su bondadoso corazón.

Señor presidente, si usted quiere todavía que pueda servirle de algún elemento en Chihuahua, para contribuir a la pacificación de aquel estado, me

comprometo y le doy mi palabra de honor de hacer una persecución tenaz y enérgica en obteniendo mi libertad y le aseguro, salvo que no me quiten la vida en algún combate, cogerle valiéndome de alguna maña al traidor Orozco a quien lo condeno por desleal.

Solamente que usted quiera que perezca en manos de mis enemigos y que de la noche a la mañana aparezca muerto, sea por Dios, me resignaré a morir exclamando siempre: “Viva el esclarecido demócrata que se lanzó a los azares de la guerra para reconquistar el imperio de la ley y de la justicia”, “Viva el apóstol de la democracia que derrocó a la dictadura del general Díaz”. Éstas serán mis últimas palabras si llego a caer en manos de mis enemigos.

Señor presidente: me imputaban que me había robado los fondos de Parral. Lo hice para sostener mi tropa, quité ese dinero a sus enemigos y lo hice con autorización del Supremo Gobierno.

Le enviaba a Madero todos los documentos del caso, para probar que en realidad había actuado por órdenes del gobierno de Chihuahua.

Yo no tengo más esperanza que en usted [...] Espero de su espíritu de generosidad ordenar se me ponga en libertad para ir a la campaña. O en su defecto mandarme a una nación extranjera. Su respetable contestación para saber a qué atenerme. Soy de usted su inútil amigo y fiel servidor.¹¹⁶

Al día siguiente, Navidad, Villa se escapó finalmente. Aserró todos los barrotes de la ventana de su celda y, con la cara oculta bajo un pañuelo y vestido con un traje como los que usaban sus abogados, que Carlos Jáuregui le proporcionó, atravesó lentamente el patio de la prisión fingiéndose sumido en una conversación con Jáuregui sobre algún proceso; pasó junto a los guardias y subió al automóvil que lo esperaba. Inicialmente, había querido escapar de la misma manera que siempre lo había hecho en sus días de forajido: a caballo y acompañado de otros jinetes. Había instruido a su hermano, Hipólito, para que llevara a la ciudad de México caballos y hombres armados. Pero Jáuregui lo había convencido de que esa operación, en una región que no conocía y tan lejos de su propio terreno, sería arriesgada y llevaría mucho tiempo. El automóvil llevó a Villa y a Jáuregui a la ciudad de Toluca; de allí tomaron el tren al puerto de Manzanillo, donde abordaron un barco con destino a Mazatlán.¹¹⁷

Fue un viaje muy emocionante. La policía había sido alertada y buscaba a Villa por todo México. Estuvo a punto de ser reconocido en el barco por un antiguo cajero de la División del Norte. Para escapar al arresto, tuvo que

encerrarse en su camarote, sobornar a uno de los tripulantes y conseguir una lancha para abandonar la nave antes de que las autoridades sanitarias del puerto de Mazatlán subieran a inspeccionarla. Desde allí, se trasladó sin dificultad a El Paso, Texas, adonde llegó a principios de 1913 y donde inmediatamente atrajo la atención de la prensa estadounidense.

Un corresponsal de *El Paso Herald* escribió que Villa se hallaba “en plena forma y con mucho dinero. Vestido como un torero español o como un cura, Villa se presentó el sábado en la tarde en El Paso. Llevaba un sombrero rígido y una larga capa negra bajo la cual, dicen los rumores, llevaba artillería y cuchillería tanto pesadas como ligeras. El domingo tuvo un buen día. Se paseó en coche con su joven esposa, que lo acompañaba”.¹¹⁸

La “plena forma” y el buen humor que, en el mejor de los casos, sería expresión pasajera del alivio por haber logrado escapar, se amargarían cada vez más en los días siguientes, ya que en muchos sentidos la situación de Villa era peor que en vísperas de la revolución, cuando por lo menos se hallaba en su país. Entonces habían sido sus enemigos quienes lo habían encarcelado; ahora Madero, a quien había reverenciado, por quien había combatido, había otorgado a los orozquistas, los mismos que se habían sublevado contra él, una amplia amnistía, pero a él lo había mantenido en prisión, a merced de un ejército federal hostil. Que Villa hubiera arriesgado la vida en dos campañas por la revolución de nada servía. Y Madero tampoco había tomado en cuenta sus sacrificios personales, sus negocios de Chihuahua destruidos por los orozquistas.

Las únicas personas que lo habían socorrido durante su encarcelamiento, le habían proporcionado asistencia legal y lo habían ayudado a escapar eran una facción de los conservadores. Sin embargo no hay pruebas de que Villa sintiera que tenía alguna deuda de gratitud para con ellos. Desde el momento en que llegó a El Paso, su objetivo principal fue convencer tanto a González como a Madero, al principio con expresiones de lealtad y finalmente con amenazas, de que lo dejaran regresar a Chihuahua para asumir un mando militar en su estado de adopción. Y para probar su lealtad, les informó pública y privadamente sobre la ayuda que había recibido de los conservadores. Habló con un corresponsal de *El Correo de Chihuahua* que, el 10 de enero, informaba:

podemos decir que las primeras instigaciones y las facilidades para la fuga del guerrillero, fueron basadas en el hecho de que viniese a Chihuahua con objeto de levantar gente y rebelarse contra el gobierno actual, ofreciéndole en cambio, mil cosas, que Villa, con su natural astucia y su buen sentido natural

que le conocemos, “dejó correr y decir”, aceptando las facilidades ofrecidas, pero sin soltar prenda de compromiso en favor de los enemigos de la patria, por lo que, llegado el caso de la fuga, la aprovechó...¹¹⁹

Cuando se entrevistó con un emisario de González para revelarle quién le había ayudado mencionó el nombre de “Escandón”. Al conocer por González dicho nombre, Madero supuso que Villa se refería a Guillermo de Landa y Escandón, confidente cercano de Porfirio Díaz, que había sido presidente municipal de la ciudad de México. “Mucho me extraña que Villa asegure que don Guillermo de Landa y Escandón haya trabajado en su evasión”, le escribió Madero a González, “por el hecho de que el referido señor se encuentra en Europa desde hace mucho tiempo, tal vez se refiera a algún hermano de este señor, y ya mando hacer las investigaciones del caso”.¹²⁰

El asunto intrigó tanto a González y a Madero que de nuevo interrogaron a Villa, quien respondió

que él nunca había visto ni hablado con el señor Escandón, sino que los enviados Rodolfo Valles y un señor ingeniero (cuyo nombre no recordaba) le decían que iban en nombre del señor Escandón. Este señor Escandón es el que aprehendieron en Morelos acusado de estar ayudando a Zapata, y que fue internado en prisión en octubre, por unos cuantos días.¹²¹

El Escandón a que Villa se refería era muy probablemente Pablo Escandón. Es una ironía de la historia que el mismo hombre que fue arrestado por colaborar con Zapata participara en la fuga de Villa. En realidad había hecho más que nadie en México para provocar la revuelta zapatista en Morelos: había sido el gobernador nombrado tanto por los hacendados como por Porfirio Díaz en 1908, cuyo apoyo a las confiscaciones de tierras y a la represión contra el campesinado fue el detonador que encendió el levantamiento zapatista. La ayuda que prestó a Zapata no representaba una súbita conversión a los ideales revolucionarios, sino un esfuerzo desesperado por pactar con él para conservar sus haciendas y seguir explotándolas.¹²² No era el único hacendado de Morelos que había hecho ese intento y se había ganado con ello la enemistad de Madero y de una parte del ejército federal.

No está claro en qué forma los conservadores le ayudaron a Villa a escapar. ¿Proporcionaron simplemente el dinero para sobornar a Jáuregui y para pagar el alquiler del coche en que Villa huyó? ¿O fue el propio Jáuregui un regalo de los

conservadores a Villa? Existen algunos indicios de que el muchacho era ahijado de Reyes.

La facción conservadora que auxilió a Villa le había ofrecido ayuda y armas para levantarse contra Madero, y no lo habían hecho basados en meras ilusiones. Villa sí contemplaba actuar contra Madero si el presidente no le permitía volver en condiciones de plena amnistía a Chihuahua. El 20 de enero de 1913, Villa le envió una carta llena de enojo, que equivalía a un ultimátum. Aunque empezaba con un saludo amistoso y la esperanza de que Madero disfrutara de “completa felicidad”, el tono pronto cambiaba y Villa planteaba sin rodeos:

Ahora voy a permitirme decir a usted lo siguiente: y es que mirando la situación por que atraviesa el estado de Chihuahua y por la que atravieso yo mismo, creo en justicia que lo más pronto posible se me presten garantías para pasar a dicho estado y que estas garantías sean publicadas en los diarios de la capital, pues creo justa mi petición y de lo contrario los muchos enemigos que tengo por haber defendido al gobierno que usted representa me obligarán a levantarme en armas para prestarme las garantías que necesito, y en este caso no me titularán ni como traidor ni como bandido, pues me obligan a defender mis derechos.

A continuación Villa amonestaba a Madero: “No olvide usted, señor presidente, que soy uno de los hombres que lo llevó al poder en donde se encuentra y ahora soy de usted hasta la presente”. Y le prevenía: “ésta es la época de que aproveche los elementos de que yo puedo disponer, aunque soy hombre que hago poco ruido, pero le aseguro que es lo primero que puede favorecer a usted, y si esto no sucediere en término de un mes, no le queda a usted derecho de contar conmigo en ningún término”. A continuación, Villa hacía una profética advertencia:

Fíjese usted que las personas de gabinete que lo rodean no son las que lo han de defender en lo más comprometido y que hombres firmes en las épocas más críticas no se consiguen con facilidad; no crea usted que yo no he pasado a mi patria porque me falte modo de sostenerme y prestarme garantías, es que cuido el prestigio de usted, pues he entrado al tiempo de comenzarme a formar hombre y estoy llevando todo con paciencia, pero como le dije antes, esta paciencia únicamente la dominaré un mes, y pasado esto no cuente usted conmigo en ningún término, y en tres meses más verá usted los resultados y vendrá el desprestigio para su gobierno, pues yo, señor presidente, lo que le

dije preso le digo libre, no necesito favor ni de usted ni del descarado juez que me juzgaba, ni de ninguna autoridad de la república; necesito nada más justicia porque no tengo mancha para pedir favor; aunque comprendo que usted se encuentra entre la espada y la pared en el asunto mío, no le falta más que se faje bien los pantalones, pues como lo que va usted a hacer conmigo es justicia, ninguna nación civilizada tendrá que echarle en cara nada, porque yo no trato de ponerlo en irrisión; lo que le pido es justicia.

Me despido de usted, señor, con el cariño de siempre, cuente usted con el aprecio que le profeso y espero que no me obligará a faltarle por falta de justicia. Reciba usted, señor, un abrazo muy apretado tan sincero como los que le mandaba preso. Adiós, señor.

En una posdata, Villa pedía que se le dieran a Carlos Jáuregui las mismas garantías que a él, “que yo no permitiré que un hombre sea víctima por mi causa”.¹²³

En parte porque seguía siendo leal al presidente, pero sobre todo gracias a los esfuerzos de su mejor amigo dentro de la administración maderista, Abraham González, Villa nunca llegó a poner en práctica sus amenazas.

Cuatro días después de cruzar la frontera hacia Estados Unidos, le había escrito al gobernador desde El Paso. Empezaba refiriéndose a sí mismo como “un amigo en medio de las penalidades que tan injustas sufre y ha sufrido”, y pedía que González fuera a verlo personalmente “viendo por las circunstancias por que atravieso, por las infames calumnias de que fui víctima”; pensaba que esa entrevista sería “de interés tanto para el gobierno como para mi querida patria [...] No olvide usted el ser amigo de la justicia ni olvide al hombre que tanto ha sufrido por ella y reciba usted señor el sincero afecto que le profeso hasta la muerte, y esto lo hago libre y cuando he estado cautivo”.

Terminaba su carta con una recomendación y una advertencia: “Le repito que de esta entrevista dependerán puntos de mucho éxito, pues yo nunca lo engañaré a usted ni dejaré que me seduzcan personas poderosas e interesadas en agravar la situación de nuestro país”.¹²⁴

El gobernador González no se reunió personalmente con Villa, tal vez porque temía consecuencias políticas, pero le envió a uno de sus confidentes más cercanos, Aureliano González, que había sido su sustituto mientras él fungió como secretario de Gobernación.

Tras varias reuniones con Villa, Aureliano González le informó al gobernador que su actitud era extremadamente positiva. “Villa lo estima a usted en grado

sumo según he podido comprender por confesión propia y usted puede hacer de él lo que quiera.” Sin embargo, “está bastante sentido con el gobierno federal [...] pudiendo darle mucha guerra”. La conclusión de Aureliano González era ambigua; describía a Villa como “algo abatido y animado de los mejores deseos para el gobierno, no obstante las múltiples penalidades que le ha hecho sufrir y de las que pudiera tomar revancha, como él mismo dice, pero añade que no quiere echar un borrón sobre su hoja de servicios”.

Contrastaba el resentimiento de Villa hacia el gobierno federal con sus sentimientos de afecto y lealtad hacia el gobernador. Pero, advertía el enviado, “sus intenciones [...] como le digo son buenas hasta ahora y no convendría desesperarlo más, para evitar que se lance al campo”. Aureliano González decía preparar el borrador de un telegrama dirigido a Madero, y firmado por muchos residentes de Ciudad Juárez y El Paso, para pedir la amnistía para Villa. También apuntaba que éste podía ponerse al mando de la milicia estatal en Chihuahua y eliminar lo que quedaba de la rebelión de Orozco.¹²⁵

El gobernador estaba cada vez más preocupado por la conducta que podría adoptar su protegido si Madero no tenía hacia él algún gesto conciliador; los conservadores no habían cesado en sus esfuerzos por inducir a Villa a sublevarse.

Creo que mucho ha influido en los temores y vacilaciones de nuestro amigo, la conducta de uno de sus defensores, la del señor licenciado don José Bonales Sandoval, quien en su carta que me escribió de fecha 7 de diciembre del año pasado me decía que si éste no obtenía su libertad, era porque algunos de los miembros de la familia del señor Madero le habían sugerido a usted que era peligroso ponerlo en libertad.¹²⁶

González decía que Bonales Sandoval le había dicho lo mismo al hermano de Villa en la ciudad de México. Sugería que Madero le pidiera al otro defensor de Villa, Adrián Aguirre Benavides, que contrarrestara esas intrigas. La mayor dificultad para responder a esas acusaciones (González tal vez no sabía esto) consistía en que eran básicamente ciertas. Tras recibir la advertencia de su hermano Emilio, el presidente se había retractado de su promesa implícita de enviar a Villa fuera de México. La jugada de Bonales Sandoval era maquiavélica. Al mismo tiempo que trataba de instigar a Villa contra Madero, trataba de volver a Madero contra Villa sugiriendo que se había convertido en su enemigo.¹²⁷

A través de su emisario, el gobernador de Chihuahua le concedió a Villa cuanto estaba en su mano conceder. Le ofreció pagarle el sueldo como general honorario; le permitió –o tal vez le ordenó– a su enviado que firmara el telegrama dirigido a Madero, y con toda probabilidad prometió interceder ante él. También se tomó el trabajo de visitar a los familiares de Villa y asegurarles que no habría represalias contra ellos si iban a verlo a El Paso. Pero aunque mantenía su lealtad a González y Madero, obviamente Villa ya estaba cansado de promesas y quería algo más. El 16 de enero, Aureliano González telegrafió preocupado al gobernador de Chihuahua que cada vez se ejercía más presión sobre él para que se rebelara.¹²⁸

Sólo cuando le llegó el ultimátum de Villa, el 20 de enero, Madero cedió finalmente. Le dio a Abraham González plenos poderes para tratar con él y prometerle una amnistía; el 6 de febrero le telegrafió al gobernador de Chihuahua: “Me parecen acertadas las medidas que ha tomado usted a este respecto [respecto a Villa]”.¹²⁹ Al mismo tiempo, dio órdenes de poner en libertad al viejo compinche de Villa, Tomás Urbina, que también había sido encarcelado.¹³⁰ Pero antes de que estas medidas fueran puestas en práctica, Madero fue depuesto y asesinado por un golpe militar que encabezaba Victoriano Huerta. A continuación, los federales asesinaron también a Abraham González.

• II •

De revolucionario
a dirigente nacional

. 5 .

De exiliado a gobernador de Chihuahua: el ascenso de Villa, 1913

Válgame Dios de los cielos,
válgame Dios, ¿qué haré yo?
Ahí viene Francisco Villa,
que buen hueso me quitó...¹

LA CAÍDA DE MADERO Y EL ASCENSO DE HUERTA

Mientras Villa esperaba, en su mugriento cuarto de hotel en El Paso, la clemencia que tanto había solicitado, ocurrieron en México hechos que cambiarían el rostro del país y le permitirían un retorno que ni él ni nadie hubiera soñado. Entre el 9 y el 18 de febrero de 1913, en la ciudad de México tuvo lugar un golpe de estado: Madero fue hecho prisionero por el ejército federal, forzado a renunciar y asesinado junto con su vicepresidente Pino Suárez, probablemente por órdenes del general que encabezó el golpe, Victoriano Huerta.²

En muchos sentidos, el golpe militar contra Madero anunciaba muchos otros golpes de estado similares que tendrían lugar en el siglo XX y como consecuencia de los cuales presidentes reformistas como Rómulo Gallegos en Venezuela, Jacobo Arbenz en Guatemala y Salvador Allende en Chile serían derrocados por los militares, con diversos grados de apoyo abierto o encubierto de fuentes extranjeras, principalmente estadounidenses. A diferencia de sus sucesores reformistas en otros países latinoamericanos que, desde el primer día en que ocuparon el poder hasta su caída, tuvieron que enfrentarse a un ejército

federal que mantenía celosamente el monopolio de la fuerza armada, la situación de Madero había sido objetivamente mucho mejor. Sus fuerzas revolucionarias habían derrotado al ejército y, de haber querido, podría haberlas convertido en una formidable opción frente a éste. Pero no lo hizo: al conservar solamente algunas de ellas como tropas estatales y utilizarlas para combatir el levantamiento de Orozco, apoyó todos los esfuerzos del ejército por debilitar a sus rivales. Tras desmovilizar a casi todas las tropas revolucionarias –lo cual creó resentimientos por lo que se percibía como ingratitud– Madero tomó otras medidas que contribuyeron a debilitar a los pocos exrevolucionarios que aún se mantenían en armas: o suspendió sus presupuestos; o aceptó el encarcelamiento de algunos de sus dirigentes, como Pancho Villa; o secundó los intentos del ejército federal por subordinarlos a las autoridades federales y lo favoreció en todos los casos en que llegaron a producirse enfrentamientos armados. Los comandantes federales no le recompensaron ese apoyo, que ellos sólo vieron como un signo de debilidad y que, al final, contribuiría decisivamente a la caída de su régimen y le costaría la vida.

El golpe no fue en modo alguno inesperado, aunque su desenlace sorprendió a casi todo México y a gran parte del resto del mundo.

En la mañana del 9 de febrero de 1913, un grupo de cadetes y otros seguidores suyos liberaron a Bernardo Reyes y Félix Díaz de la prisión militar y marcharon sobre Palacio Nacional, pensando que su guarnición se les uniría. Sin embargo, el comandante de la guarnición, general Lauro Villar, se mantuvo leal al gobierno y ordenó a sus tropas que dispararan sobre los conspiradores. Reyes murió en el combate y sus seguidores huyeron a una vieja fortaleza localizada en el centro de la ciudad de México, la Ciudadela.

La revuelta parecía derrotada. Sus participantes no constituían una fuerza militar importante y estaban recluidos en un fuerte que fácilmente se podía rendir por hambre, bloquear o reducir a escombros mediante un fuego de artillería concentrado. Ninguna otra unidad del ejército se levantó para secundar la asonada en la ciudad de México ni en el resto del país.

Sin embargo, el miedo se apoderó de muchos caudillos revolucionarios que temían que el ejército federal se volviera contra ellos. En Chihuahua, Abraham González pidió al cónsul estadounidense, Letcher, que se hiciera cargo temporalmente de los ciento ochenta mil pesos que tenía aún la tesorería estatal mientras él se iba a las colinas para unirse a las antiguas tropas revolucionarias.³ Cuando se vio que la revuelta se limitaba a unos pocos cientos de hombres en la ciudad de México, canceló su salida de la capital del estado. Convencido de la

inminente derrota de los sublevados, expresó en una serie de informes optimistas a funcionarios estatales de diversos puntos de Chihuahua su confianza en que el golpe sería aplastado. “Gobierno sigue dominando situación, informes llegados hoy de la capital son del todo favorables.”⁴ El 15 de febrero, escribió a sus funcionarios: “Situación muy mejorada General. Huerta domina cada día más la situación reduciendo cerco Ciudadela –resto ciudad tranquila– son falsos rumores renuncia señor Presidente. Han desaparecido temores intervención. Gobierno confía patriotismo del pueblo”.⁵ En la mañana del 18 de febrero, pocas horas antes de que Madero fuera arrestado por los militares que estaban asumiendo el poder en todo el país, González envió a sus funcionarios el más optimista de sus telegramas. “La ciudad completamente tranquila y la mayor parte dedicándose a sus ocupaciones ordinarias. Una formidable reacción a favor del Gobierno.”⁶

La actitud de González no es sorprendente, ya que el propio Madero siguió ciego a lo que sucedía y conservó el optimismo hasta el último momento. Sólo unas pocas horas antes de su derrocamiento, el presidente dio una apreciación altamente optimista de la situación reinante en la ciudad de México al embajador alemán, Hintze: “Presidente dice que lado occidental de la Ciudadela fue intencionalmente entregado para dar a los numerosos conspiradores de Díaz oportunidades de escapar. Y aunque no quería hacer profecías, considera que todo el asunto estará terminado en tres o cuatro días”.⁷

Lo que Madero no previó, aunque había sido repetidamente advertido de esa posibilidad, fue que su comandante en jefe, Victoriano Huerta, lo traicionaría. Durante los combates que tuvieron lugar en la ciudad de México, y que se conocerían como “la decena trágica”, Huerta pactó secretamente tanto con Félix Díaz como con el embajador estadounidense en México, Henry Lane Wilson. Este último alentó a Huerta a derrocar a Madero y le dijo que Estados Unidos reconocería al gobierno resultante. Huerta llegó entonces a un acuerdo con Díaz para poner fin a las hostilidades; fueron unidades de su ejército las que arrestaron a Madero y al vicepresidente Pino Suárez, obtuvieron su renuncia con la promesa de perdonarles la vida, y luego los asesinaron.

El nuevo gobierno militar encabezado por Huerta parecía estar en una situación altamente favorable, y la convicción del embajador Wilson de que la calma y el orden pronto se restablecerían en todo el país probablemente reflejaba la opinión no sólo del cuerpo diplomático y el gobierno, sino también de la mayoría de los observadores extranjeros y nacionales del escenario mexicano.

El gobierno militar logró ciertas apariencias de legalidad. Luego de la renuncia de Madero y Pino Suárez, de acuerdo con la Constitución mexicana de 1857, el secretario de Gobernación Lascuráin asumió la presidencia provisional e inmediatamente renunció en favor de Huerta, quien se convirtió en jefe legal de la nación. En los días posteriores, parecieron desvanecerse las divisiones que existían en las clases altas de México y entre los intereses de negocios de las potencias extranjeras en el país. Todos apoyaban a Huerta, incluida la jerarquía eclesiástica: las campanas de la ciudad de México repicaron el día que cesaron los combates y el arzobispo celebró un solemne *Te Deum* en presencia de Huerta. El ejército federal, que casi no había sufrido durante los combates, se adhirió unánimemente al nuevo gobernante.

LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA

En contraste con los recién unificados conservadores, los antiguos revolucionarios parecían divididos y desmoralizados. Tras la muerte de Madero y Pino Suárez, no quedaba ningún dirigente revolucionario con el tipo de reconocimiento y prestigio nacionales que el primero tenía. De los jefes militares que había producido la revolución, sólo tres tenían fama nacional: Emiliano Zapata, Pascual Orozco y Pancho Villa. Pero Zapata habría tenido grandes dificultades para conseguir apoyo a nivel nacional, aunque poseía influencia sobre los campesinos de otras partes de México. Los partidarios de Madero desconfiaban de él porque había combatido contra el gobierno. Por añadidura, como la prensa nacional lo había descrito como “el Atila del Sur” entregado a una especie de guerra de castas, que recordaba la de los mayas de Yucatán en el siglo XIX, y en la que todos los no indios serían asesinados, la clase media le temía. En cuanto a Orozco, que también había combatido contra Madero, pronto hizo la paz con Huerta y movilizó tropas para luchar por el nuevo dictador militar. Pancho Villa no sólo estaba exiliado en El Paso, sino que, como esperaba el gobierno, había quedado desacreditado por haber sido detenido durante la administración maderista y acusado de bandolerismo. Además, la fuerza que mandaba antes de su arresto estaba disuelta y sus miembros habían sido enlistados y se habían dispersado en el ejército federal.

El único dirigente que tenía cierto reconocimiento nacional y que podía ser considerado heredero espiritual de Madero era Abraham González. Por temor de que hiciera detonar un nuevo levantamiento Huerta lo hizo detener. González nunca compartió la ingenua creencia de Madero en la lealtad del ejército federal,

pero sí confiaba en la integridad y la decencia del comandante federal, el general Rábago, que había prometido no detenerlo. Con esa falsa sensación de seguridad, aunque planeaba oponerse a Huerta, no hizo caso de las advertencias de sus amigos y se quedó en la ciudad de Chihuahua. Las tropas federales lo prendieron y lo enviaron a la ciudad de México. En el camino, los oficiales que lo transportaban detuvieron el tren, lo mataron e hicieron que el tren pasara sobre su cadáver. Oficialmente, se dijo que murió cuando sus partidarios trataban de rescatarlo.

Madero no dejó ninguna organización política viable que pudiera enfrentarse al nuevo gobierno. El Partido Antirreeleccionista, que antes de su toma del poder había sido una auténtica organización de masas, se desbarató mucho antes del golpe. Muchos de sus seguidores, especialmente en el campo, lo abandonaron cuando empezaron a darse cuenta de que Madero adoptaba políticas sociales conservadoras. El partido fue remplazado por una organización política de tipo más tradicional y clientelar, basada en el padrinazgo y dirigida por el hermano de Madero, Gustavo.

Partes del antiguo ejército revolucionario habían sobrevivido, especialmente en el norte del país. Sin embargo habían sido muy maltratadas y desmoralizadas por la oposición y la desatención de Madero, y durante los combates en la ciudad de México, Huerta hizo todo lo posible por debilitarlas aún más. Envío a muchos de esos contingentes en ataques suicidas contra la Ciudadela donde, con su connivencia, se les expuso al fuego asesino de las ametralladoras y la artillería de los defensores.⁸

Madero no sólo había perdido las simpatías de amplios segmentos del campesinado que originalmente lo apoyaban, sino que, en su último mes en el poder, también se había enajenado a muchos de sus partidarios de clase media y alta. Pocas semanas antes del golpe, los maderistas del Congreso, que se llamaban a sí mismos “renovadores”, le enviaron un memorándum en que expresaban su profundo descontento:

La revolución va a su ruina, arrastrando al gobierno emanado de ella, sencillamente porque no ha gobernado con los revolucionarios. Las transacciones y complacencias con individuos del régimen político derrocado son la causa eficiente de la situación inestable en que se encuentra el Gobierno emanado de la Revolución [...] Este Gobierno parece suicidarse poco a poco.⁹

Las optimistas previsiones de los militares en el poder parecían a primera vista justificadas. En las grandes ciudades del país no hubo huelgas, ni manifestaciones, ni signos de oposición abierta al golpe de estado. Sin embargo, unas pocas semanas más tarde, tanto Henry Lane Wilson como el nuevo gobierno se dieron cuenta de que se habían equivocado al imaginar que podrían estabilizar la situación y evitar el estallido de una nueva revuelta a gran escala.

La nueva serie de revoluciones que abarcaban todo el país nacieron fundamentalmente en las mismas regiones que habían sido centro de la revolución maderista en 1910-1911. Aunque muchos de sus dirigentes y participantes habían combatido en ella, la segunda revolución no fue una simple copia de la primera: fue más radical, más sangrienta, más abarcadora y en muchos aspectos mucho menos espontánea.

Su radicalismo se vinculaba con el hecho de que ambos bandos se daban cuenta de que ya no sería posible pactar como se había hecho en 1911. A cambio de la renuncia de Díaz, el acuerdo de 1911 firmado en Ciudad Juárez no sólo dejaba más o menos intocada la estructura social del país, sino que conservaba al ejército federal y disolvía las unidades revolucionarias. Gracias a que preveían ese tipo de solución, las clases superiores de México no habían proporcionado un gran apoyo militar a Díaz en 1910-1911. Pero después de la experiencia de la inquietud rural durante el periodo de Madero, las clases superiores, especialmente los hacendados, temían mucho más los posibles resultados de la nueva revolución y ayudaron mucho más directamente al nuevo gobierno. Debido al papel que había desempeñado en el derrocamiento y asesinato de Madero, el ejército federal temía esta vez no sobrevivir.

En algunos aspectos, el creciente radicalismo de la segunda fase de la revolución mexicana siguió modelos que se observan en otras grandes revoluciones sociales, especialmente la francesa y la rusa: la fase radical fue resultado de los intentos del ejército y de la clase alta tradicional por deponer a la dirigencia revolucionaria moderada. Pero en Francia (el intento de fuga de Luis XVI) y en Rusia (el golpe de Kornilov) la contrarrevolución militar fracasó. En México, en cambio, el golpe de Huerta sí tuvo éxito.

En los tres casos, los revolucionarios radicales exigieron y finalmente lograron la destrucción de lo que puede llamarse el estado tradicional, es decir, el viejo ejército, la vieja fuerza de policía, el viejo poder judicial y, en gran medida, la administración local tradicional. En los tres casos, utilizaron las propiedades de la antigua clase gobernante para financiar la revolución. En los tres casos, la fase radical de la revolución fue más sangrienta y más violenta que las fases

moderadas; en Francia, en Rusia y en México los revolucionarios radicales combatieron entre sí, a veces de manera más violenta que contra los partidarios del antiguo régimen.

Sin embargo, también hay diferencias que hacen difícil comparar esa fase radical de la revolución mexicana con las de Francia o Rusia. En estos países intervinieron grandes ejércitos extranjeros para destruir al gobierno revolucionario; el papel de los gobiernos extranjeros en México fue mucho más ambivalente. Durante largo tiempo la potencia extranjera dominante, Estados Unidos, se alineó de hecho con los revolucionarios y cuando se volvió contra ellos, lo hizo de un modo más suave que los enemigos extranjeros de los revolucionarios franceses o rusos. La intervención militar estadounidense en México fue más limitada, tanto en el tiempo como en el espacio, que la intervención extranjera en Francia y Rusia, y tuvo menos consecuencias.

Otra de las diferencias fundamentales fue el destino de la clase gobernante tradicional. No sólo no hubo ejecuciones masivas de sus miembros, como ocurrió en Francia y Rusia, sino que la mayoría de ellos recuperó sus propiedades, aunque sólo por corto plazo.

Finalmente, a los revolucionarios mexicanos les llevaría más tiempo reconstruir un estado fuerte que a sus equivalentes en Francia y Rusia.

El creciente radicalismo de todas las facciones llevó a represalias mucho más sangrientas por ambas partes que durante la primera fase de la revolución. En vez de la guerra de guerrillas en pequeña escala que había predominado durante casi toda la revolución maderista, se produjeron enfrentamientos entre grandes ejércitos regulares, con gran cantidad de bajas. Las ciudades, la mayoría de las cuales no había sufrido combates revolucionarios en 1910-1911, fueron escenario de luchas sin cuartel con un alto número de víctimas civiles. En términos económicos, el desorden causado por la guerra provocó hambrunas en gran parte del país.

En un aspecto, sin embargo, la revolución de 1913-1914 fue similar a la de 1910-1911: los mismos cinco estados que habían constituido el núcleo de la revolución maderista –Morelos, Coahuila, Sonora, Chihuahua y Durango– fueron ahora la base inicial de la segunda revolución mexicana, generalmente designada como fase constitucionalista. En Sonora y Coahuila, la revolución no fue una insurrección popular como había sido en 1910-1911, sino una empresa organizada y dirigida por los gobiernos estatales, encabezados por una coalición de hacendados y revolucionarios de clase media. La acción militar se basó en contingentes estatales regulares que habían sobrevivido a la revolución

maderista o que habían sido organizados para combatir contra la rebelión de Orozco. En Morelos no surgió un nuevo movimiento social y la segunda fase de la revolución fue simplemente una continuación más radical de la primera. En Durango y Chihuahua, en cambio, tuvieron lugar nuevas y muy poderosas insurrecciones populares que no contaron con el apoyo inicial de ningún gobierno estatal revolucionario, pero que unieron sus fuerzas a los restos dispersos de las milicias revolucionarias estatales que habían sobrevivido tanto a la revolución maderista como a los intentos de Madero y Huerta por disolverlas y someterlas.

No resulta sorprendente que las primeras regiones en que se desarrolló esta nueva fase de la revolución fueran aquéllas en las que un gobierno o un ejército revolucionario existente podían asumir el mando: Coahuila, Sonora y Morelos.

El primero y durante un tiempo el único alto funcionario del gobierno de Madero que se negó públicamente a reconocer a Huerta y llamó al pueblo de México a tomar las armas contra él fue el gobernador del nortero estado de Coahuila, Venustiano Carranza. Era, en muchos sentidos, un dirigente improbable para esa segunda fase, más radical, de la revolución mexicana. Con sus cincuenta y cinco años de edad y larga y flotante barba blanca, era muy distinto de los demás líderes revolucionarios, que tenían en su mayoría veintitantos o treinta y tantos años, y dirigían un movimiento revolucionario principalmente juvenil. Carecía de la presencia populista de hombres como Madero y Villa, y quienes hablaban con él por primera vez quedaban impresionados por su manera de establecer distancias. Por ejemplo, Isidro Fabela, que llegó a ser su colaborador más cercano y su mayor admirador y defensor, se sintió devastado en su primer encuentro con él. Tras escapar de la policía de Huerta y abrirse paso con grandes dificultades hasta Sonora, Fabela esperaba ansiosamente unirse al “Primer Jefe”, como ya se le llamaba, que para entonces había llegado allí, y pidió una audiencia con él. La reunión tuvo lugar en un tren que iba a la ciudad capital de Sonora, Hermosillo. Fabela burbujeaba de entusiasmo al relatar lo que había hecho por la revolución y al ponerse a las órdenes de Carranza para lo que juzgara conveniente.

Me dejó que hablara sin despegar él los labios, mirándome con fija atención [...]

El Primer Jefe, después de mi breve relación, continuó en su mutismo imperturbable, por lo que al cabo de unos cuantos instantes más, y con su venia, me retiré de su presencia.

La acogida que me diera el señor Carranza me dejó desconcertado. Yo que lo admiraba tanto por sus hechos históricos que habían hablado elocuentemente a la posteridad; yo, que esperaba del ilustre patricio unas palabras de aprobación a mi conducta, un ademán benevolente y de simpatía humana o política hacia mi juvenil y romántico amor por la libertad y la Revolución, encontré en él un silencio helado que me dejó sorprendido y perplejo.¹⁰

Carranza era diferente, por su origen social y su historia política, de la mayoría de los líderes revolucionarios que tomaron las armas en 1913. Era un hacendado (algunos lo consideraban un rancharo rico) y uno de los pocos dirigentes de la revolución maderista, si no el único, que había tenido puestos políticos importantes en el régimen de Díaz. Había tenido estrechos vínculos con dos personalidades muy influyentes de la era porfiriana: Bernardo Reyes, durante mucho tiempo comandante militar en el noreste y luego gobernador de Nuevo León, y Miguel Cárdenas, gobernador de Coahuila. Con la ayuda y el apoyo de ambos Carranza ocupó diferentes posiciones en Coahuila y una curul en el decorativo senado porfiriano. Hasta 1908 no tuvo divergencias graves con el gobierno de Díaz.¹¹

La ruptura de Carranza con Porfirio Díaz se produjo en 1908, cuando el dictador se volvió contra Reyes y sus seguidores. El gobernador Cárdenas fue forzado a renunciar y sus partidarios, entre ellos gran parte de la élite coahuilense, nombraron a Carranza como su candidato a sustituirlo. Díaz impidió su victoria, lo que lo convirtió en un opositor enardecido. Fue un reyista ferviente hasta que Reyes fue obligado a exiliarse, momento en que se unió a la revolución maderista, en la que no tuvo una participación destacada, a pesar de lo cual Madero lo recompensó apoyando su candidatura al gobierno de Coahuila.

Durante los cerca de dos años que fue gobernador de ese estado, Carranza siguió en general los lineamientos políticos de Madero. Respecto de la cuestión agraria, era por lo menos igual de conservador. No intentó modificar las estructuras agrarias, ni atender las demandas de los habitantes de los pueblos que pedían que se les devolvieran las tierras expropiadas, ni remediar los problemas de aquellos campesinos sin tierras que esperaban adquirirlas como resultado de la revolución. Esa política obtuvo el apoyo aplastante de la élite del estado y, de hecho, con una sola excepción importante, correspondió a lo que había defendido durante muchos años su antiguo mentor y protector, Bernardo Reyes. Como él, y a diferencia de Madero, Carranza no tenía mucho respeto por las

elecciones genuinas y las lindezas democráticas; como Reyes, Carranza creía que la modernización implicaba otorgar algunos derechos mínimos a los trabajadores, y como Reyes (probablemente en un grado mayor que Madero) era un nacionalista. Esas convicciones se reflejaron en su política social y fiscal. Cuando los trabajadores iban a la huelga contra una compañía extranjera, generalmente podían contar con su ayuda: apoyó a los mineros en huelga de la nueva Sabinas Coal Company. Era menos favorable a los trabajadores que hacían huelgas contra empresarios mexicanos. En diciembre de 1911, permitió a los comerciantes de Sierra Mojada que formaran un cuerpo de voluntarios contra los trabajadores en huelga.¹² Así pues, no es sorprendente que contara con el respaldo de la élite coahuilense, incluso cuando empezó a trasladar parte de la carga fiscal de la clase media a la alta. Después de todo, la élite debe haber considerado que se trataba de un precio relativamente bajo a cambio del apoyo de la clase media y de capotear los efectos de la revolución social sin otros sacrificios mayores.

También su nacionalismo agradaba a la élite local, gracias a que era de alcance limitado. Nunca defendió la expropiación ni la nacionalización de las propiedades extranjeras, ni quiso poner barreras que pudieran aislar a la élite del apoyo financiero externo. Su nacionalismo se manifestaba meramente en la intención de sacar más de los extranjeros que Porfirio Díaz o más de lo que Madero se proponía sacar. Forzó a las compañías extranjeras a pagar más impuestos y salarios más altos, y con frecuencia obtuvo otras concesiones, como la construcción de escuelas para los empleados.

En un punto Carranza difería considerablemente de Madero: entendía la lógica de la revolución y pensaba que mientras un ejército federal casi intacto fuera la fuerza armada más poderosa del país, la revolución estaría en peligro de muerte. Así lo expresó en una carta que le envió a Madero, tras los acuerdos de Ciudad Juárez, y tanto en la teoría como en la práctica siguió sosteniéndolo hasta la muerte del presidente. En 1912, después del estallido de la rebelión de Orozco, organizó en Coahuila una milicia estatal para combatirla. Con gran energía y obstinación resistió a los intentos de Madero por subordinar esas milicias al alto mando federal.¹³

Cada vez más preocupado por la posibilidad de un golpe militar, Carranza invitó a los gobernadores de cinco estados, que eran considerados auténticos revolucionarios, a una partida de caza en Coahuila. Asistió Cepeda, el gobernador de San Luis Potosí, pero los de Sonora, Chihuahua y Aguascalientes sólo enviaron representantes. Aunque no se sabe claramente de qué se habló en

esa conferencia, probablemente se planteó la posibilidad de seguir una política común en caso de golpe militar.¹⁴

Cuando, el 18 de febrero, recibió un mensaje de Huerta que decía: “Autorizado por el senado, he asumido el poder ejecutivo, ya que el presidente y su gabinete están prisioneros”,¹⁵ Carranza convocó inmediatamente una reunión de emergencia del congreso estatal de Coahuila, el cual se negó a reconocer a Huerta y, al mismo tiempo, llamó a todos los demás gobernadores de México a hacer lo mismo. Pero Carranza pronto se dio cuenta de que se hallaba solo. El gobernador de Chihuahua, Abraham González, había sido asesinado; el de San Luis Potosí, Cepeda, fue detenido, y el de Aguascalientes, Fuentes, fue destituido. El único gobernador que estaba en buena posición para combatir a Huerta, ya que había muy pocas tropas federales acuarteladas en su estado, y que contaba con la lealtad de un amplio sector de las tropas estatales, era José María Maytorena, el gobernador de Sonora, que había desempeñado un papel importante en la revolución maderista de 1910-1911. Pero, en vez de encabezar la lucha contra Huerta, Maytorena tomó una licencia, oficialmente por razones de salud, y se trasladó a Tucson, Arizona.

Las verdaderas razones por las que Maytorena salió de Sonora eran su pesimismo sobre las posibilidades de que una nueva revolución lograra vencer a Huerta y su conciencia de clase como hacendado. En sus memorias se explica diciendo que, el 24 de febrero de 1913, cuando los dirigentes civiles y militares de Sonora tomaron la decisión de que

se lanzara el reto al general Huerta [...] no pude aceptar los procedimientos que se querían ni las imposiciones que se pretendió hacerme [...] Se pretendió hacer una confiscación general de bienes, entre ellos los de gentes ajenas a la política, irresponsables de los acontecimientos de México [...] Préstamos forzosos [...], aprehensiones y fusilamientos de ciudadanos pacíficos, únicamente porque tenían intereses o porque no se habían mostrado adictos.¹⁶

Su secretario, Francisco Serrano, lo decía de un modo más sucinto:

Don Pepe [así era llamado Maytorena en Sonora] no quiere echarse encima la responsabilidad de comprometer el estado en una revolución. El estado no tiene dinero para sostener una guerra. Don Pepe está emparentado con todos los hombres pudientes para poder lesionar sus intereses. ¹⁷

Cuando un funcionario de Sonora fue a verlo para pedirle que reconsiderara su decisión, Maytorena se negó a volver y dijo: “En esta lucha, tendría que apretarles a los ricos para sacarles dinero porque solamente con dinero se puede hacer esta revolución y yo tengo muchos compromisos”.¹⁸

La partida del gobernador no significó que el estado reconociera a Huerta. La legislatura eligió a un gobernador provisional que llamó al pueblo a luchar contra la dictadura militar. Sin embargo, Carranza quedó como el único gobernador constitucional elegido por el pueblo que a la vez quería y podía llamar a sublevarse contra Huerta.

Al parecer, cuando se halló solo, Carranza prevaricó y, durante las dos semanas que siguieron al golpe de Huerta, sostuvo una política ambivalente. Mientras seguía haciendo discursos desafiantes contra los nuevos gobernantes militares, le dijo al cónsul estadounidense Holland que estaba dispuesto a negociar con Huerta y envió dos emisarios a parlamentar con las nuevas autoridades en la ciudad de México. Los mensajeros le pidieron a Huerta que mantuviera a Carranza como gobernador y que no enviara tropas a Saltillo.

Los motivos de Carranza para negociar con Huerta todavía son objeto de intensa polémica. Mientras sus oponentes y algunos historiadores sostienen que estaba auténticamente interesado en llegar a un acuerdo –nunca había sido un partidario ferviente de Madero ni creía profundamente en la democracia–, sus partidarios afirman que sólo estaba haciendo tiempo.¹⁹ No tenía dinero para iniciar una revolución y las pocas milicias estatales de que disponía se encontraban dispersas en otras partes de México. De hecho, convocó inmediatamente a Saltillo a las milicias estatales que estaban bajo el mando de Pablo González y de su hermano, Jesús Carranza. Al mismo tiempo, impuso un préstamo forzoso de setenta y cinco mil pesos a los bancos estatales y, el 3 de marzo, dejó inequívocamente claro que iba a enfrentarse a Huerta. Se requería valor para ello, pero en parte, ciertamente lo empujaba la ambición. La historia había arrojado en su regazo súbitamente la oportunidad de asumir la presidencia. Probablemente consideraba también que no tenía opción: los asesinatos de Madero, del vicepresidente Pino Suárez y de Abraham González podían muy bien ser anuncios del destino que le aguardaba. Otras razones contribuyeron seguramente. La única ideología a la que permaneció fiel durante toda su vida fue el nacionalismo. El importante papel que desempeñó el embajador estadounidense Wilson en el derrocamiento de Madero colaboró a convencerlo de que la independencia y la soberanía de México estaban en peligro. Aunque ciertamente no conocía el informe que el embajador alemán en México, Hintze,

había enviado a Berlín –“La embajada estadounidense, sin intentar ocultarlo mayormente, gobierna a través del gobierno provisional, cuyas principales figuras, el general Huerta y el secretario De la Barra, dependen moral y financieramente del apoyo de Estados Unidos”–,²⁰ probablemente compartía su opinión.

Si bien Carranza era más realista que Madero en su evaluación del ejército federal, era igual de ingenuo en cuanto al papel y la actitud de las clases gobernantes y creía que podía atraerlas a su causa. El Plan de Guadalupe, así llamado por la hacienda en que Carranza lo hizo público en presencia de delegados de su estado natal, Coahuila, y representantes de otros estados, llamaba al pueblo de México a repudiar la dictadura y a levantarse contra ella. Decía que el ascenso de Huerta al poder era una usurpación y demandaba el regreso al gobierno constitucional. Entre tanto, Carranza asumía el liderazgo provisional del país. No iba más allá de estas demandas políticas; en términos sociales, era todavía más conservador que el Plan de San Luis, que al menos mencionaba la cuestión agraria, así fuera breve y vagamente. A sus partidarios más radicales, que exigían la inclusión de reformas más amplias –reparto de tierras, legislación laboral y otras–, les dijo:

¿Quieren ustedes que la guerra dure [...] cinco años? La guerra será más breve mientras menos resistencia haya que vencer. Los terratenientes, el clero y los industriales son más fuertes y vigorosos que el gobierno usurpador; hay que acabar primero con éste y atacar después los problemas que con justicia entusiasman a todos ustedes.²¹

Carranza obviamente seguía el ejemplo de la revolución maderista. Con una sola demanda generalizada, Madero había logrado que las clases gobernantes se abrieran a la negociación y que el campesinado apoyara su causa. Pero los dos años siguientes habían hecho una profunda impresión tanto en las clases altas como en los campesinos. Las primeras estaban convencidas de que incluso la más pequeña concesión a los revolucionarios pondría en peligro su poder; los campesinos ya no estaban dispuestos a combatir por demandas generales que no incluían sus intereses específicos.

La negativa de Carranza a emprender lo que se podría llamar una guerra revolucionaria contribuyó a su derrota en Coahuila. Se había limitado a fortalecer la milicia estatal estableciendo nuevos impuestos y llevando a cabo una campaña convencional contra Huerta. No intentó siquiera ganarse una base

de masas mediante reformas o al menos promesas de reformas. Tampoco trató de formar una fuerza guerrillera importante. Las tropas de Huerta, mejor equipadas y más numerosas, podían vencer fácilmente a la milicia estatal en una campaña convencional, y eso fue precisamente lo que sucedió. En 1913, su ejército fue derrotado tres veces en Coahuila –en Anhele, Saltillo y Monclova–, y Carranza decidió salir del estado, casi controlado ya por las tropas federales, y buscar refugio en Sonora, donde grandes zonas estaban bajo el dominio de los revolucionarios.

LA REVOLUCIÓN DE 1913 EN CHIHUAHUA Y EL REGRESO DE PANCHO VILLA

Que tanto en Coahuila como en Sonora estallara la resistencia armada contra Huerta no sorprendió mucho al nuevo gobierno militar. Después de todo, ambos estados habían desempeñado papeles importantes en la revolución maderista y en ambos dominaban gobiernos revolucionarios, con sus propias fuerzas armadas. Lo que no esperaban ni Huerta ni quienes lo apoyaban en el país y en el extranjero era que Chihuahua se convirtiera de nuevo en uno de los principales centros de la sublevación. Su movimiento revolucionario había quedado muy dividido tras la rebelión de Orozco; Abraham González, su dirigente más importante, había perdido gran parte de su popularidad y su prestigio debido a que no había logrado restablecer la paz ni realizar las reformas sociales que sus antiguos partidarios esperaban de él. Muchos en el gobierno pensaron que su muerte y el apoyo de Orozco a la nueva administración militar daban el golpe final a cualquier movimiento que pudiera desarrollarse en Chihuahua. De hecho, ahora consideraban al estado como uno de los pilares de la estrategia federal: situado como estaba entre Sonora y Coahuila, evitaría que los movimientos revolucionarios de esos dos estados unieran sus fuerzas. Desde Chihuahua, tanto las tropas federales como sus aliados orozquistas podían pasar a los dos estados vecinos y destruir a las fuerzas revolucionarias que allí surgían.

En el curso de unas pocas semanas, estas previsiones resultaron fallidas. No hay una razón única que explique el asombroso resurgimiento de las energías revolucionarias en Chihuahua. Se debió a una mezcla de cólera y resentimiento, miedo y esperanza. En una entidad cuyos habitantes estaban especialmente orgullosos de su larga tradición de independencia, autonomía y capacidad para resolver por sí mismos sus problemas, la decisión de nombrar como gobernador a un forastero, el general federal Rábago, provocó intenso descontento, porque acrecentaba el temor de los habitantes a que les fueran arrebatadas las

principales ganancias que habían logrado durante la administración de Madero: su independencia del control federal y una auténtica autonomía municipal.

Aunque la popularidad de Abraham González declinó durante su último mes como gobernador, su asesinato la revivió y lo convirtió en un mártir. Además hizo pensar a muchos de sus antiguos partidarios que tanto el gobierno federal como Orozco tomarían represalias contra ellos por haber apoyado a Madero. Esos temores se combinaban con la convicción de los chihuahuenses de que sus fuerzas podían derrotar al ejército federal como lo habían hecho en los días de Tomóchic y durante la revolución de 1910-1911. Muchos habitantes de los pueblos pensaban que, desaparecido el freno que representaba Abraham González y con un gobierno federal contrarrevolucionario en el poder, había llegado la hora de llevar a cabo algunas de las transformaciones sociales radicales que no se habían realizado en los años de Madero. En marzo de 1913, el concejo municipal de Namiquipa decidió que había llegado por fin el momento de repartir entre los habitantes tradicionales del pueblo las tierras que los forasteros les habían quitado gracias a las leyes promulgadas por Creel en 1905.²² En otras regiones de Chihuahua y en partes de Durango se produjo una ola similar de ataques radicales contra las estructuras sociales y económicas que habían sobrevivido a la revolución de Madero. Esos movimientos, a menudo encabezados por hombres que ya habían peleado en 1910-1911 y con frecuencia basados en las milicias que se integraron en 1912 para combatir a Orozco, surgieron en todo Chihuahua. Pero se iba a requerir la presencia carismática de Pancho Villa para convertir esos movimientos locales en un todo coherente y para recrear la misma unidad temporal de la población chihuahuense que se había producido durante la revolución maderista. Bajo Villa, el variopinto despliegue de fuerzas guerrilleras se transformaría en un ejército regular y la guerra de guerrillas en campaña regular. Para sorpresa de los observadores locales y exteriores, Villa aparecería como una especie de candidato de consenso, que restablecería la coalición de fuerzas de clase media y baja que había llevado a Madero y a Abraham González al poder.

Esa sorpresa es comprensible. Villa no sólo tenía un pasado de forajido, sino que nunca hizo pronunciamientos ideológicos durante su participación en el levantamiento maderista, y sus declaraciones a la prensa en 1912 no mostraban ningún interés o capacidad ideológicos. Lo que contribuyó definitivamente a cambiar la perspectiva de Villa fue su encarcelamiento. Para la mayoría de los revolucionarios, la prisión es una experiencia que determina su vida, su pensamiento, su ideología y su conducta de una manera decisiva. En prisión

suelen entablar conocimiento con otros revolucionarios de origen distinto y diferentes opiniones, a los que nunca hubieran conocido en el exterior. La mayoría son hombres de acción, a quienes la cárcel ofrece un tiempo de ocio forzoso en que pueden estudiar, reflexionar y ocuparse de los problemas, de los fines y la ideología. En términos emocionales, la particular confrontación con sus enemigos que el encarcelamiento suscita suele tener profundos efectos, a veces transforma a los moderados en radicales y generalmente refuerza sentimientos y odios ya poderosos.

No es extraño que la cárcel fortaleciera el odio de Villa por los hombres que consideraba responsables de su situación, Huerta, Terrazas y Creel. Sí lo es que nunca sintiera resentimiento contra el director o los guardias de la prisión: no tomó represalias contra ellos cuando ocupó la ciudad de México en años posteriores y de hecho tuvo una reunión cordial con sus captores. Su cólera no se dirigía contra ellos, sino contra las instituciones que representaban. Probablemente fue en prisión donde se convenció de que la revolución sólo podía triunfar si eran eliminados tanto el ejército federal como la clase de los hacendados en Chihuahua y Durango, y tal vez en la mayor parte del país.

Antes de 1913, Villa había demostrado escasa conciencia de la necesidad de una reforma agraria excepto en lo que concernía a sus soldados. Sus contactos en prisión con los zapatistas Gildardo Magaña y Abraham Martínez tal vez ampliaron su comprensión del problema, aunque muy probablemente esas discusiones ideológicas fueron menos importantes que su posterior alianza con dirigentes revolucionarios del norte como Toribio Ortega y Calixto Contreras, que eran dirigentes campesinos tradicionales y que, como veremos, influirían poderosamente en su perspectiva.

Es improbable que Villa aprendiera a leer y escribir en la cárcel como han sostenido algunos de sus biógrafos (sus cartas a Madero, escritas con una ortografía defectuosa y primitiva, cuando aún se hallaba incomunicado muestran que obviamente conocía los rudimentos de la lectura y la escritura). Uno de los fiscales recordaba haberle prestado *Los tres mosqueteros*, de Dumas. Cabe dudar de que las hazañas de d'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis nutrieran la conciencia revolucionaria de Villa, aunque tal vez su visión del mundo sí se transformó un tanto cuando leyó el *Quijote*, de Cervantes. Por otra parte, el manual de historia de México que Magaña le proporcionó sí tuvo probablemente ese resultado. El contacto con el zapatista contribuyó a imbuirle una clara conciencia de la historia del país. Antes de 1913, no había manifestado nunca el intenso resentimiento contra los españoles que sería un elemento decisivo de las

medidas políticas que tomó en los años posteriores. Por otra parte, Villa no mostraría hostilidad contra Estados Unidos, debido quizás a su experiencia positiva como empleado de compañías estadounidenses.

La prisión fortaleció la ambivalencia de Villa hacia Madero. Se había rebelado contra su jefe en Ciudad Juárez por considerar que trataba con demasiada blandura al ejército federal; ahora pensaba que él mismo era víctima de esa política conciliadora, ya que la finalidad principal de su encarcelamiento era conservar la buena voluntad de Huerta y apaciguar a Creel. En una carta escrita en 1911, criticó a Madero por favorecer a Creel en el asunto del Banco Minero. En 1912 le escribió a González: “Las personas que me visitan han dicho muy claramente que mientras ellos [Creel y Terrazas] vivan yo no saldré de prisión y que harán cuanto puedan para lograr ese fin; como usted sabe son muy poderosos”.²³ Estaba también profundamente herido por lo que consideraba ingratitud: había tomado las armas para defender a Madero cuando su causa parecía perdida en Chihuahua, y ahora amnistiaba a sus enemigos y lo dejaba a merced del ejército federal.

Pero la muerte del presidente mártir lo rehabilitó plenamente a los ojos de Villa; hasta el fin de sus días, hablaría de “Maderito” con el mayor respeto y afecto. El golpe devolvía el mundo al estado en que él siempre había querido verlo: blanco y negro. Sus enemigos eran de nuevo aquéllos a quienes siempre había odiado: Huerta y el ejército federal. El dirigente que lo llamaba a luchar contra los usurpadores era el hombre por el que mayor respeto y cariño sentía: Abraham González, quien no sólo le pedía que se le uniera, sino que le ofreció dinero y recursos para movilizar tropas. Villa empezó inmediatamente a reavivar sus viejos contactos en México. La esposa del dueño del hotel de El Paso recordaba que Villa iba con frecuencia al bar y club que tenía su marido, el Emporium. “El club era lugar de reunión de los dirigentes revolucionarios, los periodistas, espías y otros que buscaban información sobre lo que estaba ocurriendo en México.”²⁴

Lo recordaba como un hombre

de humor inestable [...] al que le gustaba el helado y lo compraba en la confitería de la élite. También le gustaba mucho la palanqueta de cacahuete y siempre llevaba reservas en el bolsillo. Aunque siempre estaba comiendo dulces, Pancho decía que tenía el estómago muy delicado y que casi tenía que vivir de pichones. Tenía una caja de palomas vivas en sus habitaciones del hotel de mi padre. Eso era aceptado como una de sus rarezas personales y

nadie le daba importancia. Como decía mi esposo, en el estado de nerviosismo en que Pancho vivía en ese tiempo, no era raro que tuviera el estómago delicado. Más tarde descubrimos que las palomas eran mensajeras, y que Villa estaba enviando mensajes a sus amigos de los ranchos de Chihuahua.²⁵

Cuando le llegó la noticia del asesinato de González comprendió que el regreso a Chihuahua sería mucho más difícil de lo que había imaginado. Su odio por Huerta aumentó, pero repentinamente se encontró solo, sin recursos para emprender una campaña contra el poderoso ejército federal y los orozquistas en Chihuahua.

A principios de marzo de 1913, se enteró de que el gobernador del estado de Sonora, José María Maytorena, que se había negado a reconocer a Huerta, estaba en Tucson, Arizona, y decidió buscarlo y pedirle ayuda. En cuanto llegó a Tucson, y antes de que lograra ver a Maytorena, recibió la visita de otro dirigente sonorenses, Adolfo de la Huerta, quien le sugirió que se uniera a las fuerzas revolucionarias de su estado. “¿Por qué no se viene conmigo al estado de Sonora?”, le preguntó. “No muchachito, no, no; de ninguna manera”, contestó Villa:

Yo en su estado, no valgo nada. Allí no conozco a la gente; no conozco la tierra; no. En mi estado, que es Chihuahua, aunque yo nací en Durango pero considero a Chihuahua como mi estado, ahí es donde yo valgo diez por uno de lo que pudiera yo valer en Sonora. Así es que no, no [...] mejor consígame esos dineros con Maytorena y la emprenderé para El Paso, Texas, y de allí veré cómo me interno en mis terrenos.²⁶

Tal vez De la Huerta lo convenció de que la única manera de obtener algo de apoyo y ayuda financiera era ir a Sonora; así que cuando finalmente se entrevistó con Maytorena, a quien había conocido en 1911 durante el sitio de Ciudad Juárez y con quien se llevaba bien, le sugirió ir a combatir a Sonora, sin entender que ésa era la última cosa que Maytorena quería. Para el gobernador estaba claro que, si Villa llegaba alguna vez a Sonora, no tendría ningún reparo en llevar a cabo precisamente aquello a lo que él más se oponía: la expropiación de las posesiones de los ricos. Por tanto, le dijo a Villa exactamente lo contrario que De la Huerta y lo incitó a ir a luchar en Chihuahua, para lo cual le dio mil pesos.²⁷ Desde el punto de vista de Maytorena, era una movida genial: por esa pequeña suma, lo mantuvo fuera de Sonora, le dio los medios para entrar en Chihuahua y se aseguró su amistad y lealtad. Villa era un hombre que nunca olvidaba sus

deudas, como tampoco olvidaba lo que otros le debían. Viviría para intentar retribuir tanto a Maytorena como a De la Huerta. El primer reembolso contribuiría definitivamente a su derrota; el segundo, a su muerte.

Con el dinero que le dio Maytorena, Villa pagó su cuenta de hotel, compró nueve rifles, rentó nueve caballos y en la noche del 6 de marzo, con ocho compañeros, cruzó las aguas lodosas y poco profundas del río Bravo, para entrar en México. Aparte de los rifles y los caballos, contaban con quinientos cartuchos por cabeza, un kilo de café, un kilo de azúcar y medio de sal.²⁸ Ocho meses más tarde volvería a la frontera, esta vez a la cabeza de varios miles de hombres y con casi todo el estado de Chihuahua bajo su control.

En marzo de 1913, sin embargo, sus éxitos posteriores no eran en absoluto previsibles. Los demás dirigentes no reconocían su autoridad, y no tenía medios para imponerla. En ciertos aspectos, la situación de todos los revolucionarios de Chihuahua era más difícil que en 1910-1911, cuando el levantamiento había tomado por sorpresa a la oligarquía chihuahuense y muchos hacendados habían preferido quedarse al margen, con la esperanza de que nada les ocurriría. Madero era, después de todo, uno de los hacendados más ricos del norte y no un encendido revolucionario agrario. En parte por esa renuencia a defender al régimen porfiriano, Alberto Terrazas sólo logró reunir a unos pocos cientos de hombres para apoyar la campaña federal contra la revolución, lo que permitió a los revolucionarios desarrollar una clásica guerra de guerrillas: controlaron el campo, la iniciativa de los combates estaba en sus manos y, cuando se sintieron lo bastante fuertes, procedieron a atacar las grandes poblaciones y ciudades. Además, la ayuda financiera de Madero les había permitido abastecerse de armas suficientes al otro lado de la frontera.

En cambio, en 1913 el gobierno federal tenía a su disposición a miles de auxiliares locales armados y dispuestos a luchar por el nuevo régimen militar. Entre ellos se hallaban los veteranos del ejército de Orozco y los sirvientes armados como guardias blancas que muchos hacendados sí estaban dispuestos a movilizar esta vez, porque pensaban (y con razón) que, a diferencia de Madero, estos revolucionarios de clase baja no respetarían ni sus propiedades ni sus vidas.

Esta desventaja de la revolución de 1913 respecto del movimiento de 1910-1911 quedó compensada por una enorme ventaja: en 1910-1911, durante varios meses, los revolucionarios de Chihuahua habían estado prácticamente solos; en esta ocasión, en cambio, habían estallado movimientos revolucionarios en Coahuila, Sonora y Morelos.

Por ello y por exceso de confianza, el gobierno federal y sus mandos militares enviaron a las fuerzas de Orozco a los otros estados, en vez de utilizarlas contra la ola revolucionaria que empezaba a recorrer el estado de Chihuahua. La dirección de este movimiento estaba integrada principalmente por los mismos hombres que habían encabezado la revolución de 1910-1911 y que habían conservado el mando de las fuerzas incorporadas a la milicia estatal como rurales, tras la victoria de Madero, o habían tomado las armas para defender a éste cuando Orozco se sublevó. Por dondequiera que iban esos núcleos rebeldes, inmediatamente encontraban amplio apoyo popular.

El 24 de febrero, Manuel Chao, antiguo maestro de escuela que había tomado las armas por Madero en 1910 y comandado un batallón de voluntarios contra Orozco en 1912, atacó el pueblo de Santa Bárbara. Sus hombres superaban en número a la guarnición pero, además, en el momento culminante de la batalla la población se sublevó y empezó a disparar desde sus casas contra los federales. Éstos perdieron la moral y se rindieron o cayeron prisioneros. Otro alzamiento popular tuvo lugar cuando Chao puso sitio a una de las mayores poblaciones de Chihuahua, Parral. El comandante federal se quejó amargamente de “la ayuda tan infame como valiosa para él [el enemigo], de todo el pueblo bajo, quien desde los primeros disparos hechos sobre la Plaza comenzó con su obra pérfida de tirotear a las tropas desde las casas donde en gran número se encontraban ocupándolas anticipadamente”.²⁹ A pesar de ese apoyo, Chao tuvo que retirarse cuando llegaron a la escena refuerzos federales. La retirada sin embargo no significaba derrota: los rebeldes se dispersaron en el campo y se apoderaron de las considerables riquezas de las grandes haciendas que la revolución de Madero no había destruido. Durante marzo y abril sostuvieron combates guerrilleros, ocuparon brevemente algunas poblaciones, reclutaron voluntarios y cortaron vías de ferrocarril para impedir los movimientos de las tropas del gobierno. Cuando los federales retomaban una población, ellos destruían las vías a su alrededor para impedir que les llegaran bastimentos a los soldados, a los que mantenían ocupados con incesantes ataques. Entre tanto, nuevos contingentes revolucionarios atacaban las poblaciones cuyas guarniciones eran débiles o no existían. Entre otros movimientos similares que hostigaban continuamente a los federales, guiados por antiguos comandantes de las tropas maderistas, se hallaban el que encabezó un ranchero de Parral, Maclovio Herrera, que también había mandado tropas contra Orozco, y el que dirigía Toribio Ortega, el líder de Cuchillo Parado. Uno de los jefes revolucionarios más exitosos fue Tomás Urbina, antiguo compinche y lugarteniente de Villa que había combatido contra

Orozco; sus bases estaban en Durango, y allí se sublevó, en la población de Inde, para luego avanzar hacia el sur de Chihuahua, donde ocupó el pueblo de Jiménez.

En menos de dos meses, estos jefes guerrilleros transformaron la naturaleza de la lucha en Chihuahua. Cada vez más hostigadas por los revolucionarios, escasas de dinero, armas y municiones procedentes de la ciudad de México, en gran medida constituidas por reclutas con escasos deseos de combatir, las tropas federales se retiraron a las pocas ciudades grandes. Dejaron la mayor parte del estado, incluidas algunas poblaciones importantes, bajo el control de los revolucionarios. De nuevo, Chao ocupó temporalmente Parral, Urbina capturó Jiménez y Ortega controló durante un tiempo la ciudad fronteriza de Ojinaga, donde recolectó las tasas aduanales y adquirió armas de contrabando.³⁰ En el vecino estado de Durango, se presentaba una situación semejante y Calixto Contreras dominaba de nuevo su región natal.

En sus primeros estadios, esta nueva revolución radical, que recorría tanto Chihuahua como Durango, carecía de un control y una dirección centralizados. Aunque la mayoría de los revolucionarios reconocían a Carranza como líder supremo, él no tenía ningún medio de ejercer un control efectivo sobre ellos. Lo mismo ocurrió con Pancho Villa en el primer mes después de su regreso a Chihuahua.

Su retorno no lo llevó a una inmediata preeminencia en el movimiento revolucionario del estado. Villa pensaba que tanto su popularidad como sus credenciales revolucionarias harían que los demás dirigentes del estado aceptaran su autoridad. Tras el asesinato de González, la defección de Orozco y la ejecución de José de la Luz Soto en una prisión de la ciudad de México, él era el único comandante militar importante, veterano de la revolución maderista en Chihuahua, que seguía vivo y seguía siendo un revolucionario. Muchos de los dirigentes locales habían sido sus subordinados directos; sin embargo, sólo se le unieron unos pocos, como Fidel Ávila, antes capataz de una hacienda y oficial en el contingente de Villa durante la revuelta maderista. La mayoría de los demás jefes insurgentes de Chihuahua no sólo no lo hicieron, sino que se negaron a obedecer su orden de fingir un ataque sobre la capital del estado para que él pudiera tomar la de Casas Grandes.³¹ Habían derrotado por sí mismos al ejército federal, sin su ayuda o consejo; mandaban más hombres que él, y al principio también tenían más recursos. Hasta junio de 1913, habían logrado muchas más victorias importantes que Villa desde su regreso a México. Aunque unían temporalmente fuerzas para alcanzar algunos objetivos militares, la

mayoría de ellos se negaba a subordinarse de manera permanente a mando alguno. Se comportaban en ese periodo como los caudillos o dirigentes campesinos se han comportado tan frecuentemente en la historia, no sólo en México, sino en otros países: les interesaba sobre todo conservar el poder que ejercían sobre su distrito. Durante algún tiempo, incluso se pudo pensar que algunos, como Chao, habían empezado a negociar con el gobierno de Huerta algún tipo de arreglo por el que las tropas federales los dejarían en paz y ellos a su vez no atacarían.³² Según un historiador, Chao incluso recibió algunos subsidios del gobierno federal.³³ Resulta difícil saber si esto indicaba un verdadero deseo de negociar o si era simple astucia.

Sin embargo, en septiembre de 1913, sólo unos meses después de demostrar su independencia negándose a atender sus órdenes, los jefes locales eligieron a Villa como comandante del ejército revolucionario de Chihuahua, que recibió el nombre de División del Norte y se subordinó a su nuevo dirigente en una forma que para la mayoría habría sido absolutamente impensable unos meses antes.

La causa principal de este espectacular cambio de actitud fue el ascenso irresistible de la popularidad y la fuerza de Villa. Esto se debió a varios factores. El primero fue que decidió no operar en sus tradicionales terrenos de caza de Durango y el sur de Chihuahua, sino principal, aunque no exclusivamente, en la parte norte del estado. No fue una decisión casual. En sus antiguos territorios de Durango, Tomás Urbina campaba por sus respetos y no parecía dispuesto a subordinársele. Lo mismo sucedía con Manuel Chao en Parral. El noroeste le ofrecía en cambio muchas ventajas. Era el centro de los colonos militares que habían constituido la espina dorsal del ejército maderista en Chihuahua. A pesar de que Orozco venía de esa región, muchos de sus habitantes se habían mantenido leales a un tiempo a González y a Madero, y los demás se habían decepcionado ante el comportamiento de Orozco. Villa había establecido muchos contactos con los habitantes de esa región en sus campañas de 1910-1911 y de 1912. La zona presentaba una gran ventaja estratégica: estaba cerca de la frontera con Estados Unidos y por tanto las armas estadounidenses eran fácilmente accesibles. La otra ventaja era que ningún otro dirigente maderista operaba allí.

Para obtener apoyo en esa región, donde había operado poco tiempo y no tenía lazos familiares, Villa emprendió lo que puede llamarse una original campaña política. No lanzó ningún manifiesto, que era la seña de identidad tradicional de los políticos mexicanos que se sublevaban. No era su estilo, y es dudoso que hubiera tenido algún impacto sobre la gente del campo chihuahuense. Tampoco

hizo lo que habían hecho los maderistas, incluido él mismo, dos años antes: sustituir a los presidentes municipales, jueces y funcionarios impopulares, y a los jefes políticos, por figuras locales populares, cosa que ya se había hecho durante el gobierno de Madero. En muchos casos, Huerta no tuvo tiempo de reemplazarlos por sus propios hombres y donde sí lo hizo, Villa reinstauró a las autoridades maderistas. En cambio, emprendió una serie de acciones de justicia social tipo Robin Hood que coincidían grandemente con el sentido de la justicia y la equidad de la población rural de Chihuahua.

Pocos días después de su entrada al país, ocupó una de las mayores haciendas de Terrazas, la de El Carmen, cuyo administrador era particularmente impopular entre los peones de la hacienda no sólo porque reclamaba y ejercía el derecho de pernada, sino porque era famoso por atar a los peones recalcitrantes a estacas situadas en el exterior del edificio principal de la hacienda. El peonaje por deudas, en gran medida abolido en muchas partes de Chihuahua, todavía existía allí y las deudas de los padres pasaban a los hijos. Villa ejecutó públicamente al administrador y a uno de sus ayudantes, abrió los graneros y distribuyó gran cantidad de alimentos a los peones. Pronunció un discurso ante los trabajadores reunidos en que les dijo que no toleraran en el futuro semejante tratamiento y que eligieran a un representante que supervisara la distribución de alimentos.

Realizó otros actos de retribución y redistribución en las haciendas de San Lorenzo, Las Ánimas y Saucito, donde el grito cada vez más frecuente de “¡Viva Villa!” iba acompañado de bendiciones: “¡Que Dios lo proteja!”.³⁴

En el pueblo de Satevó, no fue el administrador de la hacienda, sino el cura local quien hubo de sufrir la cólera de Villa. Una muchacha se acercó a éste después de la ocupación del pueblo y se quejó amargamente de que el cura la había violado tras encerrarla con llave en su iglesia, y se negaba a reconocer al niño que había engendrado, diciendo que el verdadero padre era Pancho Villa. Éste hizo que le trajeran al cura, que al principio rechazó toda responsabilidad, tanto por el niño como por el rumor sobre su supuesto padre. Villa consideró que tenía pruebas irrefutables con las que confrontar al cura: el niño tenía la misma cabeza y las mismas orejas salientes que él. El cura se derrumbó y confesó, y Villa lo condenó a ser fusilado. Pero, a diferencia del administrador de El Carmen, cuya ejecución había sido motivo de alegría, el cura de Satevó disfrutaba todavía de gran popularidad, sobre todo entre las mujeres. Cientos de ellas acudieron a rogar por su vida, y Villa aceptó indultarlo si hacía una confesión pública. Desde el púlpito de la iglesia, en presencia de muchos

habitantes de Satevó, el humillado cura se arrepintió de sus pecados de la carne.³⁵

Los actos de redistribución eran por lo menos tan frecuentes como los de retribución. En San Andrés, la población que había sido prácticamente su cuartel general durante la revolución maderista, Villa repartió grandes cantidades de alimentos.³⁶ Y cuando ocupó Camargo, confiscó todos los bienes de la gran tienda de Sordo y Blanco, comerciantes españoles, repartió buena parte de los alimentos entre los soldados y vendió el resto a precios bajos a los habitantes del pueblo.³⁷

Otra de las causas de la popularidad de Villa fue su inflexible persecución de los bandidos. Los constantes combates que habían tenido lugar en Chihuahua quebrantaron la autoridad tanto tradicional como revolucionaria, y auspiciaron el surgimiento de simples y puros bandoleros. Muchos de ellos eran orozquistas que encontraban más ventajoso robar que luchar por una causa que ofrecía cada vez menos recompensas. Alden Buell Case, un misionero protestante estadounidense que vivió durante casi toda la revolución en su misión del Valle de Buenaventura, en Chihuahua, decía que la región, a fines de 1912 y principios de 1913, estaba

infestada de bandas de Colorados [por su bandera roja: el nombre de los orozquistas] que, aunque a menudo conducidos por “generales”, “coroneles” y “capitanes”, se dedicaban continuamente a obras de destrucción y latrocinio más que a combatir, cosa que evitaban [...] Villa [...] fue especialmente enérgico y eficaz en su hostilidad contra los bandidos dondequiera que los hallara. Los “colorados” que se negaban a aceptar la amnistía y a deponer las armas o unirse a sus tropas eran tratados como forajidos y cazados como animales. Nunca Porfirio Díaz en tiempos de su férreo control mostró un vigor más inflexible ni logró más éxito en la supresión del bandolerismo que Francisco Villa en la breve era de su supremacía.³⁸

Villa no sólo protegió a los mexicanos de los bandoleros. Incluso en esa temprana etapa de su carrera en que aún no había establecido relaciones con las autoridades de Estados Unidos, estaba decidido a proteger las propiedades de sus nacionales para evitar una posible intervención y para tener acceso a las armas procedentes de ese país. Esta postura fue evidente en sus tratos con un bandido, Francisco Moreno, conocido como El Mocho, que había matado a un estadounidense llamado Griffin, y al que decidió fusilar. Cuando lo llevaban

frente al pelotón de fusilamiento en el pueblo de La Ascensión, tomado por los villistas, se le otorgó un último favor: el derecho a dirigir la palabra a los habitantes del pueblo y a los soldados. Fue un favor que Villa lamentaría. En un elocuente discurso, El Mocho les dijo a sus hombres “que ellos y él peleaban por la misma causa –sus derechos–, que iba a ser ejecutado por matar a un extranjero que no tenía más derechos en México que cualquiera de los mexicanos”. El discurso “encendió a los soldados hasta tal punto que Villa desistió de encargar la ejecución al pelotón habitual y tuvieron que llevarla a cabo dos capitanes y un teniente”.³⁹

Otro hombre al que Villa trató como a un bandido no era nada parecido. Se llamaba Máximo Castillo y fue el único zapatista genuino que produjo Chihuahua. Aunque él mismo no tenía ningún agravio serio contra el gobierno de Creel –no hay indicios de que el pequeño rancho que tenía en San Nicolás de Caretas fuera confiscado nunca–, su principal objetivo cuando se unió a la revolución era la reforma agraria. Fue guardaespaldas de Madero en la batalla de Casas Grandes y prácticamente le salvó la vida, pero se decepcionó al ver que no tenía intenciones de hacer la reforma agraria. Entonces se unió a Orozco, del que también se decepcionó, y empezó a combatir por su propia cuenta y a repartir tierras, sobre todo las haciendas de Terrazas. Probablemente sus acciones molestaban a Villa, que no quería repartir esas haciendas inmediatamente, sino utilizarlas para financiar a su ejército, y le incomodaba que Castillo no reconociera una necesidad que él consideraba crucial: congraciarse con Estados Unidos. Castillo empezó a exigir grandes sumas de dinero de las compañías propiedad de estadounidenses y de otros extranjeros, especialmente de los mormones.⁴⁰ Además, Villa no sentía lealtad hacia él ni lo veía como a un revolucionario de buena fe, debido a su pasado orozquista; lo persiguió sin piedad, acabó con el grueso de sus seguidores y lo forzó a pedir asilo en Estados Unidos.

Villa no sólo combatió a quienes consideraba bandidos, sino que impuso la más estricta disciplina sobre sus propias tropas, lo cual le dio un aura de respetabilidad que le permitió deshacerse de su imagen de bandido. Llegó a ser tan popular en Chihuahua que no tenía dificultades para encontrar y reclutar voluntarios; su principal problema era obtener armas para equiparlos y dinero para pagarles. A este respecto, su capacidad de organización se vio auxiliada por la suerte. Unas semanas después de su regreso a México, capturó un tren que llevaba una gran cantidad de plata con la que procedió a comprar armas y municiones en Estados Unidos. No fue empresa fácil, dado que el gobierno

estadounidense había proclamado un embargo a la venta de armas a México, pero el bloqueo era prácticamente inejecutable debido a la longitud de la frontera, al escaso número de funcionarios que la guardaban y a la abundancia de tratantes de armas, deseosos de vender sus productos. Además, los funcionarios locales que simpatizaban con la revolución o con el negocio a menudo se hacían los distraídos y dejaban actuar a los contrabandistas. “Cientos de mexicanos, entre ellos mujeres y niños”, pasaban la mercancía. “Por ese trabajo”, informaba *El Paso Times*, “recibían ocho dólares por cada mil cartuchos, y cuando sólo pasaban cincuenta o cien cartuchos, obtenían dos o tres centavos por cada uno.”⁴¹ En cierto momento, el gobierno de Woodrow Wilson, cada vez más hostil al régimen de Huerta,⁴² empezó a relajar la aplicación del bloqueo. Si en las primeras semanas de la revolución el contrabando era en pequeña escala y lo llevaban a cabo voluntarios locales, su organización pronto pasó a manos de la junta revolucionaria de El Paso, compuesta sobre todo por intelectuales partidarios de Madero, como el periodista Silvestre Terrazas y el que fue gobernador en sustitución de Abraham González, Aureliano González, que habían huido de Chihuahua tras el golpe huertista.

Otro golpe de suerte puso a Villa en contacto con un hombre capaz de entrenar a sus tropas. Era el antiguo oficial federal Juan Medina, quien resultó un instructor extremadamente eficaz tanto para los soldados como para los oficiales del ejército villista.

Sólo tres meses después de su llegada al país, Villa estaba al mando de lo que podía considerarse una fuerza importante para criterios chihuahuenses: setecientos hombres bien entrenados y equipados. Unas semanas más tarde, cuando Toribio Ortega, con sus quinientos hombres, decidió ponerse bajo sus órdenes directas, el ejército villista se convertiría en la mayor fuerza revolucionaria del estado.⁴³ No sabemos exactamente cuál fue la causa de la decisión de Ortega. Tal vez, a diferencia de otros dirigentes en Chihuahua, como Chao o Urbina, nunca aspiró a encabezar el movimiento revolucionario chihuahuense. Estaba cerca de ser lo que se podría considerar un dirigente campesino clásico, y Villa probablemente le ofrecía la mejor garantía de que el antiguo orden no volvería a reinar en su pueblo natal de Cuchillo Parado ni en los demás pueblos, cuyos habitantes se habían incorporado a sus filas. Sus hombres y su prestigio fueron de gran beneficio para Villa.

Sin embargo, ese apoyo fue al principio insuficiente para asegurar el predominio de Villa en el estado. Los éxitos militares que logró en el primer mes desde su regreso no opacaban a los de otros dirigentes. En junio de 1913, cuando

tomó por primera vez una población importante, Nueva Casas Grandes, Chao ya ocupaba la ciudad de Parral, mucho mayor. En contraste con los dirigentes que lograban mantener el control sobre las poblaciones que ocupaban, Villa no conservó mucho tiempo Nueva Casas Grandes. La victoria más significativa que obtuvo, la toma de San Andrés y la derrota de una fuerza federal de más de mil trescientos hombres encabezados por el general Félix Terrazas, en agosto de 1913, no era comparable a la victoria lograda meses antes, en junio de 1913, por una coalición de tropas revolucionarias duranguenses encabezadas por Urbina, que había entrado a saco en la ciudad de Durango, donde se atrincheraban importantes contingentes de federales.

Tal vez a los ojos de los demás cabecillas el gran número de hombres que Villa controlaba era una credencial más impresionante que sus actividades militares. Pero eso no los habría convencido de poner a sus hombres bajo el mando de otro y limitar su recién adquirido poder. Lo que más influyó en ellos fue la idea que sintetiza bien el dicho de un dirigente de otra revolución en otro país, Benjamin Franklin, sobre la revolución estadounidense: “Si no nos unimos, nos colgarán por separado”.*

En julio de 1913, el gobierno federal lanzó una contraofensiva que sacudió la confianza de muchos jefes revolucionarios del norte, especialmente de aquellos que en el sur de Chihuahua se habían negado obstinadamente a subordinarse a ningún mando superior. Pascual Orozco, cuya adhesión al régimen de Huerta no había menguado, fue enviado con mil hombres desde la ciudad de Torreón, que el gobierno controlaba, a reforzar la guarnición federal de la ciudad de Chihuahua. Para llegar allí, tuvo que marchar a través de la parte sur del estado, dominada por los contingentes revolucionarios de Chao, Rosalío Hernández y Trinidad Rodríguez. Aunque éstos eran superiores en número, Orozco demostró que sus capacidades militares no eran menos formidables que en 1911, cuando infligió derrota tras derrota a las tropas federales. Esta vez pasó como una bala de cañón a través de las fuerzas revolucionarias. Venció a Rosalío Hernández en Ciudad Camargo; mató a 170 revolucionarios en Mapula; el 11 de julio les tomó un tren de abastos, y finalmente obtuvo su mayor triunfo al vencer a las tropas de Manuel Chao y Trinidad Rodríguez, en Santa Rosalía.⁴⁴ Unos días después, entraba triunfalmente en la ciudad de Chihuahua.

En agosto de 1913, la contraofensiva federal adquirió una nueva dimensión: los hacendados chihuahuenses fueron directamente movilizados y se pidió a cada uno que enviara un contingente de diez hombres para reforzar al ejército federal.⁴⁵

Estas medidas convencieron finalmente a los comandantes revolucionarios tanto de Chihuahua como de Durango de que no tenían más opción que unirse bajo un mando común. No era en absoluto fácil determinar quién tendría ese mando. El candidato de Carranza para el puesto era Manuel Chao. Pero, aunque reconocían nominalmente el liderazgo de Carranza, los caudillos revolucionarios de Chihuahua y Durango no estaban dispuestos a permitirle que tomara una decisión de ese tipo. La mayoría apoyó a Villa, quien les evitó tener que elegir entre él y Chao “convenciendo” personalmente a este último de que retirara su candidatura. La descripción de esa confrontación que nos ofrece un confidente de Villa parece sacada de un *western* hollywoodense. Los dos hombres se encontraron en Jiménez, donde Villa le pidió a Chao que lo reconociera como comandante supremo.

Chao, al escucharlo, se pone intensamente rojo; no cuadrándole la proposición, resulta menos diplomático y se irrita; al replicar, ya está pálido y lleva la mano a la empuñadura de su pistola; pero no se da cuenta de que los movimientos de Villa son más rápidos y la mirada más fulminante, y en menos que lo piensa tiene el cañón de un revólver junto a su pecho y unos ojos clavados sobre él que lo dominan y lo amedrentan. Entonces, cede con blandura a las razones de Villa, y éste, con rapidez, se torna enteramente amigable; lo abraza con efusión y comienza a tutearlo como a un muchacho que hubiera cometido atolondradamente una falta y se mostrara arrepentido.⁴⁶

Pero el retiro de la candidatura de Chao no sólo se debió a los poderes persuasivos de Villa. El maestro de suave lenguaje y origen de clase media no podía competir con la inmensa popularidad de su rival. A diferencia de Abraham González, también de clase media, Chao carecía de la red tradicional de vínculos personales y familiares que le había sido útil a aquél, y ni siquiera era de Chihuahua, sino que había nacido en la costa atlántica, cerca de Tampico.

Existía otro posible candidato, que sí procedía de las clases populares y cuyos éxitos militares en la revolución de 1913 habían sido mayores que los de Villa. Se trataba de Tomás Urbina, bajo cuyo mando los revolucionarios de Durango habían logrado su mayor éxito, la toma de la capital. Sin embargo, esa victoria, que tenía todas las características del estilo de Urbina, fue precisamente lo que hizo que la mayoría de los cabecillas revolucionarios del norte se le opusieran, porque en Durango se había producido una auténtica orgía de muerte y saqueo. “El ejército vencedor (ocho mil hombres aproximadamente), sin orden, sin jefes,

penetró a la ciudad”, escribía tristemente Pastor Rouaix, otro de los principales jefes revolucionarios de Durango,

como un alud que desciende impetuoso de enhiesta montaña, mezclándose con el pueblo bajo, que ávido de venganza, de destrucción y de rapiña, se lanzó sobre los comercios, emprendiendo bochornoso saqueo mientras otros grupos, con la desconfianza natural del rústico campesino, abrían campaña en contra de ficticios enemigos, volviendo a estallar la dinamita y a tronar los rifles. Al saqueo siguió el incendio, y la noche del 19 de junio tuvo más horror que la del marcial combate, pues la ciudad se iluminaba con el siniestro resplandor de las llamas que salían de doce de los principales establecimientos comerciales.⁴⁷

No se trataba de represalias injustificadas. Durango fue una de las pocas ciudades en que las clases altas decidieron tomar las armas ellas mismas, y no dejar la lucha en manos de los federales o de mercenarios. Habían constituido una unidad militar llamada Defensa Social, que no sólo combatió contra los sitiadores, sino que ejecutó a los simpatizantes de la revolución dentro de la ciudad. Ése fue el motivo de las feroces venganzas de los revolucionarios.

De cualquier forma, resultaba claro para los cabecillas del norte que no podían permitirse otra victoria como la de Durango, que les costaría todo el apoyo que podían tener entre las clases medias. Y en Chihuahua, que estaba más cerca de la frontera de Estados Unidos y donde había inversiones estadounidenses tan grandes, un saqueo como ése podría muy bien provocar una intervención. Si por algo era conocido Villa en contraste con Urbina era por la disciplina que sabía imponer.

LA FORMACIÓN DE LA DIVISIÓN DEL NORTE Y LA PRIMERA TOMA DE TORREÓN

El 26 de septiembre de 1913, los principales comandantes militares de Durango y Chihuahua se reunieron en Jiménez y eligieron a Villa para que los encabezara en una expedición cuyo objetivo sería tomar la ciudad de Torreón, una de las más importantes y ricas de México, centro también de las comunicaciones ferrocarrileras del norte. Su captura proporcionaría pertrechos y dinero a los revolucionarios, y les ayudaría a bloquear el abastecimiento de las fuerzas federales de Chihuahua.

Aparte de la creencia cada vez más difundida en que la unidad era la única forma de sobrevivir, otro factor convenció a los revolucionarios de Chihuahua de aceptar el liderazgo de Villa: la posibilidad de unir fuerzas con un contingente aún mayor, los hombres de la zona lagunera de Coahuila y Durango, y los revolucionarios de otras partes de este último estado. Para ellos, Torreón era la llave del control de su región. Desde julio de 1913 habían intentado sin éxito tomar la bien fortificada ciudad y habían sido rechazados con pérdidas enormes. Ahora apelaban a Villa para que les diera refuerzos y le ofrecían el mando del ataque conjunto. Para los revolucionarios de Chihuahua, la toma de Torreón era por lo menos tan importante como para los de La Laguna y Durango, ya que todos los refuerzos que iban del centro de México a Chihuahua pasaban por esa ciudad.

Para Villa, el asalto contra “la Perla de La Laguna”, como llamaban a Torreón, presentaba grandes beneficios. Podía asegurarle el control de Chihuahua; su toma elevaría su prestigio, dado que en julio Carranza había asumido el mando del ejército que la sitiaba pero no había logrado tomarla. Pondría grandes recursos financieros a su disposición, lo que le permitiría armar y equipar a su ejército, y colocaría bajo su mando un contingente de seis u ocho mil hombres, más de los que nunca había encabezado y uno de los ejércitos revolucionarios más nutridos, si no el mayor.

Los riesgos de la operación también eran enormes. Villa tenía escasa experiencia en el combate regular; las pocas veces que había participado en campañas militares regulares, lo había hecho bajo el mando de otros. Carecía de uno de los principales prerrequisitos para atacar una gran ciudad: una artillería fuerte y bien organizada; sólo contaba con dos cañones que sus soldados habían capturado en San Andrés, y apenas tenía artilleros bien adiestrados para servirlos. Además, las tropas procedentes de La Laguna y de Durango eran famosas por su falta de disciplina.

Esa falta de disciplina había sido una de las principales razones por las que Carranza no logró tomar Torreón. Desesperó de hacerse obedecer de esos hombres y decidió dirigirse a Sonora. El problema había sido tan serio que, cuando un oficial del Estado Mayor de Carranza intentó detener la desbandada de los hombres de Calixto Contreras disparando contra dos de los aterrados oficiales que la encabezaban, los revolucionarios amenazaron con matar al Primer Jefe si no les entregaba a su oficial para que lo ejecutaran.⁴⁸

Un riesgo potencialmente mayor, aunque no sabemos hasta qué punto Villa estaba consciente de él, era que el ejército federal planeaba utilizar el sitio de

Torreón para acabar con el núcleo central de la División del Norte. El comandante federal en Chihuahua, Mercado, había enviado un gran contingente a las órdenes del general Castro, para envolver a los revolucionarios en una especie de pinza. Mercado suponía que cuando fracasaran de nuevo en su intento de tomar Torreón, como les había sucedido ya en julio, los revolucionarios, debilitados y desmoralizados, se retirarían hacia el norte. Allí se toparían con el gran contingente de Castro, quien los haría pedazos gracias a la superioridad de su artillería y a la disciplina y organización de sus tropas.⁴⁹

En menos de una semana, Villa logró superar todos los obstáculos que se le presentaban, capturar Torreón y enterrar los planes de los federales. En pocas semanas más, tendría el control de todo Chihuahua.

Debió el éxito a la estrategia adoptada y al control que logró sobre sus hombres, así como a la ineptitud y la cobardía de los comandantes federales. También colaboró la poca voluntad de combatir que tenían muchos de los soldados federales, y especialmente los reclutas procedentes del sur de México.

El comandante federal de Torreón, Munguía, sobrestimó de tal forma su propia fuerza y subestimó tanto la capacidad de combate de los revolucionarios que envió a uno de sus generales, Alvérez, con quinientos hombres, a la población de Avilés, en las afueras de Torreón, a atacar a un contingente muy superior de tropas revolucionarias. Éstas lo hicieron pedazos, y Alvérez murió en la batalla con la mayoría de sus oficiales. Cuando las noticias de la derrota se difundieron por Torreón, a pesar de los desesperados esfuerzos de Munguía por ocultarlas, los federales se desmoralizaron.

Munguía había basado sus esperanzas de victoria en la superioridad de su artillería. La había situado en una serie de colinas que rodean las entradas a Torreón, desde donde debía lanzar un devastador diluvio de fuego sobre las avanzadas de los revolucionarios. Pero en una serie de ataques nocturnos que serían el signo distintivo de su estrategia, Villa y sus tropas se apoderaron de colina tras colina, y de los cañones federales. Una vez que tuvo en sus manos esas cotas y la artillería en ellas estacionada, la situación de los defensores de Torreón se volvió crítica. En esa coyuntura, Munguía no sólo decidió no defender la ciudad, sino que no intentó siquiera retirarse en orden: sus hombres huyeron presas del pánico y él hizo otro tanto, al mismo tiempo que le ordenaba a un general subordinado, Anaya, que contraatacara y recobrara las colinas. Anaya en efecto logró cierto éxito inicial e intentó convencer a Munguía de que le enviara refuerzos. “Aprovechando esta calma marché violentamente, fui al hotel de San Carlos”, informó Anaya al secretario de Guerra de Huerta,

a fin de darle parte al General en Jefe, pero no lo hallé, habiéndome informado uno de los ordenanzas que estaban en el zaguán, que desde las 5 de la tarde había salido en un automóvil y no había regresado; en seguida me regresé al Cuartel del 5° Regimiento a ver si allí tenían informes del general Munguía, pero con sorpresa vi que el cuartel estaba solo; me dirigí otra vez al hotel San Carlos y me lo encontré también solo, sin que hubiera quien me informara del paradero del general.⁵⁰

Más tarde, un consejo de guerra condenó a Munguía por cobardía.

El general federal Castro, que estaba avanzando sobre Torreón desde el norte, resultó por lo menos igual de inepto, aunque no tan cobarde. Había colocado su artillería de modo tal que sus primeros disparos diezmaron a su propia infantería y casi provocaron una rebelión. No logró tomar la ciudad de Camargo, defendida por una fuerza muy inferior de revolucionarios. Nada es más revelador de los problemas y la estructura del ejército federal de Huerta que el informe sobre las actividades de Castro que envió su superior en Chihuahua, el general Mercado.

Desgraciadamente el mando de las operaciones lo llevaba el general Castro, jefe que carece de los más triviales conocimientos militares y de la más rudimentaria instrucción. Se me preguntará que si la ineptitud de Castro me era conocida, ¿por qué le di el mando supremo de la columna? Pues sencillamente porque así lo previene la ley militar, puesto que él era superior jerárquico entre todos los generales que iban en la columna y es necesario comenzar por respetar la ley para poder juzgar a los hombres con ella.⁵¹

Pero la ineptitud de los federales no fue la única, tal vez ni siquiera la principal razón del éxito de Villa en Torreón. Después de todo, sólo unos meses antes los mismos oficiales habían rechazado con éxito un ataque contra la ciudad. El éxito se debió a la estrategia que empleó y a su capacidad para transformar grupos de hombres que tenían escaso adiestramiento militar, y aún menos tradición de disciplina, en un conjunto bien organizado y altamente disciplinado. Su estrategia de incesantes ataques de día y de noche se impuso a la superioridad federal en artillería y fortificaciones, y finalmente desmoralizó a los oficiales enemigos así como a sus soldados. Villa podía ser mucho más drástico en la imposición de la disciplina que Carranza. No tenía reparos en fusilar sin más trámite a los hombres u oficiales de quienes sospechaba cobardía o desobediencia. Sin embargo, los campesinos revolucionarios de Durango y sus

propios contingentes en Chihuahua aceptaban sin protestar esas medidas: era uno de ellos, y consideraban que tenía derecho a hacer lo que hacía.

El tipo de disciplina que lograba imponer se mostró claramente en la ocupación de Torreón. Muchos de los hombres que entraron en ésta, la ciudad más rica del norte de México, pensaron que podían repetir lo que habían hecho unos meses antes en la ciudad de Durango, que saquearon, robaron e incendiaron. Cuando las primeras tropas entraron en Torreón, la noche del 1 de octubre, parecía que los temores más horribles que pudieran albergar los habitantes sobre robos y saqueos iban a verse confirmados. “Durante la noche, varias tiendas de la calle Ramos Arizpe y de la avenida Hidalgo fueron casi totalmente saqueadas y otras lo fueron en parte”, informó el cónsul estadounidense en Torreón, Carothers. “Visité esos lugares personalmente y las huellas de los rebeldes estaban por todas partes: sombreros, zapatos y ropas viejas por el suelo, mostraban que se habían cambiado de ropa en el lugar mismo del saqueo.”⁵²

Pero unas horas después, según el mismo Carothers, la situación había cambiado completa y espectacularmente.

A las once, fui en carruaje a recorrer la ciudad para inspeccionarla [...] un orden espléndido reinaba en ese momento. Había guardias en todas las tiendas que habían sido total o parcialmente saqueadas, y había orden de disparar sobre cualquiera que intentara robar algo. Considero que las pérdidas reales por el pillaje llegan a lo sumo a los quinientos mil pesos. Es menos de cinco por ciento de lo que esperaba la gente de Torreón que se perdería si la ciudad caía, y todos hacen grandes elogios del general Villa como jefe, por ser capaz de mantener semejante orden.⁵³

El cónsul estadounidense Hamm, que venía de Durango y había presenciado el saqueo de esa ciudad y había ido a Torreón para conocer su situación, compartía la impresión de Carothers.

Al llegar a Torreón el 9 del corriente, quedé no poco sorprendido ante el orden casi perfecto que reinaba, y porque los negocios funcionaban en condiciones cercanas a lo normal, y no pude evitar contrastar la completa desolación de Durango con las escasas huellas de destrucción y violencia visibles en Torreón. Varias tiendas habían sido casi completamente saqueadas en la primera exaltación de la victoria, pero pronto el general Villa y otros jefes pusieron alto a eso y establecieron una muy considerable disciplina.

Prácticamente los únicos edificios quemados fueron los que los oficiales federales ordenaron incendiar antes de abandonar la ciudad, con el propósito de destruir las municiones.⁵⁴

En algunos aspectos, la toma de Torreón fue la tarjeta de presentación de Villa ante el mundo. Tanto mexicanos como estadounidenses quedaron gratamente sorprendidos. No se trataba del bandido brutal e ignorante que robaba y saqueaba como muchos habían esperado. Los representantes de Estados Unidos no sólo elogiaron el orden que impuso, sino también la forma en que procuró proteger a sus nacionales. El cónsul Hamm alabó a Villa por haberse “mostrado muy bien dispuesto hacia los estadounidenses y sus intereses”.⁵⁵

Otro aspecto de la política de Villa causó una impresión muy distinta en los observadores nativos y extranjeros: fue su decisión de ejecutar a todos los oficiales federales y a los soldados orozquistas que tomó prisioneros (los hombres alistados en el ejército federal tenían la opción de incorporarse al de Villa y a veces incluso los liberaba).

La *U. S. Review of Reviews* reaccionó ante esas ejecuciones en forma que fue característica entre los extranjeros, afirmando que “los constitucionalistas han deshonrado su causa”.⁵⁶

Muchos defensores de la revolución reaccionaron, ya fuera negando que esas ejecuciones hubieran tenido lugar, o diciendo que por desgracia eran normales y rutinarias en México.

Las ejecuciones de prisioneros fueron de hecho la norma practicada por ambos bandos en esta segunda fase de la revolución mexicana, pero no había sido frecuente en la revolución maderista.

Las fuerzas de Madero no ejecutaban en general a sus prisioneros, e incluso el ejército federal sólo lo hizo esporádicamente. Se recordará que una de las razones por las que Villa y Orozco se rebelaron contra Madero en Ciudad Juárez, en 1911, y pidieron que fuera fusilado el general federal Navarro fue precisamente que éste había violado lo que ellos consideraban una norma implícita de la guerra al matar a sus prisioneros.

Una de las razones principales de la “suavidad” de la revolución maderista fue que ambas partes suponían que al final se llegaría a algún tipo de pacto. Después de su victoria, Madero siguió creyendo que todos los problemas de México podían ser resueltos por un hombre razonable, de una manera razonable, con un mínimo de violencia. Esa actitud, junto con su personal benevolencia, lo llevaron a suspender la ejecución de todos los opositores de clase media y alta que

conspiraron contra él o se sublevaron. En vez de ser fusilados, Félix Díaz y Bernardo Reyes fueron encarcelados en condiciones cómodas en una prisión militar. Madero fue menos blando con sus opositores radicales de clase baja, y durante varios meses las tropas federales realizaron operaciones de búsqueda y destrucción contra las fuerzas de Zapata en Morelos. Pero finalmente modificó su política en esa región, enviando al general Felipe Ángeles para sustituir a Juvencio Robles, que había llevado a cabo deportaciones y ejecuciones colectivas. Ángeles hizo la guerra contra Zapata de una manera mucho más humana, sin causar muertes en la población civil ni entre los prisioneros que tomaba.⁵⁷

En cambio, el ejército federal que tomó el poder a principios de 1913 consideraba que no podía ni debía llegar a ningún pacto con los revolucionarios y que de hecho, para ganar, tenía que llevar a cabo una guerra de exterminio. Las brutales ejecuciones de Madero, Pino Suárez y Abraham González, que contrastaban de manera tan aguda con la forma en que estos hombres habían tratado a sus oponentes, no fueron más que la punta del iceberg.

El embajador alemán en México, Paul von Hintze, muy favorablemente dispuesto hacia Huerta, describe con sombríos colores las ejecuciones nocturnas, características de la forma en que el régimen trataba a sus opositores tanto civiles como militares:

Los fantasmas de los que son ejecutados cada noche acechan a Huerta. El antiguo gobernador del Distrito Federal y colaborador de Huerta fue llevado en febrero de 1913 de las habitaciones del Presidente, por haber hecho algunas observaciones poco cuidadosas, al suburbio de Tlalpan y asesinado sin ceremonia. El líder del Partido Católico, Somellera, fue primero detenido en San Juan de Ulúa y luego liberado, pero se le obligó, bajo amenaza de muerte, a entregar una suma considerable de dinero y salir inmediatamente para Europa. Los métodos del gobierno corresponden grosso modo a los empleados en Venecia al principio de la Edad Media, y podríamos considerarlos con ecuanimidad si no estuvieran ocasionalmente dirigidos contra los extranjeros.⁵⁸

John Lind, el representante especial de Woodrow Wilson en México, ofrece una imagen igualmente espeluznante de la forma en que Huerta trataba a sus prisioneros. Como, a diferencia del embajador alemán, se oponía fuertemente al militar, el tono de su descripción es mucho más hostil, pero la sustancia es muy

similar. “Informando sobre las ejecuciones de prisioneros por Villa”, le escribió a Wilson,

sus actos a este respecto deben ser juzgados con criterios mexicanos. En la medida en que haya dejado escapar con vida a algún cautivo, es más humano que los comandantes de las fuerzas federales, que asesinan a todos los prisioneros. Tras seis meses de continuos combates, no hay un comandante constitucionalista en una prisión federal. La explicación es que los que han caído prisioneros han sido fusilados: todos ellos. Otro tanto se hace con los soldados rasos, excepto porque en unas pocas instancias se les ha perdonado la vida con la condición de que ingresen en las filas federales. En presencia de un médico estadounidense, los federales mataron a más de treinta rebeldes en sus catres, en el hospital de Gómez Palacio. La sangre que cubría el suelo tenía una pulgada de espesor. Se preguntará usted por qué no se ha informado de tales cosas. No he tenido tiempo de informar de todo. Las instancias aisladas sólo minimizarían la crueldad del conjunto. Los federales, allí donde han capturado ciudades donde no había *científicos* que pudieran peligrar, han arrasado y destruido cada casa y cada edificación. Han fusilado o colgado a todos los hombres y hecho prisioneros a las mujeres y los niños.⁵⁹

Los orozquistas que peleaban en el bando de Huerta fueron al parecer especialmente brutales a este respecto: un destacamento fue enviado a una planta de la American Smelting and Refining Company localizada en la región lagunera para protegerla de los ataques revolucionarios.

El segundo al mando de los irregulares, informó uno de los gerentes de la planta, fue recibido hospitalariamente en ASARCO; luego hizo traer a un prisionero al Club de los Americanos donde estaba bebiendo y, culpable o inocente, lo puso contra la pared entre las casas, lo mató de un tiro con su propia pistola, y luego siguió metiendo balazos en el cuerpo que se retorció [...] Para probar mejor aún su valor, regresó borracho esa noche y disparó contra las luces de la planta, pasó por las casas de los peones como azote de Dios y terminó bailando desnudo en Pedriceña, donde se cometieron toda suerte de obscenidades.⁶⁰

La reacción de los revolucionarios no fue menos violenta y sangrienta. Poco después de asumir la dirección de la revolución, Carranza declaró que se aplicaría de nuevo la ley que había promulgado Benito Juárez el 25 de enero de

1862, según la cual quien fuera detenido combatiendo contra la República Mexicana sería fusilado. Así pues, la ejecución de los prisioneros fue la regla, más que la excepción, para la mayoría de los comandantes revolucionarios. Muchos de ellos, aunque aceptaban su necesidad, se escandalizaban cuando realmente presenciaban las ejecuciones. Al describir los días posteriores a la batalla de San Andrés, donde Villa hizo pedazos una columna federal al mando del general Félix Terrazas, un oficial revolucionario informaba sobre las escenas de horror que siguieron:

La columna Terrazas quedó deshecha por completo. De los novecientos hombres sólo pudo escapar él con unos treinta que fueron los que llegaron a Chihuahua. Los que no murieron en el combate, fueron llevados al cadalso o se fueron para no volver más a reunirse con los traidores. Se formaron gigantescas piras de carne humana, tapándolas con leña, les prendieron fuego [...] Manos rígidas que con los puños crispados se alzaban al cielo como en ademán de desesperación. Cráneos con los ojos salidos de las órbitas y el pelo chamuscado, e intestinos medio quemados fuera del vientre, y bustos separados del cuerpo.⁶¹

Ni Carranza ni Villa compartían el horror que se apoderó de este oficial cuando oyó y presenció las ejecuciones. Villa enviaba regularmente a Carranza informes como el que despachó tras la captura de Torreón: “se hicieron 19 prisioneros, los cuales fueron pasados por las armas, por estar comprendidos dentro de la Ley del 25 de enero de 1862, que puso en vigor el Decreto expedido por el Jefe Supremo del Ejército Constitucionalista”.⁶²

Sólo una vez objetó Carranza uno de esos informes, cuando Villa le escribió que había indultado y amnistiado a algunos de los prisioneros que eran artilleros, porque quería utilizarlos en su propio ejército. “Vi el Decreto de Amnistía promulgado por usted”, escribió, “por lo cual en mensaje me dirigí a usted sobre la inconveniencia de conceder por ahora amnistía a los comprendidos en la Ley del 25 de enero de 62.”⁶³

Carranza tomó posición claramente al responder a una protesta del gobernador de Arizona, W. B. Hunt, contra el fusilamiento de oficiales federales desarmados que Villa había capturado en Ciudad Juárez, pocos meses después de la toma de Torreón; según Hunt “la continuación de las ejecuciones sumarias por los comandantes insurgentes horrorizará al pueblo de Estados Unidos y le enajenará sus simpatías”. En su respuesta, Carranza asumía toda la responsabilidad. Había

sido él, escribió, quien revivió la ley de Juárez de enero de 1862, considerando a todos aquellos que luchaban contra el gobierno legítimo de México como merecedores de fusilamiento. Subrayaba que el ejército federal no sólo intentaba destruir todas las instituciones democráticas legítimas de México, sino que también ejecutaba a todos los prisioneros que hacía. “Es cierto”, escribió,

que los principios establecidos que se observan en las guerras internacionales otorgan a los prisioneros el privilegio del perdón o la inmunidad a todo daño corporal, pero en las luchas civiles, las naciones más civilizadas de todos los tiempos han empleado medios más rigurosos y sangrientos incluso que los que nos vemos obligados a adoptar. Y en cuanto a la ejecución de oficiales en Ciudad Juárez, hay que verlas no como cualquier innecesaria crueldad ejercida contra prisioneros de guerra, sino simplemente como el castigo prescrito por la ley aplicable a quienes atentan contra la paz y la seguridad públicas.

Al principio de esta guerra civil iniciada por Francisco I. Madero el pueblo mexicano agotó toda su capacidad de clemencia y perdón y no halló como resultado de su magnanimidad más que la tiranía en el interior del país y la pérdida de prestigio fuera de sus fronteras.⁶⁴

Aunque las ejecuciones que ordenó no eran la excepción, Villa tendía a ser más brutal y más franco al respecto que otros dirigentes revolucionarios. En una de las escenas más memorables y sombrías de la literatura mexicana, Martín Luis Guzmán, que peleó con Villa, describe cómo uno de sus verdugos, Rodolfo Fierro, ejecutó personalmente a cientos de prisioneros orozquistas.⁶⁵

Sin embargo, Villa no mataba a todos sus prisioneros, sino que concentraba su odio en los orozquistas y en los oficiales federales, y con frecuencia perdonaba a los soldados que habían sido forzados a alistarse en el ejército federal y que estaban dispuestos a unírsele, así como a los hombres que poseían algún conocimiento particular y útil, como la artillería. En una ocasión, uno de sus comandantes más brutales, Tomás Urbina, había capturado a la banda de música de los federales y le pidió autorización para ejecutar a sus miembros. Villa se negó, diciendo que se les podía emplear para formar una banda revolucionaria. Urbina insistió, alegando que el ejército revolucionario ya tenía muchas bandas, pero Villa se salió con la suya, y los músicos fueron liberados e incorporados al ejército.⁶⁶

Lo que distinguía a Villa de otros comandantes revolucionarios era que mientras éstos solían realizar las ejecuciones a altas horas de la noche, él lo hacía abiertamente. Un día, mientras almorzaba con su secretario y con Jesús Acuña, un alto oficial del gobierno de Carranza, sus hombres llevaron ante él a dos oficiales de Huerta, y Villa ordenó que los fusilaran de inmediato rehusando atender las súplicas de uno de los oficiales, quien decía que estaba enfermo y que se había alistado en el ejército para mantener a su familia; tampoco cedió a la petición de Acuña de que si iban a fusilarlos, no lo hicieran en su presencia. “Villa”, como recordaba su secretario,

replicó que no podía acceder a sus deseos, que no había más remedio que cumplir al pie de la letra con aquella orden, que era muy duro tenerlo que hacer, que nuestra lucha era sin cuartel y que si desgraciadamente nosotros cayéramos en manos enemigas, correríamos la misma suerte. La orden fue cumplida en nuestra presencia y seguimos comiendo como si no hubiera pasado nada.⁶⁷

LA TOMA DE CIUDAD JUÁREZ Y LA OCUPACIÓN DE CHIHUAHUA

La victoria de Villa en Torreón le proporcionó gran cantidad de armas y le permitió incorporar a su ejército, que sólo contaba con dos cañones, una poderosa sección de artillería: once cañones, entre ellos la mayor pieza que se usó en la campaña del norte, un cañón enorme conocido como El Niño. Además de otras armas menores y municiones Villa obtuvo tres millones de pesos en préstamos forzosos de los ricos de Torreón. Los bancos trataron de eludirlos entregándole cheques sobre bancos estadounidenses que éstos se negaron a pagar, pero algunas amenazas de Villa, claramente expresadas, convencieron finalmente a los banqueros de que debían ceder.

La toma de Torreón no sólo le dio a Villa prestigio nacional e internacional, sino que señaló un parteaguas en la historia de su movimiento y de la revolución en su conjunto. En una parte importante de México, la guerra de guerrillas cedió el paso a la guerra regular, los guerrilleros se convirtieron en ejército y los revolucionarios empezaron a ejercer verdadero poder sobre un vasto y rico territorio. Era un resultado que ni el gobierno federal ni la mayoría de los observadores nacionales y extranjeros en México habían previsto e, incluso después de la ocupación de Torreón, unos y otros siguieron creyendo que nada había cambiado y que la victoria de Villa había sido en realidad una chiripada

debida a la cobardía y la incapacidad de unos cuantos generales demasiado viejos; pensaban que unos contingentes frescos encabezados por generales más capaces invertirían fácilmente el flujo de la marea. Después de todo, con una sola excepción, los revolucionarios nunca habían logrado conservar grandes territorios ni, especialmente, una gran ciudad. Carranza había perdido el control de la mayor parte de su estado natal de Coahuila y el general Pablo González, que conducía lo que quedaba de las tropas estatales, apenas lograba avanzar. Aunque Zapata controlaba grandes zonas del Morelos rural, no había logrado tomar ninguna ciudad importante. La mencionada excepción era Sonora, donde Álvaro Obregón había logrado someter a su control gran parte del estado. Pero Sonora era un caso sui generis: estaba tan aislada del resto del país que los refuerzos federales sólo podían llegar por mar o a través de Estados Unidos.

Tampoco creían el gobierno federal ni muchos observadores extranjeros que los revolucionarios logaran unirse. Incluso en Sonora habían surgido discrepancias entre las diversas facciones que rivalizaban por el poder. A pesar de su enorme popularidad y su atracción personal, Madero, en la revolución de 1910-1911, nunca había podido controlar eficazmente a sus seguidores. Muchos de sus partidarios nominales de Chihuahua se habían negado a participar en el ataque a Casas Grandes y en cambio habían atacado Ciudad Juárez contra sus órdenes expresas; algunos de sus contingentes incluso habían intentado rebelarse contra él tras la captura de la ciudad fronteriza. Durante todo su gobierno habían reinado la inestabilidad y las disensiones. ¿Por qué habrían de ser distintas las cosas ahora? Sin duda el heterogéneo conjunto de revolucionarios que había tomado Torreón pronto se disgregaría. Después de todo, muchos de esos hombres, especialmente los contingentes procedentes de La Laguna, eran famosos por su falta de disciplina, y algunos de sus comandantes, como Calixto Contreras, tenían grandes dificultades para imponer su autoridad. Pero incluso en aquellos casos en que las tropas sí obedecían a sus comandantes, la mayoría de los oficiales revolucionarios se negaba a someterse a un mando central. Podían hacerlo temporalmente para una expedición militar particular, pero nunca lo habían hecho de manera regular. Ni Francisco Madero ni su hermano Emilio, que había tenido el mando nominal de esas tropas durante la revolución maderista, ni Venustiano Carranza, a quien reconocían como comandante supremo en el verano de 1913, habían podido imponer su autoridad sobre esos soldados y oficiales recalcitrantes. ¿Por qué un antiguo peón y bandido semianalfabeto como Villa, sin adiestramiento militar formal, con escasa educación, sin experiencia ni conocimientos políticos, tendría éxito allí donde

todos los demás habían fracasado? Tan pronto Villa sufriera su primera derrota, que el gobierno federal juzgaba inevitable, su ejército se disgregaría y él volvería a ser un bandido o, en el mejor de los casos, se convertiría en un jefe guerrillero local.

Las siguientes acciones militares de Villa parecieron confirmar el optimismo del gobierno y el escepticismo de muchos observadores sobre sus capacidades militares. Estaba decidido a tomar la ciudad de Chihuahua de la misma manera que había tomado Torreón, mediante una serie de ataques frontales, a pesar de las advertencias de muchos de sus comandantes que sostenían no sólo que Mercado, el comandante de los federales en Chihuahua, era un general mejor y más valiente que el desdichado Munguía, sino que las tropas que constituían la guarnición de Chihuahua eran diferentes de las que había enfrentado en Torreón: en gran parte, orozquistas veteranos de muchas batallas y procedentes de las montañas de Chihuahua, y no los reclutas sureños alistados a la fuerza que formaban el grueso del ejército de Munguía. Además, las tropas federales no sólo estaban bien fortificadas, sino que tenían una clara superioridad en la artillería y disponían de muchas más municiones que las tropas de Villa. Sin embargo, éste intentó durante tres días tomar por asalto la ciudad. Finalmente, sus hombres se encontraron de frente con el fuego de las ametralladoras y de la artillería de los federales y Villa decidió abandonar el ataque. La guarnición federal de Chihuahua se sintió triunfante, firmemente convencida que le había asestado un golpe definitivo al movimiento villista. El comandante Mercado informó a sus superiores en la ciudad de México:

Hónrome comunicar a usted que ayer, a las 6 p.m. el enemigo fue desalojado de sus últimas posiciones y echado por nuestras valientes tropas hasta Mápula, donde en la mayor confusión y desorden se embarcaban, los que podían, utilizando sus trenes, y otros a pie y a caballo [...] Al obtener triunfo tan importante las bandas y música de la Heroica División del Norte recorrieron las calles de esta ciudad y que el entusiasmo de sus habitantes era delirante, pues aquellas dianas les significaban que se habían libertado del asesinato, de la violación y del robo, y lanzaban vivas al Ejército, al Ministro de Guerra y al Presidente de la República.⁶⁸

Esa derrota habría podido significar un grave revés para la posición de Villa y para el movimiento revolucionario de Chihuahua y La Laguna, al debilitar la autoridad del primero y poner en peligro la frágil unidad del segundo. Muchos

comandantes federales y muchos observadores opinaban que Villa no tenía adonde ir: no podía moverse hacia el sur para atacar al ejército federal en el centro de la república mientras tuviera una poderosa guarnición federal en la ciudad de Chihuahua. Un ataque hacia el norte, contra Ciudad Juárez, la mayor aglomeración urbana del estado, sería peligroso, porque la ciudad estaba bien fortificada y además se hallaba situada a lo largo del río Bravo, frente a El Paso. Los disparos que se produjeran durante el ataque podían fácilmente causar bajas en el lado estadounidense y suscitar la intervención de Estados Unidos. Villa, que había participado en el ataque a Ciudad Juárez en 1911, se daba cuenta de estas dificultades y probablemente de que esta vez su situación podía ser más precaria que la de Madero dos años antes, ya que éste no había tenido que temer un ataque de las fuerzas federales desde la ciudad de Chihuahua, tan debilitadas y desmoralizadas que sus comandantes no querían salir de la capital del estado. Esta vez, Villa podía estar seguro de que las tropas federales del sur sí marcharían hacia Juárez e intentarían envolverlo en un movimiento de pinza. Tras la devastadora experiencia con su superioridad artillera, sin duda estaba consciente del gran peligro de verse en semejante trampa, entre dos contingentes con mucho mayor poder de fuego que el suyo. Sin embargo, la única forma que tenía de convertir la derrota en victoria era intentar el asalto a la ciudad fronteriza. En ese punto, la suerte y el genio se combinaron para darle un triunfo que lo llevó en pocos días a la fama mundial.

Tomó un tren que transportaba carbón y otros bastimentos de Ciudad Juárez a Chihuahua. Forzó al conductor a telegrafiar a su Estado Mayor en Ciudad Juárez diciendo que las tropas villistas estaban en las proximidades y pidiendo instrucciones.

Previsiblemente, el cuartel general le ordenó volver de inmediato, confirmando sus movimientos en todas las estaciones del camino. Villa entonces subió al tren con dos mil hombres, y en cada estación los telegrafistas tuvieron que informar al Estado Mayor en Ciudad Juárez que el tren estaba en camino mientras les apuntaban a la cabeza y un telegrafista villista supervisaba sus mensajes. Así, el tren que transportaba su carga mortífera pudo avanzar sin obstáculos hasta la misma Ciudad Juárez. Como decía el reportaje de un periódico de la vecina El Paso,

El ataque y la toma de Ciudad Juárez fueron una sorpresa completa. Se había reportado que Pancho Villa y su mando rodeaban la noche pasada la ciudad de Chihuahua, y los oficiales federales se retiraron a sus cuarteles creyéndose en

absoluta seguridad. Poco después de las dos de la mañana, un tren de carga entró en los patios del Central Mexicano en Juárez y de él surgieron cientos de rebeldes. Prueba de que la sorpresa fue total es el hecho de que no se disparó un solo tiro hasta que los rebeldes hubieron penetrado hasta el corazón mismo de la ciudad. El tren les había permitido llegar sin interferencias [...] Tomada por sorpresa, la guarnición federal opuso escasa resistencia. El cuartel cayó a las cuatro de la mañana y para las cinco había entregado las armas el resto de la ciudad, con excepción de un grupo de voluntarios pertrechados en una casa, cerca de la pista de carreras de Juárez. Ese último grupo se defendió desesperadamente y sólo se rindió cuando se le acabaron las municiones.⁶⁹

Los defensores no sólo fueron tomados por sorpresa, sino que según el general Mercado, comandante supremo de todas las fuerzas federales en Chihuahua, muchos oficiales y soldados de la guarnición no habrían podido resistir incluso si se les hubiera advertido a tiempo, porque estaban entretenidos con las muchas diversiones que ofrecía la ciudad, en sus innumerables bares, burdeles y salones de juego.⁷⁰

Con la toma de Juárez, la fama de Villa creció de golpe tanto en México como al norte de la frontera. Muchos periódicos de Estados Unidos lo describían como el mayor general y el mayor revolucionario de México. Elogiaban la disciplina que había logrado mantener, aunque expresaban repugnancia y enojo por las ejecuciones de prisioneros que Villa no intentó ocultar. Una de las pocas excepciones fue el comandante de las fuerzas federales de Ciudad Juárez, el general Castro, que había intercedido ante Huerta para salvarle la vida a Villa en 1912: éste dio órdenes estrictas a sus soldados de que no le causaran daño y le permitieran cruzar indemne la frontera a Estados Unidos.

Aunque la toma de Ciudad Juárez acrecentó tanto su fama como la moral de sus tropas y le proporcionó fondos y material militar adicionales, no le aseguraba la victoria final ni el dominio sobre Chihuahua. En realidad, en muchos sentidos, su situación parecía precaria.

En 1911, la toma de Ciudad Juárez por Madero había puesto fin a la fase armada de su revolución. Al llegar a un trato con Madero, tanto las autoridades federales como las clases altas esperaban salvar por medios políticos lo que no podían conservar por medios militares. Esta vez, ni Huerta ni los revolucionarios estaban dispuestos a pactar. Las autoridades militares de México y las de Chihuahua estaban convencidas de que aún podían revertir la situación. Un fuerte contingente federal, a las órdenes del general Refugio Velasco, marchaba

hacia Torreón, que el gobierno pensaba recuperar en pocas semanas. La guarnición federal de la ciudad de Chihuahua, envalentonada por su victoria sobre Villa, pensaba que ahora podía tomar la ofensiva, y una fuerza importante salió a recapturar Ciudad Juárez. Villa se hallaba ante un difícil dilema: ¿debía resistir a los federales en la propia Ciudad Juárez, o debía salir y pelear en otro lugar? La primera opción presentaba ciertas ventajas: la ciudad había sido fortificada por el ejército federal y esas defensas habían caído intactas en sus manos; el ejército villista tendría la ventaja de una posición defensiva contra una fuerza atacante externa. Pero las desventajas eran mayores. Una batalla importante junto a la frontera estadounidense podía suscitar, por las razones antes mencionadas, una intervención militar, incluso si ambos bandos procuraban evitar causar bajas al otro lado, y era aún más probable si los federales, como sospechaban algunos observadores, disparaban intencionalmente contra El Paso para provocar un ataque de Estados Unidos contra las tropas más cercanas: los villistas de Ciudad Juárez. Otra consideración fue que sus tropas no tenían ni municiones ni provisiones para soportar un largo asedio. Lo que necesitaba era una victoria inmediata, y decidió que la mejor forma de lograrla y de minimizar los riesgos de una intervención estadounidense era forzar a los federales a pelear a treinta millas de Ciudad Juárez, cerca de la pequeña estación de ferrocarril de Tierra Blanca. “Mucho antes del alba del 23 de noviembre”, recordaba un mercenario sueco que se había unido a Villa y que participaría en la subsecuente batalla,

se despertó sigilosamente a la tropa en sus alojamientos, es decir a cielo abierto detrás de las casas, la iglesia, el pabellón de la plaza o donde hubieran hallado refugio contra el áspero viento frío. Excepto por algunos oficiales de alta graduación, nadie parecía saber de qué se trataba. A los hombres se les dijo que comieran y estuvieran listos para partir al alba en orden de marcha y “sin mujeres”. Pronto empezaron a circular rumores de que un gran contingente enemigo marchaba hacia nosotros y no se hallaba muy lejos. Los hombres tomaron las noticias con calma y austera entereza, pero mostraron algún júbilo a su estoica manera india.

Justo antes del alba, esa pequeña y mal equipada fuerza rebelde, de unos 500 hombres, con las cananas vacías en sus tres cuartas partes, salió de Ciudad Juárez. La columna era de lo más insólita y colorida, pero me embargó una extraña tristeza, llena de simpatía, hacia esos pequeños y valientes peones e indígenas.⁷¹ Su causa parecía tan desesperada, enfrentada a una fuerza tan

desigual. Algunos ni siquiera tenían arma de fuego, pero gallardamente cargaban sus machetes y sus largos cuchillos de aspecto temible, muchos de ellos cuchillos de monte [...]

Las mujeres tenían órdenes de permanecer detrás, pero cientos de ellas, agarradas de los estribos, acompañaron durante un trecho a sus hombres. Otras mujeres, con carabinas y cananas y montadas, consiguieron colarse en nuestras filas y vinieron con nosotros. Tomaban su lugar en la línea de fuego y soportaban las privaciones y el fuego de ametralladora tan bien como los hombres. Eran todos dignos de alabanza. La imagen era rica y pintoresca, pero el silencio completo, los rostros estoicos aunque angustiados de las mujeres eran deprimentes, pues daban la impresión de que se encaminaban todos a un tremendo funeral, o a su perdición.⁷²

Tanto Villa como sus soldados estaban conscientes de que se hallaban en condiciones de gran inferioridad. Desde su derrota en la ciudad de Chihuahua, sabían cuán superior era la artillería federal y cuán devastador podía ser su impacto, y por añadidura, tenían menos municiones. En otras batallas, esas desventajas habían quedado compensadas por su mayor número y su mejor moral, pero esta vez ambos bandos eran aproximadamente iguales en número, y el ejército federal estaba constituido, no por reclutas del sur, sino por orozquistas que, como los revolucionarios, eran del norte, principalmente de Chihuahua, Durango y Coahuila. Cualquiera que fuera el motivo que les había llevado a las filas de Huerta, era mucho más lo que podían perder: si no eran fusilados, por lo menos no podrían regresar a sus casas. Por tanto, su voluntad de resistir y pelear era casi tan fuerte como la de los revolucionarios.

Otra dificultad para Villa era la falta de integración de su ejército. La mayoría de sus hombres sólo llevaban en su unidad de combate unas semanas. Esto se reflejaba incluso en la forma en que marchaban: “una formación medio gitana”, como informó un observador. “Tan sólo un regimiento, el de Villa, y quizás otro, marchaban en algo parecido al orden militar.”⁷³

En 1911, cuando el periodista Herrerías visitó por primera vez un campamento revolucionario en Chihuahua, quedó muy impresionado por la madura edad de sus integrantes, en general eran jefes de familia que habían dejado sus hogares por el muy serio asunto de combatir. Ahora en cambio los observadores señalaban el número de niños, con frecuencia de diez u once años, que formaban parte del ejército revolucionario. En la marcha hacia Tierra Blanca, el

mercenario sueco Thord Gray se conmovía al ver “muchachos en el grupo” y especialmente por

uno pequeño en particular, pues no tenía más de diez años de edad. Al pasar caminando a mi lado se veía hambriento y cansado, de modo que le ofrecí una tortilla y agua que engulló rápidamente. Me dijo que venía de Lago Guzmán, en el norte de Chihuahua, y que no sabía si su padre y su madre vivían, pero pensaba que a su padre lo habían matado los federales por negarse a la leva.⁷⁴

Pocas semanas antes, un reportero estadounidense también había quedado impresionado ante el número de menores de edad que halló entre las tropas revolucionarias.

Estos niños combaten ahora, soportan la vida del soldado con sus riesgos, su gloria, pagando el precio de la derrota. Se les ve en todos los campamentos, en todas las poblaciones [...]

Juan Dozal, el difunto lugarteniente o jefe de Estado Mayor de Pancho Villa, comandante rebelde, dijo el otro día que preferiría tener un regimiento de niños que de hombres viejos, excepto por una cosa. El propio Dozal es un soldado experimentado y su palabra tiene peso.

“No saben lo que es el peligro”, explicó, “atacarían cualquier cosa, avanzarían contra las ametralladoras y la artillería, en las laderas de las montañas o las calles barridas por los balazos, tan alegremente como regresan al campamento. La única cosa en su contra”, y Dozal sacudió la cabeza apesadumbrado, “es que no pueden disparar. No apuntan y desperdician una gran cantidad de municiones.”

En un punto todos están de acuerdo: que un muchacho de catorce años, desmoralizado por la vida militar, puede ser el ser humano más desalmado, más cruel, más despiadado de la tierra. El salvajismo y el dolor se convierten en primera naturaleza para él.⁷⁵

Estos muchachos también podían ser extremadamente valerosos al enfrentar la muerte. Al final de la batalla, Thord Gray encontró mortalmente herido al niño de diez años al que le había dado la tortilla. Trató de salvarlo haciendo que su asistente le amputara el brazo, pero no sirvió de nada.

Estábamos a punto de ponerlo en un armón cuando recobró el conocimiento: su débil sonrisa de reconocimiento era una maravilla. Su fusil, que habíamos

colocado a su lado, estaba con él; y de nuevo esa sonrisa agradecida, llena de comprensión. Entonces sacó algo de su bolsillo, y me lo dio y dijo: “Esto me lo dio mi mamá hace mucho. ¿Me lo guarda por favor?” Era una moneda estadounidense de veinticinco centavos, pulida y brillante.⁷⁶

En Tierra Blanca, esperó este ejército, cuyos soldados y comandante supremo no estaban acostumbrados a las batallas regulares, el ataque de las fuerzas federales. Villa había elegido bien su posición. Las tropas revolucionarias se estacionaron en unas colinas no muy altas que dominaban las dunas de arena a través de las cuales los federales tendrían que pasar para atacarlos y donde su cañón podía fácilmente estancarse.

La batalla empezó la noche del 23 de noviembre, cuando los federales dejaron sus trenes y atacaron las líneas de los rebeldes. El combate continuó por dos días, con una serie de cargas y contracargas en las que cada bando trataba de rebasar los flancos del otro. La mayor capacidad de fuego de su cañón, el mayor número de ametralladoras y, sobre todo, la mayor cantidad de municiones permitieron a los federales golpear incesantemente las líneas de los revolucionarios, que sin embargo conservaron sus posiciones. Pero para el tercer día su situación se había vuelto desesperada porque las municiones se les estaban agotando. Entonces, Villa ordenó a sus tropas cargar contra el demoledor fuego enemigo, ligeramente más escaso; en un momento crucial del combate, su caballería atacó los flancos del adversario sembrando el pánico, que creció más aún cuando los villistas lanzaron una locomotora cargada de dinamita contra un tren enemigo y causaron una tremenda explosión. Ahora en desbandada, los federales dejaron en manos de los villistas casi toda su artillería y huyeron hacia la ciudad de Chihuahua.

La batalla de Tierra Blanca mostró las cualidades y las debilidades del pensamiento estratégico de Villa. Tanto su elección del campo de batalla como la ocupación de las alturas estaban bien pensadas. Logró mantener la moral de sus tropas bajo un intenso fuego enemigo. Sus cargas de caballería, cuidadosamente calculadas para sorprender al enemigo, lo desmoralizaron y dispersaron. Al mismo tiempo, sin embargo, según un experto militar que participó en la batalla, Villa no tenía idea de lo que era conservar reservas y prácticamente lanzaba a la batalla a todos sus hombres. Cuando tenía que mandar refuerzos a algún sector, en vez de emplear tropas de reserva, tenía que debilitar otra parte del frente. Además, la batalla no estaba coordinada suficientemente y daba demasiada mano libre a cada comandante, lo que correspondía a la tradición de la lucha

guerrillera, pero era contrario a lo que se espera del comandante de un gran ejército en el campo de batalla. Finalmente, el experto opinaba que Villa no sabía cómo tratar con la artillería enemiga ni cómo situar y utilizar al máximo la suya propia.⁷⁷ En posteriores batallas, Villa logró corregir algunos de estos errores, consiguió expertos en asuntos tales como la artillería y siguió sus consejos. Pero algunas de sus debilidades persistirían y contribuirían a su derrota final en 1915.

El comandante de la guarnición de Chihuahua, Mercado, que se había mantenido en la retaguardia durante la batalla, encaraba ahora un problema extremadamente difícil. ¿Debía permanecer y combatir en Chihuahua tras una derrota en que sus tropas habían quedado desmoralizadas y en que habían perdido gran parte de su equipo, o debía evacuar la capital y retirarse hacia la frontera estadounidense? La clase alta de la ciudad, que había hecho cuanto podía para apoyarlo, tenía terror a las represalias que Villa podría tomar si entraba en Chihuahua; sus representantes imploraron a Mercado que se quedara y le ofrecieron dinero para sus tropas. Además, una gran columna de relevo estaba avanzando hacia Torreón. Si ésta era recuperada (de hecho lo fue a principios de diciembre de 1913), Mercado podía esperar que en poco tiempo sus comunicaciones con el centro del país quedaran restablecidas.

A pesar de todo, el comandante decidió evacuar Chihuahua. La razón que dio fue que había empezado a perder el control sobre los orozquistas, que eran una parte esencial de sus tropas; se habían desmoralizado tras la derrota de Tierra Blanca y estaban recurriendo al bandolerismo y volteándose contra la oligarquía de Chihuahua.⁷⁸ Dejó doscientos hombres para mantener el orden hasta la llegada de Villa, y salió de la ciudad con sus tropas; acompañado por gran parte de la oligarquía del estado, incluidos Luis Terrazas y Enrique Creel, partió hacia la ciudad fronteriza de Ojinaga, la única parte del estado de Chihuahua que aún estaba bajo el control de las tropas federales a fines de 1913.

Cuatro semanas que estremecieron a Chihuahua: la breve pero trascendental gubernatura de Pancho Villa

Dices que eres el terror
de toditos tus contrarios
y tienes a tu favor
a todos los millonarios.
Dice don Francisco Villa:
—Eso no tiene que ver
te hemos de buscar la orilla
hasta morir o vencer.
Huerta, quisieras poder
salvar México de un brinco,
Villa te vendrá a poner
las peras a veinticinco.

Y si no lo quieres creer,
no te retires muy lejos,
no tardarás mucho en ver
ardiendo tus aparejos.
Tú y tus ricos millonarios
que vacilan con afán,
ellos temen que los dejes
abriendo las de caimán.
Con Villa no anda la infamia,
menos la calamidad;
antes socorre a los pobres
que le piden caridad.¹

El 1 de diciembre entraron en la capital de Chihuahua las primeras tropas de Villa, ordenadas y bien disciplinadas como habían entrado en Torreón. Pocas horas después, Villa las siguió. Masas de personas llenaron las calles para recibirlo, gritando: “¡Viva Villa! ¡Viva Carranza! ¡Viva la revolución!” En el Salón Rojo del palacio de gobierno, el comerciante Federico Moye, que había asumido el poder de manera provisional durante la transición entre el gobierno federal y el gobierno revolucionario, entregó oficialmente la ciudad. Declaró que no ambicionaba ningún puesto político y que se retiraba a la vida privada. La ceremonia se vio interrumpida por los vítores de miles de personas que llenaban las calles. Villa salió al balcón y saludó a sus “hermanos de raza”, que le respondieron con renovadas aclamaciones. Continuando con la ceremonia, Villa

le dio las gracias a Moya y le aseguró que los doscientos soldados del ejército federal que se habían quedado para guardar el orden serían bien tratados y se les permitiría ir adonde quisieran. Añadió que él tampoco tenía ambiciones políticas y que se retiraría a la vida privada en cuanto los combates hubieran terminado.

Para muchos de los villistas, ésta era la segunda vez que entraban triunfantes en la capital: dos años antes, tras la victoria de la revolución maderista, miles de personas habían acudido también a recibirlos y aclamarlos. En 1911, muchos de ellos no obtuvieron nada más que esos vítores, cincuenta pesos y un caballo, por los riesgos que habían corrido. Esta vez esperaban más. Cumplir esas expectativas no era sino uno de los muchos problemas que se le planteaban a Villa. El antiguo peón y forajido, que apenas unos meses antes no mandaba más que un grupo de guerrilleros, tenía ante sí tareas capaces de amilanar a cualquiera. Debía integrar su heterogénea fuerza de antiguas guerrillas en un conjunto coherente y bien disciplinado, capaz de enfrentar una nueva amenaza federal. Al sur de Chihuahua, el general federal José Refugio Velasco había recuperado Torreón, mientras en el noroeste del estado, en la ciudad fronteriza de Ojinaga, el antiguo comandante de la guarnición de la capital, Mercado, había reunido los restos de sus tropas, más de tres mil quinientos hombres, para apoyar la esperada ofensiva de Velasco desde el sur.

En gran medida, la capacidad de Villa para encarar la situación militar dependería de la forma en que resolviera los problemas políticos y económicos que se le presentaban: cómo administrar el estado de Chihuahua, la entidad más grande y una de las más ricas de México, y al hacerlo, cómo tener éxito allí donde Abraham González no había logrado conservar la unidad de las muy diversas fuerzas que lo llevaron al poder.

Los problemas que planteaba el gobierno de un estado tan complejo como Chihuahua a este revolucionario semianalfabeto eran enormes. Ni él ni sus comandantes tenían experiencia administrativa; la mayoría eran hombres sin educación y su conocimiento de la economía era nulo.

Chihuahua se hallaba en una situación muy difícil. Excepto por unos meses, a fines de 1911 y principios de 1912, había soportado casi tres años de combates continuos. Gran parte del sistema ferroviario del que tanto dependía estaba destruido. Muchas compañías estadounidenses habían dejado de funcionar y habían despedido a sus trabajadores. En muchos lugares, los alimentos escaseaban y la gente se hallaba al borde de la muerte por hambre.

También escaseaba el dinero. La gente acumulaba toda la plata que podía, como se suele hacer en tiempos de crisis. Gran parte del papel moneda se lo

habían llevado los miembros de la oligarquía en su retirada y las notas que hasta entonces se aceptaban como moneda de curso legal, entre otras las que expedía el Banco Minero propiedad de Creel, eran ahora rechazadas por muchos comerciantes y hombres de negocios porque no estaba claro si el nuevo gobierno las respaldaría.

Además, la población del estado estaba más dividida políticamente que en 1910-1911, cuando toda la sociedad civil se había rebelado contra Terrazas, Creel y Porfirio Díaz. Muchos miembros de las clases más bajas habían tomado el partido de Orozco y una gran parte de la clase media tenía miedo de lo que pudiera significar el gobierno villista. Era una situación volátil en la que fácilmente podían producirse motines y levantamientos, con su cauda de saqueos y pillajes, como los de Durango, que no sólo mancharían la imagen de la revolución, sino que implicarían el desperdicio de muchos recursos. En Durango, gran parte de la riqueza de la ciudad, en vez de ser utilizada para financiar la revolución, había sido saqueada por los soldados y los pobres, y por generales codiciosos como Tomás Urbina. Gran parte simplemente se había convertido en humo. Aún más importante, a los ojos de Villa y Silvestre Terrazas, en un estado como Chihuahua, donde había tantas inversiones estadounidenses, con un número tan alto de residentes de esa nacionalidad y con una frontera tan larga con Estados Unidos, los motines descontrolados y los saqueos podían fácilmente provocar lo que más temían todos los revolucionarios mexicanos: una intervención estadounidense.

Si Villa quería mantener el orden, tenía que atender las expectativas y esperanzas de sus soldados y de las clases bajas en general, en gran parte decepcionados por lo poco que habían obtenido durante la gubernatura de Abraham González. Muchos apoyaban a Villa y esperaban grandes cosas de él; otros simpatizaban todavía con Orozco. Si Villa quería conservar y ampliar su base de apoyo tendría que dar mucho más que las promesas y concesiones moderadas de González y Madero.

Por añadidura, si Villa quería gobernar y controlar efectivamente la región norteña que sus tropas ocupaban, el apoyo de las clases bajas no bastaba. Necesitaba también atraerse a las clases medias, una empresa mucho más difícil. En opinión de muchos de los comerciantes, artesanos, burócratas, médicos y maestros de Chihuahua, él era la encarnación misma de las tradiciones más temibles de la historia mexicana. Temían un alzamiento violento de la clase baja que llevara a una masacre general e indiscriminada. Las matanzas de habitantes de las ciudades que llevaron a cabo los seguidores de Hidalgo durante la guerra

de independencia, en 1810-1811, y las de los mayas de Yucatán durante la guerra de castas de 1847-1848 estaban muy presentes en su recuerdo. Aunque casi no existían indios rebeldes en Chihuahua, el miedo general a los excesos de las clases inferiores se había visto alimentado por el saqueo orozquista de Parral en 1912 y por las escenas aún más horribles que protagonizaron los hombres de Urbina y los pobres de Durango en 1913. Exacerbaban ese temor los íntimos vínculos de Urbina con Villa y la imagen de éste último como bandido, ahora muy exagerada por la prensa conservadora de Chihuahua.

Sin embargo, su miedo inicial no era lo bastante fuerte para que esas clases medias cayeran en brazos de Huerta, ya que existía en ellas un potencial genuinamente revolucionario. Muchos de sus miembros habían participado en la revolución maderista; otros muchos habían simpatizado con ella. Odiaban el monopolio de poder político y económico ejercido por el clan Terrazas-Creel. Querían más democracia, anhelo íntimamente vinculado al deseo de movilidad social. Especialmente en el distrito de Galeana, donde residían los mormones, muchos albergaban fuertes sentimientos nacionalistas y les molestaban los derechos y privilegios de los inmigrantes y las empresas estadounidenses en México.

González había satisfecho en realidad muchas de las demandas de esta clase media; había instaurado el gobierno más democrático que Chihuahua conoció desde la independencia; había restablecido en gran medida la autonomía municipal que Terrazas y Creel prácticamente abolieron y, con ello, había dado a muchos maestros, comerciantes, abogados, rancheros acomodados y funcionarios locales un poder que habían perdido cuando el gobierno estatal empezó a asumir el control de los pueblos; había reducido la carga fiscal impuesta a las clases medias e intentado hacer del poder judicial y de la policía cuerpos más autónomos respecto de la oligarquía estatal. Aunque ciertamente no era un antiestadounidense, González había menoscabado algunos de los privilegios de que disfrutaban los estadounidenses en Chihuahua al restaurar la autonomía municipal en las poblaciones de las compañías. Por otra parte, la decisión de Madero de sustituir con mexicanos a los ferrocarrileros estadounidenses, que a menudo no sabían español, fue muy popular en Chihuahua.²

Pero, aunque respaldaron a González, algunos miembros de las clases medias también expresaban descontento. No les gustaba que en los hechos Creel gozara de una inmunidad que impedía procesarlo por el escándalo del Banco Minero. Les molestaba todavía más que apenas se hubiera tocado el enorme imperio

económico de la oligarquía. Además, les preocupaba que ni Madero ni González lograran pacificar el estado. Aunque había hecho la paz con Orozco, Huerta no podía capitalizar ese descontento: la imposición de un gobernador militar venido de fuera a un pueblo tan orgulloso y celoso de su independencia como el chihuahuense, el asesinato de González, que significaba que cualquiera que hubiera simpatizado con Madero podía correr la misma suerte, la incapacidad de Huerta para restaurar la paz y sus íntimos vínculos con Terrazas y Creel, todo contribuía a que los chihuahuenses sintieran una creciente simpatía por los constitucionalistas.

Además de reorganizar su ejército y ganarse las simpatías del pueblo de Chihuahua, Villa encaraba un problema más, de parecida importancia: ¿cómo obtener el apoyo o por lo menos la neutralidad de Estados Unidos? No sólo temía una intervención, sino que dependía cada vez más de las armas estadounidenses. A fines de 1913, el gobierno de Estados Unidos estaba mejor dispuesto hacia él,³ y al parecer obstaculizaba cada vez menos el contrabando de armas para sus tropas. De hecho, se hablaba de que el embargo, que todavía funcionaba oficialmente para todas las facciones en México, pronto se levantaría; eso acrecentaría la dependencia de los villistas respecto del abasto estadounidense.

Finalmente, el gobierno de Chihuahua tendría que conducirse de modo tal que no produjera una ruptura con Carranza, a quien Villa había reconocido nominalmente como jefe supremo de la revolución. Dado que Huerta estaba lejos de haber sido derrotado, esa ruptura podía tener desastrosas consecuencias.

No es sorprendente que en vista de todos estos problemas, Villa se resistiera al principio a aceptar cuando los dirigentes chihuahuenses de su ejército lo nombraron gobernador militar del estado. Después de todo, dirigir y reorganizar su División del Norte era ya una tarea gigantesca. Una opción con que contaba en teoría, pero que nunca estuvo dispuesto a poner en práctica, era retirarse completamente del campo político y poner el gobierno de Chihuahua en manos del candidato que proponía Carranza, Manuel Chao. Carranza, aunque dejaba gran parte de la jefatura militar a sus comandantes, estaba procurando tomar el poder político en los territorios que éstos controlaban. Villa no sólo desconfiaba de él; estaba consciente de que, a los ojos de los habitantes de Chihuahua, él sería responsable en última instancia del gobierno del estado. Chao, tal vez debido a su anterior confrontación con Villa, o porque pensaba que éste a la larga no podría ser a la vez gobernador y comandante en jefe de la División de Norte, fue uno de los generales que lo eligieron para ese cargo.

Una alternativa era nombrar a alguien que tuviera instrucción y experiencia, en quien Villa confiara y a quien pudiera controlar, para desempeñar un papel decisivo en la administración del estado. No había muchas personas que reunieran esos requisitos. Eran aquellos funcionarios del gobierno de Abraham González que habían huido a El Paso tras su asesinato y creado una junta constitucionalista que hacía propaganda a favor de Villa y contrabando de armas para su ejército. Los miembros más destacados de esa junta eran el antiguo suplente de Abraham González, Aureliano González; un exfuncionario de Hacienda, Sebastián Vargas, y el periodista Silvestre Terrazas. De todos ellos, Silvestre Terrazas era en quien Villa más confiaba. La razón no está completamente clara: era el que tenía menos experiencia administrativa, ya que nunca había ocupado ningún cargo de gobierno. Tal vez ése fue uno de los principales motivos por los que Villa lo eligió, ya que probablemente desconfiaba de Aureliano González, cuyo gobierno había sido extremadamente mediocre. En su periódico, *El Correo de Chihuahua*, Silvestre Terrazas siempre había informado positivamente sobre Villa, y éste le había entregado grandes cantidades de dinero para comprar armas. Cuando se reunieron, después de que Villa tomó Ciudad Juárez, el revolucionario quedó impresionado. Silvestre Terrazas también ofrecía importantes ventajas políticas, ya que, durante una década, su periódico había sido algo así como la conciencia de Chihuahua y era muy respetado entre las clases medias del estado, de modo que lograr su colaboración era el primer paso para ganarse el apoyo de esas clases. Además, no era un militar, no tenía tropas ni fuerza propia; como dependía de Villa en ese campo, se podía contar con que no se rebelaría.

De hecho, la confianza de Villa en el periodista fue tan grande que estuvo dispuesto a renunciar en su favor al puesto para el que acababan de elegirlo sus comandantes. Según las memorias de Silvestre Terrazas, pocas horas después de que su ejército ocupó Chihuahua, Villa lo llamó al Despacho Ejecutivo del palacio y le dijo:

–Bueno, ahora yo quiero que usted sea el gobernador del estado...

Fue tal mi sorpresa, que apenas repuesto le contesté:

–No, general, no puedo ni debo aceptarlo...

–¿Por qué? –me replicó.

–Porque entre toda su gente que lo sigue trae muchos que no respetarían a una autoridad civil que yo representara, y es mejor evitarlo. Ahora sólo

obedecen a usted y, por lo tanto, conviene que usted o uno muy cercano sea el Gobernador Militar de Chihuahua. Yo sólo he sido siempre civil.

–Pero es que yo lo reconoceré y daré un alto grado militar...

–¿Y para qué me sirve que me lo dé si no lo merezco, ya que yo no he sido siquiera soldado raso?

–Bueno. De todos modos yo deseo que usted me ayude en el gobierno. ¿Quiere usted, entonces, ser el secretario general?

–Acepto –le dije–, pero a condición de que sólo me entienda con el ramo civil, por el que sí le respondo, pero sin mezclarme en nada con el ramo militar, con el que se seguirá entendiendo directamente...⁴

Al aceptar tan alto cargo, el periodista daba un gran paso. Siempre había luchado por quitar del poder a la dinastía Terrazas-Creel, pero nunca había defendido el tipo de transformaciones sociales que él y Villa pronto intentarían poner en práctica. De hecho, aunque simpatizó con el Partido Antirreeleccionista, no se unió a la revolución maderista. Incluso a principios de 1911, todavía estaba convencido, como escribió a Porfirio Díaz, de que con sólo retirar a Terrazas y a Creel del poder y hacer algunos cambios más en Chihuahua, se encontraría la solución y Díaz podría conservar el gobierno de la nación.⁵

Sus memorias no aclaran qué factores lo llevaron a cambiar de actitud. Ciertamente el cierre de su periódico por el gobierno huertista y su indignación ante los asesinatos de Madero y González deben haber pesado en su decisión de participar en el gobierno de Chihuahua. Además, entendía que mientras Huerta permaneciera en el poder él no podría continuar con la publicación de su periódico y su propia vida estaría en riesgo si permanecía en Chihuahua. Es bastante comprensible que apoyara una revolución todavía encabezada por Carranza, que era más moderado; lo es menos por qué estuvo dispuesto a colaborar con el gobierno de Villa, cosa que resultaba bastante peligrosa, en vista de la reputación sanguinaria del caudillo. Además, significaba que tendría que abandonar, por lo menos durante un tiempo, el trabajo de su vida como editor de periódico. ¿Lo tentó tal vez el poder? ¿O fue la convicción de que al asumir el puesto de secretario general de Gobierno podría contener a Villa y de hecho convertirse en una especie de tribuno de las clases medias? Sin decirlo explícitamente, se describe en sus memorias como un hombre que intentaba contener a Villa y llevarlo por el camino de la moderación.

¿Hablaban en serio Villa cuando vaciló en aceptar la gubernatura de Chihuahua o estaba simplemente adoptando el tono de autodesprecio que con frecuencia asumía cuando hablaba con extraños más instruidos que él? En todas las entrevistas, con políticos o con reporteros, subrayaba que era un hombre del pueblo, pobre e ignorante, incapaz de encarar responsabilidades y que prefería dejar los cargos más altos a hombres experimentados. No hay razón para suponer que su negativa inicial fuera una puesta en escena. Aunque es cierto que era dado a los gestos teatrales, sólo recurría a ellos en un contexto público, cuando procuraba impresionar a forasteros importantes o a la población en general. No tenía por qué emplearlos sólo para impresionar a un subordinado. Tal vez se trató de la misma falta de confianza en su capacidad para administrar una economía compleja o de desprecio por los políticos civiles por la que en los dos años siguientes no intentó asumir la presidencia de México. Esa actitud no era exclusiva suya. Ninguno de los dirigentes militares de la revolución que procedían de las clases bajas había ejercido verdadero poder administrativo sobre partes importantes del país, y no hay indicios de que ninguno de ellos, en esa primera etapa de la revolución y con la excepción de Zapata y de Orozco (que no puede ser considerado un “dirigente que procedía de las clases bajas”), aspirara siquiera a ejercerlo. En 1911 todos los gobernadores “revolucionarios” de los estados norteros, donde la revolución había triunfado, eran hacendados, como Carranza y Maytorena, o miembros de la clase media, como Abraham González.

Los problemas militares que Villa enfrentaba eran enormes y por momentos parecían insuperables. Tenía ahora un ejército regular de casi diez mil soldados, muchos de ellos mal armados, mal disciplinados y con las lealtades no muy bien definidas entre sus jefes inmediatos y el mando central. Tenían que ser integrados, entrenados, alimentados, vestidos y armados, y había que hacerlo en una situación militar cada vez más precaria. La única forma en que Villa podía asegurar su control sobre Chihuahua y las demás regiones del norte que ocupaba era recuperando la ciudad de Torreón. Esta vez se hallaba al mando de las tropas federales uno de los mejores generales de Huerta, José Refugio Velasco, quien estaba construyendo un impresionante anillo de fortificaciones alrededor y dentro de la ciudad y concentrando allí a algunos de sus mejores soldados. Villa no podría contar con el elemento sorpresa, que había desempeñado un papel tan importante en la primera toma de Torreón y en la victoria de Ciudad Juárez.

Los revolucionarios de Chihuahua se encontraban en cierto modo en una situación similar a la que se les había presentado en noviembre y diciembre de

1910, cuando constituían la única fuerza revolucionaria importante que se enfrentaba a Porfirio Díaz. Esta vez había otras fuerzas en el tablero: Zapata peleaba en el sur; Pablo González tenía escaramuzas con los federales en el noreste y uno de los generales más brillantes que produjo la revolución, Álvaro Obregón, avanzaba lentamente hacia el sur, en Sonora. Pero el gobierno federal seguía enviando a las tropas mejor entrenadas y equipadas contra los revolucionarios de Chihuahua. ¿Por qué Villa, dadas las dificultades que presentaba la situación militar, tomaba sobre sí la carga adicional de gobernar a Chihuahua? Apenas sabía leer y escribir, nunca había tenido un cargo público ni ninguna responsabilidad administrativa. A diferencia de Madero en 1910-1911, no tenía una organización política en que apoyarse. A diferencia de lo que sucedía en Sonora, donde los revolucionarios contaban con la administración intacta de un estado, en Chihuahua la burocracia se había desorganizado tras el asesinato de Abraham González, en parte diezmada, en parte cooptada por el gobierno de Huerta. En el movimiento de Villa había pocos intelectuales u hombres con experiencia de gobierno que pudieran compensar la falta de instrucción y experiencia de su líder. Sin embargo, Villa decidió aceptar el reto.

Varias razones pueden colaborar a explicar su rápido cambio de opinión. En términos psicológicos, debe haberle dado particular satisfacción convertirse en supremo árbitro de la ley en el mismo estado en que había sido un perseguido. También se le presentaban ventajas prácticas. Convertido en gobernador, constituía un desafío directo al poder de Carranza, cuya autoridad se suponía que aceptaba. Aunque Carranza era nominalmente el Primer Jefe de la revolución, se había visto forzado en la práctica a conceder a sus caudillos militares el control de sus ejércitos. Pero trataba de conservar el control sobre la administración civil de los territorios que ocupaban. Al otorgar a los jefes de su ejército la palabra final sobre quién había de ser gobernador, en vez de dejar que Carranza tomara la decisión, Villa claramente señalaba límites a su poder. Aunque aceptó el cargo de gobernador sabiendo que en última instancia le sería muy difícil ejercer el poder civil y simultáneamente dedicar sus energías a organizar y comandar la División del Norte, tal vez lo hizo precisamente porque estaba consciente de que su gestión sería breve. En pocas semanas podría darle forma definitiva a lo que sería el poder revolucionario en el estado, nombrando hombres leales a él y capaces de limitar el posible poder de su sucesor. Ante todo, seguramente se dio cuenta de que el gobierno de Chihuahua y sus problemas militares estaban inextricablemente vinculados, y por eso quiso resolverlos todos a la vez.

En ese intento, contaba con algunas bazas: su popularidad entre las clases bajas del estado era enorme; su ascenso al poder lo había convertido en una leyenda viva a los ojos de muchos.

Además, gran parte de la riqueza que la oligarquía había acumulado aún se hallaba en Chihuahua. La mayor parte del ganado de Terrazas vagaba todavía en sus vastos latifundios, y aunque los oligarcas, en su precipitada fuga, se habían llevado grandes cantidades de papel moneda, no habían podido o no habían querido llevarse consigo los metales preciosos que sus bancos almacenaban, gran parte de los cuales, según los rumores, estaba escondida en el Banco Minero.

En pocas palabras, no había nadie en Chihuahua que pudiera desafiar el poder y la autoridad de Villa. La mayor parte de la oligarquía, que con tanta eficacia le impidió a González realizar su programa de reformas, había huido y Carranza no tenía poder para intervenir en la política interna del estado como lo había hecho Madero. Además, el gobierno del presidente Wilson en Estados Unidos estaba mucho mejor dispuesto hacia los revolucionarios mexicanos que el de Taft, y el peligro de una intervención estadounidense, mientras Villa pudiera controlar la situación en Chihuahua, no parecía inminente.

LA ESTRATEGIA REFORMISTA DE VILLA

En las primeras semanas después de tomar posesión, Villa elaboró y puso en práctica, con la colaboración de Silvestre Terrazas, una política que transformó a Chihuahua y le permitió resolver, por lo menos a corto plazo, algunas de sus dificultades más inmediatas, ganarse el apoyo de las clases baja y media y, al mismo tiempo, obtener los medios necesarios para transformar a la División del Norte en el mejor disciplinado y mejor equipado de todos los ejércitos revolucionarios. En cuanto a Estados Unidos, Villa se situó en una posición excepcional, ya que contaba con las simpatías simultáneas de los radicales estadounidenses, los capitalistas que tenían negocios en México y el gobierno de Wilson. También logró, durante un tiempo por lo menos, librarse de la imagen de bandido que durante tantos años lo había perseguido.

La piedra de toque de la estrategia de Villa fue un decreto promulgado en diciembre de 1913, que representaba una ruptura radical con la vía seguida por Madero y Abraham González. Ellos habían intentado eliminar el poder político de Terrazas y Creel, erosionando apenas su poderío económico, quitándoles algunas de sus prerrogativas y aumentando sus impuestos. Esa estrategia había

fallado en dos sentidos: les había alienado la simpatía tanto de las clases bajas, que consideraban que no iban suficientemente lejos, como de la oligarquía, que resentía las pérdidas, así fueran limitadas. El decreto de Villa, en cambio, era un acto de cirugía radical: ordenaba la confiscación de las tierras y demás propiedades pertenecientes a los terratenientes mexicanos más ricos y poderosos de Chihuahua, entre los cuales destacaban las familias Terrazas, Creel, Cuilty y Falomir.⁶ En cambio, no mencionaba las propiedades de los extranjeros. Villa no sólo se negó a confiscarlas o a aumentar sus impuestos sino que las protegió (con la excepción significativa de las propiedades de los españoles y los chinos) por todos los medios.

A corto plazo, las ganancias que producían las tierras confiscadas estarían destinadas a la hacienda pública, es decir en realidad al ejército, y a pagar pensiones a las viudas y los huérfanos de quienes habían muerto en la revolución. A largo plazo, el decreto decía que tras la victoria de la revolución, habrían de promulgarse leyes que modificarían radicalmente el régimen de propiedad de esas tierras: una parte sería dividida entre los veteranos revolucionarios, otra parte sería devuelta a los propietarios originales, a los que los hacendados se las habían arrebatado, y una tercera parte permanecería a disposición del estado, con el objetivo principal de cubrir las pensiones de las viudas y los huérfanos. Hasta la victoria final de la revolución, las tierras serían administradas por el Banco del Estado de Chihuahua.⁷

En algunos aspectos estas medidas no eran muy distintas de las que tomaron los jefes revolucionarios en otras partes de México. A pesar de la oposición inicial tanto de Carranza como del gobernador Maytorena, los revolucionarios de Sonora y del noreste de México estaban ocupando haciendas y propiedades de los enemigos reales o supuestos de la revolución y utilizaban las ganancias para financiar los costos de la revolución. Lo que distinguía el decreto de Villa de las medidas de los generales cercanos a Carranza, tanto en Sonora como en Coahuila y Tamaulipas, era que en esos estados la ocupación de latifundios (con una notoria excepción en Tamaulipas) nunca se vinculó al reparto y la expropiación de la tierra. La ocupación de las haciendas se llamaba “intervención”, un término que implica un estado de cosas temporal. Villa, en cambio, dejaba claro que la expropiación era definitiva y que otras personas se convertirían en beneficiarios de esas tierras. Lo que volvía peligrosa esta promesa a ojos de los revolucionarios más conservadores no era sólo que sentaba un precedente, sino que una promesa a los soldados en campaña no era cosa que pudiera romperse fácilmente sin correr el riesgo de suscitar protestas.

Aunque Silvestre Terrazas hizo los borradores de esos decretos, llevaban el sello de Villa: en ellos se combinaban su odio a la oligarquía del estado con la preocupación por sus soldados, que serían los primeros beneficiarios del decreto. En segundo lugar, lo serían los habitantes de las antiguas colonias militares, como San Andrés, que lo habían apoyado en todas sus campañas. Es significativo que los jornaleros sin tierras y los peones de las haciendas no estuvieran siquiera considerados. Sin embargo, se les daba la posibilidad de convertirse en beneficiarios: todo lo que tenían que hacer era ingresar a su ejército y automáticamente se harían candidatos a recibir tierras.

Aunque Villa prometió, pero no repartió tierras a la gente del campo, sí obtuvo un amplio apoyo de esa clase social. Esto puede parecer sorprendente, porque los campesinos de Chihuahua estaban cansados de promesas. Madero les había prometido tierras, pero tras asumir el poder no había hecho nada por ellos. Sin duda, las promesas de Villa eran más convincentes, en parte debido a sus orígenes sociales, pero sobre todo porque había confiscado las haciendas más grandes del estado y había expulsado a sus propietarios. Un factor adicional fue el establecimiento de un banco agrícola estatal que debía otorgar créditos a los agricultores.

También un elemento tradicional contribuyó a que los habitantes de los pueblos de Chihuahua aceptaran un cierto aplazamiento del reparto. Para los colonos militares, la propiedad de la tierra siempre había estado vinculada a la obligación de “ganarla” combatiendo; a sus ojos era pues muy apropiado que se condicionara al servicio en el ejército revolucionario. Los soldados en campaña no habrían aceptado fácilmente que se llevaran a cabo reformas agrarias antes de que ellos regresaran de la guerra. El decreto de Villa le ganó también el apoyo de los pobres urbanos, dado que gran parte de los rendimientos de las haciendas confiscadas se redistribuyó entre ellos en forma de alimentos subsidiados o de dádivas directas.

Por decreto también, Villa redujo drásticamente el precio de la carne. “El precio de la carne en Chihuahua queda fijado en quince centavos de peso por kilogramo, en vez del peso que se cobraba bajo el gobierno federal”, según *El Paso Times*. “El gobierno está manejando el mercado de la carne y cada día se envía a un destacamento de soldados a uno de los ranchos de los Terrazas, donde reúnen un rebaño y lo llevan a la ciudad para matarlo. La carne se reparte a los diversos mercados de la ciudad.”⁸

Pocas semanas después el mismo periódico informaba: “Se están dando raciones diarias a los mexicanos desempleados de las madereras y las minas

devastadas [...] Madera, Pearson y Casas Grandes reciben diariamente raciones del Ejército Constitucionalista. Los habitantes de las ciudades no encuentran empleo debido al cierre de industrias causado por la revolución mexicana [...] Llamam al comisario del Ejército Constitucionalista y reciben provisiones, por disposición de Villa, y el Ejército Constitucionalista carga con todo el costo de abastecerlos”.⁹

Las medidas de Villa también beneficiaban a los pobres y a los desempleados en otra forma: gracias a los recursos de que disponía para pagarles y equiparlos, miles de chihuahuenses se unieron a su ejército. Como resultado, a pesar de que muchas empresas habían cerrado debido al torbellino revolucionario, el desempleo se redujo drásticamente. La redistribución tuvo un tremendo impacto psicológico sobre los pobres de Chihuahua. Era la primera vez en la historia, hasta donde podían recordar, que un gobierno les daba algo.

Durante las pocas semanas en que fue gobernador de Chihuahua, la popularidad de Villa alcanzó nuevas cotas. De hecho, ningún otro dirigente de la revolución, con la posible excepción de Madero en los días que siguieron a su victoria, tendría nunca el prestigio y el carisma que él logró en ese tiempo. Más que ningún otro líder, se había convertido en una leyenda viva. Esto de ningún modo era el simple resultado de una respuesta racional a las disposiciones que dictaba. En el pensamiento popular, Villa se adecuaba a una serie de tradiciones e imágenes profundamente arraigadas, algunas de ellas características de todo el país, otras propias de sus clases bajas. Era la encarnación de la imagen tradicional mexicana del macho: tenía todas las cualidades combativas que el machismo exigía, era valiente, era un luchador de primera, su puntería con la pistola era proverbial y su habilidad como jinete era tan grande que los bardos escribían corridos sobre sus caballos. Su interés por las peleas de gallos y su reputación de mujeriego eran elementos esenciales de esa imagen. También lo era su crueldad, asimismo adecuada al modelo del macho.

Encajaba por igual en otra imagen: la del vengador de los pobres, el hombre de clase baja que la había hecho en grande pero que no olvidaba sus orígenes y volvía para castigar a los culpables de sus sufrimientos. Esta tradición estaba íntimamente ligada a la imagen que ofrecía de bandido social tipo Robin Hood – sobre todo, como resultado de sus actividades a principios de 1913–, la de un hombre que les quitaba a los ricos y les daba a los pobres. Estas dos tradiciones no siempre eran idénticas, ya que algunos bandidos sociales procedían de las clases altas. Pero, en el caso de Villa, coincidían. También correspondía a las tradiciones e imágenes específicas de la frontera norte. En Chihuahua, con sus

dos siglos de tradición de salvaje lucha contra los indios nómadas, los guerreros disfrutaban de un prestigio especial. Joaquín Terrazas todavía es hoy recordado como el hombre que derrotó a los apaches de Victorio en la batalla de Tres Castillos. E incluso cuando combatían contra el dominio de Luis Terrazas, la opinión de muchos chihuahuenses sobre él seguía siendo ambivalente: aunque en 1910 muchos lo veían como un tirano, también recordaban que durante su gobierno los apaches habían sufrido su mayor derrota.

Otra tradición de la frontera norte era la del buen caudillo. Conforme el gobierno central de México demostraba su incapacidad para proteger la frontera de los merodeadores o incluso para imponer la ley, la gente recurría a la protección de líderes regionales, caudillos como Santiago Vidaurri en el noreste y Luis Terrazas en Chihuahua. Los vínculos tradicionales de obligación mutua, reforzados a veces por lazos matrimoniales y mucho más frecuentemente por lazos de compadrazgo, se rompieron sólo cuando los caudillos se convirtieron en capitalistas y “olvidaron” sus deberes tradicionales, a fines del siglo XIX y principios del XX.

El personaje de Villa no sólo encajaba con esos modelos: él hacía un esfuerzo consciente por realzarlos. Aunque su gobierno distribuía alimentos a los pobres, él se encargaba de dar personalmente dinero y regalos a los necesitados. Muchas familias que ni siquiera conocía le pedían que apadrinara a sus hijos, y a menudo aceptaba y los llenaba de regalos. Tenía una memoria notable para las personas y los nombres, y recordaba no sólo a todos aquéllos que le habían hecho un favor, sino incluso a los que conocía por azar. Con frecuencia se saltaba las estructuras judiciales existentes para impartir personalmente severa justicia contra aquéllos acusados de maltratar a quienes él consideraba pobres u oprimidos. Incluso los que criticaban sus lances de mujeriego le reconocían la forma en que cuidaba de todas sus esposas e hijos. En todas las entrevistas que dio, Villa insistía en sus orígenes humildes y, como lo hizo en sus memorias, incluso exageraba el grado de persecución que había sufrido para mostrar que se había visto forzado a actuar fuera de la ley.

El desempeño de Villa como gobernador, la imagen que presentaba y la amnistía que ofreció le permitieron atraer a su causa a las clases bajas de la sociedad en Chihuahua, pero también en Durango y Coahuila. Muchos de quienes habían apoyado a Orozco y sus generales se le unieron, porque era el vencedor y porque parecía capaz de cumplir lo que Orozco y sus hombres habían prometido pero no habían llevado a la práctica.

Muchos de los elementos que favorecían la imagen de Villa ante los pobres tenían un efecto muy distinto en las clases medias y lo confirmaban como un bandido sediento de sangre y sin escrúpulos. El temor era tan grande que muchos habían apoyado a Pascual Orozco en 1912, cuando se sublevó contra el gobierno de Madero bajo el pretexto de defender la ciudad de Chihuahua de las hordas de Pancho Villa, a quien el gobernador González había pedido ayuda. Sin embargo, Villa logró desactivar esa imagen negativa en pocas semanas y muchos miembros de las clases medias abrazaron su causa. Tuvo cuidado, por lo menos en las primeras etapas de su gobierno, de que sus confiscaciones y expropiaciones afectaran sólo a la oligarquía y, de hecho, las clases medias se beneficiaron con la gran redistribución de la riqueza que se llevó a cabo en Chihuahua. Más importante aún fue el contraste que presentó la ordenada administración de Villa frente a la imagen violenta, arbitraria e indisciplinada del régimen de Huerta.

Las bien disciplinadas tropas villistas contrastaban con las de Orozco, que lo estaban cada vez menos y con frecuencia recurrían al bandolerismo tras su derrota en 1913. Sobre todo, Villa llevó a cabo inmediatamente acciones que sirvieron para borrar la imagen sangrienta que habían creado tanto sus ejecuciones indiscriminadas de prisioneros orozquistas, como la propaganda de sus enemigos. Una de sus primeras decisiones oficiales como gobernador de Chihuahua fue ofrecer una amnistía a todos aquellos que peleaban contra él si dejaban las armas.

La amnistía favorecía tanto a las clases bajas como a las medias. Estaba destinada a minar el apoyo a Orozco permitiendo que aquellos de sus partidarios que quisieran dejar las armas lo hicieran, en vez de forzarlos a seguir luchando para evitar la muerte. También aseguraba a los burócratas, abogados y maestros que habían continuado en su trabajo durante el gobierno de Orozco y la administración militar huertista que no habría represalias contra ellos.

Sin embargo, al principio, tras la ocupación de la ciudad de Chihuahua, Silvestre Terrazas pensó que sus esfuerzos por ganarse a las clases medias para el nuevo régimen podían fracasar y que una ola de terror recorrería Chihuahua. Otro rasgo característico de todas las convulsiones revolucionarias es que algunos individuos procuran utilizar la cobertura del torbellino revolucionario para llevar a cabo ajustes de cuentas personales. En vista de la sangrienta reputación de Villa, ciertas personas pensaron que había llegado el momento de

arreglar asuntos pendientes y enviar a la muerte a sus enemigos personales o simples competidores. En los días que siguieron a la entrada de las tropas de Villa, llegaron a su cuartel general montones de cartas de denuncia contra enemigos reales o supuestos de la revolución. Por fortuna para las víctimas potenciales, el hombre que primero examinaba esas cartas era el secretario general de Gobierno, Silvestre Terrazas. No era un hombre cruel y tenía relaciones personales con muchos de los denunciados; en realidad, él también habría tenido mucho que perder si se hubieran llevado a cabo ejecuciones masivas. Para él estaba claro que si su nombre quedaba asociado a una masacre, cuando las condiciones cambiaran y Villa se fuera, nunca podría reemprender una vida normal en su estado natal. Sería objeto no sólo del odio, sino probablemente de la venganza de las familias de las víctimas y de la opinión pública en general. Por tanto, procuró ignorar la mayoría de las delaciones y sobre todo evitó mencionárselas a Villa. Sin embargo, hubo una que no logró ocultar. Se trataba de una carta anónima con una lista detallada de

muchos de los más connotados hombres de negocios o empleados de las más poderosas instituciones locales [...] y se denunciaban allí hasta los escondites en donde se encontraban para salvar sus vidas [...] se detallaban de tal modo los cargos y se afirmaban con tan pasmosa seguridad, que al haber dado cuenta de él, se hubiera ocasionado una verdadera hecatombe haciendo víctimas a quienes figuraban y figuran hoy aún, en Chihuahua, entre los hombres más connotados en negocios comerciales e industriales.¹⁰

El autor anónimo denunciaba a aquellos hombres por diversos actos como apoyar a los militares, oponerse a González y expresarse peyorativamente de Villa.¹¹ Estas acusaciones eran particularmente peligrosas para los denunciados porque algunas probablemente eran ciertas.

Temiendo una masacre indiscriminada de gran parte de las clases altas y medias de Chihuahua, Silvestre Terrazas intentó ocultarle la carta a Villa. Conforme pasaban días y nada ocurría, el autor de la delación, por medios que Silvestre Terrazas no pudo determinar con exactitud, alertó a Villa sobre su existencia y éste le pidió a su secretario de Gobierno que se la mostrara. Silvestre Terrazas le dijo que no la creía digna de atención, pero se la llevaría al día siguiente. Esa misma noche, le dictó una versión “saneada” a su secretaria. Contenía solamente las acusaciones menos importantes y se refería nada más a

personas que Silvestre Terrazas estaba seguro de que no tenían una posición o unos antecedentes que pudieran contribuir al enojo de Villa.

A la mañana siguiente, para su alivio, Silvestre Terrazas halló al gobernador de buen humor. Esto significaba que sería sensible a sugerencias y argumentos. “Léamela”, le dijo Villa. Cuando Terrazas hubo leído diez o doce nombres de la versión “saneada”, Villa empezó a perder interés. “Pero si éstos son puros ‘chismes’; de veras que no merecen importancia”, le dijo Villa, y le dio instrucciones de que se la diera a Manuel Chao, que habría de sucederle, para que se ocupara en todo caso de imponer préstamos forzosos a algunos de los hombres mencionados en la carta.¹²

Terrazas pensaba que había evitado una “hecatombe” de la élite instruida de Chihuahua. ¿Así fue? ¿O tal vez Villa habría evitado la matanza aunque hubiera leído la delación original? Aunque no tenía reparos en ejecutar a sus enemigos, era lo bastante inteligente para darse cuenta de que ello podía costarle tanto el apoyo de las clases medias del estado como la buena voluntad de Estados Unidos, y de que necesitaba ambas cosas. Además, aunque odiaba a la oligarquía chihuahuense, nunca compartió la aversión y la oposición a las clases cultas que caracterizaron a muchos revolucionarios campesinos, incluidos algunos de sus seguidores. A pesar de todo, Silvestre Terrazas obviamente temía que en un ataque de furia ignorara todas esas consideraciones racionales. Sus temores eran exagerados o más bien prematuros. Durante el gobierno de Villa en Chihuahua, mientras su estrella estuvo en ascenso, no hubo masacres de civiles. Sólo dio inicio a las matanzas durante los últimos meses de su gobierno, cuando su fortuna se hallaba en declive y sentía que aquéllos en quienes había confiado lo estaban traicionando y que no tenía nada que perder. Entonces permitió que se matara a los civiles, y no sólo a los prisioneros y contrincantes militares, a los que siempre había hecho ejecutar. El número de ejecuciones aumentaría durante el periodo más sangriento de la historia de Chihuahua, la guerra de guerrillas que se libró en ese estado entre 1915 y 1920.

El hecho de que Villa no llevara a cabo grandes masacres no significa que no muriera ningún civil. Aunque en número limitado, hizo ejecutar secretamente a los que le desagradaban. Según Silvestre Terrazas, poco después de la entrada del ejército villista en la ciudad de Chihuahua, durante una cena en el restaurante Delmónicos, una de las pocas ocasiones oficiales a que asistió Villa (tenía tanto miedo de ser envenenado que durante la comida cambió con sus vecinos cada uno de los platos que le llevaban), algunos de sus hombres de confianza intercambiaron con él gestos en clave –llevándose la mano medio cerrada a las

sienes y dándole una media vuelta— para indicarle que sus órdenes sobre una ejecución habían sido cumplidas.¹³

Decidir si debía ejecutar o no a alguien no era un problema en que Villa se devanara los sesos mucho tiempo o sobre el que realizara extensas investigaciones antes de tomar una resolución. Guadalupe Galván había sido presidente municipal de Valle de Allende durante la era porfiriana. Según Silvestre Terrazas, que lo describe como “persona correcta y culta”,¹⁴ Galván había sido uno de los mejores presidentes municipales porfiristas. Con todo, había arrestado e impuesto multas a hombres que ahora peleaban en las filas de Villa. Éstos ordenaron su arresto poco después de la ocupación de Chihuahua e intentaron hacerlo fusilar. Su familia, desesperada, fue a ver a Villa para pedirle que detuviera la ejecución hasta que Galván pudiera defenderse. En este sentido, sus intereses y los de Villa coincidían, porque había órdenes estrictas de que no se hicieran ejecuciones sin su aprobación. Una vez que trajeron a Galván a su presencia, Villa llamó a Silvestre Terrazas. “¿Conoce usted a este señor?”, le preguntó: “Sí, general, es el señor Galván...” “¿Es buena o mala persona?” “Es buena gente.” “¿Merece que se le castigue o que se le trate mal?” “No, señor.” “¿Entonces, merece su libertad?” “Sí, señor...” “Bueno”, dijo Villa, “déjenlo libre...”¹⁵

La decisión de ejecutar a alguien habría sido igualmente sumaria.

El hecho de que las represalias que impuso Villa contra la población civil de Chihuahua fueran escasas mitigó los temores de la clase media y sirvió para mejorar su imagen en Estados Unidos. Ésta sí sufrió debido a otras represalias, aunque no ejecuciones, que Villa tomó después de ocupar Chihuahua, dirigidas contra los españoles residentes en la ciudad y contra el único miembro masculino de la familia Terrazas que había permanecido en ella, Luis Terrazas hijo. Ambos casos provocaron la intervención diplomática de los representantes estadounidenses.

Una de las primeras acciones de Villa tras asumir el poder en Chihuahua fue congrega a todos los españoles que pudo hallar en la ciudad para decirles que, en vista del apoyo que habían prestado a Félix Díaz y a Huerta en el derrocamiento de Madero, estaban todos expulsados de México. En una proclama firmada por Silvestre Terrazas el 9 de diciembre, el día que Villa tomó posesión como gobernador, se decretaba no sólo la expulsión de los españoles, sino la confiscación de todas sus propiedades, en castigo por sus actividades políticas. Esas propiedades serían utilizadas para mantener a las viudas y los huérfanos de los soldados y para financiar la revolución.¹⁶

Este decreto produjo una tormenta de protestas de los representantes extranjeros en Chihuahua. El primero en expresar esas objeciones fue el cónsul británico, Scobell, encargado de los intereses españoles en Chihuahua en ausencia del cónsul español. En vista del abierto apoyo de Gran Bretaña a Huerta, Villa no hizo el menor caso de su queja. Fue más amable, pero en última instancia igualmente inflexible, cuando los representantes estadounidenses, primero el cónsul de Estados Unidos, Letcher, y luego el cónsul en Torreón, George Carothers (que pronto sería representante especial de Estados Unidos ante Villa), intentaron convencerlo de cancelar esas medidas.¹⁷ Oficialmente, la intervención de los cónsules se produjo en respuesta a una solicitud de ayuda del embajador español en Washington, pero la posición estadounidense se basaba en algo más que el simple deseo de cumplir con los buenos modales diplomáticos. Si se le permitía a Villa expulsar con un golpe de la pluma a toda una comunidad de extranjeros, esto sentaría un precedente también para otras nacionalidades. Además, esas medidas creaban en el exterior una imagen tan mala de Villa que le hacían difícil a Estados Unidos adoptar una política más favorable a los revolucionarios, a quienes Woodrow Wilson parecía decidido a apoyar después de que Huerta lo desafió, al disolver las cámaras y hacerse reelegir presidente en el otoño de 1913.¹⁸

Según sus memorias, también Silvestre Terrazas protestó contra las medidas de Villa y contra el decreto que él mismo había firmado, y dijo al caudillo revolucionario que los españoles se habían integrado completamente a la vida mexicana, que trabajaban por el progreso de México y que no todos los españoles habían tenido las mismas actividades políticas.¹⁹

Villa permaneció inmovible. La única concesión que le hizo a su secretario de Gobierno fue permitir que se quedaran unos pocos españoles y, sobre todo, unas cuantas monjas que trabajaban como enfermeras en un hospital. Fue algo más conciliador en sus conversaciones con los representantes estadounidenses, y les prometió que, después de su expulsión, aquellos españoles que pudieran probar que no habían intervenido en la política mexicana ni apoyado a la dictadura de Huerta podrían volver. Se defendió arguyendo que los españoles habían tenido un papel importante en el derrocamiento de Madero. Le dijo a Silvestre Terrazas que mientras él estaba en prisión, en la ciudad de México, junto con Reyes, oyó que muchos españoles le ofrecían a éste ayuda en sus conspiraciones contra Madero. Según John Reed, Villa también dio razones históricas para la expulsión de los españoles.

No han cambiado de carácter desde los conquistadores. Destruyeron el imperio indio y esclavizaron al pueblo. No les pedimos que mezclaran su sangre con la nuestra. Dos veces los sacamos de México y les permitimos regresar con los mismos derechos de los mexicanos, y ellos usaron esos derechos para robarnos nuestra tierra, para hacer esclavo a nuestro pueblo y para tomar las armas contra la causa de la libertad [...] Fueron los españoles quienes fraguaron el plan para poner a Huerta en el poder. Cuando Madero fue asesinado, los españoles de todos los estados de la república hicieron banquetes para celebrar.²⁰

Es casi seguro que muchos españoles en efecto apoyaron el golpe contra Madero. El embajador español había pedido la renuncia del presidente y catorce españoles formaban parte de las tropas de Félix Díaz que intentaron derrocar a Madero. No hay duda tampoco de que la gran mayoría de los españoles en México celebraron el ascenso de Huerta al poder. Como dijo el ministro español, con lenguaje diplomático, en el informe confidencial que envió a su gobierno:

Las clases mercantiles, industriales, agricultores y propietarios habían perdido toda fe en el gobierno del señor Madero, llegando a serle hostiles también por lo mismo todas las colonias extranjeras. Nada de particular había pues en que la totalidad o casi totalidad de los socios del Casino pensara lo mismo, con la particularidad, sin embargo, de que somos expansivos, hablamos el mismo idioma que los mexicanos, nos identificamos fácilmente con sus problemas y como consecuencia nos apasionamos. El Casino, según fue siendo sabido de todos, llegó a ser un foco de antimaderismo.²¹

La mayoría de los españoles en Torreón y Chihuahua había apoyado al gobierno militar de Huerta y hay indicios de que algunos se unieron al contingente de voluntarios armados, la Defensa Social, creado en Torreón por las clases altas de la ciudad para combatir contra los revolucionarios.

Otros residentes extranjeros de México también habían apoyado con entusiasmo a Huerta y odiado a Madero. Sin embargo, Villa tuvo mucho cuidado de no tocarlos ni a ellos ni sus propiedades. El hecho de que distinguiera a los españoles estaba ciertamente vinculado a la circunstancia de que España era un país mucho más débil que Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos. Difícilmente habría podido intervenir en México para proteger las propiedades de sus ciudadanos. Más importante aún es el hecho de que las acciones y opiniones de Villa sobre los españoles reflejaban la actitud de gran parte de las clases bajas y

medias del norte de México. Muchos españoles eran impopulares, ya que solían ser administradores de las haciendas o pequeños comerciantes, que tenían conflictos frecuentes con las clases bajas de la sociedad mexicana. Villa pensaba, probablemente con razón, que la expulsión aumentaría en vez de mermar su popularidad en Chihuahua. Lo mismo puede decirse de otra de sus medidas represivas, que atrajo considerable atención tanto nacional como internacionalmente: el arresto del hijo del hacendado más rico de México, llamado como su padre Luis Terrazas.

VILLA Y TERRAZAS

A diferencia del resto de su familia, Luis Terrazas hijo había permanecido en la ciudad de Chihuahua. Se había refugiado en lo que consideraba un lugar seguro, el consulado británico, que disfrutaba de inmunidad diplomática, desde donde pensaba que podría operar a placer.

Según un informe anónimo enviado a Silvestre Terrazas, la razón de que Luis hijo permaneciera en Chihuahua y no se uniera al resto de su familia en el largo y arduo camino de las tropas federales que se retiraban hacia Ojinaga, para finalmente hallar libertad y asilo en Estados Unidos, era que quería “tener el gusto de comprar al mismo gobierno y al mismo general Villa”.²²

Esta declaración es muy plausible. En opinión de los Terrazas todos los revolucionarios eran bandidos y habían intentado comprar a todos sus dirigentes. Aunque nada habían logrado con Abraham González, sí consiguieron el apoyo de Orozco. ¿Por qué sería más difícil seducir a Villa, que realmente había sido un forajido durante tantos años?

Si querían dejar a un miembro del clan en Chihuahua, Luis Terrazas hijo era probablemente el mejor candidato. A diferencia de la mayoría de los demás, no había participado en la administración política del estado. Según Silvestre Terrazas, que no tenía razón para sentir simpatía por la familia de ese pariente lejano, Luis Terrazas hijo era “un hombre bueno” y “dadas las grandes simpatías de que gozaba [...] su aprehensión causó impresión general en Chihuahua”.²³ Además, dado que era el encargado de supervisar la administración de todas las haciendas de los Terrazas, su familia posiblemente lo consideraba la persona más calificada para seguir haciéndolo. Sin embargo, ya fuera que sus parientes lo indujeran a quedarse para que cuidara de sus propiedades o que lo hiciera por voluntad propia, resultó un error de cálculo que le valdría enormes sufrimientos y tendría enormes costos para la familia. Villa no mostró respeto alguno por la

inmunidad diplomática del consulado británico: sus hombres lo invadieron y arrestaron al joven Terrazas.

Las victorias de Villa en Ciudad Juárez y Tierra Blanca y la decisión del comandante federal Mercado de evacuar la ciudad de Chihuahua fueron tan sorprendentes para los hermanos Creel y sus socios que no tuvieron tiempo de evacuar el oro que guardaban en el Banco Minero de Chihuahua. Estaban obviamente convencidos de que transportar semejante fortuna bajo la dudosa protección de los soldados desmoralizados de Mercado era correr un riesgo inaceptable. En consecuencia, como decía el informe de la junta directiva del banco: “Dejamos oculta en una columna dentro de las arcas de nuestra Oficina, la cantidad de \$ 590 000 oro nacional”.²⁴

Dado que era uno de los directores del banco, Luis Terrazas hijo conocía el escondite. Desafortunadamente para él, Villa sospechó que el banco no podía haber enviado fuera del estado todo su dinero y que, si el banco tenía secretos, Luis Terrazas ciertamente estaría enterado de ellos. Primero probó la persuasión amable. Envío a dos de sus partidarios de clase alta de más confianza para que procuraran llegar a un terreno común con Terrazas hijo e intentaran convencerlo de que revelara su secreto. Dichos enviados fueron un ingeniero, Andrés Farías, y el hermano de Francisco Madero, Raúl Madero, que acababa de unirse a Villa. Luego el propio general se entrevistó con Terrazas. “Haciendo todos ellos una gran presión para que yo les entregase la cantidad de \$ 500 000.00 que pedían por mi libertad”, informó más tarde Luis Terrazas a sus socios. “Yo les dije que no tenía ningún dinero disponible y que por lo mismo nada podía entregarles y que podían hacer de mi persona lo que quisieran porque me era imposible dar cumplimiento a sus exigencias.”

Villa decidió entonces emplear otros medios de convencimiento.

En la noche del día en que tuvo lugar esa conferencia y a eso de las once llegaron a mi prisión Medinaveitia, Manuel Baca y Pascual Tostado y me dieron orden de que los acompañara, como lo hice, en un automóvil. Yo suponía que se trataba de fusilarme y estuve resignado a morir.

[...] Cerca de un árbol me hicieron salir del automóvil. Allí volvieron a pedirme dinero y se los negué porque no lo tenía. Al bajarme del automóvil Pascual Tostado me dio cintarazos y siguió golpeándome de la misma manera. Manuel Baca me colocó una soga al cuello y entonces comprendí que se trataba de ahorcarme. Medinaveitia dijo: “¿Qué sucede don Pascual? Vamos a trabajar”. Tiraron de la cuerda el mismo Medinaveitia y Tostado y quedé

inconsciente y no supe más de lo que pasaría en aquel lugar. Después de tres horas me volvió la consciencia encontrándome ya en mi prisión y pudiendo notar que el cuello se me había inflamado mucho y que con dificultad podía hablar y tomar agua. Al día siguiente se presentaron en mi prisión don Raúl Madero y don Andrés Farías, haciéndome nuevos amagos no solamente respecto de mi persona, sino también respecto de mis familias [sic], pues se encontraban en Chihuahua la señora mi madre, mi esposa, mis hijas y casi todas mis hermanas [...] Entonces comprendí que la única manera de salvar a mi madre y demás personas de mi familia, así como salvarme a mí mismo, sería entregando el oro que pertenecía al Banco Minero.

En su declaración, Luis Terrazas insistía en que tanto Villa como Raúl Madero le prometieron que, a cambio de su secreto, tanto su familia como él serían liberados. Añadía con amargura que la promesa nunca se cumplió.²⁵

Tras varias horas de buscar en el banco –Luis Terrazas hijo no sabía exactamente en qué columna habían ocultado el dinero–, un grupo encabezado por Raúl Madero y el secretario de Villa, Luis Aguirre Benavides, finalmente encontró el oro que los Creel habían escondido.

Se lo entregaron a Villa que guardó la mayor parte en una caja fuerte. Sin embargo, personalmente distribuyó una porción entre sus generales. Le dijo a su secretario, Luis Aguirre Benavides, que tomara diez mil pesos para él. “Si nos ha de llevar la chingada en esta aventura en la que usted también se la juega”, le dijo a su secretario, “no está bien que deje a los suyos en el desamparo.”²⁶

Desde un punto de vista práctico, no es sorprendente que Villa, si realmente le prometió a Luis Terrazas liberarlo, faltara después a su palabra. El hijo del viejo hacendado seguía siendo muy valioso para él. Villa había confiscado las inmensas propiedades de los Terrazas y podía ahora disponer de los grandes rebaños de ganado del viejo caudillo, pero escaso valor tendrían para él si no podía venderlos en el mercado abierto de Estados Unidos. Si Luis Terrazas padre realmente lo deseaba, tenía a su alcance medios eficaces para impedirle hacerlo o por lo menos para crearle enormes obstáculos: podía vender sus propiedades a los estadounidenses, de modo que si Villa se negaba a entregar las haciendas a los nuevos propietarios, éstos intentarían un embargo del ganado cuando llegara a la frontera y podrían provocarle conflictos con las autoridades estadounidenses que, en vista de su dependencia respecto de las armas procedentes de ese país, Villa quería evitar a toda costa. Incluso si Terrazas no deseaba vender sus propiedades, podía recurrir a los tribunales estadounidenses y declarar que el

ganado que los hombres de Villa traían a la frontera era robado. Tal recurso tal vez no impediría, pero sí demoraría, la venta del ganado mexicano, rendimientos que el revolucionario necesitaba desesperadamente.

Para evitar esas represalias, Villa decidió conservar como rehén a Luis Terrazas hijo a pesar del torrente de protestas, súplicas y demandas procedente de los funcionarios, políticos y diplomáticos estadounidenses que el clan Terrazas logró movilizar, aunque no tenían razón oficial para protestar, ya que Terrazas era un ciudadano mexicano.²⁷

Cuando George Carothers, el representante especial de Estados Unidos lo fue a ver y, entre otras cosas, intercedió en favor de Luis Terrazas hijo, Villa declaró solemnemente que no fusilaría a su prisionero.²⁸ Puesto que no tenía intención de hacerlo de cualquier manera –era demasiado valioso como rehén–, no estaba cediendo nada, pero parecía hacer una gran concesión a los estadounidenses.

Lo que Villa realmente quería aparece en una carta sin firma localizada en los archivos del secretario de Gobierno, Silvestre Terrazas. Está fechada en diciembre de 1913 y dice:

Cumpliendo con los deberes que nos impone la sangre nos vemos obligados a solicitar de usted, de la manera más respetuosa, la gracia de la vida a favor del expresado nuestro don Luis Terrazas, hijo.

Si usted accede a otorgarnos tan valioso favor, nos comprometemos los abajo suscritos, de la manera más solemne, a separarnos absolutamente de la revolución que lleva a cabo el general Victoriano Huerta, en la cual, ofuscados por las pasiones políticas, hemos tomado participio.

La misma carta decía que Villa quedaba

expresamente autorizado por nosotros para disponer de cuanto fuera necesario de nuestros bienes, para sostener su ejército, durante la lucha que usted tiene empeñada en defensa de la Constitución [...] Además, nos comprometemos a entregar mensualmente, donde quiera que usted se encuentre, la cantidad de trescientos mil pesos, en moneda corriente del cuño mexicano.

La carta concluía diciendo que este acuerdo “queda sujeto a la aprobación del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza”.²⁹

La carta no está firmada; obviamente no era más que un borrador del documento que los Terrazas debían firmar y que indica el tipo de rescate que se les pedía a cambio de la vida de su hijo.

Aunque los Terrazas fueron tal vez ingenuos al suponer que no se violaría la inmunidad diplomática del consulado británico, Villa fue también ingenuo al suponer que los Terrazas simplemente accederían a sus exigencias. Eran demasiado duros para eso. Finalmente se llegó a un acuerdo en que Villa terminó pagándole a Luis Terrazas padre y no éste a él. Fue un pacto complejo y secreto que negoció por parte de Villa uno de sus representantes en Estados Unidos, un oscuro hombre de negocios de Torreón, Lázaro de la Garza, con varios compradores estadounidenses, y establecía que Luis Terrazas recibiría parte de los fondos obtenidos de la venta de su ganado.³⁰

Este acuerdo, junto con la preocupación por la suerte de su hijo, puede explicar por qué Terrazas, a pesar de la confiscación de sus propiedades, rehusó la oferta de una compañía estadounidense de comprarle sus más de 2 400 000 hectáreas a casi dos dólares por hectárea.³¹

Casi un año después de la detención de Luis Terrazas hijo, en noviembre de 1914, Fidel Ávila, el gobernador militar de Chihuahua nombrado por Villa, parece haber sugerido algún mejoramiento de las condiciones de encarcelamiento del prisionero. Villa accedió pero le advirtió a Ávila: “Usted puede obrar como lo crea conveniente en el asunto de Luis Terrazas H., pero adviértale que es absolutamente necesario tenerlo completamente seguro y que no se escape pues su retención está evitando que sus familiares emprendan trabajos en contra de nuestra causa”.³²

A fines de 1915, Luis Terrazas hijo finalmente logró escapar y reunirse con su familia en Estados Unidos.³³ Murió poco tiempo después. Según su padre, su muerte se debió a la tensión que había sufrido en su cautiverio.³⁴

Aunque la expulsión de los españoles y el encarcelamiento de Luis Terrazas provocaron ciertos roces con el gobierno estadounidense y suscitaron una buena cantidad de artículos negativos en la prensa de Estados Unidos, apenas tuvieron efectos adversos en la estatura y la popularidad de Villa dentro de Chihuahua. Los españoles nunca habían sido queridos ni por los pobres de Chihuahua, ni por sus clases medias, y el odio contra los Terrazas seguía siendo muy fuerte.

Lo que dañó a Villa más que esas medidas fue la conducta de muchos de sus militares, que procedieron a ocupar las casas y villas elegantes que la oligarquía había abandonado o que fueron desalojadas. En vez de entregarlas a la hacienda estatal, algunos oficiales se las apropiaron. Villa promulgó repetidos decretos diciendo que las confiscaciones de bienes de las personas consideradas enemigas de la revolución sólo podían realizarse mediante sus órdenes y con su

consentimiento. La frecuencia misma de esos decretos –el hecho de que se produjeran una y otra vez– indica que no eran obedecidos.

Dado que las autoridades civiles del estado no ejercían poder sobre ellos, los militares no tenían grandes dificultades para realizar expropiaciones. El gobernador militar, que sí tenía el poder para actuar, con frecuencia vacilaba en disciplinar a sus comandantes y prefería dejar el asunto en manos de Villa. Incluso cuando éste quería contener a sus comandantes, sus decisiones a menudo tardaban en llegar, ya que cada vez pasaba más tiempo en campaña y ocupado en asuntos militares. A veces, su sentimiento de lealtad hacia sus subordinados se imponía sobre cualesquiera objeciones que pudiera tener respecto de su comportamiento y, así, sancionaba lo que habían hecho.

Lo que a menudo molestaba a la clase media de Chihuahua era la forma en que aquellos nuevos ricos trataban las propiedades que habían adquirido y a las que no estaban acostumbrados. Muchos militares revolucionarios hallaron grandes bibliotecas que incluían libros extremadamente valiosos, como incunables, que los antiguos propietarios no habían podido llevarse consigo en su precipitada huida. Muchos de esos libros eran utilizados ahora como juguetes por los hijos de los nuevos ocupantes. Otros eran empleados para encender las cocinas y como combustible. Los dueños de orientación más empresarial los vendían a los carniceros, comerciantes y otros empresarios de Chihuahua como papel para envolver. A la vez que la desaparición gradual de algunas de las mejores bibliotecas de Chihuahua ofendía la sensibilidad cultural tanto de Silvestre Terrazas como de la clase media, sus tímpanos se veían a menudo afectados por el ruidoso alboroto que emitían esas casas recién ocupadas. Lleno de indignación, Silvestre Terrazas escribió que

llegó [...] a mi conocimiento el lamentable proceder de los chiquitines y hasta de hombres barbados, y también lo que se hacía con los pianos, que para hacerlos sonar más fuertemente trepaban los imberbes sobre el teclado y a varios kilómetros por hora formaban un “pandemonium” que para otros que no fueran los “nuevos ricos”, llevarían los nervios a constante crisis con aquellos “acordes” tan singulares [...] Y pudiera ser que eso justificara la decisión de las mamás al estar usando la madera de los pianos en menester para cocinar con lumbre, haciendo “astillas” para algunos días, echando el resto a la basura [...] ³⁵

Silvestre Terrazas se indignó tanto ante lo que consideraba un desperdicio de recursos culturales que fue a ver a Villa y le pidió su ayuda. El general accedió de inmediato y se enviaron patrullas que, a menudo desafiando las pistolas de los recalcitrantes inquilinos de las casas, procedieron a llevarse todos los libros a la Biblioteca Municipal y a trasladar los pianos al Instituto Científico y Literario de Chihuahua.³⁶ Estas medidas colaboraron a disipar algunos de los temores que sentían las clases medias frente a Villa.

LA RENUNCIA DE VILLA COMO GOBERNADOR Y EL BALANCE DE SU BREVE ADMINISTRACIÓN

El 7 de enero de 1914, poco más de cuatro semanas después de convertirse en gobernador de Chihuahua, Villa renunció a su cargo. Oficialmente lo hizo en respuesta a una sugerencia de Carranza de que Manuel Chao ocupara el puesto. “Como usted sabe”, le escribió,

soy el hombre que obedezco sus órdenes en cumplimiento de mi deber. La carta que usted me mandó referente a que se quedara el general Chao como gobernador, aunque era una carta-iniciativa comprendí que era una orden de usted. Ya pongo al señor general Chao al frente del gobierno para tenerle menos molestias a usted cuando venga y para emprender la marcha al sur.³⁷

Aunque Carranza no le hubiera ordenado renunciar, Villa probablemente lo habría hecho de todas maneras. Le era muy difícil, si no imposible, encarar las responsabilidades del gobierno mientras preparaba su ejército para el ataque contra Torreón. La renuncia no significaba que abandonaba el poder real. En las pocas semanas en que controló Chihuahua había puesto en práctica las medidas sociales y económicas básicas que afectarían al estado no sólo en los dos años que su facción siguió controlándolo, sino durante muchos años más. Por añadidura, Villa se había asegurado que tanto *de facto* como *de jure* él seguiría teniendo el control. *De facto* porque uno de sus hombres, Silvestre Terrazas, desempeñaba un papel importante en el gobierno. *De jure*, porque había promulgado un decreto según el cual el poder residía en última instancia no en el gobierno civil, sino en el militar. Esto no ocurría sólo en el nivel del gobernador, sino también a nivel local, en el que los presidentes municipales y administradores civiles quedaban subordinados al “jefe de armas”. Por lo demás,

el sucesor, Manuel Chao, había sido nombrado gobernador militar del estado y por lo tanto se hallaba bajo las órdenes directas de Villa.

Cuando dejó la gubernatura, la mayoría de los observadores extranjeros e incluso los nacionales coincidieron en que el impacto de las medidas que Villa había tomado era enorme: había sacado más de los ricos de Chihuahua que ningún otro dirigente revolucionario, con la posible excepción de Zapata. Y lo había hecho con un mínimo de desperdicio y un máximo de eficacia, poniendo coto al pillaje y el saqueo tanto de sus propios hombres, como de los sectores más pobres de la sociedad.

En efecto, había logrado convertir en una carta fuerte, ideológicamente hablando, la redistribución de parte de los fondos obtenidos en las confiscaciones entre los pobres y entre la población en general, y la promesa de repartir, tras la victoria de la revolución, gran parte de la tierra que les había quitado a los hacendados.

Había conseguido recuperar el consenso social, es decir, la unidad entre las clases media y baja, que había sido el signo distintivo de la revolución maderista en Chihuahua. También había logrado no enemistar a los estadounidenses, sino por el contrario ganarse la buena voluntad de los que residían en Chihuahua y de las autoridades de Estados Unidos, respetando sus propiedades y por la disciplina que mantuvo, con lo cual se acrecentaban tanto su poder como los recursos de que disponía. Muchos funcionarios estadounidenses toleraron pasivamente el contrabando de armas para Villa en las primeras semanas de 1914. En marzo de ese año, Woodrow Wilson revocó el embargo de armas contra México, y Villa pudo comprar legalmente en Estados Unidos cuanto podía pagar. La creciente confianza de los estadounidenses en sus capacidades también se refleja en otro aspecto. El papel moneda que empezó a imprimir a ritmo frenético era aceptado, si no a la par, a un muy alto valor al norte de la frontera, de manera que muchos mexicanos pudieron compensar la destrucción de gran parte de la economía local comprando allí subsistencias y otras mercancías. El nuevo poder de Villa le permitió establecer un control tan firme sobre Chihuahua que el año y medio que éste duró constituiría prácticamente el único periodo de paz que esa muy golpeada región conocería entre 1910 y 1920.

A veces se ha dicho que Villa nunca estuvo realmente a cargo del gobierno de Chihuahua. Era, se supone, demasiado inexperto en asuntos administrativos, demasiado ignorante para haber gobernado un estado tan altamente desarrollado. Según esa versión, fueron Silvestre Terrazas y otros pocos burócratas quienes gobernaron e hicieron los borradores de leyes y decretos, y Villa no habría hecho

más que aceptar sus decisiones. Pero los observadores contemporáneos nos presentan una imagen muy distinta. En sus memorias, Silvestre Terrazas lo muestra como el hombre que realmente estaba a cargo de las cosas. También es ésa la impresión que da John Reed.

A menudo se ha dicho que Villa tuvo éxito porque tuvo consejeros instruidos. En realidad, estaba casi solo. Los consejeros que tenía se pasaban la mayor parte del tiempo respondiendo a sus ansiosas preguntas y haciendo lo que él les decía.

Yo iba a veces al palacio del gobernador temprano en la mañana y lo esperaba en su despacho. Hacia las ocho llegaban Silvestre Terrazas, secretario de Gobierno, Sebastián Vargas, de Hacienda, y Manuel Chao, el interventor, muy trabajadores y ajetreados, con enormes montones de informes, sugerencias y decretos que habían esbozado. Villa mismo llegaba alrededor de las ocho y media, se dejaba caer en una silla y hacía que le leyeran en voz alta. A cada minuto soltaba una observación, corrección o sugerencia. Ocasionalmente agitaba el dedo y decía: “No sirve”. Cuando ellos terminaban, él empezaba rápidamente y sin pausa a trazar los lineamientos de las políticas legislativas, financieras, judiciales e incluso educativas del estado de Chihuahua.³⁸

Aunque no cabe duda de que Silvestre Terrazas redactó la mayoría de las leyes, no eran complicados documentos legales que sólo los abogados pudieran entender. Los decretos más importantes que se promulgaron en ese tiempo, como el de la confiscación de las propiedades de la oligarquía, estaban muy de acuerdo con los lineamientos políticos de Villa y nadie tenía dificultad para entenderlos.

El gran logro personal de Villa en esas primeras semanas no fueron tanto esos decretos como la creación de las condiciones gracias a las cuales fue posible ponerlos en práctica. Él fue el primero y tal vez el único dirigente de la revolución nortea que consiguió controlar y dirigir a las fuerzas populares que la revolución había despertado. A pesar de su enorme popularidad, Madero no había podido controlar a los hombres que él había llamado a las armas en el norte. La mayoría de los revolucionarios de Chihuahua no lo siguió cuando atacó por primera vez Casas Grandes, y los jefes intentaron rebelarse contra él tras la toma de Ciudad Juárez. El primer paso que tomaron tanto Madero como González tras lograr una victoria nominal sobre Porfirio Díaz fue enviar a sus casas cuanto antes a gran parte de sus antiguos aliados.

La oligarquía de Chihuahua creía a principios de 1912 que podría controlar casi totalmente a esas fuerzas populares. Después de todo, lo había hecho en el pasado, y el líder más popular, Orozco, estaba de su parte. Ellos también fracasaron. El saqueo de Parral por los orozquistas no fue sino la primera prueba de esa falta de control. Conforme su revuelta progresaba, muchos orozquistas se lanzaron a robar las propiedades de algunos de los miembros más destacados de la oligarquía, incluidos los Terrazas.

Los jefes militares de la revolución en Durango resultaron o bien poco dispuestos, como en el caso de Urbina, o incapaces, como en el caso de Contreras, de disciplinar a sus fuerzas e impedirles saquear la capital del estado, lo que no sólo los perjudicó nacional e internacionalmente, sino que les impidió canalizar la riqueza que existía en la ciudad hacia la consolidación de su ejército y ganarse sistemáticamente el apoyo popular. Tampoco Carranza había logrado controlar a las fuerzas revolucionarias populares cuando intentó ponerse al mando en el sitio de Torreón; renunció, asqueado, y se fue a Sonora, donde un gobierno bien estructurado hacía la guerra de manera más convencional contra las tropas de Huerta.

Villa en cambio logró controlar a las fuerzas populares tanto de Chihuahua como de La Laguna. No sólo evitó el pillaje, sino que consiguió convertirlas en lo que probablemente era la maquinaria de combate mejor organizada y más eficaz que existía en México. Esto se debió a su personalidad carismática y a la atracción que ejercía sobre las clases bajas de la sociedad, pero también a la astuta mezcla de recompensas inmediatas y promesas a largo plazo que puso en práctica. ¿Eran esas medidas sólo respuestas pragmáticas a las necesidades inmediatas o eran resultado de una ideología más profunda? No hay duda de que los factores pragmáticos, la necesidad de ganar apoyo popular, hacerse de recursos suficientes para armar y equipar a su ejército y conservar la buena voluntad de los estadounidenses, desempeñaron un papel decisivo en los decretos que promulgó. Sin embargo, estaban a la vez de acuerdo con sus convicciones más profundas. Siempre había odiado a la oligarquía y había defendido la idea de proceder contra ella. Su odio había crecido inconmensurablemente durante su encarcelamiento, por el que culpaba a Terrazas y Creel. Siempre había buscado la forma de recompensar a sus soldados, tanto con pensiones como con pagos en especie y tierras, y esto era precisamente lo que proclamaba su decreto.

El único elemento nuevo en su plan era la promesa de devolverles sus tierras a los pueblos que habían sido privados de ellas. Esos pueblos eran principalmente

todas las antiguas colonias militares. Esto no es sorprendente. Desde los primeros días en que Villa se incorporó a la revolución, mantuvo estrecho contacto con los pobladores de esas colonias, como sus primeros partidarios en San Andrés. De hecho, la tradición nortea de las colonias militares llegó a constituir su ideal de cómo debía estructurarse una sociedad agraria. En conversación con el periodista estadounidense John Reed, Villa le dijo:

Cuando se cree la nueva república no habrá ningún ejército en México. Los ejércitos son el mayor apoyo de la tiranía. No puede haber un dictador sin ejército.

Pondremos al ejército a trabajar. En todas partes de la república crearemos colonias militares compuestas por los veteranos de la revolución. El estado les hará concesiones de tierras cultivables y establecerá grandes empresas industriales para darles trabajo. Tres días a la semana trabajarán, y trabajarán duro, porque el trabajo honrado es más importante que pelear, y sólo el trabajo honrado hace buenos ciudadanos. Y los otros tres días recibirán instrucción militar e irán a enseñar a todo el pueblo a combatir. Así, cuando la *patria** sea invadida, sólo tendremos que llamar por teléfono desde el palacio en la ciudad de México, y en medio día todo el pueblo mexicano se levantará de sus campos y fábricas, armado, equipado y organizado para defender a sus hijos y sus hogares.

Mi ambición es vivir mi vida en una de esas colonias militares entre mis *compañeros*** a los que quiero, que han sufrido tanto tiempo y tan profundamente conmigo.³⁹

En las cuatro semanas en que gobernó directamente Chihuahua, Villa logró enormes éxitos a corto plazo: tomó bajo su control vastos recursos y, mediante la estricta disciplina que impuso a su ejército, impidió que la mayor parte de ellos fuera desperdiciada o destruida por el saqueo. Suscitó una inmensa simpatía popular al expropiar la riqueza de la oligarquía y repartir una porción entre las clases bajas de la sociedad. Se ganó, si no el apoyo, al menos el respeto de amplios segmentos de las clases medias, cuya sensibilidad a su vez respetó y a los que amnistió.

La transformación de esos éxitos inmediatos en logros a largo plazo era un asunto mucho más complejo. En un grado considerable, dependería de factores sobre los que Villa tenía un control limitado: la calidad de los hombres con quienes trabajaba, el éxito de la transformación de su ejército guerrillero en una

fuerza de combate regular y los próximos resultados de su campaña militar, sus relaciones con Estados Unidos y sus relaciones con otras facciones revolucionarias (sobre todo, con el Primer Jefe de la revolución, Venustiano Carranza) y, finalmente, los cambios en la evolución de su propia personalidad y la forma en que le afectaría el creciente poder que había acumulado.

Los jefes villistas

Beber, pero no emborracharse; amar sin pasión; robar, pero sólo a los ricos.¹

Villa al agente especial estadounidense, Gray

PANCHO VILLA EL ADMINISTRADOR

En los años que van de 1910 a 1913, Pancho Villa probablemente adquirió una experiencia militar más variada y amplia que la de los demás comandantes revolucionarios que practicaron como él la guerra de guerrillas en esos mismos años porque, a diferencia del resto, también conoció el combate regular. Su alistamiento forzoso en el ejército federal en 1901-1902 debió darle ciertos conocimientos, aunque en el nivel más bajo de la organización militar. Participó, ya con mando, en el sitio de Ciudad Juárez, en 1911, y durante el tiempo que pasó como subordinado de Victoriano Huerta en la campaña contra Orozco tuvo la oportunidad de estudiar la organización y las tácticas del ejército federal en un nivel más alto que en 1901-1902. Así pues, cuando los jefes militares de la División del Norte lo escogieron como su comandante, no sólo eligieron al hombre con el mayor prestigio y las mejores credenciales maderistas que había entre ellos, sino también al comandante con mayor experiencia en la guerra regular, cualidad que necesitaban desesperadamente para tomar la bien fortificada ciudad de Torreón.

Cuando los jefes chihuahuenses lo eligieron también gobernador del estado, Villa no contaba con experiencia similar en la administración civil. A este respecto, estaba menos preparado que algunos de los oficiales a sus órdenes, como Ortega, Talamantes o Contreras, que tenían larga experiencia en la lucha

política para proteger las tierras de sus comunidades y habían tratado con autoridades estatales y federales, y con los tribunales. Durante el periodo maderista, habían sido comandantes militares de los rurales del estado en sus respectivas regiones, y habían ejercido de facto un alto grado de poder civil. Villa no tenía un historial semejante: no había participado en política antes de 1910, y había pasado los años del maderismo como hombre de negocios, jefe militar en la lucha contra Orozco e inquilino de una prisión federal.

Durante sus primeras semanas como gobernador de Chihuahua, Villa estaba muy consciente de sus limitaciones. Aunque no deben tomarse al pie de la letra sus repetidas declaraciones a los periodistas, de que no era más que un hombre humilde e ignorante, deseoso de aprender de cualquiera, no hay razón para dudar de la muy real inseguridad que sentía cuando le ofreció el cargo de gobernador de Chihuahua a Silvestre Terrazas. En los primeros meses se mostró dispuesto a escuchar no sólo a éste o a Chao, con quienes discutía la mayoría de los asuntos, sino a otros antiguos miembros del gobierno de Abraham González que habían huido a El Paso tras el asesinato del gobernador.

Cuando tomó posesión, Villa descubrió que su autoridad en ese cargo estaba menos limitada y de manera menos visible que como comandante en jefe de la División del Norte. Su ejército estaba compuesto de voluntarios cuya lealtad debía conservar si quería que no abandonaran su causa. Muchos de sus oficiales veteranos eran caudillos semiautónomos cuyos hombres les eran leales ante todo a ellos, y Villa debía consultarlos, de manera que tenía que tomar en cuenta constantemente los límites que le ponían sus subordinados y, en menor grado, Carranza, como su comandante en jefe.

Como gobernador, había algunas fronteras políticas claras que Villa nunca pensó en transgredir. Sabía que no podía tocar las propiedades estadounidenses sin antagonizar a Estados Unidos y poner en peligro el abastecimiento de su ejército. Respetó el poder de jefes militares como Ortega, los Herrera o Talamantes, que eran al mismo tiempo figuras políticas locales en sus regiones de origen. Aparte de ellos, sin embargo, no había poderosos dirigentes civiles cuyas opiniones tuviera que considerar. Abraham González, el único dirigente civil que disfrutara de verdadero poder y popularidad en Chihuahua, estaba muerto. Otros, como el profesor Braulio Hernández, destacado maderista, se había unido a Orozco y, por tanto, se había vuelto inaceptable para cualquier cargo político a los ojos de Villa. No había una legislatura estatal que se le opusiera o discutiera sus ideas. Los burócratas de los que dependía, antiguos miembros del gobierno de González lo mismo que Silvestre Terrazas, que había

huido a El Paso y formado una Junta Revolucionaria allí, se convirtieron en miembros importantes de su administración, pero no contaban con bases políticas propias. Carranza sí intentó limitar la autoridad civil de Villa, pero éste apenas le hizo caso, excepto por el breve nombramiento de Chao, y en ese sentido podía contar con el apoyo de la gran mayoría de los habitantes de Chihuahua, que rechazaban cualquier tipo de influencia externa en el gobierno de su estado.

Conforme fuera aumentando su poder, su disposición a escuchar disminuiría y cada vez toleraría menos que lo contradijeran.² Aunque ese poder creciente le dio el control casi total de los sustanciales recursos económicos de Chihuahua, no lo llevó a centrar su interés principal en la adquisición de riquezas personales.

Algunos observadores contemporáneos especularon que poner el estado en manos de Villa era como poner el gallinero bajo el cuidado del zorro. Estaban equivocados. Villa nunca se dedicó a construir un imperio económico ni a depositar grandes recursos en los bancos extranjeros, a la manera de los tradicionales caudillos latinoamericanos como Batista en Cuba, Trujillo en la República Dominicana o Somoza en Nicaragua. Su principal interés consistía en fortalecer su División del Norte y ganar la guerra. Empleó gran parte de los fondos que controlaba en hacer regalos a sus amigos, a sus soldados y a los pobres en general. Esto no significa que desdeñara el dinero o la buena vida. Una vez que se estableció en Chihuahua, aceptó agradecido un automóvil Packard, como “obsequio” de su representante en Estados Unidos, Lázaro de la Garza, y con él se paseaba orgulloso por las calles de la ciudad.³ El 13 de marzo, *El Paso Morning Times* informaba: “El general Villa, esta tarde, dio como regalo a la señora Juanita Torres, su esposa, la empacadora de Ciudad Juárez, antes propiedad de Roy S. Sherman y John S. Weaver. Según la información de que se dispone, Villa pagó veinte mil pesos en oro por esta propiedad y la señora Villa dice que las ganancias serán para la causa constitucionalista”. En 1916, las autoridades de Estados Unidos encontraron al hermano de Villa, Hipólito, que había huido a Texas tras la derrota de su hermano, en posesión de varios cientos de miles de dólares.⁴ Aunque ese dinero podía ser suyo —era notoriamente corrupto—, la relación que tenía con su hermano hace pensar que al menos parte debía ser de éste. Sin embargo, no está claro si el dinero era para consumo personal o para comprar armas y municiones en Estados Unidos.

Cuando regresó a Chihuahua, Villa se hizo construir un mausoleo en el cementerio más grande de la ciudad, pero probablemente la mayor parte del dinero que conservó estaba destinado a su familia, cada vez más numerosa y

compleja: construyó o expropió casas para todas sus esposas,⁵ daba dinero a sus amantes, reconocía a todos sus hijos y hacía cuanto podía para mantenerlos a todos.

PANCHO VILLA EN LA INTIMIDAD

Cuando Luz Corral decidió casarse con Pancho Villa, seguramente no esperaba un matrimonio simple, convencional y monogámico en vista de su reputación y de las tradiciones de machismo en México. Sin embargo, no es muy factible que estuviera preparada para el diluvio de queridas, amigas, esposas “legales” e hijos que le iba a caer encima en los años siguientes.

Según sus memorias, escritas muchos años después, ella se tomaba los amoríos de su marido con gran ecuanimidad. “Mi cariño a él no aminoró jamás. Afirmo mi creencia, que es también mi convicción, de que a la mujer de hogar no deben importarle los extravíos amorios del esposo, si en el seno del hogar, si en el santuario de su misma vida, la esposa es querida y respetada.”⁶

Cuando regresó de El Paso a Chihuahua, a principios de 1913, descubrió que Villa había tenido al menos tres hijos con tres mujeres diferentes. Tal vez porque, tras perder a una hija, ella no podía tener más descendencia, o porque quería demostrarle a Villa su amplitud de criterio y su buen corazón, logró establecer vínculos muy estrechos con esos niños. El mayor de ellos era Agustín. Muy poco se sabe sobre su madre, Asunción Villaescusa. El muchacho pasaba muchas horas al día en la casa de su padre, al lado de Luz, quien fue, según palabras de ella misma, una segunda madre para él.

Pronto descubrió la existencia de otra de las hijas de Villa, Reynalda. Durante varios días, notó que incomprensiblemente Villa acudía a la casa de su hermana Martina, aunque en ese tiempo ésta estaba quedándose en casa de Luz. Martina finalmente le reveló que Villa iba allí a visitar a una hija suya. Luz nunca menciona la identidad de la madre de esa hija, ni las razones por las que vivía en casa de su tía. Mientras Villa estaba dirigiendo una campaña militar, Luz decidió llevarse a Reynalda a su propia casa sin decirle nada a su marido, y lo sorprendió con la noticia cuando regresó del frente de batalla.

Estaba yo en la puerta de mi casa esperándolo y a mi lado Reynalda; entró, me saludó como él acostumbraba hacerlo y se quedó viéndome; luego a Reynalda, como queriéndole preguntar algo. Él no se decidió a hacerlo; de pronto se voltea y me dice:

“¿Qué has hecho, Güera?” Yo me supuse que se refería a Reynalda y le contesté:

“Solamente recoger a tu hija y traerla a vivir con nosotros, que es donde debe estar; espero que no te parecerá mal”, y me contestó:

“Si tú así lo quieres, está bien hecho”.⁷

Cuando se dio cuenta de que su mujer no sólo toleraba sus escapadas, sino que aceptaba a sus hijos, Villa se mostró menos reservado sobre su existencia. “Una tarde, trayendo de la mano a su hija Micaela, llegó Pancho y me dijo: ‘Desde hoy, Micaela va a vivir con nosotros’.”⁸ Había tomado esta decisión al enterarse de que la madre de Micaela, Petra Espinosa, era amante de uno de sus oficiales.

Luz Corral mantuvo su ecuanimidad ante los asuntos amorosos de Villa, cada vez más abundantes, mientras estuvo convencida de que sería su única esposa oficial y de que todas las demás relaciones eran subordinadas y temporales. Su actitud cambió cuando descubrió que tenía un vínculo más profundo, más permanente e incluso más oficial con otra mujer, Juana Torres, con quien también se había casado.

Durante varias semanas tras la toma de Chihuahua, Villa mantuvo a Luz Corral en El Paso, diciéndole que no quería que regresara hasta que él hubiera podido construir una bonita casa nueva para ella, la cual debía llamarse Quinta Luz. Finalmente, Luz Corral, cansada de esperar, decidió presentarse en la ciudad.

A mi llegada a esta capital, me di cuenta que no era tanto porque mi casa no estuviera terminada, por lo que mi marido no quería que viniera a Chihuahua; muy otra era la verdad: junto a él, envolviéndose en parte de su cariño, estaba aquí la señora Juana Torres, quien se hacía pasar por “Señora Villa”.⁹

Durante varios meses, las dos mujeres compitieron ferozmente por las atenciones de Villa. Él mismo no tenía reparos en vivir con ambas y mantener casas separadas. Aunque no hay razón para dudar de que Luz quisiera a los hijos que Villa había tenido con otras mujeres, tal como dice, probablemente también deseaba impresionar a su marido con su lealtad y cariño, en la batalla contra Juana Torres.

Afortunadamente para Luz, una controversia inesperada puso fin al parecer a la relación de Villa con Juana. Él había depositado una gran suma de dinero en su casa y, cuando fue a recogerlo, halló que faltaban cuarenta mil pesos. Aunque no pudo encontrar pruebas definitivas, sospechaba que la madre y la hermana de

Juana habían robado el dinero, y la hizo encarcelar. La mujer se enojó mucho y, junto con un paquete de comida que envió a la prisión, incluyó una carta en que llamaba a Villa bandido y deploraba que la hubiera forzado a vivir con él. Las autoridades de la cárcel hallaron la carta y se la enviaron a Villa. A pesar de que con frecuencia daba rienda suelta a sus ataques de cólera, en este caso mostró una sorprendente contención. Antes incluso de confrontar a Juana, le pidió consejo a su secretario, Luis Aguirre Benavides, quien le dijo que tratara de comprender la actitud de Juana. Después de todo, Villa había encarcelado a su madre y su hermana, que ella consideraba inocentes.

Por lo tanto en mi concepto debía perdonarlas a todas. Siguió en parte mi consejo pues según me platicó después, fue a ver a Juana y le mostró la carta. Ella al verla palideció; la obligó a leerla en voz alta una y otra vez, lo cual hizo ella entre lágrimas y temores y después de aquella escena conmovedora, tuvo la nobleza de libertar a las presas, a las que dio dinero para que se fueran de Chihuahua.¹⁰

A partir de este episodio, las relaciones entre Villa y Juana Torres se enfriaron considerablemente y, al parecer, terminaron poco después.

Sin embargo, las esperanzas que pudo albergar Luz Corral de que Villa limitara sus actividades extramaritales a breves escarceos y no volviera a establecer prolongadas relaciones oficiales pronto se vieron refutadas, aunque siguió siendo su única esposa oficial hasta su derrota a fines de 1915, cuando volvió a la guerrilla y mandó a su familia al extranjero. Durante los cinco años en que Villa combatió desesperadamente en las colinas de Chihuahua, ella permaneció primero en La Habana y luego en El Paso. Mientras tanto, Villa se casó y estableció una relación algo más permanente primero con una muchacha, Soledad Seáñez, en 1917, y un poco más tarde con Austreberta Rentería. Cuando finalmente pactó la paz con el gobierno, en 1920, ambas mujeres fueron a vivir con él. Luz Corral también se les unió en 1920, pero Villa rompió con ella definitivamente en 1921.

Villa era un buen padre; le gustaban los niños y era tierno y generoso con los suyos. Como amante podía ser tierno, pero también duro, insincero, demandante y celoso, según vemos: aunque vivió con otras mujeres y de hecho nunca se casó con la madre de Micaela, se puso tan furioso cuando descubrió que ella tenía relaciones con otro hombre que la castigó quitándole a su hija,¹¹ y encarceló a la

madre y la hermana de Juana Torres por meras sospechas, lo que prueba una vez más su dureza.

Podía ser extremadamente celoso. Durante su estancia en Torreón recogió, según cuenta Aguirre Benavides, a una joven, que era en opinión de éste una especie de prostituta. Antes de conocer a Villa, había sido amante de Darío Silva, uno de los ocho hombres que habían cruzado el río Bravo con él, en marzo de 1913. Estaba tan celoso de esa historia, que había tenido lugar antes incluso de que él conociera a la muchacha, que humilló a Darío Silva frente a su novia y sus oficiales forzándolo a actuar como mesero y a servirles la comida a todos ellos.¹²

Si Villa quería una mujer, no empleaba solamente su encanto o su prestigio para ganarse sus favores: otro de los expedientes que utilizaba eran las bodas fingidas. Cuando viajaba de Ciudad Juárez a Chihuahua, después de que sus tropas ocuparon la capital del estado, le pidió consejo a Silvestre Terrazas sobre cómo proceder en un asunto delicado:

–Don Silvestre: deseo que me dé un consejo de amigos. Ahora que estuve en Torreón me enredé con una taquígrafa y, accediendo a sus deseos, aparentemente me matrimonié con ella. Ese matrimonio fue simulado, pues arreglé que alguien fungiendo de juez civil levantara el acta y todo, pero le ordené la destrucción inmediata de la misma, lo que creo que se hizo, pero me queda el resabio de lo que hice. ¿Qué me aconseja usted hacer ahora?

Silvestre Terrazas sugirió que Villa le dijera la verdad a la muchacha: que ya estaba casado, y que la consolara dándole una gran suma de dinero. Villa nunca le dijo cómo había resuelto finalmente la cuestión.¹³

Sin embargo, aquélla no fue para nada su última boda simulada. En una amarga carta al presidente Abelardo Rodríguez, la esposa de Villa en los últimos años, Soledad Seáñez, escribió, diez años después de la muerte de su esposo:

Yo crecí en una atmósfera de honestidad y trabajo como le puedo probar a cualquiera; durante este periodo de nuestra historia, Francisco Villa ejerció un reino de terror sobre los habitantes de esta parte de la república que él dominaba, y todos nosotros como es bien sabido dependíamos de su voluntad y su capricho. En esta situación, el destino me puso al alcance de las garras de Villa, que utilizó su control sobre las autoridades civiles para simular un matrimonio con él en presencia de testigos y del juez del registro civil de Valle de Allende. Todavía hay testigos vivos que estaban presentes cuando se firmó

el acta, pero ese documento no se puede encontrar en ninguna parte ahora que he tratado de obtener una copia, y me doy cuenta de que era simplemente una boda simulada para convencerme de vivir con él.¹⁴

En esta carta, Soledad Seáñez pedía ayuda al presidente para educar a sus hijos.

Y sin embargo, a pesar de lo que habían soportado de él, tanto Luz Corral como Soledad Seáñez siguieron guardando buenos recuerdos y sentimientos de mucho cariño hacia Villa. Luz se pasó prácticamente toda su vida tratando de defender la memoria de su marido y con ello se ganó el respeto y la admiración de uno de los grandes intelectuales de México, José Vasconcelos, a pesar de que durante un tiempo había sido uno de los más acerbos enemigos de Villa.¹⁵

En los últimos años de su vida, Soledad Seáñez recordaba a Villa con mucho más cariño que en la carta que le escribió en 1933 al presidente Rodríguez. Cuando, treinta años más tarde, describió su primer encuentro con Villa no mencionó que le hubiera impuesto sus atenciones ni ningún tipo de violencia.

Pancho me dijo que me vio por primera vez en 1917 en Villa Matamoros, Chihuahua. Estaba herido en una pierna y pasaba por la ciudad en un carruaje. Yo estaba sentada en el porche, adonde había llevado mi costura para tener buena luz. Después de que me vio en el porche, Villa preguntó por la ciudad hasta que encontró a un primo mío e hizo amistad con él. Yo entonces sólo conocía a Villa de nombre. Mi primo tenía un pequeño retrato mío y Villa se lo pidió. Fue muy romántico. Villa llevó mi retrato junto a su corazón hasta que casi se deshizo. Me lo mostró cuando por fin nos conocimos, dos años más tarde. Todavía lo llevaba cuando fue asesinado.¹⁶

Soledad Seáñez describe a Villa como un amante apasionado que le cantaba canciones románticas y la llamaba cariñosamente “Chole”, y también como un marido afectuoso que, cuando ella se embarazó, la envió al otro lado de la frontera, a El Paso, para que tuviera la mejor atención médica. Esposo tierno y atento, pasaba horas relatándole la trágica historia de su vida.

Con una excepción, ninguna de las esposas de Villa participaron al parecer en las discusiones políticas ni ejercieron ningún tipo de influencia sobre sus decisiones. Esa excepción fue Luz Corral, a quien a veces consultaba y quien ejercía una influencia moderadora en él, sobre todo en relación con las ejecuciones.

LOS DIRIGENTES VILLISTAS

Cuando Fidel Castro entró triunfalmente en La Habana, el 8 de enero del año 1959, y asumió el control de Cuba, se hallaba a la cabeza de un equipo de hombres a los que había dirigido durante casi dos años, que se conocían bien y tenían una historia de íntima colaboración. Lo mismo ocurrió con otros movimientos revolucionarios del siglo XX. Los miembros del Comité Central bolchevique de Lenin, que tomaron el poder en Rusia en octubre de 1917, también se conocían desde hacía muchos años (aunque después de la victoria pelearon entre ellos y finalmente se exterminaron unos a otros). No puede decirse otro tanto de los dirigentes del movimiento villista que tomó el poder en Chihuahua en diciembre de 1913. Algunas cosas tenían en común: la mayoría había participado en la revolución maderista, muchos habían ejercido algún tipo de poder civil o militar a nivel local durante parte del gobierno de Madero y en su mayoría habían combatido contra Orozco, en 1912. Sin embargo, muchos no se conocían entre sí, su colaboración había sido sólo esporádica y apenas hacía unas semanas que Villa los encabezaba. Integrar a esos hombres y a sus seguidores, y convertirlos en una organización política y militar coherente resultaría una tarea difícil que Villa sin embargo logró realizar, por lo menos temporalmente.

En contraste con lo que se puede llamar el núcleo dirigente del gobierno de Carranza o de la revolución zapatista en el sur, en que los intelectuales desempeñaron un papel destacado y cada vez mayor, la dirección villista estaba constituida inicialmente por militares. La única excepción notable era Silvestre Terrazas, quien, sin embargo, concentró sus esfuerzos cada vez más en la administración y fue abdicando de sus funciones intelectuales, especialmente de las de ideólogo. Los dos años en que fue alto funcionario del gobierno villista fueron prácticamente el único periodo de su muy activa existencia en que dejó de escribir para los periódicos.

Los jefes militares del movimiento villista se pueden dividir en dos categorías amplias: los que tenían una base de poder independiente y los que derivaban su poder enteramente de Villa.

La primera categoría no era en absoluto homogénea. Venían de todos los órdenes de la vida: miembros de antiguas colonias militares, rancheros independientes, maestros, comerciantes e incluso un miembro de la clase de los hacendados. Algunos habían sido dirigentes populares antes del estallido de la

revolución; otros asumieron esas funciones sólo durante el alzamiento de Madero.

Los tres hombres de este grupo que más claramente se pueden considerar dirigentes populares son Toribio Ortega, Calixto Contreras y Orestes Pereyra.

Era tal el prestigio de Ortega, quien por muchos años había encabezado a los habitantes de su pueblo natal, Cuchillo Parado, y fue el primero en levantarse con Madero en el estado de Chihuahua, que pocas semanas después de tomar las armas contra el gobierno de Díaz, cientos de hombres de las comunidades vecinas se le habían unido y se había convertido en un destacado líder regional. Tras el asesinato de Madero, fue uno de los primeros revolucionarios de Chihuahua que se alzó contra Huerta. John Reed da un vívido retrato de Ortega:

un mexicano delgado, de tez oscura, a quien sus soldados llaman “el honorable” y “el más valiente”. Es con mucho el soldado más sencillo de corazón y más desinteresado de México. Nunca mata a sus prisioneros. Se ha negado a tomar de la revolución un centavo más que su magro salario. Villa lo respeta y confía en él tal vez más que en ninguno de sus generales...¹⁷

Los hombres de Ortega eran en su mayoría antiguos habitantes de las colonias militares de la región noreste de Chihuahua, desposeídos en los últimos años del gobierno de Díaz. En cambio las tropas de Calixto Contreras, otro importante líder agrario dentro del movimiento villista, venían de la región lagunera, y su composición era mucho más heterogénea. Eran campesinos desposeídos de pueblos como San Pedro Ocuila y Peñón Blanco, así como peones de haciendas como Santa Catalina, que pertenecían a la rica familia Martínez del Río. Como Ortega, Contreras tenía una larga historia de resistencia contra las autoridades porfirianas. Durante muchos años fue el portavoz de los habitantes de San Pedro Ocuila en su lucha por conservar sus tierras contra la progresiva invasión de la Hacienda de Sombreretillo, que pertenecía a la familia López Negrete. Había pagado un precio más alto que Ortega por esa resistencia, ya que había sido reclutado a la fuerza y permanecido varios años en el ejército federal. Más tarde, durante la era de Madero, fue comandante militar de una región que incluía tanto su pueblo natal como una de las mayores haciendas de Durango, la de Santa Catalina. En ese tiempo se ganó el odio de los hacendados y la simpatía declarada no sólo de los habitantes de su propia comunidad, sino de los trabajadores de la hacienda. El administrador de ésta se quejaba de que “los

aparceros han estado vociferando que no entregarán la parte de la hacienda en las próximas cosechas de maíz y frijol, porque Contreras les dijo que todo les pertenecía”.¹⁸

Los habitantes de Peñón Blanco, una comunidad que por muchos años tuvo una disputa de tierras con la misma hacienda, consideraban a Contreras un “hombre sencillo y de buena fe”.¹⁹ Por haber sido incorporado a la fuerza en el ejército, era uno de los pocos jefes de la revolución maderista que tenía experiencia militar previa. Sin embargo, sus cualidades como comandante eran al parecer inferiores a sus dotes de dirigente político. Era uno de los pocos generales de la División del Norte que tenía serios problemas para controlar a sus hombres.

El “general” Calixto Contreras nunca pudo mantener más que una débil disciplina; había que vigilar caballos, sillas, riendas y pertrechos, para evitar el robo comunal. Para ser justos hay que decir que los soldados se despojaban entre sí tan indiscriminadamente como a mí, y, ante mis protestas, don Calixto replicaba con una astuta y torcida sonrisa: “Pero don Patricio, los muchachos son traviesos. Usted los conoce tan bien como yo. ¿Le gustaría que los mandara fusilar?”²⁰

Esta descripción de Patrick O’Hea, administrador de una hacienda, vicecónsul británico en Torreón y durante mucho tiempo enemigo de Contreras (aunque no podía evitar sentir respeto por él), tal vez exagera un tanto la anarquía que reinaba entre sus hombres. Sin embargo, ese desorden era un problema grave y Contreras no lo veía con la ecuanimidad que mostró al hablar con O’Hea. No le era fácil soportar el desprecio que muchos de los oficiales villistas sentían por sus tropas y que tal vez expresó mejor que nadie uno de los hombres de Villa, Rodolfo Fierro, al decir que eran “inútiles, esos simples tontos de Contreras”.²¹ Desesperado, llegó a enviar una delegación a Carranza para pedirle que nombrara a un jefe de Estado Mayor que gozara de su confianza y que fuera capaz de organizar a sus tropas.²²

Poco después de que Villa sufriera sus mayores derrotas, en 1915, y volviera a convertirse en un jefe guerrillero en las montañas de Chihuahua, su antiguo secretario, Enrique Pérez Rul, que escribía bajo el seudónimo de Juvenal, intentó hacer una evaluación de la importancia de Villa y su movimiento a partir de sus propias observaciones. Dividía a los generales villistas en dos grupos: los que llamaba “hombres de honor” y los que llamaba “malvados”.²³ Entre los

primeros, incluía a Ortega, a Contreras y a un tercer dirigente popular villista del que se sabe mucho menos, Orestes Pereyra. Hojalatero de La Laguna, fue uno de los pocos jefes revolucionarios fuera de Chihuahua que tomaron las armas contra el régimen de Díaz en noviembre de 1910. Participó en una de las más audaces operaciones militares de esta primera fase de la revolución. Junto con otro joven, un antiguo chofer de tranvía, Jesús Agustín Castro, logró ocupar con una docena de hombres la segunda ciudad de La Laguna, Gómez Palacio. Aunque la victoria duró poco –las tropas federales pronto lo forzaron a abandonar la ciudad–, fue una importante demostración de fuerza y Pereyra pronto estuvo a la cabeza de un gran número de peones que vivían y trabajaban en las cercanías de la gran hacienda angloestadounidense de Tlahualilo.²⁴

Según un jefe militar que peleó contra él durante la guerra civil de 1914-1915,

tenía el aspecto inconfundible de los héroes de la guerra con Estados Unidos, con su larga cabellera lacia que le caía hacia un lado sobre su mutilada oreja para ocultarle ese defecto físico; hombre siempre correcto en el vestir, en la acción; siempre justo en la apreciación, humilde y consciente, revolucionario puro, sin mancha alguna; sus manos no se mancharon nunca con el asesinato ni con el hurto, ni su conciencia debió mancharse tampoco con ningún crimen.²⁵

Pereyra comandó un destacamento de rurales durante la época de Madero, peleó contra Orozco y se levantó en armas contra Huerta cuando éste tomó el poder en México.

Aunque estos tres hombres eran dirigentes populares con una base política propia y una larga historia de oposición al régimen de Díaz, sus bases sociales no eran en absoluto idénticas. Los hombres de Ortega eran los que presentaban mayor homogeneidad: la mayoría de ellos eran miembros de las comunidades libres del noroeste de Chihuahua. Las fuerzas de Contreras eran mucho más diversas, e incluían tanto habitantes de su propia comunidad de San Pedro Ocuila, como peones de Santa Catalina. Las más heterogéneas, en las que los campesinos independientes pesaban menos, eran las de Orestes Pereyra, entre las que había mineros y trabajadores temporales de las haciendas laguneras.²⁶

Otros dirigentes populares con una historia similar de oposición a Porfirio Díaz, y que habían representado a sus comunidades, también combatieron en la División del Norte, aunque en rangos menores. Entre ellos se contaban hombres como Porfirio Talamantes, que había encabezado a los habitantes de Janos en su

larga lucha por conservar sus tierras, y el lugarteniente de Contreras, Severiano Ceniceros, quien durante muchos años fue su asistente en la defensa de San Pedro Ocuila.

En años posteriores, ninguno de ellos, con la excepción de Ceniceros, se voltearon en contra de Villa. Talamantes murió en combate, Ortega de fiebre, y Contreras, Pereyra y su hijo fueron fusilados por las tropas de Carranza, porque siguieron siéndole leales a Villa incluso cuando éste sufrió sus más devastadoras derrotas.

En contraste con estos tres hombres de origen humilde, Manuel Chao y Maclovio Herrera, a quienes Pérez Rul también incluye en su lista de hombres de honor, claramente pueden ser considerados revolucionarios de clase media.

En vista de sus orígenes sociales y sus actividades previas a la revolución, no es sorprendente que Manuel Chao fuera el comandante favorito de Carranza en Chihuahua, el único con quien sentía que podía identificarse íntimamente. Sus padres pertenecían a la élite de la ciudad porteña de Tuxpan, en el estado de Veracruz. Cuando tenía diecisiete años, en 1900, su padre se lo llevó de viaje al estado de Durango. Manuel decidió quedarse en el norte y no regresar a la costa atlántica. Aceptó un puesto de maestro en Durango y años después fue maestro también en varias poblaciones de Chihuahua. Como muchos otros empleados del gobierno mal pagados, Manuel Chao obtenía ingresos extras de un negocio privado: tenía una tienda junto al patio de ferrocarriles, cerca del pueblo de Baqueteros, Chihuahua, donde daba clases. Este “tipo afable, de mediana estatura y de fisonomía poco belicosa [...] se despegaba de aquel ambiente por su bondad y su cultura”.²⁷ Fue uno de los primeros en responder al llamado de Madero en Chihuahua. Se sublevó el 20 de noviembre de 1910, a la cabeza de un grupo de hombres de Baqueteros y sus cercanías. Su “fisonomía poco belicosa” no le impidió convertirse en un jefe muy eficaz y reconocido. Cuando terminó la revolución maderista, decidió no volver a la enseñanza, sino convertirse en militar de tiempo completo. Llegó a teniente coronel de los rurales, el cuerpo de policía tradicional del régimen porfiriano que el gobierno de Madero convirtió en una fuerza integrada sobre todo por veteranos revolucionarios. Era muy bueno en su nueva profesión. Cuando Orozco se rebeló en 1912, Chao fue uno de los pocos comandantes locales que no sólo permanecieron leales al gobierno, sino que alcanzaron una victoria sobre los orozquistas: derrotó al comandante Blas Orpinel en la batalla de Balleza y fue promovido a coronel de las milicias estatales.²⁸

También tuvo éxito cuando se sublevó contra Huerta, a principios de 1913, y se convirtió en el primer jefe revolucionario de Chihuahua que capturó una ciudad importante, al ocupar Hidalgo del Parral. Intentó crear su propia “División del Norte”²⁹ y estaba resentido con Villa, quien lo forzó a reconocerlo como comandante supremo de las fuerzas revolucionarias chihuahuenses. De ello se quejó cuando escoltó a Carranza a través del sur de Chihuahua, en el camino de Coahuila a Sonora, en agosto de 1913. Según uno de los testigos, incluso le pidió a Carranza que quitara a Villa del poder, cosa que aquél obviamente no podía hacer.³⁰

La actitud de Chao impresionó a Carranza, quien vio en él al mejor antídoto y contrapeso para Villa que encontraría en Chihuahua, e hizo cuanto estaba a su alcance para fortalecer su posición. Presionó a Villa para que lo nombrara gobernador de Chihuahua y, en enero de 1914, su petición fue atendida.

Maclovio Herrera, otro oficial de la División del Norte, también acompañó a Carranza a través de Chihuahua, en agosto de 1913. Pero el Primer Jefe mostró más interés por Chao, que tenía más edad, mejor educación y venía de una clase social más alta, y con ello parecía corresponder más al tipo de hombre que Carranza prefería para gobernar Chihuahua y que, por lo demás, sería el que saldría triunfante en la revolución. Sin embargo fue Maclovio Herrera quien se convirtió en el hombre de Carranza en Chihuahua. Aunque había ingresado en el Partido Antirreeleccionista en Parral, en 1909, no hay indicios de que Herrera fuera un dirigente popular de estatura comparable a la de Ortega o Contreras antes de la revolución de 1910. Este ranchero de medios relativamente modestos, que tenía treinta y un años cuando estalló la revolución maderista, debía el gran prestigio y la popularidad de que gozaba en Parral a su valor, su audacia y sus capacidades militares, que se fueron haciendo legendarios. En noviembre de 1910, había tomado las armas bajo el mando de Guillermo Baca, una de las personalidades más respetadas de Parral, que dirigió la revolución maderista en la ciudad. Cuando mataron a Baca en febrero de 1911, Herrera asumió el mando de sus tropas. Fue durante el sitio de Parral por los orozquistas, a principios de 1912, momento en que colaboró a defender la ciudad contra fuerzas muy superiores, cuando Herrera se ganó el respeto de Villa y una gran popularidad en su ciudad natal. Como muchos otros de los principales jefes villistas, había sido comandante de rurales durante el gobierno de Madero. Cuando Huerta llevó a cabo su golpe de estado, también desconoció al nuevo régimen. En la batalla de Tierra Blanca, encabezó la desesperada carga de caballería que rompió la retaguardia del ejército federal y contribuyó a decidir la batalla. Su valentía y

capacidad como militar y sus lazos de sangre con una vieja y bien establecida familia de Parral le daban una sólida base en su ciudad natal y sus alrededores.³¹

El comandante de la Brigada Zaragoza del ejército de Chihuahua, Eugenio Aguirre Benavides, debía estar más cerca del tipo de revolucionario que Carranza quería, en términos de su origen social y educación liberal. Procedía, como el Primer Jefe, de Coahuila, y pertenecía a una familia bien conocida y próspera. Pero una marca negra opacaba esas ventajas sociales en la opinión de Carranza: sus íntimas conexiones con la familia Madero. Estaba emparentado con ellos, tenía negocios con el padre de Francisco y su lugarteniente como comandante de la Brigada Zaragoza era su hermano menor, Raúl.

En vista de esos íntimos lazos con los Madero, no es sorprendente que tanto Eugenio como su hermano Luis se unieran al Partido Antirreeleccionista y formaran parte de un pequeño grupo de hombres de La Laguna que decidieron tomar las armas el 20 de noviembre de 1910. Pero les llegaron noticias de que otro levantamiento planeado para ese día por los maderistas de Puebla, encabezados por Aquiles Serdán, había sido aplastado por las fuerzas de Díaz. “Estos acontecimientos nos infundieron verdadero pánico”, como recordaba después Luis, “y temerosos de lo peor, mi hermano Eugenio y yo decidimos marcharnos a Eagle Pass, Texas. Los demás comprometidos, más valientes y decididos que nosotros, cumplieron su compromiso y se levantaron el 20 de noviembre de 1910.”³²

Su pánico momentáneo y su huida no perjudicaron a ninguno de los hermanos Aguirre Benavides. Una vez en Estados Unidos, inmediatamente contactaron con los dirigentes del movimiento de Madero y se incorporaron a un grupo de activistas. Trabajaron primero en el departamento de propaganda y, cuando Madero entró en México, lo acompañaron y pelearon a su lado en la campaña de Chihuahua. Luis pronto se convirtió en secretario de uno de los miembros más influyentes de la familia de Madero, el hermano del presidente, Gustavo. Una de las tareas que éste le confió en 1912 fue la de visitar regularmente a Villa durante su encarcelamiento en la penitenciaría de la ciudad de México. Cuando Madero fue derrocado y Carranza lanzó su llamado a las armas, los dos hermanos inmediatamente se reportaron con él, quien conservó a Luis como parte de su Estado Mayor, pero envió a Eugenio a su región de origen, La Laguna, donde esperaba que podría reclutar a un número significativo de hombres. Como todos los demás revolucionarios de La Laguna, Eugenio Aguirre Benavides aceptó la jefatura de Villa cuando éste llegó para atacar Torreón. A pesar de sus orígenes de clase alta, probablemente era más fácil para Eugenio subordinarse a Villa que

para muchos otros dirigentes de la región. Villa simpatizaba mucho con su hermano Luis, porque lo había visitado en la cárcel en el periodo que consideraba su hora más negra, y pronto lo convertiría en su secretario privado. Eugenio no sólo se beneficiaba de esa buena relación, sino por el hecho de que otro pariente, Adrián Aguirre Benavides, había sido uno de los abogados defensores de Villa en 1912.

Sobre todo, lo que hacía que Villa se sintiera atraído por los comandantes de la Brigada Zaragoza era su subcomandante, Raúl Madero, el hermano menor del presidente asesinado, que carecía de la arrogancia característica de una gran parte de la clase alta mexicana y era, según un testigo, “popular y querido entre las tropas [...] que sin presunciones, vanidades ni orgullos confraternizaba con todo mundo, aun con los rebeldes más oscuros”.³³ Raúl Madero y Villa habían trabado amistad durante la revolución maderista. Fue Raúl quien sirvió de intermediario en la reconciliación entre Francisco Madero y Villa después de que éste se indisciplinó con el presidente, tras la captura de Ciudad Juárez.

Otro general villista que estableció íntimos lazos con Eugenio Aguirre Benavides y que compartía sus puntos de vista era José Isabel Robles. Tenía veinte años y era maestro de primaria en una de las haciendas de Madero cuando estalló la revolución; movilizó a un pequeño grupo de hombres y se levantó contra Porfirio Díaz. Lo que lo distinguía de todos los demás generales de la División del Norte era que en vez de permanecer fiel a Madero, había participado en la rebelión de Orozco. Pero cuando éste unió sus fuerzas a las de Huerta, Robles se negó a seguirlo y convenció a sus trescientos hombres de cambiar de bando e incorporarse a las tropas de un revolucionario relativamente oscuro, Gregorio García, que se alegró no poco con los refuerzos que Robles le ofrecía y los acogió con entusiasmo. Luego, García cayó en combate, y Robles asumió el mando. A los veintitrés años, era uno de los generales villistas más jóvenes y también uno de los más activos intelectualmente. Su libro favorito, que llevaba consigo a todas sus campañas, era las *Vidas* de Plutarco. Su simpatía personal y tal vez sus capacidades militares eran tan grandes que Villa, quien por lo general desconfiaba terriblemente de cualquiera que hubiera peleado con Orozco, no puso reparos en aceptarlo en su ejército.³⁴

Entre los comandantes villistas había un general a quien nadie, historiador, periodista u observador, atribuyó jamás el título de “hombre de honor”. Se trata de Tomás Urbina, que había sido compinche de Villa en sus tiempos de bandolero. Su objetivo al incorporarse a la revolución probablemente coincidía con el que uno de sus asistentes le confesó a John Reed: “Esta revolución. No se

confunda usted. Es la lucha de los pobres contra los ricos. Yo era muy pobre antes de la revolución y ahora soy muy rico”.³⁵

“Hombre ancho de estatura mediana y tez color caoba oscura, con una barba negra y rala hasta los pómulos que no escondía la boca ancha, de labios delgados y carente de expresión, la nariz de amplios agujeros, los diminutos ojos animales llenos de humor”, Urbina no tenía al parecer más que una ambición en la vida: la de convertirse en un rico hacendado y crear un imperio económico semejante al de los Terrazas. La Hacienda de Las Nieves, que había ocupado, era la piedra sillar de su deseado imperio. “La población pertenece al general Urbina, la gente, las casas, los animales y las almas inmortales. En Las Nieves, él y sólo él imparte la alta y la baja justicia. La única tienda se encuentra en su casa.”³⁶ Uno de los antiguos secretarios de Villa lo describe como un borracho disipado y arrogante, de pésimo carácter.

En el apogeo de Villa, Urbina se encumbra y se hace dueño de una importante región del país en que no hay más ley que su capricho o el de sus numerosos favoritos, casi tan pícaros como él; y en ese tiempo nadie puede evitar esa inmoralidad desastrosa y trascendental, porque Villa cree que son puras calumnias cuanto se dice acerca de su *compadrito*.^{* 37}

Aunque era entre los generales villistas el que se acercaba más a la figura del simple bandido, seguramente poseía otros talentos. Entre los antiguos secuaces de Villa, fue uno de los pocos que se las arreglaron por sí solos. Durante la revolución maderista encabezó una importante fuerza de combate compuesta por mineros, peones y campesinos. En la lucha contra Orozco, fue uno de los lugartenientes de Villa; pero cuando estalló la nueva revolución contra Huerta, se levantó por su cuenta. Fue tan bueno reclutando hombres y en la guerrilla contra las fuerzas federales que los comandantes de las tropas revolucionarias del estado de Durango lo eligieron jefe cuando decidieron atacar la capital del estado. Ganaron, y esa victoria señaló el fin de cualquier género de respeto que pudieran tenerle los demás generales. Su incapacidad y falta de voluntad para controlar a sus tropas cuando entraron en la ciudad, el saqueo y el pillaje que siguieron, y su propia participación en ellos cuando retuvo a muchos de los ciudadanos para pedirles rescate y se embolsó el dinero para sí, hicieron que la mayoría de los jefes revolucionarios temieran que Urbina desacreditara definitivamente a la revolución. Por suerte para él, Villa le tenía una confianza ciega y rehusaba escuchar cualquier comentario negativo sobre su conducta. Esa

lealtad no era recíproca. Una año y medio más tarde, cuando la fortuna de Villa tocaba fondo, Urbina intentaría abandonarlo. Y lo pagaría con su vida.³⁸

La relación que tenían con Villa estos caudillos militares hasta entonces independientes era en muchos sentidos ambivalente. Por una parte, aceptaban su autoridad en asuntos militares, especialmente en el campo de batalla. Más les valía. En una borrachera, Yuriar, uno de los jefes menos conocidos, se negó a obedecer una orden de Villa, y éste lo hizo ejecutar sin que ninguno de los demás comandantes pusiera objeción, ya que había violado claramente la disciplina militar. Sin embargo, fuera del campo de batalla, los jefes procuraban conservar la mayor autonomía posible, tanto respecto de Villa como de Carranza. Aunque reconocían la autoridad de este último como Primer Jefe de la revolución, mostraron claramente su independencia eligiendo a Villa comandante de la División del Norte y gobernador de Chihuahua sin consultarlo. Las afirmaciones de autonomía de los caudillos militares respecto de Villa eran más sutiles. Procuraban inculcar a sus soldados la idea de que, si bien Villa era el comandante en jefe, su primera lealtad debía ser para ellos. Característico de esta actitud fue que, cuando John Reed fue a visitar una de las unidades de Contreras y se identificó con un pase firmado por Villa, el soldado a quien se lo mostró le dijo: “Francisco Villa no es nadie para nosotros [...] somos de la Brigada Juárez, gente de Calixto Contreras”.³⁹ A veces intentaban sutilmente equilibrar a un jefe contra el otro. Esto explica por qué Contreras, que hasta el fin de sus días siguió siendo uno de los generales más fieles de Villa, le pidió a Carranza y no a aquél que enviara un oficial para adiestrar y disciplinar a sus tropas.⁴⁰

Aunque principalmente era Villa quien abastecía de armas y municiones a sus generales y soldados, ellos intentaban conservar cierto grado de independencia económica. Por ejemplo, defendían su derecho sobre ciertas haciendas, que eran administradas en su nombre y no estaban sujetas a la Administración General de Confiscaciones, encabezada por Silvestre Terrazas y directamente subordinada a Villa. Su independencia quedaba acrecentada porque éste les permitía conservar el poder político sobre sus regiones de origen.

En contraste con estos generales que desde los días de la revolución maderista se habían labrado una base de poder propia, había en torno a Villa un segundo grupo de hombres cuyo poder derivaba principalmente de él y con quienes mantenía un tipo de relaciones muy diferente. Podían clasificarse a grosso modo como técnicos, verdugos y militares, aunque estas tres categorías a veces se entremezclaban.

No es sorprendente que, cuando Villa se convirtió en gobernador de Chihuahua e intentó transformar sus fuerzas de una banda guerrillera en un ejército regular, necesitara técnicos que lo ayudaran en esa compleja tarea administrativa y organizativa. Cuatro hombres formaron el núcleo de lo que podría llamarse el gabinete villista, aunque en esa primera etapa el término nunca fue empleado ni por Villa ni por sus subordinados.

De todos los civiles que se unieron a Villa, Silvestre Terrazas fue quien permaneció con él y lo sirvió durante más tiempo: desde que tomó posesión en Chihuahua, en diciembre de 1913, hasta que perdió el control sobre el estado, en diciembre de 1915. Aunque sólo ocupó el cargo de secretario general de Gobierno (fue gobernador interino por un periodo muy breve), su poder civil fue creciendo paulatinamente. En los primeros meses del dominio villista, durante las gubernaturas del propio Villa y de Chao, Terrazas sólo tuvo un poder limitado. Villa tenía un intenso interés en los asuntos del estado y Chao era un hombre cultivado e instruido, con una clara comprensión de los problemas que enfrentaba, y no dependía de sus consejos. Pero cuando, pocos meses después, Chao fue sustituido por Fidel Ávila, antiguo capataz de una hacienda escasamente instruido, el papel de Silvestre Terrazas se volvió mucho más importante.

Estaba más preparado que su nuevo jefe y conocía mejor el estado. Aunque Villa siguió interesándose por los asuntos de Chihuahua, estaba fuera con tanta frecuencia en sus campañas militares que la libertad de acción de Silvestre Terrazas fue aumentando. También se acrecentó cuando, pocos meses después de convertirlo en secretario de Gobierno, Villa lo nombró administrador principal de los bienes confiscados.⁴¹ Único alto funcionario del gobierno villista que dejó memorias escritas, Silvestre Terrazas da una idea muy somera de su papel. Insiste en que sólo era un administrador, que no sabía nada de la represión que tuvo lugar durante la supremacía villista y que en realidad uno de sus principales objetivos era poner freno a las tendencias represivas de Villa. No hay razón para dudar que una y otra vez, como dice en sus memorias, procurara contenerlo; sin embargo, sabía mucho más sobre la represión y tal vez participó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Fue de sus principales consejeros [de Villa] durante los dos años de dominación villista y al señor Terrazas se deben las principales disposiciones legislativas que dictó el célebre guerrillero durante su breve interinato, tendientes a reorganizar la administración pública y a proteger a las clases

populares, especialmente en cuestión de subsistencias; habiendo sido propiamente el regulador de aquel incipiente gobierno revolucionario. También fue el conducto para transmitir todas las órdenes, así violentas como ordenadas, que dictó el general Villa directamente o por conducto de los gobernadores militares que nombró. Lo mismo firmó una orden para que se verificara una ejecución, que otra para ayudar económicamente a las clases desvalidas.⁴²

Lo que al parecer atraía a Silvestre Terrazas no eran los intentos de reforma social de Villa. De hecho, en sus memorias, nunca menciona el tema de la reforma agraria. Como muchos miembros de la clase media chihuahuense, le impresionaba que Villa hubiera puesto a Chihuahua en el mapa. Fueron los hombres de ese estado quienes lograron la victoria decisiva que llevó a Madero al poder, pero éste pronto se olvidó de Chihuahua. Con Villa al timón, se convertiría en el centro de la nueva revolución mexicana.

Otro “técnico” que también se hallaba entre los “miembros del gabinete” era Juan Medina, antiguo oficial del ejército federal que había participado en la campaña de Porfirio Díaz contra los indios yaquis de Sonora en 1903, cuya crueldad le repugnó de tal modo que renunció al ejército y se fue a Chihuahua, donde se convirtió en un pequeño empresario. Se incorporó al levantamiento de Madero en 1911, y Abraham González le dio uno de los más importantes cargos del estado, el de jefe político del distrito de Bravos. Huyó del estado cuando Huerta tomó el poder y regresó para unirse a Villa en 1913. Éste, que necesitaba con urgencia a un hombre con experiencia en el trato con un ejército profesional, lo nombró jefe de Estado Mayor, y Medina se dedicó principalmente a la compleja tarea de transformar el heterogéneo conjunto de grupos guerrilleros en un ejército regular.⁴³

Mientras que la elección tanto de Silvestre Terrazas como de Medina era juiciosa e inteligente, no puede decirse lo mismo de las otras dos personas que Villa nombró a principios de 1913 en cargos “técnicos” de responsabilidad comparable dentro de su gabinete informal.

Cuando ocupó Torreón en noviembre de 1913, designó a un oscuro hombre de negocios, Lázaro de la Garza, para que recolectara las contribuciones forzosas que había impuesto a los ricos empresarios mexicanos de Torreón. No está claro a qué se debió esa elección. Pero De la Garza cumplió atingentemente su tarea, y se ganó la confianza del general, quien lo envió a Estados Unidos como uno de sus más importantes emisarios. Le confió grandes sumas de dinero para que

comprara armas y para que hiciera imprimir allí la nueva moneda mexicana. También le encargó con frecuencia misiones diplomáticas. Resultó una decisión desastrosa. Un año más tarde Lázaro de la Garza traicionó a su jefe en uno de los momentos más críticos de la carrera revolucionaria de Villa.

Otro “técnico” a quien Villa pronto puso a cargo de la compra de armas y abasto en Estados Unidos fue su propio hermano, Hipólito. Uno de los antiguos secretarios de Villa lo llamó el Rockefeller de la Revolución y dijo que merecería que escribiera su biografía un historiador de la estatura de Plutarco.⁴⁴ Como Hipólito sabía leer y escribir y como Villa confiaba en él enteramente, lo puso al frente de una agencia en la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez, encargada de comprar pertrechos militares en Estados Unidos y de manejar para ello grandes sumas de dinero. Hipólito obtenía también considerables ingresos del juego y las carreras de caballos en la misma ciudad. “Hipólito es un tipo de persona muy distinto de su hermano”, dice su antigua esposa. “Le gustaba pasársela bien. Le encantaba gastar dinero y siempre parecía que tenía mucho. Era muy guapo. Siempre llegaba al cine en un hermoso Cadillac.”⁴⁵

Hipólito era menos sanguinario, pero carecía de las virtudes y capacidades de su hermano; no tenía su conciencia social ni su don de mando, y sus capacidades organizativas eran mínimas. Era un *playboy* cuyo amor por el dispendio sólo igualaba la intensidad de su deseo de adquirir dinero. Para Pancho Villa, el dinero siempre fue un medio de adquirir poder e influencia; para Hipólito, era un fin en sí mismo. Por incapacidad, falta de interés o simple corrupción, cometió frecuentes torpezas y errores en su misión de comprar pertrechos que se necesitaban con urgencia. Pero Pancho Villa tenía debilidad por su hermano: lo mantuvo en su cargo y, en la medida de lo posible, fuera de peligro. A pesar de su ineptitud y su corrupción, a su manera Hipólito le fue leal hasta el fin, aunque a diferencia de Pancho, viviría una larga vida y moriría de muerte natural en Chihuahua.

El otro “técnico” destacado a quien Villa eligió para el importantísimo cargo de superintendente de los ferrocarriles fue todavía más desastroso. Aunque nunca traicionó a su jefe, Rodolfo Fierro le haría más daño a su reputación que cualquier otro de sus asociados, incluido Tomás Urbina.

En la historia, la leyenda y la realidad rara vez concurren. En el caso de Villa y su movimiento, la disparidad parece especialmente grande. Pero hay una excepción a esta tendencia, un caso en que ambas no sólo se entremezclan sino que coinciden, y es el de Rodolfo Fierro. Sus capacidades “técnicas” eran limitadas. Había sido un empleado ferroviario de bajo nivel y nunca había tenido

que ocuparse de los complejos problemas logísticos del transporte de tropas. En realidad, en algunos aspectos, era extraño que formara parte del “gabinete” villista, la mayor parte de cuyos miembros habían sido cercanos a Madero, estaban vinculados con Villa o lo habían conocido o trabajado con él en los días anteriores a la revolución. Fierro lo conoció en 1913, tras el fin de la revolución maderista. A diferencia de sus más cercanos colaboradores, no había nacido ni crecido en Chihuahua ni en Durango. Venía de Sinaloa y había vivido muchos años en el estado occidental de Sonora, donde había servido primero como soldado federal, en la campaña contra los indios yaquis, y luego como ferrocarrilero. Lo que ante todo atrajo a Villa no fue su dudoso conocimiento sobre los ferrocarriles, sino otras cualidades: su invencible valor, su naturaleza despiadada y su lealtad. No se sabe por qué acción atrajo Fierro la atención de Villa por primera vez, pero probablemente se trató de algo semejante a la carga de un solo hombre, en la batalla de Tierra Blanca, que lo hizo famoso en toda la División del Norte. En el momento en que un tren lleno de soldados federales ganaba velocidad para salir de Tierra Blanca, Fierro, en una carrera al galope que le habría encantado a cualquier productor de cine, alcanzó a la locomotora, se emparejó con ella, saltó adentro, mató a los maquinistas y detuvo el tren, que a continuación pudieron atacar los villistas.

Aparte de este acto de valor, Fierro no presentaba otras “cualidades”. Sus ejecuciones de prisioneros llegaron a ser más célebres en la División del Norte que sus acciones militares. Es famosa la descripción que hizo Martín Luis Guzmán de la forma en que mató él solo a varios cientos de prisioneros orozquistas. Les dijo que iba a darles una “oportunidad” y ordenó que los fueran soltando, en grupos de diez, en un patio donde él los esperaba armado con sus pistolas. Si lograban atravesar el recinto y saltar por la barda, quedarían libres. De manera que los prisioneros corrían y él los mataba a balazos; sólo uno de más de doscientos hombres consiguió llegar al muro y trasponerlo.

Fierro se convirtió en el principal verdugo de Villa. Pronto extendió sus actividades de la “esfera pública” a la “privada”. Se decía que una vez mató a un forastero en la ciudad de Chihuahua “para decidir una apuesta sobre si un hombre herido de muerte cae hacia adelante o hacia atrás. Fierro ganó la apuesta: el hombre cayó hacia adelante”.⁴⁶ Las dudas que Patrick O’Hea, empresario y cónsul inglés en Torreón, pudiera albergar sobre la veracidad de tales historias quedaron disipadas cuando lo conoció. “Alto y de tez oscura pero con rasgos mongólicos”, iba acompañado por un grupo de hombres cuando detuvo a O’Hea

en una calle de Torreón. Se apropió de la pistola automática del cónsul y empezó a jugar con ella.

[...] me apuntó con la pistola. Sus ojos inyectados de sangre eran los de un hombre hundido en el licor y la fatiga; con la mirada fija en la mía, levantó lentamente el cañón hacia arriba hasta que me hallé mirando la boca negra-azul de la pistola y contemplando, como uno nota detalles triviales en tales momentos, las muescas que rodeaban los bordes mellados del agujero de la muerte.

Muy borracho debe haber estado Rodolfo Fierro en ese instante, porque el cañón vaciló perceptiblemente hacia abajo mientras él apretaba el gatillo, cada vez con más fuerza porque no lograba hacer explotar el arma ni cumplir su propósito de enviarme a la eternidad. Con aire confuso, de nuevo sujetó firmemente el arma, pequeña en su ancha mano, pero una vez más el martillo oculto no logró golpear el cartucho, y yo seguí vivo...

Para entonces yo estaba sonriendo, con no sé qué clase de mueca de horror, congelada por el miedo, pero algo hubo en esa lamentable sonrisa que le gustó.

“Déjeme enseñarle cómo funciona”, dije, todavía sonriendo.

Sin soltar el arma, me permitió mostrarle el seguro, casi invisible, que liberaba el martillo. Disparó repentinamente contra el suelo a nuestros pies, y luego miró mis ojos sonrientes y se guardó la automática, con rostro aliviado. Su instinto asesino cedió cuando sus compañeros le explicaron que, oh, se trataba de un extranjero y su ejecución podría traer complicaciones. Me sujetó fuertemente por un brazo, el aliento cargado de alcohol, sonriendo ahora con la cara muy cerca de la mía, “Cuando vuelva a suceder, sonrío, y tal vez eso vuelva a salvarle la vida”.⁴⁷

Estos métodos de Fierro eran muy eficaces cuando se trataba de despachar a los enemigos reales o potenciales de Villa. Eran menos efectivos cuando se trataba de los ferrocarriles. Durante la batalla de Torreón, Villa al parecer desahogó públicamente su cólera contra Fierro porque un tren que transportaba agua y provisiones llegó treinta y cinco minutos tarde. Como señaló un corresponsal estadounidense,

sus gritos de furia ciega se oían por todo el campamento, aterradores, maníacos, mientras sacudía ambos puños frente al rostro de su subordinado. Fierro, un asesino profesional, verde de rabia, permaneció en silencio, sin

levantar una mano contra su jefe. Pero media hora más tarde, cuando el tren demorado entró en su apartadero, Fierro cortó las explicaciones que trataba de darle el maquinista matándolo de un tiro.⁴⁸

El “estilo administrativo” de Fierro produjo un descontento creciente entre los ferrocarrileros, que eran partidarios fieles de Villa y de quienes dependía todo el sistema de transporte del ejército. En su estupor alcohólico, Fierro mató a uno de ellos, que lo había empujado accidentalmente en la calle. El enojo contra él llegó a tal punto que Villa se vio finalmente forzado a actuar. Hasta ese momento, se había negado rotundamente a proceder de modo alguno contra él, incluso cuando había matado a miembros de su propio destacamento y existía gran tensión en sus filas, diciendo que si alguna vez lo derrotaban y tenía que volver a las colinas, Fierro estaría entre los pocos hombres que lo seguirían.

Esa vez Villa consideró que había ido demasiado lejos: en vista de que la División del Norte dependía cada vez más del transporte ferroviario, perder el apoyo de sus trabajadores habría sido un golpe devastador. Despidió al superintendente y nombró a otro en su lugar. También accedió a la sugerencia de Silvestre Terrazas de que un juez empezara a reunir pruebas contra él para que fuera llevado a juicio. El nombre de Fierro inspiraba tal terror que el juez suplicó a Silvestre Terrazas que lo retirara del caso. “Y sabe usted”, le dijo, “cómo es el general Fierro, lugarteniente del señor general Villa, y le temo.”⁴⁹ No tenía que temer, porque a diferencia del despido de Fierro como superintendente, que fue muy real, la investigación era una farsa, destinada ante todo a apaciguar a los ferrocarrileros enojados. Villa no tenía intención de proceder contra su lugarteniente de confianza, que pronto se convertiría en uno de sus generales más importantes.

En contraste con Fierro, otros miembros del círculo íntimo de Villa han caído en el olvido. Hubo entre ellos otro verdugo, tal vez igualmente sanguinario, pero menos capaz que Fierro. Su nombre era Manuel Baca Valle; como Urbina, había sido compañero de Villa en sus tiempos de bandido y tenía un largo expediente criminal. Aunque fue socio de Villa en 1912, Luz Corral le temía mucho y lo consideraba un asesino.⁵⁰ Igual podía matar a sus enemigos personales que a gente que conocía por azar, lo mismo que Fierro, y Villa se negaba a castigarlo, aunque en ocasiones sí lo contuvo.

Los demás colaboradores de Villa eran de un calibre distinto. Aunque podían ser brutales, no eran verdugos ni asesinos como Fierro o Baca Valle. Eran los militares que formaban el núcleo de la fuerza de choque personal que Villa

estaba creando, una unidad de élite, leal ante todo a él y no a alguno de sus generales. A diferencia de Fierro, la mayoría de ellos se habían unido a Villa en los primeros días de la revolución maderista, habían peleado con él contra Orozco y habían acudido cuando los llamó a rebelarse de nuevo, tras su regreso de Estados Unidos. No hay común denominador en sus orígenes sociales. Nicolás Fernández, que tenía treinta y cinco años cuando estalló la revolución en 1910, podía ser considerado miembro de la clase media alta del estado tanto por su origen social como por el tipo de trabajo que hacía. Su abuelo era hermano de Lauro Carrillo, que había sido gobernador de Chihuahua en la década de 1880, y Fernández era administrador de varias haciendas de Luis Terrazas. No es fácil entender por qué tomó parte en la revolución y menos aún explicar por qué se unió a las fuerzas villistas. Todo lo que dijo en una entrevista, años más tarde, fue que estaba en buenos términos con Abraham González y que Villa un día entró a caballo en la hacienda y le pidió que se uniera a sus tropas. ¿Estaba tan escandalizado por las condiciones reinantes en las haciendas de Terrazas que estuvo dispuesto a sacrificar su propia posición para luchar contra su antiguo patrón? ¿Le había hecho Terrazas alguna afrenta personal? ¿Lo motivó la amistad con Abraham González? ¿O había sido socio de Villa subrepticamente, en sus actividades de gavillero?⁵¹

El mismo tipo de preguntas surge respecto de Fidel Ávila, capataz en una hacienda antes de la revolución, que también se unió a Villa en los primeros días del alzamiento maderista. Ambos estaban muy cercanos a su líder. Nicolás Fernández permaneció con él hasta su muerte, mientras que Fidel Ávila fue designado por Villa para suceder a Chao como gobernador de Chihuahua.⁵²

Menos interrogantes existen sobre la carrera de Martín López, antiguo panadero que tenía dieciocho años cuando ingresó en las filas maderistas. Primero se unió a un caudillo menor, Guadalupe Gardea, cuyas fuerzas pronto se incorporaron al destacamento de Villa. A diferencia de Fernández y Ávila, que fueron oficiales desde que entraron en el ejército revolucionario, López, como muchos otros de su edad, ascendió poco a poco. Empezó como soldado raso y su audacia, valor y lealtad impresionaron tanto a Villa que a los pocos años era uno de los hombres en quienes más confiaba y pronto llegó a ser general.⁵³

LA LLEGADA DE FELIPE ÁNGELES

Hubo otro hombre que se unió a Villa más tarde que Urbina y que Fierro, pero que llegó a estar tan íntimamente asociado con él en la visión del público como

ellos, aunque en muchos aspectos era la completa antítesis de ambos. No era un líder campesino; no pertenecía a ninguna de las profesiones intelectuales tradicionales –abogado, maestro, periodista– cuyos miembros tendieron a unirse a la revolución, ni tenía una larga historia de oposición al régimen de Díaz. Se trataba del general federal Felipe Ángeles, quien representó una excepción a todas las reglas, tanto del México porfiriano, como del México revolucionario.

Fue el único alto oficial del ejército federal que se unió a las fuerzas revolucionarias y también uno de los muy pocos generales mexicanos, fueran federales o revolucionarios, que era a la vez un intelectual en el más amplio sentido del término. Enseñaba matemáticas y ciencias de la artillería, y escribió trabajos muy conocidos sobre ambos campos. También mostraba un profundo interés por la literatura y era un hombre culto. Además, era uno de los muy pocos militares que gozaban tanto de prestigio nacional como de popularidad en gran parte del país. Ante todo, fue uno de los pocos ideólogos que produjo la revolución. Tendría una enorme influencia sobre Villa y sobre su ejército en diferentes sentidos: como especialista en artillería, como estratega, como organizador, como dirigente ideológico y como intermediario con los estadounidenses.

A primera vista, Ángeles parece un revolucionario improbable. Nunca expresó simpatía alguna por los movimientos de oposición a Díaz antes de 1910 y, de hecho, tras el triunfo de la revolución, siguió manifestando su admiración por la personalidad del dictador.

Venía de una familia porfiriana de clase media. Su padre, que se había distinguido en la guerra contra los franceses, gozaba como jefe político de la plena confianza de las autoridades. Se ocupó de darle al joven Felipe, que nació en Zacualtipán, estado de Hidalgo, en 1868, la mejor educación posible en aquellos años en México.⁵⁴

Tras acabar la escuela primaria, Felipe Ángeles asistió al Instituto Científico y Literario de Pachuca y, a la edad de catorce años, ingresó al Colegio Militar, una de las instituciones de enseñanza superior más prestigiosas de México. A diferencia de muchos jóvenes del Porfiriato que debían sus carreras a la riqueza, el patrocinio o el nepotismo, el ascenso de Ángeles se debió a sus dotes intelectuales. Era tan bueno en matemáticas que siendo todavía estudiante en la academia militar lo llamaban para sustituir a los profesores que salían con licencia. Se especializó en balística y sus artículos técnicos sobre el tema al parecer obtuvieron aplausos más allá de las fronteras de México. Tras graduarse de la academia militar, pronto recibió un nombramiento como profesor de la

misma institución. Fue enviado a Francia en 1902, como experto técnico en una comisión que debía comprar piezas de artillería para el ejército mexicano. Allí entró en conflicto con la estructura de poder porfiriana. La hoja de servicios de Ángeles dice que “con el motivo de haber surgido en el seno de la comisión que integraba en Francia el mayor Ángeles algunas desavenencias [...] se le ordenó regresar a esta capital”.⁵⁵ El hombre con quien chocó era al parecer su padrino, uno de los generales más poderosos y corruptos del ejército mexicano, Manuel Mondragón, quien estaba a cargo de las adquisiciones de artillería para el ejército y gracias a ello se hizo extremadamente rico. El destacado industrial y fabricante de cañones alemán, Krupp, informó al Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania que, en el curso de las negociaciones, Mondragón había pedido que el precio de cualquier cañón que Krupp vendiera al gobierno mexicano se aumentara en veinticinco por ciento para cubrir su comisión personal.⁵⁶ Obviamente, Ángeles se negó a aceptar esto. Al parecer dos años más tarde, en 1904, tuvo problemas de nuevo con los funcionarios encargados de las compras para el ejército. El subsecretario de Guerra quería adquirir un nuevo tipo de pólvora, que había inventado, en Estados Unidos, Hudson Maxim. Un destacado “científico”, Rosendo Pineda, participó en el trato y recomendó la compra. Ángeles se opuso por razones técnicas, y el negocio no se llevó a cabo.⁵⁷ Aparentemente fue la última vez que participó en compra alguna. Tal vez la duradera memoria de la burocracia hizo que se le arrestara cuatro años después durante ocho días por haber escrito un artículo crítico sobre la baja calidad de la educación que se daba a los suboficiales en la nueva escuela creada para ellos.⁵⁸

Un año más tarde, el gobierno lo envió a Francia de nuevo para estudiar técnicas de artillería en dos escuelas especializadas, en Fontainebleau y Mailly.⁵⁹ ¿Se trataba de una promoción para preparar su ascenso o tenía por objeto evitar que interfiriera una vez más en las lucrativas compras de armamento? Lo último es más probable, ya que los viajes de estudio eran uno de los medios por los que el gobierno de Díaz enviaba a los militares recalcitrantes a una especie de dorado exilio europeo, en las mejores condiciones, pero lo más lejos posible. Reyes, con quien Ángeles no tenía relación, también fue enviado en una misión de estudio a Francia cuando Díaz quiso eliminarlo de la vida pública.

Cuando estalló la revolución maderista, Ángeles todavía estaba en Francia y, en noviembre de 1910, ofreció sus servicios al gobierno mexicano para pelear contra los revolucionarios.⁶⁰ Pero no fue llamado –en parte porque el gobierno todavía confiaba en sus propias fuerzas, y en parte porque habría dado la

impresión en Francia de que se tomaba en serio la revolución, lo que en 1910 aún no era el caso.

El ascenso de Ángeles a la luz pública se produjo durante el gobierno de Madero. Tal vez porque su figura era menos controvertida que la de otros oficiales del ejército de Díaz, gracias a que no había combatido contra la revolución, fue nombrado director del Colegio Militar. Madero con frecuencia le pedía que lo escoltara en sus salidas fuera de la capital, y los dos hombres se hicieron amigos. Ángeles se convirtió en un devoto maderista y Madero confiaba en él más que en ningún otro jefe militar. Por tanto, no es sorprendente que el presidente le encomendara dos importantes tareas: tuvo considerable éxito en la primera y fracasó en la segunda.

Su primera misión consistió en contener la revuelta zapatista en Morelos de una manera más coincidente con la ideología de Madero. Los predecesores de Ángeles en la campaña contra Zapata habían aplicado sangrientas tácticas de contrainsurgencia. Los generales federales Huerta y Juvencio Robles quemaron los pueblos sospechosos de tener simpatías zapatistas hasta no dejar rastro y masacraron a sus habitantes. Los prisioneros eran sistemáticamente ejecutados, a menudo tras haber sido forzados a cavar sus propias tumbas. El resultado de esta campaña de terror fue que muchos campesinos que se habían resistido a unirse a Zapata ahora lo hacían, tanto por deseo de venganza, como porque consideraban que era la única forma de sobrevivir. Tras expresar su repugnancia ante los métodos empleados por sus predecesores, Ángeles aplicó una táctica completamente nueva. Dejó de quemar pueblos, abandonó casi por completo cualquier represalia contra los civiles y suspendió las ejecuciones de prisioneros. Los resultados fueron gratificantes, tanto para Madero como para Ángeles. No sólo desapareció el aspecto sanguinario de la campaña que repugnaba a ambos, sino que en términos militares también tuvieron éxito. Muchos campesinos, dándose cuenta de que no tenían que temer represalias, regresaron a sus casas, y el zapatismo quedó muy debilitado, aunque no derrotado.⁶¹

En la lucha contra Zapata, Ángeles empezó a simpatizar con los objetivos de sus oponentes. Sin embargo siguió combatiendo, porque creía que sólo Madero podía resolver su problema. “Aunque sea general, no soy más que un indio”, le dijo a un conocido. “Daría cualquier cosa [...] por mostrarle a esa gente el error que están cometiendo. El presidente Madero está haciendo cuanto puede por ellos, pero necesita colaboración. Los conservadores, empleando todos los trucos de la política, lo combaten a cada paso y ¿cómo puede imponer sus reformas si el pueblo al que quiere ayudar no lo respalda?”⁶²

Si bien Ángeles se anotó cierto éxito en Morelos, fracasó en la otra tarea, aún más importante, que Madero le encomendó: la de asegurarse de que el ejército federal no se volteara contra él en la revuelta de febrero de 1913. En ese momento, Ángeles se vio ante una situación maquiavélica que no pudo resolver.

Tras la sublevación inicialmente fallida de Félix Díaz y de varios cientos de sus partidarios contra Madero, en la ciudad de México, el presidente nombró a Huerta comandante supremo de las fuerzas federales encargadas de someter a los rebeldes. Pero no confiaba plenamente en él, y tomó el riesgo de viajar a Cuernavaca, con unos pocos acompañantes, a través del territorio controlado por los zapatistas, para convencer a Ángeles de que volviera a la ciudad de México con sus tropas y se convirtiera en una especie de jefe de Estado Mayor que supervisara las operaciones contra los rebeldes de la Ciudadela. Ángeles accedió a sus deseos y se trasladó a la ciudad de México, pero pronto descubrió que los jefes del ejército federal no lo consideraban bienvenido. A pesar de la presión de Madero, el secretario de Guerra, Peña, amigo de Huerta, se negó a nombrar a Ángeles jefe de Estado Mayor arguyendo que no tenía rango suficiente.⁶³ Madero cedió a esas objeciones, tal vez temiendo que si insistía el ejército se volvería contra él, y Ángeles fue relegado a un papel secundario, al mando de una unidad de artillería en un sector de la ciudad de México. Su situación era extraña y difícil. Aunque no tenía conocimiento de los verdaderos objetivos de Huerta, durante la Decena Trágica pronto se dio cuenta de que algo andaba totalmente mal en la forma en que se llevaba la campaña contra los rebeldes. “Huerta mandó al pobre Castillo y a sus hombres”, le dijo Ángeles a una amiga pocas semanas más tarde, “a la esquina de Balderas y Morelos, donde sabía que los harían pedazos [...] Imagínese si puede, señora”, continuó, “el momento en que abrí fuego contra la Ciudadela y descubrí que el foco de mi cañón había sido secretamente destruido.”⁶⁴ Aunque Ángeles tal vez le mencionó a Madero algunas de sus dudas, no hay indicios de que hiciera un intento serio por advertirle cuán peligrosa era la situación. Pocas semanas después del golpe, le dijo a su abogado, Manuel Calero, que “por disciplina, por no parecer intrigante, no podía [...] insistir demasiado con los señores del gobierno sobre que Huerta estaba conduciendo las operaciones contra la Ciudadela en forma de tal modo disparatada que la conducta de aquél parecía más que sospechosa”. Éste es uno de los motivos de la acalorada controversia histórica que sigue suscitando la personalidad de Ángeles.⁶⁵ Los argumentos que le dio a Calero no son suficientes para explicar su conducta: lo mismo antes que después del golpe huertista, estuvo dispuesto a desafiar a sus superiores cuando lo consideraba

necesario. Probablemente dudaba que el presidente fuera a apoyarlo si se enfrentaba a Huerta. Después de todo, tras sugerirle en Cuernavaca que fuera su jefe de Estado Mayor, había desistido cuando los militares se opusieron.

Por otra parte, a Ángeles lo atormentaba otro problema que nunca mencionó ni a sus amigos ni a otros oficiales: en caso de conflicto con otros sectores del ejército, no era seguro que las tropas que había traído de Morelos realmente le obedecerían. Una y otra vez Ángeles había enfrentado rebeliones entre sus tropas. “Parte del once regimiento que guarnecía Yautepec”, le informó a Madero el 31 de octubre de 1912, “se rebeló y otra parte tenía una actitud próxima a la rebelión y mandé desarmarla.” También informaba que había tenido que ordenar a otro batallón, el treinta y dos, que saliera de la ciudad de Jojutla, donde tenía su guarnición, y enviarlo al Estado de México, porque amenazaba con destruir un importante acueducto.⁶⁶ Se produjo un motín todavía más grave contra Ángeles durante la propia Decena Trágica. Un diputado que visitaba el cuartel general de Ángeles, García de la Cadena, atestiguó más tarde, en el juicio que se le hizo a Ángeles en 1913, que “la tropa estaba muy irritada por la muerte de su coronel que atribuía a una imprudencia del general Ángeles, por lo cual estaba esa tropa esperando que bajara de la azotea en que se encontraba para matarlo”. Con grandes dificultades, el diputado y un capitán lograron convencer a los soldados de que Ángeles no era responsable de la muerte del coronel, sino que cumplía órdenes.⁶⁷ Las razones de la impopularidad de Ángeles entre muchos de sus soldados no son difíciles de entender. Con sus predecesores, Huerta y Robles, los soldados, alistados a la fuerza y mal pagados,⁶⁸ podían saquear a voluntad y matar a los civiles que se les enfrentaban. Ángeles había restringido mucho estas actividades.

La idea que tenían los soldados, de que habían sido colocados en una posición particularmente expuesta, era fundamentalmente correcta. Huerta, el comandante de las tropas federales, hizo cuanto pudo por diezmar a las tropas de cuyos comandantes dudaba, y por preservar a aquéllas cuyos jefes estaban dispuestos a conspirar con él. Así pues, mientras duraron los combates, mantuvo en los suburbios de la ciudad de México a las tropas de Aureliano Blanquet, que era su aliado y que más tarde detuvo a Madero. En cambio, las tropas de Ángeles fueron enviadas a un lugar especialmente peligroso. Con todo, siguió obedeciendo y no alertó a Madero de estos hechos.

Cabe dudar de que, en caso de haberlo hecho, hubiera podido persuadirlo de destituir a Huerta como comandante federal. Un día antes del derrocamiento del presidente, su hermano Gustavo, que había oído rumores sobre reuniones

secretas entre Huerta y Félix Díaz, arrestó a Huerta e informó a su hermano de la deslealtad del comandante federal. Fue la última oportunidad que tuvo Madero de salvar su vida y su régimen. Pero ni siquiera su hermano pudo conmover su profunda confianza en el ejército federal, y después de que Huerta prometió una ofensiva final para el día siguiente, lo liberó y restituyó en su cargo.

Aunque Ángeles no estaba dispuesto a proceder contra sus superiores por iniciativa propia, la situación habría sido drásticamente diferente si se hubiera enterado de la detención de Madero y Pino Suárez cuando todavía estaba al mando de sus hombres. Podría haberse convertido en el centro de la resistencia contra el golpe y reunido a muchos soldados todavía leales. Es evidente que a esta conclusión llegó también Huerta quien, la misma mañana en que hizo arrestar a Madero y al vicepresidente, llamó a Ángeles a su cuartel general para darle órdenes y allí lo arrestó. Ángeles obviamente no había previsto tal posibilidad y no dejó instrucciones a sus oficiales para que lo liberaran si no volvía a tiempo.

Estuvo detenido en la misma habitación con Madero y Pino Suárez. Márquez Sterling, el embajador cubano en México y el único diplomático que obtuvo permiso para visitar a los prisioneros, quedó impresionado por su profundo pesimismo.

Echado en un sofá, el general Ángeles sonreía con tristeza. Es hombre de porte distinguido; alto, delgado, sereno; ojos grandes, expresivos; fisonomía inteligente, y finas maneras. Cuando le dieron orden de volverse contra Madero se negó a obedecer. Acababa de cambiarse la ropa de campaña por el traje de paisano. Y era el único, de todos los presentes, que no fiaba en la esperanza ilusoria del viaje a Cuba. Una hora después me decía, con su lenguaje militar, ante la sospecha de un horrible desenlace:

—“A don Pancho lo truenan...”⁶⁹

El vicepresidente Pino Suárez estaba más optimista. “Lo que peligra es nuestra libertad, no nuestra existencia [...] asesinarnos equivale a decretar la anarquía.”

Su optimismo era mayor en lo que tocaba a Ángeles. “No se atreverán a tocarle. El ejército lo quiere porque vale mucho y, además, porque fue maestro de sus oficiales. Huerta peca por astucia, y no disgustará, fusilándolo, al único apoyo de su gobierno.”⁷⁰ Aunque Pino Suárez se equivocaba respecto de su propio destino y el de Madero, tenía razón respecto de Ángeles. Huerta no se

atrevió a mandarlo fusilar. La incertidumbre del dictador se reflejó en su actitud poco coherente hacia él: al principio estaba dispuesto a enviarlo al exilio, y lo nombró agregado militar en Bruselas, una ciudad cercana a su querida Francia,⁷¹ pero unos días después, cambió de opinión. Pensó que había hallado un buen motivo para encarcelarlo, neutralizarlo definitivamente y desacreditarlo ante la opinión pública mexicana.

Pocos días después de ponerlo en libertad, a principios de abril, el gobierno acusó a Ángeles de haber ordenado el asesinato de un niño inocente durante los combates de la Decena Trágica. No queda claro si Ángeles fue capturado por la policía o por las tropas de Huerta, o si se entregó para responder a esos cargos, pero de cualquier modo estaba presente durante el juicio.

El niño resultó ser hijo de un conocido funcionario de la ciudad de México, un muchacho de dieciocho años que, en lo más reñido del combate contra Félix Díaz, se dirigió a las tropas de Ángeles llamándolas a sumarse a los rebeldes. Ángeles había ordenado su arresto, y uno de sus subordinados lo había hecho ejecutar. La defensa argüía que Ángeles no había dado la orden y que, incluso si lo hubiera hecho, habría estado justificado, ya que llamar a las tropas a rebelarse en medio de una batalla constituía un acto de traición.⁷²

Ser declarado inocente no le fue de gran ayuda a Ángeles, ya que Huerta se proponía aplicarle la misma táctica que a Villa: demorar el proceso, para mantenerlo en prisión indefinidamente. Por fortuna, contaba con el respaldo de personas influyentes. El más poderoso era el embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, que no planteó objeciones cuando Huerta ejecutó a Madero pero se opuso terminantemente a toda posible represalia contra Ángeles.⁷³ Otro protector poderoso era el político conservador Manuel Calero, que se hizo cargo de su defensa. No sólo tenía una gran influencia entre los conservadores mexicanos, sino que mantenía estrechos vínculos con la más grande de las compañías petroleras estadounidenses que operaban en México, la Mexican Petroleum Company, dirigida por Doheny. Tanto Henry Lane Wilson como Manuel Calero habían apoyado el golpe de Huerta, pero ambos creían que debía entregar la presidencia a otra persona. Wilson esperaba que fuera Félix Díaz; Calero creía que debía ser él mismo. Tal vez ambos pensaban que ganarse la simpatía y el apoyo de un militar influyente como Ángeles les sería muy útil. Estas presiones convencieron a Huerta de suspender el proceso y enviar a Ángeles fuera del país, bajo la cobertura de una misión de investigación militar.⁷⁴

Poco después de llegar a París, Ángeles estableció contacto con un representante de los constitucionalistas en esa ciudad, Miguel Díaz Lombardo, y le ofreció sus servicios. La única precondition que puso fue que le pagaran dos mil dólares para mantener a su familia,⁷⁵ ya que, por su escrupulosa honradez, no había hecho dinero mediante los negocios sucios que eran tan frecuentes en el periodo porfiriano.

Cuando llegó a Sonora, Carranza lo recibió con los brazos abiertos y lo nombró secretario de Guerra de su gabinete. Sin embargo, las relaciones entre ambos pronto se deterioraron. Los oficiales revolucionarios como Álvaro Obregón se oponían a que un antiguo oficial federal ocupara tan alta posición, y presionaron para que Carranza lo degradara al puesto de subsecretario, de modo que no tendría poder en la práctica. También surgieron fuertes conflictos ideológicos. A diferencia del Primer Jefe, Ángeles creía firmemente que parte del ejército federal podía ser inducido a cambiar de bando.⁷⁶ Carranza no tenía confianza en ese ejército y no quería que se uniera a sus tropas. Además, a Ángeles le repugnaba el franco antimaderismo de Carranza. Se hallaba, pues, listo para aceptar cuando Villa le pidió que fuera su jefe de artillería. Carranza, todavía aliado de Villa, al parecer se alegró de librarse de Ángeles.

Una vez en la División del Norte, adquirió mucho ascendiente sobre su comandante en jefe y sus generales, más allá de lo que se relacionaba con sus conocimientos militares. Esto se debió en parte al hondo respeto por los militares bien adiestrados que Villa había manifestado ya, cuando conoció a Reyes en prisión. Pero probablemente fue más importante la cercanía que había tenido con Madero, lo que a los ojos de Villa y de sus asociados era un punto a favor y no en contra, como ocurría en opinión de quienes rodeaban a Carranza y de los sonorenses.

Además, Ángeles no se parecía a los oficiales federales que Villa y sus hombres habían conocido en el breve periodo en que combatieron juntos contra la rebelión de Orozco. No era arrogante y no mostraba menosprecio por los oficiales revolucionarios. Además, era un mestizo, como la mayoría de ellos, y constantemente aludía a sus raíces indígenas.

Probablemente, Villa y algunos de sus oficiales pensaban que Ángeles podía otorgarles el tipo de legitimidad que Carranza les había dado al principio. Había sido también un alto funcionario del gobierno de Madero. El hecho de que, a diferencia del Primer Jefe, nunca hubiera sido elegido para un cargo público no tenía importancia a los ojos de Villa. De hecho, parece ser que durante un tiempo

éste contempló la posibilidad de que Ángeles, y no Carranza, se convirtiera en presidente de México.

Ángeles no era sólo un militar sino un ideólogo, ya que tenía una concepción propia de lo que debía ser la agenda nacional, que era principalmente de naturaleza maderista, pues en muchos aspectos era el heredero espiritual del presidente asesinado y, como él, creía profundamente en la democracia. Tenía más interés en las reformas sociales que Madero –en los últimos años de su vida se consideraba socialista–, pero al igual que éste creía que las reformas debían ser graduales y que la propiedad privada era sagrada. Se oponía tajantemente a las confiscaciones.⁷⁷

La pregunta obvia es cómo esperaba Ángeles poner en práctica esa agenda sabiendo que Villa no compartía muchos de sus puntos. Había mostrado en Chihuahua y en los territorios ocupados por la División del Norte, que no se oponía a las confiscaciones. Y como el propio Ángeles notó, no era un demócrata. Finalmente, Ángeles no tenía un partido político organizado ni partidarios, fuera de los hombres de la División del Norte, la vasta mayoría de los cuales compartía las ideas y los ideales de Villa.

Ángeles pudo plantearse alcanzar sus fines de tres formas posibles. La primera es la que podríamos llamar el camino maquiavélico. Era el curso que Obregón suponía que Ángeles se proponía seguir. Implicaba hacer que se incorporaran a la División del Norte tantos antiguos soldados y oficiales federales como fuera posible, los cuales le obedecerían a él y derrocarían a Villa si éste no aceptaba sus planes. No hay indicios de que hiciera movimiento o preparativo alguno en ese sentido. Aunque sí favorecía la inclusión de los desertores federales en la División del Norte, nunca intentó agruparlos en unidades separadas, que habría sido la mejor manera de crear una fuerza de choque aparte. El único momento en que tal posibilidad se presentó, cuando la dirección del ejército federal le propuso a Villa que lo que quedaba de éste se uniera a su División del Norte, y Villa estaba a punto de aceptar, Ángeles lo disuadió.⁷⁸

La segunda posibilidad era llegar a ser presidente o alto funcionario de un gobierno nacional patrocinado por los villistas. En ese caso, aunque no persuadiera a Villa de aplicar procedimientos democráticos en Chihuahua y las regiones del norte que controlaba, podía muy bien obtener su aprobación para hacer lo que mejor le pareciera en el resto del país.

Aparte de estas posibles consideraciones, la forma más importante en que Ángeles esperaba influir en Villa era forjando y fortaleciendo una alianza con Estados Unidos. Para él, Woodrow Wilson era el máximo apóstol de la

democracia y la reforma social y, si Villa se volvía cada vez más dependiente de Estados Unidos, sería posible convencerlo de llevar a cabo el tipo de reforma democrática que Wilson defendía y que también Ángeles consideraba necesaria para México.

La creciente importancia de Ángeles en las reuniones de consejo de la División del Norte se manifestó al menos en cuatro formas. En términos militares, no se limitó a organizar la artillería, sino que tuvo un papel destacado y, según algunos veteranos villistas, decisivo en la transformación de la fuerza guerrillera de Villa en un ejército regular. Además, trazó la táctica y la estrategia para una de las batallas más importantes que libraron las tropas villistas: la toma de Zacatecas. Fue el arquitecto de las alianzas de Villa, tanto con el gobernador conservador de Sonora, Maytorena, como con Emiliano Zapata. También redactó el borrador de algunos de los pronunciamientos ideológicos más importantes de la facción villista.

Ángeles y Silvestre Terrazas fueron sin duda los dos intelectuales que mayor influencia tuvieron sobre Villa, pero no fueron los únicos que se incorporaron a sus filas.

VILLA Y LOS INTELECTUALES

Los intelectuales, dijo Villa alguna vez, son “desleales” y “engordadores dioquis”.⁷⁹ Cuando hablaba de ellos, Villa no se refería a todas las personas instruidas. En realidad tenía respeto por los maestros, a los que constantemente alababa y a quienes su régimen intentó ayudar lo más posible. Al parecer, se refería ante todo a los abogados, los periodistas y los burócratas. Su actitud refleja el hecho de que, a diferencia de otras revoluciones del siglo XX, en la revolución mexicana los intelectuales desempeñaron un papel muy menor, como escribe Daniel Cosío Villegas.⁸⁰ Sólo una pequeña minoría de los profesores, abogados y artistas mexicanos participaron. Los estudiantes, uno de los grupos más involucrados en las revoluciones del siglo XX, estuvieron notoriamente ausentes en la mexicana. Como señala una investigación reciente,⁸¹ la gran mayoría de los profesores y estudiantes de la institución de enseñanza superior más importante del país, la Universidad Nacional de la ciudad de México, se opuso a Madero y al menos por un tiempo apoyó a Huerta. Sin embargo, como señala Alan Knight, tomar en cuenta sólo a los intelectuales destacados y a los hombres así considerados por su posición en la jerarquía social sería dejar fuera a un grupo que ha desempeñado un gran papel en todos los movimientos

sociales: el grupo al que Antonio Gramsci llamó “intelectuales orgánicos”, es decir, quienes a menudo no tienen una “posición intelectual” pero son pensadores que influyen profundamente en la ideología de las facciones a las que apoyan.⁸² La mayoría de los intelectuales que participaron en la revolución estaba vinculada de un modo u otro a la facción de Carranza. El más destacado de ellos, Luis Cabrera, colaboró decisivamente a crear y consolidar la coalición nacional carrancista. La afinidad de los intelectuales con ese movimiento no fue casual. Era, después de todo, la facción más de clase media y más urbana, en la que había mayor número de gente que sabía leer y escribir. Por ello atribuían gran importancia a los periódicos, y dos conocidos periodistas de México, Heriberto Barrón y Félix Palavicini, se hallaban entre los más cercanos consejeros de Carranza. Los carrancistas recurrían a los periódicos y a los periodistas porque los medios impresos eran mucho más importantes para las clases medias que para el campesinado mayoritariamente analfabeta y porque Carranza no tenía el carisma de Villa o de Zapata y, por tanto, carecía de los canales “tradicionales” de comunicación que ellos podían establecer con sus seguidores.

El hecho de que ni Zapata ni Villa utilizaran a los intelectuales como medio para obtener el apoyo de sus bases, los habitantes del campo mexicano, no significa que los rechazaran o que los consideraran inútiles. El número relativamente pequeño de intelectuales radicales que Zapata reunió en torno a él escribieron las proclamas destinadas al resto del país, sirvieron como intermediarios con otras facciones y a veces con Estados Unidos, y actuaron como administradores durante el breve periodo en que los zapatistas participaron en un gobierno nacional.⁸³

Villa utilizaba a los intelectuales más ampliamente. Como sus fuerzas tenían bases urbanas mayores y dado que el grado de alfabetismo en Chihuahua estaba entre los más altos de México, los villistas publicaron un periódico, *Vida Nueva*, aunque al principio, cuando los jóvenes y entusiastas periodistas, primero de Chihuahua y luego de Guadalajara, le pidieron apoyo para crear un diario regional que propagara las ideas de la facción villista, rechazó la idea.⁸⁴

Aparte de los periodistas, que nunca alcanzaron un lugar destacado dentro de las filas del villismo (la única excepción fue Silvestre Terrazas que, significativamente, abandonó su trabajo durante el periodo de Villa), éste utilizó a sus partidarios intelectuales principalmente para cuatro finalidades: darle respetabilidad a su movimiento, elaborar los borradores de las leyes y proclamas,

como intermediarios con otras facciones y con Estados Unidos, y como administradores.

Los intelectuales que más contribuyeron a darle a Villa y a su movimiento respetabilidad, tanto interna como externa, habían sido importantes funcionarios del gobierno de Madero, habían estado cerca de él y habían tenido funciones ideológicas claves. Por esa misma razón, Carranza rechazaba sus servicios o bien, cuando algunos llegaron a unírsele, pronto se sentían molestos ante el antimaderismo del Primer Jefe y de sus más prominentes seguidores. Si no lo habían hecho desde el principio, no les quedaba otra elección que unirse a Villa. Aparte de Ángeles, los más notables entre ellos fueron Manuel Bonilla, Miguel Díaz Lombardo y Federico González Garza.

Bonilla había sido ingeniero y administrador durante el gobierno de Porfirio Díaz. En cierto tiempo, no sólo no se opuso a Díaz, sino que fue nombrado juez de la Suprema Corte de Sinaloa. Pero en 1909 respaldó a un candidato a gobernador que no contaba con el favor del dictador y fue por ello destituido de todos sus cargos. Se convirtió entonces en dirigente del Partido Antirreeleccionista de Sinaloa y editor de un diario. Su abierta oposición al gobierno estatal y a la dictadura lo condujo a la cárcel. Madero tenía tanta confianza en él que lo nombró su representante en el gobierno provisional de De la Barra, en el que fue secretario de Comunicaciones. Cuando el propio Madero llegó a la presidencia, Bonilla ocupó un cargo aún más importante: el de secretario de Fomento.⁸⁵

También Miguel Díaz Lombardo, que era un abogado, tuvo éxito profesional durante la época porfiriana, y sin embargo se opuso al dictador. Díaz Lombardo descendía de una familia aristocrática, a diferencia de Bonilla que venía de la clase media. Su tía materna había sido esposa de uno de los generales más destacados de Maximiliano, Miguel Miramón, ejecutado junto con el emperador tras la victoria de Juárez en la guerra contra los franceses y los conservadores mexicanos. Gracias a ese origen y a su inteligencia, Díaz Lombardo hizo carrera durante el Porfiriato. Fue profesor en la Escuela de Jurisprudencia de la ciudad de México, la facultad de leyes más distinguida del país. Tal vez por sus vínculos familiares o simplemente porque Díaz no consideraba que las universidades fueran peligrosas, pudo conservar su puesto de profesor a pesar de mostrarse cada vez más crítico del gobierno. Al llegar Madero a la presidencia, Díaz Lombardo ocupó el cargo de secretario de Instrucción Pública y, poco antes del golpe huertista, fue enviado a Francia como embajador. Madero necesitaba en ese puesto a un intelectual destacado, para contrarrestar la influencia de Porfirio

Díaz y de los altos funcionarios de su gobierno que se habían refugiado en ese país. Cuando el presidente fue asesinado, Díaz Lombardo expresó de inmediato su oposición a Huerta y se convirtió en representante de los constitucionalistas en Francia. Su mayor éxito consistió en evitar que los financieros franceses le otorgaran un préstamo al nuevo gobierno. A continuación, dejó su cómoda vida en París para incorporarse al movimiento revolucionario en México. Él también se decepcionó de Carranza y se unió a Villa.⁸⁶

En contraste con Bonilla y Díaz Lombardo, Federico González Garza no había brillado profesionalmente antes de la revolución. Aunque estudió leyes y finalmente se licenció, su carrera se vio obstaculizada por constantes preocupaciones financieras tras la muerte de su padre. Para mantener a su familia, trabajó por muchos años como telegrafista en correos. Era mayor que Bonilla y Díaz Lombardo; tenía también una historia más larga de resistencia contra la dictadura de Díaz. Fue arrestado por vez primera en 1893, por oponerse al gobernador Garza Galán, que manejaba con mano de hierro su nativo estado de Coahuila. Fue uno de los primeros partidarios de Madero y desempeñó un papel importante en la formulación y difusión de la ideología del Partido Antirreeleccionista en periódicos y manifiestos. En el gobierno maderista, González Garza fue primero subsecretario de Gobernación y Justicia, y luego gobernador del Distrito Federal.⁸⁷ Tras el golpe de estado, se convenció de que la única forma de que los revolucionarios recuperaran el poder era ganarse el apoyo del campesinado, cosa que sólo podía lograrse mediante una reforma agraria radical. Escribió una carta a Carranza, suponiendo ingenuamente que éste compartía sus ideas, y le ofreció sus servicios, tratando de persuadirlo de que había abandonado sus opiniones moderadas y de que estaba ahora en favor de la reforma agraria.⁸⁸ Tan bien lo logró, que Carranza se negó a darle puesto alguno en su gobierno. Pero González Garza estableció vínculos con uno de los oficiales de Villa, Fidel Ávila, que primero gobernó Ciudad Juárez y luego fue nombrado por Villa gobernador de Chihuahua. González Garza lo siguió a este estado, como su principal consejero político.⁸⁹

Estos tres hombres participaron de manera clave en la formulación de la ideología villista. González Garza colaboró en la redacción de las proclamas; Bonilla se encargó de elaborar la ley agraria de Chihuahua y más tarde un proyecto de reforma agraria nacional, y Díaz Lombardo se convirtió en 1915 en uno de los dirigentes nominales del gobierno de Villa en el norte y redactó el borrador de muchos de sus decretos.

Dos hombres que más tarde llegarían a ser grandes escritores, Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán, también formaron parte de la facción villista. Al parecer ninguno de ellos desempeñó un papel muy importante en el movimiento ni tuvo una fuerte influencia personal sobre Villa. Azuela sólo lo vio una o dos veces. Era médico; se había unido al dirigente de los villistas de Jalisco, Julián Medina, y durante un tiempo se encargó de la Instrucción Pública en ese estado. Tras la derrota en aquella entidad, Azuela huyó hacia el norte, al estado de Chihuahua, donde vivió al parecer los últimos meses del gobierno villista sin ejercer ningún cargo oficial, y en diciembre de 1915 aceptó la amnistía, otorgada a todos los villistas con excepción de la suprema dirección del movimiento, y regresó a Jalisco.

Martín Luis Guzmán conoció a Villa mejor que Azuela. En marzo de 1914, acudió a Ciudad Juárez. Durante el gobierno de la Convención, fue consejero del secretario de Guerra, José Isabel Robles, secretario de la Universidad Nacional y director de la Biblioteca Nacional. Tras la ruptura entre Gutiérrez y Villa, Guzmán también abandonó el villismo y se exilió en España.

Aunque la importancia de ambos dentro del movimiento villista fue limitada, los libros que escribieron a continuación tuvieron un papel decisivo en la forma en que millones de personas consideran a Villa y al villismo.⁹⁰

Sólo tres intelectuales –Felipe Ángeles, Silvestre Terrazas y Díaz Lombardo– tenían una relación personal con Villa y pudieron ejercer algún tipo de influencia sobre él. Ésta no era tarea fácil, porque a pesar de que declaraba con frecuencia que no era más que un ignorante que esperaba que los hombres instruidos le dijeran qué hacer, en realidad Villa no toleraba que se le opusieran abiertamente. Según su antiguo secretario, Enrique Pérez Rul,

el que ha aspirado a tener cierta influencia en el ánimo de Francisco Villa ha tenido necesidad de poseer talento para lograr sus propósitos. El consejero hábil y discreto no se opone abierta y resueltamente a sus determinaciones [...] ése es precisamente el peor de los caminos. Necesita aparentar sumisión absoluta; necesita estudiarlo en sus pasiones, en sus disimulos, en sus diferentes aspectos. Una vez conociéndolo –lo que es un poco difícil–, hay imperiosa necesidad de ser “oportuno”. Ni una palabra fuera de ocasión, ni un gesto inadecuado. Ni arrogancias ni presunciones ni actitudes de violento desafío o de rígida censura. El consejero hábil necesita no hablar cuando no deba, no dar opiniones que no le pidan, y muy especialmente “no meterse en lo que no le importa”.⁹¹

Las relaciones de Villa con estos intelectuales no fueron consistentes. Los escuchaba un día y al día siguiente se atenía a los consejos de hombres como Fierro o Urbina. Además, era extremadamente sensible a la adulación. Dos aventureros intelectuales atrajeron su atención mediante un tipo de conducta sicofántica que los principales intelectuales villistas no habrían adoptado nunca.

Manuel Bauche Alcalde fue maestro y director de escuela. Tras el estallido de la revolución se volvió ferviente maderista. Fue uno de los primeros intelectuales que se unieron a Villa y pronto se ganó su simpatía y su confianza fomentando lo que en lenguaje moderno podría llamarse “culto a la personalidad”. El mismo testigo recuerda un mitin en el Teatro de los Héroes de Chihuahua, en el que Villa debía participar. Cuando entró al teatro, Manuel Bauche Alcalde se levantó y gritó al numeroso público: “¡En pie todo el mundo! ¡A la presencia del Caudillo del Pueblo, del inmortal Francisco Villa, las señoras deben ponerse en pie; los hombres deben descubrirse la cabeza y quedar en actitud reverente!”⁹²

Aunque no tenía experiencia en ese campo, Villa nombró a Bauche Alcalde editor en jefe del periódico oficial de la División del Norte, *Vida Nueva*. Le tenía tanta confianza, que a él le dictó sus memorias. Pero todo esto no le aseguró su lealtad. A principios de 1915, cuando la fortuna de Villa pareció declinar, Bauche cambió de bando y se unió a Carranza, quien lo envió en misión a varios estados. Su excepcional talento para la adulación funcionó de nuevo con otro general revolucionario: el comandante de la División del Noreste, Pablo González, lo nombró su secretario privado.⁹³ Pero Bauche obviamente pensaba que el México revolucionario no era un lugar tranquilo y conveniente para quedarse y buscaba un puesto más confortable, donde no pudieran afectarle las consecuencias de la revolución y la guerra. Tal lugar no era fácil de hallar, porque gran parte de Europa estaba sacudida por la primera guerra mundial y Estados Unidos pronto entraría en ella. Así que empleó sus dotes para obtener un cargo en el único país europeo que no participó en la guerra y donde la vida era todavía agradable y cómoda: Suiza, adonde fue nombrado cónsul, probablemente gracias a la influencia de Pablo González. Pero Bauche pensaba que el salario de un cónsul mexicano no era suficiente para disfrutar de los placeres de la neutralidad suiza, de modo que decidió hacer algo de dinero extra. Según un indignado funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores suizo, Bauche Alcalde empezó a vender fotos pornográficas, cosa que los suizos consideraron que no cabía entre los deberes y derechos de un diplomático, de modo que pidieron al embajador mexicano que lo devolviera a su país. La

influencia de Bauche en México seguía siendo tan grande que en vez de repatriarlo, lo enviaron a la embajada en Alemania.⁹⁴

Otro intelectual que gozó de la confianza de Villa durante un tiempo fue el peruano José Santos Chocano, que era considerado un gran poeta no sólo en su país, sino en gran parte de América Latina. Pero ser poeta no le bastaba. Soñaba con convertirse en el Bolívar del siglo XX. Había llegado a México durante la presidencia de Madero y pronto se hizo ferviente admirador y amigo íntimo del presidente. Poco después de tomar el control, Huerta lo hizo deportar. Lo condujeron a la fuerza a un buque español, con instrucciones de llevarlo a Europa y sólo allí dejarlo libre. Pero el poeta tenía muchos amigos y simpatizantes en el Caribe, y su influencia le permitió obtener su liberación cuando el barco tocó el puerto de La Habana. Desde allí estableció correspondencia con Carranza y luego decidió incorporársele en Hermosillo, Sonora. Estaba firmemente convencido de que, bajo su guía, el México revolucionario liberaría a toda América Latina del dominio extranjero y crearía una realidad enteramente nueva. A un amigo le escribió que tenía pensado dar una serie de conferencias sobre “Las dos Américas dentro de diez años”. “Usted verá”, escribió, “detrás de cada palabra que yo diga apuntará una bayoneta para sostenerla [...] Voy a ser el verbo; Carranza será la acción. ¡Al fin!... ¡Ya encontré a nuestro hombre!” Carranza debía organizar a quinientos mil soldados y ellos realizarían su sueño: “Unión de Centroamérica, Confederación Antillana, República Federal Bolivariana”.⁹⁵ En una carta a su madre decía: “No puedes imaginarte el gigantesco papel que estoy representando, entendiéndome por correo con Carranza, el presidente Wilson (que es mi gran amigo personal) y con los gobiernos de Cuba, Santo Domingo y Centroamérica. Pronto el estado de Veracruz estará en poder de la Revolución, ello será el fin de las cosas; y *se deberá todo a mí*”.⁹⁶

Tras su llegada a Sonora, pronto entendió Santos Chocano que Carranza no tenía intención de reconocer en él al Bolívar del siglo XX y entregarle el poder. Entonces decidió unirse a Villa. Cuando un amigo le preguntó más tarde por qué había preferido a éste sobre Carranza, declaró: “Villa tenía la contextura del hombre superior en la acción; para el pensamiento estaba yo [...] Comprendí que el Hombre para mí, para mis propósitos sobre la organización no sólo de México, sino de esta América enferma, era Villa. La sombra de Bolívar me animaba”.⁹⁷

Cuando llegó a Chihuahua, Santos Chocano publicó un largo artículo en el periódico oficial del estado en que expresaba lo que en su opinión eran los

objetivos de la revolución. No planteaba un programa muy nuevo ni muy radical, pero tuvo el cuidado de incluir varias demandas que Villa había enunciado con anterioridad. Proponía el establecimiento de colonias militares y de un banco estatal para financiar la reforma agraria, y defendía la primacía del ejército revolucionario llamándola “el sufragio en armas”. Modestamente, declaraba que quería convertirse en “el Verbo de la Revolución”. El artículo le causó buena impresión a Villa, más aún porque empezaba llamándolo “alma formidable y amasada en el misterio, de milagro y de gloria, que clava sus raíces en las capas más profundas del Dolor Colectivo y levanta sus ramas florecidas hasta las nubes del Gran Ensueño Humano”, y más adelante: “el Ángel Guardián de los Principios, contra la asechanza y la intriga de los enemigos ocultos de su Pueblo”.⁹⁸ Santos Chocano siguió viendo a Villa como un ángel guardián mientras demostró su generosidad poniendo a su disposición grandes sumas de dinero. Pero cuando Villa se negó a darle doscientos mil pesos para “trabajar unas minas” y después trescientos dólares, para atender una enfermedad y a “las exigencias más imperiosas de la vida”, el poeta se volvió contra él.⁹⁹ Poco después, le escribió una larga carta a Carranza para pedirle ayuda financiera.¹⁰⁰ Dado que este intento final fracasó también, aceptó la hospitalidad de otro amigo influyente: el presidente de Guatemala, Estrada Cabrera, y apoyó enérgicamente los esfuerzos de éste por recuperar algunos de los territorios que Guatemala había perdido frente a México en el siglo XIX.¹⁰¹ En realidad, el primer viaje de Santos Chocano a México y sus primeros contactos con Madero se habían debido a una misión confidencial del presidente guatemalteco, para sondear a Madero sobre la posibilidad de negociar esos territorios.¹⁰² Madero se negó a considerar sus sugerencias, pero ello no le impidió hacer amistad con Santos Chocano.

Algunas figuras muy influyentes, pero a menudo oscuras, que produjo la revolución fueron los secretarios privados de los líderes revolucionarios. Su influencia era aún mayor cuando el dirigente en cuestión era analfabeto o semianalfabeto y les permitía redactar cartas, mensajes y proclamas. Hasta cierto punto, controlaban el acceso al líder. Algunos fueron hombres sumamente oportunistas y corruptos. No parece haber sido ése el caso de dos secretarios privados de Villa, aunque lo abandonarían, uno en el momento más alto de su carrera, el otro tras su derrota en Sonora, en 1915. Los dos tenían una historia de oposición al régimen de Díaz desde antes de 1910 y se habían incorporado tempranamente a la revolución maderista.

Eran Luis Aguirre Benavides y Enrique Pérez Rul. El hecho de que Villa eligiera al primero para ese puesto no fue gratuito. Había mantenido íntimas relaciones con la familia Madero desde su primera infancia. Tras estudiar en una academia comercial, había trabajado para diferentes miembros de dicha familia, se había unido a la revolución en 1910 y pronto había llegado a secretario del hermano de Francisco, Gustavo. Éste siempre estuvo mejor dispuesto hacia Villa que su hermano y, durante su encarcelamiento en la ciudad de México, envió muchas veces a Luis a visitarlo en prisión. Cuando estalló la revolución constitucionalista, Luis se unió a Carranza, quien lo envió a Chihuahua como secretario de su ministro de Relaciones Exteriores, Francisco Escudero, quien perdió su cargo, borracho, en una pelea con Villa, y entonces éste le pidió a Luis que fuera su secretario privado. En su elección pudo influir también que el hermano de Luis, Eugenio, era como ya vimos uno de sus generales. En enero de 1915, cuando parte de la facción convencionista que incluía a Eugenio Aguirre Benavides rompió con Villa, Luis lo abandonó también, se escondió en la ciudad de México e hizo las paces con Obregón cuando éste ocupó la capital. A sugerencia suya, escribió artículos muy críticos de Villa en la prensa constitucionalista y estadounidense. En sus memorias escribiría que fue una “falta de la que me arrepentiré toda mi vida, constituye una vergüenza que reconozco con valor y sinceridad”.¹⁰³

A continuación Villa nombró como sucesor de Aguirre Benavides a Martín Luis Guzmán, que habría de convertirse en uno de los intelectuales más famosos de México y su mejor biógrafo; no sabía que era también un partidario de Eulalio Gutiérrez. Guzmán aceptó pero le dijo que antes de asumir el cargo quería visitar a su madre enferma en Chihuahua, y luego rehusó regresar y salió del país hacia España. El último secretario de Villa fue Enrique Pérez Rul, que se había ganado sus simpatías porque era oficial en el ejército constitucionalista y pertenecía profesionalmente a la única categoría de intelectuales que él respetaba profundamente: había sido maestro antes de la revolución maderista. Se quedó con Villa hasta su última gran derrota en Sonora, y luego huyó a Estados Unidos.¹⁰⁴

Es difícil determinar la medida exacta de la influencia de estos secretarios sobre Villa, pero probablemente era sustancial. Redactaban sus cartas, controlaban quién podía llegar hasta él y a veces Villa les pedía consejo. En sus memorias, Luis Aguirre Benavides dice que en muchas ocasiones pudo moderar sus impulsos violentos. Pérez Rul sostiene que fue él quien le sugirió la composición del gobierno revolucionario del norte, que Villa creó en 1915.

Ambos publicaron libros acerca del caudillo. Aunque ambos describen sus actos de brutalidad y dudan de que estuviera capacitado para ser líder de México, los dos lo consideran un revolucionario y no un vulgar bandido como decían sus enemigos.

Con la significativa excepción de Guzmán y de otro escritor, Mariano Azuela, ninguno de los intelectuales villistas desempeñó un papel importante en la vida política o cultural de México después de la muerte de Villa.

En cierto sentido, la relación de Villa con los intelectuales que se reunieron bajo su bandera fue diferente de la que sostuvieron tanto Carranza como Zapata. En su mayoría los intelectuales más importantes de estos últimos compartían la ideología de sus dirigentes. En cambio, los que apoyaron a Villa defendían mucho más que él la democracia, un gobierno central fuerte y el carácter sagrado de la propiedad privada. Con la significativa excepción de Federico González Garza, estaban menos de acuerdo con la expropiación de las haciendas y la reforma agraria radical. De los tres grandes dirigentes de la revolución mexicana después de 1913, Villa era el menos interesado en la ideología y por tanto estaba dispuesto a permitir que intelectuales con opiniones muy diferentes de las suyas escribieran en su nombre pronunciamientos que con frecuencia las contradecían. En algunos casos ésta pudo ser una estrategia consciente para obtener apoyo en Estados Unidos. En otros casos, como en las discusiones de la Convención en Toluca y en Cuernavaca, en 1915, donde los delegados villistas expusieron opiniones tan conservadoras que contribuyeron a la ruptura con los zapatistas, pudo tratarse de una benévola negligencia o de desprecio por el debate político.

La División del Norte

Yo soy soldado de Pancho Villa,
de sus Dorados soy el más fiel,
nada me importa perder la vida
si es cosa de hombres morir por él.¹

La División del Norte era la institución que más íntimamente identificaba la gente con Villa y la que menos polémica ha suscitado.

Es posible entender los problemas que tuvo Villa para transformar el heterogéneo conjunto de fuerzas revolucionarias de Durango y Chihuahua en una fuerza de combate eficaz si se examina el estado en que se hallaba la División del Norte poco después de su creación, cuando tomó por asalto la ciudad de Torreón. El cónsul británico en esa ciudad, Cunard Cummins, que observó de cerca aquel ejército y llegó a conocer a la mayoría de sus dirigentes, dudaba mucho de que pudiera tener alguna importancia militar, a pesar del triunfo que acababa de obtener en Torreón. En diciembre de 1913, daba una imagen devastadora de la desunión y la escasa voluntad de combatir que reinaban en sus filas: “No existe lealtad ni obediencia general a una cabeza; no tienen cohesión ni unidad entre ellos; no pueden trabajar en armonía”.² Sólo unos pocos de los hombres directamente subordinados a Villa le eran leales a él en primera instancia; cuando mucho, sumaban tres mil.³ El resto reservaba su lealtad para otros líderes regionales y locales, que constantemente peleaban entre sí. “Pereyra declara que Urbina es un bandido bárbaro y Yuriar un traidor nato y que no confiará en ninguno de los dos. El exdiputado García de la Cadena consideraba a todos, excepto a sí mismo, ladrones ignorantes”, informaba Cummins,

como negras almas incapaces de albergar un noble sentimiento, sin embargo, él mismo no era mucho mejor que el peor de ellos y recientemente fue ejecutado por los demás jefes en Torreón. A pesar del acuerdo previo que tenían, los hermanos Arrieta se pelearon con Natera cuando estaban atacando Zacatecas, se retiraron con sus hombres y lo dejaron solo: en consecuencia, Zacatecas se salvó [de los villistas].⁴

Probablemente refiriéndose al saqueo de Durango, Cummins describía a los soldados revolucionarios como una plaga de langostas, que pillaba y robaba por igual a ricos y pobres. “La revolución se caracteriza por asaltos cada vez más frecuentes y más crueles contra los indefensos”, escribió Cummins, “más destrucción y signos más claros de degeneración encaminados, en última instancia, hacia una anarquía de la peor especie.”⁵

Además, muchos soldados se negaban a abandonar los confines de su región natal. “Contreras, en respuesta a sus órdenes, dice que sus hombres no pelean fuera de su propio territorio.” Muchos otros se resisten a combatir. “Los hombres no se distinguen por el valor natural”, observó Cummins.

Para entrar en batalla, generalmente necesitan armar un griterío, como para darse valor unos a otros. No parece que se acostumbre echar mano al alcohol, aunque el recurso de los estimulantes no es desconocido. Durante una batalla, es muy frecuente que los soldados se escabullan, para evitar las zonas de peligro; sin embargo, en ciertas instancias, cuando los hombres han alcanzado un clímax de excitación, se hace evidente una suerte de valentía general. Durante algunos de los ataques contra Torreón, hicieron osadas incursiones casi hasta la boca del cañón. Con todo, por lo general, los encuentros cercanos se producen por accidente, ya que los rebeldes y las fuerzas irregulares del gobierno prefieren intercambiar fuego de fusilería a mucha distancia unos de otros.

Cummins estaba convencido de que los revolucionarios no estaban capacitados para enfrentar a las tropas regulares.

Cuando la infantería regular del gobierno interviene, las cosas son diferentes, porque bajo el mando inmediato de sus oficiales continúan avanzando, lanzando a veces descargas cerradas, con el casi invariable resultado de hacer huir a los rebeldes [...] Sólo en los casos más excepcionales se muestran los rebeldes capaces de resistir el avance disciplinado de la infantería federal,

aunque la superan en número varias veces, y eso sin tomar en cuenta la desmoralización previa que les puede causar la artillería federal.⁶

Cummins, cuyo odio por los revolucionarios era casi obsesivo, tal vez no es el testigo más confiable, pero sus observaciones coinciden en buena medida con las de Carranza y su jefe de Estado Mayor, Barragán, quienes intentaron durante un breve tiempo, en julio de 1913, someter a su mando a esas mismas tropas (sin el contingente chihuahuense) y trataron sin éxito de tomar Torreón.⁷

Sólo siete meses más tarde, Edwin Emerson, un periodista que era en realidad un agente secreto del jefe de Estado Mayor de Estados Unidos, Leonard Wood, dio una imagen completamente diferente de la División del Norte, con la cual pasó varios meses y cuyas mayores batallas presencié. En lugar de la mezcolanza de revolucionarios mal equipados y mal vestidos que había descrito Cummins medio año antes, Emerson consideró que los hombres de la División del Norte eran “las tropas mejor ordenadas, mejor armadas, mejor montadas, mejor equipadas, mejor vestidas, mejor alimentadas, mejor pagadas y en general mejor cuidadas que yo he visto hasta ahora en México”.⁸

En contraste con lo que ocurría en octubre de 1913, cuando no estaba claro si algún dirigente podría controlar la recién formada División del Norte, ahora no había la menor duda de quién estaba al mando. La autoridad que Villa ejercía sobre sus hombres impresionó profundamente a Emerson:

La mejor baza de Villa es su personalidad. Como antiguo forajido y bandido, que logró resistir a los soldados y los rurales de Porfirio Díaz durante más de diez años, es idolatrado por toda la gente de clase baja en México. Las hazañas que se le atribuyen, verdaderas o falsas, como haber matado a un juez en el tribunal o a un coronel federal en medio de su Estado Mayor, agitar el puño ante el rostro de Huerta, fusilar a un inglés sin más averiguación, casi a plena vista de los gringos impotentes y, finalmente, sus grandes hazañas en la conquista de mujeres bonitas, le han dado un renombre entre los mexicanos comparable a las viejas leyendas de Robin Hood o Dick Turpin. Cualquiera que lo haya visto a caballo sabe que es un jinete espléndido, cosa que todos los mexicanos valoran, y también se esfuerza por difundir y subrayar la universal creencia de que tiene una “puntería mortal”. También es admirado por las clases bajas y por sus seguidores a causa de su manifiesta ausencia de miedo (nunca se molesta en tener guardias o escolta a su alrededor), por sus modales y su lenguaje francos, por su vestimenta, sus hábitos sencillos y su

lenguaje áspero y sin adornos, aderezado de fuertes expresiones profanas y peculiares obscenidades. En todas las entrevistas de prensa o reuniones públicas, siempre insiste en subrayar el hecho de que es un hombre sencillo, sin instrucción ni letras, que nunca ha tenido ventajas de cultura. Si tuviera a Maquiavelo por consejero no habría encontrado una manera más segura de llegar al corazón de sus seguidores, nueve décimas partes de los cuales son *pelados** absolutamente ignorantes.

Emerson ofrece un cuadro completamente opuesto a las predicciones calamitosas de Cummins. “Durante todo el tiempo que estuve con ellos [los soldados de Villa] en el campo, nunca vi un acto de violencia contra los nativos, sólo contra españoles, extranjeros o claros simpatizantes de los federales, que invariablemente pertenecían a las clases superiores.”⁹

“Aparte de la personalidad de Villa, que opaca completamente la de Venustiano Carranza o cualquier otro líder rebelde”, pensaba Emerson,

su segunda carta es el temperamento de la gente común del norte de México, que en sus sentimientos está completamente en contra del gobierno federal y contra la gente del centro y del sur. Ese sentimiento se extiende incluso hasta Zacatecas, y es una ventaja inestimable para el ejército de Villa, ya que le produce un constante flujo de reclutas, abastos e información valiosa, y vuelve innecesario recurrir a las medidas de fuerza que hacen [al gobierno central] odioso para los soldados.

Según Emerson, había otro factor por lo menos tan importante como la personalidad de Villa.

La carta más fuerte de Villa es que son bien conocidos, tanto su odio irreconciliable hacia Huerta, como el odio irreconciliable de Huerta hacia él, por motivos personales e íntimos, lo que elimina la posibilidad de que Villa venda a sus hombres al gobierno, tipo de traición, por lo demás, común entre los dirigentes rebeldes mexicanos del pasado y del presente. Por tanto, sus seguidores saben que pueden confiar en que él no se venderá.¹⁰

Otra cosa que atraía a los soldados era que Villa no era altanero, sino que procuraba establecer con ellos lazos personales y mostrar cuánto se preocupaba por su bienestar. No sólo les pagaba regularmente, sino que, para evitar que saquearan, después de cada victoria hacía grandes repartos de dinero y objetos

de las propiedades confiscadas a los “enemigos de la revolución”. Cuando un soldado estaba en urgente necesidad de fondos para fines familiares, iba a verlo y él personalmente se lo daba.

Con frecuencia se presentaba sin avisar en alguna fogata donde sus soldados estaban preparando su comida. Les preguntaba si podía quedarse y se sentaba a compartir lo que habían preparado. No era solamente una medida populista para acercarse a sus hombres, sino también una táctica para evitar ser envenenado, ya que una hora antes nadie sabía dónde iba a comer.

Pero el control que Villa ejercía sobre su ejército no derivaba solamente de su personalidad carismática ni del prestigio que sus victorias le habían ganado. Tomó medidas concretas para superar la natural resistencia de la gente del campo a combatir fuera de su región nativa y para forzar a sus comandantes a colaborar unos con otros y respetar su autoridad.

Convencer a los campesinos de que salieran fuera de su tierra no era cosa fácil, porque sólo contaba con voluntarios y no instituyó un servicio militar obligatorio, uno de los rasgos más aborrecidos del régimen porfiriano. Una solución consistía en reclutar, en la medida de lo posible, individuos que tuvieran pocos parientes y cuyas raíces en sus comunidades de origen no fueran aún muy firmes: principalmente, muchachos de catorce, quince y dieciséis años, que aún no tenían familia propia. En julio de 1914, Villa buscó nuevos reclutas entre los mineros: “Todas las minas del distrito han sido visitadas por funcionarios de reclutamiento y cientos de robustos montañeses de los distritos más remotos, que hasta ahora habían manifestado escaso interés por la revolución, han sido inducidos a tomar las armas”, informaba *El Paso Morning Times* en esas fechas.¹¹

Otro recurso eran los incentivos económicos. Villa les había prometido tierras a sus hombres; había confiscado las propiedades de la oligarquía, muchos confiaban en que cumpliría su promesa.

Una medida que tomaron Villa y otros comandantes de las fuerzas revolucionarias del norte para convencer a los campesinos que se resistían a pelear lejos de sus lugares de origen consistió en permitirles llevar consigo a sus esposas, novias y amantes. Estas mujeres eran conocidas como las “soldaderas” y a veces como “adelitas”, nombre derivado de una de las canciones más populares de la revolución mexicana.

En muchos sentidos, ésta no fue sólo una revolución de los hombres, sino también de las mujeres. Las mujeres eran de procedencias y oficios tan heterogéneos como ellos. En general, los historiadores les han prestado menos

atención que a los hombres. Con pocas excepciones, las únicas mujeres que destacaron pertenecían a la clase media y desempeñaron un papel importante en el movimiento político que condujo a la revolución; algunas también participaron en el movimiento armado, a veces incluso a la cabeza de los hombres. Pero la gran masa de campesinas pobres que se incorporaron a los ejércitos revolucionarios para cumplir todo tipo de funciones –como vivanderas, como amantes de los soldados, muchas como combatientes– han permanecido en el anonimato en mayor grado que sus compañeros.

La tradición de las mujeres que siguen al ejército se remonta a mucho antes del estallido de la revolución mexicana, y un gran número de mujeres y niños seguía también al ejército federal. Cuando las tropas federales de Chihuahua, al mando del general Mercado, cruzaron la frontera y se asilaron en Estados Unidos, el ejército incluía 3 357 oficiales y hombres, 1 256 mujeres y 554 niños.

El alto mando federal tenía diversas razones para permitir que todas esas mujeres acompañaran al ejército. Aparte de que cumplían varias funciones útiles, su participación era una consecuencia del tipo de reclutamiento que había utilizado tradicionalmente el ejército federal. Los soldados no eran voluntarios ni conscriptos a corto plazo, sino hombres alistados a la fuerza a través de un sistema injusto de leva que se ejercía sobre los más pobres y los más molestos (desde el punto de vista de las autoridades) y que constituía una especie de semiesclavitud en la que debían permanecer durante muchos años. La tasa de desertión era, como cabía esperar, enorme. Una de las formas de intentar contenerla era permitir que sus mujeres acompañaran a los soldados.

Hay escasos indicios de una participación femenina comparable en los ejércitos maderistas. Aunque algunas mujeres, sobre todo de clase media, desempeñaron papeles destacados en su dirección y a veces incluso encabezaron tropas, no aparecen grandes contingentes de soldaderas en los textos que describen estos ejércitos. De hecho, la mayor parte de las fuerzas maderistas operó cerca de sus regiones de origen, y las mujeres se quedaron en casa y proporcionaban a los hombres comida y otros auxilios cuando acudían a sus pueblos. Su participación también fue escasa, en Chihuahua y en otros lugares, debido al tipo de combate: la mayor parte de las fuerzas maderistas pertenecía a unidades de caballería y, dado que escaseaban los alimentos y los caballos, los jinetes maderistas solían dejar a las mujeres cuando partían a pelear.

La situación cambió totalmente en 1913-1914, con la aparición de los grandes ejércitos de la revolución constitucionalista que combatían cada vez más lejos de sus hogares, por lo que no es sorprendente que muchos soldados quisieran

llevarse a sus mujeres, a sus amantes y a veces incluso a sus hijos consigo. Esto era posible gracias a que utilizaban principalmente ferrocarriles, y no caballos, como medio de transporte. Así, el precio que el ejército tenía que pagar por el traslado de las mujeres e incluso de los niños era mucho menor que si cada uno de ellos hubiera tenido que contar con un caballo. Las mujeres cumplían funciones muy importantes para el ejército. Remplazaban al servicio de intendencia, que a menudo no existía, guisando e incluso robando comida para sus hombres. A menudo actuaban como enfermeras, cuidaban a los heridos y, mientras duró el embargo estadounidense, muchas de ellas contrabandeaban municiones y armas a través de la frontera. Otras, con frecuencia oponiéndose a la dirección del ejército, combatían junto a los hombres.

Dado que los trenes desempeñaron un papel más importante en el transporte de la División del Norte que en los demás ejércitos constitucionalistas –no había ferrocarriles que unieran a Sonora con el México central, lo que forzó al ejército de Obregón a emplear caballos en una gran parte de su marcha hacia el sur–, al parecer las mujeres eran particularmente numerosas en sus filas. Tal vez por esa razón Villa mostró menos resistencia a admitir soldaderas. No les impedía incorporarse y viajar en los trenes militares, aunque sí intentó limitar su número. Los miembros de su unidad de élite, los Dorados, no podían llevar mujeres con ellos¹² y Villa intentó cubrir algunas de sus funciones estableciendo un cuerpo de intendencia regular y un tren hospital. Pero si releemos las descripciones de la División del Norte en su momento culminante, podemos dudar de su éxito en ese sentido.

“En México reina hoy día el colmo del glamour”, escribió Gregory Mason, corresponsal del periódico *Outlook*.

En ninguna parte se ha visto una guerra tan pintoresca: la emoción de la salida hacia el frente cuando, conforme los trenes ganan velocidad, los hombres, de pie en los tambaleantes vagones, disparan tan ruidosamente como gritan, pero con más peligro para los observadores, mientras sus novias, también gritando, agitan los sarapes o los sombreros de los hombres, o arrancan el rifle de manos del amante para unirse a la balacera; las alegres horas del polvoriento viaje en que las sonoras guitarras consuelan a los compañeros que reposan la cabeza en el regazo de sus damas; las largas esperas soñolientas en el calor del mediodía mientras las máquinas beben en los tanques de agua, la siesta acalla las conversaciones y el único sonido perceptible es el zumbido de la cigarra, inmune al ardiente calor del desierto que se levanta en oleadas sobre el gris

perfil de las montañas; las veladas en torno a las generosas fogatas, tras una cena de tortillas y tasajo; la aguda algarabía de los niños, la conversación en voz baja de las esposas y la risa estrepitosa de las otras mujeres que siguen a los campamentos; las fanfarronadas pendencieras de los hombres, y el sueño profundo para todos, el silencio que reina sobre el desierto de plata, sólo roto por el tembloroso aullido ocasional de un coyote y, allá lejos, las leves notas tintineantes de un sinsonte.¹³

Mientras en las haciendas que las tropas revolucionarias ocupaban en su marcha hacia el sur hubiera grandes cantidades de alimentos, no habría problema para alimentar a soldados y soldaderas, y éstas en realidad eran excelentes sabuesos que se las arreglaban para hallar los alimentos escondidos.

Causaba gran impresión en los soldados la forma en que Villa cuidaba de ellos. “El general Villa tuvo especial cuidado de atender a las viudas de los fallecidos y a las familias”,¹⁴ decía uno de sus soldados, y añadía que también envió a cientos de niños pobres a la escuela en la ciudad de Chihuahua o en Estados Unidos. La atención que prestaba a sus soldados heridos es una parte de su leyenda que está plenamente justificada. Con ese fin, organizó uno de los trenes hospitales más modernos de México. “Y era cosa magnífica de ver”, describe John Reed.

El tren hospital se hallaba justo atrás del tren que transportaba las tropas. Cuarenta vagones esmaltados por dentro, que llevaban en el costado una gran cruz azul y la leyenda “Servicio sanitario”, atendían a los heridos que llegaban del frente. Estaban equipados con lo último en instrumentos quirúrgicos y su personal consistía en sesenta competentes médicos mexicanos y estadounidenses. Cada noche los trenes de enlace trasladaban a los heridos graves de regreso al hospital base, en Chihuahua o en Parral.¹⁵

Un derecho que sus hombres obtuvieron de Villa fue el de permanecer en unidades derivadas de sus comunidades de origen. Hubo un caso en que Villa intentó abolir ese derecho y fracasó por completo. Había decidido que necesitaba una infantería eficaz. Con todo el ejército en posición de firmes, escogió a todos los que no tenían caballo y los destinó a una unidad de infantería que estaría al mando de Gonzalitos, uno de los más cercanos colaboradores de Ángeles. Cuando Gonzalitos acudió al día siguiente a pasar revista a su unidad, no encontró a nadie. Sencillamente todos los hombres habían regresado a sus antiguas unidades, y Villa tuvo la sabiduría suficiente para no imponerse.¹⁶

La popularidad de Villa y los incentivos que ofrecía para incorporarse a su División del Norte atrajeron a una masa cada vez más heterogénea de voluntarios, animados por los motivos más diversos.

Cuando John Reed habló con los soldados villistas en 1914 le impresionó la variedad de razones que le daban para unirse a la revolución. Un capitán, Fernando, le dijo: “Cuando ganemos, habrá un gobierno de hombres, no de los ricos. Estamos cabalgando sobre las tierras de los hombres. Antes pertenecían a los ricos, pero ahora nos pertenecen a mí y a los compañeros”.¹⁷

Juan Sánchez, un simple soldado, respondió a la pregunta de Reed “¿Por qué pelea usted?” de la siguiente manera: “Porque es bueno pelear. No tengo que trabajar en las minas...” Otro soldado, Manuel Paredes, dijo: “Para devolverle la presidencia a Francisco I. Madero”. Obviamente no se había enterado de que Madero había sido asesinado. Otro, Isidro Amayo, respondió: “Pealemos por la libertad”. Cuando Reed le preguntó: “¿Qué quiere decir con libertad?”, Amayo contestó: “Libertad es que puedo hacer lo que quiera”. Entonces Juan Sánchez le preguntó a Reed: “¿Hay guerra en Estados Unidos?” “‘No’, mentí, ‘no hay ninguna guerra’. Meditó por un momento. ‘Entonces ¿cómo pasan el tiempo?’”¹⁸

En las entrevistas realizadas por varios investigadores muchos años después, cuando los revolucionarios eran ya muy ancianos, salieron a la luz opiniones igualmente diversas.

Los hermanos que pronto se convirtieron en dos de los comandantes más famosos de Villa, Martín y Pablo López, se incorporaron a su ejército, según un hermano sobreviviente, “por los maltratos y abusos de los hacendados católicos”. Se sentían explotados por el hacendado Jesús Acosta, del rancho El Pajarito, donde trabajaban. Acosta no sólo les pagaba muy bajos salarios, sino que golpeó una vez a Martín López con el cabestro y otras veces intentó hacer lo mismo con Pablo.¹⁹

Los motivos que empujaron a Desiderio Madrid Carrasco a irse a la revolución eran muy distintos. “Yo estaba muy joven”, le dijo al entrevistador, “y era muy vago, muy flojo, a mí no me gustaba trabajar. Me gustaban mucho los bailes, las muchachas y echarme unas copas. Mi papá ya me había llamado la atención varias veces, pero nunca le hacía caso. Pero una vez que me emborraché mucho, mis hermanos me corrieron de la casa. Entonces me metí en la guerra, total, dije, que me maten para que me coman los coyotes.”²⁰

Pedro Romero era peón en la hacienda de Bustillos cuando estalló la revolución. Cuando el entrevistador le preguntó cuándo había nacido, no pudo

recordar la fecha exacta, pero dijo: “Nací en tiempos de la esclavitud”. Aunque no está claro qué quería decir con “esclavitud”, el término probablemente se refería a su condición de peón endeudado. Trabajaba la tierra y tenía unos quince años cuando cuatro hombres, uno de los cuales era Villa, se le acercaron a caballo y le pidieron que avisara a otro peón, Pablo Martínez: “Dile de parte de Pancho Vía que ya llegó la hora, que aquí lo espero”. Cuando Romero le transmitió su mensaje a Martínez,

pos si pareció que le había dicho que le hablaba mi tata Dios; luego aventó todo, corrió a su casa, ensilló su caballo y nos regresamos de volada. Cuando llegamos le dio un abrazo a Vía y le dijo: “¡Aquí estoy, mi general, a sus órdenes!” Luego le pagaron el almuerzo a mi mamá y cuando ya se iban, voltió Vía y me dijo:

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Quince.

—¿No quieres venir con nosotros?

—¿Pos adónde?

—A la guerra.

—¿Pos pa' qué?

—Para acabar con la injusticia.

—¿También se acabará la esclavitud?

—También la esclavitud, pero mira, tenemos que pelear. Vente conmigo muchacho, yo te doy armas.

Yo voltié a ver qué decía mi madre, pero ella comprendió que me iba a ir con Vía y me echó su bendición. Así fue como conocí y me fui a la guerra con Pancho Vía. Luego levantamos en armas a la gente de los ranchos vecinos.²¹

Rogelio Rodríguez Sáenz era hijo del dueño de la hacienda El Pichague y sobrino de Trinidad Rodríguez, antiguo compañero de Villa en sus correrías de bandido, que se había convertido en general de la División del Norte. Aunque su padre, por obvias razones, no quería saber nada de la revolución, la influencia del tío parece haber sido uno de los principales factores que lo llevaron a hacerse soldado en una de las brigadas de Villa, a los catorce años.

Lauro Trevizo Delgado era miembro de la antigua colonia militar de Namiquipa. Dijo que había peleado en la revolución por “tierra, libertad y justicia”.²²

Evidentemente, muy pocos hacendados de Chihuahua ingresaron en las filas de Villa. Una notable excepción fue el caso de los cuatro hermanos Murga. Su familia no sólo era dueña de la gran hacienda San Juan El Duro, situada en las cercanías de San Andrés, sino que algunos de sus miembros habían sido caciques muy malqueridos en el pueblo cuyos habitantes formaron el núcleo del primer grupo guerrillero de Villa. No resulta extraño que la participación de los Murga en la División del Norte no fuera completamente voluntaria. Villa tenía un conflicto añejo con un tío de ellos que vivía en San Andrés por unas deudas que no había pagado. Envío dos mensajeros al tío para pedirle ayuda para el sostén de las tropas revolucionarias, y Sabas Murga los mató en el camino a su rancho. Cuando Villa se enteró, ordenó a sus tropas que acabaran con toda la familia Murga. Sus hombres sorprendieron a los cuatro hermanos, Juan, Ramón, Aurelio y Encarnación, que no habían intervenido para nada en el conflicto entre su tío y el caudillo y estaban cultivando sus campos. Cuando se preparaban para ejecutarlos, Juan Murga pidió que lo dejaran hablar con Villa. Le dijo que si le perdonaba la vida, se alistaría de inmediato en la División del Norte y que sus tres hermanos lo seguirían cuando se hubiera levantado la actual cosecha. Villa accedió, y los Murga cumplieron su palabra. Aunque originalmente se incorporaron, como relató el único hermano sobreviviente a un entrevistador en 1976, porque “queríamos proteger nuestras familias y propiedades,”²³ llegaron a estar tan estrechamente unidos a Villa que siguieron siéndole fieles incluso después de su gran derrota en 1915 y de la disolución de la División del Norte.

Villa no sólo reclutaba tropas en Chihuahua: conforme su fama se extendía por todo el país, hombres procedentes de estados muy lejanos hacían el largo viaje al norte para unirse a su ejército. Federico González Jiménez, un campesino sin tierras de los Altos de Jalisco, venía de una familia pobre. Desde la edad de diez años trabajó los campos de un hacendado por cinco centavos diarios. Se fue a la revolución porque “los campesinos en aquella época [...] era una cosa espantosa”.²⁴

Pablo Baray, que entró en la División del Norte procedente de la vieja colonia militar de Bachíniva, que tenía una historia de conflicto prolongado con las autoridades porfirianas, pudo tener razones adicionales. En su opinión, pelear por la revolución era vivir la vida, y afirmaba orgullosamente que en sus años de servicio en el ejército había aumentado de peso de sesenta y cuatro a setenta y cinco kilos.²⁵

Aunque la mayoría de los integrantes de la División del Norte eran voluntarios, hubo una clara excepción a esta regla: los miembros del ejército

federal que eran capturados tenían casi siempre que optar entre morir fusilados o unirse a las fuerzas villistas. La mayoría había sido alistada contra su voluntad, y la libertad relativa, mejor paga y mejores condiciones de vida que ofrecía la División del Norte contrastaban fuertemente con el trato que habían recibido en el ejército federal.

Aunque el origen social de los hombres de Villa variaba enormemente, su manera de ver al caudillo resulta muy semejante. Jesús Pérez, hijo instruido de un administrador minero que había sido secretario de Emilio Madero antes de unirse a Villa, decía que éste “tenía un gran don de mando; a él lo obedecían sin chistar, fue un gran organizador. De manera que la tropa pues le tenía un respeto, más bien respeto que temor”.²⁶ Pérez entró en la División del Norte “pues como todos los que nos afiliamos [...] porque pues entonces entraban los federales; a los que sabían que eran simpatizadores del movimiento constitucionalista pues indudablemente los perseguían”.²⁷

José Dolores Figueroa, de la antigua colonia militar de Bachíniva, dice que Villa “parecía que tenía como mucha electricidad” en los ojos y que la gente lo quería.²⁸ Figueroa consideraba a Villa “un buen hombre que nunca cambió de bando”.²⁹

Porfirio Adrián Díaz, un carpintero cuyos padres eran campesinos relativamente acomodados, se trasladó desde el estado sureño de Oaxaca para luchar con Villa, a quien consideraba “un hombre muy valiente [que] trataba muy bien a la gente del pueblo”.³⁰

El teniente coronel Victorio de Anda, que era hijo de campesinos acomodados de Jalisco y se fue con Villa contra los deseos de su padre, pensaba que la autoridad del caudillo se debía a su valor y a que siempre se le veía en la primera línea de fuego.³¹

Había consenso entre los antiguos soldados de Villa que fueron entrevistados sobre las características del caudillo como revolucionario social. Unos cuantos lo describieron como un revolucionario agrario que habría repartido la tierra. La mayoría usó la designación más general de “amigo de los pobres”. Pedro Romero, antiguo peón, decía que “el general luchó mucho por los pobres”.³² Lucio Alvarado Portillo, trabajador de una fábrica de municiones de Chihuahua que abastecía a la División del Norte, consideraba que Villa “fue benefactor de los pobres”.³³

El antiguo coronel villista Federico González Jiménez recordaba que, tras tomar una población, “veía por darles maíz a los pobres [...] hacía caridades a los pobres”.³⁴ Francisco Muro Ledesma, que se fue con Villa a los trece años

para vengar la muerte de su padre a manos de los federales, decía que “el pueblo lo adoraba al general Villa. Donde quiera que llegábamos, ordenaba que se repartiera maíz, frijol... lo que hubiera”.³⁵

La mayoría de los antiguos soldados de Villa insiste en que el exbandido mantenía mejor la disciplina y el orden entre sus tropas que ningún otro general en México. Todos confirman que el pillaje estaba absolutamente prohibido y que cualquiera que era descubierto saqueando o robando era inmediatamente fusilado. Secundino Vaca insistió en que los bandidos que robaban a los pobres a menudo declaraban que eran villistas, para desacreditar al jefe revolucionario. Pero “Villa le robaba al que tenía dinero, no al pobre”.³⁶ La única excepción en ese consenso es Francisco Muro Ledesma, que como ya dijimos, se fue a la revolución con Villa a los trece años. Según él, en ocasiones el general les permitía a sus soldados saquear durante tres minutos; agotado ese plazo, cualquiera que fuera descubierto robando era fusilado. También insiste en que cuando había saqueos, los realizaban las tropas de Tomás Urbina y Maclovio Herrera, que no estaban bajo el mando directo de Villa. Aquellos de sus hombres que fueron entrevistados expresaron la convicción de que Villa no tomaba nada para sí mismo.³⁷

La disciplina que lograba mantener en su ejército, no sólo se debía a la popularidad de Villa y a los incentivos que les daba a sus soldados, sino a sus duras medidas de control. El hombre encargado de ponerlas en práctica, Manuel Banda, era un antiguo cobrador de facturas de Torreón que se había unido a los villistas cuando tomaron la ciudad. A diferencia de otros hombres de Villa que se distinguieron por su inclinación a matar, su vida prerrevolucionaria no da indicación alguna de la violencia de que iba a ser capaz como oficial de la División del Norte. Según recordaba un antiguo compañero de escuela, “era en aquel entonces uno de esos muchachos tranquilos, callados y buenos, que no se meten con nadie y que con todos llevan cordialísimas relaciones”. Cuando su amigo encontró de nuevo a Banda en la revolución, no podía creer la forma en que había cambiado. “¿Cuál es tu papel?”, le preguntó.

–Hacer entrar a los trancazos a la gente, a punta de bala.

–Habrás tenido que herir ya a algunos.

–¿Herir? Matar; yo no hiero, yo mato... Un herido se cura y me puede matar cualquier día... Yo tiro a matar y cuando no acierto, entonces no paro hasta no acabar con el hombre.

–¿Cuántos habrás matado?

—Muchos. He matado muchos; puede ser que haya yo matado tantos nuestros como los federales en algunos combates. Es el sistema de mi general Villa y te diré que es el único que da resultado, todo con esta gente de Durango.³⁸

Banda había concentrado sus esfuerzos en los hombres de Contreras, que, según él, antes de que Villa asumiera el mando, huían del fuego enemigo en todas las batallas como “borregos”. Por esa razón, habían despertado tanto desdén en las tropas federales que en vez de llamarlos “Brigada Contreras”, los llamaban “Brigada Carreras”. Según Banda:

Ya me conocen y me tienen pánico; apenas me ven en la motocicleta con la pistola en la mano, dan unas empujadas para adelante, tremendas. Así fue como tomamos Torreón. Ahora esa gente de Contreras está desconocida; ya pelean igual que todos los demás, puede que hasta mejor; ya saben que el que no se muere por los federales, se muere por nosotros, allá atrás. Aquí no hay quien corra; el que corre peligrá, puede que más que con el enemigo.³⁹

Banda y sus hombres no eran sino uno de los cuerpos que Villa había creado para imponer su voluntad sobre los soldados y oficiales recalcitrantes. El más importante era el de los Dorados. Al principio se trataba de una guardia personal de Villa, pero pronto se convirtió en un cuerpo de élite que cumplía diversas funciones, desde servir de ayudante de campo de Villa hasta ejecutar a sus enemigos o, como la Vieja Guardia de Napoleón, intervenir en la batalla cuando la situación era desesperada. Cuando se creó el cuerpo, tras la batalla de Torreón, los Dorados contaban con tres unidades de treinta y dos hombres cada una. Su número pronto ascendió a cuatrocientos. Villa escogía a todos sus miembros personalmente, por su lealtad hacia él y su destreza en el combate. Entre los Dorados se hallaban muchos de sus parientes, ya que pensaba que le serían incondicionalmente fieles (lo que no siempre fue el caso). Cada vez que oía que un soldado u oficial se había distinguido por un acto de particular valentía o ingenio, lo incorporaba a los Dorados. Por ejemplo, Candelario Cervantes llamó su atención porque, durante un ataque a la hacienda de Santa Clara en que los villistas no tenían artillería que los apoyara, cargó una recua de mulas con unas cuantas piezas de madera, se acercó a las líneas enemigas y en voz alta fingió dar órdenes a sus soldados para que se prepararan a hacer fuego de artillería. Los federales fueron presa del pánico y se rindieron.

Lo sucedido a Carlos Gutiérrez Galindo también sedujo la imaginación de

Villa, por lo que fue incorporado a los Dorados. Había caído herido y le habían matado el caballo en un ataque. Cuando su unidad se retiró, los federales recorrieron el campo de batalla, matando a todos los heridos y prisioneros. Gutiérrez Galindo sacó las entrañas de su caballo muerto y se escondió durante horas dentro del vientre, hasta que las tropas villistas avanzaron de nuevo, y pudo salir de su escondite.⁴⁰

Se sigue discutiendo por qué a estos hombres se les dio el nombre de “los Dorados”. Algunos creen que fue por la insignia dorada que llevaban en el sombrero, otros que por las monedas de oro con que pagaban lo que adquirían, otros ven una analogía con un famoso grupo de bandoleros del siglo XIX llamados “los Plateados”.⁴¹

En ciertos sentidos, era más difícil para Villa conseguir y conservar la lealtad de los diferentes generales de su ejército que la de sus soldados. Muchos de esos generales se habían convertido en señores de la guerra locales y se resistían a perder su autonomía. Sólo lo hacían cuando estaba claro que únicamente unidos bajo un caudillo fuerte podrían defenderse de los federales. Las recientes victorias de Villa habían acrecentado su estatura y su influencia entre ellos. Sin embargo, muchos todavía resentían la pérdida de autonomía. A otros, como Urbina, les molestaba la disciplina que Villa imponía, y tener que prescindir de sus formas tradicionales de enriquecerse y de asegurarse la lealtad de sus tropas permitiéndoles saquear cualquier ciudad que conquistaban. Esas tendencias autonomistas eran todavía más peligrosas para Villa, debido a que Carranza procuraba alentarlas, al mismo tiempo que cortejaba a dos de sus generales, Maclovio Herrera y Manuel Chao.

Villa mostró gran astucia frente a los intentos autonomistas de sus subordinados.

Su primera medida y la más sencilla consistió en aumentar el número de hombres bajo su mando directo y transformar al menos a un grupo de ellos en una unidad de élite. En junio de 1914, cuando la División del Norte había alcanzado el punto más alto de su desarrollo, los funcionarios carrancistas calculaban que de sus aproximadamente doce mil soldados, tres mil estaban directamente subordinados a Villa y le eran incondicionales.⁴²

Villa hizo además importantes concesiones. Parte de las haciendas confiscadas a la oligarquía quedó bajo el control de los generales villistas. No tenían que dar cuentas directas de los ingresos procedentes de esas haciendas, pero estaban obligados a utilizarlos para alimentar, vestir y pertrechar a cierto número de sus hombres. Algunos de ellos, como Urbina, recibieron esas tierras como

compensación por los ingresos que, junto con sus hombres, dejaron de percibir cuando Villa puso fin a los saqueos en las ciudades conquistadas.

También en otros aspectos las unidades que integraban la División del Norte conservaron un alto grado de independencia. Cuando el general Juan García, comandante de la Brigada Madero, cayó en batalla, no fue Villa, sino los oficiales de la brigada quienes designaron a su sucesor.⁴³ Además, los caudillos regionales podían conservar el control sobre sus regiones nativas. Villa había decretado que las órdenes de los comandantes militares locales –que estaban en gran medida sometidos a esos caudillos regionales– tuvieran prioridad sobre las de los funcionarios civiles nombrados por el gobernador, tanto en Chihuahua como en Durango.

Villa nunca intentó apelar a los soldados de la División del Norte saltándose a sus generales. Sin embargo, sí procuró establecer algún tipo de relación personal con ellos, y su carisma y su leyenda fortalecían su popularidad. Los soldados iban a la batalla gritando “¡Viva Villa!”, y no el nombre del jefe local o regional que los mandaba. En la primavera de 1914, Villa gozaba de un prestigio aún mayor entre la tropa de la División del Norte. Muchos de los hombres que se le incorporaron en ese momento lo hicieron más por su fama y su éxito en el campo de batalla, que a causa de los vínculos que pudieran tener con los dirigentes locales.

Hasta fines de 1914 y principios de 1915, cuando estalló la nueva guerra civil entre los revolucionarios, Villa nunca mandó ejecutar a ninguno de sus altos oficiales ni tomar represalias violentas contra ellos, con dos únicas excepciones. Una fue el caso del general Yuriar que, como ya se dijo, fue ejecutado por haberse negado, estando borracho, a entrar en batalla, sin que hubiera oposición al castigo en el ejército villista. La situación fue muy diferente cuando Villa intentó ejecutar al gobernador Manuel Chao por deslealtad. En ese caso, se vio forzado en última instancia a contemporizar.⁴⁴

Aunque hizo a algunos de sus generales y a sus subordinados las sustanciales concesiones que hemos mencionado, intentó por otros medios hacerlos depender de él. Procuró conservar el control total sobre la adquisición de armas, municiones y uniformes. También tuvo gran cuidado en restringirles el acceso al mercado estadounidense. Así, aunque los generales podían disponer de los bienes de sus haciendas sin pedirle permiso a Villa, debían obtener de él una licencia especial para exportar ganado y otras mercancías. También conservó cierto control sobre la tesorería de su ejército supervisando la producción y distribución del papel moneda que imprimía.

Cuando empezó a emitir ese dinero, los comerciantes estadounidenses lo aceptaron a un valor relativamente alto ya que confiaban en que más tarde o más temprano Villa ganaría, y en consecuencia su moneda se haría fuerte y mantendría su paridad.

Entre las muchas tareas complejas que se le presentaron a Villa cuando se propuso modernizar y reorganizar su ejército, tal vez la más fácil de resolver fue la obtención de pertrechos, una vez que Woodrow Wilson levantó el embargo, en febrero de 1914. Aunque Carranza ya tenía representantes en Estados Unidos, encargados de comprar armas, Villa no quería depender de él, y envió sus propios agentes a la frontera y a Estados Unidos. Los principales fueron un hombre de negocios de Torreón, Lázaro de la Garza, Félix Sommerfeld, un aventurero alemán y antiguo jefe del servicio secreto de Madero en Estados Unidos, y su propio hermano, Hipólito. Los dos primeros eran hombres de negocios capaces y preparados, que trabajaron con eficacia para Villa mientras convino a sus intereses y que lo traicionaron cuando dejó de ser así. Hipólito Villa fue fiel a su hermano, pero esa fidelidad a menudo quedaba opacada por su codicia y su incapacidad.

Hasta agosto de 1914, cuando estalló la primera guerra mundial, el mercado de armas y municiones en Estados Unidos era abundante y económico, y Villa no tenía dificultades para conseguir lo que necesitaba. En ese primer periodo tampoco tuvo problemas para pagar. Principalmente a través de Lázaro de la Garza, vendía a Estados Unidos el ganado de las haciendas confiscadas a la oligarquía mexicana. Además, recibía impuestos de las compañías estadounidenses situadas en la zona que él controlaba.

El monopolio sobre la adquisición de armas y municiones no fue el único mecanismo que ideó Villa para controlar a sus generales potencialmente revoltosos. Tenía también el mando directo sobre las ramas técnicas de su ejército, como la artillería, para las que la mayoría de sus comandantes y soldados carecía de conocimientos. Villa tuvo cuidado de que esas unidades estuvieran a las órdenes de hombres que no dependían de sus subordinados, que no tenían bases políticas propias y cuyo vínculo principal era con él. Pero hallar soldados adiestrados para ellas no fue tarea fácil. Sólo podían proceder de dos fuentes: el ejército federal o los países extranjeros. Ambas presentaban riesgos.

Con la excepción de Juan N. Medina, que se convirtió en jefe de Estado Mayor de Villa, pocos oficiales federales se alistaron voluntariamente en la División del Norte antes de que lo hiciera Felipe Ángeles, en marzo de 1914. La gran mayoría de los antiguos oficiales o soldados federales que sirvieron en la

División del Norte se integraron en los primeros meses después de su formación y habían sido prisioneros a los que se les ofreció la alternativa de incorporarse o ser fusilados. Aunque la mayoría, por obvias razones, eligió la primera opción, su lealtad no estaba en absoluto garantizada.

Los mercenarios y voluntarios extranjeros representaban un problema distinto, aunque Villa no tenía objeciones ideológicas para emplearlos. Después de todo, Madero también lo había hecho y, aunque Villa lo había criticado por ello en 1911, no lo hizo por razones de principio sino porque Madero parecía confiar más en Garibaldi que en la mayoría de sus oficiales mexicanos y le había dado un puesto de responsabilidad decisiva. Villa nunca lo imitó en eso. Utilizaba a los extranjeros como expertos, pero no les dio un lugar en sus juntas de Estado Mayor o entre sus generales. Aun así, le planteaban dos tipos de problemas. Primero, si los disciplinaba, o incluso si morían en batalla, podía tener complicaciones con sus respectivos gobiernos. Segundo, no tenía forma de comprobar sus credenciales. Cruzaban la frontera desde Estados Unidos, llegaban a su cuartel general y afirmaban tener gran experiencia en asuntos militares y haber peleado en muchas batallas. Él no podía saber si le decían la verdad. No había agencias de contratación, ni cartas de recomendación o referencias en que pudiera confiar. Si descubría que habían mentido, los despedía, pero si los castigaba de alguna otra forma, sobre todo si los fusilaba, de nuevo podían crearse problemas diplomáticos. En consecuencia, tuvo experiencias buenas y malas con los mercenarios extranjeros. John Reed cuenta cómo conoció a cinco mercenarios estadounidenses que habían combatido con Villa durante un tiempo y a los que éste prácticamente había expulsado de su ejército. De ellos, sólo uno tenía verdadera experiencia militar, y los demás habían falsificado sus expedientes.⁴⁵

La única forma en que Villa probaba a sus reclutas consistía en ponerlos a cargo de las ramas técnicas de su ejército y juzgarlos sobre la base de su actuación. Así, antes de la batalla de Tierra Blanca, Villa nombró jefe de su artillería a un mercenario estadounidense, que realmente había combatido en el ejército de Estados Unidos, pero no tenía experiencia en esa rama militar.⁴⁶ En ese momento, la unidad sólo contaba con dos cañones que se habían capturado en Torreón. Por fortuna, otro oficial que tenía más experiencia de combate, Ivor Thord Gray, llegó a México con la esperanza de ofrecer sus servicios a los revolucionarios. Había luchado en la guerra de los bóers en Sudáfrica y con el ejército británico en la India, y había estado en China probando fortuna con los señores de la guerra de ese país antes de lanzarse a México. Era un experto en

caballería, pero Villa no necesitaba que nadie le dijera cómo manejarla y, en cambio, tenía urgente necesidad de oficiales de artillería. Thord Gray, que no era experto en ese campo, sí sabía algo sobre cañones. Éstos no disparaban y parecían estar completamente descompuestos; Thord Gray, a diferencia del estadounidense que estaba a cargo, no tuvo dificultades para diagnosticar cuál era el problema. Los artilleros federales habían quitado las agujas de percusión y las miras, con lo que los cañones resultaban inservibles. Thord Gray pasó al otro lado de la frontera e hizo que le fabricaran agujas de percusión nuevas, de modo que los cañones al menos podían disparar, aunque sin las miras su puntería era un tanto errática. Cuando Thord Gray mostró lo que había logrado, Villa se le acercó

y para mi asombro me dio un abrazo mexicano. Las palabras salían de sus labios como balas de una ametralladora Gatling; súbitamente me había convertido en su *amigo y compañero*.

Unos cuantos minutos después me proclamaba su “Jefe de Artillería”, con rango de capitán primero. Mi cargo consistía en dos piezas de campaña de 75 milímetros, sin oficiales ni suboficiales a mis órdenes. Había unos cuantos artilleros apaches medio salvajes que no sabían nada de cañones; algunos de ellos no hablaban más que su idioma, aparte de un poco de español rudimentario.⁴⁷

En este caso, la súbita oferta de empleo resultó positiva, lo mismo que la incorporación de otro aventurero, el capitán Horst von der Goltz, un alemán. Según sus memorias, había trabajado como agente del servicio secreto alemán en diferentes partes del mundo y había ido a México en busca de aventuras. Llegó a la ciudad de Chihuahua cuando aún estaba ocupada por las tropas federales y fue inmediatamente encarcelado por el comandante Mercado como posible espía de los revolucionarios. Sólo salió de prisión cuando el ejército de Villa ocupó la ciudad. Inmediatamente se ofreció voluntario a uno de los generales villistas, Trinidad Rodríguez, con algunos de cuyos oficiales había hecho amistad en la cárcel. El único entrenamiento que había tenido era el servicio obligatorio que cualquier alemán en edad militar debía prestar. Gracias a él, a la fama de los alemanes como grandes guerreros y a una serie de *bluffs* y coincidencias ascendió rápidamente en las filas villistas y asumió un cargo técnico importante para el que en realidad no tenía los conocimientos necesarios. Su reputación como “el diablo alemán” quedó establecida cuando se perdió durante un ataque

de infantería, intentando huir de la batalla, y marchó sin darse cuenta hacia el frente. Mientras él avanzaba su destacamento recibió órdenes de retirarse; tras dar una larga vuelta, Von der Goltz se encontró con el destacamento en la retaguardia. Su superior quedó muy impresionado. “‘¡Pero usted...!’, gritó el coronel repentinamente emocionado, ‘¿Dónde ha estado usted? Usted valiente alemán se negó a retirarse con los demás. Ha estado peleando usted solo. Déjeme abrazarlo’.”⁴⁸

Rodríguez quedó convencido de que Von der Goltz era un veterano de mil batallas y decidió utilizar sus servicios en algún puesto técnico.

El jefe Trinidad Rodríguez hizo traer veinte ametralladoras de Estados Unidos y me las entregó. “Entrene a los hombres de sus baterías y prepare a sus pelotones para actuar en el campo de batalla”, me ordenó. “Tiene usted tres semanas. Entonces los necesitaré.”

Sin decir una palabra, saludé y giré sobre mis talones. No podía decirle a mi general que nunca en mi vida había tocado una ametralladora ni con la punta de un dedo.⁴⁹

Aunque Von der Goltz no sabía nada de ametralladoras, su adiestramiento básico y su ingenio lograron un éxito inesperado incluso para él. Contrató a un antiguo asaltabancos estadounidense llamado Jefferson que había huido de la cárcel de El Paso, reclutó unos cuantos artilleros mexicanos y finalmente creó una eficaz compañía de ametralladoras. Sin duda poseía un talento especial para aprender, ya que, a los pocos meses, un agente del Estado Mayor del ejército estadounidense que se hacía pasar por corresponsal de guerra examinó cuidadosamente al ejército de Villa y derramó elogios abundantes sobre la organización de su artillería, por la cual le daba todo el crédito.⁵⁰

Algunos de los mercenarios que Villa contrató eran verdaderos expertos y no necesitaron blufear para ingresar en su ejército.⁵¹ Uno que tenía mucha experiencia de combate en el campo de su elección, las ametralladoras, era Sam Drebber, “internacionalmente conocido como el ‘luchador judío’”. Según Patrick O’Hea, que lo conoció,

había combatido en la guerra de Estados Unidos contra España, con los *marines*, por lo menos en Nicaragua y como condotiero en otras repúblicas de América Latina. De estatura mediana, pero robusto, por debajo de los cincuenta años, [...] pidió cualquier periódico que ya no me sirviera y que

pudiera prestarle, sin importar qué tan viejo fuera, para pasar las horas solitarias.

Era la antítesis de un bravucón: silencioso y discreto sobre sus hechos de armas, tenía una especie de modesto orgullo de su profesión, como cualquier artífice o maestro artesano.⁵²

Uno de los voluntarios más extraños fue Ambrose Bierce, conocido escritor satírico estadounidense, que rebasaba los setenta y un años cuando se incorporó a las fuerzas de Villa. No está claro por qué fue a México y menos en qué forma participó. Poco antes de salir de Estados Unidos, le comunicó claramente a su sobrina cuál era la finalidad de su viaje a México: “Si te enteras de que me han puesto contra un muro mexicano y me han llenado de agujeros por favor toma en cuenta que en mi opinión ésa es una forma perfectamente buena de dejar esta vida. Es mejor que la vejez, la enfermedad o una caída por las escaleras del desván. Ser un gringo en México: ¡Ah! ¡Eso es eutanasia!”⁵³ Según la versión del propio Bierce, cruzó de El Paso a Ciudad Juárez algún día de noviembre de 1913, poco después de que Villa capturó la ciudad y marchó hacia el sur con el ejército para tomar parte probablemente en la batalla de Tierra Blanca, donde los villistas derrotaron a los federales enviados para recuperar Ciudad Juárez, y durante la cual Bierce pasó, por lo menos temporalmente, de la categoría de observador a la de combatiente. Tomó un rifle y disparó contra los federales matando a uno de ellos. A los villistas les gustó tanto su actuación que le regalaron un gran sombrero. El 16 de diciembre envió su última carta desde la ciudad de Chihuahua, que Villa había tomado poco antes; decía que esperaba ir a Ojinaga, donde se habían atrincherado las últimas tropas federales que quedaban en el estado. No se supo más de él. Qué le sucedió, cuándo y dónde murió sigue siendo uno de los grandes misterios de la historia literaria estadounidense. Según una teoría, aceptada por muchos de sus biógrafos, murió en la batalla de Ojinaga. Otros autores sostienen que permaneció algún tiempo con Villa y que lo encolerizó con sus críticas o le dijo que pensaba irse con Carranza, por lo que lo habría mandado matar o lo habría abandonado en el desierto.⁵⁴

Tanto las soluciones con que Villa resolvía el problema de las ramas especializadas y técnicas como la calidad de dichos servicios mejoraron espectacularmente cuando Felipe Ángeles se incorporó a la División del Norte.

Conforme Villa lograba una victoria tras otra, el tema de sus capacidades estratégicas y de las virtudes de su ejército se volvió objeto de intenso debate en la prensa estadounidense y, a un nivel muy distinto, también preocupó a los

militares de ese país, que contemplaban la posibilidad de una intervención militar en México y trataban de evaluar qué tipo de resistencia hallarían dado el caso.

En la prensa, la polémica se centró fundamentalmente en la personalidad de Villa, y John Reed claramente expresaba el punto de vista de grandes sectores de la opinión pública estadounidense. “Villa tuvo que inventar, también sobre la marcha, un método enteramente original de hacer la guerra”, escribía,

porque nunca tuvo oportunidad de aprender nada sobre la estrategia militar generalmente aceptada. En eso es, sin la menor duda, el mayor dirigente que México haya tenido nunca. Su forma de combatir es asombrosamente parecida a la de Napoleón. El secreto, la rapidez de movimientos, la adaptación del plan al carácter del país y de sus tropas, el valor de sus estrechas relaciones con los soldados y la creación en el ejército enemigo de una tradición según la cual el suyo es invencible y él mismo está protegido por algún encantamiento: tales son sus características.⁵⁵

Aunque Emerson, agente secreto de Estados Unidos, también reconocía el don de Villa para concitar la lealtad de sus soldados y para convertirlos en un conjunto capaz de pelear, no creía justificado que la prensa estadounidense lo considerara “un consumado estratega napoleónico”. Pensaba que tales descripciones eran “disparates” y escribía despectivamente:

en cuanto a la estrategia, simplemente posee la innata astucia de un indio pielroja, con una reserva casi inagotable de íntimo conocimiento personal del norte, obtenido durante los agotadores años en que fue perseguido por todas partes como forajido, además de eso posee las invaluable cualidades de energía, brío e iniciativa que, como ustedes saben, son sumamente escasas entre los mexicanos. Los mapas le resultan prácticamente inservibles, porque no los lee mejor de lo que lo haría un búho. Esto último también se aplica a la mayoría de sus oficiales, excepto unos pocos de los más altos miembros del Estado Mayor [...] Los destellos de aparente capacidad estratégica que Villa ha mostrado en esta campaña fueron simple astucia india o se deben al consejo de algunos de los soldados instruidos que lo rodean, a quienes siempre está dispuesto a escuchar, otra gran virtud militar. Entre esos soldados profesionales se encuentran el general Felipe Ángeles, el *marshall* P. Martil Poole, un ingeniero civil estadounidense, y el joven Von der Goltz.⁵⁶

Al principio Emerson sólo estaba dispuesto a conceder

tres innovaciones en la organización militar de Villa que despertaron los mayores comentarios entre los mexicanos y los residentes extranjeros de esa región [...] su servicio de abastecimiento, su economato y su servicio de intendencia, y su departamento médico, todos los cuales dependían enteramente de los ferrocarriles, y nunca funcionaban bien si se alejaban de éstos. Siempre que lo hacían, invariablemente fracasaban, pero mientras se hallaban cerca del tren funcionaban bien, de hecho sorprendentemente bien si juzgamos por criterios mexicanos.⁵⁷

Un comité de militares estadounidenses, muchos de cuyos integrantes también habían estado algún tiempo en la División del Norte y del que Emerson formaba parte, expresó una opinión mucho más favorable sobre las innovaciones estratégicas de Villa, que, pensaban, se basaban en dos factores: primero, las guarniciones federales de las grandes ciudades dependían del abastecimiento que les llegaba por ferrocarril, y segundo: el ejército federal no tenía capacidad para la acción ofensiva, porque no contaba con unidades móviles para ese fin y porque los soldados reclutados a la fuerza carecían de voluntad para combatir.

Se corta la línea de alimentación del enemigo allí donde le es imposible repararla a tiempo; los insurgentes hambrientos vigilan desde las colinas esperando un signo de debilidad y en cuanto éste se presenta atacan; si el ataque tiene éxito, los federales evacúan con prácticamente todas sus fuerzas. Los constitucionalistas no los persiguen, en primer lugar porque las ciudades tomadas contienen un botín demasiado grande para abandonarlo a otros y, en segundo lugar, porque ya han dejado la línea de retirada de los federales sin alimentos, sin animales y a menudo sin agua. Si el ataque no tiene éxito, el contraataque de los federales no será muy vigoroso ni prolongado, de modo que los constitucionalistas se retiran sin problemas a las colinas, vuelven a emprender su vigilante espera y se preparan para el siguiente asalto. Cada vez que toman una ciudad y quedan libres del enemigo, los insurgentes están más fuertes, mejor equipados, y su siguiente operación se dirige contra una fuerza mayor de los federales [...] no hay nada de complicado en esta estrategia, pero es difícil derrotarla en el norte de México.⁵⁸

También impresionaba al comité la estrategia de los ataques nocturnos sobre una ciudad grande. Pensaban que dicha táctica había dado el triunfo a los

insurgentes en Torreón.

Emerson trató de analizar la eficacia de la División del Norte. No tenía muy alta opinión de la infantería, que llamaba el “brazo más débil de Villa”. Pensaba que “en una región de caballos como el norte de México, la gente que tiene que ir a pie despierta generalmente desprecio, y por lo tanto nadie sirve en la infantería por gusto, sino sólo los pobres diablos que no consiguen cabalgadura. Durante la última parte de la campaña de Torreón todos los desertores y prisioneros federales que fueron incorporados al ejército de Villa quedaron zambutidos en la infantería”. Tampoco tenía buena opinión de la artillería villista, a pesar de la dirección de Ángeles.

Pero esos puntos negativos se compensan con otras cualidades de la División del Norte que Emerson encontraba muy elogiables. Sus tres mejores cartas eran su caballería, su movilidad y el espíritu de lucha y la capacidad de adaptación de los soldados mexicanos. La fuerza de la caballería villista era atribuible en parte a la calidad de los caballos criados en Chihuahua y Coahuila. “Los mejores caballos vienen del rancho de los Zuloaga, una familia española de cerca de Chihuahua que por muchos años ha importado yeguas y sementales árabes, berberiscos y algunos pura sangre ingleses o de Kentucky y California.” Con ayuda de estos caballos, la caballería de Villa lograba “una notable movilidad [...] en momentos de tensión. Dicha movilidad es aún mayor gracias a que la caballería, cuando participa en operaciones hostiles, se mueve sin impedimentos como carretas o recuas de carga, y los hombres no llevan nada más que las armas, las municiones, la cantimplora y una cobija, y siguen la invaluable práctica de hacer que la región misma les proporcione subsistencias a ellos y a sus caballos”.⁵⁹

El tren militar de Villa exhibía esa misma movilidad. Emerson comparaba la marcha hacia el sur de los villistas, desde Chihuahua a Torreón, con el movimiento similar hacia el norte que emprendieron dos años antes las tropas de Huerta, cuando estaba a cargo de la campaña contra Orozco. “El ejército de Huerta, siete mil quinientos soldados (quince mil personas), necesitó dos meses para el traslado. Huerta, como recordarán, tenía veinte ferrocarriles. Villa tenía esta vez diecinueve trenes y otros dos más cortos que utilizaba para las comunicaciones, y llevaba prácticamente el mismo número de personas, pero necesitó sólo diez días.” Lo que más impresionaba a Emerson, y constituía un mal presagio para una posible invasión estadounidense de México, era el espíritu de lucha de la División del Norte.

Saben ustedes por sus propias observaciones en México que el *pelado** mexicano promedio es una criatura bastante tenaz, que puede soportar más privaciones y dificultades, como el frío, el calor, la humedad, el hambre, la sed, las alimañas, que cualquier blanco. Quedé agradablemente impresionado cuando serví con los hombres de Villa por su humor generalmente alegre y satisfecho, sin el ánimo quejumbroso que es tan frecuente en nuestras propias tropas. Durante los días de batalla y en otras ocasiones, cuando tuve contacto con los heridos, me llenaba de admiración su estoica actitud. Los que no estaban heridos de gravedad, casi invariablemente seguían en el campo de batalla, y vi muchos casos de hombres que tenían en verdad lesiones muy serias –con balazos que les atravesaban hombros, codos o manos, o heridas en la cabeza– y que aún así conservaban sus puestos en la línea de fuego y permanecían con sus mandos, negándose a pasar a la retaguardia. La conducta de las mujeres que venían con ellos en los ferrocarriles, muchas de las cuales acompañaban a sus hombres a la línea de fuego alrededor de Torreón, también era notablemente heroica.⁶⁰

¿Puede considerarse a la División del Norte como un ejército revolucionario en el pleno sentido del término? Los ejércitos revolucionarios en la historia presentan ciertas características comunes. Suelen estar compuestos mayoritaria o totalmente por voluntarios, muchos de los cuales están conscientes de los fines por los que luchan. La sociedad civil se identifica íntimamente con el ejército y tiene control o por lo menos una profunda influencia sobre él.

Hubo un ejército en la revolución mexicana cuyas credenciales revolucionarias según estos criterios nadie ha puesto en duda jamás. Se trata del Ejército Libertador del Sur, encabezado por Emiliano Zapata. Semejante ejército revolucionario “perfecto” sólo era posible en un escenario guerrillero, donde los hombres combatían cerca de sus comunidades, seguían siendo en gran medida campesinos y no se convertían en soldados profesionales.

Los ejércitos revolucionarios del norte eran de una naturaleza muy distinta. Aunque también estaban formados por voluntarios, su composición social era más heterogénea y sus lazos con las comunidades eran de otro tipo ya que peleaban cada vez más lejos de sus casas y sus pueblos. Es difícil determinar el grado de conciencia revolucionaria y los vínculos con la sociedad civil que tenían los soldados y oficiales del norte. No había un sistema de comisarios o partidos políticos para adoctrinarlos, como era el caso de los ejércitos campesinos comunistas, ni había líderes religiosos que llevaran a cabo ese tipo

de labor, como en el ejército iraní. Desafortunadamente, se realizaron muy pocas encuestas sobre la mentalidad de esos soldados y oficiales revolucionarios y las pocas que existen se hicieron cuando la mayoría de ellos tenía setenta u ochenta años. Sin embargo, se puede especular sobre el carácter de su conciencia revolucionaria y sus lazos con la sociedad civil observando cómo se formaban esos ejércitos y las características sociales de las regiones de que procedían.

En Coahuila y en Nuevo León, donde se originaron los contingentes más importantes de tropas carrancistas, el núcleo de los ejércitos revolucionarios venía de las milicias estatales profesionalizadas, que absorbieron a los maderistas deseosos de convertirse en soldados profesionales y se fortalecieron mucho durante la rebelión de Orozco.

A este respecto, la composición de la División del Norte era muy distinta. Las milicias estatales profesionales que se habían creado en Chihuahua tras la victoria de Madero desaparecieron en su mayor parte durante su presidencia, como resultado de la revuelta orozquista. El grueso de ellas se unió a Orozco y la mayoría de las unidades que siguieron fieles al gobierno, y que encabezó Pancho Villa, fueron disueltas tras su detención. Así pues, cuando estalló la revolución constitucionalista, fue necesario crear un nuevo ejército popular. Su núcleo no estaba compuesto por milicias profesionales, sino por hombres reclutados en sus comunidades y que todavía conservaban sus vínculos con ellas. Estos lazos eran tan fuertes que todo intento de romperlos estaba destinado al fracaso, a pesar del prestigio de Villa.⁶¹

Por añadidura, en contraste con Sonora, Coahuila y Nuevo León, Chihuahua y Durango eran las áreas centrales del descontento agrario en el norte, y una parte importante de la División del Norte estaba formada por hombres que venían de comunidades expropiadas o que habían ocupado tierras de las haciendas. Dado que con frecuencia cada unidad militar venía de una sola comunidad, al igual que sus jefes, sus vínculos con la sociedad civil, o por lo menos con sus regiones de origen, eran todavía fuertes.

Sin embargo, la División del Norte no era en modo alguno un ejército exclusivamente campesino. Había también vaqueros, mineros y personas sin ocupación fija. Además, muchos de los campesinos que procedían de otras regiones de México se incorporaban como individuos y no como comunidades, a veces por conciencia revolucionaria, a veces simplemente para sobrevivir. Recibían una paga regular, bonos después de cada victoria y, para algunos de ellos por lo menos, el ejército se convertía en un modo de vida. Muchos eran

muchachos de escasa edad, entre los doce y los dieciséis años y su grado de conciencia revolucionaria es discutible.

No está claro cómo eran considerados los ejércitos revolucionarios fuera de sus regiones de origen. Esto dependía en gran medida de la disciplina que eran capaces de guardar y de hasta qué punto los jefes podían evitar que saquearan. Sin lugar a dudas, por lo menos hasta fines de 1914, la División del Norte fue el ejército que mayor disciplina mantuvo entre sus hombres y, por tanto, probablemente el que gozaba de la mayor popularidad, incluso en partes de México muy alejadas de su región de origen.

LA BATALLA DE TORREÓN

En febrero de 1913, Woodrow Wilson levantó, como se dijo, el embargo que impedía a los revolucionarios adquirir armas legalmente en Estados Unidos. Como resultado, pocas semanas más tarde iniciaron, bien armados, su ofensiva contra el sur. En el oriente, el ejército de Pablo González salió hacia Monterrey y Tampico, y en occidente, Obregón avanzó hacia el sur desde Sonora. Ninguno de esos ejércitos fue considerado un peligro inmediato o grave por el ejército federal. El historial militar de Pablo González no era hasta entonces muy impresionante y Obregón estaba obstaculizado por la falta de comunicaciones ferroviarias de Sonora con el sur.

Según el comando federal, el mayor peligro era Villa. Si se le podía contener o incluso derrotar en Torreón, la marea de la guerra podría revertirse. La comandancia federal y el gobierno expresaban la creencia optimista de que los ejércitos de “bandidos” villistas hallarían la horma de su zapato en Torreón.

El Estado Mayor de Huerta compartía ese optimismo con sus comandantes en Torreón. Sabían que Villa nunca se había enfrentado al tipo de situación que encontraría en esa ciudad. Su primera toma de la misma plaza con frecuencia se consideraba una chiripada, debida a la ineptitud y la cobardía del general Munguía. En Ciudad Juárez, Villa había sorprendido a la guarnición, y en Tierra Blanca sólo había peleado contra tropas irregulares y había podido elegir el campo de batalla. La única vez que Villa trató de atacar una ciudad bien fortificada y comandada por un general competente –su fallido intento de asalto sobre la ciudad de Chihuahua a fines de 1913–, había fracasado.

Uno de los mejores comandantes del ejército federal, Refugio Velasco, tenía a sus órdenes a casi diez mil federales dentro y alrededor de la ciudad. Se habían hecho trabajos de fortificación no sólo en la propia Torreón, sino en muchas

poblaciones circundantes. En Gómez Palacio se habían erigido defensas casi tan importantes como las de Torreón. Los cañones federales bien situados, a menudo sobre las colinas, y los nidos de ametralladoras serían obstáculos formidables para las famosas cargas de caballería de Villa. El alto mando federal esperaba y confiaba en que estas medidas estratégicas compensarían la superioridad numérica de los villistas, que sumaban dieciséis mil hombres. No les preocupaba que Villa contara en esta ocasión con un contingente de artillería que no poseía cuando atacó la ciudad de Chihuahua, porque estaban convencidos de que, en tan pocos meses, Villa no habría podido organizarlo eficazmente. Según el agente estadounidense Emerson, no se equivocaban del todo.

“Esta artillería [...] no se manejaba bien en el campo de batalla, pero por lo menos se ponía en acción prontamente, gracias sobre todo a la eficacia del ferrocarril, y al ruido que hacía, así como al prestigio artillero del general Felipe Ángeles, a quien todo el mundo creía encargado personalmente de ella (lo que no siempre era el caso). Todo esto contribuyó mucho a hundir la moral de los federales en Gómez Palacio, Torreón y San Pedro.” Emerson consideraba sin embargo que

las posiciones de los cañones estaban mal elegidas, y las piezas individuales a menudo se separaban de sus baterías e incluso de sus propios furgones de municiones. Esto se debía a que no se adelantaba, para elegir el terreno, un oficial de artillería competente. Cuando la artillería entró en acción por primera vez, al norte de Gómez Palacio, lo hizo después de la caída de la noche, cada cañón por su lado, dando tumbos sobre el terreno disparejo, tratando de encontrar una posición de tiro adecuada. Cuando llegó el amanecer se hallaban desperdigados por todo el paisaje, algunos en las posiciones más imposibles, en canales y pendientes expuestas o en lugares abiertos, directamente situados bajo el fuego enemigo.⁶²

Lo que compensó con creces la superioridad de la artillería federal fue la nueva estrategia que Villa ideó, consistente en atacar de noche, y que despertó una gran admiración en los observadores militares estadounidenses.

“Si bien la capacidad de fuego [de los revolucionarios] era deficiente de día, de noche resultaba mucho peor” cuando disparaban desde la misma distancia, apuntó William Mitchell. “No resultaba eficaz a más de quinientas yardas, y en el día era muy difícil que cruzara la zona de fuego y alcanzara al enemigo a una distancia de doscientas yardas o menos.” De noche la situación era mucho mejor

para los revolucionarios. “Los insurgentes se acercaban reptando a muy corta distancia, a costa de pocas bajas; disparaban casi con los mismos efectos que a la luz del día, y en cambio los federales tenían que gastar muchas más municiones. Los insurgentes tenían líneas más o menos regulares de enemigos a las que disparar, mientras que los federales tenían que hacerlo contra los destellos de las armas insurgentes, desperdigadas por las pendientes de las colinas y sin una formación clara.” Además, los comandantes federales tenían miedo de que sus unidades se dispersaran y llegaran a dispararse unas a otras, de manera que no emprendían ningún contraataque durante la noche.⁶³

Por añadidura, los ataques nocturnos tenían efectos desastrosos sobre la moral del ejército federal. A diferencia de los revolucionarios que podían retirarse temporalmente del campo de batalla para descansar, las tropas federales nunca podían hacerlo. De día, los golpeaba la artillería, de noche atacaba la infantería villista. Los combates eran extremadamente sangrientos, porque en los ataques nocturnos los revolucionarios llegaban muy cerca de las líneas federales y se producían feroces encuentros cuerpo a cuerpo. La oscuridad acrecentaba el terror propio de ese tipo de lucha.

Al parecer, las municiones y la moral de los federales se agotaron simultáneamente. Primero el ejército evacuó Gómez Palacio, y luego lo que quedaba de él, unos cuatro mil hombres, se retiró de Torreón.

El alto mando federal no se dio por vencido. Envío alrededor de seis mil soldados de relevo a San Pedro de las Colonias, situado no lejos de Torreón. Tenía la esperanza de que estas tropas, junto con los restos del ejército de Velasco, podrían finalmente aplastar a los revolucionarios, que estarían agotados por más de diez días de combates incesantes. Se equivocaba. Los hombres desmoralizados de Velasco, que salían de Torreón, infectaron a las tropas de relevo con su miedo y su pesimismo, mientras que la euforia del triunfo compensaba ampliamente el cansancio de los villistas. San Pedro de las Colonias también fue tomada por asalto y el resto del ejército federal se retiró hacia el sur.

El surgimiento de Pancho Villa como dirigente nacional: sus relaciones con Estados Unidos y su conflicto con Carranza

Con la victoria en Torreón, Pancho Villa se transformó *de facto* en un dirigente nacional. Controlaba ya más recursos y más territorio que ningún otro comandante revolucionario, su ejército era el más poderoso y su prestigio no era igualado por ningún otro de los jefes militares. En Estados Unidos, la opinión pública y posiblemente también el gobierno de Wilson consideraban que sus decisiones podían ser determinantes para el destino de la revolución. Los enemigos de Carranza dentro del movimiento revolucionario deseaban, y Carranza temía, que Villa se propusiera sustituirlo como líder de la revolución. El propio Villa dudó durante largo tiempo cuál debía ser su jerarquía. Vacilaciones aparte, el prestigio recién adquirido transformó sus relaciones con Estados Unidos, con Carranza y con otras facciones no carrancistas dentro del movimiento revolucionario.

PANCHO VILLA Y ESTADOS UNIDOS

Uno de los mayores éxitos iniciales de Villa fue la relación que logró establecer con diversas fuerzas en Estados Unidos. Por un tiempo, obtuvo el apoyo de instituciones e individuos cuyas opiniones sobre la mayoría de los temas diferían y que con frecuencia chocaban unos con otros. El gobierno de Wilson, sectores importantes de la gran empresa, dirigentes militares, intelectuales liberales y radicales, y algunas organizaciones radicales simpatizaban por igual con Villa; muchos lo consideraban el salvador potencial de México.

A los ojos de Woodrow Wilson y de su secretario de Estado William Jennings Bryan, Villa empezó a destacar justo en el momento oportuno, cuando buscaban alternativas tanto frente a Huerta como frente a Carranza. Wilson había tomado posesión como presidente poco tiempo después del golpe de Huerta y el asesinato de Madero lo había horrorizado. Se identificaba íntimamente con el presidente muerto cuyo doble compromiso con la democracia y el capitalismo compartía. “No reconoceré a un gobierno de carniceros”, dijo. Rechazó firmemente las peticiones de que reconociera a Huerta formuladas por el embajador de Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson, quien tanto había hecho para derrocar a Madero, y por importantes empresarios estadounidenses.¹ Su resistencia se vio reforzada por los indicios de que tanto el gobierno como los intereses petroleros británicos apoyaban al nuevo dictador militar de México.² Sin embargo, aceptó de buen grado cuando, en agosto y septiembre de 1913, destacados miembros de las clases altas de México le ofrecieron el mismo tipo de pacto que le habían ofrecido a Francisco Madero dos años antes: debían celebrarse nuevas elecciones en México, en las que Huerta prometía no presentarse. El candidato favorito de la élite era Federico Gamboa, un político conservador que había sido secretario de Relaciones Exteriores de Huerta y al que apoyaba el Partido Católico. El pacto convenía a las clases altas, porque habría conservado el ejército y la burocracia federales. De hecho, nada impediría que Huerta siguiera siendo comandante en jefe del ejército.

Wilson y Bryan se llenaron de entusiasmo cuando se les informó que Huerta había aceptado el compromiso. “Creo que nuestros problemas en México han terminado”, le escribió Bryan a Wilson. Instaron a los revolucionarios a participar en los comicios, y rechazaron el argumento de que era imposible celebrar elecciones equitativas mientras el ejército federal controlara la mayor parte del país. Advirtieron a los revolucionarios que si Gamboa resultaba elegido, Estados Unidos lo apoyaría incluso contra los constitucionalistas.

Por desgracia para las clases altas de México, ni Huerta ni los militares mexicanos estaban dispuestos a servir a la élite como lo habían hecho durante el régimen de Porfirio Díaz. Por primera vez en muchos años, detentaban el control del país y no tenían la menor intención de renunciar a él. Su actitud se vio alentada por el embajador británico en México, sir Lionel Carden, que les dio a entender que Gran Bretaña apoyaría a México incluso contra Estados Unidos.

En abierto desafío a Woodrow Wilson, Huerta acabó con el único legado del periodo maderista que hasta entonces había respetado: disolvió el Congreso cuando éste decidió investigar el asesinato de un político que se había atrevido a

criticar al dictador. Los diputados de oposición fueron detenidos y encarcelados. Al mismo tiempo, se celebraron nuevas elecciones presidenciales, en las que Huerta se hizo reelegir mediante un enorme fraude electoral.

Wilson decidió entonces hacer cuanto estuviera en su mano para derrocar a Huerta y apoyar plenamente a los revolucionarios, pero le preocupaba que, si ganaban ellos solos, hubiera grandes pérdidas de vidas y propiedades y que Estados Unidos no pudiera controlar el movimiento que estaba patrocinando. El “atajo” que se le ocurrió fue que las tropas estadounidenses ocuparan las mayores ciudades del norte así como algunos puertos, mientras las tropas de Carranza marchaban hacia el sur para conquistar la ciudad de México.³ Era el tipo de arreglo que ningún político mexicano podía aceptar, ni siquiera queriendo, sin ser considerado un traidor por la mayoría de sus compatriotas. El tajante rechazo de Carranza a este plan, cuando se le presentó en noviembre de 1913, no sólo se debió a consideraciones de oportunidad, sino que fue expresión de su profundo nacionalismo.

Precisamente en ese momento, cuando el gobierno de Wilson se oponía más inquebrantablemente a Huerta y empezaba a albergar dudas sobre Carranza, Villa surgió en el proscenio. ¿Representaba una alternativa genuina frente a Huerta y Carranza? Tal era la pregunta que Woodrow Wilson y los más altos funcionarios de su administración examinarían y ponderarían cada vez con mayor interés. Por una parte, los representantes de Estados Unidos en la ciudad de México insistían en el pasado delictivo de Villa y adornaban sus informes con datos proporcionados por el gobierno de Huerta, según los cuales Villa habría sido condenado por más de cien homicidios.⁴ Las ejecuciones masivas de prisioneros, la expulsión de los españoles de Torreón y Chihuahua, y la forma en que las tropas villistas habían violado la inmunidad diplomática del consulado británico en la ciudad de Chihuahua, cuando detuvieron allí a Luis Terrazas hijo, parecían confirmar esa imagen. Por otra parte, había pruebas de sus grandes capacidades militares y de la popularidad de que gozaba tanto entre sus soldados como entre las clases bajas de la sociedad en el norte de México. También eran conocidas la disciplina que había logrado mantener cuando ocupó Torreón y Chihuahua y la protección que había otorgado a los estadounidenses.

Dos eran los principales criterios por los que estadounidenses y europeos juzgaban a los políticos de México y de otros países del Tercer Mundo: ¿podían mantener el orden? y ¿podían proteger los intereses extranjeros? Villa parecía satisfacer ambos criterios. Wilson empleaba tres criterios adicionales de valoración. Primero, ¿llevarían a cabo una reforma agraria? Wilson estaba

convencido de que era necesario algún tipo de reforma agraria para estabilizar la situación en México, aunque protestaba cuando las propiedades estadounidenses se veían afectadas por tales reformas. El bajo origen social de Villa, su confiscación de las propiedades de Terrazas y Creel y su promesa de repartir esas propiedades cuando la revolución hubiera triunfado lo convertían en un reformador verosímil. La justificación legal que daba Villa para sus confiscaciones –que no estaba expropiando sino simplemente recaudando impuestos vencidos– tal vez lo favoreció ante Wilson, para quien el respeto a la propiedad privada era la piedra de toque de la civilización. El segundo criterio era que los dirigentes mexicanos debían ser demócratas, y estar dispuestos a instaurar el mismo tipo de sistema democrático que existía en Estados Unidos. La credibilidad de las declaraciones de Villa en el sentido de que estaba en favor de un gobierno civil y de auténticas elecciones libres parecían confirmadas por su insistencia en que nunca sería presidente de México debido a su falta de educación y su ignorancia.

La confianza de Wilson en la fe democrática de Villa aumentó cuando se hizo más claro que Ángeles era uno de sus candidatos favoritos para la presidencia de México. Los representantes de Wilson habían subrayado repetidamente la actitud proestadounidense de Ángeles, su compromiso con la democracia y con la santidad de la propiedad privada y la contención que, en su opinión, ejercía sobre Villa.⁵

Tal vez influyeron también en Wilson las declaraciones en que Villa expresaba admiración por Estados Unidos. “Lo que quiero”, le había dicho a un periodista estadounidense, “es la paz para México. No el tipo de paz que teníamos con Díaz, cuando unos pocos tenían todo y los muchos eran esclavos, sino la paz que tienen ustedes en Estados Unidos, donde todos los hombres son iguales ante la ley y donde cualquiera que desee trabajar puede conseguir para él y para su familia medios de vida que sólo los muy ricos pueden disfrutar en México.”⁶

El criterio final de Wilson para juzgar a los políticos mexicanos era la forma en que respondían a su paternalismo. ¿Estaban dispuestos a escuchar sus sugerencias y sus consejos? Mientras Carranza había rechazado su idea de llevar a cabo una campaña militar conjunta, Villa parecía más receptivo y amistoso (aunque hay que decir que esto le fue relativamente fácil, dado que Wilson nunca le propuso realizar dichas operaciones militares conjuntas).

En diciembre de 1913, cuando Villa asumió el gobierno de Chihuahua, Woodrow Wilson ya manifestaba una buena opinión sobre él. “Al hablar de Villa”, informó el agregado militar francés tras una conversación con el

presidente, “expresó la admiración que le causaba que este salteador de caminos hubiera logrado gradualmente instilar en sus tropas disciplina suficiente para convertirlas en un ejército. Tal vez, añadió, este hombre representa hoy el único instrumento de la civilización que existe en México. Su firme autoridad le permite poner orden y educar a la turbulenta masa de peones, tan proclive al pillaje.”⁷

La imagen que Wilson y algunos funcionarios de su gobierno tenían de Villa se inspiraba en buena medida en las tradiciones de la frontera estadounidense. En enero de 1914, el embajador francés en Washington citaba las conversaciones que había tenido con un “importante funcionario” (probablemente se trataba del propio Wilson o de su secretario de Estado, William Jennings Bryan):

En contraste con lo que generalmente se dice, me comentó mi interlocutor, Villa no puede ser considerado un hombre sin propiedades. Sus padres tenían un rancho y disfrutaban de cierta abundancia. Su educación se limitó a la escuela primaria, pero por lo menos llegó hasta ahí; no es el analfabeto que describen los periódicos; sus cartas incluso están bien redactadas.

Es, como Huerta, de origen indio, un jinete excelente y tiene magnífica puntería. Sin miedo al peligro físico o a la ley, llevó la vida de un “ranchero” a temprana edad: el mismo tipo de vida que fue el de muchos de nosotros hasta hace poco en las distantes regiones del oeste, zonas que se situaban fuera del poder de las autoridades, donde cada hombre era su propio amo y a veces controlaba a otros, a veces tenía seguidores y hacía su propia ley...

Villa gana popularidad fácilmente y se asegura de que ésta dure. Cuida de sus soldados, los ayuda, atiende sus necesidades y es muy popular entre ellos. La historia romántica sobre su boda con una muchacha de Chihuahua durante la ocupación de la ciudad no es cierta. Está casado y no se ha separado de su esposa.

No podría gobernar pero podría muy bien imponer el orden si quisiera. Si yo fuera presidente de México, le confiaría esa función; estoy completamente convencido de que la cumpliría magistralmente; también conseguiría pacificar a todos los rebeldes. En la actual situación de México, no veo a nadie más que pueda realizar esa tarea.⁸

No sólo Wilson tenía una buena impresión de la personalidad de Villa; también la tenían los empresarios estadounidenses, aunque sus razones eran en algunos aspectos opuestas a las del presidente. La gran mayoría de ellos no

quería ni creía en la posibilidad de un régimen democrático en México. Pensaban que sólo un dictador al estilo de Porfirio Díaz podría gobernar efectivamente. Cuando algunas compañías, en particular las empresas petroleras, se pusieron contra Díaz, no fue por sus maneras dictatoriales, sino porque consideraban su política demasiado proeuropea. Pero no estaban de acuerdo con la reforma democrática de Madero, que por primera vez permitía a los trabajadores organizarse e ir a la huelga, y al principio apoyaron decididamente a Huerta. En la solicitud que enviaron a Woodrow Wilson poco después de que Huerta tomara el poder en México, todas las grandes compañías estadounidenses que tenían inversiones en México abogaban por que Estados Unidos reconociera al régimen.⁹

Cuando comprendieron que Wilson no accedería a lo que le pedían y cuando Huerta empezó a coquetear con los intereses europeos, incluidas las compañías petroleras británicas, muchos empresarios estadounidenses revisaron su posición y buscaron otro hombre fuerte, capaz de gobernar el país, con el que ellos y Wilson pudieran convivir. Cada vez más, Villa parecía encajar en el molde. Con la disciplina severa que imponía a sus tropas y su inflexible persecución a los bandidos, proporcionaba a las empresas extranjeras mayor protección que cualquier otro dirigente revolucionario. Hasta fines de 1914, no impuso préstamos forzosos a los estadounidenses y los impuestos que les exigía eran muy inferiores a los que pedía Carranza en los territorios que controlaba.¹⁰ Las políticas que adoptaban los dos dirigentes reflejaban sus concepciones sociales así como las de sus respectivos movimientos. Ambos necesitaban grandes cantidades de dinero para financiar la revolución. En ausencia de préstamos, que en esta etapa nadie estaba dispuesto a otorgarles, sus ingresos sólo podían proceder de los ricos mexicanos o de los extranjeros. Dado que trataba de obtener el apoyo o por lo menos la neutralidad de las clases altas de México, Carranza procuraba que la mayor parte de la carga recayera en los extranjeros; esto concordaba también con su nacionalismo. En cambio, Villa, que había confiscado todas las propiedades de la oligarquía mexicana, consideraba que tenía medios suficientes a su disposición, por lo menos hasta fines de 1914, para financiar la revolución y sus proyectos internos en Chihuahua sin aumentar los impuestos a las compañías extranjeras. Esperaba con ello ganarse las simpatías y el apoyo de Estados Unidos. Puesto que siempre había sido hostil al Partido Liberal Mexicano, el cual tenía estrechos vínculos con la IWW, los empresarios estadounidenses pensaban que no toleraría huelgas o por lo menos no las alentaría. Así, no es sorprendente que los representantes de la mayor compañía

estadounidense que operaba en territorio villista, la American Smelting and Refining Company (ASARCO), lo apoyara con entusiasmo.¹¹

En opinión de muchos empresarios estadounidenses, la reputación de Villa como bandido era un factor de confianza más que de riesgo porque tenían planes que ningún político mexicano con buena fama podría aceptar. Los representantes de las compañías petroleras estadounidenses, los banqueros y el más importante de los directivos de ASARCO que se interesaban en México, John Hays Hammond, declararon abiertamente que su objetivo era anexar la parte norte de México a Estados Unidos.¹² El financiero Otto Kahn fue un poco más modesto: sólo se proponía que la parte norte de México se convirtiera en una nación independiente, como había hecho Texas menos de un siglo antes y como Panamá se había separado de Colombia hacía pocos años.¹³ Otros exigían que el gobierno de Estados Unidos tuviera poder de veto sobre el nombramiento de los funcionarios claves del gobierno mexicano y el derecho a mantener tropas permanentemente en México.¹⁴

Aparte de sus miras a largo plazo, por lo pronto las grandes corporaciones se arrebatában, a precio de saldo, las propiedades de las compañías estadounidenses medianas así como tierras, minas y pozos petroleros en México. Muchos propietarios mexicanos, temiendo la confiscación, estaban dispuestos a malbaratar sus bienes. Por su parte, las compañías extranjeras sabían que, mientras necesitaran el apoyo de Estados Unidos, los mexicanos no tocarían sus posesiones.

A su debido tiempo descubrirían que Villa no estaba dispuesto a dividir el país y que la confiscación de los bienes de la oligarquía mexicana era un obstáculo importante para que las compañías estadounidenses pudieran adquirirlos. Pero a corto plazo su imagen de bandido y el carácter más que dudoso de los intermediarios que utilizó en sus tratos con Estados Unidos estimularon la creencia de que era la mejor opción que tenían en México.

Durante largo tiempo, Villa no tuvo un consejero o intelectual de confianza que pudiera enviar a Estados Unidos y por tanto empleó intermediarios pagados, que no formaban parte de la élite revolucionaria, no le debían lealtad y, por tanto, resultaban altamente corruptibles. La única excepción fue su hermano Hipólito que, aunque era inepto y corrupto, sí le era genuinamente leal. Casi todos sus demás representantes ante Estados Unidos le robarían, lo traicionarían y se volverían contra él llegado el momento. Tal fue ciertamente el caso del hombre de negocios Lázaro de la Garza.¹⁵ Otro tanto ocurrió con el que muchos observadores contemporáneos consideraban su intermediario más importante, el

cónsul estadounidense en Torreón, George Carothers. Villa confiaba en él no por honesto sino precisamente por corrupto. El corpulento abarrotero, agente inmobiliario y cónsul de medio tiempo, con sus treinta y ocho años, estableció relaciones estrechas con Villa después de que éste ocupó Torreón. Aunque en 1912 todavía describía a Villa como un bandido común y corriente, ya no le escatimaba elogios por el orden que mantenía en la ciudad y por la protección que daba a los ciudadanos estadounidenses. La relación se hizo tan íntima que Carothers tenía acceso a Villa cuando quería y el caudillo revolucionario le asignó un vagón especial en sus trenes militares. Gracias a ese estrecho contacto, Carothers fue promovido por el Departamento de Estado al cargo de agente especial de Wilson ante Villa.¹⁶

La mejor explicación sobre ese vínculo es tal vez la que ofrece el representante francés en México, quien entendía la dinámica entre Carothers y Villa así como la relación que otros representantes especiales de Wilson habían llegado a tener con los dirigentes mexicanos que se les habían asignado:

Todos ellos no tienen más que una finalidad: la victoria del jefe ante el cual están acreditados. Son como los directores de campaña, que van de puerta en puerta y de localidad en localidad buscando votos para sus candidatos.

Todos han firmado pactos secretos con los caudillos ante los que están acreditados para que, en caso de victoria, les proporcionen ganancias sustanciales.

Ni siquiera pertenecen al segundo escalón del mundo político estadounidense... El señor Carothers era agente de una empresa de transportes...

Sus capacidades intelectuales no los preparan para estas tareas. Tienen todos los defectos de los estadounidenses de su clase: falta de cultura, falta de delicadeza, estrechez de miras, pretensión excesiva y sobre todo falta de tacto, de toda comprensión por los sentimientos finos, y carencia de sutileza, lo que se puede explicar por algún origen germánico.

Así, los agentes confidenciales del señor Wilson podrían tal vez ser buenos vendedores en una enlatadora de Chicago, pero están fuera de lugar como diplomáticos en el gran drama que tiene lugar en México.¹⁷

Las acusaciones de corrupción siguieron a Carothers a todo lo largo de su carrera. En 1913, el Departamento de Estado estuvo a punto de despedirlo por las grandes deudas de juego en que había incurrido.¹⁸ Pero las eficaces medidas

que tomó para proteger del saqueo las propiedades de los estadounidenses en las sucesivas ocupaciones de Torreón y luego sus estrechas relaciones con Villa hicieron que se reconsiderara la decisión. Sin embargo, siguió siendo acusado de corrupción, de libertinaje y de estar en la nómina de Villa. “Desde que estoy en México”, informó otro diplomático estadounidense al secretario de Estado Bryan, “he oído describir a Carothers como un ratero, un chantajista, un tahúr y un mujeriego.”¹⁹ Los estadounidenses residentes en México sostenían que recibía lucrativas concesiones de Villa y, pocos meses más tarde, los representantes de Carranza lo acusaron de servir “como *attaché* político y consejero de Villa en cuestiones internacionales”.²⁰

La relación entre Carothers y Villa no era en absoluto unilateral. Si bien el cónsul dependía de las jugosas concesiones que le otorgaba el revolucionario, a éste por su parte le interesaban los informes positivos que Carothers enviaba a Washington, y confiaba en su favorable influencia sobre Woodrow Wilson.

Los empresarios estadounidenses se alegraban de utilizar las palancas que Carothers tenía ante Villa. Un consorcio organizado por el dueño de periódicos William Randolph Hearst, quien también poseía grandes haciendas en el estado de Chihuahua, lo utilizó como intermediario para adquirir propiedades mexicanas a buenos precios.²¹

J. Brittingham, propietario de una gran fábrica de jabón y de varias haciendas de La Laguna, no sólo logró que nadie tocara sus bienes, sino que consiguió de Villa condiciones muy favorables, gracias a que nombró a Carothers como gerente.²²

No fue el único canal que emplearon los empresarios estadounidense para influir sobre Villa. Algunos recurrieron a lo que podríamos llamar la “conexión Hopkins”. Casi olvidado en la literatura sobre la revolución mexicana, nadie puede encajar mejor en el papel dudoso y sombrío de manipulador de revoluciones y eminencia gris que Sherbourne G. Hopkins.

En diciembre de 1910, los líderes de la revolución maderista buscaban cabilderos que los representaran en Washington. Uno de los nombres que les fueron sugeridos fue el de Hopkins, que trabajaba para varios gobiernos de Centroamérica y América del Sur. Las conexiones latinoamericanas de Hopkins datan de 1891, cuando a bordo de una goleta contrabandeaba armas para los “revolucionarios chilenos” que trataban de derrocar a su gobierno. En 1898 comandó un barco de guerra estadounidense, durante la guerra entre España y Estados Unidos.²³

Su reputación como cabildero eficaz fue probablemente uno de los factores que llevaron a los maderistas y al hermano de Madero, Gustavo, a emplearlo como representante. Pero sin duda no fue la única razón por la que le pagaron la fabulosa suma de cincuenta mil dólares, el ocho por ciento de los setecientos mil dólares que se calcula costó la revolución maderista.²⁴ Hopkins estaba también al servicio de uno de los principales empresarios que se interesaban en México, Henry Clay Pierce, director de la Pierce Oil Corporation, que tenía mucho interés en los ferrocarriles mexicanos, estaba asociado a la Standard Oil Company y era el mayor rival y competidor de la Mexicana Eagle Company, de Lord Cowdray, la cual contaba con el favor y el apoyo del gobierno de Díaz.²⁵

No sabemos con claridad qué servicios prestó realmente Hopkins a los revolucionarios –hay rumores de que convenció a los petroleros estadounidenses de contribuir con trescientos mil dólares²⁶ a la revolución maderista, aunque nunca se ha encontrado prueba de ello–, pero debe haber sido extremadamente eficaz. Tras el estallido de la revolución carrancista, también Carranza contrató a Hopkins, que de nuevo estaba al servicio de Henry Clay Pierce.

En el primer mes de la revolución carrancista, él era el principal representante de los revolucionarios mexicanos en Estados Unidos, aunque su dudosa reputación lo iba distanciando de ellos: llegaron a conclusiones similares a las de un memorándum confidencial del Departamento de Estado que decía: “Al parecer no hay duda de que Hopkins ha sido consejero y agente confidencial de prácticamente todos los revolucionarios que han tenido suficiente dinero para pagarle sus servicios [...] Aparentemente, no le importa para qué lado trabaja y se cree que no es incapaz de venderle los secretos de una parte a la otra”.²⁷

Cuando surgieron tensiones entre Villa y Carranza, Hopkins siguió los pasos de Pierce y tomó partido por el segundo. Esto se manifestó claramente después de un mini-Watergate que se produjo en Washington en 1914. Ladrones anónimos irrumpieron en la oficina de Hopkins, robaron sus documentos y los entregaron a los periódicos. Se descubrió que Hopkins le había prometido a Henry Clay Pierce que volvería a dominar los ferrocarriles del norte de México y que uno de los medios con que esperaba lograr ese fin era nombrar jefe de dichos ferrocarriles a Alberto Pani, hombre de confianza de Carranza. Por su parte Villa quería mantener en ese puesto a uno de sus hombres, Eusebio Calzado.²⁸

Para conservar su influencia sobre Villa, Hopkins envió como espía a un personaje sospechoso. Nacido en Alemania, Felix Sommerfeld era, según un funcionario del Departamento de Justicia que lo entrevistó en 1918, “un

mercenario”.²⁹ Había abandonado sus estudios de minería e ingeniería en la Universidad de Berlín, y había llegado a Estados Unidos a fines del siglo XIX; ingresó en el ejército de Estados Unidos para luchar en la guerra contra España, desertó para regresar a Alemania tras haberle robado doscientos cincuenta dólares a su compañero de cuarto para pagar el pasaje, y más tarde se alistó en el cuerpo expedicionario alemán que fue enviado a China con motivo la rebelión de los bóxers. Regresó a Estados Unidos a principios del siglo XX y pronto derivó hacia el norte de México con la esperanza de hacer fortuna en la minería. No lo logró y, entre otras ocupaciones, trabajó como corresponsal para Associated Press. Desde ese puesto relativamente menor, ascendió en pocos meses para convertirse en uno de los consejeros y representantes de Madero más influyentes. Esto se debió en parte a un astuto conocimiento de la dirección en que soplaban los vientos políticos. En una etapa muy temprana de la revolución maderista, cuando pocos intelectuales se le habían unido, Sommerfeld convenció a los revolucionarios de la profunda simpatía que sentía por su causa. Como informó Letcher, el cónsul estadounidense en Chihuahua, que lo conocía bien: podía hablar “con elocuencia y ardor sobre la democracia en México. En el fondo de su corazón, sin embargo, como indicaban las conversaciones confidenciales con él, era un monárquico y absolutista convencido, que creía firmemente que los reyes y los gobiernos absolutistas son los únicos que tienen algún sentido”. Su elocuencia le fue muy útil. “Aprovechó la credulidad, la inexperiencia y la ductilidad de Madero y rápidamente adquirió sobre él una influencia decisiva, que se mantuvo hasta que fue asesinado.”³⁰

Sommerfeld pronto se convirtió en jefe del servicio secreto de Madero a lo largo de la frontera con Estados Unidos y a la vez, sin que el presidente lo supiera, en consejero confidencial del embajador alemán en México, Paul von Hintze, que hizo los arreglos necesarios para sacarlo del país tras el golpe de Huerta.³¹

El alto cargo que había ocupado con Madero así como sus vínculos con Hopkins pronto rindieron dividendos. Por instrucciones de este último³² se reunió con Carranza y se encargó de establecer negociaciones entre él y William Bayard Hale, representante especial de Wilson. Carranza tenía tanta confianza en Sommerfeld que lo envió a Chihuahua para trabajar con Villa y espiar sus actividades.³³

Su elocuencia y el cargo que había ocupado en el gobierno de Madero también le sirvieron para acercarse a Villa, y pronto se convirtió en uno de sus principales representantes y comprador de armas y municiones en Estados Unidos. Los

contactos con los revolucionarios mexicanos resultaron lucrativos para Sommerfeld. Tenía la concesión exclusiva para importar dinamita, lo que le rendía unas ganancias de cinco mil dólares al mes.³⁴ Esto no le impidió espiar a Villa. Pero en vez de pasarle información a Carranza, se la proporcionaba al servicio secreto alemán, con el que pronto estableció relación mediante el agregado naval alemán, Boy-Edd.³⁵

Carothers, Sommerfeld y, a través de éste, Hopkins (aunque Villa al parecer no sabía esto) se convirtieron en los principales intermediarios de Villa tanto con el gobierno estadounidense como con los empresarios de ese país. A la larga, todos ellos le resultarían perjudiciales. Le eran más leales a su cartera que a él, a la revolución o a México. A diferencia de Carranza, que enviaba a destacados intelectuales a Estados Unidos y por tanto podía contrarrestar cualesquiera informaciones que sus intermediarios estadounidenses le daban a él o daban sobre él, Villa no envió a ningún representante confiable de parecido calibre en 1913 y 1914. Sus dos principales representantes mexicanos en Estados Unidos, el corrupto empresario Lázaro de la Garza y el cónsul Enrique Llorente, no fueron contrapeso suficiente frente a Sommerfeld, Hopkins o Carothers. Aunque no hay duda de que, en sus informes a los políticos y empresarios estadounidenses, éstos procuraron describir favorablemente a Villa hasta fines de 1914, desgraciadamente no se han conservado los informes que le daban sobre la política estadounidense. En vista de su ideología y de sus constantes contactos con miembros de la oligarquía, es probable que intentaran convencerlo de que la única manera de ganarse el apoyo de Estados Unidos era poner en práctica una política más conservadora que la de Wilson y Bryan. Esa tendencia estaba reforzada por el conservadurismo del único político estadounidense con quien Villa sostenía estrechas relaciones, que tenía una sincera admiración por él y por el que Villa sentía, a su vez, simpatía y respeto. Se trata del comandante de las fuerzas estadounidenses de la frontera sur, que más tarde se convertiría en jefe de Estado Mayor del ejército de Estados Unidos, el general Hugh C. Scott.

El primer encuentro entre los dos hombres tuvo lugar en el puente internacional entre Ciudad Juárez y El Paso. Scott le dijo a Villa sin lugar a dudas que sus ejecuciones de prisioneros le enajenarían las simpatías públicas en Estados Unidos y en el resto del mundo. En esa ocasión, Scott le dio un folleto en que se detallaban las reglas de la guerra y los acuerdos de la convención de Ginebra sobre el tratamiento de los prisioneros.³⁶ Después de esa reunión, Scott adquirió fuerte simpatía y admiración por Villa, sentimientos que no se alteraron,

ni siquiera cuando Villa atacó Columbus. Scott lo describía en términos elogiosos, como vemos en una carta privada que le escribió a su esposa.

He luchado por la fama desde que entré en el servicio, hace casi cuarenta años, y por fin he obtenido como resultado que mi mérito para ser considerado en Washington sea que soy amigo de Villa: ésa es mi distinción. Todos me creyeron loco cuando regresé de la frontera convertido en villista, en abril pasado, pero los embajadores español y británico me dicen que se han formado la misma opinión y que así lo han informado a sus gobiernos. El propio Villa parece haber adquirido un respeto romántico hacia mí y he estado en contacto con él de vez en cuando para mantenerlo en ese curso sin variaciones. La última vez le mandé decir que, si continúa insistiendo en el gobierno constitucional y poniendo a un lado sus ambiciones personales, será considerado como el “Washington” mexicano, y así será sin ninguna duda.³⁷

La buena opinión de Scott sobre Villa sorprende a primera vista, ya que el general era cualquier cosa menos un radical; por el contrario, era un conservador sólido que había admirado mucho a Porfirio Díaz. Compartía la idea de muchos políticos de que sólo un hombre fuerte podía poner orden en México, y de que el único hombre fuerte a la vista era Pancho Villa.

Esa buena opinión también se basaba en sus propias experiencias personales y militares. Pocos oficiales estadounidenses tenían tanta experiencia en el trato con los grupos llamados “nativos” por la sociedad estadounidense de ese tiempo. Durante muchos años, había combatido en la frontera india de Estados Unidos; luego había participado en la guerra contra España y durante un tiempo había sido administrador del gobierno militar estadounidense en Cuba. Más tarde, fue a Filipinas, donde combatió contra los “moros”, o guerrilleros musulmanes, que se negaban a aceptar el dominio de Estados Unidos. Esos cuarenta años de lucha contra indios, cubanos y filipinos, en los que, al mismo tiempo, había tenido que aliarse con algunos de ellos y negociar con otros, habían influido en su actitud hacia lo que podríamos llamar los países del Tercer Mundo. Por una parte, creía firmemente en la ideología en boga de “la carga del hombre blanco” –sólo los occidentales ilustrados podían guiar a esa gente hacia la modernización y la civilización–, y tenía escaso respeto por los intelectuales de esos pueblos sometidos. Por otra parte, nunca se convirtió al tipo de racismo que tanto abundaba en la frontera estadounidense y que tan fuertemente influía en las actitudes hacia los pueblos no-blancos: nunca creyó en la máxima de que “el

único indio bueno es el indio muerto”; por el contrario, en repetidas ocasiones protegió a las tribus indias del pillaje y las depredaciones de los agentes corruptos del gobierno estadounidense encargados de las reservaciones de indios.³⁸ En consonancia con esa ideología contradictoria, tenía escaso respeto por los intelectuales cubanos y censuraba tajantemente a los editores cubanos que trataban de publicar artículos contra el gobierno militar estadounidense,³⁹ pero mostraba un profundo respeto por el sultán filipino Hassán, con quien estableció una alianza.⁴⁰

Pancho Villa encajaba en el perfil del tipo no intelectual de jefes nativos que él respetaba. Además, como hombre de caballería, admiraba la táctica militar de Villa cuya columna vertebral eran las cargas de caballería. Las esperanzas que ponía en él no eran completamente desinteresadas. A diferencia de Carothers, no buscaba obtener ganancias financieras (aunque su influencia sobre Villa ayudó a proteger la compañía minera estadounidense en que estaba empleado su hijo como ingeniero), sino que, como indica la carta a su esposa, esperaba ganar influencia política gracias a esa relación.

No queda en absoluto claro qué tan fuerte era la influencia de Scott sobre Villa y hasta qué punto el revolucionario mexicano correspondía a los sentimientos del general. No hay razón para dudar que le tuviera alguna simpatía y admiración, ya que siempre respetaba a los militares profesionales, sobre todo cuando no lo menospreciaban, como habían hecho la mayoría de los oficiales de Huerta durante la campaña chihuahuense de 1912. Debido a la larga experiencia de Scott en la frontera, probablemente compartían el mismo código de honor respecto a sus obligaciones mutuas y a la palabra dada.

Sin embargo, no hay pruebas de que, en las frecuentes negociaciones que sostuvieron, el general estadounidense obtuviera ninguna concesión más allá de las que Villa se habría visto forzado a hacerle de todas maneras, en virtud de que dependía de las armas y del poder de Estados Unidos.

Como muchas otras figuras políticas estadounidenses y mexicanas que estuvieron en contacto con Villa, Scott probablemente sobrestimaba su influencia debido a la humildad exterior de Villa, sus constantes declaraciones de que él no era más que un rancharo ignorante que necesitaba que lo guiaran hombres más instruidos. Aunque sí se dejaba influir a veces, esas declaraciones tenían más de teatrales que de verdaderos signos de modestia.

Sus intermediarios ante el gobierno de Estados Unidos influyeron mucho sobre la forma en que Villa reaccionaba frente a las medidas de los estadounidenses. En cambio influyeron menos sobre la forma en que él era visto.

No fueron tanto ellos, sino los medios de comunicación estadounidenses los que determinaron la manera en que era considerado tanto por la opinión pública como por el gobierno de Estados Unidos.

PANCHO VILLA Y LA IZQUIERDA ESTADOUNIDENSE

Uno de los logros más notables de Villa es que no sólo obtuvo el apoyo de los empresarios y generales conservadores y del gobierno de Wilson, sino también, durante un tiempo, la admiración de sectores importantes de la izquierda estadounidense, opuestos a esos mismos hombres de empresa que lo tenían en tan alta estima. Ese prestigio se debía a sus orígenes populares, al carácter popular de su ejército, a las confiscaciones de los bienes de la oligarquía y a la distribución de mercancías, así como a la errónea noción de que ya había repartido tierras de las haciendas al campesinado de Chihuahua.

El hombre que contribuyó más decisivamente a la buena opinión que tenían de Villa dichos sectores de la izquierda fue uno de los periodistas e intelectuales más influyentes y talentosos de Estados Unidos, John Reed.⁴¹

Aunque sólo tenía veintiséis años en 1913, muchos lo consideraban ya parte de la élite intelectual estadounidense. En Harvard, donde estudió, había sido editor en jefe del *Lampoon* y, tras graduarse, escribió una serie de cuentos que obtuvieron amplio reconocimiento. Tal vez era mejor conocido por sus reportajes sobre una huelga protagonizada por miles de obreros textiles en Patterson, Nueva Jersey. Sus descripciones de la brutalidad policiaca contra los huelguistas y contra él mismo –fue golpeado y encarcelado durante cuatro días– despertaron la atención nacional.

La capacidad intelectual y las opiniones políticas de Reed lo distinguían de prácticamente todos los demás corresponsales en México. Era un socialista muy influido al principio por el medio radical del Greenwich Village y más tarde por sus experiencias personales y las muchas personas que conoció en Patterson. A estos rasgos intelectuales y políticos hay que sumar su considerable valentía.

Los intereses de Reed, sus convicciones políticas y su valentía lo llevaron a hacer cosas que ningún otro corresponsal hizo en México. Como a sus colegas, le interesaba Villa como líder y como personaje, pero en contraste con la mayoría de ellos también le interesaban sus seguidores. Se negaba a ver a los revolucionarios como los veían otros periodistas, es decir, como una masa gris e indiferenciada de peones ignorantes, que los dirigentes podían manipular. No fue el único corresponsal estadounidense que se aventuró profundamente en México,

aunque los que lo hicieron fueron una minoría en comparación con los que preferían los hoteles y los lugares seguros de El Paso. Además, en general se movía solo, fuera de la protección que solían prestar los hombres de Villa a los periodistas.

Nadie ha descrito mejor la actitud de Reed que un observador contemporáneo de la escena cuyas ideas solían oponerse diametralmente a las suyas, Patrick O’Hea. Antiguo estudiante de Cambridge que había emigrado a México, se había convertido en administrador de una hacienda, tenía un profundo desprecio por la mayoría de los corresponsales extranjeros, pero en este caso escribe:

Sin embargo, tengo que recordar con admiración, así sea a regañadientes, por lo menos una excepción en la persona de John Reed, enviado especial, creo, del *New York American*, que personalmente logró establecer con Villa un trato de mutuo respeto que encuentro notable, y también la manera en que llevaba la dura vida de los combatientes, aunque siempre dentro de un marco de sobriedad y contención.⁴²

Reed pensaba que en Chihuahua se estaban sentando las bases de una sociedad socialista tal como él la imaginaba. La oligarquía había sido expulsada; cualquier habitante tenía el derecho de obtener una parcela de tierra y el estado asumía la responsabilidad por el bienestar de los pobres y los desempleados.

Reed consideraba a Villa como un visionario que quería transformar y reformar México a través del reparto de las tierras de los ricos y de la educación. No daba mucha importancia a la parte feroz de su personalidad, aunque sí mostró que Fierro era un asesino y que Villa lo dejaba hacer lo que quería.

Los reportajes de Reed tuvieron una inmensa resonancia en Estados Unidos, desde los críticos literarios hasta el presidente Woodrow Wilson. El periódico *Metropolitan* en que aparecieron los artículos de Reed los publicitaba con grandes anuncios en otras publicaciones con el sugerente encabezado: “John Reed en México. Imágenes de la guerra en palabras, por un Kipling estadounidense”.⁴³

Walter Lippmann le escribió:

Tus [...] artículos son sin duda los mejores reportajes que se han hecho nunca. Es un poco embarazoso decirle a un tipo que uno conoce que es un genio [...] tienes un ojo perfecto y tu capacidad narrativa no deja nada que desear. Quiero abrazarte, Jack. Si de toda la historia se hubieran hecho reportajes como los

que estás haciendo, Dios mío. Yo diría que el reportaje nace con Jack Reed. De paso, [...] tus artículos son literatura.⁴⁴

Al parecer Woodrow Wilson leyó con gran interés esos textos y lo invitó a la Casa Blanca para tener una larga conversación. En ese encuentro, le dio a entender que no tendría ninguna objeción si Villa fuera elegido presidente de México y trataba de llevar a efecto una gran reforma agraria.⁴⁵

Los informes de Reed no sólo le ganaron a Villa las simpatías de los liberales de Estados Unidos y de Wilson, sino que le dieron una legitimidad que no poseía antes y que pronto perdería a los ojos de la izquierda estadounidense.

En general, las figuras más destacadas de esta izquierda no compartían la opinión favorable de Reed. Lincoln Steffens albergaba reservas que poco después se convertirían en abierta hostilidad. La causa de su desprecio por Villa era precisamente la admiración que expresaban por él algunos empresarios estadounidenses. Steffens lo veía como un instrumento de Wall Street, y pensaba que Carranza era el verdadero nacionalista y revolucionario.⁴⁶

La hostilidad de otra figura importante de la izquierda, John Kenneth Turner, se debía a consideraciones distintas.⁴⁷ Turner, cuyo libro *Barbarous Mexico* (México bárbaro), escrito y publicado durante el régimen de Díaz, había revelado por primera vez a un público amplio las terribles condiciones en que vivían muchos trabajadores de las haciendas, siempre mantuvo íntimas relaciones con el Partido Liberal Mexicano, cuyos dirigentes, y especialmente Ricardo Flores Magón, eran enemigos irreconciliables de Villa, debido a la hostilidad que éste les había demostrado. Cuando Madero lo llamó para que desarmara a los miembros rebeldes del contingente armado del PLM, en 1911, Villa respondió de inmediato, y, en 1912, combatió de nuevo contra los que unieron fuerzas con Orozco. Era una enemistad que, por razones similares, compartían muchos dirigentes y miembros de la IWW.

Sin embargo, John Reed no estaba solo entre los radicales estadounidenses que hacían una valoración positiva de Villa. Una figura destacada y legendaria de la izquierda, Mother Jones, también era su ferviente admiradora.

Mary (Mother) Jones había trabajado durante muchos años como organizadora del United Mine Workers of America. Había militado primero en los campos carboníferos de los Apalaches; más tarde había ido al oeste y colaborado en la organización de la Western Federation of Miners. Era más que una activista. Oradora de primer orden, durante las huelgas y épocas de conflicto, su enardecida elocuencia ayudaba a movilizar a los mineros. Aunque fue

repetidamente encarcelada, siguió militando cuando tenía más de ochenta y hasta después de los noventa años. Cuando trabajaba en el suroeste de Estados Unidos, se interesó mucho por México y el destino de los mineros mexicanos. Protestó por la pobreza y las atroces condiciones en que vivían durante el régimen de Porfirio Díaz, en parte porque esas condiciones hacían posible que los dueños de minas estadounidenses reclutaran esquiroles en México cuando había huelgas o inquietud obrera. Recaudó grandes sumas de dinero para ayudar a los dirigentes del Partido Liberal Mexicano tras su detención en 1909, y en 1912 fue a México y logró la autorización de Francisco Madero para hablar con los mineros mexicanos y evitar que actuaran como esquiroles en Estados Unidos. En 1913-1914, cruzó de nuevo la frontera y fue a ver a Pancho Villa, que le proporcionó un intérprete y le permitió dirigirse a los mineros de Chihuahua con el mismo mensaje.⁴⁸ En 1914, fue encarcelada de nuevo por las autoridades estadounidenses. El periódico socialista *Appeal to Reason* publicó una carta de Villa a Woodrow Wilson en que le proponía canjear a Mother Jones por Luis Terrazas hijo, preso en Chihuahua, cuya libertad Wilson había pedido. Villa escribió que lo pondría en libertad si el presidente estadounidense

mostraba la misma consideración humanitaria con uno de sus propios ciudadanos, una mujer de más de ochenta años que ha sido ilegalmente privada de su libertad por el general Chase, comandante en jefe de la división en Colorado de las fuerzas de Rockefeller. Me refiero a Mother Jones [...] Me tomo la libertad de recordarle que hace dos años Mother Jones viajó como organizadora de la Western Federation of Miners a través de México, con la plena protección del presidente Madero [...] ¿Haría usted lo mismo por Mother Jones?⁴⁹

La oferta de Villa tal vez fuera respuesta a una petición que la interesada le había hecho llegar desde la cárcel.

Haga saber a las naciones, y especialmente a mi amigo el general Francisco Villa, que el gran Estados Unidos de América, que le está pidiendo que libere a los traidores que tiene en custodia, mantiene ahora incomunicada a Mother Jones en una celda subterránea rodeada de ratas de albañal, soldados de plomo y otras sabandijas.⁵⁰

Durante un tiempo, tanto las opiniones de John Reed como las de Mother Jones se reflejaron e influyeron en las opiniones de algunos sectores de la

izquierda estadounidense sobre Villa. Pero esa actitud positiva no duraría mucho y, a partir de 1915 y 1916, esos sectores se inclinaron por Carranza y se opusieron cada vez más a Villa.⁵¹

PANCHO VILLA Y LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN ESTADOUNIDENSES

Es notable cuán profundamente un hombre semianalfabeto como Villa comprendía la importancia de las relaciones públicas y de la influencia sobre los medios.

No sólo concedía con frecuencia entrevistas a Reed y a otros periodistas, sino que hizo añadir a su tren militar un vagón especial, que iba lleno de reporteros. Los agentes villistas al parecer financiaban subrepticamente un periódico de la frontera, *The El Paso Herald*, para que diera una cobertura favorable a su movimiento.⁵² Además, Villa firmó un contrato para una película con un importante productor de Hollywood.

En conjunto, sus esfuerzos en el campo de las relaciones públicas le resultaron provechosos. Los artículos de John Reed tuvieron un enorme impacto en la opinión pública de Estados Unidos. Y su postura se reflejó en muchos periódicos estadounidenses. *The Charleston News and Courier* consideraba a Villa como un instrumento necesario de la reforma. “El pueblo mexicano necesita un líder”, señalaba,

y lo que se requiere no es tanto que tenga las manos limpias como que simpatice con las reformas necesarias para lograr la emancipación del pueblo y que posea el cerebro y la fuerza para llevar a cabo esas reformas [...] ¿Quién puede decir que Villa no es un hombre con esas capacidades? Ha habido emancipadores sanguinarios en la historia; ha habido libertadores rufianes; ha habido hombres despiadadamente crueles que han sido benefactores de los siervos pisoteados.⁵³

Pero no toda la prensa estadounidense le era favorable a Villa o a los revolucionarios mexicanos. Algunos medios, como la *Hearst Press* que defendía la intervención de Estados Unidos en México, tendían a considerarlos forajidos (aunque durante un breve tiempo apoyaron a Villa). Varios periódicos se adherían a los prejuicios y clichés tradicionales sobre México. A sus ojos, los revolucionarios eran bandidos de opereta, despiadados, rudos e inciviles.

Para algunos diarios como el *Sunset*, la revolución mexicana no era en efecto más que una revolución de opereta y Villa a su vez un general de opereta.

La guerra en México ha durado más de tres años; se han producido innumerables “batallas”, incontables “ejércitos” han sido aniquilados, barridos, aplastados, masacrados y totalmente destruidos según los deslumbrantes informes de los comandantes de uno y otro lado, pero la reserva de carne de cañón no parece haber mermado apreciablemente. Su cantidad parece depender sobre todo de la regularidad del desfile mensual de fantasmas [...] Nunca hubo una guerra de semejante duración en que tanta pólvora se empleara con menos daño para las fuerzas combatientes.

Ese muy feliz resultado, desde un punto de vista puramente humanitario, se debe a lo muy sensible que es el hombro del soldado mexicano. Odia ver lastimada su anatomía por la retrocarga del rifle. Por tanto, cuando entra en acción, descansa la culata en el suelo, inclina la boca en un ángulo de cuarenta y cinco grados, sujeta firmemente el cañón con la mano izquierda y con la derecha dispara el gatillo y el expulsor hasta que el cargador queda vacío. Este método de disparar mantiene indemnes tanto su vista y su hombro como la piel del enemigo. A veces varía de procedimiento: se acuesta de espaldas tras las trincheras y dispara por encima de su cuerpo en la dirección general en que se encuentra el adversario, sin exponer una pulgada de su precioso cráneo [...] Tras la gran victoria de Villa al sur de Juárez, se hallaron más tumbas en el patio de ejecuciones de la ciudad que en las veinte millas de campo de batalla.⁵⁴

Otros periódicos veían a Villa como un bandido sediento de sangre: “Todo lo que se ha dicho de Villa”, escribía el *World Herald*, “lo muestra como un monstruo de brutalidad y crueldad. Toda su historia es la de un ladrón y un asesino, elevado ahora, por los azares de la guerra, a una posición destacada, con tan señalada capacidad militar que ha adquirido una fachada de semirrespetabilidad”.⁵⁵ Con frecuencia tales críticas formaban parte de los ataques de los periódicos de orientación republicana contra Wilson, por su oposición al régimen de Huerta.

Otros consideraban que México no estaba suficientemente civilizado para ser gobernado más que por un dictador y que Villa era en realidad un segundo Porfirio Díaz. En el *Pittsburgh Dispatch*, Alexander Powell señalaba:

Si este antiguo bandolero, que hace menos de un año se escurrió a El Paso con

un revólver en la cintura y siete dólares en el bolsillo y que ahora está al frente de veinte mil hombres ebrios de triunfo, se sentará en la silla presidencial, sólo el tiempo puede decirlo. Cosas mucho más extrañas han ocurrido al sur del Río Grande como saben quienes conocen la historia de Porfirio Díaz. Y Villa no hace más que seguir el camino de Díaz.⁵⁶

Ya fuera que admiraran o se opusieran a Villa, una tendencia común a la mayoría de los periodistas estadounidenses era cierta nota paternal al hablar de él. Cuando un diario estadounidense publicó que Villa había ordenado una tina de baño que costaba mil dólares, la prensa insistió en el dato para burlarse. “No podría darse una prueba más convincente de la americanización de México”, decía el *Birmingham Herald*,

que este acto de un líder rebelde que aspira a tomar su “baaaaño” matutino en un receptáculo que sólo rivaliza con las tinas de unos pocos millonarios. Se informa que cuando Villa llegue a la ciudad de México tirará la tina del general Huerta a la basura e instalará la suya en el palacio mexicano.

No ha pasado mucho tiempo desde la época en que el temible Villa no olía a tales lujos como tinas adornadas de porcelana. Hay muy buenas razones para creer que no se permitía la inmersión matutina más que la ducha vespertina. Pancho llevaba una vida silvestre y rústica. Poco tiempo tenía para darse baños, aun si lo hubiera deseado, y prácticamente ningún medio.⁵⁷

Esa actitud de superioridad también se reflejaba en la forma en que muchos periodistas estadounidenses recogían información para sus reportajes. Algunos que estaban ubicados en El Paso ni siquiera se molestaban en cruzar la frontera hacia México, sino que escribían basándose en la fantasía y los rumores que sí la cruzaban.

PANCHO VILLA Y HOLLYWOOD

Villa no sólo entendía la importancia de un tratamiento favorable por parte de los periódicos, sino también el impacto que un medio enteramente nuevo, el cine, empezaba a tener sobre la opinión pública estadounidense. No se limitó a permitir a los camarógrafos acompañarlo en sus campañas, sino que firmó con un productor de Hollywood un contrato de un género único.

Los tratos de Villa con la meca del cine resultaron muy provechosos en todos los sentidos de la palabra. Le dieron lustre y aumentaron su popularidad en Estados Unidos. También fueron rentables y produjeron dólares muy urgentemente necesarios que empleó para armar y abastecer a sus tropas. El 5 de enero de 1914, pocos días después de ocupar la ciudad de Chihuahua e incluso antes de tomar pleno control del estado, Villa firmó un contrato con Harry E. Aitken de la Mutual Film Company. El 7 de enero, el *New York Times* informaba:

La tarea del general Villa consistirá en escenificar *thrillers* cinematográficos en la forma que convenga a sus planes para deponer a Huerta y sacarlo de México, y la del señor Aitken, el otro socio, será distribuir las películas resultantes en las zonas pacíficas de México y en Estados Unidos y Canadá.

Para asegurarse de que su inversión sería un éxito, el señor Aitken despachó al campamento del general Villa, el sábado pasado, un pelotón de cuatro camarógrafos con aparatos especialmente diseñados para filmar en el campo de batalla.

Para la industria cinematográfica, este contrato fue muy importante. Los noticieros constituían un género relativamente nuevo y había gran interés en su desarrollo. Por primera vez la gente que nunca había participado en un combate podía realmente ver cómo era la guerra. Por esta razón, la cobertura que los noticieros habían dado a la guerra de los Balcanes en 1912 y 1913 aumentó enormemente su popularidad y atractivo. Ahora tenía lugar un conflicto bélico mucho más cerca de casa, al sur de la frontera, en una región colindante con Estados Unidos, y las películas sobre la guerra en México prometían gran éxito.⁵⁸ Como todo lo demás que tiene que ver con Villa, la historia de sus relaciones con la industria del cine se convirtió en una mezcla inextricable de mito y realidad. Pronto empezaron a circular en la prensa versiones de que el contrato contenía algunas cláusulas muy peculiares. “Si el cámara no filma buenas escenas de batallas, Villa las pondría de nuevo en escena [...] accedió a realizar sus ataques durante las horas diurnas.”⁵⁹ Esas cláusulas, que atraían la atención mundial, reforzaban la imagen negativa que muchos en Estados Unidos tenían tanto de México como de Villa: la imagen de un líder inescrupulosamente dispuesto a sacrificar la vida de sus hombres para obtener publicidad. El contrato original en realidad no contenía tales cláusulas. No había absolutamente ninguna mención de que las batallas podían escenificarse por segunda vez o de que Villa

se encargaría de que hubiera buena iluminación. Lo que sí se especificaba era que la Mutual Film Company tendría derechos exclusivos para filmar a las tropas de Villa en batalla y que éste recibiría veinte por ciento de los ingresos que produjeran las películas.⁶⁰

Los directores de la Mutual consideraban a Villa tan fotogénico que decidieron combinar sus documentales con una película de ficción, *The Life of General Villa* (La vida del general Villa). La trama del film era un típico engendro hollywoodense: sacrificaba la realidad a lo que el productor suponía que sería el gusto de los espectadores estadounidenses. Los guionistas obviamente pensaban que los pobres no constituían buenos héroes. Así que la familia de Villa se transformaba, de pobres aparceros que trabajaban en una gran hacienda, en rancheros independientes, relativamente acomodados y con tierras propias. Los villanos, en vez de un hacendado, eran dos oficiales federales que perseguían a dos de las hermanas de Villa mientras éste estaba fuera y uno de ellos secuestraba a la menor, la violaba y la abandonaba moribunda. Cuando Villa regresaba y se enteraba de lo que había ocurrido, buscaba venganza. Tras una feroz persecución, mataba al culpable pero no lograba hacer lo mismo con su acompañante, el cual escapaba. Perseguido por las tropas federales, Villa huía a las montañas, pero juraba acabar con el segundo oficial involucrado en la violación de su hermana. Finalmente lo encontraba en la batalla de Torreón, y lo mataba. Ése era el clímax del film. Obviamente Villa se había convertido en el héroe de un “western”, una especie de Jesse James mexicano. Sin embargo, aceptó el libreto y Raoul Walsh, un conocido actor que luego se convirtió en uno de los productores más famosos de Hollywood, viajó a México para hacer el papel del joven Villa en la primera parte de la película. En las partes posteriores, él mismo hacía el papel y se incluían en la ficción tomas documentales de las batallas que libraba su ejército.⁶¹

Villa no puso objeciones a ese embellecimiento y “ascenso social” de las primeras etapas de su carrera. Estaba dispuesto también a complacer a la Mutual Films en otros aspectos. Como los productores consideraron que su atuendo normal, un sombrero flácido y un suéter, demeritaban su prestigio de militar, aceptó ponerse un uniforme proporcionado por la productora y que siguió siendo propiedad de ésta.⁶²

La película se exhibió en varias ciudades estadounidenses y al parecer tuvo un gran éxito, en parte porque se presentó en un momento en que Villa había alcanzado la cúspide de su popularidad en Estados Unidos: después de que las tropas estadounidenses ocuparon Veracruz y la guerra entre Estados Unidos y

México parecía una posibilidad muy real. Villa fue el único dirigente mexicano importante que declaró que no le molestaba la ocupación y que no combatiría contra los estadounidenses.

Villa rompió con Estados Unidos poco después de que se hizo la película, y entonces Hollywood alteró drásticamente su imagen del revolucionario mexicano. En abril de 1916, después del ataque a la ciudad de Columbus, Eagle Films Manufacturing and Producing Company hizo una cinta llamada *Villa Dead or Alive* (Villa vivo o muerto) y la anunció con las siguientes palabras:

Eso fue lo que dijo el presidente Wilson, y eso es lo que *nosotros* vamos a hacer.

¿Está preparado Estados Unidos?

Ven a ver a las tropas del Tío Sam en acción.

Ve a *tu* bandera cruzar la frontera para castigar a quienes la han insultado.

Otra película, producida por la Feinberg Amusement Corporation, se tituló *Following the Flag in Mexico* (A México tras la bandera): “Villa a cualquier precio. Veinte mil dólares de recompensa, vivo o muerto. Las hordas del bandido mexicano en acción”.⁶³

Sin embargo, el tratamiento favorable que la industria fílmica y otros medios le habían dado a Villa en 1914 fue de gran importancia para su posición, tanto en México como en Estados Unidos. Los medios lo habían designado líder nacional mucho antes de que adquiriera algunos de los requisitos básicos para ocupar ese lugar, y con ello facilitaron su ascenso a la fama nacional e internacional.

Con todo, esa opinión general favorable con que contaba a principios de 1914 en Estados Unidos se vio amenazada por lo que se conoce como el *affair* Benton.

EL AFFAIR BENTON

El 17 de febrero de 1914, William S. Benton, ciudadano británico y propietario de la hacienda de Los Remedios en Chihuahua, entró en la casa de Villa en Ciudad Juárez. Un mercenario inglés, Frances Michael Tone, que servía en la División del Norte y estaba haciendo un inventario de armas en la habitación vecina, oyó que Villa y Benton se gritaban uno al otro:

Benton: ¡Págüeme mi ganado, señor!

Villa: Mañana, hombre.

Benton (en inglés): ¡Soy mucho mejor hombre que usted mil veces, por donde lo mire!

Villa: ¡No, muchacho!

Un segundo después se oyó un disparo y [...] El señor McDonald y yo corrimos a la oficina de Villa, cuyas puertas plegables estaban de par en par, con los revólveres en la mano. Villa estaba tras su escritorio de cortina, situado en ángulo con el rincón que formaban la pared medianera y el muro exterior de la casa. El señor Benton yacía frente al escritorio con los pies en dirección hacia él y la cabeza vuelta hacia un banco que se hallaba en la esquina opuesta. La sangre empezaba a manar de una herida en el lado derecho del pecho; parecía muerto y sus ojos miraban fijo. Había sangre en la alfombra y un agujero en la parte trasera del escritorio, a través del cual había pasado evidentemente el disparo, por lo que se veía que Villa debía estar sentado cuando disparó. El pañuelo del señor Benton asomaba del bolsillo derecho de su pantalón.⁶⁴

El motivo de la discusión que condujo a este sangriento desenlace era un conflicto entre Benton y los habitantes del pueblo de Santa María de Cuevas, vecino a su hacienda. Además, Benton ya había tenido un altercado con Villa en 1912.

En junio de 1910, algunos meses antes de que estallara la revolución mexicana, el periódico de oposición *El Correo de Chihuahua* publicó un reportaje en que los habitantes de Santa María de Cuevas se quejaban amargamente de que Benton se había apropiado, con ayuda de las autoridades, un pedazo de tierra de pastura que según los habitantes les había pertenecido siempre. Benton había cercado el terreno, al que, hasta entonces, los vecinos del pueblo llevaban su ganado a pastar, y si alguno de sus animales se metía, Benton, con el apoyo del presidente municipal nombrado por el gobierno, les cobraba tarifas exorbitantes. Un representante de la comunidad protestó por ello, y Benton intentó abofetearlo. La gente del pueblo protestó a su vez, y el inglés convenció al gobierno estatal de enviar a sesenta y cinco hombres armados para proteger su propiedad.⁶⁵

La facilidad con que Benton obtuvo ayuda del gobierno estatal reflejaba los estrechos vínculos que tenía con Terrazas y Creel. Tal vez la mejor prueba de esa relación sea la experiencia de un geólogo e ingeniero de minas, Luis Hernández, comisionado por una compañía minera para explorar las posibilidades de

explotación que tenía una localidad de las montañas de la Sierra Madre. Cuando Hernández llegó al pueblo de San Rojas, donde quería iniciar su trabajo, lo recibió Benton, quien no hizo caso de su permiso oficial y le dijo que Creel y Terrazas le habían dado órdenes de no permitir a ningún explorador minero el estudio de esas montañas. Hernández argumentó que tenía autorización del Departamento de Minería y no podía aceptar la prohibición de él si no era por mandato de la autoridad competente, de acuerdo con la ley minera, a lo que Benton contestó, con tono burlón, que “en el cielo Dios mandaba y en el estado de Chihuahua, Terrazas y Creel”.⁶⁶

Esa conexión y el odio que había despertado entre los habitantes de Santa María de Cuevas tal vez provocaron que Villa hiciera con él una excepción a la regla de no imponer préstamos forzosos a los extranjeros, regla que por lo demás había observado escrupulosamente excepto en el caso de los españoles y los chinos. Cuando intentaba reunir dinero y recursos para combatir contra los orozquistas,

Villa fue al rancho de Benton, cerca de Santa Isabel, el día 20 y le pidió dinero. Benton dijo que no tenía para darle. Villa insistió, y Benton declaró que no le daría ni un centavo. Se lo llevaron a corta distancia de la casa, y de nuevo le exigieron dinero, a lo que replicó que lo mataran si querían pero que no les daría nada. Villa explicó que el dinero era para el gobierno, y Benton le contestó que el gobierno no se agenciaba dinero de esa manera. Registraron la casa y se llevaron todas las armas y municiones, ocho caballos y sillas de montar, y se fueron [...] Benton dice que llevará el asunto ante el gobernador mañana y pedirá que le manden una guardia, ya que el gobierno siempre le ha dado protección. Afirma que si le niegan esa protección, le advertirá al gobernador que se la va a pedir a otro gobierno.⁶⁷

Tras el golpe de Huerta, Benton repetida y públicamente expresó su apoyo al dictador militar, su desprecio por los revolucionarios y su admiración por Porfirio Díaz.

Cuando Villa finalmente asumió el gobierno de Chihuahua, le dijo a Benton que no podía garantizar su seguridad si permanecía en México y le solicitó que se fuera a Estados Unidos. Prometía no expropiar sus tierras y salvaguardar sus propiedades. Pero no estaba dispuesto a impedir que los habitantes de Santa María de Cuevas recuperaran los pastos que consideraban suyos. Entre tanto, al parecer, parte del ganado de Benton se había salido de la propiedad o bien la

gente del pueblo o los villistas se habían apoderado de él.⁶⁸ Arrogante y testarudo, pero también valeroso, Benton decidió ir a hablar con Villa para exigir que le pagara el ganado perdido y expulsara al del pueblo de las tierras que reclamaba como suyas. Tal vez se atrevió a ir a verlo en su propia casa porque ya había hecho eso en 1912 y, en esa ocasión, Villa había retrocedido. Esta vez la confrontación le costó la vida, aunque la forma en que murió todavía es tema de controversias.

Adrián Aguirre Benavides le dijo a Carranza que, en la acalorada discusión con Benton, Villa le había ofrecido comprarle su rancho con la condición de que se quedara en Estados Unidos. Benton se negó, alzó la voz, lo llamó bandido y trató de sacar su pistola, punto en el cual Villa lo golpeó en la cabeza. Pocos momentos más tarde entró Fierro, y Villa le ordenó que ejecutara a Benton; Fierro lo condujo a la estación de ferrocarriles de Samalayuca, donde lo mató y lo enterró.⁶⁹

Muchos meses después, en una conversación con el vicecónsul británico en Torreón, Cunard Cummins, Villa dio una versión distinta de lo sucedido. “Dominaba con dificultades”, le dijo a Cummins,

una gran fuerza de hombres armados, compuesta de criminales y marginales, hombres a los que no podía permitirles una palabra irrespetuosa si quería mantener su posición como comandante. Un extranjero entró en su cuartel y, en términos estentóreos y desmedidos, lo cubrió de recriminaciones y lo desafió. Repentinamente, el extranjero, en cuya frente se veían gotas de sudor, se llevó rápidamente la mano a la cintura y Fierro, el hombre que actuaba como guardaespaldas de Villa, creyendo que Benton iba a sacar una pistola, le disparó de inmediato. Después resultó que la víctima sólo iba a sacar su pañuelo. Villa admite que los dos estaban encolerizados y que se habían intercambiado palabras fuertes.⁷⁰

Cummins dijo más tarde al Foreign Office que estaba convencido de que esta explicación era verdadera. Coincide con el relato de Tone, con una significativa diferencia: según Tone, Fierro no estaba siquiera presente en la habitación y fue Villa quien mató a Benton.⁷¹ Probablemente Tone estaba en lo cierto aunque, por obvias razones, Villa no estaba dispuesto a confesarlo a los ingleses.

Probablemente, Villa nunca se imaginó el diluvio de polémicas que despertaría la muerte de Benton. Pocos meses antes, el gobierno de Wilson había forzado a los ingleses a retirarle su apoyo a Huerta. El 1 de febrero, Wilson había

dado un paso importante en favor de los revolucionarios al levantar el embargo de armas contra México. Una de las justificaciones que dio para hacerlo fue que los constitucionalistas habían aceptado garantizar los derechos y propiedades de todos los extranjeros residentes en el país. Sus opositores tanto británicos como estadounidenses vieron el asesinato de Benton como una oportunidad afortunada de mostrar que los constitucionalistas no eran más que bandidos y que no se podía confiar que respetarían las vidas y los bienes de los extranjeros. La prensa inglesa y miembros del Parlamento protestaron vehementemente contra la política de Wilson. Otro tanto hicieron muchos periódicos y políticos de Estados Unidos. Los ingleses esperaban que el asesinato forzaría a Wilson a reimponer el embargo; algunos opositores estadounidenses fueron más allá y sostuvieron que la única forma de garantizar la seguridad de los extranjeros en México era una intervención armada.

Villa se desconcertó ante la tempestad que había desatado y su reacción fue al principio torpe. En una conversación con el representante especial de Estados Unidos, Carothers, primero negó saber dónde se hallaba Benton. Dos días más tarde se arrepintió, y dijo que Benton había sacado una pistola para atacarlo, que se había hecho un juicio militar y que Benton había sido sentenciado a muerte y ejecutado. También se hizo pública el acta del proceso. Ésta había sido falsificada, aunque los detractores de Villa no tenían manera de probarlo.⁷² Éste fue un movimiento inteligente por parte de Villa, ya que los juicios militares no suelen ser públicos. Para convencer a los enemigos de la política mexicana de Wilson de que Villa decía la verdad, el representante del presidente estadounidense le pidió que enviara el cuerpo de Benton de regreso a Estados Unidos, donde podría hacerse una autopsia para determinar si realmente había sido ejecutado por un pelotón de fusilamiento. Al parecer durante un tiempo Villa contempló seriamente la idea de aceptar, y ordenó a Fierro y a algunos ayudantes que llenaran de hoyos el cuerpo, para simular una ejecución. No tenía suficientes conocimientos de medicina forense para saber que era inútil hacer eso.

Villa estaba tan desconcertado ante las repercusiones del *affair* Benton y las constantes intervenciones de los diplomáticos estadounidenses, que se puso más que contento cuando Carranza le dijo que asumía toda la responsabilidad en el tema y le dio instrucciones de no hablar del asunto con los representantes extranjeros y de enviárselos a él.

Para Carranza, el asesinato de Benton era a la vez una suerte de bendición y un riesgo. Por primera vez podía demostrar a México y al mundo que el supremo

jefe de la revolución no era Villa sino él, como Villa claramente reconocía. Pero también se daba cuenta de los riesgos en que incurría al situarse en el centro del *affair*. Parte del resentimiento internacional, hasta entonces dirigido contra Villa, caería sobre él. Además, sabía que el proceso que justificaba a Villa era falso, que si esto salía a la luz no tendría medios ni poder para disciplinarlo y la debilidad de su posición quedaría expuesta. Por añadidura, no tenía el menor deseo en ese momento de romper con Villa ya que sus fuerzas le eran desesperadamente necesarias para derrotar a Huerta.

En conjunto, Carranza manejó este complejo asunto con inteligencia y astucia. Durante semanas, se abstuvo de hacer nada, alegando demoras burocráticas, con la esperanza de que el interés público en la materia disminuyera. Cuando finalmente se vio forzado a tomar alguna medida, nombró una Comisión Mexicana de Investigación para que examinara el asunto, pero se negó a atender el consejo de su representante en Estados Unidos en el sentido de nombrar una comisión internacional. También rechazó el consejo de algunos miembros de su Comisión de que contratara a un especialista estadounidense para que examinara el cuerpo de Benton. Cuando su Comisión descubrió que el supuesto proceso de Benton era una falsificación, no hizo público ese resultado, sino que por el contrario procedió en un sentido muy distinto. Por una parte, trató sin éxito de probar que Benton, que había vivido treinta años en México, de hecho se había naturalizado mexicano y por tanto no caía bajo la protección de los diplomáticos extranjeros. Esto nunca se pudo probar. La Comisión logró mejores resultados al investigar el historial de Benton, que resultó un hacendado extremadamente brutal: salieron a la luz hechos como la forma en que sus hombres habían azotado a dos indios tarahumaras que traspusieron los límites de sus tierras, cómo había cerrado un camino público y cómo había amenazado con la fuerza de las armas a los arrieros que intentaban utilizarlo.⁷³ No está claro, sin embargo, hasta qué punto se publicitaron tales hallazgos.

La medida más importante que tomó Carranza, arriesgada pero eficaz, fue contradecir la interpretación estadounidense de la Doctrina Monroe. En todas sus quejas sobre el *affair* Benton, los ingleses se habían negado a tratar directamente con los revolucionarios y habían dirigido sus demandas al Departamento de Estado estadounidense, el que a su vez las refería a Villa o a Carranza. Esta práctica correspondía a lo que generalmente se ha llamado el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe. En 1905, el presidente Theodore Roosevelt había dicho que en todos los conflictos entre las potencias europeas y los países latinoamericanos, no tocaba a aquéllas sino a Estados Unidos hacer que se

cumplieran las leyes internacionales. Casi todos los países de América Latina se oponían a esta doctrina y, cuando los funcionarios estadounidenses se quejaron ante Carranza por el *affair* Benton, finalmente les dijo que no trataría con ellos, sino solamente con los ingleses. Por una parte, al hacer esto, se arriesgaba a perder la simpatía del gobierno de Wilson, que podía restablecer el embargo de armas. Por otra, creaba una situación en que los ingleses se verían forzados a reconocerlo *de facto* o a cargar con la responsabilidad de que no se aclarara el asesinato de Benton.

La apuesta le salió bien. Los estadounidenses no reinstauraron el embargo. Nunca se realizó la investigación sobre el asesinato, ya que los ingleses se negaron a negociar con los revolucionarios. La supremacía de Carranza dentro del movimiento revolucionario y su demostración de independencia respecto de Estados Unidos quedaron claras, y el prestigio de Villa, que iba a convertirse en su principal competidor, salió perjudicado de todo el asunto. Ese daño, sin embargo, estuvo lejos de ser permanente. Sólo dos meses más tarde, cuando las fuerzas estadounidenses ocuparon Veracruz y Villa, a diferencia de Carranza, se negó a condenar el ataque, su prestigio ante el gobierno de Wilson ascendió de nuevo.⁷⁴

PANCHO VILLA Y VENUSTIANO CARRANZA: DE LA LUNA DE MIEL AL ENFRENTAMIENTO

“Estoy procurando organizar la mayor parte del Ejército aquí en la capital para la marcha hacia el sur, pero para la referida marcha”, le telegrafió Villa a Carranza, “es indispensable su presencia en este estado, para irme tranquilo al sur [...] Y ahora sólo me resta preguntar a usted [...] nos diga algo de sus males, para estar nosotros tranquilos, pues al faltarnos usted yo no sé qué haríamos.”⁷⁵

Carranza contestó: “Deseo que los cañones de usted vayan a dejar oír su estampido a la capital de la República para dar fin a la grande obra que hemos emprendido y DE LA CUAL ES USTED UNO DE LOS PRINCIPALES COLABORADORES”.⁷⁶

Este intercambio cordial de telegramas da la impresión de que la relación entre Carranza y Villa era una copia de la que había existido entre éste y Madero: Villa se muestra leal y lleno de afecto, Carranza es amable y a la vez deja en claro que él manda. Pero la realidad era más compleja. Mucho antes de que se conocieran, ya se cocinaba el enfrentamiento entre ellos, y la cordialidad de sus telegramas no refleja el verdadero estado de sus relaciones.

Según la leyenda, la relación sólo se agrió cuando finalmente se conocieron y Villa descubrió que, a diferencia de Madero –gentil, franco y abierto–, Carranza era frío y altanero y estaba lleno de duplicidad.

No hay duda de que Carranza tenía una personalidad más fría que la de Madero. Había además una brecha generacional entre Villa y él. La revolución mexicana era una guerra de hombres jóvenes, en la que había muchos generales de veintitantos años, y un hombre como Villa, de treinta y tantos, ya se consideraba de mediana edad. Cuando conoció a Carranza –que tenía más de cincuenta, llevaba una larga barba flotante y parecía lento y pesado en sus movimientos–, su primera impresión fue: “Este hombre no nos llevará a buen fin; dio ya en su vida cuanto bueno podía dar”.⁷⁷

En las primeras semanas de la revolución que él había iniciado, Carranza ya presentía que Villa podía constituir un peligro mortal para su movimiento. “Villa es un gran guerrero, es un gran organizador y un gran general; estoy convencido de que pronto lo vamos a ver al frente de corporaciones numerosas”, le dijo a Adolfo de la Huerta, que había ido a Coahuila, en abril de 1913, para expresar el apoyo de los revolucionarios sonorenses a Carranza. “Villa tiene también una personalidad muy fuerte; es un hombre tremendo, terrible, pero como es hombre sin freno, casi un inconsciente, es sumamente peligroso y debemos estar prevenidos.” El Primer Jefe recordaba que una de las razones por las que, en mayo de 1911, Villa y Orozco se habían rebelado contra Madero en Ciudad Juárez era que lo había nombrado a él, un civil, como secretario de Guerra. “La mirada de Villa se me grabó, porque traía intenciones de ir todavía más lejos de lo que pretendía Pascual Orozco.”⁷⁸

Desde el principio mismo de la revolución, Carranza intentó que Villa se subordinara a dirigentes que él consideraba más confiables, y limitar su autoridad en Chihuahua y los demás territorios que controlaba.

Aparte de la inmensa popularidad de Villa, Carranza enfrentaba otra dificultad en su intención de poner coto a su poder: él mismo no tenía una red política o social en Chihuahua. Era prácticamente desconocido en el estado y, dado que no había sido una figura política nacional antes de que estallara la segunda fase de la revolución, nunca había hablado ni participado en mítines o actividades políticas allí.

Trató de remediar esa situación a mediados de 1913, cuando cruzó Chihuahua en su camino hacia Sonora, estableciendo relaciones cordiales con dos de los jefes militares del estado: Maclovio Herrera y Manuel Chao. Este último, que era maestro y el más instruido de los dirigentes populares de Chihuahua, se convirtió

en su candidato favorito para asumir la dirección de la revolución en esa entidad. Carranza intentó primero nombrarlo jefe militar supremo de los revolucionarios de Chihuahua, intento que falló porque Villa no sólo rehusó aceptarlo sino que obligó a Chao a reconocerlo como jefe, y porque la mayoría de los jefes chihuahuenses mostraron claramente que querían que Villa los encabezara.⁷⁹

El siguiente movimiento de Carranza para limitar el poder de Villa fue un intento más bien torpe de subordinarlo al comandante de las fuerzas revolucionarias del vecino estado de Sonora, Álvaro Obregón. Con ese fin, envió una delegación en agosto de 1913; pero Villa se negó absolutamente a aceptar, con un argumento que reflejaba claramente su ideología: “No me manden generales *extranjeros* [...] Me han dicho que quieren mandar a Chihuahua a un general Obregón y no sé a quién más [...] y aquí todos *semos* de Chihuahua”.⁸⁰ No sólo a los ojos de Villa, sino también para sus soldados, era extranjero cualquiera que viniera de fuera de Chihuahua o, a lo más, de Durango.

Cuando la División del Norte se adueñó de Chihuahua, la necesidad de controlar a Villa adquirió nueva urgencia para Carranza. En su opinión, era cuestión de principios que la administración civil de los territorios liberados debía estar bajo su autoridad suprema, aunque los jefes militares de la revolución tuvieran carta blanca en cuanto a la organización y el control de sus ejércitos. Si ese principio se violaba en Chihuahua, podía sentar un precedente para el resto de México. Y si no podía imponer su autoridad allí, temía que el suyo fuera un gobierno puramente nominal y gris, sin ninguna autoridad real. Además, quería tener por lo menos un control parcial sobre los grandes ingresos que generaban las ricas haciendas chihuahuenses. Sobre todo, temía que las medidas sociales radicales que Villa pudiera tomar se impusieran sobre su propio programa, destinado a no antagonizar a las clases dirigentes.

Movido por estas preocupaciones, Carranza nombró a Chao gobernador de Chihuahua; le advirtió a Villa que no llevara a cabo cambios sociales radicales y se abstuviera de repartir tierras, e incluso exigió que se devolvieran a sus antiguos dueños las pocas propiedades que Abraham González había repartido a los campesinos.⁸¹ Villa se indignó ante la petición, y dijo que eso significaría quitarles a las viudas de los que habían caído en la revolución maderista su único medio de supervivencia.⁸²

Los intentos de Carranza por acotar las medidas sociales de Villa suscitaron una advertencia fuerte y en cierto modo profética de uno de sus principales partidarios intelectuales en Estados Unidos, Manuel Urquidí. En una carta

dirigida a Roberto Pesqueira, otro de los representantes de Carranza en ese país, Urquidi escribió:

El papel actual del Jefe está difícil, y como la menor vacilación sería desastrosa, toca a los que como usted están moralmente más cerca del Jefe moverlo a que haga suyos los actos de sus jefes subalternos. El pretender formalizar los procedimientos de Villa [...] sería un error que dividiría a los combatientes constitucionalistas en dos campos y Villa con Zapata ostentarían una bandera más simpática que la de [el plan de] Guadalupe y el triunfo sería de ellos.⁸³

Urquidi preveía una alianza que ni siquiera era incipiente cuando escribió esa carta. Tenía razón acerca del tipo de escisión que se produciría entre los revolucionarios; se equivocaba solamente en cuanto a los resultados.

Las instrucciones de Carranza probablemente fueron contraproducentes y, aunque ciertamente no la única, pudieron ser una de las razones por las que Villa decidió asumir personalmente la gubernatura del estado. Además, al hacerse elegir gobernador por los generales chihuahuenses (incluido Chao), cuestionaba abiertamente que Carranza tuviera derecho de nombrar a los gobernadores de los estados recién liberados.

Mientras continuaba presionando a Villa para que renunciara a la gubernatura en favor de Chao, Carranza envió a Chihuahua a algunos de sus más altos funcionarios, para meterlo en cintura. Luis Cabrera, uno de sus consejeros más inteligentes e influyentes, trató de convencer a Villa de que no imprimiera su propio papel moneda, sino que dejara que el Primer Jefe tomara la decisión final sobre todos los asuntos económicos. Carranza envió también a su secretario de Relaciones Exteriores, Francisco Escudero. Aunque no está enteramente claro qué instrucciones le había dado, su misión consistía probablemente en tratar de que Villa revocara su expulsión de los españoles de Chihuahua e insistir en que todas las relaciones del movimiento revolucionario con el exterior correspondían en última instancia al Primer Jefe. Para controlar todas las dependencias federales de Chihuahua, con autoridad para nombrar a algunos de los funcionarios más importantes Carranza designó a Meza Gutiérrez. Intentó también ganarse el apoyo y la lealtad del más destacado de los funcionarios civiles de Villa, Silvestre Terrazas: felicitó calurosamente al periodista por su nombramiento como secretario de Gobierno dándole a entender que, aunque Villa lo había nombrado, él estaba dispuesto a apoyarlo en su cargo.⁸⁴

Los intentos de Carranza por imponer su agenda y sus funcionarios tuvieron escaso éxito durante el periodo crucial de la gubernatura de Villa. Éste recibió a Cabrera y a otro enviado carrancista, Eliseo Arredondo, con la mayor cortesía y amabilidad, pero siguió imprimiendo sus propios billetes.⁸⁵ La misión de Escudero fue aún menos eficaz. En un banquete en su honor, el alto funcionario carrancista se emborrachó de tal manera que insultó a Villa diciéndole que pronto traicionaría a la revolución y se convertiría en un nuevo Pascual Orozco. “Óigame general, me han dicho que es usted muy matón y voy a ver si a mí me mata”, le dijo. Villa finalmente perdió la paciencia, se levantó de la mesa y, antes de abandonar el lugar, le dijo a Escudero: “Usted ni es hombre, ni valiente ni otra cosa que un desgraciado borracho que me está fastidiando, y le advierto que no lo mando fusilar en el acto por la representación que tiene de mi jefe don Venustiano Carranza”.⁸⁶

Meza Gutiérrez, que había sido nombrado por Carranza como “jefe de Hacienda”, es decir, como el encargado de los asuntos económicos en el estado, fue recibido por Villa con la mayor amabilidad y cordialidad y quedó totalmente rendido ante el caudillo revolucionario. En vez de nombrar a su propia gente, confirmó a los que Villa había designado e incluso vaciló en desplazar al que ocupaba el cargo que él mismo debía asumir. “No me he atrevido a imponerme de una manera enérgica, temeroso de malograr mis intenciones de hacerme querer y respetar tanto de Villa como de sus adictos.”⁸⁷

El 9 de enero de 1914, Carranza pareció finalmente lograr una victoria decisiva. Aunque Villa le había pedido que nombrara a cualquiera que no fuera Chao como gobernador de Chihuahua, finalmente renunció a la gubernatura y permitió que Chao lo sucediera.⁸⁸ Pero no fue la victoria que Carranza tanto esperaba para reafirmar su autoridad en Chihuahua y, de ser posible, revocar algunos de los cambios que Villa había implantado. Aunque Chao hubiera querido llevar a efecto la agenda de Carranza para imponer un régimen conservador en Chihuahua, le habría sido sumamente difícil. Estaba rodeado de hombres nombrados por Villa y que le eran leales, incluido su más alto funcionario civil, Silvestre Terrazas, quien, aunque por un tiempo intentó conciliar a los dos jefes revolucionarios, tomó finalmente el partido de Villa. A nivel local, éste había otorgado el poder supremo a los comandantes militares, los cuales supervisaban a todos los funcionarios civiles de la clase media local que podrían haber apoyado a Chao. Oficialmente, la posición de éste era ambigua. Como gobernador de Chihuahua, tenía en cierto sentido una jerarquía superior a la de Villa, pero como oficial de la División del Norte era su

subordinado. Y un obstáculo todavía más importante era el propio Chao, ya que no era un conservador ni un seguidor ciego del Primer Jefe.

Uno de sus primeros actos como gobernador⁸⁹ consistió en escribirle a Carranza una larga carta en que justificaba todas las medidas sociales y económicas que Villa había tomado. Su siguiente paso fue decretar, probablemente con la aquiescencia de Villa, una ley agraria municipal que, aunque no afectaba a las grandes haciendas, fue una de las leyes más importantes de Chihuahua en relación con la propiedad de la tierra. El informe de Chao fue seguramente una enorme decepción para Carranza, quien se proponía forzar a Villa a devolver gran parte de las propiedades confiscadas, incluidas las de Terrazas.⁹⁰

Finalmente Carranza se convenció de que sólo había una forma eficaz de imponerles su agenda tanto a Villa como a Chihuahua: transferir su gobierno y la sede de su poder a ese estado. Para fines de marzo de 1914, con la aceptación oficial de Villa, Carranza y su gobierno federal se establecieron en Ciudad Juárez. Poco después estalló el conflicto abierto entre los dos hombres.

En conjunto, se puede decir que, hasta abril de 1914, Carranza había tomado la ofensiva y Villa había estado a la defensiva en la relación entre ambos. Mientras resistía a los intentos por subordinarlo a otro jefe militar y por impedirle realizar su programa social, Villa actuó con moderación. Esto resulta sorprendente, en vista de su innata naturaleza suspicaz y su temperamento volátil y a veces feroz. En sus informes a Carranza y en las conversaciones personales con sus representantes, siempre había insistido en su lealtad al Primer Jefe e incluso le había ofrecido ayuda contra sus rivales de Sonora. “Dígale a mi general”, le dijo Villa a un emisario de Carranza en noviembre de 1913, “que no batalle con ninguno de estos amigos, que todo lo que le estorbe me lo mande para acá y yo le rendiré cuentas.”⁹¹ En esta conversación, Villa había criticado duramente al gobernador sonorense Maytorena cuyas relaciones con Carranza se estaban volviendo cada vez más tensas⁹² y había expresado su admiración por los generales carrancistas Pablo González y Álvaro Obregón.⁹³

Las cartas de Villa a Carranza eran cálidas y efusivas, y en todas sus entrevistas y conversaciones con periodistas reiteraba su lealtad. Aunque no necesariamente eran sinceras todas sus declaraciones, no hay pruebas de que conspirara en forma alguna para deponer a Carranza. Él mismo no estaba listo para asumir la dirección de la revolución ni la presidencia de México y, hasta abril de 1914, tampoco tenía un candidato alternativo para esos cargos. Aunque surgieron tensiones con Carranza en esos meses, Villa tendió a ceder a sus

deseos. A pesar de sus reservas, nombró a Chao gobernador de Chihuahua y aceptó las instrucciones del Primer Jefe en el caso Benton.

La relación entre los dos hombres cambió cuando Carranza llegó a Chihuahua y Villa sintió amenazados los que él consideraba sus intereses más vitales y esenciales: el control sobre las áreas que eran el núcleo de su base de apoyo, el control sobre su ejército y el acceso a los pertrechos procedentes del otro lado de la frontera.

El primer enfrentamiento directo estalló poco después de la llegada de Carranza a Ciudad Juárez, como resultado de otro conflicto entre Villa y Manuel Chao. En Sonora, Carranza había logrado acrecentar su poder enfrentando al gobernador del estado, Maytorena, con los jefes militares de la revolución. Villa temía que Carranza hiciera lo mismo en Chihuahua, y empezó a sospechar que Chao estaba dispuesto a servir de instrumento en esa maniobra al ver que nombraba a algunos de sus propios hombres en altos cargos del gobierno estatal y que el Primer Jefe le brindaba especiales signos de respeto y afecto. Estas sospechas se vieron reforzadas cuando le llegaron rumores de que Chao quería asesinarlo para asumir la jefatura de la División del Norte.⁹⁴

Con el objeto de debilitar a Chao para mejor controlarlo y tal vez incluso matarlo, Villa le ordenó acudir con sus tropas a La Laguna y participar en la campaña de Torreón. Pensaba que, como jefe de la División del Norte, tenía autoridad para dar esa orden. Por su parte, Chao creía que, como gobernador de Chihuahua, tenía derecho a decidir por sí mismo, lo cual consultó con Carranza que se alegró sobremanera de apoyarlo en su actitud rebelde. Villa se indignó tanto que fue a Ciudad Juárez, lo arrestó y ordenó que lo fusilaran.

Chao salvó la vida, pero las versiones sobre cómo ocurrió esto varían radicalmente. Silvestre Terrazas, que estaba presente en la reunión, habla de una confrontación en la que Villa estalló en uno de sus famosos y peligrosos ataques de ira. “Siguió Villa en tono indecible de exasperación, haciendo terribles cargos a Chao y sus jefes subalternos, y por momentos creíamos oír la orden de ejecución contra el Gobernador Militar de Chihuahua.”⁹⁵ Villa acusó a Chao de querer matarlo para sustituirlo al frente de su ejército e insinuó que se había puesto de acuerdo con Carranza. Chao guardó silencio, convencido de su inocencia, y “su semblante impávido, sin mostrar la más ligera expresión, fue desarmando minuto a minuto a Villa, hasta notársele un principio de calma”. Cuando la cólera de Villa se hubo desvanecido, Chao logró convencerlo de que nunca había conspirado y de que le había permanecido fiel todo el tiempo.

Las fuentes carrancistas dan una versión muy distinta. Describen una dramática confrontación entre Villa y Carranza cuando éste se enteró de que Villa quería ejecutar a Chao. Carranza estaba preparado para un enfrentamiento armado; dos ayudantes con las pistolas desenfundadas se hallaban ocultos en su habitación, y él mismo tenía un rifle escondido bajo el asiento.⁹⁶ Bruscamente le ordenó a Villa que diera inmediatamente instrucciones de suspender la ejecución y se negó a oír su justificación en el sentido de que Chao merecía la muerte porque había violado la disciplina militar al rechazar la orden de dirigirse a Torreón. Villa habría obedecido a Carranza, no porque no quisiera una ruptura, sino porque sólo tenía en Ciudad Juárez unos pocos leales. La gran mayoría de las tropas eran hombres de Carranza o de Chao. Oficialmente, hubo una sincera reconciliación: Silvestre Terrazas ofreció esa misma noche un banquete en el que los tres dieron grandes muestras de cordialidad. Por lo que se refiere a Chao y a Villa, esa cordialidad era real. Cuando llegó el rompimiento con Carranza, Chao tomó el partido de Villa a pesar de todos los conflictos anteriores.

La convicción que había expresado Carranza en los primeros días de la revolución, de que Villa era un descontrolado impredecible que nadie podía moderar, quedó confirmada, en su opinión, primero por el *affair* Benton y luego por la negativa de Villa a someterse a su autoridad en Chihuahua y por la violencia que mostró contra Chao. Ahora su objetivo era impedir que Villa fuera el primero de los dirigentes revolucionarios en llegar a la ciudad de México, porque pensaba que el ejército que primero alcanzara la capital tendría enormes ventajas: por lo menos, podría disponer del gran arsenal que poseía el ejército federal, y debido a la influencia de Ángeles en Chihuahua, Carranza temía una alianza entre Villa y los restos de ese ejército. Además, el primero en llegar a la ciudad de México podría avanzar más hacia el sur y hacerse de los grandes recursos de las provincias del sureste, apenas aprovechados hasta entonces. La ocupación de la capital también daría mucho prestigio y legitimidad al líder que primero entrara en ella.

La hostilidad que sentía Carranza contra Villa se ahondó pocas semanas después de los sucesos de Ciudad Juárez, cuando surgió la primera diferencia de opinión abierta y pública entre ambos, con la invasión de Estados Unidos en Veracruz.

El 21 de abril de 1914, las tropas estadounidenses desembarcaron en Veracruz y ocuparon la ciudad después de doblegar la resistencia espontánea de los civiles y los cadetes navales, que tomaron las armas contra los invasores sin ayuda de las tropas mexicanas, las cuales se habían retirado de la ciudad para no combatir. La ocupación fue resultado de un pequeño conflicto local que el presidente Woodrow Wilson exageró a propósito con el fin de tener un pretexto para golpear a Huerta: decidió actuar cuando un barco alemán que traía armas y municiones para el gobierno federal estaba a punto de descargar en el puerto.⁹⁷ El objetivo de Wilson era acelerar el fin del régimen de Huerta y, al mismo tiempo, adquirir mayor capacidad de presión sobre la evolución interna de México. Aunque su entrada en acción estaba al menos en parte destinada a ayudar a los constitucionalistas, Carranza protestó vigorosamente contra la ocupación en una nota redactada en términos duros, que amenazaba con una guerra entre los dos países. “Su invasión de nuestro territorio y la permanencia de sus fuerzas en el puerto de Veracruz, y la violación de los derechos que constituyen nuestra existencia como entidad soberana, libre e independiente, nos arrastrarán a una guerra desigual, pero que deseamos evitar.” Carranza consideraba “los actos cometidos en Veracruz [...] altamente ofensivos para la dignidad y la independencia de México y contrarios a las reiteradas declaraciones de usted de que no deseaba quebrantar el estado de paz y amistad con la nación mexicana”.⁹⁸

La reacción de Carranza a la invasión fue a la vez resultado de su ideología – el nacionalismo era su convicción más profunda– y de la situación política en que se encontraba su movimiento. En vista del apoyo de Wilson a los revolucionarios, el régimen de Huerta había tildado a Carranza de agente de Estados Unidos, y éste temía que la etiqueta permaneciera si no protestaba por la invasión. Tales temores eran tanto más justificados cuanto que su base natural de apoyo, la clase media mexicana, era profundamente nacionalista. Por razones similares, la mayoría de sus generales y oficiales compartían su opinión y apoyaron claramente su postura inflexible; algunos incluso emprendieron negociaciones con los oficiales federales para llevar a cabo acciones comunes en caso de que estallara la guerra con Estados Unidos. Pancho Villa fue la única excepción significativa frente a ese consenso (hasta Zapata había declarado que estaba dispuesto a luchar contra los estadounidenses).

Sólo un día después de que Carranza envió su dura nota de protesta al gobierno estadounidense, Villa acudió a la frontera, se reunió con el representante de Estados Unidos George Carothers, y le dijo que “por lo que a él

respecta podíamos quedarnos con Veracruz y apretarlo tan fuerte que ni agua le entrara a Huerta y que él no se molestaría. Dijo que ningún borracho, refiriéndose a Huerta, iba a arrastrarlo a la guerra contra su amigo; que había venido a Juárez para restaurar la confianza entre nosotros”.⁹⁹ Sin embargo Villa dejó entrever que, si Estados Unidos ampliaba su ocupación a otras partes de México, habría enfrentamiento. Los mexicanos podían sucumbir ante una fuerza superior “pero harían mucho daño y pelearían mientras pudieran, aunque tuvieran que comer hierbas y vivir en el monte”.¹⁰⁰

Dos días más tarde, Villa le envió una nota personal al presidente Wilson, para distanciarse de la protesta de Carranza en términos aún más claros. “Es cierto”, le escribió a Wilson,

que la situación se ha agravado por la forma de la nota del gobernador constitucional de Coahuila y Primer Jefe de la Revolución, pero esa nota era enteramente personal y la actitud de una persona que mide lo que puede ser su autoridad momentánea no puede tener tanto peso como para provocar la guerra entre dos países que han decidido tras sólida reflexión conservar la paz, y con ello favorecer las maquinaciones de Huerta, al que ambos consideramos un enemigo común.¹⁰¹

La actitud de Villa se debía en parte a razones prácticas: su ejército dependía de las armas y municiones de Estados Unidos. Además, Villa veía el mundo más en términos de personalidades que de ideas: creía en las idealistas declaraciones de Wilson mucho más que Carranza. También influía que, a diferencia de la clase media, su base social, principalmente rural, no se interesaba mucho por la remota región de Veracruz. Tal vez la postura de Villa reflejaba también su falta de experiencia política. A diferencia de Carranza, que tenía una larga carrera en ese campo, Villa no estaba acostumbrado a distinguir entre la retórica y la realidad. Era mucho más fácil para Carranza entender la enorme distancia que había entre sus amenazas y la guerra con Estados Unidos.

Tal vez más importante que todas estas explicaciones era el miedo que Villa compartía con grandes sectores de las clases inferiores de México de que, en caso de conflicto con Estados Unidos, ellos serían simplemente utilizados por las clases altas. Ése era el trasfondo de una carta que Villa le escribió a Marcelo Caraveo, antiguo maderista que se había unido primero a Orozco y luego a Huerta, y que le había escrito para ofrecerle luchar contra los estadounidenses bajo su mando.

Ahora estos malvados reaccionarios y científicos, que son los descendientes de los conservadores del tiempo de Benito Juárez, vuelven a traer la intervención, no europea sino americana, creyendo que todos los mexicanos estarán engañados como usted y se unirán para repeler la agresión. Si fuéramos tan torpes de unirnos los constitucionalistas con los científicos y reaccionarios, sólo conseguiríamos ser sacrificados para que después transaran éstos con los americanos, resultando así nosotros, finalmente, vencidos por los huertistas.¹⁰²

Sin duda también influyó el general Ángeles, que de hecho redactó el borrador de la carta de Villa a Wilson, en la cual se expresaba por primera vez una crítica abierta contra Carranza.¹⁰³ Ángeles no sólo tenía una visión favorable de Estados Unidos, sino que deseaba producir una ruptura entre Carranza y Villa.

Como consecuencia de su negativa a condenar la invasión, Villa fue considerado todavía más favorablemente que antes por el gobierno de Wilson, y el caso Benton quedó prácticamente olvidado. Ahora Carranza lo veía no sólo como una amenaza para sus objetivos sociales, sino también para la independencia de México. A partir de ese momento, al parecer, tuvo por objetivo eliminarlo totalmente de la vida política mexicana.

En contraste con la implacable hostilidad de Carranza, la actitud de Villa hacia el Primer Jefe era más contradictoria y a veces mostraba aún una fuerte voluntad de conciliación. Entre el episodio de Chao, en marzo de 1914, y el rompimiento abierto y público, en junio del mismo año, Villa manifestó tendencias muy contradictorias. Por una parte, pensaba que había ganado en el conflicto que se produjo cuando Carranza estableció su cuartel general en Ciudad Juárez. Había conservado su firme control sobre Chihuahua sin que Carranza volviera a intentar influir en los acontecimientos desde allí. Dado que no tenía ambiciones de convertirse en presidente de México, estaba muy dispuesto a permitir que Carranza gobernara el resto del país mientras él tuviera asegurado el control sobre su feudo de Chihuahua, Durango y La Laguna. Por otra parte, los poderosos grupos anticarrancistas que existían en las fuerzas revolucionarias, así como dentro de su propia División del Norte, intentaban convencerlo de que ningún tipo de coexistencia con el Primer Jefe era posible en realidad. Entre ellos se hallaban Emiliano Zapata, el gobernador de Sonora, Maytorena, más conservador, y Felipe Ángeles.

Los primeros revolucionarios anticarrancistas que establecieron vínculos con Villa fueron los zapatistas. Zapata, que encabezaba el Ejército Libertador del Sur, temía sin cesar que después de todos los combates y el derramamiento de sangre, la revolución constitucionalista produciría otro Francisco Madero que, como su predecesor, intentaría reprimir a los revolucionarios del sur. En su opinión, Carranza se parecía cada vez más a Madero. Ese temor se fundaba en el origen social del Primer Jefe, su renuencia a implementar cualquier reforma agraria mientras fue gobernador de Coahuila y su negativa a incluir ningún punto relativo a esa reforma en su Plan de Guadalupe. La desconfianza creció decididamente cuando Carranza forzó a uno de sus generales, Lucio Blanco, a renunciar al mando en el noreste porque había empezado a poner en práctica un programa de reparto de tierras, de lo cual informó a Zapata uno de sus colaboradores más cercanos, Gildardo Magaña, que fue al cuartel general de Blanco en Matamoros.

Por ello, Zapata se mostró sumamente interesado cuando, a mediados del otoño de 1913, recibió una carta de Villa en que le decía que planeaba llevar a cabo una gran reforma agraria cuando tuviera el control de Chihuahua. No sabemos a ciencia cierta qué impulsó a Villa a escribir esta carta.¹⁰⁴ ¿Estaba ya buscando apoyos en caso de un futuro conflicto con Carranza? ¿O bien esperaba obtener el de algunos grupos dispersos de revolucionarios del norte que se hacían llamar zapatistas y proclamaban su adhesión al caudillo del sur?

La respuesta de Zapata contenía una advertencia velada sobre el Primer Jefe, una recomendación de que siguiera los principios del Plan de Ayala, un voto de confianza y una implícita oferta de alianza.

Sin mencionar a Carranza por su nombre, pero refiriéndose obviamente a él, Zapata escribió: “No debemos dejarnos engañar de nuestros enemigos. Tengamos cuidado de aquellos falsos idealistas, que a la postre se convierten en furibundos personalistas, tengamos cuidado de aquellos personalistas que con sus carotas de idealistas, hacen la ruina de la patria”. Por si acaso no se entendía lo que quería decir, Zapata dejaba claro que Villa debía buscar a esos individuos egoístas dentro del propio movimiento revolucionario. Lo conminaba a examinar con la mayor atención a “todos nuestros compañeros y falsos partidarios para no dejarnos sorprender, a fin de que la causa no sea traicionada y el pueblo burlado en sus esperanzas”.

La parte de la carta de Villa que más había impresionado a Zapata era la declaración de que sería necesario destruir a todos “esos elementos corrompidos enemigos del pueblo, que se llaman científicos, militarismo y clericalismo”.

Zapata aplaudía con entusiasmo esa idea y sugería represalias masivas cuando los revolucionarios ocuparan la ciudad de México.

Debemos hacer estas ejecuciones para terminar con los enemigos de la patria, porque sólo así habrá paz y se podrán llevar a cabo las reformas que proclama la Revolución que comenzó el 20 de noviembre de 1910, fracasó por el solo hecho de que al entrar a México, no decapitó a sus enemigos, y éstos fueron los que al fin, la vencieron, después de haber sido ellos los vencidos, se tornaron en vencedores, y lo mismo sucedería ahora, si no se verificara en México, una especie de 93 [Zapata obviamente se refería al terror practicado por los revolucionarios franceses en 1793], para purificar a la sociedad corrompida, que es la causa directa de las desgracias de la patria.

Zapata incitaba a Villa a llevar a cabo la reforma agraria de acuerdo con su Plan de Ayala y expresaba su confianza en él diciendo: “tengo fe en usted, de que será quizás en el Norte, el único que se preocupe más por el progreso del pueblo, y que se empeñe por llevar a cabo en aquellas regiones, la repartición de tierras y el fraccionamiento de los grandes monopolios de terrenos, tal y como lo indica el Plan de Ayala”.

También planteaba una promesa de alianza. Manifestaba su deseo de que las tropas de Villa pronto se acercaran a la capital, de manera que ambos pudieran ponerse de acuerdo para entrar en ella triunfalmente, “y entonces sí, la Revolución, izará en el Palacio Nacional, la bandera de la reforma, de la libertad, de la justicia y de la ley”.¹⁰⁵ Prácticamente le sugería a Villa el tipo de alianza contra el Primer Jefe a que efectivamente llegarían en el otoño de 1914.

Aunque las advertencias acerca de Carranza eran veladas y nunca explícitas, el emisario de Zapata, Gildardo Magaña, que había estado en prisión con Villa, fue al parecer más directo. Había hablado en Matamoros con Lucio Blanco, y le dio a Villa un informe detallado de cómo Carranza había impedido la reforma agraria que aquél trataba de realizar. Obviamente le interesaba minar sus vínculos con el Primer Jefe.¹⁰⁶

Zapata seguiría trabajando en ese sentido durante toda la primavera de 1914. Dos emisarios suyos llegaron a El Paso en abril de 1914 y declararon a los periodistas: “Con Villa, sí. Con Carranza, no. Nuestro general Zapata no reconoce para nada al señor Carranza, a quien considera como un usurpador de la Primera Jefatura de la revolución [...] Nuestro general reconoce al general Villa como jefe del Ejército del Norte, y no tenemos inconveniente en decir a

ustedes que el general Zapata, jefe del Ejército del Sur, desea, por nuestro conducto, ponerse de acuerdo con el general Villa para la marcha sobre la capital de México”.¹⁰⁷

Aunque no hay pruebas de que los zapatistas tuvieran una influencia decisiva sobre los acontecimientos que condujeron a la primera escisión entre Villa y Carranza, en junio de 1914, la posibilidad de una alianza con Zapata fue un factor que ni Villa ni Ángeles ignoraban cuando decidieron oponerse al Primer Jefe.

PANCHO VILLA Y SONORA

La facción que más influyó a final de cuentas sobre la política de Villa respecto de Carranza no formaba parte de la División del Norte, sino que constituía una entidad geográfica, política y militarmente separada. Se trataba de la facción encabezada por el gobernador José María Maytorena, en el estado de Sonora. Su influencia sobre Villa derivaba de la localización estratégica de dicho estado, de la personalidad de su dirigente y del peso que tenía dentro de la División del Norte su defensor más activo, Felipe Ángeles.

En el otoño de 1913, seis meses después de haber decidido tomar una licencia como gobernador de Sonora e irse a Estados Unidos, Maytorena volvió para reasumir sus funciones. Su regreso fue visto con hostilidad por los jefes militares más jóvenes, que habían tomado el control del movimiento revolucionario durante su ausencia. Eran un grupo de hombres muy inteligentes y talentosos, de origen de clase media. El más importante de ellos era el joven propietario de un rancho de mediano tamaño que había trabajado por un tiempo como mecánico, maestro de escuela y agricultor, Álvaro Obregón. No era un veterano de la revolución maderista: su única experiencia militar antes de la revolución constitucionalista había consistido en la creación de un cuerpo de voluntarios de la ciudad y región de Huatabampo, para luchar contra las tropas orozquistas procedentes del vecino Chihuahua. A pesar de ello, había derrotado a los orozquistas en la batalla de La Dura. Cuando estalló la revolución constitucionalista, logró expulsar a todas las tropas federales del estado, a excepción de la guarnición del puerto de Guaymas. Sería uno de los más grandes, si no el más grande, de los caudillos militares que produjo la revolución mexicana.

Entre los dirigentes que habían surgido en Sonora se hallaban también Plutarco Elías Calles, que había sido maestro de primaria, empleado municipal

(fue despedido por un presunto fraude), supervisor de hotel y administrador de una pequeña hacienda y molino de harina, y Salvador Alvarado, que había tenido también muchas ocupaciones, entre ellas las de farmacéutico, tendero, arrendatario de un rancho en el valle del Yaqui y posadero.¹⁰⁸

En todos causó descontento el regreso de Maytorena. Consideraban que el gobernador los había abandonado en el momento más difícil y que no tenía derecho a reclamar los despojos de una victoria por la que había hecho tan poco. Al principio, Carranza defendió vigorosamente a Maytorena: después de todo era el gobernador constitucionalmente elegido y, por esa misma condición, Carranza se había atribuido el derecho a encabezar la revolución. Sin embargo, pronto empezó a apoyar a los rivales de Maytorena, sobre todo a Obregón. En parte, tal vez obedecía a la política de dividir para vencer que siguió durante toda su presidencia. Además, Obregón se había convertido en el caudillo militar más fuerte fuera de Chihuahua, y Carranza se daba cuenta de que él era el único obstáculo verdadero a la supremacía de Villa y de la División del Norte. Sin embargo, Maytorena no permitió que simplemente lo hicieran a un lado. Todavía existían restos de su organización política, todavía tenía popularidad entre una parte de la clase media del estado y muchos yaquis lo consideraban aún su protector y estaban dispuestos a luchar a su lado. A pesar del apoyo de los yaquis, el conflicto entre Maytorena y sus rivales no se puede considerar una pugna social. Ninguno de ellos era un revolucionario radical; sus ideas sociales eran muy similares, y Obregón y Calles tenían fuertes lazos familiares con los hacendados, mientras Maytorena era él mismo hacendado.¹⁰⁹ Se trataba más bien de una lucha de poder, posiblemente con ciertos elementos regionales. Conforme Carranza empezó a apoyar cada vez más abiertamente a sus enemigos, Maytorena se dio cuenta de que la única ayuda posible fuera de Sonora era Villa. Ése era su único interés por él, ya que en términos sociales no podían diferir más. Mientras Villa había confiscado todas las propiedades de la oligarquía y había dicho claramente que iba a dividir las tierras de las grandes haciendas tras la victoria de la revolución, una de las principales razones por las que Maytorena salió de Sonora fue precisamente que no quería confiscar los bienes de los terratenientes. De hecho, una de las primeras cosas que hizo cuando reasumió la gubernatura de Sonora fue devolver las propiedades que los gobernantes interinos del estado habían expropiado.¹¹⁰ Maytorena probablemente esperaba que Villa correspondiera a la ayuda y el apoyo que le había dado poco antes de su regreso a México, en marzo de 1913; era un tipo de obligación que Villa respetaba mucho. Sin embargo, en el otoño de 1913, no había podido contar con

esa reciprocidad. Por el contrario, el revolucionario del norte se expresaba en muy duros términos acerca de Maytorena y le ofreció a Carranza su ayuda para someter a cualesquiera enemigos que tuviera en el estado.¹¹¹

A principios de 1914, la actitud de Villa hacia el gobernador de Sonora empezó a cambiar. Eso se debió no sólo a las crecientes tensiones con Carranza, y a una serie de medidas que Maytorena había tomado para ganárselo, sino sobre todo a la intervención del nuevo general de la División del Norte, Felipe Ángeles.

Pocas semanas después de su arribo a Chihuahua, Ángeles estableció negociaciones secretas con dos representantes de Maytorena aposentados en El Paso, Texas: uno de sus más cercanos confidentes y diputado de la legislatura sonorense, Alberto Piña, y un licenciado Rosado, editor en El Paso de un periódico en español, *El Correo del Bravo*, financiado por el gobernador. La finalidad de esas pláticas era organizar una alianza; Ángeles prometió ejercer su influencia sobre Villa en favor de ese proyecto.¹¹²

En realidad, el oscuro y pequeño *Correo del Bravo* hizo gran parte de la campaña.¹¹³ El periódico se tambaleaba constantemente al borde del colapso financiero hasta que llegaba el siguiente pago del gobernador de Sonora. Resulta indicativo de la importancia que Maytorena le daba a la posibilidad de obtener el apoyo de Villa que fundara un diario, no en una ciudad fronteriza de Estados Unidos situada en el lindero de su propio estado, para influir sobre sus propias bases políticas, sino en El Paso, lejos de Sonora, donde sus únicos objetivos tenían que ser Villa y su facción. Es difícil entender cómo Ángeles puso tantas esperanzas en ese desconocido periódico al que ni siquiera se le permitía circular en Chihuahua y con escasos lectores potenciales –si hubiera estado permitido–, porque la mayoría de los seguidores de Villa y muchos de sus comandantes eran analfabetos. Sin embargo, Ángeles se mostraba optimista al respecto y decía que “la campaña emprendida en ese sentido por *El Correo del Bravo* ha sido muy bien recibida por el elemento maderista, partido inmensamente popular y poderoso”.¹¹⁴

El motivo del optimismo de Ángeles era que el periódico concentraba su campaña anticarrancista en el asunto de la reforma agraria, tan importante para los revolucionarios de Chihuahua, en su opinión y la de Maytorena, que los ejemplares introducidos clandestinamente y los informes verbales bastarían para influir sobre Villa y sus seguidores.

El 15 de abril de 1914, *El Correo del Bravo* inauguró una serie de artículos destinados a mostrar que Carranza era un enemigo de la reforma y que, si

llegaba a presidente, el pueblo habría luchado en vano: ya una vez el pueblo de México había sido utilizado, había hecho enormes sacrificios y sus esperanzas se habían frustrado.

Ya el pueblo no cree en promesas de magnates [...] El Plan de Guadalupe nada promete ni cumplirá nada [...] El de Guadalupe es un parapeto tras del cual se esconde un Primer Jefe que se ha nombrado a sí mismo sin comprender la responsabilidad inmensa que se echa sobre las espaldas [...] No parece sino que peleamos sólo por hacer Presidente de la República a este o aquel magnate.

Pero entiéndase bien: el pueblo no pelea por que se le nombre un amo, ni ha derramado su sangre en el campo de batalla por crear un tirano; no se ha lanzado a la guerra para formar una dictadura [...] Pelea para derribar un criminal y por que se le entreguen las tierras que le han robado los ricos.

El mensaje más importante del editorial era que Villa y Zapata, y no Carranza, serían los salvadores de México y realizarían una amplia reforma agraria.¹¹⁵ En las semanas y los meses siguientes, el periódico continuó en la misma vena. El 21 publicó un artículo, “¿Por qué impide el señor Carranza que se repartan tierras?”; otro el 22 de abril: “La cuestión agraria mexicana”; el 1 y el 2 de mayo, nuevos artículos anticarrancistas en la misma línea, firmados por “Danton” y “Robespierre”. Se siguieron publicando notas de ese tipo durante todo 1914.

DE LA RIVALIDAD SECRETA A LA RUPTURA ABIERTA

A pesar de que Maytorena y Ángeles le advertían constantemente que no debía confiar en Carranza, Villa aún tenía esperanzas de reconciliarse con el Primer Jefe. Había logrado su objetivo de consolidar su poder en Chihuahua y Durango y en su propia División del Norte, y pensaba que si le hacía concesiones sustanciales podría persuadir a Carranza de que aceptara algún *modus vivendi* con él.

El *modus vivendi* que Villa se imaginaba consistía en reconocer a Carranza como el líder supremo de la revolución. A cambio, esperaba que el Primer Jefe no sólo aceptara su control sobre la región y sobre su ejército, sino que se abstuviera de obstaculizar su avance sobre la capital del país. No se daba cuenta de que Carranza no querría y probablemente no podría aceptar ese pacto. Si la

División del Norte era la primera en llegar a la ciudad de México, a los ojos de la opinión pública tanto nacional como internacional Villa se convertiría en el dirigente nacional de México. Para evitarlo, Carranza estaba dispuesto a todo.

Al principio, empleó un expediente muy simple. Pidió concesiones importantes que demorarían a Villa y que, para evitar tensiones, éste se esforzó en cumplir. Después de que los villistas capturaron el importante centro ferroviario de Torreón y ocuparon la región lagunera circundante, Carranza nombró a un hombre suyo como superintendente del desarrollado sistema ferroviario del norte, en lugar de Eusebio Calzado, el muy eficaz jefe nombrado por Villa. Aceptar esa decisión fue una concesión importante. Los ferrocarriles eran decisivos para su estrategia militar, ya que constituían el medio básico de transporte de su ejército, incluida la caballería. Villa también le permitió a Carranza interferir en la administración del matadero de Torreón lo que, según un oficial villista, “ha producido hambre en el pueblo”.¹¹⁶

Para disipar los temores del Primer Jefe en el sentido de que alimentaba ambiciones nacionales, Villa despidió a Manuel Bauche Alcalde como jefe de redacción de su periódico *Vida Nueva*, por haberlo elogiado más que al Primer Jefe en sus columnas.¹¹⁷

Y estaba dispuesto a ir aún más lejos. Los restos del ejército federal que se le enfrentaron en Torreón habían huido a Saltillo, la capital del estado natal de Carranza, y a Paredón, una ciudad fortificada cercana. Carranza le pidió a Villa que acudiera con su ejército a liberar Saltillo en vez de marchar hacia el sur para atacar Zacatecas, donde se hallaba la guarnición federal más fuerte y que constituía la puerta de entrada a la ciudad de México. Villa objetó que atacar Saltillo demoraría su marcha y que el general carrancista, Pablo González, comandante del Ejército del Noreste, estaba en realidad mucho más cerca de Saltillo y debía ser quien la capturara. Carranza se mostró inmovible, y Villa cedió a sus deseos. Con ello no sólo se retrasaría su avance sobre México, sino que serían sus tropas, y no las de González, leales a Carranza, las que sufrirían las numerosas bajas resultado del enfrentamiento con quince mil soldados federales.¹¹⁸

Los comandantes de los seis mil federales aposentados en Paredón pensaban que destruyendo unos veinte kilómetros de las vías de ferrocarril que llevaban a la ciudad impedirían el paso o retrasarían mucho los trenes militares de Villa. Se equivocaban. Villa hizo bajar de los vagones a la caballería, y ocho mil jinetes tomaron Paredón, causando el pánico entre los federales, ya desmoralizados por su derrota en Torreón. Fue un triunfo más para la División del Norte. De los seis

mil hombres que guarnecían Paredón, quinientos murieron, entre ellos dos generales, y dos mil quinientos fueron tomados prisioneros o heridos. Villa capturó más de tres mil rifles y diez cañones. Las tropas federales que permanecían en Saltillo prefirieron retirarse, y la División del Norte hizo una entrada triunfal en la capital de Coahuila.

Villa no intentó siquiera conservar el control de los territorios recién ocupados, sino que le entregó tanto la ciudad de Saltillo como el campo circundante a Carranza, quien estableció entonces su cuartel general en la capital de su propio estado.¹¹⁹

Pensaba que con tales concesiones habría apaciguado a Carranza y que éste estaría dispuesto a llegar a un pacto. Con ese propósito, el 8 de junio envió a Silvestre Terrazas a Saltillo para negociar. Quería sobre todo recuperar el control del sistema ferroviario del norte, para marchar sin obstáculos hacia el sur, sobre la ciudad de Zacatecas que era el mayor y más importante de los bastiones federales que quedaban en el norte y donde Huerta había concentrado a la élite de su ejército. Además, Terrazas debía negociar sobre algunos otros puntos, como el destino de las haciendas “intervenidas” y otras propiedades confiscadas, y sobre el papel moneda emitido por Villa. Carranza se negó a aceptar ni el más mínimo punto de acuerdo.¹²⁰

Uno de los principales motivos de esa inflexibilidad de Carranza era que lo último que quería era que Villa y su División del Norte tomaran Zacatecas. Esa ocupación echaría por tierra la estrategia que había diseñado para impedir que Villa ganara la carrera hacia la ciudad de México. Había alentado a todos los revolucionarios del norte que se oponían a Villa a que se incorporaran a otra fuerza recién creada, el Ejército del Centro. Nombró a Pánfilo Natera, antiguo subordinado de Villa, como comandante y le dio el mismo rango que tenía quien había sido su superior, lo que constituía una obvia bofetada para Villa.

Enseguida, Carranza instruyó a Natera para que atacara Zacatecas. Con ello abriría el camino a la ciudad de México y, junto con las tropas de Álvaro Obregón, que avanzaba desde el oeste, ocuparía la capital del país, y Villa quedaría restringido a su feudo del norte. El plan de Carranza falló porque Natera falló. Aunque sus tropas intentaron una y otra vez tomar Zacatecas, no pudieron con la artillería y las ametralladoras de los federales. Carranza se hallaba ante un dilema, ya que el único ejército suficientemente fuerte para tomar Zacatecas era la División del Norte. Se decidió por una estratagema que le permitiría a Natera tomar la ciudad y al mismo tiempo debilitaría a Villa: le

ordenó a éste que destacara a cinco mil de sus hombres y los pusiera bajo el mando de Natera para atacar Zacatecas.

Temiendo la desintegración de su ejército, Villa trató de convencer a Carranza de que cancelara esa orden. Esto formaba parte de la misión que confió a Silvestre Terrazas. Cuando Terrazas regresó a Chihuahua e informó que Carranza no había cedido en un solo punto, Villa fue presa de uno de sus ataques de cólera. “¡No! ¡No hay más remedio! –gritaba–; ¡nos vamos sobre Saltillo, a colgar a este viejo y a sus achichincles! ¡Es imposible aguantarlo más! ¡Con siete mil hombres tengo para cercarlos y colgarlos a todos!” En cierto momento, Silvestre Terrazas llegó a temer por su propia vida. “Sería imposible describir mi grandísima impresión ante aquella explosión de ira del general Villa; por momentos creí que yo también sería allí víctima de él: era tanta la furia de aquel hombre, cual fiera acosada y enjaulada, como jamás lo había visto.”¹²¹

Cuando Villa planteó a algunos de sus consejeros más cercanos la cuestión de si debía marchar sobre Saltillo, la mayoría de ellos, y en especial Ángeles y Roque González Garza, se opusieron vigorosamente y lograron convencerlo de que abandonara tal proyecto.

La furia de Villa no se debía solamente a la intransigencia de Carranza y a su temperamento volátil, sino a que se daba cuenta de que le habían hecho trampa. Había hecho concesiones genuinas y sustanciales al Primer Jefe: le había cedido el control de los ferrocarriles del norte y, más importante aún, el de su propio estado natal, al recapturar Saltillo y entregárselo a sus hombres. Así, había retrasado su propia marcha hacia el sur, sobre la capital, y no había recibido nada a cambio.

Tras el fracaso de la misión de Silvestre Terrazas, Villa se convenció de que era imposible llegar a un acuerdo con el Primer Jefe y de que la ruptura era irremediable. En ese momento, se dedicó a lograr que sus generales lo apoyaran en el rompimiento y a convencerlos de que Carranza estaba actuando con perfidia. Sabía que algunos de ellos eran partidarios del Primer Jefe y que otros, que no lo eran, no querían una escisión en las filas de los revolucionarios. También sabía, sin embargo, que la mayoría de ellos se oponía al desmembramiento de la División del Norte, que Carranza ordenaba. Ante todo, sabía que ni sus generales ni sus soldados tenían mucha confianza en Natera, que acababa de ser derrotado en su intento de tomar Zacatecas; si debían hacer los sacrificios necesarios para apoderarse del más poderoso bastión del ejército federal, lo harían bajo el mando de un general en quien confiaran que los llevaría a la victoria, es decir, bajo el mando de Villa. Pensó que la mejor manera de

ganarse el apoyo de sus generales era involucrarlos directamente en las negociaciones con el Primer Jefe. El 11 de junio designó a una comisión integrada por Ángeles, Contreras y Ortega para tratar con Carranza.¹²² Su misión, sin embargo, nunca se llevó a cabo. El 12 de junio, un día después de nombrada la comisión y antes de que pudiera salir para Saltillo, el Primer Jefe logró indisponerse con todos los generales de la División del Norte, incluso los más hostiles a Villa y más íntimamente vinculados a él.

La confrontación empezó cuando Villa, en una conferencia telegráfica con el Primer Jefe, le pidió, una vez más, como había hecho a través de su intermediario Silvestre Terrazas, que reconsiderara su orden de enviar refuerzos de la División del Norte al general Natera en Zacatecas. Lo criticó indirectamente al sugerir que el ataque de Natera contra Zacatecas, que Carranza había ordenado, había sido un error y tenía necesariamente que conducir a la derrota. Sugirió que enviar refuerzos de su propia división sería desastroso: sus hombres morirían inútilmente y los atacantes de cualquier modo serían derrotados de nuevo. Sólo había una forma, en opinión de Villa, de tomar Zacatecas y de que el mayor ejército federal que aún estaba en campaña fuera vencido: que el propio Villa dirigiera el ataque a la cabeza de toda su División del Norte. En su réplica, Carranza rehusó prestar atención a estos argumentos y de nuevo le ordenó enviar cinco mil hombres a Natera.

En ese punto Villa le ofreció su renuncia a Carranza. “Señor”, telegrafió, “estoy resuelto a retirarme del mando de esta división. Sírvasse decirme a quién se la entrego.”¹²³

Nunca se aclarará si esa renuncia fue resultado de un pronto o un pique repentino, o de un plan premeditado. De un modo u otro, fue un golpe de genio desde el punto de vista táctico, ya que forzó a todos los generales de Villa, incluso a los más recalcitrantes, a cerrar filas en torno a su comandante. El hombre que organizó ese movimiento y que obtuvo hasta el último gramo de capital político que podía extraerse de él fue Felipe Ángeles. Según sus memorias, Ángeles no sabía nada de lo que había ocurrido entre Carranza y Villa hasta que éste lo hizo llamar a la oficina de telégrafos. Allí encontró a muchos de los generales villistas, profundamente preocupados.

Enfrente del general había una silla vacía que me invitó a ocupar.

“A ver qué hace usted con esos elementos, mi general”, me dijo, “yo ya me voy.”

No entendiendo, no supe qué contestar; pero la atención del general estaba divagada y no parecía esperar respuesta alguna.¹²⁴

Una vez informado de lo que había ocurrido, Ángeles tomó el control de los acontecimientos. Estaba convencido de que sería desastroso que Villa entregara realmente el mando de la División del Norte: su ejército se disolvería o se sublevaría; las tropas federales, ya desmoralizadas, se sentirían alentadas a resistir, y la guerra podría prolongarse largo tiempo. Los generales villistas compartían esos puntos de vista. Algunos sostuvieron hasta el último momento que Carranza rechazaría la renuncia de Villa y no le creían a Ángeles, quien dijo estar seguro de que, por el contrario, iba a aceptarla. Cuando llegó la respuesta de Carranza, que en efecto aceptaba la renuncia de Villa, lo nombraba gobernador de Chihuahua y les pedía a sus generales que nombraran un comandante en jefe interino, muchos fueron presa de la ira y la desesperación. “Yo me voy a comer raíces a la sierra”, oyó Ángeles que exclamaba uno de ellos, Trinidad Rodríguez.¹²⁵

Ángeles redactó un telegrama dirigido a Carranza: era breve pero cortés y le pedía que reconsiderara su decisión ya que “al desamparar él la dicha jefatura vendrían hechos muy graves y se causarían muy grandes trastornos para nuestra causa, no sólo en el interior de nuestra república, sino en el exterior”.¹²⁶ Carranza tomó entonces una decisión fatídica: se negó a atender razones e insistió en que Villa debía renunciar. En ese punto, los generales se vieron forzados a tomar partido y lo hicieron unánimemente: fueron a ver a Villa y le pidieron que reconsiderara. Villa accedió y de nuevo ocupó el mando de la División del Norte.

Cuando los generales le informaron a Carranza de su decisión, éste montó en cólera. Les envió un telegrama en que se negaba a aceptar el renovado mando de Villa y los amenazaba con imponerles un comandante sin consultarlos. Finalmente, pidió a seis de ellos que fueran a Saltillo a conferenciar con él sobre la situación, pero no les propuso que designaran esa comisión sino que la nombró él mismo. Debía estar integrada por Ángeles, Tomás Urbina, Maclovio Herrera, Toribio Ortega, Eugenio Aguirre Benavides y Rosalío Hernández.

La elección de los nombres estaba cuidadosamente planeada. Aunque algunos eran leales a Villa, la lista incluía a dos generales, Maclovio Herrera y Rosalío Hernández, que eran sus enemigos jurados y, en marzo de 1914 –después de que Villa amenazó con ejecutar a Chao–, le habían sugerido secretamente a Carranza que lo mandara matar.¹²⁷ Otro de los elegidos, Eugenio Aguirre Benavides,

había tenido desacuerdos con Villa. Carranza obviamente se proponía crear divisiones entre los villistas. Su maniobra fracasó y la conferencia nunca tuvo lugar. En vez de eso, todos los generales firmaron un telegrama que Ángeles redactó en términos mucho más duros que los anteriores. Hasta ahí los generales habían sido altamente respetuosos y, aunque cuestionaban la decisión de remover a Villa, nunca impugnaron el liderazgo del Primer Jefe. Esta vez fueron abierta y tajantemente críticos. “[Consideramos] que la dicha providencia, a más de ser contraria a la ley de la política y de la guerra, hiere los principios que nos traen en armas y desconoce los deberes patrióticos”, le decían.

También le decimos que el general Villa es el jefe de mayor prestigio entre cuantos defienden el progreso de nuestra causa, y que si él obedeciera la disposición de usted, y se retirara de donde está, el pueblo de México se lo afearía con razón, y se lo tomaría a muy grande debilidad, pues el dicho pueblo sólo quiere nuestro triunfo, como también lo acusaría a usted de ser el causante de tan grande yerro [...] Esto más le decimos señor: que sabemos bien cómo espiaba usted la ocasión de parar en sus hechos al general Villa, porque [...] no favorece el propósito con que usted aspira a no dejar en el panorama revolucionario hombres de poder que miren sin que usted les ordene, y que no lo lisonjeen y alaben, y que luchen por los solos beneficios del pueblo, no por el engrandecimiento de usted.¹²⁸

Los generales concluían diciendo que marchaban todos al sur, sobre la ciudad de Zacatecas.

Éste era el primer ataque personal por parte de los generales villistas pero, aunque sus términos eran duros, todavía no repudiaban el mando de Carranza. Sólo decían que se negaban a cumplir la orden de remover a Villa, y dejaban implícito que, dijera lo que dijera, ellos marcharían sobre Zacatecas.

Tal vez el propio Villa inspiró el tono de la carta. No había intervenido (por lo menos no directamente) en las deliberaciones de los generales hasta que le pidieron retomar el mando de la División del Norte. Pero una vez que lo hizo, les reveló toda la historia y los antecedentes de sus diferencias con Carranza, lo que sin duda contribuyó a que aceptaran el tono áspero del telegrama. La decisión de los generales villistas de mantener, por lo menos oficialmente, la unidad del movimiento revolucionario motivó que nunca se hiciera público su conflicto con Carranza.

Desde el punto de vista de Villa, los resultados de este choque con el Primer Jefe no podían ser más gratificantes. Todos sus generales, incluidos Maclovio Herrera y Rosalío Hernández, firmaron la carta a Carranza y le ratificaron su lealtad. Dos de ellos, Robles y Ceniceros, cuyas tropas no formaban parte oficialmente de la División del Norte, pidieron su incorporación, y Chao, que iba en camino para reunirse con Carranza junto con trescientos hombres que debían constituir su escolta personal, le expresó su solidaridad a Villa y decidió permanecer dentro de la División del Norte.¹²⁹

La ruptura era ahora irreconciliable, aunque no fuera pública. La División del Norte dirigía su vista a Zacatecas no sólo con la esperanza de derrotar al ejército de Huerta sino de ganar la carrera hacia la ciudad de México.

LA BATALLA DE ZACATECAS

La batalla de Zacatecas fue la mayor y más sangrienta de todas las que tuvieron lugar durante la revolución contra Huerta. Era una antigua ciudad minera de treinta mil almas, que impresionó tanto a sus atacantes como a sus defensores por su natural belleza y su pintoresquismo. Cuando vio por primera vez la ciudad desde lo alto de un cerro, Ángeles contempló “un panorama hermoso. A la derecha el Valle de Calera y Fresnillo, muy grande y muy allá abajo, con muchos poblados disueltos en la radiosa luz de la mañana. Al frente, un extremo de la ciudad de Zacatecas, entre los cerros del Grillo y de la Bufo: dos formidables posiciones fortificadas”.¹³⁰ La belleza de la ciudad también conmovió a Ignacio Muñoz, un oficial federal que penetró en ella en el último tren de refuerzos antes de que los revolucionarios cerraran el cerco.

Era la primera vez que visitaba Zacatecas.

La ciudad, lejos de presentar el aspecto que era fácil suponer en una ciudad en vísperas de contemplar una de las más furiosas batallas de nuestra historia, presentaba el aspecto de las poblaciones que no han sufrido alteraciones en sus costumbres [...]

Como en encantadora miniatura, descubríamos la población perdida en el fondo de profundas barrancas [...]

Varios tranvías *de mulitas* esperaban en la estación. Numerosas personas, en su mayoría vestidas de negro, transitaban por las calles, dando a la ciudad el aspecto de esas poblaciones visiblemente religiosas, de inconfundible característica.¹³¹

Desafortunadamente para sus habitantes, Zacatecas tenía una gran importancia estratégica para ambos bandos. Era un cruce de ferrocarriles que cualquier atacante del norte tenía que capturar antes de avanzar sobre la ciudad de México. Según el cónsul británico en Zacatecas, el comandante federal de la ciudad, general Medina Barrón, “confiaba plenamente en que lograría defender la ciudad”¹³² debido a los grandes obstáculos naturales que presentaba a sus atacantes. Estaba rodeada de altos cerros que había que tomar antes de penetrar en el casco urbano. Esto significaba que Villa no podría emplear sus “clásicas” cargas de caballería. Medina Barrón había colocado su artillería en la cumbre de dos de los cerros más altos, El Grillo y La Bufa. Confiaba en que la infantería enemiga que tendría que ascender lentamente por ellas sería fácilmente diezmada por el fuego concentrado de sus cañones y por su infantería, formada en apretadas filas. Esa táctica había logrado repeler todos los ataques de las tropas de Natera. Además contaba con varios miles de soldados frescos que habían llegado para reforzar su guarnición, la cual sumaba ahora cerca de doce mil hombres.¹³³

Otro de los motivos de la confianza de Medina Barrón era la buena moral de sus tropas. Aunque algunos de sus soldados eran conscriptos poco convencidos, otros eran voluntarios que se habían unido a las tropas de Huerta en la errada creencia de que iban a luchar por la independencia de México contra invasores estadounidenses. Muchos de ellos no sabían que combatían contra las tropas de Villa, y no de Estados Unidos. Otros eran orozquistas veteranos de muchas batallas, comandados por generales experimentados como Argumedo, que sabían que morirían si eran capturados.

Sin embargo cabe dudar que Medina Barrón todavía creyera en el plan original del ejército federal, cuyo objetivo había sido nada menos que la destrucción total de la División del Norte. Según uno de sus autores, el general federal Rubio Navarrete, la idea era agotar a las tropas de Villa durante varios días de intentos estériles ante Zacatecas. Cuando sus tropas estuvieran suficientemente debilitadas y desmoralizadas, se iniciaría la contraofensiva federal. La División del Bravo, apostada en el noreste de México, le cortaría a la División del Norte su retaguardia en Torreón, mientras quince mil soldados federales de refuerzo la atacaban, encerrándola en un movimiento de pinza entre las dos divisiones federales, y acababan con ella. Según Rubio Navarrete, esa estrategia quedó frustrada por la invasión estadounidense de Veracruz. No había armas para abastecer a los refuerzos federales en Aguascalientes, y la División

del Bravo tuvo que quedarse en reserva en la frontera con Estados Unidos, para el caso de una guerra entre los dos países.¹³⁴

Villa se dio cuenta de que la toma de Zacatecas requería una táctica diferente de la que había empleado en Torreón, y comisionó a Ángeles para trazar el plan de ataque.¹³⁵ Tras reconocer cuidadosamente los alrededores, Ángeles propuso una estrategia que, en esencia, consistía en que la División del Norte empleara a fondo su superioridad tanto en la artillería como en el número, para no verse forzada a un sitio prolongado. Las tropas atacantes rodearían la ciudad y la tomarían simultáneamente por todas partes. La artillería de la División del Norte se concentraría cerca de las baterías federales emplazadas en La Bufa y El Grillo para destruirlas o para revertir su fuego contra los federales, mientras la infantería tomaba ambos cerros. Contingentes muy fuertes de tropas revolucionarias se concentrarían en todas las salidas de la ciudad, especialmente cerca del pueblo de Guadalupe, situado en un camino que unía a Zacatecas con la ciudad de Aguascalientes. En esta ciudad había poderosos contingentes de federales y desde allí se esperaba que Pascual Orozco encabezara un gran destacamento de refuerzos. Era necesario impedir que esos refuerzos entraran y, sobre todo, evitar que la guarnición federal evacuara la ciudad como habían logrado hacer, por lo menos parcialmente, en Torreón. Villa aprobó el plan de Ángeles, que resultó brillantemente eficaz.

Los primeros contingentes de la División del Norte llegaron cerca de Zacatecas el 19 de junio, y en los días siguientes tuvieron lugar algunos combates aislados. Los revolucionarios tenían estrictas instrucciones de no atacar la ciudad, y sólo se produjeron escaramuzas con tropas federales que los hostigaban. Villa llegó el 22 de junio para comandar el sitio. “Lo vimos, como siempre, cariñoso y entusiasta, montado en un caballito brioso del general Urbina.”¹³⁶ En vez de permanecer tras las líneas para coordinar las operaciones, decidió encabezar él mismo una de las columnas atacantes.

El 23 de junio, a las diez de la mañana, los revolucionarios atacaron Zacatecas por todas partes a la vez. El objetivo más importante era tomar El Grillo y La Bufa, donde se concentraban las baterías de los federales. Una vez capturadas esas alturas, no sólo habrían eliminado a la artillería, sino que dominarían la ciudad. Fue en uno de esos cerros donde tuvieron lugar los combates más sangrientos. Medina Barrón había acudido personalmente a La Bufa para hacerse cargo de su defensa. Tal vez su presencia hizo que sus defensores presentaran mayor resistencia que los del cerro adyacente de El Grillo, el cual no pudo resistir a los ataques constantes de la infantería villista, apoyada por el fuego

devastador de veintinueve de los cañones de Ángeles, colocados alrededor de los dos cerros. Para la una de la mañana, El Grillo había caído. Entonces el pánico se apoderó de los federales. “Alrededor de la 1:00 p.m. empezamos a ver a los soldados federales corriendo por las calles en el mayor desorden”, informó el cónsul británico,

sin rifles de ningún tipo, y muy pronto corrió la noticia de que los villistas habían tomado El Grillo. A partir de esa primera derrota, el pánico pareció invadir al ejército federal, y soldados y oficiales que hasta ese momento habían luchado valientemente perdieron por completo la cabeza y no pensaron en nada más que en salvar sus vidas. Los hombres se metían en cualquier hoyo o rincón que podían encontrar, mientras cientos de ellos se desvestían en las calles, tiraban sus uniformes, rifles, carrilleras, etcétera. Los oficiales andaban a caballo recogiendo sus pertenencias, preparándose para la retirada, y es difícil imaginar la escena de enloquecido desorden que se produjo entonces en las calles de Zacatecas.

Mientras ocurría todo esto, en La Bufa se libraban combates terribles, pero finalmente los federales fueron también expulsados de esa posición, y llegaron en total confusión a la Plaza de Armas.¹³⁷

Mientras el pánico se apoderaba del ejército federal, una atmósfera muy distinta reinaba en el cuartel general de Villa donde éste almorzaba con Ángeles en una casa desde la que se dominaba la ciudad. Tal como la describe Ángeles,

mi asistente Baca nos trajo la comida que compartimos con el general Villa y con los oficiales que por ahí estaban.

Comimos alegremente, dentro de un caserón de techo acribillado por nuestras granadas. Nunca con más gusto he visto un destrozo semejante. Para hacer la digestión, Cervantes y yo salimos a dar un paseo.¹³⁸

Medina Barrón se había convencido para entonces de que Zacatecas era indefendible y ordenó a todas las tropas restantes que evacuaran la ciudad. Su plan era seguir el camino a Aguascalientes, donde podían unirse a los otros federales. Pero tropezaron con el obstáculo de los siete mil hombres de la División del Norte que Villa había situado en el pueblo de Guadalupe. “La columna federal en retirada que pasó por aquí debe haber estado compuesta de unos mil quinientos hombres, cuatro cañones y muchas ametralladoras”, escribió el cónsul británico,

Era una visión lamentable ver a esa gente, sólo unas horas antes respetada y contemplada con admiración por todos, dejar Zacatecas en tal confusión, hombres, mujeres y niños –las pobres soldaderas– corriendo tras ellos, cargando todo lo que tenían en el mundo sobre las espaldas. Muchos de los caballos transportaban hasta dos oficiales, y todos se aferraban a la última oportunidad de salvar la vida. Salieron de la ciudad bajo una lluvia de balas, pero como sólo tenían la posibilidad de escapar a través de Guadalupe y allí había siete mil rebeldes dispuestos a atacarlos, la pobre guarnición federal, que tan gallardamente había defendido la ciudad hasta un cierto momento, fue sencillamente masacrada. Dicen que entre aquí y Guadalupe el camino y los cerros estaban literalmente cubiertos de cadáveres.¹³⁹

En su desesperado intento por huir a través de Guadalupe, el ejército en retirada fue muy diezmado pero no aniquilado. Los sobrevivientes intentaron escapar de la ciudad por otros dos caminos, fueron rechazados dos veces y finalmente regresaron, como Ángeles describe, en “un último esfuerzo, desesperado, para lograr poder salir por donde primero lo intentaron, por Guadalupe, y presenciamos la más completa desorganización. No los veíamos caer, pero lo adivinábamos. Lo confieso sin rubor, los veía aniquilar en el colmo del regocijo”.¹⁴⁰ Para los habitantes de la ciudad y para los federales que quedaban, Zacatecas se convirtió en un infierno. “Cualquiera dotado de talento descriptivo”, dice el cónsul británico, que obviamente lo tenía,

habría hallado material para varios libros en lo que sucedió entre la 1:00 y las 4:00 p.m. de esa tarde y debo confesar que me hallaba completamente asustado y nervioso como un gato. Todos estábamos sentados en el piso de arriba de la casa del doctor donde, como usted sabe, casi todas las paredes son ventanas, hasta que nos resultó tan peligrosa, con las balas que entraban, que buscamos refugio abajo, en uno de los pequeños cuartos traseros.¹⁴¹

No era más que el principio de la ola de destrucción que barrió la ciudad y de la carnicería que iba a producirse. “No habíamos estado allí más de cinco minutos, cuando se oyó la más terrorífica explosión, que cimbró la casa hasta sus cimientos; la ventanita de la habitación donde nos encontrábamos estalló y quedamos cubiertos de polvo y desechos.” La explosión se debió a que el comandante federal ordenó la destrucción de su cuartel general, la “jefatura de armas”, donde se habían concentrado grandes cantidades de municiones. Según uno de los antiguos oficiales federales, un teniente coronel de caballería que

comandaba el depósito de municiones había cometido un acto de supremo heroísmo prefiriendo volar él mismo, con los revolucionarios que entraban en el edificio, antes que rendirse. Según ese oficial, su comandante era “ejemplo de pundonor y sacrificio, era como los viejos artilleros que se volaban la sien después de inutilizar sus cañones”.¹⁴²

Tanto el cónsul británico como los habitantes de Zacatecas veían las cosas de muy diferente manera.

Esto pasará a la historia como uno de los actos más cobardes y viles jamás cometidos por los federales, y es difícil creer que pudieran encontrar a un hombre de tan baja ralea y tan completamente carente de sentimientos como para hacer explotar esa mina justo en el corazón de la ciudad. Vimos al coronel Bernal (quien fuera jefe político) cabalgar en dirección a la Jefatura después de que la columna federal evacuó la ciudad, y más tarde se comprobó que él fue la bestia responsable de esta gran calamidad.

Toda la manzana de edificios empezando por la mitad del Banco de Zacatecas y hasta “La Palma” (que también está muy dañada) era un montón de ruinas. El Hotel de la Plaza, la casa de Nacho Flores y hasta donde se encuentra el Correo de México, en la acera contraria, están también tan dañados que los edificios probablemente tendrán que ser derruidos. Hay cientos de cuerpos enterrados en los escombros, ya que en el momento de la explosión gran número de soldados federales se hallaban todavía en la Jefatura y los rebeldes también entraban en gran número. Sobre la Botica de Guadalupe, toda la familia del licenciado Magallanes (doce o trece personas) voló en pedazos. Cuando pasé por allí a la mañana siguiente, en camino al Hotel Francis donde me habían llamado con urgencia, tuve que saltar materialmente sobre los cadáveres de personas y caballos de que las calles estaban llenas en todas partes; era espantoso. En la plaza, los muertos yacían por todos lados, en muchos lugares unos sobre otros.¹⁴³

Los que después de la explosión huyeron presas del pánico a sus casas pronto regresaron, víctimas de un temor aún mayor. “Hacia las 5:00 una lluvia de balas cayó sobre la ciudad, algo imposible de describir excepto comparándolo con una pavorosa granizada. Me dijo al día siguiente el general Almanza que en ese momento veinte mil rifles disparaban sobre la ciudad desde las alturas que rodean Zacatecas.”

En su descripción de la batalla, Ángeles muestra una extraña falta de piedad por la vida humana; se había regocijado de la matanza “desde el punto de vista artístico”. Pero esa dureza desaparecía cuando estaban en cuestión vidas humanas concretas. Poco después de la toma de Zacatecas, algunos revolucionarios empezaron a ejecutar prisioneros masivamente.

Ignacio Muñoz fue, como ya dije, uno de los oficiales federales que llegaron en vísperas de la batalla con los últimos refuerzos. Cuando la resistencia federal se desintegró, Muñoz abandonó su uniforme y se vistió de civil, con la esperanza de evitar que lo apresaran los revolucionarios. Su esperanza resultó vana; fue identificado por un oficial villista e incorporado a un convoy de prisioneros. Éste, que consistía en unos quinientos hombres, fue conducido a un cementerio cercano. Allí los soldados rasos fueron separados de los que tenían grados de cabo para arriba y habían ejercido algún tipo de mando en el ejército federal. Estos últimos aguardaban en fila a que los ejecutaran. “Unos hombres, seguramente jefes villistas, iban tomando por un brazo, por el chaquetín o el saco a los prisioneros y, a quemarropa, les descerrajaban un tiro en la cabeza. Si el herido daba señales de vida, lo remataban en el suelo y en seguida lo arrastraban, arrojándolo a los montones de cadáveres.”¹⁴⁴

Como las víctimas aztecas que esperaban al pie de la pirámide para ser sacrificadas, Muñoz esperaba su turno de morir.

Por algunos minutos debo haber perdido la noción del tiempo. Marchaba automáticamente; pensaba [...] en mi madre [...] en la novia de San Luis Potosí. Llegué a pensar hasta en la forma de huir, pero todas las posibilidades estaban en mi contra [...]

El sol agonizaba en Occidente. Sobre los lomos de los cerros lanzaba los últimos rayos de aquella tarde primaveral. Y los grupos seguían marchando [...]

De pronto, cuando faltaban unos cuantos hombres para que nos tocara el turno a Zárate y a mí, un galope de cabalgaduras se oyó a cierta distancia.

Un grupo de hombres se detuvo en la puerta del panteón. El general Felipe Ángeles venía a la cabeza, el sombrero texano café llevando el ala derecha levantada y sujeta por un cordón, seguido de un grupo de oficiales de su Estado Mayor [...]

Increpó duramente a los asesinos; condenó con energía ese vil asesinato y ordenó que los que aún quedábamos con vida fuéramos llevados a la estación, frente al *Pullman* que ocupaba como cuartel general.¹⁴⁵

La preocupación humanitaria de Ángeles y el respeto a lo que él consideraba las reglas de la guerra sin duda explican en buena medida su decisión de suspender la ejecución de los prisioneros. Sin embargo, también lo motivaban otros factores. Se rumoraba que entre los prisioneros se hallaba su sobrino, al que se proponía salvar por todos los medios.¹⁴⁶ Además, pensaba que podía utilizar a los prisioneros rescatados para fortalecer a la División del Norte y tal vez acrecentar su propia influencia en ella. Muñoz, su colega Zárate y otros prisioneros fueron alistados en las fuerzas villistas. Al principio se les degradó a soldados rasos, pero pronto, debido a sus conocimientos técnicos, muchos de ellos volvieron a ser oficiales.¹⁴⁷

La de Zacatecas fue en efecto la más sangrienta de todas las batallas de la revolución contra Huerta. Seis mil federales y mil constitucionalistas cayeron; tres mil federales y dos mil constitucionalistas quedaron heridos, y muchos civiles fueron también lesionados o asesinados.¹⁴⁸

En las calles de la ciudad solamente se habían recogido ochocientos cincuenta cuerpos; no sé el número de caballos pero deben haber sido varios cientos. Están quemando a los muertos en el camino entre Zacatecas y Guadalupe, y me dicen que le han dado al gobernador una estimación según la cual son tres mil los caídos en ese sector.¹⁴⁹

La difícil búsqueda de la paz

“Nunca seré presidente de México”, dijo el general Villa. “No fui a la escuela ni un día en toda mi vida, y no tengo educación suficiente para ese puesto. Mi abecedario fue la mira y el gatillo del rifle; mis libros fueron los movimientos del enemigo...”

New York Times, 31 de enero de 1914

LAS CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE ZACATECAS

La batalla de Zacatecas fue la mayor victoria obtenida por un ejército revolucionario en la campaña contra Huerta. A partir de ese momento, Villa parecía tener libre el camino a la ciudad de México. Los restos desmoralizados del ejército federal no eran rival para la triunfante División del Norte, cuya moral había crecido enormemente. Huerta se dio cuenta de que estaba derrotado y, pocas semanas después, renunciaría y huiría de México.

Sin embargo, Villa no logró ser el primer dirigente revolucionario que entrara en la capital. El obstáculo que se lo impidió no fue el ejército federal, sino Estados Unidos y su antiguo aliado, Carranza.

En un intento desesperado por detenerlo, Carranza bloqueó todos los envíos de carbón a la División del Norte. Dado que las principales minas carboníferas de México se hallaban en Coahuila, territorio que Carranza controlaba, Villa se encontró en una situación muy difícil, sin combustible para llevar sus trenes militares hacia el sur. Pero no fue el mayor impedimento con que topó, ya que podía comprar carbón en Estados Unidos. El verdadero problema fue que el gobierno de Wilson bloqueó todos los envíos de armas a México en los días que siguieron a la invasión de Veracruz.

Ese embargo de armas formaba parte de la estrategia que los gobiernos estadounidenses habían seguido y continuarían siguiendo a partir del momento en que estalló la revolución mexicana. Consistía en regular el derecho de comprar armas en Estados Unidos como medio de influir sobre los acontecimientos en México y ayudar a una u otra facción. En 1910-1911, el gobierno de Taft había rechazado las peticiones del de Díaz de prohibir la venta de armas a los maderistas. En 1912, para impedir que Orozco derrocar a Madero, Taft había decretado un embargo de armas contra todas las facciones revolucionarias. Wilson mantuvo ese embargo en los primeros meses tras el golpe de Huerta, cuando aún esperaba que éste renunciara a favor de un candidato conservador, como el secretario de Relaciones Exteriores, al cual él podría apoyar. Sólo tras su ruptura con Huerta, Wilson trasladó sus simpatías a los constitucionalistas: primero les facilitó el contrabando de armas y luego, en febrero de 1914, revocó el embargo y les permitió comprar cantidades ilimitadas de armas y municiones. Esta decisión fue recibida con entusiasmo por Villa, quien declaró que Wilson “era el hombre más justo del mundo. Todos los mexicanos lo apreciamos [...] Nosotros [los villistas] consideraremos a Estados Unidos como nuestro amigo”.¹ Cabe dudar que ese entusiasmo siguiera incólume cuando supo por el enviado especial de Estados Unidos, Carothers, las razones del renovado embargo: le dijeron que se debía a las agresivas declaraciones antiestadounidenses de Carranza y que, si los constitucionalistas modificaban su conducta, Estados Unidos a su vez cambiaría de política.² ¿Por qué, debe haberse preguntado, se le incluía en el embargo a él, que se había negado a secundar los pronunciamientos de Carranza?

Aún debió desconcertarse e indignarse más cuando se enteró, poco después, de que el gobierno de Wilson levantaba parcialmente el embargo, pero sólo a favor de Carranza: se permitió que llegaran envíos limitados de armas estadounidenses al puerto de Tampico, controlado por la facción carrancista, pero no que pasaran armas por la frontera hacia el territorio de Villa. Éste intentó entonces presionar a Wilson, aunque no tomó ninguna medida antiestadounidense; dijo que su ejército se retiraría a Chihuahua y sólo podría continuar sus operaciones contra Huerta “cuando el gobierno estadounidense permita la importación de todos los materiales a las aduanas que se hallan bajo el control de nuestras fuerzas en el estado de Chihuahua”.³ Villa obviamente pensaba que, como Wilson quería que Huerta fuera derrotado lo antes posible, podía levantar el bloqueo para permitirle proseguir su campaña. Al mismo tiempo, intentó disipar el temor de que esa medida pudiera conducir a una nueva

guerra civil entre sus fuerzas y las de Carranza. “Por mi parte juro de la manera más solemne”, le escribió a Wilson, “que no estoy bajo la influencia de ninguna ambición personal en esta lucha [...] Juro también que no tenemos intención de combatir contra las fuerzas adictas al señor Carranza, que luchan por los mismos ideales y aspiraciones. Sólo nos defenderemos en caso de ser atacados.”⁴

A pesar de todo, el gobierno estadounidense se negó a levantar el bloqueo, y Villa detuvo su avance sobre la ciudad de México.

Los motivos del gobierno de Wilson aún se discuten encarnizadamente. ¿Por qué bloqueó todas las ventas de armas a la única facción que había apoyado su ataque contra Veracruz, mientras levantaba el embargo contra Carranza, que había condenado de manera tan vociferante la intervención? Según una interpretación, el gobierno estadounidense, preocupado por la naturaleza popular del villismo, prefirió apoyar a Carranza. Esto parece dudoso, ya que pocos meses después se levantó el embargo contra Villa y no volvió a imponérsele durante la guerra civil entre él y Carranza. Es más probable que, tras la vehemente protesta de Carranza contra la invasión de Veracruz, Wilson se convenciera de que no había forma de controlar realmente a ninguna facción en México y de que la única forma de ejercer influencia era impedir que cualquier facción se volviera hegemónica y, por tanto, enfrentar a unas contra otras. Ésa fue probablemente la razón principal por la que Estados Unidos intentó durante un tiempo salvar los restos del establishment federal y crear un gobierno de coalición que reuniera a los residuos del huertismo, a Carranza y a Villa, lo cual no era posible si Villa derrotaba decisivamente a Huerta y hacía a un lado a Carranza.⁵ Además, el avance de Villa hacia el sur podía conducir a una guerra civil entre los revolucionarios antes de que Huerta fuera definitivamente vencido, y esto también habría sido contrario a las intenciones de Wilson.

Villa tenía en ese momento varias opciones. La primera era retirarse de la lucha revolucionaria, consolidar su dominio sobre Chihuahua y Durango, y resistir cualquier intento de Carranza o de otra facción por sacarlo de su feudo. Esa posibilidad estaba repleta de riesgos. Si Carranza dominaba el resto del país y su gobierno era reconocido por Estados Unidos, lo que le daría el derecho exclusivo de comprar armas, sería imposible mantener el control sobre Chihuahua y Durango. Villa nunca trató de llevar a la práctica esta alternativa.

La segunda opción era muy distinta. Villa podía intentar hacer un trato con el ejército federal para apoderarse de sus armas y posiblemente reclutar para la División del Norte a un gran número de sus hombres. Durante un breve tiempo, consideró muy seriamente esta posibilidad.

Dado que el ejército federal se arrastraba tambaleante tras sus sucesivas derrotas y después de la ocupación estadounidense de Veracruz, estaba claro para el establishment conservador de la ciudad de México que nunca alcanzaría la victoria. Sin embargo, aún tenía esperanzas de repetir su exitosa estrategia de 1911 cuando, a pesar de las derrotas militares, había salvado en las negociaciones tanto al ejército como a gran parte de la burocracia federal. Tales esperanzas parecen hoy ilusorias. No sólo las fuerzas federales habían sufrido esta vez derrotas mucho mayores que en 1911, sino que, a diferencia de entonces, en 1914 el gobierno de Estados Unidos parecía absolutamente opuesto al régimen de Huerta. A pesar de todo, los conservadores ponían sus esperanzas en las divisiones que había entre los revolucionarios y en el enfriamiento de sus relaciones con el gobierno de Wilson tras la invasión de Veracruz.

Primero enfocaron sus esfuerzos en Estados Unidos. Después de la invasión de Veracruz, Wilson había propuesto una comisión que mediara en la disputa entre los dos países. Debía incluir representantes de Estados Unidos, de los mayores y más importantes países de América del Sur –Argentina, Brasil y Chile–, que actuarían como mediadores, del gobierno huertista y de los constitucionalistas. La conferencia, a la que estos últimos se negaron a asistir, se llevó a cabo en las Cataratas del Niágara. Los delegados de Huerta sugirieron un plan para crear un gobierno neutral, a lo que Wilson se opuso terminantemente porque sabía que los revolucionarios nunca lo aceptarían y que sólo podría imponerlo por la fuerza. Sin embargo, ideó un plan distinto, que aún habría permitido a los conservadores retener cierta influencia en el país. Consistía en un armisticio que, por lo menos a corto plazo, habría implicado la preservación del ejército federal. Se nombraría un presidente provisional, que debía ser un constitucionalista, pero no Villa ni Carranza, y que llevaría a cabo elecciones presidenciales. Compartiría su autoridad con “una junta de tres personas, aceptables para los revolucionarios, pero una de las cuales sería un conservador, no activamente identificado con la revolución mexicana”.⁶

Pero los constitucionalistas rechazaron con firmeza cualquier plan de armisticio con el gobierno federal, y Carranza insistió en una rendición incondicional y absoluta.

Conforme los revolucionarios continuaban su avance sobre la ciudad de México, Huerta, temiendo por su vida, renunció el 15 de julio, huyó del país y nombró en su lugar, como presidente provisional, al presidente de la Suprema Corte, Francisco Carvajal. Éste había sido uno de los negociadores que, en 1911, lograron el pacto entre Madero y las autoridades porfirianas en Ciudad Juárez.

Esta vez, Carvajal esperaba explotar los crecientes conflictos entre los revolucionarios. Primero intentó llegar a un acuerdo con Carranza. Sus mensajeros le sugirieron firmar un armisticio, y convocar al viejo Congreso maderista que Huerta había disuelto, para que eligiera un nuevo presidente provisional y declarara una amnistía universal. Carranza también rechazó tajantemente esta propuesta e insistió en exigir la rendición incondicional.⁷

El fracaso del plan de Carvajal no puso fin a los intentos del alto mando del ejército federal por asegurarse la supervivencia institucional. Pocos días después de la negativa de Carranza, el general Refugio Velasco, comandante de las fuerzas federales, le ofreció sus servicios. Implícitamente, dio a entender que si Carranza no aceptaba, las tropas federales le permitirían al ejército de Zapata, que era el más cercano, ocupar la capital. También empezaron a circular en la ciudad de México rumores de que los comandantes federales consideraban la posibilidad de llegar a un acuerdo para incorporarse a la División del Norte.⁸ Esos rumores no carecían de fundamento. De hecho, un emisario del presidente Carvajal le había ofrecido la rendición de su ejército al gobernador de Sonora, Maytorena, quien rehusó, pero le transmitió el asunto a Villa: envió al mensajero federal a Chihuahua, junto con su confidente Piña. Villa recibió al enviado, el ingeniero Juan Hernández, cuyo padre había comandado las fuerzas federales en Chihuahua durante la revolución maderista de 1911. Según Piña, que estaba presente, Villa se mostró al principio muy receptivo ante las sugerencias de Hernández. Hay diferentes versiones sobre lo que los federales le pedían a cambio de rendírsele. Según Piña, era solamente que se les perdonara la vida a los oficiales y soldados.⁹ Según otras versiones, querían mucho más, y esperaban integrarse a la División del Norte bajo el mando de Ángeles;¹⁰ Villa habría llegado a algún tipo de arreglo con el representante federal y habría ordenado que se le enviara un telegrama a Carvajal en que le pedía que continuara en el cargo y rechazara cualquier trato con Carranza.

Pero Villa pronto empezó a dudar. Aceptar la rendición de las tropas federales le planteaba grandes problemas logísticos, estratégicos, militares y políticos. Su ejército se hallaba concentrado en el norte, separado por cientos de kilómetros de la ciudad de México, donde se encontraba el grueso de las fuerzas federales, y también se interponían las tropas del Ejército del Noreste, leales a Carranza. Para aceptar la rendición de los federales debía enfrentarse con sus compañeros revolucionarios. Los federales podían avanzar hacia el norte y él hacia el sur, o ambos ejércitos podían atacar simultáneamente a Pablo González. Villa consultó con Ángeles, que se opuso firmemente al pacto diciendo que “nuestros

adversarios (los carrancistas) y los revolucionarios en general podrían interpretar el hecho de pactar con los huertistas, en la forma en que se pretendía, como una traición a la causa”. Villa vacilaba, diciendo que si no firmaba el acuerdo, Carranza lo haría y utilizaría a las tropas federales contra él. Finalmente, mandó cancelar el telegrama que ya había sido enviado. El mensajero federal regresó a la ciudad de México con las manos vacías.¹¹

Es interesante considerar que existía otra posibilidad de acuerdo pacífico con el ejército federal que Villa nunca examinó: la rendición de las fuerzas federales a Zapata, cuyo ejército era después de todo el que más cerca se hallaba de la ciudad de México y que, en teoría, podía aceptar esa rendición. Tal vez porque aún no había llegado a un acuerdo con Zapata, Villa no veía razón para permitirle ocupar la capital; tal vez estaba convencido de que el ejército federal, que había librado una guerra sangrienta contra los campesinos de Morelos, consideraba a los zapatistas como sus más mortales enemigos, y no se les habría rendido.

El temor de Villa de que la rendición del ejército federal fortaleciera mucho a Carranza y de que éste llegara a algún tipo de acuerdo no carecía de bases. Pocos días después de que Villa rechazó la oferta de Carvajal, Obregón firmó los tratados de Teoloyucan con los comandantes federales: debían entregar todas sus armas y pertrechos a los carrancistas y, aunque en última instancia serían totalmente desmovilizadas, las tropas federales debían proveer efectivos para la defensa de la ciudad de México contra los zapatistas, hasta que los carrancistas las remplazaran. El 15 de agosto de 1914, las tropas de Obregón entraron triunfalmente en la ciudad de México.

LA CONTRAOFENSIVA POLÍTICA Y MILITAR DE VILLA

Con Carranza fortalecido por la ocupación de la capital, a Villa sólo le quedaban dos opciones, si no quería permanecer aislado y marginado en su reducto norteño: recurrir a la política o librar una especie de guerra vicaria en Sonora.

La salida política consistía en elaborar un programa nacional que convenciera a los estadounidenses de que no quería el poder nacional para sí, de que estaba en favor de la paz y de que apoyaba fervientemente la reforma agraria, aunque al mismo tiempo respetaba el principio de la propiedad privada. Este programa también estaba dirigido a todos los enemigos de Carranza dentro del movimiento revolucionario, a todos los caudillos que no estaban afiliados a ninguna facción y

a los generales carrancistas, para crear una gran coalición nacional anticarrancista.

En una larga conversación con uno de los representantes especiales de Woodrow Wilson en México, Paul Fuller, Villa describió su plan nacional. En su informe al presidente estadounidense, Fuller, muy impresionado, escribió: “Villa es un hombre extraordinariamente tranquilo, amable en sus maneras, que habla en voz baja y lentamente, de expresión sincera y ocasionalmente emocional, pero siempre moderada, con un fondo de tristeza sin [...] ninguna manifestación externa de vanidad o suficiencia”. Fuller pensaba que Villa tenía mucho miedo de lo que Carranza iba a hacer con México. “Expresó entonces su temor de que la lucha por la regeneración constitucional termine en desorden y en la sustitución de los amos del antiguo régimen, desplazados a costa de cuatro años de guerra y derramamiento de sangre, por un nuevo amo.”¹²

En esa conversación con Fuller, Villa esbozó un programa social y político que en su opinión transformaría al país y garantizaría la paz entre las facciones revolucionarias. La piedra de toque de ese programa social era la reforma agraria. “La opresión del trabajador por esos ricos terratenientes es inhumana”, insistió, y procuró tranquilizar al enviado estadounidense respecto a que no tenía la intención de apoderarse simplemente de las propiedades de los ricos. “No haremos confiscaciones; el gobierno tomará las tierras para el bien público y dará indemnizaciones justas; pagará a los propietarios la valuación que se les ha fijado con fines fiscales; si insisten en que la nueva valuación que ahora defienden es la verdadera, tendrán la opción de pagar impuestos retroactivos sobre el valor real, que hasta aquí habían ocultado.”

En los planes agrarios de Villa, sus soldados desempeñaban un papel especial. Le dijo a Fuller que tenía bajo su mando a veintisiete mil hombres.

Desbandarlos y dejarlos a la deriva sería una crueldad para con ellos y un perjuicio para la comunidad. La mayoría tendría dificultades para encontrar un trabajo remunerado; en el mejor momento sus salarios no eran suficientes ni para la supervivencia más frugal; el desempleo crearía tensión, alimentaría hábitos de indolencia y acabaría con el alto espíritu de servicio y respeto por sí mismos que la oportunidad patriótica y la estricta disciplina militar les han dado.

Villa reiteró su intención de crear colonias militares, “dándole a cada uno una parcela de tierra sobre la base de alguna ley de tierras de colonización, que les

exigiría utilizarla para llegar a adquirir el título de propiedad, o poniéndole un precio, pagadero en pequeñas cantidades anuales con un plan de amortización. Durante un tiempo quedarían sujetos a la disciplina militar, con unas horas diarias de instrucción y entrenamiento, para mantener el espíritu de obediencia y de servicio público”.

La solución política que Villa proponía para resolver los conflictos a corto plazo entre las facciones revolucionarias y para crear una nueva estructura política consistía en recrear el estado mexicano desde abajo. “Él y la mayoría del partido constitucionalista sólo insisten en que se proceda de inmediato a la elección de funcionarios municipales, estatales y federales.”¹³ En posteriores declaraciones, Villa dejaría claro que las elecciones municipales y estatales debían preceder a las federales. Esto haría muy difícil para el gobierno central imponer sus candidatos, como había hecho en el pasado.

El programa de Villa les ofrecía a Wilson, a las otras facciones dentro del movimiento revolucionario –incluidas las que le eran leales a Carranza– y a las fuerzas populares buena parte de lo que querían oír y de lo que esperaban de la revolución.

Wilson había declarado que quería una combinación de elecciones democráticas y reforma agraria, pero también respeto a la propiedad privada. El programa de Villa preveía todo eso. Habría elecciones en todos los niveles, y los latifundios serían repartidos, pero no habría expropiaciones ya que los dueños tendrían la opción de pagar los enormes impuestos retroactivos que debían al estado sobre la base de una verdadera valuación de sus bienes. Por ejemplo, el valor de las propiedades de Terrazas establecido para fines fiscales era de un millón setecientos mil pesos, mientras que su valor real ascendía a cincuenta millones. Dado que era probable que las valuaciones fiscales de otros terratenientes hubieran sido calculadas de la misma manera, el gobierno tendría pocos problemas para apropiarse las tierras y a la vez conservar la ficción de un respeto absoluto a la propiedad privada. Y, al insistir constantemente en que la respetaba, Villa calmaba el temor a que aplicara los mismos principios a los terratenientes estadounidenses en México.

A las demás facciones del movimiento revolucionario, Villa les ofrecía el control *de facto* de sus respectivas regiones. Dado que las elecciones locales y regionales se celebrarían antes que las nacionales, no habría una autoridad central que supervisara la calidad y honestidad de las primeras. En las regiones en que las fuerzas populares tenían el control, como Morelos, cabía esperar que se harían auténticas elecciones populares. En otras regiones, donde los caudillos

habían asumido el poder, ellos tendrían el control. Este plan era de hecho un reconocimiento del statu quo militar, en que cada facción ejercía el control sobre su propia región. También implicaba que el gobierno central emanado de esas elecciones tendría que contar con la aprobación de todas las facciones y sería de hecho extremadamente débil.

Aparte de la descentralización, el incentivo más poderoso para que las fuerzas populares se le unieran o permanecieran en su campo era la insistencia de Villa en la reforma agraria. Sin embargo, en las posteriores formulaciones de su programa, dejó generalmente el tipo, la cantidad y la estructura de la reforma a criterio de las diferentes regiones, es decir, al de cada facción revolucionaria.

Este programa, cuyos pilares principales eran la autonomía regional, la debilidad del gobierno central y la reforma agraria, constituiría la base de todas las futuras negociaciones de Villa con otras facciones. Una y otra vez insistiría en que no quería ser presidente de México y en que estaba genuinamente de acuerdo con todas las iniciativas para llevar a ese cargo a un hombre neutral y tal vez incluso a un carrancista (aunque no al propio Carranza).

Aunque este programa era la tercera opción de Villa (junto a la posibilidad de retirarse o de negociar con el ejército federal) y fue en efecto lo que ofreció a las demás facciones, se le presentaba una cuarta opción, de naturaleza muy distinta, que consistía en librar una guerra indirecta en Sonora, uno de los principales bastiones del movimiento carrancista, y cuya finalidad sería forzar a Carranza o a sus lugartenientes a pactar con él a escala nacional. Tras la ruptura con Carranza, Villa no sólo alentó abiertamente a Maytorena para que tomara el control del estado de Sonora, sino que fue un paso más allá. Cuando Carranza decidió enviar a sus tropas para someter a Maytorena, cuyas fuerzas no llegaban a los dos mil hombres, Villa declaró inequívocamente que, si lo hacían, entraría también en Sonora. Carranza desistió, y el conflicto regional, en el que estaban implicados menos de dos mil hombres por bando, se volvió súbitamente central para la revolución mexicana. Con ayuda de los indios yaquis, Maytorena pronto logró dominar la mayor parte del estado, y las tropas leales a Carranza, encabezadas por Plutarco Elías Calles y Benjamín Hill, se vieron forzadas a retirarse a un estrecho corredor junto a la frontera con Estados Unidos.

Para los carrancistas, Sonora tenía una importancia enorme. Era la región de origen de algunos de sus líderes más importantes, sobre todo de Obregón. De allí derivaba su fuerza y de allí procedía un número desproporcionado de sus soldados y oficiales.

La situación de Sonora fue uno de los principales factores que llevaron a los generales carrancistas a la mesa de negociaciones con Villa. No fue el único. Carranza y Villa consideraban irreconciliable su ruptura, pero la inmensa mayoría del pueblo mexicano y de los ejércitos revolucionarios no deseaba la guerra. El conflicto entre ambos sólo había salido a la luz en junio de 1914 y, aparte de algún pleito sobre la estructura del ejército, no parecía haber verdaderas diferencias ideológicas. Además, cada uno de los bandos necesitaba convencer a los estadounidenses de que quería la paz.

A fines de junio de 1914, los jefes de la División del Noreste, a pesar de que eran los más cercanos a Carranza, les sugirieron a Villa y sus generales que organizaran una conferencia en Torreón para llegar a algún tipo de acuerdo. Advertían a Villa que “en estos momentos solemnes de la Patria en que todo el mundo tiene sus ojos fijos sobre nosotros, sería un crimen dividirnos”. Sólo el ejército federal al que habían vencido en el campo de batalla se beneficiaría de esa escisión.¹⁴

Villa aceptó, y el 5 y 6 de julio, se reunieron en la ciudad de Torreón ocho representantes, cuatro por cada división. Firmaron un acuerdo, ratificado por ambos ejércitos, que se refería a las causas inmediatas de discordia entre Villa y Carranza, a la naturaleza del régimen posrevolucionario y a la solución a largo plazo de los problemas del país. Para el corto plazo, se acordaba que Villa reconocería a Carranza como Primer Jefe de la revolución y Carranza a su vez reconocería el mando de Villa sobre la División del Norte y daría a cada comandante militar amplia libertad en cuanto a la forma de llevar su campaña. Los delegados también pedían a Carranza que reiniciara las entregas de carbón y municiones a la División del Norte.

Este pacto implicaba una especie de armisticio. Los delegados decidieron, con todo, no ir más allá. En cuanto el ejército federal quedara derrotado, el Primer Jefe convocaría una convención de dirigentes para determinar el futuro de la revolución. Sólo las fuerzas revolucionarias estarían representadas en esa convención, con un delegado por cada mil soldados. Sin embargo, no serían los soldados sino los jefes militares quienes seleccionarían a los delegados. Así, Carranza quedaba claramente subordinado a la autoridad de los ejércitos revolucionarios. Como contrapeso a esta supremacía de los militares, el acuerdo estipulaba que ninguno de ellos sería elegido a la presidencia de México. Además, señalaba que una de las primeras tareas del presidente interino sería organizar elecciones presidenciales y locales en todo el país.

El acuerdo también contenía una declaración un tanto ambigua sobre la situación en el estado de Sonora. Por una parte, subrayaba que debía ser respetada la autoridad de Maytorena como gobernador. Por otra, sugería que éste debía renunciar, si tal era el interés de la paz. La resolución final de la conferencia terminaba con un claro llamado a la reforma social y económica, ausente en el Plan de Guadalupe de Carranza.

Las Divisiones del Norte y el Noreste, comprendiendo que la actual es una lucha de los desheredados contra los poderosos, se comprometen a combatir, hasta que desaparezca por completo, al ejército exfederal, sustituyéndolo por el Ejército Constitucionalista; a implantar el régimen democrático en nuestro país; a castigar y someter al clero católico romano, que ostensiblemente se alió a Huerta, y a emancipar económicamente al proletariado, haciendo una distribución equitativa de las tierras y procurando el bienestar de los obreros.¹⁵

Aunque este plan proporcionaba un verdadero proyecto detallado, tanto para una tregua temporal como para el futuro de México, ni Carranza ni Villa estaban dispuestos a atenerse a él.

Mediante una astuta maniobra política, Carranza se había asegurado de poder circunvenir todas las cláusulas del pacto con las que no comulgaba. Los delegados de la División del Noreste habían acudido a la conferencia con su venia, pero no como sus enviados oficiales, de manera que no se comprometía con el pacto que habían firmado y pronto lo dijo abiertamente. Aunque aceptaba la idea de una convención, afirmó con toda claridad que se proponía determinar en buena medida su composición y, con ello, impedir que una mayoría de jefes militares hostiles la dominaran. Tampoco se sentía comprometido con la agenda social y económica que la conferencia había propuesto, ya que consideraba que ésta no tenía derecho de fijar el programa de la revolución. Aunque estaba de acuerdo en teoría con las concesiones prácticas que los delegados sugerían, nunca le envió a Villa las municiones, las armas y el carbón prometidos.¹⁶

Tal vez porque preveía la reacción de Carranza, tal vez porque pensaba que tenía un plan mejor para el país, Villa tampoco se sintió obligado por las resoluciones de la conferencia. Ninguno de los tres representantes de pleno derecho que envió era miembro de su círculo íntimo. Dos de ellos, Manuel Bonilla y Miguel Silva, eran destacados intelectuales maderistas, y el tercero, el general José Isabel Robles, no era realmente cercano a él. El único miembro de

la delegación que en cierta forma estaba próximo a Villa era el que no tenía voto: Roque González Garza, un coronel con poca influencia en la División del Norte.

Pocos días después, Villa trató de convencer a Maytorena de que, a pesar de lo acordado en la conferencia, él no estaba en absoluto dispuesto a sacrificarlo. Un emisario de Villa y Ángeles le aseguró al gobernador que “Respecto de las conferencias que se celebraron recientemente en Torreón, relacionadas con el conflicto Villa-Carranza, así como de sus resultados, ellos mandan decir a usted conmigo, que éstas sólo tuvieron por objeto aparentar ante el extranjero que entre Villa y Carranza no existen divisiones, siendo el objeto verdadero el de prepararse para eliminar a Carranza radicalmente mediante un plan bien estudiado y ramificado”.¹⁷

Este plan representaba que Villa cambiaba su estrategia sureña por lo que podríamos llamar una estrategia occidental o sonorenses. Lo notable es que, en muchos sentidos, Villa y Ángeles querían tomar en Sonora medidas que pocas semanas después Carranza pondría en práctica en la ciudad de México.

La primera parte del plan consistía en aceptar la oferta de rendición que le había hecho a Maytorena el comandante de la única guarnición federal que quedaba en el estado de Sonora, atrincherada en Guaymas. En negociaciones secretas con los comandantes federales, Piña, hombre de confianza de Maytorena, fijaría los términos de la rendición, pero oficialmente nada se diría de tales negociaciones. Maytorena mismo debía ir a Guaymas, asumir la dirección de las tropas sitiadoras, personalmente llamarlas al ataque contra la guarnición federal y prepararlas para el combate. Sólo entonces, aceptaría la rendición de las tropas federales. Obviamente daría la impresión de que el ejército federal había capitulado ante la superioridad de sus fuerzas y con ello crecería su prestigio. Con sus tropas ya libres, procedería hacia el norte, atacaría a las unidades carrancistas que quedaban y encarcelaría a sus jefes.

Una vez en completo control de Sonora, Maytorena debía patrocinar una conferencia de “varios de los gobernadores que han sido depuestos por Huerta y eliminados por Carranza, con el fin de estudiar y firmar en unión de usted un manifiesto que debe lanzarse a la nación y circularse profusamente en el extranjero, por medio del cual se desconocerá a Carranza como Primer Jefe. Se convocará a los elementos genuinamente revolucionarios, para que manden representaciones a una convención cuyo objeto primordial será designar la persona con quien deba sustituirse a Carranza”. La División del Norte daría todo su apoyo militar a las decisiones de la convención, y Villa y Ángeles proponían enviar cinco o diez mil hombres para reforzar a Maytorena en Sonora¹⁸ e

insistían en que “se ha estimado más conveniente que sea el elemento civil el que inicie el formal desconocimiento de Carranza, para que así no aparezca que los militares han dado un golpe de estado”.¹⁹

Aunque sí se llevó a cabo la primera parte del plan, es decir la rendición de los federales de Guaymas ante Maytorena, la segunda y la tercera –la convocatoria de una convención anticarrancista en Sonora y la llegada de tropas villistas al estado– nunca se cumplieron.

Si bien no hay datos sobre las razones por las que el plan fracasó, es probable que a Maytorena no le produjera mucho entusiasmo. La última cosa que quería era que tropas externas ocuparan su estado, lo que habría implicado una importante reducción de su poder y autoridad. Además, no las necesitaba: tras la rendición de Guaymas, tenía bajo su control, de hecho, la mayor parte de Sonora, y las tropas leales a Carranza estaban confinadas a unas pocas ciudades nortenas, en la frontera con Estados Unidos. Por añadidura, nunca le interesó apropiarse del poder nacional.

Ante el fracaso del plan, Villa empezó a darse cuenta de que Maytorena no era un peón en sus manos sino que, en realidad, lo estaba utilizando tanto como él lo utilizaba. Esta conciencia puede haber suscitado el breve pero drástico cambio de actitud que tuvo Villa respecto de su aliado a raíz de una segunda reunión con los carrancistas, al parecer más importante que la primera. Esta vez, Villa participó personalmente; también lo hizo Álvaro Obregón, el más destacado de los generales carrancistas y el que más tenía que perder si Maytorena asumía el control de Sonora; el grueso de las fuerzas con que contaba eran sonorenses; si se le privaba de su *hinterland*, quedaría muy debilitado y, de hecho, dependería completamente de la buena voluntad de Carranza.

UN ENFRENTAMIENTO DRAMÁTICO: PANTHO VILLA Y ÁLVARO OBREGÓN

Obregón recurrió entonces a un expediente desesperado que muchos de sus partidarios consideraron propio de un lunático, ya que se puso completamente a merced de Villa. Decidió visitar al león en su guarida y, con una pequeña escolta de no más de veinte hombres, viajó a la ciudad de Chihuahua. Al principio Villa no se tomó la entrevista muy en serio, pensando que se trataba del mismo tipo de farsa, destinada principalmente al consumo del público nacional y extranjero, que habían sido para él las conferencias de Torreón.

Aunque acogió calurosamente a Obregón con una gran guardia de honor, lo invitó a alojarse en su casa y le envió un telegrama a Maytorena pidiéndole que

suspendiera las hostilidades contra las tropas de Carranza, sus verdaderas intenciones no eran tan amistosas. Cinco días después de haberle pedido a Maytorena que suspendiera los combates en Sonora, le envió un cable privado en que le decía exactamente lo contrario. “No haga usted caso de mis telegramas ni suspensión hostilidades, pues han sido puestos en vista de las circunstancias especiales.” Le prometía a Maytorena su “apoyo incondicional”, le ofrecía armas y le recomendaba: “recupere de los usurpadores las demás plazas que están en su poder [...] Proceda usted con toda energía en contra de enemigos orden”. Villa terminaba asegurándole al gobernador sonorense que la misión de Obregón no modificaría su actitud respecto a lo que ocurría en su estado. “Hoy llega a ésta el general Obregón quien viene con pretensiones de que lo acompañe a Sonora a arreglar conflicto que ellos han provocado; pero esté usted seguro de que no me acompañaré de él y, en caso de ir, iré solo, pues deseo que las cosas se arreglen como sea de justicia, y esto sólo conseguiráse eliminando por completo a los elementos que tan injustificadamente han hostilizado y siguen hostilizando al Gobierno de usted.”²⁰

Así tranquilizado por Villa, Maytorena no sólo no detuvo las hostilidades, sino que puso sitio a la ciudad fronteriza de Nogales, donde se concentraba el grueso de los partidarios de Obregón, encabezados por Calles.

Al día siguiente de su segundo mensaje, la actitud de Villa respecto del problema sonorense cambió radicalmente. Decidió acompañar a Obregón en una misión a Sonora para lograr un pacto que evitara el total control de Maytorena y la completa eliminación de las fuerzas de Obregón. La causa de esta metamorfosis no fue tanto el proverbial encanto de Obregón, como sus ofrecimientos: había esbozado el tipo de acuerdo a que estaba dispuesto a llegar y había prometido apoyar a Villa en su intención de impedir que Carranza llegara a presidente de México.

A sugerencia de Obregón, Villa organizó una reunión con Maytorena y sus dos principales comandantes, los jefes yaquis Urbalejo y Acosta. En ese encuentro, Obregón empleó contra Maytorena todas sus habilidades retóricas. “Suplico a usted que aquí, en presencia del señor general Villa y de estos otros señores”, dijo Obregón, según relata en sus memorias, “[...] se sirva hacerme todos los cargos que tenga en mi contra, usted, como gobernador del estado.” Le pidió a Maytorena que mostrara los telegramas o cualquier otra prueba de que había incitado a sus seguidores a no reconocerlo como gobernador. Dado que Maytorena no ofrecía tales pruebas, Obregón le preguntó “cómo era que me llamaba traidor, si no tenía ningún cargo en mi contra”.

Maytorena permaneció en silencio. Entonces intervino Villa en la conversación: “Conteste, señor gobernador”, le dijo. Maytorena respondió: “Yo tengo la costumbre de no poder contestar luego las preguntas que se me hacen”.²¹

El silencio de Maytorena ciertamente no se debía a que no pudiera presentar cargos contra Obregón, quien, después de todo, había apoyado a Calles en sus intentos por deponerlo. Se debía probablemente a que estaba desconcertado, confuso, y no sabía cómo entender aquella reunión. Sólo cinco días antes, Villa le había dicho que no acompañaría a Obregón en su misión de paz y que no haría caso de ninguna oferta suya. Conforme la reunión avanzaba, el gobernador sonorense se iba sintiendo cada vez más inseguro, al ver que Villa no le daba el “apoyo incondicional” que le había prometido. Todas sus esperanzas de que aquello no fuera más que una farsa se desvanecieron cuando Obregón sugirió un pacto y Villa afirmó tajantemente: “Si no se arreglan, será porque usted no quiera... ¡Con las proposiciones que le está haciendo Obregón!”²²

Ante la presión, Maytorena firmó un acuerdo que tenía, a primera vista, todas las características de una verdadera solución intermedia: él reconocería a Obregón como su comandante en jefe, y éste lo nombraría comandante de todas las fuerzas militares del estado, incluidas aquellas contra las que había estado combatiendo.

Era un compromiso que satisfacía a Villa y a Obregón, pero que ninguno de los bandos en combate deseaba realmente. Para Maytorena, significaba perder su independencia. Dado que ahora estaba subordinado a Obregón, ¿qué le impediría a su comandante en jefe deponerlo? Tal era en realidad la intención de Obregón. “Yo ni por un momento llegué a suponer”, escribió en sus memorias, “que las dificultades habían quedado solucionadas con nombrar comandante militar del estado de Sonora a Maytorena; pero sí creí que podría evidenciarlo al darle órdenes que se resistiría a cumplir, y lo cual me autorizaría para destituirlo del mando.”²³ Maytorena había esperado derrotar completamente a sus oponentes en el estado y, con el apoyo de Villa, para entonces se veía forzado a suspender todas las operaciones contra ellos. El hecho de que se hallaran nominalmente bajo su mando significaba muy poco, pues Obregón podía dar contraorden a cualquier intento suyo de desarmarlos.

En cambio, a los jefes de las fuerzas de Obregón en Sonora, Calles y Hill, les preocupaba que su subordinación a Maytorena, así fuera nominal, le permitiera al gobernador debilitarlos en forma decisiva. Tal vez temían también que Obregón los sacrificara para llegar a un pleno acuerdo con Villa.

Por tanto, no es sorprendente que el acuerdo no durara ni veinticuatro horas. Poco después de firmado, los seguidores de Maytorena publicaron un libelo que contenía una violenta denuncia contra Obregón.

Al pueblo de Sonora se le ha ultrajado, se le ha escarnecido, y uno de los principales causantes de este ultraje y de aquel escarnecimiento es y ha sido Álvaro Obregón [...] Se ha desterrado del territorio nacional a honrados constitucionalistas [...] Álvaro Obregón y los suyos son hijos espurios de Sonora, son parricidas, que cual otro Nerón, quisieron abrir el vientre de su madre Patria, desgarrando su seno, y no son dignos de vivir entre nosotros.

¡Sonorenses!: ¿Permitiremos que nos sigan insultando y vivan entre nosotros los que han atentado contra la soberanía del Estado?

Firmaban “Varios sonorenses”.²⁴

Aunque Maytorena negó cualquier responsabilidad, Obregón estaba convencido de que él había ideado la publicación del libelo. Esto le dio pretexto para rechazar un pacto con el que sus propios seguidores estaban muy descontentos.

En ese momento Villa se convenció de que Maytorena era un obstáculo para el tipo de arreglo a que quería llegar con Obregón y se decidió a sacrificarlo. El 3 de septiembre, sin consultarle, Villa y Obregón acordaron colocar como gobernador a uno de los pocos revolucionarios sonorenses que habían permanecido neutrales en el conflicto entre los carrancistas y Maytorena. Se trataba de Juan Cabral, que también había sido el único jefe revolucionario sonorense que había propuesto una gran reforma agraria para todo el estado.²⁵ Ésta pudo ser una de las principales razones por las que Villa aceptó su candidatura.

A cambio del sacrificio de Maytorena, Obregón estaba dispuesto a sacrificar a Carranza. El pacto coincidía en términos generales con el programa de compromiso y unidad que sólo una semana antes Villa le había sugerido al representante de Woodrow Wilson, Paul Fuller. Carranza sería presidente provisional pero no se le permitiría ser candidato en las elecciones presidenciales que debían celebrarse pocas semanas después de firmado el tratado. Lo mismo se aplicaba a todos los jefes militares de la revolución. Antes de las elecciones nacionales, debían celebrarse las locales y regionales, lo que significaba que al gobierno central le sería difícil imponer a sus propios candidatos. El acuerdo no era sólo de naturaleza política: proponía que los gobernadores interinos crearan,

en todos los estados, comisiones compuestas por representantes de los distritos locales, para estudiar el problema agrario y elaborar proyectos de reforma que serían sometidos a las legislaturas estatales.

A cambio, Obregón aceptaba que, en cuanto Cabral tomara el mando de las fuerzas militares de Sonora, las tropas de Calles y Hill se retiraran a la ciudad de Casas Grandes, Chihuahua, en medio del territorio villista. Ese precio era mucho menos de lo que Obregón estaba dispuesto a conceder para sacar de la jugada a Maytorena. Para Villa, lo más importante era que accediera a sacrificar a Carranza.

Cuando Villa y Obregón se despidieron, reinaba en ellos el optimismo. Estaban convencidos de que habían hallado una forma de resolver los problemas de México y de mantener la paz. Obregón probablemente compartía los sentimientos que Villa le expresó el día en que se encontraron por primera vez: “Los destinos de la Patria están en tus manos y las mías; unidos los dos, en menos de un minuto dominaremos al país”.²⁶ Lo que ambos subestimaban era la falta de voluntad de sacrificio de los respectivos chivos expiatorios. La primera reacción negativa vino de Carranza. En una carta dirigida a ambos, les advirtió tajantemente que no aceptaba sus propuestas. Accedía a la primera cláusula del pacto, según la cual debía asumir el poder ejecutivo en el momento presente: una gran concesión según él. También expresaba cierto vago acuerdo con la decisión de realizar elecciones locales. Todas las demás disposiciones –incluidas las restricciones a su elegibilidad como presidente de México y el compromiso de realizar una reforma agraria– eran, decía, demasiado importantes para que decidieran sobre ellas unos pocos hombres.²⁷ Sólo un foro mucho más amplio, con un grado mucho mayor de representatividad, podía resolver asuntos tan trascendentales. Decidió convocar a ese foro el 1 de octubre. Su composición no era la que habían previsto las conferencias de Torreón, según las cuales sólo participarían jefes militares seleccionados para representar cada uno a mil miembros del ejército revolucionario. Por el contrario, se trataba de un foro constituido al gusto de Carranza: debía incluir a los gobernadores que él había nombrado y a todos los caudillos militares de la revolución, también en gran parte nombrados por él.

Por su parte, en Sonora, los dos bandos en conflicto rechazaron vehementemente el acuerdo Villa-Obregón. Maytorena, que había luchado durante años por ser gobernador del estado, no iba a entregar el poder a ningún candidato negociado. Le dijo a Ángeles que se oponía a que Cabral asumiera la gubernatura y le pidió que así se lo hiciera saber a Villa.²⁸ Calles y Hill no sólo

temían que su retirada de Sonora frenara sus ambiciones políticas, sino que les preocupaba todavía más ser evacuados a Chihuahua y quedar a merced de Villa. En última instancia, ambos bandos hicieron cuanto pudieron por sabotear el pacto Villa-Obregón rompiendo el cese al fuego y reemprendiendo los combates.

Aunque no había logrado cumplir la exigencia más importante de Villa, que Carranza no fuera candidato a presidente, Obregón regresó a Chihuahua con la esperanza de persuadirlo de cumplir unilateralmente su parte del pacto: sustituir a su aliado Maytorena por el neutral Cabral. No recibiría prácticamente nada a cambio, excepto que se retiraran de Sonora las tropas directamente subordinadas a Obregón y comandadas por el general Hill. Villa probablemente se sintió estafado y sospechó que Obregón venía a Chihuahua con fines muy diferentes de los que proclamaba, tal como era en realidad el caso, ya que uno de los objetivos principales de Obregón era minar la autoridad de Villa sobre algunos de sus generales y tropas. Como escribió en sus memorias, fue a Chihuahua para “restar a Villa algunos de los buenos elementos que, incorporados a él por circunstancias de la lucha contra la usurpación, sentían natural repugnancia hacia muchos de los actos de su jefe”.²⁹ Es de suyo peligroso, en cualesquiera circunstancias, tratar de interponerse entre un líder y sus subordinados, pero era doblemente riesgoso tratándose de un hombre tan profundamente suspicaz y temeroso de ser traicionado como Villa, cuya desconfianza aumentó cuando supo que se habían producido combates entre las fuerzas de Maytorena y las de Benjamín Hill.

Las dudas de Villa provocaron uno de los enfrentamientos más famosos y más dramáticos de la historia de la revolución mexicana. Una noche, mientras se hallaba cenando amigablemente con Raúl Madero, Obregón fue súbitamente convocado a la presencia de Villa, que estalló en uno de sus feroces ataques de ira. Exigió que Obregón le ordenara inmediatamente a Hill evacuar Sonora, lo acusó de traicionarlo y dispuso que un pelotón de fusilamiento estuviera listo para ejecutarlo en cuanto él diera la orden.³⁰

En la habitación vecina, se hallaba Soledad Armendáriz de Orduño, una muchacha que había sido contratada como secretaria de Villa pocos meses antes. Conocía a Villa como un hombre tranquilo, que rara vez decía malas palabras, por lo que quedó muy impresionada cuando lo vio “con los ojos inyectados de coraje”. Según ella, los dos hombres “se dijeron cosas muy duras” y estuvieron a punto de sacar las pistolas.³¹

Mientras Villa le decía “¡Ahorita lo voy a fusilar!”, Obregón, según sus memorias, se mantuvo en calma. “A mí, personalmente, me hace un bien”,

replicó, “porque con esa muerte me van a dar una personalidad que no tengo, y el único perjudicado en este caso será usted.”³² Al enterarse de que se preparaba la ejecución, Raúl Madero y Ángeles intentaron disuadir a Villa. Ángeles habló con Luz Corral, que con gran dificultad convenció a Villa de que si mandaba matar a Obregón en su propia casa quedaría marcado para siempre, a los ojos de las futuras generaciones, como un hombre incapaz de respetar las reglas de la hospitalidad. Según Luz Corral, al día siguiente la prensa extranjera escribiría:

“Francisco Villa mandó asesinar a su compañero y amigo y sobre todo su huésped”, pues tú sabes que la hospitalidad es sagrada en todas partes del mundo y dentro de cien años dirán: “Francisco Villa hizo bien en fusilar al general Obregón”; pero por muchos años más será Francisco Villa el asesino del compañero, del amigo y del huésped.

Yo esperaba que me dijera, entre muchas cosas, que a mí qué me interesaban sus actos.³³

Para su sorpresa, Villa no dijo nada. Tras detenerse a reflexionar un momento, se levantó, canceló la ejecución y ordenó a uno de sus oficiales que preparara un tren para que Obregón regresara a México. Según Obregón, Villa le dijo muy conmovido: “Francisco Villa no es un traidor; Francisco Villa no mata a hombres indefensos, y menos a ti, compañerito, que eres huésped mío. Yo te voy a probar que Pancho Villa es hombre, y si Carranza no lo respeta, sabrá cumplir con los deberes de la patria”.³⁴

Villa abandonó la habitación y al salir vio a su secretaria temblorosa. La miró y le dijo: “Lo único que siento es que esta muchachita me oyó decir todo lo que dije, me apena mucho que se haya asustado”. Luego ordenó dos vasos de naranjada, le ofreció uno para calmar sus nervios y le preguntó: “¿Me disculpa, muchachita?”³⁵

Los dos hombres se sentaron a cenar, y Obregón bromeó como si nada hubiera pasado. Esa misma noche se celebró el baile que estaba programado para los generales de la División del Norte, y el sonoreense bailó hasta las cuatro de la mañana. Cuando uno de sus subordinados, Carlos Róbinson, le preguntó qué había pasado, Obregón le dijo: “La verdad no sé. Yo estaba ocupado pensando en la manera de conseguirme un salvoconducto para el don Venustiano de los Cielos...”, con lo cual, dice Róbinson, “se refería a San Pedro, por lo de las barbas”.³⁶

Aunque a Villa le encantaba bailar, no asistió a la fiesta. Lo que para Obregón era un signo de que el problema no había terminado. Los generales villistas estaban profundamente divididos en cuanto a si era aconsejable ejecutar a Obregón, y los dos grupos intentaron influir sobre Villa. El que consideraba mejor respetar la vida de Obregón estaba compuesto principalmente por civiles y militares de clase media: los generales Robles, Ángeles, Aguirre Benavides y Raúl Madero, el coronel Roque González Garza, el doctor Miguel Silva, Ángel del Caso, Díaz Lombardo y, sorprendentemente, Manuel Medinaveitia, que tenía reputación de ser uno de los generales más despiadados. Los que defendían la ejecución eran Urbina, Manuel Banda y Fierro, que pueden ser considerados los elementos homicidas del movimiento villista. Villa se decidió por la facción de clase media. Se daba cuenta de que los de la línea dura permanecerían con él aunque le perdonara la vida a Obregón, mientras que los otros podían decidir abandonarlo si cometía un acto que, en su opinión, deshonoraba a su causa.

Una vez decidido, Villa se mostró inusualmente conciliador. Accedió a enviar un representante a la junta que Carranza planeaba celebrar en la ciudad de México, aunque era contraria a todos los acuerdos que los generales carrancistas habían firmado. Sin embargo, esta concesión no fue sin condiciones. Villa y Obregón, en una carta conjunta dirigida a Carranza, fijaron dos requisitos para la participación de la División del Norte: Carranza tendría que asumir el título de presidente provisional, lo que significaba que no podía ser candidato a la presidencia del país; además deberían realizarse elecciones en el menor plazo posible y tendría que aprobarse una reforma agraria. De hecho, reiteraban las mismas propuestas básicas que Carranza había rechazado pocas semanas antes. Aparte de limitar su periodo en el poder a las pocas semanas que duraría una presidencia provisional, la carta planteaba como dos principios fundamentales la descentralización y la reforma agraria.

Aparentemente, Obregón ya no tenía nada que temer. Se le permitió abordar un tren a la ciudad de México y, una vez más, parecía que la paz estaba próxima para el golpeado y devastado país. Obregón tenía razones para estar contento de los resultados de su viaje. No sólo había favorecido la causa de la paz, sino que se había aproximado al objetivo por el que lucharía en las semanas siguientes: apartar simultáneamente del poder a Villa y a Carranza. La participación de Villa en la junta que iba a celebrarse en la ciudad de México –y, por tanto, la paz– dependía entonces de que Carranza aceptara no ser candidato a la presidencia. Además, Obregón había debilitado la autoridad de Villa sobre la División del Norte, mediante intrigas y acuerdos secretos con algunos de sus generales.

Es muy posible que Carranza se diera cuenta de cuáles eran los verdaderos fines de Obregón y es aún más probable que Villa los percibiera. Esto explica que ambos caudillos atentaran a continuación contra la vida de Obregón. Sin esperar su regreso, y sin intentar enterarse exactamente de lo que había ocurrido en Chihuahua, Carranza ordenó que se interrumpieran todas las comunicaciones entre Zacatecas, ocupada por las tropas villistas, y Aguascalientes, donde se hallaban sus propios soldados. Ordenó al general Natera que levantara las vías de ferrocarril entre ambas ciudades. La razón que alegó fue la forma en que Villa había tratado a Obregón y lo había amenazado. Aquél fue su acto de hostilidad más abierto, hasta entonces, contra la División del Norte, y reflejaba su temor de que Villa avanzara y pusiera en riesgo el control que sus tropas ejercían sobre gran parte del sur y el centro del país. Se presentaba como una medida de presión contra Villa para que respetara la vida de Obregón. Pero también puede verse como una jugada maquiavélica para provocar que Villa tomara represalias contra Obregón –a quien Carranza le iba perdiendo confianza lentamente–, y así desacreditarlo a los ojos de la mayoría de los generales carrancistas y de Estados Unidos.

La reacción de Villa fue rápida y previsible: decidió que cualquier entendimiento era imposible, y lanzó un manifiesto, en nombre de la División del Norte, en el que desconocía a Carranza como Primer Jefe de la revolución. Esto significaba una completa ruptura entre los dos hombres y sus fuerzas respectivas, aunque no se trataba aún de un acto de guerra.

En su manifiesto, Villa acusaba a Carranza de querer instaurar una nueva dictadura. Revisaba en detalle los acuerdos que había firmado con la División del Noreste en Torreón, y describía cómo Carranza se había opuesto a ellos. Lo acusaba de querer perpetuar su papel convocando una convención en la ciudad de México en la que dominarían sus partidarios. Llamaba al pueblo mexicano a eliminar a Carranza del panorama y poner en su lugar a un presidente interino que inmediatamente llamara a elecciones y que adoptara “medidas suficientemente eficaces *para garantizar la resolución del problema agrario en un sentido prácticamente favorable para las clases populares*”.³⁷ El manifiesto no parece dirigido fundamentalmente a la masa del pueblo mexicano. Carecía de la claridad y simplicidad del Plan de San Luis Potosí, que proclamó Madero, o del Plan de Ayala, que había lanzado Zapata. La gran mayoría de los mexicanos, que no estaban familiarizados con la historia detallada de las negociaciones entre los caudillos revolucionarios, apenas podían seguir los complejos intrínquilos de los acuerdos de Torreón o del pacto entre Obregón y Villa. Los destinatarios

principales eran al parecer Zapata y los demás jefes revolucionarios independientes que habían surgido en muchas partes de México y todavía no se habían definido por uno u otro bando. Al mismo tiempo, procuraba ganarse el apoyo de Estados Unidos.

Villa debía saber que el 3 de septiembre los intentos de Carranza por llegar a un arreglo con Zapata habían fracasado y que la delegación carrancista enviada a Morelos había regresado con las manos vacías. Lo que Villa ofrecía tanto a Zapata como a los jefes revolucionarios locales era un presidente mucho más débil que Carranza y un fuerte respaldo para los gobiernos locales y regionales (lo que significaba que podrían permanecer en el poder), así como un compromiso con la reforma agraria.

Otra finalidad implícita del manifiesto era convencer al gobierno de Wilson de que Villa había hecho cuanto estaba a su alcance para lograr un arreglo pacífico con Carranza, y de que era el Primer Jefe quien había revocado todos los pactos que Villa había firmado con los generales carrancistas. Es posible que Villa tuviera en mente al gobierno de Estados Unidos al referirse a un tema que nunca antes había tocado: la libertad de cultos. Acusaba a los carrancistas de exagerar “el justo resentimiento del Partido Constitucionalista contra los miembros del clero católico que tomaron parte importante en el Cuartelazo y en el sostenimiento de la dictadura”. La “exageración” consistía en que los carrancistas “lastimen profundamente el sentimiento religioso del pueblo con actos reprobados por la civilización y el Derecho de gentes”.³⁸

Este párrafo podía estar dirigido tanto a Wilson, que sufría una gran presión del clero estadounidense para que protegiera a la iglesia mexicana, como a los zapatistas, muchos de los cuales llevaban la imagen de la Virgen de Guadalupe en sus sombreros.

La ruptura entre Villa y Carranza puso en riesgo de nuevo la vida de Obregón. Villa ordenó que el tren en que viajaba a la ciudad de México fuera detenido y devuelto a Chihuahua. Obregón fue conducido de regreso a casa del caudillo y, según sus memorias, éste lo amenazó una vez más con ejecutarlo y una vez más el problema creó profundas divisiones entre los generales villistas. Mientras Urbina y Fierro pedían el fusilamiento de Obregón, los villistas de clase media, y sobre todo Raúl Madero, Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles, se oponían y, al parecer, amenazaron con retirarle su apoyo a Villa. Éste se encontró pues en un dilema. Por una parte, no quería perder a esos generales. Por otra, estaba convencido de que Obregón, en caso de guerra civil (que parecía inminente), sería su más formidable enemigo. “Obregón”, le dijo a uno de sus

secretarios, “es un tal que va a ensangrentar a la República mucho más que Pascual Orozco; [...] va a causar más daño que el propio Victoriano Huerta.”³⁹ Tras algunas vacilaciones, al parecer rechazó la posición de los moderados y decidió ejecutar a Obregón.

Para no ser acusado de quebrantar las reglas de la hospitalidad, y tal vez con la esperanza de ocultar su responsabilidad, Villa decidió que la ejecución no se llevara a cabo en Chihuahua. Obregón partió hacia la capital de México en un tren especial, y Villa instruyó a uno de sus generales, Mateo Almanza, para que en el camino detuviera el tren y lo matara. Esto probablemente explica por qué no atendió la petición de Raúl Madero de que lo acompañara un grupo de generales de la División del Norte para asegurarse de que nada le ocurriera. Sin embargo, aceptó que viajara con él uno de sus comandantes, el coronel Roque González Garza.

Según Obregón, fueron los comandantes villistas quienes le salvaron la vida.⁴⁰ Almanza, el general que llevaba órdenes de ejecutarlo, detuvo su tren en el camino para esperar al de Obregón, pero no se dio cuenta cuando éste pasó. Cuando Villa se enteró de esto, ordenó que el tren de Obregón fuera detenido hasta que lo alcanzara el pelotón de fusilamiento que se acercaba al mando de Almanza. Entonces intervino Roque González Garza para ordenar que el tren siguiera su camino.

Pero Obregón aún no estaba a salvo. Villa había dispuesto que otro pelotón de fusilamiento lo esperara en la estación de Gómez Palacio. Pero antes de llegar a la estación, lo alcanzó un tren en el que viajaban altos oficiales enviados por dos de los generales que más se oponían a la ejecución y que de hecho conspiraban con Obregón contra Villa, Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles; gracias a su ayuda el general sonoreense finalmente llegó a la ciudad de Aguascalientes, donde se hallaban estacionadas tropas leales a Carranza.

Aunque Obregón no había conseguido recuperar el control de su estado natal, el enorme riesgo que había corrido no fue enteramente en vano, ya que había logrado crear divisiones entre los generales villistas. De hecho, el secretario Luis Aguirre Benavides, le había dicho abiertamente que dejaría a Villa en la primera oportunidad y había dado a entender que su hermano, el general, haría otro tanto.⁴¹ Este éxito le dio a Obregón esperanzas de hallar una solución para eliminar del poder simultáneamente a Villa y a Carranza. Esa solución, confiaba, traería la paz para el país y tal vez también el supremo poder para él.

El franco y abierto repudio de Villa a Carranza no condujo a una inmediata ruptura de hostilidades entre las dos facciones. Las agresiones fueron muy

limitadas. Ambos bandos detuvieron a algunos destacados miembros del contrario, y Villa le ordenó a Calixto Contreras que ocupara la capital de Durango cuando los hermanos Arrieta, que dominaban la mayor parte del estado, rehusaron manifestarle un apoyo claro. Fue un cambio de guardia pacífico, ya que los Arrieta simplemente se retiraron de la ciudad y Contreras no intentó seguirlos.

Ninguno de los dos bandos podía permitirse atacar todavía, debido en parte a que la gran mayoría del pueblo mexicano se oponía a una nueva guerra civil. Esa oposición no sólo se explicaba por el deseo de un nuevo comienzo pacífico después de la larga guerra contra Huerta, sino también porque no había habido preparación ideológica ni psicológica para la escisión que ahora se producía. Hasta que Villa repudió oficialmente a Carranza, las dos facciones habían insistido constantemente en la unidad de sus movimientos. Antes de hacerse la guerra, ambos bandos necesitaban adquirir alguna legitimidad y persuadir a la opinión pública de la naturaleza maléfica del rival. Además, a los dos bandos les preocupaba la reacción estadounidense ante una ruptura de hostilidades. Conforme la tensión aumentaba en Europa y en el Lejano Oriente, y cuando la primera guerra mundial estalló en agosto de 1914, mantener a México tranquilo se estaba convirtiendo en una prioridad para el gobierno de Wilson. Por añadidura, Wilson había apostado gran parte de su prestigio a la política que había seguido ante la revolución mexicana, prometiendo que se restauraría la paz una vez que los revolucionarios hubieran triunfado. Una renovada guerra civil en México implicaría un gran golpe para ese prestigio, lo mismo dentro que fuera de Estados Unidos, y Wilson podía fácilmente voltearse contra aquel mexicano que, en su opinión, fuera responsable de ello.

Pero el obstáculo más importante que se oponía al enfrentamiento era un significativo sector de los jefes militares de ambas facciones. Buen número de los generales villistas que tenían un origen predominantemente de clase media, como José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, le habían dado a Obregón indicios de que no apoyarían a Villa en una guerra civil contra Carranza. No está claro si Villa conocía esa oposición –esos generales firmaron la proclama contra Carranza– pero, en vista de que se habían manifestado contra la ejecución de Obregón, debía sospechar que no obedecerían ciegamente sus órdenes. Otros dos generales, los hermanos Maclovio y Luis Herrera, habían sido aún más vehementes en su disidencia y habían mostrado claramente sus simpatías por Carranza.

La resistencia a iniciar una nueva guerra civil era aún más fuerte en las filas carrancistas, especialmente en la División del Noroeste que comandaba Obregón. Muchos de los mandos habían aceptado la autoridad de Carranza porque les daba legitimidad, al ser el funcionario de más alto rango dentro del gobierno de Madero que se había sublevado contra Huerta. También les parecía conveniente como árbitro de las diferencias entre ellos. Pero no era uno de los suyos. Varios comandantes de Obregón, como Lucio Blanco, que había tomado las primeras medidas para repartir tierras durante la revolución constitucionalista, eran mucho más radicales que Carranza en sus planteamientos sociales y, por tanto, no tenían inconveniente en sacrificarlo, si ése era el precio de la paz y la reconciliación.

LA INICIATIVA DE LOS GENERALES: NUEVOS INTENTOS DE RECONCILIACIÓN

Lucio Blanco y otros cuarenta y nueve generales carrancistas crearon una Junta de Pacificación, que tomó la iniciativa de contactar a los generales de la División del Norte para hallar la forma de resolver pacíficamente sus diferencias. Carranza aprobó de mala gana esa salida. No podía permitirse enemistarse con la Junta, y menos cuando se incorporó a ella el más capaz y poderoso de sus generales, Álvaro Obregón.

Lo primero que hizo la Junta fue escribirles a Villa y a sus generales para decirles que “el rompimiento entre los miembros del ejército revolucionario significaría, en las actuales circunstancias, el fracaso de la revolución, que aún no está consumada, y el triunfo de nuestros enemigos, que aún no están vencidos”.⁴² Llamaban a los generales villistas a resolver el conflicto entre sus facciones por medios pacíficos y a colaborar en la pacificación del país. Pocos días después, en una carta dirigida simultáneamente a Carranza y a los miembros de la Junta, Villa y sus generales plantearon su propuesta para el restablecimiento de la paz. Sugerían que el enfrentamiento desaparecería si Carranza renunciaba y era sustituido por un político, Fernando Iglesias Calderón, a quien llamaban “incorruptible liberal”.⁴³ Era hijo de un antiguo juez de la Suprema Corte que había sido rival de Porfirio Díaz y de Lerdo en las elecciones presidenciales de 1876. El joven Iglesias Calderón se había opuesto entonces a Díaz y había rehusado luego reconocer a Huerta. No había participado en la revolución y por tanto no estaba identificado con ninguna de sus facciones. En su mensaje, Villa indicaba que ni él ni sus generales aspirarían a la presidencia ni a la vicepresidencia. Carranza rechazó el mensaje sin más, diciendo que un

grupo de generales no tenía autoridad para forzarlo a renunciar. Sólo la junta representativa que había convocado para que se reuniera en la ciudad de México tendría esa autoridad. Pero para los generales carrancistas disidentes, el mensaje de Villa era alentador: no pretendía imponerles un candidato propio –Iglesias Calderón era verdaderamente neutral– y dejaba claro que estaba a favor de un gobierno central débil, ya que Iglesias Calderón no tenía bases sociales, políticas ni militares.

Varios miembros de la Junta de Pacificación, incluido Obregón, viajaron a Zacatecas, a negociar con los generales villistas, y allí se llegó al acuerdo de convocar una convención de jefes revolucionarios en la ciudad de Aguascalientes, considerada neutral respecto de las dos facciones, para encontrar una solución a los problemas de México. Serían admitidos sólo los jefes militares, y ningún civil, a menos que representara a un jefe militar, y el número de tropas determinaría el número de delegados que cada bando podía enviar. Esto era una bofetada para Carranza, ya que ratificaba en gran medida los acuerdos de Torreón, que él había desconocido. Esta vez, no aceptó las propuestas pero tampoco las rechazó abiertamente, porque quería y necesitaba que sus generales disidentes participaran en la convención de gobernantes civiles y jefes revolucionarios que había convocado para el 1 de octubre en la ciudad de México. Los miembros de la Junta de Pacificación aceptaron asistir, pero señalaron que cualesquiera decisiones que se tomaran quedarían para ellos subordinadas a las decisiones de la Convención de Aguascalientes. Estaba listo el escenario para las dos asambleas que influirían decisivamente en el destino del país.

LA CONVENCIÓN CARRANCISTA

La convención que Carranza había convocado se reunió el 1 de octubre de 1914, y era muy acentuadamente favorable a él. Aparte de los comandantes militares de las divisiones del Noroeste y del Noreste, y algunos independientes, estuvieron presentes o representados todos los gobernadores a los que Carranza había nombrado personalmente. También acudieron numerosos consejeros civiles del Primer Jefe, entre ellos Luis Cabrera, el más importante de sus asesores políticos e ideólogos.

Las profundas brechas que separaban a los miembros de la Junta de Pacificación de los seguidores militares y civiles de Carranza se fueron haciendo cada vez más claras conforme la convención progresaba. El 3 de octubre, como

una astuta jugada política, Carranza presentó su renuncia y puso su destino en manos de los miembros de la convención. Es de dudar si realmente pensaba que podían aceptarla. No sólo sus partidarios más cercanos eran mayoría, sino que los miembros de la Junta de Pacificación tampoco querían su renuncia inmediata, ya que se trataba de un elemento de negociación que querían emplear en la Convención de Aguascalientes. Así, todos los participantes rechazaron la renuncia, aunque de diversas maneras. Mientras los carrancistas lo hicieron incondicionalmente, los miembros de la Junta de Pacificación intentaron hacerlo de manera provisional, dejando que la Convención de Aguascalientes tomara la decisión definitiva sobre el futuro de Carranza. A través de una serie de procedimientos parlamentarios, los carrancistas lograron impedir que ese proyecto tomara forma y la renuncia del Primer Jefe fue incondicionalmente rechazada. Sin embargo, a los ojos de muchos observadores contemporáneos, se trató de una victoria pírrica. La presión en favor de la paz era tan fuerte que la resolución de convocar a Aguascalientes a todos los militares que allí se hallaban fue aceptada por una mayoría aplastante.

El 5 de octubre, la asamblea terminó y casi todos los delegados partieron para Aguascalientes. Los militares prohibieron asistir a algunos civiles que, como Luis Cabrera, habían expresado el deseo de hacerlo. Obregón explicó esta actitud diciendo: “En el Norte celebramos un pacto de honor con Villa y sus generales, y en virtud de ese pacto *no irán los civiles*”.⁴⁴

LA CONVENCION REVOLUCIONARIA DE AGUASCALIENTES

El 10 de octubre de 1914, tuvo lugar una sesión preliminar de lo que se conocería como la Convención de Aguascalientes, en el teatro Morelos, el mayor centro de reunión que existía en esa ciudad.⁴⁵ No por coincidencia se utilizó el término “convención” para designar a la asamblea de caudillos revolucionarios. Los participantes y organizadores que conocían la historia buscaron una identificación consciente con la Convención revolucionaria de París, que trazó algunas de las principales reformas y cambios sociales implementados por la revolución francesa y organizó eficazmente la defensa de la Francia revolucionaria contra la coalición de los reyes europeos. Pero los organizadores de la convención mexicana prefirieron ignorar que la convención francesa también fue el escenario de profundos conflictos de facciones, que llevaron a salvajes masacres de revolucionarios por revolucionarios. Irónicamente, ésta fue tal vez la mayor similitud que existió entre las dos convenciones, ya que como

secuela de la de Aguascalientes estallaron los más sangrientos combates de la revolución mexicana.

A diferencia de su antecedente francés, la Convención de Aguascalientes no fue una reunión de intelectuales y representantes de partidos políticos, sino de militares. Los jefes de la revolución estaban presentes o designaron representantes que también debían ser miembros del ejército revolucionario. Participaron cincuenta y siete generales y gobernadores, y noventa y cinco representantes de jefes revolucionarios, todos ellos coroneles, tenientes coroneles, mayores, capitanes o tenientes. A primera vista se podía considerar que era un congreso militar no representativo. No participó ningún soldado raso y no hubo elecciones de delegados. Por otra parte, muchos de los militares, aunque desde luego no todos, debían su poder y su autoridad a esos soldados, que los habían elegido como jefes precisamente por sus credenciales revolucionarias. A diferencia de sus predecesores franceses, no influyó en las deliberaciones la población de la ciudad en que se reunieron. Aunque hubieran querido, los habitantes de la pequeña ciudad provinciana de Aguascalientes, conocida sobre todo por sus aguas minerales y su industria textil, nunca podrían haber desempeñado un papel similar al de los *sans culottes* de París, que muchas veces impusieron su voluntad sobre la convención revolucionaria. Eran soldados y no civiles los que llenaban las calles de Aguascalientes. Cada general trajo consigo miembros de su Estado Mayor y un número variable de soldados a manera de guardaespaldas y escoltas. Algunos llenaron los pocos hoteles de la ciudad, otros fueron acogidos por las familias ricas, deseosas de protegerse de la rapiña de la soldadesca, y otros más llevaron sus trenes especiales, con cortinas de encaje, camas, cocinas y gabinetes para sus queridas, esposas y escoltas.

Una diferencia clara entre esta convención y la francesa era que sus debates no permitían prever los sangrientos sucesos que la seguirían. Existía un amplio consenso ideológico y relativamente pocas diferencias personales. La aparente contradicción entre ese consenso y el baño de sangre que después se produjo no sólo desconcertó a los contemporáneos, sino que intriga también a los historiadores.

A grandes rasgos pueden distinguirse en la Convención tres facciones iniciales, cuyo grado de cohesión no era idéntico.

El grupo más coherente era el de los villistas. Constituían una minoría y contaban sólo con treinta y nueve delegados, de los casi ciento cincuenta que asistieron al principio. Su moderación impresionó a la mayoría de los observadores. En las conferencias de Torreón, los representantes de la División

del Norte habían pedido que se nombrara un delegado por cada mil soldados. Esto les habría dado un número relativamente grande de representantes, aunque probablemente no la mayoría. Según el agente especial de Woodrow Wilson, George Carothers, Villa le dijo que quería ampliar su ejército para que la División del Norte dominara la Convención por el número de sus delegados.⁴⁶ No fue así. En realidad, los villistas resultaron extremadamente conciliadores cuando se trató de aceptar las credenciales de los delegados de otras facciones. No pidieron ninguna prueba de que los generales carrancistas representaban o mandaban a mil hombres cada uno, y aceptaron a cualquier general o gobernador que los carrancistas propusieron como delegado.

La actitud conciliadora de los villistas fue más allá. El segundo día, a iniciativa de Álvaro Obregón, todos los delegados juraron, firmando la bandera mexicana, defender las decisiones de la Convención a cualquier precio. Aunque se hallaban en minoría en una Convención dominada por los delegados carrancistas, todos los representantes del villismo juraron solemnemente y firmaron la bandera. Dos días más tarde, el propio Villa, que no participaba en la Convención pero había enviado a un representante personal, también acudió a firmar. Apareció sorpresivamente en la Convención y, en una ceremonia muy emotiva, estampó su firma en la bandera y se comprometió a respetar cualquier acuerdo de la Convención. “Ustedes van a oír, de un hombre enteramente inculto, las palabras sinceras que le dicta su corazón [...] Debo decir a ustedes que Francisco Villa no será vergüenza para todos los hombres conscientes, porque será el primero en no pedir nada para él.”⁴⁷

¿Por qué los villistas se esforzaron tan extraordinariamente en probar su adhesión a las decisiones de una asamblea que no solamente no controlaban, sino que estaba integrada mayoritariamente por enemigos potenciales? ¿Lo hicieron, como han supuesto algunos, porque esperaban convertirse en mayoría a la llegada de los delegados de Zapata? Es muy improbable ya que nadie sabía cuántos representantes tendrían los zapatistas. ¿Fue su juramento una jugada maquiavélica y pensaban quebrantarlo si la Convención no cumplía sus demandas? Es posible, aunque no probable, ya que violar su juramento los habría desacreditado igual dentro que fuera de México.

Es mucho más verosímil que su actitud conciliadora se debiera sobre todo a la naturaleza de sus demandas y de su estrategia. Cuando Villa insistía en que no quería para sí el poder nacional, estaba siendo absolutamente sincero. Pocas semanas después, cuando pudo convertirse en presidente, no hizo nada para lograrlo. Ni Villa ni los villistas intentaron imponer a su candidato en la

Convención. En Aguascalientes, la estrategia de Villa siguió siendo, como hasta entonces, básicamente defensiva. Quería mantener el statu quo militar y político, conservar el control militar de la División del Norte y el control político sobre Chihuahua y la región adyacente. La clave para lograrlo, pensaba, era eliminar a Carranza del poder. Tanto Villa como los delegados villistas a la Convención dejaron repetidamente claro que estaban dispuestos a aceptar como candidato a un miembro de la División del Noreste o de la División del Noroeste. Creían que la inmensa mayoría de los representantes de los demás ejércitos revolucionarios no pondría en peligro la paz conservando a Carranza en el poder mientras Villa no intentara imponerse él mismo como presidente ni imponer a un candidato de su elección. Esa convicción se veía reforzada por los evidentes signos de desunión entre los delegados carrancistas y por el hecho de que varios de ellos cabildeaban abiertamente para obtener la presidencia.

Las otras dos demandas que los villistas plantearon en el curso de la Convención, y que la mayor parte de los delegados restantes no tuvo problema en aceptar, era que fueran admitidos los delegados del Ejército Libertador del Sur y que hubiera algún tipo de compromiso para la realización de una reforma agraria.

Los dos dirigentes de la facción villista en la Convención eran Felipe Ángeles y el representante personal de Villa, Roque González Garza. A los ojos de Villa, las credenciales políticas y militares de González Garza eran impecables. Aunque sólo tenía veintinueve años, contaba con una larga carrera de oposición al régimen de Díaz, temprana e íntima colaboración con Madero antes, durante y después de su triunfo, y muy temprana oposición a Carranza. Por añadidura era uno de los pocos políticos civiles que tenía grado militar.⁴⁸

En la Convención de Aguascalientes, González Garza fue el vocero principal de Villa, pero siempre se plegó a las decisiones de Ángeles, que de hecho encabezaba a toda la delegación villista.

Una de las características más interesantes y reveladoras de la delegación villista fue el escaso número de sus pronunciamientos ideológicos. A diferencia de muchos delegados carrancistas y en contraste con los zapatistas, que se incorporaron más tarde, los villistas participaron poco en los debates ideológicos. Esto se debió en parte a que los acuerdos de Torreón excluyeron a los civiles que eran los principales ideólogos de Villa, Federico González Garza y Silvestre Terrazas. Roque González Garza, aunque compartía el punto de vista liberal de su hermano mayor Federico, no era un ideólogo y la mayoría de sus

numerosas intervenciones en Aguascalientes estuvieron dedicadas a cuestiones de procedimiento.

Una causa más profunda de esa falta de discusión ideológica fue que la facción villista, excepto por su compromiso general aunque vago con la reforma agraria, no había desarrollado una agenda nacional. Uno de los puntos principales en que Villa había insistido, tanto en su conversación con el representante de Wilson, Fuller, como ante Obregón, era que cada facción revolucionaria debía tener el derecho y la libertad de elaborar su propio programa.

Sin embargo, había en Aguascalientes un ideólogo villista que sí tenía una agenda nacional propia. Se trataba de Felipe Ángeles. Su objetivo, sin embargo, no era imponer su ideología –sus representantes intentarían hacerlo en posteriores asambleas–, sino forjar una alianza con los zapatistas. Y por tanto sus pronunciamientos ideológicos se limitaron a una completa identificación con las opiniones de éstos (que, en muchos aspectos, no compartía en realidad).⁴⁹

El otro extremo del espectro político de la Convención estaba constituido por los que podemos considerar carrancistas intransigentes. No habían colaborado con la Junta de Pacificación y su finalidad principal era mantener a Carranza en el poder. Sólo a regañadientes participaron en los trabajos de la Convención, y esa renuencia se manifestó en que muy pocos de ellos asistieron en persona y muchos mandaron representantes.

Los miembros más destacados de ese grupo eran Pablo González, Francisco Coss, Manuel Barragán, Ramón Iturbe, Jesús Agustín Castro, Cesáreo Castro, Ignacio Pesqueira, Fortunato Maycotte, Jacinto Treviño, Francisco Murguía y Manuel Diéguez. Eran extremadamente diversos tanto por sus orígenes sociales como por sus antecedentes políticos. Sólo una minoría procedía de las clases superiores como el propio Carranza y su hermano Jesús. Manuel Barragán era hijo de ricos terratenientes de San Luis Potosí; Ignacio Pesqueira pertenecía a una familia de hacendados de Sonora, y Jacinto Treviño era un militar profesional de familia acaudalada. En contraste con ellos, Pablo González había sido obrero industrial; Francisco Coss, minero; Jesús Agustín Castro, tranviario; Manuel Diéguez, empleado de una compañía minera, y Francisco Murguía, fotógrafo itinerante. Su único rasgo común en términos sociales (con la excepción de los hacendados) era su origen urbano y el hecho de que ninguno de ellos había sido campesino ni dirigente agrario. Sus antecedentes políticos también eran muy variados. Mientras que el propio Carranza había sido reyista, muchos de los demás habían sido radicales que militaban en el Partido Liberal.

Tal era el caso de Francisco Coss, Pablo González y, sobre todo, Manuel Diéguez, que había sido uno de los organizadores de la gran huelga minera de Cananea en 1906, motivo por el cual fue encarcelado por las autoridades porfirianas en los oscuros calabozos de la fortaleza de San Juan de Ulúa.

Todos ellos habían establecido fuertes lazos personales con el Primer Jefe en muy temprana fecha, y la mayoría pertenecía a la División del Noreste, de Pablo González, que había logrado el menor número de éxitos militares y, sin embargo, había obtenido la mayor cantidad de prebendas políticas en forma de gubernaturas en el centro y el sur de México, por nombramiento de Carranza. Ni con la más encendida fantasía se puede afirmar que la mayoría de ellos fuera de origen burgués, pero al final del mandato de Carranza muchos habían acumulado riqueza suficiente para ser considerados integrantes de una nueva burguesía.

Existía una diferencia muy importante entre esa nueva burguesía carrancista y lo que también se podía llamar una nueva burguesía villista. Las principales fuentes de riqueza de los villistas fueron las propiedades confiscadas que administraban o eran administradas para ellos. El caso más conspicuo era, obviamente, el de Tomás Urbina, compañero de Villa en sus tiempos de bandido. Esas propiedades se situaban generalmente en las regiones de origen tanto de los propios jefes villistas como de la mayoría de sus seguidores. En consecuencia, la burguesía villista estaba sujeta a limitaciones tradicionales, locales, y a la necesidad de compartir las ganancias –y más tarde probablemente la tierra– con sus seguidores, cuya lealtad de otro modo perderían. Así, su dominio estaba muy acotado; ni siquiera Urbina podía permitirse ser un simple tirano en su región.

La burguesía carrancista se hallaba mucho menos sometida a restricciones. Carranza los había nombrado gobernadores y jefes militares en lugares con frecuencia muy alejados de su tierra natal. Eran en muchos sentidos como conquistadores en tierras extranjeras, y no en las regiones de donde venían sus hombres. Por tanto podían permitirse ser mucho más tiránicos e inescrupulosos en la acumulación de riqueza.

Sin embargo, no puede decirse de ningún modo que sólo apoyaban al Primer Jefe por la oportunidad de enriquecimiento que les ofrecía. Algunos creían con firmeza que únicamente un gobierno central fuerte, como el que defendía Carranza, podría imponer los cambios necesarios en las regiones más atrasadas de México. Durante su mandato como gobernadores, hombres como Heriberto Jara llevaron a cabo profundas reformas sociales. Otros estaban convencidos de que un firme gobierno, conducido por un nacionalista como Carranza, era la única manera de defender la integridad de México frente a la presión de Estados

Unidos. Otros sencillamente temían a Villa y lo consideraban un bandido peligroso e incontrolable.

Un rasgo en el que estos carrancistas radicales coincidieron con los villistas fue que tampoco ofrecieron un programa ideológico coherente en la Convención. Las razones eran en parte similares. Sus principales ideólogos también habían quedado excluidos por ser civiles. Además, muchos generales carrancistas no estaban presentes en la Convención y sólo habían enviado representantes. Pero su reticencia ideológica, a diferencia de la de los villistas, no significaba que no tuvieran una agenda nacional, sino que reflejaba la naturaleza de esa agenda. Los villistas habían ofrecido a la Convención un auténtico pacto. A cambio de la renuncia de Carranza estaban dispuestos a permitir que otro carrancista asumiera el cargo de presidente provisional y, sobre todo, estaban dispuestos a reconocer el statu quo político y militar existente, a permitir que cada facción revolucionaria ejerciera el control en las regiones que dominaba, y no se proponían extender su propio poder a esas regiones. Carranza, en cambio, reclamaba una supremacía nacional y demandaba que tanto los villistas como los zapatistas se sometieran a su autoridad. Las propuestas villistas planteaban la posibilidad de un arreglo; la agenda carrancista conducía inevitablemente a la guerra. Era difícil formular tal agenda en una asamblea que se había reunido para buscar un arreglo entre las diferentes facciones revolucionarias. Si los carrancistas de hueso colorado asistieron a la Convención de Aguascalientes, fue en parte debido a la presión de la opinión pública interna y al temor de aparecer como inflexibles a los ojos del gobierno estadounidense. El motivo principal de su asistencia, sin embargo, fue que se daban cuenta de que sólo podían triunfar si conseguían el respaldo mayoritario del tercer grupo de la Convención, que era el más numeroso: los miembros de la Junta de Pacificación. El deseo de recuperar el apoyo de ese grupo, que parecía a punto de defecionar del carrancismo, fue lo que evitó que Carranza y sus partidarios más irreductibles desconocieran a la Convención de Aguascalientes, a pesar de que se oponían a ella.

Esa tercera fuerza, compuesta principal pero no exclusivamente por los miembros de la Junta de Pacificación, era mucho más heterogénea en su naturaleza y en sus aspiraciones que los villistas o los carrancistas. Comprendía un variado abanico de miembros de la División del Noroeste, principalmente sonorenses, intelectuales radicales que defendían distintos planes de reforma e independientes genuinos, cuyo movimiento se había desarrollado fuera de las principales facciones revolucionarias. Su único objetivo común era eliminar del escenario nacional lo mismo a Carranza que a Villa, pero el propósito con que lo

perseguían no era en absoluto el mismo. Algunos dirigentes de ese grupo probablemente esperaban asumir ellos mismos la jefatura de la revolución, como Antonio Villarreal y Eduardo Hay, cada uno de los cuales propuso abiertamente su propia candidatura para presidente provisional, y como Obregón, que no lo hizo. Otros temían que Carranza impusiera un régimen conservador o que Villa se convirtiera en tirano. Otros más sólo querían un gobierno central débil que los dejara controlar en paz sus regiones de origen.

Esta tercera facción dominó en la Convención hasta la llegada de los zapatistas. En general, los delegados que propuso y los procedimientos que sugirió fueron aceptados tanto por los villistas como por los carrancistas radicales durante la fase inicial de la Convención. Un miembro de ese tercer grupo, Antonio Villarreal, antiguo radical y miembro del Partido Liberal, hizo un planteamiento ideológico clave, que obtuvo la aprobación casi unánime de la gran mayoría de los delegados.

El discurso de Villarreal constituyó una especie de manifiesto ideológico de la tercera fuerza. Llamaba a defender la paz, no sólo porque Villarreal consideraba que carecía de sentido la lucha fratricida, que tendría inevitablemente un enorme número de víctimas, sino también porque en su opinión la unidad de los revolucionarios era la única forma de convencer a los estadounidenses de que abandonaran Veracruz. “Debemos [...] confesar que tenemos mucha culpa de que todavía en Veracruz flote el pendón de las barras y las estrellas.”⁵⁰ Además, su llamado a un expropiación radical de los ricos era una clara bofetada a Carranza, que se oponía firmemente a ella.

Las palabras de Villarreal reflejaban las opiniones de todas las facciones de la Convención. La mayoría de los asistentes, incluidos algunos de los partidarios más leales de Carranza, había participado en confiscaciones masivas. Sin embargo, muchas de las propiedades confiscadas no se habían utilizado, o se habían utilizado sólo parcialmente, para financiar la revolución. Muchas, si no la mayoría, sirvieron ante todo para enriquecer a sus administradores. Villarreal fue más reticente al respecto: “Se ha hecho, se ha procurado, arrebatar a los ricos lo que los ricos habían arrebatado a los hambrientos; pero no se ha hecho con orden, ni lo arrebatado ha aumentado el caudal de la República en gran proporción. Debemos hacerlo en orden, debemos hacerlo sabiamente para, con esas riquezas recogidas, pagar, que bien podemos hacerlo, todas las deudas de la guerra [...] para asegurar el futuro económico de la Patria”. La declaración era tan vaga que ningún general resultaba acusado de robo o corrupción.

También en otro sentido el discurso reflejaba las opiniones de la tercera fuerza. Villarreal fue muy concreto y claro al hablar de la abolición del peonaje y los aumentos salariales para los trabajadores industriales. “Esta revolución”, dijo, “[...] no habrá cumplido su obra hasta que hayan desaparecido de nuestro país los esclavos que hasta hace muy poco teníamos en Yucatán y en el Sur, y hasta que hayan desaparecido de nuestros talleres los salarios de hambre.”⁵¹ Fueron más vagas las referencias a la reforma agraria, y simplemente se convocaba a Zapata a unirse a los demás grupos revolucionarios para que “sea [...] una verdad efectiva la división territorial que haga de cada campesino un hombre libre y un ciudadano feliz”.⁵² Villarreal no dijo nada más concreto sobre el tipo de reforma agraria que contemplaba. En cambio, fue extremadamente preciso cuando se trató de atacar a Villa y a Carranza:

Y así diremos a Carranza y a Villa: la revolución no se hizo para que determinado hombre ocupara la Presidencia de la República; la revolución se hizo para acabar con el hambre en la República Mexicana [...] Tengamos el valor de decir que primero son los principios que los hombres; tengamos el valor de proclamar que es preferible que se mueran todos los caudillos por tal de que salvemos el bienestar y la libertad de la Patria.

Y en vez de gritar vivas a los caudillos que aún viven y a quienes todavía no juzga la Historia, gritemos, señores: ¡Viva la Revolución!⁵³

La aceptación general que obtuvo el discurso de Villarreal confirmaba que la tercera fuerza había ganado un alto grado de control sobre la Convención. Había forzado a los renuentes carrancistas radicales a asistir a las sesiones y había convencido a los villistas de ceder en dos puntos cruciales: la aceptación de todos los delegados que propuso esa tercera fuerza, representaran o no a mil hombres como se había acordado en Torreón, y el acatamiento a la soberanía de la Convención, es decir a las decisiones de la mayoría perteneciente a esa tercera fuerza. Existía una amenaza potencial para dicha mayoría: la participación de los delegados zapatistas. Dado que la Convención se había reunido para lograr la paz, no podía ignorar a una de las facciones revolucionarias más importantes de México, de modo que todos los participantes estuvieron de acuerdo cuando Ángeles exigió que fuera invitada.

No es posible considerar a ninguna de las tres facciones inicialmente representadas en la Convención como un bloque homogéneo. Algunos de los generales villistas ya le habían comunicado a Obregón que se oponían a Villa y

estaban dispuestos a defeccionar de su ejército. En la Convención, sin embargo, continuaron oficialmente actuando de acuerdo con el conjunto de la delegación villista. Incluso entre los carrancistas radicales había ciertas vacilaciones. En determinado momento Pablo González, considerado como el general más leal a Carranza, contempló la idea de voltearse contra el Primer Jefe si Villa renunciaba a su mando.⁵⁴ El tercer grupo estaba todavía más dividido. Aunque todos sus miembros querían la destitución de Villa y de Carranza, cuando finalmente se produjo el enfrentamiento entre los dos, el propio tercer grupo se escindió y sus miembros terminaron en lados opuestos de la guerra civil. Para algunos generales, el criterio decisivo para apoyar a uno o a otro no era tanto la ideología o la lealtad personal como su percepción de qué bando era más fuerte y cuál resultaría vencedor. La esperanza de atraer a los vacilantes creando una alianza Villa-Zapata que pareciera irresistible fue ciertamente uno de los motivos, aunque no el único, que llevaron a Ángeles a considerar como prioridad la participación de los zapatistas en la Convención.

Ángeles logró que ésta lo nombrara jefe de la delegación oficial que fue a Morelos para convencer a los zapatistas de asistir.

Aunque resulta irónico que Ángeles, el general que había combatido contra los zapatistas en Morelos durante más de un año y el que lo había hecho con más éxito, fuera el arquitecto de la alianza entre Villa y Zapata y quien convenció a los zapatistas de enviar representantes a la Convención. Con todo, él pensaba que se había ganado en Morelos, si no la simpatía, por lo menos el respeto de Zapata y sus revolucionarios.

Yo tengo la profunda convicción de que soy un indio nacido en las últimas capas sociales y que debido a mi carácter y a mi independencia me he hecho amar a mi alrededor y tal vez odiar un poco lejos de mí [...]

Y sé que soy el menos bien elegido para ir allá, porque he sido jefe de las fuerzas que han operado en esa región, pero hago el esfuerzo con gusto, y si allá he de sacrificarme, con gusto diría: he muerto por hacer un esfuerzo por mi Patria. No es que crea yo que tengo gran probabilidad de ser sacrificado; yo sé perfectamente que estando allá haciendo la campaña en Morelos, yo me paseaba solo con mi asistente y tal vez los zapatistas me veían pasar y decían: déjenlo pasar, éste no nos hace daño.⁵⁵

El optimismo de Ángeles quedó más que justificado por la recepción que Zapata le ofreció. Cuando llegó con la delegación de la Convención a

Cuernavaca, Zapata le dijo: “General, no sabe usted cuánto gusto me da verlo. Usted fue el único que me combatió honradamente y por sus actos justicieros llegó a captarse la voluntad del pueblo morelense y hasta la simpatía de mis hombres”.⁵⁶

La composición de la delegación convencionista era la adecuada para ganarse las simpatías de Zapata. Mientras la que Carranza había enviado semanas antes, y que había fracasado completamente, no incluía ni un solo dirigente campesino, en la delegación que la Convención había elegido se hallaba Calixto Contreras, quien más que ningún otro en el norte podía ser considerado un dirigente campesino y a quien Zapata identificó inmediatamente. “También me da gusto ver en Morelos a usted, general”, le dijo Zapata a Contreras, “pues por ser hijo del pueblo humilde y un luchador por la tierra, usted es el revolucionario del norte que más confianza inspira.”⁵⁷ Los otros dos delegados también habían sido cuidadosamente seleccionados. Castillo Tapia era un ingeniero que había participado en el primer reparto agrario que Lucio Blanco realizó en 1913;⁵⁸ además, había manifestado repetidas veces su simpatía y comprensión por la revolución del sur. Rafael Buelna, el miembro más joven de la delegación, podía ser considerado como el representante de la tercera fuerza. Antes de la revolución era un estudiante y no tenía historia como reformador o revolucionario agrario pero, por otra parte, era el único líder de la tercera fuerza que había dado grandes muestras de independencia respecto de su dirección, hasta el extremo de arrestar a Obregón durante un corto tiempo.⁵⁹

Zapata se hallaba en un aprieto. No quería someter su movimiento a ninguna autoridad externa, porque ya lo había hecho dos veces, reconociendo primero la dirección de Madero y luego la de Orozco, con resultados desastrosos: Madero se había vuelto contra él y Orozco se había pasado a Huerta. Someterse a la autoridad de una Convención en que los carrancistas tenían la mayoría era anatema para él. Por otro lado, le preocupaba profundamente que un Carranza victorioso pudiera adoptar una política similar a la de Madero, tal vez incluso con más brutalidad. El único capaz de derrotar a Carranza era Villa, por lo que, desde noviembre de 1913, Zapata había buscado sistemáticamente acercarse a él y separarlo del Primer Jefe. Si ahora se negaba a asistir a la Convención a la que Villa lo invitaba a través de Ángeles, esa alianza se dificultaría. Tras consultar con sus jefes militares, Zapata optó por una solución intermedia: enviar veintiséis representantes a la Convención, pero no como delegados oficiales, en el sentido de que no reconocerían la soberanía de la Convención hasta que ésta hubiera adoptado oficialmente el Plan de Ayala y Zapata y sus hombres

estuvieran convencidos de que realmente se proponía llevar a cabo un profundo programa de reformas. No acudió ninguno de los principales jefes militares zapatistas. En cambio, asistieron varios intelectuales a los que se había conferido rango militar. Tras tomar esa decisión, Zapata dejó muy claro que el interés principal de su delegación era Villa más que la Convención. La delegación zapatista visitó el cuartel general villista antes de asistir a las sesiones. Villa prometió apoyo y llegó a algún tipo de acuerdo con el principal representante de Zapata, Paulino Martínez. Sólo entonces se presentaron los zapatistas en la Convención, a la que le dieron una nueva dimensión ideológica. Sus objetivos principales eran reforzar sus vínculos con Villa, persuadir a la Convención de que adoptara el Plan de Ayala y obtener la destitución de Carranza como líder de la revolución y su sustitución por alguien a quien no consideraran un enemigo.

En su discurso inaugural, Paulino Martínez manifestó con mucha claridad que los únicos nortños que él consideraba auténticos revolucionarios eran los villistas.

Sus genuinos representantes [de la revolución] eran el general Emiliano Zapata con todas sus fuerzas que le acompañaban en el Sur, y con las suyas el general Francisco Villa, acá en el Norte.

Indios los dos, delineados en sus rostros los caracteres de esa raza altiva a que pertenecen, sintiendo en su corazón los dolores y las amargas de esa raza humillada.⁶⁰

Con ayuda de Ángeles y los delegados villistas, los zapatistas persuadieron a la asamblea de adoptar como propio el Plan de Ayala. Así, quedó asentado que la Convención favorecía el plan de redistribución de la tierra más radical que México había conocido jamás.

Ese momento puede ser considerado en cierto sentido como la hora más alta de Ángeles. Había tomado la iniciativa para persuadir a la Convención de invitar a los zapatistas, había ido a Morelos y convencido a Zapata de que enviara una delegación, y a iniciativa suya el Plan de Ayala había sido adoptado en Aguascalientes. La relación de fuerzas había cambiado fundamentalmente dentro de la Convención. Obregón y sus seguidores e incluso los carrancistas radicales habían aceptado esas medidas para no excluir a una de las facciones revolucionarias más importantes y porque oponerse al Plan de Ayala habría sido muy difícil, ya que para ese entonces todo el mundo quería tener credenciales agraristas. Por lo demás, en México adoptar un plan no era un compromiso

grave: a través de la historia mexicana se habían promulgado innumerables planes y constituciones, y sólo unos pocos habían sido aplicados.

Lo que realmente le interesaba a Obregón era la cuestión del poder. El 31 de octubre pareció que había llegado su momento. En buena medida por iniciativa suya, la mayoría de la Convención adoptó una resolución en la que pedía la renuncia de Carranza y de Villa. En parte, esa resolución se produjo como respuesta a una carta de Carranza en que decía que *contemplaría la posibilidad* de renunciar si Villa y Zapata hacían lo mismo. Esa carta acabó con la ilusión que albergaban algunos convencionistas de que Carranza se plegaría simplemente a los deseos de la Convención y le dio a Obregón el argumento necesario para declarar que sólo las renunciaciones simultáneas de Carranza y Villa (no insistió en la de Zapata) podrían traer la paz y la armonía a México. También, con toda probabilidad, llevarían a Obregón al poder. Era, después de Villa, el jefe militar más exitoso que había producido la revolución, y muchos generales villistas le habían manifestado claramente, durante su viaje a Chihuahua, que estaban dispuestos a apoyarlo. La resolución fue adoptada con el voto tanto de la tercera fuerza como de los villistas, con la excepción del delegado personal de Villa, Roque González Garza. Sólo los carrancistas radicales votaron en contra.

Dos días más tarde, Obregón se apuntó lo que parecía un triunfo aún mayor. La Convención aceptó sustituir a Carranza por el candidato que él propuso como presidente provisional de México.

Los representantes de la División del Norte favorecían la candidatura de Juan Cabral, que era sonorense pero no villista ni partidario de Maytorena, sino un auténtico independiente. Tal vez por eso lo rechazó Obregón aunque, durante su visita a Villa en Chihuahua, había propuesto a Cabral como gobernador de Sonora para sustituir a Maytorena. Tal vez no temía al radicalismo agrario de Cabral en Sonora, aunque fuera el único jefe revolucionario sonorense que propuso grandes reformas agrarias, porque la legislatura estatal, sin duda bajo la influencia de Obregón y de Maytorena, había rechazado sus propuestas.⁶¹ En cambio, si Cabral se convertía en presidente, su radicalismo agrario sería mucho más difícil de controlar.

El candidato que prefería Obregón, Eulalio Gutiérrez, era un dirigente regional menor, íntimamente vinculado a los carrancistas. Nadie había pensado en él hasta que Obregón sugirió su nombre. Era poco conocido y mandaba una diminuta fuerza guerrillera que operaba principalmente en San Luis Potosí. Ésa pudo ser precisamente la razón por la que Obregón lo nominó: era lo bastante

débil para ser manipulado. Obregón también tenía motivos para darse por satisfecho con el secretario de Defensa que eligió Gutiérrez. Se trataba de José Isabel Robles, un general villista que, sin embargo, le había dado indicios de que su lealtad hacia Villa no era en absoluto incondicional. El éxito de Obregón y de la Convención resultaría efímero, a pesar de todo, si no era posible persuadir a Carranza y a Villa de que acataran la decisión.

Oficialmente, Villa aceptó. Ante los estruendosos vítores de la Convención, Ángeles leyó un comunicado suyo que decía que no sólo estaba dispuesto a renunciar, sino que sugería una forma “poco convencional” de ser destituido de su cargo. La Convención debía mandar fusilar a Carranza y a él mismo.

En cambio, el Primer Jefe respondió con evasivas. Mientras estuvo en la ciudad de México, ocupada por tropas que se hallaban nominalmente bajo su mando, pero en realidad comandadas por Lucio Blanco, uno de los líderes de la tercera fuerza que se suponía leal a la Convención, sus respuestas fueron ambiguas. Pero el 1 de noviembre, con el pretexto de una excursión a las pirámides de Teotihuacan, huyó a Puebla, controlada por uno de sus generales más fieles, Francisco Coss. Entonces se opuso de manera más inflexible y franca a la resolución de la Convención y manifestó fuertes dudas (en muchos sentidos justificadas) de que la dimisión de Villa fuera real. Ofreció renunciar y salir del país durante diez días y entregar el mando a Pablo González si Villa hacía lo mismo con el de la División del Norte, que debía ser asumido por Gutiérrez. Dado que éste era un hombre cercano a los carrancistas, elegido con los votos de la facción de Obregón, y Pablo González era también un partidario de Carranza, la propuesta lo favorecía de manera clara y probablemente suponía que Villa no la aceptaría.

Enseguida y durante muchos días, Carranza rehusó recibir a la delegación encabezada por Obregón que acudió a informarle las decisiones de los convencionistas, y finalmente declaró que no reconocía su autoridad para destituirlo. Al mismo tiempo, sus generales más leales retiraron a sus representantes de la Convención y manifestaron que sólo lo reconocían a él como Primer Jefe de la revolución.

Tras darle de plazo hasta el 10 de noviembre, Gutiérrez finalmente declaró a Carranza en rebeldía contra el gobierno revolucionario legítimo de México y nombró a Villa comandante en jefe de las fuerzas de la Convención Revolucionaria. Así se inició la parte final y más sangrienta de la revolución mexicana.

La responsabilidad personal de los dos principales dirigentes de la revolución así como la causa subyacente de la lucha que siguió constituyen uno de los temas más constantes y polémicos del debate histórico.

Aunque a primera vista parecería que Carranza se aferraba al poder y Villa estaba dispuesto a renunciar, se han expresado fuertes dudas al respecto. Desafortunadamente, de los hombres cercanos a Villa que luego escribieron memorias sobre sus experiencias, pocos estaban con él en aquellos días cruciales. La mayoría se encontraba en Chihuahua o en la Convención, mientras que él se hallaba, a la cabeza de sus tropas, en la población de Guadalupe, Zacatecas, a ciento cincuenta kilómetros de Aguascalientes.

José Vasconcelos, destacado intelectual que en 1914 se incorporó a la facción convencionista para pocos meses después apartarse de Villa, por considerarlo un bárbaro homicida, narra que el caudillo fue presa de un ataque de furia asesina cuando se enteró de que la Convención había decidido deponerlo. Vasconcelos sostiene que formaba parte de la delegación enviada por la Convención para informar a Villa que su renuncia había sido aceptada. Según él, Villa recibió a los delegados en el vagón de ferrocarril en que se alojaba, y cuando Vasconcelos, vocero de la delegación, le transmitió su mensaje,

rápidamente se le inyectaron al general los ojos en la forma que ya me habían dicho era habitual en él cuando le acometía furia homicida. Pero se dominó.

—Está bien —dijo después de una pausa larga—. Está bien... Dígales —expresó sin mirar a sus generales—, dígales usted que Pancho Villa se va... les dejo todo... esta División que yo he formado... No me llevaré sino veinte hombres... Organicen ustedes su Gobierno; pero eso sí... se los advierto: ¡Presidente Municipal que yo les capture... lo cuelgo!

La brusca, salvaje amenaza, me irritó a mí también [...] Y los tres nos salimos, convencidos de que las protestas de obediencia a la Convención iban a ser una pura farsa.⁶²

Esta versión de Vasconcelos es poco verosímil. Vito Alessio Robles, uno de los secretarios de la Convención, dice que el escritor no era siquiera miembro de la delegación que fue a ver a Villa.⁶³ Además, si éste hubiera estado tan violentamente en desacuerdo, no habría permitido a sus generales votar a favor de su renuncia. Aunque algunos de ellos, como Eugenio Aguirre Benavides, tal vez la deseaban realmente, muchos de sus comandantes le eran fanáticamente leales y ciertamente no habrían votado como lo hicieron si hubieran sospechado,

siquiera remotamente, que estaban actuando contra los deseos de su jefe. Con toda probabilidad, Villa estaba apostando a que Carranza no renunciaría por ningún motivo. Quería demostrar a la opinión pública de México, a los generales indecisos y al gobierno de Washington que él estaba dispuesto a negociar y que, si la guerra estallaba de nuevo, sería por culpa de Carranza.

¿Habría dejado Villa el mando de sus tropas si Carranza hubiera renunciado? No es posible dar una respuesta clara a esa pregunta. Resulta improbable porque ello habría equivalido en última instancia a una rendición, y Villa no sólo no había sido derrotado en batalla, sino que en realidad, a los ojos de muchos observadores, encabezaba el mejor ejército de México. Lo que le daba cohesión a la División del Norte era su personalidad carismática, su tremenda popularidad, su fama de invencible. Si renunciaba, la División se desintegraría. Los principales comandantes de Carranza, Pablo González y Álvaro Obregón, no dimitirían, sino que permanecerían al mando de sus tropas. Obregón se convertiría en el hombre más poderoso de México. Villa podía suponer que algunos de sus generales se unirían a Obregón, ya que habían mostrado sin tapujos su simpatía por él. A los ojos de Villa, el resultado era que los carrancistas tomaban el poder en México prácticamente sin disparar un tiro, esta vez encabezados por Obregón, y Villa abandonaba a su ejército y a sus partidarios. Además, hay datos de que estaba reclutando hombres, importando armas y preparándose para la batalla, conducta impropia de un hombre que piensa dimitir.

Unos historiadores piensan que Carranza no estaba dispuesto a renunciar, otros que Villa no lo estaba, y por tanto atribuyen la responsabilidad de la subsecuente guerra civil a uno o a otro. Con toda probabilidad, ninguno de los dos pensaba en realidad dimitir, no sólo porque querían el poder, sino porque cada uno estaba convencido de que, si él abandonaba el mando, la revolución mexicana sería derrotada. Carranza se consideraba el único baluarte del poder civil sobre el predominio militar. Por añadidura, creía firmemente que si los villistas y los zapatistas triunfaban, México caería de nuevo en la anarquía, el estado central se desvanecería y el país quedaría a merced de Estados Unidos. A los ojos de Villa, Carranza era un dictador que podía revertir todos los cambios que él había implementado en su región de Chihuahua y Durango, y descargaría su ira sobre los hombres a quienes él consideraba que debía mayor lealtad: los soldados, los oficiales y los generales de la División del Norte.

Sin embargo, al atribuir a uno u otro la responsabilidad de la ruptura final, hay un factor que no se debe ignorar. Todo el tiempo, Carranza había exigido el

poder nacional para sí y la absoluta subordinación tanto de la facción villista como de la zapatista. Villa en cambio no quería el poder nacional y había defendido una solución intermedia por la cual cada facción conservaba el control de los territorios que dominaba, asegurando así el statu quo militar.

La ruptura final entre Villa y Carranza puso fin temporalmente a las esperanzas de Álvaro Obregón de hacerse con el legado de ambos. Pero fue un revés pasajero. Un año después, Obregón derrotaría a Villa y, cinco años más tarde, derrocaría a Carranza y se convertiría en presidente y supremo árbitro de los destinos del país. Sin embargo, en noviembre de 1914, su estrella parecía declinar. Había arriesgado su vida viajando a Chihuahua y había empleado a fondo toda la fuerza de su personalidad en la Convención, claramente enajenándose a Carranza al promover una solución que lo eliminaría del poder junto con Villa. Incluso había estado dispuesto a defender esa demanda con la fuerza militar. En una conferencia secreta con Manuel Diéguez, que estaba nominalmente bajo su mando y que encabezaba el mayor contingente de tropas de la División del Noroeste, concentradas en Jalisco, Obregón propuso una salida radical.⁶⁴ Todas las tropas que le eran leales se concentrarían en Jalisco y amenazarían tanto a Villa como a Carranza con proceder contra cualquiera de los dos que rehusara renunciar. Obregón obviamente esperaba que lo apoyarían en esa empresa los disidentes de la División del Norte, y que Pablo González y su División del Noreste, relativamente débil, no se arriesgaría a una confrontación armada por defender a Carranza.

Pero había sobrestimado su control sobre su división y la lealtad de sus comandantes. Carranza, que ya temía ese tipo de reacción, había repartido la División del Noroeste en una serie de contingentes distribuidos a lo largo de cientos de kilómetros desde Sonora hasta la capital. Además y sobre todo, los comandantes de Obregón no estaban dispuestos a seguirlo. Calles y Hill en Sonora, y Diéguez en Jalisco manifestaron su lealtad a Carranza.

A pesar de su creciente debilidad, Obregón todavía albergaba esperanzas de ganar la apuesta por el control sobre México. Aceptó participar en la delegación enviada por la Convención para notificar oficialmente a Carranza que su “renuncia” había sido aceptada. Ello indica que tomaba en serio la dimisión de Villa y creía posible convencer a Carranza de imitarlo. Este último tenía una idea más realista de la correlación de fuerzas. Sabía que, si dimitía, Villa no presentaría la otra mejilla. Y sabía que Obregón apenas vacilaría cuando se tratara de elegir entre unirse a Villa o seguirle siendo leal.

Cuando Obregón llegó a Querétaro, en territorio controlado por Carranza, el Primer Jefe lo mantuvo prácticamente arrestado durante dos días y se negó a verlo, hasta que el general reconoció con toda claridad su suprema autoridad. Se suelen dar tres razones para explicar por qué Obregón se decidió por el Primer Jefe. Primero, una mayor afinidad ideológica y social y sus orígenes “pequeño burgueses” lo acercaban más a la burguesía que Carranza representaba que a los campesinos de Villa y Zapata; segundo, odiaba a Villa por la forma en que lo había tratado en Chihuahua, y, finalmente, la mayoría de sus comandantes no lo habría seguido si hubiera optado por Villa. Estas razones sin duda tuvieron mucha importancia. Pero, si no hubieran existido, Obregón no habría tenido de todos modos más alternativa que seguir al Primer Jefe. Todos los dirigentes revolucionarios de México derivaban su fuerza primaria del control sobre su propia región, sin el cual quedaban colgando en el aire. Obregón no habría podido desempeñar el papel que jugó sin controlar su estado natal de Sonora, donde se hallaba la base de su poder. Y ésa era la única cosa que Villa no estaba dispuesto a darle. Al apoyar a Maytorena hasta las últimas consecuencias, Villa no le dejó a Obregón más posibilidad que apoyar a Carranza. Éste entendía muy bien el dilema y la situación en que Obregón se encontraba y, por tanto, a pesar de que había dado muestras de querer deponerlo, le confió el comando supremo de sus tropas: un acierto, ya que se trataba del militar más talentoso de la revolución. Esa determinación fue decisiva para la victoria de los carrancistas en la sangrienta guerra civil en que México iba a hundirse de nuevo.

DE QUÉ SE TRATABA: LA CONTROVERSIA VILLA-CARRANZA EN PERSPECTIVA

El conflicto que enfrentó a las fuerzas de la Convención Revolucionaria, encabezadas por Villa y Zapata, contra los ejércitos de la facción constitucionalista, cuyos dirigentes principales eran Carranza y Obregón, es tal vez el tema más debatido y polémico así en la historia como en la historiografía de la revolución mexicana. En opinión de muchos observadores contemporáneos este conflicto, que produjo el mayor baño de sangre de todo el periodo revolucionario, fue también el episodio más vacío de sentido. Luchaban entre sí dos facciones revolucionarias que proclamaban objetivos similares. Ambas se habían opuesto a la dictadura de Huerta y ambas defendían la democracia para México, la no reelección del presidente, un mayor grado de soberanía del país sobre sus recursos naturales y algún tipo de reforma agraria.

Mientras otros temas relacionados con la revolución mexicana se han ido borrando gradualmente de la discusión, la disputa Villa-Carranza sigue siendo uno de los principales puntos de debate entre los historiadores y entre todos los observadores interesados. Y no por casualidad. Las polémicas sobre los conflictos entre las facciones revolucionarias no son por cierto exclusivas de México. En la historia de la mayoría de las revoluciones, precisamente los conflictos entre los revolucionarios son los que han generado las controversias más prolongadas, acaloradas y acerbadas. Durante largo tiempo, uno de los temas más discutidos, tal vez el punto más conflictivo que separaba a los historiadores de la revolución francesa era el debate entre los partidarios de Danton y los de Robespierre. Otro tanto puede decirse del debate Stalin-Trotsky sobre la revolución rusa. Es más frecuente la distorsión de los hechos por parte de ambos bandos en esas discusiones que en las polémicas entre los defensores del antiguo régimen y los de la revolución. Las facciones revolucionarias en conflicto tienen serias dificultades para explicar cómo el camarada, el compañero, el correligionario de poco antes se ha convertido repentinamente en un traidor y contrarrevolucionario.

Lo mismo en el caso soviético que en el mexicano (aunque no en el francés), se puede añadir que una facción revolucionaria quedó victoriosa y que durante largo tiempo los vencedores escribieron la historia oficial del enfrentamiento. Además, la red de leyendas extraordinariamente espesa que siempre rodeó a Villa, y a la que él mismo contribuyó, hacía muy difícil apreciar con seriedad y objetividad sus diferencias con Carranza y con las demás facciones de la revolución mexicana.

Entre las muchas explicaciones sobre la nueva guerra civil se pueden distinguir varias categorías generales. La que durante años constituyó la ideología mexicana cuasi oficial era que Villa se rebeló contra la autoridad legítima de Carranza y fue totalmente responsable de la guerra. Según un autor, “habían despertado la ambición del rústico caudillo unos cuantos letrados que se habían arrimado a su sombra protectora [...] Villa soñaba en la Presidencia de la República”.⁶⁵

Otro autor considera que el resentimiento por “los insultos y el desprecio que [Carranza] había vertido sobre la División del Norte” era “la clave de la actitud de Villa”.⁶⁶ Esos autores no ven a Villa como un dirigente campesino o un hombre comprometido con la reforma agraria, ya que en realidad no repartió tierras en Chihuahua. Algunos piensan que la actitud de Villa reflejaba la composición social de su movimiento, que no estaba esencialmente compuesto

por campesinos, sino por personas sin ocupación ni residencia fija, arrieros y vaqueros.

Otros historiadores sostienen un punto de vista completamente diferente. A sus ojos, el movimiento de Villa era esencialmente campesino y similar en muchos aspectos al de Emiliano Zapata en el sur. Esa opinión se basa en los orígenes sociales de Villa como peón de hacienda, sus proclamas en favor de la reforma agraria, su alianza con Zapata y la (errónea) descripción que hizo Reed sobre el gran reparto de tierras de las haciendas chihuahuenses. Según ellos, el conflicto entre Villa y Carranza fue ante todo un conflicto entre los campesinos, por una parte, y la clase media y una nueva burguesía, a la que Carranza representaba, por otra.⁶⁷

Recientemente, Alan Knight ha formulado una teoría nueva y muy ingeniosa. Rechaza tanto la noción de que la disputa entre Villa y Carranza era un conflicto de personalidades como la idea de que se trataba de una lucha de clases. En su opinión no había verdadera diferencia entre las bases sociales de los dos movimientos. El núcleo de los villistas, como el de los carrancistas, estaba constituido por campesinos norteros, a los que Knight designa como “serranos” para distinguirlos de los campesinos sureños, de Morelos y las regiones adyacentes. Básicamente los serranos eran habitantes de regiones apartadas que no se enfrentaban al estado por la tierra, sino para resistir a los intentos por absorberlos y controlarlos: lo que querían era conservar su autonomía. Si, en unos pocos casos, estaban involucrados en problemas agrarios, éstos tendían a darse con los caciques locales, más que con los terratenientes. Con el estallido de la revolución esos problemas se habían solucionado: los caciques habían huido y el estado había sido destruido. Así, estos campesinos no tenían una clara afinidad ideológica con uno u otro bando. Su filiación revolucionaria dependía de otros factores, como las relaciones patronal-clientelares y las lealtades personales. La verdadera diferencia entre el villismo y el carrancismo residía en el carácter de sus dirigentes locales y regionales. Knight no ve ninguna causa social para esa diferencia de actitud. Le parece más bien que los localistas se unieron a Villa y los líderes que tenían una orientación nacional pelearon con Carranza. En consecuencia, los carrancistas querían un gobierno nacional fuerte, y Villa y sus partidarios querían un gobierno federal débil y un alto grado de autonomía regional.⁶⁸

Lo que vuelve tan difícil valorar de una manera concluyente la validez de estas teorías es que cada una de ellas destaca uno de los elementos que

contribuyeron al conflicto entre Villa y Carranza, pero ninguna explicación simple y unidimensional es suficiente.

Aparte de los motivos que llevan a los distintos grupos y facciones a enfrentarse, es necesario insistir en que el combate sangriento entre facciones revolucionarias tras la desaparición del antiguo régimen no es la excepción, sino la regla, en la historia de la mayoría de las revoluciones. El estallido de la violencia revolucionaria no es más que un síntoma de que han fallado los mecanismos tradicionales de consenso y de solución pacífica de los conflictos. Una vez que esos mecanismos han desaparecido y grandes sectores del pueblo consideran que la violencia es el único medio para resolver las diferencias, se sigue que las muy heterogéneas facciones que se han unido para derrocar al antiguo régimen recurrirán a la fuerza y a la violencia para imponer su solución a los problemas del país, una vez que parece haberse creado un vacío de poder. Lo que contribuyó grandemente al estallido de esas confrontaciones violentas en el caso mexicano fue que cada uno de los principales movimientos revolucionarios se desarrolló, en gran medida, independientemente de los demás. “Debido a que los grandes ejércitos revolucionarios se habían desarrollado en regiones material y socialmente diferentes, el noreste, el noroeste, el norte y el sur, cada uno representaba un conjunto particular de fuerzas sociales.”⁶⁹ A diferencia de la revolución maderista de 1910-1911, no había una organización política común ni un dirigente carismático y reconocido cuya autoridad hubiera quedado establecida a través de una larga campaña política, antes del estallido de la revolución.

Las rivalidades personales y las profundas diferencias culturales que había entre Carranza y Villa fueron ciertamente factores importantes que precipitaron el estallido de la nueva guerra civil. Sin embargo, reducir los motivos del enfrentamiento a las rivalidades personales lo asemejaría al tipo tradicional de pleitos entre caudillos que menudearon en muchos lugares de América Latina durante los siglos XIX y XX.

El problema con esa interpretación es que esos ejércitos caudillistas tradicionales, aunque se autodenominaran revolucionarios, no eran producto de una revolución social, sino ejércitos relativamente pequeños, compuestos de soldados profesionales, hombres íntimamente vinculados a sus respectivos caudillos por lazos tradicionales —eran sus pistoleros o sus clientes— o aliados temporales de dichos caudillos. ¿Cómo pudo un movimiento que se había iniciado como una revolución social degenerar tan rápidamente en una tradicional pugna entre caudillos? ¿Por qué cientos de miles de mexicanos se

habrían dejado manipular por las ambiciones de Villa y Carranza? La mejor prueba de que la nueva guerra civil no fue producto exclusivamente de las rivalidades personales es que, mucho después de que Villa dejó de ser un dirigente nacional, siguieron existiendo en México movimientos anticarrancistas.

No hay duda de que en muchos sentidos la controversia entre los partidarios de la Convención y los de Carranza reproducía un conflicto que se remontaba al siglo XIX: la pugna entre centralismo y federalismo, entre el estado nacional fuerte y las aspiraciones regionales de autonomía.

Es significativo que Villa nunca tratara de imponer al resto del país el tipo de régimen que había creado en Chihuahua, y que su gobierno tampoco intentara asumir el control económico y político directo sobre regiones exteriores al eje Chihuahua-Durango-Laguna. Cuando se retiró del estado de Zacatecas, tras lograr una de sus mayores victorias, Villa dejó el control del estado en manos de un dirigente local, Pánfilo Natera. Incluso en Durango, tan cercano a su corazón, fueron los dirigentes locales y no el propio Villa quienes ejercieron ese control. Así pues, Villa nunca quiso el poder nacional. Cuando se lo pusieron en las manos, declinó. Lo que quería era controlar su territorio de Chihuahua, la región lagunera y tal vez Durango. Los conflictos con Carranza surgieron cuando éste quiso interferir en ese control.

Por otra parte, como hemos dicho, Carranza se proponía reinstaurar un estado mexicano fuerte, centralizado y poderoso. Estaba convencido de que sólo la existencia de ese estado garantizaría la independencia de México y le permitiría desarrollarse para llegar a ser una moderna nación capitalista. En 1913-1914 ese objetivo parecía extremadamente difícil de alcanzar. El estado mexicano, creación en gran medida de Porfirio Díaz, había sobrevivido al periodo de Madero y había sido ampliamente utilizado por Huerta. Pero la revolución constitucionalista lo destruyó casi totalmente: el ejército federal, la policía, el poder judicial y la mayor parte de la burocracia fueron eliminados. En consecuencia, el segundo objetivo de Carranza, una autoridad suprema civil (aunque no necesariamente democrática), parecía todavía más difícil de lograr, y Villa era a sus ojos un epítome del dominio militar sobre la sociedad civil.

Para lograr sus objetivos, Carranza no podía confiar en ninguna organización política nacional ni contaba, por lo menos durante los primeros meses, después de que sus fuerzas fueron casi totalmente derrotadas por el ejército federal en Coahuila, con ningún ejército propio. No quería ni podía adoptar al ejército federal ni confiar en su apoyo, como había hecho Madero. En esa compleja situación, Carranza recurrió a tres medios para restaurar el poder del estado

central: enfrentó a sus generales unos contra otros para actuar como árbitro; intentó establecer un gobierno por lo menos parcialmente civil en los territorios que iban siendo liberados del dominio federal, y procuró agenciarse tantos recursos como podía, con objeto de controlar los fondos de su movimiento. Las tres tácticas tenían necesariamente que ponerlo en conflicto con Villa. Trató de enfrentar a Villa contra Chao y contra Obregón. Trató de imponer al hombre de su elección como gobernador de Chihuahua, y finalmente intentó quitarle a Villa las haciendas expropiadas de las que dependía, tanto para cubrir sus necesidades militares como para su política social.

De todos los puntos de conflicto que se han enumerado para explicar el enfrentamiento entre Villa y Carranza, éste, el de centralización versus regionalismo, es tal vez el menos controvertido. El problema que mayores polémicas ha suscitado se relaciona con el tema de las clases. El conflicto de clases a que la mayoría de los autores se refieren tiene que ver con la cuestión de la reforma agraria. ¿Fue ésa la diferencia principal entre el movimiento convencionista y sus rivales constitucionalistas? Pocos historiadores y observadores dudan de ello cuando analizan el conflicto entre Zapata y los carrancistas. Para Zapata, la revolución mexicana era eminentemente una lucha de clases. La cuestión agraria siempre fue central para la revolución de Morelos. El ejército zapatista estaba compuesto por campesinos que exigían la devolución de las tierras expropiadas; el propio Zapata había sido un dirigente campesino antes de la revolución, y su programa, el Plan de Ayala, fue el documento agrario más explícito que produjo la revolución mexicana. Y sobre todo: Zapata devolvió a las comunidades campesinas las tierras que les habían sido expropiadas y repartió las restantes tierras de las haciendas entre los campesinos que carecían de ellas.

¿Era el villismo en última instancia también un movimiento agrario? ¿Era la reforma agraria una de sus principales demandas? Y ¿se puede considerar a Villa un reformador agrario?

Lo que durante muchos años hizo difícil responder a estas preguntas fue la carencia de información básica. El censo del estado de Chihuahua era tan malo y se prestaba de tal forma al error que durante muchos años historiadores de prestigio han supuesto que existían en él pocos pequeños propietarios⁷⁰ o que no había cuestiones agrarias de importancia. Dado que no existen datos estadísticos sobre la composición de la División del Norte, un autor pudo suponer que no se trataba en esencia de campesinos sino de mineros.⁷¹ Durante un tiempo, yo mismo pensé que el movimiento villista podía considerarse una “revolución de

vaqueros”. Todavía menos se sabía lo que realmente sucedió en Chihuahua durante el dominio villista. Nada ilustra mejor esta confusión que el hecho de que dos conocidos radicales estadounidenses, ambos simpatizantes de la revolución mexicana, expresaran opiniones diametralmente opuestas respecto de Villa y la cuestión agraria en Chihuahua. Como veremos en el siguiente capítulo, ambos estaban equivocados. John Reed escribió que Villa había repartido las haciendas de Chihuahua entre los campesinos del estado; John Kenneth Turner, que había escrito un influyente libro sobre la opresión en que el régimen de Díaz tenía a la población rural de México, pero que nunca puso un pie en el Chihuahua villista, discrepaba completamente. Según él, Villa había entregado las haciendas chihuahuenses a sus generales, los cuales constituían una nueva clase terrateniente.⁷²

La explicación clasista del villismo también se complica porque muchos de los argumentos que se suelen utilizar para probar que Villa era un reformador agrario *bona fide*, como el hecho de que fue peón de una hacienda, no son muy convincentes. Los orígenes personales de un dirigente no se reflejan necesariamente en sus puntos de vista sociales y económicos. Es cierto que Villa había sido peón, pero también había sido forajido, arriero, carnicero, hombre de negocios y, si hubiera que atribuir las opiniones sociales del caudillo a sus orígenes sociales, surgiría la cuestión de cuál de esas actividades influyó finalmente en su conciencia política. Aunque la alianza de Villa con Zapata constituye un importante indicio de la forma en que los dos hombres y los dos movimientos se consideraban entre sí, tampoco es una prueba definitiva del agrarismo de Villa. Durante la revolución mexicana las alianzas podían tener muy escaso contenido ideológico: Villa se alió con Maytorena, y durante un tiempo Zapata consideró la posibilidad de aliarse con Félix Díaz.

Las reiteradas declaraciones de Villa en favor de la reforma agraria no prueban tampoco sus intenciones finales. Carranza, que de hecho se oponía profundamente a la reforma y nunca permitió que se llevara a cabo ningún reparto significativo de tierras durante su presidencia, había hecho también declaraciones radicales y promesas.

Lo que sí se puede afirmar con certeza es que, en su composición social y en la personalidad de sus dirigentes, el villismo tenía mucho más de un movimiento agrario que la otra facción nortea, encabezada por Carranza, cuyos partidarios venían sobre todo de los estados fronterizos del noreste y noroeste de México. En Chihuahua, el número de habitantes de los pueblos que tenían tierras y las trabajaban en forma independiente o como aparceros era mucho mayor de lo que

durante largo tiempo se supuso.⁷³ Esos habitantes de los pueblos tuvieron una extraordinaria influencia sobre la conciencia pública de Chihuahua debido a su reputación tradicional de defensores de la civilización contra las incursiones de los apaches y a su larga experiencia militar.

Sólo en la cuna del villismo los caciques y los hacendados habían efectuado grandes expropiaciones de tierras. Un historiador descubrió que en Sonora, con la significativa excepción de los indios yaquis, los despojos habían sido en todo caso menores.⁷⁴ Un estudio reciente sobre el estado de Nuevo León, del que procedían muchos de los soldados de la División del Noreste, comandada por Pablo González, sugiere conclusiones similares: a fines del siglo XVIII se habían creado allí colonias militares, al igual que en Chihuahua, pero éstas nunca perdieron sus tierras.⁷⁵ Lo mismo parece haber sucedido en Coahuila, donde encontramos relativamente pocas quejas por expropiación de tierras, fuera de la región lagunera, que fue uno de los bastiones del villismo.⁷⁶

El segundo argumento que fundamenta esta tesis es que, con muy escasas excepciones, aquellos jefes norteños a los que podemos identificar como dirigentes campesinos en el sentido tradicional –es decir, hombres que habían encabezado conflictos con los hacendados mucho antes de iniciarse la revolución– se incorporaron al bando de Villa. Entre ellos se hallaban Calixto Contreras y Toribio Ortega.

El tercer argumento tiene que ver con la confiscación de las haciendas. En la práctica, las diferencias de actitud entre Villa y Carranza no se reflejaron en el reparto de tierras; la única diferencia práctica tiene que ver con las haciendas intervenidas. Carranza se opuso en un principio a esa confiscación. Al ver que no podía impedir que sus generales ocuparan las haciendas, evitó cualquier tipo de vínculo entre su confiscación y la promesa de un posterior reparto agrario. Finalmente, devolvería la mayor parte de las haciendas a sus antiguos dueños. Villa en cambio había dejado claro que los hacendados nunca las recuperarían y había vinculado su destino al de la reforma agraria.

La importancia de esta cuestión en el enfrentamiento entre Villa y Carranza se percibe claramente en una carta que Silvestre Terrazas envió a muchos dirigentes revolucionarios para definir una de las bases de ese conflicto. “Uno de los jefes quería obrar con todo radicalismo confiscando los bienes del enemigo y expulsando a los elementos corruptos, el otro desapruueba su conducta, dispone la devolución de algunos de los bienes confiscados y se deja sorprender de una infinidad de enemigos, que día a día lo alejan de los hombres revolucionarios, del principio y fines de la revolución.”⁷⁷

Aunque se puede afirmar inequívocamente que el núcleo central del villismo era mucho más agrarista que el del carrancismo, la actitud de Villa respecto de la reforma agraria todavía es objeto de numerosas y arduas polémicas.

Los objetivos agraristas de Villa eran más limitados que los de Emiliano Zapata. El líder campesino de Morelos consideraba que el Plan de Ayala era aplicable a la mayor parte del campesinado, no sólo en Morelos, sino en todo México. Insistió una y otra vez, ante todos los dirigentes con los que trataba, en que aplicaran sus cláusulas a su región o distrito respectivos. Villa nunca demostró semejante compromiso con el agrarismo más allá de sus soldados y de los colonos militares, ni más allá de los confines de Chihuahua, La Laguna y Durango. No hay indicios (excepto en un caso en Sonora)⁷⁸ de que presionara a sus aliados para que realizaran importantes reformas agrarias. Mientras tuvo el poder en Chihuahua y La Laguna, no hizo repartos de significación pero, como intentaré mostrar en el capítulo siguiente, tampoco tenía mucha posibilidad de decidir al respecto. Si hubiera ganado, es extremadamente dudoso que hubiera resistido, aun queriendo, a la enorme presión de sus seguidores en favor del reparto de las grandes haciendas. Tanto Villa como sus generales habían sufrido la experiencia traumática de la revuelta de Orozco. Habían visto cómo muchos de los hombres que habían peleado en la revolución se levantaban contra Abraham González y Madero, por considerar que no cumplían la promesa de dividir los latifundios. Ese reparto habría sido fácil de realizar dado que los viejos hacendados se habían ido y sólo una minoría de generales, siete en total, se habían hecho de tierras confiscadas: no existía una poderosa burguesía villista, que controlara de facto sobre los grandes latifundios de Chihuahua.

Villa hubiera podido cumplir la promesa de reforma agraria gracias al control que tenía sobre las haciendas confiscadas. El reparto de esas propiedades entre sus soldados fue un objetivo que Villa defendió firmemente, desde el momento en que, siendo todavía un oscuro caudillo provinciano, asumió la gubernatura de Chihuahua, hasta que llegó a la cúspide de su poder.

Aparte del compromiso de entregar tierras de las haciendas confiscadas a sus soldados, Villa había proclamado otro objetivo agrario: la devolución de las tierras expropiadas a los pueblos. Las principales víctimas de tales despojos, los antiguos colonos militares, constituían una de sus principales bases de apoyo. Por esa razón, es muy verosímil la idea de que hubiera cumplido el compromiso con ellos.

Carranza tuvo varios motivos para tratar de arrancarle a Villa el control sobre las propiedades confiscadas. En parte esperaba aplacar los temores de los

hacendados, a quienes les preocupaba que, a pesar de sus protestas, Carranza fuera incapaz de impedirle a Villa confiscar todas aquellas haciendas que sus ejércitos lograran ocupar. En parte, Carranza confiaba en que esas propiedades le proporcionarían recursos suficientes para establecer una administración central eficaz y fortalecer el estado mexicano que estaba procurando reinstaurar. Si se iba a repartir la tierra, Carranza creía firmemente que era el gobierno central, y no los caudillos locales, el que debía realizarlo. Pero sobre todo, como demostraría poco después, estaba decidido a devolver las haciendas a sus antiguos propietarios, porque pensaba que era la única manera de poner a la moderna economía de México a salvo del espíritu retrógrado de los propietarios campesinos.

Aparte de las cuestiones de la centralización y la reforma agraria, una tercera divergencia separaba a Villa y a Carranza y también desempeñó un papel importante en su ruptura. Se trata de la actitud de cada uno de ellos respecto de Estados Unidos. Carranza era un auténtico nacionalista, profundamente preocupado por la creciente influencia económica y política de Estados Unidos sobre México, en especial entonces, cuando los estrechos vínculos de los estados europeos con Huerta los habían desacreditado en México, habían debilitado sus posiciones económicas y políticas y, por tanto, les impedían convertirse en un contrapeso frente al país del norte. Carranza temía que su propia revolución diera a Estados Unidos una influencia sin precedentes, lo que sin duda explica su violenta denuncia contra la ocupación de Veracruz. Hasta cierto punto, esa actitud era también la de las bases carrancistas, compuestas por los sectores más nacionalistas del pueblo mexicano, es decir, la población urbana. Villa tenía una actitud mucho más favorable ante los estadounidenses, expresión del hecho de que en el campo la hostilidad contra ellos se hallaba mucho menos difundida que en las ciudades.

Esas actitudes divergentes también reflejaban ciertas realidades económicas de los territorios controlados respectivamente por Carranza y por Villa. En Chihuahua, muchas minas propiedad de estadounidenses habían dejado de trabajar como resultado de los combates, que habían destruido algunas construcciones pero, sobre todo, habían dificultado las comunicaciones ferroviarias con Estados Unidos. Esas minas no producían ingresos, y el principal interés de Villa consistía en persuadir a los estadounidenses de que reiniciaran labores, para lo cual estaba dispuesto a hacerles sustanciales concesiones.

En Sonora la situación era muy diferente. Algunas de las minas más ricas se localizaban cerca de la frontera estadounidense y, por tanto, su trabajo sufrió menos interrupciones que en Chihuahua. Carranza no tenía razones económicas para favorecer a los estadounidenses y podía fijarles impuestos más altos sin peligro. Esa actitud se hizo todavía más pronunciada cuando las tropas carrancistas ocuparon la ciudad de Tampico, que controlaba el acceso a los campos petroleros. Durante la revolución, la producción petrolera había ido en aumento, y Carranza no veía por qué no tratar de obtener de esas propiedades extranjeras mayores ingresos para el estado mexicano.

Paradójicamente, la postura de Villa, más favorable a los estadounidenses, estaba vinculada a su radicalismo social. Por lo menos durante un tiempo, desde que confiscó las propiedades de la oligarquía mexicana, tuvo suficientes ingresos para financiar su revolución y no necesitó presionar a los estadounidenses. Cualquier presión podía, en cambio, poner en peligro su acceso a las armas y pertrechos procedentes de Estados Unidos.

La idea que tenía Villa de Woodrow Wilson y su gobierno no era la de un diplomático o un político; los juzgaba en relación con su personal código de honor. Durante un tiempo, Villa consideró a Wilson una especie de Madero estadounidense y tomó tan en serio sus declaraciones moralistas como había tomado los planteamientos idealistas de aquél. La personificación del gobierno de Wilson en su imaginación era el general Hugh Scott. Tal vez debido a su larga experiencia en el trato con dirigentes indios estadounidenses y rebeldes filipinos, Scott hablaba un lenguaje que Villa entendía. Wilson había dado a entender por escrito, y Hugh Scott parecía confirmar oralmente, que tenían una especie de pacto de honor mutuo y tácito con Villa. Éste pensaba que si respetaba sus propiedades, escuchaba los consejos de Wilson, observaba las reglas de la guerra y realizaba algunas reformas políticas y sociales, Estados Unidos lo apoyaría, aunque ese acuerdo recíproco nunca se hubiera expresado por escrito. Cualquier duda sobre el tema fue rápidamente disipada por los cuatro hombres que lo aconsejaban sobre política estadounidense. Tres de ellos, incluidos sus representantes en Estados Unidos, Felix Sommerfeld (hasta que se convirtió en agente alemán) y Lázaro de la Garza, junto con el representante especial de Wilson, George Carothers, tenían gran interés personal en mantener las buenas relaciones entre Villa y Estados Unidos. Los tres tenían tratos muy lucrativos con ambas partes. El cuarto consejero de Villa, y tal vez el más importante, Felipe Ángeles, no era un hombre de negocios y no le interesaba el dinero, pero

tenía un fuerte compromiso ideológico con esa alianza, de la que fue uno de los principales arquitectos.

Carranza y muchos de sus partidarios nacionalistas consideraban con mucha suspicacia la colaboración cada vez más íntima de Villa con los estadounidenses. Para ellos Carothers era un agente del expansionismo de Estados Unidos, que manipulaba a Villa como a un títere.

El villismo en la práctica: Chihuahua bajo Pancho Villa, 1913-1915

El mayor logro inicial de Villa tras tomar el poder en Chihuahua fue recuperar la unidad que había existido entre la gran mayoría de la población del estado durante los cinco meses de la revolución maderista, de noviembre de 1910 a abril de 1911. Esa cohesión se vino abajo poco después de la victoria de Madero, porque no se cumplieron las demandas de las clases más bajas de la sociedad rural; la expresión más tangible de esa ruptura fue la rebelión de Orozco. La falta de unidad todavía era perceptible en todo el estado cuando Villa cruzó la frontera desde Estados Unidos en marzo de 1913, pero para marzo de 1914 había desaparecido casi totalmente.

En cambio, Villa nunca logró reinstaurar plenamente la democracia que habían instituido Madero y González, ni implementó las reformas agrarias por las que muchos chihuahuenses habían peleado. Tres elementos hicieron posible la coalición de fuerzas extremadamente heterogéneas que se habían unido contra Díaz, Terrazas y Creel en 1910-1911 y, de nuevo, se unieron mayoritariamente bajo el liderazgo de Villa. El primero lo constituyen las impresionantes victorias de la División del Norte, en las que miles de chihuahuenses luchaban voluntariamente. El segundo fue que todos los grupos sociales que permanecieron en Chihuahua se beneficiaron de una u otra manera con la expropiación de la inmensa fortuna Terrazas-Creel, y para muchos esa expropiación significaba que Villa sí realizaría en última instancia los cambios que prometía y que ni Madero ni González habían llevado a la práctica. Finalmente, el apoyo que los estadounidenses prestaban a Villa acrecentaba la

idea de su poder y al mismo tiempo ampliaba sus posibilidades económicas de atraerse a la mayoría de los estratos sociales del estado.

Cuando, en la primavera de 1911, los revolucionarios maderistas victoriosos volvieron a sus casas desmovilizados, hallaron que se había ido la mayoría de los odiados caciques impuestos por Terrazas y Creel, pero la realidad económica del campo había cambiado muy poco. Los hacendados y sus haciendas aún existían y, aunque ya no eran tan poderosos, todavía dominaban el campo mexicano. Los veteranos heridos e incapacitados, así como las viudas de los caídos, recibieron una muy pequeña indemnización del estado.

Para la primavera de 1914, bajo el gobierno de Villa, la situación de los revolucionarios era muy distinta que tres años antes. En su mayoría no habían sido desmovilizados; por el contrario, permanecían en la División del Norte, convencidos de que su invencible comandante los llevaría en un viaje triunfal por todo México. Los veteranos heridos que regresaban a Chihuahua recibían pensiones y, con frecuencia, despensas gratuitas, y podían aprovechar la carne procedente de las haciendas, que Villa vendía a muy bajo precio en todo el estado. Los soldados en activo apreciaban el hecho de que el gobierno de Villa, a diferencia de sus predecesores, ayudaba financieramente a sus familias.

Durante las pocas semanas en que Villa tuvo el poder real como gobernador, un sentimiento de euforia se apoderó de amplios sectores de la población. En una región que se había visto desgarrada por la guerra civil y asolada por el bandidismo a partir de noviembre de 1910 (excepto por unos pocos meses a fines de 1911), es decir, durante casi tres años, Villa inauguraba lo que parecía el primer periodo de paz verdadera. Había expulsado a las tropas federales del estado y prácticamente había eliminado a los orozquistas como fuerza política. Ofreció una amnistía general a quienes se rindieran; los que se negaban a aceptarla eran exterminados o forzados a exiliarse. El mismo trato recibían los bandidos, que habían proliferado en Chihuahua durante la guerra civil.

No hay indicios de que durante sus primeras semanas como gobernador, Chao intentara en forma alguna impugnar el poder de Villa ni revertir las medidas que había tomado. Por el contrario, trató de justificarlas en un largo memorándum dirigido a Carranza, cuyo borrador redactó junto con Silvestre Terrazas. Chihuahua, en los últimos años, escribió, era “un pudridero sólo comparable al de la capital de la república”. Chao le decía a su jefe que ese estado de cosas se debía principalmente a “los dineros ‘científicos’”, que habían tenido una profunda influencia corruptora. Por esa razón, “ha sido necesario purificar para nuestro bien nacional, castigando a los culpables en vidas e intereses”. Chao

insistía en que, “acatando en su parte relativa el Plan de Guadalupe”, el general Villa había sido designado gobernador militar del estado “por casi unanimidad”. Chao mismo, como Villa y los demás generales que comandaban la División del Norte, pensaba que había que tomar dos medidas básicas para pacificar Chihuahua. La primera era otorgar una amplia amnistía a todos los que quisieran deponer las armas y llevar una vida pacífica. La segunda era confiscar las propiedades del “enemigo”. Sin tales confiscaciones, el enemigo, a pesar de la victoria, habría “huido al extranjero y regresado descansado a nuestro territorio, nos encontraría como en otras ocasiones, debilitados, abatidos por las escaseces consiguientes a una lucha [...] y volvería a poner en juego sus maquinaciones y sus intrigas, comprando asesinos y pagando a precio de oro las traiciones para medrar y sobreponerse siempre a la clase desvalida, intentando para siempre el reinado de la injusticia, del despojo y del crimen”.¹ Chao nunca intentó cancelar las medidas radicales que se habían aplicado, aunque era el candidato de Carranza para la gubernatura de Chihuahua y aunque pocos meses después, como resultado de los crecientes conflictos con Villa, se vería forzado a dejar el cargo.

Durante los dos años en que dominó Chihuahua, el gobierno villista se vio desgarrado entre las demandas de los muchos miles que habían participado en la revolución, por una parte, y los imperativos de la guerra, por otra.

Cuando, en noviembre de 1910, grandes sectores de la población de Chihuahua siguieron el llamado de Madero a las armas, tenían en mente demandas muy claras: el derrocamiento del dominio de Terrazas y Creel debía provocar un regreso a la autonomía municipal que habían disfrutado ciudades y pueblos durante casi todo el siglo XIX. Se exigía una drástica reducción de los impuestos. Los habitantes de las antiguas colonias militares querían que se les devolvieran las tierras que les habían sido expropiadas y los campesinos sin tierra querían tener acceso a los terrenos públicos que aún poseía el gobierno. Los trabajadores urbanos habían peleado por el derecho de sindicalización y de huelga, y para que el gobierno dejara de apoyar a los patrones.

Abraham González simpatizaba con la mayoría de estas demandas e hizo cuanto pudo por satisfacerlas, pero sus posibilidades eran extremadamente limitadas. A quienes mejor pudo responder fue a los trabajadores urbanos: no sólo legalizó los sindicatos y permitió las huelgas, sino que dejó en claro a las partes en disputa que su gobierno no estaba del lado de los patrones como sus predecesores.²

Respondió a las demandas de la clase media modificando la estructura fiscal de Chihuahua y reduciendo los impuestos que pagaban las clases bajas y medias. A la vez, intentó poner fin al control gubernamental sobre los cargos municipales y restableció el poder local de los pueblos mediante elecciones libres.

Sin embargo, mientras la oligarquía conservara sus propiedades y, en consecuencia, siguiera dominando la vida económica de Chihuahua, el efecto de tales medidas tenía que ser restringido.

El talón de Aquiles del gobierno de González fue que no pudo llevar a cabo absolutamente ningún tipo de transformación social en el campo. Los muchos miles de veteranos revolucionarios apresuradamente desmovilizados hallaban que, tras los muchos peligros sufridos, la posibilidad de que les devolvieran sus tierras seguía siendo muy remota. Por otra parte, algunos hacendados contra los que habían combatido volvían a estar en posesión de sus haciendas. La incapacidad de González para empezar siquiera a resolver el problema de la tierra se debía menos a sus reservas ideológicas que a los límites que le imponían la dirección nacional de la revolución y, sobre todo, Francisco Madero.

El gobierno villista encaró demandas similares y, por razones muy diferentes, también fue incapaz de implementar firmemente las reformas. Sin embargo, tendría un orden de prioridades muy distinto e iría mucho más lejos que su predecesor en la destrucción de la estructura política, social y económica.

Como González, Villa se enfrentó a un dirigente nacional que se oponía profundamente a la reforma agraria. Al igual que Madero, opuesto a cualquier reparto radical de las tierras de las haciendas, Carranza se negó a incluir las demandas agrarias en su Plan de Guadalupe y además intentó presionar a Villa para que devolviera las haciendas confiscadas a sus antiguos dueños.³ Pero para Villa esta actitud de la dirección nacional era un obstáculo mucho menor que para González: Carranza no poseía la autoridad y el poder que tuvo Madero a fines de 1911 y, sobre todo, Villa nunca mostró ante Carranza la actitud de subordinación que tenía González ante Madero.

Ahora bien, a diferencia de Villa, González había asumido la gubernatura cuando Chihuahua estaba en paz y la fase armada de la revolución había terminado. Bajo Villa, la revolución estaba apenas empezando a adquirir las grandes proporciones que iba a alcanzar. Los imperativos de la guerra y la revolución determinaron, mucho más que cualquier oposición de la dirección nacional, el grado en que Villa podía realizar cambios y reformas. Durante su administración, González no había vacilado en tolerar las huelgas. Después de todo, éstas iban dirigidas contra industrias que se hallaban principalmente en

manos de la oligarquía o de empresarios extranjeros. Bajo Villa, el estado asumió el control de la mayoría de las industrias antes en poder de la oligarquía, y una huelga no sólo habría mermado los ingresos que necesitaba para la guerra, sino que podía debilitar el propio esfuerzo de guerra en aquellos casos en que las industrias habían sido convertidas a la producción de guerra.

González no había tenido problema en reducir los impuestos que pagaban los pobres y la clase media, pero los tuvo enormes cuando intentó aumentar los de los ricos para compensar la reducción en sus ingresos. A Villa no se le presentaron al principio tales dificultades, ya que simplemente confiscó las propiedades de la oligarquía estatal. Dispuso, así, de recursos con los que González no hubiera podido soñar. Sin embargo, también enfrentaba gastos que González nunca tuvo que solventar. No sólo tenía que financiar una revolución local, sino la revolución nacional contra el gobierno militar de Huerta. Durante un tiempo, logró a la vez repartir víveres a gran escala, por una parte, y sostener el esfuerzo de guerra, por la otra. Sin embargo, no era posible mantener esa política durante tiempo indefinido, ya que los recursos eran finitos. Procedían del ganado de las grandes haciendas de Chihuahua y Durango, y del algodón cosechado en las haciendas de La Laguna, que pertenecían a terratenientes mexicanos hostiles a la revolución o a capitalistas españoles.

Uno de los cambios más profundos que Villa llevó a cabo, en contraste con González, era respuesta a una de las demandas más reiteradas: la autonomía municipal. Villa reinstauró los concejos municipales que habían sido elegidos o nombrados bajo Madero y desplazados por el gobierno de Huerta. Por otro lado, todas las autoridades civiles quedaron subordinadas a comandantes militares: los jefes de armas. Esta medida se debió en parte al deseo de Villa de conservar el control incluso después de dejar la gubernatura, pero también a razones más profundas, que muestran diferencias entre su movimiento y las otras dos principales facciones revolucionarias: las de Carranza y Zapata.

En muy diversa forma, Carranza y Zapata no sólo conducían fuerzas militares, sino que además controlaban una importante infraestructura civil. En Morelos, donde se desarrollaba la guerrilla zapatista, las autoridades civiles locales y las unidades guerrilleras estaban tan íntimamente imbricadas que unas no podían controlar a las otras, y Zapata pudo establecer un equilibrio entre ellas. En Coahuila y Sonora, los estados controlados por Carranza, las antiguas autoridades carrancistas habían logrado heredar una infraestructura civil intacta que, hasta cierto punto por lo menos, servía de contrapeso al poder militar.

En cambio en Chihuahua, primero el levantamiento de Orozco y luego el gobierno militar habían destruido casi totalmente la infraestructura civil revolucionaria, de manera que la única “organización revolucionaria” con que Villa contaba era su ejército. Por tanto, no es sorprendente que fuera la única organización en que confiaba y la única que en su opinión podía garantizar un gobierno revolucionario. En cierto sentido, esto significa que el de Villa fue, tal vez, el más militarista de todos los gobiernos revolucionarios. En otro sentido, sin embargo, también significa que los concejos municipales, conformados en gran medida por las clases alta y media-alta, quedaban bajo la supervisión de miembros del ejército que generalmente procedían de las clases baja y media-baja, con frecuencia elegidos por sus soldados. Así, el control militar de la administración también significaba mayor control popular.

El grado de hegemonía de cada una de estas dos tendencias –militarismo y control popular– difería de una región a otra. En aquellos casos en que los dirigentes revolucionarios locales habían asumido el poder en sus regiones de origen, se podía probablemente hablar de un predominio del control popular. Y en aquellos otros en que Villa nombraba a un forastero como comandante militar, surgía un nuevo tipo de militarismo. En conjunto, conforme el ejército se hacía más y más profesional, el villismo tendía al parecer a alejarse del control popular hacia un mayor militarismo. Ello podía producir tensiones entre grandes sectores de la población civil y las autoridades villistas, ya que una de sus consecuencias fue el aplazamiento de las elecciones municipales en todo el estado.

Ejemplo de los tipos contradictorios de gobierno militar que surgieron en Chihuahua y de los muy diversos tipos de comandantes militares que había en el estado son las actitudes divergentes de la población local hacia un comandante muy popular de Ciudad Guerrero, por una parte, y un tirano de la población minera de Cusihuirachic, por la otra. Julio Acosta, jefe de armas en la vieja población agraria y revolucionaria de Ciudad Guerrero, era tan popular que la gente le consultaba incluso sus problemas familiares. Piedad Pérez de Olveda, enojada porque su marido la había abandonado, le escribió para pedirle que “mi marido, Trinidad Olveda, que vive en adulterio en ésta con la señora Dolores Córdoba, sea obligado a cumplir con sus obligaciones hacia su familia”, y añadía que “la conocida prostituta [se refería obviamente a la amante de su marido]” debía ser desterrada a una remota región del estado.⁴ Cabe dudar que los habitantes de la antigua población minera de Cusihuirachic tuvieran el mismo tipo de confianza en su presidente municipal, el teniente coronel Alberto

Chacón, o el jefe de armas, su hijo Pedro Chacón. Los dos eran odiados porque monopolizaban, como señalaba un agente secreto de Silvestre Terrazas, el sacrificio de animales. “A nadie, absolutamente a nadie, se le permite matar ni siquiera a un animal. Si alguien, para ayudar a los pobres, mata una vaca o un toro, debe en castigo entregarle el cuero al presidente municipal.”⁵

El creciente descontento contra el gobierno militar suscitó la reiterada demanda de elecciones tanto municipales como estatales. En febrero de 1914, *El Paso Morning Times* informaba de la formación de partidos políticos en Chihuahua para la próxima elección de gobernador. “Dos partidos se han organizado ya. Uno es el conocido como Partido Liberal, que apoya al licenciado Aureliano González como candidato a gobernador del estado, y el otro es el llamado Partido Liberal Radical que apoyará a Juan Bautista Baca padre, un destacado ciudadano de Parral.”⁶ Uno de los candidatos era el antiguo representante de Abraham González y gobernador suplente del estado en 1912, mientras que el otro, Juan Baca, era un constitucionalista, gerente de un almacén propiedad de españoles, confiscado y administrado para beneficio del ejército.⁷

El Paso Morning Times dudaba de que esta campaña pudiera continuar. “Se teme que Villa ponga fin a estas actividades debido a la necesidad de arrebatar primero a los federales el control del país, antes de abrir campañas políticas.”⁸ El reportero tenía razón. Poco después, Villa suspendió la campaña.

Sin embargo, la demanda de que se celebraran por lo menos elecciones locales se planteaba una y otra vez. Obviamente en respuesta a esa presión, Silvestre Terrazas redactó en octubre de 1914 un proyecto de ley electoral municipal. La fecha fijada fue un acierto. Huerta había sido derrotado ya y la Convención de los jefes militares de la revolución se hallaba reunida en Aguascalientes. El proyecto de Silvestre Terrazas llamaba a elecciones en Chihuahua el último domingo de noviembre, y decía que su finalidad era “llevar a la práctica las promesas de la revolución constitucionalista”. Sin embargo, la ley suprimía al parecer el carácter secreto del voto, ya que cada votante recibiría una boleta en la que no sólo debía escribir los nombres de los funcionarios municipales de su preferencia, sino también su nombre.⁹

Una elección municipal se llevó a cabo sin la aprobación de las autoridades villistas. El concejo municipal envió un documento a las autoridades regionales que enlistaba los nombres de todos los votantes así como el candidato por el que se habían pronunciado.¹⁰ La elección fue invalidada no por su carácter abierto sino porque el gobernador Ávila, y obviamente también Villa, se negaban a aceptar la realización de elecciones municipales mientras durara la guerra.

En abril de 1915, Fidel Ávila prometió que pronto se celebrarían comicios y explicó que todavía no podían realizarse por “el hecho de que no regresa aún a sus hogares una gran parte de los ciudadanos chihuahuenses que integran la gloriosa División del Norte, estando en espera de ese regreso para que las elecciones no se hagan únicamente entre los actuales vecinos”. Ávila añadía que “algunos pueblos han estado tan ansiosos de efectuar su elección que, no esperando la convocatoria, han ido a las urnas electorales; dichas elecciones han sido anuladas”.¹¹

La razón principal por la que Villa se negaba a permitir la celebración de elecciones era su deseo de conservar el control total sobre el estado mientras la guerra continuara. Pero el argumento de Ávila –que los soldados no habían regresado– era sin duda un factor importante y más que un simple pretexto para posponerlas. Villa tenía sus más ardientes partidarios en el ejército, y los resultados de las elecciones se habrían visto sin duda afectados por su ausencia. Además, Villa no quería desmoralizar a los que peleaban lejos de sus comunidades e incluso de su estado natal dándoles la sensación de estar en desventaja por haberse incorporado al ejército. Algunos querían ser candidatos a un cargo municipal, otros querían participar en las decisiones importantes; pero si las elecciones se celebraban en su ausencia, los que determinarían el porvenir serían precisamente quienes no se habían enrolado voluntariamente o quienes no combatían debido a su edad.

La misma contradicción entre las demandas sociales de la población de Chihuahua, por una parte, y lo que se puede considerar imperativos de la guerra, por la otra, determinó la forma en que el gobierno de Villa manejó una cuestión aún más importante para grandes sectores de la población: la reforma agraria.

PANCHO VILLA Y LA REFORMA AGRARIA

Desde el momento en que asumió el poder en el estado, Villa se comprometió de forma irrenunciable con la cuestión agraria al prometer que, inmediatamente después de la victoria de la revolución, las tierras que habían sido arrebatadas a las comunidades y a los individuos les serían devueltas. Además, grandes porciones de las haciendas confiscadas serían repartidas entre los soldados. En teoría, una vez que tuvo el control de Chihuahua, Villa pudo haber devuelto inmediatamente las tierras confiscadas a sus antiguos dueños y haber repartido las grandes propiedades a los campesinos, como Zapata estaba haciendo en Morelos. Esa política habría fortalecido aún más la enorme popularidad de Villa

y le habría dado credenciales revolucionarias irreprochables dentro y fuera de México.

Pero ello habría debilitado el esfuerzo de guerra y habría tenido costos políticos inaceptables. El mismo argumento para posponer las elecciones municipales resultaba aún más válido respecto del reparto agrario. Miles de los principales beneficiarios potenciales de ese reparto se hallaban fuera de su estado natal, combatiendo contra los ejércitos de Victoriano Huerta. Como dijo un oficial villista:

Supongamos que se pueden repartir las tierras. Bueno; pero esos campesinos a quienes deben repartírseles andan en estos momentos con el fusil al hombro y, o dejan el fusil, o, si no lo dejan, no recibirán tierra, y esto sería notoriamente injusto y falto en absoluto de equidad. Si aquellos que andan exponiendo su vida en los campos de batalla por las reformas y los principios que aquí estamos discutiendo no merecen un pedazo de tierra, ¿quién lo merece entonces? Los que se hayan quedado en casa por conveniencia o cobardía, ¿serán los únicos favorecidos en ese famoso reparto?¹²

El oficial villista decía que la única forma de hacer un reparto justo era convocar de regreso a todos los soldados, para que pudieran participar en él. Obviamente, esa solución era militarmente imposible mientras continuaran los combates.

A este respecto, la situación de Villa era profundamente diferente de la de Zapata. Éste libraba en esencia una guerra de guerrillas defensiva. Sus soldados campesinos seguían viviendo en o cerca de sus pueblos, y podían por tanto participar en el reparto de tierras. De hecho, recibirlas acrecentaba su determinación de combatir, ya que tenían mucho más por qué pelear. En cambio, los villistas libraban una guerra ofensiva lejos de sus pueblos.

Estas consideraciones no fueron en modo alguno el único obstáculo para realizar una reforma agraria inmediata y radical. En Morelos, los campesinos que recibían tierras de las grandes haciendas sustituían las cosechas comercializables, sobre todo el azúcar, por agricultura de subsistencia, es decir maíz y frijol, lo que tenía escaso efecto sobre la capacidad de combate de Zapata. Si las grandes haciendas morelenses hubieran seguido produciendo azúcar, poca cosa habría podido hacer Zapata con ella: habría vendido una parte en la ciudad de México, pero no tenía la frontera de Estados Unidos, con su enorme mercado para los productos mexicanos y su enorme oferta de armas.

Además, al revertir la agricultura a la producción de subsistencia, los campesinos podían alimentarse y depender menos de los abastecedores externos. Una situación muy diferente reinaba en el norte. Cada hacienda que Villa confiscaba era una fuente potencial de armas, ya que podía vender tanto su ganado como sus productos comerciales al otro lado de la frontera. De hecho, gracias a esas ventas los villistas pudieron abastecerse tanto de armas como de municiones. También gracias a ellas fue posible repartir subsistencias a la gran población no campesina de Chihuahua. Villa dio alimentos a los mineros y a los obreros desempleados; otorgó pensiones regulares a las viudas y huérfanos de los soldados, y vendió carne a precios bajos en los mercados de los pueblos. En Morelos, donde los campesinos eran la aplastante mayoría de la población, Zapata no tenía esos problemas.

Una subdivisión inmediata de las grandes haciendas también habría tenido costos políticos inaceptables para Villa. Fácilmente habría conducido a un enfrentamiento con Carranza, que se oponía a cualquier reforma agraria. En cambio, Villa no tuvo que pagar un alto costo político por demorar la reforma. Era parte de la conciencia histórica de los habitantes de las antiguas colonias militares que la tierra se ganara peleando. Sus ancestros la habían recibido a cambio de combatir contra los apaches y ahora ellos la merecerían combatiendo a la contrarrevolución.

El principal problema para Villa respecto de las haciendas expropiadas en los primeros meses de su gobierno no fue dividir las o no dividir las inmediatamente, sino cómo administrarlas. A diferencia de otros dirigentes revolucionarios del siglo XX, cuando él tomó el poder en Chihuahua no tenía una organización política ni su movimiento incluía, en sus primeras etapas, a un número suficiente de intelectuales y técnicos preparados. La única forma de administrar las grandes haciendas era, pues, mantener el statu quo. Como planteaba un alto funcionario villista:

En el estado de Chihuahua [...] inmediatamente que se toma una plaza o se conquista una región, se intervienen todas las haciendas, todas las propiedades de los enemigos, y lo primero que se ha hecho en el estado de Chihuahua, y que considero inteligente, es continuar el cultivo de esas tierras, en la mayor parte de los casos dirigidas o administradas por los mismos administradores de nuestros enemigos, con el objeto de que no dejen ni un solo día de trabajar.¹³

Cuando Villa decretó la expropiación de las grandes haciendas de Chihuahua, encargó al Banco de Chihuahua la supervisión de las propiedades confiscadas, tanto rurales como urbanas. Pero el banco no estaba en absoluto preparado para esa tarea; no tenía ni el personal ni la experiencia necesarios. Así pues, Villa puso las propiedades confiscadas bajo el control de una recién creada Administración de Bienes Intervenidos del Estado de Chihuahua, dirigida por Silvestre Terrazas. La administración de las haciendas resultó un asunto mucho más complejo de lo que habían previsto Villa y sus generales. El único informe que existe al respecto revela un complejo entramado de control y administración.¹⁴ Siete haciendas eran administradas por la dependencia encabezada por Silvestre Terrazas. Once propiedades se hallaban directamente sometidas a la autoridad del gobierno estatal, mientras que otras trece estaban bajo el control de juntas locales y regionales. El jefe de armas de Ojinaga controlaba cinco haciendas, una situación excepcional en comparación con otros comandantes, tal vez debida a que Ojinaga se sitúa en el extremo oriental de Chihuahua, muy lejos de la capital. Siete haciendas más estaban manejadas directamente por generales de la División del Norte; dos de ellas eran administradas para Villa. La hacienda de San Miguel de Bavicora, que contaba con doscientos “sitios” de ganado mayor, “está administrada por el señor teniente coronel Máximo Márquez, con órdenes especiales del señor general F. Villa para que cuide de sus intereses [...] para que venda el ganado que crea necesario para cubrir los gastos que tiene de la gente a su cargo”.¹⁵ Villa controlaba directamente otra de las propiedades más grandes de Terrazas, la hacienda de Torreón, “su industria ganadera y agrícola está por cuenta directa del señor general Francisco Villa, siendo su administrador el señor Refugio Domínguez, quien según sé recibe dinero para sus gastos de la Pagaduría General”.¹⁶ Otros generales que recibían rendimientos de algunas haciendas eran Manuel Chao y Tomás Urbina. El destino de la producción de las haciendas administradas directamente para los generales no está del todo claro. En el caso de Urbina, que puede ser característico de lo que sucedía con todos los demás, el cincuenta por ciento de las ganancias debían ser entregadas al estado.¹⁷ No se sabe si Urbina estaba obligado a alimentar y equipar a sus tropas con el otro cincuenta por ciento.

Sin embargo, esos siete casos eran excepciones, y la inmensa mayoría de las haciendas confiscadas al parecer permanecieron bajo el control de diversas dependencias estatales.¹⁸ Obviamente esto proporcionaba múltiples oportunidades de corrupción, y Silvestre Terrazas fue repetidamente acusado de

haberse apropiado grandes cantidades de dinero.¹⁹ En conjunto, la apreciación más válida de lo que ocurrió con los rendimientos es la que da David Barrows, decano de la Universidad de California en Berkeley, quien viajó a Chihuahua en los últimos días del régimen de Villa, en julio de 1915. “Difieren las opiniones sobre la eficacia y la honradez de su administración”, escribió, “pero el gobierno tiene en el ganado la principal fuente de alimentos para sus ejércitos; de hecho, la revolución se ha librado sobre todo con carne de res.”²⁰

Las propiedades bajo control estatal eran administradas de muchas y diversas maneras. La gran hacienda de San Isidro, con sus 2 000 cabezas de ganado y sus 1 000 caballos, estaba supervisada directamente por un funcionario gubernamental, Salomé Espinoza; las tierras de riego y un rancho que pertenecían a la hacienda estaban alquilados a Pedro Dávila y Lucio Meléndez, que pagaban al administrador el 25 por ciento de sus cosechas respectivas, de 5 000 hectolitros de trigo y 3 000 de maíz, la una, y 1 000 hectolitros de trigo y 1 500 de maíz, la otra.²¹

Aunque el ganado de esas propiedades estaba en manos de la administración, las tierras propiamente dichas casi siempre eran trabajadas por arrendatarios ricos o aparceros pobres. Por una parte, había arrendatarios como Manuel Fernández, que le alquiló al gobierno el gran Rancho de San Vicente y la Palma a cambio del 33 por ciento de los beneficios.²² Por otra, había aparceros, como en el Rancho de San José, en Chihuahua, que pagaban un tercio de sus cosechas por las tierras que laboraban, o los 134 socios de la hacienda de San Carmen, que pagaban al gobierno la mitad de su cosecha.²³

¿Qué cambios revolucionarios se produjeron en las haciendas, aparte de su confiscación? ¿Existen datos sobre *jacqueries* u ocupaciones de tierras por los hombres del campo? ¿Hubo algún cambio real en la organización interna? ¿Estaban representados los campesinos de alguna forma en la nueva administración? ¿Se modificaron sustancialmente las condiciones de trabajo, los términos de arrendamiento o de aparcería? Los registros que existen indican que se produjeron muy pocos cambios o ninguno en Chihuahua, hasta mediados de 1914, y hasta el fin del dominio villista, en La Laguna.

Sólo hay noticia de una ocupación de tierras pertenecientes a una hacienda por campesinos desposeídos. El Rancho de Matachines formaba parte de la hacienda de Orientales, que había pertenecido a Enrique Creel y era administrada para ese momento por un capitán Benigno Quintela según instrucciones del jefe de armas de Ojinaga, coronel Porfirio Ornelas. Matachines fue ocupado por “Roque Aranda, Albino Aranda, Lucas Aranda y Manuel Aranda, quienes manifiestan

ser dueños y que fueron despojados de esa propiedad por el expropietario de la hacienda, señor Creel, estando según dicen en disposición de presentar sus escrituras de propiedad, ante el Supremo Gobierno del Estado; por lo que dichos señores no dan a la hacienda ningún partido de sus cosechas”.²⁴

El informe sobre la expropiada Mancomunidad de Ciénaga de Mata en Chihuahua, que antes había pertenecido a Miguel Soto Villegas, afirmaba:

Al decir de la voz pública la mayor parte de estas propiedades que pertenecían a gentes pobres [quienes] fueron despojadas de ellas en la época porfiriana para darle posesión al señor Soto Villegas y quienes en la actualidad han hecho gestiones para que les sean devueltas las propiedades y sólo esperan la estabilidad completa del gobierno legal para que obtengan justicia, puesto que de su parte [están dispuestas, una vez resuelto el caso] a entrar de nuevo en posesión de lo que les pertenece y de que tan villanamente fueron expulsados por el gobierno de la dictadura.²⁵

A diferencia de la familia Aranda en Matachines, los campesinos de esta hacienda no habían ocupado sus antiguas tierras y la hacienda estaba a cargo de un señor Ignacio Montoya, que había dejado allí el señor Ernesto García, la persona a quien el general Francisco Villa había confiado la administración de sus propiedades.²⁶

Tampoco los campesinos del expropiado Rancho de San Vicente y la Palma se mostraron muy dispuestos a actuar. Se quejaban amargamente del arrendatario Manuel Fernández, que había alquilado el rancho al estado por tiempo indefinido y estaba aplicándoles términos muy duros.²⁷ Pero no hay indicios de que ni el gobierno del estado ni los campesinos hicieran nada al respecto.

Muy poco se sabe de los administradores de las haciendas excepto que muchos de ellos ya trabajaban como tales antes de la revolución. Nada indica que los trabajadores tuvieran que ver con su nombramiento o participaran en forma alguna en la administración.

No puede deducirse de estos informes que antes de mediados de 1914 se produjera ninguna mejoría notable respecto del periodo prerrevolucionario en las condiciones de trabajo o en los términos de arrendamiento o aparcería, para beneficio de los grupos más pobres de trabajadores.

Muchas haciendas eran explotadas en alquiler por personas acaudaladas, como el señor Márquez, que administraba la de Sombreretillo; conservaba para sí el 40 por ciento de la cosecha y le entregaba el 60 por ciento al gobierno.²⁸ Una gran

parte de las propiedades que le fueron confiscadas a Miguel Guerra, en el distrito de Camargo, se le rentó al señor Sacarías por 1 600 pesos al año.²⁹ Algunos de esos arrendatarios ricos, como Carlos Flores, que alquilaba gran parte de la hacienda de Hormigas, subarrendaban tierras a pequeños arrendatarios.

Hay algunos indicios de que, a mediados de 1914, después de que Silvestre Terrazas se encargó de gran parte de las haciendas expropiadas, se hicieron algunos cambios a favor de los arrendatarios pobres. En un memorándum sin fecha escrito en algún momento de 1914 y titulado “Asuntos que tratar con el general Villa”, el primer punto de la agenda eran las “Facilidades para cultivar las tierras confiscadas, ya sea rentándolas o prestándolas sin renta durante el primer año”.³⁰ Probablemente había motivos económicos, además de sociales, para las reformas que Terrazas proponía. Los informes procedentes de las haciendas de Chihuahua (en contraste con las de la región lagunera) mencionan continuamente una aguda escasez de mano de obra. Ni siquiera las tierras bien irrigadas estaban siendo cultivadas, debido a la falta de trabajadores. Las propuestas de Terrazas al parecer fueron aceptadas, y más tarde escribió en sus memorias:

Para procurar trabajo a los tarahumaras y campesinos de la Sierra, se procuró, para los primeros, establecer grandes cortes de madera para durmientes, con los que se renovaron grandes extensiones de las vías férreas del antiguo Central, Noroeste, Santa Eulalia y Kansas City, este último bajo la gerencia de don Rafael Calderón, Jr., y para los segundos, es decir, para los campesinos, se les suministraron tierras laborales en haciendas confiscadas al partido en condiciones liberalísimas y a veces sin que nada pagaran, pero sí a condición de producir para que no escasearan las semillas de primera necesidad, siendo por eso que durante el régimen villista no escasearon ni trigo, ni maíz, ni frijol, ni otros productos indispensables para la vida.³¹

Aunque Silvestre Terrazas puede no ser totalmente objetivo, los observadores extranjeros también quedaron impresionados por la forma en que el régimen villista, a pesar de todas las dificultades de la guerra, logró evitar la hambruna. En febrero de 1915, el recaudador aduanal estadounidense de El Paso, Zach Cobb, señalaba el “hecho notable” de que “diversas gentes que han venido aquí de todas las regiones del territorio de Villa dicen que existe abundancia de alimentos en el país y que los precios de los mismos son razonables”. Cobb llega a la conclusión de que “parece que el grueso del pueblo mexicano en estas

regiones particulares ha estado trabajando, plantando y cosechando sus productos a pesar de la situación de guerra reinante”.³²

Sería un gran error inferir de estos informes que toda la gente del campo en Chihuahua y Durango, y los gobiernos villistas de esos estados, permanecieron hundidos en la pasividad por lo que hace a la reforma agraria durante todo el periodo en que Villa los gobernó. En contraste con los peones de las haciendas, los habitantes de los pueblos libres fueron mucho menos pasivos en su demanda de tierras, aunque su actividad no se dirigió principalmente contra los hacendados, que no eran los únicos que se habían apoderado de las tierras de los pobladores durante el largo reinado de Porfirio Díaz. En muchas comunidades, los hombres acaudalados, generalmente conocidos como “los ricos”, habían hecho uso de la ley agraria promulgada por Creel en 1905 para apropiarse de grandes porciones de tierras de los pueblos. Las características sociales de las víctimas y de “los ricos” variaban de pueblo en pueblo. En San Andrés, los que sufrieron despojos fueron generalmente indios, mientras que aquellos que les quitaron sus tierras eran blancos y mestizos adinerados que habitaban allí.³³ En Cuchillo Parado³⁴ como en Namiquipa,³⁵ la aristocracia del pueblo que se apropió las tierras de los antiguos colonos militares estaba integrada sobre todo por inmigrantes, a quienes alentaban en su acción las autoridades estatales. En el distrito de Galeana, al noroeste de Chihuahua, había otro tipo de aristocracia pueblerina,³⁶ compuesta por comerciantes ricos, que utilizaron la ley agraria de Creel y las deudas que muchos campesinos habían contraído con ellos, para apoderarse de muchas de sus tierras. En Cuchillo Parado y en Namiquipa, los habitantes tradicionales, organizados respectivamente en la “sociedad agrícola” y la “sociedad de agricultura”, ya habían empezado durante el gobierno de González a revertir los efectos de la ley agraria de Creel. Después de que Villa asumió el poder en Chihuahua, llevaron a cabo una campaña contra los beneficiarios de dicha ley, y devolvieron las tierras a sus dueños primitivos.

La administración villista no tenía intenciones de proteger a los antiguos partidarios de Creel ni estaba dispuesta a “intervenir” esas tierras en la forma en que había “intervenido” las haciendas de la oligarquía de Chihuahua. Semejante política habría resultado ineficaz y altamente impopular. Por otra parte, el gobierno tampoco estaba dispuesto a simplemente permitir que los habitantes de los pueblos tomaran la iniciativa y decidieran quiénes habrían de quedarse con las propiedades de los ricos. Quería imponer sus propias prioridades en el reparto y, al mismo tiempo, ganar popularidad entre la masa de los habitantes de los pueblos aboliendo la impopular ley de Creel. El decreto del nuevo gobierno,

convertido en ley el 5 de marzo de 1914 por el gobernador militar Chao (pocas semanas después de que asumió la gubernatura) y el secretario de Gobierno Silvestre Terrazas, decía que los principales beneficiarios de los terrenos municipales debían ser los soldados cuyas familias solicitaran tierras para ellos, y las viudas y huérfanos de los que habían muerto en combate, así como los trabajadores pobres y sin tierras. Recibirían la tierra gratuitamente. El tamaño máximo de la parcela por individuo era de treinta y cinco hectáreas; no podía ser vendida durante por lo menos diez años y, después de ese plazo, no estaba permitido venderla a forasteros. Para asegurar que estas providencias se cumplieran, el decreto establecía que todos los títulos de propiedad debían ser ratificados por las autoridades villistas.³⁷ Dado que muchas comunidades habían perdido todas sus tierras, el decreto decía que, cuando cesaran los combates y estuviera asegurada la victoria constitucionalista, cada comunidad tendría derecho a tierras municipales que el estado le otorgaría.

La ley respetaba los imperativos de la guerra en la medida en que sus principales beneficiarios eran los soldados en activo, representados por sus familias o sus viudas y huérfanos. Pero en algunos sentidos era más radical incluso que la proclama de Villa de diciembre de 1913, según la cual todas las grandes propiedades serían expropiadas y las tierras que habían sido arrebatadas a los campesinos les serían devueltas tras la victoria final, pero en la que los campesinos pobres no destacaban como beneficiarios. En el nuevo decreto, los pobres eran mencionados específicamente y tenían prioridad en la adquisición de tierras. Por desgracia no existe información detallada de hasta qué grado esta ley se implementó realmente y qué efectos tuvo sobre la propiedad de la tierra en el campo villista. Con toda probabilidad, legalizaba la reversión de la ley de Creel que algunos pueblos ya estaban realizando, y pudo servir de base para algunos repartos de terrenos nacionales o tierras municipales comunales.

Al parecer Villa intervino activamente en la implementación de estas reformas. El 12 de noviembre de 1914, envió a uno de sus oficiales, el coronel Gabino Durán, a los distritos de Rayón, Arteaga y Andrés del Río del estado de Chihuahua, con orden de “que proceda desde luego a repartir tierras [...] poniéndolas en manos de gentes pobres por que las cultiven y saquen de ellas los elementos necesarios para su subsistencia”.³⁸ Aunque no se repartieron tierras de las haciendas, por lo menos a escala masiva, el gobierno villista permitió al parecer que se reinstaurara la ley tradicional no escrita que permitía a los habitantes de los pueblos llevar su ganado a pastar en esos terrenos. De hecho,

una decisión de esa naturaleza fue el disparador del conflicto entre Villa y Benton.³⁹

EL VILLISMO Y EL AGRARISMO: PLANES Y DECRETOS

La reforma agraria fue un tema recurrente y central, tanto en los pronunciamientos de Villa como en los dos periódicos que publicaba su gobierno: *Vida Nueva* y el *Periódico Oficial*. Los periódicos villistas informaban constantemente sobre las medidas relativas a la situación agraria que tomaban las autoridades revolucionarias en otras partes de México. Sin ningún comentario, el periódico publicaba los decretos promulgados en estados sureños como Tabasco, donde se abolió el peonaje por deudas, se estableció un salario mínimo y se puso fin a las tiendas de raya.⁴⁰ Los editores de los diarios obviamente trataban de sugerir, sin decirlo, que debían tomarse medidas similares en Chihuahua y Durango. Es notable, en cambio, la ausencia de opiniones de los más cercana y claramente afectados por la cuestión agraria: los propios campesinos. Al parecer los reporteros no iban a los pueblos a preguntar cómo veían los campesinos el problema. Los diarios se limitaban a publicar artículos de autores chihuahuenses y de otras partes de México, que insistían en la necesidad de una reforma agraria.

A diferencia de Zapata, y en este sentido mucho más cercano a Carranza, Villa obviamente pensaba que las decisiones que afectaban a las clases bajas de la sociedad debían ser tomadas desde arriba y no desde abajo. Sin embargo, tanto él como sus colaboradores contemplaban con seriedad la necesidad de reforma. Cada vez que parecía que los combates estaban por terminar, se discutían en Chihuahua planes y leyes para transformar profundamente la estructura de la tenencia de la tierra.

El principal responsable del proyecto de ley agraria para el estado de Chihuahua no fue ningún dirigente campesino tradicional partidario de Villa, ni el más radical entre los abogados intelectuales de la reforma agraria, Federico González Garza, sino un antiguo alto funcionario del gobierno de Madero, mucho más conservador: Manuel Bonilla. Primero secretario de Comunicaciones y luego de Fomento en el gobierno maderista, a diferencia de gran parte de los miembros del gabinete, había participado activamente en la revolución de 1910. Permaneció leal a Madero durante el golpe que lo derrocó en febrero de 1913 y, aunque estaba presente cuando el presidente fue arrestado por los soldados de Huerta, logró escapar de Palacio Nacional. Cuando viajaba hacia el norte, fue

capturado por las tropas federales y llevado de regreso a la ciudad de México. Huerta no lo consideró muy peligroso y, en vista del escándalo que habían producido los asesinatos de Madero y del vicepresidente Pino Suárez, no se decidió a matarlo. Aunque lo retuvo en la capital, le permitió ocupar de nuevo su silla en el Congreso, hasta que, en octubre de 1913, Huerta lo disolvió. Bonilla logró escapar al norte y unirse a Venustiano Carranza, pero no permaneció mucho tiempo a su lado. Aunque no se conocen las razones concretas que lo llevaron a irse, probablemente fue víctima del desagrado y el desdén que provocaban en el Primer Jefe quienes habían estado cerca de Madero. Bonilla se exilió en Los Ángeles, aunque no tenía intención de quedarse en Estados Unidos.⁴¹

Su amigo y antiguo colega, Federico González Garza, que entre tanto se había unido a Villa y convertido en consejero de Fidel Ávila, le escribió para sugerirle que se incorporara también a la facción villista.⁴² Bonilla accedió; llegó a Chihuahua en mayo de 1914, y poco después encabezó la Comisión Agraria de Chihuahua, encargada de elaborar un proyecto de ley de reforma agraria. Para septiembre de 1914, la Comisión había terminado el borrador, que fue publicado en noviembre y diciembre de 1914, en el *Periódico Oficial del Estado de Chihuahua*, como proyecto.⁴³ En conjunto, era más conservador que las principales leyes agrarias de las demás facciones revolucionarias: el Plan de Ayala de Zapata, el decreto de enero de 1915 promulgado por Carranza y los párrafos dedicados al asunto agrario en la Constitución de 1917. También era más conservador que el decreto promulgado por Villa en diciembre de 1913 o que la ley de Chao sobre tierras municipales, y parecía inspirarse principalmente en las ideas de Madero. Aunque decía que la revolución se había librado en gran parte para modificar el sistema de tenencia de la tierra en México, y aunque reconocía que las tierras arrebatadas a las comunidades debían serles devueltas, también planteaba que ello se tenía que hacer a través de los tribunales. Esto fácilmente podía significar largas demoras, ya que el sistema judicial había sido tradicionalmente hostil a los campesinos, además de corrupto e ineficiente. Aunque el proyecto decía que cada jefe de familia de Chihuahua debía tener derecho a una parcela, declaraba a la vez que sólo debían expropiarse las tierras no cultivadas de las grandes haciendas. El objetivo principal de esta ley, decía Bonilla, era hacer que se trabajaran todas las tierras cultivables de Chihuahua. Si los hacendados lo hacían, no había razón para expropiarlos. Una de las razones por la que los miembros de la Comisión creían que las tierras cultivadas no debían ser confiscadas era que, tras una encuesta preliminar, habían llegado a la

conclusión de que en Chihuahua existían suficientes tierras sin cultivar para dotar a todos los campesinos que carecían de ellas. Bonilla y los coautores del proyecto explicaban que la Comisión Agraria había discutido largamente si las tierras debían ser otorgadas o vendidas a los beneficiarios de la reforma. La mayoría de los miembros habían decidido que las tierras serían vendidas, aunque se permitiría a los campesinos pagar en abonos, y los antiguos dueños serían indemnizados. Además, el proyecto planteaba que no era suficiente dar tierras a los campesinos: para que pudieran trabajarlas, también había que proporcionarles créditos, implementos agrícolas y agua. De hecho, Bonilla y sus colaboradores proponían que el estado construyera una serie de presas y otros sistemas de riego.

El proyecto reflejaba en gran parte la fidelidad tanto de Madero como de los liberales mexicanos tradicionales del siglo XIX al carácter sagrado de la propiedad privada. Ninguna propiedad podía ser confiscada sin indemnización. Todas las reclamaciones de las comunidades para que se les devolvieran tierras que se les habían quitado debían ser cuidadosamente estudiadas por los jueces para que no resultaran dañados sin motivo los derechos de propiedad de los terratenientes. Las ideas de los liberales del siglo XIX también influían en otro sentido: la propiedad comunal de la tierra, forma básica de tenencia de la tierra en las comunidades indias de México, debía ser prohibida. En el centro del país, esa disposición habría suscitado una tormenta de protestas de las comunidades que habían tenido tierras en común durante siglos. En Chihuahua, la propiedad comunal sólo existía en unos cuantos pueblos indios. La mayoría de los campesinos que poseían tierras eran propietarios individuales o miembros de colonias agrícolas, en las cuales cada miembro tenía una parcela que claramente le pertenecía. El proyecto permitía e incluso alentaba la existencia de esas colonias.

En muchos aspectos, la ley reflejaba básicamente los miedos tradicionales e incluso el desprecio de las clases altas y medias de México hacia los campesinos: si el control de la tierra les era entregado a esos grupos primitivos, sólo trabajarían lo imprescindible para su propia subsistencia, ignorando las necesidades de las ciudades, y México volvería a su atraso. Para evitar semejante desastre, los terrenos productivos no debían ser expropiados y quienes adquirieran tierras debían pagar por ellas, de modo que tendrían que producir más allá de su nivel de subsistencia para cubrir los abonos.

Aunque probablemente las clases medias urbanas y parte de la clase media agraria compartían las ideas de Bonilla, éstas eran contrarias a los deseos de las

comunidades despojadas, que querían la rápida devolución de sus tierras, y a las demandas de los campesinos sin tierras y los veteranos revolucionarios, quienes pensaban que tenían derecho a que les repartieran tierra gratuitamente. Después de todo, cuando en el siglo XVIII el gobierno colonial español había dado tierras por primera vez a los colonos militares que debían combatir a los apaches, no sólo no había pedido un pago, sino que había proporcionado recursos a los nuevos colonos. Como sus ancestros, los soldados de Villa pensaban que se habían ganado el derecho a la tierra con sus sacrificios en el combate.

En su proclama de diciembre de 1913, Villa había dado a entender que compartía esas ideas con sus soldados y también había dejado claro que nunca indemnizaría a la oligarquía de Chihuahua por lo que les quitaba. La explicación principal que dio fue que por haber subvaluado sus posesiones, y por tanto pagado al erario menos impuestos de lo debido, la oligarquía de Chihuahua debía tanto dinero al estado que había perdido el derecho sobre sus propiedades.

La contradicción entre las ideas de Bonilla y las de Villa también puede explicar por qué el proyecto siguió siéndolo y nunca se convirtió en ley. Sin embargo, las autoridades estatales de Chihuahua adoptaron medidas preparatorias para implementar ya fuera la ley de Bonilla o una reforma agraria mucho más radical. En diciembre de 1914, se reclutaron agrimensores en la escuela de agricultura de Chapingo, cerca de la ciudad de México, y se les envió a Chihuahua, donde el gobernador los recibió en la estación de ferrocarril, y emprendieron un amplio proyecto de deslinde de todas las tierras cultivables de Chihuahua.⁴⁴

Las opiniones divergentes dentro de la Comisión Agraria sobre si las tierras debían ser vendidas o repartidas de manera gratuita a los campesinos y las diferencias entre el proyecto de ley de Bonilla y los anteriores decretos de Villa y Chao indican que en el interior de la facción villista existían opiniones muy variadas sobre el tipo de reforma agraria que había que llevar a cabo en Chihuahua.

Unas semanas más tarde, el periódico de Villa publicó otra crítica a uno de los proyectos favoritos del caudillo: la creación de colonias militares. El autor sostenía que las colonias militares, en que los campesinos debían arar la tierra durante tres días de la semana y someterse a entrenamiento militar los otros tres días, eran absolutamente impracticables. Si los colonos iban a ser ante todo soldados, que cultivaban la tierra marginalmente, la agricultura en esas colonias sería extremadamente ineficiente, no sólo por la ineficacia de los militares *per se*, sino porque los soldados no tendrían incentivos para trabajar la tierra de

manera intensiva. Pero si los colonos iban a ser principalmente campesinos, y su entrenamiento militar era marginal, tres días a la semana seguía siendo demasiado poco para que la agricultura fuera eficaz. De hecho, cualquier tipo de entrenamiento militar intensivo perjudicaría la eficiencia de la producción agrícola.⁴⁵

Queda abierta la pregunta de por qué el periódico oficial de Villa podía publicar proyectos que en muchos sentidos contradecían directamente las opiniones del caudillo. Ciertamente no era que, conforme se volvía más poderoso, se volviera también más tolerante de las opiniones ajenas. No hay ningún indicio de tal cambio de carácter. Tal vez no quiso herir el orgullo del autor de la ley agraria de Chihuahua, antiguo funcionario y colaborador de Madero. Pero esa reticencia también resulta altamente improbable en él. Todavía lo es menos que se hubiera convertido a las ideas de Bonilla. Es inconcebible que súbitamente decidiera indemnizar a Terrazas o a Creel o que se negara a expropiar las tierras que estaban siendo cultivadas. Tampoco es factible que decidiera violar la promesa implícita que había hecho a sus soldados de darles tierras gratuitas tras la victoria de la revolución.

Una explicación de la tolerancia de Villa es que simplemente no leía *Vida Nueva*. Además, pudo considerar que aquellos decretos formaban parte de los “imperativos de guerra”.

En noviembre y diciembre de 1914, cuando las leyes se publicaron, México sufría los dolores de parto de la guerra civil. Villa estaba buscando desesperadamente el apoyo de Estados Unidos. La ley era una forma de asegurarles a los terratenientes estadounidenses y a Woodrow Wilson que no se harían expropiaciones sin indemnización. También pudo estar dirigida a los terratenientes del sur y el sureste, muchos de los cuales se habían negado a aceptar la autoridad de las tropas que Carranza envió a someterlos. Tal vez Villa quería comunicarles que en las regiones del sur no confiscaría sus propiedades sin indemnizarlos, como había hecho en el norte.

Otra razón muy posible era que, aunque hubiera leído los decretos, no le importara mucho lo que dijeran los “licenciados”, porque se proponía aplicar su propia ley, como de hecho hizo finalmente. A mediados de 1915, ordenó al gobernador Ávila que llevara a cabo las reformas agrarias, pero excluyera todas las haciendas de Terrazas, que estaban destinadas a sus soldados. Tampoco mencionó la posibilidad de distribuir las tierras improductivas de esas haciendas, las más ricas de Chihuahua.⁴⁶

En mayo de 1915, Villa decretó una amplia ley de reforma agraria nacional. Todas las propiedades mayores de cierto tamaño debían ser repartidas. Los propietarios recibirían alguna forma de indemnización y los campesinos tendrían que pagar en pequeños abonos.⁴⁷ La idea de Bonilla de que sólo fueran confiscadas las tierras improductivas fue completamente dejada de lado. Por lo que toca a Chihuahua, Villa ya había declarado que la oligarquía no recibiría compensación alguna, dado que debía enormes cantidades de impuestos.

Los decretos no afectaban las haciendas de propiedad extranjera (con la significativa excepción de las que pertenecían a españoles). Villa no interfirió en la administración de esas tierras ni les impuso grandes cargas fiscales. El único impuesto de importancia fue una tasa de exportación aplicada a todo el ganado que salía a Estados Unidos. Dado que el ganado y, en menor medida, los productos agrícolas de las haciendas controladas por el estado se estaban agotando rápidamente debido a las necesidades de la maquinaria de guerra villista, las propiedades extranjeras destacaban como islas de prosperidad en un contexto cada vez más pobre. En consecuencia, en aquel periodo de creciente escasez, podían poner a disposición de sus empleados y trabajadores productos que con frecuencia no era posible encontrar en ningún otro lado.

Es difícil valorar qué efecto tuvieron esos proyectos sobre los habitantes de los pueblos. Por una parte, la idea de que el poder judicial, y no el gobierno villista, decidiera si les serían devueltas las tierras de que habían sido despojados y la posibilidad de tener que pagar lo que recibían pudieron dejar descontentos a muchos hombres del campo; tal vez por eso la ley nunca fue ratificada. Por otra parte, el hecho de que Bonilla enviara cuestionarios a muchos pueblos pidiendo a sus habitantes que solicitaran tierras y en los que nada se decía de que tuvieran que pagar por ellas, pudo darles la impresión de que el gobierno villista era sincero en su deseo de llevar a cabo la reforma agraria cuando la revolución terminara.⁴⁸ Además, algunas de las cláusulas del proyecto de ley podían ser muy bien aceptadas en Chihuahua, sobre todo la idea de que no habría propiedad comunal sino que todos tendrían la propiedad individual de la tierra que se les entregara. La gran mayoría de los campesinos del estado había rechazado siempre el concepto ejidal de propiedad comunal, que tenía su origen en las regiones centrales de México.⁴⁹

No está claro cómo reaccionaron los habitantes de los pueblos al aplazamiento de la reforma agraria y a que no se tocaran las propiedades de los extranjeros. Con sus acciones y con su forma de combatir, la mayoría de los hombres del campo que estaban alistados en el ejército de Villa mostraron que no tenían

objeción. No sólo confiaban en él sino que sabían que serían distinguidos como los beneficiarios prioritarios de las tierras cuando la revolución triunfara.

Por muy diferentes razones, también los trabajadores de las haciendas de extranjeros estaban dispuestos a aceptar el statu quo. Sus patrones pagaban salarios a menudo superiores a los que ofrecían las haciendas propiedad de nacionales.

Un factor adicional convenció a muchos habitantes de los pueblos de aceptar la posposición de la reforma agraria y seguir siendo fieles a Villa. Por lo menos temporalmente, el dirigente revolucionario tenía otra forma de atraerse su apoyo y el de los demás habitantes de Chihuahua, especialmente de sus soldados, sin darles tierras: se trataba del papel moneda, que imprimía a un ritmo cada vez más intenso. Mientras fue aceptado en los territorios que él controlaba y al otro lado de la frontera, ¿qué forma más fácil podía haber de atraerse lealtades, sin los problemas y conflictos que el reparto de tierras podía crear, que simplemente entregar billetes de denominaciones cada vez más altas, que las prensas lanzaban a una tasa de tres millones diarios? Cada vez que Villa ocupaba una nueva población, distribuía sus billetes y posponía otras reformas más profundas.

Sin embargo, el apoyo popular hacia Villa no era en modo alguno unánime. Las frecuentes referencias de los periódicos villistas y de los informes de los consulados extranjeros a los “bandidos” que asaltaban haciendas y trenes son una clara manifestación de que existía cierta insatisfacción en el campo. El término “bandidos” se empleaba en un sentido extremadamente lato, y abarcaba tanto a los verdaderos forajidos a quienes sólo interesaba robar y matar, como a los revolucionarios agrarios que rechazaban las políticas “moderadas” de Villa.⁵⁰

PANCHO VILLA Y LOS RADICALES DE CHIHUAHUA

Villa encaró un problema que suele presentarse a los revolucionarios radicales cuando tienen que tratar con facciones en algunos sentidos más radicales que ellos. Esas facciones demandan reformas inmediatas a gran escala y rechazan las razones de estado que les dan las autoridades revolucionarias para posponerlas, ya que no aceptan la legitimidad de éstas y, en muchos casos, ni siquiera la del estado en sí. Los dirigentes revolucionarios suelen ser particularmente duros en el trato con esos rebeldes situados a su izquierda. Durante la revolución francesa, Robespierre hizo decapitar a Hebert y a Jacques Roux, junto con sus partidarios, cuando pidieron medidas contra los ricos mucho más severas que las que los jacobinos estaban dispuestos a adoptar. Los bolcheviques reaccionaron con

hostilidad similar frente a los anarquistas de Majnó o los marinos de la fortaleza militar de Kronstadt, que rechazaban la dictadura del partido bolchevique.

En el caso de Villa, el más conocido de los dirigentes situados a su izquierda era Máximo Castillo. Ranchero antes de la revolución,⁵¹ se había unido primero a Madero y luego a Orozco, con la esperanza de que ellos devolvieran las tierras robadas a la gente del campo. Dejó primero a uno y luego al otro al ver que no cumplían sus promesas. Durante el último mes de gobierno de Abraham González y en los primeros meses del régimen huertista, Castillo continuó por su cuenta la lucha revolucionaria.⁵²

Aunque en muchos aspectos Villa y Castillo tenían objetivos similares, nunca unieron fuerzas. En más de un sentido, Castillo era un anarquista que no quería subordinarse a nadie. Pero, ante todo, no estaba dispuesto a aceptar uno de los pilares básicos de la estrategia de Villa en 1913-1914: el respeto a la propiedad extranjera. Castillo exigía tributo a los propietarios estadounidenses y, si éstos se negaban a pagar, atacaba sus haciendas y se apoderaba de su ganado.⁵³ Fue especialmente duro con los mormones, en cuyas propiedades incursionaba constantemente. Villa no podía tolerar esa actividad, que le hubiera costado la buena voluntad tanto del gobierno estadounidense como de sus empresarios y le hubiera impedido adquirir armas al otro lado de la frontera. Tras asumir el poder en Chihuahua, aún menos podía tolerar el comportamiento de Castillo, ya que debía gran parte de su popularidad en el extranjero a que había logrado poner fin al bandolerismo y ejercer un control total sobre el estado. Repetidamente envió tropas a cazar a Castillo e incluso consiguió capturar a la mitad de sus hombres, que de inmediato fueron fusilados.

Sin embargo, Castillo era popular en el campo chihuahuense. Tenía el mismo estilo de reputación tipo Robin Hood que Villa y, para muchos campesinos a quienes no les interesaban las consideraciones de alta política, saquear las haciendas de los estadounidenses era muy aceptable. También aprobaban su insistencia en la reforma agraria. Además, a pesar de tener fama de lo contrario, Castillo fue al parecer un hombre bastante amable. Al informar cómo había asaltado un tren, las autoridades estadounidenses decían: “Tras detener el tren, lo condujeron a una vía lateral y saquearon los vagones del correo exprés, tomando cuanto había de valor. Los pasajeros, entre los que se hallaban de veinticinco a treinta estadounidenses, muchos de ellos mormones que volvían a sus colonias abandonadas, no fueron privados de sus posesiones ni dañados en modo alguno”.⁵⁴

Castillo incluso se ganó la renuente gratitud de Villa porque, después de que éste masacró a la mitad de sus hombres, le permitió a su esposa, Luz Corral, pasar por su territorio sin que nadie la molestara. Cuando Castillo se enteró de que se encontraba cerca de su campamento, la hizo llevar a su presencia. Ella estaba preocupada ante la perspectiva de pasar la noche en el campamento, rodeada de soldados que gritaban “¡Muera Villa!”. Pero Castillo fue muy cortés; la saludó y le habló del combate que había tenido recientemente: “[Villa] casi me acabó con mi gente, [pero] tratándose de familias es muy distinto”.⁵⁵ No sólo la trató bien, sino que la escoltó hasta la frontera estadounidense para que nadie la importunara. Villa quedó tan agradecido que, según su esposa, decidió suspender cualquier ataque contra el rebelde, al menos por un tiempo.⁵⁶

Lo que finalmente causó la caída de Máximo Castillo no fue Villa sino un nuevo ataque a un tren, el más sangriento de toda la historia de Chihuahua, que, según la mayoría de las versiones, le fue erróneamente achacado. Los atacantes incendiaron un túnel de ferrocarril llamado La Cumbre poco después de entrar en él un tren de pasajeros, y dinamitaron los dos extremos, de modo que los viajeros murieron quemados o asfixiados. El ataque ocurrió en una región en que operaba Castillo, por lo que le fue atribuido, aunque él siempre negó haber tenido nada que ver. Tiempo después, los investigadores mexicanos identificaron al autor del asalto: un bandido local llamado Gutiérrez.⁵⁷ Como resultado de aquella acusación, Castillo perdió todo el apoyo popular que tenía, muchos de sus hombres desertaron y se vio forzado a huir al otro lado de la frontera, donde siguió negando hasta el final cualquier responsabilidad en la masacre de La Cumbre.⁵⁸

PANCHO VILLA Y LOS PROPIETARIOS DE MINAS EXTRANJEROS

Como en el caso de las grandes haciendas, los imperativos de la guerra también fueron causa de que el gobierno villista siguiera políticas muy contradictorias respecto del segundo sector más importante de la economía chihuahuense, el sector minero.

En contraste con la agricultura, la inmensa mayoría de las minas y fundiciones de Chihuahua eran de propiedad extranjera.

La guerra y la reducción de la demanda de minerales en los mercados internacionales llevaron a la mayoría de las compañías mineras a recortar o abandonar totalmente sus actividades en Chihuahua. Lo que a Villa le interesaba ante todo era conseguir que las grandes compañías extranjeras, y en especial la

American Smelting and Refining Company (ASARCO), reanudaran sus labores. Para lograrlo, tenía dos opciones. La primera era otorgar a los propietarios todas las condiciones posibles para reemprender sus actividades. La segunda era amenazarlos con la ocupación de sus instalaciones y la entrega de las minas a la administración estatal, si no reanudaban la producción.

Durante casi todo el tiempo que controló Chihuahua, optó por la primera vía. Obviamente pensaba que la forma de mejorar el nivel de vida del pueblo y al mismo tiempo aumentar sus ingresos era convencer a muchas de las compañías mineras estadounidenses que habían suspendido operaciones de que regresaran y empezaran a trabajar de inmediato. Les ofreció amplias garantías: no confiscaría los minerales y, aunque los trenes eran urgentemente necesarios para las operaciones militares de la División del Norte, les garantizó que tendrían facilidades suficientes para transportarlos a Estados Unidos. Aún dio un paso más y evitó que los agitadores sindicales estadounidenses, sobre todo los miembros de la IWW, organizaran a sus trabajadores y realizaran huelgas.⁵⁹ Despertó grandes simpatías entre los dueños de las minas y, para febrero y marzo de 1914, muchos de ellos habían reiniciado labores. Sólo unas semanas después de que Villa asumió el poder, un representante de la ASARCO llegó a Chihuahua para conferenciar con él. “Se dice”, informó *El Paso Times*, “que Villa prometió al funcionario minero protección de todo tipo si reasumía el trabajo, y que la línea de ferrocarril entre Ciudad Juárez y Chihuahua se mantendrá abierta para que el carbón y la hulla se puedan transportar de la frontera a Chihuahua, y para que las minas no carezcan de combustible.”⁶⁰

No se sabe cómo respondió la ASARCO, pero en abril y mayo de 1914 suspendió labores al igual que casi todas las demás compañías mineras estadounidenses de México, cuando las tropas de Estados Unidos ocuparon Veracruz y apareció en el horizonte la posibilidad de una guerra entre los dos países. Villa hizo cuanto pudo para que volvieran a Chihuahua. Declaró públicamente que nunca participaría en una guerra contra Estados Unidos y, el 23 de junio, proclamó: “Quiero declarar de nuevo que las personas y las propiedades de los extranjeros que se encuentran en el territorio controlado por tropas bajo mi mando tendrán todas las garantías de protección”.⁶¹ Al parecer, las mayores compañías mineras que trabajaban en Chihuahua respondieron positivamente a las ofertas de Villa. La ASARCO pronto reemprendió la producción y la mantuvo en casi todas sus minas hasta septiembre de 1915. Otro tanto ocurrió con otra gran compañía, la Batopilas Mining Company.⁶²

Como la respuesta de las compañías mineras fue a pesar de todo desgana, por primera vez el gobierno villista no se limitó a ofrecer alicientes, sino que añadió el palo a la zanahoria amenazando con imponerles mayores contribuciones si no reanudaban labores.⁶³ Todavía se trataba de una amenaza ligera, en vista de las medidas a que Villa podía recurrir. Por lo menos en teoría, podría haber declarado (como hizo más tarde) que, si las compañías mineras no reiniciaban el trabajo, lo haría él mismo y dispondría que el gobierno del estado administrara las minas de la misma forma que lo hacía con las que eran propiedad de mexicanos. Pero esa medida hubiera tenido costos muy altos que Villa, por lo menos en ese momento, no estaba dispuesto a pagar. Hubiera producido un rápido deterioro de sus relaciones con los empresarios estadounidenses y con el gobierno de Wilson, y hubiera puesto en serio peligro su abastecimiento de armas y municiones. Además, en los meses de julio y agosto de 1914, las relaciones con Carranza eran cada vez más tensas y la guerra civil se presentaba como una posibilidad muy real. El apoyo o por lo menos la neutralidad de Estados Unidos eran cruciales para Villa en ese momento.

La suspensión de labores de las compañías mineras ciertamente redujo los ingresos de un gran número de chihuahuenses afectados y del estado revolucionario. Pero no causó un desempleo masivo, problema resuelto por el ejército, al que cada vez se unía un número mayor de los hombres aptos de Chihuahua. De hecho, la escasez de mano de obra se agravó tanto que muchas compañías mineras alegaban que ésta, más que cualquier otra, era la razón principal por la que no reanudaban el trabajo.⁶⁴

LA EDUCACIÓN, PANACEA DE PANCHO VILLA PARA MÉXICO

Villa llevó a cabo sin embargo un tipo de reforma mucho menos polémica que la reforma agraria y que en cierto sentido tal vez le era más cara: se trataba de la educación. En realidad, fue el campo en que las reformas villistas tuvieron manifestaciones más concretas. Aunque muchas de las frecuentes declaraciones autodenigratorias de Villa eran pose, no hay razón para dudar que lamentaba profundamente carecer de instrucción. Conforme su poder crecía, debe haber sido cada vez más consciente de la discrepancia entre sus ambiciones, por una parte, y su falta de preparación, por la otra. La devoción y la fe de Villa en la educación se expresan tanto en sus propios actos espontáneos como en las políticas de su gobierno.

A menudo se ha dicho que Villa y los dirigentes campesinos de la revolución mexicana querían volver al pasado, es decir, a una sociedad de campesinos libres, mientras que Carranza y sus partidarios querían modernizar el país más o menos según el modelo de Estados Unidos y los países industriales de Europa occidental. Tal descripción pasa por alto que Villa logró atraerse la confianza y el apoyo, no sólo de los campesinos y los pobres del norte en general, sino también de grandes sectores de la clase media nortea. Sobre todo en el campo de la educación, fue tanto o más modernizador que cualquier otro líder revolucionario del norte. En sus entrevistas y discursos, insistió una y otra vez en la importancia del tema y en su inmensa admiración por los maestros. El doctor Francisco Uranga Vallarta, que presencié de niño la revolución en Chihuahua, tiene vívidos recuerdos de cómo fue con su madre adoptiva, que era maestra, y dos colegas al cuartel general, en un vagón de ferrocarril, adonde habían sido convocadas por Villa. “Lo que más admiro en la vida”, les dijo, “es la capacidad de poder expresarse. Yo carecí de instrucción por lo que aprendí a leer y escribir ya siendo adulto. La profesión que más admiro es la de ustedes.” Este discurso no era más que el preludio a la entrega de alimentos, sobre todo maíz, café, azúcar y harina, que tomó de las despensas de sus trenes militares. “Lo único que puedo ofrecerles: alimentos que traigo en el tren”, les dijo.⁶⁵

Villa demostró su interés por la educación con actos de generosidad, tanto para los maestros como para los niños. Francisco Gil Piñón era un niño sin padre en 1913, cuando Villa y sus hombres ocuparon su pueblo natal de San Buenaventura poco después de cruzar la frontera, cuando aún no dominaba partes importantes del estado. Al enterarse de que Villa estaba en camino, los ciudadanos destacados de la población fueron presas del pánico y pensaron que se encontraban en un dilema insoluble: si le daban la bienvenida, las autoridades federales tomarían represalias, pero si simplemente lo ignoraban, podía considerarlos enemigos de la revolución y actuar en consecuencia. La mejor forma de resolver el problema era que hiciera el discurso de bienvenida un niño que no tuviera un padre que pudiera después ser víctima de represalias. Cuando Villa entró en la población, Francisco Gil Piñón se dirigió a él en nombre de sus habitantes, no con palabras infantiles, sino con los términos grandilocuentes que uno de los dirigentes revolucionarios del pueblo le había hecho aprender de memoria.

Señor general: Intensamente conmovido mi corazón de niño ante la augusta personalidad de usted, vengo a ofrecerle, a nombre de este pueblo que lo

admira, la más franca hospitalidad. Este pueblo, que hoy se enorgullece de albergar en su seno al insigne ciudadano que sin vacilaciones ni temores empuñó el pendón de la democracia para redimir a la patria, grabará perennemente en las páginas de su historia la fecha de este día. Señor: sea usted bienvenido y que su permanencia entre nosotros sea grata y feliz.

Villa se emocionó mucho, bajó del caballo, abrazó a Francisco y le prometió que cuando pudiera, se encargaría de su educación. Cumplió su palabra: cuando dominó todo el estado, mandó por Gil Piñón y, junto con otro niño, Eustaquio Rivera, lo mandó a una escuela militar de Estados Unidos.⁶⁶ Se puede alegar que aquél fue más un caso de simpatía personal –Gil Piñón se convirtió en hijo adoptivo de Villa– que de política pública. Pero Villa se comportó de manera similar con niños a los que ni siquiera conocía. Cuando fue a la ciudad de México y vio niños durmiendo en las calles se conmovió tanto que hizo llevar a cientos de ellos a la ciudad de Chihuahua, para que se educaran en la escuela de artes y oficios.⁶⁷

Una vez Silvestre Terrazas invitó a Villa a una representación de los niños de una guardería para menesterosos administrada por monjas católicas. Villa rehusó al principio, al saber que la escuela, una institución de caridad llamada “La Amiga de la Obrera”, era atendida por religiosas, pero Silvestre Terrazas lo convenció de asistir. Quedó tan encantado por la actuación de los niños que saltó al escenario, los abrazó a todos y luego dio órdenes a Terrazas de que abasteciera regularmente de alimentos a las monjas, ya que éstas dependían por completo de las limosnas de los particulares.⁶⁸

El interés de Villa por la educación no sólo se expresó en actos personales y espontáneos de generosidad, sino también en la forma sistemática en que su gobierno apoyó y difundió la educación. En su informe del primer año de dominio villista en Chihuahua, el gobernador Fidel Ávila y Silvestre Terrazas dijeron con orgullo que se habían construido más de cien escuelas nuevas, que el presupuesto para educación se había aumentado enormemente, se habían elevado los salarios de los maestros y se habían reclutado nuevos educadores en otras partes de México. “Este ramo [de la Instrucción Pública]”, escribieron, “indudablemente, después del reparto de tierras, es una de las promesas de la revolución, el más importante y el de más trascendencia patria.”⁶⁹ Aparte de la educación primaria, el gobierno villista había empezado a desarrollar la educación profesional y planeaba la creación de instituciones de enseñanza superior. La Escuela de Artes y Oficios se benefició con las confiscaciones.

Muchas de las imprentas arrebatadas a los “enemigos de la revolución” se llevaron a esa escuela, para que sirvieran en el aprendizaje de sus alumnos. Se pensaba crear también un internado de enseñanza técnica para los hijos de los soldados muertos en batalla.

El gobierno villista había empezado a trabajar en un proyecto aún más grandioso: la transformación de la hacienda más rica de Luis Terrazas, la Quinta Carolina, donde había vivido con su esposa, en una universidad llamada Universidad Fronteriza, cuya construcción ya había empezado⁷⁰ cuando el gobierno villista fue derrotado en Chihuahua y hubo de abandonar la empresa.

LA VIDA COTIDIANA EN EL CHIHUAHUA VILLISTA

Con excepción de los primeros meses de gobierno de Abraham González, Chihuahua estuvo en guerra durante los diez años que van de noviembre de 1910 a mayo de 1920. Durante ocho de ellos, la guerra se libró dentro del estado; pero durante los otros dos, tuvo lugar fuera de sus fronteras y, a pesar de su carácter sangriento, dejó un tiempo de respiro y descanso a sus habitantes. Ésos son los dos años en que Villa controló el estado. En comparación con lo que había ocurrido antes y lo que vendría después, fue en muchos aspectos un periodo de paz y tranquilidad para los civiles, aunque por todas partes se veían las huellas de la guerra. La destrucción producida por los combates fue terrible. Como escribió un reportero estadounidense que viajó por el Chihuahua villista en 1914:

Bordean los caminos vestigios de tres revoluciones [...] La mancha negra que vemos adelante se va convirtiendo en las ruedas y el esqueleto de hierro quemado de un tren de pasajeros incendiado. De nuevo, nuestro tren desciende siguiendo un tramo de la vía que corre junto a un puente quemado. Millas de rieles doblados y retorcidos cuentan la historia de las vías destruidas y reparadas, en ocasiones hasta tres veces. Desperdigados entre ellas y a su alrededor, se nos aparecen los más sombríos recordatorios: osamentas de caballo desecadas por el calor del desierto y, aquí y allá, dos ramas en forma de cruz marcan el sitio en que reposan sus jinetes.

Son realmente patéticas esas tumbas sin nombre. El vagón sigue su marcha sobre el rostro ardiente del desierto, con su azul ribete de montañas distantes y su interminable procesión de cruces, puentes quemados, ruinas; se nos impone vívidamente una impresión de la pasión ciclónica que ha devastado esta tierra infortunada. La destrucción es inmensa.

Sin embargo, admiraron al reportero la velocidad y la eficiencia con que el gobierno de Villa había restaurado la red de comunicaciones ferroviarias que conectaba el norte de México.

Entre tanto –y éste es uno de los rasgos más notables de la situación– el Central Mexicano ha sido reconstruido y está en funcionamiento, con trenes que cubren en un horario bastante intenso, de Ciudad Juárez a Torreón, una distancia de quinientas setenta millas. La línea que va de Torreón a Durango también ha sido restaurada por tercera vez, y en el momento en que escribo se ha vuelto a abrir la vía hacia Monterrey. Todo esto lo han realizado los mexicanos sin ninguna ayuda estadounidense.⁷¹

A partir de la llegada de Villa al poder, la población civil de Chihuahua sufrió en mucho menor grado las consecuencias de la guerra, pero ello no significa que su costo humano disminuyera abruptamente. Por el contrario, conforme la revolución se extendía a otras partes de México, las bajas que sufría la División del Norte aumentaban, ya que las batallas eran mayores y más cruentas. El número de los heridos que atendían los hospitales de la ciudad de Chihuahua y el de los lisiados que vagaban por sus calles apenas daban la medida del precio cada vez más sangriento de la revolución. El gobierno del estado hacía cuanto podía para asistir a los soldados y a sus familias: proporcionaba atención hospitalaria a los heridos, pensiones a los que se hallaban completamente incapacitados, boletos de tren para las familias que querían visitar a sus parientes heridos y la promesa de tierras cuando la revolución triunfara.

Aparte del reparto de mercancías, el gobierno villista buscó otras formas de ayudar a los pobres de Chihuahua. Cada mes, el Hospital Estatal Miguel Salas enviaba orgullosamente a la municipalidad un informe sobre los civiles menesterosos que había atendido en ese tiempo.

“M. H., enferma indigente, ingresó el día 2 de enero. Ocupó la cama n. 8. Endometritis hemorrágica. Fue operada el día 3 de enero. Alta por curación el día 12 de enero.” Había un informe público igualmente detallado sobre cada paciente que ingresaba en el hospital, fuera pobre o no. El anonimato se aseguraba dando sólo las iniciales. Incluso los casos más leves eran reportados a las autoridades, como el de “E. M., enfermo indigente, ingresó el día 3 de enero. Ocupó la cama n. 18. Hipocondría. Alta el día 4 de enero.”⁷² Aunque unos pocos “enfermos distinguidos de primera clase”, que pagaban seis pesos diarios por su estancia en el hospital, financiaron en parte los gastos, que sumaron en total 1

312.82 pesos en el mes de enero, el grueso, 1 200 pesos, corrió a cargo del gobierno del estado.⁷³ El sanatorio Miguel Salas era una institución enteramente civil. Los soldados y los heridos en batalla eran atendidos en otros hospitales. No está claro si el Miguel Salas era el único hospital de su tipo en Chihuahua o si había otros en la capital y en el resto del estado que recibieran a pacientes pobres. Reunir fondos para los hospitales fue una ocupación muy popular en el Chihuahua villista y a menudo se celebraban espectáculos de beneficencia al efecto. En una ocasión se organizó una carrera de caballos, a la que Villa y su Estado Mayor asistieron en uniforme de gala; los jinetes que competían eran oficiales de su ejército y una banda militar tocó melodías populares.⁷⁴

El problema más grave y en última instancia más insoluble para Villa era de naturaleza económica. “En Chihuahua, donde el vagón paró por un día”, informaba el reportero Whitaker,

se ven otros signos de desintegración económica. Desde que se inició la revolución, la población extranjera ha disminuido, de unas ochocientas personas en la ciudad y unas cuatro mil en los distritos circundantes, a unas ochenta almas. Esto es más de lo que las cifras permiten suponer. La mayoría de quienes han salido del país eran empleadores de mano de obra, algunos a gran escala. Sin duda, el número de mexicanos que dependían directa o indirectamente de ellos sumaría un total de treinta mil, y no es difícil imaginarse el resultado de un recorte tan grande.⁷⁵

Durante los primeros meses de su gobierno, los repartos de Villa compensaron esos problemas económicos, por lo menos para los pobres. Como dice Alden Buell Case, un protestante estadounidense cuya misión se situaba en una zona rural de Chihuahua llamada El Valle:

A su llegada a El Valle, la revolución actuó como una gran niveladora. Los ricos fueron aliviados de su riqueza superflua y los pobres, al menos por el momento, vivieron en la abundancia. A quienes gozaban de holgura financiera y eran conocidos por su falta de simpatías hacia la revolución se les exigieron grandes contribuciones para la causa que detestaban. Se exprimieron sumas de tres mil, cinco mil o diez mil de algunos individuos, y en algunos casos aislados se pidieron varias contribuciones cuantiosas a la misma persona [...] Cuando ocuparon El Valle, los militares se hicieron cargo del problema del abasto de carne, no sólo para los soldados, sino también para el resto de la población. Cada día traían un atajo de gordas reses, y las mataban donde

conviniere –al principio, en las calles principales– y vendían la carne a muy bajo precio; con ello, los revolucionarios reunían fondos y, al mismo tiempo, ganaban popularidad entre el común de la gente.

Pronto, muchos de los soldados, aunque no todos, se alojaron en casas privadas por toda la ciudad. No pagaban con dinero el hospedaje y las comidas, sino que abastecían de carne esos hogares con prodigiosa abundancia. Al saquear las tiendas, se apoderaban de gran cantidad de abarrotes, y aquellas familias que tenían la fortuna de tener huéspedes revolucionarios no necesitaron por un buen tiempo comprar azúcar, café, manteca y demás.⁷⁶

Entre los principales problemas que enfrentaron los chihuahuenses en los últimos meses del dominio villista, en 1914, estaban la escasez, la inflación o ambas cosas juntas. No es difícil explicar la razón. No sólo estaban disminuyendo los ingresos derivados de la minería, sino que se estaba agotando lentamente la principal fuente de riqueza del estado, su recurso más famoso e importante, el ganado. Con él se pagaban las importaciones de Estados Unidos y con él se alimentaban huestes cada vez más numerosas de la División del Norte. Además, gran parte de la producción agrícola, no demasiado abundante, salía fuera del estado para abastecer a los soldados. Otra causa más inmediata de la carestía era el abundante papel moneda que imprimía Villa. El peso villista, que valía unos cincuenta centavos de dólar a principios de 1914, un mes después había descendido a doce centavos.⁷⁷ Ante la correspondiente y veloz inflación, las alarmadas autoridades villistas no sabían cómo reaccionar. Tendían a culpar exclusivamente a los comerciantes rapaces de acaparar productos o de venderlos a precios escandalosos.

Los enormes problemas económicos de Chihuahua se manifestaron claramente en un enfrentamiento dramático que tuvo lugar el 15 de septiembre de 1914, entre algunos de los comerciantes más ricos de la capital, por una parte, y el alcalde y los miembros del concejo municipal, por la otra. Se reunieron con motivo del pronunciado aumento en el precio de algunos productos esenciales, que suscitaba frecuentes quejas, especialmente de los sectores más pobres de la población, lo que, a su vez, preocupaba al gobierno. El presidente municipal declaró que se proponía estabilizar los precios de los productos básicos como el café, el azúcar, la mantequilla, la harina, el arroz, la sal, el jabón, el aceite, las velas y los cerillos. Dijo que el gobierno militar estaba muy preocupado por “las penosas circunstancias en que se ve colocada [...] la clase proletaria”. Apeló al

patriotismo de los comerciantes y sostuvo que su margen de ganancias sobre los productos básicos, un veinte por ciento, era excesivo.⁷⁸

Otros miembros del ayuntamiento de la ciudad invocaron la autoridad de Villa, “que deseaba mejorar la suerte de los pobres e impedir que los comerciantes los explotaran”.

Pero los dos representantes de los comerciantes de Chihuahua, Juan Manuel Gurrola y Pablo Martínez, insistieron en que la causa principal de los aumentos de precios no era su codicia, sino la devaluación de la moneda villista. Desecharon la sugerencia de un miembro del concejo municipal de que compraran más productos mexicanos y se independizaran de las fluctuaciones que sufría el precio de los productos estadounidenses por la devaluación. Los productos mexicanos, alegaron, eran difíciles de obtener debido a los enormes problemas que presentaba el transporte interno: de hecho, eran más caros en general que los importados y, con frecuencia, sólo los vendían compañías estadounidenses. Insistieron en que un margen de ganancias del quince o el veinte por ciento no era demasiado alto considerando los riesgos a que estaban sujetos como resultado de la constante variación de la moneda.

Al final ambas partes acordaron congelar los precios durante treinta días.⁷⁹ También coincidieron en que poco podían hacer para evitar la carestía. Todo lo que el gobierno podía prometer era que, en algún momento no muy lejano, se crearían en Chihuahua un nuevo banco y un nuevo papel moneda respaldado con oro. Entre tanto, el nivel de vida de la población siguió bajando y el descontento siguió creciendo.

En la Europa desgarrada por la guerra, los gobiernos que encaraban una escasez creciente de alimentos y otros artículos de primera necesidad habían instituido el racionamiento, para proporcionar a su población al menos una subsistencia básica mínima. El gobierno villista nunca intentó recurrir a ese tipo de medidas. Si lo hubiera hecho, probablemente habría llegado muy pronto a la conclusión de que carecía de la burocracia bien organizada necesaria para su funcionamiento. Además, durante casi todo el año 1914, amplios sectores de la población quedaron a salvo del deterioro económico que sufrían las clases proletarias de la capital. El campo, donde habitaba la mayoría, aún lograba alimentarse. El bandolerismo había sido casi totalmente erradicado, y durante ese año el gobierno no impuso contribuciones que pudieran causar una hambruna. Las compañías mineras extranjeras que operaban en Chihuahua importaban su propia comida –no tenían escasez de dólares y no se veían afectadas por las fluctuaciones del peso– y la vendían a sus trabajadores en su

propia tienda.⁸⁰ Los numerosos chihuahuenses que se habían incorporado al ejército estaban bien abastecidos en cuanto a las necesidades básicas, ya fuera porque las subsanaban sobre el terreno o por las grandes cantidades de alimentos y otros productos que se compraban en Estados Unidos. La que padecía los aumentos de precios y la escasez era básicamente la población urbana de Chihuahua no empleada en las compañías extranjeras.

Desde el siglo XVIII, cuando los gobiernos revolucionarios enfrentaban una situación como la que encaraba el gobierno villista –una situación económica deteriorada que no podían resolver, por lo menos en el futuro inmediato, y la necesidad de seguir librando una guerra–, aparte de racionar, redistribuir y confiscar, recurrían a dos tipos de medidas para mantenerse en el poder a pesar del creciente descontento y la posible decepción de la población. Por una parte acrecentaban lo que sus partidarios llamaban educación política y sus enemigos consideraban propaganda, y por la otra echaron mano de medidas de control y represión. Chihuahua no fue la excepción a la regla. Pero tanto la cantidad de educación política y propaganda como el grado de represión fueron mucho menores que en otros regímenes revolucionarios.

LA PROPAGANDA VILLISTA

Los principales instrumentos de propaganda revolucionaria fueron los dos periódicos que publicaba el gobierno del estado: el órgano oficial de la División del Norte, *Vida Nueva*, y el *Periódico Oficial del Estado de Chihuahua*.

Vida Nueva daba sobre todo noticias de la guerra. Publicaba descripciones detalladas de las batallas, entrevistas con los generales, semblanzas de los dirigentes revolucionarios, constantes elogios a Villa como uno de los mayores generales de la historia, ataques contra Huerta, notas sobre el apoyo estadounidense a la revolución y, muy rara vez, definiciones ideológicas sobre los objetivos de la revolución. Había pocas noticias locales y, contra la tradición de los diarios chihuahuenses, pocas cartas al director. No se ocupaba mucho de la ideología pero, cuando lo hacía, proponía programas radicales.

El principal contenido ideológico del periódico, aparte de los planteamientos sobre la reforma agraria, era una especie de culto a la personalidad de Villa. “¡¡Viva Villa!! ¡Torreón es nuestro!” fue el encabezado de *Vida Nueva* el día que Torreón cayó ante la División del Norte. Pronto le siguió un artículo titulado “El ciudadano Francisco Villa”.

Las multitudes pueden aclamar al Héroe cuyo valor, cuya tenacidad, cuyo talento, cuya fe, cuyo empuje, cuyo ejemplo, lleva a esas heroicas legiones hacia la cumbre, donde el esplendoroso sol de la victoria hace que, sobre el azul del cielo, se destaquen gigantescas las bizarras figuras de nuestros soldados del pueblo.

A los pies del héroe, del campeón victorioso, vendrán las multitudes a regar las flores más exquisitas de su cariño.

El Gran General, el invencible, el todopoderoso guerrero que entró a la lucha con nueve hombres, con nueve suicidas, y hoy comanda el más potente Cuerpo de Ejército que haya visto la República maravillada, que nunca creyó en el prodigio de que un solo hombre pudiera manejar veinticinco mil soldados [...].

El Ciudadano Francisco Villa merece el estudio de la Historia, merece que el cerebro del sabio y el alma del moralista [...] profundicen en esa vida...⁸¹

En comparación con *Vida Nueva*, el *Periódico Oficial* era una publicación mucho más sobria y contenía básicamente los decretos y leyes publicados por el gobierno, así como una serie de artículos ideológicos. Durante un tiempo, uno de sus principales ideólogos fue el poeta peruano José Santos Chocano, que con sus colaboraciones esperaba lograr su objetivo de convertirse en el “cerebro de la revolución”.⁸²

El gobierno villista no empleó solamente a los diarios para su política de información. Varias veces a la semana, se enviaban a los funcionarios regionales y locales de todo el estado telegramas con noticias, extractos de los periódicos estadounidenses y comentarios.

Sin embargo, los medios noticiosos de Villa nunca alcanzaron un monopolio de la información. Los chihuahuenses que sabían leer y escribir tenían también acceso a publicaciones estadounidenses del otro lado de la frontera, sobre todo de El Paso, que aunque estaban en inglés contenían una sección en español. Con frecuencia aparecían en *Vida Nueva* respuestas a editoriales o notas publicadas por *El Paso Morning Times*. No está claro hasta qué punto un diario podía influir en un estado en que la gran mayoría de la población (la que constituía el grueso de los partidarios de Villa) era analfabeta.

Como era de esperar, el gobierno villista recurrió también a otras formas de propaganda política, con la esperanza de que influyeran más eficazmente en las clases bajas y analfabetas. Tanto en las fiestas patrias tradicionales como cuando la División del Norte celebraba sus mayores victorias, el gobierno organizaba

ceremonias patrióticas. Los actos para honrar a Villa y a su ejército eran muy concurridos: una combinación de ritual político tradicional de clase media, con música y, sobre todo, entusiasmo popular.

Para el 15 de enero de 1914, una serie de intelectuales y políticos invitaron a una “velada literario-musical” que tendría lugar en uno de los mayores auditorios de la ciudad de Chihuahua, el Teatro de los Héroes, para “rendir un homenaje de pública admiración, gratitud y simpatía al esforzado señor general Francisco Villa y a los generales, jefes, oficiales y soldados constitucionalistas que alcanzaron un triunfo glorioso e inmarcesible en la campaña de Ojinaga, aniquilando a las huestes del despotismo y de la tiranía y limpiando de traidores al heroico estado de Chihuahua”. En la ceremonia había discursos oficiales, como el del profesor Matías García; una actriz destacada recitaba poemas, la señorita Emma Nogueira declamaba un poema titulado “¡Viva Madero!”, mientras el profesor Enrique Pérez Rul, escritor y secretario de Villa, debía leer un poema de su autoría, “Verbo de Apoteosis”. Había algo de música clásica: las señoritas Margarita Romero y Carmen Corral ofrecían un recital de piano con *Il Trovatore*, de Verdi. El quinteto Sala Wagner tocaba más música popular, los valeses “Sound from the Walley” y “Rose Mousse”, y finalmente había música nueva, compuesta en honor de Villa y sus soldados. La Banda Constitucionalista debía presentar una marcha titulada “Villa” y el profesor Pablo Gama tocaba una polka titulada “El Dorado”.⁸³

Aunque el nombre “Teatro de los Héroes” sugiere algún tipo de forma tradicional de ceremonia política, no era el caso. John Reed, que asistió a uno de esos festejos, pinta convincentemente el entusiasmo que suscitaban, especialmente durante el primer mes de dominio villista en Chihuahua. Reed describe una ceremonia organizada por el cuerpo de artillería del ejército de Villa, dos semanas antes de salir hacia Torreón, para condecorarlo con una medalla de oro por su heroísmo personal en el campo de batalla. En la sala de audiencias del palacio del gobernador,

los oficiales de artillería en brillantes uniformes azules adornados de terciopelo negro y oro, se hallaban sólidamente emplazados a lo largo de uno de los extremos de la sala de audiencias con resplandecientes espadas nuevas y los ornamentados sombreros bajo el brazo. Una doble hilera de soldados presentaba armas a lo largo de la escalinata que conducía al palacio. En las calles, los habitantes de la capital se arremolinaban por miles ante el edificio, llenando la Plaza de Armas. [...]

“¡Ya viene! ¡Viva Villa! ¡Viva Madero! ¡Villa el amigo de los pobres!”

El rugido se inició en el fondo de la multitud y cundió como el fuego en un crescendo poderoso, hasta agitar miles de sombreros por encima de las cabezas. La banda arremetió en el patio con las notas del himno nacional mexicano, y Villa llegó caminando por la calle.

Villa obviamente no sentía la necesidad de adecuar su atuendo a las exigencias de estos rituales.

Estaba vestido con un sencillo uniforme caqui al que le faltaban varios botones. Llevaba tiempo sin afeitarse, no llevaba sombrero y no se había cepillado el cabello. Caminaba un poco como en patas de pichón, encorvado hacia adelante con las manos en los bolsillos del pantalón. Al avanzar por el pasillo, entre las rígidas filas de soldados, parecía un tanto embarazado; sonreía y saludaba con la cabeza a algún compadre, aquí y allá, entre la gente. Al pie de la gran escalera, se le unieron el gobernador Chao y el secretario de Gobierno Terrazas ataviados con sus uniformes de gala.

Civiles y militares competían a ver quién podía derramar mayores elogios sobre el caudillo.

El señor Bauche Alcalde se adelantó, levantó la mano derecha imitando la postura que adoptaba Cicerón para denunciar a Catilina, y pronunció un breve discurso en el que mencionó con lujo de detalle seis ocasiones en que Villa demostró extraordinario valor personal en el campo de batalla. Le siguió el jefe de artillería, que dijo: “El ejército lo adora. Lo seguiremos a donde quiera conducirnos. Puede usted llegar a ser lo que desee en México”.

Un político experimentado, asesorado por una docena de expertos en manejo de los medios, no hubiera sido más eficaz que Villa cuando se levantó para responder a los elogios que le habían prodigado. “Contempló la medalla, rascándose la cabeza y, en medio de un reverente silencio, dijo con voz clara: ‘Qué raquílica cosa le dan a uno por tanto heroísmo de que hablan ustedes’, con lo que se disipó la atmósfera imperial y estalló una multitudinaria carcajada.” Su discurso de aceptación de la medalla se redujo a dos oraciones: “No tengo palabras. Sólo puedo decir que mi corazón les pertenece”.⁸⁴ ¿Se debía aquella reticencia a la timidez, a falta de experiencia o, por el contrario, como parece

más probable, Villa se daba cuenta de que esas dos frases impresionarían más profundamente a su auditorio que un largo y florido discurso?

A diferencia de otras sociedades revolucionarias, el Chihuahua villista no creó ninguna nueva organización política para movilizar a la población. No hubo club jacobino como en el París revolucionario, ni partido comunista como en Rusia, ni comités de defensa de la revolución como en Cuba. Esto no significa sin embargo que el ejército fuera la única organización revolucionaria que existía en Chihuahua. Apoyaba al gobierno villista una legión de organizaciones civiles, algunas nacidas ya durante la época porfiriana y otras creadas durante el gobierno de Abraham González.

En abril de 1914, cuando Carranza visitó por primera vez el estado (y las relaciones entre él y Villa eran, por lo menos oficialmente, muy buenas), se hizo un gran mitin para recibir al jefe nominal de la revolución constitucionalista. Aparte de un buen número de altos funcionarios civiles y militares del gobierno villista, asistieron también muchos representantes de organizaciones de trabajadores como las siguientes: “Gran Liga de Carpinteros Mexicanos, Unión de Mecánicos Mexicanos, Unión de Canteros y Albañiles, Unión de Carpinteros Mexicanos, Unión de Hermanos Caldereros, Unión de Tipógrafos ‘Gutenberg’, Sociedad ‘Cuauhtémoc’ de Jornaleros, Sociedad ‘Zaragoza’ de Sastres, Sociedad ‘Morelos’ de Zapateros, Sociedad Mutualista de Cocheros, Sociedad ‘Miguel Hidalgo’ de Pintores”, etcétera.⁸⁵

Aunque esas organizaciones apoyaban al gobierno villista, no está claro qué papel político desempeñaron. Aquél había fijado límites precisos a su actividad: las huelgas estaban prácticamente prohibidas y no se produjo ninguna durante el primer año de control villista. No hay indicios, sin embargo, de que el gobierno intentara controlar o manipular esas organizaciones.

LA POLICÍA SECRETA DE VILLA

Aunque una de las características esenciales de las sociedades revolucionarias es la movilización política y/o militar de amplios sectores de la población, la vigilancia y la represión suelen ser igualmente inevitables. El tipo de vigilancia y el tipo y grado de represión pueden sin embargo variar enormemente de una sociedad a otra. La vigilancia puede ser muy amplia o muy restringida. En algunos casos, sectores muy grandes de la sociedad civil son llamados a participar en ella, con el objeto de cubrir a toda la población. En otros, la supervisión puede limitarse a los grupos considerados como enemigos reales o

potenciales de la revolución, y sólo la practican los burócratas y la policía secreta. Así fue al parecer en el Chihuahua villista.

El primer plan de vigilancia y supervisión se encuentra en un memorándum enviado a todos los jefes de oficina por Silvestre Terrazas, el 13 de marzo de 1914, pocos meses después de que los revolucionarios asumieran el control del estado. Recomendaba a los funcionarios que encabezaban un departamento, una oficina o institución, que intentaran descubrir lo que pensaban sus subordinados sobre la causa constitucionalista, cuál era su grado de afiliación a ella, pero también qué tan buenos eran en su trabajo. Esta admonición iba acompañada de una clara advertencia: el jefe de cualquier oficina gubernamental que empleara a enemigos de la revolución sería inmediatamente destituido y “castigado más severamente si el tribunal militar del estado descubre que su responsabilidad es grande”.⁸⁶

Tales decretos y advertencias a la burocracia habrían tenido muy poco efecto si el gobierno no hubiera contado con otros medios de controlarla que confiar simplemente en su buena voluntad o su temor. Ése era uno de los fines principales de la policía secreta recién creada, la Policía Reservada de Chihuahua, que le reportaba directamente a Silvestre Terrazas. Una de sus principales tareas era eliminar de la burocracia a los enemigos de la revolución e impedir la corrupción, que surge muy fácilmente en tiempos de conflicto civil y escasez de productos. La policía secreta trabajó intensamente. Los agentes denunciaron a Enrique Villalpando, ayudante del chofer de Silvestre Terrazas, como miembro de la Cruz Roja del ejército de Orozco que estaba encargado de limpiar el hospital. El informe sobre él decía que, después de que los orozquistas salieron de Ciudad Juárez, había cruzado la frontera a El Paso y allí había criticado acerbamente a los constitucionalistas.

Un informe dice que Albino Velázquez, inquilino de una casa que había pertenecido originalmente a Enrique Creel y que administraba el estado revolucionario, se negaba a pagar renta si no recibía instrucciones escritas de Creel.

Los agentes vigilaban estrechamente al capitán Antonio Aldonna, quien se hallaba a cargo de una de las oficinas locales de propiedades confiscadas. Según ellos, el capitán regalaba a sus amigos grandes cantidades de muebles y otras mercancías que oficialmente pertenecían al estado, y se llevaba las mejores piezas confiscadas a su casa de Parral.

Hubo informes sobre oficiales que recortaban drásticamente las pensiones de las viudas y, cuando éstas se quejaban, les decían que eran órdenes de Pancho

Villa. Con frecuencia los agentes de la Policía Reservada viajaban en el tren de Chihuahua a Ciudad Juárez, para vigilar a los pasajeros y escuchar sus conversaciones. Se revisaba y abría regularmente la correspondencia y los agentes enviaban informes a Terrazas sobre cualquier carta sospechosa.

Dichas “cartas sospechosas” iban de la simple crítica a las autoridades constitucionalistas o expresiones de simpatía hacia Huerta, hasta intentos más concretos por incumplir de una u otra forma las leyes constitucionalistas. La misma lista podía contener una carta de Patricia Ávila “que expresaba pensamientos críticos sobre el constitucionalismo y nuestro dinero”, un informe de que Lázaro Leyva había recibido recortes de los periódicos huertistas que le enviaba su hermana, o una carta recibida por la viuda Chávez de su compadre Fernando Chávez, miembro del ejército federal que se hallaba interno en Fort Bliss, cerca de El Paso, y esperaba regresar pronto para unirse a Orozco y poner fin a las actividades del bandido Villa.

Excepto en un caso –Velázquez, el inquilino que se negó a pagar la renta al gobierno revolucionario y que fue arrestado–, no hay datos de qué represalias se tomaban contra los burócratas corruptos o los autores de cartas consideradas sospechosas.⁸⁷ Aunque Villa sí mandó ejecutar a algunos funcionarios corruptos, no hay pruebas de casos concretos en que ello se debiera a los informes de la Policía Reservada. En cuanto a los que escribían cartas o las recibían (la policía secreta mencionaba una larga lista de nombres), no se conocen detenciones masivas de civiles durante el gobierno villista.

En su informe del primer año de gobierno revolucionario en Chihuahua, en abril de 1915, el gobernador villista Fidel Ávila dijo orgullosamente que el número de presos en la penitenciaría estatal no había pasado de cien y que la mayoría de los detenidos en cárceles locales habían sido llevados a la capital.⁸⁸ Comparaba esa cifra con los más de seiscientos presos que eran la norma en el periodo prerrevolucionario. Obviamente, no se puede confiar sin más en ese informe. Cabe pensar que las autoridades villistas aplicaran en ocasiones la “ley fuga”, tan popular en tiempos porfirianos, y ejecutaran a los presos antes de llevarlos a prisión, para luego alegar que habían caído al tratar de huir. Pero de ser así los periódicos de El Paso, que monitoreaban cuidadosamente lo que ocurría en Chihuahua y estaban en contacto con los habitantes de muchas de sus ciudades y pueblos, hubieran informado sobre tales muertes. También se hubieran mencionado en los informes confidenciales que cada semana escribían los observadores y funcionarios estadounidenses a todo lo largo de la frontera. Esto no significa que Villa y sus lugartenientes no ejecutaran a los civiles que

consideraban enemigos; así ocurrió sobre todo en las primeras semanas del régimen. El número de ejecuciones al parecer descendió después, si bien nunca terminaron, y aumentaron de nuevo durante los últimos meses del gobierno villista. En conjunto, sin embargo, parece que la violencia de todo tipo llegó en Chihuahua a su punto más bajo durante los dos años de gobierno villista. El menor número de presos en la penitenciaría puede indicar una previsible disminución de los niveles de delincuencia. Muchos delincuentes potenciales y hombres violentos se habían incorporado voluntariamente al ejército. Los que ya habían caído presos pudieron no ingresar jamás en la penitenciaría, porque se les habría dado a entender que tenían una opción más atractiva, al menos para algunos de ellos: alistarse en la División del Norte. Otros fueron sumariamente ejecutados.

EL CHIHUAHUA VILLISTA: UNA PANORÁMICA

Dar una caracterización general y coherente de la situación social, política y económica del Chihuahua villista en su momento cumbre es una empresa extremadamente difícil. En muchos aspectos, es más fácil decir lo que no fue. No era una sociedad de bandidos y gánsters, en la que no hubiera ni ley ni orden y en la que el saqueo, el robo y el asesinato estuvieran a la orden del día. Todavía en julio de 1915, cuando Villa ya había sufrido sus mayores derrotas y el villismo estaba en declive, el decano de Berkeley, David Barrows, quedó agradablemente sorprendido cuando cruzó la frontera hacia el territorio villista. “Encontré el estado de Chihuahua bien gobernado por las fuerzas militares de Villa. Había previsto condiciones anárquicas en algunos lugares, pero encontré lo contrario.”⁸⁹ Tampoco es adecuado definir al gobierno villista como “bandolerismo social institucionalizado,”⁹⁰ como quiere un autor, ya que existía una administración estatal efectiva.

No había surgido una nueva raza de hacendados constituida por los generales villistas que se apoderaron de las posesiones de la antigua oligarquía. Aunque tales casos existían, no eran frecuentes. Sólo siete entre el gran número de haciendas confiscadas en Chihuahua o Durango estaban bajo el control directo de los generales villistas. Algunos de ellos, como Tomás Urbina, habían asumido en efecto los modos de los hacendados tradicionales. Urbina controlaba la hacienda de San Ignacio; se apropió el ganado de las haciendas vecinas, administradas por el estado,⁹¹ y tenía la ambición de convertirse en un nuevo Terrazas. Pero el caso de Urbina era la excepción más que la regla. Había otros

funcionarios villistas corruptos que se apoderaban de mercancías e incluso se enriquecían, como el hermano de Villa, Hipólito, y el representante de Villa en Estados Unidos, Lázaro de la Garza. Sin embargo estos hombres nunca lograron adueñarse de una parte sustancial de la economía de Chihuahua, como sus equivalentes en los estados controlados por Carranza.

Con excepción de Urbina y tal vez del propio Villa (si suponemos que los ingresos de las dos haciendas que eran administradas directamente para su beneficio estaban destinadas a su uso personal y no a su ejército, lo cual es dudoso), ningún general villista acumuló nunca el volumen de riquezas que amasó Obregón en su estado natal de Sonora.⁹²

Una diferencia aún más significativa entre lo que se puede llamar la burguesía villista embrionaria y la nueva burguesía carrancista, mucho más desarrollada, fue que los villistas ejercieron el poder en sus propias regiones. El “imperio” de Urbina estaba situado en parte en Chihuahua pero sobre todo en su estado de origen, Durango. Muchos generales carrancistas, como Murguía o Treviño, que por un tiempo ocuparon Chihuahua, o Jesús Agustín Castro, que fue gobernador militar de Chiapas, acumularon dinero explotando la riqueza de esos estados en los que no tenían absolutamente ninguna raíz. Este contraste es significativo. Los generales villistas gobernaban en la misma región de que procedía la mayor parte de sus bases y de sus tropas; en consecuencia, por muy tiránicos que fueran, tenían que tomar en cuenta los intereses de esas bases. Los generales carrancistas que operaban lejos de sus estados de origen no estaban sujetos a tales imperativos.

El nacionalismo, especialmente el nacionalismo antiestadounidense, era mucho más débil entre los villistas que entre los carrancistas. Esto se reflejaba en el tono y en el contenido de los periódicos villistas. Los impuestos para las compañías de propiedad extranjera eran mucho más bajos en las regiones controladas por los villistas que en el territorio carrancista. En términos prácticos, por otra parte, la mayor disposición de los villistas a confiscar la propiedad de los ricos significó que los hacendados tenían más dificultades para vender sus bienes a los estadounidenses que los de las regiones carrancistas. Como resultado, la política villista pudo ser un obstáculo mayor para la expansión de las compañías estadounidenses que las políticas carrancistas, a pesar del auténtico nacionalismo del Primer Jefe.

La sociedad villista no era democrática. No había elecciones, la prensa no criticaba al gobierno y no se podía ni pensar siquiera en criticar a Villa.

Los dirigentes militares o los jefes de armas constituían la autoridad más alta en Chihuahua. Sin embargo, no es posible caracterizarla como una dictadura militar. Aunque el ejército era el árbitro supremo del poder, estaba lejos de ser una fuerza profesional, estrictamente controlada desde la cima. En Chihuahua, el ejército siguió siendo, en muy alto grado, una coalición de fuerzas revolucionarias locales, muchas de ellas encabezadas por líderes de pueblo, cuya lealtad hacia Villa no era generalmente mayor que hacia los dirigentes locales y regionales. En gran medida dependían del apoyo popular. Algunos de esos dirigentes locales, íntimamente vinculados a sus bases agrarias, fueron quienes pusieron controles y límites que ni la democracia política ni el sistema judicial podían ofrecer.

Una de las diferencias más profundas entre los territorios villistas y los carrancistas era que en los primeros había habido una ruptura terminante e irreconciliable con la oligarquía tradicional. Jamás se dio o se contempló dar un paso para devolver las propiedades confiscadas a sus dueños, como haría Carranza. Había fuertes elementos de socialismo en su versión de la socialdemocracia, a saber: propiedad estatal e influencia estatal en la economía, así como firme proyecto de crear un estado benefactor. Cuando Duval West, enviado especial de Woodrow Wilson a México, tuvo una larga conversación con Villa y sus funcionarios en 1915, se quedó con la impresión de que la base de su ideología era “que la propiedad de los ricos debía ser administrada por el gobierno para beneficio de las masas y, aunque no muy claramente articulado, el ideal socialista parecía dominar en el movimiento”.⁹³

Estos puntos de vista se exponían muy directamente en los diarios villistas. El 11 de abril de 1914, mucho antes de que se produjera ninguna ruptura oficial entre Villa y Carranza, *Vida Nueva* atacó a uno de los más altos funcionarios carrancistas, Isidro Fabela, por haber declarado que la propiedad privada era inviolable. Los editores de *Vida Nueva* no estaban de acuerdo. Consideraban que la propiedad capitalista no podía ser inviolable.

El CAPITALISMO tiene que ser incuestionablemente combatido por la Revolución Social que nos sacude, si queremos que esa Revolución responda a las necesidades nacionales y no sea una épica mascarada que, según la frase del señor general Villa, SÓLO APROVECHE A LOS GABINETES.

El CAPITALISMO netamente mexicano admite dos formas de transformación y reformación; por la expropiación de los bienes del capitalista enemigo y por la compra y subdivisión de los bienes del capitalista amigo. El

primer procedimiento ha sido puesto en vigor, y forma ya el sostén pecuniario de la Revolución triunfante.

El CAPITALISMO netamente extranjero y comprobadamente neutral será única y exclusivamente transformado por medio de la compra-venta y la subdivisión...

El grupo extranjero que *Vida Nueva* exceptuaba de esta regla era el “capitalismo” español que no había sido neutral.

“Uno de los grandes enemigos que estamos combatiendo”, reiteraba, “y que directamente afecta la emancipación económica del pueblo, es el CAPITALISMO, ese CAPITALISMO que en nuestra patria toma el nombre de ‘cientificismo’ y abarca todas las formas del caciquismo, del feudalismo y de la esclavitud.”⁹⁴

En muchos aspectos la práctica conformaba la teoría. En Chihuahua, los villistas erigieron el estado benefactor más amplio y generoso de todo el México revolucionario. Los precios subsidiados y extremadamente bajos de los alimentos destinados a las clases populares, que caracterizaron el principio del dominio villista en Chihuahua, parecen haberse mantenido mientras éste duró. En julio de 1915, poco antes del colapso del régimen villista, el decano Barrows informaba que “el gobierno [...] controla los precios y la venta de ‘artículos de primera necesidad’ [...] toda la carne viene de mataderos controlados por las autoridades y se vende a precios muy bajos [...] en la ciudad de Chihuahua, cada tercer día, una larga cola de menesterosos compra maíz en el cuartel de policía a 25 centavos en billete por 5 kilos”.⁹⁵

Este sistema se complementaba con subsistencias para los desempleados (por lo menos en los estadios iniciales del dominio villista), atención médica gratuita, desarrollo de la educación, internados para niños sin hogar y una amplia gama de prestaciones para los soldados heridos y para las viudas y huérfanos de los caídos en batalla.

Las políticas seguidas por Villa lograron atraer un gran apoyo popular. Uno de sus enemigos más acérrimos, el vicecónsul británico en Torreón, informaba a su cancillería en Londres: “esta sección de la república está tan sólidamente a favor del general Villa que, por el momento al menos, ninguna facción tendría oportunidad alguna en el favor popular, y sin el favor popular no podría tener ningún éxito”.⁹⁶

La sociedad villista también era muy diferente de la que surgió en el único estado donde se transformó radicalmente la estructura social y que fue una de las

cunas de la revolución popular en México: Morelos, bajo la dirección de Emiliano Zapata. Allí, no sólo la tierra había sido devuelta a los pueblos, sino también la autoridad política, y el estado había quedado muy debilitado, excepto bajo su forma militar. En Chihuahua, el estado no sólo no estaba en decadencia, sino que probablemente se había hecho más fuerte que nunca, ya que jamás había ejercido el tipo de control económico que tenía en ese momento.

Chihuahua bajo Villa, en 1914, era una sociedad revolucionaria de la que los revolucionarios se habían ido, con licencia temporal, para combatir por la victoria. Como resultado, tras la primera gran transformación –la expropiación de las tierras de la oligarquía y el reparto de alimentos y otros productos (pero no de la tierra) a las clases bajas–, los demás cambios sociales, económicos y políticos se mantuvieron a fuego lento, en espera del triunfo. En muchos aspectos Chihuahua había asumido las características de una sociedad entregada no a una guerra civil, sino a una guerra contra un enemigo externo, con apoyo de la mayoría de la población. Ese consenso popular, que existió durante la lucha contra Huerta y probablemente en los primeros meses tras la ruptura de Villa con Carranza, explica tanto la escasa oposición contra Villa y su gobierno, como la disposición de gran parte de la sociedad a esperar hasta la victoria para realizar transformaciones sociales, lo que hizo posible que Villa ejerciera el poder con un mínimo de violencia. Todo ello cambiaría un año después, cuando la auténtica guerra civil estalló en Chihuahua con todo el salvajismo y el derramamiento de sangre que suelen acompañarla.

Chihuahua fue el único estado sobre cuya evolución y administración interna Villa intentó ejercer una influencia sistemática. En las demás regiones que llegó a controlar, dejó la administración a los dirigentes locales. Así fue incluso en el caso del estado con que Villa tenía conexiones más íntimas después de Chihuahua: su propio estado natal de Durango. La historia de la revolución en esa entidad no cabe en el campo de estudio de este libro. Los habitantes de los pueblos de Durango, al igual que los de Chihuahua, habían sufrido despojos masivos de tierras en la época porfiriana, y los levantamientos rurales fueron allí tan característicos de las revoluciones de 1910 y de 1913-1914 como en Chihuahua. La mayor diferencia entre los movimientos revolucionarios de ambos estados fue que en Durango no surgió ninguna autoridad centralizada ni durante la revolución maderista ni durante la revolución constitucionalista. Pudo ser en parte una cuestión de personalidades: ese tipo de autoridad revolucionaria centralizada surgió en Chihuahua, durante la revolución maderista, sólo cuando el propio Madero tomó el mando de las fuerzas armadas del estado en 1913. La

aparición de Villa en escena fue la causa de que surgiera un mando central tanto civil como militar. Ninguna personalidad semejante apareció en Durango, y Villa no intentó ejercer el poder allí con la misma intensidad que en Chihuahua. También pudo ser que los dirigentes revolucionarios de Chihuahua tuvieran más oportunidad de controlar a sus huestes debido a la cercanía de la frontera estadounidense, que facilitaba la supervisión del abasto de armas y municiones. En el periodo villista, Durango fue gobernado por caudillos, cada uno de los cuales tenía su propia zona de apoyo, y cada uno de los cuales tomó medidas muy diferentes.

En la región de La Laguna, en Durango como en Coahuila, reinaban en el campo condiciones similares a las de Chihuahua. Una comisión, encabezada por uno de los villistas de clase alta, Eugenio Aguirre Benavides, administró allí las haciendas confiscadas, de la misma manera que Silvestre Terrazas lo hizo en Chihuahua. La zona de Cuencamé estaba bajo el firme dominio de Calixto Contreras, y allí se confiscaron muchas tierras de las haciendas, que fueron ocupadas por los habitantes de los pueblos rebeldes y por los peones. Estos movimientos contaban con la aprobación de los gobernadores villistas del estado.

Otras zonas de Durango estaban bajo el control de Tomás Urbina, y en otras más tenían vara alta los hermanos Arrieta, leales a Carranza. En conjunto, la debilidad misma del gobierno central de Durango favorecía las grandes invasiones de tierras de las haciendas por los campesinos, cosa que no sucedió en Chihuahua. Aunque Villa no tuvo que ver directamente en esas tomas de tierras, no las impidió: tal vez es ésta una de las razones, aunque no la única, por las que fue más popular en Durango que en Chihuahua en los años posteriores a la fase armada de la revolución.

La nueva guerra civil: el villismo a la ofensiva

EL ENCUENTRO DE PANTHO VILLA Y EMILIANO ZAPATA

Como en la historia de la mayoría de las revoluciones, la fase más sangrienta de la revolución mexicana no se produjo cuando los revolucionarios peleaban contra los defensores del antiguo régimen, sino cuando empezaron a combatir entre sí. En la mayoría de los casos, quienes defienden al antiguo régimen son una minoría apoyada por algunos sectores de las antiguas clases altas y aliados extranjeros. En cambio, las facciones rivales en el movimiento revolucionario mueven grandes masas y sus dirigentes suelen ser muy capaces, puesto que deben lo que han logrado a sus propios méritos, ya sean militares o políticos, y a su carisma, más que a las relaciones familiares o a la cuna. Para Robespierre, Danton era infinitamente más peligroso que Luis XVI. En la Rusia de Stalin, los seguidores de Trotsky tuvieron un destino mucho peor que quienes habían luchado contra los bolcheviques en las filas de los ejércitos blancos, durante la guerra civil. En la nueva confrontación que se desataba en México, los revolucionarios tratarían a veces con mayor dureza y brutalidad a sus antiguos aliados que a los comandantes federales de Huerta, a muchos de los cuales amnistiaron tras su derrota final.

Otras diferencias distinguían este nuevo conflicto entre revolucionarios de la anterior lucha de todas las facciones contra Huerta. En 1913-1914, cuando peleaban contra el ejército federal, los voluntarios revolucionarios se enfrentaban a reclutas más bien poco dispuestos, que peleaban a la fuerza. Esta vez sería una lucha de voluntarios contra voluntarios. En el largo combate contra Huerta, muy

pocos dirigentes o unidades cambiaron de bando, aunque algunos soldados sueltos del ejército federal se pasaban a veces a las filas revolucionarias, y algunos oficiales capturados, al tener que elegir entre incorporarse a los insurgentes o encarar al pelotón de fusilamiento, no optaban por morir para probar su lealtad a Huerta. Pero en la guerra entre los revolucionarios, el cambio de lealtades fue muy frecuente y a menudo dependía de la decisión personal de los jefes o de quien creían que ganaría al final.

En la lucha contra Huerta, los revolucionarios podían dar por supuesto que contaban con el apoyo popular. Sus esfuerzos propagandísticos más importantes no estaban dirigidos tanto a México como a Estados Unidos, de donde esperaban obtener armas, municiones y apoyo diplomático. Esta vez, los revolucionarios, y especialmente la facción carrancista, se vieron forzados a poner en marcha una propaganda y una movilización política mucho mayores para ganarse ese apoyo popular.

Cuando estallaron las hostilidades, a fines de 1914, la mayoría de los observadores estaba convencida de que Villa triunfaría rápida y fácilmente. Esta opinión se vio más que confirmada por la ofensiva aparentemente irresistible que lanzó Villa en las semanas iniciales de la guerra civil. Su primera decisión importante consistió en ordenar a sus tropas que marcharan sobre la ciudad de México, para que la Convención tuviera el control del país en términos tanto reales como simbólicos. El avance se produjo sin dificultades y barrió con las guarniciones carrancistas que se hallaban en el camino, y que pertenecían principalmente al Ejército del Noreste, comandado por Pablo González. Sus restos, desmoralizados, huyeron hacia Veracruz, que los estadounidenses habían evacuado, para unirse a Carranza, quien había concentrado allí al grueso de sus tropas, o a las regiones norteñas que aún controlaban los constitucionalistas.

En su camino hacia la capital, Villa fue recibido con júbilo en poblados y ciudades. “Todo el pueblo sin excepción estaba encantado de la llegada de Villa”, informó el representante de Wilson, George Carothers,

y eran frecuentes las quejas contra el tratamiento que habían recibido a manos de los carrancistas. Los tenderos acusaban a éstos de no pagar nunca lo que tomaban y de que, durante su breve régimen, no había habido más que desorden. A la llegada de las tropas de Villa, se abrieron las tiendas y el comercio reinició actividades inmediatamente. Las disposiciones de Villa contra el saqueo y el secuestro de cualquier propiedad privada eran muy

estrictas, y sus soldados estaban obligados a pagar cualquier cosa que compraban.¹

El 28 de noviembre de 1914, las avanzadas de la División del Norte llegaron por Tacuba a la entrada de la ciudad de México. No pasaron de allí porque, al mismo tiempo, las tropas del Ejército Libertador del Sur, a las órdenes de Emiliano Zapata, ocuparon la capital, y Villa no quiso hacer nada sin su consentimiento.

El primer jefe convencionista que entró en la ciudad de México después de Zapata fue el presidente Eulalio Gutiérrez; se dirigió discretamente a Palacio Nacional, por cuyo interior lo condujo el hermano de Zapata, Eufemio. No hubo desfile, ni multitud vitoreante, ni gran recepción para el nuevo presidente, lo que sin duda reflejaba el hecho de que era prácticamente desconocido en el país y la estima en que lo tenían los zapatistas relativamente escasa. La acogida que se le tributó a Villa fue muy diferente. Su histórico primer encuentro con Zapata ocurrió en el pueblo de Xochimilco, a las afueras de la ciudad, donde lo esperaba el jefe sureño. Los dos fueron recibidos por escolares cargados de flores, y se dirigieron a la escuela pública del pueblo, donde tuvieron una primera reunión, afortunadamente preservada para la posteridad tanto por un estenógrafo como por Leon Canova, un representante estadounidense al que Villa había invitado. “Tras intercambiar unos cuantos saludos, estos hombres que nunca antes se habían visto”, informó el estadounidense,

pero que trabajaban en coordinación desde hacía algunos meses, se dieron el brazo y se dirigieron a la escuela municipal, donde debían celebrar una conferencia. Los condujeron a un gran salón del piso superior que inmediatamente atiborraron unas tres veintenas de personas íntimamente vinculadas a ambos jefes. En la habitación no había más que unas pocas sillas; los generales Villa y Zapata se sentaron ante una gran mesa oval, y pudo verse el marcado contraste entre ellos. A mi izquierda se hallaba Paulino Martínez, uno de los hombres de confianza del general Zapata y delegado a la Convención. Junto a él estaba el general Villa, alto, robusto, con unos noventa kilos de peso, tez casi tan roja como la de un alemán, tocado con un casco inglés, un grueso suéter café, pantalones color caqui, polainas y gruesos zapatos de montar. Zapata, a su izquierda, con un inmenso sombrero que por momentos daba sombra a sus ojos de modo que no era posible distinguirlos, piel oscura, rostro delgado, mucho más bajo que Villa y con unos sesenta y

cinco kilos de peso. Llevaba un saco negro, una gran pañoleta de seda azul claro anudada al cuello, una camisa de intenso color turquesa, y usaba alternativamente un pañuelo blanco con ribetes verdes y otro con todos los colores de las flores. Vestía pantalones de charro negros, muy ajustados, con botones de plata en la costura exterior de cada pierna. Villa no llevaba ningún tipo de joya ni color alguno en sus prendas.²

El contraste entre la apariencia de uno y otro, la elegancia de Zapata y el atavío informal de Villa, no se continuaba en sus respectivos ejércitos; más bien ocurría lo contrario.

El vestuario de los hombres de Zapata reflejaba su condición: eran ante todo hombres del campo y sólo secundariamente soldados. Llevaban las camisas de algodón blanco que usan los campesinos del sur de México y los característicos huaraches. Los hombres de Villa, en cambio, mostraban su mayor grado de profesionalización militar: portaban uniformes color caqui recién llegados de Estados Unidos, y sus armas eran mucho más homogéneas que la variopinta mezcla de rifles y carabinas de los zapatistas.

Por fortuna para la historia, Leon Canova, el representante de Estados Unidos que tomó parte en la reunión, había sido periodista y estaba bien dotado para la escritura. (Ésa pudo ser la razón por la que Bryan le dio a este hombre, que resultó uno de los funcionarios más corruptos del Departamento de Estado, un alto cargo en su dependencia.) Canova nos dejó un inolvidable retrato de ese primer encuentro. “Fue interesante y divertido ver a Villa y Zapata tratando de hacer amistad. Durante media hora se quedaron sentados en un incómodo silencio, ocasionalmente roto por algún comentario insignificante, como novios de pueblo.”³

Para relajar la atmósfera, Zapata hizo traer una botella de coñac y propuso un brindis. Villa, que era abstemio, rehusó al principio, pero luego cedió a la presión. “Asió titubeante su vaso y pareció tomar por fin una determinación. Lo alzó y bebió con Zapata. Por poco se ahoga. Su rostro se retorció y las lágrimas acudieron a su ojos al tiempo que pedía agua con voz ronca.” Lo que finalmente rompió el hielo no fue el coñac sino la referencia a “ese personaje que no les gustaba a ninguno de los dos: Carranza”. En la subsecuente conversación, surgieron las ideas y las limitaciones que tenían en común, y quedó apuntado, aunque de forma muy velada, lo que los separaba. Cada uno dejó en claro que no tenía ambición de llegar a presidente o de asumir el poder nacional. “No quiero cargos públicos porque no sé manejarlos”, dijo Villa, “[...] Entiendo muy bien

que nosotros, el pueblo ignorante, somos los que damos la pelea, mientras que sólo aprovecha a los gabinetes.”

Los dos insistieron en que debían controlar rigurosamente a “los gabinetes” que ejercerían el poder. “Simplemente nombramos a los que no van a dar problemas”, dijo Villa. Y Zapata insistió, “aconsejaré a todos nuestros amigos que tengan mucho cuidado, si no, sentirán el filo del machete [...] No nos engañarán. Nos limitamos a jalarles las riendas, vigilarlos muy bien e irlos orientando”. Lo que querían decir con que el gobierno nacional “no iba a dar problemas”, como dijo Villa, o con “vigilarlos muy bien”, como recomendó Zapata, era que se proponían limitar severamente la capacidad de decisión de las autoridades nacionales en los asuntos relativos a las regiones de origen de los propios revolucionarios. Aparte de las tareas propias de la diplomacia y la representación, la autoridad del gabinete nacional estaría restringida a los asuntos exteriores y a las regiones en que Villa y Zapata no tenían interés, y cuyos líderes regionales estuvieran dispuestos a ceder el control.

También son reveladoras y significativas las limitaciones que los dos hombres compartían. Aparte de la reforma agraria, no se tocó ninguno de los graves problemas que afectaban a México. No se ocuparon de política exterior, de las relaciones con Estados Unidos, de los problemas laborales, ni de otros temas igualmente centrales.

La conversación también dejó entrever vagamente una diferencia importante, que pronto contribuiría a debilitar su alianza. En términos militares, Emiliano Zapata era un jefe regional con capacidades limitadas, en el mejor de los casos, al control de su propia región. Su ejército era incapaz de hacer la guerra fuera de Morelos y de tener un impacto decisivo sobre el destino del país. Sin embargo, en términos políticos y sociales, Emiliano Zapata era mucho más que un dirigente regional. Tenía una agenda nacional que se reflejaba en el Plan de Ayala, el cual fijaba términos concretos para la reforma agraria en todo el país. Desde el momento en que lo proclamó, en 1911, hasta su encuentro con Villa en 1914, Emiliano Zapata había insistido en que su plan era nacional. Para que fuera reconocido como tal, primero se alió con Orozco en 1911 y luego intentó, sistemáticamente, establecer alianzas con Villa y con otros dirigentes revolucionarios, tanto en el norte (Contreras no era sino un ejemplo), como entre los revolucionarios de Tlaxcala, más cercanos a su base regional.

Villa, en cambio, tenía un ejército capaz de hacer la guerra a escala nacional, como había demostrado la División del Norte. Pero su agenda social era de carácter meramente regional. En el programa que desarrolló en su conversación

con el emisario de Woodrow Wilson, Paul Fuller, y en el acuerdo a que llegó con Obregón, había insistido en la necesidad de la reforma agraria y en que ésta fuera definida por los concejos locales y las asambleas regionales, y no por un gobierno central.

Aunque nunca se formularon, esas diferencias entre Villa y Zapata estaban implícitas en sus conversaciones sobre la reforma agraria y en lo que hablaron y dejaron de hablar sobre temas militares. Aunque Villa defendía en términos generales la reforma agraria –“todas las grandes haciendas están en manos de los ricos y los pobres tienen que trabajar de sol a sol. Estoy convencido de que en el futuro la vida será diferente y, si las cosas no cambian, no entregaremos los máusers que tenemos en nuestras manos”– y aceptaba el Plan de Ayala en principio, no dijo nada acerca de cuándo, cómo y quién concretamente repartiría la tierra. Cuando más adelante intentara llevar a cabo la reforma agraria en Chihuahua, no lo haría con base en el Plan de Ayala. Durante mucho tiempo, mantendría su idea de permitir a cada región decidir qué reforma agraria llevar a cabo. Sólo en fecha relativamente tardía promulgó un plan nacional de reforma agraria, por lo demás sustancialmente distinto del Plan de Ayala.

Si la perspectiva agraria de Villa era regional y la de Zapata era una agenda nacional, lo contrario ocurría en cuanto a los asuntos militares. Villa insistía en las victorias de sus ejércitos y en sus alcances nacionales, mientras Zapata hablaba poco de la estructura y las posibilidades del Ejército Libertador del Sur.

No hay indicios de que se discutiera una agenda nacional más amplia en el encuentro más privado que tuvieron, después de la multitudinaria primera reunión. De dicho encuentro privado salió, en sustancia, la decisión de repartirse las responsabilidades militares: Villa se encargaría del norte y Zapata del sur, y en Veracruz harían una campaña conjunta contra Carranza. Un tema más polémico que tocaron en esa reunión privada fue el de qué hacer con los enemigos de cada uno que se habían refugiado en el ejército del otro.⁴

Al término de las deliberaciones, encabezaron juntos un desfile de decenas de miles de soldados por las calles principales de la ciudad de México, entre los vítores de sus habitantes.

Hicieron una visita de cortesía al presidente Gutiérrez en Palacio Nacional y Villa, bromeando, se sentó un momento en la silla presidencial, con Zapata a su lado. Un fotógrafo registró la escena, y esa placa, que pronto recorrería el mundo, fue para muchos observadores una prueba adicional de que Villa se había convertido en el verdadero hombre fuerte de México.

Ese día tal vez llegó a su cúspide la carrera de Villa. Nadie podía esperar entonces que, en poco más de un año, los enormes ejércitos de la Convención que marchaban por la ciudad de México, con su reputación de cuasi invencibilidad, estarían derrotados. Nadie podía pensar que tan poco tiempo después Villa y Zapata se hallarían fugitivos en sus propias regiones, forzados a volver a la guerra de guerrillas que probablemente creyeron haber dejado atrás para siempre el día que ocuparon la capital.

LA ALIANZA CONVENCIONISTA: ¿CONDENADA DESDE EL PRINCIPIO?

Las causas de la inesperada y dramática derrota de las fuerzas que comandaba Pancho Villa siguen siendo uno de los aspectos más controvertidos de la historia de la revolución mexicana. ¿Se debió a factores subjetivos u objetivos? ¿Era inevitable? Objetivamente, no es posible excluir la posibilidad de que Villa hubiera triunfado de haber aplicado una estrategia y una táctica diferentes. Sin embargo, tenía escasas probabilidades: los factores objetivos tendían a favorecer a Villa en el corto plazo y a Carranza en el largo.

Cuando estalló la nueva guerra civil, los observadores atribuían una clara ventaja a la coalición convencionista. No sólo sus fuerzas controlaban la mayor parte de México, sino que sus líneas de comunicación no estaban interrumpidas: desde la frontera estadounidense hasta Morelos, todo el país se hallaba bajo su dominio. Por otra parte, los carrancistas no sólo no dominaban una masa territorial semejante, sino que se encontraban divididos en diversos enclaves que, en ciertos momentos, sólo podían comunicarse por mar. El principal contingente de las fuerzas de Carranza, así como su gobierno, se encontraban en Veracruz y las regiones circunvecinas, sin contacto terrestre con las fuerzas que operaban en el noreste. Eran igualmente precarias las comunicaciones con las importantes fuerzas carrancistas situadas en el occidente, en torno al estado de Jalisco.

Los carrancistas sólo dominaban una pequeña parte de Sonora y Coahuila, los dos estados de que procedían la mayoría de sus hombres y sus bases de apoyo. En Sonora, ocupaban un área pequeña, fronteriza con Estados Unidos, mientras la mayor parte del territorio de Coahuila estaba dominado por los villistas. Aunque los carrancistas controlaban el estado de Nuevo León, el apoyo con que contaban allí era más bien tibio. En muchos de los estados del centro-sur y del sur –particularmente en Oaxaca, Chiapas, Yucatán (hasta mediados de 1915) y, en menor grado, Veracruz– se les consideraba como forasteros, como fuerzas de ocupación del norte, e incluso hubo rebeliones locales contra ellos.

Carranza carecía del arraigo popular y la personalidad carismática de Villa o de Zapata. No tenía popularidad entre el pueblo mexicano y su autoridad personal sobre sus tropas era mucho más débil que la de Villa o la de Zapata sobre las suyas. Su alianza con Obregón parecía endeble. Poco después de unírsele, éste había abogado por su renuncia y le había pedido que dimitiera. Sus generales nunca habían obtenido victorias comparables a los triunfos de Villa en Torreón y Zacatecas.

Otra ventaja de Villa era la velocidad adquirida. Se le percibía como un vencedor y sus ejércitos parecían irresistibles, lo que causaba creciente desmoralización entre los seguidores de Carranza. La expresión más palpable de esa baja moral fue la forma en que las fuerzas de Pablo González prácticamente se fueron desvaneciendo, sin ser derrotadas, conforme Villa arrasaba las guarniciones que debían cerrarle el paso a la ciudad de México.

Otro factor a favor de Villa era la impresión generalizada, tanto en México como en Estados Unidos, de que el gobierno de Wilson lo prefería. Aunque esa idea lo perjudicaba ante muchos mexicanos de mentalidad nacionalista, muchos otros la veían como una prueba más de que Villa quedaría como vencedor y, por tanto, era hora de unirse a su causa.

Sin embargo, esas ventajas sólo lo eran en el corto plazo. En el largo (calculable en meses, tal vez incluso en semanas, más que en años), los carrancistas tenían algunas cartas que fueron adquiriendo importancia. Su coalición era más coherente, menos heterogénea y divisionista que la de la Convención, y demostraría un grado mucho más alto de unidad militar. Disponían de mayores recursos económicos. Por último, en términos objetivos, la postura de Estados Unidos resultaría más favorable a ellos que a los convencionistas.

Las ventajas objetivas de que disfrutaban los carrancistas se veían reforzadas por una ventaja subjetiva: la personalidad del propio Pancho Villa, un hombre mucho más orientado a lo regional que Carranza y sus partidarios, y que nunca desarrolló una estrategia militar o política de alcance nacional. A diferencia de Álvaro Obregón, que se convertiría en su principal adversario, Villa nunca aprendió las lecciones que ofrecía la primera guerra mundial en materia de estrategia militar. Y lo más grave: conforme su poder crecía, Villa se iba volviendo más arrogante y estaba menos dispuesto a aceptar críticas y consejos.

Las zonas que formaban el núcleo central de la alianza convencionista eran las respectivas regiones de origen de Villa y Zapata, que dominaban casi totalmente. El territorio de Zapata abarcaba el estado de Morelos y las zonas colindantes de los estados vecinos, particularmente Guerrero y el Estado de México. Para fines de 1914, los zapatistas habían ampliado su dominio a porciones del estado de Puebla, incluida su capital.

El zapatismo era esencialmente un movimiento de las comunidades, que constituían la mayoría de la población de Morelos. Tenía cierto apoyo entre los trabajadores residentes en las haciendas, pero menos en las clases medias del estado. Aunque algunos de sus defensores intelectuales eran miembros de la Casa del Obrero Mundial, los zapatistas no contaban con mucho apoyo en la clase obrera urbana y no se esforzaron demasiado por ampliar su influencia entre los trabajadores industriales.

La zona de Villa –Chihuahua, Durango y la región lagunera, que incluía partes de Coahuila– era más rica y más extensa que la de Zapata. Aunque Villa tenía allí un dominio casi completo, enfrentaba una oposición más activa que Zapata en la suya. En Chihuahua, los hermanos Maclovio y Luis Herrera, antiguos jefes incorporados a la División del Norte originarios de Parral, se habían pronunciado por Carranza y, aunque reducidos a unos pocos cientos de hombres, seguían oponiéndose a Villa. Otro tanto ocurría en el vecino Durango con una facción encabezada por los hermanos Arrieta. Si bien se vieron forzados a retirarse a una pequeña zona montañosa, Villa nunca logró derrotarlos.

A diferencia del zapatismo en Morelos, en sus regiones nucleares el villismo era una coalición multclasista: incluía antiguos habitantes de las colonias militares, trabajadores agrícolas, mineros, ferrocarrileros y otros trabajadores industriales, grandes sectores de las clases medias, así como algunos hacendados revolucionarios (en general originarios de otros estados y no de Chihuahua).

Los principales dirigentes campesinos en las filas del movimiento villista habían sido Toribio Ortega y Porfirio Talamantes, de Chihuahua, y Calixto Contreras, de Durango; pero Talamantes había caído en la batalla de Tierra Blanca y Ortega había muerto de tifus. El principal vocero de los intereses campesinos que quedaba en Chihuahua, aparte del propio Villa, era un intelectual: Federico González Garza. Por su parte, los dirigentes campesinos de Durango habían sobrevivido y todavía desempeñaban un papel decisivo dentro de la División del Norte.

La alianza Villa-Zapata ejerció una poderosa atracción sobre los movimientos campesinos que se habían desarrollado fuera de esas zonas nucleares. La

mayoría de ellos tomó partido por la Convención y contra Carranza. Así ocurrió con un importante movimiento campesino del estado de San Luis Potosí. Se había producido allí un clásico conflicto entre campesinos y hacendados. Las grandes haciendas se habían apropiado terrenos tradicionalmente en poder de los pueblos y provocado una resistencia cada vez más amplia, que convirtió a San Luis en una de las bases de apoyo de la revolución maderista. Wilfred Bonney, uno de los pocos cónsules estadounidenses en México que pensaba que la revolución no era un simple asunto de asaltantes de caminos y bandidos rurales, hizo un sucinto análisis de la revolución que se produjo en San Luis Potosí cuando Huerta tomó el poder.

La revolución en este distrito se dirige instintivamente contra el sistema de castas de la sociedad y el sistema feudal de producción, más que a objetivos puramente políticos. Aunque a menudo se dice que detrás de la revolución se encuentra la cuestión agraria, más bien se la considera una revuelta contra el sistema feudal de producción, que incluye la tenencia de la tierra y determina los mercados, los sueldos y el transporte, y permea toda la estratificación comercial y social.⁵

Militarmente y, hasta cierto punto, también ideológicamente, la revolución constitucionalista de San Luis Potosí se desarrolló con independencia de la nortea y la sureña. En marzo de 1913, cuando el movimiento apenas estaba empezando en el norte, Alberto Carrera Torres, un maestro de primaria de Tula, organizó una fuerza guerrillera en la frontera entre San Luis Potosí y Tamaulipas, y proclamó un plan agrario que exigía el fin del peonaje por deudas, la confiscación de los latifundios y su reparto en lotes de diez hectáreas para cada campesino sin tierras. Carrera Torres añadió una cláusula sorprendente que ningún otro movimiento revolucionario planteó: se le daría tierra a cada soldado federal que se negara a pelear por Huerta. Carrera Torres logró el apoyo de una familia de rancheros relativamente ricos que en otro tiempo se disputaban la mano de obra con una hacienda vecina: los hermanos Cleofas, Magdaleno y Saturnino Cedillo. Este último, que era el más influyente y más instruido de los tres, asistió a la Convención de Aguascalientes y, por recomendación suya, Carrera Torres y sus seguidores decidieron dar todo su apoyo al movimiento convencionista.⁶

Varios cientos de kilómetros al sur de San Luis Potosí, tomaban una decisión similar otros hermanos: los Arenas del estado de Tlaxcala, que encabezaban un

gran alzamiento agrario.⁷ En Tlaxcala como en San Luis Potosí, la intrusión de las haciendas en sus tierras había encendido el descontento de los campesinos. Ese descontento se había expresado a través de la participación masiva de la población rural en la revolución maderista. En ambos casos, el gobierno de Madero había hecho muy poco por satisfacer las demandas de esas bases. En San Luis Potosí, el gobernador maderista Cepeda, elegido con los votos de muchos de los revolucionarios campesinos, colaboró con los hacendados para suprimirlos. En Tlaxcala la situación era un tanto distinta: los campesinos habían logrado elegir como gobernador a un hombre favorable a sus demandas, Antonio Hidalgo. Cuando éste se negó a volverse contra sus antiguos seguidores, y de hecho, propuso un programa de cambios agrarios radicales, los hacendados del estado, en colaboración con el gobierno de Madero en la ciudad de México, dieron un golpe de estado para deponerlo.⁸

Como los Cedillo y Carrera Torres en San Luis, los hermanos Arenas de Tlaxcala se decepcionaron del gobierno de Madero, pero pronto comprendieron que Huerta era aún más hostil a sus intereses y más despiadado: cuando tomó el poder en la capital, se sublevaron.

La experiencia de los revolucionarios de ambos estados durante el gobierno de Madero influyó mucho en ellos. En 1911, se habían ido a casa y habían depuesto las armas, evidentemente a la espera de que el nuevo gobierno atendería sus demandas y llevaría a cabo una reforma agraria a gran escala. Tras el golpe de Huerta, ya no esperaron a nadie. En San Luis, Carrera Torres promulgó un plan agrario radical en marzo de 1913, cuando la revolución apenas había empezado en el norte, y en Tlaxcala, los Arenas iniciaron el reparto masivo de tierras de las haciendas. Desconfiaban de Carranza, a quien consideraban otro Madero. Sin embargo, junto con Máximo Rojas, otro dirigente revolucionario de Tlaxcala, se unieron al Ejército del Noreste, que fue la primera fuerza venida del norte que entró en su estado. Cuando estalló la guerra civil entre Carranza y la Convención, los Arenas abandonaron la división de González, proclamaron su lealtad a la Convención y establecieron íntimos vínculos con Emiliano Zapata. En ello influyó la poderosa tendencia agrarista de la Convención, así como el hecho de que Pablo González pusiera a Rojas, que ellos consideraban su rival, al mando de la revolución en Tlaxcala.

La popularidad personal de los Arenas, junto con el atractivo del movimiento de Villa y Zapata, atrajo a la mayoría de los revolucionarios y Rojas se quedó con sólo unos cientos de hombres de su región de origen.⁹

En el estado occidental de Jalisco, donde los problemas agrarios eran menos agudos que en Tlaxcala, Morelos o San Luis Potosí, el mayor movimiento popular estuvo encabezado por un minero, Julián Medina, que defendía la reforma agraria y había intentado en 1912 repartir tierras de las haciendas.¹⁰ Incluía un porcentaje mucho mayor de trabajadores industriales y agrícolas que los movimientos de los dos estados anteriores, y también tomó el partido de la Convención.

Dentro de la coalición convencionista existía, como contrapeso a los revolucionarios agraristas, una fuerte facción conservadora. Sus principales proponentes se concentraban a lo largo de la costa occidental de México, en una región no controlada directamente por las fuerzas de Villa. Su vocero más importante era el gobernador de Sonora, José María Maytorena. Tras la escisión entre Villa y Carranza, Maytorena hizo unos cuantos pronunciamientos radicales e incluso intentó brevemente adoptar una actitud populista prometiendo concesiones a los trabajadores industriales y la reforma agraria a los yaquis, pero su política básicamente conservadora no se modificó.¹¹ Las haciendas confiscadas que había devuelto a sus antiguos dueños siguieron en manos de éstos. Aunque había establecido fuertes vínculos con los yaquis –los había protegido de la deportación en tiempos de Díaz, por lo que se convirtieron en sus acérrimos defensores–, no hizo nada por devolverles las tierras que les habían expropiado.

El más cercano aliado y protegido de Maytorena era el gobernador del vecino estado de Sinaloa, Felipe Riveros, también un maderista relativamente conservador, que había sido elegido tras la victoria de la revolución de 1910-1911. A diferencia de Maytorena, que abandonó el país antes que aceptar el golpe militar, Riveros¹² reconoció a Huerta, pero la rendición no le evitó la cárcel aunque sí le salvó la vida: Huerta, que obviamente lo consideraba inofensivo, acabó poniéndolo en libertad. Riveros pronto se unió a los revolucionarios de su estado natal, muchos de los cuales se negaron a reconocer su mando debido a la actitud que había tenido hacia Huerta. Sin embargo, logró recuperar la gubernatura, en gran medida gracias a la ayuda de Maytorena. Al igual que éste en Sonora, Riveros enfrentaba una fuerte oposición de los revolucionarios locales, partidarios de Carranza, y por esa rivalidad, más que por cualquier tipo de convicción social, se alió con Villa.

Un tercer y más sorprendente miembro de ese bloque conservador era Rafael Buelna, el joven dirigente revolucionario que había tomado el control de Tepic y sus alrededores, sobre la costa del Pacífico. Buelna representaba un tipo de

revolucionario frecuente a finales del siglo XX, pero raro en la revolución mexicana: el estudiante revolucionario. Brillante y audaz general, movilizó a un grupo grande de hombres, la mayoría procedentes de su región nativa de Tepic, cuna de uno de los mayores levantamientos campesinos del siglo XIX. Triunfó en las condiciones más desventajosas y logró el control de la región; a partir de ese momento, decepcionó profundamente a sus seguidores de clase baja, que esperaban tener en él un protector y vocero de los pueblos indios. En cambio, hizo la paz con la familia más poderosa del lugar, el clan Casa Aguirre. Como dice un biógrafo que, por lo demás, generalmente simpatiza con Buelna, los revolucionarios que se habían levantado en el sur de Sinaloa y en Tepic

no se habían lanzado a la carrera por ambición militar. Había dolores sociales y económicos que empujaban a la gente a la guerra civil; no era un simple cambio de hombres el anhelado. Esto bien lo sabía Buelna. Sin embargo, engolosinado con el poder, olvidó las esperanzas que las mayorías habían puesto en él [...] Había dejado de ser una promesa para quienes, aunque sin expresarlo como sistema, creían en una transformación beneficiosa para las grandes masas.

En cambio, había logrado la simpatía de la pueblerina aristocracia tepiqueña, que le llamaba “Granito de Oro”.¹³

A principios de 1915, Buelna, en vez de repartir entre los campesinos los latifundios confiscados por los revolucionarios en 1913, propuso a la Convención devolverlos a sus antiguos dueños.¹⁴

La familia Madero, muchos de cuyos miembros tenían relación con Villa, también pertenecía al ala más conservadora del movimiento villista. Los hermanos de Francisco, Raúl y Emilio, eran generales de la División del Norte. Parientes suyos eran Eugenio Aguirre Benavides, también general, y su hermano, Luis Aguirre Benavides, secretario de Villa. En Estados Unidos, Salvador Madero y una empresa que pertenecía a la familia abastecían de armas a los villistas.¹⁵ Sin embargo, la unanimidad no era total: otro de los hermanos, Julio Madero, peleaba en el ejército de Obregón; durante su visita a Chihuahua, los Aguirre Benavides le habían dicho a Obregón que se oponían a Villa, y de hecho pronto se volverían contra él. La influencia más importante que tuvieron los Madero sobre las decisiones de Villa se refería a sus propias tierras y a las grandes haciendas de la rica región lagunera. Villa exentó de toda confiscación esas propiedades e incluso las de las familias emparentadas con los Madero,

como los acaudalados Zuloaga de Chihuahua. Además, confió a Eugenio Aguirre Benavides la administración de las haciendas confiscadas de La Laguna, dándole así una gran influencia en la economía de la región.¹⁶ Raúl Madero era gobernador de Nuevo León. Pero no hay indicios de que los Madero influyeran de alguna otra forma en la política económica o social de Villa.

Se ha dicho con frecuencia¹⁷ que los altos funcionarios de Madero que se unieron a Villa formaban parte también de la facción conservadora, dentro de la coalición convencionista. No fue así en todos los casos, y las profundas diferencias que había entre ellos se expresan claramente en una controversia entre Federico González Garza, por una parte, y Ángeles y Miguel Díaz Lombardo, por otra. “Cuando estuvieron aquí el general Ángeles y el licenciado Díaz Lombardo”, le escribió Federico González Garza a su hermano Roque,

advertí, hablando sobre estos asuntos, que ellos reconocen que nos diferenciamos de los carrancistas en que éstos quieren o prometen realizar las reformas revolucionarias dentro del llamado periodo *preconstitucional*, mientras que nosotros aspiramos a restablecer antes de todo el orden constitucional como base indispensable para introducir después las reformas. La verdad es que ése no fue el motivo primitivo de nuestra división con Carranza y cuando yo salí de Chihuahua en diciembre, nadie hablaba todavía de esa diferencia.¹⁸

A la alianza ya heterogénea entre Villa, Zapata, Maytorena y Ángeles, se añadió un elemento aún más disímil: lo que quedaba de la tercera fuerza de la Convención de Aguascalientes, convertida en el núcleo central del gobierno convencionista. En términos políticos, sus miembros eran de muy variado origen. Algunos habían sido carrancistas, otros habían formado parte de la División del Norte y otros más eran verdaderos independientes. En términos sociales, ninguno de ellos era campesino ni había encabezado un movimiento campesino antes de la revolución de 1910. El presidente Eulalio Gutiérrez había sido minero, y tenía una larga historia de activismo revolucionario. Nacido en una hacienda de Coahuila, se trasladó muy joven al pueblo de Concepción del Oro, en el estado de Zacatecas, donde halló empleo en una mina. A los diecinueve años tuvo su primer roce con el sistema porfiriano cuando apoyó a un candidato de oposición para un cargo local. Esta experiencia, tal vez, lo empujó a unirse al Partido Liberal, y tan ferviente fue su militancia que seis años más tarde, a la edad de veinticinco, encabezó un levantamiento contra las autoridades

porfirianas. Su pequeña fuerza pronto fue derrotada y tuvo que huir a Estados Unidos. Regresó en 1911, participó en la revolución maderista y se levantó en armas contra el gobierno golpista de Huerta. Nunca logró convertirse en un jefe militar importante ni llegó a tener bajo sus órdenes a más de doscientos hombres.¹⁹ Sin embargo, en cierto sentido la calidad de sus tropas compensaba su poca cantidad: muchos de sus soldados eran mineros expertos en explosivos. Una de sus principales actividades consistía en volar trenes, y por ella se hicieron famosos en toda la región de Coahuila, San Luis y Zacatecas, donde operaban. Aunque durante un tiempo Gutiérrez combatió a las órdenes del hermano de Jesús Carranza, disfrutó de un mayor grado de autonomía que la mayoría de los jefes revolucionarios.

En términos militares, el miembro más importante de la tercera fuerza era el antiguo comandante del carrancista y obregonista Ejército del Noroeste, Lucio Blanco, que permaneció leal a la Convención Revolucionaria. Blanco abrigaba un profundo resentimiento contra Carranza. En las primeras semanas de la revolución constitucionalista, había sido uno de los jefes militares más exitosos del noreste y había logrado la captura de la importante ciudad de Matamoros. Carranza lo había removido del mando porque le molestó el reparto de tierras que realizó en la hacienda de Los Borregos, perteneciente a Félix Díaz, y porque Blanco no se entendía bien con el favorito de Carranza, Pablo González. Entonces Blanco se fue a Sonora y se unió al Ejército del Noroeste; se convirtió en uno de sus mejores generales y sus cargas de caballería se hicieron legendarias.²⁰ Cuando se produjo la ruptura entre Villa y Carranza, mandaba un ejército de diez mil hombres acantonados en la ciudad de México, que se incorporó en su totalidad a las fuerzas convencionistas. En situación parecida a la suya se hallaban dos de los generales villistas, José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides. Ambos eran miembros instruidos de la clase media; Robles tenía fama de poder citar a Plutarco, y Aguirre Benavides, el prestigio de sus vínculos maderistas. Aunque oficialmente pertenecían a la División del Norte, le habían dado a Obregón señales de oponerse a Villa y, en la Convención, habían apoyado con entusiasmo, junto a los carrancistas de la tercera fuerza, la idea de una renuncia simultánea de Villa y Carranza.

Estos hombres formaron el núcleo central del nuevo gobierno convencionista, oficialmente reconocido por Villa y por Zapata. Habían reclutado a José Vasconcelos, uno de los intelectuales más brillantes de México, como secretario de Instrucción Pública en el nuevo gabinete. Contaban con que Carranza sería rápidamente derrotado por Villa y ellos podrían tomar las riendas efectivas del

país, pero no está claro cómo pensaban imponerse. ¿Creían que Villa y Zapata se retirarían a sus propias regiones y dejarían el control del resto del país en manos del gobierno convencionista? ¿Creían que, vencido Carranza, los elementos de la tercera fuerza que lo habían apoyado se unirían a ellos y los fortalecerían frente a Villa y Zapata? Cualesquiera fueran sus concepciones estratégicas, pronto descubrirían que ninguna de ellas era plausible.

A esta heterogénea coalición de campesinos revolucionarios, conservadores occidentales y militares de clase media, hay que añadir un variado conjunto de jefes regionales y locales que tomaron partido por la alianza convencionista porque parecía ser la que iba a triunfar o porque prometía más autonomía que el gobierno de Carranza. Lo que hacía a esa coalición aún más dispar y frágil era la estrategia que siguieron algunos sectores de las fuerzas conservadoras tradicionales de México, consistente en pactar con o incluso unirse a ella.

PANCHO VILLA Y LAS FUERZAS DEL ANTIGUO RÉGIMEN

La derrota del ejército federal y la renuncia de Huerta crearon una situación nueva y precaria para el establishment tradicional de México. El ejército, los hacendados y la iglesia se enfrentaban a una difícil disyuntiva. ¿Debían unirse a alguna de las facciones revolucionarias? ¿Debían intentar permanecer neutrales? ¿O debían apoyar de nuevo a la contrarrevolución?

En las primeras semanas, tras la renuncia de Huerta, la mayor parte de las fuerzas del antiguo régimen trataron todavía de hallar una solución aceptable para todos sus integrantes. Pero el intento fracasó a las pocas semanas, y la élite económica y política se fragmentó.

Pancho Villa y el ejército federal

El sector de las fuerzas vivas tradicionales más inmediatamente amenazado por los éxitos de los revolucionarios era el ejército federal. A pesar del odio que se había granjeado entre los revolucionarios, sus jefes aún esperaban que pudiera sobrevivir a la revolución constitucionalista como había sobrevivido al levantamiento maderista, y confiaban en las divisiones que existían en las filas de los insurgentes. Pero fueron esperanzas vanas. Villa rehusó absorber a los federales en sus tropas. Obregón, que había utilizado brevemente a la guarnición de la ciudad de México para impedir la entrada de los zapatistas, disolvió al ejército federal y amnistió a sus oficiales y soldados. Sin embargo, un amplio

sector del cuerpo de oficiales no se resignaba a ingresar en la vida civil. Atraídos por la presencia de Ángeles, muchos de ellos procuraron incorporarse a la División del Norte. Villa tenía una actitud contradictoria al respecto. Un diplomático chileno informó desde la ciudad de México en enero de 1915 que “Villa convocó a un número considerable de militares pertenecientes al ejército federal y logró atraérselos ofreciendo devolverles los grados que anteriormente tenían, lo que aceptaron entusiasmados en vista de la precaria situación en que se hallaban”.²¹

Un mes más tarde, sin embargo, el 16 de febrero, el periódico villista *Vida Nueva* informaba que cientos de oficiales federales habían ofrecido sus servicios a Ángeles, y decía: “se cree que el general Villa no los aceptará en el ejército revolucionario por haber apoyado el cuartelazo”²² contra Madero.

Si atendemos a la mayoría de los observadores, los carrancistas tenían mayor resistencia que Villa a recibir a los antiguos oficiales y soldados federales, aunque éste acusó más tarde a Carranza de haberlos acogido también.

Esta diferencia de actitud hacia el ejército federal reflejaba en parte la gran heterogeneidad de la facción convencionista, gracias a la cual Villa tenía menos dificultad para incorporar a las tropas federales que Carranza. También reflejaba fuertes diferencias personales y distintas necesidades militares. Aunque Huerta había encarcelado a Villa, éste se hallaba menos mal dispuesto hacia el ejército federal que Carranza, probablemente debido a la influencia de Ángeles. Aunque no está claro hasta qué punto insistió cerca de Villa para que reclutara a los federales, sin duda pesaba su propio ejemplo como antiguo comandante federal luego absolutamente leal.

Había otra importante diferencia entre la División del Norte y los ejércitos carrancistas: estos últimos contaban con un mayor porcentaje de oficiales instruidos procedentes de las ciudades, en contraste con los campesinos, en gran parte analfabetas, que comandaban las tropas villistas. Villa tenía mayor necesidad de técnicos y expertos. Además, estaba acostumbrado a tratar con soldados y oficiales federales ya que al menos algunos de ellos se habían incorporado a la División del Norte tras ser capturados en batalla. Si bien lo habían hecho bajo presión (para evitar ser fusilados), al parecer la mayoría permaneció leal. Por lo demás no ejercieron ninguna influencia importante en la División del Norte. La predicción de Obregón de que Ángeles los agruparía en una fuerza aparte, para hacerse con un poder independiente dentro de la División del Norte, nunca se cumplió.²³ No resulta sorprendente que en una proclama al

pueblo de México, a fines de 1915, Villa, ya al borde de la derrota, justificara todavía su empleo de las tropas federales.

Los mal llamados constitucionalistas nos han dicho reaccionarios. *Esto es falso y es villano*. Aceptamos realmente los servicios de algunos generales, jefes y oficiales del extinto ejército federal cuando nos convencemos de la pureza de sus intenciones, de la rectitud de sus principios, de que habían sido esclavos del deber, de que habían reprochado la traición desde el fondo de sus corazones y de que no se habían ensañado nunca contra nuestros hermanos. Verdad es que desgraciadamente se mezclaron entre el grupo de exfederales honrados algunos hombres indignos, pero a éstos los hemos ido eliminando poco a poco y ahora sólo nos queda un grupo reducidísimo de exfederales que casi en su totalidad son hombres dignos de aprecio. En cambio, entre las filas del constitucionalismo *sí abundan los elementos indignos de la federación*; allí sí hay un exceso de oficiales y jefes de los más sanguinarios y crueles, de los más cobardes y asesinos.²⁴

En conjunto, parece que sólo una minoría de los antiguos federales se sumó a alguna de las dos facciones revolucionarias. Muchos de los soldados que habían sido reclutados a la fuerza simplemente se fueron a sus casas. Un número considerable de oficiales se alistó en las filas de los contrarrevolucionarios que operaban en los estados de Veracruz, Oaxaca y Chiapas.²⁵

A pesar de las alianzas temporales establecidas por miembros individuales o incluso unidades del antiguo ejército federal, y a pesar de los pactos que unos y otras hicieron con diferentes facciones revolucionarias, para 1915 el ejército federal había dejado de existir como fuerza coherente. Nunca reaparecería, y su lugar sería ocupado por el nuevo ejército surgido de la revolución.

Villa y la iglesia católica

Un segundo bastión de conservadores, la iglesia católica, al parecer mantuvo mejores relaciones con Villa que con Carranza. Los carrancistas, en su mayoría de clase media y obrera, se consideraban herederos de los liberales anticlericales del siglo XIX. Esa postura se había visto reforzada por la sistemática oposición que mantuvo contra Madero el recién formado Partido Católico en los años 1911-1912 y por la actitud favorable a la dictadura de Huerta que, al menos por

un tiempo, asumieron tanto ese partido como algunos altos dignatarios de la iglesia.

La postura de Villa ante la iglesia era también ambivalente. Aunque no era antirreligioso, y probablemente creía en el catolicismo, despreciaba a los curas. “¿Un cura es Dios?”, preguntó retóricamente en una entrevista con un reportero estadounidense.

No lo son. Pueden enseñar las doctrinas de Cristo, pero eso no significa que porque enseñan qué es el bien se les permita quebrantar casi todos los mandamientos, como en mi experiencia hacen siempre. Los curas, tal como yo los he conocido en los pueblos chicos e incluso en las ciudades de las montañas de Chihuahua, son miserables pordioseros de mente y cuerpo. Son demasiado débiles mental y físicamente para ganarse la vida.

Viven como los piojos: a costa de otros. Por lo que me dicen, en otras partes de México son iguales que en mi estado de Chihuahua. En primer lugar, hay demasiados. Tomemos por ejemplo la ciudad de Parral. Hay catorce iglesias y sabe Dios cuántos curas. Y todos viven de la gente pobre que apenas tiene para comer y para medio vestirse.

¿Que no los conozco? ¿No he visto que un cura no mueve un dedo a menos que vaya a conseguir dinero? Bah, no me discuta. Si usted es católico, no quiero herir sus sentimientos, *mi amigo*, pero déjeme decirle que si usted no les tiene tanto asco como yo, es porque los curas [de su país] son distintos de los curas de México.

En opinión de Villa, la mayoría de los curas eran explotadores y ladrones.

Entra usted en cualquiera de nuestras iglesias en México y encontrará cajas para limosnas en cada puerta y en cada pared, a veces hasta veinte en una iglesia. Tienen rótulos que dicen “Para la caridad”, “Para San Pedro”, “Para las almas que sufren en el purgatorio”, “Para oraciones por los muertos”, y cosas por el estilo.

Los pobres nunca reciben un centavo de la cajita de limosnas. San Pedro no necesita las pobres monedas de cobre que deposita el pueblo hambriento en la caja que lleva su nombre. No se puede rescatar a un alma del purgatorio con dinero y dudo que a los muertos les sirvan de algo las plegarias compradas.

¡Ah, los curas! Pronto les va a llegar la hora. Posiblemente la religión es buena para los que tienen la educación que les permite comprenderla. Pero un montón de curas mantenidos por los pobres no hace más religioso a México.²⁶

Una de las peleas domésticas más tormentosas entre Villa y su esposa Luz Corral tuvo lugar cuando él descubrió, al mostrarle su casa a Obregón, que ella había construido secretamente un oratorio. “Esto me huele, general”, le dijo a Obregón, “a que ya los curas se cogieron del rebozo de mi mujer y me la van a echar a perder.”

Villa ordenó que el oratorio fuera inmediatamente desmantelado, pero se calmó cuando Luz Corral, sin duda la más inteligente y diplomática de sus esposas, en vez de oponerse, le explicó: “Para rogar a Dios por ti, nunca me ha hecho falta, pues siempre acostumbro cuando todos duermen, cuando todo está en silencio, hincarme y, con todo mi corazón, implorarle que te ayude y hasta hoy me ha oído, pues no te ha pasado nada”.²⁷

Su mezcla de tolerancia ante la religión y convicción de que los sacerdotes explotaban a la gente influyó en la política de Villa respecto de la iglesia.

Por una parte, tras tomar la ciudad de Saltillo, sometió a los muchos jesuitas capturados a un simulacro de ejecución, para forzarlos a pagar un enorme rescate.²⁸ Por otra, cuando ocupó Guadalajara, ordenó que se reabrieran muchas iglesias que los carrancistas habían cerrado.²⁹ Su periódico *Vida Nueva* atacó a los carrancistas por atentar contra la libertad religiosa cerrando iglesias e impidiendo el libre ejercicio de la religión católica. “Necesidad justiciera es expulsar o perseguir a los malos clérigos; inútil torpeza es fusilar efigies, incendiar altares y mutilar Crucificados [...] La religión no es la clerecía, de la misma manera que el Ciudadano Carranza no es la Revolución.”³⁰

En conjunto, su visión de la religión, más positiva que la de los carrancistas, refleja hasta cierto punto el hecho de que los campesinos mexicanos eran más religiosos que las clases media y obrera.

La conducta que siguió Villa con la iglesia pudo procurarle cierto apoyo adicional entre los campesinos, pero no el apoyo de la propia iglesia. Algunos de los miembros más destacados del clero mexicano habían huido a Estados Unidos, entre ellos el arzobispo de la ciudad de México, Mora, y al parecer participaban en una gran conspiración para emprender la contrarrevolución en México, con apoyo estadounidense.³¹

Pancho Villa y los hacendados

Si bien Villa tendía a mostrarse más flexible que Carranza ante los militares federales y la iglesia, no ocurría otro tanto con un tercer grupo de conservadores

que continuaba ejerciendo considerable influencia en partes importantes del país: los hacendados. A diferencia del ejército federal, que desapareció como institución, los hacendados sí lograrían sobrevivir como clase a la revolución, por lo menos en un buen número. Pero quedarían tan debilitados que ya no pudieron presentar una resistencia importante en 1934, cuando el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas decidió expropiar la mayor parte de los latifundios, veinticuatro años después del estallido del movimiento revolucionario.

El debilitamiento de los hacendados se debió más a la pérdida de poder económico y político que a la aniquilación física. A este respecto, la revolución mexicana se distinguió de la francesa y de la rusa.

En la amplia bibliografía literaria que inspiró la revolución mexicana dentro y fuera de México, no existe el equivalente mexicano de la *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens, novela en la que vemos a los aristócratas franceses subir, trágica o heroicamente, al cadalso. El equivalente mexicano de la guillotina era el pelotón de fusilamiento, y la imagen de un hombre de pie ante los cañones de los fusiles, a veces con los ojos vendados, a veces dirigiendo su propia ejecución, forma parte de la literatura y la leyenda de la revolución mexicana. Sin embargo, muy rara vez se trataba de hacendados. Con escasas excepciones, si un terrateniente llegaba a encontrarse ante el pelotón de fusilamiento, probablemente no era víctima de una ejecución real, sino de un simulacro, medio eficaz para forzarlo a pagar un costoso rescate por su liberación. En la mayoría de los casos, este expediente funcionaba, y el hacendado podía cruzar la frontera y hallar asilo en Estados Unidos. En conjunto, las ricas familias terratenientes de México lograron escapar a la revolución físicamente incólumes.

Es característico de la revolución mexicana, y no carece de valor simbólico, el hecho de que Francisco Madero, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Venustiano Carranza y Álvaro Obregón murieron de muerte violenta, mientras que José Yves Limantour, Luis Terrazas, Enrique Creel y Pablo Escandón murieron en cambio de muerte natural.

Buscaríamos en vano por las calles de El Paso o de Los Ángeles, donde se establecieron la mayoría de los hacendados exiliados, un equivalente mexicano de los aristócratas rusos arruinados que, tras escapar de la revolución bolchevique, trabajaron en París como meseros, encargados de seguridad en algún club nocturno o choferes de taxi. A diferencia de sus pares rusos, casi todos los hacendados mexicanos pudieron llevarse con ellos gran parte de su fortuna. Esto no significa que la revolución no les afectara. Muchos habían huido

de sus fincas cuando los ejércitos de Villa, Carranza y Zapata se acercaban, y muchas haciendas habían sido “intervenidas”. Sin embargo, esas “intervenciones”, como se les llamaba a las confiscaciones de los revolucionarios, rara vez implicaron su ruina total. En general, el avance de los revolucionarios no fue inesperado y muchos pudieron convertir parte de sus propiedades en dinero. Algunos vendieron precipitadamente sus cosechas y su ganado. Muchos otros lograron vender sus haciendas, con frecuencia a bajos precios, a los extranjeros cuyas propiedades los revolucionarios estaban forzados a respetar, especialmente si eran estadounidenses.

De ningún modo todas y tal vez ni siquiera la mayoría de las haciendas habían sido confiscadas cuando Huerta renunció. En las regiones controladas por los revolucionarios, fueron respetadas prácticamente todas las propiedades de extranjeros, con excepción de las de los españoles. Obviamente, los hacendados que habían tomado partido por la revolución no fueron afectados. Pero cuando estalló la guerra civil, los que se pronunciaron por la Convención sufrieron mayores represalias de los carrancistas que los que habían sido porfiristas o huertistas.

En Coahuila y Sonora, dos estados que fueron centrales para la revolución mexicana, tanto Carranza como Maytorena hicieron cuanto pudieron por salvaguardar a los hacendados. Carranza impidió muchas confiscaciones en su estado y Maytorena, tras reasumir la gubernatura de Sonora, devolvió numerosas haciendas expropiadas.³²

Incluso Villa, que había decretado la confiscación de todas las fincas pertenecientes a la oligarquía, estaba dispuesto a respetar a algunos hacendados que no se habían incorporado a su movimiento. Como ya dijimos, respetó las propiedades de los Zuloaga, en Chihuahua, probablemente porque estaban emparentados con los Madero. También existen versiones según las cuales los Zuloaga le habían dado hospitalidad alguna vez, y Villa tenía una excelente memoria.³³ Otros hacendados llegaron a algún tipo de acuerdo con él o con alguno de sus comandantes. Uno de los intermediarios más eficaces para tales tratos era George Carothers, el representante especial de Woodrow Wilson, quien al parecer hizo una gran fortuna como agente en esos negocios y a quien Villa procuró atraerse por todos los medios.

En Morelos y las regiones adyacentes, controladas por Zapata, prácticamente todas las haciendas les fueron arrebatadas a sus dueños. En cambio, en el sureste de México, donde no tuvo lugar ninguna revolución, las haciendas

permanecieron intactas. Cuando Huerta renunció, los terratenientes seguían controlando sus fincas y en muchos casos también a sus peones.

Debido a que la situación de los hacendados en las diferentes partes del país era tan diversa, sus tácticas y sus reacciones también variaban enormemente. Desde luego, los que habían perdido sus propiedades se comportaron de un modo muy distinto que los que las conservaban.

Durante un breve periodo, muchos hacendados y miembros de la oligarquía tradicional esperaban que Villa llegaría a ser su hombre. A sus ojos era un bandido, de manera que no había razón para que no fuera posible comprarlo y cooptarlo, como Porfirio Díaz había cooptado a hombres que también consideraba bandidos. Sabían que el aliado de Villa, Maytorena, había devuelto las propiedades confiscadas en Sonora. Algunos creían que sería posible persuadir a Villa de hacer lo mismo en las regiones bajo su control, en vista de sus íntimos lazos con los estadounidenses.

Las esperanzas, expectativas y decepciones que Villa suscitó en ciertos sectores de la oligarquía se reflejan en los informes del encargado de negocios de Francia en México, Ayguesparre. Era cuñado de uno de los hombres más ricos del país, que por un tiempo fue secretario en el gabinete de Huerta. Sus colegas del servicio diplomático francés consideraban que ese hecho influía en las interpretaciones de Ayguesparre.³⁴ Al principio, albergó la esperanza de que Carranza “forme un gobierno de coalición [...] para ganarse el apoyo a la revolución de algunas partes del antiguo ejército federal, el capital, la aristocracia terrateniente y el clero”.³⁵

Pocas semanas más tarde, después de que los carrancistas ocuparon la ciudad de México, Ayguesparre se decepcionó profundamente. Describió al Primer Jefe como

un hombre sinceramente moderado que, sin embargo, es débil y no muy inteligente y que no puede controlar a sus jóvenes generales, jefes de las bandas que han combatido durante un año y que ahora como vencedores pretenden destruir cuanto les opone resistencia.

Prácticamente todos estos generales son indios, pero indios de los estados nortños, vecinos de Estados Unidos, y por tanto más inteligentes, más avanzados, que los indios del resto de la república. Han oído hablar de las ideas abstractas de libertad e igualdad y las están aplicando más o menos de la misma manera en que lo hizo Robespierre.

Ayguiesparre estaba convencido de que la revolución mexicana trataba de imitar a la revolución francesa y era “ciertamente una revolución social, un levantamiento de las clases bajas contra todos los elementos conservadores: contra los capitalistas, terratenientes y el clero, etcétera”. Se quejaba de que los revolucionarios “habían encarcelado a la mayoría de los grandes terratenientes, intervenido sus propiedades, ocupado sus residencias privadas y confiscado sus caballos y sus coches”.

Desilusionado de Carranza, Ayguiesparre ponía ahora sus esperanzas en Villa.

Durante algún tiempo Villa y su amigo el general Ángeles (antiguo oficial del ejército federal) parecieron querer separarse de Carranza para buscar un acercamiento con los mejores elementos del antiguo gobierno de Madero, es decir, los moderados, los intelectuales, los “científicos”, como se les llama aquí, que fueron consejeros de Madero.

Por esa razón, actualmente Villa constituye la esperanza de México.

Todos aquellos, y son muchos, que están insatisfechos, todos los que han sido despojados y arruinados, todos los antiguos miembros del ejército federal que fueron licenciados por el señor Carranza y ahora se mueren de hambre, todos los antiguos funcionarios federales que han perdido sus empleos y que también se mueren de hambre, se están uniendo en torno a Villa.³⁶

Pero las nuevas esperanzas de Ayguiesparre pronto se disiparon también. No tardó en darse cuenta de que Villa nunca devolvería sus propiedades a la oligarquía. Pocas semanas después de su optimista informe a París, Ayguiesparre escribía en un tono muy distinto sobre Villa y Zapata.

Estos dos movimientos, el villismo que viene del norte y el zapatismo que viene del sur, tienen similitudes: son demasiado intransigentes, demasiado dogmáticos, no suficientemente sinceros; albergan demasiados odios personales, demasiados deseos de venganza, demasiados negocios y ambiciones personales, y ambos tienen una tendencia claramente anárquica y destructiva que ataca al capital allí donde lo encuentra y bajo cualquier forma que se presente. Bajo tales circunstancias, esos movimientos apenas representan alguna esperanza.³⁷

Muchos de los hacendados del norte y el centro del país cuyas propiedades habían sido confiscadas pronto se dieron cuenta de que Carranza era la única posibilidad que tenían de recuperarlas.

En enero de 1915, Carranza promulgó una ley agraria radical que, en la práctica, sería escasamente aplicada durante su gobierno. Al mismo tiempo, empezó a devolver gran cantidad de haciendas a sus antiguos dueños.³⁸ Así pues, no es sorprendente que muchos hacendados en el centro y el norte se alinearan con su facción y, en algunos casos, estuvieran incluso dispuestos a apoyarlo con la fuerza de las armas. Así sucedió en Jalisco, donde el general carrancista Diéguez contó con tropas encabezadas por los terratenientes.³⁹

En los estados surorientales de Oaxaca, Tabasco, Chiapas y Yucatán, la situación era diferente. Allí no se produjo antes de 1914 una revolución social a gran escala. En algunos de esos estados, sobre todo en Chiapas, hubo levantamientos maderistas, básicamente movimientos conducidos por la élite y que un grupo de terratenientes esperaba utilizar para desplazar al grupo que había tenido el poder hasta entonces. A diferencia de los del norte y parte del centro, los hacendados sureños no habían perdido sus tierras. Sólo en casos limitados y en general aislados se produjeron revueltas campesinas más radicales. Ninguna de ellas triunfó.

Cuando Carranza mandó tropas a controlar el sureste de México, muchos de esos hacendados, particularmente en Yucatán, Chiapas y Veracruz, se sublevaron. Más que los impuestos que Carranza pudiera señalarles, temían su honesto deseo de abolir el peonaje por deudas, que aún prevalecía en todo el sur del país. Para combatir esas revueltas de terratenientes, Carranza envió a algunos de sus hombres más radicales, como Salvador Alvarado y Francisco Múgica, que procedieron a liberar a los peones de sus deudas.⁴⁰

Algunos hacendados rebeldes consideraban que la única forma eficaz de combatir a Carranza era llegar a un acuerdo con Villa. Se autodenominaron villistas para adquirir cierta legitimidad y tal vez algo de apoyo armado, pero de hecho nunca aceptaron instrucciones de Villa o del gobierno convencionista.

En Chiapas, Tiburcio Fernández Ruiz, que había combatido un tiempo en las filas de la División del Norte, se declaró villista a pesar de que encabezaba una revuelta conservadora, en la que los hacendados habían incorporado a algunos campesinos para impedir el paso a los “carrancistas extranjeros” que ocupaban el estado.⁴¹ Los vínculos de Ruiz con Villa fueron siempre nominales, y no hay indicios de que, tras regresar a Chiapas, aceptara alguna vez órdenes del caudillo del norte.

Otro núcleo de terratenientes conservadores se alineó brevemente con Villa. Como en el caso de los chiapanecos, sus vínculos con la Convención eran nominales y su filiación villista estaba destinada a ocultar lazos mucho más

estrechos con otras fuerzas exteriores. Se trataba de un grupo de hacendados encabezado por Manuel Peláez, en la región petrolera de la costa del Golfo. Peláez era un finquero próspero (no está claro si sus propiedades eran lo bastante grandes para que se le considerara un hacendado), que había vendido parte de sus tierras a compañías petroleras extranjeras y durante un tiempo fue empleado de la British Mexican Eagle Oil Company. Se hallaba ligado también a los conservadores mexicanos: había apoyado la sublevación de Félix Díaz en 1912; partió al exilio en Estados Unidos cuando fue derrotada y sólo regresó a México cuando Huerta tomó el poder. Apoyó al usurpador hasta que resultó claro que iba a ser derrotado, y entonces creó su propio movimiento. Al producirse la escisión entre los revolucionarios, se presentó como partidario de la Convención. Obtuvo grandes sumas de dinero de las compañías petroleras que le permitieron equipar y mantener a una fuerza militar bien entrenada, con la que controló casi totalmente los campos petroleros de México, aunque no el puerto exportador de Tampico.⁴² El gobierno de Carranza acusó a Manuel Peláez de ser un instrumento de las compañías extranjeras para proteger el petróleo frente a las fuerzas revolucionarias. Aunque las compañías nunca negaron sus aportaciones monetarias a Peláez, insistieron en que las habían hecho bajo coerción, porque los había amenazado con incendiar los pozos. La verdad parece hallarse en algún punto intermedio entre las dos versiones. Al principio, Peláez forzó a las compañías a pagarle, pero pronto se dieron cuenta de que él constituía un dique eficaz contra cualquier avance revolucionario en su región y lo abastecieron de cuanto necesitaba. Pronto fueron también respaldadas por el gobierno británico⁴³ y luego por miembros del gobierno de Wilson.

Manuel Peláez era algo más que un instrumento de los petroleros. Al parecer contaba con un alto grado de apoyo local, ya que mientras la guerra civil desgarraba al país y traía la destrucción, la pobreza y el hambre, la región petrolera siguió siendo un enclave próspero. La extracción aumentaba continuamente, y las compañías petroleras abastecían regularmente de alimentos y de otros productos, fácilmente importados gracias a la cercanía de la costa. Los trabajadores petroleros eran una élite privilegiada y muchos de ellos consideraban que Peláez defendía sus privilegios. Ninguna administración convencionista se estableció en su territorio ni aplicó las reformas que propugnaba la Convención.

Los hacendados “villistas” de Chiapas y de la región petrolera fueron pues una anomalía en el México revolucionario. La gran mayoría de ellos mantuvieron tropas contrarrevolucionarias o estuvieron dispuestos a pactar con Carranza.

Otro tanto hicieron incluso algunos miembros de la vieja élite de los científicos. Aunque gran parte de sus propiedades habían sido confiscadas, la élite financiera conservó un porcentaje mucho mayor de su riqueza que la mayoría de los hacendados. Esto no se debió sólo a que ya eran originalmente más ricos, sino a sus conexiones internacionales. Terrazas había hecho grandes inversiones en Estados Unidos y Creel era socio de una serie de empresas extranjeras, incluidos numerosos bancos y la Mexico Eagle Company, de propiedad británica. Limantour se exilió durante el periodo de Madero y, cuando no se estaban haciendo confiscaciones, probablemente transfirió sus fondos y títulos trasladables a Francia, donde había fijado residencia. En vista de que Carranza seguía la política de devolver las tierras confiscadas, la élite porfirista tenía razones para creer que acataría sus pretensiones. Y así ocurrió. Carranza devolvió sus propiedades a Limantour y se inclinaba a hacer lo mismo con Creel y Terrazas, aunque nunca logró cumplir enteramente este propósito.⁴⁴ No resulta sorprendente, por tanto, que los hacendados mexicanos prefirieran a Carranza antes que a la Convención revolucionaria.

UNA ALIANZA DESGARRADA POR DIVISIONES CRECIENTES

No hay expresión más clara de la heterogeneidad y las contradicciones del movimiento convencionista que la ausencia de un mando unificado. Oficialmente, todos los que apoyaban a la Convención reconocían a Eulalio Gutiérrez como presidente de México y aceptaban su autoridad, pero en la práctica, Gutiérrez no ejercía ninguna autoridad real,⁴⁵ ni siquiera en la ciudad de México donde ocupaba el Palacio Nacional.

Villa era el jefe nominal de las fuerzas armadas de la Convención y sin duda alguna la personalidad más popular. Sin embargo, sólo controlaba su propia División del Norte. Zapata no se consideraba su subordinado y sólo llevaba a cabo las campañas militares que creía necesarias. Aunque Villa tenía una mayor influencia sobre Maytorena y los hermanos Cedillo, ellos también tendían a tomar decisiones por su lado. Tampoco existía, en los territorios dominados por la Convención, una verdadera unidad económica.

Tal vez la unidad de las facciones convencionistas se debilitó aún más por la incapacidad (o la falta de voluntad) de Villa para proporcionarles armas y municiones. Este problema era tanto más serio cuanto que, a excepción de Maytorena cuyo estado colindaba con Estados Unidos, ninguna otra facción vinculada con Villa tenía acceso directo a la frontera.

La coalición convencionista representaba tal mezcla de fuerzas sociales, ideológicas y económicas, que una alianza duradera entre ellas parecía inconcebible y, de hecho, pronto se desintegraría. Mientras los seguidores campesinos de Zapata exigían el inmediato reparto de las tierras de las haciendas, al igual que muchos soldados de Villa (aunque éstos estaban dispuestos a esperar hasta el triunfo de la revolución), Maytorena acababa de devolver muchas de las tierras confiscadas a sus antiguos dueños. Había una brecha igualmente amplia entre la demanda de Eulalio Gutiérrez de ejercer verdadero poder nacional en todos los territorios que reconocían su autoridad y la renuencia de los principales jefes de la facción convencionista a prestarle algo más que una obediencia nominal. Esto no sólo se debía a que amplios sectores del movimiento convencionista, especialmente sus componentes campesinos, se oponían en principio a ser controlados por cualquier gobierno central, sino también a la naturaleza del gobierno de Gutiérrez. Nunca había sido una figura revolucionaria importante y nunca había mandado un número sustancial de tropas. Había sido elegido, en principio, como candidato negociado entre la tercera fuerza de la Convención –cuyo líder principal era Obregón–, los villistas y los zapatistas. Pero Obregón, al igual que otros líderes de esa tercera fuerza, se había pasado a Carranza, con lo que la autoridad de Gutiérrez se había reducido aún más.

A diferencia de la cuestión agraria y de la del gobierno central, otro tema que desempeñó un papel principal en la revolución mexicana no produjo divisiones significativas en la coalición convencionista.

Ninguna facción de esa coalición tenía una postura radical de nacionalismo antiestadounidense, en parte, porque Woodrow Wilson se había opuesto a Huerta y tenía una actitud favorable a los revolucionarios. También influía el localismo campesino: muchos campesinos no tenían trato alguno con extranjeros o con compañías extranjeras, y sólo les interesaban su propio pueblo y las regiones vecinas. Algunos de los líderes convencionistas más destacados, como Felipe Ángeles, estaban firmemente convencidos de que México nunca podría prosperar sin la ayuda estadounidense. Además de esos factores obvios, otros dos motivos un poco menos evidentes tuvieron un peso considerable en la política proestadounidense de los dirigentes convencionistas. Uno era que la dependencia económica respecto de Estados Unidos estaba aumentando en vez de disminuir. Con el estallido de la guerra europea, Estados Unidos se había convertido en la fuente más importante de armas para cualquier facción en México. Pero los precios habían subido drásticamente, ya que los

revolucionarios mexicanos tenían que competir con Gran Bretaña, Francia, Rusia y otros países beligerantes. Los recursos con que los convencionistas podían pagar las importaciones disminuían, aunque la Convención controlaba ahora una parte mayor del territorio. La enorme cantidad de ganado que Villa había utilizado a principios de 1914 para financiar la revolución se había agotado por sus ventas masivas a Estados Unidos. Las cosechas de algodón de La Laguna, que habían servido para similar propósito, disminuían rápidamente, y las compañías mineras estadounidenses, cuyos impuestos también le habían sido muy útiles a la División del Norte, estaban casi totalmente paradas. Todas las facciones revolucionarias del norte dependían de la buena voluntad estadounidense, pero la de Villa más que ninguna. Tenía que atraerse a las compañías mineras extranjeras si quería que reemprendieran labores. También debía encontrar la manera de que los comerciantes del otro lado de la frontera siguieran aceptando su moneda, a pesar de que se devaluaba rápidamente conforme sus prensas imprimían millones de nuevos pesos. Esa aceptación estaba íntimamente vinculada a la idea de que Villa iba a ganar porque el gobierno estadounidense lo apoyaba, de manera que cualquier tensión con Estados Unidos podía causar que su moneda se desplomara y se cancelara la posibilidad de comprar armas.

A los ojos de los villistas más conservadores, los vínculos con Estados Unidos tenían otra ventaja: podían servir para controlar a Villa e impedirle tomar medidas que ellos consideraban demasiado radicales. Según parece, le advirtieron a Villa que cualquier reforma social radical podría alarmar a Estados Unidos y por tanto poner en peligro su capacidad militar.

LA COALICIÓN CARRANCISTA

La coalición carrancista era, como la convencionista, una alianza de fuerzas diversas, pero no tan heterogéneas como las de aquélla, sobre todo porque abarcaba pocas fuerzas que pudiéramos considerar movimientos campesinos. Aunque en las filas de Carranza militaban campesinos en tanto que individuos sueltos, eran pocas las comunidades campesinas integradas en tanto que tales, como las que constituían el grueso del ejército de Zapata o de Contreras, y que desempeñaban tan importante papel en la División del Norte. Es significativo que los defensores más importantes de las demandas campesinas dentro de la coalición carrancista fueran intelectuales que, si bien no coincidían con Carranza

acerca de las cuestiones agrarias, tenían con él otros puntos en común que les permitían pasarlas por alto, sobre todo su nacionalismo.

Las fuerzas de Carranza constituían, en un grado mayor que los zapatistas o que la División del Norte, un verdadero ejército profesional. Estaban dispuestas a combatir en cualquier punto del país. En cambio, con la excepción significativa de la División del Norte, muchos de los comandantes y soldados convencionistas sólo operaban en sus regiones nativas y se resistían a abandonarlas.

Esa actitud habría sido impensable para la mayoría de los generales carrancistas, ya que los estados que controlaban no eran los suyos y sus fuerzas se hallaban muy lejos de sus territorios de origen. Nunca habrían podido conservar el control de esas regiones confiando sólo en el apoyo local. Dependían del éxito nacional de los ejércitos carrancistas, lo que también explica su mayor grado de centralización durante la guerra civil contra la Convención, en 1914-1915. Esta centralización se iba reforzando conforme progresaba la guerra, porque el poder de Carranza crecía constantemente gracias, en gran parte, a que al ocupar Veracruz ejercía también un control cada vez mayor sobre las arcas del movimiento: Veracruz, que era el puerto más importante del país, generaba cuantiosos recursos.

Los ingresos que producían los territorios en posesión de Carranza duplicaban los que se podían obtener de las partes del país que dominaba la Convención.⁴⁶ Los carrancistas controlaban las exportaciones más importantes: la región petrolera de Tampico, los campos henequeneros de Yucatán y las regiones cafetaleras de Chiapas. A diferencia de las regiones exportadoras del norte, el sur y la región petrolera no se habían visto afectados por la guerra; por el contrario, su producción –sobre todo la de petróleo y henequén– había seguido aumentando, ya que los precios de las materias primas subieron como resultado de la escasez producida por la primera guerra mundial.

Se pensaba que el gobierno de Wilson favorecía a Villa, pero objetivamente iba a serle mucho más útil a los carrancistas. Al principio de la guerra civil, las tropas estadounidenses evacuaron Veracruz y entregaron a los carrancistas tanto la ciudad como los enormes depósitos de armas en ella almacenados. (Examinaremos más adelante el motivo de esa decisión.) Esa ventaja fortaleció el control del Primer Jefe sobre su ejército, porque le dio las riendas del abasto de armas y municiones.

En el curso de la guerra civil, la coalición carrancista resultaría más sólida y coherente que su rival convencionista. Se dividiría al igual que ésta, pero sólo en 1920, cinco años después de asegurarse la victoria.

DECADENCIA Y CAÍDA DEL MOVIMIENTO CONVENCIONISTA

Como resultado de la heterogénea composición del movimiento convencionista, no es sorprendente que, incluso antes de que los ejércitos de Villa se vieran aplastados en una serie de batallas que se inició en la primavera de 1915, las profundas contradicciones existentes en el interior de la alianza suscitaran desacuerdos y una especie de parálisis ideológica y política.

El proceso de declinación dio principio con la ruptura entre la facción de Eulalio Gutiérrez y el resto del movimiento convencionista. A continuación, crecieron las tensiones entre villistas y zapatistas. La Convención se mostró cada vez menos capaz de establecer puentes con los sectores urbanos de la población de México y sobre todo con la clase obrera. Aunque se proclamaron y aplicaron programas de reforma en algunas regiones, el movimiento convencionista no logró llevar a cabo ninguna reforma a escala nacional ni adoptar una ideología nacional. Ni internamente ni en el extranjero, pudo la Convención contrarrestar la propaganda carrancista, cada vez más eficaz. Finalmente, por razones que en gran medida no eran responsabilidad suya, las relaciones de los convencionistas con Estados Unidos se deterioraron rápidamente.

Las contradicciones en el interior del movimiento convencionista eran apenas visibles para los muchos observadores que presenciaron el desfile triunfal de las fuerzas de Villa y Zapata por las calles de la ciudad de México. Pero pronto surgieron a la luz, conforme la relación entre los dos caudillos por una parte y Gutiérrez por la otra se aproximaba al quiebre.

La ruptura entre Villa y el gobierno de Eulalio Gutiérrez era probablemente inevitable. El gobierno de la Convención, resultado de un pacto entre los movimientos de Villa y Zapata, estaba condenado a una existencia ilusoria. Después de que los obregonistas se retiraron, Gutiérrez dejó de representar una fuerza real. Se había unido a Villa y Zapata con la esperanza de controlarlos, pero ellos, a su vez, querían utilizarlo solamente como vocero de la Convención, para acrecentar su propia influencia. Ninguno de los dos soñaba siquiera con subordinársele; más bien, desconfiaban de él. Sin embargo, la ruptura probablemente no se habría producido tan rápidamente de no ser por la palmaria indiferencia que mostraron los dos revolucionarios ante la autoridad del gobierno de Gutiérrez en el único lugar en que éste intentaba ejercerla efectivamente: la capital.

Esa actitud tuvo su expresión más clara en lo que podría llamarse el Terror de la Ciudad de México, que fue semejante al terror que reinó en París en 1793 y

1794 porque fueron ejecutados tanto miembros de la vieja clase gobernante como disidentes revolucionarios, pero tuvo un alcance mucho menor. Se dice que entre diez y quince mil personas fueron ejecutadas en París, mientras que el representante estadounidense Leon Canova calculaba que las víctimas del terror villista en la ciudad de México fueron unas ciento cincuenta.⁴⁷ El terror villista se limitó a los miembros de la clase alta y partidarios del régimen de Huerta. Fueron ejecutados algunos de los antiguos comandantes del ejército federal, como el general Eutiquio Munguía, el general Herrera y Caro, el general Canseco, así como muchos civiles íntimamente asociados a Huerta.⁴⁸ Pero hubo una serie de excepciones notorias: revolucionarios que habían optado por la Convención, que según todos los criterios del movimiento convencionista gozaban de inmunidad y que, sin embargo, murieron a manos de miembros de las facciones villista o zapatista.

Guillermo García Aragón peleó junto a Zapata durante la revolución maderista. Se negó a continuar cuando este último se sublevó contra Madero, y durante la revolución constitucionalista actuó por su cuenta. Zapata lo consideraba un traidor y le guardaba profundo rencor. El hecho de que García Aragón fuera miembro de la comisión permanente de la Convención Revolucionaria y hubiera sido nombrado por el presidente Gutiérrez como gobernador del Palacio Nacional⁴⁹ no lo protegió de ser arbitrariamente ejecutado.

Un destino similar tuvieron otros dos destacadísimos miembros de la Convención Revolucionaria: David Berlanga y Paulino Martínez. Berlanga había sido un representante importante de la tercera fuerza, que clara y abiertamente criticó tanto a Villa como a Zapata, pero se negó a secundar la defección de los que optaron por el bando del Primer Jefe. La causa inmediata de su detención y ejecución no está enteramente clara. Según una versión, se hallaba comiendo en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, el Sylvain's, cuando vio que un grupo de oficiales villistas ebrios se negaban a pagar la cuenta. Encolerizado por esta conducta, contraria en su opinión a la ética revolucionaria, los reconvino y pagó por ellos. Resultó que uno de esos oficiales era Fierro, el verdugo de Villa, que habría matado a Berlanga. El relato añade que Berlanga mostró tal calma y valor de cara a la muerte que incluso el mortífero Fierro quedó impresionado.

El más famoso de los revolucionarios ejecutados durante el terror villista fue Paulino Martínez. Su muerte aún está envuelta en el misterio. Según un relato, en la reunión a puerta cerrada que celebraron en Xochimilco, Villa y Zapata habrían llegado a un acuerdo acerca de Martínez. Villa habría aceptado entregar

a García Aragón, y Zapata no se habría opuesto a la ejecución de Paulino Martínez. La enemistad de Villa contra Martínez se debía a que éste había participado de manera destacada en el movimiento de Orozco, había peleado contra Madero y había continuado atacando a éste en la prensa. Según otra versión, los villistas habrían arrestado arbitrariamente a Martínez y lo habrían matado, sin preocuparse por la ira que ello provocaría en los zapatistas.⁵⁰

Generalmente las detenciones se llevaban a cabo de noche y los prisioneros eran ejecutados en secreto. Esto contrasta con las ejecuciones públicas que tuvieron lugar en Francia. La demanda zapatista de juicios y ejecuciones públicos nunca se cumplió.

No es posible establecer quién daba las órdenes. En algunos casos, fueron Villa y Zapata; en muchos otros, fueron obra de subordinados. Numerosos observadores consideran que Urbina llevó a cabo la mayoría de las ejecuciones.⁵¹ Aun si así fue, esos subalternos nunca fueron repudiados por ninguno de los dos caudillos, y Zapata protegió explícitamente a los responsables cuando el presidente Gutiérrez protestó enérgicamente por los fusilamientos. La forma en que se realizaban era de una arbitrariedad escalofriante. Martín Luis Guzmán describe cómo un subordinado le dice una noche a Villa que han sido detenidos cinco hombres acusados de falsificación. Sin escuchar a los acusados ni examinar las pruebas, Villa da órdenes de que los falsificadores sean ejecutados al amanecer. Las familias de los cinco sentenciados vienen a pedir clemencia, o por lo menos ser escuchados, pero de nada sirve. Cuando Martín Luis Guzmán intenta intervenir ante Villa, sus guardias le dicen que no es posible despertar al general antes de las nueve de la mañana, que es la hora fijada para la ejecución. El presidente Gutiérrez y el secretario de Guerra, Robles, se oponen a la condena, pero no intentan siquiera despertar a Villa porque saben que es inútil.⁵²

En este caso, la dureza de Villa puede explicarse porque las falsificaciones se habían convertido en un auténtico dolor de cabeza para él. La continua devaluación de su moneda, como resultado natural del exceso de circulante que imprimía, se vio exacerbada por las enormes cantidades de billetes falsos. Por ello se aplicaron castigos drásticos a los falsificadores.

En otro caso, en que estaba en juego la vida de un miembro importante del gobierno de Gutiérrez, Villa se negó a respaldar la autoridad del presidente interino. José Vasconcelos, que había sido abogado en el porfiriato y era un intelectual prominente, había sido designado secretario de Instrucción Pública. Un general revolucionario, Juan Banderas, popularmente conocido como “El

Agachado”, lo había amenazado de muerte porque lo acusaba de haberle recibido dinero para solucionar un juicio, antes de la revolución, y no haber hecho nada al respecto. Cuando Gutiérrez le pidió a Villa, jefe nominal del ejército convencionista, que disciplinara a Banderas y le diera protección a Vasconcelos, Villa se negó y le aconsejó al infortunado secretario de Instrucción Pública que huyera de México y se fuera al norte. Para Villa, la vida de un intelectual y ministro no valía los problemas que le acarrearía una ruptura con Banderas, quien comandaba numerosa tropa.⁵³

Las ejecuciones sólo eran una parte del reinado del terror en la ciudad de México. También eran frecuentes los secuestros de hombres ricos, a quienes se amenazaba de muerte para que pagaran grandes rescates. La mayoría de estas acciones fueron atribuidas a Urbina, aunque Villa ciertamente participó.

Adams, representante de Lord Cowdray en la ciudad, describe vívidamente los métodos que se empleaban:

En México, Urbina ha establecido su cuartel general en un tren, en la estación central de ferrocarriles, y entre otros crímenes ha cometido los siguientes:

Juan Carbó, un hombre rico de Puebla, fue secuestrado en su casa del Paseo de la Reforma y llevado al mencionado tren; se le pidió rescate y fue torturado hasta que consintió en entregar unos dos mil pesos, que era todo lo que tenía en la casa. Lo pusieron frente a un pelotón de fusilamiento, lo colgaron del cuello hasta que perdió el sentido, etcétera, y finalmente fue liberado.

Melchor Ayala, un ranchero de Irapuato: mataron a su mayordomo y su secretario fue hecho prisionero, se pagaron quinientos pesos en Irapuato por su liberación. El secretario fue de nuevo encarcelado, porque se pensó que si se habían pagado quinientos pesos por el secretario se pagaría una suma mayor si se conseguía secuestrar a su jefe. Guiados por el secretario, [los extorsionadores] capturaron a Ayala en su residencia de la calle Londres. También se llevaron a la señora Ayala a pesar de que se puso muy enferma, ella y su esposo estuvieron bajo vigilancia todo el día. El hermano de la señora Ayala, Luis Covarrubias, que los estaba buscando, también fue capturado y finalmente forzado, a punta de pistola, a ir al banco para retirar y entregar a los captores diecisiete mil pesos que tenía en depósito. Ni Ayala ni Carbó habían participado para nada en política.⁵⁴

También Villa utilizaba esos métodos, aunque en el único caso de que informa Adams no se empleó tortura. Villa “consignó a Jesús y Antonio García, de

Zacatecas, en el sótano de su casa de la calle Liverpool (la misma en que vivía Huerta) y se les exigió un rescate de quinientos mil pesos que no pudieron reunir. Finalmente, Villa se los llevó consigo a Chihuahua. No recibía como pago ningún tipo de papel moneda, sólo plata u oro”.⁵⁵

Extorsionar dinero a las clases acaudaladas era un procedimiento que todos los revolucionarios habían seguido y sin el cual la revolución no se habría podido financiar. Villa lo había hecho en todas las ciudades que había capturado y también Obregón intentó obtener de las clases altas cuanto pudo cuando ocupó por primera vez la capital. Sin embargo, en los casos anteriores, esas medidas se tomaron abiertamente. Villa decretaba la confiscación de las propiedades de los ricos o les imponía préstamos forzosos, como hizo en su primera toma de Torreón. Si en la ciudad de México recurría a los secuestros para volver a llenar las arcas de la División del Norte, era porque no podía imponer públicamente contribuciones sin infringir la autoridad del gobierno convencionista.

Es interesante señalar que Villa no tomó represalias en las prisiones en que había estado encarcelado. Sin duda le dio particular satisfacción visitar la penitenciaría “para ver la celda en que había estado confinado cuando lo trajeron prisionero de Chihuahua, detenido por órdenes del general Victoriano Huerta. En su visita, el general Villa conversó con el director de la prisión, don Marines Valero, recordando las penalidades que soportó durante su encarcelamiento”.⁵⁶ No ejecutó ni detuvo a los guardias de la penitenciaría. ¿Habían huido aquellos que lo tuvieron preso, o lo habían tratado tan bien que no deseaba vengarse de nadie?

El desprecio de Villa por la ciudad de México se manifestó de otra manera menos destructiva. Forzó a la capital, en su opinión responsable de la muerte de Madero, a darle el nombre del presidente mártir a una de sus principales calles. Con ese motivo se llevó a cabo una impresionante ceremonia, en la que el cuerpo de Madero fue desenterrado y vuelto a enterrar. Todos los comercios y tiendas cerraron

y las tropas de la División del Norte desfilaron por las calles hacia el Panteón Español.

Las tropas formaron una guardia de honor en torno a la tumba de Madero y el cuerpo del presidente asesinado fue desenterrado y colocado en un costoso ataúd de plata.

El general Villa en persona actuó como maestro de ceremonias, mientras la banda tocaba el himno nacional y las banderas del ejército, enlutadas con

crespones, eran arriadas a media asta, en saludo al difunto.

Antes de que el cuerpo fuera de nuevo consignado a la tumba, el general Villa se dirigió a la multitud. Entre otras cosas, dijo:

“La marca más negra que ha manchado jamás el honor de México es el asesinato del padre de la nueva república. Madero fue el único hombre que un día, en la historia de las naciones, se levanta y salva a su país de la ruina y el deshonor. Amaba a su pueblo y peleó por el honor y el bienestar de la raza mexicana; le arrancó los grilletes a su pueblo y expulsó a los científicos de sus cargos y su poder. De no ser por Madero, los científicos todavía serían reyes y señores, y el pueblo llano de México, abyectos esclavos.

“El tiempo convertirá a Madero en la figura más grande de la historia de México. Desearía poder hacer más por él, pero con esta simple manifestación probamos que aún lo queremos y apreciamos. Que su glorioso ejemplo esté siempre ante nosotros mientras trabajamos por la regeneración de nuestra amada patria.”

Cuando terminó, el general Villa tenía los ojos llenos de lágrimas y la voz tan ahogada por la emoción que no podía continuar expresando sus pensamientos. Los asistentes estaban profundamente conmovidos al ver llorar al duro jefe norteno, y la multitud permaneció de pie en solemne silencio durante varios minutos [...] Más tarde, el general Villa regresó a la ciudad y personalmente se subió a una escalera en cada esquina de la avenida de San Francisco y sustituyó sus viejos rótulos por otros nuevos que llevaban el nombre de “Avenida de Francisco Madero” y que habían sido retirados durante la dictadura de Huerta.⁵⁷

El “reinado del terror” en la ciudad de México tuvo dos consecuencias inmediatas. Dañó gravemente la imagen de Villa ante las clases altas del país y ante los diplomáticos y observadores extranjeros, y condujo a la ruptura final entre Villa y Zapata, por un lado, y Eulalio Gutiérrez, su gobierno y sus partidarios por otra.

La desilusión de los observadores extranjeros ante la conducta de Villa se expresa especialmente bien en lo que Adams, el representante de Lord Cowdray, escribe a su jefe:

Cuando [Villa] entró en México todos albergaban la esperanza de que él sería su salvación; aunque era bien conocido que poseía tendencias arbitrarias, se

pensaba que estaría lo bastante bien aconsejado, y que era lo bastante capaz para entender que, tras el desorden y la inmoralidad por cuya causa Carranza había perdido la plaza que él acababa de conquistar, sería necesario un aspecto de orden y moralidad para quienquiera que deseara consolidar el gobierno.

La entrega de las casas que habían sido ocupadas, y la suspensión de las confiscaciones de los coches a motor y los caballos confirmaron esta esperanza, pero más tarde nos desengañamos de una manera inequívoca [...]:

Los generales Urbina, Fierro y Medinaveitia, favoritos de Villa, han sido y son la influencia dominante sobre él, compañeros asiduos en el palenque establecido en San Cosme, donde cada día se apuestan grandes sumas de dinero, y en otras diversiones aún más escandalosas, mediante las cuales halagan las marcadas debilidades del general y dominan por tanto sus acciones.⁵⁸

Adams no había renunciado totalmente a su fe en Villa, ya que pensaba que los malos consejeros eran los principales responsables del terror. El representante de Estados Unidos, Leon Canova, compartía esa opinión y pensaba que la ausencia de dirigentes como Ángeles y Raúl Madero en la capital contribuía a la conducta arbitraria de Villa.⁵⁹

El enojo de los extranjeros contra Villa se vio exacerbado por otro episodio, de naturaleza muy distinta. Un día, en la tienda propiedad de una francesa, una cajera llamó la atención de Villa, que le hizo insinuaciones amorosas y le prometió que volvería al día siguiente, porque esperaba que ella correspondiera a sus deseos. La cajera fue presa del pánico, pero la dueña de la tienda le dijo que al día siguiente se quedara en casa, y tomó su lugar. Cuando Villa llegó a la tienda como había prometido, no sólo no halló a la joven, sino que se encontró con las burlas y risitas de los empleados. Sintiéndose amenazado en su machismo, hizo detener a la propietaria francesa, y fueron necesarias muchas protestas y prolongadas argumentaciones para liberarla, de modo que el suceso tomó visos de escándalo internacional.⁶⁰

No está claro qué tanto afectaban estos hechos a las clases bajas de la ciudad. Les impresionaba más que Villa hubiera recogido a más de sesenta huérfanos sin hogar que vagaban por las calles y los hubiera enviado a la escuela, en Chihuahua, episodio que acrecentó grandemente su fama como una especie de Robin Hood mexicano.

Para Eulalio Gutiérrez y su gobierno, el terror villista en la ciudad de México no era más que la punta del iceberg. Habían comprendido que Villa y Zapata no

respetarían jamás realmente su autoridad, ni en sus territorios de origen ni, siquiera, en la capital, donde tenía su sede el gobierno. El resultado fue la ruptura terminante entre Villa y lo que quedaba de la tercera fuerza de la Soberana Convención de Aguascalientes.

El objetivo de Gutiérrez era reconstruir la unidad de esa tercera fuerza, que había logrado su elección a la presidencia. La mayoría de sus miembros, encabezados por Obregón, se habían pasado a Carranza, pero una minoría que incluía a algunos antiguos carrancistas como Lucio Blanco y algunos de los generales de la División del Norte, como Robles y Eugenio Aguirre Benavides, habían permanecido fieles a la Convención. Gutiérrez empezó por enviar mensajes a diversos comandantes carrancistas insinuando que estaría dispuesto a luchar contra Villa y Carranza si ellos se le unían. Aunque ninguno pensaba romper con Carranza, alentaron a Gutiérrez a seguir por el camino que proponía.

A fines de diciembre, cuando le llegaron rumores de una posible renuncia o defección del presidente, Villa, que se hallaba en Guadalajara, ordenó que se cortara el servicio de trenes entre la ciudad de México y el resto del país. A la cabeza de varios miles de hombres, le hizo una “visita sorpresa” a Eulalio Gutiérrez, y se produjo una dramática confrontación entre ambos. Villa amenazó con fusilar a Gutiérrez si renunciaba, pero el presidente se mantuvo inflexible. Dijo que no podría gobernar efectivamente el país mientras se cometieran en la ciudad de México extorsiones y asesinatos, y que Villa y Zapata le estaban impidiendo ejercer cualquier autoridad real, ya que seguían controlando los ferrocarriles, las comunicaciones telegráficas y la impresión de papel moneda. Le indignaba especialmente el asesinato de David Berlanga que, como miembro de la Convención, debería haber contado con total inmunidad. Villa no mostró remordimiento alguno. “Ordené que mataran a Berlanga porque era un perrillo faldero que siempre me estaba ladrando. Me cansé de tanto ruido y finalmente me encargué de él.”⁶¹

Villa hubiera podido ejecutar al presidente, pero vaciló: todavía no tenía ninguna prueba clara de su traición, y podía dañar su legitimidad y sus relaciones con Estados Unidos. Por fin, llegaron a un extraño arreglo: Villa le dijo a Gutiérrez que había ordenado a sus tropas impedirle por todos los medios salir de la ciudad de México, pero, al mismo tiempo, puso a dichas tropas bajo el control nominal de Gutiérrez.

Esta confrontación no hizo más que fortalecer la resolución de Eulalio Gutiérrez. Uno de los generales carrancistas con los que se había estado escribiendo era Antonio Villarreal, cuyas tropas fueron derrotadas y puestas en

fuga por Ángeles, con lo que parte de su correspondencia con Gutiérrez cayó en manos de Villa, quien ordenó a José Isabel Robles, secretario de Guerra en el gabinete, pero también general de la División del Norte, que inmediatamente ejecutara al presidente. Robles no sólo rehusó, sino que le mostró a Gutiérrez el telegrama de Villa. Gutiérrez decidió entonces evacuar la ciudad de México con todas las tropas que aún le eran leales.⁶²

Eulalio Gutiérrez había hecho ciertos preparativos para la crisis que enfrentaba: había trasladado a la ciudad una buena cantidad de sus fuerzas leales, para protegerlo de las unidades que Villa había dejado en ella. También había enviado a Eugenio Aguirre Benavides a San Luis Potosí como gobernador y jefe militar, porque allí planeaba establecer su gobierno. Ingenuamente esperaba todavía convertirse en cabeza de una poderosa y reconstituida tercera fuerza, que eliminaría a Villa, Zapata y Carranza, y le dejaría a él la presidencia de México. La noche del 14 de diciembre, juntó todas sus tropas y todo el dinero que quedaba en las arcas de la nación, y salió subrepticamente de la capital. Las tropas leales a Villa y Zapata fueron tomadas por sorpresa, y eran demasiado escasas para oponérsele. Al día siguiente, Gutiérrez publicó un manifiesto, escrito por Vasconcelos en un tono sumamente mordaz, en el que denunciaba a Villa y a Zapata, y destituía a ambos de su mando. Las razones con que explicaba su defección eran las mismas que le había dado oralmente a Villa en su encuentro de sólo tres semanas atrás. Atacaba a Villa y a Zapata por el terror que habían impuesto sobre la capital y por no haber dejado al gobierno convencionista ningún poder de decisión sobre sus regiones, su economía y los ferrocarriles y comunicaciones que controlaban. Los acusaba de imprimir cantidades infinitas de papel moneda sin consultar al gobierno central y de desarrollar su propia política exterior respecto de Estados Unidos.⁶³

Las esperanzas que tenía Eulalio Gutiérrez de reconstituir la tercera fuerza resultaron vanas. Los carrancistas publicaron alegremente su manifiesto, para demostrar a México y al resto del mundo las debilidades y fisuras de la facción convencionista. Ninguno de los generales carrancistas estaba dispuesto a romper con el Primer Jefe. Las fuerzas con que contaba Gutiérrez eran demasiado débiles para atraerlos. Por el contrario, su defección alimentaba su fe en que sería posible derrotar a Villa y Zapata.

Tampoco logró Gutiérrez atraerse a los partidarios de Villa dentro de las clases media y alta. Pocos días después de la evacuación de la ciudad de México, Eugenio Aguirre Benavides conferenció en Saltillo con los hermanos Raúl y Emilio Madero, generales de la División del Norte, y con Orestes Pereyra, para

invitarlos a tomar las armas contra Villa. Confiaba en persuadirlos, ya que estaba emparentado con los Madero y Raúl había sido su lugarteniente como comandante de la Brigada Zaragoza. No se equivocaba enteramente. Tanto Raúl Madero como Orestes Pereyra mostraron alguna simpatía por sus puntos de vista pero, finalmente, decidieron permanecer leales a Villa por consejo del hermano mayor, Emilio. Según Aguirre Benavides, la negativa de Emilio obedecía a sus obligaciones personales con Villa y “la necesidad que cree existe de que nuestro país sea gobernado por un tirano”.⁶⁴ A pesar de que no tuvo éxito en la conferencia de Saltillo, Aguirre Benavides aún esperaba dar un giro radical a su suerte obteniendo el apoyo de Ángeles, y le pidió que lo ayudara en su lucha contra la “tiranía inconsciente de Villa, que por su misma inconsciencia será muchas veces peor que las anteriores”.⁶⁵ Ángeles rechazó aún más firmemente las propuestas de Aguirre Benavides que los propios Madero.

Yo no combato por la dictadura, combato por la democracia y lamento que ustedes estén malogrando la revolución en sus ideales agrarios, que van a imposibilitarse por las ambiciones personales y por insensateces de ustedes [...] Mientras estuvo usted con nosotros iba de triunfo en triunfo, a veces muy a su pesar; desde ahora irá usted de malo en peor.⁶⁶

Las palabras de Ángeles fueron proféticas en lo que se refiere a Eulalio Gutiérrez y sus partidarios. Eugenio Aguirre Benavides había ido a resguardarse en San Luis Potosí, pensando que ese estado, base de poder original de Gutiérrez, se convertiría en el baluarte desde el que él y sus asociados podrían derrotar tanto a Villa como a Carranza. Pronto se dio cuenta de que había juzgado erróneamente la situación general del país, las relaciones de fuerza y la lealtad de sus propias tropas. Cuando los contingentes villistas encabezados por Urbina se aproximaron a San Luis Potosí, la mayor parte de los soldados de Aguirre Benavides se negaron a combatir y tuvo que retirarse de la capital del estado. Las fuerzas de Urbina lo alcanzaron en San Felipe Torres Mochas; allí, la mayor parte de sus desmoralizadas tropas rehusaron pelear y fue decisivamente derrotado. Trató de huir a Estados Unidos, pero fue interceptado por las fuerzas carrancistas y sumariamente ejecutado por el general Emiliano Navarrete, a pesar de que llevaba un salvoconducto de otro general carrancista.

Lucio Blanco, también abandonado por la mayor parte de sus tropas, logró abrirse paso hasta Estados Unidos, donde durante un tiempo fue recluido por el gobierno. Cayó, años más tarde, en una intentona contra el gobierno de Obregón.

Eulalio Gutiérrez, hostigado por las fuerzas villistas, disminuido por las constantes deserciones, alcanzó finalmente la pequeña y oscura población de Doctor Arroyo, en Nuevo León, donde intentó establecer su capital. Abandonado por casi todos sus seguidores, pronto se dio cuenta de que su situación era imposible, renunció a la presidencia e hizo la paz con los carrancistas.

José Isabel Robles, que durante largo tiempo había sido uno de los generales favoritos de Villa, fue el único dirigente convencionista que durante un tiempo siguió ejerciendo alguna influencia. Pactó con Villa, quien lo indultó en nombre de sus viejas simpatías y en cuyas filas permaneció hasta la derrota de 1915. Después, se unió a Carranza, que aceptó sus servicios y lo envió a Oaxaca, a combatir contra los conservadores sureños sublevados contra su gobierno. Hombre tan encantador, culto y civilizado como inconsistente, Robles cambió de bando una vez más en 1917, y decidió repentinamente apoyar a los rebeldes oaxaqueños. Fue capturado por los carrancistas y sumariamente ejecutado. De nada sirvieron las peticiones de clemencia de sus amigos, que le recordaban a Obregón que el sentenciado le había salvado la vida cuando Villa amenazó con fusilarlo.⁶⁷

La deserción de Eulalio Gutiérrez y sus partidarios tuvo profundas consecuencias políticas y militares para la facción convencionista. En términos políticos, las acusaciones de Gutiérrez tuvieron un impacto negativo en los gobiernos extranjeros, especialmente el de Estados Unidos, y en algunos sectores de la clase media mexicana. Pero, sobre todo, la defección puso fin incluso a la apariencia de un gobierno convencionista centralizado, capaz de regir todo el país. Esto no significa que ese gobierno central dejara de existir: la misma noche en que Gutiérrez salió de la ciudad de México, el muy respetado delegado de Villa ante la Convención Revolucionaria, Roque González Garza, presidente de dicha Convención, asumió las riendas del gobierno, y el resto de los delegados, tanto villistas como zapatistas, lo confirmaron en su cargo. Sus atribuciones y su poder estaban extremadamente limitados en la práctica y en la teoría. Sólo dos semanas después de la huida de Eulalio Gutiérrez, Villa, alegando que las comunicaciones con el centro estaban interrumpidas o en el mejor de los casos eran muy difíciles de mantener, creó su propia administración para el norte del país. Aunque dijo claramente que se trataba de una solución provisional y que sería en última instancia responsable ante la Convención, en la práctica había establecido un segundo gobierno. Por primera vez desde que fue gobernador de Chihuahua, Villa asumía un cargo político. Él era la cabeza de la administración del norte, y tres destacados intelectuales, Juan Escudero, Miguel Díaz Lombardo

y Luis de la Garza Cárdenas, todos ellos antiguos maderistas, fueron nombrados respectivamente secretarios de Relaciones Exteriores, Hacienda y Comunicaciones. Aunque gozaban de cierto prestigio dentro y fuera de México debido a sus vínculos con Madero, el suyo era en conjunto un gobierno débil. Con la posible excepción de Díaz Lombardo, no eran muy cercanos a Villa y cabe dudar que tuvieran posibilidad alguna de influir verdaderamente sobre él. Ninguno contaba con una auténtica base de poder, y su autoridad derivaba completamente de la de Villa. No tenían el nivel de los intelectuales zapatistas o carrancistas. Ninguno poseía la capacidad de un Soto y Gama o de un Cabrera, o un Fabela, ni eran reformadores sociales radicales. El gobierno norteco de Villa nunca fue capaz de elaborar una agenda ni una política nacional. La posibilidad de que existiera un verdadero gobierno central convencionista desapareció precisamente en el momento en que el gobierno de Carranza, en Veracruz, demostraba que era un auténtico gobierno nacional, con una política también nacional, mediante la promulgación de amplios planes de reforma agraria y una serie de reformas sociales.⁶⁸

En cierto sentido, la deserción de Eulalio Gutiérrez también dañó la frágil y precaria relación entre villistas y zapatistas. González Garza pronto enfrentó problemas similares a los que se le habían presentado a Gutiérrez. Los zapatistas, celosos de su autonomía y con el vivo recuerdo de lo que les había sucedido cuando confiaron en Madero, se negaron a que ningún gobierno central ejerciera autoridad en Morelos. Al mismo tiempo, exigían más y más recursos y ayuda de ese gobierno central. Hubo una serie de conflictos entre ellos y el gobierno de Roque González Garza, predominantemente villista, lo que agravó las tensiones entre las dos facciones. Sus causas más profundas tenían que ver con diferencias ideológicas que pocas semanas más tarde emergerían con fuerza en las deliberaciones de la Convención.⁶⁹

Todavía más importantes eran las consideraciones militares. Durante su encuentro en Xochimilco, Zapata y Villa habían establecido una serie de obligaciones mutuas. Los zapatistas encabezarían la ofensiva contra los carrancistas en el sur, para lo cual Villa les proporcionaría grandes cantidades de armas y municiones. Ambas partes resultaron en gran medida incapaces (y poco deseosas) de cumplir esas obligaciones. Los soldados campesinos de Zapata se resistían a combatir fuera de su región de origen. Zapata no se esforzó mucho por persuadirlos. Villa, por su parte, estaba perennemente escaso de municiones y, en vista de la limitada capacidad de combate del Ejército Libertador del Sur, darle armas y municiones no era una de sus prioridades más apremiantes.

El terror reinante en la ciudad de México, la actitud de Villa ante Eulalio Gutiérrez y su resistencia a darle armas a Zapata eran algo más que simples expresiones de su odio por la capital, de su desprecio por el gobierno central y de su falta de respeto por la eficacia militar de Zapata. También reflejaban una recién estrenada arrogancia en el poder. Hasta que llegó a jefe supremo de las fuerzas convencionistas y tomó la ciudad de México, Villa había sido extremadamente cuidadoso de su imagen. Había mantenido una disciplina de hierro al ocupar Chihuahua y Torreón. También había insistido siempre en su respeto a las instituciones legales y en su voluntad de subordinarse a las autoridades civiles. Antes de tomar cualquier decisión importante en el campo militar, civil, económico o diplomático, siempre había consultado a sus asesores intelectuales: Silvestre Terrazas, Ángeles y a veces Carothers. Pero en la ciudad de México empezó a tomar decisiones unilateralmente; parecía que no le importaban las consecuencias ni pensaba siquiera en la relación costo-beneficio de los pasos que daba. Probablemente esto se debía, entre otras cosas, a que gran parte de la dirección villista original, que lo había acompañado hasta su llegada a la capital, se hallaba dispersa por todo el país. Ángeles estaba en el norte, Silvestre Terrazas en Chihuahua y muchos de sus generales hacían campaña en otros puntos. En cierto sentido, ello era producto del exceso de confianza que Villa siempre sentía después de una victoria, pero en otro sentido reflejaba la corrupción que produce el poder. Los líderes carismáticos y extraordinariamente populares, constantemente rodeados de admiradores y sicofantes, tienden a ser víctimas de ese tipo de arrogancia, cuyo resultado final es la creencia de que ellos y sólo ellos encarnan la voluntad del pueblo.

El terror en la ciudad de México así como la ruptura con Gutiérrez empañaron la imagen de Villa tanto en el interior como en el extranjero. Desde la toma de Ciudad Juárez, Villa había procurado desvanecer su imagen de bandido y forajido. Los sucesos de la capital la revivieron, y la muy eficaz maquinaria propagandística de Carranza la magnificó con incesante intensidad y energía.

LA GUERRA PROPAGANDÍSTICA

A la sombra del conflicto armado que pronto involucró a todo el país, se desarrollaba otro tipo de guerra menos ruidosa: la de la propaganda. En ella, el siglo XX combatía contra el XVIII, los modernos métodos de propaganda y relaciones públicas contra las formas tradicionales de movilización de masas, los métodos empleados en el mundo urbano mayoritariamente alfabetizado contra

los que podían emplearse en la parte rural y mayoritariamente analfabeta de México.

Los carrancistas resultaron ser los maestros en el arte de la propaganda moderna durante la revolución mexicana. Su propaganda se concentraba en la imagen de Villa como un vulgar bandido, instrumento de los reaccionarios.

Obregón y Carranza tenían un problema que suele plantearse a prácticamente todos los dirigentes en todas las revoluciones: en los diseños rápidamente cambiantes que trazan las alianzas y los conflictos en cualquier revolución, los líderes tienen que convencer no sólo a sus propios partidarios, sino a la población del país en su conjunto de que el aliado y héroe revolucionario de ayer se ha convertido en un traidor contrarrevolucionario. Ése fue el dilema que se le planteó a Robespierre en la revolución francesa, cuando tildó a Danton de contrarrevolucionario al servicio de la reacción, y el de Stalin cuando llamó a Trotsky agente de la contrarrevolución. La técnica que emplearon tanto Robespierre como Stalin consistió en describir debilidades y rasgos negativos auténticos de sus enemigos, combinarlos con otras fallas más imaginarias y sostener que cualesquiera acciones positivas que esos enemigos hubieran llevado a cabo eran sólo una cortina de humo para sus negativas intenciones. A Danton le gustaban la buena vida, la buena mesa y el lujo, y, según muchas versiones, no estaba exento de corrupción. Quería poner coto al terror que se estaba extendiendo por toda Francia. La técnica que Robespierre empleó para desacreditarlo consistió en decir que las convicciones de Danton no presentaban verdaderas diferencias de opinión y de interpretación, sino que demostraban que había sido comprado por las fuerzas de la reacción. Más de un siglo después, Trotsky colaboró, antes de la revolución de 1917, con los mencheviques, una facción del Partido Socialdemócrata ruso opuesta a los bolcheviques de Lenin. Más tarde se unió a éste y se convirtió en uno de los principales dirigentes de la revolución bolchevique. Cuando Stalin quiso desacreditarlo, sostuvo que sus diferencias mostraban que Trotsky había sido todo el tiempo un agente de los mencheviques en el interior del partido bolchevique.

La misma táctica emplearon Obregón y Carranza contra Villa. Quien alguna vez fue un bandido siempre será un bandido. Un elemento de la propaganda carrancista consistía en señalar constantemente que el verdadero nombre de Villa era Doroteo Arango, para recordar que, debajo del glorioso Francisco Villa, se escondía el bandolero y asesino, que se había cambiado de nombre precisamente para escapar a su horrendo pasado. Aquel bandido, decía la propaganda, estaba

controlado por dos hombres malvados que personificaban a las fuerzas de la reacción: Felipe Ángeles y José María Maytorena.

Contra Ángeles emplearon una táctica similar: quien una vez fue oficial federal, siempre será un oficial federal. Dado que había sido oficial de alta graduación en el ejército federal, antes de la revolución, podía suponerse que continuaría actuando como tal a lo largo de toda la campaña insurgente. Obregón llegó incluso más lejos en sus acusaciones: insinuó que Ángeles se había incorporado al ejército revolucionario con el pleno consentimiento de Huerta, para minarlo desde dentro y servir como agente de la reacción dentro del movimiento revolucionario.⁷⁰ Al principio, Obregón no trató de probar sus asertos. Pero poco después los carrancistas ofrecieron ciertas “pruebas”, resultado al parecer de una campaña de desinformación extremadamente astuta.

En la primavera de 1915, la oficina de propaganda del gobierno de Carranza en Estados Unidos, el Buró Mexicano de Información, emitió copias de dos cartas que, según sostenía, Ángeles había olvidado en una visita a Baja California. La primera era una presunta carta de Porfirio Díaz, fechada en junio de 1913, en la que le pedía a Ángeles que salvara al ejército federal del aniquilamiento y que prestara atención a las siguientes ideas porque

significarían la salvación de una institución que para mí es sagrada, ya que le he dedicado mis mayores esfuerzos. Usted es un miembro de esa institución y sabe lo que vale.

Los sucesos de febrero colocaron al ejército en este terrible dilema. O bien supera la ira del pueblo, que ya ruge amenazadora, y logra la paz y tal vez el único gobierno estable de México, o el pueblo aniquilará al ejército. La salvación del ejército es cosa sencilla, y usted está mejor dotado que nadie para realizar esa labor, que significa tal vez la salvación del país.⁷¹

La segunda carta que los agentes de Carranza “encontraron” en Baja California habría sido escrita supuestamente casi un año más tarde por Limantour, antiguo ministro de Hacienda de Díaz, al antiguo presidente provisional De la Barra, a su domicilio en La Habana. La carta decía que Ángeles representaba la única esperanza que quedaba de salvar al ejército federal.

Usted sabe que la división nortea [la División del Norte] no tiene ningún objetivo político o social, ya que es comandada por un hombre ambicioso, deseoso de dinero y poder; por otra parte, uno de los nuestros sirve en sus filas

con un alto grado militar. Es imposible que Felipe Ángeles llegue a olvidar los grandes servicios que le debe al general Porfirio Díaz. Podemos satisfacer la ambición del primero con nuestro oro y aprovechar la gratitud de Ángeles con nuestra habilidad. Una vez hecho esto, aconsejaremos a Villa cómo atraerse a Zapata y así daremos a nuestro nuevo orden de cosas un aspecto revolucionario y reivindicativo, que por el momento es lo que necesitamos. Cumpliremos fielmente el Plan de Ayala, repartiremos tierras sólo en el estado de Morelos y nos compensaremos por esta munificencia con concesiones y tierras en otros estados menos turbulentos. Luego organizaremos un poderoso ejército, seleccionando a los miembros más destacados del ejército federal y colocando al ejército villista-zapatista bajo su mando, y de esta manera gobernaremos de nuevo en México.⁷²

Los editores del *New York Times* quedaron tan impresionados que publicaron ambas cartas, dándoles así amplia difusión dentro de Estados Unidos y en México. Al mismo tiempo, sin embargo, el editorial decía que las cartas ciertamente no probaban que Ángeles fuera un instrumento de los conservadores.

Que Felipe Ángeles la recibiera no prueba que esté trabajando para restaurar el régimen de los científicos. La creencia en la imperecedera gratitud de Ángeles que expresa el señor Limantour en su carta al señor De la Barra, publicada al mismo tiempo, tampoco prueba nada [...] es justo decir que no existe ni la más mínima prueba de que el general Ángeles tiene simpatías por el proyecto. La sospecha de que no simpatiza con los revolucionarios con los que está asociado sólo se basa en que posee una educación y una posición social superiores. Es el Felipe Igualdad de la revolución mexicana.⁷³

Felipe Igualdad era el apodo de Luis Felipe, duque de Orleáns, que se convirtió en revolucionario y renunció a su título adoptando el nombre de Ciudadano Igualdad; a pesar de que votó en la Convención por la ejecución de su primo Luis XVI, fue arrestado y guillotinado a su vez tras la desertión de su hijo, el futuro rey Luis Felipe, que se pasó a la contrarrevolución. La comparación entre los dos hombres tal vez no era enteramente injustificada, pero los documentos muy probablemente estaban falsificados. En una carta al *New York Times* pocos días después, Limantour dijo que jamás había escrito misiva semejante. Aunque su simple negativa no es necesariamente convincente, otra parte de la carta sí lo es: “El señor De la Barra no estaba en La Habana en mayo

de 1915, ni pasó allí un solo día durante todo ese año. Estaba en París y yo tuve ocasión de verlo allí en el momento en que supuestamente le escribía desde esa ciudad a La Habana. Segundo, la carta atribuida al general Porfirio Díaz en que se hacen referencias a la mía es del 18 de junio de 1913, un año antes de la fecha que exhibe la que lleva mi nombre”.

El representante de Villa en Estados Unidos también negó la autenticidad de la carta, diciendo que Ángeles nunca había estado en Baja California. Además, es improbable que en junio de 1913 Díaz escribiera en tales términos: era el momento en que la revolución parecía desinflarse; Carranza, derrotado en Coahuila, se había visto forzado a dejar su estado natal; Villa encabezaba en Chihuahua lo que todavía era una banda relativamente pequeña; la revolución de Sonora estaba desgarrada por hondos desacuerdos y Maytorena se había ido pocas semanas antes a Estados Unidos; todas las potencias europeas habían reconocido a Huerta, y aún no estaba en absoluto claro qué actitud tomaría el presidente Wilson. No se encuentran copias de esa carta ni en los archivos de Díaz ni en los de Limantour.⁷⁴

Muestra de la sofisticación de la propaganda carrancista fue que Antonio Villarreal contratara a John Kenneth Turner, autor de *México bárbaro* y enemigo ideológico de Villa desde 1911, para que escribiera un durísimo retrato de éste. Probablemente Turner y Villarreal se habían conocido antes de la revolución, ya que ambos estaban íntimamente vinculados con el Partido Liberal Mexicano, que dirigían los hermanos Flores Magón. Villarreal le pagó a Turner mil dólares y le ofreció mil más cuando terminara el manuscrito. Además lo invitó a Veracruz, donde se le proporcionaría toda la información necesaria.⁷⁵ No hay razón para suponer que las consideraciones financieras fueran decisivas para Turner; tenía conexiones con el magonismo y con la IWW, y muchos radicales estadounidenses cercanos a uno y otra desconfiaban de Villa: recordaban que había desarmado a los magonistas por petición de Madero en 1911; se había opuesto a Orozco, a quien el PLM apoyaba, y había expulsado de Chihuahua a los activistas de la IWW.

El retrato de Turner, que nunca visitó ninguna región controlada por los villistas, incluía todas las acusaciones de bandidismo y homicidio que alguna vez se le habían hecho a Villa. Según él, no se había convertido en forajido porque su hermana hubiera sido violada por un hacendado, ya que no tenía ninguna hermana. Turner condenaba las ejecuciones de prisioneros del ejército federal sin mencionar que se habían hecho por órdenes expresas de Carranza. Negaba que

Villa tuviera intenciones reformistas: lo único que había hecho era transferir las haciendas de la oligarquía a sus propios generales.⁷⁶

Los artículos de Turner se publicaron en inglés y en español, y estaban dirigidos a los lectores tanto estadounidenses como mexicanos. Los carrancistas lanzaron una exitosa campaña de prensa enviando gratuitamente los artículos a un gran número de diarios estadounidenses.

La ofensiva propagandística carrancista iba acompañada de una ofensiva ideológica igualmente eficaz. Por consejo de los intelectuales de su facción, Carranza empezó a hacer declaraciones y emitir decretos radicales. A fines de 1914, en una serie de adiciones al Plan de Guadalupe, declaró que tendrían lugar en México profundos cambios sociales. El 6 de enero de 1915 promulgó un decreto en que estipulaba que las tierras expropiadas a los pueblos les serían devueltas y que los latifundios podían ser expropiados para repartir tierras a quienes carecían de ellas. Se crearían comisiones agrarias locales, regionales y nacionales para supervisar el proceso. En todas las regiones controladas por los carrancistas, y especialmente en el sureste del país, se declaró ilegal el peonaje por deudas y los peones fueron emancipados. Los carrancistas también cortejaron a la clase obrera. Los gobernadores y comandantes de Carranza con frecuencia apoyaban las huelgas de los trabajadores industriales, especialmente si estaban dirigidas contra empresas extranjeras. La mayor federación sindical de México, la Casa del Obrero Mundial, obtuvo un estatus semioficial; se le permitió organizar libremente a los trabajadores en las zonas bajo control carrancista, se le dio apoyo en los conflictos contra los patrones y se le otorgaron subsidios, ocasionalmente en efectivo y más frecuentemente en forma de casas confiscadas para sus oficinas.

No es fácil cuantificar el efecto que tuvieron estas medidas. Se ha dicho con frecuencia que la ley agraria del 6 de enero tuvo por resultado que la mayoría de los campesinos de México se adhiriera a la causa carrancista. Son muy escasos los datos en ese sentido. La mayoría de los campesinos de México que participaron en la revolución se identificaban con Villa y Zapata, y desconfiaban tradicionalmente de los políticos. Cabe dudar que el decreto agrario de Carranza los atrajera masivamente, pues no se aplicó a gran escala. Algunos dieron pasos preliminares para crear comisiones agrarias y para plantear demandas a la dirigencia carrancista, pero hubo pocos casos de campesinos organizados que se adhirieran a ella.

Los decretos de reforma tenían consecuencias más concretas cuando iban seguidos de medidas de orden práctico. En los estados del sureste, donde había

prevalecido el peonaje por deudas, los comandantes militares carrancistas efectivamente liberaron a los peones y, especialmente en los estados de Yucatán y Tabasco, obtuvieron el más amplio apoyo. Además, los carrancistas se anotaron grandes éxitos entre la clase trabajadora. Carranza y Obregón firmaron un pacto con la Casa del Obrero Mundial que, a cambio de las concesiones que le hizo Carranza, creó los Batallones Rojos de obreros sindicalizados, los cuales participaron con el ejército carrancista en los combates contra zapatistas y villistas: más de seis mil de sus miembros pelearon en las batallas de Celaya.⁷⁷ En ciertas zonas de México controladas por los carrancistas se crearon organizaciones y partidos políticos.

La coherencia y la unidad eran los rasgos distintivos de la propaganda carrancista. Aunque existían en efecto profundas divergencias dentro de ese bando, nunca se manifestaron en la propaganda ni en la ideología durante la guerra civil. No puede decirse otro tanto del campo convencionista. Su mucho mayor heterogeneidad se reflejaba en una falta de unidad e incluso en contradicciones de su propaganda.

La primera gran dificultad para la facción convencionista era que no tenía uno, sino por lo menos tres centros de poder: el gobierno convencionista en la ciudad de México encabezado por González Garza, el cuartel general del movimiento de Zapata en Morelos y el gobierno villista en el norte.

La única facción convencionista que mantuvo la misma coherencia desde el día en que surgió y que no tuvo que hacer ningún tipo de maromas ideológicas fueron los zapatistas. Nunca habían confiado en Carranza, nunca le habían declarado su apoyo, siempre habían advertido a su gente que bien podía convertirse en otro Madero y, por tanto, su discurso no tenía que superar grandes obstáculos. Su propaganda era más limitada en cuanto a temario que la de los carrancistas o los villistas, y se ocupaba básicamente de una cuestión: el problema agrario. Su esencia se expresa en una proclama escrita por Antonio Díaz Soto y Gama, consejero intelectual de Zapata, tras el fracaso de los intentos de Carranza por llegar a un entendimiento con Zapata antes del inicio de la Convención Revolucionaria. “El país quiere algo más”, decía Soto y Gama, “que todas las vaguedades del señor Fabela, patrocinadas por el silencio del señor Carranza. Quiere romper de una vez con la época feudal [...]” Afirmaba que los constitucionalistas poco tenían que ofrecer a los sectores más pobres del pueblo mexicano.

Reformas en la administración [...] pureza ideal en el manejo de los fondos públicos [...], libertad de imprenta para los que no saben escribir, libertad de votar para los que no conocen a los candidatos, correcta administración de justicia para los que jamás ocupan un abogado; todas esas bellezas democráticas, todas esas grandes palabras con que nuestros abuelos y nuestros padres se deleitaron han perdido ahora su mágico atractivo y su significación para el pueblo.

Los zapatistas dejaron claro que identificaban a Carranza con Madero diciendo: “Con elecciones o sin elecciones, con sufragio efectivo y sin él, con la dictadura porfirista y la democracia maderista, con prensa amordazada y con libertinaje de prensa, y siempre y de todos modos él [el pueblo] sigue rumiando sus amarguras, padeciendo sus miserias, devorando sus humillaciones inacabables”.⁷⁸

La propaganda villista carecía de la coherencia que poseía la de sus opositores carrancistas y la de sus aliados zapatistas: reflejaba las contradicciones entre los heterogéneos elementos que constituían la coalición villista. En la proclama que lanzó en septiembre de 1914, antes de la Convención de Aguascalientes, Villa citaba la oposición de Carranza a la reforma agraria como uno de los principales motivos para repudiarlo como Primer Jefe. La Convención misma apoyó, según consta en actas, el Plan de Ayala de los zapatistas. Pero cuando el más importante diario villista, *Vida Nueva*, quiso explicar la guerra civil que había estallado en México, ni siquiera mencionó la cuestión agraria; atribuía la guerra civil ante todo a la ilegítima ambición presidencial de Carranza, su resistencia a plegarse a la voluntad de la gran mayoría de los revolucionarios, expresada en la Convención de Aguascalientes. Según el diario, eran esas ambiciones personales las que amenazaban con hundir al país en un nuevo y sangriento conflicto. Carranza había hecho caso omiso del mensaje que la Convención en su conjunto, y luego Gutiérrez en su nombre, le habían hecho llegar:

Subiste al Poder designado tácitamente por una minoría de Jefes Revolucionarios; hoy que una aplastante mayoría de Jefes Revolucionarios te repudia, debes bajar del Poder. Te notificamos nuestra resolución para que la acates. Pero como la ambición te ha hecho sordo a la voz de la razón y del afecto, unimos nuestra voz al mandato solemne de nuestros hermanos muertos en los campos de batalla, que en sus últimos momentos [...] cerraron sus labios maldiciendo a los perjuros del Ideal.⁷⁹

Tal vez una faceta más importante de la explicación de los villistas sobre la ruptura era la acusación de que el Primer Jefe trataba de robarles los frutos de la victoria a aquellos que en realidad la habían obtenido. La idea de que la División del Norte había sido la fuerza principal que derrotó a Huerta y de que Carranza trataba de beneficiarse de una victoria que no había conseguido, ya era uno de los principales puntos del manifiesto de Villa en septiembre de 1914. *Vida Nueva* retomaba el tema, que reaparecería una y otra vez en la propaganda villista. De ahí el desprecio que mostraba el diario tanto por los dirigentes civiles del movimiento carrancista como por muchas de sus figuras militares. “No habían visto nunca la cara a las victorias, son [...] incapaces de obedecer a un Fabela o a un Palavicini cualquiera, que ni se han batido, ni saben batirse, ni han triunfado, ni saben triunfar.”⁸⁰

El tema del orden y la estabilidad, completamente ausente en la propaganda zapatista pero extremadamente importante en todos los manifiestos carrancistas, también desempeñaba un papel destacado en la propaganda villista. Según *Vida Nueva*, los carrancistas eran los verdaderos bandidos de la revolución mexicana. “Si el general Villa no viene con su invencible División a someter al carrancismo, la más espantosa anarquía seguirá, y la revolución será maldecida por todas las bocas.”⁸¹ La única salvación para México, la única esperanza de restablecer un orden civilizado y decoroso, eran “los valientes, los que han sabido luchar y han sabido vencer [...] Volverán al país al orden y al trabajo, dentro de la libertad tan brillante adquirida. Ellos sacarán al pueblo de la triste condición en que ha quedado y harán lucir a México como merece”.⁸²

El aspecto más notable de la propaganda villista en las primeras semanas tras la ruptura con Carranza fue la ausencia de referencias a la cuestión agraria y a las profundas reformas que Villa había realizado en Chihuahua: la expropiación de las tierras de la oligarquía, el reparto de algunas de ellas y de muchos bienes y productos a los pobres, el desarrollo de la educación, etcétera. Esto no era casual. Reflejaba las profundas divisiones entre los intelectuales villistas, entre reformadores radicales como Federico González Garza y hombres más conservadores, como Ángeles y el jefe del gobierno villista en el norte, Miguel Díaz Lombardo.

Cada vez más, los editorialistas de *Vida Nueva* concentraban su propaganda en una especie de culto a la personalidad de Villa.

Villa tuvo seguramente una revelación divina, fue ungido por el Dios bueno, para la salvación de su pueblo, y con la frente en alto y la mirada en el más

allá, fue siempre sin vacilaciones de ninguna especie, sin detenerse en los más grandes obstáculos, hacia la escarpada montaña donde había sido aislado el Ideal de su pueblo. Y Villa llegará y entregará a ese pueblo suyo el tesoro que le había sido robado.

Ante sus ojos no hay sino un camino recto: la Ley, y una conquista: la Libertad. El Destino le ha marcado un deber: la Justicia. Por eso, siendo un elegido y un predestinado, su labor ha sido y será siempre una misma: invariable, profunda y fructífera.

Después de haber probado y estar probando que es un caudillo de su pueblo en la guerra, ha probado, está probando y probará que es un caudillo en la paz. Allá, en los campos de batalla despedaza ejércitos; aquí, en la vastísima región sustraída ya al desorden organiza gobiernos y construye administraciones.⁸³

El editorialista de *Vida Nueva* estaba diciendo de hecho que Villa sería el mejor presidente del país. Esa insinuación entraba en marcado contraste con una entrevista de un periódico estadounidense a Miguel Díaz Lombardo, el más alto funcionario civil de Villa, que fue reproducida por *Vida Nueva*. Díaz Lombardo decía que la Convención pronto se trasladaría a Chihuahua, que el nombramiento de González Garza como presidente sólo era provisional y que el sentimiento de la mayoría de los jefes militares del villismo y del propio Villa era que Ángeles debía convertirse en presidente interino. Esto era una bofetada a González Garza, a Zapata, que no había sido consultado, y a las posibles aspiraciones presidenciales de Villa. Al día siguiente, Díaz Lombardo tuvo que retractarse diciendo que el corresponsal estadounidense lo había malinterpretado: no había hablado como funcionario del gobierno villista, sino a título personal. Opinaba que, dado que Roque González Garza era el presidente de la Convención pero no el presidente interino de México, Felipe Ángeles sería uno de los mejores candidatos para ese cargo. Díaz Lombardo no eliminaba la posibilidad de que Villa llegara un día a presidente: “En cuanto al señor general Francisco Villa, en varias ocasiones ha manifestado que por ahora no piensa aceptar puesto político, pues desea consagrar sus energías a la pacificación del país, dirigiendo personalmente y con toda actividad las operaciones militares que tiene a su cargo”.⁸⁴

Con ese culto a la personalidad y la insinuación de que algún día Villa sería presidente, los editorialistas de *Vida Nueva* confiaban en la inmensa popularidad de Villa, que seguía siendo la mejor carta del movimiento convencionista.

En cuanto a Zapata, en la medida en que operaba en el campo, la ausencia de técnicas propagandísticas modernas no representaba ningún problema. Al devolver la autoridad municipal a los representantes elegidos por las comunidades, y las tierras a los pueblos, se aseguraba mejor su lealtad que con cualquier género de publicidad. Pero cuando sus tropas ocuparon la ciudad de México, fueron incapaces de encontrar un lenguaje común con el amplio e importante movimiento obrero de la ciudad, a pesar de que algunos dirigentes zapatistas eran de hecho miembros de la Casa del Obrero Mundial y tenían conocimiento y comprensión de los agravios sufridos por los trabajadores.

Villa tenía más experiencia en la ocupación de ciudades y en el trato con sus clases bajas. Lo hacía en los términos de la tradición del caudillo del siglo XIX, más que con propaganda moderna. Mientras las bandas militares tocaban en las principales plazas de la ciudad recién ocupada, Villa distribuía entre los pobres alimentos, ropa y otros productos tomados de las tiendas de mexicanos y españoles, lo que le procuraba gran popularidad. Pero con frecuencia esto sucedía en una sola ocasión, y no permitía forjar el tipo de vínculos políticos con los grupos urbanos de clase baja que Obregón lograba establecer. Sin embargo, a pesar de la propaganda carrancista, Villa seguía siendo a los ojos de todos el más popular entre las clases inferiores, especialmente en el campo.

Si se compara la forma en que carrancistas y villistas explicaban el estallido de la nueva guerra civil, aparece una serie de notables similitudes. Ambos bandos se dirigen en esas primeras semanas a un público limitado: sus bases civiles y militares inmediatas, las facciones revolucionarias locales que están indecisas y el gobierno de Wilson y los empresarios estadounidenses. Los puntos en que hacen mayor hincapié son la legitimidad y la estabilidad. La reforma social está notoriamente ausente de su propaganda. El punto fuerte de los carrancistas es que la facción convencionista no tiene nada que ofrecer más que la anarquía o la reacción, o una combinación de ambas. La idea central era inspirar miedo más que esperanza, por lo menos hasta mediados de enero de 1915, cuando el Primer Jefe por fin plantea un programa positivo de reformas que promete transformar al país. Los radicales partidarios de Obregón y Carranza, que habían insistido en la proclamación de esas reformas, al parecer tuvieron que vencer la fuerte resistencia del Primer Jefe. Carranza se dio cuenta finalmente de que el apoyo con que contaba entre las masas populares era débil y de que las clases inferiores no compartían en modo alguno su miedo a Villa. Si quería ganárselas, debía hacer promesas concretas.

Los temas de la legitimidad y la estabilidad también fueron piedras angulares de la primera propaganda villista. Mientras los carrancistas trataban de legitimar su movimiento diciendo que sus oponentes eran bandidos y reaccionarios, los villistas lo hacían insistiendo en que representaban a la vasta mayoría de los revolucionarios, encarnada en la Convención de Aguascalientes, y que, por tanto, eran los únicos demócratas genuinos de México. También insistían en que sólo Villa, gracias a su gran prestigio y autoridad, podía poner orden en el caos.

En un grado mucho mayor que los dirigentes carrancistas, Villa apelaba al orgullo de sus soldados, cosa por lo demás enteramente razonable: ellos habían ganado las más grandes batallas de la revolución, habían sufrido más, habían hecho los mayores sacrificios y, tras la victoria, todo podía resultar vano. Ese recurso se vinculaba con otro tema característico de la propaganda villista: el orgullo regional. El núcleo central de la División del Norte estaba compuesto por hombres y mujeres de Chihuahua y Durango, e incluso los opositores de Villa en esos estados pensaban que los “extranjeros” de otros estados trataban de robarles los frutos del triunfo.

Una de las deficiencias más sobresalientes de la propaganda villista fue que durante largo tiempo no reaccionó a la ofensiva ideológica y legislativa de la facción carrancista. Esto se debió en parte a que Villa no se interesaba, en general, por los problemas ideológicos. Tenía relativamente pocas razones para ello. Se daba cuenta de que, aunque a diferencia de otros dirigentes revolucionarios no había promulgado ningún plan ni legislado sustantivamente, era con mucho el más popular de todos. Además, siempre había defendido la descentralización. Cada estado debía emitir sus propias leyes sociales. Tal vez también temía que en vista de la heterogeneidad de su movimiento, cualquier ley que promulgara suscitaría inmediatos desacuerdos. Por añadidura, si le permitía a la Convención seguir legislando en esos asuntos ideológicos que consideraba poco importantes, tal vez lograría probar ante sus aliados del sur y ante la opinión pública nacional e internacional que todavía respetaba su soberanía.

A los delegados a la Convención, en cambio, sí les preocupaban las ofensivas ideológicas de Carranza. “Aquí tiene a Venustiano Carranza dictando leyes agrarias, y nosotros perdiendo el tiempo”, señaló uno de ellos.⁸⁵

La mayoría de los convencionistas, y principalmente los delegados de Zapata, reaccionaron muy rápidamente. El 8 de febrero propusieron que todas las haciendas confiscadas que estaban siendo administradas por el estado fueran inmediatamente repartidas entre los campesinos de las haciendas y los pueblos vecinos. Cada pueblo debía establecer una comisión agraria, elegida por todos

sus habitantes, para que supervisara el reparto de tierras. El 18 de febrero, la mayoría de la Convención aprobó un amplio programa de reformas políticas y sociales que garantizaba el sufragio universal y amplios derechos obreros, incluido el de crear sindicatos, el de huelga y el de realizar boicots contra los patrones. También daba derechos a las mujeres y no reconocía diferencia alguna entre hijos legítimos e ilegítimos.

Estos decretos fueron una respuesta eficaz a las proclamas de Carranza, pero su adopción se demoró varios meses, debido a la fuerte oposición de los delegados del norte, especialmente los de Ángeles y Maytorena, contra las disposiciones más radicales. No estaban de acuerdo con un reparto inmediato de la tierra, y sus principales argumentos probablemente recogían la opinión del propio Villa: el reparto inmediato discriminaría a los que más merecían recibir tierras, los soldados del ejército revolucionario. Como dijo un delegado: “los soldados que ahora están con nosotros en armas, no podrán ver con buenos ojos que los terrenos se estén repartiendo a individuos pacíficos, a quienes, sin duda, tocarán los mejores, cuando ellos tenían esperanzas fundadas de que les correspondieran los mejores lugares, por haberse expuesto en la lucha que tanto ha hecho sufrir al país”.⁸⁶

Este argumento reflejaba las diferencias que existían entre los ejércitos del norte y del sur. Los guerrilleros de Zapata, que combatían cerca de sus pueblos, no tenían problema para estar presentes en el momento en que se repartieran las tierras. En cambio los soldados de Villa, que a menudo se hallaban peleando a cientos de kilómetros de distancia, no podían volver a casa para reclamar tierras. Si éstas se repartían, existía el peligro de que muchos soldados desertaran y regresaran a sus pueblos para participar en el reparto. Un segundo argumento importante sólo para el norte era el temor de que se afectara la propiedad extranjera y que ello causara resentimiento contra los revolucionarios, sobre todo en Estados Unidos, cosa irrelevante para los zapatistas, ya que había pocas propiedades de extranjeros en Morelos.⁸⁷ Un tercer argumento de los nortños era que el reparto inmediato causaría dificultades económicas, porque la producción disminuiría drásticamente. Los campesinos volverían a la agricultura de subsistencia, en vez de sembrar cultivos comerciales, como sucedió en efecto en Morelos, donde el azúcar, producto tradicional de esa región, fue sustituido por maíz y frijoles. Sin embargo, ese tipo de proceso suponía menos problemas para los zapatistas que para los nortños: eran escasas las posibilidades de disponer del azúcar, ya que no tenían frontera con un país extranjero. En el norte, en cambio, el algodón y otros muchos productos se podían vender al otro lado de

la frontera y utilizarse para comprar armas, municiones y otros pertrechos. Sin éstos, la División del Norte no podría seguir siendo una fuerza militar viable.

Si bien estas consideraciones prácticas reflejaban la situación en el norte del país y las opiniones de Villa, algunos delegados nortños fueron más allá y objetaron en principio la idea de dividir los latifundios. El representante de Maytorena, Castellanos, dijo que los latifundios “honradamente adquiridos” no debían ser repartidos entre los campesinos. Había, insistió, suficientes terrenos baldíos que pertenecían al estado y que podían emplearse en la reforma agraria.⁸⁸

Una serie de delegados nortños, incluido el representante de Maytorena y el delegado de Ángeles, Federico Cervantes, se opusieron a otra parte del proyecto de reforma: el sufragio universal directo. Treviño, delegado del norte, dijo que el noventa por ciento de la población de México era analfabeta, que muchos indios ni siquiera hablaban español y que esa gente no debía participar en la elección directa de diputados: sólo debían poder hacerlo los que supieran leer y escribir. Estas objeciones fueron rechazadas por la mayoría de los convencionistas.

Los delegados nortños objetaron otro párrafo de las reformas políticas y sociales que otorgaba a los obreros el derecho de huelga y el de realizar boicots. Uno de ellos, Velázquez, dijo que el derecho de huelga sería mal empleado por agitadores que provocarían continuamente huelgas injustificadas. Otro nortño declaró que si se aceptaba el derecho al boicot, México sería prácticamente destruido.⁸⁹ Cervantes se opuso a que el estado mexicano reconociera oficialmente la legitimidad de los sindicatos.⁹⁰ En relación con este tema, los delegados se ocuparon por primera vez de la cuestión del socialismo. Para contrarrestar al más importante de los delegados de Zapata, Soto y Gama, el representante de Ángeles, Cervantes, dijo que el socialismo era una doctrina extremadamente peligrosa, ya que declaraba que los capitalistas eran explotadores y defendía la teoría de la “explotación del hombre por el hombre” bajo el capitalismo.⁹¹ No se tomó ninguna decisión al respecto.

No existió unanimidad entre los delegados nortños cuando se trataron los problemas de la legislación familiar. En el proyecto de reformas sociales y económicas que una comisión había propuesto, se otorgaban derechos iguales a los hijos ilegítimos. Mientras Cervantes defendía vigorosamente este proyecto, otro nortño, Marín Valero, sostenía que tendría por resultado la poligamia. Otro delegado nortño, José Casta, fue aún más lejos y dijo que dar derechos iguales a los hijos ilegítimos era sancionar oficialmente el amor libre.⁹² Surgieron diferencias de opinión todavía mayores cuando se examinó un párrafo

del nuevo programa político, económico y social en el que se legalizaba el divorcio. “¿Qué se consigue, pues, con el divorcio? Abrir la puerta a los apóstatas de una fe, a los quebrantadores de un compromiso, a los perjuros de un juramento. El divorcio viene, pues, a aflojar los vínculos, antes que unirlos, a traer la ruina social, a depravar las costumbres.”⁹³

En todos los casos, las objeciones de los delegados norteros más conservadores fueron rechazadas por la mayoría de los convencionistas, y se aprobaron las propuestas originales, con pequeñas modificaciones.

¿Reflejaban las opiniones conservadoras de los norteros la posición del propio Villa? No es fácil de determinar, dado el poco interés de Villa por los asuntos en cuestión y dado que su representante, Roque González Garza, no participó en ese tipo de discusiones, tal vez porque siendo el presidente de la Convención debía oficialmente asumir una posición neutral.

Es casi seguro que los norteros que se oponían a la reforma agraria no hablaban por Villa. Éste había dejado claro que estaba en favor de un reparto agrario masivo a expensas de los grandes terratenientes de México. No queda claro qué postura tenía respecto a los derechos laborales. Había reconocido los sindicatos que existían en Chihuahua, pero había prohibido las huelgas. Cuando los sindicatos y los trabajadores pidieron mayores salarios a fines de 1915, y amenazaron con la huelga, Villa no los reprimió sino que trató de ser conciliador.⁹⁴ Cabe dudar que Villa fuera un gran defensor de la emancipación de las mujeres. Sin embargo, les dio su nombre a todos sus hijos ilegítimos.

LA POLÍTICA AGRARIA CARRANCISTA Y VILLISTA

Villa abandonó su actitud abstencionista en temas de ideología y de legislación social en mayo de 1915, cuando decretó una ley agraria. Ciertamente no es casual que proclamara esa ley después de sufrir las dos grandes derrotas de Celaya. Él y sus consejeros probablemente pensaban que era una forma de restaurar su declinante apoyo interno y externo. Todas las propiedades que superaran cierto tamaño debían ser repartidas entre los campesinos, quienes pagarían en pequeños abonos alguna forma de indemnización a los propietarios. Aunque se trataba de una ley nacional, aún reflejaba la convicción descentralizadora de Villa, ya que debía ser implementada por los gobiernos estatales y no por el federal. No se mencionaba la propiedad comunal de los pueblos. Finalmente, la ley reflejaba el carácter heterogéneo y divergente del

movimiento convencionista: para mantener la unidad de las facciones que lo apoyaban, Villa dejaba mucha libertad en la aplicación de la reforma.

La ley también atendía los deseos de los campesinos del norte, la mayoría de los cuales nunca se habían organizado comunally, en contraste con los del centro y el sur. Una de las principales disposiciones de la ley fue definida por el consejero de Zapata, Soto y Gama, de la siguiente manera:

Muy distinta era y es, en verdad, la concepción agraria de los hombres del norte, comparada con la manera como los del sur entendían el problema.

Para el sur la principal preocupación era la restitución y dotación de tierras comunales a los pueblos. Así lo confirma el Plan de Ayala, traducción fiel del pensamiento suriano.

Para los nortños –desde San Luis Potosí, Jalisco y Zacatecas hacia arriba–, la solución radicaba en el fraccionamiento de los enormes latifundios y en la creación de gran número de pequeñas propiedades, con extensión suficiente para soportar el costo de una buena explotación agrícola, realizada con recursos suficientes para garantizar abundante producción y perspectivas de progreso.⁹⁵

En términos teóricos, la ley de Villa era en cierta forma más conservadora que el decreto de Carranza. Este último establecía que los campesinos recibirían sus tierras gratuitamente, mientras que la ley de Villa hablaba de que pagarían pequeños abonos. Al dar a cada estado más autonomía en la determinación de las políticas agrarias, la ley de Villa facilitaba que los gobiernos estatales recalcitrantes impidieran el reparto. Pero en términos prácticos había un agudo contraste entre la actitud de uno y otro jefes hacia la reforma agraria: al mismo tiempo que lanzaba un decreto radical, Carranza devolvía silenciosamente las tierras confiscadas a sus antiguos dueños. No realizó casi ningún reparto. Entre los carrancistas más radicales, como Francisco Múgica, ello suscitó un sentimiento creciente de desesperación y pesimismo. En una carta al general Salvador Alvarado –otro carrancista que, además, era su superior–, Múgica escribía en agosto de 1916:

No estoy de acuerdo con la política general [...]; se ha creado una Gran Comisión Nacional Agraria para vigilar el funcionamiento de la mencionada Ley, que ha resultado fiasco y, a pesar de que apenas se aboca el gobierno de la revolución a solucionar el problema, ya se hace política para estrangular los primeros pasos [...] Porque ahora que en febrero y marzo estuve en México vi

más encono contra los villistas, los zapatistas y los convencionistas que contra los huertistas [...] ¿Adónde iremos por esta senda, mi querido general?⁹⁶

A diferencia de Carranza, Villa se oponía fundamentalmente a devolver ninguna de las haciendas confiscadas, excepto en los pocos casos en que no podía controlar a sus partidarios más conservadores, como Maytorena. Una y otra vez, *Vida Nueva* informó sobre los preparativos que se estaban haciendo para la reforma agraria en muchas partes del país, bajo el dominio villista. En el corto espacio de unas dos semanas, del 10 al 26 de marzo de 1915, el periódico reportó que, en la región lagunera, el jefe militar había decretado el cierre de todas las fábricas de bebidas alcohólicas y que, para que subsistieran los trabajadores de todas ellas, se les entregarían tierras de los latifundios. Un día después, el 11 de marzo, el diario decía que el gobierno villista había enviado deslindadores a las haciendas de Santa Ana del Conde, La Sandía, Jalpa, Atotonilquillo, Maravillas, Coecillo, Otates y San Pedro del Monte, para preparar el reparto agrario. Seis días después, anunciaba que se preparaba una gran reforma agraria en el estado de Durango, y el 26 de marzo entraba en detalles diciendo que se habían enviado deslindadores a la hacienda de Avilés para fraccionar sus tierras entre los campesinos.

Villa dio un paso más en el verano de 1915, cuando envió un mensajero a Sonora para inducir a Maytorena a iniciar el reparto de tierras.⁹⁷ Pero la región en que Villa mostró mayor interés fue Chihuahua. En el otoño de 1914 y a principios de 1915, *Vida Nueva* publicó todos los días anuncios en que se pedían ingenieros agrónomos que pudieran deslindar tierras para su reparto. A principios de 1915, se distribuyeron entre los hombres del campo cuestionarios sobre qué tierras querían obtener. En agosto de 1915, Villa pidió que comenzara la reforma agraria en Chihuahua,⁹⁸ y el gobernador Fidel Ávila firmó la ley correspondiente. Sin embargo, Villa le dio instrucciones a Ávila de que no repartiera todavía las haciendas de Terrazas, probablemente porque quería que les fueran repartidas a sus soldados: “Respecto a solicitudes para reparto de tierras, manifiéstole que, como soldados y miembros del Ejército no pueden ir a ésa a hacer sus solicitudes, sírvase reservarles todas las haciendas terraceñas y repartir lo demás”.⁹⁹ Pero la decisión de Villa llegó demasiado tarde. Para entonces sus fuerzas habían sido vencidas, y cabe dudar de que los habitantes quisieran aceptar tierras de su derrotado gobierno: ello los señalaría como villistas y los desacreditaría a los ojos de los vencedores.

La diferencia más notable entre la propaganda de uno y otro bando, aparte del grado de coherencia, era que la carrancista era más radical que su práctica, mientras que la villista era más conservadora que la práctica villista. Los carrancistas nunca mencionaron que, al mismo tiempo que prometían tierras a los campesinos, devolvían la mayoría de las haciendas confiscadas. Inversamente, los villistas nunca mencionaron que habían expulsado a la oligarquía tradicional de grandes partes de México, y que habían repartido grandes cantidades de mercancías a los pobres, en todo el territorio que controlaban.

LA GUERRA ENTRE REVOLUCIONARIOS

En términos militares, mientras libró una guerra regular (por oposición a su periodo guerrillero), Pancho Villa reaccionó más que actuó. Fue el ejército federal el que determinó dónde tendrían lugar las grandes batallas de la División del Norte. Cuando estalló la guerra entre las facciones revolucionarias, Villa encontró por primera vez que podía actuar y decidir dónde iba a combatir. Al hacerlo, desatendió los consejos de Ángeles, con desastrosas consecuencias.

Ángeles era el único dirigente de la facción convencionista que percibía con claridad la situación militar, las ventajas iniciales de los convencionistas y sus desventajas a largo plazo. Él había forjado en gran medida esa alianza y entendía su fragilidad. Habiendo tratado con muchos de los jefes carrancistas en Aguascalientes, también conocía sus fortalezas y debilidades. Probablemente comprendía mejor que Villa que los recursos económicos de que disponía la Convención eran limitados y temía que, en una larga guerra de desgaste, la única solución sería utilizar las propiedades de los extranjeros, hasta entonces escasamente gravadas; ello alejaría a Estados Unidos y destruiría por tanto una de las piedras angulares de la idea que Ángeles se hacía del futuro político de México.

Ángeles trató por todos los medios de convencer a Villa de que no se demorara en la ciudad de México, sino continuara su avance sobre el cuartel general de Carranza en Veracruz. El impulso adquirido de Villa era tan grande que podría haber convencido a Gutiérrez y a sus seguidores e incluso a los zapatistas, tan opuestos a apartarse de su territorio, de unírsele en un ataque contra el puerto. El ejército de Pablo González estaba desmoralizado por las desertiones y derrotas, y Obregón aún no había podido reorganizar a las fuerzas carrancistas. Al parecer, Villa estuvo al principio de acuerdo con Ángeles, pero

cambió de idea al recibir un cable de su comandante en la nortea ciudad de Torreón, Emilio Madero, según el cual las fuerzas carrancistas se acercaban y amenazaban la ciudad. En cuanto recibió ese mensaje, Villa llamó a Ángeles y le ordenó marchar al norte para liberar Torreón y capturar las ciudades de Saltillo y Monterrey. Ángeles discutió hasta el agotamiento (muy pocos generales de la División del Norte se hubieran atrevido a ello). “Mi general”, le dijo a Villa, “nuestra base es ahora la capital y no Torreón. Con las fuerzas que tiene Emilio Madero basta y sobra para defenderlo. Lo importante para nosotros es atacar a Carranza, que es la cabeza. Siempre hay que pegar a la cabeza.” Villa sostenía que Zapata ciertamente podría destruir a Obregón.

“Acabando con la cabeza, se acaba con todo”, insistió Ángeles.

Si usted ve un clavijero que tiene colgados varios sombreros y quiere tirarlos todos, no hay que ocuparse de arrojar al suelo uno por uno. Es preferible, más fácil, más rápido, arrancar el clavijero para que vengan al suelo todos los sombreros. Carranza, no hay que olvidarlo, es en este caso el clavijero. Las fuerzas del sur no tienen la organización ni el armamento necesarios para acabar con la resistencia de Carranza, cuyas fuerzas no podrán resistir el empuje de los elementos de la División del Norte combinados con los del Ejército Libertador del Sur.¹⁰⁰

Pero Villa no atendió a razones, y el general no tuvo más alternativa que obedecer y marchar al norte.

Ángeles tenía razón. Un ataque inmediato sobre Veracruz era la única posibilidad que tenía Villa de superar sus desventajas estratégicas a largo plazo y tal vez de alcanzar la victoria. Al descartar esa opción, le dio a Carranza un nuevo plazo de vida.

Fueron varias las razones que empujaron a Villa a esa decisión fatídica. Con frecuencia se ha aducido que el motivo principal fue una visión regional, una incapacidad de visualizar a México en su conjunto y la convicción de que sólo el norte contaba. Es casi seguro que ello influyó y que Villa temía que le cortaran la comunicación con su base original mucho más que Obregón, quien, aunque en gran medida aislado de su estado de Sonora, era perfectamente capaz de operar con eficacia en otras partes del país.

Sin embargo, el regionalismo no fue el único factor que llevó a Villa a actuar como lo hizo y a enviar a sus mejores generales a liberar una ciudad que no estaba todavía seriamente amenazada. Tenía vívidos recuerdos de cómo su

avance hacia el sur había quedado paralizado cuando Carranza le cortó el abastecimiento de carbón para sus trenes, procedente de la única región carbonera de México, en el estado de Coahuila. Si dominaba esa región, Villa tendría el recurso natural necesario para continuar sus operaciones militares. Tal vez dudaba también de la viabilidad de una campaña en Veracruz. En todas las demás ciudades y estados que había tomado, siempre había podido confiar en la ayuda de sus aliados locales. Cuando se aventuró por primera vez fuera de Chihuahua y atacó Torreón, le apoyaban varios miles de hombres del lugar, comandados por Contreras, Pereyra y Urbina. En Zacatecas contó con la ayuda de las fuerzas locales encabezadas por Natera, y en la ciudad de México se le había unido Zapata. En cambio, no parecía haber en Veracruz suficientes fuerzas partidarias de la Convención.

Uno de los consejeros más cercanos de Ángeles atribuyó la decisión de Villa a motivos muy distintos. En su conferencia secreta, Villa y Zapata habían acordado que aquél restringiría sus actividades militares al norte, mientras que éste operaría en el sur. Según esta versión, Zapata sentiría que al ocupar Veracruz y al marchar a través de Puebla, que estaba bajo el control de tropas que le eran leales, Villa estaba invadiendo sus terrenos. Y quizás tenía otra razón para temer el avance villista por Puebla: las tropas zapatistas que ocupaban esa ciudad no eran morelenses, sino antiguos orozquistas a quienes Villa odiaba y que se habían unido a Zapata. Era posible que, si la División del Norte entraba en Puebla, Villa simplemente hiciera matar a sus antiguos enemigos. Según el ayudante de Ángeles, Villa no creía realmente que Zapata podía derrotar él solo a Obregón y Carranza, como le dijo al general. Más bien pensaba que Zapata sufriría una derrota y luego no tendría más opción que pedirle auxilio. En ese caso, la supremacía de Villa dentro de la coalición quedaría establecida de una vez para siempre.¹⁰¹

La decisión de enviar a Ángeles al norte no representó una breve suspensión del ataque a Veracruz, sino un cambio completo de estrategia. Villa abandonó la ciudad de México llevándose consigo a la mayor parte de sus tropas, y decidió concentrar todos sus esfuerzos en destruir a las fuerzas carrancistas del norte y el occidente. Tal estrategia subestimaba fatalmente a Obregón, a quien Villa se refería despectivamente como “El Perfumado”. Aunque Villa y Ángeles lograrían algunas victorias significativas en esa campaña, no consiguieron destruir y eliminar a ninguno de los ejércitos carrancistas, y en cambio le dieron tiempo a Obregón de organizar su ejército y de elegir el teatro de operaciones más favorable.

Pocos observadores contemporáneos, con excepción de Ángeles, previeron este curso de los acontecimientos. Obregón, que esperaba con certeza la marcha de Villa sobre Veracruz, contemplaba con pesimismo las posibilidades de conservar ese importante puerto. Había planeado retirar a su ejército aún más al sur, hacia el Istmo de Tehuantepec.¹⁰² Grandes fueron su sorpresa y su alivio al ver que el ataque de Villa no llegaba.

En la primera fase de la nueva guerra civil, la estrategia nortea y occidental de Villa pareció rendir frutos. A las pocas semanas se había apuntado dos victorias importantes, con la ocupación de las dos mayores ciudades de México después de la capital, Guadalajara y Monterrey, y su popularidad ascendió a nuevas alturas no sólo entre las clases bajas sino entre algunos sectores de las clases media y alta. Así sucedió claramente en Guadalajara.

Las primeras tropas revolucionarias que ocuparon la ciudad fueron carrancistas encabezados por Manuel Diéguez, viejo miembro del Partido Liberal Mexicano y uno de los organizadores, en 1906, de la gran huelga minera de Cananea, reprimida con gran violencia y derramamiento de sangre por el régimen de Díaz. Después de ocupar Guadalajara, Diéguez persiguió al clero, alentó a los obreros a ir a la huelga, mató o encarceló a muchos huertistas y confiscó propiedades de la oligarquía. Ni él ni sus oficiales hicieron esfuerzo alguno para que las clases bajas de Guadalajara se beneficiaran de esas confiscaciones. Al parecer, más bien ocurrió lo contrario. Un caso nada excepcional fue, según Cuzin, un comerciante francés y empleado consular en Guadalajara, la confiscación de mil trescientos costales de trigo de un rico hacendado, con el pretexto de que las tropas carrancistas necesitaban el grano para alimentar a sus caballos. En realidad el trigo fue vendido a un empresario francés de la ciudad, Colignon, a ocho pesos el costal. Él lo revendió en el mercado a cuarenta y tres pesos, el doble de lo que se pagaba por el trigo pocas semanas antes. Como resultado de tales acciones, los carrancistas perdieron rápidamente el apoyo de las clases altas y bajas, situación que Diéguez sólo revirtió parcialmente con los auténticos esfuerzos que hizo por apoyar a los obreros y empleados en sus demandas contra los patrones, especialmente si éstos eran extranjeros. Cuzin estaba preocupado porque sus trabajadores le exigían un importante aumento de sueldo y no aceptaban ninguna solución intermedia. “Piensan que cuentan con el apoyo incondicional del gobierno.”¹⁰³ Pronto cambió de opinión. Las autoridades carrancistas estaban dispuestas a pactar, pero los trabajadores no. “Las autoridades piensan que son los villistas y el clero los que los han convencido de ser tan intransigentes.”¹⁰⁴

Las confiscaciones masivas de Diéguez, que no beneficiaron en forma alguna a los pobres, su persecución anticlerical, las arbitrariedades de sus soldados –“dondequiera que se encuentren los soldados, toman lo que quieren sin pagar”–¹⁰⁵ crearon una rara unanimidad entre las clases superiores e inferiores. “Al parecer”, señalaba Cuzin, “los villistas cuentan con el apoyo de los estadounidenses, y una gran parte del elemento porfirista, huertista y católico se les está uniendo y los apoya.”¹⁰⁶

No es sorprendente que se unieran a Villa muchos de los revolucionarios del estado de Jalisco, encabezados por uno de los rebeldes locales más destacados e influyentes, Julián Medina. Su número se acrecentaba constantemente con las deserciones masivas que sufría el ejército de Diéguez, y cuando se les incorporó el propio Villa con gran parte de la División del Norte, Diéguez se vio forzado a evacuar Guadalajara, a la que los villistas entraron triunfalmente.

“Todos gritaban ‘¡Viva Villa!’” En su recorrido en coche de la estación de ferrocarril al palacio, “una multitud inmensa y muy entusiasta lo saludó”. “Cuando pasó por la calle de San Francisco, le arrojaron confeti, flores y pedazos de papel. Nunca había visto una muchedumbre así. Las calles, los balcones estaban tan llenos como el zócalo. Se puede decir que fue recibido por aclamación popular. Qué contraste con los que se habían ido dos días atrás.”¹⁰⁷

Aunque los conservadores apreciaban la superior disciplina de las tropas villistas y que cesara la persecución anticlerical, su entusiasmo por Villa se marchitó rápidamente. Poco después de ocupar Guadalajara, Villa convocó a una reunión de los hombres más ricos tanto de la ciudad como del estado. Tras notificarles que les impondría un préstamo forzoso de un millón de pesos, declaró:

Algunos de ustedes creen que la reacción ha llegado aquí junto con la División del Norte. Se equivocan. Nosotros apoyamos al pueblo y ay del rico que dé dinero para financiar un movimiento “revolucionario” [por “revolucionario” Villa quería decir obviamente en este caso un movimiento *contrarrevolucionario* dirigido contra él]. Pagarán un alto precio por tal comportamiento. En cuanto a los hacendados, déjenme advertirles. Ustedes serán los que más sufrirán. Se acabó el tiempo en que uno podía decir que Dios gobernaba los cielos y los ricos gobernaban la tierra. Aquellos entre ustedes que tienen tales creencias se equivocan. Esas ideas traerían la anarquía y nos veríamos obligados a levantar una guillotina peor que la de la Revolución Francesa.¹⁰⁸

Los conservadores jaliscienses no se inquietaron por que Villa y su esposa recorrieran Guadalajara repartiendo dinero a los pobres. Incluso les impresionó que Villa repartiera diez o quince pesos por cabeza a los antiguos oficiales federales, ahora desempleados. Pero sí les preocuparon otras de las medidas previstas. De pronto, los diarios de Guadalajara anunciaron los preparativos para una reforma agraria. “El gobierno ha empezado a estudiar la división de las haciendas y el reparto de tierras, como había prometido, a los soldados, oficiales, etcétera. Las haciendas de las personas hostiles a la revolución serán simplemente confiscadas. En cuanto a los que permanecieron neutrales, el gobierno tratará con ellos para comprar sus haciendas y pagarles con bonos redimibles dentro de cierto tiempo.”¹⁰⁹

La inquietud de los hacendados obedecía también a que el gobierno villista les había cerrado uno de los resquicios que permitía a muchos de ellos eludir la confiscación: vender sus propiedades, nominalmente, a extranjeros. Un decreto dejó claro que quienes incurrieran en ese tipo de operaciones serían castigados y sus propiedades confiscadas. Los comerciantes franceses le tenían tanto miedo a Villa que se negaron a participar en las lucrativas maniobras que practicaban hombres como Carothers, poniendo a su nombre propiedades de mexicanos.¹¹⁰

Las medidas del gobierno villista no sólo afectaban a los hacendados. Quería forzar a los propietarios que habían subvaluado sus propiedades con fines fiscales a que declararan todo su valor. Para ello, empleó el expediente tradicional: si una propiedad era confiscada por interés público, el estado sólo pagaría el valor que el dueño hubiera declarado. “Ahora tenemos un cuchillo en la garganta. Si hacemos una declaración completa, probablemente tendremos que pagar impuestos muy altos, y si damos un precio mucho más bajo que el real nos arriesgamos a perder nuestras propiedades.”¹¹¹ Cuzin señalaba con tristeza que Villa “no era ningún Porfirio Díaz”. Preveía un negro futuro para México. “Imaginaos a todos esos indios que tendrán tierras y no tendrán fondos para trabajarlas. No tendremos cosecha el año próximo y la vida se volverá muy difícil.”¹¹²

Un colega de Cuzin, el cónsul estadounidense Davis, era aún más explícito en su odio por Villa y su desprecio por el gobernador Medina.

¡Cielo santo! El cambio del antiguo régimen de Díaz a los matones carrancistas ya fue bastante duro, pero tener que tratar con esta cosa, este ignorante, este indio iletrado, ¿cómo podremos?

El general Medina antes era mecánico. Pero al hablar de ese gremio en dialecto mexicano, no debemos pensar en compararlo con los inteligentes mecánicos estadounidenses, ¡de ninguna manera!

El general Medina parece un indio. El general Medina actúa como un indio. El general Medina es un indio. Peor aún: un indio inculto.¹¹³

La simpatía de las clases altas de Jalisco por Villa menguó todavía más cuando ordenó una serie de ejecuciones, aunque fueron menos que las realizadas por Diéguez: en total, nueve personas, principalmente altos funcionarios del gobierno huertista. Uno era el gobernador de Colima, que había intentado sin éxito salvar la vida pasándose a las filas villistas en el último momento. Otro era un alto funcionario huertista que había mandado matar al hermano del gobernador Medina.¹¹⁴ En cambio, entre las clases bajas el entusiasmo por Villa seguía siendo enorme. Era recibido con aclamaciones y aplausos dondequiera que iba.

LA CAMPAÑA DE ÁNGELES EN EL NORTE Y LA TOMA DE MONTERREY

El otro gran triunfo militar de los ejércitos convencionistas fue obra principalmente de Felipe Ángeles. Era la primera campaña militar que emprendía solo y, tanto en términos militares como políticos, llevaba su sello personal. Fue cuidadosamente preparada y estratégicamente concebida. En cuanto al trato de los prisioneros, fue la campaña más humana de toda la revolución mexicana. Y Ángeles intentó que a su victoria militar siguiera una estrategia política bien definida.

En términos de armamento y hombres, ninguno de los dos bandos tenía una superioridad clara. Las fuerzas que Ángeles había traído consigo de la ciudad de México sumaban, junto con las tropas villistas que se hallaban en el noreste al mando de Emilio Madero, unos once mil hombres. Los carrancistas que encabezaban Antonio Villarreal y Maclovio Herrera, antiguo compañero y ahora feroz enemigo de Villa, rondaban aproximadamente la misma cifra.

Ángeles llevó a cabo una maniobra de distracción: mientras ordenaba a Emilio Madero marchar hacia la ciudad de Saltillo, capital del estado natal de Carranza, envió a sus propios hombres en diecinueve trenes hacia un lugar muy alejado de la ciudad: Estación Marte. La finta dio resultado: el grueso del ejército carrancista marchó sobre Estación Marte con la esperanza de rechazar a Ángeles. Pero éste no los esperó. Dejando ochocientos soldados para que cubrieran la

retaguardia, el resto de sus hombres abandonó los trenes y acudió a reforzar a las tropas de Madero cerca de Saltillo. Juntos, atacaron la ciudad de General Cepeda, una posición de avanzada destinada a proteger la capital. Los seiscientos hombres de la guarnición carrancista huyeron, y Ángeles marchó con el grueso del ejército sobre Saltillo. Demasiado débil para resistir el aplastante poderío de las fuerzas villistas, la guarnición carrancista evacuó la ciudad y Ángeles pudo ocuparla sin disparar un tiro.

Una vez tomada la capital de Coahuila, Ángeles representaba una amenaza directa al dominio carrancista sobre Monterrey, la tercera ciudad del país y uno de los más importantes centros industriales. Para detener su avance, los carrancistas concentraron todas sus fuerzas en la población de Ramos Arizpe, situada a unos quince kilómetros de Saltillo. La batalla que tuvo lugar allí, el 8 de enero de 1915, fue una de las más extrañas y bizarras de la historia militar de la revolución mexicana. La población estaba cubierta por una niebla tan densa que no era posible distinguir a amigos de enemigos, dado que los uniformes eran muy similares. También era difícil para los oficiales de artillería saber dónde se hallaban las posiciones de cada bando. Los resultados fueron a veces grotescos. Raúl Madero fue capturado dos veces por los carrancistas, que lo liberaron otras tantas, sin darse cuenta de que era un comandante del bando opuesto. Los oficiales villistas, creyendo que trataban con sus propios hombres, abastecían a los carrancistas de municiones. Mientras los artilleros carrancistas disparaban por equivocación sobre su propio cuartel general, los villistas diezmaban a su propia gente. Cuando la niebla se levantó unos breves momentos, el carrancista Maclovio Herrera se encontró, de buenas a primeras, cara a cara con su antiguo compañero de armas y ahora general villista, Martiniano Servín, y lo mató de un tiro de pistola. Este triunfo personal de Herrera no evitó la desmoralización de su tropa, que emprendió la huida abandonando en manos de Ángeles enormes cantidades de municiones, abastos y prisioneros. Los villistas capturaron más de doscientos mil cartuchos, catorce locomotoras, diecinueve vagones, once mil granadas de artillería y más de tres mil prisioneros de un ejército enemigo de entre once y doce mil hombres.¹¹⁵ Como consecuencia de la derrota, los carrancistas tuvieron que abandonar la ciudad de Monterrey, que cayó en poder de Ángeles.

En este breve periodo de su vida y de la revolución constitucionalista en que tuvo un mando independiente, Ángeles no sólo impuso su estrategia militar, sino también sus concepciones políticas e ideológicas. Tras la batalla, puso en fila a los numerosísimos prisioneros, el veinticinco por ciento del ejército carrancista,

y les dijo que los consideraba hermanos descarriados. Ordenó que todos fueran liberados con la condición de dar su palabra de honor de que jamás volverían a tomar las armas contra los ejércitos convencionistas. El primero en prestar esa solemne promesa fue el general Ramos, uno de los oficiales carrancistas de más alto grado entre los capturados. Dos días más tarde se había reincorporado a las filas de Pablo González y combatía de nuevo contra los villistas.¹¹⁶

Cuando Ángeles entró en Monterrey, la población lo recibió con júbilo. Estaba resentida contra los carrancistas, que habían incendiado la estación de ferrocarril antes de evacuar la ciudad. Las clases altas y medias quedaron especialmente satisfechas cuando Ángeles anunció que se restablecería la plena libertad de cultos, que no habría confiscaciones a gran escala y que los derechos individuales, políticos y de propiedad, serían respetados. Es probable que estas medidas moderadas de Ángeles no agradaran a la mayoría de los oficiales villistas. Ello explicaría por qué en la elección para determinar quién sería el gobernador militar de Nuevo León, Ángeles sólo obtuvo un voto y el cargo recayó en Raúl Madero, que recibió diez.¹¹⁷

Pocas semanas después de la toma de Monterrey, llegó Villa para imponer su propio estilo político. En una reunión con los más ricos de la ciudad –sus comerciantes e industriales– Villa los reprendió, acusándolos de elevar los precios de tal modo que los pobres se hallaban al borde de la inanición y los amenazó con deportarlos a Chihuahua. Tras muchas súplicas y negociaciones, desistió finalmente, con la condición de que pagaran un millón de pesos al gobierno del estado. Ese dinero no se destinaría a gastos de guerra, como había ocurrido en Guadalajara, sino a comprar alimentos para mantener a los pobres. Estas medidas no pudieron impedir una creciente carestía, lo que tuvo por resultado que algunos de los habitantes más pobres de la ciudad murieran de hambre. La desesperada situación alimentaria de Monterrey se debía parcialmente a la guerra misma. La ciudad estaba aislada de gran parte de su *hinterland*, aún ocupado por los carrancistas. Las haciendas del estado de Durango, que eran su fuente habitual de alimentos, habían quedado devastadas por los combates y la producción agrícola había descendido a niveles nunca vistos. Además, según el cónsul español en Monterrey, el gobierno de Raúl Madero hizo muy poco por aliviar la situación.¹¹⁸

La gran victoria de Ángeles tuvo dos consecuencias inmediatas para el movimiento convencionista. Primero, le reveló a Villa toda la duplicidad de Gutiérrez: los carrancistas se habían retirado tan velozmente que habían dejado tras de sí la correspondencia incriminadora entre el expresidente y Obregón. En

segundo lugar, en términos económicos, los villistas pudieron ocupar las minas de carbón de Coahuila y por tanto asegurar el movimiento ininterrumpido de sus trenes.

La ocupación de esas dos ciudades importantes, junto con un triunfo adicional de los zapatistas, que lograron capturar la ciudad de Puebla, no tuvieron consecuencias decisivas en el curso de la guerra. Los ejércitos carrancistas derrotados, el de Diéguez en el occidente y el de Villarreal y Herrera en el este, estaban golpeados, pero no destruidos ni desmoralizados. Un gran flujo de armas y dinero les ayudó a reponer sus pérdidas y reconstruir su moral, aún más fortalecida por el conocimiento de que su fuerza principal, comandada por Obregón y situada en Veracruz, no sólo no había sido afectada en absoluto por la ofensiva convencionista sino que, por el contrario, se preparaba para una campaña ofensiva que ciertamente aliviaría la presión sobre ellos.

La defección de Gutiérrez produjo una inversión de la marea. En el único análisis que llegó a ofrecer Villa acerca de las causas de su derrota, como parte de un discurso que pronunció en noviembre de 1915, escribió que “la traición de Gutiérrez fue para Carranza el principio de su engrandecimiento, porque se encontró a las tropas de la legalidad diezmadas, cansadas y débiles a consecuencia de los combates de San Felipe, de Sayula, de Matehuala, de El Ébano y de cien lugares más”.¹¹⁹ Obviamente Villa no era un observador objetivo, y acusar a Gutiérrez de su derrota era una forma conveniente de ignorar sus propias debilidades. Sin embargo, la defección del presidente convencionista no sólo tuvo decisiva importancia política, sino también militar, aunque no por el número de las tropas que comandaba. Villa no tuvo dificultades para vencerlo. Los seguidores de Gutiérrez estaban desmoralizados y no tenían una idea clara de por qué estaban peleando, de modo que casi no opusieron resistencia. Los soldados de Aguirre Benavides que se negaron a combatir contra los villistas en San Luis Potosí no eran sino el botón de muestra de lo que se convertiría en una avalancha de rendiciones. Villa pudo desarmar, con sólo dieciocho hombres, a la Brigada Elizondo, que constaba de más de dos mil y que ocupaba la ciudad de Querétaro, a punto de unirse a las fuerzas de Gutiérrez. Cuatro mil villistas al mando de Agustín Estrada pudieron derrotar a más de diez mil soldados de Blanco, en San Felipe Torres Mochas.

Con todo, la desertión de Gutiérrez le robó a Villa más de diez mil partidarios y lo obligó a evacuar todas sus tropas de la ciudad de México para hacer frente al peligro que podían presentar los desertores en el norte. Al mismo tiempo, dejó un número sustancial de soldados en Guadalajara, pero se llevó consigo al norte

parte de las tropas que habían tomado esa ciudad. El resultado fue que Obregón desalojó fácilmente a los zapatistas de Puebla y después entró en la ciudad de México, que éstos no estaban dispuestos a defender firmemente. La victoria de Obregón dio un tremendo impulso psicológico a los carrancistas y frenó la velocidad adquirida por la facción convencionista. Sin embargo, no afectaba todavía la reputación de invencibilidad que tenía Villa, puesto que había derrotado a las tropas de Zapata y no a las suyas. En cambio, esa fama sí se vio afectada cuando Diéguez logró vencer a los contingentes de la División del Norte que Villa había dejado en Guadalajara al mando de Calixto Contreras y Rodolfo Fierro. Ambos tenían grandes dificultades con sus soldados, aunque de diferente naturaleza: a Contreras le era difícil disciplinarlos, a Fierro, obtener y conservar su lealtad. El problema de Contreras era que se resistía a castigar la indisciplina; por su parte, los hombres de Fierro lo consideraban un asesino sin escrúpulos, que no les tenía consideración. Uno de ellos relata un episodio que ilustra la conducta de Fierro. Al pasar junto a un soldado herido y oírlo quejarse, Fierro se detuvo. “¿Qué pasa?”, le preguntó. “Es el dolor, general”, contestó el hombre. “Te lo voy a aliviar”, le dijo Fierro y, sacando la pistola, lo mató.¹²⁰

La victoria de Diéguez sobre las tropas villistas, según Enrique Pérez Rul, uno de los más inteligentes entre los antiguos secretarios de Villa, “con todo y de haber sido de poca importancia en el orden material, fue un poderoso estímulo para los carrancistas, porque empezaron a ver que los soldados de la División del Norte no eran invencibles, como se había dicho; y empezaron a perderles el ‘miedo’”.¹²¹

Si había una cosa que Villa entendía bien era la importancia de su reputación y tradición de invencible. Por esa razón, movilizó al grueso de su ejército y marchó sobre Guadalajara. Diéguez había fortificado la población de Sayula para resistir las cargas de la caballería villista, pero no lo logró. Por última vez en una gran batalla, los violentos asaltos de la caballería de Villa lograron imponerse sobre posiciones bien fortificadas. Esa victoria y la recepción triunfal que tuvieron en Guadalajara al ocuparla de nuevo fortalecieron la moral villista. Diéguez había instituido tal reino de terror en la ciudad, que los villistas fueron recibidos como libertadores.

Ésta fue la última victoria importante que Villa obtendría en la guerra contra los carrancistas, y no fue decisiva. Diéguez logró retirarse con casi todos sus soldados a la costa, y Villa no lo siguió porque Ángeles estaba llamándolo al noreste para destruir a las fuerzas carrancistas que allí quedaban.

· 13 ·

Cómo arrebatarse la derrota de entre las fauces de la victoria

De aquella gran División del Norte, sólo unos cuantos quedamos ya; subiendo cerros, cruzando montes, buscando siempre con quien pelear.¹

EL DERRUMBE DE PANCHO VILLA EN 1915

La estrategia de concentrar todos los esfuerzos ofensivos contra los carrancistas en el norte, el noreste y el occidente de México sólo le produjo a Villa éxitos temporales. En el noreste, no logró ninguna victoria importante, pero pudo extender su dominio sobre casi todo el territorio de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. Una parte del Ejército del Noreste que mandaba Pablo González, desmoralizada, había preferido retirarse sin presentar combate. Sólo había una región del noreste en que los carrancistas mantenían sus posiciones: se trataba de El Ébano, entrada hacia la rica región petrolífera de México. Allí, el comandante carrancista Jacinto Treviño consiguió rechazar todos los ataques de los villistas torpemente dirigidos por Urbina, y finalmente derrotarlo. Para Carranza y Obregón estaba claro que, si Villa lograba controlar esa región, se alteraría decisivamente el equilibrio de fuerzas en el país: perderían los cuantiosos ingresos que les producía el puerto exportador de Tampico, recursos financieros que eran su única ventaja importante y que Villa podría utilizar para comprar más armas y municiones.

Carranza y Obregón reaccionaron de diferente manera ante la difícil situación. Carranza sugirió que Obregón se retirara de la ciudad de México, destruyera todas las comunicaciones con el norte y se replegara más hacia el sur, para

esperar el ataque de Villa. Obregón no estuvo de acuerdo.² Consideraba que la mejor estrategia era tomar la ofensiva, única forma, creía, de frustrar el ataque que Villa planeaba contra Tampico.

Para entonces, Obregón había estudiado cuidadosamente la táctica de su enemigo e identificaba sin dificultad sus principales debilidades. Villa confiaba ante todo en los asaltos masivos de caballería, a menudo ni siquiera coordinados entre sí; además, no comprendía la necesidad de guardar tropas de reserva.

Obregón había estudiado también la estrategia y la táctica que estaban aplicando en Europa los ejércitos contendientes en la Gran Guerra. Al principio todos los bandos recurrían aún a las cargas de caballería, pero muy poco después quedó claro para cualquier Estado Mayor europeo que se habían vuelto obsoletas. La infantería, amontonada en las trincheras, resguardada tras alambradas y apoyada con ametralladoras, simplemente había desbancado a la caballería. Obregón decidió aplicar contra Villa esas lecciones europeas. Empezó el camino hacia el norte con su ejército para acercarse cuanto podía a la ciudad de Irapuato, donde se concentraban las tropas de Villa. Eligió un campo de batalla idealmente adecuado para la táctica que quería aplicar: la población y los alrededores de Celaya, lugar situado en el granero del Bajío mexicano y surcado por canales de riego, que podían utilizarse perfectamente como trincheras. También eran perfectos para evitar las cargas de caballería concertadas, ya que los caballos simplemente tropezarían y caerían en los canales. Obregón esperaba que Villa, a pesar de todo, ordenaría dichas cargas.

El plan presentaba enormes riesgos. Las armas y municiones que Obregón necesitaba para reabastecer a sus tropas tenían que ser transportadas por tren a través de un territorio en que operaban tropas hostiles. Si los zapatistas decidían lanzar una ofensiva concentrada contra esas comunicaciones, Obregón podía encontrarse aislado del puerto de Veracruz, sin municiones suficientes para resistir. Además, Ángeles podía persuadir a Villa de que modificara su estrategia y esperara el ataque, en vez de tomar la ofensiva. Sin embargo, estaba optimista. Sus agentes le informaban desde la ciudad de México que había crecientes desacuerdos entre villistas y zapatistas. Dudaban de que Zapata estuviera dispuesto, o fuera siquiera capaz, de emprender un ataque masivo contra las comunicaciones de Obregón. Éste conocía el carácter de Villa, y contaba con que su obstinado orgullo le impediría retirarse o adoptar una postura defensiva.

Los planes y la estrategia de Villa están esbozados en una carta que le envió a Zapata pocas semanas antes del primero de sus grandes choques con las fuerzas de Obregón. En ella, Villa describía las victorias que había obtenido tanto en el

noreste como en el noroeste, y expresaba confianza en que las tropas que había enviado a Jalisco para perseguir a Diéguez, quien se hallaba en retirada, pronto controlaran todo el occidente. Confiaba en que Urbina, a quien había mandado a El Ébano para penetrar en la región petrolera, se apoderaría del puerto de Tampico. En cuanto a él, había decidido salir al encuentro de Obregón y atacarlo. El motivo principal era, paradójicamente, la falta de municiones. Explica Villa “que fracasó una compra concertada de 40 millones de cartuchos, que ha contratado 17 millones que todavía no empiezan a entregarle”. Y dice: “Esa carestía me ha hecho tomar la resolución de ir a quitarle al enemigo municiones que le abundan a los carrancistas”.³ Pedía disculpas diciendo que, debido a esa escasez de parque, no había podido enviar el que había prometido, pero que pronto podría hacerlo y, a la vez, le pedía a Zapata que se esforzara lo más posible por interrumpir las líneas de comunicación de Obregón.

Esta carta revela claramente el exceso de confianza de Villa. Pensaba con total seriedad que podía tomar la ofensiva en todos los frentes a la vez, a pesar de carecer de armas y municiones. No se daba cuenta de que la moral de los carrancistas era muy diferente de la de las tropas federales, contra las que había obtenido sus principales victorias. Además, como ya dijimos, subestimaba a Obregón, a quien llamaba “El Perfumado”, dando a entender que lo consideraba una especie de petimetre afeminado. Tal era su desprecio que se lanzó al ataque con insuficiente parque y sólo una parte de su ejército. Ángeles, que tenía más respeto por las capacidades tácticas de Obregón, trató de disuadirlo. Entendía cuán vulnerable era el enemigo a una interrupción de sus líneas de comunicación con Veracruz, y esperaba forzarlo a avanzar más y más hacia el norte, lo que aumentaría mucho esa vulnerabilidad. Pero Villa se negó a escuchar.⁴ Su excesiva seguridad, suscitada por los éxitos que había obtenido y por los halagos de quienes le rodeaban, no fue sino uno de los factores que lo empujaron a tomar la ofensiva. Otro fue su miedo a que si daba siquiera una apariencia de retirada, peligraría su reputación de invencibilidad y muchos caudillos que se le habían unido por oportunismo cambiarían de bando.

Además, la crisis de escasez de armas y municiones era muy real. La primera guerra mundial había transformado la sobreoferta en sobredemanda cuando los Aliados en Europa empezaron a hacer compras masivas a Estados Unidos. Muchos comerciantes de armas se negaban a vender a sus clientes mexicanos. Cuando Villa lograba conseguir municiones, tenía que pagar sesenta y siete dólares por el millar de cartuchos, en vez de los cuarenta o cincuenta dólares que le costaban antes del estallido de la guerra europea.⁵

Tanto los villistas como los carrancistas padecían esta nueva situación, pero estos últimos estaban mejor equipados para resolverla. Podían satisfacer gran parte de sus necesidades creando en los territorios que controlaban fábricas de municiones con las que nunca pudo competir la industria armamentista que Villa había intentado establecer en Chihuahua. Además, como ya mencionamos, el precio de las principales exportaciones de los territorios carrancistas –el petróleo y el henequén– había subido mucho también, como resultado de la demanda creada por la guerra, de manera que sus ingresos aumentaban a la par que el precio de las armas.

No era tal el caso de los villistas. Recordemos que sus ingresos se basaban en buena medida en la venta y la exportación de ganado, algodón y productos mineros a Estados Unidos. El valor de esas exportaciones era menor en 1915 que en 1914. Gran parte de los enormes rebaños que vagaban por los pastos del norte antes de la revolución ya habían sido vendidos al otro lado de la frontera en 1914, para pagar el material de guerra que Villa necesitó para derrotar al ejército federal. La cosecha de algodón fue mucho menor en 1915 que en los años anteriores, debido a los combates en el norte y a la huida de muchos hacendados de la región algodonera de La Laguna. También muchas de las minas habían reducido drásticamente su producción o cerrado del todo, porque el transporte ferrocarrilero de sus productos a Estados Unidos se había vuelto irregular. Esos problemas económicos objetivos se sumaban a las dificultades “personales”. Los compradores de armas y municiones más importantes con que trataban Villa y algunos de sus lugartenientes se quejaban de la mala calidad de las armas que su principal representante en Estados Unidos, Felix Sommerfeld, estaba adquiriendo.⁶ Sin embargo, Villa mantuvo a Sommerfeld en su nómina, probablemente en consideración a su cercana relación con Madero (había encabezado el servicio secreto de Madero en Estados Unidos). Tras el estallido de la primera guerra mundial, la utilidad de Sommerfeld para Villa se redujo aún más, porque era ciudadano alemán. Muchos productores temían que si le vendían armas y municiones, sus clientes ingleses, franceses y rusos los boicotearían. Por tanto, no resulta sorprendente que Villa lo despidiera a principios de 1915.⁷ Encargó las compras a otros dos hombres: su hermano Hipólito, que estableció una agencia en la población fronteriza de Ciudad Juárez para manejar los fondos de Villa en moneda extranjera, y un hombre de negocios de Torreón, Lázaro de la Garza, que trataba con las compañías estadounidenses. De la Garza fue probablemente el funcionario más corrupto que jamás trabajó para Villa. Primero obtuvo su confianza, en octubre de 1913, después de que

aquél ocupó la ciudad de Torreón. En abril de 1915, Villa le telegrafió a Estados Unidos: “Viendo la formalidad que usted tiene para cumplir todas sus promesas [...] en ustedes tengo depositada mi confianza y estoy seguro de que sabrán corresponder a ella. Espero pues que las municiones me las enviarán lo más pronto posible, trabajando para ello día y noche si fuere necesario”.⁸ Tan grande era su confianza en De la Garza que le ordenó a Sommerfeld que le pasara un contrato por quince millones de cartuchos que había firmado con la Western Cartridge Company. Sólo llegaron a la División del Norte setecientos mil cartuchos, y Villa, desconcertado y desesperado, le telegrafió a De la Garza: “¿Por qué no responde a mis telegramas?”⁹ Tras entregar los mencionados setecientos mil cartuchos, De la Garza había ofrecido el contrato a los carrancistas, dispuestos a pagarle un precio más alto, y finalmente lo había vendido, a un precio aún mayor, al Morgan Bank, que representaba al gobierno francés.¹⁰

Pero no era sólo por consideraciones estratégicas que Ángeles aconsejaba no atacar a Obregón. Se había lastimado al caerse de un caballo y no podía acompañar al ejército en su marcha hacia el sur. Le preocupaba que, sin su asesoría, la precipitación de Villa, su falta de educación militar y su creciente arrogancia lo llevaran a la derrota. Tenía razón. A los pocos días de su conversación con Ángeles, Villa tendría su Waterloo en las dos batallas de Celaya. En grado mucho mayor que Napoleón, él mismo fue responsable de su derrota. No buscó un campo de batalla que le diera alguna ventaja estratégica. De hecho, ni siquiera hizo un reconocimiento de la región de Celaya, donde iba a tener lugar el encuentro decisivo con Obregón. Como le escribió a Zapata, entró en combate sabiendo que no tenía suficientes municiones. Finalmente, no procuró explotar el único punto que tenía a favor: la debilidad y la extensión de las comunicaciones de Obregón con Veracruz.

El desdén por el enemigo, tan profundo como infundado, contribuyó a esta imprudencia. La víspera de la batalla, Villa le dijo a un reportero de su periódico *Vida Nueva* que Obregón estaba acabado. “Esta vez no se me escapará Obregón, sé que va a retirarse, como siempre, pero yo lo obligaré a que se bata, para así destruir esos núcleos de gente que sólo sirven para entorpecer las operaciones militares, pero sin resultados prácticos.”¹¹ Tenía la errónea idea de que Obregón representaba un peligro menor incluso que Diéguez, comandante de las fuerzas carrancistas en Jalisco.

Las primeras horas de la batalla de Celaya, que se inició el 6 de abril de 1915, cuando Obregón cometió uno de sus pocos errores tácticos, sólo fortalecieron en

Villa el exceso de confianza y la falta de prudencia. Obregón no había reconocido el terreno lo suficiente después de enviar a mil quinientos hombres en avanzada a ocupar la hacienda de El Guaje, situada entre la ciudad de Irapuato y la de Celaya, y cortar las líneas férreas que llevaban a ésta para reducir así la movilidad de las tropas villistas. Creyó que el grueso de éstas se concentraban en Irapuato, y no, como era el caso, cerca de El Guaje. Sus tropas sufrieron encuentros devastadores con una fuerza enemiga muy superior y estuvieron a punto de ser completamente exterminadas.

A Obregón nunca le faltó valor. Personalmente tomó el mando de un tren que se dirigía a El Guaje con el objeto de desviar los ataques villistas. Aunque era un táctico cuidadoso, también era un maestro de la improvisación. Se dio cuenta de que su descalabro inicial podía convertirse en victoria si lograba que el enemigo atacara las posiciones cuidadosamente preparadas en Celaya a su manera ya tradicional: las cargas masivas de caballería. Pronto pudo comprobar que no se había equivocado. Al ver que las líneas de avanzada y el tren de Obregón se retiraban, Villa y sus tropas se convencieron de que tenían la victoria en las manos. Los jinetes, a caballo o desmontados, se lanzaron de cabeza contra las posiciones fortificadas para encontrarse con el fuego devastador de los soldados atrincherados con ametralladoras. Sus pérdidas fueron enormes. Sin embargo, la terquedad de Villa no le permitió desistir. Aún le embargaba la sensación de triunfo y sus duros veteranos estaban dispuestos a seguirlo a dondequiera que les ordenara. En todas las batallas anteriores, tras los descalabros iniciales, las cargas villistas siempre habían resultado invencibles. Según Obregón (que pudo exagerar su propio éxito), los villistas cargaron cuarenta veces contra sus líneas y, con una excepción, fueron otras tantas rechazadas.¹² Según el general Garfias, agudo analista militar de la batalla de Celaya, uno de los mayores errores estratégicos de Villa fue no intentar aplastar las defensas de Obregón concentrando fuerzas en un solo sector del frente.¹³ En un momento, los villistas sí lograron penetrar en las líneas carrancistas, cuyo frente estuvo a punto de desintegrarse. En ese instante, Obregón mostró de nuevo su capacidad de improvisación. Ordenó a su corneta, un niño de once años, que tocara a retreta, y los villistas, creyendo que la orden venía de su propio mando, abandonaron la posición que habían conquistado a tan alto precio. Cuando se hallaban diezmados, exhaustos y desmoralizados, Obregón inició un contraataque decisivo. También fue ése el momento en que las municiones de Villa empezaron a agotarse.

Los villistas habían estado empleando dos tipos de rifles: carabinas 30-30 y máusers. Si bien tenían suficientes municiones para las 30-30, súbitamente se les acabaron las de los máusers.¹⁴ Obregón lanzó sus reservas al ataque; Villa, por su parte, no había guardado tropas de recambio y sus soldados exhaustos tuvieron que retirarse cuando los obregonistas de las trincheras se incorporaron al ataque general. A diferencia de su oponente, Obregón contaba con un abastecimiento constante de nuevas municiones procedentes de Carranza. Zapata, que no había recibido municiones de Villa, no quiso comprometer al grueso de sus tropas atacando unas líneas férreas situadas lejos de Morelos, y se limitó a realizar unas cuantas operaciones menores y esporádicas.

La primera batalla de Celaya fue la primera gran derrota de Villa. Él mismo y muchos de sus jefes la atribuyeron únicamente a la falta de parque. Un observador enviado por Roque González Garza juzgó el hecho de manera más realista. Además de la falta de municiones, atribuyó la derrota a que Villa se había negado a guardar tropas de reserva y a la desertión, durante la batalla, de uno de los jefes villistas, un hombre llamado Colín, que en el momento más candente del combate se dio vuelta en redondo e hizo que sus tropas dispararan contra sus propios aliados.¹⁵

La reputación de invencibilidad de Villa no se había desvanecido aún. La prensa villista desmintió vigorosamente que Carranza y Obregón hubieran triunfado. El periódico *Vida Nueva* decía el 10 de abril, después de la batalla: “Obregón ha fracasado al intentar romper la línea de fuego villista. Los mensajes recibidos en Washington indican que la batalla de Celaya fue por completo favorable para la División del Norte”. Sólo dos días después, el encabezado de *Vida Nueva* era todavía más explícito: “Tanto en el extranjero como en Veracruz celebran los triunfos(?) de Obregón. Esto lo hacen creyéndose de los embustes del lugarteniente carrancista, que cínicamente convierte en victorias los descalabros que sufre. Sus fuerzas rehúyen el combate y han empezado a evacuar Celaya”.¹⁶ Dado que ambos bandos, en su propaganda, insistían constantemente en que eran los vencedores, cualquiera que fuera el resultado de una batalla, las pretensiones de Carranza y Obregón acerca de la victoria de Celaya fueron recibidas con gran escepticismo fuera y dentro de México.

Villa había sufrido una derrota, pero de ninguna manera estaba vencido. No sólo había logrado conservar casi todo su ejército y sus armas, sino que la moral de sus tropas aún era alta, y en cambio la situación general de Obregón era precaria. Si en ese momento Villa hubiera convocado a la mayor parte de las tropas que combatían en las costas este y oeste, dejando sólo una retaguardia

para contener a los carrancistas, si hubiera esperado a recibir municiones y, sobre todo, si hubiera logrado cortar las comunicaciones de Obregón, aún hubiera podido ganar y destruir al ejército enemigo. Pero, aparte de ordenar a su hermano Hipólito que le enviara parque, Villa no hizo ninguna de las tres cosas.

Esperaba atraer a los carrancistas fuera de sus posiciones fortificadas. Con ese propósito, le envió una carta a Obregón diciendo que, para evitar a la población el derramamiento de sangre que su artillería causaría, le sugería que saliera de Celaya y que ambos ejércitos combatieran fuera de la ciudad. La propuesta fue respaldada por los cónsules extranjeros en Celaya, que le pidieron a Obregón que le evitara daños a la ciudad combatiendo en alguna otra parte. Esta maniobra no tenía posibilidades de éxito. Obregón no albergaba la menor intención de renunciar a su superioridad estratégica, y su ejército permaneció en Celaya. No está claro si Villa realmente creía que podía convencerlo o si simplemente esperaba impresionar a los diplomáticos extranjeros, especialmente a los estadounidenses, con su preocupación por la población civil y por la propiedad extranjera.

En la batalla del 13 de abril, Villa volvió a emplear la misma táctica que en el anterior encuentro, y esta vez las consecuencias fueron aún más desastrosas. Obregón se había preparado bien para el ataque villista. Puso barreras de alambre de púas frente a las trincheras que ocupaban sus soldados y aumentó el número de ametralladoras. También dejó una reserva de seis mil de caballería, escondidos en un bosque cercano. Cuando se inició la batalla, la caballería de Villa cargó una y otra vez contra las trincheras de Obregón. La única ventaja que había tenido en la primera batalla, su historia de invencibilidad, ya no existía. Se vio frenada por los muchos canales de riego que surcaban el campo y por las alambradas, que había que cortar. Conforme avanzaba, iba quedando a tiro de las ametralladoras. Con esos ataques frontales, Villa repitió su principal equivocación de la primera batalla. También repitió el resto de sus errores: no hizo ningún intento serio por interrumpir las comunicaciones de Obregón, aunque la situación de los carrancistas se había vuelto extremadamente precaria. “Hónrome comunicarle que continúa combate desesperadamente”, telegrafió Obregón a Carranza el 14 de abril. “No contamos ya con ninguna reserva de parque y sólo tenemos dotación para combatir pocas horas más. Haremos todo esfuerzo para salvar la situación.”¹⁷ Tampoco esta vez estudió Villa cuidadosamente el campo de batalla y, por tanto, nada supo de la fuerza de caballería escondida en el bosque bajo las órdenes del general Cesáreo Castro. Una vez más, no dejó tropas de reserva a las que echar mano en el momento de

necesidad. Así, una vez agotadas sus fuerzas en los continuos asaltos, que duraron dos días, la caballería oculta contraatacó, y Villa se halló sin refuerzos para contenerla.

Esta vez la derrota se convirtió en total desastre. “Escapé audazmente”, informa con tristeza un oficial villista, “y al subir a la falda del cerro, el espectáculo que presencié no podré olvidarlo en mi vida: vi batallones enteros formados, parecía que se alineaban así para atacar Celaya nuevamente, pero eran prisioneros. En el cerro estaban abandonadas piezas de artillería y adelante un río de gente pasaba sin detenerse ni pensar en nada. ¡Lo que querían era huir, huir siempre...!”¹⁸

Terminada la batalla, Obregón pidió a todos los oficiales villistas, muchos de los cuales vestían como soldados rasos, que se identificaran, prometiéndoles que no sufrirían ningún daño. Ciento veinte oficiales villistas lo hicieron y fueron fusilados de inmediato.¹⁹ Según el informe que le envió Obregón a Carranza, Villa había perdido treinta y dos cañones, tres mil de sus hombres habían muerto, seis mil habían caído prisioneros y se habían capturado cinco mil rifles y cerca de mil caballos.²⁰

No está claro por qué Villa repitió en la segunda batalla los errores cometidos en la primera. La ausencia de Ángeles ciertamente contribuyó a la debacle. También el machismo de Villa. No sólo pensaba que retirarse era deshonroso, sino que si no enfrentaba de nuevo a Obregón, su reputación de invencibilidad desaparecería. Además, al parecer era cautivo de su propia propaganda, que atribuyó la pérdida de la primera batalla a la falta de parque. Esta vez la derrota fue tan inequívoca que su propia prensa no pudo ignorarla. Pero como Villa nunca la reconoció abiertamente, a su periódico, *Vida Nueva*, le fue muy difícil informar de los resultados del combate. Por una parte, equiparó los rumores sobre la derrota a los muchos rumores erróneos difundidos por la prensa carrancista. En un editorial titulado “Tengamos fe”, el editorialista recordaba a sus lectores “las docenas de veces que *han tomado* Chihuahua, Torreón y hasta Ciudad Juárez y Ojinaga; valdría la pena recordar las veces que *han matado* al general Villa, *fusilado* al general Chao y aniquilado a la División del Norte”.²¹ Por otra parte, *Vida Nueva* intentaba dirigirse a quienes sí creían que Villa había sido derrotado.

Pero pongámonos en lo peor: supongamos que el ejército convencionista no pudo lograr la toma de Celaya; ¿olvidaremos que la retirada del general Villa

del ataque de Chihuahua se completó brillantemente en la importantísima toma de Ciudad Juárez?

¿Y quién era Villa entonces? El jefe de menos de 5 000 hombres que apenas había ceñido el laurel en Torreón. ¿Cuál era su ejército? Esos miles de hombres mal armados que apenas habían olido la pólvora. Y triunfó y triunfaron muchos miles de soldados, veteranos organizados y equipados paciente y espléndidamente por la dictadura huertista.²²

No muchos caudillos militares habrían continuado luchando tras sufrir derrotas de la magnitud de las de Celaya. Sin embargo, Villa poseía al parecer cantidades ilimitadas de confianza en sí mismo, valor y aguante. Ante todo, tenía tal carisma que sus soldados estaban dispuestos a continuar, e incluso pudo reclutar más hombres para su ejército. Convocó a la mayoría de sus tropas en otras partes del país y pronto se le unió Ángeles, ya recuperado completamente de su lesión. Le dijo a Villa que todavía era posible derrotar a Obregón, pero para ello tendrían que cambiar radicalmente de estrategia. La División del Norte debía retirarse hacia el norte, a Torreón o tal vez incluso a Chihuahua. Esa maniobra les daría tiempo suficiente para recobrarse y alargaría las líneas de comunicación de Obregón todavía más. También, Villa debía evitar la guerra ofensiva y pasar a la defensiva, para forzar a Obregón a un combate prolongado en que sus tropas se fatigarían y se le acabaría el parque. Villa se negó a escuchar el primer consejo de Ángeles.²³ En vez de retirarse hacia el norte, a su propio territorio, decidió presentar batalla de nuevo en el centro del país, cerca de la ciudad de León, Guanajuato, aunque Ángeles opinaba que el lugar era problemático, porque podían fácilmente encontrarse rodeados por el enemigo. Villa sí aceptó, por lo menos temporalmente, pasar a la defensiva, e hizo que sus tropas se atrincheraran a lo largo de un frente de unos veinte kilómetros, entre León y Trinidad. La prensa villista exhalaba de nuevo confianza en que la victoria estaba al alcance de la mano.

El mayor núcleo de la facción de Carranza, por un lado, y una parte importante de las fuerzas de la Convención, por otro, están frente a frente.

El general Villa vencerá al general Obregón; pero no es eso lo más importante; lo que interesa es que el triunfo signifique el aplastamiento del segundo, de ese ejército que hoy por hoy es el único que se atreve a enfrentarse con el Ejército del Pueblo.²⁴

Como resultado de la nueva táctica defensiva de Villa, la batalla de León,

como llegó a ser conocida, duró casi cuarenta días y en algún momento empezó a asemejarse a los largos e indecisos combates que estaban librando los ejércitos europeos. Los dos bandos se enfrentaban de manera limitada, tratando de obtener ventajas estratégicas sin lanzar ataques a gran escala. Obregón esperaba que Villa acometiera el tipo de carga general que le había valido la derrota en Celaya, para segar su caballería con sus ametralladoras. Villa se negaba a hacerle ese favor, y los generales obregonistas empezaban a preocuparse cada vez más de que pudiera acabárseles el parque y finalmente les cortaran las comunicaciones con Veracruz. Por primera vez, Zapata envió grandes contingentes de tropas a atacar esas líneas de comunicación, contribuyendo con ello al temor de los carrancistas. Tras la derrota de Celaya, Zapata empezó a preocuparse de que una derrota decisiva de Villa permitiera a los carrancistas concentrar todos sus esfuerzos en “pacificar” su propio feudo de Morelos. Sin embargo, los zapatistas no tenían ni las armas, ni la organización ni, tal vez, la voluntad para hacer una guerra ofensiva a gran escala fuera de su terreno. Por razones inexplicables, Villa sólo se esforzaba a medias por interrumpir las comunicaciones de los carrancistas. Sin embargo, a muchos generales de Obregón, sobre todo a Francisco Murguía, les inquietaba el curso que la batalla estaba tomando, una especie de estancamiento en que ninguno de los dos bandos parecía lo bastante fuerte para derrotar al otro. Murguía temía que, si la situación continuaba, ello redundaría en beneficio de los villistas. “El enemigo había tomado el plan de permanecer a la defensiva, tratando de cortar nuestras comunicaciones al sur, y como contaba con suficientes municiones, si lograba que nosotros permaneciéramos más tiempo sin decidirnos [a] avanzar sobre León, daría por resultado que se nos agotara el parque, y si conseguía la total interrupción de las comunicaciones con Veracruz, como después sucedió, estaríamos derrotados.”²⁵ Murguía urgió a Obregón a pasar a la ofensiva. Aunque lo apoyaron Diéguez y varios generales más, Obregón se resistía. Todavía tenía la esperanza de que Villa se impacientara, atacara con todo y le permitiera repetir la exitosa estrategia que le había dado dos veces la victoria. Como la presión de sus generales aumentaba, se resolvió finalmente a atacar el 5 de junio. Pero tres días antes, Villa le cumplió sus deseos decidiendo atacar por su parte, no sólo porque en efecto era impaciente y estaba poco habituado a los largos tiempos muertos de la guerra de trincheras, sino que sus soldados se estaban desmoralizando lentamente debido a las difíciles condiciones en que se hallaban.

Hay una gran cantidad de cadáveres insepultos y es casi insoportable la hediondez. Después de nuestros “equivocados hermanos” los carrancistas, nuestros peores enemigos son las moscas, los piojos y las ratas. Las moscas son preciosas, verde pavo real, y hay millares que, de los ojos y las bocas de los cadáveres, vuelan a posarse en nuestra comida. Las ratas son tan voraces que, a pesar de estar panzonas de carne de muertos, ante nosotros van a morder nuestras pocas provisiones [...] A los dos o tres días de bañados y limpios, ya estamos empiojados de nuevo.²⁶

Contra el consejo de Ángeles, Villa tomó todas las reservas que le quedaban y atacó a los carrancistas desde atrás. Al principio tuvo éxito y logró capturar la ciudad de Silao. Otros contingentes villistas, sin embargo, no lograron conquistar una posición carrancista que era de importancia decisiva para el contraataque que planeaba Obregón: la hacienda de Santa Ana. Allí, los asaltos villistas costaron una enorme cantidad de bajas y contribuyeron a la desmoralización de la División del Norte. Sí se anotaron, sin embargo, un éxito importante: el 3 de junio, cuando Obregón se hallaba en la torre de la hacienda reconociendo el campo de batalla, una bomba villista explotó y le arrancó el brazo derecho. Convencido de que se desangraría hasta la muerte, trató de suicidarse de un tiro en la sien. Afortunadamente para él, su ayudante había limpiado la pistola la noche anterior y retirado los cartuchos. Sus hombres le quitaron el arma y lo llevaron al hospital. La incapacidad temporal del jefe no paralizó a sus tropas. Al retirar reservas del frente, las tropas de Villa habían quedado muy vulnerables a cualquier ataque. Ésa era la oportunidad que los carrancistas esperaban. Pasaron a la ofensiva conducidos por Benjamín Hill, lugarteniente de Obregón, y las debilitadas líneas de Villa no pudieron contenerlos. El 5 de junio, los villistas sufrieron más de tres mil bajas y se retiraron de León en desorden.

Esta nueva derrota destruyó al villismo como fuerza nacional. Villa sin embargo no desistió. Pensaba que Obregón aún podía ser vencido y decidió hacerle frente, por última vez, en la ciudad de Aguascalientes. Concentró allí todas las tropas que le quedaban, y por fin consideró prioritario interrumpir las comunicaciones de Obregón con Veracruz, cosa que logró a pesar de su creciente debilidad. Envío dos grandes unidades de caballería tras las líneas del enemigo, una al mando de Rodolfo Fierro y la otra de Canuto Reyes, para detener el tránsito ferroviario y forzar a Obregón a retirar una parte del ejército que atacaba Aguascalientes y enviarla a perseguir a los jinetes villistas. La maniobra tuvo éxito. Fierro probó que no sólo era un carnicero y un asesino, sino un guerrillero

de primer orden. Tomó la ciudad de León enviando un telegrama falso al comandante de la guarnición en que le ordenaba abandonar la ciudad. Ocupó temporalmente la ciudad de Pachuca, donde se le unieron algunos soldados zapatistas, lo que preocupó tanto a Pablo González que evacuó a sus tropas de la ciudad de México. Pero los triunfos de Fierro fueron efímeros. Pocas semanas más tarde, fue derrotado por un contingente mucho mayor, que Obregón había enviado a perseguirlo. Había logrado, con todo, su principal propósito, que era interrumpir las comunicaciones carrancistas. Si esto hubiera ocurrido unas semanas antes, durante la batalla de Celaya, tal vez habría significado la posibilidad de la victoria. Pero ya era demasiado tarde. En cuanto se dio cuenta de que sólo tenía parque para unos pocos días, Obregón ordenó un ataque general contra las líneas villistas en Aguascalientes. Los restos de la División del Norte, debilitados y desmoralizados por tres grandes derrotas, apenas resistieron, y terminaron por huir hacia el norte, a Torreón y Chihuahua. La División del Norte había dejado de ser una fuerza militar importante.

LA DERROTA DE PANCHO VILLA: UN ANÁLISIS

Desde que se produjeron las catastróficas derrotas de Villa en el centro de México, no han dejado de sucederse los debates, primero entre observadores contemporáneos y luego entre historiadores, en torno a si se debieron principalmente a factores objetivos o subjetivos. ¿Pudo haber vencido Villa o era inevitable que perdiera? ¿Era tan grande su inferioridad, en términos de municiones y abastos como en cuanto a número de soldados, que nunca hubiera podido ganar? No hay pruebas de que tal fuera el caso. Aunque la falta de municiones para los máusers ciertamente desempeñó un papel importante en la primera batalla de Celaya, la escasez de parque no era un hecho inmodificable. Villa decidió ir al combate sin parque suficiente, porque subestimaba a Obregón. Si hubiera esperado, habría solucionado ese problema: no le faltaron municiones en las posteriores batallas contra las fuerzas carrancistas. No hay tampoco indicios de que sus ejércitos fueran numéricamente inferiores a los de Obregón.

Las derrotas militares de Villa se debieron sobre todo a crasos errores estratégicos. El principal de ellos consistió en no atender el consejo de Ángeles de atacar Veracruz en el momento en que los carrancistas no habían logrado aún reorganizar sus fuerzas y Villa se hallaba en la cúspide de su poder. El segundo gran error consistió en intentar combatir en todos los frentes al mismo tiempo, en vez de concentrar las fuerzas para enfrentarse a cada uno de los ejércitos de

Carranza. El tercero fue no escuchar la opinión de Ángeles en el sentido de que había que atraer a Obregón cada vez más al norte y, por tanto, hacer más vulnerables sus líneas de comunicación.

A esos errores de estrategia se sumaron errores tácticos igualmente graves. En Celaya, Villa enfrentó al enemigo en un campo de batalla extremadamente desfavorable para él. No reconoció el terreno con anticipación; no concentró sus fuerzas en un frente sino que atacó simultáneamente por todas partes, limitando así la presión sobre cada uno de los puntos de la línea carrancista. Aunque en la primera batalla de Celaya vio cómo era devastada su caballería cuando intentaba atacar a la bien atrincherada infantería de Obregón, protegida con alambradas y nidos de ametralladora, repitió esa equivocación en todas las batallas subsecuentes. Se puede entender que durante la primera batalla Villa confiara en que Zapata interrumpiría las comunicaciones de los carrancistas. Pero no es comprensible que, cuando Zapata falló, Villa no intentara cortar esas comunicaciones con sus propias tropas, como finalmente haría durante la batalla de Aguascalientes, cuando ya era demasiado tarde. Finalmente, Villa repitió una y otra vez la equivocación de no establecer una fuerza de reserva capaz de entrar en combate cuando el resto de sus hombres se hallaban agotados.

Los errores de Villa se debieron a diversos factores. En parte eran resultado de su limitada perspectiva nortea, que le impidió tomar la iniciativa y atacar Veracruz. En parte, de su falta de educación. A diferencia de Obregón, mucho más instruido, no leía los periódicos y no sabía nada de las nuevas estrategias y tácticas que se estaban poniendo en práctica en Europa. En anteriores ocasiones, había compensado esa falta de educación con su disposición a atender consejos, sobre todo de Ángeles. Cuando se convirtió en jefe de los ejércitos de la Convención y, de hecho, en líder indisputado de la facción convencionista, la arrogancia le impidió escuchar otras opiniones. Estaba menos dispuesto aún que Carranza u Obregón a discutir las alternativas con sus subordinados.

Villa no era hombre afecto a la autocrítica y ningún dato indica que alguna vez entendiera los graves errores estratégicos y tácticos que había cometido. En el único análisis que llegó a hacer sobre los motivos de su derrota en las batallas del Bajío, simplemente echó la responsabilidad sobre los hombros de Ángeles. Su principal acusación contra quien hasta entonces había sido su subordinado favorito era que, tras ocupar Monterrey, había sido presa del pánico al ver que se aproximaba una fuerza carrancista superior, y había llamado a Villa para que viniera inmediatamente a rescatarlo. Por ese motivo, Villa había interrumpido su campaña victoriosa en el estado occidental de Jalisco, contra el comandante

carrancista Diéguez, para ir en ayuda de Ángeles. Villa pensaba que éste en realidad no necesitaba su ayuda: había sobrestimado con mucho la fuerza de las tropas carrancistas que lo amenazaban calculando su número en veinte mil, aunque en verdad su comandante, Pablo González, no contaba con más de seis mil soldados. Villa consideraba que “Si [Ángeles] no me hubiera distraído, Diéguez habría sido exterminado y Obregón no hubiera tenido tiempo de organizar el ejército con que peleó en el Bajío, ya que yo habría lanzado todas mis fuerzas contra él. Por esta razón, el general Ángeles es en realidad responsable del desastre de Celaya”.

Villa probablemente tenía razón en suponer que Ángeles pudo haberse sostenido sin su ayuda y en que, si hubiera destruido a las tropas de Diéguez, habría tenido más parque en la primera batalla de Celaya, y más tropas, ya que no habría tenido que dejar a tantos hombres para continuar la campaña en Jalisco. Además, sus soldados habrían estado más frescos y más relajados, ya que no habrían tenido que atravesar primero todo el país, de oeste a este, para rescatar a Ángeles, y luego marchar de nuevo al Bajío. Por otra parte, cabe dudar que Villa hubiera recurrido a ningún otro tipo de táctica aparte de las desastrosas cargas de caballería que contribuyeron tan decisivamente a su perdición.

La segunda acusación de Villa contra Ángeles está menos justificada. En la batalla de León, Ángeles estaba encargado de la infantería cuando Villa, contra su consejo, y tras cuarenta días de empate, tomó toda su caballería para atacar a Obregón desde atrás, mientras le ordenaba a Ángeles que sostuviera la línea del frente y resistiera cualquier ataque carrancista. “¿Y qué hizo el general Ángeles?”, le dijo Villa a su subordinado: “No pudo resistir la presión de los carrancistas, le destruyeron sus líneas, y mi ataque, con el que los debilité decisivamente, no tuvo resultados.” Lo que Villa no comprendía era que sus tropas se habían desmoralizado tras las dos grandes derrotas de Celaya y que no tenía reservas que pudieran entrar en combate para reforzar a la infantería.²⁷

Tras los dos desastres sufridos en el centro del país, Villa se retiró a su territorio norteno, donde aún esperaba mantenerse. Como indican sus acciones posteriores, se daba cuenta de que sus posibilidades de supervivencia dependían más que nunca de sus relaciones con Estados Unidos.

Una característica central y desconcertante de la política del gobierno estadounidense hacia Villa era el contraste entre sus declaraciones favorables y sus acciones, que parecían beneficiar a Carranza. Tal discrepancia no sería tan extraña si sólo reflejara la habitual contradicción entre lo que se dice públicamente y la *realpolitik*. En este caso, sin embargo, las declaraciones no estaban destinadas al consumo del público, sino que parecían reflejar las verdaderas opiniones de los miembros del gobierno, así como de influyentes hombres de negocios. Sin embargo, la política estadounidense, al menos a primera vista, no parecía coincidir con ellas.

Poco después de que las tropas de Estados Unidos ocuparon Veracruz y Villa manifestó su oposición a la protesta de Carranza por ese motivo, el secretario de Estado Bryan escribió a George Carothers, representante especial de Estados Unidos ante Villa: “Deseamos sinceramente que existan las relaciones más amistosas y nos complace y tranquiliza mucho lo que usted nos informa que ha dicho el general Villa. Muestra una amplitud de visión por su parte y una comprensión de la situación en su conjunto que habla muy bien de él”.²⁸

Más o menos al mismo tiempo, Bryan se refirió a Villa, por la misma razón, como “Sir Galahad”.²⁹

El 30 de agosto de 1914, cuando la ruptura entre Villa y Carranza ya había salido a la luz, el coronel House, confidente de Woodrow Wilson, escribía en su diario: “Nos ocupamos cuidadosamente de la situación mexicana y coincidimos en que Villa es el único hombre fuerte que se percibe ahora en México. Tememos que Carranza no esté a la altura de las circunstancias”.³⁰ Pocas semanas más tarde, el 8 de octubre de 1914, el general John J. Pershing escribió a Hugh Scott: “Villa parece un hombre fuerte y tal vez es el hombre del momento”.³¹ Y en diciembre de 1914, Bryan, en una carta a Wilson, expresaba optimismo respecto de Villa. “La situación parece aclararse en México. Villa y Zapata trabajan en armonía y Gutiérrez al parecer tomará el control sobre la mayor parte del país. La ocupación de Carranza probablemente no durará mucho.”³²

El 4 de mayo de 1914, un editorial del *New York American* de William Randolph Hearst criticaba acerbamente al gobierno de Wilson por apoyar aparentemente a Villa contra Huerta. Decía: “Se le hace un favor al vecino si se llama a la policía para que saque a un asaltante que se ha introducido en su casa, pero escaso servicio se le hace si se envía a un ladrón y asesino con las manos manchadas de sangre para que saque a un delincuente menor”. Menos de tres

meses más tarde, Hearst modificó completamente su postura. En un editorial del mismo periódico, firmado personalmente por él, escribió:

El único hombre en este conflicto y esta crisis de México que parece destacarse sobre todos los demás por su poder y su capacidad personales, por su magnetismo para el liderazgo, su maestría en el mando y su capacidad para llevar a cabo las cosas, es Francisco Villa...

Si Villa es hecho presidente, permanecerá como presidente y formará un gobierno estable y confiable.

Si otro hombre llega a presidente por la interferencia extranjera, tendrá que vérselas con Villa y con las masas que creen en él.³³

Un representante de Villa en Estados Unidos informaba que John Hays Hammond, que dirigía a la American Smelting and Refining Company en México,

habiendo tomado [...] una defensa muy directa por usted elogiándolo a todo trance, haciendo notar que todo aquello que usted decía lo cumplía, y que así estaba él impresionado por varios americanos que le habían hablado de usted y a la vez manifestó que a su juicio tienen mejor garantizados los intereses los americanos en México que en cualquier otra parte del mundo y que él no vacilaría en emprenderla en cualquier negocio desde luego con completa seguridad y en el estado de Chihuahua de preferencia.³⁴

A pesar de estas declaraciones favorables por parte de funcionarios y empresarios, y a pesar de que rehusó condenar junto con Carranza la invasión de Estados Unidos a Veracruz, en las semanas que siguieron a la ocupación, el gobierno de Wilson le bloqueó a Villa los envíos de armas, pero no a Carranza.³⁵

Esta discrepancia no tiene una explicación clara y sencilla. No hay razón para dudar de la sinceridad de los funcionarios, ya que se trata de memoranda internos, no destinados al público. ¿La falta de coherencia puede deberse a divergencias de opinión dentro de la burocracia y a que los diversos hombres o departamentos aplicaban políticas diferentes? Hay ciertos indicios de que eso pudo ocurrir al menos respecto del bloqueo impuesto a Villa y no a Carranza, en mayo y junio de 1914. Cuando Carranza amenazó a Estados Unidos con la guerra por la ocupación de Veracruz, Wilson impuso un embargo general de armas a México. Ese embargo se relajó al llegar enormes cargamentos de armas europeas para Huerta, en mayo de 1914. Pero ese relajamiento fue selectivo. Las

autoridades de Estados Unidos querían impedir que el equilibrio de poder se inclinara demasiado a favor de Huerta, pero no querían dar a los revolucionarios mexicanos una provisión ilimitada de armas. La implementación de esta política al parecer se dejó, en gran parte, en manos del representante especial de Woodrow Wilson en México, John Lind, hombre muy favorable a Carranza. Él explicó a los representantes de los revolucionarios que la decisión de permitir que algunas armas llegaran al puerto de Tampico, pero no a otras partes de México, era ante todo una maniobra de relaciones públicas. El gobierno de Wilson no quería anunciar que reinauguraba los envíos de armas a los revolucionarios, de modo que oficialmente sostenía que las armas que llegaban al puerto mexicano estaban destinadas a Cuba.³⁶ Pero como Carranza controlaba Tampico, todas esas armas caían en sus manos. No se idearon argucias similares para enviar armas a Villa, lo que bien pudo deberse a las simpatías carrancistas de Lind y a la hostilidad que le tenían a Villa muchos funcionarios aduanales.

Incluso sin la decisión de bloquearle las armas a la División del Norte, el problema tuvo que haber llegado al escritorio de Wilson para junio de 1914, cuando Villa, en una carta personal, le pidió que levantara el embargo contra sus tropas para poder marchar sobre la ciudad de México.³⁷ Wilson no respondió a esa solicitud, ni dio ninguna explicación al respecto. Con toda probabilidad temía que el avance de Villa sobre la capital, en un momento en que los carrancistas estaban a punto de tomarla, conduciría a una nueva guerra civil que su gobierno quería en ese tiempo evitar.

La decisión del gobierno estadounidense de entregar Veracruz y sus enormes recursos armamentísticos y financieros a Carranza es de naturaleza más compleja. No la tomaron los burócratas de nivel medio o bajo, sino los funcionarios de más alto nivel. En septiembre de 1914, Wilson había indicado que quería retirar a las fuerzas estadounidenses de Veracruz y devolver la ciudad a la soberanía mexicana. Esa decisión fue acogida con entusiasmo por todas las facciones revolucionarias. En parte se basaba en el supuesto, sostenido por muchos observadores en ese momento, de que en la Convención de Aguascalientes se llegaría a un acuerdo y surgiría un gobierno mexicano de unidad. Estados Unidos no necesitaría entonces el puerto de Veracruz para influir sobre los acontecimientos, ya que contaría con otros medios. También pesaba cada vez más el estallido, sólo un mes antes, en agosto de 1914, de la primera guerra mundial. Los funcionarios estadounidenses temían que los submarinos alemanes pusieran en peligro el comercio con Europa y que Japón se volviera agresivo en China. Mantener en México a una gran parte del ejército

estadounidense, relativamente pequeño entonces, era debilitar la capacidad de negociación de Estados Unidos con el resto del mundo. La evacuación se demoró, porque los estadounidenses planteaban ciertas condiciones que Carranza se negaba a aceptar: exigían que no se tomaran represalias contra los mexicanos que habían trabajado para las autoridades de ocupación, que los habitantes de Veracruz que habían pagado impuestos a esas autoridades no fueran obligados a volverlos a pagar a un gobierno mexicano y que los más de quince mil refugiados que habían inundado Veracruz no sufrieran represalias. Carranza consideraba que esas condiciones infringían la soberanía de México. Sin embargo, consultó a la Convención Revolucionaria de Aguascalientes, la cual le recomendó aceptar para que las tropas extranjeras salieran cuanto antes del puerto.

En noviembre de 1914, después de estallar la guerra civil entre sus fuerzas y las de la Convención, Carranza finalmente accedió a las demandas estadounidenses. Sin embargo, antes de tomar la decisión final, el gobierno de Wilson consultó a Villa sobre quién debía asumir el control de Veracruz. Como cabía prever, Villa contestó pidiendo que la ciudad le fuera entregada a un representante de la Convención. El problema era que no había tropas de esa facción cerca de Veracruz. Toda la región circunvecina estaba controlada por tropas leales a Carranza. Wilson encaraba entonces el dilema de quedarse en la ciudad hasta que los villistas triunfaran sobre Carranza y la tomaran, o transportar tropas villistas en naves estadounidenses a Veracruz, o entregar la ciudad a Carranza. Para Wilson y su gobierno, esta tercera opción presentaba menos riesgo de provocar una confrontación armada con tropas mexicanas. Si Wilson reconocía al gobierno de la Convención y permitía que entraran en Veracruz tropas villistas en barcos de Estados Unidos, bien podía suscitar graves acciones antiestadounidenses de los carrancistas, y verse a su vez provocado a intervenir aún más profundamente en México. Además, ni la opinión pública en Estados Unidos ni los estadounidenses con intereses en México parecían enteramente favorables a Villa.³⁸ La primera opción –quedarse más tiempo en Veracruz– parecía igualmente riesgosa. El secretario de Guerra Garrison le escribió a Wilson, en noviembre, que si las fuerzas permanecían en Veracruz existía una posibilidad real de que entraran en combate con los carrancistas.³⁹ Conforme la primera guerra mundial aumentaba su ritmo e intensidad, Wilson se resistía más y más a quedar atado en México.

Esta interpretación, ampliamente aceptada, de las acciones de Wilson no explica suficientemente que se retirara de Veracruz y entregara la ciudad a la

facción carrancista. Peor aún, no explica por qué Wilson se negó a considerar una tercera opción: destruir o evacuar todo el material de guerra de la ciudad, para no darle a ningún bando una injusta ventaja. Si el miedo de quedar atrapado en una guerra en México fue el principio guía de las acciones de Wilson, no se ve claramente por qué violó ese principio sólo once meses más tarde cuando, en octubre de 1915, reconoció a Carranza y permitió a las tropas carrancistas cruzar territorio estadounidense para atacar a Villa. En un momento en que la primera guerra presentaba riesgos mucho mayores para Estados Unidos que en 1914, aceptó la posibilidad –que se convertiría efectivamente en realidad– de que se produjeran represalias villistas contra Estados Unidos.⁴⁰ ¿Sería el motivo principal de Wilson su temor al radicalismo villista y zapatista, y la esperanza de que Carranza, más moderado, prevaleciera en la guerra civil? Parece improbable. Aunque Wilson desconfiara del radicalismo de Villa y Zapata, ciertamente le molestaba también el nacionalismo de Carranza. Además, cabe dudar que Wilson o cualquier otro funcionario estadounidense creyera en ese momento que, ni siquiera con las armas almacenadas en Veracruz, Carranza podría vencer en la guerra civil. La opinión de prácticamente todos los observadores extranjeros coincidía en que la Convención era muy superior en términos militares y políticos, así como en popularidad. Lo más probable es que el gobierno de Wilson simplemente no quisiera que ninguna facción dominara del todo.

Wilson siempre deseó para México un gobierno estable, favorable a la libre empresa y al estilo estadounidense de democracia, y si no obediente, sí abierto a sus sugerencias. La mejor forma de obtener ese gobierno era no dejar que una sola facción triunfara, para llegar a una coalición de todas las facciones. Ése fue de hecho uno de los principales objetivos de la política mexicana de Wilson desde el momento en que asumió el cargo hasta octubre de 1915, cuando reconoció a Carranza. Primero intentó lograr un acuerdo entre el ala más moderada del régimen de Huerta, encabezada por Federico Gamboa, y Carranza. Después de la renuncia de Huerta, aún tenía esperanzas de lograr un régimen de coalición que incluyera a los revolucionarios y a representantes de las fuerzas conservadoras que habían apoyado a Huerta.

Con ese mismo propósito, en junio de 1915, cuando Villa iba de derrota en derrota, Wilson le lanzó una especie de salvavidas. “No queremos que la facción de Carranza sea la única con la que podamos tratar en México”, le escribió a Wilson el secretario de Estado Lansing. “Carranza parece tan imposible que la aparición de por lo menos una oposición contra él nos daría la oportunidad de

invitar a las facciones a negociar. Creo por tanto que es político por el momento permitirle a Villa obtener suficientes recursos financieros para que su facción permanezca en armas hasta que se llegue a un acuerdo.”⁴¹ Además, una serie de factores importantes persuadieron a Wilson de abandonar su política de manos fuera en la guerra civil mexicana.

Sin duda el más importante de estos factores fue la primera guerra mundial. Aunque oficialmente neutral, Estados Unidos se inclinaba más y más por los Aliados, y las relaciones con Alemania eran cada vez más tensas. La posibilidad de que se viera arrastrado a la guerra flotaba en el horizonte. Lo último que Wilson quería en semejante momento era que su atención se desviara de Europa y el Lejano Oriente, donde Japón estaba poniendo en peligro los intereses estadounidenses en China. Por razones económicas también, Wilson necesitaba paz y tranquilidad al sur de la frontera. Los Aliados dependían cada vez más del petróleo mexicano, y Estados Unidos requería también cada vez más el henequén de Yucatán, dado que sus otras fuentes de esa materia prima, como el África Oriental Alemana, estaban cerradas a causa de las hostilidades.⁴² El presidente se dio cuenta claramente de los riesgos que México podía presentar cuando se descubrieron los planes alemanes para provocar una guerra entre México y Estados Unidos, precisamente con objeto de evitar que éste enviara armas a los Aliados y asegurar que no intervendría en Europa. Un agente secreto, Franz von Rintelen, fue detenido por las autoridades británicas cuando regresaba de Estados Unidos a Alemania. Fue acusado de haber entregado doce millones de dólares a Huerta, quien a cambio prometió dar un golpe de estado en México y, si tenía éxito, atacar a Estados Unidos.⁴³

También influyó en Wilson un informe de su emisario especial, Duval West. En abril de 1915, West había llegado a la conclusión errónea de que ningún partido o facción podía triunfar en México “sin la ayuda o asistencia de Estados Unidos”.⁴⁴ West se oponía tajantemente a cualquier intervención militar estadounidense y decía que había opciones más pacíficas para favorecer “una situación de paz y orden permanentes y la instauración de un gobierno estable”.⁴⁵ Según él, Estados Unidos tenía tres alternativas: podía reconocer y apoyar a una de las facciones en la guerra civil; podía proponer a un candidato propio y darle todo su apoyo, o podía reconocer a un miembro del gobierno de Madero que le sucediera constitucionalmente. Era esta última solución la que West defendía y la que, por lo menos durante un tiempo, Wilson consideró.

La sensación que tenía Wilson de que había que hacer algo urgentemente en México también derivaba de que le llegaban informes según los cuales el

gobierno francés estaba contemplando la posibilidad de una intervención europea conjunta en México, “a pesar de los deseos estadounidenses al respecto”, al terminar la primera guerra mundial.⁴⁶

Motivado por todo ello, Woodrow Wilson envió a las partes beligerantes en México una nota redactada en términos duros en que los llamaba a ponerse de acuerdo lo más pronto posible. De otro modo, el gobierno estadounidense se vería “obligado a decidir qué medios había que emplear para ayudar a México a salvarse”.⁴⁷ Wilson no decía en qué consistiría esa nueva política, pero la mayoría de los revolucionarios mexicanos tomaron su nota como una clara amenaza de intervención.

Carranza la rechazó tajantemente, pero Villa seguramente la consideró un regalo de los dioses. Si Wilson era lo bastante enérgico y amenazante, cabía esperar que Carranza detendría su avance y, por tanto, no podría derrotarlo. Probablemente Villa pensaba también que la llamada de Estados Unidos restablecería la moral de muchos de sus hombres, porque les permitiría confiar en que el triunfo de Carranza no era totalmente inevitable. Aunque acogió bien la iniciativa de Wilson, Villa no quiso apoyarla públicamente, ya que implicaría reconocer el derecho de Estados Unidos a intervenir en los asuntos de México. En una nota a Wilson se mostró cauto, y dijo sólo que Carranza era responsable del estallido de la nueva guerra civil. De otra manera, sin embargo, apoyó tácitamente el punto de vista de Wilson. Declaró que si Carranza estaba dispuesto a dejar el país él entregaría inmediatamente su mando de la División del Norte y saldría también de México. En una nota dirigida a Carranza, sostuvo que era imperativo para todas las facciones llegar a un acuerdo para impedir la intervención armada de Estados Unidos.⁴⁸ Carranza no le respondió.

Cuando quedó claro que la nota de Wilson no había obtenido el resultado deseado, el secretario de Estado Robert Lansing planeó una conferencia de representantes de Estados Unidos, Argentina, Brasil y Chile, con el fin explícito de convocar una reunión de los jefes militares secundarios de México que, a su vez, crearían un nuevo gobierno. Éste sería reconocido y provisto de armas por Estados Unidos y los tres países sudamericanos; simultáneamente, quedarían cortados los envíos a las otras facciones. Esos jefes secundarios, sin embargo, no elegirían al nuevo presidente y su gabinete: en su propuesta de conferencia, Estados Unidos se reservaba el derecho de participar en la decisión. En realidad, el gobierno de Wilson no tenía al parecer la menor intención de dejar en manos de los revolucionarios mexicanos tan importante asunto. Empezó a examinar a los posibles candidatos, para proponer a uno de ellos, y tal vez imponerlo, en la

conferencia planeada.⁴⁹ Carranza se negó a participar en ella, pero Villa envió como su delegado en Washington a uno de sus funcionarios más importantes, el antiguo presidente de la Convención, Roque González Garza.

El salvavidas que Wilson le lanzó a Villa llegó en un momento en que las relaciones entre éste y Washington se hallaban en su punto más bajo hasta entonces. Lejos estaban los días en que Villa consideraba a Wilson una especie de Madero estadounidense, un idealista y amigo de los pobres. En enero de 1915, cuando se reunió con antiguos oficiales del ejército federal y los invitó a unirse a su División del Norte, les dijo “que todos debían prepararse para combatir por la integridad del territorio; que los norteamericanos mantenían en México a varios agentes confidenciales con el exclusivo objeto de avivar las disensiones entre él, Gutiérrez, Carranza y Zapata; y que era indispensable estar listos para batirse contra el enemigo común”.⁵⁰ Esta declaración nunca fue publicada. Villa no quería atacar públicamente a Estados Unidos, pero en conversaciones privadas con representantes estadounidenses no disimulaba que su actitud hacia el vecino del norte había sufrido un cambio profundo. Cuando el representante especial de Wilson, Duval West, fue a entrevistarse con él en marzo de 1915, Villa fue tajante sobre sus objetivos y su actitud respecto de Estados Unidos.

Al preguntársele hasta qué punto debía alentarse a los extranjeros a desarrollar el país, [Villa] dijo que no había voluntad de prohibir esas acciones, excepto en el caso de la tierra; no debía permitirse o no se permitiría a los extranjeros poseer tierra. Que era su idea que el país debía desarrollarse con capital mexicano, y que a ese capital debía obligársele o requerírsele –no dijo cuál de las dos cosas ni cómo ni cuándo– que se empleara en el establecimiento de las empresas industriales habituales.

La anterior declaración, y el hecho de que el general Villa no aprovechara la oportunidad que la pregunta le ofrecía de dejar claro el deseo de sus seguidores de alentar al capital extranjero, me dan la idea de que se apoya en la demanda popular de que “México debe ser para los mexicanos” y de que abrir la puerta a los inversionistas extranjeros es en última instancia poner en peligro a la nación.⁵¹

El deterioro de las relaciones de Villa con Estados Unidos se debió en gran parte a que tenía la impresión de que la práctica contradecía las declaraciones idealistas de Wilson. Sus suspicacias debieron crecer enormemente a causa de

“una larga nota confidencial enviada al general Villa a través del cónsul Silliman en que se le prometía de hecho el reconocimiento para pocas semanas después (diciembre de 1914) si hacía varias concesiones impuestas por el Departamento de Estado: el uso de la Baja California, la Bahía de la Magdalena y los campos petroleros de Tampico eran sutilmente mencionados”. Según el mismo informante, que le reportó esto al senador estadounidense Fall, Villa le envió una carta a Zapata “en la que mencionaba esta nota y le preguntaba si estaba dispuesto a hacer esas concesiones al gobierno de Estados Unidos”. Zapata le contestó “que aceptaba y que llevara a cabo los arreglos que creyera convenientes con el gobierno de Estados Unidos”.⁵² Sin embargo, no hay pruebas de que Villa se comprometiera a hacer tales concesiones.

Tampoco hay pruebas de que Silliman actuara por instrucciones ni de Woodrow Wilson ni del secretario de Estado William Jennings Bryan. Pero es improbable que Silliman hablara sólo a título personal. Otros representantes del Departamento de Estado le harían demandas similares a Villa más tarde. Con toda probabilidad Silliman representaba a una facción dentro del gobierno, encabezada por el secretario del Interior, Franklin Lane, que mantenía estrecho contacto con las compañías petroleras de Estados Unidos.

Sin duda también la conspiración de Iturbide contribuyó a acrecentar el enojo y el recelo de Villa. Eduardo Iturbide era un rico terrateniente del estado de Michoacán, descendiente del primer emperador de México, Agustín de Iturbide, y cercano al Partido Católico. Con el objeto de mejorar sus relaciones tanto con la iglesia como con la oligarquía, Huerta había nombrado a Iturbide gobernador del Distrito Federal y por tanto jefe de la policía de la ciudad de México. A diferencia del dictador, Iturbide se esforzó en ser amable con los extranjeros y especialmente con los estadounidenses, y su policía les ofreció toda la protección posible. Esto le ganó, entre las influyentes colonias extranjeras de la ciudad, muchas simpatías que no compartían los campesinos mexicanos. Según los zapatistas, Iturbide había matado o enrolado en el ejército a ochenta peones de las haciendas de Michoacán.⁵³ Además, había mandado a sus policías contra los zapatistas de las afueras de la ciudad de México. No resulta sorprendente que tanto Villa como Zapata lo odieran, y que temiera por su vida cuando las tropas convencionistas ocuparon la capital. Gracias a sus buenas relaciones con los extranjeros acomodados –y a una mordida de cinco mil dólares–, logró convencer al representante especial de Wilson, Leon Canova, de que lo sacara del país ilegalmente.⁵⁴ Villa se enteró de que Canova había escondido a Iturbide en su compartimento de tren, para el cual reclamaba inmunidad diplomática.

Villa mandó a sus soldados a arrestar a Iturbide, pero éstos vacilaron antes de atreverse a entrar en el compartimento. Nervioso, Canova se negó a seguir protegiéndolo, e Iturbide saltó por la ventana del tren y se abrió paso hasta el lado estadounidense de la frontera.⁵⁵ Allí fue calurosamente acogido por influyentes políticos y hombres de negocios estadounidenses que se proponían dar un golpe de estado contrarrevolucionario y ponerlo a la cabeza del país. El vocero del grupo era Leon Canova, encargado de la sección del Departamento de Estado que se ocupaba de México. Canova vendría a ser el Oliver North de la revolución mexicana. Como su posterior modelo, Canova quería hacer la contrarrevolución por medios encubiertos, y estaba dispuesto a saltarse los canales oficiales y a violar las leyes. En ese proceso, colaboraría con intereses empresariales y oscuros aventureros, y utilizaría sus actividades políticas para obtener ganancias personales.

Canova era un periodista que hablaba español y había escrito algunos artículos sobre América Latina, los cuales habían impresionado tanto al secretario Bryan que lo nombró uno de los agentes especiales de Wilson en México. Carecía del aplomo y el carisma de Oliver North, y muchos mexicanos y colegas del cuerpo diplomático, así como otros observadores extranjeros, lo despreciaban: “Canova es un pillo de primer orden, poseído de su propia importancia”, lo describía un colega. “Anda presumiendo por ahí en los automóviles de la delegación y siempre buscando la forma de ponerse en lugar visible. Tiene la manía de los embajadores, creo, porque continuamente me habla de lo bien que conoce a todos ellos e incluso me pregunta si no me parece que se lleva muy bien con ellos.”⁵⁶

Un periodista estadounidense no era menos crítico: “Leon J. Canova, otro de los representantes personales del señor Wilson, es de ascendencia portuguesa. Sólo porque hablaba español, circulaba por el cuartel de Carranza como representante del gran pueblo estadounidense [...] El día antes de que Canova saliera con el señor Iturbide para la frontera, los zapatistas que saqueaban la casa de éste descubrieron un recibo por cinco mil dólares a nombre de Edward H. Iturbide y firmado por Leon J. Canova”.⁵⁷

Un banquero francés escribía desdeñosamente: “El señor Canova probablemente ha sido jefe de alguna estación ferroviaria”.⁵⁸

El plan de Canova no sólo consistía en que Estados Unidos proporcionara armas al grupo de Iturbide, sino que sugería una forma de apoyo que se utilizó con éxito en años posteriores: dotaciones de alimentos para repartir entre la población. Este gesto, se esperaba, le aseguraría a Iturbide la popularidad de que

carecía. A cambio de esa ayuda y de un cuantioso préstamo —se mencionaba la cantidad de quinientos millones de dólares— de los bancos estadounidenses, los conservadores debían hacer amplias concesiones al gobierno y a los banqueros de Estados Unidos, incluyendo la “supervisión estadounidense de la recaudación aduanal”. Debían también aceptar que Estados Unidos nombrara un “consejero administrativo no oficial”, con poderes no especificados, para “supervisar las reformas necesarias”. En su memorándum al secretario de Estado Bryan, Canova no explicaba qué entendía por “reformas necesarias”.⁵⁹ Pero en otro memorándum dirigido a Chandler Anderson, que con frecuencia sirvió como intermediario entre el gobierno y los empresarios, Canova estipulaba que “todas las propiedades de la iglesia y otras confiscadas desde el 13 de febrero de 1913 por las bandas revolucionarias u otros, sin el proceso legal adecuado o debido, serían reocupadas por sus propietarios legales”.⁶⁰

El plan de Canova era algo más que un simple intento de un alto funcionario del Departamento de Estado y algunos socios mexicanos y estadounidenses de obtener ventajas en México. Lo respaldaban importantes sectores de la oligarquía prerrevolucionaria mexicana, representados por Manuel Calero, y empresarios estadounidenses, de los que era vocero Chandler Anderson.⁶¹ Su propósito era explotar la desunión del campo revolucionario para restablecer un régimen parecido al de Porfirio Díaz pero, a diferencia de su predecesor, dominado por Estados Unidos.

Con toda probabilidad, este plan tenía su complemento en un acuerdo secreto entre los conservadores mexicanos y los intereses empresariales estadounidenses relevantes (entre los que destacaban las compañías petroleras), acuerdo que Canova no reveló a los funcionarios gubernamentales al someterles su proyecto. Según ese pacto secreto, los intereses estadounidenses tendrían una influencia decisiva en la selección del secretario de Relaciones Exteriores y del secretario de Hacienda de México. Estados Unidos debía otorgar un préstamo importante a México y supervisar sus finanzas. Obtendría bases navales en el Pacífico, sobre todo en la Bahía de la Magdalena. Y las empresas estadounidenses compartirían el control del ferrocarril de Tehuantepec, hasta entonces en manos de los británicos.⁶²

El plan de Canova tuvo importantes apoyos dentro del gobierno de Wilson; el más explícito fue el del secretario del Interior, Franklin K. Lane, que en años posteriores se identificó íntimamente con los intereses petroleros.⁶³ Por iniciativa suya, el plan fue discutido en una reunión de gabinete, pero Bryan alegó que Estados Unidos “no debía apoyar a un hombre que probablemente

jugaría el juego de los reaccionarios”.⁶⁴ Aunque Wilson no emitió ninguna opinión en esas reuniones, más tarde expresó que estaba de acuerdo con la postura de Bryan, y el plan fue descartado.⁶⁵

Canova al parecer entró en contacto con algunos generales villistas, y le escribió al secretario de Estado: “Me aseguran que veinte mil hombres, en su mayoría soldados adiestrados del antiguo ejército federal, procedentes sobre todo de las filas villistas, se adherirían; pero lo más probable es que todo el ejército de Villa se una al movimiento”.⁶⁶ También se acercó a Ángeles, tratando de obtener su apoyo para el plan, que el general rechazó con gran indignación.⁶⁷ No cabe duda de que Villa fue informado de la conspiración de Iturbide, ya fuera por alguno de los generales que Canova había contactado o por Ángeles. Como nunca supo que Wilson había rechazado el plan, su desconfianza ante la política estadounidense debió aumentar, y más aún cuando Canova intentó de nuevo convencerlo de acceder al tipo de condiciones que Iturbide había aceptado y que habrían transformado a México, *de facto*, en un protectorado de Estados Unidos.

El emisario que Canova le envió a Villa era muy parecido a él: un oscuro hombre de negocios llamado J. F. Keedy. Según un funcionario estadounidense destacado en la frontera mexicana, Keedy había sido procurador estadounidense en Puerto Rico y la zona del Canal de Panamá, y formaba parte de un “infernall torrente de impostores y maromeros que no beneficiaban en nada al gobierno y que, en el mejor de los casos, confundían a la mentalidad mexicana”.⁶⁸ Había hecho algunos negocios con Villa y se había ganado su confianza. Según el testimonio que dio a un agente del Buró de Investigación, en septiembre de 1915, Keedy,

en representación del señor Paul Fuller y del señor Canova del Departamento de Estado, [debía emplear] sus buenos oficios y su influencia sobre Villa para lograr que nombrara un gabinete acorde con sus deseos en el caso de que se produjera el reconocimiento [de Villa]. Keedy llegó a Chihuahua en septiembre y a través del coronel Darío Silva, miembro del Estado Mayor del general Villa, obtuvo muy pronto una audiencia para tratar dichos asuntos. Después de su conversación con Villa y de dejarle claro de qué manera los [que él consideraba] mejores intereses de la República Mexicana se verían servidos si nombraba su gabinete según los lineamientos que le proporcionaban el señor Fuller y el señor Canova, Villa le dijo que llamaría a Díaz Lombardo para consultarle antes de tomar una decisión sobre asuntos tan importantes [...] Keedy dijo que varias veces se le dieron largas de la misma

manera, hasta que vio que [Díaz] Lombardo había aconsejado a Villa contra sus planes y que le sería imposible cumplir su encargo, por lo que dice que regresó de Chihuahua a Washington tras el fracaso de su misión, viajando vía El Paso.⁶⁹

Parece al principio difícil entender por qué Fuller y Canova, que estaban bien informados sobre la situación en México y sabían que Villa se hallaba al borde de la derrota, le ofrecían el reconocimiento y mostraban tan poderoso interés por el gabinete que nombraría. ¿Actuaron por su cuenta o representaban a un grupo estadounidense más amplio? Es probable que representaran a la misma coalición de fuerzas que respaldaba a Iturbide: importantes miembros de la iglesia católica, compañías petroleras y un miembro conservador del gabinete de Wilson, el secretario del Interior Franklin Lane. Este grupo se oponía al reconocimiento de Carranza. A los miembros del clero les preocupaba su actitud anticlerical, mientras que las compañías petroleras habían hecho un cómodo arreglo con Manuel Peláez, que estaba “protegiendo” los pozos petroleros contra los carrancistas. El objetivo de todos ellos era que Estados Unidos impusiera un candidato para la presidencia de México que contara con el apoyo tanto del gobierno como de los intereses empresariales estadounidenses. Su candidato preferido era Iturbide, pero estaban dispuestos a aceptar otras opciones, como el antiguo ministro de Madero, Vázquez Tagle. Canova quería el apoyo de Villa así como el de su ejército para cualquier candidato que los estadounidenses nombraran. Probablemente para mostrar al gobierno que podían contar con Villa y su ejército, y que su candidato tenía amplio apoyo en México, quería que éste nombrara a algunos funcionarios pertenecientes a esa “nueva” facción conservadora. También pudo ser un medio de presionar a Carranza.

Varios meses antes, cuando Silliman le había hecho una propuesta parecida, Villa por lo menos la tomó en consideración. Esta vez, a pesar de su situación desesperada, rechazó prontamente la oferta de Keedy. Se había convencido de que el verdadero objetivo de Estados Unidos era transformar a México en una colonia, y no estaba dispuesto a colaborar en semejante proyecto, aunque ello le costara el apoyo de ese país.⁷⁰

El deterioro de las relaciones entre Villa y Estados Unidos también se debía a factores económicos. Conforme progresaba la guerra entre las facciones revolucionarias, se agotaban recursos como el ganado de Chihuahua y el algodón de La Laguna y se depreciaba vertiginosamente su moneda, cada vez era más difícil para Villa mantener su política inicial de eximir a los estadounidenses del

pago de altos impuestos. Empezó a pedir contribuciones a las haciendas cuyos dueños y administradores eran estadounidenses, y a presionar a los propietarios de minas que habían suspendido la producción debido a la incertidumbre reinante. Ya había amenazado a los dueños de las minas con confiscárselas a menos que reemprendieran el trabajo, lo que había provocado tensiones con Estados Unidos.

Cada vez que Villa planteaba esas amenazas, los funcionarios estadounidenses protestaban vehementemente, dando a entender que si seguía adelante no podría comprar armas en Estados Unidos. Una y otra vez, Villa cedió, mientras las compañías mineras continuaban en general sin trabajar y, por tanto, sin pagarle impuestos.⁷¹ Lo único que Estados Unidos estaba dispuesto a concederle a cambio de su política conciliatoria era un relajamiento de las normas sanitarias, para permitirle seguir exportando ganado y carne.

Villa siguió convencido de que Carranza no sería reconocido. Le tranquilizaban a ese respecto tanto lo que le decían constantemente Carothers y otros representantes como las noticias que recibía de los dos cabilderos que había contratado en Estados Unidos para promover su causa e impedir el reconocimiento de Carranza. Se trataba de James Rudolph Garfield, hombre básicamente conservador, hijo de un expresidente de Estados Unidos que tenía buenas relaciones con el Departamento de Estado, y el empresario Nelson Rhoades.⁷² En años posteriores, Garfield representaría a las compañías petroleras estadounidenses con inversiones en México. No defendió el reconocimiento de Villa y, tras la derrota de Celaya, éste comprendió que ese reconocimiento era improbable; en cambio, Garfield proponía el “establecimiento en México de un nuevo gobierno provisional representativo de todas las facciones, la eliminación de Carranza y el apoyo político y financiero de Estados Unidos a ese nuevo gobierno”.⁷³ Aunque el plan de Garfield no mencionaba la eliminación de Villa, éste había declarado públicamente que si Carranza salía del país, él haría lo mismo. Cuando, en agosto de 1915, el secretario de Estado y los representantes de los mayores países latinoamericanos pidieron a todas las facciones mexicanas que enviaran delegados a una conferencia que se celebraría en Estados Unidos para elegir a un presidente provisional, Villa probablemente creyó que sus dos promotores habían tenido un importante papel en ese resultado. Envío a sus intelectuales más destacados, Díaz Lombardo y sobre todo Ángeles, para convencer a Wilson de que no reconociera a Carranza.

Pensaba con razón que Ángeles contaba con considerable apoyo e incluso admiración dentro del gobierno de Wilson. Los emisarios estadounidenses ante las diferentes facciones mexicanas, primero Paul Fuller y luego Duval West, habían descrito a Ángeles en términos deslumbrantes. En junio de 1915, el secretario de Estado Bryan le escribió a Wilson: “Es posible que fuera sensato alentar a Ángeles, si puede demostrar que cuenta con el apoyo suficiente”.⁷⁴ Ese entusiasmo sin duda aumentó en junio de 1915, cuando Ángeles escribió una carta al presidente estadounidense para responder a la nota que éste dirigió a todas las facciones mexicanas. Ángeles expresaba su respeto y admiración por Wilson. “Ahora que usted, en nombre de la humanidad y por simpatía hacia el pueblo mexicano se propone llevar a cabo en breve la pacificación de mi amada patria, estoy seguro de que sus actos estarán inspirados por la más estricta justicia hacia las facciones contendientes, cuyos miembros son tan numerosos, y por el deseo de lograr para mi patria el mayor bien posible.”⁷⁵

En julio de 1915, Woodrow Wilson contemplaba la posibilidad de que “haya un hombre (tal vez Ángeles) que pueda, recomendado por nuestra fe en él, lograr la confianza de los demás”.⁷⁶ Ángeles quería reunirse con él y exponerle sus deseos, pero Wilson rehusó, no porque se opusiera, sino porque para todas las facciones habría sido una clara señal de que favorecía a los villistas o, por lo menos, a Ángeles. Sin embargo, éste pudo reunirse con el jefe de Estado Mayor estadounidense, Hugh Scott, y con el secretario del Interior, Franklin Lane. Aunque Scott se mostró evasivo, sí expresó su admiración por Ángeles en una carta que le envió a Villa pocos días más tarde y en la que decía: “He hecho por él cuanto he podido”.⁷⁷

El funcionario de más alto nivel con quien Ángeles logró reunirse fue Lane. A él le dijo que Estados Unidos debía apoyar un gobierno encabezado por alguien que hubiera formado parte del gabinete de Madero. Sugirió a Vázquez Tagle, “que no ha participado en política desde que se disolvió el gabinete de Madero”. Lane expresó su escepticismo respecto a que Carranza aceptara esa propuesta, y Ángeles le dijo que Estados Unidos debía presionarlo. “Le pregunté”, informó Lane,

qué tipo de presión habría que aplicar, y él dijo que hacerle saber secretamente que si no aceptaba el pacto para nombrar un presidente provisional, Estados Unidos le bloquearía las municiones y consideraría a sus barcos como piratas. Le pregunté si eso no nos atraería la enemistad del pueblo mexicano, y dijo que si se sabía que Estados Unidos había intentado solventar las diferencias

entre las facciones y que Carranza se había opuesto al intento, el pueblo mexicano se alegraría de que el presidente presionara para lograr ese resultado.

Lane consideró tan importante esta conversación que le envió a Wilson un memorándum al respecto.⁷⁸

Ángeles se ganó la estima de estos funcionarios no sólo porque se oponía a que Carranza ocupara cualquier cargo político, sino porque insinuó que tampoco debía tenerlo Villa. Sugirió “que la facción de Carranza nombrara a aquellos que debían ser eliminados del bando de la Convención y ésta a los de la facción carrancista. Esa eliminación consistiría en renunciar a ser candidato a cualquier cargo político durante el siguiente periodo presidencial constitucional”.⁷⁹ Este objetivo coincidía con las repetidas declaraciones de Villa en el sentido de que no quería ningún puesto. Lo que no está claro es si Ángeles se proponía solamente evitar que Villa ocupara algún cargo o si estaba dispuesto a ir más lejos y exigir que entregara el mando de la División del Norte y saliera del país.

Pero las esperanzas de Ángeles de que pudiera evitarse el triunfo final de Carranza se disiparon pronto debido al colapso militar, económico y político, cada vez más claro, del villismo.

EL DERRUMBE

Tras obtener sus decisivas victorias contra Villa en el centro de México, Obregón se dispuso a expulsarlo de sus últimos bastiones en el norte. Procedió cautelosa y lentamente hacia el corazón del villismo, en parte porque, conforme avanzaba, sus líneas de comunicación se distendían peligrosamente. Los asaltos de Fierro y de Canuto Reyes le habían demostrado cuán vulnerables eran. Otro motivo, aún más importante, era la esperanza de que el villismo se colapsaría y desintegraría por su propia dinámica. Tales expectativas estaban bien fundadas.

Aparte de su carisma y de que muchos en las clases populares se identificaban con él, la popularidad de Villa y del villismo descansaba en cuatro pilares: la reputación de invencibilidad de Villa, la amplia distribución de bienes y dinero a las clases bajas, la promesa de repartir la tierra tras la victoria y, por último, la idea de que no podía perder porque los estadounidenses lo respaldaban.

Esos cuatro pilares se habían cuarteado. Durante un tiempo, Villa pudo ocultar la amplitud de su derrota mediante reiteradas negativas y gracias a la falta de credibilidad de la propaganda carrancista. Además, los ataques de Fierro y Reyes

en el centro y el sur, que forzaron a Pablo González a evacuar brevemente la ciudad de México, crearon la ilusión de que el villismo contraatacaba, de que Villa de nuevo avanzaba inexorablemente hacia el sur y tenía posibilidades de quedar triunfador en la guerra civil. Para fines de junio y principios de julio, cuando Fierro y Reyes, en retirada, huían hacia el norte, ya no fue posible esconder la magnitud del desastre. La moral de las tropas de Villa se desplomó y, más grave aún, lo mismo sucedió con su moneda, lo que produjo la paralización de la vida económica en los territorios que controlaba. Conforme las prensas de todas las facciones revolucionarias (con excepción de los zapatistas) escupían más y más papel moneda, su valor caía. Sin embargo, la declinación de la moneda villista no fue muy violenta mientras hubo expectativas de que finalmente triunfaría y redimiría, de un modo u otro, las enormes cantidades de billetes que había emitido. Durante largo tiempo, la gente aún aceptaba esos billetes en los territorios que Villa controlaba. Muchas compañías extranjeras habían comprado grandes cantidades de moneda villista a precios de descuento, para pagar sus impuestos con ella cuando su facción quedara triunfadora. Al ver que tal vez tendrían que pagarle impuestos a Carranza, lanzaron al mercado sus existencias de billetes villistas. El peso de Villa, que pocas semanas antes valía treinta centavos de dólar, cayó a un centavo y medio.⁸⁰ Hubo rápidos aumentos en los precios de todas las mercancías, tanto importadas como nacionales. Cuando la moneda villista tocó fondo, muchos comerciantes empezaron a rechazarla, con lo que los trabajadores y los soldados reclamaban que les pagaran en oro o en dólares. Al principio, Villa cedió a las demandas de los mineros y obligó a las compañías extranjeras a pagarles en moneda fuerte. Esto creó descontento entre los ferrocarrileros, que amenazaron con ir a la huelga, y entre los soldados de Villa, y se incrementó notablemente el número de desertiones.

Villa, que no sabía nada de economía, no podía entender por qué su moneda caía de forma tan drástica; lo atribuía a la codicia de los financieros que especulaban con su dinero y a la rapacidad de los comerciantes que aumentaban los precios para obtener mayores beneficios. “Los comerciantes de Chihuahua”, afirmaba Villa,

han explotado al pueblo de manera escandalosa por espacio de largos meses, y la situación se presenta como realmente desesperada y estamos en serio peligro de que la gente se amotine por falta de comida o más bien porque los comerciantes, habiendo encontrado una inagotable mina de oro, la explotan a

expensas de los necesitados con el pretexto de que el tipo de cambio de nuestra moneda ha bajado, día con día, declinación que se debe principalmente a las oscuras manipulaciones de ciertos canallas; los comerciantes aumentaron escandalosamente los precios de la mercancía, de modo que muchos artículos cuestan de veinticinco a treinta veces su precio ordinario y esto incluso con mercancías producidas dentro del territorio nacional. Muchos otros escondieron su mercancía para producir un enorme aumento del precio o exigieron que se les pagara en plata, oro mexicano u oro americano, contribuyendo con ello, criminalmente, a la depreciación del papel moneda del estado. Todos mis esfuerzos por suprimir esta actitud innoble de los comerciantes fueron estériles. Los mayores abusos fueron cometidos por los comerciantes extranjeros, que son los dueños de la tiendas mayores, y desde luego los comerciantes minoristas necesariamente tenían que vender a precios mayores que los mayoristas.⁸¹

Estaba convencido de que podía resolver el problema económico tratando a los comerciantes como había tratado a la oligarquía de Chihuahua: mediante la intimidación y la confiscación. En la capital del estado, Villa metió en prisión a la mayoría de los comerciantes y se negó a darles alimento durante cuarenta y ocho horas, “a fin de que supieran lo que es sufrir hambre”.⁸² Firmó una orden de expulsión de todos los comerciantes de forma que debían cruzar la frontera para que “fueran a buscar oro al otro lado”.⁸³ Luego canceló dicha orden para no perder el apoyo estadounidense, pero confiscó las existencias de todos los comerciantes mexicanos y de algunos extranjeros. Esos productos se vendieron a muy bajos precios al pueblo de Chihuahua y en la región lagunera alrededor de Torreón. El resultado era predecible, como lo expresó un observador español. Las medidas de Villa, dijo,

lejos de resolver el conflicto contribuyeron, como es natural, a agravarlo aún más, porque temerosos todos los comerciantes de incurrir en el enojo del general Villa e imposibilitados de vender a los precios que éste quería, se negaban a vender y durante varios días era difícil encontrar qué comer, al mismo tiempo que constituyen una situación insostenible para el porvenir, porque agotadas las existencias que hay en la actualidad, seguramente que no habrá comerciante alguno que se arriesgue a traer otras nuevas.⁸⁴

La situación empeoró también como consecuencia de la drástica caída de la producción agrícola, debida en parte a la demanda de los enormes ejércitos de

ambas facciones y a que su paso afectaba a la agricultura. “Un ejército mexicano de tipo irregular como el del general Villa”, señalaba un observador,

que consiste casi totalmente en tropas montadas, requiere una enorme cantidad de alimento para los caballos y los hombres, acrecentada por la corrupción y el despilfarro en la distribución de dicho alimento y porque no existe ningún servicio de economato, sino que las esposas y las familias acompañan a los hombres, incluso en el frente, lo que suma otras tantas bocas que alimentar [...] a esto hay que añadir los muy considerables trechos de tierra que quedan entre las facciones enfrentadas y están expuestos a las requisiciones de éstas, así como el muy considerable territorio ocupado de hecho por los ejércitos, donde las existencias de alimentos han sido capturadas y las cosechas abandonadas o atropelladas hasta desaparecer.

El observador también señalaba que en muchas haciendas, después de que la élite terrateniente huyó, “la organización en muchos casos necesaria en esta república para una agricultura eficaz, particularmente en cuanto a riego, ha sido destruida y la producción bajo las nuevas condiciones se ha reducido mucho”.

Una parte cada vez mayor de esa producción reducida se utilizaba para comprar armas en Estados Unidos. El efecto era particularmente notable en el caso de la carne, que por siglos había sido un alimento básico en el norte de México.

Se han sacrificado miles de cabezas y se han dejado los esqueletos a pudrirse, por el valor de exportación del cuero. Se han vendido decenas de miles al otro lado de la frontera o se han sacrificado en las empacadoras de Juárez para realizar los cueros y la carne, enlatada o en pie, en moneda oro. Casi hay una hambruna en cuanto a la carne en esta localidad, pero apenas hace unos días vi dos trenes de gordos borregos pasar por estas poblaciones camino al norte, hacia la frontera sin duda, para ser vendidos en moneda estadounidense.⁸⁵

El resultado de todo esto era que el apoyo popular con que contaba Villa iba disminuyendo y sus tropas se desmoralizaban. Se añadía que el ejército estaba cambiando de carácter: soldados y oficiales eran muy diferentes, a mediados de 1915, de la División del Norte que había tomado por asalto Torreón a principios de 1914. En aquel momento, muchas de sus unidades estaban compuestas por paisanos de la misma región, frecuentemente del mismo pueblo, muchos de ellos emparentados. Los oficiales eran en su mayoría dirigentes elegidos por sus

propios hombres y, por tanto, tenían con ellos vínculos fuertes. Un número significativo de los altos oficiales villistas eran de hecho dirigentes campesinos, como Toribio Ortega, Calixto Contreras, Severiano Ceniceros y Porfirio Talamantes. Para mediados de 1915, la composición de la División del Norte se había vuelto mucho más heterogénea. Muchos de los soldados eran prisioneros de guerra, tomados en batallas tanto contra el ejército federal como contra los carrancistas. Otros eran reclutas del centro de México que se habían unido al ejército villista en el curso de su avance hacia el sur. También se le había sumado mucha gente que había quedado desempleada como resultado de la guerra: mineros de las minas cerradas, vaqueros de los ranchos cuyo ganado se había vendido a Estados Unidos, hombres que simplemente querían escapar a la monótona vida de las ciudades provincianas o de sus pueblos de origen. Muchos de los oficiales ya no eran los dirigentes elegidos de 1914, sino hombres que habían ido ascendiendo desde los rangos inferiores y que Villa había promovido. Algunos de los dirigentes campesinos más destacados, como Ortega y Talamantes, habían muerto y habían sido sustituidos por jefes nombrados por Villa, algunos de los cuales tenían más de soldados profesionales que de líderes populares.

Conforme se oscurecían las perspectivas de triunfo y Villa tenía menos posibilidades de pagar en moneda fuerte, la antes disciplinada División del Norte, con su excepcional espíritu de lucha, empezó a desintegrarse. Muchos soldados simplemente desertaban y se iban a sus casas. Unidades completas, como la de Pánfilo Natera, que había tomado el partido de Villa en la Convención, se pasaban a las filas de los carrancistas. Los que se quedaban ya no estaban tan dispuestos a arriesgar la vida en el combate, y les interesaba más saquear y matar. “Se hizo imposible hablar con los oficiales”, informaba un observador desde Torreón,

sin la conciencia de perpetua amenaza y en la medida en que los militares dominaban todo, incluidas las autoridades civiles, ese estado de cosas y esas condiciones de vida se volvieron casi intolerables [...] Había un grupo formado por varios cientos de hombres que constituían la guardia de corps de Villa, comúnmente conocidos como los “Dorados” [...] Al parecer la regla era que podían matar con impunidad y sin que nadie les hiciera preguntas de ningún tipo, y de hecho la ley no escrita parecía ser que cualquier oficial de coronel para arriba podía matar, en particular a los ciudadanos pacíficos, sin ningún miedo a sufrir consecuencias [...]

No pasaba una noche en Torreón sin que hubiera balaceras en las calles que a veces, para quien escuchaba, parecían asumir las proporciones de una pequeña batalla y uno de los principales centros de discordia era una casa de juego administrada por un protegido del caudillo norteno [...]

Los tiros al aire estaban a la orden del día o más bien de la noche, y si puede imaginar los bailes, ritmados a tiros de pistola porque el oficial que ofrecía la fiesta prefería disparar por encima de la cabeza del músico para ordenarle que parara o continuara, y si puede hacerse idea de una situación en que se disparan armas de fuego de esa y otras formas a cualquier hora de la noche y en la que cualquier hombre lleva alguna pequeña pistola sobre su persona, podrá entender la facilidad mortífera con que se producen graves enfrentamientos, casi sin que pase una noche que no cobre su cuota de muerte y en la que no se produzcan varios asesinatos en la ciudad de Torreón.⁸⁶

La situación empeoraba día con día, y Villa se desesperaba por obtener dinero con que pagar a sus hombres y comprar bastimentos en Estados Unidos. Le quedaban muy limitadas “reservas” sin tocar: los mexicanos ricos cuya propiedad no había afectado hasta entonces porque no participaban en política; los hacendados, administradores de haciendas y campesinos que acaparaban alimentos en vez de venderlos por la moneda villista, cada vez más devaluada; cierto número de propiedades de mexicanos que habían evitado la confiscación porque las habían transferido nominalmente a extranjeros, y, sobre todo, las enormes propiedades de los extranjeros, principalmente estadounidenses, que Villa había respetado durante los primeros años de la revolución.

Para intimidar a los mexicanos acaudalados, Villa utilizó los mismos métodos que había empleado en sus días de bandido. En agosto de 1915, confiscó una de las mayores fábricas de la región lagunera, la Jabonera de Torreón, que pertenecía a una compañía encabezada por el empresario estadounidense Juan F. Brittingham, socio de Enrique Creel y de Juan Terrazas, un hijo de Luis.⁸⁷

Finalmente, conforme la situación se agravaba, Villa exigió impuestos adicionales a los terratenientes y dueños de minas estadounidenses. Intentó forzar a estos últimos a otorgarle un préstamo de trescientos mil dólares y al mismo tiempo amenazó con intervenir sus propiedades si no reemprendían el trabajo.⁸⁸ Estas medidas son signo de cuán desesperado se hallaba. Era muy arriesgado para él enemistarse con los poderosos intereses estadounidenses precisamente en el momento en que esperaba que el gobierno de Wilson lo rescatara e impusiera en México una solución que mantuviera el statu quo

militar. Los dueños de las minas estaban muy conscientes del problema en que Villa se encontraba. Persuadieron al gobierno de Estados Unidos de enviar al único hombre que generalmente apoyaba a Villa y por quien éste tenía gran respeto, el general Hugh Scott, para convencerlo de cancelar el préstamo forzoso y el decreto que afectaba a las minas que no estaban funcionando, así como la confiscación de la Compañía Jabonera de La Laguna. Scott logró su propósito: el préstamo fue rescindido y, pocas semanas después de su confiscación, la Compañía Jabonera fue devuelta a un representante de Brittingham.⁸⁹

La reacción del gobierno estadounidense ante esa situación estuvo íntimamente vinculada a las discusiones que se desarrollaban en Washington sobre cómo “resolver” el problema mexicano, una vez descartado el plan de Iturbide. El Departamento de Estado, los empresarios y la Casa Blanca se planteaban dos opciones diferentes.

La primera, defendida sobre todo por el secretario de Estado Lansing, era que el gobierno reconociera a uno de los ministros de Madero como sucesor legal del presidente asesinado e intentara atraer a su bando a todas las facciones revolucionarias. Tanto Villa como Ángeles habían dicho que apoyarían ese plan y, aunque Lansing dudaba que Carranza lo aceptara, pensaba que podía obtener la ayuda de muchos generales carrancistas y eliminar a aquél retirándole el abasto de armas. “Creo que puedo decir”, escribió Lansing,

que Carranza probablemente tiene municiones suficientes para dos meses y no más. Si se le bloquean las armas y el parque, no podrá continuar mucho tiempo. Además, creo que en cuanto se reconozca a un gobierno en México encontrará usted que hay gente en ese país, no sólo estadounidenses sino mexicanos, que proporcionarán los fondos para financiarlo y pagarán a los soldados en oro en vez de papel moneda, y verá usted inmediatas deserciones de todas las facciones [...] de manera que el reconocimiento tendría un tremendo efecto fortalecedor para aquéllos a quienes decidamos dárselo.⁹⁰

El plan de Lansing se basaba en el supuesto de que se había alcanzado en México un empate militar y de que ninguna facción era lo bastante fuerte para dominar el país. Además, el nacionalismo y el empecinamiento de Carranza le habían ganado la oposición de Lansing. Para mediados de agosto, Wilson había cambiado de opinión y ya no favorecía este plan. Cada vez se acercaba más a la conclusión de que Estados Unidos no tenía otra opción que reconocer a Carranza, cuya posición militar mejoraba continuamente. Además, los cabilderos

de Carranza en Estados Unidos habían dejado claro que éste protegería las propiedades de los extranjeros por todos los medios. Al mismo tiempo, los radicales y dirigentes obreros estadounidenses apoyaban plenamente a Carranza. La American Federation of Labor defendía el reconocimiento, al igual que uno de los periodistas políticos más influyentes y radicales, Lincoln Steffens.

En agosto de 1915, Villa no tenía idea de que Wilson estuviera contemplando semejante cambio de actitud, aunque sí temía que si su poderío militar disminuía aún más, Estados Unidos reconocería a Carranza sin imponer un tipo de arreglo que le dejara el control de su región. Tomó entonces un camino desesperado: un plan que consistía en concentrar a la gran mayoría de sus tropas en el estado de Chihuahua y destruir todas las comunicaciones ferroviarias con el resto del país, lo que demoraría mucho el avance de Obregón. Entre tanto, él pasaría de Chihuahua al vecino estado de Sonora.

Este proyecto presentaba una serie de ventajas. La mayor parte del estado de Sonora estaba ocupada por el aliado de Villa, Maytorena, con sus tropas predominantemente yaquis, famosas por su capacidad para la lucha. Ninguna línea de ferrocarril vinculaba a Sonora con el resto de México, de modo que las tropas de Carranza tendrían grandes dificultades para llegar allí. A diferencia de los estados de Chihuahua y Durango, devastados por crueles combates y con sus recursos casi agotados, Sonora estaba prácticamente ilesa: allí había habido escasos combates, ya que el ejército de Huerta sólo ocupó el puerto de Guaymas. Villa no tendría dificultades para alimentar a su ejército y hallaría recursos que vender a Estados Unidos a cambio de armas. Sobre todo, una vez que controlara Sonora y Chihuahua, contaría con los dos estados en que había mayores inversiones estadounidenses, a lo largo de la frontera. Pensaba que Wilson, aún si deseaba reconocer a Carranza, dudaría en proceder contra él. El plan era quedarse poco tiempo en Sonora y luego seguir hacia el sur. En una carta a Zapata, Villa decía que esperaba tomar los estados de Sinaloa, Nayarit, Michoacán y Jalisco; finalmente se reunirían y atacarían conjuntamente la capital.⁹¹ Esperaba que este plan revitalizara su movimiento y pusiera fin a la desmoralización que cundía en él. Muchos de sus soldados, tras desertar, saqueaban a la población civil, la cual veía a Villa cada vez con mayor claridad como el responsable de sus padecimientos. No sólo se estaba desintegrando su ejército; aún más descorazonador para él era que muchos de sus colaboradores más cercanos empezaban a volverse en su contra.

La defección que probablemente le importó menos a Villa fue la del poeta peruano y aspirante a ideólogo Santos Chocano. En él simplemente se cumplía la

estereotipada idea que el divisionario tenía de los intelectuales. Tras plantearle una nueva exigencia de dinero que le colmó el plato⁹² –Villa le había estado dando fondos constantemente sin obtener nada a cambio–, el poeta huyó a Estados Unidos. Desde ahí, empezó a escribir cartas “privadas” a los oficiales villistas y finalmente publicó, en *El Paso Herald*, una carta abierta que constituía una devastadora crítica del caudillo y de todos los esfuerzos de Estados Unidos por establecer un gobierno provisional con su ayuda y la de sus fuerzas. “El presidente interino que pudiese sobrevenir”, le escribía a Manuel Bonilla, que era uno de los candidatos que estaban considerando los estadounidenses, por haber sido miembro del gabinete de Madero,

“reconocido” y, si fuere usted, “apoyado” por Washington, desempeñará su papel sintiéndose permanentemente “en capilla” [...] El enemigo más formidable de ese Gobierno “artificial”, no sería Carranza: sería Villa, Villa no sabe obedecer, sino mandar. Las circunstancias han desnudado a mis ojos totalmente su espíritu rudimentario: cultivado, parecería un genio; renuente a la cultura, solo parece un loco. Sus facultades son exuberantes, pero desorbitadas. Los psiquiatras estudiando la maravillosa inteligencia de este hombre sin cultura, pensarían: “Puede ser un Grande hombre”; pero penetrando la tendencia de una voluntad excesiva que procede siempre, siempre, siempre con violencia, esto es, por “impresiones” y no por “reflexiones”, pensarían definitivamente, como pienso yo ahora: “Es un epiléptico”.

Un gobierno apoyado sobre este hombre, sería una inocencia dormida sobre un peligro.

A nadie escucha, a nadie atiende, y –lo que es más grave– a nadie cree.

A continuación, Santos Chocano describía al hombre al que pocos meses atrás había llamado “guerrillero divino” como un salvaje animal de presa.

Una locura de fusilamientos, una borrachera de atropellos, una desesperación de fiera en medio del incendio de un bosque... Villa, en la actualidad, no necesita ministros, sino simples verdugos –¡y vaya si los tiene a su disposición! los famosos “puntales”, como él dice. Entre una indicación de Díaz Lombardo y una contraria de Fierro, no vacila: procede fulminantemente de acuerdo con el último. Con decirle a usted que ya ahora me explico lo de Eulalio Gutiérrez, Lucio Blanco, José Isabel Robles y Aguirre Benavides...

Santos Chocano se esforzaba por mostrar tanto a Bonilla como a la opinión pública estadounidense que Villa era peor que Carranza.

Ahora bien; la base política contra Carranza ha sido y es sólo ésta: “¡Abajo el dictador!” Muy bueno; pero... ¿Se trata de una farsa? ¿Se trata de cambiar solamente la dictadura de Carranza por la dictadura de Villa? ¡Horror! Yo estoy sospechando que los que hemos sido sinceros amigos de Villa tenemos, en cualquier momento, más garantías con el propio Carranza que con Villa tal como es. Confesarlo es doloroso, pero honrado.

Todo esto desembocaba en la conclusión, principalmente destinada a la opinión pública estadounidense, de que cualquier esfuerzo por crear un gobierno mexicano con el apoyo de Villa estaba destinado al fracaso.

¿Es posible, por ventura, la eliminación de Villa, para hacer un gobierno serio, respetable y respetado, sólido? ¡No! Porque entonces ¿quién afronta la lucha armada contra Obregón? Villa es el único que quiere pelear; sus fuerzas no han sido vencidas por las de Obregón, sino por el “cansancio”, para no decir de una vez que por el “pánico”.

¿Acaso Ángeles? Nuestro amigo Ángeles, tan culto, tan fino, tan hábil, está muy lejos de ser y de poderse hacer un “caudillo militar”... Y para seguir la lucha armada, hay necesidad más que de un “organizador” de tropas, de un caudillo, que les levante el ánimo, que los entusiasme, que los arrastre a la pelea: nadie quiere pelear. En el momento que Villa desaparezca (si se descuenta a los “puntales” que son *peores* que él) los rifles tendrán que disparar solos... Todos, militares y civiles, sienten la urgencia de la paz: el único que me ha hablado de seguir peleando es Villa.

Quiere decir que para que el gobierno “artificial” que saliese de las conferencias proyectadas, llegase a sostenerse, sería necesario –he aquí el contrasentido– que Villa se fuese y que Villa se quedare: es un peligro para la situación civil y es una necesidad para la resistencia militar. El problema no tiene solución, como usted fácilmente apreciará.⁹³

Aunque las críticas de Santos Chocano habrían sido probablemente compartidas por muchos de los villistas de clase media y alta, difícilmente se puede considerar al poeta como un observador desinteresado. Sólo unas semanas después de publicar esta carta, Santos Chocano ofreció sus servicios a Carranza e inmediatamente le pidió dinero.⁹⁴ Lo que sugería la carta del peruano era que

Villa, tras sus derrotas, se había vuelto más desalmado, violento e incapaz de escuchar consejos que nunca antes.

Confirma esta impresión uno de los hombres más cercanos a Villa, uno de los pocos por los que sentía genuino respeto: Raúl Madero, hermano del difunto presidente y general en el ejército villista. En septiembre, advirtió al gobernador de Sonora Maytorena que, desde su derrota en Celaya, Villa estaba extremadamente nervioso y violento, y peleaba constantemente con sus generales y oficiales, y le advertía que si veía a Villa en Sonora era muy posible que se produjera un conflicto entre ambos.⁹⁵

A principios de septiembre de 1915, Madero le escribió a Villa para pedirle que renunciara para “salvar a nuestro partido que día con día se derrumba”. Llamaba la atención de Villa sobre la desmoralización de sus hombres. “Ya no tienen ganas de pelear, ya no quieren luchar más, ya consideran que era tiempo de que esta lucha tuviera fin y el deseo de la gran mayoría es el de regresarse a sus hogares.” Vinculaba esa desmoralización con el hecho de que “el pueblo todo está cansado de la lucha porque ya no puede vivir”. “El único camino que le puedo yo recomendar”, decía,

será el de que haciendo usted declaración pública de que doliéndose de las necesidades del pueblo y de lo interminable de la lucha, para dar una prueba de patriotismo y de abnegación a todos los jefes principales que toman parte en esta guerra de facciones, digo, haciendo declaración pública, que por todas estas razones usted está dispuesto a eliminarse y que autorizado por la mayoría de sus jefes también está dispuesto a hacer el sacrificio propio en bien de los muchos. Este consejo, créamelo, está inspirado en los mejores deseos para usted; podrá parecer como el de un falso amigo, pero más bien falso es el amigo que todo lo aprueba y que lo ciega con sus adulaciones y mentiras.⁹⁶

Tras escribir esta carta desde su estado natal de Coahuila, Raúl Madero cruzó la frontera a Estados Unidos y tres semanas más tarde volvió a escribirle a Villa urgentemente para pedirle que renunciara. Le decía que ésa era en realidad la única manera de salvar al partido convencionista. Si Villa renunciaba,

podría nuestra facción hacer una declaración pública en el sentido de que: La guerra no ha traído ningún beneficio al país: que aun siendo cierto que el señor Carranza ha adquirido cierto predominio militar en la República, no estamos más cerca de una organización bien fundada que le garantice la paz.

Por consiguiente, y siendo el señor Carranza únicamente una facción sin algún apoyo legal para que se la reconozca, no podemos nosotros rendirnos a su facción para que gobierne a su antojo la República.

Finalmente apelaba a la preocupación de Villa por sus soldados:

Una última consideración quiero hacerle y es la de la situación en que se encontrarán los abnegados soldados que han depositado su confianza en usted y en los demás jefes y que, con verdadera abnegación y confianza amplísima, han y siguen corriendo los mayores peligros. Usted sabe bien que la mayor parte de los miembros de la División del Norte son del Estado de Chihuahua. ¿Se imagina al entrar el elemento carrancista la situación que se presentará? Los Colorados que tan duramente han sido perseguidos por nosotros van a aclamar al enemigo triunfador como el salvador y se van a aliar para saciar su venganza; la persecución y la calumnia se entronizarán y veremos la miseria caer sobre las familias de nuestros soldados.⁹⁷

Madero no decía por qué creía que el ejército, ya desmoralizado, podría, una vez que Villa se fuera, impedir que los carrancistas controlaran Chihuahua y las demás regiones del norte que aún dominaba. Lo que Madero daba a entender sin decirlo era que en tal caso Estados Unidos forzaría a Carranza, con la amenaza de negarle el reconocimiento, a aceptar el statu quo militar.

Madero decía que abandonaba para siempre su ejército. Su hermano, Emilio Madero, que también era general de Villa, hizo lo mismo.⁹⁸

Para septiembre de 1915, muchos de los intelectuales y villistas de clase alta habían cruzado la frontera. La mayoría lo hizo con la aprobación de Villa, quien esperaba que logran influir sobre el gobierno de Wilson para que no reconociera a Carranza, sino que apoyara a un gobierno encabezado por un miembro del gabinete de Madero. Al ver que no lograban esto, decidieron permanecer en Estados Unidos. Ninguno de ellos se unió a Carranza ni hizo declaraciones contra Villa. Unos pocos le siguieron siendo leales y trataron de apoyar su causa desde el exterior. Manuel Bonilla, que había hecho el proyecto de la ley agraria villista, declaró en ese mes que se proponía retirarse de la política.⁹⁹ Los hermanos Federico y Roque González Garza siguieron apoyando al caudillo hasta que los soldados villistas mataron a diecisiete ingenieros de minas estadounidenses, en enero de 1916.¹⁰⁰ Miguel Díaz Lombardo, el líder civil del gobierno de Villa, también permaneció en Estados Unidos, pero siguió

fiel hasta su muerte e hizo cuanto pudo para promover la causa de Villa en ese país.

También Ángeles dejó a Villa en septiembre de 1915. Con su plena autorización había ido a Estados Unidos en junio y julio con el fin de persuadir a los estadounidenses de que ejercieran toda la presión posible sobre Carranza para que aceptara un candidato pactado a la presidencia y suspendiera las hostilidades. Tras hablar con el secretario del Interior Lane y con Canova, pronto se dio cuenta de que sus esfuerzos eran vanos. En su conversación con Canova, Ángeles “dijo que si era necesario que Villa saliera de México hasta que se restablecieran condiciones normales, procuraría conseguirlo, y habló como si pensara que lo lograría”.¹⁰¹ Tras su fracasada misión, Ángeles volvió a la parte del país que Villa controlaba y, a principios de septiembre, Sommerfeld y los agentes estadounidenses en México tuvieron noticias de que había caído del favor de Villa y su vida estaba amenazada. “Temo fundadamente por su seguridad”, notificó George Carothers al Departamento de Estado, y el representante de Villa en Estados Unidos, Felix Sommerfeld le escribió al general Scott: “Es absolutamente necesario que el general Ángeles salga del territorio de Villa para salvar su vida [...] La mayoría de los generales de Villa son excesivamente hostiles a Ángeles y uno de estos días lo van a matar. El propio Villa, aunque trata a Ángeles con respeto, ya no le tiene simpatía debido a las intrigas y chismes”.¹⁰²

Ninguno de estos informes da razones del cambio de actitud de Villa, pero es muy posible que Ángeles le hubiera insinuado lo que le había dicho a Canova: que por el bien de México, debía dejar el país, por lo menos temporalmente. Además, es probable que Ángeles se opusiera a la campaña de Sonora, ya que pensaba que Villa había perdido la guerra y que la marcha a Sonora sólo podía dañar a su aliado Maytorena. A principios de septiembre, Ángeles le dijo al representante estadounidense Carothers que veía muy escasas esperanzas para la facción villista y estaba muy desalentado. Dijo que “Villa se da cuenta de que ha perdido y debe subordinarse a alguien. Ángeles estaba muy preocupado por la posibilidad de una intervención estadounidense y me expresó que prefería el reconocimiento de Carranza como último recurso si podía impedir la intervención, aunque cree firmemente que Carranza nunca podrá pacificar ni gobernar el país”.¹⁰³

El 13 de septiembre, Ángeles recibió un llamado urgente de Villa, que estaba en Torreón, para que se reportara ante él inmediatamente. El funcionario aduanal Cobb, temiendo por su vida, le escribió al secretario de Estado: “Si considera

usted prudente sugerirle que no acuda, sería necesario telegrafiar a Carothers".¹⁰⁴ No está claro si Ángeles asistió a la cita o no, pero sólo cuatro días más tarde uno de sus representantes expresó claramente que el general estaba a punto de abandonar a Villa. La única razón por la que aún no lo había hecho, le dijo el compañero de Ángeles a un funcionario estadounidense, era

la preocupación por dos docenas de oficiales adjuntos por los que se siente responsable y que serían despedidos sin un centavo al retirarse Ángeles.

En segundo lugar, no ha recibido lo que se le debe de salario y que le prometió Hipólito Villa.¹⁰⁵

Una semana después, el 24 de septiembre, Ángeles le comunicó a un corresponsal estadounidense que había decidido establecerse en Estados Unidos.¹⁰⁶

Ángeles nunca hizo ninguna declaración pública contra su antiguo jefe y hasta el fin de sus días continuó insistiendo en que estaba orgulloso de haber servido bajo sus órdenes. Es significativo que Villa nunca considerara que Ángeles lo había abandonado sino que, por el contrario, tres años más tarde casi le pidió disculpas por haberlo alejado.¹⁰⁷

Una vez instalado en Estados Unidos, la preocupación principal de Ángeles fue ganarse la vida. A diferencia de otros villistas, que cruzaron el río Bravo llevando grandes sumas de dinero con las que habían logrado hacerse en el curso de la revolución, él había sido escrupulosamente honesto, y dejaba México tal como había entrado, es decir pobre. Los pocos fondos que poseía, parte de los cuales le había prestado Maytorena, los utilizó para comprar un ranchito en Texas, junto a la frontera mexicana. Luchó por sobrevivir con su producción agrícola y criando caballos. Sería el único intelectual villista destacado que volvería al lado de su jefe en 1918, decisión que pagaría con su vida.

La relación de Villa con Maytorena era de naturaleza mucho más tormentosa. El gobernador sonorense no había expresado ningún entusiasmo por la planeada marcha sobre su estado natal. Le preocupaba que Villa destruyera el tipo de sociedad que él deseaba conservar. Uno de sus objetivos claves había sido preservar la propiedad de los grandes terratenientes. Temía que Villa confiscara las haciendas, fusilara a los dueños y llevara a cabo una reforma agraria. De hecho, meses antes Villa había enviado un emisario para pedirle a Maytorena que realizara dicha reforma, a lo que el gobernador se negó.¹⁰⁸ La marcha sobre Sonora no sólo era una amenaza para la propiedad, sino para la vida de los

miembros de la clase alta, incluido, tal vez, el propio Maytorena. Una carta de Roque González Garza contribuyó a aumentar sus temores. Aunque González Garza apoyaba el plan de invadir Sonora, le advertía que las tropas de la División del Norte estaban completamente desmoralizadas y podían convertirse en un peligro público. Decía: “lo que para mí constituye una pesadilla, es la manera de comportarse de nuestras tropas en el estado de Sonora”.¹⁰⁹

Con toda probabilidad Maytorena le expresó sus temores e incluso su desaprobación a Villa. Las relaciones entre los dos se agriaron rápidamente, tanto así que, en septiembre de 1915, cuando las tropas de Villa se acercaban a Sonora, Maytorena huyó en vez de enfrentársele. Aunque no dio ninguna explicación pública de su partida, más tarde dijo que uno de los principales motivos fue que Villa quería imponer préstamos forzosos a los comerciantes ricos de Sonora, pero él se negaba, y que Villa consideraba que sus vínculos con la clase alta de Sonora eran un descrédito para la revolución.¹¹⁰

La profundidad del temor y el resentimiento de Maytorena contra Villa se manifestó en las instrucciones secretas que les dio a sus dos subordinados más leales, los generales yaquis Francisco Urbalejo y José María Acosta, de que sólo apoyaran al caudillo dentro de Sonora. Si les pedía que avanzaran hacia el sur, debían decirle que sus tropas no querían alejarse mucho de sus familias. Si Villa insistía, escribió Maytorena, “ustedes le dirán que van a hacer un esfuerzo por convencer a la tropa y en vez de hacerlo así las dispersan ustedes recomendándoles que guarden sus armas y su parque en espera de la actitud que luego he de tomar”.¹¹¹ Aunque desconocía esas órdenes secretas, tanto desconfiaba Villa del gobernador sonorense que hizo ejecutar a Aureliano González, que había sido gobernador de Chihuahua como sustituto de Abraham González, porque pensaba que era un agente suyo.¹¹²

Maytorena de ninguna manera fue el único villista de la costa occidental que decidió abandonar a su jefe. Rafael Buelna, el joven estudiante que había logrado controlar el territorio de Nayarit, también huyó a Estados Unidos. Era uno de los generales más capaces y talentosos de la revolución mexicana. En el verano de 1915, cuando Villa iba de derrota en derrota, Buelna todavía alcanzó algunos triunfos a pesar de la superioridad numérica de los carrancistas y de que Villa se negó a enviarle el parque que le había prometido. Para convencerlo de que se lo diera, Buelna primero envió a su hermano y luego acudió él mismo a su cuartel general. Consiguió las municiones que quería, pero se decepcionó mucho ante lo que allí vio.

Estamos perdidos moral y materialmente. Moralmente, porque el villismo se ha convertido en un grupo de ambiciosos a cuyo frente está el mismo Villa, en quien descubro sólo los deseos de llegar a la presidencia de la República; y materialmente, porque es difícil que la División del Norte se reponga de las derrotas de Celaya y de León. Sin embargo, tenemos que pelear [...] Es un compromiso, hermanito, y voy a cumplir con él hasta donde alcancen mis fuerzas...¹¹³

A fines del verano de 1915, Buelna decidió que había cumplido ampliamente su compromiso y abandonó la lucha para buscar refugio en Estados Unidos. Tenía claro que los carrancistas estaban ganando la guerra, que estaba realizando una campaña aislada en Nayarit y que no obtendría refuerzos ni más armas y municiones del derrotado Villa. Huir a Estados Unidos era empresa riesgosa. A diferencia de Maytorena, Buelna no controlaba territorios fronterizos. Dado que no quería cambiar de bando, como hicieron muchos otros, ni jurar lealtad a los carrancistas, no tenía más alternativa que pasar a través de territorio villista, y si Villa se enteraba de sus intenciones, podía hacerlo fusilar. Fue un largo y difícil viaje, en el que primero le juró lealtad a Villa personalmente y luego escapó, con un pelotón de fusilamiento pisándole los talones.¹¹⁴ Era un hombre honrado, y llevaba muy poco dinero cuando llegó a Estados Unidos. Primero quiso comprar un rancho, pero no tenía fondos suficientes, por lo que adquirió un pequeño restaurante en El Paso. No le fue bien. Los fornidos exrevolucionarios a los que Buelna dio empleo para ayudarles, y que no habían vacilado a la hora de tomar por asalto las posiciones del ejército federal o de los carrancistas, no resultaban meseros muy comedidos.¹¹⁵ Además Buelna no era capaz de negar una comida a los revolucionarios exiliados y sin dinero. Con grandes dificultades, logró mantenerse a flote hasta que volvió a México en 1923 para participar en una revuelta contra Obregón. La enemistad entre ambos sólo terminó cuando, ese mismo año, las tropas del gobierno mataron a Buelna en una batalla.¹¹⁶

Las deserciones de Buelna y Maytorena fueron un golpe terrible para Villa, pero ninguno de ellos había estado nunca muy cerca de él ni peleado como subordinado suyo en la División del Norte: fueron por eso menos dolorosas que las de los miembros de su entorno inmediato, que habían combatido a su lado desde los primeros días de la revolución. Cuando Rosalío Hernández, que había participado en las batallas de Paredón, Torreón y Zacatecas, se pasó a los carrancistas, Villa ordenó a sus tropas que lo fusilaran con todos sus hombres si lo capturaban. ““Chalío””, le dijo Villa a Buelna, “era uno de mis mejores

muchachos; pero me ha traicionado y ora le voy a probar a lo que saben las traiciones.”¹¹⁷

La desertión que más profundamente afectó a Villa fue la del viejo compañero de sus tiempos de bandido, Tomás Urbina. Habían cabalgado juntos desde mucho antes de la revolución, y una vez que Urbina cayó herido, Villa lo atendió hasta que se recuperó. A diferencia del resto de sus antiguos secuaces, Urbina era un jefe militar por mérito propio: había levantado su propia tropa y la mayoría de sus hombres le eran leales a él en primera instancia. Durante toda la revolución siguió siendo lo que siempre había sido: un bandido cuyo principal objetivo en la vida era acumular tanta riqueza como pudiera. Su hacienda de Las Nieves parecía un señorío feudal. Allí, gracias al robo, la confiscación, la extorsión y los rescates obtenidos mediante secuestro, Urbina había acumulado una enorme cantidad de riquezas: gran número de caballos y mulas, y trescientas mil ovejas; además, muchas joyas y cincuenta y cuatro barras de oro que tenía escondidas en los pozos cercanos.¹¹⁸ En todas las regiones que ocupaba, organizaba expediciones de saqueo y ejecutaba a todos los enemigos reales y potenciales. Durante largo tiempo, las quejas contra Urbina que le dirigían a Villa los civiles y los oficiales de la División del Norte cayeron en oídos sordos. Villa continuaba teniendo una fe ilimitada en su antiguo compinche. Pero su confianza empezó a flaquear conforme se multiplicaba el número de acusaciones y cuando le pareció que a Urbina ya no le entusiasmaba tanto luchar contra los carrancistas. La ruptura final vino cuando Villa decidió ejecutar al jefe de Estado Mayor de Urbina, Borboa, implicado en varios asesinatos.¹¹⁹ Urbina no sólo se negó a entregar a Borboa, sino que concentró a todas sus tropas en Las Nieves y, como dijo uno de los antiguos oficiales villistas, replicó en “términos insolentes” a las exigencias de Villa. Éste decidió darle un castigo que fuera ejemplar para el resto del ejército y le permitiera, a la vez, reabastecer sus propias arcas. Con el mayor sigilo, se abrió paso de noche hasta la hacienda con todo un contingente y la atacó. Aunque sorprendidos en el sueño, los hombres de Urbina se defendieron y, cuando Villa por fin logró entrar en la hacienda, halló a Urbina herido y apuntándole. El general fue desarmado y los dos se retiraron a una habitación para hablar larga y privadamente. Por un momento se pudo creer que Urbina había logrado convencer a su jefe y antiguo compañero de armas de que le perdonara la vida, ya que éste ordenó a Fierro que lo condujera a su cuartel general. Según una versión, Villa le había prometido a Fierro el “privilegio” de ejecutar a Urbina, y fue esa promesa lo que le impidió perdonarlo. En algún punto del camino, en efecto, Fierro mató a Urbina. Fue una de las ejecuciones

ordenadas por Villa que hallaron casi universal aprobación. En un breve comunicado, publicado en *Vida Nueva* el 14 de septiembre de 1915, Villa explicaba que había tenido que hacer matar a Urbina porque “mandaba fusilar a cuantas personas incurrían en su desagrado”, se había negado a dar cuenta de sus actos a la Jefatura de Operaciones de la División del Norte y “ya no ocultaba su propósito de emanciparse de mi autoridad”. Una y otra vez había tratado de convencerlo de cambiar de procedimientos y, finalmente, no había visto otro remedio que atacarlo en su propia hacienda, donde Urbina y sus hombres lo habían recibido a balazos. El crimen más grave del que acusaba a Urbina era el de haber matado a varios extranjeros. “Me he visto en la dura pero imperiosa necesidad de ordenar fuera pasado por las armas.”¹²⁰

Una vez posesionado de Las Nieves, Villa trató de encontrar el tesoro de Urbina, pero sólo logró localizar tres barras de oro. Como no tenía tiempo para buscar a fondo, dejó en la hacienda a uno de sus oficiales, Ramírez, con instrucciones de pagar con parte del tesoro a uno de los comandantes de Urbina cuyas tropas se hallaban estacionadas allí cerca y cuya lealtad Villa quería asegurarse. También le dijo a Ramírez que si encontraba el oro podía quedarse con una parte, a manera de recompensa. El oficial, en efecto, halló cincuenta de las barras de oro escondidas, pero temió que si se las remitía a Villa, éste lo haría matar para quedarse con su parte, de manera que desertó y les dio su información a los carrancistas. Éstos se apoderaron del oro, y Ramírez esperó en vano su recompensa.¹²¹

Conforme aumentaba el número de deserciones y sus tropas se desmoralizaban, Villa ponía todas sus esperanzas en la campaña de Sonora. Conocemos cuál era su estado de ánimo en vísperas de salir para ese estado por una entrevista con un reportero de El Paso, que resultaría la última que jamás otorgó a un periódico estadounidense. “Estoy completamente agotado. Mis fuerzas físicas se hallan al límite. Los pasados meses han sido los más extenuantes de mi vida”, declaró. Estaba seguro de que su causa era la correcta.

Nunca he dudado de la justicia de nuestra causa, durante los veintidós años que llevo de pelear por la que considero la causa de la libertad, de la libertad humana y la justicia. Cuando era joven, tomé conocimiento de las grandes injusticias que se cometían contra la gran masa de mis compatriotas. Yo también fui víctima de esa opresión. En mi ignorancia, vi quince millones de personas que vivían en la opresión, que sufrían, bajo los crueles talones de unos pocos que se hacían ricos y vivían lujosamente. Lo vi y lo sentí muy

profundamente, incluso cuando estaba en prisión. Juré solemnemente que, si escapaba, pelearía contra ese sistema y lo castigaría severamente, tan severamente como pudiera.

Por primera vez, Villa declaró que no creía poder ganar. “Se puede ver que no soy el que llevará la lucha a una conclusión feliz.” Estaba dispuesto a aceptar la responsabilidad por esa derrota. “Puede ser que la causa sea mi falta de educación y experiencia. Puede ser que haya cometido errores en mis decisiones. Sin duda, he cometido errores. Puede ser que mis percepciones sobre las cuestiones más delicadas de la vida no sean las que deberían ser. No pongo excusas.”

Su idea de quién tenía la culpa del estallido de la guerra civil se había modificado. El principal responsable ya no era Carranza. Aunque Villa no tenía nada bueno que decir sobre él, sí habló en términos positivos de sus partidarios.

No conozco a los honrosos soldados que fueron inducidos y apoyaron a Carranza [...] pero no tengo palabras para expresar el asco que siento por los hombres (y sabemos quiénes son) que sin arriesgar sus vidas en la línea de fuego, quedándose a buena distancia del peligro, nos han atacado más mortíferamente que todos los armados, con el maldito dinero. Esos hombres, refugiados fuera de nuestro país, sostenidos por intereses económicos aliados a países extranjeros, no han dado su sangre, sino su oro, con el fin de debilitar nuestras fuerzas y cegarle el paso a nuestra causa.

Tal vez esas palabras se debieron a que la entrevista se realizó un día antes de que Estados Unidos decidiera oficialmente reconocer a Carranza, y podían haberle llegado rumores a Villa. Éste advertía a los estadounidenses que reconocer a Carranza “no traería el orden a México. Traerá revolución tras revolución, y la revolución en su peor forma. Comparada con ella, la guerra de los últimos cuatro años será como un juego de niños”. El triunfo de Carranza “significará el triunfo del movimiento reaccionario y el completo fracaso del movimiento progresista en México”. Le sorprendía que Carranza pudiera ser reconocido dado que “no ha tomado en cuenta los intereses estadounidenses y ha sido insolente con las autoridades de ese país”. Una cosa dejaba absolutamente en claro: nunca dejaría de combatir y nunca saldría de México. “México es mi país. Estoy en Juárez, pero no iré más al norte. No huiré de aquí. Viviré y pelearé.”¹²²

Su decisión de seguir luchando sin importar lo que hiciera Estados Unidos

quedó demostrada en los días siguientes, cuando puso en marcha su campaña de Sonora.

EL ÚLTIMO GRITO DE GUERRA DE LA DIVISIÓN DEL NORTE

El ejército villista que salió hacia Sonora era una pálida sombra de la División del Norte que tomó por asalto Torreón y Zacatecas y que, en su mejor momento, había estado constituida por más de cincuenta mil hombres. Restaban de ellos unos doce mil, muchos desmoralizados por las sucesivas derrotas y la creciente escasez de alimentos, armas y municiones. Algunos aún se movían galvanizados por la voluntad de seguir luchando que mostraba Villa; otros continuaban porque temían que ejerciera represalias contra ellos o sus familias si desertaban. No sólo el número de soldados era mucho menor, sino que quedaban muy pocos de los generales que habían peleado junto a Villa: Ángeles había decidido permanecer en Estados Unidos, Urbina había sido fusilado, Rosalío Hernández se había pasado a los carrancistas y Toribio Ortega había muerto de tifus.

Paradójicamente, este ejército desmoralizado iba a enfrentar obstáculos naturales mucho mayores que en toda su historia. El principal medio de transporte de Villa siempre había sido el ferrocarril; sus trenes militares y sus soldaderas, sus vagones especiales para los oficiales y los reporteros, y su hospital eran el símbolo mismo de la División del Norte. Esta vez, los villistas tendrían que cabalgar o caminar hacia su objetivo, ya que no había línea de ferrocarril entre Chihuahua y Sonora. El camino, a través de las montañas de la Sierra Madre, sería largo y arduo; había pocos lugares con agua y no pasarían por grandes haciendas donde el ejército pudiera reabastecerse de alimentos y ropa; por primera vez, los soldados no iban acompañados por las soldaderas, ya que, en vista de las dificultades del terreno, Villa obligó a las mujeres a quedarse en Casas Grandes, Chihuahua.¹²³ Arrastrar las piezas de artillería por ese territorio desierto y especialmente a través del cañón del Pulpito, barrido por el viento y cubierto de hielo, sería una empresa agotadora. Sin duda hay que atribuir a la capacidad de Villa como organizador y a la lealtad que aún inspiraba a algunos de sus soldados que la expedición llegara a Sonora relativamente indemne.

Por el camino, Villa perdió a uno de sus lugartenientes más fieles, cosa que lo afligió profundamente, pero causó regocijo entre muchos de sus hombres: Fierro murió ahogado en un pantano, arrastrado por su caballo que se hundió en el cieno.

Villa suponía que al llegar a Sonora, sus mayores dificultades habrían quedado atrás. Cuando salió de Chihuahua, la mayor parte del territorio sonorense se hallaba en poder de un ejército aliado, el de Maytorena, y sólo había tres mil carrancistas acorralados en la ciudad fronteriza de Agua Prieta. El plan de Villa consistía en someter a esa guarnición y luego marchar hacia el sur, disfrutando la abundancia de esa región intocada por la guerra, para que se le fueran uniendo primero los soldados de Maytorena y los grupos desperdigados de villistas del estado de Sinaloa y luego los de Michoacán y Jalisco. Dado que Sonora tenía una larga frontera con Estados Unidos, sería fácil reabastecerse, pagando por los productos importados con ganado de las haciendas confiscadas y con contribuciones forzosas de las compañías mineras estadounidenses.

Pero cuando Villa y sus tropas finalmente llegaron a Sonora, se encontraron con que la situación había empeorado radicalmente. Poco antes, dos ejércitos carrancistas habían entrado, uno desde el sur a través de Sinaloa, otro por mar, desembarcando en el mayor puerto del estado, Guaymas. Las tropas de Maytorena, desmoralizadas a su vez por la huida del gobernador, no habían presentado resistencia, y los carrancistas habían ocupado sin dificultades la capital, Hermosillo.

Así, Villa se hallaba ante dos obstáculos que no había previsto, pero ya no tenía alternativa: no podía retirarse a Chihuahua sin arriesgarse a un total hundimiento de su ejército. Además, la retirada era anatema para él. Decidió continuar con su plan original de someter primero Agua Prieta y luego, reforzado por las armas que allí conquistaría, proceder hacia el sur para encarar a Diéguez, que encabezaba una de las fuerzas carrancistas y a quien ya había derrotado en una ocasión.

No contaba con el reconocimiento del gobierno de Wilson a Carranza y sus implicaciones. No sólo los estadounidenses decretaron un embargo de armas contra Villa, sino que llevaron mucho más lejos su ayuda a Carranza: con gesto sin precedentes, Wilson permitió a sus tropas pasar por Estados Unidos, desde Coahuila, para reforzar a la guarnición de Agua Prieta. Los soldados que llegaron a través de Arizona eran veteranos experimentados de la batalla de Celaya, que habían derrotado una vez a Villa y estaban convencidos de que podían repetir la hazaña. Pronto les siguió Obregón, que tomó el mando en el teatro de operaciones sonorense.

Según John W. Roberts, un corresponsal estadounidense que mantuvo buenas relaciones con Villa, éste no supo de los refuerzos que habían llegado a Agua Prieta. “El pobre Pancho, confiado en que sólo una guarnición de mil doscientos

defendía la ciudad, ordenó una carga inmediata, advirtiéndole a sus soldados que no dispararan hacia el lado estadounidense. Tres horas más tarde, el suyo era un ejército sangrante, arrollado, agotado, inerme.”

Una vez más, los carrancistas habían cavado hondas trincheras, protegidas por alambradas y nidos de ametralladoras cada pocos metros. Villa pensó que con uno de sus famosos asaltos nocturnos burlaría la puntería de las ametralladoras y sus tropas podrían romper el cerco. Lo que no previó fue que, mientras sus tropas avanzaban hacia Agua Prieta en la oscuridad de la noche, el 1 de noviembre de 1915, súbitos reflectores iluminarían el campo de batalla y encontraría un fuego cerrado de la artillería, las ametralladoras y los rifles. Todavía se discute si esos reflectores se hallaban del lado mexicano o del lado estadounidense de la frontera. Villa tuvo la certeza de que la luz venía del otro lado, y vio en ello una nueva prueba de la perfidia de Wilson.

El corresponsal John Roberts describe a los villistas que, tirados en el campo de batalla, suplicaban un poco de agua:

Las soldaderas se amontonaban con sus cubetas en la barda internacional. Villa fue con ellas. Allí lo alcancé. En sus ojos había una mirada estupefacta y desorientada. Yo estaba del lado estadounidense. Me vio y vino hacia mí rápidamente:

—¡Dios santo, Roberts! ¿Qué pasó? Tenía información segura de que sólo había 1 200 carrancistas aquí, pero tienen 6 000. ¿Por qué? ¿Cómo? ¡Dígame!

Le expliqué la situación con las menos palabras posibles.

Villa no dijo nada. Dejó caer la mandíbula con gesto de debilidad y bajó la cabeza, en completa desesperación. Yo había esperado una explosión volcánica. En ese momento, el general Funston, que había sido enviado a Douglas, cabalgó hasta la barda con varios oficiales. Le dije a Villa quién era; él sólo se quedó mirando. Funston desmontó y se acercó.

—¿Es él el general Villa? —me preguntó. Yo asentí y presenté a los dos jefes. Cada uno estaba en su país y se dieron la mano por encima de la alambrada.

Roberts no presenció la conversación de Funston con Villa, pero éste le contó:

—Le dije al general Funston que le advirtiera a su jefe que no toleraré el paso de más tropas carrancistas por Estados Unidos. Quiero que usted lo publique. Dígame al mundo que he advertido al señor Wilson que si una cosa así sucede de nuevo, yo, Francisco Villa, no me sentiré responsable de las vidas de los estadounidenses que se hallan en mi territorio.

—¿Qué? —exclamé— ¿Los matará usted?

—Peor aún —me respondió, y se alejó. Nunca lo volví a ver.¹²⁴

El derrotado Villa se retiró de Agua Prieta hacia la ciudad fronteriza de Naco, donde aún había tropas leales a Maytorena. Su actitud hacia Estados Unidos había cambiado por completo. El primer resultado de ello fue que abandonó la práctica de proteger las propiedades estadounidenses. Envío a sus soldados al gran centro minero de Cananea, cuyas minas pertenecían a la Cananea Mining Company, y amenazó con destruir las instalaciones si la empresa no le entregaba veinticinco mil dólares y gran cantidad de bastimentos.¹²⁵

La desesperación, la amargura y la rabia de Villa se expresaron claramente en su encuentro con los doctores R. H. Thigpen y Miller, que cruzaron la frontera desde Arizona para atender a los villistas heridos. “Siempre he garantizado las personas y la propiedad de ustedes los americanos”, les dijo. “Con mis propios ojos, he cuidado fortunas en metales preciosos para los americanos; con mis propias manos he enterrado sus tesoros fuera del alcance de los enemigos. Sus familias han gozado de mi protección.” Y les describió lo que, en su opinión, era el resultado de la traición de Wilson en Agua Prieta. “Durante cuatro días, ni un bocado nos llevamos a la boca mis hombres y yo. Nos estamos muriendo de hambre; aquí estamos, sacrificando nuestras vidas. En vez de agua bebemos lo que desaguan sus fundiciones de Douglas. Mientras ustedes, cuyas familias y dineros he protegido, se mecen en el regazo del lujo [...] su gobierno está haciendo una jugada riesgosa al echar a pique la paz, la prosperidad y la libertad de México.”

Villa reveló a los médicos que daría orden de atacar Douglas, Arizona. Se dirigió a uno de sus generales y le dijo: “Mi general, traiga de regreso la artillería, llévela allí y vacíela sobre esos — de Douglas. [...] Los negros están por tomar nuestro bando. No quiero que en la historia quede nuestro lado como el ofensor, pero los cobardes — no nos han dejado otra alternativa”. (Los guiones probablemente representan insultos que los médicos no quisieron registrar.) “A partir de este momento”, les dijo Villa, “dedicaré mi vida a matar a cada gringo en que pueda poner las manos y a destruir todas sus propiedades.”

Como primera medida, mandó fusilar a los dos médicos, aunque en el último momento recapacitó: no atacó Douglas, y les mandó avisar a los médicos —que estaban arrodillados rezando y preparándose a morir, mientras el pelotón de fusilamiento cargaba sus rifles— que se les perdonaba la vida.¹²⁶

El papel que desempeñó Estados Unidos en la batalla de Agua Prieta hizo que Villa formulara una nueva estrategia y una nueva ideología, que se expresaron en un manifiesto fechado el 5 de noviembre de 1915, en Naco. Se publicó en *Vida Nueva* y fue la más larga, más detallada y más amarga de todas sus proclamas. Tenía por finalidad refutar el cargo que le hacían los carrancistas, de que su facción estaba compuesta por reaccionarios; presentaba nuevas acusaciones contra Carranza y anunciaba un cambio de política respecto de Estados Unidos. La imputación de “reaccionarismo” se basaba en que había incorporado a muchos oficiales federales a la División del Norte. Villa no negaba que algunos de ellos se le habían unido, pero declaraba que su número era escaso y que la mayoría eran patriotas genuinos. Era Carranza, decía, quien utilizaba los servicios de diputados, senadores, altos funcionarios y periodistas que habían apoyado a Porfirio Díaz. No sólo se asociaba con reaccionarios, sino que practicaba una política reaccionaria. “Ha empezado a devolver las propiedades de los esclavistas y de los negreros, y ha venido restituyendo en el poder a los capataces y a los caciques.” “Está protegido por el oro de los Creel y de los Terrazas [y] ha empezado a asociarse a los miembros más corrompidos del cientificismo.” Carranza había traicionado a todas las personas y todas las causas con que se había vinculado; incluso planeó levantarse contra Madero, acusaba Villa, porque éste había descubierto que Carranza se había robado cincuenta mil pesos. Había traicionado a Bernardo Reyes (Villa no explicaba esta acusación) y a la revolución constitucionalista al intentar convertirse en dictador de México, y por último, cometía la mayor traición de todas con la “venta de la patria” a Estados Unidos.

El manifiesto planteaba la cuestión de por qué Carranza –que “nunca se ha preocupado por dar garantías a los americanos, que los ha extorsionado cuantas veces le ha sido posible, que ha perjudicado en lo general a todos los extranjeros quitándoles los productos del suelo en las regiones orientales y meridionales de la República, y que siempre ha sido visto con repugnancia en los Estados Unidos”– había obtenido súbitamente no sólo el reconocimiento, sino el apoyo activo de ese país. Según Villa, la ayuda de Estados Unidos a Carranza había tomado la forma de un préstamo de quinientos millones de dólares y el permiso para que los carrancistas atravesaran territorio estadounidense. El manifiesto respondía tajantemente su propia pregunta: “El precio de esos ‘favores’ es sencillamente la venta de la madre Patria por el traidor Venustiano Carranza”.

Más adelante, el manifiesto sostenía que Carranza había aceptado ocho condiciones impuestas por Estados Unidos: 1. La amnistía a todos los presos

políticos; 2. Una concesión por noventa y nueve años sobre Bahía de la Magdalena, Tehuantepec y una región innominada en la zona petrolera; 3. Un acuerdo de que las secretarías de Gobernación, Relaciones Exteriores y Hacienda serían ocupadas por candidatos que contaran con la aprobación del gobierno de Washington; 4. Todo el papel moneda emitido por la revolución sería unificado tras consulta con un asesor nombrado por la Casa Blanca; 5. Todas las justas reclamaciones de extranjeros por los daños causados por la revolución serían pagadas y todas las propiedades confiscadas serían devueltas; 6. Los Ferrocarriles Nacionales quedarían bajo el control de una junta directiva en Nueva York, hasta que se pagaran las deudas a esa junta; 7. Estados Unidos, a través de los banqueros de Wall Street, otorgaría un préstamo de quinientos millones de dólares al gobierno mexicano, garantizado por una intervención sobre todos los ingresos de la hacienda mexicana, y un representante de ese gobierno supervisaría la forma en que México cumplía con esa disposición, y 8. El general Pablo González sería nombrado presidente provisional y convocaría elecciones en un plazo de seis meses.

Algunos pasajes del manifiesto presagiaban con claridad la política que seguiría Villa en los meses siguientes. “¿Y podrán adivinar [sic] los extranjeros y especialmente los yanquis”, preguntaba Villa, “la ilusión de que en lo futuro se consagrarán a explotar en ‘paz y en gracia de Dios’ las riquezas del suelo mexicano?” Y continuaba:

¿Podrán ser tan candorosos que abriguen la creencia de que el Gobierno de Carranza les pueda impartir garantías efectivas [...]? Por de pronto yo declaro enfática y sinceramente que me queda mucho que agradecer a míster Wilson, porque me releva de la obligación de dar garantías a los extranjeros y especialmente a los que alguna vez han sido ciudadanos libres y hoy son vasallos de un evangelista profesor de filosofía, que atropella la independencia de un pueblo amigo y que viola la soberanía de los estados de Arizona y Texas permitiendo que su suelo sea cruzado por tropas “constitucionalistas”. Esto no implica ningún sentimiento de animosidad ni de odio contra el pueblo, el verdadero pueblo de los Estados Unidos del Norte, a quien respeto y admiro por sus tradiciones gloriosas, por sus ejemplos de orden y economía y por su amor al progreso.

Villa planteaba la posibilidad de un conflicto armado con Estados Unidos, a la vez que negaba que tuviera intención de provocarlo:

Después de una declaración tan categórica, creo por demás protestar que por ningún motivo deseo conflictos entre mi patria y los Estados Unidos, por lo tanto, después de todo lo manifestado, declino toda responsabilidad en los sucesos del futuro, puesto que el pueblo americano sabe perfectamente que siempre he hecho esfuerzos sobrehumanos para prestar garantías a sus nacionales avecindados en nuestro territorio. Que la historia defina responsabilidades.¹²⁷

¿Qué tanta sustancia tenía la creencia de Villa en que existía un pacto entre Carranza y Estados Unidos? ¿Había sido tal pacto propuesto siquiera por Wilson? ¿Había sido pergeñado por miembros de su gobierno? ¿Era una pura invención de Villa o de sus colaboradores? ¿Existía un plan de los inversionistas estadounidenses, que deseaban que las acciones de Villa provocaran una intervención de Estados Unidos en México? ¿Era un invento del servicio secreto alemán, que esperaba distraer la atención de Estados Unidos del teatro de la guerra europea forzándolo a intervenir en México?

No hay pruebas de que Carranza firmara jamás semejante pacto. De todas las acusaciones de Villa contra él, sólo el punto quinto del manifiesto contenía cierta dosis de verdad. Carranza en efecto había aceptado examinar las reclamaciones por daños de los estadounidenses y estaba devolviendo las propiedades confiscadas. Esto, sin duda, era una victoria importante para las fuerzas conservadoras. No era, sin embargo, resultado de la presión de Estados Unidos, sino de las propias convicciones conservadoras de Carranza, a las que se aferró desde el primer día de su participación en la revolución. Su voluntad de negociar las reclamaciones estadounidenses difícilmente justificaba la acusación de que había convertido a México en un protectorado de Estados Unidos. El pacto habría sido enteramente incompatible con su férrea postura nacionalista. Tampoco hay pruebas de que Woodrow Wilson propusiera o contemplara tal acuerdo con ninguna facción mexicana en ningún momento de la revolución.

Aunque Wilson nunca explicó por qué había reconocido a Carranza, tres factores parecen haber sido fundamentales. El primero era que se daba cuenta de que Carranza iba ganando y dominaba ya casi todo el país. El segundo era su deseo de paz y estabilidad en su “patio trasero”, para estar libre de intervenir en Europa si lo decidía. Su deseo de “pacificar” a México se intensificó al descubrir los planes alemanes para provocar una guerra entre los dos países. Esta idea está sucintamente expresada en el diario del secretario de Estado Lansing:

Contemplando la situación general, he llegado a la siguiente conclusión: los alemanes desean mantener el desorden en México hasta que Estados Unidos se vea forzado a intervenir; por tanto no debemos intervenir.

Alemania no desea que una facción cualquiera domine en México; por tanto debemos reconocer a una facción como dominante en México.

Cuando reconozcamos a una facción como gobierno, Alemania sin duda buscará causar una pelea entre ese gobierno y nosotros; por tanto, debemos evitar esa pelea, sin importar las críticas y quejas del Congreso y de la prensa.

En resumen: nuestras posibles relaciones con Alemania deben ser nuestra primera consideración; y todos nuestros tratos con México deben regularse de acuerdo con ellas.¹²⁸

Finalmente, Carranza había dado a entender a los funcionarios de Wilson que estaba dispuesto a llevar a cabo algunas reformas y, al mismo tiempo, a proteger las propiedades estadounidenses en México. En cambio, el creciente radicalismo de Villa respecto de esas propiedades lo hacía cada vez menos aceptable para ellos.

Aun si no hay pruebas de un pacto secreto entre Wilson y Carranza, Villa tenía ciertas razones concretas para suponer su existencia. La mayoría de las cláusulas que Villa describía, especialmente las más restrictivas de la soberanía mexicana, de hecho le habían sido sugeridas dos veces a él, primero por Silliman y luego por Canova a través de Keedy.¹²⁹ Así pues, Villa tenía razones para pensar que si Estados Unidos había reconocido a Carranza, a pesar de sus frecuentes pronunciamientos antiestadounidenses, esto sólo podía significar que había aceptado lo que él rehusara. Esa convicción se vio reforzada por una carta de Roque González Garza, que era su emisario en la conferencia internacional patrocinada por Wilson para decidir a quién debían reconocer Estados Unidos y otros estados latinoamericanos.

“Ha sido para mí un golpe muy rudo”, escribía González Garza, el 29 de octubre,

convencerme de que usted fue siempre miserablemente engañado; es muy posible que de buena fe, pero, con todo, usted fue siempre engañado. Yo mismo fui también engañado. Al llegar a Torreón [...], se me dijo terminantemente que nuestra situación, desde el punto de vista político-internacional, era inmejorablemente buena; que estábamos a un paso del reconocimiento de los Estados Unidos [...] Pasaron algunos días y [...] usted

recibió las seguridades más rotundas de que todo, político-internacionalmente caminaba a su favor; que era cuestión de sólo un pequeño esfuerzo para que el gobierno americano nos tomara en consideración y el plan primitivo de los conferencistas se llevaría a la práctica con resultados ampliamente satisfactorios para nosotros.

González Garza no mencionaba el nombre de la persona que le había dado esas seguridades a Villa. El hecho de que dejara abierta la posibilidad de que el emisario actuaba de buena fe indica que probablemente se refería a George Carothers, el agente especial de Estados Unidos en el campamento de Villa, con el que éste mantuvo buenas relaciones.

Amargamente, González Garza describía a continuación cómo habían sido tratados los delegados villistas por sus anfitriones estadounidenses, en la conferencia de paz de Washington:

La situación era verdaderamente agobiadora. Todo resultó mentira; estábamos perfectamente mal; ni siquiera éramos escuchados [...] Llegó el 9 de octubre y los conferencistas decidieron reconocer a Carranza [...] Esta determinación, lanzada así exabrupto a los cuatro vientos, fue para nosotros un enorme desaire ya que éramos delegados a las conferencias de paz. No se nos dijo una palabra siquiera acerca de nada, y se hicieron a un lado las declaraciones hechas con mucha anterioridad por Wilson en ocasiones solemnes. Se pasó por sobre todos los antecedentes históricos, se violó hasta el sentido común que indicaba que ése no era el procedimiento que debía seguirse desde el momento en que nosotros estábamos, como aún lo estamos, dispuestos a hacer la paz, pero de manera decorosa. La resolución se llevó a cabo, y nosotros recibimos el golpe de masa.

Continuaba con enojo:

Yo he visto grandes injusticias, yo sé de atentados a la razón y el derecho, pero nunca supuse que Carranza nos ganara en el terreno político-internacional después de haber hecho la pantomima de aparecer como el más nacionalista de todos los mexicanos y de haber retado dos o tres veces a los Estados Unidos. Yo no sé a punto fijo qué habrá de por medio, pero sí puedo asegurar que algo muy negro se ha tramado, porque de otra manera no se explica el cambio de frente que han dado los Estados Unidos en contra de nuestra facción y a favor de la de Carranza.

En otra parte de la carta, decía, “Dios sabe cuántos pactos secretos” ha firmado Carranza con Estados Unidos.¹³⁰

En su larga proclama, Villa decía que Wilson había traicionado un pacto de honor que tenía de facto con él. Enumeraba lo que había hecho por los estadounidenses y declaraba que no había deseado su reconocimiento, pero que al menos había esperado neutralidad. Que Wilson hubiera traicionado su confianza era la ofensa que más resentía.

A pesar de la derrota que había sufrido en Agua Prieta, Villa no estaba todavía dispuesto a abandonar su campaña sonorense. Cuando se enteró de que dos mil hombres del ejército de Maytorena, en su mayoría indios yaquis, iban a unírsele, decidió atacar Hermosillo, defendida por las tropas de Diéguez. Para proteger su retaguardia de un ataque sorpresivo de la guarnición carrancista de Agua Prieta, Villa dejó a seis mil hombres al mando del general José Rodríguez. En el asalto a Hermosillo empleó de nuevo la estrategia que tan desastrosa había sido para él en Celaya, León y Agua Prieta: el ataque frontal de su caballería contra un enemigo fortificado con trincheras, nidos de ametralladora y alambradas, y de nuevo fue derrotado. Sus soldados empezaron a desesperar, y más aún cuando gran parte de las tropas de Maytorena se pasaron a los carrancistas, poco después de la debacle de Hermosillo. Los carrancistas habían logrado capturar un tren militar que conducía a la mayoría de las mujeres y los hijos de los yaquis, y éstos resolvieron pactar. Tenían vínculos de lealtad con Maytorena, pero no realmente con Villa.

En ese punto, Villa decidió sustituir la estrategia militar por la política. Apeló al patriotismo y el nacionalismo de los generales de Carranza. El 22 de noviembre de 1915, envió una carta a los dos comandantes que defendían la ciudad, Manuel Diéguez y Ángel Flores. En ella mencionaba las ocho cláusulas del pacto secreto que, en su opinión, Carranza había firmado con Estados Unidos y denunciaba: “Estamos ahora en manos de los norteamericanos; hemos aceptado el protectorado yanqui”. Añadía que Carranza había convertido al movimiento convencionista (Villa y sus aliados) en el único partido que defendía la integridad y la independencia de México y, por esta razón y a pesar de todas las derrotas, su triunfo era inevitable. Que Estados Unidos permitiera a las tropas de Carranza atravesar su territorio significaba que “cuando los Estados Unidos lo necesiten o lo quieran podrán pisar Territorio Nacional. ¿Va usted a permitirlo?”, les preguntaba a ambos. No les hacía ninguna oferta específica; sólo les pedía su opinión sobre estas acusaciones. Muy probablemente esperaba llegar a algún

tipo de negociación, pero aunque Ángel Flores sí le envió una respuesta (cuyos términos no conocemos), Diéguez ni siquiera llegó a eso.¹³¹

La esperanza de que los generales y soldados de Carranza reaccionarían a sus acusaciones sobre el pacto secreto entre su jefe y Estados Unidos, de la misma manera que muchos mexicanos, incluso los que eran hostiles a Huerta, habían reaccionado contra la ocupación estadounidense de Veracruz ofreciendo pelear por México, resultó infundada. Villa no había dado ninguna prueba de sus imputaciones, y ni los generales ni los soldados creían que el Primer Jefe fuera capaz de firmar semejante acuerdo.

Así, a la cabeza de un ejército derrotado y desmoralizado, Villa emprendió el regreso a Chihuahua. Los cambios que Raúl Madero ya había notado en su carácter se manifestaban ahora de una manera extremadamente violenta y sanguinaria. No había cosa que suscitara en él reacciones más fuertes, más violentas y brutales que la sensación de haber sido traicionado. Rara vez reconoció alguna responsabilidad suya en los reveses que sufría. El culpable era siempre alguien que lo había traicionado. Cuando algunos de los hombres que habían estado con él prácticamente desde el principio empezaron a volverse en su contra, los persiguió con sangrienta determinación. Al capturar a Mateo Almanza, que había combatido con él en la División del Norte y luego se había pasado a Gutiérrez, Villa lo hizo colgar, porque en su opinión el pelotón de fusilamiento era demasiado bueno para él.

La sensación de que lo habían traicionado llegó a su punto culminante en Sonora, y juró ejecutar a Maytorena si lograba ponerle las manos encima. Pero esta vez su enojo alcanzaba también a las clases bajas de la sociedad. Conforme el cansancio de la guerra se apoderaba de una parte cada vez mayor de la población civil y muchos de los soldados rasos desertaban, Villa empezó a sentir que también la gente del común le recompensaba su generosidad traicionándolo. Siempre había sido violento y vengativo, pero su violencia nunca había estado dirigida contra los pobres ni contra los estadounidenses. Ambos grupos serían blanco de brutales represalias, como les ocurrió a los habitantes de un remoto pueblo de las montañas de Sonora, San Pedro de las Cuevas.

En los altibajos de la guerra civil, el gobierno perdió el control y muchos pueblos fueron saqueados tanto por los ejércitos revolucionarios que avanzaban o se retiraban como por pistoleros, desertores y bandidos. Con frecuencia faltos de apoyo del ejército o la policía, muchos pueblos organizaron sus propias milicias para repeler a los merodeadores. Así, cuando los habitantes de San Pedro vieron hombres armados que cabalgaban hacia su poblado, pensaron que

se trataba de una nueva incursión de los bandidos que repetidamente los habían asaltado; se atrincheraron con sus rifles en las colinas circundantes y los recibieron a balazos. Mataron a muchos de los recién llegados antes de descubrir, con horror, que sus víctimas no eran bandidos, sino soldados de la División del Norte. Trataron de ofrecer disculpas y expresaron su gran pesar al comandante de los villistas, Macario Bracamontes, sonoreense él mismo. Éste se mostró comprensivo y desistió de tomar represalias, pero las cosas cambiaron radicalmente cuando Villa se enteró del ataque. Finalmente, había dado con algunos de los traidores que le habían vuelto la espalda. Cuando Bracamontes supo que se acercaba, recomendó a los vecinos que huyeran a las colinas,¹³² pero no lo escucharon. Cuando Villa entró en el pueblo, ordenó que reunieran a los varones adultos y, tras mantenerlos en prisión una noche, los mandó fusilar a todos. El cura del lugar se le hincó para suplicarle clemencia y, en efecto, perdonó algunas vidas, pero le dijo al religioso que no volviera a acercársele; el cura desoyó la advertencia y se le aproximó de nuevo en demanda de piedad, ante lo cual Villa sacó la pistola y lo mató allí mismo. Sesenta y nueve habitantes del pueblo fueron fusilados, aunque siete de ellos lograron sobrevivir porque se fingieron muertos.

Era la primera vez que Villa desencadenaba su cólera sobre los pobres. Al día siguiente de la masacre se mostró profundamente arrepentido y empezó a llorar. Pero la matanza de San Pedro de las Cuevas no sería la última ocasión en que Villa se ensañaría cruelmente con la población civil.

En muchos sentidos, el regreso de Villa a Chihuahua puede compararse con el retorno de Napoleón a París, tras la infortunada campaña de Rusia, en 1812: al fracaso en Sonora siguió una desastrosa retirada aunque, en proporción, Villa perdió menos hombres. También él regresaba a un país harto de la guerra y hondamente dividido, sobre el cual avanzaban sus enemigos, más fuertes que nunca.

Tras atravesar las inhóspitas montañas de la Sierra Madre, donde sus hombres sufrieron los embates del viento helado y hubieron de alimentarse de las pocas milpas que hallaban al borde del camino, Villa llegó finalmente al pueblo chihuahuense de Madera. Allí se enteró de que los carrancistas habían cruzado la frontera del estado y avanzaban sobre su capital.

Una vez en la ciudad de Chihuahua, en la madrugada del 17 de diciembre, Villa pudo darse cuenta de cómo había cambiado su situación. Con anterioridad, siempre que regresaba a esa plaza cientos, si no miles, de personas le daban la bienvenida con entusiasmo delirante en la estación de ferrocarril. Esta vez no

había más de diez personas al llegar su tren, todos ellos altos funcionarios de su gobierno y oficiales de su ejército. El tibio recibimiento y el hecho de que sólo regresaban dos mil de los diez mil hombres que lo habían acompañado a Sonora no lo conmovieron. Tenía planes para una nueva campaña y lo alentaba la esperanza de que, tarde o temprano, el pueblo mexicano se daría cuenta de que Carranza lo había vendido a los estadounidenses y una parte del propio ejército carrancista se pasaría a su bando. Pocas horas después de llegar a la ciudad, convocó a su casa a todos sus principales jefes militares. Allí expuso con detalle su plan para continuar la lucha armada contra Carranza.¹³³ Estaba convencido de que aún podía contar con quince mil hombres y pensaba desplegarlos para defender el estado de Chihuahua.

Como Napoleón después de Waterloo, Villa no era consciente de la magnitud de su derrota. Sólo percibió su dimensión cuando sus generales, que nunca se hubieran atrevido en otros tiempos a contradecirlo y lo hubieran seguido sin dudar hasta el fin del mundo, empezaron a hablar contra él, uno tras otro. Algunos dijeron que sus soldados simplemente no estaban dispuestos a pelear y que era una ilusión la idea de que aún se disponía de quince mil hombres. Otros fueron aún más claros, y dijeron que no veían motivo para seguir luchando y para exponer a sus hombres a más muertes y mutilaciones. Conforme tomaban la palabra, Villa se iba encolerizando más y más. Lleno de amargura, les dijo:

Este combate lo he librado por mi pueblo. Pensé que ustedes, mis oficiales, eran leales a mí, leales a la causa, leales al pueblo. Pensé que eran hombres valientes y que morirían por su patria. Ya no lo creo así. Sé que he estado rodeado de traidores y ladrones. Los que una vez me apoyaron me han abandonado. Sólo se colgaban de mí para robarme y ahora ven que no tengo nada que puedan robar y por eso me dejan. Ustedes mismos planean abandonarme, traicionarme y pasarse al enemigo. Los he llamado aquí para decirles que estoy enterado de sus planes. Sé lo que pretenden hacer. He terminado con ustedes. No voy a encabezar una banda de traidores. Ahora váyanse adonde quieran y hagan lo que les plazca, pero recuerden que aunque todos los demás me traicionen, yo no voy a traicionarme. Llegará el tiempo en que me necesiten como jefe otra vez. Cuando llegue esa hora, no los abandonaré. Iré con ustedes y con otros, adonde puedan llegar. Ahora los dejo libres de cualquier lealtad hacia mí y me lavo las manos de lo que hagan: de aquí en adelante lo harán bajo su propia responsabilidad. Tomaré mi lugar en las filas. Ya no soy general, soy un simple soldado raso.¹³⁴

Tal vez Villa esperaba que con este discurso incendiario sus generales reaccionaran de la misma manera que cuando, un año atrás, amenazó con renunciar antes de la batalla de Zacatecas, y todos le rogaron que no lo hiciera. Pero no ocurrió tal cosa. Dándose cuenta de que su situación era muy grave, Villa interrumpió la reunión para hablar en privado con su más cercano confidente, su antiguo subordinado y gobernador militar de Chihuahua, Fidel Ávila. Éste le repitió lo que los generales le habían dicho en público: la moral del ejército estaba por los suelos, la mayoría de los mandos no quería combatir, él mismo deseaba salir de México y exiliarse en Estados Unidos. En ese momento, Villa comprendió que no tenía más alternativa que cumplir los deseos de sus generales. Permitió que los soldados que quisieran se fueran a sus casas y prometió hacer los arreglos necesarios para que Chihuahua y Ciudad Juárez, las dos grandes ciudades que aún controlaba, se rindieran pacíficamente.

Unos minutos después de terminada la reunión, Villa se asomó al balcón del palacio municipal de Chihuahua para dirigirse por última vez a los habitantes de la ciudad. Poco antes se habían pegado proclamas en las calles, para convocar a la gente en el zócalo. Había cientos, tal vez miles, de personas. Las calles hervían de rumores. Algunos pensaban que Villa iba a permitir a sus soldados entregarse al pillaje y tomar lo que quisieran de las tiendas.¹³⁵ Otros creían que tenía un tesoro escondido e iba a repartirlo entre la población.¹³⁶ Otros simplemente deseaban que la carnicería terminara y esperaban que Villa dijera que iba a rendir pacíficamente la plaza. Esto fue de hecho lo que dijo, pero lo hizo de tal manera que dejó en claro que la lucha armada en Chihuahua de ninguna manera había acabado. No reconoció su derrota, aunque concedió haber cometido algunos errores que no especificó. Pero la idea principal de su discurso era que Carranza había traicionado a México ante los estadounidenses y sus tropas no eran más que la vanguardia de una invasión de Estados Unidos. Por esa razón, dijo Villa, no estaba dispuesto a gastar ni un cartucho combatiendo contra mexicanos, sino que reservaría todas sus fuerzas para pelear contra los estadounidenses cuando éstos intentaran apoderarse del país. Se iría a las montañas, pero volvería cuando el pueblo lo necesitara.

Sin embargo, su voluntad de seguir luchando era inquebrantable. Aunque oficialmente la División del Norte quedaba disuelta, había persuadido a veintisiete de sus generales para que se reunieran con él pocos días más tarde en la hacienda de Bustillos.

Fidel Ávila, su viejo compañero y compadre, no tomó muy en serio que Villa deseaba seguir luchando. Creyó que finalmente había comprendido y que, tras

rendir su ejército, estaría dispuesto a exiliarse en Estados Unidos.

Le envió un telegrama a Woodrow Wilson que decía: “Habiendo hecho cuanto estaba en nuestro poder y puesto nuestro mejor esfuerzo para de manera correcta conseguir que don Francisco Villa entregara el mando supremo del ejército convencionista, hemos logrado por fin convencer al dicho general Villa de que deje el país en el entendimiento de que su excelencia le otorgará garantías plenas”.¹³⁷ Al día siguiente, el gobierno de Wilson declaró que “le daría refugio a él [Villa] y le otorgaría todas las garantías y la inmunidad de un asilado político, si por su parte, en su nombre y en el de otros dirigentes que puedan permanecer al otro lado de la frontera, otorga plenas garantías a los estadounidenses que se encuentran en territorio controlado por él y siempre que los estadounidenses reportados como detenidos en Chihuahua sean inmediatamente liberados”.¹³⁸

Los rumores de que Villa iba a cruzar la frontera se filtraron al país vecino y algunos empresarios estadounidenses vieron esto como una oportunidad dorada de hacer dinero. Sus propuestas reflejan el profundo desprecio en que tenían a los revolucionarios mexicanos. Poco después de que Wilson reconoció al gobierno de Carranza, *El Paso Herald* informaba que “Cortney Riley Cooper, representante del Wild West Show de Buffalo Bill, estaba en El Paso intentando hablar con el general Villa. El señor Cooper le trae al general una oferta para trabajar en el espectáculo”.¹³⁹

No queda claro si Villa comisionó a Ávila para que pidiera asilo o si éste lo hizo por su cuenta, suponiendo que expresaba el deseo del caudillo. De cualquier modo, es evidente que Villa no tenía ninguna intención de dejar el país. El día antes de que Ávila enviara su mensaje a Wilson, mandó un recado de índole muy diferente a los comandantes de las tropas carrancistas que avanzaban sobre la capital. Les proponía una alianza de todos los mexicanos contra Estados Unidos. Tras reiterar sus cargos contra Carranza, decía que a causa de este nuevo curso de los acontecimientos, sus tropas dejaban de combatir a los carrancistas para “no derramar más la sangre mexicana”. Proponía una alianza “que nos uniría a todos contra el yanque [sic], que por antagonismos de razas y por ambiciones comerciales y económicas, es el enemigo natural de nuestra raza y en general de todos los países latinos”. En caso de que se firmara esa alianza, decía, entregaría el mando de sus tropas.¹⁴⁰ La carta nunca llegó a los comandantes carrancistas, dado que Silvestre Terrazas, comisionado para entregarla, fue disuadido de cruzar a territorio enemigo por los oficiales que defendían la línea del frente y que le dijeron que los carrancistas disparaban contra cualquiera que tratara de

entrar en su terreno. Cabe dudar que, de haber sido entregado el mensaje, algo hubiera cambiado para los oficiales carrancistas. Y la posible réplica no habría movido a Villa de su firme determinación de no salir de México, no rendirse a Carranza y luchar hasta el fin. Se daba cuenta de que no había posibilidades de conservar el control de las grandes ciudades del estado y de que presentar resistencia en ellas sólo le enemistaría con sus habitantes. Entendía que no podía forzar a la mayoría de sus soldados y oficiales a seguir peleando contra su voluntad, y estaba de acuerdo en que quienes quisieran dejaran las armas. Pero se negaba a permitir que se rindieran aquellos que habían estado más cerca de él.

Los últimos días que la ciudad de Chihuahua permaneció bajo control villista no fueron en absoluto tranquilos. La sensación de haber sido traicionado llevó a Villa a ordenar matanzas y ejecuciones. Mató personalmente a uno de sus generales, Delgado, tras interceptarlo cuando trataba de huir a Estados Unidos con un saco de dinero en su coche. Temiendo con razón por su vida, Enrique Pérez Rul se escondió, mientras patrullas de soldados villistas recorrían la ciudad con intención de ejecutarlo.¹⁴¹ El propio Silvestre Terrazas se salvó por muy poco de ser fusilado. Villa lo había enviado con otra carta para los comandantes carrancistas en que trataba de llegar a un acuerdo para la rendición de Chihuahua y Ciudad Juárez. Antes de que Terrazas alcanzara el último puesto villista, el caudillo decidió que él también era un traidor y un ladrón, y ordenó al comandante de ese último puesto, Cruz Domínguez, que lo ejecutara en cuanto llegara. Domínguez no cumplió la orden, sino que envió a Terrazas de regreso a la ciudad de Chihuahua. No se sabe con certeza si actuó por decisión propia o si algunos amigos del secretario, y sobre todo el gobernador Fidel Ávila, intervinieron para salvarlo. Una vez más, Villa envió a Terrazas en misión, esta vez a El Paso, donde debía negociar la rendición de las dos ciudades con el cónsul carrancista en esa ciudad. Terrazas temía que Villa pudiera de nuevo decidir matarlo. Pero por fortuna para él, Villa acudió a despedirlo en persona a la estación. Silvestre Terrazas le aseguró que él era el único civil que siempre le había sido fiel.

Me despido de usted con la satisfacción de poderle decir que le he sido leal hasta lo último, cosa que no pueden decirle tantos que cacarearon su adhesión a usted y le prometieron fidelidad hasta la muerte. Ya sabe usted que he sido y soy su amigo...

– Y yo también...

Estrecho abrazo nos despidió de esta vida, siguiendo cada uno su camino.¹⁴²

Terrazas nunca se volvió contra Villa. Algún tiempo después de salir de México, publicó un periódico en español, *La Patria*. Aunque no se le podía llamar propiamente villista, era clara su postura anticarrancista y, en conjunto, tendía a pintar a Villa más favorablemente que la mayoría de las publicaciones estadounidenses.

En su conversación con Silvestre Terrazas, Villa le dio vagos indicios de los planes que tenía. Cuando Terrazas le sugirió que saliera de México, tal vez para ir a Europa a estudiar la nuevas técnicas militares que se estaban utilizando en la primera guerra, Villa respondió que en vez de eso se retiraría con algunos hombres leales a las montañas, donde fácilmente evitaría a las tropas enemigas. “No señor, yo no saldré de mi patria”, anunció. “Aquí me quedaré, luchando todavía, pues de ningún modo entraré en tratos con Carranza.” También insinuó que creía posible recuperar el apoyo de la gente. Por una parte, pronto surgiría un conflicto entre Carranza y algunos de sus generales, sobre todo Obregón, y eso modificaría la situación nacional. Apuntó que esperaba otros acontecimientos aún más importantes. “Seguro estoy de que antes de seis meses”, le dijo a Terrazas, “se podrá ver que el reconocimiento de Estados Unidos a la facción carrancista no ha sido desinteresado, según las proposiciones que Washington me hizo para reconocirme y que no acepté...”¹⁴³

Villa no le reveló a Terrazas el significado de su plazo de seis meses. Éste sólo se comprendería tres meses después, cuando Villa atacó la población de Columbus, Nuevo México.¹⁴⁴

Fue más explícito en su conversación con los veintisiete generales que acudieron a conferenciar con él sobre el futuro del villismo, en la hacienda de Bustillos. Tal vez le impresionó el valor simbólico de ese escenario. A la hacienda de Bustillos se había retirado Madero en 1911, tras su terrible derrota de Casas Grandes. En vez de desmoralizarlo, esa derrota había hecho que se unieran todos los revolucionarios del estado de Chihuahua, incluidos sus líderes principales Pascual Orozco y Pancho Villa. Desde esa misma hacienda, marchó finalmente Madero para alcanzar su gran victoria de Ciudad Juárez y para convertirse en presidente de México. Villa tal vez se preguntaba si la reunión con sus generales conduciría a un vuelco similar de su fortuna.

En la reunión, les dijo que no estaba dispuesto a abandonar la lucha y habló de nuevo de un próximo conflicto con Estados Unidos. Uno de los participantes

(cuya declaración no fue confirmada por ninguna otra) informó más tarde a los agentes estadounidenses que Villa había sugerido un ataque inmediato contra El Paso.¹⁴⁵ Pero cualesquiera esperanzas que albergara Villa sobre aquella reunión pronto se disiparon. Veintitrés de los generales dejaron muy claro que no tenían deseos de continuar la guerra civil y que aceptarían la oferta de amnistía de Carranza o bien buscarían refugio al norte de la frontera.

Aún más desalentadoras para Villa debieron ser las negociaciones que se estaban llevando a cabo al mismo tiempo en Ciudad Juárez, entre varios de sus generales que no habían acudido a Bustillos y los funcionarios carrancistas. Allí se firmó un acuerdo para la rendición del grueso de la División del Norte.

Obregón aceptó amnistiar a todos los soldados, oficiales y partidarios de Villa con la excepción de cinco: el propio Villa y su hermano Hipólito, así como los tres más altos funcionarios civiles: Díaz Lombardo, De la Garza Cárdenas y Francisco Escudero. Todos los soldados recibirían un pago por licenciamiento al que Obregón añadió diez dólares en oro, y tendrían la opción de incorporarse al ejército de Carranza o irse a sus casas. Cuarenta generales, cinco mil cuarenta y seis oficiales y once mil ciento veintiocho soldados entregaron así las armas.¹⁴⁶ Al mismo tiempo, con unos pocos centenares de hombres, la mayoría miembros de su escolta personal, los Dorados, Villa se perdía en las montañas. Ni los carrancistas ni el gobierno de Estados Unidos esperaban que desempeñara ya papel alguno en el futuro del país.

La decisión de permanecer en México y seguir luchando distingue claramente a Villa de la mayoría de los caudillos tradicionales de la historia de América Latina. Perón, Batista y Somoza, una vez derrotadas sus tropas, se llevaron millones de la hacienda del estado y abandonaron sus respectivos países para disfrutar de una buena vida en el exilio. Villa tuvo la misma oportunidad. De hecho, él y sus hermanos al parecer trasladaron medio millón de dólares a Estados Unidos. *El Paso Herald* informaba en noviembre de 1915: “Villa y su hermano Hipólito tienen \$ 500 000.00 guardados para un momento de apuro, declaran los funcionarios aduanales de Estados Unidos. El dinero estaba amontonado en pilas de billetes, con una cajita llena de monedas de oro. No se tomó nada del dinero, ya que era propiedad personal”.¹⁴⁷ No era más que una parte del dinero que Villa pudo haber acumulado, si tal hubiera sido la principal finalidad de su vida. Controlaba el tesoro de la División del Norte, y millones de dólares habían pasado por sus manos. Incluso con lo que tenía podía haber llevado una vida próspera en el exterior. Estados Unidos estaba dispuesto a darle asilo, y también Cuba, y probablemente otros países de América Latina. Era la

forma tradicional de reaccionar para un caudillo latinoamericano. En cambio, Villa eligió quedarse y combatir durante cinco largos y muy duros años de guerrilla, profundamente convencido de que era el único que podía evitar que México se convirtiera en un protectorado de Estados Unidos. En vez de usar su dinero para darse la gran vida, al parecer utilizó la mayor parte de él para pagar a sus hombres y para comprar armas en Estados Unidos o en el mercado negro mexicano.

EL ECLIPSE DEL VILLISMO: UN ANÁLISIS

A fines del año de 1914, la gran mayoría de los observadores nacionales y extranjeros estaban seguros de que la victoria final de Villa sólo era cuestión de tiempo. Un año más tarde, se había convertido en un fugitivo, oculto en algún lugar de las montañas de Chihuahua con unos cientos de hombres. Las razones de este desastre fueron materia de mucha controversia durante la revolución y lo siguen siendo aún hoy.

Para los carrancistas victoriosos, la respuesta era simple y clara: en términos militares, Villa carecía de la astucia estratégica de Obregón y, en términos políticos, representaba una coalición básicamente constituida por reaccionarios, como Ángeles, y bandidos, como el propio Villa, todos ellos secretamente financiados por Wall Street. Además, los carrancistas sostenían que el partido convencionista perdió el apoyo que tenía porque no podía ofrecer nada parecido a las leyes radicales que había empezado a promulgar Carranza a principios de 1915.

Las explicaciones que ofrecen los villistas y exvillistas son menos uniformes. El propio Villa no era dado a los análisis profusos. De hecho, desdeñaba a los intelectuales que se entregaban a ellos. Sólo tres veces se refirió a las causas de su derrota. Después de la primera batalla de Celaya, dijo que su retirada se había debido básicamente a la falta de municiones. Nunca explicó por qué, si tenía ese problema, le presentó batalla a Obregón. En una entrevista a *El Paso Times*, se refirió a los errores que había cometido, pero nunca especificó cuáles eran.¹⁴⁸ En su manifiesto de Naco, en noviembre de 1915, se ocupó por primera y única vez, aunque de forma sumaria, de las razones de los reveses sufridos. El momento decisivo, dijo, fue cuando Eulalio Gutiérrez y sus partidarios se sublevaron contra él. Nunca explicó cómo y por qué Gutiérrez, que contaba cuando mucho con unos diez mil hombres, pudo ejercer tal influencia sobre los destinos de la revolución mexicana. Además, culpaba a los estadounidenses y a aquellos de sus

generales que habían desertado después de la derrota. En cuanto al papel de Estados Unidos, sólo se refirió al apoyo que había dado a los carrancistas en la campaña de Sonora y no mencionó que el gobierno de Wilson les había entregado el puerto de Veracruz. No había autocritica en el texto de Villa y no mencionaba las equivocaciones estratégicas y tácticas que había cometido en sus batallas contra Obregón.

Enrique Pérez Rul, que fue secretario de Villa hasta el fin de la campaña sonorensis y luego desertó, publicó un libro bajo el pseudónimo de “Juvenal”, titulado *¿Quién es Francisco Villa?*,¹⁴⁹ en que critica vigorosamente tanto a Villa como a Carranza. Él también considera que la desertión de Gutiérrez marcó el giro en la suerte de Villa, pero es mucho más explícito sobre la forma en que ese suceso dañó a la División del Norte. En su opinión, distrajo a Villa del ataque inmediato contra Obregón y le dio a éste el respiro necesario para organizar y movilizar su ejército.

Ángeles, que escribió varios artículos en el exilio, nunca examinó públicamente las causas de la derrota de la Convención, probablemente porque no quería provocar una ruptura completa con Villa, a quien se uniría de nuevo en 1918. Su colaborador más cercano y representante en la Convención Revolucionaria, Federico Cervantes, dio en los años posteriores una evaluación detallada de esas causas, que muy posiblemente reflejaba los puntos de vista de Ángeles.¹⁵⁰ Según él, el mayor error de Villa consistió en no seguir los consejos de su brillante subordinado. No hizo caso cuando Ángeles le aconsejó tomar Veracruz inmediatamente después de capturar la ciudad de México, y por ello no llegó a derrotar a los carrancistas cuando aún estaban debilitados y desmoralizados por la toma de postura de la mayoría de la Convención contra ellos. Tampoco atendió la opinión de Ángeles de no atacar a Obregón en Celaya, sino obligarlo a marchar más al norte hasta que sus líneas de comunicación y abastecimiento con Veracruz se volvieran tan extensas y precarias que fuera fácil cortarlas. Y tampoco escuchó las objeciones de Ángeles a la idea de enfrentar a los carrancistas en León. Entonces, de nuevo, Ángeles aconsejaba retirarse al norte y reorganizarse.

En las pocas ocasiones en que el propio Ángeles se ocupó del problema de la derrota convencionista, lo hizo en términos más políticos que militares. En un artículo que publicó en Estados Unidos, trató de desentrañar “los errores de la revolución de 1913”. Sobre todo, Ángeles culpaba a los “enemigos” de la revolución que impidieron su desarrollo pacífico derribando y asesinando al único hombre que podía haber conducido a México por el camino de las

reformas democráticas, Francisco Madero. Otro motivo era la tragedia de que el jefe de la revolución fuera “un hijo legítimo de la dictadura porfiriana, ambicioso de poder despótico”.¹⁵¹ Obviamente se refería a Carranza. La tercera razón que Ángeles citaba era “la incultura natural de la clase baja del pueblo”, cuya consecuencia fue “la confiscación de la propiedad” que destruyó la riqueza de México y mermó el prestigio y la legitimidad de la causa revolucionaria.¹⁵² Sin nombrarlo, Ángeles se refería sin duda a Villa. En conversaciones privadas criticaba su “monomanía de fusilar”.¹⁵³

También Federico González Garza veía la conducta que siguió Villa con las propiedades confiscadas como una clave de su derrota, pero de manera diferente de Ángeles. Si éste pensaba que las confiscaciones y expropiaciones eran *per se* dañinas para la causa revolucionaria, González Garza creía que estaban perfectamente justificadas pero no habían ido suficientemente lejos. “Desde un punto de vista práctico”, le escribió a su hermano Roque en septiembre de 1915,

hay que convenir en que si hubiésemos sabido nosotros desde que fue arrojado Huerta llevar a cabo una confiscación ordenada y sujeta a un método vigoroso y hubiésemos ya llevado a cabo una repartición de tierras bajo un plan inteligente y sin violencias, ya hubiésemos creado para ahora nuevos intereses que servirían de un modo principal a afianzar el nuevo régimen. No de otro modo procedió la asamblea constituyente en el primer periodo de la revolución francesa, desposeyendo a la nobleza de sus tierras y repartiéndolas en seguida, ni consistió en otra cosa la fuerza de resistencia que después presentó el régimen republicano, cuando a pesar de los horrores que hubo durante la convención, ni el directorio ni el consulado que después le sucedieron se atrevieron a deshacer lo hecho por la primera asamblea, es decir, no se atrevieron a decretar la restitución de los bienes confiscados. Napoleón mismo, convertido poco después en monarca, comprendió que para afianzar su poder no tenía que tocar lo hecho por los republicanos, sino al contrario, ratificar, confirmar e incorporar en leyes e instituciones lo decretado y hecho durante el periodo violento de la revolución. Para hacer obra firme no debemos olvidar estas lecciones de la historia.¹⁵⁴

Hoy en día casi todos los historiadores coinciden en que una de las principales causas de la derrota militar de Villa fue su falta de habilidad estratégica y táctica, en comparación con la de Obregón. Pero las explicaciones sobre el origen de esa falta son muy diversas. Algunos ven la cuestión en términos puramente

personales: la arrogancia y/o falta de instrucción de Villa sería el motivo principal por el que no pudo entender, a pesar de los repetidos fracasos, que sus cargas frontales de caballería contra un enemigo fortificado en trincheras no tenían posibilidades de éxito. Otros atribuyen la derrota tanto de Villa como de Zapata básicamente al localismo campesino:¹⁵⁵ su visión limitada a lo regional habría sido lo que impidió a Villa atacar a Carranza en Veracruz y en cambio lo llevó a reforzar la ciudad de Torreón, que era uno de los puntos claves para controlar el norte. Por la misma razón, Zapata vaciló en realizar cualquier tipo de actividad militar de gran alcance fuera de su estado natal de Morelos.

Mucho más controvertida es la cuestión de si la derrota se puede atribuir puramente a factores militares o también a factores políticos. Los efectos de la derrota militar dependen en gran medida de otros factores, sobre todo políticos y sociales. En el siglo XIX, durante las guerras civiles entre liberales y conservadores, de 1857 a 1860, los conservadores fueron los mejores generales, ganaron la mayoría de las batallas, pero al final perdieron. Los liberales tenían un apoyo popular mucho mayor y más recursos a su disposición.

En 1911, Madero sufrió una terrible derrota en Casas Grandes, pero eso no tuvo graves consecuencias para la revolución, que pocas semanas después derrocó a Porfirio Díaz. En cambio el movimiento villista, excepto en Chihuahua y las áreas adyacentes, nunca se recuperó de sus derrotas militares.

Algunos los han atribuido a la pérdida del apoyo popular por las atrocidades y matanzas que cometió. Pero no hay pruebas de que las tropas de Villa fueran más violentas con la población civil que las carrancistas. En realidad, hasta la campaña de Sonora, la violencia de Villa no parece haber estado dirigida contra las clases bajas de la sociedad. Según todas las versiones, incluso después de sus derrotas de Celaya y León, Villa seguía siendo mucho más popular entre las clases bajas que Carranza o cualquiera de sus generales. Esa popularidad no se tradujo, sin embargo, en el tipo de levantamiento guerrillero masivo que en 1911 generó la de Madero en todo México. No hay una explicación única de este fenómeno.

Un factor importante fue que, a diferencia de los zapatistas y de los carrancistas, Villa no había creado ninguna organización política. En el territorio de Zapata, el poder seguía en gran medida en manos de los ayuntamientos de los pueblos, mientras que los carrancistas trabajaron con los sindicatos y, en algunas partes de México como Yucatán, enviaron agitadores políticos a las grandes haciendas. Nada semejante ocurrió en las regiones controladas por la División del Norte, donde los militares detentaban el poder absoluto.

La mayor debilidad de Villa fue, sin duda, la que señaló Federico González Garza: no llevar a cabo una reforma agraria masiva. Esa falta estaba en parte vinculada a la alianza, y luego creciente dependencia, de Villa con Estados Unidos.

Los efectos de esa alianza fueron paradójicos. Por una parte, su posibilidad de comprar armas en Estados Unidos le permitió hacer en el curso de unos pocos meses lo que otros movimientos en el mundo sólo lograron tras años de lucha: transformar a un ejército guerrillero en un ejército regular. Por otra parte, la misma alianza le hizo cada vez más difícil realizar una gran reforma agraria, porque Villa necesitaba los ingresos de las haciendas confiscadas para financiar la compra de armas y porque los estadounidenses respaldaban su papel moneda. El gobierno y las compañías estadounidenses no decidieron conscientemente aceptar la moneda villista. Más bien, dado que dicho gobierno parecía respaldar a Villa, las compañías estadounidenses se convencieron de que sería el vencedor en la guerra civil y por tanto empezaron a comprar grandes cantidades de su moneda para pagar futuros impuestos y para cambiarla más tarde, a mayor precio. Repentinamente, Villa tenía en las manos la lámpara de Aladino: todo lo que tenía que hacer era imprimir billetes: los estadounidenses –y, como resultado, también los mexicanos– los aceptarían. ¿Para qué repartir la tierra, causar disensiones en su movimiento y debilitar a su ejército si podía alcanzar un grado mucho mayor de popularidad simplemente distribuyendo los billetes que imprimía? Mientras este expediente funcionó, fue un modo muy eficaz de obtener apoyo. Cuando, después de la derrota, su moneda se depreció hasta casi no valer nada, ese apoyo se debilitó y la desilusión cundió sin freno. Si hubiera pagado tanto a sus soldados como a sus partidarios civiles con tierra y no con billetes, la calidad del apoyo habría sido muy distinta y la gente del campo en los antiguos territorios villistas tal vez hubiera peleado para conservar la tierra con la misma energía que lo hicieron los seguidores de Zapata en Morelos.

La transformación de su ejército de una guerrilla heterogénea en una fuerza regular de combate fue la clave tanto de su éxito como de su fracaso. Sin un ejército profesional, como llegó lentamente a ser la División del Norte, no hubiera derrotado a las fuerzas regulares de Huerta. Pero a un ejército profesional hay que pagarle, y cuando Villa no tuvo dinero para hacerlo, muchos de sus soldados desertaron o cambiaron de bando. Finalmente, cuando Estados Unidos le cerró las puertas, desaparecieron sus posibilidades de sostener ese ejército regular.

• III •

De dirigente nacional
a guerrillero

Venustiano Carranza en el poder

Con la rendición casi completa de lo que había sido la poderosa División del Norte, Carranza tenía razones para estar optimista. Había derrotado al único ejército que, durante un tiempo, parecía capaz de impedirle alcanzar el poder nacional. Aunque a regañadientes, el presidente estadounidense se había visto forzado a reconocerlo. Esto significaba que su facción sería la única con posibilidades de obtener armas y bastimentos de Estados Unidos. Los bancos y el gobierno estadounidenses contemplaban la posibilidad de otorgarle un préstamo considerable y las compañías mineras estadounidenses planeaban reiniciar sus operaciones en México. Como resultado del auge de guerra en Estados Unidos las materias primas mexicanas, especialmente el petróleo y el henequén, habían subido notoriamente de precio, y Carranza esperaba que ello aumentaría sus ingresos. Tenía motivos para pensar que le sería posible realizar los puntos principales de su agenda. El primero había sido lograr la independencia de México. A este respecto, las condiciones parecían mejores que en cualquier otro momento desde el estallido de la revolución. No quedaban tropas extranjeras en el territorio tras la evacuación estadounidense de Veracruz. Las potencias europeas involucradas en la primera guerra mundial no podían, ni aun si hubieran querido, intervenir militarmente en México. También Estados Unidos se estaba involucrando cada vez más en los acontecimientos europeos y, por tanto, tenía menos posibilidades de ejercer presiones militares sobre el país. Por añadidura, en vista de la victoria de Carranza, la estrategia que Wilson había seguido hasta entonces –procurar enfrentar a una facción contra otra– ya no era viable.

A la vez, la restauración de la paz se presentaba como claramente posible, aunque el país estaba lejos de haber sido pacificado: Zapata aún controlaba

Morelos, y diversos jefes locales convencionistas, como los hermanos Cedillo en San Luis Potosí y Calixto Contreras en Durango, seguían combatiendo. Algunos conservadores, como Peláez en la zona petrolera y Esteban Cantú, un antiguo oficial federal, se negaban a reconocer la autoridad del Primer Jefe. En el sureste, varias facciones localistas o encabezadas por hacendados trataban de conservar su independencia militar. Sin embargo, probablemente Carranza suponía que, con el apoyo tanto de su ejército victorioso como de Estados Unidos, podría someter a esas fuerzas.

Su tercera prioridad era la recuperación económica, que esperaba alcanzar con ayuda de sustanciosos préstamos de los bancos estadounidenses. Pero sus esperanzas recibieron un golpe decisivo, si no fatal, cuando, el 8 de marzo de 1916, Pancho Villa atacó, con quinientos hombres, la población de Columbus, Nuevo México. Ese ataque tensaría las relaciones de Carranza con Estados Unidos casi hasta la ruptura, le impediría obtener dinero y armas estadounidenses, y echaría abajo sus perspectivas de conseguir una rápida recuperación, pacificar el país y reducir el poder y el tamaño de su propio ejército. Asimismo prolongaría la vida de las fuerzas populares que luchaban contra él, sobre todo la del Ejército Libertador del Sur, y produciría un asombroso resurgimiento de Villa, que ya nadie esperaba luego de la rendición de su División del Norte. La recuperación al menos parcial de Villa, a partir de lo que parecía una derrota total, se debió en gran parte a la política seguida por los carrancistas en Chihuahua.

CHIHUAHUA BAJO LOS CARRANCISTAS

Cuando sus tropas entraron en Chihuahua y miles de antiguos villistas entregaron las armas y se rindieron, Carranza hubo de encarar el problema de cómo administrar y pacificar el estado que había sido semillero de la revolución mexicana, cuyas fuerzas habían derrocado a Díaz, habían desempeñado un papel decisivo en la derrota de Huerta y casi le habían arrancado el poder a él mismo. Descartó dos de las opciones que se le presentaban. Una consistía en llevar a cabo la reforma agraria, por la que tantos chihuahuenses habían luchado desde 1910 y que Villa les había prometido. La otra era realizar en el estado el tipo de elecciones libres que Madero había permitido en 1911 y que les hubiera dado a los chihuahuenses la posibilidad de elegir a su propio líder. Pero no habría reforma agraria y pasarían años antes de que se celebraran elecciones en

Chihuahua; cuando finalmente se hicieron, hubo denuncias de fraude y corrupción.

Las dos opciones que Carranza sí contempló consistían en tratar a Chihuahua como un territorio ocupado, gobernado por políticos procedentes del exterior y apoyados por un ejército también compuesto por tropas venidas de fuera, o permitir a los carrancistas chihuahuenses administrar el estado.

La política carrancista osciló constantemente, desde 1915 hasta 1920, entre estas dos opciones; el destino del villismo y de los movimientos revolucionarios en el estado dependió en gran parte de la alternativa que los carrancistas finalmente eligieron.

Un problema que presentaba la segunda posibilidad –entregar el poder a los carrancistas locales– era que, hasta el colapso del villismo, había habido muy pocos partidarios de Carranza en Chihuahua. La inmensa mayoría de la población había apoyado a Villa. Aunque muchos antiguos villistas estaban más que dispuestos a colaborar con Carranza, él no confiaba en ellos y no quería darles cargos políticos ni militares importantes, aunque aceptó a los antiguos soldados y oficiales villistas en las filas de su ejército. Desconfiaba también de los principales grupos sociales y políticos que se habían opuesto a Villa –la vieja oligarquía, sobre todo el clan Terrazas y quienes lo apoyaban–, porque habían apoyado a Huerta y porque le llegaron rumores de que Creel estaba intentando provocar una intervención militar de Estados Unidos en México.¹ Con todo, después de un tiempo, Carranza intentó hacer las paces con la oligarquía devolviéndole sus propiedades, aunque sin permitirle recuperar el control político del estado. Tampoco podía confiar en los orozquistas, el grupo más numeroso entre los que se habían opuesto a Villa. La mayoría había apoyado a Huerta, algunos se habían unido a Zapata y otros se habían exiliado en Estados Unidos. Finalmente, Carranza haría la paz con muchos de ellos, pero se resistía a otorgarles puestos políticos importantes. En el momento de la ruptura entre Villa y Carranza, sólo unos pocos revolucionarios chihuahuenses habían tomado partido por el Primer Jefe. Por ejemplo, Manuel Chao, el antiguo maestro en quien había puesto todas sus esperanzas, a quien impuso como gobernador del estado en 1914 y a quien salvó de ser ejecutado por Villa, había resultado inesperadamente leal al caudillo y había repudiado a Carranza.

Los únicos revolucionarios destacados que tomaron el bando de Carranza en el momento de la ruptura fueron los Herrera y sus seguidores de la región de Parral, al sur del estado. Su número era relativamente pequeño, su apoyo sólo local. Había muerto Maclovio Herrera, su líder más prestigioso –que participó en

la revolución maderista y tenía reputación de ser uno de los comandantes villistas más valerosos—, y lo sustituía su hermano Luis, mucho menos conocido. Tal vez por lo limitado del apoyo local con que contaba, tal vez porque era, como lo describieron los generales estadounidenses que tuvieron contacto con él, un analfabeto,² Carranza nunca se decidió a confiarle el estado. Ignacio Enríquez, el hombre que finalmente eligió para administrarlo, estaba en cambio, por sus orígenes sociales, sus antecedentes y su ideología, más cercano al corazón del Primer Jefe. Pertenecía a una especie extremadamente infrecuente en Chihuahua, aunque no en otros estados del norte: el revolucionario de clase alta.

Durante la gubernatura de Miguel Ahumada, de 1892 a 1903, el padre de Enríquez había ocupado uno de los puestos políticos más importantes: jefe político del distrito de Iturbide, que comprendía la ciudad más grande del estado, Ciudad Juárez. Su periodo de gobierno terminó cuando Terrazas volvió a ser gobernador, en 1903. No está claro si eso indicaba algún antagonismo fuerte entre ambos, pero bien pudo ser el caso, dado que Enríquez padre fue alcalde de Ciudad Juárez en 1912, bajo el gobierno revolucionario de Abraham González, y renunció a su cargo tan pronto como Huerta perpetró su golpe de estado.

Ignacio Enríquez hijo no participó en la revolución maderista. Pocos meses antes de que se iniciara, volvió a Chihuahua tras graduarse en agronomía en la Universidad de Illinois. A pesar de su juventud, se convirtió en administrador de la hacienda del Rubio, que pertenecía a los Zuloaga, una de las familias más ricas del estado. Su participación política comenzó en 1912 cuando se unió a las milicias estatales que combatían contra Orozco, al mismo tiempo que su padre volvía a ocupar un cargo político importante. Poco después del golpe huertista, decidió tomar las armas contra el dictador. A diferencia de otros revolucionarios de Chihuahua, él y los hombres que se le sumaron decidieron no combatir en su estado natal, sino que se fueron a Sonora donde, el 28 de marzo de 1913, Enríquez ingresó como oficial en el Ejército del Noroeste, bajo el mando de Obregón. No está claro qué provocó esta decisión. ¿Le parecían demasiado radicales los revolucionarios de Chihuahua? ¿O le atraía Sonora porque allí ya existía un ejército regular, mientras que en su estado sólo había grupos guerrilleros aislados? En cualquier caso, pronto estableció íntimos vínculos con Carranza y Obregón, quienes lo promovieron rápidamente y a quienes permaneció leal hasta la muerte del segundo. Sirvió en la guardia personal de Carranza cuando éste estableció su cuartel general en Chihuahua, y el Primer Jefe estaba obviamente tan encantado con el joven revolucionario que le confió una serie de misiones importantes. Durante un tiempo, fue cónsul mexicano en

Nueva York, donde sus responsabilidades superaban con mucho las tareas consulares habituales: era uno de los compradores de armas de Carranza en Estados Unidos.³ Luego encabezó uno de los Batallones Rojos de los obreros que los carrancistas habían logrado movilizar contra la Convención Revolucionaria. En ese mando ciertamente aprendió mucho sobre cómo tratar con las clases bajas, pero no se convirtió en un radical. Su agenda –asumió como primer gobernador carrancista de Chihuahua en enero de 1916– era muy conservadora. Su acto primero y más significativo en el cargo consistió en devolver a sus antiguos propietarios más de cien propiedades urbanas y haciendas, confiscadas por Villa. Si no devolvió todas las propiedades de la oligarquía fue probablemente porque Carranza decidió hacerse cargo personalmente de este proceso y no permitir que ningún gobernador procediera por su cuenta.⁴

Otra muestra del conservadurismo de Enríquez fue que, mientras otros gobernadores carrancistas crearon comisiones agrarias para recibir solicitudes de tierras de los campesinos –aunque muy pocas tierras se distribuyeron de hecho–, Enríquez ni siquiera hizo un gesto en esa dirección ni creó ninguna comisión agraria en Chihuahua. Por tanto dejó claro, desde 1916, que no tenía intención de poner en práctica lo que Carranza había prometido en su decreto agrario de enero de 1915.

Tuvo una postura igualmente conservadora en sus tratos con los trabajadores industriales y no mostró simpatía alguna por los sindicalistas que poco antes había llevado al combate. Intentó poner coto a las actividades de los organizadores obreros de la misma Casa del Obrero Mundial cuyos miembros habían formado los Batallones Rojos. Escribió orgullosamente a Carranza que, como comandante de ese batallón, había aprendido a controlar a los obreros y lo haría, ya fuera razonando con ellos o por la fuerza.⁵

Sin embargo, Enríquez comprendía que esas medidas conservadoras no podían por sí solas ganarle los partidarios que necesitaba para gobernar el estado. Se quejaba ante Carranza de que no podía encontrar suficiente gente dispuesta a asumir cargos políticos en el estado ni a administrar las propiedades confiscadas.⁶ Atribuía esto menos a una falta de apoyo popular que al miedo a las represalias villistas. Esa situación pudo inducirlo a tomar la única medida que, a pesar de su conservadurismo social y su resistencia a ejecutar reforma alguna, le aseguraría un alto grado de apoyo popular en el estado y haría de él un formidable oponente para Villa: armar a muchos habitantes de los pueblos.

Enríquez fue uno de los fundadores de una institución que sería importante en muchas partes de México y decisiva en Chihuahua: las “defensas sociales”.⁷

Como Carranza, Enríquez confiaba en que la recuperación económica sería el medio principal para conseguir la pacificación. Esperaba que devolviendo sus tierras a los hacendados y evitando que se sintieran amenazados por la creación de una comisión agraria, los convencería de reemprender la producción. E impidiendo que los organizadores obreros radicales influyeran en los trabajadores, esperaba inducir a los propietarios estadounidenses de minas a hacer otro tanto. Tanto Carranza como Enríquez obviamente pensaban que si el nuevo gobierno podía traer recuperación económica y paz, los chihuahuenses, cansados de cinco años de guerra, abandonarían la lucha, aunque no se llevara a efecto ninguno de los cambios sociales y las reformas por las que habían peleado. Sea cual fuere la validez de tales supuestos, nunca pudieron ponerse a prueba, porque los carrancistas no lograron restaurar la economía ni restablecer la paz: la recuperación económica resultó más compleja y lenta de lo que creían y, fatalmente, subestimaron el potencial que aún poseía Pancho Villa.

Los miles de veteranos villistas que entregaron sus armas y volvieron a sus casas descubrieron que, aparte de la amnistía, el nuevo gobierno carrancista tenía muy poco que darles. No recibirían la tierra que muchos esperaban como recompensa por sus servicios en la División del Norte. Hallar trabajo en las grandes haciendas era más difícil que nunca antes, porque la ganadería, espina dorsal del campo chihuahuense, se había agotado en los años de revolución. La mayoría de las minas estaban aún cerradas, lo mismo que muchas plantas industriales. En el sector público, es decir, la burocracia estatal y los ferrocarriles, los antiguos villistas fueron despedidos y sustituidos por carrancistas, a menudo procedentes de otras partes del país. La única forma de “empleo” que el nuevo gobierno les ofrecía consistía en enrolarse en el ejército carrancista. Pronto descubrieron que ésta era una opción muy poco atractiva: la paga era baja e irregular, y cuando Villa volvió a entrar en campaña, los riesgos se volvieron enormes. Tendrían que pelear contra su antiguo caudillo, cuyas dotes militares todavía respetaban, sabiendo que, si eran capturados, serían inmediatamente ejecutados como desertores y sus familias podían sufrir represalias. Estados Unidos proporcionó una válvula de escape para algunos antiguos villistas y para el gobierno carrancista. La economía estadounidense estaba en pleno auge como resultado de la guerra mundial, y miles de mexicanos hallaron empleo al norte de la frontera. Esa opción se volvió más problemática cuando aquel país entró en guerra, en abril de 1917, porque los trabajadores

mexicanos podían ser reclutados. En ese momento, muchos prefirieron regresar a México, a pesar de las dificultades económicas que reinaban al sur de la frontera.

El desempleo, que había estado ausente durante el gobierno villista, no era sino uno de los problemas que tenían que enfrentar los chihuahuenses. Incluso para aquellos que tenían trabajo o que poseían negocios o tierras, el carrancismo trajo nuevas dificultades. Esperaban que el nuevo gobierno sustituiría el papel moneda de Villa, carente ya de valor, por una moneda estable. Pero no sucedió así: también Carranza había impreso millones en billetes, y su moneda perdía valor constantemente y era rechazada por el grueso de la población.

Las políticas carrancistas en Chihuahua fueron uno de los factores del asombroso resurgimiento del villismo. El otro factor fue el ataque de Villa contra Columbus, y la intervención estadounidense en Chihuahua que provocó.

UNA NUEVA DIRECCIÓN PARA EL VILLISMO

A fines de 1915, tras la desastrosa campaña sonoreense, existía al parecer un difundido consenso entre los observadores estadounidenses, la dirección carrancista y la mayoría de los generales de Villa de que el exjefe de la División del Norte estaba acabado en términos militares.⁸ Algunos funcionarios estadounidenses pensaban que buscaría asilo en Estados Unidos. El gobernador Enríquez no lo creía así, pero consideraba tan insignificantes a las fuerzas que aún merodeaban bajo el mando de Villa que sólo le pidió a Carranza dos mil hombres para contenerlas.⁹ Era una considerable subestimación del potencial destructivo que Villa representaba. En sólo unos pocos meses, más de diez mil estadounidenses y varios miles de soldados carrancistas recorrerían Chihuahua, incapaces de capturar a Villa y de impedir su espectacular resurgimiento por el que, a fines de 1916, controlaría de nuevo una porción sustancial del estado.

La disolución de la División del Norte en modo alguno significó que Villa estuviera dispuesto a abandonar la lucha y aceptar su derrota. Pero se dio cuenta de que mantener un ejército regular y librar combates regulares se le había vuelto imposible. Sus hombres estaban desmoralizados y no tenía ni el dinero ni los medios con que adquirir armas y parque estadounidenses. Como dejó entender en su última conversación con Silvestre Terrazas, iba a pasar a la lucha guerrillera. Para ese fin, Villa sólo necesitaba inicialmente un pequeño número de hombres. Como sus acciones futuras mostrarían, confiaba en que si llegaba a necesitar a sus antiguos soldados podría reclutarlos de nuevo, ya fuera voluntaria o involuntariamente, aunque hubieran aceptado la amnistía de Carranza. Pensaba

también que la mayoría de sus generales se le uniría en la guerra de guerrillas que planeaba librar contra los carrancistas y contra los estadounidenses, esperanza que vio frustrada en la reunión de Bustillos, después de la cual Villa se retiró a las montañas del oeste del estado.

El día en que llegó a esa zona debe haber sido uno de los más tristes de su vida. Sólo le quedaban unos cientos de hombres, principalmente miembros de su guardia de élite, los Dorados, de un ejército que había contado entre treinta y cincuenta mil soldados. Idos eran todos los arreos de un ejército regular –los trenes militares, los sanitarios, la artillería– que tan intensa fascinación le causaban. Prácticamente todos sus generales lo habían abandonado. Tras años de guerra que habían acabado en derrota, su popularidad entre la población civil chihuahuense tocaba el nadir. La posibilidad de obtener armas en Estados Unidos era más remota que nunca, no sólo por el embargo contra él, sino, sobre todo, porque no contaba con los recursos que antes había usado para pagarlas: el ganado de las haciendas expropiadas y el algodón de la región lagunera.

A pesar de todo, Villa no abandonó la lucha, entre otras razones porque tampoco carecía enteramente de recursos: tenía escondidos grandes depósitos de armas y municiones en diversos puntos recónditos de Chihuahua.

Aunque sólo tenía unos pocos hombres, sabía que éstos, principalmente los Dorados, le eran fanáticamente leales. Otro tanto ocurría con los jefes militares que sustituían a los generales de la División del Norte: en su mayoría eran jóvenes, principalmente Dorados que habían escalado desde los rangos inferiores. Tal vez con una excepción, ninguno de ellos era un líder popular en el momento de estallar la revolución. Los hermanos Martín y Pablo López se habían sumado a las filas de Villa como soldados rasos y habían ascendido velozmente, gracias a su lealtad y su valor. Al parecer también era ése el caso de Baudelio Uribe, mientras que Nicolás Fernández, exadministrador de hacienda, había sido compañero de Villa antes de la revolución. Una de las pocas excepciones a la regla era Candelario Cervantes, que había conducido a más de cien hombres de su pueblo natal, Namiquipa, en febrero de 1913, sublevados contra la dictadura de Huerta. La lealtad que estos hombres le tenían a Villa y su audacia a veces legendaria (como fue especialmente el caso de Martín López) competían con la despiadada crueldad y la brutalidad que ejercían contra sus enemigos y, en ocasiones, contra la población civil. En 1916, uno de los propios comandantes de Villa protestó por las depredaciones que estaba cometiendo Martín López contra los civiles.¹⁰ Baudelio Uribe era conocido por cortarles las orejas a los prisioneros carrancistas, y Cervantes forzó a los habitantes de su

propio pueblo, enrolados en el ejército de Villa contra su voluntad, a participar en el ataque a Columbus.

La cuestión de cuáles eran los objetivos de Villa en ese momento de su vida y qué motivaciones lo guiaban constituye uno de los puntos más polémicos de la historiografía mexicana, en parte porque, aunque vivió siete años más, nunca reconoció sus acciones de ese periodo ni dio ninguna explicación de ellas. Para muchos historiadores mexicanos y observadores contemporáneos lo mismo mexicanos que estadounidenses, se había vuelto completamente irracional y sólo lo movía su odio ciego contra los estadounidenses que, según él, lo habían traicionado y causado su derrota. Para otros, simplemente había vuelto a ser lo que siempre fue: un bandido al que sólo lo movía el deseo de adquirir botín y oro, capaz de cualquier cosa por dinero; cuando alguien le pagó para cruzar la frontera y atacar a los estadounidenses, lo hizo sin la menor preocupación por las consecuencias que podía tener para México. Para algunos historiadores, ese “alguien” fue el servicio secreto alemán, mientras que para ciertos observadores contemporáneos fueron los empresarios estadounidenses que deseaban provocar una intervención de Estados Unidos en México.¹¹ Según una tercera hipótesis, la del historiador chihuahuense Francisco Almada, Villa era una especie de bestia feroz. Había tratado de obtener asilo político en Estados Unidos pero había renunciado a ello al enterarse de que sería procesado por el asesinato de Benton,¹² el hacendado británico al que él o uno de sus hombres había dado muerte en 1914. En ese momento no tenía más alternativa que permanecer en México y pelear, por lo que tomaba venganza contra Estados Unidos. La cuarta hipótesis, del historiador Alberto Calzadía Barrera, es que el propósito principal de Villa al atacar Columbus era castigar al comerciante estadounidense Sam Ravel, a quien le había proporcionado una gran cantidad de dinero para comprar armas y se negaba a entregárselas.¹³

En realidad, los motivos de Villa para las acciones que emprendió en 1916 parecen haber sido mucho más complejos de lo que estas teorías sugieren. Hay dos documentos contemporáneos que, tomados en conjunto, dan una idea de sus objetivos y razones.

El primero es una carta que le escribió a Zapata el 8 de enero, sólo unos días después de abandonar la hacienda de Bustillos. En ella, tras describir sus planes para la campaña en Sonora, culpaba esencialmente al gobierno de Wilson de su fracaso. Por haber permitido a varios miles de soldados carrancistas cruzar su territorio para reforzar a los de Agua Prieta, Wilson era directamente responsable de la derrota. Villa había tenido que retirarse de Sonora porque la ciudad más

importante que controlaba en Chihuahua, Ciudad Juárez, estaba amenazada por tropas carrancistas a las que los estadounidenses habían permitido acercarse por su lado de la frontera. La explicación de todo esto era el pacto secreto que el gobierno estadounidense habría firmado con Carranza.¹⁴ No tenía más opción que quedarse en México para seguir combatiendo, y buscar venganza contra Estados Unidos.

Villa concluía la carta revelando sus planes para el futuro y pidiéndole a Zapata que los apoyara:

Por lo anterior verá usted que la venta de la patria es un hecho, y en tales circunstancias y por razones expuestas anteriormente, decidimos no quemar un cartucho más con los mexicanos nuestros hermanos y prepararnos y organizarnos debidamente para atacar a los americanos en sus propias madrigueras y hacerles saber que México es tierra de libres y tumba de tronos, coronas y traidores.

Con objeto de poner al pueblo al tanto de la situación y para organizar y reclutar el mayor número posible de gente con el fin indicado, he dividido mi ejército en guerrillas y cada jefe recorrerá las distintas regiones del país, que estime convenientes, mientras se cumple el término de seis meses, que es el señalado para reunirnos todos en el estado de Chihuahua, con las fuerzas que se haya logrado reclutar en el país y hacer el movimiento que habrá de acarrear la unión de todos los mexicanos. [...]

Como el movimiento que nosotros tenemos que hacer a los Estados Unidos sólo se puede llevar a cabo por el norte, en vista de no tener barcos, le suplico me diga si está de acuerdo en venirse para acá con todas sus tropas y en qué fecha, para tener el gusto de ir personalmente a encontrarlo y juntos emprender la obra de reconstrucción y engrandecimiento de México, desafiando y castigando a nuestro eterno enemigo, al que siempre ha de estar fomentando los odios y provocando dificultades y rencillas entre nuestra raza.¹⁵

Esta carta es desconcertante en varios sentidos. Tomada por sí sola, tendería a confirmar la hipótesis de que Villa se había vuelto irracional y sólo lo guiaba el odio contra los estadounidenses y el deseo de vengarse, a cualquier costo para México. En ninguna parte de la carta le explica a Zapata lo que espera obtener de su ataque a Estados Unidos, país muy superior a México en recursos y poderío militar. ¿Esperaba seriamente que Zapata, siempre renuente a enviar a sus tropas

fuera de Morelos y que no lo había hecho ni siquiera para interrumpir las comunicaciones de Obregón antes de la batalla de Celaya, repentinamente condujera a su ejército a cientos o miles de kilómetros de su estado natal, a través de territorio controlado por Carranza, para atacar a Estados Unidos? También resulta desconcertante el esquema de fechas que maneja Villa. Atacó Columbus a las pocas semanas de escribir la carta, pero en ella le menciona a Zapata que esperará por lo menos seis meses, con el fin de tener tiempo de movilizar y reunir hombres suficientes.

Los verdaderos fines y objetivos de Villa en ese momento se vuelven más claros en una entrevista que unos meses después concedió uno de sus lugartenientes más importantes, Pablo López, a un corresponsal irlandés, tras ser capturado por los carrancistas y poco antes de ser ejecutado.

Mi jefe, don Pancho Villa, siempre nos estaba diciendo que ya que los gringos lo habían traicionado no sólo quería la revancha, sino tratar de despertar a nuestro país para que viera el peligro que le acechaba.

Don Pancho estaba seguro de que los gringos eran demasiado cobardes para enfrentarse a nosotros, o para tratar de conquistar nuestro país por la fuerza de las armas. Decía que lo que harían sería enfrentar a una facción contra otra, hasta que todos estuviéramos muertos y nuestro país agotado cayera como un fruta madura en sus manos codiciosas. Don Pancho también nos dijo que Carranza estaba vendiendo nuestros estados del norte a los gringos para conseguir dinero con que mantenerse en el poder. Dijo que quería forzar a los gringos a intervenir antes de que estuvieran listos y mientras nosotros todavía estábamos a tiempo de convertirnos en una nación unida.¹⁶

Aquí las palabras clave son: “Él [Villa] dijo que quería forzar a los gringos a intervenir antes de que estuvieran listos y mientras nosotros todavía estábamos a tiempo de convertirnos en una nación unida”. Lo que Villa quería y finalmente consiguió fue una intervención estadounidense limitada, similar a la de Veracruz. No hay prácticamente duda de que, cuando Villa formuló este proyecto, tenía presente la experiencia del desembarco de Veracruz. En esa ocasión, miles de mexicanos se habían presentado como voluntarios al ejército de Huerta para combatir contra el invasor extranjero, a pesar de la impopularidad del general golpista y de que había sufrido varias derrotas. Carranza se había visto forzado a hacer una fuerte declaración antiestadounidense, que había sido motivo de que Estados Unidos le bloqueara la compra de armas. El único peligro evidente que

conllevaba el ataque contra Estados Unidos era que ese país decidiera ocupar todo México. Villa le expresó a López la convicción de que no lo haría. Su optimismo estaba bien fundado. No había habido ningún intento de ocupar el resto del territorio tras el ataque contra Veracruz: Wilson no tenía entonces los medios para ello, y Villa estaba seguro, como se entiende por lo que le dijo a López, de que esa situación no había cambiado. Probablemente sabía que el ejército regular estadounidense no tenía más que cincuenta mil hombres y que, dada la evolución de la guerra europea, el gobierno jamás comprometería en México a una parte importante de esas tropas. Ambos datos eran de dominio público en aquel momento, y Villa aún tenía muchos agentes y representantes en Estados Unidos. Conociendo Chihuahua como la conocía, probablemente estaba seguro de que le sería fácil eludir una persecución estadounidense.

Uno de los puntos más acaloradamente debatidos en cuanto al ataque a Columbus es qué papel desempeñaron las fuerzas exteriores, si tuvieron alguno. A este respecto, hay dos hipótesis principales que se pueden clasificar bajo el nombre único de “teorías de la conspiración”.

La primera de ellas, ampliamente aceptada en el momento del ataque, fue que a Villa le habían pagado los empresarios estadounidenses, interesados en provocar una intervención en México. Al parecer hasta John Reed aceptaba esa hipótesis.¹⁷ Sin duda muchos estadounidenses con intereses en México se felicitaron cuando Villa atacó Columbus, porque esperaban que Wilson se viera forzado a intervenir y ocupar gran parte del país. Sin embargo, no hay pruebas de la existencia de esa conspiración, y sólo un autor ha intentado reconstruirla. Bill McGaw cree que el corresponsal de Associated Press, George Seese, que llegó a Columbus pocos días antes del ataque, fue quien entregó el dinero de los empresarios estadounidenses que lo habían organizado.¹⁸ Pero McGaw no da ninguna prueba tangible y las autoridades estadounidenses jamás albergaron la menor sospecha sobre Seese.

Las teorías conspiratorias del segundo tipo atribuyen la responsabilidad a Alemania. Aquí la situación es más compleja, porque en efecto sí existió una conspiración alemana para provocar que Villa atacara a Estados Unidos. En mayo de 1915, Felix Sommerfeld, que durante largo tiempo había sido comprador de armas y municiones para Villa y a la vez representante suyo en Estados Unidos, decidió ofrecer sus servicios al Servicio Secreto Alemán poco después de que el caudillo mexicano lo forzó a abandonar sus lucrativas actividades.

Conforme avanzaba la primera guerra, a los gobernantes alemanes les preocupaba cada vez más el impacto que podía tener en ella Estados Unidos, que se mantuvo neutral hasta 1917. A partir de 1914, las fábricas de armas estadounidenses empezaron a vender sus productos a los franceses, británicos y rusos. En teoría, también Alemania y sus aliados podían comprar armas en Estados Unidos, pero la flota británica les bloqueaba el acceso al continente americano. Además, los alemanes temían que el gobierno de Wilson entrara finalmente en guerra del lado de los Aliados. Para evitar al mismo tiempo las ventas de armas a Europa y la participación estadounidense en la guerra mundial, una de las medidas que contemplaron fue provocar una intervención a gran escala de Estados Unidos en México. Con ese propósito, a principios de 1915 los agentes alemanes le ofrecieron a Victoriano Huerta –que se hallaba en el exilio– diez millones de dólares para que diera un golpe de estado en México y luego atacara a Estados Unidos.¹⁹ Pronto se dieron cuenta de que Huerta no contaba en México con suficiente apoyo para llevar a cabo ese plan. Por lo demás, los agentes estadounidenses lo estuvieron vigilando desde el momento en que puso pie en tierras americanas y las autoridades lo arrestaron antes de que lograra cruzar la frontera hacia México. Precisamente en el momento en que la conspiración de Huerta parecía tener menos posibilidades de éxito, Felix Sommerfeld sugirió a los representantes alemanes que podría manipular a Villa para que atacara al país vecino. Sommerfeld le dijo al representante alemán en Estados Unidos, Bernhard Dernburg: “Todos los contratos de los productores de armas contienen una cláusula que los anula si Estados Unidos entra en un conflicto armado”. Aseguró que no sería difícil provocar ese conflicto con México. Pensaba que había diferencias dentro del gobierno estadounidense sobre si era deseable una intervención militar en México. Aunque el gobierno de Wilson quería evitarla a cualquier precio, porque le impediría hacer sentir su poder en Europa y en el Lejano Oriente, Sommerfeld pensaba, como informó Dernburg, que

las autoridades militares de Estados Unidos, por otra parte, están a favor de la intervención, lo mismo que los gobiernos de Texas y Arizona, que colindan directamente con México. Aproximadamente hace dos meses, un incidente en la frontera de Arizona estuvo a punto de provocar la intervención. El jefe del Estado Mayor estadounidense fue enviado por el presidente Wilson a la frontera, por consejo del secretario de Guerra, Garrison, para negociar con Villa. Esas negociaciones se llevaron a cabo con la mediación de Felix

Sommerfeld y en ese momento, como repetidamente me dijo [a Bernhard Dernburg], hubiera sido fácil para él provocar una intervención [...] Parece que esa oportunidad se presentará de nuevo en el futuro inmediato y Felix Sommerfeld me ha hablado de ella.

Dernburg consideraba este asunto de tal importancia que ni siquiera lo informó al embajador alemán en Estados Unidos, sino que se dirigió directamente a uno de los comandantes de la marina alemana, el almirante Henning von Holtzendorff, quien no se sintió capaz de tomar él solo una decisión de ese calibre y consultó al ministro de Asuntos Extranjeros de Alemania, Jagow. Este último aprobó con entusiasmo la propuesta de Sommerfeld.

En mi opinión la respuesta es absolutamente sí. Aunque no se puedan detener los embarques de municiones, y no estoy seguro de que se pueda, sería altamente deseable que Estados Unidos participara en una guerra que lo distrajera de Europa, donde claramente simpatiza cada vez más con Inglaterra. No están interviniendo, sin embargo, en la situación china, y por tanto una intervención producida por los acontecimientos en México sería la única posible distracción para el gobierno estadounidense. Además, dado que en este momento no podemos hacer nada respecto de la situación mexicana, una intervención estadounidense allí también sería lo mejor posible para nuestros intereses en ese país.²⁰

Los alemanes expresaron gran entusiasmo después del ataque de Villa, y al parecer sus agentes le proporcionaron armas.²¹ Es muy posible que Sommerfeld o los estadounidenses Keedy y Linss, que al parecer tenían vínculos con Alemania y que fueron a ver a Villa en algún momento de 1915, le hayan prometido ayuda alemana si atacaba a Estados Unidos.²² No hay prueba alguna, sin embargo, de que los alemanes tuvieran realmente injerencia en el ataque de Villa. Sus documentos no contienen indicios de ello. A principios de 1917, tras el fracaso del telegrama Zimmerman y en los debates internos que se sucedían en Alemania, al ministerio de Asuntos Exteriores y a la Marina ciertamente les habría interesado decir que ellos habían persuadido a Villa de atacar a Estados Unidos, pero nunca lo hicieron.²³ Eso no significa que las posibles promesas de ayuda de Alemania no contribuyeron a decidir a Villa, aunque es muy dudoso que fueran un factor principal para él.

Las consideraciones puramente internas probablemente desempeñaron un

papel más importante en la decisión de Villa. En el peor de los casos, una intervención estadounidense limitada provocaría el mismo tipo de reacciones que había suscitado la invasión de Veracruz: muchos mexicanos seguirían a Villa como campeón del sentimiento antiestadounidense, y Carranza de nuevo se vería forzado a tomar postura contra Estados Unidos, lo que conduciría a un nuevo embargo de armas contra él. Si no lo hacía, quedaría expuesto como agente de ese país. Así, para Villa, el pacto secreto entre Carranza y Wilson, de cuya existencia estaba absolutamente convencido, se rompería o quedaría expuesto a la opinión pública mexicana. De cualquier manera sería invalidado, y la independencia de México, salvaguardada. Villa probablemente suponía también que si el peligro de una guerra mexicano-estadounidense aumentaba, los generales nacionalistas de Carranza podían forzarlo a llegar a un acuerdo con sus opositores internos, para crear un frente unido contra el invasor extranjero.

Así pues, el verdadero mensaje de Villa a Zapata era que en caso de unidad nacional con los carrancistas contra Estados Unidos, Zapata debía dejar de combatir a sus enemigos internos (debía apoyar la declaración que incluía la carta de Villa en el sentido de que no debía seguirse derramando sangre mexicana) e incorporarse de alguna manera a la campaña antiestadounidense. Cabe dudar que Villa creyera seriamente que Zapata se trasladaría al norte. Tal vez juzgaba posible que pusiera fin a las hostilidades contra los carrancistas y enviara un contingente simbólico para luchar, junto con los nortños, contra los estadounidenses. También cabe dudar de que Villa realmente pensara esperar seis meses antes de atacar. El plan que le sometió a Zapata probablemente era un proyecto a largo plazo, pero a la vez estaba haciendo todo lo posible por apresurar el conflicto con Estados Unidos.²⁴

Aunque Villa confiara principalmente en que la salvación de su movimiento estaba en provocar una intervención estadounidense en México, no desechó totalmente otras estrategias. No quería ser nada más un jefe local que luchaba en Chihuahua; se proponía seguir siendo un dirigente regional, cuya influencia se extendiera a gran parte del norte. Con ese fin, envió a uno de sus generales, José Rodríguez, a Sinaloa, para librar allí una guerra de guerrillas, mientras Severiano Ceniceros, antiguo lugarteniente de Calixto Contreras que, en la era porfiriana, había peleado junto a este último durante años por las tierras de los indios de San Pedro Ocuila, fue enviado a Durango para evitar que los carrancistas consolidaran su control sobre el estado.

Rodríguez nunca llegó a Sinaloa. Primero fue recibido y luego traicionado por Maximiano Márquez, antiguo compañero de Villa que trabajaba como

administrador en la enorme hacienda de Babicora, propiedad de William Randolph Hearst. Fue ejecutado y su cuerpo exhibido por todo Chihuahua para recordar a los antiguos villistas el precio que pagarían si seguían luchando contra el gobierno carrancista.²⁵

Ceniceros sí logró llegar a Durango, pero en vez de combatir contra los carrancistas, se les unió y se convirtió en uno de los dirigentes de la contraguerrilla en el estado. Sin embargo, Durango siguió siendo un reducto del villismo. En contraste con su antiguo subordinado, Calixto Contreras continuó peleando contra Carranza en su estado natal.

Un segundo elemento importante de la estrategia de Villa era repetir lo que los maderistas habían hecho en 1910-1911 y lo que él mismo había logrado en 1913: hacer que el estado resultara ingobernable para el enemigo. En las dos ocasiones anteriores, esto había sido relativamente fácil. Los revolucionarios disfrutaban de considerables simpatías en el campo chihuahuense. La gente tenía la genuina esperanza de obtener una victoria nacional y de que volviera la paz. Además, los revolucionarios habían acrecentado ese apoyo redistribuyendo parte de las enormes riquezas acumuladas en las grandes propiedades de la oligarquía de Chihuahua. Las simpatías que mostraban a los revolucionarios tanto los particulares como algunas autoridades estadounidenses habían contribuido al sentimiento popular de que se hallaban en el lado vencedor. Esta vez las cosas eran distintas. Villa era un hombre derrotado, cuya reputación de invencibilidad se había esfumado y que no parecía tener perspectivas de triunfar al final. Los carrancistas no sólo habían ganado la guerra, sino que contaban con el respaldo de la gran potencia del norte. Quedaba muy poco por repartir en el campo, ya que el ganado había sido exportado a cambio de armas y municiones. Las tierras de las haciendas que aún rendían eran cultivadas principalmente por arrendatarios y aparceros pobres, con los que Villa no quería enemistarse. Las escasas excepciones, las pocas haciendas en que aún había riquezas, eran las que pertenecían a los estadounidenses, que Villa había respetado hasta entonces con la esperanza de evitar que Estados Unidos reconociera a Carranza. Ahora se proponía no sólo utilizar sus propiedades para su ejército, sino repartir parte de ellas y así obtener apoyo popular.

Cuando sus tropas ocuparon el rancho de Babicora, ordenó que mataran buen número de cabezas de ganado y que se repartiera la carne a los peones de la hacienda.²⁶ Pero las propiedades de los hacendados extranjeros no bastaban para compensar la desaparición de las inmensas riquezas de la oligarquía. En muchos casos, los villistas tenían que quitarles sus alimentos a los campesinos para

sobrevivir. En ocasiones se los darían voluntariamente, ya que Villa solía pagar en oro o en plata, pero a veces sus soldados simplemente los tomaban, y así se creaban nuevos enemigos.

Conforme perdía el apoyo popular, Villa empezó a recurrir más y más al terror. En enero de 1916, cuando sus tropas derrotaron a un gran contingente de carrancistas, tomó más de cien prisioneros que fueron cuidadosamente examinados y divididos en dos grupos. Los que siempre habían sido carrancistas podían incorporarse a las filas de Villa, pero más de setenta prisioneros que habían sido villistas y se habían pasado al enemigo fueron sumariamente ejecutados.²⁷ Era una clara advertencia para cualquier exvillista que quisiera enrolarse con Carranza o trabajar en su gobierno.

Otra estrategia de Villa que resultó muy impopular consistía en impedir que los empresarios estadounidenses regresaran a México para reabrir sus minas y sus negocios. Pensaba que al obstaculizar la recuperación económica debilitaría aún más al gobierno carrancista. Pero los motivos económicos ya no eran determinantes en su forma de tratar a los estadounidenses. Aparte de cobrar venganza, quería demostrarles claramente que, mientras se le opusieran, no podrían poner de nuevo en funcionamiento sus negocios en el norte de México. La idea estaba insinuada con bastante claridad en su manifiesto de Naco. Tal vez esperaba también que los ataques contra los empresarios estadounidenses en México ayudarían a provocar la intervención que estaba buscando.

LA MASACRE DE SANTA ISABEL

Todas esas consideraciones son el telón de fondo de los trágicos sucesos que tuvieron lugar el 10 de enero de 1916, en el pueblo de Santa Isabel, Chihuahua. Ese día, un destacamento comandado por el general villista Pablo López detuvo un tren de pasajeros que iba de la ciudad de Chihuahua a la población minera de Cusihuiráchic. A bordo, junto con muchos pasajeros mexicanos, se hallaban quince ingenieros de minas y el administrador de la Cusihuiráchic Mining Company, unos y otros estadounidenses, que volvían a la población del mismo nombre para reiniciar el trabajo en las minas. Habían sido evacuados en el momento culminante de la guerra civil, pero regresaban porque las autoridades carrancistas los habían persuadido de que controlaban plenamente la situación y de que no había peligro. El administrador Watson, escéptico ante las seguridades que le daban los funcionarios, había pedido una escolta para el tren, pero el gobierno se sentía tan seguro de su control y de que Villa había quedado

reducido a la impotencia, que se la negaron, lo cual tuvo desastrosas consecuencias para los estadounidenses.

Cuando el tren se detuvo repentinamente, se extrañaron pero no se alarmaron. Tres de ellos, incluido Watson, bajaron a las vías para ver qué ocurría. El resto permaneció en el compartimento jugando a las cartas. Thomas B. Holmes formaba parte del grupo que descendió del tren.

Avanzamos para ver cuál era el problema, pero no vimos a nadie trabajando en torno al tren descarrilado o intentando devolverlo a la vía. Estábamos unos tres metros más allá del final del vagón cuando la balacera empezó. Al mirar al otro lado del vagón, vi una fila cerrada de mexicanos, entre doce o quince, parados en lo alto de la ribera del lado opuesto. No podía saber cuántos más había ya que el tren me tapaba la vista. En ese momento vi saltar al señor Watson de los escalones al final del tren. Cayó al borde de una especie de corte en la orilla del río, y se alejó corriendo inmediatamente, en línea perpendicular al tren y en dirección al río. McHatton y yo estábamos exactamente atrás del señor Watson cuando empezó a correr. McHatton cayó, pero no sé si lo mataron en ese momento o más tarde. Yo corrí diagonalmente, en dirección a la cola del tren y hacia el río. Tropecé y caí a unos treinta metros del final del tren y me quedé acostado, perfectamente quieto, entre unos arbustos, de modo que pude mirar hacia atrás y vi a los mexicanos disparar en la dirección en que el señor Watson iba corriendo la última vez que lo vi. Al ver que no me disparaban, me arrastré hasta unos arbustos más tupidos, a unos tres o cuatro metros. Me abrí paso a través de ellos hasta la ribera y, a lo largo de ésta, hasta unos cien metros del tren. Allí permanecí cerca de media hora.

Gracias a que se escondió en los arbustos, Holmes fue el único estadounidense que logró sobrevivir.²⁸

Una vez muertos los estadounidenses que habían bajado del tren, López entró en el compartimento donde se hallaban los demás. “Un hombre alto, armado con una pistola y un rifle abrió la puerta y me dio un golpe en la cara”, relató más tarde César Sala, un italiano que viajaba con los estadounidenses y a quien los atacantes le perdonaron la vida en atención a su nacionalidad. “Fui el primero al que atacaron. Luego me enteré de que el hombre que me había golpeado era Pablo López. Levanté el brazo para protegerme y dijo: ‘Bájate, gringo’, y usó otro nombre. Le dije: ‘Yo no soy gringo’. Me contestó que me sentara y maldijo

al presidente de Estados Unidos y al señor Carranza, y dijo que iban por los americanos y empezó a quitarles toda la ropa.”²⁹ Los atacantes empezaron a burlarse de los estadounidenses, que no se defendían. “Los oí maldecir al señor Wilson”, contó un testigo mexicano de la masacre,³⁰

y les decían a los americanos que llamaran al señor Wilson para que viniera a protegerlos y al señor Carranza para que garantizara su seguridad, que los americanos eran los causantes de los problemas de México. Vi al señor Pierce, el señor Robinson, el señor Wallace, el señor Anderson, el señor Romero y el señor Newman bajar del vagón, desnudos excepto por su ropa interior. Estaba sentado en el lado derecho y vi cómo mataban a los americanos. Los iban ejecutando conforme iban bajando.

Algunos de los atacantes quisieron robarles sus pertenencias a los pasajeros mexicanos. “En el mismo momento, el coronel Pablo López entró al vagón y les dijo a aquellos soldados que dejaran eso, que no había que hacerles nada a los que no eran americanos, como habían quedado de acuerdo; que a los demás pasajeros no había que causarles perjuicio.”³¹ López arengó a los pasajeros mexicanos diciéndoles que no tuvieran miedo de él, ya que sus acciones sólo estaban dirigidas contra los estadounidenses.³²

Resulta irónico que, antes de emprender el viaje, algunos de los estadounidenses que regresaban tuvieran miedo de Carranza, convencidos de que Villa no les causaría ningún mal. Un día antes de partir, W. D. Pierce, uno de los ingenieros, le escribió a su hermano: “Sin embargo, Carranza es más de temer que Villa. Éste por lo menos tenía valor y hacía cumplir sus órdenes, que es más de lo que puedo decir de Carranza. Carranza le tiene más miedo a Villa que a nada y si puede causarnos problemas a los estadounidenses y, al mismo tiempo, hacer parecer que el culpable fue Villa, ten por seguro que lo hará.”³³

¿Había ordenado Villa la masacre o fue un resultado indirecto de sus órdenes? Después de que Wilson permitió a tropas mexicanas atravesar por su territorio, Villa había empezado a confiscar cuantas propiedades estadounidenses podía, con la notoria excepción de la Alvarado Mining Company, de Chihuahua, uno de cuyos empleados era hijo del general Hugh Scott. Sin embargo, había respetado la vida de la mayoría de los estadounidenses, a excepción del contador P. Keane, del rancho de Hearst en Babicora.³⁴

Una comisión del ejército estadounidense enviada para investigar las acciones de los villistas llegó a la siguiente conclusión:

En el momento de la masacre Villa se encontraba lejos de la escena en que los hechos se desarrollaron; dada su ubicación y las circunstancias que rodearon la llegada accidental del tren que transportaba a los diecisiete infortunados estadounidenses, Villa no pudo tener previamente información de primera mano como para darle a López órdenes directas de matarlos [...] Hay razones para pensar sin embargo que Villa le había dado a López instrucciones de limpiar [de estadounidenses] el país [...] Esas instrucciones pudieron llegarle a López en cualquier momento, pero puede afirmarse con toda seguridad que Villa no se hallaba en las cercanías de Santa Isabel cuando se produjo la masacre, y que además cuando sus correos le llevaron informes del incidente, él se inclinó a negar su autenticidad.³⁵

En la única entrevista que concedió a un reportero tras ser capturado por los carrancistas, Pablo López, el hombre que ordenó la masacre, se refirió de manera ambigua a las instrucciones que había recibido de su jefe.

López rehusó al principio hablar con el corresponsal de *El Paso Herald*, ya que se negaba a hablar con estadounidenses. Después de que el corresponsal explicó que era de origen irlandés, López cambió de opinión. “Ah”, dijo, “entonces no es usted un gringo. Bueno, eso cambia un poco las cosas; ustedes tienen revoluciones en su tierra. ¿No es así? Sí, mis amigos me mantienen informado de lo que ocurre afuera. Si no fuera por ellos, moriría de hambre [...] Sí, tratándose de usted, puedo hablar un poco [...] No quiero decir mucho sobre Santa Isabel. Usted sabe que eso fue diferente de pelear con hombres armados en Columbus, pero tal vez se puede imaginar que cuando uno es el esclavo devoto de un gran líder, uno obedece órdenes.

Aun así, las cosas no habrían sucedido como sucedieron si otros jefes no hubieran estado poseídos por un espíritu diabólico. Tal vez nos hubiéramos conformado con sólo la ropa y el dinero de los americanos.

Pero empezaron a correr, señor, y entonces nuestros soldados comenzaron a disparar. El olor nos calienta la sangre. La excitación y... Bueno, señor, todo había terminado antes de que me diera cuenta. Sí, lo lamenté cuando tuve tiempo de enfriarme y reflexionar.”³⁶

Como consecuencia de la masacre, se alzó en Estados Unidos un clamor generalizado a favor de la intervención, pero el gobierno de Wilson conservó la serenidad y declaró que se trataba de un asunto interno que México debía resolver. Sólo unas semanas más tarde, esa actitud se modificaría radicalmente.

EL ATAQUE DE PANCHO VILLA A COLUMBUS

El 18 de enero, Villa reunió en Los Tanques a doscientos hombres, la mayoría integrantes de su guardia de élite, los Dorados, y les dijo que había llegado el momento de lanzarse contra los estadounidenses. “Saldremos mañana para atacar las poblaciones de la frontera de Estados Unidos en los alrededores de Ojinaga. Grandes destacamentos de tropas se nos unirán en el camino. No retendré a ninguno de ustedes después de esa aventura, y les aseguro que no se arrepentirán de participar en esta última expedición conmigo.”³⁷

No se sabe exactamente por qué Villa eligió las pequeñas poblaciones estadounidenses situadas frente a Ojinaga como primeros blancos de su incursión. Esas poblaciones eran de las más pobres de todo Estados Unidos, y no se podía esperar hallar en ellas mucho botín ni pertrechos. Tal vez pensó que esa parte de la frontera tenía guarniciones muy pequeñas, y por ello podría apuntarse algunos éxitos, más aún dado que algunos de sus partidarios más fervientes venían de la región de Ojinaga, especialmente de Cuchillo Parado, donde la muerte de Ortega no había menoscabado el gran apoyo de que gozaba Villa.

La proyectada marcha hacia Ojinaga resultó un desastre ya que el pequeño destacamento sufrió constantes desertiones. Como anotaba uno de los oficiales:

Enero 25: Durante la noche del 24 al 25 de enero nuestras fuerzas se vieron muy disminuidas por las desertiones. El coronel Julián Pérez desertó con una parte de su destacamento. El coronel Cárdenas, amigo personal de Pérez, fue tras él con cinco hombres. Suspendimos temporalmente nuestra marcha con la esperanza de recuperar a algunos de los desertores.

Enero 26, 27, 28: Nuestras tropas aún esperan la detención de los desertores. Durante la noche del 27 al 28 desertaron varios más; las desertiones continúan incluso a la luz del día. El coronel Cárdenas no ha regresado. Los desertores en este campamento suman unos treinta.³⁸

El 30 de enero, Villa concluyó que si continuaba con su plan de atacar a los estadounidenses su ejército podría desintegrarse. Decidió regresar a San Jerónimo, de donde había partido, y recompensar a sus soldados para detener la creciente desmoralización. Un día más tarde, el 31 de enero, los villistas detuvieron un tren que venía de Ciudad Juárez. Los pasajeros fueron obligados a descender, aunque ninguno sufrió daño alguno, y Villa permitió a sus soldados

saquear cuanto encontraran. Este “éxito” frenó al parecer la racha de desertiones.³⁹

El fracaso de la expedición inicial contra Estados Unidos no convenció a Villa de la inutilidad del ataque. Sin embargo, se dio cuenta de que, proclamando abiertamente su intención de entrar en el país vecino, no obtendría voluntarios sino que, por el contrario, provocaría que desertaran varios de sus partidarios más devotos. Para el segundo intento, utilizó una táctica muy diferente. Por primera vez decidió romper con la tradición que había sido esencial en la estrategia de la División del Norte: la de sólo aceptar voluntarios en su ejército, salvo casos excepcionales. Adoptó la modalidad del reclutamiento forzoso.

El 20 de febrero, envió a uno de los más importantes entre los líderes que le habían permanecido fieles, el coronel Candelario Cervantes, a su pueblo de origen, Namiquipa, a reclutar un gran contingente de hombres. No se trataba aún, sin embargo, de la leva forzosa tal como se practicaba en tiempos de Porfirio Díaz: no afectaba a todos los hombres físicamente capacitados, sino sólo a los antiguos soldados de la División del Norte. En las instrucciones que le dio a Cervantes, Villa decretó “la inmediata movilización de todos los soldados residentes en los distritos de Namiquipa y Cruces que han prestado servicio previo en el ejército convencionista y su asignación al destacamento al mando del coronel Candelario Cervantes. Aquellos que no se incorporen a dicho destacamento serán fusilados. En el caso de aquellos que se escondan y no sean encontrados, sus familias pagarán la pena”.⁴⁰ Probablemente esperaba que la coerción sólo influyera de manera secundaria para movilizar a los hombres de Namiquipa en favor de su causa. Aquél había sido uno de los centros del movimiento villista; Cervantes era un hombre de la región y había hecho muchos favores que se proponía cobrarse; no dudaba en ejercer brutales represalias contra cualquiera de sus antiguos soldados que vacilara mínimamente en unírsele.

Lauro Trevizo Delgado era un antiguo soldado villista que había sufrido una herida en la pierna y había regresado a su pueblo natal de Namiquipa. Fue reclutado junto con otros treinta hombres y enviado al campamento de Villa, para tomar parte en la operación militar. Al llegar, le suplicó a su antiguo jefe que le permitiera volver a casa porque la herida le impedía cabalgar; pero Villa no le creyó y lo mandó fusilar. Trevizo Delgado tuvo suerte: cuando lo llevaban al paredón, se encontró con uno de los lugartenientes de Villa, Nicolás Fernández, que lo conocía bien y accedió a interceder por él. Finalmente Villa le perdonó la vida, con la condición de que los acompañara en la expedición.⁴¹

Temeroso pues de cómo reaccionarían sus hombres si se enteraban de que planeaba un ataque contra Estados Unidos, Villa no les informó su verdadero propósito y les dijo que, si desertaban, “les dejo las familias colgadas de los álamos del río”.⁴² Cuando fueron capturados por los estadounidenses, pocas semanas después, casi todos los hombres de Namiquipa que participaron en el ataque a Columbus insistieron en que habían sido reclutados a la fuerza y en que Villa no les había dejado más alternativa que seguirlo.

La expedición que se puso en marcha el 24 de febrero para atacar Columbus era completamente distinta de lo que había sido la División del Norte en su mejor momento, cuando miles de hombres y voluntarios acudían en masa a cada estación de tren para incorporársele. También estaba muy lejos de los entusiastas contingentes guerrilleros que el caudillo había comandado en los primeros días de la revolución. Por primera vez, había reclutas forzados de los que se podía temer que desertaran en cualquier momento. Ninguno de los generales que habían tomado partido por Villa cuando rompió con Carranza a mediados de 1914 continuaba con él. Sus comandantes ya no eran dirigentes regionales, como habían sido Contreras, Ortega o Buelna. Los hermanos Martín y Pablo López, o Candelario Cervantes de Namiquipa, contaban en el mejor de los casos con partidarios locales, y habían ascendido en las filas villistas, de manera que consideraban que le debían todo a Villa y confiaban en él de manera absoluta.

Sin embargo, en un aspecto la fuerza de Villa seguía siendo un reflejo, así fuera pálido, de la antigua División del Norte: por su heterogeneidad geográfica. De los seis contingentes en que se dividía, tres procedían de Chihuahua y los otros tres, de fuera del estado: uno de Durango, otro de Sonora –con numerosos indios yaquis– y un tercero, encabezado por Nicolás Fernández, estaba integrado por hombres de todo el país, cuyos jefes habían desertado y que, fervorosamente leales, habían preferido quedarse en vez de irse con ellos.⁴³

Durante casi dos semanas, la expedición avanzó hacia la frontera estadounidense atravesando regiones recónditas, a menudo de noche, para que los carrancistas no la detectaran ni alcanzara a los estadounidenses ningún indicio de su llegada.

Los pocos individuos, todos civiles, que se encontraron en el camino fueron hechos prisioneros. Si eran mexicanos se les dejaba libres unos días después y se les devolvían sus bienes, incluidos los caballos. Los escasos estadounidenses con que se tropezaron fueron tratados con desacostumbrada brutalidad. Aunque Villa había saqueado las propiedades de los estadounidenses y los había expulsado del país, nunca había atentado indiscriminadamente contra sus vidas. Esta vez las

cosas iban a ser distintas. Tres vaqueros estadounidenses que se acercaron al contingente confiando en que nada les sucedería porque uno de ellos conocía a Villa fueron capturados y sumariamente ejecutados.⁴⁴ Villa sólo perdonó a una mujer, Maude Wright, a la que forzó a quedarse con sus tropas hasta el ataque a Columbus y sólo la dejó partir cuando se retiró de vuelta a México.

El 8 de marzo de 1916, la expedición de Villa llegó a un punto situado cuatro millas al norte de Columbus. No está claro por qué fue elegida como blanco esa pequeña población, hecha principalmente de cabañas de madera, con unos pocos cientos de habitantes y una guarnición de alrededor de seiscientos hombres. A pesar de los entusiastas elogios de los promotores de la población –el 1 de septiembre de 1911, un encabezado del periódico local decía: “No se requiere ningún auge repentino en este valle: sólo el crecimiento continuado y sólido que tenemos nos conviene: todo va bien; la agricultura de riego está atrayendo a la mejor gente de nuestro país”–, el pueblo no tenía el esplendor suficiente para atraer una incursión guerrera. En realidad, un miembro de la guarnición, el teniente Lucas, la describía como un lugar donde sólo había “lodo, chozas y víboras de cascabel”.⁴⁵ Se ha dicho a menudo que una de las principales razones de Villa para elegir a Columbus fue que allí vivía Sam Ravel, a quien le había dado dinero para comprar armas y se había negado a devolverlo y a entregar la mercancía.⁴⁶ Éste pudo ser uno de los motivos, pero no parece que vengarse de Ravel fuera la principal preocupación de Villa. Su primera elección había sido una población muy distinta, cerca de Ojinaga. Los funcionarios de inteligencia estadounidenses que trataron de reconstruir sus motivos y su itinerario, no mencionan a Sam Ravel.⁴⁷

Desde el punto de vista del mando villista, Columbus y su guarnición parecían lo bastante pequeños para tomarlos sin mucho sacrificio de tropas. Si el asalto tenía éxito, podía resultar muy beneficioso en términos tanto militares como económicos. Las armas de la guarnición, sus ametralladoras, rifles Springfield y caballos, serían ciertamente muy útiles. Las tiendas del lugar almacenaban abundantes mercancías y los bancos contenían cantidades relativamente grandes de dinero, porque Columbus era un centro de distribución al que acudían a abastecerse los rancheros y ganaderos de Estados Unidos y de la cercana frontera.

Villa había enviado espías a la población para reconocer el terreno, pero sus agentes al parecer no fueron eficaces, porque Candelario Cervantes le dijo que la guarnición sólo tenía cincuenta hombres, en vez de seiscientos, y que fácilmente se podía tomar en dos horas.⁴⁸ Antes de la decisión final de atacar, el propio

Villa subió en misión de reconocimiento a una colina desde la que se dominaba el poblado. Regresó lleno de dudas. “Dijo, en efecto”, como informó más tarde uno de los miembros de la expedición, “que no tenía sentido sacrificar el número de vidas que se iban a perder, sólo para tomar una ciudad sin importancia como Columbus. Que la guarnición era muy grande y que teníamos más posibilidades peleando con los carrancistas.”⁴⁹

Esta vez sus comandantes, en general ciegamente obedientes, se resistieron. Cervantes insistió en que la expedición no podía fracasar, porque la guarnición era muy pequeña.⁵⁰ Probablemente él y algunos otros opinaron que desistir por segunda vez del ataque podía desmoralizar a los leales que aún quedaban. Finalmente, Villa accedió y los soldados recibieron órdenes de atacar Columbus durante la noche del 8 al 9 de marzo.

Antes de mandar a sus hombres contra Estados Unidos, Villa pensó que tenía que darles alguna explicación. En su manifiesto de Naco, en sus cartas a los generales carrancistas y en su discurso de despedida al pueblo de Chihuahua, en diciembre de 1915, había acusado repetidamente a Carranza de estar vendiendo el país, y había mencionado en detalle todas las cláusulas del supuesto acuerdo secreto entre él y Estados Unidos. Pero había obtenido escasa respuesta y poco interés. Seguramente se dio cuenta de que si les decía a sus cuatrocientos soldados, casi todos analfabetos, que el motivo de la acción era que Carranza le había dado al gobierno de Estados Unidos derecho a nombrar a tres miembros del gabinete y estaba poniendo bajo su control el ferrocarril de Tehuantepec, no lograría conmoverlos gran cosa. Los habitantes de Chihuahua nunca se habían preocupado demasiado por quiénes formaban el gabinete y muchos ni siquiera conocían la existencia del ferrocarril de Tehuantepec. Villa entendía muy bien la mentalidad de sus soldados. Incluso al hablar con el oficial que le era más próximo, Pablo López, “simplificó” los términos del supuesto pacto secreto diciendo que Carranza había vendido los estados norteros de México, y le expresó la esperanza de que, al producirse un conflicto con Estados Unidos, todos los mexicanos se unirían y Carranza se vería forzado a poner fin a la guerra civil.

Pero no planteó tales ideas en el incendiario discurso que dirigió a sus soldados para incitarlos al ataque: el único motivo que mencionó fue la venganza. Estados Unidos, dijo, era responsable de su derrota de Agua Prieta, por haber permitido a los carrancistas pasar por su territorio para reforzar la guarnición de la ciudad. Esta acusación despertó una fuerte reacción de sus hombres, muchos de los cuales habían participado en aquella batalla. Acusó

también a Estados Unidos de haberle enviado armas y municiones defectuosas. Finalmente, mencionó un horrendo incidente que había tenido lugar sólo dos días antes, en El Paso. A veinte mexicanos que se hallaban encarcelados por diversos motivos los habían bañado con petróleo para despiojarlos.⁵¹ Al parecer se trataba de una práctica común, pero esta vez alguien había prendido fuego al petróleo. Nunca pudo probarse si fue un accidente o un acto intencional, pero los veinte mexicanos ardieron vivos. Villa y sus hombres tenían razones para sospechar que se había tratado de un acto deliberado porque en las semanas anteriores gran número de mexicanos habían sido linchados en la parte inferior del valle del río Bravo.⁵²

No todos los que se han ocupado del ataque a Columbus confirman que Villa arengó a sus hombres en esos términos. En realidad, hay indicios de que lo que ocurrió fue muy distinto: de que Villa nunca les dijo a sus soldados que estaban cruzando la frontera, y muchos siguieron creyendo hasta el fin que atacaban una población mexicana, defendida por tropas carrancistas.

El contingente se dividió en dos destacamentos. Uno debía dirigirse al sur de la población y atacar el Camp Furlong, donde se hallaba la guarnición. El otro debía avanzar hacia el centro de Columbus, asaltar el banco y, según dijeron después atacantes prisioneros, ejecutar a Ravel y quemar sus propiedades. Mientras Villa permanecía con una pequeña reserva en el lado mexicano de la frontera,⁵³ el resto de sus fuerzas la cruzaron a poco más de tres kilómetros de Columbus y empezaron el ataque a las 4:45 de la mañana del 9 de marzo.

Lograron sorprender a la guarnición, cuyos comandantes habían desatendido los repetidos avisos de que Villa se estaba acercando a la frontera y podía atacar. Sólo dos días antes, el general Gavira, uno de los comandantes carrancistas en Chihuahua, se lo había advertido al general que estaba al mando de las tropas estadounidenses a lo largo de la frontera, John J. Pershing. Ni éste ni el comandante de la guarnición de Columbus, el coronel Slocum, a quien se le transmitió el mensaje de Gavira, tomaron en serio la advertencia. Ya había habido rumores de un próximo ataque de Villa a Estados Unidos y nunca se habían materializado. Slocum desoyó también parecida advertencia de un comandante estadounidense de la región fronteriza de Nuevo México, y sólo se alarmó un poco más cuando Antonio, un vaquero mexicano empleado en un rancho estadounidense, le dijo que había visto a un grupo grande de mexicanos armados cerca de la frontera y que habían capturado a uno de sus cuatro hombres, el vaquero estadounidense Corbett. Slocum se hallaba en una situación difícil. Estrictas instrucciones de Washington le impedían enviar a sus hombres

al otro lado de la frontera para explorar. Decidió pagarle a Antonio veinte dólares para que cruzara de nuevo a México e intentara descubrir la identidad o por lo menos la ubicación del grupo armado. Pero Antonio nunca encontró al grupo, o tal vez nunca trató de encontrarlo, aunque sí informó que había hallado huellas de dos columnas de hombres que avanzaban en dirección opuesta a Columbus. Estas noticias no tranquilizaron del todo a Slocum. Mandó dos destacamentos a vigilar los puntos de paso más transitados de la frontera, pero no puso en alerta al resto de la guarnición. Así pues, la mayoría de los oficiales fue a pasar la noche con sus familias en sus casas, situadas en la zona norte de la población.⁵⁴

La pasividad de Slocum también se debió en parte a la naturaleza contradictoria de los informes que le llegaban de México. Había el rumor de que Villa tenía intención de ir a Columbus, pero no para atacarla, sino para dirigirse a Washington a explicarle al presidente Wilson que no tenía nada que ver con la masacre de Santa Isabel, o incluso para buscar asilo en Estados Unidos. Esos informes tal vez adquirieron mayor verosimilitud debido a la presencia en Columbus del corresponsal de Associated Press, George Seese. Un mexicano relacionado con Villa le había dicho a éste, unas semanas antes, que el caudillo se proponía ir a explicarle a Wilson su inocencia en la muerte de los ingenieros de minas. Este supuesto emisario de Villa le pidió a Seese que actuara como intermediario en las negociaciones con el gobierno estadounidense pero, antes de que pudiera iniciarlas, recibió órdenes en contrario del director de Associated Press.⁵⁵ El reportero había venido a Columbus en parte a ver si Villa acudía con su propósito original y en parte porque también había oído rumores de que habría un ataque villista. Los informes de Seese contribuyeron a confundir a Slocum sobre las verdaderas intenciones de Villa.

Cuando los villistas atacaron en la madrugada, disparando indiscriminadamente sobre las barracas, la mayoría de los soldados se hallaban dormidos y fueron tomados completamente por sorpresa. En el campamento sólo estaban dos oficiales, lo que contribuyó al caos. Sin embargo, pronto lograron organizar a los soldados para tomar la ofensiva, gracias a que los villistas cometieron una serie de equivocaciones. Debido a que se había subestimado el tamaño de la guarnición, sólo la mitad de los villistas atacaron Camp Furlong. Además, confundieron los establos con los dormitorios, y dirigieron el fuego contra ellos, con lo que mataron a los caballos en lugar de los soldados. Entre tanto, el comandante de la compañía de ametralladoras de la guarnición, teniente Ralph Lucas, dispuso a sus hombres para disparar contra los atacantes. Ante la

superior capacidad de fuego de los estadounidenses, los villistas empezaron a retirarse hacia el centro de la población. Allí, el pánico se había apoderado de los vecinos cuando la segunda columna de villistas irrumpió al galope gritando: “¡Viva Villa! ¡Viva México!”, y disparando a diestra y siniestra sobre las casas y sobre cualquiera que se asomara. Los agresores entraron a saco en el Commercial Hotel de Sam Ravel y ejecutaron a cuatro de los huéspedes, algunos de los cuales trataban de resistir pistola en mano.

Los hombres de Villa buscaron vanamente a Sam Ravel, ausente porque había ido al dentista en El Paso. Capturaron a su hermano menor Arthur y dos de ellos lo forzaron a llevarlos a la tienda de la familia. Por fortuna para Arthur, los soldados estadounidenses mataron a los dos hombres a la salida del hotel.

Cuando la compañía de Lucas llegó al centro de Columbus, halló que un segundo destacamento de tropas estadounidenses, comandadas por el otro oficial que había permanecido en el campamento, el teniente Castleman, ya había iniciado el contraataque, aunque estorbado por la oscuridad aún reinante, en la que los villistas y los civiles que trataban de escapar corrían confundidos por las calles. En ese momento, los atacantes cometieron un grave error: incendiaron el Commercial Hotel, con lo que el resplandor iluminó las calles y permitió a los soldados distinguirlos de los civiles y abrir fuego contra ellos.

A las 7:30 de la mañana, tres horas después de iniciado el ataque, el clarín villista llamó a retreta. Los atacantes no fueron presa del pánico: llevándose consigo a la mayoría de sus heridos, iniciaron en orden la retirada hacia México.

Las tropas estadounidenses no vacilaron en cruzar la frontera y seguir a los villistas ocho kilómetros al interior de México, pero al encontrar una férrea resistencia de la retaguardia de Villa, regresaron a Columbus. En términos militares y económicos, el ataque había sido cualquier cosa menos un éxito. Murieron diecisiete estadounidenses, la mayoría civiles, contra más de cien villistas. Éstos no consiguieron hacerse con los productos que había en las tiendas, ni con el dinero del banco, ni con las armas de la guarnición. Pero en términos estratégicos, el ataque cumpliría ampliamente las expectativas de Villa y les daría a él y a su movimiento un nuevo plazo para reponerse.

LA NUEVA INVASIÓN DE MÉXICO: LA EXPEDICIÓN PUNITIVA

Las esperanzas de Villa en que el ataque a Columbus provocaría una intervención estadounidense capaz de causar una reacción nacionalista en México –la cual a su vez debilitaría decisivamente la popularidad de Carranza y

sus vínculos con Estados Unidos, y permitiría el resurgimiento del villismo—pero que, al mismo tiempo, no implicaría la completa ocupación del país, resultaron más que justificadas. El ataque a Columbus fue y sigue siendo el único caso de una fuerza militar extranjera que haya atacado territorio continental de Estados Unidos desde la guerra británico-estadounidense de 1812. Ya había habido un fuerte clamor a favor de la intervención después de la masacre de Santa Isabel, en la prensa de Hearst y por parte de senadores como Albert B. Fall, de Nuevo México. El periódico de Hearst, *Los Angeles Examiner*, dijo: “Somos demasiado orgullosos para combatir [...] Vaya, incluso una diminuta, desdeñable, despreciable nación como México asesina a nuestros ciudadanos, arrastra nuestra bandera en el polvo y escupe y desafía a esta nación nuestra con truculenta insolencia”.⁵⁶ El gobierno de Wilson había resistido insistiendo en que el Departamento de Estado había advertido a los ingenieros que no regresaran a Chihuahua en vista de la inseguridad allí reinante y que ellos habían ignorado la advertencia. El Departamento de Estado por su parte expresó su confianza en que Carranza acabaría con Villa y sus hombres.

Pero esta vez el clamor se volvió incontenible. Wilson contendería por la reelección en pocos meses y temía, además, que si no tomaba la iniciativa, el Congreso podría forzarlo a lanzar una intervención a gran escala, que desencadenaría la guerra con México. Esto era lo último que deseaba. La posibilidad de que Estados Unidos entrara en guerra contra Alemania crecía en el horizonte. Como le dijo Wilson a su secretario Tumulty:

Algún día el pueblo de Estados Unidos sabrá por qué vacilo en intervenir en México. No puedo decírselo ahora porque estamos en paz con una gran potencia cuya venenosa propaganda es responsable de las terribles condiciones que reinan en México [...] Empieza a parecer que la guerra con Alemania es inevitable. Si viene, y ruego a Dios que no sea así, no quiero que las energías y las fuerzas de Estados Unidos tengan que dividirse, porque necesitaremos hasta la última onza de reserva para derrotar a Alemania.⁵⁷

Pero ésta no era la única razón por la que Wilson se oponía a una intervención a gran escala en México. Seguía teniendo simpatías por la revolución mexicana.

No es difícil para un presidente declarar la guerra, especialmente contra una nación débil e indefensa como México [...] La gente olvida lo que está detrás de los combates que se desarrollan en México. Se trata de la lucha secular del pueblo por aquello que le pertenece y, mientras vemos los incidentes que están

en primer plano, no debemos olvidar la trágica realidad que se halla en el fondo y que se divisa por encima del triste panorama. El caballero que me critica habla como si Estados Unidos tuviera miedo de pelear contra México. Pobre México con sus hombres, mujeres y niños lastimosos, que luchan por tener un lugar en su propia patria.⁵⁸

Esto no significa que Wilson no tuviera deseos de guiar el curso de la revolución. Lo había intentado desde el momento en que tomó posesión de su cargo, como demostró la invasión de Veracruz, y no había vacilado en recurrir a la fuerza armada cuando le pareció un buen medio para lograrlo. Hubiera hecho lo mismo esta vez, pero el tipo de intervención que él se planteaba sería de naturaleza limitada, sólo requeriría una cantidad modesta de soldados y no implicaría una ocupación de todo el país.

El 10 de marzo, al día siguiente del ataque a Columbus, Wilson declaró: “Una fuerza suficiente será enviada de inmediato en persecución de Villa, con el solo objeto de capturarlo y poner fin a sus desafueros. Esto puede hacerse y se hará como ayuda amistosa para las autoridades constituidas en México y con escrupuloso respeto a la soberanía de esa república”.⁵⁹ Dio orden de que una fuerza expedicionaria de unos cinco mil hombres ingresara a territorio mexicano en persecución de Villa⁶⁰ bajo el mando de John J. Pershing. El superior inmediato de éste y a quien debía reportarse era Frederick J. Funston, que había estado a cargo de la ocupación de Veracruz. Ambos tenían una característica en común: poseían una larga experiencia en lo que hoy día llamaríamos contrainsurgencia. Habían participado en la exitosa campaña estadounidense contra las guerrillas filipinas. Funston había capturado al líder de la resistencia, Aguinaldo, y Pershing había sido tan eficaz en su combate contra los “moros” (guerrillas musulmanas filipinas), que Theodore Roosevelt lo había ascendido a general pasando por alto a ochocientos sesenta y dos oficiales que tenían precedencia.

La mayoría de los mandos militares estadounidenses pusieron grandes esperanzas en la intervención, por razones que poco tenían que ver con los destinos de Villa o de México. En un país tan tradicionalmente antimilitarista como Estados Unidos, ellos habían sido durante largo tiempo el pariente pobre. A diferencia de todos los países europeos, allí no había servicio militar obligatorio. El Congreso se resistía a destinar fondos importantes al ejército y la campaña que se había emprendido para adiestrar voluntarios en caso de que Estados Unidos se viera involucrado en una guerra no había tenido muy buen

comienzo. Los mandos esperaban pues que la campaña mexicana les facilitara la obtención de fondos, más voluntarios y más simpatías populares, y al mismo tiempo les permitiera probar tanto sus tácticas como sus armas.

Sin embargo, les incomodaba el limitado objetivo que Wilson les había fijado en su primer pronunciamiento público: capturar a Villa. Más tarde, el jefe de Estado Mayor Hugh Scott recordaba en sus memorias que Newton Baker, el recién nombrado secretario de Guerra de Wilson, le dijo: “Quiero que envíe una expedición a México a apresar a Villa”. Y añade Scott:

Esto me pareció extraño y le pregunté:

–Señor secretario, ¿quiere usted que Estados Unidos le haga la guerra a un hombre? Suponga que se sube a un tren y se va a Guatemala, Yucatán o América del Sur. ¿Va usted a ir tras él?

–Bueno, no, no voy a ir –me dijo.

–Entonces no es eso lo que usted quiere. Usted quiere que capturemos o acabemos con su banda –sugerí.

–Sí –me dijo–, eso es lo que realmente quiero.⁶¹

En las instrucciones finales de la Expedición Punitiva, como se le llamó, el objetivo principal no era la captura de Villa, sino que “la tarea de estas tropas se considerará terminada cuando se sepa que la banda o las bandas de Villa han quedado disueltas”.⁶² También se subrayaba que la expedición debía respetar la soberanía del gobierno de Carranza y, a menos que fuera atacada por tropas mexicanas, nunca proceder contra éstas.

Esto les creaba a los militares un problema que nunca discutieron ni con Wilson ni con los miembros de su gabinete. Según ellos –a menos que por un azar poco probable tropezaran con los contingentes de Villa–, para acabar con sus bandas, que contaban con amplio apoyo en el campo chihuahuense, tendrían que hacer una guerra de contrainsurgencia. Ello significaría, como en Filipinas, quemar aldeas, tomar represalias contra los civiles y ejecutar a los prisioneros.⁶³ Sólo había dos formas de aplicar tales tácticas: colaborando con las autoridades carrancistas si éstas estaban dispuestas a hacer el “trabajo sucio”, o ignorarlas y asumir la responsabilidad plena de la guerra. Pronto les quedó claro que el gobierno mexicano nunca aceptaría la primera opción, así que empezaron a prepararse para la segunda, que se volvería necesaria porque era la única manera de acabar con las bandas villistas y también porque estaban convencidos de que, tarde o temprano, Carranza se opondría a su penetración en México. El 23 de

marzo de 1916, el Estado Mayor trazó un plan “para la ocupación y pacificación del norte de México”. El plan exigía que doscientos cincuenta mil soldados estadounidenses ocuparan los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua y Sonora. Además, la Marina debía bloquear todos los puertos del sur y el centro del país. Los planificadores no decían explícitamente cómo pensaban tratar a las guerrillas mexicanas que opusieran resistencia a la ocupación, pero con toda probabilidad contemplaban aplicar una táctica recomendada tres años después en otro plan:

El periodo de operaciones activas será corto, en comparación con el periodo de operaciones guerrilleras. El pronto licenciamiento de las tropas temporales es altamente deseable. Es testimonio de todos los que conocen bien el carácter mexicano que se puede emplear a cualquier número de mexicanos para combatir contra cualquiera y a favor de cualquiera que les pague y los alimente regularmente. El soldado mexicano será más barato y más eficaz contra el bandidismo que el estadounidense y será más fácil cargarle el costo al gobierno mexicano.

Además se puede crear un ejército que no sea antiestadounidense y que, durante muchos años futuros, pueda ejercer sobre el gobierno mexicano una influencia favorable a Estados Unidos.⁶⁴

Estos planes nunca se llevaron a la práctica, ya que se basaban en el supuesto de que estallaría la guerra entre Estados Unidos y el gobierno de Carranza. En los meses siguientes los dos países estuvieron al borde de la ruptura en varios momentos, pero lograron sortearla porque ninguno de los dos gobiernos la quería. Aunque ambos parecían rígidos en sus declaraciones, mostraron en la práctica un grado sorprendente de flexibilidad.

Al enterarse del ataque de Villa, Carranza pensó que podía evitar la posible intervención enviando tras él a un gran contingente de tropas, al mando de Luis Gutiérrez, y proponiendo al mismo tiempo a los estadounidenses un acuerdo para perseguir recíprocamente a los bandidos a cada lado de la frontera, en caso de futuros ataques. Un día más tarde, cuando le llegaron noticias sobre los planes estadounidenses de intervenir, envió a Wilson la severa advertencia de que si una expedición militar ingresaba en territorio mexicano sin el consentimiento de su gobierno, ello podría provocar la guerra. Esta nota preocupó a Wilson y hay indicios de que tal vez hubiera desistido de enviar a Pershing a México si las tropas mexicanas hubieran presentado resistencia en la frontera.⁶⁵

Pero no lo hicieron, y el 16 de marzo entró en el país la primera de las dos columnas que integraban la Expedición Punitiva de Pershing. Estaba compuesta por cinco mil oficiales y soldados de caballería, infantería y artillería, así como un escuadrón aéreo de ocho aeroplanos. Para fines de marzo, se había adentrado profundamente en Chihuahua y llegado a unos quinientos cincuenta kilómetros de la frontera. A pesar de su vigorosa toma de postura contra la entrada de tropas estadounidenses en México, durante el mes de marzo Carranza no ofreció resistencia y colaboró secretamente con ellas. Oficialmente, las autoridades mexicanas no permitían que las tropas de Pershing fueran abastecidas por ferrocarril, de manera que cuanto mayor era su distancia de la frontera, más se dificultaban sus operaciones. Pero en realidad, a través de un subterfugio, Carranza les permitió servirse de los ferrocarriles: los bastimentos no estaban destinados oficialmente a la expedición sino a individuos particulares dentro de ella.⁶⁶ En una proclama dirigida al pueblo de Chihuahua, el gobernador carrancista Enríquez defendió en esencia las acciones de Wilson y llamó indirectamente a colaborar con los estadounidenses. Decía que Wilson, lejos de desear la intervención, siempre se había resistido a ella. La actual Expedición Punitiva había penetrado en el país como resultado de un acuerdo entre ambos gobiernos para la persecución de bandidos (declaración completamente divergente de la actitud de Carranza).

Según lo establecido en ese acuerdo –decía Enríquez– que da iguales derechos a nuestras fuerzas, y dada la presencia de gavillas vandálicas en la frontera del estado, las tropas americanas han pasado la línea divisoria en persecución de éstas, respetando en todo a nuestras autoridades, a nuestras fuerzas y aun movilizándose de acuerdo con nuestros jefes militares. Su actitud es respetuosa y no han ocupado pueblo alguno guarnecido por nuestras tropas. [...] ¿Cuál es la solución de este estado de cosas? Si Doroteo Arango, alias Francisco Villa, monstruo infernal y aplicado discípulo de Victoriano Huerta, instrumento de los enemigos de nuestro pueblo, ha provocado esa situación, debemos tratar con todas nuestras fuerzas de exterminar a ese bandido, y entonces habrá tiempo suficiente para informar a los americanos que el motivo de su presencia en nuestro suelo ya no existe y de exigirles que se retiren de nuestro país.⁶⁷

Carranza y Enríquez no sólo querían evitar una guerra que habría sido suicida para México, sino que esperaban que la bien equipada columna de Pershing

lograra su objetivo de capturar a Villa o por lo menos de acabar con sus fuerzas. A fines de marzo de 1916, esas esperanzas parecían cobrar realidad. Los villistas habían sufrido un gran descalabro y la mayoría se había dispersado; según ciertos informes, el propio Villa estaba muerto o gravemente herido, y se hablaba de que los estadounidenses no se retirarían a su país. En realidad, sin que Carranza lo supiera, eso era lo que el jefe de Estado Mayor, Hugh Scott, estaba sugiriéndole a Wilson. Sin embargo, para principios de abril, Carranza pudo darse cuenta de que la situación se desarrollaba en sentido contrario a sus expectativas.

Tal vez la razón principal de que Pershing no tuviera éxito en sus primeros intentos fue la reacción del pueblo de Chihuahua. En un amargo telegrama dirigido a sus superiores, Pershing se refería a la

actitud del pueblo mexicano. Sin duda gente ayudó Villa evadir tropas estadounidenses cercanías Namiquipa. Nuestros mejores guías e intérpretes conocen pueblo mexicano durante larga residencia aquí completamente engañados y columnas demoradas por falsedades de mexicanos. Cuando Séptimo Caballería dejó Bachíniva 29 marzo para Guerrero peones mexicanos salieron de noche de ranchos vecinos para notificar Villa. Después combate Guerrero habitantes sin excepción ayudaron Villa escapar abiertamente dando información aparentemente auténtica basada por completo falsedades.⁶⁸

Sólo unos meses más tarde, en el otoño de 1916, Villa gozaría de un espectacular resurgimiento que nadie preveía ni remotamente en marzo, y que fue aún más inesperado porque Villa y sus fuerzas habían sufrido graves reveses en los primeros meses de ese año.

LA RETIRADA DE PANCHITO VILLA

Cuando Villa se retiraba hacia las montañas de Chihuahua, con los menos de cuatrocientos hombres que habían sobrevivido al ataque a Columbus, tuvo que afrontar las mayores dificultades de su historia desde que eligió el destino de revolucionario. Más de cinco mil estadounidenses habían entrado en México con el fin de capturarlo; estaban equipados con una tecnología moderna a la que no tenían acceso ni él ni sus enemigos mexicanos. Un escuadrón de aviones volaba sobre las laderas de las montañas y sobre los desiertos, tratando de localizarlo. Además, miles de soldados carrancistas habían penetrado en Chihuahua para

eliminarlo lo más rápido posible y prepararse para una posible guerra con Estados Unidos.

La moral de los atacantes de Columbus tocó sus cotas más bajas durante esa retirada, entorpecida por los muchos heridos que tenían que llevar consigo. Habían sufrido enormes pérdidas y no habían obtenido nada a cambio. El propio Villa estaba profundamente decepcionado. En la primera parada después del ataque, Villa, Cervantes y Nicolás Fernández se reunieron junto al lecho de Cruz Chávez, uno de los oficiales heridos y que pronto moriría. “Villa se dirigió primero a Cervantes y, señalando a Chávez con gesto abyecto, dijo: ‘Mira lo que conseguimos, Cervantes; cedí para complacerlos a todos ustedes’. Cervantes se volvió a Fernández y lo culpó por haber insistido en que el ataque a Columbus sería un éxito. Se supo que el coronel Martín López opinaba que el ataque había sido un esfuerzo inútil por unos pocos dólares.”⁶⁹

Sin embargo, a pesar de la decepción y desmoralización de muchos de sus hombres, Villa los mantuvo unidos y no hubo deserciones a gran escala gracias a su carisma, y a la lealtad y el terror que inspiraba. No cedió a la desesperación; hizo por el contrario cuanto estaba en su mano para capitalizar la oleada de nacionalismo que esperaba como reacción a la invasión estadounidense. Les propuso a los generales carrancistas un alto al fuego mientras las tropas estadounidenses se hallaran en territorio mexicano,⁷⁰ y al pasar por los pueblos arengaba a los habitantes y los convocaba a luchar contra los invasores y apoyarlo. En el zócalo de Galeana, varios miles de personas se reunieron el 14 de marzo para escucharlo. Desde una ventana sobre la plaza, Villa se dirigió a la multitud; no dio ninguna explicación del ataque a Columbus; dijo solamente que había estallado la guerra entre Estados Unidos y México, y que la gente debía estar lista para defender a su país.

Hermanos, los he convocado para informarles que al tratar de entrar en Estados Unidos de inmediato me salieron los “gringos” al paso, y me vi forzado a pelear contra gran número de ellos. Les repito, no desperdiciaré uno solo cartucho más en nuestros hermanos mexicanos, sino que guardaré mis municiones para los “güeros”; prepárense para la lucha que vendrá. Quiero pedirles que me ayuden a cuidar de los heridos que traigo conmigo, y que sufran por el bien de nuestra amada patria.

La reacción de los habitantes de Galeana al llamado fue abrumadora. “Los habitantes de Galeana respondieron a las palabras de Villa ofreciendo a los

heridos toda la asistencia que podían y cuando nuestra columna dejó la población”, informaba un villista, “a las nueve de la mañana de ese día, habían juntado un vagón exprés lleno de ropa y comida e incluso habían recolectado dinero para dárnoslo.”⁷¹ La respuesta fue menos cálida cuando Villa pidió voluntarios para pelear contra los estadounidenses. Sólo cinco hombres se incorporaron y al parecer lo hicieron obligados.⁷²

En el pueblo de El Valle, Villa fue mucho más explícito en cuanto a lo que realmente deseaba.

He querido que todos ustedes estén presentes para informarles que los estadounidenses están por venir a México a combatirnos. Ya se ha declarado la guerra y quiero ver cuántos de ustedes se van a unir a mí, cuántos de ustedes están dispuestos a tomar las armas. Tengo conmigo soldados de todos los pueblos excepto del de ustedes y es esencial que su pueblo quede libre de críticas. No teman nada, les prometo no disparar un solo cartucho contra mexicanos y si algún día lo hago podrán decir que soy un bárbaro.⁷³

Los hombres de El Valle tampoco mostraron entusiasmo, y cuarenta de ellos tuvieron que ser reclutados a la fuerza.⁷⁴

Los llamados de Villa al parecer obtuvieron mejor respuesta entre los soldados de Carranza. El 16 de marzo, sus hombres se encontraron repentinamente a sólo tres kilómetros de un gran contingente de carrancistas, pero éstos simplemente pasaron de largo y no dispararon un solo tiro contra ellos.⁷⁵ En el pueblo de Matachic hubo un breve motín de la guarnición carrancista, que exigía ser enviada a luchar contra los estadounidenses y no contra los villistas.⁷⁶ En algunos momentos las tropas de Carranza incluso prestaron ayuda a los que huían de la fuerza expedicionaria. Se dio el caso de un villista que, perseguido de cerca por los estadounidenses, cayó en manos de un destacamento carrancista. “¿Eres villista?”, le preguntó el comandante. “En estos momentos todos deberíamos ser villistas”, respondió el soldado. El comandante no contestó pero le dio un caballo y le permitió continuar su huida.⁷⁷

Una tregua con Villa era la última cosa que querían Carranza y sus más altos generales. Matarlo o capturarlo y acabar con su ejército se habían convertido en sus prioridades más urgentes. Ésa era, pensaban, la forma más rápida de librarse de los estadounidenses. El 17 de marzo, un contingente carrancista atacó a Villa. Éste consideró que ya no había motivo para mantener su promesa de no verter sangre mexicana: atacar a los carrancistas era en ese momento su única

posibilidad de conseguir armas y municiones y, como pronto descubrió, la mejor manera de obtener reclutas. El 27 de marzo, sus tropas cayeron sobre Ciudad Guerrero y los pueblos de Miñana y San Ysidro, antigua zona orozquista. Los villistas sorprendieron y derrotaron fácilmente a las guarniciones de las dos primeras poblaciones, pero fueron rechazados en San Ysidro, donde el general carrancista Cavazos tenía su cuartel general. Sin embargo, éste fracasó en su intento por recuperar Ciudad Guerrero, donde los villistas obtuvieron un triunfo importante, se apoderaron de gran número de armas y persuadieron a ochenta prisioneros de incorporarse a sus filas.

Fue, no obstante, una victoria pírrica, porque durante el combate Villa resultó herido en la rodilla. Tenía mucho dolor, no podía cabalgar y sólo era posible trasladarlo con gran lentitud y dificultad. Decidió que no tenía más alternativa que ocultarse. La única forma de escapar a sus perseguidores había sido moverse constantemente aprovechando su conocimiento de cada rincón y agujero de Chihuahua. Pero ya no tenía movilidad y, si permanecía en un solo lugar con sus tropas, su posición pronto sería descubierta ya fuera por los estadounidenses o por los carrancistas, y sus fuerzas numéricamente inferiores serían batidas.

Dividió a sus hombres en varios destacamentos que debían dispersarse por diferentes partes de Chihuahua y Durango. El propio Villa, con una escolta comandada por Nicolás Fernández, salió con destino a un lugar que tuvo cuidado de no revelar a nadie. Fue un trayecto lento. Lo transportaron alternativamente en carruaje o litera, en medio de espantosos dolores. No había ningún médico en el destacamento ni medicinas para aliviar el dolor. Por momentos lloraba o caía en el delirio. La expedición avanzó hasta llegar al rancho del padre de José Rodríguez, un general villista recientemente ejecutado por los carrancistas, quien ofreció ayudarles cuanto pudiera. Para asegurarse su lealtad, no le informaron que su hijo había muerto tres meses antes, sino que estaba bien y cumpliendo una misión confidencial.⁷⁸

Villa se recuperó por un tiempo en el rancho, pero no tenía intención de quedarse: tarde o temprano los carrancistas irían a buscarlo adonde tenían propiedades sus simpatizantes o las familias de éstos. Además una escolta tan grande tenía que llamar la atención. Le dijo a Fernández que partiera a Durango, mucho más lejos de la frontera, y se ocultara allí hasta recibir noticias suyas. Sólo dos hombres, primos hermanos suyos, se quedaron con Villa. Con grandes apuros, lo subieron a un burro y lo trasladaron a una gruta conocida como Cueva de Coscomate, donde permaneció escondido, y durante dos meses le proporcionaron agua y alimentos. La entrada de la cueva estaba disimulada con

ramas y hojas, y desde allí pudo un día ver pasar a las columnas de Pershing. Se recuperó lentamente, aunque no lo atendió ningún médico y, según la mayoría de los datos, sólo recibió como “tratamiento” un rudimentario vendaje que le puso Beltrán, el único de sus comandantes que tenía ciertos conocimientos de medicina.

Durante los casi dos meses que estuvo en la cueva, perdió todo contacto con sus hombres, lo que probablemente contribuyó a mejorar su moral. Ciertamente no habría sanado más rápido de haber sabido que una parte importante del pequeño grupo que le seguía siendo fiel había sido arrasada. Sólo dos destacamentos que se habían retirado a Durango, el del general sonoreense Beltrán y el de Nicolás Fernández, seguían relativamente intactos. Los que decidieron permanecer en Chihuahua –no está claro si por órdenes de Villa o desobedeciéndolas– pronto se vieron diezmados por conflictos internos, desertiones y ataques de carrancistas y estadounidenses. Así ocurrió especialmente con las unidades villistas que se aventuraron cerca o dentro de las regiones donde los estadounidenses habían concentrado considerables fuerzas de ocupación.

El golpe más grave fue el que sufrió el destacamento de Candelario Cervantes, que al principio contaba con más de doscientos hombres. Se peleó con algunos de sus comandantes, que lo abandonaron junto con sus tropas. Se negó a pagar a los soldados, y entonces muchos de los desertores carrancistas que se le habían incorporado después de la batalla de Ciudad Guerrero lo abandonaron también. Pronto no le quedaron más que treinta hombres, casi todos de su propio pueblo de Namiquipa o del vecino Cruces. Muchos de ellos también lo dejaron cuando regresó a su pueblo sólo para descubrir que gran parte de la población se había vuelto contra él y no respondía a sus ardorosos llamados a levantarse contra los estadounidenses.⁷⁹

Como su fuerza prácticamente se había desintegrado, Cervantes echó mano a un recurso desesperado: decidió meterse en la boca del lobo. Aunque los estadounidenses tenían una de sus bases más fuertes en Namiquipa, Cervantes resolvió concentrar allí sus operaciones. Era su pueblo y los hombres que aún lo acompañaban venían de allí. En 1911 se habían levantado contra Porfirio Díaz, y él los había comandado en 1913 contra Huerta y los había movilizado en 1916 para marchar sobre Columbus. Se empeñó en convencerlos nuevamente de ir a luchar contra los invasores estadounidenses. Al mismo tiempo, confiaba en que los carrancistas no le impedirían lograr su propósito. En una proclama dirigida a “los Jefes Civiles del Ejército de Carranza”, Cervantes sostenía: “Esperamos que

si no se unen ustedes a nosotros como una gran familia, ya que por fuerza podemos triunfar, por lo menos nos dejarán libres de pelear contra los miserables invasores norteamericanos, única causa de nuestros desacuerdos y de la desgracia nacional”.⁸⁰ Los carrancistas en efecto lo dejaron en paz, pero su propia gente le causaría la mayor decepción de su vida al negarse a seguirlo. En términos económicos, la ocupación extranjera había resultado muy beneficiosa para el pueblo de Namiquipa. Los estadounidenses pagaban en moneda fuerte por los productos y alimentos que compraban, y no con los billetes sin valor que tanto villistas como carrancistas utilizaban, si es que pagaban. Además armaron a una parte de la población y la organizaron en una fuerza de defensa local capaz de resistir a cualquier forastero. Pershing de hecho anticipaba la recomendación que se haría tres años después, en el plan de guerra de Estados Unidos para México, consistente en organizar una fuerza mexicana leal. Las tropas de Namiquipa resultaron tan fieles que les entregaron a los estadounidenses un gran depósito de armas que Villa había dejado escondido cerca del pueblo y les informaron sobre la identidad de cada uno de los vecinos que habían participado en el ataque a Columbus. No todos los habitantes compartían el entusiasmo de José María Espinosa,⁸¹ hijo de un antiguo dirigente del alzamiento contra Madero y uno de los principales partidarios de los estadounidenses en el pueblo, pero muy pocos estaban dispuestos a luchar contra ellos. Muchos que habían seguido a Cervantes en su regreso desertaron y, como le escribió uno de ellos cuando su comandante lo llamó a reincorporarse,

si es cuestión de combatir a los gringos, estoy dispuesto cuando usted me llame y cuando me necesite. Pero sólo si veo que podemos dar un golpe fuerte. De otro modo, no está en nuestro interés, porque como usted sabe, primero y ante todo, los pueblos no nos ayudarán y nadie dirá tengo la voluntad de ofrecer mis servicios como mexicano, nadie. Por el contrario, están siempre tratando de ayudar a los malditos gringos y por eso uno ve que no vale la pena tratar de hacerle ese bien al pueblo porque uno ve que ni siquiera quieren encubrirnos, menos aún ayudarnos.⁸²

Más que por conflictos internos, otro destacamento villista quedó muy diezmado al enfrentarse directamente con los estadounidenses, como el de Cervantes. Lo comandaba Julio Acosta, que en los años del gobierno villista de Chihuahua había estado a cargo del distrito de Guerrero. Había aceptado la amnistía de los carrancistas en enero de 1916 y no había participado en el ataque

a Columbus. No tenía nada que temer ni de los carrancistas ni de los estadounidenses, que le prometieron dejarlo tranquilo si no procedía contra ellos. Sin embargo, decidió reunirse con su antiguo jefe. En la batalla de Ciudad Guerrero, participó con el resto de las tropas de Villa. Como Cervantes, llamó al pueblo a luchar contra el invasor. Una proclama dirigida “A la Soberana República Mexicana” y firmada conjuntamente por Acosta, Cruz Domínguez, otro general villista, y un coronel Antonio Ángel, decía:

Tenemos el honor de informarles que circunstancias fatales aquejan a nuestra querida y amada patria debido a la intervención y entrada de estadounidenses en nuestro país. El gobierno de Carranza ha comprobado que es un traidor al acceder a permitir a esa nación en armas poner el pie en nuestro amado suelo [...] Recordemos, queridos hijos de México, a nuestros ancestros y a los venerables patriotas de Dolores, don Miguel Hidalgo y Costillos [sic], Allcade [sic] y Aldama, que entre otros héroes perecieron únicamente para darnos patria y libertad, y hoy debemos seguir sus ejemplos para no vivir bajo la tiranía de otra nación.⁸³

Acosta y sus hombres también esperaban que los carrancistas no estorbaran su lucha contra los estadounidenses, y así ocurrió cuando la guarnición del poblado de Ojos Azules se les rindió sin disparar un tiro. Pero antes de que procedieran a atacar a los estadounidenses, éstos los sorprendieron y les infligieron una espantosa derrota. Murieron cuarenta y un miembros del destacamento y muchos quedaron heridos. Fue la mayor victoria que lograría la Expedición Punitiva durante su estancia en México. Sin embargo, Acosta logró escapar; derrotado por los estadounidenses, se concentró a partir de entonces en el combate contra los carrancistas.

Aún más dolorosa para Villa que la pérdida y dispersión de sus soldados sería la muerte de gran número de sus oficiales, ya que éstos eran mucho más difíciles de remplazar. Cruz Chávez, uno de los comandantes del ataque a Columbus, había muerto según ya dijimos como resultado de sus heridas. Ramón Tarango, otro de los que participaron en el ataque, pereció en la batalla de Ciudad Guerrero. Los generales Cruz Domínguez y Julián Granados cayeron prisioneros y fueron ejecutados por los carrancistas.⁸⁴

Los tres hombres cuya pérdida fue más dura para Villa eran Manuel Baca, Candelario Cervantes y Pablo López.

Cabe dudar que mucha gente aparte de Villa llorara la muerte de Manuel Baca, compañero de sus tiempos de bandido que se había convertido en uno de sus más temidos verdugos. Después de que Villa cayó herido, Baca intentó acampar cerca de su pueblo natal de Santo Tomás. El odio que allí se le tenía era tal que sus propios paisanos lo mataron.⁸⁵

También Candelario Cervantes tuvo una muerte solitaria. Tras ser abandonado por la mayoría de sus hombres, intentó atacar a un contingente estadounidense. Cayó en combate y un soldado enemigo ató su cuerpo al caballo (uno de los observadores mexicanos cree que aún se encontraba vivo)⁸⁶ y lo arrastró hasta el cuartel estadounidense para que lo identificaran. Pero tenía el rostro tan desfigurado que era imposible reconocerlo; uno de sus parientes logró saber que se trataba de él gracias a una pequeña cicatriz que tenía en el dedo.⁸⁷ Sólo una docena de personas acudieron al funeral.⁸⁸

Pablo López murió de muy diferente manera, y pudo sentir hasta el final que el pueblo estaba con él. Herido en Columbus, había buscado refugio en un solitario rancho de las colinas de Chihuahua. Alguien lo delató a los carrancistas, pero los vio acercarse y pudo huir a los montes. No pudiendo encontrarlo, recorrieron la región gritando: “General Pablo López, estás herido. No te martirices. Es inútil. ¡Te tenemos cercado! [...] Entrégate”. Después de soportar tres días sin comida y sin agua, completamente extenuado, López les respondió: “¡Si son mexicanos me entrego! ¡Si son americanos, moriré peleando!”⁸⁹

Los carrancistas lo condujeron a la ciudad de Chihuahua donde decidieron ejecutarlo públicamente, tal como habían exhibido el cadáver de José Rodríguez unos meses antes. Querían intimidar a los partidarios que le quedaban a Villa y mostrarle al pueblo que realmente estaban ganando la guerra contra él. También querían probar a los estadounidenses que su intención de combatir a los villistas era seria y que habían logrado una victoria importante con la captura del hombre al que ellos más odiaban después del caudillo. López no sólo había participado en el ataque a Columbus, sino que era responsable de la masacre de Santa Isabel.

El general estaba decidido a morir con dignidad, convencido hasta el fin de que sus acciones y las de Villa eran por el bien de México. Pocos días antes de morir, le dijo al reportero irlandés:

Yo soy sólo un pobre peón ignorante, señor. Mi única educación la obtuve arreando los bueyes y siguiendo el arado. Pero cuando el buen Francisco Madero se levantó en armas contra nuestros despóticos amos, con gusto respondí a su llamado.

Todos conocíamos a Pancho Villa: ¿y quién no? Sus hazañas se cuentan junto al fuego en las noches. Era objeto de adoración para todos los que vivían aplastados bajo la bota del opresor.

Cuando llegó su llamado, yo fui el primero en unirme a él y he sido su fiel seguidor y su rendido esclavo desde entonces [...] Voy a ir a Santa Rosa [el lugar donde se fusilaba a la gente en Chihuahua] cuando pueda caminar. Mucho preferiría morir por mi patria en batalla, pero si han decidido matarme, moriré como Pancho Villa querría que lo hiciera: con la frente en alto y los ojos descubiertos, y la historia no podrá decir que Pablo López flaqueó a las puertas de la eternidad.⁹⁰

Mantuvo su convicción hasta el fin. El día antes de su fusilamiento, escribió una carta de despedida a sus padres. “Dedico la presente con el fin de despedirme de mis hermanitos y de ustedes. Vivan orgullosos pues su hijo no muere por traidor, muere porque mis hermanos de patria así lo condenan lo que a los enemigos de mi patria se les concede, el que a mi presencia se borre de mi patria. Les encargo a mi inolvidable esposa y a mi hijo, a mis hermanos, que los espero en mi eterno descanso. Adiós padres míos.”⁹¹

Al día siguiente, Pablo López murió tal como había prometido. Sonreía en su camino al paredón; una vez allí, se fumó un cigarro, platicó con sus guardias y, cuando le dijeron que pidiera su último deseo, exigió que echaran del lugar a cualquier estadounidense que hubiera venido a presenciar su muerte. Se negó a que le vendaran los ojos y él mismo dio al pelotón la orden de fuego.⁹² En sus últimos momentos, muchos de los chihuahuenses que contemplaban el fusilamiento le expresaron abiertamente su admiración y su simpatía e insultaron a los carrancistas llamándolos perros.⁹³ Estas manifestaciones eran expresión de la creciente reacción nacionalista que se producía en Chihuahua y que preocupaba cada vez más a los militares y dirigentes políticos de Estados Unidos.

LA DECISIÓN DE QUEDARSE O NO QUEDARSE

Para principios de abril de 1916, varios miembros del gabinete de Wilson estaban pidiendo que la Expedición Punitiva se retirara. El secretario de Guerra Baker le dijo al coronel House, confidente de Woodrow Wilson, que “estaba en favor de abandonar la cacería de Villa y traer las tropas de vuelta. Pensaba que se había cumplido el propósito, que los villistas ya habían sido dispersados y que

era tonto perseguir a un solo bandido por todo México”.⁹⁴ El jefe de Estado Mayor Hugh Scott fue aún más explícito al respecto. “No sé”, escribía dos días más tarde a un amigo, “cuánto tiempo va a continuar esta cosa. Me parece que Pershing ha logrado aproximadamente todo aquello para lo que fue enviado [...] No parece digno que todo Estados Unidos esté dando caza a un solo hombre en un país extranjero. Si la cosa se invirtiera, nosotros no permitiríamos que ningún ejército extranjero anduviera buscando pleito en nuestro país, a trescientas millas de la frontera, fueran quienes fueran.”⁹⁵

Las razones de esta actitud son claras. Una grave crisis acababa de estallar entre Alemania y Estados Unidos a causa del hundimiento de barcos neutrales por submarinos alemanes. Existía una clara posibilidad de que Estados Unidos entrara en la guerra y ni Baker ni Scott querían tener a sus tropas comprometidas en México. Ahora que Villa estaba escondido y sus hombres se habían dispersado por todo Chihuahua y Durango, se daban cuenta de que si las tropas permanecían en México, tendrían que continuar allí por mucho tiempo y ampliar considerablemente el alcance de sus operaciones. En un memorándum enviado a su comandante en jefe, Pershing dejaba esto muy claro:

Es muy probable que el verdadero objeto de nuestra misión en México sólo se pueda lograr tras una ardua campaña de considerable duración [...] Villa conoce Chihuahua pulgada a pulgada, y el pueblo mexicano por amistad o por temor siempre lo ha tenido al tanto del menor movimiento. Lleva poca comida, vive sobre el país, revienta los caballos y los cambia por monturas frescas donde las encuentra. De este modo, lleva la ventaja desde las primeras veinticuatro horas posteriores al ataque a Columbus [...]

Así pues, el éxito depende de a) nuestra continua ocupación de tantas localidades distintas como sea posible en el territorio que debemos cubrir, b) el establecimiento de estrechas relaciones con un número suficiente de habitantes confiables de cada localidad para asegurar su ayuda en la obtención de información confiable [...], d) el mantenimiento de amplias y regulares líneas de abastecimiento, especialmente en las grandes extensiones de territorio improductivo y montañoso, y un número suficiente de hombres y animales para ocupar localidades y mantener nuevas columnas en constante funcionamiento [...] La ejecución del plan general ya ha empezado y se llevará a cabo tan rápido como sea posible.⁹⁶

Tal política tenía que provocar conflictos con Carranza y una guerra a gran escala en el momento en que el gobierno de Estados Unidos menos podía permitírsela. Baker y Scott también pensaban que el precio político que Wilson tendría que pagar por retirarse sería muy pequeño. Tras la victoria de Ciudad Guerrero, Estados Unidos podía decir que había logrado su propósito principal de acabar con las bandas villistas. Aun si la expedición permanecía en México, parecía muy improbable que lograra apresar a Villa. Además, Carranza había aceptado firmar un acuerdo con Estados Unidos por el que, en caso de un futuro ataque, las tropas estadounidenses tendrían derecho a cruzar la frontera.

Incluso si las propuestas de Baker y Scott hubieran sido aceptadas por Wilson y si la Expedición Punitiva se hubiera retirado, cabe dudar que Villa hubiera podido recuperarse de las pérdidas sufridas. Carranza podía sostener que su actitud firme había evitado la guerra y había forzado a los estadounidenses a retirarse. Al mismo tiempo, habría disfrutado de todos los beneficios del reconocimiento de Estados Unidos como gobernante legal de México. El gobierno de Wilson decidió en cambio permanecer en el país y con ello puso en marcha una serie de acontecimientos que a las pocas semanas suscitarían un resurgimiento notable y completamente inesperado de Villa.

Los motivos por los que se oponían al retiro de las tropas aquellos miembros del gobierno de Wilson cuya opinión prevaleció finalmente eran diversos. Al secretario de Agricultura David Houston le preocupaban principalmente las repercusiones políticas que esa decisión podía tener: “Su argumento era que si las tropas se retiraban, Villa regresaría y atacaría de nuevo, y de nuevo tendríamos que entrar, con lo que daríamos la impresión de una política débil y vacilante”.⁹⁷ El secretario del Interior, Lane, que en una primera conversación con el coronel House había defendido el repliegue, modificó su posición pocas horas después y el propio House, que el 6 de abril aún estaba indeciso, al día siguiente se opuso firmemente a suspender la intervención militar. Llegó a esta conclusión tras haber “preguntado acerca de México a muchos de nuestros amigos con los que podía hablar con cierto grado de libertad, y el consenso es casi absolutamente contra el retiro de las tropas”.⁹⁸ Puesto que House y Lane eran los dos miembros del gobierno más íntimamente conectados con quienes tenían intereses en México, es probable que los “amigos” a que se refiere House fueran precisamente los voceros de esos intereses y que éstos también influyeran sobre Lane.

Los motivos de Wilson para mantener a sus soldados en México eran más complejos. Una y otra vez insistió en su desdén por los empresarios

estadounidenses que estaban a favor de la intervención y en su oposición a la demanda de que Estados Unidos se anexara parte de México o intentara gobernar el país por la fuerza. Sin embargo, las propuestas que su gobierno finalmente le sometió al de Carranza a fines de 1916, como precondiciones para retirarse de México, hubieran de hecho “cubanizado” al país, imponiéndole algo muy semejante a la Enmienda Platt, acuerdo que permitía a las tropas estadounidenses entrar en Cuba unilateralmente cuando el gobierno de Estados Unidos lo considerara justificado. En muchos sentidos, el país se hubiera convertido en un protectorado. A fines de 1916, los representantes de Wilson comisionados para negociar con el gobierno de Carranza la retirada de la Expedición Punitiva querían que México aceptara una cláusula que decía:

El gobierno de México acepta solemnemente proporcionar protección plena y suficiente a las vidas y propiedades de los ciudadanos de Estados Unidos, u otros extranjeros, y esta protección será bastante para permitir a dichos ciudadanos de Estados Unidos [crear y administrar] las industrias en que puedan estar interesados. *Estados Unidos se reserva el derecho de reingresar a México y de proporcionar esa protección con sus fuerzas militares, en el caso de que el gobierno de México no lo haga.*⁹⁹

Esa cláusula hubiera abolido la soberanía mexicana. Aunque algunos de sus delegados a la conferencia mexicano-estadounidense aceptaron sus términos, Carranza los rechazó de manera inequívoca. Incluso antes de que el gobierno de Wilson planteara tales demandas, su actitud se iba haciendo cada vez más hostil conforme se daba cuenta de que la presencia de las tropas estadounidenses no sería breve. Su primera medida práctica consistió en suspender su colaboración no oficial con ellas y rescindirles el permiso de utilizar el Ferrocarril del Noroeste para abastecer a sus tropas.¹⁰⁰ La segunda fue sustituir, como su representante en el equipo negociador, a Obregón –a quien consideraba demasiado dispuesto a ceder ante los estadounidenses– por Luis Cabrera, la figura política más cercana a él y de línea mucho más dura. Pronto tuvo que dar pasos más radicales, debido a la oleada de nacionalismo que se produjo principalmente en Chihuahua pero también en el resto del país.

El 12 de abril, una patrulla estadounidense penetró en la ciudad de Parral, lejos de la frontera. Algunos habitantes, encabezados por una mujer llamada Elisa Griensen, les tiraron piedras y empezaron también a dispararles. Lo que preocupó a Carranza fue que, al atacar a los estadounidenses, la gente de Parral

no sólo gritaba “¡Viva México!”, sino también “¡Viva Villa!” Era el momento de adoptar medidas más enérgicas. La hostilidad contra los estadounidenses, informaba Pershing a sus superiores, crecía a pasos agigantados.¹⁰¹ El secretario de Hacienda Luis Cabrera informó al representante de Estados Unidos en México que “todos los altos funcionarios del gobierno *de facto* insistían en la inmediata retirada de las tropas estadounidenses [...]. Los generales Carranza y Obregón están decididos a lograr la retirada inmediata”.¹⁰² En vista del inminente riesgo de una guerra con México, el gobierno de Wilson se decidió por un repliegue parcial. Las tropas estadounidenses debían retirarse de la mayor parte de Chihuahua y concentrarse al norte del estado, cerca de los asentamientos mormones de Colonia Dublán. Su finalidad principal no era apresar a Villa, sino “mantenerse aquí indefinidamente como incentivo para que los carrancistas lo maten o capturen”.¹⁰³

A partir de ese momento, la Expedición Punitiva dejó de representar un peligro serio para Villa, aunque aún causaría bajas a aquellas unidades villistas que se aventuraban cerca de la zona ocupada. Su continuada presencia en México siguió generando tensiones con el gobierno de Carranza y mantuvo viva la amenaza de una guerra. Un choque entre tropas estadounidenses y mexicanas en la población chihuahuense de Carrizal, en junio de 1916, estuvo a punto de provocarla. Se evitó una guerra gracias a que tanto el gobierno de Estados Unidos como el de Carranza actuaron con extrema cautela y flexibilidad.

La situación era notoriamente favorable a Villa. Los estadounidenses no podían atacarlo mientras no se acercara a la zona ocupada, pero su permanencia generaba una hostilidad de la que era el principal beneficiario. Carranza estaba quedando cada vez más desacreditado a los ojos de la opinión pública tanto chihuahuense como mexicana, por su incapacidad para expulsar a las tropas extranjeras, y perdía al mismo tiempo la principal ventaja que le había otorgado el reconocimiento estadounidense: la posibilidad de adquirir dinero, armas y otros productos en Estados Unidos. Conforme las relaciones con Carranza se hacían cada vez más hostiles, Estados Unidos impuso primero un bloqueo de todos los envíos de armas a México, que luego se amplió al oro, el crédito e incluso los alimentos.¹⁰⁴ Con algunas interrupciones, esas restricciones se mantuvieron hasta la caída de Carranza en 1920. Le significaron uno de los principales obstáculos para llevar a cabo una campaña militar exitosa contra Villa y contra otras fuerzas, radicales y conservadoras, que aún combatían contra su gobierno en muchas partes de México.

La invasión de Pershing provocó otra “invasión” del estado de Chihuahua que iba a exacerbar el resentimiento de sus habitantes y a redundar en beneficio de Villa. Estas segundas fuerzas invasoras fueron las tropas carrancistas procedentes de otras regiones que el Primer Jefe concentró allí para combatir a Villa y para resistir contra los estadounidenses en caso de que estallara una guerra entre los dos países. Muchos chihuahuenses que siempre habían estado muy orgullosos y celosos de su autonomía consideraban que esas tropas constituían una fuerza de ocupación, tanto como las estadounidenses. Su comandante, uno de los generales carrancistas más influyentes, Jacinto D. Treviño, era un forastero que nunca había tenido vínculo alguno con el estado, pero pronto asumió su pleno control. El 12 de mayo, Carranza, probablemente por instigación de Treviño, destituyó al gobernador Enríquez, que se convirtió en alto funcionario de la Secretaría de Guerra, y lo sustituyó con el hermano de Treviño, Francisco.¹⁰⁵ Pocas semanas después, Jacinto Treviño intentó arrestar a Luis Herrera, comandante de la única fuerza chihuahuense de importancia que apoyaba a Carranza en el estado. Alegando que las fuerzas de Herrera estaban desorganizadas, que mandaba arbitrariamente en su distrito nativo de Parral y que no enviaba fondos al gobierno del estado, el general Treviño le sugirió al secretario de Guerra Obregón que Herrera fuera llamado a la ciudad de México y colocado allí bajo arresto indefinido. Entre tanto, Treviño asumiría el mando de sus tropas.¹⁰⁶ Tanto Obregón como Carranza rehusaron. No estaban dispuestos a sacrificar a uno de sus pocos partidarios con influencia en el estado, pero tácitamente le dieron a Treviño carta blanca para tratar a Chihuahua como un territorio ocupado. Él no perdió tiempo en dar a conocer todo el peso de su dominio, y con ello se enajenó a gran parte de la población. El sucesor de su hermano, Francisco Murguía, que no se comportó mejor, describía así el gobierno de su predecesor:

Lejos de exterminar el bandidaje resto de la reacción [tales eran los términos que empleaban los carrancistas para designar a Villa y sus seguidores] vino a fomentar[lo] con sus atropellos a los bienes de los que, siendo pacíficos luchadores por la vida, se convirtieron en enemigos armados por la sencilla razón de que sus vidas y sus intereses recibieron más protección de los bandoleros que de aquéllos a quienes su carácter militar los tiene obligados a velar por la tranquilidad del orden [...] el desgobierno existente en este estado

desde que tenía cargo de él el hermano del general Treviño de nombre Francisco. El comercio bajo todas sus manifestaciones estuvo siempre bajo el control de Francisco Treviño, su hermano Federico, [...] y otros.¹⁰⁷

El duro juicio de Murguía fue más que confirmado por los informes de inteligencia estadounidenses. “Las nuevas tropas están haciendo lo que se les antoja en Ciudad Juárez”, informaba un observador. “Entran en los restaurantes y después de comer cuanto pueden, se van sin pagar. Los pobres en las calles están furiosos ante su conducta, y dicen que los soldados pueden llenarse sin pagar y en cambio ellos se mueren de hambre. Esos soldados no son más que una plaga.”¹⁰⁸ “La situación en Ciudad Juárez es espantosa”, concluía otro informe. “En vez de preservar el orden, los soldados tienen a la gente aterrorizada. Cada mañana se encuentra gente asesinada la noche anterior, los asesinos no salen a la luz y no se da protección alguna a los ciudadanos. Cada noche roban las casas y asaltan a la gente en las calles.”¹⁰⁹

El coronel González Díaz, comandante militar carrancista de El Valle, era probablemente uno de los hombres a que se refería Murguía. En un breve pero muy explícito informe, un observador estadounidense describía su forma de gobernar el distrito y veintiún casos de extorsión y asesinato perpetrados por él.

Cesario Valverde. Detenido en Galeana por el mayor Elisondo [sic] alrededor del 5 de noviembre y acusado de haber atacado a un viajero en el camino El Valle-Galeana y haberle robado, esto en diciembre de 1915.

En realidad, es el tío de una muchacha con la que Elisondo quiere casarse y se opone al matrimonio.

El coronel [González] Díaz amenazó con ejecutar a Valverde y lo maltrató cruelmente, colgándolo de los pulgares y golpeándolo. Por intervención del padre Muñoz, la sentencia de muerte de Valverde fue conmutada por una multa de mil pesos.

Ramón Rodríguez, 15 de noviembre de 1916. Tío de Lupe Muñoz, una jovencita de El Valle. Esta muchacha le gustaba al coronel [González] Díaz: Ramón Rodríguez se oponía y fue encarcelado por [González] Díaz, multado y maltratado físicamente; luego fue enviado a la frontera estadounidense bajo el cargo de ser un villista y atacante de Columbus.

Margarita Acosta. Prostituta pública, empleada del gobierno de Carranza. Expresó renuencia cuando el coronel [González] Díaz la mandó llamar. [González] Díaz la encarceló y ordenó su ejecución sin juicio por ser una

espía villista. Se sabía que poseía la cantidad de quinientos pesos en el momento de su detención. Ejecutada a las 4:00 a.m., el 22 de noviembre de 1916, sin juicio.

Tanto la hermana como la sirvienta de Margarita Acosta fueron detenidas por González Díaz y ejecutadas sin juicio bajo los mismos cargos. El coronel forzaba a todos los que transitaban por El Valle a portar un pase expedido por él. “Los que salían de la ciudad sin un pase eran detenidos, fuertemente multados y encarcelados [...] Todas las personas que conducían ganado a través de El Valle pagaban cinco pesos por cabeza al coronel [González] Díaz o eran detenidos y todo su ganado confiscado.” Ni siquiera aquellos que sí pagaban estaban seguros de su inmunidad. El informe cita el caso de Loren Taylor, “buscado por el coronel [González] Díaz bajo el cargo de matar ganado perteneciente al gobierno de Carranza. El propio coronel [González] Díaz le había vendido a Taylor ese ganado”.¹¹⁰

Los informes estadounidenses confirman la acusación de Murguía de que Treviño no sólo permitía robar a sus comandantes, sino que lo hacía él mismo y de una forma que el pueblo de Chihuahua resentía particularmente. En momentos de escasez creciente que amenazaba con convertirse en una hambruna generalizada, Treviño exportaba alimentos de la capital del estado. “Anteayer”, informaban los observadores estadounidenses, “Treviño empezó a robar las tiendas de Chihuahua y a mandar su botín a Ciudad Juárez. Ayer llegaron a Ciudad Juárez treinta y dos vagones de mercancía, entre ellos cinco vagones de harina, y en vez de ser almacenados en la aduana, fueron llevados a la bodega de los hermanos Cuéllar. Treviño es un gran ladrón y dicen que simplemente está saqueando Chihuahua. Él y Cuéllar tienen algún tipo de arreglo.”¹¹¹

Comparados con esta situación, los años de gobierno villista eran una edad de oro a los ojos de muchos chihuahuenses. Para un número cada vez mayor, Villa no sólo era el defensor de la soberanía nacional contra los estadounidenses, sino de la soberanía del estado contra las tropas carrancistas, procedentes del exterior.

El resurgimiento de Pancho Villa en 1916-1917

En abril y mayo de 1916, cuando Villa estaba escondido recuperándose de su herida, los carrancistas y los estadounidenses pensaban que estaba acabado en términos tanto políticos como militares. Algunos creyeron que había muerto; otros, que su herida era tan grave que no podría sanar si no acudía a un hospital, cosa que no podía hacer porque lo habrían capturado los carrancistas. Pero todos los observadores opinaban que, aunque él se restableciera, su ejército se encontraba más allá de toda posibilidad de curación. Tres de su lugartenientes más importantes habían muerto y más de la mitad de los hombres que lo habían acompañado a Columbus había caído en combate o se había dispersado. Nuevos contingentes de estadounidenses se habrían sumado a los cinco mil que entraron inicialmente, de modo que una enorme y dispar acumulación de tropas del exterior –diez mil estadounidenses y diez mil carrancistas–, mayor que ninguna otra en la historia del estado, ocupaba Chihuahua. Parecía inconcebible ante tales obstáculos que Villa pudiera volver a constituir una fuerza digna de consideración. Incluso cuando pudo reemprender sus actividades, los generales carrancistas creían, como dijo Jacinto Treviño, que los comandaba en Chihuahua, que “en lo tocante a Villa, ya no era un factor que debiera ser considerado un problema mexicano”.¹

El reducido número de tropas que inicialmente se unió a Villa cuando retomó el mando, a principios de junio de 1916, y su apariencia física bien podían confirmar tales expectativas. “Vi a Villa sentado en un sillón, completamente cambiado desde la última vez que lo vi en mi casa de San Jerónimo”, informaba

un agente de inteligencia estadounidense a quien los hombres de Pershing habían logrado infiltrar en el cuartel general del caudillo.

Lo primero que llamó mi atención fue su larga barba negra sin recortar, y junto a él había dos muletas; no llevaba más que un zapato, el derecho, y el pie izquierdo, muy hinchado, estaba cubierto con un delgado calcetín de lana [...] La pierna está considerablemente hinchada desde la rodilla hasta los dedos de los pies, de modo que no puede llevar calzado. Se mueve sólo a corta distancia de la casa, con ayuda de las muletas. La herida le duele considerablemente cuando va a caballo, y sólo monta cuando es necesario.²

A pesar de la lesión y los reveses sufridos, Villa no se desalentó. Como todos los revolucionarios que han triunfado, poseía una energía sin límites y una fe en sí mismo también ilimitada. Probablemente no había en México un líder revolucionario que hubiera sufrido tantos descalabros y hubiera logrado recuperarse de una u otra manera. Estaba convencido de hacerlo de nuevo, utilizando la táctica que aplicaron los maderistas en 1910-1911 y luego él mismo en Chihuahua. Muchos años después, Mao Tsé-Tung la resumiría en la máxima según la cual un ejército revolucionario guerrillero debe tomar primero el control del campo y después rodear las ciudades.

Para fines de 1916, Villa había logrado ocupar y controlar una parte sustancial del campo chihuahuense, reunir un ejército de entre seis y diez mil hombres y, si bien por breve tiempo, incluso tomar la capital del estado.

Sin embargo muchas de las tácticas con que obtuvo estos éxitos resultaron eficaces a corto plazo, pero dañinas para su causa en el largo plazo y, finalmente, provocaron que grandes sectores de la población se volvieran contra él.

Paradójicamente, la mayor ventaja con que Villa contaba al reemprender su campaña, en 1916, fue la posibilidad de agenciarse municiones más fácilmente que los carrancistas. Al gobierno le afectaba seriamente el embargo de los estadounidenses y no podían remediarlo comprando armas a Europa, en plena guerra mundial. Las fábricas de municiones que Carranza puso en marcha rápidamente aún no podían compensar esa situación. Villa, en cambio, había escondido depósitos de armas antes de la derrota de la División del Norte. Aunque el de Namiquipa había sido delatado a los estadounidenses, otros todavía estaban a su disposición. Además, en el curso de sus victorias sobre los carrancistas, a fines de 1916, les arrebató grandes cantidades de armas y municiones.

Entre las tácticas que empleó, la menos problemática fue sin duda su intento de agitación política, que no había hecho nunca antes. En todos los pueblos por los que pasaba, Villa le pedía al presidente municipal que reuniera a la gente en la plaza y se dirigía a ella, para denunciar que los estadounidenses pretendían anexarse el estado de Chihuahua. Más polémico para muchos mexicanos fue que, aunque constantemente llamaba a la unidad de todos los nacionales contra los invasores, nunca atacó a éstos sino que se dedicó a combatir a los carrancistas.

Su táctica tipo Robin Hood de repartir mercancías y bienes resultó mucho más discutible que en 1913. Antes, lo que repartía eran las posesiones de Terrazas y otros miembros de la oligarquía. En 1916, dado que ya no quedaba gran cosa de esas riquezas, echó mano de las propiedades de los estadounidenses y de la clase media chihuahuense. Tal vez los vaqueros de las haciendas de los estadounidenses no tenían objeción si mataba reses y las repartía a sus familias, pero no les gustaba tanto que se llevara parte del ganado para alimentar a su ejército. Los trabajadores de las minas propiedad de estadounidenses resintieron aún más que Villa forzara a los dueños a irse y cerrarlas. Lo que mayor descontento suscitó, especialmente en la clase media, fue que permitiera a sus soldados saquear las tiendas de las poblaciones que tomaba, en contraste con la estricta disciplina que había mantenido en 1913 y 1914.

Pero para muchos chihuahuenses lo más grave era que el terror villista ya no afectaba solamente a la oligarquía, los extranjeros y los enemigos de Villa, sino también a buena parte de la población civil pacífica. En muchos casos, Villa forzó a enrolarse a quienes no querían hacerlo, amenazando de muerte no sólo a ellos sino a sus familias. Algunos hombres desertaban a la primera oportunidad; otros permanecían con él mientras triunfaba pero lo dejaban a la primera derrota, y luego tenían tanto miedo de las represalias que se pasaban al enemigo. Conforme más y más gente se volvía contra Villa, más crueles eran sus represalias, no sólo contra los desertores, sino contra las mujeres. Esto, a su vez, lo enemistaba con sectores aún mayores de la población.

Al agotarse los recursos de las grandes haciendas, Villa recurría, para alimentar a su tropa, a lo que producían los rancheros y los arrendatarios de las haciendas. Mientras la cosecha fue buena y hubo un excedente para vender – como ocurrió en 1916– y mientras tuvo oro y plata para pagar, Villa pudo abastecer a sus hombres sin enemistarse con la gente del campo. Pero cuando la cosecha era mala o no podía pagar en metales preciosos, el enojo contra él crecía.

Sin embargo, sólo a mediados de 1917 empezó a darse cuenta del poderoso impacto negativo que tenían sus tácticas. Todavía a fines de 1916, tanto Pershing como los jefes carrancistas observaban que la mayoría de la población de Chihuahua estaba a favor de Villa.

Los triunfos militares y políticos que obtuvo a fines de 1916 tomaron a todos por sorpresa. Fue su campaña más exitosa entre su derrota de diciembre de 1915 y su rendición, en 1920. Puso bajo su control gran parte del estado y, una vez más, aunque por breve lapso, creó los rudimentos de un ejército regular. En ninguna otra de sus campañas –con la posible excepción de los primeros meses de 1913, después de cruzar la frontera con ocho hombres–, hizo un esfuerzo personal tan grande por ganarse “los corazones y las mentes” de la gente, por usar una frase que se emplea en Estados Unidos para la moderna guerra psicológica. En los discursos que pronunciaba en los poblados, explicaba por qué luchaba contra los estadounidenses y los carrancistas con base en temas puramente nacionalistas y no tocaba los asuntos sociales. El núcleo de cada discurso era siempre una referencia al pacto secreto entre Estados Unidos y Carranza que había denunciado en su manifiesto de Naco, en noviembre de 1915, y con nuevo matiz: Carranza había aceptado vender Sonora y Chihuahua al vecino país.

Durante una reunión en el pueblo de Río Florido, Villa trató de justificarse por atacar a los carrancistas, y no a los estadounidenses, diciendo que mientras Carranza estuviera en el poder no podría presentarse una resistencia eficaz contra estos últimos. “Carranza debe caer como traidor a nuestro país y estoy aquí para convocarlos a todos ustedes a que se me unan para derrocar a este usurpador de los derechos y la libertad de México; entonces estaremos libres para enfrentar a los Estados Unidos de Norteamérica y demostrarles que el pueblo mexicano no se dejará comprar y vender como esclavo.”³ Un agente secreto de la inteligencia estadounidense, que estuvo con sus tropas en la fase inicial de su campaña del verano y el otoño de 1916, describe los resultados de esta campaña política. “Aunque el discurso duró unos diez minutos, Villa repitió la anterior declaración varias veces con palabras distintas. No tiene dotes para hablar en público y a menudo le faltan las palabras. Gracias a ese esfuerzo, con todo, entre cincuenta y cien reclutas de Río Florido se sumaron a su bandera.”⁴

Villa compensaba el hecho de no hablar de cuestiones sociales procurando repartir mercancías y tierras. Cuando ocupó la hacienda de San Isidro, que había pertenecido a Terrazas, “ordenó que fuera confiscada para uso de sus fuerzas y luego la repartió entre los peones arrendatarios, con la única condición de que

proporcionar alimento a los destacamentos suyos que pudieran pasar por allí en sus desplazamientos”.⁵ Tras ocupar la población de Jiménez, “decidió que todas las tiendas fueran saqueadas y que todo el botín les fuera distribuido a los peones y sus familias”. En el camino de Jiménez a la siguiente población, El Valle, “las carretas con el botín siguieron a la columna central con Villa. Los artículos que contenían son distribuidos gratuitamente a los peones”.⁶ Tras ocupar El Valle, “las tiendas de los ricos fueron saqueadas aquí como en otros lugares y se repartió el botín a los peones. Las carretas traídas de Jiménez fueron descargadas y su contenido también repartido”.⁷

Además, Villa intentó ganarse la adhesión de los chihuahuenses empleando otros medios. Tras ocupar una hacienda propiedad de estadounidenses, “anunció que, como el rancho pertenecía a los ‘gringos’, todos los edificios serían incendiados. Lo disuadió sin embargo Gregorio Beltrán [uno de sus oficiales] diciendo que los arrendatarios eran mexicanos y que quemar las casas sería dañar a su propia gente. Todos los productos, como el trigo, el maíz, etcétera, fueron confiscados y la porción que no emplearon sus tropas fue repartida entre los arrendatarios”.⁸

En esta etapa, Villa se comportó con sus prisioneros de un modo más “humano” que los carrancistas, aunque cabe dudar si los beneficiarios de esa “humanidad” o los testigos civiles de ella la apreciaban plenamente. Los carrancistas fusilaban o colgaban a todos los villistas que tomaban prisioneros. En cambio, en uno de sus primeros enfrentamientos y tras matar a todos los oficiales y a los heridos, Villa dejó libres a algunos prisioneros, pero antes uno de los generales villistas, Baudelio Uribe, les cortó parte de la oreja y les advirtió que, si volvían a tomar las armas contra Villa y caían en sus manos, serían fácilmente reconocidos y fusilados de inmediato.⁹ Uribe se volvió famoso en todo Chihuahua como el “Mocha Orejas”.

A pesar de la creciente simpatía popular por Villa, los generales de Carranza en el norte rehusaron tomarlo en serio hasta los dramáticos acontecimientos del 15 de septiembre de 1916.¹⁰ Francisco Murguía, el comandante de las fuerzas carrancistas en los estados de Coahuila y Durango, les dijo a los observadores estadounidenses que “la facción villista, como factor político o militar, es cosa del pasado y políticamente el propio Villa está al final de su carrera. Como factor militar, carece de organización y no tiene seguidores a partir de los cuales crearla”.¹¹

Pero algunos de los observadores extranjeros en México no coincidían con esa visión de las cosas. “Si, por ejemplo, comparamos las relaciones actuales entre

las clases pudientes y las autoridades”, informaba Patrick O’Hea, vicecónsul británico en la región lagunera, muy opuesto a Villa,

con las que existieron en tiempos de Villa, y si tomamos en cuenta la absoluta inseguridad no sólo de la propiedad, sino también de la vida que existía entonces, podemos apreciar la mejoría que se ha logrado. Pero por otra parte, el régimen de Villa, cruel e intolerable como era, por lo menos poseía un elemento de fuerza, que a estas gentes les falta. Ese partido [los villistas] podía contar con el apoyo de las masas, pero éste [los carrancistas] no puede, ya que cualquiera que sea la indiferencia de los habitantes indígenas de otras partes de la república ante este régimen, aquí en el norte la gente le es unánimemente hostil, y cabe preguntarse si no es solamente el hambre y la necesidad y la carencia absoluta de abastos que reinan en los distritos rurales lo que impide que las bandas revolucionarias se reagrupen y posiblemente derroquen al presente gobierno.¹²

O’Hea consideraba que las actividades de los militares carrancistas eran una de las causas principales del descontento popular.

Se les ha dado a los soldados de estas fuerzas licencia casi ilimitada para disponer a voluntad de las pertenencias del pobre, en materia de animales y granos, y los abusos cometidos a este respecto han provocado sentimientos insuperables de amargura y odio. Desde luego hay algunos a los que no les molesta que los pobres, por fin, aprendan algo también de lo que significan los despojos de la revolución y, si esos actos tuvieran por objeto la completa desilusión de las clases inferiores y que se asquearan de todas las formas de la revolución, algo se habría obtenido. Pero tal no es el caso.¹³

Le preocupaba profundamente el mensaje nacionalista que Villa estaba transmitiendo. “Al ejército que ahora lo sigue, Villa lo ha convocado como un *mullah* enloquecido, predicando la guerra santa, una cruzada contra el extranjero y particularmente contra el ‘gringo’. Todos los discursos suyos que han llegado a nuestros oídos son delirios sobre el mismo tema principal en los labios de este hombre que lleva una bala estadounidense en su rodilla: una declamación fanática contra los invasores.”¹⁴

A pesar de la creciente popularidad de Villa tanto en Durango como en Chihuahua, el escepticismo de Murguía y Treviño acerca de sus capacidades militares en el verano y a principios del otoño de 1916 es comprensible. No

había logrado aún ninguna victoria importante. Había sido derrotado por los carrancistas en Villa Hidalgo, Durango, donde perdió una gran parte de su equipo¹⁵ y sólo había obtenido dos victorias menores. La primera, en la hacienda de Salaices, se debió a una traición. Ignacio Ramos, un oficial carrancista que encabezaba un destacamento de seiscientos hombres, le había escrito al lugarteniente de Villa, Nicolás Fernández, para pedirle que unieran fuerzas contra los estadounidenses. Por instrucciones de Villa, Fernández replicó que estaba dispuesto a negociar con Ramos, quien lo esperaría en la hacienda de Corrales. Pero Villa no tenía intención de cumplir su palabra ni de negociar: sus fuerzas se acercaron subrepticamente a la hacienda e intentaron tomarla; los carrancistas estaban preparados para una traición y se produjo un sangriento combate en el que Ramos fue derrotado, aunque logró escapar con unos trescientos hombres.¹⁶ No está claro por qué Villa cometió esta traición. Tal vez se debió a un suceso reciente: un oficial villista, Hilario Ramírez, había aceptado una oferta semejante para unirse a los carrancistas en la lucha contra los estadounidenses, pero había sido apresado y fusilado. Tal vez Villa temió que le esperara el mismo destino, o creyó que Ramos le había escrito a Fernández, y no directamente a él, para convencerlo de defeccionar, o bien simplemente consideró que en el trato con los carrancistas todo se valía.

El giro radical, a partir del cual –aunque por breve tiempo– pudo augurarse un resurgimiento del villismo a escala nacional, se produjo la noche del 15 de septiembre de 1916, cuando las fuerzas de Villa atacaron, y ocuparon parcialmente, la capital del estado.¹⁷

LA NUEVA OFENSIVA DE PANCHO VILLA

A principios de septiembre de 1916, acompañado por sólo cinco hombres, Villa reconoció los alrededores de la ciudad de Chihuahua. Durante una hora, contempló con nostalgia el agitado tránsito de las calles, y le comentó a su secretario Jaurrieta:

“Qué bonito se ve el rancho, ¿verdad? Pero ha de estar con seguridad que hierve de changos (carrancistas). [...] Yo quiero mucho a Chihuahua; nací en Durango, pero es tanto el cariño que siento por Chihuahua, que a muchos que me preguntan de dónde soy, les contesto orgulloso: ¡de Chihuahua!” Calló un momento para proseguir, esta vez con una mueca de rabia: “Y si se me antoja, me les meto al grito, el 16”.¹⁸

Pero la decisión de atacar Chihuahua no se debió a un capricho momentáneo sino a un cálculo más racional. Villa no tenía intención de ocupar permanentemente la capital, porque sabía que no tenía aún fuerzas suficientes. Su principal propósito fue liberar a varios presos políticos que se hallaban en la penitenciaría del estado. Algunos eran seguidores suyos, pero el grueso eran orozquistas a los que había perseguido con inagotable energía y crueldad, en 1913 y 1914. El más famoso era José Inés Salazar, contra quien Villa había combatido en 1912, en Parral, durante el levantamiento de Orozco, y en 1913, en una de sus batallas más famosas, la de Tierra Blanca, cuando Salazar era aliado de Huerta. Con ayuda de esos presos, a los que salvaría de la pena de muerte, esperaba obtener el apoyo de sus antiguos enemigos. Pocos días antes del ataque, se había reunido con todos sus comandantes y les había dicho que el objetivo principal era tomar la penitenciaría para “salvar de la muerte a sus enemigos, Caraveo¹⁹ y Salazar, los que, según él, muerto el orozquismo, no representaban otro papel que el de hermanos chihuahuenses”.²⁰

Los ataques sorpresa eran la especialidad de Villa, y además se daba cuenta de que un ataque a la capital del estado, especialmente en la mayor fiesta nacional, podía acrecentar enormemente su prestigio y reputación. Pero también se trataba de una empresa riesgosísima, ya que contaba a lo más con dos mil hombres, y en cambio en la capital se concentraban nueve mil carrancistas. El tamaño de esa guarnición, su evidente superioridad y su desdén por Villa fueron causa de que Treviño no tomara ni las precauciones más elementales. Dos veces fue advertido de que Villa se acercaba a la ciudad y planeaba atacarla, y sin embargo no puso en alerta a la guarnición.²¹ Concentró algunas piezas de artillería en una colina que dominaba la ciudad, pero permitió que la mayor parte de sus soldados se fueran a celebrar la Independencia, junto con los miles de civiles que llenaban las calles. Las columnas de Villa no tuvieron dificultades para penetrar subrepticamente en la plaza. Los escasos soldados carrancistas que no estaban de fiesta tomaron a los villistas por visitantes que venían a festejar.

Villa había planeado cuidadosamente el ataque. Mientras el destacamento principal tomaba por asalto la penitenciaría, otras columnas debían atacar el cuartel de los carrancistas y ocupar el palacio de gobierno. A medianoche, con su tradicional grito de guerra, “¡Viva Villa!”, sus hombres se apoderaron de la ciudad y Treviño tuvo que escapar a la colina de Santa Rosa, donde estaba su artillería.

Villa liberó a los prisioneros políticos. Sus hombres sorprendieron a los guardias, los mataron a todos y, sin una sola baja, en pocos minutos llevaron a

Salazar ante la presencia de Villa, quien lo abrazó diciéndole: “Sólo he venido porque supe que los iban a fusilar”.²² Pero Caraveo, a quien también esperaba liberar y reclutar, no estaba en la prisión. Enseguida, Villa se retiró con los presos, la mayor parte de sus tropas y algo de botín, sobre todo uniformes, sin sufrir pérdidas de consideración. Sin embargo, dos columnas de villistas no pudieron unirse a la retirada. Eran los hombres que habían ocupado el palacio de gobierno y los edificios circundantes; como se hallaban lejos del cuartel general de Villa, no pudo enviarles ningún mensajero para avisarles que había tocado retreta. Se había acordado que, en cuanto el fuego cediera en el distrito en que se encontraba la penitenciaría, esas columnas se retirarían. Pero el fuego no cedió, porque los carrancistas siguieron disparando enloquecidamente en todas direcciones, incluso después de que Villa hubo partido. Sólo en la mañana, cuando Treviño ordenó a su artillería que disparara sobre el palacio de gobierno, se dieron cuenta sus ocupantes de que tenían que irse. Lograron abrirse paso a través de las líneas carrancistas, pero perdieron casi tres cuartas partes de sus efectivos. En un informe al secretario de Guerra Obregón, Treviño trató de pintar la batalla como una “brillante” defensa contra Villa.²³

La población de la ciudad vio la batalla a una luz muy diferente. Mientras diez mil soldados estadounidenses ocupaban parte del estado y nueve mil carrancistas se concentraban en la capital, Villa había logrado penetrar en ella, liberar a los presos, ocupar temporalmente el palacio de gobierno y salir de nuevo con el grueso de sus fuerzas. Su prestigio se elevó por los cielos y se olvidaron las derrotas de 1915: era de nuevo Villa el Invencible. “Se calcula que Villa cuenta con más de mil quinientos soldados”, informaron los observadores estadounidenses, “y se le están incorporando en manada hombres de toda la región montañosa; se hace cada día más fuerte y la mayoría de la gente en Chihuahua es provillista.”²⁴

Del 15 de septiembre hasta diciembre de 1916, Villa pareció repetir algunos de los grandes éxitos que había logrado en 1913-1914, y volvió a ser el dios inexorable y todopoderoso que iba de victoria en victoria. Entre tanto, convocó de nuevo un apoyo popular masivo; estableció un firme control no sólo sobre las áreas rurales, sino sobre varias ciudades de Chihuahua, y transformó temporalmente a sus tropas de una fuerza guerrillera en un ejército regular que, en noviembre de 1916, capturaría de nuevo la capital, esta vez no con un ataque sorpresa sino sitiándola en toda forma durante varios días.

Así, la retirada de Chihuahua no fue tal, sino el inicio de una gran ofensiva. Su primer objetivo fue San Andrés, una población con la que Villa siempre había

tenido una relación especial y de donde procedían muchos de sus partidarios más cercanos, los Dorados.

Un destacamento relativamente grande de carrancistas, originarios en su mayoría del estado natal de Carranza, Coahuila, y comandado por el coronel Carlos Zuazua, le había preparado una trampa. Mientras ocupaba, con unos sesenta hombres, la estación de ferrocarril, “un destacamento de unos trescientos carrancistas bajo el mando del coronel Maultos [miembro del regimiento de Zuazua] había sido enviado con toda intención, con órdenes de permanecer escondido en las cercanías inmediatas del pueblo; el plan de Zuazua era hacer de señuelo para que Villa atacara la estación y Maultos se lanzara contra su retaguardia durante el combate”. Pero, en el último momento, Maultos se acobardó o, como dijo más delicadamente un observador, “no atacó como se esperaba porque sobrestimó la fuerza villista”. Con sólo sesenta hombres contra más de cuatrocientos villistas, Zuazua continuó resistiendo por seis horas hasta que, muertos treinta y uno de sus efectivos, decidió rendirse. Villa no tuvo piedad, y Zuazua fue fusilado con todos sus soldados.²⁵

Villa logró atraer a San Andrés a otro destacamento de las tropas del coronel, compuesto por veinticinco hombres. Se había apoderado del código de Zuazua y le telegrafió en su nombre al teniente que mandaba el destacamento que viniera inmediatamente a rescatarlo. El teniente replicó que había oído decir a un soldado que había logrado escapar que Zuazua había sido derrotado. Villa, siempre haciéndose pasar por el coronel, replicó que el hombre era un desertor y debía ser ejecutado de inmediato. El teniente obedeció ciegamente: fusiló al soldado que le había advertido y marchó a San Andrés, donde fue prontamente capturado sin un solo tiro y ejecutado junto con todo su destacamento.

Los restos de las tropas de Zuazua, las que se hallaban bajo el mando del coronel Maultos y no habían atacado a tiempo, huyeron entonces hasta Coahuila. Fue un viaje terrible.

Cruzaron el desértico Bolsón de Mapimí. Perdieron en el camino trescientos caballos, y cuarenta hombres, mujeres y niños murieron de hambre [...] y al llegar cerca de Cuatro Ciénegas mataron ganado y saquearon los campos hasta el punto de que la gente temía que se murieran, por devorar con tal ansiedad tras tantos días sin alimento. Se han desbandado y dispersado entre Cuatro Ciénegas y Allende. Su coronel está en Múzquiz y dice que nunca volverá a Chihuahua, que ya tuvo bastante de combatir con municiones recargadas y nada de comer ni de vestir.²⁶

Tras la batalla de San Andrés, Villa empezó a tratar a los prisioneros de un modo aún más salvaje que al principio de su campaña. Antes del ataque a la ciudad de Chihuahua, a menudo había perdonado la vida a sus prisioneros; pero en esta ofensiva, las ejecuciones fueron la regla. Esta nueva actitud sin duda estaba vinculada al decreto de ley marcial emitido por Carranza y al tratamiento dado a los villistas que habían sido capturados en la capital. “Acaban de pasar por la oficina con diecisiete prisioneros [villistas] que llevaban a la colina de Santa Rosa”, informaba un observador estadounidense desde Chihuahua,

cada uno de los cuales cargaba un pico y una pala para cavar su propia tumba [...] Los villistas heridos fueron ejecutados. El muchacho que tenían en el hospital y otro que capturaron fueron eliminados ayer en el propio hospital. [...] No sólo los soldados villistas sino también los simpatizantes fueron ejecutados, y los “lecheros” que venían de los ranchos vecinos han sido detenidos por no haber informado a las autoridades de las actividades de los villistas.²⁷

La batalla de San Andrés también marcó el inicio de una serie de victorias que le permitieron a Villa dominar una parte aún mayor del campo chihuahuense. Su siguiente objetivo fue la población minera de Cusihuiráchic. Le advirtió su llegada al comandante de la guarnición carrancista, el coronel Elizondo, y éste decidió retirarse pero, mientras sus tropas salían de la población, vieron que se acercaban hombres armados y abrieron fuego de inmediato sobre ellos. Tras un sangriento combate descubrieron que se trataba también de carrancistas, bajo el mando del general Ramos, enviado a reforzar su guarnición. Aunque los dos destacamentos comprendieron finalmente su error y se unieron para enfrentar a Villa, fueron totalmente derrotados. Ramos y Elizondo lograron huir a la capital (Elizondo era presa de tal pánico que tiró su pistola, de la cual se apoderaron los villistas),²⁸ pero la mayor parte de sus hombres murieron o fueron capturados y luego ejecutados. Villa sólo le perdonó la vida a la banda militar, que de ahí en adelante tocó para su ejército y para los habitantes de las poblaciones que tomaba.

Villa marchó entonces sobre el pueblo de San Isidro, donde celebró su santo con grandes carreras de caballos y peleas de gallos, mientras la banda tocaba en las calles. Pocos días después, cerca del poblado de Santa Isabel, derrotó a una considerable columna de carrancistas que Treviño había enviado contra él bajo el mando del general Cavazos.

La primera víctima del renacimiento de su leyenda fue el propio Villa. Tras el triunfo sobre Cavazos, adquirió tal confianza que permitió que sus tropas descansaran en Santa Isabel sin poner vigías ni tomar las precauciones normales al ocupar una población. El resultado fue que, a la mañana siguiente, los villistas desperdigados por el pueblo fueron sorprendidos por un gran contingente de carrancistas encabezados por el general Osuna. Arrancados del lecho, la mayoría huyó del pueblo pero, por fortuna para Villa, Osuna no aprovechó su ventaja inicial, que no era pequeña, ya que no sólo había sorprendido a los villistas sino que se había apoderado de casi todos sus caballos, por lo que se vieron obligados a escapar a pie. “Osuna tuvo, por breve tiempo, la situación en sus manos”, según el secretario de Villa,²⁹ quien pasa a relatar que los carrancistas se desmoralizaron al encontrar cuatrocientos cadáveres de los hombres de Cavazos abandonados a lo largo del camino a Santa Isabel. Al abrir fuego contra ellos un pequeño grupo de villistas, temieron una emboscada y, precisamente cuando podían haber causado la desbandada del enemigo, se retiraron. Los villistas recuperaron la mayoría de sus caballos y, al día siguiente, cargaron contra las tropas de Osuna, fortificadas en los cerros alrededor del poblado. La resistencia de los carrancistas fue breve. Pronto su comandante coronó su decisión del día anterior huyendo de regreso a la capital; montado en un buen caballo, logró escapar, pero sus soldados, que cabalgaban desnutridos caballos de segunda, fueron masacrados.

El talento militar de Villa, su incesante actividad ofensiva, fueron sin duda factores esenciales de los triunfos que alcanzó. Sin embargo, éstos se debieron en similar medida al temor que inspiraba, a la falta de municiones y la incompetencia, e incluso a veces la cobardía, de los generales de Carranza. En San Andrés, Maultos no atacó a Villa por la retaguardia, con lo que sacrificó a Zuazua y su destacamento. En Cusihuiráchic, Ramos y Elizondo se enfrentaron entre sí. En Santa Isabel, no sólo Osuna no aprovechó su ventaja, sino tampoco su gran superioridad numérica, como señalaría el secretario de Guerra, Obregón.³⁰ Cavazos y Osuna atacaron a Villa por separado, y ambos fueron derrotados.

Tras esta serie de victorias, Villa recurrió a la palabra escrita. Le envió a Treviño una carta irónica y lanzó un manifiesto al pueblo de México. En la carta le decía a Treviño: “Sabe usted que como su subordinado siempre le tengo que rendir parte” y le informaba que debía eliminar a trescientos soldados de sus listas.

Mándenlos más, al cabo tienen ustedes fábrica. ¡Traidor! Lástima de colegio que tuvo usted. Estando los gringos pisando el suelo que nos ha criado, ¿por qué razón no sale a batirlos? ¡Ah! Será porque su gobierno constitucionalista lo autoriza como constitucionalista para tener al invasor en México. Ustedes no pueden tener gobierno porque no tienen pueblo, traidores, y sólo les esperan las maldiciones que les tiene la historia. Ya no le quiero decir más porque le conozco lo déspota que es y hablar con usted sería hacerlo con un burro que nunca hubiera estudiado.³¹

El manifiesto al pueblo mexicano, que era su primer pronunciamiento público escrito desde el ataque a Columbus, estaba redactado en un lenguaje muy distinto, y también era muy diferente su contenido. Constituía a la vez una especie de declaración de guerra contra Estados Unidos y un programa nacionalista para México. No contenía ninguna referencia al ataque a Columbus, en el que, hasta el día que murió, Villa nunca reconocería públicamente haber participado. El manifiesto atacaba tanto a los estadounidenses por ocupar México como a los carrancistas por no presentar resistencia, y llamaba a todos los mexicanos a hacer causa común contra el invasor extranjero.

También nuestra querida patria ha llegado a uno de esos solemnes momentos en que para oponernos a la injustificada invasión de nuestros eternos enemigos los bárbaros del norte, debíamos estar unidos imitando el ejemplo de aquella pléyade de valientes que ofrendaron su vida serenos y sonrientes, en holocausto de la bendita patria que nos vio nacer [...] Desgraciadamente no puede existir unificación entre nosotros porque, si bien es cierto que nuestra querida patria ha tenido hijos patriotas y abnegados, también carrancistas, los que fatalmente rigen hoy el destino del país, que, empobrecido, inerme y maniatado cuando no haya fortaleza para defender sus ya debilitadas fronteras, entregarlo al invasor.

El manifiesto contenía un programa antiextranjero radical. Toda propiedad de forasteros debía ser confiscada inmediatamente. En el futuro, sólo los extranjeros que hubieran estado naturalizados como mexicanos por veinticinco años podrían adquirir bienes raíces. En cuanto a las demás propiedades, sólo se les permitiría comprarlas en el interior de la república y no cerca de las fronteras. Los estadounidenses y los chinos serían excluidos de esta posibilidad y no se les permitiría tener propiedades de ningún tipo en México.

Para estimular al industrial mexicano y acrecentar el desarrollo de la industria en general del país, se suspenderán toda clase de operaciones mercantiles con los Estados Unidos esperando con esta disposición despertar mayor laboriosidad en el obrero mexicano, así como el ingenio para procurar el mejor perfeccionamiento en los productos nacionales. Quedando por tanto cortadas las comunicaciones telégrafo-ferroviarias a dieciocho leguas de las fronteras con los Estados Unidos del Norte.

La medida que más fuertemente afectaba a los mexicanos era la implantación de un servicio militar universal y la declaración de “que todo mexicano que se rehúse a tomar participación en la contienda en esta época de verdadera prueba, en que la autonomía nacional pelagra, será declarado traidor y sus bienes decomisados sin lugar a devolución”. El plan llamaba a la elección de un presidente, que no podría ser ningún jefe militar, y un congreso compuesto por “personas de notoria cultura y humilde cuna que sepan comprender las necesidades de la sociedad, sobre todo, esa numerosa familia que sufre penurias y miserias”.³²

El plan es importante no sólo por lo que contiene sino por lo que no contiene. A diferencia de todos sus pronunciamientos públicos anteriores, Villa no menciona la reforma agraria ni ninguna otra reforma social, excepto por una vaga referencia a que la mayoría en el Congreso sería gente de origen humilde, para que pudiera comprender las necesidades de los pobres.

Esta omisión se relaciona tanto con el momento en que se emite el manifiesto como con el público principal a que está dirigido. Se publicó en un momento en que Villa, habiendo logrado significativas victorias en la región montañosa de Chihuahua, preparaba seriamente una ofensiva, primero contra la capital del estado y después contra Torreón, que le daría el control de una gran parte del norte y de nuevo lo convertiría en dirigente nacional. El público potencialmente más receptivo para su mensaje era el sector más nacionalista del movimiento de Carranza: el ejército. La idea de que “para llenar las exigencias de la guerra serán decomisados todos los intereses de extranjeros pasando a favor de la nación” era una clara incitación a los jefes militares carrancistas a apoderarse de la única fuente de riqueza que había sido poco afectada por las convulsiones revolucionarias. Al mismo tiempo, al excluir a los militares como candidatos a la presidencia, se excluía a sí mismo y decía a los jefes carrancistas que aceptaba la elección de un civil neutral.

Las esperanzas de Villa no eran totalmente infundadas. No sólo estaba ganando en términos militares, sino que multitud de desertores carrancistas se incorporaban a sus filas y el régimen carrancista en Chihuahua parecía desintegrarse. Como describió un observador estadounidense al Departamento de Estado:

La situación en Chihuahua es realmente desesperada para los carrancistas. La ciudad está aislada, ya que están interrumpidas las líneas de ferrocarril y los puentes hacia el sur han sido quemados; los trenes que van al norte se hallan constantemente amenazados y las líneas de telégrafo son cortadas casi a diario. Treviño tiene hombres suficientes para controlar la situación si quisieran pelear, pero están desmoralizados, mal equipados, no se les paga prácticamente nada y desertan a la primera oportunidad. Por esta razón, Treviño no los envía lejos de la ciudad de Chihuahua.³³

En un intento desesperado de evitar el ataque de los villistas contra Chihuahua y su paso hacia el centro y el sur del país, el alto mando carrancista movilizó cuantas tropas pudo del vecino estado de Durango y las envió contra Villa a las montañas occidentales. Estaban encabezadas por Fortunato Maycotte, que había desempeñado un importante papel en la batalla de Celaya, y por los hermanos Arrieta, que habían peleado durante años contra las guerrillas villistas de Durango. El secretario de Guerra Obregón esperaba que estos jefes no se dejarían intimidar y estarían a la altura de Villa. Instruyó a Maycotte que atacara y no le permitiera a Villa pasar a la ofensiva, ya que las tropas federales no tendrían suficientes municiones para oponerle resistencia.³⁴ “Usted sabe que a Arango [en los días en que combatía contra él, Obregón siempre se refirió a Villa por su nombre original, para llamar la atención sobre su pasado de bandolero] hay que tratarlo fuerte, pues muchas veces lo hemos visto dar la espalda y creo que hasta esta vez suceda lo mismo”.³⁵ Maycotte y los Arrieta tomaron sus instrucciones tan literalmente que sufrieron en La Enramada una derrota devastadora.

Mientras las tropas de los carrancistas avanzaban lentamente sobre los villistas estacionados en La Enramada, fueron repentinamente atacados por un pequeño contingente de villistas encabezado por el “Mocha Orejas”, Baudelio Uribe. Transcurridos unos pocos minutos, el contingente de Uribe, numéricamente muy inferior, huyó hacia las líneas villistas y los carrancistas, creyendo que se retiraban, los siguieron en loca persecución, sin disciplina ni organización. Se

encontraron con el fuego cerrado de las líneas defensivas, tuvieron muchas bajas y hubieron de abandonar el campo de batalla.

Nadie ha descrito mejor la táctica de Villa que su archirrival Obregón. En un telegrama al sucesor de Treviño, Murguía, Obregón le advierte:

Táctica que ha seguido Villa en esta última campaña y que le ha dado magníficos resultados es la siguiente: prepara su gente en el terreno que él elige para presentar de antemano el combate y destaca parte de sus fuerzas a que emprendan el combate con los nuestros simulando en seguida una retirada en dispersión y hasta el lugar donde Villa se encuentra con el resto de sus tropas, consiguiendo la desorganización de los nuestros que persiguen a la primera columna; emprendiendo en seguida un ataque sobre las fuerzas desorganizadas que creyéndolo derrotado completamente persiguen a los villistas, sin ningún orden. Esto le ha dado magníficos resultados contra las fuerzas del general Treviño y últimamente contra las de Arrieta y Maycotte.³⁶

Siempre diplomático, tuvo cuidado de no ser muy duro en su crítica de Maycotte y los Arrieta. Murguía no tenía tales escrúpulos y, en una tajante carta dirigida a Carranza, achacaba toda la responsabilidad de la derrota a dichos comandantes.

He llegado a esta conclusión única: que el desastre o fracaso completo de Arrieta y Maycotte se debió a la falta absoluta de tacto militar y de organización para entrar en combate, y a la carencia completa de disposiciones para contrarrestar a su tiempo la derrota de sus fuerzas; máximo cuando no combatieron diez minutos; dando media vuelta y sin detenerse hicieron el recorrido de Santa Rosalía a Bermejillo, dejando en poder del enemigo más de ochocientas armas con parque y numerosos prisioneros. De Bermejillo se retiraron sin previa orden y sin dar aviso.

Murguía acusaba a los Arrieta de permitir que cayera en manos del enemigo, en Santa Rosalía, un tren lleno de caballos y municiones. En su opinión, la responsabilidad del desastre correspondía también al comandante de la guarnición de esta población, Mariano López Ortiz, al que llamaba “el general de chocolate”.³⁷

Después de la derrota de Maycotte, Treviño envió a su esposa y cuarenta y siete mil pesos a El Paso. Se atrincheró en la capital y renunció a llevar a cabo cualquier acción ofensiva contra Villa. Para él, la campaña villista del verano y el otoño había sido un incesante desastre. Según un observador mexicano que llevó registro de las batallas entre carrancistas y villistas en septiembre de 1916, “el registro muestra que los villistas triunfaron en veintidós encuentros distintos, en todos los cuales capturaron armas y municiones de los carrancistas”.³⁸

Cuando Villa se preparaba para marchar sobre la capital de Chihuahua, su situación recordaba en muchos sentidos la de tres años antes, en vísperas de sus triunfales ataques sobre Torreón, Chihuahua y Ciudad Juárez en el otoño de 1913. Como entonces, él controlaba el campo chihuahuense mientras que las tropas federales se hallaban confinadas en las grandes ciudades. Como entonces, los gobernadores militares venidos de fuera y sus tropas habían concitado el odio del pueblo de Chihuahua. Como entonces, el gobierno de Estados Unidos era hostil al gobierno federal y le tenía bloqueada la venta de armas, pero ese bloqueo era ahora más eficaz que en 1913, ya que las potencias europeas involucradas en la guerra mundial no podían ser proveedores alternativos para el gobierno mexicano. Como en 1913, estallaban en todo el país revueltas contra el gobierno, de modo que éste no podía concentrar todas sus fuerzas contra la revolución en Chihuahua. Como en 1913, el ejército federal era presa de la corrupción, la desmoralización y las deserciones. Según su sucesor, Murguía, Treviño había inflado la nómina de la misma forma que sus predecesores porfirianos: el número real de tropas era mucho menor que la cantidad que declaraba y él mismo se embolsaba la paga de esos soldados fantasmas. Aunque el ejército carrancista, a diferencia de los federales, nunca empleó la leva y estaba constituido sobre todo por voluntarios, éstos eran distintos de los revolucionarios que habían tomado las armas en 1913-1914, cuando la ideología era un factor principal: en 1916, muchos reclutas carrancistas se habían visto forzados a alistarse por temor a morir de hambre. En su mayoría estaban mal alimentados, mal pagados y poco dispuestos a combatir, y sus comandantes temían que desertaran a la primera oportunidad.

A pesar de estas similitudes, había diferencias significativas que hacían más precaria la situación de Villa. Si antes pudo contar con la benevolente neutralidad de Estados Unidos (que en algunos momentos toleró los embarques de armas para él y, a principios de 1914, le había levantado el bloqueo y podía comprar cuanto quería al otro lado de la frontera), esta vez, como resultado de su ataque a Columbus, se había ganado la hostilidad de las autoridades

estadounidenses tanto federales como locales, de modo que contrabandearle armas era una tarea extremadamente difícil y riesgosa. La vigilancia en la frontera era mayor y la expedición de Pershing, aun inmovilizada, pendía sobre su cabeza como una especie de espada de Damocles que podía golpearlo en cualquier momento.

En 1913, el campo chihuahuense que Villa controlaba era inmensamente rico. Esto le permitía repartir artículos y obtener así el apoyo popular, así como equipar a su ejército. Para 1916 la riqueza había desaparecido en su mayor parte, de modo que contaba con menos recursos.

Pero, sobre todo, estaba cambiando la actitud que tenían hacia Villa partes importantes de la población del estado. En muchos lugares, era todavía inmensamente popular. Cuando entraba en un pueblo o ciudad, la gente acudía en masa a recibirlo y a escuchar los discursos en que denunciaba la invasión estadounidense y al gobierno carrancista que la toleraba. Sin duda muchos estaban de acuerdo con la idea, una y otra vez repetida, de que fácilmente se habría convertido en millonario si hubiera querido, en vez de encabezar una sangrienta guerra de guerrillas. Muchos recordaban el año de 1914, primero del gobierno villista en Chihuahua, como una especie de edad de oro en la que no había combates en el estado, lo gobernaba su propia gente, Villa repartía constantemente mercancías y su moneda era aceptada al norte de la frontera. En 1916, muchos esperaban que Villa consolidara su control sobre Chihuahua y los salvara de la corrupción, los negocios sucios y los despojos de los militares carrancistas.

Pronto descubrieron, para su horror, que Villa era un hombre muy distinto del que habían conocido en 1913. Las primeras en descubrirlo fueron las clases medias. En 1913-1914 había dirigido su odio contra la oligarquía, y en cambio había cortejado a las clases medias. No había tocado sus propiedades ni les había exigido préstamos forzosos u otras contribuciones involuntarias. Otro tanto, con las notorias excepciones de los chinos y los españoles, podían decir los extranjeros. En cambio en 1916, como ya no había una oligarquía interna a la que expropiar, Villa exigía enormes contribuciones a los extranjeros y a la clase media. Tras capturar Parral, “cincuenta y dos de los comerciantes más destacados fueron colocados en fila ante el propio Villa [...] Les dirigió una apasionada arenga, en la que maltrataba a las clases pudientes en general, y a los extranjeros en particular, y sobre todo ‘los cónsules’, con una sola excepción a favor de los alemanes, de quienes dijo, para citar sus propias palabras, que ‘tienen los huevos bien colgados’”.³⁹ Exigió a los comerciantes una considerable

contribución pecuniaria. En un aspecto tuvieron suerte porque, a diferencia de lo sucedido en otras ciudades, en Parral no hubo saqueo. “No hubo borracheras ni desorden en las calles de Parral durante la presencia de Villa, ya que sigue teniéndole la mayor aversión a la bebida y en la medida de lo posible les impide a sus soldados consumirla.”⁴⁰ Algunos de los comerciantes y otros ciudadanos acomodados tal vez habrían preferido el saqueo en lugar de las medidas que Villa tomó contra sus hijos. Los puso presos y les advirtió que tendrían que vivir como vivían los pobres: sólo se les proporcionaba machaca y maíz, y sus familias no tenían contacto con ellos. Lo que más preocupaba a los presos y sus parientes no era la comida que estaban forzados a consumir, sino la incertidumbre sobre su destino. Sus temores se disiparon finalmente ya que, antes de salir de Parral, Villa liberó a todos los presos.

Estas medidas no estaban solamente destinadas a intimidar a los ricos y forzarlos a entregar las contribuciones que Villa exigía; probablemente eran asimismo un signo de su cólera contra grandes sectores de las clases medias (especialmente los comerciantes) que se habían vuelto claramente contra él. Tal vez pensaba también que esas medidas aumentarían su popularidad entre los pobres, muchos de los cuales consideraban a los comerciantes responsables de la creciente inflación que asolaba Chihuahua. Y quizá creía que las matanzas de chinos que había perpetrado complacerían la xenofobia de algunos habitantes del estado.

Aunque el número de voluntarios dispuestos a combatir en su ejército había aumentado mucho, Villa pensaba que necesitaba aún más, por lo que modificó su política hacia las clases inferiores e instituyó el reclutamiento forzoso, lo que desató una tremenda ola de resentimiento contra él.

Tras su entrada en la población de San Isidro, un testigo visual informaba:

Villa se dirigió de inmediato a la plaza principal, llevando consigo una banda musical de Cusi. La banda tocaba y muchos gritaban “¡Villa, Viva Villa! ¡Viva Villa!”, etcétera. A continuación Villa lanzó un discurso, diciendo que los estadounidenses entraban por todas partes a México y que Carranza les había vendido la mayor parte de la república, y llamaba a sus queridos paisanos a que le ayudaran a sacarlos del país, etcétera. Unos trescientos se alistaron enseguida. El número era tan pequeño que [Villa] se ofendió. Cenó y salió a las 3:30 p.m. hacia la estación de San Isidro [...]

Durante los días que permaneció en San Isidro, Julio Acosta [lugarteniente de Villa] dio órdenes de que todos los hombres que pudieran caminar se

presentaran ante él y marcharan con él y con Villa a luchar contra los estadounidenses, que todos debían venir a ayudar, y mandaba a buscar y traer por la fuerza a los que no se presentaban. Tres hombres fueron fusilados porque se negaron a partir y muchos fueron maltratados, torturados, golpeados, colgados, etcétera. Uno de los muchachos Rico recibió una golpiza y otros fueron quemados con hierros candentes.

Todo esto fue una gran sorpresa para los peones, ya que pensaban que tendrían carta blanca de nuevo.⁴¹

El resentimiento popular contra la leva forzosa empeoró con las amenazas de Villa contra las familias de los desertores. No hay indicios de que Villa ejerciera tales represalias en esa etapa, pero la amenaza era suficiente para generar considerable hostilidad. Las cosas empeoraron cuando Villa informó a los reclutas forzados que no irían a pelear contra los estadounidenses, sino contra los carrancistas. Se produjeron “grandes protestas y descontento entre los hombres. Ocho fueron fusilados en la estación y los demás partieron”,⁴² algunos desertaron, aunque la mayoría se quedó y combatió. Entre muchos de sus soldados, Villa aún despertaba simpatía y admiración. Las victorias obtenidas acrecentaron esa admiración; muchos pensaban que recuperaría el control de Chihuahua y tal vez el de todo el país. Algunos, sobre todo los carrancistas desertores, se sentían atraídos por el sueldo de un peso de plata diario que Villa pagaba a sus soldados, mucho más de lo que pagaba Carranza.⁴³ Ante todo, la marcha de Villa sobre Chihuahua ofrecía para mucha gente del campo la oportunidad de vengarse de Treviño y sus soldados por los abusos y extorsiones que habían sufrido. Como dijo un observador,

existe descontento en todo el occidente de Chihuahua, entre los soldados por la devaluada moneda de Carranza y entre el populacho porque los soldados han confiscado sus medios de subsistencia, por ejemplo matando sus vacas lecheras, de las que dependían familias enteras, para dar carne a sus soldados. Vi una solicitud que había sido presentada por ciento setenta y cinco rancheros en la vecindad de Cusi que pedían al gobernador que detuviera las depredaciones de los militares y expresaban una velada amenaza si no se les daba protección. Los carrancistas con sus abusos han perdido la amistad del populacho.⁴⁴

En algunos casos, el descontento se agravó porque Treviño no pudo proteger a los ciudadanos aunque éstos ofrecieron pelear ellos mismos en defensa del

gobierno.

Se sabe que [Villa] está forzando a los nativos a seguirlo, pero los hombres así enrolados probablemente no permanecerían con él si tuvieran otra alternativa. Recientemente, cuando reemprendió sus actividades, la gente de las poblaciones a lo largo del ferrocarril noroccidental, incluyendo Madera, Guerrero y otros poblados, mandaron decir a través de sus dirigentes al gobierno *de facto* que con gusto tomarían las armas y colaborarían con el gobierno contra él si recibían apoyo, pero no tuvieron respuesta a su oferta.⁴⁵

Las medidas que tomó Villa para transformar su astrosa tropa guerrillera en un ejército regular colaboraron a acrecentar su autoridad y la impresión de que estaba ganando. La historia parecía repetirse. Después de ocupar Parral, mandó hacer uniformes para todos sus soldados,⁴⁶ que tenían un aspecto mucho más parecido al de un ejército que sus desarraigados enemigos carrancistas. Cuando controlara toda la región, podría montar a sus hombres en vagones de tren, como en los días gloriosos de la División del Norte.

Villa se había convertido de nuevo en el principal problema del alto mando carrancista y la presencia de la expedición de Pershing en el norte del estado no mejoraba la situación. Carranza había logrado que los estadounidenses se retiraran a sus bases y no se aventuraran fuera de ellas. En Atlantic City, comisionados mexicanos y estadounidenses negociaban para lograr que la Expedición Punitiva se retirara definitivamente. Pero si Villa lograba controlar todo el norte del país, era posible que Wilson enviara a Pershing de nuevo contra él. En ese caso, éste tendría que entrar más en el territorio mexicano, y Carranza se hallaría ante una disyuntiva imposible. Había advertido con claridad a los estadounidenses que no les permitiría marchar de nuevo hacia el sur. Si no mantenía su palabra y permitía que Pershing penetrara hacia el sur, no sólo Villa podría apropiarse la bandera de defensor de la soberanía nacional, sino que era posible que sus propios generales nacionalistas lo derrocaran. Si resistía, había muchas posibilidades que estallara una guerra en plena forma contra el país vecino, cosa que Carranza quería evitar a toda costa.

EL DESORDEN EN EL ALTO MANDO CARRANCISTA

No resulta sorprendente que el alto mando carrancista tratara desesperadamente de entender las causas de las continuas victorias de Villa. Para ese fin, Treviño

no era de ninguna utilidad. No sólo quitaba importancia a sus derrotas o de plano las ocultaba, sino que ofrecía una sola explicación constantemente repetida: la falta de municiones. Aunque se trataba de un problema muy real, ni los subordinados de Treviño ni el alto mando carrancista, ni Francisco Murguía, comandante de las fuerzas de Durango, querían considerarla como la razón principal de los catastróficos reveses que estaban sufriendo sus tropas. Luis Herrera, el único general chihuahuense importante que estaba con Carranza, culpaba directamente a Treviño, quien, según él, no entendía la naturaleza de la guerra de guerrillas: “Estoy sufriendo consecuencias de los grandes generales que porque han tenido sus triunfos en campañas campales creen que esto mismo [obtendrían] en asaltos y guerrillas, como sucede con el héroe de El Ébano [Treviño], que ya dejó al bandolero llegar hasta donde está”. Abiertamente acusaba a Treviño de no preocuparse “por la salud de la República sino por su engrandecimiento”.⁴⁷

Obregón compartía la opinión de Herrera, pero lo que finalmente lo llevó a relevar a Treviño del mando y reprenderlo en términos excepcionalmente duros fue un signo de que el general era presa del pánico. Temiendo el inminente ataque de Villa contra la capital, Treviño telegrafió a Obregón que enviara tropas desde Sonora y a través de Estados Unidos para salvarla.⁴⁸ Era lo último que quería hacer el alto mando carrancista: habría significado pedir ayuda a Estados Unidos en un momento en que las relaciones estaban al borde de la ruptura, y confesar que sin ayuda estadounidense no podían vencer a Villa; si los estadounidenses hubieran dado el permiso, ello habría llevado agua al molino de Villa cuya propaganda insistía en que existía un pacto secreto entre Carranza y Estados Unidos.

La propuesta de Treviño fue para Obregón la gota que derramaba el vaso. Con apoyo de Carranza, decidió quitarle el mando de las operaciones en Chihuahua y hacerlo de una manera particularmente humillante: ordenó a Francisco Murguía, su comandante en Durango, que llevara de inmediato a Chihuahua una columna de apoyo de más de seis mil hombres. Treviño debía ponerse a las órdenes de Murguía, quien tenía nominalmente un rango inferior; además, Obregón le envió un mensaje muy duro.

Primer Jefe mostróme mensaje dirigido por usted en que atribuye a falta de municiones los fracasos sufridos. Me voy a permitir hacer algunas aclaraciones a este respecto para que no decline en la falta de cartuchos las responsabilidades que pesan siempre sobre un jefe militar del prestigio de

usted. El hecho de que a esta Secretaría nunca se haya informado de los fracasos sufridos tratándose siempre de ocultarlos ha sido uno de los motivos porque no se tomaron oportunamente las medidas del caso. Los éxitos de Villa en ese estado han consistido en las sorpresas que ha logrado dar a nuestros jefes, siendo las últimas la entrada a esa capital posesionándose de la cárcel y posesionándose también de los palacios. La falta de cartuchos no puede tener ninguna influencia que favorezca al enemigo para sorprender a nuestras fuerzas; todo lo contrario; cuando se tienen pocos cartuchos la vigilancia debe ser mayor.

Obregón añadía que las derrotas sufridas por Ramos y Osuna no se debían a la falta de parque. Fue la división de sus fuerzas en dos columnas lo que le dio a Villa la oportunidad de vencerlos. Obregón pedía que Treviño tomara la ofensiva.

Si los pertrechos con que cuenta para la defensa de esta plaza son reducidos, es preferible que reúna todos sus elementos y al iniciar Villa el ataque sobre esta plaza tome desde luego la ofensiva y resuelva el combate antes de que el agotamiento de municiones lo resuelva en favor del enemigo. No es mi ánimo censurar las operaciones militares desarrolladas por usted. Quizás yo en su lugar hubiera cometido iguales o mayores errores, pero sí quiero desvanecer la idea que usted tiene de que la falta de pertrechos ha originado esta situación. Lo saludo afectuosamente y espero que Villa encuentre su tumba al acercarse a esa plaza.⁴⁹

En su respuesta, Treviño intentó echarles la culpa a sus subordinados, al propio Obregón y a los estadounidenses. No había informado al alto mando carrancista de las derrotas de sus tropas, decía, porque sus subordinados le habían ocultado la información. Pocos días antes había llamado cobardes a muchos de ellos porque tenían miedo de enfrentarse a Villa. El propio Obregón tenía tanta responsabilidad como él en la derrota de Maycotte y los Arrieta. Finalmente, el factor más importante de los éxitos de Villa era la presencia de los estadounidenses en México.

Creo que esa Secretaría [de Guerra] no se ha dado cuenta de que el bandolero para reclutar gente explota con bastante éxito el hecho de que las tropas americanas se encuentren dentro de nuestro territorio, hecho que no deja de causar el sentimiento de descontento que se nota principalmente en la gente de

la sierra, donde el bandolero conserva cierto ascendiente; así se explica que derrotado el 16 de septiembre completamente en esta plaza, aparezca en pocos días con nuevos y más numerosos elementos en el noroeste.⁵⁰

Treviño pedía que se le relevara del mando, mediante una licencia para ocuparse de asuntos privados.

Obregón se negó a permitirle escapar de lo que bien podía convertirse en un mayúsculo desastre. “Por acuerdo del C. Primer Jefe, permítome manifestarle que deberá usted continuar al frente de sus fuerzas, a las órdenes del general Murguía, hasta en tanto sean destruidos los principales núcleos villistas en ese estado, y que una vez verificado esto se le concederá licencia que desea.”⁵¹

Murguía fue aún más duro que Obregón al juzgar a su predecesor. Veía la corrupción y la vanidad de Treviño como las causas principales de sus derrotas. Con sus abusos, Treviño y su hermano no sólo se habían enajenado a la población del estado, sino que habían inflado la nómina y pasado por alto las más elementales precauciones. “Pues mientras el espíritu comercial se despierta en nuestros generales”, decía Murguía, y los lleva “a dedicarse a asuntos particulares y en tanto que en otros se desarrolla la pasión por escribir sus glorias guerreras, lanzando miles de folletos a la publicidad para describir sus personalidades, el descuido más doloroso y el abandono más reprochable se cierne sobre las actividades militares.”⁵²

La dura crítica de Murguía coincidía con las observaciones de un periodista estadounidense de Chihuahua que, en octubre de 1916, sostenía “que Treviño se está debilitando desde hace semanas, que sus regimientos son menores que lo que dice la nómina, que sus hombres desertan y se van con Villa, que no es posible confiar en sus fuerzas fuera de los puntos protegidos, que le falta parque, que sus fuerzas han sido vapuleadas por Villa en San Andrés, Santa Isabel y Cusi, que la población es villista, que él espera el colapso de Carranza en Chihuahua”.⁵³

El tajante desmentido de Obregón y su relevo del mando de las tropas chihuahuenses no constituían aún el punto más bajo de la carrera militar de Treviño: éste llegó el 27 de noviembre, cuando escapó de la capital con los restos de las tropas bajo su mando, y permitió a Pancho Villa entrar triunfalmente en la ciudad.

En cuanto escuchó que una gran columna carrancista, encabezada por Murguía, marchaba hacia Chihuahua para apoyar a Treviño, Villa decidió adelantársele a ocupar la ciudad. Era una decisión riesgosa, porque en el pasado, cuando no contaba con la sorpresa absoluta –como había ocurrido en Ciudad Juárez y en la primera toma de Torreón, en octubre de 1913–, sólo con ayuda de una artillería bien desarrollada había podido poner sitio a las grandes ciudades y tomarlas. Esta vez ni podía contar con el elemento sorpresa, ni tenía artillería, mientras que Treviño estaba situando cañones en el cerro de Santa Rosa, que domina la ciudad. Además, si el sitio duraba demasiado, la columna de Murguía podía llegar y los villistas encontrarse entre dos fuegos. Sin embargo, Villa nunca tuvo aversión al riesgo y, si con frecuencia había pagado un alto precio por su osadía, esta vez tendría éxito. Tras enviar tropas a destrozar las vías de ferrocarril entre Jiménez y Chihuahua para demorar el avance de Murguía, Villa subió a sus hombres en vagones de tren, como en el mejor momento de la División del Norte, y se dirigió a todo vapor hacia la capital. El 23 de noviembre puso sitio a la ciudad.

Cuatro días duraron los combates, sangrientos e indecisos. Las cargas de caballería eran segadas por la artillería y el fuego de las ametralladoras del cerro de Santa Rosa. Al segundo día, Treviño en persona encabezó la contraofensiva, que logró una inicial desbandada de la infantería villista. Con una carga desesperada, que capitaneó el propio Villa, sus Dorados lograron rechazar a los carrancistas. Pero Treviño estaba convencido de que Villa había sido decisivamente derrotado, e inició los preparativos para celebrar la victoria. La noche del 26 de noviembre, cuatro días después de iniciado el sitio, “Treviño invitó a los habituales a su mesa y conformamos una alegre compañía”, informó un testigo. “Durante el banquete todos fuimos invitados a una cena el martes siguiente, es decir el día 28, para festejar el triunfo.” Hubo un tiroteo que duró varios minutos, pero Treviño, imperturbable, “nos explicó que probablemente los villistas acorralados en la avenida Zarco trataban de abrirse paso, y que no había motivo para ponernos nerviosos”. No todos los comandantes de Treviño compartían su optimismo. El general González Cuéllar le dijo a un anónimo informante de la inteligencia estadounidense “que él personalmente no pensaba que el peligro hubiera pasado; por el contrario, esperaba el ataque final y más desesperado esa misma noche. Le inquietaban la escasez de municiones y la falta de una organización estricta, y terminó la plática diciendo: ‘Esta noche será decisiva en uno u otro sentido’”.⁵⁴

González Cuéllar tenía razón. Los villistas resolvieron lanzar un ataque decisivo contra el cerro de Santa Rosa. Alrededor de la una de la mañana,

se presentó al general Villa un muchacho de veintitrés años de edad, de constitución raquítica, apenas si acusaba unos cincuenta kilos de peso [...] Llegó con un brazo en cabestrillo, y la mitad del cuerpo, el tórax, envuelto con vendajes [...]

¡¡Era Martín López!! Bajó del caballo sin poder disimular el dolor de sus heridas que se reflejaba con contracciones pasajeras de la boca, y de buenas a primeras le lanzó al general Villa esta petición desconcertante: “Vengo a pedirle, mi general, trescientos hombres para asaltar esta noche el cerro de Santa Rosa”.

Las palabras del joven y bravo general de la División del Norte fueron causa de que todos los oyentes enmudeciéramos de asombro. ¡No era posible aquello! Nunca se había registrado el caso de que un herido abandonara el lecho del dolor, con tres perforaciones en el cuerpo y solicitara jugarse la existencia en la misma batalla, como aconteció con Martín al solicitar el mando para capturar el fortín de Santa Rosa.

Villa se negó al principio: López era el más valioso de sus comandantes. Pero ante la insistencia del joven, cedió finalmente. A las pocas horas, López le dio parte de que el cerro de Santa Rosa había sido tomado.⁵⁵ “Ya tomamos Chihuahua”, informó Villa a su Estado Mayor.⁵⁶ Un observador cercano a Treviño había llegado a la misma conclusión.

A las 3:00 en punto, como es costumbre en Villa iniciar un combate mañanero, se inició el más violento tiroteo en una línea que llegaba hasta la cumbre del cerro de Santa Rosa. Poco después, los cañones del fortín empezaron a tronar y entonces tuve claro que el temido ataque general estaba en su apogeo. A las 5:00 a.m. el fuego se detuvo de pronto y el silencio ya no se vio perturbado hasta que amaneció, es decir aproximadamente hasta las 7:00, cuando los gritos enloquecidos de “¡Viva Villa!” indicaron sin lugar a dudas que la ciudad había caído. Esta suposición pronto se vio confirmada: los soldados del gobierno corrían presa de pánico hacia la estación central de ferrocarril, con los jinetes de Villa pisándoles los talones. Entre las 6:00 y las 7:00 a.m. cuatro trenes salieron de la estación llevando a la infantería hacia el norte. Más tarde se supo que un heroico combate había tenido lugar en el cerro de Santa Rosa, defendido por el coronel de artillería Silva Sánchez. El

teniente coronel Padilla, el capitán Cuauhtémoc Aguilar y otros fueron muertos a balazos, sin piedad, y finalmente, cuando todo estuvo perdido, Silva Sánchez se voló los sesos: prefirió la muerte a caer en manos del cruel enemigo.⁵⁷

Pocas horas más tarde, Treviño abandonó la lucha por Chihuahua, “reunió a su Estado Mayor y una parte de la caballería, montó a caballo y partió hacia el poblado de Aldama; llegaron al anochecer a la hacienda de Dolores, donde pasaron la noche”.⁵⁸ En su prisa por escapar, había olvidado advertir a todas sus tropas que estaba abandonando la ciudad, y algunos de sus hombres, entre ellos los que custodiaban la penitenciaría, siguieron haciendo frente a los villistas. Resistieron durante varias horas, hasta que Villa les mandó un ultimátum en que les ofrecía respetarles la vida si se rendían y amenazaba con matarlos a todos si no lo hacían.⁵⁹ El comandante de la guarnición carrancista aceptó el ultimátum y, poco después de la rendición, el propio Villa acudió para hablarles a los prisioneros, “con lágrimas en los ojos arengó a los defensores de la Penitenciaría, invitándolos a ir a batir a los gringos”.⁶⁰ Tanto el comandante carrancista como sus hombres quedaron incorporados al ejército de Villa; los oficiales fueron reducidos a simples soldados, pero se les perdonó la vida.⁶¹ Unos días después, cuarenta y ocho de ellos y su comandante se pasaron una vez más a las filas carrancistas.⁶²

La súbita evacuación de Treviño generó intensa controversia, parte de la cual se haría pública en el verano de 1917. El general justificó sus acciones diciendo que se le habían acabado las municiones y que, si hubiera continuado peleando, sus tropas habrían sido inútilmente sacrificadas. Su objetivo, declaró, era evacuar tantos soldados como fuera posible, para unirse a la columna de Murguía que se acercaba, y volver a tomar la ciudad. A la vez, culpó a Murguía de avanzar tan lentamente que no llegó a tiempo de rescatar a las tropas que permanecieron en la ciudad. En su opinión no había excusa para la demora: apenas un año antes, en diciembre de 1915, Treviño, a la cabeza de siete mil hombres y combatiendo a lo largo de todo el camino, sólo había necesitado once días para llegar a Chihuahua, mientras que Murguía había empleado veinticinco días para cubrir la misma distancia.⁶³

Obregón fue tan crítico esta vez como lo había sido semanas antes, cuando Treviño presentó una explicación similar de sus primeras derrotas. Obregón pensaba que la causa principal de la caída de la ciudad era que Treviño no había tomado la ofensiva.⁶⁴ Manifestó su asombro porque “estando atacada una plaza

puedan salir de la misma infanterías con trenes sin que el enemigo lo impida”.⁶⁵ En otras palabras, daba a entender que las tropas de Treviño habían salido de la ciudad por su propia voluntad, y no forzadas por los villistas. El ataque de Obregón no sólo reflejaba su decepción ante los errores militares y la derrota de Treviño, sino una pugna entre los comandantes carrancistas. Dos facciones, encabezadas respectivamente por Obregón y por Pablo González, competían por el poder en México, y Treviño era uno de los más leales partidarios del segundo.

Si bien las críticas de Obregón contra Treviño (nunca publicadas) fueron duras, no eran nada en comparación con las de Murguía: lo acusaba de corrupción (había inflado la nómina), incompetencia (no había puesto suficiente infantería en el cerro de Santa Rosa para proteger a la artillería, y por eso Villa había podido tomarlo), escaso cuidado de sus hombres (no había advertido a muchos de sus comandantes que estaba evacuando la ciudad); mentira (no era cierto que le faltaban municiones), y finalmente cobardía (había sido el primero en salir de la ciudad).⁶⁶

PERSHING Y VILLA

Con la captura de la ciudad de Chihuahua, Villa se había anotado su mayor victoria desde la derrota de la División del Norte un año antes. Fue su momento culminante después de 1915. Sin embargo, a pesar de este enorme éxito, se hallaba en una posición precaria. Desde el sur avanzaba la poderosa columna de Murguía, mientras que en el norte las fuerzas de Pershing, aunque inmovilizadas en sus bases, podían golpear en cualquier momento.

Villa se proponía mantener a Pershing donde estaba. Por esa razón, aunque constantemente insistía en sus discursos en la necesidad de sacar a los estadounidenses del país, no atacó a la Expedición Punitiva. Entre el 9 de junio de 1916 y la salida de Pershing, en febrero de 1917, se produjeron muy pocos choques entre villistas y estadounidenses. A fines de 1916, Villa intentó neutralizarlos por otros medios. Thayer y Brennan, dos estadounidenses que habían tenido amplios tratos de negocios con Villa y uno de los cuales había sido agente suyo para la compra de municiones en 1914-1915, informaron que se les había dado la oportunidad de una entrevista exclusiva con él y habían sido llevados a su presencia por su cuñado, Regino Corral. Villa les hizo una declaración

en el sentido de que no era responsable de la masacre de Santa Isabel, que no se enteró de ella hasta cuatro días más tarde. Que con la excepción de la muerte de algunos de sus antiguos generales, nada le había causado mayor dolor. Que en cuanto al incidente de Columbus, no afirmaría ni negaría haber estado allí, pero dijo que, cuando llegara el momento adecuado, probaría con el testimonio de tres ciudadanos estadounidenses dónde se hallaba aquel día.

En cuanto a sus sentimientos hacia los estadounidenses, dijo que les daría la bienvenida al país en cuanto pudiera mantener abiertas las comunicaciones, que no les guardaba rencor y que se daba cuenta de que debían ser protegidos en México, para permitirles trabajar sus propiedades en beneficio de los pobres. Que se le habían atribuido toda suerte de barbaridades, pero que eran los carrancistas quienes las ponían en circulación y que cuando se conociera la verdad se probaría que los cargos eran falsos. Que había dado órdenes a todos sus hombres de no molestar a los estadounidenses, o cualesquiera otros extranjeros excepto los chinos, a quienes consideraba una peste para el país y que serían expulsados de él, porque venían sin nada y mandaban fuera de México todo lo que ganaban, y no eran buenos ciudadanos.⁶⁷

Villa tuvo otros gestos amistosos para los estadounidenses. En entrevista con un agente estadounidense, un coronel villista y “uno de los más destacados oficiales de Villa” dijeron que

el general Villa se alegraría de reunirse y conferenciar con algún funcionario del gobierno de Estados Unidos y está ansioso por saber cuál será la política futura respecto de él y de su pueblo; Villa decía que Carranza y sus partidarios habían sido más desastrosos en su política hacia las masas que Díaz o Huerta, y su única ambición era ver a su pueblo liberado de la esclavitud y de la terrible situación que le habían impuesto los tiranos de su país, y esperaba pelear sin tomar en cuenta las consecuencias hasta que esto se hubiera logrado y ganarse de nuevo la buena voluntad de sus vecinos del norte, ya que se daba cuenta de que sin su ayuda para abrir las industrias su pueblo tendría que sufrir durante mucho tiempo; que en realidad no tenía rencor contra la gente del norte, sino contra la política de reconocer a Carranza y aquellos que la inauguraron.

Aunque culpaba a Wilson, Villa habría dicho que “cree que el general Scott es un gran hombre y un buen hombre, y que si les hubieran dejado esta cuestión a él y a los jefes militares de Estados Unidos, hace tiempo que estaría arreglada”.

Los oficiales villistas le dijeron al agente estadounidense que “mucho les complacería tener el privilegio de llevarle al general Villa cualquier información que el gobierno estadounidense o sus funcionarios, fueran militares o civiles, desearan enviarle”.⁶⁸ Los agentes carrancistas que monitoreaban estas conversaciones estaban seguros de que Villa les había ofrecido todas las garantías posibles a los ciudadanos estadounidenses si Estados Unidos no procedía contra él y le permitía continuar su lucha contra Carranza.⁶⁹ De hecho, Treviño estaba tan convencido de que Villa tenía un entendimiento secreto con Estados Unidos que creía que eran municiones estadounidenses las que le habían permitido obtener la victoria en Chihuahua.⁷⁰

El hecho de que Villa decidiera no atacar ni a Estados Unidos ni a sus tropas ciertamente contribuyó a impedir que Pershing emprendiera cualquier tipo de hostilidades contra él, pero la razón principal eran las restricciones impuestas a la Expedición Punitiva por Woodrow Wilson, decidido a evitar una guerra mexicano-estadounidense. Pershing y sus subordinados resentían profundamente esas restricciones, y repetidamente pidieron al presidente más libertad de acción. En abril, Pershing había propuesto “la ocupación constante de tantas localidades distintas como nos sea posible, en el territorio que debe ser cubierto”.⁷¹ En junio, tras el incidente de Carrizal, Pershing había aconsejado al gobierno que se le permitiera ocupar todo Chihuahua.⁷² En octubre, tras los primeros triunfos de Villa, el general Funston, superior inmediato de Pershing, probablemente por recomendación de este último, “incitó vigorosamente” a que las fuerzas estadounidenses ocuparan Ciudad Juárez y la capital.⁷³ Tras la toma de esta última por los villistas, Pershing fue aún más explícito. “En vista de la osadía de Villa”, escribió a su superior,

y la ineficacia comparativa de las fuerzas carrancistas, el poder de Villa aumentará casi con certeza [...] Este comando debe propinarle de inmediato un golpe rápido a ese farsante. En este momento, debería tomarse en consideración nuestro propio prestigio en México. En vista de las operaciones de Villa en las últimas dos semanas, no parece deseable mantener la inactividad de este comando, y no existen ya dudas al respecto. Como se dijo en comunicaciones anteriores, la acción agresiva probablemente no hallaría resistencia de los carrancistas y recibiría su aprobación.⁷⁴

La creciente frustración de Pershing se debía a la fuerza cada vez mayor de Villa y a consideraciones de prestigio, a la vez de Estados Unidos, tal como él lo

percibía, y suyo propio. Así lo decía abiertamente en una carta a su superior. “No creo que el público en general comprenda por qué esta expedición no ha capturado a Villa y a su banda. No aprecian el hecho de que estamos ocupando una posición táctica y de que nuevos movimientos nos involucrarían en una guerra con un gobierno *de facto*. Creo de justicia para usted y para todo este comando, que el Departamento de Guerra lo aclare así.”⁷⁵ Aunque Pershing tenía cuidado de no criticar a Wilson —ésta fue una de las razones por las que el presidente lo nombró comandante supremo de las fuerzas estadounidenses que combatirían en Europa pocos meses después—, uno de sus oficiales que le era relativamente cercano, el joven teniente George S. Patton, no tuvo tales escrúpulos. “Creo que la guerra es ahora lo mejor por dos razones”, le escribió a un amigo:

Primero, es inevitable, por lo tanto, cuanto antes mejor. Segundo, sin duda haría que nuestro ejército mejorara, porque creo que ni la mitad de la milicia se enrolaría e incluso esa cantidad sería demasiado reducida [...] No se requerirían muchos de nosotros para derrotar a los mexicanos en batalla, pero se necesitarían muchos para cubrir las líneas de comunicación, de modo que los que combaten puedan también comer.

No tienes idea de la absoluta degradación de los habitantes [...] Hay que ser tonto para pensar que personas semisalvajes y completamente ignorantes formarán jamás una república. Eso es un chiste. Un déspota es todo lo que conocen o desean. De modo que cuando perdieron a Díaz instalaron a unos bandoleros, que fueron peores tiranos de lo que él [Porfirio Díaz] jamás soñó ser [...] ⁷⁶

Respecto a Wilson escribió: “No tiene el alma de un piojo, ni el cerebro de un gusano, ni la espina dorsal de una medusa”.⁷⁷

A pesar de las restricciones que se le habían impuesto, Pershing no permaneció en modo alguno inactivo durante su estancia en México. Consideraba la región del norte de Chihuahua donde se concentraban sus tropas como una especie de laboratorio, donde podía ensayar las medidas que implementaría si llegaba a darse la ocupación de todo el estado o de todo el norte de México como él proponía. Con esa idea, creó en forma embrionaria el tipo de guardia civil nativa que proponían los planes de guerra estadounidenses y que las fuerzas de ocupación de ese país pondrían en práctica en Nicaragua y la República Dominicana. “Nativos neutrales Namiquipa por sugerencia mía

organizaron hace días pequeño destacamento protección habitantes pacíficos”, informó Pershing al Adjutant General en Washington.

Ese destacamento trabajando conjunción con nuestras tropas, proporciona guías e información. Localización depósito armas villistas señalado por prisionero de Columbus, Nuevo México, armas encontradas por guardia local traída ayer. Depósito consistía cuatrocientas armas pequeñas, diversas fabricaciones y diez ametralladoras Colt. Organización guardias locales y su confianza en nosotros ilustra actitud pacíficamente inclinada gente tomaría en caso de ocupación. Con protección asegurada hasta supresión bandolerismo ciudadanos pacíficamente inclinados nos asistirían materialmente. Pago por abastos distribuiría dinero muy necesario a nativos empobrecidos. Escasa duda mayoría dan cuenta imposibilidad gobierno estable bajo actual personal *de facto* o cualquier otra facción contendiente. Muchos muy insistentes que permanezcamos aquí indefinidamente y temerosos consecuencias a manos tanto de bandidos como de fuerzas Carranza tras nuestra partida.⁷⁸

El pueblo de Namiquipa pagaría un alto precio por haber aceptado la “sugerencia” de Pershing. Sufrirían sangrientas represalias a manos de Villa y las enemistades que su colaboración engendró perdurarían largo tiempo. Diecisiete años después de estos sucesos, en 1933, cuando José María Espinosa, uno de los jefes de la guardia local que colaboró destacadamente con Pershing, regresó a Namiquipa, fue emboscado y muerto por hombres que no habían olvidado ni perdonado su actuación de 1916.⁷⁹

Hasta cierto punto, Pershing logró ganar lo que los futuros estrategas estadounidenses llamarían “las mentes y los corazones” en las regiones que ocupó. Pagaba sus subsistencias con moneda fuerte, cosa que no habían hecho ni los villistas ni los carrancistas; impuso a sus tropas una estricta disciplina y con frecuencia protegió a los habitantes de los despojos de los carrancistas. Su idea de que hubiera podido repetir esas condiciones en el resto de Chihuahua o, para el caso, el resto de México era más que problemática. Una de las principales razones de que la situación siguiera tranquila en la región que ocupaba era que ni los carrancistas, ni los villistas a partir de junio de 1916 (a pesar de la retórica antiestadounidense de Villa), intentaron ninguna acción guerrillera seria contra él. De no haber sido así, la inevitable escalada de guerrilla a contrainsurgencia y represalias habría creado el mismo tipo de resentimiento popular que los estadounidenses habían despertado en Filipinas y enfrentarían más tarde en

Nicaragua y en Vietnam. Además, al ocupar sólo una pequeña parcela de territorio mexicano la expedición no suscitaba el enojo ni la reacción nacionalista que la verdadera ocupación de un territorio mayor sin duda habría provocado.

JUICIO Y EJECUCIÓN O ENCARCELAMIENTO DE LOS ATACANTES DE COLUMBUS CAPTURADOS

Durante este periodo de inactividad forzosa, Pershing logró dos éxitos contra los villistas. El primero, el descubrimiento del depósito de armas, fue un golpe grave para Villa. El segundo fue más problemático y produjo un serio conflicto entre las autoridades judiciales de Estados Unidos. Las tropas estadounidenses, con ayuda de informantes locales, lograron apresar a los habitantes de Namiquipa que habían participado en el ataque a Columbus: paradójicamente, justo a aquellos miembros de la fuerza expedicionaria de Villa que habían sido forzados a participar contra su voluntad. Primero fueron detenidos en la prisión militar de Columbus, luego transferidos a la cárcel del condado de Grant en Silver City, y sometidos a juicio el 21 de febrero de 1917 en Deming, condado de Luna, Nuevo México. Eran el segundo grupo de atacantes de Columbus juzgados en Estados Unidos. Mientras esperaban juicio, tuvieron tiempo de reflexionar sobre el destino de sus seis compañeros que, meses atrás, habían sido sentenciados a muerte y, con una sola excepción, colgados.

Aquel primer juicio había sido cualquier cosa menos imparcial y en muchos sentidos tuvo todo el aspecto de un linchamiento legal. La opinión pública en el condado de Luna, del que Columbus formaba parte, era tan contraria a Villa y a sus hombres que el Departamento de Justicia estaba convencido de que los detenidos no podían tener un trato justo allí. La víspera del juicio, Stone, el jefe de la oficina del Buró de Investigación en El Paso, acudió a ver al presidente del tribunal Edward L. Medler, y le dijo que “el Departamento de Justicia lo enviaba a protestar ante el juez de la corte contra el proceso de los siete villistas a la mañana siguiente”. Stone contó con el apoyo del fiscal de Albuquerque, Burkhart, quien llamó al juez y le dijo “que el fiscal general le había dado instrucciones de ir a Deming y protestar por el proceso de estos villistas alegando que no recibirían un juicio justo”. El juez protestó y dijo que tal declaración constituía un desacato, ante lo cual el fiscal sostuvo, más explícitamente, “que lo que quería decir era que el sentimiento público era tal en el condado de Luna que aquellos siete hombres no podían tener un juicio justo”.

También el Departamento de Guerra protestó contra el juicio diciendo “que involucraría a Estados Unidos en complicaciones internacionales con México”.⁸⁰ El juez, amigo y admirador del intervencionista senador republicano por Nuevo México, Albert B. Fall, le dijo a un agente del Buró de Investigación que “ese tribunal no mantendría ninguna cautelosa espera”⁸¹ y llevó adelante el juicio.

Los villistas fueron acusados de asesinar a Charles Miller, uno de los civiles muertos en el ataque. Los jurados no tomaron en cuenta la declaración de los acusados de que habían sido reclutados a la fuerza, que eran soldados que obedecían órdenes y que ni siquiera sabían que habían entrado en territorio de Estados Unidos; tampoco importó que no hubiera ninguna prueba de que aquellos hombres en particular hubieran matado a Miller. El jurado concluyó que los acusados “habían efectuado un ataque, a mano armada y con lujo de fuerza, contra un señor Charles D. Miller, que allí y entonces se encontraba, criminal, voluntaria, intencional y deliberadamente, con premeditación y por designio deliberado y premeditado, para allí y entonces, con intención criminal, llevar a cabo la muerte del mencionado Charles D. Miller”.⁸² Tal vez influyó en el resultado del proceso la actitud del defensor nombrado por la corte que, en una carta a un periódico de Deming, decía que quienes criticaban el juicio eran unos “cobardes y [él, el defensor] pensaba que los acusados merecían ser colgados como lo fueron”.⁸³ A petición de Woodrow Wilson, MacDonald, el gobernador del estado, suspendió la ejecución por tres semanas y envió a la prisión a un detective de la Agencia de Detectives Ben Williams para que reuniera información adicional. El investigador fue introducido en una de las celdas de los atacantes de Columbus y, con el fin de ganarse su confianza, les dijo que había sido espía de Villa. Las conversaciones con algunos de ellos le confirmaron lo que habían dicho en el juicio: que habían sido enrolados a la fuerza, que no sabían que se hallaban en Estados Unidos y que no querían combatir contra los estadounidenses.⁸⁴ El informe le causó poco efecto al gobernador MacDonald. Sin embargo, conmutó la pena de muerte de uno de los villistas, José Rodríguez, por cadena perpetua. Era un antiguo soldado carrancista que había caído prisionero de Villa y se había visto forzado a incorporarse a su ejército. Los otros cinco hombres fueron ahorcados.⁸⁵

El aterrador destino de sus compañeros, así como las terribles condiciones en que vivían en la cárcel de Silver City –guardianes sádicos que les daban tan poco de comer que dos de ellos murieron de inanición–⁸⁶ probablemente convencieron a los hombres capturados por Pershing en Namiquipa de declararse culpables de asesinato en segundo grado. No sabemos si recibieron asesoría legal

para ello. Fueron sentenciados a ochenta años de prisión y purgaron cinco años de trabajos forzados en la penitenciaría de Nuevo México. Finalmente, en 1921, los indultó el gobernador Larrazolo, quien declaró que debían ser considerados como soldados y no como asesinos, y que Villa

mantenía un ejército con oficiales regulares como los de todos los ejércitos, e imponía en él un grado de disciplina militar que requiere y obliga a los soldados rasos a obedecer las órdenes de los oficiales; los antes mencionados acusados pertenecían a ese ejército y, en obediencia a las órdenes que les dieron sus oficiales superiores, marcharon a un punto de destino desconocido para ellos y con un propósito que también ignoraban, excepto de manera general, ya que entendían que iban a “combatir al enemigo”. Estos hombres dicen que aunque no sabían adónde iban, la impresión general que prevalecía entre ellos era que iban a atacar la guarnición de Carranza en el poblado fronterizo de Palomas, situado en el estado de Chihuahua, México. Es un hecho que cuando, en cumplimiento de órdenes superiores, atacaron el poblado de Columbus ninguno de ellos sabía que se encontraba en territorio estadounidense y atacando una población estadounidense; este alegato añade aún mayor mérito a su defensa, y empleo las palabras “mayor mérito” a conciencia porque aunque hubieran sabido que estaban atacando una población estadounidense, no serían culpables de asesinato, porque como dije antes no son agentes responsables: actuaban bajo órdenes superiores que debían obedecer bajo pena de muerte.⁸⁷

El sentimiento de la población de Nuevo México todavía era tan hostil a los atacantes de Columbus que aquél no fue el fin de sus sufrimientos. Cuando Larrazolo se ausentó brevemente del estado, su sustituto, el gobernador Pankey, revocó el indulto.⁸⁸ Larrazolo volvió a aplicarlo pero se presentó una nueva acusación contra los atacantes restantes por el asesinato de otra de las víctimas que murieron en Columbus, y fueron de nuevo detenidos. La Suprema Corte apoyó la detención, y de nuevo se les sometió a juicio. Sin embargo, la opinión pública había cambiado, y el jurado los declaró inocentes tras sólo quince minutos de deliberación. Así, después de cinco años de cárcel, pudieron finalmente regresar a México, donde les dieron la bienvenida tanto los representantes del gobierno federal como el propio Villa, que entre tanto había pactado la paz con el gobierno⁸⁹ de manera que todos los soldados que se hallaban con él cuando se rindió fueran tratados como miembros del ejército

regular mexicano y pagados en concordancia. Villa tomó providencias para que los presos que regresaban de Estados Unidos fueran incluidos en ese acuerdo y recibieran paga suficiente para reiniciar sus vidas.⁹⁰

¿ENVENENAR A PANCHO VILLA?

La detención y el juicio de los atacantes de Columbus difícilmente podían compensar la frustración que Pershing, sus subordinados y otras autoridades estadounidenses sentían al no lograr capturar a Villa. Así, no resulta sorprendente que dos altos funcionarios del gobierno de Estados Unidos –el agente Stone, del Buró de Investigación, y el capitán Reed, uno de los jefes del departamento de inteligencia de Pershing– decidieran librarse de Villa por un medio “no convencional”, a saber, envenenarlo.⁹¹ El plan incluía, aparte de Stone y Reed, a varios japoneses que vivían en México y tenían buenas relaciones con el caudillo. Gemichi Tatematsu había sido sirviente personal de Pancho Villa y de su hermano Hipólito, y al parecer había mantenido contacto permanente con la familia de este último. Otros eran conocidos de la esposa de Villa, Luz Corral. En contraste con los chinos, a quienes odiaba, al parecer Villa admiraba a los japoneses.⁹² Presentándose como mensajeros de Hipólito o de Luz Corral o simplemente como antiguos amigos deseosos de incorporarse a su ejército, se ganaron la confianza de Villa. Resultaron excelentes espías y pésimos envenenadores. Sus informes sobre las operaciones de Villa y la composición de su ejército eran muy notables, pero fracasaron en el intento de ponerle veneno en el café. El proyecto nació en una conversación que tuvieron con Stone. “El agente habló con el informante Jah [Hawakawa] sobre el asunto de capturar a Villa vivo y entregarlo en la frontera a los agentes; también se habló de si sería posible entregarlo muerto, en caso de que fuera necesario. El agente no le dio instrucciones relativas a esto sino que sólo planteó la posibilidad, con vistas a averiguar qué podían hacer para capturar a Villa si el departamento autorizaba tal acción a través de su oficina.”⁹³ Stone puso a los japoneses en contacto con el departamento de inteligencia de la expedición de Pershing. El 23 de septiembre, dos de ellos, Dyo y Fusita, informaron que habían puesto veneno en el café de Villa.

Habían sido enviados por el capitán Reed de nuestra expedición estadounidense en México al campamento del general Villa con la receta del veneno e instrucciones de administrárselo al general Villa y matarlo. Dyo y

Fusita declaran que la receta le fue proporcionada al capitán Reed por un cirujano del ejército estadounidense de Pershing para ese fin y que la medicina era conocida como un veneno del tercer día: es decir, que la muerte se produciría tres días después de tomarlo. Además Dyo y Fusita declaran que, en cumplimiento de las instrucciones del capitán Reed, fueron al campamento del general Villa llevando consigo el veneno, y que Dyo sí puso la dosis de veneno en una taza de café que le fue presentada al general; pero que Villa, quien sospechaba desde hacía mucho tiempo que podía ser envenenado en la comida, vertió la mitad de la taza de café que contenía el veneno en otra taza y se la tendió a un mexicano sentado a su derecha y esperó a que se lo tomara antes de tomarse el suyo. Dyo y Fusita tras ver la forma en que tomaba el veneno, se alejaron inmediatamente de Villa y de sus fuerzas e informaron a la expedición estadounidense, sin saber en el momento de su partida cuál había sido el efecto del veneno.⁹⁴

No está claro por qué falló el intento. ¿No era bueno el veneno? El envenenador Dyo de hecho lo había probado antes de partir en misión. “Empleó dos tabletas (de veinte que contenía el frasco) en un perro, aparentemente con buenos resultados. Las circunstancias no le permitieron realizar una prueba más cuidadosa.”⁹⁵ ¿Fue tan baja la dosis que Villa se salvó al darle la mitad del café envenenado a uno de sus ayudantes, o bien el informe de los japoneses era falso? Nunca podremos contestar estas preguntas.

Los japoneses consiguieron en cambio envenenar la atmósfera en Washington y entre los funcionarios estadounidenses vinculados a la Expedición Punitiva. Cuando el informe del agente Stone sobre la misión envenenadora le llegó al fiscal general Thomas Watt Gregory, éste envió un mensaje al secretario de Guerra: “Incluyo una copia de un muy sorprendente informe de uno de nuestros agentes secretos, procedente de El Paso. El relato parece por lo menos delirante, pero como menciona al capitán Reed de la fuerza expedicionaria en México pensé que tal vez usted querría seguirle la pista de algún modo”.⁹⁶

Si el plan llegaba a hacerse de conocimiento público podía poner en graves problemas morales y políticos al gobierno de Wilson, que debía contender por la reelección pocos meses más tarde. Ni el presidente, ni su gabinete, ni importantes sectores de la opinión estadounidense aceptarían el asesinato como instrumento político legítimo. Para Pershing, esta revelación implicaba un grave riesgo. El 22 de septiembre había solicitado su promoción a comandante general y debían concedérsela tres días más tarde. Si el plan se hacía público, quedaría

desacreditado. El punto de vista de los historiadores Charles Harris y Louis Sadler, según los cuales todas las partes implicadas procuraron tapar el asunto, resulta muy convincente. El secretario de Guerra instruyó al Comando Sur, del que formaban parte las fuerzas de Pershing, que llevara a cabo una investigación “con la menor publicidad posible”. Al parecer el propio Pershing reprendió severamente a sus funcionarios de inteligencia por escribir demasiados informes sobre los agentes japoneses. Todo el asunto fue silenciado.⁹⁷ Dos de las agencias encargadas de investigar colaboraron en el silenciamiento: el agente Stone repentinamente modificó los términos de su informe original, que implicaba a la Expedición Punitiva en el complot.

El mayor Ralph H. van Deman, que encabezaba la sección de Inteligencia Militar del Colegio de Guerra del Ejército, mostró tan escasa imparcialidad que incluso antes de ver las pruebas escribió: “Estoy muy seguro de que alguien está mintiendo [...] la historia del veneno es simplemente absurda”.⁹⁸ En consecuencia, el asunto nunca llegó al público y, en febrero de 1917, el secretario de Guerra Baker exculpó al ejército y a Pershing de cualquier falta. “He mandado investigar el tema muy a fondo y soy de la opinión de que ningún oficial de la expedición en México tenía conocimiento o vínculo alguno con ningún plan del tipo que reportan los japoneses. Es enteramente posible que éstos tuvieran algún plan propio, pero no creo que ninguno de nuestros oficiales lo supiera.”⁹⁹

Los conspiradores japoneses no sólo ofrecieron sus servicios a los estadounidenses, sino también a los carrancistas. En marzo de 1916, contactaron a Andrés García, cónsul mexicano en El Paso y uno de los jefes del servicio secreto mexicano en Estados Unidos, para ofrecerle envenenar a Villa. García transmitió la oferta a Carranza, quien no quiso tener nada que ver con ella.¹⁰⁰ No está claro a qué se debió su negativa. ¿No tomó en serio el ofrecimiento o tenía escrúpulos morales? Suponer esto último plantearía muchas dudas, ya que pocos años después, mediante una operación que presentaba problemas morales mucho mayores –porque en el proceso tenían que matar a varios de sus propios hombres–, los carrancistas asesinaron a Zapata.

Esta extravagante conspiración fue la última medida activa que la Expedición Punitiva tomó contra Pancho Villa. A partir de entonces, el motivo principal de su presencia no sería él, sino Carranza. Woodrow Wilson esperaba utilizarla como una pieza en la negociación para obtener concesiones del gobierno mexicano. Tal vez nunca fueron las contradicciones de la política mexicana de Wilson tan aparentes como en el otoño de 1916, cuando sus enviados se

encontraron con los de Carranza, en Atlantic City, para negociar la retirada de la Expedición Punitiva. Por una parte, Wilson insistió en su desdén por los empresarios estadounidenses intervencionistas y en su oposición a sus exigencias de que Estados Unidos se anexara parte de México o gobernara el país por la fuerza. Por otra, las condiciones que sus enviados planteaban a México para evacuar las tropas hubieran convertido al país en un protectorado de Estados Unidos. Aunque algunos de los representantes mexicanos estaban tan intimidados que se plegaron a las demandas de los estadounidenses, Carranza las rechazó. De hecho, puso al descubierto el *bluff* de los estadounidenses, y el gobierno de Wilson decidió retirarse de México de todas maneras.¹⁰¹ La guerra con Alemania era cada vez más inminente y Wilson no quería tener a sus tropas entrampadas al sur de la frontera.

LAS CONSECUENCIAS DE LA EXPEDICIÓN PUNITIVA

El ataque de Pancho Villa a Columbus y la resultante Expedición Punitiva han despertado mucha atención y polémica entre los historiadores. Lo que más llama la atención es que nadie excepto Villa ha atacado nunca el territorio continental de Estados Unidos desde que los británicos lo hicieron en la guerra de 1812. La identidad de los estadounidenses que participaron en la Expedición también añade espectacularidad: Pershing encabezaría más tarde la fuerza expedicionaria estadounidense en Europa, durante la primera guerra mundial, y Patton desempeñaría un importante papel en la segunda. Las controversias se han centrado ante todo en los motivos de Villa, entre los cuales algunos autores citan la venganza como factor principal, mientras que otros piensan que fue pagado e instigado por los alemanes o por las grandes corporaciones estadounidenses. Si bien prácticamente todos los observadores contemporáneos e historiadores han condenado a Villa por ese ataque, que pudo haber provocado una guerra entre los dos países o por lo menos una larga ocupación de partes de México por Estados Unidos, hay polémica, entre los historiadores estadounidenses principalmente, sobre las consecuencias de la Expedición Punitiva. Algunos consideran que fue un fracaso, ya que no logró apresar a Villa. Otros piensan que logró su principal objetivo: impedir que Villa volviera a atacar jamás a Estados Unidos. Además, subrayan que la Expedición Punitiva le dio al ejército estadounidense la oportunidad de ejercitarse con armas y tácticas en útil preparación para la primera guerra mundial, y ayudó a fortalecer la campaña que se llevó a cabo en

Estados Unidos para convencer a la población de la necesidad de contar con un ejército más fuerte y un presupuesto militar mayor.

La idea dominante entre los historiadores estadounidenses es que el ataque a Columbus y la Expedición Punitiva pudieron haber provocado una guerra mexicano-estadounidense y modificado de manera importante la historia de los dos países, pero dado que dicha guerra no tuvo lugar, ni uno ni otra tuvieron un impacto significativo en la historia.

Ésta es una visión de la que difiero tajantemente. La Expedición Punitiva tuvo un profundo efecto tanto en la historia mundial como en el desarrollo interno de la revolución mexicana. El hecho de que no lograra sus fines contribuyó grandemente a que el gobierno alemán tomara dos decisiones que afectarían de manera decisiva el resultado de la primera guerra mundial. Desde 1915, cuando Estados Unidos empezó a proporcionar armas, municiones y otros insumos a Gran Bretaña, Francia y Rusia, surgió entre los miembros del gobierno alemán un debate sobre si debía emplear sus submarinos contra los barcos estadounidenses, posibilidad a la que se referían como “la guerra ilimitada de las naves U”. Una parte importante de los militares alemanes pensaba que esa medida destruiría la capacidad de combate de Inglaterra y la pondría de rodillas, pero a las fuerzas civiles dentro del gobierno les preocupaba que eso provocara la entrada de Estados Unidos en la guerra, lo que cambiaría completamente la relación de fuerzas. El fracaso de la Expedición Punitiva en México ayudó mucho a los militares alemanes que defendían “la guerra ilimitada de las naves U”, a convencer a sus adversarios, incluido el Káiser, de que una declaración de guerra de Estados Unidos no tendría un impacto militar importante sobre la primera guerra mundial, ya que el ejército de ese país no era digno de ser tomado en cuenta.

En marzo de 1916, la oficina de prensa de las fuerzas armadas alemanas escribía que “la incompetencia militar de Estados Unidos ha quedado claramente revelada por la campaña contra Villa [...] Estados Unidos no sólo no tiene ejército, sino que no tiene artillería ni medios de transporte, ni aviones y carece de todos los demás instrumentos de la guerra moderna”.¹⁰² A consecuencia de la crisis mexicano-estadounidense, los alemanes también tendieron a sobrestimar la voluntad de Carranza de entrar en guerra con Estados Unidos y la disposición de Wilson a responder ante cualquier ataque de México con una nueva intervención militar. Como resultado, el partido de “la guerra de las naves U” dentro del gabinete alemán ganó cada vez más ascendiente.

La Expedición Punitiva tuvo un efecto aún más directo en una decisión alemana que también contribuyó a llevar a Estados Unidos a la guerra. Se trata del famoso Telegrama Zimmerman, en que el ministro de asuntos exteriores alemán, del mismo nombre, le proponía a Carranza una alianza y le ofrecía Texas, Arizona y Nuevo México si atacaba a Estados Unidos una vez que hubiera estallado la guerra entre ese país y Alemania. El telegrama fue interceptado por la inteligencia británica y publicado en Estados Unidos, y fue un factor importante en el vuelco antialemán de la opinión aislacionista estadounidense. La oferta de Zimmerman llegó como respuesta directa a una petición de ayuda que Carranza había enviado a los alemanes cuando los estadounidenses se negaron a salir de México y surgió la posibilidad de una guerra entre los dos países vecinos. Esa posibilidad fue uno de los elementos que decidieron a Zimmerman a redactar su malhadada propuesta de alianza.

El conflicto que suscitó la presencia de la Expedición Punitiva en México tuvo también profundas consecuencias en el desarrollo interno de la revolución mexicana. Carranza esperaba que el reconocimiento de su gobierno por Estados Unidos le daría dos ventajas, gracias a las cuales podría finalmente destruir a las fuerzas populares que aún le oponían resistencia en muchas partes de México y poner en práctica su programa de devolver las haciendas a sus antiguos dueños. Esas ventajas potenciales eran el acceso exclusivo a las armas de Estados Unidos y la posibilidad de obtener créditos y préstamos de los bancos estadounidenses. Las tensiones entre México y Estados Unidos que produjo la Expedición Punitiva llevaron a Wilson a bloquear la exportación de armas y municiones a México y su gobierno desalentó los préstamos a Carranza por parte de los bancos. En consecuencia, el gobierno mexicano quedó tan debilitado que sus principales enemigos, Zapata en Morelos y Villa en Chihuahua, lo mismo que otros menores como los hermanos Cedillo en San Luis Potosí, lograron sobrevivir hasta que Carranza fue derrocado por Obregón, en los años veinte, y éste pactó con todas las fuerzas rebeldes asegurándoles muchas de sus demandas sociales y políticas.

A Villa, el ataque a Columbus le procuró tanto grandes ventajas como grandes desventajas. Por una parte, su revitalización en 1916 sin duda se debió a que pudo asumir el papel del dirigente nacional que resiste a una invasión. Cuando la expedición entró en México, Villa estaba a la cabeza de unos cuatrocientos hombres muy desmoralizados. Cuando la expedición salió, Villa controlaba gran parte del norte y tenía varios miles de hombres bajo su mando. Además, durante un breve tiempo, gracias al bloqueo de armas que Wilson había impuesto a

Carranza, contó con mejores armas y municiones que su rival: en gran parte, las que había ocultado antes de la derrota final de la División del Norte.

Por otro lado, el ataque a Columbus condujo a una ruptura irrevocable con el gobierno de Wilson, que nunca más, ni siquiera en los momentos de mayor descontento contra Carranza, consideró a Villa una alternativa viable. Hasta algunos funcionarios estadounidenses que le habían tenido simpatía cambiaron de actitud. “Es un hombre distinto del que conocimos”, le escribió George Carothers al jefe de Estado Mayor, Hugh Scott. “Toda la brutalidad de su naturaleza ha salido a la superficie, y hay que matarlo como a un perro.”¹⁰³

El ataque también suscitó una ruptura total con la izquierda estadounidense, que de todos modos nunca había tenido un entusiasmo unánime por Villa. El Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista Estadounidense describió a Villa como agente de Wall Street, y a sus hombres como “mercenarios mexicanos”. La verdadera responsabilidad por el ataque a Columbus residía en “los mismos intereses capitalistas que tan impunemente han contratado pistoleros para matar, para romper las huelgas en el pasado”.¹⁰⁴ El secretario del Partido Socialista, Walter Lanfersiek, declaró que tenía “información confiable de que los asaltos mexicanos contra territorio estadounidense estaban inspirados y pagados por intereses estadounidenses”.¹⁰⁵ Otro dirigente socialista, Freyna, en su *New Review*, exigía: “Lo menos que debe hacerse es una investigación sobre el ataque, y castigar a las fuerzas del lado estadounidense de la frontera, implicadas en el ataque según los indicios”.¹⁰⁶ Incluso el fiel admirador de Villa John Reed expresó la idea de que alguien había persuadido o contratado a Villa para que atacara Columbus.¹⁰⁷

Los empresarios estadounidenses conservadores que residían en México, tras coquetear brevemente con Villa, le habían retirado su apoyo al darse cuenta de que no quería convertirse en otro Porfirio Díaz. Vieron, pues, su ataque a Columbus como un regalo de los dioses, e intentaron incesantemente utilizarlo para forzar una intervención estadounidense en México. “Hombres como C. M. Newman, que tiene intereses en minas y ranchos en el norte de México”, escribía desde Chihuahua el gerente del Ferrocarril del Noroeste de México a su jefe en Toronto,

Donald B. Gilles, presidente de las compañías mineras San Toy y Cusi Mexicana, J. R. Enlow, gerente de la American Smelting and Refining Company, H. F. Stevenson, vicepresidente y gerente general de la Palomas Land and Cattle Company; E. C. Houhton, vicepresidente y gerente general de

la Corralitos Land and Cattle Company y muchos otros, con los que he hablado desde el *affair* Columbus y desde el anuncio de que este gobierno enviaría tropas a perseguir a Villa, son de la firme creencia que, para los intereses en el norte de México y la clarificación de la situación, el *affair* Columbus era la única cosa que podía producir una situación estable.¹⁰⁸

Este entusiasmo de los conservadores por el ataque a Columbus no significa que dichos intereses lo apoyaran jamás de modo directo ni existe el menor indicio de que voluntariamente llegaran a enviarle nunca armas, dinero ni pertrechos, aunque trataron de utilizarlo de diversas maneras.¹⁰⁹

· 16 ·

Los años más oscuros: la sangrienta lucha guerrillera en Chihuahua, 1917-1920

Nuestro México, febrero veintitrés,
dejó Carranza pasar americanos,
diez mil soldados, seiscientos aeroplanos,
buscando a Villa, queriéndolo matar.

Pobrecitos de los americanos,
pues a sollozos comienzan a llorar,
con dos horas que tenían de combate
a su país se querían regresar.

Los de a caballo no se podían sentar
y los de a pie no podían caminar,
y Pancho Villa les pasa en su aeroplano
y desde arriba les dice: “Goodbye!”

¿Pues que creían estos rinches tan cobardes,
que combatir era un baile de carquís?
Con la cara cubierta de vergüenza
se regresaron otra vez a su país.¹

MÉXICO 1917-1920

La evacuación incondicional de la Expedición Punitiva fue uno de los mayores triunfos de Carranza. Dos veces se había negado a firmar los acuerdos con Estados Unidos que sus propios representantes defendían. El primero, llamado Protocolo Scott-Obregón, hubiera legitimado al menos temporalmente la

presencia de la expedición en México. El segundo, a cambio de la retirada de los estadounidenses, hubiera permitido a Estados Unidos regresar a México cuando lo considerara adecuado. Carranza había salvaguardado por dos veces la soberanía del país, pero la partida de las fuerza extranjeras no fortaleció a su régimen. Molesto por su nacionalismo, el gobierno de Wilson impuso un bloqueo de armas contra México y estrictas limitaciones al comercio entre los dos países. Dichas medidas debilitaron a Carranza tanto en lo militar como en lo económico. Además, como el gobierno de Estados Unidos había dejado de apoyarlo, los empresarios e intereses estadounidenses empezaron a defender y financiar a sus oponentes conservadores: las compañías petroleras estadounidenses expresaron su apoyo a Manuel Peláez más abiertamente que nunca, y los conservadores de otras partes del país se sintieron alentados a sublevarse.

A Carranza se le presentaban dos caminos para contrarrestar la creciente hostilidad de Estados Unidos: buscar la reconciliación con las facciones populares en México o recurrir al expediente tradicional de los gobiernos mexicanos, utilizar la carta de Europa contra Estados Unidos. Aunque no está claro cómo hubieran respondido, Carranza no quiso tender puentes hacia sus antiguos enemigos ni forjar ningún tipo de consenso para la defensa de la soberanía, y eligió la segunda vía, esgrimir la carta alemana.

Unas dos semanas antes de que Villa atacara Columbus, en el tercer aniversario del derrocamiento de Madero el 22 de febrero de 1916, dos dirigentes de la facción convencionista publicaron una carta abierta a Carranza en la que defendían la reconciliación y el regreso a la democracia de Madero, y le advertían las consecuencias internas e internacionales que tendría una negativa suya. Roque González Garza, antiguo presidente de la Convención, y su hermano Federico, destacado intelectual villista, decían: “Somos unos vencidos en el terreno de las armas; pero desgraciadamente, para los intereses de la Revolución no está demostrado aún que lo hayamos sido en el terreno de las ideas”.²

Aunque todavía no se habían producido ni el ataque de Villa a Columbus ni la Expedición Punitiva que fue su consecuencia, Federico y Roque González Garza temían que los Estados Unidos intervinieran pronto si no se recuperaba la estabilidad. Ésta era imposible, sostenían, mientras los militares dominaran el país y crearan un clima general de inseguridad. Sólo un verdadero pacto, basado en el restablecimiento del tipo de libertad que había existido durante la presidencia de Madero y en la puesta en práctica de las reformas que Carranza

había prometido, permitiría a México poner fin a los conflictos internos que lo desgarraban y evitar el peligro de una intervención extranjera. Carranza nunca respondió a este memorándum, ni aceptó los servicios de numerosos exiliados que estaban dispuestos a combatir junto a él por la independencia de México. Les dijo que, en caso de guerra, podría admitirlos en sus filas, pero entre tanto no les permitiría volver ni les otorgaría la amnistía.

La reconciliación habría implicado mucho más que una amnistía. Carranza hubiera tenido que aceptar que controlaran sus propias regiones y las reformas que habían llevado a cabo, como haría Álvaro Obregón cinco años después. Pero Carranza hizo la guerra inflexiblemente a los zapatistas y a otras facciones populares que defendían una reforma agraria radical. Apenas si llevó a cabo en algunos casos sus propias promesas de reforma. En una amarga carta dirigida a su superior, el general Salvador Alvarado, Francisco Múgica, uno de los generales más radicales del Primer Jefe, expresaba su decepción ante la falta de compromiso de Carranza con la reforma agraria.³ Esa evaluación corresponde a la que se hacía desde el otro extremo del espectro político. Dos años más tarde, A. E. Worsick, uno de los representantes de Cowdray, escribía:

Se puede observar una tendencia al conservadurismo ahora que el gobierno está bien establecido y no depende tanto del elemento militar radical. Sin duda Carranza está haciendo todo lo posible por librarse de los extremistas, y el signo más esperanzador es que está empezando a incorporar en los puestos de gobierno a algunos miembros del viejo régimen. Pesqueira me dijo que ésta es claramente su política y que, cuando se disipen los odios engendrados por la revolución, se proponen emplear a tantos de los mejores miembros del antiguo gobierno como puedan, tras consolidar su posición y aplacar a los que ellos llaman los “reaccionarios” [...]

Probablemente sabe usted que han devuelto las propiedades de don José Limantour, también las de Ignacio de la Torre, y que está prometida para julio una ley de amnistía que traerá de regreso a cientos de “emigrés”, y esperamos que con eso la ciudad recupere un poco más su antigua apariencia.⁴

Carranza demostró ser igualmente conservador en lo que concernía a los derechos obreros. Aunque había hecho grandes promesas a los sindicatos cuando llamó a los obreros a incorporarse a los Batallones Rojos para luchar contra Villa y Zapata, actuó en 1916 con la mayor severidad para romper una huelga general en demanda de mayores salarios que compensaran el rápido incremento de los

precios: no sólo la declaró ilegal, sino que detuvo a los líderes y amenazó con ejecutarlos.

Se celebraron elecciones durante el mandato de Carranza, pero la mayoría de los observadores las consideraron una farsa. No se permitió a los miembros de las facciones opositoras ser candidatos, la participación fue extremadamente limitada y menudearon las acusaciones de fraude.

Carranza empleó la represión para mantenerse en el poder. Los miembros de los grupos anticarrancistas que caían prisioneros generalmente eran fusilados. Carranza no vaciló tampoco en hacer asesinar a Zapata ni en fusilar a Ángeles tras un proceso fingido.⁵ Los habitantes de los pueblos rebeldes con frecuencia eran deportados. Sin embargo, en conjunto, la represión fue más suave que la ejercida por las juntas militares en América Latina o los revolucionarios de otras partes del mundo. Carranza no fue un Pinochet, ni un Stalin ni un Pol Pot; no creó escuadrones de la muerte, ni gulags, ni llevó a cabo grandes matanzas de población civil. Quienes aceptaron la amnistía no tuvieron que arrepentirse públicamente de sus opiniones (a menos que aspiraran a tener cargos en el gobierno), ni fueron forzados a expresar “su gozoso entusiasmo” en los mítines de apoyo al nuevo régimen.

Sin embargo, en general, tras la pacificación del país, la represión carrancista alimentó el fuego del descontento. En vez de convertirse en el principal instrumento de esa pacificación y de la consolidación del régimen, como esperaban los dirigentes carrancistas, su ejército se convirtió en el principal obstáculo para esos fines, debido a las políticas seguidas por dichos dirigentes y a la naturaleza de su régimen.

Dado que los carrancistas no estaban dispuestos a compartir el poder con la miríada de movimientos revolucionarios que habían apoyado a las facciones rivales en la guerra civil, ni a poner en práctica las reformas por las que muchos de estos movimientos habían combatido y que ellos mismos habían proclamado oficialmente, la resistencia siguió latente en muchas partes de México. Como resultado, el ejército tuvo que seguir creciendo, lo mismo que el presupuesto necesario para mantenerlo. Cada vez se dedicaban menos recursos a la recuperación económica.

Otra consecuencia de la negativa de los carrancistas a compartir el poder con los líderes locales que no se les habían aliado en 1914-1915 fue que en muchos lugares asumió el control gente venida de fuera, con fuerzas también procedentes de otros lugares. Para la población local, esto equivalía a una ocupación extranjera. Ésa fue una de las razones de la feroz resistencia que opusieron los

campesinos zapatistas a la ocupación carrancista de Morelos. También explica por qué en regiones del sureste, especialmente en los estados de Chiapas y Oaxaca, campesinos y terratenientes olvidaron a veces sus diferencias y se unieron contra el enemigo común y exterior.⁶

También en Chihuahua, la ocupación del estado por forasteros fue uno de los factores que contribuyeron al espectacular resurgimiento del villismo.⁷ En ciertas regiones de México durante el periodo maderista y en otras en el momento de auge de la revolución, se había alcanzado un grado nunca antes experimentado de autonomía respecto del gobierno central y de cualquier poder externo. Cuando los forasteros intentaron tomar el control de nuevo, tenían que provocar conflictos y descontento, y si a la ocupación se asociaban la rapiña y la corrupción, la mezcla resultaba explosiva. Los informes de los diplomáticos extranjeros y de los funcionarios carrancistas, militares y civiles, a sus superiores proporcionan una imagen de los múltiples abusos cometidos, que con frecuencia llevaron al estallido de movimientos revolucionarios allí donde no habían existido. La forma más simple y brutal de despojo consistía en apropiarse las cosechas que los campesinos habían recogido, así como sus animales domésticos, bajo el pretexto de que sus dueños habían apoyado a los rebeldes. Resultado de esto fue que muchos de esos campesinos se convirtieron en verdaderos rebeldes. También los hacendados se veían forzados a entregar parte de su cosecha al ejército. Si bien algunos de esos bienes expropiados se utilizaban para alimentar a los soldados, otros eran vendidos a cambio de moneda fuerte en Estados Unidos mientras el hambre se cernía sobre México.

También en otras formas los militares carrancistas aumentaron los sufrimientos de la población civil. Los generales ejercían un monopolio virtual sobre las comunicaciones ferrocarrileras en sus áreas respectivas. Si un terrateniente quería enviar alimentos a una zona donde la cosecha había sido mala, el comandante general le cobraba precios monopólicos por el uso del ferrocarril, y esos precios tenían que repercutir en lo que el productor de alimentos cobraba al consumidor. Los militares solían obtener pingües ganancias en la importación de alimentos. En 1918, la mantequilla que se vendía a 8.50 dólares en El Paso se revendía a 17.50 al otro lado de la frontera, en Ciudad Juárez. La harina que se compraba a 13 dólares en San Antonio se vendía a 27 dólares en México.⁸

Estas actividades de los militares eran particularmente onerosas debido a que tenían un poder casi absoluto en sus respectivas regiones. En la mayoría de los casos, era inútil apelar al gobierno federal, porque Carranza simplemente no

tenía control sobre sus generales. Aunque él no era corrupto, tolerar la rapiña y la corrupción de los demás era el precio que debía pagar para asegurarse su lealtad. Esa rapiña y esa corrupción sólo se debían en parte a la codicia y el deseo de enriquecimiento de los generales carrancistas: a su vez, necesitaban esos fondos para asegurarse la lealtad de sus tropas, así como de los civiles y los clientes que reclutaban.

Los comandantes militares que se habían convertido en gran medida en caciques regionales requerían mayores fuerzas no sólo para mantener su poder en relación con los caciques rivales, sino también porque sus enemigos, después de la derrota de la División del Norte, habían adoptado la guerrilla como forma principal de resistencia. La lucha contraguerrillera condujo a un ciclo creciente de represión y contrarrepresión, y también exacerbó la oposición al gobierno. Todos estos factores jugarían un papel decisivo durante los cinco años de la sangrienta guerra civil que se desarrolló en gran parte del país.

La política seguida por Carranza no sólo le enajenó a sus antiguos enemigos y a las víctimas neutrales de sus generales, sino incluso a hombres que lo habían apoyado sin flaquear. Su decreto agrario de 1915 había encendido entre la gente del campo la esperanza de que finalmente se cumplirían las promesas de la revolución. El decreto movilizó a grandes sectores del campesinado ya que requería que las comunidades se reunieran y, a menudo, que se eligieran representantes allí donde no existían, para formular las solicitudes de tierras. Se enviaron al gobierno cientos de solicitudes de este tipo, de las que Carranza sólo atendió unas pocas. Muchos campesinos que habían empezado a confiar en él se decepcionaron al no hallar respuesta. Para evitar una mayor erosión de sus bases de apoyo, Carranza estaba dispuesto a hacer ciertas concesiones a los radicales, aunque en su mayoría fueron más nominales que reales. En cuanto a los obreros, después de que un tribunal militar rechazó por dos veces la sentencia de muerte que había pedido para los líderes recalcitrantes, Carranza finalmente los puso en libertad.⁹

Lo que no estaba dispuesto a conceder en la práctica, Carranza estaba dispuesto a concederlo en la teoría. Esto se reflejó en la nueva Constitución, que fue promulgada en Querétaro en 1917. Sus disposiciones radicales habían sido adoptadas en gran parte contra la voluntad de Carranza. Primero sometió al Congreso Constituyente un borrador que contenía muy pocas de las demandas radicales de los revolucionarios, e incluso de las que él mismo había proclamado a principios de 1915 en su ley agraria del 15 de enero y en sus pronunciamientos sobre los derechos obreros. Los radicales del Congreso se opusieron y

convencieron a la mayoría de adoptar una constitución que fue considerada, en aquel momento, una de las más radicales del mundo. Propugnaba una amplia reforma agraria a expensas de los latifundios; daba amplios derechos a los obreros –jornada de ocho horas, derecho de huelga, protección contra los esquiroles–, y limitaba tajantemente los derechos y prerrogativas de los inversionistas extranjeros. Las riquezas del subsuelo debían ser consideradas esencialmente como propiedad de la nación y los bienes de los extranjeros podían ser expropiados para el bien común. Los extranjeros no podrían adquirir propiedades a lo largo de una ancha franja de tierra cerca de las fronteras y las costas. Carranza aplicaría la Constitución de manera altamente selectiva: conservadora respecto de la reforma agraria y mucho más radical respecto de la propiedad de los extranjeros.

LA DEVOLUCIÓN DE LAS HACIENDAS CONFISCADAS

Carranza compartía con la élite porfiriana la convicción de que la reforma agraria constituiría un desastre para la economía y reduciría de forma grave tanto la producción como la productividad. Su conservadurismo se expresó en la forma como manejó los cientos de haciendas y propiedades urbanas que habían confiscado sus propios generales y el gobierno villista, algunas de las cuales se las habían apropiado esos generales mientras otras eran administradas por dependencias estatales. Carranza consideraba que la mejor forma de reiniciar rápidamente la producción en el campo era devolver las haciendas a sus antiguos dueños, salida que comportaba riesgos, pero también le rendiría grandes beneficios políticos.

Los riesgos eran obvios. ¿Cómo podía Carranza forzar a sus generales a devolver lo que se habían apropiado y consideraban suyo como resultado de la revolución? ¿Permitirían los campesinos que los antiguos dueños de las haciendas volvieran al frente de ellas, o suscitaría semejante medida una nueva insurrección masiva en el campo? Por otra parte, esa decisión podía ganarle finalmente a Carranza el apoyo de los hacendados, que había luchado en vano por obtener. Confiaba en que ellos revitalizaran la producción de alimentos y sus impuestos abastecieran su deficitario presupuesto. Con ese propósito, evitó que sus gobernadores y sus generales hicieran tratos por su lado con los hacendados, y especificó que todas las devoluciones de propiedades confiscadas pasaran por su administración central. Decretó que dichas propiedades se devolvieran a una Administración de Bienes Intervénidos nacional, que él controlaba, para tener la

decisión final y que los ingresos derivados fueran a parar a su gobierno, y no a los gobernadores y caudillos militares regionales.¹⁰

Si un hacendado quería recuperar su propiedad, tenía que presentar una solicitud al gobierno federal en la ciudad de México. Entonces Carranza consultaría a las autoridades locales sobre por qué la propiedad había sido confiscada, qué papel político había desempeñado su dueño y si dichas autoridades aprobaban la devolución. Si decidía que la hacienda fuera devuelta, su dueño tendría que firmar un papel diciendo que no consideraba al gobierno responsable de cualesquiera daños que la propiedad hubiera sufrido. Carranza revisó cuidadosamente todas las solicitudes. Fue intransigente cuando se trataba de hacendados que habían apoyado a otras facciones revolucionarias. Decretó la confiscación de todos los bienes de Maytorena y de los Madero. Fue igualmente inflexible en cuanto a aquellos que, contraviniendo las leyes liberales, eran propiedad de la iglesia católica. Tuvo cuidado de no enemistarse con los generales que querían conservar algunas de las haciendas que habían ocupado, y cuando la devolución de alguna de ellas podía despertar el descontento popular,¹¹ como en el caso de la familia Terrazas en Chihuahua.

La devolución masiva se llevó a cabo con un mínimo de resistencia o violencia, excepto en las regiones en que los campesinos aún no se sometían a los carrancistas, como Morelos. La reacción de los peones y campesinos ante el regreso de los hacendados varió de un lugar a otro. Muchos preferían la tradicional relación paternalista que habían mantenido con los hacendados, antes que la imprevisibilidad y la voracidad de los generales carrancistas que, a diferencia de aquéllos, no pensaban en el largo plazo, no se preocupaban por preservar la integridad de las propiedades y estaban más que dispuestos a saquearlo todo. Otros resistieron, ya fuera permaneciendo en las tierras o, si eran aparceros o arrendatarios, negándose a entregar parte de su cosecha al recién retornado propietario. Las huelgas, desconocidas en la era porfiriana, proliferaron en muchas haciendas.

En la mayoría de los casos, los generales de Carranza se alegraron de devolver las haciendas. Muchos las habían saqueado cuanto pudieron y no tenían intenciones de invertir esfuerzos o capital en ellas. En cambio, una vez que los hacendados regresaban y ponían de nuevo en marcha la producción, los generales solían forzarlos a compartir con ellos los beneficios. A veces lo hicieron mediante una presión directa pero, más frecuentemente, lo lograban por medios económicos: como los generales controlaban los ferrocarriles, si el

hacendado quería utilizarlos para vender su producto, estaba forzado a pagar tarifas altas, además de lo que los generales cobraban por su “protección”.

En conjunto, la recuperación económica de las haciendas fue lenta y los hacendados nunca recobraron el poder y la autoridad que habían ejercido en los tiempos de Díaz. Muchas haciendas estaban arruinadas o por lo menos gravemente debilitadas económicamente, tras haber sido ocupadas por el estado y los militares. Muchos hacendados no poseían capital para invertir o, si lo tenían, dudaban en hacerlo en vista de la inseguridad que reinaba en el campo. Esa renuencia se vio acrecentada por los altos impuestos que les fijó Carranza. Gran número de haciendas fueron ofrecidas en venta a los extranjeros, y en algunos casos los dueños trataban de llegar a acuerdos con los arrendatarios y peones para venderles la tierra a precios favorables.

La infraestructura que había sostenido el poder político de los hacendados había desaparecido, y en cambio había aumentado la conciencia que tenían los campesinos de su propio poder. Ello no significa que los hacendados hubieran perdido toda su influencia. En algunas partes del país, especialmente en el occidente, hicieron alianzas con los militares carrancistas y lograron subyugar de nuevo a los campesinos recalcitrantes.¹² En la región central, donde algunos dirigentes carrancistas tenían mayores vínculos con sectores del campesinado, esas alianzas fueron más difíciles de forjar y los militares a veces apoyaron a los campesinos contra los terratenientes.¹³

En general, las medidas de Carranza lo indispusieron con las clases bajas sin ganar la lealtad de los hacendados.

Las únicas disposiciones de la Constitución que Carranza puso en práctica vigorosamente fueron las que se referían a la propiedad extranjera. Buscó aplicar las leyes que le daban a México la soberanía sobre sus materias primas. No llegó a confiscar los bienes de los extranjeros, pero exigió que se sometieran a la legislación mexicana e intentó aumentarles los impuestos. El gobierno de Wilson protestó tanto por la Constitución como por dichos impuestos. Debido a las crecientes tensiones entre ambos países, Washington mantuvo el bloqueo de armas, procuró que los bancos no concedieran créditos y puso obstáculos al comercio.

El resultado de su guerra fría con los estadounidenses y de su guerra caliente con las facciones radicales fue un empate militar que duró tres años, en el que Carranza no tuvo fuerza suficiente para vencer a sus enemigos y éstos estaban demasiado débiles y desunidos para derrocarlo. Los combates, sumados a la sequía, perjudicaron la agricultura a tal punto que una hambruna generalizada se

produjo en 1917 y 1918. Como decía un observador extranjero en noviembre de 1917:

en cuanto a [...] las clases más pobres, no hay duda de que en el próximo invierno encararán las peores condiciones que jamás existieron en la memoria de la actual generación.

Los salarios aún se basan más o menos en la escala del año prerrevolucionario de 1913, mientras que el costo de los artículos de primera necesidad se ha triplicado en promedio durante esos cuatro años.¹⁴

Debilitados por la desnutrición, cientos de miles de mexicanos fueron víctimas de las epidemias de influenza española y tifus que causaron la muerte de miles de ellos.

LA FASE MÁS OSCURA: LA GUERRA CIVIL EN CHIHUAHUA, 1917-1920

Los años 1917 a 1920 fueron la etapa más cruel que vivió Chihuahua durante la revolución y uno de los periodos más oscuros de toda su historia. Soldados y civiles fueron presa de una violencia creciente. Muchos cayeron víctimas de los soldados federales venidos del exterior, quienes con frecuencia consideraban legítimo saquear, violar o asesinar a voluntad. Muchos otros fueron víctimas de las represalias cada vez más brutales de Villa. Ese salvajismo en ascenso no fue en modo alguno exclusivo de Chihuahua. Se podía encontrar también en otras partes de México así como, en escala mucho mayor, en Europa, donde la primera guerra mundial seguía su lento desarrollo. En muchos sentidos, esa violencia cada vez mayor era el fruto “natural” de los muchos años de guerra, con el consecuente endurecimiento y embrutecimiento de todos los participantes y una indiferencia cada vez más honda por la vida humana. En Chihuahua la crueldad de la guerra civil se vio agravada por las características personales de los dirigentes que en gran medida determinaron su curso: Francisco Murguía, que comandó el ejército federal en el estado durante casi dos años, y Pancho Villa.

Francisco Murguía era un fotógrafo de Zacatecas, y había sido uno de los primeros dirigentes maderistas en Coahuila, donde residía, que se levantaron contra Porfirio Díaz. Fue sin ninguna duda el más talentoso entre los militares que los carrancistas enviaron a Chihuahua a combatir contra Villa. A diferencia de Treviño, que rara vez se aventuró fuera de la capital, Murguía tomó repetidamente la ofensiva. Era el único de los comandantes federales que se le

enfrentaron entre 1916 y 1920 a quien Villa respetaba y en ocasiones temía. También era cruel y corrupto, y sentía un odio particular contra el pueblo de Chihuahua. “Chihuahua siempre fue foco de rebelión y traición”, le escribió a Carranza.¹⁵ Si bien Treviño solía ejecutar de manera subrepticia a todos los villistas que apresaba, Murguía los colgaba públicamente y dejaba sus cuerpos oscilando al viento. Esto le ganó el apodo de Pancho “Mecates”.¹⁶ Era inflexible cuando los campesinos chihuahuenses venían a verlo para protestar por los abusos y atrocidades que cometían sus tropas. “Hace poco, un hombre llamado Gutiérrez y reputado entre los pequeños rancheros del Valle de Guerrero fue a Chihuahua como delegado de los rancheros”, informaba un observador,

con objeto de ver al general Murguía y pedirle algún alivio para el sector; tuvo una entrevista con el general y le explicó la situación: que las cosechas eran escasas y la gente enfrentaba verdaderas privaciones, que padecerían si no se obligaba a las tropas a cesar en sus confiscaciones, etcétera. Este Gutiérrez le dijo a nuestro informante que el general golpeó la mesa con el puño, lo maldijo por cuanto le pasó por la cabeza y le dijo que no podía ni quería hacer nada por la gente del campo de Chihuahua, que todos eran canallas, bandidos y villistas.¹⁷

Además, Murguía no tenía escrúpulos en especular con los alimentos en tiempos de hambruna.

Por desgracia para el pueblo de Chihuahua, la brutalidad de Murguía tenía su correspondencia en la creciente brutalidad de Villa. No sería exagerado hablar de una declinación moral de Villa en esos años. Nunca había sido lo que se podría llamar un hombre suave, pero en el mejor momento de la División del Norte sus represalias sólo seguían el modelo que fue típico de todas las facciones durante la revolución. En muchos sentidos, Villa incluso resultó más humano y respetuoso de la vida que el ejército federal u otras facciones revolucionarias. Fue Carranza el que expidió un decreto según el cual todos los prisioneros debían ser fusilados, y cuando Villa daba parte al Primer Jefe, siempre decía que había ejecutado a sus prisioneros en cumplimiento de dicho decreto. Aunque tomaba represalias contra miembros de la oligarquía, mantenía una mayor disciplina entre sus tropas que prácticamente cualquier otro jefe revolucionario y, por tanto, evitaba el pillaje y el saqueo en las ciudades que ocupaba. A pesar de las órdenes de Carranza, con frecuencia respetaba las vidas de los soldados rasos federales que capturaba y nunca forzó a nadie (excepto a los federales

prisioneros) a enrolarse en la División del Norte contra su voluntad. Emerson, agente secreto estadounidense que observó cuidadosamente la conducta de Villa, afirmó que nunca perjudicaba a los pobres. Esa actitud empezó a cambiar en 1915. La primera manifestación dramática de ese cambio fue la masacre de los hombres de San Pedro de las Cuevas, en Sonora.¹⁸ En 1916 practicó la leva forzosa y permitió el saqueo a sus soldados. En 1917, su violencia alcanzó a los parientes de sus enemigos, incluidas las mujeres.

Aunque este comportamiento se debía en parte a la intensificación de rasgos crueles de la propia personalidad de Villa, ha sido a la vez característico de los dirigentes revolucionarios en muchas otras partes del mundo, en quienes se observa un proceso semejante de decadencia moral. Para algunos, está vinculado a los atractivos de la buena vida. Hombres que en los malos tiempos habían estado dispuestos a jugarse la vida por una causa revolucionaria a menudo descubrían los encantos de la riqueza. Pablo González, que antes de la revolución fue miembro del Partido Liberal y llegó a enfrentarse a la policía porfiriana en su lucha por mejorar la situación de los trabajadores industriales, tras ser nombrado jefe de las fuerzas federales que combatían a los zapatistas en Morelos, se dedicó a saquear las riquezas del estado para aumentar su fortuna personal y también practicó el despojo en la ciudad de México.¹⁹

En otros países, un elemento más frecuente de la decadencia moral fue resultado del poder absoluto que llegaron a adquirir líderes como Stalin o Mao. Rodeados de aduladores, pronto identificaron su destino personal con el de la revolución y no tuvieron escrúpulos en llevar las represalias a una escala gigantesca, contra sus oponentes así como contra aquellos individuos que consideraban opositores *potenciales* y sus familias. Pero independientemente de si ejercen el poder absoluto o no, la decadencia moral de muchos revolucionarios a menudo se inicia en el momento en que sectores sustanciales de la población se decepcionan de la revolución y se retiran o se vuelven contra ella. En ese momento, para los dirigentes, los antiguos miembros de las “masas revolucionarias”, “los esforzados trabajadores y campesinos”, se convierten en “contrarrevolucionarios”, “lacayos del capitalismo”, “siervos del imperialismo” o simplemente “traidores” a la revolución. En 1921, cuando los marinos de la base naval de Kronstadt cerca de Petrogrado, que en 1917 habían colaborado al triunfo de la revolución bolchevique, protestaron porque el partido bolchevique monopolizaba el poder y exigieron que éste regresara a los consejos elegidos, es decir, a los soviets, fueron arrasados por el fuego de la Guardia Roja enviada allí con el beneplácito del Comité Central bolchevique. Los marinos de Kronstadt

fueron considerados peones de la reacción. Otro tanto sucedió en China cuando, en el periodo de las Cien Flores y durante la revolución cultural, Mao se volvió contra los intelectuales que habían apoyado la revolución comunista en los oscuros días de la ocupación japonesa y la lucha contra Chiang Kai-shek.

El dinero, la riqueza y las comodidades de la buena vida no fueron causa del declive moral de Villa. Durante muchos años tuvo la posibilidad de acumular dinero suficiente para hacerse millonario y vivir confortablemente en el exilio cuando se le antojara, pero no aprovechó esa oportunidad. Por otra parte, aunque nunca gozó del poder absoluto, le gustaba rodearse de aduladores, lo cual con frecuencia enturbiaba su juicio y debilitaba las barreras morales de su contención. Como el Comité Central bolchevique en 1921, Stalin, Mao o el dirigente este-alemán Erich Honecker en 1989, Villa sentía que él personificaba la revolución: cuando una parte del pueblo se puso contra él, simplemente los consideró traidores a la causa. Pero su mentalidad no era semejante a la de los dirigentes comunistas: no pensaba que, al volverse contra él, el pueblo había traicionado grandes principios abstractos como “la dictadura del proletariado” o “la causa del socialismo” sino, de una manera más tradicional, que habían roto una especie de pacto de honor al que ambas partes estaban obligadas. Como ya vimos, cuando uno de los veteranos de la División del Norte, Lauro Trevizo Delgado, se negó a unírsele en Namiquipa, Villa lo mandó fusilar; como explicación, le dijo: “Mira Trevizo, cuando ustedes necesitaron de mí, yo los ayudé todo lo que pude, y ahora que yo los necesito no quieren ayudarme”.²⁰ Aunque la venganza de Villa podía ser extremadamente cruel cuando era presa de uno de sus incontrolables ataques de furia, era incapaz de la dureza y la inhumanidad a sangre fría que practicaron otros dirigentes revolucionarios.

En conjunto, durante los años sangrientos de la guerra civil en Chihuahua, de 1915 a 1920, las atrocidades que Villa cometió fueron de una escala menor que las de sus rivales carrancistas. Mientras éstos ejecutaban a todos los villistas que caían en sus manos, Villa liberó en ocasiones a sus prisioneros. A veces, tomó sangrientas represalias contra la población civil, pero fue la excepción más que la regla. Fueron los carrancistas quienes saquearon sistemáticamente los pueblos de Chihuahua perdiendo con ello a sus propios aliados dentro del estado.

LA ÚLTIMA CAMPAÑA VICTORIOSA DE PANCHO VILLA

Desde el momento en que se recuperó de sus heridas, en junio de 1916, y en que descubrió que Pershing estaba inmovilizado en el norte de Chihuahua y no lo

perseguiría activamente, el principal objetivo de Villa fue adueñarse de gran parte del territorio del estado y reconstituir una fuerza de combate regular. Para fines de 1916, había logrado esa meta: las tropas de Treviño estaban copadas en unas pocas ciudades y la mayor parte del campo estaba en manos de Villa, como lo había estado en 1913, en vísperas de la captura de la capital. La toma de Chihuahua fue la culminación de aquella estrategia. Pero, a diferencia de lo ocurrido en 1913, ahora no tenía suficientes fuerzas para conservarla. La toma de la ciudad tuvo por objeto procurarse pertrechos y abastecimiento para equipar a su ejército y para conservar la lealtad de la gente del campo a la que distribuyó parte del botín. Al mismo tiempo, fue un golpe propagandístico de primera magnitud, destinado a demostrarle al pueblo no sólo de Chihuahua y del norte, sino de todo el país, que Villa era todavía una fuerza que debía ser tomada en cuenta. Tal vez su deseo de impresionar a la opinión pública o el hecho de que era más magnánimo en la victoria que en la derrota hizo que Villa se comportara de manera menos represiva y más controlada en esa ciudad que en muchos de los pueblos que había ocupado antes. Al parecer no hubo reclutamiento forzoso y por lo menos algunos de los prisioneros salvaron la vida. Aunque los que había capturado en el cerro de Santa Rosa “fueron fusilados sin piedad” e hizo ejecutar a “los heridos hallados en el hospital de campaña de la avenida Zarco”, los “del gran hospital militar fueron indultados e incluso visitados y confortados más tarde por el propio Villa”.²¹

Villa prometió a los representantes de los comerciantes de la ciudad que daría plena protección a todos los extranjeros, “con excepción de los chinos y los chinos blancos, es decir los estadounidenses, ya que éstos son los únicos responsables de todas las desgracias de este país”.²² Los pocos estadounidenses que se hallaban en la ciudad lograron ocultarse, pero todos los chinos que los villistas encontraron fueron despiadadamente masacrados.

Para consuelo de Villa, las clases bajas recibieron a las tropas “con gritos de alegría y vítores, circunstancia que junto con el posterior comportamiento rapaz de la población civil ha demostrado plenamente la simpatía que guarda la mayoría de los habitantes por Villa”.²³

Para fortalecer esa simpatía popular, Villa permitió inicialmente el saqueo a gran escala.

Una de las primeras tiendas saqueadas fue la fábrica de zapatos y huaraches del gobierno, situada en la vecindad del Chihuahua Foreign Club que esta vez fue respetado. Una vez rotas las puertas, la multitud que aguardaba se

precipitó en el interior. Los soldados tomaban sobre todo cartucheras y fundas de rifle y la masa, compuesta en su mayoría por mujeres, se apoderaba de cuanto estaba a la vista. No dejaron nada, y la última mujer en salir del local llevaba la caja vacía y el banquito del bolero. La multitud se dispersó rápidamente por otras partes de la ciudad. Además de los chinos, la turba dirigía sus salvajes instintos contra los negocios de los sirios o los árabes, como les llaman en este país y que son particularmente odiados por los nativos.²⁴

Más tarde, Villa decidió poner coto al saqueo popular. Al caer la noche las tropas ocupaban los puntos estratégicos de la ciudad y fueron ellas quienes entonces se dedicaron a vaciar sistemáticamente las tiendas y cargar el botín en vagones que eran enviados al campo. Villa impuso también una contribución a todos los comerciantes. Cuando el cónsul alemán trató de moverlo a compasión, Villa le dijo que “no tengo intenciones de respetar los deseos de los cónsules, ya que deberían hallarse más bien en el frente europeo; pero tendría mucho gusto en tomar en consideración las órdenes directas del propio káiser”. Villa mantuvo a sus tropas bajo estricto control;

se evitó en la medida de lo posible que se emborracharan, y se cerraron las cantinas [...] Se colocaron en lugares públicos y se distribuyeron varias circulares en que se daban garantías a la ciudad y sus habitantes, y el proceder de Villa es un tanto diferente que en otras ocasiones. Es visible una cierta tendencia a lograr la confianza y la buena voluntad de la población, y no se produjo ninguno de sus terribles estallidos. ¿Se ha suavizado el tigre, o se está agazapando para dar un salto inesperado?²⁵

Mientras sus tropas cargaban cuanto podían en los trenes que iban saliendo rápidamente hacia el campo, se le presentó a Villa el problema inmediato de enfrentar a la columna de apoyo de Murguía, que superaba a sus hombres por dos a uno y se acercaba velozmente a la ciudad. ¿Debía retirarse sin presentar batalla, en vista de la gran desventaja en que se encontraba? ¿O debía llevar a todas sus tropas en una carga desesperada contra los carrancistas? Esto último es probablemente lo que habría hecho en 1913 o en 1915, pero las derrotas lo habían vuelto más cauto. Sin embargo, no quería simplemente retirarse, no sólo por su orgullo y su imagen, sino también para darse tiempo de sacar de la ciudad todos los bastimentos que necesitaba. Se decidió, pues, por una solución intermedia. Envío tres mil hombres en una maniobra de dilación contra Murguía;

pero, sabiendo que tenían muy escasas posibilidades de victoria, encargó esa tarea a Salazar. Una extraña relación había surgido entre ambos. Se habían enfrentado en batalla en 1912, en Parral, y un año más tarde, en la batalla de Tierra Blanca. Salazar tenía algo de camaleón, y había cambiado con frecuencia de bando. Antes de la revolución fue magonista y participó con Práxedes Guerrero en un fallido ataque contra Palomas, Chihuahua. Uno de los dirigentes magonistas escribió después: “José Inés Salazar se asustó y nos abandonó en medio del desierto, desconocido para nosotros”.²⁶ En 1910, se incorporó a la revolución maderista, pero se volvió contra Madero dos años más tarde, en la rebelión de Orozco. Sus lealtades continuaron zigzagueando en los años siguientes. En 1913 se unió primero a Vázquez Gómez, que llamaba a la rebelión contra Huerta, y luego a Huerta, contra los revolucionarios, para después huir a Estados Unidos. A continuación ofreció sus servicios a Carranza y, tras ser rechazado, cruzó a Chihuahua para intentar una rebelión anticarrancista junto con otros antiguos orozquistas. Fue derrotado, sentenciado a muerte y encarcelado en la penitenciaría de Chihuahua. Villa esperaba que atrajera a su causa a los antiguos orozquistas no tanto porque creyera en la innata lealtad de Salazar, sino porque éste no tenía más salidas. Al confiarle el mando de la columna que debía enfrentarse a Murguía, por una parte mostraba su confianza en él, pero por otra lo forzaba a cargar con una derrota casi segura. Los tres mil hombres que llevaba tendrían que vérselas con los ocho o diez mil soldados de Murguía, reforzado por las tropas que Treviño había evacuado de la capital.

Los dos ejércitos se enfrentaron en Horcasitas, cerca de la ciudad. Cuando Salazar vio el enorme contingente que Murguía había dispuesto contra él, supo que no podía triunfar. Sin embargo, tenía instrucciones estrictas de Villa de pelear a cualquier costo, de modo que mandó a sus hombres cargar contra el enemigo, y la única orden que les dio a sus oficiales fue que fueran “a tomar café a Bachimba”.²⁷

La barranca de Bachimba estaba situada detrás de Horcasitas, de modo que, para llegar a la población, los villistas tenían que acabar con las columnas de Murguía. Fueron rechazados una y otra vez, pero lograron retirarse en buen orden, con pérdidas moderadas. De hecho, Treviño acusaría más tarde a Murguía de haber echado a perder una posible victoria. “Debo decirle a usted con toda franqueza que me quedé asombrado del parte referente al combate de Horcasitas [...] pues dice usted que el enemigo tuvo varios cientos de muertos, heridos y prisioneros, cosa verdaderamente exagerada, pues recuerde usted que no hubo tal

cosa y por el contrario nuestro triunfo fue insignificante para nuestras armas, dada nuestra superioridad numérica en aquella jornada y los pocos resultados prácticos obtenidos”.²⁸

Tras la derrota de sus tropas en Horcasitas, Villa se vio forzado a evacuar Chihuahua. Mientras contemplaba desde lejos cómo las tropas de Murguía ocupaban la ciudad, su secretario observó que tenía una mueca de rabia y lo oyó murmurar: “¡Pelado desgraciado, te cambio Chihuahua por Torreón!”²⁹ La “rabia” que sentía Villa contra los carrancistas se expresaría en una de las mayores victorias que aún logró, la toma de Torreón, y en uno de los episodios más negros de su vida.

Mientras se retiraban ordenadamente del campo de batalla de Horcasitas, los villistas no tuvieron dificultad en capturar la ciudad de Camargo y derrotar a su guarnición. Al entrar Villa en la población acompañado por el general Uribe, que la había tomado,

[...] fue interrumpido por los gritos y el llanto de una señora de rostro desfigurado por el dolor, que en precipitada carrera se dirigía al encuentro del general Villa. Llegó a unos dos pasos del jefe rebelde, se hincó, abrió los brazos en señal de cruz, diciendo:

—¡Señor, por el amor de Dios, no mate usted a mi marido! ¡Se lo ruego por su madre!

Villa preguntó:

—¿Quién es su marido, señora?

—El pagador, un simple empleado de gobierno, él no es combatiente, y ese señor que está a su lado —apuntando a Baudelio— lo ha mandado con una escolta a un lugar desconocido.

El jefe preguntó a Uribe por el paradero del encargado de los haberes, contestando el general subalterno con aplomo, sin inmutarse en lo más mínimo, como quien responde a la pregunta más sencilla:

—Mi general, ya está en la olla.

Aquella infeliz mujer al oír la realidad sufrió una metamorfosis asombrosa. Se puso de pie, la expresión de su rostro y sus palabras no eran ya de súplica, ni de perdón, eran de venganza [...] prorrumpió en una serie de improperios.

—¡Bandido, hijo de...! ¡Asesino! ¿Por qué no me mata a mí también?

Sonó un disparo de pistola calibre 44, y la miserable viuda del pagador rodó por tierra con el cráneo destrozado, asesinada por la fatalidad.³⁰

El asesinato de la mujer no bastó a calmar la furia de Villa. Algunos de sus partidarios locales, temerosos de que las soldaderas carrancistas que quedaban los denunciaran cuando las tropas enemigas volvieran a Camargo, le pidieron que las hiciera matar. Villa en efecto ordenó la ejecución de noventa mujeres que había tomado prisioneras. Hasta su leal secretario expresa su horror ante la escena subsecuente:

Aquel cuadro fue dantesco. Dudo que pluma alguna pueda describir fielmente las escenas de dolor y de espanto que se registraron esa mañana del 12 de diciembre de 1916. ¡Llanto!, ¡sangre!, ¡desolación!, noventa mujeres sacrificadas, hacinadas unas sobre otras, con los cráneos hechos pedazos y pechos perforados por las balas villistas.

Cuando hubo terminado aquella matanza, el curioso que contemplara aquel desastre de la vida humana, pudo haber visto a un chiquillo, como de dos años de edad sentado, sonriente, junto al cadáver de su madre, mojando en la sangre de la autora de sus días los inocentes deditos.³¹

En términos morales, esta ejecución exhibió la decadencia decisiva del villismo y contribuyó a menoscabar, si no a destruir, el apoyo popular que tenía en Chihuahua. En términos militares, la ocupación de Camargo proporcionó a Villa aprovisionamiento suficiente, junto con el parque y las armas que había escondido antes de su derrota de 1915 y con el botín que había obtenido en Chihuahua, para lograr su mayor victoria desde el fin de la División del Norte: la toma de Torreón. En 1914, la victoria de Villa sobre esa plaza había sido el momento en que la guerra contra Huerta cambió de curso y le había dado a la División del Norte acceso al centro del país. A la jefatura carrancista le preocupaba profundamente que la nueva toma de Torreón le permitiera a Villa unir fuerzas con los rebeldes que pululaban en todo el México central o aplastar las débiles guarniciones de otras partes del norte y convertirse de nuevo en amo y señor de esa vasta región. Torreón sólo estaba defendida por unos dos mil hombres, bajo el mando del general Severiano Talamantes, y el secretario de Guerra, Álvaro Obregón, le pidió urgentemente a Murguía que enviara tres mil soldados de caballería a reforzarla.³² Murguía se negó; su principal objetivo, declaró, era destruir las bases de Villa en las montañas occidentales. “Casi todo el distrito Guerrero se halla levantado en armas en favor del bandolero Villa”, le escribió a Obregón, y añadió que enviaba tres mil hombres a esa región “a extinguir el bandolerismo”.³³ Explicaba que la razón por la que mandaba una

fuerza tan grande a Ciudad Guerrero era que “así se podrá organizar elementos dispuestos a cooperar con nosotros y se quite a Villa esta base a la que sin duda recurrirá al ser rechazado de Torreón”.³⁴

Lo único que hizo Murguía fue enviar una fuerza de caballería, no a reforzar a los defensores de Torreón, sino a interceptar a Villa cuando, tras fracasar en la toma de la ciudad, intentara regresar a Chihuahua. Por lo demás, Murguía no ofrecía más auxilio que el de sus consejos: le aseguró a Talamantes que Villa estaba tan debilitado tras las batallas que había librado contra él que no tenía suficiente parque para tomar Torreón, de modo que su defensor debía concentrarse en rechazar las “famosas cargas” que Villa “siempre da en la madrugada”.³⁵

Los argumentos de Murguía no convencieron a Obregón, quien insistió en que enviara refuerzos a Torreón lo más pronto posible. Y de nuevo, Murguía rehusó. No está claro qué le indujo a actuar así. ¿Esperaba derrotar él sólo a Villa tras su regreso de Torreón y así ganarse la gloria, el prestigio y el poder que tal victoria entrañaría? ¿Quería realmente que Talamantes fuera derrotado? Se sabe que Murguía había disputado con los generales carrancistas y que los odiaba por lo menos tanto como a Villa, de modo que tal actitud no sería sorprendente. Dado que pertenecía a una facción opuesta a la de Obregón, tal vez quería incluso desacreditarlo y forzarlo a renunciar como secretario de Guerra.

Obregón trató entonces desesperadamente de enviar tropas de otras partes de México en socorro de Torreón. El hecho de que no lo lograra refleja la crítica situación por la que atravesaba el gobierno de Carranza a fines de 1916 y principios de 1917. Prácticamente en todo el país, le dijo a Carranza, las tropas combatían contra los rebeldes y no se podían trasladar al norte. El comandante de las fuerzas carrancistas en Tamaulipas acababa de informar al Primer Jefe que los rebeldes habían tomado un importante cruce ferroviario, y quería concentrar a todos sus soldados en Veracruz, San Luis Potosí y Nuevo León, para luchar contra los que se hallaban en las montañas tamaulipecas. En Guadalajara, Diéguez temía que el antiguo partidario de Villa, Buelna, desembarcara en Tepic y atacara a sus tropas. La guarnición carrancista de Campeche acababa de sublevarse y el general Salvador Alvarado quería la autorización de Obregón para enviar tropas contra ella. El general Gavira de Durango “me pide [...] urgentemente fuerzas de caballería para poder hacer frente a la situación y combatir a los rebeldes [...]. General Estrada de Zacatecas me pide que le envíe Primer Regimiento de su División que se encuentra Jalisco por no tener fuerzas suficientes para guarnecer y activar campaña en el estado”. Amargamente,

Obregón informaba a Carranza que “si el general Murguía con todas sus caballerías, sin esperar la reparación de la vía, hubiera emprendido la persecución sobre Villa dejando Chihuahua asegurada con sus infanterías [...] Villa no estaría en condiciones de atacar Torreón”.³⁶

Los temores de Obregón resultaron más que justificados. El 22 de diciembre de 1916, las tropas de Villa tomaron por asalto y ocuparon la ciudad de Torreón, que fue evacuada por Talamantes, y se apoderaron de los trenes y la artillería que allí había.³⁷ Tal fue la desesperación que la derrota le causó, que Talamantes se quitó la vida. Pero Murguía no tuvo piedad por su colega vencido. En una carta a Carranza, el epitafio que le dedica consiste en llamarlo “falto de espíritu y energía, [culpable de] ineptitud y debilidad”.³⁸ Con esa violenta crítica contra el difunto, Murguía intentaba evadir su responsabilidad en ése, uno de los mayores triunfos que Villa se anotó en el periodo posterior a 1915. La toma de Torreón no sólo acrecentó su prestigio: demostró que era el único, entre los innumerables jefes rebeldes que aún combatían contra los carrancistas, capaz de lograr una victoria militar importante. En Torreón capturó gran cantidad de pertrechos y abastos, y logró arrancarles a los comerciantes nativos y a las compañías extranjeras considerables sumas de dinero. Además su ejército aumentó significativamente de tamaño. Algunos de los nuevos reclutas eran miembros de grupos revolucionarios que habían continuado luchando contra los carrancistas en la región lagunera. Otros eran voluntarios de Torreón, impresionados por la estrella de nuevo en alza de Villa. Pero otros eran hombres incorporados a la fuerza. “El otro día”, informaba un observador, “cuando una gran multitud de pelados esperaban frente al Hotel Francia para ver y admirar a Villa, salió con una pistola en la mano y ordenó que todos fueran arrestados, y de la muchedumbre escogió a los hombres más capaces y los obligó a enlistarse en su ejército.”³⁹

“Por fortuna, aparte de los actos de venganza, no se cometieron muchos asesinatos”, informa otro observador. “El abandono claramente cobarde de la defensa de la ciudad por los comandantes del gobierno, que dejaron a sus soldados peleando en las trincheras sin más instrucciones ni otro impulso que el pánico, por lo menos tuvo como efecto que la toma de Torreón fuera relativamente poco sangrienta, y los invasores entraron con un espíritu menos sanguinario que si las cosas hubieran sido de otro modo.”⁴⁰

Villa dio muestras de cierta “contención” al entrar en el consulado francés a la cabeza de trescientos hombres y enfrentar al cónsul, Bernadini, un rico hacendado que abrigaba un odio casi patológico contra el caudillo. En su

informe al ministerio francés de Relaciones Exteriores, lo comparaba con una “hiena” y al describir su llegada a sus oficinas, hablaba de “el chacal, junto con trescientos de sus verdugos”. Villa lo acusó de haberse quedado con trescientos cincuenta mil pesos en plata que el general federal Maycotte le había confiado, de tener guardado en el consulado el coche de Carranza y de haber dado refugio allí a varios enemigos suyos. Fue el hijo del cónsul quien respondió, exigiéndole a Villa que “probara sus acusaciones, y que si resultaban ciertas me matara en el acto; y si no, quiero convertirme de hombre honesto en bandido y pedirle que ponga algunos hombres bajo mis órdenes para vengar a mi padre y matar a los criminales que tan injustamente lo han acusado”.

Villa quedó tan impresionado por el joven que le dijo: “‘Es usted un hombre valiente. ¿Tiene una pistola?’ ‘Sí.’ ‘Tírela, y daré órdenes de que sea usted respetado’”.⁴¹

Esa contención no se aplicó sin embargo a los chinos, que fueron cazados y asesinados. Villa nunca explicó su odio por ellos. Probablemente compartía la xenofobia de muchos norteros hacia los inmigrantes de esa nacionalidad, debida al racismo, al resentimiento contra una cultura ajena y al hecho de que, como comerciantes, muchos chinos trataban muy directamente con los mexicanos, quienes los culpaban de la carestía.

Villa tampoco hubiera respetado a los estadounidenses, pero ellos habían sido evacuados de la ciudad en un tren especial, organizado por el vicecónsul británico Patrick O’Hea, antes de la entrada de los villistas. El temor y el odio que Villa despertaba entre los ingleses, los estadounidenses y las clases altas de Torreón se refleja claramente en la forma en que el vicecónsul lo caracteriza una vez más en su informe al Foreign Office. “Su carrera es la de un perro rabioso, un mullah enloquecido, un malayo que corre amok.”⁴² Es interesante el hecho de que en su propio informe al Foreign Office en Londres, Thurstan, el superior inmediato de O’Hea, no concordaba con esa descripción de Villa. “Con respecto a los comentarios del señor O’Hea sobre la conducta de los villistas, tal vez cae en un exceso poco natural de acritud. No considero que los villistas sean *per se* en absoluto peores que los demás partidos en contienda y está por probar que sus rivales, actuando bajo sentimientos similares de rabia y decepción, tendrían más amables contemplaciones.”⁴³

Uno de los comandantes federales que murieron en la batalla de Torreón fue Luis Herrera que, junto con su hermano Maclovio, había sido el único de los revolucionarios importantes de Chihuahua que tomó el partido de Carranza cuando se produjo la escisión de los convencionistas, en el otoño de 1914. Eso le

había ganado a toda la familia el odio inextinguible de Villa, que persistió incluso después de la muerte de Herrera. “El cadáver del general Herrera”, informó un observador desde Torreón, “fue colgado por dos días en la estación con un billete de un peso en una mano y un retrato de Whiskers en la otra [Whiskers, “Bigotes”, era el pseudónimo por el que los estadounidenses se referían a Carranza].”⁴⁴

Muchos pensaban que Villa se había convertido ahora en una fuerza irresistible y que pronto dominaría todo el norte y tal vez todo México. “Por lo que vi y lo que mi experiencia militar me permite juzgar, puedo decir que no hay un ejército de Carranza que pueda detener la marcha victoriosa de Napoleón”, señalaba el mismo observador.⁴⁵

Por desgracia para Villa, él tenía esa misma opinión, y no sin razón. Después de todo, apenas un año antes era el líder derrotado y desprestigiado de sólo unos pocos cientos de hombres; el grueso de su ejército se había rendido y la mayoría de sus generales y partidarios intelectuales lo habían abandonado. Su acceso a las armas y municiones estadounidenses había quedado abruptamente cortado y, tras su ataque a Columbus, diez mil nuevos enemigos habían cruzado la frontera para perseguirlo. Y sin embargo ahí estaba: había tomado las dos mayores ciudades del norte, había organizado un ejército que casi milagrosamente le había procurado armas y parque, en parte escondidas previamente por él, pero en su mayoría arrebatadas a sus enemigos. Esta vez, Villa estaba convencido de que lograría derrotar a Murguía, cuyas tropas avanzaban lentamente desde el norte hacia Torreón. A diferencia de lo ocurrido en la batalla de Horcasitas, donde Villa sabía que no tenía posibilidades de ganar debido a la disparidad de fuerzas, esta vez existía una verdadera equivalencia en cuanto a tropas y armamento. El ejército de Villa había crecido sustancialmente en Torreón, mientras que Murguía, envalentonado por su triunfo en Horcasitas, había dividido sus fuerzas y enviado a tres mil hombres, bajo su lugarteniente Eduardo Hernández, a ocupar el distrito de Guerrero, al que consideraba la base del villismo. Por añadidura, Villa podía ahora emplear toda la artillería que había capturado en Torreón. Para su desgracia, fue presa una vez más del exceso de confianza y la falta de preparación que habían sido causa de sus derrotas en Celaya y León. Como dice su secretario, “el ánimo del general, que después de una gran victoria se embriagaba con el triunfo, a tal grado que sufría una notable transformación, pues de un ser combativo, se convertía en uno completamente inofensivo. Su gran astucia guerrera se nulificaba con una victoria de la magnitud de la de Torreón”.⁴⁶

La víspera de la batalla decisiva con Murguía, mientras ambos bandos se preparaban para enfrentarse en Estación Reforma, cerca de la población de Jiménez, Uribe sugirió que podía marchar subrepticamente con mil hombres a la retaguardia de los carrancistas, de manera que al iniciarse la batalla podría atacarlo desde atrás. A Villa le gustó el plan pero consideró que no era necesario: “¿Para qué desvelar a la gente y cansar los caballos si Murguía avanza moralmente derrotado?”⁴⁷ Villa pensaba que una gran carga de caballería sería suficiente para obtener el triunfo. No sólo se negó a que Uribe rodeara al enemigo, sino también a dejar tropas de reserva, e incluso envió a Nicolás Fernández con dos mil hombres en otra expedición.

La batalla de Estación Reforma fue un desastre completo para Villa. Su carga de caballería fue rechazada; los hombres de Murguía, lejos de estar desmoralizados, eran en su mayoría veteranos de la campaña de 1915 y, cuando contraatacaron, Villa echó de menos las reservas que no tenía.⁴⁸ Con los restos de su ejército, se retiró a Parral, donde tenía almacenada en vagones la mayor parte del botín que había sacado de Torreón. Se hallaba demasiado debilitado para conservar la población y dicho botín. Llamó a la gente de Parral para que tomaran cuanto quisieran. Miles de hombres de la ciudad y sus alrededores acudieron a la estación de ferrocarril; deben haberse sentido como los soldados de Cortés cuando, antes de evacuar Tenochtitlan, éste les permitió tomar cuanto quisieran del tesoro que Moctezuma le había ofrecido. A las pocas horas, habían vaciado enteramente los trenes y Villa se había ganado nuevos partidarios en la población; tal vez ésta fue una de las razones por las que su popularidad, que se estaba disipando en otras partes de Chihuahua, se conservó tan fuerte en Parral.

Aún quedaría más debilitado cuando Eduardo Hernández, que había ocupado parte del distrito de Guerrero, aunque no logró acabar con los destacamentos villistas que allí se encontraban, sí recuperó la mayor parte de los bastimentos que se habían llevado de la ciudad de Chihuahua. A pesar de estos desastres, Villa no abandonó la esperanza de recobrar el control sobre el norte del país. Dividió casi todo su ejército en pequeños destacamentos y permitió que muchos de los reclutas regresaran a sus casas. Con un pequeño contingente, salió hacia Durango y Zacatecas para tratar de reunir a los diversos grupos rebeldes que combatían allí, muchos de los cuales aún le eran leales, y crear un nuevo ejército capaz de volver a enfrentarse a Murguía.

Como un fénix que renace de sus cenizas, a principios de marzo de 1917 había reunido de nuevo un ejército de varios miles de hombres y esperaba a Murguía cerca de la población de Rosario, en Chihuahua. El general carrancista se puso

feliz al enterarse de que Villa había reaparecido y se disponía a enfrentársele con todo su ejército en el campo de batalla. Estaba seguro de que ahora tenía la oportunidad de acabar con él de una vez por todas. Esta vez, los papeles que uno y otro habían asumido en la batalla de Estación Reforma se invirtieron. Fue Murguía quien se confió demasiado y Villa quien se preparó cuidadosamente para la batalla. Él había elegido el terreno y se aseguró de contar con tropas de reserva. Luego de esconder a gran cantidad de sus hombres tras unos cerros, ordenó a su caballería que cargara contra las filas carrancistas, cuya infantería respondió con fuego cerrado. Murguía calculó que Villa se proponía repetir las inútiles cargas que había empleado en Horcasitas y en Estación Reforma, y al ver que la caballería villista se retiraba en orden, pensó que la victoria era suya, bajó la guardia y permitió a sus hombres descansar. No se dio cuenta de que los villistas habían rodeado subrepticamente su posición. Fue tal la sorpresa de sus tropas al verse atacadas por todos lados que no pudieron ofrecer resistencia. Murguía perdió más de dos mil hombres y a duras penas logró escapar cuando un oficial villista que no lo reconoció lo golpeó varias veces en la espalda con su sable. Tan humillado se sintió por este incidente que juró silenciar a los pocos oficiales que lo presenciaron. De los dos mil hombres que perdió, seiscientos cayeron prisioneros de los villistas y Villa los mandó fusilar. “Al principio de la campaña”, explica su secretario, “para humanizar la lucha lo más posible, se tomaba la medida de dar libertad a los prisioneros de guerra, los que se internaban en la plaza más cercana e ingresaban de nueva cuenta al ejército carrancista. Hubo hombres (perfectamente comprobado) que fueron hechos prisioneros en tres y cuatro acciones.”⁴⁹

Las ejecuciones tomaron una forma especialmente siniestra. Los Dorados alineaban a los hombres en filas de cinco y, para ahorrar municiones, los mataban con un solo tiro en la cabeza. Hasta el secretario de Villa señala que “el desfile de aquellas partidas de cinco en cinco fue algo horrible”.⁵⁰

LA NUEVA DECLINACIÓN DE PANCHO VILLA

Tras la asombrosa victoria de Villa y cuando pensaba que había llegado el momento de darle a Murguía el golpe de gracia, el desastre llegó por donde menos lo esperaba.

Había almacenado la mayor parte de sus reservas de armas y municiones en un escondite secreto, en Chevarría, durante los duros meses de 1915 en que su División del Norte se estaba disolviendo. El depósito contenía varios millones de

cartuchos y gran número de rifles con los que Villa se proponía armar a sus tropas para el próximo ataque a Chihuahua. Había guardado con mucho cuidado el secreto de su localización; sólo permitía que unos pocos de sus hombres de confianza lo acompañaran cuando sacaba parte de los pertrechos de Chevarría. Uno de ellos era Rafael Mendoza, mayor en la guardia personal de Villa, los Dorados. Mendoza había sido herido en el pie durante la campaña y su jefe le permitió regresar con su familia, que vivía cerca de la hacienda de Bustillos, para recuperarse. Allí, el herido se emborrachó, y fue descubierto por los carrancistas y llevado a la presencia de Murguía, quien ordenó su inmediata ejecución. Ya frente al pelotón de fusilamiento, Mendoza se desmoronó y ofreció, a cambio de su vida, revelar dónde se hallaba el depósito de Chevarría. El general accedió con entusiasmo y a los pocos días se hallaba en posesión del arsenal. Cuando Villa se enteró, quedó tan devastado por la noticia que estalló en lágrimas. Echó mano entonces de un recurso desesperado. Aunque le escaseaba el parque, mantuvo su plan de ataque contra la ciudad de Chihuahua, con la esperanza de que los carrancistas, desmoralizados por su derrota en Rosario, no opusieran una resistencia eficaz y él pudiera reabastecerse en la capital.⁵¹ Al anochecer del 1 de abril, las tropas de Villa llegaron por el sur a las afueras de la ciudad. Villa hizo encender grandes fogatas, para hacerle creer a Murguía que el principal ataque vendría desde ese lado y que concentrara allí sus tropas. En la oscuridad de la noche, el grueso de la caballería rodeó la ciudad hasta el norte, y al amanecer se inició el asalto. Pero Murguía no cayó en la trampa, y sus soldados se habían recuperado ya de la derrota sufrida en Rosario. Transcurridas algunas horas de combate, a los villistas se les acabó el parque y fueron derrotados de manera aplastante. Murguía hizo más de doscientos prisioneros, todos los cuales fueron colgados y sus cuerpos quedaron expuestos en una de las principales arterias de la ciudad, la avenida Colón.⁵² “Entre los ahorcados notables se contó al general Miguel Saavedra”, quien como concesión especial, “escogió la rama de donde habían de colgarlo”.⁵³

Presas de infinita cólera, Villa clamaba venganza a toda costa contra quienes habían traicionado su depósito de armas. No logró localizar a Mendoza, quien entre tanto se había pasado a los carrancistas, pero sí sabía que algunos de los habitantes de Namiquipa habían entregado otro de sus escondites a Pershing, y allí acudió a vengarse. Se había mantenido durante mucho tiempo lejos de esa región, demasiado cercana al cuartel de las tropas estadounidenses. Pero el 5 de febrero éstos evacuaron Chihuahua y Villa pensó que no tendría problemas para ocupar la zona. Quería ejecutar a los miembros de la “defensa social”, es decir la

guardia local creada en Namiquipa bajo los auspicios de Pershing, pero cuando los integrantes se enteraron de que los villistas se acercaban, huyeron a las montañas. Villa entonces reunió a sus mujeres y dejó que sus soldados las violaran.

Incluso a algunos de los comandantes de Villa este acto de salvajismo les resultó repugnante. Nicolás Fernández tomó bajo su protección a algunas de las mujeres y ordenó a sus soldados matar a cualquiera que tratara de atacarlas.⁵⁴ Muchos de los habitantes de la población habían sido de los más fervientes seguidores de Villa, pero como resultado de aquel despliegue de barbarie “el sentimiento del pueblo se encontraba herido para siempre”.⁵⁵

En el vecino pueblo de Bachíniva uno de los comandantes villistas, el general Jerónimo Padilla, permitió a sus soldados entregarse al pillaje.⁵⁶

Pronto se dio cuenta Villa de las consecuencias de sus feroces represalias, cuyas noticias se extendieron como reguero de pólvora por los pueblos del estado. Había fijado su cuartel general en la hacienda de Babícora y acantonado a su alrededor lo que quedaba de su ejército, unos dos mil hombres. Mediante sus agentes, Murguía se enteró de su ubicación y envió tropas para atacarlo por sorpresa. Una y otra vez habían intentado sorprenderlo los carrancistas y nunca lo habían logrado, porque algún habitante de los pueblos le advertía siempre de las fuerzas enemigas que se aproximaban. Esta vez, nadie le avisó, y el ataque carrancista cayó sobre él como venido del cielo. Cientos de villistas murieron, entre ellos uno de sus generales más leales, Francisco Beltrán. El propio Villa estuvo a punto de ser capturado cuando, a la cabeza de cuatrocientos hombres, se abrió paso desesperadamente fuera del cerco enemigo. Sus fuerzas quedaron muy reducidas e incluso algunos de sus subordinados más fieles le volvieron la espalda: el coronel Pérez, miembro de los Dorados, lo invitó a su cuartel, situó a sus tropas en el techo y les ordenó que lo mataran en cuanto apareciera. Pero la innata cautela de Villa y la desconfianza adquirida en sus años de forajido lo salvaron. Cuando vio a los hombres apostados en el techo, envió a tres de sus ayudantes a reconocer el terreno; éstos fueron balaceados y Villa se retiró de inmediato. Durante varios días se negó a tener contacto con sus tropas.⁵⁷

Villa sufrió otro grave golpe al fracasar su intento de contrabandear armas desde Estados Unidos. Había enviado a su secretario José María Jaurieta, con varios miles de dólares, para comprarlas y enviarlas a Presidio, Texas, frente a la población mexicana de Ojinaga. El 17 de abril, tras una larga marcha hacia Ojinaga, situada en la parte oriental del estado, Villa tomó la población en espera del cargamento. Pero prácticamente no llegó nada. Jaurieta no había logrado

persuadir a ninguno de los tratantes que antes le habían vendido armas a Villa. La frontera estaba fuertemente guardada por los soldados estadounidenses, y los comerciantes temían las consecuencias de vender armas a un hombre considerado enemigo declarado de Estados Unidos.⁵⁸

Villa se encontraba ante una de las más profundas crisis de su vida. La desaparición de todas las fuentes de aprovisionamiento de armas y municiones presentaba un problema similar al que se le planteó a fines de 1915, tras la disolución de la División del Norte. Ya no tenía la posibilidad de mantener un ejército regular y de controlar de forma permanente un amplio territorio que fuera su base de operaciones. La crisis militar y logística del villismo se veía complementada por otras dos crisis: el drástico deterioro de las relaciones de Villa con el pueblo del campo chihuahuense y, también, una crisis ideológica. El apoyo popular al villismo había empezado a menguar por efecto de su táctica de leva forzosa y represalias salvajes en Camargo y sobre todo en Namiquipa. Además, dado que no podía controlar un territorio y con ello prestar protección, muchos habitantes del campo trataban de llegar a un acuerdo con el gobierno. Por su parte, la crisis ideológica era resultado directo de la salida de la expedición de Pershing, en febrero de 1917. Desde fines de 1915 hasta la toma de Torreón a fines de 1916, los llamados de Villa al pueblo mexicano y su justificación para continuar la lucha contra los carrancistas era que éstos habían vendido el país a Estados Unidos y que, tras la entrada de la Expedición Punitiva, habían rehusado hacerle frente. Pero esto ya no se sostenía: no sólo los estadounidenses habían evacuado el territorio nacional, sino que las relaciones entre el gobierno de Wilson y el de Carranza estaban en su peor momento. Estados Unidos había entrado en la primera guerra mundial y los carrancistas expresaban abiertamente su simpatía por Alemania.

Villa no pudo remontar esta nueva crisis. Nunca recuperó la popularidad de que había gozado antes de 1915, ni el apoyo popular más limitado que había logrado en 1916. Tampoco recobró su ejército la fuerza que había vuelto a tener por breve tiempo en los últimos meses. Aún así y contra toda expectativa, consiguió sobrevivir junto con varios cientos de sus hombres. Para hacerlo, se vio obligado a aplicar una estrategia relativamente nueva. Trató de superar el desastre militar y logístico dividiendo su ejército, una parte del año, en pequeñas unidades que llevaban a cabo docenas de ataques de pega y corre contra las guarniciones carrancistas y las pequeñas poblaciones, para abastecerse de alimentos, armas y parque. Se reunían de nuevo bajo el mando de Villa en el

tiempo de la cosecha, cuando había comida suficiente para una fuerza de gran tamaño.

Esta táctica permitió que su ejército, ahora reducido a unos mil hombres, subsistiera, pero no tenía perspectivas de victoria y debilitó a su movimiento en varios sentidos. Sólo tenía el control directo de sus hombres durante una parte del año. Tal vez, a pesar de las atrocidades que había cometido, Villa aún ejercía cierta contención sobre sus soldados para que no maltrataran a los civiles, contención que ahora desaparecía durante largas temporadas. Probablemente también se debilitó el control general de Villa sobre sus hombres, aunque resulta notable que cada año volvían a reunirse y a aceptar su autoridad sin cuestionarla. Esto se puede atribuir a su carisma y a que seguía teniendo el control de los fondos, gracias a las cuantiosas contribuciones que obtenía de las empresas extranjeras.

La crisis ideológica se refleja en el hecho de que, tras la partida de la expedición de Pershing, Villa no intentó explicar por qué seguía peleando contra Carranza, ni los objetivos que perseguía. Una de las causas reside en la notable diferencia que se puede percibir en el movimiento villista antes y después de 1915: en su fase guerrillera final, con una excepción, no participaron intelectuales. A este respecto, el villismo fue muy distinto de su contrapartida sureña, el ejército encabezado por Emiliano Zapata, muchos de cuyos consejeros intelectuales permanecieron con él hasta el fin. Aunque unos pocos intelectuales villistas como Miguel Díaz Lombardo y Ramón Puente continuaban apoyándolo desde el exilio, ninguno de ellos –excepto Ángeles durante los breves meses en que se reunió con él en 1918– participó en sus campañas guerrilleras. Esto no significa que no hubiera hombres letrados en el movimiento. Villa tenía dos secretarios: Miguel Trillo, que cumpliría esa función hasta la muerte de Villa y sería asesinado junto con él en Parral, en 1923, y José María Jaurrieta, tal vez lo más próximo a un intelectual en el sentido de que escribió más tarde las únicas memorias que existen sobre la última etapa guerrillera de Villa, pero que nunca intentó formular una plataforma ideológica ni aconsejó a Villa sobre cuestiones ideológicas o prácticas, como habían hecho sus anteriores secretarios. El tercer hombre letrado, Alfonso Gómez Morentín, era el vínculo entre el caudillo y sus partidarios en Estados Unidos. A diferencia de otros representantes de Villa en Estados Unidos, al parecer no era más que un mensajero. En un sentido fue considerablemente eficaz: nunca fue capturado ni aprehendido, gracias entre otras cosas a que el gobierno estadounidense toleraba sus actividades, no porque

las apoyara, sino porque podía interceptar todas las cartas que llevaba y traía, y así mantener una estrecha vigilancia sobre los villistas residentes en ese país.⁵⁹

La confusión ideológica de Villa se refleja en la primera declaración pública que hizo tras su derrota en Chihuahua, en 1917, y como respuesta a uno de los pocos hechos de ese periodo que se pueden calificar de “positivos” desde su punto de vista: un intercambio epistolar entre Treviño y Murguía había colaborado a desacreditarlos a ambos ante la opinión pública. Tras la derrota de Murguía en Rosario, Treviño, que entre tanto había ingresado a la arena política, en la ciudad de México, como representante del estado en el Congreso, humillado por los ataques de Murguía, consideró que había llegado el momento de cobrar venganza. Después de conocer las desdeñosas observaciones que su sucesor había hecho sobre él, Treviño le escribió sarcásticamente: “Usted [...] creyó erróneamente que sus aptitudes eran casi sobrenaturales y se dejó arrastrar por la adulación de unos cuantos tontos que lo rodean a usted y que según tengo conocimiento han llegado públicamente hasta tener la avilantez de compararlo a usted con Napoleón el Grande, cosa que ha causado la hilaridad de todos aquellos a quienes ha llegado a su conocimiento tal afirmación”. Añadía:

Usted ha juzgado a un hombre que no conoce [el propio Treviño] y que no ha manchado nunca su nombre con el asesinato ni con el atropello a la propiedad, habiéndose podido conservar pobre, pero siempre digno, cosa de la que desgraciadamente no pueden ufanarse muchos de sus compañeros de armas, de quienes toda la República sabe que poseen grandes intereses, adquiridos éstos durante el periodo revolucionario. La Nación entera ha estado al tanto de los últimos fracasos sufridos por usted y por nuestras fuerzas en diversos puntos del estado de Chihuahua y no cree ya en esos partes rimbombantes de los grandes triunfos.

Treviño insistía en que Murguía había obtenido más hombres, más dinero y más parque que nunca y sin embargo no había logrado una victoria decisiva. Concluía su carta diciendo: “Se habrá usted convencido [...] de la gran verdad que dice el general González, que el vencedor de hoy podrá ser el vencido de mañana. El éxito depende de innumerables circunstancias, interviniendo frecuentemente el azar o lo que llaman la estrella del que manda. Esa estrella, compañero Murguía, que brillara en Ébano [la mayor victoria de Treviño] y dos veces en Icamole no se ha eclipsado en Chihuahua”.⁶⁰

La respuesta de Murguía fue aún más mordaz y sarcástica que la carta de Treviño. Repetía todos los ataques contra éste que había escrito a Carranza y Obregón. Enumeraba la larga lista de derrotas que Villa le había infligido y que su predecesor había tratado de describir como victorias. “Quizás”, decía burlonamente, “no le resulta directamente responsabilidad, por no haberse encontrado en acción alguna fuera de la plaza de Chihuahua”, y lo acusaba de cobardía por la súbita evacuación de la capital del estado en noviembre de 1916. Como Treviño lo había tildado de corrupto, Murguía respondía en consonancia y daba detalles sobre cómo había inflado la nómina: oficialmente, había recibido fondos para pagar a 21 300 hombres, pero cuando Murguía llegó a Chihuahua, Treviño le dijo que sólo tenía 5 870, y ese número se había reducido finalmente a 2 100.⁶¹

Murguía decidió publicar esta correspondencia en la prensa de Chihuahua, con lo que contribuyó al desprestigio tanto de Treviño como de él mismo.

Treviño se alteró tanto ante la sorpresiva publicación de las cartas, que recurrió a un desesperado despliegue de relaciones públicas para convencer de su honradez a la opinión. Sugirió que Murguía y él enumeraran, bajo juramento y ante notario, todas las riquezas y propiedades que habían adquirido en el curso de la revolución, y las transfirieran al estado.⁶² Murguía accedió, para regocijo de la prensa chihuahuense, pero ninguno de los dos volvió a mencionar la propuesta ni intentó cumplirla.

Pancho Villa consideró que había llegado el momento de intervenir en ese debate. Como no tenía acceso a la prensa mexicana controlada por el gobierno, envió una carta a un periódico estadounidense, que de inmediato la publicó. Los diarios de Chihuahua quedaron entonces bajo fuerte presión para reproducirla. Era una carta abierta a Murguía, llena de bravatas y desafíos. Su propósito principal era convencer al pueblo de Chihuahua, y a México en su conjunto, de que aún era una presencia militar digna de consideración. Enumeraba todas las derrotas de Murguía y las grandes pérdidas que había sufrido.

¿Se da cuenta de que el desastre que usted sufrió en Rosario, Durango, el 4 de marzo del corriente año, no tiene precedente en la historia del estado, por las sangrientas y pesadas pérdidas de hombres? ¿No se acuerda que a las diez de la mañana de ese día huyó usted precipitadamente, abandonando del modo más vergonzoso a sus fuerzas, que hasta las tres de la tarde siguieron peleando, cada uno en defensa de sí mismo, distinguiéndose en especial un batallón de hombres que llevaban uniformes azules y bandas rojas y que

pelearon en retirada todo el camino de La Rueda, Durango, a Peinados, Chihuahua, donde fueron totalmente aniquilados, habiendo capturado mis hombres al último grupo de sesenta soldados de infantería, que fueron inmediatamente ejecutados? Quiero declarar que si yo o alguno de mis oficiales hubiera llegado a tiempo, la ejecución de esos valientes que protegieron su huida se hubiera evitado.

A continuación Villa procedía, “por su honor y su gloria”, a analizar las pérdidas que habían sufrido él y Murguía respectivamente en cada una de las batallas que habían librado, y llegaba a la conclusión de que “según las anteriores estadísticas, que pueden ser muy desagradables para usted pero son sin embargo ciertas, usted ha perdido 4 449 hombres del 1 de diciembre de 1916 al 23 de abril de 1917”.

Enseguida, retaba a Murguía a duelo, ya fuera entre los dos hombres o entre sus ejércitos.

Quiero decirle que en el campo del honor usted no es nadie y para probárselo, lo invito solemnemente a un duelo en que se pueda demostrar el valor de los dos. Cualquiera de nosotros dos personalmente o nuestras fuerzas respectivas pueden encontrarse en el día, la hora y el sitio que usted designe. Usted, señor Murguía, ha dicho que es el hombre que me capturará y con el fin de que cumpla su promesa podemos encontrarnos cara a cara y allí puede usted intentar darle cumplimiento a su sueño dorado.⁶³

La carta era más propia de un señor feudal medieval que reta a otro a singular combate que de un dirigente revolucionario. No había ninguna mención de aquello por lo que ambos combatían o contra lo que luchaban, ningún intento de explicar al pueblo de Chihuahua por qué Villa seguía peleando tras la retirada de las fuerzas estadounidenses. Tampoco se mencionaba ninguna cuestión social como motivo de su campaña.

EL PUNTO MÁS BAJO DE LA CARRERA REVOLUCIONARIA DE PANCHO VILLA

A pesar del tono desafiante de su carta a Murguía, Villa sabía que se hallaba en una situación desesperada. En los diversos momentos de su vida en que se encontró en ese tipo de encrucijada, en lugar de abandonar, solía buscar alguna solución poco convencional. En noviembre de 1913, tras sufrir un grave revés en

su ataque a la ciudad de Chihuahua, hizo lo que nadie esperaba: con una osada maniobra escondió sus tropas en un tren de carbón que logró entrar en Ciudad Juárez y capturarla. Nunca le satisfizo quedarse a la defensiva, sino que tomó siempre la ofensiva. En 1915, tras los desastres de Celaya, León y Aguascalientes, hizo de nuevo lo que menos se esperaba al marchar a Sonora. Si los estadounidenses no hubieran intervenido, esa maniobra, aunque tal vez no le habría dado la victoria, sí le habría proporcionado un respiro. Eso fue lo que logró de hecho con su reacción, también imprevista, de desmembrar y disolver la División del Norte: su ataque a Columbus le había permitido arrancar una victoria temporal de las fauces de la derrota. De nuevo, en 1917, trataba de dar con el “milagroso” recurso que revirtiera la marea de su infortunio; pero esta vez los elementos de espejismo y fantasía tuvieron más peso que cualesquiera posibilidades realistas de éxito. Lo que se proponía, en julio y agosto de 1917, era dirigirse a la ciudad de México, con una pequeña fuerza de cien hombres, para capturar a Carranza, conducirlo al territorio controlado por Emiliano Zapata y allí someterlo a proceso. Villa se había enterado de que Carranza iba todos los días a cabalgar en el parque de Chapultepec, acompañado sólo por un mozo, y planeaba emboscarlo en ese lugar. A manera de avanzada, envió a dos de los villistas más instruidos, José María Jaurieta y Alfonso Gómez Morentín, a la capital, para que prepararan el terreno a la expedición, mientras él salía con una pequeña fuerza armada, disfrazada de destacamento carrancista, desde el norte hasta la ciudad de México. No sabía del enorme cuerpo de seguridad que protegía a Carranza en esta ciudad y subestimó por completo las dificultades que ese viaje a través del país supondría. Mao Tsé-Tung dijo alguna vez que una guerrilla, para operar, tiene que poder sumergirse en la población como un pez en el agua. En Chihuahua, que conocía bien y donde aún gozaba de las simpatías de muchos, Villa había podido moverse con facilidad, pero fuera de ese territorio era, justamente, como un pez fuera del agua: no conocía el terreno ni a la gente, y aún si la hubiera conocido, no quería identificarse. Pronto descubrió que gran parte de México se había convertido en una especie de cuartel. En muchos pueblos, la gente se había armado y formado “defensas sociales” con el fin de impedir la entrada a los intrusos. Cuando llegaba a una población, sus dirigentes no dudaban de que, tal como decía, estaba al mando de una unidad federal: eso era precisamente lo que despertaba su temor, ya que la mayoría había sufrido pillajes y atropellos de las tropas federales. Cuando la columna de Villa llegó a Huejuquilla, El Alto, halló los techos y los alrededores del poblado llenos de

hombres que le apuntaban con sus rifles. Sólo permitirían que entraran al pueblo sus tropas, supuestamente federales, si dejaban antes sus armas.

Para evitar que revelaran la presencia de la expedición, sus miembros mataban a todos los guías que iban reclutando por el camino. En una ocasión, tras un largo y arduo trecho, encontraron y capturaron a un destacamento de veintisiete hombres armados que perseguían a unos bandidos, y Villa los hizo ejecutar a todos. Esto despertó la alarma en todos los pueblos circunvecinos y grandes grupos armados salieron a capturar a los asesinos. La expedición se retiró a Aguascalientes; se extravió, y el hambre y las deserciones hicieron presa de ella. Finalmente, Villa decidió abandonar su proyecto. El camino de regreso fue aún más traumático. Villa había dividido lo que quedaba de la expedición en dos pequeñas fuerzas, una de las cuales mandaba personalmente y la otra encabezada por el coronel Bonifacio Torres. En el camino, por razones que no se conocen con claridad, estalló un motín entre las tropas de este último, y lo mataron. Eso condujo a una nueva oleada de violencia, represalias y deserciones que debilitaron aún más a Villa. Los amotinados eran parientes de los hermanos Murga, que lo habían seguido lealmente desde el principio de la revolución. Dos de los hermanos, Ramón y Aurelio, habían participado en la expedición a la ciudad de México y regresado al norte con ella. Al enterarse de la muerte de Torres, Villa decidió matarlos, aunque nada tenían que ver con el motín. Aurelio fue ejecutado, pero Ramón logró escapar y llegar al campamento de su hermano Juan, que comandaba otro destacamento villista. Juan decidió rendirse de inmediato a Murguía y unirse a sus fuerzas.⁶⁴

Desde el punto de vista logístico, el plan de Villa no era realista. Resultaba simplemente imposible que un grupo armado llegara subrepticamente hasta la capital. Aún si hubieran logrado llevar a Carranza hasta Morelos, era dudoso que pudiera Villa regresar al norte, una vez revelada su identidad, a través de miles de kilómetros de territorio controlado por enemigos. Sin embargo, en términos políticos el plan no era tan absurdo. Lo que Villa evidentemente pensaba era que la muerte de Carranza suscitaría una lucha por la sucesión entre sus generales y que alguna facción se inclinaría a aliarse con él o por lo menos a concederle la amnistía. En cierto modo, eso fue lo que sucedió tras la muerte de Carranza en 1920.

Al parecer, el fracaso de su expedición despertó en Villa un tipo de desesperación que nunca había conocido. Por primera vez desde que se incorporó a la revolución de noviembre de 1910, se planteó seriamente abandonar las armas. En agosto de 1917, le envió a Murguía una carta, distinta

en todos los sentidos de la que había publicado dos meses atrás. “Le dirijo la presente [...] con la frente altiva y la cabeza erguida [como] tiene que mantenerse siempre aquel quien, como yo, reclama justicia para su pueblo.” Villa decía que los éxitos de Murguía se habían debido sobre todo a su “buena suerte, pues desgraciadamente todos mis trabajos y todos mis sufrimientos ustedes los supieron aprovechar [...] sin saber concienzudamente quién soy yo, sólo piensan constantemente en matarme”. Y le pedía:

Consulten ustedes sinceramente la voz de su conciencia y pregúntenle qué contiene la importación en abundancia, a nuestra patria, de dinero americano, pregúntenle si esos caudales que están dando a Carranza será porque los gringos nos quieren.

Yo continuaré sufriendo y quizá mañana me matarán cumpliéndose los deseos de ustedes, pero moriré con la conciencia del deber cumplido, satisfecho de que jamás habrá quien me titule traidor.

Fíjese usted, amigo mío, en que su patria, que es la mía, nunca será rica, ni grande, ni libre, mientras no cortemos toda clase de comunicaciones y transacciones con los yanquis, que son los verdaderos enemigos de nuestro país, aunque ustedes, cegados por los odios personales, no lo comprendan así.

A continuación, advertía: “ustedes y sus ejércitos son insuficientes para capturarme, porque estoy creado en los desiertos y acostumbrado a enfrentarme con las alternativas de la vida. Si en algún combate llegan ustedes a matarme, cuando las pasiones personales se hayan calmado o desaparecido y juzguen ustedes con un criterio sano y recto, se habrán convencido de que han privado a la República de uno de sus principales elementos para la defensa e integridad de su territorio”. Insistía en que podía haber salido del país en cualquier momento y llevado una buena vida en donde hubiera querido.

¿Porqué no he salido yo de mi patria, caballero? Porque la amo y amo a mi raza y mis esperanzas son las de probarlo con hechos. [...]

Si yo fuese traidor, maldeciría la hora en que nací, pero en mi conciencia está que no lo soy.

Ni usted ni ningún carrancista se encuentra en posibilidades de juzgar los sentimientos que abraza mi corazón, porque los ignoran y su afán es sólo el matarme, sin reflexionar ni volver sus ojos al futuro, pensando en que podría yo servirle a mi patria, si no como general, aunque fuese como soldado.

Vuelvo a repetirle, que ustedes están gastando los tesoros yanquis, y aún no

consultan con honradez la voz de su conciencia, como mexicanos dignos.

No digo a usted más, porque estoy convencido de que sólo se preocupan por su medro personal sin acordarse de su patria, triste y afligida.⁶⁵

Esta carta al parecer derivaba de una oferta que Villa le hizo a Murguía de dejar las armas y retirarse a una vida pacífica. No está claro qué condiciones había pedido. En cualquier caso, según el destacado historiador chihuahuense, Francisco Almada, Murguía se negó “pretextando que estaba declarado fuera de la ley”.⁶⁶ Tampoco está claro si la negativa vino sólo de Murguía o si Carranza la corroboró. Esta decisión concuerda ciertamente con la política general que siguió Carranza de rechazar cualquier reconciliación con miembros de las facciones revolucionarias que se le habían opuesto, y también con las intenciones de Murguía de utilizar la guerra civil en Chihuahua para su enriquecimiento personal. Así pues, los carrancistas no le dejaron a Villa otra salida que seguir luchando. Incluso si hubiera querido salir del país, cosa que nunca hizo, no hubiera tenido a dónde ir. Tras la masacre de Santa Isabel y el ataque a Columbus, los estadounidenses jamás le habrían dado asilo, sino que lo hubieran llevado a juicio. De haber ido a algún otro país, tanto Estados Unidos como Inglaterra (por el asesinato de Benton) habrían pedido su extradición. Sin duda, pensó que no tenía más alternativa que pelear, con la esperanza de que en algún momento Carranza renunciara o fuera depuesto, y sus sucesores hicieran por fin la paz con él.

Al emprender las que serían sus últimas campañas, descubrió que su apoyo popular se había reducido hasta llegar al punto más bajo desde el día en que se unió a la revolución, aunque aún podía contar con la lealtad de muchos de sus antiguos soldados. La actitud de éstos es comparable a la de los viejos soldados de Napoleón al enterarse de su captura, tan expresivamente descrita en el famoso poema de Heinrich Heine, “Los dos granaderos”:

¿Qué importa la mujer? ¿Qué importa el hijo?
Mucho mayor cuidado me sacude.
Vayan ellos y mendiguen muertos de hambre.
¡Mi Emperador, mi Emperador han capturado!

Y hermano, ésta mi única súplica
concédeme ahora que muero:
Lleva mi cuerpo a Francia, y allí,
en tierra francesa, plántame.

La cruz de honor con su banda escarlata
coloca sobre mi corazón...⁶⁷

El equivalente mexicano del poema de Heine puede ser la famosa descripción atribuida a Rafael F. Muñoz, aunque probablemente apócrifa, de cómo Villa reclutó a uno de sus viejos soldados. Cuando le pide que lo siga de nuevo, el soldado rehúsa con tristeza, diciendo que tiene que cuidar de su mujer y su hija. Villa le dice:

“Tienes razón, Tiburcio Maya... ¿Cómo podías abandonarlas? Pero me haces falta, necesito todos los hombres que puedan juntarse, y habrás de seguirme hoy mismo. Y para que sepas que ellas no van a pasar hambres, ni van a sufrir por tu ausencia, ¡mira!” Rápidamente, como un azote, desenfundó la pistola y de dos disparos dejó tendidas inmóviles y sangrientas a la mujer y a la hija. “Ahora ya no tienes a nadie, no necesitas rancho ni bueyes. Agarra tu carabina y vámonos”.⁶⁸

Por obvias razones –su ejército era mucho más pequeño que el de Napoleón–, la relación de Villa con sus soldados siempre fue mucho más personal. Había sido padrino de sus hijos, les daba dinero en momentos de necesidad, comía con ellos en sus campamentos, los encabezaba personalmente en la batalla y había creado una compleja red de relaciones que para muchos de ellos eran más importantes que cualquier otro tipo de vínculo. Además, constantemente llegaban nuevos reclutas a las fuerzas villistas debido al comportamiento del ejército carrancista que, en parte por la codicia de los generales de Carranza y su política de enviar al antiguo territorio villista hombres de otras partes del país, sin relación con el pueblo de Chihuahua y Durango, operaba casi como fuerza de ocupación. A esto hay que añadir que muchos soldados del gobierno no recibían salario o recibían muy poco, quizás a causa de la avaricia de sus superiores que a veces se quedaban con los fondos y alimentos destinados a los soldados, y al simple hecho de que el tesoro carrancista no tenía fondos para abastecer al enorme ejército que había formado, de manera que los soldados a menudo tenían que vivir de los territorios que ocupaban. Lo que esto significaba fue descrito eficaz, aunque un tanto melodramáticamente, por Patrick O’Hea:

Estas hordas de langostas, estos soldados y sus mujeres, demacrados, salvajes, hambrientos, que apestan a suciedad y enfermedad, consumen y acaban todo. Se quejan de que no les pagan, de que desde hace semanas no han recibido un

centavo. Si sus oficiales se han embolsado su soldada o no, no lo sé, el resultado es el mismo.

“¡Villista!” es la acusación que acompaña el golpe o el tiro para el desdichado que querría salvar de sus garras el sostenimiento de su familia; yo mismo lo he visto, un pueblo que queda como una ciudad de los muertos, las mujeres escondidas y temblando, la comida desaparecida y el hombre demasiado exhausto para intentar siquiera salvar su manta y su lecho de los invasores.⁶⁹

Esta descripción resulta más que corroborada en las innumerables quejas e informes que llegaban al cuartel general de los carrancistas. El 12 de agosto de 1917, el general carrancista Favela informaba que muchos pueblos de Chihuahua se preparaban para atacar a las tropas de otro general de Carranza, Sosa, “pues los rancheros piden que se pague todo lo que se les ha quitado contra su voluntad y por la fuerza, pues esta tropa no ha sabido respetar nada”.⁷⁰

Los habitantes de Santa Isabel protestaron ante Murguía porque los soldados de Chávez, uno de sus subordinados, estaban “empleando como combustible las puertas, ventanas, techos” y se robaban el ganado para venderlo al otro lado de la frontera.⁷¹ El sobrino de Carranza le escribió a éste describiendo cómo cuatro colonias agrícolas cercanas a Ojinaga estaban siendo despojadas de su maíz por los soldados carrancistas, que también confiscaban su ganado y sus caballos y los vendían en Estados Unidos.⁷² En este caso particular, Murguía amonestó a su subordinado,⁷³ pero en general no se preocupaba por contener a sus tropas.

Algunas víctimas de estos despojos se unían a Villa. Él podía ofrecerles venganza, pero no protección de sus propiedades, ya que no controlaba de manera permanente ninguna región del norte, y no parecía tener perspectivas de lograr de nuevo una victoria decisiva. Éstas no eran las únicas razones por las que quienes odiaban a los carrancistas no siempre se le unían: a muchos les repugnaban las atrocidades que sus propios hombres cometían –la historia de la violación de las mujeres de Namiquipa se había difundido–; muchos se sentían traicionados porque Villa los había reclutado para luchar contra los estadounidenses pero, en cambio, los había forzado a pelear contra los carrancistas. Cuando los estadounidenses salieron del país, Murguía apeló a la frustración de esos soldados y les ofreció una amnistía. El 7 de febrero, publicó una proclama al pueblo de Chihuahua que decía:

Las fuerzas estadounidenses que formaban la Expedición Punitiva se han retirado por completo de nuestro territorio nacional y han cruzado la frontera estadounidense el 5 de febrero. Este hecho ha puesto fin al único pretexto que el bandido [Villa] ha utilizado para alistar en su ejército a gran número de ciudadanos trabajadores que [...] creían que era su deber reforzar a las hordas vandálicas de Villa. La hidra reaccionaria se encuentra ahora en los estertores de la muerte bajo el mando del criminal Francisco Villa y la única causa que defiende es la de un desastroso vandalismo [...] Daré garantías a cualquier ciudadano que, decepcionado por la actitud antipatriótica [de Villa], abandone al bandido y deponga las armas.⁷⁴

LAS DEFENSAS SOCIALES

Muchos de los soldados de Villa respondieron a la oferta de Murguía. Villa nunca había intentado explicarles por qué seguían luchando tras la retirada de los estadounidenses. En el momento de auge del villismo, entre 1913 y 1915, la gente del campo chihuahuense lo consideraba el campeón del reparto agrario, y de hecho los primeros pasos hacia la reforma agraria se habían tomado durante su gobierno, aunque, a diferencia de lo ocurrido en Morelos y por razones que ya hemos explicado, no se llevó a cabo un reparto a gran escala. A partir de 1916, Villa perdió al parecer todo interés, tanto de palabra como de obra, en la reforma agraria. Muchos habitantes del campo, en Chihuahua y Durango, se volvieron contra él cuando Carranza les ofreció una salida adecuada: el gobierno no sólo les permitió sino que los alentó a formar milicias locales, para las cuales proporcionaba armas y municiones. Se les exigía que combatieran a los villistas, pero a cambio podían defender sus hogares contra ellos, contra los bandoleros que asolaban el campo y contra los propios soldados de Carranza. Estas organizaciones, llamadas “defensas sociales”, no sólo existieron en Chihuahua, sino en muchas partes de México, aunque su composición variaba enormemente. En un extremo del espectro social se hallaba una de las primeras, fundada durante la época de Huerta en la ciudad de Durango. Estaba integrada exclusivamente por las familias más ricas y luchó desesperadamente para evitar la toma de la ciudad por las fuerzas revolucionarias de Calixto Contreras y Tomás Urbina, en 1913. En el otro extremo, se hallaba la defensa social de San José de Gracia, en el estado de Michoacán. Incluía prácticamente a todos los hombres adultos del pueblo que eran capaces de llevar armas, y resistió a todas las fuerzas armadas exteriores que intentaron entrar en la comunidad.⁷⁵ Sin

embargo, estos cuerpos no aparecieron en todo el país: casi no se desarrollaron allí donde el gobierno tenía un control firme, como en Yucatán, o donde la mayoría de la población apoyaba a los revolucionarios, como en el Morelos zapatista.

Poco tiempo después de asumir como gobernador de Chihuahua, a principios de 1916, Enríquez había intentado con escaso éxito crear defensas sociales; su permanencia en el cargo fue demasiado breve y la popularidad de Villa era aún demasiado grande. La única organización de ese tipo que se logró crear fue la de Namiquipa y los pueblos vecinos, bajo los auspicios de Pershing. Treviño no trató de integrar otras defensas sociales y no lo podría haber hecho, ya que Villa controlaba todo el campo de Chihuahua a fines de 1916. Pero desde mediados de 1917, cuando los villistas perdieron ese control y también las simpatías de gran parte de los habitantes, las defensas sociales empezaron a proliferar. Su composición social y su dirigencia eran variadas. En la hacienda de Babícora, propiedad de Hearst, la defensa social estuvo encabezada por Maximiano Márquez, un capataz, y bajo la clara influencia del hacendado. En algunos pueblos, todos los habitantes participaron en la formación de la defensa social, pero ésta a menudo reflejaba las divisiones internas que existían desde antes incluso de que estallara la revolución y que habían quedado soterradas en la época de Villa. En la mayoría de los casos, los más ricos tomaban el control de la defensa social. Muchos integrantes eran antiguos villistas que pensaban, como un antiguo soldado de la División del Norte, que “ya no era una cosa justa, ni mucho menos legal lo que se perseguía. Eran cosas personales de Carranza y Villa y [...], siendo Carranza el gobierno, entonces lo mejor era unirse a Carranza o irse a trabajar a la vida privada”.⁷⁶ “Lo que procurábamos nosotros era pues terminar con que entraran gentes [...]; ya todos hacían lo que querían aquí: robaban, saqueaban a nombre de Villa, a nombre del gobierno, a nombre de quien fuera [...] pero no estábamos seguros de que no eran ni de Villa, ni del gobierno, ya eran gavillas de bandoleros que andaban. Entonces como le digo, viendo eso, nos organizamos.”⁷⁷

Aunque las defensas sociales a menudo combatieron contra Villa, sus relaciones con el ejército y el gobierno federal eran todo menos armoniosas. En casos extremos se enfrentaron con los destacamentos federales que intentaban saquear sus pueblos. Cuando el ejército federal pedía que se unieran a sus expediciones contra Villa, lejos del pueblo natal, ellos se negaban.

La historia de la defensa social de un pueblo de Chihuahua, Los Llanos de San Juan Bautista, muestra sus objetivos y los problemas que se le presentaban.

“Estando ya cansado de pasar por un sinnúmero de percances ocasionados por los horrores de la guerra, pues ya no éramos dueños de conservar nuestros alimentos, intereses y seguridades en nuestras personas, y no encontrando otros medios para hacernos respetar, nos hemos propuesto a formar una *defensa social armada...*” Los habitantes pidieron la aprobación del gobierno y armas, y luego se reunieron y eligieron a un jefe de la defensa. En la asamblea, declararon que su principal propósito era defender su pueblo e ir en ayuda de las defensas sociales de las comunidades vecinas. La primera acción de la defensa no estuvo dirigida contra Villa sino contra un coronel que mandaba la guarnición carrancista de un pueblo cercano: había confiscado repetidamente ganado del pueblo para alimentar a sus tropas, sin que nadie le opusiera resistencia. La nueva defensa social decidió que era hora de que las cosas cambiaran. Cuando los hombres del coronel llegaron, se encontraron con treinta hombres armados con rifles; les dijeron que si el coronel no pagaba lo que se llevaba no le darían más ganado. Éste fue el primer episodio de una larga historia de conflicto entre la defensa social del poblado y el ejército federal. En octubre de 1917, ochenta y dos hombres de la defensa social fueron en ayuda del pueblo vecino de San Francisco de Borja, atacado por guerrilleros villistas. Se les unieron las tropas federales del general Rueda Quijano. A las pocas horas se hallaban al borde del enfrentamiento con los carrancistas, porque Rueda Quijano trató de quitarles su bandera e incorporarlos a su ejército. Sólo desistió cuando la defensa amenazó con disparar contra sus tropas. Se produjo un nuevo conflicto cuando intentó que la defensa se sumara a una campaña contra Villa, lejos del pueblo, y de nuevo tuvieron que amenazarlo para que los dejara volver a sus casas. Las relaciones empeoraron aún más durante la siguiente campaña en que los habitantes de nuevo “colaboraron” con Rueda Quijano. Se enfurecieron porque el general federal permitió que sus tropas saquearan el pueblo de Santa Cruz de Mayo y más cuando los caballos de su caballería atropellaron las milpas que habían plantado los de Mesa de Chilicote. “Todos estos actos nos causaban repugnancia puesto que íbamos a dar garantías y no a causar perjuicios, pero no lo podíamos evitar porque los mismos jefes militares consentían en ellos; seguimos la marcha hasta llegar a Santa María de Cuevas, donde siguieron haciendo sus barbaridades; allí se amotinó la gente nuestra, diciendo que ya no quería presenciar más hechurajos de los que antes habían visto y [...] nos regresamos a nuestros pueblos.”⁷⁸

La decepción de muchas defensas sociales ante el ejército federal no las indujo a unirse a Villa. Por el contrario, siguieron combatiendo a las guerrillas

villistas que muchos consideraban el principal impedimento para la paz.

Carranza pronto se dio cuenta del potencial que representaban para su régimen las defensas sociales. Si su gobierno podía movilizar suficiente apoyo en el campo chihuahuense, aunque Villa no fuera capturado ni muerto, dejaría de contar con una fuerza de combate efectiva. Pero, para mediados de 1918, Carranza entendió que a pesar de la creciente oposición popular a Villa, mucha gente no estaría dispuesta a defender al gobierno mientras éste les diera a los militares el control irrestricto de Chihuahua. Desde que Enríquez abandonó la gubernatura a mediados de 1916 y fue remplazado por el hermano de Treviño, el gobierno civil había estado en manos de los comandantes. El gobernador siguiente, Arnulfo González, militar subordinado de Murguía, obedecía ciegamente las órdenes de éste. Carranza pensaba que si establecía un gobierno civil que no estuviera directamente controlado por los militares, la movilización popular contra Villa aumentaría. Con ese fin, envió a Enríquez a Chihuahua a reasumir la gubernatura provisional. A diferencia de Murguía y de González, ambos procedentes de Coahuila y considerados como jefes de una fuerza de ocupación exterior, Enríquez era chihuahuense y, durante su gobierno provisional a principios de 1916, había empezado a establecer vínculos con la gente de la sierra. Al asumir de nuevo el gobierno, se dio cuenta de que para ejercer cualquier medida de poder real tendría que tener fuerzas armadas propias. Intentó tomar el control de las defensas sociales, la mayoría de cuyos miembros lo apoyaron, ya que no querían quedar bajo las órdenes del ejército federal de Murguía. Pero éste no estaba dispuesto a ceder ante un hombre como Enríquez, a quien consideraba un político advenedizo. En un destemplado telegrama a Carranza, expresó su enojo por los intentos de Enríquez por hacerse del control de las defensas sociales.⁷⁹ Carranza se encontró entonces en un dilema. Quería que Enríquez movilizara a la población chihuahuense en su favor, debilitando el poder de los militares y aumentando el de la autoridad civil. Pero Murguía era uno de sus generales más leales y eficaces. Finalmente, se decidió por una salida intermedia que no satisfizo a nadie. Por una parte, dejó claro que las defensas sociales permanecerían bajo el control de Murguía, por la otra permitió que Enríquez creara una policía rural de seiscientos hombres que estarían bajo su mando. El gobernador se sintió decepcionado; telegrafió a Carranza diciendo que si se le daba el mando de fuerzas militares suficientes, y sobre todo de las defensas sociales, podía lograr la “absoluta pacificación con elementos de este estado y sin costo para ese gobierno. Ruégole no me niegue su apoyo y me dé única oportunidad tendré en mi vida de hacer algo grande desarrollando mis

facultades. Sin embargo, usted me ha enseñado a luchar y arreglo mi estado o muero en mi puesto”.⁸⁰ En noviembre de 1918 estuvo, en efecto, a punto de morir, no a manos de Villa, sino de Murguía, que le ordenó a su lugarteniente Hernández atacar a Enríquez y a sus tropas, y acabar con él. Sólo lo salvó un desesperado llamado de auxilio a Carranza, quien decidió llamar tanto a Murguía como a Enríquez a la ciudad de México.⁸¹ Le retiró el mando de Chihuahua a Murguía y, para conservar su lealtad, lo envió como comandante en jefe a Tamaulipas. Unos meses después, Enríquez partió de nuevo a Chihuahua, no como gobernador sino como comandante de todas las fuerzas paramilitares del estado, incluidas las defensas sociales. Entonces el número de éstas empezó a crecer espectacularmente.

Para los villistas, las defensas sociales eran una pesadilla. En años anteriores, excepto por la rebelión de Orozco, Villa era recibido con los brazos abiertos por la población de todas las comunidades de Chihuahua, y sólo tenía que combatir contra las guarniciones de los federales, a quienes los habitantes detestaban. Ahora tenía que agazaparse en las comunidades más apartadas, y sus principales oponentes no eran los federales sino los propios habitantes. Probablemente a esta situación se refería Villa cuando años más tarde, después de dejar las armas, respondió a la pregunta de Raúl Madero: “General, ¿cuál fue la situación más difícil de todas las que enfrentó?”, diciendo: “Cuando el pueblo se volvió contra mí”.⁸² Tal vez el peor golpe para él fue cuando los pueblos que siempre habían sido el centro de su movimiento y donde habían sido reclutados algunos de sus hombres más fieles, como San Andrés, formaron su propia defensa social y se enfrentaron a tiros con los villistas que intentaban entrar en el pueblo.

La cólera que esas acciones provocaban en Villa así como su frustración, pero también la incertidumbre en que se hallaba, se expresan claramente en la larga proclama que dirigió a las defensas sociales a fines de 1918. A la vez las adulaba y las amenazaba, y por primera vez desde el fin de la ocupación estadounidense, intentó dar una explicación de cuál era el objetivo de su lucha.

Mientras los estadounidenses ocupaban parte del territorio, Villa apeló al nacionalismo mexicano contra Estados Unidos. Esta vez, apelaba al nacionalismo chihuahuense contra los forasteros. Acusaba a Carranza y a sus comandantes de robarse y sacar del estado gran parte de sus riquezas. Sabía que tocaba una cuerda sensible al acusarlos de traer soldados “de otros lugares [...] cogido[s] de leva y de las cárceles a arrebatarnos oficialmente nuestro bienestar a la vez que nuestras riquezas”. Insistía en que hasta entonces siempre les había perdonado la vida y había puesto en libertad a los miembros de las defensas

sociales que caían prisioneros. Pero si seguían luchando contra él, advertía, se vería forzado a tomar medidas más severas y a exterminar las milicias locales. Llamaba a las defensas sociales a unírsele en la lucha contra Carranza, a quien tildaba de ser el más corrupto tirano de la historia de México, para salvaguardar la soberanía del estado.⁸³

La proclama no mencionaba en absoluto el tema de la tierra, ni acusaba a Carranza por no haber realizado la reforma agraria. ¿Creía Villa tal vez que si planteaba el tema crearía divisiones entre sus potenciales partidarios, o simplemente había perdido interés en el asunto? Esto último no parece que fuera el caso, ya que en pláticas individuales con los miembros de las defensas sociales que capturaba sí mencionó el tema. En una ocasión, tomó prisioneros a varios miembros de la defensa social de la hacienda de Rubio. En vez de fusilarlos como hubiera hecho de tratarse de federales, prácticamente les rogó que dejaran las armas: “Yo sé que ustedes son sociales y está bien, pero no salgan acá, defiendan sus casas, muy bien [...] pero acá no porque [...] ¿qué mal les hago yo a ustedes...? Por lo que yo ando en la revolución y todo es precisamente que el pueblo de México sea dueño de México, que los grandes latifundios sean repartidos entre los pobres”.⁸⁴

En general, las defensas sociales prestaron oídos sordos a los llamados de Villa; siguieron proliferando y combatiendo contra él. En su proclama, Villa decía que Murguía y Enríquez eran de la misma calaña, pero los campesinos chihuahuenses no lo veían así. Cuando Carranza quitó a Murguía del mando y puso a Enríquez a la cabeza de las defensas sociales, muchos pensaron que por primera vez los comandaba uno de ellos y ya no eran instrumento del control externo.

Para fines de 1917, Villa llegó a lo que parece el punto más bajo de su carrera. Al emprender su última gran campaña, en 1916, su situación era difícil, pero aún contaba con bastantes recursos. Su principal fuente de apoyo financiero eran en ese tiempo las propiedades de los estadounidenses; tenía acceso a las armas y municiones que había escondido, las que le permitieron derrotar repetidas veces a los carrancistas y abastecerse a sus expensas, no sólo en las veintidós batallas que ganó, sino con la ocupación de Chihuahua y de Torreón. Además, muchos habitantes de los pueblos estaban todavía dispuestos a luchar por él y a proporcionarle alimento.

Para fines de 1917, ya no contaba con ninguno de esos recursos: las propiedades de la oligarquía estaban agotadas, la mayoría de los estadounidenses habían salido del país y, tras la masacre de Santa Isabel, pocos se aventuraban a

regresar; no tenía armas suficientes para atacar a los carrancistas y capturar más pertrechos; la frontera estaba mejor patrullada que nunca gracias al mayor número de soldados con que contaba el gobierno de Estados Unidos tras la creación del servicio militar obligatorio.

Villa no quería recurrir a una estrategia de supervivencia a costa de los pueblos y alimentar a sus hombres con las cosechas. Ello lo habría transformado en un bandolero y habría exacerbado la oposición popular contra él. En esa situación desesperada, dio una vez más pruebas de su creatividad y su pragmatismo. A pesar de su hostilidad hacia los estadounidenses, abandonó su estrategia de expulsarlos del país y les permitió regresar y reemprender labores, siempre que le pagaran impuestos. En vista del enorme aumento en el precio de los minerales como resultado de la primera guerra mundial, muchas compañías estadounidenses reiniciaron su funcionamiento; en efecto, le pagaban impuestos a Villa, y nunca hubo una repetición de la matanza de Santa Isabel.

Uno de los ejecutivos del Ferrocarril del Noroeste de México informaba a su jefe

que él sabe que prácticamente todas las compañías que operan en el distrito de Parral le están pagando [a Villa] por protección y que no hay otra forma de que puedan funcionar. Me dijo de una empresa que ha estado pagando dos mil dólares al mes; pasado un tiempo decidieron que era mucho y en uno de sus pagos sólo mandaron mil. Pocos días después [bienes por] unos veinte mil de su propiedad fueron destruidos. De inmediato mandaron los otros mil, y desde entonces no han tenido problemas.⁸⁵

Con el dinero así obtenido, Villa podía pagar a sus hombres en plata y hacer otro tanto cuando adquiría alimentos en los pueblos. Eso le permitió mantenerse a flote, aunque es posible que modificara el carácter de su ejército. Algunos de los hombres que lo seguían eran sus antiguos soldados, aún fascinados por su carisma. Otros habían sido víctimas del despojo de los carrancistas, y en algunos casos se habían opuesto a las defensas sociales. En varios pueblos las defensas no representaban a toda la comunidad sino a ciertas facciones que no vacilaban en perseguir a sus opositores o, a veces, en saquear otros pueblos. José María Salcido, de San Buenaventura, se quejaba ante Enríquez de que el jefe de la defensa social de Cruces, Anastasio Tena, había apresado a su hijo y había sustraído bienes de su propiedad porque Salcido se había visto forzado a unirse por un tiempo a las fuerzas de Villa, aunque desertó en cuanto pudo.⁸⁶ Otros –

desempleados, desertores de las fuerzas carrancistas– se unían a Villa porque, a diferencia del gobierno, no pagaba en papel moneda, sino en plata.

LOS HACENDADOS REGRESAN A CHIHUAHUA

Sin fanfarrias ni ruido, sin encontrar una fuerte oposición, casi subrepticamente, cada vez más hacendados chihuahuenses regresaban a asumir el control de sus propiedades. El primer grupo retomó la posesión de sus haciendas a principios de 1916, bajo la gubernatura provisional de Enríquez. Incluía a algunos miembros de la familia Terrazas, como la señora Creel de Luján.⁸⁷ Esa primera etapa del retorno de sus propiedades a la oligarquía tradicional terminó a mediados del año, cuando Enríquez abandonó su cargo y partió a la ciudad de México. Pero su marcha no fue la principal razón de que el proceso se interrumpiera: más importante fue el hecho de que Carranza había decidido que era tiempo de que el gobierno federal, y no los gobernadores, tomaran la decisión final sobre el destino de las propiedades confiscadas.⁸⁸ En la mayor parte de México, esa decisión demoró pero no puso fin a la devolución de las haciendas. En Chihuahua, contribuyó a interrumpir la posibilidad de una guerra con Estados Unidos en 1916 y principios de 1917. El creciente número de soldados carrancistas acuartelados en el estado requería los ingresos de las propiedades confiscadas, y las autoridades temían que una devolución masiva favorecería políticamente a Villa. Por ello, en enero de 1917, Carranza no sólo se negó a devolver sus propiedades al clan Terrazas sino que decretó oficialmente que estaban “intervenidas”. El propio Terrazas favoreció esta salida, al recurrir a fines de 1916 a los tribunales de Texas para impedir la venta del ganado de sus haciendas a ese lado de la frontera. En el proceso, Terrazas sostuvo que el ganado le había sido robado, ya que el gobierno de México nunca había confiscado oficialmente sus propiedades.⁸⁹ Así, no le dejó elección a Carranza. Si quería vender el ganado de Terrazas tenía que decretar la intervención de todos los bienes de la familia, a la que se añadieron los de Villa y algunos de sus principales comandantes, incluso de aquellos que, como Fidel Ávila, habían hecho la paz con los carrancistas.⁹⁰

A fines de 1918, la política de Carranza respecto de la oligarquía chihuahuense se modificó. Decidió hacer las paces con ella y permitirle recobrar el control sobre el grueso de sus bienes. Ese cambio formó parte de un giro general del gobierno hacia la derecha en relación con la reforma agraria.

Otro factor que contribuyó a la decisión de Carranza fue que sus generales habían saqueado de tal forma las propiedades confiscadas⁹¹ que para 1918 éstas no daban rendimiento alguno al estado. En el informe que le dirigió el gobernador Andrés Ortiz se decía que aunque las haciendas confiscadas constituían una tercera parte de los bienes inmuebles del estado, no proporcionaban beneficios de ninguna clase.⁹² Carranza resolvió pues devolver el grueso de sus propiedades primero a los hacendados íntimamente vinculados a los Terrazas, luego a los miembros más jóvenes de la familia y finalmente al propio Luis Terrazas.

En mayo de 1916, Guillermo Muñoz, rico hacendado de Chihuahua relacionado con los Terrazas, había pedido la devolución de las propiedades que Pancho Villa le había expropiado, insistiendo en que “mi humilde personalidad es bien conocida en todo el estado de Chihuahua y las personas más honorables del mismo estado pueden deponer acerca de mis antecedentes y de mi ninguna injerencia en asuntos de política”.⁹³ Pero en 1916, el gobernador Treviño se opuso terminantemente, diciendo que esas propiedades “no deben ser devueltas por considerársele como un enemigo de la causa constitucionalista, en virtud de que ayudó al orozquismo y huertismo y muy unido con ellos”.⁹⁴ En 1919, a pesar de las objeciones del gobernador, Carranza decidió a favor de Muñoz.⁹⁵ Ese mismo mes, se le permitió a Juan Terrazas retomar el control de sus posesiones.⁹⁶

Estas medidas fueron el prelude de una decisión más importante que por primera vez suscitó fuertes objeciones de los propios funcionarios carrancistas en Chihuahua: la devolución de sus bienes al hacendado más rico y poderoso del estado, Luis Terrazas.

Desde la victoria de Carranza sobre Villa, Terrazas había dado señales de que deseaba hacer las paces con los constitucionalistas y estaba dispuesto a apoyarlos si le devolvían sus propiedades. En agosto de 1918, obviamente consideró que había llegado el momento de hacerle una oferta explícita a Carranza. Escribió una larga carta al gobierno mexicano en la que solicitaba la devolución de lo que se le había expropiado e intentaba refutar todos los cargos que, en el largo curso de la revolución mexicana, los revolucionarios de las más diversas tendencias habían levantado contra él.⁹⁷ Sus grandes propiedades, insistía, no habían sido obtenidas despojando de sus tierras a la gente del campo y a los pobres, sino comprando haciendas de terratenientes ricos en una época en que su valor era mínimo debido a los frecuentes ataques de los apaches y a la falta de comunicaciones y ferrocarriles. Su fortuna, escribía, era resultado del

aumento en el valor de estas propiedades a partir de que los apaches fueron derrotados, se construyeron ferrocarriles y las condiciones económicas generales empezaron a mejorar. Terrazas describía ampliamente su colaboración con Benito Juárez en la lucha contra los conservadores y los franceses, y señalaba que se había opuesto a los intentos de Porfirio Díaz de tomar el poder en 1872 y 1876. Pero sólo glosaba brevemente los periodos de la era porfiriana en que había sido gobernador del estado. Insistía en que después del estallido de la revolución en 1910, nunca tomó parte activa en el combate contra ella y en que se había retirado completamente de la política en ese periodo. Sostenía que era esencialmente una víctima de Pancho Villa, quien le había expropiado sus bienes y había encarcelado durante dos años a su hijo Luis, el cual había muerto en Estados Unidos, como resultado de los sufrimientos soportados durante su encarcelamiento. Los productos de sus tierras, afirmaba, habían contribuido a la victoria militar de la División del Norte y más tarde de las fuerzas carrancistas.

De todo lo que he dicho se puede concluir claramente que siempre he cumplido mi deber como ciudadano y como funcionario público al defender la constitución general del país, así como su autonomía y su gobierno legítimo; en los últimos años de mi vida, no he tenido nada que ver con la política y por esa razón no existe absolutamente ninguna justificación para impedirme durante tanto tiempo tomar el control de mis propiedades legítimamente adquiridas y por esa razón pido y exijo que la confiscación de mis propiedades en el estado de Chihuahua llegue a su fin y que todas ellas me sean devueltas.

Carranza sometió la carta de Luis Terrazas a la consideración del gobernador del estado, Andrés Ortiz. En su respuesta, Ortiz refutaba cada uno de los argumentos de Terrazas.⁹⁸ Cuestionaba la afirmación de Terrazas de que su imperio había sido adquirido solamente por compras de los terratenientes ricos y no a costa de nadie. “En la mayoría de los casos”, decía, las haciendas de Terrazas “las compraron en todo o en parte a la compañía deslindadora, es decir, cuando dicha compañía practicó lo que se llamó deslinde general del estado, les traspasó grandes extensiones de terrenos inmediatos a esas haciendas, terrenos que en muchos casos eran de particulares que por negligencia o por ignorancia no tenían sus títulos en regla, y de otros, que poseyéndolos, no se los respetaron.” Ortiz insistía en que durante la época porfiriana

la actuación política del señor Terrazas padre, y la de sus familiares, en el lapso de tiempo que pudiéramos llamar prerrevolucionario, tuvo como

orientación general el predominio absoluto en el gobierno del estado para la protección y acrecentamiento de sus intereses, para lograr lo cual jamás se vaciló en llegar a los procedimientos harto conocidos de la época porfirista, pero no fue eso sólo, las leyes hacendarias del estado fueron verdaderas leyes proteccionistas de los intereses Terrazas.

Decía Ortiz que esas propiedades eran sistemáticamente subvaluadas para que les correspondiera una tasa de impuestos extremadamente baja.

Negaba también la afirmación de que desde el inicio de la revolución Terrazas no había intervenido en política. Insistía en que la familia había actuado como un solo cuerpo y que el viejo Luis Terrazas permanecía en segundo plano dejando que sus hijos se encargaran de las actividades políticas. Así, después del estallido de la revolución, el hijo de Luis, Alberto, organizó un cuerpo de mil hombres para combatirla, mientras su hermano Juan levantaba fuerzas de similar tamaño en otras partes del estado.

Después de la rebelión de Orozco en 1912, su movimiento obtuvo un préstamo voluntario de un millón doscientos mil pesos; “una gran parte de los bonos fueron tomados por los señores Terrazas (\$ 500 000.00) y por los bancos locales controlados por ellos”. Huerta había disfrutado, tras su victoria, del pleno apoyo de la familia. Alberto había organizado un nuevo cuerpo de voluntarios que hasta 1914 combatió por el gobierno huertista. En 1914 el Banco Minero, controlado por los Terrazas, expidió bonos especiales para financiar a dicho gobierno.

“El señor Luis Terrazas padre, durante el periodo de tiempo comprendido entre 1910 y 1913, obró por conducto de sus hijos, guardando así un aparente alejamiento de los asuntos públicos.”

Ortiz cuestionaba el enorme tamaño de las propiedades, diciendo que Terrazas controlaba aproximadamente una décima parte de las tierras del estado, entre ellas las tierras agrícolas más ricas y valiosas. Subrayaba que su devolución tendría un impacto tremendo en el estado. Tal vez porque conocía las opiniones de su jefe, el gobernador no descartaba la posible devolución de los bienes, sino que insistía en que en tal caso el estado debía obtener alguna garantía, como el derecho a comprarlas en cualquier momento a su valor catastral.

Las objeciones del gobernador no tuvieron efecto alguno sobre Carranza. En marzo de 1919, hizo una importante oferta al clan Terrazas. Ese mes, decretó la devolución de sus bienes a muchos de los hijos y parientes de Terrazas y la devolución de todas las propiedades no agrícolas al patriarca,⁹⁹ pero las

haciendas quedaron al principio excluidas de este arreglo, tal vez porque antes Carranza quería tener algún signo tangible de su apoyo; incluso es posible que esperara que Terrazas persuadiera a su abogado estadounidense, el senador Fall, de moderar su exigencia de intervención militar estadounidense en México. Si eso esperaba, se equivocaba, porque Fall continuó con su campaña intervencionista. Sin embargo, Carranza, tal vez en la que sería la última medida social importante que tomó antes de ser depuesto, llevó a cabo lo que había iniciado un año antes. En mayo de 1920, después de sostener una larga entrevista con Carlos Cuitly, otro abogado de Terrazas, decretó la devolución incondicional de todas las propiedades.¹⁰⁰ Había dado un giro completo y estaba decidido a cancelar todo conflicto con la oligarquía tradicional de México.

Esta decisión se mantuvo en secreto y no se implementó antes del derrocamiento de Carranza, por lo que no hubo ninguna reacción pública. Cuando Enríquez intentó, tiempo después, ponerla en práctica, se produjo tal escándalo que el gobierno federal lo obligó a desistir.¹⁰¹

Antes de 1920, la devolución de propiedades a muchos hacendados no suscitó fuertes reacciones ni entre los generales carrancistas ni en los pueblos de Chihuahua. Es fácil comprender la actitud de los militares, ya que habían saqueado las haciendas y posiblemente tenían la esperanza de obtener de ellas nuevos beneficios cuando los hacendados regresaran y las hicieran prosperar de nuevo. Además, algunos de ellos habían sido sobornados, como decía uno de los hacendados chihuahuenses en una carta a Carranza: “hay personas que ofrecen arreglar la devolución de bienes mediante cierta retribución”.¹⁰²

Pero la ausencia de protestas de los peones y los habitantes de los pueblos es de entrada difícil de entender. La confiscación de las propiedades de la oligarquía por Villa fue una medida popular, de la que se habían beneficiado muchos habitantes del estado. Al fin de la revolución, esperaban beneficiarse aún más. Villa había vendido carne de las haciendas a precios bajos y utilizado parte del producto en mantener viudas y huérfanos, así como desempleados. Aunque las condiciones de arrendamiento habían sido al principio idénticas a las de los tiempos de Terrazas, mejoraron notablemente cuando Villa permitió que los aparceros y arrendatarios trabajaran la tierra sin darle al gobierno parte de sus ingresos.¹⁰³ Sobre todo, las tierras confiscadas eran el faro de la esperanza de que, cuando la revolución rindiera sus frutos, serían repartidas entre la gente del campo. Todo esto cambió cuando los carrancistas asumieron su control. En algunas haciendas, el saqueo de generales como Murguía llegó tan lejos que les quitaron la semilla a los agricultores, de modo que no pudieron sembrar la

cosecha del año siguiente.¹⁰⁴ La situación de los arrendatarios se deterioró drásticamente. “En el rancho de Santiago, cerca de Pearson”, reportaba un informante de la inteligencia estadounidense,

que fue propiedad de don Luis Terrazas, los mismos arrendatarios han sido obligados por la Administración de Confiscaciones a bardar sus pequeñas parcelas a sus expensas, y el gobierno del estado está pidiendo como alquiler la tercera parte de la cosecha,¹⁰⁵ a pesar que ni siquiera la cosecha entera representa lo suficiente para sobrevivir. Se trata de tierras que debían ser divididas y entregadas al pueblo. La gente tiene prohibido vender nada de su maíz o sus frijoles hasta haber pagado el tercio del gobierno, e incluso entonces sólo puede vender al cuartel general [...] Nuestro informante dice que nunca ha visto una pobreza tan extrema entre la clase de los pequeños agricultores que hasta ahora siempre habían tenido suficientes básicos para comer y suficiente ropa para abrigarse en invierno. Dice que por primera vez en su vida ha visto a los peones chihuahuenses calzar huaraches. Antes llevaban zapatos hechos en México o calzado barato importado de Estados Unidos. Mencionó a una familia que vive en un rancho pequeño cerca de Pearson, a la que conoce desde hace años, y a cuyo jefe de familia ha empleado repetidas veces; esta vez quería que el hombre le sirviera de cocinero en el viaje y cuando fue a la casa descubrió que por toda ropa de cama, para la madre, el padre y siete hijos, no tenían más que una mala cobija. El café y el azúcar, que los peones solían considerar de primera necesidad, ahora son más bien un lujo, porque valen su peso en oro.

Muchos peones pensaban que el paternalismo tradicional de los hacendados era preferible a la rapacidad de los generales carrancistas. Otros, especialmente los habitantes de los pueblos, tal vez consideraban que sería más fácil forzar a los hacendados a repartir la tierra que presionar a los militares. Tales esperanzas se desvanecieron en parte ante el hecho de que no se repartieron tierras antes de 1920, aunque existió intermitentemente una comisión agraria (Enríquez la disolvió al asumir la gubernatura, en 1918).¹⁰⁶

Fue fácil intimidar a la gente del campo que posiblemente quiso protestar: se impuso la ley marcial en Chihuahua y cualquier crítico de la política del gobierno era prontamente tildado de villista. Resulta más difícil comprender por qué Villa no protestó ante las medidas que destruían lo que muchos consideraban su más caro proyecto: la expulsión de la oligarquía de Chihuahua y el reparto de

sus tierras. Eso era lo que quería lograr en diciembre de 1913, cuando emitió su famoso decreto confiscatorio.¹⁰⁷ De hecho, uno de los principales motivos de su enfrentamiento con Carranza en 1914 había sido que éste deseaba devolver las propiedades confiscadas a sus antiguos dueños. ¿Se debió la actitud de Villa a la esperanza de que, con el regreso de los hacendados, podría hacer con ellos lo que había hecho con las compañías estadounidenses, forzarlos a pagar protección? ¿O era reflejo de su decadencia moral y su creciente aislamiento respecto de la gente del campo? Es posible, pero hay que señalar que a partir de 1920, después de que Villa hizo las paces con el gobierno y declaró que no participaría en política, el único momento en que se permitió romper esa regla fue cuando protestó vehementemente contra un nuevo plan del gobernador Enríquez que, de manera limitada, habría mantenido el imperio de Terrazas bajo un nuevo propietario.¹⁰⁸ Que Villa no protestara públicamente contra el regreso de los hacendados también puede relacionarse con el hecho de que no hizo manifiestos ni proclamas de ninguna clase a partir de junio de 1917, con excepción de la carta que dirigió a las defensas sociales en 1918. Esto puede reflejar una decadencia moral, una falta de fe en la eficacia de las actividades y los manifiestos políticos, o la decisión de dejar esas actividades en manos de los villistas exiliados en Estados Unidos, como su leal seguidor, quien había encabezado su gobierno civil en el norte, el abogado Miguel Díaz Lombardo. La ausencia de proclamas también pudo deberse a la paradójica situación de que, mientras el apoyo popular que tenía en México decrecía, surgía un nuevo apoyo o por lo menos un interés en su movimiento fuera del país, sobre todo en Estados Unidos. Ese interés tenía orígenes heterogéneos: tratantes y contrabandistas de armas y dudosos empresarios de todo tipo se interesaron por Villa cuando descubrieron que de nuevo tenía dinero para pagar por lo que compraba; los exiliados villistas y convencionistas se habían comportado con discreción mientras la expedición de Pershing estaba en México y existía la posibilidad de una guerra entre los dos países, pero después procuraron establecer nuevos vínculos con Villa; por otra parte, a los servicios de inteligencia alemanes y, en menor grado, a los británicos les interesaba utilizarlo para sus propios fines. En mayor medida y con mayores recursos, las compañías petroleras estadounidenses perseguían al parecer los mismos objetivos. Aunque muchas de las maquinaciones e intrigas de estos grupos nunca pasaron de proyectos, algunos sí tuvieron influencia sobre Villa y su movimiento.

Pancho Villa y el mundo exterior

En el momento en que sus tropas se retiraban de Columbus, Villa parecía un paria aislado y expulsado del mundo exterior. Las mismas fuerzas heterogéneas que lo habían apoyado en Estados Unidos en 1913-1914 se volvían contra él. El gobierno preparaba la Expedición Punitiva, los empresarios se retiraban de México y los conservadores acusaban al presidente de haber apoyado vanamente a un bandido como Villa, mientras los radicales lo consideraban un provocador pagado por los empresarios estadounidenses. Con la misma vehemencia con que antes lo alababan, los medios de ese país lo pintaban como un salvaje. Sus posibilidades de obtener armas y abastos procedentes de Estados Unidos parecían haber desaparecido por completo. Los pocos partidarios que aún le quedaban allí estaban tan intimidados que no se atrevían a defenderlo. Y sin embargo, un año después de que la Expedición Punitiva salió de México la relación de Villa con el mundo exterior cambiaría de nuevo, importantes fuerzas dentro y fuera de Estados Unidos intentarían una vez más jugar la carta de Villa y sus partidarios harían oír sus voces una vez más.

LOS CONTRABANDISTAS Y LOS ESTAFADORES

A partir de 1916, contrabandear armas y municiones para Villa se volvió una empresa mucho más arriesgada y difícil de lo que había sido en 1913 y principios de 1914, durante el bloqueo de Wilson contra México. En 1913, el contrabando había sido un fenómeno masivo y una especie de deporte popular. La frontera no estaba tan estrechamente vigilada y las autoridades estadounidenses a menudo se resistían a cumplir el bloqueo. Villa contaba con considerable simpatía al norte de la frontera entre gente que iba desde los

funcionarios del gobierno hasta sectores de la izquierda estadounidense y de los mexicano-estadounidenses. Incluso antes de que tomara Ciudad Juárez a fines de 1913, la mayor parte del lado mexicano de la frontera estaba controlada por los revolucionarios, de manera que los contrabandistas eran cálidamente recibidos, una vez que lograban penetrar en el país.

Pero a partir de 1916, y especialmente tras el ataque a Columbus, quienes trataban de abastecer a Villa encontraban obstáculos que prácticamente no existían tres años antes. Había más tropas y agentes federales patrullando la frontera; los funcionarios eran uniformemente hostiles a Villa, aunque seguía teniendo muchos simpatizantes entre los mexicano-estadounidenses. Si lograban eludir la vigilancia y pasar a México, los riesgos eran mayores, porque los carrancistas controlaban casi toda la frontera. Con excepción de unos pocos meses, de noviembre de 1916 a marzo de 1917, los villistas no tuvieron control permanente de ninguna región. Los contrabandistas tenían que cruzar las líneas carrancistas y hacer complicados arreglos para encontrarse con los villistas en puntos previamente acordados, que a veces eran revelados a las autoridades. Eran pocos los hombres dispuestos a arriesgarse de esa forma y el elenco que formaban daría material sin duda para docenas de películas.

El más importante de los contrabandistas, en el que Villa más confiaba y que por su origen estaba más cerca de él, era George Holmes. Nacido en Uvalde, Texas, procedía también de una familia pobre y también se convirtió muy pronto en cuatrero.¹ No hay pruebas de que se conocieran antes del estallido de la revolución, ya que Holmes limitaba sus tropelías al sur de Texas. “George habría sido un gran ganadero si hubiera sido un hombre honrado”, comentaba con simpatía, después de su muerte, un jefe de policía que lo persiguió mientras vivió.

Hay mucho dinero en la ganadería, si las cosas van bien, si uno trabaja duro y no le importan los años que se acumulen mientras uno construye. Pero George era impaciente. Le daba por equivocarse al leer las marcas del ganado. Muchas veces, tratándose de terneros, a las vacas de George les daba por violar las leyes de la naturaleza. Cuando la naturaleza se pone tan generosa, la ley interviene. George sabía cómo darle la vuelta, sin embargo; y mientras lo logró nadie tuvo nada contra él... es decir, no todo el mundo.²

Los militares y agentes federales que tuvieron que ocuparse de Holmes de 1916 a 1919 fueron menos comprensivos. “George Holmes”, informaba

Grinstead, capitán de infantería en El Paso, a su superior,

era un ferviente villista y obtuvo considerables sumas de dinero como agente vendedor de los bienes robados por Villa [...] Reunía a su alrededor personas de todos tipos y clases, altas y bajas, pero todos con un interés común: el de beneficiarse con la venta de las propiedades ajenas. Sus socios en ese tipo de empresa van desde los altos funcionarios de las instituciones bancarias de esta ciudad hasta los más bajos criminales y pillos. Cuando Villa tuvo que abandonar la frontera en 1915, la venta de sus mercancías robadas se volvió más difícil y los que habían medrado fácilmente con ese negocio se vieron forzados a dejarlo en manos de una gerencia más capaz y sólo unos pocos, como Holmes, lograron eludir los cordones del gobierno *de facto* en la frontera y pasar lo que él confiscaba.

Pero incluso este capitán no consigue disimular cierta admiración por el talento con que Holmes intentó utilizar a la Expedición Punitiva para que Villa obtuviera recursos en Estados Unidos.

Como ilustración de su osadía relataré que, en junio de 1916, concibió la idea de que el ejército estadounidense le ayudara en la tarea de sacar ganado de México desde una región tan remota que, sin esa ayuda, resultaba imposible. Con ese fin obtuvo del representante de uno de los principales bancos de aquí una carta de recomendación para el comandante de la Expedición Punitiva en México, y también una del comandante de la fuerza estatal de *rangers* que daba fe de su confiabilidad e integridad. El plan no era otra cosa que una expedición de robo de ganado y por fortuna las autoridades militares no se dejaron engañar.³

Holmes empleaba como base de sus actividades de contrabando varios ranchos que había adquirido cerca de la frontera, donde recibía el ganado robado y desde donde exportaba las armas y municiones que lograba reunir. Durante tres años, de 1916 a 1919, los funcionarios federales lo vigilaron de cerca, pero no lograron obtener pruebas suficientes para procesarlo.⁴

En los intermedios entre sus batidas al rancho de Holmes y sus intentos por procesarlo, los agentes federales no rehuían utilizar sus servicios. En 1918, cuando Villa secuestró a Frank Knotts, un ejecutivo minero estadounidense que trabajaba en México, y amenazó con matarlo si no le entregaban un rescate de quince mil dólares, el jefe de oficina del Buró de Investigación en El Paso, Gus

Jones, fue a ver a Holmes y le pidió que marchara al campamento de Villa en México y tratara de persuadirlo de liberar a Knotts sin rescate o bien, si esto no era posible, se lo pagara. “Estoy [...] convencido de que el único estadounidense vivo que puede de alguna forma ejercer influencia sobre Francisco Villa para rescatar a este hombre”, escribió Gus Jones a su jefe, “es George Holmes. Debo decir también que, en mi opinión, el señor Holmes ha aceptado una misión muy peligrosa y merece algún tipo de recomendación, ya que ha emprendido este viaje sin ninguna promesa de paga, sólo porque está en juego la vida de un estadounidense.”⁵

Holmes llegó a tiempo de salvarle la vida a Knotts, quien durante su cautiverio había hecho cierta amistad con Villa. Éste le contó la historia de su vida e incluso lo abrazó cuando se separaron, diciéndole: “Hablo muy poco con mis hombres, con usted he sido un auténtico perico”.⁶

El éxito de Holmes y las relaciones relativamente amistosas que gracias a él estableció con el Buró de Investigación tal vez lo volvieron imprudente, ya que pocos meses después los agentes federales pudieron por fin reunir las pruebas necesarias para condenarlo. Con ayuda de dos soldados que había sobornado, Holmes entró en un depósito militar y robó una ametralladora y varias armas más, para pasárselas de contrabando a Villa. Fue capturado, juzgado y sentenciado a cinco años en una penitenciaría.⁷ El gobierno federal se mostró implacable y no se contentó con eso: Holmes fue procesado de nuevo bajo el cargo de perjurio y condenado a tres años más de cárcel. Pero nunca ingresó en prisión, porque Villa demostró que era un amigo en extremo leal. Cuando Holmes apeló su sentencia, el juez aceptó liberarlo con una fianza de quince mil dólares, suma enorme que el reo no poseía. Entonces Villa le envió el dinero, Holmes fue puesto en libertad y escapó a México. Fue asesinado ocho años más tarde en Chihuahua, pero su muerte no tuvo connotaciones políticas. “El motivo fue la venganza”, informó a las autoridades un ranchero estadounidense que era su vecino; “el cuerpo no fue despojado ni siquiera de su pistola.”

La Cumbre San Manuel está en lo alto de la sierra, en una región escasamente colonizada, poblada mayoritariamente por indios. Habiendo vivido allí unos dos años, puedo afirmar que la gente es generalmente amable y en modo alguno hostil a los estadounidenses u otros forasteros. Se dice que la causa directa de la muerte de Holmes es que trató de comprar a una niña de doce años a su madre y, como ésta se negó a venderla, sacó a la familia de la casa en que vivían, diciendo que le pertenecía. Dos tíos de la niña, Gonzalo y Raya

Lugo, están en la cárcel en Guadalupe Calvo, junto con un cómplice. Entiendo que se han obtenido confesiones y es prácticamente seguro que los tres serán fusilados; al parecer son los culpables. Las autoridades fueron inusualmente rápidas en la captura de los asesinos, a pesar de la mala reputación de Holmes.⁸

Una de las razones por las que Holmes pudo evitar hasta 1919 el proceso federal era la capacidad de su abogado, Frank Miller. Desafortunadamente para éste, su eficacia como abogado no corría pareja con su habilidad como contrabandista. Cuando decidió que representar a Holmes en el tribunal no era suficientemente redituable y trató de dedicarse él mismo al contrabando, fue capturado junto con Holmes, en el asalto al depósito militar, y también sentenciado a cinco años de prisión.⁹

Otro de los representantes de Villa en Estados Unidos, Luis Cedaño, que no sólo se encargaba de pasar armas a México, sino también de cobrar protección a las compañías estadounidenses, tuvo un destino un tanto diferente. Las autoridades estadounidenses lo arrestaron con intención de deportarlo. Cedaño obtuvo libertad bajo fianza y huyó al otro lado de la frontera, con la esperanza de reunirse con Villa. “Fue capturado por una pequeña partida de exploración cerca de Santa Rosalía de Cuevas y llevado a la guarnición de Satevó, donde fue identificado por algunos soldados carrancistas, juzgado y condenado a la horca, lo que se cumplió al día siguiente de su captura.”¹⁰

Aunque para la ley estadounidense Holmes y Cedaño eran unos pillos, se les puede considerar bribones honestos en el sentido de que se debían genuinamente a Pancho Villa y a su causa. Entre los hombres que intentaron pasar armas de contrabando o establecer otro tipo de relaciones con Villa había un grupo de hombres muy distintos, sólo devotos de su bolsillo. Eran simples estafadores: procuraban obtener dinero de todas las partes contendientes en México, tanto de los mexicanos como de los estadounidenses, presentando de manera engañosa su propio carácter, sus objetivos y su poder. El rey de los estafadores era J. F. Keedy. Abogado de Hagerstown, Nueva Jersey, en 1914 se dispuso a hacer fortuna a costa de Villa, a cuyo cuartel general se dirigió acompañado por su socio, Edward Linss. No le había sido difícil establecer el contacto porque el yerno de Linss, Silva, era coronel y miembro del Estado Mayor villista. “Keedy persuadió a Villa de que era amigo personal de un sobrino del presidente (el secretario McAdoo) y de que tenía derecho de picaporte en la Casa Blanca; más aún, venía a hablar con el general Villa porque representaba a un grupo de

hombres que eran ‘los perros guardianes del gobierno estadounidense’.”¹¹ “Keedy”, según informó Silva a los agentes del Departamento de Justicia, “presionaba constantemente a Villa para que le pagara sus servicios o le prestara dinero cada vez que venía a verlo.”¹² A cambio, prometió ejercer toda su considerable influencia para que Estados Unidos reconociera a Villa. Finalmente el revolucionario mexicano cedió, aunque no confiaba en Keedy lo suficiente para darle el dinero a él, de modo que se lo entregó a Linss, que era el que estaba emparentado con uno de sus oficiales. Linss debía supervisar cuidadosamente las actividades de Keedy y pagarle sólo cuando obtuviera resultados. Aunque no hay pruebas de que Keedy hablara nunca con Woodrow Wilson, ni menos de que tuviera alguna influencia sobre él, sí contaba con algunos contactos en Washington. Había sido procurador estadounidense en la zona del Canal de Panamá y en Puerto Rico, y buen amigo de Leon Canova, el corrupto jefe de la sección mexicana del Departamento de Estado. Lo que Keedy trajo de Washington no fue el reconocimiento sino una invitación para que Villa participara en uno de los muchos planes de Canova para lograr una restauración conservadora en México, plan que Villa rechazó.¹³

Pero Keedy no desistió. Con el fin de obtener información confidencial sobre la frontera, se hizo pasar por agente del Buró de Investigación, un delito grave, y los agentes del Departamento de Justicia empezaron a investigarlo en 1915-1916. Si no fue procesado, fue en parte gracias a sus estrechas conexiones con Leon Canova. Un año más tarde participó de nuevo en un plan para obtener dinero de los villistas, esta vez mediante el contrabando de armas. No era ningún amante de los riesgos como Holmes, pero tenía conocidos que éste nunca tuvo, y trató de cubrirse con la pantalla de una razón legítima para establecer contacto con Villa. Trazó un fantástico plan, de nuevo sancionado por su amigo Canova. Según un informe del Departamento de Justicia:

El señor Keedy le ha propuesto al señor Canova, y éste al secretario, que Villa saldría del país, daría órdenes a todos sus hombres de no molestar a ningún estadounidense ni dar problemas en la frontera, mostraría pruebas de que no se hallaba en Columbus en el momento del ataque y vendría a este país, probablemente a Maryland, cerca de Hagerstown, donde llevaría una vida tranquila y ordenada.

El señor Canova me dice que un agente del Departamento de Justicia informó a un alto funcionario del Departamento de Estado que el secretario piensa que ésta podría ser una buena idea desde el punto de vista de mejorar la

situación en México, con la condición, según entiendo, de que Villa presente pruebas de que no estaba en Columbus.¹⁴

Pero los agentes del Departamento de Justicia no quedaron en absoluto convencidos del proyecto de Keedy y llegaron a la conclusión de que éste era “probablemente un hombre peligroso de tratar”.¹⁵ La suspicacia creció cuando Keedy estableció contacto con la inteligencia alemana en Chihuahua. El agente aduanal Cobb incluso lo llamó traidor.¹⁶ Sin embargo, los temores de los estadounidenses eran infundados. Keedy no era un agente alemán: tenía la intención de estafar a los alemanes de la misma forma que había intentado estafar a Villa. En 1917, les prometió utilizar su influencia para liberar a los ciudadanos alemanes internados en Estados Unidos como resultado del estallido de la primera guerra mundial. “Keedy ha transmitido a los alemanes la idea de que habla con verdadera autoridad”,¹⁷ señalaba Cobb en involuntario tributo a la capacidad de Keedy para la impostura, capacidad tan grande que en 1920 estuvo a punto de dar uno de los mayores golpes de su vida. Había logrado convencer al por lo demás muy capaz jefe de la inteligencia alemana en México, Kurt Jhanke, de que era primo de Lansing y, por tanto, tenía gran influencia sobre el gobierno estadounidense. Al mismo tiempo, sostenía, representaba al Partido Republicano y estaba en situación de proponer un gran pacto a los alemanes si éstos podían convencer a Carranza de derogar la Constitución de 1917 e implantar una política más favorable a Estados Unidos. Los republicanos y el gobierno ayudarían a la ahora derrotada Alemania a eludir las reparaciones de guerra que exigían Gran Bretaña y Francia. Los funcionarios alemanes tuvieron grandes dificultades para comprobar que Keedy era un impostor y evitar que el gobierno alemán se adhiriera a su proyecto.¹⁸

Si Keedy era el pez grande, otros peces pequeños también trataron de sacar dinero mediante planes relacionados con Villa. El más destacado fue John J. Hawes, hombre de negocios que al parecer estableció relaciones con Villa en los buenos tiempos de la División del Norte. Como Keedy, Hawes se procuró un destacado socio que, aunque corrupto, tenía contactos con el gobierno de Estados Unidos y con Villa: se trataba de George C. Carothers, antiguo enviado del Departamento de Estado que éste había conservado como agente especial incluso después de llamarlo a Estados Unidos y de retirarle a Villa cualquier tipo de reconocimiento. Carothers abandonó su cargo oficial para tratar de hacer fortuna en sociedad con Hawes.¹⁹ Contrató también los servicios de Antonio Castellanos, que había sido uno de los abogados defensores de Villa en 1912.

Castellanos le escribió a Villa para recomendarle a Hawes y plantearle un imaginativo plan según el cual Villa obtendría el apoyo tanto de Pablo González como de Murguía y, con dinero proporcionado por capitalistas estadounidenses, derrocaría a Carranza y establecería un nuevo gobierno.²⁰

No hay pruebas de que Murguía y González hubieran aceptado semejante idea ni de que el gran número de senadores que Castellanos mencionaba estuviera involucrado de ninguna manera; pero los altos funcionarios y empresarios estadounidenses tenían genuino interés en utilizar a Villa para sus propios fines. Algunos de los funcionarios estaban obsesionados con el temor de que Carranza pudiera aceptar la oferta que los alemanes le hicieron en el famoso telegrama Zimmerman, de aliarse contra Estados Unidos. Si llegaba el caso, se planteaban la posibilidad de darle cierto apoyo a Villa. Los grandes empresarios, y en particular las compañías petroleras británicas y estadounidenses, se proponían utilizar a Villa para derrocar al gobierno de Carranza y poner fin a su intento nacionalista de restringir su poder.²¹ Hawes no estaba involucrado en estos planes. A él le interesaba simplemente emplear sus relaciones con Villa para que las compañías estadounidenses le pagaran protección. “Hawes de Nueva York”, informaba un agente del Buró de Investigación, “es el agente financiero de esas grandes corporaciones que están contribuyendo a la causa villista” y “recibe las colectas, deduce su comisión y remite el resto a algún agente de Villa. Hawes está más interesado en sus comisiones que en la causa villista y, para mantener próspero el negocio, hace creer a los villistas que está procurándose las simpatías de altos funcionarios y financieros estadounidenses, y por otra parte induce a ciertas corporaciones interesadas en México a creer que a través de él se puede obtener protección de Villa para sus inversiones.”²²

Otro estafador vagamente asociado a Hawes era Frank Thomas, “propietario de una ‘asociación de servicios fúnebres’, es decir una asociación en que gran número de personas pobres hacen pagos semanales o mensuales a cambio de los cuales se les garantiza un entierro de tal o cual costo, según sea su contrato [...] Es conocido principalmente como un usurero que cobra el diez por ciento mensual y tiene justo la reputación que un hombre dedicado a ese tipo de negocios puede tener en una población de cuarenta mil habitantes”.²³ Thomas sí poseía cierta influencia política. Había sido jefe de correos en Topeka, Kansas, y por un tiempo había sido tesorero estatal del Comité Demócrata. “Se dice aunque no está comprobado que fue removido de su puesto como jefe de correos debido a que despidió sumariamente a todo el personal de la oficina.”²⁴ Thomas consideraba que su posición política no era lo bastante fuerte para influir en los

villistas y, por esa razón, pidió a sus amigos que lo presentaran a los agentes villistas en Estados Unidos como “el senador Frank Thomas”. Existía realmente un senador Frank Thomas que venía de Colorado y no tenía nada que ver con él.²⁵

Thomas era cualquier cosa menos un idealista convencido de la causa villista. “Como se dijo en caso Villa victorioso tendría dominio pastos suficientes cien mil cabezas ganado” telegrafió un agente del Buró de Investigación a sus superiores.²⁶ Pero Thomas no confiaba solamente en las ganancias futuras, de modo que trató de sacar lo más posible de los agentes villistas, a cambio de mover sus influencias como “senador estadounidense” a favor de Villa.

Un grave problema para todos estos agentes, posibles agentes y estafadores era que, en 1916 y gran parte de 1917, resultaba extremadamente difícil establecer cualquier tipo de contacto con Villa. No tenía un representante acreditado en Estados Unidos ni podía tenerlo mientras las tropas estadounidenses estuvieran en México tratando de darle caza. Se movía constantemente y no tenía un gobierno establecido ni controlaba firmemente ningún territorio. Sólo a fines de 1917 y a partir de 1918 Villa reconocía como sus representantes a algunos emigrados y mantuvo contacto regular con ellos a través del sistema de correo encabezado por Alfonso Gómez Morentín. Como ya se mencionó, el Buró de Investigación permitía que funcionara ese sistema, ya que podía descifrar y copiar todos los mensajes que transmitía.²⁷ Pero en 1916 y a principios de 1917, los que trataban de comunicarse con Villa lo hacían a través de su hermano Hipólito, empresa difícil porque Hipólito sólo tenía contactos esporádicos con su hermano y estaba bajo la continua vigilancia del gobierno estadounidense.

LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA

Aunque el dinero era el tema principal de los contactos que contrabandistas y estafadores trataban de establecer con Villa (a excepción de George Holmes, que tenía una fuerte relación personal con él), había otras fuerzas tanto en Europa como en Estados Unidos cuyo interés se basaba en consideraciones muy distintas. La inteligencia alemana quería utilizarlo para provocar una guerra declarada entre México y Estados Unidos, mientras que su contraparte británica procuraba involucrarlo en un plan para derrocar a Carranza, considerado demasiado progermano y demasiado opuesto a los intereses británicos, sobre

todo a sus compañías petroleras. Con el mismo fin, empresarios estadounidenses como los petroleros también querían utilizar a Villa.

Aunque no está claro hasta qué punto, si acaso, el complot alemán para provocar la guerra entre Villa y Estados Unidos en 1915 tuvo responsabilidad en el ataque a Columbus, no hay duda de que los alemanes se alegraron del hecho y de la entrada de la Expedición Punitiva en México. Hicieron lo que pudieron por fortalecer a Villa y alentarle a realizar nuevos ataques contra los estadounidenses. La opinión del gobierno alemán sobre el ataque a Columbus y la subsecuente expedición se expresa en un despacho del embajador alemán en México, Johann Heinrich Graf von Bernstorff, a su canciller el 4 de abril de 1916: “Mientras la cuestión mexicana permanezca en este estadio, estamos creyendo bastante a salvo de un ataque agresivo del gobierno estadounidense”.²⁸

Cada momento crítico de las tensiones entre México y Estados Unidos, cada posibilidad de que la situación condujera a la guerra, creaba inquietud entre los diplomáticos de las Potencias Centrales. “Desafortunadamente”, escribía el embajador austriaco en Washington a su ministro de relaciones exteriores, “se está desvaneciendo la esperanza de que Estados Unidos se vea forzado a intervenir militarmente en México y de que el gobierno, por tanto, se vea obligado a abandonar sus pretensiones hacia las Potencias Centrales.”²⁹

La intervención estadounidense en México habría facilitado el lanzamiento de una ilimitada campaña de guerra submarina, que era muy deseada por el ejército y el alto mando naval de Alemania, para rendir a Gran Bretaña y Francia por hambre. “Si intención reabrir guerra submarina en las viejas formas”, cablegrafiaba el embajador Bernstorff a su superior el 24 de junio de 1916, “por favor demorar inicio hasta Estados Unidos realmente amarrado en México. Otro modo esperar que el presidente inmediatamente negocie con México y utilice guerra con Alemania para ganar elecciones con ayuda gente de Roosevelt.”³⁰

El gobierno alemán no se limitó a aplaudir secretamente la intervención, sino que hizo cuanto pudo por incrementarla y prolongarla. Se esforzó por intensificar el ánimo antimexicano en Estados Unidos y al mismo tiempo, con ayuda de las fábricas controladas por alemanes, proporcionó a Villa armas y otros pertrechos. Ya el 23 de marzo de 1916, el jefe de la sección mexicana del ministerio alemán de Asuntos Exteriores escribió:

En mi opinión no tiene objeto enviar dinero a México. En la medida en que allí todo puede conseguirse con dinero, los estadounidenses siempre podrán pujar más alto que nosotros, ya que simplemente tienen más fondos y porque,

además, tienen infinitamente más canales a su disposición, por haber trabajado de esta manera durante mucho tiempo en México. Sería cosa muy diferente si subrepticamente podemos hacerles llegar armas y municiones a Villa y su banda. Sin embargo esto es complicado, porque las comunicaciones desde Veracruz con el norte de México son actualmente muy malas.³¹

Con todo, no fue demasiado difícil para el servicio secreto alemán hacer llegar armas estadounidenses a México. Cuando estalló la primera guerra mundial, en 1914, y Estados Unidos todavía era neutral, aunque estaba dando grandes préstamos a las potencias aliadas y vendiéndoles armas, los agentes alemanes procuraron impedir que éstas llegaran a su destino comprando algunas de las mayores fábricas de armamento, como la de Bridgeport, Connecticut. Tal vez pensaban enviar esas armas a Alemania, pero el bloqueo naval británico se lo impedía, por lo que no sabían qué hacer con ellas. Les encontraron destino después del ataque de Villa contra Columbus. No hay razón para dudar del informe de los agentes secretos británicos según el cual había contrabando de armas para los villistas desde Bridgeport, en ataúdes y barcos tanque. El consulado alemán de San Francisco tenía al parecer un papel central en el envío de esos cargamentos.³²

Cuando empezó a quedar claro que, a pesar de la intervención estadounidense en México, no habría guerra entre los dos países, las autoridades alemanas buscaron nuevas formas de provocarla utilizando a Villa. Lo que no se había logrado con la violación de la frontera tal vez podría lograrse con un ataque contra los campos petrolíferos mexicanos. Según Juan Vargas, uno de los altos oficiales villistas, tras la ocupación de Torreón en diciembre de 1916, el cónsul alemán en esa ciudad le hizo a Villa una propuesta al respecto. Conocía al revolucionario norteamericano de tiempo atrás y asistió a un banquete en su honor. Tras pronunciar grandes himnos de alabanza sobre sus hazañas y talentos bélicos, el cónsul le propuso atacar los campos petrolíferos argumentando que no había guarniciones importantes entre Torreón y Tampico. Prometió que si tomaba esta última ciudad, los barcos alemanes lo estarían esperando allí con armas y dinero. Al parecer incluso se declaró dispuesto a acompañar a Villa, para actuar como rehén si el operativo fallaba.³³

Según el relato de Vargas, Villa quedó impresionado e incluso hizo algunos preparativos para marchar sobre Tampico. Pero a última hora cambió de idea y partió en dirección a Chihuahua. Vargas suponía que tuvo miedo de suscitar un conflicto internacional que podía resultar costoso para México. Tal vez; pero

también debió darse cuenta de que atacar Tampico sería suicida para su movimiento y no le comportaría ningún beneficio sustancial. Los villistas tendrían que enfrentar a las guarniciones carrancistas en el camino y había una gran flota estadounidense concentrada en torno al puerto. No hay duda de que si Villa hubiera invadido la región petrolera los estadounidenses habrían intervenido. Villa debió preguntarse también cómo llegarían hasta él los barcos alemanes. La disposición del cónsul para acompañarlo, de ser cierta, era testimonio o bien de su estupidez –por creer en las promesas del alto mando alemán– o de su voluntad de morir por la patria, porque no cabía dudar que, si los alemanes no entregaban las armas y municiones, Villa lo haría fusilar.

Cuando las autoridades alemanas se convencieron de que Villa no podía o no quería provocar una guerra mexicano-estadounidense a gran escala, empezaron a interesarse por Carranza, cuyas relaciones con Estados Unidos se habían deteriorado mucho como resultado de la presencia de la Expedición Punitiva y de la nueva Constitución nacionalista. La expresión más espectacular de ese cambio por parte de los alemanes fue el ya mencionado telegrama Zimmerman, en que proponían una alianza contra Estados Unidos a cambio de la cual México recuperaría Texas, Arizona y Nuevo México. Aunque el telegrama fue descifrado por la inteligencia británica y provocó un enorme escándalo en la prensa estadounidense, y aunque Carranza contestó que no iniciaría una guerra con Estados Unidos, los alemanes no se dieron por vencidos. Carranza, por su parte, aunque se mantuvo oficialmente neutral, hizo cuanto pudo para ayudar a los alemanes, con la esperanza de contar con ayuda alemana en caso de un ataque estadounidense, que aún creía posible, o de que Alemania sirviera de contrapeso a Estados Unidos en la posguerra, si ganaba. Permitió a sus servicios de inteligencia trabajar en México e importantes periódicos carrancistas sostenían opiniones progermánicas.³⁴

Así, el gobierno alemán y sus representantes en México cobraron cada vez mayor entusiasmo por Carranza, aunque no rompieron completamente sus vínculos con Villa. Zimmerman, ministro alemán de Asuntos Exteriores, concibió un plan tan grandioso como fantástico. Los revolucionarios Villa y Zapata, junto con fuerzas de los *científicos* al mando de Félix Díaz, se aliarían con Carranza para realizar un ataque conjunto contra Estados Unidos. La conducción de este ejército estaría en manos de Obregón. Al mismo tiempo, habría levantamientos de apoyo en el sur de Estados Unidos. En una comparecencia ante el Reichstag, Zimmerman dijo: “Villa parece a punto de unirse a Carranza. La hostilidad entre ambos parece disminuir ante el enemigo

común estadounidense. En México ha ocurrido lo que hemos estado esperando. La actitud de México hacia Alemania es enteramente favorable, y si Estados Unidos se vuelve realmente contra nosotros, creo que se puede asumir que los mexicanos no perderán la oportunidad de causar conflictos en la frontera y lanzar un ataque”.³⁵

Esas esperanzas alemanas de unidad de todas las partes contra Estados Unidos resultaron ilusorias, como pronto descubrirían los agentes alemanes que, en efecto, trataron de reconciliar a Carranza y Villa. Según un informe dirigido al cónsul estadounidense en Nogales por un germano-estadounidense llamado Biermann que tenía estrechos contactos con las operaciones alemanas en México, los agentes de este país habían intentado que los dos jefes revolucionarios llegaran a un acuerdo, pero Carranza se había negado. Varios días después, Carothers informaba que un hombre de negocios alemán había tratado vanamente de organizar una reunión de Villa y Murguía en Chihuahua.³⁶

Con la esperanza de tener éxito en esos intentos las autoridades alemanas seguían entregándole armas a Villa en marzo de 1917. “El vicecónsul en Mazatlán informa que Villa, con apoyo de los alemanes, espera recibir tres embarques de municiones que llevarán a tierra veleros entre Mazatlán y Manzanillo”, informaba el agregado militar alemán en México.³⁷ Cuando vieron que no era posible ningún acuerdo y que debían elegir entre Villa y Carranza, al parecer los alemanes dejaron caer a Villa por completo. A partir de abril-mayo de 1917, ningún informe alemán ni estadounidense hace referencia a la ayuda de Alemania a Villa.

También el servicio de inteligencia británico se interesaba por Villa. El gobierno inglés, y en especial los militares, se proponían derrocar al gobierno de Carranza por su actitud progermana y su nacionalismo, que temían afectara los grandes intereses petroleros que tenían en México. Apoyaron a las fuerzas conservadoras de Félix Díaz y de Manuel Peláez, y les proporcionaron armas.³⁸ Pronto se dieron cuenta de que esas fuerzas no podrían vencer a Carranza por sí solas. Si acaso esto era posible, sólo lo sería con ayuda de Villa. Pero prestar apoyo a Villa presentaba grandes riesgos. No sólo afectaría negativamente las relaciones entre británicos y estadounidenses, aliados desde que estos últimos entraron en la guerra mundial, sino que crearía un escándalo para la opinión pública británica, extremadamente hostil a Villa desde el asesinato de Benton. Tres agentes británicos presentaron distintos planes para obtener la ayuda de Villa contra Carranza. Cada uno estaba diseñado para eludir de diversa manera los obstáculos mencionados. El diplomático británico de más alto rango en

México, Cunard Cummins, sugirió un plan para derrocar a Carranza que “salvará nuestras propiedades, vidas y prestigio y no costará una gota de sangre nuestra”.³⁹ Sólo se derramaría sangre mexicana. Estados Unidos y los Aliados debían prestar su apoyo a una coalición de villistas encabezados por Felipe Ángeles y Roque González Garza, de conservadores encabezados por Eduardo Iturbide, y de zapatistas bajo el mando de Francisco Vázquez Gómez. Aunque, de esta manera, se aseguraría la colaboración de Villa, él permanecería prácticamente invisible. Ángeles, que era una figura mucho menos controvertida, sería el jefe nominal, y tal vez incluso real, del elemento villista. A cambio del apoyo de los Aliados, los nuevos gobernantes deberían hacer explícita su voluntad de otorgar privilegios especiales a los extranjeros. Cummins estaba convencido de que lo harían.

Los mexicanos exiliados y los que se oponen a los carrancistas están de tal manera reducidos a la desesperanza que aceptarán cualesquiera términos que se les impongan. Se deben poner las siguientes condiciones:

Extranjeros en la comisión que maneje todos los fondos del gobierno –para dar confianza y proteger a los bancos que concedan créditos.

Los extranjeros deben gozar de los mismos derechos que gozan los mexicanos en el extranjero.

Las reclamaciones de los extranjeros serán revisadas y reconocidas cuando sean justas.

Todas las personas y corporaciones extranjeras deberán tener el derecho de apelar a los representantes diplomáticos de sus respectivos gobiernos, sin importar que hayan renunciado a tales derechos.⁴⁰

John B. Body, el representante de la enorme British Mexican Eagle Oil Corporation, tenía un plan un tanto distinto. Sólo los conservadores que representaban a Peláez y Félix Díaz debían tomar funciones de dirección en la coalición que derrocaría a Carranza; Villa sólo debía participar marginalmente. Al principio, Body no quería permitirle participar en el nuevo movimiento, pero luego llegó a la conclusión de que Villa, quien según él “buscaba y escuchaba los buenos consejos”, acabaría por apoyarlo plenamente. En ese caso no habría problema en proporcionarle armas –evitando cuidadosamente que pudiera reunir un ejército mayor– ni en sobornarlo tras la victoria convirtiéndolo en jefe regional de los rurales. Desde luego, Villa tendría que pedir primero disculpas

por el asesinato de Benton y “pasar por la formalidad de saludar a la bandera británica”.⁴¹

La idea de que Villa se subordinaría a Díaz y Peláez, y se humillaría saludando a la bandera británica era ridícula. Tal vez por esa razón, otro hombre de negocios, de nombre Bouchier, cercano a las autoridades británicas, sugirió lo que en términos ingleses se podía considerar un plan más “conveniente”. Proponía “inyectarle nueva sangre al partido reaccionario para que pudiera desplazar a Carranza y su gente”. Con ese fin, recomendaba obtener ayuda de los revolucionarios, aunque con cautela. Villa, escribió, “debe ser utilizado para un propósito específico y, si abusa de su posición, sería sumamente fácil que desapareciera accidentalmente”. Zapata, explicaba Bouchier, “es un hombre malo y sus tropas carecen de principios: perseguirán sus propios fines, hasta que sean subsecuentemente metidas en cintura, o prácticamente barridas mediante métodos de concentración, que es casi la única manera de contenerlos, debido a la naturaleza extraordinariamente accidentada de su territorio”.⁴² La idea de emplear los servicios de Villa y de los zapatistas, y luego asesinar al uno y exterminar a los otros en campos de concentración, le pareció atractiva a la embajada británica en Washington, que encontró el plan “interesante” y consideró que debía ser examinado más cuidadosamente.⁴³

A diferencia de los planes de los alemanes, los de la inteligencia británica nunca pasaron de especulaciones y no hay indicios de que sus agentes llegaran a contactar a Villa.

LOS EMPRESARIOS ESTADOUNIDENSES

En contraste con los agentes de inteligencia británicos, los representantes de los empresarios estadounidenses que querían derrocar a Carranza, y en especial las compañías petroleras, sí hicieron intentos concretos por obtener los servicios de Villa.

Cuando la Expedición Punitiva entró en México, las compañías petroleras y otros negocios y empresas estadounidenses concibieron la esperanza de que fuera el principio de una ocupación total del país. Al ver que eso no sucedía, el político estadounidense más íntimamente identificado con los intereses petroleros, el senador Albert Bacon Fall, trató de utilizar la campaña presidencial de 1916 para convertir la intervención de México en tema central de la elección. Procuró presionar a Wilson para que interviniera y a su opositor republicano para que se comprometiera firmemente a hacerlo si era elegido. Fall contestó con

vehemencia a Wilson, quien había tildado de egoístas a los empresarios que defendían la intervención en México. “¡Vaya, señor presidente!”, dijo ante el Senado, “los egoístas capitalistas estadounidenses y los mecánicos estadounidenses que sólo miran por sí mismos, y los egoístas trabajadores estadounidenses que perforan túneles y tienden vías de ferrocarril han hecho la civilización en México [...], ellos pagan los impuestos. Ellos sostienen a los gobiernos. Ellos abren los tiros de las minas. Ellos construyen las fábricas. Ellos hacen las comunicaciones ferroviarias. Ellos levantan las líneas eléctricas.”⁴⁴ Los intereses de esos empresarios y las repetidas declaraciones de Fall en el sentido de que los mexicanos nunca podrían restablecer por sí mismos la paz eran las bases ideológicas de sus constantes llamados a intervenir y ocupar masivamente el país.

Para fines de 1916, tras la reelección de Wilson, había quedado muy claro tanto para Fall como para las compañías petroleras que, por lo menos a corto plazo, no se produciría tal intervención. No sólo Wilson se oponía, sino que, incluso si la hubiera defendido, la creciente probabilidad de la guerra con Alemania volvía imperativo salir de México. En esa posición, Wilson estaba respaldado por intereses empresariales por lo menos tan poderosos como los intervencionistas, si no más. Firmas como la banca de Morgan estaban íntimamente involucradas con Gran Bretaña y Francia, y sufrirían pérdidas cuantiosas si los Aliados eran derrotados.

Esto no significa que las compañías petroleras o Fall abandonaran sus planes de derrocar a Carranza, sino que tuvieron que buscar otros medios. Armaron y abastecieron a los enemigos mexicanos de Carranza con la esperanza de que pudieran derrotarlo aprovechando que Wilson le había bloqueado la venta de armas y le impedía obtener préstamos en Estados Unidos como resultado de las tensiones que suscitó la Expedición Punitiva. Al principio, los petroleros se limitaron a armar y abastecer a los rebeldes conservadores del sur del país, Félix Díaz y Peláez, y a conspirar con Iturbide y los representantes de la iglesia católica.⁴⁵ Como los británicos, pronto se dieron cuenta de que esas fuerzas conservadoras no podrían vencer a Carranza por sí solas. A fines de 1916 ya pensaban que Pancho Villa era el único hombre en México que tenía la fuerza, el carisma y la energía para lanzar una verdadera campaña contra el gobierno mexicano. En enero de 1917, los militares estadounidenses informaban “que Villa mandó decir a Hipólito desde Torreón la semana pasada [...] que tienen ofertas de ayuda financiera de la Standard Oil Company”.⁴⁶

Ese interés se vio más que confirmado en una notable carta que le envió a Villa uno de los socios cercanos del senador Fall, Charles Hunt, comerciante en ganado con muchos intereses en México, en la que le ofrecía organizar una reunión entre él y el senador.

Si se reúne conmigo en el lugar de la frontera que usted fije, prometo traer a la reunión a uno de los más eminentes estadistas de Estados Unidos, que tiene una poderosa influencia en todo lo relacionado con México sobre nuestros dos partidos políticos. Me refiero al senador Albert B. Fall, que aprecia al pueblo mexicano, y ningún estadounidense vivo conoce las condiciones reinantes en México mejor que él. El senador Fall, como usted bien sabe, se opone con todo su ser a Carranza y a sus métodos, y lo considera un tirano que está arrastrando a la nación y al pueblo mexicanos a la más profunda desdicha y ruina, y deshonrándolo ante el resto del mundo.⁴⁷

Estando todavía la Expedición Punitiva de Pershing en México con el fin ostensible de perseguir a Villa y llevarlo ante la justicia estadounidense, Hunt le escribía al revolucionario mexicano:

Ahora bien, general Villa, he discutido esta cuestión a fondo con el senador Fall y la mayoría de los principales mineros de Chihuahua, y la prensa de este país está generalmente de parte de usted en la formación de un gobierno estable especialmente en el norte de México, y creo firmemente que si usted fija una fecha y un lugar para reunirse con el senador Fall en Chihuahua, él y algunos de sus amigos lo visitarán donde y cuando usted diga, y creo que usted puede organizar el plan de manera que beneficie a sus intereses; la única condición que le requerirán será que proteja las vidas y propiedades de los estadounidenses dentro del país que usted domine. Con una combinación como ésta para ayudarlo, pronto tendrá grandes ingresos de las minas de Chihuahua y de muchas otras fuentes.⁴⁸

En esta carta, Hunt se refería con vaguedad a lo que Villa debía hacer a cambio de la ayuda que Fall y sus socios le prometían, excepto por la protección a las propiedades estadounidenses y a formar “un gobierno estable especialmente en el norte de México”. Siete años más tarde, en una entrevista, Hunt aclaró lo que esa frase quería decir en su opinión y la del senador Fall: Villa debía dividir a México y crear una república nortea separada, que abarcaría Baja California,

Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y la parte norte de Veracruz,⁴⁹ es decir casi toda la zona petrolera de México.

Unos días después de enviar su carta, Hunt le escribió a Fall en términos que revelan que había hablado con él del asunto antes de decidir planteárselo a Villa. “Poco después de su partida redacté una carta a la parte mexicana diciéndole que le escribía por iniciativa propia y le exponía lo que usted y yo habíamos hablado. Me tomó algo de tiempo descubrir la forma de transmitir la carta, pero finalmente encontré dos vías diferentes a través de las cuales consigné el escrito.”⁵⁰

Por desgracia para Hunt y para Fall, Darío Silva, a quien Hunt le dio la carta por considerarlo un leal seguidor de Villa —era uno de los ocho hombres que entraron originalmente a México con Villa en marzo de 1913—, no tuvo reparos en traicionar a su antiguo jefe. Vendió una copia de la carta por cincuenta pesos a Andrés García, cónsul carrancista en El Paso y jefe del servicio secreto mexicano en esa población, y le dio otra copia a George Carothers, enemigo de Fall.⁵¹

Cuando Fall se enteró de que tanto Carothers como el Departamento de Estado tenían copias de la carta, intentó disociarse apresuradamente de su amigo. En una larga carta aparentemente dirigida a Hunt pero en realidad destinada al secretario de Estado Lansing, Fall decía que, aunque habló con Hunt acerca de Villa cuando lo visitó en un hospital, nunca lo autorizó a escribirle. Es interesante que esa desautorización sólo se produjera cuando Fall ya sabía que el Departamento de Estado estaba en posesión de la carta. Al mismo tiempo, Fall daba a entender que estaba dispuesto a hablar con Villa y, bajo ciertas circunstancias, incluso a apoyarlo. “Le dije a usted que en caso de que Villa acudiera a la frontera o enviara representantes suyos, no tendría vacilaciones en hablar con ellos abiertamente y discutir los asuntos mexicanos, pero que no hablaría con ningún representante de ninguna facción ni una palabra acerca de México si no había el compromiso preliminar de respetar las vidas y propiedades de los estadounidenses, respetar los tratados, etcétera.”

A continuación Fall expresaba cierto renuente respeto por Villa. “Aunque durante años he sabido que es un asesino y un forajido, creo que intentó cumplir las promesas que hizo a Estados Unidos.” Y dejaba claro que no excluía la posibilidad de darle su apoyo.

Si el señor Villa pudiera convencerme de que se encuentra en una posición tal que, si este gobierno no interfiere, podría restaurar el orden y mantener la paz

y el orden en México, y por tanto que se halla en posición de y quiere darme seguridades satisfactorias de que desea cumplir y cumplirá todas las obligaciones internacionales así como la obligación nacional de proteger a los ciudadanos y las inversiones extranjeros en México, no dudaría de exponer públicamente, en el Senado y fuera de él, ante el pueblo de Estados Unidos, esas seguridades y, franca e imparcialmente, aconsejarles, en la medida de mis conocimientos de los asuntos mexicanos, etcétera, como he hecho hasta ahora.⁵²

Era una declaración de que Fall y sus socios, entre los que sin duda se hallaban las compañías petroleras, estaban dispuestos a jugar la carta de Villa. Esa actitud se modificó un tanto cuando una copia de la carta de Hunt se filtró al *New York Times*, y los periódicos estadounidenses empezaron a publicar acerbos críticas contra Fall.

Para mediados de 1917, las compañías petroleras también se habían dado cuenta de que Villa había perdido la capacidad de controlar el norte de México. Sin embargo, no habían abandonado todas las esperanzas puestas en él. Aún podía ser un poderoso instrumento para derrocar a Carranza, no tanto como dirigente, sino como parte de una coalición más amplia de fuerzas anticarrancistas.

Los petroleros consideraron, tras la publicación de la carta de Hunt, que la utilidad de Fall como su intermediario ante Villa había quedado en entredicho. Por tanto, optaron por un hombre con mucha experiencia en México y aún más adepto a las intrigas: Sherburne G. Hopkins, quien reapareció en el escenario mexicano tras haberse esfumado por un tiempo. Hopkins comprendió que la única forma de que Villa recuperara su buena imagen en Estados Unidos era negar su participación en el ataque a Columbus. En 1917, redactó el borrador de una declaración para la prensa, supuestamente firmada por Villa. “En respuesta a las muchas preguntas que he recibido deseo que lo siguiente sea conocido del público estadounidense”, le hacía decir a Villa.

Primero: No tuve nada en absoluto que ver con el llamado *raid* a Columbus, ni directa ni indirectamente, hecho del que existen amplias pruebas, en la medida en que me hallaba a muchas millas de la frontera en ese momento.

Segundo: Como sabe cualquier estadounidense de Chihuahua, no tuve responsabilidad por los asesinatos de Santa Isabel. De haber tenido la oportunidad, habría castigado adecuada e inmediatamente a quienes

cometieron esa atrocidad, ya que muchas de las víctimas eran buenos amigos míos.

Tercero: Que hablen los estadounidenses que han tenido negocios en los estados del norte y digan quién les ofreció siempre protección y les permitió ir y venir libremente: Carranza o Villa.

A continuación, Villa acusaría a Carranza de ser agente de los alemanes, “controlado por el mayor de todos los criminales, el Káiser”. Hopkins concluía el manifiesto con estas palabras:

No ambiciono altos cargos. No aceptaré ninguno. Pero me propongo ver que el poder ejecutivo de esta nación sea puesto en manos de algún hombre bueno, fuerte y justo, un verdadero estadista que, rodeado por un gabinete compuesto por hombres de carácter, sea capaz de guiar nuestros destinos con mano segura y firme. Entonces me retiraré, pero no antes.⁵³

La última parte de la “declaración de Villa” escrita, hasta donde se puede comprobar, por Hopkins reflejaba en efecto los objetivos de las compañías petroleras. Estaban buscando entre los mexicanos exiliados en Estados Unidos a un hombre capaz de unir a los opositores de Carranza, tanto conservadores como revolucionarios, y que fuera mucho más favorable que éste a sus intereses. No hay pruebas de que Villa respondiera positivamente en ningún momento a estos designios. Sí sabemos que recibió la carta de Fall y la rechazó de plano.⁵⁴

EL MUNDO DE LOS EXILIADOS

Desde fines del siglo XIX, la mayoría de las revoluciones contra los gobiernos mexicanos fueron preparadas al norte de la frontera. Allí se imprimían los periódicos y panfletos de la oposición, se planeaban las revueltas, se compraban las armas y se alistaban para cruzar la frontera desde las pequeñas bandas hasta los grupos revolucionarios de consideración.

Los primeros que emprendieron ese tipo de actividades en el siglo XX fueron los hermanos Flores Magón y su Partido Liberal. A ellos siguió Francisco Madero. Y de nuevo, desde Estados Unidos cruzó Villa a México para iniciar la odisea revolucionaria que lo condujo hasta la capital.

El centro más importante de tales actividades y preparativos era El Paso, Texas, y en las habitaciones y vestíbulos de su Sheldon Hotel incontables

revolucionarios se reunieron, complotaron y se alistaron para combatir entre sí o contra el gobierno federal.

Mientras se hallaban en Estados Unidos, había dos grandes obstáculos para los revolucionarios mexicanos. El primero eran los agentes del gobierno mexicano que intentaban infiltrarse en sus filas y a menudo lo lograban. En tiempos de Porfirio Díaz, el gobierno contrató los servicios de una agencia estadounidense de detectives privados, la Agencia Furlong, que se encargó de gran parte del espionaje y del trabajo encubierto. En la época de Madero, cumplió esa misma función Felix Sommerfeld, el periodista mexicano-estadounidense-alemán que más tarde se unió a Villa y luego lo traicionó en favor de la inteligencia alemana. A partir de 1915, los carrancistas organizaron su propio servicio secreto, encabezado por el cónsul en El Paso, Andrés García. Los carrancistas tenían mucho que ofrecer a sus colaboradores aparte de incentivos monetarios: la amnistía y la devolución de las propiedades expropiadas a menudo resultaron ofertas convincentes. El segundo obstáculo eran las autoridades estadounidenses, que trataban de impedir toda infracción a las leyes de la neutralidad. Aunque en Estados Unidos no era ilegal hacer propaganda contra el gobierno mexicano, sí lo era organizar revueltas e incursiones al país. Si se podía probar que habían emprendido tales actividades ante un tribunal, los revolucionarios podían ser juzgados y encarcelados. Vender armas al otro lado de la frontera no era ilegal salvo cuando el gobierno estadounidense había declarado un bloqueo, como era el caso en 1916.

La aplicación de las leyes de neutralidad dependía en gran medida de la actitud que tuvieran hacia los revolucionarios mexicanos las autoridades estadounidenses locales. Si bien los hermanos Flores Magón, cuyas ideas anarcosindicalistas eran anatema para los funcionarios estadounidenses, fueron implacablemente perseguidos, Madero recibió un trato más suave y durante varios meses pudo preparar su revolución sin interferencias. Incluso cuando las autoridades estadounidenses querían intervenir, la simple longitud de la frontera les hacía sumamente difícil controlarla. A partir de 1916, el gobierno estadounidense se esforzó como nunca en la historia por vigilar la frontera y a los exiliados mexicanos. Les facilitaron la tarea las grandes concentraciones de tropas que se iniciaron con la entrada de la Expedición Punitiva en México pero que no terminaron cuando las tropas volvieron a Estados Unidos, así como la creación de un bien dotado departamento de inteligencia militar que, junto con el fortalecido Buró de Investigación, ejercieron una supervisión sin precedentes sobre todos los exiliados mexicanos: sus organizaciones fueron infiltradas, su

correo fue violado y sus movimientos vigilados.⁵⁵ Las actividades de estos agentes no pusieron fin a los complots revolucionarios y no evitaron que los conspiradores se escabulleran por la frontera, pero sí impidieron el tipo de contrabando masivo de armas y municiones que se había producido en 1913-1914.

La mayoría de los exiliados que pasaban a Estados Unidos no tenía intención de participar en la política revolucionaria mexicana. Muchos se contentaban con hallar empleo, que era mucho más abundante debido al auge económico inducido por la guerra. Los que no hacían política ni complotaban (las dos actividades no eran siempre idénticas ni complementarias) solían ser políticos o militares destacados, enemigos unos de otros. Aunque divididos en gran número de grupúsculos, los exiliados cabían en dos categorías principales: los partidarios de la derrotada facción convencionista, que incluía zapatistas, villistas y antiguos villistas que repudiaban a Villa pero aún se consideraban revolucionarios, y los viejos partidarios de Díaz y Huerta, que se oponían fundamentalmente a la revolución mexicana.

El grupo de conservadores incluía amplio espectro de fuerzas políticas que iba de “científicos” porfiristas a exfuncionarios del gobierno de Huerta, seguidores de Félix Díaz y miembros del Partido Católico cuyo vocero era Eduardo Iturbide. Cada uno de estos grupos estaba dividido por rivalidades personales, pero en conjunto presentaban ciertas características comunes. Todos procuraban obtener ayuda militar, política y financiera de los gobiernos británico y estadounidense, e insistían en su oposición a Alemania y a la política progermana del gobierno de Carranza. Todos se oponían a la nueva Constitución de 1917, y la mayoría, con excepción del Partido Católico, quería volver a la Constitución de 1857, que no incluía los planteamientos nacionalistas de la nueva. La mayoría tenía fuertes vínculos con los empresarios estadounidenses, en particular con las compañías petroleras. Algunos representaban a los revolucionarios armados conservadores que operaban principalmente en el sur de México. Muchos de estos grupos tenían puestas sus esperanzas en una intervención militar de Estados Unidos, pero se daban cuenta de que ésta no podría producirse mientras durara la primera guerra mundial y las tropas estadounidenses estuvieran ocupadas en Europa.

Aquellos conservadores –y sus asociados estadounidenses– que no querían esperar al fin de la guerra para derrocar a Carranza se hallaban en un difícil dilema. Sus propias fuerzas armadas eran demasiado débiles para derrocar al gobierno y su única posibilidad era una alianza con quienes habían sido sus

mayores enemigos, tanto en 1910 como en 1914: los zapatistas, los villistas y los otros grupos pequeños de revolucionarios rurales de todo México. De 1916 en adelante, los conservadores mexicanos exiliados idearon todo tipo de planes para que los revolucionarios sirvieran a sus propios fines.

Algunos revolucionarios exiliados, aunque ciertamente no todos, pensaban de manera parecida. No tenían poder suficiente para deponer al Primer Jefe, pero se proponían emplear los recursos financieros de los conservadores para lograrlo. En consecuencia, surgió una serie de alianzas informales e inestables de fuerzas sociales heterogéneas, cuyos resultados prácticos serían muy limitados.

Los conservadores, y en particular los grupos armados de Félix Díaz y Peláez, lograron establecer ciertos tratos y alianzas temporales con los zapatistas, a pesar de las diferencias ideológicas que los separaban de ellos. Aunque el propio Zapata, que tenía una perspectiva nacional, se resistía a entrar en tales pactos, muchos de sus jefes subalternos no vacilaban en alinearse con los conservadores mientras éstos reconocieran su control sobre Morelos y sus alrededores, y aceptaran la reforma agraria que habían llevado a cabo en esa zona. Lo que ocurriera en el resto del país les interesaba mucho menos.⁵⁶ Además, dado que en ocasiones las unidades militares conservadoras operaban en zonas adyacentes a las suyas, su colaboración contra las fuerzas de Carranza podía tener importancia estratégica. Los zapatistas no parecían preocuparse mucho por los vínculos que mantenían los conservadores con los intereses extranjeros, ni porque algunos jefes del movimiento de Félix Díaz, y sobre todo él mismo, hubieran estado implicados en el asesinato de Madero. Después de todo, los zapatistas habían luchado sin pausa contra el presidente mexicano.

Los conservadores tuvieron dificultades mucho mayores para establecer ligas con Villa o con los convencionistas exiliados. La alianza con ellos presentaba menos ventajas militares, ya que muy pocos rebeldes conservadores operaban en el norte, y los villistas y convencionistas tenían más suspicacias sobre sus relaciones con las compañías petroleras. Los revolucionarios nortños, casi todos exmaderistas, se resistían a asociarse con quienes habían participado en el derrocamiento y el asesinato de Madero.

Entre los dirigentes conservadores, quien más defendía la idea de llegar a algún tipo de acuerdo con Villa y con los exvillistas exiliados era Manuel Calero, político que había desempeñado un papel importante durante los últimos años de la dictadura de Díaz, la presidencia de Madero y la era de Huerta. Pensaba que poseía ciertas “credenciales revolucionarias” que podían atraer a los villistas exiliados: había apoyado a Reyes en tiempos de Díaz, había sido embajador en

Estados Unidos y secretario de Relaciones Exteriores durante la presidencia de Madero, y había roto con Huerta antes de que fuera finalmente depuesto. Por desgracia para él, los revolucionarios pensaban que también se había vuelto contra Madero en los días cruciales que antecedieron a la Decena Trágica y que había apoyado a Huerta durante largo tiempo. “Calero”, escribía Hurtado Espinosa, uno de los revolucionarios exiliados, “es uno de éstos, con la agravante de haber traicionado a quien lo elevó y de haber contribuido según se supo para que lo asesinaran.” No sólo acusaba a Calero de “trabajar contra Madero y la revolución” sino de intentar convertirse en presidente de México con ayuda de Huerta.⁵⁷ Era un camaleón político, que se había volteado contra cada uno de los líderes a quienes había apoyado: Reyes, Madero y Huerta. Para muchos revolucionarios, sólo había una causa a la que había permanecido fiel durante toda su carrera política: la de las compañías petroleras, de las que era representante desde mucho antes de que empezara la revolución. “¿Por qué las dificultades entre México y las compañías petroleras americanas principalmente? Por los consejeros abogados consultores de las compañías americanas de los que Calero es de los principales de ellos. [...] Y como los de su clase todo lo posponen a su egoísmo, a su ambición desenfrenada, a su propia conveniencia, sin importarles nadie ni nada; pero sí, al hablar [...] todo por la patria y para la patria, hasta el sacrificio de la propia vida.”⁵⁸ A pesar de la honda hostilidad que muchos revolucionarios sentían hacia él, Calero creía que tenía una carta que jugar: la gratitud de Felipe Ángeles.⁵⁹ A través de él, que desconfiaba profundamente de Calero pero no quería ser ingrato con su antiguo abogado, intentó influir en Villa y en los exiliados. No era cosa fácil, porque los exvillistas se hallaban muy divididos, y sus diferencias no eran nítidas ni homogéneas. Existía un cisma entre los que tenían y los que no tenían: los que se habían forrado los bolsillos durante la revolución y los que seguían siendo pobres; otra brecha separaba a quienes querían mantener lazos con Villa de los que habían roto definitivamente con él. Estaban los que aceptarían un acuerdo, bajo ciertos términos con los carrancistas, y los que rechazaban cualquier tipo de pacto con ellos. Finalmente, la actitud que estaban dispuestos a asumir frente a los estadounidenses era otro punto de controversia y división.

La primera de esas diferencias, la que separaba a los adinerados de los pobres, se reflejó en un extraño juicio que tuvo lugar en un tribunal de Los Ángeles en 1919.

La figura principal del proceso fue el corrupto representante de negocios de Villa, Lázaro de la Garza, que había hecho una enorme fortuna traicionando a su

representado y vendiendo a los franceses las municiones destinadas a él. “El señor De la Garza es conocido como uno de los financieros más listos que hayan producido los disturbios mexicanos”, describía un periódico de Los Ángeles. “El señor De la Garza ha estado viviendo en la espléndida casa que tiene en el número 590 de la avenida Vermont, pero recientemente la ha alquilado para mudarse a una mansión aún mayor.” El periódico daba cuenta de una argucia por la que De la Garza había obtenido enormes ganancias.

Estaba a la cabeza del banco de Torreón y allí permaneció hasta que el *boom* villista se vino abajo y el valor del papel moneda cayó de dieciséis centavos oro sobre el dólar a aproximadamente nada. Se dice que los previsores que tomaron prestado en dinero villista y lo vendieron por oro estadounidense, incluso con descuentos ruinosos, realizaron grandes sumas, y pagaron sus deudas al tesoro de Villa en la misma moneda, pero cuando ya no tenía prácticamente ningún valor.⁶⁰

De la Garza estaba decidido a aferrarse al último centavo de ese dinero cualquiera fuera el costo. Rechazó hasta la más pequeña solicitud de préstamo de los convencionistas exiliados y empobrecidos, como Federico González Garza.⁶¹ Rehusó sin más una petición de Hipólito Villa, de que le devolviera a Francisco parte de las ganancias obtenidas en la venta de armas que hizo a Francia, ya que era la División del Norte la que había puesto el dinero inicial para el negocio. “Mandé a Gonzalitos [...] a tratar con don Lázaro”, le escribió Hipólito a su hermano, “del asunto de los cien mil dólares que le dimos para el contrato de las municiones, pero se negó a entregárnoslos de la manera más descarada, a pesar de la transacción. No te digo la falta de consideración con que trató a mi enviado, ni lo mal que se expresó de ti y de mí.” Amargamente, añadía: “Nos llaman bandidos [...] pero ellos son los que tienen los cien mil”.⁶² Hipólito Villa nada podía hacer para obligar a De la Garza a cumplir, ya que éste vivía en Estados Unidos.

Pero había otro antiguo socio de De la Garza que sí podía apelar a los tribunales estadounidenses y tratar de hacerlo devolver el dinero que, según decía, había invertido para el negocio de las municiones. Era Salvador Madero, hermano del difunto presidente, que también había sido representante de Villa en Estados Unidos. En 1916, demandó a De la Garza por setenta y cinco mil dólares que, sostenía, era la suma que había prestado al gobierno villista y personalmente a De la Garza para comprar las armas destinadas a Villa que

fueron vendidas a los franceses. Madero fracasó en sus intentos y la demanda no despertó gran interés; la prensa la presentó simplemente como un conflicto entre hombres de negocios. En cambio, tres años más tarde, cuando Salvador Madero volvió a presentar su demanda, ésta causó sensación y llegó a los titulares de la prensa de Los Ángeles. La razón fue que en esa ocasión no intentó hablar en su nombre, sino en el de Pancho Villa. La idea de que Villa, que había atacado Columbus y a quien las tropas estadounidenses trataban de dar caza en México, ahora tratara de hacer cumplir una demanda por una compra de armas ante un tribunal de Estados Unidos produjo gran impacto. No está claro si Salvador Madero actuaba realmente en nombre de Villa o si simplemente pensó que hacerlo le sería útil en el proceso. En este último caso, estaba profundamente equivocado. De la Garza, arguyendo que Villa era enemigo de Estados Unidos, consiguió fácilmente que la corte sobreseyera la causa.⁶³ A pesar de esta victoria, y de la fortuna que había amasado, de ningún modo las dificultades habían terminado para él: sus mal habidas ganancias lo siguieron a la tumba, ya que una vez que regresó a México, Hipólito Villa, los Madero y otros lo persiguieron incansablemente con procesos que llevaron a su temporal encarcelamiento, y lo señalaron en la prensa mexicana como uno de los mayores canallas que había producido la revolución.⁶⁴

Un tema mucho más importante que el dinero causaba también divisiones entre los antiguos villistas ahora exiliados, y era la cuestión de si debían continuar apoyando a Villa después de su ataque contra Estados Unidos. Entre los que habían estado cerca del caudillo, sus mayores opositores fueron los hermanos Federico y Roque González Garza, particularmente este último, que había sido representante personal de Villa ante la Convención de Aguascalientes. “El resurgimiento de Villa”, le escribió a un amigo, “no es ya posible. Su acción en Columbus [...] constituye, en esta época, el obstáculo más grande que en la gloriosa carrera de ese hombre pudo haberse interpuesto para evitar el triunfo de los infelices de México, a quienes él representó y aún representa.” Roque González Garza fue la única figura política importante de México que no condenó el ataque en términos morales; por el contrario, en la misma carta le decía a su amigo que éste “muy bien podía estar justificado a la luz de la historia y la moral política”.⁶⁵ Roque González Garza nunca explicó por qué pensaba así, pero un año antes, cuando trató de explicarle a Villa el reconocimiento de Wilson a Carranza, había dado a entender que éste posiblemente había pagado con algún tipo de pacto secreto con Estados Unidos. Su hermano Federico fue, según el historiador chihuahuense Francisco Almada, el autor del manifiesto de Naco, en

que Villa describía ese pacto secreto, y por tanto los hermanos González Garza probablemente compartían la convicción de que Carranza había vendido al país.⁶⁶ Sin embargo, aunque no condenara moralmente el ataque a Columbus, Roque González Garza sí decía que los antiguos intelectuales partidarios de Villa no podrían apoyarlo sobre bases morales.

Villa podrá contar mañana o pasado con un nuevo grande ejército; pero desgraciadamente no podrá ya contar, de ninguna manera, con el apoyo moral del sinnúmero de hombres honrados y de buena fe que lo seguimos cuando se luchaba por principios y no por hombres. Villa ya pasó a la Historia y por más que haga, le será materialmente imposible volverse a colocar en la altura a que llegó. Si yo pudiera, puede usted estar seguro que haría todo lo posible por convencer a mi antiguo compañero de que lo mejor que debiera hacer sería que se retirase a la vida privada y al extranjero después de lanzar un razonado manifiesto a la Nación. El retiro de Villa en esa forma traería, no lo dude usted, grandes ventajas para su partido en particular y para la República en general [...] Sobre todo, amigo mío, se quitaría de un solo golpe el pretexto que Washington alega para insistir que el invasor continúe hollando el territorio de la República.⁶⁷

A pesar de su ruptura con Villa, los hermanos González Garza no estaban dispuestos a abandonar totalmente la política ni a llegar a un acuerdo incondicional con Carranza. Junto con otros exiliados, empezaron en 1916 a organizar a los antiguos villistas y exmaderistas en una formación política llamada primero Partido Legalista y, luego, Alianza Liberal. Para los González Garza, la organización sería un grupo de presión que, a través de la propaganda y tal vez por otros medios, procuraría modificar la política de Carranza.

En el otro extremo del espectro político, entre los exiliados villistas se hallaba un dirigente cuya lealtad era casi incondicional. Se trataba de Miguel Díaz Lombardo, uno de los tres líderes del gobierno que Villa había creado para el norte de México en 1915.

Es difícil explicar la lealtad que le tenía a Villa este abogado, hijo de una de las familias más antiguas y conservadoras de México. Era sobrino de Miguel Miramón, famoso general conservador que fue ardiente partidario del emperador Maximiliano y que fue fusilado junto a él precisamente el mismo día en que nació Miguel Díaz Lombardo, quien por esa razón, llevaba el nombre de pila de su tío. Sin embargo, su ideología resultó muy diferente de la de su conservador

pariente. Su distinguida carrera como profesor de leyes en la Universidad Nacional en la época de Díaz no le impidió expresar ideas liberales y una fuerte oposición a la dictadura. Fue un ferviente partidario de Madero, quien primero lo nombró secretario de Educación y luego lo envió como embajador a París, donde, tras el golpe de Huerta se unió a los exiliados maderistas contra el usurpador y trabajó para obstaculizar un sustancial préstamo que iba a hacerle el gobierno francés. Díaz Lombardo tomó partido por Villa, y no por Carranza, principalmente debido a la lealtad de aquél hacia Madero.⁶⁸

Díaz Lombardo nunca compartió las dudas de Roque González Garza sobre las posibilidades que tenía Villa de recuperar la supremacía en México o respecto a sus calificaciones morales para ello. “Quería hacerle saber”, le escribió a Villa el 4 de febrero de 1917, un día antes de que el último miembro de la Expedición Punitiva saliera de México, en una carta transmitida a través de Alfonso Gómez Morentín,

que los mejores entre quienes estábamos íntimamente vinculados con usted, y los convencionistas, nos hemos mantenido fieles al espíritu revolucionario de 1910, y nuestras convicciones no han cambiado a pesar de la tristeza y las dificultades del exilio; y le puedo asegurar que confiamos en que usted con su infatigable energía, su verdadero interés por el pueblo de México y su adhesión a las ideas democráticas contribuirá a establecer la paz en nuestra patria y derechos iguales para todos los mexicanos, y mejorará las condiciones de la clase media y la clase trabajadora, de las que depende la futura prosperidad de la nación.

En la misma carta, Díaz Lombardo proponía una serie concreta de reformas. Una de ellas era la celebración de elecciones. “Creo, señor general, que si usted establece un gobierno civil en los estados que domina, después de que el enemigo haya sido completamente derrotado, y llega a un acuerdo con el resto de los jefes sublevados, principalmente con el general Zapata, para establecer un gobierno emanado de una elección, será posible obtener un triunfo claro de la causa popular.” Aparte de las elecciones, el punto más importante del programa de Díaz Lombardo era la reforma agraria. “El problema agrario, sin duda, debe resolverse de manera clara, si no queremos tener en quince o veinte años otra guerra civil, con causas idénticas a las de la actual, lo cual no sucederá si las autoridades tienen el poder de repartir la tierra cuando sea necesario y si la gente del campo tiene una forma legal de obtener tierras de cultivo.” Díaz Lombardo

concluía expresando su convicción no sólo de que Villa ganaría, sino de que establecería un régimen más humano y menos sangriento. “Tengo la certeza, señor general, de que usted coronará las brillantes victorias que ha obtenido contra aquéllos a quienes podemos llamar enemigos de México, con una labor de regeneración que detendrá el derramamiento de sangre y, cuando esto haya tenido lugar, el pueblo sin duda bendecirá su nombre y le quedará eternamente agradecido.”⁶⁹

Villa recompensó la lealtad de Díaz Lombardo nombrándolo su principal representante en Estados Unidos. Estaba encargado de movilizar a la opinión pública, obtener recursos financieros, establecer relaciones con las facciones del exilio y distinguir entre los simples estafadores y los estadounidenses que proponían tratos legítimos. Su devoción por Villa era total y no hay pruebas de que jamás intentara utilizar su relación con él en provecho propio. En la medida en que podía confiar en alguien, Villa confiaba en él, y nunca trató de sustituirlo por ningún otro intermediario. Sin embargo, por un tiempo, en 1916 y 1917, apareció en Estados Unidos un hombre que podía rivalizar con él, porque por obvias razones estaba más cerca de Villa: el hermano menor de éste, Hipólito. Tenía un íntimo conocimiento de todos los hombres de negocios que habían tenido tratos con su hermano y, en 1914 y 1915, había sido su principal representante en la frontera. Aunque leal, Hipólito no compartía la inteligencia de su hermano ni su compromiso con los desposeídos. Esa falta de compromiso ideológico y su amor al dinero y a la buena vida eran bien conocidos a ambos lados de la frontera.

Tras la derrota de la División del Norte y una vez que decidió atacar a Estados Unidos, Villa envió a América Latina tanto a Hipólito como a aquellos miembros de su familia que habían estado viviendo en Texas. Los diarios estadounidenses informaron que se proponían ir a Argentina y comprar allí una estancia,⁷⁰ pero finalmente decidieron quedarse más cerca de México y de Estados Unidos, y se establecieron en La Habana. No está claro por qué Villa mandó a Hipólito al exilio junto con el resto de la familia. ¿Se proponía que él protegiera a los demás parientes o, más bien, proteger a su hermano, al que quería mucho? Si Hipólito esperaba disfrutar en La Habana de los lujos que había tenido en Ciudad Juárez y El Paso, pronto descubriría que se hallaba en un error. Sólo cuatro semanas después de su llegada, las autoridades cubanas lo detuvieron en espera de extraditarlo a Estados Unidos, donde había sido acusado de intentar volar las vías de ferrocarril por las que habían viajado las tropas de Carranza, en territorio estadounidense, hasta la ciudad fronteriza de Agua Prieta.

Para Hipólito, la prisión fue una experiencia devastadora, y culpaba de ella a su hermano. “No tienes idea de los sufrimientos que tengo que soportar en esta región de gringos miserables [...] hasta aquí en Cuba”, le escribió a Villa en julio de 1916,

porque tú y yo nos equivocamos cuando me enviaste aquí con la familia. Veinte días después de mi llegada, el ministro estadounidense presentó una orden de su gobierno para extraditarme y, hasta que llegaron las pruebas, tuve que pasar dos meses en la cárcel de esta ciudad. Me acusaban de haber volado unos trenes en el estado de Texas y lo declaraban alteración del orden, como recordarás. Nunca tuve tal intención. Considero inútil enumerarte todas mis dificultades porque sabes que te debo todos estos infortunios, ya que cuando te dejé lo hice obedeciendo tus órdenes, como siempre he hecho. Te lo digo francamente porque de verdad lo siento. No hubiera dejado mi país si no hubiera sido por obedecer tus órdenes, y qué vida he llevado.

Sabes que no me hubieran importado las penalidades de la campaña contigo, y no tendría todas las preocupaciones que ahora tengo, lejos de mi país, pensando lo que cualquier otro pensaría, porque sabes que el orgullo de un hombre nunca lo abandona. Pregúntate a ti mismo si tengo razón. ¿Por qué no lo has hecho? Simplemente porque tienes dignidad y orgullo y yo quiero tener los mismos derechos.

Le suplicaba a su hermano que lo rescatara de Cuba, pero también era típico de Hipólito pergeñar un plan que, en todos los sentidos, habría ido contra la ideología y el compromiso social de Pancho Villa. Se le habían acercado representantes de los hacendados de Yucatán molestos por la política seguida por el general carrancista Alvarado, que los obligaba a repartirse con el gobierno los beneficios de las lucrativas exportaciones de henequén a Estados Unidos y movilizaba contra ellos a sus propios peones. Le habían ofrecido a Hipólito cinco millones de dólares para que desembarcaran en Yucatán tropas villistas y “protegieran todas sus propiedades, que Carranza está explotando”.⁷¹ No hay indicios de que Pancho Villa prestara la menor atención al proyecto yucateco de Hipólito, pero sí rescató a su hermano de la cárcel de La Habana, para lo cual envió allí a George Holmes, quien lo sacó clandestinamente de Cuba y lo llevó a su rancho en Estados Unidos. Fue descubierto por agentes estadounidenses que, aunque no lo arrestaron, lo forzaron a vivir en San Antonio, en condiciones muy restringidas y bajo vigilancia constante. No podían detenerlo porque no había

participado en el ataque a Columbus ni tenían pruebas convincentes de que había intentado sabotear los ferrocarriles estadounidenses. Las restricciones que le impusieron eran rigurosas y humillantes: cuando le permitieron trasladarse por unos días a El Paso para recoger unas joyas que había dejado en la caja de seguridad de un banco, le prohibieron usar un coche mientras estuviera en la ciudad, y tuvo que arreglar todos sus asuntos a pie o en tranvía.⁷²

Hipólito tenía intención de asumir el control del Partido Legalista, que habían fundado los exiliados villistas, y enviar una expedición armada a México, pero se lo impidieron la vigilancia de las autoridades, su propia falta de capacidad intelectual y su total incompetencia. Estuvo detenido un tiempo por haber violado las leyes de inmigración (había entrado en Estados Unidos por Florida, con un nombre supuesto), y le contó sus planes a un compañero de celda que inmediatamente informó a los agentes estadounidenses.⁷³

La única pequeña ayuda que Hipólito prestó a su hermano en esa etapa fue a través de una entrevista periodística en que negaba absolutamente la participación de Villa tanto en la matanza de Santa Isabel como en el ataque a Columbus.

Mi información es que mi hermano no se encontraba cerca de Columbus, no tuvo nada que ver con instigar o dirigir el ataque ni con nada directamente relacionado con él. Mi hermano ha sido acusado de muchas cosas, pero nadie lo ha tildado aún de ser ni un tonto ni un cobarde. Se dice que ordenó la incursión por ira contra los estadounidenses. Si ése hubiera sido el motivo, ¿por qué no cayó en la tentación en Ciudad Juárez, que estaba desprotegida y donde tenía veintidós mil hombres, cuando le propusieron cruzar la frontera? Se ha dicho que influencias de fuera de México lo indujeron a atacar Columbus. Ese cargo es falso, porque más de una vez supe que rechazaba ofertas que lo hubieran enriquecido enormemente si hubiera estado dispuesto a comprometer la soberanía de México.⁷⁴

Pronto comprendió Villa que muy poco podía hacer su hermano por él en Estados Unidos y que tal vez corría allí mayores riesgos que si volvía a México. De modo que, a pesar de la vigilancia de las autoridades, Hipólito regresó a su país natal y encabezó un grupo guerrillero para combatir junto a su hermano en Chihuahua.⁷⁵ No hay indicios de que demostrara ninguna capacidad especial como jefe militar, aunque logró sobrevivir en la ardua y difícil guerra de guerrillas.

Cuando se fue, Díaz Lombardo, su único rival potencial, se convirtió en el vocero indiscutido de Villa en Estados Unidos. Sin embargo, no está claro qué tanta autoridad real le confería esto. No estuvo involucrado en las negociaciones más importantes que hubo entre Villa y las compañías estadounidenses en ese tiempo, es decir, el pago de protección, ni participó al parecer en el contrabando de armas. Tal vez colaboró en los intentos por reunir fondos, pero su función principal a los ojos de Villa era mejorar su imagen en Estados Unidos, establecer relaciones con otras facciones revolucionarias y librarlo de los estafadores. En 1916, las autoridades estadounidenses lo habían encarcelado brevemente, pero a partir de 1917 gozó de relativa libertad, probablemente gracias a la creciente tensión entre Estados Unidos y Carranza –por la que al menos algunos políticos estadounidenses pensaron en utilizar de nuevo a Villa contra el Primer Jefe–, y también a que las agencias de inteligencia estadounidenses podían interceptar la mayoría de las cartas que recibía o escribía y, por tanto, ejercer cierto grado de control sobre las actividades villistas en Estados Unidos.

Díaz Lombardo siguió siendo enemigo inflexible de cualquier pacto con los conservadores que se oponían a Carranza, al igual que los González Garza y otros antiguos convencionistas aunque, a diferencia de Díaz Lombardo, éstos tampoco querían tener relaciones con Villa. Las actividades de todos ellos no tendrían en conjunto mucha relevancia. Ninguno de ellos tenía verdaderas bases ni genuina influencia en México, y ninguno de ellos regresaría durante la revolución para modificar su derrotero. En ello se distinguían del único revolucionario exiliado que sí tenía partidarios en México, que sí regresaría y que perdería la vida en el intento por cambiar los destinos de su país: el general Felipe Ángeles.

· 18 ·

La tentativa de crear un villismo con rostro humano: el regreso de Felipe Ángeles

Señores, con atención,
les diré lo que ha pasado,
fusilaron en Chihuahua
a un general afamado.
—El reloj marca sus horas,
se acerca mi ejecución;
preparen muy bien sus armas,
apúntenme al corazón.

Yo no soy de los cobardes
que le temen a la muerte,
la muerte no mata a nadie,
la matadora es la suerte.
Aquí está mi corazón
para que lo hagan pedazos,
porque me sobra valor
pa resistir los balazos.¹

LA EVOLUCIÓN IDEOLÓGICA DE FELIPE ÁNGELES

En los últimos días de 1915, mientras la División del Norte se disolvía y Villa se retiraba a las recónditas montañas de Chihuahua, Felipe Ángeles atendía un pequeño rancho al otro lado de la frontera, tratando de que le diera para mantener a su esposa y sus cuatro hijos. En el curso de la revolución había dado pruebas de los mismos escrúpulos y la misma honestidad en asuntos financieros que lo distinguieron durante la época de Díaz, cuando había rehusado tomar parte en las enormes ganancias que su situación como experto en artillería le podía haber proporcionado. Había salido de la revolución tan pobre como había entrado, y las escasas ganancias que obtenía de la cría de caballos y la producción de leche en su rancho no le alcanzaban para sobrevivir. Además, le preocupaba que como su rancho estaba situado directamente junto a la frontera, los hombres de Carranza intentaran secuestrarlo o involucrarlo en algún complot

para denunciarlo a las autoridades por violar las leyes estadounidenses de neutralidad. En una ocasión, se presentaron dos hombres como representantes de Zapata para ofrecerle el mando militar de la campaña en el sur, y quedó convencido de que eran espías carrancistas que trataban de complicarlo, junto con Maytorena, a quien también fueron a ver, en un problema.² De nuevo se despertaron sus sospechas cuando fue a visitarlo George Carothers, antiguo agente especial estadounidense ante Villa, quien en su opinión tal vez defendía sus propios intereses, que consideraba amenazados por Carranza, y podía auspiciar un movimiento anticarrancista “sin que le importe que ese movimiento sea de los liberales o de los conservadores”.³ También era posible que Carothers tuviera instrucciones del gobierno estadounidense para vigilar que no se violaran las leyes de neutralidad. Le advirtió a Maytorena que tuviera cuidado al hablar con él.⁴ Asimismo, le preocupaba, incluso antes del ataque de Villa a Columbus, “la indignación que hay aquí contra todos los villistas y el propósito que tienen de correrlos de la ciudad. Ayer aprehendieron a Díaz Lombardo por vago, con objeto de vejarlo”, y el peligro potencial para él y su familia. “¿Qué haré ahora? ¿Sigo ahí trabajando hasta que vayan a plagiarme? ¿Abandono todo, tratando de vender, para que el comprador me dé tan poco que ni el terreno pueda pagar? Estoy construyendo una casita. ¿Suspendo la construcción para que el contratista me exija daños y perjuicios?”⁵

Finalmente, decidió irse de El Paso y buscar trabajo en el norte. Durante un tiempo pensó en trabajar como minero, pero pronto decidió que no tenía la fuerza física necesaria. Finalmente, se fue a Nueva York, donde al parecer se dedicó a algún tipo de trabajo manual. Esto no le importaba, ya que le daba la posibilidad de establecer contacto con las clases bajas. “Me hacía entender muy bien de la gente decente, pero ni entendía ni me hacía entender con el pueblo. En fin, que tengo mucho amor por el pueblo, pero que no tengo muchos puntos de contacto con él.” Pocos meses después, Ángeles pensaba que había superado ese defecto. “Tengo mis amigos entre los indios de aquí, entre los humildes, entre los negritos”, escribía desde Nueva York.⁶

Durante el primer mes de exilio, aunque repetidamente expresó la esperanza de que Carranza cayera, no pensaba que pudiera ser útil su intervención personal en los sucesos que se desarrollaban en México. Esa actitud cambió radicalmente cuando Villa atacó a Columbus, Pershing entró en México y la posibilidad de una guerra mexicano-estadounidense surgió en el horizonte. En ese momento, como muchos exiliados mexicanos, incluido Maytorena, escribió a Carranza ofreciéndole sus servicios en caso de guerra con Estados Unidos.⁷ Ángeles no

podía soportar la idea de unirse a Carranza pero su sentido del honor militar y su patriotismo no le permitían quedarse al margen en caso de guerra. “Me parece”, le escribió a Maytorena pocos días después del ataque de Villa,

que el ataque reciente de Columbus va a traer como consecuencia inevitable la intervención armada de Estados Unidos.

[...] Me parece que lo único que nos quedará por hacer, si la intervención contra México tiene lugar, será reunirnos todos los amigos, internarnos a México y defendernos de todos: de los americanos, de los carrancistas, de los villistas, de los felixistas...

Tendremos especial cuidado de no asociarnos, es decir de no admitir en nuestro grupo a la plebe, porque una dolorosa experiencia nos ha enseñado que aunque debemos pelear o trabajar por el adelanto de la clase baja, no debemos admitirla en nuestras filas, porque seremos cómplices o culpables de sus desmanes.⁸

Ángeles abandonó esta idea cuando quedó claro que la guerra no iba a estallar en el futuro inmediato. Después de que Pershing se retiró de México, la mayoría de los exiliados la consideraban como una posibilidad más bien remota, pero él veía la situación de otra manera. Le obsesionaba la convicción de que, cuando terminara la primera guerra mundial, Estados Unidos, por primera vez en posesión de un inmenso ejército, intervendría en México. En abril de 1917, unos dos meses después de la partida de la Expedición Punitiva y de que estalló la guerra entre Estados Unidos y Alemania, le escribía a Maytorena:

La guerra entre Estados Unidos y Alemania abre una nueva era de relaciones mexico-americanas.

Hasta ahora esas relaciones habían sido influenciadas por la debilidad del ejército americano y la bondad y buenas intenciones del Presidente Wilson. Y en tal estado de cosas la voluntad del Presidente había predominado. Con motivo de la guerra americano-alemana dentro de muy poco el ejército americano será fuerte y la voluntad del Presidente ya no será predominante, y las semillas sembradas por Carranza con su grosería y megalomanía características, van a fructificar; y, tal vez, el Presidente Wilson sea flexible y ceda al huracán de interés que en breve soplará contra nuestro país.⁹

Desde entonces, no dejó de perseguirlo el temor de una intervención estadounidense en México y todas sus acciones subsecuentes, que finalmente lo

conducirían a la muerte, tuvieron por objeto evitarla.

Una extraña conversación entre un misterioso Míster X y Frank Polk, asesor del Departamento de Estado en gran medida responsable de las actividades encubiertas y de inteligencia y que, además, supervisaba los asuntos mexicanos, pudo tener relación con los crecientes temores de Ángeles. El 19 de junio de 1916, mientras aumentaban las tensiones entre Estados Unidos y el gobierno de Carranza (dos días más tarde tendrían por resultado un choque armado en la población mexicana de Carrizal, el cual llevó a los dos países al borde de la guerra), un Míster X, que intentaba en vano ver al secretario de Estado, fue recibido por Frank Polk. “Dijo”, anotaría Polk en su diario,

que pensaba que el gobierno de Carranza estaba en las últimas y que detestaba la idea de que este gobierno interviniera o le hiciera la guerra a México porque era espantoso pensar en las consecuencias. Esperaba que algo pudiera hacerse para impedirlo, ya que Carranza no podía hacer nada. Pensaba que Ángeles era el único hombre que podría inspirar confianza, no sólo al pueblo de México, sino en los recomendables mexicanos ahora exiliados.

Dijo que no quería ayuda del gobierno estadounidense; todo lo que querían saber era si este gobierno no se opondría por la fuerza a un movimiento de ese tipo. Nada se podría hacer si este gobierno tomaba esa actitud. Pensaba que, puesto que hemos reconocido a Carranza, podríamos ahora declarar que ya no lo reconocíamos, ya que no es un gobierno, y que Ángeles y sus amigos de inmediato tomarían el poder y reinstaurarían el orden.

Habló del asunto con mucha energía y tenía la esperanza de que examináramos favorablemente la propuesta.¹⁰

La respuesta de Polk fue negativa.

No discutí la cuestión con él, ni le expresé ninguna opinión más allá de decirle que no veía cómo sería posible para este gobierno permitir tácitamente una revolución contra el gobierno existente; que no podíamos asumir la responsabilidad de hundir a ese país en otra revolución. Dijo que le preocupaba particularmente que no hubiera una ruptura, ya que ésta significaría que todas las facciones probablemente tendrían que ponerse contra Estados Unidos. Le dije que me daba cuenta de eso, pero que ello no modificaría en absoluto nuestros planes. Entonces dijo que yo sabía dónde localizarlo y que, aunque no tenía autoridad para hablar por el general Ángeles, pensaba que éste se dejaría guiar por su opinión.¹¹

Polk remachó su rechazo a la propuesta de Míster X enviando un mensaje oral, a través de un tal señor Patchin, “de que no se tomaría en consideración ninguna sugerencia acerca de México en este momento”.

El diario de Polk no revela la identidad de Míster X, pero la única persona en Estados Unidos que tenía estrecho contacto con Ángeles y a la vez con los más altos niveles del Departamento de Estado era Manuel Calero. Su insistencia en que no tenía autoridad para hablar por Ángeles puede indicar que éste no sabía nada de la entrevista, pero Calero esperaba convencerlo de encabezar un nuevo movimiento revolucionario en México si Estados Unidos retiraba su reconocimiento a Carranza. Calero ciertamente conocía la enorme preocupación de Ángeles por una posible intervención y su disposición a hacer todo lo posible, incluso con riesgo de su vida, por evitarla. Probablemente Calero tenía en mente muy otros fines y esperaba recuperar su perdida influencia en México así como poner fin a la política nacionalista de Carranza.¹²

Tal vez Ángeles hubiera estado dispuesto a encabezar un movimiento anticarrancista con el apoyo tácito de Estados Unidos, pero nunca se habría unido a los estadounidenses en una guerra contra México. A este respecto, su actitud contrastaba tajantemente con la de Eduardo Iturbide, que fue a visitar a Frank Polk sólo tres días después que Míster X y estaba dispuesto a colaborar con una fuerza de ocupación estadounidense. “Cuando hayamos tomado la ciudad de México, si tenemos que hacerlo”, anotó Polk en su diario, “él estaba seguro que todos los buenos mexicanos que ahora se hallan exiliados estarían felices de volver a México con la idea de establecer un gobierno.”¹³

A pesar de sus temores, Ángeles era el más optimista de todos los exiliados, y ello se debía a su análisis de lo que había fallado en la revolución mexicana: aunque a primera vista era muy pesimista, ese análisis lo conducía a conclusiones esperanzadoras. En su opinión, la causa más importante de todos los sufrimientos y desastres que México había sufrido fue el asesinato de Madero. A diferencia de otros maderistas, Ángeles no concedía que Madero hubiera cometido errores. Si hubiera vivido, México se habría ahorrado todos los problemas y sufrimientos que la revolución había causado. “Madero”, escribió, “tuvo dos excelsitudes, fue demócrata y fue bueno.”¹⁴

La primera consecuencia trágica del magnicidio fue que asumiera el mando Carranza, un hombre “inteligente y malo” que, aunque protestó contra el asesinato y contra la violación de la Constitución de 1857, “era un partidario de la dictadura y un ambicioso de poder. Y vimos en 1913 el fenómeno antitético de

una revolución democrática encabezada por un hombre de tendencias dictatoriales perfectamente definidas”.¹⁵

Con amargura, Ángeles contrastaba las personalidades y actitudes de Madero y Carranza:

Madero peleó por la libertad y dio libertad.

Carranza ha dicho que la libertad es un error y una candidez.

Madero peleó por nuestras instituciones democráticas y Carranza piensa como Pineda, que la democracia es una utopía y una insensatez.

Madero era un corazón de oro y Carranza es un corazón de acero.

Ángeles contrastaba la humanidad de Madero con el hecho de que “Carranza, como Porfirio Díaz, mata a sus enemigos invocando la salud pública”.¹⁶ Sin embargo, Ángeles era un hombre demasiado inteligente para atribuir sólo a Carranza todos los sucesos negativos que tuvieron lugar en México desde el estallido de la revolución constitucionalista. Una causa más fundamental de lo ocurrido, en su opinión, era “la incultura natural de la clase baja del pueblo”.¹⁷

La tragedia de febrero de 1913 indignó al pueblo contra la reacción dictatorial, que consideró formada [...] por toda la *gente decente*, como impropriamente decimos en México. Así pues, tener el espíritu cultivado, vestir con propiedad, o tener riquezas materiales, eran, individualmente, características suficientes de todo enemigo de la Revolución y fue, de ese modo, en la vaga conciencia popular, la revolución de 1913, una guerra de clases.¹⁸

Ángeles no sólo criticaba a las clases bajas como tales, sino la política seguida por sus líderes. En una carta a Maytorena hablaba de “los zapatistas [y] sus insensatas ideas de extender su dominio a toda la nación, pues creo que su Plan de Ayala es malo hasta para ser aplicado en la zona donde impera el zapatismo. No haga saber a nadie esta tendencia mía”.¹⁹

También criticaba a Villa, aunque con mucha cautela. Dice que Villa “no puede entender la democracia por insuficiente cultura”, pero reitera su profunda admiración por él: “Pues sepan carrancistas y huertistas que no me humilla el haber servido a las órdenes de Villa, que al contrario, me enorgullece. Me enorgullece haber sentido por largos meses el afecto y estimación de un hombre como Villa”.²⁰ Sin embargo, sin nombrarlo, criticaba uno de los pilares de la política de Villa, la confiscación de las grandes propiedades y los bienes de los ricos. “Los dirigentes naturales del pueblo [...], con el solo bagaje de la

instrucción primaria, habían leído, sin entender, las doctrinas socialistas. Desposeer al enemigo de sus riquezas fue su primer impulso.” Pero no culpaba a esos líderes populares por su actitud, sino directamente a Carranza por “haber apoyado con su autoridad de jefe de la revolución ese impulso: mezcla confusa de justa reivindicación y de instinto de rapiña”.²¹

Si bien algunos exiliados optimistas creían que más tarde o más temprano Carranza sería depuesto por miembros más liberales y progresistas de su propia facción, como Obregón (lo que en efecto sucedió), Ángeles no compartía tales esperanzas. No juzgaba probable que Obregón se alzara contra el Primer Jefe y, si lo hacía, no lograría mantenerse en el poder.²²

Al contemplar la sombría evaluación que hacía de la situación reinante en México, no se encuentran a primera vista motivos de optimismo: el país estaba gobernado por un dictador sangriento, Carranza, y no existía dentro de su propio movimiento ninguna oposición fuerte. Sus principales opositores, Villa y Zapata, no comprendían realmente la democracia y habían defendido programas que en muchos sentidos contenían las semillas del desastre. Tras el fin de la guerra con Alemania, Wilson podía muy bien verse inducido a intervenir. Con todo, Ángeles mantenía una visión en general optimista del futuro de México.

La razón principal era su creencia de que Zapata y sus dirigentes, al igual que Villa, eran en esencia hombres honestos y buenos cuyos errores se debían a la ignorancia y a la falta de mentores intelectuales que pudieran darles los consejos adecuados. Se refería a que “la admirable tenacidad del héroe suriano, Emiliano Zapata, ha formado la convicción de que hay en la nación un problema agrario de resolución urgente”.²³ También expresaba profunda admiración por uno de los más destacados lugartenientes de Zapata, Genovevo de la O, contra quien había combatido en 1913.²⁴ Hablaba de Villa como “un hombre bueno en el fondo”. Pensaba que si esos dirigentes de clase baja tenían la asesoría adecuada, podían desempeñar un papel muy positivo en la revolución. Ante todo, estaba convencido de que ellos entendían cuán errónea había sido la confiscación masiva de las propiedades de los ricos: “es opinión unánime que la confiscación de la propiedad y el despojo de toda clase de bienes no fue más que una violenta venganza que destruyó la riqueza y que mermó enormemente el prestigio de la causa revolucionaria”.²⁵ Habiendo abandonado esa actitud equivocada, aquellos dirigentes podían representar un peligro mucho mayor para Carranza. No sólo ellos habían cambiado, sino también la clase alta de México. “Hoy la revolución de 1910 ha triunfado en casi todas las conciencias: la frase célebre ‘después del señor general Díaz, la ley’ [...] ahora es *desideratum* de la República entera.”

Ángeles pensaba que también los conservadores se veían forzados a adoptar estos principios y

hace tiempo he dicho: “La revolución democrática de 1910 ha triunfado en casi todas las conciencias”, y era ésta una verdad inconfesada por nuestros enemigos políticos. Ahora dicen en su órgano más caracterizado, *La Revista Mexicana*, de San Antonio, Texas: “Nosotros profesamos también los principios fundamentales proclamados por la Revolución; pero queremos implantarlos por medio de los procedimientos indicados por la Suprema Ley de la Nación”. Pues, ¿qué otra cosa querían los revolucionarios de 1910?²⁶

Dado que la revolución había triunfado en las conciencias, Ángeles pensaba que los conservadores no constituían un peligro grave para ella: puesto que la aceptaban, y puesto que los dirigentes populares de México –Zapata y Villa– habían moderado su manera de ver las cosas al rechazar la confiscación total de las propiedades de los ricos, opinaba que era posible la unidad de todas estas fuerzas contra Carranza.

Su optimismo se veía reforzado por la creencia de que pronto triunfaría en todo el mundo el tipo de socialismo en que él había llegado a creer. Aunque había leído la obra de Marx y Engels y los respetaba mucho, no creía en el socialismo revolucionario, sino en una evolución gradual hacia una sociedad socialista. Le reconocía a Marx dos hazañas: haber mostrado que “la libre competencia es la que hace que la producción sea sin plan, sin organización, caótica y, por consiguiente, anticientífica e ineficiente”²⁷ y que “la propiedad privada de los instrumentos de producción y, más generalmente aún, el derecho a la propiedad privada ilimitada, es lo que justifica el calificativo de injusta a la sociedad actual”.²⁸ Estaba convencido de que el socialismo avanzaba en todo el mundo.

Cuando los hombres de mi generación estábamos en las aulas, oíamos con religioso silencio [...] las prédicas de los economistas; escuchábamos las metafísicas demostraciones del derecho de propiedad, y nos reíamos del desequilibrio mental de Proudhon que en la pasión de la lucha gritaba: “*La propiedad es un robo*”.

No imaginábamos que en el terreno científico el triunfo de los *locos* era ya un hecho consumado. Desde entonces la verdad inunda poco a poco de nueva luz al mundo.

Esos locos de antaño, muriéndose de hambre en el destierro, [...]

conquistaban poco a poco al mundo.

Locos o criminales entonces, habitando las cárceles o desterrados de su patria, van ahora invadiendo los gobiernos y ya cuentan con casi la mitad de la representación popular en el Reichstag, y ya casi gobiernan en Francia, y ya imperan en algunas colonias inglesas, y ya tienen un presidente en Estados Unidos que señala como guía la nueva libertad.²⁹

La idea de que los países europeos más importantes se estaban aproximando al socialismo dado que en sus gobiernos se hallaban incluidos miembros del partido socialdemócrata contradecía la opinión de los socialistas radicales como Rosa Luxemburgo, para quien dichos socialdemócratas habían traicionado los principios del socialismo.

A pesar de sus ataques contra la propiedad privada, Ángeles no creía justificadas las confiscaciones, y criticaba a los revolucionarios precisamente por llevarlas a cabo. Estaba convencido de que el socialismo sólo llegaría gradualmente y sólo en el momento en que el pueblo estuviera suficientemente educado y el país suficientemente desarrollado para que el socialismo fuera una alternativa realista. Entre tanto, debían respetarse en México los derechos de los ricos y la propiedad privada como cosa sagrada.

El único que en su opinión estaba poniendo en práctica los principios en que Ángeles creía y creando las bases para una sociedad socialista era Woodrow Wilson, cuya doctrina del *New Freedom* (Nueva Libertad) no tenía, en opinión de Ángeles, nada que ver con el liberalismo clásico, sino con un nuevo principio, idéntico a una tendencia socialista.³⁰ Puesto que consideraba socialista al gobierno estadounidense y se tomaba en serio el compromiso retórico de Wilson con la revolución mexicana, no vacilaba en desear la ayuda estadounidense para su movimiento. Pero esa ayuda no consistiría en una intervención militar. Pensaba que ésta constituía un peligro mortal para su patria y, a partir de mediados de 1917, lo animó un celo casi mesiánico por volver a México y unir a todas las facciones para evitar esa catástrofe.

No hay duda de que el optimismo de Ángeles se basaba también en su profunda convicción de que era el único en México capaz de lograr la unidad. No se equivocaba. Se hallaba en una posición excepcional respecto de las diversas facciones que combatían contra Carranza y respecto de Estados Unidos. Ninguno de los dirigentes en pugna –Zapata, Villa, Félix Díaz, Peláez, los Cedillo– podrían obtener la confianza y el apoyo de todos los demás, encabezar una coalición nacional o contar con el respaldo de los estadounidenses. Otro

tanto podía decirse de los políticos que vivían en el exilio. Aunque los hermanos Francisco y Emilio Vázquez Gómez originalmente pretendieron la dirección de la revolución mexicana, tenían escasos partidarios en el campo mexicano y ninguna autoridad entre los revolucionarios, con excepción de Zapata, que estaba dispuesto a reconocer a Francisco como dirigente nacional. Para los rebeldes conservadores del sur, Ángeles habría sido un líder muy atractivo por varias razones. Era un antiguo oficial federal, proestadounidense, profundamente opuesto a la Constitución de 1917 y, a pesar de sus convicciones socialistas, respetuoso del principio de la propiedad privada. Para los villistas, era el antiguo jefe de artillería de la División del Norte, responsable de algunas de sus más gloriosas victorias, y nunca se había vuelto abiertamente contra Villa. Incluso los zapatistas, que hubieran tenido más razones para oponérsele, habían aceptado su mediación durante la Convención de Aguascalientes y sabían que él había convencido a los convencionistas de aceptar el Plan de Ayala. Tanto Woodrow Wilson como los militares estadounidenses lo tenían en alta estima, e importantes empresarios de Estados Unidos creían que podría revocar la Constitución de 1917. Finalmente, por lo menos en el norte, contaba al parecer con genuino apoyo popular más allá de las filas del ejército revolucionario.

Tal vez otro factor alimentaba, en el caso de Ángeles como en el de los revolucionarios más importantes, su optimismo y su fe en sí mismo: la convicción profunda de que tenía a la historia de su lado.

LAS ACTIVIDADES POLÍTICAS DE FELIPE ÁNGELES

Los ambiciosos propósitos de Ángeles contrastaban en forma aguda con su absoluta falta de medios para cumplirlos: no tenía dinero, ni un cuerpo independiente de hombres leales esperándolo en México, ni una organización política que lo respaldara y patrocinara. Estos obstáculos no lo desalentaron y trató de procurarse una base política y de hallar apoyo en diversos sectores.

En Estados Unidos intentó crear una especie de prototipo de la unidad que esperaba establecer en México. En la recién formada Alianza Liberal, trató de reunir a los enemigos radicales y conservadores de Carranza. Para ello, echó mano de la ayuda de antiguos villistas, incluidos los hermanos González Garza, de carrancistas radicales disidentes, como el socialista Antonio Villarreal, que había roto con el Primer Jefe en 1917, y de los conservadores encabezados por Manuel Calero que, desde la victoria carrancista, había intentado en vano algún tipo de acercamiento con los revolucionarios exiliados. Los esfuerzos de

Ángeles provocaron el resentimiento de algunos antiguos revolucionarios y no está claro hasta qué punto tuvo éxito en unir a las diferentes tendencias de la oposición a Carranza.

Una de las fuentes de apoyo más importantes en que confiaba era su amigo cercano y compañero de armas ideológicas en los años posteriores a la muerte de Madero, cuya alianza con Villa él había promovido en buena medida: el antiguo gobernador de Sonora, José María Maytorena, quien tenía dinero e influencia, y mantenía conexiones con su estado natal. Sin embargo, Maytorena dejó claro que sólo estaba dispuesto a apoyar a un movimiento revolucionario en México e involucrarse en él si se cumplían dos precondiciones: el “disimulo” y el dinero. “Disimulo” era una palabra en clave. Ambos utilizaban un código secreto porque temían que sus cartas cayeran en manos de las autoridades estadounidenses o de los carrancistas. Por ejemplo, se referían a la planeada revolución como “el negocio”. Como escribió el propio Maytorena (o su hijo) en el margen de una de sus cartas, fracasaría “cualquier movimiento revolucionario si no se contaba cuando menos con el disimulo del gobierno americano y dinero para la compra de armas”.³¹ A lo que Maytorena obviamente se refería era al apoyo encubierto de Estados Unidos, que les permitiría preparar su revolución al norte de la frontera y comprar armas y municiones allí, e incluso les brindaría apoyo diplomático. En la larga correspondencia entre los dos, Ángeles insistió una y otra vez en que tales precondiciones eran innecesarias.

Usted y yo sólo diferimos (tal vez ya no), en que usted requiere para obrar dos condiciones: disimulo... y dinero.

Yo he sostenido desde el principio que esas dos cosas no pueden venir a priori, sino a posteriori. Y estoy seguro que si aún no me da usted la razón me la dará dentro de muy poco. [...]

Sería muy bueno satisfacer los requisitos que usted pone, pero puesto que éstos no pueden venir, sino a posteriori, debe uno prescindir de ellos.

Para empezar lo que se necesita es energía personal y atinarle a lo que realmente necesita la patria. [...]

¿Que es una temeridad obrar así?

Sí, lo es.

Fue una temeridad el grito de independencia y es una temeridad emprender todo lo grande y todo lo desinteresado.

Si fracasa uno, por lo pronto todo el mundo dice: fue una estupidez. Si se tiene éxito se ponen de acuerdo todos los amigos que al principio no podían

ponerse de acuerdo por nonadas, o más bien, porque era ilógico ponerse de acuerdo a priori.³²

Ni esta carta ni las subsecuentes discusiones personales y epistolares pudieron convencer al exgobernador sonoreense. En diciembre de 1917, Ángeles le hizo un último llamado, no sólo pidiéndole apoyo, sino para que regresara con él a México para unir a todas las facciones revolucionarias contra Carranza: “Roque [se refiere a González Garza quien originalmente había aceptado unírsele] ha desistido, pero tengo asegurado otro compañero. Si usted viene a verme luego se sentirá inclinado a unirse”.³³

Maytorena no estuvo de acuerdo. “Sin aquellos invocados recursos, sigo creyendo que nada debe intentarse y que todo lo que sin ellos se haga será ir al fracaso, por más oportunas que parezcan las circunstancias. [...] Si el negocio no puede presentarse a la yankee, en forma llamativa, sugestiva [...], la empresa no prosperará.”³⁴

La respuesta de Ángeles manifestaba cierta decepción ante la actitud de su amigo y la decisión de proceder con sus planes en cualesquiera circunstancias. “Al ponerle a usted mi telegrama”, decía,

creí que definitivamente había usted abandonado su primer punto de vista. Creí que estaba usted plenamente convencido de que los requisitos que usted exigía eran imposibles de realizar y que así había usted convenido conmigo más o menos explícitamente. También yo había convenido más o menos explícitamente que las circunstancias que concurren en usted no le permitirían emprender el negocio en condiciones muy deficientes; pero que eso no implicaba que para empezarlo fuera necesario satisfacer condiciones imposibles, sino sólo que usted no colaboraría sino ya bien avanzado el negocio. [...]

Todos los negocios de la naturaleza de éste son al principio inciertos, pero éste, en mi opinión, tiene el máximo de incertidumbre. Ya sabe usted que yo no soy optimista ni veo nunca las cosas color de rosa y que me decido a hacer algo por deber y sin ilusiones:

Usted es hombre de muy buen sentido; comprende usted que dadas las circunstancias y sabiendo cómo es la gente no voy a emprender el negocio con los millones de Morgan o los millares del señor Hurtado, o con los centenares de Rafael Hernández o con las decenas de Llorente, o con los dólares del señor Bonilla. ¿Por qué? Porque conseguir cualquier cosa es difícil. Usted dirá

entonces que emprender un negocio cualquiera sin capital es ir al fracaso. Yo niego, porque sé de muchos que han prosperado a pesar de haber empezado así.³⁵

Ángeles expresó la decepción que le causaba la actitud del exgobernador en una carta dirigida a otro amigo, Emiliano Sarabia, antiguo general y gobernador villista del estado de San Luis Potosí.

Nuestro amigo cree que para empezar a trabajar es necesario que se satisfagan requisitos que nunca han de llenarse; eso equivale a abandonar toda acción. Yo creo que sólo se necesitan tres cosas: 1° atinar con la verdadera necesidad nacional; 2° merecer la confianza en el interior y en el exterior, y 3° obrar con resolución y lograr escapar el bulto por algunos meses, para no dejarse colgar en un poste de telégrafo. Y el tiempo que es buen amigo de las cosas buenas hace solo la obra esperada.

Tal vez tenemos el más claro indicio de cómo veía su papel en México cuando escribe: “Nunca los Sanchos hicieron algo grande; en todas las obras de empuje se necesitan los locos como Madero o don Quijote”.³⁶

La persistente negativa de Maytorena llevó a Ángeles a buscar otros apoyos. A pesar de la amistad que los había unido por varios meses, interrumpió toda comunicación con el sonorenses y en esa época, al parecer, cayó cada vez más bajo el influjo de quien muchos exiliados mexicanos consideraban uno de los políticos más inescrupulosos: Manuel Calero.

Calero era uno de los líderes de los conservadores exiliados y se esforzaba sistemáticamente por atraerse a los revolucionarios que consideraba más conservadores. Intentó convencer a Manuel Bonilla, antiguo ministro de Madero y encargado de trazar la reforma agraria de los villistas, para formar un frente común contra Carranza. A pesar de que Bonilla rechazó sus ofrecimientos, Calero insistió, argumentando que tenían mucho más en común de lo que Bonilla creía. Con igual vigor, trató en vano de obtener el apoyo de Maytorena, a quien había invitado a una reunión con Iturbide, el héroe de los conservadores y de los petroleros.³⁷ Tales fracasos no detuvieron a Calero, que a continuación se concentró cada vez más en Ángeles. Éste aceptó a regañadientes reunirse con él. “No pude desatender su llamado [...] por el servicio que le debo de haberme sacado de las garras de Huerta. Creí que el asunto era importantísimo, pero resultó, a mi juicio, una utopía. [...] Se conoce que está desesperado porque ve rota su brillante carrera.”³⁸

Calero tenía piel de elefante y los desaires no contaban para él: bombardeó a Ángeles con publicaciones en las que declaraba que algunos de los reclamos de la revolución eran realmente legítimos, y Ángeles empezó poco a poco a aceptar la idea de que Calero formaba parte de la vasta mayoría de mexicanos que estaban dispuestos a aceptar esas demandas básicas.³⁹

Para Calero, ganarse la confianza de Ángeles era un triunfo. Por lo menos podría convencer a los petroleros, que lo habían empleado durante tanto tiempo y con quienes aún mantenía relaciones, de que seguía siendo un hombre importante, con contactos también importantes, que debían tomar en cuenta. Si la misión de Ángeles resultaba un éxito, probablemente él podría desempeñar de nuevo un papel principal en la política mexicana. Para lograrlo, no dudó en arriesgar la vida de Ángeles. Procuró involucrarlo en el turbio mundo de los cabilderos, los estafadores y los petroleros. Cabe dudar que Ángeles, que nunca mostró interés alguno por el dinero y que nunca se había relacionado con hombres de esa calaña, supiera realmente con quién estaba tratando. Los miraba a través del cristal color de rosa de la elevada retórica de Wilson.

El primer intento de Calero por obtener dinero para el proyecto de Ángeles al parecer tuvo que ver con Keedy, y fracasó. “Anoche, en Washington”, informaba un agente del Buró de Investigación el 26 de marzo de 1918,

tuve una larga conversación con el general Felipe Ángeles, con Alfredo S. Farías [conocido villista de El Paso] y con un abogado estadounidense llamado Kidy. No sé cómo escribe su nombre, pero se pronuncia Kidy [sic]. Éste fue *procurador* en Puerto Rico y en Panamá y también es gran amigo y simpatizante de Villa [...] Me dijeron que estaban en tratos con algunos banqueros y un conocido contratista de Washington para obtener fondos para un nuevo movimiento, que estaría encabezado por el general Ángeles pero del que Villa no está excluido, ya que Kidy me dijo que estaban procurándole un pasaporte para que pudiera entrevistar a Villa acompañado por Alfredo S. Farías, con el fin de obtener datos que prueben que aquél no estuvo en el ataque a Columbus. Este nuevo movimiento, según entiendo, no es sino una reorganización del partido villista con el general Ángeles como figura principal, debido a la bien ganada repulsión que sienten el pueblo y el gobierno estadounidenses hacia Villa a causa de los cobardes sucesos de Columbus. El general Ángeles me leyó su manifiesto en voz alta [...] De lo que se me dijo entiendo que el “cerebro” del movimiento es el señor Manuel Calero. Creo que han tenido dificultades con los banqueros estadounidenses,

que se reservan en la cuestión monetaria hasta que Kidy y Farías regresen de su entrevista con Villa.⁴⁰

FELIPE ÁNGELES Y LOS PETROLEROS

Según Ramón Puente, otro de los mexicanos exiliados que más tarde fue biógrafo de Villa, fue principalmente Calero quien le aconsejó a Ángeles regresar a México y crear una nueva fuerza política anticarrancista.⁴¹ ¿Le presentó Calero una promesa de ayuda de las compañías petroleras? Es muy posible. Sí tenía contactos estrechos con ellas y con el senador Fall, que se había mostrado interesado en acercarse a Villa. Octavio Paz Solórzano, representante de Zapata en Estados Unidos, estaba convencido de que las compañías estaban realmente dispuestas a ayudar tanto a Villa como a Ángeles. Un agente del servicio secreto mexicano informó que Paz, que mantenía contacto con representantes de Villa y de Ángeles,

confidencialmente me dijo que él había visto cartas de partidarios y representantes de Villa y Ángeles, las cuales contenían evidencias de que los petroleros y sus socios estaban surtiendo fondos y municiones de guerra a Villa y Ángeles y que estos mismos fueron quienes proveyeron de elementos al general Blanquet [antiguo ministro de la Guerra con Huerta que había regresado a México para encabezar una revolución conservadora]. También dijo que uno de los objetos de apoyar a Villa y a Ángeles, en el movimiento actual, era el de crear una situación amenazante, por todos los medios posibles, al gobierno actual, con la idea de obligarlo a dictar leyes favorables para los petroleros en México.⁴²

Estas acusaciones resultan dudosas. En anteriores ocasiones Ángeles había manifestado una gran aversión a las intrigas de las compañías petroleras estadounidenses en México. A principios de 1917, Manuel Peláez, cuyas fuerzas estaban financiadas por esas compañías, envió a Estados Unidos un agente que contactó primero con Calero, quien lo puso en comunicación con altos funcionarios del gobierno. El enviado dijo que Peláez estaría dispuesto a poner sus tropas a las órdenes de Ángeles si los estadounidenses lo apoyaban, y que a cambio derogarían todas las leyes relativas al petróleo que no favorecían a las compañías extranjeras. Cuando Ángeles se enteró de esta propuesta, le dijo a Roque González Garza que estaba indignado “y enojado” con Calero por apoyar

semejante proyecto, y que si no rompía con él era porque le debía gratitud por haberle salvado la vida en 1914.⁴³

No hay pruebas de que Ángeles recibiera nunca dinero ni pertrechos de las compañías petroleras. Al parecer no tenía prácticamente un centavo cuando cruzó la frontera y una de las primeras cartas que le escribió a Maytorena tras haber ingresado en su país fue para requerir que su amigo le enviara un caballo.⁴⁴ Obviamente, no tenía dinero para comprarlo, y era demasiado orgulloso para aceptarlo como regalo de Villa.

Tampoco hay pruebas de que Ángeles prometiera nada a las compañías. No tenía que hacerlo para ganarse su simpatía. Estaba honradamente convencido de que la política nacionalista de Carranza respecto de los empresarios estadounidenses iba a provocar la ocupación de México por Estados Unidos, y pensaba que sólo mediante la colaboración con este país podría México hacer progresos significativos. Además, creía que la nueva Constitución de Carranza era antidemocrática y que México debía volver a la Constitución liberal de 1857.

Aunque Villa y Ángeles hubieran aceptado ayuda de los petroleros como lo hizo Carranza en 1913-1914, ni ellos dos ni este último podían ser caracterizados como agentes o instrumentos de los intereses petroleros.

EL RETORNO DE SHERBURNE HOPKINS AL ESCENARIO POLÍTICO Y LA LIBERACIÓN DE FELIX SOMMERFELD

El interés de las compañías petroleras en un resucitado movimiento villista se expresó en las actividades de uno de sus representantes más inteligentes, experimentados e inescrupulosos, Sherburne G. Hopkins, que intentó resurgir como actor central de los asuntos mexicanos, esta vez como vocero del cabildeo petrolero. Parte de su quehacer era abierto y consistía en relaciones públicas. En 1919, fue uno de los principales testigos en las audiencias senatoriales escenificadas por Fall para presionar a favor de una intervención estadounidense en México. Allí, Hopkins actuó como testigo contra su antiguo patrón, Carranza. Por otro lado, sus actividades encubiertas al parecer tenían por objeto provocar un levantamiento de Villa que, según los petroleros, suscitaría una intervención o la caída de Carranza y el surgimiento de un gobierno que revocara la Constitución radical y nacionalista de 1917. Con ese objetivo, en 1917 Hopkins hizo circular la falsificada declaración de Villa, en que éste supuestamente negaba toda participación y responsabilidad en el ataque a Columbus. Con ella, Hopkins pensaba convertir de nuevo a Villa en una figura que las autoridades

estadounidenses pudieran apoyar. Pero el texto despertó escaso interés y mucho escepticismo entre dichas autoridades, lo que no le impidió a Hopkins dar nuevos pasos para apoyar a Villa y crear vínculos entre él y los empresarios estadounidenses. Tal fue al parecer el sentido de su enérgica campaña por lograr la liberación de Felix Sommerfeld, antiguo agente de Villa en Estados Unidos, a quien los estadounidenses habían internado como extranjero enemigo peligroso cuando entraron en la primera guerra mundial. Hopkins bombardeó con cartas al Departamento de Justicia y finalmente acudió él mismo para testificar en favor de Sommerfeld. David Lawrence, el conocido periodista, agente especial de Woodrow Wilson en México y más tarde fundador del *U. S. News and World Report*, declaró ante el Departamento de Justicia que la finalidad de las actividades de Hopkins era “conseguir la liberación de Sommerfeld para colaborar con el reciente levantamiento de Villa en México”.⁴⁵ No era tarea fácil, dado que los funcionarios de la dependencia estaban convencidos, acertadamente, de que Sommerfeld era un agente alemán.⁴⁶

Mientras Alemania y Estados Unidos estuvieron en guerra, todos los esfuerzos de Hopkins fueron inútiles. Pero después de la derrota alemana, el Departamento de Justicia se mostró más flexible. Se llamó a Hopkins y varios agentes tuvieron una larga entrevista con él. Dado que habían sorprendido a Sommerfeld en múltiples mentiras durante los largos interrogatorios a que lo sometieron –entre otras cosas, negó haber escrito una carta al agregado militar alemán Von Papen, a pesar de que el Departamento tenía copia de ella–, cabe dudar de que se dejaran impresionar por la parte más desmesurada del testimonio de Hopkins: “No creo que Sommerfeld haya tratado de engañarme jamás [...] Sommerfeld es un hombre cuya expresión facial indica de inmediato sus sentimientos [...] Deseo añadir que a Sommerfeld le es imposible ocultar lo que siente, como puede comprobar cualquiera que hable con él”.⁴⁷ Más les impresionó cuando Creighton, un funcionario del Departamento, le preguntó a Hopkins:

–¿Se le ocurre alguna razón general por la que sería ventajoso para Estados Unidos darle a Sommerfeld la libertad bajo palabra en este momento?

–Decididamente. Sommerfeld tiene un conocimiento más íntimo de la situación y los hombres en México que cualquier otra persona en Estados Unidos. Creo que ese conocimiento tal vez resultará a la larga considerablemente benéfico.⁴⁸

Es significativo que Miguel Díaz Lombardo, representante quasi-oficial de Villa en Estados Unidos, colaborara tan estrechamente con Hopkins que, según un funcionario del Departamento: “El señor Hopkins [...] ha enviado a Miguel Díaz Lombardo [...] a interceder en favor del señor Sommerfeld”.⁴⁹

Uno de los funcionarios de más alto rango, John Hanna, se mostraba cada vez más favorable a Sommerfeld: “En vista de la conexión de este hombre con los asuntos mexicanos y en especial con los intereses anticarrancistas”, escribió, “sospecho que su conocimiento de las condiciones mexicanas es requerido para ayudar a estadounidenses y mexicanos en alguna intriga mexicana. Como Sommerfeld probablemente se inclina a favor de los estadounidenses, no es imposible que algunos intereses de negocios enteramente legítimos quieran contar con su colaboración”.⁵⁰ Pocos días después, Hanna recomendó la liberación del preso, diciendo: “No creo que debemos temer que haga nada por Alemania. Le preocupa demasiado su propio interés para sentir simpatías por las causas perdidas [...] Sin duda continuará siendo un intrigante en los asuntos mexicanos, aunque no se atreverá a regresar a México mientras Carranza esté en el poder. La lógica de los acontecimientos hace probable que colabore con un grupo proestadounidense en México”.⁵¹ No fue muy difícil para los funcionarios federales comprender qué intereses representaba Hopkins y cuáles defendería Sommerfeld si lo ponían en libertad ya que, cuando le preguntaron al primero qué haría su protegido una vez liberado, dijo que se dedicaría al negocio del petróleo. (También mencionó un posible empleo en una compañía cinematográfica.)

El 25 de agosto de 1919, el Departamento de Justicia aceptó liberar a Sommerfeld a condición de que “se comprometiera a abstenerse de toda conexión con las intrigas políticas mexicanas”.⁵²

Tres meses más tarde, el Departamento de Guerra recibió un informe de “que un hombre de nombre Sommerfeld está recibiendo visitas de mexicanos y participando en diversas intrigas en el hotel Astor”.⁵³ No está claro qué tan confiable es el dato, ya que según el informante, un tal Ralph Hayes, “este informe fue proporcionado por la mujer que vende puros en el Astor y aunque el señor Hayes no le da pleno crédito, parece que el asunto merece cierta consideración”. Tampoco está claro si Sommerfeld desempeñó algún nuevo papel en los sucesos mexicanos. Su liberación probablemente se produjo demasiado tarde, ya que, tras el desastroso ataque de Villa a Ciudad Juárez,⁵⁴ las posibilidades de que los estadounidenses colaboraran con él en alguna forma disminuyeron radicalmente.

Aunque las incitaciones de Calero y el posible apoyo que los empresarios estadounidenses tal vez le prometieron ciertamente empujaron a Ángeles a volver a México, hubo un factor más importante que fue el que inclinó la balanza para él: la respuesta de Villa a una carta que Ángeles le había enviado en junio para preguntarle cómo reaccionaría si se le unía. Fue una réplica muy cálida, llena de expresiones de lealtad y disposición de escuchar consejos. “Soy su amigo que nunca le volverá la espalda”, escribía Villa,

no importa en qué condición me encuentre; las palabras que encontrará en el curso de esta carta están dictadas por mi conciencia de hombre de honor, son los pensamientos de mi corazón.

Lo admiro como uno de los hombres honorables de mi patria y nunca he dejado de pensar que el país lo necesita. Por tanto lo recibiré con los brazos abiertos, con el afecto y el respeto con que siempre lo he tratado.

Refiriéndose obviamente a las tensiones que habían surgido entre ambos en 1915, decía: “Si alguna vez le dije que no podía quedarse en la revolución debido a los tiempos fatales que iban a venir, eran palabras sinceras dichas de buena fe porque para sufrir las calamidades que he tenido que soportar en los años pasados hubiera usted necesitado un corazón de hierro”.

Villa, que sabía que el ideal de Ángeles como maderista era tener un gobierno civil, le aseguraba:

Nunca lo mancharé a usted –hombre de conciencia– queriendo imponer mi propia voluntad porque solemnemente lo invito a ayudarme a establecer un gobierno civil, emanado de la voluntad popular, que dé garantías a la nación, y nosotros como militares lo obedeceremos y caminaremos a la altura de nuestro deber para no mancharnos como hizo el ejército que traicionó al gobierno del pueblo, mancha de la que usted está libre; porque tengo la satisfacción de asegurarle que cuando vea claramente el destino de mi patria no pediré nada para mí y usted estará orgulloso de mis actos.

Finalmente le aseguraba su profunda admiración como militar: “Siempre consideraré y escucharé con prudencia su consejo, porque le repito que admiro su honor y su cultura y aunque puedo haber obtenido el control del ejército y

tenga la fortuna de un guerrero que hasta ahora no ha encontrado a nadie que pueda derrotarme, no me avergonzaría servir como soldado bajo su mando”.⁵⁵

Junto con esta carta, desbordante de afecto y respeto, Villa envió una segunda misiva, escrita en términos muy diferentes y dirigida a Maytorena.

Para lavar la mancha que lleva a los ojos de la nación le hablaré más adelante al pueblo y le diré que lo acepte en el seno de nuestros amigos, porque sin vanidad creo que las palabras que puedo decir en diferentes partes del estado de Sonora serán las que lo lavarán de la mancha que lleva [...] Le mando esta sincera carta con el general Ángeles para que usted solo conozca su contenido y usted enteramente solo reciba esa vergüenza, porque no lo apoyé a usted en el estado de Sonora para que usted lo explotara, y repito que sólo yo, con mis súplicas, puedo reivindicarlo a los ojos del pueblo de ese estado como usted claramente comprenderá.

Para lavar a Maytorena de “la mancha” en que había incurrido, Villa le pedía que entregara diez mil dólares a Ángeles “para que pueda empezar a organizar al ejército que ha de encabezar”. Villa daba a entender que Maytorena había robado grandes cantidades de dinero en su estado natal. “No quiero que me dé esa suma de su propio dinero, pero quiero que me dé lo que pertenece a Sonora.” Luego acusaba a Maytorena de ser el principal responsable de la guerra civil entre él y Carranza.

Tenga en mente que sus sugerencias influyeron mucho en que nos rebeláramos contra Carranza. Nunca he dado esta información a la prensa porque, repito, quiero limpiarlo, quiero devolverlo al seno de nuestros amigos, y por esa razón le hablo con total claridad, porque soy un hombre que no puede disimular sus sentimientos y por esta razón entro en estos detalles y le abro la puerta. Cada día el pueblo mexicano me ama más y en esta ocasión usted firmará su sentencia de odio perpetuo de ellos o consentirá en lo que le digo y entrará en el seno de nuestros amigos que somos nosotros y el pueblo.⁵⁶

Esta carta, que Ángeles nunca le entregó a Maytorena, mostraba que Villa no entendía bien el carácter de su antiguo comandante de artillería. Ángeles nunca habría aceptado presionar a su amigo para que le diera dinero. Tal vez los consejeros de Villa se daban cuenta de ello, y por eso les preocupaba el tenor de la carta, o tal vez temían que Maytorena hiciera una declaración pública contra Villa.⁵⁷

Durante siete meses, hasta julio de 1918, Ángeles cortó toda comunicación con Maytorena. Al cabo de ese tiempo, escribió de nuevo a su amigo dándole a entender que había tomado finalmente una decisión.

Respecto al silencio, voy a decirle algo: no puedo decírselo claro; pero estoy seguro que usted comprenderá bien todo. Sabe, porque se lo he dicho, la resolución que he tomado desde hace mucho tiempo. Quise llevarla a cabo, primero de un modo, luego de otro y por fin de otro. Mientras llegaba un fracaso pasaba tiempo y así se han pasado no sé cuántos meses. ¿Por qué fracasé en las dos primeras ocasiones? Porque me faltó la ayuda que yo creí segura. Y desde entonces mi acción era inminente y era necesario estar mudo. Ahora estoy en el mismo caso; nada más que mi ánimo ha variado mucho y lo que no hacía yo antes, ahora me atrevo a hacer. Si le contara yo a usted las cosas, usted reprobaría mis intenciones, como cualquier buen amigo lo haría, pero yo estoy dispuesto a jugar una probabilidad contra 999.⁵⁸

La carta era un tanto críptica, pero cualesquiera dudas que Maytorena pudiera tener quedaron aclaradas por una desesperada carta que la esposa de Ángeles le envió para pedirle que disuadiera a su esposo de regresar a México para unirse a Villa. “Acabo de recibir una carta de su señora”, le escribió Maytorena a Ángeles,

que me aclara “las cosas” que usted no me cuenta. Ella, la pobre, se encuentra angustiada, y me pide que le quite yo a usted de la cabeza las ideas de su última resolución, y para conformarle le he contestado lo que verá usted en la adjunta copia. No debía de agregar una palabra más; pero no puedo dejar de decirle que no concibo que en un criterio ampliamente lógico como el suyo, de matemático, pueda caber la resolución de jugar una probabilidad contra 999, y lo mismo digo sobre la pretensión de querer volver a un hombre cuyo contacto no puede ser sino fatal [obviamente, Maytorena se refiere a Villa]. No concibo esto, repito, por más desesperado que suponga a usted y exaltado por la situación de nuestras cosas. Ya hemos esperado mucho, esperemos un poco más, confiados en que nuestra acción podrá ser siempre oportuna, porque no siempre habrá de ser todo odio y rencores entre nosotros.⁵⁹

En su carta a la esposa de Ángeles, Maytorena trataba de sonar mucho más optimista. Le decía que pensaba que Ángeles había desistido de su intención original y que “creo que si en un rapto de impaciencia o alucinación, abrigó tal

idea, la ha desechado ya por absurda, como corresponde a su buen juicio y cordura, y más cuando, como usted dice, tiene adquirida muy buena experiencia en aquel hombre que, en días de exaltación política y en fuerza de las circunstancias nada más, pudo arrastrar tras de sí a individuos que a poco recogimos como fruto de nuestro forzado error la decepción más amarga”.⁶⁰

Maytorena pudo pensar que su optimismo estaba justificado, ya que en las cartas que Ángeles le envió durante el mes siguiente no decía nada de sus intenciones, sino que se limitaba a analizar la situación política y a hablar de los artículos que pensaba escribir. Pero se dio cuenta de cuán equivocado estaba cuando, en diciembre de 1918, recibió una carta de despedida en que su amigo esbozaba un plan de acción política para Maytorena y otros exiliados mexicanos. Decía que regresaba a México “a hacer propaganda entre los revolucionarios en armas para que se afilien a la Alianza”. Le pedía a su amigo y, a través de él, a otros miembros de la Alianza Liberal que hasta entonces habían limitado la participación y membresía a los antiguos revolucionarios, que admitieran conservadores en sus filas.

Espero que esta asociación hará obra patriótica y que salvará a México de la intervención. En la colaboración de usted cifro grandes esperanzas. Cuando ustedes pacten aquí con los antirrevolucionarios las bases de la unión de todos los mexicanos, yo no podré intervenir porque estaré en México. Confío en que desde luego hagan usted y todos los amigos una campaña activa para lograr que se elija un comité Ejecutivo General de la Alianza de personas reputadas, de significación, de talento pero no intransigentes, de esas que creen que sólo los pelados han de decidir de la suerte de México. Hay que hacer un claro y justo examen de conciencia, y confesar que cuál más, cuál menos todos hemos cometido errores y que, aunque no los hubiéramos cometido, todos los elementos de valía deben de tomar y tienen derecho a tomar participación en el arreglo de los destinos de la patria. [...]

¿Qué nos traerá el porvenir? Cualquier cosa que sea, hay que conservar hasta el último la esperanza de que algo bueno nos ha de traer y si en esa actitud nos sorprende la muerte, nuestro último pensamiento será que hemos obrado bien y que la recompensa vendrá aunque llegue un poco tarde. [...] P. D. Guárdeme el secreto de mi ida.⁶¹

La única persona a quien Ángeles se dirigió el mismo día que a Maytorena fue Manuel Calero, a quien escribió en un tono más cordial y personal: “Yo hubiera

querido no estar tan solo, hubiera querido ir acompañado de unos veinte patriotas bien conocidos en la República, pero no los encontré; quizá muchos querían, pero no podían por su educación de gentes refinadas, delicadísimas”. Reiteraba la justificación que le había dado a Maytorena: su deseo de impedir una inminente intervención estadounidense. “Será una vergüenza para los mexicanos que no agoten sus recursos en la solución de nuestro problema, para evitar la intervención de los Estados Unidos.” Apelaba a Calero, como había hecho con Maytorena, para que reuniera a todos los exiliados políticos, tanto revolucionarios como conservadores, en una organización común: “Usted es uno de los mexicanos más brillantes, más conocidos, más reputados, de más recursos. Debe usted hacer todo lo que pueda. Haga usted un bravo llamamiento a todos los liberales, a todos los mexicanos de valía que la intransigencia de algunos revolucionarios haya excluido de la Alianza Liberal Mexicana, arriesgue usted su propio bienestar y aun el de su familia. Coopere usted valientemente a evitarme una humillación”.

En contraste con su carta a Maytorena, en ésta revelaba algunas de las dudas y vacilaciones que lo habían perseguido y de los obstáculos que sabía que enfrentaría.

Sabe usted bien que conozco todo a lo que me expongo. Estoy viejo ya y no podré resistir fácilmente la inclemencia de la vida a campo raso, sin alimentos, sin vestidos y sucia en extremo. Voy a andar entre gente que por ignorancia y salvajismo comete crímenes, sin darse cuenta de que lo son; y naturalmente su buen amigo, el piadoso señor... (omito el nombre por tratarse de un estimado amigo mío [nota de Federico Cervantes]) me llamará bandido. Siendo Villa uno de los factores más importantes en la lucha actual, tendré que esforzarme para convertirlo de elemento de anarquía en elemento de orden y eso seguramente será aprovechado por mis enemigos para desacreditarme ante el gobierno y pueblo americanos.

A pesar de todo, voy con fe, porque voy a cumplir un deber y porque confío en que mis buenos amigos me ayudarán a tener éxito o me vindicarán si fracaso.

Ángeles decía también que sólo una persona, su propio hijo Alberto, había querido acompañarlo. Pero no se lo permitió ya que él debía ser el principal sostén de la familia.⁶²

El llamado de Ángeles a la unidad de revolucionarios y contrarrevolucionarios en la Alianza Liberal no fue bien recibido por algunos exiliados destacados. Uno de los más radicales, Federico González Garza, le escribió a su hermano Roque: “Ángeles seguía en su trece, es decir que sólo uniéndonos por completo con nuestros enemigos, sin distinciones ni limitaciones de ninguna clase es como podríamos establecer una paz orgánica en México”.

Decía que los reaccionarios habían querido primero eliminar a Ángeles de la dirección de la Alianza Liberal,

pero luego que se conoció el texto de su renuncia en el cual insiste en que el pensamiento de la Alianza es que se fusionen revolucionarios y reaccionarios, la actitud de nuestros asimilados ha cambiado por completo sobre todo desde que se ha sabido por allí que en una carta privada del general Ángeles recomienda que le digan a Calero y Maytorena que le ayuden, y desde que se supo que al fin había lanzado su manifiesto aquel que nos enseñó y en algunos de cuyos puntos nunca estuvimos de acuerdo.

Así es que ahora por nada del mundo querían que se acepte su renuncia [antes de salir de Estados Unidos, Ángeles había presentado su renuncia como miembro de la dirección de la Alianza Liberal en Nueva York] pues de enemigo que lo consideraban ha pasado a ser su líder.

Federico González Garza pensaba que unir a los revolucionarios y los reaccionarios en una sola organización sería una tragedia, ya que los primeros sólo constituían un dos por ciento de los exiliados. “Hoy tengo temor fundado de que la reacción se gane al general Ángeles y lo lleve a su perdición pues parece que la Alianza acabará por ser un espléndido vehículo con el cual no contaban los enemigos para tratar de llegar otra vez a dominar y olvidarse de todo menos de los intereses de su clase.”⁶³

Ángeles escribió el manifiesto al que se refería Federico González Garza poco antes de su partida, y a principios de 1919, fue publicado en el periódico *La Patria*, que hacían exiliados mexicanos hostiles a Carranza. En él, pedía elecciones libres, primero locales, luego regionales y luego a nivel nacional, y la creación de un gobierno civil. Ninguno de los jefes revolucionarios podría convertirse en candidato a la presidencia (de esta forma Ángeles se excluía también a sí mismo). Aunque Federico González Garza no enumera las partes del manifiesto con las que no estaba de acuerdo, sin duda se refiere a la categórica demanda de derogar la nueva Constitución de 1917 y de volver a la

Constitución liberal de 1857. Si bien los exiliados revolucionarios podían simpatizar con Ángeles en su crítica porque la Constitución de 1917 otorgaba demasiado poder al presidente, no hubieran querido derogar sus artículos nacionalistas o los que proclamaban que la reforma agraria era uno de los principales objetivos de la revolución. Ángeles decía que tales reformas no debían ser puestas en práctica por ningún caudillo sino por un parlamento libremente elegido. Era la vieja controversia que Ángeles y González Garza habían escenificado en 1915,⁶⁴ cuando el primero sostuvo que una de las principales diferencias entre convencionistas y carrancistas era que éstos querían llevar a cabo las reformas antes de las elecciones, y aquéllos querían hacerlo después. Federico González Garza se había opuesto vigorosamente a la postura de Ángeles, y ésa fue tal vez la base de sus críticas al manifiesto.⁶⁵

Cabe dudar de que Ángeles llegara a enterarse nunca de la polémica que su carta y su manifiesto provocaron entre los exiliados. Una vez que ingresó a México, cesaron casi por completo sus comunicaciones con los amigos que dejaba al norte de la frontera. Maytorena sólo recibió carta suya poco después de su llegada al país, cuando le pidió que le enviara un caballo y un equipo de primeros auxilios.

EL REGRESO DE FELIPE ÁNGELES A MÉXICO Y LA ÚLTIMA GRAN CAMPAÑA DE PANCHITO VILLA

El viaje de Ángeles a México se inició en Texas, en el rancho de George Holmes el 11 de diciembre de 1918. Allí lo esperaba José María Jaurieta, secretario y mensajero de Villa, con órdenes de escoltarlo hasta el campamento de éste. La predicción de la carta de Ángeles a Calero de que las condiciones en México serían duras para él resultó enteramente cierta desde los primeros días del trayecto. Para no alertar a las tropas carrancistas, tenía que dormir a campo abierto, sin el calor de una fogata, en el helado clima decembrino de Chihuahua. Sólo cuando llegaron al pequeño pueblo de Cuchillo Parado pudo relajarse. Aquél era el viejo territorio de Toribio Ortega, del que habían salido el 17 de noviembre de 1910 los primeros hombres que tomaron las armas contra Porfirio Díaz. Ortega había muerto hacía mucho, pero el pueblo seguía siendo un centro de actividades revolucionarias profundamente devoto de Villa. El gobierno nunca había logrado crear allí una defensa social. Las simpatías villistas eran tan fuertes y declaradas que se organizó un baile público en honor de Ángeles. Poco después, logró llegar finalmente al campamento de Villa, localizado en la

hacienda de Tosesihua. Los dos hombres se abrazaron, se llamaron el uno al otro “mi general” y rememoraron los días gloriosos de la División del Norte. Sólo más tarde, cuando quiso hablar de la inminente campaña militar, Villa recibió una desagradable sorpresa: Ángeles le dijo que no había venido a Chihuahua a combatir. “Vengo”, le dijo, “en misión de amor y de paz. Vengo a buscar la manera de que cese esta lucha salvaje que consume al pueblo mexicano, unificando en un solo grupo a todos los bandos políticos que existen en la actualidad en el suelo de la república, sin distinción de credos.”⁶⁶ Añadió que había venido a México en nombre de la Alianza Liberal fundada recientemente en Nueva York, y que su meta era obtener el apoyo tanto de Villa como de otros jefes revolucionarios para su programa. Villa quedó desconcertado, pero no fue presa de uno de sus ataques de cólera ni se volvió contra Ángeles. Le explicó pacientemente que la idea de unir a los diversos grupos revolucionarios era en realidad utópica. Cientos de kilómetros separaban a Chihuahua de las fuerzas anticarrancistas más cercanas, en el centro del país y en el sur; le explicó cómo él mismo había intentado marchar hacia el centro con un grupo de hombres y, finalmente, dado el control que tenían los carrancistas sobre el territorio intermedio, había tenido que regresar.⁶⁷

Es de dudar que Ángeles mantuviera su postura de completa distancia en relación con el aspecto militar del movimiento villista. Poco después de su llegada, y por primera vez en dos años desde la pérdida de sus principales reservas de armas y municiones a manos de Murguía, a principios de 1917, Villa emprendió una campaña militar regular y de nuevo logró apoderarse de una población grande, la ciudad de Parral.

El inicio de esa gran campaña requería solucionar tres problemas logísticos: obtener dinero, conseguir armas y municiones, y reclutar más hombres. El dinero era lo más fácil para Villa: desde fines de 1917, había logrado reunir fondos cobrando “impuestos” a las compañías extranjeras, es decir vendiéndoles protección. En vísperas de la ofensiva, esos impuestos aumentaron considerablemente. “La campaña de Villa y Ángeles requirió préstamos forzosos de todos: tanto compañías mexicanas como estadounidenses”, informaba el gerente chihuahuense del Ferrocarril del Noroeste de México al presidente de la empresa en Canadá, “así como la entrega forzada de mercancías y abastos para su ejército. Casi todas las compañías mineras extranjeras del estado de Chihuahua se vieron obligadas a darles dinero en algún momento.”⁶⁸ También fue más fácil conseguir armas que dos años antes, cuando tuvo que abandonar su ofensiva contra los carrancistas. Carranza había creado una serie de fábricas de

municiones para disminuir su dependencia de Estados Unidos y poder abastecer a sus soldados. Éstos a su vez vendían armas y parque en el mercado negro de la ciudad de Chihuahua a los villistas. En contraste con los grandes días de la División del Norte, la dificultad mayor estaba en conseguir hombres. Para 1919, Villa había abandonado al parecer la táctica del reclutamiento forzoso que tan ampliamente había utilizado en 1916 y 1917. Ese cambio fue en parte voluntario y en parte involuntario: Villa se había dado cuenta de cuán impopular resultaba y cuánta hostilidad despertaba entre la gente común de Chihuahua. Cuando las tropas de Villa se acercaban a una población, la mayoría de los jóvenes, temiendo ser reclutados, la abandonaban y huían a las montañas o al desierto circundante, o se enfrentaban a ellas en las filas de las defensas sociales.⁶⁹ Así pues, el de Villa volvía a ser un ejército de voluntarios. El núcleo central eran sus Dorados y los hombres que le habían permanecido fieles a lo largo de los años. Los nuevos voluntarios conformaban al parecer un conjunto heterogéneo. Muchos eran habitantes de los pueblos cuyo principal motivo para unírsele eran las persecuciones y despojos que sufrían a manos de las tropas carrancistas. Otros eran prisioneros y desertores del ejército carrancista que pensaban que Villa proveía mejor para sus soldados que los comandantes federales. Un tercer grupo eran los vaqueros que habían perdido su ocupación al desaparecer las grandes cantidades de ganado y caballos de Chihuahua. “General, pues ya ve, nos siguen más que puros vaqueritos; así es que tendremos un gobierno de puros vaqueritos...”, le decía Villa a Ángeles.⁷⁰ Las medidas logísticas de Villa y el prestigio que le dio a su movimiento la llegada de Ángeles le permitieron triplicar el número de sus hombres. “Hasta el 1 de enero, sus fuerzas combinadas sumaban probablemente cuatrocientos o quinientos hombres”, le comunicaba el gerente del Ferrocarril del Noroeste a su jefe.

A principios del presente año Felipe Ángeles, antiguo oficial federal y un mexicano muy inteligente, cruzó la frontera cerca de El Paso y se juntó con Villa. Antes de eso el movimiento no era nada más que una cosa de bandidos, pero con el arribo de Ángeles se convirtió en un movimiento revolucionario, y por un tiempo pareció probable que fuera un factor de consideración en la situación general. Aparentemente, Ángeles discutió con Villa y trazó planes bien definidos que ambos procuraron cumplir. A los pocos meses habían reunido unos dos mil hombres bastante bien armados y equipados.⁷¹

Ángeles intentó imponerles su agenda él solo –no por casualidad se comparaba con don Quijote– a Villa y a su ejército. Esa agenda era política, humanitaria y militar. Su dimensión política era la menos discutible, pero también la menos significativa y la más fácil de llevar a cabo.

Con tremendo vigor, Ángeles se dispuso a politizar el movimiento villista y a convencer a la opinión pública estadounidense de que su actitud hacia Estados Unidos había cambiado radicalmente. Mientras las tropas estadounidenses ocuparon parte del territorio mexicano, el programa de Villa había sido de nacionalismo radical. Con la evacuación de los soldados de Pershing y las políticas cada vez más nacionalistas y antiestadounidenses de Carranza, las acusaciones de Villa de que el Primer Jefe era un agente de Estados Unidos habían perdido toda credibilidad. Necesitaba otro programa, pero obviamente era incapaz de formularlo. Ángeles esperaba llenar ese vacío.

Villa estaba más que dispuesto a complacer a su viejo camarada en términos políticos. Incluso antes de reunirse con él, había aceptado un programa similar al que Ángeles defendía en su manifiesto. Al ocupar la población de Río Florido, uno de sus lugartenientes, Trillo, leyó el manifiesto de la Alianza Liberal. Villa preguntó si alguien tenía objeciones, pero nadie las tuvo. Finalmente, interpeló directamente a uno de sus generales: “¿Qué te parece ese plan? ¿Qué dices de la Constitución de 1857?” El general expresó lo que seguramente era la opinión del ejército: “Yo no sé mucho de constituciones, pero desde el momento que Carranza abolió la del 57, quiere decir que es buena”.⁷² Sin embargo, no es muy probable que la defensa de dicha Constitución pudiera ser un móvil para Villa o para sus seguidores. Había terminado hacía tiempo la época en que un manifiesto político podía movilizar a todo el pueblo, como ocurrió con el Plan de San Luis que lanzó Madero en 1910, o con el Plan de Ayala que defendió Zapata en 1911. En el México revolucionario habían llovido los planes y los manifiestos.

Ángeles, en cambio, se tomó la actividad política con gran seriedad. En todas las poblaciones que ocupaban los villistas se dirigía a la población civil y describía su programa, que se centraba más en la paz y la reconciliación que en la reforma social. Llamaba a la restauración de la Constitución de 1857, exigía reformas democráticas y la abolición del poder de los caudillos. Ángeles pedía que los revolucionarios respetaran a los extranjeros que “nos traen la ciencia, que saben cómo se explotan las riquezas naturales y aportan los capitales indispensables para esa explotación”. Condenaba las prácticas antirreligiosas.

“Estar contra la religión, y no solamente contra los abusos del clero, es herir nuestros más nobles sentimientos y oponerse a todas las escuelas de moral.”⁷³

El problema que se le presentaba en su campaña política era que sólo acudía a escucharlo una parte de los habitantes de los pueblos ocupados, consistente sobre todo en mujeres y ancianos. Los jóvenes huían en su mayoría a las montañas, porque pertenecían a la defensa social o porque temían ser reclutados. En un caso, Ángeles decidió jugarse la vida para llevarles también a ellos su mensaje. Tras la ocupación del pueblo de San Juan Bautista, se podían ver a lo lejos las fogatas de los jóvenes que habían escapado a las montañas vecinas, y Ángeles decidió ir allí solo para hablarles. Y lo hizo sin el conocimiento de Villa. Durante varias horas, los hombres lo escucharon y luego le permitieron regresar indemne al poblado. Villa se horrorizó ante esta imprudencia, a la vez que quedó impresionado por el valor del general.⁷⁴

Sin embargo, Ángeles comprendía que los programas y los discursos no eran suficientes para transformar la actitud de la población civil de Chihuahua hacia Villa. Tenía que terminar de raíz con el miedo que éste inspiraba, transformar la imagen sangrienta que sus propias acciones y la propaganda de los carrancistas habían creado. Lo que le pedía a Villa era un cambio fundamental de táctica: debía terminar con las ejecuciones de prisioneros y abstenerse de tomar represalias contra los civiles mexicanos y extranjeros. Villa justificaba las ejecuciones diciendo que los carrancistas nunca tomaban prisioneros, sino que mataban a todos los villistas que capturaban, y que ningún ejército guerrillero puede crear campos de prisioneros: no tiene más alternativa que liberarlos o ejecutarlos. De hecho, en las primeras etapas de su campaña, los liberaba tras cortarles una oreja, en advertencia de que, si volvían a unirse al ejército federal y eran capturados, serían fusilados sin más trámite. Pero Villa decía que esa medida no había dado resultado y que, una vez libres, los soldados se reincorporaban a sus unidades. Con todo, cedió en buena medida a los deseos de Ángeles. Tras la batalla de Moctezuma, una pequeña escaramuza que fue la primera después de la llegada de Ángeles, Villa liberó a todos los prisioneros federales.⁷⁵ Hizo lo mismo en Parral, aunque no con la totalidad de los cautivos.

El ataque a Parral, la primera y única gran ciudad que Villa logró ocupar enteramente en su ofensiva, fue muy sangriento. Tanto la guarnición federal, comandada por Medinaveitia, alto oficial de la División del Norte que se había pasado a los carrancistas, como la defensa social, que incluía a los hijos de los habitantes más ricos, presentaron una resistencia desesperada. La defensa social se retiró a una cima conocida como Cerro de la Cruz, y siguió combatiendo

incluso después de que los miembros de la guarnición huyeron o se rindieron. Sólo depusieron las armas cuando el propio Villa o alguno de sus oficiales (el asunto aún está en discusión)⁷⁶ les aseguraron que sus vidas serían respetadas. Con tres significativas excepciones, Villa mantuvo su palabra. Ochenta y cinco de los ochenta y ocho miembros de la defensa social fueron liberados, pero no antes de pasar unos momentos muy angustiosos escuchando a Villa. Habían sido conducidos al auditorio principal de un colegio de niñas, donde Villa se dirigió a ellos: “Bueno señores: yo tengo entendido que una defensa social la organizan los pueblos que temen la entrada de un bandido que no lleva más miras que el despojo y el ultraje a las familias honradas; ustedes forman esa defensa social. Yo, el bandido que ataca la población, y el bandido que los toma prisioneros, así es que no les queda a ustedes ni para preguntar cuál será el castigo”.⁷⁷ Transcurridos unos instantes, mientras los prisioneros esperaban lo peor, Villa dijo: “[Voy a] ponerlos en completa libertad, para que cuiden de sus familias que en estos momentos se apiñan en la puerta de esta casa lanzando gritos de dolor y espanto”. El alivio de los prisioneros fue tan grande que algunos de ellos salieron del lugar gritando: “¡Viva Villa!”⁷⁸

Sin embargo, en el caso de tres dirigentes de la defensa social, Villa se negó a cumplir la promesa de darles un salvoconducto, a pesar de las súplicas de Ángeles. Se trataba del jefe de la defensa social, José de la Luz Herrera, y dos de sus hijos. Herrera era el padre de dos destacados comandantes de Villa, Maclovio y Luis Herrera, que habían peleado junto a él en la División del Norte y habían sido los primeros en volverse en su contra y pasarse a Carranza. Villa justificó la ejecución del padre ante un subordinado diciendo que le había mentido y lo había traicionado. Cuando Maclovio se unió a Carranza, José de la Luz Herrera, que en ese momento se encontraba en territorio controlado por los villistas, le había pedido a Villa un tren especial para llegar adonde estaba su hijo y convencerlo de que cambiara de actitud. En lugar de eso, una vez que alcanzó a Maclovio, le envió a Villa un mensaje en que lo llamaba bandido y declaraba que él también se pasaba al enemigo. Villa le reprochaba asimismo haberse opuesto violentamente a la manifestación antiestadounidense que se produjo en Parral cuando las tropas de Pershing entraron por poco tiempo en la población.⁷⁹ Pero había más mar de fondo todavía. Si las acciones de Herrera hubieran sido el único motivo para ejecutarlos, Villa les habría perdonado la vida a los dos hijos, que no tenían responsabilidad alguna en ellas. En vez de eso, decidió que los tres debían morir. Se trataba de un pleito jurado que exigía el exterminio de toda la

familia.⁸⁰ Villa acudió personalmente a presenciar la ejecución de los Herrera, que murieron con gran valor, manifestándole hasta el fin su odio y su desprecio.

Además de los miembros de la defensa social de Parral, Villa perdonó también a los prisioneros federales. Se los entregó a Ángeles, quien los arengó y los convenció de unirse a las fuerzas villistas.⁸¹

La táctica de perdonarles la vida a los prisioneros dio resultados. Cuando el ejército de Villa se acercaba a la vecina población de Valle de Allende, los miembros de la defensa social le dijeron que no le opondrían resistencia y él aceptó no hacerles daño, y lo cumplió, con la condición de que le entregaran todas sus armas.

La actitud más tolerante de Villa hacia la población civil de Chihuahua se expresó de nuevo cuando sus tropas entraron en San Isidro, el pueblo donde, en 1910, su enemigo y rival Pascual Orozco se había levantado contra Porfirio Díaz y donde aún disfrutaba de mucha simpatía. Cuando llegaron las noticias de que Villa y sus hombres iban en tren hacia allí, el pánico se apoderó de los habitantes. Los hombres huyeron a las montañas temiendo que los fusilaran o los reclutaran, y las mujeres y los niños se encerraron en sus casas aterradas, pensando que sufrirían violaciones como las que los villistas habían cometido en Namiquipa. La única persona que no perdió la cabeza fue la maestra, Julia Franco Domínguez. Reunió a todos los niños y, con una gran bandera mexicana, avanzó por las calles desiertas de San Isidro hacia la estación de ferrocarril. Conforme entraba el tren de los villistas, los niños se pusieron firmes y entonaron el himno nacional. Villa quedó tan conmovido que les dirigió un discurso diciéndoles que ellos constituían el futuro de México y que haría todo lo posible por protegerlos. Siguió su camino sin entrar siquiera en el pueblo.

También el trato de Villa hacia los estadounidenses se modificó. En abril de 1919, entró en el campo minero de Santa Eulalia montado en una mula llamada Presidente Wilson. Los gerentes estadounidenses del lugar temían por sus vidas, pero lo único que hizo Villa fue darles una conferencia “en la que expresaba su opinión sobre el presidente Wilson”. El estadounidense que presenció la escena concluye diciendo: “Nadie puso objeciones a lo que decía; todos pensaban como él. Ningún estadounidense sufrió daño alguno”.⁸²

Más dificultades tuvo Ángeles para poner en práctica su agenda militar. Al intentar transformar la fuerza guerrillera villista en un ejército regular, entró en conflicto con Villa. Éste no se oponía a que Ángeles instaurara algunas prácticas de un ejército regular: el adiestramiento constante con el equipo militar y el ejercicio también constante. No sólo lo permitía, sino que cuando Ángeles

estableció que uno de los ejercicios obligatorios era correr, Villa participó, a pesar de su pierna herida. Pero, en cambio, se mostró inflexible cuando Ángeles se opuso a la táctica consistente en dispersar periódicamente a la tropa y luego reunirla de nuevo bajo su mando directo. “Andar errante por las montañas me parece muy meritorio para un jefe de guerrillas, pero no para un general en jefe del Ejército Reconstructor Nacional.”⁸³ Como alternativa, Ángeles sugirió que Villa ocupara la ciudad de Durango, estableciera una base firme y, a partir de allí, procediera a ocupar más y más territorio.

Pero sus argumentos no convencieron a Villa. Aunque probablemente Ángeles tenía mejor educación militar, Villa pensaba que él captaba con más claridad la situación económica de Chihuahua y los imperativos de la guerra de guerrillas. Explicó que simplemente no tenía abasto suficiente para llevar a cabo una ofensiva a largo plazo, y que sus hombres y caballos debían descansar periódicamente, cosa que sólo podían hacer si se dispersaban en el campo, donde era difícil que los carrancistas llegaran hasta ellos y donde tenían la posibilidad de conseguir provisiones. “Las campañas son muy duras, y como no tenemos muchos elementos, necesitamos dejar descansar a la gente y a la caballada. ¿Pa qué nos serviría la gente cansada?”, le preguntó a Ángeles. “Y si la caballada se nos cansa, ¿dónde la reponemos? No es lo mismo ahora que hace cinco años, cuando matábamos caballos por cientos y en unas cuantas horas los reponíamos de las haciendas. Pero ahora, mi general, ya ve usted que no hay caballada en todo Chihuahua, y que dentro de poco vamos a tener que meternos a Coahuila o a Nuevo León para proveernos, porque lo que es ya Chihuahua no sirve para hacer revoluciones.”⁸⁴

A pesar de estas diferencias de opinión, Villa estuvo en realidad cerca de llevar a cabo una campaña militar regular después de la llegada de Ángeles. Le dijo a éste que cuando tomara la ofensiva, en 1919, estaría dispuesto a darle carta blanca en la organización de la campaña y del ejército.

A primera vista, el plan de Villa de volver a la guerra regular y lanzar una gran ofensiva contra los carrancistas en 1919 parece reflejar su habitual optimismo excesivo tras cada victoria. Según un observador enterado de la situación reinante en Chihuahua, las fuerzas federales que había en el estado sumaban diecisiete mil hombres, y Villa contaba cuando mucho con tres mil. Las tropas federales disponían de más municiones que los villistas, ya que Carranza había empezado a crear sus propias fábricas, pero, a pesar de su superioridad numérica, comenzaban a resentir las mismas debilidades que sus predecesores porfiristas en 1910-1911. Los comandantes carrancistas en Chihuahua, Manuel

Diéguez y Jesús Agustín Castro, eran rivales irreconciliables y no podían acordar un plan conjunto para combatir contra Villa. Según la inteligente descripción de un observador, la debilidad del ejército carrancista en Chihuahua no se debía solamente a los desacuerdos entre sus comandantes, sino que residía también

en el espíritu ventajista y los instintos y tendencias completamente comercializados de sus comandantes, que no tienen deseo alguno de combatir ni de sufrir la dura vida de campaña: en la escasa capacidad combativa de sus hombres que, en muchos casos, son miserables indios del sur, en contraste con los vigorosos guerrilleros de Villa, y cuya paga tan rara vez les llega en cantidad suficiente que no tienen deseos de combatir, deben estar vagamente descontentos y ciertamente estarían dispuestos a aportar a los rebeldes muchos reclutas de las filas mismas del gobierno, para escapar a la miseria de su condición, si Villa pudiera ofrecerles algo mejor. La caballería del gobierno, en cuanto a las bestias, también está en lamentable forma y casi muerta de hambre, presumiblemente porque los oficiales se embolsan los fondos destinados al forraje porque este ejército ya no es una fuerza móvil, y ciertamente no está preparada para emprender la persecución de los rebeldes, los cuales, como su vida depende de ello, se cuidan de tener a sus caballos en la mejor condición posible.⁸⁵

Una ventaja aún mayor para Villa era que muchas de las defensas sociales estaban negándose a combatir y entregando sus armas. Habían sido de enorme ayuda para las autoridades carrancistas, pero

debido a la cobarde deserción que cometieron las tropas del gobierno en el momento de mayor necesidad, dejando a varias “Defensas Sociales” a su suerte, sobre todo en Parral, donde la población en armas fue abandonada por dichas tropas para oponer una valerosa pero solitaria resistencia contra Villa, otras “Defensas Sociales” que estaban organizadas y existían como poderosas aliadas para la defensa de su propio interés y el del gobierno han entregado en su mayoría sus armas a los villistas. La ventaja así obtenida por éstos y perdida por el gobierno no se puede exagerar.⁸⁶

Así pues, las fuerzas de Carranza se hallaron en una situación similar a la de sus predecesores porfiristas que, en 1910-1911, no pudieron contar con ninguna ayuda significativa de la población local.

Patrick O’Hea, que informaba sobre estos hechos, veía con pesimismo las perspectivas del gobierno a largo plazo.

Llegará el día sin embargo en que el gobierno tendrá por necesidad que retirar de Chihuahua una parte considerable de las tropas que ha acumulado aquí, para llevarlas a Tampico, Veracruz, Puebla, Michoacán y la propia capital, debido a nuevos problemas en éstos u otros puntos, y si para entonces el general Diéguez y Castro no han logrado, como temo que no lograrán, aplastar el movimiento de Villa y reorganizar el estado, habrá aún mayor peligro, o más bien la certeza, de que la amenaza villista crezca y se difunda, siendo para ella una gran victoria que tropas muy superiores no hayan logrado acabarla.⁸⁷

Otro elemento que fortaleció al movimiento villista fue que muchos observadores⁸⁸ consideraban que el gobierno de Estados Unidos estaba tan disgustado con Carranza que podría apoyar un movimiento, no encabezado por Villa sino por Ángeles, pero en el que aquél tendría algún papel. Por lo menos, se suponía que en tal conflicto el gobierno estadounidense permanecería neutral.

Pero una fatídica decisión de Villa disiparía esa impresión, llevaría a sus fuerzas a una gran derrota, pondría fin a todo intento de crear un ejército regular, lo forzaría a volver a la vida errante del guerrillero y suscitaría su ruptura final con Ángeles. Se trató de la decisión unilateral de ocupar Ciudad Juárez.

Ángeles trató de disuadirlo arguyendo que los estadounidenses cruzarían la frontera para atacarlo, pero Villa respondió con desenvoltura que, si lo hacían, tenía parque suficiente para enfrentarlos: “Para los gringos también traigo”.⁸⁹

Habían surgido entre los dos hombres diferencias muy claras acerca de dos cuestiones. Una de ellas fue completamente inesperada para Ángeles, pero la otra no fue ninguna sorpresa. Como muchos antiguos maderistas, Ángeles estaba convencido de que Villa era un seguidor del presidente martirizado tan ferviente como él. Primero se sorprendió y luego se encolerizó cuando, en una conversación, Villa se mostró muy crítico del difunto presidente y lo llamó “imbécil” por haber firmado los acuerdos de Ciudad Juárez y por no haber fusilado a Félix Díaz tras su intentona de golpe en Veracruz. Ángeles estuvo en total desacuerdo con esas críticas al hombre que consideraba encarnación misma de la revolución mexicana. “La primera discusión la tuvimos en Tosesihua, porque llamó imbécil a Madero; yo le contesté y fuimos subiendo de tono hasta gritarnos. Los soldados de Villa esperaban que me mandara ahorcar, como lo

hacía con todos los que lo contradicen, pero no fue así. Después, ya calmado, Villa me dijo: ‘Usted es el primer hombre que me contradice y no ha muerto’.”⁹⁰

Pero la diferencia más grave entre ellos tenía que ver con la actitud que debían asumir respecto de Estados Unidos. Villa se ponía furioso cuando escuchaba los discursos de Ángeles en los pueblos que capturaban, en los que elogiaba a los estadounidenses. Una tarde, cuando hablaban sobre los cambios que debían producirse en México, Ángeles describió durante una hora su visión del nuevo país, insistiendo en la necesidad de reformar la familia, de regresar a la Constitución de 1857, pero también de establecer mejores relaciones con los estadounidenses. Villa le contestó: “Mi general, por lo que parece, usted se me ha agringado... [...] Todo está bueno, menos que agringue usted a mi pueblo...”⁹¹

LA DERROTA DE PANCHO VILLA EN CIUDAD JUÁREZ

No está claro qué indujo a Villa a atacar Ciudad Juárez. Tal vez quería poner a Ángeles a prueba. Como éste expresaba constantemente la necesidad de reconciliarse con los estadounidenses, implicando que Estados Unidos podría entonces cambiar de actitud, tal vez quería ver si realmente le eran menos hostiles que dos años antes, cuando Pershing entró en México para capturarlo.

Motivos de orden logístico pueden haber contribuido también a la decisión. Villa explicó a uno de sus subordinados que necesitaba urgentemente alimentar a sus tropas y que sólo podía obtener alimentos en las grandes ciudades. Dado que la de Chihuahua estaba demasiado bien defendida y Parral ya había sido capturada, Ciudad Juárez, por el limitado tamaño de su guarnición, era el mejor blanco posible. Quizás también se confió demasiado, como a menudo le ocurría cuando había obtenido una victoria. No sólo había tomado Parral y acabado con toda una serie de guarniciones federales, sino que sentía un gran desprecio por el nuevo comandante en jefe de las fuerzas carrancistas en Chihuahua, Jesús Agustín Castro. A diferencia de su predecesor Murguía, que incesantemente había tomado la ofensiva contra él, Castro se contentaba con hacerse fuerte en unas pocas ciudades. Así, Villa se sentía relativamente seguro de que si atacaba Ciudad Juárez, Castro no enviaría tropas desde la capital del estado contra su retaguardia.

El ataque se inició el 15 de junio de 1919. Al principio, todo pareció desarrollarse como Villa esperaba. No encabezó el asalto, porque se sentía enfermo, pero se lo confió a Martín López, el mejor de sus lugartenientes. Con la

misma audacia e indomable valor con que había tomado el cerro de Santa Rosa, en el sitio de Chihuahua, López tomó Ciudad Juárez desde un ángulo que le permitía disparar sin que las balas cruzaran al otro lado de la frontera, hacia El Paso. Con pinzas adquiridas de contrabando, sus tropas cortaron las alambradas de púas que rodeaban la ciudad, y en pocas horas controlaban la plaza, mientras la guarnición carrancista retrocedía al cercano Fuerte Hidalgo. López, sin embargo, no era Pancho Villa. No tenía ni su inteligencia ni su capacidad para imponer una rígida disciplina a su tropa. Una vez tomada la ciudad, los villistas, desacostumbrados tras su larga etapa guerrillera a los lujos que ofrecía, se dispersaron por las calles con la idea de comprar o robar mercancías, o simplemente para disfrutar de un momento de respiro. Por mala suerte, ese respiro terminaría en desastre.

En Fuerte Hidalgo estalló una escaramuza entre dos unidades carrancistas que se acusaban mutuamente de cobardía por haber dejado su bandera en la ciudad. Picados por esa crítica, un grupo de soldados decidió desafiar a los villistas, regresar a su cuartel general y apoderarse de la bandera para demostrar su valor. En vez de vérselas con un enorme contingente de villistas como temían, hallaron que éstos se hallaban dispersos y, cuando empezaron a disparar sobre los soldados sueltos que se encontraban, el pánico se apoderó de ellos, y se retiraron en desorden de la ciudad que con tanta valentía habían tomado y por cuya captura habían pagado un alto precio de sangre. La retirada casi le cuesta la vida al propio Villa. Sin darse cuenta de lo que ocurría, se dirigía a Ciudad Juárez para comer en un restaurante cuando repentinamente se topó con una unidad carrancista que hasta el último minuto creyó compuesta de sus propios hombres. Vaciando sus pistolas contra el enemigo, Villa y los pocos hombres que estaban con él lograron huir y volver a sus propias líneas.

Pero Villa no se dio por vencido. Una vez más dio órdenes de atacar, y una vez más, tras sangriento combate, sus tropas lograron ocupar la ciudad y los carrancistas de nuevo se retiraron a Fuerte Hidalgo. Esta vez, Villa se preparó a tomar ese baluarte. Y fue entonces cuando se cumplieron las sombrías predicciones de Ángeles. El Adjutant General había dado permiso al comandante de las fuerzas estadounidenses en El Paso, general Erwin, de cruzar la frontera en caso de que algún estadounidense fuera herido o muerto en el combate. En la mañana del 15 de junio, el general Erwin informó que

tras la investigación realizada por el inspector de distrito [...] y que muestra que disparos indudablemente provenientes de los villistas habían alcanzado El

Paso; debido a que varias personas inocentes residentes en El Paso y dos soldados estadounidenses que cumplían con su deber el 14 y 15 de junio resultaron heridos, mediante la autoridad que se me acordaba en su telegrama [...] con esta fecha ordené a las tropas bajo mi mando cruzar la frontera y dispersar a los villistas, pero de ninguna manera emprender una invasión de México. Las tropas a mi mando están ahora cruzando la frontera para cumplir esta orden. En cuanto lo hayamos logrado y la seguridad de los habitantes de El Paso esté asegurada, las tropas serán retiradas a este lado de la frontera.⁹²

Incapaces de enfrentar la mayor capacidad de fuego de los estadounidenses, los villistas tuvieron que retirarse de Ciudad Juárez.

Para Ángeles, el ataque de los estadounidenses contra Villa representaba el colapso no sólo de su estrategia sino de todos sus sueños. “Esto no tiene remedio”, le dijo a Jaurrieta, el secretario de Villa, que lo había traído de Estados Unidos y que era uno de los pocos miembros del ejército villista que sabían leer y escribir. “El general Villa jamás será aceptado por el gobierno de la Casa Blanca. Siendo completamente nula mi actuación entre ustedes, se impone mi regreso al territorio americano. ¡PERO ESO NUNCA! Solamente pondrá la muerte un punto final honroso a esta mi última aventura revolucionaria; deseo morir, de todo corazón.”⁹³

La desesperación de Ángeles creció aún más cuando fracasó su último intento por reparar los daños con los estadounidenses. Envío a Gómez Morentín, que había actuado como emisario oficioso y secreto de Villa a Estados Unidos, a ver al general Erwin. Debía asegurarle que los villistas no eran antiestadounidenses y que habían hecho cuanto podían por no disparar contra el otro lado de la frontera, que en realidad eran los carrancistas los responsables de las muertes habidas en El Paso.⁹⁴ Erwin se negó a tratar con el mensajero y lo entregó a las autoridades de migración, quienes de inmediato lo deportaron.⁹⁵ Cualquier duda que Ángeles podía tener sobre la necesidad de dejar a Villa debió desvanecerse al oír las amenazas que éste profería contra los estadounidenses. Tal vez no le impresionó tanto el deseo reiterado por Villa de que Dios le diera ocasión de “hacerle cosquillas” a Wilson a su manera, como sus amenazas contra los estadounidenses de Chihuahua, que eran mucho más concretas. “Tras el combate en Juárez”, informaba el representante del Ferrocarril del Noroeste de México a su jefe, “Villa se esforzó por capturar al único estadounidense que se hallaba en las cercanías de Villa Ahumada, y les dijo a sus hombres que tenían su permiso para matarlo y también a todos los estadounidenses que se encontraran en el

futuro. También les dijo a los mexicanos que si cualquiera de ellos era culpable de trabajar para o hacer tratos con los estadounidenses en el futuro, un día volvería y lo mataría.”⁹⁶

Fue el temor a quedar asociado en la mente del pueblo a las acciones antiestadounidenses de Villa, o incluso a ser tenido como responsable de ellas, lo que finalmente llevó a Ángeles a abandonarlo. “Uno de los motivos de mis disgustos con Villa, y que originaron mi separación de él, es su odio contra los americanos.”⁹⁷

Villa nunca cumplió sus amenazas. No hay prueba alguna de ejecuciones de estadounidenses y, en una proclama de octubre de 1919, dirigida al pueblo del vecino país, Villa decía que durante el ataque a Ciudad Juárez había hecho todo lo posible por evitar que llegaran proyectiles al lado estadounidense, y que había querido evitar un conflicto internacional con Estados Unidos, “un conflicto que no tenía justificación ya que el acto [el ataque de las tropas estadounidenses contra las suyas] era expresión de la política de las autoridades militares estadounidenses, pero no del pueblo de Estados Unidos”.⁹⁸ Para el revolucionario era claro, una vez desvanecida la furia inicial, que cualquier masacre de estadounidenses sólo tendría para él consecuencias desastrosas. Podía provocar una nueva ofensiva estadounidense mayor que la expedición de Pershing. Y aunque ésta no ocurriera, los empresarios estadounidenses podían irse de Chihuahua, que era como matar a la gallina de los huevos de oro: Villa dependía cada vez más, para su subsistencia, de los préstamos forzosos y las contribuciones que imponía.

La ofensiva villista de 1918-1919 tuvo algunos rasgos en común con la de 1916-1917, pero también hubo claras diferencias. En ambos momentos, la corrupción y las atrocidades cometidas por las tropas carrancistas suscitaron mucho apoyo para Villa. En ambos casos, la oposición más formidable que enfrentó en su lucha guerrillera, la de las defensas sociales, se redujo a un mínimo. En 1916-1917 sólo existía un pequeño número de tales defensas, y en 1918-1919, muchas depusieron las armas a cambio de que se les prometiera que estarían a salvo de saqueos, represalias y reclutamientos forzosos. Según todas las versiones, Villa cumplió esas promesas. En ambos casos, la campaña de Villa se financió con las contribuciones involuntarias de los estadounidenses. En 1916-1917, Villa había ocupado y saqueado las propiedades de los estadounidenses que hasta entonces había respetado. Su campaña de 1918-1919 se financió con los préstamos forzosos de los inversionistas y las compañías mineras estadounidenses. La actitud hacia Estados Unidos tuvo una gran

influencia en el éxito de ambas campañas. En 1916-1917, el nacionalismo y la hostilidad hacia los estadounidenses, alimentados por la presencia de la Expedición Punitiva en México, fortalecieron a Villa. En 1918-1919, fue la impresión que tenían muchos chihuahuenses –suscitada y reforzada por los discursos de Ángeles– de que, habiendo ganado la primera guerra mundial, Estados Unidos se volvería contra Carranza y que posiblemente Ángeles sería su candidato para sustituirlo. Así, se creía la situación de Villa más fuerte de lo que en realidad era. Esa impresión desapareció cuando los estadounidenses cruzaron la frontera en Ciudad Juárez para atacar a los villistas, y a partir de ese momento la campaña empezó a desinflarse.

La diferencia más notoria entre las dos ofensivas es que el apoyo popular que obtuvo la segunda fue significativamente menor. En 1916-1917, tanto los dirigentes carrancistas como los observadores extranjeros creían que la inmensa mayoría de los chihuahuenses apoyaban a Villa. No lo pensaron así en 1918-1919. El creciente cansancio de la guerra y las atrocidades cometidas le enajenaron a Villa importantes sectores de la población civil.

CAPTURA, JUICIO Y EJECUCIÓN DE FELIPE ÁNGELES

Resulta notable que, a pesar de que Villa solía considerar a cualquiera que abandonaba sus filas un desertor, traidor y renegado y tratarlo en consecuencia, Ángeles y él se separaron como amigos. Aunque no está claro si Ángeles le dijo que se trataba de una ruptura definitiva –dejó el ejército en el momento en que las tropas estaban siendo dispersadas en pequeñas bandas, como periódicamente lo eran, para permitirles conseguir provisiones y descansar–, Villa sospechó que no regresaría, y le advirtió una y otra vez que si no se quedaba con él los carrancistas lo capturarían y lo colgarían. Pero ante la insistencia de su camarada, Villa le proporcionó una pequeña escolta. Los siete meses siguientes de la vida de Ángeles, que pasó vagando con unos pocos hombres por el campo mexicano, escondiéndose constantemente de la población y de las tropas carrancistas, siguen siendo un misterio. No sabemos por qué se negó tan rotundamente a regresar a Estados Unidos donde hubiera tenido una seguridad relativa y la posibilidad de reemprender la actividad política. ¿Temía ser detenido por romper las leyes de la neutralidad? No hay pruebas de que albergara ese tipo de temor, y los estadounidenses habrían tenido serias dificultades para probarle que conspiraba para organizar una revuelta en México desde allí. Es mucho más probable que su conducta se debiera al orgullo, a que

rehusaba reconocer que su estrategia había sido un error. ¿Estaba buscando la muerte, como le dio a entender a Jaurrieta, o, como este último dijo ante el tribunal que lo juzgó, intentaba hacer contacto con los revolucionarios del sur para unírseles? Había un cierto número de jefes en el sur y el centro que hubieran querido emplear sus servicios y su prestigio. En Morelos, Gildardo Magaña había tomado las riendas de la revolución después de la muerte de Zapata a manos de los carrancistas. Magaña, un intelectual que carecía del prestigio de Zapata, muy bien hubiera podido pensar en utilizar a Ángeles para reunir los restos de las fuerzas zapatistas desmoralizadas. Es aún más probable que otros revolucionarios que habían estado íntimamente vinculados a Villa – Cedillo en San Luis Potosí o Tiburcio Fernández Ruiz que había combatido en la División del Norte y que encabezaba el movimiento anticarrancista “mapache” en el estado de Chiapas– lo hubieran recibido con los brazos abiertos. Pero no es fácil imaginar cómo habría viajado Ángeles hacia el sur, a través de cientos de kilómetros de territorio controlado por los carrancistas, sin ser reconocido o apresado. De hecho, la manera mejor de ir al sur de México desde el norte consistía en pasar a Estados Unidos, tomar desde allí un barco y desembarcar en la zona controlada por los rebeldes. Ángeles nunca lo intentó. Tal vez, como le dijo a Jaurrieta, esperaba morir y convertirse en mártir. Si así era, sus deseos pronto se vieron cumplidos.

En noviembre de 1919, Félix Salas, uno de los antiguos comandantes de Martín López, le proporcionó a Ángeles un escondite supuestamente seguro: una caverna en una remota región de Chihuahua. Una vez que Ángeles se estableció allí, Salas (cuya principal lealtad siempre había sido para Martín López, recién muerto en batalla) se rindió a los carrancistas y, por seis mil pesos, traicionó la ubicación de Ángeles.⁹⁹ Gabino Sandoval, antiguo villista y ahora jefe de la defensa social local, salió con cuarenta hombres a capturarlo. Finalmente llegaron al cerro de los Moros, donde acampaba Ángeles con otros cuatro hombres.

Primero agarramos a Néstor Arce y Antonio Trillo quienes estaban como avanzada de los demás y por la sorpresa con que les caímos no pudieron hacer uso de sus armas; al darse cuenta Ángeles y los otros de nuestra presencia huyeron haciendo fuego en retirada, habiendo corrido como un kilómetro que les dimos alcance, pues en vista de lo cerca que les llevábamos yo enfundé mis armas y saqué mi riata para lazar el caballo de Ángeles del que me había dado las señas el prisionero que hicimos en San Tomé. Ángeles, al ver que yo

iba detrás de él muy cerca ya, se volvió con la pistola en la mano diciéndome que se daba por preso si no lo mataba. Como yo le dije que no metió su pistola a la funda y se entregó.¹⁰⁰

Al capturar vivo a Ángeles, Sandoval le creó un difícil problema al gobierno de Carranza. No podían ejecutarlo sumariamente, como hicieron con los tres hombres de su escolta, fusilados de inmediato, porque ello habría desacreditado aún más a Carranza ante la opinión pública mexicana y extranjera. Su imagen ya había sufrido mucho con el asesinato de Zapata unos meses atrás. Se había tratado de un asunto especialmente feo. Uno de los comandantes locales de Carranza, Jesús Guajardo, le dijo a Zapata que él y sus tropas querían unírsele, y como prueba de su total ruptura con los carrancistas, capturó una población que estaba en manos del gobierno y masacró a todos sus defensores. Luego, Guajardo invitó a Zapata a reunirse con él en la hacienda de Chinameca. Cuando llegó, las tropas de Guajardo le presentaron armas, aparentemente a modo de bienvenida, pero a una señal de su jefe dispararon por la espalda sobre el desprevenido Zapata matándolo junto con su escolta.

Ángeles, decidió Carranza, debía ser ejecutado, pero de manera legal. Sería sometido a consejo de guerra público. El proceso no sólo sería la prueba de que el gobierno de Carranza no recurría al asesinato, sino que, esperaban los organizadores, también contribuiría a desacreditar al general ante la opinión pública chihuahuense. El gobierno pensaba contar con un público favorable para el proceso si lo realizaba en la capital del estado, donde se concentraba la mayor parte de la clase media, hostil a Villa. Para evitar que cristalizara en México o Estados Unidos algún tipo de simpatía por Ángeles, no se le sometería a un proceso regular, sino a un consejo de guerra que sólo debía durar dos días.

En más de un sentido, el proceso de Ángeles, único juicio público importante que se realizó durante la revolución mexicana, resultó contraproducente para Carranza. Era notable el grado de simpatía que despertaba entre la población de Chihuahua este antiguo general federal que ni siquiera era nativo del estado. Para muchos, era el símbolo de la primavera del villismo, con su mensaje de esperanza y su breve periodo de paz y prosperidad. También al parecer representaba para mucha gente una humanidad que ambos bandos habían abandonado en el curso de una guerra civil cada vez más sangrienta. En la mente de todos estaba presente el contraste entre el comportamiento de los villistas durante la última ocupación de Parral, cuando Ángeles estaba con ellos, y una anterior ocupación. Su humanidad y su relativa pobreza también contrastaban de

modo agudo con la conducta de todos los generales carrancistas. En su simpatía y solidaridad con Ángeles, las clases baja y media de Chihuahua revivieron pasajeraamente la unidad que habían logrado también por breve tiempo bajo el gobierno de Madero y de González y, por un plazo un poco más largo, en los primeros días del villismo.

Enormes multitudes, en su mayoría solidarias, acudieron a las estaciones de Parral y de la ciudad de Chihuahua para presenciar la llegada de Ángeles y dos prisioneros más: Néstor Arce y Antonio Trillo, antiguos miembros del ejército federal que, tras su captura por Villa, se habían pasado a su bando. Comités de damas (tanto la prensa estadounidense como la hispanoparlante de El Paso diferenciaban claramente el término “damas”, *ladies*, aplicado a las mujeres de clase media y alta, de “mujeres”, *women*, que empleaban para referirse a las de las clases inferiores) le llevaban alimentos, ropa e incluso dinero, y acudieron ante las autoridades carrancistas para interceder por él.

El consejo de guerra se inició en el mayor teatro de Chihuahua, el Teatro de los Héroes, el 26 de noviembre, y sus más de cuatro mil asientos se llenaron a rebosar, mientras miles de personas más esperaban afuera. El proceso estuvo presidido por uno de los generales de Carranza, significativamente no un nortño, sino un veracruzano, Gabriel Gavira.

Ángeles fue acusado de insubordinación y rebelión contra la Constitución y el gobierno mexicanos. Se le designó un defensor, Pascual del Avellano, pero éste (alegando motivos de salud) rehusó el encargo. Asumieron la defensa dos abogados asignados por el tribunal, Gómez Luna y López Hermosa, que emplearon argumentos de naturaleza básicamente legal. Cuestionaron la jurisdicción de la corte marcial, ya que Ángeles había dejado de ser miembro del ejército y, por tanto, debía someterse a los tribunales civiles. Insistieron en que no había combatido activamente contra el gobierno, sino actuado sólo como consejero de Villa, tratando de poner rienda a sus excesos. Señalaron que, al ser detenido, Ángeles se había entregado voluntariamente, con lo que no podía ser acusado de resistirse a la captura, lo que lo habría convertido en rebelde.

La verdadera defensa corrió a cargo del propio acusado que, a diferencia de sus abogados, no se limitó a esgrimir argumentos legales, sino que planteó su alegato en términos políticos, en lo que puede ser considerado una especie de testamento ideológico. “Desde el inicio del proceso”, informó al Departamento de Estado el cónsul estadounidense en Chihuahua,

la superioridad de Ángeles frente a los generales que lo juzgaban fue evidente. Su fuerte personalidad y brillante intelecto pronto le ganaron la simpatía y la admiración de la multitud, la cual inmediatamente perdió de vista el hecho de que había acompañado a Villa. A pesar del formidable despliegue militar en el Teatro de los Héroes, el público estalló en aplausos una vez durante su intervención, y sin duda habría continuado mostrando su aprobación de no ser por una advertencia del juez que presidía. En relación con esto, se rumora que, si el general Diéguez hizo traer al acusado a la ciudad para juzgarlo, lo hizo contra su mejor opinión, y que cuando se dio cuenta de la impresión favorable que estaba causando, la gran oportunidad que estaba brindándole el juicio público a un hombre con los talentos de Ángeles para impresionar a la multitud, se arrepintió de haber seguido el consejo de otros, entre quienes se hallaba, según se dice, el gobernador Ortiz.¹⁰¹

La defensa política de Ángeles tocó cuerdas muy sensibles para los chihuahuenses. En vez de denunciar a Carranza y a su gobierno, llamó a la paz y la reconciliación. Una y otra vez, insistió en que ése había sido el propósito de su regreso a México. Entre una gente fatigada tras años de guerra, caos y revolución, no es sorprendente que esa demanda generara una aprobación entusiasta.

Cuando sus acusadores trataron de desacreditarlo preguntando cómo un hombre con sus ideales supuestamente humanitarios podía unirse a un dirigente que cometía las “monstruosidades” de que Villa era capaz, Ángeles supo presentar sus argumentos de modo que también respondieran al sentimiento profundo de los chihuahuenses: “Villa es bueno en el fondo; a Villa lo han hecho malo las circunstancias”.¹⁰² Entre dichas circunstancias, mencionó la decisión del gobierno carrancista de no permitir el regreso a México de los intelectuales que habían apoyado a Villa y que podían inducirlo a una conducta más moderada. Muchos chihuahuenses estaban dispuestos a compartir la idea de que en Villa había un lado bueno. Habían conocido ese lado positivo cuando el revolucionario gobernaba Chihuahua y comandaba la División del Norte. Muchos de sus antiguos partidarios, que en un tiempo eran la mayoría de la población del estado, no querían rechazar su propio pasado creyendo que habían sido presas de un monstruo. La noción de que el lado bueno predominaba en el momento en que habían apoyado a Villa era una justificación de su propia conducta, sus propias acciones y sus propios sacrificios.

Uno de los dos momentos en que Ángeles mereció oleadas de aplausos, inmediatamente acallados por el presidente del tribunal, fue cuando hizo un llamado por el socialismo y la justicia social.

Cuando yo me fui a los Estados Unidos, comencé a estudiar el socialismo, vi que en el fondo es un movimiento de fraternidad y de amor entre los hombres de las distintas partes del universo. La fraternidad será un movimiento, como lo ha sido, que ha impulsado a la sociedad, por siglos y siglos, hacia el bienestar de las masas; esas masas que se debaten en sus luchas, esas muchedumbres que son muchedumbres en todas partes. El pobre se ve siempre abajo y el rico poco o nada se preocupa por el necesitado: por eso protestan las masas, por esa falta de igualdad en las leyes es por lo que se lucha. Un comunista austriaco ha probado que si todos los hombres del mundo trabajaran solamente tres horas diarias, habría mucha más riqueza; pero resulta que unos son los que trabajan y otros los que comen bien. (Aplausos ruidosos.) Esos aplausos no son para mí, lo son para el socialismo, para las ideas de fraternidad y de amor que fueron las que en un principio animaron a los convencionistas de Aguascalientes, y a los mismos constitucionalistas.¹⁰³

Pero el momento en que se escuchó la mayor ovación fue el único en que Ángeles levantó su voz para acusar a quienes lo habían traicionado. “Ésos que ahora me traicionan y que se levantan contra mí son los mismos asaltantes de Columbus, los violadores de muchachitas de trece a catorce años; los que han robado y asesinado; son los mismos que ahora me decían: ‘Mi general, véngase confiado; lo trataremos con consideración, como nos ha tratado usted siempre; le daremos toda clase de garantías’.”¹⁰⁴ El aplauso fue tan ensordecedor que el presidente del consejo amenazó con expulsar de la sala a todos los espectadores.¹⁰⁵

Muchos de ellos estaban convencidos de que Ángeles era sincero al condenar las atrocidades cometidas tanto por villistas como por carrancistas, ya que podía demostrar que, lo mismo cuando combatió en las filas de la División del Norte que después de unirse a Villa en su última campaña, había hecho todo lo posible por salvar las vidas de los prisioneros. No es igualmente claro el efecto que tuvieron en su público las declaraciones fuertemente proestadounidenses de Ángeles. Pero por negativa que fuera la reacción de los nacionalistas mexicanos, se vio atemperada por la repetida seguridad de que la razón principal por la que

Ángeles había vuelto a México era para crear la unidad que pudiera impedir una intervención estadounidense.

Aunque Ángeles triunfó en el debate político durante el proceso, otra lucha se desarrollaba bajo la superficie, y en ella prevalecieron los carrancistas: la pelea por el tiempo. Los carrancistas estaban firmemente decididos a terminar el proceso en dos días, para no permitir que la opinión pública de México o de Estados Unidos se consolidara en favor de Ángeles. Es significativo que Diéguez, el comandante militar de Chihuahua que oficialmente nada tenía que ver con el juicio, informara telegráficamente de cada interrupción, así fuera de una hora, al cuartel general en la ciudad de México. En uno de esos telegramas, marcado como “Muy urgente”, escribió al oficial mayor del Departamento de Guerra en la capital, Francisco Urquiza, que “a la 1:45 minutos de la tarde se suspendió el Consejo de Guerra Extraordinario [...] continuando dicho consejo una hora más tarde para que en ese tiempo pudieran tomar alimentos los que en él figuran”.¹⁰⁶ Al día siguiente, en un telegrama “urgente”, de nuevo Diéguez advertía a Urquiza que, a las 5:00 a.m., el consejo se había suspendido por cuatro horas, “a fin de que descansaran los que en él están tomando parte”.¹⁰⁷

En condiciones normales, la noticia de que un juicio ha sido interrumpido por una hora para que los asistentes coman o duerman sería en todo caso un asunto de rutina, que apenas valdría la pena informar. En este caso, esas nuevas eran transmitidas a la ciudad de México en telegramas “muy urgentes” o “urgentes”, y Urquiza desde la capital acusó recibo del de Diéguez y dio su aprobación a las cuatro horas (!!) que los jueces y el acusado se habían tomado para dormir. También Ángeles entendía la importancia del factor tiempo, y habló extensamente, no sólo de su programa político, sus ideas filosóficas, su apreciación de la situación internacional, sino de asuntos que se pueden considerar triviales. Insistió en la importancia del vestido para la población en general y describió ampliamente cómo se le había impedido ver a otro general, unos años atrás, porque no estaba adecuadamente vestido. Paradójicamente, la mayor demora no se debió a los esfuerzos de Ángeles, sino al caso de uno de los hombres que formaban parte de su escolta y que había sido capturado junto con él: un soldado raso, Antonio Trillo, hermano del secretario de Villa. Trillo declaró que era menor de edad, con sólo diecisiete años, y su abogado defensor pidió el retiro de todos los cargos. El fiscal trató de probar que Trillo tenía dieciocho años. Dado que no estaba dispuesto a esperar hasta que se obtuviera en el pueblo de Trillo un acta de nacimiento, se llamó a un grupo de médicos para que examinaran al acusado para determinar su edad. Las opiniones expertas de

dichos médicos sobre la estructura ósea, los factores del crecimiento y demás demoraron el proceso, que sólo continuó a las cinco de la mañana del 25 de noviembre, y cinco horas más tarde el consejo de guerra se reunió de nuevo, en una sala atestada de miles de espectadores, para dictarle sentencia a Felipe Ángeles. Pocos dudaban cuál sería esa sentencia. No sólo Carranza quería su muerte, sino que los miembros del consejo habían sido cuidadosamente elegidos tanto por su hostilidad a Villa como por su disposición de llevar a cabo ejecuciones. Según un periódico, Gabriel Gavira, el presidente del consejo, que había sido en un tiempo comandante militar de Ciudad Juárez, había ordenado más ejecuciones que ningún otro de sus gobernantes militares, y tenía el hábito de realizarlas mientras una banda tocaba música marcial. El general Gonzalo Escobar había sido herido en el ataque villista contra la misma población; el general Fernando Peraldi, sobrino de Carranza, era tan corrupto que, por orden de su tío, había sido removido de su estado natal de Coahuila y enviado a Chihuahua; mientras que Pablo Quiroga, último miembro del consejo, había sido derrotado por Villa en la batalla de Villa Ahumada.¹⁰⁸

Ángeles fue sentenciado a muerte por haberse rebelado contra el gobierno y la Constitución. Se desecharon las objeciones en el sentido de que el consejo no tenía jurisdicción en el caso porque el acusado no era miembro del ejército federal.

En términos legales, aún había salida para Ángeles. La Constitución mexicana le daba el derecho de apelar al Supremo Tribunal Militar. Así lo entendía Diéguez, que telegrafió a Urquiza pidiéndole instrucciones. “Es casi seguro que defensores Ángeles pretendan, basados en la fracción 5A del estatuto 107 de la Constitución Federal, pedir este mismo consejo de guerra que suspenda ejecución de la sentencia que pronuncie. Rúégole hacer que Departamento de Justicia dé inmediatamente opinión sobre el particular.” Urquiza, quien después sería conocido como escritor, inmediatamente respondió que, en opinión del Departamento de Justicia, sólo el consejo de guerra tenía jurisdicción en la materia, que no estaba sometida a revisión por el Supremo Tribunal Militar, y que, sin importar ninguna apelación, la sentencia debía cumplirse inmediatamente.¹⁰⁹

Seguramente, Urquiza comprendía con toda claridad que esas instrucciones eran una inequívoca violación de la Constitución: al recibir en efecto el recurso de los abogados de Ángeles, no se atrevió a utilizar el argumento que había empleado al dirigirse a Diéguez, es decir que el Supremo Tribunal Militar no tenía jurisdicción. En cambio, telegrafió a los abogados que no podía actuar

porque no había sido oficialmente notificado de la sentencia. Los telegramas dirigidos al Supremo Tribunal y a la Cámara de Diputados obtuvieron respuestas igualmente burocráticas. Ni uno ni otra podían hacer nada, ya que ambos se hallaban en receso.

Aunque los partidarios de Ángeles sólo tenían dos días para movilizar a la opinión pública, un número sin precedentes de chihuahuenses y de extranjeros acudieron a Diéguez y a Carranza para que suspendieran la ejecución. El primero intentó al principio despistarlos diciendo a un grupo de mujeres que fueron a verlo que no podía imaginar que un hombre tan culto y educado como Ángeles fuera ejecutado.¹¹⁰ Y a pesar de las posibles represalias del gobierno, más de mil chihuahuenses enviaron una petición a Carranza para solicitarle clemencia.¹¹¹

En Estados Unidos, Hopkins trató de intervenir ante las autoridades de ese país, mientras que Arce, Trillo y Ángeles le mandaron un telegrama a Carranza en el que protestaban su inocencia y pedían la suspensión de la sentencia. “En estos momentos que son once y media de la mañana se juzga quienes suscribimos por consejo de guerra extraordinario. Impútasenos rebelión militar, delito no cometido, suplicamos usted como es justicia, si somos condenados último suplicio ordene suspensión. Con afecto nos suscribimos.”¹¹²

A pesar de este telegrama, Ángeles no esperaba piedad del presidente y se preparaba en silencio para la muerte. “Adorada Clarita”, escribió a su esposa,

estoy acostado descansando dulcemente. Oigo murmurar la voz piadosa de algunos amigos que me acompañan en mis últimas horas [...]. Pienso con afecto intensísimo en ti, en Chabela, en Alberto, en Julio y en Felipe. Siempre he hecho lo mismo en todo el tiempo desde que me separé de ustedes. Hago votos fervientes para que conserves tu salud y por la felicidad de Chabela. Tengo la más firme esperanza de que mis tres hijos serán amantísimos para ti y para su patria... Diles que los últimos instantes de mi vida los dedicaré al recuerdo de ustedes, y que les envío un ardentísimo beso para todos ustedes.¹¹³

Cuando se presentó un cura para oírlo en confesión, Ángeles rechazó sus oficios y le dijo que, aunque era cristiano, no creía en la confesión. Se extendió en reflexiones filosóficas acerca de la religión y finalmente señaló: “Mejor que un confesor, debería estar aquí un psicólogo que estudiara, en provecho de la

humanidad, los últimos momentos de un hombre que teniendo amor a la vida no teme perderla”.¹¹⁴

Él mismo eligió el lugar donde debía ser ejecutado. Tras abrazar a su abogado Gómez Luna y llamar al restablecimiento de la paz en México, encaró tranquilamente al pelotón de fusilamiento.

“El veredicto del tribunal, que sentenció a muerte a Ángeles”, informó el cónsul estadounidense en Chihuahua, “fue extremadamente impopular en este distrito, tanto así que probablemente no es exageración decir que del noventa al noventa y cinco por ciento de la gente condenó la acción y estaba firmemente convencida de que los procedimientos del consejo eran una farsa, ya que los jueces militares recibían sus instrucciones de la ciudad de México a través del general Diéguez.”¹¹⁵ Más de cinco mil chihuahuenses formaron la gigantesca procesión fúnebre que acompañó el cuerpo de Ángeles a su tumba.

La respuesta de Villa a la ejecución fue pronta y sangrienta. Dos días después de la muerte de Ángeles, sus tropas cayeron sobre la guarnición carrancista de Santa Rosalía y mataron hasta el último de los defensores.

· IV ·
Reconciliación,
paz y muerte

De guerrillero a hacendado

LA RENDICIÓN

Con el fracaso del ataque a Ciudad Juárez y la partida de Ángeles, se inició una etapa de agudo declive en la fortuna militar de Villa. “Actualmente, Villa no tiene más de trescientos cincuenta hombres, que se encuentran desmoralizados, mal vestidos, casi sin municiones”, informaba el gerente del Ferrocarril del Noroeste de México, en julio de 1919, pocas semanas después del vano intento de tomar Ciudad Juárez.¹ Estos datos pueden ser un tanto exagerados, pero José María Jaurrieta también habla de la creciente desmoralización de sus hombres. Las deserciones se multiplicaban. Uno de los lugartenientes de Villa, Epifanio Holguín, dejó el combate para dedicarse a extorsionar al Ferrocarril del Noroeste de México, amenazando con destruir sus puentes y rieles si no le pagaban protección.²

La baja moral reinante se manifestó claramente cuando Villa atacó la ciudad de Durango para abastecerse. Con objeto de no ser atacado desde la retaguardia mientras sitiaba la ciudad, dio instrucciones a sus comandantes en la región, Ricardo Michel y José Galaviz, de que destruyeran todas las vías de ferrocarril entre Durango y Torreón, donde estaba estacionado un gran contingente de tropas federales. Pero no le obedecieron y, cuando se preparaba para el asalto, llegaron a todo vapor varios trenes cargados de soldados federales.³

Los villistas tuvieron que retirarse en desorden, y Villa sufrió allí la que debió considerar su mayor pérdida en todos los años de guerrilla: la muerte del hombre que había sido prácticamente su alter ego, Martín López. Al enterarse de la noticia, se puso a llorar sin tratar de ocultar su desconsuelo: “¿Cómo, qué dices? ¿Murió Martín? ¿Mi chamaco valiente y leal? ¿Cómo es posible que yo pierda a

Martín? ¡Si era mi jefe consentido, en quien yo había cifrado todas mis esperanzas guerreras! Yo lo recogí cuando tenía apenas once años..."⁴ No sólo perdió a López, sino a casi todos los hombres que él comandaba y que desertaron. Sería uno de los lugartenientes de López, Félix Salas, quien entregaría a Felipe Ángeles.

El fracaso de la última ofensiva de Villa y la desmoralización creciente de sus tropas hicieron que la gente del campo de Chihuahua se distanciara aún más de él y de su movimiento. Para asegurarse de que los civiles no lo traicionaran, Villa tomó medidas que jamás habría contemplado siquiera en sus buenos tiempos: en cada pueblo por el que pasaba, tomaba como rehenes a varios ancianos, y sólo los liberaba al llegar al pueblo siguiente, donde los sustituía por otros nuevos.⁵

El gobierno consideró que se estaba, por fin, en posibilidad de acabar con Villa. Envío a uno de sus generales más experimentados, Joaquín Amaro, con miles de hombres de refuerzo, en una nueva ofensiva. Por fortuna para Villa, la campaña se vio interrumpida porque grandes sectores de las defensas sociales y de las tropas federales de Chihuahua, en vez de luchar contra él, se levantaron contra Venustiano Carranza.

El periodo presidencial de Carranza debía expirar en 1920. Dado que bajo su gobierno se había redactado y adoptado la Constitución de 1917, la cual especificaba que el presidente no podía ser reelecto, Carranza no tenía derecho y no se atrevía a ser candidato para un segundo periodo. No quería tampoco abandonar el poder, por lo que convenció a sus partidarios de que nominaran a Ignacio Bonillas, un oscuro político que había sido embajador ante Estados Unidos, como su sucesor. Para todo el mundo estaba claro que Bonillas no obtendría ningún voto por su cuenta y que dependería por completo de Carranza. El candidato opositor, en cambio, gozaba de enorme favor popular: era Álvaro Obregón, que había contenido su gran ambición hasta el fin del mandato de Carranza y de ningún modo estaba dispuesto a permitir que lo dejaran a un lado. En determinado momento, dio la impresión de que Carranza iba a arrestar a Obregón para hacer unas elecciones fraudulentas. La legislatura de Sonora, estado natal de Obregón, se sublevó en abril de 1920 y, en el Plan de Agua Prieta, declaró a Carranza depuesto, nombró al gobernador sonoreense, Adolfo de la Huerta, como presidente provisional y le encargó celebrar nuevas elecciones en el término de tres meses. La revuelta obtuvo el apoyo de la gran mayoría de los jefes militares de México. Carranza intentó escapar a Veracruz para

establecer allí su gobierno, pero durante la huida fue asesinado en el pueblo de Tlaxcalantongo.

Cuando estalló el conflicto armado entre Carranza y Obregón, el representante villista en Estados Unidos, Díaz Lombardo, y probablemente también el propio Villa, se hicieron ciertas ilusiones de que un largo enfrentamiento debilitara a ambas partes radicalmente, aliviara así la presión para los villistas e incluso les permitiera tomar de nuevo la ofensiva. “Es mi opinión que debemos permitir que obregonistas y carrancistas luchen y se debiliten”, le escribió Díaz Lombardo a Ramón Puente, otro representante villista, “y luego aprovechar la primera oportunidad para acabar con ellos.”⁶

Esa ilusión hizo que Díaz Lombardo le aconsejara a Villa rechazar cualquier oferta de los representantes de los rebeldes sonorenses, el general Alvarado y Ramón Denegri. Díaz Lombardo escribió que éstos “vinieron a verme para que yo le pidiera su colaboración al general Villa [...] Yo le escribí al general para comunicarle de la petición, pero le advertí lo poco aconsejable que era esa alianza, incluso para su prestigio político, ya que uno de los principales puntos que nosotros atacamos es la Constitución de 1917, que los obregonistas y su Plan de Agua Prieta defienden”.⁷ Sin embargo, Díaz Lombardo no se precipitó a rechazar la oferta. Esperaba que si tentaba a los sonorenses con la promesa de una colaboración de Villa “para forzarlos a confesar que el general Villa no es un bandido, sino por el contrario un factor valioso, con esa admisión nuestra causa ganaría mucho moralmente, tanto aquí como allá”.⁸

Cualquiera esperanza de los villistas sobre una larga y sangrienta guerra civil entre sus enemigos pronto resultó vana. Con muy poco derramamiento de sangre, los rebeldes sonorenses controlaron el país.

Tras la muerte de Carranza, que había sido su más implacable enemigo, sus fuerzas menoscabadas por continuas deserciones y asaltado por crecientes dificultades para obtener dinero y armas, Villa se dispuso a pactar con el nuevo gobierno mexicano. Éste, sin embargo, parecía extremadamente reacio a ofrecer ningún arreglo que pudiera serle aceptable. Por el contrario, aumentó el precio puesto a cien mil pesos a su cabeza e instruyó, para que tomara la ofensiva contra él, al general Amaro,⁹ conocido tanto por su oposición a Villa como por su falta de escrúpulos.

Sin embargo, Villa hizo sucesivamente dos ofertas de negociación. Primero se acercó a uno de los más poderosos generales del nuevo gobierno, el sonorenses Plutarco Elías Calles, con el que había chocado unos años atrás por apoyar a Maytorena contra él. Le propuso reunirse para discutir los términos de un pacto

y, aunque Calles se negó a asistir personalmente al encuentro alegando motivos de salud, envió un emisario. Al parecer Villa sugirió como condiciones para su rendición que sus soldados recibieran una hacienda para trabajar la tierra por su cuenta, y que él fuera nombrado comandante de los rurales de todo el estado de Chihuahua o por lo menos de su región sur, que era la más cercana a su corazón. Las tropas que emplearía para mantener la ley y el orden en la región serían sus propios hombres. Calles rechazó estas condiciones y planteó en cambio que Villa, con un pequeño grupo de hombres, se estableciera en algún lugar de Sonora, lejos de sus lares. Villa no aceptó, porque hubiera tenido que trasladarse a un medio completamente extraño, donde no tenía partidarios y donde estaría a merced de sus viejos enemigos.¹⁰ Sin embargo, no abandonó las esperanzas de llegar a algún tipo de acuerdo. Se acercó a continuación a su antiguo enemigo, Ignacio Enríquez, que se había convertido en toda una importante fuerza política en Chihuahua por haber movilizado a las defensas sociales del estado a favor de Obregón. Acordaron una reunión que terminó aún más desastrosamente que las negociaciones con Calles: Enríquez no sólo rechazó las condiciones de Villa, sino que al final del encuentro trató de aprovechar su proximidad para atacarlo, acabar con sus hombres y, de ser posible, matarlo. Pero Villa desconfiaba de él; previsoriamente, había levantado un falso campamento, iluminado por fogatas, y había situado a sus hombres alrededor. Cuando los hombres de las defensas sociales de Enríquez cargaron contra el campamento vacío, el fuego de los rifles villistas arrasó con ellos.¹¹

En tono amargo, le escribió Villa a Díaz Lombardo que no veía diferencia alguna entre el nuevo gobierno y el de Carranza, y que se proponía seguir luchando.

Veo todo el asunto sólo como la idea de asesinar a un amo para situar a otro en su lugar mediante un sucio cuartelazo que debe avergonzar a todos los mexicanos honestos. En una palabra, es un caso de "quítate del camino para que yo pase" porque los caballeros tienen suficientes bayonetas para atropellar la ley y la justicia.

Yo y todas las personas que me acompañan, que nunca hemos hecho causa común con los cuartelazos, ya que siempre mantuvimos la dignidad de mexicanos honorables, pedimos su valiosa opinión y la de todos nuestros buenos amigos que usted conoce sobre qué camino debemos seguir sin manchar el honor de nuestra querida patria.¹²

Pocas semanas después, Villa cambió de nuevo de actitud hacia el nuevo gobierno y su presidente provisional, Adolfo de la Huerta, y le hizo nuevas ofertas de paz. Había comprendido que los nuevos gobernantes estaban profundamente divididos respecto a qué política seguir con él. Su más poderoso enemigo era su vieja Némesis, el futuro presidente Álvaro Obregón, que no quería ningún pacto con él, en lo que coincidía totalmente con los jefes militares del gobierno de Chihuahua, Amaro y Enríquez. El más destacado defensor de la idea de pactar con Villa era el presidente provisional, Adolfo de la Huerta, quien esperaba no sólo obtener prestigio por pacificar el norte del país mediante un acuerdo con Villa, sino tal vez conseguir también el apoyo del gobierno estadounidense, que hasta entonces se había negado a reconocerlo oficialmente. Además, a diferencia de Obregón y Calles, De la Huerta nunca había chocado directamente con Villa. Por el contrario, De la Huerta le había ayudado en vísperas de su regreso a México, en 1913, por lo que nunca incurrió en su odio personal. Dado que De la Huerta tenía ambiciones políticas propias, muy bien pudo suponer que si llegaban a un acuerdo, Villa le retribuiría en algún momento dándole apoyo político y tal vez incluso militar.

No se sabe exactamente por qué, en vez de enviar un representante oficial, De la Huerta mandó a negociar con Villa al periodista Elías Torres, viejo compañero de escuela de su secretario de Relaciones Exteriores Cutberto Hidalgo. Torres dijo que conocía en El Paso a personas que gozaban de la confianza de Villa y que podían ponerlo en contacto con él. En calidad, al parecer, de emisario semioficial del presidente, Torres estableció comunicación con Francisco Taboada, uno de los compadres de Villa. Tras superar muchas dificultades —el comandante Amaro fue informado de su misión y manifestó un completo desacuerdo—, luego de un largo y agotador viaje, Torres se reunió finalmente con Villa el 2 de julio de 1920, en la hacienda de Encinillas, propiedad de Terrazas, que el revolucionario tenía ocupada. Desde allí, Villa le escribió una carta oficial a De la Huerta, en la que fijaba con todo detalle sus condiciones para pactar la paz con el gobierno. La primera era que se le otorgara una hacienda que

no la destina el general Villa para su uso propio, sino para fraccionarla entre las tropas, es decir, entre los jefes, oficiales y soldados de los que militan bajo sus órdenes y para los huérfanos y viudas de los que hayan fallecido en el estado de Chihuahua durante la revolución. Hace constar el general Villa que la propiedad en que él ha pensado, hace treinta años que no le paga contribuciones al estado; en consecuencia, costará bien poco adquirirla.¹³

Para sí, Villa pedía el mando de una fuerza de policía rural de quinientos hombres, cuya tarea sería poner fin al bandolerismo en el estado de Chihuahua. La tercera condición era que se celebraran elecciones libres para gobernador. Villa declaraba que sería leal a cualquier gobierno nacional que surgiera de las próximas elecciones; en otras palabras, prometía su lealtad a Obregón. También declaraba que “perdona a todos sus enemigos y se obliga a no castigar por su propia mano a ninguno de los que le han sido desleales”. Como precondition, Villa exigía que firmaran el pacto no sólo De la Huerta, sino sus tres generales más importantes: Obregón, Calles y Hill.

Las propuestas revelan claramente cuál era la ideología de Villa en ese momento. Le interesaba todavía el problema agrario, pero sólo en la medida en que afectaba a sus hombres o a sus viudas y huérfanos. A diferencia de los zapatistas que, al hacer la paz con el gobierno, exigieron respeto a la reforma agraria en todo el estado de Morelos, Villa no planteaba demandas sociales ni mencionaba el reparto de las tierras de las grandes haciendas, que tanto había defendido unos años atrás. ¿Había perdido interés en la cuestión agraria? ¿Se había decepcionado de la gente del campo chihuahuense que se había vuelto contra él, o se sentía demasiado débil para exigir tales reformas?

La segunda preocupación de Villa era garantizar su propia seguridad, conservando una gran fuerza armada, y seguir ejerciendo una influencia decisiva en el estado de Chihuahua, con lo cual carecía de significado la parte de su propuesta en que prometía no interferir ni participar en la política chihuahuense.

De la Huerta estaba muy dispuesto a otorgarles tierras a los villistas y a darles soldada durante un año, aunque puso un número límite de doscientos cincuenta hombres. Se negó en cambio a darle a Villa mando militar de ninguna clase; pero reconoció su necesidad de protección y, para satisfacerla, le ofreció la hacienda de Canutillo, que había ocupado en un tiempo su viejo compinche Urbina, y conservar allí a cincuenta hombres de su escolta, con permiso para portar armas y pagados por el gobierno. Insistió, por otra parte, en que Villa debía retirarse completamente a la vida privada.

Calles y Hill accedieron a firmar cualquier pacto a que De la Huerta llegara con Villa; no así el general más importante, Álvaro Obregón. Esto creó una situación delicada en las negociaciones, que sufrieron un golpe aún más grave por el deseo de publicidad de Torres, quien unilateralmente reveló a la prensa las condiciones de Villa¹⁴ dando la impresión de que De la Huerta había aceptado otorgarle un mando militar en Chihuahua. Una ola de indignación se apoderó de algunos generales. En una entrevista con un diario estadounidense, Amaro

amenazó con levantarse contra el gobierno si éste cumplía las condiciones de Villa. De la Huerta se vio forzado a poner fin a las negociaciones, al menos temporalmente. El secretario de Guerra declaró que las condiciones del revolucionario no se cumplirían y que Torres no era un emisario oficial del gobierno.¹⁵ A los pocos días, bajo la influencia de Obregón, De la Huerta modificó su actitud aún más drásticamente.

Villa había aceptado reunirse de nuevo con Torres en el pueblo de Saucillo, para recibir la respuesta del presidente. Los dos habían acordado también que, mientras duraran las negociaciones, las tropas gubernamentales se abstendrían de atacar a Villa y éste no realizaría ninguna acción militar. El 17 de julio, Amaro recibió de la ciudad de México instrucciones de suspender las hostilidades contra Villa. El mismo día, De la Huerta recibió un mordaz telegrama de Obregón.

Mucho estimaré a usted que, si para ello no hay inconveniente, se sirva decirme si efectivamente el gobierno que usted preside ha entrado en negociaciones con el bandolero Villa, participándole con toda sinceridad que dichas negociaciones significarían el fracaso moral más grande para la actual administración, porque ellas tendrían como base, para que pudieran ser aceptadas por Villa, la impunidad a todos los hechos anteriores por él cometidos; y tanto en el país vecino como en este estado ha causado malísima impresión desde que se tiene conocimiento que el gobierno pretende entrar en tratados con Francisco Villa. Punto. Yo me permito como jefe de un partido político que ha enarbolado la bandera de la moral y de la justicia, protestar de la manera más respetuosa contra todo pacto que se celebre con Villa, por considerarlo en pugna con los principios que dicho partido ha enarbolado desde que se inició la lucha.

Obregón subrayaba que el Ejército Mexicano nunca aceptaría de nuevo a Villa en sus filas, y advertía que podrían producirse en Chihuahua sucesos impredecibles debido “a la dolorosa impresión que entre los jefes leales al gobierno está causando este mismo asunto”.¹⁶

Al día siguiente, Obregón envió a De la Huerta un segundo telegrama, todavía más elocuente. Decía que el pacto podría precipitar un peligroso conflicto con Estados Unidos. Si los estadounidenses demandaban la extradición de Villa por su ataque a Columbus, el gobierno se vería ante un dilema insoluble: “si procedía contra Villa violaba su palabra empeñada al pactar con éste, y si se negaba a proceder contra él se le acusaría, muy justamente, de complicidad”.

Obregón levantaba el espectro de un posible alzamiento de muchos generales contra el gobierno. Citaba la entrevista de Amaro en que éste decía que “dejaría de ser soldado antes que seguir sirviendo al gobierno”. Y agregaba: “Entiendo que la mayor parte de los jefes que se han distinguido por su lealtad a los principios y a nuestra causa sienten lo mismo que Amaro”. Había escuchado que De la Huerta le había enviado a Villa una carta en la que trazaba los posibles términos de un acuerdo de paz, y advertía que estaba convencido de que “Villa habrá hecho una gran adquisición al lograr tener en su poder una carta tuya y no dilataremos mucho en verla publicada y comentada en toda la prensa del país vecino, dándose así una importancia que no debe concedérsele”.¹⁷

De la Huerta cedió. Ordenó a uno de sus generales, Gonzalo Escobar, que le pidiera a Torres la carta que le había escrito a Villa, pero que aún no había sido entregada, y, al mismo tiempo, le ordenó a Amaro “proseguir persecución hasta exterminio Villa”.¹⁸

Torres demostró entonces que era un negociador honesto. Temiendo que Villa, confiado en que no sería atacado mientras duraran las negociaciones, fuera muerto a traición por las tropas federales, le mandó un aviso para que se retirara de Saucillo, como en efecto hizo.¹⁹

Villa se dio cuenta, pues, de que el gobierno estaba dividido en cuanto a qué hacer con él. Pensó que la única manera de presionar era dejarles claro a los dirigentes sonorenses que si continuaban la guerra pagarían un precio mayor del que imaginaban. Una vez más, demostró su capacidad para abrirse paso en una situación que a primera vista no ofrecía salidas. Decidió trasladar sus operaciones al estado de Coahuila. A diferencia de su vecina Chihuahua, a partir de 1916 Coahuila no había sufrido los horrores de la guerra civil y había logrado una recuperación económica impresionante. Así pues, Villa podría lograr allí lo que en Chihuahua era cada vez más difícil: reabastecerse tomando cuanto quisiera de las prósperas haciendas coahuilenses. Amenazaría con la devastación económica a una de las regiones más ricas de México. Al salir de Chihuahua, también quedaría fuera de la jurisdicción de los generales federales que le eran más hostiles. Entre tanto, Estados Unidos consideraría que el nuevo gobierno mexicano era incapaz de restablecer el orden y controlar todo el país, y que, por tanto, no merecía el reconocimiento diplomático.

En términos logísticos, la marcha de Chihuahua a Coahuila puso a prueba las capacidades de Villa como líder y organizador. Los dos estados se hallaban separados por el Bolsón de Mapimí, un desierto que se extiende a lo largo de más de mil kilómetros, prácticamente sin agua. Los soldados de Villa recordarían

ese traslado como su más horrenda experiencia. Algunos murieron, otros enloquecieron de sed, muchos de sus caballos quedaron por el camino. Una vez en Coahuila, sin embargo, sintieron que habían llegado al jardín del Edén: las haciendas estaban llenas de caballos, ganado y alimentos. Pudieron abastecerse antes de caer sobre la ciudad de Sabinas, que ocuparon sin mayores dificultades y desde donde Villa telegrafió a De la Huerta que estaba listo para reemprender las negociaciones. Esta vez pedía un representante militar oficial, el único general de Chihuahua en quien tenía confianza: Eugenio Martínez.²⁰ En opinión del cónsul británico en Coahuila, la ocupación de Sabinas fue la cosa más inteligente que Villa pudo haber hecho.

Su llegada [de los villistas] en gran número a un punto desde el que dominan completamente una de las más importantes arterias de comunicación con la frontera estadounidense, y desde donde, si quisieran, podrían cometer despojos de gran envergadura en todo el distrito y particularmente en los campos carboníferos, que se hallan completamente a su merced, debió constituir un problema delicado y difícil para el gobierno, que comprende tal vez que, aunque con sus acciones Villa estaba virtualmente confesando su derrota, podía en su agonía infligir inconmensurables daños materiales y afectar vitalmente el prestigio del gobierno mismo, en un distrito muy importante y floreciente que por fin ha empezado a olvidar las pérdidas causadas allí tiempo atrás por la revolución.

En otras palabras, Villa, con un golpe de astucia, se colocó en posición de dictar virtualmente sus términos al gobierno, circunstancia que sin duda inclinó al presidente a aceptar una tregua y a hacer la paz de una manera que provocará mucha pena y repugnancia al elemento estrictamente militar del régimen gobernante.²¹

El cónsul Patrick O'Hea describe con claridad el dilema en que se encontraba De la Huerta. Por una parte, si estallaba una nueva guerra civil en el estado de Coahuila, junto a la frontera de Estados Unidos, no sólo tendría grandes pérdidas económicas, sino que el nuevo gobierno republicano e intervencionista de Washington podría convencerse de que la única forma de restablecer el orden en México era enviar tropas contra Villa. Por otra parte, si pactaba con él, tendría que enfrentarse a Obregón y a la amenaza de un levantamiento militar. Por fortuna para De la Huerta, logró convencer de la necesidad de pactar a dos de los generales sonorenses más importantes: Plutarco Elías Calles y Benjamín Hill.

Los términos que ofreció fueron los mismos ya contenidos en la carta de Torres, aunque un tanto ampliados. A cambio de que Villa se retirara a la vida privada, el gobierno le entregaba para su uso personal la hacienda de Canutillo y una escolta de cincuenta hombres de su elección, pagados por el gobierno. Se darían tierras y paga no a doscientos cincuenta, sino a casi ochocientos hombres del ejército de Villa. Las tropas villistas debían proceder a la hacienda angloestadounidense de Tlahualilo (no está claro por qué se eligió ese lugar y el cónsul británico estaba indignado por la decisión), donde todos, salvo la escolta, debían entregar las armas, recibir la primera paga por medio año y los títulos de propiedad de sus tierras.

Cuando se enteró de la firma de este acuerdo, Obregón se puso furioso. En un telegrama a los generales Hill y Serrano, dejó muy clara su oposición a cualquier tipo de pacto con Villa, diciendo que era contrario “a la moral y a la justicia”. Ofrecía asumir él mismo el mando de una nueva campaña contra Villa. Enumeraba todos los crímenes que creía que Villa había cometido, aparte de su ataque a Columbus, como “la suerte que corrió la familia Herrera [...] los millares de soldados y oficiales mutilados de las orejas unos y castrados otros [...]” y amenazadoramente puntualizaba: “soy de opinión que no hay ninguna autoridad por alta que sea su investidura, que tenga el derecho de celebrar con Villa un convenio que cancele su pasado y que incapacite a los tribunales de la actualidad y del futuro para exigirle responsabilidades”.²² Aunque Obregón se negó a suscribir el acuerdo como él había pedido, Villa aceptó finalmente firmarlo. Entonces fue Obregón quien se halló en un dilema: si repudiaba públicamente el tratado, como había amenazado, no sólo Villa podía tomar de nuevo las armas, sino que él se encontraría en la desagradable postura de ser el único que se negaba a hacer la paz. Además, un desacuerdo público entre De la Huerta y él podía precipitar una crisis de gobierno, desestabilizar al nuevo régimen, impedir el reconocimiento de Estados Unidos e incluso provocar una intervención. Así pues, a pesar de sus reservas, Obregón le dijo a De la Huerta que aprobaría “la resolución que el gobierno actual dé a este asunto”.²³ Aunque rehusó firmar el pacto o escribirle personalmente a Villa, le hizo saber extraoficialmente, a través de Raúl Madero, que no se opondría al tratado.²⁴ A pesar de que no lo ratificaba públicamente, Villa empleó un lenguaje sorprendentemente obsequioso para escribirle al hombre que lo había derrotado en batalla y a quien consideraba su mayor enemigo. “Sin haberme nunca dirigido a usted”, le escribió el 29 de julio de 1920,

porque un corazón como el mío siempre habla con franqueza, hoy lo hago para decirle que hasta hace muy pocos días todavía existía en mi corazón el ser su enemigo personal, pero como también hace pocos días tuve conocimiento de que Raúl Madero traía algún negocio de usted para conmigo, he cambiado completamente de opinión queriéndome convertir en amigo de usted y aún cuando no sé si usted se avergüence de serlo mío, mi deber como buen patriota es conciliarme con todos para retirarme a la vida privada sin estorbarles en lo absoluto en nada, pues el insignificante prestigio de que yo gozo en la República quiero entregarlo a ustedes, porque el hombre que ama a su Patria y a su Raza debe probarlo con hechos. [...] Si usted se avergüenza de ser mi amigo porque yo no valgo nada, espero que sea tan bondadoso para decirme “no quiero ser su amigo”. Un hermano de su raza que le habla con el corazón.²⁵

A Obregón le llevó dos meses responder.

Me había abstenido de contestar sus dos cartas anteriores, porque dudaba de la sinceridad con que usted proponía deponer las armas para dedicarse en lo absoluto a una vida de trabajo, y hasta creí que el gobierno obraba con ingenuidad en este caso; pero ahora que los hechos demuestran su firme resolución de retirarse por completo de toda actuación militar y política desoyendo las voces insidiosas de muchos hombres que han querido, a la sombra de usted, obtener ventajas personales, he querido escribirle estos renglones para expresarle con toda claridad que puede usted estar seguro de que al verificarse el cambio de gobierno, el día primero de diciembre próximo, usted continuará gozando de todas las garantías que el actual gobierno provisional le ha otorgado, y hacerle presente mi felicitación por el deseo francamente manifestado por usted de sacrificar todo lo que sea necesario en beneficio de la tranquilidad nacional.²⁶

El gobierno de Estados Unidos expresó su satisfacción ante los acuerdos, ya que México parecía finalmente pacificado, y se abstuvo de exigir que el gobierno mexicano castigara a Villa por el ataque a Columbus. La única objeción significativa al tratado de paz entre Villa y el gobierno vino de Gran Bretaña, cuyo ministro de la Guerra, Winston Churchill, protestó enérgicamente. En una comunicación secreta al Foreign Office, escribió:

Observo en el telegrama de México, fechado el 29 del último mes, que se ha planteado la cuestión de que el gobierno británico exija que se proceda contra el general Villa por el asesinato del señor Benton en 1914. Espero que no se deje caer en el olvido ese brutal asesinato de un súbdito británico. Me interesó por el caso en su momento y nunca lo he olvidado a lo largo de la guerra. Estaba seguro de que llegaría la oportunidad de llevar a ese asesino ante la justicia. Uno de los verdaderos signos de una gran nación es el cuidado y la paciencia con que persigue las demandas relacionadas con la vida y la seguridad de sus súbditos. Confío sinceramente en que se hará todo lo posible.²⁷

Uno de los errores de Churchill consistió en sobrestimar el poder del imperio británico, y los funcionarios del Foreign Office que se ocuparon de su carta estaban conscientes de ello. "Si a Villa se le concede el indulto, Gran Bretaña nada puede hacer", comentó uno de ellos. "El gobierno mexicano le tiene más miedo a Villa que a Gran Bretaña." "Sí", comentó otro, "pero estaría dispuesto a añadir que el gobierno de Su Majestad deplorará el indulto del asesino (a menos que se enarbole nuestro íntimo trato con la banda de asesinos de Moscú para impedirnos adoptar esa actitud)."²⁸

El encargado británico en México, Cummins, se halló entonces en la desagradable situación de dejar a salvo, de algún modo, el prestigio del imperio. Por una parte, trató de calmar la cólera de Churchill y de otros funcionarios diciendo que en realidad Villa no había asesinado a Benton a sangre fría: se había producido un violento altercado y, cuando Benton trató de sacar su pañuelo, Fierro pensó que estaba sacando la pistola y lo mató. Villa, en conversaciones con Cummins, había lamentado el suceso e incluso le había dado algo de dinero a la viuda de Benton.²⁹

Cummins le propuso a De la Huerta ir a ver a Villa para que éste se disculpara por el asesinato de Benton. "El presidente me suplicó con cierta agitación que no fuera a ver a Villa. Éste era muy desconfiado. Se imaginaría que el gobierno sólo quería apoderarse de él a traición para hacerlo pagar por sus crímenes. El presidente confiaba en que yo no daría algún paso que pudiera alterar todo y lanzar a ese hombre a hacer presa de nuevo en gente inocente."³⁰ Cummins no tuvo más alternativa que desistir. La única concesión que los británicos pudieron obtener del gobierno mexicano fue que se le pagara una indemnización a la viuda de Benton.³¹

La travesía de Sabinas a Tlahualilo tuvo más de desfile triunfal que de retiro de un comandante derrotado. En la mayoría de los pueblos, la gente acudía a ver a Villa –el lado oscuro de su carácter no se había manifestado en Coahuila como en Chihuahua–, y el revolucionario pasó a visitar a su viejo amigo Raúl Madero, con quien sus relaciones eran al parecer excelentes, aunque Madero lo había dejado en 1915 y había pedido su renuncia. Villa se negó a contestar a los muchos periodistas que acudieron a Tlahualilo para pedirle que explicara por qué había hecho la paz con el gobierno. En cambio, habló largamente con un viejo conocido (aunque para nada amistoso), el cónsul británico en Torreón, Patrick O’Hea. “El hombre ha envejecido ligeramente desde la última vez que lo vi, a principios de 1914”, describió O’Hea, “pero sigue estando absolutamente en forma, más robusto y pesado que viejo.”

Villa le dijo al cónsul que “el patriotismo y el temor de provocar probables dificultades con Estados Unidos [...] lo habían inducido por fin a entrar en tratos con un gobierno que nunca lo habría podido derrotar por la fuerza de las armas”. De manera abierta, “dejó entender claramente que no tenía mayor fe en la personalidad de los hombres que constituían el actual gobierno que en aquéllos contra los que había estado luchando por muchos años, y que estaba decididamente convencido de que este país no sería mejor servido por ellos”. Pero insistió en que no se alzaría en armas de nuevo. “Por otra parte, repetía que el peligro de una intervención estadounidense era tal que ahora veía que su deber patriótico no era derrocar ningún gobierno mexicano por malo que fuera.” Tras describir la profesión de amor al prójimo que había hecho Villa, O’Hea comentaba: “Es cierto que su declaración de extremo humanitarismo se veía un tanto debilitada por su involuntaria confesión de haber causado la muerte, según su cálculo, a unas cincuenta mil personas, pero esto se explicaba por el hecho de que la pérdida de tantas vidas humanas había sido necesaria para el eterno bienestar de su patria”. O’Hea era aún más sarcástico al informar: “la fantasía dio algunos vuelos particularmente delirantes, declaró que gobernaba y controlaba a sus oficiales y sus hombres mediante la teoría y la práctica del amor y el perdón, de modo que, aunque a menudo lo servían de manera deficiente, él siempre había encontrado que la suprema virtud en este mundo era la capacidad de perdonar, y mediante su ejercicio controlaba a sus valientes tropas”.

Dicho todo esto, O’Hea no podía disimular su admiración por la inteligencia y la astucia de Villa.

[Su] marcha sobre el estado de Coahuila a través de las zonas áridas del estado de Chihuahua, al que no podía volver sano y salvo, frente a una fuerza armada que podía oponerse a su paso, representaba un último recurso desesperado, adoptado cuando todas las demás vías de escape le estaban vedadas, y al mismo tiempo un movimiento que, al final de su carrera de forajido, probaba una vez más la extrema astucia e innata inteligencia del hombre, al jugar con tan admirable habilidad y éxito la única carta que le quedaba.

Sin embargo, dudaba mucho que Villa se abstuviera de nuevas acciones armadas contra el gobierno. “Es opinión universal en todo el norte que cualesquiera ventajas haya obtenido el gobierno al aceptar la rendición, las supera la consideración de que la rendición de Villa es igual o potencialmente más peligrosa que su persistencia en el combate.”³²

En realidad, O’Hea se equivocaba. Durante sus últimos años, Villa no participó en ninguno de los muchos levantamientos que tuvo que enfrentar el nuevo gobierno de Obregón. Sigue abierta la cuestión de si hubiera intervenido en la mayor sublevación contra él, la que tuvo lugar en 1923.³³

MÉXICO BAJO ÁLVARO OBREGÓN

El de Álvaro Obregón fue el último gobierno mexicano del siglo XX que asumió el poder mediante un golpe de estado y el primero desde el estallido de la revolución que pudo consolidar su poder y controlar casi todo el país. La disparidad de las opiniones de los observadores extranjeros sobre el nuevo gobierno tal vez ilustran de modo ejemplar las contradicciones de esta revolución. Para algunos empresarios y políticos estadounidenses obsesionados por la revolución bolchevique en Rusia, los revolucionarios mexicanos no eran más que bolcheviques disimulados, cuya meta final era fundar un régimen no muy diferente del de Lenin y sus seguidores. Para otros, como el escritor español Blasco Ibáñez, los revolucionarios mexicanos no eran en absoluto revolucionarios, sino una banda de ladrones que sustituían a la otra banda de ladrones que había gobernado el país hasta 1910.³⁴

Esas opiniones encontradas sobre la revolución mexicana reflejaban la contradicción entre el programa radical encarnado en la Constitución de 1917 y una práctica mucho más conservadora. Tales contradicciones son inherentes a todas las revoluciones. Una diferencia importante entre la revolución mexicana y la bolchevique y el clásico golpe de estado latinoamericano fue el destino de la

élite tradicional. En Rusia, la élite política, social y económica tradicional fue completamente eliminada en términos económicos y políticos y, físicamente, su mayor parte había sido asesinada o se había exiliado. En un golpe latinoamericano típico, suele sobrevivir toda la élite, con excepción de la dirigencia política saliente. Lo ocurrido en México no se asemejaba a ninguno de estos dos modelos. A diferencia de Rusia, en México la mayor parte de la élite económica prerrevolucionaria sobrevivió, aunque sufrió en el proceso una gran transformación. Entre la élite extranjera, los inversionistas y empresarios europeos quedaron muy debilitados, mientras que sus contrapartes estadounidenses lograron una supremacía que nunca antes habían disfrutado. Dentro del grupo de inversionistas y empresarios estadounidenses también tuvieron lugar grandes cambios: las empresas pequeñas y de mediano nivel no lograron sobrevivir a la tormenta revolucionaria y, en su mayoría, vendieron sus bienes a grandes compañías estadounidenses, que dominarían la escena económica de México en mayor grado que nunca.

La élite industrial y urbana mexicana no sufrió mucho en la revolución, pero la clase de los hacendados se debilitó gravemente. Aunque parecían haber recuperado el control en la mayoría de las haciendas del país, algunos habían perdido sus propiedades a manos de los campesinos sublevados –especialmente en Morelos– y otros tuvieron que compartir con la nueva élite revolucionaria no sólo el poder, sino también los ingresos. Perdieron gran parte de su poder político tradicional que pasó a la nueva élite política y militar y a los campesinos militantes, que se organizaron en muchas partes de México en los años veinte.

En contraste con la situación típica tras un golpe militar en los países latinoamericanos, en México no sólo la élite política desapareció en los años del torbellino revolucionario, sino también toda la estructura de poder y el viejo ejército. Los jueces, la policía, los jefes políticos y el ejército del periodo de Díaz dejaron de existir para siempre. Fueron remplazados por autoridades locales, que a menudo se negaban a someterse al control central, y por un enorme ejército, que solía ser leal ante todo a los caudillos regionales.

Esta nueva y compleja realidad produjo un constante movimiento de las posiciones, y el gobierno de Obregón siguió una especie de política zigzagueante. Por una parte, temía una intervención militar y deseaba con ansia el reconocimiento y el apoyo de Estados Unidos. Por otra, por razones políticas e ideológicas, no podía permitirse satisfacer la principal demanda de los estadounidenses, que era la abolición de la Constitución. Tampoco podía evitar, en vista de su desesperada situación económica y de la ausencia de nuevas

inversiones, aumentar los impuestos a las propiedades estadounidenses, lo que desde luego suscitó aullidos de protesta por parte de Washington.

La actitud de Obregón respecto del ejército era igualmente contradictoria. Por un lado, ese ejército lo había llevado al poder; él era el mayor jefe militar que la revolución había producido. Por otro, muchos generales revolucionarios le envidiaban su poder y reputación, y no tenía los medios para mantener las gigantescas fuerzas armadas que había heredado de la revolución. Pero, cuando empezó a desmovilizar a los soldados, éstos y sus comandantes se dispusieron a sublevarse. Debido a la cambiante lealtad de gran parte de sus miembros, el ejército revolucionario era para Obregón una base demasiado débil sobre la cual mantener su poder y crear un nuevo estado mexicano, fuerte y centralizado. Obregón consideraba que la única forma de consolidar ese estado era armar contingentes de campesinos y de obreros, cuya lealtad se había asegurado y que podían servir de contrapeso a las tendencias rebeldes del ejército. Esta necesidad, a su vez, lo forzó a adoptar un nuevo conjunto de políticas contradictorias. Tanto por convicción como por práctica personal, Obregón y el grupo que lo sostenía eran capitalistas confesos. Obregón se había hecho millonario durante la revolución monopolizando el mercado del garbanzo en Sonora. No creía en el socialismo ni en la reforma agraria. Al parecer, compartía la opinión de Madero y de Carranza de que una reforma agraria radical podía destruir la economía mexicana y provocar el regreso a la agricultura de subsistencia. Pero para obtener el apoyo de los campesinos, no tenía más opción que iniciar un programa limitado de reparto de tierras. A la vez, para que los obreros lo apoyaran contra los levantamientos militares, otorgó un poder creciente a los sindicatos, aunque asegurándose el control sobre ellos.

En vista de esta compleja situación, los constantes cambios de política del gobierno no son difíciles de comprender. Un día Obregón hacía declaraciones nacionalistas contra Estados Unidos y poco después otorgaba concesiones sustanciosas a las compañías estadounidenses. En una región, podía armar a los campesinos para responder a un golpe militar y darles tierras para conservar su apoyo, y en otra parte mandar al ejército a expulsar a los campesinos que habían ocupado tierras de las haciendas. Aunque el gobierno apoyaba las huelgas de los obreros dirigidos por sindicatos leales, en otros casos utilizaba la misma energía para reprimirlas. Similares contradicciones caracterizaron el comportamiento de los gobernadores y de los funcionarios locales. Así ocurrió ciertamente con el hombre que gobernó Chihuahua mientras Villa residía en Canutillo: su antiguo enemigo, Ignacio Enríquez.

Incluso antes de que Obregón asumiera el poder nacional en 1920, ya se manifestaba en Enríquez la naturaleza contradictoria de su relación con las clases bajas de la sociedad. En cuanto se convirtió en gobernador carrancista de Chihuahua, en 1916, empezó a devolver las haciendas confiscadas a sus antiguos dueños y ni remotamente consideró crear una comisión agraria.³⁵ Pero, paradójicamente, siempre logró establecer íntimas relaciones con las clases bajas, primero cuando comandó uno de los Batallones Rojos y luego cuando organizó las defensas sociales. Esas contradicciones se prolongaron durante su gubernatura, a partir de 1920. Durante sus dos primeros años de gobierno, hasta 1922, no sólo rehusó aprobar ninguna ley agraria, sino que participó en un complejo plan³⁶ para vender las enormes posesiones de Terrazas a un operador financiero estadounidense, McQuatters. En sus dos últimos años, dio un giro radical y puso en práctica la primera ley agraria de la historia del estado con un amplio reparto de tierras. Este cambio de actitud hacia el campesinado tanto de Enríquez como de Obregón no fue casual, sino resultado directo de la revolución y de los cambios de mentalidad que ésta había producido en el campo mexicano. En todo el país estaban surgiendo uniones militantes de campesinos que demandaban la aplicación de las reformas prometidas en la Constitución de 1917. En Chihuahua, en 1922 y 1923 la gente del campo organizó congresos para coordinar sus demandas, y ejerció una gran influencia sobre la política del gobernador Enríquez.

PANCHO VILLA EN CANUTILLO

No hay indicios de que en los dos primeros años, tras pactar la paz con el gobierno y establecerse en Canutillo, Villa mostrara interés alguno por participar en la política nacional, regional o local, o de que intentara establecer contactos políticos con antiguos amigos y asociados. Todo indica que su interés principal consistía en mantener buenos términos con el gobierno, hacer progresar su hacienda de Canutillo, “poner cierto orden” en su complicada vida familiar y cuidarse de ser asesinado.

La transición de la guerra a la paz, tras diez años de torbellino revolucionario, resultó empresa difícil, si no imposible, para numerosos generales revolucionarios. Pocos querían o podían regresar a la vida civil, aunque hubieran acumulado grandes sumas de dinero. La mayoría conservaba sus funciones militares como parte de la coalición gobernante de Obregón; otros se levantaron en armas contra él, como fue el caso de Manuel Diéguez, Enrique Estrada,

Francisco Murguía y Manuel Chao, para nombrar sólo a los más destacados, y, con la excepción de Estrada, terminaron sus días frente a un pelotón de fusilamiento. Villa fue uno de los pocos que demostraron tanta capacidad para una carrera civil como para la carrera militar. No se quedó quieto para dejar que otros hicieran el trabajo y disfrutar la vida, como solían hacer algunos de los antiguos hacendados. Ni estaban sus días ocupados en conspiraciones para lograr un retorno político o militar, aunque para 1922 alimentaba al parecer ciertas ambiciones. Aplicó el talento organizador, que le había permitido transformar la División del Norte de un conjunto de desastradas bandas guerrilleras en un fuerza regular y administrar eficazmente el estado de Chihuahua, a reconstruir y desarrollar su hacienda, lo que no resultó tarea sencilla.

En vísperas de la revolución, Canutillo era ciertamente una rica propiedad “situada en la cabecera del río Conchos, en el estado de Durango, abarcaba ricos valles a ambos lados del río y pastos que se extendían a muchas millas de las instalaciones centrales de la hacienda o rancho”.³⁷ Comprendía 64 mil hectáreas, de las cuales 1 725 eran de tierras muy bien irrigadas. Antes de la revolución, pastaban en ellas 24 mil ovejas, 4 mil chivos, 3 mil cabezas de ganado y 4 mil caballos.³⁸ Durante el gobierno villista en el norte, la hacienda estuvo ocupada por Urbina, que la manejó con puño de hierro y la administró como un feudo medieval. Tanto se había enamorado de la hacienda que traicionó a Villa para conservarla. En los años revolucionarios, la mayor parte de los animales había desaparecido: fueron requisicionados, robados o vendidos en Estados Unidos. Muchas de las tierras quedaron abandonadas y casi todos los edificios fueron destruidos. “La casa grande tenía la forma de una plaza de pueblo, con unos quinientos pies de lado”, escribió un ingeniero de minas estadounidense, Ralph Parker, a quien Villa invitó a Canutillo para que hiciera el peritaje de algunas propiedades mineras. Visitó la hacienda en noviembre de 1920, apenas unos meses después de que Villa se hiciera cargo. El caserío “estaba completamente cerrado sobre sí mismo por casas o habitaciones que sólo abrían hacia el patio interior, en el que había caballos, carretas, etcétera. El general Villa y yo, y la capilla, ocupábamos las únicas habitaciones que tenían techo. Las demás contaban sólo con las cuatro paredes abiertas a los cielos y eran utilizadas por sus oficiales”.³⁹

Tres años más tarde, otro estadounidense que visitó a Villa, Fred Dakin, tuvo una impresión completamente diferente.

A mi llegada a la hacienda, me impresionó el aire de eficiencia y actividad. Me enteré que durante los tres años de ocupación de la tierra los numerosos edificios, establos y bodegas habían sido reconstruidos, se habían tendido veinticinco millas de líneas telefónicas a todas partes del rancho, se había creado una oficina de correos y telégrafos, se estaban levantando un molino de harina y una escuela para todos los niños de primaria. La escuela era lo bastante grande para albergar a doscientos alumnos y era el particular orgullo del general.⁴⁰

Ciertamente la escuela era objeto del “particular orgullo” de Villa. Le puso el nombre de Felipe Ángeles, y consideró su edificación una de las prioridades al hacerse cargo de Canutillo. En 1921, cuando lo visitó el periodista estadounidense Frazier Hunt, Villa rebosaba entusiasmo sobre los planos de construcción.

[Villa] me condujo fuera de la iglesia, por una estrecha y enlodada callecita, a través de una gran puerta, a un patio espacioso rodeado de una fila de cuartos hechos de adobe. “Ésta será nuestra escuela”, dijo con enorme orgullo. “La estoy arreglando tan rápido como puedo. Todo está caído y los techos se han derrumbado, pero los estoy reparando y en pocas semanas tendremos aquí una escuela con cuatro maestros. Será la mejor que yo pueda hacer y asistirán todos los niños de este rancho. Escuelas es lo que México necesita por encima de todo. Si yo estuviera al mando de las cosas, haría muchísimas escuelas en las ciudades y pueblos y, además, pondría una escuela en cada hacienda y cada rancho.”⁴¹

En 1922, visitó Canutillo Regino Hernández Llergo, editor de uno de los periódicos más importantes de la ciudad de México. Villa no paraba de hablar de la escuela. Insistió en que había pagado casi todo su costo y llevó al periodista a todos los salones, incluidos los baños; pateó el suelo para mostrar cuán sólida era, elogió la ventilación y mostró su respeto por los maestros pidiendo permiso formalmente al director, el profesor Cuello, antes de entrar. Hernández Llergo quedó impresionado. Opinó que la escuela que Villa había construido podía compararse con las mejores de México. Los trescientos niños que asistían venían no sólo de Canutillo, sino de los ranchos y haciendas de los alrededores. Los cinco maestros, que habían ido voluntarios a Canutillo y cobraban del gobierno federal, elogiaron la dedicación y el interés de Villa por la educación. Les daba alimentación y alojamiento gratuitos, más un complemento monetario, y había

persuadido al gobierno de aumentarles los salarios, aunque ya eran altos para las normas del momento. Con frecuencia tomaba parte en las clases y en la noche, a veces, les pedía a los maestros que le leyeran biografías de hombres famosos y libros sobre táctica militar.⁴²

Durante los años que pasó en Canutillo, Villa trató de instruirse lo más posible. Aparte de asistir a clases en la escuela y hacer que los maestros le leyeran, intentó él mismo leer una amplia variedad de libros. Cuando el editor Hernández Llergo lo visitó, estaba leyendo *El tesoro de la juventud*, especie de compilación introductoria para jóvenes; Hernández Llergo vio también un texto de geografía y la *Divina comedia*, de Dante, entre sus libros.⁴³

Villa no se conformó con llevar los beneficios de la educación a los niños de los alrededores y a sí mismo. Creó una escuela nocturna para que los trabajadores de la hacienda pudieran aprender a leer y escribir.⁴⁴

Participaba intensamente en todos los aspectos de la vida económica de Canutillo. En una ocasión, Hernández Llergo lo encontró reparando personalmente una máquina, y podía explicar a los periodistas, con todo detalle, las ventajas y desventajas respectivas de cultivar papas o cacahuates.

“Yo solo he hecho todo esto, trabajando sin descanso”, les dijo Villa a los visitantes de la ciudad de México. “La misma tenacidad que tuve para la guerra, la tengo ahora para el trabajo. Yo soy agricultor, soldado, ingeniero, carpintero, mecánico [...] ¡hasta albañil!... Si todos los mexicanos fueran otros Franciscos Villas, otra cosa sería de mi patria y de mi raza.” Pero añadió tristemente: “A mí sólo me faltó cultura... Yo soy un hombre inteligente, con inteligencia dotada por la Naturaleza. ¡Ay, amigos, si mis padres me hubieran educado”.⁴⁵

Villa le dijo a Hernández Llergo que había gastado trescientos mil pesos para renovar la hacienda y, aunque el gobierno había colaborado con algún dinero, la mayor parte había salido de su bolsillo. No está claro de dónde había salido ese dinero, pero hay algunas pistas sobre su monto. El 9 de agosto de 1920, poco después de firmar los acuerdos de paz, Villa le escribió una carta a Elías Torres, en la que le decía:

Por la presente, doy a usted poder amplio, cumplido y bastante para que en mi nombre y en mi representación recoja usted del señor Gabino Vizcarra, tres cheques de los siguientes valores. Uno por \$ 900 000.00 (novecientos mil pesos), otro por \$ 600 000.00 (seiscientos mil pesos) y otro por \$ 400 000.00

(cuatrocientos mil pesos), girados por el Banco Alemán, sucursal en Torreón, en contra del First National Bank de El Paso, Texas, y a favor de la señora mi esposa Luz Corral de Villa, cuyos cheques deberán ser endosados a su favor por el señor Vizcarra, para que pueda usted hacerlos efectivos.⁴⁶

Esta carta plantea más preguntas de las que podemos responder. ¿Quién era Gabino Vizcarra? No ha sido posible descubrir su identidad. ¿De dónde venía el dinero? ¿Se lo había apropiado Villa? ¿Era dinero del gobierno? ¿Se cobró alguna vez el cheque? Es notable que Elías Torres, escritor que utilizó en sus libros hasta la más pequeña brizna de la información que obtuvo, nunca mencionara esa carta. ¿Cobró en efecto los cheques? ¿Por qué Villa eligió a un hombre al que escasamente conocía para misión tan delicada?

Era obvio para Villa que el pueblo de México debía hacerse todo tipo de preguntas sobre su propiedad de Canutillo. Siempre había insistido en que no quería nada para sí y había dicho muchas veces, como en una entrevista con John Reed, que soñaba con ser un simple soldado en una colonia militar que se crearía cuando la revolución triunfara y en la que cada uno de sus soldados tendría tierra propia. En la conversación con Hernández Llergo, Villa insistió en que no había pedido esta hacienda. “Cuando me arreglé con Fito, que entonces era presidente de la República, me regaló esta hacienda... Yo no la pedí. Yo, al dejar las armas, quería irme a trabajar a mis pequeñas propiedades de Chihuahua, pero el gobierno me dijo que ésta debía ser mi residencia, y no quise resistirme. Yo no tenía otra intención que dedicarme a trabajar, para no seguir derramando sangre de mis hermanos de raza, y me era igual caer en Chihuahua o en Canutillo...”⁴⁷

Era sin duda cierto que Villa, cuando inició sus negociaciones con el gobierno, sólo pidió una hacienda para sus soldados, y no para él. También puede decirse que tuvo poco que decidir en la materia: uno de los principales problemas, tanto para él como para el gobierno, era cómo garantizar su seguridad cuando dejara las armas. Tras los muchos años de guerra civil y la mucha gente que había ejecutado, tenía gran cantidad de enemigos. Su idea original al respecto era que le permitieran conservar el mando de quinientos hombres encargados de vigilar ya fuera todo el estado de Chihuahua o la parte que Villa consideraba su región, es decir, Parral y sus alrededores. Dado que el gobierno no estaba dispuesto por ningún motivo a hacerle tal concesión, la única salida era alojarlo, con una escolta de hombres escogidos, en una propiedad suficientemente aislada del

resto del país para permitirle controlarla y protegerse de cualquier atentado contra su vida.

Sin embargo, Canutillo estaba muy lejos de ser una colonia militar igualitaria en la que cada uno de los soldados tuviera una parcela propia. Una razón, pero no la única, era que los trabajadores de la hacienda no eran antiguos soldados, sino los que residían en Canutillo antes de la llegada de Villa. Sus propios soldados estaban instalados en dos haciendas adyacentes, y es difícil determinar en qué condiciones vivían. En la hacienda de El Pueblo, el encargado era un antiguo general villista, Albino Aranda, pero no está claro qué tanto control ejercía. En febrero de 1922, envió un telegrama de agradecimiento al presidente Obregón “a nombre colonos Pueblito”, por “recibir parcelas tierras por conducto Comisión Ingenieros [de la Secretaría de] Hacienda”.⁴⁸ Un año después, sin embargo, el comandante militar de Chihuahua informó a Obregón que las tierras de la hacienda aún no se habían repartido.⁴⁹ De hecho, aparecieron informes sobre choques violentos entre Aranda y sus antiguos soldados, insatisfechos porque sólo se les permitía trabajar parte de las tierras de la hacienda; se dice que Villa apoyó a Aranda en esta controversia.⁵⁰

Todo indica que en la propia Canutillo, la forma dominante de relación laboral era la aparcería. Tras un detallado estudio económico, Villa llegó, al parecer, a la conclusión de que ésa era la forma más lucrativa de cultivar sus tierras. Poco después de tomar posesión de la hacienda, “decidió probar tres sistemas de cultivo. En una parte [...] utilizaría sólo máquinas, y les pagaría jornal a los mecánicos. En una segunda parte, trabajaría con caballos y bueyes, y pagaría jornal a los trabajadores. Y en la tercera [...] los trabajadores utilizaban el viejo sistema mexicano de aparcería. Él proporcionaba los caballos y la semilla, sus campesinos hacían el trabajo y le pagaban un tercio de la cosecha”.⁵¹ Dos años más tarde, cuando Hernández Llergo lo visitó, halló que aunque se usaba maquinaria muy moderna, la mayoría de los trabajadores de las tierras eran aparceros.⁵²

Hay informes contradictorios sobre las condiciones de vida y de trabajo en Canutillo. Algunos de los trabajadores que se fueron de la hacienda tras el asesinato de Villa informaron que les pagaba muy poco por su trigo y amenazaba con fusilarlos si protestaban.⁵³ En cambio, los maestros lo describían como un patrón muy generoso con sus trabajadores. En la tienda de la hacienda, vendía al costo los productos que había que traer de fuera, y los productos y alimentos producidos en Canutillo eran gratuitos para los trabajadores.⁵⁴

La única semejanza entre Canutillo y la colonia que Villa soñaba era la disciplina quasi militar que impuso. Existían, por ejemplo, estrictas reglas de trabajo: todos tenían que empezar a trabajar a las cuatro de la mañana, cosa que él mismo supervisaba ya que empezaba su jornada una hora antes, a las tres. Parece que en general, Villa conservó sobre sus hombres el mismo poder de vida y muerte que había ejercido en tiempo de guerra. Hay informes, aunque sin confirmar, sobre algunas ejecuciones que habrían tenido lugar en la hacienda,⁵⁵ y el propio Villa no fue en absoluto reticente al respecto: cuando los maestros llegaron de la ciudad de México, Villa trató de desvanecer sus temores en cuanto a la posibilidad de robos y saqueos: “mire, aquí en Canutillo no se pierde nada, porque al que roba alguna cosa lo fusilo”.⁵⁶

Su seguridad personal fue un problema incesante para Villa, muy consciente del peligro de ser asesinado. Canutillo estaba situada en una región por la que con frecuencia había rondado como forajido. También había operado en ella no sólo en los días gloriosos del alzamiento maderista de 1910-1911, sino en los largos años de guerrilla, entre 1915 y 1920, cuando tanta sangre se había derramado. Aún disfrutaba de gran popularidad entre muchos habitantes, como comprobó su marcha casi triunfal a través de los pueblos. Pero las muchas ejecuciones que había ordenado y los despojos cometidos por algunos de sus soldados también habían dejado allí una herencia de odio. Y los enemigos locales no eran sino parte del problema. Los dos líderes políticos más poderosos de México, el presidente Obregón y el secretario de Gobernación, Calles, eran no sólo los comandantes a que se había enfrentado en el campo de batalla, sino hombres con los que había chocado personalmente. Había insultado y casi ejecutado a Obregón, y había encarcelado a su hermano. Había amenazado a Calles con crueles represalias si no cesaba en sus ataques contra el gobernador de Sonora, Maytorena. Aún eran peores las relaciones de Villa con los gobernadores de Chihuahua y Durango, Ignacio Enríquez y Jesús Agustín Castro. El odio de Enríquez, contra quien Villa había combatido muchos años y a quien había tratado de emboscar tras las negociaciones de paz, era casi patológico. Dos de sus críticos políticos, que eran todo menos simpatizantes de Villa, le escribieron a Obregón que “con las rencillas que tiene Enríquez con el bandolero Francisco Villa, no ha cesado de trabajar solapadamente en contra de éste, y seríamos los primeros en aplaudirlo si su conducta no comprometiera la tranquilidad de media república y los planes del gobierno del centro”.⁵⁷ Obregón rechazó en 1921 los informes de Enríquez relativos a que habían surgido rumores de que los hombres de Villa se habían sublevado contra él en Canutillo

y que Villa estaba herido; Enríquez decía que estaba pidiendo a los funcionarios locales que le informaran al respecto.⁵⁸ El día que recibió el telegrama, Obregón respondió tajantemente: “Ejecutivo mi cargo tiene datos precisos para suponer que carece en absoluto fundamento información hanle rendido y creo conveniente la mayor discreción en investigación que dice ordenará a presidentes municipales Parral y Allende, porque bien pudiera crear animosidad en muchos de los jefes adictos mencionado general, si saben tiénesele desconfianza y vigílesele, sin haber razón para ello”.⁵⁹

El único funcionario del gobierno en quien Villa al parecer confiaba era Eugenio Martínez, que comandaba a las fuerzas federales en Coahuila y a quien Villa se había rendido. Por esta razón, lo nombró Obregón comandante militar en Chihuahua.

Las dos estrategias que Villa empleó para garantizar su seguridad consistieron en transformar Canutillo y sus alrededores en una especie de fortaleza impenetrable y, por lo menos hasta 1922, mantener relaciones cordiales con el gobierno de Obregón.

Según uno de los maestros que residió en Canutillo durante el tiempo en que Villa la administró, la había elegido entre una lista de propiedades que el gobierno le presentó “porque es una hacienda que es muy difícil que lleguen a atacarla, porque está colocada de tal manera que por donde quiera que vayan es defendible, hasta con poca gente”.⁶⁰ Villa no sólo contaba con su escolta de cincuenta y cinco Dorados, pagados y equipados por el gobierno, sino también con numerosos empleados de la hacienda y, sobre todo, con sus antiguos soldados, que habían recibido tierras en las haciendas circunvecinas y estaban encabezados por algunos de sus más leales generales, como Nicolás Fernández.⁶¹ Al año de establecerse allí, Villa aún mantenía una disciplina militar absoluta. “Todo allí se manejaba como un campamento militar”, informó el ingeniero de minas Parker, en 1920. “Sonaba el clarín a las seis de la mañana, una hora antes del alba, y de nuevo al anochecer, y a intervalos durante el día. Todos, incluido yo, seguíamos órdenes para ir a comer, apagar la luz, etcétera.” Parker observó que se pasaba revista regularmente a la tropa. “Los Dorados se acercaron a caballo, se colocaron en una sola fila frente al edificio y entonces el general Villa, seguido por el coronel que comandaba las tropas, cabalgó muy despacio de un extremo al otro, examinando cuidadosamente a cada hombre y su equipo.”⁶² Dos años más tarde, cuando el editor Hernández Llergo visitó Canutillo, la disciplina militar parecía haberse relajado un tanto. No se pasaba revista diariamente ni sonaba el clarín durante el día, pero aún existía un orden

muy estricto, y el periodista informó que prácticamente todos en la hacienda llevaban por lo menos una pistola al cinto.⁶³ Después de la muerte de Villa, el gobierno encontró en la propiedad gran cantidad de armas, que podían haber sido utilizadas con fines defensivos y ofensivos.⁶⁴ Villa limitó el número de visitantes y destacó a un coronel de su ejército, Nicolás Flores, en la estación de ferrocarril más cercana, para que le informara de cada llegada y cada partida.⁶⁵

Al mismo tiempo que fortalecía su potencial defensivo en Canutillo, se esforzó cuanto pudo, por lo menos hasta 1922, por mejorar sus relaciones con el gobierno de Obregón. Si uno recuerda que Villa no sólo se enfrentó varias veces con él en batalla sino que casi lo hace ejecutar, el tono de sus cartas y telegramas resulta casi irreal. Con ocasión del Año Nuevo y del cumpleaños de Obregón, Villa le telegrafió para desearle “toda clase felicidad”.⁶⁶ Un vez que se retrasó en felicitarle el cumpleaños, Villa se disculpó alegando: “Con motivo grave enfermedad una hermana mía que murió ayer en Chihuahua no envié a usted mensaje oportunamente felicitándolo por su onomástico, pero ya sabe que lo recuerdo con estimación sincera y que en medio de mis justos dolores sé distinguir a los amigos como usted”.⁶⁷ En otra ocasión, Villa fue aún más efusivo: “Separados por la distancia pero unidos por el pensamiento y un afecto sincero, lo acompaño hoy día de su onomástico, y estoy con usted dándole mis respetuosos parabienes y un apretado y sincero abrazo”.⁶⁸

En sus esfuerzos por impresionar al presidente, Villa no se limitó a enviarle expresiones de simpatía. Como había acordado en Sabinas, se abstuvo hasta 1922 de toda actividad política y de cualquier crítica pública o privada al gobierno. Además, no sólo no participó en las revueltas militares contra Obregón, sino que en cierto momento intervino en su favor.

En 1921, Villa hizo un gesto simbólico de apoyo a Obregón. Le escribió que en caso de guerra con Estados Unidos, estaría dispuesto a pelear de su lado. Obregón replicó cortésmente: “le agradezco en lo que vale el ofrecimiento espontáneo de usted para el remoto caso de que nuestras dificultades no pudieran solucionarse, cosa que no espero, porque hemos ido ganando terreno en la opinión pública del país vecino”.⁶⁹ Pocos meses después, ese respaldo tomó una forma mucho más concreta: fueron a ver a Villa dos hombres “que trataron de hacer propaganda sediciosa conmigo mismo y [...] los entregué a las autoridades militares de Parral”.⁷⁰ Los periódicos estadounidenses informaron que Villa había colaborado a reprimir, en Durango, una revuelta de sus antiguos rivales, los hermanos Arrieta, contra el gobierno de Obregón.⁷¹ Impresionado por esa intervención, el *New York Times* comentó que Villa sería un jefe de rurales de

primer orden y podía ser un ciudadano útil a su país y un instrumento para su pacificación.⁷² Según los diarios estadounidenses, cuando el general Rosalío Hernández, un antiguo partidario de Villa que luego se había vuelto contra él, trató de levantarse contra el gobierno, Villa pidió permiso a las autoridades para salir a combatirlo.⁷³ *The New York American*, otro periódico estadounidense, informaba que, durante el gobierno de Carranza y de nuevo en el de Obregón, los petroleros estadounidenses le habían ofrecido a Villa grandes sumas de dinero a cambio de participar en una sublevación o al menos permanecer neutral en caso de que ésta se produjera. Villa había rehusado repetidamente, y un petrolero lamentaba haber llegado a la conclusión de que, aunque Villa era un bandido, era “un bandido muy honrado”.⁷⁴

Hubo una rebelión en la que el gobierno sí podía contar con la ayuda de Villa. En 1922, su más incansable enemigo en la larga y sangrienta guerra de guerrillas de Chihuahua, Francisco Murguía, decidió sublevarse contra Obregón. Uno de los pocos generales que permanecieron leales a Carranza hasta el fin, De la Huerta, lo había encarcelado por crímenes cometidos durante sus campañas. Había huido a Estados Unidos y, en 1922, cruzó a Chihuahua con treinta hombres, seguro de poder repetir lo que Villa había hecho nueve años antes: reunir a miles de seguidores para derrotar al ejército federal. Confiaba en sus antiguos soldados y en el prestigio que creía haber adquirido en Chihuahua luchando contra Villa. Pero se equivocaba. No sólo nadie se le unió, sino que desertó un tercio de quienes lo acompañaban, y pronto se encontró huyendo a través de Chihuahua, con un puñado de hombres y perseguido de cerca por las tropas de Obregón. Cuando llegó a los alrededores de Canutillo, el comandante federal Escobar sugirió avisarle a Villa y pedirle ayuda para capturar a Murguía.⁷⁵ No sabemos si en efecto se hizo así, pero sí que Villa no sólo estaba enterado, sino que sabía el lugar exacto en que Murguía se escondía con unos pocos de sus hombres. Le habría sido fácil capturarlo, pero no hizo nada, y permitió que escapara a la población de Tepejuanes.⁷⁶ Allí, el párroco le ayudó a ocultarse, pero el coadjutor lo delató a las autoridades. Murguía fue inmediatamente sometido a un consejo de guerra, en el que el ministerio público lo acusó de rebelión y sedición, y se denunció la corrupción y las atrocidades que había cometido cuando comandaba tropas del gobierno: “Usted no tenía un solo centavo al lanzarse a la rebelión y hoy aparece usted con varios millones de pesos, y eso, como es natural, quiere decir que usted no fue al campo de la lucha con un fin patriótico, sino que hizo de la rebelión un negocio lucrativo que le produjo su actual capital”.⁷⁷ La acusación más grave contra Murguía fue la de

haber prendido fuego al pueblo de Calixto Contreras, Cuencamé. “Ahí está aún el pueblo de Cuencamé, de este estado, donde todavía lo maldicen los huérfanos y las viudas; recuerde usted, mi general, cuando ordenó se incendiase ese pueblo arrojando de sus hogares a infinidad de familias, hoy en la indigencia; ésas son, en el estado de Durango, las huellas de progreso y pacificación que dejó su actuación revolucionaria, cuando fue jefe de este estado”.⁷⁸ Murguía nunca respondió a los cargos de corrupción, pero sí justificó el incendio de Cuencamé diciendo que el pueblo era “refugio de villistas y madriguera de bandidos”. Fue sentenciado a muerte. Hubo una ironía final en su fusilamiento, ya que el pelotón primero le presentó armas con todo el respeto debido a su rango y luego utilizó los mismos rifles para ejecutarlo.⁷⁹

Villa no mostró satisfacción alguna por la muerte de su antiguo perseguidor. Por el contrario, le rindió una especie de último tributo, uno de los mayores cumplidos que podía hacerle a un enemigo: dijo que “fue un soldado de la revolución...”⁸⁰ Sorprende el respeto de Villa hacia este hombre, responsable de la ejecución de más soldados villistas que ningún otro general en México. ¿Se debió a que Murguía fue uno de los pocos comandantes norteros que nunca le temieron? ¿Veía Villa en él un reflejo de su propia dureza, resistencia, crueldad y valor? Ninguno de sus enemigos le inspiró a Villa sentimientos semejantes.

El gobierno respondió positivamente a todos los gestos conciliatorios de Villa. Llovían las expresiones de cordialidad de Obregón. “General Eugenio Martínez encuéntrase conmigo y ambos enviámosle afectuosa felicitación con motivo su onomástico”, le telegrafió en una ocasión.⁸¹ Se hizo el propósito de responder personalmente a todas las cartas de Villa y, para atraérselo, fue más allá de la simple retórica, ya que invirtió en ello grandes sumas de dinero. El gobierno no había confiscado la hacienda de Canutillo, sino que la compró de sus dueños al considerable precio de 575 mil pesos. Además, se hizo cargo de los 44 mil pesos de prediales atrasados que la propiedad debía tanto a los gobiernos estatal y federal. También gastó grandes sumas en las haciendas adyacentes, donde se instalaron los soldados villistas. El cónsul mexicano en Estados Unidos empleó 60 mil dólares, en 1921-1922, en la compra de implementos agrícolas para Canutillo.⁸² Cuando Villa le pidió al gobierno 40 mil dólares como compensación por las pérdidas que había sufrido al ser requisada por el gobierno de Carranza una empacadora que tenía en Ciudad Juárez, Obregón pagó de inmediato.⁸³ Un año después, le pagó 25 mil dólares más.

Una de las decisiones más difíciles que Villa tuvo que tomar al instalarse en Canutillo se refería al tipo de vida familiar que llevaría en adelante. Resolvió que era tiempo de “regularizar” sus asuntos familiares, pero esto resultó una empresa complicada. Ante todo, se propuso concentrar en la hacienda al mayor número posible de sus hijos. Tres de los varones, Agustín (el mayor), Octavio y Samuel, y cuatro de sus hijas, Micaela, Celia, Juana María y Sara (a la que los maestros llamaban “la Cubana”), fueron a vivir allí con él. Una era hija de la difunta Juana, una de las exesposas de Villa; otros eran de esposas que vivían en los alrededores; las madres de algunos otros no fueron invitadas a vivir en la hacienda y tal vez no dejaron voluntariamente su custodia. La última mujer de Villa, Austreberta, le dio dos hijos más en Canutillo: Francisco e Hipólito (el último nació después de la muerte de su padre). Además, Villa había adoptado a Samuel, hijo de Trinidad Rodríguez, uno de sus generales favoritos, muerto en la revolución.

Villa era un padre devoto. A menudo llevaba consigo a sus hijos en sus recorridos por la hacienda y les explicaba sus ambiciosos proyectos económicos. Seguía su progreso en la escuela con mucha atención y con frecuencia asistía a sus clases.⁸⁴ Todos los días, comía con ellos a una mesa puesta para unas treinta personas, porque aparte de su mujer oficial, estaban también invitados los administradores y, en ocasiones, los maestros.

Villa tenía mucha ambición puesta en sus hijos. Cuando le presentó a su hijo mayor al periodista Hernández Llergo, le dijo: “Éste, Agustín, es el que quiero que sea doctor. El otro, Octavio, militar; y el más chico, Pancho, de siete meses, será abogado... Tengo cifradas mis esperanzas en mis hijos. Así que vayan terminando sus estudios preparatorios [sic], quiero mandarlos a los mejores colegios de Francia, España o Alemania”. Cuando una reportera añadió que también podría mandarlos a Estados Unidos, Villa fue tajante: “No, señorita”, protestó. “A Estados Unidos, no. A mis hijos, lo primero que les enseño es a odiar al enemigo de mi raza.”⁸⁵ Con los niños, Villa desplegaba también un sentido del humor que parecía faltarle en otros contextos. Una noche, su sobrino, Frank, hijo de Hipólito, que éste había traído a Canutillo arrebatándoselo por la fuerza a su madre estadounidense, trató en vano de llamar la atención de Villa. “El pequeño Frank estaba sentado junto a Pancho a la hora de la cena”, relató luego su madre. “Quería el azúcar y la pedía una y otra vez. Pero Pancho, que estaba ocupado hablando, le mandó callar. El pequeño Frank se enfureció y dijo, tan fuerte como pudo: ‘Cuando sea grande, traeré al ejército de Estados Unidos para que te mate’. Eso sí llamó la atención. Pancho dejó su

conversación, miró a Frank y soltó la carcajada. Le encantó la osadía de mi hijo y dijo que Frank era exactamente igual a él."⁸⁶

Las relaciones de Villa con sus esposas eran más contradictorias: apasionadas, podían también ser brutales. Luz Corral vivía en el exilio en Estados Unidos adonde, ocasionalmente, Villa le enviaba dinero e incluso cartas de amor, una de las cuales, escrita en sus días de guerrillero, fue interceptada (y mal traducida) por los agentes estadounidenses de inteligencia. Decía:

A mi adorada esposa,

Con cuánto placer escribo esta cartita para comunicarte mis queridos recuerdos y lo muy contento que estaré cuando haya terminado este trabajo por mi querida patria; y este profundo sufrimiento de mi alma por estar separado de ti será cosa del pasado. Creo que cuando estoy lejos de ti soy un desdichado para el que no hay perfume, ni luz del sol, ni nada. Extraño poder confiarte mis pensamientos más íntimos con la certeza de que tú entenderás; pero confío en Dios que nos permita estar juntos de nuevo, y juro que nunca más nos separaremos, porque aprecio cada día más tus virtudes y tu sabiduría ganada en la experiencia, y tú eres y siempre serás el amor de mi corazón, mi corazón que me pesa cuando no estás conmigo.

Se te manda algún dinero para tus gastos, y para el veinte de este mes esperamos mandarte más. [...] Besa a mis hijos por mí. Tu esposo,

Francisco Villa.⁸⁷

A pesar de la romántica carta de Villa, Luz Corral no se sorprendió lo más mínimo cuando regresó a Canutillo y tuvo que compartir el marido con otra esposa semioficial. Se trataba de Soledad Seáñez. Era la prometida de un hombre del que estaba muy enamorada y al que Villa mató o mandó ejecutar. Su relación con Villa fue al parecer ambivalente.⁸⁸

Soledad Seáñez se instaló en una casa aparte en Canutillo, donde cuidaba de su propio hijo y dos de los de Villa, Miguel y Micaela. Según su versión, parecería que las mujeres cuidaban juntas a los niños. "Todas nosotras, Austreberta, Luz y las demás, cuidábamos de todos los niños. Todas queríamos a los niños."⁸⁹

La relación más apasionada de Villa en los últimos años de su vida, y también probablemente la más brutal, fue al parecer con Austreberta Rentería. La historia no se inició con una nota romántica, sino con una violación. Austreberta, una muchacha muy bonita de una familia de clase media de Jiménez, Chihuahua, fue

secuestrada por uno de los comandantes villistas más salvajes: el “Mocha Orejas” Baudelio Uribe, quien prácticamente se la ofreció a Villa para ganarse su buena voluntad. Según relató ella en entrevista con un periodista mexicano, cuando le pidió temerosa a Villa que le permitiera volver con su familia, él,

convencido de que Austreberta no accedería a sus deseos por el amor que él se creía capaz de inspirar en unos cuantos minutos, la hizo suya por la fuerza.

La escena final de aquella violencia fue terrible. Ya no solamente Austreberta lloraba su desgracia, sino que el general, sentado al borde de la cama, también lloraba.

“Me casaré contigo, Betita”, le decía balbuciente el general Villa, y agregaba: “Tú no eres como otras mujeres”.⁹⁰

A continuación, Villa la dejó presa varios meses con una familia de Jiménez a la que, con amenaza de muerte, obligó a conservarla oculta de todo el mundo cuando él evacuó la población. Sólo muchos meses después le permitió finalmente regresar a su casa, asegurándole que era su esposa y que pronto se casaría con ella. El retorno de Austreberta al seno familiar estuvo marcado por la tragedia: llegó justo a tiempo de presenciar la muerte de su hermano que, según palabras de ella, murió de pena por su desaparición. El padre se propuso como principal objetivo en la vida proteger a la hija de las atenciones de Villa. Dejó su negocio en Jiménez, huyó de pueblo en pueblo y, finalmente, cruzó la frontera a Estados Unidos, donde llevó una vida miserable y durísima haciendo todo tipo de trabajos manuales para mantener a la muchacha fuera del alcance de Villa. Cuando Villa se rindió, regresaron a México y se instalaron en Gómez Palacio. Como le contó al periodista José Valadés, en la que hasta donde sabemos fue la única entrevista que concedió en su vida, Austreberta decidió en algún momento que estaba enamorada de su perseguidor. Después de instalarse en Canutillo, Villa le pidió que se reuniera con él, y ella escapó subrepticamente de casa de su padre. Villa la llenó entonces de atenciones y regalos, y delante de ella, en una escena extremadamente humillante, corrió a Luz Corral de Canutillo. Cuando Austreberta se halló por primera vez en la recámara de Villa,

entró a la habitación una señora alta, gruesa, y que sonreía amablemente a la recién llegada.

Al verla entrar, Villa se puso de un salto en pie.

“¡No te he dicho que no te quería ver más y que te fueras!” gritó Villa.

La mujer bajó la cabeza.

“¡No te dije que te fueras, porque ya tenía la dueña de esta casa!” repitió el general con mayor fuerza.

“Es que los niños...” se atrevió a responder la mujer.

Austreberta estaba atónita. Temblaba de pies a cabeza; sentía desplomarse. La mujer aquella era Luz Corral, la primera esposa de Francisco Villa.

“Deja a los niños; que de ellos se encargará Betita, ¡porque Betita es mi esposa, mi verdadera esposa!”, gritó de nuevo Villa.

Luz Corral, que se había acercado a Austreberta Rentería, iba a responder de nuevo, cuando sintió sobre su hombro la mano de Pancho, quien al ver que Betita lloraba, reclamó con furor a Luz:

“¿Qué le has hecho, qué le has hecho?...”

“Hable, señora, hable...” imploró Luz a Betita, temerosa de que Pancho creyera que aquellas lágrimas que derramaba la joven eran el resultado de algún golpe material recibido.

“La señora no me ha hecho daño, y solamente le ruego que salga de aquí”, contestó Austreberta.

“¡Fuera de aquí!”, ordenó Villa, y agregó: *“Y si no se me va mañana mismo de la hacienda, ya verá lo que le pasa, y sepa usted que esta señora es mi esposa, y reconózcala como mi esposa”*.

Luz Corral, sin decir una palabra de protesta, salió de la habitación.⁹¹

Villa no sólo expulsó a Luz Corral de Canutillo, sino que le dio muy poco dinero para subsistir, y a partir de entonces ella dependió de la caridad del poco caritativo Hipólito Villa. Por fin, carente de medio alguno de supervivencia, cuando Hipólito no pudo o no quiso seguirla manteniendo, Luz Corral hizo el gesto que más podía humillar a Villa. Escribió pidiendo ayuda al hombre que lo había derrotado y que había sido su archirrival, el presidente Álvaro Obregón. “Como usted sabrá, hace dos años estoy separada de mi esposo el general Francisco Villa, y aunque él me prometió darme una mensualidad para subvenir a mis necesidades, hasta hoy no lo ha hecho.”⁹²

Tras ciertas vacilaciones –le tomó dos meses responder–, Obregón decidió ayudarle. “Me he enterado con verdadera pena [...] de las condiciones difíciles por las que atraviesa en la actualidad [...] Si usted, como dice en su carta, realiza algún viaje a esta capital, con su oportuno aviso tendré el gusto de recibirla para que en una forma amplia exponga usted su caso y ver si es posible que el gobierno de mi cargo le imparta alguna ayuda, para que obtenga el trabajo que desea.”⁹³

Hasta la muerte de Villa, Austreberta fue la esposa oficial en Canutillo. Cuando Hernández Llergo visitó el lugar, Villa se la presentó como su mujer. El periodista de la capital no tuvo la impresión de que fuera muy feliz. “[Villa] gritó: ‘¡Betita, Betita!’ ‘¡Voy, señor!’ Y apareció una señora alta, blanca, bien parecida, de grandes ojos negros y melancólicos, ojos tristes, opacados, como que habían llorado mucho. El rostro pálido de la señora acusaba un intenso sufrimiento.”⁹⁴

¿Se debía ese “sufrimiento” a los malos tratos de Villa o a que a Austreberta le resultaba más difícil que a Luz Corral soportar sus relaciones extramaritales? Aparte de su segunda esposa semioficial, Soledad Seáñez, que vivía cerca de la hacienda, Villa tenía otra amante, que también habitaba en las cercanías y que también le dio un hijo. Se trataba de Manuela Casas, para quien Villa había comprado una casa y un hotel en Parral.⁹⁵

La vida familiar de Villa se complicó aún más a causa de un conflicto con su hermana Martina y su hermano Hipólito. No se sabe bien cómo empezó el problema. Luz Corral menciona a personas –no dice quiénes– que lo pusieron contra su hermana “por cosas baladíes”, de manera que él dejó de mantenerla.⁹⁶ La ruptura con Hipólito pudo tener motivos más sustanciales. En enero de 1921, Villa le había escrito a Obregón una vigorosa carta de recomendación en que pedía que ayudara a Hipólito en sus negocios. Obregón se mostró bien dispuesto, pero los negocios que Hipólito le propuso eran al parecer tan escandalosos que, a pesar de sus deseos de conformar a Villa, no pudo acceder. En un caso, Hipólito sugirió venderle a los Ferrocarriles Nacionales una locomotora que, según un perito, estaba en tan desastrosas condiciones que comprarla habría sido “una operación ruinosa para esta compañía”.⁹⁷ Tal vez Villa pensó que la codicia de su hermano estaba menoscabando el crédito que él había logrado con el gobierno, ya que el 4 de septiembre de 1922, un año y medio después de haber recomendado a Hipólito, le escribió al presidente: “Con toda atención suplícole como amigo no hacer ningún préstamo a mi hermano Hipólito en caso de que solicite, pues debemos comprender las exigencias que tiene el gobierno y por otra parte deseo antes que todo, como se lo he expresado a usted en anteriores ocasiones, que en cuestión de cuentas no medien las amistades, y que rinda cuenta de sus compromisos como los demás. Salúdolo respetuosamente”.⁹⁸

Una de las razones por las que las dudosas actividades de su hermano molestaban a Villa pudo ser que, en 1922, había empezado de nuevo a participar en la vida política del norte del país. Tal vez pensaba participar aún más en los años venideros y temía que los negocios de su hermano lo desacreditaran.

Cuando, en junio de 1922, el editor Hernández Llergo fue de visita a Canutillo para entrevistar a Villa durante casi una semana, su reportaje despertó un gran interés en todo México. Más que cualquier otro líder revolucionario, Villa se había convertido en una leyenda en vida y todos sus actos provocaban la más intensa curiosidad. Además, muchos mexicanos se preguntaban por sus futuras intenciones. ¿Volvería a participar en política? ¿Pensaba levantarse contra el gobierno? Una vez convertido en hacendado, ¿había habido un completo giro en su ideología y sus ideales, o seguía siendo lo que siempre había profesado ser y lo que, en opinión de este autor, fue realmente por lo menos un tiempo: un vocero de los campesinos y los pobres en general? Fue difícil para Hernández Llergo contestar estas preguntas, y aún para los historiadores actuales, que tienen todos los documentos a su disposición, las respuestas no pueden ser sino ambiguas. Tal es el caso, sobre todo, respecto de la ideología de Villa. Hay numerosos indicios de que se estaba volviendo más conservador, pero su conservadurismo no era tanto el producto de su reciente adquisición de la condición de hacendado, como del distanciamiento que lo fue separando de la mayor parte de la población de Chihuahua en los últimos tres años de campaña guerrillera. Una y otra vez, en los meses sangrientos y desesperados que van de 1917 a 1920, llamó a los miembros de las defensas sociales de los pueblos chihuahuenses, muchos de los cuales habían servido a sus órdenes en la División del Norte, para que se le unieran o, por lo menos, para que no combatieran contra él. Sus palabras habían caído en oídos sordos. La sensación de estar siendo traicionado y la cólera resultantes aumentaron su alejamiento, y lo llevaron a cometer acciones terribles contra algunos miembros de las defensas sociales y sus familias. Ello puede explicar por qué, cuando fijó las condiciones de paz con el gobierno, pidió tierras para sus soldados, pero nada dijo sobre el reparto agrario para la gente del campo.

Villa no era muy dado a la introspección o la autocrítica. Las pocas veces que reflexionó sobre sus derrotas, las atribuyó a la traición. En 1915, en su Manifiesto de Naco, dijo que su derrota se había debido a la traición de Eulalio Gutiérrez y Woodrow Wilson. Siete años después, en una entrevista con Frazier Hunt, un corresponsal estadounidense, opinó que el pueblo lo había abandonado porque no lo comprendía. “Y sé lo que es tratar de ayudar a gente que no puede entender lo que uno está tratando de hacer por ella. Peleé por ellos durante diez años. Yo tenía un principio. Luché durante diez años para que el pobre pudiera

vivir como debe vivir un ser humano, tener su tierra, mandar a sus hijos a la escuela y disfrutar la libertad humana. Pero la mayoría era demasiado ignorante para entender mis ideas. Por esa razón dejé de luchar." Sin embargo, Villa no pensaba que su revolución había sido en vano. "Había tratado de hacer algo por los pobres de México, explicó. Le habían impedido hacer gran cosa, pero había ayudado a algunos. Ahora los peones estaban recibiendo tierras. Se estaban repartiendo los grandes ranchos y plantaciones de los españoles y los extranjeros. Hasta los soldados tenían ayuda para obtener tierras y empezar de nuevo." Pero Villa pensaba que eso no era más que el principio. Las reformas sociales sólo progresarían cuando el pueblo mexicano estuviera educado. "Pobre México ignorante", dijo lentamente. "Hasta que tengan educación no se puede hacer nada."⁹⁹

En vista de su creencia en que el cambio social sólo podía lograrse gradualmente, no sorprende que expresara una clara oposición a los bolcheviques, quienes en esa época tenían cada vez más partidarios en México. Villa no se oponía a ellos solamente por razones ideológicas, sino por animadversión personal hacia Plutarco Elías Calles, el poderoso secretario de Gobernación, a quien la opinión pública consideraba el más señalado defensor del bolchevismo y el heredero probable de la presidencia al expirar el mandato de Obregón. "El radicalismo como nuestros políticos lo entienden no es posible", le dijo Villa a Hernández Llergo.

los líderes del bolchevismo [...] en México como en el extranjero, persiguen una igualdad de clases imposible de lograr. La igualdad no existe, ni puede existir. Es mentira que todos podamos ser iguales [...] La sociedad, para mí, es una gran escalera, en la que hay gente hasta abajo, otros en medio, subiendo y otros muy altos... Es una escalera perfectamente bien marcada por la naturaleza, y contra la naturaleza no se puede luchar amigo... ¿Qué sería del mundo si todos fuéramos generales, o todos fuéramos capitalistas, o todos fuéramos pobres? Tiene que haber gente de todas calidades. El mundo, amigo, es una tienda de comercio, en donde hay propietarios, dependientes, consumidores y fabricantes [...] Yo nunca pelearía por la igualdad de las clases sociales...¹⁰⁰

Probablemente esta actitud llevó a algunos conservadores, a principios de los años veinte, a pensar que Villa era su hombre. En mayo de 1922, monseñor Kelley, que durante muchos años había sido el cabildero más importante de la

iglesia mexicana en Estados Unidos y que había defendido la intervención militar estadounidense, visitó a Lelan Harrison, un alto funcionario del Departamento de Estado, y le dijo que consideraba que Obregón “era un hombre bien intencionado y bueno, pero estaba rodeado de traidores. Mencionó las tendencias bolcheviques de Calles”. Añadió que “consideraba a Villa el más probable líder futuro de la revolución católica conservadora. Se había enterado de que Villa había llamado recientemente a sus partidarios y les había dicho que, aunque les había enseñado a matar, asesinar y robar, ahora había construido una iglesia para que se reformaran. Quería poder dejar una bolsa de oro a campo abierto y tener la seguridad de que la encontraría al día siguiente donde la había dejado”.¹⁰¹

La embajada de Estados Unidos en México tenía una visión parecida de la ideología de Villa. El encargado de negocios Summerlin estaba convencido de que Raúl Madero era el candidato preferido de los conservadores y de que

Villa y los representantes de las facciones conservadoras en México han [...] planeado a grandes rasgos una campaña de oposición al general Calles para la presidencia de México. Raúl Madero, firme amigo personal de Villa y antiguo subordinado suyo que alguna vez le salvó la vida, era de quien más se hablaba como candidato presidencial al que apoyaría este grupo villista conservador. Se informa que Guillermo Pons, presidente del Sindicato de Agricultores y destacado dirigente conservador, se ha unido a aquellos que trabajan activa pero silenciosamente por la unificación de las facciones conservadoras en torno a un movimiento Villa-Madero. No se ha realizado en realidad ninguna convención general de los conservadores, pero en diversas reuniones informales, entre las que destaca la de Puebla, hace quince días, se ha decidido definitivamente a favor de una combinación Villa-Madero.¹⁰²

Los vagos indicios que sugieren que Villa buscó un acercamiento con Estados Unidos son coherentes con la posibilidad de que estuviera adoptando esta nueva orientación conservadora.

En enero de 1923, un periódico de Texas informó que Villa contemplaba realizar un viaje a Estados Unidos para comprar implementos agrícolas. “Los periódicos mexicanos dicen”, concluía el diario texano, “que ‘Pancho’ ya ha establecido correspondencia sobre el asunto con el gobernador Pat M. Neff y ha sido informado de que no será molestado ni detenido durante su estancia en el estado de Texas.”¹⁰³

No sólo los representantes estadounidenses tenían la impresión de que Villa se había convertido en un terrateniente conservador, sino también miembros de las que habían sido las bases naturales de Villa: los hombres del campo radicales de Chihuahua. Esta impresión se debía en gran parte a los sucesos ocurridos en el pueblo de Villa Coronado.

En 1921, la comisión agraria de Chihuahua adjudicó tierras adyacentes a la hacienda de Canutillo a doscientos cuarenta y dos habitantes del pueblo de Villa Coronado. Pero cuando, en diciembre de 1922, éstos trataron de tomar posesión de esas tierras, fueron recibidos por hombres armados encabezados por Nicolás Fernández, quienes les impidieron entrar y dijeron que actuaban por órdenes de Villa.¹⁰⁴ Un mes más tarde, en la primera convención agrarista de los pueblos chihuahuenses, que se celebró del 11 al 13 de enero de 1923, en la capital del estado, para demandar la aplicación de la reforma agraria, los dirigentes denunciaron vigorosamente las acciones de Villa. Allí habló Cástulo Herrera, jefe de Villa en los días heroicos del levantamiento maderista que luego se había unido a Orozco y que siempre mantuvo vínculos con los campesinos revolucionarios del estado. Como una voz surgida del pasado, Herrera le advirtió a Pancho Villa que recordara “la sangre derramada en el campo de batalla para recuperar los sagrados derechos del pueblo, que incluyen la adquisición de tierra”.¹⁰⁵ El presidente de la convención agrarista, Abelardo Amaya, le envió un telegrama al presidente Obregón para pedirle interviniera para forzar a Villa a aceptar la decisión de la comisión agraria.

No está claro qué razones movían a Villa, ya que no se ha encontrado en ningún archivo ninguna reacción suya al respecto. Una declaración del gobernador Enríquez después de la muerte de Villa indica que el conflicto se debió menos al deseo de adquirir aquellas tierras para sí, que al de establecer allí a sus antiguos soldados. Según Enríquez, quería ayudar a “un grupo de individuos, malhechores en su mayoría, que lo acompañaron durante sus correrías por Chihuahua”.¹⁰⁶ Más que ser las de un hacendado despiadado, sus acciones en este caso parecen propias de un caudillo militar que privilegia a los hombres que han peleado a su lado durante la revolución, sobre los pacíficos campesinos que no han tomado las armas o que incluso pudieron combatir contra él. En apariencia, Villa aún buscaba tierras para sus hombres, aunque el gobierno había prometido expropiar para ellos las haciendas El Pueblito y San Salvador. Esta última propiedad nunca les fue repartida¹⁰⁷ y, por tanto, Villa tal vez se consideraba con derecho de buscar otras tierras, pasando por encima del gobierno estatal. También es posible que su reacción violenta se debiera a que

tenía fuertes sospechas de que el otorgamiento de aquellas tierras a Villa Coronado era una provocación de su enemigo, el gobernador Enríquez. En 1921, cuando Enríquez atendió la solicitud, aún no había ley agraria en Chihuahua y prácticamente no se habían entregado tierras a ningún campesino. ¿Por qué aquella excepción? La actuación de Enríquez resulta aún más sospechosa dado que, inmediatamente después de que Fernández ocupó las tierras, Enríquez envió un telegrama muy vehemente a Obregón en que pedía tropas para desalojar a los villistas por la fuerza. Semejante acción podía fácilmente provocar un nuevo levantamiento de Villa; Obregón se negó y le dijo a Enríquez que prefería enviar a su amigo, Luis de León, para que hablara con Villa sobre el asunto.¹⁰⁸

Villa contribuyó a reforzar la impresión negativa que su acción causó entre los hombres del campo de Chihuahua al no replicar nunca públicamente a las preguntas y acusaciones. Aunque el caso de Villa Coronado no demuestra necesariamente que Villa se hubiera vuelto conservador, otros hechos parecen apuntar en esa dirección. Ciertamente, una carta en que Villa le pidió urgentemente a Obregón que presionara al gobernador de Durango, su viejo enemigo Jesús Agustín Castro, para devolver sus tierras a un hacendado amigo suyo, muestra ciertas tendencias conservadoras.¹⁰⁹ Incluso el llamado de Villa a los hacendados vecinos para entre todos aliviar el desempleo que padecían los hombres del campo en la región tal vez reflejaba más el pensamiento de un hacendado conservador ilustrado, que el de un dirigente popular.¹¹⁰

Pero había otro lado de Villa, que permaneció en gran parte oculto no sólo para la gente del campo chihuahuense, sino para la opinión popular, debido a que no quería romper su promesa de no interferir en la política mexicana. Sin embargo, ese aspecto radical y populista de Villa tuvo consecuencias mucho más profundas para la gente del campo que sus tendencias conservadoras. Se manifestó en dos casos: el de Bosque de Aldama y el del contrato McQuatters, uno de menor importancia, el otro de gran relevancia para Chihuahua.

Para los habitantes de la colonia agrícola de Bosque de Aldama, era como si el tiempo se hubiera detenido. Estaban encerrados en una lucha encarnizada con los ricos habitantes del vecino pueblo de Villa de Aldama por conservar el uso de aguas. El gobernador Enríquez apoyaba a sus enemigos, por lo que dirigieron al presidente Obregón una amarga queja –una solicitud que podría haber sido escrita cuando los Terrazas ejercían su férreo control sobre Chihuahua–, en la que decían que

personas holgazanas y ambiciosas han querido aprovecharse [...] sacándonos de dichas tierras, lo que no se resolvió a hacer ni el mismo gobierno dictatorial del general Porfirio Díaz, tocándole la mancha al actual gobernador del estado general Ignacio C. Enríquez, que pretende hacerse pasar por un revolucionario y un demócrata, de cometer uno de los actos más abominables de su torpe administración, mandando una fuerza de rurales compuesta de más de cuarenta hombres, bajo el mando de los capitanes Simón Armendáriz y Manuel M. Arzate, [que] desde el día 20 del corriente mes nos ha estado atropellando tanto a nuestras familias como a nosotros, pues llegaron a nuestros hogares echándonos encima los caballos, apuntándonos con sus armas, alborotando a nuestras bestias de campo, cegando nuestras norias, destruyendo nuestra maquinaria.¹¹¹

Se trataba de la culminación de una larga serie de incursiones de hombres armados, apoyados por el gobernador, contra la gente de Bosque de Aldama. Una recién formada organización radical, la Confederación de Obreros y Campesinos del estado, telegrafió a Obregón para protestar por los ataques contra los campesinos. Cuando el presidente le pidió explicaciones, Enríquez canceló el tema diciendo que se trataba de un grupo insignificante de agitadores políticos y que “los agricultores saben soy primer agrarista este estado”.¹¹²

Nada indica que, en ese momento, Obregón pensara intervenir a favor de la gente de Bosque de Aldama. Todo lo que hizo fue pedirle información a Enríquez, y cuando éste le aseguró que se trataba de un grupo con ambiciones políticas, ni siquiera respondió a la solicitud de los habitantes. Pero cambió completamente de actitud cuando éstos lograron el apoyo de Pancho Villa, quien le pidió a Obregón que devolviera las tierras, y no sólo que mandara inmediatamente a Bosque de Aldama una comisión para estudiar el asunto, sino un destacamento de tropas federales para proteger a la comunidad de los ataques del gobernador. Villa advertía que ese conflicto estaba “a punto de poner en peligro la paz que tanto lustre y prestigio da al atildado gobierno de usted. Seguro de que no tendrá usted inconveniente alguno en obsequiar mis deseos y de los trabajadores campesinos del Bosque”.¹¹³ Esta vez, Obregón reaccionó de inmediato. Le escribió a Villa que “cuando su carta fue en mi poder, ya se había pasado acuerdo a la Secretaría de Agricultura y Fomento para que designe un comisionado [...] a levantar una investigación minuciosa con objeto de poder resolver el caso con todo acierto”.¹¹⁴ La respuesta de Obregón no se quedó en simple promesa. Cuatro días después de escribir su carta, Villa recibió un

telegrama del comisionado enviado a la región, que confirmaba las quejas de los habitantes de bosque de Aldama.¹¹⁵

Obregón reconoció los derechos de los habitantes del pueblo, y además resolvió realizar un gran reparto agrario en la región, incluyendo las tierras de Martín Falomir, uno de los hacendados más ricos de Chihuahua, que había estado íntimamente vinculado a Terrazas y Creel. Pero ni Enríquez ni Falomir estaban dispuestos a permitirlo. El gobernador ordenó el arresto del representante de los campesinos, E. Juare, como agitador¹¹⁶ y Falomir logró convencer a un juez federal de que suspendiera la aplicación de la decisión.¹¹⁷ Fue necesario otro mensaje de Villa a Obregón, en que pedía que el acuerdo del gobierno fuera aplicado “sin que sufra modificación”,¹¹⁸ para que el presidente actuara. Obregón declaró inequívocamente que, tras enviar a varias comisiones a la región, se había tomado la decisión de otorgar a los campesinos de Bosque de Aldama la posesión definitiva de su tierra, y que no había apelación a este fallo.¹¹⁹ Tras la muerte de Villa, volvieron a empezar los ataques contra las tierras del poblado.¹²⁰

En conjunto, el conflicto de Bosque de Aldama fue un asunto menor en términos políticos. No tuvo repercusiones significativas ni en la política de Chihuahua ni en la del país. No se puede decir lo mismo de otro problema en que Villa intervino y que llegó a asumir dimensiones graves. Se trataba del destino de las inmensas haciendas de Terrazas en Chihuahua.

PANCHO VILLA Y EL IMPERIO DE TERRAZAS

El deseo de romper el absoluto dominio de la familia Terrazas-Creel sobre la política chihuahuense y la esperanza de que se repartieran sus propiedades habían sido las principales demandas por las que muchos de los revolucionarios de 1910 se unieron a Madero. Sin embargo, con una sola excepción, ninguno de los grandes dirigentes de la revolución estuvo dispuesto a enfrentarse a Terrazas. Madero suspendió los procesos judiciales contra Enrique Creel en el asunto del Banco Minero, impidió a Abraham González actuar contra la familia a pesar de que el gobernador revolucionario afirmaba que tenía pruebas de que Terrazas había apoyado el alzamiento de Orozco, invitó a Luis Terrazas a volver a México y le ofreció todas las garantías posibles para su persona y sus propiedades. También Carranza, tras algunas vacilaciones iniciales, había cedido ante el clan. Aunque poco después de que sus tropas asumieran el control de Chihuahua, en 1916, ratificó el decreto por el que Villa había intervenido las haciendas de

Terrazas, tanto por miedo a la reacción de la gente del campo chihuahuense como porque sus generales querían utilizar para sus propios fines los recursos que devengaban esas haciendas, después, en 1919, cambió completamente de actitud e hizo devolver a la familia sus propiedades urbanas. A principios del año siguiente, decretó que debían serles devueltas también sus haciendas.¹²¹ Sólo Villa había desafiado abiertamente al clan, y la expropiación de sus propiedades y la promesa de repartirlas tras la victoria de la revolución habían sido una de las bases principales de su popularidad en Chihuahua.

Carranza no logró llevar a la práctica su decreto sobre los Terrazas antes de ser derrocado por la rebelión de Agua Prieta. Eran Obregón y el gobernador Enríquez quienes debieron decidir a continuación el destino final de las propiedades de la familia. El problema había adquirido nuevas dimensiones debido a una serie de astutas maniobras del antiguo gobernador de Chihuahua, Alberto Terrazas, que había asumido el liderazgo del clan familiar. Se daba cuenta de que, en el clima de los veinte y dado que Obregón dependía cada vez más del apoyo de las organizaciones campesinas radicales, simplemente devolver sus propiedades a una familia que se había convertido en símbolo de la clase prerrevolucionaria de los hacendados era una imposibilidad política. Por tanto, decidió hacer un trato con A. J. McQuatters, un rico empresario minero que había operado en Chihuahua por muchos años, había hecho negocios con todos los dirigentes revolucionarios del estado, incluido Villa, y, a diferencia de muchos otros inversionistas estadounidenses, había conseguido salir económicamente bien parado de todo el proceso.

El trato consistía en que McQuatters comprara todas las propiedades de los Terrazas y firmara un contrato con el gobierno mexicano por el que vendería las tierras agrícolas de las haciendas, en abonos, a los trabajadores. Además, McQuatters se obligaría a realizar grandes obras de riego, crear un banco agrícola con 125 mil dólares de capital y traer cincuenta mil cabezas de ganado a Chihuahua, que había perdido la mayor parte de sus animales en el torbellino de la revolución. McQuatters fundaría también una serie de escuelas y estaciones de experimentación agrícola. A cambio, el gobierno del estado no sólo aceptaría venderle las tierras de los Terrazas, sino que lo exentaría de buena parte de los impuestos, pero, sobre todo, firmaría el acuerdo antes de ejecutar una ley agraria que lo habría obstaculizado de manera grave. Aparte del comprador y del clan, el más entusiasta defensor de ese acuerdo era el gobernador Enríquez. Se rumoraba por ese tiempo que Enríquez tenía intereses personales en el asunto, ya que supuestamente estaba emparentado con los Terrazas. No se ha encontrado

ninguna prueba de tal parentesco, y la ganancia o las relaciones personales no serían la única explicación lógica de la actitud de Enríquez. Era un hombre básicamente conservador, que no creía en la reforma agraria tal como se contemplaba en la Constitución, especialmente en los casos en que la tierra debía ser entregada a los ejidos.¹²² En 1916, había sido uno de los primeros gobernadores carrancistas que devolvieron las tierras confiscadas a sus antiguos dueños, y se había negado a crear una comisión agraria. El plan de McQuatters de vender las tierras de cultivo de los Terrazas en parcelas individuales –pero no demasiado pequeñas– permitiría que las compraran los rancheros chihuahuenses con mentalidad empresarial, lo que formaría una especie de clase media agraria que Enríquez esperaba convertir en una columna vertebral conservadora. Además, en un territorio devastado por años de feroz guerra revolucionaria, el proyecto parecía ofrecer la posibilidad de una rápida recuperación económica. Las obras de irrigación que planeaba construir, las cincuenta mil cabezas de ganado que quería importar y los ciento veinticinco mil dólares que invertiría en el banco producirían un pronto desarrollo. El gobernador describía a McQuatters como una especie de filántropo, idea que el interesado definitivamente no compartía, ya que se prometía obtener enormes ganancias en aquel proyecto, en el que estaba dispuesto a invertir veinticinco millones de dólares.¹²³

Para el presidente Obregón, por lo menos en 1921, el plan de McQuatters parecía una solución al difícil problema de las propiedades de Terrazas. Sabía que no podía simplemente devolverlas sin suscitar una tremenda oposición en el país, especialmente entre los hombres del campo. Ni estaba dispuesto a recurrir al tipo de medida que la Constitución habría permitido, es decir, expropiarlas sin más o con una mínima indemnización y repartirlas entre los campesinos. Habría tenido buenas bases legales para no pagar nada. Como Abraham González había argumentado once años atrás, los Terrazas habían subvaluado sus propiedades durante mucho tiempo con el fin de no pagar prácticamente nada de impuestos, de modo que le debían tanto al gobierno federal que todas o gran parte de sus propiedades podían ser expropiadas como multa por los atrasos. Pero Obregón prefería no echar mano de ese recurso. Nunca dio ninguna explicación de ello, pero con toda probabilidad, aunque quería atraerse el apoyo de los campesinos, no deseaba una ruptura radical con los terratenientes. Por añadidura, dado que su gobierno aún no había sido reconocido por Estados Unidos, tal vez temía que si firmaba un decreto de expropiación semejante, el gobierno estadounidense lo consideraría una especie de bolchevique. La única forma en que podía obtener el apoyo de la gente del campo chihuahuense sin enemistarse con los terratenientes

y con Estados Unidos era comprar las propiedades de los Terrazas. Pero esa solución sería costosa para un gobierno agobiado por las deudas y que había dedicado la mayor parte de sus recursos a pagar un muy inflado ejército para evitar que se le sublevara, y Obregón la consideraba sólo como último recurso.

Enríquez opinaba que el plan de McQuatters tenía una ventaja adicional. Para el consumo público, se presentaría el plan como una especie de reforma agraria, ya que McQuatters proponía vender en pequeñas parcelas las partes cultivables de las propiedades. Para influir tanto en el presidente como en la opinión pública, los Terrazas movilizaron a los peones de sus haciendas, los cuales se dirigieron a Obregón para solicitarle que se adoptara el plan. Los Terrazas les habían prometido que tendrían la primera opción de compra y que McQuatters les daría crédito. Los peones estaban cansados del control gubernamental sobre las propiedades y de las difíciles condiciones que les imponía. Pensaban, de modo no enteramente injustificado, que si las tierras realmente se repartían, los principales beneficiarios no serían ellos sino los pueblos vecinos.¹²⁴ El plan de McQuatters no le habría costado nada al gobierno federal, seguramente le habría proporcionado impuestos adicionales, y habría estimulado la recuperación económica, una de las piedras de toque de la política de Obregón y de la camarilla sonoreense. Además, habría mejorado las relaciones con Estados Unidos y facilitado su reconocimiento, que también era uno de los principales objetivos de Obregón. El presidente al parecer aprobaba el plan mientras no surgiera una oposición masiva en Chihuahua. En diciembre de 1921, le escribió a McQuatters que reconocía “los nobles esfuerzos que usted y su grupo [...] están realizando” y que le ayudaría en todo lo posible.¹²⁵

Una vez conocido el proyecto en Chihuahua, se levantó una enorme oleada de oposición que ni Enríquez ni Obregón habían previsto. La antigua hostilidad contra los Terrazas y la demanda de reforma agraria se vincularon al nacionalismo revolucionario. Los nuevos sindicatos agrarios de Chihuahua, las organizaciones campesinas de fuera del estado, los obreros y muchos individuos protestaron privada y públicamente e hicieron oír sus voces en el recién elegido congreso estatal. La idea de que una compañía extranjera se apoderara de las propiedades creaba gran resentimiento, y se temía que los estadounidenses ejercieran sobre el estado más control que nunca. Irritaba que las tierras de los Terrazas fueran eximidas de cualesquiera leyes futuras de reforma agraria, las cuales, debido a la oposición de Enríquez, no habían sido adoptadas aún; se demandaba que se repartieran esas tierras sin ninguna indemnización y sin que

los beneficiarios pagaran por ellas. A pesar de todo, Enríquez y una aplastante mayoría de los legisladores ratificaron el contrato de McQuatters.¹²⁶

Pero Obregón vacilaba. El 6 de marzo, telegrafió a Enríquez que no debía tomarse ninguna decisión hasta que él hubiera estudiado el proyecto con todo detalle. Era obvio que su entusiasmo se estaba desvaneciendo.

Según entiendo, descontento general ha provocado este negocio en aquella entidad obedece a que trátase efectuarlo antes promulgar Ley Agraria y este hecho ha despertado alarma en grandes núcleos que esperan con ansia promulgación misma. Ejecutivo mi cargo considera que el asunto es de tal trascendencia interior y exterior, que debe procederse con toda discreción hasta que estúdiase en forma detenida pro y contra del mismo. Al conocer contrato refiérese, procuraré imponerme con todo interés y dar usted mi opinión.¹²⁷

Once días después, Obregón planteó un proyecto absolutamente opuesto al contrato de McQuatters. El factor más importante en ese cambio de opinión fue una carta de Villa, fechada el 12 de marzo de 1922, que contenía una clarísima amenaza. Hasta esa fecha, excepto por su defensa relativamente humilde de las demandas de los campesinos de Bosque de Aldama, Villa no había intervenido prácticamente en la política regional o nacional. Su carta a Obregón constituía por tanto una radical modificación de la conducta seguida desde su rendición y por ello debió impresionar aún más al presidente. En opinión de Villa, el contrato de McQuatters era una conspiración de sus tres mayores enemigos: el clan Terrazas, los estadounidenses y el gobernador Enríquez. Sostenía que Obregón no se daba cuenta de la verdadera situación de Chihuahua. McQuatters “no es sino un fiel servidor de los altos funcionarios de Norte América, y ya comprendiéndolo el pueblo mexicano, es posiblemente el primer paso para una decadencia en el gobierno de su muy digno cargo, y creo que tal mal bien vale la pena de ver de ponerle inmediato remedio”. Villa decía que escribía esa carta para “salvar tanto a mi patria así como también al gobierno que usted actualmente representa y al que soy verdaderamente adicto como he venido y vengo demostrándolo”. Insistía en que el pueblo de Chihuahua había repudiado el contrato aprobado por el gobernador y la legislatura. Si nada se hacía “después de las unánimes protestas del pueblo chihuahuense se vendrán sin duda los balazos, y esto se dice que será antes de tres meses”. Aunque no decía que algunos de esos balazos correrían por cuenta suya y de sus fuerzas, se podía

inferir que, si se producía una rebelión en Chihuahua, él la apoyaría. Según Villa, el contrato de McQuatters era parte de un plan de los capitalistas y petroleros estadounidenses para derrocar a Obregón, plan que debía cumplirse también en un plazo de tres meses. Villa envió su carta con un mensajero especial y le pidió a Obregón una respuesta inmediata.¹²⁸

Para Obregón, la carta planteaba la posibilidad de que la gente del campo de Chihuahua se levantara de nuevo y de que Villa la encabezara. Como mínimo, ello podía favorecer a los enemigos del presidente y producir una masiva pérdida de apoyo. Pero cabía prever incluso consecuencias más graves si los rebeldes atacaban propiedades estadounidenses. Con Villa haciendo de las suyas, volvería a presentarse la amenaza de una intervención de Estados Unidos. Así pues, Obregón replicó inmediatamente para manifestar su completa e inequívoca coincidencia con la opinión de Villa. Dijo que desde que conoció el contrato “he venido interviniendo con la mayor diligencia posible para evitar que esta operación se realice, por considerar que entraña un peligro muy serio para nuestro país y porque muchas de las cláusulas del repetido contrato pugnan en absoluto con nuestras leyes actuales, leyes que estamos obligados a defender”.¹²⁹

Esta respuesta pudo ser también resultado de la influencia de Calles, que por su parte se opuso al contrato dos días después de que Villa escribiera su carta, en un devastador memorándum redactado por un alto funcionario de la Secretaría de Gobernación de la que Calles estaba a cargo. El memorándum planteaba tres argumentos contra el contrato, cada uno de los cuales constituía por sí mismo un obstáculo decisivo. La primera objeción era que aunque McQuatters prometía todo tipo de concesiones a los gobiernos mexicano y chihuahuense, las cláusulas del contrato no garantizaban el cumplimiento. Incluso si la nueva compañía creada por McQuatters no ponía en práctica las medidas que prometía, “conservará la plena propiedad de las propiedades que ha adquirido, lo que significa que permitimos que una compañía adquiriera una enorme cantidad de tierra sobre la base de una promesa de dividirla, pero dándole de hecho la libertad de no hacerlo”. En vez de subdividir o vender parcelas, la compañía podía simplemente explotar por sí misma la tierra, como hacían tradicionalmente los hacendados. La segunda objeción era que el gobierno de Chihuahua que había firmado un contrato con McQuatters estaba de hecho usurpando las prerrogativas del gobierno federal. El memorándum implicaba que si se reconocía el derecho de un gobierno estatal a tomar semejante decisión, otros estados negociarían con los hacendados locales y con empresas extranjeras, lo que limitaría radicalmente las atribuciones del gobierno federal. Pero la principal

objeción de la Secretaría de Gobernación era de carácter nacionalista. ¿Cómo podía permitir el gobierno mexicano, cuya política se basaba en la Constitución de 1917 y en su artículo 127, que restringía tajantemente el derecho de los extranjeros a adquirir tierras, que una compañía extranjera asumiera el control sobre propiedades que abarcaban dos y medio millones de hectáreas? Aunque oficialmente McQuatters había aceptado registrar su compañía como una empresa mexicana, que se atendería a leyes de México, de hecho seguía siendo una compañía extranjera, ya que todos sus accionistas lo serían, y el Departamento de Estado intervendría activamente en cualquier conflicto que tuviera con el gobierno mexicano. El memorándum terminaba con la ominosa advertencia contenida en las palabras de un diputado mexicano, treinta y siete años atrás, el 10 de diciembre de 1885, durante una sesión de la Cámara de Diputados en que se debatía un asunto relativo a las grandes concesiones de tierras a los extranjeros. “¿Quiénes serán los compradores? La razón y la experiencia nos lo dicen, señores. Los capitalistas americanos que vienen en busca de tierras pastales para sus ganados. Después de los ganados, ¿qué vendrá? ¡Así comenzó la colonización de Texas y de Nuevo México!”¹³⁰

Pocos días después, Obregón decretó la expropiación de las tierras de los Terrazas para que fueran repartidas entre los campesinos de Chihuahua.

Previsiblemente, la prensa estadounidense estalló en alaridos de protesta. El *Chicago Tribune* condenaba con violencia la cancelación del proyecto de McQuatters y señalaba amenazadoramente: “Obregón ha cedido a los radicales que hay en su partido”.¹³¹ Tales acusaciones no se limitaban al *Tribune*, y preocuparon a Obregón, que trataba desesperadamente de lograr el reconocimiento del gobierno republicano de Harding. McQuatters sostuvo que había incurrido en grandes gastos alentado por la respuesta inicialmente favorable de Obregón, y citaba la carta que éste le había enviado en 1921.

Los Terrazas recurrieron a los tribunales. Los mexicanos no representaban un grave problema para Obregón, pero las protestas de la prensa estadounidense, que lo trataban casi de bolchevique, y la amenaza de McQuatters de dar publicidad a su inicial aprobación sí eran problemas serios. No vio otra salida que compensar abundantemente tanto a los Terrazas como al empresario. McQuatters obtuvo al parecer un millón de dólares,¹³² y los Terrazas, casi trece millones de dólares por sus tierras, aunque no se les pagó todo junto.¹³³

Enríquez cambió entonces de bando. Sostuvo que la venta de las tierras de los Terrazas sentaría un precedente indeseable, ya que el gobierno federal se proponía prohibir que los extranjeros poseyeran tierras. “De ahora en adelante,

cualquiera que quiera vender sus tierras a compradores extranjeros podrá estar seguro de que se expone al mismo procedimiento de expropiación."¹³⁴ Se convirtió en defensor de una nueva ley agraria, aprobada por el congreso de Chihuahua, y se inició el reparto de las propiedades de los Terrazas. Tal fue el cambio de actitud de Enríquez que llegó al extremo de culpar a Obregón por el retraso en el reparto. Esto fue demasiado para el presidente, quien le recordó "cuánto tiempo detúvose promulgación Ley Agraria para no lesionar repetidos terrenos cuando ellos parecían ir a poder de un trust americano, y con cuánta diligencia procédese ahora con un gobierno que interpuso su acción para resolver uno de los problemas más trascendentales de la presente administración".¹³⁵

La decisión de Obregón representaba una victoria para los hombres del campo de Chihuahua y una derrota para el clan Terrazas, pero ni una ni otra fueron decisivas. Para 1930, sólo había sido fraccionado y entregado el veinte por ciento de las propiedades de los Terrazas, mientras que éstos habían recomprado una cantidad equivalente, sobre la cual volvían a tener el control.¹³⁶

Para Villa, la decisión de Obregón en torno al contrato de McQuatters representaba un último triunfo. A la vez, pudo ser la causa original de su muerte. Al parecer, tras la cancelación del contrato y la aparente capitulación de Obregón ante sus amenazas, cambió por completo de actitud. Una de las características de su temperamento que solían contribuir a sus derrotas era el exceso de confianza que le inspiraban sus victorias.

PANCHO VILLA Y LA POLÍTICA

Fue en la primavera de 1922, pocas semanas después de la dramática carta de Villa a Obregón, cuando *El Universal* envió a Regino Hernández Llergo a entrevistarle. La razón ostensible, según el periodista, era la intensa curiosidad que sentía todo el pueblo de México por Villa, sus actividades en Canutillo y sus opiniones sobre el futuro desarrollo del país. Aunque es indudable que esa curiosidad existía, también lo es que el gobierno quería que Villa diera una entrevista a la prensa. *El Universal* tenía fuertes vínculos con dicho gobierno, y los jefes militares del norte propiciaron que Villa recibiera al reportero. El comandante de las fuerzas federales del norte, Gonzalo Escobar, le dio a éste una carta de presentación y le aconsejó a Félix Lara, su comandante en la ciudad de Parral, vecina a Canutillo, que lo apoyara de todas las maneras posibles. Esto fue exactamente lo que hizo Lara, más tarde implicado en el asesinato de Villa.

Aprovechando que estaba en buenos términos con el revolucionario, le presentó a Hernández Llergo. Villa se resistía a conceder la entrevista, pero Lara habló con él durante una hora y finalmente lo convenció de aceptar.¹³⁷

El motivo de esa ansiedad del gobierno por que Villa fuera entrevistado no es muy difícil de entender. Aunque a Obregón aún le quedaban dos años en el cargo –las nuevas elecciones presidenciales debían celebrarse en 1924–, la lucha por la sucesión ya había empezado. Dado que una de las principales demandas y plataformas de todas las facciones revolucionarias había sido la no reelección del presidente, estaba claro que Obregón no podía ser candidato. Los dos principales contendientes para sucederlo eran el secretario de Gobernación, Plutarco Elías Calles, y el de Hacienda, Adolfo de la Huerta.

Aunque Obregón favorecía claramente a Calles, De la Huerta contaba con un apoyo relativamente mayor en el país. Existían entre ambos ciertas diferencias de naturaleza ideológica. Los dirigentes obreros radicales, la mayor parte del movimiento sindical y las organizaciones campesinas recién formadas apoyaban a Calles. Los terratenientes y los mexicanos más conservadores, así como una parte sustancial del ejército, favorecían a De la Huerta. Sin embargo, no hay que exagerar esas diferencias, ya que buen número de los políticos radicales, como Salvador Alvarado, también apoyaban a De la Huerta. Habían aparecido rumores en la prensa en el sentido de que Villa tenía ambiciones políticas propias, de que podría no apoyar al candidato oficial e incluso levantarse en armas. Obviamente el gobierno esperaba que Villa repitiera en su entrevista con Hernández Llergo lo que constantemente decía en sus cartas a Obregón: que lo único que le interesaba era su hacienda de Canutillo, sus negocios y asuntos familiares, y que de ningún modo participaría en política.

La entrevista frustró tales esperanzas. Por una parte, Villa proyectó en efecto la imagen de un hombre poderosamente interesado en su hacienda y sus negocios. Durante horas, paseó a Hernández Llergo por Canutillo y le describió todos los aspectos de su economía. Durante horas, disertó sobre los aspectos técnicos de la producción, le mostró orgullosamente al reportero los gallos de pelea que estaba criando y le hizo conocer la escuela.

Pero otra parte de la entrevista causó consternación en el gobierno y muy especialmente entre Calles y sus partidarios. Villa dijo claramente que su promesa de no participar en política sólo se refería al gobierno de Obregón, que terminaría en 1924. Dio a entender que, a partir de esa fecha, podría ser candidato a gobernador de Durango.

De muchas partes de la república, de muchos distritos de Durango me han enviado cartas y comisiones ofreciéndome mi candidatura, y pidiéndome autorización para trabajar en mi favor [...] Pero yo les he dicho que se esperen... que no muevan ese asunto por ahora. Les he manifestado que en los arreglos que hice cuando me arreglé con el gobierno, había dado mi palabra de que yo no me metería en asuntos de política durante el periodo del general Obregón... y estoy dispuesto a cumplir con mi palabra [...] A todos mis amigos les he dicho lo mismo: que esperen, que cuando menos lo piensen llegará la oportunidad... ¡entonces será otra cosa!¹³⁸

Villa expresó la convicción de que era enormemente popular en México.

Pues eso de mi candidatura para gobernador de Durango, no tiene mucha importancia para mí en estos momentos; pero eso le demostraré a usted el gran partido que tengo... ¡tengo mucho pueblo, señor!... Mi raza me quiere mucho; yo tengo amigos en todas las capas sociales, ricos, pobres, cultos, ignorantes... ¡Uh, señor, si yo creo que nadie tiene ahora el partido que tiene Francisco Villa!... Por eso me temen [...] por eso me temen los políticos... me tienen miedo, porque saben que el día que yo me lance a la lucha, ¡uh, señor!... ¡los aplastaría!¹³⁹

Villa no dijo claramente qué clase de pelea tenía en mente, si política o militar, pero otra de sus frases sin duda aumentó los temores generados por la entrevista: “Yo, señores, soy un soldado de verdad. Yo puedo movilizar cuarenta mil hombres en cuarenta minutos”.¹⁴⁰

Aún más inquietante para el gobierno, y sobre todo para Calles, fue que Villa mostró una clara preferencia por De la Huerta. Llamándolo por el diminutivo “Fito”, Villa dijo que era un muy buen hombre y que los defectos que tenía se debían a su excesiva bondad. Fito era un político que quería conciliar los intereses de todos y cualquiera que lograra eso le haría un gran servicio a su patria... Fito era una buena persona, muy inteligente, y no sería un mal presidente de la república... “¿Y el general Calles?”, le preguntó Hernández Llergo. “El general Calles tiene muchas buenas cualidades pero también, como todos los hombres, algunos defectos. Su punto de vista político, según creo yo, es resolver el problema obrero a base de radicalismo.”

No está claro qué pretendía Villa en esa entrevista. Por un lado, es posible que simplemente dijera lo que le pasaba por la cabeza, como hacía con frecuencia, y más desde que no tenía asesores políticos que lo frenaran. Por otro, también

pudo haber la intención de influir en la próxima elección. Dado que estaba convencido del apoyo popular con que contaba, su defensa de la candidatura de De la Huerta se puede considerar un intento de inclinar la balanza en favor de éste. Su referencia a los cuarenta mil hombres que podía movilizar en cuarenta minutos también puede tomarse como una advertencia para que el gobierno no permitiera una elección fraudulenta y respetara la victoria electoral de De la Huerta. Su confesión de que no descartaba la posibilidad de ser candidato a gobernador por Durango se puede interpretar como el precio que le pediría a De la Huerta a cambio de su ayuda. Los dos objetivos que insinuó en la entrevista – un presidente amigo y el control sobre uno de los estados norteros – recuerdan las demandas que planteó en 1914 y 1915. Es significativo que apuntara al gobierno de Durango y no de Chihuahua. Tenía muchos más enemigos en este último estado, donde se habían producido los combates más sangrientos entre 1915 y 1920, que en Durango, que había quedado más al margen de sus actividades en ese periodo. En Chihuahua, muchas de las organizaciones populares estaban bajo la poderosa influencia de Enríquez, y tenían viva la memoria de la guerra civil, por lo que se oponían a Villa. Esa oposición no era al parecer tan acusada en Durango, donde las defensas sociales, aunque pelearon con persistencia contra él, eran mucho menos numerosas y estaban menos entrenadas.

La entrevista de *El Universal* tuvo consecuencias sorprendentes. Once meses después, Adolfo de la Huerta se reunió con Villa en un compartimento de tren, entre Jiménez y Torreón, y le pidió que apoyara la candidatura de Calles. Además de Villa y De la Huerta, estuvieron presentes el comandante de las fuerzas federales en el norte, Eugenio Martínez, el secretario de Villa, Trillo y el subsecretario de Hacienda Luis L. León (que era también confidente de Calles). En un tono sumamente optimista, León le informó a Calles los resultados de esa reunión: “El general Villa insinuó una vez más la conveniencia de que lanzara su candidatura presidencial el señor De la Huerta, pero éste inmediatamente le argumentó en contra. Principió por recordarle que hacía más de un año que le había declarado terminantemente que no jugaría como candidato en las elecciones presidenciales”. De la Huerta insistió, según León, en que Calles era el candidato adecuado para el grupo revolucionario.

Le pintó la situación tan difícil en que se vería colocada la revolución si ustedes dos [De la Huerta y Calles], por cuestiones mezquinas y personalistas, se dividieran, dándole con esto el triunfo a la reacción; le explicó en qué

forma venían unidos usted y él, de manera que nada ni nadie podría separarlos, al grado de que mientras los revolucionarios estuvieran unidos, la revolución quedaba garantizada, y se felicitó de esa unión fraternal que existía entre usted y el señor De la Huerta, y de la cual le presentamos innumerables pruebas, tanto el señor De la Huerta como yo. Su palabra final fue: que ya no necesitaba que se le volviera a tocar el punto [...] El mismo general Villa nos recordó que en otro tiempo había sido buen amigo de usted, y que veía con gusto que, a pesar de todas las cosas que habían pasado, usted lo trataba muy bien [...] a nadie se nos escapa que [Villa] es un elemento de fuerza.

León decía que “a mi manera de ver el general Villa ha comprendido ya que su situación está vinculada a la nuestra; que por tal motivo, en su interés está sostener a la administración actual [...] Es más, lo creo un poco cansado como guerrillero, y con un intenso deseo de continuar disfrutando de la tranquilidad de que ahora goza”. Según el informante, un claro indicio de las intenciones pacíficas de Villa era que insistía en que el secretario de Hacienda De la Huerta construyera un ferrocarril que vinculara el centro del país con su hacienda y la región de Durango que la circundaba. Esa región, casi totalmente impenetrable, había sido refugio de Villa en sus tiempos de guerrillero. Pero la construcción del ferrocarril, razonaba León, le facilitaría al gobierno enviar tropas y haría mucho más difícil para cualquier guerrillero refugiarse allí. Para León, ésta era una prueba crucial de que Villa no tenía intención de levantarse contra el gobierno; además, “ya se siente algo aburguesado y no piensa mucho en nuevas aventuras rebeldes”. León concluía su informe sugiriéndole a Calles que se reuniera con Villa y lo invitara a su tren en el camino a Torreón.¹⁴¹

No está claro si se celebró esa reunión entre Calles y Villa, aunque informes sin confirmar sostienen que se reunieron, que el primero pidió el apoyo del segundo y que la respuesta fue ambigua. A la pregunta directa de Calles: “¿Puedo contar contigo?”, respondió: “Eso depende... Ya sabes, si estás con la justicia y con la mayoría del pueblo, sí. Si no, ¡pos no!”¹⁴² Aunque el relato puede ser apócrifo, no cabe duda de que Villa se opuso a la candidatura de Calles. Pero su conversación con De la Huerta tal vez lo convenció de que el antiguo presidente no era su hombre. Al parece se alió a continuación con otro candidato, uno de los pocos antiguos colaboradores que seguía viendo en Canutillo: Raúl Madero. Ya en 1921, los contactos entre Villa y Raúl Madero habían despertado las sospechas de los agentes del gobierno. Uno de ellos había informado a Obregón que Raúl Madero y uno de sus hermanos habían ido a ver

a Villa en Canutillo. “Lo que llamó la atención de los que supieron de ese viaje fue que los visitantes no fueron por tren, sino que atravesaron toda la región por caminos escondidos, en su coche.”¹⁴³

¿Tenían razón los conservadores que al parecer buscaban la colaboración con Villa al pensar que, en un giro de ciento ochenta grados, se había convertido en un aliado seguro? La historia de los frustrados intentos de los conservadores por seducir a Villa es larga. Lo habían ayudado a escapar de prisión en 1912, con la esperanza de que se volviera contra Madero. En lugar de eso, Villa se había reconciliado con el presidente. Habían albergado grandes esperanzas de que en 1914 devolvería las propiedades confiscadas a los terratenientes. En vez de eso, se alió con Zapata y siguió expropiando haciendas. A pesar de su reciente condición de hacendado, podemos dudar que en 1923 se hubiera vuelto un aliado más confiable para los conservadores. Había rechazado, en su entrevista con Hernández Llergo, dos pilares básicos de la política conservadora –el apoyo al clero y la postura proestadounidense–; había apoyado a los campesinos de Bosque de Aldama y había impedido la implementación del proyecto McQuatters; además, hay indicios de que tenía vínculos con las organizaciones populares de Durango, aunque, tal vez significativamente, no en Chihuahua.

Sin embargo, un aspecto de la política que había seguido en 1914 atrajo a los conservadores y seguía atrayéndoles en 1923. Su interés por las transformaciones sociales siempre se había centrado en su propia región. Siempre había estado dispuesto a permitir que los dirigentes regionales y locales de otras partes del país procedieran a su arbitrio. Los conservadores tal vez pensaban que, con Adolfo de la Huerta o con Raúl Madero como presidente, Villa les permitiría actuar a su gusto en el resto de México.

Aunque por una parte no es posible cancelar la posibilidad de que el creciente alejamiento entre Villa y grandes sectores del campesinado mexicano durante la sangrienta guerra de 1915-1920 y su transformación en un hacendado hubieran modificado su actitud y su filosofía social, por otra parece que ese distanciamiento se refería a la gente del campo de Chihuahua, pero no tanto a la de Durango, donde, una vez que hizo la paz con el gobierno, fue recibido como un héroe que vuelve de la guerra en los pueblos por los que pasó. Por tanto, si hubiera llegado a ser gobernador de Durango, es muy posible que hubiera revivido su antigua alianza con las fuerzas populares. Esa posibilidad vuelve problemática la hipótesis de un giro radical en sus ideas sociales.

Cualquiera que fuera la orientación política de Villa en las últimas semanas de su vida, no hay duda de que tanto Obregón como Calles tenían motivos para

considerarlo un gran peligro potencial. En la entrevista con Hernández Llergo, había dado a entender que se oponía a Calles y que al acabar el periodo de Obregón se proponía participar de nuevo en política para posiblemente buscar la gubernatura de Durango. La idea de que Villa pudiera controlar de nuevo uno de los estados más volátiles del norte, donde aún gozaba de gran popularidad, era anatema para ambos políticos. No tomaron a la ligera la velada amenaza de que se levantaría en armas si se adoptaba el plan de McQuatters ni su fanfarronada de que podía movilizar cuarenta mil hombres en cuarenta minutos. Aunque la frase era exagerada, había varios miles de hombres dispuestos a seguirlo a su primera llamada. El representante de Estados Unidos en México, Summerlin, consideraba a Villa una gran fuerza autónoma.

Las propiedades de Villa aparecían además hasta cierto punto como extraterritoriales respecto del actual gobierno. Estaban bajo el control de Villa y su propia escolta, fuertemente armada. Las ventajas para la conspiración política que tal situación ofrecía eran claramente percibidas. Muy recientemente se informó que había añadido a sus propiedades la hacienda de El Pueblito, cerca del pueblo de Ojinaga, sobre el Kansas City Railway, un importante punto estratégico.¹⁴⁴

Una encuesta de opinión de *El Universal* sobre las preferencias de sus lectores para el futuro presidente tal vez se sumó a los temores del gobierno. Los resultados se publicaron el 10 de julio de 1922. Entre los lectores, 142 872 votarían por el empresario Carlos B. Zetina; 139 965, por Adolfo de la Huerta; 84 129 por Calles, y 72 854 por Villa. En varios sentidos, esos datos debieron resultar extremadamente preocupantes para Obregón y para Calles. Indicaban que Calles muy bien podía salir derrotado en una elección general y libre. Sugerían que De la Huerta era más popular que Calles, y la fuerte preferencia por Zetina, un empresario y senador totalmente desconocido, que era el único de los posibles candidatos no identificado con la revolución, parecía delatar un amplio repudio a los dirigentes revolucionarios. Por otra parte, el buen lugar en que quedaba Villa entre los lectores del periódico, mayoritariamente de clase media e incluso alta, podía indicar que su popularidad no estaba restringida a las clases bajas.¹⁴⁵

En vista de la creciente oposición entre Pancho Villa y el gobierno, los observadores extranjeros, como Summerlin, no se sorprendieron cuando fue asesinado, el 20 de julio de 1923.

Muerte y supervivencia de Pancho Villa

EL ASESINATO

Entre 1910 y 1920, tres de los grandes líderes de la revolución mexicana – Madero, Zapata y Carranza– fueron asesinados. Por diferentes que fueran sus casos, los tres tuvieron un elemento en común: confiaron en la persona equivocada y ese error les costó la vida. Hasta el final, Madero siguió creyendo en la lealtad de Huerta; Zapata confió en Jesús Guajardo, un oficial carrancista que le prometió pasarse a su bando, y Carranza confió en las profesiones de lealtad de Rodolfo Herrero, que lo asesinó en el camino a Veracruz, en el pueblo de Tlaxcalantongo.

Villa, en cambio, desconfiaba de todo el mundo. Un día que Raúl Madero fue a visitarlo, los dos durmieron fuera de la casa principal, en su recorrido por la propiedad. Madero, que se había acostado cerca de Villa, descubrió al despertar que éste se había alejado para dormir solo en un lugar donde no podría encontrarlo.¹ Esa desconfianza universal se manifestaba en los más nimios detalles. En cierto momento, durante la visita de Hernández Llergo, el periodista quiso cederle el paso, como gesto de cortesía; Villa le dijo que jamás permitía que nadie caminara detrás de él. Sin embargo, a final de cuentas, el mismo exceso de confianza que había sido fatal para Madero, Zapata y Carranza le ganó la partida: en su caso, no fue el exceso de confianza en otra persona, sino en sí mismo y, tal vez, también en el gobierno, lo que lo llevó a la muerte.

Desde el día en que se estableció en Canutillo, el miedo a ser asesinado no dejó de perseguir a Villa. Pocas veces salió de la hacienda durante el primer año,

y siempre lo hizo acompañado por una escolta de cincuenta Dorados. Pero, conforme mejoraban sus relaciones con el gobierno de Obregón, su temor fue decreciendo. El presidente colaboró a ello cediendo a todas sus exigencias, enviándole constantemente cartas cordiales y mandándole como obsequio especial dos ametralladoras, prueba adicional de que el gobierno se interesaba en protegerlo contra cualquier ataque exterior.²

Su temor se concentró entonces en un individuo que tenía todas las razones del mundo, e incluso bastante justificación, para matarlo. Se trataba de Jesús Herrera, uno de los últimos miembros varones del clan que Villa había intentado exterminar con singular ferocidad. Como hijo menor de José de la Luz Herrera, Jesús decidió emplear su considerable riqueza en obtener venganza por cualquier medio. Durante más de un año se libró entre ambos una guerra secreta. Según Villa, Herrera había sobornado a muchos hombres para que lo mataran, pero todos ellos habían muerto antes de cumplir su misión: algunos, en un pleito de borrachos en un burdel; otros, como Primitivo Escárcega, “en manos de mis simpatizadores seguramente”.³ Tal vez le tocaba a Villa el turno de tomar la ofensiva. Jesús Herrera lo denunció violentamente por haber enviado a dos de sus antiguos subordinados, el general José García y el coronel Rosario Jiménez, con órdenes de matarlo. Pero los verdugos no lograron su objetivo, y fueron arrestados por el gobierno a pesar de las protestas de Villa de que los cargos contra ellos no tenían base legal.⁴

Villa optó por presionar al gobierno para que tomara medidas contra su enemigo. Hasta entonces, había procurado mantenerse fuera de la luz pública y manejaba todos sus problemas mediante discretas cartas al gobierno. Pero esta vez lanzó una campaña de prensa y envió una larga carta a *El Universal*, periódico con el que, al parecer, mantenía relaciones especialmente buenas, a juzgar por la entrevista que había concedido a los editores en Canutillo.

En esa carta, fechada el 19 de marzo de 1923, Villa decía que durante más de un año y medio Jesús Herrera había intentado asesinarlo. Nunca había protestado ni se había quejado formalmente de ello, “por relacionarse nada más con mi vida, ya que la existencia de un hombre retirado a la vida privada no significa nada aisladamente en relación con un número mayor de las demás”, pero que ahora se decidía a hablar “habiendo visto últimamente que algunos muchachos han perecido seducidos por el dinero de Jesús Herrera [...] para asesinar me, pienso en la conveniencia de que se eviten estas pérdidas de personas, que no deben ser”.

La muerte de los matones y el intento de asesinato a que se refiere habían tenido lugar poco tiempo antes. Durante una visita a la ciudad de Chihuahua, Gil Piñón, administrador de Canutillo y ocasional secretario, había recibido una advertencia de un amigo político, Alfredo Chávez, según el cual un grupo de hombres iba en camino a Canutillo para matar a Villa. Chávez sólo podía identificar a dos de ellos: uno era Pablo Escárcega y el otro, un hermano de los que fueron dos de los más leales generales villistas, Pablo y Martín López. Piñón avisó de inmediato a su jefe, y Villa puso en acción un doble operativo de contraataque. Salió con un grupo de hombres a buscar a los matones. Y, para el caso de que se le escaparan y logaran llegar a Parral, ordenó a varios miembros de su escolta que fueran allí y simularan estar borrachos, trataran de hacer amistad con ellos, los invitaran a un burdel y los mataran. La estrategia de Villa tuvo éxito. Casi todos los asesinos huyeron de regreso a Chihuahua, donde se enteraron de que Villa y sus hombres se acercaban, pero otros dos, entre ellos Primitivo Escárcega, probablemente el más osado, se fueron efectivamente a Parral, y allí los enviados de Villa cumplieron sus instrucciones.⁵

Atenógenes López escapó. A primera vista sorprende que el hermano de los dos lugartenientes más conocidos y más leales de Villa participara en un complot para matarlo. Atenógenes, el mayor de los hermanos, había tomado parte en la revuelta orozquista de 1912. Siguió oponiéndose a Villa pero emigró a Estados Unidos, para no combatir contra sus hermanos. La razón por la que, a su regreso a México, resolvió asesinar a Villa era que estaba convencido de que Martín López no había muerto a manos de los carrancistas, sino ejecutado por él. No hay pruebas que apoyen tal acusación.⁶

Este atentado enfureció a Villa, y el encarcelamiento de García y Jiménez todavía más. Su carta a *El Universal* rebosa de bilis. Herrera, según él, no sólo era un asesino potencial, sino un ladrón; se había hecho millonario a pesar de no haber participado nunca en la guerra: “Se concretó a aprovechar la sombra de sus hermanos para tomar los dineros de la nación”. Para terminar añadía: “Palabras francas y sinceras nacidas del fondo del alma son éstas. Yo, hombre de guerra en otras épocas, consagrado ahora por completo al trabajo activo y tranquilo de los campos, falto de garantías por la maledicencia de Herrera únicamente, pero las cuales garantías me las podría proporcionar fusilando a Herrera y éste sería el único responsable de lo que aconteciera”.⁷ Pedía a sus “hermanos de raza” que le impidieran a Herrera persistir en sus intentos de asesinarlo, pero no especificaba las medidas concretas que dichos hermanos debían tomar.

La furia que expresaba esa carta no era nada comparada con la de Jesús Herrera cuando replicó públicamente, unos días más tarde. En una carta que *El Universal* se negó a reproducir, pero que fue publicada por un periódico de Torreón dirigido por enemigos de Villa, negaba cualquier intención de matar a éste y decía que, si realmente quería tranquilidad de espíritu, el único lugar en que lo conseguiría sería un asilo de locos: “ese criminal ha perdido el juicio [...] todo el país está manchado con la sangre vertida por ese infame [...] cual fiera herida que brama de dolor y de rabia, busca ansioso a quien manchar con su inmunda baba”.⁸

En su carta, Villa había amenazado con ejecutar a Herrera, pero después de la publicidad que obtuvo el asunto y el arresto de los dos hombres que tal vez había enviado a matarlo, pensó que ese recurso no tendría éxito, por lo que apeló a Obregón y a Calles para que le pusieran freno a su enemigo.

En una larga carta que le envió a Obregón el 18 de abril de 1923, insistía en el aprecio que sentían por el presidente “los que nos encontramos por acá, dedicados por completo a las labores agrícolas, en un rinconcito del mundo”, y en que a pesar de que “estas cuestiones de afecto no acostumbro decirlas, ya sabe usted que en un caso dado, aquí a la retaguardia estoy a sus órdenes”. Llamaba la atención de Obregón sobre los constantes ataques –que él llamaba calumnias– de Herrera en la prensa de Torreón; le enviaba una copia de la carta mencionada, y añadía ominosamente: “conociendo como conoce mi carácter, los sacrificios que he hecho para soportar con toda prudencia las grandes inconsecuencias y faltas de Herrera, debiendo advertirle con toda atención, señor presidente, que he obrado así por el respeto y la estimación que tengo a ustedes y espero, pues, que como amigo busque usted la manera de poner término a este asunto”.⁹

Villa no dejaba el problema sólo en manos de Obregón: el mismo día, le escribió a Calles una carta de contenido semejante, excepto por ciertas diferencias sutiles. Encontramos las mismas profesiones de simpatía: “aquí, en este rinconcito del mundo en donde sólo se oye el ruido de los implementos de labranza, estamos pendientes de su persona, como lo hacen los buenos amigos y por consiguiente en la extrema retaguardia estamos a sus órdenes en caso necesario”, e insistía en que “desde el principio de la lucha revolucionaria de mil novecientos diez ha habido perfecto entendimiento y afinidad de ideas entre los dos”, cosa que difícilmente hubiera podido decirle a Obregón, en vista de las batallas de Celaya, León y Aguascalientes, para mencionar sólo algunos de los combates que libraron. Se quejaba de la prensa de Torreón que había publicado

las cartas de Herrera, “que contienen gravísimas ofensas y me lastiman hondamente, no respetando para ello Herrera ni a la sociedad ni a nadie”. También le pedía “como amigo [...] tenga la bondad de buscarle solución a este asunto para ponerle término”. Mencionaba que había escrito a Obregón con el mismo fin, ya que “como buenos revolucionarios, tenemos tanto ustedes como yo que tener afinidad en nuestras ideas, si es familia nacida al calor de los mismos ideales, y considerarnos mutuamente como saben hacerlo los que han tenido penas semejantes”.¹⁰

Obregón tardó más de lo habitual en contestar y sólo lo hizo el 9 de mayo, citando “el exceso de trabajo que he tenido en la presidencia”; elogiaba la prudencia de Villa y prometía buscar “algunas medidas discretas [...] que impidan nuevos y desagradables incidentes”.¹¹

Uno de esos caminos discretos le había sido sugerido de hecho varias semanas antes por la hermana de Jesús Herrera, hondamente preocupada porque Villa, que “quiere exterminar a toda mi familia”, matara a su hermano, “el único ser que vela por todos”. Le decía a Obregón que Herrera, alto funcionario del servicio aduanal, era demasiado orgulloso para pedir un traslado, pero ella estaba convencida de que aceptaría ir a Guadalajara u otra ciudad situada más al sur, donde estaría a salvo de las represalias o ataques de Villa.¹²

Obregón le envió una respuesta poco comprometedora, diciendo que consideraría la cuestión.¹³ No hay indicios de que Herrera fuera transferido, pero sus ataques públicos cesaron. Una razón pudo ser que Obregón contemplaba una solución muy diferente: el asesinato de Villa, tres meses después de las quejas de éste a Calles y a él.

A principios de julio, Villa decidió ir a Río Florido, un pueblo situado a cierta distancia de Canutillo, porque iba a ser padrino del hijo de un amigo. En el momento cúspide de la División del Norte, cuando parecía el hombre más poderoso de México, cientos de familias le habían pedido que apadrinara a sus hijos, cosa que a Villa le encantaba, por lo que solía acceder y obsequiar regalos a los niños. El bautizo debía combinarse con un viaje a Parral, donde visitaría a una de sus esposas, Manuela Casas, quien residía en un hotel de su propiedad, y donde tenía que arreglar algunos asuntos de negocios.

Aunque le llegaron rumores de que estaba en marcha alguna suerte de complot contra él, no los tomó muy en serio, ya que tales versiones eran el pan de cada día. Estaba en buenos términos con Obregón y Calles, y ellos parecían haber frenado a Herrera. Cuando su secretario Trillo señaló que era demasiado caro llevar consigo a toda su escolta de cincuenta hombres –como hizo siempre en las

contadas ocasiones en que salió de Canutillo durante su primer año allí—, Villa accedió a viajar en coche y llevar, aparte del chofer y de Trillo, a sólo los cuatro hombres de su escolta que cabían en el vehículo. Por lo demás, estaba enamorado de los automóviles y le encantaba ese medio de transporte. Pero no desatendió totalmente las advertencias que había oído: ordenó a Gil Piñón que situara a cuatro hombres fuertemente armados en las afueras de Parral, para esperarlo allí y asegurarse de que no había novedad en el camino a Canutillo. No se dio cuenta, cuando el 10 de julio atravesó Parral en dirección a Río Florido, de que en la esquina de las calles Benito Juárez y Gabino Barreda, varios rifles apuntaban hacia él desde las ventanas de un departamento. No dispararon porque, precisamente en el momento en que Villa llegaba al crucero, cientos de niños salían de la escuela vecina.

En la mañana del 20 de julio, tras pasar unos días en Parral y recoger un dinero, Villa decidió regresar a Canutillo. La víspera, telegrafió a Gil Piñón para pedirle que le enviara “tres quesos”.¹⁴ Era la clave para pedir tres miembros de su escolta que, según habían acordado cuando partió, le esperarían a las afueras de Parral. Se sentía completamente seguro en esa ciudad, que tenía una guarnición de varios cientos de soldados y cuyo comandante, Félix Lara, era un buen amigo. No sabía que, precisamente ese día, Lara y sus hombres habían salido de la ciudad hacia la vecina población de Maturana, para practicar el desfile militar que debía celebrarse el 16 de septiembre. De haberse enterado de esa circunstancia, tal vez habría sospechado algo. No sólo faltaba todavía mucho para el 16 de septiembre, sino que Maturana era el peor lugar para ensayar un desfile: las calles eran estrechas, irregulares y llenas de subidas y bajadas; no había sencillamente razón alguna para practicar el desfile en aquel pueblo.

Villa estaba de buen humor. Iba manejando él mismo el coche y bromeando con su secretario y sus guardaespaldas. Al llegar a la esquina de Juárez y Barreda, un hombre que estaba allí parado levantó la mano para saludar y gritó: “¡Viva Villa!”, el viejo grito de guerra de la División del Norte. Ignoraba Villa que el grito que tantas veces lo había saludado en la batalla esta vez anunciaba su muerte, porque el hombre había sido enviado por los asesinos para vigilarlo: su grito y la mano levantada eran una señal para que los que esperaban en el departamento abrieran fuego cuando el coche llegara al crucero y disminuyera la velocidad para dar vuelta. Villa recibió nueve balazos y murió instantáneamente; otro tanto ocurrió con Trillo, el chofer, y el asistente, Daniel Tamayo. Tres miembros de la escolta quedaron heridos. Rafael Medrano, herido en el brazo y la pierna, logró salir del coche y tirarse debajo de él, fingiéndose muerto, pero

poco después lo descubrieron y lo mataron. Otros dos escoltas, Ramón Contreras y Claro Hurtado, pudieron huir hacia un puente cercano. Aunque gravemente herido, Contreras sacó la pistola y logró matar a uno de los asesinos antes de escapar; resultó el único sobreviviente. Hurtado intentó bajar a la ribera del río, encontró la salida cerrada y fue muerto cuando regresaba. Más de cuarenta tiros alcanzaron el coche y, como los asesinos utilizaron balas expansivas, el efecto fue particularmente devastador. Tras asegurarse de que Villa estaba muerto, los asesinos se alejaron tranquilamente a caballo.

La primera noticia que tuvo Obregón de lo ocurrido fue el telegrama del jefe de la oficina de telégrafos de Parral, según el cual los miembros de su propia escolta habían matado a Villa.¹⁵ Pero Obregón se mostró muy escéptico.

Al Ejecutivo a mi cargo le parece muy extraña la versión de que hayan sido los mismos miembros de la escolta del general Villa los que lo asesinaron, pues si dichos miembros lo acompañaban desde que salió de Canutillo, resulta ilógico que hubieran esperado llegar a las goteras de la ciudad para cometer el asesinato, y si no lo acompañaban en el trayecto resulta muy extraño que se encontrara en Parral o en las afueras de dicha ciudad un núcleo de la misma escolta cuando el general estaba en Canutillo.¹⁶

Unas horas más tarde, Obregón pudo hacerse una idea mucho más clara de lo que había sucedido al recibir un telegrama del coronel Lara, jefe de la guarnición de Parral, que informaba que habían matado a Villa entre siete y nueve hombres, “al parecer todos rancheros, perfectamente armados con carabinas 30 especial y pistolas escuadra calibre 45, según lo demuestran cajas vacías encontradas en la citada casa”. El cable suscitaba dudas sobre la conducta del propio coronel Lara. Según él, “persecución individuos no fue posible hacerla como son deseos esa superioridad, así como míos, por carecer caballada para objeto”. Esta excusa era tan improbable que a cualquier observador le habría parecido ridícula: había gran cantidad de caballos en Parral y todo lo que Lara tenía que hacer era pedirlos prestados o requisarlos. En esa tesitura le respondió Obregón, expresando su asombro ante los pretextos aducidos ya que sólo habría necesitado de diez a quince caballos y que habría estado completamente justificado tomarlos de quien los tuviere.¹⁷ A pesar de la sospechosa conducta de Lara, no se le investigó ni se tomó acción alguna contra él.

Aunque Obregón fue notificado del crimen inmediatamente, el servicio telegráfico a Canutillo quedó interrumpido por seis horas. La gente de Villa sólo

recibió la noticia seis horas después. Esa interrupción pudo ser intencional, ya que Obregón, al enterarse del atentado, ordenó que el ejército ocupara sin tardanza la hacienda para evitar saqueos y para buscar en la correspondencia de Villa algún indicio sobre la identidad de sus asesinos.¹⁸ Pero la noticia del asesinato llegó a Canutillo antes que la tropa, por lo que parecía inminente que habría un sangriento combate entre los soldados federales y los villistas. Nicolás Fernández, que estaba en la hacienda visitando a su hijo enfermo, inmediatamente ordenó a los residentes que se armaran y dispararan contra cualquier extraño que tratara de entrar.¹⁹ Otro de los jefes de la guarnición villista en Canutillo, Alfredo Paz Gutiérrez, envió un telegrama urgente a Obregón: “Sabemos que viene de Parral un piquete de cincuenta hombres para prestar garantías a los intereses de esta hacienda. Suplicámosle librar sus órdenes a fin de que dicho resguardo se detenga en Rosario, Durango, en vista de que con la escolta y demás gente perteneciente a las colonias podremos resguardar dichos intereses”. Explicaba que ya había igualmente comunicado las noticias a los jefes de las colonias cercanas, para que tomaran también precauciones.

Sin duda Obregón ordenó la ocupación de Canutillo para impedir un levantamiento villista. Pero el telegrama de Alfredo Paz Gutiérrez le hizo ver que, justamente, la ocupación podía muy bien provocar un alzamiento.²⁰ Trató de calmar a los residentes de la hacienda diciendo que las tropas sólo iban a mantener la ley y el orden, que se respetarían todas las condiciones reinantes y se les darían plenas garantías.²¹ Pero ningún soldado entró en Canutillo. Se produjo una situación de tensa tregua entre el ejército y los villistas, y la tropa se quedó en Rosario aunque con órdenes de ocupar la hacienda.

Tres días después, el equilibrio se rompió cuando Hipólito Villa le telegrafió a Obregón: “Ayer tarde arribé esta hacienda para ponerme al frente de los negocios e intereses de mi finado hermano y desde luego me tiene a sus respetables órdenes”; agradecía también las condolencias que le había enviado el presidente. Este telegrama le aseguraba a Obregón que alguien tenía el control de los villistas, y probablemente las protestas de lealtad disiparon su temor de que se produjera un alzamiento. Sin embargo, esperó diez días más, hasta el 2 de agosto, para levantar la orden dada a sus tropas. Telegrafió al comandante de las tropas federales en el norte, el general Martínez, que la llegada de Hipólito parecía garantizar la ley y el orden en Canutillo, y que la ocupación de ésta podría parecerles a los jefes villistas una “falta de confianza por parte de gobierno federal”.²²

Villa fue enterrado al día siguiente de su muerte, el sábado 21 de julio de 1923. No fue exactamente el tipo de funeral que él hubiera deseado, aunque le hubiera complacido el espectáculo de los miles de habitantes de Parral que siguieron su ataúd, conducido en un carruaje tirado por dos caballos negros, hasta el cementerio de Parral. También le hubieran agradado la guardia militar y la banda que le presentaron los honores correspondientes a un general de división. Y hubiera aprobado la identidad y las palabras del hombre que hizo el discurso final en la ceremonia: el profesor Coello, director de la escuela de Canutillo, quien se dirigió directamente al general Eugenio Martínez y le dijo que su uniforme y sus galones estaban “manchados con la sangre de esta víctima cuyo asesinato tiene perfiles políticos, y usted no cumplirá ni como hombre, ni como militar, ni como compadre del general Villa si no hace las aclaraciones necesarias caiga quien caiga”.²³ En cambio, sin duda le hubiera repugnado el miserable regateo que tuvo lugar entre los médicos que embalsamaron su cuerpo y el representante del gobierno, Eugenio Martínez, en torno a los honorarios que aquéllos debían cobrar. En un telegrama dirigido al presidente, Martínez decía que la tarifa de tres mil pesos era “un poco elevada la cantidad que cobran [...] manifestado que este cobro era en virtud del excesivo trabajo que tuvieron [...] pues presentaban entre los dos cadáveres [el de Villa y el de Trillo] diecisiete heridas”.²⁴

También le hubiera molestado profundamente el gesto de odio que tuvo Enríquez, al negar el permiso para que el cuerpo fuera enterrado en el túmulo que Villa había erigido para sí mismo pocos años antes, en la ciudad de Chihuahua, alegando que el cementerio llevaba años cerrado y que la parcela en que se hallaba la tumba pertenecía a otra persona.²⁵ También le hubiera entristecido ver que no estaba presente ninguno de sus hombres ni las personas más cercanas a él; todos se habían quedado atrincherados en Canutillo, con las armas dispuestas, esperando la invasión de las tropas del gobierno.

PANCHO VILLA Y LA PRENSA MUNDIAL

Otra cosa que sin duda le hubiera gustado a Villa era el enorme eco que despertó su muerte en la prensa del mundo entero. Aunque en general los periódicos británicos lo condenaban –el asesinato de Benton estuvo muy presente en sus editoriales–, el tenor de los comentarios de la prensa estadounidense era, sorprendentemente, más variado, a pesar del ataque a Columbus. “[Villa] ha llevado mucho tiempo el estigma del bandido”, decía el *New York Times*,

pero en realidad, aun analfabeto e indisciplinado, fue uno de los hombres fuertes de México. En cierta forma, a pesar de sus excesos, su falta de respeto a la ley, sus crímenes y atropellos, fue un ejemplo conmovedor de talentos desperdiciados por falta de educación elemental. Un Villa instruido hubiera podido ser presidente de la república [...]

Francisco Villa nunca fue tan negro como lo pintaban, ni se le dio crédito por sus capacidades de un orden superior ni por su perruna fidelidad a Madero en cuya integridad creyó sin vacilaciones. Durante largo tiempo le fue leal a Carranza, pero cuando descubrió que tenía los pies de barro, se produjo una brecha que nadie pudo reparar. Ni siquiera Obregón, que veía las cosas más claramente que Villa, pudo soportar a Carranza, y lo derrocó por el bien de México. [...] John Reed supo ver la humanidad y el humor del hombre, su simpatía por los peones, su sencillez, la pugna de su nublado intelecto con los problemas económicos y de estado [...] Alimentó a poblaciones hambrientas con el tren de abastos suplementario que acompañaba siempre a su ejército [...] Una vez dicho lo peor sobre Francisco Villa, una vez que se han probado sus crímenes y se ha pasado revista a sus vicios, cabe la reflexión de que en un México progresista e ilustrado pudo haber sido un útil siervo del estado.²⁶

El *Newark and Evening News* escribió:

Es imposible aplicarle los criterios de la vida civilizada. Vivió en un ambiente de violencia. Lo guiaban sus instintos: a menudo instintos apasionados aunque entremezclados con instintos justicieros. Pertenecía a la imagen del México analfabeto, subdesarrollado, que se debatía tratando de escapar del dominio oligárquico de los científicos y de las opresiones y la explotación de los poderosos. Lo que hubiera podido llegar a ser en un país civilizado sigue siendo una incógnita: tal vez más grande, tal vez nada.²⁷

El *Louisville Courier-Journal* decía: “El espíritu de Pancho, según cualquier sistema creíble de teología pagana, habrá sido transportado al Valhalla sin duda reservado a aquellos elegidos del mundo que viven y mueren con las botas puestas”.²⁸

“No era solamente un equivocado”, comentaba el *Lincoln Star*. “Sus simpatías estuvieron siempre con la clase de los peones de México, víctimas de una opresión tan terrible que desafía al lenguaje.”

Otros eran menos favorables. “Podemos por lo menos decir que merece el ingreso al Valhalla de los héroes pintorescos que han hecho al mundo reír a la

vez que lo hacían sufrir”, decía el *Albany Knickerbocker Press*. “Villa, desde el punto de vista estrictamente práctico, nunca fue nada mejor que un ladrón de caballos y de ganado, y un galán de las damas, semisentimental, semisanguinario. Sonreía casi todo el tiempo y cuanto más ampliamente sonreía más peligroso era.”

“No era un estadista ni un hombre de gran inteligencia”, sostenía el *Danville Bee*, “pero vivió una vida osada, novelesca y llena de aventuras, y estas tres cualidades se combinaron para ganarle un lugar duradero en la historia de México.” En la medida en que era un “carnicero” por su oficio y un pistolero por elección, el *Pittsburgh Gazette Times* consideraba que había tenido “un destino justo”, a lo que el *New York World* añadía: “Dotado de extraordinarios talentos innatos, se entregó con determinación a su meta, propia de un auténtico villano. No era tarea fácil y sin embargo la cumplió magníficamente. Para coronar su inconcebible villanía, no amaba a las mujeres, ni el tabaco, ni el vino: la de Villa era villanía por amor al arte”.²⁹

Las reacciones de los periódicos mexicanos fueron más variadas y extremas que las de la prensa estadounidense. Algunos diarios opuestos a Villa empleaban un tipo de cruda terminología que los estadounidenses nunca hubieran utilizado. Por otra parte, existía una admiración por él que superaba cualquier tratamiento favorable que pudiera dársele al norte de la frontera. Finalmente, había en la prensa mexicana un elemento que estaba completamente ausente en Estados Unidos: personas que por lo demás no lo querían lo admiraban por haber atacado y desafiado al “Coloso del Norte”.

Para *Omega*, periódico opuesto a todo el movimiento revolucionario, Villa era “un gorila”, un “troglodita” comparable a Emiliano Zapata, “el bandido suriano, tan asesino, tan ladrón, tan culpable como Francisco Villa”, y mencionaba “la vida de ese desventurado, cuya degeneración es una mancha más para el caudillaje revolucionario”.³⁰

Para *Excélsior*, la muerte de Villa significaba “la desaparición de un peligro para esta paz, que con tan poco brillo ha asegurado el poder público”.³¹

Y sin embargo, a pesar de estos adjetivos, la mayoría de los diarios mexicanos expresaban algún tipo de admiración hacia Villa. Incluso *Omega*, que tan profundamente rechazaba la revolución y decía que llamar general a Villa era insultar al título,³² sostenía de pronto que “valía más que muchas grandes figuras políticas actuales” y apuntaba “el lado bueno de ese hombre” que era el de “la lealtad y la gratitud”.³³

El Universal opinaba que Villa, “cualquiera que sea el valor que la posteridad le confiera, fue un hombre que en ciertos momentos concentró un núcleo formidable de fuerza y simpatía populares; un hombre que, de una manera torcida, sin duda, de una forma accidental, si se desea, pero de un modo real, encarnó una porción de la voluntad nacional”. Los editores llegaban a la conclusión de que “México [...] ha sido conocido en los últimos diez años por... el general Villa [...] Pongamos un caso: X, es un individuo ignorante, trabajador y poco curioso, quien toda la vida se la ha pasado en Alaska. ¿Creéis, por ventura, que X hubiera tenido conocimiento de la existencia de México sin el general Villa? Mucho me temo que no”.³⁴

Tras haber hablado de los horribles crímenes de Villa y haberlo acusado de que “mataba por el placer de matar”, *Excelsior* decía: “nadie más que él ha burlado a la potencia vecina, ni nadie se ha atrevido a tanto contra ella”.³⁵

Otros eran claros y abiertos admiradores del difunto. *El Demócrata* elogiaba que “sin saber casi leer, hizo más, pero muchísimo más, que tantos sabios y próceres de los gobiernos; protegió de una manera eficaz y decidida la educación pública; sólo este título bastaría para que sus gratuitos enemigos meditaran la inquina de sus diatribas”.³⁶

Las opiniones de *El Demócrata* contrastaban tajantemente con otros muchos periódicos. “Para los humildes que se debatían bajo el látigo esclavista, Villa era un vengador; para quienes eran despojados por el amo, Villa era la justicia; para aquéllos cuya sangre hervía aún por el ultraje del 47, Villa era el alma de México frente a Pershing; para quienes especulan con la tierra y con la sangre, Villa era un bandido y un monstruo.”³⁷

La idea popular de Villa y su asesinato era mucho menos ambigua que la de la prensa y claramente se expresaba en numerosos corridos escritos con ocasión de su asesinato.

Pobre Pancho Villa,
fue muy triste su destino:
morir en una emboscada
y a la mitad del camino.
Ay, México está de luto,
tiene una gran pesadilla,
pues mataron en Parral
al valiente Pancho Villa.

Otro corridista escribió, en vena similar:

Despedida no les doy.
La angustia es muy sencilla:
la falta que hace a mi patria
el señor Francisco Villa.

Políticos traidores de instintos tan venales
que a Villa le temían por su gran corazón
y crearon en conjunto sus planes criminales
que sirven de vergüenza a toda la nación.

Adiós general Villa
gran héroe entre los héroes,
el bardo que te quiso,
no te olvidará jamás.
Descansa entre los muertos,
el mundo de otros seres.
Y sea en gloria que goces
por siempre eterna paz.³⁸

LOS ASESINOS

“Según *El Universal*, Gandarilla, secretario de la Cámara de Diputados, declaró: ‘En todas las bocas está la pregunta: ¿Quién mató a Villa?’, y la Cámara respondió espontáneamente: ‘¡Calles!’”³⁹

Los observadores extranjeros coincidían en esa conclusión. “El general Calles tenía, en ese momento, todos los motivos tradicionales para un asesinato político mexicano”, escribía el encargado estadounidense Summerlin. Y añadía: “el representante de los intereses británicos en México, que tiene una larga experiencia en la política mexicana y muchas relaciones personales tanto con Villa como con Calles, es confidencialmente de la opinión de que el responsable de la muerte es este último. Ese punto de vista es al parecer el que sostienen más o menos sólidamente muchos hombres responsables de aquí que no están relacionados en forma alguna con el gobierno mexicano”.⁴⁰ Los observadores extranjeros no pensaban que Obregón estuviera involucrado de ninguna manera en el asesinato. “Existe además una fuerte creencia entre los observadores”,

decía Summerlin al secretario de Estado, “de que, sea cual fuere la medida en que Calles haya participado en el asesinato, lo hizo sin la connivencia de su jefe. La actitud pública del general Obregón ha sido de dolorida sorpresa ante esta ruptura violenta del orden público.”⁴¹

Inmediatamente después el asesinato, Obregón declaró a la prensa: “Es un signo degradante que los odios y los rencores personales de cualquier tipo aún se ventilen en la violencia y la traición. Villa confiaba en la protección de las autoridades del país y por esa razón el gobierno llevará a cabo una investigación en profundidad de los hechos e intentará aprehender a los culpables”.⁴²

En cartas privadas a los dos hombres de quienes muchos sospechaban que habían tenido que ver con el asesinato, Obregón subrayaba que su gobierno no tenía razones para matar a Villa, no había participado en el hecho y lo condenaba vigorosamente. “Los enemigos del gobierno han querido despertar suspicacias que fundadamente supongo no prosperarán, ya que la actual administración, en el periodo trascurrido, no ha ejecutado un solo acto que conceda a nadie el derecho de suponerlo capaz de maquinaciones macabras, y menos cuando el general Villa, en los últimos meses, dio tan repetidas muestras al gobierno de su lealtad y de su satisfacción por las atenciones que el mismo gobierno le guardaba.”⁴³ En una carta similar al gobernador de Durango, Obregón decía que ya cuando era secretario de Guerra de Carranza se había opuesto al decreto en que éste puso precio a la cabeza de Villa.⁴⁴

Las protestas de inocencia de Obregón se volvieron menos convincentes cuando presentó su informe un comité de la Cámara de Diputados enviado a investigar el atentado, el cual decía que el asesinato era de naturaleza política y que las autoridades locales estaban involucradas de alguna manera. Señalaba que el día del asesinato toda la guarnición de Parral había salido de la ciudad hacia Maturana, cuyo terreno era aún menos adecuado para sus prácticas. Indicaba que, en los primeros cuarenta y cinco minutos después del crimen, no se había emprendido ninguna persecución de los asesinos y, por razones inexplicables, se había interrumpido el telégrafo con Canutillo. La guardia de corps de Villa se hubiera lanzado de inmediato en persecución de los criminales, pero las noticias tardaron seis horas en llegar hasta ella.

Lo que más impresionaba al comité era que los asesinos estaban completamente tranquilos y relajados, y no manifestaron la menor prisa en abandonar la escena del crimen:

Se comprobó [...] que sacaron un abrigo que llevaba el coronel Trillo; que se dirigieron en seguida a la esquina llamada “La Bajadita”, como a cincuenta metros del lugar de los sucesos; que su marcha no tenía ni la más ligera precipitación; que encendieron tranquilamente algunos cigarrillos; que reían a carcajadas; que tomaron con toda calma sus caballos; que salieron paso a paso sin precipitación de ningún género, que cuando iban por una loma próxima al río y todavía en poblado, fueron vistos por un barbero de la localidad que se dirigía a su trabajo y el cual barbero informó que la marcha de los asesinos se hacía sin precipitación alguna, diciéndoles los mismos a uno de sus compañeros que marchaba adelante: “Que no había a quién tenerle miedo, que no corriera”.⁴⁵

Los miembros del comité señalaban también que ni las autoridades militares ni el juez local les habían servido para nada, sino que habían tratado de estorbar la indagación de todas las maneras posibles.

El informe no implicaba directamente a Obregón. De hecho, el diputado Gandarilla, secretario de la Cámara que encabezó el comité, le escribió que en su opinión él no estaba involucrado.⁴⁶ Sin embargo, la opinión pública sospechaba del gobierno porque los oficiales militares locales estaban directamente subordinados a las autoridades federales, y esas sospechas se ahondaron al ver que nada se hacía contra ninguno de los civiles o militares de Parral.

Dos semanas y media después del asesinato, llegó cierto alivio tanto para Obregón como para Calles bajo la forma de una carta de Jesús Salas Barraza, diputado de la legislatura estatal de Durango, que decía que él había organizado y llevado a cabo el crimen, y que ninguna autoridad gubernamental ni ningún político había tenido nada que ver. Salas Barraza nunca había combatido contra Villa; ni él ni sus familiares habían sido víctimas suyas. La razón por la que supuestamente había asesinado a esa “alma sanguinaria nacida para el mal”, esa “víbora cobarde y cruel” era que habían muerto a sus manos innumerables habitantes del distrito que él representaba, El Oro. Salas Barraza señalaba especialmente la destrucción de una planta eléctrica en Magistral, que dejó a miles de familias sin trabajo, y el asesinato de uno de los empleados, Catarino Shmidt, “a quien quería yo como a un hermano”. El diputado se consideraba vengador de miles de víctimas de Villa, y sostenía que sólo había prestado oídos a la voz de su conciencia, hasta el punto de no atender a “las consecuencias que para sus pobres hijos podrá este acto acarrear”. Si confesaba era para “salvar el buen nombre del gobierno que nos rige actualmente, y evitar que caigan

sospechas expresadas sobre algunos funcionarios públicos, a quienes de una manera ligera ha señalado [la] prensa como directores intelectuales de este asunto”.⁴⁷

“Enterado con verdadera satisfacción por tu atento mensaje ayer”, le escribió Calles a Obregón, “conocerse ya el autor del asesinato de Villa y acompañantes. Éste será el mejor castigo que reciban todos aquellos que con tanta mala fe trataron de mezclar a tu gobierno.”⁴⁸

Para la oposición parlamentaria y grandes sectores de la opinión pública, que Salas Barraza confesara voluntariamente el crimen con el solo propósito de salvar el prestigio del gobierno resultaba demasiado increíble. La desconfianza se vio reforzada cuando, un día después de que se publicó la confesión, el diputado de oposición Gandarilla leyó una carta anónima según la cual, después del asesinato, Salas Barraza se había reunido tanto con el gobernador de Durango, Jesús Agustín Castro, como con el viejo enemigo de Villa, Calles.

Salas Barraza declaró de nuevo y vigorosamente que él y sólo él era responsable del asesinato.⁴⁹

Obregón no se apresuró a ocuparse del asesino. Envio a Nuevo León a un alto funcionario, el general Paulino Navarro, con instrucciones de vigilar a Salas Barraza, pero sin actuar. El 8 de agosto, Navarro sugirió que el asesino de Villa fuera arrestado, pero Obregón se opuso.

No podemos proceder a la aprehensión del coronel Salas por ser diputado y protestaría la legislatura de Durango y asunto tomaría mayores proporciones. Procure usted vigilarlo constantemente y sólo en el caso que intente atravesar la línea divisoria deténgalo usted y avise telegráficamente. Rinda parte cada seis horas si es preciso. He ordenado la movilización violenta de un Regimiento y un Batallón a Durango y sería imprudente proceder antes de que estas corporaciones se encuentren en aquella plaza.⁵⁰

Al día siguiente, Obregón ordenó sorpresivamente a Navarro que suspendiera su misión y volviera inmediatamente a la ciudad de México a esperar nuevas instrucciones.⁵¹ Pocas horas después, Obregón canceló su anterior mensaje, le pidió a Navarro que arrestara a Salas Barraza inmediatamente y le advirtió que no debía “acatar ninguna orden que no parta de este ejecutivo”.⁵²

El repentino cambio de opinión de Obregón pudo deberse en parte al temor de que el asesino de Villa cruzara la frontera a Estados Unidos, que tal vez no habría querido extraditarlo. El gobierno sería entonces acusado de haberle

permitido escapar. También pudo existir otra razón: Obregón temía que los villistas tomaran el asunto por su cuenta. Un diputado cercano a ellos, Manuel Azueta, lo había estado presionando. El 10 de agosto, sin saber que Salas Barraza ya había sido arrestado, Azueta sugirió que él mismo lo detendría.⁵³

A los pocos días, el asesino confeso fue enviado a Chihuahua donde, el 13 de septiembre, fue sentenciado a veinte años de prisión. Pero sólo tres meses después, en diciembre, el gobernador Enríquez lo indultó y lo puso en libertad. Nadie más fue nunca acusado ni detenido por el asesinato de Villa.

En diciembre de 1923, De la Huerta y sus partidarios se levantaron contra el gobierno de Obregón. Pronto se les unió Hipólito Villa⁵⁴ con parte de la gente de Canutillo. Tras su derrota, la situación cambió completamente. La oposición desapareció de la Cámara de Diputados, los villistas quedaron desacreditados por su participación y el asesinato de Villa dejó de ser un asunto de actualidad política. El propio Villa dejó de existir para el México oficial.

Sólo unos años después, cuando ya no estaban en el poder ni Obregón ni Calles, los historiadores y periodistas mexicanos empezaron a buscar y a encontrar nuevas claves de la identidad de los asesinos y de sus posibles vínculos con el gobierno. El primer resultado fue la identificación de otros culpables. Aunque Salas Barraza había participado en efecto, no era en absoluto el único organizador: otro autor intelectual había sido Melitón Lozoya, cuyos graves motivos para matar a Villa no databan de la revolución, sino del periodo posrevolucionario. Lozoya había sido administrador de la hacienda de Canutillo cuando ésta era propiedad de la familia Jurado. En ese tiempo, el hombre vendió gran parte de la hacienda en su propio beneficio, diciendo que lo hacía con la plena autorización de la familia. Cuando Villa tuvo conocimiento de esas transacciones, lo amenazó con no especificadas represalias si no devolvía lo que había tomado o pagaba su equivalente en dinero. Entonces Lozoya decidió que la única manera de seguir vivo era matar a Villa. En un pequeño rancho llamado La Cochinera, reclutó a otros ocho hombres, muchos de los cuales tenían agravios personales contra el caudillo. A continuación, alquilaron la casa desde la cual se hicieron los disparos. Se les unió Salas Barraza, que se había enterado del plan por un pariente. Hasta su muerte, tanto Lozoya como Salas Barraza sostuvieron que habían actuado solos, sin ninguna ayuda, apoyo o connivencia del gobierno mexicano.⁵⁵

Pero otros datos recogidos por los investigadores contradicen esas afirmaciones e incriminan a Obregón y a Calles.

La primera pieza probatoria es que Salas Barraza mantenía estrecha relación con dos funcionarios de Obregón que le ayudaron a redactar su confesión: Abraham Carmona, jefe del departamento de Artillería de la Secretaría de la Defensa, y Juan Serrano, que dirigía la oficina de telégrafos de Torreón. Fue el propio Carmona quien entregó la confesión a Obregón, cuya reacción consistió en decir de Salas Barraza: “nuestro amigo tiene un gran corazón”.⁵⁶

Esos vínculos entre los funcionarios y el asesino confeso no acusan por sí mismos ni a Obregón ni a Calles, pero una conversación que tuvo el reportero Justino Palomares con Félix Lara, el comandante de la guarnición de Parral que se abstuvo de perseguir a los asesinos, sí implica directamente a Calles. “Unos meses antes [del asesinato] fui llamado a México por el general Calles, quien en sus instrucciones me dijo de la conveniencia de eliminar al nuevo Cincinato de Canutillo, pues era un peligro para todo el país, máxime cuando sabía que era poseedor de una gran cantidad de armas, las que podría utilizar en cualquier momento.” Lara contó que, tras regresar a Parral, se puso en contacto con algunos de los destacados enemigos de Villa, a los que añadió algunos oficiales de su guarnición diestros en disparar. Después del asesinato, los alojó en su cuartel, mientras decía públicamente que había mandado tropas en su persecución.⁵⁷ De otra fuente supo Palomares que Lara había recibido cincuenta mil pesos por organizar el atentado y había sido promovido al rango de general.⁵⁸

Esa declaración de Lara colocaba la responsabilidad directamente sobre los hombros de Calles, pero no implicaba a Obregón. Sin embargo, años después de su muerte, su complicidad quedó insinuada en nuevas entrevistas que concedió a los investigadores su antiguo subsecretario de Gobernación, Gilberto Valenzuela. En la primera, dijo que Paulino Navarro, el agente de Obregón que finalmente arrestó a Salas Barraza, halló al revisar el cuarto de hotel de éste en Monterrey documentos que incriminaban tanto a Jesús Herrera como a Calles. Cuando Navarro se los presentó a Obregón, éste le dijo: “No quiero ver esos documentos; haga usted de ellos el uso que la ley manda”. Completamente desorientado, Navarro regresó a su oficina con los papeles. El mismo día, un hombre que nunca se identificó acudió a verlo y le sugirió que quemara los documentos; Navarro accedió y se los entregó al anónimo personaje, que presumiblemente los destruyó.⁵⁹

Este episodio complica a Obregón en el encubrimiento, aunque no necesariamente en el asesinato. Pero en otras entrevistas con un investigador

estadounidense, Valenzuela fue más franco: dijo que había tenido que renunciar a su cargo por estar el gobierno involucrado en el asesinato.⁶⁰

La acusación más grave contra Obregón la hizo su antiguo enemigo, Adolfo de la Huerta, en una conversación con el hijo adoptivo de Villa y administrador de Canutillo, Francisco Gil Piñón. Según De la Huerta, Gabriel Chávez, rico comerciante de Parral y enemigo personal de Villa, había ido con Jesús Herrera a la ciudad de México para ofrecerle al gobierno matar a Villa si se les garantizaba la impunidad. Calles y quien sería su secretario de Guerra, Joaquín Amaro, uno de los generales que habían combatido a Villa sin éxito en Chihuahua, estaban completamente de acuerdo, pero Obregón vacilaba. Insistía en que Villa había cumplido el pacto de no participar en política y en que, si se actuaba contra él, que fuera en batalla a campo abierto y no a través del asesinato. Ante los apremios de Calles y Amaro, Obregón finalmente accedió, pero les dijo que debían encargarse de todos los preparativos y que su gobierno no debía verse involucrado en modo alguno.⁶¹ Sin embargo, Adolfo de la Huerta no era un testigo imparcial porque tenía muchos motivos para odiar tanto a Obregón como a Calles.

Aunque todos los anteriores datos son muy verosímiles, se basan solamente en testimonios orales. La “pistola humeante”, los indicios documentales que verdaderamente implican al gobierno en el asesinato de Villa, sólo han salido a la luz recientemente, cuando llegaron a ser accesibles los archivos de la Secretaría de Gobernación de México y los papeles de Calles y Joaquín Amaro, y cuando los expedientes tanto del FBI como de la inteligencia militar estadounidense fueron desclasificados. Ahora es posible una clara reconstrucción del asesinato y del papel desempeñado por los políticos más destacados, aunque subsisten algunas incógnitas.

Cuatro semanas después del asesinato, un agente del Buró de Investigación estadounidense informó: “Diversas fuentes, en íntimo contacto con los asuntos mexicanos, expresan la opinión de que Villa fue asesinado por orden de P. Elías Calles; que la confesión de Salas Barraza fue preparada para consumo del público por su autor y por Calles; que Salas Barraza no será castigado por el gobierno y tal vez no sea siquiera juzgado, y que recibirá la recompensa pendiente”.⁶² Tanto los subsecuentes acontecimientos como los papeles de los funcionarios mexicanos confirman en gran parte esa apreciación. El Buró de Investigación sólo se equivocó en su predicción de que Salas Barraza no sería juzgado, y tal vez ignoraba que estaban implicados algunos funcionarios de rango inferior al de Calles. El funcionario más íntimamente vinculado al

asesinato fue el general Joaquín Amaro. Había luchado en varias ocasiones contra Villa, tanto en 1914-1915 como en 1920, cuando comandaba fuerzas del gobierno en Chihuahua. En julio de 1923, encabezaba dichas tropas en el estado nororiental de Nuevo León. Otro funcionario que al parecer desempeñó un papel importante fue un segundo general, Jesús Agustín Castro, que también había combatido contra Villa en Chihuahua y era ahora gobernador del estado de Durango.

El 7 de julio de 1923, varias semanas antes del atentado, Salas Barraza le escribió una carta a Joaquín Amaro, “respetable general y fino amigo”, en que le comunicaba sus planes de matar a Villa y los justificaba alegando que éste planeaba otro levantamiento; como prueba, citaba el hecho de que lo visitaban constantemente hombres desafectos al gobierno como Antonio Villarreal, Raúl Madero, Llorente, Díaz Lombardo y otros. Además, decía que el gobierno gastaba en Villa enormes sumas de dinero; daba como ejemplo una cantidad mensual de diez mil pesos y una indemnización de doscientos mil por las carnicerías que Villa había perdido en la revolución.

Salas Barraza le pedía claramente a Amaro algún tipo de compensación monetaria, porque su situación financiera era muy mala, y que el general auxiliara a su familia si algo le ocurría. La carta estaba escrita desde Parral y añadía: “he encontrado [...] un grupo de amigos todos conscientes de sus deberes, honrados y con una posesión social [sic] nada despreciable, quienes me han confiado la dirección en compañía con ellos ponerle fin al latrofacioso Francisco Villa”. Pedía: “llegado el caso se sirva impartirme su valiosa influencia ante el mismo gobierno, pues no quiero que bajo ningún concepto se me vaya a juzgar como un asesino dado que he cumplido con un deber de ciudadano honrado [sic], quitando del camino este elemento que más tarde podrá ser la desgracia completa de nuestra patria”.⁶³

Esa carta probablemente no era la primera comunicación entre los dos hombres en relación con el planeado asesinato. Cinco días antes, el 2 de julio, un hermano de Salas Barraza había entregado al general Amaro una carta confidencial, que al parecer contenía la misma propuesta pero en forma anónima. Es obvio que, antes de prometer oficialmente matar a Villa, Salas Barraza quería algún tipo de seguridad de que Amaro lo protegería. Puede decirse, como mínimo, que Amaro no intentó detenerlo. De hecho, al parecer informó a Calles, dado que una copia de la carta sin firma, con el destinatario eliminado, se encuentra en el archivo Calles.

Otros documentos revelan la clara complicidad de Castro, el gobernador de Durango. Según un informe de los agentes del Buró de Investigación, Salas Barraza se reportó primero al gobernador, inmediatamente después del crimen, y luego a Calles, en su hacienda de Soledad de Mota.⁶⁴ Ese informe del Buró de Investigación confirma la carta anónima que el diputado Gandarilla citó en la Cámara. La fuente del Buró de Investigación fue Paulino Navarro, el hombre del servicio secreto enviado por Obregón a arrestar a Salas Barraza. El hecho de que tanto Castro como Calles estuvieran implicados en el informe pudo ser la razón por la que Obregón se negó a verlo y envió a un ayudante a convencer a Navarro de que lo quemara.⁶⁵

Dos cartas de firma ilegible, que fueron enviadas a Obregón y guardadas bajo llave durante muchos años en el archivo de Fernando Torreblanca, el secretario de Calles, también incriminan a Castro. La primera, escrita el mismo 29 de julio, una semana antes de que Salas Barraza enviara su confesión a Obregón, decía que los testigos habían identificado a Salas Barraza, a un asistente del gobernador Castro y al chofer de este último como participantes en el asesinato.⁶⁶ Dado que en esa carta se identificaba correctamente al hombre que sólo una semana después confesaría públicamente su participación, si realmente Obregón hubiera estado interesado en detener a los asesinos, por lo menos habría tratado de interrogar a los otros dos culpables señalados. Pero no lo hizo, ni le reveló jamás a nadie la existencia de esta carta. Amargados por la falta de voluntad del gobierno, los autores de la denuncia escribieron de nuevo a Obregón el 22 de agosto dándole más detalles. Identificaban a otros dos hombres que trabajaban para Castro: un coronel Soto y un hombre llamado Facdoa. Los autores decían que ellos, junto con Salas Barraza, el chofer y el asistente de Castro, se sentían tan seguros la noche del asesinato, que se anduvieron emborrachando en las cantinas de Parral, presumiendo abiertamente de su papel en el atentado y proclamando que tenían la más total inmunidad y no se les podía tocar. Los anónimos corresponsales acusaban a Castro de haber pagado una gran cantidad de dinero a los asesinos, el cual habría tomado de los salarios de sus empleados, acusación que hace pensar que tal vez los propios autores eran servidores públicos. Amargamente concluían: “Se empieza a decir que el gobernador Castro está apoyado por el gobierno del centro de una manera decidida, y que así pudiera cometer los asesinatos que cometiére como el de Villa, robos y demás crímenes, nada les pasará ni a él ni a sus cómplices, pues todos se preguntan ¿por qué no aprehenden a esos asesinos, comenzando desde el gobernador? Éste es un *tirano* diez veces más tirano que Porfirio Díaz”.⁶⁷ El

gobierno de Obregón se mostró tan indiferente a esta carta como a la anterior, y no se emprendió ninguna investigación al respecto.

El gobernador Castro tenía en realidad poderosas razones para malquerer y temer a Villa. No sólo había peleado contra él en la campaña guerrillera de Chihuahua, sino que tuvieron un enfrentamiento ya firmada la paz, porque Castro le exigió que pagara impuestos por la hacienda de Canutillo y Villa se negó diciendo que el gobierno había asumido todas las responsabilidades relativas a la propiedad.⁶⁸ Además, al gobernador le preocupaban las insinuaciones de Villa de que en algún momento podría ser candidato a la gubernatura del estado.

El papel de Salas Barraza no consistió solamente en organizar el asesinato y actuar como intermediario entre el gobierno y los asesinos materiales, sino también en encubrir como chivo expiatorio la intervención de Amaro y del gobierno, asumiendo la responsabilidad, diciendo que el gobierno no tenía nada que ver y asegurándose de que sus cómplices guardaran silencio y no fueran de ningún modo interrogados. Obviamente, los demás participantes tuvieron miedo de que, una vez detenido, revelara sus nombres ya fuera por la dureza del interrogatorio o para reducir su propia pena. En una carta enviada a “Todos mis compañeros”, él explicó por qué consideraba necesario confesar públicamente el crimen, y añadía: “Yo he asumido toda la responsabilidad y [...] ustedes nada tienen que temer, toda vez que he mantenido en silencio lo que con ustedes se relaciona y que sea cualquiera que fuere el resultado, nunca olvidaré a ustedes y tendré especial cuidado de poner a salvo sus vidas e intereses. Seré más explícito en otra ocasión...”⁶⁹ Sin embargo, le preocupaba cómo reaccionarían algunos de sus “compañeros” si eran detenidos. En una carta a Amaro, en que criticaba a la prensa por sus especulaciones, decía: “Como tengo la seguridad de que nada en concreto sacarán [los reporteros], a pesar del cúmulo de procedimientos empleados para descubrir al autor de los acontecimientos; estoy por ese lado enteramente seguro”. Expresaba, sin embargo su temor de que pudieran enterarse de los nombres de dos o tres “de los muchachos que operaron conmigo; esto sí me preocupa, puesto que los podrían perjudicar”. Aunque confiaba en que incluso bajo amenaza de muerte no hablarían, pensaba que un juez astuto podría arrancarles información; de hecho uno de los cómplices ya había sido arrestado y fue liberado gracias a que guardó silencio durante todo el tiempo que estuvo detenido. “Yo desearía conocer la opinión de usted y *nuestro amigo el de las cercanías*; sobre la actitud que debo asumir” [subrayado mío].⁷⁰ Dado que Calles se hallaba en ese momento en su hacienda de Soledad de la

Mota, y Salas Barraza probablemente escribía desde Torreón o Parral, no lejos de dicha hacienda, hay escasas dudas de que Salas Barraza se refiriera a él. Así pues, esta carta involucra claramente no sólo a Amaro sino a Calles, en el asesinato de Villa. No es posible precisar si, en respuesta, Amaro tomó alguna medida.

Una parte aún más importante del encubrimiento consistía en impedir que se asociara al atentado el nombre de Amaro, cosa posible porque su relación con Salas Barraza era muy cercana. Para evitarlo, Salas Barraza intentó establecer contactos con otros militares y obtener de ellos algún tipo de protección. Así, fue a ver al general Escobar, destacado en Torreón, y le dijo cuán decepcionado estaba con Amaro, porque se había negado a ayudarlo o protegerlo en “los momentos más críticos de mi vida [...] hechos que creyó a pie juntillas”, le escribió Salas Barraza a Amaro, “me ofreció ayudarme en todo lo que se me ofreciera. Pero como yo le pidiese una carta de presentación y recomendación para el presidente, me manifestó que ignorando el criterio de aquel mandatario, sobre el mismo tópico, no conceptuaba pertinente dármele, pero que me repetía, estaba dispuesto a impartirme su ayuda en todos sentidos”.⁷¹ La carta en que confesaba públicamente el asesinato estaba dirigida a otro general, Abraham Carmona, como su “distinguido y estimado amigo”.⁷² Obviamente esperaba que, si recaía en los militares cualquier sospecha, su objeto serían Escobar y Carmona, y no Amaro.

Salas Barraza no era ningún mártir heroico y voluntario. Confiaba en que su situación como miembro de la legislatura estatal de Durango lo protegería del arresto y en que, si se planteaba en la Cámara cualquier exigencia de levantar su inmunidad, el gobernador Castro se encargaría de que no progresara. Incluso Obregón pensaba al parecer que así sería, pero Castro no intervino, probablemente por miedo a implicarse él mismo. Salas Barraza esperaba también que, en una carta pública, el gobernador lo apoyaría y certificaría que era un hombre honorable, a lo que también se negó Castro “[diciéndome] que, antes que sus deberes de funcionario y amigo, estaba su bienestar personal”. Salas Barraza confiaba en que Castro por lo menos cumpliría la promesa que había hecho a varios de sus amigos de que, cuando las autoridades federales lo trasladaran de la ciudad de México a Parral, donde sería juzgado, a su paso por Durango una comisión de los legisladores locales pediría su liberación, por tener derecho a inmunidad parlamentaria. Nada de eso sucedió, lo cual le causó al detenido una profunda desilusión.⁷³

Fue en ese momento cuando Salas Barraza perdió el control e intentó escapar a Estados Unidos. Después de ser sentenciado a veinte años de prisión, le escribió a Amaro una carta urgente pidiéndole ayuda, en la que agradecía a “todas las autoridades que directa e indirectamente han tenido que intervenir en mi asunto, desde el presidente de la República hasta los funcionarios de este estado”⁷⁴ con excepción del procurador que lo había acusado y el juez que lo había sentenciado. No sólo pedía ayuda en relación con su liberación, sino también financiera.

Amaro respondió de inmediato prometiendo intervenir ante el gobernador Enríquez y darle dinero al hermano de Salas Barraza.⁷⁵ Amaro cumplió su palabra el mismo día: le escribió a Enríquez para pedirle que liberara al asesino, arguyendo que su crimen estaba más que justificado ya que Villa nunca tuvo que responder ante ningún tribunal por los muchos que él había cometido. Agradecía la amabilidad y la atención que el gobernador había tenido con Salas Barraza.⁷⁶ Enríquez estuvo más que dispuesto a colaborar: en su último día de gobierno, otorgó oficialmente la amnistía y liberó a Salas Barraza, quien poco después se convirtió en oficial del ejército, peleó contra la rebelión de De la Huerta y, el 17 de mayo de 1924, diez meses después del asesinato de Villa, gracias a la intercesión de dos generales, obtuvo una entrevista amistosa con Obregón.⁷⁷

Tal vez Obregón tenía ligas más cercanas con los asesinos materiales de lo que al principio se supuso. El 2 de enero de 1923, siete meses y medio antes del asesinato, uno de sus subordinados, el general José Amarillas, le dirigió una carta de recomendación para “Melitón Lozoya, hijo [...] quien lleva por objeto tratar algunos asuntos con usted”. Significativamente, Amarillas no decía de qué asuntos se trataba, pero recomendaba calurosamente a Lozoya diciendo que había sido guía “de la columna que iba a mi mando por el rumbo de Canutillo y a la vez con entusiasmo secundó el movimiento del Plan de Agua Prieta”.⁷⁸ Por desgracia, los archivos no revelan si Obregón recibió a Lozoya. El tono ambiguo de esta carta es sospechoso. Generalmente, cuando se pide audiencia con el presidente, se explica de antemano el asunto en que debe perder su valioso tiempo. Es significativo que no se hiciera así, y que meses después Lozoya asesinara a Villa. Alrededor de tres años más tarde Lozoya reclamó su recompensa, que fue sustanciosa: le pidió al presidente Calles nada menos que la construcción de una presa para regar las tierras de una hacienda de su padre.⁷⁹

Excepto porque Salas Barraza sí fue procesado, cosa que al parecer Obregón trató de evitar en cierto momento, todas las demás hipótesis esbozadas por el Buró de Investigación parecen certeras: se encontró un borrador de la confesión

en los papeles de Calles, Salas Barraza fue liberado tras unas pocas semanas de prisión, fue recibido en audiencia personal por Obregón y, según los autores de la carta anónima que lo identificaban como uno de los asesinos una semana antes de que se publicara su confesión, recibió del gobernador de Durango grandes sumas de dinero en recompensa por el asesinato.

En conjunto, caben escasas dudas de que el gobierno no sólo estuvo implicado, sino que probablemente organizó el asesinato de Villa. Sin embargo, las anteriores revelaciones dejan algunas preguntas abiertas: ¿tenía el gobierno bases verdaderas para temer un levantamiento de Villa? ¿Fue ese temor la única razón para asesinarlo? ¿Quién fue el principal culpable del homicidio: Obregón, Calles o ambos? Las primeras dos son más fáciles de resolver que la tercera.

Los agentes de inteligencia estadounidenses obtuvieron copia de un informe que pocos días antes del asesinato le envió a Obregón Eugenio Martínez, el comandante de las tropas en el norte del país, el cual permite pensar que el gobierno pudo tener serias razones para temer una sublevación. Martínez decía que se había localizado en Canutillo un gran depósito de armas, mucho mayor del que habría requerido la defensa de la hacienda. Mencionaba 6 mil 400 carabinas Winchester con 250 mil cartuchos, 1 110 rifles máuser, 800 carabinas máuser y 300 mil cartuchos para ellas, así como gran cantidad de granadas de mano y bombas de diversos tipos, incluidas algunas cargadas con dinamita. La existencia de este arsenal parece confirmar las sospechas expresadas a un agente estadounidense por un informante, el cual había oído decir que De la Huerta había proporcionado gran cantidad de armas y municiones a Villa,

que Raúl Madero pudo ser una mera cortina de humo en cuanto a la oposición al actual gobierno y que, en el momento oportuno, De la Huerta hubiera declarado su candidatura y hubiera sido apoyado activamente por Villa.

El informante dijo también que es creencia corriente en los círculos militares mexicanos que tanto el general Obregón como el general Calles estaban informados de los aparentes preparativos de Villa para ejercer una oposición activa, y que estaban de acuerdo en la necesidad de eliminarlo de alguna manera.⁸⁰

La suposición de que, en caso de guerra civil entre los partidarios de De la Huerta y los de Calles –que de hecho estalló pocos meses después–, Villa hubiera tomado partido por el primero no es en absoluto irrazonable. Villa había expresado su apoyo a De la Huerta y su oposición a Calles en su entrevista con

El Universal, y es improbable que hubiera permanecido neutral. Había peleado en sangrientas batallas contra Obregón y contra Calles, mientras que nunca se había enfrentado a De la Huerta, quien le otorgó la amnistía. Esto significaba no sólo que su vida hubiera estado más segura bajo el gobierno de De la Huerta, sino que éste hubiera opuesto menos resistencia que Obregón y Calles al objetivo declarado de Villa de reemprender la actividad política a partir de 1924.

El gobierno tenía una razón todavía más poderosa para creer que Villa podía tomar parte en un levantamiento, ya que estaba en el proceso de llegar a un acuerdo con Estados Unidos y sabía que éste sería considerado como una especie de capitulación por muchos mexicanos nacionalistas. En los Tratados de Bucareli, firmados entre los gobiernos de ambos países a pocas semanas del asesinato de Villa, el gobierno de Obregón cedía, a cambio del reconocimiento de Estados Unidos, ante las demandas de las compañías petroleras estadounidenses de que las cláusulas nacionalistas del artículo 27 no les fueran aplicadas retroactivamente. De la Huerta se opuso tajantemente a ese acuerdo y ello sería una de las principales razones por las que tomó las armas contra Obregón y Calles. En vista de los poderosos sentimientos antiestadounidenses de Villa, existía una clara posibilidad de que participara en una sublevación.

El gobierno tenía todavía otra razón más para eliminar a Villa, también íntimamente relacionada con su nacionalismo. Según fuentes estadounidenses, las presiones de algunos funcionarios del gobierno de Harding que también creían posible un alzamiento villista pudieron pesar de manera importante para que el gobierno mexicano participara en el asesinato.

Agentes del Buró de Investigación y de la Inteligencia Militar informaron que importantes funcionarios mexicanos estaban convencidos de que el asesinato había sido un requisito de Estados Unidos para dar el reconocimiento. Una teoría que los agentes del Buró de Investigación comunicaron a sus oficinas en Washington fue que

el gobierno mexicano mismo ha provocado el asesinato debido a supuestas presiones de los comisionados estadounidenses que ahora se encuentran en la ciudad de México, que habrían informado a Obregón de que un obstáculo importante para el reconocimiento era Pancho Villa y que cuanto antes lo retirara, antes se le reconocería; que Obregón y sus consejeros dieron su venia para el asesinato y aceptaron recompensar a los homicidas los cuales, según vaticinan, nunca serán capturados.⁸¹

Aunque los agentes del Buró de Investigación no se comprometían en cuanto a la validez de estas acusaciones, que no negaban ni confirmaban, un agente de la Inteligencia Militar, que también los escuchó, opinaba que eran falsas: “que un elemento no pequeño de esta capital –de gente no muy inteligente– atribuyó el asesinato de Villa a presiones de los miembros estadounidenses de la Comisión Mexicano-Estadounidense para que Villa fuera castigado por el ataque a Columbus, etcétera, antes de poder recomendar favorablemente el reconocimiento”, a lo que añadía: “Por supuesto, no es cierto”.⁸²

El Buró de Investigación se mostraba menos incrédulo en sus informes y no suponía que sólo los creían los mexicanos “no muy inteligentes”. “Una fuente confiable dice”, informó el agente del Buró de Investigación Manuel Sorola, “que cuando se le notificó a Calles el asesinato, su único comentario fue: ‘Se ha cumplido la segunda de las condiciones básicas impuestas por Estados Unidos para el reconocimiento’.”⁸³

Si este informe es cierto, como el agente creía, Calles probablemente recibió indicaciones de importantes personalidades estadounidenses en el sentido de que querían que Villa fuera eliminado.

No hay pruebas definitivas de que los representantes estadounidenses en la comisión negociadora plantearan tal exigencia, o si lo hicieron, actuaron con total conocimiento del gobierno de Harding, ya que no hay registros escritos al respecto. En cualquier caso, tales demandas difícilmente se hubieran puesto por escrito. Sin embargo, no es ilógico suponer que un requisito para reconocer al gobierno de Obregón fuera que éste pudiera garantizar la estabilidad de México, y ciertamente los estadounidenses percibían a Villa como una amenaza para dicha estabilidad. Los miembros del gobierno de Harding, tales como el antiguo senador Fall, que era entonces secretario del Interior y luego fue procesado por corrupción, hubieran tenido escasos escrúpulos morales al respecto.

Probablemente nunca será posible establecer de un modo definitivo si el responsable en última instancia fue Obregón o Calles. Por una parte, el asesinato era más del estilo de Obregón. Aunque Calles era secretario de Gobernación y, por tanto, tenía autoridad sobre la policía, no poseía ninguna sobre el ejército, que estuvo claramente implicado y quedaba dentro de la esfera de influencia de Obregón. Por otra parte, Calles, que era el candidato oficial a la presidencia, tal vez tenía más que ganar con el asesinato, por lo que la mayoría de los observadores extranjeros sospecharon de ambos. Hasta el momento, la cuestión tiene que quedar abierta.

Por fin había llegado su hora. Durante años, Hipólito había vivido a la sombra de su hermano mayor. Los últimos meses antes del asesinato habían sido particularmente desastrosos para él. Todas las multifacéticas aventuras financieras en que se había embarcado –venta de caballos e intento de vender un tren al gobierno, breves incursiones en la exploración petrolera– habían fracasado. Al final, debía 126 mil pesos al gobierno federal. Obregón le había cancelado la deuda,⁸⁴ pero aquellas actividades habían acabado por enfurecer al hermano, que lo había desterrado de Canutillo. Desvanecidos sus sueños, Hipólito llevaba una vida oscura en su rancho de El Fresno cuando la muerte de Francisco le ofreció una nueva oportunidad de estar en el candelero. Inmediatamente se dirigió a Canutillo, y asumió la dirección de la hacienda y de los colonos villistas. No tenía legalmente autoridad para ello, ya que su hermano no lo había designado como heredero. Pero, en la práctica, tanto los colonos como el gobierno favorecieron el traspaso, los primeros porque esperaban que convenciera al gobierno de respetarles sus derechos y las posesiones que habían adquirido; el gobierno, porque consideraba que Hipólito era el único que podía controlar a los colonos e impedir que emprendieran actos espontáneos de venganza por el asesinato de su jefe o se unieran a una posible revuelta delahuertista. Había razones para suponer que Hipólito no se involucraría en ninguna aventura armada: Obregón podía no esperar gratitud por la cancelación de la deuda, pero sabía cuánto le gustaba a Hipólito la buena vida, a cuyo disfrute podría dedicarse una vez dueño de Canutillo y de su gran riqueza. Además, Hipólito no tenía el carisma de su hermano y sus incentivos para sublevarse eran mucho menores.

Cuando se apoderó del mando en Canutillo, Hipólito atropelló los derechos de las dos principales viudas de Villa, Austreberta y Luz Corral, que se quejaron amargamente de ello en cartas dirigidas a Obregón. Tras salir de Canutillo para asistir a los funerales de Villa, se quejaba Austreberta:

[...] dejé todos nuestros bienes bajo el cuidado inmediato de mi cuñado don Hipólito, que en un principio me ofreció encargarse desinteresadamente de su administración, mientras mi estado me permitía hacerme cargo personalmente de ella.

Después, cuando mi estado me lo permitió, ya no pude volver porque mi propio cuñado se había apoderado de todo y, como tenía gente armada bajo su

mando, tuve miedo de ir a exigirle personalmente.⁸⁵

Con igual enojo, Luz Corral protestaba porque “mi cuñado Hipólito no camina de acuerdo con mis intereses, ignorando motivos, negándose dicho cuñado a tener entrevista o correspondencia conmigo”.⁸⁶ Ni los colonos ni el gobierno demostraron el menor interés en proteger los derechos de las viudas, aunque Obregón cambió más tarde de actitud.

Los colonos estaban dispuestos a reconocer la legitimidad del mando de Hipólito, porque no sólo era el hermano de Villa, sino que había peleado a su lado en los duros y amargos días de la lucha guerrillera. Sobre todo, había logrado lo que ellos querían: el 3 de agosto, Obregón le había escrito para decirle que el gobierno estaba dispuesto a respetar los derechos adquiridos por los colonos desde que Francisco Villa firmó la paz y que se habían cancelado las órdenes dadas a las tropas federales de ocupar Canutillo.⁸⁷ A cambio, Hipólito reiteró una y otra vez, en cartas a Obregón, su lealtad al gobierno de la capital y su deseo de vivir en paz.⁸⁸ Poco después de la sublevación de De la Huerta, el 22 de diciembre, Hipólito incluso felicitó a Obregón por la victoria obtenida sobre los rebeldes.⁸⁹

Pero unas semanas más tarde, en enero de 1924, Hipólito se unió al levantamiento. No está claro por qué lo hizo: ¿quería simplemente subirse al tren, pensando que De la Huerta iba a ganar? ¿Temía que lo asesinaran Obregón y Calles? ¿Quería vengar a su hermano? Nada sabemos al respecto.

Su participación en la revuelta presenta los rasgos de la habitual ineptitud de Hipólito. Ni siquiera logró reunir a todos los colonos de Canutillo, ya que sólo participaron ciento cincuenta hombres.⁹⁰ De los generales villistas situados en las haciendas vecinas, Nicolás Fernández se sublevó, pero no así Albino Aranda. Tampoco lo hicieron los habitantes de los pueblos de Durango y Chihuahua: Hipólito no tenía el prestigio de su hermano.

Su ineficacia también se manifestó en su primera “actividad” política importante. Secuestró al ejecutivo británico Mackenzie y pidió 400 mil pesos por su rescate.⁹¹ Era lo último que los delahuertistas querían, porque deseaban el reconocimiento estadounidense y europeo, y por ese tipo de acción se les tildaría de bandidos, de modo que De la Huerta le ordenó a Hipólito que liberara al secuestrado.⁹²

Poco después, el levantamiento de Hipólito se desinfló. El 10 de febrero, Obregón telegrafió a Calles que la campaña contra Villa ya no era necesaria y que las tropas debían ser trasladadas para combatir a los rebeldes más al sur.⁹³

En mayo de 1924, se rindió el jefe guerrillero más experimentado con que contaban los villistas, Nicolás Fernández. Lo mismo hizo Hipólito unos meses más tarde, en octubre del mismo año, no sin antes haber fracasado en una última empresa.⁹⁴ El 30 de mayo, cuarenta villistas encabezados por él atacaron a seis soldados del gobierno que escoltaban a Jesús Salas Barraza, el asesino de Villa que, liberado entre tanto por Obregón, estaba combatiendo contra los rebeldes. A pesar de su aplastante superioridad numérica, fueron rechazados y no lograron vengar a su antiguo jefe.⁹⁵

En conjunto, Hipólito tuvo suerte. A diferencia de otros jefes revolucionarios como Manuel Chao, capturado y fusilado por las tropas federales, Hipólito fue amnistiado y ni siquiera tuvo que exiliarse. Lo que no recuperó fue Canutillo, que pasó a manos del gobierno. “Puede usted estar seguro”, dijo Obregón a uno de sus subordinados, “de que no se devolverá Canutillo ni ninguna de las propiedades que tuvieron los villistas.”⁹⁶

Si de una característica jamás dio muestras Hipólito fue de timidez. Sólo dos meses después de haber luchado contra el gobierno, exigió al nuevo administrador de Canutillo que le devolviera sesenta y seis mulas y otras propiedades que según él le pertenecían. Esto fue demasiado para Obregón, que ya había gastado en él gran cantidad de dinero. “No debe usted entregar absolutamente nada a Hipólito Villa”, ordenó a su administrador “y si éste comprueba tener algunos animales de su propiedad, debe usted retenerlos en su poder y dar datos en relación con ellos para que la comisión Monetaria pida embargo, por tener un adeudo pendiente en dicha Comisión el citado rebelde.”⁹⁷ Pero Hipólito no se daba por vencido fácilmente, en especial si se trataba de dinero. De nuevo solicitó al gobierno la devolución de su hacienda de El Fresno, que le había sido confiscada cuando se sublevó. Calles, que fue quien respondió a esa solicitud, se mostró tan inmovible como Obregón, y también advirtió que la hacienda sería embargada para pagar las deudas de Hipólito.⁹⁸

Desde el momento en que se rindió, el hermano menor de Villa dejó de tener relevancia para la historia de México. Se retiró a su rancho, se vio mezclado al parecer en interminables pleitos legales, y murió olvidado en 1957.⁹⁹

LA GUERRA DE LAS VIUDAS

En vida, Villa nunca se había preocupado por someter a convencionalismos su vida familiar. No sorprende por tanto que no tomara providencias para su sucesión en caso de muerte, y que dejara tras de sí un embrollo legal mayúsculo.

Resulta irónico que quien tuvo que desenredar la madeja fuera el hombre que venció a Villa en 1915 y probablemente tuvo parte en su asesinato: Álvaro Obregón.

La herencia en disputa era cuantiosa. Tras la muerte de Villa, las propiedades que dejaba fueron valoradas en 630 mil pesos. Incluían la hacienda de Canutillo, seis casas en la ciudad de Chihuahua, dos casas en Hidalgo del Parral, un hotel en la misma ciudad y dos ranchos pequeños.¹⁰⁰ Se rumoraba que había enterrado grandes sumas de dinero y los cazadores de tesoros escarbaron en vano por todo Canutillo y por otras zonas que Villa había frecuentado. El tesoro al parecer existió, pero había sido robado años antes de la muerte de Villa. En 1921, Manuel Puentes, un abogado contratado por él, demandó a un hombre llamado Pedro Meraz, acusándolo de haber robado 500 mil pesos en monedas de oro, 18 kilos de oro y 3 barras de oro de 6 kilos cada una, que Villa había escondido en su rancho de “La Boquilla”. Aunque Puentes presentó la demanda en 1921, Meraz nunca fue procesado en vida de Villa, y el asunto sólo se aireó en los tribunales en 1923-1925. Puesto que Villa solía reclamar con la mayor energía el dinero que se le debía o que le había sido robado, cabe pensar que tal vez no quiso acelerar este asunto por temor a que se le hicieran preguntas sobre la procedencia del dinero. Cuando los tribunales lo retomaron, entre octubre de 1923 y mediados de 1925, dos de sus Dorados, José García y Baltasar Piñones, sólo pudieron decir que otro de sus ayudantes, Bernabé Sifuentes, le había dicho a Meraz dónde estaba escondido el dinero y éste lo había robado. Pero no sabían de dónde venía el dinero, no tenían pruebas de su existencia, ni podían decir en qué circunstancias se había apoderado Meraz de él, y el juez sobreseyó el proceso por falta de pruebas.¹⁰¹

Para todas las viudas de Villa excepto una, y para todos sus hijos, su muerte fue un completo desastre en términos tanto personales como económicos. A corto plazo, el embrollo financiero se debió a las actividades de Hipólito; a largo plazo fue resultado de las circunstancias políticas. En el momento de su muerte, Villa tenía relaciones más o menos permanentes con tres mujeres: Austreberta era su esposa oficial y ama de Canutillo; Soledad Seáñez vivía en las cercanías, y Manuela Casas, que le había dado un hijo, administraba un hotel propiedad de Villa en Parral y había recibido de él una casa propia. Luz Corral había sido expulsada de Canutillo, no recibía ninguna ayuda y dependía de la escasa generosidad de Hipólito.¹⁰² Cuando éste ocupó la hacienda, se apropió todos sus rendimientos, sin darles parte alguna a las esposas. Austreberta apeló a Obregón, pidiéndole protección para ella y sus hijos en nombre “del que fue mi esposo

(QPD), señor Francisco Villa [porque] la amistad que él sentía por usted fue leal y quizá esa misma lealtad ocasionó su muerte” y esperaba de su “nobleza de corazón” que protegiera a sus hijos huérfanos.¹⁰³ Obregón respondió sugiriendo un arreglo entre los herederos: “Creo que bajo el aspecto legal, el asunto de ustedes es demasiado complicado; y que si ustedes pudiesen realizar un arreglo, en lo privado, para que se hiciera una distribución equitativa de los bienes que dejó el extinto general, entre lo hijos de éste, realizarían una labor de concordia, economizarían dinero y, sobre todo, tiempo”.¹⁰⁴

Pero no había en los herederos espíritu contemporizador. Al parecer, Austreberta no hizo el menor intento de llegar a un acuerdo con los demás; por el contrario, le escribió de nuevo a Obregón exigiendo que el gobierno le quitara la propiedad a Hipólito y nombrara un administrador.¹⁰⁵ Esto era lo último que Obregón pensaba hacer, como ya vimos, porque quería evitar un alzamiento de los villistas. De manera que replicó que no tenía autoridad para intervenir en la materia y que tendría que decidir un juez quién era el heredero legal.¹⁰⁶

Austreberta aceptó encantada esa sugerencia. Con ayuda de Eugenio Martínez, antiguo compadre de Villa que había negociado su rendición en 1920, apeló al juez de Inde, Durango, quien la declaró albacea de las propiedades de Villa. Esa sentencia no tuvo el menor efecto sobre Hipólito, que simplemente se negó a reunirse con los representantes de Austreberta. Pero cuando Hipólito se sublevó y las tropas federales ocuparon Canutillo, ella pensó que por fin había llegado su momento. Armada con la decisión del juez que la nombraba albacea, pidió a las autoridades militares que le entregaran la hacienda y sus rendimientos. De nuevo sus exigencias cayeron en oídos sordos. Los comandantes federales y los gobernadores de Chihuahua y de Durango le dijeron que la decisión estaba en manos del gobierno federal. De nuevo Austreberta escribió a Obregón: le comunicaba que había sido declarada albacea y pedía que le devolviera Canutillo.¹⁰⁷ Entonces descubrió que Obregón tenía una idea muy distinta de quién era la heredera legal.

Poco después de la muerte de Villa, también Luz Corral le había escrito para reclamar la herencia. “La presente es para hacer saber a usted que tengo en mi poder los documentos que me acreditan como esposa legal del finado general Villa. Si como creo mi esposo contrajo matrimonio con la señora Rentería, creo no será válido dado que entre el general Villa y yo no había ningún divorcio el cual pudiera hacer legal este nuevo matrimonio.” Le pedía a Obregón que la apoyara y le concediera audiencia para explicarle en detalle el asunto.¹⁰⁸ La respuesta de Obregón fue más cordial que la que le dio a Austreberta. No era

hombre que olvidara sus deudas y, durante su visita a Chihuahua, Luz Corral había colaborado de manera importante a salvarle la vida¹⁰⁹ y, al parecer, también a salvar al hermano de Obregón de ser ejecutado cuando cayó prisionero de Villa. Contestó diciendo que le gustaría recibirla en la ciudad de México, “pues es mi deseo servirla, ya que siempre he conservado un recuerdo de gratitud, tanto por las atenciones que guardó al suscrito durante su estancia en Chihuahua y, de una manera muy especial, por las que guardó a mi hermano Francisco, cuando estuvo preso en la capital de aquel estado”.¹¹⁰ Ordenó que se le pagara el pasaje de tren a la ciudad de México, donde la recibió, y giró instrucciones al jefe de la Comisión Monetaria para que le diera cinco mil pesos de modo con que sufragar los gastos necesarios para recuperar su herencia.

Hasta entonces, Obregón siempre había proclamado su neutralidad, pero cuando Austreberta reclamó oficialmente el legado, pensó que había llegado el momento de dar claramente su opinión. “Datos obran en esta presidencia infórmanme de que general Francisco Villa contrajo matrimonio con todas fórmulas ley con señora Luz Corral, quien fue su primera esposa; y como ésta vive y no existen ningunos datos de haberse disuelto legalmente aquel matrimonio, el suscrito cree por tanto que debe abstenerse intervenir en un asunto que tiene tantas complicaciones, especialmente de carácter moral.”¹¹¹ Aunque de esa manera rechazaba la reclamación de Austreberta, mantenía una apariencia de neutralidad al declarar que no intervendría. En realidad hizo lo contrario, y de manera muy directa, unas pocas semanas después. El gobierno reconoció a Luz Corral *de facto* como heredera de Villa al comprarle a ella todos los derechos sobre Canutillo y ocupar enseguida la hacienda.¹¹²

En sus cartas a Austreberta, Obregón siempre fue un tanto oblicuo. Nunca le dijo el verdadero significado de su decisión de comprarle a Luz Corral sus derechos, y sólo cuando se le negó el acceso a la hacienda y a sus rendimientos, y al ver que el gobierno no se dirigía a ella para realizar la transacción, se dio cuenta Austreberta de que había quedado completamente excluida de la herencia. Sus constantes súplicas de que Luz Corral fuera obligada a presentarse ante los tribunales, y sus protestas de que no estaba autorizada para vender Canutillo, fueron completamente desoídas. Por fin, Obregón empezó a perder la paciencia. “El suscrito no desea mezclarse en la controversia que tendrá que surgir, seguramente, entre las diversas señoras que se unieron en matrimonio al extinto señor general Villa”, le contestó a una nueva petición de ayuda.¹¹³ Pero de nuevo se vio forzado a intervenir, cuando estalló el conflicto con otra esposa, Manuela Casas, que administraba el Hotel Hidalgo, propiedad de Villa, y

sostenía sin probarlo que éste le pertenecía. Cinco días después del asesinato, Austreberta se lo había quitado. Temía por añadidura que ésta le arrebatara su última posesión: la casa que Villa le había dado. En una carta a Obregón, le decía que tenía un hijo de Villa y le pedía que como “protector de las viudas y huérfanos” impidiera que le quitaran la casa. No tenía queja de Luz Corral, escribió, pero la “otra señora [...] me quitó la posesión del hotel y ahora me quiere quitar la casa en donde vivo, y yo creo que tanto derecho tiene ella como yo”.¹¹⁴

Entonces, Obregón llamó a Luz Corral a la ciudad de México y le pidió su opinión sobre la solicitud de Austreberta de que el gobierno le reconociera la propiedad del Hotel Hidalgo. Luz Corral se vengó finalmente, entonces, de la mujer que la había desplazado del afecto de Villa y había contribuido a exiliarla de Canutillo. Con el apoyo de Eugenio Martínez, Austreberta en efecto había requerido la posesión del Hotel Hidalgo para cuidar de los hijos que tenía de Villa. Luz Corral le dijo tajantemente a Obregón: “Señor presidente, yo conozco como unos diez hijos de Pancho y sé que existen otros tantos; a unos yo misma los he criado y los quiero como si fueran mis hijos, y para poder cederles a los hijos de Austreberta el Hotel Hidalgo, necesitaría tener tantas haciendas cuyo valor fuera el mismo que representa el Hotel Hidalgo como hijos de Pancho existen”. Obregón accedió a que se hiciera como ella quería, y la mandó a hablar con el general Martínez, que había sido el protector de Austreberta. Luz le dijo que Austreberta no debía recibir nada, ya que se había llevado todo el dinero que había en la hacienda e incluso se había apropiado las joyas que ella se había visto obligada a dejar allí.¹¹⁵ “General, ¿cree usted que únicamente la señora Rentería tiene derecho a esa herencia que dejó Pancho para sus hijos? ¿Y [a] los otros hijos que dejó no les asiste el mismo derecho? Yo les repartiría a todos iguales o a ninguno’, y le expuse lo mismo que al general Obregón.”¹¹⁶ Martínez aceptó, y Austreberta perdió la posesión del hotel, cuyo destino es imposible determinar en los documentos existentes.

Austreberta se vio entonces forzada a suplicar una pensión para ella y ayuda financiera para educar a sus hijos. Los archivos de los sucesivos presidentes mexicanos están llenos de peticiones suyas. En 1931, el gobernador de Chihuahua Ortiz otorgó a cada uno de los hijos, Francisco e Hipólito, una pensión de veinte pesos mensuales para su educación. Su sucesor la canceló, y Austreberta apeló a Calles, diciendo que sus “inocentes hijos” no eran responsables de los errores de su padre y que debía tomar en consideración “las batallas de renombre en que tomó parte, y de las cuales hablará la historia de la

revolución”.¹¹⁷ Lo mismo que Soledad Seáñez, que no intervino en el conflicto durante los años veinte, seguiría solicitando a los sucesivos gobiernos del país, hasta los años cincuenta, cuando finalmente ambas recibieron una pequeña pensión.

En contraste con todas las demás viudas, Luz Corral dedicó el resto de su vida a preservar la memoria de su esposo. Con ese fin, escribió un libro titulado *Pancho Villa en la intimidad*, que es a la vez una descripción personal y una especie de historia de muchos episodios de la vida política y social que ella había compartido. Esperó a que Obregón hubiera muerto y Calles no fuera ya presidente, y sólo publicó el libro en el periodo de Lázaro Cárdenas que, aunque había combatido contra Villa, tenía de él una opinión mucho más favorable. Fue un triunfo suyo convencer a José Vasconcelos, que había roto con Villa en 1915 y por su parte lo había descrito en sus memorias como una especie de monstruo, de escribir un prólogo en que expresaba puntos de vista mucho menos críticos:

Cuando circunstancias adversas para la patria llevaron al general Villa a ejercer funciones de gobierno que nunca debió asumir, me convertí en su enemigo franco y enconado, pero no irreconciliable [...] pues volví a ser admirador de Villa, derrotado por la carranclanería en sociedad con el extranjero pero convertido por eso mismo en símbolo de un pueblo vejado [...] El Villa guerrillero es indiscutible; el Villa caudillo fue un error. Y el Villa ciudadano fue siempre valioso y había de sellar su virtud con el martirio.¹¹⁸

Luz Corral presidió celebraciones oficiales, dio entrevistas a los periódicos y convirtió la casa que había compartido con Villa, la Quinta Luz, en un museo donde ella personalmente mostraba las habitaciones de ambos, diversas pertenencias de Villa y el coche en que fue asesinado. Todas las viudas de Villa vivieron hasta edad avanzada, pero nunca se reconciliaron. En las escasas ocasiones en que se encontraban, como en las ceremonias a que todas ellas acudían al cementerio de Parral para honrar la memoria de Villa en el aniversario de su muerte, cada una ponía su corona en la tumba y, a veces, la última quitaba las flores que había dejado la anterior.¹¹⁹

LOS RESTOS DE PANCHO VILLA

Tan poco descanso ha tenido el cuerpo de Villa en la muerte como tuvo en vida. Cuando estaba en la cumbre de su poder, se hizo preparar una magnífica cripta en el cementerio de la ciudad de Chihuahua; pero el gobernador Enríquez impidió que fuera enterrado allí. Tampoco pudo descansar en paz en el panteón de Parral, donde permaneció muchos años. El 6 de febrero de 1926, el administrador del cementerio descubrió que habían abierto la tumba y que la cabeza había desaparecido. Los culpables nunca fueron detenidos. Las sospechas recayeron primero en Emil Holmdahl, un mercenario que peleó un tiempo en las filas villistas. En aquel momento, se hallaba en Parral supuestamente para trabajar en la minería, y se le había oído preguntar, junto con el mexicano Alberto Corral, dónde estaba la tumba. Además, se encontró un hacha ensangrentada en su habitación. Pero nada se le pudo probar, ya que no se halló la cabeza en su poder y la sangre no podía proceder de un cuerpo que llevaba enterrado dos años y medio.¹²⁰

Muchos años después, el periodista mexicano Manuel Ceja Reyes localizó a otro culpable de la profanación. Según un tal capitán Garcilaso, que estaba destacado en Parral cuando ésta se produjo, su comandante, coronel Durazo, le había ordenado llevar una escuadra de soldados al panteón, exhumar el cuerpo y decapitarlo, porque el presidente Obregón quería el cráneo. El pelotón cumplió las instrucciones y entregó la cabeza a Durazo, pero Garcilaso no tenía idea de qué había sido de ella. No existe el menor indicio de que Obregón tuviera en ningún momento tan macabro deseo. El propio Durazo negó cualquier responsabilidad, pero dijo que un conocido general carrancista, Arnulfo Gómez, gran admirador de Villa, quería hacer examinar su cráneo por científicos para determinar por qué había sido un genio militar tan notable. Según Durazo, uno de los subordinados de Gómez, un coronel conocido como “El Chololo”, se había llevado la calavera. En todo caso, nunca fue recuperada.

Hay rumores de todo tipo sobre el destino de la cabeza de Villa: habría sido adquirida por un instituto científico estadounidense, la tendría un general mexicano o se hallaría en poder de una sociedad secreta de la Universidad de Yale –a la que George Bush perteneció en una época–, la Skull and Bones Society.¹²¹

Lo que quedaba del cadáver fue enterrado de nuevo en Parral, pero tampoco permaneció allí. En 1976, el presidente Luis Echeverría decidió que el lugar que le correspondía era el Monumento a la Revolución, en la ciudad de México, y el 18 de noviembre los restos fueron solemnemente exhumados del Panteón de Parral para su traslado. Cincuenta y tres años después de su muerte, Pancho Villa

recibió el reconocimiento y los funerales oficiales que no tuvo cuando fue asesinado. Asistieron a la ceremonia de exhumación representantes de la Secretaría de la Defensa y la Secretaría de Gobernación, del gobernador de Chihuahua, y de las guarniciones de todo el norte. También acudieron Austreberta y los hijos y nietos de Villa. El único miembro importante de la familia que se negó a tomar parte fue Luz Corral, que seguía pensando que el lugar de Villa no estaba en la ciudad de México sino en la cripta de Chihuahua. Un diputado federal elogió a Villa como gran revolucionario, gran líder militar y dijo que su entierro en el Monumento a la Revolución consolidaba “la unidad de todos los mexicanos”.

El ataúd que contenía los restos fue transportado por las calles de Parral, precedido por un destacamento de caballería y otro de infantería, y seguido por un caballo negro sin jinete, conducido por un civil de la región montañosa de Chihuahua, de donde procedían la mayoría de los soldados de Villa. Detrás venía un destacamento de hombres que llevaban el uniforme de los Dorados. Una mujer que logró pasar a través de la valla arrojó algunas flores sobre el féretro y dijo: “¡Adiós, mi general!”

A su llegada a la ciudad de México, se llevó a cabo una nueva ceremonia con la participación del presidente Echeverría. Villa quedó enterrado junto a los restos de Madero, a quien tanto reverenció, y de Carranza, su más enconado y odiado enemigo.¹²²

PANCHO VILLA EN EL MITO, LA LEYENDA, LA LITERATURA, LA HISTORIA Y EL CINE

“Ciertamente es que la historia la escriben los vencedores”, dijo uno de los que hablaron ante la tumba de Villa en el Panteón de Parral. “Pero también es cierto que la leyenda la escribe el pueblo [...] por eso el nombre de Francisco Villa ha quedado escrito para siempre en el corazón de los pobres.”¹²³ Esta opinión era acertada tanto en relación con la imagen oficial como con la imagen popular de Villa.

Durante muchos años después de muerto, la figura de Pancho Villa estuvo excluida de la ideología oficial mexicana. Su nombre rara vez era mencionado en las conmemoraciones de la revolución; no se le levantó ningún monumento y no se celebraban ni la fecha de su nacimiento ni la de su muerte. A este respecto, Villa era la excepción más que la regla. Cuando se constituyó el Partido Nacional Revolucionario, a fines de los años veinte, para cooptar y conciliar a todas las facciones revolucionarias, se hizo un esfuerzo consciente por incluir en

su panteón a todos los jefes revolucionarios: Madero, Carranza, Obregón y Zapata, algunos de los cuales se habían enfrentado en vida en sangrientos combates, eran todos oficialmente aceptados como héroes. Pero Villa siguió siendo un famoso marginado por lo menos hasta 1934. Y no por azar: los dirigentes sonorenses Obregón y Calles, que controlaron los destinos del país hasta ese año, habían librado sus mayores batallas luchando contra Villa y los villistas, y debían gran parte de su legitimidad revolucionaria a las victorias que obtuvieron contra él. Una rehabilitación incluso parcial de Villa habría menoscabado sus propias hazañas. El gobierno radical de Lázaro Cárdenas asumió una actitud más favorable, aunque el presidente también había combatido contra los villistas en la revolución. Este giro no sólo se debió a que Cárdenas era más radical, sino a que había emprendido una importante reforma agraria en la región lagunera de Durango y Coahuila, para muchos de cuyos habitantes Villa era un gran héroe revolucionario.

La plena rehabilitación del caudillo del norte ante el México oficial sólo se produjo mucho más tarde, en 1966, cuando surgió una nueva generación de presidentes que no habían participado en la revolución, pero se consideraban sus herederos, y como tales requerían sumar el prestigio de Villa como sustento de su posición. No es casual que el mayor signo de distinción que el México oficial le rindió a Villa, poner su nombre en letras de oro en la Cámara de Diputados junto a los de Madero, Carranza y Zapata, se dio durante el gobierno de uno de los presidentes más represivos, Gustavo Díaz Ordaz. Debido a que contaba con un apoyo cada vez menor –dos años más tarde ordenaría la sangrienta masacre de estudiantes en Tlatelolco–, el partido revolucionario oficial propuso incluir en la Cámara el nombre de Pancho Villa. El subsecuente debate mostró cuán controvertida era todavía su personalidad y también las profundas divisiones existentes dentro de la clase política.

Para reducir al mínimo la polémica, los autores de la propuesta oficial sólo mencionaron aquellos méritos de Villa que ninguna facción revolucionaria habría puesto en duda. Se le elogiaba por su papel en el derrocamiento de Porfirio Díaz y, sobre todo, por haber organizado la División del Norte, que tan destacado lugar tuvo en la derrota de la dictadura huertista. En un giro irónico, el PRI nominó al diputado Juan Barragán, uno de los más destacados historiadores defensores de Carranza, para que explicara por qué debían rendírsele honores a Villa. Barragán dijo que, como carrancista, pensaba que debían ser definitivamente reconocidos los méritos de Villa en la lucha contra Díaz y contra Huerta, y pasó a enumerar la larga serie de batallas en que Villa tomó parte. Pero

la moción no se aprobó sin polémica. Una parte considerable de la Cámara se opuso, incluso dentro de las filas del PRI. Uno de los diputados de este partido, Salgado Baz, objetó que Villa se había opuesto a la Constitución revolucionaria de 1917, y dio a entender que el divisionario era responsable de la guerra civil que desgarró a México después de la victoria sobre Huerta. Con frase llena de ironía, comparó la Cámara de Diputados con el templo de Huitzilopochtli, en el sentido de que en él se unían sacrificadores y víctimas sacrificiales: Carranza había ordenado la ejecución de Zapata, Obregón era responsable de la muerte de Carranza, y todos tenían en la Cámara sus nombres escritos con letras doradas. Si incluían a Villa, ¿por qué no incluir los nombres de sus asesinos y de los asesinos de Obregón? Los diputados del conservador Partido Acción Nacional también se opusieron. Tal vez porque muchos de sus partidarios eran del norte, no atacaron directamente a Villa, pero uno de sus representantes dijo simplemente que la Cámara no era una academia de historia y no debía tomar decisiones históricas.

El debate fue muy emotivo. Las galerías estaban repletas de defensores de Villa, la oposición fue abucheada y los gritos de ¡Viva Villa! fueron constantes. El único intento serio de incluir en el análisis no sólo al caudillo, sino al movimiento que él representaba, fue el de Vicente Lombardo Toledano, uno de los mayores intelectuales de México y líder del Partido Popular Socialista, quien dijo que tres fuerzas sociales heterogéneas habían llevado a cabo la revolución y, aunque sus divisiones eran inevitables, las tres merecían crédito por su éxito. La primera facción estaba compuesta por hacendados progresistas que habían establecido ligas con la apenas emergente burguesía industrial. Los representantes de ese grupo eran Madero y Carranza. Una segunda fuerza social estaba constituida por los indígenas y campesinos, que querían la devolución de las tierras arrebatadas a los pueblos; su líder y representante había sido Emiliano Zapata. Villa, dijo Lombardo, representaba a la tercera fuerza, los peones de las haciendas. “¿Quién tenía la razón?”, preguntó. “Todos. Los tres grandes sectores; pero sólo en parte. La razón la tenían juntos los tres.” El movimiento revolucionario de México tenía una gran deuda con Francisco Villa, concluyó: “Hoy se paga en parte esa deuda, no totalmente. Porque la única manera de pagar totalmente una deuda, si se quiere y reconoce que existe como tal, es no formular loas a los personajes, sino cumplir su mandato histórico”.¹²⁴

La resolución en favor de Villa fue adoptada por ciento sesenta y ocho votos contra dieciséis. Cuando se anunciaron los resultados nuevos gritos de “¡Viva Villa!” y una tremenda oleada de aplausos sacudió la Cámara.

En parte, por lo menos, la rehabilitación de Villa también pudo deberse a que los mexicanos redescubrieron el famoso libro de John Reed, *México insurgente*, que había ejercido una inmensa influencia en la opinión pública estadounidense cuando se publicó en 1914. Aunque nunca fue totalmente olvidado, sí fue en general ignorado a partir de la aparición de la obra más famosa de Reed, sobre la revolución soviética, *Diez días que estremecieron al mundo*, casi desaparecida de la circulación por decisión de Stalin, profundamente resentido porque en ella se le mencionaba muy escasamente, mientras sus rivales, Trotsky, Kamenev y Zinoviev figuraban de manera destacada. Después del XX Congreso del PCUS, que condenó a Stalin, el libro ruso de Reed de nuevo alcanzó una circulación masiva; *México insurgente* fue rescatado del olvido y pudo inspirar en muchos mexicanos una visión de Villa distinta de la que se tenía en los años veinte.

Sin embargo, el México revolucionario nunca fue un estado totalitario y, fuera del círculo oficial, Villa estaba decididamente vivo. Alentaba en los periódicos mexicanos y en las baladas populares: los corridos de la revolución.

Un índice de artículos de periódicos y revistas registra cerca de dos mil, escritos sólo en México hasta 1978, que tratan sobre Villa. A menudo publicados en las ediciones dominicales, entre los cómics y los anuncios de curas para toda suerte de males, desde la calvicie hasta la impotencia, el lector podía encontrar polémicas entre villistas y antivillistas, entrevistas con viejos revolucionarios, reportajes, informes de testigos y relatos sobre la vida amorosa de Villa, incluidas algunas entrevistas con sus viudas. Se escribieron casi cien libros sobre Villa, desde memorias hasta obras de historia y novelas. Entre los autores se hallan algunos de los escritores más prestigiosos de México, como Martín Luis Guzmán, Rafael F. Muñoz, Nellie Campobello, Mariano Azuela y Carlos Fuentes. Hollywood, que había adoptado a Villa en 1913-1914 y luego lo había desechado, lo redescubrió en 1934, cuando produjo la famosa película *Viva Villa*, con Wallace Beery. Aunque subestimaba vastamente la inteligencia de Villa, inventaba episodios que nunca ocurrieron y sobresimplificaba la complejidad de la revolución, por todo lo cual atrajo severas críticas de los mexicanos, incluida la viuda de Villa, el film simpatizaba tanto con su héroe como con la revolución; tuvo una impresionante acogida en Estados Unidos y en Europa y ayudó a popularizar el movimiento revolucionario mexicano. Desde entonces, un gran número de películas hollywoodenses y mexicanas se han ocupado de Villa.

El caudillo sobrevivió también en los medios masivos y en el imaginario popular. Esto se refleja claramente en los mitos acerca de su figura que surgieron durante la revolución y se expresaban sobre todo en los corridos, aún hoy

conocidos y creados en todo México. Se requeriría un libro por lo menos tan largo como éste para analizar, describir y valorar el inmenso crecimiento de la leyenda de Villa. Lo que se puede decir brevemente es que los corridos subrayan varios rasgos contradictorios de su figura. Era un hombre que se hizo a sí mismo, levantándose desde los niveles más bajos de la escala social para convertirse en uno de los mayores caudillos militares de México. Aunque la imagen de su siempre victorioso e imbatible ejército se deterioró tras las derrotas que le infligió Obregón, revivió cuando diez mil estadounidenses al mando de Pershing entraron en México para no lograr capturarlo. También está la imagen de Villa el vengador: el de los agravios personales –la violación de su hermana y su encarcelamiento por Huerta–, el de los crímenes políticos –el asesinato de Madero–, el de los agravios sociales –el hombre que castigaba a los brutales mayordomos y hacendados–, y finalmente el vengador del honor humillado de México: el hombre que atacó Columbus, Nuevo México y después eludió la persecución de Pershing. Está la imagen de Villa como amigo de los pobres, que ayudaba a viudas y huérfanos. Y está la imagen de Villa el macho. Aquí, un notable proceso tuvo lugar, como ha señalado con inteligencia un estudioso. “La leyenda revolucionaria de Villa nunca se ocupó realmente de negar los dos elementos principales de la leyenda negra –sus rudas maneras con las mujeres y su arbitraria y despiadada destrucción de vidas–, sino más bien de darles un barniz atractivo e incorporarlos a la imagen del héroe masculino en la tradición mexicana del machismo: aplastante, dominante y sobrehumano.”¹²⁵

Villa sobrevivió también bajo otra forma que probablemente lo habría sorprendido e incluso escandalizado: se volvió objeto de cultos religiosos. Cada año, participan en los actos que se realizan en Chihuahua por el aniversario de su muerte miembros de un culto religioso para los que Villa se ha convertido en un ser sobrenatural. Ese culto villista no se encuentra sólo en Chihuahua. En un pequeño poblado en la carretera a San Luis Potosí, a mil doscientos kilómetros de la frontera estadounidense, la antropóloga Ruth Behar describe una ceremonia en que un médium asumía la personalidad de Pancho Villa y, frente a un numeroso público, bendecía la comida que ingerían y les prometía: “No morirán de hambre, porque no es mi deseo”. Al final de la ceremonia, los participantes gritaban “¡Viva Villa!”.¹²⁶

El hecho de que el México oficial lo repudiara durante tanto tiempo pudo paradójicamente colaborar a mantener viva la figura de Villa entre los sectores populares que desconfiaban del gobierno. También contribuye al interés por él que, como ningún otro dirigente revolucionario, sigue generando polémica, a

pesar de que tanto los que combatieron contra él como quienes lo hicieron en sus filas están prácticamente todos muertos. La controversia es mayor porque Villa no dejó archivo, no cabía en ningún molde conveniente y es reclamado como propio por facciones sumamente heterogéneas, a menudo situadas en extremos opuestos del espectro político. El movimiento fascista que surgió en México en los años treinta, los Camisas Doradas, heredó su nombre de la famosa guardia personal de Villa y estuvo encabezado por el exvillista Nicolás Rodríguez. Para la izquierda, por otra parte, Villa fue uno de los grandes revolucionarios campesinos; un contingente mexicano que peleó en las filas de las Brigadas Internacionales contra Franco, en España, se llamaba Pancho Villa. Hoy día, el dirigente de los indios revolucionarios de Chiapas, donde Villa nunca combatió, dice que se ha inspirado en sus tácticas, y uno de los grupos revolucionarios campesinos de ese estado lleva su nombre. No es sino uno de los muchos grupos populares, muy lejos del campo original de operaciones de Villa, que se llaman villistas y se dicen sus herederos.

Los villistas han tenido peor suerte que su dirigente. En contraste con sus aliados zapatistas, no fueron reconocidos como revolucionarios agrarios *bona fide*, ni por el México oficial ni por gran número de los historiadores que se han ocupado de la revolución mexicana. Cuando se refieren a ellos, muchos tienden a coincidir con un conocido historiador estadounidense que los describió como hombres

reclutados de las minas y los ranchos ganaderos, y de las zonas rojas y los tugurios llenos del estruendo de las sinfonolas y del tintineo de los pianos mecánicos, en los salones de baile de cuarta, que bordean la frontera. Las consignas de los hombres del norte pudieron ser “Libertad” y “Democracia”, el derrocamiento de los hacendados, de los científicos y de los jefes políticos; pero para la mayoría de ellos, cuando iban hacia el sur en los trenes militares [...], la revolución significaba poder y botín, el saqueo de las haciendas y el pillaje de las ciudades.¹²⁷

Sólo en años recientes, los historiadores mexicanos, sobre todo de Chihuahua y Durango, y los estudiosos estadounidenses han empezado a desentrañar los enormes conflictos agrarios de esos dos estados, y la base agraria de la revolución popular que tuvo lugar en ellos. Con esto se ha producido una nueva visión y definición de los villistas y del villismo.

Conclusión

La revolución de Chihuahua no fue sino uno de los muchos movimientos que constituyeron lo que generalmente se llama la revolución mexicana, pero fue uno de los más importantes: en 1910-1911 y de nuevo en 1913-1915, los revolucionarios chihuahuenses y sus aliados cambiaron el destino de la nación. Por lo menos en cinco aspectos su experiencia histórica se distinguió de la de los movimientos que tuvieron por base otras regiones. El primero fue su fuerza militar. En 1910, la revolución chihuahuense fue el único levantamiento a gran escala contra el régimen porfiriano. Sólo después de que los chihuahuenses demostraron al resto del país cuán vulnerable era el régimen, estallaron revueltas masivas en otros lugares. En 1913-1914, de nuevo fueron los revolucionarios chihuahuenses y sus aliados de Durango y partes de Coahuila quienes llevaron el grueso del combate y lograron las victorias más significativas contra el ejército federal. El segundo rasgo que distinguió al movimiento chihuahuense consistió en su composición social: fue el único que contó con miembros de todas las clases sociales excluidos los hacendados. Los hacendados encabezaron a los revolucionarios de Coahuila y Sonora, mientras que la rebelión zapatista de Morelos consistió básicamente en campesinos de los pueblos libres, sin peones, ni trabajadores, ni miembros de las clases medias (con excepción de un puñado de intelectuales). Tercero: ningún otro movimiento revolucionario tuvo relaciones tan volátiles con el gobierno de Estados Unidos y con los intereses empresariales de ese país. Durante un tiempo, fue el que mantuvo vínculos más estrechos con los estadounidenses; más tarde, fue el más hostil a Estados Unidos. Cuarto: la historia personal del dirigente chihuahuense no se parecía a ninguna otra. Entre las grandes figuras revolucionarias de Chihuahua, sólo Villa había sido un peón y también un perseguido por la justicia antes de la revolución. Finalmente: también distinguen al movimiento chihuahuense la cantidad de

controversias y de interpretaciones radicalmente diversas que ha suscitado. Desde el periodo revolucionario hasta hoy, ni las percepciones populares, ni las actitudes oficiales gubernamentales, ni las interpretaciones de los estudiosos han encontrado un terreno común respecto del movimiento ni respecto de su líder.

¿POR QUÉ CHIHUAHUA?

Una de las polémicas más importantes tiene que ver con la composición social de la revolución de Chihuahua: ¿fue esencialmente un movimiento campesino, fueron los mineros su componente principal o lo fue una coalición de marginales y chusma fronteriza? ¿Qué papel desempeñaron en ella las clases medias?

No es en absoluto fácil explicar la amplitud de la revolución de 1911. Se alzó contra el régimen existente lo que podría tal vez llamarse el conjunto de la sociedad civil. En un despliegue sin precedentes de unidad, rara vez alcanzado en otras partes del país, incluyó sectores tanto rurales como urbanos y a todas las clases, con excepción de la oligarquía gobernante de los hacendados. Sus raíces son difíciles de entender debido a que las causas más ostensibles de los levantamientos que se produjeron en otros lugares estaban ausentes en Chihuahua. Ciertamente, no había similitud con los factores que desencadenaron las revoluciones rusas de 1905 o de 1917: una guerra perdida contra Japón y una guerra sangrienta e interminable que costaba millones de vidas de 1914 a 1917. No hay semejanza tampoco con las características xenofóbicas de la rebelión de los bóxers en China, a fines del siglo XIX. Algunos españoles y un número relativamente grande de chinos perecieron a manos de los revolucionarios mexicanos, en la fase inicial y más espontánea de la revolución, pero el grupo de extranjeros más numeroso, el de los estadounidenses, quedó indemne. De hecho, muchos de ellos, incluidos los empresarios y propietarios de minas, mostraron gran simpatía por los revolucionarios. Tampoco es posible comparar el régimen de Luis Terrazas y Enrique Creel, o el del mismo Porfirio Díaz, con las sangrientas y represivas dictaduras latinoamericanas del tipo de las de Trujillo, Somoza o Batista. En realidad, Terrazas fue durante mucho tiempo un dirigente considerablemente popular y tuvo mucho prestigio entre amplios segmentos de la población de Chihuahua, como resultado de sus éxitos guerreros contra los indios. La transformación de Terrazas de caudillo popular en un hombre universalmente odiado en Chihuahua, junto con su yerno Enrique Creel, se debió a que intentó destruir lo que hasta entonces había sido una sociedad fronteriza altamente autónoma. Este proceso se inició hacia el final del siglo XIX, tras la

derrota de los apaches, cuando los inversionistas extranjeros se lanzaron sobre el país, se construyeron ferrocarriles, creció el valor de la tierra y surgió una producción mercantil, con lo cual aparecieron incentivos tanto para expropiar las tierras privadas como para cerrar el libre acceso a los pastizales; el proceso llegó a su punto culminante cuando Creel asumió el gobierno del estado y promulgó la ley agraria de 1905 junto con reformas políticas que minaban la autonomía de que habían gozado las comunidades de la frontera durante los siglos XVIII y XIX.

Sin embargo, estos procesos no explican por sí solos el estallido de la revolución. Crearon un profundo descontento en los habitantes de los pueblos, herederos de las colonias militares de Chihuahua, pero también los dividieron profundamente. No sólo los hacendados, sino también muchos habitantes, se beneficiaron con la nueva ley agraria y las restricciones a la autonomía municipal, que con frecuencia favorecían a una camarilla dentro de cada pueblo, generalmente compuesta por forasteros a los que Creel consideraba que podía dominar y manipular mejor otorgándoles cargos políticos. El problema con Creel era que lo que daba con una mano lo quitaba con la otra. Cuando, en 1907-1908, la honda recesión originada en Estados Unidos golpeó a Chihuahua y se combinó con cosechas extremadamente malas, causando un alza espectacular en los precios de los alimentos, Creel reaccionó cargando con nuevos impuestos a las clases bajas y medias, ya empobrecidas y presionadas. No podía gravar a los inversionistas extranjeros, que habían fijado condiciones de exención para traer su capital al estado, y no quería aumentar los impuestos a su propia clase, la de los hacendados. En consecuencia, en muchas partes del campo chihuahuense las fuerzas heterogéneas profundamente enfrentadas entre sí debido a la ley agraria de Creel se unieron contra los impuestos. Así ocurrió en San Andrés, donde, tras un contencioso y una lucha entre los indios y los no indios en torno al derecho a la tierra, todo el pueblo se unió en una revuelta contra las nuevas contribuciones. Otra medida que colaboró a unificar a las facciones contendientes de los pueblos en contra de los hacendados fue la abrupta cancelación del derecho de pastura tanto en las tierras de los hacendados como en los terrenos públicos que ellos adquirirían a muy bajo precio. Esta medida se vio complementada con la arbitraria confiscación del ganado perteneciente a los habitantes de los pueblos cuando se le encontraba en las tierras de la hacienda. Según los generales de Díaz, ésa fue una de las causas principales del odio que despertó el régimen de Terrazas y Creel entre los habitantes de los pueblos de Chihuahua.

La crisis económica de 1907-1908 tuvo otro efecto devastador sobre dichos habitantes: muchos de ellos habían logrado superar, por lo menos en parte, la pérdida de tierras y de privilegios tradicionales buscando trabajo en las minas del norte del país o al otro lado de la frontera. Pero, con la crisis, los trabajadores mexicanos fueron los primeros despedidos en Estados Unidos, y en México también cerraron muchas minas. Tradicionalmente, en tales situaciones de crisis los mineros podían regresar a sus pueblos y sobrevivir allí; como habían perdido gran parte de sus tierras, esto les resultó difícil o imposible.

Los habitantes de los pueblos no constituían la mayoría de la población, pero fueron la columna vertebral de la revolución. En ocasiones anteriores en que se habían levantado, como en 1891-1893, solían encontrarse prácticamente solos: obtenían escaso apoyo de los peones de las haciendas, que aún formaban una gran parte de la población rural, o de la creciente población urbana. Pero esta situación cambió radicalmente en 1910-1911.

Un aspecto significativo de la revolución chihuahuense fue que también simpatizó con el movimiento la mayoría del heterogéneo conglomerado al que podemos llamar clases medias, muy dividido y compuesto por grupos muy diversos: pequeños rancheros y tenderos, pequeños empresarios, notables locales de pueblos y ciudades. Una parte significativa de esa “clase media” estaba constituida por clientes y beneficiarios de Terrazas y Creel, que no se unieron a los revolucionarios pero tampoco defendieron a la oligarquía. Fuera de ese grupo, la gran mayoría de las clases medias se opuso a ella.

Las clases urbanas, y sobre todo las clases medias, repudiaban al régimen, en parte, por los nuevos impuestos que consideraban injustos e ilegítimos. Pero su resentimiento iba mucho más allá: derivaba de la decisión de Díaz de entregar el poder a Terrazas y Creel en 1903, abandonando la política que durante largo tiempo le había dado cierto grado de legitimidad y popularidad y había creado una ilusión de democracia en Chihuahua. Cuando Díaz estaba consolidando su dictadura, a partir de 1884, una de sus principales medidas había consistido en retirar del poder en sus estados nativos a caudillos tradicionales como los Terrazas, e imponer a sus propios hombres –a veces forasteros, a veces rivales de la oligarquía tradicional–, generalmente más débiles que aquéllos a quienes sustituían. El objetivo era evitar que una facción se volviera demasiado poderosa y enfrentar a los distintos grupos unos contra otros para conservar el poder y evitar las revueltas locales o regionales, tan frecuentes a principios del siglo XIX. Esta política había dado cierta vía libre a las clases medias regionales, atraídas por los dos bandos que intentaban consolidar o recuperar el poder en sus

estados de origen. Pero, a principios del siglo XX, Díaz empezó a cambiar de estrategia. Por una parte, algunas oligarquías locales, como el clan Terrazas, se habían vuelto tan poderosas que era difícil negarles el poder político. Además, Díaz se daba cuenta de que, a diferencia de sus predecesoras decimonónicas, nunca se levantarían contra el gobierno central, porque tenían demasiado que perder; sus intereses estaban ahora inextricablemente unidos a los de los inversionistas extranjeros, para quienes la estabilidad era un requisito absoluto y que aportaban grandes beneficios a esas oligarquías que solían servirles de intermediarias. La nueva política de Díaz significaba que las clases medias perdían todo camino de acceso al poder y quedaban desamparadas ante los caprichos del gobernador, los jefes políticos y los presidentes municipales nombrados verticalmente. En esta situación de profunda crisis política y económica, sucesos que bajo otras circunstancias podrían haber suscitado sólo una respuesta limitada se convirtieron de pronto en factores definitivos en el despertar de la conciencia del pueblo de Chihuahua. Así ocurrió con el caso del robo al Banco Minero, que minó y tal vez incluso destruyó cualquier legitimidad que le quedara al gobierno de Creel.

En contraste con muchas otras partes de México, grandes sectores de las clases medias de Chihuahua estaban dispuestos a luchar junto a los revolucionarios rurales. En gran parte del país existía un profundo abismo entre la sociedad urbana hispanohablante mestiza o blanca, por una parte, y el campesinado indígena, por otra; pero no había tal abismo en Chihuahua. Los indios tarahumaras, que constituían el grueso de la sociedad indígena del estado, sólo participaron marginalmente en la revolución. Las clases urbanas no temían que los rancheros –ya fueran mestizos o indios– se lanzaran a una guerra de castas contra ellos. Por el contrario, durante un siglo, los habitantes de las ciudades habían visto a la gente de los pueblos como sus principales defensores contra los ataques de los “bárbaros” del norte. Grandes sectores de las clases medias eran por tanto muy diferentes de las de Morelos, que tenían terror de los campesinos.

El germen de la revolución en Chihuahua también se extendió a un grupo que hasta entonces había sido considerado el segmento más dócil de la sociedad: los peones de las grandes propiedades. Terrazas había hecho cuanto había podido para mantener el paternalismo tradicional característico de sus haciendas. Siempre que visitaba una hacienda se esforzaba por reconocer a cada campesino y a su familia, hacer regalos a todos y darles medios de subsistencia en periodos de hambruna o de malas cosechas. Sin embargo, ese paternalismo estaba muy

deteriorado. Tras la derrota de Gerónimo, en 1884, Terrazas perdió uno de los soportes de la legitimidad que poseía a los ojos de sus peones, que ya no necesitaban su protección contra los ataques de los apaches. Conforme las comunicaciones mejoraban en Chihuahua, muchos peones pudieron contrastar sus condiciones de vida con las que reinaban al norte de la frontera o incluso en las propiedades de los extranjeros, forzados a hacer concesiones que no existían en las haciendas tradicionales, para atraerse a los trabajadores: no empleaban el peonaje por deudas y tendían a pagar en efectivo, lo que significaba independizarse de la tienda de raya.

En conjunto, la concentración de poder económico y político en manos de una sola familia, y las inconmensurables arbitrariedades que engendró, hicieron que todo el descontento del estado de Chihuahua se dirigiera contra la oligarquía gobernante de Terrazas y Creel.

Pero sería un gran error ver las causas de la revolución sólo en términos económicos. Los hombres que constituyeron el núcleo central del ejército revolucionario, los antiguos colonos militares de la frontera apache, habían vivido de acuerdo con cierto código de honor durante casi dos siglos. Habían peleado para “preservar la civilización contra los bárbaros”, como decían los habitantes de Namiquipa. A cambio, la sociedad “civilizada” los respetaba y honraba y les permitía conservar las grandes cantidades de tierra que les habían concedido el gobierno colonial español y, después, el de Benito Juárez. Para ellos, ese código de honor se había roto cuando los gobernantes de Chihuahua, y sobre todo Creel, intentaron reducirlos al nivel de campesinos pobres o sin tierras, cosa que los degradaba al rango social más bajo del estado y les arrebató el estatus y la dignidad que habían ganado en arduas luchas contra los apaches.

Un rasgo distintivo central de la revolución chihuahuense fue la ausencia de hacendados en su dirección. No era una coincidencia. En otros estados del norte, como Coahuila y Sonora, los hacendados estaban muy divididos y sólo una parte se identificaba con la coalición que detentaba el poder. En Chihuahua, Terrazas y Creel habían cooptado prácticamente a toda la clase terrateniente mediante los matrimonios, la absorción o la destrucción de los rivales. Esto no significa que los hacendados chihuahuenses los apoyaran ciegamente, pero no tenían ninguna razón para sublevarse y nunca se unieron a la revolución. No surgió en Chihuahua ningún equivalente de un Maytorena en Sonora o de Madero y Carranza en Coahuila.

Otro punto a discusión es si el movimiento revolucionario de Chihuahua fue un movimiento premoderno en que el bandolerismo desempeñaba un papel importante, como podría sugerir la personalidad de Villa. ¿Era un movimiento retrógrado, opuesto a la modernización?

No es posible considerar premoderno al movimiento revolucionario de Chihuahua. El bandolerismo siempre jugó un papel mucho menor en ese estado que en otras regiones de México. Era una ocupación demasiado peligrosa, mientras los apaches aún incursionaban, y el subdesarrollo de la economía y las dificultades de transporte lo convertían en una empresa poco lucrativa. No había en Chihuahua, antes de la revolución, una tradición de heroicos bandidos sociales como ocurría más al sur, por ejemplo en Durango. A pesar de las enormes repercusiones de la rebelión de Tomóchic, el milenarismo fue la excepción más que la regla. La oposición religiosa al régimen se manifestaba en el avance del protestantismo o en el surgimiento de un catolicismo social como el de Silvestre Terrazas.

Tampoco eran premodernos en modo alguno los movimientos de oposición que aparecieron en la época porfiriana. Las células revolucionarias del Partido Liberal que se formaron en el campo y en las ciudades eran semejantes a las que creaban los revolucionarios en Europa. Los antiguos colonos descontentos no buscaban en absoluto aislarse del resto de la sociedad; por el contrario, a través de cartas en los periódicos e incluso manifestaciones, buscaban apoyo en las ciudades. Muchos habitantes de los pueblos habían viajado a otras partes del estado o a Estados Unidos, y tenían un conocimiento de otras sociedades que los campesinos de las demás regiones del país nunca llegaron a adquirir. Chihuahua tenía uno de los niveles de alfabetismo más altos y fue uno de los pocos estados en que los diarios desempeñaron un papel importante en el estallido de la revolución. El órgano del Partido Liberal, *Regeneración*, tenía uno de sus mayores públicos en Chihuahua, y Luis Terrazas estaba convencido de que *El Correo de Chihuahua* había sido uno de los factores decisivos en ese estallido.

Los rancheros de Chihuahua no rechazaban las galas del mundo moderno. Estaban acostumbrados a la economía de mercado y respetaban profundamente la educación. Para ellos el regreso a la sociedad tradicional significaba volver a las instituciones democráticas que habían existido en la época dorada de la frontera. A lo que se oponían era a que la “modernización” se hiciera a sus

expensas, expropiándoles sus tierras, eliminando su autonomía e imponiéndoles el control central.

Una de las principales características del movimiento revolucionario en Chihuahua, así como del ejército que produjo, fue que, a diferencia de los de Morelos, su composición social varió enormemente en diferentes etapas de la revolución. En el periodo maderista, surgió una unidad sin precedentes entre las clases bajas de la sociedad –antiguos colonos militares, peones, trabajadores industriales, mineros, ferrocarrileros– y amplios sectores de las clases medias. Esta unidad se desintegró poco tiempo después del triunfo, cuando importantes segmentos de las clases bajas se unieron con elementos disidentes de las clases medias, e incluso con los poderosos hacendados, en la rebelión de Orozco. La unidad entre esas fuerzas heterogéneas fue aún más tenue que la de los revolucionarios de un año antes, y pronto se disolvió. En 1913, Villa logró reunificar a los grupos sociales que habían constituido la revolución maderista y creó de hecho una unidad aún más fuerte entre ellas, sobre la base de los enormes recursos que controlaba, su carismática personalidad, sus victorias y el apoyo que logró en Estados Unidos. Después de la derrota de Villa, esa coalición de nuevo se vino abajo. Algunos fragmentos se volvieron a unir brevemente cuando las tropas estadounidenses ocuparon zonas de Chihuahua, mientras las de Carranza trataban al estado como si fuera un territorio ocupado. Cuando los estadounidenses se fueron y Carranza aceptó armar a una parte importante de la población, la coalición villista de clases medias y bajas se disolvió definitivamente. No sólo las clases medias, sino una parte significativa de los habitantes de los pueblos y de los obreros se volvieron contra Villa, y en apariencia, de 1917 a 1920, su apoyo se fue reduciendo cada vez más.

LA DIVISIÓN DEL NORTE

Los profundos y veloces cambios que se producían en la base social del movimiento revolucionario se reflejaron en la serie de transformaciones, igualmente profundas y rápidas, que sufrieron sus fuerzas armadas. Una de las tareas más difíciles para cualquier historiador es definir la naturaleza de la División del Norte. ¿Era un ejército revolucionario imbuido con un hondo sentido de su misión, con una visión de una sociedad nueva, diferente y más justa? ¿Era el pueblo en armas, como los zapatistas en el sur, para el que el pensamiento civil y la mentalidad civil eran más importantes que el militarismo? ¿O era, en último término, una fuerza profesional de combate, leal ante todo a su

líder, similar a los ejércitos caudillistas que surcaban América Latina en el siglo XIX? La cuestión es extremadamente difícil de dilucidar, porque a final de cuentas los tres elementos existían en la División del Norte, aunque en grados diferentes en los distintos momentos.

El ejército maderista que se había levantado en 1910-1911 para derrocar al régimen de Terrazas y Creel, en Chihuahua, y al de Porfirio Díaz, en México, era claramente un ejército revolucionario imbuido ante todo del sentido de su misión: crear una sociedad diferente. Estuvo compuesto principalmente por hombres de treintaitantos años, con frecuencia dueños de alguna propiedad y que sabían leer y escribir. Era un ejército estrictamente disciplinado, que generalmente evitaba el pillaje y el robo, integrado por hombres que habían ido a pelear por su propia voluntad. Gran parte del espíritu, la ideología y la organización del ejército maderista estaba presente también en la División del Norte. Muchos de sus soldados ya habían combatido en 1910-1911 y muchos de sus líderes también lo habían sido entonces. Como su antecedente, la División del Norte estaba compuesta principalmente por voluntarios, aunque contenía cierto número de prisioneros federales que habían elegido unirse a Villa para no ser fusilados. Sin embargo, a principios de 1914, la División del Norte adquirió características que la hicieron muy diferente de sus antecedentes. Gracias a que controlaban Chihuahua y a sus buenas relaciones con Estados Unidos, los revolucionarios se adueñaron de recursos con que no contaban en 1910-1911. En consecuencia, se combinaron en el ejército rasgos cada vez más heterogéneos.

Por una parte, dado que era inmensamente popular y reflejaba la composición de la población chihuahuense, y dado que muchos soldados iban acompañados de sus esposas o queridas, aún conservaba muchos elementos del pueblo en armas. Por otra, empezaba a asumir las estructuras de un ejército profesional. Aunque el saqueo y el robo seguían estando prohibidos –Villa era muy estricto al respecto–, combatir se convirtió en una forma de vida para muchos de sus miembros. Después de cada victoria, Villa les daba cuantiosas recompensas. Un número creciente de oficiales era nombrado por Villa y el mando del ejército, en vez de ser elegido por los hombres de sus localidades. Hasta cierto punto, la ideología de la División del Norte cambió junto con su composición social. Los jefes de familia que habían predominado en el periodo de Madero fueron sustituidos por hombres más jóvenes e incluso niños de doce a quince años que, por razones obvias, carecían de la convicción ideológica de los viejos soldados, y esta dilución de la ideología se vio reforzada conforme se incorporaban más y más desertores del ejército federal. El proceso se aceleró conforme el ejército se

fue alejando de su región de origen, y cada vez más el *esprit de corps* iba sustituyendo a la ideología revolucionaria. Después de la disolución de la División del Norte, y especialmente después de la salida de la expedición de Pershing en 1917, el carácter de las fuerzas armadas villistas cambió de nuevo. Para entonces eran una heterogénea mezcla en la que había veteranos de la División del Norte (sobre todo los Dorados), cuya lealtad hacia Villa dominaba sobre todas las demás, habitantes de los pueblos que tomaban las armas tras haber sido despojados de sus pertenencias por los soldados carrancistas, desertores federales que preferían el oro que pagaba Villa al papel moneda sin valor de Carranza, y un número creciente de vaqueros desempleados. “Puros vaqueritos” fue la forma en que Villa caracterizó a su ejército en una conversación con Ángeles, en 1918. Muchos preferían unírsele que emigrar a Estados Unidos, donde temían ser alistados en el ejército estadounidense para ir a la primera guerra mundial.

Las causas del enorme éxito del movimiento revolucionario de Chihuahua en 1910-1911 y 1913-1914 son más fáciles de identificar que las de su derrota final en 1915. Los revolucionarios chihuahuenses podían contar con la unidad de toda la sociedad civil contra Terrazas y Creel y más tarde contra Huerta. La tradición de lucha de la frontera influía en su determinación inicial de combatir y en las victorias que alcanzaron. A ello hay que añadir los recursos que les ofrecían las haciendas de la oligarquía y el acceso relativamente fácil a las armas del otro lado de la frontera. La presencia de jefes militares carismáticos –Madero y Orozco en 1910-1911 y Villa en 1913-1914– también tuvo una importancia decisiva.

Ninguna causa única explica la derrota de la Convención Revolucionaria, cuyo sector más importante eran los revolucionarios de Chihuahua. La heterogeneidad de su composición y la mentalidad regional de su dirigente pesaron en ella; además, era más pobre en dinero y recursos que los carrancistas.

Las derrotas militares de Villa derivaron sobre todo de sus errores de estrategia y de táctica. A diferencia de cualquiera de los generales carrancistas, su autoridad era absoluta y, por tanto, con frecuencia no era posible una verdadera discusión. Sin embargo, esas derrotas no tenían que haber conducido por fuerza al tipo de debacle que Villa sufrió si sus políticas sociales hubieran sido diferentes. Como dijo uno de sus consejeros intelectuales más inteligentes, Federico González Garza: “Desde que sacamos a Huerta, tiene usted que concederme, desde un punto de vista práctico, que si hubiéramos sabido cómo realizar una confiscación ordenada, sujeta a reglas estrictas, y si hubiéramos

hecho un reparto de tierras siguiendo un plan inteligente y sin violencia, para estas horas hubiéramos podido crear nuevos intereses que hubieran ayudado a sostener al nuevo régimen”.¹ Ese reparto agrario hubiera dado al villismo una base invencible a pesar de su derrota militar. Pero ese programa no se llevó a cabo debido a la alianza y parcial dependencia del villismo respecto de Estados Unidos, asociación que resultó a la vez fuente de fuerza y causa crítica de debilidad.

PANCHO VILLA Y ESTADOS UNIDOS

Por una parte, los estrechos vínculos con los estadounidenses y la posibilidad de obtener armas y recursos al otro lado de la frontera le permitieron a Villa transformar a sus soldados de fuerza guerrillera en ejército regular, capaz de derrotar a los federales en batallas a gran escala. Pero el otro lado de la moneda era que la necesidad de asegurarse recursos para comprar armas y municiones en Estados Unidos hizo que fuera imperativo para Villa conservar las grandes propiedades que estaban bajo su control. A diferencia de Zapata, no podía distribuirlas entre los hombres del campo, porque eso podía perjudicar el apoyo de Estados Unidos al hacerlo aparecer como un revolucionario radical que no respetaría el carácter sagrado de la propiedad privada. Por añadidura, Villa temía que, mientras durara la guerra, cualquier reparto agrario reduciría significativamente la disposición de los habitantes de los pueblos para combatir fuera de sus regiones de origen.

También en otro sentido ese vínculo con los estadounidenses constituía una espada de dos filos. Villa logró financiar sus gastos militares y sociales, imprimiendo grandes cantidades de papel moneda, al principio bien aceptado por los estadounidenses. Pero fue una ventaja a corto plazo. Tan pronto como sufrió su primera derrota importante, el valor de su moneda se desplomó y otro tanto ocurrió con la economía de Chihuahua. En este contexto, el gobierno villista contrastó tajantemente con el Morelos zapatista, donde grandes haciendas comerciales fueron entregadas a la agricultura de subsistencia. Zapata nunca imprimió papel moneda; pagaba a sus soldados con tierras, no con dinero como Villa, cuyo apoyo era por lo mismo más precario: cuando el dinero perdió su valor, el apoyo se tambaleó.

Por tanto, los vínculos de Villa con Estados Unidos sin duda tuvieron profundas consecuencias indirectas tanto en sus victorias como en sus derrotas. Un problema más arduo es establecer si la política que siguió Estados Unidos

contribuyó a esa derrota. Ésta es una de las cuestiones más polémicas en la muy debatida historiografía de la revolución mexicana. La idea, mucho tiempo defendida, de que Estados Unidos favoreció y apoyó unilateralmente a Villa hasta que Obregón lo venció es un supuesto en extremo dudoso. Aunque hay indicios de que, por un tiempo, el gobierno de Wilson y los intereses estadounidenses vieron en Villa al próximo hombre fuerte de México y la mejor solución para ellos, esa actitud se modificó mucho antes de la batalla de Celaya. Esto no significa que Estados Unidos se aliara tajante y plenamente con Carranza en ese momento. El gobierno estadounidense había perdido la fe en que la facción de Villa pudiera por sí sola llevar a cabo el tipo de cambios que quería para México y consideró que enfrentarla contra Carranza era la mejor manera de defender sus intereses. Durante un breve tiempo, en 1914, mucho antes de la victoria de Carranza en la guerra civil, sólo sus fuerzas pudieron adquirir armas en Estados Unidos. En ese momento, cuando los carrancistas controlaban algunos puertos y los villistas no, el gobierno de Wilson decretó que los revolucionarios sólo podrían comprar armas enviadas por barco. Cuando las autoridades estadounidenses le entregaron a Carranza el puerto de Veracruz, también le entregaron grandes arsenales. Y aunque las decisivas derrotas de Villa en el Bajío no se le pueden atribuir a la política seguida por Estados Unidos, sí se le puede achacar su derrota final en Agua Prieta: al permitir que las tropas de Obregón cruzaran su territorio para entrar en Sonora, Wilson colaboró de manera muy importante en la victoria de éste contra la División del Norte.

Una de las cuestiones más interesantes es por qué se rompió la alianza Villa-Estados Unidos, que existió en efecto brevemente y a la que colaboraron Villa, por una parte, y el gobierno de Wilson y los empresarios estadounidenses, por la otra. Algunos historiadores oficiales carrancistas y también estadounidenses tienen una respuesta simple: incluso antes de que Villa fuera derrotado, el gobierno de Wilson descubrió que no era más que un bandido. Suponiendo por un momento que así fuera (y mi opinión no es ésta), las autoridades estadounidenses se han aliado a través de la historia con gobernantes latinoamericanos de pésima reputación. Ni siquiera Wilson tuvo reparos en hacerlo con algunos gobernantes centroamericanos y caribeños. Lo que hizo que la ruptura fuera prácticamente inevitable fue que el gobierno de Wilson, a pesar de su “idealismo”, no era diferente de sus predecesores republicanos cuando se veían amenazados los derechos tradicionales de las compañías estadounidenses. Si Villa les parecía tan atractivo era porque no había tocado sus propiedades ni les había fijado nuevos impuestos. Esa política sólo pudo sostenerse mientras

estuvo disponible la gran fortuna de la oligarquía mexicana, y sobre todo la de los Terrazas, y mientras el papel moneda de Villa tuvo valor en Estados Unidos. Cuando sus recursos se agotaron y su dinero se devaluó, no tuvo más opción que recurrir al único grupo que aún tenía riquezas en el norte de México, los estadounidenses, y empezar a gravarlos o a forzar a las compañías mineras a volver al trabajo.

La resistencia de Estados Unidos a las medidas de Villa no fue sino uno de los factores que minaron la confianza del caudillo nortño en el gobierno de ese país. Villa pronto se dio cuenta de que para los estadounidenses la alianza con él no era una relación entre aliados iguales, sino entre un amo y un subordinado. Ése era ciertamente el tipo de vínculo que se planteaban Canova y su grupo en el Departamento de Estado, algunos empresarios y algunos miembros del gobierno, cuando le propusieron a Villa un pacto que hubiera convertido a México en un protectorado de Estados Unidos. El revolucionario no tenía manera de saber que ésa no era la política oficial del gobierno estadounidense. Pero tampoco tuvo dicho gobierno reparos en tratar a Villa y a su facción de una forma que contravenía las normas de las relaciones internacionales. Como una facción importante en México, los villistas fueron invitados a participar en un conferencia en Washington y, a través de Hugh Scott, se les prometió que no habría un reconocimiento unilateral a Carranza en el momento en que el gobierno de Washington estaba precisamente examinando la posibilidad de otorgarlo. Sin darles ninguna explicación a los delegados villistas, Washington reconoció a Carranza de un día para otro. Además, Estados Unidos violó su neutralidad al permitir a los carrancistas que cruzaran su territorio para atacar a Villa.

Aunque la alianza entre Villa y Estados Unidos llegó así a un final poco glorioso, la relación simbiótica entre ambos no terminó, sino que duró hasta la muerte del caudillo. El ataque a Columbus y la subsecuente expedición de Pershing le proporcionaron un nuevo balón de oxígeno en los años 1916-1917 y, después de 1917, los impuestos que obtenía de las compañías estadounidenses que trataban de hacer negocios en Chihuahua fueron los recursos que le permitieron sobrevivir durante los largos años de la lucha guerrillera. Con toda probabilidad, el asesinato de Villa en 1923 fue en gran medida resultado del deseo que tenía el gobierno mexicano de obtener el reconocimiento de Estados Unidos.

Las controversias que ha suscitado el movimiento villista no son nada en comparación con las que ha provocado la personalidad de su líder, considerado como el Robin Hood de la frontera, el amigo de los pobres, el líder del campesinado revolucionario mexicano, Zapata norteño, azote de la frontera, Atila del norte, bandido inhumano o Quinto Jinete del Apocalipsis.

Significativamente, la polémica en torno a Villa no se refiere a ninguno de los rasgos principales de su carácter. Existe un difundido acuerdo entre amigos y enemigos respecto a que era capaz de grandes actos de generosidad y de actos de crueldad igualmente grandes.

Algunos de los principales puntos en discusión se refieren al pasado de Villa como bandido, a las razones de su espectacular ascenso dentro del movimiento revolucionario de 1910-1911 y, sobre todo, en 1913-1914, y a su ideología y el grado en que ésta influyó en el tipo de política que siguió.

Probablemente nunca sabremos con exactitud por qué Villa se convirtió en un forajido. Su relato sobre la violación de una hermana puede ser cierto, pero los datos que con tanto detalle ofrece al respecto en sus memorias –cómo disparó contra el hacendado y cómo mató a los rurales que lo perseguían– contrastan totalmente con los documentos contemporáneos. El único motivo por el que las autoridades de Durango lo arrestaron en 1898 fue por robarse dos mulas y un rifle. También hay que decir que, si alguna vez existió un sistema que forzara a quienes no tenían la menor intención criminal a convertirse en forajidos, era la estructura política y social del Durango porfiriano. Cualquier peón que incurría en el desagrado de un hacendado podía ser enviado al ejército sin juicio previo, destino que en más de un sentido equivalía a la esclavitud. Salvo excepcionales circunstancias, no tenía la menor posibilidad de apelar. Frente a tal alternativa, no es sorprendente que muchos, especialmente si eran voluntariosos y valientes, eligieran convertirse en delincuentes.

El traslado de Villa a Chihuahua y su cambio de nombre se debieron con toda probabilidad a su desertión del ejército. En Chihuahua, vivió al parecer en una zona intermedia, entre ocupaciones en su mayoría legales y el robo de ganado. Sus empleos confesables consistieron en trabajar para empresas extranjeras, sobre todo compañías mineras y de ferrocarriles, como capataz y transportista de mercancías valiosas a través de zonas de peligro. El prestigio que adquirió ante algunos empresarios extranjeros poderosos puede explicar por qué las autoridades estatales lo trataron durante largo tiempo con indulgencia, de manera que, cuando a mediados de 1910 un funcionario porfiriano lo arrestó por un delito obviamente menor, fue inmediatamente liberado, su pistola y su dinero le

fueron devueltos e incluso se sintió lo bastante seguro para presentar una queja ante otro funcionario. La ruptura de Villa con las autoridades porfirianas se produjo al parecer cuando mató a uno de sus antiguos socios, Claro Reza, que se había convertido en agente del gobierno. No está claro si el homicidio se debió a que Villa se había unido ya a los revolucionarios, o si se unió a éstos en parte como resultado de su crimen y de las acciones que el gobierno tomó contra él.

Las tres principales leyendas sobre sus actividades como delincuente antes del estallido de la revolución son en general erróneas. No era el multihomicida que sus enemigos lo tildaban de haber sido antes de 1910; no era la víctima despiadadamente perseguida que mató a docenas de rurales, como se describe a sí mismo, ni era el mítico “Robin Hood de la frontera”, azote de la oligarquía de los Terrazas-Creel.

Los motivos por los que se unió al movimiento revolucionario sólo podemos inferirlos. En muchos aspectos, era muy distinto de otros dirigentes populares que se sublevaron en 1910 contra el régimen de Díaz. A diferencia de Zapata, Ortega o Contreras, nunca fue dirigente de una comunidad ni su representante ante el mundo exterior. A diferencia de la gran mayoría de los líderes populares que se levantaron en 1910-1911, no había participado en ningún grupo político de oposición. No tenía vínculos con el Partido Liberal ni pertenecía al Partido Antirreeleccionista o, si se vinculó a este último, fue muy poco antes del estallido de la revolución. Aunque nunca sabremos con certeza por qué se unió al movimiento revolucionario, tenía todas las razones posibles para odiar a la oligarquía de Durango que lo había enviado al ejército y probablemente lo había forzado a vivir fuera de la ley. Por su parte, la oligarquía chihuahuense al parecer le había impedido entrar en el negocio legal de la carne. Como para muchos otros forajidos, la revolución representaba para él la posibilidad de llevar de nuevo una existencia legal y una oportunidad de mejorar su estatus social. Pero, a diferencia de ellos, no hay indicios de que se uniera a Madero para poder saquear y robar. Por el contrario, sus tropas estaban consideradas como las más disciplinadas del ejército revolucionario, y no hay ninguna prueba de que, en ese periodo, adquiriera riquezas importantes más allá de los diez mil pesos que Madero le dio.

El espectacular ascenso de Villa en 1910-1911 parece sorprendente a primera vista si se toma en cuenta su falta de bases políticas o sociales antes de esa fecha. A menudo se ha supuesto que lo que compensó con creces esa desventaja fue su inmensa reputación entre los hombres del campo chihuahuense que acudían en masa a su llamado. Pero, como este libro ha tratado de mostrar, no existía esa

inmensa reputación antes de 1910. El ascenso de Villa se debió a otros factores. Sin duda era un líder carismático, pero decir eso es decir demasiado y demasiado poco. Varias cualidades le ayudaron a convertirse en el líder incuestionado de sus hombres –características tradicionalmente propias del caudillo como su audacia, su disposición a asumir riesgos personales, su puntería, su habilidad como jinete (hay corridos sobre sus caballos)–; pero tal vez fuera más importante la genuina entrega a sus hombres, por cuyo bienestar al parecer se preocupaba más que otros jefes militares. La atención que prestaba a las viudas y los huérfanos, los frecuentes regalos a sus hombres, el tren hospital que creó en los años victoriosos son clara muestra de esa actitud. La disciplina férrea que mantuvo desde el momento en que asumió el mando significaba que no se desperdiciaran recursos en saqueos y en destrucciones sin objeto, sino que todo se empleara para abastecer a su ejército y a sus hombres. Un rasgo esencial de Villa era su capacidad para identificarse personal, material e ideológicamente con sus soldados. No sólo compartía su comida, se sentaba con ellos junto a sus fogatas y recordaba sus rostros, sino que asumía su ideología. Paradójicamente, el temor que inspiraba acrecentaba su imagen de macho y su popularidad.

Otro factor muy distinto que contribuyó a su ascenso fue que por un tiempo Madero vio en él al más leal de sus subordinados en Chihuahua. Paradójicamente, esto no se debió a su lealtad personal al presidente mártir sino a su falta de pasado político. En buena medida, el entusiasmo de Madero por Villa se debía a que fue el único jefe dispuesto a detener y desarmar a los miembros del Partido Liberal. La posición de Villa a este respecto era única, porque la mayoría de los jefes revolucionarios en algún momento habían tenido conexiones con ese partido, por mucho tiempo la principal fuerza de oposición en Chihuahua.

Existe una enorme diferencia cualitativa entre el papel que Villa desempeñó durante la revolución maderista de 1910-1911 y el que cumplió en la revolución constitucionalista de 1913-1914. Durante la primera, las fuerzas que él comandó personalmente no pasaban de setecientos hombres, y el conjunto del ejército maderista en Chihuahua nunca rebasó los cinco o siete mil soldados. En el periodo maderista, Villa nunca ejerció ninguna responsabilidad política.

En 1914, en el momento culminante de su poder, su ejército sumaba entre cuarenta y cien mil hombres. No hacía guerra de guerrillas, sino campañas regulares, y ejercía autoridad política sobre gran parte del norte de México. En los años 1913-1914, este antiguo peón semianalfabeto demostró ser un espléndido organizador, un administrador extremadamente eficaz y un

sorprendente creador de consensos. Millones de pesos pasaron por sus manos y, aunque no tenía organización política y sólo contaba con un pequeño número de técnicos e intelectuales para ayudarlo, logró enfrentar eficazmente tres problemas simultáneos, cada uno de los cuales era por sí mismo complejísimo. Primero, en muy poco tiempo, logró transformar sus heterogéneas fuerzas guerrilleras en una fuerza de combate regular sumamente eficiente y capaz de poner sitio a ciudades defendidas por el ejército profesional. Segundo, consiguió a la vez conservar y aumentar su base de apoyo popular en Chihuahua, alimentando a los pobres y a los desempleados, y restableciendo la precaria unidad de las clases medias y bajas que había sido el fundamento de la revolución maderista en ese estado. Tercero, no tuvo menos éxito en obtener primero la neutralidad y luego el apoyo de sectores decisivos de la población y de la élite estadounidenses, desde radicales como John Reed y Mother Jones hasta políticos destacados como Woodrow Wilson, importantes empresarios y, durante un tiempo, incluso William Randolph Hearst.

¿Tenía Villa una ideología y, sobre todo, tenía esa ideología consecuencias prácticas en la política que aplicaba? Odiaba auténticamente a las oligarquías de Durango y Chihuahua, pero de ningún modo incluía en esa categoría a todos los hacendados, ni parecía que fuera una de sus prioridades destruir la hacienda como institución. Había admirado y continuaba admirando a Madero, y permitió que la familia de éste y otros hacendados a los que no consideraba enemigos conservaran sus propiedades. No tuvo reparos en alinearse con Maytorena, uno de los terratenientes más conservadores de Sonora.

Por lo menos hasta 1915, sincera y genuinamente creyó en la redistribución del ingreso de los ricos a los pobres. Una parte, pero en su opinión no necesariamente la parte más significativa de esa redistribución, era el reparto de tierras. Sin embargo, éste nunca tuvo para él la importancia que la reforma agraria tenía para Emiliano Zapata. Una razón de esa diferencia de actitud era que Chihuahua tenía una población no agrícola relativamente mayor que Morelos. Además, en muchos sentidos, Villa era un jefe militar, y sus hombres constituían su principal interés. Dado que entre éstos se halló durante cierto tiempo la mayor parte de la población masculina joven de Chihuahua, ese interés era muy amplio y probablemente abarcaba a la mayoría de los habitantes del estado.

La ideología de Villa tuvo siempre consecuencias concretas. Su odio a la oligarquía se manifestó en la confiscación de sus tierras y propiedades. Su convicción de que debía producirse una redistribución de la riqueza se expresó

en los masivos repartos de alimentos y otros bienes a los sectores más pobres de la sociedad. Su compromiso con sus soldados se reflejó en las enormes sumas que dedicó a los heridos, y a los huérfanos y viudas de esos hombres.

En sus planes para Chihuahua, Villa fue a la vez un tradicionalista y un modernizador, lo primero en el sentido de que quería regresar a la principal forma de organización de los habitantes de los pueblos, tanto en el periodo colonial como en el siglo XIX: las colonias militares; lo segundo, por su profunda creencia en los beneficios de la educación. Durante su gobierno en Chihuahua, dio un tremendo impulso a la construcción de escuelas y a la asistencia para los maestros. Aunque manifestó ciertos rasgos xenofóbicos contra españoles y chinos, hasta fines de 1914 fue mucho menos nacionalista que otras facciones, sobre todo que la de Carranza. Trató a los estadounidenses en las regiones que controló mucho mejor que los revolucionarios de otras partes del país. Era más regionalista que nacionalista. Cuando se le presentó, no aprovechó en modo alguno la oportunidad de ser presidente de México. Aunque formuló un plan coherente para Chihuahua, no era capaz de plantearse una agenda nacional y su plan de reforma agraria para todo el país llegó en fecha muy tardía y nunca se aplicó. Su programa nacional más coherente fue la descentralización, en la que cada facción se encargaría de los territorios que controlaba y aplicaría en ellos las políticas que quisiera. El plan preveía un gobierno nacional débil que no ejercería prácticamente ningún control sobre las regiones. Hay un profundo contraste entre sus notables actividades como gobernador, en términos legislativos, ideológicos y administrativos, y la ausencia de tales actividades cuando asumió oficialmente el control de un gobierno regional sobre una zona del norte mucho mayor que su propio feudo de Chihuahua y Durango.

La ideología de Villa reflejaba en buena medida la de los antiguos colonos militares chihuahuenses. Ejemplo de ello son su idea de fundar colonias militares en todo el país y también su convicción de que había que ganarse la tierra combatiendo. En sus solicitudes al régimen de Díaz, los colonos siempre habían insistido en que ellos habían obtenido sus tierras luchando contra los apaches y, por tanto, estaban muy dispuestos a aceptar la idea de Villa de que los primeros en recibir tierra debían ser los soldados que habían vertido su sangre para ganarla.

Los habitantes de los pueblos de Chihuahua siempre desconfiaron del gobierno central. La insistencia de Villa en la descentralización correspondía ciertamente a sus deseos. Excepto en aquellas regiones en que los extranjeros

estaban directamente involucrados en la expropiación de sus tierras, tendían a ser menos nacionalistas que la población de las ciudades, y esto también se reflejaba en la ideología de su caudillo.

El principal defecto de Villa a los ojos de grandes sectores de su base rural, así como de la clase media, era, como señaló Felipe Ángeles, “no ser ningún demócrata”. No toleraba la oposición; no hubo elecciones de nivel local, regional ni nacional durante su administración. Aunque el único periódico que publicaba su facción, *Vida Nueva*, con frecuencia se ocupaba de cuestiones agrarias y sociales, nunca cuestionó las decisiones de Villa y propagó un culto a su personalidad que a veces recuerda los periódicos de alguna dictadura latinoamericana. Respecto a la democracia, la ideología de Villa correspondía mucho más a la de los caudillos tradicionales del norte que a la de los habitantes de sus pueblos.

¿Era Villa, como sus enemigos lo pintaban, un simple bandido deseoso de poder y riqueza? De haberlo sido, hubiera actuado después de su derrota a la manera de los corruptos políticos latinoamericanos, del tipo de Batista en Cuba o Somoza en Nicaragua, cuando son militarmente vencidos: se llevan lo que pueden del tesoro estatal con la idea de llevar una buena vida en el exilio. Villa tuvo la oportunidad de hacer otro tanto. Durante mucho tiempo controló el tesoro de la División del Norte. Wilson le había ofrecido asilo en Estados Unidos. Pero eligió volver a la vida dura, salvaje y en extremo peligrosa de un guerrillero.

¿Fue Villa el principal responsable de la sangrienta guerra civil en que se hundió México en los años 1914-1915? Prácticamente en todas las revoluciones, tras la caída del viejo régimen, el conflicto armado entre facciones revolucionarias con agendas nacionales muy distintas es la regla más que la excepción. En México, Villa fue quien ofreció la única solución que podía haber asegurado la paz a corto plazo, aunque probablemente no a la larga: la descentralización, y el reconocimiento del statu quo militar en que cada facción gobernaría el territorio que controlaba y llevaría a cabo una reforma agraria. Es significativo que incluso después de que Villa desapareció de la escena nacional, la guerra civil continuara en gran parte del país durante toda la presidencia de Carranza.

Las causas de la guerra civil entre las facciones revolucionarias siguen siendo uno de los principales motivos de conflicto en la historiografía de la revolución mexicana. Una hipótesis la considera resultado de las rivalidades personales entre los líderes; otra, producto de diferentes mentalidades de las élites

revolucionarias (a saber, la élite carrancista de orientación urbana contra la élite convencionista de orientación mucho más rural). Según otra hipótesis, la guerra de clases es la explicación esencial del enfrentamiento entre los villistas y zapatistas de orientación campesina contra la nueva burguesía encabezada por la alianza carrancista. A fin de cuentas, las diversas hipótesis no se excluyen entre sí. Hubo un cierto grado de rivalidad personal así como temor de la élite carrancista urbana a que, si los villistas y zapatistas tomaban el poder, los “bárbaros” del campo destruirían la civilización y el estado mexicanos. Inversamente, la élite zapatista y villista temía que una victoria carrancista redujera de nuevo su autonomía y los subordinara a un estado sobre el que tendrían escasa influencia.

Sin embargo, la cuestión de la tierra fue de importancia decisiva: no hay duda de que explica en gran parte el conflicto entre zapatistas y carrancistas, pero hay discusión sobre si tuvo relevancia en el conflicto entre Villa y Carranza. La idea de que el primero, por haber sido peón, se interesaba mucho más por la cuestión agraria que Carranza, que era un hacendado, ha sido acertadamente descartada como una explicación simplista. No fueron sólo las diferencias sociales entre los dos dirigentes, sino también las profundas diferencias entre sus regiones de origen —que conformaron sus bases sociales— lo que explica sus muy diferentes maneras de considerar las cuestiones agrarias. Como este libro ha tratado de explicar, la expropiación de las tierras de los pueblos había sido un problema grave antes de la revolución en las zonas que fueron el corazón del movimiento villista: Chihuahua y Durango. No se puede decir otro tanto de las zonas centrales del carrancismo, Coahuila (fuera de la región lagunera) y Sonora (con la significativa excepción de los indios yaquis).

Las diferencias entre villistas y carrancistas respecto al problema de la tierra no se expresaron en sus programas, que son bastante similares. A diferencia de los zapatistas, ni unos ni otros se plantearon el inmediato reparto de las haciendas.

Fue el destino que siguieron los hacendados y el sistema de la hacienda lo que distinguió a los villistas de los carrancistas. En los territorios controlados por Villa y algunos de sus aliados (excepto en Sonora), la gran mayoría de los hacendados huyeron y sus propiedades fueron en gran parte confiscadas y administradas por el gobierno revolucionario. El problema para los constitucionalistas era devolverlas a sus antiguos dueños, como quería Carranza, o confiscarlas de manera permanente como preludio a su reparto, tal como Villa propuso en su decreto de diciembre de 1913. Esa diferencia profunda fue

articulada con claridad por uno de los consejeros intelectuales de Villa, Silvestre Terrazas, quien dijo: “Uno de los dirigentes quiere actuar muy radicalmente, confiscando las propiedades del enemigo y expulsando a los elementos corruptos; el otro desaprueba esta conducta, propone devolver algunas de las propiedades confiscadas y se deja influir por un número infinito de enemigos, que día tras día lo apartan de los objetivos, los principios y las metas de la revolución”.²

Otra cuestión que separaba a los dos bandos se remonta hasta el siglo XIX: centralización contra descentralización. Ni la dirigencia rural ni el componente campesino del movimiento convencionista querían un gobierno centralizado fuerte que, para ellos, había atacado sistemáticamente su cultura, su autonomía y su bienestar material. Para Carranza y muchos de sus partidarios, un gobierno central débil tendría como consecuencia la desintegración de México y la posible absorción de parte de sus regiones nortenas por Estados Unidos. Además, grandes sectores de la población urbana deseaban un gobierno central fuerte que los protegiera de la población rural.

¿Qué tan sanguinario era Villa? ¿Fue su ferocidad parte del mito o se basaba en la realidad? No hay duda de que Villa era capaz de la mayor brutalidad cuando se apoderaba de él uno de sus periódicos ataques de ira. En general, sin embargo, el movimiento villista no fue más cruel que los demás movimientos revolucionarios de México, y durante algún tiempo lo fue menos. El gobierno de Huerta ejecutaba por rutina a todos sus prisioneros y fue Carranza quien ordenó a todas las facciones revolucionarias que hicieran otro tanto. En realidad, el Primer Jefe reconvino a Villa por decretar una amnistía parcial para algunos de sus prisioneros y defendió públicamente las ejecuciones de Villa en una carta dirigida al gobernador de Arizona. La diferencia entre Villa y los demás jefes revolucionarios era que pensaba que no había razón para ocultar lo que hacía, y llevaba a cabo las ejecuciones pública y, a veces, personalmente. Hasta 1915, respetó en general a los civiles, a menos que pertenecieran a la oligarquía o fueran chinos. Tras su ocupación inicial de la ciudad de Chihuahua, rechazó la sugerencia de que ejecutara a los partidarios de Huerta y de Orozco y, en cambio, decretó una amnistía general para ellos si aceptaban dejar las armas.

En los años 1915 a 1920, Villa sufrió sin duda un proceso de declinación moral, y empezó a reclutar gente a la fuerza y a masacrar grupos de civiles conforme una parte creciente de la población de Chihuahua le retiraba su apoyo. A partir de 1920, osciló entre tendencias en extremo contradictorias. Por una parte, se había convertido en un hacendado rico y, por la otra, no había pedido al

gobierno una propiedad como condición para la paz. “Es una infamia decir que Villa pidió una hacienda como condición para rendirse”, dijo años más tarde, en una entrevista, Adolfo de la Huerta, que era presidente provisional de México cuando el revolucionario se rindió. “Fui yo quien decidió que debía obtenerla.”³ Lo que quería era ser comandante militar de una parte de Chihuahua. Ese mando era la única manera de protegerse contra los numerosos enemigos que se había ganado en su larga carrera revolucionaria. Una vez que el gobierno rehusó otorgárselo, el mejor recurso fue establecer una poderosa escolta en una hacienda apartada. Si hubiera permanecido allí sin salir nunca, hubiera sido mucho más difícil matarlo. Por un lado, administraba su hacienda de una forma autoritaria en nada distinta de la de Terrazas o Creel; por otro, hizo algo que ningún hacendado tradicional hubiera permitido: creó una de las mejores escuelas del país tanto para sus hijos como para los de todos sus trabajadores. Por un lado no estableció ningún vínculo con las nuevas organizaciones agrarias de Chihuahua que criticaban su actuación. Por otro, planteó algunas demandas que éstas nunca hubieran tenido la fuerza de imponer al gobierno estatal: impidió la venta de las propiedades de Terrazas a McQuatters y, con ello, hizo posible que gran parte de ellas fueran repartidas a los habitantes de los pueblos. No fueron las protestas de las organizaciones agrarias, sino las amenazas de Villa, las que forzaron al gobierno estatal a detener la expropiación y persecución contra los habitantes de Bosque de Aldama.

Villa apoyó a Adolfo de la Huerta para la presidencia del país contra los deseos de Obregón, que quería que su sucesor fuera Plutarco Elías Calles. Algunos historiadores consideran a De la Huerta más conservador que Calles, pero no es un hecho establecido que lo fuera, y para Villa las alianzas personales eran mucho más importantes en este caso que la ideología política. De la Huerta le había ayudado en 1913, no había combatido contra él durante la revolución y le había otorgado la amnistía en 1920. Obregón y Calles habían sido sus más feroces enemigos.

En 1923, Villa hizo a la prensa declaraciones contra el agrarismo mucho más conservadoras que la ideología que había defendido en 1913, 1914 y 1915. Pero mantuvo estrechos vínculos con las organizaciones campesinas radicales de Durango, aunque no de Chihuahua. Algunos conservadores lo reclamaron como suyo en 1922 y 1923, pero también lo habían hecho en 1912 y de nuevo en 1914, y Villa había defraudado sus esperanzas. En vista de la enorme popularidad de que aún disfrutaba en amplios sectores de las clases populares nortañas, cabe dudar que se hubiera vuelto contra las que eran sus bases naturales de apoyo. Así

pues, la cuestión de si Villa dio un giro completo en 1923 y se convirtió en un acendrado conservador o si seguía siendo en su corazón un líder popular comprometido con los pobres probablemente deba seguir siempre abierta.

Como la de Villa, la figura de su colaborador ideológico más cercano, Felipe Ángeles, aunque mucho menos conocida, sigue siendo polémica. Sus enemigos lo han pintado como un oportunista o como un reaccionario cuyo principal interés era ser presidente de México y restablecer algún tipo de orden conservador con ayuda de los restos del ejército federal. Su oportunismo, dicen, se manifestaba en las políticas sumamente contradictorias que adoptó. En 1912, luchó contra Zapata y en 1914 fue el arquitecto de la alianza entre Zapata y Villa. Se proclamaba el más sólido defensor de Madero, pero nunca le advirtió de los sospechosos movimientos de Huerta durante la Decena Trágica. Según sus enemigos, intentó una reconciliación con el ejército federal, que constituía el mayor peligro para la supervivencia de la revolución mexicana. Finalmente, traicionó el nacionalismo mexicano al persuadir a Villa de no apoyar la advertencia de Carranza a los estadounidenses, tras la invasión de Veracruz, de que se retiraran del país. Finalmente, traicionó a Villa abandonándolo en 1915 e intentando ponerlo a la cabeza de una alianza reaccionaria cuando regresó a México en 1918.

Creo sin embargo que la personalidad de Ángeles y sus movimientos se pueden ver en términos muy distintos. Tenía una ideología coherente, que intentó llevar a la práctica. Era un socialdemócrata moderado, en un país en que no existía un partido de esa orientación. Como todos los socialdemócratas moderados, creía en la democracia, en la necesidad de llevar a cabo reformas sociales y económicas profundas que, sin embargo, debían implementarse gradualmente. A pesar de ser un militar, cuyo oficio era matar, era un humanista que tenía más respeto a la vida humana que ningún otro dirigente de la revolución mexicana, con la posible excepción de Madero. Practicar esa política en un país sin partidos políticos ni tradición de organización política moderna era tarea digna de don Quijote, figura literaria con la que, de hecho, Ángeles se identificaba mucho. Creía que podía lograr sus objetivos a través de líderes populares como Villa y Zapata. En parte, tal vez sobrestimó su propia influencia sobre Villa, pero creía que podía también lograr sus objetivos a través de alianzas de Villa con otras fuerzas: fue el arquitecto de su alianza con Zapata, por una parte, con el conservador Maytorena por otra, y también con Estados Unidos; esperaba que esas alianzas limitaran las tendencias dictatoriales de Villa y lo forzaran a negociar. Por encima de todo, estaba convencido de que cuanto

más estrechas fueran las relaciones de Villa con el gobierno de Wilson, al que consideraba típicamente socialdemócrata, más fácilmente se convertiría en un reformador que, por lo menos, permitiera la democracia y llevara a cabo las profundas reformas sociales que el país requería.

No hay pruebas de que traicionara ni a Madero ni a Villa ni la causa del nacionalismo mexicano. Aunque no advirtió al primero de las contradictorias medidas que tomaba Huerta, probablemente debido a la muy imbuida tradición de disciplina militar, casi no hay duda de que Huerta lo consideraba como el único oficial federal que apoyaría al presidente y lo hizo detener, juzgar y exiliar precisamente por esa razón. Dejó a Villa a mediados de 1915, pero en una carta posterior el propio Villa asumió la responsabilidad de esa ruptura y le pidió disculpas por la forma en que lo había tratado en aquel momento. Aunque en 1914 no se unió a la protesta de Carranza contra la invasión de Veracruz, temiendo que un conflicto armado entre los revolucionarios y Estados Unidos acabara con la revolución, después de la invasión de Pershing estuvo dispuesto a regresar a su país para combatir contra los estadounidenses si estallaba una guerra en toda forma entre ambos países.

Independientemente de estas controversias ideológicas, tres hechos destacan respecto de Ángeles. Manifestó un grado de humanidad único entre los revolucionarios mexicanos con excepción de Madero. No hay precedentes en la revolución mexicana de nada parecido a la liberación de tres mil prisioneros, que él llevó a cabo después de la batalla de Monterrey. Tras regresar a México, en 1918, hizo cuanto pudo para poner coto a la violencia de Villa contra la población civil. Dejó la revolución tal como había entrado en ella: pobre y sin dinero suficiente para sobrevivir, aunque él también tuvo grandes posibilidades de enriquecerse. Regresó completamente solo para combatir en México creyendo que la única manera de impedir una intervención estadounidense era derrotar a Carranza. Pagó por esa creencia con su vida.

¿Hubiera alterado una victoria de la Convención el rostro de México y cambiado el curso de la revolución? Pocos historiadores han estado dispuestos a especular al respecto. Uno de ellos es Alan Knight. En su notable obra *The Mexican Revolution*, Knight pinta un desolado cuadro de lo que hubiera sido el país tras un triunfo convencionista. “Un hipotético régimen villista, surgido de una hipotética victoria villista, ciertamente hubiera sido distinto del que surgió, pero no en virtud de un mayor igualitarismo social o fervor revolucionario.” Knight ve la posibilidad de un estado villista mucho más débil:

un régimen indolente en la ciudad de México, que presidiría débilmente sobre docenas de feudos locales y en gran medida independientes. Villa no mostró ningún apetito personal por la presidencia [...] el poder nacional hubiera sido delegado en hombres afines –en Ángeles o en civiles decadentes como el doctor Silva–, mientras Villa y sus generales se retiraban a sus recién adquiridas propiedades del norte, se enseñoreaban de Chihuahua, vivían en el primitivo estilo señorial que anticipó Urbina en 1913 y luego emuló, con evidente satisfacción, el propio Villa en 1920.

Knight considera que se les hubiera permitido a los civiles villistas gobernar el país y que éstos hubieran tratado de alcanzar los mismos fines que Obregón y Calles en los años veinte: “reconstruir el estado semidestruido, reducir las muy infladas fuerzas armadas, restaurar la economía y la moneda, obtener reconocimiento e inversiones del exterior, tratar de legitimar al nuevo régimen sobre la base de leyes y partidos formales”. Ese gobierno, empero, hubiera sido mucho más débil que los de Obregón y Calles, “porque los caudillos villistas, aunque no quisieran conducirlo ellos mismos, no hubieran querido que infringiera sus derechos y propiedades parroquiales. Hubieran entregado el poder (formal) en manos de los civiles nacionalistas aspirantes, siempre que los civiles los dejaran en paz; pero esta condición de inmediato ponía límites estrechos a la reconstrucción del estado y, en muchos sentidos, condenaba a éste a la impotencia [...] Un hipotético régimen villista”, concluye Knight, “se hubiera parecido menos al México posrevolucionario (real) que a la Bolivia posrevolucionaria, donde *políticos* civiles débiles, un tanto fortuitamente instalados en el gobierno, intentaban, sin lograrlo, establecer una base de poder confiable; donde el estado abdicó del control de grandes sectores de la sociedad política, y donde el resultado fue su expulsión del poder y un legado de inestabilidad y pretorianismo”.⁴ Además, Knight piensa que un gobierno villista hubiera significado un tipo de “bandolerismo –vulgar, descarado, criminal– con patente de corso”.⁵

Esta sombría imagen del México villista tiene ciertas bases en la realidad. Es una extrapolación hacia el futuro de mucho de lo que ocurrió en 1915. Ni Villa ni Zapata querían permitir que surgiera en México un gobierno central fuerte. En efecto los oficiales y soldados villistas que la ocuparon llevaron a cabo en la ciudad de México ejecuciones y secuestros. Ningún reparto sustancial de tierras tuvo lugar en el territorio controlado por los villistas mientras su caudillo ejerció el poder.

Sin embargo, creo que la proyección de Knight tiene dos graves inconvenientes. El primero es que subestima la influencia de Zapata y el segundo es su rechazo al componente agrario que existía en el villismo. Si la Convención hubiera triunfado, hay pocas razones para dudar que la influencia del zapatismo se hubiera difundido rápidamente más allá de los confines de Morelos y sus alrededores, a grandes zonas del centro y el sur del país. Como resultado, la misma marejada de demandas campesinas y tomas de tierras que surgió en 1911 como consecuencia de la victoria de Madero se hubiera producido una vez más en buena parte de México.

De 1911 a 1913, Madero, con ayuda de sus partidarios conservadores, el ejército federal y los hacendados logró acotar, pero no destruir, esos movimientos campesinos. Para 1914, el ejército federal había desaparecido y la mayoría de los hacendados del norte y el centro habían huido.

¿Se hubieran detenido los repartos de tierras en los límites de los territorios bajo el control directo de Villa? Es altamente improbable. Decenas de miles de veteranos villistas hubieran exigido la tierra que Villa les había prometido para cuando la revolución triunfara. Aquellas poblaciones que habían perdido sus tierras a manos de las haciendas las hubieran reclamado y también hubieran exigido tierra los hombres del campo que no la tenían. ¿Hubiera resistido o hubiera querido resistir Villa a esas exigencias? Es más que dudoso. Independientemente de si creía en la reforma agraria –y yo creo que así era–, sabía ciertamente que era una de las principales demandas de sus bases de apoyo. Había vivido todo el levantamiento de Orozco y visto el precio que el gobierno de Abraham González tuvo que pagar por no llevar a cabo el reparto por el que habían combatido tantos chihuahuenses en la revolución maderista. Además, se oponía claramente a que las haciendas expropiadas les fueran devueltas a sus antiguos dueños, como hizo Carranza. No hay indicios de que Urbina, que se dedicó a construirse un nuevo imperio agrario según el modelo de los Terrazas, fuera representativo de la mayoría de los comandantes villistas. Como ha tratado de demostrar este libro, la mayoría de las haciendas expropiadas no estaban en manos de esos generales, sino de administradores nombrados por el estado, que no contaban con ninguna base de poder y por tanto difícilmente podían habérselas apropiado. En absoluto es evidente que un Villa victorioso, en el momento cumbre de su poder y su popularidad en 1915, se hubiera comportado como Villa el hacendado de 1920, desilusionado y desmoralizado como consecuencia de sus repetidas derrotas y de su creciente pérdida de apoyo popular. Ni siquiera en 1920, cuando empezó a tantear las

posibilidades de un acuerdo de paz con el gobierno de De la Huerta, pidió Villa una hacienda. Incluso si hubiera querido convertirse en hacendado tras lograr la victoria y se hubiera hecho con una hacienda, hubiera accedido sin embargo a una distribución masiva de tierras para sus partidarios.

Las consecuencias políticas y económicas de ese reparto masivo de la tierra y el ingreso no son fáciles de definir. En términos sociales, el país hubiera sido mucho más igualitario de lo que fue tras la victoria de Carranza y Obregón. Entre los efectos económicos a corto plazo, hubiera habido un aumento de la agricultura de subsistencia a costa de la producción comercial. Sin embargo, a lo largo de toda la historia de México, los pequeños rancheros y las comunidades de los pueblos libres han producido tradicionalmente excedentes para el mercado. Los rancheros del norte, en la medida de sus recursos, habían practicado la producción para el mercado mientras tuvieron tierras. Uno de los proyectos favoritos de Villa era alentarlos a ampliar la producción para el mercado creando un banco que proporcionara créditos baratos a los pequeños propietarios.

¿Hubiera sido más democrático un México convencionista? A la larga, las sociedades más igualitarias con más propietarios campesinos individuales ciertamente tienden a ser más democráticas que las sociedades con terratenientes ricos que controlan gran parte del campo. Además, si un reparto agrario masivo hubiera evolucionado desde abajo y no desde arriba, como ocurrió en México en los años veinte y treinta, los rancheros y los campesinos hubieran llegado a ser mucho más independientes del estado. A corto plazo, en la región zapatista la democracia a nivel local fue mucho mayor que en el resto del país. No puede decirse lo mismo de Chihuahua en tiempo de guerra, pero ese estado tenía una larga tradición de autonomía municipal y un grado de democracia de frontera que Villa no hubiera podido ignorar. Esto no significa que él fuera un demócrata convencido: no lo era, pero sus principales rivales, Carranza y Obregón, tampoco eran grandes defensores de las elecciones abiertas y limpias. Ninguno de ellos podía aspirar a un poder dictatorial absoluto, ya que encabezaban alianzas regionales a cuyos líderes y seguidores no podían hostilizar. Carranza y Obregón trataron de limitar el poder de los caudillos regionales sacándolos de sus lugares de origen y dándoles mandos militares en estados donde no tenían raíces y donde, por tanto, difícilmente podían enfrentarse a ellos. Villa no hizo lo propio, sino que permitió a sus partidarios locales conservar el control de sus regiones, con lo que debilitaba aún más sus posibilidades de convertirse en un dictador nacional. Esto puede, por lo menos a primera vista, fortalecer el

argumento de Knight de que la Convención hubiera sido incapaz de crear un estado mexicano fuerte y viable, y de que México podría haberse convertido en otra Bolivia. Existe, sin embargo, entre los dos países una profunda diferencia que hubiera impedido la bolivianización de México: la frontera con Estados Unidos. Es extremadamente dudoso que el gobierno de Wilson o sus sucesores republicanos hubieran aceptado la anarquía en su frontera sur, con peligro para las propiedades de los estadounidenses, y una inestabilidad permanente. La amenaza estadounidense hubiera sido aún mayor puesto que, a partir de 1918, Estados Unidos contó con el ejército más fuerte y numeroso de su historia. México tenía una larga tradición de unidad en torno a un gobierno nacional fuerte cuando se enfrentaba a la amenaza de una invasión extranjera. Incluso en la década de 1860, cuando el país estaba mucho más dividido y menos integrado que a principios del siglo XX, gran número de mexicanos se unieron en torno a Juárez para defender al país contra el imperio de Napoleón. En 1920, la amenaza de una intervención estadounidense constituyó un factor decisivo en la paz que Obregón logró alcanzar con muchos líderes conservadores y revolucionarios que habían luchado contra el gobierno de Carranza hasta su derrocamiento. Frente a la posibilidad de una invasión, es muy posible que, a pesar de la resistencia de Villa, de Zapata y de los seguidores de ambos, hubiera surgido un gobierno central fuerte, posiblemente bajo la dirección de Ángeles.

SUMARIO

No es fácil evaluar el impacto general que tuvieron Villa y su movimiento en la revolución mexicana y en el desarrollo del país. La imagen más difundida de Villa es radicalmente diferente de la de los demás líderes revolucionarios. Zapata, Carranza, Obregón y Calles son considerados creadores y constructores. Zapata estableció en Morelos una de las sociedades más igualitarias que haya conocido el país. Carranza, Obregón y Calles fueron creadores del nuevo estado mexicano, nacionalista y revolucionario, que ha resultado ser una de las estructuras más estables de la historia de América Latina.

A Pancho Villa se le ve como un destructor. Para sus enemigos, destruyó la ley y el orden y la sociedad civil. Para sus partidarios y, finalmente, para el gobierno mexicano de los años cincuenta, merecía crédito por el papel decisivo que tuvo en la destrucción de la dictadura de Huerta. En realidad, Villa contribuyó más que ningún otro líder de la revolución de 1910-1920 a la destrucción del viejo régimen. En 1910-1911 colaboró a evitar que Madero decidiera una retirada de

Ciudad Juárez, que hubiera sido tan desastrosa para la revolución como la retirada de Hidalgo ante la ciudad de México en 1811. En 1913-1914, no sólo colaboró decisivamente a acabar con la dictadura militar de Huerta, sino que la expulsión masiva de hacendados que llevó a cabo contribuyó a debilitar su poder como clase social: aunque muchos recuperaron sus propiedades en el gobierno de Carranza o después de 1920, su control sobre las haciendas y los peones quedó definitivamente debilitado en términos económicos, políticos y sociales. Cuando Cárdenas expropió sus bienes en los años treinta, no pudieron ofrecer una resistencia eficaz.

Otra de las formas en que Villa contribuyó de manera determinante a la destrucción del antiguo régimen fue también su empresa más polémica: el ataque a Columbus, Nuevo México. Por una parte, provocó la muerte de civiles estadounidenses inocentes, suscitó una invasión de Estados Unidos a México que puso en peligro la soberanía del país y creó la amenaza de una guerra entre los dos países. Por otro, produjo el resultado que Villa esperaba: las relaciones entre Estados Unidos y Carranza se deterioraron a tal punto que el gobierno de Wilson impuso un embargo de armas y los bancos estadounidenses le negaron el crédito al gobierno carrancista. Éste se debilitó tanto que no pudo realizar su programa de destrucción contra los movimientos campesinos aún rebeldes, ni devolver todas las propiedades confiscadas a sus antiguos dueños. Como resultado, los zapatistas de Morelos, los hermanos Cedillo en San Luis Potosí y el propio movimiento villista, así como numerosas insurgencias locales, lograron sobrevivir hasta la era de Obregón, cuando los nuevos gobernantes sonorenses accedieron a hacer concesiones que Carranza jamás hubiera aceptado. En pocas palabras, el sistema de las haciendas y el viejo régimen nunca se repusieron.

Es posible plantear como hipótesis que la reacción nacionalista contra la expedición de Pershing radicalizó al Congreso Constituyente de Querétaro, que finalmente adoptó una constitución mucho más radical que la defendida por Carranza.

También hay pocas dudas de que la reforma agraria que tuvo lugar en los años veinte en Chihuahua, y que fue más amplia entonces que en ninguna otra parte de México (con excepción de Morelos), se debiera al movimiento revolucionario que Villa había encabezado y a la nueva confianza en sí misma que le había dado a la población rural del estado. El hecho de que su ejército fuera derrotado en 1915 debido a sus errores estratégicos y a diversos acontecimientos económicos y políticos dentro y fuera de México no demerita ese logro.

Aunque el estado que Villa creó en Chihuahua era menos revolucionario y menos democrático que el Morelos zapatista, en muchos sentidos fue único en México. Desplazó a la oligarquía de su poder económico y político y repartió mercancías a los sectores más pobres. El Chihuahua revolucionario abrió para las clases bajas posibilidades de movilidad social sin paralelo. Se dio un impulso sin precedentes a la educación. A fines de 1914 la delincuencia llegó a su punto más bajo en la historia del estado. En su momento cumbre, 1913-1914, el Chihuahua revolucionario fue una de las pocas sociedades en que la administración estatal de gran parte de la economía funcionaba con sorprendente eficacia. En algunos sentidos, puede ser considerado el primer estado benefactor de la historia mexicana.

Finalmente, Villa produjo uno de los mitos revolucionarios más poderosos, fascinantes y persistentes, que se difundió desde México a gran parte del mundo. No sólo llegó al resto del país y a Estados Unidos, sino que cruzó el océano y ejerció influencia incluso en países tan lejanos como mi Austria natal. Hace unos años tuve una larga conversación con el doctor Bruno Kreisky, excanciller austriaco. Cuando me preguntó en qué estaba trabajando, repliqué que escribía la biografía de un hombre al que probablemente él no conocía, el revolucionario mexicano Pancho Villa. “Está usted muy equivocado”, me dijo, “al pensar que no sé nada de Villa. Soy un gran *fan* suyo, lo mismo que gran parte de mi generación de socialistas austriacos. En realidad, tuvo un papel importante en nuestras actividades políticas.” Decir que me sorprendí es quedarse corto. La historia que me contó el doctor Kreisky era asombrosa. En febrero de 1934, tras un sangriento golpe de estado en que miles de obreros resistentes fueron muertos o encarcelados, se estableció en Viena un régimen autoritario. Quedó suprimida toda expresión de disidencia y se impuso la censura a la prensa, la radio y los libros. Como otras fuerzas de oposición, el Partido Socialista de Austria tuvo que pasar a la clandestinidad, y otro tanto hizo su ala juvenil encabezada por Kreisky. Su objetivo era movilizar a los jóvenes austriacos contra el régimen, pero de una manera pacífica. En plena dictadura fascista austriaca, un año después del golpe, se estrenó la película estadounidense *Viva Villa*. Ensalzaba la revolución mexicana, la personalidad de Villa y la lucha de los desposeídos por la justicia. Las autoridades austriacas no se habían dado cuenta de su potencial y la trataron como a un *western* cualquiera. Cuando Kreisky y los dirigentes de los jóvenes socialistas vieron la película, decidieron convertirla en centro de actividad y movilización política contra el régimen. Cientos de ellos acudían al Kreuzkino, en el centro de Viena, donde se exhibía el film. Cuando Villa aparecía en la

pantalla llamando a los peones mexicanos a levantarse contra sus opresores y gritando “¡Viva la revolución!”, el público austriaco se levantaba de sus asientos gritando a su vez: “¡Abajo la dictadura de Schuschnigg! ¡Viva la democracia! ¡Viva el Partido Socialista!” Villa, gracias a la película, se convirtió en un héroe principal de los disidentes austriacos. Podemos ver en ello una de las ironías de la historia: unos ochenta años antes, un austriaco, Maximiliano de Habsburgo, había viajado a México a crear un imperio autoritario; pasado el tiempo, la imagen de un revolucionario mexicano, bajo la forma de Pancho Villa, venía a Austria y se convertía en instrumento de la lucha democrática en ese país.

Sobre el rastro de Pancho Villa en los archivos

Cuando empecé a escribir la biografía de Villa y la historia de su movimiento, se me presentaron cuatro obstáculos principales en cuanto a las fuentes. El primero era la discrepancia entre la enorme cantidad de memorias y artículos sobre él (más de dos mil, sólo en los periódicos mexicanos) y la aparente escasez de documentación contemporánea de archivo (con la significativa excepción de los años 1913-1915).

El segundo problema importante era la discrepancia entre la inmensa cantidad de fuentes manuscritas para el periodo en que Villa fue una personalidad pública y en que dirigió uno de los mayores movimientos revolucionarios de México, y las etapas anteriores y posteriores de su vida. De diciembre de 1913 al otoño de 1915, Villa estuvo en contacto constante con diplomáticos de otros países; dio entrevistas a corresponsales extranjeros que por un tiempo lo acompañaron en sus grandes campañas militares. La riqueza de fuentes para ese periodo contrastaba con lo que parecía una ausencia total de fuentes manuscritas sobre su vida antes de 1910 y la relativa pobreza de fuentes de archivo para el periodo maderista y para los años que van de su derrota a su muerte.

El tercer problema era la diferencia entre el inmenso volumen de fuentes de archivo estadounidenses y el reducido número de las europeas y sudamericanas.

Aún parecía mayor la cuarta discrepancia: entre los documentos extranjeros y los mexicanos. En las fuentes mexicanas, el problema más difícil era la escasez de documentos de origen villista, en comparación con los producidos por sus opositores. Me parecía todavía más significativa la escasez de cartas u otros documentos del propio Villa. Lo que he intentado hacer en este libro, a lo largo de muchos (tal vez demasiados) años de trabajo, fue resolver o por lo menos paliar esas discrepancias con la ayuda imprescindible de colegas, amigos,

estudiantes y ayudantes de investigación cuyos nombres consigno en los agradecimientos y con quienes tengo una incalculable deuda de gratitud. Los resultados se describen en la siguiente evaluación y enumeración de las fuentes de archivo que he utilizado.

FUENTES PRIMARIAS MEXICANAS

Este título se refiere a todas las fuentes originadas en México, aunque algunas se encuentran ahora en Estados Unidos.

Papeles de Pancho Villa y sus asociados

A diferencia de Carranza o Zapata, Villa no dejó un archivo importante. Lo único que podría considerarse como tal son los textos de las cartas que escribió a diferentes personalidades desde su hacienda de Canutillo, tras su rendición en 1920, y que se encuentran en el archivo privado del doctor Rubén Osorio, en Chihuahua. Estas cartas tienen que ver sobre todo con asuntos de negocios, aunque algunas se ocupan de Herrera y sus supuestos intentos de asesinar a Villa. Para las etapas anteriores de su vida, son mucho más reveladores los papeles de los hombres que estuvieron asociados a él. La mayor colección de estos documentos es la de los papeles de Silvestre Terrazas, que se hallan en la Bancroft Library de la Universidad de California en Berkeley. Contienen una amplia correspondencia entre Villa y Silvestre Terrazas, de éste con muchos de los altos funcionarios villistas, informes de la policía secreta a las autoridades villistas sobre la situación en el estado de Chihuahua, y un panorama de las condiciones sociales y económicas en que se encontraban las haciendas confiscadas por Villa a principios de 1914. Además, cuando fue secretario de Gobierno con Villa, Silvestre Terrazas encontró muchos de los papeles de Creel, que contenían valiosa información sobre el movimiento magonista de principios de siglo, y parte de la correspondencia de Creel con sus subordinados.

También son muy reveladores los papeles del representante de Villa ante la Convención Revolucionaria de Aguascalientes, que más tarde fue presidente de ésta, Roque González Garza. Contienen gran parte de su correspondencia con Villa, informes detallados sobre las actividades de la Convención, y correspondencia con su hermano Federico sobre las actividades de los exiliados mexicanos entre 1915 y 1920. Cuando consulté estos papeles, eran propiedad de la familia de Roque González Garza. Son muy importantes también los papeles

de Federico González Garza; aunque tuvo menos contacto con Villa que su hermano, contienen interesante información sobre la situación interna de Chihuahua. También incluyen algunos valiosos documentos villistas: el ultimátum de Villa a Madero en 1913 y el contrato que Villa firmó, a principios de 1914, con la Mutual Film Company. Los papeles han sido donados por la familia al archivo Condumex de la ciudad de México.

Los papeles del gobernador sonoreño José María Maytorena, que se encuentran en el Claremont College, en California, son una fuente importantísima sobre Villa y, más aún, sobre Ángeles. Contienen memorias en parte inéditas de Maytorena, correspondencia entre él y Villa, y entre él y sus agentes, encargados de las relaciones con Villa y los villistas. Todavía más importante es su correspondencia con Ángeles durante su exilio en Estados Unidos. Aunque una parte de esa correspondencia se ha publicado en un libro compilado por Álvaro Matute, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles* (México, 1982), muchas de las cartas escritas o recibidas por Ángeles no están incluidas.

Los papeles de Lázaro de la Garza, en la Nettie Lee Benson Library de la Universidad de Texas en Austin, guardan abundante información sobre el equipamiento de los ejércitos villistas y los tratos que hizo Villa para procurarse armas y municiones en Estados Unidos. Se encuentran allí también informes sobre Villa que le llegaron a su emisario en 1914 y 1915, y muchas cartas de Villa a Lázaro de la Garza, aunque son menos interesantes que la correspondencia que se encuentra en los archivos de otras personalidades villistas, entre los que destacan los papeles de uno de sus representantes en Estados Unidos, Enrique Llorente, en la Public Library de Nueva York.

Los papeles de Eusebio Calzado, superintendente de ferrocarriles de Villa, están en el Museum of the Daughters of the American Revolution, en San Antonio, Texas.

La Buckley Collection de la Universidad de Texas en Austin contiene la correspondencia de los dos hermanos Urquidí, que representaron primero a Carranza y luego a la Convención Revolucionaria en Estados Unidos. La misma colección comprende testimonios sobre los intentos de Villa por obtener dinero de los sacerdotes jesuitas mediante la intimidación.

Papeles privados de personalidades mexicanas no villistas

Los papeles de Porfirio Díaz que se encuentran en la Universidad Iberoamericana, en la ciudad de México, constituyen una fuente muy valiosa para conocer las condiciones reinantes en Chihuahua durante la era porfiriana y para entender las actividades de Luis Terrazas y Enrique Creel. Para el periodo revolucionario, el archivo Díaz contiene reveladores informes de los gobernadores Alberto Terrazas y Miguel Ahumada, así como informes confidenciales de los generales y oficiales de Díaz sobre el levantamiento maderista en ese estado, que no se ocupan sólo de la situación militar, sino que evalúan la impopularidad de la familia Terrazas, la composición social de los revolucionarios y el estado de ánimo general de la población de Chihuahua.

Algunos de los papeles de Luis Terrazas se encuentran en el CIDECH, en la ciudad de Chihuahua.

Los papeles del gobernador coahuilense Miguel Cárdenas, que son propiedad del doctor Pérez Correa, contienen interesantes datos sobre los primeros años de la carrera de Venustiano Carranza. La enorme colección de los papeles de éste se halla en el archivo Condumex, en la ciudad de México. Contiene muchos informes y cartas dirigidos al Primer Jefe, aunque a menudo faltan las respuestas. Tal vez la parte más importante de este archivo, por lo que toca a Villa, sea el intercambio de telegramas entre Carranza y sus comandantes de Chihuahua en 1915-1920.

Los papeles del general federal Rubio Navarrete, también en Condumex, comprenden algunas interesantes descripciones de la quasi ejecución de Villa por órdenes de Huerta. Fue Rubio Navarrete, al parecer, quien le salvó la vida. Este archivo también contiene importantes análisis, desde el bando federal, de las razones de las derrotas que sufrió a manos de Villa.

Entre los papeles de cuatro generales carrancistas –Amado Aguirre, Juan Barragán, Jacinto Treviño y Francisco Urquiza, todos ellos en el archivo de la Universidad Nacional Autónoma de México–, los de Treviño son los más interesantes. Fue comandante carrancista en Chihuahua hasta fines de 1916, y Villa le infligió sonadas derrotas. Sus papeles contienen la correspondencia que sostuvo con sus superiores y las explicaciones que él daba sobre su mala fortuna.

Entre los papeles del general carrancista Pablo González, de los que hay microfilms en la Universidad de Texas en Austin, existe alguna información sobre las batallas contra Villa, aunque en conjunto son de limitada importancia para el tema de este libro.

Los papeles privados de Elías Torres, que fue uno de los intermediarios del gobierno en las negociaciones para la rendición de Villa en 1920, iluminan de

manera interesante ese acontecimiento, y se encuentran en posesión de su familia en la ciudad de México.

Los papeles de Gildardo Magaña, que incluyen el archivo Emiliano Zapata, son de gran interés respecto de la relación entre éste y Villa. Se hallan en la biblioteca de la Universidad Nacional Autónoma de México. Una de las cartas más interesantes que Zapata le escribió a Villa a principios de 1914 se encuentra, sin embargo, en los papeles de Reyes Avilés, en las colecciones especiales de la Universidad de Texas en El Paso.

Los papeles de la familia Martínez del Río contienen informes día a día del administrador de la inmensa hacienda de Santa Catalina, en Durango, donde tuvo lugar una serie de levantamientos campesinos y donde operaba uno de los generales villistas más destacados, Calixto Contreras. También incluyen una carta privada que informa sobre el bandido Francisco Villa, de Coahuila, cuyo nombre asumió Villa según algunos autores.

Muchos de los papeles de Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y el secretario de este último, Fernando Torreblanca, se pueden encontrar en el archivo Obregón-Calles-Torreblanca, en la ciudad de México. Proporcionan interesantísima información sobre las campañas de Villa en 1916-1917, sobre su rendición y, principalmente, sobre su asesinato.

Los papeles de Joaquín Amaro, en el mismo archivo, ofrecen pruebas concluyentes de la participación del gobierno mexicano en el homicidio.

Gracias a la generosidad de Marta Rocha, pude consultar algunas de las notas que tomó de los papeles del gobernador de Chihuahua Ignacio Enríquez, con gran cantidad de datos sobre la formación y operación de las defensas sociales.

El doctor Rubén Osorio me permitió consultar copias de los papeles inéditos de Abraham González, escritos durante su gubernatura en Chihuahua. Ese archivo contiene también el interesantísimo expediente de la defensa social de Los Llanos de San Juan Bautista.

Aparte de valiosa información sobre Martín Luis Guzmán, los papeles de éste contienen los muy interesantes cuestionarios que envió a muchos de los colaboradores de Villa, copias de la correspondencia Ángeles-Maytorena y las memorias originales de Villa.

Archivos públicos mexicanos

Por desgracia, el Archivo Estatal de Chihuahua se incendió en 1940. Sin embargo, algunos de sus documentos más importantes acerca de la revolución

fueron examinados antes de su destrucción por Francisco Almada, y copias de ellos fueron enviadas al historiador mexicano Manuel González Ramírez, quien las donó al Archivo General de la Nación.

Algunas de las fuentes más valiosas sobre la historia prerrevolucionaria y la historia de la revolución en Chihuahua se encuentran en el archivo del distrito de Guerrero, en Ciudad Guerrero. Se centran sobre todo, aunque no exclusivamente, en el periodo prerrevolucionario y contienen una correspondencia detallada entre las autoridades locales, regionales y estatales. Gracias a la generosidad de Ana María Alonso y Daniel Nugent, pude también consultar parte del material que habían recogido del archivo de Namiquipa. Por su parte, María Teresa Koreck me permitió examinar algunas fuentes del pueblo de Cuchillo Parado.

Consulté el registro municipal de Ciudad Juárez y de la ciudad de Chihuahua, que en conjunto contienen poca información sobre el periodo revolucionario. En el archivo municipal de Parral se encuentra una denuncia contra Villa, fechada en 1910.

El archivo del Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Chihuahua contiene los expedientes de las demandas y juicios de las viudas de Villa. Las actas manuscritas de las sesiones del Gobierno Nacional del Norte que Villa creó en 1915 también se encuentran allí.

Algunas de las fuentes más útiles para la historia de Chihuahua antes de la revolución y para la historia social de ésta se hallan en el Archivo de la Reforma Agraria, en la ciudad de México. En una parte de ese archivo que durante largo tiempo fue de difícil acceso para los investigadores, la sección de Terrenos Nacionales, encontré docenas de quejas y solicitudes de los habitantes de los pueblos de Chihuahua, Durango y Coahuila sobre la expropiación de sus tierras y los abusos que sufrían.

Los archivos de Durango contienen interesantes datos sobre los primeros años de Villa como bandido.

Me fueron inmensamente útiles los papeles de la Secretaría de la Defensa Nacional. El archivo comprende dos secciones muy diferentes. La primera, el Archivo Histórico, contiene informes detallados de las autoridades federales bajo los gobiernos de Díaz, Huerta y Carranza, sobre las campañas en el norte contra Villa y su ejército. También incluye gran número de quejas de civiles y de oficiales sobre abusos cometidos por las fuerzas federales en el norte.

Los papeles de la segunda sección, el archivo de Cancelados, me resultaron aún más interesantes. Contienen expedientes y dossiers de los comandantes y

oficiales que participaron en el ejército revolucionario. El de Villa contiene la única copia disponible del proceso judicial que se le siguió en 1912. El de Ángeles proporciona información sobre el juicio que le hicieron en 1913 las autoridades huertistas y datos hasta ahora desconocidos sobre su corte marcial de 1919. Igualmente reveladores son los de muchos oficiales que sirvieron con o contra Villa.

Los papeles de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México son muy importantes no sólo para la historia externa de la revolución, sino también para su aspecto interno. Una vez que las fuerzas revolucionarias tomaron control del norte, los cónsules federales a lo largo de la frontera organizaron un servicio de inteligencia para averiguar lo que ocurría en esos territorios. Sus informes son pues de importancia decisiva para la historia militar, política y social de la revolución. A partir de 1915, dichos cónsules se concentraron de nuevo en la recopilación de información entre los exiliados mexicanos, cuyas organizaciones lograron penetrar, de manera que sus informes nos proporcionan datos únicos sobre las actividades de los exiliados y sus relaciones con diferentes grupos de interés y organizaciones estadounidenses. Recientemente la Secretaría de Relaciones Exteriores adquirió algunos papeles hasta entonces inaccesibles. Los que resultaron más útiles para mi investigación fueron los expedientes de la Embajada de México en Washington y el diario de Adrián Aguirre Benavides.

El bien organizado Archivo General de la Nación también es de enorme relevancia para la historia de Villa y del villismo. Los papeles de Madero contienen su correspondencia con Villa en 1912 y cartas, también relativas a Villa, entre Madero y Abraham González, así como otras enviadas a Madero por Ángeles y Calixto Contreras.

Se pueden encontrar informes detallados sobre las propiedades confiscadas en Chihuahua en los Papeles de Gobernación, también localizados en el Archivo General de la Nación. Una pequeña colección de papeles de Zapata incluye correspondencia entre éste y Villa. Una de las fuentes más importantes en el mismo archivo es la correspondencia entre Villa y Obregón, posterior a la rendición del primero en 1920, que se encuentra en los papeles presidenciales de Obregón. Los expedientes de la Comisión Monetaria se ocupan principalmente del destino de las posesiones de Terrazas después de la revolución.

Afortunadamente para los historiadores, Villa operó cerca de la frontera con Estados Unidos y despertó un gran interés en ese país. Como resultado, existe abundante información sobre él y su movimiento en los archivos estadounidenses.

La fuente estadounidense más importante, y durante largo tiempo por desgracia casi la única accesible a los investigadores, es el archivo del Departamento de Estado, el cual contiene los papeles de la embajada y de los consulados de todo México, que proporcionan una enorme cantidad de datos sobre sucesos y personalidades vinculados a la revolución. Aunque estos documentos son útiles, también presentan muchos problemas. La mayoría de los cónsules que informaban sobre la situación local no eran diplomáticos profesionales, sino hombres de negocios que actuaban como cónsules honorarios. Esto tiene a la vez una ventaja y una desventaja. La primera es que habían vivido durante muchos años en la zona donde ejercían su responsabilidad consular y solían tener un excelente conocimiento de las condiciones reinantes y de las personas que allí vivían. La desventaja es que no eran en absoluto informadores desinteresados. La mayoría tenía poderosos intereses de negocios que los vinculaban a algunos grupos de la región y ello, consciente o inconscientemente, prejuiciaba sus informes. Además, la mayoría tendía a tener una actitud profundamente racista hacia México. Subsumían a la mayor parte de las clases inferiores, a las que despreciaban, bajo el título general de “pelados” o, en el mejor de los casos, “peones”. En general, eran incapaces de distinguir los muy heterogéneos grupos sociales que esas clases abarcaban.

Aparte de los cónsules, toda una muchedumbre de agentes de inteligencia vigiló muy de cerca los acontecimientos y las personas durante la revolución mexicana. Hasta cierto punto, sus informes sirven en ocasiones de contrapeso a los de los cónsules y diplomáticos. Sólo hace relativamente poco tiempo que los papeles de esas agencias de inteligencia fueron desclasificados y puestos a disposición de los investigadores. Comprenden una variedad de organizaciones y agencias, a menudo enfrentadas entre sí. A diferencia de los cónsules, que eran muy reticentes en sus informes sobre los tratos y los vínculos secretos de los empresarios o funcionarios estadounidenses con las diversas facciones mexicanas, las agencias de inteligencia gubernamentales eran más francas, porque sabían cuán restringido sería el público que tendría acceso a sus informes.

El Departamento de Estado poseía su propio organismo para la recolección y evaluación de inteligencia, la Oficina del Counselor, que contiene información

en extremo reveladora sobre los lazos entre funcionarios y hombres de negocios estadounidenses con las facciones revolucionarias.

En términos de mera cantidad, la fuente más importante sobre la revolución mexicana se encuentra en los archivos de los agregados militares de Estados Unidos, agentes no oficiales enviados por el Departamento de Inteligencia Militar que amplió notablemente sus actividades después de que su país entró en la primera guerra mundial. Esos papeles incluyen no sólo un montón de informes confidenciales sobre las actividades revolucionarias mexicanas, sobre todo acerca de Villa y sus hombres, sino también copias de cartas interceptadas entre Villa y sus agentes en Estados Unidos, así como de cartas de cualquier tipo entre México y Estados Unidos o entre México y Europa, interceptadas por los censores estadounidenses. Además de enviar agentes a México, la Inteligencia Militar entrevistaba a los viajeros que volvían de ese país y trataba de organizar sistemáticamente sus informes.

Otro grupo altamente relevante de expedientes militares son los de la Expedición Punitiva, en especial toda su sección de inteligencia, que entrevistó a cientos de testigos y trató de conocer día por día las actividades de los villistas antes, durante y después del ataque a Columbus. Esos archivos contienen informes detallados de los agentes japoneses que las autoridades militares estadounidenses enviaron para espiar a Villa y envenenarlo. El Departamento de Inteligencia de la Expedición Punitiva también elaboró informes interesantes sobre las condiciones sociales reinantes en las regiones que ocupó.

Aunque menos voluminosos que los archivos de la Inteligencia Militar, los papeles del Buró de Investigación del Departamento de Justicia (antecesor del FBI) también contienen abundante información sobre el México revolucionario. Por una parte, el Buró interceptó aún más correspondencia entre Villa y sus partidarios, y, por otra, sus agentes lograron infiltrar a la mayoría de las organizaciones de exiliados mexicanos en Estados Unidos. Gracias a eso pudieron descubrir prácticamente todos los complots e intrigas de éstos, ya fuera en connivencia con intereses estadounidenses o para actuar por sí mismos.

Los papeles del Buró de Investigación por desgracia sólo están disponibles en forma de mal fotografiados microfilms, que se encuentran en los National Archives. Todos los que son posteriores a 1920 están aún retenidos por el FBI pero, bajo el Freedom of Information Act, gran parte de la información que contienen ha sido desclasificada. Gracias a ello he podido obtener de sus expedientes informes confidenciales sobre el asesinato de Villa.

En comparación con los papeles de esos tres grandes servicios de inteligencia estadounidenses, encontré mucho menos reveladores o importantes los del Servicio Secreto y los telegramas interceptados por la Agencia Nacional de Seguridad.

Por suerte para los historiadores, la mayoría de los políticos y militares estadounidenses destacados que de una u otra manera trataron con Villa han dejado archivos. Los más útiles son los de Woodrow Wilson, William Jennings Bryan, Robert Lansing, John Joseph Pershing, Leonard Wood, Tasker Howard Bliss, Edward M. House y Frank L. Polk. Estos hombres diseñaron la política de Estados Unidos respecto a Villa, aunque ninguno de ellos tuvo contacto directo con el revolucionario mexicano. Sólo una figura política estadounidense importante estableció una relación personal con él y sus papeles son tal vez los más interesantes entre los documentos privados que dejaron los políticos estadounidenses: se trata de Hugh Lenox Scott.

Con muy pocas excepciones, los tratantes en municiones, los oscuros cabilderos como Hopkins, los diplomáticos corruptos como Leon Canova o los impostores como Keedy no dejaron papeles. Por fortuna, sin embargo, dejaron huellas y algún tipo de registro de sus actividades. Hopkins rindió testimonio dos veces ante comités del Senado de Estados Unidos, y tanto las agencias estadounidenses como los políticos mexicanos rindieron vívidos informes de sus actividades. El autor de su obituario en el *New York Times* también tuvo acceso a información sobre la vida y los tratos de Hopkins, no sólo con los gobiernos de América Latina, sino también con los de Europa del este. Se han conservado los papeles de dos cabilderos, muy notorios en Washington y cuyas actividades tuvieron gran importancia para Villa. El primero es Chandler Anderson, cuyo diario contiene valiosísima información sobre los tratos entre los empresarios estadounidenses con diferentes facciones revolucionarias y sobre la forma en que procuraron influir en la política mexicana. James Garfield, hijo de un expresidente, cabildeó para Villa en 1914-1915, y sus papeles describen las actividades un tanto torpes que emprendió para procurarle el reconocimiento de Estados Unidos.

Muy pocas de las compañías estadounidenses que operaban en México y que establecieron contacto con Villa y su facción han permitido que los investigadores examinen sus archivos. Por obvias razones, las excepciones más importantes son las que han dejado de trabajar o vendido sus sucursales mexicanas. Los archivos más reveladores son los del Ferrocarril del Noroeste de México (Mexican Northwestern Railroad), que se encuentran en la división de

manuscritos de la Universidad de Texas en El Paso y en Austin, y los papeles de la Corralitos Hacienda, en la división de manuscritos de la Nettie Lee Benson Library, en la Universidad de Texas en Austin. Los papeles de la International Harvester Corporation, que también pude consultar, son mucho menos interesantes. Este limitado acceso a los archivos de las compañías no significa que sea imposible estudiar sus actividades. Algunos de sus papeles fueron enviados a la comisión mixta de reclamaciones mexicano-estadounidense, que se encargó de presentar todas las demandas de las compañías por daños sufridos durante la revolución. Algunas también enviaron memoranda a diversas figuras políticas o tuvieron conversaciones con políticos que las registraron en sus diarios. Además, muchas de ellas se esforzaron por exponer sus puntos de vista al senador Fall, en cuyo archivo se conservan sus cartas. He encontrado, sin embargo, que la mejor manera de valorar las actividades de las empresas estadounidenses en México consiste en examinar los papeles de otras potencias, sobre todo los que existen en los archivos británicos, franceses, alemanes y españoles, dado que los representantes diplomáticos de estos países no tenían las mismas inhibiciones que los estadounidenses para ocuparse del asunto.

Los papeles del senador Fall, que se encuentran en la Huntington Library en California y de los que hay microfilms en poder de la Universidad de Nebraska, son poco objetivos pero muy interesantes. Contienen muchos informes de estadounidenses residentes en México que se vieron muy afectados por la revolución.

El juzgado de Deming, Nuevo México, contiene las actas del juicio a los villistas que participaron en el ataque a Columbus y fueron capturados.

Existen informes de misioneros estadounidenses en Chihuahua y en el norte de México en los papeles de las Board Missions en la Widener Library de la Universidad de Harvard. Incluyen tanto datos sobre muchos dirigentes revolucionarios que eran protestantes como descripciones de la vida cotidiana en Chihuahua durante la revolución.

GRAN BRETAÑA

A diferencia de Estados Unidos, Gran Bretaña no ha desclasificado aún sus expedientes de inteligencia para el periodo de la revolución mexicana. Por fortuna, muchos de ellos se encuentran en los archivos del Foreign Office, que están ahora disponibles para todos los investigadores. Entre los cónsules británicos más interesantes y cultivados destaca Patrick O'Hea. Había estudiado

en Cambridge y se trasladó a México por razones de salud; era administrador de una de las haciendas de Pablo Martínez del Río y durante la revolución llegó a ser vicecónsul en Torreón, donde tuvo trato constante con todos los jefes revolucionarios que pasaron por esa ciudad y veía con frecuencia a Pancho Villa. Aunque nada objetivo –odiaba a Villa–, parece haber captado mejor los problemas sociales del campo mexicano e incluso los cambios internos de las facciones revolucionarias que la mayoría de los diplomáticos.

Los papeles de Lord Cowdray, director de la Mexican Eagle Company, contienen reveladoras apreciaciones sobre la situación política, social y económica reinante elaboradas por los representantes de la compañía en México. En menor grado, lo mismo puede decirse de los empleados de la anglo-estadounidense Tlahualilo Company.

FRANCIA

Las fuentes más importantes sobre Villa en los archivos franceses se hallan en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el Quai d'Orsay, y en los archivos de la inteligencia militar, en el Château de Vincennes. Los papeles del ministerio contienen algunos informes internos sobre la situación en México y la ocupación por Villa de la ciudad de México y de Guadalajara. También documentan las esperanzas que tenía el encargado francés Ayguesparre, íntimamente vinculado a la oligarquía tradicional mexicana, de que Villa pudiera ser cooptado por la clase alta. Los informes del agregado militar en los archivos de la inteligencia francesa incluyen algunas conversaciones muy reveladoras que acerca de Villa sostuvo el agregado militar en Washington con Woodrow Wilson.

ALEMANIA

Las fuentes alemanas más útiles se encuentran en el ministerio de Relaciones Exteriores en Bonn y en lo que fuera el principal archivo de Alemania del Este, en Postdam, cerca de Berlín. Revelan los complots alemanes para lanzar a Villa en un ataque contra Estados Unidos, pero también incluyen informes internos desde Chihuahua acerca de Villa y el villismo. Los papeles del cónsul alemán en Ciudad Juárez, Máximo Weber, están en la división de manuscritos de la biblioteca de la Universidad de Texas en El Paso. Como los británicos y los franceses, los archivos alemanes son especialmente importantes para documentar

las actividades de los agentes y empresarios estadounidenses en México durante la revolución.

ESPAÑA

Los comerciantes y hacendados españoles fueron los extranjeros más perseguidos por Villa y los villistas durante 1915, con excepción de los chinos. Por esa razón, el gobierno español mostró profundo interés en las actividades de dichos revolucionarios y, en 1915, envió a un agente especial, Antonio Zapico, a obtener garantías de Villa para los ciudadanos españoles. Zapico presencié los últimos meses de la División del Norte y envió al Ministerio de Relaciones Exteriores en Madrid informes detallados sobre sus encuentros con Villa y sobre la desintegración de su gobierno en el norte.

AUSTRIA

Aunque la monarquía austrohúngara mostró escaso interés en México antes de 1910 –las relaciones diplomáticas entre el imperio y este país sólo se reiniciaron a principios del siglo XX, porque el emperador Francisco José consideraba que Porfirio Díaz compartía la responsabilidad por la ejecución de su hermano Maximiliano–, los austriacos se interesaron mucho por la revolución mexicana a partir del estallido de la primera guerra mundial. Como los alemanes, esperaban que Estados Unidos se involucrara en México y, por ello, no pudiera participar al lado de los Aliados. Por esa razón, el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Austria contiene interesantes informes sobre las relaciones entre Estados Unidos y los revolucionarios mexicanos.

LA HISTORIA ORAL

Desafortunadamente, no se hizo ningún intento por entrevistar a los veteranos de la revolución de manera sistemática antes de los años sesenta, cuando Urióstegui Miranda llevó a cabo un primer intento. Sólo en los años setenta, el Programa de Historia Oral del Instituto Nacional de Antropología e Historia, dirigido por la doctora Eugenia Meyer, para el que fui asesor, realizó entrevistas con más de cien veteranos de todos los rangos de la División del Norte. Aunque las historiadoras Alicia Olivera de Bonfil y Laura Espejel entrevistaron sobre todo a

veteranos zapatistas, también registraron algunas entrevistas con veteranos del ejército de Villa. Fue el intento más amplio y sistemático por salvaguardar las memorias de quienes participaron en una revolución que el México oficial había ignorado por largo tiempo. Además, algunas de las mejores entrevistas que conozco con veteranos villistas fueron realizadas por el doctor Rubén Osorio, de la ciudad de Chihuahua, quien logró hablar con docenas de los revolucionarios chihuahuenses de todas las franjas del espectro político. También encontré muy útiles las entrevistas del Proyecto de Historia Oral de la Universidad de Texas en El Paso, aunque, dado que hay que tratar con veteranos de setenta y ochenta años de edad, obviamente presentan algunos problemas por el largo tiempo transcurrido desde su participación en la revolución. Muchos habían sufrido la influencia de lo que los diferentes medios habían escrito o dicho al respecto. Otros tal vez deseaban realzar su propio papel para obtener una pensión del gobierno. Sin embargo, proporcionan una visión subjetiva única, que a menudo los documentos escritos no pueden ofrecer.

MEMORIAS

Hay dos libros que se pueden llamar memorias de Pancho Villa. La primera autobiografía fue escrita por Ramón Puente, que cuando la escribió era un exiliado en Estados Unidos. Puente no sostiene que las memorias le fueran dictadas verbatim por Villa, sino que eran resultado de largas conversaciones que había tenido con el jefe revolucionario acerca de su vida. Aunque no hay duda de que Puente conocía tanto a Chihuahua como a Villa, hay que señalar que cuando escribió el libro, en 1919, él era parte interesada: actuaba como agente villista en Estados Unidos, y uno de sus principales objetivos era rehabilitar a Villa a los ojos de la opinión pública tanto mexicana como estadounidense.

Las memorias de Villa más famosas fueron escritas por una de las mayores figuras literarias de México, Martín Luis Guzmán. En su prefacio, indica que la primera parte se basa en tres memorias originales dictadas por Villa. La primera es una hoja de servicios mecanografiada, escrita en forma autobiográfica, que describe las actividades militares de Villa durante la revolución maderista. La segunda está integrada por notas manuscritas, probablemente tomadas por Manuel Bauche Alcalde, intelectual villista y por un tiempo editor en jefe del periódico *Vida Nueva*, con quien Villa sostuvo largas conversaciones acerca de su vida. La tercera es una serie de cuadernos manuscritos por Bauche Alcalde y titulados *Vida del general Francisco Villa*. Martín Luis Guzmán consideraba que

los dos primeros documentos habían sido alterados por estenógrafos o mecanógrafos que no reflejaban con precisión el lenguaje de Villa, y que el tercero estaba escrito en el estilo de un hombre de la ciudad de México. Dado que Guzmán conoció a Villa y sabía cómo hablaba, pensó hacer varios cambios menores para reflejar mejor su personalidad y su estilo.

Dado que las memorias originales nunca se han publicado, han surgido dudas sobre la autenticidad del texto de Guzmán y sobre si se tomó demasiadas libertades. Habiendo tenido acceso al original gracias a su familia, sólo puedo confirmar que Guzmán no era sólo un gran escritor, sino también un investigador extraordinariamente serio.

Existen interesantes discrepancias entre los tres documentos que van más allá del lenguaje. Mientras las notas manuscritas que se le pueden atribuir más directamente a Villa y la hoja de servicios son narraciones lineales de hechos, el texto de Bauche Alcalde contiene justificaciones y apreciaciones ideológicas. Incluye por ejemplo una enumeración de seis páginas de todas las medidas y políticas negativas de Porfirio Díaz, con detalles que Villa, semianalfabeto, difícilmente habría conocido. A este respecto apenas se puede dudar que Guzmán tenía razón al considerar que no reflejaban las auténticas memorias del revolucionario. Por otra parte, el texto incluye algunas apreciaciones ideológicas que sí se ajustan al pensamiento de Villa, como el largo pasaje en que sueña con crear colonias militares, ideas que una y otra vez desarrollaría en fechas posteriores, en sus charlas con John Reed o con el emisario de Woodrow Wilson, Duval West, y que he citado en este libro. Además, esos pasajes fueron previamente escogidos por la nieta del caudillo, Guadalupe Villa, quien considera que reflejan con precisión la manera de pensar de su abuelo.

El texto de Bauche Alcalde, el único fechado, fue terminado el 27 de febrero de 1914. Al parecer estuvo originalmente destinado a la publicación. “No tengo intención de siquiera justificarme o defenderme”, le dijo Villa a Bauche Alcalde; “la gente debe conocerme como soy y como fui para que puedan apreciar lo que soy.” Aunque habría sido fácil para Bauche Alcalde, que por un tiempo fue editor en jefe del periódico villista, publicarlas en forma de libro o enviarlas a un periódico de Estados Unidos, las memorias permanecieron inéditas. Esto pudo deberse a que Villa no se reconoció en ellas o a su creciente desconfianza hacia Bauche Alcalde, quien pronto fue despedido de *Vida Nueva* y se pasó a los carrancistas, o a que las memorias se terminaron una semana después del asesinato de Benton y Villa tal vez no quería llamar la atención sobre su pasado de bandolero en tan delicado momento. Cuando Bauche Alcalde salió de

Chihuahua, le envió las memorias al médico personal de Villa, el doctor Raschbaum.¹ Cuando éste dejó ese cargo, en octubre de 1914, se las entregó a Luz Corral.² Por razones desconocidas, ella no pudo conservarlas, y quedaron en posesión de Austreberta Rentería, la última esposa de Villa. A través de la intermediación de Nellie Campobello, destacada escritora, autora de libros llenos de admiración hacia Villa, Austreberta le proporcionó el texto a Martín Luis Guzmán, quien reconoce su deuda con las dos mujeres.³ Firmó con ellas un contrato por el que les daba el 30 por ciento del 27.77 por ciento del total de sus derechos de autor, que correspondía a la parte basada en las memorias originales. Estos derechos siguieron pagándose incluso después de la muerte de Guzmán; he encontrado registro en los archivos de Guzmán según el cual se continuaron pagando a Nellie Campobello hasta 1978.

La última parte del libro no se basa en las memorias originales de Villa, ni Guzmán dice que así sea, a diferencia de la primera parte que reconstruye la forma en que el revolucionario, en su opinión, habría escrito. Se ha dudado de su autenticidad porque el autor nunca dijo en qué fuentes se había basado aparte de su propio conocimiento de Villa. Pero sus archivos revelan, de nuevo, que era un estudioso serio. Envío docenas de cuestionarios a antiguos villistas que, en los años treinta, no eran muy viejos aún, y que le proporcionaron detallada información. Además, Luis Aguirre Benavides, uno de los antiguos secretarios de Villa, dice que sostuvo largas conversaciones con Guzmán sobre las decisiones y actividades del general. Aunque las memorias constituyen, tal vez, la obra más importante que existe sobre el tema, tienen dos inconvenientes. El primero es que Guzmán no tuvo acceso a gran parte del material de archivo de origen mexicano o extranjero que se relaciona con Villa. El segundo es que las memorias originales le fueron dictadas a Bauche Alcalde, un hombre que en 1915 defeccionó de las filas villistas y se convirtió en secretario de uno de sus mayores enemigos, Pablo González. ¿Alteró el manuscrito antes de abandonar a Villa? Aunque así no fuera, Villa al parecer tenía una memoria más bien selectiva, que en ocasiones contradice los documentos contemporáneos. Durante su proceso en 1912, testificó que había trabajado para la Mexican Northwestern Railroad Company y transportado para ella grandes cantidades de dinero. Nada de eso se dice en las memorias. Más notable aún es la ausencia de cualquier mención del ultimátum que le envió a Madero después de escapar de prisión a principios de 1913. Hay rumores de que, en Canutillo, Villa dictó un conjunto de memorias que fueron tomadas en taquigrafía y se encuentran en posesión de una de sus hijas. No he logrado verlas y todavía no estoy seguro de que existan.

Memorias de los colaboradores de Villa

Muchos de los intelectuales que trabajaron con Villa, la mayoría de los cuales en un momento u otro se decepcionaron, aunque en diversos grados, escribieron memorias. La primera, cuyo autor permaneció durante largo tiempo en el anonimato, se publicó bajo el pseudónimo de “Juvenal” con el título: *¿Quién es Francisco Villa?* (Dallas, 1916). Las partes más valiosas se refieren a las relaciones de Villa con los demás dirigentes de su movimiento. El libro trata de describir a su personaje y, asimismo, la organización interna de la División del Norte. En general los historiadores no lo han tomado en serio, ya que Juvenal era el pseudónimo de un periodista español, y dudaban de que un hombre de esa nacionalidad pudiera conocer verdaderamente y desde dentro al movimiento villista. En 1945, el periódico mexicano *El Universal* reveló que el verdadero autor era uno de los secretarios de Villa, que lo había conocido íntimamente, Enrique Pérez Rul. Lo que hace especialmente interesantes estas memorias es la temprana fecha en que fueron escritas (1915-1916), cuando los acontecimientos estaban aún muy frescos en la mente del autor. Además, aunque Pérez Rul rompió con Villa, no se volvió partidario de Carranza, sino que se exilió en Estados Unidos. No tenía intención de probar que ninguno de los dos bandos tenía la razón y escribió con sorprendente objetividad.

Las memorias de otro secretario de Villa, Luis Aguirre Benavides, que lo dejó antes que Pérez Rul, se publicaron en los años setenta y, al parecer, también fueron escritas mucho más tarde que las de éste. Sin embargo contienen información interesante.

Partes de *El águila y la serpiente*, una novela que Martín Luis Guzmán escribió años antes que las *Memorias de Pancho Villa*, pueden considerarse como reminiscencias personales sobre el villismo. En ella, el escritor da una imagen del revolucionario norteco mucho más negativa que en su obra posterior.

Tal vez es sintomático de las contradictorias actitudes del México oficial el hecho de que los importantísimos recuerdos de Silvestre Terrazas, secretario de gobierno de Villa, sólo se publicaran por entregas en una revista relativamente oscura de Chihuahua, en los años treinta. Sólo en los años setenta fueron publicados en forma de libro, primero en Chihuahua y luego en la ciudad de México. Aunque el libro contiene información fundamental, también debe ser examinado con precaución, ya que Terrazas, que para los años treinta se había vuelto mucho más conservador de lo que había sido durante la revolución, trata de justificar su conducta respecto a Villa. Por fortuna, el libro publicado se

puede comparar con la enorme cantidad de papeles y documentos contemporáneos que dejó en sus archivos, los cuales se encuentran ahora en la Bancroft Library de la Universidad de California en Berkeley.

Los muy hostiles recuerdos de Villa que registró José Vasconcelos han sido cuestionados por otros participantes en la revolución. Es significativo que, años después de escribirlos, su autor hiciera un prefacio mucho más laudatorio para las memorias de la esposa de Villa, Luz Corral. Ella es la única de sus cónyuges que al parecer tuvo un papel en su vida política, y el libro que escribió, *Pancho Villa en la intimidad*, da algunos datos personales desconocidos y arroja una luz nueva sobre la reunión del caudillo con Obregón en 1914. Sin embargo, también hay que tomarlo con precaución, ya que la autora se propone rehabilitar a Villa e insistir en su propia importancia sobre las otras mujeres que lo rodearon. Austreberta Rentería y Soledad Seáñez no publicaron memorias, pero ambas han sido entrevistadas (yo mismo logré hablar con Soledad Seáñez) y sus sentimientos hacia su difunto marido parecen mucho más contradictorios que los de Luz Corral, aunque Villa rompió con ésta a principios de los años veinte.

Aparte de esas memorias publicadas en forma de libro, existe una enorme cantidad de cartas, entrevistas y memorias breves de otros villistas, generalmente publicadas en los suplementos dominicales de los periódicos mexicanos, y que fueron indexadas por Stanley Ross y un equipo de investigadores en una colección de cinco volúmenes, *Fuentes de la historia contemporánea de México; periódicos y revistas* (México). Existen dos memorias inéditas que encontré altamente interesantes. Las primeras son de Máximo Castillo, y el profesor Jesús Vargas, de Chihuahua, me permitió consultarlas. En algunos aspectos, Castillo, que se decía zapatista, puede ser considerado el mayor opositor de izquierda que tuvo Villa en Chihuahua. Castillo no veía necesidad de respetar las propiedades o las susceptibilidades de los estadounidenses, y quería llevar a cabo un reparto de tierras inmediato. Por esa razón, a pesar de sus intentos por aliarse con Villa, nunca lo logró, tuvo que huir del país y estuvo mucho tiempo preso en Estados Unidos.

Las memorias más importantes acerca del periodo guerrillero de Villa son las de José María Jaurrieta. Éste se unió a Villa sólo al final de ese periodo, en 1916, y gracias a que era instruido se convirtió en su secretario y su agente confidencial para misiones en Estados Unidos. Las memorias (de las que sólo partes estaban publicadas cuando empecé esta obra y que la familia González, que posee el original, amablemente me permitió consultar a través de la mediación de Richard Estrada) se publicaron en México en los primeros meses

de 1998, y son la mejor y en muchos casos la única fuente sobre las actividades guerrilleras de Villa entre 1915 y 1920. Jaurrieta puede ser considerado como el único intelectual que peleó junto a él y le siguió siendo fiel hasta el fin. Algunas de las más interesantes memorias de los revolucionarios se han publicado como artículos o entrevistas en periódicos mexicanos o mexicano-estadounidenses.

PERIÓDICOS

Los diarios más importantes como fuentes sobre el movimiento villista son los dos que publicaba su gobierno: *Vida Nueva*, que existió desde principios de 1913 hasta fines de 1915, y el *Periódico Oficial del Estado de Chihuahua*.

El *Correo del Bravo*, que publicaban en El Paso agentes del gobernador sonorense Maytorena, arroja una luz nueva sobre la relación entre Villa y Carranza.

Buen número de excelentes corresponsales estadounidenses siguieron a Villa en sus campañas en 1914 y escribieron algunos de los mejores textos sobre él. El más conocido e influyente fue John Reed, cuyos artículos fueron reunidos en el libro *México insurgente*. El trabajo de otros reporteros, como John W. Roberts, del *New York American*, o Edwin Emerson (también agente secreto del ejército estadounidense) del *Philadelphia Inquirer*, ha sido inmerecidamente olvidado.

Desde mediados de 1915 y hasta su rendición en 1920, ningún reportero tuvo acceso a Villa. Los mejores reportajes sobre sus actividades de esos años son de testigos chihuahuenses y fueron publicados por dos diarios de El Paso, *El Paso Times* y *El Paso Herald*, que siguieron los acontecimientos del vecino Chihuahua con el mayor detalle. A partir de 1919, el periódico *La Patria*, que Silvestre Terrazas publicaba en español en Estados Unidos, prestó mucha mayor atención a la guerra civil que allí se desarrollaba. Era anticarrancista aunque no enteramente villista.

Fuentes de archivo

A. MÉXICO

Ciudad de México

- Archivo General de la Nación
 - Ramo Presidentes:
 - Francisco Madero
 - Obregón-Calles
 - Cárdenas
 - Ávila Camacho
 - Ruiz Cortines
 - Villa Hipólito y “El Fresno”
 - Villa Monumento
 - Ex-Latifundio Babicora
 - López Mateos
 - Residentes Canutillo
 - Villa Monumento
 - Ramo Gobernación
 - Subramo Bienes Intervenidos
 - Ramo Revolución
 - Serie Manuel González Ramírez
 - Serie Zapata
 - Documentos donados por López Portillo
 - Melitón Lozoya
 - Controversia película “Pancho Villa”
- Comisión Nacional Agraria
- Dirección General de Gobierno

- Correspondencia Villa-Zapata
- Serie Fernando Iglesias Calderón
- Comisión Monetaria
- Archivo Histórico de Hacienda
- Serie Convención de Aguascalientes
- Archivo Genovevo de la O.
- Archivo del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana
- Instituto Mora
 - Programa de Historia Oral: entrevistas con villistas
- Hemeroteca Nacional
 - Artículos de periódico
- Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores
- Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional
 - Archivo Histórico
 - Archivo de Cancelados
- Archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria
 - Sección de Terrenos Nacionales
- Archivo Porfirio Díaz: Universidad Iberoamericana
- El Colegio de México
 - Archivo de la Embajada de la República Española en México
- Archivo de la Universidad Nacional Autónoma de México
 - Archivo Amado Aguirre
 - Rafael Chousal
 - Heriberto Jara
 - Gildardo Magaña
 - Manuel Barragán
 - Francisco Urquizo
- Archivo del Instituto Nacional de la Revolución Mexicana
- Biblioteca Nacional
 - Archivo de Francisco Madero
- Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia - Microfilm
 - Archivo Madero - Microfilms Archivo del Patronato de Historia de Sonora

Archivos privados

- Ciudad de México
 - Archivo Miguel Cárdenas

- Archivo Calles-Torreblanca
- Archivo Joaquín Amaro
- Archivo Roque González Garza
- Archivo Martín Luis Guzmán
- Archivo Martínez del Río
- Papeles de Elías Torres
- Fundación Condumex
 - Archivo Venustiano Carranza
 - Archivo Bernardo Reyes
 - Archivo Guillermo Rubio Navarrete
 - Archivo Federico González Garza
- Durango
 - Archivo Histórico del Estado de Durango
 - Archivo de San Juan del Río
- Nuevo León
 - Archivo privado de Juan F. Brittingham, Monterrey
- Chihuahua
 - Archivo de Ciudad Guerrero
 - Archivo Municipal de Ciudad Juárez
 - Archivo de Namiquipa
 - Archivo privado del doctor Rubén Osorio
 - Correspondencia de Francisco Villa en Canutillo
 - Correspondencia de Abraham González
 - Entrevistas orales con revolucionarios
 - CIDECH, ciudad de Chihuahua
 - Papeles de Luis Terrazas
 - Memorias de Máximo Castillo
 - Papeles de Marta Rocha
 - Copias del archivo de Ignacio Enríquez
 - Archivo del Supremo Tribunal de Justicia de Chihuahua

B. ESTADOS UNIDOS

- Arizona

- Universidad de Arizona en Tucson
Microfilm de la “Colección Alberto Piña”
- California
 - Bancroft Library, Universidad de California en Berkeley
Colección Silvestre Terrazas
Papeles Holmdahl
Papeles Flores Magón
 - Pomona College, Claremont
Papeles de José María Maytorena
 - Huntington Library, Los Ángeles
Papeles de Albert Bacon Fall
- Connecticut
 - Sterling Library, Universidad de Yale, New Haven
Diario de Frank Polk
Diario del coronel House
- Illinois
 - Universidad de Illinois en Carbondale
Papeles de Francisco Vázquez Gómez
 - International Harvester, Chicago
Archivo
- Indiana
 - Lilly Library, Universidad de Indiana en Bloomington
Miscellaneous Papers on the Mexican Revolution
- Massachusetts
 - Universidad de Harvard
 - Widener Library
Papeles de John Reed
 - Houghton Library
Papeles del American Board of Commissioners for Foreign Missions
 - Papeles de Walter H. Page
- Minnesota
 - Minnesota Historical Society

Microfilm Papeles de John Lind

- Nuevo México

- Universidad de Nuevo México en Albuquerque

Papeles del Senador Albert B. Fall

- Historical Museum, Columbus

Carta de Arthur Ravel

Tribunal de Deming Courthouse: transcripción del proceso seguido en el Juzgado de Distrito del Sexto Distrito Judicial del estado de Nuevo México en y para el Condado de Luna, estado de Nuevo México, demanda contra Eusevia Rentería, Taurino García, José Rodríguez, Francisco Alvares, José Rangel y Juan Castillo, número 664.

- Nueva York

- Biblioteca Pública de Nueva York

Papeles de Enrique Llorente

- Texas

- Universidad de Texas en Austin

Papeles de Lázaro de la Garza

Papeles Buckley

Papeles del Mexican Northwestern Railroad

- Universidad de Texas en El Paso

Papeles del Mexican Northwestern Railroad

Papeles de Máximo Weber

Colección McNeely

Papeles de Reyes Avilés

Entrevistas con antiguos villistas

- Museum of the Daughters of the American Revolution, San Antonio

Papeles de Eusebio Calzado

- Washington, D. C.

- National Archives

Archivo del Departamento de Estado

1. Foreign Affairs Branch, State Department Decimal File, 1910-29, exp. 812.00, Political Affairs, Mexico. Record Group 59
2. Exp. 862.202 12 German Military Activities in Mexico, microcopia 336,

rollos 55-59

3. Files of the Office of the Counselor

- Archivo del Departamento de Justicia
 - Exp. Felix Sommerfeld
- Archivo de la Oficina del Adjutant General
- Archivo de la Expedición Punitiva
- Archivo de la Inteligencia Militar
- Archivo del Buró Investigación
 - Papeles de la Comisión Mixta Mexicano-Estadounidense de Reclamaciones
 - Seguridad Nacional
 - Telegramas Interceptados por la Agencia
- Biblioteca del Congreso, División de Manuscritos
 - Papeles de Chandler Anderson
 - Papeles de Tasker Howard Bliss
 - Papeles de William Jennings Bryan
 - Papeles de Henry F. Fletcher
 - Papeles de James R. Garfield
 - Papeles de Robert Lansing
 - Papeles de John J. Pershing
 - Papeles de Hugh Scott
 - Papeles de Woodrow Wilson (microfilm)
 - Papeles de Leonard Wood
- Federal Bureau of Investigation
 - Expedientes relativos al asesinato de Villa

C. ALEMANIA

• Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Bonn

◦ México

México 1 Correspondencia con el Real Embajador Ministerial en México así como con otras misiones y gabinetes extranjeros acerca de los asuntos internos y relaciones de México. A partir del 8 de enero de 1882 el encabezado reza: “Asuntos generales de México, 58 vols., (1879-1890)”

1 secreto Asuntos Generales de México, vol. 1 (1915)

- 1 *add* Información sobre Particulares y Protección de sus Intereses en Caso de Disturbios, 8 vols. (1913-19)
- 7 Relaciones con Norteamérica, 5 vols. (1889-1920)
- 15 Prensa, 1 vol. (1914-16)
- 16 Relaciones de Alemania con México, 3 vols. (1917-20)
- 16 secreto Documentos del consejero privado del Káiser, doctor Goeppert, 1 vol. (1917)
- Alemania
 - 2n Intervenciones Parlamentarias (1916-17)
 - 127, n. 21 La Legación Mexicana en Berlín (1888-1918)
 - Archivo Legación México, Paquete 1-20
 - Archivo Federal Alemán, Sección de Historia Militar, Freiburg im Breisgau
 - Archivo de la Marina Alemana
 - Archivo Central Alemán, Potsdam
 - Ministerio de Exteriores, División de Política Comercial
 - Ns. 1724-1726 Situación Económica de México (1887-1920)
 - 4491 Chihuahua (1907-14)
 - 4493 Durango (1907-15)
 - 52734 Durango (1871-87)
 - 54044 Durango (1887-1906)
 - 54064 Chihuahua (1900-1906)
 - Departamento del Interior
- 6113 Asuntos Secretos (1917)
 - German Reichsbank
- H II B 41 Situación Económica de México: Comercio, Industria, Finanzas
 - Reichstag, Protocolo del Comité de Presupuesto del Reich
- 1314-1315 Julio-Agosto de 1917
 - Legados
- Legado de Herwarth von Bittenfeld
 - Archivo Central Alemán, Merseburg
 - Rep. 92, E I, n. 13 Legado de Kapp
 - CXIII, 17

D. AUSTRIA

- Archivo del Congreso, la Corte de Justicia y el Gobierno, Viena
 - Archivo Político
 - Informes de México (1904-18)
 - Informes de Washington (1904-17)
 - Archivo Embajada México (1904-18)
 - Guerra 7, México, Posición de México respecto de la Guerra Mundial
 - Archivo Administrativo
 - Relaciones Comerciales con México
 - Archivo de Guerra, Viena
 - Archivo del Evidence Bureau del Estado Mayor

E. CUBA

- Archivo Nacional de Cuba, La Habana
 - Comisión de Estado
 - Informes diplomáticos y consulares de México, leg 38 (1904), 266 (1907), 313 (1903), 324 (1904), 341 (1905), 335, 375 (1907), 377 (1903), 378 (1903), 843 (1911)
 - Guerra Mundial, leg 1148-1155 (1914-18)

F. FRANCIA

- Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, París
 - Correspondencia Política y Comercial
 - Nueva Serie, México
- 1. Política Interior. Revolución. Actitud de las Potencias, vols. 1-15 (1897-1918)
- 2. Ejército. Marina, vols. 16-17 (1897-1917)
- 3. Política Exterior. Dossier General, vols. 18-20 (1896-1913)
- 4. Relaciones con Francia, 2 vols. (1891-1917)
- 5. Finanzas, vols. 23-32 (1895-1918)
- 6. Obras Públicas-Minas, vols. 33-40 (1902-18)
- 7. Guerra 1914-1918, 2 vols. (1914-18)
- Archivo del Ministerio de la Guerra, Vincennes
 - Informes de los Agregados Militares en México y Estados Unidos

G. GRAN BRETAÑA

- Public Record Office, Londres
 - Papeles del Ministerio de Relaciones Exteriores (Foreign Office)
 - Papeles Balfour
- Museo Británico de la Ciencia, Londres
 - Papeles de Sir Weetman Pearson (Lord Cowdray)
- Archivo de la Tlahualilo Company

H. ESPAÑA

- Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Madrid

Agradecimientos

Este capítulo de agradecimientos será inusitadamente amplio ya que a lo largo de los muchos años que he trabajado en este libro he recibido la ayuda generosa de numerosas instituciones así como de amigos, colegas, estudiantes y miembros de mi familia.

Agradezco profundamente a las instituciones que colaboraron a financiar esta empresa: la Universidad de Chicago, la John Simon Guggenheim Foundation, el Social Sciences Research Council y la American Philosophical Society.

Debo agradecer especialmente a los muchos archivos y bibliotecas de diversos lugares del mundo que me prestaron su ayuda. En la ciudad de México, quiero expresar mi gratitud al Archivo General de la Nación, el Instituto Mora, la Hemeroteca Nacional, el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, el archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria, el Archivo Porfirio Díaz de la Universidad Iberoamericana, el archivo de la Universidad Nacional Autónoma de México, el archivo del Instituto Nacional de la Revolución Mexicana, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia y El Colegio de México.

Quiero dar las gracias también a los propietarios de varios archivos privados localizados en la ciudad de México que me permitieron consultar sus fondos. Entre ellos se encuentran el archivo Calles-Torreblanca, y especialmente su directora, Norma Mereles de Ogarrio, y los archivos de Roque González Garza, Martín Luis Guzmán, Martínez del Río, la familia de Elías Torres por permitirme ver sus papeles, y la Fundación Condumex. En Chihuahua, quiero agradecer al archivo de Ciudad Guerrero, al archivo Municipal de Ciudad Juárez, al CIDECH y al doctor Rubén Osorio por permitirme consultar su archivo privado.

En Durango, quiero expresar mi gratitud al archivo del estado de Durango y al Archivo de San Juan del Río, y en Nuevo León, al señor Mario Cerruti por informarme del paradero del archivo privado de Juan F. Brittingham, y al señor Juan Ignacio Barragán, su propietario, que me permitió consultarlo.

Un número igualmente grande de archivos y bibliotecas estadounidenses me han sido de gran ayuda. Entre ellas se hallan la Biblioteca de la Universidad de Chicago, la Biblioteca Newberry en Chicago, la Biblioteca Bancroft en la Universidad de California en Berkeley, el salón de la colección especial del Claremont College en Pomona, la Biblioteca Huntington en Los Ángeles, la Biblioteca Sterling de la Universidad de Yale, la sección de colecciones especiales de la Biblioteca de la Universidad de Illinois en Carbondale, la Biblioteca Lilly de la Universidad de Indiana en Bloomington, las bibliotecas Widener y Houghton de la Universidad de Harvard, la Universidad de Nuevo México en Albuquerque que me permitió consultar los microfilms de los papeles del senador Albert Bacon Fall, el Historical Museum en Columbus, el tribunal de Deming que me envió transcripciones del proceso seguido a los villistas capturados en Columbus, la Biblioteca Pública de Nueva York, la Biblioteca Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin, el departamento de colecciones especiales de la Biblioteca de la Universidad de Texas en El Paso y el Museum of the Daughters of the American Revolution en San Antonio, así como el Archivo Nacional y la Biblioteca del Congreso en Washington.

En Alemania, quiero agradecer a la Biblioteca Iberoamericana en Berlín, al archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores en Bonn, al Archivo Central Alemán en Postdam y al Archivo Central Alemán de Merseburg. En Francia, agradezco al Archivo Nacional y al archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, en París. En Gran Bretaña, agradezco a la Public Record Office, al British Museum of Science y al archivo privado que contiene los papeles de la Tlahualilo Company. En España, al archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y en Austria al Haus Hof und Staats Archiv de Viena.

A lo largo de estos años, un número notable de amigos, colegas y estudiantes me han ayudado, muchos poniendo a mi disposición nuevas fuentes, otros mediante estimulantes discusiones sobre algunas de mis ideas y las suyas, y otros más leyendo todo el manuscrito o partes del mismo y contribuyendo con sugerencias extremadamente valiosas.

Quiero agradecer a Eugenia Meyer que por tantos años me ha prestado ayuda en todos los sentidos: el Programa de Historia Oral que ella dirigió produjo muy importantes y valiosas entrevistas con los villistas supervivientes en los años

setenta. Creó así una fuente fundamental para la historia del villismo y ya por esto sólo le estoy muy agradecido. Además, me ha dado innúmeras muestras de amistad, ayudándome a obtener acceso al archivo de la Secretaría de la Defensa, poniendo a mi disposición nuevas fuentes, discutiendo algunas de las ideas centrales del libro y alentándome constantemente.

También quiero expresar mi agradecimiento a Alicia Olivera de Bonfil y a Laura Espejel por permitirme consultar sus importantes entrevistas con antiguos revolucionarios. De igual manera, agradezco a la nieta de Villa, Guadalupe Villa, los valiosos datos que me proporcionó.

Muchos amigos y colegas han dado muestra de una increíble generosidad poniendo sus archivos personales a mi alcance. El doctor Rubén Osorio me permitió ver los numerosos materiales que ha reunido, tanto de fuentes escritas y orales sobre la historia del villismo, como sobre la historia de Chihuahua. El profesor Russell Chace de la Universidad de York, que ha investigado sobre Chihuahua durante muchos años, me permitió copiar cuanto pudiera interesarme de sus materiales. Los profesores Ana Alonso y Daniel Nugent de la Universidad de Arizona y María Teresa Koreck de la Universidad de Michigan fueron igualmente generosos con los productos de su investigación. Sus puntos de vista sobre la historia de Chihuahua en algunos manuscritos inéditos y en sus comunicaciones orales me fueron de gran ayuda. Otro tanto puedo decir de Mark Wasserman, profesor de la Universidad de Rutgers, por su notable trabajo sobre Chihuahua. El profesor Hans Werner Tobler de la Eidgenössische Technische Hochschule de Zurich me proporcionó materiales interesantes e importantes, resultado de su investigación en los papeles de Inteligencia Militar que se encuentran en el Archivo Nacional de Washington.

Quiero agradecer al profesor John Hart de la Universidad de Houston los materiales sobre los intereses económicos estadounidenses en México que puso a mi disposición. Mucho me he beneficiado del trabajo de Richard Estrada sobre la revolución de Orozco en Chihuahua y les estoy muy reconocido a él y al profesor Manuel González por permitirme consultar las memorias en parte inéditas de José María Jaurrieta. Quiero dar las gracias a William Meyers por facilitarme el acceso a los papeles de Elías Torres. Mis repetidas conversaciones con Alicia Hernández sobre la revolución mexicana y especialmente sobre sus aspectos militares me fueron muy útiles, y ella puso también a mi disposición interesantes materiales. Tengo una inmensa deuda con los historiadores chihuahuenses Carlos González, Víctor Orozco y Jesús Vargas, quienes me ofrecieron su hondo conocimiento de Chihuahua así como importantes fuentes.

Quiero expresar mi gratitud a Marta Rocha que me permitió consultar sus notas sobre el archivo del gobernador Ignacio Enríquez; a William French por los materiales que me mostró sobre Parral; a Rosa María Meyer, quien me facilitó el acceso al archivo de la familia Martínez del Río y a dicha familia por permitirme consultar su importantísimo fondo.

Tuve la suerte de contar con asistentes de investigación de primerísimo nivel que me ayudaron inmensamente en la travesía por el enorme volumen de fuentes que necesité para escribir este libro. Quiero dar las gracias a Richard Estrada, Ángeles Garcíadiego, William Meyers, Antonio Ruiz, Marta Rocha, Marco Antonio Martínez, Miguel Vallebuena y Gonzalo Zeballos.

Christopher Boyer y James Kalven me ayudaron a eliminar las consecuencias lingüísticas de haber crecido entre idiomas distintos del inglés.

Me beneficié mucho de las numerosas conversaciones sobre la naturaleza de la revolución mexicana y sobre la historia de México en general con el difunto Guillermo Bonfil y con Adolfo Gilly, Alan Knight, Enrique Semo y John Coatsworth.

Susan Lundy, Linnea Cameron y Tonja Hopkins mecanografiaron diversas versiones de los capítulos de este libro y se vieron así forzadas a participar en la azarosa vida de Pancho Villa.

María Teresa Franco llamó mi atención por primera vez sobre una carta de Villa, escrita tras su encarcelamiento y muy crítica de Madero. David Walker puso a mi alcance su enorme colección de datos sobre la revolución en Durango. A su vez, Juan Mora me proporcionó cuantiosos datos sobre la revolución en Nuevo León. Josefina Moguel me auxilió durante mi trabajo en el archivo Condumex. Los dos directores del archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, José María Muriá y Jorge Álvarez, me prestaron considerable ayuda cuando trabajé en los fondos a su cargo. El profesor Álvaro Matute fue el primero en mencionarme y mostrarme algunos importantes materiales que se encuentran en los papeles del general Amado Aguirre.

Constantemente hube de confrontar mis ideas con los argumentos de mis muy brillantes alumnos, primero en la Universidad de Texas y luego en la Universidad de Chicago; aprendí mucho en ese diálogo y espero que también ellos se hayan beneficiado.

Tengo una especial deuda de gratitud con aquellos de mis colegas que leyeron todo el libro o una parte y que me fueron de invaluable ayuda. Colin Lucas y Guillermo de la Peña leyeron la primera parte de este libro; John Coatsworth, John Womack, Javier Garcíadiego y Claudio Lomnitz leyeron el manuscrito

completo y mi deuda con ellos es enorme. Finalmente quiero agradecer a los miembros de mi familia que padecieron a lo largo de los muchos años que dediqué a escribir este libro. No hubo unas vacaciones de los últimos quince años de nuestra vida que mi esposa, Jana, no compartiera con Pancho Villa. Mi hijo Leo leyó partes del manuscrito, y mi hija Jackie lo leyó entero y me dio su generoso y constante aliento. A ella dedico este libro.

Anexo

TRANSCRIPCIÓN DE LAS CARTAS DE VILLA CITADAS EN EL CAPÍTULO 4

Aora boy a referirme a lo que disen los periodicos [...] que yo tengo causas pendientes en el Archivo de Zacatecas, pues yo no tengo causas pendientes en ninguna parte de la Republica, y donde tenga que se presenten. Yo no quiero que digan que Ud. ni los jueses se laben las manos como disen a mi favor yo e obrado legalmente y no ay quien me conosca capital de lo ajeno todos estos periodistas que ablan en esos terminos son un atajo de picaros.

Saludo a Ud. con el cariño que le profeso y que a de ser el que le hede tener asta la tunba y espero que al recibo desta Dios lo conserbe con felisidad [...] mientras aber si yo consigo mi libertad lo que he de agradeser a Ud. por que esta guerra nos a dejado en la miseria. Yo tengo que trabajar para aserme bibir pues como Ud. sabe a mi no me dominó ni el ambre ni el interes para ser sinsero con mi patria y lo que hise yo lo debe aser todo onbre sinsero por que yo no soy onbre que estoy cultibado pero en el fondo de mi corason quiero a mis amigos y a mi patria, no les dejo mas que cariño y gratitud. Ya no le digo mas por que me pongo a contemplar las hinjustisias de la bida. Reciba el sinsero carino que le guardo en el fondo de mi corason.

Yo no e sido mas que un amigo fiel del Gobierno y juro que yo siempre dire a Ud. berdad por que yo no soy de dos caras como nuestro buen amigo Orosco. Adios Sr.

Yo soy uno de sus amigos que le hinploro felisidad, aunque no se cuanto le allan puesto mal de mi, pero yo juro que sere fiel [...] y nunca tendra de mi adulasiones, por que el onbre de conbisiones firmes sufre como yo pero sufre en

el fondo del corason no me quejo con Ud. de mis sufrimiento por que los sufrimientos se hisieron para los onbres.

No olvide Ud. que ami no me asedusido el dinero que asta mi campo de canpaña me fue a ofreser el padre de Orosco y esto lo sabe mucha jente, y a mi nunca me asedusido el tesoro ay personas que ablan de mi pero estan muy lejos de comprender los sentimientos de mi corason. Yo soy onbre de conbisiones firmes y si no las an comprendido ay que sufrir.

Pido a Ud. en nonbre de la justisia que me conseda tres minutos de audiencia aora que hesta mi General Huerta aqui. Yo no tengo que pedir a Ud. y al Sr. General mas que justisia y espero de Ud. que me resuelva lo que a bien tenga. Yo soy bictima de la hingritud en esta carcel. Adios señor.

Yo no se que le diria mi General de mi pero si es persona de consensia justa jusgo que no le abra dicho mal de mi pues para mi fuera un gusto que le dieran el telegrama que yo le dirijia a Ud. de Jimenes, pero creo que no lo aran [...] ni en cartas y ni en presensia de Ud. ablare yo mal del General por que Dios no me echo en este mundo para eso.

Aora boy a suplicar a Ud. [...] por que se comenten tantos abusos con nosotros, que la polesia reserbada me agarro a mi hermano y me lo quieren aser orosquista, pues despues que Orosco los tubo casi sinco meses presos, aora melos apresan los enpliados del Gobierno, pues que sera de nosotros. Contemplo que seremos martires. Yo pienso que yo no selo e serbido asi al Gobierno y espero de la bondad de Ud. que se duela de mi hermano que por lo mas sagrado de su familia melo ponga en livertad, para que baya aser bibir aquellas familias, la mia y dos que mantengo dela rebolusion pasada que son de una familia tres señoritas y la mama y la otra cuatro de familia y la mama. Ya me despido de Ud. Ofresco a Ud. mi sinseridad y respeto.

Sacan mas de un millon de pesos y muchos elementos de guerra y se abrian echo muy poderosos [...] pues para la toma de Parral se quedo sin parque y se quedo sin la toma de Torrion, por que en las dos gerras que yo sostube le di tiempo al gobierno para que se Organizara tropa en Torrion.

Yo e sido fiel con Ud. y soy, pues ami no me a dominado [...] el dinero. Sin la canpaña que yo desenpeñe al Gobierno le ubiera costado medio millon de pesos

[...] Yo no se por que permite Ud. esto. Pido a Ud. justisia ya me canso de aserlo y si Ud. no puede aserlo pido en nonbre dela justisia una junta de ministros para que se sepa quien tiene rason. Una parte de mi mala suerte que sea yo onbre sin cultibo y no se defender mi derecho. Pido justicia Sr. ya me despido de Ud. con el cariño y respeto de sienpre. Adios señor.

Francisco Villa

Si Ud. no quere que yo lo desonrre consedame sinco minutos de audiencia por telefono de aqui.

Por causas muy poderosasicimas, que ha su tiempo explicare.

Aun que yo sufra hinjustisias, no por eso dejo de apresiarlo si Ud. no cunple con ser legal con migo [...] que le diga el Sr. direitor desta carsel lo que yo me espreso de Ud. y las palabras y baldones que resibo de los contrarios del Gobierno, pero si Dios me echo en el mundo para sufrir ay que sufrir. Pero me queda el consuelo que no fui oy de un partido y mañana de otro. Si Ud. no cunple con su deber Dios que lo allude. Ya me despido de Ud. Con el cariño y respeto de sienpre. A Dios señor. Su amigo que lo apresia, Francisco Villa.

En vista de la triste situasion por que atravieso debido al colmo de las intrigas y calunias de que he sido blanco por parte de jente sin sentimientos, recurro a Ud. Sr. Presidente para pedirle me conseda trasladarme a España asta que se lleve a efecto la pasificasion del pais, ya que mis umildes serbisios prestados trajeron disgustos y mal estar para siertos elementos elevados.

Muy respetable Sr. Presidente

El que a bos se dirige, desde el antro de esta prision, conserba toda bia, las mismas hideas, y los mismos prinsipios, para defender al Gobierno de su dino cargo.

Presiajo que mis henemigos quieran hinfluenciarlo para que permanesca sufriendo los duros enbates del hinfortunio; pero no lo querra asi, por que confio en la grandesa de su alma y en su bondadoso corason.

Sr. Presidente, si Ud. quiere todabia que pueda serbirle de algun helemento en Chihuahua, para contribuir ala pasificasion de aquel Estado, me comprometo y le doy mi palabra de honor de aser una persecusion tenas y enerjica en oteniendo mi livertad y le aseguro, salvo que no me quiten la bida en algun conbate, cojerle baliendome de alguna maña al traidor Orosco a quien lo condeno por deslial.

Solamente que Ud. quiera que peresca en manos de mis henemigos y que de la noche ala mañana aparesca muerto, sea por Dios, me resinare a morir

esclamando siempre “Viva el esclarecido democrata que se lanzó a los asares de la guerra para reconquistar el imperio de la ley y de la justicia”, “Viva el Apostol de la Democracia que redujo la dictadura del General Díaz”. Estas serán mis últimas palabras si llego a caer en manos de mis enemigos.

Sr. Presidente: me imputaban que me había robado los fondos de Parral. Lo hice para sostener mi tropa, quite ese dinero a sus enemigos y lo hice con autorización del Supremo Gobierno [...] Yo no tengo más esperanza que en Ud. [...] espero de su espíritu de generosidad ordenar que se ponga en libertad para ir a la campaña. O en su defecto mandarme a una nación extranjera. Su respetable contestación para saber a qué atenerme. Soy de Ud. su inútil amigo y fiel servidor.

Notas

SIGLAS

A.A. Bonn: Archiv des Auswärtiges Amts, Bonn.

ABCFMA: American Board of Commissioners for Foreign Missions Archive, Cambridge, Massachusetts, Houghton Library.

ADU: Archivo de Durango.

AFT: Archivo Fernando Torreblanca.

AGN: Archivo General de la Nación.

AHDN: Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa, México, D. F.

AJA: Archivo de Joaquín Amaro.

AJT: Archivo de Jacinto Treviño.

AJV: Archivo Jesús Vargas.

AMAE: Archives du Ministère des Affaires Étrangères, Correspondance Politique.

AMR: Archivo de Martínez del Río, México.

APD: Archivo Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana, México, D. F.

BI: U. S. Bureau of Investigation Archives.

Condumex: Archivo Histórico de la Fundación Condumex, México, D. F.

DHRM: Documentos Históricos de la Revolución Mexicana: Isidro Fabela (comp.), *Documentos históricos de la revolución mexicana*, 27 vols. e índice, Fondo de la Cultura Económica, México, 1960-1976.

DZA: Deutsches Zentralarchiv, Postdam Auswärtiges, AMT.

HHSTA: Haus Hof und Staats Archiv, Viena.

MID: Military Intelligence Division Files, War Department General Staff, National Archives, Washington, D. C.

MLG: Archivo Martín Luis Guzmán.

MRM: Museo de la Revolución Mexicana.

PHO: Programa de Historia Oral, Instituto Nacional de Antropología e Historia. Los expedientes se encuentran en el Instituto Mora, México, D. F.

POC: Papeles Obregón-Calles.

PRO FO: Public Record Office, Foreign Office, Londres.

PSRE: Papeles de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

PST: Papeles de Silvestre Terrazas, Bancroft Library, Berkeley.

PWW: Papeles de Woodrow Wilson, Arthur S. Link (comp.).

RAT: Archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria, Sección de Terrenos Nacionales,
México, D. F.

RGG: Papeles de Roque González Garza.

SDF: U. S. State Department Files, National Archives, Washington, D. C.

SRE: Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, D. F.

1. El traslado de los restos de Villa al Monumento a la Revolución en la ciudad de México, así como las ceremonias y celebraciones que tuvieron lugar con esa ocasión, se hallan descritos en Óscar W. Ching Vera, *La última cabalgata de Pancho Villa*, Chihuahua, 1977.

2. Rodrigo Alonso Cortés, *Francisco Villa, el quinto jinete del apocalipsis*, México, 1972.

3. Las discusiones y controversias que suscitó la erección de la estatua de Villa en Tucson quedan ejemplarmente ilustradas en el *Arizona Republic*, del 3 de abril de 1983: “Hero or Villain. Scholars, Witnesses Debate Ruthless Actions by Pancho Villa”. Ver también “Villa Gets Mixed Reviews in Tucson”, *El Paso Times*, 17 de mayo de 1981, y “Critics Fire on Pancho Villa Statue”, *The Arizona Republic*, 17 de noviembre de 1982.

4. Gracias a la familia de Martín Luis Guzmán, tuve acceso a las memorias originales de Villa, de las que proceden estas citas. Para un análisis de la relación entre ellas y el libro *Memorias de Pancho Villa*, de Guzmán, ver el capítulo sobre las [fuentes](#) (p. 440). Estas memorias comprenden tres textos diferentes. El primero está escrito a lápiz, y Guzmán supone que probablemente se basa en notas tomadas por uno de los secretarios de Villa, Manuel Bauche Alcalde. Lo he llamado “MLG, memorias a lápiz”. El segundo es un texto mucho más largo titulado “El general Francisco Villa”, escrito por Manuel Bauche Alcalde, y hago referencia a él como “MLG, Bauche Alcalde”. El tercero es una hoja de servicios escrita en primera persona y titulada “hoja de servicios del general Francisco Villa”; me refiero a él como “MLG, hoja de servicios”.

5. MLG, Bauche Alcalde, pp. 6-7.

6. Ibid., p. 9.

7. Ibid., p. 11.

8. Ibid., p. 12.

9. Ibid., p. 14.

10. Ibid., p. 22.

11. MLG, memorias a lápiz, pp. 52-53.

12. MLG, Bauche Alcalde, p. 63.

13. MLG, memorias a lápiz, p. 15.

14. Ibid., pp. 13-14.

15. MID, 8321-8, Biddle al jefe del Estado Mayor, 12 de junio de 1914, copia archivada con 10460-847.

16. MID, Husk al general Hugh L. Scott, 5 de junio de 1914, 5761-1091-3.

17. Celia Herrera, *Francisco Villa ante la historia*, México, 1981. La autora no ofrece ninguna prueba de lo que sostiene, excepto en un caso, lo cual sin embargo no significa que Villa no cometiera algunos de estos crímenes. No dice de dónde viene su información, dónde fue publicada o si lo fue en efecto, ya fuera por los historiadores o por las autoridades porfirianas contemporáneas. Los orígenes de tales atribuciones aparecen más claramente en un memorándum que el gobierno de Huerta entregó a la legación británica en México bajo el título *Expediente criminal de Francisco Villa*. Este documento enlista una larga serie de delitos, algunos idénticos a los que describe Celia Herrera. En ningún caso se ofrecen pruebas excepto diciendo que estos crímenes fueron ampliamente comentados en los periódicos del momento, y ni siquiera se afirma específicamente que en dichas publicaciones Villa fuera citado por su nombre como autor de los delitos.

En la explicación que contiene el memorándum, se dice: “Cabe señalar que en muchos de sus crímenes y robos, Villa logró escapar al arresto debido a su sagacidad y a su táctica de operar con varios alias”. Lo que hizo el gobierno de Huerta fue atribuir a Villa delitos cometidos por personas que utilizaban otros nombres (“Criminal Record of Francisco Villa”, SRE, archivo de la embajada mexicana en Washington, leg. 442, exp. 23, Miguel Diebold, cónsul general de México al cónsul británico Charles Perceval, El Paso, Texas, 1 de marzo de 1914). Aunque Villa sí operó a veces bajo algún alias, no se ofrece ningún tipo de prueba (expedientes judiciales, etcétera) de que los nombres de los delincuentes vinculados con esos crímenes fueran realmente pseudónimos de Villa.

18. John Reed, *Insurgent Mexico*, Nueva York, 1969, p. 116.

19. PWW, vol. 29, p. 229: Sir Cecil Arthur Spring Rice a Sir Edward Grey, 7 de febrero de 1914.

20. Celia Herrera, op. cit., pp. 42-43.

1. AMR, Gómez Palacio a Barbarita, 21 de julio de 1911.

2. Joseph Neumann, S. I., *Révoltes des indiens tarahumaras, 1626-1724*, introducción y comentarios de Luis González R., París, 1969, p. 13.

3. Sobre la historia de Chihuahua en el periodo colonial ver Francisco Almada, *Resumen de la historia del estado de Chihuahua*, México, 1955; Oakah L. Jones, Jr., *Nueva Vizcaya: Heartland of the Spanish Frontier*, Albuquerque, 1988; Fernando Jordán, *Crónica de un país bárbaro*, Chihuahua, 1981; Florence C. Lister y Robert Lister, *Chihuahua: Storehouse of Storms*, Albuquerque, 1966. Las siguientes obras más generales sobre la frontera de Nueva España también son importantes: John Francis Bannon, *The Spanish Borderlands Frontier, 1513-1821*, Albuquerque, 1963; Max L. Moorhead, *The Apache Frontier*, Norman, 1968; Edward Spicer, *Cycles of Conquest*, Tucson, 1962; David J. Weber, *New Spain's Northern Frontier*, Dallas, 1979.

4. Sobre la formación de estas colonias militares ver Ana Alonso, *Gender, Ethnicity and the Constitution of Subjects: Accommodation, Resistance and Revolution on the Chihuahuan Frontier*, tesis de doctorado inédita, Chicago, 1968; Daniel Nugent, *Spent Cartridges of Revolution: An Anthropological History of Namiquipa, Chihuahua*, Chicago, 1993. Para una historia más general de los asentamientos españoles del siglo XVIII en el norte de la Nueva España ver Oakah L. Jones, Jr., *Los Paisanos: Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain*, Norman, 1979; William B. Griffen, *Apaches at War and Peace: The Janos Presidio 1750-1858*, Albuquerque, 1958.

5. Fernando Jordán, op. cit., pp. 213-16.

6. Los mejores trabajos sobre el papel de estos colonos militares en el siglo XIX son Daniel Nugent, op. cit., y las tesis inéditas de Ana Alonso, op. cit., y de Víctor Orozco, *Política y sociedad en una región del norte de México. Los pueblos libres del distrito de Guerrero, Chihuahua, en el siglo XIX*, tesis de doctorado inédita, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

7. RAT, 1:29 (año 06), leg. 2X, exp. 178, carta de los habitantes de Namiquipa a Porfirio Díaz, 20 de julio de 1908.

8. Ver Víctor Orozco Orozco, op. cit., pp. 55-78.

9. Ver Patricia Nelson Limerick, *The Legacy of Conquest: The Unbroken Past of the American West*, Nueva York, 1987. Para un examen de estas cuestiones ver Gene M. Gressley (comp.), *Old West / New West, Quo Vadis?*, Worland, Wyoming, 1994.

10. La historia de la familia Terrazas ha despertado gran interés entre los investigadores. No es sorprendente que hayan surgido tanto una escuela anti-Terrazas como una escuela pro-Terrazas. Las obras más importantes de la primera son del historiador más distinguido de Chihuahua, Francisco Almada: *Gobernadores del estado de Chihuahua*, Chihuahua, 1950, y *Juárez y Terrazas*, Chihuahua, s.f.

Como contrapeso, la familia Terrazas contrató a otro de los escritores famosos del estado, José Fuentes Mares, quien escribió un libro basado en la información que ellos le dieron, titulado: *Y México se refugió en el desierto. Luis Terrazas, su historia y destino*, México, 1954. Un trabajo más reciente de Lulú Creel de Müller titulado *El conquistador del desierto*, Chihuahua, 1982, pertenece a la misma escuela. La primera contribución estadounidense importante a la historia de los Terrazas fue un ensayo de Harold Sims, “Espejo de caciques: Los Terrazas de Chihuahua”, publicado en *Historia Mexicana*, n. 18, marzo de 1969. El análisis mejor documentado y más serio sobre los Terrazas y su papel en Chihuahua es el de Mark Wasserman, *Capitalists, Caciques, and Revolution*, Chapel Hill, 1984. Wasserman continuó con otro libro notable, que documenta la historia de la familia tanto en el periodo revolucionario como posrevolucionario: *Persistent Oligarchs: Elites and Politics in Chihuahua, México, 1910-1940*, Durham, 1993.

11. Carta de los habitantes de Namiquipa al presidente Porfirio Díaz, 20 de julio de 1908, cit.

12. Ver Nugent, op. cit., pp. 44-46. He utilizado diversos términos para designar a los habitantes del norte de México que poseían tierras propias. El término “habitantes de los pueblos libres”, *free villagers*, se refiere a todos ellos. El término “rancheros”, *peasant freeholders*, se limita a los antiguos colonos militares u otros pobladores que recibieron tierras del estado, bajo muy diferentes condiciones, de las comunidades indígenas tradicionales. Estos rancheros podían ser blancos, mestizos o indios, pero la base legal de su propiedad era diferente de la de las comunidades indias.

13. En los últimos años se ha realizado una cantidad impresionante de trabajos sobre la estructura de la tenencia de la tierra en Chihuahua y los grupos sociales que existían en las zonas rurales del estado. Ana Alonso y Daniel Nugent, que pasaron más de un año viviendo en Namiquipa, una de las antiguas colonias militares, se entrevistaron con los habitantes y examinaron todas las posibles fuentes de archivo que existen sobre este pueblo y las comunidades circundantes. Como resultado, escribieron dos extraordinarios trabajos de investigación: Ana Alonso, op. cit., y Daniel Nugent, op. cit.

María Teresa Koreck realizó una investigación similar en Cuchillo Parado, un pueblo del este de Chihuahua, que también tenía una historia de conflicto con las autoridades por cuestiones de tierras y que, como Namiquipa, tendría un papel importante en la revolución mexicana. Aunque su trabajo no estaba terminado en el momento de escribir este libro, ha publicado una serie de impresionantes ensayos que no sólo documentan la historia de Cuchillo Parado, sino que se ocupan de toda la región circundante y describen la mentalidad de los habitantes del oriente de Chihuahua. Ver María Teresa Koreck, *Social Organization and Land Tenure in a Revolutionary Community in Northern Mexico: Cuchillo Parado, Chihuahua, 1865-1910*, trabajo entregado en la VII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxaca, México, 25 y 26 de octubre de 1985, así como "Space and Revolution in Northeastern Chihuahua", en Daniel Nugent (comp.), *Rural Revolt in Mexico and U. S. Intervention*, San Diego, 1988.

El trabajo de Jane Dale Lloyd, que investigó en el distrito de Galeana, es igualmente notable. Ver *El proceso de modernización capitalista en el noroeste de Chihuahua, 1880-1910*, México, 1987, y "Rancheros and Rebellion: The Case of Northwestern Chihuahua, 1905-1909", en Daniel Nugent (comp.), *Rural Revolt...*, cit. Carlos González Herrera ha estudiado las estadísticas relativas al número de pequeñas propiedades en Chihuahua, y uno de los más sobresalientes trabajos sobre el siglo XIX en ese estado es la tesis de doctorado inédita de Víctor Manuel Orozco Orozco, op. cit. El autor examina tanto los patrones de tenencia de la tierra y sus transformaciones en el distrito de Guerrero, durante el siglo XIX, como la influencia de las guerras apaches sobre esos patrones. La influencia de los hacendados y particularmente de los Terrazas sobre esos patrones ha sido ampliamente estudiada por Mark Wasserman, *Capitalists, Caciques...*, cit.

14. Una de las colonias a las que Juárez otorgó tierras fue al parecer Cuchillo Parado (ver Koreck, “Social Organization...”, cit., y “Space and Revolution...”, cit.).

15. John Womack llamó con razón mi atención sobre el hecho de que no se debería exagerar la importancia del *Homestead Act* para Estados Unidos. En un comentario al autor, Womack escribió: “Tal vez no sea del todo justo referirse sólo al *Homestead Act* en Estados Unidos sin añadir alguna referencia calificadora a las concesiones de tierras a los ferrocarriles, que en efecto pusieron a granjeros y rancheros de nuevo bajo el dominio de las grandes corporaciones” (carta privada de John Womack, 14 de septiembre de 1992).

16. Mark Wasserman, *Capitalists, Caciques...*, cit., y Nugent, *Cartridges...*, cit.

17. El papel de las compañías deslindadoras en la expropiación de tierras ha provocado algunas de las controversias más interesantes entre los historiadores. En 1891, durante el periodo porfiriano, uno de los primeros críticos de la dictadura, Wistano Luis Orozco, publicó un libro, *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*, México, 1885, que decía que la principal responsabilidad por la gran cantidad de tierras de las comunidades que habían sido expropiadas correspondía a las compañías deslindadoras, y que estas compañías pisoteaban los derechos de los pueblos tradicionales. Por mucho tiempo esta tesis fue aceptada por la mayoría de los historiadores del México prerrevolucionario. Fue impugnada por Robert Holden en su libro *Mexico and the Survey of Public Lands: The Management of Modernization*, DeKalb, 1994, y en un artículo, "Priorities of the State in the Survey of the Public Land in Mexico, 1876-1911", *Hispanic American Historical Review*, 70:4, noviembre de 1990, pp. 579-608. Holden fue el primer historiador que logró consultar los papeles de las compañías deslindadoras que se encuentran en los archivos del Departamento de la Reforma Agraria, en México. A partir de ellos, Holden llegó a la conclusión de que las instancias de expropiación de tierras ocupadas por los pueblos eran la excepción y no la regla, y que los jueces e incluso el gobierno mexicano con frecuencia tomaron el partido de los pueblos cuando éstos protestaban por las actividades de las compañías deslindadoras. Sobre la base de los archivos locales de Chihuahua, Jane Dale Lloyd llegó a una conclusión un tanto diferente en lo que concierne a tres de las cinco colonias militares originales. En su opinión, las compañías deslindadoras simplemente desconocieron las 112 359 hectáreas que las autoridades coloniales españolas habían otorgado a esas colonias, y las redujeron a 28 080 hectáreas. Lloyd, *El proceso...*, cit., p. 74. Más allá de este hecho, sin embargo, he encontrado que la mayor parte de las expropiaciones de tierras de los pueblos de Chihuahua no fueron resultado de las actividades de las compañías deslindadoras. No hay pruebas de que estas compañías participaran en la concesión de inmensos latifundios a los hermanos Limantour, que provocó una serie de levantamientos en las décadas de 1880 y 1890. En el siglo XX, la gran mayoría de las expropiaciones de tierras se basaron en la ley agraria promulgada por Creel en 1905.

18. Francisco Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, México, 1964, vol. 1, cap. 1.

19. Wasserman, *Capitalists, Caciques...*, cit., p. 108.

20. Nugent, *Cartridges...*, cit., pp. 56-58.

21. Kenneth M. Johnson, *José Yves Limantour versus United States*, Los Angeles, 1961.

22. RAT, exp. Cargill Lumber Co., Pablo Guerrero a la Secretaría de Fomento, 2 de febrero de 1889.

[23.](#) Sobre el apoyo de Terrazas a los alzamientos, ver Francisco Almada, *Resumen de historia del estado de Chihuahua*, México, 1955, pp. 350-51.

24. Almada, *La revolución...*, cit., vol. 1, pp. 93-105.

25. La revuelta de Tomóchic ha sido objeto de una gran cantidad de literatura y de polémica histórica. La controversia se ha centrado ante todo en la importancia del factor religioso, así como en el papel que Luis Terrazas pudo desempeñar alentándola o incluso fomentándola. La primera descripción de esa revuelta, escrita en forma de novela por un testigo ocular y participante en la campaña del gobierno contra Tomóchic, fue Heriberto Frías, *Tomóchic*, México, 1893. Para otro trabajo contemporáneo, ver Lauro Aguirre, *Tomóchic*, El Paso, 1896. Ver también José Carlos Chávez, *Peleando en Tomochi*, Imprenta Moderna, Ciudad Juárez, 1955; Francisco R. Almada, *La rebelión de Tomochi*, Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, Chihuahua, 1938; Plácido Chávez Calderón, *La defensa de Tomóchic*, Jus, México, 1964. En los años recientes ha habido un resurgimiento del interés por el suceso. Ver Lilian Illades Aguilar, *La rebelión de Tomóchic*, México, 1993; Paul Vanderwood, "None but the Justice of God: Tomochic, 1891-1892", en Jaime O. Rodríguez (comp.), *Patterns of Contention in Mexican History*, Wilmington, 1992. Uno de los trabajos más recientes y más documentados sobre Tomóchic es el manuscrito inédito de Rubén Osorio, *Tomóchic en llamas*, Chihuahua, 1992. Ver también Jesús Vargas Valdés (comp.), *Tomóchic: La revolución adelantada*, Ciudad Juárez, 1994; Antonio Saborit, *Los doblados de Tomóchic: Un episodio de literatura e historia*, México, 1994; Acalia Pozo Marrero, *Dos movimientos populares en el noroeste de Chihuahua*, tesis de maestría, Universidad Iberoamericana, México, 1991.

26. Archivo Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana, México, D. F. (en adelante APD), Rangel a Díaz y Díaz a Rangel, 9 de diciembre de 1891.

27. APD, Carrillo a Díaz, 18 de enero de 1892; Díaz a Carrillo, 28 de enero de 1892.

28. Sobre el ascenso del protestantismo en el México porfiriano ver Deborah Baldwin, *Protestants and the Mexican Revolution*, Urbana, 1990; Jean-Pierre Bastian, *Los disidentes protestantes y la revolución en México, 1872-1911*, México, 1989.

[29.](#) Sobre la santa de Cabora, ver William Curry Holden, *Teresita*, Maryland, 1978, y Osorio, *Tomóchic...*, cit.

30. José Carlos Chávez, op. cit., pp. 48-49.

31. Almada, *Resumen...*, cit., p. 350. No todos los autores comparten esta interpretación de Almada.

32. APD, Rosendo Márquez a Porfirio Díaz, 17 de octubre de 1892.

33. Fernando Jordán, *op. cit.*, pp. 295-97, escribe que los hombres de Santana Pérez abrieron fuego sobre las tropas federales. Según Rubén Osorio, *op. cit.*, pp. 127-31, los soldados de Santana Pérez no participaron en la batalla, pero su dirigente negó vehementemente la acusación de los oficiales federales en el sentido de que sus hombres habían disparado sobre las tropas federales.

34. Francisco Almada, *Historia del estado...*, cit., p. 351.

35. Para un análisis de las revueltas que cundieron en México en 1891-95, ver Friedrich Katz y Jane Dale Lloyd (comp.), *Porfirio Díaz frente al descontento popular regional*, México, 1986.

36. Heriberto Frías, op. cit., México, 1946, p. 33.

37. APD, Rosendo Márquez a Porfirio Díaz, 6 de noviembre de 1892.

38. Osorio, op. cit.

39. Ver la mejor descripción y el mejor análisis sobre la influencia del levantamiento de Tomóchic sobre los subsecuentes movimientos sociales, en Rubén Osorio, op. cit.

40. El yerno de Terrazas, Enrique Creel, era gerente y el hijo de Luis Terrazas, Juan, era socio de una de las grandes compañías deslindadoras de Chihuahua: Ignacio Gómez del Campo, Guerrero y Socios. Jane Dale Lloyd, *El proceso...*, cit., p. 71.

41. Heliodoro Arias Olea, *Apuntes históricos de la revolución de 1910- 1911*, Bachíniva, 1960.

42. RAT, 1:29 (06), leg. 1., exp. 83, habitantes de Nonoava a Porfirio Díaz, 1 de febrero de 1905.

43. Sobre el efecto de la construcción del ferrocarril en las expropiaciones y sobre la inquietud social en el campo mexicano, ver el trabajo pionero de John Coatsworth, *Growth Against Development: The Economic Impact of Railroads in Porfirian Mexico*, DeKalb, 1991 [*El impacto de los ferrocarriles...*, Era, México, 1984]. Sobre las consecuencias de la construcción del ferrocarril en Chihuahua, ver Wasserman, *Capitalists, Caciques...*, cit., pp. 76-77, 105-112.

44. Almada, *La revolución...*, cit., vol. 1, pp. 24-25.

45. Ver un análisis de la ley agraria de Creel en Jane Dale Lloyd, “Rancheros and Rebellion”, cit.

46. Las solicitudes de los habitantes de los pueblos se encuentran en una sección del archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria, Terrenos Nacionales, que durante largo tiempo estuvo cerrada a los investigadores. Logré consultar estos expedientes por primera vez en 1978, y su descubrimiento cambió completamente mi visión del problema agrario en Chihuahua: hasta entonces creía que dicho problema había sido de orden secundario.

47. RAT, 1:29 (06), leg. 1, exp. 74, Hilario Silva a Secretaría de Fomento, 30 de mayo de 1904; decisión del secretario, 7 de junio de 1904.

48. RAT, 1:29 (06), leg. 1, exp. 88, habitantes de Redondeados a Secretaría de Fomento, 18 de junio de 1905.

⁴⁹. Ibid., exp. 78, Feliciano Ochoa y habitantes de Monterde y Arremoyo a la Secretaría de Fomento, 18 de septiembre de 1905.

50. Joaquín Terrazas, *Memorias del señor coronel Joaquín Terrazas*, Ciudad Juárez, 1905.

51. RAT, 1:29 (06), leg. 2, exp. 143, Macario Nieto a Secretaría de Fomento, 13 de diciembre de 1906.

52. Ibid.

53. Ibid., exp. 178, carta de los habitantes de Namiquipa a Porfirio Díaz, 20 de julio de 1908.

54. *El Correo de Chihuahua*, 7 de noviembre de 1907. Sobre la historia del conflicto agrario en Namiquipa, ver Ana Alonso, op. cit., y Daniel Nugent, *Cartridges...*, cit.

55. Sobre la historia de Cuchillo Parado, ver María Teresa Koreck, “Space and Revolution...”, cit.

56. Ibid.

57. Ontiveros, *Toribio Ortega y la brigada González Ortega*, Chihuahua, 1914, p. 4.

58. Koreck, "Space and Revolution", cit., pp. 127-49.

59. RAT, 1:29 (06), leg. 3, habitantes de Namiquipa a Fomento, abril de 1892. Ver Nugent, *Cartridges...*, cit., pp. 60-75.

60. RAT, presidente municipal de Namiquipa a Secretaría de Fomento, 7 de julio de 1909.

61. RAT, exp. 75-1407, Porfirio Talamantes a Secretaría de Fomento, 22 de febrero de 1908.

62. Ibid., Creel a la Secretaría de Fomento, 23 de octubre, y carta de Porras a Creel, 13 de octubre de 1908.

63. Ibid., solicitud de los habitantes de Janos a la Secretaría de Fomento, 24 de diciembre de 1908.

64. Ibid., Aldasoro a Creel, 11 de marzo de 1909.

65. Ibid., Creel a Aldasoro, 25 de abril de 1909.

66. Ibid., Aldasoro a Creel, 30 de abril de 1909.

67. RAT, Janos, López Moctezuma a Aldasoro, 15 de junio de 1909.

68. Ibid., mensaje de los habitantes de Janos a la Secretaría de Fomento el 5 de mayo de 1910.

69. Ibid., memorándum de la Sección Primera de Fomento, 3 de mayo de 1909.

70. Ibid., Creel al secretario de Fomento, 9 de julio de 1909.

71. Ibid., memorándum de la Secretaría de Fomento, 11 de enero de 1911.

[72.](#) RAT, 1:29 (06), leg. 64, exp. 193, queja de los vecinos de San Antonio y San Carlos, 29 de abril de 1909.

73. Ibid., C. Raynaut a Loera, 6 de diciembre de 1909.

74. Ibid., Loera a Secretaría Fomento, 17 de agosto de 1909.

75. Ibid., memorándum de la Secretaría Fomento, 10 de enero de 1910.

76. Ibid., Secretaría de Fomento al gobernador de Chihuahua, 22 de noviembre de 1910.

77. Ibid., nota de los vecinos de San Carlos para quejarse de las represalias de Creel, 29 de abril de 1909.

78. APD, 003 062, informe anónimo a Porfirio Díaz, s.f.

79. Los cálculos sobre el número de rancheros que aún tenían tierras en Chihuahua en 1910, así como sobre el número de los que fueron despojados de ellas durante la era porfiriana, son difíciles de encontrar y suelen resultar contradictorios. En un libro publicado en 1923, George McCutchen McBride, *The Land Systems of Mexico*, Nueva York, 1923, calculaba que en Chihuahua sólo 2 283 personas, es decir, del 4 al 5 por ciento de los jefes de familia del estado, tenían tierras (p. 154). Este cálculo parece exageradamente bajo y contradice no sólo el número de pueblos cuyas solicitudes a las autoridades indicaban que para 1910 todavía tenían tierras propias, sino también los censos de Chihuahua, aunque éstos no son muy confiables.

Los levantadores de censos dividían a la población del campo en tres categorías: agricultores, peones y hacendados. Según un periodista villista que escribía en 1915 en el *Periódico oficial del Estado de Chihuahua*, los agricultores eran “individuos que trabajaban sus propias tierras” (citado en Marte R. Gómez, *La reforma agraria en las filas villistas, años 1913 a 1915 y 1920*, Talleres de la Nación, México, 1966, p. 221). El mismo autor indica que los datos no eran muy confiables dado que con frecuencia no se basaban en información proporcionada por levantadores individuales del censo, sino en los cálculos de los funcionarios porfirianos locales y regionales. El censo de 1895 dice que había 33 819 agricultores y 29 913 peones. Estos números cambiaron drásticamente cinco años después, cuando se dice que existían 62 489 agricultores y sólo 15 973 peones. Para 1910, los números habían cambiado radicalmente otra vez. El número de agricultores había descendido en alrededor de 40 000: de 62 489 a 22 529, mientras que el número de peones había crecido de 15 973 a 63 353. (Secretaría de Economía, *Estadísticas sociales del porfiriato*, México, 1956, p. 40.)

Lo más difícil de explicar es el aumento en el número de agricultores en sólo cinco años, entre 1895 y 1900, de alrededor de 33 000 a 62 000. Ningún acontecimiento de la historia de Chihuahua justifica tan impresionante aumento, y por tanto éste probablemente se debe a otros factores. Uno podría ser la mayor calidad de los levantadores del censo, así como una mejor visión de los funcionarios locales y regionales sobre la verdadera situación reinante en sus distritos. Otra hipótesis parece más plausible: el aumento en el número de los propietarios de tierras reportados puede deberse a que los funcionarios locales, profundamente preocupados por la ola de levantamientos rurales que barrió Chihuahua entre 1891 y 1895, estaban dispuestos a reconocer la validez de propiedades campesinas que antes no habían querido aceptar.

La reducción en el número de agricultores entre 1900 y 1910, por otra parte, está confirmada por una amplia gama de datos históricos. En los archivos de la Sección de Terrenos Municipales de la Secretaría de la Reforma Agraria, he encontrado quejas de más de sesenta pueblos sobre el despojo de sus tierras. Algunas contienen cientos de firmas y otras solamente la del vocero de los habitantes del pueblo, de modo que el número exacto de solicitantes no se puede determinar. Sin embargo, no hay duda de que eran miles. Otro indicio de la cantidad de expropiaciones es el número de adjudicaciones de terrenos municipales que calcula Mark Wasserman: 4 363 entre 1905 y 1909 (Mark Wasserman, *Capitalists, Caciques...*, cit., p. 110). Además, como este libro intenta demostrar, la ley agraria de Creel no era el único medio por el que los hacendados se apropiaban de las tierras de los pueblos. Estos números ciertamente ayudan a explicar el poderoso arraigo de la revolución en la población del campo chihuahuense y la preponderancia de los rancheros expropiados en las filas de las fuerzas revolucionarias de Chihuahua.

80. Wasserman, op. cit., p. 96.

81. Ibid.

82. El Colegio de México, *Estadísticas económicas del porfiriato. Fuerza de trabajo*, México, s.f., pp. 47, 55.

83. PST, carta de Heliodoro Arias al gobernador Luis Terrazas, s.f.

84. Heliodoro Arias Olea, *Apuntes históricos de la revolución de 1910- 1911*, Bachíniva, 1960, pp. 5-8.

85. Ibid., pp. 21-26.

86. Ibid.

87. Pablo Martínez del Río, *El suplicio del hacendado*, México, 1928, p. 15.

88. Wasserman, *Capitalists, Caciques...*, cit., p. 98.

89. SDF, 812.00/993, Leonard al secretario de Estado, 19 de marzo de 1911.

90. Jane Dale Lloyd, *El proceso...*, cit., pp. 86-91, 141.

91. Sobre la historia del Partido Liberal Mexicano, ver François Guerra, *Le Mexique: De l'ancien régime à la révolution*, París, 1985, vol. 2, pp. 7-68. James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution*, Austin, 1968; John Mason Hart, *Anarchism and the Mexican Working Class*, Austin, 1978; Alan Knight, *The Mexican Revolution*, vol. 1; el papel del Partido Liberal en Chihuahua es ponderado por Francisco Almada, *La revolución...*, cit.; Jane Dale Lloyd, *El proceso...*, cit., y Dirk Raat, *Revolosos: Mexico's Rebels in the United States, 1903-1923*, College Station, Texas, 1981; Robert L. Sandels, *Silvestre Terrazas, The Press and the Origins of the Mexican Revolution in Chihuahua*, tesis de doctorado, Universidad de Oregon, 1967.

92. Dirk Raat, op. cit., pp. 175-203.

93. Sandels, op. cit., p. 175.

94. Sobre el papel de Silvestre Terrazas en los años previos a la revolución mexicana, ver Sandels, op. cit.; Margarita Terrazas Perches, “Biografía de don Silvestre Terrazas”, en Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, Era, México, 1985, p. 213; Francisco Almada, *Gobernadores del estado de Chihuahua*, Chihuahua, 1981, pp. 519-522.

95. Ver Sandels, op. cit., p. 70.

96. Deborah Baldwin, *op. cit.*, pp. 89-90.

97. Margarita Terrazas, op. cit., p. 213.

98. José Fuentes Mares, op. cit., p. 240.

99. Wasserman, *Capitalists, Caciques...*, cit., pp. 122-28; Jan Dale Lloyd, *El proceso...*, cit., pp. 127-43.

100. DZA, AA II, n. 4491, cónsul en Chihuahua a Bülow, 10 de mayo de 1909.

101. Ibid.

102. APD, Evaristo Madero a Porfirio Díaz, 8 de julio de 1908.

103. Stanley Ross, *Francisco I. Madero, Apostle of Mexican Democracy*, Nueva York, 1955, pp. 11-14.

104. APD, Creel a Porfirio Díaz, 8 de noviembre de 1908.

105. APD, 003707, Miguel Ahumada a Díaz, 21 de febrero de 1911.

106. Para documentar las detenciones relacionadas con el robo al Banco Minero, ver Almada, *Historia de la revolución en Chihuahua*, cit., vol. 1; Margarita Terrazas, op. cit., pp. 218, 230-31.

107. Doctor I. J. Bush, *Gringo Doctor*, Caldwell, Idaho, 1939, p. 165.

108. Sobre el movimiento reyista ver Anthony T. Bryan, *Mexican Politics in Transition 1900-1913: The Role of General Bernardo Reyes*, tesis de doctorado, University of Nebraska Press, 1970.

109. William H. Beezley, *Insurgent Governor Abraham González and the Mexican Revolution in Chihuahua*, Lincoln, Nebraska, 1973, p. 27.

1. Enrique Sánchez, *Corridos de Pancho Villa*, Editorial del Magisterio, México, 1952, pp. 54-57.

2. Ontiveros, *Toribio Ortega*, cit., y María Teresa Koreck, *Space and Revolution*, cit.

3. Ontiveros, op. cit., p. 13-14.

4. Teodosio Duarte Morales, *El rugir del cañón*, Ciudad Juárez, 1967, p. 6.

5. Sobre la revuelta de Namiquipa, ver Nugent, *Cartridges...*, cit., pp. 75-77.

6. Heliodoro Arias Olea, *Apuntes...*, cit.

7. ABCFMA, Eaton a Barton, 23 de diciembre de 1910.

8. Sobre la biografía de Pascual Orozco ver Michael Meyer, *Mexican Rebel: Pascual Orozco and the Mexican Revolution*, Lincoln, 1967. En un informe dirigido al secretario de Díaz, Rafael Chousal, el comandante federal García Cuéllar decía que Orozco ganaba unos mil pesos al mes. (Archivo UNAM, papeles de Rafael Chousal, caja 33, exp. 329, folios 69-70, García Cuéllar a Rafael Chousal, 13 de enero de 1911.)

9. Víctor Orozco, *Política y sociedad...*, cit., pp. 87-90.

10. ABCFMA, citado en carta de James Eaton a Barton, 23 de diciembre de 1910.

11. Artículo de Antonio Ruiz en *El Correo de Chihuahua*, 20 de noviembre de 1912. Estas elecciones reflejaron la relación de fuerzas dentro del contingente revolucionario. Villa había llevado veintiocho hombres a la reunión y las elecciones lo ratificaron en el mando de esos veintiocho. (MLG, manuscrito inédito de Antonio Ruiz titulado “El maderismo en Chihuahua”).

12. Ramón Puente, *Villa en pie*, México Nuevo, 1937.

13. ADU, Díaz Couder al gobernador, 1 de noviembre de 1899.

14. Octaviano Meraz, jefe de la policía montada de Durango, era muy famoso por su brutalidad, no sólo contra los bandidos presuntos y verdaderos, sino también contra los campesinos. En 1903, a petición de uno de los hacendados de la región, Joaquín Martos, que tuvo un prolongado conflicto de tierras con los campesinos de la colonia vecina de Yerba Buena, Meraz ordenó a dichos campesinos que evacuaran sus propiedades en cuatro días. Los que no lo hicieron fueron atados a los caballos de los soldados y obligados a dejar su pueblo natal.

15. ADU, Durán al gobernador, 9 de enero de 1901.

16. En sus memorias, Villa califica a Valenzuela de “hombre bueno además de rico” (Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, cit., p. 11) a quien vendía carne seca y cuero que, aunque no lo dice así, probablemente procedían de ganado robado. Otro autor muy bien informado sobre estos sucesos de los primeros años de Villa, Juan Gualberto Amaya, escribe que Valenzuela era el comerciante más importante de Canatlán y tenía tratos “sospechosos” con Villa (Amaya, *Venustiano Carranza*, México, 1947, pp. 483-84).

17. ADU, Avelino Molina al gobernador, 4 de marzo de 1901.

18. Ibid.

19. Ibid., Díaz Couder al gobernador, 24 de marzo de 1902. Aunque hasta donde sé ningún otro autor ha visto estos expedientes de los archivos de Durango, dos autores lograron desentrañar parte de la verdad a partir de testimonios orales. Máximo García, uno de los antiguos generales de Villa, le dijo al historiador Juan Gualberto Amaya que Villa una vez le contó cómo fue arrestado por el jefe político Díaz Couder y rescatado por Pablo Valenzuela (Amaya, op. cit., pp. 483-84). Lo que Villa no mencionó, y Amaya no sabía, era que había sido enrolado a la fuerza en el ejército y había desertado. En cambio, esa información le llegó al historiador chihuahuense Francisco Almada, quien también supone que Villa fue arrestado por cargos poco graves (Almada, *Gobernadores...*, cit., pp. 478-79).

20. Reed dice que un funcionario del gobierno violó a la hermana de Villa y que Villa lo mató (*Insurgent Mexico*, cit., p. 115). El funcionario estadounidense Biddle dice que fue el jefe de policía quien se fugó con la hermana de Villa y huyó a las montañas, donde Villa lo mató (ver nota 9 del prólogo). La versión de Puente es similar a la de Villa excepto en un aspecto: la víctima no sería la hermana menor de Villa, Martina, sino la mayor, Mariana (Puente, op. cit., p. 134).

21. ADU, Castillo al gobernador, 5 de abril de 1892.

[22.](#) Ibid., Marín al gobernador, 18 de febrero de 1907.

23. Ibid., Díaz Couder al gobernador, 25 de febrero de 1903.

24. PRO FO, 371-1147-17946, vicecónsul Graham a Hohler, 19 de abril de 1911.

25. Para acusaciones contra Soto, ver ADU, Díaz Couder al gobernador, 20 de noviembre de 1893; Joaquín Camacho al gobernador, 3 de julio de 1894; Díaz Couder al gobernador, 25 de octubre de 1899.

[26.](#) Nicole Girón, *Heraclio Bernal: Bandolero, cacique o precursor de la revolución*, México, 1976, pp. 86-87.

[27.](#) Para una biografía de Ignacio Parra, ver Antonio Arreola Valenzuela et al., *Summa Duranguense*, Durango, Gobierno del Estado, 1979-1980, vol. 2.

28. Girón, op. cit., p. 65.

29. ADU, Díaz Couder al gobernador, 17 de junio de 1903.

30. Ibid., Castillo al gobernador, 19 de octubre de 1892.

31. Ibid., Castillo al gobernador, 21 de mayo de 1892.

32. Ibid., Florentino Soto al gobernador, 29 de octubre de 1894, pp. 77-78.

33. MLG, Villa, memorias a lápiz, p. 17.

34. Ibid.

35. Lo que parece indicar que Arango cambió su nombre por el de Villa para ocultar su desertión del ejército es que antes de 1902, cuando desertó, las autoridades sólo se referían a él con el nombre de Doroteo Arango. No hay duda de que existió un bandido real llamado Francisco Villa. En 1879, las autoridades de Coahuila mencionan brevemente la existencia de un peligroso bandido Francisco Villa. En 1938, el historiador Pablo Martínez del Río, descendiente de la familia que había sido propietaria de una de las mayores haciendas del estado, Santa Catalina, le pidió a Miguel Soto, un veterano de Durango, que investigara la vida de ese primer Francisco Villa para un libro que planeaba escribir sobre la historia del bandolerismo en Durango. Soto habló con otros ancianos y reconstruyó la vida del primer Francisco Villa: había nacido en el estado de Zacatecas, hijo ilegítimo de un poderoso local; durante un tiempo trabajó en una hacienda en posición privilegiada, como vaquero a cargo de domar caballos salvajes; operó en los estados de Zacatecas y Durango y el mayor delito en que estuvo implicado fue un ataque a la hacienda de La Estanzuela, en Durango, durante el cual murió el propietario de la hacienda, Guillermo Mueller, un alemán. Esto ocurrió en 1888 y, poco después, el primer Francisco Villa murió en un enfrentamiento con la policía estatal. Al parecer mantuvo contactos con Ignacio Parra, a cuya banda se unió más tarde Arango. En los papeles del jefe político de San Juan del Río, en los que Parra es mencionado una y otra vez, nunca encontré ninguna referencia a Francisco Villa. Si en efecto murió en 1889 o 1890, como supone Soto, es dudoso que Arango lo haya conocido, ya que sólo habría tenido once o doce años en ese momento. Sin embargo, su reputación como valiente y gran jinete puede haber sido uno de los factores que hicieron que Arango adoptara su nombre (ver AMR, Miguel Soto a Pablo Martínez del Río, 26 de febrero de 1938).

36. Archivo Municipal de Ciudad Guerrero, Castillo al jefe político, Ciudad Guerrero, 29 de junio de 1910.

37. AHDN, cancelados 343, 25 de junio de 1912, declaración de Villa.

38. PRO FO, 371-2229-54830, Furber al Foreign Office, 14 de mayo de 1914.

39. Percy N. Furber, *I Took Chances: From Windjammers to Jets*, Leicester, 1954, p. 109.

40. *Saturday Evening Post*, 4 de febrero de 1928.

41. Jesse Peterson y Thelma Cox Knoles (comps.), *Pancho Villa, Intimate Recollections by People who Knew Him*, Hastings House, Nueva York, 1977, p. 25.

[42.](#) MLG, Bauche Alcalde, cit., p. 59.

43. Eric Hobsbawm, *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movements in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Norton, Nueva York, 1965.

[44.](#) Elías L. Torres, *Vida y hazañas de Pancho Villa*, Editora y Distribuidora Mexicana, México, 1975, p. 13.

45. Archivo de Parral, Juzgado 1 de lo Penal del distrito de Hidalgo 53.

46. APD, 001346, Alberto Terrazas a Díaz, 18 de enero de 1911.

47. MLG, Bauche Alcalde, cit., p. 65; Reed, op. cit., p. 116.

48. PST, papeles del jefe político del distrito de Jiménez, 17 de octubre de 1910, y jefe político del distrito de Hidalgo al gobernador de Chihuahua, 8 de octubre de 1910.

49. Villa no da en sus memorias la fecha exacta en que se incorporó a la revolución. Una información más exacta y confiable se encuentra en las memorias de Antonio Ruiz, uno de los dirigentes del Partido Antirreeleccionista en la ciudad de Chihuahua, que sitúa dicha incorporación en fecha relativamente temprana. Dice que en cuanto quedó claro que los resultados de la elección presidencial eran falsos, los revolucionarios chihuahuenses planearon un levantamiento armado, y que Abraham González contactó a Villa, quien accedió a participar si se le proporcionaban armas y municiones, cosa que González hizo a través de su hermano Santiago González Casavantes (MLG, Ruiz, “El maderismo en Chihuahua”, cit.).

50. Silvestre Terrazas, *El verdadero...*, cit., p. 14.

51. Patrick O’Hea, *Reminiscences of the Mexican Revolution*, Fournier, México, 1966, pp. 31-32.

52. MID, 5761-1091-3, Carlos E. Husk a Hugh L. Scott, 5 de junio de 1914.

53. Silvestre Terrazas, op. cit., p. 127.

54. Ibid., p. 129.

55. Francisco Almada, *Historia...*, cit., vol. 1, p. 171.

56. MLG, Bauche Alcalde, op. cit., p. 72.

57. Las actividades militares de Villa durante las primeras fases de la revolución maderista han sido objeto de controversias entre los historiadores. Para la mejor descripción y análisis de las actividades de Villa en esta etapa de su vida ver “MLG, hoja de servicios”; Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución mexicana en la época maderista*, Talleres Gráficos de la Nación, México, vol. 1, y sobre todo el notable libro de Santiago Portilla sobre la revolución maderista, *Una sociedad en armas. Insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, El Colegio de México, México, 1995. Aunque no hay discrepancias sobre el intento de atacar a la ciudad de Chihuahua, el truco de los sombreros no es aceptado por todos los autores, pero lo registra Juvenal (pseudónimo de Pérez Rul), *¿Quién es Francisco Villa?*, Gran Imprenta Políglota, Dallas, 1916.

58. MLG, Bauche Alcalde, op. cit., p. 77.

[59.](#) Ver Francisco Almada, *Historia...*, cit., vol. 1, pp. 181-82. Miguel Sánchez Lamego, op. cit., vol. 1, pp. 78-79.

60. APD, 019888, Limantour a Díaz, 23 de noviembre de 1910.

61. Francisco Almada, *Gobernadores...*, cit., pp. 451-54.

62. APD, 019790, 019791, Alberto Terrazas a Díaz, 14 de diciembre de 1910.

63. Ibid., 0031304.1305, Juan Terrazas a Porfirio Díaz, 7 de enero de 1911.

64. Ibid., 001317-001318, Alberto Terrazas a Díaz, 8 de enero de 1911.

65. Ibid., 001302, Alberto Terrazas a Porfirio Díaz, 10 de enero de 1911.

66. Fuentes Mares, *Y México se refugió...*, cit., p. 244.

67. Ibid., p. 245.

68. APD, 003108, Alberto Terrazas a Díaz, 6 de enero de 1911.

69. Carta de Creel, 22 de diciembre de 1910, colección de Silvestre Terrazas, citada en Martha Rocha, *Las defensas sociales en Chihuahua*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1988, pp. 30-31.

70. Ver Paul Vanderwood, op. cit.

71. Archivos UNAM, papeles de Rafael Chousal, García Cuéllar a Chousal, 13 de enero de 1911.

[72.](#) APD, 006146, 00617, gobernador de Campeche a Díaz, 10 de abril de 1911.

73. Ibid., 005793, gobernador de Zacatecas a Porfirio Díaz, 30 de marzo de 1911.

74. Ibid., 003569, gobernador de Durango a Díaz, 22 de febrero de 1911.

75. Ibid., 000486, gobernador de Tamaulipas a Díaz, 28 de enero de 1911.

76. Ibid., 007171, gobernador de Querétaro a Díaz, 17 de abril de 1911.

77. Ibid., 007157, gobernador de Puebla a Díaz, 17 de abril de 1911.

78. Ibid., 006981, Luis Torres a Díaz, 9 de abril de 1911.

79. Ibid., 007218, funcionario de Tula, firma ilegible, a Porfirio Díaz, 26 de abril de 1911.

80. Ibid., gobernador de Campeche a Porfirio Díaz, 23 de marzo de 1911.

81. Ibid.

82. Ibid., 005280, gobernador de Yucatán a Porfirio Díaz, 8 de marzo de 1911.

83. Ibid., 006374, gobernador de Yucatán a Porfirio Díaz, 19 de abril de 1911.

84. Ibid., 006762, 6763, José María de la Vega a Porfirio Díaz, 16 de abril de 1911.

85. Ibid., 020703, Hernández a Porfirio Díaz, 7 de diciembre de 1910.

86. Ibid., 020642, Hernández a Porfirio Díaz, 14 de diciembre de 1910.

87. Ibid., 020623, Hernández a Porfirio Díaz, 25 de diciembre de 1910.

88. Ibid., 000074, Hernández a Porfirio Díaz, 1 de enero de 1911.

89. Ibid., 017356-017365, informe anónimo transmitido por Hernández a Porfirio Díaz, sin fecha.

90. Ibid., 000045, Hernández a Porfirio Díaz, 19 de enero de 1911.

91. Ibid., 000029, Hernández a Navarro, 10 de enero de 1911.

92. Francisco Almada, *La revolución...*, cit., vol. 1, p. 184.

93. APD, 0019806, Medina Barrón a Porfirio Díaz, 19 de diciembre de 1910.

94. Margarita Terrazas, *Biografía...*, cit., pp. 220-21, Sandels, op. cit., pp. 209-20.

95. Fuentes Mares, op. cit., p. 246.

96. Margarita Terrazas, op. cit., pp. 224-25, Sandels, op. cit., p. 212.

97. PRO FO, 371, Hohler a Sir Edward Grey, 16 de febrero de 1911.

98. APD, 003666, Hernández a Porfirio Díaz, 12 de febrero de 1911.

99. Ibid., 02646, Hernández a Porfirio Díaz, 16 de diciembre de 1910.

100. Ibid., 003087, Hernández a Porfirio Díaz, 30 de enero de 1911.

101. Ibid., 019313, Cavazos a Díaz, 22 de diciembre de 1910.

102. Ibid., 000942-000946, Andrés a “Papacito”, 8 de febrero de 1911.

103. Ibid., 002869, funcionario sin nombre a Rafael Chousal, 23 de febrero de 1911.

104. Existe una literatura considerable sobre el establecimiento de los mormones en Chihuahua y sus experiencias durante la revolución. Ver Karl E. Young, *Ordeal in Mexico: Tales of Danger and Hardship Collected from Mormon Colonists*, Salt Lake City, Utah, 1968; Nellie Spilsbury Hatch y Hardy B. Carmon, *Stalwarts South of the Border*, 1985; Harold Taylor, *Memories of Militants and Mormon Colonists in Mexico*, 1991.

105. Ver Jane Dale Lloyd, *El proceso...*, cit., pp. 86-91.

106. Santiago Portilla, op. cit., pp. 334-75.

107. Archivo UNAM, papeles de Rafael Chousal, García Cuéllar a Chousal, 13 de enero de 1911.

108. Garibaldi, *Toast to Rebellion*, pp. 225-26.

109. Ibid., p. 348.

110. [AJV](#), memorias inéditas de Máximo Castillo.

[111](#). APD, Hernández a Porfirio Díaz, 27 de febrero de 1911, 003800.

[112.](#) Ibid., Hernández a Porfirio Díaz, 25 de marzo de 1911, 005422.

113. Ver Amaya, op. cit.

114. APD, Villar a Porfirio Díaz, 8 de abril de 1911, 006757.

115. Esta descripción del ejército maderista y sus problemas internos se basa en Santiago Portilla, op. cit., pp. 304-98.

116. MLG, hoja de servicios, pp. 22-23.

117. Hay versiones contradictorias sobre las actividades de Villa durante esta primera fase de la revolución. En sus memorias, él sostiene que participó junto con Orozco en la batalla de Cerro Prieto y luego se retiró a San Andrés para emboscar a un convoy federal de municiones (MLG, hoja de servicios, pp. 5, 6). No menciona ninguna pelea con Orozco, sino que al contrario, afirma que dejó el campamento de éste, con su pleno acuerdo, para interceptar el convoy (ibid., pp. 30-31). Francisco Almada, en cambio, dice que Villa dejó a Orozco, tras reñir con él, antes de la batalla de Cerro Prieto (Francisco Almada, *Historia de la revolución*, cit., pp. 183-84). Miguel Sánchez Lamago (op. cit., vol. 1, pp. 57, 58) no menciona la participación de Villa en esa batalla, mientras que José Valadés, en su *Historia general de la revolución mexicana*, México, 1976, pp. 227-28, menciona que las disputas constantes entre Villa y Orozco llevaron a la separación de sus fuerzas respectivas. En una entrevista realizada muchos años después, Roque González Garza dijo que Orozco había proscrito a Villa (PHO, entrevista con González Garza, p. 34).

118. MLG, hoja de servicios, p. 7.

119. AMR, Gómez Palacio a Barbarita, 11 de febrero de 1911.

120. MLG, hoja de servicios, pp. 14-15; Sánchez Lamego, op. cit., vol. I, p. 80.

[121](#). APD, 003145, Alberto Terrazas a Díaz, 18 de enero de 1911.

122. No hay pruebas de que Villa combatiera en Zacatecas durante la revolución maderista.

123. AJV, memorias inéditas de Máximo Castillo, p. 13. Hay que subrayar que Castillo era enemigo de Villa y que no he encontrado ningún otro informe que corrobore esta acusación.

124. *El Tiempo*, ciudad de México, abril de 1911.

125. Entrevista del doctor Rubén Osorio con Desiderio Madrid Carrasco, en Rubén Osorio, *Pancho Villa, ese desconocido*, Gobierno del Estado de Chihuahua, Chihuahua, 1991, pp. 34-37.

126. PHO, entrevista Roque González Garza, p. 36.

127. Martín Luis Guzmán, op. cit., p. 38. Esta frase no se encuentra en las memorias originales de Villa. Guzmán bien pudo oírsela de viva voz, ya que lo trató, y probablemente hablaron de Madero.

128. Carta de Madero a *El Paso Morning Times*, 25 de abril de 1911.

[129](#). Cónsul en Chihuahua al Departamento de Estado, 29 de marzo de 1911, State Department Files, 812.00-1222.

130. *El Tiempo*, ciudad de México, abril de 1911.

131. Luis Terrazas hijo a Luis Terrazas padre, 4 de abril de 1911, papeles de Terrazas, Museo de la Revolución Mexicana, Chihuahua.

132. Jorge Vera Estañol a De la Barra, 29 de abril de 1911, en Jorge Vera Estañol, *Historia de la revolución mexicana*, México 1957, pp. 148-52.

133. Vide infra.

134. APD, 004076-006080, Limantour a Porfirio Díaz, 17 de febrero de 1911.

135. APD, 004761, embajador De la Barra a Porfirio Díaz, 9 de marzo de 1911.

136. Ibid., Gerónimo Treviño a Porfirio Díaz.

137. Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy*, Columbia University Press, Nueva York, 1955, p. 160.

138. Sánchez Azcona a Vázquez Gómez, 25 de abril de 1911, en Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas, 1909-1913*, México, 1933, p. 128.

139. SDF, 812-00-1548.

140. Vázquez Gómez, op. cit., pp. 138-43.

141. Ibid., p. 137.

142. La mayoría de los historiadores tienden a coincidir con Villa, quien afirma en sus memorias que Orozco y él decidieron atacar Ciudad Juárez contra los deseos de Madero. Ross, op. cit., pp. 164-65; José Valadés, op. cit., vol. 1, pp. 304-05; Sánchez Lamago, op. cit., vol. 1, pp. 106-08.

143. Timothy Turner, *Bullets, Bottles and Gardenias*, The Southwest Press, 1935, p. 55.

144. Turner, op. cit., pp. 58-59.

145. AHDN, X1-481-5-66, caja 24, Chihuahua, 1911, testimonio de Madero, 22 de diciembre de 1911.

[146](#). Martín Luis Guzmán, op. cit., p. 50. Este pasaje es réplica exacta de MLG, hoja de servicios, pp. 36-37.

147. Ibid.

148. Para la descripción más detallada de este suceso ver Meyer, op. cit., pp. 38-42, y Stanley Ross, op. cit., pp. 167-69. La historiografía más reciente no se ha desviado sustancialmente de estas interpretaciones.

[149](#). Martín Luis Guzmán, op. cit., pp. 50-51. Esto está tomado literalmente de MLG, hoja de servicios, p. 38.

150. Meyer, op. cit., p. 36.

151. Para un análisis de los acuerdos de Ciudad Juárez, ver Knight, *The Mexican...*, cit., vol. 1, pp. 227-46.

152. La reconstrucción de estos hechos se basa en la correspondencia, hasta ahora desconocida e inédita, entre el secretario de Hacienda, Limantour, el gobernador porfiriano de Veracruz, Teodoro Dehesa, y un periodista que fue uno de los fundadores del Partido Democrático de Reyes, Francisco P. de Senties. Se encuentra en los papeles de Heriberto Jara, en el archivo de la UNAM, caja 8, exp. 248, (quiero agradecer al señor Anthony Goldner por localizar estos documentos y copiarlos para mí). La descripción de la reunión en la casa de Díaz se encuentra en una carta de Francisco P. de Senties, fechada el 24 de marzo de 1912, a Teodoro Dehesa, que se basa en una larga conversación entre De Senties y Victoriano Huerta (papeles de Heriberto Jara, ns. 4801 a 4811). Las advertencias de Limantour sobre una posible intervención estadounidense se encuentran en los papeles de Heriberto Jara (ns. 4779 a 4782, Dehesa a Limantour, 14 de noviembre de 1911).

153. Ross, op. cit., p. 171.

154. Rubén Osorio, “Villismo: Nationalism and Popular Mobilization in Northern Mexico”, en Nugent, *Rural Revolt in Mexico*, pp. 152-53.

155. Guzmán, op. cit., p. 52. Tomado de MLG, hoja de servicios, p. 40.

156. Alfonso Taracena, *La verdadera revolución mexicana (1918-1921)*, Porrúa, México, 1992, p. 117.

157. Vide infra.

158. G. Garibaldi, *op. cit.*, pp. 293-94.

159. *New York Times*, 18 de mayo de 1911.

160. *New York Times*, 19 de mayo de 1911.

161. PRO FO, 371-1396-11269-3738, prefecto de Etlá al gobierno del estado, 31 de enero de 1911; incluido con el mensaje de Stronge del 20 de febrero de 1912.

162. AMR, Gómez Palacio a Barbarita, 27 de junio de 1911.

163. María Eugenia Ponce Alcocer, *Las haciendas de Mazaquiahuc, El Rosario, El Moral, 1912-13*, México, 1981, p. 205.

164. Carta de estadounidenses residentes en México al presidente Woodrow Wilson, sin fecha, archivo de la Legación Alemana en México, archivo del Servicio Exterior, Bonn.

165. Expresando la opinión de muchos hacendados y administradores españoles, el embajador español en México informó a su Ministerio que Madero “inició el llamado ‘zapatismo’ que es el levantamiento de los plebeyos agrarios indios con sus continuos asesinatos, saqueos, violaciones, incendios y barbarie, y ese movimiento fue en cierta forma tal vez alentado por el gobierno central (de lo cual fue acusado) como reserva política. [...] Los terratenientes, comerciantes, industriales, agricultores y mineros, incluidos los extranjeros, finalmente pensaban que era incapaz de restaurar la paz y habían perdido toda confianza en él”. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, Cologan al ministro de Asuntos Exteriores, 2 de marzo de 1913.

166. Sobre la actuación de Ángeles en Morelos, vide infra.

167. PRO FO, 371-1148-00479-30407, Cummins al Foreign Office, incluido en el despacho de Hohler del 17 de julio de 1911.

168. Raymond Th. J. Buve, “¡Ni Carranza ni Zapata!: Ascenso y caída de un movimiento campesino que intentó enfrentarse a ambos, Tlaxcala, 1910-1919”, en F. Katz (comp.), *Revuelta, rebelión y revolución*, cit., vol. 2, pp. 24-53.

[169](#). Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1977, pp. 251-54.

170. Después de que los rebeldes del pueblo de Peñón Blanco ocuparon tierras pertenecientes a la hacienda de Santa Catalina, el administrador de ésta, Gómez Palacio, le escribió a su patrón: “Estoy procurando ganarme la confianza del jefe (Contreras) y obtener su ayuda mediante la remuneración financiera”. Contreras era el jefe de la guarnición de maderistas que había sustituido al ejército federal cerca de la hacienda de Santa Catalina como resultado del tratado de Ciudad Juárez (AMR, Gómez Palacio a Barbarita, 21 de julio de 1911). Sólo unos pocos meses después, cuando los campesinos de Peñón Blanco participaron en un ataque a la hacienda y quemaron algunos de sus edificios, aceptó Gómez Palacio que su intento de sobornar a Contreras no había dado resultado. Los rebeldes querían “destruir todas las pruebas de las deudas de los aparceros y arrendatarios, y todas las pruebas de los adelantos que habían recibido así como todas las viejas deudas de los sirvientes. Soto [el administrador de la hacienda que fue atacado] también me dijo que los arrendatarios habían estado diciendo en voz alta que no entregarían a la hacienda la parte de la cosecha de maíz y frijol que debían, ya que Contreras les había dicho que todo les pertenecía a ellos, y creen que habiendo destruido los contratos no podremos probar que utilizan la tierra sólo como arrendatarios y dirán que son propietarios de la tierra por órdenes de Contreras y en acatamiento al Plan de San Luis”. Ibid., Gómez Palacio a Barbarita, 12 de noviembre de 1911.

1. [El Paso Morning Times](#), 19 y 20 de febrero de 1914.

2. William H. Beezley, *Insurgent Governor Abraham González and the Mexican Revolution in Chihuahua*, Lincoln, 1973, pp. 109-10.

3. Ibid. pp. 99-105. Ver también Francisco Almada, *Vida, proceso y muerte de Abraham González*, México, 1967.

4. Microfilm, cartas de Abraham González, archivo personal del doctor Rubén Osorio, Abraham González a Juan Terrazas, 29 de agosto de 1911.

5. SDF, 81200-3424, Letcher al secretario de Estado, 20 de marzo de 1912.

6. AGN, Madero, 9546-47, González a Madero, 5 de noviembre de 1912.

7. AGN, Madero, 9523, González a Madero, 2 de agosto de 1912.

8. Para un análisis y descripción de la relación del senador Fall con México ver C. W. Trow, *Senator Albert B. Fall and Mexican Affairs, 1912-1921*, tesis de doctorado, Universidad de Colorado, 1966. Las relaciones con la revuelta de Orozco están descritas en la p. 39, y las relaciones de negocios que tenía Fall con Terrazas, en las pp. 92-95. Ver también Berta Ulloa, *La revolución intervenida*, México, 1971, p. 46.

9. SDF, 81200-3424, Letcher al secretario de Estado, 20 de marzo de 1912.

10. APD, 009661, Creel a Díaz, 15 de septiembre de 1911.

11. Memorándum del Buró de Investigaciones (BI), 20 de octubre de 1911. Sólo dos meses después, Creel sonaba mucho menos optimista. *El Correo de Chihuahua* informó el 18 de noviembre de 1911 que Creel había declarado que con dos científicos en el nuevo gabinete de Madero la evolución de México sería mucho más positiva. Además, el diario decía que Creel y Ernesto Madero, tío del presidente y secretario de Finanzas, se habían asociado en una serie de inversiones conjuntas.

12. Cuando un golpe en Veracruz puso en peligro su presidencia, poco después de que asumió el poder, Díaz instruyó a su gobernador en Veracruz que matara a varios de los hombres sospechosos de haber planeado el golpe, de inmediato y sin juicio previo: “Mátalos en caliente”, le ordenó al gobernador.

* En español en el original. [T.]

13. Biblioteca del Congreso, manuscritos, Charles D. Rhodes, Diary of a Special Mission to Mexico, México, 1911.

14. FBI, rollo 1085, n. 851, memorándum del 26 de febrero de 1912.

15. AGN, 9546-9547, González a Madero, 5 de noviembre de 1912.

16. Francisco Almada, *Historia de la revolución...*, cit., vol. 1, pp. 91-92.

17. Ibid.

18. Beezley, op. cit., pp. 92-93.

19. Ibid., pp. 99-103.

20. Nugent, *Cartridges...*, cit., pp. 80-81; Koreck, comunicación oral.

21. *El Correo de Chihuahua*, 10 de octubre de 1911.

[22.](#) Ibid., 20 de noviembre de 1911.

23. RAT, n. 6114, 1:29 (06), leg. 2, exp. 122, petición de Cástulo Herrera y otros, 9 de diciembre de 1911.

24. *El Correo de Chihuahua*, 19 y 20 de febrero de 1912.

25. Ibid., 28 de octubre de 1911.

26. Ibid., 1 de septiembre de 1911.

27. Ibid., 16 de agosto de 1911.

28. Ibid., 5 y 6 de febrero de 1912.

29. *El Paso Morning Times*, 19 y 20 de febrero de 1914.

30. *El Correo de Chihuahua*, 19 y 20 de febrero de 1912.

31. Almada, *Gobernadores...*, cit., p. 458.

32. RAT, exp. 5571, 1:29 (06), leg. 2, exp. 133, F. Lombardo a Abraham González, 24 de agosto de 1912.

33. Sobre el papel de Emilio Vázquez antes y durante el levantamiento de Orozco, ver Meyer, *Orozco...*, cit., pp. 46-52, 59-61.

34. Ibid., p. 52.

35. Ver diversas apreciaciones sobre la revuelta de Orozco: Meyer, op. cit., y Alan Knight, *Mexican Revolution...*, cit., vol. 1, pp. 289-333. Una de las contribuciones más originales a la historia del orozquismo es el estudio de Richard Estrada sobre los dirigentes populares que respaldaron a Orozco, en *Liderazgo popular en la revolución mexicana*, manuscrito inédito.

36. Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, vol. 1, cit. pp. 267-315.

37. *El Correo de Chihuahua*, 9 y 10 de marzo de 1912.

38. Ibid., 13 y 14 de marzo de 1912.

39. AGN, Madero, 9509, González a Madero, 16 de febrero de 1912.

40. Meyer, op. cit., p. 75.

41. SDF, 81200-3424, Letcher al secretario de Estado, 20 de marzo de 1912.

42. *El Paso Morning Times*, 19 y 20 de febrero de 1914.

43. FBI, rollo 1085, n. 851.

44. AGN, Madero, González a Madero, 5 de noviembre de 1912.

45. FBI, rollo 1085, n. 851.

46. Archivo de la UNAM, papeles de Rafael Chousal, García Cuéllar a Chousal, 13 de enero de 1911.

47. SDF, 81200-3424, Letcher al secretario de Estado, 20 de marzo de 1912.

48. FBI, rollo 1085, n. 851.

49. Alan Knight, *op. cit.*, vol. 1, p. 298.

50. AGN, Madero, 9548-9549, González a Madero, 10 de noviembre de 1912.

51. AGN, ramo Gobernación, caja 88, exp. 32, Andrés Ortiz a Aguirre Berlanga, 24 de febrero de 1919. ¿Se basaba el informe de Ortiz a Carranza en información confiable, o bien al afirmar que Terrazas había contribuido con una suma tan grande al levantamiento de Orozco, Ortiz esperaba impedir que el presidente mexicano devolviera sus propiedades a las familias más ricas de Chihuahua? Los datos sobre la participación financiera de Terrazas y Creel en el levantamiento de Orozco son contradictorios. Michael Meyer (op. cit., p. 75) considera que la única contribución conocida de la familia fue la suma de 45 000 pesos voluntariamente donada por el hijo de Juan Creel. Alan Knight comparte esa opinión, aunque aumenta la suma a 80 000 pesos (Knight, op. cit., vol. 1, p. 298). Estos datos se contraponen a lo dicho por el propio Terrazas en una audiencia organizada por un comité del senado estadounidense para investigar la participación de Estados Unidos en las revoluciones que tuvieron lugar en México, donde afirmó que había contribuido con 110 mil pesos al movimiento de Orozco, pero insistió en que se había tratado de una contribución forzosa: 50 mil como rescate por su hijo y 60 mil que uno de sus administradores tuvo que pagar a los rebeldes (C. W. Trow, op. cit., pp. 54-59). En la misma audiencia, el gobernador oroquista de Chihuahua, don Félix Gutiérrez, hombre cercano a la oligarquía, atestiguó que, cuando Orozco ocupó Chihuahua y la Cámara de Comercio asignó una contribución a las arcas de guerra de Orozco para cada empresa de Chihuahua, Terrazas pagó su parte; no mencionó que Terrazas hubiera puesto ninguna objeción. Aunque hay algunas pruebas de que Creel no estuvo de acuerdo durante un tiempo con el apoyo de su hijo al movimiento de Orozco, y de que Terrazas, en una carta a Creel, protestaba su inocencia, los observadores contemporáneos, y no sólo los partidarios de Madero, estaban convencidos de que el clan estaba tras el levantamiento de Orozco. Entre ellos se encuentran personas como E. H. Houghton, administrador de una de las haciendas de propiedad estadounidense más grandes de Chihuahua, la Compañía Corralitos, quien sostuvo en las audiencias del mismo comité del senado que fueron Terrazas y Creel quienes apoyaron, fomentaron y financiaron el levantamiento (C. W. Trow, op. cit., pp. 54-59). El ideólogo conservador mexicano Francisco Bulnes, uno de los defensores del régimen de Díaz, hizo acusaciones similares (Fuentes Mares, *Y México...*, cit., p. 250). El revolucionario agrarista Máximo Castillo, inicialmente aliado de Orozco, también sostuvo opiniones semejantes (ver más adelante). Todos ellos coinciden con los informes de un agente del Buró de Investigación (FBI, rollo 1085, n. 851) y del cónsul estadounidense en Chihuahua, Letcher (SDF, 81200-3424, Letcher al secretario de Estado, 20 de marzo de 1912), el cual consideraba que uno de los principales instigadores y patrocinadores de la rebelión de Orozco era Federico Sisniega, el yerno de Terrazas, cónsul de España en Chihuahua (SDF, 812.00/11043, informe de Marion Letcher, cónsul estadounidense, al secretario de Estado, 21 de febrero de 1914).

52. AGN, Madero, Madero a González, 8 de diciembre de 1912.

53. Ver Meyer, op. cit., p. 57.

54. AGN, Madero, 9515, González a Madero, 12 de julio de 1912.

55. [AJV](#), memorias inéditas de Castillo.

[1.](#) Luz Corral de Villa, *Pancho Villa en la intimidad*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1976, pp. 18-19.

2. Celia Herrera, *Francisco Villa ante...*, cit., pp. 49-53.

3. Corral, op. cit., pp. 18-19.

4. Ibid., p. 23.

5. Carta de Guadalupe Villa al autor.

6. AGN, archivo de Madero, 9510-9512, González a Madero, 12 de julio de 1912.

7. Ibid., 35605, Villa a Madero, 12 de agosto de 1912.

8. Ibid., ramo Revolución, carpeta 2, folder 10, Villa a Madero, 6 de noviembre de 1911.

9. Sobre la conferencia con González, ver Alberto Calzadiaz Barrera, *Hechos reales de la revolución*, vol. 1, México, 1967, pp. 82-83.

10. AGN, ramo Gobernación, leg., exp. 1, 1911-1912, relaciones con el estado de Chihuahua, Terrazas al secretario de Gobernación, 11 de agosto de 1911.

11. MLG, hoja de servicios, p. 41.

12. AGN, papeles de Manuel González Ramírez, vol. 60, secretario de Hacienda a Abraham González, 7 de agosto de 1911.

13. Ibid., papeles de Madero, 35605, 12 de agosto de 1912.

14. *El Correo de Chihuahua*, 19 de agosto de 1911.

15. AGN, papeles de Manuel González Ramírez, vol. 66, archivo de la Suprema Corte del Estado, correspondencia privada del exgobernador Abraham González, carta del 27 de septiembre de 1911.

16. Ibid., papeles de Madero, González a Madero, 10 de octubre de 1911.

17. Ibid., papeles de Manuel González Ramírez, archivo de la Suprema Corte de Chihuahua, correspondencia privada del exgobernador Abraham González, Soto a González, 13 de agosto de 1911.

18. Ibid., papeles de Madero, González a Madero, 10 de octubre de 1911.

19. Ibid., papeles de Madero, 9515-9518, González a Madero, 12 de julio de 1912.

20. Aunque no he encontrado la carta de Villa a Madero, el secretario de éste, Sánchez Azcona, la cita ampliamente en su respuesta a Villa del 14 de febrero, AGN, Libro Copiador de Sánchez Azcona, vol. 4, caja 53, Sánchez Azcona a Villa, 14 de febrero de 1912.

21. Ibid.

[22.](#) Ibid., Sánchez Azcona a Abraham González, 14 de febrero de 1912.

23. “Carta abierta al pueblo de Chihuahua”, *El Correo de Chihuahua*, 15-16 de febrero de 1912.

24. Ibid.

25. BI, rollo 1085, n. 851, informe de L. E. Rocks correspondiente al 4 de agosto de 1911, escrito el 5 de agosto de 1911.

26. Papeles de Federico González Garza, 2809, Villa a Madero, 20 de enero de 1913, recibida por Madero el 25 de enero de 1913.

[27.](#) Ver Celia Herrera, op. cit., pp. 48-50; Marcelo Caraveo, *Crónica de la revolución (1910-1929)*, Trillas, México, 1992, pp. 28-29.

28. Archivo de F. González Garza, correspondencia González-González Garza, 00008, Abraham González a Federico González Garza, 7 de febrero de 1912; y AGN, correspondencia de Madero, 9509, González a Madero, 19 de febrero de 1912.

29. Ibid., papeles de Madero, González a Madero, 16 de febrero de 1912.

30. Villa a Hernández, “Carta abierta”, *El Correo de Chihuahua*, 2-3 de marzo.

31. *El Correo de Chihuahua*, 28-29 de febrero de 1912.

32. Michael Meyer, *Mexican Rebel...*, cit., pp. 70-71.

33. El embajador de Austria en México informaba de una fuerte camarilla de cabilderos oroquistas en Estados Unidos, que incluía a William Randolph Hearst, así como innombrados intereses mineros y ferrocarrileros. HHSTA, Pa Berichte Mexico 1912, embajador en México a Berchtold, 22 de octubre de 1912.

34. Archivo de la legación alemana en México, Bonn, Carlos Flohr al embajador alemán en México, 30 de abril de 1912.

35. Esas quejas están contenidas en las transcripciones del interrogatorio de Villa por el juez de instrucción tras su encarcelamiento en junio de 1912, AHDN, cancelados, XI/481.5/ 343, exp. Francisco Villa, 29 de junio de 1912.

36. Papeles de la legación alemana en México, Oficina del Archivo Alemán de Relaciones Exteriores, Bonn, papeles del consulado en Chihuahua, informe de Carlos Roth al cónsul alemán en la ciudad de México.

37. Ibid.

38. AGN, papeles de Madero 9512, González a Madero, 12 de julio de 1912.

39. Ibid., papeles de Madero, 35626, Madero a Villa, 10 de abril de 1912.

40. David G. LaFrance, *The Mexican Revolution in Puebla, 1908-1923*, Scholarly Resources, Wilmington, Delaware, 1989, pp. 115-18.

41. Ver Terrazas a Creel, 7 de agosto de 1912, citado en Fuentes Mares, *Y México...*, cit., p. 250. Terrazas dice que Huerta apoya su intención de deponer a González. Ver también Michael Meyer, *Huerta: A Political Portrait*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1972, pp. 42-43.

[42.](#) Relato de Felipe Ángeles, citado en Federico Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*, México, 1960, pp. 36-37.

43. SDF, 312-115-T541-16. Carothers al Departamento de Estado, 5 de mayo de 1912.

44. Ibid., 312-115-T541-21, James Brown Potter al Departamento de Estado, 23 de mayo de 1912.

45. Cervantes, op. cit., p. 39.

46. AHDN, cancelados, XI-481-5-343, exp. Francisco Villa.

47. Santiago Portilla, *Una sociedad en armas: La insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, El Colegio de México, México, 1995, p. 424.

48. Cervantes, op. cit., p. 41. En una carta que escribió en 1917, desde el exilio, expresaba a Ángeles convicción de que la verdadera causa del arresto de Villa fue que “Huerta sabía que, en Villa, Madero tenía un apoyo valioso, y la [causa] aparente, una intriga vulgar, que no honra a Huerta y que me resisto a escribir”, Ángeles a Manuel Márquez Sterling, 5 de octubre de 1917, publicada en *Proceso*, n. 907, 21 de marzo de 1994, p. 70.

49. Condumex, papeles de Rubio Navarrete, relato de Rubio Navarrete, s.f.

50. AHDN, XI/481.5/343, interrogatorio de Villa por el juez militar, 12 de junio de 1912.

51. Papeles de Rubio Navarrete, carta de Rubio Navarrete, s.f.

52. Rubio Navarrete dio en tres momentos diferentes su versión de estos hechos: primero en una conversación personal que tuvo con Federico Cervantes, lugarteniente de Ángeles y biógrafo de Villa (Cervantes, op. cit., pp. 40-42); además encontré dos memoranda en sus papeles, el primero sin fecha, el segundo una carta que envió a *El Universal* el 11 de abril de 1930.

53. No está claro si Francisco Madero le salvó la vida a Villa. Los relatos tradicionales hablan de que Emilio Madero telegrafió a su hermano que Villa estaba a punto de ser fusilado y regresó, literalmente en el último momento, con un telegrama del presidente que le ordenaba a Huerta que no lo matara. No he encontrado pruebas de esos hechos. En el telegrama que envió a Madero para anunciarle la detención de Villa, la suspensión de la ejecución en el último minuto y el traslado a la ciudad de México, Huerta no mencionó ninguna orden que Madero pudiera haberle dado para salvar a Villa. En sus memorias, Villa no menciona que Madero le salvara la vida; tampoco lo hace Rubio Navarrete, pero éste sí dice que poco después de que fue interrumpida la ejecución, “la intervención de diferentes personalidades militares y civiles impidió la ejecución de Villa” (papeles de Rubio Navarrete, Rubio Navarrete a Miguel Lanz Duret, 11 de abril de 1930). Madero fue probablemente una de las personalidades a que se refiere Rubio Navarrete, aunque nunca lo menciona por su nombre.

54. AHDN, XI/481.5/343, Huerta a Madero.

55. Ibid.

56. MLG, Bauche Alcalde, pp. 176-77. El informe sobre el intento de Huerta de aplicarle la ley fuga a Villa se basa en una carta, con firma ilegible y sin fecha, enviada al empresario petrolero estadounidense William Buckley, en la que el autor hace las afirmaciones que se encuentran en el texto. Obviamente, dicha carta no es una fuente totalmente confiable, pero es creíble, pues corresponde a la mentalidad de Huerta. (Universidad de Texas en Austin, Colección Buckley, carta s.f. a Buckley, con firma ilegible.)

57. Henry Lane Wilson, *Diplomatic Episodes in Mexico, Belgium and Chile*, Garden City, Nueva York, 1927, pp. 293-94.

58. SDF, 81200-4169, Montgomery Schuyer al secretario de Estado, 5 de junio de 1912.

59. Ibid., 312-115-T541-22, Henry Lane Wilson al Departamento de Estado, 3 de junio de 1912.

60. Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa: Memorias de un revolucionario*, México, 1966, p. 44.

61. AHDN, XI/481.5/343, transcripción del proceso de Villa.

62. Vide supra. Poco después de que Villa fue encarcelado, Madero le envió dos diputados de su partido y un estenógrafo, para que lo entrevistaran. Villa no sólo les aseguró que era inocente, sino que les advirtió que Huerta era un borracho, que no quería en realidad combatir a Orozco y que los oficiales subordinados a él le estaban vendiendo municiones a los orozquistas. La advertencia fue transmitida a Madero por el estenógrafo, pero el presidente al parecer no la tomó en serio (Aurora Ursúa de Escobar, “Mis recuerdos del general Francisco Villa”, en *Novedades*, 12 de julio de 1964).

63. AHDN, XI/481.5/343, declaración de Villa ante el juez.

64. Ibid., declaraciones de Encarnación Márquez y Blas Flores, 15 de junio de 1912.

65. Ibid., cancelados, XI/481.5/343, transcripción del interrogatorio a Villa por los fiscales militares, 25 de junio de 1912.

66. Ibid.

67. Ibid., XI/481.5/343, 15 de junio de 1912.

68. Ibid.

* Para la ortografía original de las cartas de Villa, incluidas en este capítulo, ver transcripción en el [Anexo](#).

69. AGN, papeles de Madero, 35599, Villa a Madero, 11 de julio de 1912.

70. Vide supra.

71. AGN, correspondencia de Madero, 35609-35611, Villa a Madero, 6 y 21 de diciembre de 1912.

[72.](#) Ibid., 9515-9519, González a Madero, 12 de julio de 1912.

73. AHDN, XI/481.5/343, González a Villa, 17 de julio de 1912.

74. Archivo privado de Guadalupe Villa, Pancho Villa a Abraham González, 17 de julio de 1912.

75. AHDN, XI/481.5/343, González a Aguirre Benavides, 12 de agosto de 1912.

76. AGN, papeles de Madero, 35599, Villa a Madero, 11 de julio de 1912.

77. Ibid., correspondencia de Madero, 35601, Villa a Madero, 12 de julio de 1912.

78. Ibid., papeles de Madero, 35600, Villa a Madero, 24 de julio de 1912.

79. Ibid., correspondencia de Madero, 35602, Villa a Madero, 30 de julio de 1912.

80. Ibid., papeles de Madero, 35603, Sánchez Azcona a Villa, 2 de agosto de 1912.

81. Ibid., 35604, Villa a Madero, 10 de agosto de 1912.

82. Ibid., 35605, 12 de agosto de 1912.

83. Ibid., 35607-35608, 7 de septiembre de 1912.

84. Ibid., Sánchez Azcona a Villa, 12 de septiembre de 1912.

85. Ibid., papeles de Madero, 35609-35611, Villa a Madero, 6 y 21 de diciembre de 1912.

86. AHDN, XI/481.5/343, transcripción del proceso de Villa.

[87.](#) Isidro Fabela (comp.), *Documentos históricos de la revolución mexicana* (en adelante DHRM), vol. VII, pp. 494-95.

88. Ver Alden Buell Case, *Thirty Years With the Mexicans In Peace and Revolution*, Fleming H. Revell Company, Nueva York, 1917, pp. 173-75.

89. DHRM, vol. VII, pp. 101-03, Rafael Hernández a Francisco Madero, 24 de agosto de 1912.

90. AGN, papeles de Madero, 9533-9534, González a Madero, 5 de octubre de 1912; 9531, González a Madero, 3 de octubre de 1912.

91. Beezley, *Insurgent Governor*, cit., pp. 150-51.

92. Ibid., pp. 143-44.

93. Isidro Fabela, *Mis memorias de la revolución*, Jus, México, 1977, pp. 45-47.

94. Ibid.

95. DHRM, vol. III, p. 448, secretario de Madero a Walter Whiffen de Associated Press, 12 de junio de 1912.

96. Michael Meyer, *Huerta...*, cit., p. 42.

97. Ibid., p. 43.

98. Vide infra.

99. AGN, correspondencia de Madero, Villa a Madero, 4 de octubre de 1912.

100. MLG, Bauche Alcalde, p. 187.

101. LaFrance, op. cit., pp. 114-15; Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México, 1985, vol. 2, pp. 211-36.

[102.](#) Magaña, op. cit., p. 225.

103. Cuando Huerta tomó el poder, Castellanos ingresó en su policía secreta y fue informante para su régimen. Denunció a varios ferrocarrileros que simpatizaban con la revolución y a los que las autoridades huertistas ejecutaron. Cuando triunfó la revolución, Castellanos puede haber intentado negociar con el hecho de que había defendido a Villa en 1912. Se proclamaba revolucionario, aunque su única acción “militar” consistió al parecer en atacar una abarrotería española. Sus actividades salieron a la luz pública cuando en 1914 pidió a la Convención revolucionaria que lo reconociera como general revolucionario de bona fide. En ese momento los dirigentes revolucionarios de Durango protestaron enérgicamente, lo llamaron agente de Huerta, y por su recomendación la Convención no sólo no lo reconoció como revolucionario sino que ordenó su detención (ver DHRM, vol. XXII, vol. 1 de la serie “La Convención”, pp. 166-69). Al parecer escapó, porque su nombre reaparece en 1918, cuando vivía en el exilio en Estados Unidos, donde de nuevo intentó capitalizar haber sido defensor de Villa y trató de presentarle un estafador a su antiguo cliente (vide infra).

104. AGN, papeles de Madero, 35613, Villa a Sánchez Azcona, 22 de octubre de 1912.

105. Ibid., correspondencia Villa-Madero, Bonales Sandoval a Sánchez Azcona, 6 de noviembre de 1912.

106. Ibid., Villa a Madero, 7 de octubre de 1912.

107. Ibid., papeles de Madero, 35614, Villa a Madero, 24 de octubre de 1912.

108. Ibid., Villa a Madero, 4 de noviembre de 1912.

109. Ibid., 35615, Sánchez Azcona a Villa, 5 de noviembre de 1912.

110. Ibid., 35617, Sánchez Azcona a Villa, 7 de noviembre de 1912.

[111](#). Luis Aguirre Benavides, op. cit., p. 44.

112. DHRM, vol. VIII, pp. 197-98, Emilio Madero a Juan Sánchez Azcona, 9 de noviembre de 1912.

113. Ibid., vol. IV, p. 235, Madero a González, 8 de diciembre de 1912.

114. Ibid., vol. VI, pp. 151-52, González a Madero, septiembre de 1911.

115. *El Correo de Chihuahua*, 11 de diciembre de 1912.

116. AGN, papeles de Madero, 35622-35624, correspondencia Villa- Madero, Villa a Madero, 24 de diciembre de 1912.

117. MLG, Bauche Alcalde, pp. 199-200.

118. *El Paso Herald*, enero de 1913.

119. *El Correo de Chihuahua*, 10 de enero de 1913.

120. AGN, papeles de Madero, 9563, Madero a González, 18 de junio de 1913.

[121.](#) Ibid., González Madero, 6 de febrero de 1913.

[122.](#) John Womack Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1969, p. 158.

123. Papeles de Federico González Garza, 2809, Villa a Madero, 20 de enero de 1913, recibida por Madero el 25 de enero de 1913. La primera en revelarme, hace años, que esa carta existía fue la historiadora María Teresa Franco. Me dijo que la había visto en los papeles de Madero. Tras de que revisé éstos sin encontrarla, fue finalmente localizada en los papeles de Federico González Garza, que acaban de ser abiertos a los investigadores, por el profesor Javier Garciadiego. Esta carta es una copia del original de Villa. Carece de las faltas de ortografía que existen en las demás cartas de Villa a Madero. Esto puede deberse a que González Garza transcribió la carta en un español correcto, o a que Villa se la dictó a un amigo o a un escribano en El Paso. Villa no cita esta carta en sus memorias, por el contrario, incluye una carta a Abraham González que no he encontrado en los archivos y que omite cualquier amenaza contra Madero. “Don Abraham, estoy sano y salvo en El Paso, Texas. Aquí me tiene a sus órdenes. Soy el mismo Pancho Villa que ha conocido usted en otras épocas, sin pensar mal de los míos y muy sufrido en la desgracia. Déle usted cuenta de mis hechos al señor Presidente de la República y dígame cómo digo yo que si soy hombre nocivo en mi país, estoy propuesto a vivir en los Estados Unidos de América, para que el gobierno que representa él no sufra por mi causa; y que si me necesita él alguna vez, estoy dispuesto a servirlo como siempre” (Guzmán, *Memorias...*, cit., p. 110).

[124](#). AGN, papeles de Madero, 9568-9569, correspondencia de Madero, Villa a González, 6 de enero de 1913.

125. Ibid., papeles de Madero, 9566-9567, Aureliano González a Abraham González, 9 de enero de 1913.

126. Ibid., papeles de Madero, González a Madero, 9 de enero de 1913.

[127](#). DHRM, vol. IV, pp. 262-63, Bonales Sandoval a Madero, 28 de diciembre de 1912.

128. AGN, papeles de Madero, Aureliano González a Abraham González, 16 de enero de 1916.

129. Ibid., Madero a González, 18 de enero de 1913.

130. DHRM, vol. IV, p. 371, Sánchez Azcona a Patoni, 23 de enero de 1913.

1. Mearle E. Simmons, *The Mexican Corrido as the Source for Interpretive Study of Modern Mexico (1870-1950)*, Bloomington, 1957, p. 256.

2. Para una descripción y un análisis del golpe militar, ver Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, Era, México, 1982, pp. 116-39.

3. Beezley, *Insurgent Governor...*, cit., p. 155.

4. Archivos de Guerrero, González al presidente municipal de Ciudad Guerrero, 11 de febrero de 1913.

5. Ibid., 15 de febrero de 1913.

6. Ibid., 18 de febrero de 1913.

7. Diario de Hintze, 18 de febrero de 1913.

8. Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution, Genesis Under Madero*, University of Texas Press, Austin, 1952, p. 225.

9. Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata...*, cit., vol. 2, pp. 363-64.

10. Isidro Fabela, *Mis memorias de la revolución*, Jus, México, 1977, pp. 144-45.

11. La única vez que al parecer se enfrentó a Díaz fue en 1893, cuando se levantó en armas con otros coahuilenses contra un gobernador extremadamente impopular, Garza Galán. Sin embargo, contaba con el apoyo de Reyes y por tanto Díaz cedió. Ver Douglas W. Richmond, *Venustiano Carranza's Nationalist Struggle, 1893-1920*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1983, pp. 2-15.

12. Ibid., p. 36.

13. Isidro Fabela, *La política interior y exterior de Carranza*, México, 1979, pp. 45-49.

14. Alan Knight, *The Mexican Revolution...*, cit., vol. 1, pp. 478-80.

15. Gilderhus, *Diplomacy and Revolution: U. S.-Mexican Relations Under Wilson and Carranza*, Tucson, 1986, p. 3.

16. Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana*, México, 1977, p. 279.

17. Alfredo Breceda, *México revolucionario, 1913-1917*, vol. 1, Madrid, 1920, p. 73.

18. *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado*, transcripción y comentarios del licenciado Roberto Guzmán Esparza, México, 1957, p. 55.

19. Ver interpretaciones muy contradictorias en Richmond, op. cit., pp. 44-45, y Knight, op. cit., vol. 2, pp. 14-16.

20. A. A. Bonn, México 1, vol. 34, Hintze a Bethmann-Hollweg, 25 de febrero de 1913.

21. Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana*, México, 1960, vol. 2, p. 24.

22. Nugent, *Cartridges...*, cit., pp. 77-81.

23. Villa a González, 7 de noviembre de 1912, copia en el archivo privado de Rubén Osorio.

24. Jessica Peterson y Thelma Cox Knoles (comps.), *Pancho Villa, Intimate Recollections by People Who Knew Him*, Hastings House, Nueva York, 1977, p. 186.

25. Ibid., p. 187.

26. *Memorias de don Adolfo de la Huerta...*, cit., pp. 56-57.

27. Guy Weddington McCreary, *From Glory to Oblivion*, Vintage, Nueva York, 1974, p. 87.

28. Puente, *Villa en pie...*, cit., p. 70. La decisión de Villa de abandonar los Estados Unidos fue apresurada por rumores de que el gobierno mexicano había pedido su extradición. Los rumores eran ciertos. (MFMP, 9-9-49, De la Barra al cónsul de México en Douglas, Arizona, 5 de marzo de 1913.)

29. Sánchez Lamego, *Historia militar...*, cit., vol. 2, p. 134.

30. Ibid., vol. 2, pp. 195-221.

31. Valadés, *Historia...*, cit., p. 178.

32. Francisco Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, cit., vol. 2, pp. 26-27.

33. Ibid.

34. Puente, op. cit., p. 73.

35. Cervantes, op. cit., p. 50; Puente, op. cit., p. 72.

36. Martín Luis Guzmán, *Memorias...*, cit., p. 101.

37. Ontiveros, *Toribio Ortega...*, cit., p. 59.

38. Aldon Buell Case, *Thirty Years With the Mexicans*, cit., p. 176.

39. SDF, 8128847, informe semanal n. 22, 13 de septiembre de 1913.

40. Harold W. Taylor, *Memories of Militants and Mormon Colonists in Mexico*, Shumary Family History Services, Yorba Linda, California, 1992, pp. 301-03.

41. *El Paso Times*, 5 de febrero de 1914.

42. Vide infra.

43. Almada, op. cit., vol. 2, p. 40.

* Juego de palabras intraducible: “*We must all hang together, or assuredly we shall all hang separately*”.

[T.]

44. Meyer, *Orozco...*, cit., p. 104.

45. Almada, op. cit., vol. 2, pp. 36-37.

46. Puente, op. cit., p. 78.

47. Salvador Cruz, *Vida y obra de Pastor Rouaix*, México, 1980, p. 211.

48. Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, México, 1985, vol. 1, pp. 207-09.

49. Salvador R. Mercado, *Revelaciones históricas, 1913-1914*, Las Cruces, Nuevo México, 1914, p. 29.

50. Sánchez Lamego, op. cit., vol. 4, p. 105.

51. Luis Garfias M., *Breve historia militar de la revolución mexicana*, México, 1981, vol. 1, p. 159.

52. SDF, 812-00-9658, Carothers al Departamento de Estado, 15 de octubre de 1913.

53. Ibid.

54. Ibid., 812-00-9658, Hamm al Departamento de Estado, 15 de octubre de 1913.

55. Ibid.

56. Clarence Clendenen, *The United States and Pancho Villa: A Study in Unconventional Diplomacy*, Kennikat Press, Port Washington, Nueva York, 1972, p. 37.

57. Vide infra sobre las medidas que tomó Ángeles en Morelos.

58. A. A. Bonn, México 1, vol. 37, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de marzo de 1914.

59. PWW, Lind a Bryan, vol. 29, p. 15, 5 de diciembre de 1913.

60. AMR, Patrick O’Hea a F. G. B., 3 de junio de 1913.

61. Ontiveros, cit., p. 82.

62. Villa a Carranza, en Luis y Adrián Aguirre Benavides, *Las grandes batallas de la División del Norte*, Diana, México, 1979, p. 33.

63. Carranza a Villa, 17 de enero de 1914, en Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, cit., p. 116.

64. *The New York Times*, miércoles 10 de diciembre de 1913; *Periódico Oficial del Estado de Chihuahua*, 14 de enero de 1914.

65. M. L. Guzmán, *El águila y la serpiente*, Porrúa, México, 1987.

66. Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa*, cit., pp. 128-29.

67. Ibid., p. 129.

68. L. y A. Aguirre Benavides, *Las grandes batallas...*, cit., pp. 49-52.

69. *Sun*, 26 de noviembre de 1913.

70. Mercado, op. cit., p. 37.

71. Thord Gray obviamente confundía a los mestizos con indios, ya que sólo una pequeña parte de la población indígena de Chihuahua, los tarahumaras, participó en la revolución. En años posteriores, algunos indios yaquis se incorporarían a la División del Norte, pero esto ciertamente no había ocurrido en el momento de la toma de Ciudad Juárez por Villa.

[72.](#) Thord Gray, *Gringo Rebelde*, Era, México, 1985, pp. 49-50.

73. Ibid., p. 51.

74. Ibid., p. 51.

75. *Sun*, 28 de septiembre de 1913.

76. Thord Gray, *op. cit.*, p. 60.

77. Ibid., pp. 52-53.

78. Mercado, op. cit., pp. 47-48.

1. Mearle E. Simmons, *The Mexican Corrido as the Source for Interpretive Study of Modern Mexico (1870-1950)*, Bloomington, 1957.

2. Sobre las reformas de González, ver Beezley, *Insurgent...*, cit., pp. 89-94, y Almada, *Vida, proceso...*, cit., pp. 49-71. Sobre las medidas que tomó Madero para “mexicanizar a los empleados de los ferrocarriles”, ver Cumberland, *Mexican Revolution: Genesis*, cit., p. 250.

3. Vide infra.

4. Silvestre Terrazas, *El verdadero...*, cit., pp. 90-91.

5. PST, Silvestre Terrazas a Díaz, 4 de abril de 1911. Sobre la actitud de Terrazas ver también Robert Lynn Sandels, *Silvestre Terrazas, the Press, and the Origins of the Mexican Revolution in Chihuahua*, tesis de doctorado, Universidad de Oregon, 1967, pp. 213-21; Silvestre Terrazas, op. cit., p. 224.

6. Federico Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*, Alonso, México, 1960, pp. 79-81.

7. Ibid.

8. *El Paso Times*, 27 de diciembre de 1913.

9. Ibid., 17 de enero de 1914.

10. Silvestre Terrazas, op., cit., p. 97.

11. Ibid. La carta original se halla en PST.

12. Ibid., pp. 97-99.

13. Ibid., p. 91.

14. Ibid., p. 112.

15. Ibid., p. 115.

16. PST, correspondencia de Silvestre Terrazas a Villa, proclama del 9 de diciembre de 1913.

17. Clendenen, *The United States...*, cit., pp. 52, 78.

18. Silvestre Terrazas, op., cit., pp. 93-96.

19. Ibid.

20. John Reed, *Insurgent...*, cit., p. 123.

21. Archivos del Ministerio del Exterior, Madrid, embajador de España en México, Cologan al ministro de Relaciones Exteriores de España, 16 de marzo de 1913.

22. PST, “lista de enemigos”.

23. Silvestre Terrazas, op. cit., pp. 91-92.

24. AGN, Comisión Monetaria, carpeta 231-10, informe del director del Banco Minero, 4 de octubre de 1917.

25. Ibid., Comisión Monetaria, carpeta 231-10, memorándum de Luis Terrazas hijo, escrito el 9 de febrero de 1916, en Los Ángeles.

26. Luis Aguirre Benavides, *De Francisco Madero a Francisco Villa*, cit., p. 106.

27. Clendenen, op. cit., pp. 52, 78.

28. Ibid.

29. PST.

[30.](#) Condumex, archivo Carranza, representante comercial del gobierno constitucionalista a Carranza, 27 de julio de 1914.

31. C. W. Trow, *Senator...*, cit., pp. 96-97.

32. PST, carpeta correspondencia, Francisco Villa, Villa a Ávila, 27 de noviembre de 1914.

33. Silvestre Terrazas, op cit., p. 92.

34. AGN, ramo Gobernación, caja 88, exp. 32, Luis Terrazas al secretario de Gobernación, 10 de agosto de 1918.

35. Silvestre Terrazas, op. cit., p. 110.

36. Ibid., pp. 109-112.

37. PST, Villa a Carranza, 11 de enero de 1914.

38. John Reed, *op. cit.*, p. 119.

* En español en el original. [T.]

****** En español en el original. [T.]

39. Ibid., pp. 133-34.

1. MID, 8529-6, informe del agente especial Gray, 14 de junio de 1914.

2. Juvenal, *¿Quién es Francisco Villa?*, cit., pp. 2-23.

3. Papeles de De la Garza, telegrama de Lázaro de la Garza a Villa, 14 de agosto de 1914.

4. *El Paso Herald*, noviembre de 1915.

5. Según John Roberts, corresponsal de *El Paso Times*, “El general Villa esta tarde regaló a la señora Juanita Torres de Villa, su esposa, la empacadora de Juárez que fue propiedad de Roy S. Sherman y John S. Weaver. La señora Villa dijo hoy que operaría como hasta ahora pero que los beneficios serían para la causa constitucionalista” (*El Paso Times*, 13 de marzo de 1914).

6. Luz Corral, *Pancho Villa en la intimidad*, cit., p. 73.

7. Ibid., p. 82.

8. Loc. cit.

9. Ibid., p. 73.

10. Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa...*, cit., pp. 107-08.

11. Luz Corral, op. cit., pp. 82-84.

12. Luis Aguirre Benavides, op. cit., p. 133.

13. Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, cit., p. 88.

14. AGN, ramo Presidentes, Abelardo Rodríguez, Soledad Seáñez a Abelardo Rodríguez, 23 de mayo de 1933.

15. Ver introducción de Vasconcelos a Luz Corral, op. cit.

16. Jesse Peterson y Thelma Cox Knoles (comps.), *Pancho Villa: Intimate Recollections by People Who Knew Him*, Nueva York, 1977, pp. 247-50.

17. John Reed, *Insurgent Mexico*, cit., p. 158.

18. AMR, Gómez Palacio a Barbarita, 12 de noviembre de 1911.

19. RAT, 124 [07-E34], petición de los habitantes de Peñón Blanco al gobernador de Durango, 6 de agosto de 1912, Antonio Castellanos al gobernador de Durango.

20. Patrick O’Hea, *Reminiscences of the Mexican Revolution*, cit., pp. 50-51.

21. John Reed, op. cit., p. 200.

22. Un estadounidense que vivió mucho tiempo en Coahuila y fue entrevistado por la inteligencia militar de Estados Unidos en 1916 da una opinión franca y convincente sobre Contreras. El hombre, que había trabajado durante años en México, había perdido todos sus ahorros y todas sus propiedades como resultado de la revolución. Su enojo contra los dirigentes revolucionarios mexicanos era enorme, sin embargo hubo una figura entre ellos por la que expresó respeto: Calixto Contreras, que acababa de ser fusilado por los carrancistas. “El pueblo lo quería”, dijo. Ver MID, 8534-126, 18 de septiembre de 1916, informe de A. G. Reese.

23. Juvenal, op.cit., p. 34.

24. William K. Meyers, “La segunda División del Norte: formación y fragmentación del movimiento popular de La Laguna, 1910-1911”, en Friedrich Katz, *Revuelta, rebelión y revolución*, cit., vol. 2, pp. 113-48.

25. Francisco L. Urquiza, *Recuerdo que...*, México, 1985, p. 387.

26. Meyers, loc. cit.

27. Ramón Puente, *Villa en pie*, México, 1937, p. 77.

28. Almada, *Gobernadores de Chihuahua*, cit., p. 514.

29. Ibid.

30. Jesús Carranza Castro, *Origen, destino y legado de Carranza*, Costa-Amic, México, 1977, p. 194.

31. Ver Isaac Grimald, *Apuntes para la historia. Contiene la vida y muerte y funerales del general Maclovio Herrera y de sus principales compañeros de armas*, Chihuahua, 1916.

32. Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero...*, cit., p. 15.

33. Memorias inéditas de Marcelo Caraveo, pp. 38-39.

34. AHDN, cancelados, exp. José Isabel Robles, XY-III-3-144, Raúl Madero a Ramón Iturbe, 2 de junio de 1943.

35. John Reed, *op. cit.*, p. 37.

36. Ibid., p. 57.

* En español en el original. [T.]

37. Juvenal, op. cit., p. 44.

38. Vide infra.

39. John Reed, *op. cit.*, p. 194.

40. Urquiza, op. cit., pp. 200-02.

41. Vide infra.

[42.](#) Almada, op. cit., pp. 520-21.

43. Ver AHDN, cancelados, exp. Juan Medina.

44. Juvenal, op. cit., p. 8.

45. Testimonio de Mabel Silva, en Jesse Peterson y Thelma Cox Koles, op. cit., p. 193.

46. Ibid., p. 230.

47. O’Hea, op. cit., pp. 70-71.

48. George Marvin, *Villa*, *The World's Work*, 1914, p. 270.

49. Silvestre Terrazas, op. cit., p. 125.

50. Luz Corral, op. cit.

51. Píndaro Urióstegui Miranda, *Testimonios del proceso revolucionario de México*, Talleres de Argrin, México, 1970, pp. 83-87.

52. Francisco R. Almada, *Gobernadores...*, cit., pp. 522-23.

53. Ver Alberto Calzadiaz Barrera, *El general Martín López*, México, s.f., y entrevista con Jesús María López Aguirre en Rubén Osorio Zúñiga, *Pancho Villa, ese desconocido*, Gobierno del Estado de Chihuahua, Chihuahua, 1991, pp. 157-77.

54. Aparte de Villa, ningún dirigente de su movimiento ha despertado tanto interés como Felipe Ángeles. Algunas de las obras más relevantes, con opiniones y énfasis diferentes, son: Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la revolución (Biografía, 1869-1919)*, México, 1964, p. 412; Bernardino Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal*, Herrerías, México, 1936, p. 303, y Mena Brito, *El lugarteniente gris de Pancho Villa*, México, 1938, p. 455. Los dos autores representan puntos de vista opuestos. Cervantes era un subordinado de Ángeles que le fue fiel hasta su muerte; Mena Brito es su encarnizado enemigo. Dos libros mucho más objetivos que cualquiera de éstos son Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la revolución mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, con el extenso prólogo de Adolfo Gilly, “Felipe Ángeles camina hacia la muerte”; y Álvaro Matute (comp. y prólogo), *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, Domés, México, 1982.

55. AHDN, cancelados, hoja de servicios de Ángeles, diciembre de 1902.

56. Katz, *Deutschland*, p. 135.

57. Cervantes, op. cit., p. 28.

58. AHDN, XI/111.1/17, vol. 2, hoja de servicios de Felipe Ángeles, carta del jefe del Departamento de Justicia, 23 de abril de 1908.

59. Cervantes, op. cit., pp. 30-31.

60. AHDN, XI/111.1/17, vol. 1, hoja de servicios de Felipe Ángeles, memorándum, 24 de septiembre de 1910.

61. John Womack describe esta política relativamente blanda, pero dice que al final de su campaña “Ángeles también recurrió a las bombas y a quemar las aldeas sospechosas y ejecutar a los cautivos en masa” (*Zapata and the Mexican Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1969, pp. 152-58).

[62.](#) Rosa E. King, *Tempest over Mexico, A Personal Chronicle*, Little, Brown, and Co., Boston, 1940, p. 99.

63. Cervantes, op. cit., pp. 58-59,

64. King, op. cit., p. 118.

65. El ataque más fuerte contra Ángeles y la acusación más virulenta que jamás se le hizo la formuló Obregón en 1914, en un manifiesto al pueblo de México. Decía que Ángeles había suspendido el bombardeo de la Ciudadela, donde se había atrincherado la gente de Félix Díaz, porque el expresidente provisional De la Barra le había dicho que había planes para deponer a Madero y sustituirlo por él (Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal*, cit., p. 49). Lo único correcto en esa acusación es que De la Barra le sugirió indirectamente a Ángeles que podría ser el mejor candidato para remplazar a Madero. En una entrevista para el periódico villista *Vida Nueva*, el 16 de abril de 1914, Ángeles dijo que durante una conferencia con el embajador británico, quien protestó porque su artillería se hallaba cerca de la legación de ese país, habló en efecto con De la Barra, que estaba refugiado allí, y éste le dijo que Madero tendría que renunciar y ser sustituido por un general, lo cual sería la única solución para lograr la paz en México. Ángeles objetó que ningún general estaba capacitado para ser presidente y que el que tenía más poder, Huerta, no sólo era un borracho, sino que tenía muy mal carácter. De la Barra estuvo de acuerdo y dijo que el sucesor de Madero debería ser un amigo de éste elegido por él. La clara implicación, tal como Ángeles la entendió, fue que él mismo sería el mejor candidato. De la Barra no le hizo propuestas concretas, en vista de lo cual no siguió con el tema. Al parecer en algún momento Madero sí se planteó esa salida. El 17 de febrero de 1913, el embajador alemán fue a ver al secretario de Asuntos Exteriores de Madero, Lascuráin, y le propuso “la instalación del general Huerta como gobernador general de México con plenos poderes para acabar con la revolución según su juicio”. Lascuráin le dijo a Huerta que había transmitido la sugerencia a Madero quien “regresó tras tiempo considerable dio a entender la sugerencia esencia aceptada. Si se trataría de Huerta o de otra persona no aún decidido” (Katz, *La guerra secreta...*, cit., p. 104). Esa persona bien podía ser Ángeles.

Lo que resulta muy improbable es que éste suspendiera el bombardeo de la Ciudadela debido a la sugerencia de De la Barra. Él insistió en que le habían dado bombas defectuosas y, sobre todo, si realmente hubiera entrado en connivencia con Huerta como afirmó Obregón, aquél no lo habría arrestado al día siguiente de derrocar a Madero. El segundo supuesto, de que su esperanza de ser presidente lo llevó a no advertir a Madero, es igualmente ilógico. Por el contrario, si creía que éste renunciaría y lo nombraría en su lugar, habría tratado de ganarse su confianza denunciando a Huerta.

66. AGN, Ángeles a Madero, correspondencia Madero-Ángeles, 31 de octubre de 1912.

67. AHDN, XI-III-I-17 tomo 1, hoja de servicios de Ángeles.

68. Ver artículo sobre Genovevo de la O, en Federico Cervantes, op. cit., pp. 39-57.

69. Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, Chihuahua, 1958, p. 230.

70. Ibid.

71. Cervantes, op. cit., pp. 49-50.

72. AHDN, XI/111.1/12, cancelados, hoja de servicios de Ángeles.

73. SDF, 812-007011, H. L. Wilson al secretario de Estado, 4 de abril de 1913.

74. Cervantes, op. cit., pp. 63-67.

75. Papeles de Buckley, University of Texas at Austin, Urquidi a Juan Urquidi, 23 de septiembre de 1913.

76. Guilpain, op. cit., p. 73; Isidro Fabela, *Mis memorias de la revolución*, Jus, México, 1977, p. 160.

77. Vide infra.

78. Vide infra.

79. Juvenal, *op. cit.*, pp. 33-37.

80. Ver Daniel Cosío Villegas (comp.), *Historia moderna de México*, Hermes, México, 1956.

81. Javier Garciadiego Dantán, “The Universidad Nacional and the Mexican Revolution, 1910-1920”, tesis de doctorado, Universidad de Chicago, 1988.

82. Alan Knight, "Intellectuals in the Mexican Revolution", en Roderic A. Camp, Charles A. Hale y Josefina Vázquez (comps.), *Los intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México, México, 1981, p. 143.

83. La mejor documentación sobre su papel se encuentra en Womack, op. cit.

84. Juvenal, loc. cit.

85. *Diccionario histórico y biográfico de la revolución mexicana*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1991, vol. 6, pp. 281-82.

[86.](#) Ver biografía de Díaz Lombardo en Ramón Puente, *La dictadura, la revolución, y sus hombres*, México, 1938.

87. Federico González Garza escribió un libro que describe su papel en la revolución maderista y contiene algunos datos biográficos. Ver *La revolución mexicana: Mi contribución político-literaria*, México, 1936. No contiene información sobre sus actividades en Chihuahua durante el periodo villista. Se ocupa de su actitud hacia Carranza en una serie de artículos de periódico que publicó en 1930: “Don Venustiano, el único responsable”, *El Universal*, México, 9, 10 y 11 de junio, 5, 15, 19 y 22 de julio de 1930. La información más detallada sobre sus actividades en Chihuahua se encuentra en sus papeles, en el archivo Condumex, y en los de su hermano Roque.

88. Condumex, archivo Carranza, Federico González Garza a Carranza, 11 de agosto de 1913.

[89.](#) Papeles de Federico González Garza, Federico González Garza a Sánchez Azcona, 14 de octubre de 1914.

90. Sobre Azuela, ver Stanley L. Robe, *Azuela and the Mexican Underdogs*, Berkeley, 1979, y sobre Martín Luis Guzmán, Héctor Perea y Xavier Guzmán Uribiola, *Martín Luis Guzmán. Iconografía*, México, 1987. La actitud de estos dos hombres hacia Villa se desarrolló al parecer en direcciones opuestas. En la primera edición de su famosa novela *Los de abajo*, Azuela tiene partes favorables a Villa que fueron eliminadas en las posteriores ediciones del libro (Robe, op. cit., p. 19). Por otra parte, la primera novela autobiográfica de Guzmán, *El águila y la serpiente* (1930), es mucho más crítica de Villa que su obra posterior *Memorias de Pancho Villa* (1965).

91. Juvenal, op. cit., p. 21.

92. Ibid., p. 8.

93. Ibid., p. 9.

94. PSRE, subsecretario encargado del Despacho a Ramón Lara, cónsul general en México, 31 de diciembre de 1919. Ver también, carta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 23 de noviembre de 1919.

95. Luis Alberto Sánchez, *Aladino, o vida y obra de José Santos Chocano*, México, 1960, pp. 301-03.
Iván Hinojosa, “José Santos Chocano: A Poet in the Mexican Revolution”, inédito, Universidad de Chicago, 1991.

96. Sánchez, op. cit., 302.

97. Ibid., pp. 338-39.

98. José Santos Chocano, “Los fines de la revolución mexicana considerados dentro del problema internacional”, *Periódico Oficial del Gobierno Constitucionalista del Estado de Chihuahua*, 7 de junio de 1914.

99. Juvenal, *op. cit.*, p. 8.

100. Hinojosa, op. cit.

101. A pesar de sus proclamadas simpatías por México, Santos Chocano apoyó al presidente guatemalteco cuando intentó sobornar a un general revolucionario mexicano, Carrascosa, ofreciéndole veinte mil dólares, armas, municiones y otros apoyos, si aceptaba crear una república independiente en el sur de México, en los territorios que Guatemala reclamaba como propios. Carrascosa, que era un patriota, rehusó, y el presidente de Guatemala lo encarceló. Estrada Cabrera no abandonó su esperanza de convencerlo de alguna forma para que encabezara un movimiento secesionista en el sur de la República Mexicana y con ese fin envió a Santos Chocano a hablar con él, pero Carrascosa se negó una vez más. Santos Chocano obviamente no consideraba que hubiera contradicción entre su simpatía por la revolución mexicana y su apoyo a las ambiciones guatemaltecas sobre el sur del país. Ver Sánchez, op. cit., pp. 283-84.

102. Luis Aguirre Benavides, *op. cit.*, pp. 44, 94-95.

103. Ibid., p. 235.

104. Poco después de la derrota de Villa, Pérez Rul, bajo el pseudónimo de “Juvenal”, publicó un folleto: *¿Quién es Francisco Villa?* (1916), en el que atacaba tanto a Villa como a Carranza, pero insistía en que el primero no era un vulgar bandido y sostenía que muchos de quienes lo siguieron eran hombres de honor. (Para una descripción más detallada de este libro ver la sección final acerca de las fuentes sobre Villa.) Ya que el nombre Juvenal era el pseudónimo de un periodista español que había tenido escaso contacto con Villa, los historiadores no tomaron el libro en serio y quedó prácticamente olvidado. Para una descripción de la vida de Pérez Rul, ver su respuesta a un cuestionario que le envió Martín Luis Guzmán y que se encuentra en MLG.

1. Enrique Sánchez, *Corridos de Pancho Villa*, Editorial del Magisterio, México, 1952, p. 12.

2. PRO FO, 371 2026 XC-A-60639, Cummins al Foreign Office, 30 de diciembre de 1913.

3. Ibid.

4. Ibid.

5. Ibid.

6. Ibid.

7. Vide supra.

8. MID, 5761-1091-31, caja 2348, Emerson a Leonard Wood, 14 de mayo de 1914.

* En español en el original. [T.]

9. Ibid.

10. Ibid.

11. *El Paso Morning Times*, 24 de julio de 1914.

12. Elizabeth Salas, *Soldaderas in the Mexican Military. Myth and History*, University of Texas Press, Austin, 1990, p. 46.

13. Gregory Mason, "Campaigning in Coahuila", *The Outlook*, 20 de junio de 1914.

14. PHO, 146, Jesús Pérez.

15. John Reed, *Insurgent Mexico*, cit., p. 198. El agente secreto Emerson se mostraba más escéptico sobre la atención que prestaba Villa a los heridos. Aunque elogiaba la calidad de los médicos del tren sanitario y el hecho de que pudiera atender a mil ochocientos heridos, también pensaba que “los medios a su disposición eran escandalosamente insuficientes, los carros eran en su mayoría toscos y sucios vagones de carga, mal ventilados, sin catres ni jergones, y la despiadada conducta de los tripulantes agravaba horriblemente el sufrimiento de los heridos porque sacudían y entrechocaban los trenes atrás y adelante con paradas y arranques violentos, sin la menor consideración por las terribles consecuencias que esto tenía para los pacientes acostados sobre el duro suelo sin muelles, con heridas de bala que causaban hemorragias internas”. Pensaba que sólo cuando el combate tenía lugar cerca del ferrocarril era posible atender a los heridos. NA, Washington, MID, 5761-1091-31, caja 2348, Emerson a Leonard Wood, 14 de mayo de 1914.

16. Francisco L. Urquiza, *Recuerdo que...*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.

17. Reed, op. cit., p. 64.

18. Ibid., pp. 64-67.

19. Archivo de Osorio, entrevista con Jesús María López Aguirre, El Charco, Chihuahua.

20. Rubén Osorio, *Pancho Villa, ese desconocido*, cit., pp. 34-38, entrevista con Desiderio Madrid Carrasco, Tierra Nueva, Chihuahua, 15 de julio de 1978.

21. Ibid., pp. 113-20, entrevista con Pedro Romero, San Lorenzo, Chihuahua, 10 de mayo de 1979.

[22.](#) Ibid., pp. 186-94, entrevista con Lauro Trevizo, 10 de enero de 1976.

23. Ibid., pp. 194-208, entrevista con Ramón Murga, 15 de julio de 1976.

24. PHO, 1-137.

25. Ibid., 1-148.

26. Ibid., 1-146.

27. Ibid.

28. Ibid., 1-140.

29. Ibid.

30. Ibid., 196.

31. Ibid., 1-46.

32. Osorio, op. cit., pp. 113-20, entrevista con Pedro Romero, 10 de mayo de 1979.

[33.](#) Archivo de Osorio, entrevista con Lucio Alvarado Portillo, Chihuahua, Chihuahua, 21 de julio de 1983.

34. PHO, 1-137.

35. Ibid., 1-97.

36. Ibid., 1-91.

37. Ibid., 1-97.

38. Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, pp. 204-05.

39. Ibid.

⁴⁰. Juan Bautista Vargas-Arreola, *A sangre y fuego con Pancho Villa*, México, 1988, pp. 27-28, 36-37, 68-69.

41. Ibid., p. 28.

42. Papeles de Lázaro de la Garza, carta de Félix Sommerfeld a Lázaro de la Garza, 6 de agosto de 1914.

43. Ibid., carta de Máximo García a Lázaro de la Garza, 1 de diciembre de 1913.

44. Vide infra.

45. John Reed, *op. cit.*, pp. 142-43.

46. Thord Gray, *op. cit.*, p. 40.

47. Ibid., p. 44.

48. Horst von der Goltz, *My Adventures as a German Secret Agent*, Robert M. McBride and Co., Nueva York, 1917, p. 125.

49. Ibid., pp. 132-33.

50. MID, 5761-1091-31, caja 2348, Emerson a Leonard Wood, 14 de mayo de 1914.

51. Véase la historia más completa de los mercenarios durante la revolución mexicana en Lawrence Taylor, *La gran aventura en México. El papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos, 1910-1915*, 2 vols., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993.

52. Patrick O’Hea, *Reminiscences of the Mexican Revolution*, cit., pp. 153-54.

53. Paul Fatout, *Ambrose Bierce, the Devil Lexicographer*, Norman, Oklahoma, 1951, p. 314.

54. La versión de que Villa mató a Bierce fue retomada por uno de los escritores más brillantes de México, Carlos Fuentes, en su notable novela *Gringo viejo* (1985). Otro biógrafo de Bierce, Roy Morris Jr., se muestra escéptico al respecto porque en su opinión si Bierce hubiera continuado más tiempo con Villa que los numerosos corresponsales estadounidenses que seguían sus campañas militares ciertamente lo habrían visto y habrían informado sobre su presencia. Morris piensa que Bierce nunca fue a México y que su viaje allí no fue más que una tomadura de pelo para engañar al mundo, y que en realidad regresó al Gran Cañón donde se suicidó. No se encontró rastro de su cuerpo allí y no hay razón para dudar de los relatos que escribió su secretaria sobre las cartas escritas por Bierce desde México (uno de los argumentos de Morris es que su secretaria destruyó los originales y sólo quedan las notas que ella tomó sobre dichas cartas). Morris, *Ambrose Bierce Alone in Bad Company*, Crown Publishers, Nueva York, 1995. Durante y después de la revolución, tanto los intelectuales como las autoridades estadounidenses se interesaron mucho por el destino de Bierce e interrogaron a los funcionarios consulares y a quienes habían estado con Villa, y las respuestas fueron contradictorias. El cónsul en Chihuahua, Marion Letcher, dijo que nunca había oído que Bierce hubiera penetrado en México. El representante de Villa en Estados Unidos, Felix Sommerfeld, tras recibir una carta inquisidora del jefe de Estado Mayor estadounidense Hugh Scott, fue a Chihuahua a investigar y dijo que Bierce había sido visto en la capital del estado en enero y había salido de allí con destino desconocido (ver Carey McWilliams, *The Mysteries of Ambrose Bierce*, American Mercury, 1931).

55. John Reed, *op. cit.*, p. 130.

56. MID, 5761-1091-31, caja 2348, Emerson a Leonard Wood, 14 de mayo de 1914.

57. Ibid.

58. Ibid., 5761-975, RG 165, entrada 65, caja 2347. Informe de William Mitchell, "Notes on Mexican Constitutionalist or the Northern Mexican Insurgents, july 1914".

59. Ibid., 5761-1091-31, caja 2348, Emerson a Leonard Wood, 14 de mayo de 1914.

* En español en el original. [T.]

60. Ibid.

61. Urquiza, op. cit., pp. 211-12.

62. MID, 5761-1091-31, caja 2348, Emerson a Leonard Wood, 14 de mayo de 1914.

63. Ibid., 5761-975, RG 165, entrada 65, caja 2347. Informe de William Mitchell, "Notes on Mexican Constitutionalists or the Northern Mexican Insurgents, july 1914".

1. Existe una enorme cantidad de literatura sobre la política mexicana de Woodrow Wilson. Entre los libros más importantes se hallan Arthur S. Link, *Wilson*, Princeton University Press, Princeton, 1947, vols. 1- 5, y *Woodrow Wilson and the Progressive Era, 1910-1917*, Harper Torchbooks, Nueva York, 1963; y Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico, 1916-1932*, The University of Chicago Press, Chicago, 1972. También me he apoyado abundantemente en la investigación que se recoge en mi libro *La guerra secreta en México*, cit.

2. [Katz, op. cit., pp. 183-234.](#)

3. Link, *Woodrow Wilson and...*, cit., p. 120.

4. Clarence C. Clendenen, *The United States and Pancho Villa*, cit., p. 49.

5. PWW, memorándum de Paul Fuller a Wilson, 20 de agosto de 1914.

6. “Uncle Sam is Alert”, *El Paso Morning Times*, 16 de febrero de 1914.

7. Archives du Ministère de la Guerre, Vincennes, Francia, 7 en 1716, agregado militar francés en Estados Unidos Bertrand al Deuxième Bureau, 27 de enero de 1914.

8. AMAE, París, CP, nueva serie, Mexique, vol. 9, Jusserand a Doumergues, 27 de enero de 1914. La actitud favorable de Wilson hacia Villa estuvo al parecer en gran parte inspirada en el informe de John Reed y en los de su emisario John Lind (vide supra). Los representantes del Departamento de Estado en Chihuahua estaban al parecer muy divididos en su apreciación del caudillo. El representante estadounidense en Ciudad Juárez, Edwards, sostenía que “la política del general Villa, a pesar de parecer dura y cruel en algunos casos, está llevando a cabo la única solución prometedora para restaurar la paz”. Aplaudía las acciones de Villa contra los españoles diciendo que “sus simpatías están muy unánimemente con los huertistas y en favor de la restauración del viejo régimen, y enviaron generosas contribuciones a la causa de Huerta”. Dice que habían recibido “lucrativas concesiones del gobierno que a su vez empleaban para oprimir a los nativos” (SDF, Edwards al secretario de Estado, 23 de diciembre de 1913).

El cónsul en Chihuahua, Letcher, albergaba un odio casi patológico hacia Villa. Aunque concedía que “el orden público ha sido y es excelente. Las cantinas están cerradas desde que Villa entró en Chihuahua. Los movimientos militares se realizan casi sin ruido y los soldados son más bien notorios por su ausencia en las calles. La disciplina de las tropas parece ser excelente y la moral entre hombres y oficiales es excepcional”. Consideraba a Villa nada más que un vulgar bandido y a los españoles a los que había expropiado, con escasas excepciones, comerciantes inofensivos que no habían intervenido en la política mexicana (ibid., 812-00-11043, Letcher al secretario de Estado, 21 de febrero de 1914). En un informe posterior Letcher vincula sus ataques a Villa con actitudes profundamente racistas hacia los mexicanos: “Villa no ha hecho sino mostrarse fiel a las sangrientas leyes de su raza que nunca en ningún periodo de su historia ha mostrado ninguna consideración por la vida humana”, y describe hablando de Villa “su rústica y dominante mirada de soslayo, sus ojos saltones, de centelleantes pupilas rodeadas por un blanco turbio, que dan la impresión de estar inyectados en sangre; su cabello sucio y erizado; su boca tosca de gruesos labios que sugiere mezcla de sangre negra; sus manos más bien delicadas que desmienten la pretensión de que alguna vez haya cumplido con una jornada de trabajo honesto”. Insisten en que “el diabólico amor a la tortura que es común a la sangre india en todas partes no puede ser comprendido por un hombre blanco”, y llama a Villa “un demonio encarnado” (ibid., 812-00-13232, Letcher al secretario de Estado, 25 de agosto de 1914).

9. Katz, loc. cit.

10. Harvey O'Connor, *The Guggenheims: The Making of an American Dynasty*, Covici Friede, Nueva York, 1937; reed. Arno Press, Nueva York, 1976, pp. 336-37.

11. Juan Mora, *The Transformation of a Peripheral Society: A Social History of Nuevo Leon, 1848-1920*, tesis de doctorado, Universidad de Chicago, 1991, p. 624.

12. A. A. Bonn, Mexiko I., Hintze a Bethmann Hollweg, 24 de septiembre de 1913.

13. *Diary of Col. House*, Biblioteca de la Universidad de Yale, 24 de octubre de 1913.

14. Vide infra.

15. Vide infra.

16. Larry D. Hill, *Emissaries to a Revolution, Woodrow Wilson's Executive Agents in Mexico*, State University Press, Baton Rouge, Louisiana, 1973, pp. 134-37.

17. AMAE, n. s., CP, Mexique, Pol. Int. 9, Ayguesparre al ministro de Relaciones Exteriores, 26 de diciembre de 1914.

18. Hill, op. cit., p. 133.

19. Ibid., p. 227.

20. Ibid., p. 196.

21. HHSTA, Wien Pa Berichte, USA, 1914, embajador en Washington a Bectold, 5 de mayo de 1914.

[22.](#) Hill, op. cit., pp. 227-28.

23. “Hopkins Obituary”, *The New York Times*, 23 de junio de 1932.

24. Kenneth J. Grieb, "Standard Oil and the Financing of the Mexican Revolution", en *California Historical Society Quarterly* 50, n. 1, marzo de 1971, pp. 59-71.

25. Katz, op. cit., p. 160.

26. DHRM, vol. VIII, pp. 246-49; Grieb, op. cit.

27. Grieb, op. cit.

28. *The New York Herald*, 1, 2, 3 y 4 de julio de 1914. En algún momento de 1914, probablemente después de estas revelaciones del *New York Herald* sobre los vínculos entre Hopkins, Pierce y Carranza, éste rompió relaciones con Hopkins quien, a fines de 1914 al parecer cambió radicalmente de bando y estaba colaborando con Villa y se oponía al reconocimiento de Carranza por Estados Unidos. En julio de 1914, el secretario de Estado Bryan pensó que Hopkins había establecido “contactos” con Villa (SDF, 812-12741, Bryan a Cobb, 28 de julio de 1914). En septiembre de 1915, Sommerfeld expresaba su convicción de que Hopkins sería muy útil en una campaña de relaciones públicas a favor de Villa y contra el reconocimiento de Carranza (papeles Garfield, Scott a Garfield, 10 de septiembre de 1915). Hopkins fue sustituido como cabildero de Carranza por Charles A. Douglas, antiguo juez que también era amigo personal de Bryan y tenía antecedentes como cabildero para los países latinoamericanos. Se le ofreció la enorme suma de cincuenta mil dólares más una prima adicional si el gobierno de Carranza era reconocido por Estados Unidos antes del fin de 1915 (SRE, Aw leg. 480-X7, Zubarán Capmany a Arredondo, 1 de junio de 1915; *ibid.*, Douglas a Arredondo, 21 de enero de 1915). De hecho se le pagaron veinte mil dólares extras en diciembre de 1915, una vez que se produjo el reconocimiento (*ibid.*, Douglas a Arredondo, 9 de diciembre de 1915).

29. Department of Justice, exp. n. 9-16-12-5305, hoja sumaria para la expulsión del enemigo extranjero internado Felix Sommerfeld, s.f.

30. SDF, 812-00-13232, Letcher a Bryan, 25 de agosto de 1914.

31. Katz, op. cit., p. 384.

[32.](#) Department of Justice, continuación de la audiencia de Felix A. Sommerfeld, celebrada en el Buró de Enemigos Extranjeros del puerto de Nueva York, 24 de junio de 1918.

33. Ibid.

34. Ibid.

35. Katz, op. cit., pp. 384-85.

36. James William Harper, *Hugh Lenox Scott, Soldier Diplomat, 1876-1917*, tesis, University of Virginia, 1968, p. 129.

37. Papeles de Scott, cartas a su esposa, 26 de septiembre de 1914.

38. Harper, op. cit., pp. 1-33.

39. Ibid., p. 48.

40. Ibid., pp. 63-93.

41. Las mejores biografías de Reed son: Granville Hicks, *John Reed: The Making of a Revolutionary*, Nueva York, 1936; Robert Rosenstone, *Romantic Revolutionary: A Biography of John Reed*, Nueva York, 1975 (*John Reed. Un revolucionario romántico*, Era, México, 1979); Tamara Hovey, *John Reed, Witness to Revolution*, Nueva York, 1981. Sobre las actividades de Reed en México, ver Jorge Rufinelli, *Reed en México*, Nueva Imagen, México, 1983, pp. 11-107.

42. Patrick O’Hea, *Reminiscences of the Mexican Revolution*, cit., p. 157.

43. Hicks, *John Reed*, cit., p. 134.

44. Rosenstone, *John Reed*, cit., pp. 166-67.

45. PWW, vol. 30, pp. 231-38, John Reed, 30 de junio de 1914.

46. Clendenen, *The United States and Pancho Villa*, cit., pp. 200-01.

[47.](#) Eugenia Meyer, *Conciencia histórica norteamericana sobre la revolución de 1910*, INAH, México, 1970.

48. Phillip S. Foner (comp.), *Mother Jones Speaks: Collected Writings and Speeches*, Nueva York, 1983.

49. *Appeal to Reason*, 21 de marzo de 1914.

50. Foner, *op. cit.*, p. 243.

51. Vide infra.

52. SDF, 812-00-13232, informe de Letcher al secretario de Estado, 25 de agosto de 1914.

53. *Charleston News and Courier*.

54. *Sunset*, 32, 1914, pp. 408-09.

55. *World Herald*, citado por *Literary Digest*, 1914.

56. Powell citado en *Literary Digest*, 11 de abril de 1914.

57. Citado en *Literary Digest*, 25 de julio de 1914.

58. Véase una excelente descripción y análisis de la compleja relación entre Villa y Hollywood, en Aurelio de los Reyes, *Con Villa en México*, México, 1985, y “With Villa in Mexico on Location”, *Performing Arts Annual 1986*, Library of Congress, Washington, 1986, pp. 98-132; Margarita de Orellana, *La mirada circular. El cine norteamericano de la revolución, 1911-1917*, México, 1991.

59. Aurelio de los Reyes, “With Villa...”, cit, p. 103.

60. Los contratos originales firmados entre “Francisco Villa representado por y a través del general E. Aguirre-Benavides, agente y representante legal debidamente autorizado del dicho Francisco Villa y Gunther R. Lessing... Mutual Film Company... representado por y a través de Frank N. Thayer”, se encuentran en los papeles de Federico González Garza, folio 3057, Fundación Condumex, México.

61. Aurelio de los Reyes, “With Villa...”, cit., p. 125.

62. *New York Times*, 11 de febrero de 1914.

63. Orellana, op. cit., pp. 119-21.

64. PRO FO, 371 2035, exp. C-A-60539, affidavit del señor Frances Michael Tone sobre la muerte del señor William S. Benton.

65. *El Correo de Chihuahua*, 7, 10 y 11 de junio; ver también Mark Wasserman, *Capitalists, Caciques, and Revolution*, Chapel Hill, 1984, pp. 111-12.

66. Archivos Condumex, papeles de Federico González Garza, actas de la Comisión de Investigación del Affair Benton, comprobante 57, testimonio de Luis Hernández el 24 de marzo de 1914.

67. Papeles del Mexican Northwestern Railroad, Universidad de Texas en Austin, carta citada por H. C. Ferris a H. I. Miller, 22 de febrero de 1912.

68. Esta versión se basa en dos investigaciones contemporáneas del asunto Benton realizadas independientemente por las autoridades británicas y el gobierno de Carranza.

69. Papeles de la Comisión de Investigación de Carranza, p. 17, acta de la Comisión para el 17 de marzo de 1914.

70. PRO FO, 371-4496-3228, Cummins al Foreign Office, 13 de agosto de 1920.

71. Ibid., 371 2035, exp. C-A-60539, testimonio del señor Frances Michael Tone, cit.

72. La Comisión de Investigación que nombró Carranza recibió las actas del falso consejo de guerra, uno de cuyos participantes se suponía que había sido Adrián Aguirre Benavides. Cuando la Comisión le pidió más detalles, les dijo que el juicio militar era una farsa, que Benton en realidad había sido ejecutado por Fierro, y que ya se lo había dicho a Carranza. Actas de la Comisión de Investigación, pp. 17-18.

73. Ibid.

74. Véase un detallado análisis, incluida la reacción de Carranza al episodio Benton, en Isidro Fabela, *Historia diplomática de la revolución mexicana*, vol. 1, México, 1958, pp. 267-98; Kenneth J. Grieb, “El caso Benton y la diplomacia de la revolución”, *Historia Mexicana*, vol. 19, n. 2, octubre-diciembre de 1969, pp. 282-302; Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution: The Constitutionalist Years*, Austin, 1972, pp. 281-87. Los documentos sobre la investigación realizada por el cónsul británico Percival sin ayuda de las autoridades mexicanas se encuentran en PRO FO, 371-2035-XC-Z-60539, sir Cecil Spring-Rice a sir Edward Grey, 7 de abril de 1914, que contiene tanto los resultados de las averiguaciones de Percival como diversos testimonios y documentos incluidos en ellas. Los papeles de la Comisión que nombró Carranza, cuyos resultados nunca se han publicado, se encuentran en los Archivos Condumex, papeles de Federico González Garza, documento 3135. Los documentos estadounidenses sobre el caso, que se conocen bien, han sido publicados en *Foreign Relations of the United States*, mientras que las partes no publicadas se hallan en los expedientes 812-00.

75. Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, cit., Villa a Carranza, 17 de enero de 1914, pp. 117-18.

76. Ibid., p. 119.

77. Ibid., p. 131.

78. Adolfo de la Huerta, *Memorias*, México, 1957, pp. 68-69.

79. Vide supra.

80. Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*, cit., p. 55.

81. Marte R. Gómez, *La reforma agraria en las filas villistas*, cit., p. 32; Magaña, op. cit., vol. 3, p. 287.

82. Gómez, loc. cit.

83. Papeles Buckley, Urquidi a Pesqueira, 18 de diciembre de 1913.

84. DHRM, Revolución Constitucionalista, vol. 1, p. 201, Carranza a Silvestre Terrazas, 18 de diciembre de 1913.

85. Ibid.

86. Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa...*, cit., pp. 74-75.

87. DHRM, Revolución Constitucionalista, vol. 2, n. 1, pp. 409-10, Meza Gutiérrez a Carranza, 18 de diciembre de 1913.

88. Ibid., vol. 1, pp. 206-08, Villa a Carranza, 23 de diciembre de 1913.

89. Vide infra.

90. El 12 de marzo de 1914, *El Paso Morning Times* decía: “Carranza ha telegrafiado [...] a Villa en Chihuahua que deben cesar las confiscaciones de propiedades por los constitucionalistas en ese estado [...] incluso en el caso de las vastas posesiones de Terrazas que han sido expropiadas por el general Villa. Si la familia Terrazas puede demostrar que adquirieron la tierra de manera legal, les será devuelta.

91. DHRM, Revolución Constitucionalista, vol. 1, Acuña a Carranza, 18 de noviembre de 1913, p. 180.

92. Ibid.

93. Ibid.

94. Silvestre Terrazas, op. cit., pp. 130-31. Luis Aguirre Benavides, op. cit., pp. 119-20.

95. Silvestre Terrazas, op. cit., p. 133.

96. Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, vol. 1, México, 1985, pp. 443-45.

97. Véanse apreciaciones un tanto divergentes sobre el desembarco de Estados Unidos en Veracruz, en Robert E. Quirk, *An Affair of Honor: Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz*, Nueva York, 1967, y Berta Ulloa, *La revolución intervenida: Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, 1910-1914*, México, 1971, pp. 162-87.

98. PWW, vol. 29, pp. 484-85.

99. Ibid., vol. 29, pp. 494-95, Carothers a William Jennings Bryan, 23 de abril de 1914.

100. Ibid.

101. Ibid., pp. 504-505, Villa a Wilson, 25 de abril de 1914.

102. Villa a Caraveo, 27 de abril de 1914, citado en Luis Aguirre Benavides, op. cit., pp. 124-25.

103. Barragán Rodríguez, op. cit., vol. 1, p. 456. Aunque Barragán no es un observador objetivo —era un alto funcionario carrancista— no hay razón para dudar de su afirmación. Ángeles era probablemente el más proestadounidense de todos los dirigentes revolucionarios y un gran admirador de Woodrow Wilson. Además, se oponía profundamente a Carranza, de manera que es bastante lógico que le aconsejara a Villa no unirse a éste en su protesta por la invasión de Estados Unidos a Veracruz.

104. No he logrado localizar esta carta, pero dado que existe la respuesta de Zapata, es posible reconstruir algunos de sus principales contenidos. En cuanto a dicha respuesta, ver nota siguiente.

105. Archivo de Carlos Reyes Avilés, propiedad de Salvador Reyes, Ensenada, Baja California, Emiliano Zapata a Pancho Villa, 19 de enero de 1914.

106. Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México, 1985, vol. 2, pp. 274-86.

107. *El Correo del Bravo*, 30 de abril de 1914.

108. Véase la mejor descripción y el mejor análisis de los orígenes y la ideología de los hombres de Sonora en Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana*, México, 1977.

109. Ibid., pp. 180, 186, 222-28.

110. Ibid., pp. 366-68.

111. Ibid.

[112](#). Papeles de Maytorena, cartas de Piña a Maytorena, 4 de abril y 13 de julio de 1914.

113. Ibid., Piña a Maytorena, 11 de abril de 1914.

114. Ibid., Piña a Maytorena, 30 de abril de 1914.

115. *El Correo del Bravo*, 15 de abril de 1914.

116. Papeles de Roque González Garza, memorándum s.f.

117. Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, cit., p. 193.

118. Silvestre Terrazas, *op. cit.*, pp. 191-92.

119. Ibid.

120. Ibid., pp. 145-46.

[121.](#) Ibid., p. 147.

122. Se trataba de un movimiento muy astuto por parte de Villa, ya que estos tres hombres no sólo le eran absolutamente leales, sino que disfrutaban de gran apoyo popular.

[123.](#) Guzmán, op. cit., p. 214.

[124](#). Cervantes, op. cit., p. 161.

[125.](#) Ibid., p. 162.

126. Guzmán, op. cit., p. 270.

[127](#). Barragán Rodríguez, op. cit., vol. 1, pp. 446-47.

128. Guzmán, op. cit., p. 220.

129. Francisco R. Almada, *Gobernadores del estado de Chihuahua*, Chihuahua, 1981, p. 516.

130. Felipe Ángeles, “El sitio de Zacatecas”, en Barragán, op. cit., vol. 1, p. 542.

131. Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la revolución mexicana*, México, 1961, vol. II, p. 185. La descripción más completa y el mejor análisis del sitio de Zacatecas se encuentran en Sergio Candelas Villalba, *La batalla de Zacatecas*, Zacatecas, 1989.

132. FO, 204 444 136852, James Caldwell a Lionel Carden, ciudad de México, 29 de junio de 1914.

133. Existen diversos cálculos sobre el número de federales que había en Zacatecas. Los revolucionarios han estimado que eran doce mil, mientras que algunos historiadores, a partir de las dispersas fuentes federales, calculan que no eran más de cinco mil. Las cifras están bien resumidas en Villalba, op. cit., p. 158, nota 53. Véanse los cálculos británicos en FO, 204 444 136852, James Caldwell a Lionel Carden, ciudad de México, 29 de junio de 1914. Creo que el cálculo de los revolucionarios es correcto ya que la cifra de doce mil es corroborada en un informe del cónsul británico en Zacatecas, que tenía estrechas relaciones con los comandantes federales de la plaza.

134. Papeles de Rubio Navarrete, Condumex, memorándum s.f. sobre los planes del gobierno, “Situación especial el 21 de abril de 1914”.

135. Felipe Ángeles, *La batalla de Zacatecas*, citado en Cervantes, op. cit., p. 165.

136. Ibid.

137. PRO FO, 204 444 136852, Caldwell a Carden, 29 de junio de 1914.

138. Ángeles, en Cervantes, op. cit., pp. 177-78.

139. PRO FO, 204 444 136852, Caldwell a Carden, 19 de junio de 1916.

140. Felipe Ángeles, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, Domés, México, 1982, p. 179.

141. PRO FO, 204 444 136852, Caldwell a Carden, 19 de junio de 1916.

142. Ignacio Muñoz, op. cit., vol. 2.

143. PRO FO, 204 444 136852, Caldwell a Carden, 19 de junio de 1916.

144. Muñoz, op. cit., vol. 2, p. 215.

145. Ibid., p. 260.

146. Ibid., p. 217.

147. Ibid., pp. 222-23.

148. Cumberland, *Mexican Revolution...*, cit., p. 137.

149. PRO FO, 204 444 136852, Caldwell a Carden, 29 de junio de 1914.

1. Larry Hill, *Emmissaries to a Revolution...*, cit., p. 148.

2. SDF, 81200-11654, el secretario de Estado a Carothers, 24 de abril de 1914.

3. PWW, vol. 30, pp. 220-21. Villa a Wilson en Lázaro de la Garza a Felix A. Sommerfeld, 27 de junio de 1914.

4. Ibid.

5. Por el comportamiento de las autoridades estadounidenses se ve que no querían que Villa tuviera suficientes municiones para atacar la ciudad de México, pero tampoco querían que la carencia de armas y parque lo debilitara decisivamente. Tal vez por eso la reglamentación del contrabando se relajó a lo largo de la frontera. Aunque las armas contrabandeadas podían ser confiscadas, los propios contrabandistas no eran detenidos ni castigados. Era claramente una manera de alentar el tráfico (Harold Eugene Holcombe, “United States Arms Control and the Mexican Revolution, 1910-1924”, tesis de doctorado, Universidad de Alabama, 1968, pp. 89, 90).

6. Arthur S. Link, *Wilson: The New Freedom*, Princeton, 1956, p. 411; P. Edward Haley, *Revolution and Intervention: The Diplomacy of Taft and Wilson with Mexico, 1910-1917*, MIT Press, Cambridge, 1970, pp. 83-107, y Berta Ulloa, *La revolución intervenida*, cit., pp. 203-60.

7. Luis Fernando Amaya C., *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916*, Trillas, México, 1975, p. 35.

8. Ibid., p. 35.

9. Ver papeles de Maytorena, declaración s.f. de Maytorena y declaración de Piña, escrita el 28 de agosto de 1918.

10. Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa...*, cit., pp. 160-61.

11. Ver papeles de Maytorena, loc. cit.

12. PWW, vol. 30, p. 411, Fuller a Woodrow Wilson, 20 de agosto de 1914.

13. Ibid., pp. 411-15, Fuller a Wilson, 20 de agosto de 1914.

14. Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*, cit., p. 196.

15. Ibid., pp. 200-01.

16. Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-1915*, Indiana University Press, Indianápolis, 1960, pp. 42-43.

17. Papeles de Maytorena, Piña a Maytorena, 13 de julio de 1914.

18. Ibid.

19. Ibid.

20. Papeles de Maytorena, Villa a Maytorena, 19 de agosto; Villa a Maytorena, 24 de agosto.

21. Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 170-71.

[22.](#) Ibid., p. 172.

23. Ibid.

24. Ibid., p. 174.

25. Aguilar Camín, *La frontera nómada*, cit., pp. 371-72.

26. Obregón, op. cit., p. 169.

27. Ibid., pp. 186-87.

28. Papeles de Maytorena, Maytorena a Ángeles, 17 de septiembre de 1914.

29. Álvaro Obregón, op. cit., pp. 199-200.

30. Ibid., pp. 202-03.

31. Osorio, *Pancho Villa, ese desconocido*, cit., entrevista con Soledad Armendáriz de Ortuño, p. 50.

32. Obregón, op. cit., p. 32.

33. Luz Corral, *Pancho Villa...*, cit., pp. 107-08. No hay desacuerdo entre las memorias de Obregón y las de los villistas presentes en cuanto a que aquél estuvo a punto de ser ejecutado por Villa. Obregón deja abierta la cuestión de quién persuadió a Villa, si alguien lo hizo, de que cambiara de opinión y cancelara la orden. Indica que tanto Fierro como Raúl Madero estaban en la habitación a la que Villa se dirigió al salir del cuarto en que hablaba con él y da a entender que Raúl Madero intercedió en su favor. Aunque no habla del papel de Luz Corral, en años posteriores estuvo muy favorablemente dispuesto hacia ella y, en una carta que le escribió en 1923, le daba las gracias por sus “atenciones” durante su estancia en Chihuahua. Esa referencia es ambivalente, ya que puede referirse simplemente a su hospitalidad, pero también a su intercesión para salvarle la vida. No es del todo sorprendente que algunos de los partidarios de Villa que sobrevivieron a la revolución intentaran atribuirse haber salvado la vida de Obregón. Luis Aguirre Benavides, secretario de Villa, dice que en cuanto se enteró del violento altercado y de que el caudillo del norte amenazaba con matar a Obregón, llamó a Raúl Madero, y que cree que este último aplacó a Villa (Aguirre Benavides, op. cit., p. 168). Silvestre Terrazas afirma que él fue el primero en hablar con Villa para disuadirlo de ejecutar a Obregón, diciéndole que éste no tenía malas intenciones hacia él y estaba dispuesto a negociar, y que el verdadero villano era Carranza. También sostiene que Ángeles, Raúl Madero y Federico González Garza hablaron con Villa para convencerlo de cancelar la orden (Silvestre Terrazas, *El verdadero*, cit., p. 168).

34. Obregón, op. cit., p. 204.

35. Rubén Osorio, loc. cit.

36. Cervantes, op. cit., p. 255.

37. Ibid., p. 263.

38. Ibid., p. 262.

39. Vito Alessio Robles, *La Convención en Aguascalientes*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1979, p. 91.

40. Dos villistas dan versiones diferentes de la de Obregón sobre estos hechos. Según Silvestre Terrazas, no fue Villa sino alguien más –no dice quién– el que dio las órdenes de matar a Obregón. Coincide con lo que dice Obregón de que Robles y Roque González Garza le salvaron la vida (Silvestre Terrazas, op. cit., pp. 168-69). Según el secretario de Villa, Enrique Pérez Rul, el jefe de la oficina de telégrafos de Chihuahua, un hombre llamado Orozco, fue con el secretario de Villa, Luis Aguirre Benavides, para confirmar que el telegrama que debía mandar, en el que se ordenaba al general Almanza ejecutar a Obregón, era auténtico y había sido firmado por Villa. Aguirre Benavides se dirigió a Pérez Rul, quien a su vez fue con Villa y le pidió que confirmara la autenticidad del telegrama. Villa lo hizo, y Pérez Rul discutió con él, diciéndole que la vida de Obregón debía ser sagrada para todos los miembros de la División del Norte. Villa finalmente accedió y canceló la orden. Esto parece un tanto dudoso. ¿Cómo pudo un secretario, en una breve conversación, convencer a Villa de hacer algo de lo que algunos de sus más poderosos generales no lo habían persuadido? Ver esta versión en Alessio Robles, loc. cit.

41. Obregón, op. cit., p. 209.

42. Amaya, op. cit., p. 60. Para una historia de estas negociaciones, ver también Quirk, op. cit., pp. 81-86.

43. Quirk, *op. cit.*, pp. 40-45, 84.

44. Amaya, op. cit., p. 95.

45. Las dos obras clásicas sobre la historia de la Convención Revolucionaria son Quirk, op. cit., y Amaya, op. cit. Más recientemente han aparecido nuevos trabajos sobre el tema. *La Soberana Convención de Aguascalientes*, Instituto Cultural de Aguascalientes, Aguascalientes, 1990, contiene ensayos y ponencias sobre el tema. Un nuevo e interesante análisis se puede encontrar en la tesis inédita de Felipe Arturo Ávila Espinosa, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1988. Algunos de los trabajos más notables sobre la Convención se encuentran en el vol. V de *Así fue la revolución mexicana*, Consejo Nacional de Fomento Educativo, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, México, 1985.

46. PWW, vol. 30, pp. 339-40, Bryan a Wilson, 3 de agosto de 1914.

47. Amaya, op. cit., p. 123.

⁴⁸. Los datos biográficos más exhaustivos sobre Roque González Garza se encuentran en sus entrevistas con Daniel Cazés, en Cazés, *Los revolucionarios*, Grijalbo, México, 1973, pp. 75-127.

49. Ángeles expresó este punto de vista en una carta a José María Maytorena en que decía: “Creo que su Plan de Ayala [de los zapatistas] es malo hasta para aplicarlo localmente en la zona donde impera el zapatismo”, Ángeles a Maytorena, 18 de septiembre de 1918, Felipe Ángeles, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, Domés, México, 1982, pp. 230-31.

50. Florencio Barrera Fuentes, *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1965, vol. 1, p. 228.

51. Ibid., p. 229-30.

52. Ibid., p. 228.

53. Ibid., pp. 230-31.

54. Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution Genesis Under Madero*, University of Texas Press, Austin, 1952, p. 178.

55. Barrera Fuentes, op. cit., vol. 1, pp. 254-55.

56. Magaña, *Emiliano Zapata...*, cit., vol. 5, p. 198.

57. Ibid., pp. 198-99.

58. Ibid.

59. Ibid.

60. Barrera Fuentes, op. cit., vol. 1, p. 506.

61. Aguilar Camín, op. cit., pp. 371-72.

62. V. Alessio Robles, op. cit., pp. 315-16.

63. Ibid. p. 316.

64. *Diccionario histórico y biográfico de la revolución mexicana*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1991, vol. 4, p. 89. No fue una decisión inteligente por parte de Obregón, ya que nunca había tenido cercanía con Diéguez. Varios años más tarde, Diéguez se sublevó contra Obregón cuando éste era presidente y, una vez capturado, fue ejecutado por orden suya.

65. Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana*, México, 1960, vol. 2, p. 123-24.

66. Cumberland, op. cit., p. 164. Como Cumberland, Ramón Ruiz consideraba que no había “barreras ideológicas importantes entre Villa y los constitucionalistas”. En gran medida, según él, lo que llevó a Villa y sus generales a combatir fueron las haciendas que le habían quitado a la oligarquía tradicional de Chihuahua (Ramón Ruiz, *The Great Rebellion*, Norton, Nueva York, 1980, pp. 188, 196-99).

67. Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, Era, México, 1994. También John Hart ve la clase como el elemento principal del conflicto Villa-Carranza, como “una lucha que salió a la superficie a mediados de 1914, entre la élite provinciana victoriosa y las fuerzas conducidas por la pequeña burguesía que se alineaban tras de Carranza, y las cohortes populistas norteadas de Villa con sus rancheros, artesanos y dirigentes de clase baja”, John Hart, *Revolutionary Mexico: The Coming and Process of the Mexican Revolution*, University of California Press, Berkeley, 1987, p. 14.

68. Alan Knight, *Mexican Revolution*, cit., vol. 2, pp. 263-74.

69. John Womack, “The Mexican Revolution” en Leslie Bethell (comp.), *Mexico since Independence. Cambridge History of Latin America*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 154.

70. Vide supra.

71. François Guerra, “La révolution mexicaine d’abord une révolution minière?” en *Annales* 35, n. 5, septembre-octobre de 1981, pp. 785-814.

72. *Appeal to Reason*, 3 y 7 de abril, 1 de mayo de 1915.

73. Vide supra.

74. Aguilar Camín, op. cit., pp. 432-33.

75. Juan Mora, “The Transformation of a Peripheral Society. A Social History of Nuevo Leon, 1848-1920”, tesis de doctorado, Universidad de Chicago, 1991.

76. Baso este dato en mi propia investigación en el Archivo Agrario de la ciudad de México, donde el número de quejas procedentes de Coahuila, aparte de la región lagunera, es mucho menor que el de las procedentes de Chihuahua, Durango o La Laguna.

77. PST, Silvestre Terrazas a Luis Caballero, 2 de julio de 1914.

78. Aguilar Camín, op. cit., p. 416.

1. PST, memorándum de Chao, s.f., pp. 1-2.

2. Beezley, *Insurgent Governor*, cit., pp. 89-114, y Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, cit., vol. 1, pp. 242-44.

3. Vide supra.

4. Archivo de Guerrero, Piedad Pérez de Olveda al presidente municipal, c/o Julio Acosta, 22 de marzo de 1915.

5. PST, parte 1, caja 14, folder Chihuahua (Estado), Cuerpo Especial del Supremo Gobierno, 1915.

6. *El Paso Morning Times*, 5 de febrero de 1914.

7. Ibid.

8. Ibid.

9. PST, proyecto de Ley Electoral escrito en octubre de 1914.

10. PST, memorándum sin fecha.

11. PST, borrador para el informe de Fidel Ávila, 1 de abril de 1915.

12. Barrera Fuentes, *Crónicas*, cit., vol. 2, pp. 258-59.

13. Intervención de Quevedo en la sesión de la Convención Revolucionaria en Cuernavaca, el 4 de febrero de 1915, Barrera Fuentes, op. cit., vol. 2, p. 254.

14. PST, informe de la Administración General de Confiscaciones, MB-18, caja 110, pp. 1-89.

15. Ibid., informe de la Hacienda San Miguel de Bavicora.

16. Ibid.

17. Reed, *Insurgent Mexico*, cit..., p. 53.

18. Karl Wilhelm Schulze, “Las leyes agrarias del villismo”, *Actas del Segundo Congreso de Historia Comparada*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1990; idem, “Konzept und Realität der Agrarpolitik Pancho Villas auf dem Hintergrund der Sozial- und Landverhältnisse in Chihuahua während des Porfiriats und der Revolution”, en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 30, 1993, pp. 279-328. Mis propios cálculos coinciden generalmente con los de Schultze.

19. Silvestre Terrazas menciona y rechaza estas acusaciones en sus memorias, *El verdadero...*, cit., pp. 183-84, 203.

20. SDF, 812-00-15595, Barrows a Wheeler, presidente de Berkeley, 25 de julio de 1915.

21. PST, Administración General de Confiscaciones, informe sobre San Isidro.

22. Ibid., informe sobre el Rancho de San Vicente y Palma.

23. Ibid., informe sobre el Rancho de San José y la Hacienda de San Carmen.

24. Ibid., informe sobre la Hacienda de Orientales.

25. Ibid., informe sobre la Mancomunidad Ciénaga de Mata.

26. Ibid.

27. Ibid., informe sobre el Rancho de San Vicente y Palma.

28. Ibid., informe sobre la Hacienda de Sombreretillo.

29. Ibid., informes sobre las propiedades confiscadas a Miguel Guerra.

30. Ibid., memorándum titulado “Asuntos que tratar con el General Villa”, s.f.

31. Silvestre Terrazas, op. cit., p. 181.

32. SDF, 812-00-14365, Cobb a Bryan, 1 de febrero de 1915.

33. Vide supra [capítulo 1](#).

34. María Teresa Koreck, *Space and Revolution in Northeastern Chihuahua*, cit.

35. Ana María Alonso, *Thread of Blood: Colonialism, Revolution and Gender on Mexico's Northern Frontier*, University of Arizona Press, Tucson, 1995; Daniel Nugent, *Spent Cartridges of Revolution*, cit., cap. 3.

36. Jane Dale Lloyd, *Rancheros and Rebellion...*, cit.

37. *Periódico Oficial del Estado de Chihuahua*, 8 de marzo de 1914.

38. MLG, Villa al coronel Gabino Durán, 12 de noviembre de 1914.

39. Vide supra.

40. *Periódico Oficial del Estado de Chihuahua*, 18 de octubre de 1914.

41. Ver datos biográficos sobre Bonilla en Marte R. Gómez, *La reforma agraria*, cit., pp. 102-105.

42. Papeles de González Garza, carta de Federico González Garza a Bonilla, 7 de abril de 1914.

43. Marte R. Gómez, op. cit., pp. 155-216.

44. Ibid., pp. 101-23.

45. *Periódico Oficial del Estado de Chihuahua*, 24 y 31 de enero de 1915.

46. Almada, op. cit., vol. 2, p. 212.

47. Federico Cervantes, *Francisco Villa...*, cit., pp. 773-74.

48. Archivo de Guerrero, Comisión Agraria del Estado de Chihuahua al presidente municipal de Ciudad Guerrero, 11 de febrero de 1915.

49. Daniel Nugent, op. cit., pp. 100-105.

50. John Hart, *Revolutionary Mexico*, cit., pp. 274-75.

51. Vide supra.

52. Ver Máximo Castillo, “*Diario del general Máximo Castillo*”, manuscrito, s.f.

53. Karl E. Young, *Ordeal in Mexico: Tales of Danger and Hardship Collected from Mormon Colonists*, Desert Book, Salt Lake City, 1968, pp. 157-60.

54. *Weekly Report*, n. 46, febrero de 1914.

55. Luz Corral, *Pancho Villa en la intimidad*, cit., pp. 57-58. Luz Corral estaba en lo cierto. En un entrevista para *El Paso Morning Times*, Villa dijo que no había perseguido a Castillo por un tiempo porque le tenía “una deuda de gratitud, porque cuando estaba luchando por dominar el estado de Chihuahua y envié a mi esposa a la frontera, Castillo le permitió pasar por sus líneas sin molestarla. Le agradecí ese gesto de amabilidad y siempre le tuve simpatía por el gran servicio que prestó a nuestro jefe Madero en los días de la primera revolución”. Villa cambió radicalmente de actitud respecto de Castillo tras el ataque al túnel de la Cumbre y dijo que “ha perdido todo derecho conmigo por el salvajismo que exhibió al causar tanto sacrificio de vidas inocentes en el incendio del túnel de la Cumbre” (*El Paso Morning Times*, 17 de febrero de 1914).

56. Ibid.

57. Almada, op. cit., p. 129.

58. Máximo Castillo, op. cit.

59. O'Connor, *The Guggenheims...*, cit, pp. 336-37.

60. *El Paso Times*, 3 de enero de 1914.

[61.](#) Ibid., 23 de junio de 1914.

62. *Engineering and Mining Journal*, vol. 101, 1 y 8 de enero de 1916.

63. Clarence C. Clendenen, *The United States and Pancho Villa...*, cit., pp. 160-63.

64. William K. Meyers, "Pancho Villa and the Multinationals: United States Mining Interests in Villista Mexico, 1913-1915", en *Journal of Latin American Studies* 23, 1991.

65. Osorio, *Pancho Villa*, cit., pp. 123-24, entrevista del doctor Francisco Uranga Vallarta con el doctor Rubén Osorio.

66. Ibid., pp. 60-61, entrevista de Francisco Gil Piñón con el doctor Rubén Osorio.

67. Guzmán, *Memorias...*, cit., pp. 393-94.

68. Silvestre Terrazas, *El verdadero...*, cit., pp. 151-59.

69. PST, borrador de informe de Silvestre Terrazas, p. 8.

70. Silvestre Terrazas, *El verdadero...*, cit., p. 179.

71. Herman Whitaker, "Villa Bandit-Patriot", *The Independent*, 6 de mayo de 1914.

72. *Periódico Oficial...*, Chihuahua, 15 de febrero de 1914.

73. Ibid.

74. *El Paso Morning Times*, 17 de julio de 1914.

75. Whitaker, op. cit.

76. Alden Buell Case, *Thirty Years with the Mexicans*, Nueva York, 1917, pp. 134-35.

77. *Mexico Northwestern Papers*, J. O. Crockett a James Morgan, 8 de febrero de 1914.

78. *Periódico Oficial...*, Chihuahua, septiembre de 1914.

79. Ibid.

80. Meyers, op. cit., p. 339.

81. *Vida Nueva*, 2 de abril de 1914.

82. Vide supra.

83. PST, Velada Musical y Literaria, 1914.

84. John Reed, *op. cit.*, pp. 113-15.

85. *Vida Nueva*, 13 de abril de 1914.

86. PST, memorándum a todos los jefes de oficina, 13 de marzo de 1914.

87. Ibid., Cuerpo Especial del Supremo Gobierno, 1915.

88. PST, borrador para el informe de Fidel Ávila, 1 de abril de 1915.

89. SDF, 812-00-15595, Barrows al presidente Wheeler, 25 de julio de 1915.

90. Alan Knight, *Mexican Revolution*, cit., vol. 2, p. 125.

91. PST, AGC informe desde San Ignacio.

[92.](#) Linda B. Hall, *Alvaro Obregon, Power and Revolution in Mexico, 1911-1920*, A&M University Press, College Station, Texas, 1981, pp. 200-202.

93. SDF, 812-00-14622, informe de Duval West al secretario de Estado, s.f.

94. “Frente al capitalismo enemigo”, *Vida Nueva*, 11 de abril de 1914.

95. SDF, 812-00-15595, Barrows a Wheeler, 25 de julio de 1915.

[96](#). PRO FO, 204 445 822, Patrick O’Hea a W. B. Hohler, Gómez Palacio, Durango, 8 de diciembre de 1914.

1. [SDF, 81200-14061](#), Carothers al secretario de Estado, 18 de diciembre de 1914.

2. Ibid., 81200-14048, Canova a Bryan, 8 de diciembre de 1914.

3. Ibid.

4. Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-1915. The Convention of Aguascalientes*, Indiana University Press, Indianápolis, 1960, pp. 136-40, y Cervantes, *Francisco Villa y la revolución...*, cit., pp. 362-66.

5. Citado en Dudley Ankerson, *Agrarian Warlord, Saturnino Cedillo and the Mexican Revolution in San Luis Potosi*, Northern Illinois University Press, 1984, p. 66.

6. Ver Ankerson, *Agrarian Warlord...*, cit., pp. 73-75; Romana Falcón, *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí*, México, 1989, pp. 84-85.

7. Ver Raymond T. J. Buve, “¡Ni Carranza ni Zapata!: ascenso y caída de un movimiento campesino que intentó enfrentarse a ambos: Tlaxcala, 1910-1919”, en F. Katz (comp.), *Revuelta, rebelión y revolución...*, cit., vol. 2, pp. 24-53.

8. Ibid.

9. Ibid.

10. *Diccionario histórico y biográfico de la revolución mexicana*, cit., vol. 4, pp. 123-24.

11. Sobre la política conservadora de Maytorena, ver Aguilar Camín, *La frontera nómada*, cit., pp. 364-67.

12. Knight, *Mexican Revolution*, cit., vol. 2, p. 18.

13. José C. Valadés, *Rafael Buelna, las caballerizas de la revolución*, México, 1984, p. 77.

14. Barrera Fuentes, *Crónicas y debates*, cit., vol. II, pp. 152-67, reunión del 2 de febrero de 1915.

15. Estas actividades de algunos miembros de la familia Madero se hicieron públicas con motivo del proceso que tuvo lugar en 1919, en Los Ángeles, cuando Alberto Madero demandó a Lázaro de la Garza que le devolviera una gran suma de dinero que, según él, le había adelantado a este último para comprar municiones para Villa. Ver *Los Angeles Express*, 27 de marzo de 1919.

16. Friedrich Katz, "Agrarian Changes in Northern Mexico in the Period of Villista Rule, 1913-1915", en *Contemporary Mexico: Papers of the IV International Congress of Mexican History*, James W. Wilkie, Michael C. Meyer y Edna Monzón de Wilkie (comps.), University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1976, pp. 259-73.

17. Ramón Ruiz, *The Great Rebellion*, Nueva York, 1980, pp. 189-91.

18. Archivo privado de Roque González Garza, ciudad de México, Federico González Garza a Roque González Garza, septiembre de 1915.

19. Quirk, *op. cit.*, p. 118.

[20](#). Ver la mejor descripción y valoración de Lucio Blanco en Jorge Aguilar Mora, *Una muerte sencilla, justa, eterna*, Era, México, 1990, pp. 158-63.

21. Antonio Agacio, encargado de negocios de la legación de Chile en México, al embajador chileno en Estados Unidos, 9 de enero de 1915, en Sol Serrano (comp.), *La diplomacia chilena y la revolución mexicana*, México, 1986, p. 204.

[22.](#) *Vida Nueva*, 16 de febrero de 1915.

23. Obregón a Carranza, 16 de noviembre de 1916, citado en Berta Ulloa, *Historia de la revolución mexicana, 1914-1917*, cit., vol. 4, p. 36.

24. *Vida Nueva*, 21 de noviembre de 1915.

25. La mejor valoración de las fuerzas contrarrevolucionarias en México se encuentra en Javier Garciadiego Dantan, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución. Movimientos reaccionarios en México, 1914-1920*, tesis presentada en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

26. *New York American*, 19 de julio de 1914, John Roberts, entrevista a Villa.

[27.](#) Luz Corral de Villa, *Pancho Villa...*, cit., p. 92.

28. Papeles de Eber C. Byam, 15 de noviembre de 1915, archivos de la Catholic Church Extension Society, en papeles Buckley, University of Texas at Austin. Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929*, Bloomington, 1973, p. 54.

29. M. Cuzin, *Journal d'un français au Mexique, Guadalajara, 16 novembre 1915-6 juillet 1915*, J. L. Lesfargues, 1973, p. 65.

30. *Vida Nueva*, 5 de febrero de 1915.

31. Ver Quirk, *The Mexican Revolution...*, cit., pp. 68-69.

32. Aguilar Camín, *La frontera nómada...*, cit., pp. 364-67.

33. Villa nunca mencionó en sus memorias ni en entrevistas que tuviera algún trato con los Zuloaga antes de 1910. Es mucho más probable que su benevolencia hacia ellos se debiera al parentesco que tenían con Madero.

34. Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, Politique 12, p. 99.

35. Ibid., Ayguesparre al Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, 22 de agosto de 1914.

36. Ibid., 6 de octubre de 1914.

[37.](#) Ibid., Politique 9, Ayguesparre al Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, 31 de diciembre de 1914.

38. Vide infra.

39. PRO FO, 371 2961 3167, Harrison a Cummins, 12 de mayo de 1917.

40. Gilbert M. Joseph describe y analiza la estrategia de Carranza en Yucatán en *Revolution from Without: Yucatan, Mexico and the United States, 1880-1924*, Durham, 1988, pp. 93-150. Sobre Chiapas, ver Thomas Benjamin, *A Rich Land, a Poor People*, Albuquerque, 1989, pp. 99-143, y Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, Era, México, 1985, vol. 2, pp. 14-155. Sobre Tabasco, ver Armando de Maria y Campos, *Música. Crónica biográfica*, México, 1939.

41. Sobre la revuelta de Chiapas, Benjamin, op. cit.; García de León, op. cit., y Alicia Hernández Chávez, *La tradición republicana del buen gobierno*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

42. Sobre el movimiento de Peláez, ver Jonathan C. Brown, *Oil and Revolution in Mexico*, Los Ángeles, 1993, pp. 253-307; Javier Garciadiego Dantan, op. cit., pp. 95-153; Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la revolución mexicana*, México, 1991, pp. 201-34.

43. Sobre las relaciones de Gran Bretaña con Peláez, ver Meyer, op. cit., y Katz, *La guerra secreta*, cit., pp. 520-31.

44. Sobre la actitud de Carranza hacia Limantour, Terrazas y Creel, ver Katz, op. cit., pp. 333-34, 600-602, y vide infra.

45. Vide infra.

[46.](#) José C. Valadés, *Historia general de la revolución mexicana*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1976, vol. 2, p. 541.

47. SDF, 812.00/14061, Canova al secretario de Estado, 16 de diciembre de 1914.

48. Ibid.

49. Quirk, *The Mexican Revolution...*, cit., p. 139.

50. Ibid., p. 144.

51. Luis Aguirre Benavides, *De Francisco Madero...*, cit., p. 210.

52. Guzmán, *El águila y la serpiente*, Porrúa, México, 1987, pp. 290-92.

53. Luis Aguirre Benavides, *op. cit.*, p. 231.

54. Papeles Pearson, Adams a Cowdray, 11 de enero de 1915.

55. Ibid.

56. *El Paso Morning Times*, 14 de diciembre de 1914.

57. Ibid.

58. Papeles Pearson, Adams a Cowdray, 11 de enero de 1915.

59. SDF, 812.00/14061, Canova al secretario de Estado, 16 de diciembre de 1914.

60. Luis Aguirre Benavides, *op. cit.*, pp. 214-15.

61. Quirk, *The Mexican Revolution...*, cit., p. 148.

62. Ibid., pp. 150-79.

63. Ibid.

64. PSRE, telegrama de Eugenio Aguirre Benavides a Ángeles interceptado por la embajada de México en Washington, 24 de enero de 1915.

65. Ibid.

66. Ibid., Ángeles a Eugenio Aguirre Benavides, 24 de enero de 1915.

67. Luis Aguirre Benavides, *op. cit.*, pp. 258-61.

68. Vide infra.

69. Vide infra.

70. Obregón, *Ocho mil kilómetros...*, cit., pp. 236-38.

71. *New York Times*, 30 de abril de 1915.

72. Ibid., 30 de abril de 1915.

73. Ibid., 1 de mayo de 1915.

74. No he encontrado ninguna carta parecida en el Archivo de Díaz. Éste no fue de ningún modo el único intento de la propaganda carrancista por desacreditar a Ángeles falsificando supuestas cartas suyas. Otra carta que también tiene todas las características de una falsificación fue al parecer transmitida por la representación carrancista en Estados Unidos al Departamento de Estado. Era un mensaje dirigido por Felipe Ángeles a uno de los principales representantes de los conservadores mexicanos en aquel país, Jorge Vera Estañol, y decía que él y Villa estaban dispuestos a aliarse con Huerta, que acababa de regresar a Estados Unidos de su exilio en España. “Al señor Díaz Lombardo le estoy enviando a usted copias del mensaje que me envió el general Villa acerca de las propuestas de Huerta incluidas en su carta del 16 último. Debo decirle que el general Villa, como yo mismo y otros jefes, estamos dispuestos a llegar al acuerdo, mientras su resultado sea la paz de México y agrade a los miembros de la Convención, todos los cuales son amigos de Villa y de nuestra causa. Entre tanto, informe al general Huerta que su presencia en la frontera en el momento actual sería enteramente inoportuna y peligrosa y serviría para complicar una situación que ya es lamentable. Es mejor esperar, que actuar con precipitación.” La carta está fechada el 8 de mayo de 1915 y, según el consulado mexicano en Los Ángeles, fue obtenida “gracias a la actividad del señor Solano y su esposa, que a cambio de remuneración son muy útiles a nuestra causa”. El archivo de la embajada mexicana en Washington no contiene copia del original ni firma que pueda atribuirse a Ángeles. Solano le vendió al consulado mexicano otra carta, escrita por Vera Estañol a Huerta, que dice que “Villa es representante de grandes grupos de fuerzas armadas que tienden a la creación de un salvaje sistema militar sin más ley que las de la violencia y el robo. Si pudiéramos dirigir todas esas energías en una sola corriente de orden, la victoria de nuestra causa sería infalible. Pero Villa está enriqueciendo a sus amigos y creando una causa militar que constituirá el núcleo de la restauración. Si podemos eliminar a los Madero de las filas villistas, el general Ángeles se haría cargo del resto: pero este último es un personaje ambicioso y debemos mantenerlo de nuestro lado”, Vera Estañol a Victoriano Huerta, 10 de mayo de 1915 (archivo de la embajada mexicana en Washington, leg. 461-XEXP 3). No sólo semejante carta y la existencia de semejante alianza son altamente improbables en vista del odio profundo que sentían Villa y Ángeles por Huerta, también habrían sido contraproducentes. Era un momento en que Villa buscaba por todos los medios si no el reconocimiento al menos la buena voluntad de Estados Unidos y alinearse con el mayor enemigo de Wilson habría sido suicida. Además, Huerta tenía muy poco que ofrecer. No tenía tropas a su disposición y prácticamente carecía de partidarios en México. A fin de cuentas, las propias autoridades carrancistas debieron pensar que la carta era falsa ya que, a diferencia de otras falsificaciones, como la carta de Díaz a Ángeles, nunca intentaron utilizarla en su propaganda.

75. AHDN, XI/481.5/294, Tamaulipas, folio 40, Villarreal a Carranza, 22 de enero de 1915.

76. John Kenneth Turner, *¿Quién es Francisco Villa?*, El Paso, 1915.

77. Sobre los Batallones Rojos, ver Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976, vol. 1, pp. 77-120, y Jean Meyer, “Les ouvriers dans la révolution mexicaine: Les Bataillons Rouges”, en *Annales* 25, n. 1, enero-febrero de 1970, pp. 30-55.

78. Quirk, *The Mexican Revolution...*, cit., p. 65; Obregón, op. cit., pp. 233-38.

79. *Vida Nueva*, 18 de noviembre de 1914.

80. Ibid., 21 de noviembre de 1914.

81. Ibid.

82. Ibid.

83. Ibid., 30 de enero de 1915.

84. Ibid., 20 de marzo de 1915.

85. Barrera Fuentes, *Crónicas y debates*, cit., vol. 2, p. 248.

86. Ibid., vol. 2, p. 237.

87. Ibid., vol. 2, pp. 229, 240.

88. Ibid., vol. 3, pp. 150, reunión de la Convención Revolucionaria el 8 de marzo de 1915.

89. Amaya, *La Soberana Convención Revolucionaria...*, cit., pp. 264-65.

90. Barrera Fuentes, op. cit., vol. 3, p. 364.

91. Ibid., p. 365.

92. Amaya, op. cit., p. 271.

93. Barrera Fuentes, op. cit., vol. 3, p. 548.

94. Ejemplo de ello es que cuando los mineros de Chihuahua exigieron que se les pagara en oro y no en el devaluado papel moneda, Villa accedió. Su asesor financiero Lázaro de la Garza le aconsejó vehementemente que rechazara la demanda. Papeles de Lázaro de la Garza, 1-148. L. de la Garza a Villa, 9 de mayo de 1915.

95. Katz, *La guerra secreta*, cit., p. 323; Antonio Díaz Soto y Gama, *La cuestión agraria en México*, El Caballito, México, 1976.

96. Armando de Maria y Campos, op. cit., pp. 101-03.

97. Aguilar Camín, op. cit., p. 416.

98. Francisco Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, México, 1964, vol. 2, p. 212.

99. Ibid.

100. Vito Alessio Robles, *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes*, México, 1979, pp. 408-09.

[101.](#) Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la revolución (Biografía 1869-1919)*, México, 1964, pp. 194-95.

102. Linda B. Hall, *Alvaro Obregon, Power and Revolution in Mexico, 1911-1920*, A&M University Press, College Station, Texas, 1981, pp. 102-04.

103. Cuzin, op. cit., p. 37.

104. Ibid., pp. 38-39.

105. Ibid., p. 42.

106. Ibid., p. 50.

107. Ibid., p. 57.

108. Ibid., p. 60.

109. Ibid., p. 76.

110. Ibid.

[111](#). Ibid., p. 68.

[112.](#) Ibid., p. 77.

113. Will B. Davis, *Experiences and Observations of an American Consular Officer during the Recent Mexican Revolutions*, Chula Vista, California, 1920, pp. 71-72.

114. Cuzin, op. cit., p. 66.

115. Miguel Sánchez Lamago, *Historia militar de la revolución en la época de la Convención*, Chihuahua, 1983, pp. 91-92; Barragán, *Historia del ejército...*, cit., vol. 2, pp. 177-79.

116. Federico Cervantes, op. cit., p. 206.

117. Juan Mora, *The Transformation of a Peripheral Society: A Social History of Nuevo Leon, 1848-1920*, tesis de doctorado, Universidad de Chicago, 1991, pp. 542-48.

118. Archivos del Ministerio español de Asuntos Exteriores, vicecónsul de España en Monterrey, J. P. Lagüera, al embajador en Washington, 31 de mayo de 1915.

119. “Manifiesto de Naco”, 5 de noviembre de 1915, en *Vida Nueva*, 21 de noviembre de 1915.

120. PHO. Este tipo de acciones pueden explicar por qué, según algunas versiones, cuando Fierro se estaba hundiendo en un pantano, ninguno de sus hombres acudió en su ayuda.

121. Juvenal, *¿Quién es Francisco Villa?*, cit.

1. Enrique Sánchez, *Corridos de Pancho Villa*, cit., p. 12.

2. José Valadés, *Historia...*, cit., vol. 2, pp. 691-93.

3. Federico Cervantes, *Francisco Villa y la revolución mexicana*, cit., pp. 407-10.

4. Ibid., pp. 421-22.

5. Holcombe, *United States Arms Control...*, cit., p. 103.

6. Papeles de De la Garza, Lázaro de la Garza a Francisco Villa, 31 de marzo de 1914.

7. SDF, Department of Justice, Felix A. Sommerfeld, exp. 5305-9, declaración de Sommerfeld.

8. Papeles de De la Garza, 1-115, Villa a De la Garza, s.f.

9. Ibid., 8-48, Alberto Madero a De la Garza, 4 de noviembre de 1933.

10. Ibid., deposición de De la Garza el 26 de junio de 1916 ante tribunal superior de California. Ver también más adelante, el proceso Alberto Madero vs. Lázaro de la Garza.

11. *Vida Nueva*, 9 de abril de 1915.

12. Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña...*, cit., p. 324.

13. Ver uno de los mejores análisis militares de la batalla de Celaya en Luis Garfias M., *Breve historia militar de la revolución mexicana*, México, 1981, vol. 2.

14. RGG, carpeta 12, memorándum s.f.

15. Ibid.

16. *Vida Nueva*, 10 y 12 de abril de 1915.

17. Federico Cervantes, op. cit., p. 432.

18. Ibid., p. 439.

19. Ibid., p. 437.

20. Ibid., p. 436.

21. *Vida Nueva*, 21 de abril de 1915.

22. Ibid.

23. Cervantes, op. cit., p. 458.

24. *Vida Nueva*, 7 de mayo de 1915.

25. Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista...*, cit., vol. 2, p. 335.

26. Cervantes, op. cit., p. 460.

27. *Todo*, 19 de diciembre de 1933. Estos comentarios no fueron parte de un pronunciamiento público de Villa sino que se basan en las memorias de uno de sus hombres, Gómez Morentín, que fue su enviado a Estados Unidos en los años 1916 a 1920. Según Gómez Morentín, Villa le dijo esto en 1918, cuando la junta liberal de Nueva York le sugirió que Ángeles se reincorporara a sus filas. En los comentarios que Gómez Morentín le atribuye, Villa mostraba mucho menos entusiasmo por el retorno de Ángeles a México que en la carta que le envió al interesado y que se menciona más adelante.

28. PWW, Bryan a Carothers, 24 de abril de 1914, vol. 29, p. 498.

29. Clarence C. Clendenen, *The United States and Pancho Villa...*, cit., p. 89.

30. PWW, diario del coronel House, anotación del 30 de agosto de 1914, vol. 30, p. 463.

31. Clendenen, op. cit., p. 131.

[32.](#) P. Edward Haley, *Revolution and Intervention: The Diplomacy of Taft and Wilson with Mexico, 1910-1917*, MIT, 1970, p. 150.

33. Steven A. Mange, "William Randolph Hearst and the Mexican Revolution", 1989, ensayo inédito.

34. Papeles de Lázaro de la Garza, 1-79, Lázaro de la Garza a Villa, 14 de septiembre de 1914.

35. John Hart, *Revolutionary Mexico...*, cit., pp. 294, 423-24.

36. Berta Ulloa, *La revolución intervenida...*, cit., p. 198; Holcombe, op. cit., pp. 78-79.

37. Vide supra.

38. Robert E. Quirk, *An Affair of Honor*, cit., pp. 157-71.

39. Arthur S. Link, *Wilson*, Princeton University Press, Princeton, 1947, vol. 3, p. 261.

40. Vide infra.

41. Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-1915*, Nueva York, 1960, pp. 279-81.

42. Gilbert Joseph y Daniel Nugent (comps.), *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Duke University Press, Durham, 1994, pp. 152-60.

43. Friedrich Katz, *La guerra secreta*, cit., pp. 377-78.

44. PWW, vol. 33, p. 188.

45. Ibid.

46. Los papeles del Ministerio francés de Asuntos Exteriores no revelan que el gobierno francés tuviera ninguna intención de intervenir militarmente en México. En conjunto, los franceses eran más reticentes que los británicos en su oposición a la política estadounidense en México. Ver Katz, *op. cit.*, pp. 551-55.

47. Quirk, *The Mexican Revolution...*, cit., pp. 256-57.

48. Cervantes, op. cit., p. 504.

49. Quirk, *op. cit.*, pp. 279-81.

50. Informe del encargado de la legación chilena en México al embajador chileno en Estados Unidos, 9 de enero de 1915, en Sol Serrano (comp.), *La diplomacia chilena y la revolución mexicana*, cit., p. 204.

51. PWW, vol. 32, p. 388, entrevista Duval West-Villa, 6 de marzo de 1915, informe de Duval West a Wilson.

52. Papeles del senador Fall, grupo R, p. 6.

53. SDF, 812.00/14010, Silliman al Departamento de Estado, 14 de diciembre de 1914. En una carta dirigida a Zapata, uno de sus funcionarios más altos, Palafox, describía a Iturbide como un millonario que tenía grandes haciendas en Colima y Michoacán y que, como gobernador del Distrito Federal, bajo Huerta y Carral, fue responsable de “muchos asesinatos”, papeles de Magaña, Palafox a Zapata, 29 de diciembre de 1914.

54. Papeles de Magaña, Palafox le escribió a Zapata que Iturbide había sobornado a dos de los agentes especiales de Wilson con cientos de miles de dólares para que lo sacaran clandestinamente del país. Un simpatizante estadounidense del senador Fall dijo que Iturbide había comprado los servicios de Canova por cinco mil dólares. Vide infra.

55. Larry D. Hill, *Emissaries to a Revolution: Woodrow Wilson's Executive Agents in Mexico*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1973, pp. 294-98.

56. Louis M. Teitelbaum, *Woodrow Wilson and the Mexican Revolution, 1913-16. A History of United States-Mexican Relations from the Murder of Madero Until Villa's Provocation Across the Border*, Exposition Press, Nueva York, 1967, pp. 222-23.

57. Papeles del senador Fall, grupo R, Roberts a Scrugham, 29 de agosto de 1916.

58. AMAE, CP, Mexique Pol. Int. 9, Ayguesparre al Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, 26 de diciembre de 1914.

59. SDF, 59, 812.00 1-55311/2, Canova al secretario de Estado, 29 de mayo de 1915.

60. Diario de Chandler Anderson, 28 de mayo de 1915, Biblioteca del Congreso. Los papeles del Departamento de Estado contienen sólo el esquema del plan de Canova. La mayor parte de la información disponible se encuentra en el diario de Anderson, especialmente en las anotaciones correspondientes al 23 de abril, 14, 19 y 28 de mayo, 1 y 29 de junio, 23 y 31 de julio de 1915. Queda muy claro el deseo de los conservadores de aplicar en 1915 una estrategia similar a la que habían aplicado en 1911. Estaban dispuestos a hacer algunas “concesiones” en cuanto a la composición del gobierno. Iturbide aceptaba, por ejemplo, incluir a Manuel Bonilla como representante de las fuerzas villistas y a Álvaro Obregón como representante de las carrancistas. Para asegurar a los conservadores un control del ejército mexicano similar al que tenían en 1911, “el propio Iturbide no participaría en el nuevo gobierno, pero actuaría como jefe de las fuerzas militares que lo apoyarían, lo cual consideraba esencial, con el fin de estar en capacidad de obligar al nuevo gobierno a cumplir los compromisos que hubiera contraído para obtener el apoyo de Estados Unidos” (Diario de Anderson, 22 de julio de 1915).

61. Sobre el papel de Anderson como cabildero de los intereses estadounidenses mineros, petroleros y otros, ver Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico, 1916-1932*, The University of Chicago Press, Chicago, 1972, p. 95.

62. Katz, "Pancho Villa and the Attack on Columbus, New Mexico", en *The American Historical Review* 83, n. 1, febrero de 1978, pp. 119-23.

63. Smith, op. cit., p. 95.

64. Citado en David F. Houston, *Eight Years with Wilson's Cabinet, 1913-1920*, 1926, vol. 1, p. 133.

[65.](#) Link, op. cit., pp. 475-76.

66. SDF, 59, 812-00-15531-2, Canova al secretario de Estado 17 de julio de 1915.

67. Teitelbaum, op. cit., pp. 270-76.

68. Justice Department 180178, Cobb al fiscal general Gregory, 7 de marzo de 1916.

69. SDF, Office of the Counselor, E. B. Stone al Departamento de Justicia, 14 de marzo de 1916.

70. Durante toda su carrera en el Departamento de Estado, Canova se vio siempre acosado por acusaciones de corrupción. Ver Teitelbaum, op. cit., p. 398.

[71.](#) Ver William K. Meyers, “Pancho Villa and the Multinationals: United States Mining Interests in Villista Mexico, 1913-1915”, *Journal of Latin American Studies* 23, n. 2, mayo de 1991, pp. 339-63.

[72.](#) Smith, op. cit., p. 28n. Las actividades de Garfield en favor de Villa están ampliamente documentadas en los papeles de James A. Garfield, Biblioteca del Congreso, y se describen más adelante.

73. PWW, vol. 33, p. 533.

74. Ibid., vol. 33, p. 305. Bryan a Wilson, 2 de junio de 1915.

75. Clendenen, op. cit., p. 179.

76. PWW, vol. 33, p. 488. Wilson al secretario de Estado Lansing, 8 de julio de 1915.

77. Clendenen, loc. cit.

78. PWW, vol. 33, pp. 463-64, Franklin Lane a Woodrow Wilson, 1 de julio de 1915.

79. Teitelbaum, op. cit., pp. 260-61.

80. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de España, Madrid, informes del agente especial Emilio Zapico al Ministro, 23 de agosto de 1915.

81. SDF, 812-00-15656, Villa al secretario de Estado, 5 de agosto de 1915.

82. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de España, Madrid, informes del agente especial Emilio Zapico al Ministro, 23 de agosto de 1915.

83. Ibid.

84. Ibid.

85. PRO FO, 204-462-136857, Patrick O'Hea a Cecil Spring-Rice, 4 de junio de 1915.

86. Ibid., O’Hea a Spring-Rice, 7 de octubre de 1915.

87. Las relaciones de Villa con Juan F. Brittingham son otro ejemplo del tipo de concesiones que tuvo que hacerle a la familia Terrazas. Brittingham era un empresario estadounidense que se había hecho amigo del hijo de Luis Terrazas, Juan, cuando ambos estudiaban en el Christian Brothers College de Saint Louis, Missouri. Esa amistad determinó en gran parte que Brittingham emigrara a México y que ambos se asociaran en diversas empresas. Una de las más importantes fue la Compañía Jabonera de La Laguna, que había logrado crear un monopolio para la compra de semilla de algodón y su transformación en jabón y aceite. Cuando Villa ocupó la región lagunera, Brittingham huyó a El Paso, Texas, pero nombró a un inglés, Patrick O’Hea (que pronto se convertiría en vicecónsul británico en Torreón) como su gerente general. La ciudadanía estadounidense de Brittingham y la calidad diplomática de O’Hea probablemente contribuyeron a convencer a Villa de no confiscar la compañía sino, por el contrario, llegar a un arreglo con ella. Las plantaciones de algodón que fueron confiscadas y administradas por funcionarios villistas siguieron vendiendo su semilla a Brittingham, quien también se encargaba de vender algodón a sus clientes extranjeros. Uno de los beneficios que obtenía Villa en ese arreglo consistía en recibir más de trescientos cincuenta mil dólares de impuestos de la Compañía Jabonera. Sin embargo, Brittingham fue al parecer uno de los pocos empresarios que resultaron más listos que Villa, porque compraba el algodón muy por debajo de los precios del mercado y lo vendía mucho más caro en Gran Bretaña. Su influencia sobre las autoridades estadounidenses era tan grande que la devolución de su fábrica era uno de los puntos principales de la agenda del general Scott cuando se reunió con Villa para convencerlo de cancelar sus medidas antiestadounidenses (ver Stephen Haber, *Industry and Underdevelopment: The Industrialization of Mexico, 1890-1940*, Stanford University Press, Stanford, 1989, pp. 89-90, 133). Hay una biografía de Brittingham exhaustiva y abundante en información útil: Juan Ignacio Barragán y Mario Cerutti, *F. Brittingham y la industria en México, 1859-1940*, Urbis Internacional, Monterrey, 1993. Se pueden encontrar descripciones detalladas de sus tratos con Villa en el archivo Brittingham, en posesión de Juan Ignacio Barragán, en Monterrey, México.

88. Clendenen, op. cit., pp. 183-84.

89. Ibid., pp. 185-86.

90. Haley, op. cit., p. 175.

91. Ver capítulo 14, [nota 15](#).

92. Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, cit., vol. 2, p. 276.

93. *El Paso Herald*, 10 de septiembre de 1915. También en PST, caja 1, “José Santos Chocano”.

94. Iván Hinojosa, “Jose Santos Chocano. A Poet in the Mexican Revolution”, 1991, ensayo inédito.

95. Archivo de Maytorena, Raúl Madero a Maytorena, 2 septiembre de 1915.

96. Ibid., Raúl Madero a Villa, 9 y 29 de septiembre de 1915.

97. Ibid.

98. Isidro Fabela, y Josefina E. de Fabela (comps.), *Documentos históricos de la revolución mexicana*, cit., vol. 1, p. 366.

99. Papeles de Federico González Garza, Bonilla a Federico González Garza, 10 de octubre de 1915.

100. Vide infra.

101. SDF, 812-00-23133, memorándum de Canova.

102. Teitelbaum, op. cit., p. 303.

103. SDF, 812-00-16083, Carothers al secretario de Estado, 8 de septiembre de 1915.

104. Ibid., 812-00-16142, Cobb al secretario de Estado, 13 de septiembre de 1915.

105. Ibid., 812-00-16209, Cobb al secretario de Estado, 17 de septiembre de 1915.

106. *El Paso Morning Times*, 24 de septiembre de 1915.

107. Vide infra. Una de las razones por las que Ángeles pudo dejar a Villa es que éste sospechaba que conspiraba con Maytorena para destituirlo. Tal era el sentido de una carta anónima enviada a Maytorena desde Ciudad Juárez el 23 de junio de 1915 (papeles de Martín Luis Guzmán; carta de un innominado capitán de la Brigada Morelos a Maytorena, 23 de junio de 1915). Muy posiblemente Maytorena informó a Ángeles del contenido de esta carta. Dado que el íntimo amigo de Maytorena, Aureliano González, había sido fusilado por Villa, Ángeles puede haber creído que le aguardaba un destino similar si se quedaba en la División del Norte.

108. Aguilar Camín, *La frontera nómada*, cit., p. 416.

109. Archivo de Maytorena, Roque González Garza a Maytorena, 23 de septiembre de 1915.

110. Ibid., memorándum de Maytorena sin fecha, titulado “Motivos del distanciamiento del general Villa con el gobernador José María Maytorena”.

111. Ibid., Maytorena a Acosta y Urbalejo, 18 de octubre de 1915.

112. Almada, *Gobernadores...*, cit., p. 464; Silvestre Terrazas, *El verdadero...*, cit., pp. 185-88.

113. Valadés, *Rafael Buelna, las caballerizas de la revolución*, cit., p. 84.

114. Ibid., p. 92.

115. Ibid.

116. Ibid.

117. Ibid.

118. Ver Juvenal (pseudónimo de Enrique Pérez Rul), *¿Quién es Francisco Villa?*, cit., p. 47.

119. Ibid.

120. *Vida Nueva*, 14 de septiembre de 1915.

121. AHDN, XI-481-5-121, caja 7, Guanajuato, Ramírez al secretario de Defensa, memorándum de 1917, sin fecha exacta.

[122.](#) *El Paso Morning Times*, 8 de octubre de 1915.

123. Calzadiaz Barrera, *Hechos reales de la revolución...*, cit., vol. 3, pp. 87-88.

[124](#). John W. Roberts, “Villa’s Own Story of His Life”, publicación del McClure Newspaper Syndicate, n. 35, 1916, p. 8.

[125](#). C. L. Sonnichsen, "Pancho Villa and the Cananea Copper Company", *Journal of Arizona History*, 20, n. 1, primavera de 1979.

126. Papeles del senador Fall, declaración del doctor R. H. Thigpen, 7 de noviembre de 1915.

127. *Vida Nueva*, 21 de noviembre de 1915.

128. Katz, *La guerra secreta*, cit., p. 344; Link, *Woodrow Wilson and the Progressive Era...*, cit., p. 134.

129. Vide supra. Hallamos pruebas adicionales de que estas propuestas no eran un invento de Villa, en un pacto secreto que Canova firmó dos y medio años después con varios empresarios estadounidenses para llevar al poder al líder de la facción conservadora emigrada, Eduardo Iturbide, con ayuda de Estados Unidos. El pacto contiene disposiciones notablemente similares a las que mencionó Villa en sus acusaciones contra Carranza. El punto 10 de ese acuerdo secreto decía:

En compensación de los servicios que usted y sus jefes se obligan a prestar, yo por mí mismo, mis jefes y asociados, me obligo, por mí mismo y por ellos, a que nosotros y el partido político que nos apoya, usaremos toda nuestra influencia y medios de que podamos disponer para conseguir lo siguiente:

A. Que los nombramientos de secretarios de Estado encargados del Despacho de Relaciones Exteriores y Hacienda en el Gobierno Mexicano recaigan en personas especialmente capacitadas para restablecer y conservar la mejor armonía entre los Gobiernos de México y los Estados Unidos e inspiren confianza a usted y sus jefes por lo que se refiere al cumplimiento de las obligaciones aquí contenidas.

B. Que el Gobierno Mexicano nombre a los jefes de usted con el carácter de consejeros de Hacienda o agentes financieros especiales para el arreglo de todas las cuestiones financieras que deban tratarse en los Estados Unidos [...] El nombramiento de agentes financieros da a los jefes de usted el derecho de designar el banco depositario de los fondos del gobierno mexicano, siempre que la designación recaiga en una institución idenca [sic].

El punto 10(g) especificaba que el nuevo gobierno nominaría una misión que tendría poderes para negociar con Estados Unidos “las bases que deban servir para el arreglo de los siguientes asuntos: Chamizal, Aguas del Río Colorado, estaciones navales en el Pacífico, Ferrocarriles Mexicanos estratégicos en la República; y para convenir también los medios apropiados que deban ponerse en práctica para que sus jefes vigilen en México la inversión de los fondos provenientes de los empréstitos colocados por ellos”.

En el punto 10(i) se decía que para “obtener la más perfecta armonía y cooperación entre los gobiernos de México y los Estados Unidos [...] trabajaremos por obtener, favoreciendo, la creación voluntaria por el gobierno mexicano, de zonas militares que cubran y comprendan las líneas ferrocarrileras que cruzan de norte a sur de la República, tanto las existentes como las que puedan construirse en lo sucesivo, bajo condiciones que puedan satisfacer las necesidades de una alianza ofensiva y defensiva y con objeto de que ambos gobiernos tomen igual parte en la defensa de dichas zonas en caso de peligro”.

El punto 10(j) tenía como propósito “la terminación mediante un arreglo satisfactorio para los interesados, de los contratos o concesiones por las cuales el señor Westman L. Pearson, hoy Lord Cowdray, y sus asociados, explotan el ferrocarril entre Puerto México y Salina Cruz, a través del Istmo de Tehuantepec; y la devolución del completo control y explotación de dicho ferrocarril al gobierno de México”. Además, decía que las partes involucradas dispondrían “conceder a sus jefes en igualdad de condiciones la preferencia para la venta de los bonos destinados a proveer los fondos necesarios que permitan al gobierno mexicano dar por terminada dicha concesión; colocar dicho ferrocarril en condiciones de operar con completa eficiencia, construyendo una doble vía en toda su extensión con todos los equipos necesarios, terminales, etcétera [...] en todo caso el gobierno mexicano deberá retener el control de la mayoría de las acciones de la compañía del ferrocarril, concediendo a sus jefes, junto con las demás compensaciones que oportunamente se convengan, la parte de esas acciones que se estima adecuada, pero que no podrán exceder de un cuarenta y nueve por ciento de las mismas”. También se incluía una cláusula que establecía que dicho ferrocarril sería parte de una zona militar, que Estados Unidos tendría derecho a proteger si consideraba que el ferrocarril estaba amenazado. SDF, acuerdo bilingüe sin firma, noviembre de 1917, exp. Leland Harrison, caja 208 (Mexican Intrigue).

130. RGG, González Garza a Villa, 29 de octubre de 1915.

131. Calzadiaz Barrera, op. cit., vol. 3, pp. 141-43.

132. Ver Thomas H. Naylor, "Massacre at San Pedro de la Cueva. The Significance of Pancho Villa's Disastrous Sonora Campaign", en *Western Historical Quarterly* 8, n. 2, abril de 1977.

133. Ver Silvestre Terrazas, op. cit., pp. 194-200.

134. BI, rollo 863. Declaración sin fecha de Hipólito Villa a periódico innominado. Aunque Hipólito no siempre es un testigo muy confiable, las palabras que le imputa a su hermano son muy similares a otros discursos de Villa y, ante todo, son muy similares a la reacción que tuvo cuando Carranza quiso quitarle el mando de la División del Norte, antes de la batalla de Zacatecas.

135. La mejor descripción y reconstrucción de esos últimos días de Villa en Chihuahua se encuentra en el notable libro de Jorge Aguilar Mora, *Una muerte sencilla, justa, eterna*, Era, México, 1990, pp. 116-20.

136. Ibid.

137. SDF, 81200-16964, Edwards al secretario de Estado, 17 de diciembre de 1915.

138. Ibid.

139. *El Paso Herald*, 24 de octubre de 1915.

140. Katz “Pancho Villa and the Attack on Columbus...”, cit., p. 112.

141. S. Terrazas, op. cit., p. 209.

[142.](#) Ibid., p. 203.

143. Katz, op. cit., p. 114.

144. Vide infra.

145. BI, rollo 856, entrevista del agente del Buró F. O. Pendleton con Medinaveitia, 4 de abril de 1916.

146. Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, cit., vol. 2, p. 300.

147. *El Paso Herald*, 10 de noviembre de 1915.

148. *El Paso Times*, 8 de octubre de 1915.

149. Ver capítulo sobre las [fuentes](#).

150. Cervantes, op. cit., pp. 431, 463-64.

151. Ángeles, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, Domés, México, 1982, p. 163.

[152.](#) Ibid., p. 164.

153. Juvenal, *¿Quién es Francisco Villa?*, cit., p. 91.

154. RGG, Federico González Garza a Roque González Garza, septiembre de 1915.

155. Gilly, *La revolución interrumpida*, cit., pp. 216-18.

1. Sobre las intrigas de Creel en Estados Unidos, ver los informes de los agentes carrancistas en archivo de Carranza 5048, 5102, 7471.

2. Luis Herrera siempre había estado opacado por su hermano Maclovio. Aunque heredó las tropas que su hermano había comandado, nunca alcanzó un prestigio comparable.

3. Ver datos biográficos de Enríquez en AHDN, XI/III/2/876, Enríquez, pp. 371-37, 7, hoja de servicios, archivos cancelados; Marta Eva Rocha Islas, *Las defensas sociales en Chihuahua*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1988, p. 130; Almada, *Gobernadores del estado de Chihuahua*, cit, pp. 525-32.

4. Anthony Goldner, *The Demise of the Landed Elite in Revolutionary Mexico, 1913-1920*, tesis de doctorado, Universidad de Chicago, 1993, cap. 2.

5. Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, *Chihuahua, una historia compartida, 1824-1921*, Instituto Mora, México, 1988, pp. 277-78.

6. Ibid.

7. El mejor trabajo sobre estas milicias es Rocha, op. cit.

8. Ver notas [1](#) y [2](#) del capítulo 15.

9. E. Meyer et al., *Museo Histórico de la Revolución en el estado de Chihuahua*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1961, p. 122.

10. SDF, Oficina del Counselor, carta interceptada de Acosta a Villa, 12 de enero de 1916.

11. Ver diferentes puntos de vista sobre los motivos de Villa para atacar Columbus en Katz, "Pancho Villa and the Attack on Columbus, New Mexico", en *The American Historical Review* 83, n. 1, febrero de 1978, pp. 101-30; ver también Charles Harris III y Louis R. Sadler, "Pancho Villa and the Columbus Raid: The Missing Documents", en *New Mexico Historical Review* 50, 1975, pp. 335-47; Larry A. Harris, *Pancho Villa and the Columbus Raid*, El Paso, 1949; Katz, "Alemania y Francisco Villa", en *Historia Mexicana* 12, 1962, pp. 83-103; Francis R. Munch, "Villa's Columbus Raid: Practical Politics or German Design?", en *New Mexico Historical Review* 44, 1969, pp. 189-214; James A. Sandos, "German Involvement in Northern Mexico, 1915-1916: A New Look at the Columbus Raid", en *Hispanic American Historical Review* 50, 1970, pp. 70-89; Tuchman, *The Zimmerman Telegram*, Macmillan, Nueva York, 1966, y E. Bruce White, "The Muddied Waters of Columbus, New Mexico", en *The Americas* 32, 1975, pp. 72-92.

12. Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, México, 1964, vol. 2, pp. 298-99. Almada dice que el cónsul británico en El Paso, Homan C. Hyles, había hecho una declaración a los periodistas en el sentido de que si Villa cruzaba la frontera hacia Estados Unidos pediría su detención y juicio por el asesinato de Benton. Esta noticia fue publicada en diversos periódicos de la ciudad de México, entre ellos *El Demócrata*, y Almada cree que eso hizo que Villa cambiara de opinión y decidiera quedarse en México.

13. Calzadiaz Barrera, *Por qué Villa atacó Columbus, intriga internacional*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1972; Calzadiaz Barrera, *Hechos reales de la revolución*, cit., vol. 6, pp. 11-17. Es muy dudoso que la principal finalidad de Villa fuera vengarse de Sam Ravel. De ser así, Columbus habría sido su primer objetivo. Como se ve más abajo, el objetivo de Villa durante su primera expedición contra Estados Unidos era Presidio, Texas, y no Columbus, Nuevo México. Uno de sus soldados, Juan Caballero, que participó en el fallido ataque a Presidio y también en el de Columbus, dudaba por la misma razón que Ravel fuera el blanco más importante (testimonio de Juan Caballero escrito el 7 de diciembre de 1971 y sometido a la Confederación de Veteranos Revolucionarios de la División del Norte, copia mecanoscrita, p. 3). En su exhaustiva investigación de todos los aspectos del ataque a Columbus, la comisión de inteligencia estadounidense no menciona a Sam Ravel. Por otra parte, en una conversación con su abogado, uno de los atacantes capturados por los estadounidenses dijo que tenía órdenes del comandante villista Candelario Cervantes de capturar a Ravel vivo o muerto (declaración de Santos Torres al abogado Renehem, Calzadiaz Barrera, *Por qué Villa...*, cit., p. 188). La historia de la relación entre Ravel y Villa es oscura. En una carta dirigida al rabino Fierman, el hermano menor de Sam Ravel, Arthur, escribía: “Sí hicimos negocios con prácticamente todos los demás revolucionarios que venían a la frontera de Columbus pero nunca con Villa” (Bloom Southwest Jewish Archives, Universidad de Arizona, Tucson, Arthur Ravel al rabino Floyd Fierman, 16 de noviembre de 1961). Por otra parte, los papeles del senador por Nuevo México, Albert Bacon Fall, contradicen la declaración de Arthur Ravel, ya que contienen una carta de Sam Ravel fechada el 26 de julio de 1914, en la que dice que había sido “retenido por un grupo de villistas en Palomas, al otro lado de la frontera, frente a Columbus, Nuevo México” (Fall al secretario de Estado William Jennings Bryan, 27 de julio de 1914). En el mismo expediente de Ravel, hay una carta sin firma pero probablemente escrita por él, en la que se dice que en enero de 1914 entregó mercancía al teniente coronel Puentes, del ejército villista (papeles de Fall, exp. de Ravel). Es muy posible que una vez que Villa atacó Columbus, Ravel se convirtiera en su segundo objetivo. Por fortuna para él, no estaba en Columbus cuando ocurrió el ataque. Su hermano menor Arthur fue capturado por los villistas quienes lo forzaron a llevarlos a la bodega de su hermano. En el camino, los que lo llevaban fueron muertos por soldados estadounidenses y él logró escapar.

14. Vide supra.

15. Esta carta formaba parte de una colección de documentos encontrados en el cadáver de un villista tras el ataque. Nunca llegaron al archivo del Departamento de Estado, sino que se encuentran en la Oficina del Adjutant General, exp. 2384662, Record Group 94, junto con el exp. 2377632. El texto completo de esta carta se publicó por primera vez en White, art. cit. Una lista completa de los documentos y un intento de análisis se publicó al mismo tiempo en Harris y Sadler, art. cit., pp. 345-47.

16. *El Paso Herald*, 25 de mayo de 1916.

17. John Reed, “The Mexican Conflict”, *The Masses*, VIII, n. 6, junio de 1916, p. 11.

18. McGaw citado en Bill Rakoczy, *Villa Raids Columbus, New Mexico*, Bravo Press, El Paso, 1981, pp. 148-50.

19. Katz, *La guerra secreta*, cit., pp. 378-79.

20. A. A. Bonn, Mexico 1 secr., vol. 1, Dernburg a Holtzendorff, mayo de 1915.

21. Katz, op. cit., p. 387.

[22.](#) Ibid., pp. 614-15.

23. Ibid., pp. 386-87.

24. O puede ser que planeara reclutar una fuerza mayor (con los zapatistas) en seis meses, y al ver que esto era imposible, y que sus recursos disminuían aún más, apresurara la fecha.

25. Calzadiaz Barrera, *Hechos reales...*, cit., vol. 3, pp. 198-99.

26. National Archives, informe de operaciones del “general” Francisco Villa desde noviembre de 1915, Cuartel General de la Expedición Punitiva en el Campo (de aquí en adelante “informe de operaciones”), México, 31 de julio de 1916, pp. 6-7.

[27.](#) José María Jaurieta, *Con Villa (1916-1920). Memorias de campaña*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1997.

28. Testimonio de Thomas B. Holmes, incluido en las pruebas sometidas al Departamento de Estado en el asunto del asesinato de C. R. Watson, administrador de la Cusi Mining Company, y otros, cerca de Santa Isabel en el estado de Chihuahua, México, 10 de enero de 1916, sometido por la Cusi Mining Company, Winston, Payne, Strawn y Shaw, Attorneys, First National Bank Building, Chicago, Illinois. Esta publicación está contenida en SDF, 312-115 C96.

29. Ibid., testimonio de César Sala.

30. Ibid., testimonio de Manuel Silveyra.

31. Ibid., testimonio de R. Calderón, hijo.

32. Ibid., testimonio de B. M. Freudenstein.

33. Ibid., W. D. Pierce a S. L. Pierce, 9 de enero de 1916.

34. Clendenen, *The United States and Pancho Villa...*, cit., p. 224.

35. Informe de operaciones, cit.

36. *El Paso Herald*, 25 de mayo de 1916.

37. Informe de operaciones, cit., p. 11.

38. Ibid., pp. 11-12. Este informe de los funcionarios de inteligencia de Estados Unidos (que nunca se publicó) está confirmado por el testimonio de uno de los participantes en el ataque a Columbus, Juan Caballero, que en 1971 escribió una crónica del ataque que planeaba Villa contra Estados Unidos y lo sometió a la confederación de Veteranos de la División del Norte. Ver artículo de Juan Caballero en *El Sol*, 25 de noviembre de 1971.

39. Estos informes de fuentes estadounidenses fueron confirmados por una fuente mexicana independiente. Juan Caballero, que era el secretario de Nicolás Fernández, también dice que el objetivo inicial de Villa era atacar Presidio, Texas, y que la expedición tuvo que regresar porque el coronel Pérez desertó con sus hombres (María Guadalupe Santa Cruz, “¿Por qué Villa invadió Columbus?”, *El Sol*, 25 de noviembre de 1971).

40. Informe de operaciones, cit., p. 19.

41. Rubén Osorio, *Pancho Villa, ese desconocido*, cit., p. 189.

42. Ibid.

43. Informe de operaciones, cit.

44. Herbert Molloy Mason, Jr., *The Great Pursuit: General John J. Pershing's Punitive Expedition Across the Rio Grande to Destroy the Mexican Bandit Pancho Villa*, Random House, Nueva York, 1970, pp. 7-9.

45. Rakoczy, op. cit., p. 27.

46. Calzadiaz Barrera, *Hechos reales...*, cit., vol. 6, pp. 15-17.

47. Pablo López no menciona tampoco a Ravel en la última entrevista que le hicieron antes de su muerte, cuando habló de los motivos del ataque a Columbus.

48. Informe de operaciones, cit., p. 28.

49. Ibid.

50. Ibid.

51. Mahoney, "The Columbus Raid", en *Southwest Review* 17, invierno de 1932. No hay consenso en cuanto a si Villa pronunció ese discurso, ni siquiera sobre si los hombres que atacaron Columbus sabían que estaban penetrando en Estados Unidos. El "informe de operaciones" cuidadosamente recopilado por los oficiales de inteligencia de la Expedición Punitiva y basado en declaraciones de los villistas prisioneros no menciona el discurso. Muchos de dichos villistas, arrastrados ante los jueces estadounidenses, declararon que no sabían que se hallaban en territorio estadounidense atacando a las tropas de Estados Unidos. Si Villa mencionó a los mexicano-estadounidenses quemados vivos en una cárcel de El Paso, ello constituiría uno de los pocos momentos, si no el único, en que expresó algún interés por los problemas de los mexicano-estadounidenses. A este respecto su actitud era muy distinta de la de Carranza, que intentó utilizar para sus propios fines los movimientos chicanos disidentes y revolucionarios. (Ver el mejor análisis de ese movimiento en James A. Sandos, *Rebellion in the Borderlands: Anarchism and the Plan of San Diego, 1904-1923*, University of Oklahoma Press, Norman, 1992.) Cuando algunos miembros del movimiento de Plan de San Diego para apoyar una posible rebelión mexicano-estadounidense fueron a ver a Villa, éste no sólo se opuso, sino que amenazó con fusilarlos (papeles del senador Fall, declaración sin fecha ni firma, anexada a memorándum para Dan M. Jackson firmado Ges T. Jones y escrito el 28 de diciembre de 1919).

52. Sandos, op. cit., p. 98.

53. Informe de operaciones, cit., p. 32.

54. Clendenen, op. cit., p. 239.

55. Ibid., pp. 236, 246.

56. [Link](#), op. cit., p. 202.

57. Joseph D. Tumulty, *Woodrow Wilson as I Knew Him*, Nueva York, 1921, p. 159.

58. J. Edward Haley, *Revolution and Intervention: The Diplomacy of Taft and Wilson with Mexico*, MIT Press, Cambridge, 1970, p. 194.

59. Ibid., p. 189.

60. Ulloa, *Historia de la revolución mexicana, 1914-1917*, vol. 6, *La Constitución de 1917*, El Colegio de México, México, 1983, p. 64. Hay un gran corpus de literatura sobre la Expedición Punitiva en México. Algunas de las principales obras escritas por estadounidenses son: Braddy, *Pershing's Mission in Mexico*, Western College Press, El Paso 1966; Clendenen, op. cit.; Link, op. cit.; Mason, op. cit.; Donald Smythe, *Guerilla Warrior*, Nueva York, 1963; Michael L. Tate, "Pershing's Punitive Expedition: Pursner of Bandits or Presidential Panacea?", en *The Americas* 32, pp. 46-72, y Frank Tompkins, *Chasing Villa*, Harriburg, Pensilvania, 1939. Dos obras mexicanas: una monografía y una colección de documentos de autores simpatizantes de Carranza, son Alberto Salinas Carranza, *La Expedición Punitiva*, Botas, México, 1936, e Isidro y Josefina E. de Fabela (comps.), *Documentos históricos de la revolución mexicana. Expedición Punitiva*, 2 vols., México, 1967-1968. Obras de autores mexicanos simpatizantes de Villa son Calzadiaz Barrera, *Hechos reales*, cit., vol. 3; Nellie Campobello, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, Ibero-Americana de Publicaciones, México, 1940, y Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*.

61. Clendenen, op. cit., pp. 251-52.

62. Haley, op. cit., p. 190.

63. Ver Stanley Karnow, *In Our Image: America's Empire in the Philippines*, Nueva York, 1989, pp. 139-96.

64. National Archives, Group 165, Records of the War Department, General and Special Staffs, General Correspondence, 1920-1942, green file on Mexican Affairs, Oficina del jefe de Estado Mayor, Departamento de Guerra, 25 de marzo de 1916 y 14 de julio de 1919.

65. Haley, op. cit., p. 195.

66. Ibid., p. 197.

67. E. Meyer et al., op. cit., vol. 1, pp. 71-72.

[68.](#) National Archives, papeles del Adjutant General, Grupo 94, HEO Document exp. 2379210, archivado con 2377632, Pershing al Adjutant General, 18 de abril de 1916.

69. Informe de operaciones, cit., pp. 33-34.

70. Calzadiaz Barrera, *Hechos reales...*, cit., vol. 6, p. 54.

71. Informe de operaciones, cit., p. 38.

72. Ibid., p. 38.

73. Ibid., p. 41.

74. Loc. cit.

75. Loc. cit.

76. PWW, vol. 36, p. 586.

77. Calzadiaz Barrera, op. cit., vol. 6, p. 71.

78. Píndaro Urióstegui Miranda, *Testimonios del proceso revolucionario de México*, cit., p. 120.

79. Informe de operaciones, cit., p. 52; ver proclama de Cervantes.

80. Ibid.

[81.](#) Calzadiaz Barrera, *Hechos reales...*, cit., vol. 6, p. 72; Nugent, *Spent Cartridges of Revolution...*, cit., p. 83.

82. Ana María Alonso, “US Military Intervention, Revolutionary Mobilization, and Popular Ideology in the Chihuahuan Sierra, 1916-1917” en Nugent, *Rural Revolt in Mexico and US Intervention*, Center for US-Mexican Studies, University of San Diego, San Diego, 1988, p. 217. Esta carta la encontraron en el cuerpo de Cervantes los estadounidenses que lo mataron.

83. Informe de operaciones, cit., p. 61. Acosta obviamente quería decir “Hidalgo y Costilla” y “Allende”, pero ésta es la forma en que están escritos los nombres en la traducción que se encuentra en el informe de operaciones. No está claro si el error fue de los estadounidenses o de Acosta.

84. Calzadiaz Barrera, *Villa contra todo...*, cit., vol. 1, pp. 95-96; informe de operaciones, cit., p. 62.

85. Informe de operaciones cit., p. 63.

86. Alonso, op. cit., p. 216.

87. Calzadiaz Barrera, *Hechos reales...*, cit., vol. 6, p. 54; Alonso, loc. cit.

88. Alonso, op. cit.

89. Calzadiaz Barrera, *Villa contra todo...*, cit., vol. 1, p. 92.

90. *El Paso Herald*, 25 de mayo de 1916; MID, Record group 395, E1210.

91. Archivo Privado de Rubén Osorio, Chihuahua, carta de Pablo López.

92. Informe de operaciones, noticia de periódico anexa a la p. 59.

93. Calzadiaz Barrera, *Hechos reales...*, cit., vol. 6, p. 72.

94. PWW, vol. 36, 1916, p. 424, Diario de House, 6 de abril de 1916.

95. [Link](#), op. cit., p. 282.

96. Ibid., pp. 280-81.

97. PWW, loc. cit.

98. Loc. cit.

99. Katz, *La guerra secreta*, p. 356; Haley, op. cit., p. 235.

100. Haley, op. cit., p. 197.

101. Ibid., p. 199.

102. Loc. cit.

103. Ibid., p. 200.

104. Harold Eugene Holcombe, *United States Arms Control and the Mexican Revolution, 1910-1924*, tesis de doctorado, Universidad de Alabama, 1968, p. 127; Emily S. Rosenberg, "Economic Pressures en Anglo-American Diplomacy in Mexico, 1917-1918", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 17, mayo de 1975, pp. 123-52.

105. Almada, *Gobernadores del estado de Chihuahua*, cit., p. 526.

106. Archivo Condumex, papeles de Carranza, sección telegramas Chihuahua, Treviño a Obregón con copia para Carranza, 10 de junio de 1916.

107. AHDN, Chihuahua, Murguía a Carranza, 31 de diciembre de 1916.

108. MID, informes de inteligencia, 11-22-16.

109. MID, informe, 12-27-16.

110. National Archives, Adjutant General's Office, Record Group 395, MRE 1187, Caja 29DF3337, James B. Ord al comandante del Campamento, El Valle, México, 12 de diciembre de 1916.

111. MID, informe de inteligencia, 11-24-16.

1. [SDF, 81200-19083](#), Montague al Departamento de Estado, 30 de agosto de 1916.

2. Informe de operaciones, cit., p. 71.

3. Ibid., p. 75.

4. Ibid.

5. Ibid., p. 74.

6. Ibid., p. 78.

7. Ibid., p. 79.

8. Ibid.

9. Ibid., p. 76.

10. Vide infra.

11. MID, 8529-60, agente de inteligencia al comandante general, Departamento del Sur, 26 de julio de 1916.

12. PRO FO, 371-2702-PO6322, 133407, Patrick O’Hea a Thurstan, 29 de mayo de 1916.

13. Ibid.

14. Ibid., O’Hea a Thurstan, 2 de enero de 1917.

15. Francisco Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, cit., vol. 2, p. 322.

16. Las sospechas de Villa pudieron no ser enteramente infundadas. Dos años más tarde, otro oficial carrancista, el coronel Guajardo, le dijo a Zapata que él y sus hombres estaban dispuestos a pasarse a su bando y, cuando Zapata acudió a verlo, lo hizo asesinar junto con su escolta.

17. Begoña Hernández y Lazo, *Batallas de la Plaza de Chihuahua, 1915-1916*, México, 1984.

18. Jaurrieta, *Con Villa (1916-1929), memorias de campaña*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1997, pp. 36-37.

19. Caraveo no estaba prisionero en Chihuahua y nunca se unió a Villa.

20. Jaurrieta, *Con Villa...*, cit., pp. 36-37.

21. National Archives, grupo 393, Primera Guerra Mundial, expedientes de organización, Expedición Punitiva a México, jefe de Estado Mayor, exp. 1191220, 1916, entrevista con el general Luis J. Comadurán.

22. Jaurrieta, op. cit., p. 38.

23. Hernández y Lazo, op. cit., pp. 38-39, Treviño a Obregón, 20 de septiembre de 1916.

24. SDF, 812-00-19439, cronología del movimiento de Villa.

25. MID, grupo 185, memorándum de Inteligencia Militar, sección Inteligencia, cuartel General, Expedición Punitiva, Ejército de Estados Unidos en campaña cerca de Colonia Dublán, México, 9 de noviembre de 1916. Esta versión se basa en el relato de Rafael Grejales de Pedernales que, según los agentes de inteligencia estadounidenses, tenía relaciones influyentes en Chihuahua.

26. SDF, 812-00-19529, Blocker al Departamento de Estado, 14 de octubre de 1916.

27. Ibid., 812-00-19295 y 812-00-19288, Cobb al secretario de Estado, 25 de septiembre de 1916.

28. Jaurrieta, op. cit., p. 44.

29. Ibid., p. 47.

30. Vide infra.

31. Hernández y Lazo, op. cit., p. 49, Villa a Treviño, Santa Isabel, 23 de octubre de 1916.

[32.](#) Este manifiesto se encuentra en SDF, grupo 76, entrada 145, así como en Almada, op. cit., pp. 382-86.

33. SDF, 812-00-19719, Carothers al Departamento de Estado, 1 de noviembre de 1916.

34. AHDN, Chihuahua, 1916, X1/481.5/72, caja 28, Obregón a Maycotte, 28 de octubre de 1916.

35. AHDN, Chihuahua, 1916, X1/481.5/72, caja 28, Obregón a Maycotte, 29 de octubre de 1916.

36. AHDN, Chihuahua, 1916, X1/481.5/72, caja 28, telegrama sin fecha de Obregón a Murguía.

37. AHDN, Chihuahua, 1916, X1/481.5/72, caja 28, Murguía a Obregón, 22 de noviembre de 1916.

[38.](#) SDF, 812-00-20067, Charles Montague al secretario de Estado Robert Lansing, 9 de diciembre de 1916.

[39.](#) PRO FO, 371-2958 PO 6322, O’Hea a Thurstan, 11 de diciembre de 1916, anexo al despacho n. 499 de Thurstan, 19 de diciembre de 1916, pp. 326-32.

40. Ibid.

41. SDF, 812-00-19972, W. M. Stell al teniente H. O. Flipper, 30 de octubre de 1916.

42. Ibid.

43. Ibid.

44. Ibid., 812-00-19403, Cobb al Departamento de Estado, 3 de octubre de 1916.

45. Ibid., 812-00-19867, Pershing al Adjutant General.

46. Jaurrieta, op. cit., pp. 57-58.

47. AHDN, Chihuahua, 1916, X1/481.5/72, caja 28, Herrera a Obregón, 29 de octubre de 1916.

48. Ibid., Treviño a Obregón, 31 de octubre de 1916.

49. Ibid., Obregón a Treviño, 3 de noviembre de 1916.

50. Archivo Fernando Torreblanca, fondo Álvaro Obregón, serie 1052, inventario 84, exp. Obregón, Álvaro, secretario de Guerra y Marina, foja 226, Treviño a Obregón, 4 de noviembre de 1916.

51. Archivo Fernando Torreblanca, fondo Álvaro Obregón, serie 1052, inventario 84, exp. 1, Obregón, Álvaro, secretario de Guerra y Marina, foja 339, Obregón a Treviño, 18 de noviembre de 1916.

52. AHDN, Chihuahua, 1916, X1/481.5/72, caja 28, Murguía a Carranza, 22 de noviembre de 1916. Ver también *ibid.*, Murguía a Carranza, 25 de diciembre de 1916 y 31 de diciembre de 1916.

53. SDF, 812-00-19395, Cobb al Departamento de Estado, informe sobre opinión de Hunter Mckay, corresponsal de Associated Press en Chihuahua, 3 de octubre de 1916.

54. National Archives, grupo 393, Primera Guerra Mundial, Organización, Expedición Punitiva a México, n. 120-123: The reign of terror in Chihuahua, 27 de noviembre de 1916, informante anónimo al capitán Reed.

55. Jaurrieta, op. cit., p. 64.

56. Ibid., p. 65.

57. MID, Statement of the defense and attack of Chihuahua City, capitán Reed al capitán Campanole, 11 de noviembre de 1916.

58. Ibid.

59. Archivo de Treviño, caja 19, exp. 73, informe del comandante del Noveno Batallón, Primera División, al comandante en jefe del Ejército del Noreste, s.f.

60. Ibid.

61. Ibid.

62. Villa hizo una excepción. Faltó a su palabra respecto de un viejo rival que había peleado contra él en el bando de los orozquistas, Luis Comadurán, quien dijo a los agentes estadounidenses que Villa lo odiaba tanto que había decidido quemarlo vivo públicamente. En el último momento, según su versión, logró escapar (MID, entrevista con Luis J. Comadurán, 20 de diciembre de 1916). No hay forma de comprobar si Comadurán estaba exagerando o Villa tuvo realmente tales intenciones.

63. Archivo de Treviño, caja 19, exp. 73, p. 24, UNAM, Treviño a Obregón, 23 de enero de 1917.

64. AHDN, exp. X1/481-5-72, vol. 3, informe sin fecha de Obregón a Carranza.

65. Ibid., Obregón a Carranza, 29 de noviembre de 1916.

[66.](#) Ver AHDN, 1481-5-72, caja 30, Murguía a Treviño, marzo a mayo de 1917, Murguía a Treviño, 9 de mayo de 1917; archivo de Treviño, Murguía a Treviño, 18 de julio de 1917.

67. SDF, 812-00-19846, Carothers al Departamento de Estado, 7 de noviembre de 1916.

68. National Archives, grupo 120, Primera Guerra Mundial, Organización, Expedición Punitiva a México, cuartel general 1916-17, exp. 775-908-876B, telegrama de Farnsworth a Pershing, 16 de diciembre de 1916.

69. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, 725-1-435, Andrés García a la Secretaría.

70. Archivo de Treviño, caja 19, exp. 73, Treviño a Obregón, anexo secreto a su informe del 23 de enero de 1917.

71. Edward J. Haley, *Revolution and Intervention...*, cit., p. 206.

[72.](#) Ibid., p. 217.

73. PWW, vol. 38, p. 547, Funston al Departamento de Guerra, 25 de octubre de 1916.

74. Ibid., vol. 40, pp. 202-03, Pershing a Funston, 9 de diciembre de 1916.

75. National Archives, grupo 120, Primera Guerra Mundial, Organización, Expedición Punitiva a México, exp. 5254-5274, documentos confidenciales, correspondencia Pershing-Funston, Pershing a Funston, 6 de junio de 1916.

76. Martin Blumenson, *The Patton Papers*, Houghton Mifflin, Boston, 1972-74, vol. 1, pp. 373-74.

77. Ibid., Patton a su padre, 28 de septiembre de 1916.

78. National Archives, grupo 94, Oficina del Adjutant General, exp. 2379210, adicional 8203, 31 de mayo de 1916, anexo a 2377632, Funston al Adjutant General en que se cita mensaje de Pershing, 29 de mayo de 1916.

79. Calzadiaz Barrera, *Villa contra todo y contra todos*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1965, vol. 2, p. 89.

80. Papeles del senador Fall, Huntington Library, Huntington, California, Medler a Fall, 13 de diciembre de 1918. En una carta al fiscal general, el fiscal de Nuevo México Burkhart escribió: “He examinado las pruebas que me entregaron los agentes especiales del Departamento, y me satisface que no puede obtenerse ninguna sentencia contra ninguno de estos acusados según los términos de la sección 4. La única prueba contra ellos es su propia declaración, hecha cuando fueron arrestados y bajo la custodia de autoridades militares. Las declaraciones de los diecinueve sentenciados por asesinato en los tribunales locales informan que fueron forzados, bajo amenaza de muerte, a unirse a las fuerzas de Villa; que no sabían que el objeto de la expedición era un ataque a Columbus, sino que se les dijo que iban a Palomas en el Viejo México, y no supieron hasta después del ataque que estaban en Nuevo México; que no participaron realmente en el ataque excepto porque fueron encargados de cuidar los caballos de quienes entraron en la población; que nunca habían estado en Nuevo México antes de la noche del 9 de marzo de 1916, con ocasión del mencionado ataque, y todos eran ciudadanos mexicanos. El gobierno no conoce ningún testigo que pueda identificar a ninguno de estos hombres como participantes en el ataque. Me parece que estas pruebas son enteramente insuficientes para obtener una sentencia bajo el cargo de incitar, poner en marcha, colaborar o participar en ninguna rebelión o insurrección contra la autoridad de Estados Unidos” (MID, 90755-31-92, Burkhart al fiscal general, 22 de marzo de 1917).

81. Ibid. La frase del juez es una alusión y un ataque a la política de “*watchful waiting*” (cautelosa espera) que propugnaba el presidente Wilson en 1913 y 1914.

82. Transcripción de las sesiones del Tribunal Distrital del sexto Distrito Judicial del estado de Nuevo México dentro y por el Condado de Luna, estado de Nuevo México, demandante contra Eusebio Rentería, Taurino García, José Rodríguez, Francisco Álvarez, José Rangel y Juan Castillo, n. 664, p. 177. Ver una descripción de ese proceso en Kenneth S. Zontek, *"Damned if They Did, Damned if They Didn't."* *The Trial of Six Villistas Following the Columbus Raid, 1916*, tesis de maestría, New Mexico State University, 1993.

83. Artículo, proceso Deming, p. 7. Este artículo me fue enviado por cortesía del tribunal de Deming, pero infortunadamente he extraviado el nombre del autor.

84. Papeles del senador Fall, informe del detective de la Agencia Ben Williams, 18 de mayo de 1916, incluido en la carta de Medler a Fall.

85. Ver nota 84, p. 7.

86. Ver Calzadiaz Barrera, *Por qué Villa atacó Columbus...* cit.

87. Ibid., pp. 290-91.

88. Ver nota 85, p. 9.

89. Vide infra.

90. Calzadiaz Barrera, op. cit., pp. 245, 265.

91. Charles H. Harris III y Louis R. Sadler, "Termination With Extreme Prejudice: The U. S. vs. Pancho Villa", en Harris III y Sadler (comps.), *The Border in the Revolution: Clandestine Activities of the Mexican Revolution, 1910-1920*, High-Lonesome Books, Silver City, Nuevo México, 1988, pp. 7-23.

92. El detective de la agencia Ben Williams que había entrevistado a los villistas sentenciados informó: “Todos ellos afirman que en caso de que Estados Unidos interviniera en México, Japón declararía la guerra a Estados Unidos. Esto se lo dijo Pancho Villa”. Papeles del senador Fall, Huntington Library, correspondencia Medler-Fall, informe del detective de la Ben Williams Detective Agency, 16 de mayo de 1916.

93. Informe de Stone, 9 de agosto de 1916, FBI, rollo 14, citado en Harris y Sadler, op. cit., p. 11.

94. National Archives, grupo 395, Expedición Punitiva, informe de Dyo y Fusita, 23 de septiembre de 1916; Harris y Sadler, op. cit., p. 16.

95. Harris y Sadler, op. cit., p. 15.

96. Ibid., p. 18.

97. Ibid., p. 22, Baker a Gregory, 29 de febrero de 1917.

98. Ibid., p. 21.

99. Ibid., p. 22, Baker a Gregory, 29 de febrero de 1917.

100. Condumex, archivo de Carranza, Andrés García a Carranza, 23 de agosto de 1916, telegramas, Chihuahua. “Japonés *Tsuto Mudyo* infórmame de San Gerónimo, Chihuahua, en carta veinticuatro julio recibida hoy, que el 9 julio envenenó a Francisco Villa en Taramantes cerca de Parral. Creo este mismo es individuo que hace cinco meses ofrecióme hacerlo, pero no concluimos arreglo ninguno porque Primera Jefatura desechó ofrecimiento. Procuro obtener confirmación.” Obviamente Mudyo era el Dyo a que se referían los estadounidenses y que les dijo que había envenenado a Villa.

101. Ver Katz, *La guerra secreta...*, cit. pp. 355-56.

102. Friedhelm Koopmann, *Diplomatie und Reichinteresse das Geheimdienstkalkül in der deutschen Amerikapolitik 1914 bis 1917*, Peter Lang, Frankfurt a. M., 1990, p. 297.

103. Larry D. Hill, *Emissaries to a Revolution: Woodrow Wilson's Executive Agents in Mexico*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1973, p. 370.

104. Diana K. Christopulos, "American Radicals and the Mexican Revolution, 1900-1925", tesis de doctorado inédita, Universidad del Estado de Nueva York en Stony Brook, 1980, p. 246.

105. Ibid., p. 248.

106. Ibid., p. 249.

107. John Reed, “The Mexican Conflict”, en *The Masses*, 6 de junio de 1916.

108. Archivo del Ferrocarril del Noroeste de México (Mexican Northwestern), Universidad de Texas en Austin, exp. secreto 1-201, gerente del Mexican Northwestern a R. Holme Smith, Toronto, 15 de marzo de 1916.

109. No todos los empresarios estadounidenses estaban a favor de la intervención. James W. Malcolmson, que por largo tiempo trabajó para la American Smelting and Refining Company y que ahora trabajaba como ingeniero asesor para El Tigre Mining Company, les dijo a los agentes estadounidenses: “No veo qué particular ventaja obtendrían las minas con las que he tenido relación de una intervención del gobierno de Estados Unidos. Nuestras empresas no han sufrido problemas laborales ni la costosa interferencia de la Western Federation of Labor u otros sindicatos. También hemos estado enteramente a salvo de cualquier proceso por daños personales, los que según creo en Estados Unidos ocupan más de tres cuartas partes del tiempo de todos los tribunales, pero no afectan en ningún grado a las empresas mineras de México. Todo el tiempo hemos producido nuestro mineral con mano de obra de plata y hemos vendido nuestros productos a precio de oro, y de hecho el único inconveniente serio que hemos tenido es el de los años recientes, debido enteramente a la falta de un gobierno ordenado y a las condiciones caóticas de la disputa por el liderazgo”. Malcolmson pensaba que el costo de la mano de obra en México era de veinte a cincuenta por ciento menor, y que esto cambiaría si Estados Unidos ocupaba el país: “[...] Sólo puedo repetir que desde el punto de vista de la minería profesional, no ganaríamos nada con la intervención más allá del simple hecho de que las condiciones de orden que existían hasta hace cinco años siempre significarían una mano de obra más económica. Aparte de eso no ganaríamos nada con la intervención estadounidense debido a que el trabajo se paga en México en plata, no se conocen las demandas por daños personales o de otro tipo y nuestros productos se venden a precio de oro”. National Archives, División del Colegio de Guerra, 8534-114, oficial de inteligencia al comandante general, distrito de Arizona, Douglas, Arizona, 3 de agosto de 1916. También, vide infra.

1. Américo Paredes, *A Texas-Mexican Cancionero. Folksongs of the Lower Border*, University of Illinois Press, Urbana, 1976, pp. 89-91.

2. Roque y Federico González Garza a Venustiano Carranza y los miembros civiles y militares de su gobierno *de facto*, 22 de febrero de 1916, en Isidro Fabela, *Documentos históricos de la revolución mexicana*, México, 1969, vol. 17, pp. 33-46.

3. Armando de Maria y Campos, *Música: crónica biográfica*, México, 1939, pp. 101-03.

4. Papeles Pearson, A. E. Worswick a Body, 29 de junio de 1917.

5. Vide infra.

6. Ver Thomas Benjamin, “Regionalizing the Revolution: The Many Mexicos in Revolutionary Historiography”, en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (comps.), *Provinces of the Revolution: Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990.

7. Vide infra.

8. Alicia Hernández Chávez, “Militares y negocios en la revolución mexicana”, en *Historia Mexicana* 34, n. 2, p. 208.

9. Rosendo Salazar, *La Casa del Obrero Mundial*, México, 1962, p. 216.

10. *Informe del C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del poder ejecutivo de la República, leído ante el Congreso de la Unión en la sesión del 15 de abril de 1917, México, 1917, pp. 2-3.*

11. Vide infra.

12. PRO FO, 371 2964, Harrison a Cummins, 12 de mayo de 1917.

13. Anthony Goldner, *The Demise of the Landed Elite in Revolutionary Mexico, 1913-1920*, tesis de doctorado, Universidad de Chicago, 1993.

14. PRO FO, 371 2964, Patrick O’Hea al Foreign Office, 12 de noviembre de 1917.

15. AHDN, XI/481.5/72, caja 28, Murguía a Carranza, 16 de diciembre de 1916.

16. Los “mecates” eran las cuerdas de maguey que usaba Murguía para colgar a los prisioneros villistas.

17. MID, 8532-345, Oficina Distrital de Inteligencia, El Paso, Texas, 10 de noviembre de 1917.

18. Vide infra.

19. John Womack, *Zapata and the Mexican Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1969, p. 260.

20. Rubén Osorio Zúñiga, *Pancho Villa, ese desconocido*, Ediciones del Gobierno del Estado de Chihuahua, Chihuahua, 1991, p. 189.

21. National Archives, grupo 393, Primera Guerra Mundial, Organización, Expedición Punitiva a México, n. 120-23, "The Reign of Terror in Chihuahua", 27 de noviembre de 1916, informe enviado al capitán Reed.

22. Ibid.

23. Ibid.

24. Ibid.

25. Ibid.

26. Ralph H. Vigel, "Revolution in Confusion: The Peculiar Case of Jose Ines Salazar", *New Mexico Historical Review*, vol. 53, n. 2, abril de 1978, p. 147.

[27.](#) José María Jaurrieta, *Con Villa...*, cit., p. 70.

28. Archivo de Treviño, UNAM, México, Treviño a Murguía, 20 de junio de 1917.

29. Jaurrieta, op. cit., p. 71.

30. Jaurrieta, op. cit., pp. 75-76.

31. Jaurrieta, op. cit., p. 76; Calzadiaz Barrera (*Villa contra todo y contra todos*, cit., vol. 2, pp. 104-05) sugiere una motivación distinta del asesinato de las soldaderas por Villa. Dice que una de ellas trató de matarlo. La versión de Jaurrieta es mucho más verosímil.

La masacre de estas soldaderas y la violación de las mujeres de Namiquipa fueron las mayores atrocidades que cometió Villa contra la población civil durante sus años como revolucionario. Constituyeron un cambio fundamental en la conducta que había seguido antes de su derrota de 1915. Hasta ese momento prácticamente todos los observadores habían quedado impresionados por la disciplina que Villa mantenía y por sus esfuerzos por proteger a los civiles y en especial a los miembros de las clases más bajas.

Previsiblemente, la prensa carrancista no sólo informó sobre estas crueldades, sino que inventó otras que nunca cometió. Así, en 1920, la prensa informaba que Villa había detenido un tren que transportaba soldados carrancistas con sus mujeres; los soldados huyeron y como una de las mujeres trató de matar a Villa, éste mandó matar a trescientas de ellas, junto con sus hijos. Cuando la noticia llegó al gobernador provisional carrancista de Chihuahua, Abel S. Rodríguez, le escribió al secretario de Guerra que en su opinión “estas noticias no sólo son exageradas sino erróneas” (AHDN, XI/481.5/79, caja 71, Abel Rodríguez a la Secretaría de Guerra, 18 de junio de 1920). La prensa informaba que Villa quemaba vivos a muchos de sus prisioneros. No he encontrado corroboración de tales acusaciones, aunque Calzadiaz Barrera, autor favorable a Villa, menciona que, cuando Villa lo capturó, Santos Merino, habitante del pueblo de Bachíniva que había servido de guía a la expedición de Pershing, fue quemado vivo (op. cit., vol. 2, p. 95).

Otra atrocidad atribuida a Villa por la prensa carrancista fue el asesinato de la familia González, constituida por cuatro mujeres y un niño, en la población de Jiménez. Según esas versiones, Villa y algunos de sus hombres entraron en la casa de la familia y trataron de violar a la madre y a sus tres hijas. Como se resistieron, Villa las mató a todas y también al bebé que una de ellas llevaba en brazos.

Jaurrieta rechaza vehementemente esta versión, aunque su jefe tampoco sale muy bien parado en la suya, según la cual Villa le había confiado cincuenta mil pesos a la señora González, que era su amiga desde hacía mucho tiempo. También le había dado un salvoconducto para cruzar sus líneas. La señora había utilizado el salvoconducto para ayudar a los carrancistas y cuando Villa, tras la captura de Jiménez, le pidió que devolviera parte del dinero, ella rehusó. Entonces Villa envió a tres hombres con órdenes de fingir que iban a quemarla, para intimidarla, pero de no hacer tal cosa aunque las mujeres resistieran. Ellas estaban armadas, dispararon contra los soldados villistas y éstos contestaron el fuego y las mataron a todas. Jaurrieta dice que Villa de ninguna manera le habría hecho daño a un niño. Dado que nunca intenta esconder o embellecer las atrocidades cometidas por Villa, su versión es creíble (Jaurrieta, op. cit., pp. 146-47).

32. Papeles de Barragán, UNAM, 373-60, IV-9, folio 1-134, Obregón a Carranza, 19 de diciembre de 1916, informando sobre los mensajes que repetidamente le había enviado a Murguía.

33. AHDN, X1 481-5-72, caja 28, Murguía a Obregón, 11 de diciembre de 1916.

34. Ibid., Murguía a Obregón, 16 de diciembre de 1916.

35. Ibid., Murguía a Talamantes, 19 de diciembre de 1916.

36. Papeles de Barragán, UNAM, 373-60-IV-9, folio 1-134, telegrama de Obregón a Carranza, 19 de diciembre de 1916.

37. AHDN, X1 481-5-72, caja 28, Carranza a Murguía, 24 de diciembre de 1916.

38. AHDN, X1 481-5-72, caja 28, Murguía a Carranza, 25 de diciembre de 1916.

39. SDF, 81200-20271, informe sin firma procedente de Torreón, escrito el 3 de enero de 1917, incluido en el informe consular estadounidense.

40. PRO FO, 371-2959-126937, vicecónsul británico en Torreón Patrick O'Hea a Thurstan.

41. Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, París, Mexique, 14, Bernadini al ministro francés en México, 2 de enero de 1917.

42. O’Hea a Thurstan, cit.

43. PRO FO, 371-2939-126937-41521, Thurstan al Foreign Office, 19 de enero de 1917.

44. SDF, 812-00-20271, informe sin firma desde Torreón, 3 de enero de 1917, incluido en el informe consular del 12 de enero de 1917.

45. Ibid.

46. Jaurrieta, op. cit., p. 84.

47. Ibid.

48. Ibid., pp. 84-85. Se puede hallar una descripción de la batalla desde el punto de vista de Murguía en un ensayo de José Valadés basado en testimonios orales de varios de los lugartenientes carrancistas y publicado en *La Prensa*, San Antonio, Texas, el 19 de marzo de 1935.

49. Ibid., p. 94.

50. Ibid.

51. Ibid., pp. 96-97.

52. Federico Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*, cit., p. 570.

53. Ibid.

54. Jaurrieta, op. cit., p. 102.

55. Ibid.

56. Ibid.

57. Ibid., pp. 105-106; Cervantes, op. cit., p. 571.

58. Entrevista de Hunt con *El Universal Gráfico*, 17 de marzo de 1924.

59. Vide infra.

60. AHDN, X1/481.5/76, caja 30, Treviño a Murguía, 23 de marzo de 1917.

61. Ibid., Murguía a Treviño, 9 de mayo de 1917.

62. *El Universal*, 20 de junio de 1917.

63. Parte de esta carta se encuentra reproducida en el archivo del Departamento de Estado, 81200-21096, National Archives, y se publicó entera en *El Herald del Norte*, el 20 de junio de 1917.

64. Jaurrieta, op. cit., pp. 107-20; *Todo*, 19 de diciembre de 1933, entrevista con Alfonso Gómez Morentín.

65. Papeles de Urquiza, UNAM, Villa a Murguía, 10 de agosto de 1917.

66. Francisco Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, cit., vol. 2, p. 332. Por desgracia, Almada nunca da referencias de sus afirmaciones ni explica en qué se basan. Sin embargo, he comprobado que es un historiador extremadamente serio, que ha trabajado con una enorme cantidad de fuentes primarias y archivos en Chihuahua. En las conversaciones que tuve con él, siempre fue capaz de documentar cada uno de los asertos de sus libros. Otro historiador, José Valadés, que se basa en fuentes inéditas de antiguos villistas, también llegó a la conclusión de que a mediados de 1917 Villa tenía intención de retirarse de la política y de la resistencia activa, aunque no menciona que hiciera ningún esfuerzo concreto por iniciar negociaciones con Murguía (José C. Valadés, *Historia general de la revolución mexicana*, cit., vol. 3, p. 520).

67. Heinrich Heine, *Historisch-kritische Gesamtausgabe der Werke*, Manfred Windfuhr (comp.), Hoffmann und Campe, Hamburgo, 1975, pp. 77-78.

68. Rafael F. Muñoz, *¡Vámonos con Pancho Villa!*, Espasa-Calpe Mexicana, México, 1978, p. 92.

69. PRO FO, 371-2959-126937-41521, Patrick O'Hea a Thurstan, 11 de enero de 1917.

70. AHDN, X1/481-5, Favela a Amaro, 12 de agosto de 1917.

71. AHDN, X1/481-5-76, caja 30, Murguía a Chávez, 30 de mayo de 1917.

[72.](#) Ibid., José Riojas a Carranza, 24 de agosto de 1917.

73. Ibid., Murguía a Chávez, 30 de mayo de 1917.

74. *Periódico Oficial*, n. 7, 1917, sábado 17 de febrero de 1917.

75. Luis González y González, *Pueblo en vilo*, El Colegio de México, México, 1968.

76. Marta Rocha, *Las defensas sociales en Chihuahua*, cit., p. 67.

77. Ibid., p. 68.

78. Archivo privado de Osorio, reseña de los acontecimientos más notables de la defensa social de los Llanos de San Juan Bautista desde su organización a la fecha.

79. Nota a pie de la protesta de Murguía, Condumex, archivo de Carranza, sección de telegramas, Murguía a Carranza, 17 de julio de 1918.

80. Ibid., Enríquez a Carranza, 22 de julio de 1918.

81. Francisco Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, cit., vol. 2, p. 333.

82. Entrevista del autor con Raúl Madero.

[83](#). Katz, *La guerra secreta*, cit., p. 369. El manifiesto se puede ver también en Cervantes, *Francisco Villa...*, cit., pp. 592-95.

84. Marta Rocha, op. cit., p. 95.

85. Papeles del Ferrocarril del Noroeste de México (Mexican Northwestern Railroad), Universidad de Texas en Austin, informe a A. R. Home Smith, presidente, El Paso, Texas, 24 de abril de 1919.

86. Archivo de Enríquez, Salcido a Enríquez, 25 de agosto de 1919.

87. RAT, Carranza a Manuel Aguirre Berlanga, 9 de enero de 1917.

88. Vide supra.

89. RAT, subsecretario de Hacienda a Carranza, 26 de diciembre de 1916.

90. Ibid., Carranza a Aguirre Berlanga, 9 de enero de 1917.

91. Sobre el saqueo de Murguía en las propiedades confiscadas, ver papeles de Treviño, UNAM, administrador de las haciendas confiscadas, Domínguez a Carranza, 30 de enero de 1917. El informe fue erróneamente fechado el 30 de enero de 1916, pero, dado que menciona hechos que ocurrieron a fines de ese año, como la asunción del mando de las fuerzas federales en Chihuahua por Murguía, es obvio que la fecha correcta es 1917.

92. RAT, Ortiz a Carranza, 15 de noviembre de 1918.

⁹³. Katz, op. cit., p. 331, AGN, Gobernación, caja 5, exp. 19, Guillermo Muñoz a Carranza, 10 de mayo de 1916.

94. AGN, Gobernación, gobernador provisional a Carranza, 1 de julio de 1916.

95. Ibid., caja chica 5, exp. 19, subsecretario de Hacienda a Secretaría de Gobernación, 31 de marzo de 1919.

96. Ibid., caja 245, exp. 15, subsecretario de Hacienda a Secretaría de Gobernación, 21 de marzo de 1919.

97. Ibid., caja 88, exp. 32, Luis Terrazas a secretario de Gobernación, 10 de agosto de 1918. Ver una carta muy similar, enviada directamente a Carranza, en la que Terrazas expone los mismos argumentos. AGN, Gobernación, Bienes Intervénidos, Luis Terrazas a Carranza, 11 de octubre de 1919.

98. Ibid., Andrés Ortiz a Aguirre Berlanga, 24 de febrero de 1919.

99. Ibid., subsecretario de Hacienda a Luis Terrazas, 18 de marzo de 1919.

[100](#). Ibid., Carlos Cuilty a Carranza, 6 de febrero de 1920; Aguirre Berlanga a Cuilty, 17 de marzo de 1920.

101. Vide infra.

102. AGN, Gobernación, caja 211, exp. 57, Rodolfo Cruz a Carranza, 8 de febrero de 1917.

103. Vide supra.

104. Archivo de Treviño, informe de Domínguez, administrador de hacienda confiscada, a Carranza, 30 de enero de 1916 (30 de enero de 1917, ver nota 91).

105. MID, 8532-345, informe del teniente coronel de caballería Harry C. Williard a la Oficina Distrital de Inteligencia, 10 de noviembre de 1917. La renta que exigían los terratenientes Terrazas era sólo de la cuarta parte de la cosecha.

106. Enríquez sólo se interesó en la reforma agraria tras el fracaso del contrato de McQuatters. Ver capítulo 20.

107. Vide infra.

108. Vide infra.

1. BI, informe de John Wren, oficina de El Paso, Texas, 9-14 de febrero de 1917.

[2.](#) Louis Stevens, *Here Comes Pancho Villa: An Anecdotal History of a Genial Killer*, Fredrick A. Stokes, Nueva York, 1930, p. 243.

3. MID, 8532-49, Grinstead al comandante de distrito, El Paso, 27 de octubre de 1916.

4. BI, informe de John Wren, *ibid.*

5. BI, Gus Jones a Bielaski, 6 de noviembre de 1918.

6. Jessica Peterson y Thelma Cox Knoles (comps.), *Pancho Villa: Intimate Recollections by People Who Knew Him*, Hastings House, Nueva York, 1977.

7. BI, informe de Gus Jones, 6 de mayo de 1919.

8. Cónsul estadounidense Blocker al Departamento de Justicia, citando carta de Harry B. Bradley, contenida en BI, exp. 184162, J. Edgar Hoover a Luhring, asistente del fiscal general, 16 de mayo de 1927.

9. BI, informe de Gus Jones, 5 de mayo de 1919.

10. BI, exp. 1085-867, informe de Gus Jones, 10 de octubre de 1918.

11. BI, rollo 864, informe del agente Stone sobre una discusión con el coronel Silva, 18 de marzo de 1916.

12. Ibid.

13. Vide supra.

14. BI, memorándum del Departamento de Justicia a Harrison en el Departamento de Estado, 7 de junio de 1917.

15. Ibid.

16. SDF, 862.202 12/1759, microcopia 336, Cobb al secretario de Estado, 26 de octubre de 1917.

17. Ibid.

18. Ver Katz, *La guerra secreta...*, cit., pp. 610-17.

19. Ver MID, 8532-262, informe de Gus T. Jones, 6 de octubre de 1917.

20. Ibid., el informe de Jones contiene una copia de la carta enviada por Castellanos a Villa, 12 de septiembre de 1917.

21. Vide infra.

22. BI, microfilm rollo 857, informe del Departamento de Justicia, 23 de enero de 1917.

[23.](#) BI, 1085-869, informe, 23 de diciembre de 1916.

24. Ibid.

25. Ibid., informe del agente del BI Stone, 22 de enero de 1917.

26. BI, microfilm 1085-869, informe al BI de Archur T. Bailey/Begley, 19 de diciembre de 1916.

27. La inteligencia estadounidense logró interceptar gran número de las cartas que Villa enviaba a sus representantes en Estados Unidos. En un memorándum al Departamento de Estado, un agente del Departamento de Justicia, Gus Jones, escribió: “He logrado mantenerme en estrecho contacto [con Villa] porque actualmente tengo dos buenos informantes en sus fuerzas y he conseguido que un informante mío trabaje como mensajero confidencial entre Pancho y la junta villista local; así que, como usted verá, obtengo información confidencial antes incluso de que se enteren todos ellos”. SDF, 812-00-22452, Gus Jones al Departamento de Estado, 2 de enero de 1919. El principal mensajero entre Villa y Estados Unidos era Alfonso Gómez Morentín, y es interesante preguntarse si él era el informante a que Jones se refería.

28. A. A. Bonn, México 1, vol. 56, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 4 de abril de 1916.

29. HHSTA, PA, México, informes 1916, embajador en Washington a Ministro de Relaciones Exteriores, 17 de abril de 1916.

30. A. A. Bonn, México, vol. 56, Bernstorff a Bethmann, Hollweg, 24 de junio de 1916.

31. Ibid., memorándum Montgelas, 23 de marzo de 1916.

32. Emmanuel Voska y Will Irvin, *Spy and Counterspy*, Nueva York, 1940.

33. Juan Bautista Vargas, “Alemania propone a Villa el control de la zona petrolera”, en *Novedades*, México, 10 de octubre de 1939. No he encontrado ninguna referencia a esa propuesta en ningún documento alemán, pero ello no significa gran cosa ya que la mayoría de los archivos de la inteligencia alemana correspondientes a la primera guerra mundial fueron destruidos y no todos los proyectos de sabotaje se informaban al Ministerio de Relaciones Exteriores, que es la única dependencia alemana importante cuyos archivos están intactos.

34. Katz, op. cit., pp. 439-518.

35. DZA, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité de Presupuesto, 28 de abril de 1917.

36. SDF, 862.202 12/270, microcopia 336, rollo 55, cónsul en Nogales al secretario de Estado, 9 de abril de 1917.

37. Los británicos interceptaron un telegrama en ese sentido de una agencia de inteligencia alemana. Burton J. Hendrick, *The Life of Walter H. Page*, Nueva York, vol. 2, p. 175.

38. PRO FO, 371 3961, minutas del Foreign Office, 29 de junio de 1917.

39. Ibid. 371 2961 3167, memorándum de Cummins, s.f.

40. Ibid.

41. Ibid., memorándum s.f. de Body y carta de Body, 29 de abril de 1917.

42. Ibid., 371 2964 3204, memorándum de Bouchier, 29 de octubre de 1917.

43. Ibid., Barclay a Balfour, noviembre de 1917.

44. Citado por Clifford Wayne Trow, *Senator Albert B. Fall and Mexican Affairs: 1912-1921*, tesis de doctorado, Universidad de Colorado, 1966, p. 151.

45. Katz, op. cit., pp. 562-66.

46. SDF, Oficina del abogado general, informe del Departamento de Guerra al Departamento de Estado, 17 de enero de 1917.

47. Papeles del senador Fall, microfilm E9330, Hunt a Villa, 17 de enero de 1917. En el archivo Calles-Torreblanca hay una fotocopia de una carta subsecuente de Hunt a Villa. Esa carta hace referencias a previos mensajes que Hunt le había enviado a Villa, pero también está fechada el 17 de enero, como la carta original. ¿Significa esto que dicha carta original fue escrita en una fecha anterior o que esta nueva carta es una falsificación? Esto último no es imposible, ya que el texto contiene flagrantes errores de ortografía y de gramática inglesa. Dice que pronto Estados Unidos retirará sus tropas de México y que la opinión pública puede volverse contra Carranza ya que “no es más que un tiranuelo y un completo fracaso incapaz de establecido [sic] un gobierno firme y honesto en México”. A continuación se le propone a Villa encontrarse en la frontera con los senadores Fall y Brandegee “que están muy interesados en conocerlo a usted y en ofrecer su valiosa influencia a sus órdenes, para el establecimiento de un gobierno firme y estable en la parte norte de México, donde dados sus abundantes recursos naturales de [sic] fuerte apoyo financieramente [sic] puede obtenerse de un cierto grupo de capitalistas estadounidenses que poseen grandes intereses petróleos [sic] y mineros en México, grupo que ya está muy influido por el senador Fall en favor de usted, y sólo está esperando que un gobierno estable y honesto se establezca en México, que pueda dar ampliamente [sic] garantías a todas las inversiones extranjeras que son el único medio de conseguir la verdadera paz y posteridad que la mayoría del pueblo mexicano está ansioso de ella [sic]” (archivo Plutarco Elías Calles, en 2398 86, legajo 5-7, fojas 221-224, “Gómez Arnulfo”). Esta carta puede ser una falsificación de los propagandistas mexicanos en Estados Unidos deseosos de explotar la primera carta de Fall. También puede tratarse de una mala traducción.

48. Ibid. Había un detalle extraño en la carta de Hunt. Aunque estaba firmada con su nombre y realmente escrita por él, la caligrafía de la firma no era suya. Probablemente como medida de protección, había pedido a su esposa que escribiera su nombre para, en caso de que la carta fuera interceptada, poder alegar que se trataba de una falsificación.

49. Lorenzo Meyer, *Su majestad británica contra la revolución mexicana...*, cit., p. 101.

50. Papeles del senador Fall, E9330, Hunt a Fall, 5 de febrero de 1917.

51. *El Universal Gráfico*, México, 17 de marzo de 1924.

[52.](#) Papeles del senador Fall, E9330, Fall a Hunt, 1 de febrero de 1917.

53. MID, 9700-840. Declaración de Villa entregada a un funcionario del MID por Hopkins, s.f.

54. José María Jaurrieta, *Con Villa...*, cit., p. 195.

55. Para los historiadores de la revolución mexicana, las actividades de los agentes carrancistas, registradas en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y las de los agentes estadounidenses, que se encuentran en los archivos del BI, Military Intelligence, el Departamento de Estado y otras dependencias estadounidenses, son un tesoro de información.

56. Ver Womack, *Zapata...*, cit., pp. 301-04, 356-58.

57. Papeles de Maytorena, Hurtado Espinosa a Maytorena, 31 de julio de 1922.

58. Ibid.

59. Vide supra.

60. *Los Angeles Examiner*, 27 de marzo de 1919.

61. Papeles de Lázaro de la Garza, Lázaro de la Garza a Federico González Garza, 20 de mayo de 1916.

62. BI, rollo 863, carta interceptada, Hipólito Villa a Francisco Villa, 10 de julio de 1916.

63. *Los Angeles Examiner*, 27 de marzo de 1919.

64. Papeles de Lázaro de la Garza, Adrián Aguirre Benavides a Lázaro de la Garza, 27 de octubre de 1933.

65. Papeles de Roque González Garza, Roque González Garza a Nieto, 15 de agosto de 1916. En su carta Roque González Garza no explica las razones morales para rechazar a Villa. Dado que el ataque a Columbus no era una de ellas, probablemente se refería a las atrocidades y ejecuciones que Villa cometió en 1916 y que afectaban ya no sólo a la clase alta, sino también a las clases media y baja.

66. Almada, *Gobernadores...*, cit., p. 505.

67. Papeles de Roque González Garza, loc. cit.

68. Para una biografía de Díaz Lombardo ver Ramón Puente, *La dictadura, la revolución y sus hombres*, México, 1938, pp. 205-09. Ver papeles de Federico González Garza, Manifiesto de Díaz Lombardo corregido por González Garza.

69. SDF, 81200-20987, Miguel Díaz Lombardo a Villa, 4 de febrero de 1917, carta interceptada por las autoridades estadounidenses.

70. *El Paso Herald*, 22 de diciembre de 1915.

71. BI, rollo 863, Hipólito Villa a Francisco Villa, 10 de julio de 1916.

[72.](#) Ibid., rollo 863, informe del agente del BI Stone, 29 de abril de 1917.

73. Ibid., rollo 863, informe de un agente del BI, 10 de septiembre de 1916.

74. Ibid., rollo 863, entrevista de Hipólito Villa con anónimo, periódico s.f.

75. Para 1918, Hipólito había regresado a México y estaba combatiendo al lado de su hermano. Jaurrieta, op. cit., p. 120.

1. Américo Paredes, *A Texas-Mexican Cancionero. Folksongs of the Lower Border*, University of Illinois Press, Urbana, 1976, pp. 94-96.

2. Papeles de Maytorena, Ángeles a Maytorena, 11 de enero de 1916.

3. Ibid., 13 de febrero de 1916.

4. Ibid.

5. Ibid.

6. *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, cit., p. 220.

7. Ibid., p. 189.

8. Papeles de Maytorena, Ángeles a Maytorena, 13 de marzo de 1916.

9. *Documentos relativos...*, cit., p. 215, Ángeles a Maytorena, 10 de abril de 1917.

10. Biblioteca de la Universidad de Yale, Diary of Frank Polk, entrada del 22 de junio de 1916.

11. Ibid., entradas del 19 y 20 de junio de 1916.

12. Vide infra.

13. [Diary of Frank Polk](#), cit.

14. *Documentos relativos...*, cit., p. 143.

15. Ibid.

16. Ibid., p. 145.

17. Ibid., p. 163.

18. Ibid., p. 144.

19. Gilly, op. cit., p. 25.

20. Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la revolución...*, cit., p. 238.

21. *Documentos relativos...*, cit., p. 144.

[22.](#) Ibid., p. 180.

23. Ibid., p. 164.

24. Ibid., pp. 25-49.

25. Ibid., p. 164.

26. Ibid., pp. 163-64.

27. Ibid., p. 157.

28. Ibid.

29. Ibid., pp. 158-59.

30. Ibid., p. 156.

31. Papeles de Maytorena, Maytorena a Ángeles, 11 de diciembre de 1917.

32. *Documentos relativos...*, cit., pp. 211-12, Ángeles a Maytorena, 21 de marzo de 1917.

33. Ibid., p. 224, Ángeles a Maytorena, 6 de diciembre de 1917.

34. Papeles de Maytorena, Maytorena a Ángeles, loc. cit.

35. *Documentos relativos...*, cit., pp. 226-27, Ángeles a Maytorena, 19 de diciembre de 1917.

36. Papeles de Maytorena, Ángeles a Sarabia, 28 de diciembre de 1917.

37. Sobre estos dos intentos, ver papeles de Maytorena, Calero a Bonilla, 8 de julio de 1916; Calero a Maytorena, 30 de enero de 1917.

38. *Documentos relativos...*, cit., pp. 178-79, Ángeles a Maytorena, 8 de junio de 1916.

³⁹. Ver *Documentos relativos...*, cit., pp. 189, 197-99, Ángeles a Maytorena, 20 de agosto de 1916, y Ángeles a Maytorena, 10 de octubre de 1916.

40. MID, 8532-262, informe de A-R, 26 de marzo de 1918.

41. Puente, *La dictadura, la revolución y sus hombres*, cit., p. 188.

42. SRE, exp. Ángeles.

43. Papeles de Roque González Garza, diario de Roque González Garza, entrada del 11 de julio de 1917.

44. *Documentos relativos...*, cit., p. 233.

45. Departamento de Justicia, *Memorándum para el archivo del Departamento*, 4 de junio de 1919, memorándum sin firma, Felix Sommerfeld.

46. En 1915, Sommerfeld había sido públicamente acusado (aunque nunca fue procesado ni sentenciado) de proporcionar a Villa dinero alemán y de participar en un circuito que falsificaba pasaportes para permitir a reservistas alemanes que vivían en Estados Unidos incorporarse a sus unidades en Alemania. Mucho más incriminatorias para Sommerfeld eran dos cartas interceptadas por el Departamento de Justicia, una en la que el agregado naval alemán en Estados Unidos transmitía al embajador alemán información que le había dado Felix Sommerfeld acerca de contratos militares para Italia, y aún más una carta del propio Sommerfeld al agregado militar alemán en Estados Unidos, Franz von Papen, en que describía los contratos de los Aliados con compañías estadounidenses para la compra de municiones. La gota que acabó de convencer a las autoridades de que Sommerfeld era un agente alemán fue una invitación de boda cancelada. Cuando la hermana de un ejecutivo petrolero estadounidense en México, que conocía bien a Sommerfeld, se casó con un diplomático alemán, se celebró una gran recepción en la embajada alemana en Washington, bajo los auspicios del embajador Bernstorff. Sommerfeld estaba en la lista de invitados y, en el último momento, el embajador en persona canceló la invitación diciendo “que no sería conveniente hacerlo aparecer en ninguna función relacionada con la embajada alemana, ya que es importante que su asociación con dicha embajada se mantenga en secreto” (Departamento de Justicia, exp. Felix Sommerfeld, Boy Edd a Bernstorff, 19 de diciembre de 1914, Felix Sommerfeld; Sommerfeld a Von Papen, 4 de mayo de 1915; Departamento de Justicia, exp. Felix Sommerfeld, declaración de la señora Walker al Departamento de Justicia contenida en memorándum de John Hanna, 26 de abril de 1919).

47. Departamento de Justicia, exp. Felix Sommerfeld, declaración de S. G. Hopkins, s.f.

48. Ibid.

49. Ibid., declaración de John Hanna, 8 de mayo de 1919.

50. Ibid.

51. Ibid., memorándum de John Hanna al señor O'Brian, 27 de mayo de 1919.

52. Ibid., Creighton a Hopkins, 25 de agosto de 1919.

[53](#). National Archives, 9140-1754-46, informe de R. E. MacKenney al Departamento de Guerra, 12 de junio de 1919.

54. Vide infra.

55. BI, rollo 867, Villa a Ángeles, escrito en Jiménez, Chihuahua, el 14 de septiembre de 1918, interceptado por el Buró de Investigación y traducido por uno de sus agentes.

56. Ibid., rollo 867, Villa a Maytorena, 14 de septiembre de 1918, carta interceptada, traducción del texto por agente del Buró de Investigación.

57. Villa escribió esta carta a pesar de las vehementes objeciones de dos de sus consejeros; uno era su hermano Hipólito quien, por una vez, al parecer tenía un punto de vista más objetivo que el de su hermano. El otro consejero de Villa, cuyo nombre en clave era Benjamín, le escribió a Ramón Puente, que se hallaba en Estados Unidos: “El jefe le escribió una carta a don Pepe, para que le fuera reenviada o entregada en persona, en la que le pide que proporcione al mismo A [Ángeles] cierta suma de dinero con objeto de que pueda incorporarse en las condiciones más ventajosas [...] Ni Polo [éste era, según el Buró de Investigación, el seudónimo de Hipólito] ni yo aprobamos la carta, y así lo expresamos, incluso enérgicamente; pero el jefe estaba decidido a hacerlo y lo hizo desde luego. Por Dios, mantenga esto en el más sagrado secreto; puede ser que la cosa salga bien, y el curso de los acontecimientos siga como un arroyo tranquilo y pacífico; pero se lo digo para que no se sorprenda ante cualquier eventualidad y esté preparado a actuar adecuadamente para detener el curso de los acontecimientos si las circunstancias y el bien de la causa así lo exigen, con el tacto y la diplomacia que le son naturales”. MID, exp. 10541-842, Benjamín a Ramón Puente, 20 de octubre de 1918.

58. Papeles de Maytorena, Ángeles a Maytorena, 9 de julio de 1918.

59. Ibid., Maytorena a Ángeles, 16 de julio de 1918.

60. Ibid., Maytorena a Clara Ángeles, 12 de julio de 1918.

61. Ibid., Ángeles a Maytorena, 11 de diciembre de 1918.

62. Ángeles a Calero, 11 de diciembre de 1918, Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la revolución...*, cit., pp. 384-85.

63. Papeles de Roque González Garza, Federico González Garza a Roque González Garza, 17 de febrero de 1919.

64. Vide supra.

65. Véase el manifiesto de Ángeles en Cervantes, op. cit., pp. 271-75.

66. Jaurrieta, op. cit., p. 64.

67. Ibid., pp. 164-65.

68. Papeles del Ferrocarril del Noroeste de México (Mexican Northwestern Railroad), Universidad de Texas en El Paso, gerente del Mexican Northwestern a A. R. Home Smith, presidente de la empresa, 3 de julio de 1919. Según Alfonso Gómez Morentín, que fue ayudante de Villa en sus años de guerrillero, éste recibía alrededor de un millón de dólares al año de las compañías mineras estadounidenses. Ver Luis F. Bustamante, “Los americanos contra Villa”, *Todo*, México, 26 de diciembre de 1933.

69. Jaurrieta, op. cit., p. 166.

70. Cervantes, op. cit., p. 330.

71. Gerente del Ferrocarril del Noroeste a Home Smith, cit.

72. Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*, cit., p. 585.

73. Cervantes, *Felipe Ángeles...*, cit., pp. 296-99.

74. Jaurrieta, loc. cit.

75. Ibid., p. 165.

76. Según Jaurieta, uno de los lugartenientes de Villa, el coronel Silverio Tavares, les había prometido a los Herrera respetarles la vida, pero no tenía para ello la autorización de Villa. Ibid., p. 174.

77. Ibid., pp. 175-76.

78. Ibid., p. 176.

79. Ibid., p. 177.

80. Tan terrible era su odio que, como se recordará, tras la captura de Torreón, cuando sus hombres encontraron el cuerpo sin vida de Luis Herrera, ordenó que lo colgaran de un árbol con una foto de Carranza en una mano y un billete de un peso en la otra.

81. Jaurrieta, op. cit., p. 176.

82. Papeles del senador Fall, H. H. Taft a Fall, 22 de julio de 1919. Lo sucedido en San Isidro está descrito en Víctor Orozco Orozco, “Una maestra, un pueblo”, *Cuadernos del Norte: Sociedad, Política, Cultura*, n. 12, noviembre-diciembre de 1990, pp. 17-23.

83. Cervantes, op. cit., p. 294.

84. Ibid.

85. Papeles de Brittingham, 370065, carta de Patrick O'Hea desde Monterrey, s.f.

86. Ibid.

87. Ibid.

88. Tal vez Villa desoyó las advertencias de Ángeles por su creciente desconfianza en las decisiones y creencias del general.

89. Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*, cit., pp. 601-02.

90. Cervantes, *Felipe Ángeles en la revolución*, cit., pp. 320-21.

91. Ibid., p. 290.

92. SDF, 81200-22827, Erwin al ayudante general, 15 de junio de 1919.

93. Jaurrieta, op. cit., p. 203.

94. MID, 10640-243, informe de agente de inteligencia en servicio a funcionario del Departamento de Inteligencia, Fort Sam Houston, 21 de junio de 1919, visita de mensajero del general Felipe Ángeles al comandante de distrito, distrito de El Paso. El propósito de Ángeles no era sólo asegurar a los estadounidenses que los villistas no les eran hostiles, que, de hecho, habían atacado Ciudad Juárez desde un ángulo que garantizaba que no llegaran disparos a El Paso, y que cuando las tropas estadounidenses cruzaron la frontera, los villistas se habían retirado inmediatamente para no provocar un conflicto internacional, sino que también quería inquirir si el ataque de las tropas estadounidenses contra los villistas era una manifestación de su hostilidad contra éstos. En su carta al general Erwin, Ángeles decía:

No es pertinente recitar aquí mis conocidas simpatías y mi admiración por la patria de Su Excelencia, que, tomando en consideración la influencia que tengo con las tropas revolucionarias podrían también confirmar el espíritu de amistad de que hablo, pero las menciono para que junto con la generosidad que prevalece entre los militares de todos los países, resulte en que Su Excelencia me dé la respuesta que solicito.

Sé por cierto que las fuerzas revolucionarias no poseen aún la posición internacional que se requiere para obtener información oficial y recorro al proverbial espíritu militar de camaradería para obtener dicha información. Porque las fuerzas revolucionarias, que son la fuerza vital del deseo de redención del pueblo mexicano, necesitan, para guiar su conducta, saber si el ataque por parte de las tropas estadounidenses fue un acto de hostilidad contra la nación mexicana o meramente contra el partido revolucionario, un acto tal vez en conjunción con las fuerzas carrancistas.

Esta carta pone de manifiesto la desesperación y la ingenuidad de Ángeles. Probablemente bajo la influencia de las promesas de Calero, Ángeles creía realmente que los estadounidenses apoyarían a su facción o, por lo menos, no actuarían en su contra. Aún era más ingenuo suponer que el general Erwin podía darle seguridades de que los estadounidenses no estaban contra los villistas. Aunque tal hubiera sido el caso –que no era–, Erwin sólo podía darle la respuesta que le dio: “No hay más que un gobierno mexicano reconocido por los Estados Unidos de América y parece que usted y su superior no están en modo alguno conectados ni afirman estar conectados con ese gobierno reconocido por los Estados Unidos de América. Por tanto, declino tener cualquier tipo de comunicación con usted o con su superior sobre cualquier tema relacionado en cualquier forma con dichos gobiernos”.

95. Ibid.

96. Papeles del Ferrocarril del Noroeste de México, cit., gerente en Chihuahua a Home Smith, presidente, 3 de julio de 1919.

97. Cervantes, *Felipe Ángeles en la revolución*, cit., p. 333.

98. BI, 10640-1186.

99. Cervantes, op. cit., pp. 300-01.

100. AHDN, XI/481.5/79, caja 31, Gabino Sandoval al jefe de las operaciones militares en el norte, 20 de septiembre de 1919.

101. SDF, 812-00-23259, cónsul de Estados Unidos en Chihuahua al Departamento de Estado, 1 de diciembre de 1919.

[102.](#) Cervantes, op. cit., p. 324. Para un excelente análisis y descripción del proceso de Ángeles, ver Rubén Osorio, “La muerte de dos generales”, manuscrito s.f.

103. Cervantes, op. cit., p. 329.

104. Ibid., p. 326.

105. Ibid., pp. 326-27.

106. AHDN, cancelados, exp. Ángeles, XI/ 171.1/17, vol. 2, Diéguez a Urquiza, 24 de noviembre de 1919.

107. Ibid.

108. *La Patria*, El Paso, Texas.

109. AHDN, cancelados, exp. Ángeles, XI/ 171.1/17, vol. 2, Diéguez a Urquiza, 24 de noviembre de 1919; Urquiza a Diéguez, 24 de noviembre de 1919.

110. Diéguez siempre insistió en que nada tenía que ver con el proceso y en que todas las decisiones correspondían al consejo de guerra. En realidad, él dirigió el juicio, era responsable ante el gobierno central e informó al cuartel general carrancista todos los detalles de lo que ocurría. Esa declaración probablemente correspondía a su estrategia de disociarse públicamente del proceso.

111. AHDN, XI/481.5/79, caja 31, petición del 24 de noviembre de 1919.

112. Ibid.

113. Cervantes, op. cit., p. 360.

114. Ibid., p. 359.

115. SDF, 812-00-23259, cónsul de Estados Unidos al Departamento de Estado, 1 de diciembre de 1919.

1. Papeles del Ferrocarril del Noroeste de México (Mexican Northwestern Railroad), gerente a Home Smith, 3 de julio de 1919.

2. Ibid.

3. Jaurieta, *Con Villa...*, cit., pp. 214-16.

4. Ibid., p. 218.

5. Federico Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*, cit., p. 611.

6. BI, Díaz Lombardo a Puente, 2 de mayo de 1920, correspondencia interceptada, informe de E. Kosterlitzky, 13 de mayo de 1920.

7. Ibid.

8. Ibid.

9. Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*, cit., p. 616.

10. Ibid., p. 618.

11. Ibid., p. 620; Jaurieta, op. cit., pp. 222-25.

12. MID, 10541-842-18, Villa a Díaz Lombardo, carta interceptada, 6 de junio de 1920.

13. Papeles de Elías Torres, condiciones publicadas el 3 de junio de 1920.

14. Ibid.

15. Cervantes, op. cit., p. 624.

16. Archivo Fernando Torreblanca, fondo Álvaro Obregón, serie 030400, inventario 2403, exp. 387, De la Huerta Adolfo, fojas 34-35, Obregón a De la Huerta, 17 de julio de 1920.

17. Ibid., Obregón a De la Huerta, 18 de julio de 1920, pp. 38-39.

18. Cervantes, loc. cit.

19. Ibid.; Antonio Vilanova, *Muerte de Villa*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1966, p. 63.

20. Cervantes, op. cit., p. 627.

21. PRO FO, 371, 4496, A6267, Patrick O’Hea a Norman King, cónsul general de Gran Bretaña en México, 3 de agosto de 1920, anexada a informe de Cummins al Foreign Office, ibid, 9 de agosto de 1920.

[22.](#) Archivo Fernando Torreblanca, fondo Álvaro Obregón, serie 030400, inventario 2391, exp. 375, Hill Benjamín, Obregón a Hill y Serrano, 26 de julio de 1920, p. 13.

[23.](#) Véase Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, *Chihuahua: Una historia compartida, 1824-1921*, Instituto Mora, México, 1988.

24. Archivo Calles-Torreblanca, fideicomiso, serie 10201, exp. Francisco Villa, Secretaría Particular de la Presidencia.

25. Ibid.

26. Ibid., fondo Álvaro Obregón, serie correspondencia 1920 [030400], exp. Villa Francisco General [2849], Obregón a Villa, 29 de septiembre de 1920.

[27.](#) PRO FO, 371, 4495, 1920, secreto CP 1742, Winston Churchill al Foreign Office, 5 de agosto de 1920.

28. Ibid., 4495, A5426, comentarios del Foreign Office hechos el 9 de agosto de 1920.

29. Ibid., 4496, A6271, Cummins al Foreign Office, 13 de agosto de 1920. Vide infra.

30. Ibid., 371, 4496, A6277, Cummins al Foreign Office, 14 de agosto de 1920.

31. Ibid.

[32.](#) Ibid., 371, 4496, O’Hea a Norman King, cónsul general de Gran Bretaña en México, 13 de agosto de 1920.

33. Vide Infra.

34. Vicente Blasco Ibáñez, *El militarismo mexicano*, Gernika, México, 1995, cap. IX, pp. 135-48.

35. AGN, Gobernación, legajo 244, exp. 32, informe del gobernador provisional del estado de Chihuahua, Andrés Ortiz, al secretario de Gobernación Manuel Aguirre Berlanga, 7 de diciembre de 1918.

36. Vide infra.

37. Papeles del senador Fall, microfilm, M-N 1734, Universidad de Nebraska, Fred H. Dakin, Some Notes on Francisco Villa.

38. Ibid.

39. Relato de Ralph Parker (“dedicado a mi sobrino nieto Ralph Materna”), “A Visit to General Pancho Villa”, manuscrito inédito propiedad de Ralph Parker.

40. Papeles del senador Fall, microfilm, M-N 1734, Fred H. Dakin, op. cit.

⁴¹. Frazier Hunt, “New Peons for Old: A Decade of Revolution in Mexico”, *Century Magazine*, 22 de marzo de 1922, p. 726.

⁴². Eugenia Meyer et al., “La vida con Villa en la hacienda del Canutillo”, en *Secuencia*, n. 5, mayo-agosto de 1986.

43. Entrevista con Hernández Llergo, *El Universal*, 15 de junio de 1922.

44. Meyer et al., op. cit.

45. Regino Hernández Llergo, “Una semana con Francisco Villa”, *El Universal* (publicado entre el 12 y el 18 de junio de 1922), 14 de junio de 1922.

46. Papeles de Elías Torres, Villa a Elías Torres, 9 de agosto de 1920.

47. Hernández Llergo, op. cit., 14 de junio de 1922.

48. AGN, Presidentes, Obregón-Calles, exp. 818 B 13, Albino Aranda a Obregón, 14 de febrero de 1922.

49. Ibid., Martínez a Obregón, 23 de marzo de 1923.

50. Ramón Eduardo Ruiz, *The Great Rebellion...*, p. 198.

51. Relato de Ralph Parker, cit.

52. Hernández Llergo, op. cit., 15 de junio de 1922.

53. *El Diario*, Chihuahua, 26 de julio de 1923.

54. Meyer et al., op. cit., p. 174.

55. *El Diario*, Chihuahua, 26 de julio de 1923.

56. E. Meyer et al., op. cit., p. 178.

57. AGN, papeles Obregón-Calles, 307-E-10, Juan Rivas y Jay Romero a Obregón, 4 de marzo de 1923.

58. Ibid., papeles Obregón-Calles, telegramas, caja 400, exp. 23, VIII, 1921, Enríquez a Obregón, 23 de agosto de 1921.

59. Ibid., Obregón a Enríquez, 21 de agosto de 1921.

60. Meyer et al., op. cit., pp.170-71.

61. Ibid., p. 172.

62. Relato de Ralph Parker, cit.

63. Hernández Llergo, op. cit.

64. MID, Reports on Mexico, 1919-41, n. 4065, microfilm rollo 1, informe fechado 28 de julio de 1923.

65. Meyer et al., op. cit., p. 173.

66. AGN, papeles Obregón-Calles, telegramas, exp. 223-5-3, Villa a Obregón, 3 de enero de 1921.

67. Ibid., Villa a Obregón, sin fecha.

68. Ibid., caja 403, 19 de febrero de 1922.

69. Ibid., Obregón a Villa, 22 de agosto de 1921.

70. Ibid., Villa a Obregón, 20 de febrero de 1922.

71. Ibid., caja 397, legación mexicana en Washington a Obregón, 6 de febrero de 1921.

72. Ibid.

73. Ibid., caja 403, legación mexicana en Washington a Obregón, 20 de febrero de 1922.

74. Ibid., legación mexicana a Obregón, 13 de febrero de 1922.

75. Ibid., Escobar a Obregón, 13 de octubre de 1922.

76. Jaurrieta, op. cit., p. 69.

77. Calzadiaz Barrera, *Hechos reales de la revolución*, cit., vol. 7, p. 266.

78. Ibid.

79. Ibid.

80. Jaurrieta, loc. cit.

81. AGN, Obregón-Calles, telegramas, caja 401, 5 de octubre de 1921.

82. *Novedades*, correspondencia Villa a De la Huerta, 4 y 11 de abril de 1943.

83. AGN, Obregón-Calles, caja 237, decisión de Obregón, 25 de abril de 1921.

84. Meyer et al., op. cit.

85. Hernández Llergo, op. cit., 15 de junio de 1922.

86. Jessica Peterson y Thelma Cox Knoles (comps.), *Pancho Villa. Intimate Recollections...*, cit., p. 205, entrevista con Mabel Silva.

87. MID, 69-756-9, Villa a Luz Corral, s.f. Esta carta es anterior a la estancia de Villa en Canutillo.

88. Ver [capítulo 7](#).

89. Ibid., p. 253.

90. Valadés, “La vida íntima de Villa”, *La Prensa*, San Antonio, Texas, 19 de marzo de 1935. Esta descripción está basada en una entrevista de Valadés con Austreberta.

91. Ibid. En una entrevista que concedió al periódico de Silvestre Terrazas, *La Patria*, que se publicaba en El Paso, Texas, Luz Corral no atribuyó la ruptura al nuevo amor de su esposo por Austreberta, sino a unas cartas que le envió a Villa el profesor Matías García, antiguo tutor de uno de sus hijos, Agustín. En dichas cartas, Matías la acusaba “diciéndole [a Villa] que yo [...] me daba vida de reina y que me mantenía con los políticos, y que todo eran fiestas, mientras él se sacrificaba (Pancho) padeciendo mil privaciones y perseguido por los carrancistas y por las tropas americanas”. *La Patria*, 9 de agosto de 1923.

92. Luz Corral, op. cit., p. 240. La carta se puede encontrar también en el AGN.

93. Ibid., p. 241.

94. Hernández Llergo, op. cit.

95. AGN, papeles Obregón-Calles, carpeta 04958, Manuela Casas viuda de Villa a Obregón, 28 de mayo de 1924.

96. Luz Corral, *op. cit.*, p. 239.

97. AGN, Gobernación, papeles Obregón-Calles, director general de los Ferrocarriles Nacionales a Obregón, 11 de octubre de 1922.

98. AGN, correspondencia Obregón-Calles, Francisco Villa a Obregón, 4 de septiembre de 1922. Otra manifestación de la creciente hostilidad de Villa hacia su hermano fue su decisión de devolver a los dos niños que Hipólito le había secuestrado a su esposa estadounidense Mabel Silva. Peterson y Knoles, op. cit., pp. 200-01.

99. Ver Frazier Hunt, *One American and His Attempt at Education*, Simon and Schuster, Nueva York, 1938, pp. 232-33.

100. Hernández Llergo, op. cit., 18 de junio de 1922.

101. Papeles de Leland Harrison, correspondencia general 1915-1917, contenedor 8, Mexico, Biblioteca del Congreso, memorándum de Leland Harrison, 3 de mayo de 1922.

102. MID, 2657-91410, Summerlin al secretario de Estado, 27 de julio de 1923.

103. BI, WWG-AB 64-125-5. Sin embargo, el gobierno de Estados Unidos tenía buena memoria y no había olvidado el ataque a Columbus. “Quiero que presten atención a este asunto, particularmente en vista de que él está bajo acusación”, les escribió Edgar Hoover, asistente del director del BI, a sus principales agentes en Texas. El agente que tenía mayor experiencia en el trato con los revolucionarios mexicanos, Gus T. Jones, le respondió diciendo que, aunque prestaría toda su atención al asunto, “existen pocas posibilidades de que Francisco Villa venga a Estados Unidos, ya que está plenamente consciente de que se halla actualmente acusado en el estado de Nuevo México bajo el cargo de asesinato con ocasión del ataque a Columbus” (ibid., Gus Jones a J. Edgar Hoover, 23 de febrero de 1923). Sin embargo, el BI no corrió riesgos. “Inmediatamente después de llegadas sus instrucciones”, reportó otro agente a Hoover, “el agente conferenció con los jefes de los siguientes departamentos: Aduanas, Servicio de Inmigración, Servicio de Salud Pública, funcionarios de la estación de cuarentena, Asociación de Pilotos de Galveston, junta directiva de Aduanas e Inmigración, Asociación Marítima de Galveston, alguacil del Condado de Galveston y Policía de la Ciudad de Galveston. El agente transmitió a todos estos funcionarios las instrucciones relativas a los informes ya mencionados y requirió su cooperación en la mayor vigilancia y supervisión de los puertos de Galveston y de la ciudad de Texas, con vistas a aprehender sujeto si intentara ingresar en cualquiera de esos puertos” (ibid., agente Sullivan a J. Edgar Hoover, 23 de febrero de 1923). La visita de Villa a Texas nunca se produjo. Su secretario, Trillo, había escrito a Ramón Puente, uno de los pocos antiguos compañeros y confidentes que aún tenía Villa en Estados Unidos, y le pidió su consejo. Puente le contestó que “en mi opinión Villa debe desistir de su intención de entrar en Estados Unidos, a pesar de la promesa de protección del gobernador de Texas; se expondría al arresto si no al asesinato, no sólo en Texas sino en cualquier parte de este país que pudiera visitar” (ibid., entrevista de agente del BI con Puente, informe de E. Kosterlitzky al BI, 6 de febrero de 1923).

104. AGN, Obregón-Calles, Enríquez a Obregón, 9 de diciembre de 1922.

105. Acta de la Convención Agrarista, Chihuahua, 1923.

106. AGN, papeles Obregón-Calles, Enríquez a Obregón, 12 de febrero de 1924.

107. Ibid., Gobernación, caja 6/48 (C2.34-48).

108. Ibid., papeles Obregón-Calles, exp. 818-C-77, Enríquez a Obregón, 9 de diciembre de 1922; Obregón a Enríquez, 19 de diciembre de 1922.

109. Ibid., AGN, Obregón-Calles, 219-B-8, Villa a Obregón sobre la devolución de una hacienda a los señores Bayán, 4 de febrero de 1922.

110. Por otra parte, ese llamado de Villa podía tener por objeto presionar a los hacendados para que ayudaran a los pobres.

[111](#). AGN, papeles Obregón-Calles, solicitud de los habitantes de Bosque de Aldama, 27 de agosto de 1922.

112. Ibid., Enríquez a Obregón, 24 de mayo de 1922.

113. Ibid., Villa a Obregón, 31 de agosto de 1922.

114. Ibid., Obregón a Villa, 11 de septiembre de 1922.

115. Ibid., subsecretario de Agricultura, R. P. Denegri, a Obregón, 15 de septiembre de 1922.

116. Ibid., Enríquez a Obregón, 21 de diciembre de 1922.

[117](#). Ibid., informe a Obregón sobre la decisión del juez del segundo tribunal civil, 27 de diciembre de 1922.

118. Ibid., Villa a Obregón, 17 de enero de 1923.

119. Ibid., Obregón a Ramón Molinar, 7 de marzo de 1923.

120. Ibid., gobernador Almeida a Obregón, 22 de noviembre de 1924.

[121](#). AGN, ramo Gobernación, Carlos Cuitly a Carranza, 6 de febrero de 1920; Aguirre Berlanga a Cuitly, 17 de marzo de 1920.

[122](#). Las ideas conservadoras de Enríquez se expresan con claridad en su libro *Ni capitalismo, ni comunismo*, México, 1950.

123. Ver Manuel Machado, *The North American Cattle Industry, 1910-1975: Ideology, Conflict, and Change*, Texas A&M University Press, College Station, 1981, pp. 41-47. El análisis más completo y reciente del plan de McQuatters se encuentra en Mark Wasserman, "Strategies for Survival of the Porfirian Elite in Revolutionary Mexico: Chihuahua During the 1920's", en *Hispanic American Historical Review*, 67, n. 1, febrero de 1987. Ver también Luis Aboites Aguilar, *La irrigación revolucionaria*, México, 1987, pp. 119-33; Wasserman, *Persistent Oligarchs: Elites and Politics in Chihuahua, Mexico. 1910-1940*, Duke University Press, Durham, 1993, y Ramón Ruiz, *The Great Rebellion: Mexico 1905-1929*, Norton, Nueva York, 1980, pp. 336-39.

124. AGN, Obregón. Calles, leg. 3 T/V Y Z 86, Labradores Hacienda Torreón, 13 de marzo de 1922.

125. Mark Wasserman, *op. cit.*, pp. 87-107.

126. Ibid., p. 98.

127. AGN, papeles Obregón-Calles, exp. 806-T1, Obregón a Enríquez, 6 de marzo de 1922.

128. Ibid., Villa a Obregón, 12 de marzo de 1922.

129. Ibid., Obregón a Villa, 17 de marzo de 1922.

130. Ibid., memorándum de la Secretaría de Gobernación, rúbrica indescifrable, 28 de marzo de 1922.

131. *Chicago Tribune*, 4 de abril de 1922.

132. Machado, op. cit., pp. 41-47.

133. Para un examen más detenido del contrato McQuatters-Terrazas, ver nota 123.

134. Machado, op. cit., p. 44.

135. AGN, papeles Obregón-Calles, Obregón a Enríquez, 23 de enero de 1923.

136. Wasserman, *Persistent Oligarchs...*, cit., pp. 75-83.

137. Hernández Llergo, op. cit.

138. Ibid., 14 de junio de 1922.

139. Ibid.

140. Ibid., 16 de junio de 1922.

141. Archivo Calles-Torreblanca, Luis León a Calles, informe sobre Villa, 21 de mayo de 1923. No está claro por qué actuó así De la Huerta, que sólo unos meses más tarde, en septiembre, rompería con Obregón y Calles y que en diciembre encabezaría una revolución contra el gobierno. ¿Tenía todavía esperanzas de una verdadera reconciliación con Calles y Obregón? Si era así, no está claro que quería obtener del gobierno a cambio de aplacar a Villa. ¿O temía que Villa llevara a cabo un levantamiento prematuro que sólo lo desacreditaría?

142. Blanco Moheno, *¡Pancho Villa, quien es su padre!*, Diana, México, 1969, p. 236.

143. AGN, papeles Obregón-Calles, caja 127, 307-4-14, informe de un agente anónimo, el 1 de noviembre de 1921.

144. MID, 2657410, Summerlin al Departamento de Estado, 27 de julio de 1923.

145. *El Universal*, 10 de julio de 1922.

1. Entrevista del autor con Raúl Madero; archivo de Osorio, Villa a Obregón, 4 de abril de 1922.

2. Esas armas le hubieran servido a Villa para resistir el ataque a Canutillo, pero no hubieran sido irrelevantes en una sublevación de Villa contra el gobierno.

3. Carta de Villa a *El Universal*, 17 de marzo de 1923.

4. Ibid., y respuesta de Jesús Herrera, *El Portavoz*, Torreón, 31 de marzo de 1923.

5. Rubén Osorio, *Pancho Villa, ese desconocido*, cit., pp. 86-87.

6. Ibid., pp. 174-75. Osorio Zúñiga entrevistó al hermano más chico de los que quedaban vivos, Jesús López, quien le dijo que su hermano Martín había tenido un choque con Villa porque éste no se quiso detener a enterrar a uno de los subordinados de Martín, Anaya, muerto en un combate en que los villistas fueron derrotados. Según Jesús, Martín López fue a ver a Villa y tuvieron un violento altercado. Atenógenes López pensaba que Villa había mandado matar a Martín por eso.

7. Carta de Villa a *El Universal*, cit.

8. *El Portavoz*, cit.

9. AGN, papeles Obregón-Calles, Villa a Obregón, 18 de abril de 1923.

10. Archivo de Osorio, correspondencia de Villa desde Canutillo, Villa a Calles, 18 de abril de 1923.

11. AGN, papeles Obregón-Calles, Obregón a Villa, 9 de mayo de 1923.

12. Ibid., Dolores Herrera a Obregón, 2 de marzo de 1923.

13. Ibid., Obregón a Dolores Herrera, 24 de marzo de 1923.

14. Rubén Osorio, “La muerte de dos generales”, manuscrito s.f., p. 89.

15. AGN, papeles Obregón-Calles, caja 414, Obregón a Eugenio Martínez, 20 de julio de 1923.

16. Ibid.

17. Ibid.

18. Ibid.

19. Osorio, op. cit., entrevista Gil Piñón, pp. 92-93.

20. AGN, papeles Obregón-Calles, Alfredo Paz Gutiérrez a Obregón, 20 de julio de 1923.

21. Obregón a Paz Gutiérrez, 20 de julio de 1923.

22. Ibid., Obregón a Eugenio Martínez, 2 de agosto de 1923.

23. Antonio Vilanova, *Muerte de Villa*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1966, p. 93.

24. AGN, telegramas Obregón-Calles, Obregón a Eugenio Martínez, 22 de julio de 1923.

25. Ibid., Enríquez a Obregón, 21 de julio de 1923.

26. *New York Times*, 24 de julio de 1923.

27. “Editorial Digest”, *Washington Post*, 24 de julio de 1923.

28. Ibid.

29. Ibid.

30. *Omega*, 24 de julio, 2 y 10 de agosto de 1923.

31. *Excelsior*, 23 de julio de 1923.

32. *Omega*, 2 de julio de 1923.

33. Ibid., 27 de julio de 1923.

34. *El Universal*, 23 y 24 de julio de 1923.

35. *Excelsior*, 21 de julio de 1923.

36. *El Demócrata*, 21 de julio de 1923.

37. Ibid., 23 de julio de 1923.

38. Simmons, *The Mexican Corrido as the Source...*, cit., pp. 268-77; Vicente T. Mendoza, *El corrido mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, pp. 67-69; Daniel Moreno (comp.), *Las batallas de la revolución y sus corridos*, Porrúa, México, 1978, pp. 160-61.

39. MID, 2657-4110, Summerlin al secretario de Estado, 27 de julio de 1923.

40. Ibid.

41. Ibid.

42. Ibid.

43. AGN, papeles Obregón-Calles, exp. 101-V-29, Obregón a Calles, 23 de julio de 1923.

44. Ibid., telegramas, 1923, folio 5, Obregón a Castro, 23 de julio de 1923.

45. Citado en Víctor Ceja Reyes, *Yo maté a Francisco Villa*, Centro Librero La Prensa, Chihuahua, 1979, pp. 51-54.

46. AGN, papeles Obregón-Calles, Gandarilla a Obregón, 8 de agosto de 1923.

47. Ibid., exp. 101-V-29, Salas Barraza al general Abraham Carmona, 5 de agosto de 1923.

48. Ibid., exp. 101-V-8, telegrama de Calles a Obregón, 10 de agosto de 1923.

49. Vilanova, op. cit., pp. 99-100.

50. AGN, papeles Obregón-Calles, telegramas, Obregón a Navarro, 8 de agosto de 1923.

51. Ibid., Obregón al jefe de la guarnición en Monterrey, 9 de agosto de 1923.

52. Ibid., Obregón al jefe de la guarnición en Tampico, Lorenzo Muñoz, y al jefe de la guarnición en Monterrey, pidiendo a ambos que localizaran a Navarro, 9 de agosto de 1923.

53. AGN, papeles Obregón-Calles, Azueta a Obregón, 9 y 10 de agosto de 1923.

54. Vide infra.

55. Vilanova, op. cit., p. 101.

56. Elías Torres L., *Hazañas y muerte de Francisco Villa*, Época, México, 1975, pp. 224-25; Carmona a Serrano, 9 de agosto de 1923.

57. Cervantes, *Francisco Villa...*, cit., pp. 641-42.

58. Ceja Reyes, op. cit., p. 196.

59. Vilanova, op. cit., pp. 98-99.

60. Comunicación personal de Bailey.

61. Osorio, *Pancho Villa...*, cit., pp. 88-89.

62. FBI, 64-125-16, informe de Luis D. Nette, 24 de julio de 1923.

63. AJA, Salas Barraza a Amaro, 7 de julio de 1923.

64. FBI, 78149, informe de Manuel Sorola, 20 de agosto de 1923.

65. Vide supra.

66. AFT, fondo Secretaría Particular de la Presidencia, subserie 10201, documentos en caja exp. Villa, Francisco, 61.

67. Ibid., carta anónima a Obregón, 22 de agosto de 1923.

[68.](#) AGN, papeles Obregón-Calles, Castro a Obregón, 7 de julio de 1921. Ver también Torres, op. cit., p. 196.

69. AJA, Salas Barraza a sus compañeros, 6 de agosto de 1923.

70. Ibid., carta de Salas Barraza a Amaro, s.f.

71. Ibid.

72. AJA, Salas Barraza a Abraham Carmona, 5 de agosto de 1923.

73. Ibid., Salas Barraza a Amaro, 4 de octubre de 1923.

74. Ibid., Salas Barraza a Amaro, 3 de octubre de 1923.

75. Ibid., Amaro a Salas Barraza, 11 de octubre de 1923.

76. Ibid., Amaro a Enríquez, 11 de octubre de 1923.

77. AGN, papeles Obregón-Calles, Berlanga a Obregón, 8 de mayo de 1924; Obregón a Berlanga, 17 de mayo de 1924.

78. Ibid., caja 76, exp. 219-L-6, José Amarillas a Obregón, 2 de enero de 1923.

79. Ibid., caja 259, exp. H05-1-188, subsecretario de Agricultura a Calles, 22 de enero de 1926.

80. MID, 4065, microfilm rollo 1, Reports on Mexico, 1919-1941, informe de México, 28 de julio de 1923. Muchos años después de la revolución, en 1951, De la Huerta dijo en una entrevista que “concretamente, [Villa] me prometió su ayuda para una nueva presidencia. ‘Yo todavía tengo pueblo’, me dijo. ‘No estoy acabado como creen’”, *Mundo*, 3 de mayo de 1951.

81. FBI, 64-125-16, informe de Louis D. Nette al BI, 28 de julio de 1923.

82. MID, 4065, microfilm rollo 1, Reports on Mexico, 1919-1941, informe 28 de julio de 1923.

83. FBI, 78149, Manuel Sorola al BI, 20 de agosto de 1923.

84. AGN, Comisión Monetaria, exp. 389, Hipólito Villa, Hipólito a Fernando Torreblanca, 18 de febrero de 1925.

85. Ibid., papeles Obregón-Calles, Austreberta a Obregón, 28 de agosto de 1924.

86. Ibid., Luz Corral a Obregón, 10 de noviembre de 1923.

87. Ibid., Obregón a Hipólito Villa, 3 de agosto de 1923.

88. Ibid., Hipólito a Obregón, 20 de agosto de 1923.

89. Ibid., Hipólito a Obregón, 22 de diciembre de 1923.

90. Ibid., telegramas, Enríquez a Obregón, 12 de febrero de 1924.

91. Archivo Calles, Hipólito Villa a Gómez Morentín, carta interceptada, 23 de febrero de 1924.

92. Ibid., J. M. Álvarez del Castillo a Hipólito, s.f.

93. AGN, papeles Obregón-Calles, telegramas, Obregón a Calles, 10 de febrero de 1924.

94. Sobre la rendición de Fernández y de Hipólito, ver AGN, papeles Obregón-Calles, telegramas, Escobar a Obregón, 11 de mayo de 1924 (Gómez al general Michel, 20 de septiembre de 1924, y secretario de Agricultura al presidente, 25 de octubre de 1924).

95. AGN, papeles Obregón-Calles, Escobar a Obregón, 30 de mayo de 1924.

96. Ibid., Obregón a Francisco Rodríguez León, 22 de octubre de 1924.

97. Ibid., telegramas, Garduño a Obregón, 11 de noviembre de 1924; Obregón a Garduño, 12 de noviembre de 1924.

98. Ibid., Gómez a Calles, 14 de diciembre de 1924, Calles a Gómez, 15 de diciembre de 1924.

99. Peterson y Cox Knoles, op. cit., entrevista con Mabel Silva, pp. 193-204.

100. AJT, Juzgado Segundo de lo Civil, 19 de febrero de 1924, intestado Francisco Villa.

101. AJT, archivo n. 31. Toca a la apelación interpuesta en el juicio civil que sigue el licenciado Manuel Puente, como apoderado del general Francisco Villa, en contra del señor Pedro Meraz, febrero de 1925.

102. En julio de 1923, el periódico *La Patria* dio la siguiente lista de viudas e hijos de Villa: Esther Cardona de Villa, con dos hijos: Francisco Villa Cardona y Esther; Luz Corral de Villa; Soledad R. de Villa que tiene un hijo; Paula Alamillo de Villa, que vivía en Torreón y no le dio hijos; una hija María, de madre desconocida, que está en Canutillo; un hijo de Juana Torres cuya madre murió en Guadalajara; un hijo de Guadalupe Coss que vive también en Canutillo; otro hijo de Petra Espinosa, de Santa Bárbara, que vive igualmente en Canutillo; un hijo Agustín de Asunción R. de Villa, que vive en Canutillo; un hijo de Austreberta Rentería que vive junto con su madre en Canutillo (*La Patria*, 28 de julio de 1923).

103. Ibid., AGN, papeles Obregón-Calles, Austreberta Rentería a Obregón, 8 de agosto de 1923. No está claro qué quería decir Austreberta con que Villa pudo haber muerto debido a su lealtad a Obregón. ¿Quería implicar que lo habían matado enemigos de Obregón que querían desacreditar a éste o que creían que Villa tomaría el lado del gobierno si De la Huerta se sublevaba? ¿O quería decir que, por su lealtad y su confianza en Obregón, Villa no había tomado las precauciones necesarias para proteger su vida? En la posterior correspondencia con Obregón, Austreberta no volvió a mencionar este argumento.

104. Ibid., Obregón a Austreberta, 20 de agosto de 1923.

105. Ibid., Austreberta a Obregón, 21 de agosto de 1923.

106. Ibid., Obregón a Austreberta, 11 de octubre de 1929.

107. Ibid., exp. 101-V-12, Austreberta a Obregón, 17 de marzo de 1924.

108. Luz Corral a Obregón, 30 de julio de 1923.

109. Vide supra.

110. AGN, papeles Obregón-Calles, Obregón a Luz Corral, 20 de agosto de 1923.

111. Ibid., Obregón a Austreberta, 14 de abril de 1924.

112. No hay prácticamente duda de que la decisión de Obregón se debió en gran medida a su simpatía personal por Luz Corral y a la deuda que creía tener con ella. Pero si Obregón se hubiera basado solamente en razones objetivas, probablemente habría llegado a la misma conclusión. La legalidad del matrimonio de Luz Corral fue puesta en duda por dos veces ante los tribunales y por dos veces certificada por éstos. En 1925, Austreberta cuestionó su validez diciendo que, puesto que el certificado de matrimonio estaba fechado el 16 de diciembre de 1915 era inválido, porque Chihuahua estaba entonces todavía bajo el gobierno convencionista y el subsecuente gobierno carrancista declaró que todas las decisiones legales tomadas por el anterior eran ilegales. Aparte de que ni el gobierno de Carranza ni sus sucesores jamás revocaron las licencias de matrimonio ni demás contratos civiles del periodo convencionista, resulta por lo menos muy extraño que la viuda de Pancho Villa quiera basar su reclamación en la teoría de que todas las medidas legales tomadas durante el gobierno de su esposo en Chihuahua fueron ilegales. El cuestionamiento más grave a la legalidad del matrimonio de Luz Corral fue el que hizo nueve años más tarde, en 1934, un abogado que representaba a la hija que tuvo Villa con Juana Torres. Según la acusación, el acta de matrimonio entre Villa y Luz Corral tenía fecha del 16 de diciembre de 1915, pero él se había casado con Juana Torres el 7 de octubre de 1913 y, puesto que ésta no murió sino hasta 1916, al casarse con Luz habría cometido bigamia y el casamiento no era válido. El abogado pedía que la hija de Juana Torres fuera declarada única heredera legal de Villa. Curiosamente, la demanda contaba con el apoyo de otra de las viudas, Soledad Seáñez, quien declaró que puesto que la boda de Luz Corral con Villa era inválida y Juana Torres había muerto en 1916, ella, que se había casado a su vez con Villa el 1 de mayo de 1919, sería la única viuda legal. Sin embargo, estaba dispuesta a reconocer a la hija de Juana Torres como única heredera de las propiedades. Luz Corral rechazó estas reclamaciones diciendo que se había casado con Villa en 1911 y que, por haberse perdido el acta de matrimonio, la de 1915 no era una acta nueva, sino una simple ratificación. Así lo decía en efecto el acta de 1915 y el juez decidió en favor suyo (ibid.).

113. AGN, papeles Obregón-Calles, Obregón a Austreberta, 2 de octubre de 1924.

114. Ibid., Manuela Casas a Obregón, 28 de mayo de 1924.

115. Corral, op. cit., pp. 265-66.

116. Ibid.

[117](#). Archivo Calles, exp. Francisco Villa, gaveta 69, exp. 136, Austreberta Rentería a Calles, 7 de enero de 1932.

118. Corral, op. cit., prefacio.

119. Óscar Ching Vega, *La última cabalgata de Pancho Villa*, Centro Librero La Prensa, Chihuahua, 1977, p. 50.

[120](#). Sobre el papel de Homdahl en la decapitación del cadáver de Villa, ver entrevista al diputado Pedrero en *Novedades*, 18 de octubre de 1954.

121. Sobre la decapitación, ver Elías L. Torres, *La cabeza de Pancho Villa*, Editora y Distribuidora Mexicana, México, 1975; Víctor Ceja Reyes, *Yo decapité a Pancho Villa*, Costa-Amic, México, 1971; Haldeen Braddy, “The Head of Pancho Villa”, en *Western Folklore*, vol. 19, n. 1, enero de 1960, y M. Singer, “La cabeza de Villa”, en *The New Yorker*, 27 de noviembre de 1989.

[122](#). Sobre el traslado de los restos de Villa a la ciudad de México y la ceremonia de Parral, ver Ching Vega, op. cit.

[123](#). Ibid., p. 140.

[124](#). Los debates se pueden consultar en *El Día*, 11 de noviembre de 1966.

[125.](#) John Rutherford, *Mexican Society During the Revolution: A Literary Approach*, Oxford, 1971, pp. 152-53.

126. Ruth Behar, *Translated Woman. Crossing the Border with Esperanza's Story*, Beacon Press, Boston, 1993, pp. 211-13.

127. Henry B. Parkes, *A History of Mexico*, Houghton Mifflin, Boston, 1938, p. 339.

1. RGG, Federico González Garza a Roque González Garza, septiembre de 1915.

2. PST, Silvestre Terrazas a Luis Caballero, 2 de julio de 1914.

3. Entrevista con Adolfo de la Huerta, *Mundo*, 3 de mayo de 1951.

4. Alan Knight, *The Mexican Revolution*, cit., vol. 2, pp. 291, 301.

5. Ibid., p. 298.

1. MLG, cuestionario del doctor Raschbaum.

2. Ibid.

3. MLG, Contrato de Martín Luis Guzmán con Austreberta Rentería y Nellie Campobello.

Bibliografía

- Aboites Aguilar, Luis, *La irrigación revolucionaria. Historia del sistema nacional de riego del río Conchos, Chihuahua, 1927-1938*, Secretaría de Educación Pública, CIESAS, México, 1987.
- Actas del Segundo Congreso de Historia Comparada*, 1990, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1990.
- Actas del Tercer Congreso de Historia Comparada*, 1991, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1992.
- Actas del Cuarto Congreso de Historia Comparada*, 1993, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1995.
- Adame Goddard, Jorge, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990.
- Aguascalientes, gobierno del Estado, *La Soberana Convención Revolucionaria en Aguascalientes, 1914-1989*, Instituto Cultural de Aguascalientes, Aguascalientes, 1990.
- Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada. Sonora y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1977.
- , y Lorenzo Meyer, *In the Shadow of the Mexican Revolution. Contemporary Mexican History, 1910-1989*, University of Texas Press, Austin, 1993.
- Aguilar Mora, Jorge, *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra en la revolución mexicana*, Era, México, 1990.
- Aguilar, José Ángel (comp.), *En el centenario del nacimiento de Francisco Villa*, n. 71, Biblioteca del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1978.
- Aguilar, Rafael, *Madero sin máscara*, Imprenta Popular, México, 1911.
- Aguirre Benavides, Adrián, *Errores de Madero*, Jus, México, 1980.
- Aguirre Benavides, Luis, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa. Memorias de un revolucionario*, A. del Bosque Impresor, México, 1966.
- , y Adrián Aguirre Benavides, *Las grandes batallas de la División del Norte*, Diana, México, 1979.
- Alessio Robles, Miguel, *Obregón como militar*, Cultura, México, 1935.
- , *Mi generación y mi época*, Stylo, México, 1949.
- , *Historia política de la revolución*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- Alessio Robles, Vito, *La Convención en Aguascalientes*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1979.
- Almada, Francisco R., *La rebelión de Tomóchic en Chihuahua*, Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, Chihuahua, 1938.
- , *Resumen de la historia de Chihuahua*, Libros Mexicanos, México, 1955.
- , *La revolución en el estado de Chihuahua*, 2 vols., Talleres Gráficos de la Nación, México, 1965.
- , *Vida, proceso y muerte de Abraham González*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1967.

- , *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuenses*, Impresora de Juárez, Ciudad Juárez, 1968.
- , *La revolución en el estado de Sonora*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1971.
- , *Gobernadores del estado de Chihuahua*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1981.
- , *El presidente Madero y los problemas populares*, El Labrador, Chihuahua, s.f.
- , *Juárez y Terrazas. Aclaraciones históricas*, Libros Mexicanos, México, s.f.
- Alonso, Ana María, *Thread of Blood. Colonialism, Revolution, and Gender on Mexico's Northern Frontier*, University of Arizona Press, Tucson, 1995.
- Alonso Cortés, Rodrigo, *Francisco Villa. El quinto jinete del apocalipsis*, Diana, México, 1972.
- Alperovich, Moisei S. y Boris T. Rudenko, *La revolución mexicana de 1910-17. La política de los Estados Unidos*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1976.
- Alperovich, Moisei S., Boris T. Rudenko y Nikolai M. Lavrov, *La revolución mexicana. Cuatro estudios soviéticos*, Ediciones de los Insurgentes, México, 1955.
- Altamirano, Graziella, César Navarro y Guadalupe Villa, *Durango. Bibliografía comentada*, Instituto Mora, México, 1992.
- , y Guadalupe Villa, *Chihuahua, una historia compartida, 1824-1921*, Instituto Mora, Gobierno del estado de Chihuahua, México, 1988.
- Álvarez Salinas, Gilberto, *Pancho Villa en Monterrey*, Continentes, Monterrey, 1969.
- Alvear Acevedo, Carlos, *Episodios de la revolución mexicana*, Jus, México, 1988.
- Amaya, Juan Gualberto, *Venustiano Carranza, caudillo constitucionalista. Segunda etapa: febrero de 1913 a mayo de 1920*, México, 1947.
- Amaya C., Luis Fernando, *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916*, Trillas, México, 1966.
- Anderson, Rodney, *Outcasts in Their Own Land. Mexican Industrial Workers, 1906-1911*, Northern Illinois University Press, De Kalb, 1976.
- Ángeles, Felipe, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, Álvaro Matute (comp.), Domés, México, 1982.
- , *La toma de Zacatecas*, Secretaría de Educación Pública, México, s.f.
- Ankerson, Dudley, *Agrarian Warlord. Saturnino Cedillo and the Mexican Revolution in San Luis Potosi*, Northern Illinois University Press, De Kalb, 1984.
- Anónimo, *Cartilla revolucionaria para los agentes de propaganda de la causa constitucionalista*, Yucatán, 1915.
- Anónimo, *Romance histórico villista. Diario en verso de un soldado de Villa*, Litográfica Regma, Chihuahua, 1975.
- Araquistáin, Luis, *La revolución mejicana*, Biblioteca del Hombre Moderno, Madrid, 1927.
- Archivo General de la Nación, *Documentos inéditos sobre Emiliano Zapata y el cuartel general*, Comisión para la Conmemoración del Centenario del Natalicio del General Emiliano Zapata, México, 1979.
- Arellano, Luz de, *Palomas, Torreón y Pancho Villa*, Imprenta Venecia, México, 1966.
- Arenas Guzmán, Diego, *Proceso democrático de la revolución mexicana*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1971.
- Arias Olea, Heliodoro, *Apuntes históricos de la revolución de 1910-1911*, Bachíniva, 1960.
- Arnold, Oren, *The Mexican Centaur. An Intimate Biography of Pancho Villa*, Portals Press, Tuscaloosa, Alabama, 1979.
- Arreola Valenzuela, Antonio, Máximo N. Gámiz y José Ramón Hernández, *Summa Duranguense*, Gobierno del estado de Durango, Durango, 1979-80.
- Arriaga, Guillermo, *Relato de los esplendores y miserias del Escuadrón Guillotina, y de cómo participó en la leyenda de Pancho Villa*, Planeta, México, 1991.
- Arroyo Irigoyen, Luz Elena y María del Carmen Barreneche, *El cambio social en el sureste de México. Dos estudios*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 1985.
- Avita Hernández, Antonio, *Corridos de Durango*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1989.

- Azcárate, Juan F., *Esencia de la revolución (lo que todo mexicano debe saber)*, Costa-Amic, México, 1975.
- Azuela, Mariano, *Los de abajo. Novela, cuadros y escenas de la revolución mexicana*, El Paso del Norte, El Paso, 1916.
- Badillo Soto, Carlos, *¡A sus órdenes mi general!*, Talleres Gráficos del Gobierno del estado de Durango, Durango, 1993.
- Baeker, Thomas, *Die Deutsche Mexikopolitik 1913/14*, Colloquium, Berlín, s.f.
- Baerlein, Henry, *Mexico, the Land of Unrest: Being Chiefly an Account of what Produced the Outbreak in 1910*, Filadelfia, 1914.
- Baldwin, Deborah J., *Protestants and the Mexican Revolution. Missionaries, Ministers, and Social Change*, University of Illinois Press, Urbana, 1990.
- Bannon, John Francis, *The Spanish Borderlands Frontier, 1513-1821*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1963.
- Barragán Rodríguez, Juan, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, 2 vols., Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- Barragán, Juan Ignacio y Mario Cerutti, *Juan F. Brittingham y la industria en México 1859-1940*, Urbis Internacional, Monterrey, 1993.
- Barrera Fuentes, Florencio (comp.), *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, 3 vols., Talleres Gráficos de la Nación, México, 1965.
- Barrientos, Herlinda, María Dolores Cárdenas y Guillermo González Cedillo, *Con Zapata y Villa. Tres relatos testimoniales*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1991.
- Bastian, Jean-Pierre, *Protestantismo y sociedad en México*, Casa Unida de Publicaciones, México, 1983.
- , *Los disidentes. Sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1991*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- Bauche Alcalde, *Hombres de la revolución. Villa*, México, s.f.
- Becker, J. L. de, (1914), *De cómo se vino Huerta y cómo se fue. Apuntes para la historia de un régimen militar*, Martínez Fernández del Campo, Luis (comp.), El Caballito, México, 1975.
- Beezley, William H., *Insurgent Governor. Abraham Gonzalez and the Mexican Revolution in Chihuahua*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1973.
- Behar, Ruth, *Traslated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story*, Beacon Press, Boston, 1993.
- Bell, Eduard I., *The Political Shame of Mexico*, McBride, Nast and Company, Nueva York, 1914.
- Benítez, Fernando, *Lázaro Cárdenas y la revolución mexicana. El caudillismo*, vol. 2, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
- Benjamin, Thomas, *A Rich Land, a Poor People. Politics and Society in Modern Chiapas*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1989.
- , y William McNellie (comps.) *Other Mexicos. Essays on Regional Mexican History, 1876-1911*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984.
- , y Mark Wasserman (comps.), *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990.
- Betanzos, Óscar, et al., *Historia de la cuestión agraria mexicana. Campesinos, terratenientes y revolucionarios, 1910-1920*, vol. 3, Siglo XXI, México, 1988.
- Bethell, Leslie (comp.), *Mexico Since Independence*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
- Blaisdell, Lowell L., *The Desert Revolution, Baja California, 1911*, University of Wisconsin Press, Madison, 1962.
- Blanco Moheno, Roberto, *¡Pancho Villa, quien es su padre!*, Diana, México, 1969.
- Blasco, Wenceslao, *Las indiscreciones de un periodista*, Manuel Mañón, México, 1921.
- Blasco Ibáñez, Vicente, *Mexico in Revolution*, Dutton, Nueva York, 1920.
- , *El militarismo mexicano*, Gernika, México, 1995.
- Blumenson, Martin, *The Patton Papers*, 2 vols., Houghton Mifflin, Boston, 1972-74.
- Bonilla, Manuel, *Diez años de guerra*, Fondo para la Historia de las Ideas Revolucionarias en México,

- México, 1976.
- Braddy, Haldeen, *Cock of the Walk. Qui-qui-ri-qui! The Legend of Pancho Villa*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1955.
- , *Pancho Villa at Columbus. The Raid of 1916*, Western College Press, El Paso, 1965.
- , *Pershing's Mission in Mexico*, Western College Press, El Paso, 1966.
- , *The Paradox of Pancho Villa*, Western College Press, El Paso, 1978.
- Brading, D. A. (comp.), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980.
- Breceda, Alfredo, *México revolucionario, 1913-1917*, vol. 1, Tipografía Artística, Madrid, 1920.
- Brenner, Anita, *The Wind that Swept Mexico. The History of the Mexican Revolution*, University of Texas Press, Austin, 1971.
- Brown, Jonathan C., *Oil and Revolution in Mexico*, University of California Press, Berkeley, 1993.
- Bulnes, F., *El verdadero Díaz y la revolución*, México, 1920.
- Bush, I. J., *Gringo Doctor*, Caldwell, Idaho, 1939.
- Buve, Raymond Th. J., *Boeren-mobilisatie en Landhhervorming Tijdens en na de Mexicaanse Revolutie. De vallei van Nativitas, Tlaxcala, tussen 1910 en 1940*, Centrum voor Studie en Documentatie van Latijns Amerika, Amsterdam, 1977.
- , (comp.), *Haciendas in Central Mexico from Late Colonial Times to the Revolution. Labor Conditions, Hacienda Management, and its Relation to the State*, Centre for Latin American Research and Documentation, Amsterdam, 1984.
- , *El movimiento revolucionario de Tlaxcala*, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1994.
- Calero, Manuel, *Un decenio de política mexicana*, Nueva York, 1920 (1a. edición, 1917).
- Calvert, Peter, *The Mexican Revolution, 1910-1914. The Diplomacy of the Anglo-American Conflict*, Cambridge University Press, Cambridge, 1968.
- Calzadía Barrera, Alberto, *Villa contra todo y contra todos*, 2 vols., Editores Mexicanos Unidos, México, 1965.
- , *Hechos reales de la revolución*, Patria, México, 1967-82 (vol. 1, 1967; vol. 2, 1967; vol. 3, 1972; vol. 4, 1973; vol. 5, 1975; vol. 6, 1977; vol. 7, 1980; vol. 8, 1982).
- , *Por qué Villa atacó Columbus. Intriga internacional*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1972.
- , *Víspera de la revolución. El abuelo Cisneros*, Patria, México, 1969.
- , *El general Martín López*, Patria, México, 1975.
- Camp, Roderic A., Charles A. Hale y Josefina Vázquez (comps.), *Los intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México, México, 1991.
- Campobello, Nellie, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, Ibero-Americana de Publicaciones, México, 1940.
- Candelas Villalba, Sergio, *La batalla de Zacatecas*, Gobierno del estado de Zacatecas, Zacatecas, 1989.
- Canto y Canto, Carlos H., *Los halcones dorados de Villa*, Diana, México, 1969.
- Caraveo, Marcelo, *Crónica de la revolución (1910-1929)*, Trillas, México, 1992.
- Cárdenas Noriega, Joaquín, *José Vasconcelos, 1882-1982, educador, político y profeta*, Océano, México, 1982.
- Cardoso, Ciro F. S., Francisco G. Hermosillo y Salvador Hernández, *La clase obrera en la historia de México. De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios*, México, 1980.
- Carr, Barry, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, 2 vols., Secretaría de Educación Pública, México, 1976; Era, México, 1981.
- , *Organized Labor and the Mexican Revolution, 1915-1928*, Occasional Papers, Latin American Studies Centre, Saint Anthony's College, Oxford, 1972.
- Carranza, Venustiano, *Antología*, Josefina Moguel (comp.), Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1986.
- , *Informe del C. Venustiano Carranza, Primer Jeje del ejército constitucionalista encargado del poder ejecutivo de la república mexicana, leído ante el Congreso de la Unión en la sesión del 15 de abril*

- de 1917, México, 1917.
- Carranza Castro, Jesús, *Origen, destino y legado de Carranza*, Costa-Amic, México, 1977.
- Casasola, Gustavo (comp.), *Historia gráfica de la revolución mexicana, 1900-1970*, 10 vols., Trillas, México, 1973.
- Case, Alden Buell, *Thirty Years with the Mexicans. In Peace and Revolution*, Fleming H. Revell Company, Nueva York, 1917.
- Caserini, Aldo, *Le Battaglie di Pancho Villa. L'epopea della rivoluzione messicana*, Varesina Grafica Editrice, Azzate, 1972.
- Castañeda Jiménez, Héctor F., et al., *Jalisco en la revolución*, Gobierno del estado de Jalisco, Guadalajara, 1988.
- Castillo, Heberto, *Historia de la revolución mexicana*, Posada, México, 1977.
- Castillo, José R. del, *Historia de la revolución social de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1985.
- Cazés, Daniel, *Los revolucionarios*, Grijalbo, México, 1973.
- Ceja Reyes, Víctor, *Yo decapité a Pancho Villa*, Costa-Amic, México, 1971.
- , *Yo maté a Francisco Villa*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1979.
- , *Francisco Villa, el hombre*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1979.
- , *Yo, Francisco Villa y Columbus*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1987.
- , *Cabalgando con Villa*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1987.
- Cervantes, Federico, *Francisco Villa y la revolución*, Alonso, México, 1960.
- , *Felipe Ángeles en la revolución. Biografía (1869-1919)*, México, 1964.
- Chávez, José Carlos, *Peleando en Tomóchic*, Imprenta Moderna, Ciudad Juárez, 1955.
- Chávez Calderón, Plácido, *La defensa de Tomóchic*, Jus, México, 1964.
- Ching Vega, Óscar W., *La última cabalgata de Pancho Villa*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1977.
- Clendenen, Clarence C., *Blood on the Border. The United States and the Mexican Irregulars*, Macmillan, Nueva York, 1969.
- , *The United States and Pancho Villa. A Study in Unconventional Diplomacy*, Kennikat Press, Port Washington, 1972.
- Cline, Howard F., *The United States and Mexico*, Atheneum, Nueva York, 1968.
- Coatsworth, John H., *Growth Against Development. The Economic Impact of Railroads in Porfirian Mexico*, Northern Illinois University Press, De Kalb, 1981.
- , *Images of Mexico in the United States*, Center for U. S.-Mexican Studies, San Diego, 1989.
- , *Los orígenes del atraso. Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1990.
- Cockcroft, James D., *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution*, Austin, 1968.
- , *Mexico. Class Formation, Capital Accumulation, and the State*, Nueva York, 1983.
- Coerver, Don M., y Linda B. Hall, *Texas and the Mexican Revolution. A Study in State and National Border Policy, 1910-1920*, Trinity University Press, San Antonio, 1984.
- Coker, William S., *Abraham González*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Álvaro Obregón*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Batalla de Celaya*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Felipe Ángeles*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Francisco Villa*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Periodismo en la revolución*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.

- , *Salvador Alvarado*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Toma de Torreón*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Tratados de Teoloyucan*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Últimos meses de Porfirio Díaz en el poder. Antología documental*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Venustiano Carranza*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- Contreras, Mario y Jesús Tamayo, *México en el siglo XX: 1900-1913*, vol. 1, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.
- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la revolución mexicana. Formación del nuevo régimen*, Era, México, 1973.
- Corral de Villa, Luz, *Pancho Villa en la intimidad*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1976.
- Correa, Eduardo J., *El Partido Católico Nacional y sus directores*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- Corzo Ramírez, Ricardo, José G. González Sierra y David A. Skerritt, ... *Nunca un desleal. Cándido Aguilar, 1889-1960*, El Colegio de México, México, 1986.
- Cosío Villegas, Daniel (comp.), *Historia moderna de México*, 2 vols., Hermes, México, 1956.
- , et al. (comps.), *Historia general de México*, vol. 1, El Colegio de México, México, 1980.
- Creel de Müller, Lulú, *El conquistador del desierto. (Biografía de un soldado de la república)*, Lourdes Creel de Müller, Chihuahua, 1981.
- Cruz, Salvador, *Vida y obra de Pastor Rouaix*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1980.
- Cumberland, Charles C., *Mexican Revolution. The Constitutionalist Years*, University of Texas Press, Austin, 1972.
- , *Mexican Revolution. Genesis Under Madero*, University of Texas Press, Austin, 1974.
- Curiel, Fernando, *La querrela de Martín Luis Guzmán*, Oasis, México, 1987.
- Cuzin, M., *Journal d'un français au Mexique. Guadalajara, 16 novembre-6 juillet 1915*, Lesfargues, París, 1983.
- Davis, Will B., *Experiences and Observations of an American Consular Officer During the Recent Mexican Revolutions*, Chula Vista, California, 1920.
- De Arellano, Luz, ver Arellano, Luz de.
- De Becker, J. L. de, ver Becker, J. L. de.
- De la Garza Treviño, Ciro R., ver Garza Treviño, Ciro R. de la.
- De la Huerta, Adolfo, ver Huerta, Adolfo de la.
- De los Reyes, Aurelio, ver Reyes, Aurelio de los.
- De Maria y Campos, Armando, ver Maria y Campos, Armando de.
- De Orellana, Margarita, ver Orellana, Margarita, de.
- Del Castillo, José R., ver Castillo, José R. del.
- Díaz Soto y Gama, Antonio, *La cuestión agraria en México*, El Caballito, México, 1976.
- Diccionario histórico y biográfico de la revolución mexicana*, 7 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1991.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 3 vols., Porrúa, México, 1986.
- Doerries, Reinhard R., *Imperial Challenge. Ambassador Count Bernstorff and German-American Relations, 1908-1917*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1989.
- Dromundo, Baltasar, *Villa y la "Adelita"*, Victoria de Durango, Durango, 1936.
- Duarte Morales, Teodosio, *El rugir del cañón*, Ciudad Juárez, 1967.
- , *Villa y Pershing. Memorias de la revolución (20 de noviembre de 1910 a 1913)*, El Labrador, Ciudad Juárez, s.f.

- Durán, Esperanza, *Guerra y revolución. Las grandes potencias y México, 1914-1918*, El Colegio de México, México, 1985.
- Eisenhower, John S. D., *Intervention! The United States and the Mexican Revolution, 1913-1917*, Norton, Nueva York, 1993.
- Emiliano Zapata y el movimiento zapatista. *Cinco ensayos*, Secretaría de Educación Pública, México, 1980.
- Enciso, Xavier, *El ataque a Ciudad Juárez y los acontecimientos del 14 al 18 de junio*, El Paso, 1919.
- Enríquez, Ignacio C., *Ni capitalismo ni comunismo, una democracia económica*, Porrúa, México, 1950.
- Fabela, Isidro, *Mis memorias de la revolución*, Jus, México, 1977.
- , *La política interior y exterior de Carranza*, Jus, México, 1979.
- , *Historia diplomática de la revolución mexicana*, 2 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , y Josefina E. de Fabela (comps.), *Documentos históricos de la revolución mexicana*, 27 vols. e índice, Fondo de Cultura Económica, México, 1960-76.
- , *Documentos históricos de la revolución mexicana. Expedición Punitiva*, 2 vols., México, 1967-68.
- Falcón, Romana, *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí, 1910-1938*, El Colegio de México, México, 1984.
- , y Soledad García, *La semilla en el surco. Adalberto Tejeda y el radicalismo en Veracruz, 1883-1960*, El Colegio de México, México, 1986.
- Fatout, Paul, *Ambrose Bierce. The Devil's Lexicographer*, The University of Oklahoma Press, Norman, 1951.
- Fischer Wood, Eric, *Leonard Wood. Conservator of Americanism*, George H. Doran Company, Nueva York, 1920.
- Flores Caballero, R. R., *Administración y política en la historia de México*, México, 1981.
- Flores Vizcarra, Jorge y Otto Granados Roldán, *Salvador Alvarado y la revolución mexicana*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, 1980.
- Florescano, Enrique, *Bibliografía general del desarrollo económico de México, 1500-1976*, Secretaría de Educación Pública, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento de Investigaciones Históricas, México, 1980.
- , *El nuevo pasado mexicano*, Cal y Arena, México, 1992.
- , y Javier Garcíadiego (comps.), *Así fue la revolución mexicana*, 8 vols., Consejo Nacional de Fomento Educativo, México, 1985.
- Foix, Pere, *Pancho Villa*, Trillas, México, 1976.
- Foner, Phillip S., *Mother Jones Speaks: Collected Writings and Speeches*, Monad Press, Nueva York, 1983.
- Frías, Heriberto, *Tomóchic*, Porrúa, México, 1983.
- Friedrich, Paul, *Agrarian Revolt in a Mexican Village*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1970.
- Frost, Elsa Celia, Michael C. Meyer y Josefina Zoraida Vázquez (comps.), *El trabajo y los trabajadores en la historia de México. Ponencias y comentarios presentados en la V Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Pátzcuaro, 12 al 15 de octubre de 1977*, El Colegio de México, México, 1979.
- Fuentes, Carlos, *La muerte de Artemio Cruz*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
- , *The Old Gringo*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1985.
- , *El naranjo o los círculos del tiempo*, Alfaguara, México, 1993.
- Fuentes Mares, José, ... *Y México se refugio en el desierto. Luis Terrazas, historia y destino*, Jus, México, 1954.
- , *La revolución mexicana. Memorias de un espectador*, Grijalbo, México, 1986.
- Furber, Percy N., *I Took Chances: From Windjammers to Jets*, Edgar Backus, Leicester, 1954.
- García de León, Antonio, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, vol. 2, Era, México, 1985.
- Garcíadiego Dantán, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la revolución*

- mexicana*, El Colegio de México, México, 1996.
- García Naranjo, Nemesio, *Memorias de Nemesio García Naranjo. Mis andanzas con el general Huerta*, vol. 7, Talleres de El Porvenir, Monterrey, s.f.
- García Riera, Emilio, *México visto por el cine extranjero, 1970-1988*, Era, México, 1990.
- Garfias M., Luis, *Breve historia militar de la revolución mexicana*, vol. 1, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1981.
- , *Truth and Legend on Pancho Villa. Life and Deeds of the Famous Leader of the Mexican Revolution*, Panorama, México, 1981.
- Garibaldi, Giuseppe, *A Toast to Rebellion*, Publishing Company, Garden City, Nueva York, 1937.
- Garner, Paul H., *La revolución en la provincia. Soberanía estatal y caudillismo en las montañas de Oaxaca (1910-1920)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- Garza Treviño, Ciro R. de la, *La revolución mexicana en el estado de Tamaulipas, 1885-1913*, Porrúa, México, 1973.
- Gerdes, Claudia, *Mexikanisches Banditentum (1827-76) als Sozial-Geschichtliches Phänomän*, Breitenbach, Saarbrücken, 1987.
- Gilderhus, Mark T., *Diplomacy and Revolution. U. S.-Mexican Relations under Wilson and Carranza*, University of Arizona Press, Tucson, 1986.
- Gilly, Adolfo, *The Mexican Revolution*, Verso, NLB, Londres, 1983.
- , *La revolución interrumpida*, Era, México, 1994.
- Girón, Nicole, *Heraclio Bernal. Bandolero, cacique o precursor de la revolución*, México, 1976.
- Goltz, Horst von der, *My Adventures as a German Secret Agent*, Robert M. McBride and Company, Nueva York, 1917.
- Gómez, Marte R., *La reforma agraria en las filas villistas. Años 1913 a 1915 y 1920*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1966.
- , *Pancho Villa. Un intento de semblanza*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- , *Historia de la Comisión Nacional Agraria*, México, 1975.
- Gómez Quiñones, Juan, *Mexican Nationalist Formation. Political Discourse, Policy and Dissidence*, Floricanto Press, Encino, 1992.
- , *Sembradores. Ricardo Flores Magon y el Partido Liberal Mexicano. A Eulogy and Critique*, Chicano Studies Center Publications, Los Ángeles, 1977.
- González, Carlos, *Miguel Ahumada. El gobernador porfirista*, Meridiano 107, Ciudad Juárez, 1992.
- González, Pablo, hijo, *El centinela del fiel constitucionalismo*, Textos de cultura historiográfica, Saltillo, 1971.
- González, Manuel W., *Con Carranza. Episodios de la revolución constitucionalista, 1913-1914*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Contra Villa. Relato de la campaña, 1914-1915*, Botas, México, 1935.
- González Calzada, Manuel, *Historia de la revolución mexicana en Tabasco*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1972.
- , *El agrarismo en Tabasco*, Consejo Editorial del Gobierno del estado de Tabasco, México, 1980.
- González Flores, Enrique, *Chihuahua de la independencia a la revolución*, Botas, México, 1949.
- González Garza, Federico, *La revolución. Mexicana. Mi contribución político-literaria*, México, 1936.
- , *La revolución mexicana*, Partido Revolucionario Institucional, México, 1982.
- González Navarro, Moisés, *La pobreza en México*, El Colegio de México, México, 1985.
- González Pacheco, Cuauhtémoc, *Capital extranjero en la selva de Chiapas 1863-1982*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.
- González Ramírez, Manuel (comp.), *Fuentes para la historia de la revolución mexicana*, 4 vols., Fondo de Cultura Económica, México, 1954-57.
- , *La revolución social de México*, 3 vols., Fondo de Cultura Económica, México, 1966.
- González Roa, Fernando, *Aspecto agrario de la revolución mexicana*, Secretaría de la Reforma Agraria, México, s.f.

- González y González, Luis (comp.), *Fuentes de la historia contemporánea en México. Libros y folletos*, 3 vols., México, 1962-63.
- , *Pueblo en vilo*, El Colegio de México, México, 1968.
- Gordillo y Ortiz, Octavio, *La revolución en el estado de Chiapas*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1986.
- Gracia García, Guadalupe, *El servicio médico durante la revolución mexicana*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1982.
- Gressley, Gene M. (comp.), *Old West / New West. Quo Vadis?*, High Plains Publishing Company, Worland, Wyoming, 1994.
- Grieb, Kenneth J., *The United States and Huerta*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1969.
- Griffen, William B., *Apaches at War and Peace. The Janos Presidio, 1750-1858*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1988.
- Grimaldo, Isaac, *Apuntes para la historia. Contiene la vida, muerte y funerales del general Maclovio Herrera y ligeros apuntes biográficos de sus principales compañeros de armas. Precedidos de un juicioso proemio del modesto escritor Rafael S. Lechón*, Gobierno potosino, Imprenta de la Escuela Industrial Militar, San Luis Potosí, 1916.
- Gruening, Ernest, *Mexico and its Heritage*, Century Company, Nueva York, 1928.
- Guerra, François-Xavier, *Le Mexique. De l'ancien régime à la révolution*, 2 vols., L'Harmattan, París, 1985.
- Guerrero, Práxedes G., 1991, *Práxedes G. Guerrero. Artículos literarios y de combate; pensamientos, crónicas revolucionarias, etc.*, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, México, 1977.
- Guilane, Jacques, *Pancho Villa. L'aventurier de la révolution*, La Pensée Universelle, París, 1985.
- Guilderhus, Mark T., *Pan-American Visions. Woodrow Wilson in the Western Hemisphere, 1913-1921*, University of Arizona Press, Tucson, 1986.
- Guilpain Peuliard, Odile, *Felipe Ángeles y los destinos de la revolución mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- Gutelman, Michel, *Réforme et mystification agraires en Amérique Latine. La cas du Mexique*, François Maspero, París, 1971.
- Guzmán, Martín Luis, *Memorias de Pancho Villa*, Porrúa, México, 1984.
- , *El águila y la serpiente*, Porrúa, México, 1987.
- , *Muertes históricas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1990.
- Guzmán Esparza, Roberto, *Memorias de don Adolfo de la Huerta*, Guzmán, México, 1957.
- Haber, Stephen, *Industry and Underdevelopment. The Industrialization of Mexico, 1890-1940*, Stanford University Press, Stanford, 1989.
- Haley, J. Edward, *Revolution and Intervention. The Diplomacy of Taft and Wilson with Mexico*, Massachusetts Institute of Technology Press, Cambridge, 1970.
- Hall, Linda B., *Alvaro Obregon. Power and Revolution in Mexico, 1911-1920*, A&M University Press, College Station, Texas, 1981.
- y Don M. Coerver, *Revolution on the Border. The United States and Mexico, 1910-1920*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1988.
- Harrer, Hans Jürgen, *Die Revolution in Mexiko*, Paul Rugenstein, Colonia, 1973.
- Harris III, Charles H. y Louis R. Sadler, *The Border and the Revolution. Clandestine Activities of the Mexican Revolution 1910-1920*, High-Lonesome Books, Silver City, 1988.
- Harris, Larry A., *Pancho Villa and the Columbus Raid*, McMath Company, El Paso, 1949.
- , *Pancho Villa. Strong Man of the Revolution*, High-Lonesome Books, Silver City, 1989.
- Hart, John Mason, *Anarchism and the Mexican Working Class, 1860-1931*, University of Texas Press, Austin, 1978.
- , *Revolutionary Mexico. The Coming and Process of the Mexican Revolution*, University of California Press, Berkeley, 1987.
- Hatch, Nelle Spilsbury y B. Carmon Hardy, *Stalwarts South of the Border*, M. Knudsen, El Paso, 1985.

- Heine, Heinrich, *Historisch-kritische Gesamtausgabe der Werke*, Manfred Windfuhr (comp.), Hoffmann und Campe, Hamburgo, 1975.
- Henderson, Paul V. N., *Mexican Exiles in the Borderlands, 1919-1913*, Texas Western Press, El Paso, 1979.
- , *Felix Diaz, the Porfirians, and the Mexican Revolution*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1981.
- Hendrick, Burton J., *The Life of Walter H. Page*, 3 vols., Doubleday, Page and Company, Nueva York, 1923-25.
- Hernández Chávez, Alicia, *La tradición republicana del buen gobierno*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
- Hernández y Lazo, Begoña, *Las batallas de la plaza de Chihuahua, 1915-1916*, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, México, 1984.
- , et. al. (comps.), *Las mujeres en la revolución mexicana, 1884-1920. Biografías de mujeres revolucionarias*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1992.
- Herrera, Celia, *Francisco Villa ante la historia*, Costa-Amic, México, 1981.
- Herrera-Sobek, María, *The Mexican Corrido. A Feminist Analysis*, University of Indiana Press, Bloomington, 1990.
- Herrera-Vargas, Benjamín, *La revolución en Chihuahua, 1910-1911*, México, s.f.
- Hicks, Granville, *John Reed. The Making of a Revolutionary*, Macmillan, Nueva York, 1936.
- Hill, Larry D., *Emissaries to a Revolution. Woodrow Wilson's Executive Agents in Mexico*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, Luisiana, 1973.
- Hobsbawm, Eric, *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movements in the 19th and 20th Centuries*, Norton, Nueva York, 1965.
- Holden, Robert Curry, *Mexico and the Survey of Public Lands. The Management of Modernization, 1876-1911*, Northern Illinois University Press, De Kalb, 1994.
- , *Teresita*, Stemmer House, Owings Mills, Maryland, 1978.
- Houston, David F., *Eight Years with Wilson's Cabinet, 1913-1920*, Doubleday, Page and Company, Nueva York, 1926.
- Hovey, Tamara, *John Reed. Witness to Revolution*, George Sand Books, Nueva York, 1982.
- Huerta, Victoriano, *Memorias*, Vertica, México, 1957.
- Huerta, Adolfo de la, *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado*, Roberto Guzmán Esparza (transcripción y comentarios), México, 1957.
- Hunt, Frazier, *One American and his Attempt at Education*, Simon and Schuster, Nueva York, 1938.
- Hurtado y Olin, Juan, *Estudios y relatos sobre la revolución mexicana*, Costa-Amic, México, 1978.
- Illades Aguilar, Lillian, *La rebelión de Tomóchic*, México, 1993.
- Illiades, Carlos, *México y España durante la revolución mexicana*, México, 1985.
- , *Presencia española en la revolución mexicana (1910-1915)*, Instituto Mora, México, s.f.
- Irving, Clifford, *Tom Mix and Pancho Villa*, Saint Martin's Press, Nueva York, 1982.
- Iturriaga de la Fuente, José, *La revolución hacendaria*, Secretaría de Educación Pública, México, 1987.
- Jacobs, Ian, *Ranchero Revolt. The Mexican Revolution in Guerrero*, University of Texas Press, Austin, 1983; *La revolución mexicana en Guerrero*, Era, México, 1990.
- Jauffret, Eric, *Révolutions et sacrifice au Mexique*, Les Éditions du Cerf, París, 1986.
- Jaurrieta, José María, *Seis años con el general Francisco Villa*, El Instante, Artes Gráficas Mexicanas, SCL, México, 1935.
- , *Con Villa (1916-1920), memorias de campaña*, Guadalupe Villa Guerrero (comp.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1997.
- Johnson, Annie R., *Heartbeats of Colonia Diaz*, Mesa, Arizona, 1972.
- Johnson, Kenneth M., *Jose Yves Limantour vs. United States*, Los Ángeles, 1961.
- Johnson, William W., *Heroic Mexico. The Narrative History of a Twentieth Century Revolution*, Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1984.
- Jones, Oakah L., Jr., *Nueva Vizcaya, Heartland of the Spanish Frontier*, University of New Mexico Press,

- Albuquerque, 1988.
- , *Los Paisanos. Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain*, University of Oklahoma Press, Norman, 1979.
- Jordán, Fernando, *Crónica de un país bárbaro*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1975.
- Joseph, Gilbert M., *Revolution from Without. Yucatan, Mexico, and the United States, 1880-1824*, Duke University Press, Durham, 1980.
- , y Daniel Nugent (comps.), *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Duke University Press, Durham, 1994.
- Juvenal (pseudónimo de Enrique Pérez Rul), *¿Quién es Francisco Villa?*, Gran Imprenta Políglota, Dallas, 1916.
- Karnow, Stanley, *In Our Image. America's Empire in the Phillippines*, Foreign Policy Association, Nueva York, 1989.
- Katz, Friedrich, *Deutschland, Diaz und die Mexikanische Revolution*, Deutscher Verlag der Wissenschaften, Berlín, 1964.
- , *Pancho Villa y el ataque a Columbus*, Nuevo México, Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, Chihuahua, 1979.
- , *The Secret War in Mexico*, University of Chicago Press, Chicago, 1981; *La guerra secreta en México*, Era, México, 1982.
- , *Villa, el gobernador revolucionario de Chihuahua*, traducción e introducción de Rubén Osorio, Talleres Gráficos del estado de Chihuahua, México, 1984.
- , (comp.), *Riot, Rebellion, and Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1988; Era, México, 1990.
- , y Jane Dale Lloyd (comps.), *Porfirio Díaz frente al descontento regional*, Universidad Iberoamericana, México, 1986.
- King, Rosa E., *Tempest over Mexico. A Personal Chronicle*, Little, Brown, Boston, 1940.
- Knight, Alan, *The Mexican Revolution*, 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
- , *U. S.-Mexican Relations, 1910-1940. An Interpretation*, Center for U. S.-Mexican Studies, University of San Diego, La Jolla, 1987.
- Koopmann, Friedhelm, *Dilomatie und Raichsinteresse das Geheimdienstkalkül in der deutschen Amerikapolitik 1914 bis 1917*, Peter Lang, Frankfurt am Mein, 1990.
- Krauze, Enrique, *Álvaro Obregón. El vértigo de la victoria*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- , *Francisco Villa. Entre el ángel y el fierro*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- , *Francisco Madero. Místico de la libertad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- , *Plutarco E. Calles. Reformar desde el origen*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- , *Venustiano Carranza. Puente entre siglos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- , *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, Tusquets, México, 1994.
- LaFrance, David G., *The Mexican Revolution in Puebla, 1908-1913*, Scholarly Resources, Wilmington, Delaware, 1989.
- LaMond Tullis, F., *Mormons in Mexico. The Dynamics of Faith and Culture*, Utah State University Press, Logan, 1987.
- Langle Ramírez, Arturo, *El ejército villista*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1961.
- , *Crónica de la cobija de Pancho Villa*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1973.
- , *Los primeros cien años de Pancho Villa*, Costa-Amic, México, 1980.
- Lansford, William Douglas, *Pancho Villa*, Shelbourne Press, Los Ángeles, 1965.
- Lara Pardo, Luis, *Madero. Esbozo político*, Botas, México, 1938.
- Lau, Ana y Carmen Ramos, *Mujeres y revolución, 1900-1917*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1993.
- Lavretski, I. y Adolfo Gilly, *Pancho Villa. Dos ensayos*, Macehual, México, 1978.
- Lavrov, Nikolai M., *La revolución mexicana, 1910-1917*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1978.

- Leal, Juan Felipe, *La burguesía y el estado mexicano*, El Caballito, México, 1972.
- , y José Woldenberg, *La clase obrera en la historia de México. Del estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista*, Siglo XXI, México, 1980.
- León, Luis L., *Crónica del poder. Los recuerdos de un político en el México revolucionario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Liceaga, Luis, *Félix Díaz*, Jus, México, 1958.
- Lida, Clara E. (comp.), *Tres aspectos de la presencia española en México durante el Porfiriato*, El Colegio de México, México, 1981.
- Limantour, José Yves, *Apuntes sobre mi vida pública, 1892-1911*, Porrúa, México, 1965.
- Limerick, Patricia Nelson, *The Legacy of Conquest. The Unbroken Past of the American West*, Norton, Nueva York, 1987.
- Link, Arthur S., *Wilson*, 5 vols., Princeton University Press, Princeton, 1947-65.
- , *Woodrow Wilson and the Progressive Era, 1910-1917*, Harper Torchbooks, Nueva York, 1963.
- Lister, Florence C. y Robert Lister, *Chihuahua, Storehouse of Storms*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1966.
- Lloyd, Jane-Dale, *El proceso de modernización capitalista en el noroeste de Chihuahua (1880-1910)*, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, México, 1987.
- López de Lara, Laura (comp.), *El agrarismo en Villa*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1982.
- Lozoya Cigarroa, Manuel, *Francisco Villa, el grande*, Impresiones Gráficas México, Durango, 1988.
- Machado, Manuel A. Jr., *Centaur of the North. Francisco Villa, the Mexican Revolution, and Northern Mexico*, Eakin Press, Austin, 1988.
- , *The North American Cattle Industry, 1910-1975. Ideology, Conflict and Change*, Texas University Press, College Station, Austin, 1981.
- Machuca Macías, Pablo, *Mil novecientos diez. La revolución en una ciudad del norte*, Costa-Amic, México, 1977.
- MacGregor, Josefina, *México y España del Porfiriato a la revolución*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1992.
- MacLachlan, Colin M., *Anarchism and the Mexican Revolution. The Political Trials of Ricardo Flores Magón in the United States*, University of California Press, Berkeley, 1991.
- Madero, Francisco, *La sucesión presidencial en 1910*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1908.
- , *Antología*, María de los Ángeles Suárez del Solar (comp.), Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1987.
- Madero, Gustavo A., *Epistolario*, Diana, México, 1991.
- Magaña, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- Mantecón Pérez, Adán, *Recuerdos de un villista. Mi campaña en la revolución*, México, 1967.
- Margo, A., *Who, Where, and Why is Villa?*, Latin American News Association, Nueva York, s.f.
- Maria y Campos, Armando de, *Música. Crónica biográfica*, Ediciones Populares, México, 1939.
- Márquez Sterling, Manuel, *Los últimos días del presidente Madero. Mi gestión diplomática en México*, Porrúa, México, 1958.
- Martin, Louis A. M., *Viva Villa*, Meulenhoff, Amsterdam, 1965.
- Martínez, Óscar J., *Border Boom Town, Ciudad Juárez Since 1848*, University of Texas Press, Austin, 1971.
- , *Fragments of the Mexican Revolution. Personal Accounts from the Border*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1983.
- Martínez del Río, Pablo, *El suplicio del hacendado*, México, 1928.
- Martínez Fernández del Campo, Luis (comp.), De Becker, J. L., *De cómo vino Huerta y cómo se fue. Apuntes para la historia de un régimen militar*, El Caballito, México, 1975.
- Martínez Núñez, Eugenio, *La vida heroica de Práxedes G. Guerrero (Apuntes históricos del movimiento*

- social desde 1900 hasta 1910), Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1960.
- Mason, Herbert Molloy, Jr., *The Great Pursuit. General John J. Pershing's Punitive Expedition Across the Rio Grande to Destroy the Mexican Bandit Pancho Villa*, Random House, Nueva York, 1970.
- Matute, Álvaro, *Historia de la revolución mexicana, periodo 1917-1924. La carrera del caudillo*, vol. 8, El Colegio de México, México, 1980.
- McCreary, Guy Weddington, *From Glory to Oblivion*, Vantage Press, Nueva York, 1974.
- McCutchen McBride, George, *The Land Systems of Mexico*, American Geographical Society, Nueva York, 1923.
- McDonald, H., Malcolm (comp.), *The Intellectual in Politics*, University of Texas Press, Austin, 1966.
- McWilliams, Carey, *The Mysteries of Ambrose Bierce*, American Mercury, Camden, Nueva Jersey, 1931.
- Medellín M., José de Jesús, *Las ideas agrarias en la Convención de Aguascalientes*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1986.
- Medina Ruiz, Fernando, *Francisco Villa. Cuando el rencor estalla...*, Jus, México, 1972.
- Mejía Prieto, Jorge, *Las dos almas de Pancho Villa*, Diana, México, 1990.
- , *Yo, Pancho Villa*, Planeta, México, 1992.
- Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*, vol. 5, Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1991.
- Mena Brito, Bernardino, *Felipe Ángeles, federal*, Herrerías, México, 1936.
- , *El lugarteniente gris de Pancho Villa*, México, 1938.
- Mena, Mario, *Álvaro Obregón. Historia militar y política, 1912-1929*, Jus, México, 1983.
- Mendoza, Vicente T., *El corrido mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Mercado, Salvador R., *Revelaciones históricas, 1913-1914*, Salvador R. Mercado, Las Cruces, Nuevo México, 1914.
- Metz, Leon C., *Border. The U. S.-Mexico Line*, Mangan Books, El Paso, 1989.
- México y los Estados Unidos. Opiniones de intelectuales y de los periódicos más serios acerca de los últimos acontecimientos*, Talleres Linotrópicos de Revista de Revistas, México, 1916.
- Meyer, Eugenia, *Conciencia histórica norteamericana sobre la revolución de 1910*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1970.
- , Graciela Altamirano, Mónica Cuevas, Laura Herrera, Gema Lozano y Guadalupe Villa, *Museo Histórico de la Revolución en el estado de Chihuahua*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1961.
- Meyer, Jean, *La révolution mexicaine, 1910-1940*, Calmann-Levy, París, 1973.
- Meyer, Lorenzo, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, El Colegio de México, México, 1991.
- , *Su Majestad Británica contra la revolución mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal*, El Colegio de México, México, 1991.
- , *La segunda muerte de la revolución mexicana*, Cal y Arena, México, 1992.
- , e Isidro Morales, *Petróleo y nación (1900-1987)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.
- Meyer, Michael C., *Mexican Rebel. Pascual Orozco and the Mexican Revolution, 1910-1915*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1967.
- , *Huerta. A Political Portrait*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1972.
- Meyers, William K., *Forge of Progress, Crucible of Revolt. Origins of the Mexican Revolution in the Comarca Lagunera, 1880-1911*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1994.
- Moheno, Querido, *Mi actuación política después de la Decena Trágica*, Botas, México, 1939.
- Molina, Silvia, *La familia vino del norte*, Cal y Arena, México, 1993.
- Moorehead, Max L., *The Apache Frontier*, University of Oklahoma Press, Norman, 1968.
- Moreno, Daniel (comp.), *Batallas de la revolución y sus corridos*, Porrúa, México, 1978.
- Morris, Roy, Jr., *Ambrose Bierce. Alone in Bad Company*, Crown Publishers, Nueva York, 1995.
- Muñoz, Ignacio, *Verdad y mito de la revolución mexicana (relatada por un protagonista)*, 4 vols., Ediciones

- Populares, México, 1965.
- Muñoz, Rafael F., *Pancho Villa, rayo y azote*, Populibros La Prensa, México, 1971.
- , *Relatos de la revolución*, Grijalbo, México, 1985.
- , *¡Vámonos con Pancho Villa!*, Espasa-Calpe Mexicana, México, 1978.
- Neumann, Joseph, *Révoltes des indiens tarahumars (1626-1724)*, Université de Paris, París, 1969.
- Niemeyer, Eberhardt Victor, Jr., *El general Bernardo Reyes*, Biblioteca Nuevo León, Universidad de Nuevo León, Monterrey, 1966.
- , *Revolution at Queretaro. The Mexican Constitutional Convention of 1916-1917*, University of Texas Press, Austin, 1974.
- Nugent, Daniel (comp.), *Rural Revolt in Mexico and U. S. Intervention*, Center for U. S.-Mexican Studies at the University of San Diego, San Diego, 1988.
- , *Spent Cartridges of Revolution. An Anthropological History of Namiquipa, Chihuahua*, The University of Chicago Press, Chicago, 1993.
- Núñez, Ricardo E., *La revolución en el estado de Colima*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1973.
- Obregón, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.
- O'Brien, Steven, *Pancho Villa*, Chelsea House, Nueva York, 1991.
- O'Connor, Harvey, *The Guggenheims. The Making of an American Dynasty*, Covici, Friede, Nueva York, 1937; reimp., Arno Press, Nueva York, 1976.
- O'Connor, Richard, *Black Jack Pershing*, Doubleday, Garden City, 1961.
- O'Hea, Patrick, *Reminiscences of the Mexican Revolution*, Fournier, México, 1966.
- Oikión Solano, Verónica, *El constitucionalismo en Michoacán. El periodo de los gobiernos militares (1914-1917)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1992.
- Olea, Héctor R., *Breve historia de la revolución en Sinaloa (1910-1917)*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1964.
- O'Malley, Ilene V., *The Myth of the Revolution. Hero Cults and the Institutionalization of the Mexican State, 1920-1940*, Greenwood Press, Nueva York, 1986.
- Ontiveros, Francisco de, *Toribio Ortega y la Brigada González Ortega*, Familia Martínez Ortega, El Paso, 1914.
- Orellana, Margarita de, *La mirada circular. El cine norteamericano de la revolución mexicana, 1911-1917*, Joaquín Mortiz, México, 1991.
- , *Villa y Zapata. La revolución mexicana*, Anaya, Madrid, 1988.
- Orozco Orozco, Víctor, *Historia general de Chihuahua. Tierra de libres. Los pueblos del distrito Guerrero en el siglo XIX*, vol. 3, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Gobierno del estado de Chihuahua, Ciudad Juárez, 1995.
- Orozco, Wistano Luis, *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*, El Tiempo, México, 1985.
- Osorio Zúñiga, Rubén, *Pancho Villa, ese desconocido*, Gobierno del estado de Chihuahua, Chihuahua, 1991.
- , *Tomóchic en llamas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995.
- Palavicini, Félix F., *Mi vida revolucionaria*, Botas, México, 1937.
- , *Historia de la Constitución de 1917*, 2 vols., Consejo editorial del Gobierno del estado de Tabasco, México, 1980.
- , *Los diputados*, Fondo para la Historia de las Ideas Revolucionarias, México, 1976.
- Palomares, Justino N., *Anecdótico de la revolución*, Ediciones del Autor, México, 1954.
- Palomares Peña, Noé G., *Propietarios norteamericanos y reforma agraria en Chihuahua, 1917-1942*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1992.
- Pani, Alberto J., *Mi contribución al nuevo régimen, 1910-1913*, Cultura, México, 1936.
- , *Apuntes autobiográficos*, Porrúa, México, 1951.
- Paredes, Américo, *A Texas-Mexican Cancionero. Folksongs of the Lower Border*, University of Illinois Press, Urbana, 1976.

- Parker, George, *Guaracha Trail*, Dutton, Nueva York, 1951.
- Parkes, Henry B., *A History of Mexico*, Houghton Mifflin, Boston, 1938.
- Pasquel, Leonardo, *La revolución en el estado de Veracruz*, 2 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1972.
- Paz, Octavio, *The Labyrinth of Solitude*, Grove Press, Nueva York, 1985.
- Pazuengo, Matías, *Historia de la revolución en Durango*, Gobierno del Estado, Cuernavaca, 1915.
- Perea, Héctor y Xavier Guzmán Uribiola, *Martín Luís Guzmán. Iconografía*, México, 1987.
- Peterson, Jessica y Thelma Cox Knoles (comps.), *Pancho Villa. Intimate Recollections by People who Knew Him*, Hastings House, Nueva York, 1977.
- Pierri, Ettore, *Pancho Villa. La verdadera historia*, LibroMex, México, 1983.
- Pierson Kerig, Dorothy, *Luther T. Ellsworth, U. S. Consul on the Border During the Mexican Revolution*, Western Press, El Paso, 1975.
- Pinchon, Edgcumb, *Viva Villa! A Recovery of the Real Pancho Villa, Peon..., Bandit..., Soldier..., Patriot*, Grosset and Dunlap, Nueva York, 1933.
- Plana, Manuel, *El reino del algodón en México. La estructura agraria en La Laguna (1855-1910)*, Patronato del Teatro Isauro Martínez, México, 1991.
- , *Pancho Villa et la révolution mexicaine*, Giunti, Casterman, Florencia, 1993.
- Ponce Alcocer, María Eugenia, *Las haciendas de Mazaquiahuc. El Rosario, El Moral, 1912-1913*, Universidad Iberoamericana, Centro de Información Académica, Departamento de Historia, México, 1981.
- Portal, Marta, *Proceso narrativo de la revolución mexicana*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1977.
- Portilla, Santiago, *Una sociedad en armas. Insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, El Colegio de México, México, 1995.
- Prida, Ramón, *De la dictadura a la anarquía*, Botas, México, 1958.
- Prieto Reyes, Luis, et al., *VII Jornada de Historia de Occidente. Francisco J. Múgica*, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, Jiquilpan de Juárez, Michoacán, 1993.
- Puente, Ramón, *Pascual Orozco y la revuelta de Chihuahua*, Gómez de la Puente, México, 1912.
- , *Villa en pie*, México Nuevo, México, 1937.
- , *La dictadura, la revolución y sus hombres*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- , *Tres revolucionarios, tres testimonios: Villa*, vol. 1, Instituto Mora, Offset, México, 1986.
- Py, Pierre, *Francia y la revolución mexicana, 1910-1920*, Fondo de Cultura Económica, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, 1991.
- Quintero Corral, Lucio, *Pancho Villa derrotado en Tepehuanes, Durango, al intentar tomar la ciudad de Durango*, Ciudad Juárez, 1990.
- Quirk, Robert E., *The Mexican Revolution, 1914-1915. The Convention of Aguascalientes*, Indiana University Press, Indianápolis, 1960.
- , *An Affair of Honor. Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz*, McGraw-Hill, Nueva York, 1962.
- , *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929*, University of Indiana Press, Bloomington, 1973.
- Quiroga, Alfonso, *Vida y hazañas de Francisco Villa*, La Época, San Antonio, s.f.
- Raat, W. Dirk, *Revolutosos. Mexico's Rebels in the United States, 1903-1923*, A&M University Press, College Station, Texas, 1981.
- , *The Mexican Revolution. An Annotated Guide to Recent Scholarship*, G. K. Hall, Boston, 1982.
- , *Mexico and the United States. Ambivalent Vistas*, University of Georgia Press, Athens, 1992.
- Rakoczy, Bill, *Villa Raids Columbus, N. M.*, Bravo Press, El Paso, 1981.
- , *How did Villa Live, Love, and Die?*, Bravo Press, El Paso, 1983.
- Ramírez, Guillermo H., *Melitón Lozoya, único director intelectual en la muerte de Villa*, Durango, s.f.
- Ramírez Rancaño, Mario, *El sistema de haciendas en Tlaxcala*, Consejo Nacional para la Cultura y las

- Artes, México, 1990.
- Rascoe, Jesse (comp.), *The Treasure Album of Pancho Villa*, Frontier Book Company, Toyahuala, Texas, 1962.
- Razo Oliva, Juan Diego, *Rebeldes populares del bajío. Hazañas, tragedias y corridos, 1910-1927*, Katún, México, 1983.
- Reed, John, *Insurgent Mexico*, Simon and Schuster, Clarion Books, Nueva York, 1969.
- , *Villa y la revolución mexicana*, Nueva Imagen, México, 1983.
- La revolución en las regiones. Memorias*, 2 vols., Instituto de Estudios Sociales, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1986.
- Reyes, Aurelio de los, *Cine y sociedad en México*, México, 1981.
- , *Con Villa en México. Testimonios de camarógrafos norteamericanos en la revolución*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1985.
- , *With Villa in Mexico on Location*, Performing Arts Annual, Library of Congress, Washington, 1986.
- Richardson, William Harrison, *Mexico Through Russian Eyes, 1806-1940*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1988.
- Richmond, Douglas W., *Venustiano Carranza's Nationalist Struggle, 1893-1920*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1983.
- Riding, Alan, *Distant Neighbors. A Portrait of the Mexicans*, Random House, Nueva York, 1989.
- Rivas López, Ángel, *El verdadero Pancho Villa*, Costa-Amic, México, 1970.
- Rivera, Librado, *¡Viva tierra y libertad!*, Antorcha, México, 1980.
- Rivero, Gonzalo G., *Hacia la verdad. Episodios de la revolución*, Compañía Editora Nacional, México, 1911.
- Robe, Stanley S., *Azuela and the Mexican Underdogs*, University of California Press, Berkeley, 1979.
- Robinson, Carlos T., *Hombres y cosas de la revolución*, Imprenta Cruz Gálvez, Tijuana, 1933.
- Robles Linares, Manuel, *Pastor Rouaix. Su vida y su obra*, Avelar, México, 1976.
- Robledo, Hernán, *La mascota de Pancho Villa. Episodios de la revolución mexicana*, LibroMex, México, 1960.
- Rocha Islas, Martha Eva, *Las defensas sociales en Chihuahua*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1988.
- Rodríguez, María Guadalupe, Antonio Arreola, Gloria Estela Cano, Miguel Vallebuena, Mauricio Yen, Guadalupe Villa y Graziella Altamirano, *Durango (1840-1915). Banca, transportes, tierra e industria*, Universidad Autónoma de Nuevo León-Universidad Juárez del estado de Durango-Instituto de Investigaciones Históricas, Monterrey, 1995.
- Rodríguez O., Jaime E. (comp.), *The Revolutionary Process in Mexico. Essays on Political and Social Change*, UCLA Latin American Center, Los Ángeles, 1990.
- (comp.), *Patterns of Contention in Mexican History*, Scholarly Resources, Wilmington, 1992.
- Rojas, Beatriz, *La pequeña guerra. Los Carrera Torres y los Cedillo*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1983.
- Rojas González, Francisco, *El Diosero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- Roman, Richard, *Ideología y clase en la revolución mexicana. La Convención y el Congreso Constituyente*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976.
- Romero Flores, Jesús, *La revolución como nosotros la vimos*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1963.
- Rosenberg, Emily S., *Spreading the American Dream. American Economic and Cultural Expansion, 1895-1945*, Hill and Wang, Nueva York, 1982.
- , *World War I and the Growth of United States Predominance in Latin America*, Nueva York, 1987.
- Rosenstone, Robert, *Romantic Revolutionary. A Biography of John Reed*, Penguin Books, Garland, Nueva York, 1982.
- Ross, Stanley R., *Francisco I. Madero, Apostle of Mexican Democracy*, Columbia University Press, Nueva York, 1955.

- (comp.), *Fuentes de la historia contemporánea de México. Periódicos y revistas*, El Colegio de México, México, 1965.
- Rouaix, Pastor, *Consideraciones generales sobre el estado social de la nación mexicana*, Imprenta del Gobierno del estado de Durango, Durango, 1927.
- , *Régimen político del estado de Durango durante la administración porfirista*, Imprenta del Gobierno del estado de Durango, Durango, 1927.
- , *La revolución maderista y constitucionalista en Durango*, Imprenta del Gobierno del estado de Durango, Durango, 1932.
- Rouverol, Jean, *Pancho Villa*, Doubleday, Nueva York, 1972.
- Rubluo, Luis, *Historia de la revolución mexicana en el estado de Hidalgo*, 2 vols., Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1983.
- Ruffinelli, Jorge, *Reed en México*, Nueva Imagen, México, 1983.
- Ruis Facius, Antonio, *La juventud católica y la revolución mexicana, 1910-1925*, México, 1963.
- Ruiz Cervantes, Francisco José, *La revolución en Oaxaca. El movimiento de la soberanía, 1915-1920*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- Ruiz, Ramón Eduardo, *Labor and the Ambivalent Revolutionaries. Mexico, 1911-1923*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1976.
- , *The Great Rebellion: Mexico 1905-1929*, Norton, Nueva York, 1980; *México: la gran rebelión*, Era, México, 1984.
- , *The People of Sonora and Yankee Capitalists*, University of Arizona Press, Tucson, 1988.
- Rutherford, John, *Mexican Society During the Revolution. A Literary Approach*, Clarendon Press, Oxford, 1971.
- , *An Annotated Bibliography of the Novels of the Mexican Revolution*, Whitson, Troy, Nueva York, 1972.
- Saborit, Antonio, *Los doblados de Tomóchic. Un episodio de literatura e historia*, Cal y Arena, México, 1994.
- Salas, Elizabeth, *Soldaderas in the Mexican Military. Myth and History*, University of Texas Press, Austin, 1990.
- Salazar, Rosendo, *La Casa del Obrero Mundial*, Costa-Amic, México, 1962.
- Salinas Carranza, Alberto, *La Expedición Punitiva*, Botas, México, 1936.
- Sámaro Rentería, Miguel Ángel, *Un estudio de la historia agraria de México de 1760 a 1910. Del colonialismo feudal al capitalismo dependiente y subdesarrollado*, Universidad Autónoma Chapingo, México, 1993.
- Sánchez, Enrique, *Corridos de Pancho Villa*, Editorial del Magisterio, México, 1952.
- Sánchez, Luis Alberto, *Aladino, o la vida y obra de José Santos Chocano*, LibroMex, México, 1960.
- Sánchez Azcona, Juan, *Apuntes para la historia de la revolución mexicana*, México, 1961.
- , *Tres revolucionarios, tres testimonios: Madero*, vol. 1, Instituto Mora, Offset, México, 1986.
- Sánchez Lamego, Miguel A., *Historia militar de la revolución mexicana en la época maderista*, 2 vols., Talleres Gráficos de la Nación, México, 1977.
- , 1956-1960, *Historia militar de la revolución constitucionalista*, 5 vols., Talleres Gráficos de la Nación, México, vols. 1 y 2, 1956; vols. 3 y 4, 1957; vol. 5, 1960.
- , *Historia militar de la revolución en la época de la Convención*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1983.
- Sandos, James A., *Rebellion in the Borderlands. Anarchism and the Plan of San Diego, 1904-1923*, University of Oklahoma Press, Norman, 1992.
- Santos Chocano, José, *Los fines de la revolución mexicana considerados dentro del problema internacional*, Imprenta del Gobierno del estado de Chihuahua, Chihuahua, s.f.
- , *Obras completas*, Aguilar, México, 1954.
- Santos, Gonzalo N., *Memorias*, México, 1984.
- Santos Santos, Pedro Antonio, *Memorias*, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, Archivo Histórico del

- estado de San Luis Potosí, San Luis Potosí, 1990.
- Schmidt, Henry C., *The Roots of Lo Mexicano. Self and Society in Mexican Thought, 1900-1934*, A&M University Press, College Station, Texas, 1978.
- Schmidt, Steffen W., y Helen Hogt Schmidt (comps.), *Latin America. Rural Life and Agrarian Problems*, Iowa State University, Ames, Iowa, 1977.
- Schuster, Ernest Otto, *Pancho Villa's Shadow. The True Story of Mexico's Robin Hood as Told by His Interpreter*, The Exposition Press, Nueva York, 1947.
- Seminario de Historia Moderna de México, *Comercio exterior de México, 1877-1911*, El Colegio de México, México, s.f.
- , *Estadísticas sociales del Porfiriato, 1877-1910*, El Colegio de México, México, s.f.
- , *Fuerza de trabajo y actividad económica por sectores. Estadísticas económicas del Porfiriato*, El Colegio de México, México, s.f.
- Séptimo Congreso Nacional de Historia de la Revolución Mexicana, Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, Chihuahua, 1977.
- Serralde, Francisco, *Los sucesos de Tlaxcalantongo y la muerte del expresidente de la república C. Venustiano Carranza*, México, 1921.
- Serrano, Sol (comp.), *La diplomacia chilena y la revolución mexicana*, Secretaría de Relaciones Exteriores, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, México, 1986.
- Shorris, Earl, *Under the Fifth Sun. A Novel of Pancho Villa*, Delacorte Press, Nueva York, 1980.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la revolución mexicana*, 2 vols., Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- , *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.
- Simmons, Mearle E., *The Mexican Corrido as the Source for Interpretive Study of Modern Mexico (1870-1950)*, University of Indiana Press, Bloomington, Indiana, 1957.
- Slatta, Richard W. (comp.), *Bandidos. The Varieties of Latin American Banditry*, Greenwood Press, Nueva York, 1987.
- Slattery, Matthew T., *Felipe Angeles and the Mexican Revolution*, Greenbriar Books, Print Press, Parma Heights, Ohio, s.f.
- Slotkin, Richard, *Gunfighter Nation. The Myth of the Frontier in Twentieth-Century America*, Atheneum, Nueva York, 1992.
- Smith, Robert Freeman, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico, 1916-1932*, The University of Chicago Press, Chicago, 1972.
- Smythe, Donald, *Guerrilla Warrior. The Early Life of John J. Pershing*, Scribner, Nueva York, 1973.
- Solares, Ignacio, *La noche de Ángeles*, Diana, México, 1991.
- Sonnichsen, C. L., *Colonel Greene and the Copper Skyrocket*, The University of Arizona Press, Tucson, 1974.
- Sotelo Inclán, Jesús, *Raíz y razón de Zapata*, México, 1970.
- Spenser, Daniela, *El Partido Socialista Chiapaneco. Rescate y reconstrucción de su historia*, Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social, México, 1988.
- Spicer, Edward, *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, Mexico and the United States on the Indians of the Southwest, 1953-1960*, University of Arizona Press, Tucson, 1962.
- Spielberg, Joseph y Scott Whiteford (comps.), *Forging Nations. A Comparative View of Rural Ferment and Revolt*, Michigan State University Press, East Lansing, 1976.
- Stein, Max, *General Francisco Villa. Peon Chief, Terror of Mexico*, Max Stein, Chicago, 1916.
- Stevens, Louis, *Here Comes Pancho Villa. An Anecdotal History of a Genial Killer*, Fredrick A. Stokes Company, Nueva York, 1930.
- Strategies of the Communists. A Letter from the Communist International to the Mexican Communist Party*, Workers Party of America, Chicago, 1923.
- Tablada, José Juan, *La defensa social. Historia de la campaña de la División del Norte*, Imprenta del Gobierno Federal, México, 1913.

- Tannenbaum, Frank, *The Mexican Agrarian Revolution*, The Brookings Institution, Washington, 1930.
- , *Peace by Revolution. An Interpretation of Mexico*, Columbia University Press, Nueva York, 1933.
- Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1913-1914)*, Costa-Amic, México, 1967.
- , *Madero, víctima del imperialismo yanqui*, Talleres de la Editorial, México, 1973.
- , *Historia extraoficial de la revolución mexicana*, Jus, México, 1987.
- , *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Porrúa, México, 1991.
- , *La verdadera revolución mexicana (1915-1917)*, Porrúa, México, 1992.
- , *La verdadera revolución mexicana (1918-1921)*, Porrúa, México, 1992.
- Taylor, Harold W., *Memories of Militants and Mormon Colonists in Mexico*, Shumway Family History Services, Yorba Linda, California, 1991.
- Taylor, Lawrence, *La gran aventura en México. El papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos, 1910-1915*, 2 vols., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993.
- Teitelbaum, Louis M., *Woodrow Wilson and the Mexican Revolution, 1913-16. A History of United States-Mexican Relations from the Murder of Madero Until Villa's Provocation Across the Border*, Exposition Press, Nueva York, 1967.
- Tello Díaz, Carlos, *El exilio. Un retrato de familia*, Cal y Arena, México, 1993.
- Tenorio Adame, Antonio (comp.), *El agrarismo en Villa*, Centro de Estudios del Agrarismo en México, México, 1982.
- Terrazas D., Joaquín, *Memorias del señor coronel don Joaquín Terrazas*, Centro Librero de la Prensa, Chihuahua, 1980.
- Terrazas, Filiberto, *El tesoro de Villa*, Universo, México, 1989.
- Terrazas, Silvestre, *El verdadero Pancho Villa*, Era, México, 1985.
- Testimonios de la revolución mexicana*, Talleres Gráficos del Gobierno del estado de Chihuahua, Chihuahua, 1989.
- Thompson, Wallace, *The People of Mexico. Who They Are and How They Live*, Harper and Brothers, Nueva York, 1921.
- Thord-Gray, Ivar, *Gringo Rebel. Mexico, 1913-1914*, University of Miami Press, Coral Gables, 1961; Era, México, 1985.
- Tinker, Edward Larocque, *The Memoirs of Edward Larocque Tinker*, The University of Texas, The Encino Press, Austin y Encino, 1970.
- Tobler, Hans Werner, *Die Mexikanische Revolution. Gesellschaftlicher Wandel und Politischer Umbruch, 1876-1940*, Suhrkamp, Frankfurt am Mein, 1992.
- Tomás, Fray, *Fulgores siniestros*, Talleres linotipográficos de "Las Noticias", Guadalajara, 1932.
- Tompkins, Frank, *Chasing Villa*, Service Publishing Company, Harrisburg, Pensilvania, 1939.
- Torres, Elías L., *Veinte vibrantes episodios de la vida de Villa*, Sayrols, México, 1934.
- , *Cómo murió Pancho Villa*, Editora y Distribuidora Mexicana, México, 1975.
- , *Hazañas y muerte de Francisco Villa*, Época, México, 1975.
- , *La cabeza de Pancho Villa*, Editora y Distribuidora Mexicana, México, 1975.
- , *Vida y hazañas de Pancho Villa*, Editora y Distribuidora Mexicana, México, 1975.
- , *Vida y hechos de Francisco Villa*, Época, México, 1975.
- Toussant Aragón, Eugenio, *Quién y cómo fue Pancho Villa*, Universo, México, 1979.
- Treviño, Jacinto B., *Memorias tomadas del original manuscrito del autor*, México, 1984.
- Trowbridge, Edward D., *Mexico To-day and To-morrow*, Macmillan, Nueva York, 1919.
- Trujillo Herrera, Rafael, *Cuando Villa entró en Columbus*, Porrúa, México, 1973.
- Tuchman, Barbara Wertheim, *The Zimmermann Telegram*, Macmillan, Nueva York, 1966.
- Tuck, Jim, *Pancho Villa and John Reed. Two Faces of Romantic Revolution*, The University of Arizona Press, Tucson, 1984.
- Tudela, Mariano, *Pancho Villa. Vida, leyenda, aventura*, Plaza y Janés, Barcelona, 1971.
- Tumulty, Joseph D., *Woodrow Wilson as I Knew Him*, Doubleday, Page and Company, Nueva York, 1921.

- Turner, Ethel Duffy, *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano*, Partido Revolucionario Institucional, México, 1984.
- Turner, John, *¿Quién es Francisco Villa?*, El Paso del Norte, El Paso, 1915.
- , *Barbarous Mexico*, Charles H. Kerr, Chicago, 1911.
- , *La intervención en México y sus nefandos factores: diplomacia del dólar y prensa mercenaria*, Laredo Publishing Company, Laredo, Texas, 1915.
- Turner, Timothy, *Bullets, Bottles, and Gardenias*, The Southwest Press, Dallas, 1935.
- Tutino, John, *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton University Press, Princeton, 1986; *De la insurrección a la revolución en México*, Era, México, 1990.
- Ulloa, Berta, *Revolución mexicana, 1910-1920*, en *Guías para la Historia Diplomática de México*, n. 3, Secretaría de Relaciones Exteriores, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, México, 1963.
- , *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos, 1910-1914*, El Colegio de México, México, 1971.
- , *Historia de la revolución mexicana, 1914-1917. La revolución escindida*, vol. 4, El Colegio de México, México, 1979.
- , *Historia de la revolución mexicana, 1914-1917. La encrucijada de 1915*, vol. 5, El Colegio de México, México, 1979.
- , *Historia de la revolución mexicana, 1914-1917. La Constitución de 1917*, vol. 6, El Colegio de México, México, 1983.
- , *Veracruz, capital de la nación*, El Colegio de México-Gobierno del estado de Veracruz, México, 1986.
- Urióstegui Miranda, Píndaro, *Testimonios del proceso revolucionario de México*, Talleres de Argrin, México, 1970.
- Urquiza, Francisco L., *¡Viva Madero!*, Populibros La Prensa, México, 1969.
- , *Memorias de campaña. De subteniente a general*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- , *Venustiano Carranza*, Libros de México, México, 1976.
- , *Páginas de la revolución*, Biblioteca del Oficial Mexicano, México, 1981.
- , *Recuerdo que...*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- Vagts, Alfred, *Mexico, Europa und Amerika und der besonderer Berücksichtigung der Petroleumpolitik*, Walter Rothschild, Berlín, 1928.
- Valadés, José C., *Historia general de la revolución mexicana*, 5 vols., Editores Mexicanos Unidos, México, 1976.
- , *Rafael Buelna. Las caballerías de la revolución*, Leega-Júcar, México, 1984.
- Valdiosera, Ramón, *Zapata, 3000 años de lucha*, Universo, México, 1982.
- Valenzuela, Clodoveo y A. Cháverri Matamoros, *Sonora y Carranza*, México, 1921.
- Vanderwood, Paul J., *Disorder and Progress. Bandits, Police, and Mexican Development*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1981.
- , y Frank N. Samponaro, *Border Fury. A Picture Postcard Record of Mexico's Revolution and U. S. War Preparedness, 1910-1917*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1988.
- Vargas Arreola, Juan Bautista, *A sangre y fuego con Pancho Villa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- Vargas Valdés, Jesús (comp.), *Tomóchic. La revolución adelantada*, Ciudad Juárez, 1994.
- Vaughan, Mary Kay, *The State, Education, and Social Class in Mexico, 1880-1928*, Northern Illinois University Press, De Kalb, 1982.
- Vayssière, Pierre, *Les révolutions d'Amérique Latine*, Seuil, París, 1991.
- Vázquez Gómez, Francisco, *Memorias políticas, 1909-1913*, Imprenta Mundial, México, 1933.
- Vera Estañol, Jorge, *Historia de la revolución mexicana: orígenes y resultados*, Porrúa, México, 1957.
- Vilanova, Antonio, *Muerte de Villa*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1966.

- Villa, Francisco, *Contestación que el señor general Villa da a la nota americana*, CIDECH, Chihuahua, s.f.
- , *Memorias de Pancho Villa*, El Universal Gráfico, México, 1923.
- Villarello Vélez, Ildelfonso, *Historia de la revolución mexicana en Coahuila*, México, 1970.
- Vives, Pedro A., *Pancho Villa*, Historia 16, Quórum, Madrid, 1987.
- Vizcaíno, Fernando, *Biografía política de Octavio Paz*, Algazara, Málaga, 1993.
- Voska, Emmanuel y Will Irvin, *Spy and Counterspy*, Doubleday Doran, Nueva York, 1940.
- Wasserman, Mark, *Capitalists, Caciques, and Revolution. The Native Elite and Foreign Enterprise in Chihuahua, Mexico, 1854-1911*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1984.
- , *Persistent Oligarchs. Elites and Politics in Chihuahua, Mexico, 1910-1940*, Duke University Press, Durham, 1993.
- Wasserstrom, Robert, *Class and Society in Central Chiapas*, University of California Press, Berkeley, 1983.
- Weber, David J., *New Spain's Northern Frontier*, Sexton Methodist University Press, Dallas, 1979.
- Wells, Allen, *Yucatan's Gilded Age. Haciendas, Henequen, and International Harvester, 1860-1915*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1985.
- Wessel, Harald, *John Reed: Roter Reporter aus dem Wilde Westen. Biografische Reisenbrief*, Neues Leben, Berlín, 1979.
- Westphall, Victor, *Thomas Benton Catron and his Era*, University of Arizona Press, Tucson, 1973.
- Wickham-Crowley, Timothy P., *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton University Press, Princeton, 1992.
- Wilkie, James W., *The Mexican Revolution. Federal Expenditure and Social Change Since 1910*, University of California Press, Berkeley, 1967.
- , Michael C. Meyer y Edna Monzón de Wilkie (comps.), *Contemporary Mexico. Papers of the IV International Congress of Mexican History*, University of California Press, Berkeley, 1976.
- Wilson, Henry Lane, *Diplomatic Episodes in Mexico, Belgium and Chile*, Doubleday, Page and Company, Garden City, Nueva York, 1923.
- Wilson, Woodrow, *The Papers of Woodrow Wilson*, 69 vols., Arthur S. Link (comp.), Princeton University Press, Princeton, 1966-94.
- Wolf, E., *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Harper and Row., Nueva York, 1969.
- Wolfskill, George y Douglas W. Richmond (comps.), *Essays on the Mexican Revolution. Revisionist Views of the Leaders*, University of Texas Press, Austin, 1979.
- Womack, John, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1969.
- Young, Karl E., *Ordeal in Mexico. Tales of Danger and Hardship Collected from Mormon Colonists*, Desert Book, Salt Lake City, 1968.
- Zapata, Emiliano, *Antología*, Laura Espejel, et al. (comps.), Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1988.
- Zuno, José G., *Historia de la revolución en el estado de Jalisco*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1971.

TESIS

- Ávila Espinosa, Felipe Arturo, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Bryan, Anthony T., *Mexican Politics in Transition, 1900-1913. The Role of General Bernardo Reyes*, University of Nebraska, 1970.
- Bullock, Marion Dorothy, *Pancho Villa and Emiliano Zapata in the Literature of the Mexican Revolution*, University of Georgia, 1983.
- Christopulos, Diana K., *American Radicals and the Mexican Revolution, 1900-1925*, State University of New York at Stony Brook, 1980.

- French, William Earl, *A Peaceful and Working People. The Inculcation of the Capitalist Work Ethic in a Mexican Mining District (Hidalgo District, Chihuahua, 1880-1920)*, University of Texas, Austin, 1990.
- Garciadiego Dantan, Javier, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución. Movimientos reaccionarios en México 1914-1920*, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1981.
- , *The Universidad Nacional and the Mexican Revolution, 1910-1920*, Universidad de Chicago, 1988.
- Goldner, Anthony, *The Demise of the Landed Elite in Revolutionary Mexico, 1913-1920*, University of Chicago, 1993.
- Harper, James William, *Hugh Lenox Scott, Soldier Diplomat, 1876-1917*, University of Virginia, 1968.
- Holcombe, Harold Eugene, *United States Arms Control and the Mexican Revolution, 1910-1924*, University of Alabama, 1968.
- Jackson, Byron C., *The Political and Military Role of General Felipe Angeles in the Mexican Revolution, 1914-1915*, Georgetown University, 1976.
- Johnson, Robert Bruce, *The Punitive Expedition. A Military, Diplomatic, and Political History of Pershing's Chase after Pancho Villa, 1916-1917*, 2 vols., University of Southern California, 1964.
- Lloyd, Jane-Dale, *Cultura ranchera en el noroeste de Chihuahua*, Universidad Iberoamericana, México, 1995.
- Lou, Dennis Wingsou, *Fall Committee. An Investigation of Mexican Affairs*, Indiana University, 1963.
- McLeroy, James David, *The Minds of Pancho Villa. A Study in Insurgent Leadership*, University of Texas, Austin, 1976.
- Monticone, Joseph Raymond, *Revolutionary Mexico and the U. S. Southwest. The Columbus Raid*, California State University, Fullerton, 1981.
- Mora Torres, Juan, *The Transformation of a Peripheral Society. A Social History of Nuevo Leon, 1848-1920*, University of Chicago, 1991.
- Orozco Orozco, Víctor Manuel, *Política y sociedad en una región del norte de México. Los pueblos libres del distrito Guerrero, Chihuahua, en el siglo XIX*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994.
- Pozo Marrero, Acalia, *Dos movimientos populares en el noroeste de Chihuahua*, Universidad Iberoamericana, México, 1991.
- Reed, Raymond J., *The Mormons in Chihuahua, Their Relations with Villa and the Pershing Punitive Expedition, 1910-1917*, University of New Mexico, 1938.
- Roberts, Donald Frank, *Mining and Modernization. The Mexican Border States during the Porfiriato, 1876-1911*, University of Pittsburgh, 1974.
- Rocha, Rodolfo, *The Influence of the Mexican Revolution on the Mexico-Texas Border, 1910-1916*, Texas Tech University, 1981.
- Rocha Islas, Martha Eva, *Del villismo y las defensas sociales en Chihuahua (1915-1920)*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- Sandels, Robert Lynn, *Silvestre Terrazas, the Press, and the Origins of the Mexican Revolution in Chihuahua*, University of Oregon, 1967.
- Sapia-Bosch, Alfonso Franco, *The Role of General Lucio Blanco in the Mexican Revolution, 1913-1922*, Georgetown University, 1977.
- Sessions, Tommie Gene, *American Reformers and the Mexican Revolution. Progressives and Woodrow Wilson's Policy in Mexico, 1913-1917*, The American University, 1974.
- Trow, Clifford Wayne, *Senator Albert B. Fall and Mexican Affairs, 1912-1921*, University of Colorado, 1966.
- Villa Guerrero, Guadalupe, *Francisco Villa. Historia, leyenda y mito*, Universidad Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia, México, 1976.
- Zontek, Kenneth S., *"Damned if They Did, Damned if They Didn't". The Trial of Six Villistas Following the Columbus Raid, 1916*, New Mexico State University, 1993.

ARTÍCULOS

- Aguirre, Lauro y Teresa Urrea, "Tomóchic", *El Independiente*, El Paso, 7 de agosto de 1896.
- Alonso, Ana María, "U. S. Military Intervention, Revolutionary Mobilization, and Popular Ideology in the Chihuahuan Sierra, 1916-1917", en Daniel Nugent (comp.), *Rural Revolt in Mexico and U. S. Intervention*, Center for U. S.-Mexican Studies at the University of San Diego, San Diego, 1988.
- Altamirano, Graziella, "Los sonorenses y sus alianzas. La capitalización del poder", *Boletín*, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, México, septiembre de 1991.
- Baldwin, Deborah, "Broken Traditions. Mexican Revolutionaries of Protestant Allegiances", *The Americas*, 40, n. 2, octubre de 1983, pp. 229-58.
- Bastian, Jean-Pierre, "Protestantismo y política en México", *Revista Mexicana de Sociología*, n. 43, México, 1966.
- Beezley, William H., "State Reform During the Provisional Presidency Chihuahua 1911", *Hispanic American Historical Review*, 50, n. 3, agosto de 1970, pp. 524-37.
- , "In Search of Everyday Mexicans in the Revolution", *Revista Interamericana de Bibliografía*, 33, n. 3, 1983, pp. 366-82.
- Bellingeri, M., "Formación y circulación de la mercancía tierra-hombre en Yucatán (1880-1914)", *Historias*, n. 19, 1988, pp. 109-18.
- Benjamin, T., "Regionalizing the Revolution. The Many Mexicos in Revolutionary Historiography", en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (comps.), *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990.
- Braddy, Haldeen, "The Head of Pancho Villa", *Western Folklore*, 19, n. 1, enero de 1960.
- , "The Loves of Pancho Villa", *Western Folklore*, 19, n. 3, julio de 1962.
- Burdick, Charles, "A House on Navidad Street. The Celebrated Zimmerman Note on the Texas Border", *Arizona and the West*, 8, n. 1, primavera de 1966.
- Bustamante, Luis F., "Los americanos contra Villa", *Todo*, México, 26 de diciembre de 1933.
- Buve, Raymond Th. J., "Peasant Movements, Caudillos, and Land Reform during the Revolution (1910-1917) in Tlaxcala, Mexico", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, n. 18, junio de 1975, pp. 112-52.
- , "Movilización campesina y reforma agraria en los valles de Nativitas, Tlaxcala (1919-1923)", en Elsa Celia Frost, Michael C. Meyer y Josefina Zoraida Vázquez (comps.), *El trabajo y los trabajadores en la historia de México. Ponencias y comentarios presentados en la V Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Pátzcuaro, 12 al 15 de octubre de 1977*, El Colegio de México, México, 1979.
- , "Agricultores, dominación política, y estructura agraria en la revolución. El caso de Tlaxcala (1910-1918)", en Raymond Th. J. Buve (comp.), *Haciendas in Central Mexico from Late Colonial Times to the Revolution. Labor Conditions, Hacienda Management, and its Relation to the State*, Centre for Latin American Research and Documentation, Amsterdam, 1984, pp. 199-271.
- , "El movimiento revolucionario de Tlaxcala (1910-1914). Sus orígenes y desarrollo antes de la gran crisis del año 1914 (la rebelión arenista)", *Anuario de Humanidades*, 8, 1984, pp. 141-83.
- , "'Neither Carranza nor Zapata!' The Rise and Fall of a Peasant Movement that Tried to Challenge Both, Tlaxcala, 1910-1919", en Friedrich Katz (comp.), *Riot, Rebellion, and Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1988; Era, México, 1990, vol. 2, pp. 24-53.
- Calvert, Peter, "The Mexican Revolution: Theory or Fact?", *Journal of Latin American Studies*, 1, n. 1, mayo de 1969, pp. 51-68.
- Cárdenas, Leonard, Jr., "The Municipality in Northern Mexico", *Southwestern Studies*, 1, n. 1, primavera de 1963.
- Carr, Barry, "Las peculiaridades del norte mexicano, 1880-1927. Ensayo de interpretación", *Historia Mexicana*, 22, n. 3, México, enero-marzo de 1972-73, pp. 320-46.

- Carry, James C. "Felipe Carrillo Puerto and the Ligas de Resistencia: Upheaval in Yucatan, 1915-1923", en Steffen W. Schmidt y Helen Hogt Schmidt (comps.), *Latin America. Rural Life and Agrarian Problems*, Iowa State Univeristy, Ames, 1977.
- Ceballos Ramírez, Manuel, "El manifiesto revolucionario de Braulio Hernández", *Estudios, ITAM*, 5, México, verano de 1986, pp. 115-21.
- Cerda, Luis, "Causas económicas de la revolución mexicana", *Revista Mexicana de Sociología*, 53, n. 1, México, pp. 307-47.
- Chávez Chávez, Jorge, "Recuento indigenista en el estado de Chihuahua (1880-1950)", en *Actas del Cuarto Congreso de Historia Comparada*, 1993, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1995, pp. 421-34.
- Chevalier, François, "Un facteur décisif de la révolution agraire au Mexique. Le soulèvement de Zapata, 1911-1919", en *Annales: Économies, sociétés, civilisations*, 16, n. 1, enero-febrero de 1961, pp. 66-82.
- Coatsworth, John, "Patterns of Rural Rebellion in Latin America. Mexico in Comparative Perspective", en Friedrich Katz (comp.) *Riot, Rebellion, and Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1987, pp. 21-64; *Revuelta, rebelión y revolución*, Era, México, 1990, vol. 1, pp. 27-64.
- , "La historiografía económica de México", *Revista de Historia Económica*, 6, n. 2, Madrid, primavera-verano de 1988, pp. 277-91.
- Coello Avedaño, Jesús, "Pancho Villa, pacífico, leal y patriótico", *Memorias del Congreso Nacional de Historia de la Revolución Mexicana*, SCHEH, México, 19-21 de noviembre de 1974.
- Coker, William S., "Mediación británica en el conflicto Wilson-Huerta", en *Historia Mexicana*, 18, n. 2, México, octubre-diciembre de 1968, pp. 224-57.
- Cosío Villegas, Daniel, "Politics and the Mexican Intellectual", en H. Malcolm McDonald (comp.), *The Intellectual in Politics*, University of Texas Press, Austin, 1966.
- De los Reyes, Aurelio, ver Reyes, Aurelio de los.
- De Orellana, Margarita, ver Orellana, Margarita de.
- Eiser-Viafora, Paul, "Durango and the Mexican Revolution", *New Mexico Historical Review*, 49, n. 3, julio de 1974, pp. 219-40.
- Escárcega, Alfonso, "Giner, subjefe de la División del Norte", *Sexto Congreso Nacional de Historia de la Revolución Mexicana*, Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, Chihuahua, 20-21 de noviembre de 1975.
- Estrada, Richard, "The Mexican Revolution in the Ciudad Juarez-El Paso Area, 1910-1920", *Password* (Quarterly Review of the El Paso County Historical Society), 24, n. 2, verano de 1979, pp. 55-69.
- , "Zapata to Villa, Revolutionary Camp in Morelos, January 19, 1914", en *Proceeding of the Pacific Coast Council on Latin American Studies*, 8, San Diego State University Press, San Diego, 1981-82.
- Falcón, Romana, "¿Los orígenes populares de la revolución de 1910? El Caso de San Luis Potosí", en *Historia Mexicana*, 29, n. 2, octubre-diciembre de 1979, pp. 97-240.
- , "Charisma, Tradition, and Caciquismo. Revolutiuron in San Luis Potosi", en Friedrich Katz (comp.), *Riot, Rebellion, and Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1988; *Revuelta, rebelión y revolución*, Era, México, 1990, vol. 2, pp. 89-112.
- French, William E., "Business as Usual. Mexico Northwestern Railway Managers Confront the Mexican Revolution", *Mexican Studies*, 5, n. 2, verano de 1989, pp. 221-38.
- , "Trabajadores mineros y la transformación del trabajo minero durante el Porfiriato", en *Actas del Tercer Congreso de Historia Comparada*, 1991, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1992, pp. 297-306.
- Furman, Necah S., "Vida Nueva. A Reflection of Villista Diplomacy, 1914-1915", *New Mexico Historical Review*, 53, n. 3, abril de 1978, pp. 171-92.
- Garciadiego Dantan, Javier, "Salutación a un paradójico historiador", *Casa del Tiempo*, 10, n. 100, marzo-abril de 1991.
- , "Movimientos estudiantiles durante la revolución mexicana", en Jaime E. Rodríguez O. (comp.), *The Revolutionary Process in Mexico. Essays on Political and Social Change*, UCLA Latin American

- Center, Los Ángeles, 1990, pp. 115-60.
- Gilly, Adolfo, "Felipe Ángeles camina hacia la muerte", en Odile Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos de la revolución mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- González Herrera, Carlos, "Los terrenos nacionales durante el Porfiriato", en *Actas del Tercer Congreso de Historia Comparada*, 1991, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1992, pp. 243-54.
- , "La agricultura en el proyecto económico de Chihuahua durante el Porfiriato", en *Siglo XIX, Cuadernos de Historia*, 2, n. 5, febrero de 1993, pp. 9-38.
- González Navarro, M., "El maderismo y la revolución agraria", en *Historia Mexicana*, 37, n. 1, julio-septiembre de 1987, pp. 5-27.
- González y González, Luis, "La revolución mexicana desde el punto de vista de los revolucionados", *Historias*, 8-9, 1985, pp. 5-14.
- Grieb, Kenneth J., "Standard Oil and the Financing of the Mexican Revolution", *California Historical Society Quarterly*, 50, n. 1, marzo de 1971, pp. 57-71.
- Guerra, François-Xavier, "La révolution mexicaine. D'abord une révolution minière?" en *Annales: Économies, sociétés, civilisations*, 35, n. 5, septiembre-octubre de 1981, pp. 785-814.
- , "Réponse de François-Xavier Guerra", en *Annales: Économies, sociétés, civilisations*, 38, n. 2, marzo-abril de 1983, pp. 460-69.
- , "Teoría y método en el análisis de la revolución mexicana", *Revista Mexicana de Sociología*, 51, n. 2, abril-junio de 1989, pp. 3-24.
- Gugliotta, Tom, "True Grit", *Tropic* [Suplemento dominical del *Miami Herald*], 9 de noviembre de 1986.
- Guilford, "Introduction", en Larry A. Harris, *Pancho Villa, Strong Man of the Revolution*, High-Lonesome Books, Silver City, Nuevo México, 1989.
- Gwin, J. B., "Mexico After Ten Years of Revolution", *The Survey*, 13 de noviembre de 1920, pp. 248-49.
- Harris III, Charles H. y Louis R. Sadler, "Pancho Villa and the Columbus Raid: The Missing Documents", *New Mexico Historical Review*, 50, n. 4, octubre de 1975, pp. 335-46.
- , "The Plan of San Diego and the Mexican-United States War Crisis of 1916. A Reexamination", *Hispanic American Historical Review* 53, n. 3, agosto de 1978, pp. 381-408.
- , "The 'Underside' of the Mexican Revolution, El Paso, 1912", *The Americas*, 39, n. 1, julio de 1982, pp. 69-83.
- , "Termination With Extreme Prejudice. The U. S. vs. Pancho Villa", en Charles H. Harris III y Louis R. Sadler, *The Border and the Revolution. Clandestine Activities of the Mexican Revolution, 1910-1920*, High-Lonesome Books, Silver City, 1988, pp. 7-23.
- Hart, John Mason, "Agrarian Precursors of the Mexican Revolution. The Development of an Ideology", *The Americas*, 29, n. 2, octubre de 1972, pp. 131-50.
- , "The Dynamics of the Mexican Revolution. Historiographic Perspectives", *Latin American Research Review*, 19, n. 3, 1984, pp. 223-331.
- Henderson, Paul V. N., "Woodrow Wilson, Victoriano Huerta, and the Recognition Issue in Mexico", *The Americas*, 41, n. 2, octubre de 1984, pp. 151-76.
- Hernández Chávez, Alicia, "La defensa de los finqueros en Chiapas, 1914-1920", en *Historia Mexicana*, 28, n. 3, enero-marzo de 1979, pp. 335-69.
- , "Militares y negocios en la revolución mexicana", en *Historia Mexicana*, 34, n. 2, octubre-diciembre de 1984, pp. 181-212.
- , "Origen y ocaso del ejército porfiriano", en *Historia Mexicana*, 39, n. 1, julio-septiembre de 1989, pp. 257-96.
- Hernández Llergo, Regino, "Una semana con Francisco Villa en Canutillo", *El Universal*, 12 a 18 de junio de 1922.
- Holden, Robert, "Priorities of the State in the Survey of Public Land in Mexico", *Hispanic American Historical Review*, 70, n. 4, noviembre de 1990, pp. 579-608.
- Hunt, Frazier, "New Peons for Old. A Decade of Revolution in Mexico", *New Century Magazine*, 22 de marzo de 1922.

- Joseph, Gilbert M., y A. Wells, "Yucatan. Elite Politics and Rural Insurgency", en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (comps.), *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990, pp. 93-131.
- , "Seasons of Upheaval. The Crisis of Oligarchical Rule in Yucatan, 1909-1915", en Jaime E. Rodríguez O. (comp.), *The Revolutionary Process in Mexico. Essays on Political and Social Change*, UCLA Latin American Center, Los Ángeles, 1990, pp. 161-85.
- Kahn, D., "The Saboteur who Shook Manhattan", en *Military History*, abril de 1985.
- Katz, Friedrich, "Alemania y Francisco Villa", en *Historia Mexicana*, 12, n. 1, julio-septiembre de 1962, pp. 83-103.
- , "Zu den Spezifischen Ursachen der Mexikanischen Revolution von 1910", en Manfred Kossok, *Studien über die Revolution*, Akademik, Berlín, 1969.
- , "Labor Conditions on Haciendas in Porfirian Mexico. Some Trends and Tendencies", *Hispanic American Historical Review*, 54, n. 1, febrero de 1974, pp. 1-47.
- , "Peasants in the Mexican Revolution of 1910", en Joseph Spielberg y Scott Whiteford (comps.), *Forging Nations. A Comparative View of Rural Ferment and Revolt*, Michigan State University Press, Whiteford, East Lansing, 1976.
- , "Revolution und reformen in Lateinamerika", *Geschichte und Gesellschaft*, 2, n. 2, 1976, pp. 241-43.
- , "Agrarian Changes in Northern Mexico in the Period of Villista Rule, 1913-1915", en James W. Wilkie, Michael C. Meyer y Edna Monzón de Wilkie (comps.), *Contemporary Mexico. Papers of the IV International Congress of Mexican History*, University of California Press, Los Ángeles y México, 1976.
- , "Die Schuldknechtschaft in Mexiko", en *Festschrift für Herrmann Trimborn*, Bonn, 1978.
- , "Pancho Villa and the Attack on Columbus, New Mexico", *The American Historical Review*, 83, n. 1, febrero de 1978, pp. 101-30.
- , "Pancho Villa as Revolutionary Governor of Chihuahua", en George Wolfskill y Douglas W. Richmond (comps.), *Essays on the Mexican Revolution. Revisionist Views of the Leaders*, University of Texas Press, Austin, 1979.
- , "Pancho Villa's Agrarian Roots and Policies", en D. A. Brading (comp.), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980.
- , "Mexico. Restored Republic and Porfiriato, 1867-1910", en Alan Knight (comp.), *Cambridge History of Latin America*, vol. V, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
- , "From Alliance to Dependency. The Formation and Deformation of an Alliance between Francisco Villa and the United States", en *Rural Revolt in Mexico and U. S. Intervention*, Center for U. S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1988.
- , "Rural Rebellions After 1810", en Friedrich Katz, *Riot, Rebellion, and Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1988, pp. 277-91; *Revolta, rebelión y revolución*, Era, México, 1990, pp. 177-213.
- , "Pancho Villa y la revolución mexicana", *Revista Mexicana de Sociología*, 2, n. 89, abril-junio de 1989, pp. 87-113.
- , "La última gran campaña de Francisco Villa", *Boletín*, n. 5, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, México, 1991.
- , "Die Schuldknechtschaft in Tulancingo", *Circumpacifica: Festschrift für Thomas S. Barthel*, Peter Lang, Frankfurt am Mein, 1991, pp. 239-48.
- , "Los motivos agrarios de la revolución en Chihuahua", en Ricardo Ávila Palafox, Carlos Martínez Assad y Jean Meyer (coords.), *Las formas y las políticas del dominio agrario. Homenaje a François Chevalier*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1992, pp. 276-83.
- , "Zum Werdegang der Nachkommen von Azteken, Inka und Maya seit der spanischen Eroberung", *Zeitschrift für Latein-amerika*, n. 44-45, Viena, 1993, pp. 91-101.
- , "The Demise of the Old Order on Mexico's Haciendas, 1911-1913", en *Ibero-amerikanisches Archiv*, 20, n. 3-4, Berlín, 1994, pp. 399-435.

- , “Los hacendados y la revolución mexicana”, en *Actas del Cuarto Congreso de Historia Comparada, 1993*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1995, pp. 396-408.
- , “The Agrarian Policies of Emiliano Zapata, Francisco Villa and Venustiano Carranza”, en Columbia University, 1995.
- Knight, Alan, “Intellectuals in the Mexican Revolution”, en Roderic A. Camp, Charles A. Hale y Josefina Vázquez (comps.), *Los intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México, México, 1981.
- , “La révolution mexicaine: révolution minière ou révolution serrana”, en *Annales: Économies, sociétés, civilisations*, 38, n. 2, marzo-abril de 1983, pp. 449-59.
- , “The Mexican Revolution. Bourgeois? Nationalist? Or just a ‘Great Rebellion’?” *Bulletin of Latin American Research*, 4, n. 2, 1985, pp. 1-37.
- , “Los intelectuales en la revolución mexicana”, *Revista Mexicana de Sociología*, 51, n. 2, 1989, pp. 25-65.
- , “Revolutionary Project, Recalcitrant People. Mexico, 1910-1940”, en Jaime E. Rodríguez O. (comp.), *The Revolutionary Process in Mexico. Essays on Political and Social Change*, UCLA Latin American Center, Los Ángeles, 1990, pp. 227-64.
- Koreck, María Teresa, “Space and Revolution in Northwestern Chihuahua”, en Daniel Nugent (comp.), *Rural Revolt in Mexico and U. S. Intervention*, Center for U. S.-Mexican Studies, University of San Diego, San Diego, 1988.
- LaFrance, David, “Many Causes, Movements, and Failures, 1910-1913. The Regional Nature of Maderismo”, en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (comps.), *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990.
- Lavrov, Nikolai M., “Verkhouni revoliutsionnyi konvert (iz istorii mekiskanskoi revoliutsii 1910-1977gg)”, *Vop. Ist*, 3, marzo de 1972, pp. 94-106.
- Lerner, Victoria, “Rebelión y disidencia en la frontera norte de México, 1914-1920. (Estados Unidos tierra de conspiraciones mexicanas)”, en *Actas del Cuarto Congreso de Historia Comparada, 1993*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1995, pp. 533-42.
- León G., Ricardo, “Comerciantes y mercado crediticio en el Chihuahua porfiriano. El caso del Banco Minero de Chihuahua”, en *Actas del Tercer Congreso de Historia Comparada, 1991*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1992, pp. 255-64.
- Lloyd, Jane-Dale, “Rancheros and Rebellion”, en Daniel Nugent (comp.), *Rural Revolt in Mexico and U. S. Intervention*, Center for U. S.-Mexican Studies, University of San Diego, San Diego, 1988.
- Lowery, S., “The Complexity of a Revolutionary. Pancho Villa”, *Twin Plant News*, Nibbe, Hernández and Associates, El Paso, noviembre de 1988.
- MacGregor, Josefina, “La XXVI Legislatura frente a Victoriano Huerta. ¿Un caso de parlamentarismo?”, *Secuencia*, 4, enero-abril de 1986, pp. 10-23.
- Mahoney, Tom, “The Columbus Raid”, *Southwest Review*, 17, invierno de 1932, pp. 161-71.
- Marvin, George, “Villa: The Bandit Chieftain who has Risen to Become the Most Powerful Man in Mexico”, *World's Work*, 28, julio de 1914, pp. 269-84.
- Meyer, Eugenia, María Alba Pastor, Ximena Sepúlveda y María Isabel Souza, “La vida con Villa en la hacienda del Canutillo”, *Secuencia*, 5, mayo-agosto de 1986, pp. 170-83.
- Meyer, Jean, “Les ouvriers dans la révolution mexicaine. Les Batallions Rouges”, en *Annales: Économies, sociétés, civilisations*, 25, n. 1, enero-febrero de 1970, pp. 30-35.
- , “Grandes campañas, ejércitos populares y ejército estatal en la revolución mexicana (1910-1930)”, en *Anuario de Estudios Americanos*, 31, 1974, pp. 1005-1030.
- , “Periodización e ideología”, en James W. Wilkie, Michael C. Meyer y Edna Monzón de Wilkie (comps.), *Contemporary Mexico. Papers of the IV International Congress of Mexican History*, University of California Press, Los Ángeles y México, 1976, pp. 711-22.
- , “Le catholicisme social au Mexique jusqu'en 1913”, *Revue Historique*, 260, 1978, pp. 143-59.
- Meyer, Lorenzo, “La revolución mexicana y las potencias anglosajonas”, en *Historia Mexicana*, 34, n. 2, 1984, pp. 300-52.

- Meyers, William K., "La Comarca Lagunera. Work, Protest, and Popular Mobilization in North Central Mexico", en Thomas Benjamin y William McNellie (comps.), *Other Mexicos. Essays on Regional Mexican History, 1876-1911*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984.
- , "Second Division of the North. Formation and Fragmentation of the Laguna's Popular Movement, 1910-1911", en Friedrich Katz, *Riot, Rebellion, and Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1988; *Revuelta, rebelión y revolución*, Era, México, 1990, pp. 113-48.
- , "Pancho Villa and the Multinationals. United States Mining Interests in Villista Mexico, 1913-1915", *Journal of Latin American Studies*, 23, n. 2, mayo de 1991, pp. 339-63.
- Miller, Simon, "Lands and Labour in Mexican Rural Insurrections", *Bulletin of Latin American Research*, 10, n. 1, 1991, pp. 55-79.
- Mistron, Deborah, "The Role of Pancho Villa in the Mexican and the American Cinema", *Studies in Latin American Popular Culture*, 2, 1983, pp. 1-13.
- Monsiváis, Carlos, "La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la revolución mexicana", *Historias*, n. 8-9, 1985, pp. 159-78.
- Munch, Francis R., "Villa's Columbus Raid. Practical Politics or German Design?", *New Mexico Historical Review*, 44, n. 3, julio de 1969, pp. 189-214.
- Natividad Rosales, José, "Pancho Villa, el hombre y la fiera", *Siempre!*, 9, n. 84, 2 de febrero de 1955, pp. 33-34, 70.
- Naylor, Thomas H., "Massacre at San Pedro de la Cueva. The Significance of Pancho Villa's Disastrous Sonora Campaign", en *Western Historical Quarterly*, 8, n. 2, abril de 1977.
- O'Brien, Dennis J., 1977, "Petróleo e intervención. Relaciones entre Estados Unidos y México, 1917-1918", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 17, n. 2, 1977, pp. 123-52.
- Orellana, Margarita de, "Quand Pancho Villa était vedette de cinéma", *Positif, Revue de Cinéma*, 251, 1 de febrero de 1982, pp. 43-46.
- , "Pancho Villa", *City Limits*, 5-11 de marzo de 1982.
- Orozco, Serafina, "My Recollections of the Orozco Family and the Mexican Revolution of 1910", *Password*, primavera de 1980.
- Orozco Orozco, Víctor M., "Revolución y restauración. La lucha por la tierra en San Isidro y Namiquipa", en *Actas del Cuarto Congreso de Historia Comparada*, 1993, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1995, pp. 495-514.
- , "Notas sobre las relaciones de clase en Chihuahua durante la primera fase de las guerras indias", en *Actas del Segundo Congreso de Historia Comparada*, 1990, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1990, pp. 369-384.
- , "Una maestra, un pueblo", *Cuadernos del Norte. Sociedad, política y cultura*, n. 12, noviembre-diciembre de 1990, pp. 17-23.
- Ortoll, S. y A. Bloch, "Xenofobia y nacionalismo revolucionario. Los tumultos de Guadalajara, México, en 1910", en *Cristianismo y Sociedad*, 86, 1985.
- Osorio Zúñiga, Rubén, "Francisco Villa y la guerrilla en Chihuahua (1916-1920)", *Boletín del Cemos, Memoria*, 1, n. 10, mayo-junio de 1985.
- Palomares Peña, Noé G., "Minería y metalurgia chihuahuense. Batopilas y Santa Eulalia entre 1880 y 1920", en *Actas del Tercer Congreso de Historia Comparada*, 1991, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1992.
- Paulsen, G. E., "The Legal Battle for the Candelaria Mine in Durango, Mexico, 1890-1917", en *Arizona and the West*, 23, n. 3, 1981, pp. 243-66.
- , "Reaping the Whirlwind in Chihuahua: The Destruction of the Minas de Corralitos, 1911-1917", *New Mexico Historical Review*, 58, n. 3, 1983, pp. 253-70.
- Ramírez Rancano, Mario, "Los hacendados y el huertismo", *Revista Mexicana de Sociología*, 48, n. 1, 1986, pp. 167-200.
- Reed, John, "The Mexican Tangle", en James C. Wilson (comp.), *John Reed for "The Masses"*, Jefferson, McFarland and Company, 1987.

- Reyes, Aurelio de los, "With Villa in Mexico on Location", *Real Life*, 9, pp. 99-131.
- Richmond, Douglas W., "Mexican Immigration and Border Policy During the Revolution", *New Mexico Historical Review*, 57, n. 3, 1982, pp. 269-88.
- Rocha Islas, Martha Eva, "Nuestras propias voces. Las mujeres en la revolución mexicana", *Historias*, 25, octubre de 1990-marzo de 1991.
- Rosenberg, Emily S., "Economic Pressures in Anglo-American Diplomacy in Mexico, 1917-1918", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 17, mayo de 1975, pp. 123-52.
- Ruiz, Antonio, "Memorias inéditas", *El Correo de Chihuahua*, 20 de noviembre de 1912.
- Salgado, Eva, "Fragmentos de historia popular II. Las mujeres en la revolución", *Secuencia*, 3, diciembre de 1985, pp. 206-14.
- Sandos, James A., "German Involvement in Northern Mexico, 1915-1916: A New Look at the Columbus Raid", *Hispanic American Historical Review*, 50, n. 1, febrero de 1970, pp. 70-89.
- , "Northern Separatism During the Mexican Revolution. An Inquiry into the Role of Drug Trafficking, 1919-1920", *The Americas*, 41, n. 2, octubre de 1984, pp. 191-214.
- Sariego, J. L., "Anarquismo e historia social minera en el norte de México, 1906-1918", *Historias*, n. 8-9, 1985, pp. 111-24.
- Schulze, Karl Wilhelm, "Las leyes agrarias del villismo", *Actas del Segundo Congreso de Historia Comparada*, 1990, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1990.
- , "Konzept und Realität der Agrarpolitik Pancho Villas auf dem Hintergrund der Sozial- und Landverhältnisse in Chihuahua während des Porfirians und der Revolution", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 30, 1993, pp. 279-328.
- Semo, Enrique, "La cuestión agraria y la revolución mexicana. Nuevos enfoques", *Historias*, 21, octubre de 1988-marzo de 1989.
- Sims, Harold, "Espejo de caciques. Los Terrazas de Chihuahua", en *Historia Mexicana*, 18, n. 3, enero-marzo de 1968, pp. 379-99.
- Singer, M., "La cabeza de Villa", *The New Yorker*, 27 de noviembre de 1989.
- Sonnichsen, C. L., "Pancho Villa and the Cananea Copper Company", *Journal of Arizona History*, 20, n. 1, primavera de 1979.
- Stillwell, Arthur, "I Had a Hunch", *The Saturday Evening Post*, 4 de febrero de 1928.
- Tardanico, R., "State, Dependency, and Nationalism. Revolutionary Mexico, 1924-1928", *Comparative Studies in Society and History*, 24, n. 3, julio de 1982, pp. 400-24.
- Tate, Michael L., "Pershing's Punitive Expedition: Pursuer of Bandits or Presidential Panacea?", *The Americas*, 32, 1975, pp. 46-72.
- Taylor, Lawrence D., "The Great Adventure. Mercenaries in the Mexican Revolution, 1910-1915", *The Americas*, 43, n. 1, 1986, pp. 25-45.
- Terrazas Perches, Margarita, "Biografía de Silvestre Terrazas", en Silvestre Terrazas, *El Verdadero Pancho Villa*, Era, México, 1985.
- Tobler, Hans Werner, "Alvaro Obregon und die Anfänge der Mexikanischen Agrarreform: Agrarpolitik und Agrarkonflikt, 1921-1924", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 8, 1971, pp. 310-65.
- , "Las paradojas del ejército revolucionario. Su papel social en la reforma agraria mexicana, 1920-1935", en *Historia Mexicana*, 21, n. 1, 1971, pp. 38-79.
- , "Zur Historiographie der Mexikanischen Revolution, 1910-1940", en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 12, 1975, pp. 286-331.
- , "La burguesía revolucionaria en México. Su origen y su papel", en *Historia Mexicana*, 34, n. 2, 1984, pp. 213-37.
- , "Die Mexikanische Revolution in vergleichender Perspektive. Einige Faktoren Revolutionären Wandels in Mexiko, Russland, und China im 20 Jahrhundert", en *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 14, n. 4, 1988, pp. 453-71.
- Tutino, John, "Revolutionary Confrontation, 1913-1917. Regional Factions, Class Conflicts, and the New

- National State”, en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (comps.), *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990.
- Uroz, Antonio, “La injusta leyenda de Pancho Villa”, en *América*, enero-marzo de 1957, pp. 18-20.
- Ursúa de Escobar, Aurora, “Mis recuerdos del general Francisco Villa”, en *Novedades*, 12 de julio de 1964.
- Valadés, José C., “La vida íntima de Villa”, *La Prensa*, San Antonio, Texas, 19 de marzo de 1935.
- Vanderwood, Paul J., “Response to Revolt. The Counter-Guerrilla Strategy of Porfirio Díaz”, en *Hispanic American Historical Review*, 56, n. 4, noviembre de 1976, pp. 551-79.
- , “Building Blocks but yet No Building”, en *Mexican Studies*, 3, n. 2, 1987, pp. 421-32.
- , “Explaining the Mexican Revolution”, en Jaime E. Rodríguez O. (comp.), *The Revolutionary Process in Mexico. Essays on Political and Social Change*, UCLA Latin American Center, Los Ángeles, 1990, pp. 97-114.
- , “‘None but the Justice of God’. Tomochic, 1891-1892”, en Jaime E. Rodríguez O. (comp.), *Patterns of Contention in Mexican History*, Scholarly Resources Inc., Wilmington, 1992.
- Vargas, Juan Bautista, “Alemania propone a Villa el control de la zona petrolera”, *Novedades*, México, 10 de octubre de 1939.
- Vigil, R. H., “Revolution and Confusion. The Peculiar Case of Jose Ines Salazar”, *New Mexico Historical Review*, 53, n. 2, 1978, pp. 145-69.
- Villa Guerrero, Guadalupe, “Durango y Chihuahua. Los lazos financieros de una élite”, en *Actas del Tercer Congreso de Historia Comparada, 1991*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1992, pp. 265-74.
- Voss, S. F., “Nationalizing the Revolution. Culmination and Circumstance”, en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (comps.), *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990.
- Walker, David, “Porfirian Labor Politics. Working Class Organizations in Mexico City and Porfirio Díaz, 1876-1902”, *The Americas*, 37, n. 3, enero de 1981, pp. 257-87.
- Wasserman, Mark, “Strategies for Survival of the Porfirian Elite in Revolutionary Mexico: Chihuahua During the 1920’s”, *Hispanic American Historical Review*, 67, n. 1, febrero de 1987, pp. 87-107.
- , “Provinces of the Revolution”, en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (comps.), *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990.
- Waterbury, Ronald, “Non-Revolutionary Peasants. Oaxaca compared to Morelos in the Mexican Revolution”, en *Comparative Studies in Society and History*, 17, n. 4, 1975, pp. 410-42.
- White, E. Bruce, “The Muddied Waters of Columbus, New Mexico”, *The Americas*, 32, n. 1, julio de 1975, pp. 72-92.
- Wilkie, James W., “Changes in Mexico Since 1895. Central Government Revenue, Public Sector Expenditure, and National Economic Growth”, en *Statistical Abstract of Latin America*, 24, James W. Wilkie y Adam Perkal, 1985, pp. 861-80.
- Womack, John, Jr., “Spoils of the Mexican Revolution”, *Foreign Affairs*, 48, n. 4, julio de 1970, pp. 674-87.
- , “The Mexican Economy During the Revolution, 1910-1920. Historiography and Analysis”, *Marxist Perspectives*, 1, n. 4, invierno de 1978, pp. 80-123.
- , “The Mexican Revolution”, en Leslie Bethell (comp.), *Mexico Since Independence*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
- Ysunza Uzeta, Salvador, “Francisco Villa, el centauro del norte”, en *Magisterio*, julio de 1968.

MATERIALES INÉDITOS

Anderson, C. Diary, s.f.

Ángeles, Felipe, “Ángeles en Parral”, discurso de Felipe Ángeles, 22 de abril de 1919.

- Anónimo, "Pancho Villa and Germany. A Preliminary Report", s.f.
- , "Social Elements of the Orozco Revolt. The Mexican North, 1912", s.f.
- , "Soviet Historians and the Mexican Revolution", s.f.
- Benavides, Adán, "In Search of the Elusive Ally. Pancho Villa and the Mexican-American", 1971.
- Caesar, Dorothy, "The United States and Carranza Before the Split With Pancho Villa", 1973.
- Calhoun, Fredrick, "The Military, Woodrow Wilson and the Mexican Revolution. A Study in Lost Opportunities and American Frustration", 1977.
- Castillo, Máximo, "Diario del general Máximo Castillo", s.f.
- Chávez, José, "Francisco Villa, the Mexican Revolutionary Leader", United States Naval Academy, Annapolis, 1960.
- De Orellana, Margarita, *ver* Orellana, Margarita de.
- Duarte Morales, Teodosio, "Teodosio Duarte Morales, precursor de la revolución mexicana", s.f.
- Estrada, Richard, "Liderazgo popular en la revolución mexicana", s.f.
- French, William E., "A Peaceful and Working People. Manners, Morals, and Class Formation in Northern Mexico", 1994.
- Giner Durán, Práxedes, "Cómo y cuándo conocí a Francisco Villa, el maderista", memorias inéditas de Práxedes Giner Durán, s.f.
- Goldner, Anthony, "Nobody but Venustiano. The Utility of 'Bourgeois Mediocrity Incarnate'", 1987.
- Hinojosa, Iván, "José Santos Chocano. A Poet in the Mexican Revolution", 1991.
- Hu DeHart, Evelyn, "The Villista Bureaucracy. Men and Organization", 1971.
- Jaurrieta, José María, "Seis años con el general Francisco Villa", s.f.
- Kemmerer, Edwin, "The Mexican Problem", The Edwin Kemmerer Papers, Princeton University Library, Princeton, s.f.
- Koreck, María Teresa, "Social Organization and Land Tenure in a Revolutionary Community in Northern Mexico, Cuchillo Parado, 1865-1910", trabajo presentado en la Séptima Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxaca, 25-26 de octubre de 1995.
- Lerner, Victoria, "Historia de la reforma educativa", s.f.
- , "Los fundamentos socioeconómicos del cacicazgo en el México post-revolucionario. El caso de Saturnino Cedillo", s.f.
- Løvteit, Morten, "The Rise of Pancho Villa", 1984.
- Mange, Steven A., "William Randolph Hearst and the Mexican Revolution", 1989.
- Meyer, Eugenia, "Hablan los villistas", s.f.
- Orellana, Margarita de, "Las metamorfosis de Pancho Villa a través de la cámara", s.f.
- , "Pancho Villa, primer actor del cine de la revolución", s.f.
- Osorio Zúñiga, Rubén, "General Pancho Villa's Expedition to Capture Venustiano Carranza", s.f.
- , "La muerte de dos generales", s.f.
- , "Francisco Villa, la guerrilla en Chihuahua y la paz con el gobierno de México", manuscrito inédito s.f.
- Parker, Ralph, "A Visit to General Pancho Villa", propiedad de Ralph Parker, s.f.
- Pittman, Kenneth D., "The Agrarian Roots of Rebellion. The Plantation Economy of Mexico (1860-1910)", s.f.
- Salomon, Doris, "John Reed, Frank Tannenbaum, and the Mexican Revolution", University of Chicago, 1986.
- Smith, John Dunn, "Literary Treatments of the Mexican Revolution", University of Chicago, 1986.
- Smith, Michael M., "Carrancista Propaganda in the United States, 1913-1917: An Overview of Institutions", s.f.
- Spikes, Paul, "Francisco Villa and San Agrarismo", 1971.
- Tobler, Hans Werner, "Bauernhehungen und Agrarreform in der Mexikanischen Revolution", s.f.
- , "Die Mexikanische Revolution Zwischen Beharrung und Veränderung", s.f.
- , "Einige Aspekte der Gewalt in der Mexikanischen Revolution", s.f.

- , “Kontinuität und Wandel der Auslandsabhängigkeit im Revolutionären und Nachrevolutionären Mexiko”, s.f.
- Torales, Cristina, “Los industriales y la revolución mexicana”, s.f.
- Treviño Villarreal, Mario, 1990, “Fases previas al constitucionalismo en Nuevo León”, trabajo inédito presentado en el Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana en la Ciudad de San Luis Potosí, 1-5 de octubre de 1990.
- Vargas Valdés, Jesús, 1990, “Máximo Castillo y la revolución en Chihuahua”, trabajo inédito presentado en el Congreso de Historiadores, San Diego, California, 17-19 de octubre de 1990.
- , “Una flor para Francisco Villa”, trabajo inédito presentado en el Congreso de Historia Comparada, 1991.
- , “Los obreros de Chihuahua. Algunas experiencias de organización (1880-1940)”, s.f.
- Walker, David, “‘Y hay que quedar conforme porque a nadie se le puede exigir nada’. The Villista Legacy and Agrarian Radicalism in Eastern Durango, Mexico, 1913-1930”, trabajo inédito presentado en la First Joint Conference of the Rocky Mountain Council for Latin American Studies and the Pacific Coast Council for Latin American Studies, Las Vegas, 5-9 de marzo de 1995.
- Wasserman, Mark, “La reforma agraria en Chihuahua, 1920-1940. Algunas notas preliminares y ejemplos”, en *Actas del Cuarto Congreso de Historia Comparada, 1993*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1995, pp. 461-80.
- Wiemers, E., “Interest and Intervention. Business Groups and Intervention in the Mexican Revolution”, s.f.
- Willis, Standish E., “Pancho Villa’s Army”, s.f.
- Wulff, J., “The Mexican Herald. An American Newspaper in the Mexican Revolution”, 15 de diciembre de 1982.
- Zimmerman, R., “Wirtschaftlich-Gesellschaftliche Aspekte der Mexikanischen Eisenbahnen vor und in der Revolution (1888-1920). Das Beispiel Des ‘Mexicano del Sur’ (Puebla-Oaxaca)”, 1986.

Índice analítico

En este índice “s” después de un número indica una nueva referencia en la página siguiente y “ss” indica referencias independientes en las dos páginas siguientes. Si el tema se trata de manera continuada a lo largo de dos o más páginas, ello se indica como espacio entre dos números de página, e.g., “57-59”. Passim se emplea para un grupo de referencias cercanas entre sí pero no consecutivas.

Abajo, Los de, (Mariano Azuela), [960n90](#)

Acosta, Jesús, [338](#)

Acosta, José María, [416](#); [585](#)

Acosta, Julio, [455](#); [643-644](#), [668](#), [984n83](#)

Acosta, Margarita, [650-651](#)

Acuña, Jesús, [258](#)

Adams, Frederick, [518](#), [520](#)

Administración de Bienes Intervenidos del Estado de Chihuahua, [459](#); Administración de Bienes Intervenidos (nacional), [694](#)

Administración General de Confiscaciones del estado de Chihuahua, [307](#)

AFL (American Federation of Labor), [579](#)

Agraria, ley (1905). *Ver* Municipal, ley agraria (1905)

Agricultores, [942-943n79](#). *Ver también* Pueblos, habitantes de los

Agua Prieta, batalla, [590ss](#), [618](#), [631](#), [888](#)

Aguascalientes, batalla, [558-560](#)

Aguascalientes (ciudad), [399](#), [423](#), [425s](#), [427](#), [438](#), [456](#); [558ss](#), [714s](#), [846](#)

Aguascalientes (estado), [235](#), [399](#), [401](#), [421](#), [426](#)

Aguascalientes, Convención. *Ver* Convención de Aguascalientes

Águila y la serpiente, El (Martín Luis Guzmán), [960n90](#); [918](#)

Aguilar, Cuauhtémoc, [674](#)

Aguilar, Rafael, [120](#)

Aguirre, Amado, [907](#)

Aguirre Benavides, Adrián, [201](#), [213](#), [222](#), [305](#), [376](#)

Aguirre Benavides, Eugenio: conflicto con Carranza, [304-305](#), [397](#); defección, [328](#), [423](#); [522-523](#); y Obregón, [422](#), [438](#); y los bienes confiscados, [489](#); [501](#); en la coalición convencionista, [501-502](#)

Aguirre Benavides, Luis: y el encarcelamiento de Villa, [201](#), [215](#), [305](#); y el Banco Minero, [285](#); sobre Juana

Torres, 297; y Obregón, 327-328, 420-423 *passim*, 968n33, 968n40; en la coalición convencionista, 501, 917; memorias, 328; 918

Ahumada, Miguel: y la revuelta de Tomóchic, 39s; renuncia a la gubernatura, 64, 158; sobre los impuestos, 68; y Juan Hernández, 109-110, 119; 613; fuentes de archivo, 907

Aitken, Harry E., 372

Albany Knickerbocker Press, 851

Aldasoro, Andrés, 53s

Aldonna, Antonio, 484

Alemania: planes para intervención estadounidense, 565, 594-595, 620-622, 738-740, 992n33; y el telegrama Zimmerman, 622, 685-686, 736, 740; y el plan de Keedy, 734-737

Alessio Robles, Vito, 438

Alfabetización, 58

Algodón, 49, 454; 513-514, 536, 551, 572, 617, 978n87

Alianza Liberal (*antes* Partido Legalista), 752, 765, 774ss, 778s

Alimentos, abasto/precios, 26, 34, 67-68, 78-79, 276, 487; 575-576, 692, 696

Almada, Francisco, 939n10, 945n19, 947-948n117; 618, 717, 752, 909, 981n12, 990n66

Almanza, Mateo, 402, 423, 968n40; 598

Alonso, Ana María, 939n13; 909, 930

Alvarado, Refugio, 18

Alvarado, Salvador, 390; 511, 538, 690, 704, 755, 800, 837

Alvarado Mining Company (Chihuahua), 626

Alvarado Portillo, Lucio, 340

Alvírez, Felipe, 252

Amarillas, José, 862

Amaro, Joaquín, 800-805 *passim*, 860s, 908

Amaya, Abelardo, 828

Amaya, Gabino, 21

Amaya, Juan Gualberto, 944-945n16

Amaya, Simón, 41

Amayo, Isidro, 338

American Smelting and Refining Company (ASARCO), 20, 67, 256, 359s, 471s; 562, 687

Amiga de la Obrera, La (fundación de caridad), 474

Anaya, Celso, 41

Anaya, Luis G., 252

Anda, Victorio de, 340

Anderson, Chandler, 569s, 626, 912

Andrés (revolucionario): carta a *Papacito*, 111-112, 203

Ángeles, Alberto, 776

Ángeles, Felipe: humanitarismo, 149, 255, 316; 780, 791-792, 897-898; y el movimiento zapatista, 149, 195-196, 255, 315-316, 429, 449, 953n48, 959n54, 969n49; 711, 741, 894; origen/educación, 314; leal a Madero, 315, 316-317, 959n65; 760-761, 785, 897; y el golpe de Huerta, 316-319, 959n65; 897; degradación por Carranza, 319-320; papel en la División del Norte, 320-321; 504, 764; agenda ideológica, 320-321; 762-764, 777-778, 779-780, 792-793, 897-898; y Woodrow Wilson, 321, 357, 387, 966n103; 573, 764, 898; postura sobre intervención estadounidense, 387-388, 966n103; 757-764 *passim*, 775, 898; y la alianza Villa/Maytorena, 391-392, 414, 418; y las negociaciones Villa/Carranza, 395-396; consejos de estrategia militar, 399-401s; 539-540, 551s, 556-557, 605, 782-783; sobre las ejecuciones, 403; 546, 780, 793; sobre el pacto huertista, 409; y la planeada ejecución de Obregón, 419s, 968n33; en la Convención de Aguascalientes, 429; y la alianza Villa/Zapata, 434-435; 897; González Garza sobre, 501; sobre la defección de Aguirre Benavides, 523; propaganda obregonista contra, 959n65; 527-528; propaganda carrancista contra, 974-975n74; Díaz Lombardo sobre, 533; sobre

la reforma agraria, [535](#), [606](#), [761s](#); victoria de Monterrey, [544-546](#), [560](#), [898](#); culpado por Villa, [560-561](#), [976n27](#); y el plan de Canova, [570](#); ruptura con Villa, [584](#), [788s](#), [898](#), [979n107](#); y Calero, [750](#), [767-769](#), [775-776](#); en el exilio, [757-758](#); correspondencia con Maytorena, [758-759](#), [761](#), [765-766](#), [773-775](#); su amplio apoyo popular, [764](#); carta de Villa, [772](#); manifiesto de, [776-777](#); reunión con Villa, [777-780](#); y la reconciliación con los estadounidenses, [785](#), [787-788](#), [793](#); proceso/ejecución, [789-796](#), [997n102](#); carta a su esposa, [795](#); en fuentes de archivo, [906](#), [909-910](#)

Angeles Examiner, Los, [634](#)

Ánimas, Hacienda de Las, [245](#)

Antirreeleccionista, Partido, [72](#), [83](#), [162](#), [196](#), [304](#); [554](#), [611](#), [640](#)

Apaches, guerras contra, [26-33](#), [39](#), [42](#), [46ss](#), [51](#), [56](#), [79](#), [104](#), [120](#), [127](#), [277](#), [346](#), [446](#), [458](#), [466](#); [726](#), [880](#), [883s](#), [893](#)

Appeal to Reason, [369](#)

Aranda, Albino, [460](#); [816](#), [866](#)

Aranda, Lucas, [460](#)

Aranda, Manuel, [460](#)

Aranda, Roque, [460](#)

Arango, Agustín (padre de Villa), [16](#), [18](#), [89](#)

Arango, Antonio. *Ver* Villa, Antonio

Arango, Doroteo (Francisco Villa), [16ss](#), [84ss](#), [88](#), [945-946n35](#); [527](#). *Ver también* Villa, Francisco

Arango, Hipólito. *Ver* Villa, Hipólito

Arango, Marianita (hermana de Villa), [16](#), [945n20](#)

Arango, Martina (hermana de Villa), [16](#), [296](#), [945n20](#); [825](#)

Arango, Micaela (madre de Villa), [16](#)

Arce, Néstor, [790s](#), [795](#)

Archivo, fuentes de: discrepancias, [905](#); sobre Villa y sus asociados, [906-907](#); mexicanas no villistas, [907-908](#); en los archivos públicos mexicanos, [909-910](#); en Estados Unidos, [910-913](#); en países europeos, [913-915](#); historia oral, [915](#); memorias, [916-919](#); periódicos, [920](#)

Archivo General de la Nación (ciudad de México), [48](#); [909s](#)

Archivo Estatal de Chihuahua, [909](#)

Archivo Nacional, [48](#)

Archivo Notarial de Chihuahua, [48](#)

Arenas, hermanos, [499](#)

Argumedo, Benjamín, [187](#), [399](#)

Arias Olea, Heliodoro, [43](#), [58ss](#), [81](#)

Armas/municiones: de Orozco, [188](#); bloqueo de Wilson, [247](#), [405-406](#), [967n5](#); [563](#), [888](#); capturadas en Torreón, [259](#); medios de Villa para procurarse, de Estados Unidos, [270](#), [309](#), [344](#), [364](#), [448](#); [512s](#), [608](#), [731-732](#), [887](#), [973n15](#); levantamiento del bloqueo estadounidense, [289](#), [344](#), [352](#), [377](#); y Mondragón, [314](#); tratos de De la Garza, [344](#); [552](#), [750-751](#), [973n15](#); impacto de la primera guerra mundial, [344](#); [515](#), [551s](#), [565-566](#), [620-621](#), [666](#); de la coalición convencionista, [512-513](#), [550-551](#), [553-554](#); de los carrancistas, [513](#), [551](#), [654](#), [902](#); de Buelna, [586](#); depósitos ocultos de Villa, [617](#), [654](#), [703](#), [708](#); contrabandistas de Villa, [710](#), [731-734](#); cargamentos alemanes, [739](#); de fábricas mexicanas, [778](#), [783](#); hacienda de Canutillo, [863](#); fuentes de archivo, [906-907](#). *Ver también* Artillería

Armendáriz, Eleuterio, [84](#)

Armendáriz, Simón, [829](#)

Armendáriz de Orduño, Soledad, [419](#)

Arredondo, Eliseo, [382](#)

Arrieta, hermanos, [331](#), [423](#), [489](#); [497](#), [664s](#), [671](#), [819](#)

Artillería (División del Norte), [259](#), [314](#), [344s](#), [353](#), [399s](#). *Ver también* Armas/municiones

Arzate, Manuel M., [829](#)

ASARCO. *Ver* American Smelting and Refining Company

Asociación de los Habitantes de Cuchillo Parado, 50
 Aubert, Trucy, 194
 Avellano, Pascual del, 791
 Ávila, Fidel, 244, 287, 308, 313; 726; y González Garza, 324; sobre elecciones anuladas, 456; y la política de reforma agraria, 465, 468; 539; informes administrativos, 474-475, 484; sobre la rendición de Villa, 600-601
 Ayguesparre, Victor, 509s, 914
 Aztecas, 25
 Azuela, Mariano, 324, 328, 960n90; 875
 Azueta, Manuel, 856

Babícora, Hacienda de, 188, 459; 623, 709, 720. *Ver* San Miguel de
 Baca, Cástulo, 208
 Baca, Guillermo, 80, 304
 Baca, Juan Bautista, padre, 456
 Baca Valles, Manuel, 92, 284-285, 312-313; 644
 Baca Valles, Miguel, 95
 Bachimba, batalla de, 208
 Bachíniva, pueblo, 43, 58ss, 81, 340; 638, 709
 Baker, Newton, 636, 645ss, 683
 Baldías, tierras, 72
 Banco del Estado de Chihuahua, 275, 459
 Banco Minero (Chihuahua), el, 30, 35; 831; robo, 69-71, 161-162; 882; y la intervención de Madero, 162, 179-180; incendio, 175; extorsiones de Villa, 190, 202, 208, 952n35; fondos ocultos, 284-285; y el régimen de Huerta, 728
 Banda, Manuel, 341-342, 420
 Banderas, Juan, 517-518
 Bandidaje: en Durango, 85, 97, 945n35; rechazo chihuahuense, 90; 884; de los maderistas, 180s; ataque de Villa, 246-247; 803; aplicación del término, 469; de Treviño, 649-650. *Ver también* Villa, Francisco, como bandido
 Baray, Pablo, 340
 Baray, Pedro, 43, 58s
Barbarous Mexico (México bárbaro, Turner), 368
 Barragán, Juan, 332; 874, 907, 929
 Barragán, Manuel, 430
 Barragán Rodríguez, Juan (funcionario carrancista), 966n103
 Barrón, Heriberto, 322
 Barrows, David, 460, 485, 487
 Batallones Rojos, 530, 614, 691, 812
 Bauche (poblado), 128
 Bauche Alcalde, Manuel, 16, 86, 325s, 393, 482, 938n4; 916-917
 Baz, Salgado, 874
 Beery, Wallace, 875
 Behar, Ruth, 876
 Beltrán, Francisco, 641s, 710
 Beltrán, Gorgorio, 656
 Beltrán, José, 21
 Ben Williams, Agencia de Detectives (Nuevo México), 680
 Benavides, Catarino, 113

Benton, William S.: confrontación con Villa, [374-376](#), [464](#); consejo de guerra fingido, [377s](#), [965n72](#); y la responsabilidad de Villa, [965n74](#); [618](#), [741](#), [808](#), [981n12](#)

Berlanga, David, [516-517](#), [521](#)

Bernadini (cónsul francés), [705](#)

Bernal (coronel federal), [402](#)

Bernal, Heraclio, [87-88](#) passim, [97](#)

Bernstorff, Johann von, [738](#), [994-995n46](#)

Biddle, John, [20](#), [945n20](#)

Bierce, Ambrose, [347-348](#), [962n54](#)

Biermann (agente germano-estadounidense), [741](#)

Birmingham Herald, [371](#)

Blanco, José de la Luz, [121](#), [127](#), [133s](#)

Blanco, Lucio: y Magaña, [388s](#); junta de pacificación, [424-425](#), [434](#), [437](#); origen, [502](#); y la defección de Gutiérrez, [521](#), [523](#), [547](#)

Blanquet, Aureliano, [317](#); [769](#)

Blasco Ibáñez, Vicente, [810](#)

Bliss, Tasker Howard, [912](#)

Body, John B., [742](#)

Bolchevismo, [826](#)

Bonales Sandoval, José, [213-214](#), [216](#), [222-223](#)

Bonilla, Manuel: pasado maderista, [323](#), [465-466](#); proyecto de reforma agraria, [324](#), [466-469](#); carta de Santos Chocano, [580-581](#); y Calero, [767](#); y la conspiración de Iturbide, [977n60](#)

Bonillas, Ignacio, [800](#)

Bonney, Wilfred, [498](#)

Borboa (jefe de Estado Mayor de Urbina), [587](#)

Bosque de Aldama, [829s](#), [834](#), [840](#), [896](#)

Bouchier (empresario británico), [742](#)

Bóxers, rebelión de los, [880](#)

Boy-Edd, Karl, [364](#)

Bracamontes, Macario, [598](#)

Bracho, Antonio, [87](#)

Bragg, Rufus, [46](#)

Brandegge, Frank B., [992-993n47](#)

Braniff, Óscar, [139](#)

Brennan (empresario estadounidense), [675](#)

Bridgeport (Connecticut), [739](#)

Brigadas Internacionales, [876](#)

Brinck, Guillermo, [87](#)

British Mexican Eagle Oil Corporation, [742](#)

Brittingham, Juan F., [361s](#); [578](#), [929](#), [978n87](#)

Bryan, William Jennings, [355s](#), [358](#), [361](#), [364](#); [493](#), [561s](#), [568ss](#), [573](#), [912](#)

Bucareli, Tratados de, [863](#)

Buelna, Rafael, [434](#); [500-501](#), [586-587](#), [629](#), [704](#)

Bufa, cerro de La (Zacatecas), [399s](#)

Bulnes, Francisco, [951n51](#)

Burkhart (fiscal estadounidense), [679](#)

Burkhead (empresario estadounidense), [91](#)

Buró de Investigación de Estados Unidos, [159s](#), [171](#); [733](#), [999n103](#); vigilancia de la frontera, [748](#); sobre el asesinato de Villa, [858-859](#), [862](#); archivos, [912](#)

Buró Mexicano de Información (Estados Unidos), [527](#)

Bustillos, hacienda, [117](#), [119](#), [121](#), [123](#), [126](#), [132](#), [338](#); [601](#), [603](#), [618](#), [708](#)

Caballería, [350](#); [549-550](#), [553](#), [555](#), [784](#)

Caballero, Juan, [981-982n13](#), [982n38](#)

Cabora, santa de (Teresita), [38ss](#)

Cabral, Juan, [417ss](#), [436](#)

Cabrera, Luis, [322](#), [381-382](#), [426](#); [648](#)

Calavera y huesos, Sociedad (Universidad de Yale), [872](#)

Calero, Manuel: y Ángeles, [317](#), [319](#); [749s](#), [765](#), [775-776](#); lazos con compañías petroleras, [750](#), [768-769](#); como Míster X, [760](#); motivaciones contra Carranza, [760](#), [767-768](#)

Calles, Plutarco Elías: origen, [390](#), [412](#); campaña sonorenses, [416ss](#); [817](#); y Carranza, [440](#); petición de Villa, [801-806](#) *passim*, [845](#); oposición de Villa, [826-827](#), [840](#), [896](#); sobre el plan McQuatters-Terrazas, [835](#); como sucesor de Obregón, [837-842](#) *passim*; y De la Huerta, [839](#), [1000n141](#); y el asesinato de Villa, [853-865](#) *passim*; e Hipólito Villa, [866](#); y Austreberta Rentería, [870](#); fuentes de archivo, [908](#)

Calles-Torreblanca, archivo, [929](#)

Calzadías Barrera, Alberto, [618](#), [981-982n13](#), [989n31](#)

Calzado, Eusebio, [363](#), [393](#); [907](#)

Cámara de Diputados, [854](#), [873](#)

Camargo (ciudad), [102](#), [122](#), [246](#), [249](#), [253](#), [461](#); [702s](#), [710](#)

Camisas Doradas, movimiento, [876](#)

Campa, Emilio, [187s](#), [194](#), [204](#)

Campeche, [105s](#); [704](#)

Campesinos. *Ver* Pueblos, habitantes de los

Campobello, Nellie, [875](#), [917](#)

Cananea, [65s](#), [430](#); [542](#), [592](#)

Cananea Mining Company, [592](#)

Canova, Leon: sobre el encuentro Villa-Zapata, [492-493](#); sobre el terror villista, [516](#), [520](#); y la conspiración de Iturbide, [568-571](#), [977n54](#), [977n60](#), [979-980n129](#); y Ángeles, [583-584](#); y Keedy, [735](#), [889](#); fuentes de archivo, [912](#)

Canseco (comandante), [516](#)

Cantú, Esteban, [611](#)

Canutillo, hacienda: oferta de De la Huerta, [803](#), [806](#), [815-816](#), [896](#); impacto de la Revolución, [812-813](#); escuela, [813-814](#), [896](#); costo, [815](#), [821](#); sistema de aparcería, [816](#); disciplina militar, [817s](#); entrevista de Villa, [836-839](#); ocupación por el ejército federal, [848-849](#); asunción de Hipólito, [849](#), [865-866](#); robo de Lozoya, [856](#); depósito de municiones, [863](#); tesoro enterrado, [867](#); herederos legítimos, [868-869](#), [1003-1004n112](#). *Ver también* Villa, Francisco, como hacendado

Capitalismo, [487](#)

Caraveo, Marcelo, [387](#); [658s](#)

Carden, Sir Lionel, [356](#)

Cárdenas, Lázaro, [507](#), [871](#), [873](#), [902](#)

Cárdenas, Miguel, [233](#); [907](#)

Carmen, Hacienda del, [59](#), [245](#)

Carmona, Abraham, [856-857](#), [861](#)

Carothers, George: sobre Villa, [253](#), [282](#), [428](#); [492](#); relación con Villa, [360-362](#), [386](#), [406](#), [449](#); [508](#); y el *affair* Benton, [377](#); y Ángeles, [584](#), [757](#); sobre el Chihuahua carrancista, [664](#); sobre el ataque a Columbus, [686](#), [758](#); y John Hawes, [736](#); sobre los intereses alemanes, [741](#); y Charles Hunt, [745](#)

Carrancistas: junta de pacificación, [425-426](#); burguesía villista versus, [430-431](#), [485-486](#); centralismo, [443](#); [895](#), [900-901](#); infraestructura civil, [444](#), [454-455](#); [722-723](#); política agraria, [446s](#), [453](#); [595](#), [614-615](#), [690-694](#) *passim*, [725-726](#), [895](#), [902](#); ventajas/desventajas, [496-497](#), [515](#), [547](#); y la iglesia católica, [505-](#)

507, 694; y la tercera fuerza de Gutiérrez, 521-522; propaganda, 526-530, 534, 539, 974-975n74, 989n31; y Silvestre Terrazas, 602s; agenda para la pacificación de Chihuahua, 611-613, 615; defensas sociales, 615, 719-723; empleo de los villistas, 615-616; hostilidad popular contra, 657, 668-669; ejecuciones/deportaciones, 660-661, 691; Constitución, 693-694, 696; oposición de exiliados, 748-749; y el proceso de Ángeles, 789-796, 997n110; prensa antivillista, 989n31. *Ver también* Carrancistas militares; Carranza, Venustiano

Carrancistas militares, los: necesidades de reclutamiento, 504-505; abasto de armas, 515, 550, 654, 902; en Guadalajara, 542-543; en Monterrey, 544-546; en la ciudad de México, 547; victorias de Celaya, 553-556, 605, 607; en León, 557-558, 606; en Agua Prieta, 590-591; en Hermosillo, 597; tregua propuesta con Villa, 639s; en Ciudad Guerrero, 641; en San Andrés, 660-661, 985n25; generales incompetentes/corruptos, 662, 691-693, 718-719, 783-784; desertiones, 664, 783-784; en La Enramada, 665; y el programa de recuperación de propiedades, 694-696, 728; defensas sociales, 719-722, 800; indultos de Villa, 782; en Ciudad Juárez, 785-786

Carranza, Jesús, 236; 502

Carranza, Venustiano, 72, 79, 143, 270, 275, 343; y Orozco, 138; conducta, 233, 379; 496; vínculos porfirianos, 233, 955n11; como gobernador de Coahuila, 233-234; vínculos con la élite, 234, 237; 510-512, 613; y el golpe de Huerta, 235-237; Plan de Guadalupe, 236-237, 388, 452-453; 529; cuestiones en torno a su control, 243, 251-252, 259s, 273-274, 291; vínculos con Chao, 249, 288-289, 303s, 380-381, 383, 452; sobre las ejecuciones, 257-258; 896; y la familia Aguirre Benavides, 304-305; y Ángeles, 319-320; 606, 760-761, 790; vínculos con los intelectuales, 322, 325s, 381; y cabilderos estadounidenses, 363s, 964n28; y el *affair* Benton, 378-379, 965n72; nombramientos de funcionarios en Chihuahua, 380-381, 383; reestructuración administrativa, 383-384; Zapata versus, 388-389, 435; 691; y Obregón, 390, 440; 496; y el embargo de armas de Wilson, 406s; 562-563, 573, 888; propuesta de Carvajal, 408-409; renuncia como táctica, 426; Villarreal versus, 432s; Convención, demanda de renuncia, 435-436; y Bonilla, 465; en *Vida Nueva*, 506, 531-532; Ayguesparre sobre, 509; y las propiedades confiscadas de Terrazas, 510, 614, 725-729, 831; decreto agrario, 530, 538, 693; entrega de Veracruz, 562-564; tensiones con Estados Unidos, 566-567, 689-690, 759-760, 784, 902; reconocimiento/apoyo de Estados Unidos, 579, 589-596 *passim*, 889; amnistía a villistas, 603; y Enríquez, 613-614; y la Expedición Punitiva, 636-638, 648-649, 684-687; y el complot del envenenamiento, 683, 987n100; interés en Alemania, 685-686, 740-741; planes de Gran Bretaña/Estados Unidos, 738-742 *passim*, 819, 992-993n47, 993n48; sucesor nominado, 800; asesinato, 800s, 843; fuentes de archivo, 907. *Ver también* Carrancistas; Carranza-Villa, conflicto

Carranza-Villa, conflicto, 270, 307, 343; y correspondencia cordial, 379, 383; como rivalidad personal, 380, 441s, 969n66; 895; y gubernatura de Villa, 381-382; y confrontación Chao-Villa, 384-385; y campaña de la ciudad de México, 392-394, 405; y renuncia de Villa, 395-398; y acuerdo de Torreón, 412-413; y acuerdo Villa/Obregón, 415-418; y acusaciones de Villa, 421-422; 593-594, 631, 662, 712-713, 716; debate histórico sobre, 440ss; como lucha de clases, 442, 444, 969n67; 894; Alan Knight sobre, 442-443; como regionalismo versus centralismo, 443s; 895; cuestión de las propiedades confiscadas, 446-447; 895; y plan de secuestro, 714-715; reconciliación fallida, 717, 990n66

Carrasco, Juan, 121

Carrascosa (general revolucionario), 960-961n101

Carrera Torres, Alberto, 498s

Carretas (ciudad), 107

Carrillo, Lauro, 35ss, 39, 42, 313

Carrizal, 648, 677, 759

Carvajal, Francisco, 134, 408s

Casa Aguirre, clan, 500

Casa del Obrero Mundial, 497, 530, 533, 614

Casas, Manuela (esposa de Villa), 825, 846, 868, 870

Casas Grandes, 31-32, 62, 114, 117, 119, 121, 126, 128, 154, 207, 244, 259, 276, 291, 418; 590, 603, 607

Case, Alden Buell, [246](#), [477](#)
Caso, Ángel del, [420](#)
Casta, José, [537](#)
Castas, guerra de (1847-48), [141](#), [269](#)
Castellanos, Antonio, [213](#), [954n103](#); [536](#), [736](#)
Castillo (abogado), [213s](#)
Castillo, Eduardo, [89](#)
Castillo, Máximo, [117](#), [153](#), [167](#), [170ss](#), [175](#), [208](#), [247](#), [316](#), [470s](#), [951n51](#), [970-971n54](#); [919](#)
Castillo Tapia, Guillermo, [434](#)
Castleman, James P., [633](#)
Castro, Cesáreo, [430](#); [555](#)
Castro, Fidel, [12](#), [299](#)
Castro, Francisco, [252s](#), [262](#)
Castro, Jesús Agustín, [302](#), [430](#), [486](#); [783s](#), [786](#), [817](#), [829](#), [855](#), [858-861](#)
Castro Solórzano, Antonio, [148](#)
Católica, iglesia, la: influencia debilitada, [37-38](#); y el régimen de Díaz, [64s](#); y Creel, [65](#); postura sobre la intervención estadounidense, [160](#); y Villa, [422](#); [505-507](#), [827](#); y los carrancistas, [505-507](#), [694](#); y el plan de Canova, [571](#)
Católico, Partido, [255](#), [356](#); [505](#), [568](#), [748](#)
Caudillo, tradición del, [277-278](#); [534](#)
Cavazos, José, [641](#)
Cavazos, Marcial, [661s](#)
Cavazos, Mauricio, [111](#)
Cedaño, Luis, [734](#)
Cedillo, Cleofas, [498s](#), [512](#), [611](#), [686](#), [764](#), [902](#)
Cedillo, Magdaleno, [498s](#), [512](#), [611](#), [686](#), [764](#), [902](#)
Cedillo, Saturnino, [498s](#), [512](#), [611](#), [686](#), [764](#), [902](#)
Ceja Reyes, Manuel, [872](#)
Celaya, batallas de, [530](#), [537](#), [552-557](#), [559-561](#), [605](#), [619](#), [664](#), [846](#), [888](#)
Ceniceros, Severiano, [303](#), [398](#); [577](#), [623](#)
Cepeda, Rafael, [235](#); [499](#)
Cerro Prieto (batalla), [102](#), [110](#), [136](#), [947-948n117](#)
Cerruti, Mario, [929](#)
Cervantes, Candelario, [342](#); [617](#), [628s](#), [981-982n13](#); y ataque a Columbus, [630-631](#), [639](#); deserciones sufridas, [642-643](#); muerte, [644](#)
Cervantes, Federico, [953n52](#), [959n54](#); [536s](#), [605](#), [776](#)
Chacón, Alberto, [455](#)
Chacón, Pedro, [455](#)
Chao, Manuel: guerrilla, [242-244](#); vínculos con Carranza, [249](#), [288](#), [303s](#), [380-381](#); y Villa, [249-250](#), [271](#), [280](#), [344](#), [384-385](#), [452](#), [459](#); [613](#); nombramiento como gobernador, [288s](#), [308](#), [381-382](#); origen/rasgos, [303](#); ley agraria, [383](#), [966n90](#); muerte, [813](#), [866](#)
Chapultepec, parque de (ciudad de México), [714](#)
Charleston News and Courier, The, [370](#)
Chávez, Alfredo, [844](#)
Chávez, Cruz, [38ss](#); [639](#), [644](#)
Chávez, Fernando, [484](#)
Chávez, Gabriel, [857](#)
Chávez, Inocencio, [21](#)
Chávez, Joaquín, [36s](#), [82](#)
Chávez, Juan Ignacio, [36](#)

Chávez Domínguez, 190s
 Chevarría, depósito de armas de, 708s
 Chiang Kai-shek, 698
 Chiapas, 11, 151, 486; 496, 505, 510ss, 515, 692, 789, 876
Chicago Tribune, 836
 Chihuahua (ciudad): clase media, 57-58; avance maderista contra, 100, 946n57; levantamiento de Orozco, 187; derrota de Villa, 260; ocupaciones villistas, 265-268; 599-600, 699-700; impacto inflacionario, 477-478; ejecución de Pablo López, 644-645; ataque del día de la Independencia, 658-659; evacuación por Treviño, 672-675; proceso de Ángeles, 789-796, 997n110; congreso agrario, 828; entierro de Villa, 850, 871-872
 Chihuahua: topografía, 25-26, 110-111; colonias militares, 26-31 passim; imperio de Terrazas, 28-29, 107s, 118; tierras expropiadas a la gente del campo, 31-35, 43-46, 940n17, 942-943n79; habitantes de los pueblos libres, 31-32; catolicismo debilitado, 37-38; gobierno de Creel, 43-57 passim; 880-881; clase media, 57-58; 881s; movimientos de oposición prerrevolucionarios, 62-66; crisis económica, 66-69, 78-79; papel en la revolución mexicana, 77-79, 237-239; 879; escaso bandidaje, 91-92; 884; robo de ganado, 91-92; sistema legal, 92s; policía, 93-95; fuerzas porfiristas, 103, 118; llegada de Madero, 110-117 passim; reacciones posrevolucionarias, 164-167; cartas abiertas de Villa, 184ss; popularidad de Villa, 243-244, 274, 277; 656-657, 659-660, 666-667; ejecuciones de civiles, 280-281, 484s; bibliotecas personales, 288; propiedad, 466, 469; 537-538; gobierno carrancista, 612-616, 721-722; defensas sociales, 615, 719-725; desempleo de los villistas, 616; ocupación por Treviño, 649-651, 664, 669; confiscación/reparto, 654-656, 666-667, 699; brutalidad de la guerra civil, 696-697, 699; y plan McQuatters-Terrazas, 831-836; fuentes de archivo, 909. *Ver también* Chihuahua villista
 Chihuahua, revolución en (1910-11): factores que contribuyeron, 73-75, 78-79, 453; 880-883; primeros levantamientos, 79-81, 82s; estrategias, 81, 111-112, 128-129, 135; reclutamiento de Villa, 81, 83-84, 90, 95-97, 946n49; batalla de San Andrés, 99; batalla de Chihuahua, 100, 946n57; estrategias contra, 100-104; informe anónimo sobre, 107; simpatías populares, 107s, 118-119; opinión de Díaz sobre, 109-110; facciones ideológicas, 113-115; composición social, 153; 880-884; elementos únicos, 153; 879-880; financiamiento, 203; papel de las mujeres, 335; perspectiva de modernización, 884, 886. *Ver también* Maderistas, los; Revolución mexicana (1910-11)
 Chihuahua villista: popularidad de Villa, 243-244, 274, 277; 656-657, 659-660, 666-667; problemas administrativos, 268-272 passim; trato a la clase media, 268, 278-281, 288; medidas de redistribución, 274-276, 278, 291-292, 457s; 537-538, 903; John Reed sobre, 366, 442, 445; nombramientos de Carranza, 380-381, 383; impacto de la revolución sobre, 475-479; moneda devaluada, 478; 574-575, 608, 887; ceremonias patrióticas, 480-481; agenda socialista, 486-487. *Ver también* Chihuahua; Villista, gobierno
 Chinos, 275, 376; 663, 667-668, 676, 682, 700, 705, 880, 893, 896, 914
 Chololo, El, 872
 Chosal, Rafael, 944n8
 Churchill, Winston, 808
 CIDECH (Centro de Investigaciones y Documentación del Estado de Chihuahua), 907
 Científicos, 57, 71-72, 75, 118, 160, 172, 256, 387s, 452; 510, 512, 519, 528, 740, 748, 850, 877. *Ver también* Élite
 Cine, industria: y la imagen de Villa, 372-374; 875
 Ciudad Juárez, 62, 116, 128s, 132-135, 140-144, 146, 168, 187, 231, 261s, 383s, 948-949n152; 650, 785ss, 902; sitio prolongado de Madero, 116, 128s, 132-133; ataque Orozco/Villa, 134-135, 146; 902; Tratados de, 140-144, 231, 948-949n152; rebelión de Vázquez Gómez, 168-169, 187; captura por Villa, 261-262; traslado de Carranza a, 383s; bandidaje, 650; derrota de Villa, 785-789
 Ciudad de México. *Ver* México, ciudad de
 Clase baja, la: negociación de conflictos, 93-94; descontento de, después de la revolución, 165; 884-885; vínculos de Villa con, 269, 274, 333; 533-534, 697-698, 700; ideas de Ángeles sobre, 761s; fuentes de

archivo sobre, [911](#). *Ver también* Pueblos, habitantes de los; Industrial, clase obrera
 Clase media, la: bajo el régimen de Díaz, [42](#), [66](#), [154](#); [881](#); grupos que componían, [57-58](#); hostil a Terrazas-Creel, [60-63](#); [881-882](#); y el movimiento magonista, [62s](#); descontento, antes de la revolución, [67-68](#), [73-74](#); relaciones de González con, [72](#), [154s](#), [269-270](#), [453](#); vínculos de los habitantes de los pueblos con, [79](#); [881-882](#); insurrecciones en Chihuahua, [164](#); pérdida de simpatía hacia Madero, [230](#); bajo el gobierno villista, [269](#), [278-281](#), [288-289](#); opiniones agrarias, [466](#); expropiación de Villa, [654](#), [667-668](#)
 Clase obrera. *Ver* Industrial, clase obrera
 Clay Pierce, Henry, [363](#)
 Coahuila: crisis económica, [67](#); simpatías maderistas, [72](#), [113](#), [151](#), [446](#); condiciones agrarias, [489](#); [879](#); revolución radical, [232](#); gobierno carrancista, [233-234](#), [352](#), [454-455](#); importancia de Torreón, [251](#); traslado de Villa, [805-806](#)
 Cobb, Zach Lamar, [462](#); [584](#), [736](#)
 Cobertura de los medios. *Ver* Prensa, cobertura de
 Colignon, Eduardo, [542](#)
 Colín (dirigente villista), [554](#)
 Colonia Dublán, [648](#)
 Colonias militares, las, [25-31](#) *passim*, [446](#); creación propuesta por Villa, [291-292](#), [410](#), [467](#); [916](#). *Ver también* Pueblos, habitantes de los
 Columbus, ataque a, [374](#); [612](#), [706](#); motivos de Villa, [616-617](#), [619-620](#), [630s](#), [684](#), [902](#), [981n12](#), [982n15](#), [983n47](#), [983n51](#); papel de Alemania, [620-621](#); descripción, [632-634](#); respuesta de Estados Unidos, [634-639](#), [686-687](#), [902](#); retirada, [639](#); declaración de Villa, [675-676](#), [746](#), [756](#); y proceso de los atacantes, [679-681](#); y el plan de Keedy, [735](#); y la cuestión de la responsabilidad, [751-752](#), [804](#), [864](#), [999-1000n103](#); Ángeles sobre, [758](#); fuentes de archivo sobre, [913](#)
 Comadurán, Luis J., [43](#), [58s](#); [986n62](#)
 Comerciantes, [57](#), [60](#), [193](#)
 Comisión mixta de reclamaciones mexicano-estadounidense, [913](#)
 Comisión Monetaria, [869](#), [910](#)
 Compañía Jabonera de La Laguna, [578](#), [978n87](#)
 Compañía Tlahualilo, [196](#); [914](#)
 Conducta (transporte de la plata), [90](#)
 CONDUMEX (Centro de Estudios de Historia de México), [906s](#)
 Confiscadas, haciendas: Villa, reparto pospuesto, [247](#), [275-276](#), [289](#), [457s](#); [535-536](#), [608](#), [887](#), [893](#); bibliotecas destruidas, [288](#); de los oficiales villistas, [287-288](#), [307](#), [343](#), [430](#), [446](#), [460](#); justificaciones, [357](#); [606-607](#); políticas carrancista y villista sobre, [381](#), [446-447](#); [537-539](#), [895](#), [900-901](#); control/administración villista, [459-461](#), [485-486](#); [501](#), [508](#), [900](#), [973n33](#); bajo Silvestre Terrazas, [462](#); proyecto de ley de Bonilla sobre, [465-468](#); en Durango, [489](#); por región, [508-512](#); restitución carrancista, [510](#), [595](#), [614](#), [691](#), [694-696](#), [725-726](#), [902](#); Ángeles sobre, [535](#), [605-606](#), [761s](#); uso por Diéguez, [542](#); y evasión mediante venta a extranjeros, [543-544](#); de extranjeros, [656](#), [663](#); disminución del rendimiento, [725-726](#), [728-729](#); fuentes de archivo sobre, [910](#)
 Congreso, [356](#)
 Congreso Constituyente de Querétaro (1917), [693](#), [902](#)
 Conservadores: apoyo a Villa, [213-214](#), [219s](#), [222-223](#); [753-754](#), [840-841](#), [897](#); de la coalición convencionista, [500](#); discurso de Villa a, en Guadalajara, [543](#); y el plan de Canova, [569-571](#), [977n60](#); y planes contra Carranza, [740-744](#); exiliados en Estados Unidos, [741-742](#), [765-768](#), [775](#). *Ver también* Élite; Hacendados, los
 Constitución (1857), [769](#), [777](#), [780](#)
 Constitución (1917), [693s](#), [696](#), [764](#), [769](#), [777](#), [791](#), [800](#), [810](#), [835](#)
 Constitucionalista, revolución (1913-14). *Ver* Revolución mexicana (1913-14)
 Contreras, Calixto, [85](#), [177](#), [239](#), [243](#), [260](#), [300](#), [332](#), [446](#), [489](#); [611](#), [623](#), [720](#); intento de subversión, [152](#), [949n170](#); origen/rasgos, [958n22](#); tropas indisciplinadas, [301](#), [342](#); [548](#); y jerarquía de Carranza, [307](#); en

Durango, 423; en Cuernavaca, delegación, 434; en Guadalajara, 548
 Contreras, Ramón, 847
 Convención carrancista (octubre de 1914), 418, 420, 426
 Convención de Aguascalientes (octubre de 1914), la: convocatoria, 425-426; militares participantes, 427; facción villista, 427-429; facción carrancista, 429-431; tercera fuerza, 431-433; delegados zapatistas, 435; Plan de Ayala, 435-436; 764; renuncia de Villa demandada por Obregón, 436-439; 564
 Convención revolucionaria francesa, 427
 Convencionista, coalición, la: primer encuentro Villa-Zapata, 492-495; ventajas/desventajas, 496-497; regiones centrales para, 497, 514-515; facción agrarista, 498-500; facción conservadora, 500-502; mayoría de la tercera fuerza, 502-503; abasto de armas, 512-513, 550-552; liderazgo/programas divisionistas, 512-513, 535-538; terror villista, 516-519; defecciones, 522-525, 580-581, 584-588; debilidades militares, 524-525, 540; propaganda, 531-535; victoria de Guadalajara, 542-544, 548; victoria de Monterrey, 544-546; derrotas de Celaya, 552-556, 605s; derrota de León, 557-559, 606; campaña sonorensis, 579-589 *passim*, 597; razones de la derrota, 604-608; y política carrancista, 894-895, 900-901; triunfo hipotético, 898-901. *Ver también* Villa, Francisco, como dirigente convencionista
 Convencionistas exiliados, 749, 751
 Corral, Alberto, 872
 Corral, Carmen, 481
 Corral, Ramón, 71s, 118, 140
 Corral, Regino, 675
 Corral, señora (madre de Luz Corral), 178
 Corral de Villa, Luz (esposa de Villa), 97, 296, 299, 312; 682, 825, 875, 917; matrimonio, 178-179, 297; 506; y los hijos de Villa, 295-296; y las demás esposas de Villa, 296-297; 822-824, 869-870; influencia sobre Villa, 299, 419, 968n33; protección de Castillo a, 471, 970-971n55; ruptura de Villa con, 823-824, 999n91; pretensiones sobre la herencia, 865-870 *passim*, 1003-1004n112; memorias, 871, 919; y homenajes a Villa, 871s
 Corralitos, Hacienda de, 913
Correo del Bravo, *El*, 391s; 920
Correo de Chihuahua, *El*, 49, 62, 181, 271; 884; opiniones políticas, 63-65, 109, 166s; represión del gobierno, 65-66; sobre el escándalo del Banco Minero, 69s; proclama de Villa, 184s; sobre Villa, 186-187, 219; sobre el arresto de los hermanos de Villa, 207; sobre William Benton, 375
 Cortázar (gobernador), 47
 Cosío Villegas, Daniel, 321
 Coss, Francisco, 430, 437
 Cowdray, Lord, 362; 518, 520, 690, 914
 Creel, Enrique: medidas para la expropiación de la tierra, 44-45, 49-57 *passim*; 880-881; “modernización” de Chihuahua, 58-59; sobre Talamantes, 51-52; grupos sociales opuestos, 58-61, 79; 880-883; informantes antimagonistas, 62; y Silvestre Terrazas, 63-66, 109; sobre la crisis económica, 67-69; y el escándalo del Banco Minero, 69-71, 161-162; 831; sobre las injusticias de la revolución, 131, 950n11; vínculos con Orozco, 172, 951n51; oro escondido, 284-285; y Carranza, 512; fuentes de archivo sobre, 906s. *Ver también* Municipal, ley agraria (1905); Terrazas-Creel, clan
 Creel, Juan, 69s, 208, 284s
 Creel de Luján, señora, 725
 Creel de Müller, Lulú, 1088n10
 Creel, Reuben W., 65
 Creelman, James, 71, 74s
 “Criminal Record of Francisco Villa” (*Expediente Criminal de Francisco Villa*, memorándum del gobierno de Huerta), 938n17
 Croix, Teodoro de (virrey), 31
 Cruces, colonia militar, 31, 36

Cruz, Felipe, [40](#)
 Cuchillo Parado, [32](#), [50](#), [60](#), [80](#), [164](#), [243](#), [248](#), [300](#), [462s](#), [939-940n13](#), [940n14](#); [628](#), [777](#), [909](#)
 Cuello, Jesús, [814](#)
 Cuencamé, región de, [164](#), [489](#); [820](#)
 Cueva de Coscomate, [641](#)
 Cueva Pinta, rancho La, [83s](#)
 Cuilty, Carlos, [275](#); [728](#)
 Cultural china, revolución, [698](#)
 Cumbre, ataque al túnel de La, [471](#), [970-971n55](#)
 Cummins, Cunard, [149](#), [331ss](#), [376s](#); [741](#), [808](#)
 Cusiuhiráchic, [624](#), [661s](#)
 Cusiuhiráchic Mining Company, [624-625](#)
 Cuzin, M., [542](#), [544](#), [973n29](#), [975n103](#)

Dakin, Fred, [813](#)
 Danton, Georges Jacques, [13](#), [392](#), [441](#); [491](#), [526](#)
Danville Bee, [851](#)
 Dávila, Pedro, [460](#)
 Davis, Will, [544](#)
 Decena Trágica. *Ver* Huerta, golpe de
 Declaración de Torreón, [412-413](#)
 Defensas sociales, [250](#), [283](#); fundación, [615](#); organizadas por Pershing, [642](#), [678](#); contra el ejército carrancista, [719-725](#), [800](#); composición social, [719-721](#); relaciones de Villa con las, [723-724](#), [781-784](#) *passim*, [826](#); faccionalismo, [725](#)
 Dehesa, Teodoro, [948-949n152](#)
 Delgado (general villista), [602](#)
Demócrata, El, [852](#), [981n12](#)
 Denegri, Ramón, [800](#)
 Departamento de Estado de Estados Unidos: y el incidente de Tlahualilo, [200](#); sobre Hopkins, [362](#); sobre Benton, [378](#); y Ángeles, [974-975n74](#); y la conspiración de Iturbide, [568-571](#), [977n54](#), [977n60](#); plan de, contra Carranza, [579](#); y el plan de Charles Hunt, [745](#); archivos de, [910-911](#); sobre Villa, [963n8](#)
 Departamento de Inteligencia Militar de Estados Unidos, [97](#); [683](#), [864](#), [911s](#)
 Departamento de Justicia de Estados Unidos, [363](#), [964n29](#); [679](#), [735s](#), [770s](#), [795](#)
 Dernburg, Bernhard, [621](#)
 Deudas, peonaje por, [64](#), [104](#), [151](#), [245](#), [464](#); [498](#), [511](#), [530](#). *Ver* Peones
 Díaz, régimen de: estabilidad, [29-30](#), [57-58](#); revuelta de Tomóchic, [37](#), [40](#); la clase media bajo, [42](#), [66](#), [154](#); [882](#); vínculos de Luis Terrazas con, [42](#), [107](#); [726s](#), [881-882](#); protestas de los habitantes de los pueblos, [45-47](#), [49](#), [942n46](#); disputas de Creel con, [51-56](#); oposición del PLM, [62-63](#); y la iglesia católica, [64](#); ilegitimidad, [74s](#), [118-119](#); promesas de reforma, [118](#); estrategias encontradas, [128-131](#); órganos represivos, [150](#); jefes villistas opuestos, [300-309](#) *passim*; y familia Ángeles, [313-314](#); intelectuales opuestos, [323-324](#). *Ver también* Díaz, Porfirio

Díaz, Félix, [154](#), [213ss](#), [228s](#), [255](#), [281s](#), [316](#), [318s](#), [445](#); [502](#), [511](#), [740-743](#), [748s](#), [764](#), [785](#)

Díaz, Porfirio: reclamaciones de tierras de los habitantes de los pueblos, [48-56](#) *passim*; [893](#); informes de Creel, [68](#), [159](#); y el escándalo del Banco Minero, [70](#); entrevista Creelman, [71-72](#), [74](#); estrategia contrarrevolucionaria, [100-102](#); reclutamiento militar por, [105-107](#); informes de Hernández, [108](#), [111](#), [118-119](#); sobre la revolución de Chihuahua, [108-110](#); promesas de reforma, [118](#); informes de Lauro Villar, [119](#); renuncia, [133-134](#); golpe de 1876, [141](#); y los Tratados de Ciudad Juárez, [142](#); vínculos de Carranza con, [233-234](#), [955n11](#); Villa comparado con, [371](#); uso de la propaganda, [527s](#); fusilamientos, [950n12](#); fuentes de archivo sobre, [907](#). *Ver también* Díaz, el régimen de

Díaz, Porfirio Adrián, [340](#)

Díaz Couder, Manuel, [85](#), [945n19](#)

Díaz Lombardo, Miguel: y Ángeles, [319](#); [533](#); origen, [323](#); [752](#); relación con Villa, [325](#); [583](#), [711](#), [730](#), [753](#); sobre la ejecución de Obregón, [420](#); González Garza contra, [501](#), [524](#), [756](#); Salas Barraza sobre, [858](#); como representante en Estados Unidos, [572](#), [754](#), [756](#); exclusión de la amnistía, [604](#); y Félix Sommerfeld, [771](#); sobre el conflicto Carranza-Obregón, [800](#)

Díaz Ordaz, Gustavo, [873](#)

Díaz Soto y Gama, Antonio, [524](#), [531](#), [536](#), [538](#)

Diéguez, Manuel: vínculos carrancistas, [430](#); [510](#); propuesta de Obregón, [439](#), [969n64](#); combates o campañas militares, [542-543](#), [547-548](#), [557](#), [560](#), [590](#), [704](#), [783](#); carta contra Carranza dirigida a, [597](#); y el proceso de Ángeles, [792s](#), [794-796](#), [997n106](#); muerte, [813](#)

Diez días que estremecieron al mundo (John Reed), [875](#)

Divina Comedia (Dante), [814](#)

División del Bravo, [399](#)

División del Noreste. *Ver* Ejército del Noreste

División del Noroeste. *Ver* Ejército del Noroeste

División del Norte: jefes militares autónomos, [243-244](#), [294](#), [300-309](#), [343-344](#); financiamiento, [247](#), [457ss](#); [608](#), [887](#); disciplina, [253-254](#), [278](#), [332-335](#), [341](#); [697](#); en Torreón, [253-254](#), [259](#), [352-354](#); en Ciudad Juárez, [261-262](#); Thord Gray sobre, [264-265](#), [957n71](#); soldaderas, [263](#), [335-337](#); en Tierra Blanca, [264-266](#), [310](#); promesas de distribución de la tierra, [275s](#), [334-335](#), [447](#), [457](#); [535-536](#); haciendas confiscadas, [289](#), [307](#), [343](#), [430](#), [446](#), [460](#); unidades técnicas, [309-310](#), [345-346](#); importancia de los ferrocarriles, [312](#), [336](#), [350](#), [393s](#); papel de Ángeles, [320-321](#); [504](#), [764](#); Cunard Cummins sobre, [331-332](#); Edwin Emerson sobre, [332-334](#); formas de reclutamiento, [334s](#); [697-698](#), [885](#); atención médica, [336s](#), [452](#), [476](#), [961n15](#); motivos para unirse a, [337-340](#); antiguos soldados federales, [340](#), [345](#); [503-505](#), [593](#); opiniones, sobre Villa, [340-341](#); los Dorados, [336](#), [342](#); [577](#); reclutas extranjeros, [345-348](#); caballería, [350](#); composición social/regional, [351-352](#); [577](#), [886](#); en Saltillo, [393-394](#); hostilidad de Carranza, [395-398](#), [421-422](#); renuncia de Villa, [395-396](#); en Zacatecas, [398-400](#); bloqueo estadounidense de armas, [405-406](#), [967n5](#); propuesta federal de rendición, [408-409](#); iniciativas de pacificación, [424-425](#); opiniones en Aguascalientes, [428-431](#); desintegración/desmoralización, [577-585](#) *passim*, [589-590](#), [599-600](#); rendición oficial, [600-603](#), [616](#), [886](#); veteranos, [613](#), [615-616](#), [624](#), [628-629](#), [699](#), [720](#); raíces maderistas, [885](#); fuentes de archivo sobre, [915](#), [918](#)

Divorcio, leyes sobre, [537](#)

Documentos relativos al general Felipe Ángeles (Álvaro Matute), [906](#)

Domínguez, Cruz, [602](#), [643s](#)

Domínguez, Feliciano (el Tuerto), [95](#)

Domínguez, Pedro, [99](#)

Domínguez, Refugio, [459](#)

Don Quijote (Miguel de Cervantes), [40](#), [240](#)

Dorados, los, [336](#), [342](#); [577](#), [604](#), [616s](#), [627](#), [660](#), [673](#), [708](#), [710](#), [779](#), [818](#), [843](#), [868](#), [872](#), [886](#)

Dos Bocas, Hacienda de, [147](#)

“Dos granaderos, Los”, (Heinrich Heine), [717](#)

Douglas, Charles A., [964n28](#)

Dozal, Juan, [264](#)
 Drebben, Sam, [347](#)
 Durán, Gabino, [464](#)
 Durango: bandidaje, tradición, [85-87](#), [91-92](#), [945-946n35](#); levantamientos, [151-152](#), [164](#); importancia de Torreón para, [250-251](#); movimiento en Chihuahua comparado con, [488-489](#); reforma agraria de 1915, [539](#); defensas sociales, [720](#); rebelión de los Arrieta, [819](#); planes de Villa para la gubernatura, [838s](#), [841](#); fuentes de archivo sobre, [909](#)
 Durango (ciudad), [97](#), [105](#), [232](#), [291](#), [142](#), [248](#), [253s](#), [268s](#), [332](#), [423](#), [476](#); [720](#), [783](#), [799](#)
 Durazo (coronel federal), [872](#)
 Dyo. Ver Mudio, Tsuto

 Eagle Films Manufacturing and Producing Company, [374](#)
 Eaton, Cyrus, [82s](#)
 Ébano, El, región, [547](#), [549s](#), [670](#), [712](#)
 Echeverría, Luis, [872](#)
 Economía: durante la crisis de 1908-910, [66-69](#), [78-79](#); [881s](#); del Chihuahua villista, [476-479](#); y devaluación de la moneda, [574-575](#)
 Educación: respeto de Villa por, [125](#), [473-475](#); [814](#), [826](#)
 Edwards, Thomas D., [963n8](#)
 Ejecución(ones): por Navarro, [108](#), [136](#), [210](#); de prisioneros, por Villa, [254](#), [256s](#), [262](#), [307](#); [544](#), [660-661](#), [697](#), [708](#), [896](#), [985n25](#); bajo el régimen de Huerta, [256](#); [896](#); ley de 1862, [256-257](#); Carranza sobre, [256-257](#); [896](#); de civiles, por Villa, [281](#), [484s](#); [598-599](#); por Fierro, [310-311](#), [376-377](#); [516-517](#), [808](#); Zapata sobre, [388-389](#); en Zacatecas, [403-404](#); Ángeles sobre, [403](#); [546](#), [780](#); planeada, de Obregón, [419-420](#), [421](#), [968n33](#); [817](#), [869](#); durante el terror villista, [516-520](#); Eulalio Gutiérrez sobre, [516s](#); de Aureliano González, [585](#); de estadounidenses, [625-626](#), [630](#); de Pablo López, [644-645](#); por González Díaz, [650-651](#); por carrancistas, [661](#); de soldaderas, [703](#), [989n31](#); por Murguía, [709](#); de Ángeles, [795-796](#); en la hacienda de Canutillo, [817](#); de Murguía, [820](#)
 Ejército del Centro (Venustiano Carranza), [394](#)
 Ejército Federal: y los ataques apaches, [27s](#); reclutamiento forzoso, [37](#), [86](#), [106](#), [335](#); y la revuelta de Tomóchic, [39-42](#), [941n33](#); reclutamiento de Villa, [85](#), [293](#), [945n19](#); intentos de reclutamiento, [105-107](#); incompetencia contra guerrillera, [111-113](#); partidarios de Reyes, [113](#); en Ciudad Juárez, [128-129](#); temores de conciliación, [130](#); bajo los Tratados de Ciudad Juárez, [140-141](#); política de Madero sobre, [141](#), [151](#), [195](#), [202](#), [227-228](#), [234-235](#); milicias estatales comparadas con, [210s](#), [234-235](#); en Torreón, [252-253](#), [352-354](#); ofertas de amnistía de Villa, [279](#), [452](#); soldaderas, [335](#); absorbido por las fuerzas de Villa, [340](#), [345](#); [503-505](#), [567](#), [593](#); en Zacatecas, [399-403](#), [966-967n133](#); rendición de, a los carrancistas, [407-409](#); vínculos de Ángeles con, [527-528](#); situación en 1913 comparada con 1916, [666](#). Ver también Carrancistas, militares
 Ejército Libertador del Sur, [351](#), [388](#), [429](#); [492](#), [495](#), [525](#), [540](#), [612](#). Ver también Zapata, Emiliano; Zapatistas
 Ejército del Noreste (División del Noreste, Pablo González), [325](#), [393](#), [409](#), [412s](#), [421](#), [426](#), [428](#), [430](#), [439](#), [446](#); [502](#)
 Ejército del Noroeste (División del Noroeste, Álvaro Obregón), [424](#), [426](#), [428s](#), [432](#), [439s](#); [502](#), [614](#)
 Ejército Reconstructor Nacional, [783](#)
 El Paso (Texas), [128](#); confrontación Villa-Garibaldi, [144-146](#); huida de Villa a, [218-219](#); ataque planeado contra, [603](#); incidente del despojamiento, [631s](#), [983n51](#); como centro revolucionario, [747](#); exilio de Ángeles, [757-758](#); disparos villistas hacia, [787](#)
El Paso Herald, The, [219](#), [370](#); [580](#), [601](#), [604](#), [627](#), [920](#)
El Paso Morning Times, [126](#), [480](#); [920](#); entrevista de Castillo con, [167](#); sobre el contrabando de municiones, [247](#); sobre las políticas villistas, [276](#), [334](#), [456](#), [472](#); sobre el regalo de Villa a su esposa, [295](#);

entrevistas de Villa, [970-971n55](#); [588-589](#), [979n122](#)
El Paso del Norte, [133](#)
Elección de 1910, [71-72](#), [75](#)
Elecciones: control descentralizado, [410-411](#), [418](#); declaración de Torreón sobre, [412-413](#); aplazamiento de, por los villistas, [455](#); opiniones convencionistas sobre, [536](#); del régimen de Carranza, [691](#); Díaz Lombardo sobre, [753-754](#); Ángeles sobre, [776-777](#); encuesta de 1922 sobre, [841-842](#)
Élite (oligarquía), la: relaciones de Madero con, [71](#), [144](#), [153-162](#) *passim*, [174](#), [209](#), [215-216](#), [230](#), [274-275](#); y los levantamientos campesinos, [100-101](#), [130](#), [147-149](#), [949n165](#), [951n51](#); impuestos de González, [156-157](#), [454](#); [832](#); vínculos de Orozco con, [158](#), [162-163](#), [169-175](#), [291](#), [951n51](#); [728](#); postura ante la intervención estadounidense, [160](#), [173](#); vínculos de Carranza con, [234](#), [236](#); [509-512](#), [602-613](#); Gamboa como candidato, [356](#); concepto de propiedad privada, [466](#); transformación por la revolución, [762-763](#), [810](#), [903](#). *Ver también* Creel, Enrique; Hacendados, los; Terrazas, Luis; Terrazas-Creel, el clan
Elizondo, Brigada, [547](#)
Elizondo, José V., [661s](#)
Emerson, Edwin, [332ss](#), [348ss](#), [353](#), [961n15](#); [698](#), [920](#)
Emporium (club de El Paso), [240](#)
Engels, Friedrich, [763](#)
Enramada, batalla de La, [665](#)
Enrile, Gonzalo, [175](#)
Enríquez, Ignacio, hijo: origen/experiencia, [613-614](#); políticas agrarias, [614](#), [725](#), [728](#), [730](#), [812](#), [828-829](#), [836](#); defensas sociales, [615](#), [720-725](#) *passim*; sobre la intervención estadounidense, [637-638](#); destitución como gobernador, [649](#), [722](#); relaciones de Villa con, [801](#), [817-818](#), [828-829](#); petición de Bosque de Aldama contra, [829-830](#), [834](#); sobre el trato McQuatters-Terrazas, [832-836](#) *passim*; y el entierro de Villa, [850](#), [871](#); y el indulto a Salas Barraza, [856](#), [861-862](#); fuentes de archivo sobre, [908](#)
Enríquez, Ignacio, padre, [613](#)
Erwin, James B., [786s](#)
Escandón, Pablo, [219-220](#)
Escárcega, Pablo, [844](#)
Escárcega, Primitivo, [844](#)
Esclavitud, de los indios, [26](#)
Escobar, Gonzalo, [794](#), [805](#), [820](#), [837](#), [861](#)
Escudero, Francisco, [328](#), [382](#); [604](#)
Escudero, Juan, [524](#)
Escuela de Artes y Oficios (Chihuahua), [475](#)
Españoles, [26](#), [31](#), [37](#), [141](#), [240](#), [246](#), [275](#), [281-283](#), [287](#), [333](#), [357](#), [375-376](#), [382](#), [454](#), [456](#), [468](#), [963n8](#); [508](#), [534](#), [667](#), [826](#), [880](#), [893](#), [913ss](#)
Espejel, Laura, [915](#), [930](#)
Espinosa, José María, [643](#), [678](#)
Espinosa, Petra, [179](#), [296](#)
Espinoza, Salomé, [460](#)
Esquivel Obregón, Toribio, [139](#)
Estación Marte, [545](#)
Estación Reforma, batalla de, [707-708](#)
Estados Unidos: prohibición de la inmigración, [67](#); actitud de Orozco ante, [188](#), [193](#); obtención de armas por Villa, [270](#), [289](#), [309](#), [344](#), [363-364](#), [448](#); [513s](#), [608](#), [731-732](#), [887](#), [973n15](#); opinión pública, [348](#), [355](#), [366-374](#); [580-581](#); impacto de la alianza de Villa con, [355](#); [514](#), [887-889](#); intermediarios de Villa con, [360-361](#), [363-366](#), [448-449](#); [910-911](#); hacendados exiliados, [507](#); tropas carrancistas en, [591](#); emigración villista, [615](#); ataque planeado por Villa contra, [616-621](#), [981n12](#), [982n15](#); vigilancia de la frontera, [731-732](#), [747-748](#); actividades revolucionarias de mexicanos en, [747-748](#); relaciones de Obregón con, [832-833](#), [836](#), [863-864](#). *Ver también* Estadounidenses; Wilson, gobierno de

Estados Unidos, intervención de: temores del régimen de Díaz, 129ss; amenaza a Madero, 132, 134, 200; élites chihuahuenses sobre, 159-160, 173; como preocupación de Villa, 262-263, 269s; 809; Carranza sobre, 447-448; 611, 637-638; alternativas de Duval West a, 566, 977n46; provocación alemana, 566, 621-622, 738-739; postura de Wilson sobre, 566-567, 634-635, 743; uso estratégico por Villa, 619-620, 621-622, 634, 648-649, 671; respuesta de Namiquipa, 642, 678; posición de los empresarios estadounidenses sobre, 647, 687, 743, 770, 988n109; Albert Bacon Fall sobre, 743; Ángeles sobre, 758-764 passim, 775; Iturbide sobre, 760; Obregón sobre, 811, 834; respuesta hipotética villista, 901. *Ver también* Expedición Punitiva; Veracruz

Estadounidenses: oposición nacionalista a, 61, 269; opinión de Villa sobre, 247, 289-290, 448; 624, 662-663, 675-676, 705-706, 782-788 passim, 893; como empleados de los ferrocarriles, 270; en la División del Norte, 345-347; trato de Castillo a, 470-471; ejecuciones de, 625-626, 630; propiedades confiscadas a, 654, 656, 662-663; opinión de Ángeles sobre, 785, 787-788, 793, 880. *Ver también* Estadounidenses, empresarios

Estadounidenses, empresarios, 27-28; 578; inversiones en Chihuahua, 64, 78-79; cierre de 1908-1910 en México, 66-67; postura intervencionista, 157; 647, 687, 743, 770, 988n109; actitud de Orozco ante, 188, 193; relaciones de Villa con, 359-360, 363-365, 448-449, 471-472; 662-663; conexión de Hopkins con, 362-363; y plan de Canova, 569-571, 977n60; demandas de financiamiento por Villa, 572, 578-579, 592, 724-725, 736-737, 778, 787-788, 888-889, 995n68; bienes confiscados, 575, 578, 624, 654-655, 978n87; y la masacre de Santa Isabel, 624-627, 982n28; planes contra Carranza, 743-747, 992-993n47, 993n48; y los exiliados conservadores, 748; impacto de la revolución sobre, 810-811; política de Obregón sobre, 810s, 863-864; vínculos de McQuatters con, 833-836; fuentes de archivo sobre, 911-913. *Ver también* Minas

Estadounidenses, militares: movilización por Taft en 1911, 131; sobre la estrategia militar de Villa, 347-349, 353s; ocupación de Veracruz, 374, 379, 385-387, 432, 472; 561, 620, 897s; evacuación de Veracruz, 515, 563-565, 888; reclutamiento, 635-636, 724-725; Alemania sobre, 685; despachados desde El Paso, 786-787; archivos, 910-913. *Ver también* Expedición Punitiva; Veracruz

Estrada, Agustín, 547, 704

Estrada, Enrique, 813

Estrada, Richard, 919, 931

Estrada Cabrera, Manuel, 327, 960-961n101

Excélsior, 851s

Exiliados mexicanos: actividades revolucionarias, 747-749; alianzas, 748, 765-768, 774-775; opuestos a Villa, 751-752; leales a Villa, 752-756; manifiesto de Ángeles a, 775-776

Expedición Punitiva: envío, 634; respuesta de Carranza, 636-639, 648-649, 669; tamaño/tecnología, 639; victorias, 642-645; oponentes/proponentes, 645-647; y Villa, 675; restricciones de Wilson a, 677; y los atacantes de Columbus, 679-681; complot para envenenar a Villa, 681-684; retiro, 684, 689, 710, 719, 758-759, 779; consecuencias históricas, 684-687, 902; y George Holmes, 732; empresarios estadounidenses sobre, 743; archivos, 911s

Expropiación de tierra a los agricultores: por Luis Terrazas, 28-31, 42-44; 880; 941n40; y deslinde de terrenos baldíos, 33, 940n17; por Limantour, 34-35; políticas de Creel sobre, 43-45, 49-57 passim; 880-881; protestas de los habitantes de los pueblos contra, 44-56 passim; 893; 942n46; beneficios a la clase media, 58; como precondition revolucionaria, 72-73; por la familia López Negrete, 96; bajo Ahumada, 109; mormones beneficiarios, 114; por William Benton, 375; Villarreal sobre, 432; estimaciones del censo sobre, 942-943n79

Expropiadas, propiedades. *Ver* Confiscadas, haciendas

Extranjeros: trato de Villa, 190, 254, 275, 375-376, 468; 520-521, 575, 662-663, 667, 705-706; en la División del Norte, 344-349; definición de Villa, 380; retiro de Chihuahua, 476-477; e Iturbide, 568; y la devaluación de la moneda, 574-575; impacto de la Revolución sobre, 810-811; y el plan McQuatters, 831-836. *Ver también* Chinos; Españoles; Estadounidenses; Estadounidenses, empresarios

Fabela, Isidro, 210, 233, 487; 524
Facdoa (asesino), 859
Fall, Albert Bacon: sobre la intervención estadounidense, 157, 173; 634, 728, 743; postura pro-Orozco, 188; juicio a los atacantes de Columbus, 568, 680; planes anti-Carranza, 743-747, 992-993n47; y Calero, 768; y el asesinato de Villa, 864; papeles archivados, 913
Falomir, Martín: familia, 275; 830
Familiar, legislación, 536-537
Farías, Andrés, 284
Favela (general carrancista), 718
FBI. Ver Buró de Investigación de Estados Unidos
Feinberg Amusement Corporation, 374
Fernández, Manuel, 460s
Fernández, Nicolás: origen, 313; 617; y Trevizo Delgado, 629; en el ataque a Columbus, 639; y Villa herido, 641; e Ignacio Ramos, 657-658; y violaciones de los villistas, 709; en Villa Coronado, 828s; en la rebelión de De la Huerta, 866
Fernández Ruiz, Tiburcio, 511, 789
Ferrocaril del Noroeste de México. Ver Mexican Northwestern Railroad
Ferrocarriles: bajo el régimen de Díaz, 29s; uso por la División del Norte, 312, 336-337, 350-351, 393s; trenes hospitales, 337, 961n15; y las minas estadounidenses, 472; reconstrucción villista, 475-476; policía secreta en, 484; y Eulalio Gutiérrez, 502; control carrancista, 692; a la hacienda de Villa, 840
Fierro, Rodolfo: papel como verdugo, 258, 310-311, 376s; 516-517, 548, 587, 808, 976n120; sobre las tropas de Contreras, 301s; en Tierra Blanca, 310; y Obregón, 420, 422, 968n33; 558s; en Guadalajara, 548, 574; muerte, 590
Figueroa, José Dolores, 340
Fiscal, política: de Luis Terrazas, 29; de Creel, 68; 880; de González, 156-157, 454; 832; de Orozco, 172; de Villa sobre los hacendados, 357, 411; 543-544; de los colonialistas españoles, 466; sobre las exportaciones de ganado, 468; de Carranza, 486; 694s; de Villa sobre las compañías estadounidenses, 572, 724, 778, 888, 995n68; y préstamos forzosos de Villa, 578-579, 592, 736-737, 787-788
Flores, Ángel, 597
Flores, Blas, 202
Flores, Nicolás, 818
Flores Magón, Enrique, 62, 66, 82, 114s, 117, 121; 529, 747. Ver también PLM
Flores Magón, Ricardo, 62s, 66, 82, 114s, 117, 121, 165, 368; 529, 747. Ver también PLM
Following the Flag in Mexico (película), 374
Fountain, Thomas, 191, 193
Francia, 34, 74, 79, 231s, 283, 314s, 319, 323, 427; 512s, 517, 526, 685, 736, 738, 743, 751, 763, 821, 914; París, 77, 130; revolución francesa, 509
Franciscanos, misioneros, 26, 37
Francisco Villa, el quinto jinete del apocalipsis (Alonso Cortés), 15
Franco, María Teresa, 955n123
Franco, Romualdo (primo de Villa), 17
Franco Domínguez, Julia, 782
Freyna (dirigente socialista), 687
Frías, Albino, 82, 122
Frías, Heriberto, 40s
Frontera, vigilancia de la, 731-732, 747-748
Fuentes, Alberto, 235
Fuentes, Carlos, 962n54; 875
Fuentes de la historia contemporánea de México: periódicos y revistas, 919
Fuentes Mares, José, 939n10

Fuerte Hidalgo, 786
Fuller, Paul, 410, 417, 429; 495, 571, 573
Funston, Frederick, 591, 635, 677
Furber (empresario inglés), 90s

Galaviz, José, 799
Galeana, distrito de, 32, 48, 51, 61, 114, 119, 165s, 169, 269, 463; 639s, 650
Galván, Guadalupe, 281
Gama, Pablo, 481
Gamboa, Federico, 356
Ganado: y derechos de pastoreo, 46, 55s, 464; 881; robo, 91-93; agotamiento, 477; 513, 551; valor de exportación, 576; en el trato McQuatters-Terrazas, 831
Gandarilla, Emilio, 853ss, 859
García, Andrés, 683, 745, 747
García, Gregorio, 306
García, José, 844s, 868
García, Juan, 343
García, Matías, 481; 999n91
García, Máximo, 945n19
García Aragón, Guillermo, 516
García de la Cadena, Enrique, 317, 331
García Cuéllar, Samuel, 105, 944n8
Garcilaso (capitán federal), 872
Gardea, Guadalupe, 313
Garfias, Luis, 553
Garfield, James Rudolph, 572, 912-913
Garibaldi, Giuseppe, 117, 120, 125, 127, 144ss, 345
Garrison, Lindley, 564, 621
Garza, Lázaro de la, 287, 309, 344, 360, 364, 449, 485; 973n15, 975n94; regalo a Villa de, 295; corrupción de, 552; venta a Francia de municiones destinadas a Villa, 750-751; fuentes de archivo sobre, 906-907
Garza Cárdenas, Luis de la, 524, 604
Garza Galán (gobernador), 324, 955n11
Gavira, Gabriel, 632, 704, 791, 794
Gemichi Tatematsu, 681-682
General Francisco Villa, El, (Bauche Alcalde), 938n4
Gerónimo, 31; 883
Gil Piñón, Francisco, 473s; 844, 847, 857
Gogojito, Hacienda de, 16s
Goltz, Horst von der, 346s, 349
Gómez, Arnulfo, 872
Gómez, Justiniano, 198
Gómez Luna, Alfonso, 791, 796
Gómez Morentín, Alfonso, 711-712, 714, 737, 753, 976n27
Gómez Morentín, Manuel, 787
Gómez Palacio (ciudad), 256, 302, 353s, 423; 823
Gómez Palacio, Francisco, 122, 147, 164, 949n170
González, Abraham: reclutamiento de Villa, 19, 21, 81, 90, 95-96, 946n49; y el escándalo del Banco Minero, 69-70, 160-161; relaciones con la clase media, 72, 80, 113, 139, 154, 269-270, 453; y Claro Reza, 94, 946n47; contrabando de armas, 111; perspectivas de política social, 153s, 154-155, 274-275;

reformas, [156-157](#), [167-168](#), [180](#), [453-454](#); [832](#), [900](#); perjudicado por Madero, [157-158](#), [160-162](#), [209](#); [831](#); sobre la lealtad de Ciudad Guerrero, [169](#); sobre los revolucionarios orozquistas, [175](#); relaciones de Villa con, [179-180](#), [184-186](#), [194](#), [201](#), [204-205](#), [219](#), [221-223](#); y el conflicto Villa-Soto, [182-183](#); oposición de Huerta, [195](#), [209](#), [952n41](#); asesinato, [223](#), [230](#), [238](#); sobre la revuelta de Huerta, [228-229](#); y Juan Medina, [309](#); fuentes de archivo sobre, [908](#)

González, Arnulfo, [722](#)

González, Aureliano, [162](#), [205](#), [222](#), [248](#), [271](#), [456](#); [585](#), [979n107](#)

González, familia, [989n31](#)

González, Manuel, [29ss](#)

González, Pablo, [236](#), [259](#), [273](#), [353](#), [383](#), [393](#); [594](#); y Bauche Alcalde, [325-326](#); en la Convención de Aguascalientes, [430](#), [437](#); y Lucio Blanco, [502](#); ejército desmoralizado, [540](#), [549](#); Ángeles contra, [560](#); y Treviño, [675](#); declinación moral, [698](#); y el plan de Hawes, [736](#); fuentes de archivo sobre, [908](#)

González Casavantes, Santiago, [946n49](#)

González Cosío, Manuel, [142](#)

González Cuéllar, [673](#)

González Díaz, [650-651](#)

González Garza, Federico, [185](#); [498](#), [751](#), [765](#); origen, [323-324](#), [960n87](#); ideología agraria, [324](#); [501](#), [606](#), [887](#); y Bonilla, [465](#); ruptura con Villa, [583](#), [751-752](#); sobre la derrota de Villa, [606-607](#); sobre la reconciliación con Carranza, [690](#); sobre el manifiesto de Ángeles, [776-777](#); fuentes de archivo sobre, [906](#); y la planeada ejecución de Obregón, [968n33](#)

González Garza, Roque: y la batalla de Ciudad Juárez, [145](#); oposición a atacar Saltillo, [395](#); y la planeada ejecución de Obregón, [420](#), [423](#), [968n40](#); en la Convención de Aguascalientes, [429](#), [436](#); y los zapatistas, [524](#); sobre la batalla de Celaya, [554](#); como delegado en Washington, [567](#), [596](#); ruptura con Villa, [583](#), [751-752](#), [993n65](#); sobre la desmoralizada División del Norte, [585](#); sobre el engaño de Estados Unidos a Villa, [688](#); sobre la reconciliación con Carranza, [690](#); y plan anti-Carranza, [741](#); fuentes de archivo sobre, [906](#)

González Herrera, Carlos, [939-940n13](#)

González Jiménez, Federico, [339-340](#), [341](#)

González Ramírez, Manuel, [909](#)

González Salas, José, [187s](#)

Gonzalitos (colaborador de Ángeles), [337](#)

Gorbáčov, Mijail, [74](#)

Gramsci, Antonio, [322](#)

Gran Bretaña: y el incidente de Tlahualilo, [199-200](#); y régimen de Huerta, [356](#); y el *affair* Benton, [377s](#), [965n74](#); planes anti-Carranza, [738](#), [741-742](#); y el tratado de paz de Villa, [808-809](#)

Granados, Julián, [644](#)

Greene, William C., [157](#)

Gregory, Thomas Watt, [683](#)

Grejalia, Rafael, [985n25](#)

Grillo, cerro de El, (Zacatecas), [398ss](#)

Grinstead (capitán de infantería estadounidense), [732](#)

Guadalajara, [322](#); [506](#), [521](#), [542s](#), [546ss](#), [704](#), [846](#), [914](#)

Guadalajara, batalla de, [542-544](#), [547-548](#)

Guadalupe (pueblo), [401](#)

Guajardo, Jesús, [790](#), [843](#)

Guatemala, [227](#), [327](#), [960-961n101](#)

Guerra, Miguel, [461](#)

Guerrero (ciudad), [82s](#), [89](#), [102](#), [107](#), [110](#), [115](#), [169](#), [455](#); [641ss](#), [646](#), [703](#), [909](#), [929](#)

Guerrero (distrito), [40](#), [94](#), [108](#), [111](#), [115s](#), [119](#), [169](#); [638](#)

Guerrero (estado), [171](#); [497](#)

Guerrero, Práxedes, [103](#); [701](#)

Guerrilla, la: estrategia porfirista contra, [100-102](#); maderista, [111-112](#), [135](#); uso por Villa, [616-617](#), [654](#), [664](#), [669](#), [711](#), [782-783](#). *Ver también* Villa, Francisco, fase guerrillera final de; Villistas, las fuerzas guerrilleras

Guevara, Ernesto (Che), [120](#)

Gurrola, Juan Manuel, [478](#)

Gutiérrez (bandido), [470](#)

Gutiérrez, Eulalio, [324](#); [826](#); como candidato de Obregón, [436s](#); y Villa, [437](#); [521-522](#); como presidente convencionista, [492](#), [495](#), [513-518](#); origen, [502](#); sobre las ejecuciones, [516s](#); defección, [521-525](#), [547](#), [605](#)

Gutiérrez, Félix, [951n51](#)

Gutiérrez Galindo, Carlos, [342](#)

Guzmán, Martín Luis (escritor), [16](#), [258](#), [311](#), [324](#), [328](#), [938n4](#), [960n90](#); [517](#), [875](#), [908](#); memorias de Villa, [916-918](#)

Guzmán, Martín Luis (oficial federal), [110](#)

Hacendados, los: adquisiciones de Terrazas a, [28-29](#); venta de terrenos baldíos a, [33](#); derechos de pastoreo revocados por, [46](#), [54](#); actitud hacia los revolucionarios, [103-104](#), [122](#), [128-129](#), [242](#); rebeliones campesinas contra, [147-152](#), [165-166](#), [399](#), [949n165](#), [949n170](#); impuestos de González a, [156-157](#), [454](#); [832](#); despojo planeado de Villa a, [246](#), [275-276](#), [284-285](#), [291-292](#), [457s](#); [608](#), [887](#), [892](#); confiscación villista, [287-288](#), [307](#), [343-344](#), [430](#), [446](#), [459](#); en la División del Norte, [339](#); exiliados en Estados Unidos, [507-508](#); haciendas confiscadas por región, [508](#); programa carrancista de recuperación para, [510](#), [595](#), [614](#), [686](#), [694-696](#), [725-726](#), [902](#); vínculos Carranza/Villa con, [510-512](#); confiscaciones de Diéguez, [542-543](#); ventas a extranjeros para evadir confiscaciones, [543-544](#); y el plan de Yucatán, [755](#). *Ver también* Confiscadas, haciendas; Creel, Enrique; Terrazas, Luis; Terrazas-Creel, el clan

Hacienda de Canutillo. *Ver* Canutillo, hacienda de

Hacienda de El Guaje, [553](#)

Hale, William Bayard, [363](#)

Hambruna (1917-18), [696](#)

Hamm, Walter C., [254](#)

Hammond, John Hays, [360](#); [562](#)

Hanna, John, [771](#)

Harding, gobierno de, [836](#), [863s](#)

Harris, Charles, [126s](#); [683](#)

Harrison, Leland, [827](#), [979-980n129](#)

Hart, John, [969n67](#)

Hassán, sultán filipino, [365](#)

Hawes, John J., [736s](#)

Hay, Eduardo, [116](#), [432](#)

Hayes, Ralph, [771](#)

Hearst Press, [370](#)

Hearst, William Randolph, [188](#), [193](#), [361](#); [562](#), [623](#), [626](#), [634](#), [720](#), [892](#)

Heine, Heinrich, [717](#)

Hermana María, [41](#)

Hermosillo, [590](#), [597](#)

Hernández, Braulio, [172](#), [185](#), [294](#)

Hernández, Eduardo, [706s](#)

Hernández, Juan, hijo, [408](#)

Hernández, Juan, padre, [101](#), [107-111](#), [118s](#), [130](#)

Hernández, Luis, 375
 Hernández, Rafael, 209
 Hernández, Rosalío, 249, 397s; 587
 Hernández Llergo, Regino: en la hacienda de Canutillo, 814-818 *passim*; y los hijos de Villa, 821; sobre Austreberta, 824; entrevista de Villa con, 825-827
 Herrera, Cástulo, 82, 84, 99ss, 134, 165; 828
 Herrera, Celia, 20ss, 938n17
 Herrera, Dolores, 846
 Herrera, Jesús, 843-847, 857
 Herrera, José de la Luz, 781, 843
 Herrera, Luis, 424; 497, 613, 649, 670, 706, 781, 981n2
 Herrera, Maclovio: en Parral, 189; origen, 304, 341; 706; y Carranza, 380, 397s; 497, 781; en Monterrey, 545s; y Luis Herrera, 424; 613, 781, 981n2
 Herrera y Caro (comandante), 516
 Herrerías, Ignacio, 123, 127, 186, 264
 Herrero, Rodolfo, 843
 Hidalgo, Antonio, 499
 Hidalgo, Cutberto, 802
 Hidalgo, Miguel, 59, 141, 269; 643
 Hidalgo del Parral, 67, 72, 302-303; 867. *Ver también* Parral
 Hill, Benjamín, 412, 417ss, 440; 558, 803, 806
 Hintze, Paul von, 228, 236, 255, 363
 Hobsbawm, Eric, 92
 “Hoja de servicios del general Francisco Villa”, 938n4
 Hoffman, Pablo, 165
 Holden, Robert, 940n17
 Holguín, Epifanio, 799
 Holland, Philip, 236
 Holmdahl, Emil, 871
 Holmes, George, 732-735, 738, 755, 777
 Holmes, Thomas B., 625, 982n28
 Holtzendorff, Henning von, 621
 Homestead Act (Estados Unidos), 33, 940n15
 Honecker, Erich, 699
 Hoover, J. Edgar, 999n103
 Hopkins, Sherbourne G.: y el movimiento maderista, 362; y Carranza, 362, 964n28; y Sommerfeld, 363-364, 287ss; “Declaración de Villa” para negar su participación en Columbus, 746, 770; y el proceso de Ángeles, 795; fuentes de archivo sobre, 912
 Horcasitas, batalla de, 701-702, 706
 Hospitales. *Ver* Médica, atención
 Hotel Hidalgo, 870
 Houghton, E. H., 951n51
 House, Edward M., 561, 645, 647, 912
 Houston, David, 647
 Huelgas, 65, 164, 234, 368-369; 536, 691, 812, 975n94
 Huerta, Adolfo de la: apoyo sonorense a, 241, 380; 863; relaciones con Villa, 802-805, 807, 815-816, 838-839, 863, 896, 1002n80; y el asesinato de Villa, 805, 858; como sucesor presidencial, 837, 841-842; y Calles, 839-840, 1000n141; contra el gobierno de Obregón, 856, 866; sobre los Tratados de Bucareli, 863
 Huerta, el golpe de, 223; evaluación de Madero sobre, 227-229; apoyo de la élite a, 231; respuesta de

Carranza a, [235-237](#); sospechas de Ángeles sobre, [316-318](#), [959n65](#)
Huerta, Victoriano: tácticas de contrainsurgencia, [130s](#), [315-316](#); y Limantour, [142](#), [948-949n152](#); trato hacia Villa por, [195-198](#), [201-202](#), [953n48](#), [953n52](#), [953n53](#), [953n56](#), [953n62](#); y Abraham González, [209](#); relaciones de Madero con, [210-211](#), [215](#), [318](#); golpe contra Madero, [223](#), [228-229](#); y Chao, [244](#); ejecuciones bajo, [255-256](#); [896](#); vínculos con españoles, [243s](#); y los zapatistas, [315-316](#); trato a Ángeles, [318-319](#); y Díaz Lombardo, [323](#); disuelve el Congreso, [356](#); oposición de Wilson, [355-356](#), [385-386](#), [406-407](#); empresarios estadounidenses sobre, [359](#); renuncia /huida, [408](#); y la liberación de Bonilla, [465](#); levantamientos campesinos contra, [498-499](#); y Riveros, [500](#); complots alemanes con, [566](#), [621](#); e Iturbide, [568](#); y el clan Terrazas, [728](#); y Calero, [749-750](#); y Castellanos, [954n103](#); y la propaganda carrancista, [974-975n74](#)
Humboldt, Hacienda de, [165](#)
Hunt, Charles, [744ss](#), [992-993n47](#), [993n48](#)
Hunt, Frazier, [814](#), [826](#)
Hunt, W. B., [257](#)
Hurtado, Claro, [847](#)
Husk, Carlos, [20](#)
Hyles, Homan C., [981n12](#)

Iglesias Calderón, Fernando, [425](#)
Independencia, guerra de (1810-11), [26](#), [269](#)
Industrial, clase obrera: bajo el régimen de Díaz, [42](#); descontento antes de la revolución, [61-62](#), [73-74](#); vínculos del PLM con, [62s](#); apoyo a González, [154-156](#), [453s](#); huelgas después de la revolución, [164](#); exclusión del zapatismo, [497](#), [533](#); bajo el régimen carrancista, [529-530](#), [542](#). *Ver también* Mineros
Industrial Workers of the World. *Ver* IWW
Infantería, [350](#); [550-555](#) *passim*
Inmigración, prohibición de la, [67](#)
Instituto Científico y Literario (Chihuahua), [288](#)
Intelectuales, los: Villa sobre, [321](#); vínculos con Carranza, [322](#), [325](#), [381](#); empleo de, por Zapata, [322](#); [711](#); en el gobierno villista, [322-329](#); [918](#); ruptura con Villa, [711](#), [752-753](#), [792](#)
International Harvester Corporation, [913](#)
Iturbe, Ramón, [430](#)
Iturbide, Eduardo, [568-571](#), [741](#), [743](#), [748](#), [760](#), [767](#), [977n53](#), [977n54](#), [977n60](#), [979-980n129](#)
IWW (Industrial Workers of the World), [93](#), [114](#), [359](#), [368](#), [472](#); [529](#)
Izquierda estadounidense, la: opiniones sobre Villa, [366-369](#); sobre el ataque a Columbus, [686-687](#)

Jagow, Gottlieb von, [622](#)
Jahnke, Kurt, [736](#)
Jalisco, [496](#), [499](#), [510](#), [538](#), [543s](#), [550](#), [553](#), [560](#), [580](#), [590](#), [704](#)
Janos, colonia militar, [32](#), [36](#), [51-56](#), [103](#), [166](#), [303](#)
Japoneses: complot para envenenar a Villa, [681-683](#), [911-912](#), [987n92](#)
Jara, Heriberto, [431](#)
Jáuregui, Carlos, [217-220](#) *passim*
Jaurrieta, José María, [658](#), [710s](#), [714](#), [777](#), [787](#), [789](#), [799](#), [919](#), [931](#), [989n31](#)
Jefes políticos, [34](#), [65](#), [87](#), [118](#), [142](#), [150s](#), [245](#)
Jesuitas, misioneros, [26](#), [28](#), [32](#), [37-38](#)
Jiménez, Rosario, [844](#)
Jones, Gus, [733](#), [999-1000n103](#)
Jones, Mary (Mother Jones), [368s](#); [892](#)
Juarez, E., [830](#)

Juárez, Benito, [11](#), [33](#), [50](#), [59](#), [132](#), [155](#), [256](#), [387](#); [726](#), [883](#)
Juvenal (pseudónimo). Ver Pérez Rul, Enrique

Kahn, Otto, [360](#)
Kamenev, Lev, [875](#)
Kansas Orient and Pacific Railroad, [44](#)
Keane, P., [626](#)
Keedy, J. F., [570ss](#), [595](#), [622](#), [734s](#), [768](#), [912](#)
Kelley, monseñor Francis C., [827](#)
Knight, Alan, [322](#), [442](#), [951n51](#); [898s](#), [901](#), [931](#)
Knotts, Frank, [733](#)
Koreck, María Teresa, [939-940n13](#); [909](#), [930-931](#)
Kornilov, Lavr Georgyevich, [74-75](#), [231](#)
Kreisisky, Bruno, [903](#)
Krupp (industrial alemán), [314-315](#)

Landa y Escandón, Guillermo de, [219](#)
Lane, Franklin K., [568](#), [570s](#), [573](#), [583](#), [647](#)
Lanfersick, Walter, [687](#)
Lansing, Robert, [565s](#), [579](#), [595](#), [736](#), [745](#), [912](#)
Lara, Félix, [837](#), [847s](#), [857](#)
Larrazolo, Octaviano Ambrosio, [680s](#)
Lascuráin Paredes, Pedro, [229](#), [959n65](#)
Lawrence, David, [770](#)
Legalista, Partido (*más tarde* Alianza Liberal). Ver Alianza Liberal
Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos (Orozco), [940n17](#)
Lenin, Vladimir, [12](#), [299](#); [526](#), [810](#)
León, batalla de, [556-558](#), [561](#)
León, Luis de, [829](#)
León, Luis L., [839s](#)
León de la Barra, Francisco, [131](#), [140](#), [158](#), [168](#), [173](#)
Lerdo de Tejada, Sebastián, [30](#)
Letcher, Marion: sobre la política fiscal de González, [156](#), [950n5](#); sobre el movimiento de Orozco, [158](#), [170](#), [173](#), [950n9](#), [951n51](#); sobre las actitudes ante la intervención estadounidense, [160](#), [228](#); sobre Villa, [281s](#), [963n8](#); sobre Sommerfeld, [363](#); sobre Bierce, [962n54](#)
Leva, [37](#), [86](#), [106](#), [150](#), [264](#), [335](#)
Ley fuga, [85](#), [93](#), [150](#), [198](#), [484](#), [953n56](#)
Life of General Villa, The (película), [373](#)
Limantour, José Yves, hijo, [34](#), [101](#), [118](#), [130s](#), [133s](#), [142](#), [948-949n152](#); [507](#), [512](#), [527ss](#), [691](#)
Limantour, José Yves, padre, [34](#)
Lincoln Star, [851](#)
Lind, John, [256](#), [963n8](#); [563](#)
Linss, Edward, [622](#), [734s](#)
Lippmann, Walter, [368](#)
Llorente, Enrique, [364](#); [766](#), [858](#), [907](#)
Lloyd, Jane Dale, [939-940n13](#), [940n17](#)
Loera, Manuel F., [56](#)
Lombardo Toledano, Vicente, [874](#)
López, Atenógenes, [844-845](#), [1001n6](#)

López, Martín: origen, [313](#), [338](#); crueldad, [617](#), [629](#); sobre el ataque a Columbus, [639](#); en el cerro de Santa Rosa, [673](#); en Ciudad Juárez, [786](#); muerte, [799](#), [844-845](#), [1001n6](#)

López, Pablo: origen, [338](#); [617](#), [629](#); sobre el objetivo de Villa, [619](#); y la masacre de Santa Isabel, [624-627](#), [982n28](#); ejecución, [644-645](#); y el ataque a Columbus, [983n47](#)

López Hermosa, Alberto, [791](#)

López Moctezuma (ingeniero), [53s](#)

López Negrete, don Agustín, [16s](#), [86](#)

López Negrete, familia, [16](#), [84](#), [96](#), [301](#)

López Ortiz, Mariano (Papacito), [111s](#), [203](#); [665](#)

Los Llanos de San Juan Bautista, [721](#), [908](#)

Louisville Courier-Journal, [851](#)

Lozoya, Melitón, [856](#), [862](#)

Lucas, Ralph, [630](#), [633](#)

Luis XVI (rey de Francia), [231](#); [491](#), [528](#)

Luis Felipe, duque de Orleáns, [528](#)

Luxemburgo, Rosa, [763](#)

MacDonald (gobernador de Nuevo México), [680](#)

Machismo, [277](#), [295](#)

Mackenzie (ejecutivo británico), [866](#)

Maderistas, los: relaciones con los hacendados, [103](#), [122](#), [128-129](#), [242](#); estrategias guerrilleras, [111-113](#), [135](#); líderes/pago, [120-121](#); disciplina/ideología, [126-127](#); [885](#); tácticas de ejército regular, [128-129](#); y los Tratados de Ciudad Juárez, [142-144](#); situación después de la revolución, [162-167](#), [177](#), [180-182](#), [227-233](#), [451-452](#); en la rebelión de Orozco, [187-188](#), [352](#); integración al ejército federal, [194-196](#); papel de las mujeres, [335](#). *Ver también* Revolución mexicana (1910-11)

Madero, Alberto, [973n15](#)

Madero, Alfonso, [112](#)

Madero, Emilio: Cunard Cummins sobre, [149-150](#); y Villa, [216](#), [222](#), [260](#), [953n53](#); [501](#), [522-523](#); en Torreón, [540](#); en Saltillo, [545](#); renuncia, [583](#)

Madero, Ernesto, [950n11](#)

Madero, Evaristo, [68](#)

Madero, Francisco, [68](#), [100](#), [112-113](#), [344](#); [701](#); campaña electoral de 1910, [71-72](#); Plan de San Luis, [72](#), [83-84](#), [136](#); precondiciones revolucionarias, [73-75](#); apoyo de Ortega, [80](#); llegada a Chihuahua, [110-117](#) *passim*; cuestión del control del ejército, [113-114](#), [117-121](#), [259s](#), [290-291](#); conflicto con los magonistas, [114-115](#), [121](#), [125-126](#); relaciones con Orozco, [116](#), [125s](#), [168-171](#); derrota de Casas Grandes, [117](#), [119](#); lealtad de Villa, [125](#), [184-185](#), [194](#), [204-206](#); maderistas disciplinados, [126-127](#); conflicto con la facción militar, [132-138](#) *passim*, [380](#); rendición de Navarro, [136-137](#), [140](#), [179](#), [210](#), [255](#); y el tratado de Ciudad Juárez, [140-143](#); política respecto del ejército federal, [141-142](#), [194-196](#), [201-202](#), [227-228](#), [234-235](#); estrategia para atraerse a las élites, [144](#), [153s](#), [157-158](#), [160-162](#), [174-175](#), [209](#), [215-216](#), [274-275](#); levantamientos campesinos contra, [147-150](#); [498-499](#); [949n165](#); políticas de González, [153-156](#); revuelta de Reyes contra, [159-160](#); y el escándalo del Banco Minero, [161](#), [179-180](#); [831](#); críticas de Villa, [179-180](#); [785](#); y el conflicto Villa-Soto, [182-183](#); y el encarcelamiento de Villa, [198-201](#), [210-211](#), [239-240](#), [953n53](#), [953n62](#); y Henry Lane Wilson, [199-200](#); correspondencia de Villa con, [203-223](#) *passim*, [955n123](#); [910](#); revuelta de Félix Díaz contra, [213-214](#); demanda de amnistía de Villa, [217-223](#); golpe de Huerta contra, [223](#), [228-229](#); seguidores distanciados, [230-231](#); y la familia Aguirre Benavides, [304-305](#); vínculos de Ángeles con, [315-318](#); [760-761](#), [785](#); [959n65](#); y Díaz Lombardo, [323](#); [753](#); y González Garza, [324](#); y Sommerfeld, [363-364](#); [747](#); nombre de calle, [519-520](#); retirada a Bustillos, [603](#); y Calero, [749](#); asesinato, [843](#); papeles en archivos, [910](#)

Madero, Gustavo, [143](#), [145](#), [201](#), [215](#), [230](#), [305](#), [318](#), [328](#), [362](#)

Madero, Julio, [501](#)

Madero, Raúl: y el oro del Banco Minero, [284s](#); vínculos con Villa, [305](#), [361](#); [501](#), [809](#), [840](#), [858](#); y la planeada ejecución de Obregón, [419ss](#), [422](#), [968n33](#); como gobernador militar, [501](#), [546](#); y la tercera fuerza de Gutiérrez, [522-523](#); en Ramos Arizpe, [545](#); sobre la renuncia de Villa, [582-583](#), [598](#), [723](#), [807](#); como candidato presidencial, [827](#)

Madero, Salvador, [501](#), [751](#)

Madrid Carrasco, Desiderio, [124](#), [338](#)

Maestros, [57](#), [60](#)

Magaña, Gildardo, [213](#), [239](#), [388s](#); [789](#), [908](#)

Magonista, movimiento: PLM, [62-63](#); y Pascual Orozco, [82](#); oposición de Villa, [93](#), [125](#), [185](#); conflicto con Madero, [114-115](#), [121](#), [125](#); vínculos de Prisciliano Silva con, [116-117](#); y John Kenneth Turner, [368](#); [529](#); relaciones con Estados Unidos, [747](#). *Ver también* PLM

Malcolmson, James W., [988n109](#)

Malone, Paul B., [160](#)

Malpaso, batalla de, [110](#)

Mancomunidad de Ciénaga de Mata, [461](#)

Manson, Gregory, 336
 Mao Tse-tung, 654, 715
 Mapache, movimiento, 789
 Marín, Pedro, 86
 Marínes Valero, 519, 537
 Márquez, Encarnación, 202
 Márquez, Maximiano, 623, 720
 Márquez, Máximo, 459, 461
 Márquez, Sterling, 318
 Martínez, Abraham, 213, 239
 Martínez, Eugenio, 805, 818, 820-821, 839, 849, 862-863, 868, 870
 Martínez, Paulino, 435; 493, 516s
 Martínez del Río, familia, 301
 Martínez del Río, Pablo, 29, 60, 945-946n35; 914, 929
 Martos, Joaquín, 944n14
 Marx, Karl, 763
 Mason, Gregory, 336
 Mata, Filomeno, 66
 Maturana, 847, 854
 Matute, Álvaro, 906
 Maultos (coronel carrancista), 660
 Maxim, Hudson, 315
 Maximiliano de Habsburgo, 323
 Maycotte, Fortunato, 430; 664ss, 671, 705
 Maytorena, José María, 72, 79, 151, 275; 694; y la sublevación de Huerta, 235; papel en Sonora, 235, 412-413; 585-586; relaciones con Villa, 241, 383, 390-391, 412-414, 440; 585-586, 772-773, 892, 995n57; rivalidad con militares sonorenses, 390-391; políticas agrarias conservadoras, 391-392; 500, 508, 535, 538, 585; propuesta de Carvajal, 408; declaración de Torreón sobre, 413; y el acuerdo Villa-Obregón, 415-419; y Raúl Madero, 582; correspondencia de Ángeles con, 758-759, 765-766, 773s; 969n49; sobre el movimiento anticarrancista, 765-766; y Calero, 767; fuentes de archivo sobre, 906; y el exilio de Ángeles en Estados Unidos, 979n107
 McCutchen McBride, George, 942-943n79
 McGaw, Bill, 620
 McQuatters, A. J., 812; trato con Terrazas, 831-834, 896; vínculos con empresarios estadounidenses, 834-836
 McQuatters, proyecto, 829, 834-836, 840-841, 896
 Médica, atención: para la División del Norte, 337, 476, 961n15; para los pobres de Chihuahua, 476
 Medina, Juan, 248, 309, 345
 Medina, Julián, 324; 499, 543s
 Medina Barrón, Luis, 108, 398-401
 Medinaveitia, Manuel, 284-285, 420; 520, 781
 Medler, Edward L., 679
 Medrano, Rafael, 847
 Meléndez, Lucio, 460
Memorias de Pancho Villa (Martín Luis Guzmán), 16; 916-918; 938n4, 960n90
 Mena Brito, Bernardino, 959n54
 Mendía, Estanislao, 85, 88
 Mendoza, Rafael, 708-709
 Meraz, Pedro, 867s
 Meraz, Octaviano, 85, 87s, 944n14

Mercado, Salvador, [251](#), [253](#), [260](#), [262](#), [266](#), [268](#), [284](#), [335](#), [346](#)
Merino, Félix, [81](#)
Metropolitan (periódico), [367-368](#)
Mexican Eagle Oil Company, [362](#); [511](#), [742](#), [914](#)
Mexican Northwestern Railroad (Ferrocarril del Noroeste de México), [44](#); [648](#), [687](#), [724](#), [778s](#), [787](#), [799](#), [913](#), [918](#)
Mexican Petroleum Company, [319](#)
Mexican Revolution, The, (Alan Knight), [898](#)
Mexicano-estadounidenses: el incidente del despiojamiento, [631-632](#), [983n51](#)
Mexicanos exiliados. *Ver* Exiliados mexicanos
México, ciudad de: ocupación planeada por Carranza, [385](#), [393-395](#); Zapata sobre su ocupación, [388-389](#); reunión Villa/Zapata en, [389](#); [491-497](#); rendición a Carvajal, [408-409](#); terror villista en, [515-520](#), [525](#), [899](#); calle Madero en, [520](#); toma por Obregón, [547](#); fallida expedición de Villa, [714-715](#); entierro de Villa, [871-872](#)
México, terror de la ciudad, [515-520](#), [525](#), [899](#)
México insurgente (John Reed), [875](#), [920](#)
Meyer, Eugenia, [915](#)
Meyer, Michael, [951n51](#)
Meza Gutiérrez, L., [382](#)
Michel, Ricardo, [799](#)
Micheltorena, [35](#)
Miguel Salas, Hospital Estatal (Chihuahua), [476](#)
Milicias estatales, [210-211](#), [235](#), [352](#)
Milicias locales. *Ver* Defensas sociales
Militares, colonias. *Ver* Colonias militares, las
Miller (médico estadounidense), [592](#)
Miller, Charles, [680](#)
Miller, Frank, [734](#)
Minas, [26](#), [34](#); medidas represivas, [61](#); en la crisis de 1908, [66-67](#); en Chihuahua comparado con Sonora, [448](#); bajo el gobierno villista, [471-473](#); funcionamiento suspendido, [514](#), [551](#), [572](#); préstamos forzosos a Villa, [578](#), [592](#), [778](#), [995n68](#); postura intervencionista, [988n109](#)
Mineros, [61](#), [65s](#); reclutamiento por Villa, [334](#); y Mother Jones, [368-369](#); masacre por Pablo López, [624-627](#), [975n94](#), [982n28](#)
Miramón, Miguel, [323](#); [753](#)
Misioneros, [26-32](#) *passim*, [37-38](#)
Mitchell, William, [354](#)
Moctezuma, [11](#)
Moctezuma, batalla de, [781](#)
Molina, Olegario, [53](#), [56](#)
Mondragón, Manuel, [314](#)
Moneda. *Ver* Papel moneda
Monroe, Corolario de Roosevelt a la Doctrina, [378-379](#)
Monterde y Arremoyo, pueblo, [45](#)
Monterrey, batalla de, [540](#), [542](#), [544ss](#), [560](#), [898](#)
Montes, Ezequiel, [50](#), [80](#)
Monumento a la Revolución (ciudad de México), [15](#); [872](#)
Mora y del Río, José, [507](#)
Morelos (estado): levantamientos campesinos, [118](#), [147](#), [164](#), [170](#); [879](#); papel de Escandón, [220](#); segunda revolución, [232](#); reputación de Ángeles, [434](#); estructura social, [454](#), [488](#); agricultura de subsistencia, [457-458](#); [536](#), [887](#); confiscación, [508](#); alianzas conservadoras, [749](#)

Morelos, José María, [59](#)
 Moreno, Agustín, [183](#)
 Moreno, Francisco (El Mocho), [246](#)
 Mormones, [61](#), [64](#), [78](#), [98](#), [114](#), [165](#), [247](#), [269](#), [470](#)
 Morris, Roy, hijo, [962n54](#)
 Moyer, Federico, [267](#)
 Mudio, Tsuto (pseudónimo Dyo), [682](#), [987n100](#)
 Mueller, Guillermo, [945n35](#)
 Múgica, Francisco, [511](#), [538](#), [690](#)
 Mulato, El (pueblo), [41](#)
 Muller, Enrique, [34](#), [48](#), [54](#)
 Munguía, Eutiquio, [252](#), [260](#), [353](#); [516](#)
 Municiones. *Véase* Armas/municiones
 Municipal, ley electoral (1914), [456](#)
 Municipal, ley agraria (1905): promulgación/contenido, [44-45](#); como inconstitucional, [53](#); defensa por Creel, [53-55](#); reversión villista de sus efectos, [461-464](#); [880-881](#); expropiaciones, [940n17](#), [942-943n79](#)
 Municipales, concejos, [453s](#)
 Muñoz, Alejandro, [21](#)
 Muñoz, Carlos, [50](#)
 Muñoz, Guillermo, [726](#)
 Muñoz, Ignacio, [398](#), [403](#)
 Muñoz, Rafael F., [717](#), [875](#)
 Murga, Aurelio, [339](#); [715](#)
 Murga, Encarnación, [339](#); [715](#)
 Murga, Juan, [339](#); [715](#)
 Murga, Lucas, [31](#)
 Murga, Ramón, [339](#); [715](#)
 Murga, Sabás, [339](#)
 Murguía, Francisco: origen, [430](#), [486](#); [670](#), [729](#); estrategia de Obregón contra, [557](#); conflicto de Treviño con, [649-650](#), [671-672](#), [674-675](#), [712-713](#); conflictos de Villa con, [656-657](#), [703-717](#) *passim*, [990n66](#); sobre la derrota de Arrieta/Maycotte, [664-666](#); atrocidades contra los chihuahuenses, [696-697](#); victoria de Horcasitas, [701-702](#); estrategia en Torreón, [702-704](#), [706](#); derrota de Rosario, [707-708](#), [713](#); protesta de Santa Isabel, [719](#); oferta de amnistía a los villistas, [719](#); Enríquez comparado con, [722-724](#); y el plan de Hawes, [736](#); captura/ejecución, [813](#), [819-820](#)
 Muro Ledesma, Francisco, [341](#)
 Museum of the Daughters of the American Revolution (San Antonio), [907](#)
 Mutual Film Company, [372s](#); [906](#)

Naco, manifiesto de (noviembre de 1915), [592s](#), [605](#), [624](#), [631](#), [655](#), [752](#), [826](#)
 Namiquipa, colonia militar, [27](#), [31](#), [164](#); solicitud de tierras, [48-55](#) *passim*; levantamiento maderista, [80-81](#); reversión de los efectos de la ley de Creel, [238](#), [462-463](#); reclutamiento de Villa, [628-629](#); derrota de Cervantes, [642-643](#); policía de Pershing, [642](#), [678](#), [720](#); atacantes de Columbus procedentes de, [679-680](#); violaciones de los villistas, [709](#), [719](#)
 Napoleón III, [29](#)
 Natera, Pánfilo, [331](#), [394s](#), [399](#), [421](#), [443](#); [577](#)
 Navarrete, Emiliano, [523](#)
 Navarro, Juan: como verdugo, [108](#), [136](#), [210](#); Hernández sobre, [111](#); en Ciudad Juárez, [128s](#), [134-136](#); indulto de Madero a, [136-138](#), [140](#), [179](#), [210](#), [255](#)
 Navarro, Paulino, [855](#), [857](#), [859](#)

Neff, Pat M., [828](#)
Neutralidad, las leyes de, aplicación de, [747](#)
New Freedom, doctrina (Wilson), [764](#)
New Review, [687](#)
New York American, [562](#), [819](#), [920](#)
New York Herald, The, [964n28](#)
New York Times, [143-145](#), [372](#); [528](#), [746](#), [819](#), [850](#), [912](#)
New York World, [851](#)
Newark and Evening News, [850](#)
Nieto, Macario, [47s](#), [97](#)
Nieves, Hacienda de Las, [587](#)
Niño, El, (cañón), [259](#)
No reelección, principio. Ver Partido Antirreeleccionista
Nogueira, Emma, [481](#)
North, Oliver, [569](#)
Nueva York, Biblioteca Pública de, [930](#)
Nuevo León, [233](#), [352](#), [446](#); [496](#), [501](#), [523](#), [546](#), [549](#), [636](#), [704](#), [744](#), [783](#), [855](#), [858](#)
Nugent, Daniel, [939-940n13](#); [909](#), [930](#)

O, Genovevo de la, [762](#)
Oaxaca, [496](#), [505](#), [510](#), [692](#)
Obregón, Álvaro, [259](#), [273](#), [319](#), [353](#), [394](#); [504](#), [762](#), [900-901](#); y Aguirre Benavides, [327-328](#), [423](#); Villa sobre, [380](#), [383](#); [541](#), [551-553](#); origen, [390](#); y Carranza, [390](#), [440](#); [496](#), [800-801](#); tratado de Teoloyucan, [409](#); y la estrategia sonorenses de Villa, [415-419](#); plan de ejecutarlo, [419-421](#), [423](#); [817](#), [869](#); [968n33](#); demanda de renuncia en Aguascalientes, [436-439](#); sobre Ángeles, [527](#); [959n65](#); victoria en la ciudad de México, [547](#); necesidades de comunicaciones militares, [550-555](#) passim; victorias de Celaya, [553-556](#), [604s](#); victoria de León, [557-558](#), [606](#); intento de suicidio, [558](#); victoria de Aguascalientes, [558-559](#); Carranza y Enríquez, [614](#), [817-818](#); y Cabrera, [648](#); relaciones con Treviño, [649](#), [670-671](#), [675](#); sobre las tácticas de Villa, [665](#); sobre el tratado de paz de Villa, [802-804](#), [806-807](#); correspondencia de Villa con, [807](#), [818-821](#), [845-846](#); y Luz Corral, [824](#); y la calavera de Villa, [872](#); fuentes de archivo sobre, [908-910](#); y la conspiración de Iturbide, [977n60](#). Ver también Obregón, gobierno de
Obregón, Francisco, [869](#)
Obregón, gobierno de: políticas contradictorias, [810-812](#); relaciones con Villa, [818-821](#), [843](#), [845-846](#), [1001n2](#); rebelión de Murguía contra, [819-820](#); relaciones de Hipólito Villa con, [825](#), [856](#), [865-866](#); decisión sobre Villa Coronado, [828-829](#); decisión sobre Bosque de Aldama, [829-830](#); sobre el trato McQuatters-Terrazas, [832-836](#); candidatos a sucesores suyos, [837-839](#), [841-842](#); y el asesinato de Villa, [847-848](#), [853-865](#) passim; y Salas Barraza, [856](#); temor a levantamiento villista, [862-863](#); reconocimiento de Estados Unidos, [863-864](#); y las viudas/herencia de Villa, [865](#), [867-871](#), [1003n102](#), [1003n112](#)
Obregón-Calles-Torreblanca, archivo, [908](#)
Ochoa, Delfino, [49](#)
Ochoa, familia, [43](#), [49](#)
Ochoa, Feliciano, [45-46](#)
Oficina del Counselor (Departamento de Estado de Estados Unidos), [911](#)
O’Hea, Patrick, [96](#); sobre Villa, [705-706](#), [805-806](#), [809-810](#); sobre Contreras, [301](#); sobre Fierro, [311](#); sobre Sam Drebben, [347](#); sobre John Reed, [367](#); sobre el gobierno carrancista, [657](#); sobre la ocupación de Torreón en 1916, [705](#); sobre los militares carrancistas, [718](#), [784](#); archivo, [914](#); y Brittingham, [978n87](#)
Ojinaga, [102](#), [110](#), [121](#), [243](#), [266](#), [268](#), [283](#), [348](#), [459s](#), [481](#); [556](#), [627s](#), [630](#), [710](#), [719](#), [841](#)
Ojos Azules (poblado), [643](#)

Olivera de Bonfil, Alicia, [915](#), [930](#)
Omega, [851](#)
 Organizaciones campesinas, [65s](#), [164](#), [368-369](#); [536s](#), [691-692](#), [811](#), [833](#), [975n94](#). *Ver también* Huelgas Orientales, Hacienda de Los, [55](#), [460](#)
 Ornelas, Porfirio, [124](#)
 Orozco, Luis, [18](#)
 Orozco, Pascual, hijo: y Villa, [21](#), [78](#), [99](#), [139-140](#), [179](#), [184-187](#), [229](#), [300](#), [947-948n117](#); origen/rasgos, [81-82](#), [115-116](#), [249](#); en Cerro Prieto, [102](#), [947-948n117](#); relaciones con Madero, [116-117](#), [120s](#), [125s](#), [133-139](#) *passim*, [380](#); en los medios, [123](#), [143](#); vínculos con la élite, [158](#), [163](#), [169-175](#), [291](#); [728](#); [951n51](#); desertión del régimen de Madero, [167-169](#), [187-188](#); apoyo del PLM, [168-169](#); hostilidad de Estados Unidos, [188](#), [193](#); movimiento desbandado, [208-209](#). *Ver también* Orozquistas
 Orozco, Pascual, padre, [82](#)
 Orozco, Wistano Luis, [940n17](#)
 Orozco Orozco, Víctor Manuel, [939n6](#), [939-940n13](#)
 Orozquistas: en Rellano, [188](#); en Torreón, [188-189](#); en el sitio de Parral, [189-194](#), [291](#), [304](#); y Madero, [194](#), [208](#), [215-216](#); y Villa, [452](#); [658-659](#); odio de Villa, [207](#), [258](#); [541](#); como bandidos, [246-247](#); en la ciudad de Chihuahua, [249](#); violencia/brutalidad, [256](#); ejecuciones por Fierro, [311](#); en la batalla de La Dura, [390](#); en Zacatecas, [399-400](#); y Carranza, [613](#)
 Orpinel, Blas, [303](#)
 Ortega, Toribio: origen, [50](#), [60](#), [121](#), [177](#), [243](#), [300-301](#), [446](#); en el levantamiento de Cuchillo Parado, [80](#); y Villa, [239](#), [248](#); muerte, [498](#), [628](#)
 Ortiz, Andrés, [174](#), [951n51](#); [726ss](#), [792](#), [870](#); [951n51](#)
 Ortiz, José de Jesús, [64](#)
 Osorio Zúñiga, Rubén, [941n25](#), [941n33](#), [956n23](#); [906](#), [908](#), [915](#), [929s](#)
 Osuna, Andrés, [662](#), [671](#)
Outlook, [336](#)

Pacheco (presidente municipal de Janos), [166](#)
 Pacheco, Carlos, [36](#)
 Pacificación: como prioridad de Wilson, [424](#); [595](#); villistas sobre, [223s](#); como prioridad de los carrancistas, [611-613](#), [615](#)
 Padilla (oficial carrancista), [674](#)
 Padilla, Jerónimo, [709](#)
País, El, [217](#)
 Palafox, Manuel, [977n53](#), [977n54](#)
 Palavicini, Félix, [322](#); [532](#)
 Palomares, Justino, [857](#)
 Palomas, [41](#); [681](#)
Pancho Villa en la intimidad (Luz Corral de Villa), [871](#), [919](#)
 Pani, Alberto, [363](#)
 Pankey (gobernador de Nuevo México), [681](#)
 Papacito. *Ver* López Ortiz, Mariano
 Papel moneda: uso por Villa, [344](#), [382](#), [469](#); devaluación, [478](#); [574-576](#), [608](#); falsificación, [517](#)
 Papen, Franz von, [770](#), [994-995n46](#)
 Paredes, Manuel, [338](#)
 Paredón, [393](#)
 Parker, Ralph, [813](#), [818](#)
 Parra, Ignacio, [18s](#), [87s](#), [97](#), [945n35](#)
 Parral, [80](#), [122s](#); popularidad de Villa, [182](#); [707](#); sitio en la revuelta de Orozco, [188-192](#), [203](#), [269](#), [291](#);

confiscaciones de Villa, [190s](#), [202](#), [203s](#); [666-667](#), [724-725](#); postura antiestadounidense, [648](#); última campaña de Villa, [778-781](#), [782-783](#), [785](#); asesinato de Villa, [847-849](#), [854](#); tumba de Villa, [872](#)
 Partido Acción Nacional, [874](#)
 Partido Liberal Mexicano. *Vé* PLM
 Partido Nacional Revolucionario, [873](#)
 Partido Revolucionario Institucional (PRI), [873-874](#)
 Partido Socialista Estadounidense, [686-687](#)
Patria, La, [603](#), [776](#), [920](#), [999n91](#), [1003n102](#)
 Patton, George S., [677](#), [684](#)
 Paz Gutiérrez, Alfredo, [848-849](#)
 Paz Solórzano, Octavio, [768](#)
 Pedernales, batalla de, [110](#)
 Peláez, Manuel, [511s](#), [571](#), [611](#), [690](#), [741ss](#), [749](#), [764](#), [769](#)
 Peones: y el sistema de peonaje por deudas, [64](#), [104](#), [151](#), [156](#), [245](#), [464](#); [498](#), [511](#), [530](#), [884](#); descontento, [165](#); de las haciendas confiscadas, [460-463](#); y el programa de recuperación de propiedades, [695](#), [729-730](#); y el plan McQuatters-Terrazas, [832](#); datos del censo sobre, [942-943n79](#)
 Peña (ministro), [316](#)
 Peraldi, Fernando, [794](#)
 Pereyra, Orestes, [300](#), [302s](#), [331](#)
 Pérez, Jesús, [340](#)
 Pérez, Julián, [628](#)
 Pérez, Santana, [39](#), [941n33](#)
 Pérez Correa, Fernando, [907](#)
 Pérez de Olveda, Piedad, [455](#)
 Pérez Rul, Enrique, [302](#), [303](#), [481](#), [961n104](#); [602](#); sobre Urbina, [306](#); sobre Hipólito Villa, [309](#); sobre influir en Villa, [325](#); como secretario de Villa, [328](#); sobre la victoria de Guadalajara, [548](#); sobre la derrota convencionista, [605](#); memorias, [918](#); sobre la planeada ejecución de Obregón, [968n40](#)
Periódico Oficial del Gobierno Constitucionalista del Estado de Chihuahua, [464s](#), [479s](#); [920](#)
 Periódicos. *Vé* Prensa, cobertura de
 Pershing, John J.: sobre la popularidad de Villa, [561-562](#); y el ataque a Columbus, [632](#); Expedición Punitiva, [636-640](#), [646-647](#), [669](#); colaboración de Namiquipa con, [642-643](#), [654](#), [678](#), [709](#); sobre la ocupación de Chihuahua, [677](#); complot para envenenar a Villa, [682-684](#); archivo, [912](#). *Vé también* Expedición Punitiva
 Pesqueira, Ignacio, [430](#)
 Pesqueira, Roberto, [381](#)
 Petroleras, las compañías: y Peláez, [511-512](#); postura intervencionista, [743](#), [770](#); planes contra Carranza, [743-746](#), [819](#), [992-993n47](#), [993n48](#); y Calero, [749-750](#), [767](#); y el movimiento de Ángeles, [767-769](#); y Sherbourne Hopkins, [769-770](#); y Obregón, [863](#). *Vé también* Tampico
Philadelphia Inquirer, [920](#)
 Piedra, batalla de La, [123](#)
 Pierce, Henry Clay, [362s](#)
 Pierce, W. D., [626](#)
 Pierce Oil Corporation, [362](#)
 Pineda, Rosendo, [315](#)
 Pino Suárez, José María, [162](#), [227](#), [229](#), [236](#), [255](#), [318](#), [465](#)
 Piña, Alberto, [391](#), [408](#), [414](#)
 Piñones, Baltasar, [868](#)
Pittsburgh Dispatch, [371](#)
Pittsburgh Gazette Times, [851](#)
 Plan de Ayala (Zapata), el, [169](#), [388s](#), [444](#), [446](#); [762](#); adopción por la Convención, [435-436](#); [764](#); como

agenda nacional, [494-495](#); respuesta de Villa, [495](#)
Plan de la Empacadora (Orozco), [169](#)
Plan de Guadalupe (Carranza), [236-237](#), [388](#), [392](#), [413](#), [452s](#); [529](#)
Plan de San Luis Potosí (Madero), [72-73](#), [83](#), [136](#), [166](#), [171](#), [422](#)
Plan de Tacubaya (Orozco), [171](#)
Platt, Enmienda, [647](#)
PLM (Partido Liberal Mexicano), el, [61](#); fundación/influencia, [62-63](#); fracaso de, [63](#); en el distrito de Galeana, [114-115](#); y Orozco, [168-169](#); hostilidad de Villa, [359](#), [368](#); [891-892](#); y John Kenneth Turner, [368](#); [529](#), [747](#); elementos modernos, [884](#). Ver también Magonista, movimiento
Policía Reservada de Chihuahua (policía secreta), [483s](#)
Polk, Frank L., [759s](#), [912](#)
Poole, P. Martil, [349](#)
Porfiriano, régimen. Ver Díaz, el régimen de
Powell, Alexander, [371](#)
Prensa, cobertura de: de Orozco, [121](#); de Villa, [121](#), [217](#), [348](#), [370ss](#); [505-506](#), [804-806](#), [819](#), [836-838](#), [844-845](#), [851-853](#); de los Tratados de Ciudad Juárez, [143](#); de la confrontación Villa/Garibaldi, [145-146](#); del contrabando de armas, [247-248](#); de las esposas de Villa, [295](#); [823-824](#), [999n91](#); por los medios estadounidenses, [370-372](#); [604](#), [634](#); de la alianza Villa/Zapata, [389](#); de las políticas de Carranza, [391-392](#); [506-507](#); del Chihuahua villista, [456](#), [475-477](#); de la reforma agraria, [464](#); [538-539](#), [543](#); como instrumento de propaganda, [479-480](#); [531-534](#), [894](#), [897](#); de la correspondencia Limantour/De la Barra, [527-528](#); de Santos Chocano sobre Villa, [580-581](#); del Wild West Show, [601](#); de la masacre de Santa Isabel, [627](#); del conflicto Murguía/Treviño, [712-713](#); del plan Hunt/Fall, [745-746](#); de De la Garza, [750](#); de la hacienda de Canutillo, [815s](#); del proyecto McQuatters, [836](#); como fuente de archivo, [920](#); de las atrocidades de los villistas, [996n31](#). Ver también *Correo de Chihuahua*, *El*; *El Paso Morning Times*; *Vida Nueva*
PRI. Ver Partido Revolucionario Institucional
Prieto, Abelardo, [95](#)
Prieto, Guadalupe, [94](#)
Primera guerra mundial: y abasto de armas, [344](#), [424](#); [513](#), [551](#), [565](#), [621](#), [666](#); y la evacuación de Veracruz, [563-564](#); y relaciones mexicano-estadounidenses, [566](#), [595](#), [620-622](#), [634-635](#), [684](#), [739-740](#), [759](#); y la Expedición Punitiva, [645-646](#), [684](#); brutalidad, [696](#); perspectiva de Ángeles sobre, [759](#)
Producción agrícola. Ver Alimentos/precios
Propaganda: villista, [479-482](#); [531-535](#), [539](#), [894](#); carrancista, [515](#), [527-530](#), [532](#), [539](#), [974-975n74](#), [989n31](#); zapatista, [530-531](#)
Propiedad privada, como principio, [357](#), [411](#), [466](#); [764](#)
Protestantes, misioneros, [38](#), [64s](#), [82](#)
Protestantismo, [884](#)
Puebla, [497](#), [541](#), [547](#), [784](#)
Pueblito, Hacienda del, [816](#), [828](#)
Pueblos, habitantes de los: como fuerza contra los apaches, [26](#), [29](#), [31](#); vínculos españoles, [26-27](#); [779](#), [884](#); como sociedad con confianza en sí misma, [28](#); relaciones de Luis Terrazas con, [29](#), [41-44](#), [941n40](#); expropiación de tierras, [31-35](#), [44-47](#), [462-463](#), [940n17](#), [942-943n79](#); cinco colonias, [31-32](#); y los hermanos Limantour, [34-35](#); concesiones de Carrillo, [36](#); medidas de Creel contra, [43-49](#) passim; [881-882](#); protestas sobre derechos agrarios, [43-57](#) passim; derechos de pastoreo, [43](#), [55](#), [57](#), [464](#); [882](#); vínculos con la clase media, [79](#); [883-884](#); reclutados como contrarrevolucionarios, [101-105](#); descontento después de la revolución, [166](#); [884-885](#); y la reforma agraria villista, [274-276](#), [445-446](#), [465-466](#), [468-469](#); respuesta a la ocupación estadounidense, [642](#), [678](#); resentimiento contra Villa, [654-655](#), [828](#); y el programa carrancista de recuperación, [694](#), [728](#); decisión de Bosque de Aldama sobre, [829-830](#); y el trato McQuatters-Terrazas, [831-833](#)
Puente, Ramón, [945n20](#); [711](#), [768](#), [800](#), [916](#), [995n57](#), [999-1000n103](#)

Puentes, Manuel, [867](#)

Querétaro, [106](#), [440](#); [547](#)

¿Quién es Francisco Villa? (Pérez Rul), [961n104](#); [605](#), [918](#)

Quince Leguas, Las (bar), [94](#)

Quinta Carolina, Hacienda de, [475](#)

Quinta Luz (museo), [871](#)

Quintela, Benigno, [460](#)

Quiroga, Pablo, [794](#)

Rábago, Antonio, [196](#), [200](#), [238](#)

Ramírez, Hilario, [588](#), [658](#)

Ramos, Ignacio, [546](#), [657s](#), [661s](#), [671](#)

Ramos Arizpe, batalla de, [545](#)

Rancho de Matachines, [460s](#)

Rancho de San José, [460](#)

Rancho de San Vicente y la Palma, [460s](#)

Rangel, José María, [39s](#)

Raschbaum (médico de Villa), [917](#)

Ravel, Arthur, [633](#), [982n13](#)

Ravel, Sam, [618](#), [630](#), [632s](#), [981-982n13](#), [983n47](#)

Reclutamiento. *Ver* Leva

Reed (agente de inteligencia), [681s](#)

Reed, John: sobre los rasgos/actitudes de Villa, [21-22](#), [290](#), [292](#), [348](#); [815](#), [892](#); sobre el decreto de expulsión de los españoles, [282](#); sobre Toribio Ortega, [300](#); sobre Urbina, [306](#); sobre los trenes hospitalares, [337](#); sobre los voluntarios del ejército, [337-338](#), [345](#); origen/ideología, [366-367](#); influyentes artículos, [366-368](#), [370](#), [963n8](#); [875](#); sobre reparto agrario, [442](#), [445](#); sobre el ritual militar en Chihuahua, [481-482](#); sobre el ataque a Columbus, [620](#), [687](#); charlas con Villa, [916](#); *México insurgente*, [892](#), [920](#); sobre la violación de la hermana de Villa, [945n20](#)

Reforma agraria, la: política de González sobre, [156-157](#), [166](#), [180](#), [452](#); [832](#); y Orozco, [169](#); oposición de Carranza, [232-233](#), [381](#), [388](#), [392](#), [446s](#), [966n90](#); [690](#), [693](#); decisión de Namiquipa (1913) sobre, [238](#); González Garza sobre, [324](#); [500](#), [604](#), [778](#), [888](#); oposición de Maytorena, [391](#); [500](#), [508](#), [535](#), [538](#), [585](#); Villarreal sobre, [432](#); agenda de Zapata para, [444](#), [446](#), [457](#); [494](#), [530-531](#); prensa sobre, [464](#), [468](#); [538](#), [543](#); Castillo sobre, [470](#); puntos de vista de los convencionistas sobre, [513](#), [535](#), [778](#); intelectuales carrancistas sobre, [514](#), [778](#); decreto de Carranza (1915) sobre, [530](#), [538](#), [694](#); política de Enríquez sobre, [615](#), [812](#), [828-830](#), [833](#), [836](#); política de Obregón sobre, [811-812](#); cancelada en Villa Coronado, [828-829](#); y el plan McQuatters-Terrazas, [831-835](#). *Ver también* Confiscadas, haciendas

Reforma agraria villista, la: programas de reparto pospuestos, [245](#), [276](#), [289](#), [457-458](#); [535](#), [607](#), [888](#), [894](#); clase media beneficiada, [278](#); proyecto de colonias militares, [292](#), [410](#), [467](#); [917](#); apoyo de Wilson, [357](#), [411](#); política carrancista contra, [381](#), [445-447](#); [537-539](#), [896](#), [900](#); informe de Chao sobre, [383](#), [452](#), [964n90](#); programa nacional, [410-411](#), [468](#); [538-539](#), [894](#); para revertir efectos de la ley Creel, [463-464](#); prensa sobre, [464](#), [467-468](#); [538-539](#), [543](#); proyecto de ley de Bonilla sobre, [465-467](#), [468](#); naturaleza regional, [494-495](#); Ángeles sobre, [534](#), [604](#), [762s](#); González Garza sobre, [606](#), [888](#); silencio de Villa sobre, [721](#), [724](#), [731](#), [804](#); Díaz Lombardo sobre, [753](#); resultado hipotético, [900-901](#). *Ver también* Confiscadas, haciendas

Regeneración, [62s](#); [884](#)

Relaciones Exteriores, archivo de, [910](#)

Rellano, pueblo, [188](#)

Remedios, Hacienda de Los, [374](#)

“Renovadores”, [230](#)

Rentería, Austreberta (esposa de Villa), [297](#); [822s](#), [824](#), [869s](#), [917](#), [919](#), [1003n103](#), [1003-1004n112](#)

Retana, Antonio, [18](#), [88](#)

Revista Mexicana, La (San Antonio), [762](#)

Revista Católica, [64](#)

Revolución cubana, [299](#)

Revolución estadounidense, [77](#)

Revolución francesa, [77](#), [231](#), [427](#), [441](#), [470](#); [509](#), [526](#), [543](#), [606](#)

Revolución mexicana (1910-11), la: precondiciones, [73-75](#); Chihuahua como catalizador, [77-79](#); como revolución blanda, [79-80](#), [252](#); Ciudad Juárez, campaña, [116](#), [128-136](#) *passim*, [146](#); [902](#); como política o como anárquica, [129-130](#); y Tratados de Ciudad Juárez, [140-141](#); contribución de Villa, [146](#); comparada con revolución de 1913-914, [232](#), [242](#); papel de las mujeres, [335](#); cabilderos en Washington, [362](#). *Ver también* Chihuahua, revolución en (1910-11)

Revolución mexicana (1913-14), la: papel de Carranza, [233](#), [236-237](#); estados centrales, [232](#); comparada con revolución de 1910-911, [232](#), [242](#); jefes chihuahuenses, [238](#), [242](#); [879](#); contrabando de armas, [247-248](#); batalla de Torreón, [250-253](#); ejecución de prisioneros, [254](#), [255-256](#); cuestiones relativas a la unificación, [259-260](#); batalla de la ciudad de Chihuahua, [260](#); batalla de Ciudad Juárez, [261-262](#); batalla de Tierra Blanca, [265-266](#); papel de las mujeres, [335-336](#); en San Luis Potosí, [498-499](#); en Tlaxcala, [499](#)

Revolución mexicana: Mi contribución políticoliteraria, La (González Garza), [960n87](#)

Revolución rusa, [74-75](#), [77](#), [231-232](#), [299](#), [441](#), [470](#); [491](#), [526-527](#), [698](#), [810](#), [875](#)

Revolucionarios, movimientos: precondiciones para, [63](#), [73-75](#), [78](#); fase radical, [231-232](#), [469-470](#); facciones rivales, [440-441](#), [442-443](#); [491](#); medidas represivas, [483](#); técnicas propagandísticas, [526-527](#); y decadencia moral, [698-699](#); contradicciones inherentes, [810](#). *Ver también* Chihuahua, revolución en (1910-11); Revolución mexicana (1910-11); Revolución mexicana (1913-14)

Reyes, Bernardo: exiliado por Díaz, [71s](#), [75](#); Madero sobre, [113](#), [154](#); punto de vista sobre la represión militar, [130](#); golpe contra Madero, [159-160](#), [214](#), [228](#); y Castellanos, [213](#); y Carranza, [233](#); encarcelamiento, [255](#); vínculos españoles, [282](#); misión de estudio, [315](#); y Calero, [749](#)

Reyes, Canuto, [558](#), [574](#)
Reyes Avilés, papeles de, [908](#)
Reyes Robinson (oficial revolucionario), [134](#)
Reza, Claro, [21](#), [94](#), [96](#), [178](#); [890](#)
Rhoades, Nelson, [572](#)
Rhodes, Charles D., [160](#)
Ricos en los pueblos, [462-463](#)
Rintelen, Franz von, [566](#)
Río Florido, pueblo, [655-656](#), [779](#), [846s](#)
Rivera, Eustaquio, [474](#)
Riveros, Felipe, [500](#)
Roberts, John W., [591](#), [920](#)
Robespierre, Maximilien de, [13](#), [392](#), [441](#), [470](#); [491](#), [509](#), [526](#)
Róbinson, Carlos, [420](#)
Robles, José Isabel: origen, [305-306](#); y Villa, [398](#); y la planeada ejecución de Obregón, [420](#), [422](#), [968n40](#); y Obregón, [424](#), [437](#); en la coalición convencionista, [502](#); y Gutiérrez, [522](#); ejecución, [523-524](#)
Robles, Juvencio, [149](#), [255](#), [315](#)
Rocha Islas, Marta, [908](#), [923](#), [931](#)
Rodríguez, Abel S., [989n31](#)
Rodríguez, Abelardo, [298](#)
Rodríguez, Apolonio, [102](#)
Rodríguez, José, [597](#), [623](#), [641](#), [644](#), [680](#)
Rodríguez, Nicolás, [876](#)
Rodríguez, Ramón, [650](#)
Rodríguez, Trinidad, [249](#), [339](#), [346s](#), [396](#); [821](#)
Rodríguez Sáenz, Rogelio, [339](#)
Rojas, Antonio, [171s](#)
Rojas, Máximo, [499](#)
Romero, Margarita, [481](#)
Romero, Pedro, [338](#), [340](#)
Roosevelt, Corolario a la Doctrina Monroe, [379](#)
Roosevelt, Theodore, [379](#)
Rosado, licenciado, [391](#)
Rosario, batalla de, [707s](#), [709](#), [712s](#)
Ross, Stanley, [919](#)
Roth, Carlos, [191](#), [192s](#)
Rouaix, Pastor, [250](#)
Roux, Hebert, [470](#)
Roux, Jacques, [470](#)
Rubio, Hacienda de, [613](#), [723](#)
Rubio Navarrete, Guillermo, [197s](#), [201](#), [399](#), [953n49](#), [953n51](#), [953n52](#), [953n53](#); [907](#)
Rueda Quijano, Alfredo, [721](#)
Ruiz, Antonio, [83](#), [946n49](#); [931](#)
Ruiz, Ramón Eduardo, [969n66](#)

Saavedra, Miguel, [709](#)
Sabinas, [805](#), [808](#), [819](#)
Sabinas Coal Company, [234](#)
Sacarías (arrendatario de hacienda), [461](#)

Sadler, Louis, [683](#)
Sala, César, [625](#)
Salas, Félix, [790](#), [799](#)
Salas Barraza, Jesús, [854-862](#), [866](#)
Salazar, José Inés, [171s](#), [175](#), [191](#), [193s](#), [204](#); [658s](#), [701](#)
Salcido, José María, [725](#)
Saltillo, [236s](#), [393-396](#); [506](#), [522s](#), [540](#), [545](#)
San Andrés: lucha por la tierra, [47-48](#), [462](#); [881](#); vínculos de Villa con, [97](#), [246](#); levantamiento revolucionario, [99-100](#), [121](#), [167](#); [723](#); batalla, [660-661](#), [985n25](#)
San Antonio, colonia militar, [55s](#), [80](#)
San Buenaventura, [473](#)
San Carlos, colonia militar, [55s](#), [80](#)
San Carmen, Hacienda de, [460](#)
San Felipe, Hacienda de, [166](#)
San Felipe Torres Mochas, [523](#), [547](#)
San Francisco de Borja (pueblo), [721](#)
San Isidro (pueblo), [21](#), [38](#), [82s](#); [661](#), [668](#), [782](#)
San Isidro, Hacienda de, [460](#)
San José de Gracia, [720](#)
San Juan Guadalupe, Hacienda de, [47](#)
San Juan del Río, [17](#), [85-88](#)
San Juan de Ulúa (prisión), [59](#), [150](#), [255](#), [430](#)
San Lorenzo, Hacienda de, [245](#)
San Luis Potosí, [198](#), [235](#), [437](#); [498s](#), [522s](#), [538](#), [547](#), [611](#), [686](#), [704](#), [767](#), [789](#), [876](#), [902](#)
San Miguel de Babícora, Hacienda de. *Véase* Bibícora
San Pedro de las Cuevas, [598s](#), [698](#)
San Pedro Ocuila, [301](#)
San Salvador, Hacienda de, [828](#)
Sánchez, José María, [101](#), [109](#)
Sánchez, Juan, [337s](#)
Sánchez Azcona, Juan, [133](#), [183](#), [206](#), [215](#)
Sandoval (especulador inmobiliario), [45](#)
Sandoval, Gabino, [790](#)
Santa Catalina, Hacienda de, [147](#), [301s](#), [945n35](#)
Santa Eulalia, mina, [782](#)
Santa Isabel: masacre de López, [624-627](#), [633](#), [644](#), [675](#), [724](#), [982n28](#); derrota de Osuna, [661-662](#); ocupación carrancista de, [719](#)
Santa María de Cuevas, pueblo, [375s](#)
Santa Rosa, batalla del cerro de, [672-675](#), [700](#)
Santa Rosalía, guarnición, [665](#), [796](#)
Santiago Tlatelolco (prisión militar), [214](#), [216](#)
Santo Tomás, pueblo, [41](#), [209](#)
Santos Chocano, José, [326s](#), [480](#), [960-961n101](#); [580-582](#)
Santos Merino, [989n31](#)
Sarabia, Emiliano, [767](#)
Sarabia, Juan, [62](#), [169](#)
Satevó (pueblo), [245s](#)
Saucito, Hacienda de, [245](#)
Scobell (cónsul británico), [281](#)
Scott, Hugh: vínculos de Villa con, [364-365](#), [366](#), [448](#); [626](#), [676](#); experiencia/ideología, [364-366](#), [962n54](#);

562, 889; y Ángeles, 573, 584; y la Compañía Jabonera, 578, 978n87; sobre la Expedición Punitiva, 636, 638, 646s; archivos, 912

Scott-Obregón, Protocolo, 689. *Ver también* Expedición Punitiva

Seáñez, Soledad (esposa de Villa), 297ss; 822, 824, 868, 870-871, 919, 1003n112

Secretaría de la Defensa Nacional, 12, 204; 856s, 872, 909

Secretaría de Agricultura y Fomento, 45ss, 52-56; 830

Secretaría de Gobernación, 141, 154; 593, 835, 858, 872

Secretaría de Guerra, 141, 201; 649, 670s

Seese, George, 620, 633

Serdán, Aquiles, 305

Serrano, Francisco, 235; 806

Serrano, Juan, 857

Servín, Martiniano, 545

Sheldon Hotel (El Paso), 747

Shmidt, Catarino, 855

Sifuentes, Bernabé, 868

Silliman, John R., 568, 571, 595

Silva, Darío, 298; 571, 745

Silva, Mabel, 999n98

Silva, Miguel, 413, 420

Silva, Prisciliano, 116s

Silva Sánchez, 674

Sims, Harold, 939n10

Sisniega, Federico, 951n51

Slocum, Herbert J., 632

Socialismo, 486-487; 763s, 792-793

Sociedades de Ayuda Mutua de los Trabajadores, 61, 69

Soldaderas, 335-337, 401; 590s, 703, 989n31

Sombreretillo, Hacienda de, 301, 461

Sombreros, táctica de los, 100, 946n57

Sommerfeld, Felix: como agente de Villa, 344, 449, 962n54; 552; y Hopkins, 363-364, 964n28; 770-771; sobre la seguridad de Ángeles, 584; y el ataque a Columbus, 620-622, 747; como agente alemán, 994-995n46

Sonora, 72, 106, 151, 232, 259; 879; y golpe de Huerta, 235; papel de Maytorena, 235-236, 411-412; 584-585; conflictos de liderazgo, 390-391; conferencia de Torreón sobre, 412-413; campaña de Villa, 414; 579-591 *passim*, 597, 618; estrategia Villa/Obregón en, 415-418; expropiación de tierras, 446; minas estadounidenses, 448; infraestructura civil, 454-455; batalla de Agua Prieta, 590-591, 618, 631, 888; Enríquez, 614

Sorola, Manuel, 864

Sosa (general carrancista), 719

Sota, Josefa, 21

Soto (coronel), 859

Soto, José de la Luz, 116, 182ss, 189, 244

Soto, Miguel, 945n35

Soto, Pablo, 87

Soto Villegas, Miguel, 461

Standard Oil Company, 362; 744

Steffens, Lincoln, 368; 579

Stilwell, Arthur, 91

Stimson, Henry, 160

Stone, E. B., [679](#), [681ss](#)
 Submarinos, guerra de los, [685](#)
Sucesión presidencial en 1910, La (Madero), [71-72](#)
 Summerlin, Georges, [827](#), [841](#), [853](#)
Sunset (diario), [370](#)
 Supremo Tribunal Militar, [794](#)

Tabasco, [510](#), [530](#)
 Taboada, Francisco, [802](#)
 Taft, William Howard, [131](#), [188](#), [274](#), [405](#)
 Talamantes, Porfirio, [51-55](#), [166](#), [293s](#), [303](#); [498](#), [577](#)
 Talamantes, Severiano, [703s](#)
 Tamaulipas, [105](#), [112](#), [275](#); [498](#), [549](#), [636](#), [704](#), [723](#), [744](#)
 Tamayo, Daniel, [847](#)
 Tampico, [250](#), [353](#), [406](#), [448](#); [511](#), [515](#), [549s](#), [563](#), [568](#), [739s](#), [784](#)
 Tarahumaras, [32](#), [37](#), [43](#), [45](#), [79](#), [957n71](#); [882](#)
 Tarango, Ramón, [644](#)
 Taylor, Loren, [651](#)
 Teatro de los Héroes (Chihuahua), [325](#), [481](#); [791s](#)
 Tehuantepec, ferrocarril de, [570](#), [631](#)
 Temeychic, pueblo, [45](#)
 Temosachic, pueblo, [36](#), [128](#)
 Tepic, región de, [500](#), [704](#)
 Teresita (santa de Cabora), [38ss](#). *Ver* Cabora
 Terrazas, Alberto, [45](#), [101](#), [103-104](#), [108s](#), [123](#), [242](#); [728](#); y el contrato de McQuatters, [831-836](#); fuentes de archivo sobre, [907](#)
 Terrazas, Felipe, [45](#)
 Terrazas, Félix, [248](#), [257](#)
 Terrazas, Guillermo (don), [156](#)
 Terrazas, Joaquín, [29](#), [39](#), [47](#), [277](#)
 Terrazas, Juan, [102](#), [941n40](#); [578](#), [726](#), [978n87](#)
 Terrazas-Creel, el clan, [19](#); fuerzas heterogéneas contra, [60-61](#), [78-79](#); [880-883](#); estrategia contraguerrillera, [101-102](#), [103-104](#); conflicto de González con, [154-162](#) *passim*, [269-270](#); vínculos de Orozco con, [158](#), [162-163](#), [172-175](#), [951n51](#); [728](#); relaciones de Villa con, [180-181](#), [190](#), [208](#), [239](#), [275](#), [286](#), [291](#), [952n35](#); y William Benton, [375](#); y el contrato de McQuatters, [831-836](#). *Ver también* Creel, Enrique; Terrazas, Luis
 Terrazas, Luis: milicias contra los apaches, [28-29](#), [277](#); expropiación de tierras, [28-29](#), [30](#), [42-43](#), [941n40](#); [880](#); y Lerdo de Tejada, [30](#); y la derrota de Tomóchic, [36-40](#); y el régimen de Díaz, [41-42](#); [726-727](#), [882](#); renuncia como gobernador, [43](#), [49](#), [60](#), [64-65](#), [939n10](#); y Arias Olea, [58](#); sobre Silvestre Terrazas, [66](#); ganadería, [91](#); sistema de peonaje por deudas, [104](#); papel en la revuelta de Orozco, [171](#), [173s](#), [951n51](#); [728](#); postura ante la intervención estadounidense, [173](#); sobre las confiscaciones, [180](#); intentos de Madero por reconciliarse, [209](#), [216](#); [831](#); y devolución de propiedades por Carranza, [512](#), [612-613](#), [725](#), [726-729](#), [831](#); fuentes de archivo sobre, [907](#). *Ver también* Terrazas-Creel, el clan
 Terrazas, Luis, hijo, [128](#), [281](#), [283-287](#), [357](#); [727](#)
 Terrazas, Silvestre: opiniones políticas, [63-65](#), [271-272](#); represión del gobierno contra, [65-66](#), [109](#); y el escándalo del Banco Minero, [69s](#); sobre Villa, [95](#), [98](#), [281](#), [384](#); y Juan Hernández, [108-109](#); compra de armas, [247-248](#), [271](#); [602](#); papel en el gobierno de Villa, [271-272](#), [279](#), [289s](#), [293-294](#), [300](#), [307s](#), [452](#), [459](#), [461s](#); sobre el decreto de expulsión de los españoles, [281](#); sobre Luis Terrazas hijo, [283](#); sobre Fierro, [312](#); y Carranza, [382](#); y la relación Villa/Carranza, [394](#), [446](#); [895](#); ley electoral municipal, [456](#);

informe sobre educación, [474-475](#); cuerpo de policía secreta, [483](#); plan de Villa para ejecutarlo, [602](#); archivos, [906](#), [918-919](#); y la planeada ejecución de Obregón, [968n33](#), [968n40](#)

Tesoro de la juventud, El (libro), [814](#)

Thayer, Frank, [675](#)

Thigpen, R. H., [592](#)

Thomas, Frank, [737](#)

Thord Gray, Ivor, [264s](#), [345s](#), [957n71](#)

Thurstan, E. W. P., [706](#)

Tiempo, El (ciudad de México), [123](#)

Tierra, expropiación de la. *Ver* Expropiación de tierra a los agricultores

Tierra Blanca, batalla de, [264s](#), [304](#), [310](#), [345](#), [348](#), [353](#); [498](#), [658](#), [701](#)

Tlahualilo, Hacienda de, [199s](#), [302](#); [806](#), [808s](#)

Tlaxcala, [151](#); [494](#), [499](#)

Tomóchic, pueblo, [36-39](#), [40s](#)

Tomóchic, revuelta de, [36-41](#), [43](#), [941n25](#), [941n33](#); [884](#)

Tone, Frances Michael, [374](#), [377](#), [965n64](#), [965n71](#)

Torreblanca, Fernando, [859](#), [908](#)

Torreón: como objetivo de Orozco, [188-189](#); ocupación por Villa, [250-254](#), [259](#); defensa por Refugio Velasco, [273](#), [312](#), [353-354](#); Cummins sobre el sitio en 1913, [331-332](#); armisticio Villa/Carranza, [412-413](#); Ángeles destacado, [540](#); toma por Villa en 1916, [702-707](#)

Torreón, conferencia de, [412-414](#), [425](#), [428](#)

Torreón, Hacienda de El, [181](#), [459](#)

Torres, Bonifacio, [715](#)

Torres, Elías, [92](#); [802-806](#), [815](#), [908](#)

Torres, Lorenzo, [40](#)

Torres de Villa, Juana (esposa de Villa), [295-298](#); [821](#), [1003n112](#)

Tostado, Pascual, [284s](#)

Tratados de Ciudad Juárez, [140ss](#), [144](#), [154](#), [161](#), [178](#), [180s](#), [948-949n152](#)

Tratados de Teoloyucan, [409](#)

Trenes. *Ver* Ferrocarriles

Treviño, Francisco, [649s](#), [722](#), [726](#), [907s](#)

Treviño, Gerónimo, [131](#), [198](#)

Treviño, Jacinto B., [430](#), [486](#); [676](#), [720](#); sobre el sufragio universal, [536](#); en El Ébano, [549](#); dominio de Chihuahua, [649-651](#), [664](#), [668-669](#); sobre Villa, [653](#), [657](#); errores militares, [659](#), [670-672](#), [675](#); corrupción, [666](#), [672](#), [713](#); Obregón sobre, [670-672](#), [675](#); evacuación de la ciudad de Chihuahua, [673-674](#), [712](#); conflicto con Murguía, [674-675](#), [701-702](#), [712-714](#); villistas prisioneros, [697](#); fuentes de archivo sobre, [907-908](#)

Trevizo Delgado, Lauro, [339](#); [629](#), [699](#)

Trías, Ángel, [30](#)

Trillo, Antonio, [790s](#), [794s](#)

Trillo, Miguel, [711](#), [779](#), [839](#), [847](#), [849](#), [854](#), [999n103](#)

Trotsky, León, [441](#); [491](#), [526](#), [875](#)

Tumulty, Joseph, [634](#)

Turner, Frederick Jackson, [27](#)

Turner, John Kenneth, [368](#), [445](#); [529](#)

Turner, Timothy, [135](#)

U. S. Bureau of Investigation. *Ver* Buró de Investigación de Estados Unidos

U. S. Military Intelligence Department. *Ver* Departamento de Inteligencia Militar de Estados Unidos

Universal, El, 836s, 839, 841, 844s, 852s, 863, 918
 Universidad Fronteriza, 475
 Universidad Iberoamericana (ciudad de México), 907
 Universidad Nacional Autónoma de México, 908
 Universidad Nacional de México, 322, 324; 753
 Uranga Vallarta, Francisco, 473
 Urbalejo, Francisco, 416; 585
 Urbana, clase obrera. *Ver* Industrial, clase obrera
 Urbina, Tomás: arresto por Huerta, 196, 199, 223, 341; 900; en Durango, 248, 250, 268s; 720; y Villa, 243s, 250, 307; 587; rasgos, 258, 306-307; y la planeada ejecución de Obregón, 420, 422; propiedades confiscadas, 459, 485s, 489; papel en el terror, 517, 518; en El Ébano, 549; ejecución, 587-588; hacienda de Canutillo, 813
 Uribe, Baudelio, 617, 656, 665, 702, 707, 823
 Urióstegui Miranda, Píndaro, 915
 Urquidi, Manuel, 381
 Urquidi, hermanos, 907
 Urquiza, Francisco, 793ss, 907

Vaca, Secundino, 341
 Valadés, José C., 947-948n117; 823, 990n66
 Valenzuela, Gilberto, 857
 Valenzuela, Pablo, 85, 88, 944-945n16, 945n19
 Valle, El (pueblo), 477; 640, 650s, 656
 Valle de Zaragoza, 122
 Vallebuena, Miguel, 931
 Valles, Rodolfo, 220
 Valverde, Cesario, 650
 Van Deman, Ralph H., 683
 Vargas, Jesús, 919
 Vargas, Juan, 739
 Vargas, Sebastián, 271
 Vasconcelos, José, 299, 438; 503, 517s, 522, 871, 919
 Vázquez Gómez, Emilio, 168s, 185, 187; 701, 764
 Vázquez Gómez, Francisco, 112, 133s, 139, 162, 168; 741, 764
 Vázquez Tagle, Manuel, 571, 573
 Vega, José, 45
 Vega, José María de la, 106
 Vega, Santos, 88
 Velasco, José Refugio, 262, 268, 273, 353, 408
 Velázquez, Albino, 483; 536
 Vera Estañol, Jorge, 129s, 132, 140s; 974-975n74
 Veracruz: ocupación por Estados Unidos, 373-374, 379, 385-388, 432, 472; 561, 620, 897s; y el bloqueo de armas estadounidense, 405-406; importancia estratégica, 514-515; evacuación por los estadounidenses, 515, 563-565, 888; decisión de Villa, 539-542, 605-606
Verdadero Pancho Villa, El (Terrazas), 271-272
Vida del general Francisco Villa (Bauche Alcalde), 916
Vida Nueva: formación, 322, 325, 393, 467-468, 480, 482; 504, 552, 916, 920; sobre la reforma agraria, 464; 538-539; sobre el capitalismo, 487; sobre Carranza, 506, 531-532; sobre el culto a Villa, 532-533, 894; sobre las batallas de Celaya, 554, 556; sobre la batalla de León, 557; sobre la ejecución de Urbina,

587-588; entrevista con Ángeles, 959n65

Vidaauri, Santiago, 277

Villa, Agustín (hijo de Villa), 295

Villa, Alfredo, 95

Villa, Antonio (hermano de Villa), 16, 179

Villa, Dead or Alive (película), 374

Villa, Francisco (famoso forajido), 89, 945-946n35; 908

Villa, Francisco, asesinato de: temor de Villa a que lo asesinaran, 816, 817-818, 843-846; descripción, 847-848; respuesta de Obregón, 848-849, 853-856; y funeral/entierro, 849-850, 871-872; cobertura de prensa, 850-853; papel de Salas Barraza, 854-861 *passim*; ligas de Calles con, 856-861 *passim*; ligas de Obregón con, 857-865 *passim*; como condición de Estados Unidos, 863-864; fuentes de archivo sobre, 908

Villa, Francisco, como bandido: memorias de Villa sobre, 16-20; en la banda de Parra, 18, 87-88; Celia Herrera sobre, 20-22, 938n17; rescate por Valenzuela, 85, 944-945n16; ingreso en el ejército, 85-86, 945n19; leyendas refutadas, 86, 89, 408; posibles motivaciones, 86-87; 889; situación legal, 89-90, 92-93; robo de ganado, 91-94; alias, 94, 938n17; relación con su papel como revolucionario, 94-95, 945n35; Madero sobre, 126; reputación, 201-202, 269, 277, 357, 359-360; 526, 529-530, 617

Villa, Francisco, como dirigente convencionista: campaña sonorese, 414; 574-592 *passim*, 597, 618; reunión con Zapata, 491-495; ventajas, 496s, 513-514; reclutamiento de tropas federales, 503-504; hacendados alineados con, 510-511; y Gutiérrez, 515, 521-522; métodos de terror, 516-520; homenaje a Madero, 519-520; imagen manchada, 520-521, 525-526; propaganda carrancista contra, 526, 529-530, 974-975n74; victoria de Guadalajara, 542-548 *passim*; derrotas de Celaya, 552-556, 605; derrota de León, 556-558, 606; razones de la desaparición, 561, 604-608, 976n27; recomendada renuncia, 581-582; ruptura de Ángeles con, 583-584; entrevista de prensa estadounidense, 588-589; sobre el pacto Carranza-Estados Unidos, 593-598 *passim*, 631-632, 979-980n129; masacre de San Pedro, 598-599; entrega del mando, 600-601; y Silvestre Terrazas, 602. *Ver también* Convencionista, coalición, la; División del Norte

Villa, Francisco, como estratega militar: ataques nocturnos, 252, 350, 354; ataques frontales, 260; 555, 597; en Ciudad Juárez, 261-262; en Tierra Blanca, 263-266; experiencia en la guerra regular, 293; importancia de los ferrocarriles, 312, 336-337, 350, 393s; opiniones de Estados Unidos sobre, 348-349, 353; consejos de Ángeles, 399-400; 539-540, 551s, 556-557, 782s; perspectiva regional, 497, 540-541, 607; decisión sobre Veracruz, 540-541, 547, 559, 605; ataques de caballería, 550-555 *passim*; derrotas de Celaya, 552-556, 604s; derrota de León, 556-559, 606; errores, 559-560, 607; tácticas guerrilleras, 654, 664, 670; Obregón sobre, 664; acción dilatoria, 701; unidades militares divididas, 711. *Ver también* Armas/municiones

Villa, Francisco, como figura nacional: apoyo de Wilson, 357-358, 368, 387; 561-562, 888; 963n8; y los empresarios estadounidenses, 359-362; intermediarios en Estados Unidos, 360-361, 364-365, 448-449; 910-911; izquierda estadounidense sobre, 366-369; cobertura de prensa estadounidense, 370-372; tratamiento de la industria fílmica, 372-374; y la ocupación de Veracruz, 385-387; 561; programa agrario nacional, 409-411, 464-469; 537-539, 892; posición sobre la presidencia, 425, 428-429; 574, 899; manifiesto contra Carranza, 421-422; opiniones en la Convención, 428-429; propaganda a favor, 479-482; 531-535; intenciones de Estados Unidos, 567-571, 595-597, 735; deterioro de las relaciones con Estados Unidos, 571-579 *passim*, 591-593, 887-889

Villa, Francisco, como gobernador: problemas administrativos, 268-274 *passim*; temor a la intervención estadounidense, 268-270; y la clase media, 269, 278, 288-289; razones para asumir el cargo, 272-274; imágenes populares, 274-275, 277-278; política de reforma agraria, 274-282 *passim*, 291-292, 357; ofertas de amnistía, 279; 896; decreto de expulsión de los españoles, 281-283, 963n8; y las propiedades de Terrazas, 283-287; renuncia, 288s; logros, 288-292, 451s; inexperiencia política, 293-294; oposición de Carranza, 380s; gubernatura de González versus, 453-454. *Ver también* Villista, el gobierno

Villa, Francisco, como hacendado: escuela, 813-814; finanzas, 815; temor de ser asesinado, 816-818, 843-

- 846; relaciones con Obregón, 818-821, 843, 1001n2; y la captura de Murguía, 820; vida familiar, 821-825, 999n91; conservadurismo creciente, 825-829, 840, 897; plan de viajar a Estados Unidos, 827s, 999n103; y Bosque de Aldama, 829-830, 896; sobre el plan McQuatters-Terrazas, 831-834; entrevista con Hernández Llergo, 836-839, 843; planes de alcanzar la gubernatura, 838s, 841; sobre los sucesores de Obregón, 837-839, 863, 896-897; y Raúl Madero, 840, 843; popularidad política, 841-842; y Jesús Castro, 858-859; depósitos de municiones, 863; pleito legal, 867-868; tendencias contradictorias de, 896-897; fuentes de archivo sobre, 906. *Ver también* Canutillo, hacienda de
- Villa, Francisco, como líder revolucionario: y Orozco, 21, 179, 184-187, 947-948n117; y los fusileros de San Andrés, 48; reclutamiento por González, 81, 90, 95, 946n49; primera compañía, 84, 944n11; leyendas sobre, 84-85; 889; origen/motivaciones, 92-99 *passim*; 826, 879, 890; y su historia como bandido, 94-95, 945n35; en su primera batalla, 99-100; dotes de mando, 99, 123-124, 127; 891; primeras derrotas, 121s, 947-948n117; ascenso de Madero, 126; insubordinación a Madero, 133-136 *passim*; y Tratados de Ciudad Juárez, 142-144; y Garibaldi, 144-146; pago de tropas por, 180s, 334; tropas disciplinadas, 186-187, 253-254, 332-334, 340-341; 697; en la campaña de Parral, 189-194; 778, 781-782, 785; tratamiento de Huerta, 195-199, 201-202, 953n48, 953n52-953n55, 953n62; y Maytorena, 241, 383, 390-391, 414, 440; 772-773, 892, 995n57; y los jefes autónomos, 243-245, 307, 342-343; popularidad, 244-248; y Castillo, 247, 470-471, 970-971n55; y las fuerzas de Ortega, 248; y Chao, 248-250, 344, 384-385; y Urbina, 250, 306-307; en Torreón, 250-255, 259; 702-707; en la ciudad de Chihuahua, 260, 265-268; 658-660; en Ciudad Juárez, 261-262; 785-787; Santos Chocano sobre, 326-327; abstención ideológica, 329; 534-535, 537; confrontación de Benton con, 374-377, 464; 808; alianza de Zapata con, 388-389; 492-495, 897s; embargo de armas de Estados Unidos, 405-407, 967n5; Hernández sobre la rendición federal, 408-409; acuerdo con Obregón, 415-419; y la planeada ejecución de Obregón, 419-420, 423; 817, 869; 968n33; y Villarreal, 432s; renuncia exigida en la Convención, 435-440; ritual político, 480-481; Ayguesparre sobre, 509-510; contrabando de armas, 731-732, 738-740; contactos con impostores y estafadores, 731-738; y el plan de Tampico, 739-740, 992n33; y planes contra Carranza, 740-746, 992-993n47, 993n48; opinión de los exiliados sobre, 751-756; conmemoración, 873-875; influencia perdurable, 875-877, 902-904. *Ver también* División del Norte; Villa, Francisco, como dirigente convencionista
- Villa, Francisco, como preso/exiliado: suspensión de su ejecución, 197-198, 953n52, 953n53; y Huerta, 197-198, 953n48, 953n56; y la no-intervención de Madero, 198-201, 204-212 *passim*, 240; cargos de los militares contra, 200-208 *passim*, 953n62; y la cuestión de la jurisdicción, 203; y González, 204-205, 208; y otros presos políticos, 212-213; fuga, 212-219 *passim*; interés de los conservadores, 213-214, 219s, 222-223; solicitud de transferencia de prisión, 214ss; entrevistas periodísticas, 217-219; demandas de amnistía, 220-223; cambio de perspectiva, 239-240, 956n23; recuerdos de Villa sobre, 519; fuentes de archivo sobre, 909
- Villa, Francisco, correspondencia de: con Madero, 203-211 *passim*, 220-221, 955n123; con Abraham González, 204-205, 221-222, 955n123; con Woodrow Wilson, 369, 386; con Carranza, 379-380, 383-384; con Caraveo, 387; con Zapata, 388; 618-619, 982n15; con Treviño, 662; con Murguía, 713, 716-717; con Díaz Lombardo, 753-754, 801-802; con Hipólito Villa, 754-755; con Ángeles, 772-773; con Maytorena, 773-774; con Obregón, 807, 819-821, 845-846; con Elías Torres, 815; con Luz Corral, 822; con Calles, 845-846; archivos, 905s, 909-910
- Villa, Francisco, fase guerrillera final de: desinterés en la prosperidad personal, 603-604, 894; estrategia militar, 616-617, 665, 670, 711, 782, 783; abasto de armas, 617, 654, 708-709; motivaciones hipotéticas, 616-619; mensaje a Zapata, 618-619, 622-623, 982n15, 982n24; provocación de la intervención estadounidense, 619-620, 622-623; formas de reclutamiento, 628-629, 639-640, 655, 668, 700, 705, 778-779; herida/recuperación, 641, 653-654; tácticas de confiscación/redistribución, 654-656, 667-668, 699s; pronunciamientos nacionalistas, 655-657, 662-665; tratamiento de prisioneros, 656, 660-661; renovada popularidad, 656-657, 659-660, 666-667; situación en 1913 comparada con 1916, 666-667; y los estadounidenses, 675-676, 782-788 *passim*; intento de envenenarlo, 681-683; crisis ideológica, 710s, 714, 719-720; ruptura de los intelectuales con, 711, 751-752, 792; plan para secuestrar

a Carranza, 714-715; intento de reconciliación, 716-717, 990n66; y las defensas sociales, 723-724, 781-788 *passim*; medidas fiscales, 724, 778, 888s, 995n68; contrabando de armas para, 731-732; y Frank Knotts, 733; relaciones con Ángeles, 777-792 *passim*, 898; campañas de 1916-17 comparadas con 1918, 788-789; sobre la pérdida de Martín López, 799; negociaciones de paz, 801-808, 815-816; estrategia en Coahuila, 805-806; fuentes de archivo sobre, 920. *Ver también* Villistas, fuerzas guerrilleras

Villa, Francisco, memorias de: como fuentes de archivo, 16; 916-919; 938n4; sobre el modo de vida del bandido, 16-20; sobre sus rasgos personales, 18s, 87-88; versiones que contradicen, 86, 89-90; 889; 945n20; sobre el asesinato de Reza, 94, 946n47; sobre la confrontación con Madero, 136-140; sobre la renuncia al ejército, 143; sobre el tratado de Ciudad Juárez, 142; sobre su intento de ejecución, 197; sobre la batalla de Cerro Prieto, 947-948n117

Villa, Francisco, rasgos personales de: leyendas, 15-16, 20-22, 333; 875-876; 938n17; generosidad/bondad, 18, 88, 96, 295, 473-474; 817; descripción de Villa sobre, 19; honestidad, 88ss, 123; deseo de venganza, 96-97, 138; jinete/puntería, 97-98, 333; capacidad de mando, 99, 123-124, 127, 187; 891; cuidado de sus tropas, 124, 181-182, 334, 337, 961n15; 891; respeto por la educación, 125, 473-475; 813-814, 826, 893; exceso de confianza militar, 186; 550-553, 706-707; popularidad, 244-248, 276-277, 333; 496; autodenigración/inseguridad, 272, 294; 815; inexperiencia política, 293-294, 386-387, 448-449; celos, 297-298; romántico/afectuoso, 299; desdén por intelectuales, 321; difícil de influir, 324-325, 366; Emerson sobre, 332-334; ira/furia, 384-385, 394, 419, 438; conversación con Paul Fuller, 410; temor a una traición, 419; 682, 843; desprecio por sacerdotes, 505-506; Santos Chocano sobre, 580-582; reacción ante la traición, 598-603 *passim*, 826; y declinación moral, 697-699, 702, 896, 989n31; Patrick O’Hea sobre, 706, 809-810; sentido del humor, 822; gusto por los automóviles, 847

Villa, Francisco, vida personal/civil de: funeral/entierro, 15; 849-850, 871-873; nacimiento/bautizo, 16, 84; ocupaciones, 16-20, 84, 89-93, 179; 890-891; cambio de nombre, 18, 88-89; 527; 945n35; apariencia física, 97-98, 327; 493; 963n8; hijos, 98, 295-296; 821s, 1003n102; y Luz Corral, 177-179, 295-299 *passim*; 822; paternidad supuesta, 245; y Juana Torres, 295-297; y Austreberta Rentería, 297; 823-824; y Soledad Seáñez, 297-299; 822-824; y Manuela Casas, 825, 846; asesinato, 847-848, 854; como padrino, 846; viudas/herencia, 867-871, 909, 1003n102. *Ver también* Villa, Francisco, como hacendado

Villa, Guadalupe (nieta), 917

Villa, Hipólito (hermano de Villa), 16, 179, 218; 995n57; aprehensión por los orozquistas, 207; riqueza, 295, 485; 604; rasgos personales, 310; como agente de Villa, 309-310, 344, 360; 552, 738, 755; relaciones con Obregón, 603-604, 856, 866-867; y Gemichi Tatematsu, 681-682; y De la Garza, 751; exilio/encarcelamiento, 754-755; sobre el ataque a Columbus, 755-756; ruptura de Villa con, 825, 865, 999n98; toma de posesión de Canutillo, 849, 865-866; y viudas de Villa, 865, 868

Villa, Jesús, 18, 89

Villa, Micaela (hija de Villa), 296s

Villa, Reynalda (hija de Villa), 296

Villa Coronado, pueblo, 828s

Villaescusa, Asunción, 295

Villalpando, Enrique, 483

Villar, Lauro, 119, 130, 228

Villarreal, Antonio, 432s; 522, 529, 545, 547, 765, 858

Villista, el gobierno: la clase media bajo, 269, 278-280, 288; papel de Silvestre Terrazas, 271-272, 290, 294, 300, 307s; jefes militares, 299-307; técnicos, 308-311; verdugos, 311-313; ideología de Ángeles comparada con, 320-321; 894; figuras intelectuales, 321-329; secretarios privados, 327-328; éxito, 451-452; 891-892; gobierno de González comparado con, 453-454; políticas/procedimientos, 455-456, 471-476 *passim*, 481-484; 892-893; comisión agraria, 465-468; problemas económicos, 476-478; 574-576; propaganda, 479-482; 894; elementos socialistas, 486-487; perspectiva chihuahuense, 488. *Ver también* Chihuahua villista; Reforma agraria villista

Villistas, las fuerzas guerrilleras (1916-20): desertiones, 628-629, 799, 983n39; reclutamiento, 628-629, 640, 655, 668, 778-779; composición, 629, 674, 725; el ataque a Columbus, 627-634, 983n47;

Expedición Punitiva contra, [634-639](#); en Ciudad Guerrero, [641](#); en Namiquipa, [642](#); en Ojos Azules, [643](#); diezmadras, [643-645](#), [653](#), [799](#); campañas de la ciudad de Chihuahua, [658-659](#), [672-673](#), [699-700](#); ejecuciones, [660-661](#), [697](#), [702](#), [708](#), [780](#), [989n31](#); en San Andrés, [660-661](#), [985n25](#); rasgos de ejército regular, [669](#), [782-784](#); pillaje por, [700](#); campaña de Torreón en 1916, [702-707](#); derrotas ante Murguía, [707](#), [709-710](#); en Rosario, [707](#), [709](#), [713](#); violaciones en Namiquipa, [709](#), [719](#); unidades divididas, [711](#); oferta de amnistía, [719](#); defensas sociales contra, [719-725](#), [826](#); campaña de Parral, [778](#), [781-782](#), [785](#); en Ciudad Juárez, [785-786](#); en Durango, [799](#); rehenes ancianos, [799-800](#); en la marcha de Chihuahua a Coahuila, [805](#); situación después de la revolución, [816](#), [828](#). Ver también Villa, Francisco, fase guerrillera final

Villistas, los: iniciativas de pacificación, [424s](#); opiniones en Aguascalientes, [427-429](#); sector burgués, [430-431](#), [486](#); alianza con los zapatistas, [433-436](#); y el agrarismo, [877](#). Ver también División del Norte;

Villistas, las fuerzas guerrilleras

¡Viva Villa! (película), [875](#), [903s](#)

Vizcarra, Gabino, [815](#)

Walsh, Raoul, [373](#)

Wasserman, Mark, [939-940n10](#), [940n13](#), [942-943n79](#)

Watson, C. R., [625](#), [982n28](#)

Weber, Máximo, [914](#)

West, Duval, [487](#); [566s](#), [573](#), [916](#)

Western Cartridge Company, [552](#)

Whitaker, Herman, [477](#)

Wilson, el gobierno de: estrategia del embargo de armas, [247](#), [289](#), [344](#), [352-353](#), [377](#), [405-407](#), [967n5](#); [562-563](#), [888](#); sobre el decreto de expulsión de los españoles, [281-282](#); y el régimen de Huerta, [355-357](#); simpatías villistas, [357-358](#), [368](#), [387](#), [963n8](#); [561-562](#), [888](#); agentes confidenciales, [360-361](#); y el *affair* Benton, [377-379](#); estrategia en Veracruz, [379](#), [385-386](#); [563-565](#); conferencia en las Cataratas del Niágara, [407-408](#); paz en México como prioridad, [424](#); [595](#); postura sobre la intervención, [566-568](#), [634-635](#), [743](#); y el plan de Canova, [570](#); reunión de Ángeles con, [573-574](#); reconocimiento a Carranza, [579](#), [589-596](#) *passim*, [752](#), [889](#); papel en Agua Prieta, [591-592](#), [618](#), [888](#); solicitud de asilo de Villa, [600-602](#); reacción al ataque a Columbus, [634-635](#), [686-687](#), [902](#); Expedición Punitiva, [634-639](#), [646-647](#), [676-677](#), [684](#), [689-690](#); demandas a favor de un protectorado, [647-648](#), [889](#); tensiones de Carranza con, [689-690](#), [696](#), [759-760](#), [784](#), [902](#)

Wilson, Henry Lane, [196-200](#) *passim*, [319](#); oposición a Huerta, [513](#); y el golpe de Huerta, [229](#), [231](#), [236](#), [355](#)

Wilson, Woodrow: sobre Villa, [22](#), [148](#), [356-358](#), [422](#), [963n8](#); apoyo de Ángeles, [321](#), [387](#), [966n103](#); [529](#), [573](#), [684](#), [764](#), [898](#); visión de la propiedad privada, [357](#), [411](#); y John Reed, [367-368](#), [963n8](#); correspondencia de Villa con, [369](#), [386](#); juicio de Villa sobre, [448-449](#); [567-568](#), [597](#), [782](#), [826](#); postura sobre la intervención, [566-568](#), [634-635](#), [743](#), [762](#); Patton sobre, [677-678](#); archivos, [912](#)

Womack, John, [940n15](#)

Wood, Leonard, [332](#); [912](#)

Woodhouse (propietario), [147](#)

World Herald, [371](#)

Worswick, A. E., [690](#)

Wright, Maude, [630](#)

X, Mr. (pseudónimo). Ver Calero, Manuel

Yaqui, Valle del, [390](#)

Yaquis, [151](#), [309](#), [310](#), [390s](#), [446](#); [500](#), [597](#)

Yépez (capitán federal), 99

Yucatán, 40, 53, 106, 108, 151, 195; 496, 510, 515, 530, 565, 607, 720, 755

Yuriar, Domingo, 307, 331, 344

Zacatecas, 123, 129, 321, 331, 334, 393ss, 397-405, 421, 425, 443

Zapata, Emiliano, 85, 118, 177, 259, 273; 611, 686; y Madero, 132, 147; reputación nacional, 141, 229; y Castillo, 171; relaciones con Villa, 208, 388-389, 422; 492-495, 897s; uso de los intelectuales, 322; 711; y las políticas de Carranza, 388-389, 422, 435; 691; y la Convención de Aguascalientes, 434-436; agenda agraria, 444, 446, 457-458; 494, 530-531; y García Aragón, 516; carta de Villa sobre atacar a Estados Unidos, 618-619, 622-623, 982n15, 982n24; asesinato, 683-684, 691, 790, 843; y planes contra Carranza, 740ss; Ángeles sobre, 761s; fuentes de archivo sobre, 908, 910. *Ver también* Plan de Ayala

Zapata, Eufemio, 492

Zapatistas: acercamiento de Madero, 132, 147-150, 255, 949n165; y Escandón, 220; táctica de Ángeles contra, 315-316; condición campesina, 351; 493, 879; en la Convención de Aguascalientes, 429, 433-436; alianza con los villistas, 433-435; agenda agraria, 444, 446, 457-458; 494, 530-531; infraestructura civil, 454; 607; agricultura de subsistencia, 458; 536, 887; región original central, 497, 533, 541; Ayguesparre sobre, 510; y González Garza, 525; propaganda, 530-531; derrota de la ciudad de México, 547; y las campañas de Obregón, 550, 554, 557; y los conservadores exiliados, 748-749; negociaciones de paz, 803

Zapico, Antonio, 915

Zaragoza, Brigada (Villa), 304s

Zárate (oficial federal), 403

Zetina, Carlos B., 842

Zimmerman, Arthur, 622, 685s, 740

Zimmerman, telegrama, 685, 736, 740

Zinoviev, Grigory, 875

Zuazua, Carlos, 660

Zuloaga, familia, 501, 508, 613, 973n33



FRIEDRICH KATZ (Viena, 1927 - Filadelfia, 2012) durante la infancia emigró, junto con su familia, a la ciudad de México. Inició sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y obtuvo doctorados de la Universidad Humboldt de Berlín. Fue profesor en diversas universidades de Europa, Estados Unidos y México. Fue profesor emérito de la cátedra Morton D. Hull en la Universidad de Chicago y, de 1992 a 2002, dirigió su programa de Estudios Mexicanos que, desde 2004, lleva el nombre de Centro de Estudios Mexicanos Friedrich Katz.

Su libro *La guerra secreta en México* (Era) fue distinguido con el premio Herbert Eugene Bolton que otorga la American Historical Association el mejor libro en inglés sobre historia latinoamericana. Su biografía *Pancho Villa* obtuvo de la misma asociación los premios Albert J. Beveridge Award al mejor trabajo de historia de América, y un segundo premio Bolton. En 1988 la Universidad de Guadalajara le concedió la Orden al Mérito Académico y el gobierno mexicano le otorgó la Orden del Águila Azteca. En 1995 el Congreso local de Chihuahua lo nombró ciudadano honorario de dicho estado.

Friedrich Katz en Ediciones Era

La guerra secreta en México

La servidumbre agraria en México
en la época porfiriana

Revuelta, rebelión y revolución
La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX
[COMPILACIÓN]

Nuevos ensayos mexicanos

De Díaz a Madero
Orígenes y estallido de la Revolución Mexicana

En colaboración con Claudio Lomnitz:

El Porfiriato y la Revolución en la historia
de México
Una Conversación